Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/pucky2835unse

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

PORTE PAGO

No. 350 -- Año X
Junio 13 de 1930
Buenos Aires

EL CAPITAN PEVERIL

Por LESLIE CHARTERIS

"Angeles de destrucción" se llamaba la misteriosa pandilla de delincuentes que entabló un duelo dramático con Scotland Yard

20 cts.

805
PU
v.28: 350-362
1930 Je-S

—¿Que quiere usted la mano de mi hija? Pues ha perdido usted el tiempo, mocito.
—No lo crea usted, caballero; he venido, de paso, a traer una carta al piso de arriba.

—Federico, vete a la estación y fíjate cuándo sale el último tren para San Isidro.
El criado vuelve a las dos de la noche.
—Pero ¿qué diablo has hecho?
—Esperar que saliera el último tren.

—¿Ha sido usted artista?
—Sí; he trabajado mucho.
—¿En dónde?
—En el alambre.
—¡Hacía usted jaulas?

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 350. -- JUNIO 13 DE 1930

... DE M[illegible]O 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

EL CAPITAN PEVERIL

Por Leslie Charteris

"Angeles de Destrucción" se llamaba la misteriosa pandilla que casi desesperó a Scotland Yard en sus esfuerzos para dominarla. El capitán Lyn Peveril, que se había hecho cargo del caso, tuvo que emplear hasta el último átomo de su dinámica energía para luchar contra el jefe de aquella extraña banda. Este jefe era una mujer, Jill Trelawney y, aunque delincuente, fué inducida al crimen por cierta circunstancia de su vida, que le hizo odiar al mundo y sostener un verdadero duelo con el detective de la Yard. Ese duelo tuvo un desenlace dramático, después de una sucesión de aventuras emocionantes.

I

EL CAPITAN PEVERIL DA UNA SORPRESA

EL gran auto se deslizaba en la noche, como una enorme babosa negra con grandes ojos de llama, que trazaban como un túnel de luz entre la obscuridad formada por una bóveda de árboles. Luego los ojos se apagaron y el suave paso de la babosa fué haciéndose cada vez más lento, hasta que se detuvo por completo.

El hombre que observaba aproximarse el auto, sentado debajo de un árbol, con el cigarrillo encendido cuidadosamente ocultó entre sus manos ahuecadas, estiró las piernas y miró más atentamente. El auto se había detenido sólo a unas pocas yardas de él, como lo esperaba. Apagó el cigarrrillo con el pie y se levantó, acercándose al camino sin hacer ruido. No se oía el menor sonido, a no ser el débil rumor de las hojas, movidas por la brisa, desde que el motor del ocho cilindros había callado.

Un fósforo brilló momentáneamente dentro del auto, revelando su interior. La rica tapicería roja, el ramillete de rosas en su soporte de cristal, los accesorios de plata, podían haberse imaginado desde afuera. Quizá también el rostro estropeado del hombre que vestía de chofer y el insignificante del buen mozo, que se hallaba sentado solo, detrás del conductor, con su sobretodo claro abierto, que dejaba ver la inmaculada camisa, y el sombrero de copa, a su lado.

Tal vez podía uno imaginar también a la joven. O quizá a la joven no...

La luz del fósforo la iluminó particularmente a ella, porque estaba

encendiendo su cigarrillo. A primera vista, era el tipo de muchacha que armoniza con un auto lujoso y se siente cómoda en él. Pero algo en aquella muchacha hubiera destruído, para un observador más atento, juicio tan superficial. El hombre que la contemplaba desde la sombra, supuso que debía ser alta, con esa esbeltez de mimbre que los dioses han concedido como privilegio, a una sola raza bajo el sol. Era hermosa, sin disputa, con una belleza que es don de los mismos dioses, uno de los cuales se llama Salud. Su rostro era natural, lo mismo que su cabello, que ostentaba el dorado color del trigo. Y ningún artificio podría haber comunicado a sus ojos tan puro azul.

—¡Así que tú eres Jill Trelawney! — pensó el hombre en la sombra.

La luz se extinguió, como el hombre había pensado; pero cada detalle del cuadro quedó impreso en su mente. Esta era una placa fotográfica viviente. Había tenido antes simples retratos de ella, — algunos estaban en aquellos momentos en su bolsillo, — pero eran cosas pálidas e insignificantes ante el recuerdo de la realidad y pensó vagamente en la importancia que tenía conservar la impresión de aquel rostro, diciendo con tono semidesapasionado:

—¡Diablos!... ¡qué cara!

En el auto, el hombre en traje de etiqueta, dijo más elegantemente:

—Es usted una mujer extraordinaria, Jill. Cada vez que la veo...

—Se pone usted más majadero, — interrumpió la joven tranquilamente. — Esto es trabajo, no una reunión de sociedad.

El hombre del traje de etiqueta gruñó en son de queja.

—No veo por qué ha de ser usted tan altanera, Jill. Estamos todos en la misma situción y...

—Yo soy la que corre más riesgos, Weald.

El extremo de su cigarrillo brilló con más fuerza al inhalar ella y volvió a obscurecerse. Reinó un momento de silencio. Luego el hombre del rostro estropeado dijo:

—Con tal de que Peveril no ande por aquí...

—¡Peveril!

La voz de la joven resonó como un latigazo.

—¡Peveril! — repitió la joven severamente. — ¿Qué trata usted de hacer, Pinky? ¿Asustarme? Ese hombre es su sombra negra...

—El capitán Lyn Peveril, — dijo el hombre del rostro estropeado tímidamente, — será la sombra negra de cualquiera que esté en contra suya.

Si hubiera habido luz, se hubiese notado el rubor de su rostro, al decir estas palabras. Budd siempre se ruborizaba cuando alguien le hablaba rudamente. Era por esta debilidad que le habían dado el sobrenombre de "Pinky" (Rosado).

—Se cuenta de él una historia..., — aventuró el hombre del traje de etiqueta; pero no dijo más.

—Siempre se cuentan historias de los "detectives de novela", — dijo la joven desdeñosamente. — ¿Nunca habéis oído cuentos de Henderson, o Peters... o Teal... o Bill Kennedy? ¿Quién es ese Peveril, después de todo?

—¿Ha visto usted alguna vez a un hombre levantar a otro y tirarlo por encima de una pared de seis pies de altura, como si fuera una bolsa de papas? — preguntó Budd con su acento tímido. — Peveril hace eso, como ejercicio gimnástico, en una pelea. ¿Ha visto alguna vez a un hombre atravesar una tarjeta de visita con un revólver a quince pasos? Peveril lo hace, parado sobre la cabeza y con los ojos cerrados. ¿Vió alguna vez pelear con seis hombres y luego llamar sonriente a la ambulancia para que se los lleve a los seis? Peveril...

—¿Le tiene miedo, Pinky? — preguntó la joven tranquilamente.

Budd resopló.

—He sido "sparring partner", vale decir una bolsa humana de arena de algunos de los mejores pesos pesados del mundo, — contestó. — Pero siempre me han pagado bien por los golpes que he recibido. No creo que Peveril esté dispuesto a pagar tanto por el placer de pegarme. ¿Comprende?

Budd no añadió que después de sus tiempos de "sparring partner" había servido en Chicago con "El Tuerto" Kellory y otros jefes de pandillas igualmente notorias, hombres que mataban a la vista y paciencia de las autoridades y hacían preguntas en investigación. Se había conducido también satisfactoriamente en la "guerra" de Kellory contra "El Cicatrices" y tampoco dijo nada de eso. Había algo de particularmente altivo en su reserva.

—Nadie puede decir que yo haya tenido miedo de pelearlo, — dijo Budd, sonrosándose. — Pero eso no impide que sepa cuando me la van a "dar". ¿Comprende?

—Si quiere seguir mi consejo, Jill, — dijo el hombre del traje de etiqueta, — termine con Peveril antes que tenga ocasión de hacernos daño. Debe ser fácil...

El hombre en la sombra fué acometido de una risa divertida. La noche estaba tibia y todas las ventanillas del auto se hallaban abiertas. Oía todo lo que decían. Estaba parado tan cerca del auto que podía tocarlo, extendiendo una mano. Pero dió dos pasos más adelante.

La joven dijo con frío desdén, como si estuviera tratando con un niño malhumorado:

—Si cree ser usted más feliz cuando lo haya eliminado...

—Lo seré, — dijo Esteban Weald descaradamente. — Se que siempre se exagera; pero los cuentos que he oído sobre Peveril no me hacen feliz. Es misterioso. Dicen...

Las palabras se ahogaron en su garganta con una especie de sollozo, tanto que los otros dos lo miraron rápidamente, aunque no podían ver su rostro en la obscuridad. Pero la joven vió al instante lo que Weald había visto... la sombra, más negra, que había obscurecido el cuadrado gris de un vidrio.

Luego hubo algo más en el auto, algo vivo, además de ellos. Era extrañamente aterradora aquella momentánea certidumbre de

que algo se movía en el auto, algo que no pertenecía a ninguno de ellos. Pero era solamente un brazo... un brazo, rápido y seguro, que había penetrado por una de las ventanillas abiertas, el roce de una manga de "tweeds" que todos oyeron claramente en el silencio... y una mano que encontró una llave y los bañó en la luz de la lamparilla que estaba encima de sus cabezas.

—¿Qué es lo que dicen, Weald? — preguntó una voz, arrastrando las sílabas.

Había un dejo curioso en aquella voz. Los sobresaltó a todos antes que pudieran vencer el repentino deslumbramiento y distinguir a su poseedor, que ahora tenía la cabeza y hombros dentro del auto y se reclinaba de codos en la ventanilla. Era la voz más fría e insolente que habían oído jamás. Parecía de acero, roca y ácido. Un conjunto de fuerza, insolencia, arrogancia y áspera burla.

—¿Y bien?

Nuevamente aquella lentitud glacial. Era sorprendente lo que aquella voz podía hacer con una sola sílaba. Hería como cien cuchillos afilados, pinchaba como mil agujas, quemaba como la arena del Sahara y tenía a la vez la frialdad del Polo.

—¡Peveril!

Budd pronunció el nombre roncamente y Weald como un silbido entre sus dientes apretados. La joven curvó sus labios.

—Estábais hablando de mí, — dijo el hombre de la ventanilla.

Era una afirmación llana. Se dirigió a la joven, sin hacer caso de los dos hombres, después de haberlos barrido con una mirada. Por un breve segundo le faltó a Jill la voz, lo que la puso furiosa contra si misma. Luego:

—¿El capitán Lyn Peveril, supongo?

La cabeza de él se inclinó no más de una pulgada, en el más breve de todos los saludos.

—Exactamente, — una sonrisita desagradable se dibujó en su boca. — ¿Jill Trelawney?

—La señorita Trelawney.

—La señorita Trelawney, naturalmente, por el momento. Será usted sencillamente "Trelawney" ante el juez y en la cárcel no llevará más que un número.

Es extraordinario como una chispa de odio puede avivarse y convertirse en llama en tan infinitesimal espacio de tiempo. Un instante antes, el que había aparecido en la ventanilla nada tenía que ver con ella, si no como un miembro de la policía. Todos los de la policía eran enemigos suyos; pero no sentía animosidad especial contra Peveril... hasta entonces.

Ahora miraba al hombre a través de una niebla de odio que iba a convertirse en fuego dentro de un momento. Antes de eso, le habían fastidiado francamente los temores de Weald y Budd. Le había dicho al primero cruelmente: "Si lo hace a usted más feliz eliminarlo..." Pero sus palabras eran completamente impersonales. En cambio ahora...

Sabía ella lo que era el odio. Había tres hombres a los que odiaba, con todas sus fuerzas, con todo su espíritu. No hubiera creído que había lugar en su alma para más odio que aquellos. Y sin embargo, este odio nuevo parecía, en cierto modo, sobrepujar a los otros.

Miraba fijamente a Peveril, sin darse cuenta de nada más, grabando cada facción de su rostro en la memoria con líneas de fuego. Debía ser más alto que la generalidad, pensó, por el modo como tenía que agacharse para meter la cabeza por la ventanilla; y sus hombros estaban incómodos, tan anchos eran. Su rostro era delgado, de halcón; el cabello y las cejas negras, el cutis bronceado, facciones perfectamente cinceladas y ojos obscuros, profundos. ¡Qué ojos!

Hay severidad en los ojos grises, inescrutable fascinación en los verdes, melancolía, escasa de expresión, en los azules. Pero no hay ojos que puedan ser más tiernos que los castaños, ni más insolentes también. Los de este hombre eran castaños y miraban de un modo que era ya un insulto.

—Creo que estabáis tratando de "liquidarme", — dijo Peveril. — ¿Por qué no? Estoy a vuestra disposición.

Interrumpió el silencio sin esfuerzo... realmente se hubiera dicho que ignoraba se hubiera producido un silencio.

—Si lo que quiere es pelear, — dijo Budd prontamente, — aquí estoy. ¿Entiende?

—¡Un momento!

La joven detuvo a Budd, poniéndole una mano en el brazo, mientras él trataba de abrir la puerta.

—El capitán Peveril debe tener cerca a sus fuerzas. ¿Por qué armar alboroto?

Las cejas de Peveril se juntaron ligeramente.

—No tengo fuerzas. Nunca las he tenido. ¿No le han dicho a usted que trabajo siempre solo?

—Si me lo hubiesen dicho, — contestó la joven, — no lo hubiera creído. Usted no tiene tipo de hombre capaz de hacerse el fanfarrón sin una docena de guadias que le cuiden la espalda.

El tembló sacudido por una risa silenciosa.

—¡De veras! — exclamó. — Estoy realmente aterrado...

Los ojos insolentes miraron nuevamente a Weald y a Budd, volviendo luego a fijarse en la joven. Aquella sonrisa peculiarmente desagradable volvió a aparecer en sus bien cortados labios, mostrando dientes perfectos.

—¿Pertenecen estos dos a los "Angeles de Destrucción"?

—¿Y si así fuera? — dijo ásperamente la joven.

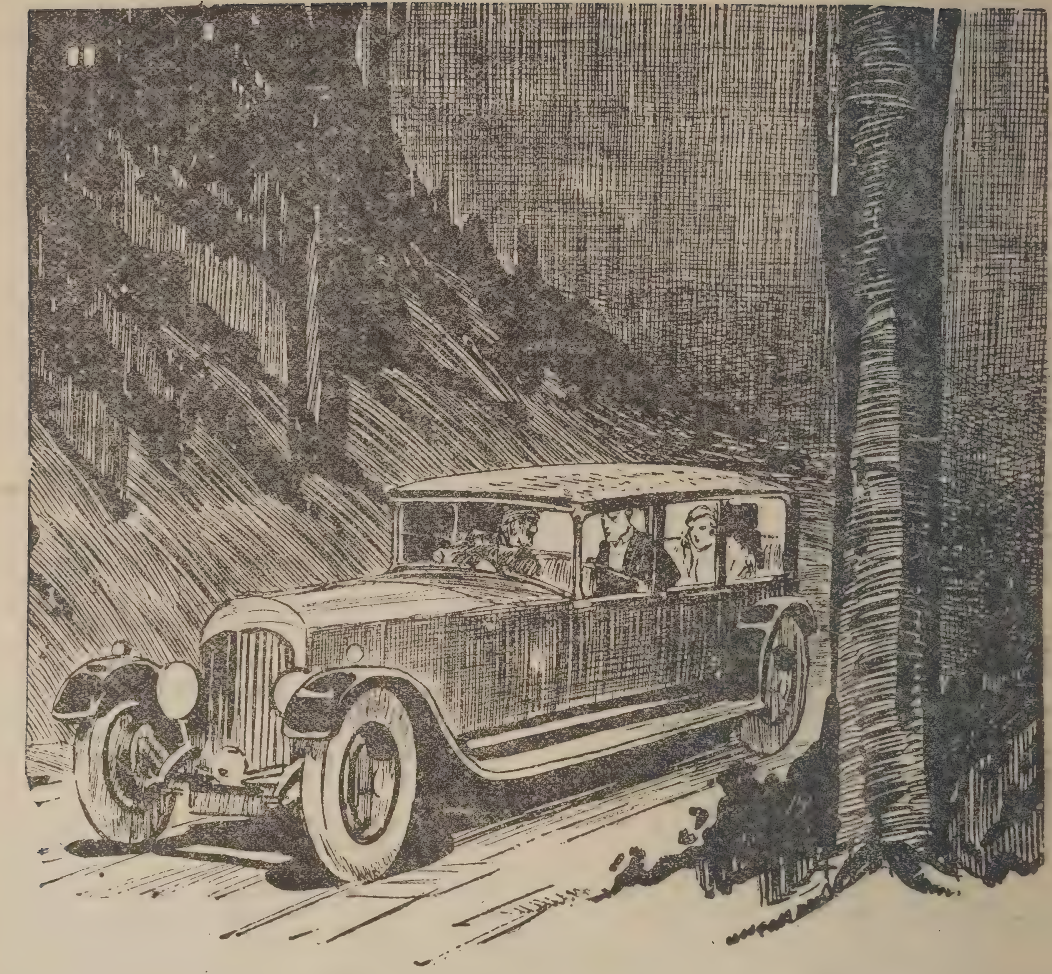
—¡Qué idea dramática!

Ella descubrió que los ojos del hombre podían expresar algo más enfurecedor que la insolencia y era complacida diversión. Un rato antes había tratado a Esteban Weald como a un niño travieso. Ahora recibía ella misma el mismo tratamiento.

—Me alegra que le guste, — dijo ella dulcemente.

—No le alegra, — dijo Peveril. — Pero dejémoslo pasar. He venido a darle un consejo.

—¡Muchas gracias!



—No hay de qué.

Señaló más allá de la joven, con su dedo moreno.

—Allá hay una casa, — dijo. — No finja que lo ignora, porque me desagradaría tenga usted que decir mentiras innecesarias. Esa casa pertenece a lord Essenden. Mi consejo es: no vaya usted allí.

—¿De veras?

—Se celebra allí un gran **baile**, — dijo Peveril sardónicamente. — No quiero que usted malogre la fiesta. Toda la riqueza del país está allí congregada. ¡Si pudiera usted ver las joyas!...

Ella abrió su cartera y mostróle una tarjeta. La colocó de modo que él pudiera verla.

—Creo que con esto podré entrar.

—¡Déjeme verla!

Se la sacó de los dedos antes de que ella se diera cuenta. Y sin embargo, no pareció habérsela arrebatado.

—Muy bien falsificada, — **observó**. — Es falsificada. Porque no la creo **a usted** capaz de conseguir una buena, **Jill**.

—Es perfectamente auténtica y haga el favor de devolvérmela.

Peveril miró el caño del automático como si viera allí algo humorístico.

La miró con perfecta serenidad a los ojos y lentamente rompió la tarjeta en pequeños pedazos, dejándolos caer por entre sus dedos sobre el piso del auto.

—Tiene usted buenos nervios, capitán Peveril, — dijo ella ella entre sus dientes apretados.

El pareció pensar seriamente en aquella sugestión.

—Nunca me han molestado. Pero para eso no se necesita mucha flema. Otra vez tendré que andar con más cuidado. En esta no ha tenido usted la resolución necesaria para tirar. Se necesita mucha para matar el primer hombre a sangre fría... Sí, creo que andaré con más cuidado otra vez.

—Hará bien, — dijo Weald **tembloroso**.

Peveril advirtió su existencia.

—¿Cómo dice?

—Digo que hará bien en tener más cuidado... la **próxima vez**.

—¡De veras? — **dijo Peveril**.

Entre la sombra de los árboles, un hombre observaba atentamente el auto de los malhechores, que fué disminuyendo su marcha poco a poco hasta que se detuvo.

Desapareció de la ventanilla; pero la ilusión de que se había ido duró poco.

Se abrió la portezuela y Lyn Peveril puso un pie en el umbral.

—¡Baje del auto! — dijo a Weald.

—Que me ahorquen si...

—Espero que lo ahorcarán algún día. ¡Baje!

Se estiró, agarró a Weald por el cuello del saco y lo puso en la calle con un solo y rápido impulso.

—Esteban Weald, traficante de drogas, "chantagista" y presuntuoso... basta para usted.

La mano de Peveril se extendió, agarró uno de los extremos de la inmaculada corbata de Weald y tiró. Aquello hubiera sido suficiente en cualquier tiempo, el gesto más sencillo de desdeñoso desafío, pero Peveril lo revistió de tan soberbia insolencia que parecía increible. Por un momento, Weald quedó estupefacto. Luego, blanco hasta los labios, pegó con ambos puños.

De un sólo empujón, Peveril lo mandó a la zanja; luego lo levantó de allí y lo metió de nuevo en el auto.

—¿El otro?...

—Si quiere usted pelear... — empezó Budd; y nuevamente la joven lo detuvo.

—No fastidie al capitán Peveril, — le dijo. — El capitán Peveril es un hombre muy valiente... con su guardia que lo espera en el camino.

Peveril levantó las cejas.

—¿Todavía con eso? — protestó. — ¿Cómo puedo convencerla?

—No se moleste en hacerlo, — contestó ella. — Pero si quiere ir al No. 97 de la calle Belgrave, mañana a las tres de la tarde... estaremos allí.

—Yo también, — dijo Peveril alegremente. — Y le doy mi palabra de honor de que iré sólo.

Sostuvo la mirada de la joven un momento y luego se alejó; pero, pocos segundos después volvió otra vez y el arranque automático crujió bajo su pie.

—A propósito, — dijo tranquilamente, — tengo que prevenirla que mañana recibirá usted una citación por haber estado detenida aquí tanto tiempo con los faroles apagados. Crea que lo lamento.

Se quedó parado junto al camino. Peveril vió alejarse las luces del auto, hasta que se perdieron de vista. Quizá se estaba riendo. Quizá no. Pero ciertamente se divertía. El capitán Lyn Peveril acostumbraba a divertirse, así ceñudo y silencioso. Llevaba en su mente un vivo recuerdo de los ojos azules, obscurecidos por la ira, de la cabeza dorada, que se inclinaba con inimitable desafío, del odio implacable retratado en el rostro más hermoso que había visto en su vida. Jill Trelawney podía haber sido una salvaje diosa escandinava, pensó, cabalgando ante las Walkirias con su dorado cabello al viento.

En cambio, conducía a los Angeles de Destrucción, lo que, — admitió Peveril, — era una substitución muy práctica.

"LOS ANGELES DE DESTRUCCION"

En el bajo fondo se había mencionado a Los Angeles de Destrucción sólo desde hacía cuatro o cinco meses. No era más que un rumor, una historia susurrada, de modo que el prosaico Departamento de Investigaciones Criminales tenía que reunir muchos granos de sal. La mente de los malhechores es afecta a esos títulos teatrales.

El ochenta por ciento de los crímenes tienen su origen en la vanidad. Los criminales son los más vanos de los hombres. Un delincuente, cuyo apodo fantástico se hace popular por las noticias publicadas en los diarios durante su juicio, se siente en parte compensado por la sentencia que lo codena a la cárcel.

"Angeles de Destrucción", era un título típico. Era también la primera y única vez que los "Angeles" se nombraban en la crónica del crimen.

Había cierto Fernando Dipper, bien conocido por la policía bajo una variedad de nombres, que había ganado dinero bailando. Es decir que damas divertidas, de cierta edad, le pagaban salarios razonables como compañero de baile profesional y más tarde sumas irrazonables para que no hablara sobre las situaciones equívocas en las cuales se habían encontrado.

Dipper era hábil y sus víctimas tontas: por consiguiente, la sociedad tuvo que soportarlo en silencio; pero una vez, una mujer menos tonta que las demás, se arrepintió de su estupidez, al día siguiente de haberle dado a Fernando un cheque al portador por 2.000 libras y un detective tocó el hombro del bribón cuando ponía el pie en la planchada del 'Doncella de Thanet", en Dover.

Volvieron juntos a Londres por el próximo tren; pero el detective, que era humano, aceptó un cigarrillo de una hermosa mujer, que entró al compartimiento donde ellos viajaban a pedir fósforos. Un portero lo despertó en Victoria y una semana después Fernando le mandaba una tarjeta postal y sus cariños desde Algeciras. A su debido tiempo, los informes que llegaron al Departamento, por los conductos que siguen siempre esas noticias. El informe hablaba de "Los Angeles de Destrucción". Ningún crimen se comete sin que casi todos los miembros del bajo fondo sepan quién lo hizo; pero la tarea del Departamento de Investigaciones Criminales no es más fácil porque seis distintas fuentes de información señalan con igual seguridad a seis personas diferentes. Sin embargo, había en este caso cierta unanimidad; pero el I. D., que nunca había oído hablar de los "Angeles de Destrucción", se encogió de hombros y pensó cómo se las habría arreglado Fernando.

Tres semanas más tarde, Jorge Callon, bandido de automóvil, mató a un policía en la calle Regent, mientras huía, después de cometido un asalto, a las tres de la mañana y su escapatoria tuvo éxito. Pero la policía tenía informes secretos acerca de Gallón y al día siguiente tres hombres armados se dirigieron con toda cautela a un pequeño cottage en los brezales de Yorshire para sorprenderle durmiendo.

Al día siguiente, una carta firmada por los Angeles de Destrucción, llegó a Scotland Yard, relatando un suceso. Los tres hombres fueron hallados y puestos en libertad. Pero no encontraron a Gallon. Los tres policías contaron que el cuarto donde habían sido hallados debía estar saturado por algún gas soporífero e inodoro. El comisario frunció las cejas y no se sintió complacido por cierto cuando recibió una carta que Gallon le dirigió desde cierta obscura República sudamericana.

Pero pasaron más de tres meses, durante los cuales el nombre de los Angeles de Destrucción se hizo cada vez más amenazador, antes que las autoridades superiores citaran al comisario para que concurriera a la Rama Especial. No fué de muy buena gana, porque era muy celoso del prestigio de su propio departamento; pero las autoridades superiores lo ordenaban y había que obedecer. Le mandaron a Lyn Peveril.

—El jefe parece ser una muchacha llamada Jill Trelawney, — dijo el comisario. — Hay algunas fotografías de ella en el archivo. Se nos escapó la semana pasada, después que los Angeles nos malograron el raid en el fumadero de opio de Hard.

—Y si usted hubiera podido exhibirla junto a un policía uniformado, se hubiera bañado en aguas de rosas, ¿no?

—¡Deténgala! — dijo de mal modo el jefe

—Dentro de tres semanas, — contestó lacónicamente Peveril, y salió silbando de Scotland Yard.

Aquello había ocurrido exactamente treinta y seis horas antes de que Peveril viera a Jill por primera vez.

A las tres en punto del día siguiente, después de haberla encontrado, Lyn Peveril se dirigió hacia la calle Belgrave, lo hicieron entrar en el número 97, subir una escalera y pasar a la sala. Si posible era, Peveril tenía más aspecto de halcón y de insolencia a la luz del día que de noche. Weald y la joven lo esperaban.

—¡Buenas tardes! — dijo Peveril.

Pronunció las convencionales palabras de saludo con arrogancia infinitamente burlona. Se divertía a su modo. Juzgaba que los pensamientos de aquellos dos durante la noche y la mañana precedentes no habrían aumen-

tado el afecto que sentían por él. Y aquello lo divertía.

—¡Lindo día! — continuó.

—Casi no lo esperábamos, — dijo la muchacha.

—Se equivocó usted, — replicó Peveril tranquilamente.

Tiró su sombrero sobre una silla y miró hacia la puerta que se había cerrado detrás de él.

—No me gusta su mayordomo, — le dijo. — Supongo sabe usted que Federico Wells tiene antecedentes pésimos. ¿No teme que se le alce con la vajilla de plata?

—Wells es un criado excelente.

—¡Espléndido! ¿Y cómo está Budd?

—Ha salido en estos momentos; pero regresará.

vo toda la furia que la noche anterior le había causado Peveril.

—Pienso, — dijo con forzada tranquilidad, — porque no lo ha asesinado nadie, señor Peveril.

—Han intentado hacerlo algunos y han fracasado, — dijo Peveril ásperamente. — Pero todavía hay esperanzas.

Parecía gozar con la idea. Era claro que su detestable modo no era natural en él, sí no que ofendía deliberadamente. Había hecho de la descortesía un arte y exhibía su obra maestra con sombrío entusiasmo.

—¿Por dónde andan esta tarde los Angeles? — preguntó.

—Están, — ella movió vagamente la mano, — aquí y allá.

—¡Dichosos ellos! ¿Puedo sentarme?

Uno de los malhechores lanzó un grito al ver encenderse la luz del auto y aparecer una sombra en la ventanilla.

—¡Espléndido otra vez! — los ojos insolentes estudiaron a Weald de pies a cabeza. — ¿Y qué cargo ocupa este fenómeno en el establecimiento? ¿Despensero?

Weald se mordió los labios y no contestó. Tenía una tira emplástica, sobre el machucón y cortadura de la barba, suficiente para recordarle que un hombre como Peveril es muy capaz de confundir la violencia física con la respuesta espiritual. Weald se sentía prudente.

—El señor Weald es amigo mío, — dijo la joven, — y le agradecería se abstuviera de insultarlo en mi casa.

—No hay nada que agradecer, — contestó Peveril. — ¡Disculpe!

Y logró hacer de la disculpa un nuevo insulto.

La joven tuvo que recurrir a todo su dominio de si misma para conservar la calma exterior. Interiormente sentía hervir de nue-

—Pienso que...

—¡Gracias! — se sentó. — Por mí no deje de pensar.

Ella agarró un cigarrillo de una cigarrera próxima y lo colocó en larga boquilla de ámbar. Weald le dió un fósforo.

—Olvidó usted pedirme permiso, — dijo Peveril. — ¿Qué modales son esos, Jill?

Ella se dió vuelta en la silla, con un movimiento más brusco de lo que deseaba.

—Si la policía ha decidido molestarme, — dijo, — le quedaría agradecida me mandara para hacerlo un caballero.

—Lo siento, — dijo Peveril. — Pero nuestros caballeros están todos acupados molestando a las damas. El jefe pensó que yo sería bastantes bueno para usted. Sin embargo, le trasmitiré su queja cuando vuelva.

—Si vuelve...

—Volveré esta tarde, — dijo Peveril. — Y no sentiría que me quitara esta tarea. Mi especialidad son los supercriminales hombres; el andar tras chiquillas tontas, como

usted, me parece perder tiempo. ¡Charla ociosa!

Weald intervino desde el otro extremo de la habitación.

—Jill, ¿por qué pierde tiempo?

—La divierte, — dijo Peveril. — Cuando haya terminado de divertirse nos dirá por qué me hace perder el tiempo aquí. No caí en una trampa al entrar en el hall. No quedé electrocutado al tocar la baranda. Ningún aparato mecánico me hirió en la cabeza cuando pisé el décimo tercero escalón. No fuí herido por ninguna pistola de resorte al subir. ¿Dónde está su ingenio?

—¡Capitán Peveril!...

—Naturalmente que su mamá fué americana. ¿Ha heredado el acento de ella o actuó en el cine parlante?

Peveril gozaba. Jill se vió obligada a reconocer la exasperante verdad de que jugaba con ella. Al menor signo de resentimiento de la joven, él se apuntaba un tanto, tan claramente como si lo hubiese escrito en su pizarrón.

—Capitán Peveril, me dió usted su palabra de honor de que vendría solo hoy.

—¡Qué raro! ¿Y usted lo creyó?

—Estaba pronta a creerlo.

—Niña... me sorprende usted.

Levantóse y se dirigió a la ventana con largas zancadas. Desde allí la llamó, mientras miraba hacia la calle, por detrás de las cortinas.

—¡Venga aquí!

Ella vino, después de una pausa, con fastidiosa languidez; pero era imposible hacerle demostrar a él la menor impaciencia.

—¡Mire!

Señaló hacia abajo con dedo desafiante.

—¿Ve y oye cantar a este hombre "Rosa en Pimpollo"? Está esperando que yo salga y le diga que puede volverse a su casa. ¿Ve, más allá, ese otro con el carrito de helados? Está de guardia. ¿Y el otro que vende diarios? También es de la fuerza. Usted dijo que yo no andaba sin escolta y decidí darle motivo para hablar. Hay diez de mis hombres alrededor de este edificio.

—Lo lamento. Pensé que su palabra de honor valía algo; pero ahora...

—Estará mejor enterada para otra vez, ¿no? — La diversión brillaba en sus ojos como chispas de pedernal. — ¿Qué broma me tenía preparada? ¿Me espera Pink Budd en el hall de abajo con un puñado de "angelitos"? ¿O no tiene usted más que apretar un botón para que funcione la escotilla, la baranda eléctrica o la pistola mecánica en el décimo tercero escalón?

Ella lo miró ahora sin el menor esfuerzo para ocutar su ira, convertida en una hermosa tigre.

—¡Se cree us .d muy ingenioso, Peveril!

—Estoy seguro de serlo.

—Se cree...

—Lo soy a menudo y de un modo brillante. Antes de entrar, le di un puntapié al felpudo y vi la trampa. Siempre sospecho de las barandas, en una escalera interior. Y el décimo tercero escalón bajó una pulgada con mi peso. Así que me agaché. Pero nada ocurió. Es una suerte para usted que haya sido así, dadas las circunstancias, ¿no le parece?

Era maravilloso pensar que aquella muchacha no tenía, según los informes oficiales, más que veintidós años. Lyn Peveril la trataba como una chiquilla petulante porque lo divertía. Pero en aquel momento reconoció que su cólera era real, sin nada de infantil en ella. Claro que se guardó este descubrimiento para sí.

—Nadie le impide volver junto a su escolta, Peveril.

—No creí que nadie me lo impediría.

Miró su reloj.

—Me esperan dentro de cinco miutos. Vine solo porque no quería chasquearla... y porque creí que tendría usted algo interesante que decirme.

—No tengo nada más... que decir.

—Pero sí mucho más que hacer.

—Posiblemente.

La sonrisa extraordinariamente desagradable de Peveril enseñó sus dientes.

—¡Sí — murmuró con tono caústico, — su padre pudiera oír tan tan dulces palabras salir de sus hermosos labios!

—Deje a mi padre fuera de la cuestión.

—Quisiera usted que yo lo dejara. Pero no puede obligarme a ello.

Los ojos de ella adquirieron una dureza nueva.

—Mi padre fué acusado injustamente, — dijo en voz baja.

—Se hizo la debida investigación. ¿Cree que se destituye sin motivo a un comisario de policía? ¿Y es acaso eso una excusa para todo lo que usted hace?

—Me proporciona satisfacción.

Su voz tenía un acento de pasión tan profunda que por un momento Peveril se convirtió en oyente serio. Ella no había nunca bajado los ojos ante la mirada insolente de él y ahora la afrontó más desafiante que nunca. Jill continuó en voz baja, apasionada.

—El dolor lo mató. Bien sabe usted que sólo fué eso. Y murió negando la acusación.

—¿Así que cree usted tener derecho a vengarse, por esa causa, del departamento de policía?

—Lo condenaron por un delito que nunca había cometido. Y el lodo sigue adherido a mí, un año después de su muerte. Así que yo les daré motivo para que me condenen por algo.

—Erró usted su vocación, — djo Peveril con voz cantante. — Debió dedicarse a escribir novelas policiales. "Venganza" o "Los Angeles de Destrucción". ¡Qué éxito!

Se dió vuelta, a su manera brusca, y agarró su sombrero de encima de la silla. Weald estuvo a punto de decir algo; pero se encontró con la mirada directa e interrogadora de Peveril y guardó silencio. Peveril volvió a mirar a la joven.

—Me voy, — le dijo. — Nos volveremos a ver muy pronto. He prometido arrestarla a usted en el término de tres semanas y ya han transcurrido dos días y medio. Pero lo haré... no tenga miedo.

—No tengo miedo, capitán Peveril. Y la próxima vez que me de usted su palabra de honor...

... Agarró a Weale por el cuello del saco y lo puso en la calle con un rápido impulso.

—Sospeche de todo lo que diga, — le contestó Peveril. — Tengo momentos en que soy muy astuto, como usted se enterará. ¡Buenas tardes!

Salió, dejando la puerta abierta y bajó la escalera. Vió a Pinky Budd parado en el hall, con seis hombres alineados impasiblemente detrás de él; pero se hubiera necesitado algo más que eso par hacer vacilante el paso de Peveril.

La joven habló desde lo alto de la escalera.

—El capitán Peveril se va, Budd. Sus hombres lo están esperando afuera.

—¡Mala suerte, Pinky! — dijo Peveril.

Se dirigió directamente a la puerta y la guardia no se movió.

Solamente Budd se opuso a su paso. Peveril se detuvo delante de él.

—¿Se coloca en mi camino, Pinky?

Budd lo miró con ojos achicados y brillantes. Parados, eran de la misma altura; pero Budd le hubiera llevado un par de pulgadas, si hubiese enderezado sus grandes y encorvados hombros. Sus largos brazos colgaban a los costados y sus puños, como martillos, se apretaban.

—¡No! No me pongo en su camino. Pero ya nos veremos otra vez, Peveril. ¿Entiende?

—Entiendo.

La mano de Peveril se apoyó plana en el pecho de Budd y lo apartó. Peveril se dirigió hacia la puerta.

A pocos pasos se detuvo y colocó media corona sobre el organillo callejero.

—¿Sabe usted una canción titulada "¿Un adiós"? — preguntó al cantor.

—Sí, señor, — contestó el hombre. Se encaminó a Buckingham Palace Road, no bien oyó los primeros compases de la música y su alejamiento fué observado con vengativos ojos desde la ventana de la sala.

—Lo dejó usted ir, — dijo Weald haciendo pucheros. — Lo teníamos en nuestro poder.

—No sea imbécil, — dijo ásperamente la joven. — Sólo vino para ver si podía tentarnos a hacer alguna tontería. Si la hubiésemos hecho, se hubiera divertido en grande. Yo le pedí que viniera para saber algo más de él... para el futuro. Es...

—¿Qué está cantando ese maldito organista?

Escucharon. El trovador, estimulado por la generosidad de Peveril cantaba con toda su alma.

"Quizá... a... a... a mi londa... a... a... a... niña... a... a... a... — No tengo... o... o... o... o... que... o... o... ofrecerte... o... o... — Excepto... o... o... un buen... en... en... consejo... o... o... — Se buena... a... a... a... mi niñita... a... a... — Hasta... a... a... que vuelva a ve... e... erte..."

—Vi a Peveril hablarle...

—¡Cállese, idiota!

Sonó el timbre del teléfono.

—Vea quién es, Weald... No, déjeme atender a mí.

No había necesidad de preguntar a quién pertenecía la voz que llegó a través de la línea.

—¡Hola!

—Sí... ¿El capitán Peveril?

—El mismo. Haga el favor de decirle a los Angeles que no molesten al pobre caballero de la voz asesina. No me conoce y probablemente nunca me conocerá. Yo le previne que a veces era muy astuto, ¿no es cierto?

Ella colgó el tubo pensativa sin hacer caso de las preguntas de Weald.

El músico de abajo, inspirado, repetía el último verso:

"Se buena... a... a... a... mi niñita... a... a... a... — Hasta... a... a... a... que vuelva... a... a... ve... e... e... rte..."

La muchacha permaneció junto a la ventana y algo semejante a una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Nunca lo creí humorista, — dijo.

Luego la sonrisa desapareció.

—El segundo "round" para Lyn Peveril, — dijo suavemente. — Y ahora... creo que empezaremos de nuevo.

ASESINATO FRUSTRADO

Si hubiera sido posible averiguar los pasos de Los Angeles de Destrucción, durante las diez y ocho horas que siguieron a la partida de Lyn Peveril de la casa de la calle Belgrave, se hubiera observado una concentración de fuerzas en el distrito del Sudoeste, donde Peveril tenía un piso muy cómodo, en la Puerta de la Reina.

Puede pensarse que Puerta de la Reina era un sitio excéntrico como habitación de un policía; pero Peveril era un policía excéntrico también. En realidad, nunca había sido policía, en el sentido estricto de la palabra, porque no llevaba uniforme y en verdad era uno de los pocos hombres de Scotland Yard a quien no se exigía esa formalidad. Por lo demás ni las averiguaciones más insistentes podían revelar el rango o profesión definida de Peveril.

Parecía tener a su disposición todo el dinero que un hombre puede razonablemente desear. Y sus idas y venidas eran cuenta suya. Ni siquiera sus superiores inmediatos hubieran podido satisfacer las preguntas que un investigador minucioso hiciera respecto a Peveril.

No es que éste se preocupara de disimular en lo más mínimo. Si hubiera sabido que lo consideraban misterioso, se hubiese divertido, a su sombría y sardónica manera. Hacía la tarea que se le encomendaba sin importársele los sentimientos y opiniones del mundo y sólo parecía desolado cuando le faltaba una provisión de víctimas en quienes ejercitar su humorismo mordaz.

Una cosa, sin embargo, lo molestaba y era que le trajeran asuntos para las horas que había señalado para su descanso y recreo. A las diez de la noche del día siguiente a su visita a la calle Belgrave, por ejemplo, cuando se hallaba absorto en la lectura de un volumen de filosofía de un autor alemán, sintióse muy fastidiado al sentir que detrás suyo una bala rompía el cristal y pegaba en el techo, haciendo caer un pedazo de cielo raso.

Se puso de pie con un suspiro. Una mirada a la rotura en forma de estrella, del cristal, lo mismo que la marca en el cielo raso fueron bastante para revelarle que el tiro había sido disparado desde la calle. Peveril sus-

Peveril alzó tranquilamente la cabeza al oír que una bala estrellaba el cristal.

piró otra vez. Había algo que lo molestaba más aún que el ser interrumpido en las horas que no eran de trabajo: el que lo tomaran por zonzo.

Miró alrededor de la habitación y eligió una carabina abollada, reliquia de una guerra más severa que aquella. Luego apagó la luz. Volviendo junto a la ventana se arrodilló, quedando bajo el nivel del antepecho, y levantó la persiana inferior.

En un lado de aquella abertura, colocó la carabina, sujeta en el respaldo de una silla. que arrastró con el pie. Y esperó los acontecimientos con amable interés.

No pasaba ningún peatón por la acera opuesta en aquel momento; pero un gran auto se deslizaba lentamente junto a la acera, un poco más abajo. El segundo tiro pegó en la carabina, produciendo un ruido de campana.

Ninguno de los tiros disparados desde afuera habían sido acompañados por detonación; pero Lyn Peveril no estaba dispuesto al silencio. Vació un automático, lo cargó nuevamente y descendió la escalera.

Su criado vino a su encuentro en el hall

—Cuente hasta diez y luego abra la puerta de calle... pero tírese al suelo al hacerlo, — le ordenó Peveril y él siguió bajando al subsuelo sin explicar cómo tenía que realizar el otro aquella prueba.

Estaba en mitad de los escalones cuando la puerta empezó a abrirse.

Peveril no tenía miedo por el hombre que abría la puerta porque el ex sargento Chickwee[illegible] muy capaz de entender una orden

dada hasta en monosílabos. Tampoco tenía nada que temer del ágil pistolero que le malograba su noche de descanso. O bien se trataba de un auto común, en cuyo caso el pistolero estaba herido, si Peveril sabía algo del arte de tirar contra automóviles, o bien de un auto extraordinario, forrado con media pulgada de chapa de acero y en tal caso, el pistolero no estaría herido. De cualquier modo, si se trataba de un duelo a pistola...

—¡Diablos! — murmuró Peveril y bajó la cabeza rápidamente.

Estaba preparado en cualquier momento para hacer frente a las pistolas comunes. El mismo se juzgaba un buen tirador y, si los relatos de Budd acerca de sus proezas no eran ligeramente exagerados, no estaba muy lejos de la verdad. Pero había otra clase de pistola, a la que, antes de contestar, se tomaba Peveril tiempo para hacer una profunda inspiración. E indudablemente era una pistola de esta clase que enviaba una granizada horizontal de plomo, suficientemente cerca de donde Peveril se hallaba, para que no resultara desagradable.

Peveril levantó nuevamente la cabeza y al hacerlo el fuego cesó. El auto emprendió velozmente la marcha y se alejó en la obscuridad.

Peveril, parado en la acera trató de tirarle a uno de los neumáticos; pero alguien lo detuvo.

—¡No se muestre más idiota de lo que es! — gruñó y el cabo, reconociéndolo, lo soltó, tartamudeando una disculpa.

—Fué un auto, señor...

—Me sorprende usted, — dijo Peveril con ironía. — Creí que era una manada de camellos. — ¿Por dónde tomó?

El policía señaló con la mano. Peveril, encogiéndose de hombros, volvió a entrar en la casa, abriéndose paso entre un núcleo, cada vez más crecido, de gente.

Encontró a Crickweed que se enjugaba la oreja con un pañuelo manchado.

—¿Está herido?

—No, señor. Fué una astilla de madera. Tiraban muy bajo.

—Duele más en el estómago, — dijo Peveril enigmáticamente y subió las escaleras.

La persecución del auto, desde el cual habían disparado con una pistola ametralladora, no era asunto de Peveril. Podía ser realizada por los agentes de policía eficazmente o... no, porque era seguro que habrían cambiado la chapa del automóvil varias veces. Sin embargo el suceso hizo pensar a Peveril.

Cuando Carris, el ayudante del comisario, lo visitó más tarde en busca de informes, Peveril no dió señales de preocupación.

—Fué idea de Budd, naturalmente. El ha visto hacer esas cosas en Chicago. Pero las pistolas ametralladoras, en las calles de Londres, son algo novedoso.

—Parece que lo consideran a usted importante.

—Tienen algún resentimiento personal contra mí, — confesó inocentemente Peveril.— Yo esperaba una demostración así... Tuve algunas palabras fuertes con Jill Trelawney ayer. ¿Quiere un cigarrillo?

—¡Gracias!

El comisario se sirvió. Era un hombre canoso, de facciones duras, que había subido desde los últimos peldaños en su carrera. Tenía la brusca taciturnidad de los hombres que se han levantado debido únicamente a su esfuerzo.

—¿Cómo lo atacó ella?

—No me atacó, — dijo Peveril perversamente. — Aunque lo hubiera hecho, si yo no logro escaparme por una astuta treta. Es una dulce niña.

—Encantadora, — convino irónicamente el comisario. — ¡Tan gentil! ¡De maneras tan cariñosas...!

—¿La conoce usted?

—No; pero conocí a su padre, naturalmente.

—Yo estaba en la India en ese tiempo. Haga el favor de contarme la historia de nuevo.

Carris se acomodó en la silla.

—Empezaré por decirle que Trelawney juró todo el tiempo, que le habían tendido un lazo, que era inocente. Dijo la misma cosa al jurado. Después de todo, no le quedaba otro medio de defensa, porque fué agarrado con las manos en la masa y no podía haber otra explicación, fuera de su culpabilidad.

—¿Cómo fué la cosa en detalle?

—Los planes de la policía se sabían siempre. Los allanamientos fracasaban. El comisario en jefe nos encargó a mí y a otro superintendente, — éramos los que teníamos foja de servicios más antigua, — que hiciéramos un allanamiento, por sorpresa, el jueves a la noche. El jueves por la mañana se hizo correr por la Yard la noticia de que el "raid" se efectuaría el sábado. Lo realizamos el jueves sin tropiezos, agarrando una pandilla, que se nos había escapado antes dos veces. Luego dejamos dos hombres en la guarida, uno en el teléfono y otro en el buzón. Por el primer correo del viernes de mañana llegó una carta. No tenía más que una palabra escrita a máquina: "Sábado". Era un papel oficial, cuyo encabezamiento estaba cortado. Examinado por los peritos quedó probado que procedía de la máquina de escribir de la oficina de Trelawney.

—Cualquiera pudo haberla usado.

—Traía la carta sello de correo de Windsor. Trelawney fué a Windsor para una consulta el jueves... y fué solo.

—No es prueba, — dijo Peveril. — Un cómplice pudo haberla echado.

—Ya lo sé. No era una prueba definitiva; pero si un indicio. Observamos a Trelawney nosotros mismos. Andábamos persiguiendo a Waldstein. Siempre fué escurridizo y en aquel tiempo sospechábamos que hacía desaparecer a una muchacha, — para dedicarla a un comercio infame, — por semana, como promedio. Lo hacía por medio de la Agencia de Conciertos Pan Europea, una de sus más provechosas instituciones. Pero era hábil y nunca aparecía personalmente; no se le podía probar nada.

"Entonces yo tuve una inspiración. Sugerí al jefe que le contara a Trelawney que íbamos a detenerlo a Waldstein, porque uno de sus hombres había cantado. Vió la conveniencia de mi idea y la aceptó. Le contó a Tre-

—Ahora, Pinky, vamos a pelear, — dijo Peveril.

lawney el cuento, como lo hacía con otros asuntos. Según él, Waldstein estaba en París y la Sureté se había encargado de interceptar las cartas, telegramas y llamados telefónicos que se le hicieran, así que nadie podría prevenirlo. Que uno de nuestros hombres iba a detenerlo a la mañana siguiente. Y a la mañana siguiente, muy temprano, Trelawney alquiló un aeroplano especial y partió para París.

—¡No puede ser!

—Lo hizo. El jefe y yo habíamos esperado precisamente eso. Lo alcanzamos con otro aeroplano más rápido y lo seguimos desde Le Bourget hasta el hotel de Waldstein. Cuando le oímos preguntar por Waldstein en la oficina, el jefe púsole la mano en el hombro.

—¿Y?

—Nunca he visto flema semejante. Parpadeó un poco cuando nos vió al jefe y amí; pero, desde entonces, no movió un músculo. Fuimos a una habitación privada y allí el jefe le dijo que su juego había terminado.

—¿Qué juego? — preguntó Trelawney.

—¿Qué hace usted aquí? — preguntóle a su vez el jefe.

—Lo que me dijo usted que hiciera.

—Yo no le dije que viniera aquí.

"El jefe dijo que Trelawney se puso un poco pálido; pero yo no lo noté. Sea como fuere, la explicacón de Trelawney fué que el jefe lo había llamado por teléfono aquella mañana y le había dicho que se encargara de detener a Waldstein, porque podía haber algunas dificultades con la policía francesa y Waldstein huiría durante la discusión. Le preguntamos por qué no había ido primero a

Quay d'Orsay a presentar sus papeles y contestó que el jefe le había dicho que detuviera a Waldstein primero y discutiera después.

—¿Y luego?

Carris se encogió de hombros.

—Después de eso, todo quedó terminado.

—No comprendo, — dijo Peveril. — Si Trelawney era culpable, ¿por qué iba a contarle semejante cuento precisamente al hombre que sabía no era verdad?

—Viveza, — dijo el ayudante del comisario. — Pensó en la posibilidad de que lo descubrieran y preparó su defensa; le habían tendido un lazo. Esa historia era lo mejor que pudo inventar. Le preparaba el terreno para cuando se abriera su caja de depósito donde se encontraron, entre otros, billetes de banco que se averiguó pertenecían a Waldstein.

—¿Y cómo explicó eso?

—No pudo explicarlo.

—¿Y luego?

—El jefe decidió no armar escándalo. Por una parte hubiera sido difícil obtener una condena, porque no podíamos mezclar en el asunto a Waldstein. Este, a los ojos del mundo ignorante, era un ciudadano perfectamente respetable, como lo es hoy. Así que no había razones legales para que no pudiera darle dinero a Trelawney. Se le pidió, pues, simplemente a éste la renuncia y murió un mes después. No me gusta pensar que, aunque indirectamente tengo yo mi parte de responsabilidad en su muerte, ni aun tratándose de un bribón.

Peveril arrimó el cenicero.

—Y, sin embargo, — dijo, — parece haber sido todo muy casual. ¿Por qu fué Waldstein el cebo apropiado? ¿Y cómo cayó Trelewney con tánta facilidad en la trampa?

Carris se encogió de hombros.

—Waldstein era hombre apropósito para servir de cebo. Corrimos un riesgo. Si hubiéramos fracasado, habríamos recurrido a otra cosa. Pero si Waldstein era cebo acertado, Trelawney no dejaría de caer en la trampa. Cuando un hombre acepta dinero como soborno no abandona a sus clientes. Si lo hace, pueden delatarlo. El que Waldstein estuviera en París creó una situación apurada a Trelawney; pero tenía que arriesgarse. No sabía él cuanto. En circunstancias ordinarias, hubiera salido bien. Pero ignoraba que había ya ciertos indicios contra él, no sabía que era seguido. Y no podía sospechar que había contra él pruebas suficientes como para abrir su caja de depósito.

—¿Tenía enemigos particulares?

—No más que cualquiera otro policía de fama.

—¿No recuerda haberle oído mencionar algún nombre?

Carris se tiró del bigote gris.

—¡Cielos! No sé.

—¿El nombre de Essenden, por ejemplo?

Era un tiro en la obscuridad; pero formó dos líneas adicionales en la arrugada frente de Carris.

—¿Qué le hace pensar eso? — le preguntó.

—No lo pensé. Me cayó de las nubes. Pero Jill se dirigía a lo de Essenden la primera vez que la encontré. Y fué la primera vez que los Angeles se dejaron ver antes de un arresto. ¿Comprende?

—Pero estaban allí para protegerlo a Dyson. Seguramente es razonable que crean más fácil impedir el arresto de un hombre que rescatarlo después de detenido.

—Lo sé. Sin embargo, me da que pensar.

Continuó pensando algún tiempo, después de haberse retirado Carris y se llevó sus pensamientos a la cama.

Quizá le habían tendido un lazo a sir Francis Trelawney. Si así era, se hizo brillantemente. Si no habían ocurrido las cosas de ese modo... Bueno, era muy natural que una muchacha como Jill se negar a creerlo. Sea como fuere, los errores del caso Trelawney nada tenían que ver con los de Jill.

En los cinco meses anteriores una docena de presos valiosos habían sido rescatados de entre los brazos mismos de la ley, — aunque esos brazos tienen fama de ser largos, — y el modo como fueron salvados revelaba un conocimiento tan extenso de los procedimientos policiales que a veces se pensaba en una reorganización completa del departamento de investigaciones policiales, como única alternativa frente a un completo fracaso. Estas cosas coincidían con críticas violentas de los diarios a la policía, las cuales agriaban y envejecían a los comisarios y superintendentes antes de tiempo. Aquello no podía continuar.

Peveril comprendió que en un futuro próximo o los Angeles de Detrucción o él tendrían mal fin.

Convencido de esto, Peveril se bebió su café negro, como desayuno, y mandó el informe a la hora del almuerzo.

—Por lo menos, — dijo a Carris, — estoy reuniendo pruebas para un caso contra los Angeles.

—¡Cómo si no hubieran hecho nada antes! — exclamó el comisario sarcásticamente.

—En realidad, no, — dijo Peveril moviendo la cabeza. — Han asaltado a la policía, obstaculizado su acción... Pero le digo que, a pesar de todo, sólo podría usted acusarlos por delitos menores. Pero no por tentativa de asesinato...

—O por asesinato completo, — dijo Carris alegremente.

III

UNA SEGUNDA ENTREVISTA

Dyson, "El Escurridizo", había cantado. Peveril tuvo que admitir que sólo una feliz casualidad le había permitido pisarle tan pronto la cola a los Angeles de Destrucción. "El Escurridizo" había sido arrestado por andar merodeando una noche, y cuando lo registraron halláronle una valija de cuero conteniendo herramientas de ladrón.

Sucedió que Peveril estaba en la estación de policía de Cannon Road en esos momentos y presenció el registro.

—Yo estaba esperando a un amigo, — dijo Dyson. — Hablo con sinceridad.

—Habrá hablado usted con sinceridad al-

guna vez; pero de eso hace ya rato, — le dijo el inspector.

Poco después El Escurridizo, ya encarcelado, pidió hablar nuevamente con el inspector. Y éste pensó que sus declaraciones eran suficientemente interesantes como para hacérselas oír a Peveril.

—Yo le dije que estaba esperando a un amigo, — dijo Dyson, — y es mentira. Pero si me promete usted soltarme... Iba a dar un vistazo en la fiesta de lord Essenden. Había recibido un aviso de los Angeles. Encontrará usted la carta en mi cuarto. La puse en la Biblia, sobre la repisa de mi cama. Me decían que podía agarrar lo que quisiera y como quisiera. Que ellos protegerían mi retirada.

"Ahora no me ha dicho usted por qué estoy aquí; pero lo sé. Me han delatado. No se por qué deseaban embromarme; pero ha habido delación. Y me hará usted un servicio,

—No ha habido delación, Dyson, — le dijo. — Ha sido su mala suerte.

Dyson se rascó la cabeza.

—Lo creo, señor Peveril. Fué mi mala suerte. ¿Pero se acuerda de mi declaración, señor?

—Le han dado una semana de cárcel, ¿no?

—Sí, señor Peveril.

Lord Essenden vió junto a su cama un desconocido

señor, si me dice el nombre del delator.

—No lo sé, — contestó el inspector muy verazmente.

Encontraron la carta donde El Escurridizo dijo que estaba y vieron que su contenido era exactamente el que él había asegurado.

Peveril obró aprovechando aquellos informes. Fué a la fiesta de lord Essenden, sin que éste se enterara, y así se encontró con Jill, Budd y Weald. Lo que siguió ya lo sabemos.

Después de las bromas de la pistola ametralladora y de la leche, Peveril fué a ver nuevamente a Dyson y pudo darle algunos informes que no iluminaban al hombre intrigado.

—Si lo dejo salir, ¿se encargará usted de un trabajo?

—¿Qué clase de trabajo? — preguntó El Escurridizo desconfiado.

—¡Oh! No se trata de un trabajo pesado — dijo Peveril ácidamente. — No pensaría yo en pedirle a usted semejante cosa.

El Escurridizo suspiró con alivio.

—¿Cuánto quiere por un ojo negro? — preguntó Peveril.

El Escurridizo lo miró.

—Ya me ha oído.

El hombre movió nerviosamente los ojos y tartamudeó

—¿El... qué?

—¿Le he preguntado cuánto quiere por un ojo negro?

—Desea usted ponerme un ojo en compota, señor?

—Exactamente.

—¿Y cuánto paga?

—Cinco libras.

—¿Qué más tengo que hacer por esa suma?

—¿Sabe usted el modo de ponerse en comunicación con los Angeles?

El Escurridizo movió la cabeza negativamente.

—No importa, — dijo Peveril. — Creo que ellos lo oirán si usted empieza a charlar de lo que yo le hice... sin mencionar, claro está, las cinco libras. Cuente a todo el mundo que yo le pegué, porque quería hacerle cantar lo que sabía sobre los Angeles y que piensa usted arreglar cuentas conmigo algún día.

"Los Angeles no me quieren y se alegrarán de encontrar un hombre que me aborrece, como usted va a aborrecerme. Si tenemos suerte, lo enrolarán a usted en la pandilla, sin pérdida de tiempo. Luego usted me informará.

—¿Quiere decir... — murmuró El Escurridizo, — que quiere que sea su espía?

—Eso mismo.

Dyson suspiró.

—Nunca he sido espía, — dijo solemnemente. — No, señor Peveril... no puedo aceptar.

—Se le pagará, — dijo Peveril deliberadamente, — veinte libras cada informe verídico que traiga sobre lo que van a hacer próximamente los Angeles y cómo lo harán.

Dyson cerró los ojos con aire de santidad.

—Mi conciencia no me permite hacer semejante cosa, señor Peveril.

—Recuerde que puedo hacerlo condenar a seis meses desde ya, — le dijo Peveril con tono desagradable.

Dyson parpadeó.

—Si no fuera por mis principios, tendría el mayor placer en servirlo, señor Peveril.

Poco después, cuando se convenció de que Peveril no aumentaba el precio, excepto en que convino en darle diez libras en vez de cinco por el ojo en compota, logró ahogar la voz de su conciencia y aceptó. Peveril arregló de modo que fuera conducido ante el juez a la mañana siguiente y puesto en libertad. Luego él se dirigió a Scotland Yard en un taxi. Pero, por el camino, tuvo una idea.

—La ametralladora, — dijo, — fué idea de Pinky; el ácido prúsico en la leche de Weald. Falta la contribución de Jill y sería un plan astuto salirle al encuentro.

Aquella inspiración, debidamente pensada, le agradó. Dió otra dirección al chofer. La puerta de la casa de la calle Belgrave tardó mucho en abrirse a su llamado. En cambio, estuvo a punto de volverse a cerrar cuando Federico Wells conoció al visitante. Pero Lyn Peveril era muy hábil para introducirse donde no lo llamaban.

—Es inútil, Freddie, — le dijo. Y cerró la puerta por el lado de adentro.

El mayordomo ardía de rabia.

—La señorita Trelawney no está, — le dijo.

—Mentiroso, — contestó amablemente Peveril y empezó a subir.

Realmente no sabía si el mayordomo era mentiroso o no; pero le concedió el beneficio de la duda.

Su impulso fué justificado, porque Jill Trelawney abrió la puerta de la sala en el mismo instante en que Peveril apoyaba su mano en el pestillo.

—¡Hola! — dijo Peveril insolentemente.

Sus ojos brillaron divertidos al ver la llama de enojo en los de la joven, antes de que los velara con expresión fría e inescrutable.

—¡Lindo día, Jill! — observó Peveril aun con más impertinencia.

Ella se recostó contra el marco de la puerta.

—¿Se le ha escapado usted otra vez a su guardia? — preguntóle.

—Así parece, — dijo Peveril. — Sí, tomaré té. ¡Gracias! Haga el favor de telefonear a la cocina y dígales que no mezclen arsénico con el azúcar, porque yo no tomo azúcar que es inútil echarle estricnina a la leche porque tampoco la tomo. Que pongan todo el arsenal en la tetera.

Pasó tranquilamente junto a la joven y se sentó en la mejor silla. Como si lo pensara, un rato después, se quitó el sombrero.

La joven lo siguió a la sala.

—¿Está otra vez afuera su escolta?

—No sé, — dijo Peveril. — ¿Por qué no va a ver? Una vez le dije que no tenía escolta y no la tenía. Otra vez le dije que sí y no la tenía tampoco. Supongo que si ahora le digo que no he traído conmigo fuerza alguna creerá usted que es mentira.

Ella se encogió de hombros y agarró un cigarrillo de la cigarrera de plata

—¿Quiere uno?

—De su cigarrera, no.

—¿Le oí decir "no, gracias"?

—No me ha oído decir tal cosa.

La joven lo miró, a través de una bocanada de humo.

—¿Ha venido usted por negocios esta vez? — preguntó. — ¿O es su visita otra parte de la persecución oficial?

—En parte he venido por negocios, en parte por placer, — dijo Peveril conciliador. — Quiero hacerle un buen servicio, Jill.

—¿De veras?

—De veras. Deseo prevenirla. Un hombre moreno va a cruzarse en su camino. Tenga cuidado con él. Se llama Dyson El Escurridizo.

El nombre no provocó en Jill más emoción que un alzamiento de párpados.

—¿Y qué hay con él?

—Es un espía. Lo he comprado. Por una regular suma de dinero, va a tratar de unirse a vuestra pandilla y darme todos los informes que pueda obtener. Así que, ocurra lo que ocurra, no se deje engañar por él.

Ella leyó, con ojos llameantes, la melancólica diversión detrás de las facciones impasibles de Peveril.

—¿Es ésa otra de sus chistosas historias?

—Lo es, — suspiró Peveril. — En realidad, una de las mejores. ¿Sabe, Jill, que te-

mo embrollar sus ideas respecto a mí? Primero ese asunto de la escolta, ahora éste. ¿Cree usted que le digo la verdad, con la esperanza de hacerla creer que miento, o supone que he inventado un cuento para alejarla de un hombre que no quiero se acerque a usted? No puedo menos de pensar que algunas de estas preguntas le van a hacer la vida difícil en los días siguientes.

Ella golpeó delicadamente el extremo de su cigarrillo en el cenicero.

—¿Es eso todo lo que ha venido a decirme? — preguntóle pacientemente.

—No, todo no, — contestó Peveril con el también a usted. Es... Waldstein.

Ella lo miró con los ojos achicados.

—¿Y bien?

Los monosílabos cayeron como gotas de metal derretido de sus labios.

—Pensé qus usted debería perseguirlo. ¿Tiene inconveniente en decirme si estoy en lo cierto?

Ella hizo, lentamente, un movimiento de cabeza afirmativo.

—Tiene usted mucha razón, señor Peveril.

El no pareció conmoverse por su tono desafiante.

La expresión del detective no cambió al verse atrapado

mismo tono deliberadamente ofensivo que hubiera raspado, como papel de lija, los nervios de cualquier persona menos dueña de sí que Jill. — Deseaba preguntarle una cosa... respecto a su padre.

Ella lo miró.

—¿No le he dicho ya, — dijo con acento peligroso, — que deje a mi padre fuera de la cuestión?

—Lo sé, — contestó Peveril. — Y yo le he dicho a usted que hablaré de quien me parezca. Y ahora escuche. He estado haciendo algunas averiguaciones respecto a su padre y me he encontrado con un nombre que me resulta interesante. Quizá le interese

—Es esa una de las cosas más razonables que le he oído decir, — observó. — En realidad, si se limita a observar y a perseguir a Waldstein tendrá para usted misma y para los demás mejor resultado que lo que está haciendo ahora. Si a su padre le tendieron un lazo para arruinarlo, Waldstein está enterado de ello, se lo aseguro. Pero lo que no puedo comprender es que saca usted con convertirse en una molestia para la policía en general.

Ella indicó la mesa.

—¿Supongo que habrá leído los diarios?

—Los he leído. Hablan de la ineptitud de

la policía. ¿Le produce esto a usted alguna satisfacción?

—Me produce mucha.

—Nosotros también nos divertimos, — dijo Peveril. — Los jefes de inspectores detectives nos reunimos dos veces al día para morirnos de risa... Y creo que basta por hoy. La volveré a ver pronto. Si quiere, le enviaré unas líneas para anunciarle mi visita, a fin de que usted no se encuentre en casa.

—Quizá, — dijo ella con voz sedosa, — no se encontrará usted en condiciones de volver. Así se ahorrará la estampilla.

—Está muy bien, — dijo Peveril con indiferencia. — De todos modos, no pensaba ponerle estampilla a la carta.

Se puso de pie y agarró su sombrero, que cepilló cuidadosamente con la manga. Ella no hizo el menor movimiento para detenerlo.

En la puerta, Peveril se dió vuelta para dispararle el tiro final.

—¿Se producirá algún barullo a mi salida esta vez? — Preguntó por saber, no mas.

—No, — contestó ella tranquilamente. — Esta vez, no.

El mostró los dientes.

—Hay alguna otra cosa arreglada, entonces. Espero que no se tratará de pistolas ametralladoras. Ni de leche envenenada. No quisiera que se desacreditara usted repitiendo a menudo los procedimientos.

—No estará mucho tiempo en la incertidumbre — dijo ella.

—Ma alegro de oirlo, — contestó Peveril.

Salió tarareando un aire.

Nadie intentó detenerlo. El hall estaba desierto. Salió y echó a andar por la calle Belgrave, describiendo círculos con su bastón.

Como entrevista fanfarrona, no había tenido el fruto que Peveril esperaba de ella. Desde sus primeros encuentros, la joven había recobrado gran parte de su serenidad y autodominio, que la estudiada insolencia de Peveril había debilitado en los primeros momentos. En aquella ocasión no se había delatado Jill en nada de importancia, a no ser en que tenía interés en Waldstein. Y éste era quizá un interés que Peveril compartía, de todo corazón con ella.

IV

PEVERIL DA UN TROPEZON

Tres días después, Lyn Peveril fué, sin hacerse notar, a cierto bar de Aldgate. No lo advirtieron porque había hecho algunas ligeras alteraciones en su aspecto.

Un hombre lo reconoció, sin embargo, y ambos se situaron en un rincón tranquilo del bar.

—¿Se han puesto ya en comunicación con usted? — fué la pregunta inmediata de Peveril.

Dyson movió afirmativamente la cabeza.

Su ojo derecho estaba todavía desfigurado por un moretón negro y azul. Al pensar después en él, Dyson había decidido que debía haber cobrado más de diez libras por aquel daño; pero era demasiado tarde para reabrir la discusión.

—Me mandaron buscar ayer, — contestó. — Fui en seguida y me recibieron muy bien.

—¿Se lo creyó? — preguntóle Peveril sardónicamente.

—Me tomaron...

—¿No tiene ninguna noticia todavía?

—Estas...

Peveril escuchó un largo relato, que no le dijo nada de valor, y se fué con una libra menos de lo que había entrado. Era el precio más alto que pudo adjudicar al primer informe de Dyson y aunque El Escurridizo protestó, Peveril no le hizo caso. Volvió a la Yard para oir algunas verdaderas noticias.

—Sus Angeles han salido otra vez, mientras usted no los observa, — dijo Carris, — no bien se presentó Peveril. — Essenden ha sido lastimado anoche.

—¿Gravemente?

—Está en el hospital; pero tiene probabilidades de restablecerse. Parece que se despertó durante la noche y encontró un hombre en su habitación. Trató de pegarle y recibió la peor parte en la pelea. El ladrón tenía una cachiporra.

—¿Sabe quién fué?

—Probablemente su amigo El Escurridizo. He dado orden de que lo arresten, por si acaso.

—Entonces, retírela. El Escurridizo nunca ha usado cachiporra. Además, sé que no fué él.

—¿Se lo dijo?

—No me lo dijo, por eso lo creo. ¿Recibió usted ya el informe de los Archivos?

—Les he dado los detalles. El informe vendrá dentro de un minuto.

El informe llegó pocos minutos después. Peveril recorrió la lista de los posibles autores del crimen y eligió uno sin vacilación.

—Harry Donnell es el hombre, — dijo.

—¿De lo de Essenden? — dijo Carris escépticamente. — Su banda no se ocupa de robos comunes.

—¿Quién le ha dicho que se trata de un robo común? — preguntó Peveril. — Le digo que Harry Donnell es el hombre de la lista a quien más le agradaría un trabajo fácil como ése. Voy a arrestarlo a Harry. Pero antes se lo diré a Jill Trelawney. Voy a ir allá ahora.

"Probablemente ella tratará de impdírmelo por algún medio. Pero ese es detalle sin importancia. Al fracasar en esto, procurará ponerse en comunicación con Donnell por teléfono para avisarle. Creo que él volvió a Birmingham esta mañana. Usted se arreglará con la Oficina Central de Teléfonos para que digan que la línea a Birmingham está desarreglada. Luego, por lo que yo sé de Jill Trelawney, ella tratará de ir a Birmingham y derrotarme allí. Dió más detalles sobre su plan.

Se le había ocurrido en ese momento, pero cuanto más lo examinaba, mejor le parecía. No había pruebas contra Jill Trelawney en ninguno de los delitos que hasta ahora se le atribuían. Y Peveril no era hombre para pasar su tiempo examinando historias viejas, con la esperanza de hallar material para un caso nuevo, si había otro medio más activo de conseguir su propósito. El hacer que Gill Trelawney se dirigiera a Birmingham y la captura de Harry Donnell

le parecía un medio muy efectivo de conseguirlo.

A pesar de los dos atentados que se habían hecho contra su vida, Peveril se encontró con que no le guardaba rencor a Jill. La declaración que había hecho para mortificarla de que sólo le interesaba la persecución de los grandes criminales y que lo fastidiaba tener que dedicar su atención a las niñitas traviesas, no era estrictamente cierta. En realidad aquello lo divertía. El caso salía de lo vulgar, de la monótona rutina.

Obstaculizado por su carga, Weald sólo podía bajar paso a paso.

Si podía obligarla a hacer alguna tontería y por consiguiente, conseguir poder sobre ella, aquello sería suficiente para terminar con los Angeles de Destrucción. Y el hecho le produciría más satisfacción que un arresto, públicamente sensacional; pero prosaico en lo privado.

Sin embargo, no le confió esto al comisario.

Hablaron un rato más y Peveril dejóle instrucciones definidas, que debían ser comunicadas a la sección correspondiente.

Cuando Peveril se levantó para irse, el comisario se sintió inclinado a volver a un pensamiento sugerido por el tema de la entrevista.

—¿No es curioso? — dijo, que la otra noche preguntara usted si no habría alguna razón para que los Angeles le hubieran declarado la guerra a Essenden?

—Fué... un presentimiento, — contestó Peveril.

Se dirigió a la calle Belgrave en uno de sus momentos de humorismo mordaz. Se fijó en que dedicaba mucho tiempo a la calle Belgrave. Era aquella su tercera visita en la semana.

No se hacía ilusiones sobre el posible desenlace de ella. La pistola de que se había provisto, lo atestiguaba. Un hombre no puede hacerse tan antipático como Peveril sin que se produzca un estado de tensión que pueda terminar en estallido en cualquier momento. El que estaba destinado a ser víctima de él, era Lyn Peveril, seguramente; pero hasta entonces había logrado evitarlo. Esta vez...

En los tres días que siguieron a su última visita había vivido en paz. Había usado la leche que dejaban fuera de su puerta con absoluta confianza en su pureza. Había entrado y salido de la casa sin miedo de ser enfocado por una pistola-ametralladora. Y nuevamente en esto, su juicio no le había fallado.

Pero en cambio, había tratado las cartas y paquetes que se le entregaron con suma precaución y examinó los autos que se le ofrecían para alquilar con recelo. No había encontrado justificación para aquellas sospechas; pero comprendió que tanta calma era mensajera de tormenta. Posiblemente aquella tercera visita a la calle Belgrave precipitaría la tempestad. Estaba preparado para ella.

Esperó algún tiempo afuera, antes de que contestaran a su llamado. Sin embargo, mientras esperaba, procuró colocarse de modo que no pudiera llegar a él una muerte repentina por el buzón de cartas; se quedó parado en la acera, al abrigo de uno de los pilares del pórtico. Desde allí, podía distinguir un ligero movimiento de la cortina, en una ventana del piso bajo, como si alguien mirara para ver quién era el visitante. Peveril dejó ver su cara y luego se retiró a cubierto, hasta que abrieron la puerta. Después entró rápidamente.

—La señorita Trelawney lo espera,—dijo Wells al cerrar la puerta.

Peveril miró atentamente a su alrededor y luego hacia la escalera, lo más lejos que pudo. No vió a nadie por allí.

Sonrió irónicamente.

—Se está volviendo sincero a la vejez, Freddie, — observó y empezó a subir la escalera. La joven lo recibió en el descanso.

—Recibí su mensaje, anunciándome que vendría.

—Espero que le habrá producido mucha emoción, — contestó Peveril agriamente.

El miró hacia la sala, detrás de la joven.

—¿Se va a quedar otra vez a tomar el té? — preguntóle Jill dulcemente.

—Antes de que haya terminado — dijo Peveril — deseará usted que me quede toda la semana.

—¡Pase!... ¡Pase!...

—¡Gracias! Pasaré. ¿Sabe que nos estamos volviendo corteses?

Entró.

En la salita encontró a Weald y a Budd, como lo esperaba, aunque no los había visto desde el descansillo, a través de la puerta abierta.

—¡Hola Weald! ¡Se ocupa usted también de buscar a Waldstein?

El rostro amarillento de Weald se puso un poco más pálido; pero no contestó en seguida. La mirada insultante de Peveril se dirigió a Budd.

—¿Ha peleado usted últimamente, Pinky? Oí contar que un tipo castigó a un par de muchachitos, en Shoreditcs la otra noche y pensé en usted en seguida.

Pinky apretó los puños.

—Si busca usted camorra, señor Peveril, estoy pronto. ¿Entiende?

—Lo sé — dijo Peveril ofensivamente. — Oí su respiración anhelante al subir la escalera.

Oyó cerrarse la puerta detrás suyo y se dió vuelta para mirar de nuevo a la joven. Fué un movimiento descuidado; pero no esperaba que las hostilidades se rompieran tan pronto. El hecho de que su mera e insolente persona pudiera ser considerado por alguien como un movimiento hostil en sí mismo, se le había escapado. En estas circunstancias siempre hay, por convención, un poco de charla ociosa, antes de pasar a actividades desagradables. Peveril siempre se había hallado con eso. Sus enemigos necesitaban algún tiempo para sobreponerse al confiado descaro de que hacía gala y al respeto innato por la ley que él representaba, antes de encontrar energía para la acción.

Pero no era aquélla su primera visita a la calle Belgrave, ni la primera vez que ellos lo veían; y podía esperar que tuvieran inteligencia suficiente para prepararse de antemano contra él. Sin embargo, Peveril no lo esperaba. Era la primera falta que cometía con los Angeles de Destrucción.

Sintió en su espalda una aguda presión y no tuvo necesidad de darse vuelta para comprender lo que era. No se volvió tampoco.

Sin mover un párpado, dijo lo que había venido a decir, exactamente como si nada hubiera advertido.

—He venido para darle más noticias, Jill.

Había cierta expresión burlona en los ojos que afrontaron los suyos.

—¿Desea hacerlo todavía?

—Pues... sí — contestó Peveril inocentemente. — ¿Por qué no?

Weald habló detrás de él.

—Estamos escuchando, Peveril. No se mueva demasiado repentinamente porque podemos creer que se dispone a pelear.

Peveril se dió vuelta con lentitud y miró la pistola que Weald tenía en la mano.

—¡Oh!... Es maravilloso como os ayudan las pistolas silenciosas, muchachos. ¿Sabe que yo había creído que esas cosas eran usadas solamente en los cuentos escritos para niños?

—Es bastante bueno para usted.

—¿A mi no se me ocurre nada que pudiera ser tan bueno para usted — dijo Peveril — excepto una alcantarilla. No haga caso del insulto. Puede reírse ahora, — luego se dió vuelta nuevamente. — ¿Conoce a un hombre llamado Donnell, Jill?

—Muy bien.

—Entonces es mejor que lo llame por teléfono y se despida de él. Se va a Dartmoor a pasar unas largas vacaciones y quizá no se acuerde de usted cuando salga.

Ella se rió.

—La policía de Birmingham ha estado diciendo cosas por el estilo sobre Harry Donnell durante dos años. Pero nunca ha conseguido agarrarlo.

—Posiblemente — contestó Peveril. — Pero esta vez no se trata de la policía de Birmingham.

—Entonces ¿quién lo va a arrestar?

—Yo.

—No.. usted no.

—No... yo no — contestó Peveril con una cortesía irónica que era para Budd más enloquecedora que el insulto porque no la comprendía.

—¿Puedo preguntarle — dijo la joven — cómo va a ir a Birmingham?

—Por tren.

—¿Después que salga de aquí?

—¿Y cree que saldrá? — intervino Weald.

—Estoy seguro de ello — dijo Peveril tranquilamente — Dyson, el Escurridizo, me pondrá en libertad. Es un viejo amigo mío.

La joven abrió la puerta. Dyson estaba afuera.

—Aquí está su amigo, capitán Peveril — dijo.

—¡Hola, Escurridizo! — dijo Peveril. — ¿Cómo sigue del ojo?

Dyson entró con la cabeza gacha en la habitación.

—¡Regístrelo! — ordenóle Weald.

Dyson obedeció haciendo la tarea con rudeza. Peveril no opuso resistencia.

—¡Qué poco original es usted, Jill! Esto es exactamente lo que yo esperaba — dijo Peveril cáusticamente. — Y ahora, naturalmente, me dirá usted que me va a retener prisionero aquí hasta que se le antoje soltarme. ¿O me va a encerrar en un sótano y dejar correr el agua de la manguera? Eso ya se hizo una vez. ¿O quizá va a pedirme que me incorpore a su pandilla? Sería más nuevo.

—¡Siéntese! — dijo ásperamente Weald.

Peveril se sentó como si hubiera estado todo el tiempo pensando hacerlo.

Jill Trelawney se dirigió al teléfono. Peveril la observaba de rabo de ojo, mientras elegía y encendía un cigarrillo. Esperó muy pacientemente mientras ella trataba de obtener la comunicación; pero fingió sorpresa al vez que no lo conseguía.

—Eso me fastidia realmente, — dijo. — Ahora tendrá usted que ir a Birmingham. Lamento tener que obligarla a semejante molestia.

Vió que Budd estaba ocupado con una cuerda y cuando el ex campeón se acercó con la evidente idea de atarlo, Peveril puso las manos atrás, sin necesidad de que se lo dijeran. Weald hablaba con la joven.

—¿Piensa ir realmente a Birmingham?

—Sí. No hay más remedio. No puedo comunicarme con Donnell por teléfono y no sería prudente hacer un telegrama.

—¿Y si es un lazo?

—Puede usted pensar lo que quiera. Peveril es hábil. Pero creo que esta vez lo he descubierto. Es precisamente una repetición de la "parada" de la escolta. Ha venido a decirnos que va a detener a Donnell porque piensa que no lo creeremos. Y si detienen a Donnell, cantará. Si tiene miedo, quédese aquí. Pero yo voy. Puede acompañarme Budd. Me será más útil que usted, de todos modos.

—Yo la acompañaré.

Ella volvió junto a Budd, observándolo mientras ataba los últimos nudos de la cuerda.

—Le agradará oír, — dijo a Peveril, que, por esta vez, voy a creerle.

—Ya la oigo. Espero que tenga buen viaje. ¿Dejará aquí a Dyson para que me cuide? Estoy seguro de que me tratará con mucha amabilidad.

Ella movió negativamente la cabeza.

—Budd, — dijo, — será aun más amable.

Aquello era un golpe a los mismos cimientos del plan ideado por Peveril; pero ni un músculo de su rostro traicionó sus sentimientos.

Habló Jill, como si no hubiera nadie más en la habitación, obligándola a pesar de sí misma a sostener la mirada de sus fríos ojos obscuros.

—Jill Trelawney, — le dijo, — es usted una tonta. Si hubiera grados en la imbecilidad, le daría yo a usted el primer premio. Va a ir a Birmingham con Weald. Cuando llegue allí, va a encontrarse en serios apuros. Weald le será útil como una bolsa de maní. No es que a mí me importe; pero se lo advierto para que lo recuerde luego. Antes de esta noche deseará usted haber nacido con una especie de imitación del cerebro. Eso es todo. Nos veremos luego en Birmingham. No se preocupe.

Ella sonrió, alzando ligeramente las cejas.

—¿No le parece que se preocupa demasiado usted por mí, Lyn Peveril?

—Bastante más de lo que debiera. Pero soy un idiota. No se ría... Soy el primero en decirlo.

Todavía la miraba. La mirada insolente de sus ojos castaños, debajo de las cejas, duras y lisas, la ligera expresión sarcástica de su tostado rostro, la aspereza de su voz, que parecía siempre el rechinar de un serrucho de acero, nunca habían sido más amargas y odiosamente perfectas.

—Soy un idiota, — dijo Peveril, — porque, por alguna razón extraña, no me divierte ver a una chiquilla de su tipo descender la pendiente. Cuando digo su "tipo", me refiero al que creo distinguir en su interior. Cualquiera menos observador, diría que ahí no hay nada que ver. Pero eso es cuenta mía. Creo que usted comete la estupidez más grande que puede cometer una mujer estúpida. Ahora vaya y pruebe que yo tengo razón. Llévese a Birmingham a ese apestado de Weald...

Weald dió un paso adelante.

—¿Cómo dijo, Peveril?

—He dicho "ese apestado de Weald", — aulló Peveril. — ¿Tiene algo que objetar?

—Tengo, — dijo Weald. — Ahí va esto...

Le dió a Peveril tres golpes en la cara, con el puño cerrado.

—Este... y éste por la primera vez que nos vimos.

Peveril permaneció inmóvil como una roca.

—Parece que ha reunido usted algún valor desde entonces..., — observó con voz de granito y de acero. — ¿Tomó píldoras rosadas o qué?

Luego la joven se interpuso entre los dos.

—¡Basta! — dijo brevemente. — Weald vaya a buscar su saco. Usted Dyson y Pinky pueden llevar abajo a Peveril.

—¿Así que será el sótano y la manguera? — dijo sardónicamente Peveril.

—Solamente el sótano por el momento, — contestó ella fríamente. — Decidiré lo demás que ha de hacerse a mi regreso.

—Si... regresa, — dijo Peveril desagradablemente.

V

UNA SORPRESA PARA LOS ANGELES

Peveril estaba tendido en el sótano, donde lo habían arrojado sin ceremonias y meditaba en su posición, a la luz de un sólo globo eléctrico cubierto de polvo. Una vez que lo dejaron allí, Dyson y Budd se fueron; pero la esperanza de que no volverían y por consiguiente quedaría en libertad para emplear todas sus tretas en librarse de sus ligaduras y escapar, se disipó pronto.

Volvieron a los pocos momentos, trayendo Budd una mesa y Dyson un par de sillas. Budd sacó un mazo de barajas grasientas de su bolsillo y los dos hombres se pusieron a jugar.

Cautelosamente, para no llamar la atención, Peveril probó sus ataduras. El proceso no le tomó mucho tiempo. Su experiencia le probó pronto que los nudos estaban hechos por una mano práctica. Sólo quedaba, pues, contar con la lealtad de Dyson. ¿Y cuánto valdría ésta? En un intervalo del juego, miró a los ojos del Escurridizo. La expresión de éste no cambió; pero Peveril halló en ella algo de tranquilizador.

Durante un cuarto de hora, el juego continuó. Luego, El Escurridizo se limpió la boca con un pañuelo sucio.

—Esta tarea da sed, — se quejó.

—De veras, — convino Budd. — ¿Le gustaría tomar algo?

—¡No me va a gustar! ¿Hay?

—Veré si puedo encontrar algo. No pierda ojo a Peveril. ¿Entiende?

—Seguro que no se lo perderé.

Budd levantóse y salió, dejando la puerta

abierta. Peveril escuchó sin hablar hasta que los pesados pasos del hombre se apagaron en la escalera.

Un momento después vió a Dyson a su lado.

—¡Pronto !— le dijo Peveril con aspereza.

—Puede apostar que andaré ligero, — contestó El Escurridizo. — Si Budd vuelve y me sorprende, estoy frito.

Abrió una navaja de aspecto asesino y Peveril sintió que las cuerdas se aflojaban en torno de sus brazos y piernas, a medida que Dyson las cortaba torpemente. Luego, sobre la respiración anhelante de Dyson oyó los pasos de Budd que volvía. El Escurridizo lanzó un gruñido de pánico.

—¿Usted cuidará de que no me pase nada, eh, señor Peveril?

—¡No sea idiota! — le contestó Peveril brevemente.

Se puso de pie y, rápidamente, desenredó las cuerdas, que cayeron al suelo.

Pinky Budd lo vió parado, libre, junto a la mesa y cuidadosamente dejó en el suelo la bandeja que traía.

—¿Con qué esas tenemos? — dijo anhelante.

—Esas mismas, — contestó Peveril. — Ahora vamos a pelear. ¿No le parece? Dijo usted que estaba pronto, si yo quería un match. Aquí estoy. ¿Qué me dice?

Dyson empuñaba todavía la navaja asesina y Peveril la miró desdeñosamente.

—Puede tirar eso, — le dijo. — Este es un match privado. Pinky merece una lección y voy a dársela... yo solo. ¡Ahora, Pinky!

Budd había corrido hacia la puerta. La llave estaba todavía en la cerradura y si hubiera logrado llegar a ella, hubiese escapado, cerrando por fuera. Pero Peveril fué más rápido que él. Entre él y Budd se interponía la mesa, que tiró a un lado como si hubiera sido de cartón. Agarró la mano de Budd, cuando se posaba en la cerradura.

Budd dejó caer la llave con un gemido de dolor. Trató de dar un puntapié; pero Peveril lo evitó limpiamente.

Luego dióle un empujón a Budd, con lo cual el hombre llegó trastabillando hasta el medio de la habitación. Peveril levantó la llave y se la metió en el bolsillo.

Luego se sacó el saco.

—Y ahora, Pinky Budd, vamos a realizar este match ¿eh?

Pero Budd no necesitaba que lo alentaran. Estaba ya en puntas de pie. El boxeo había desfigurado su rostro; pero en cambio tenía la ciencia y experiencia que ganó a costa de su buen aspecto.

Empezó con una formidable izquierda que hubiese terminado la pelea, si llega a su destino; pero no llegó. Peveril se escabulló y aplicó una izquierda-derecha al cuerpo de Budd que hizo lanzar a éste un gruñido. Luego Peveril se alejó otra vez, "sparring", también en puntas de pie.

Entretanto, estaba colocado entre Budd y la puerta y pensaba quedarse allí. Budd había perdido la pelea y se la daba. Podría o no podría estar contento de la oportunidad; pero de todos modos, no le quedaba más remedio que seguir. Peveril se encargaría de ello. Pero hasta cierto punto, aquella táctica de colocarse entre Budd y la puerta iba a perjudicar su estilo. Comprendió Peveril la desventaja en una pelea que no iba a ser fácil. Pero no podía evitarse.

El segundo ataque de Budd fué una izquierda; pero era finta y Peveril, que adivinó, cambió de guardia. Pero estuvo un poco tardo en comprender que la derecha que se le venía detrás de la izquierda, era finta también y el golpe que recibió en las costillas menores tomólo desprevenido, haciéndole retroceder, jadeante, contra la pared.

Budd se vino a él como un tigre, con derecha e izquierda y Peveril cayó sobre una rodilla.

Se enderezó con un violento "upper-cut" que debió desvencijar el cuello de Budd como si hubiese recibido la patada de un caballo; pero Pinky estaba entrenado en una escuela más ruda. Se trabó en un "clinch", que Peveril, resentido todavía por el golpe en las costillas no anduvo bastante rápido en evitar. El peso superior de Budd lo favoreció.

No había allí referee que los separara y el profesional podía usar todos los "fouls" a que el clinch se presta. Pero Peveril también conocía algunos y poco después rompió el clinch con un golpe que ciertamente lo hubiese descalificado en un encuentro oficial. Al separarse lanzó una izquierda que debió pegarle a Budd debajo de la mandíbula. Pero Pinky echó rápidamente la cabeza hacia atrás, no lo bastante, sin embargo, como para que no recibiera el golpe en la nariz.

Aquello lo enloqueció y lo cegó también. Ningún hombre, por duro que sea, puede recibir un golpe como aquél en la nariz sin que su visión se vea momentáneamente obscurecida. Y antes de que Budd pudiera ver lo que ocurría, recibió una serie de golpes en el corazón, con la derecha. Luego Peveril giró sobre sus talones y le lanzó con toda su fuerza una izquierda al plexo solar. Budd cayó como si lo hubieran golpeado con un martillo.

Peveril recogió su saco.

—Tenemos el tiempo justo para tomar el tren, Escurridizo, — observó y luego se dió vuelta para ver que Dyson había desaparecido ya.

Encogiéndose de hombros, Peveril salió y cerró la puerta con llave.

Un taxi lo llevó a Paddington y llegó a la plataforma en momentos en que el guarda hacía sonar el pito.

No tenía boleto; pero semejantes minucias nunca se interponían en el camino de Peveril. Ni tampoco era posible que lo hiciera el revisor. Peveril lo levantó, sentólo en una zorra de equipajes y corrió hacia la plataforma, en momento en que el tren partía ya. Abrió la puerta del primer compartimiento conveniente y se metió en él. Miró por la ventanilla y vió un grupo de porteros que corrían desaforadamente. Podían telefonear a Birmingham y prepararle allí una recepción; pero aquello lo arreglaría él muy pronto.

Luego se dió vuelta para inspeccionar a

los otros ocupantes del vagón, cuyos comentarios había oído a sus espaldas, mientras miraba por la ventanilla. Pero la primera persona en quien se fijó no fué un hombre del vagón, sino uno que pasaba por el corredor.

Peveril pasó por encima de una barricada de piernas, valijas y una jaula de pájaro y siguió al hombre del corredor. Cuando estuvo suficientemente cerca le pisó, con todo su peso, los talones. Esteban Weald se dió vuelta con un juramento.

—¿Qué?...

La exclamación murió en sus labios. El rostro de Weald se puso gris al reconocer a su ofensor.

En los labios de Peveril se dibujó una sonrisa torcida, de maligna diversión.

—Así que, después de todo, vamos a ir a Birmingham juntos.

Luego, con sorprendente brusquedad pasó al vagón más próximo, donde había descubierto un asiento desocupado y se sentó, preparándose a disfrutar de un cigarrillo.

Weald siguió de largo.

Un poco más allá estaba el compartimiento donde él y la joven se habían acomodado. Ella alzó la cabeza al verlo en el umbral y Weald le hizo una seña imperceptible. Jill vino a reunírsele.

—¿Qué hay?

—Vamos al vagón comedor,—dijo Weald. —Allí no nos oirán.

Guió y no se cambió entre ellos más palabra hasta que estuvieron instalados en sitio seguro y hubieron pedido té.

—Bueno... ¿Qué es lo que pasa, Weald?

—Peveril está en el tren. Acabo de verlo.

Ella se detuvo en el acto de colocar un cigarrillo en la boquilla.

—¡Peveril! Está usted soñando.

Movió él negativamente la cabeza. La mano con que le ofreció un fósforo temblaba.

—Le digo que lo he visto. Me habló. Está en un vagón, tres más atrás del nuestro. No sé cómo ha logrado escapar; pero lo hizo.

Los ojos de la joven se achicaron.

—Ha sido ese Dyson. ¡Cielos! Peveril es hábil. Estaba usted allí cuando me previno acerca de Dyson ¿verdad? Y nosotros tomamos su advertencia como él deseaba que la tomáramos. Dyson era un espía y nos ha traicionado.

—Y Pinky...

—Pinky es un cero a la izquierda.

La joven aceptó el hecho con calma.

—¿Qué vamos a hacer ahora? — preguntó Weald tembloroso.

—Se lo diré dentro de un minuto, — contestó ella. —. Tranquilícese y no me fastidie

Empezó a fumar su cigarrillo, mirando por la ventanilla el paisaje que se iba obscureciendo. Pasó algún tiempo antes de que volviera a mirar a Weald. Entonces le dijo:

—Seguiremos, naturalmente.

—¡Pero Peveril está en el tren! No he estado bromeando.

—Ni yo tampoco, Weald. Peveril espera asustarme; pero no lo conseguirá. Si está en el tren, no tenemos medio de escapar, de todos modos. Lo único que podemos hacer es seguir. Quizá logremos arreglarle las cuentas en lo de Donnell; pero aquí no es posible. El tren está lleno de gente y correríamos gran riesgo.

—Tendrá una escolta en lo de Donnell.

Ella se rió ásperamente.

—Esa escolta es otro de los cuentos de hadas de Peveril. No creo que un hombre como él sueñe en usarla. Tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo. ¿No ve que lo divierte ir solo y salir triunfante? Obtiene doble satisfacción que si lo acompañara un guardia de corps. Pero esta vez no va a salir con la suya. Esta es mi respuesta. Si se le ocurre algo mejor, dígalo. Lo escucho.

Weald no dijo nada y el tren siguió.

Weald evitaba los ojos de Jill. Al agarrar su taza, para beber el té mecánicamente, derramó su contenido sobre el mantel. Pero aquello podía ser resultado de la trepidación del tren. Esperaba que ella lo creyera así. Sabía que lo estaba observando. El poco color de su rostro no había vuelto después que vió a Peveril, porque Esteban Weald adivinaba las fauces de la destrucción abiertas ante él. Todo había ocurrido tan calladamente que no se dió cuenta del peligro hasta que lo tuvo encima.

No había habido nada concreto en el hecho de que Peveril persiguiera a los Angeles de Destrucción, no obstante la formidable fama del hombre. Y aunque cada una de sus visitas a la calle Belgrave habían sido a la vez un insulto y una amenaza, ninguna de ellas fué lo suficientemente aterradora para despertar una alarma que no pudiera desaparecer con un trago de whisky, después de irse Peveril.

Pero ahora todo parecía haber cambiado, como si una carga de dinamita hubiera explotado debajo de la situación general.

¡Y todo de un modo tan simple! Antes no había pruebas contra ellos. Pero ahora sí. Peveril había sido atacado, atado y encerrado en un sótano. Y estaba el testimonio de Dyson para afirmarlo.

Aquello podría muy bien ser el principio del fin. Weald siempre había tenido un saludable respeto a la policía, procurando no darle de que agarrarse. En su carrera había evitado el contacto material con ella. Mientras trabajaban en la sombra contra él, se sentía seguro; pero, una vez que pudieran acusarlo definitivamente de algo y detenerlo no sabía dónde podría concluir.

—Parece usted preocupado, Weald.

La voz burlona de la joven interrumpió sus temerosos pensamientos.

—¿Qué le hace a usted creer eso? — protestó débilmente.

—No hay más que verle la cara. Leo en su mente como en un libro. Tiene razón, claro está. Hemos tropezado con el obstáculo más ridículo que imaginarse puede y si no tenemos cuidado rodaremos al precipicio. Pero todos estamos en el mismo caso y creo que yo no parezco una imitación de gelatina sacudida por un terremoto.

—Ni yo tampoco, — contestó Weald enojado.

El desdén burlón no desapareció de los

ojos de Jill. Y Weald comprendió que no lo creía.

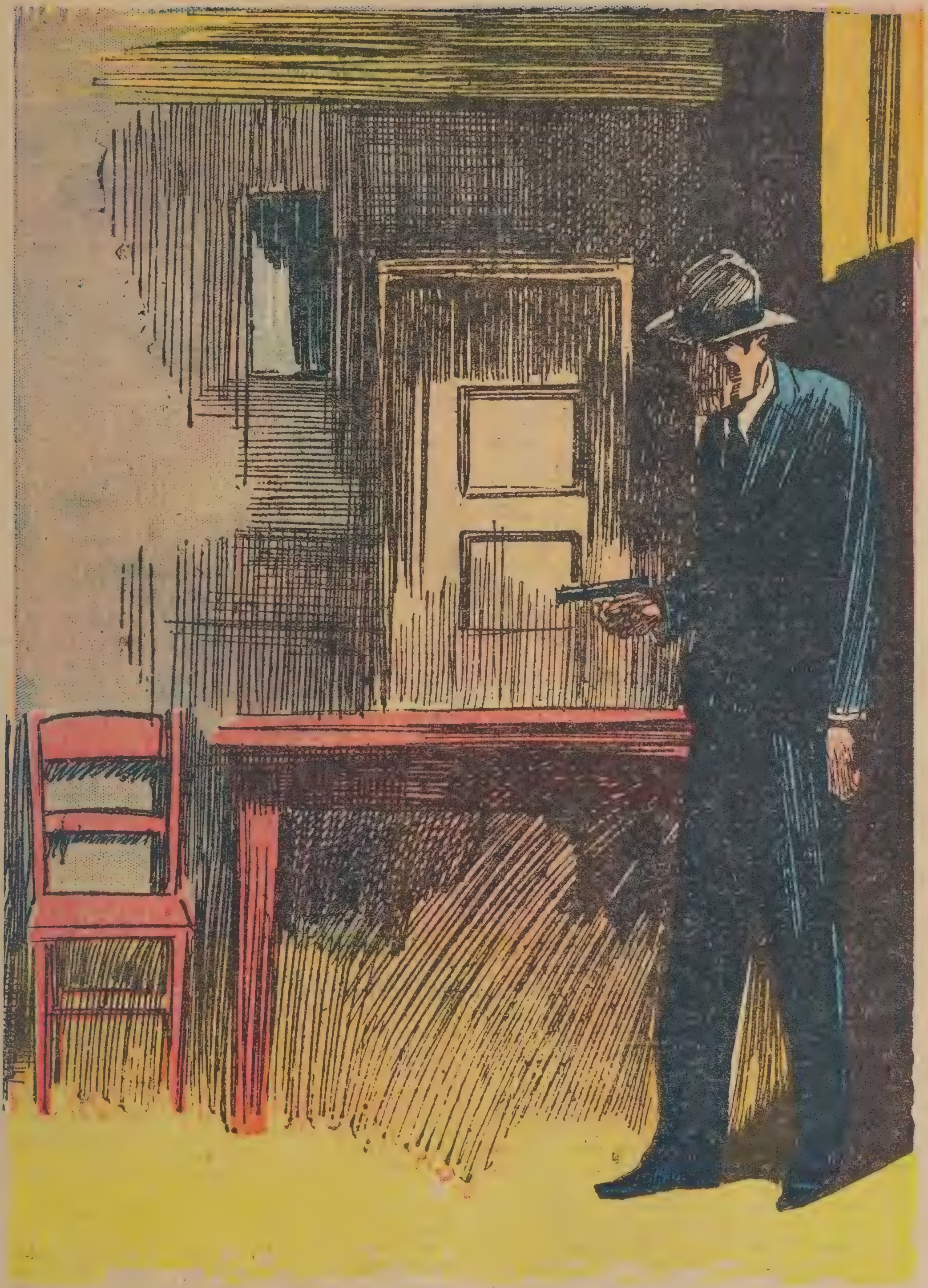
Con cierto amargo humorismo pensaba Jill en la advertencia de Peveril, antes de que abandonaran la calle Belgrave. En las circunstancias, Weald le iba a ser probablemente mucho menos útil que una bolsa de maní. Vió cómo se cubrió la boca con la mano para ocultar una mueca de debilidad y comprendió que Esteban Weald se iba a desanimar rápidamente.

VI

LA GUARIDA DE LOS MALHECHORES

Harry Donnell vivía en una estrecha callejuela, en los suburbios de Birmingham. Era la suya una casa curiosa; pero no bien se la veía, comprendíase que llenaba su objeto como pocas otras lo hubieran hecho. Harry Donnell se había alabado siempre de que nunca lo tomarían vivo.

La casa estaba en medio de la manzana. Rodeada por otras casas, necesariamente carecían sus habitaciones de gran parte de la luz del día; pero Donnell no consideraba esto una desventaja. Por eso mismo era la casa difícil de atacar y la idea resultaba para su mente una compensación. Allí so-



Cuando Perevil entró a la habitación cargando al malhechor desmayado, encontró al jefe de la pandilla que lo esperaba revólver en mano.

lo era posible acercarse directamente al edificio por un angosto y recto callejón, entre otras dos de las casas.

Donnell pocas veces se movía de su casa, a no ser por "negocios". Prefería dormir, beber y fumar "at home", entreteniéndose con sus inexcrutables y brutales meditaciones. Estaba en casa cuando llegaron Jill Tre-

lawney y Esteban Weald y bajó él mismo a abrirles la puerta cuando reconoció, por el llamado del timbre, que los visitantes eran amigos.

—¡Buenas tardes, señorita Trelawney!, —dijo cortésmente, porque Harry Donnell se preciaba de caballeresco con las damas. Los modales de ella, sin embargo, pusieron fin a todo cumplido.

—Peveril anda detrás de usted, — le dijo bruscamente. — ¿Dónde podemos hablar?

El la miró y guióla escaleras arriba, sin decir palabra.

Subieron dos escaleras, sucias y carcomidas, porque el primer piso y la planta baja estaban destinadas a dormitorios de la pandilla. En el segundo piso abrió una puerta y los hizo entrar en un cuarto grande y desmantelado, cuyos muebles principales parecían ser una tosca mesa y un cajón de whisky. Esta pieza, lo mismo que la mayor parte de las otras, estaba iluminada solamente por una pequeña y sucia ventana que apenas dejaba pasar la luz; y la obscuridad se hacía más espesa debido a la niebla de humo de tabaco que flotaba en el aire

Donnell cerró la puerta.

—¿Dijo usted "Peveril"?

—Sí. ¿Lo conoce?

Donnell separó sus labios, mostrando una fila de dientes, negros y rotos.

—Me encontré con él... una vez.

—Parece que lo volverá a encontrar, —dijo Jill brevemente.

Donnell no se impresionó inmediatamente. Sacó una pipa de su bolsillo y empezó a llenarla con tabaco que sacó de una lata.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo persigue desde su asalto a lo de Essenden. Vino a decirme que él mismo lo iba a arrestar a usted. Lo encerramos en un sótano y vinimos a avisarle. Pero se escapó, no sé cómo, y tomó el mismo tren que nosotros. Weald lo vió. No volvimos a verlo al terminar el viaje; pero no puede estar lejos. Sabe que venía aquí y sólo espera agarrarme a mí en la trampa. A mí también me persigue; por lo que no puede tardar.

Donnell paseó sus miradas de Jill a Weald.

—¿Es broma esto? — preguntó.

Pero el rostro de Weald le dijo que no lo era. Volvióse de nuevo a la joven.

—¿Por qué no me avisó por teléfono?— le preguntó bruscamente. — ¿Acaso no está el teléfono para eso?

—En la oficina de teléfonos me dijeron que la línea a Birmingham estaba descompuesta, — contestó Jill tranquilamente. — Y no me hable de ese modo. No me agrada.

Donnell afrontó la fría mirada de la joven tres segundos y luego bajó los ojos.

—No he querido ofenderla, — murmuró.

—Está disculpado, — dijo ella brevemente. — Tenemos tres o cuatro minutos, me parece, antes que Peveril se presente. Me gustaría recibirlo bien. Vendrá solo... de eso estoy segura. ¿Qué puede hacer usted?

—Abajo hay media docena de los muchachos.

—¿Puede usted impedirle la entrada?

Donnell sonrió.

—Puedo impedirle la entrada a un ejército.

—¿Puede detener a Peveril?

—¿No ha visto usted la casa? — preguntó Donnell. — La he estado preparando, desde hace años, para un momento como éste. Yo la acompañaré, si gusta, para que la inspeccione.

Jill se ajustó el cinturón del saco.

—Iré yo sola, si no tiene inconveniente, — dijo. — Se lo que voy a buscar y probablemente no será lo que usted me mostrará. Dele algo de beber a Weald, entretanto. Creo que lo necesita.

Salió y Donnell agarró una botella y un vaso. Echó cómo cuatro dedos de whisky y Weald se los bebió de un trago. Luego se volvió a Donnell. El licor le había dado un poco de ánimo.

—¿Se da cuenta de que no es broma?

—Sí... ahora me doy cuenta.

—Yo corro más peligro que usted. No lo pueden condenar más que por asalto y heridas. Pero... contra mí hay mucho más.

—¿Hirió alguna vez a un "detec"?

—Más que eso. No me es posible decírselo. Pueden... ¡Donnell tiene que sacarnos de este aprieto!

Donnell frunció las cejas.

—¿Qué quiere decir con "tiene que sacanos"?

Weald le apretó el brazo.

—Usted no comprende. Yo tengo que huir. Tengo que llevarme a la muchacha. Si hay alguna salida secreta que haya usted preparado... Tengo dinero...

Donnell lo arrojó rudamente a una silla y le acercó la botella de whisky. Weald se sirvió ansiosamente otro medio vaso.

—Ahora puede hablar... ¿Cuánto?

Weald sacó una abultada cartera de su bolsillo. Los ojos de Donnell se fijaron codiciosos en ella.

—Son mil dólares, Donnell. Todo lo que puedo darle. Tengo que quedarme con algún dinero para huir.

—Veamos...

Febrilmente, contó Weald los billetes con dedos temblorosos y los puso sobre la mesa. Donnell se humedeció el pulgar y los contó lentamente. Luego se los guardó en el bolsillo.

—Ese armario que está detrás suyo, — dijo, — tiene al fondo una tabla corrediza. Encontrará una escalera. Baje. Hay un túnel debajo de la casa y de la calle y sale al sótano de otra casa de al lado.

—¡Pero tendrá usted que detener a Peveril!

Donnell se golpeó el pecho con su gran mano.

—Claro que lo detendré. Yo no huyo de ningún policía... pero usted puede largarse cuando guste. De todos modos serviría más de estorbo que de otra cosa.

Weald se tragó la ofensa sin protestar.

—Muy bien. En cuanto regrese la joven, usted saldrá, diciendo que va a avisar a la pandilla. El resto corre por mi cuenta.—

Donnell se sentó pesadamente en una cama del rincón. Sacó de su bolsillo un revólver macizo, vació los cartuchos en su mano

y examinó el caño. Hizo girar el tambor entre sus dedos. Probó el gatillo. Luego volvió a cargar, metódicamente, el arma.

—¿Qué idea tiene? — preguntóle Weald. —¿Esta enamorado de la muchacha?

Weald hizo un gesto afirmativo, con la botella en la mano.

—Más que eso. Hace meses que ando loco por ella. Pensé hacerme querer poco a poco sirviéndola. Pero no hay más tiempo para sentimentalismos. Si la policía ha de apoderarse de mí, yo me apoderaré de Jill primero. No me importa que sea la última cosa que haga en la vida. Donnell... en el tren se estuvo burlando de mí.

—Cualquiera lo haría, — dijo Donnell sin emoción. — ¡Un flojo como usted!...

—Iba a hacerlo precisamente, señorita Trealawney, — dijo Donnell.

Se dirigió a la puerta y, por detrás de la joven, dirigió a Weald una mirada de soslayo. Luego salió y Weald lo oyó bajar pesadamente la escalera.

—No creí que se iba a tomar usted toda la botella, — dijo Jill viendo la falta de equilibrio del hombre.

Antes de que el malhechor tuviese tiempo de sacar su revólver, Perevil le derribó de una trompada.

—Yo no soy flojo, Donnell, — estalló Weald.

—Sí, sí; es un flojo y un traidor a la vez, — dijo Donnell sin acalorarse, probando las miras de su Colt en la botella de whisky.

Weald se inclinó hacia él.

—Donnell... retire eso... que ha dicho.

—¡No sea majadero! — contestó Donnell impaciente.

Agarró a Weald por el hombro con su manaza y lo apartó. En ese momento entró Jill.

—Ya he visto todo lo que tenía que ver, — dijo Jill. — Ahora vaya y despierte a los muchachos.

—Usted no comprende, Jill... He encontrado un medio de escapar.

Se dirigió con paso inseguro hacia el armario y abrió las puertas. Después de un momento logró correr la madera y luego encontró una llave de luz. La dió vuelta y la luz iluminó una escalera que bajaba, en la húmeda obscuridad.

—¡Nuestra puerta de escape! — dijo Weald grandiosamente.

—Muy interesante, — dijo la joven. — Pero no vamos a salir por ahí.

El la miró.

—¿Qué no vamos a salir por ahí?

—Ya me oyó la primera vez.

—¡Pero Jill!...

—Y menos "Jill", — le interrumpió ella

glacialmente.—Esta casa puede resistir una semana de sitio y sólo saldremos por ahí en último caso. Pero voy a dejar entrar a Peveril y esta vez no cometeré errores con él.

El se le acercó tambaleándose.

—¡Y yo digo que vamos a salir por ahí... ahora !— gritó. — Ya estoy harto de recibir órdenes de usted y ser reñido y tratado como un niño. Ahora, para cambiar, va usted a hacer lo que yo diga. ¡Venga!

Ella lo miró con ojos calculadores.

—Creo que, con un trago más, estaría usted borracho. Y casi le diré que preferiría eso a su estado actual.

—¿Ah sí?... ¿Ah sí?...

El resentimiento que Weald había tenido que contener delante de Donnell no tenía necesidad de ser dominado ahora. Agarró a Jill por los hombros, con rudeza.

—No voy a permitirle que me hable más así, — dijo con voz aguda. — Esto va a terminar desde ahora. ¿Entiende? En adelante, yo daré las órdenes y usted las obedecerá. ¡La amo!

—Usted está loco, — dijo ella fríamente. Pero por vez primera en su vida el pequeño duende del miedo penetró en su corazón.

El acercó su rostro al de Jill. Ella advirtió el olor a bebida en su aliento.

—No estoy loco. Lo he estado antes; pero ahora he recobrado la razón. La voy a llevar lejos de aquí... de Inglaterra... a ver el mundo. Le daré joyas y hermosos trajes. Y usted va a amarme a mí y a nadie más que a mí. Olvidará usted todas estas ideas tontas de vengar a su padre. No pensará más en él. Viviremos el uno para el otro, Jill. Mi hermosa Jill...

Ella le dió un empujón que lo envió trastabillando contra la pared, haciéndole caer casi. Luego empezó a buscar en su bolso el pequeño automático que siempre llevaba consigo. Pero el dió un salto de tigre y se lo arrebató de las manos.

—No, así no, Jill... Así no. De esto modo...

Sus brazos la rodearon. Ella luchó desesperadamente; pero él tenía demasiada fuerza. Una vez estuvo casi a punto ds soltarse; pero él la siguió, todavía agarrándola de la manga, y volvió a abrazarla. Sus labios trataban de encontrar la boca de la joven.

De pronto ella quedó inerte en sus brazos. Era lo único que podía hacer en aquellos momentos... fingir un desmayo y buscar así una ocasión de hallarlo desprevenido.

El la miró estúpidamente. Luego la levantó y dirigióse con ella hacia el armario abierto.

Impedido por su carga, sólo podía bajar paso a paso. La luz de arriba pronto desapareció y la escalera era cada vez más obscura. Continuó. Luego vió otra luz abajo que se iba haciendo más distinta cada vez. Por fin, la lamparilla que daba luz quedó a nivel de sus ojos. Pasó por debajo de ella y poco después se encontró en un piso plano, de piedra.

Delante de él se extendía un corredor, iluminado a largos intervalos por lamparillas eléctricas. Siguió avanzando y sintió una ráfaga de aire fresco en la cara. Poco después, el túnel se bifurcó. Weald se detuvo indeciso. Donnell no le había dicho eso. Después de vacilar tomó por el ramal derecho. Poco después éste formó un recodo y se halló frente a una puerta. La abrió y recibiólo la obscuridad. Tanteando, encontró una llave y una vez que la hubo dado vuelta, descubrió que había errado el camino de salida. El túnel no continuaba; deteníase en aquel cuarto, cuya puerta había abierto.

El piso estaba cubierto por una vieja alfombra. En un rincón había un sofá, en otro un montón de alimentos en conserva y un barril do agua.

Se hubiera dado vuelta, para tomar por el ramal de la izquierda; pero Weald no era un atleta y el peso de la joven, aunque ligero, lo había abrumado. La dejó en el sofá y se enderezó, enjugándose la frente cubierta de sudor y respirando afanosamente.

Daba la espalda a Jill cuando ésta abrió los ojos; pero ella vió el bulto del revólver en el bolsillo del saco. Se levantó despacito y estiró la mano. Sus dedos estaban en el bolsillo cuando él se dió vuelta y la vió.

—¡No, eso tampoco, pequeño demonio!— aulló.

Le agarró la muñeca y se la separó, retorciéndosela, del arma que había conseguido agarrar.

—¿Serías capaz de matarme, eh? — dijo con voz pastosa. — Pero no tendrás ocasión. Vas a amarme... a amarme a pesar de todo... aunque yo sea **Waldstein**.

Ella se apartó de él, con los ojos dilatados.

—Sí, aunque yo sea Waldstein, — balbuceó. — Aunque ayudara a perder a tu padre. Era un entremetido, muy molesto. Pero tú eres distinta. Vas a seguir mi camino, Jill.

VII

PEVERIL ENCUENTRA UN ALIADO

Había otro hombre en el tren, que Peveril no había visto. No lo encontró hasta después de haber bajado, cuando llamaba un taxi. A Peveril no le agradó verlo.

—¿Qué está haciendo aquí, Corris? — preguntóle Peveril sin amabilidad.

El ayudante del comisario lo miró.

—¡Gran Dios! ¿Cómo llegó aquí, Peveril?

—En triciclo... — gruñó Peveril. — Y usted... ¿en aeroplano?

—Recibí su mensaje...

—¿Qué mensaje?

Carris se tiró del bigote.

—Dyson telefoneó diciéndome que estaba usted prisionero en la Calle Belgrave. Que deseaba usted lo dejaran allí y que viniera yo a Birmingham a prenderlo a Donnell.

—¿Es una broma como la que le hicieron al viejo Trelawney? — preguntó desagradamente. Yo no le mandé ningún mensaje. Más aún, juraría que tampoco fué Dyson el que le habló. Yo no lo perdí de vista un momento mientras estuve preso en la calle Belgrave, hasta hace unos pocos segundos antes de salir. Alguien le ha tomado el pelo.

—Pues yo creo que no es cierto que sea malo para casarse un día que sea martes y trece. Ya ves que yo me casé en tal día.

—¿Y fuiste feliz en tu matrimonio?

—¡Mujer!, ya sabes que me quedé viuda a los pocos días.

Carris se echó el sombrero hacia atrás.

—¿Con qué objeto?

—Debe haber algún plan y tenemos que averiguarlo. Sin embargo, ya que está aquí, puede ser útil. Vaya a la policía local y haga los arreglos que le parezcan necesarios.

Pueden rodear el edificio y hacerse cargo de Donnell, cuando yo lo saque afuera. Me ahorrará tiempo.

—¿Va usted a entrar solo?

—Claro que voy a entrar solo, — contestó Peveril agriamente. — ¿Cree que voy a llevar un pelotón de niñeras?

Subió al taxi y cerró la puerta, dejando al comisario parado, con una expresión vaga en el rostro.

Peveril no se dirigió directamente a la entrada del callejón que daba acceso a la fortaleza de Donnell. Aquello hubiera sido demasiado vocinglero para los métodos de Peveril. Además, por audaz y despreocupado que fuera, no quería suicidarse. Y el callejón, largo y recto, que tenía que recorrer hubiera permitido al peor tirador hacer blanco en su persona.

En vez de eso, pues, hizo detener el auto frente a una cigarrería, a la vuelta de la esquina. Allí lo despidió. Entró al negocio, compró un paquete de cigarrillos y exhibió su carnet de identidad de la policía.

—¿Vive usted en las habitaciones de arriba o pertenecen a otra persona? — preguntó al dueño del negocio.

—No, señor, Vivo allí yo.

—Subiré entonces. No se moleste en acompañarme. Atienda su negocio como de costumbre. No volveré por este camino, así que no me espere.

Atravesó el negocio y subió la escalera. Desde una ventana del descansillo pudo observar el campo de batalla.

No era favorable. Como se ha dicho, la casa de Donnell era como una isla, situada en medio de la manzana y separada por un espacio, aproximadamente de catorce pies, de las casas que lo rodeaban. Las cuatro paredes que formaban aquel cañón cuadrado no ofrecían el menor abrigo para pasar entre ellas. Y Peveril estaba seguro de que lo verían desde las ventanas de Donnell.

Si Peveril hubiera sido loco, habría contemplado la posibilidad de colocar una tabla desde la ventana que le servía de punto de observación hasta una ventana opuesta. Pero no tenía deseos de caer al espacio de abajo.

Había otra solución.

Siguió subiendo la escalera. En el tercer piso, la escalera terminaba; pero encima de su cabeza había una escotilla y una escalerita de mano. Subió por ella. Encontróse en una especie de altillo, ocupado por baúles y muebles rotos. Tenía una ventana cubierta por telarañas, apenas suficientemente grande para dar paso a un hombre; sin embargo Peveril pasó por ella y salió al tejado.

Desde donde estaba parado, con los talones en el caño, recostado contra las tejas del techo, veía el techo plano de la casa de Donnell, rodeado por el pretil de la pared, con una especie de casilla en el medio. Estaba como a seis pies debajo de él y además separado por catorce pies de anchura. Pero no podía ser observado desde ninguna de las ventanas.

Peveril dobló las rodillas y se preparó para saltar.

Probó la resistencia del caño, encontrólo firme y sin mas vacilación se lanzó al espacio. Pasó por encima del pretil, aterrizando sobre el techo plano ,de cemento, de Donnell. Estuvo a punto de caer boca abajo; pero se apoyó sobre las manos. Luego se levantó y quitó el seguro de su automático.

Dió vuelta a la casilla con precaución. Era cuadrada y de construcción sólida, provista de ventanas con barrotes de hierro y había sido evidentemente construída para repeler cualquier tentativa de ataque a la casa por el techo. Sin embargo, en aquella ocasión parecían haber descuidado tal posibilidad, porque no lo recibió ningún balazo.

Después de dar vuelta a la piecita, llegó a una puerta maciza, forrada de hierro.

No tenía pestillo por la parte exterior y Peveril trató inútilmente de abrirla.

Reanudó la tarea a los pocos segundos y miró por encima de la pared de la azotea hacia el frente del edificio.

Había una ventana directamente debajo de él, como a seis pies de distancia desde el punto de observación. Subió sobre el pretil y miró abajo, considerando la posición del terreno firme. El pretil tenía como cinco pies de altura. Descolgándose por él pudo apoyar los pies en una corniza, como de tres pulgadas de ancho, que corría a lo largo de la pared. Luego tuvo que agacharse y dejarse literalmente caer en el espacio, agarrándose a la corniza con los dedos mientras lo hacía. Por una fracción de segundo tuvo la espantosa sensación de que se precipitaba al vacío y a una muerte segura. Pero los nervios de Peveril eran de hielo y conocía la fuerza de sus dedos. Quedó colgado por ellos de la corniza y se estuvo así unos segundos para recobrar el aliento.

Calculó entonces que sus pies estaban a nivel con el centro de la ventana, que era su meta. Tenía que soltarse de nuevo y dejarse caer un par de pies más abajo para aterrizar en el antepecho de la ventana y agarrarse al marco para recobrar el equilibrio. Lo hizo.

Luego, agachándose un poco, logró bajar la parte superior de la celosía, tan silenciosamente como era posible y saltó dentro de la habitación.

No había nadie allí. No esperaba seriamente que lo hubiera, porque la atención de la pandilla estaría, como es natural, fija en los sitios por donde podría suponerse que entraría. Ciertamente si hubiera habido alguien en la pieza, Peveril hubiese terminado en ese mismo instante su carrera porque apenas podía ofrecer resistencia, después de su

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

anterior acrobacia. Pero la habitación estaba vacía.

Atravesóla Peveril cautelosamente, en la semiobscuridad, moviendo sus pies con infinitas precauciones a fin de que no fuera a oírse ruido en el cuarto de abajo; llegó así a la puerta. Estaba entornada. La abrió un poco más, lentamente procurando que sus goznes no rechinaran; pasó a un angosto corredor.

Se encontró con una escalera. Bajó por ella como un gato, manteniéndose arrimado a la pared, donde era menos probable que crugiera alguna madera floja de los escalones. De ese modo llegó al segundo piso y allí se encontró que tenía que decidirse entre cuatro puertas. Eligió una, al azar, dió vuelta silenciosamente el pestillo y entró con rapidez silenciosa.

No había nadie allí. Lo vió a la primera mirada. Tranquilizado sobre este punto, su interés fué atraído por el armario abierto que parecía conducir a una escalera iluminada.

No era precisamente lo que esperaba. No creyó que Donnell se hubiera provisto de medios de defensa tan melodramáticos como puertas disimuladas y pasajes secretos. Por el aspecto de las cosas, parecía que alguien había pasado recientemente por allí... alguien que llevaba mucha prisa... y debido a esa prisa se había olvidado de cerrar las puertas del armario para ocultar su retirada.

Peveril se dirigió rápidamente a la escalera secreta, revólver en mano.

Escuchó y no oyó nada. Siguió bajando en la obscuridad y llegó al fin al túnel que Weald había encontrado.

Apresuró sus pasos por que no veía a nadie adelante de él. Poco después llegó a la encrucijada ante la cual había vacilado Weald. Se detuvo y sus ojos indecisos se fijaron en algo que brillaba sobre el suelo de piedra.

Agachóse y lo recogió. Era un pendiente de mujer

Al ponerlo en su bolsillo, oyó un grito ahogado que venía del ramal de la derecha. Peveril echó a correr.

Esteban Weald daba la espalda a la puerta y tan absorto estaba en su locura que no veía ni oía nada más. No oyó entrar a Peveril, ni se dió cuenta de su presencia hasta que dos manos de acero lo agarraron por el cuello y literalmente lo alzaron del suelo.

Entonces se dió vuelta y lo vió a Peveril. Su mano derecha se hundió en el bolsillo; pero Peveril anduvo más rápido. Su puño pegó debajo de la mandíbula del hombre y lo hizo caer hacia atrás.

Peveril volvióse luego a la joven que estaba junto a él.

—¿Oyó lo que dijo... — murmuró ella— que era Waldstein?

Peveril hizo un gesto afirmativo.

—Lo oí — contestó brevemente. Inclinándose agarró a Weald por el cuello del saco y medio lo incorporó. Luego pasó sus brazos por debajo del cuerpo inerte del hombre y se lo echó al hombro como si fuera una bolsa de carbón

—¿Donde va? — la voz de la joven lo detuvo y Peveril se dió vuelta para mirarla por encima del hombro.

—Voy a terminar esta tarea y apresarlo a Donnell — dijo — ¿Tiene algo que objetar?

Luego continuó su camino. Parecía no haberse dado cuenta de que había hecho un servicio a la joven, desdeñar la situación que hubiera aprovechado un hombre común. Aquella sublime arrogante indiferencia hubiese sido un golpe entre los ojos para cualquier mujer, menos para Jill Trelawney.

Peveril empezó a subir la escalera, llevando a Weald. Oyó que la joven lo seguía; pero ella no le habló y Peveril no hizo caso de su presencia.

Se vió obligado a advertirla un momento después, sin embargo, cuando volvió a pasar por el armario abierto y encontróse que, del otro lado, esperábale Donnell con un Colt.

Peveril se quedó quieto.

Luego...

—Todo va bien, Donnell — dijo la joven — Lo tengo cubierto.

Estaba parada detrás de Peveril y la carga de éste la ocultaba a los ojos de Donnell. Este no podía ver la pistola con que suponía que apuntaba al detective, porque la mano de Jill estaba detrás de la espalda de aquél; pero le creyó y bajó su revólver

Peveril no sintió más que suave y significativa presión de la mano abierta de la joven en su espalda y comprendió.

—¡Siga adelante! — dijo Jill a Peveril

El detective avanzó obedientemente.

El movimiento lo acercó a Harry Donnell que estaba parado, con el revólver bajo.

No había entre ellos más distancia que el cuerpo de Weald.

Sin apartar sus ojos de Donnell, Peveril que cayó al suelo, y luego le dió un golpe eficaz a Donnell en la punta de la barba.

Donnell cayó y Peveril se arrojó rápidamente sobre él, arrancándole el revólver de la mano.

—¡Hola, Peveril! — dijo otra voz.

Sin apartar sus ojos de Donnell, Peveril retrocedió hasta la pared, desde cuya posición podía mirar a su alrededor y ver los que se presentaran.

El señor Ayudante de Comisario, Carris estaba parado en la abertura del armario con las manos en los bolsillos.

—¡Hola! — contestó Peveril impertinentemente

VIII

EN LA OBSCURIDAD

Carris avanzó dentro de la habitación y examinó la escena.

—Veo que ha agarrado usted a Donnell.

—Tengo siempre la costumbre de agarrar al hombre que busco.

—¿Y quién es éste?

Peveril miró al hombre que había dejado caer en el suelo.

—Este es Esteban Weald... conocido, además, por Waldstein.

La boca de Carris se estiró debajo de su bigote.

—¡Waldstein!

—Eso he dicho. El largo tiempo perdido Waldstein. ¡No ponga esa cara de tonto!

—¿Cree usted que hablará? — preguntó suavemente Jill.

Carris frunció el entrecejo.

—¿Sobre qué? ¿Sobre usted? Lo creo muy probable.

—No, sobre mí, no. Me refiero a la maquinación para perder a mi padre. — miró a Peveril.

Usted lo ha visto. Creo que... cantará ahora.

Carris dió un paso hacia adelante.

—¿Qué es lo que hay que cantar? — preguntó. — Sabe usted perfectamente bien que su padre recibió su merecido.

—¿Lo sé? — la voz de la joven tenía una nota de infinita amargura. — No es nada semejante... ni usted tampoco, señor Carris.

—Olga, mi niña...

La voz de Peveril lo interrumpió.

—¡No sea fastidioso, Carris! — dijo — No se como ha descubierto usted el otro extremo del túnel; pero me viene bien que esté aquí. Llévese a Donnell ¿quiere? Yo lo seguiré.

Carris vaciló un momento y luego se acercó a Donnell.

—Soy el Ayudante Comisario Rolando Carris — le dijo formalmente — Lo arresto a usted por haber asaltado el domicilio de Lord Essenden y huido a éste.

—Un policía, — dijo rencorosamente Donnell.

Sus ojos malévolos se fijaron primero en Peveril y luego en la joven, largo rato.

Después sin decir más, salió con Carris, que lo llevaba del brazo.

Jill Trelawney no habló hasta después de unos segundos de haber salido Donnell.

—Supongo que tengo que darle las gracias, Capitán Peveril.

—¿Por qué? — preguntó Peveril distraído.

—Bien sabe por qué.

Peveril se encogió de hombros.

—Espero que será para usted una buena lección,—dijo.—Otra vez tendrá muy cuidado al elegir compañía ¡Ah!... y gracias por haberme ayudado a capturar a Donnell. ¿Por qué lo hizo?

Ella lo miró.

—Me pareció que debía hacer algo para pagar mi deuda.

—¿Así que ahora empezaremos a pelear nuevamente? Sí; creo que podemos considerarnos a mano.

—¿Supongo que a usted le gustaría quitarme mi pistola?

—Sí, haga el favor de dármela.

Ella buscaba en su bolso y Peveril no la perdía de vista. No había hecho más caso de Weald, después que lo dejó caer al suelo y ciertamente no esperaba que recobrara tan pronto el conocimiento. En esa confianza no se había tomado el trabajo de registrarle los bolsillos. Y la primera noticia que tuvo de la vuelta de Weald, **a la vida fué una lacerante** agonía que sintió en sus pulmones, la que le hizo caer involuntariamente el revólver y llevar la mano a su pecho.

Quedó momentáneamente enceguecido y parecíale caer en un inmenso abismo. Muy lejos, desde aquel abismo, oyó un segundo tiro y sorprendióse vagamente al no sentir penetrar una segunda bala en su cuerpo.

Luego su visión se aclaró. Vió a Jill de rodillas a su lado; la joven tenía aun la pistola en la mano. Miró más allá de ella y vió a Esteban Weald, completamente inmóvil en el suelo.

—¿Me tiró usted, Jill? — preguntó Peveril roncamente. — Si así fué, obró con rapidez asombrosa. No le vi mover la mano y eso que no le perdía ojo.

—No, bien sabe usted que no fuí yo — había una especie de compasiva súplica en su voz. — Weald le tiró a usted y... yo lo maté a Weald.

Peveril hizo una mueca.

—Ahora creo que no estamos bien a mano...

—¿Dónde le pegó? ¿Está mal herido?

Peveril trató de respirar y se detuvo bruscamente, mordiéndose los labios. Enseguida supo la respuesta. Miró a la joven con una sombra de su antigua y ofensiva burla.

—Desde el punto de vista de Weald, yo diría que muy bien herido. — contestó. — Y también desde el suyo, creo. Pero sólo prueba lo que le dije: que debe usted evitar las malas compañías.

Empezó a buscar en su bolsillo del pecho. Ella trató de detenerlo; pero él la apartó impaciente.

—Deme un lápiz — le dijo.

Ella obedeció. Peveril miraba con ojos de miope la tarjeta que había sacado de su bolsillo. Jill la reconoció. Era su carnet de identidad.

—¡Está envidiablemente obscuro aquí!— —se quejó el detective incoherentemente.

Escribió unas cuantas palabras al dorso de la tarjeta y firmó con su nombre. Luego se la dió a Jill.

—Salga por donde salió Carris — le dijo — Si alguien la detiene, muéstrele la tarjeta y la dejarán pasar. Si le hacen preguntas... bueno contésteles lo mejor que se le ocurra.

—Pero.. ¿por qué quiere que me vaya?

—¡Pedazo de tonta! — gruñó Peveril. No ve que si la agarran aquí la acusarán de mi muerte? Y luego la ahorcarán. Eso no sería muy divertido para usted... ¿verdad? Deme esa pistola.

Le tomó el automático de las manos. Afuera, en la escalera, se oía ruido de pasos pesados. Era la pandilla que había oído los tiros y subía para investigar la causa.

Con esfuerzo sobrehumano Peveril logró sentarse en el suelo y apuntó hacia la puerta con la pistola de la joven.

Encontró todavía a Jill a su lado.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí todavia? — gruñó — ¿No tiene el sentido común de huir cuando aún está a tiempo? Yo no podré **detener mucho rato a esa** gente.

¡Salga! **¡Corra!**

—Pero... ¿y usted?

—Cuando yo quiera que alguna chiquilla tonta me cuide — dijo Peveril con sus antiguas y salvaje insolencia — le escribiré haciéndoselo saber. No se moleste en dejarme la dirección. Entretanto, esa es mi manera de saldar la deuda. Detesto deber nada a nadie, Jill Trelawney... ni siquiera a usted. Lo último que puedo decirle es que espero se portará mejor en el futuro. De todos modos, no sirve para criminal. Y ahora... ¡fuera de aquí!

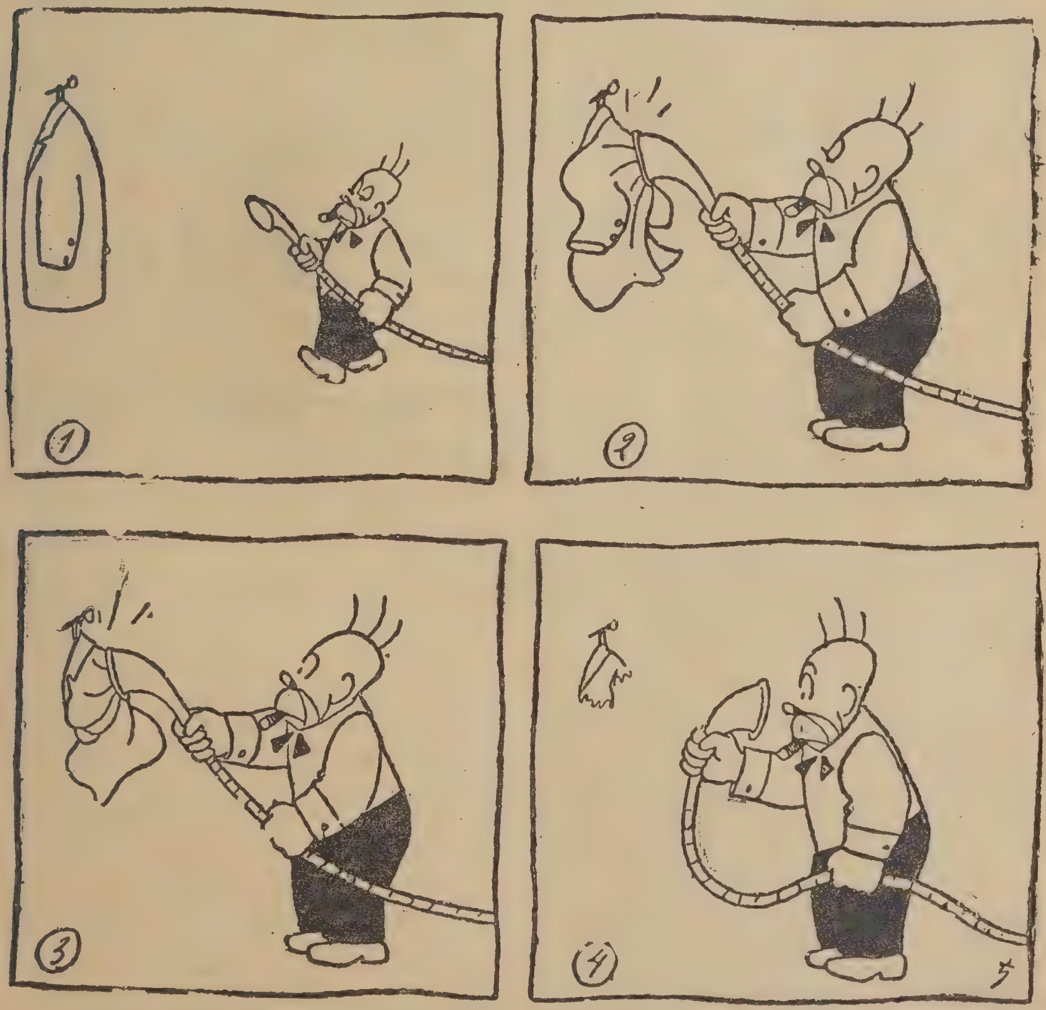
Jilll se puso de pie lentamente y cuando él miró a su alrededor se había ido. Las puertas del armario se cerraron tras ella.

Jill oyó el tiroteo distante mientras bajaba la escalera corriendo. El ruido de los tiros se fué debilitando mientras seguía por el túnel. Pero aún entonces no comprendió lo que Peveril había hecho.

Pero Lyn Peveril sabía muy bien lo que estaba haciendo. El tiro de Weald había sido realmente bueno. Peveril estaba perfectamente seguro de ello. Pero hizo todavía tres blancos en el grupo de malhechores que invadió la pieza. Luego el revólver cayó de su mano.

Peveril sintió en su boca el sabor de la sangre. Y cuando uua segunda y una tercera bala le atravesaron el pecho, todavía tuvo tiempo para sentirse sombríamente divertido antes de que el cuarto obscuro se volviera para él, más obscuro que cualquier otro del mundo.

FIN.



El gran aspirador de polvo,

Señorita:

Vd. puede destacarse entre sus amistades si se presenta vistiendo modelos desconocidos para ellas y que son las últimas creaciones de los más afamados modistos.

Esas novísimas creaciones las conocerá Vd. comprando

EL DIARIO

EL DIARIO decano de los diarios de la tarde, publica los Jueves una página de modas con modelos impresos a cuatro colores que le guiarán sobre las últimas creaciones tanto en línea como en colores y calidad de telas.

Para estar informada compre todas las tardes **EL DIARIO**

Para seguir la moda, compre "EL DIARIO," los jueves.

Puede obtenerlo también con este cupón.

Sr. jefe de circulación de "EL DIARIO"

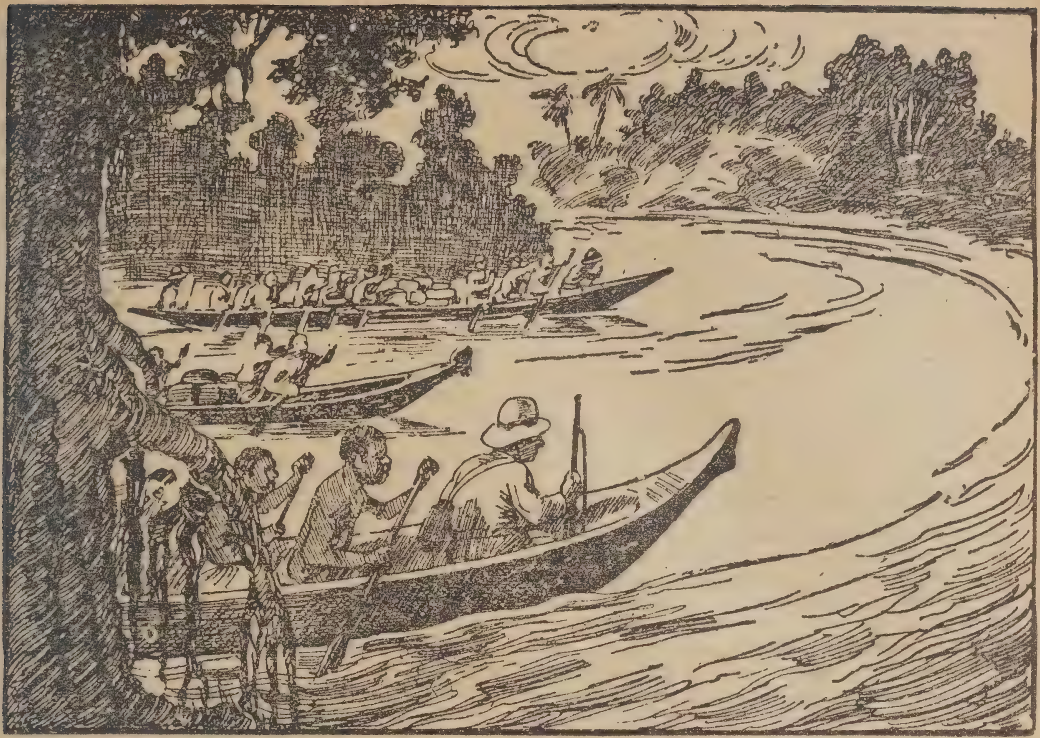
Avenida de Mayo, 662 - Buenos Aires.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO del próximo Jueves.

Nombre y apellido . . . .

Domicilio . . . .

Localidad . . . . F. C. . . . . .



LA TIERRA DEL TERROR

Por DUNCAN STORM

Novela de emocionantes aventuras en el interior de Africa

(Continuación)

No sonó ninguna detonación más ni silbó ninguna otra flecha procedente de las orillas y la lancha prosiguió tranquilamente su viaje.

—¡Me parece que esos canallas han quedado hartos de batalla naval para un rato! — exclamó, riendo, el capitán Bones mientras, con la rueda del timón en la mano, dirigía la lancha a un lado del río hacia un sitio, que quedaba entre la orilla y un banco de arena, donde la corriente parecía menos fuerte. — Eso les habrá enseñado a no meterse con las lanchas que andan solas. Lo que me pregunto es qué dirán al señor Luis Coffin por haberles metido en semejante berenjenal, para que hallaran, tantos de ellos, una muerte tan rápida y los demás un resultado tan poco provechoso.

Poco después el capitán disminuyó la rapidez de la marcha de la lancha. Se hallaban ya fuera de la zona del peligro.

—¿Qué me dice de la magia de los hombres blancos? — preguntó a Rob que, con los ojos muy abiertos, había contemplado todo aquello sin separarse del lado de su amigo Arturo

Fué Arturo el que tradujo la pregunta y transmitió la respuesta.

—Dice que le dieron mucho miedo esos cañones que tiran tan ligero, — contestó Arturo en representación de Rob. — Pero afirma que le causaron más miedo los dragones rojos y verdes que salieron de esos tubos. Parece que no le gustan los fuegos artificiales. Pero dice que fué bueno que tuviéramos a bordo toda esa magia, pues de otro modo la turba de negros no hubiera dejado con vida a ninguno de nosotros.

La lancha continuó ascendiendo la corriente del río Bana-Bana; el capitán Bones manejaba el timón con la vista fija en la oscuridad para no tropezar con las ramas o las raíces de los grandes árboles arrancados por la creciente y arrastrados luego por la correntada.

Presentaban verdadero peligro aquellos grandes troncos semisurmergidos, pues, aun cuando medio podridos, tenían fuerzas suficientes para romper el casco de la lancha si acaso tropezaban con él.

El capitán Bones les explicó a los muchachos cómo esos troncos eran arrancados d

las orillas del río centenares de millas río arriba por la creciente de las aguas y el reblandecimiento de la tierra que rodeaba a las raíces por las aguas de la creciente causada por las primeras lluvias.

Cada vez eran más numerosos los troncos que se veían y se comprendía, por lo mucho que había disminuído la extensión visible de algunas playas de las orillas, que el agua había subido mucho desde la mañana del precedente día.

De pronto, el capitán Bones detuvo la marcha del motor.

—¡Aquí viene algo gordo, muchachos! — gritó. — Preparen los bicheros o nos hará pasar un mal rato, pues viene con malas intenciones.

Los muchachos acudieron a tomar unos palos largos, con un pincho y un garfio de hierro en la punta, que estaban a los lados de la defensa metálica de la lancha.

Un tremendo tronco de árbol de más de cincuenta pies de diámetro se aproximaba, arrastrado por la corriente. Este árbol había caído al río, sin duda ninguna, porque la creciente había socavado y desmenuzado de la tierra de la orilla donde se encontraba, muchas y muchas millas río arriba. Sus enormes raíces se alzaban hasta veinte o treinta pies mientras se dirigía hacia la lancha, como grandes tentáculos dispuestos a apoderarse de la pequeña embarcación y hundirla en el agua.

El peligro era inminente, así que los muchachos tomaron los bicheros y se dispusieron a empujar, con la punta de hierro el enorme árbol, impidiendo que tocara con la lancha.

De pronto, como sucede con las lanchas a motor, algo de la máquina se descompuso. El mecanismo de la marcha hacia atrás se atrancó. El capitán no podía hacer que la lancha retrocediera así que el árbol y la lancha descendieron río abajo, juntos, en medio de la oscuridad.

El capitán se inclinó hacia un lado, mientras los muchachos procuraban separar la lancha del árbol.

—¡En buen entrevero estamos! — exclamó. — Nos hemos enganchado en una de las raíces del árbol. Vamos a tener que retroceder hasta donde están nuestros enemigos, río abajo, a menos que podamos desprendernos de ese armatoste, si es que antes no nos hunde.

Indicó a los muchachos que pasaran de un extremo a otro de la lancha y que la hicieran balancear lateralmente para ver si así se desprendía de donde estaba sujeta.

Los muchachos la balancearon una y otra vez, pero la lancha quedó firme. La enorme masa de raíces en la que se había metido era elástica como junco y la sujetaba con fuerza.

—Vamos a dirigir algo de luz al sitio ese — dijo el capitán.

Y encendido un fósforo, lo aplicó a una antorcha de magnesio de las que había provisión a bordo.

La luz blanca iluminó el laberinto de raíces del enorme árbol y el capitán, para alejar aquella antorcha del petróleo de la lancha, la arrojó hacia el árbol. Se oyó un gemido, después un gruñido y luego un lamento, en el instante en que la luz de la antorcha permitió ver un leopardo que se aproximaba por la enorme raíz que quedaba sobre la lancha.

El pobre animal, había sido sin duda, arrastrado junto con el árbol cuando éste cayó al río, pues se le notaba delgado y débil.

Encogiéndose temeroso ante la extraña luz blanca que iluminaba el río de orilla a orilla, se arrastró, tembloroso por la raíz del árbol y pareció dispuesto a saltar a bordo de la lancha.

—¡Vamos! Esto sí que parece cosa de broma, — rugió el capitán Bones. — ¡No basta haber caído en medio de ese árbol que es peor que una pesadilla! Ahora van a llovernos encima nada menos que leopardos. Dentro de pocos minutos vamos a tener a bordo un jardín zoológico.

La luz blanca permitió ver en aquel momento una serpiente python tan gruesa como el cuerpo de un hombre, enroscándose inquieta de raíz a raíz con los ojos luminosos y verdes como esmeraldas, reluciéndole en la oscuridad.

—¡Ese árbol es un arca de Noé! — exclamó el capitán. — ¡De fijo dentro de poco veremos leones, tigres, dromedarios y puercoespines!

Tomó el rifle y ya iba a hacer fuego contra el leopardo, cuando Rob se levantó lanzando un grito.

—¡No mate, señor! — gritó. — ¡No mate!

Y se colgó, implorante, del brazo del capitán Bones.

—¡No mate! ¡Es amigo mío! — exclamó, indicando al leopardo que ronroneaba contento al oír la voz del muchacho.

—¿Su amigo? — preguntó asombradísimo el capitán. — ¡Puede usted decir que tiene amigos bien originales. Y esa serpiente pythom ¿es también persona de su amistad?

—Esa mala — dijo Rob moviendo negativamente la cabeza. — Pero Tutú bueno. Mi amigo.

Y dirigió un grito de saludo al hambriento leopardo que miraba hacia la lancha con ávidos ojos.

—Tiene razón en lo que dice, señor, — intervino Arturo rápidamente. — Ese leopardo es Tutú. Es el amigo de Rob. Es manso como un gato casero. Se escapó al bosque para ir a cazar por su cuenta y se extravió y Rob estaba llorando porque lo había perdido cuando yo lo encontré por primera vez.

—¿De veras? — preguntó el capitán Bones medio apuntando con el rifle al acurrucado leopardo.

—Le doy mi palabra de que es así, señor. —Cuando yo encontré por primera vez a Rob estaba llorando a lágrima viva. "¿Ha visto mi leopardo?" —dijo. — "Yo no sé nada de su leopardo", contesté yo. "¿Supone usted que yo ando por el bosque agarrando y metiéndome en el bolsillo los leopardos ajenos?", agregué. Entonces él exclamó: "¡He

perdido mi leopardo!" Y me contó todo lo referente a Tutú, su leopardo domesticado, que es muy bueno y muy útil. ¡No mate a ese pobre animal, capitán! — suplicó Arturo. — Déjelo saltar a bordo de la lancha y viajar con nosotros. Va a ser tan bueno como un perro de guardia y nos va a ayudar a meter en cintura a los negros, que se asustan mucho ante los leopardos.

—¡Vaya una clase de pasajero para un buque! — gruñó el capitán Bones receloso. — A mí tampoco me gustan los leopardos cono no estén en su jaula, en el circo o en el jardín zoológico. Pero dígale a Rob que si la fiera se muestra desagradable lo meteré una bala en la cabeza en menos tiempo del que hace falta para decir Harry Johnson.

Y cuando el capitán Bones nombraba a Harry Johnson, podía considerarse seguro que estaba dispuesto a proceder rápidamente.

Las palabras del capitán fueron traducidas a Rob, quien hizo gestos procurando hacer comprender que no había peligro ninguno y que Tutú era el más manso y bondadoso de los leopardos que había paseado por el mundo su cuero tachonado.

Fué Rob a la proa de la lancha, mientras los muchachos se separaban a un lado y llamó con un grito extraño y salvaje a su desaparecido favorito.

El leopardo gimió con alegría y dejó oír un sonoro ronroneo. Después, dominando la cortedad que le inspiraba el extraño olor de los blancos y de la lancha automóvil, saltó con agilidad extraordinaria a la cubierta y allí se encogió, lamiendo la mano de Rob cuando éste le abrazó el cuello y frotó su mejilla contra la peluda cabeza.

El capitán Bones bajó el rifle y contempló aquella graciosa pareja.

—¡Esto sí que no podía esperárselo nadie! — murmuró. — Esa fiera es tan mansa como el viejo gato de a bordo. ¡Y miren cómo lo acaricia el muchacho! ¡Ni que fuera un hermano perdido al que encuentra después de cuatro años!

De pronto lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Vamos! — exclamó. — El leopardo nos ha traído la suerte. Al saltar, seguramente ha movido la lancha, de modo que la ha desprendido de las raíces.

Con seguridad, el peso del leopardo, al dar en la proa de la lancha, la había desprendido de donde estaba sujeta. La lancha era arrastrada rápidamente por la corriente, que la separaba del árbol flotante.

El capitán Bones puso de nuevo en marcha el motor, hacia adelante.

Al oír el ruido del funcionamiento del motor, el leopardo mostró los dientes y gruñó. El capitán Bones llevó rápidamente la mano al bolsillo donde tenía el revólver.

Pero Rob acarició el hocico del pasajero y le habló bajo, tranquilizándole y explicándose, sin duda, que todo aquello era magia de los hombres blancos y que no debía asustarse por nada raro que oyera o viese.

Entonces el leopardo se tranquilizó y se echó junto a Rob, con la cabeza apoyada en sus grandes patas delanteros, ronroneando de gusto al verse de nuevo junto a su querido patrón.

Rob, contentísimo por haber vuelto a encontrar de nuevo a su favorito, dirigió la palabra a Arturo en su lengua especial y éste explicó luego que Rob había hallado a Tutú perdido en el bosque, cuando era un cachorrito muy chico y lo había cuidado con toda atención, llegando a ser poco tiempo después, su mejor amigo en aquellas soledades. Había enseñado a Tutú a que cazara para él y Tutú se había hecho muy hábil en la caza de aves del bosque y de pequeños venados y luego se comían la presa entre los dos. Pero de pronto, Tutú se había puesto intranquilo, seguramente por el paso de la expedición de Luis Coffin, se había escapado del interior del bosque y no había vuelto al lado de su inconsolable patrón.

—Rob dice que el leopardo le ha dicho que no volverá a escaparse, — explicó Arturo interpretando el lenguaje de aquellos extraños amigos. — Ha sido una suedte que Tutú haya regresado, pues va a constituir un éxito cuando Rob y yo vayamos a Inglaterra y nos presentemos en los circos.

"Rob, el joven salvaje y Tutú, su maravilloso leopardo". Así pondré en los carteles, — dijo Arturo muy complacido con aquel agregado a su compañía. — Y a Tutú se le dará de comer riquísimas patas de carnero y tendrá su parte en las utilidades de la compañía.

A invitación de Rob, los muchachos se acercaron bastante tímidamente a proa, a trabar amistad con la formidable fiera.

Juan y Harry le acariciaron la sedosa cabeza; y entonces, a indicación de Rob, el leopardo les olfateó a fin de distinguirles por el olor, cuando volviera a verlos y les lamió las manos con su áspera lengua.

—El pobre animal está muy delgado, — dijo Harry. — ¿No se le podría dar nada de comer? Lo malo es que a bordo no tenemos mas que carne conservada.

—Con seguridad no va a querer comer la carne conservada, — dijo Arturo, — pues no hay caso de que ningún animal salvaje haya mostrado nunca afición a esa carne. ¡Y los leopardos no comen galleta! Pero yo traigo un trozo de muslo de cabra que me dió un negro en Bana-Bana para que se lo trajera de regalo a un primo suyo, que anda en la expedición. Está en la canoa que llevamos a remolque. Voy a popa y la sacaré. Supongo que el negro se quedará contento si en lugar de la carne, le doy un par de tabletas de tabaco para mascar.

Arturo tiró de la soga de amarra de la canoa que seguía a popa de la lancha, hasta que el paquete con la carne estuvo a su alcance.

En un momento el paquete pasó a manos de Rob y la soga fué de nuevo soltada por Arturo, que procedió con la lentitud que la situación exigía.

Rob desató el paquete, sacó la carne y se la dió a Tutú. El pobre animal debía llevar varios días sin comer; pero, sin embar-

go, no demostró voracidad ni precipitación. Tomó el trozo de carne con toda limpieza y lo comió lentamente, ronroneando de vez en cuando, hasta quedarse con el hueso, que mordisqueó durante muy largo rato

—¡Fíjense, amigos! — dijo Arturo con orgullo. — Ya ven que es verdad lo que me dijo Rob. Tutú es todo un caballero. Come como una persona educada, como si le hubieran criado en la mejor sociedad! He visto en Londres a gente que comía con menos limpieza que Tutú. Ese animal sabe sentarse a una mesa Cuando lo lleve a él y a Rob a Inglaterra, y trabajemos en los circos, uno de nuestros "números" será una comida de verdad, ante una mesa tendida con todo lo necesario. Llegará Tutú, se quitará el sombrero y el sobretodo, se sentará, llamará al mozo, consultará la lista y se pondrá la servilleta atada al cuello igual que la que se ponen los duques. ¡Todo Londres va a querer ver esa extraordinaria representación! La lástima es que no nos hayamos apoderado de aquella enorme serpiente python, — agregó Arturo suspirando, y pensando que se hubiera tratado de una excelente adquisición para su colección de fieras y otros animales. — Esa serpiente era gruesa como un caño de desagüe y de esos que se ven en Londres y son así, — y señaló con los brazos tendidos, algo como yarda y media.

—Me alegro de que no se le haya ocurrido a nadie traerla a bordo, — dijo Juan. — Odio a los reptiles; era un animal inmundo.

—En vez de llevarlo vivo, podíamos haberlo muerto y haberle sacado el cuero para hacernos petacas para el tabaco y cinturones. — dijo Arturo, preocupado. — Me hubiera gustado hacerme una faja, para defenderme la cintura y el vientre, con cuero de víbora... ¡y hasta un chaleco! ¡Es un cuero muy vistoso! ¡Si yo me presentara en Londres con un chaleco de esa piel, de fijo me miran con envidia todos los elegantes de Piccadilly.

MENSAJEROS DE MUERTE

El extraño grupo conversaba en la proa de la lancha, mientras la embarcación continuaba su avance por el oscuro río. El leopardo, después de haber comido, dormitaba entre los muchachos, que le consideraban como un nuevo y simpático, aun cuando original, camarada.

Rob parecía estar contentísimo por haber recuperado a su favorito y atraía hacia su pecho la abultada cabeza de la fiera.

El capitán Bones manejaba la lancha cuidando de no tropezar con ninguno de los maderos flotantes arrastrados por la correntada del río.

No tuvieron más incidentes durante lo demás del viaje, salvo que cruzaron junto a un grupo de hipopótamos que zambulleron al ver aquello que se acercaba con tanta rapidez, y que pasaba rápidamente junto a ellos, revolviendo el agua con su hélice.

Llegarn a tiro de sonido de las cataratas, y el capitán Bones advirtió a los del campamento que estaba cerca, mediante un luminoso cohete que esparció centenares de brillantes estrellas y asustó bastante al maravillado Tutú.

Disminuyó el andar de la máquina de la lancha y dirigió la embarcación hacia el remanso situado al pie de las cataratas, pasando a una pequeña caleta situada entre dos altas paredes de roca.

Se oyó un remover de agua y el aire se llenó de un olor almizclado, lo que indicó que la quilla de la lancha había rozado el lomo de uno o dos de los cocodrilos que allí dormían, metidos a medias en el agua.

Pronto el rojo resplandor de las antorchas se vió a través del ramaje del bosque y los negros, despertados por el cohete, se acercaron a recibirles, gritando desaforadamente sus frases de bienvenida.

Como el capitán Bones se lo hizo notar entonces a los muchachos, se trataba de una escena muy animada y original, además de constituir un cuadro muy pintoresco, aquel grupo numeroso de negros, con sus llameantes antorchas, saltando y gritando, locos de contestos, delante del fondo oscuro del follaje del bosque y a la orilla del remanso del río, cuya superficie reflejaba las llamaradas de las antorchas.

La escena se hizo más animada aún, cuando la multitud de negros rodeó la lancha y centenares de manos de ébano se posaron en la borda para levantar entre todas la embarcación y sacarla a la orilla, lejos de donde pudiera alcanzar la creciente del río.

Los negros estaban muy nerviosos a consecuencia de haber oído el lejano tiroteo, transmitido hasta ellos por el agua del río.

Uno de los curiosos rumores que nadie logra explicar en Africa, ya había llegado hasta ellos, y ya sabían ellos que sus jóveens patrones habían ganado una gran victoria contra unos negros malos de río abajo, y se pusieron a cantar un himno de triunfo, mientras sacaban la lancha del agua, poco a poco.

Ya la habían sacado hasta la mitad, cuando Tutú, que estaba sentado a la popa de la lancha, molestado por las antorchas y la gritería de los negros, asomó la moteada cabeza por encima de la borda y lanzó un aullido.

Se oyó entonces un coro de chillidos y rumor de rápidos pasos. Los negros se dispersaron despavoridos en cuanto vieron al leopardo Algunos se echaron al río sin acordarse de la presencia de los cocodrilos Otros se dirigieron hacia la espesura del bosque. Varios se subieron a los árboles antes de que el capitán Bones pudiera hablarles y tranquilizarles, y decirles que no debían asustarse de aquel leopardo, porque era muy manso.

Pusieron un collar de cuero en torno del pescuezo de Tutú, en vez del de pasto tejido que le había hecho Rob, y le sujetaron con una cadena de acero. Cuando hubo saltado de la lancha como un gato manso y fué llevado a prudente distancia por su joven dueño, los negros volvieron a acercarse de nuevo a la lancha.

Arturo se mostraba muy decidor, explican-

do a los negros que no debían tener miedo del leopardo.

—¡Qué negros! — gritaba. — ¡Son ustedes una colección de señoritas! ¿Qué? ¿Tienen miedo del bueno de Tutú? Pero, mírenlo: ¡Pobre Tutú viejo! Si es mansito como el gato de una solterona. Fíjense cómo le rasco el hocico.

Y Arturo, para demostrar a los negros lo manso que era Tutú, se acercó al leopardo con una antorcha en una mano y con la otra le acarició el hocico.

Pero quizás Arturo le tocó demasiado fuerte, quizá la proximidad de la antorcha asustó al animal. De todos modos, lo cierto es que Tutú alargó una pata cuando cerró los ojos, molestado por la luz de la antorcha, y las uñas de la pata del leopardo se engancharon en la tela de la parte de atrás de pantalón de Arturo y la desgarraron de un tirón. Arturo, lanzando un grito, se llevó las manos a aquella parte de las asentaderas del pantalón.

—¿Le ha lastimado? — preguntóle Harry.

—¡No! Lastimado no; pero me ha desgarrado el asiento de los pantalones nuevos, — dijo Arturo con tristeza.

Un coro de sonoras carcajadas brotó de donde estaban los negros, pues Tutú había suprimido de un sol manotón toda aquella parte de los pantalones de Arturo, tal como si los hubiesen cortado con unas tijeras.

—¡Lindo gato manso es usted! — dijo Arturo mirando, ceñudo, al leopardo. — Debía darle vergüenza de lo que ha hecho ¡Destrozar así el pantalón de su pobre tío Arturo, que le dió una cena tan buena! ¡No le daré más carne de cabra! Se pone usted demasiado presuntuoso.

Los muchachos se rieron hasta que les dolieron los costados. Su risa se contagió a los negros, que habían puesto unos rodillos debajo de la lancha y la rodaban hacia la parte alta del río, donde estaba situado el campamento.

Cuando un negro ríe, ríe con alma y vida. Los negros no sabían por qué reían los muchachos, pero les bastaba saber que había algo de qué reir.

Y rieron hasta que las lágrimas les caían por las mejillas, hasta que tuvieron que sentarse en el suelo y armaron un ruido tal, que llegó en un momento a dominar el constante fragor de catarata.

—¡No veo que haya razón para tanta risa! — exclamó Arturo de mal talante, dirigiéndose al campamento, sosteniéndose con ambas manos el pantalón desgarrado.

Hasta el mismo Pedro Grief se rió cuando los aventureros llegaron al campamento y le contaron lo sucedido.

Faltaban todavía varias horas para el amanecer, así que, cuando los muchachos hubieron terminado de cenar y de contar sus aventuras, se dirigieron con suma satisfacción a la espaciosa tienda de campaña que había sido armada para ellos dos, Arturo y Rob.

Clavaron uan fuerte estaca en el suelo y Tutú, sujeto por su cadena de acero, se quedó de guardia junto a la puerta de la tienda.

—¡Cuidao; ¿Eh? — dijo Arturo en desacuerdo con esa medida. — ¿Y si el leopardo se enoja durante la noche? ¿Qué hacemos?

—No pasará nada, — dijo Harry riendo, echándose en su cama de campaña. — Ha comido bien y se ha divertido desgarrando el pantalón de Arturo, así que está satisfecho.

—Pues yo voy a dormir con el revólver debajo de la almohada, — dijo Arturo. — No quiero que me marque ningún leopardo durante la noche, solamente porque se le ocurra que tiene apetito y que no le vendría mal un sandwich. Pero usted es el que está más cerca de la puerta, Harry, a usted se lo va a comer primero, Harry.

—No me importa correr ese peligro, — replicó Harry, riendo. — Pero apague la luz, Arturo, que se nos está llenando la tienda de mosquitos y de otros insectos que nos van a comer vivos antes de que a Tutú se le ocurra venir a cenarnos.

Arturo sopló la lámpara qeu alumbraba la tienda y poco después los muchachos dormían plácidamente. En el campamento, a oscuras, reinaba el más completo silencio.

Tutú, aun cuando estaba echado y parecía dormir, vigilaba, con el oído atento, esperando sorprender cualquier ruido sospechoso que resonara en la oscuridad de la noche.

Como una hora antes de amanecer dos delgadas y pequeñas figuras humanas se deslizaban como víboras, saliendo de entre los matorrales. Se movían tan silenciosamente como indios pieles rojas mientras se deslizaban junto a los centinelas que estaban adormecidos en sus puestos.

Pero aquellas dos figuras que tan cautelosamente se acercaban, no querían ocuparse de los centinelas. Tenían el cuerpo untado de aceite, y en el peinado tenían pinchada, cada uno de ellos, una larga púa de puercoespín, envenenadas. Eran aquellos dos escogidos aseinos enviados por Luis Coffin, con orden de entrar en la tienda donde dormían los muchachos y darles muerte.

El menor rasguño hecho con una de esas puntiagudas púas que los negros llevaban en su ensortijado cabello, era bastante para causar la muerte.

Los muchachos no sentirían el contacto de las púas en la piel, porque cada aseino llevaba colgado al cuello un paquete de hojas fuertemente narcóticas que, estrujadas con ambas manos, colocarían junto a la boca del durmiente, produciéndole un letargo y una insensibilidad inmediata. De este modo, las víctimas pasarían de la vida a la muerte sin sentirlo.

Los muchachos dormían profundamente, cuando aquellos dos silenciosos mensajeros de muerte se arrastraban hacia su tienda con el propósito de vengar la derrota de las canoas de guerra y la muerte de las tripulaciones de asesinos que estaban en el fondo del río.

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

LOS DOS NEGROS PIGMEOS

Los muchachos dormían profundamente en su tienda, enteramente ajenos al peligro que les amenazaba.

Los dos negros pigmeos se acercaron a la tienda, tan silenciosamente como dos víboras con sus púas envenenadas clavadas en el peinado.

No se necesitaba más que un rasguño hecho por una de esas púas para causar la muerte, y los negros se propnían dar muerte a sus víctimas blancas, porque Luis Coffin, — el hombre blanco que había dirigido su ataque contra la lancha, — les había dicho que esos blancos venían con las peores intenciones, pues iban a apoderarse de sus tierras, arrojándolos a ellos de donde estaban e iban a talar los bosques, esclavizando a todos los negros que necesitaran.

Pero, a pesar de lo silencioso de su avance, había, a la puerta de la tienda, unos oídos que percibieron el ruido que hacían. Aun cuando hubieran pasado por la línea de centinelas sin alarmar a nadie, Tutú, el leopardo, les había oído desde muy lejos.

A los oídos del leopardo favorito de Rob llegaba cuanto ruido se producía en el bosque, y Tutú no necesitaba que le dijeran nada para saber que era un enemigo de su patrón y de sus amigos el que se acercaba de tan cauteloso modo.

Se acurrucó, esperando el momento de saltar, con los ojos brillando como bolas de fuego, en la oscuridad. Ya podía oler a los asesinos, y se daba cuenta de la dirección en que venían arrastrándose hacia la tienda.

La noche era muy oscura en aquel momento, porque faltaba como una hora para el amanecer. Del río se había levantado una niebla ténue y en el bosque una neblina espesa no dejaba ver sino a corta distancia.

Los dos pequeños negros se pusieron de pie, como sombras, en mitad de la niebla y se acercaron a la tienda silenciosamente, con los pies descalzos.

Comenzaron a levantar las cuñas de aluminio que sujetaban la tela de la tienda.

De pronto, entonces, se oyó un gruñido y un agudo grito de miedo.

Tutú había caído sobre su presa.

Los muchachos que estaban en la tienda, se despertaron al oír el grito de terror, y salieron fuera. Hallaron a Tutú furioso, con un negro debajo de cada zarpa.

Fué una suerte para los presuntos asesinos que Rob fuera el primero en salir de la tienda. Tomó a Tutú de la piel del cuello y lo arrancó de su presa, tranquilizándole con algunas palabras rápidas.

Los dos negros se quedaron tendidos en el suelo, gimiendo de dolor y a éstos les habló Rob en su propio lenguaje.

Les preguntó por qué habían venido a la tienda de los hombres blancos durante la noche, y, cuando Harry salió con la luz que había ido a buscar, vió las púas de puerco espín envenenadas que tenían en el peinado y el montón de de hojas soporíferas que tenían colgadas al cuello.

Arturo fué el último en presentarse en escena. Apareció con las manos en los bolsillos y balanceándose como un marinero a ver qué era lo que pasaba.

A él se dirigió Rob hablando rápidamente y con suma animación.

—¿Qué dice Rob sobre esos hombres? — preguntó Harry.

—Pues bien, — dijo Arturo chupando plácidamente una pajita que había recogido del suelo, — mi amigo Rob dice que estos dos tipos vinieron con el noble propósito de matarnos. Esas cosas que parecen pincelitos y que tienen metidas en el peinado, son unas púas de puerco espín envenenadas. Iban a darnos muerte porque el señor Luis Coffin se lo mandó. Les ha dicho que nosotros hemos venido a robarles los bosques y a esclavizarlos a ellos y que no somos más que un grupo malísimo de mercaderes de esclavos. Les dió orden de matar a los dos muchachos blancos. ¡Buen tipo es ese Luis Coffin! — agregó Arturo.

—¿Y eso que llevan colgado al cuello? — preguntó Harry, indicando los montones de hojas.

—Eso es una especie de cloroformo del país, — explicó Arturo. — No hace falta más que estrujar esas hojas y ponerlas junto a la nariz de cualquiera para que su sueño se haga tan profundo y quede tan insensible, que no sienta el rasguño de la púa. No tiene más que rozar un poco la piel y a los diez minutos está usted muerto.

Los muchachos se estremecieron al pensar en el peligro de que se habían salvado.

—Dígales, Rob, que no vamos a hacerles daño, — dijo Harry, — y que sólo peleamos con quien nos molesta. Dígales que ese Luis Coffin es un hombre malo, que los levanta contra nosotros por la cuenta que le tiene y llevémosles a la tienda del señor Grief, para que les cure las heridas. Me parece que Tutú les ha lastimado bastante la espalda.

Rob les quitó del peinado las púas emponzoñadas y guió a los temblorosos asesinos a la tienda de Pedro Grief.

Pedro estaba a la puerta de su tienda cuando ellos llegaron. Se había despertado al oír el grito del negro y los gritos de los centinelas que una vez levantada la alarma estaban disparando sus rifles hacia el bosque sin saber realmente por qué.

—¡Digan a esos negros tontos que no hagan disparos! — ordenó Pedro. — Van a terminar por matarse los unos a los otros con tanto tirar.

El capitán Bones, con su estentórea voz, gritó a los centinelas que suspendieran el tiroteo, y después les reprochó el no haber vigilado debidamente, como era su obligación.

—¡Alto el fuego, mamarrachos! — gritó. — ¡Ahora que no hace falta es cuando se muestran muy activos! ¡Dormilones!

Los centinelas cesaron de disparar tiros y se oyeron murmullos en todo el campamento, criticando a los centinelas por lo bajo, cuando los dos cautivos eran conducidos hacia la tienda de Pedro.

Eran dos tipos pequeños y feos, — negros del tipo más inferior, — con cabello como lana y barbas ensortijadas. Miraban en redor asombrados, fijándose en las tiendas y en los montones de rifles, de cajones y fardos, que formaban el equipo de la expedición.

Estaban evidentemente convencidos de que los iban a matar aquellos temidos hombres blancos, a pesar de todas las tranquilizadoras palabras que Rob les había dicho.

Nunca se sorprendió más un par de negros que aquel cuando Pedro abrió su maravillosa caja de medicinas y dejó ver una cantidad de botellas y cajitas de relucientes instrumentos niquelados, y, después de hervir agua en un calentador de alcohol, les lavó cuidadosamente las heridas, les puso un medicamento y las vendó.

Duratne ese tiempo, Rob les explicaba que estos eran hombres blancos buenos, que pasaban por el país en paz, sin meterse con nadie y haciendo todo el bien que podían.

Cuando Pedro les hubo vendado las heridas, dijo a Rob que les preguntara si tenían apetito.

¡Claro está que tenían hambre! ¡Tenían hambre siempre! Comenzaba a clarear y los peones negros de la expedición encendían los fogones y preparaban su matutina ración de harina de avena, o sea el porridge, tan popular en Inglaterra.

Los dos pigmeos fueron puestos bajo la custodia de centinelas de vista, y a cada uno le dieron un tazón de los más grandes, llenos de porridge y con un poco de dulce encima. Era la primera vez que probaban el dulce en su vida, y consumieron su ración de muy buena gana. Después se echaron a dormir, convencidos de que los blancos no iban a hacerles daño ninguno.

A las nueve de la mañana los despertaron y Pedro examinó, limpió y vendó nue-

Juan fué dando vueltas y más vueltas, a merced de la inundación y era tanta el agua que parecía aplastarle. El muchacho se hallaba casi perdido, pero el socorro estaba cerca. Sin pensar en su propia seguridad, Arturo se arrojó al agua, a salvarle.

vamente sus heridas. Los rasguños de las garras de Tutú, aun cuando hondos, no eran peligrosos y los dos negritos fueron declarados en condición de poder regresar a donde estaban los suyos, pero no sin prometer antes que no atentarían nunca contra la vida de ningún blanco.

Entonces la canoa fué descendida a la parte inferior del río, y a cada uno de ellos se les regaló unas sartas de piedras de colores y unas yaddas de percal.

Los dos pigmeos se quedaron sentados en la canoa, asombrados ante tanta bondad, mirando atónitos a aquellos blancos que les trataban de modo tan extraño.

—¡Están enteramente aturdidos! — dijo Arturo, mirando hacia la canoa desde la orilla, con las manos en los bolsillos y balanceándose como de costumbre. — Se ven ahora más ricos que nunca. Figúrese, Harry, que fuese usted a matar a uno, y que ese uno, despertado por un leopardo que estuviera de guardia lo prendiera y el que había de ser su víctima le enviara de regreso a su casa en su automóvil particular, después de llenarle los bolsillos de dinero... ¿Usted diría que se trataba de una bella persona, no es cierto?

—¡Sin duda! — asintió Harry Mason riendo.

—Pues bien; eso es precisamente lo que están pensando ahora esos dos tipos respecto a nosotros, — dijo Arturo con suma satisfacción. — Les hemos dejado enteramente atónitos Ahora están que ni respiran de puro asombro Pero cuando se hallen de regreso entre su gente y muestren lo que se les ha regalado y empiecen a pasearse envueltos en ese percal de colorines, toda Africa les va a parecer chica para ellos, y nuestra reputación, río abajo, se irá a las nubes. El que va a salir perdiendo es ese pillastre de Coffin. Los negros pigmeos se van a dar cuenta en seguida de que ese Coffin es una mala persona, y además, se correrá la voz, por toda la comarca, de que no se nos moleste de ningún modo. Es maravilloso cómo corren las noticias a través de Africa, aun cuando aquí no haya teléfonos ni telégrafos para llevarlas de un lado a otro

Los muchachos comprendieron que Arturo estaba en lo cierto. Aún tenían que apreciar el extraordinario y misterioso telégrafo mediante el cual, en pleno continente salvaje, las noticias van de un lado a otro con la velocidad más rápida y sin ayuda de telégrafo sin hilos ni de ninguna de las invenciones modernas.

Miraron cómo los dos presuntos asesinos iban en la canoa, mientras dos negros movían las paletas, río abajo, hacia la otra orilla, donde les desembarcaron.

Después regresó la canoa y volvieron la embarcación a la parte alta del río, donde ya estaban haciendo los preparativos para levantar el campamento y seguir río arriba.

UNA TRAMPA HABIL

Durante toda una semana la expedición navegó por el río Bana-Bana sin incidente de ninguna especie. Las canoas avanzaban a remo contra la corriente o eran remolcadas por la lancha automóvil, que tenía la fuerza bastante para llevar a toda la expedición río arriba, a razón de dos millas por hora.

Algunas veces los muchachos iban en las canoas, otras veces se unían a la partida que iba por tierra, marchando con Tutú junto a ellos, como si fuera un perro.

Considerando que era un animal salvaje, nacido y crecido en libertad, Tutú era tan buen compañero como un perro y tan juguetón como un gatito. No le gustaba que lo dejaran solo, y cada vez que le ataban a un árbol y lo dejaban unos minutos, despertaba a todo el bosque, tales eran sus lamentos de tristeza

Y cuando veía de nuevo a Rob y a sus compañeros, ronroneaba contentísimo y se frotaba contra las piernas de los muchachos, como pidiendo que no volvieran a dejarle solo

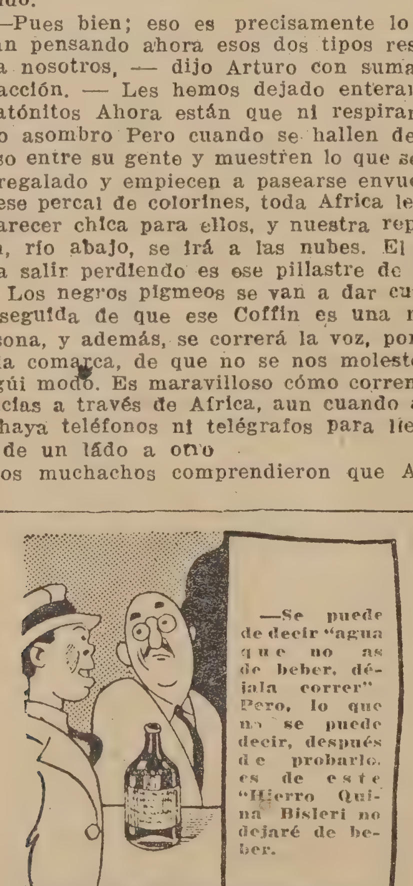
Rob enseñó a los muchachos a luchar con él y pronto se enteraron de que Tutú era más poderoso que cualquiera de los tres. Pretendían por ejemplo, agarrarle de una de las patas y volverle boca arriba. Pero Tutú era siempre demasiado fuerte para ellos, aun cuando nunca ejerciera toda su fuerza contra ellos y tuviera siempre escondidas las uñas dentro de sus aterciopelados estuches.

Y si Tatú se ponía un poco enojado, le podía tranquilizar Arturo, que poseía algo que lograba tener a Tutú encantado horas y horas.

Era esto una de esas armónicas o flautas chatas, como de un palmo de largo, que tienen los agujeros por donde se sopla, en uno de los bordes. Tutú escuchaba encantado cuando Arturo tocaba la armónica y empezaba a ejecutar su escogido repertorio de foxtrots y de canciones populares, y Arturo sentíase orgulloso al darse cuenta de la influencia suavizante que ejercía su música en el sistema nervioso del leopardo.

—Ustedes van a ver cómo hago que ese leopardo se eche a dormir escuchando mi armónica, — decía.

Y ejecutaba algunas lentas melodías, que encantaban de tal modo a Tutú, que ronro-



neaba y se echaba cerrando los ojos, extasiado escuchando la música.

—Ya les digo, — manifestaba Arturo.— Ese leopardo sabe lo que es la música. La reconoce en seguida cuando la oye... Y los negros también.

Así era, en efecto. Los negros se mostraban encantados cuando Arturo ejercía de banda durante la marcha. Por más pesado que fuera el camino y por más dificultades que presentara, toda la columna marchaba contenta con Arturo a la cabeza despertando los ecos de la selva con los acordes de "Vamos al Strand" o "¡Qué muchacho atrevido!", dos de los más populares two-steps de aquel entonces.

Sin duda, la flauta armónica de Arturo era uno de los éxitos de la expedición y Pedro Grief declaró que valía su peso en oro, pues conservaba a los negros de buen humor y les alegraba durante las largas y pesadas marchas y mientras se cargaban y descargaban las canoas, porque el río presentaba bajíos peligrosos o rápidos llenos de dificultades. También les daba ánimos cuando era necesario conducir las lancha automóvil por tierra mediante rodillos.

Los negros apreciaron pronto los varios aires patrióticos y populares que ejecutaba Arturo y en los bosques resonaban a lo mejor los ecos del Tipperary cantado en coro por todos los negros de la expedición. Los nativos africanos pronto aplican un nombre gráfico a los blancos que conocen, así que no pasó mucho tiempo sin que Arturo tuviera el suyo. Le llamaron: Magamaumtumtum" y por ese nombre, que quería decir "el que hace música con la boca", le conocía todo el personal de la expedición.

Durante una semana, mientras siguieron río arriba, no vieron señales ni supieron nada sobre la siniestra fuerza contraria a ellos. La región por donde pasaban era enteramente desierta y se componía de bosques y juncales rodeados de sombrías colinas, que recordaban a los muchachos los campos de Inglaterra. Pero no tenían la misma alegre coloración. Surgían sobre la pantanosa selva y se recortaban en el brillante cielo, donde brillaba el sol candente y claro.

Fué esta la impresión que hizo a los muchachos la primera vez que vieron el paisaje del interior de Africa. Aun cuando el color era horrendo, el paisaje tenía el tono de sombría frialdad de un día de Noviembre en Inglaterra.

Poco después, sin embargo, la escena comenzó a cambiar de aspecto. Las colinas se fueron haciendo más pedregosas y de distinta configuración. El paisaje fué haciéndose más y más agreste y los muros de las rocas laderas de las colinas comenzaron a acercarse a las orillas del río

Hasta aquel punto, la parte alta del terreno no había comenzado hasta unas quince millas de la orilla del río. Pero ahora sólo dos millas de bosque se extendían entre la ribera del río y el pie de las colinas. Los guías nativos dijeron que se acercaban a la gran garganta de Ungama.

Aun cuando el bosque era menos extenso allí, los árboles eran más hermosos y la orilla del río más escarpada.

Entre los árboles del bosque crecían gran cantidad de enredaderas y numerosos helechos, de tal modo y en tal profusión, que los muchachos contemplaban a veces, extasiados, la hermosura de aquel conjunto de tropical vegetación.

A la sombra de aquellos altos árboles reinaba una temperatura agradable, casi fresca, pues los troncos se elevaban hasta ochenta o cien pies antes de formar su copa que, como un dosel, interceptaba el paso de los rayos solares y los árboles estaban tan juntos que las copas se tocaban entre sí, formando un techo de tupido follaje.

El capitán Bones, que iba con los muchachos, caminaba admirado ante la magnificencia de aquellos árboles. La mayor parte de ellos eran de excelentes madera y el capitán comentaba qué buenos cargamentos de madera fina podría sacarse de allí y enviar río abajo a Bana-Bana, para llevarlos a Europa y venderlos a excelente precio.

—Lo único que habría que hacer, muchachos, — decía, — sería cortar estos árboles y dejarlos caer al río como les diera la gana. El río los llevaría hasta la desembocadura y allí podría armarse más de una jangada y llevarla a remolque, o si no, cargar los troncos en buques y llevarlos a Europa. Hay aquí troncos que valen más de doscientas libras esterlinas cada uno, pues son de la mejor madera para ebanistería. El único inconveniente que veo es que algunos troncos son de madera dura, de la que no flota. Aquel árbol que se ve allá, por ejemplo, es un ébano. Se iría al fondo del río, como una piedra.

—Bueno, — dijo Arturo, que marchaba siguiendo la orilla de las colinas tocando su armónica. — Que otro se lleve esos troncos. A mí me deja cansado nada más que pensar en el trabajo que daría el cortarlos.

Junto a Arturo trotaba el leopardo, escuchando con deleite lo que tocaba.

Los negros sonreían y cantaban en coro mientras cruzaban el espléndido bosque con su carga a la cabeza. Pero todos tenían buen cuidado de no acercarse mucho a Tutú el leopardo.

—¡Fíjense como ese leopardo goza oyendo mi música! — dijo Arturo con orgullo. — Creo que no va a pasar mucho tiempo sin que se aprenda mis canciones el amigo Tutú, ¿no es verdad, Robbi?

Y volviéndose hacia Rob que, con un collar de olorosas flores silvestres al cuello, llevaba al leopardo sujeto con una soga de hierba trenzada.

Rob se sonrió y se disponía a contestar cuando, de pronto, Tutú levantó la cabeza, olfateó y lanzó un sordo gruñido.

Rob se alarmó en seguida.

—Es mejor que no sigamos adelante, — dijo. — Tutú dice que hay algo que no es bueno en el camino por donde vamos.

El capitán Bones levantó el bastón e hizo señas a toda la larga fila de cargadores, para que se detuvieran. Los negros bien dis-

ciplinados, obedecieron en seguida y la fila se detuvo silenciosamente.

—Hay que averiguar de qué se trata amigo Rob, — dijo Arturo, — por más que presumo que hay en danza alguna combinación de un grandísimo sinvergüenza de Coffin. Estoy convencido de que el leopardo ha sido a ese señor, a quien ha olfateado.

No era posible dudar de que el leopardo estaba inquieto. Los ojos le brillaban como ópalos y los pelos de la parte posterior del cuello los tenía levantados como los de un gato cuando se enoja.

—¡Hola!—continuó el imperturbable Arturo. — ¡Ricardo Plantagenet olfatea algo sospechoso que viene en alas de la brisa! ¿Habéis notado en qué rumbo llega el viento, mis gentiles hombres y nobles caballeros?

Y Arturo se lamió la yema de un dedo y levantó la mano lo más alto que pudo, a fin de saber, cuando sintiera fresco, de qué lado soplaba el viento que jugueteaba entre los troncos.

—El viento viene de las colinas directamente hacia el río — anunció. — Por lo tanto, cualquiera que esté preparado para darnos un mal rato, anda por la falda de las montañas.

E indicó el escarpado camino de la montaña cubierta de bosque.

—Se comprende que algo hay por ahí que alarma al leopardo, — dijo el capitán Bones preocupado. — Pero en el bosque reina la mayor quietud. La colina es demasiado escarpada para que puedan subir por ella unos hipopótamos salidos del río y no parece buena guarida para fieras. No es el bosque suficientemente tupido.

—Son fieras de dos patas, capitán, las que andan por ahí, — dijo Arturo. — Rob dice que Tutú no se pone nunca así cuando ve a un animal. Tutú está asustado. Eso es lo que pasa. Si no tiene inconveniente, señor, quédese aquí con los negros, mientras yo, con Harry y Rob, vamos a investigar un poco camino adelante.

—Muy bien, — dijo el capitán Bones, — pero no se vayan demasiado lejos; y si ven algún peligro, hagan tres disparos de revólver.

Rob siguió a los otros muchachos y partieron, dejando a la columna en el bosque.

—¡Hagan tres disparos de revólver! — exclamó Arturo cuando estuvo a bastante distancia para que no pudieran oirle. — ¡Me parece que no! Si vemos algún peligro no vamos a alborotar a nadie. Ven acá, Tutú, —

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . .

agregó tirando de la trenzada soga con que estaba atado el collar del leopardo. — ¿Qué le pasa, amigo mío? ¿No ve que vamos de paseo por pura diversión? ¡Diviértase, pues, amigo!

Pero Tutú tiraba de la soga y no adelantaba si no a la fuerza. Se comprendía que no tenía ganas ningunas de seguir adelante por el camino que tenía a un lado la orilla del río, cada vez más alta y escarpada y en ángulo más agudo con el agua, y del otro lado del estrecho bosque que iba hasta el pie de las colinas.

—¡Por vida de!... — exclamó Arturo. — ¡Esto sí que es extraordinario! Nos hallamos en un bosque tan tranquilo como el bosque de Epping en día de trabajo y ahí está ese leopardo con un miedo tal que se diría que el bosque está poblado de espectros.

Abajo, en el río, a doscientos pies, más abajo de donde ellos estaban, oíase el cantar de los remeros y su grave: "¡Ja... Jú!" cada vez que daban en el agua con sus paletas, remando a compás, mientras las canoas seguían río arriba contra la corriente.

Un pajarito mielero revoloteó delante de ellos como invitándoles a seguir y a encontrar el dulce producto de las abejas.

Arturo se dirigió alegremente al pajarito mielero.

—No; gracias, amigo, — dijo. — No se tome el trabajo de gritarnos: "¡Miel! ¡Miel! ¡Miel!" porque no nos vamos a dejar llevar a una caverna de leones.

Arturo se refería, al expresarse así, a la superstición de los naturales referente a ese pájaro africano, que es parecido al pelirrojo de Europa, y del que se dice atrae a las personas a las guaridas de las bestias feroces.

La verdad de eso es que el pájaro mielero sabe siempre dónde están los restos de animales muertos, en el bosque o en el juncal y llama a sus amigos los hombres para que le sigan, y una vez ante las osamentas, las muevan y pongan a la vista los sitios que estaban ocultos junto al suelo, que casi siempre están cubiertos de gusanos, que son el manjar favorito de tales pájaros.

Usted puede seguir al pájaro mielero de África con la certidumbre de que le llevará a un nido de abejas silvestre o a donde están los restos de algún animal muerto. Por eso sucede, algunas veces, que guía a los nativos buscadores de miel a algún sitio donde un león o un leopardo están entregados a su comida.

Pero depronto, aquel pajarito que revoloteaba piando delante de ellos, posándose de vez en cuando en una rama y mirando hacia atrás como par ver si le seguían o no, cambió repentinamente de actitud, la nota de su grito se transformó en un chillido de miedo, y volviéndose, voló por encima de ellos y desapareció en dirección del sitio de donde venían.

—¡Bueno! ¡Esto sí que sigue siendo curioso! — murmuró Arturo mirando hacia donde había volado el pájaro. — Es la primera vez que veo a un pájaro de esa clase proceder de este modo. Cualquiera diría que este bosque está hechizado. ¡Ojo, muchachos! Algo grave pasa en alguna parte. Cuando un pájaro mielero hace lo que ha hecho ese, es que hay disturbio en algún punto de la calle por donde vamos. Leones no pueden ser, ni hienas tampoco, porque el pájaro mielero les tiene tanto miedo como puede tenerle un espantapájaros a un caballo de coche de alquiler.

Arturo se rascó la coronilla y buscó en su erudición histórica, obtenida leyendo el desgastado y releído libro que formaba toda su biblioteca y era un ejemplar de "Ivanhoe" la famosa novela de Walter Scott.

—Atención, caballeros, — dijo. — Algo hay en este sendero por donde vamos que parece ser demostración de que este bosque se halla en poder de las brujas. ¡En guardia mis gentileshombres! ¡Preparad los arcabuces! Avancemos cautelosamente, no nos sorprenda el hacha cuando ya esté cayendo sobre el cuello. Sir Robbí — agregó volviéndose hacia el muchacho salvaje, — adelantad medio tiro de flecha en vuestra región encantadora del bosque, colina arriba, y dirigid una avizora mirada a los contornos.

E indicó la falda de la colina.

Robbí vaciló. El también parecía ser advertido por un instinto propio, de que algo malo reinaba por allí y parecía participar de los temores de su leopardo.

—¿No me hace caso, Sir Robbi? — preguntó Arturo. — ¿Teneis miedo? No me complace ver a ese valiente leopardo temblando como un caballo viejo en día de frío. ¡Al bosque, caballeros, que si algún malandrín o algún desalmado bandido os asalta, nosotros acudiremos en vuestro auxilio y le haremos sentir el frío de nuestros aceros!

Animado por estas palabras, Rob desapareció como una sombra por entre los árboles.

Los muchachos esperaron, escucharon con toda atención. No lograban oír nada; pero se comprendía que había en el bosque ruidos anormales, pues no sólo el leopardo y Rob mostrábanse temerosos, sino también los pájaros que habitaban entre los árboles.

Un pájaro nocturno, parecido a una lechuza, pasó volando lentamente y como buscando el modo de salir del bosque. Después una especie de martín pescador, lanzando un chillido de miedo, cruzó por delante de ellos como una estela de llama azul.

Esperaron algunos minutos. Entonces Arturo inquieto a pesar de las tonterías alegres que había dicho para reanimar a los otros, y reanimarse a sí mismo, habló en voz baja.

—Dígame, señor duque — dijo dirigiéndose a Harry. — Si nuestro fiel amigo tarda un poco más en regresar del bosque, si tarda un par de minutos más, os pediré que os quedeis cuidando el leopardo e iré a mi vez a èchar una mirada ¿no os parece?

Pero precisamente en el instante en que Arturo iba a poner en ejecución su plan, Rob surgió del bosque y apareció en el sendero.

Se le notaba en el rostro que tenía mucho miedo.

—¡Venga pronto a ver! — dijo.

Los dos muchachos lo siguieron hacia el bosque con el recalcitrante leopardo tras ellos a la fuerza.

—El pobre Tutú comprendía que el bos-

que no hablaba lo mismo que de costumbre, — dijo Rob.

—¿Qué no hablaba? — preguntó Arturo. — ¿Desde cuando hablan los árboles?

Pero Rob levantó un dedo.

Al pasar la brisa por entre los árboles producía un leve ruido, algo así como un suave gemido.

—¡Los árboles siempre tienen su voz! — dijo Rob en voz baja, con los ojos dilatados de tal modo que parecía que fueran a salirse de sus órbitas. — El grito que producen ahora los árboles ha sido lo que alarmó a Tutú.

Arturo dejó de sonreir y se puso muy serio. Siguió de cerca a Rob mientras éste ascendía por la ladera de la colina, y, al detenerse junto a un enorme ébano, indicó un punto del grueso tronco a unos dos pies del suelo.

Arturo miró al árbol y reprimió una exclamación de horror.

—¡Dios mío! — dijo. — Está casi cortado del todo! ¡Cortado con una delgada sierra!

Rob se había acercado a otro árbol. Estaba cortado de igual modo. Y otro y otro más inspeccionaron, y todos estaban cortados pacientemente con una sierra muy bien templada y tan delgada que no se notaba casi el corte. Todo el bosque estaba, podía decirse, como pendiente de un cabello.

—¡Caballeros! — dijo Arturo después de una pausa. — Ausentémonos de este sitio inmediatamente. Me está pareciendo que nuestro amigo Luis Coffin está representando para nosotros el papel de "La mano que aprieta". ¡Ahora comprendo cuál es la combinación del villano! ¡Hola! Este es un "truc" viejo entre los leñadores de Nueva Zelandia, que así echan abajo todo un bosque al mismo tiempo. Cortan así todos los árboles de una ladera. Después van a la parte más alta de la cuesta y echan abajo los árboles de la fila superior. Estos caen sobre los de la segunda fila, que caen sobre la tercera, y así sucesivamente, de modo que todo el bosque se desploma como un juego de bolos. Eso es lo que esos canallas han preparado para nosotros y ahora están esperando el momento en que nos oigan pasar por el sendero. Entonces empujarán los árboles de la fila de arriba y nuestros cincuenta cargadores, el pobre Arturo y todos los demás serán aplastados por los árboles al caer éstos. ¡Fuera del bosque, muchachos! No tiene nada de extraño que los pájaros y el pobre leopardo tengan miedo. ¡Fuera! ¡Al campo libre!

Los muchachos corrieron fuera del bosque lo más rápidamente que pudieron. Luis Coffin y su gente debían haber trabajado con actividad febril, pues todos los árboles estaban cortados hasta no dejar más que una cuarta parte del tronco sin cortar, en una extensión de cerca de un cuarto de milla arriba del sendero utilizado por los nativos, como pudieron apreciarlo los muchachos, al pasar.

Estaban ya en el sendero cuando oyeron risotadas y voces de sus compañeros. La columna, cansada de esperar, había reanudado la marcha y se acercaba a la senda.

—¡Atrás! ¡Todos atrás! ¡No entren en el sendero del bosque! — gritó Arturo. — Ordéneles que retrocedan, capitán Bones! ¡Corran! ¡Que todo el bosque va a caerse sobre nosotros!

Hubo un momento de confusión que fué acrecentado por la actitud de Tutú, que desesperado de miedo, rompió la soga que lo sujetaba y corrió hacia la cola de la columna presa del más intenso terror.

Los cargadores nativos volviéronse también y corrieron fuera de la zona de peligro.

Después dijeron, explicando su actitud: "Cuando los blancos corren, nosotros corremos también".

Arrojaron los bultos que llevaban y corrieron por el sendero en el momento en que en lo alto de la ladera empezaba a oirse el ruido de los grandes árboles al astillarse y caer.

Luis Coffin y su gavilla, creyendo que ya estaba la columna en el sendero, delante de los árboles cortados, y oyendo gritos, dieron los golpes de hacha decisivos que enviaron a los gigantescos árboles de la fila superior a caer colina abajo, empujando a los que les quedaban delante.

Los muchachos, mientras corrían, oían cómo se astillaban los enormes troncos y caían con un ruido parecido al de un estampido de cañón. Resultaba aquello como una especie de alud de árboles pesadísimos que fuera descendiendo por la cuesta de la montaña.

Mirando hacia atrás, mientras corrían, los muchachos vieron cómo caían los árboles de más arriba con ensordecedor estrépito.

—¡De prisa, muchachos, o estamos perdidos! — gritó Arturo, que estaba entre los últimos. — ¡Corra, capitán Bones o le van a aplastar!

El capitán Bones, como todos los marinos de edad un poco avanzada, no tenía costumbre de correr. Estaba casi sin aliento cuando Harry y Arturo se acercaron a él y tomándolo cada uno de un brazo, le ayudaron a correr el espacio que faltaba.

La ayuda de los dos muchachos llegó a tiempo, pues gracias a ello lograron salir del sitio peligroso.

Pasaron de la zona donde terminaba la trampa de muerte preparada por Luis Coffin y sólo habían recorrido unas pocas yardas cuando los grandes árboles que se habían dejado detrás, cayeron con estrépito, esparciendo sus ramas en todas direcciones.

EN MITAD DE LA TORMENTA

El capitán Bones se quedó sentado en el suelo, jadeante y asombrado, preguntándose si era verdad lo que acababa de suceder.

Los cargadores nativos, aterrorizados al ver cómo se desplomaba el bosque, habían huído para salvarse de morir aplastados, retrocediendo media milla de camino, y, dejando los bultos que llevaban, donde los habían dejado caer.

Los muchachos se quedaron junto al capitán, de pie, inmóviles, contemplando la enorme cantidad de árboles que estaban tirados, casi horizontales, en la cuesta de la

ladera de la montaña. El bosque presentaba un claro, de troncos caídos, de media milla de extensión.

—¡Esto es lo más extraordinario que he visto en mi vida en cuestión de explotación de bosques! exclamó el capitán Bones sentado en el suelo y secándose la frente, mientras miraba la confusión de troncos y de ramas que les cerraban el paso y desde la que se oían los tiros y más tiros de fusil y el estampido de uno que otro cañoncito.— ¡Grandísimos canallas! — agregó. — ¿Por qué no se presentan a combatir en campo abierto?

gros, aterrorizados, se separaran de él a saltos.

En lo alto de la montaña reinaba el mayor silencio.

El capitán Bones dispuso que su gente se parapetara tras de los troncos caídos, pues temía que Luis Coffin y su gavilla, sintiendo que les hubiera fracasado la combinación, resolvieran realizar un ataque nocturno.

Pero no se movió nada entre la confusión de los árboles caídos. Los bandidos que habían preparado tan cuidadosamente la trampa, trabajando tanto, no tenían valor para entenderse a tiros con nadie y con seguri-

—¡Eso si que no, mi viejo Charlie Chaplin! — dijo Arturo dándo en los nudillos de la mano del negro con una barreta que tomó de la cubierta de la lancha. — ¡No hay que tocar esta orquesta! ¡Las manos quietas!

Los muchachos le ayudaron a ponerse de pie y pronto los nativos, todavía con cara de asustados, avanzaron por la senda en busca de los bultos que habían dejado abandonados.

Con ellos regresó Tutú, el leopardo, al que Rob consiguió atraer nuevamente.

Tutú estaba todavía enojado y asustado por haber visto que el bosque se desmoronaba de modo tan raro; aun le vibraban los pelos del lomo y de vez en cuando lanzaba un grito de enojo que hacía que los ne-

dad, se habían retirado de las cumbres de las colinas.

De donde pronto llegaron gritos fué de la superficie del río, situada a nivel bastante inferior.

Los de la flotilla de canoas, viendo el alud que asomaba por el borde de la ribera del río, se habían detenido, y, dejándose llevar por la corriente, habían retrocedido río abajo, llamando a gritos a la partida de tierra.

—¡Hola! — gritó el capitán Bones. — ¡Aquí estamos todos sanos y salvos! ¡Eso

perro sarnoso de Coffin ha errado el golpe una vez más!

Y si Luis Coffin estaba suficientemente cerca, debieron zumbarle los oídos cuando el capitán dijo a gritos lo que pensaba de él y su voz fué repetida por el eco de las murallas de piedras que encerraban el curso del río. Luis Coffin era, en opinión del capitán, un perro sarnoso y asqueroso, un mulato cobarde que no tenía valor para presentarse. Luis Coffin era un cerdo indigno de que le dieran los restos de la cocina del buque y si el capitán pescaba a Luis Coffin iba a desnudarlo, a bañarlo en alquitrán y a rodarlo por el contenido de un colchón de plumas.

No había terminado el capitán Bones de decir lo que iba a hacer con Luis Coffin, cuando las canoas, remolcadas por la lancha automóvil, se acercaron a la costa y Pedro Grief, serio y preocupado, bajó a tierra en busca de los de la expedición.

Se sintió tranquilo y satisfecho cuando pudo darse cuenta de que todos estaban buenos y sanos, reunidos tras de la barricada, con los rifles a mano, preparados para cualquier emergencia.

—¡Se han salvado ustedes por casualidad, muchachos! — dijo después de haber oído el relato completo de todo lo sucedido. — ¡Es necesario redoblar la vigilancia! Coffin y su gavilla nos siguen de cerca, buscando ocasión en que disminuir el número de los componentes de nuestra expedición. Tienen miedo de atacar por sí mismos, pero hacen todo lo posible por hallar ocasiones en que tirotearnos, agazapados entre los matorrales o preparan combinaciones, como la recientemente fracasada, para debilitar nuestras fuerzas.

Como el camino estaba bloqueado, toda la partida de tierra se embarcó en las canoas y éstas continuaron su avance contra la correntada del río, surcando las aguas verdes y transparentes, remolcadas por la lancha automóvil.

Los cazadores y los guerreros nativos, que iban en las canoas, miraron asombrados hacia las casi verticales y altas murallas de piedra que formaban las costas, a medida que pasaban la zona donde estaban los árboles caídos. En la lancha, colocaron nuevas tiras de proyectiles en las ametralladoras, limpias y enaceitadas, y las armas estaban dispuestas a barrer, en cualquier momento, con un chubasco de mortíferos proyectiles, cualquiera de las orillas donde se presentara algo sospechoso o amenazador.

Pero tal vez a Luis le había aprovechado la lección recibida río abajo. Aun cuando Rob manifestó que había hombres escondidos en la espesura de los bosques y en los matorrales de cerca de la orilla, no se oyó ni una sola detonación procedente de esos sitios.

Rob iba sentado en la lancha con el brazo en torno del cuello del leopardo, mirando por una de las aspilleras que tenían las planchas de acero que, para resguardar los costados, habían sido colocadas.

—¡Muchos hombres en el bosque! — dijo

—¿Qué? — inquirió Arturo. — ¿De qué está hablando, Robbí? En ese bosque no hay más que gorriones y víboras.

Pero Rob movió negativamente la cabeza, y Tutú, olfateando la brisa, dejó oir un bajo gruñido de enojo.

—Tutú lo sabe también, — dijo Robbi, indicando la orilla. — El huele algo, huele huele algo.

Entonces Rob indicó el cielo, arriba de las copas de los árboles, donde dos aves de gran tamaño revoloteaban chillando molestas.

—Los pájaros también saben algo, — insistió Rob. — Hay muchos hombres en los bosques.

Pero no resonó un solo disparo en los bosques y la lancha, remolcando alegremente las canoas, seguía navegando por una profunda garganta, por la que el río corría, profundo y rápido, hasta llegar a un ancho de unas cinco millas de largo, rodeado en sus orillas, de sauces y de mimbres, lo que le daba un aspecto tranquilo y plácido, parecido al de los lagos de los parques de Europa.

La lancha navegó cruzando el lago, que era de forma casi circular, allí, en medio de aquella extensión líquida, no había temor de que los alcanzara ningún tiro disparado desde las orillas.

—Aquí nos adelantaremos a nuestros enemigos, muchachos, — dijo Pedro Grief. — Ellos tendrán que dar un largo rodeo, pues no les será posible cruzar por la zona pantanosa que rodea a este lago. Eso les representará lo menos doce millas más de camino, a esos señores.

La lancha navegaba con mayor velocidad en el río, ensanchado, y por lo tanto, de corriente menos rápida. Cruzaba el lago marchando a razón de más de cuatro millas por hora. Llegó a la altura de otra región boscosa, a buena velocidad, pues allí el río era todavía ancho y corría con la majestuosa rapidez de las aguas del Támesis en Gravesend.

Desde el lago, los muchachos habían podido contemplar las cimas de algunas escarpadas montañas, que se levantaban más allá. Eran los picos de una cordillera que parecía cortar transversalmente, y de inaccesible modo, el curso del río.

—Parece imposible pasar al otro lado, ¿no es verdad, muchachos? — dijo el viejo Pedro indicando aquella ingente muralla de montañas. — Sin embargo, el río pasa al otro lado por la enorme garganta de Ungama. Allí es donde vamos a tener un momento de dificultades. Toda la fuerza del río, que no es poca, se concentra allí, en una angostura situada entre altas murallas de piedra. El agua corre en aquella parte como en el canal de entrada de un molino. Llegaremos a ese sitio hoy mismo, a eso de las cuatro de la tarde.

Mientras se expresaba así, Pedro parecía hallarse preocupado y miraba hacia las nubes, en forma de grandes cúpulas, que brillaban como grandes masas de plata detrás de los picos de las montañas.

—No me gusta nada la configuración de esas nubes, — dijo, después de un rato de observación. — Me parecen nubes de las que traen truenos, y cuando truena en estas regiones, llueve. No conviene que llueva

mientras estemos pasando por la garganta de Ungama.

Pero a los muchachos no les preocupaba ni poco ni mucho la presencia de las nubes, mientras la lancha avanzaba por el río. Los negros reían y charlaban en las canoas que iban a remolque de la lancha mientras Arturo, el famoso Magamaumtumtum, o sea: "el que hace música con la boca", tocaba: "Mi padre ha dicho que volverá", canción popularísima en Londres, con su flauta armónica.

El ambiente se fué haciendo cada vez más cálido y pesado, a medida que avanzaban por el río. El cielo comenzó a enturbiarse, y la luz del sol de la tarde se puso pálida a medida que una enorme masa de nubes de color pizarroso fué llenando la altura del sitio hacia el cual se dirigían.

De pronto oyeron un lejano y ronco trueno, y Tutú lanzó un gemido, como si se sintiera molesto.

—Vamos a tener un buen chubasco, — dijo Arturo, sonriendo. — Lo conozco por la actitud del leopardo. Al pobre Tutú no le gustan las tormentas.

No era posible dudarlo ya. Una tormenta se aproximaba, en sentido contrario a aquel de donde soplaba el viento. El aire casi no se movía, cerca de la superficie del río. Era pesado como plomo, eso sí, y tan cálido, que sofocaba. El calor resultaba realmente insufrible.

—¡Vamos! — dijo Arturo alegremente. — Este sí que es un calorcito de buena clase! Hace aquí tanto calor como dentro del horno de un panadero. ¡Me parece que me estoy poniendo tostado!

Las peñas que surgían de las orillas del río parecían despedir en emanaciones, el calor reunido durante muchos días.

—Les aseguro, — agregó Arturo, mirando hacia las verdes aguas del río, — que si no navegáramos con la rapidez de un tren expreso, me arrojaría al agua y me daría un remojón de primera. ¡Esto me está resultando un verdadero baño turco!

Y contempló los peñascos, cada vez más altos, que iban estrechando poco a poco el espacio ocupado por el río.

El capitán Bones, que se había hecho cargo del manejo del motor de la lancha, variaba a cada momento la mezcla de aire y petróleo que introducía en el motor. Pero el valiente motorcito hacía cuanto podía y cumplía con su deber, pues lograba vencer el impulso de la corriente y avanzar lentamente entre las escarpadas orillas. Funcionaba con toda su fuerza, arrastrando la fila de canoas a razón de milla o milla y media por hora, peleando contra el poder, cada vez mayor, de la correntada del río.

Pronto el capitán Bones dirigió su flotilla hacia uno de los lados del río donde la configuración de la costa ofrecía un poco de abrigo, y había grandes peñascos, al pie de la alta ribera, que constituían un buen sitio para desembarcar.

Desde aquel sitio se podía apreciar todo el paisaje de la garganta de Ungama y hasta el mismo Arturo se sintió algo impresionado por el aspecto de los altos peñascos que formaban las orillas, y tenían, en cada lado, más de cuatro mil pies de altura, elevándose después de la estrecha ribera que había junto al agua.

—¡Parece que toda la cordillera hubiese sido cortada de un hachazo! — dijo Harry mientras miraba hacia las altísimas paredes de piedra que parecían juntarse en la altura.

—¡Tiene que haber sido un hacha bastante grande! — replicó Arturo. — No me gustaría poner el cuello para que me dieran un golpecito con ella. ¿Y a usted le gustaría, amigo Tutú?

Acarició al leopardo, que estaba acurrucado en la arena de la orilla con el hocico entre las patas delanteras, mirando inquieto al cielo color de pizarra, azulado, que parecía oprimir el calor sobre ellos, como una tapadera.

Entonces Tutú hizo un movimiento y retrocedió porqueun vívido relámpago ahorquillado, había rasgado la nube de arriba a abajo. En seguida se oyó un trueno ensordecedor, que repercutió en la garganta como el estampido de un cañón de gran calibre y fué repetido por los ecos de la montaña, formando como el rugir de una descarga de varias gruesas piezas de artillería.

Los remeros negros y los peones se miraron unos a otros con temor.

—¡Ha sido un trueno de buena calidad! ¿Eh? — dijo el locuaz Arturo.

—¿Le parece a usted que debemos intentar pasar esta misma noche? — preguntó el capitán Bones a Pedro Grief, que miraba con recelo, hacia la angostura del río.

—Creo que debíamos intentarlo, — manifestó Pedro. — Así los negros no podrán pensar que ese pasaje nos da miedo. Es necesario recordar que nos consideran como a blancos que no temen a nadie ni a nada. Este sitio no es bueno para el campamento y si los negros llegan a suponer que tenemos miedo, son capaces de desbandarse aterrorizados.

—¡Bien! — dijo el capitán Bones. — Dicen que la garganta tiene tres millas de extensión. La lancha no puede llevar más que a la mitad de las canoas cada vez, contra semejante correntada. Necesitaremos quizás ayudarla son una soga desde cada orilla. Vamos a desembarcar la mayor parte de las mercaderías y a almacenarlas en aquella caverna, la que se ve allí, en lo alto de la costa. Pasaremos luego con las canoas llevando lo más que podamos, en la lancha. Si lleva bastante carga, la lancha navegará mejor.

Fué aprobada esta determinación. Descargaron los fardos, de las canoas, y los llevaron a una caverna que se abría en la cara de la escarpada orilla, a unos doscientos pies más arriba del nivel del río.

Entonces, la lancha cruzó el río, llevando una gruesa soga de quinientos pies de largo y un grupo de cinco fuertes cargadores, para que tiraran de ella. Otro grupo, semejante se encargó de otra soga de remolque, en el otro lado de la garganta. Esas sogas, atadas, a la lancha, la ayudarían a pasar a toda velocidad, arrastrando la mitad de la flotilla de canoas livianas.

Por esos medios, el capitán Bones esperaba poder pasar por aquella cortadura

abierta en mitad del macizo de las montañas.

Ataron las sogas a la lancha y una vez prontos los dos grupos en las orillas, la lancha comenzó a avanzar, por el medio de la rápida corriente, atacando de frente a la mayor potencia del río.

Animados por los gritos de los negros y por el compás de lo que Arturo tocaba con su armónica, los dos grupos de negros, desarrollaron la mayor fuerza posible y avanzando por la irregular orilla, subiendo y bajando por los peñascos que a veces ocupaban, tiraron con la energía necesaria para satisfacer los deseos del capitán.

Arturo y Tanka, el cocinero japonés, estaban sentados en la lancha junto con Rob y Tutú. Juan capitaneaba el grupo de negros de una orilla y Harry el de la otra.

Poco a poco fueron venciendo la poderosa corriente, tan fuerte que la superficie del río formaba un arco en el medio, igual que en los famosos "rápidos" del Niágara.

Impulsados por el compás avasallador de la flauta de Arturo, los negros pusieron todas sus fuerzas en el cumplimiento de su misión, como si estuvieran disputándose el valioso premio de una importante "cinchada". Mientras tiraban de la soga, el sudor les corría por el cuerpo, pero la lancha avanzaba sin cesar.

La lancha y las canoas pasaban por un sitio al que los muchachos llamaron "la angostura", y que constituía la peor parte del recorrido que tenían que realizar, así que la lucha y el esfuerzo se hicieron más y más penosos.

Cada yarda que se adelantaba costaba un nuevo esfuerzo. A veces, los grupos de negros, mediante un recio tirón, conseguían un nuevo avance. En otras ocasiones, el esfuerzo tenía que limitarse a impedir que la flotilla retrocediera.

El remolque, en estas condiciones, era difícil y penoso, pues, además, los grupos de las orillas se veían, a veces, en grandes dificultades a causa de lo irregular del suelo de las orillas. En unas ocasiones tenían que tirar situados sobre inseguros peñascos, en otras, metidos en el agua hasta la cintura.

Pero la zona de estas acrecentadas dificultades pasó. Arturo animaba a su gente con los marciales sones del "Tipperary"; cuando un horrísono trueno, seguido de un rugido, que no fué el del trueno, resonó en la garganta, precedido de una fuerte ráfaga de viento helado.

Una tremenda cortina de lluvia interceptó la vista del río, y por entre esa cortina de agua, se vió que avanzaba río abajo como un muro de agua y de blanca espuma, de más de cincuenta pies de altura.

CONTRA PODEROSOS ENEMIGOS

El capitán Bones vió el peligro que se aproximaba y comprendió la importancia que tenía. Una lluvia torrencial habíase desencadenado del otro lado de las montañas. Su enorme caudal había producido una verdadera inundación que, no encontrando más salida que el cauce del río, por él se dirigía, aumentando de modo inesperado y enorme, la corriente del Bana-Bana.

Sabía el capitán que las montañas constituían como un dique que cruzara el territorio en una extensión de cientos de millas y que la garganta de Ungama era la única compuerta que tenía tan extenso dique.

Vió cómo la enorme pared de agua avanzaba entre ambas orillas y gruñó satisfecho cuando se percató de que no llegaría a la altura de las orillas donde estaban los grupos de negros, pero su voz fué ahogada por el fragor del torrente que se aproximaba.

—¡Allá va! — murmuró el capitán Bones apretando los dientes y dirigiendo la lancha de modo que ascendieran en seguida a la parte alta de la ola que se se le venía encima. — ¡Buena marinera tiene que ser esta lancha, si consigue ascender y no hundirse.

En aquel momento, la pared de espuma pareció precipitarse hacia ellos.

La valiente lanchita dió un brinco, como un caballo súbitamente castigado, y flotó en la cumbre de la masa de espuma. Pero fué barrida de extremo a extremo por una ola y se llenó, a medias, de agua.

En el mismo momento las dos sogas fueron arrancadas de las manos de los asustados negros, que se agarraban a las rocas, impotentes, sacudidos por los golpes de agua. La lancha y las canoas reunidas por un torbellino comenzaron a retroceder río abajo, por la garganta.

Las sogas de remolque, sueltas, se deslizaron, ondulando como la azotera de un látigo, entre los grupos de negros y el extremo de una de ellas golpeó a Juan con tanta fuerza, dándole en los tobillos, que le arrojó a la impetuosa corriente del río.

Juan se sintió llevado por la corriente y, durante unos segundos, no pudo distinguir nada. Después volvió a la superficie. En cuanto pudo sacar la cabeza y logró respirar sintióse nuevamente arrastrado por el torbellino.

El trozo inferior del tronco de un árbol arrancado de raíz pasó entonces arrastrado por la corriente y Juan desapareció de nuevo bajo las aguas.

Cuando, al cabo de unos instantes, reapareció en la superficie, vió cerca de sí la lancha y las canoas que giraban, arrastradas río abajo, entre la lluvia, que caía a torrentes.

Arturo se hallaba junto a la borda de la lancha, descalzo y con un rollo de soga, delgada y fuerte, al brazo. Un segundo después, el valiente muchacho pelirrojo se arrojaba, valerosamente, al agua.

Juan se hallaba casi exhausto cuando Arturo apareció a su lado, flotando como un corcho.

—¡Parece que se ha mojado un poco! ¿Eh? — gritó Arturo al agarrar de un brazo a su amigo. — Ahora dejemos a Tanka que complete la obra, — agregó al oído de Juan; — él va a tirar de la soga.

El cocinero japonés estaba de pie en la lancha que seguía guiando. Esperó el momento en que la situación de las embarcaciones fué propicia y entonces tiró de la soga, rápida y seguramente.

Tutú, el leopardo, estaba de pie, con sus patas delanteras apoyadas en la borda de la

lancha y gimiendo lamentablemente, mientras Rob le sujetaba por el collar.

Tan pronto como Arturo estuvo también a bordo, Tutú se acercó a él, lamiéndole y ronqueando como un gato contento, tocándole con sus enormes y aterciopeladas garras como si quisiera percatarse de que su amigo no estaba herido.

—¡Alto, Tutú! — dijo. — No me gustan esos besos. ¡Si tiene la lengua que parece papel de lija!

Llevó la mano al bolsillo y, de pronto, lanzó un grito de consternación.

—¡Oh! ¡He perdido mi flauta armónica! — exclamó, poniéndose pálido. — ¿Qué voy a hacer ahora sin ese elemento musical? ¿Qué van a hacer los negros? Si no oyen música no van a caminar.

—No hay que apurarse, Arturo, — dijo Juan que, pálido y agotado se había sentado también. — Entre las mercaderías que trae la expedición hay una caja de flautas de esas, de todos tamaños. El fardo en que están se halla seguro, en la caverna, río abajo.

Y estrechó la mano de Arturo que sonreía más tranquilizado ya. Arturo sabía que había realizado una acción muy valerosa y, modestamente, no quería que le dijeran nada al respecto. Por eso deseaba tener la flauta, para hacer música y evitar la conversación.

Como la flauta no estaba a su alcance, comenzó a cantar con toda alegría, la famosa canción "Aquí estamos otra vez".

* * * *

El capitán Bones esperó hasta que las canoas medio llenas de agua que la lancha tenía a remolque, hubiesen dado la vuelta completa, y entonces dirigió la lancha a toda velocidad, río abajo, por la garganta. Las orillas pasaron rápidamente en sentido inverso y todo el terreno que tan penosamente habían adelantado, se perdió en pocos minutos.

El capitán lanzó un grito de satisfacción cuando vió que la enorme ola que había elevado el nivel del río en la parte más angosta, se extendía tranquilamente a medida que se ensanchaba el mismo río. Gracias a eso, el grupo que había quedado en el sitio donde desembarcaron, había podido evitar que la correntada se llevara sus embarcaciones.

Aún cuando el nivel del río era todavía veinte pies superior a lo que era media hora antes, el capitán Bones acertó a dirigir la lancha al desembarcadero y a poner todas las canoas en situación de no sufrir ulteriores desperfectos.

Con algunas sogas, la lancha y las canoas quedaron perfectamente aseguradas.

Entonces, el capitán Bones sacó su rojo pañuelo de percal y se secó el abundante sudor que le cubría la frente.

—¡Bueno! — dijo por último. — He visto más de un tifón en los mares de China: he presenciado la ola de la gran marea en el Atlántico Norte, pero para esas cosas extraordinarias, en cuestión de agua, la garganta de Ungama cuando cae un chaparrón.

La lancha y las canoas fueron, después sacadas del crecido río y puestas en tierra, sobre troncos de árbol. Se estableció una guardia que vigiló el río y pronto el grupo de negros, capitaneados por Harry llegó a toda prisa, temiendo Harry por la suerte de Juan y la de la lancha.

Grande fué su satisfacción cuando halló a Juan sano y salvo. Entonces, a la luz del crepúsculo, vieron a los negros del grupo de Juan que aparecían en la orilla opuesta. Estos prorrumpieron en gritos de contento al ver a Juan, salvado, entre los suyos de pie delante de la boca de la caverna.

Pero los cinco negros de aquel grupo estaban separados de sus amigos por el curso del terrible torrente, y parecía que iban a tener que pasarse la noche en aquella orilla sin comer y sin tener donde cobijarse.

Pero al capitán Bones no le faltaba nunca una idea salvadora. Tomó de la lancha uno de los morteros lanzabombas, y puso un cohete en él, habiendo atado antes al extremo de una delgada soga, al cohete.

Mirando entre la media luz que reinaba en la garganta, el capitán indicó, por señas a los negros, que se situaran a los lados.

Como era lógico tratándose de negros, se reunieron todos en un grupo, precisamente en el sitio donde debía caer el cohete. Pero, al fin, el capitán consiguió hacerles entender que si se quedaban allí el cohete les quemaría.

Tiró el capitán de la cuerda de la espoleta. Se oyó un estampido que fué reproducido por infinidad de ecos y un reluciente ramillete de estrellas iluminó el aire. El cohete cruzó el río, llevando el cordel tras sí, y esparció sus estrellas rojas entre las rocas donde esperaban, bastante asustados, los cinco negros.

Pronto recobraron la serenidad lo suficiente para tomar el resto del cohete con el cordel. Mediante ese cordel, les envió en seguida el capitán Bones una gruesa soga. De esta soga se colgó una canoa con una cuerda de remolque atada a la proa.

No podían pasar más que tres hombres a la vez en aquel improvisado "ferry-boat", pero era bastante. En dos viajes estuvieron todos ante la caverna, y entonces, la alegría de los negros no tuvo límites.

Organizaron inmediatamente su coro de agradecimiento, dirigido al capitán Bones. La letra fué improvisada por Umpopo, el cazador y guía, ayudado por Mataki, su hermano. La música fué la misma que cantaban los negros en todas esas ocasiones. La letra es digna de ser conocida por lo pintoresco de las imágenes. Decía así:

¡Capitán Bones!
¡Es un gran remero de canoa!
¡Ha vencido al Bana-Bana!,
que se había enfurecido!
¡Ha vencido a los espíritus
de la garganta de Ungama!
¡Es capaz de comerse un león
¡Y también dos leones!
¡Debemos ir con esos blancos
que son nuestros padres y madres!

¡Capitán Bones!
¡Vencedor del furor del agua
y de los espíritus del viento!
¡Todos vamos! ¡Todos vamos!
Tras el capitán Bones
y sus amigos blancos

A todo esto Arturo, guiado por Juan, había encontrado el fardito que contenía las flautas armónicas, incluídas entre el material de la expedición por Pedro Grief, que sabía con quien le iba a tocar entenderse. Halló una armónica grande y sonora, mucho mejor que la que había perdido, y se puso a tocar, inmediatamente. Su música no fué muy oportuna en aquel momento, pues mientras los negros cantaban su sencilla y bárbara melodía, él tocaba un "two-step", quo tenía un compás distinto.

Pasada estas expansiones, todos se guarecieron en la caverna, que resultó ser grande y alta de techo, más que suficiente para dar albergue a toda la expedición.

Encendieron grandes hogueras y prepararon arroz con carne conservada para los negros, mientras Tanka, que había sacado de la lancha los utensilios de cocina, preparaba la comida de los blancos con la rapidez, la limpieza y la habilidad de siempre.

Fué extraña la escena que se produjo en aquella espaciosa caverna, y Arturo contemplaba el cuadro, mientras los negros charlaban, preparándose la comida en torno de las hogueras, cuyas llamaradas se reflejaban en las paredes de roca.

—¡Si se les diera tenedores o cucharas, el aspecto de ésto sería el de la sala de un gran banquete! ¿No se han fijado ustedes en lo bien educados que resultan esos negros? — dijo Arturo, pensativo. — Cuando terminen de comer, vamos a celebrar un concierto, un "smoking-concert".

Arturo cumplió su palabra. Aquella noche, mientras el trueno rugía como descargas de cañones de grueso calibre, en la garganta de Ungama, y los azulados relámpagos rasgaban el cielo, en la caverna se celebraba uno de los más interesantes conciertos que se hayan verificado en las salvajes soledades de Africa.

Arturo Smith fué el ejecutante principal, y los negros, sentados formando semicírculos, le miraban encantados, mientras él ejecutaba una pieza tras otra, en su nueva armónica. El señor Matakí se hizo aplaudir su danza guerrera y su hermano Umpopo cantó una canción de amor africana, que, según Magamaumtumtum o "el que hace música con la boca", lo comunicó al público, era "la música que hizo morir de tristeza a la vaca". El concierto duró hasta altas horas de la noche y Arturo se retiró a su tienda muy satisfecho de sí mismo.

—Ya ven, muchachos, — decía, — soy especial para hacer que reine la alegría. Se va a hablar de mí y de mi flauta, en las selvas de Africa, durante años y años. Me mencionarán en sus libros de historia, como el amigo alegre. Pero ¿para qu ha armado Tanka las tiendas? ¡No necesitamos tiendas en ésta hermosa caverna que tiene encima, para interceptar la lluvia, lo menos media montaña!

Tanka se sonrió e indicó, con la mano, el techo en forma de cúpula, de la cueva, donde a la luz de las hogueras que se apagaban ya, veía gran cantidad de cosas negras que volaban pesadamente, de un lado a otro.

—¡Muchos murciélagos! — dijo Tanka.

—¡Tenga usted la tienda bien cerrada! ¡El murciélago no muerde al negro, pero al blanco sí!

—¡Bah! ¡Quién tiene miedo a esos pobres bichos! ¡Me parece que prefieren primero tomarle el gusto a un japonés, por más que, según creo, los japoneses deben tener el mismo gusto que los juguetes del arca de Noé! ¡Todo lo que es japonés, tiene ese gusto! — dijo Arturo.

Pero como tenía mucho sueño, Arturo se durmió dejando un pie fuera de la tienda, de lo que resultó que, por la mañana, se encontró con que tenía mordidos los dedos, del pié y destrozado los calcetines.

Cuando vió cómo estaban los calcetines y cómo tenía los pies, Arturo movió la cabeza, pensativo.

—¡Cualquiera diría que los señores murciélagos me han destrozado el género de punto y me han mordisqueado los dedos! ¡Ojalá hubiese dormido con las botas puestas! — exclamó.

* * * *

Cuando salieron de la caverna se encontraron que la mañana estaba deliciosa. La creciente había cesado y los guardianes habian echado al agua la lancha y las canoas así que toda la flotilla estaba amarrada a la playa.

Después de servido el suculento desayuno, los grupos de remolque se reorganizaron de nuevo, y al medio día, la flotilla había traspuesto la imponente garganta y se hallaban todas las embarcaciones en una extensa sucesión de lagos y ríos, hinchados por la lluvia, pero brillantes, bajo el cielo sin nubes.

Por aquellas extensiones líquidas la lancha remolcaba su fila de canoas, pasando a través de una y otra sucesión de pequeños lagos, con las orillas cubiertas de sauces y mimbres, entre los que se veían, de vez en cuando, grandes grupos de flamencos de color fuego. Aquí y allá se veía algún hipopótamo, dormitando en un bajío, pero nunca pudieron ver de cerca a ninguno de esos monstruos, pues el ruido del motor de la lancha asustaba a los hipopótamos que se sumergían y huían.

Ya se hallaba cerca el anochecer, cuando, siguiendo el curso del río, entraron en uno de los anchos lagos. Más allá, se distinguía una vasta extensión de tierra ondulada.

Pedro Grief examinó las ametralladoras y ordenó a los hombres que iban en la primera canoa a romolque, que tuvieran preparados sus rifles.

(Continuará).

El Hombre de las Cien Caretas

Por

GASTON LEROUX

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Alberto Rose, joven abogado francés, se hace cargo de la defensa de Durin, un mucamo detenido por haber robado a su patrón, Sir Archibaldo Skarlett, un alfiler de corbata. Durín es en realidad un famoso ladrón, el Hombre de las Cien Caretas, y se aprovecha de la mala situación de Rose para darle un encargue. Primero tiene que ir a buscar una valija con papeles, luego, disfrazado como Arturo J. Hooker, llevarle la valija a Lady Helena Skarlett, en Deauville.

En poder de Durin, el joven abogado cumple el programa y aún lo supera, enamorándose de la hermosa Helena, cuyo marido está en Escocia. Ella lo enseña a vivir fastuosamente y luego le revela que es cómplice de Durin, aunque desea escapar a su tiranía. Ella y Rose proyectan algunos robos para obtener dinero con que vivir cómodamente en América; en uno de esos golpes, son sorprendidos y huyen cada cual por su lado. Al llegar al puerto del Havre, la policía cree reconocer en Rose a Mr. Flow, el Hombre de las Cien Caretas, y él, perseguido de cerca se arroja al agua. Sube luego a un yate, que está a punto de zarpar, y es escondido por la esposa del propietario que, como todos, lo cree el famoso Mr. Flow. Después, Rose huye del yate, llegando a Luc-sur-Mer, un tranquilo pueblo de la costa, cerca de Deauville. Vuelve a tomar su identidad de Alberto Rose, el abogado, y se encuentra con dos amigas, las hermanas Clotilde y Natalia. Para en el bungalow de ellas; pero sigue pensando en Lady Helena.

Luego defiende a Durín por su pequeño robo; pero durante la vista de la causa, el hermano de Sir Archibaldo acusa al mucamo de ser Mr. Flow. No puede probar su acusación y ésta es tomada a broma. Durín es absuelto y, perdonado por su ex patrón, vuelve al servicio de éste.

Más tarde, Rose encuentra a Lady Helena y es invitado a la mansión hereditaria del baronet, en Escocia, para una cacería. Rose encuentra a Helena pálida y enferma, al parecer asustada de algo o de alguien.

PARECIA una de esas estatuas de mármol que se ven en las tumbas, a la orilla del cementerio o en alguna bóveda sombría, donde el miedo se ha convertido en piedra. No sentía deseos de hablar. Miraba por las ventanillas del auto y, a mis ojos, las hondonadas rocosas de Escocia estaban pobladas como antes. Con Helena, vi a los lores, de armadura y cota de malla, bajar de las ruinas para reunir a sus partidarios.

La sangre corría en cada uno de los lechos secos de los ríos y arroyos que bajaban de las montañas. Las "masacres" de la Reforma, las venganzas trasmitidas de generación en generación, las evocaba yo más vivamente a causa de mi ignorancia de que aquellos odios no se habían extinguido aún. Aunque había palacios en Edimburgo y fábricas en Glascow, bastaba internarse un poco en las 'Highlands" para encontrarse con las costumbres intactas del pasado.

No debíamos estar lejos de las Rocas Negras, cuando Helena dijo bruscamente:

—Usted sabe que los Skarlett están emparentados con los Munning y que, por su madre, Sir Archibaldo desciende de Mac Garnet, famoso en la historia de Escocia. Probablemente a causa de su doble herencia, mi marido desdeña usar sus títulos, excepto el más modesto y es llamado simplemente "Su Señoría", por aquellos que aún se creen sus vasallos. No debe usted burlarse de sus maneras anticuadas, Ruddy.

Le aseguré que no lo haría. ¿Qué me importaba a mí la genealogía de los Skarletts?

—Entonces todo se ha arreglado felizmente. — dije, — puesto que las sangres de

dos familias hostiles está reunida en Sir Archibaldo.

Sin contestar a mi observación, Lady Helena continuó:

—Mac Garnet dejó cinco hijos, y los Mac Garnet, como se les continúa llamando, han seguido siendo enemigos de los descendientes del duque de Munning, por espacio de más de doscientos años, desde que Elizabeth Mac Garnet se enamoró del padre de Sir Archibaldo y se casó con él, contra la voluntad de su familia. Para el padre de Sir Archibaldo, Sir Edward Skarlett, la unión, prometía resultar ventajosa porque Sir Edward estaba al borde de la bancarrota y Elizabeth tenía fama de ser muy rica. Su padre tenía grandes capitales en una de las firmas constructoras de buques más importante de Clyde, así como vastas propiedades en las Highlands y el castillo de las Rocas Negras, que en un tiempo había sido capturado por Mac Garnet. Pero el padre de Elizabeth rehusó darle dote alguno a su hija, y prohibió a su heredero, el pequeño David, su hijo único, que compartiera su fortuna con su hermana y hasta que la auxiliara en ninguna forma.

El padre de Elizabeth murió repentinamente poco después, y hubo sospechas de que había sido envenenado. David heredó la fortuna; pero, a la edad de quince años, también murió una noche, a mitad del invierno, habiéndose extraviado durante una cacería. Su cuerpo fué encontrado a la mañana siguiente, medio devorado por los lobos. De ese modo fué como el padre de Sir Archibaldo entró en posesión de su herencia. Hoy día, Sir Archibaldo, hijo mayor de Sir Edward, ha reunido toda la fortuna de los Mac Garnet en sus manos y vive en las Rocas Negras.

En esta comarca, los Mac Garnet eran queridos y los Skarletts son detestados. Sir Archibaldo ha heredado todo el odio que se acumuló contra su padre. Por eso buscó carrera en la India y estuvo lejos de la patria muchos años. Volvió con la esperanza de que los viejos odios se hubieran olvidado; y, a decir verdad, pocos motivos de queja tenemos desde que llegamos aquí. Pero la gente de estos parajes nos mira con una indiferencia, debajo de la cual sentimos su hostilidad pronta a estallar. Le cuento todo esto, Ruddy, para que comprenda la situación y no haga observaciones indiscretas.

Helena me contó toda esta historia en perfecto francés, sin ninguna de las exclamaciones orientales que acostumbraba cuando estaba de buen humor. Yo comprendí que todos aquellos hechos tenían importancia a sus ojos y podían tenerlos también a los míos. Ella no me había hecho venir de París a Escocia para divertirme.

—Gracias, Helena. Comprendo ahora mejor por qué está tan triste. Viviendo en esta atmósfera...

—Sí, Ruddy...

El camino ascendía ahora en grandes curvas y el cielo se estaba poniendo oscuro. A nuestra izquierda se formaba una neblina, ocultando el largo valle donde el lago Catalina yace en lúgubre sueño. Nubes bajas, llevadas por el viento Oeste pasaban por encima de nuestras cabezas; oíase el lejano graznar de los cuervos y cuando el auto entró en un espeso bosque, del que no debíamos salir hasta que llegáramos al pie de las Rocas Negras, fuimos rodeados por una semi-oscuridad más sombría que la misma noche.

En una encrucijada del bosque, el chauffeur se detuvo bruscamente. Pensamos por un momento que algo le había pasado al auto; pero el hombre permanecía en su asiento, escuchando. Luego se volvió hacia nosotros y a través del vidrio pudimos ver su rostro pálido y sus ojos sobresaltados.

Helena bajó el cristal.

—¿Qué es, Oliver?

—¿No oyó, su señoría? — tartamudeó el chauffeur. — ¡Un grito!

—Bueno ¿y qué hay con eso?

—Era el grito de la muerte, su señoría. ¡La "llorona"!

—Tonterías, Oliver; Siga.

Levantó de nuevo el cristal y Oliver siguió la marcha a toda velocidad.

A despecho de sus palabras, era evidente que Helena no había recibido la observación del chauffeur sin conmoverse. Su mano, que yo había vuelto a tomar en la mía, tembló.

—¿Quién es la "llorona"? — pregunté.

—Nadie. Una superstición del país. Se supone que cada antigua familia tiene su "llorona". Es el fantasma de una mujer cuyos gritos anuncian la muerte del jefe. Nuestra "llorona" se llama Jenny, Jenny la Tejedora. La última vez que apareció en las Rocas Negras fué poco antes de morir Sir Edward Skarlett. Todo esto es absurdo, Ruddy; pero cuando se vive noche y día entre esos cuentos, la afectan a una. Esta gente está socavando mi salud; vivo entre los muertos

Para alejar a la "llorona" no se me ocurrió cosa mejor que depositar un beso en la muñeca de Helena, encima del guante.

—Gracias a Dios que ha venido usted, Ruddy, — murmuró ella. — Es mi único consuelo.

Luego retiró la mano, porque llegábamos a las Rocas Negras. Era más una fortaleza que un castillo; y ninguna arquitectura moderna, por lo menos en el exterior, había suavizado la antigua rudeza y severidad guerrera; una sombría morada con pavimento de fría piedra, y ahumada, más bien que calentada, por enormes estufas. Ventanas angostas que databan de los tiempos en que se quitaban los contramarcos, en ausencia del propietario, porque el cristal era cosa rara y de lujo. Durante largos períodos, había una temporada en que sólo los vientos y fantasmas eran dueños de aquellos salones. El foso, que rodeaba aquellos muros de granito, estaba lleno de agua amarillenta. Encima de las paredes, dominando la campiña, se levantaba, triste y amenazadora, una gran torre, cuyos cimientos encerraban un antiguo calabozo.

No pude menos de decir suspirando:

—¡Helena!...

—¿Ahora comprende, verdad?

Sonó un cuerno de caza y la puerta del

—Yo puedo decir que jamás le he levantado la mano a mi mujer.
—Sí; ya sabemos que cuando tiene algún disgustillo con su señora se lía usted con ella a puntapiés.

patio se abrió. Un hombre corrió hacia nosotros; su traje y sus modales revelaban completo y violento desorden. Si hubiera yo tratado de imaginarme al habitante de un país salvaje, con las mejillas azotadas por tormentas y el cabello desgreñado por el viento, se me hubiera representado una figura tal como la del hombre que, repentinamente, salió a recibirnos.

—¡Oh! — gimió Helena. — ¡Ha muerto!

Y cayó hacia atrás en su asiento. Pero las primeras palabras del criado la tranquilizaron.

—¡Su señoría se ha salvado, mi señora! ¡Su señoría se ha salvado!

—¡Dios sea loado! — murmuró Helena. Luego, volviéndose a mí, dijo: — Cuando ví a Donald acudir a nuestro encuentro, creí que todo había terminado.

No contesté, porque nunca la inexplicable Helena me había parecido más incomprensible. No podía creer en la sinceridad de su pena; pero en esto me equivocaba, como me fué probado ese mismo día.

Cruzamos el hall de entrada, que había sido convertido en un vasto y frío "foyer". Todo el piso bajo estaba casi tan intacto como el exterior.

Sólo en el piso segundo aparecía el lujo de la riqueza; pero era el lujo de los siglos pasados, con tapices descoloridos y muebles de madera esculpida, más hermosos que cómodos. Sobre las mesas había jarrones de plata, vasos de cristal y joyas en cajas de vidrio. Lanzas, espadas escocesas, escudos,

pendían de las paredes debajo de las armas de los Mac Garnets. En los rincones había armaduras completas. Todo esto tenía su historia; pero a mí no me interesaba. Yo había visto museos antes y no había entrado a aquel gran hall con espíritu de anticuario. Reuní mis energías para resistir a aquella atmósfera, cuyo peso había sentido extrañamente en el auto, cuando la angustia de Lady Helena se trasmitió a mí.

Su conducta inesperada al ver a Donald nos había separado una vez más. Si yo había presenciado un ejemplo de la más acabada hipocresía, podía bien desesperar de conocer jamás su verdadera naturaleza. Si, por otra parte, su pesar era sincero ¿por qué me había hecho venir de París? Traté de pensar los dos aspectos de la situación tranquilamente y me pregunté a mí mismo si había sido prudente al contestar con tanto entusiasmo a sus llamados.

Tal era mi nuevo estado de mente cuando quedé solo en un cuarto del tercer piso. Era una pequeña habitación, con paredes sin concluir, donde se filtraba una luz gris por los cristales de angosta ventana. En las paredes había unas cuantas escenas modernas de caza, coloreadas. Sobre la cama un crucifijo. Apenas esperaba yo esta celda y no estaba de humor agradable cuando apareció Durin, trayendo mi valija.. El mismo no parecía estar en disposiciones alegres; pero se informó respetuosamente de mi salud y expresó el placer que sentía al verme de nuevo.

—Lady Skarlett pide que la disculpe — dijo. — El señor tendrá que almorzar solo. Su señoría está con los médicos, en el cuarto de Sir Archibaldo.

—Oí decir que segía mejor, — dije.

—¡Oh! — exclamó Durin con una amarga mueca. — Siempre se mejora. Nos enterrará a todos.

Y después de decir esto salió, cerrando tras sí la puerta de un modo que desmentía la reputación de mucamo excelente, que le había dado en Milán Arturo J. Hooker. Pero hasta los nervios de Durin parecían afectados por la atmósfera del lugar.

Apenas probé el almuerzo, que me sirvieron en un comedor lleno de corrientes de aire, donde las vigas del alto techo abovedado casi se perdían de vista. Los grandes leños, que crepitaban en la estufa, no lograban hacerme entrar en calor. El viento rugía a intervalos con súbita violencia, como una manada de lobos, aproximándose, aullando en los talones de su presa, luego alejándose y volviendo otra vez. El humo de la leña se arremolinaba en la chimenea y se extendía por la habitación. Me ví obligado a cambiar de sitio. Los antepasados de Sir Archibaldo debieron ahumarse como arenques en sus banquetes.

Pero supe que aquello no los molestaba. El mayordomo, que había sido traído de Edimburgo para la temporada de caza, me dijo que cuando los lores de lejanos tiempos se reunían allí, todo se traía a la mesa por partida doble; lechones enteros, piernas de cordero y pescados de alta mar. Por gusto servían una docena de faisanes o un montón de codornices a cada invitado, rociado con oporto o brandy traído de contrabando por los piratas. Se apostaba a quien bebía más; un hombre jugaba su armadura, otro su castillo y un tercero su esposa. No se admitían damas en aquellos festines y los hombres fumaban sus largas pipas, con los pies sobre la mesa, cantando baladas. El último en rodar debajo de la mesa era el triunfador del banquete... Pero los tiempos se habían suavizado desde entonces y los caballeros campesinos adquirieron los modales del Continente. Sin embargo, todavía se encontraban las viejas costumbres en algunos rincones apartados de las Highlands y había ciertos squires occidentales que se mostraban dignos descendientes de sus mayores.

—Pero no encontrará usted semejante compañía en casa de Sir Archibaldo — observé yo.

—Sir Archibaldo es un gran señor del presente, — dijo el mayordomo. — Pero hay de tiempo en tiempo, comidas de caza en las cuales, cuando se han retirado las señoras, los caballeros todavía siguen las antiguas tradiciones...

Me habían entregado al mayordomo y reducido a esta clase de conversación. No me quejaba, sin embargo, porque la prefería a compartir mi cautiverio con la silenciosa y enigmática Mina, a quien nunca podía yo mirar su inquietud.

Volví a mi celda y allí se me reunió Helena. Estaba envuelta en una capa montañesa, con una capucha que le bajaba sobre las orejas.

—Venga, Ruddy, — me dijo. — Le he dicho a Sir Archibaldo que iba a llevarlo a dar un paseo antes de la hora del té. Le envía sus saludos y se alegrará mucho de verlo por la noche. Está mejor, mucho mejor que antes. Fué sólo un ataque al corazón. Pero tenemos que cuidarlo.

Había dicho todo esto mientras salíamos de la habitación. Ella me guió por halls interiores, por escaleras circulares diciendo: "Por aquí es más corto el camino". Cruzamos el patio casi corriendo y no nos detuvimos hasta que estuvimos fuera del castillo.

Luego ella se paró para tomar alientos y volvimos a emprender la marcha, afrontando el viento, con una lluvia fina y fría que nos azotaba las mejillas.

—Me hago la ilusión de que nos escapamos de las Rocas Negras para siempre, Ruddy. De que nunca más las veré... nunca. ¡Ah! ¡Si usted supiera!...

Su suspiro estaba tan cargado de desesperación que hice un movimiento para tomarla en mis brazos; pero ella se me escurrió y echó a correr ascendiendo la rocosa cuesta, gritándome que la siguiera.

La seguía entre el viento y la lluvia, como obedeciendo a un hilo invisible que me ataba a ella.

(Continuará)

EL EXTRAÑO AVENTURERO

Por EDGAR WALLACE

(*Continuación*)

En un hotel hay algunas ventajas y algunos inconvenientes. El inconveniente, desde el punto de vista de Rafael Hamon, era ver libre entrada para el público exterior. Se hallaba sentado ante la lumbre de su dormitorio, pues la noche estaba fría, fumando un cigarro y mirando lo extraño del último acontecimiento, cuando sin preceder ninguna llamada, abrióse la puerta y entró Jaime.

—Tengo dos noticias que darle a usted, Hamon. La primera es que su moro ha sido detenido. La segunda es que va usted a darme una carta que ha robado a Mrs. Cornford y va usted a dármela inmediatamente.

CAPITULO XXXVIII

Rafael Hamon se puso en pie, con las manos en los bolsillos y la mandíbula saliente.

—Mi moro, como usted le llama, no interesa y ese cuento de la carta robada ni siquiera me divierte.

—No he venido a estas horas de la noche para hacerle a usted reir, — dijo Jaime. — Necesito esa carta.

Cruzó en dos zancadas la habitación y luego, lanzando un juramento, Hamon cayó de un salto entre él y la mesa.

—Está aquí, ¿verdad? ¡Quítese usted de enmedio!

Echó el hombre a un lado como si fuera un niño y abrió el cajón. Encima de todo había una cartera y la sacó.

—¡Ladrón! — aulló Hamon y saltó sobre Jaime.

De nuevo le hizo retroceder la mano extendida.

—Allí está la carta, — dijo Jaime. — Ahora, si...

No terminó la frase. Rechinando los dientes de rabia, Hamon le vió hacer un rápido registro de la cartera; pero lo que buscaba no estaba allí.

—¿Lo ha encontrado? — preguntó excultante Hamon.

—He encontrado la carta eso basta, — dijo Jaime echándosela al bolsillo y dejando caer la cartera en el cajón. — Puede usted acudir a la policía si gusta. No me preocupa. Estoy acostumbrado. Puede usted presentar un cargo grave contra mí.

Hamon no dijo nada.

Si habla su moro de usted, se entristecerán muchos corazones; lo que más rebaja el crédito de una corporación es que ahorquen a su presidente.

Hamon siguió sin contestar. Abrió la ventana y, asomándose observó al hombre alto hasta que desapareció en medio de la noche, y luego volvió a sus interrumpidas reflexiones; pero ahora éstas se hallaban en otro plano. E invariablemente sus pensamientos cayeron sobre lo más importante que era Juana Carston: la casada Juana; Juana, unida con indefinible lazo a Jaime Morlake. Lidia habíale dicho que eran novios, y el se rió al pensarlo. ¿Era el la barrera efectiva? Si pudiera tener la seguridad...

A la mañana siguiente salió para Londres y fué a Victoria para verse con Lidia, por la tarde la joven había leído el asesinato de Marbone en los periódicos de París y encontrábase un poco atemorizada y nerviosa, su hermano asombróse al advertir como le había impresionado el suceso.

—¿Cómo ocurrió Rafael? — preguntó en el coche que los conducía a su casa. — ¡Que horrible! ¿Fué realmente muerto por un moro? ¿No sabes nada de ello, Rafael? — le tomó una mano entre las suyas y le miró a la cara. — No sabes nada ¿verdad? Sería horrible que yo pensara lo contrario. ¡Desde luego, no sabes nada!

—Estás poniéndote histérica, Lidia. Desde luego, no se más que tu acerca de la muerte de ese pobre diablo. Me ha impresionado mucho. No pretendo que me agradara ese hombre, y me agradaba menos desde que se mostró tan atrevido contigo.

—¿Qué vas a hacer, Rafael?

—Voy a marcharme de este país. Estoy asqueado de él.

—¿Vas a Marruecos?

Hamon vió un mohín en los labios de su hermana.

—Si, a Marruecos. Iré allí para Navidad; es la mejor época del año.

—¿No para siempre?

—Desde luego, no. Si te aburres puedes ir a Gibraltar o a Algeciras. No necesitas permanecer en Africa, — la apaciguó. — Quizás no necesite ir allá. Debo ir a Nueva York para terminar un negocio. La última semana me hablaste de un distinguido francés amigo tuyo que había tomado en arriendo un yate para llevar a algunas personas a las islas del mar del Sur. Ya hizo la travesía, ¿verdad?

—Si, — contestó la joven mirándole admirada.

—¿Crees que puedas ir a comprometer el yate para el invierno?

—¿Por que no seguir el camino acostumbrado, Rafael? Es más cómodo, — dijo Lidia.

—Prefiero el mar.

Lidia no le contestó, sabiendo que era un marinero.

—¿Quieres ver lo que puedes hacer en este asunto? — preguntó impaciente Rafael.

—Si, Rafael. El conde Lagure esta ahora

en Londres, según creo. Se puede arreglar fácilmente.

Por la noche Lidia fué a verle para decirle que su deseo estaba cumplido. Había tomado el yate provisionalmente, y el conde telegrafió a Cherburgo que enviasen el barco a Southampton. Encontró a su hermano de buen humor, pues el moro, habíase escapado del calabozo de Sussex, en que le encerraron y había matado a un policía.

—Su moro de usted hablará, — dijo Hanon imitando a Jaime — Sí, sí. Sospecho que está hablando.

Lidia le miraba fijamente, con los ojos muy abiertos por el horror.

—¡Rafael! — gimió. — No es verdad. Tu no sabes nada de ello.

—Claro que no, tonta, — dijo con aspereza. — Piensan que sí sé. Ese puerco de Morlake me acusa prácticamente, dice que el criminal estaba a mi servicio, lo cual es mentira. Nunca he oído hablar de él.

Aquella noche escribió al conde de Creith una carta conciliatoria y lógica.

—Debo decir, — explicó su señoría balanceándose la cabeza, — que ese individuo no es tan malo como parece. Ha escrito una carta encantadora, y lamento haber hecho lo que hice.

—El único hombre de quien puede usted hablar así es de Mr. Hamon, — dijo la muchacha sonriendo.

Tomó la carta de mano de su padre y leyó.

"Temo haber sido un villano estos últimos días, pero han ocurrido muchas cosas para crisparme los nervios y se que no me hallaba en estado normal. Espero que no pensará usted mal de mí, y que dentro de un año o dos divertirá a los dos recordar la absurda insinuación de que yo fuí responsable de algún modo de la muerte del pobre Marbone. Inesperadamente me han llamado de América, lo cual cambia mis planes, pues tenía proyectado un crucero por el Mediterráneo en yate y me encuentro con un barco en las manos. Quisiera poder persuadirle a usted para que realizase la excursión. Viajaría usted completamente solo, y estoy seguro de que disfrutaría de una temporada deliciosa. Unicamente lamento de que ni mi hermana ni yo podamos acompañarles. El yate es "La Esperanza", y estará en Southampton, el martes. Le pido a usted como un gran favor que use el yate como si fuera suyo, y me libre de lo que para un hacendista es una desgracia la sensación de haber derrochado el dinero".

—¡Hum! — murmuró el conde. — Desde luego, si el hubiera estado realizando el viaje, le habría escrito una carta cortés diciéndole que en niguna circunstancia compartiría la excursión con él. Pero esto es diferente. ¿No te parece, hija mía?

Volvió a mover la cabeza mirando la carta.

—No estoy seguro de que el viaje fuera bueno para nosotros, — dijo.

Sabiendo cuán fuertes eran los prejuicios de Juana contra Hamon, esperaba alguna oposición y por ello se sorprendió agradablemente al ver que su hija opinaba como él Creith la tenía nerviosa... Creith y el enfermo de casa de Mrs. Cornford, y Jaime, a quien no había vuelto a ver y a quien temía ver.

Las primeras noticias del proyectado viaje llegaron como de costumbre, por medio de Binger y las diversas juntas que se reunían en la cervecería de "El León Rojo".

—Parece que ese yate está fletado con dinero de Hamon, si estoy bien informado.

—Lo cuál no es nada probable. ¿Y adónde van?

—Al Mediterráneo, señor. Mr. Hamon y su hermana van a América, de lo cuál se alegran muchos.

—¿Al Mediterráneo?

Jaime miró pensativo el hornillo de su pipa.

—Eso significa... ¿Cuándo se van?

—El sábado, señor.

—¡Verdaderamente!

Por el Mediterráneo quería decir Tánger, y Tánger era en su imaginación Sadi Nafiz y el hermoso infierno de las colinas rifeñas.

CAPITULO XXXIX

Hay una capillita en el camino a Basgshot. La belleza de sus líneas está oculta por los celosos árboles. Una puerta en un costado conduce, en apariencia, a las frías profundidades del bosque, sin inducir a la menor sospecha de que allí se esconda algo más sólido que los pinos o más hermoso que las violetas silvestres que nacen en primavera.

Rafael Hamon dejó el coche en el camino de Basgshot y continuó a pie para proceder a sus investigaciones. Unos momentos estuvo mirando las graciosas líneas del pequeño edificio, aunque en su mente no había pensamiento alguno para su estética belleza ni para la hermosura de sus alrededores únicamente le preocupaba cómo pudo existir alguien tan necio que edificara una iglesia varias millas distantes del pueblo más próximo. También pensaba en lo que serían las colecciones, en lo que había costado edificar la capilla y quien sería el maniático que la había dotado de tan inútil estructura.

La entrada estaba franca; dirigióse al pequeño pórtico y empujó tímidamente la puerta tapizada de verde. El interior con sus espléndidas ventanas de cristales manchados y su marmóreo altar, parecía actualmente más limpio de lo que era antes. Un hombre estaba barriendo el piso taraceado y miró en torno al oír cerrarse la puerta.

—Buenos días, — dijo Rafael. — ¿Está el vicario?

El hombre movió la cabeza.

—No, señor; aquí no hay vicario; el cura de San Bernabé venía generalmente a realizar el servicio. Pero de ordinario abrimos para celebrar casamientos; hoy hay uno.

—¿Por qué para celebrar casamientos? — preguntó sorprendido Rafael.

—Porque es romántico. — contestó el

hombre vagamente. — Usted sabe que hay muchos jóvenes a quienes les gusta un poco de novela en sus vidas. Esto se edificó para iglesia matrimonial, por un joven cura rico llamado..., ¿cómo se llamaba?

—Bannockwaite? — insinuó Rafael.

—Así se llamaba. — El pestiguero movió la cabeza. — Era un loco según lo que he oído.

¡Aquello era una iglesia "matrimonial"! Cosa nueva para Hamon. Debía haber un registro. Hizo la pregunta.

—Sí, señor; el registro se conserva aquí.

Miró dubitativo en redor hacia la puerta de la sacristía.

—No sé si alguien supondría que se lo he enseñado a usted. Tiene que pagar una cantidad, ¿sabe?

—Le pagaré lo que sea, amigo, Enséñeme el registro.

Siguió al hombre pasando la puertecita con arco a un cuarto con piso de piedra, amueblado con algunas sillas y una mesa. Su temor era que el pertiguero no tuviera autoridad para enseñarle el registro o que aquella no le pareciera ocasión oportuna; pero indudablemente no había dificultad, pues el hombre abrió el armario y dejó un pesado volumen sobre la mesa.

—¿Qué fecha sería?

—Hace cinco o seis años, — contestó Hamon.

—Ese es todo el tiempo que lleva edificada la iglesia, — dijo dubitativo el pertiguero, y volvió a la primera página para comprobar su afirmación.

Y el primer asiento de la primera página era el registro de un matrimonio entre Fernando Carlos Farringdon y Juana María Carston.

Con dedos temblorosos cogió Hamon el asiento, pagó espléndidamente al pertiguero y salió apresurado. Vió a un hombre que se paseaba con indiferencia entre los pinos, pero, en su excitación, no advirtió que el otro lo había conocido.

¿Cómo iba a utilizar lo que sabía que le fuera más ventajoso? ¿Se dirigiría a la muchacha, diciéndole que estaba enterado de ello y amenazarla con descubrirlo? Desechó ese proyecto. ¿Qué había que descubrir? No obstante, conocíalo y tarde o temprano tendría un valor.

Regresó a la ciudad más alegre que había estado durante días. Julio Welling le vió salir, y le hubiera seguido en el acto; pero estaba ansioso de saber qué asunto había llevado al hacendista a Ascot.

Lidia estaba dirigiendo el empaquetado cuando llegó su hermano, y se mostró más amable que de costumbre.

—¿Ya estás de vuelta, Rafael? — dijo. — Necesitaba hablar contigo de una o dos cosas. No puedes figurarte cuánto me ha alegrado tu decisión de ir a América. Siempre

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO — (EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

he deseado ver los Estados Unidos. Irás a Palm Beach, ¿verdad?

—Aclaremos esto antes de ir más lejos, — contestó Hamon.— Ya no vamos a América.

El rostro de Lidia se demudó.

—Vamos a ir a Marruecos.

—¡A Marruecos! — gimió la joven. — Pero tú has mandado que te reserven las plazas, Rafael.

—Hamon suspiró cansado.

—Era necesario mandar que la reservasen porque no quiero que nadie sepa cuáles son mis planes.

!Pero has prestado el yate a lord Creith. Dijiste que odiabas la idea de un viaje por mar...

—Vamos a ir en tren... según indicaste, — dijo Hamon. — Mis negocios me llaman allí; y es absolutamente necesario que vea a Sadi antes de Navidad.

Lidia quedó silenciosa y enfadada, mordiéndose un labio y mirando a Hamon por debajo de las cejas fruncidas.

—No me gusta eso, Rafael, — dijo. — Hay algo que no va bien.

—Hay algo más que no va bien, querida, — contestó el hermano. — El universo entero está un poco desequilibrado, y hablo más especialmente de mi universo. Te lo diré redondamente: necesito a Juana Carston.

Lidia le miró.

—¿Quieres decir que necesitas casarte con ella?

—Necesito casarme con ella si es posible, — dijo. — Por el momento hay ciertos obstáculos para conseguirlo, pero no van a seguir siendo obstáculo mucho tiempo.

—Pero si no le gustas...

—¿Los que se casan se gustan siempre uno a otro? — dijo Rafael con voz áspera. — Están apasionados tontamente; enamorados, según dicen ellos. Pero el agrado es cosa de tiempo y de respeto. Y uno puede hacer que una mujer le respete de varios modos. Lo esencial para el respeto es el temor. Desembrolla eso, muchacha.

—¿Y es necesario que yo vaya?

—Muy necesario, — contestó Hamon rápidamente.

Tomó Lidia un cigarrillo de una cajita enjoyada y lo encendió, observándole con ojos penetrantes.

—Supongo que necesitas mucho la ayuda de Sadi Hafiz, — dijo despreocupada.

—Ciertamente.

—Y piensas que Sadi se mostrará más sumiso si yo estoy allí.

La sorpresa de él no hizo sensación a Lidia.

—Nunca pensé en ello con esa significación, — dijo Rafael.

—¡Odio aquel sitio! — golpeó la joven el suelo con el pie llena de enfado. — ¡Aquella horrible casa vieja con el jardín sucio y aquellas miserables mujeres espiándome detrás de las rejas!...

—Es una hermosa casa,—interrumpió entusiasta Hamon, — y el aire es como vino... — se detuvo de pronto.

—Estás pensando en otra cosa — dijo Lidia rápidamente. — ¿Tienes otra casa?

—Creo que sí, en las colinas — contestó su hermano, y se negó a ir más lejos acerca del asunto.

Se encerró en su despacho durante el resto del día, y su hermana creyó que estaba trabajando; se lo imaginó revolviendo cajones, destruyendo papeles y despachando la correspondencia que un hombre como él dejaba atrasada. Pero, en verdad, Rafael Hamon estaba soñando. Extendióse en una silla cómoda, con los ojos en el vacío, evocando cien situaciones en que tomó parte principal y halagadora. Con la imaginación vió a Jaime Morlake en la cárcel y a Juana en sus brazos. Pensó en grandes golpes financieros y en el enderezamiento de lo torcido de la vida. Y así pasó de la novela a la realidad, y sus sueños hiciéronse proyectos, de igual modo que lady Juana Carston se hizo lady Juana Hamon.

A las cinco abrió la puerta y entró en el cuarto de su hermana. Tenía ésta una taza de té, una novela y un cigarrillo, pero también allí había encontrado ocupación a sus pensamientos, y el libro estaba sin leer y el cigarrillo ardía solo en la bandeja de jaspe.

—Pareces contento contigo mismo.

—Y lo estoy — dijo Hamon con los ojos brillantes. — ¡Lo estoy!

CAPITULO XL

—Señor, hay una dama que quiere verle a usted.

Cleares habló en voz baja, y, por su aspecto de asombro y temor comprendió Jaime que había llegado alguien que no tenía costumbre de ir.

—¿Quién es la dama? — preguntó, y lo supo antes que el hombre respondiera:

—Lady Juana.

—Jaime saltó de la silla.

—¿Por qué no le has dicho que entre?

—No quiere entrar, señor. Está en el prado, y pregunta si puede hablar con usted.

Fué Jaime corriendo al jardín. Juana estaba a la orilla del río, con las manos atrás, mirando el agua, y al oir el rumor de los pasos de él con la hierba, volvióse.

—Necesitaba verle a usted — dijo. — ¿Cruzamos el río? Voy hacia mi casa, y puede usted acompañarme un rato.

Caminaron en silencio hasta encontrarse libres de los ojos inquisitivos de Cleares.

—Le deje a usted un poco bruscamente en la Colina de Nadie — dijo Juana. — Creo que le debo a usted el final de mi relato.

Y le dijo casi en idénticas palabras lo que refirió a su padre, y Jaime escuchó confundido.

—Estoy asqueada de ello y he tenido que hacer esta confesión dos veces: una a mi padre, porque .. se la debía, y otra a usted, porque..

—No terminó la frase, ni él se lo exigió.

—El casamiento puede ser anulado, desde luego — dijo Jaime.

Ella negó con la cabeza.

—Eso dice mi padre, y supongo que a usted le parece muy sencillo. Más para mí significa ir al tribunal y explicar el asunto detalle por detalle. — Se estremeció. — Creo que

no lo haré nunca — agregó. — Soy una cobarde, ¿sabía usted eso?

—Nunca la tuve en tal concepto — dijo Jaime.—Miss Juana, no creo eso. Uno no es cobarde porque evite las cosas feas de la vida.

—Va usted a marcharse ¿verdad?

Juana movió la cabeza.

—No quiero hacer el viaje, pero creo que será bueno para mi padre. El clima del invierno no le sienta bien y el viaje será un cambio para los dos. Pienso que en él hay algo oculto, — sonrió a medias, — pero realmente Mr. Hamon se va a América. Ahora está con mi padre despidiéndose.

—¿Y ese es uno de los motivos por los cuales tengo el privilegio de verla a usted? — rió Jaime, pero ella protestó enérgica.

—No habría venido de todos modos, tenía que hablarle a usted de... del casamiento.. ¿Y sabe usted, Jaime que tengo la sensación de que Hamon está enterado?

—¿Cómo puede ser eso?

—Fué a la casa una noche cuando Mr. Farringdon estaba más violento que de costumbre. Fué la noche que Mrs. Cornford perdió su carta que usted le recuperó. Y esa señora dijo que Farringdon estuvo charlando continuamente acerca de la iglesia del bosque de Arcot. Un hombre tan astuto como Hamon descubriría la verdad.

—¿De eso se trata? — preguntó tranquilo Jaime después de una pausa. — ¿De saber si está enterado o no? Y hablando de otra cosa, ¿cómo está Farringdon?

Juana se encogió de hombros.

—Está mejor. Es una maldad en mí no ser agradecida; pero, Jaime, no puedo serlo. Supongo que tendré que recurrir a usted. Hoy le he visto que estaba paseando en la plantación que hay a espaldas de la casa de campo.

—¿Se ha repuesto hasta ese punto? — preguntó sorprendido Jaime; — pero ¿la habrá conocido a usted?

Juana afirmó con la cabeza.

—Tengo la sensación de que sí, — contestó. — Se ha repuesto. El médico ha dicho a Mrs. Cornford que esos casos mejoran con sorprendente rapidez. Yo no sabía que estaba en el bosque. Iba hacia la casa a preguntar por él, y de pronto nos encontramos cara a cara, y me miró muy singularmente al pasar. Lo que me hace pensar que me conoce es que Mrs. Cornford me dijo que ha estado preguntando quién era lady Juana y qué rango tenía su padre. Y luego preguntó qué distancia había a Ascot.

Le temblaba la voz y se mordía un labio para recobrar el dominio de sí misma.

—Quizás sospecha — dijo Juana después de un momento, — pero aún se pueden presentar más dificultades para mí. ¿Qué voy a hacer, Jaime? ¿Qué voy a hacer?

Jaime tuvo que refrenarse para no tomarla en sus brazos. La amaba; hasta aquel momento no había comprendido con cuánta intensidad. Para Jaime Morlake, ella era el principio y el fin de la existencia y todo lo que ésta tenía de deseable.

El habría cambiado su modo de vivir y abandonado la pesquisa que ocupó diez años de su vida, para librarla de un pesar.

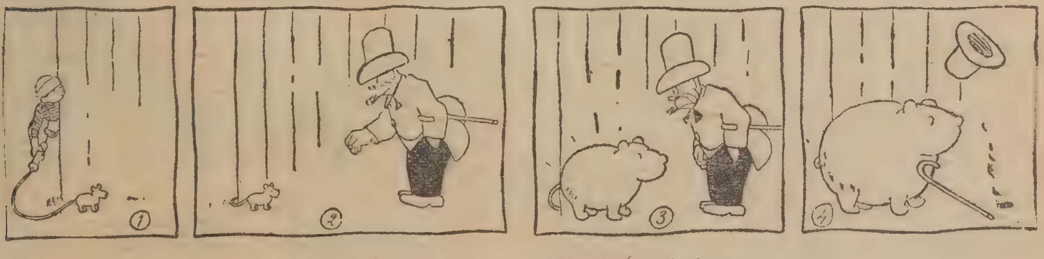
Levantó Juana los ojos y volvió a bajarlos como si hubiera leído en el rostro de Jaime algo del fuego abrasador que le consumía. Puso una mano en el hombro de la joven, y su contacto era una caricia. Lentamente fueron hacia el bosque, e instintivamente Juana se apoyó más y más en Jaime, hasta que un brazo de éste la rodeó y una mejilla de la muchacha rozó la manga de él.

Rafael Hamon habíase despedido del conde de Creith y se encaminaba en busca de Juana, cuando vió a los dos y se paró medio muerto. Aún a aquella distancia veíase clara la atlética figura y el bien modelado rostro de Jaime Morlake, Más imposible era engañarse en cuanto a la afinidad de ambos.

Desaparecieron los dos en la intrincada plantación, y Hamon permaneció algún tiempo mordiéndose las uñas y con el corazón ardiendo de impotente rabia. ¡Después de todo lo ocurrido, algo existía entre ellos! Había desdeñado la insinuación que le hizo Lidia, pero allí había una demostración fuera de toda duda. Bajó corriendo el herboso declive hacia el bosque, no sabiendo qué haría o qué diría cuando los viese. Lo que necesitaba era encontrarse con ellos cara a cara y descargar sobre ambos la furia que ardía dentro de él.

Dando traspiés cruzó una pradera y llegó al bosque sin aliento. Se detuvo a escuchar, oyó pasos y se dirigió adonde sonaban. Yendo furtivamente de un árbol a otro, vió al que paseaba y se paró. Era Farringdon, el hombre a quien vió en la casa de campo de Mrs. Cornford.

Su aparición sorprendió a Hamón. Creyó



El niño travieso y el hombre miedoso..

que el paseante estaba postrado en cama. El hombre aproximóse y Hamón le observó. Farringdon tenía aspecto desagradable con su barba de siete días, su rostro pálido y su traje desaliñado. Estaba hablando solo, según andaba, encorvado; y Hamón aguzó el oído sin que le fuera posible distinguir lo que decía. El hombre pasó y, saliendo de su escondite, el observador siguió a distancia de él, sospechando que, por la dirección que tomaba, interceptaría a los amantes.

Para Jaime aquellos eran los momentos más preciosos de su existencia. La carga de la vida habíase deslizado de sus hombros; toda otra ambición desapareció ante aquella felicidad encontrada. Caminaban silenciosos por el bosque, olvidados de todo el mundo que se hallaba fuera de sus corazones. Ahora Juana se detuvo y se sentó en el tramo de un árbal caído.

—¿A dónde vamos? — preguntó, y Jaime comprendió que no se refería a su inmediata dirección.

—Vamos a la felicidad, tarde o temprano — contestó Morlake sentándose a su lado y atrayéndola a sí. — Desharemos todos los nudos, grandes y pequeños, y enderezaremos todas las sendas, por enredados que estén aquellos y escabrosas que sean éstas.

Juana sonrió y levantó los labios hacia los de él. Y entonces, en aquel momento de éxtasis puro, Jaime oyó una risa contenida, y, apartando de él nuevamente a la joven, se volvió.

—¡Un idilio en el bosque! Es muy hermoso espectáculo para un marido... ¡ver a su mujer en los brazos de otro hombre!

Farringdon estaba erguido ante ellos, con los brazos caídos y brillándole febrilmente sus oscuros ojos. La muchacha saltó dando un grito de angustia y se agarró al brazo de Jaime.

—¡Lo sabe! — murmuró aterrorizada.

Los agudos oídos del hombre oyeron tales palabras.

—¡Lo sabe! — se burló el enfermo. — De modo que usted es mi Juana, ¿verdad? Si yo no hubiera sido un fruto perezoso lo habría adivinado hace años.

Se quitó el sombrero dándole vueltas.

—Me alegro de encontrarla a usted, señora Farringdon — dijo. — Hace mucho tiempo que usted y yo fuimos unidos con los sagrados lazos del matrimonio. ¡De modo que usted es mi Juana! Bien; yo había soñado con usted todos estos años, pero nunca soñé nada tan bonito. ¿Sabe usted esto?... — la señaló con un dedo tembloroso. — Había una muchacha con quien pude casarme y me habría casado a no ser por aquella maldita necedad. Ha sido usted una piedra estorbadora en mi camino, una carrera en que nada sino la bebida podría vencer.

Dió un paso hacia Juana y de pronto, agarrándola, la sacudió hacia él.

Un instante después fué empujado hacia atrás y, tambaleándose cayó. Jaime agachóse para ponerle en pie, pero de un golpe Farringdon apartó la mano, y, lanzando un grito de rabia, saltó contra el hombre alto.

—¡Perro! — aulló. Pero era un niño en las manos que le sostuvieron.

—Está usted enfermo, Farringdon — dijo Jaime con voz suave. — Sentiría lastimarle.

—¡Déjeme, déjeme! — gritó Farringdon. — Es mi mujer. Voy a decir al pueblo... ¡Es mi mujer! Va usted a venir conmigo, Juana Carston. ., oye usted? Es usted mi mujer hasta que la muerte nos separe. Y no puede usted divorciarse de mí sin traerle a él.

Se soltó de las manos de Jaime y se tambaleó hacia atrás. Alentaba dolorosamente y su rostro, descompuesto por la rabia, era infernal.

—He conseguido algo para vivir por ahora... Usted vino a verme ¿verdad? Y él también vino... Usted va a venir otra vez, Juana..., ¡sola!

Y luego dió una vuelta y, corriendo como un demente, bajó veloz la senda del bosque y se perdió de vista. Jaime volvióse hacia la muchacha. Ella trató de sonreirle.

—¡Oh, Jaime!

Dolíale a Morlake sentir la temblorosa angustia del alma de Juana al sostenerla.

—Ahora ya estoy bien — dijo la joven tras un momento. — Acompáñeme, Jaime. ¿Qué tengo que hacer? Gracias a Dios, nos vamos el sábado.

Jaime movió la cabeza afirmativamente.

—Y yo lo lamento — dijo. — El hombre ha bebido de nuevo o de lo contrario iba loco.

—¿Cree usted que vendrá a casa? — preguntó Juana temerosa, y luego, con esfuerzo sorprendente, le puso a la distancia del brazo y sonrió a través de las lágrimas no derramadas. — Le dije a usted que era una cobarde, y lo soy. El matrimonio no me sienta bien. Jaime, empiezo a simpatizar con esas mujeres que asesinan a sus maridos. Es una cosa terrible decir eso, ¿verdad? Pero lo siento así. No irá a su casa..., y si va no me importa — dijo con un poco de su antiguo ánimo. — Mi padre está enterado. ¿Quién puede habérselo dicho? Me refiero a Mr. Farringdon.

—Sospecha — contestó Jaime con decisión — y no sé por qué no sospechó antes. Probablemente fué el accidente que lo trajo a Creith y la oportunidad que tuvo de verla a usted y oir su nombre lo que hizo posible el descubrimiento.

La conversación era difícil; ambos estaban muy imbuidos de sus propios pensamientos para encontrar algo que decir sin gran esfuerzo. Pero cuando llegaron a la vista de Creith, la muchacha preguntó inesperadamenee:

—Jaime, ¿qué era usted antes de ser ladrón?

—¿Eh? — contestó sobresaltado Morlake. — ¿Antes de ser ladrón? ¡Oh, era un respetable miembro de la sociedad!

—Pero ¿qué era usted? ¿Estaba en el ejército?

Jaime negó con la cabeza.

—¿En algún servicio público?

—¿Qué la hace a usted preguntar eso? —

dijo Jaime mirándola asombrado.

—No sé, hacía conjeturas.

—Estuve algún tiempo en el cuerpo diplomático..., lo cual no significa que fuera embajador ni cónsul. Era una especie de dependiente en embajadas y ministerios.

—¿En Marruecos? — preguntó la joven al ver que no continuaba.

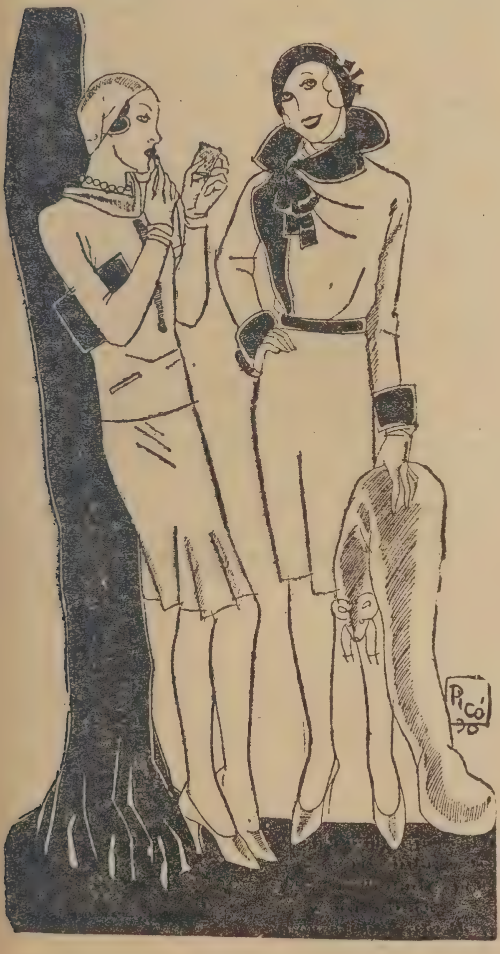
—En Marruecos y en Turquía y en otros países asiáticos. Dejé el empleo porque... bueno, porque tenía bastante dinero y porque encontré un nuevo camino hacia la ventura.

Juana movió la cabeza.

—Yo pensaba que era algo así — dijo. — No debe usted ir más lejos. ¿Me escribirá usted?

Jaime vaciló, y, rápida en notar tales cosas, dijo la muchacha.

—¡Pobre hombre! ¡No sabe usted adonde escribir! A papá se le dirige la correspondencia al Club Inglés de Cádiz. ¿Se acordará usted? ¡Adiós!



—¡Figúrate qué desgracia! El pobre Adolfo ha perdido a su mujer.

—No me extraña. ¡Es tan distraído!

Tendió las dos manos, y Jaime las tomó.

—No creo lo mejor que me besara usted otra vez. Necesito conservarme tan cerca de la normalidad como pueda. Tengo que arrostrar los ojos de lince de Mr. Hamón.

Mr. Hamon espiaba la separación desde lejos, y rechinó los dientes cuando el compañero de Juana, sin atender sus deseos, la rodeó con un brazo y la besó.

CAPITULO XLI

Jaime Morlake tenía una predominante regla de conducta. Antes de que la muchacha estuviera fuera de su vista, ya había decidido su línea de acción, y sin vacilar, salió de la senda y, cruzando el camino, llegó a la callejuela que conducía al pueblo, e incidentalmente, a la casa de campo de Mr. Cornford.

Farringdon tenía que devolver a la muchacha la libertad y él debía quitar de la imaginación de aquel joven cualquier idea extraña que se hubiera introducido en su decrépito cerebro.

Mrs. Cornford le abrió la puerta, y Jaime vió, de la primera ojeada que algo extraordinario había ocurrido.

—Espero no llegar en un momento inoportuno.

Ella, negó con la cabeza.

—Me alegro de verlo a usted, Mr. Morlake — dijo, y le introdujo en el gabinete.

No era difícil conjeturar dónde estaba el trastorno, pues furiosas exclamaciones, llegaban en ese momento hasta él, con toda claridad.

—Ha llegado el fin de mis sueños — dijo la señora sonriendo — pero un poco de repente.

—Pues es llegar a un sitio trágico, Mrs. Cornford — dijo Jaime. — ¿Qué ha ocurrido?

—Yo esperaba continuar en Creith, pero todo depende de que conserve conmigo a Mr. Farringdon.

—¿Se ha marchado? — preguntó Jaime.

—No por propia voluntad, pero tengo que despedirlo. Hoy está como un maníaco. Hace pocos minutos, entró tan fuera de sí que me espantó.

Jaime pensó un momento.

—Necesito verle, — dijo, — y su rostro se puso grave.

—Le ruego a usted que no lo haga — pidió la mujer. — Acaso mañana, o sino hoy más tarde. Ha cerrado su puerta con llave. He intentado llevarle una taza de té, y no quiere abrir. Tengo un miedo espantoso.

Jaime compadeció a la mujer, porque sospechaba que acaso una tragedia había alterado el curso de su vida. Tenía el aspecto de quien está acostumbrada a vivir rodeada de comodidades; y le causaba pena comprender lo que aquella vida gris tenía que significar para ella.

—Me perdonará usted si le pregunto qué hace usted para vivir? — dijo Jaime. — Quizás yo pueda ayudarla.

Ella negó con la cabeza.

—A menos que necesite usted lecciones de música, temo que no pueda usted ayudarme

mucho — contestó Mrs. Cornford sonriendo suavemente.

—La música no es lo más a propósito para mí, pero es posible que pueda ayudarla de otro modo.

Las exclamaciones se hicieron más furiosas, y Jaime miró a su alrededor y medio se levantó de la silla en que había sido invitado a sentarse; pero Mrs. Cornford, extendió un brazo.

—Déjelo usted sólo — dijo. — Traeré a la enfermera del distrito. Creo que está enfermo otra vez.

—¿Me permite que le haga una pregunta muy personal y muy impertinente?

Ella no contestó pero sus ojos le dieron ánimos.

—Usted ha... — vaciló, no sabiendo cómo expresar la pregunta; — ¿ha perdido usted mucho dinero en algún tiempo u otra cosa?

—¿Quiere usted decir que he descendido? — sonrió. — Sí, temo que sí. Mi marido desapareció hace algunos años, y cuando se ajustaron las cuentas de sus negocios resultó que él, a quien yo suponía rico, no tenía ni un penique. Esa es toda mi historia en el más reducido espacio — dijo la señora francamente. — Juan Cornford, hacía su voluntad, y realizó cosas extravagantes que le suscitaron grandes dificultades. Quizás fué mal aconsejado porque yo no intenté hacer averiguaciones. Me confié a Mr. Hamón...

—¿Hamón? — dijo Jaime rápidamente. — ¿Fué Hamón quien le aconsejó a usted no hacer indagaciones? ¿Cuándo desapareció su marido?

—Hace cerca de once años.

Jaime hizo un rápido cálculo mental.

—¿En qué mes?

—En Mayo. En Mayo tuve por última vez noticias de él. Su última carta fué la que usted recuperó tan amablemente de Mr. Hamón.

—¿Puedo verla? — preguntó Jaime.

—¿Su marido se llamaba Juan Cornford?

—¿Cómo? — preguntó ansiosa la mujer. — ¿Le conocía usted?

—No; sólo que... hace años tuve una aventura muy singular. Ocurrió una mañana después de desaparecer su esposo, pero es absurdo relacionar las dos cosas. ¿Tiene usted su retrato?

Ella dijo que sí con la cabeza y entró en su dormitorio tardando algún tiempo...

—La he estado buscando — explicó — lo puse en sitio seguro.

Tomó Jaime la fotografía y ni con el movimiento de un sólo músculo delató la impresión recibida.

Era el retrato de un hombre de rostro agradable, como de cuarenta años, bien afeitado y evidentemente satisfecho de sí mismo.

Pero, era algo más; era el rostro del marino moribundo a quien recogió en el camino de Portsmouth, y que, antes de morir, le refirió la historia más extraña que Jaime Morlake había jamás oído.

—¡Juan Cornford, era el desconocido marino que descansaba en una sepultura innomimada de Hindhead! Durante diez años, había perseguido al hombre responsable de su muerte, buscando la prueba que lo llevaría ante la justicia.

—¿Le conocía usted? — preguntó ansiosa Mrs. Cornford.

Jaime le devolvió el retrato.

—De vista — dijo éste simplemente y algo, en el tono de su voz, le dijo la verdad a la mujer.

Jaime afirmó gravemente con la cabeza.

—Sí; ha muerto, Mrs Cornford — ésta dejóse caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Jaime creyó que estaba llorando, pero Mrs. Cornford levantó los ojos.

—Siempre he tenido la sensación de que había muerto — dijo — pero ésta es la primera noticia definitiva que he recibido. ¿Dónde murió?

—En Inglaterra.

De nuevo Mrs. Cornford movió la cabeza.

—Yo sabía que había muerto en Inglaterra. Pero Hamón dijo que se había perdido en el desierto. ¿Puede usted decirme algo de ello?

—Todavía no — dijo Jaime con repugnancia. — ¿Quiere tener usted un poco de paciencia?

La señora sonrió.

—He tenido paciencia tanto tiempo, que bien puedo resistir un poco más. Comprenda usted, señor Morlake, que, aunque esto sea emocionante, mi marido y yo, no éramos... — vaciló, — no éramos muy buenos amigos. No creo que la culpa sea mía, pero casi estoy dispuesta a aceptarla, aunque, después de tantos años es muy difícil analizar de quién es la culpa.

—¿Me deja usted este retrato? — preguntó Jaime.

Ella se lo alargó sin hablar.

—Hay otra cosa. Antes de morir, su marido me entregó una cantidad de dinero para que se lo diese a su esposa... — y luego, viendo la sorpresa y la duda en su rostro: — usted comprende, Mrs. Cornford, que yo no sabía el nombre de su marido.

—¿Que nó sabía usted su nombre? — preguntó asombrada la mujer. — ¿Entonces cómo...

—Es muy largo de contar, pero confíe usted en mí.

De repente Mrs. Cornford recordó los antecedentes de Jaime y la probada acusación contra él.

—¿Se mezcló en algún... En algún...? — veíase apurada para exponer el asunto con cortesía.

—¿En algún crimen? — dijo Jaime sonriendo. — No; en lo que a mí respecta, su marido era un extraño cuando lo ví. Ya le he dicho a usted que ni siquiera sabía cómo se llamaba.

Cuando Jaime se marchó, Mrs. Cornford empezó a preguntarse cómo su marido había podido darle mil libras sin decirle el nombre de la mujer a quien debían ser entregadas.

No había transcurrido media hora, cuando llegó Binger con un sobre, conteniendo

diez billetes de cien libras y unas líneas escritas en una tarjeta de visita.

"Confíe en mí" — decía, y, por algún motivo, la mujer, no sintió ningún escrúpulo en guardar el dinero en una caja.

—¿Esperó usted? — preguntó Jaime.

—Sí, señor; y la señora me dijo que no había contestación.

—Me lo figuraba — dijo Jaime con un suspiró de alivio.

—¿Tiene usted algún proyecto, señor?

—¿Respecto a qué?

—Respecto al futuro, de volver a la ciudad. Para decirle la verdad, señor, el campo no me sienta bien. El aire no es como el de Londres. Me refiero especialmente al aire de Barking.

Jaime reflexionó un instante.

—Puede usted marcharse en el primer tren. Alcánceme el teléfono, y diga a Mahmet que hable.

En ninguna circunstancia, tocaría Mahmet un teléfono. Empleaba, familiarmente todos los demás adelantos de la civilización, pero, en aquella repugnante máquina había algo que lo aterrorizaba.

Binger salió en el primer tren con la mayor alegría. Era admirador de la ciudad de Londres, y la tranquilidad y el aislamiento del campo le eran odiosos. Y Jaime no lamentó verlo marchar, pues la regularidad que Binger imprimía a la vida le desagradaba en esos momentos. Binger era el espíritu de la estereotipía. Hacía las cosas de un modo regular y a horas regulares. Servía el té de la mañana cuando el reloj daba las siete; preparaba el baño un cuarto de hora después; a las ocho menos cuarto, los zapatos de Jaime sonaban en la puerta de su dormitorio. El criado londinense era un constante recordador de que el tiempo volaba.

Jaime Morlake, necesitaba soledad porque había salido un nuevo factor, un nuevo conductor de la principal corriente de su misterio. Fué una de esas coincidencias que aparecen en todas las ramas de la investigación; el día en que Mrs. Cornford reveló la identidad del marino muerto, Mr. Julio Welling, tomó un hilo que iba a llevarle a algún descubrimiento.

CAPITULO LXII

Julio Welling se presentó en la oficina de registros de la inspección de Policía, y el oficial de servicio se apresuró a enterarse de sus deseos, pues el hombre de cabello blanco rara vez hacía una visita personal, y si la hacía era que a alguien ocurríale algo grave.

—Dígame si la memoria me es infiel. Fué hace diez años cuando empezaron los robos de El Negro, ¿verdad, sargento?

Abrióse un cajón, se registraron multitud de tarjetas bajo los ágiles dedos del sargento, y éste contestó:

—Sí, señor; este mes hace diez años.

—Bueno; ahora deme una lista de los asesinatos cometidos un año antes.

Salió otro cajón sin hacer ruido.

—¿Hago la lista, o quiere uster ver las tarjetas? Tienen un resumen de los crímenes.

—Veré las tarjetas.

Un paquete de cincuenta tarjetas grandes se presentó ante él, y fué revisándolas hablando solo mientras lo hacía.

—Adams Juan, ahorcado; Bonfield Carlos, loco; Brosfield Dionisio, ahorcado; todos estos son "conocidos", sargento.

—Los desconocidos están en el fondo.

Welling leyó los datos sin hacer comentarios hasta que llegó al último.

"Hombre desconocido se cree asesinado. Asaltante desconocido...".

Abrió mucho los ojos.

—¡Aquí está! — gritó, y leyó en voz alta.

"Un hombre, aparentemente marino; fué encontrado a la orilla del Hornillo del Diablo, Hindkead, sin conocimiento. Heridas laceradas y contusión en el cuero cabelludo. No identificado. El difunto fué encontrado por un ciclista, cuyo nombre no es aprovechable (A. D. E. U. 6). (Véase O. E.) El herido murió poco después de ingresar en el hospital. Notificados todos los puestos y publicado retrato. Sin identificación".

Welling miró por encima de los lentes.

—¿Qué es A. D. E. U. 6? — preguntó

—Acuerdo diplomático de los Estados Unidos; 6 es el número del departamento, — contestó en seguida el oficial. — El reglamento O. E. se ocupa del trato ofrecido a los oficiales extranjeros en este país. Estuve viéndolo el otro día.

—¿Y cuál es el reglamento?

—Si actúan en nombre de su gobierno con conocimiento de nosotros, no pueden ser intervenidos, a menos que exista la sospecha de que se dedican al espionaje.

El capitán Welling se rascó la nariz.

—Entonces llegamos a esto: el ciclista era un oficial de un gobierno extranjero. Cuando fué interrogado acerca de la identidad del hombre muerto, presumo que presentaría su tarjeta al inspector de la policía local, y el inspector local, de acuerdo con los reglamentos, no hizo constar su nombre en el informe.

—Así debe ser, señor.

—Entonces es evidente que la persona que hay que ver es el inspector de la policía local, — dijo Welling.

A última hora de la tarde llegó a Hindhead y se entrevistó con el jefe de policía.

—El inspector que hizo ese informe dejó el servicio hace algunos años, capitán Welling, — dijo aquél policía. — Nosotros tenemos nuestro registro; pero el nombre de ese individuo no consta aquí.

—¿Quién era el inspector en aquella época?

—Mr. Sennet. Ahora vive en Basingstolne. Me acuerdo del día que se encontró al marino: yo era entonces sargento y fuí el primero que informó en el hospital; pero ya había muerto.

Las autoridades del hospital dieron a Welling todos los detalles técnicos que pidió, junto con la descripción del traje que llevaba el hombre cuando fué conducido sin conocimiento al hospital. Welling leyó el registro cuidadosamente. En sus bolsillos no

Lea

en el próximo número de

PUCKY

las extraordinarias y emocionantes aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

UN DRAMA REAL EN LA ESCENA

Condenado a muerte "escénica", en la representación del viejo melodrama "El Granero Rojo", el artista Henry Holt es "ejecutado" por medio de la cuerda y muere en realidad. No fué ahorcado. ¿Quién mató a Holt; cómo y por qué?
Es el misterio que le toca resolver a SEXTON BLAKE en esta interesantísima novela que publicará el VIERNES 20 de JUNIO,

PUCKY Magazine

LA REVISTA ARGENTINA QUE PUBLICA LOS MEJORES CUENTOS DE LOS MEJORES AUTORES

había dinero ni libros o papeles de cualquier clase para identificarlo.

—Pienso, — dijo Welling cuando salieron del hospital, — que me gustaría ver el sitio donde se encontró al hombre, si usted lo conoce.

—Puedo señalar el sitio exacto, — dijo el inspector local.

Tomaron el coche del oficial y marcharon hasta llegar a una solitaria extensión del camino que bordeaba una profunda depresión.

—Aquí fué, — dijo el oficial parando el coche y señaló a una extensión cubierta de hierba, al lado del camino.

Welling se apeó y miró fijamente durante mucho tiempo el lugar de la tragedia.

—¿Visitó usted este sitio personalmente después que encontraron al hombre? — preguntó.

—Sí, — afirmó el otro.

—¿Había alguna señal de lucha, algún arma?

—Ninguna. La impresión que tuve entonces fué que le trajeron a este sitio después de cometer el crimen y le arrojaron sobre la hierba.

—¡Ah! — exclamó Welling con los ojos brillantes. — Eso me parece una hipótesis inteligente.

Escudriñó las inmediaciones, empezando por la hondonada y terminando por la colina que se alzaba en declive desde el camino en el otro lado.

—¿Qué casa es aquella?

El inspector se lo dijo. Era la posesión de un médico de la localidad.

—¿Cuánto tiempo hace que vive ahí?

—Quince o veinte años. El mismo edificó la casa.

De nuevo vagaron los ojos del detective.

—¿Y aquella casa de campo? Parece que está vacía.

—Ese es un pequeño "bungalow" que pertenece a un abogado que murió hace dos o tres años. Está desocupado desde el año 14.

—¿Cuánto tiempo la tuvo?

—Unos pocos años.

—¿Y antes de eso? — preguntó Welling, continuando su inspección del país.

—Antes... — el inspector frunció el ceño con un esfuerzo por recordar el nombre de su propietario anterior. — Ya sé; pertenecía a un hombre llamado Hamon.

—¡Cómo! ¿Rafael Hamón?

—Sí; ahora es millonario. Entonces no era tan rico y acostumbraba vivir ahí en el verano.

—¡Oh! ¿De verdad? — dijo Welling con voz blanda. — Me gustaría ver esa casa de campo.

La senda para subir a la colina estaba cubierta de hierbas, aunque en otros tiempos había estado bien cuidada, pues tenía grava y en algunos sitios habían sido hechos algunos escalones para facilitar la subida del propietario. La casa aparentaba no tener vida; las ventanas estaban cerradas, y las arañas habían tejido sus hilos en los ángulos de la puerta.

—¿Cuánto tiempo dice usted que vivió aquí el abogado?

—Nunca vivió aquí. Era el propietario; pero creo que la casa ha estado desocupada desde que Mr. Hamon la dejó; en realidad estoy seguro de ello. Mr. Hamón se la vendió como estaba, con muebles y todo... Estoy seguro de eso, porque Mr. Steele — que tal era el nombre del abogado — me dijo que pensaba arrendarla con muebles.

Welling trató de observar abriendo una de las contraventanas, y después de un momento lo consiguió. Las ventanas estaban horribles de polvo y era imposible ver el interior.

—Tengo que entrar en esta casa — dijo Welling, e hizo crujir su bastón metiéndolo por encima de una madera de la ventana.

Introduciendo la mano, descorrió el cerrojo y levantó el marco. No había nada extraordinario en el aspecto de la habitación.

Era un dormitorio sencillamente amueblado, y aunque sobre todos los objetos había una densa capa de polvo, se apreciaba cierta pulcritud en el carácter y arreglo de los muebles, que desafiaba toda sospecha de descuido. Y en las otras habitaciones tampoco había nada digno de notarse. Los muebles eran buenos, y las alfombras, que estaban arrolladas, casi nuevas.

Pero el agua de la habitación no parecía interesar a Welling. Tenía la atención fija en las paredes, todas pintadas en colores rosa. A espaldas de la casa había una cocina con las ventanas defendidas por pesadas barras.

—¿Quiere usted que registremos el despacho?

Welling negó con la cabeza.

—No encontrará nada ahí — dijo. — Lo que yo busco es...

Abrió la ventana y empujó la madera.

—Ahora creo que puedo encontrar lo que necesito — dijo señalando con un dedo. — ¿Ve usted aquella mancha?

—No veo nada — contestó perplejo el policía.

—¿Puede usted ver aquella porción de la pared que ha sido repintada?

La cocina estaba blanqueada, y la mancha irregular de la nueva pintura resaltaba.

—Aquí hay otra — dijo Welling de pronto.

Sacó del bolsillo el cortaplumas y empezó a raspar la pared cuidadosamente.

—Asesinato tenemos — dijo hablando consigo.

—¿Asesinato? — preguntó sorprendido el otro.

Como contestación Welling indicó con el dedo una mancha en forma de pera que el cortaplumas había descubierto.

—Creo que eso es sangre — dijo sencillamente.

Con el pañuelo de bolsillo limpió el polvo de la mesa y examinó la superficie pulgada por pulgada.

—Aquí han raspado. ¿Lo nota usted?

El policía pasó la mano suavemente por la superficie de pino.

—Sí, ha sido raspada.

—Y supone usted...

—Supongo que el desconocido marinero

fué muerto a martillazos en esta misma habitación — dijo Welling.

—Pero Mr. Hamón se hubiera enterado.

—Probablemente no residía aquí — repuso Welling, y su compañero lo aceptó como exculpación completa del primer propietario del "bungalow".

—Claro que no se puede pensar en registrar las inmediaciones de la casa para descubrir cómo un pobre marino encontró la muerte — murmuró Welling. — Creo que es todo lo que necesitaba saber, inspector. Lo mejor que usted puede hacer es condenar las contraventanas y dar orden de que cualquiera que venga a posesionarse de la vivienda, debe antes entrevistarse conmigo, porque necesito que esté desocupada esta casa durante una semana o dos.

Bajó la senda de la colina y contó los pasos entre el sitio en que la senda se unía con el camino y el lugar en que se encontró al hombre moribundo, y tomó unas notas.

—Ahora, inspector, si quiere usted prestarme su coche para ir a Baringstoke, creo que ya no le molestaré más.

Encontró sin dificultad al policía retirado — era un conocido carácter local; — pero fué menos fácil inducirle a hablar, hasta a un importante oficial de la policía escocesa... o posiblemente a causa de eso, pues es proverbial la tirantez entre la policía del país y la policía central.

Pero el capitán Welling tenía su método: una colección de anécdotas calculadas para suavizar al más agrio de los oficiales retirados con un agravio contra las autoridades centrales.

—Es contra todos los reglamentos — dijo hablando al fin; — pero puedo decirle a usted todo lo que quiere saber, porque guardo su tarjeta como una curiosidad.

El hallazgo de la tarjeta llevó una hora de investigación entre esos documentos que un anciano tiene la pasión de amontonar, viejas tarjetas de carreras, viejos programas de baile y otros recuerdos que una vida alegre acumula en el transcurso de los años. Observándole, Welling se preguntaba si aquel mismo espíritu guiaba a Rafael Hamón y si era el innato deseo ardiente del mísero por conservar inútiles trozos de papel el que le condujo a la necesidad de conservar en su poder un documento que podía conducirlo a la horca.

—Aquí está, — dijo triunfante el retirado y alargó a su huésped una tarjeta manchada.

El capitán Welling se puso los lentes y leyó:

"Mayor Jaime L. Morlake. Consulado E. U. Tánger".

Devolvió la tarjeta sonriendo beatífico.

Todos los misterios estaban explicados, menos uno y ese uno desafiaba toda resolución. Era el misterio de la pasión de Rafael Hamon por adherirse a lo que era para él una orden de muerte.

CAPITULO XLIII

En Creith había ese barullo que hay en todas las casas, grandes o pequeñas, cuando la familia está a punto de salir para pasar un día de fiesta. Lord Creith pensaba en su viaje con el deseo y el entusiasmo de un colegial.

—Los jóvenes no son lo que eran antes, — dijo. — Cuando yo tenía tu edad, Juana, me hubiera puesto a bailar ante la perspectiva de un verdadero día de fiesta libre de molestias. No veremos a Hamon durante dos meses. Eso debe ser bastante para que estés alegre.

—Estoy muy alegre, papá, — dijo con languidez, — pero es que estoy cansada.

Si hubiera dicho que estaba exhausta habría estado más cerca de la verdad. Comprendía que los acontecimientos habían tomado su parte, al arrastrarse hacia su habitación, indecisa entre acostarse o tratar de encontrar en las páginas de un libro la tranquilidad mental que tanto deseaba. Oscilando entre ambas decisiones, tomó la menos digna de tomarse. Pensó. Pensó en Jaime y en el hombre huraño de la casa de campo, y en Hamon un poco. Era curioso cómo había retrocedido al fondo.

La doncella se presentó a empaquetar los vestidos de Juana; pero ésta le mandó que se retirase. Preguntábase cómo estaría Farringdon. ¿Era aquello una explosión de su enfermedad? ¿Estaba loco? Deseaba que hubiera habido un teléfono en la casa de campo para llamar a mistress Cornford y preguntarle. En el apuro del momento fué a su mesa de escribir y trazó una nota; pero cuando acudió la doncella en contestación a su llamada, había cambiado de parecer. Bajaría a la casa de campo a ver al hombre y razonar con él, si se encontraba en razonable estado mental. Necesitaba saber cuál era su situación.

Lord Creith la vió bajar la escalera.

—¿Vas a salir? — preguntó consternado. — Muchacha mía, no puedes salir esta noche, hay un huracán.

—Sólo voy a llegar a la entrada de la portería, papá, — dijo Juana.

Le repugnaba decirle una mentira.

—Iré contigo.

—No, no, le ruego que no. Quiero ir sola.

—¿No puedes ir con la doncella? — insistió el padre. — No me gusta que corretees sola. ¡Dios mío! No se me olvida el susto que me diste la noche de la tormenta.

Pero, con una tranquilizadora sonrisa, salió por las grandes puertas, que daban a la azotea; y el conde permaneció indeciso casi inclinado a seguirla. Tomó la joven el camino inmediato a la entrada de la portería, luego tomó por lo que se llamaba la senda de la tapia, que la llevaría muy cerca de la casa de campo. Soplaba el ventarrón, y los árboles crugían y gemían, y las ramas desnudas sonaban ásperamente encima de ella. Pero en aquel momento olvidábase de los elementos y de toda tormenta que no fuera la que bramaba en su corazón.

Mrs. Cornford había pasado muy mala noche con su enfermo, y el médico llamado

apresuradamente, le pareció grave el trastorno.

—Aquí hacen falta enfermeras, — dijo. — Temo que este hombre no tenga remedio. Mañana traeré de Lexlaun al doctor Truman, para que le examine.

—¿Quiere usted decir que está loco? — preguntó horrorizada la mujer.

—Temo que sí, — contestó el médico, — generalmente, estos casos de dipsomanía acaban así. ¿Ha tenido alguna emoción?

—No, que yo sepa. Se levantó esta mañana, paseó por el jardín y su estado era normal. Luego, por la tarde, — señaló una botella de whisky vacía, — encontré eso en el jardín. No sé cómo se hizo con ella, pero probablemente envió a un aldeano al León Rojo.

El médico miró ferozmente la botella.

—Esa es la causa, — dijo. Creo que nuestro amigo no beberá más durante muchísimo tiempo. Yo le hubiera trasladado esta noche, pero no puedo hablar con las autoridades del hospital.

El paciente daba alaridos escandalosos, pero era imposible distinguir ninguna frase completa.

—Juana, — pronunciaba a intervalos.

—Esa Juana le pone, sin duda, nervioso. — dijo el médico. — ¿Tiene usted alguna idea de quién es?

—Ninguna, — contestó Mrs. Cornford

En su corazón abrigaba una débil sospecha que había desechado, considerándola desleal para la muchacha que tanto hizo por ella.

—Quizás sea una alucinación, pero lo más probable es que sea una Juana que pudo casarse con él.

Al salir el médico vió a una muchacha en la senda del jardín.

—¿Es la enfermera? — preguntó.

—No, doctor; es Juana Corston.

—¡Lady... Juana! — exclamó el médico. — ¿Qué hace usted de noche fuera de casa?

—He venido a ver a Mr. Cornford, — contestó Juana.

—Bueno, bueno; es usted una muchacha valiente. Yo no saldría de casa por la noche para nada que no fuese absolutamente necesario.

—¿Cómo está el enfermo? — preguntó la joven.

El médico movió la cabeza.

—Muy mal, muy mal. De ningún modo se acerque usted a él.

Ella no contestó. Mrs. Cornford, oyendo las voces, había salido a la puerta y se sorprendió tanto como el médico al ver quién era la visitante.

—No debe usted verle, — dijo moviendo la cabeza vigorosamente cuando Juana, en el retiro del gabinete, le dijo por qué había ido.

—¡Sí debo, sí debo! Debo hablarle.

Su corazón se angustió al oír las voces furiosas.

—¿Está tan mal? — preguntó con un cuchicheo.

—Está muy mal, — respondió apurada Mrs. Cornford.

—Usted no puede comprender por qué necesito hablarle, — dijo Juana sonriendo levemente. — Ya veo que no puede. Quizás se lo diga a usted un día.

Aguardó un momento, oyendo con las cejas fruncidas los sonidos animales que llegaban del otro cuarto.

—No estará tranquilo en toda la noche, — dijo Mrs. Cornford. — Dentro de poco llegarán las enfermeras; el médico ha enviado por ellas.

—¿No tiene usted miedo? — preguntó Juana con admiración.

—No; yo..., yo tuve una vez un caso muy parecido, — contestó la señora y Juana no le preguntó nada más.

Su viaje había sido una necedad, y había terminado como debía.

—Hice una tontería al venir, — confesó al tomar el abrigo. — No, no venga conmigo. Puedo muy bien regresar a casa. Y le ruego que ni siquiera me acompañe hasta la puerta.

Salió, cerrando la puerta principal tras sí. A la izquierda había una ventana con luz; el dormitorio de Farringdon. Se acercó furtivamente y pudo oír, y se extremeció al oír la salvaje voz del enfermo. Después, ciñéndose el abrigo, empezó a bajar la senda.

Oyó el ruido de la puerta y se escondió detrás del corpulento olmo que crecía ante la casa, queriendo no ser vista, ¿sería el médico? La enfermera supuso. Pero era la figura de un hombre lo que vió en la oscuridad.

Había algo notable en su modo de andar, movíase furtiva y silenciosamente, como si quisiera que su presencia no fuese advertida. Pasó tan cerca de ella, que podía haberle tocado. Deseaba saber quién era, y esperó llena de curiosidad para descubrir quién era el visitante de Mrs. Cornford.

Pero éste no llamó a la puerta. En lugar de hacerlo, dirigióse a la ventana de la habitación del enfermo. Luego le oyó su maniobra con la falleba; después el hombre empujó la contraventana, que se abrió. La sombra de la ventana empezó a aletear y el hombre levantó ésta con una mano, mientras la muchacha permanecía helada de horror. No podía moverse, no podía gritar. Vió el brillo de una pistola en la mano del hombre, pero los ojos de Juana miraban el rostro con antifaz negro.

—¡Jaime! — jadeó débilmente.

En aquel momento el intruso disparó dos veces, y Fernando Farringdon dió un grito y cayó rodando al suelo, muerto

CAPITULO XLIV

Juana oyó un grito de terror en la casa, y su primer impulso fué correr en auxilio de Mrs. Cornford. Pero alguien más había oído los disparos. Oyóse el ruido de pies que corrían y un silbido de la policía, y un hombre se lanzó por las puertas y subía a escape la senda cuando la puerta se abrió.

—¿Qué ha sido? — preguntó con voz aguda.

—No sé, — dijo la agitada voz de Mrs. Conford. — Ha sucedido algo horrible. Creo que Mr. Farringdon ha disparado contra sí mismo.

La muchacha aguardaba temblando de miedo. ¿Qué haría? Si decía que había sido testigo de los disparos, debía también explicar cómo era el criminal.

Al desaparecer el visitante por la puerta, arrastróse Juana hacia la puerta del jardín y se deslizó afuera.

Había pasos precipitados en el camino. No debía ser vista, la presencia de aquellos extraños la decidió. Un minuto después corría por la senda de la tapia. Puso el tacón en una parte blanda y por poco cae. Antes de comprender lo que estaba haciendo, subía a escape la escalera de Creith. Por fortuna, no había nadie en el vestíbulo. Lord Creith que estaba en su habitación, oyó el golpe de la puerta de su hija y se dirigió a hacerle una pregunta acerca de sus cuellos Encontró la puerta cerrada con llave.

—¿Te has acostado ya, hija mía? — preguntó al llamar.

—Sí, papá, — dijo la muchacha jadeando.

El cuarto estaba en tinieblas. Fué tambaleándose a la cama y se dejó caer sobre ella.

—¡Jaime, Jaime! — sollozó con el alma angustiada. — ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo hiciste?

Debió de quedarse dormida, pues recobró la conciencia ante la insistente llamada en su puerta. Era la voz de su padre.

—¿Estás durmiendo, Juana?

—Sí, papá. ¿Me necesitas?

—¿Puedes bajar? Ha ocurrido una cosa horrible.

Se le oprimió el corazón. Ella sabía lo que era "una cosa horrible".

—¿Puedo entrar?

La joven abrió la puerta.

—¿El señor Fernández?
—Son dos hermanos; ¿por cuál pregunta?
—Por el que tiene una hermana en Ramos Mejía.

—¿No tienes luz? — preguntó el conde, y fué a dar vuelta a la llave; pero su hija lo detuvo.

—No encienda usted, porque me duele la cabeza. ¿Qué pasa, papá?

—A Farringdon le ha ocurrido un accidente — contestó Lord Creith, que carecía de diplomacia. — Ha muerto de un tiro. Algunos creen que se lo ha disparado él mismo; pero Welling no es de esa opinión.

—¿Está aquí, Mr. Welling? — preguntó Juana con el corazón oprimido.

De repente temía a aquel anciano astuto.

—Sí, ha venido de la ciudad esta noche. Está abajo y quiere verte.

—¿Quiere verme, papá? — dijo consternada la joven, presa de momentaneo pánico.

—Sí, me ha dicho que saliste de la casa de Mrs. Conford pocos minutos antes de los disparos.

El conde oyó el jadear de su hija en la oscuridad.

—¡Oh! ¿Es por eso? — dijo con voz suave. — Bajaré.

Welling había vuelto a Creith aquella noche, y tuvo tiempo de enviar su equipaje a El León Rojo. Se dirigía a Wold cuando oyó los disparos y el grito. El León Rojo estaba a menos de cincuenta metros de la casa del jardinero y el viento soplaba en dirección al policía.

—No hay duda de que ha sido un asesinato, — explicó a Lord Creith. — La ventana estaba abierta y no se encontró arma alguna. El único rastro que tengo son las huellas de pies en la parte exterior del jardín.

—¿Estaba muerto cuando le vió usted?

—Completamente, — contestó Welling. — El tiro le atravesó el corazón. Se hicieron dos disparos en tan rápida sucesión, que para mí sonaron como uno, lo cual prueba que se empleó una pistola automática. ¿No tiene usted idea de por qué fué Lady Juana a casa de Mrs. Cornford?

—No. Mrs. Conrford es muy amiga suya, y probablemente bajó a preguntar por Farringdon. A eso había ido antes allí, — dijo con toda tranquilidad Lord Creith, y Welling movió la cabeza afirmando.

—Eso me dijo Mrs. Cornford, — convino el policía.

—Entonces, ¿por qué diablos me pregunta a mí? — dijo iracundo Lord Creith.

—Porque es propio de un "detective" preguntar dos veces, — contestó Julio con voz maligna, y su señoría disculpe mi arrebato.

—Aquí está mi hija.

Al entrar Juana en la biblioteca, Welling le lanzó una rápida e investigadora mirada. El rostro pálido y los ojos sombreados podían significar algo. Mr. Welling era una de las pocas personas que conocían el secreto de la iglesia del bosque y podía perdonar su emoción.

—¿Le ha dicho a usted su señoría, que Farringdon ha sido muerto? — preguntó.

—Debía usted estar muy cerca de la casa cuando se dispararon los tiros. ¿Oyó usted algo?

—Nada.

—¿Vió a alguien

Juana negó con la cabeza.

—¿Ni en el jardín ni en el camino? — insistió Welling. — Mrs. Cornford me ha dicho que no hacía ni un minuto que había usted salido cuando sonaron los tiros.

— No oí nada ni vi a nadie, — contestó la muchacha, y Welling miró pensativo a la alfombra.

—Soplaría el viento en dirección contraria — murmuró — y así es posible que no oyera el disparo. ¿Hay en el jardín algún sitio en que pueda esconderse un hombre?

—No conozco bien el jardín — contestó rápido Juana.

—¡Hum! — el policía se rascó irritado la nariz. — ¿Usted no conocía a ese Farringdon, por supuesto? — preguntó, y como Juana no contestaba, continuó: — Quizás sería mejor que no le conociera. Ello evitaría muchos trastornos innecesarios a varias personas, y el que usted le conozca no ayudaría la acción de la justicia.

Bajando el oscuro camino, trató de unir los trozos de rompecabezas que formó este nuevo crimen. ¿Quién había disparado contra Farringdon? ¿Quién tenía motivos para disparar contra él? "Encuentra el motivo y encontrarás al criminal", es un antiguo axioma de la labor policial. ¿Quién tenía un motivo para destruir aquella vida inútil? Sólo una persona en el mundo: Juana Carston.

—¡Ps! — dijo encogiéndose de hombres. — ¿Y por qué no lord Creith? Su motivo estaba claro ciertamente.

Había bajado al pueblo sin ayuda, y tenía que contar con el puesto de policía local, representado entonces por un sargento.

En las primeras pesquisas no se encontró nada y Welling decidió poner en ejecución su original plan que era visitar a Jaime Morlake. Cuando llegó a Wold no había luz en ninguna de las ventanas; la puerta del jardín estaba de par en par, y aquello no era corriente. Welling había caminado con ayuda de una linterna y seguía usándola para que le ayudase a subir el pequeño camino de la casa, cuando vió recientes huellas de tacones. El garage hallábase al lado de la casa y, siguiendo el impulso del momento, volvió sus pasos hacia aquel edificio. Entró de costado y puso la luz en el "garage". Las puertas estaban de par en par y vacío el pequeño cobertizo.

Welling sabía que Jaime había recuperado su coche; ¿dónde estaba?

Cleaver le abrió la puerta.

—¿Quiere usted ver a Mr. Morlake? — dijo. — Siento decirle que ha salido.

—¿Cuánto tiempo hace que ha salido? — preguntó Welling.

—Cosa de media hora. Me sorprendió verle salir, porque ya me había dado orden de llamarle por la mañana temprano. Binger ha vuelto a la ciudad.

—¿Le dijo a usted que iba a salir?

Cleaver movió la cabeza.

—No, señor; la primera noticia que tuve fué al ver las luces del coche de Mr. Morlake cruzar las puertas. Salió muy apresurado, porque se dejó la pipa y el tabaco y generalmente no lo hace. No sólo eso, sino que salió por la ventana. No tenía yo idea

de que estuviese fuera de la casa hasta que ví el automóvil.

La ventana francesa del despacho, aún estaba sin cerrar. Abriendo la puerta Welling miró cuidadoso el suelo.

—De modo que salió apresurado, ¿verdad? — dijo Welling. — ¿Salió hace media hora? ¿Me permite, Mr. Cleaver? Necesito hacer uso del teléfono.

Su primera llamada fué a la inspección de policía de Horsham.

—Detengan un coche con dos asientos pintado de negro. El nombre del conductor es Morlake. Necesito que le detengan..., no arrestarle, ¿comprende?, sino detenerle.

—¿De qué se le acusa, capitán Welling?

—De asesinato — contestó Welling lacónicamente.

CAPITULO XLV

Jaime Morlake había desaparecido. No le habían visto ni en su piso en el restaurante adonde iba cuando estaba en Londres. Su automóvil se encontró junto a la puerta del "garage" donde ordinariamente se guardaba cuando hallábase en la capital inglesa. Estaba cubierto de barro, porque la noche había sido húmeda y mostraba señales de haber hecho gran recorrido; pero no había nota escrita ni instrucción alguna.

Binger no había sido visto, y Mahmet el moro, presentaba un estólido rostro sin inteligencia a los investigadores que se presentaron a él, y negaba todo conocimiento del sitio en que se encontraba su amo. Los periódicos de la tarde publicaron en sitio visible un ruego a Mr. Morlake para que se presentase en el puesto de policía mas próximo; pero éste no dió resultado.

—¡Siempre trastornados, siempre trastornados! — gruñó Binger.

—No puedo comprender por qué Mr. Morlake no toma elementales precauciones.

Mahmet no contestó. Si su conocimiento del inglés era superficial, su comprensión del inglés de Binger era nula.

—Usted es un hombre que no vive en el mundo, Mahmet,—continuó Binger, a quien nada agradaba más que dirigirse a un auditorio que no pudiera interrumpirle o en ninguna circunstancia protestar, y yo soy un hombre que vive en el mundo, Mahmet. Ya sabemos que los jóvenes son un poco extravagantes; pero esto pasa de broma. Desde luego, Mr. Morlake es extranjero, por decir así; pero es anglosajón, Mahmet, y los anglosajones como tú y como yo no se van a donde quiera que sea sin decírselo a nadie.

El gran anglo sajón Mahmet Alí ocultó cortesmente un bostezo y escuchó con estólida paciencia una amplia conferencia sobre el descuido de los jefes. Cuando Mr. Binger hizo una pausa, dijo Mahmet:

—¿Puedo salir?

Y Binger, con su superioridad le dió permiso.

Mahmet fué al cuarto donde dormía, se quitó la blanca vestidura y vistióse con un traje europeo, que le hizo pasar de algo que era pintoresco a una cosa indefinible. Viajó en la imperial de un ómnibus del Este, y no apeó hasta llegar cerca del astillero. En una calle inmediata había un pequeño establecimiento de mala traza, que en otro tiempo había sido bar y que fué clausurado por culpa del mal aconsejado dueño, que aumentaba su renta dedicándola al juego.

Ahora era un hogar en el sentido de que los individuos de todo color que encallaban en Londres podían tomar café y podían dormir en una celda un poco mayor que una caja de huevos, a cambio de una cantidad que los sostendría cómodamente en su país durante una semana.

Mahmet entró en el fumadero que servía de sala de descanso y sala de juego. Media docena de hombres de piel obscura hallábanse jugando a las cartas, y cerca de ellos vió Mahmet a un compatriota, y haciéndole seña retiráronse a un departamento vacío que había en el lejano extremo de la habitación.

—Mi buen hombre se ha ido. — dijo Mahmet sin preámbulos. — ¿Quiere usted escribir a su tío de Casablanca diciéndole que compre cuatro mulas y también que mande un recado al cherif El Zuy de Tetuán, diciéndole que esté con las mulas cerca del faro de El Espartel el 12 de este mes? ¿Ha sabido usted algo más?

Su compañero, un moro alto con el rostro desfigurado por los estragos de la viruela. tenía en verdad, mucho que decir.

—Está trastornado el país de Angora, y ha habido lucha. Creo que los soldados del sultán serán derrotados. Se supone que Sadi Hafiz está con el pueblo de Angora, y es verdad que se hacen grandes preparativos en su casa de las colinas. Sadi está enviando criadas allí, lo cual es extraño, pues nunca ha tenido criadas en aquel sitio.

Mahmet le interrumpió:

—Es usted un viejo, — dijo con desprecio. — Me ha contado esa historia dos veces, y eso es de viejos.

Había otros asuntos de que charlar; pero Mahmet no se detuvo a oír el último escándalo de la favorita del bajá ni los pecados del gran visir.

Volvió apresurado a la casa, hizo un lío con sus ropas y metió todo su guardarropa en la funda de una almohada. Cuando Binger llegó a la mañana siguiente, no había señales de Mahmet, y aunque el indignado servidor hizo un inventario completo de lo que había en el piso, descubrió con disgusto que no faltaba nada.

CAPITULO XLVI

En los últimos días habíase operado un cambio notable en Juana Carston. Ella fué la primera en notar la diferencia, y estaba admirada. Ahora todo resto de la antigua Juana había sido aniquilado por el terrible choque de la tragedia. No durmió aquella noche, sino que se sentó junto a la ventana, con las manos crispadas en el ancho alféizar y los ojos continuamente vueltos en dirección a Wold. ¡Si apareciera sólo la luz de Jaime! ¡Si ella pudiera oír el timbre de su voz en aquellas obscuras y tormentosas horas de la noche! Su corazón suspiraba por él. ¡Qué dichosa había sido! Y no se

habían realizado sus deseos de felicidad.

La luz del día la encontró pálida y con los ojos humedecidos, y el corazón doliéndole, oprimida por gran cansancio y desesperación. Sobresaltada, pensó que aquel día iba a salir de Creith. No podía partir ahora; tenía que esperar para estar cerca en caso de que Jaime la necesitara. No le juzgaba, porque aquello estaba por encima del juicio humano. Tampoco intentó analizar el estado de ánimo que le condujo a aquel acto terrible. Sólo podía lamentar los hechos, inclinándose resignada ante lo inevitable.

Llamaron a la puerta. Arrastró las cansadas piernas para ir a dar vuelta a la llave. Era su doncella con el café matinal.

—Déjelo ahí, — dijo.

—¡No ha dormido usted en la cama, señorita! — exclamó horrorizada la muchacha.

—No; tendré tiempo de sobra para dormir en el yate, — contestó Juana.

Bebió el café con gusto y se sintió bastante aliviada para bajar la escalera y salir al exterior. Vió sobre ella un cielo gris con nubes veloces; el viento era sutil y frío; en las depresiones del camino habíanse formado charcos; el sombrío espectáculo armonizaba con su corazón. Inconscientemente bajó el camino hasta encontrarse en la entrada de la portería, y allí se quedó, con las manos en los barrotes, mirando a través de... nada.

Luego dirigió los ojos hacia la casa de campo y se estremeció, y volviéndose regresó de prisa por el mismo camino. Sólo había dado unos pasos cuando alguien la llamó, y mirando atrás, vió a Welling con un usado abrigo amarillo y un sombrero indefinible metido hasta las orejas.

—Tampoco se ha acostado usted esta noche, capitán Welling, — dijo Juana.

Welling tenía briznas en la barba, las botas llenas de barro y la mano que alzó para levantarse el sombrero, atroz de sucia.

—De eso deduzco, señorita, — contestó, — que no ha tenido usted mucho sueño, y no se lo censuro. El viento ha sido de lo más trastornador. ¿Se ha levantado su señoría?

—No sé; espero que sí. Generalmente, mi padre no se levanta hasta las nueve, pero creo qeu hoy ha hecho una especie de arreglo con su criado para levantarse a la desacostumbrada hora de las ocho.

La joven sonrió débilmente.

—Pienso que han tenido ustedes su parte de molestias en este pueblo, — dijo el detective, andando a su lado; — pero ella no replicó al oir aquella afirmación. — ¡Extraño caso éste, muy extraño! ¿Ha notado usted alguna vez que Morlake use zapatos de punta ancha, que es el modelo norteamericano?

—No, no he notado nada en él, — contestó Juana de prisa, para no ser un involuntario agente en perjuicio de Jaime.

—Bueno, pues los usa, — dijo Welling, — nunca los lleva de otra clase. He estado investigando su casa.

—¿Entonces se ha ido? La doncella me lo dijo anoche. ¿Se ha ido?

—Se ha desvanecido, — contestó Welling. — No hay otra palabra; se ha desvanecido. Eso es lo peor de esos hábiles individuos...; cuando desaparecen es completamente. Un criminal ordinario dejaría su tarjeta de visita de trecho en trecho.

Esperó; más Juana no habló hasta que sacó de sí valor para preguntar:

—¿Qué significación tienen los zapatos de punta ancha?

—Pues que el que mató a Farringdon los llevaba de punta estrecha.

Al oír estas palabras, Juana dió una vuelta.

—¿Quiere usted decir..., quiere usted decir que no le mató Jaime Morlake? — preguntó vacilante. — ¿Quiere usted decir eso, capitán Welling? No está usted tendiéndome un lazo para que diga algo acerca de él, verdad? Usted no haría eso.

—Soy capaz de hacer aun eso, — contestó Julio con un lúgubre movimiento de cabeza. — No hay hondura de depravación a que yo no descienda, y ésta es la verdad, lady Juana. Pero en esta ocasión soy perfectamente sincero. Los pies que dejaron huellas bajo la ventana son los de un hombre que usa botas francesas con la punta estrecha. También el arma que empleó era de mayor calibre que las de Morlake. Conozco toda la armería de Morlake, y puedo jurar que nunca fué suyo el revólver que disparó aquellas dos balas. Jaime tiene tres: la que lleva y dos Service Colt. Parece usted casi segura de que fué Morlake, — dijo mirándola atentamente.

—Pues sí, yo estaba allí, — y luego, siguiendo su impulso: — Vi muerto a Mr. Farringdon.

Esperaba que Welling se tambalearía al oír tal revelación; pero se echó a reir.

—Ya lo sé, — dijo tranquilo; — estuvo usted escondida detrás del árbol. Era fácil recoger las huellas de sus pies. Regresó usted a la casa por la senda de la tapia... Encontré allí el tacón de uno de sus zapatos y conjeturé que iba usted corriendo. Si lo hubiera perdido de día, lo habría recogido. Si lo hubiera perdido de noche y dispusiera de mucho tiempo, lo habría buscado. De cualquier modo, no lo habría perdido si no hubiera ido a escape. ¿Cree usted que el de las puntas estrechas sabía que estaba usted allí?... Y a propósito: ¿no le vió el rostro verdad?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque no estaba usted segura de si era Morlake o no; por eso no pudo verle el rostro. Y también por eso debía de ir enmascarado. ¿De negro?

Juana dijo que sí con la cabeza.

—¿De la cabeza a los pies, eh? Eso ha hecho popular a Mr. Morlake. También lo sospechaba yo, — dijo al ver que ella movía la cabeza. — Puede haber sido una coincidencia, desde luego, pero probablemente no lo fué.

Se detuvo y ella siguió su ejemplo. La miraba con la cabeza echada atrás, y sus ojos parecían tener potencia hipnótica.

—Ahora tal vez pueda usted darme algunos informes que serán muy útiles, — dijo. — ¿Qué otra persona usa en Creith botas francesas de punta estrecha, además de su padre?

CAPITULO XLVII

Juana se le quedó mirando un minuto y luego rompió a reír con risa incontenible.

—¡Oh, Mr. Welling, por un momento me espantó usted! Papá no mataría a nadie; sería para él demasiada molestia.

El detective estaba tranquilo.

—No insinuó que su padre de usted mató a ese hombre. Sólo digo que lord Creith es el único en diez millas que usa zapatos con punta estrecha.

—¡Qué tonto! — se burló Juana. — ¡Cómo! Muchas personas usan zapatos de esos. Mr. Hamon los usa con punta estrecha.

Se contuvo de repente.

—Eso es lo que necesitaba saber, — dijo Julio con voz suave, — eso es lo que necesitaba saber. ¿Mr. Hamon usa zapatos con punta estrecha? Sé que lord Creith los usa porque me he entrevistado con el zapatero del pueblo, el cual conoce la historia secreta de todos los pares de botas de su padre de usted.

—Mr. Hamon es tan rico que no necesita arreglarse los zapatos,—dijo la muchacha y luego, en serio:

—No puede usted sospechar de Mr. Hamon; no estaba en Creith anoche.

—Si mató a Farringdon, de seguro estaba en Creith. Si no mató a Farringdon no me importa dónde estaba, — dijo Welling.

La reacción después de aquella noche de terror y ansiedad fué tan grande que Juana sentíase histérica. Hubiera echado los brazos al cuello de aquel interesante anciano y le hubiera abrazado de alegría y alivio.

—¿Está usted seguro..., absolutamente seguro?

—¿Respecto a Morlake? — preguntó Welling comprendiendo la causa de su ansiedad. — Creo que no hay duda acerca de eso. Es un individuo de pies grandes, y no podría meterlos en los zapatos que dejaron las huellas. Aunque, — añadió cauteloso, — no es seguro de ningún modo que el dueño de los zapatos sea también el asesino. Lo que hace que el aspecto del asunto sea contrario a Morlake es que el de los zapatos de punta estrecha pisó anoche en el suelo de Wold. Hemos visto una serie de huellas en dirección al río y en el fondo del río hay probabilidades de encontrar la pistola con que se cometió el crimen.

—¿Por qué dice usted eso? — preguntó Juana.

—Y lo que es más, — continuó el policía: —sospecho que vamos a recibir una carta de persona desconocida diciéndonos exactamente dónde buscar esa arma. Me gustan las cartas anónimas, especialmente cuando estoy esperándolas. La carta, en letra de imprenta, será puesta en el correo, — miró al cielo oscuro y reflexionó, — será puesta en el correo... ¿dónde? Sí, ya lo sé, — dijo con alegría. — Será puesta en el correo en el G. P. O.

—Es usted un profeta, — Juana sonrió.

—Soy un hombre que estudia, — contestó Welling. Cuando llegaron a la casa, lord Creith estaba dirigiendo la operación de poner rótulos en el equipaje, lo cual significaba que todos los rótulos estarían mal puestos en los bultos.

—¡Hola, Welling! — dijo. — ¿A quién ha detenido usted esta mañana?

—Nunca detengo a nadie en sábado; eso echa a perder el "fin de semana", — contestó Welling. — ¿Ha recibido usted un recado telefónico de Mr. Hamon?

—Sí, — dijo sorprendido el conde. — ¿Cómo lo sabe usted?

—Lo recibió anoche, ¿verdad?

—A eso de las doce. ¿Pero cómo sabe usted eso? Si el cambio estuviera en el pueblo, lo comprendería, pero mi línea viene de Lexham.

—¿Era que se había olvidado algo y le pedía a usted que se lo enviase?

—No quería saber a que hora saldría yo de aquí.

—Claro, — Welling movió la cabeza, — era muy natural hacer eso. ¿A cosa de las doce?

—Un poco antes, me parece. Usted ha estado escuchando, — acusó lord Creith.

Cuando salió a averiguar el paradero de una escopeta de caza que había desaparecido misteriosamente en el último momento, Juana dijo:

—¿Cómo sabe usted todo eso, capitán Welling?

—Haciendo congeturas, — dijo el anciano. — Es natural que si el de los zapatos de punta estrecha era el amigo Hamon aprovechase la primera oportunidad para establecer el hecho de que se encontraba en la ciudad, — movió la cabeza entristecido.— Las coartadas por teléfono son terriblemente numerosas, — dijo.

Juana estaba preocupada por un pensamiento opresor y después de un momento hizo la pregunta que tenía en la mente:

—¿Por qué se fué Mr. Morlake?

Había pedido a Welling que almorzase con ellos, lo cual significaba almorzar con ella, pues la cólera de lord Creith iba en aumento. Algunas cañas de pescar habían llevado el camino de la escopeta, y su predilecta raqueta de tennis había desaparecido repentinamente de la superficie terrestre.

—No lo sé, — contestó Welling con impotencia. — Ese individuo sobrepasa la comprensión de las personas normales. Algo marcha mal..., no sé dónde, no sé cómo. Pero lo que se es que Morlake se ha marchado corriendo.

—¿No piensa usted?... — preguntó de prisa y Welling le sonrió.

—Esos individuos están continuamente en peligro y fuera de peligro, — dijo pensativo el policía. — Probablemente está realizando algún robo...

—No sea usted atroz, capitán Welling,— dijo Juana con calor. —Usted sabe que Morlake no es un ladrón.

—Si hay algo que yo sepa es que Morlake es un ladrón. No me importa que noble incentivo le guía, pero por ello no deja de ser un ladrón. Hay más: es el más hábil fracturador de cajas del país.

—¿Ha robado mucho dinero? — preguntó Juana.

—Miles de libras, pero todo ha sido de

Hamon. Eso es lo singular en ese ladrón, aunque ya no es para mí tan singular como era. Ha registrado otras cajas pero ninguna de las personas que ha sido víctima de su curiosidad se han quejado de haber perdido dinero. Hamon no se ha quejado de nada. Y el colmo de lo extraño de su conducta es que lo que busca no es dinero.

Si la joven esperaba, como era cierto, un milagro que hiciera reaparecer a Jaime en el último momento, estaba sentenciada a ver frustrada su esperanza. El coche que tomaron ella y su padre para ir a Southampton pasó por la casa de Wold, y la joven se asomó a la ventanilla con la esperanza de verle. Cuando el automóvil hubo cruzado la entrada miró por el cristal posterior.

—¿Esperabas a alguien, hija mía? — preguntó lord Creith con sequedad. — ¿Echas de menos algo?

—Sí, [illegible] — contestó un poco animada.

—C[illegible] que necesites puedes comprarlo en [illegible], — dijo su señoría voluntariamente serio. — Cadiz es mí ciudad predilecta. Por desgracia ya es tarde para las corridas de toros.

—Nunca pensé que fuera usted tan sanguinario, papá, — contestó la muchacha.

—Me gusta ver la sangre de los toros, pero no la sangre humana, — dijo el conde estremeciéndose. — Por Dios que me alegra verme fuera de Creith. Estaba temiendo que me citaran como testigo. Por fortuna estaba bebiendo las aguas del Leteo en presencia del impecable Pedro cuando se cometió el asesinato. En efecto, vi por la ventana el disparo.

"Las aguas del Leteo" llamaba lord Creith a su acostumbrado whisky con seltz.

La primera emoción que experimentó Juana al ver el yate en aguas de Southampton fué de sorpresa agradable. Había esperado ver un barco muy pequeño, y, cuando tuvo tiempo de pensar en tales cosas sintióse algo intranquila ante la perspectiva de un viaje por el golfo de Vizcaya en un barquichuelo.

"La Esperanza" tenía la apariencia de un crucero pequeño y era de extraordinarias dimensiones hasta para un yate que navegase por el Océano; la misma idea pareció sorprender a lord Creith.

—Esto debe de haber costado al amigo Hamon una buena cantidad, — dijo. — Un barco de línea es cosa infernal.

El capitán, inglés, los recibió junto al pasamanos, y en apariencia estaban hechos todos los preparativos para zarpar en cuanto estuvieran a bordo.

—Veo que Mr. Hamon no viene, — dijo el capitán Green, un típico marino de rostro color teja. — Si le parece, milord, zarparemos. En el canal hay una mar moderada, y con un poco de suerte, debemos cruzar la bahía sin mucho balanceo.

—Zarpemos, capitán, — dijo lord Creith con alegría.

El camarote de la muchacha estaba hermosamente equipado y adornado con flores de estufa. No se molestó en preguntar quién las había enviado. Mr. Hamon no perdía oportunidad de demostrar su devoción.

Juana era muy aficionada a las flores para tirar aquellas al mar; pero el saber qu[e] él las había enviado les quitó por lo meno[s] su atractivo.

Aquella noche lord Creith y su hija cena[ron] solos. El capitán estaba en el puent[e] porque navegaban por el canal, y por tele[grafía] sin hilos avisaban que había dens[a] niebla entre Portland y Brest.

—Una alegre y buena cena, — dijo su se[ñoría] con satisfacción al mayordomo, u[n] francés que hablaba inglés mucho mejor qu[e] francés su señoría; — tenemos dos.

—Supongo que toda la tripulación es fran[cesa], puesto que éste es un yate francés.

El mayordomo negó con la cabeza.

—No, milord, — dijo; — la mayor part[e] de los hombres son ingleses y escoceses. E[l] dueño del yate prefiere una tripulación in[glesa]; pero tenemos a algunos franceses [a] bordo; en realidad, llevamos individuos d[e] todas las nacionalidades, incluso uno que m[e] parece turco o moro. Llegó a bordo a últi[mo] momento para trabajar en la repostería y ha estado enfermo desde que salimos d[e] Solent. Creo que es un criado del dueño del buque; vamos a dejarle en Casablanca.

Sirvió el café y lord Creith tomó un sorbo e hizo una mueca.

—Hace un momento alabé la cena, mayordomo, — dijo con buen humor; — pero est[e] café es execrable.

El mayordomo apoderóse de la taza y desapareció en las regiones misteriosas de la parte trasera del salón. Cuando volvió presentó disculpas.

—El jefe le enviará a usted otro café, milord. Tenemos un pinche nuevo que no está muy al tanto de su oficio.

Después de cenar, Juana dirigióse a cubierta. Era una noche tranquila, con un mar en absoluta calma. Al través de la bruma podía ver centellear las estrellas sobre su cabeza y a estribor una luz brillante lucía a intervalos irregulares.

—Eso es Portland, — explicó uno de los oficiales que había bajado del puente, — y la última luz de Inglaterra que verá usted hasta que regrese.

—¿Habrá niebla? — preguntó Juana mirando adelante.

—No mucha. Creo que vamos a hacer una travesía ideal para esta época del año. Si podemos pasar Cherburgo sin aflojar la velocidad, estaremos fuera de niebla para siempre.

Juana quedóse apoyada en el coronamiento de la popa, hablando con el oficial, hasta que lord Creith se reunió con ella, fumando un largo cigarro y en paz con el mundo. Llevaba consigo un abrigo aceptable, que su hija se alegró de ponerse, pues la noche era muy fría, cosa que no había advertido hasta que salió a cubierta.

Padre e hija, uno al lado del otro, observaban en silencio la débil fosforescencia de las aguas y luego:

—¿Eres feliz, muchacha?

—Muy feliz, papá.

—¿Por quién suspirabas ahora mismo

El padre oyó su risa contenida, e hizo una mueca en la oscuridad.

—No sabía que estaba suspirando. Pensaba en Jaime Morlake.

—Un individuo muy agradable, — dijo sinceramente su señoría. — Un norteamericano, pero un individuo muy agradable. No quiero un ladrón en la familia, naturalmente. Pero tan malo es para mi un ladrón como un logrero. En realidad, preferiría a uno. No se si eso es muy generoso para nuestro amado huésped, pero hay algo en el aire del mar que me hace ingenuo.

Los días siguientes fueron para Juana días de casi completa paz. El yate era un barco delicioso; la comodidad y el lujo de los camarotes y un rayo del casi olvidado sol aumentaba su felicidad. Sí, por un milagro..., el movimiento de alguna varita mágica o el murmullo de un encantamiento poderoso, hubiera podido traer a Jaime, vestido de franela blanca; a Jaime, con su rostro clásico y una mancha gris en las sienes... Suspiró.

CAPITULO XLVIII

Transcurrió el viaje sin acontecimientos hasta la mañana en que llegaron a Cádiz. Algó sacó a Juana del más profundo sueño a la vigilancia más completa. No se oía más que el zumbido del viento y del mar, y la peculiar monotonía del cric cric a intervalos, que es el ruido del buque. La pálida luz penetraba por la portilla e iluminaba débilmente el camarote. Sentada en el lecho, miró alrededor.

Un movimiento en la puerta atrajo su atención. Se cerraba despacio, y Juana, saltando al suelo, corrió y la abrió de golpe. Vió una figura gruesa que desaparecía en la oscuridad del pasillo, y luego ocurrió una cosa extraña. El individuo había casi llegado al final del estrecho pasadizo cuando algo se levantó de entre sus pies y le derribó. Aun en medio de los ruidos del mar, Juana oyó el golpe al caer el individuo sobre la cubierta. Instantáneamente se puso en pie y luego, por algún motivo, volvió a caer. Aguzando la mirada, vió la joven a un hombre acercarse al otro y ponerlo derecho. Un instante después estaban fuera de su vista.

Cerró la puerta con llave y regresó al lecho, pero no para dormir. Podía haber sido un accidente; podía haber sido que uno de la tripulación fuese un ladrón; pocas tripulaciones, ni siquiera las de un yate, pueden librarse de esa plaga del mar. Quizás fuera descubirto el ladrón por un vigilante, y esa era la explicación de la breve lucha de que fué testigo la joven. No quiso molestar a su padre; pero tan pronto como estuvo vestida, fué en busca del mayordomo y le refirió lo acaecido. El se inquietó sinceramente.

—No sé lo que puede haber sido, señorita. El centinela estaba en el fuerte al amanecer, y hay un vigilante nocturno en el pasillo. ¿Qué traza tenía el hombre?

—Por lo que pude ver, llevaba una camiseta blanca con un pantalón azul.

—¿Era alto o bajo?

—Era muy grueso — dijo Juana, y el hombre pasó revista a la tripulación.

—Hablaré con el oficial — dijo.

—No quiero causar trastorno.

—Su señoría probablemente causaría más trastorno si no informara de ello — replicó el mayordomo.

Lord Creith, que generalmente encontraba la explicación más cómoda, insinuó que su hija habría soñado; insinuación que ella rechazó indignada.

—Entonces, hija mía — dijo — probablemente el hombre pasearía dormido. Debiste echar la llave a la puerta del camarote.

Juana pasó dos días muy deliciosos, en Cádiz, la ciudad de lánguidas y hermosas mujeres y hombres sin afeitar; fué a Jérez a ver prensar el vino y aprendió — aunque tenía una ligera idea de que ya lo había aprendido en la escuela — que la palabra Jérez se ha corrompido en inglés convirtiéndose en 'sherry'' y ha dado su nombre a un vino. El mal tiempo había pasado; el cielo era de un azul delicioso, y si el viento que bajaba de las sierras era tan sutil que obligaba a los hombres de Cádiz a usar capas azules de cuello alto, era para la muchacha un tónico y un estimulante.

Al tercer día a medianoche volvieron de Cádiz y al amanecer la despertó la detención de las máquinas. Oyó el ruido de un calabrote y una salpicadura como si cayese el ancla en el agua, y, mirando por la portilla, vió centelleo de luces muy cerca. Era su primera vista de Africa y el misterio y la admiración de ese continente la hizo estremecerse. Mucho de ese encanto desapareció ante la luz del día. Vió casas blancas esparcidas que franqueaban una playa color limón; más allá, el azul de las colinas. Ante la fría y triste luz de la mañana se desvaneció el misterio. Juana se estremeció.

La mujer del mayordomo acudió en respuesta al campanillazo de Juana.

—¿Dónde estamos? — preguntó la joven.

—Esto es Suba, un pueblecito de la costa.

En aquel momento una embarcación con las velas arriadas pasó ante la portilla y desapareció. Juana oyó el ruido que hacía al hendir el agua.

—La tripulación va a tierra para buscar algunas curiosidades que Mr. Hamon desea que le lleven a casa — explicó la mujer del mayordomo y al través de la portilla, Juana observó cómo se alejaba la embarcación.

En aquel momento llamó a la puerta lord Creith y entró con bata.

—Esto es Suba — explicó innecesariamente. — Ponte el abrigo para subir a cubierta, Juana.

Juana se puso el abrigo de piel y siguió a su padre. En la cubierta no había nadie sino un marino, y en el puente un oficial solitario, apoyado en la barandilla y mirando sin interés la embarcación que se alejaba.

—No hay muchos hombres en este barco — dijo la joven mirando en torno.

—Lord Creith levantó la vista hacia las nubes con suficiencia de nauta.

—Un hombre y un muchacho pueden dirigir este buque en un día como hoy — dijo. — No hay viento.

Y luego, mirando hacia el puerto, vió una vela grande y blanca que se movía lentamente hacia ellos.

—Hay bastante viento — dijo Juana — corriendo. — ¿No van acercándose?

—No, hija mía — contestó su señoría alegremente. — Esos individuos pueden manejar una barca mejor que cualquier europeo. Los moros nacen marinos, y por el corte de vela creo que es una embarcación nordisca. Esta costa es el hogar de los piratas de Berbería.

La joven miró nerviosa alrededor, viendo que la vela se acercaba; pero su padre continuó ajeno a la impresión que producía.

—Durante cientos de años impusieron una contribución a todos los barcos que pasaban. La palabra "tarifa" viene de Tarifa, un pueblecito que hay al otro lado del Estrecho...

Se detuvo al ver a su hija volverse rápidamente. Ambos habían oído un profundo ¡oh! de dolor.

—¿Qué es eso? — preguntó lord Creith. — Ha sonado como si hubieran herido a alguien.

No se veía a nadie y el conde dirigióse al puente. Al hacerlo, un hombre grueso subió furtivo por la escalera de la cubierta, y Juana reconoció inmediatamente la figura que vió en el pasillo. Con los pies descalzos, el hombre se aproximó al confiado oficial apoyado en la popa.

—¡Cuidado! — gritó lord Creith.

El oficial giró sobre los talones y el golpe no llegó a darle en la cabeza, pero lo alcanzó en un hombro, y cayó lanzando un grito de dolor. Un instante después volvióse el hombre grueso, y la muchacha vió horrorizada que llevaba en la mano un pesado martillo.

Aquella desviación salvó la vida al oficial. Herido como estaba, lanzóse hacia adelante y bajó a escape la escalera, cayendo sobre la cubierta. En seguida se puso en pie y descendió la escalera en persecución del moro grueso de rostro blanco.

—¡Abajo, en seguida! — gritó lord Creith y su hija obedeció.

Al bajar la escalera, Juana vió sobre sus espaldas, la alta vela blanca del gabeque, que se alzaba por encima del costado del yate, y oyó excitadas voces guturales.

—Corre por el pasillo a mi camarote — gritó lord Creith.

Cayó sin aliento en el sofá, mientras su padre corría el cerrojo de la puerta. Abrió el conde su maleta y la registró.

—Mi revólver ha desaparecido — dijo.

—¿Qué pasa? — preguntó Juana. Ahora estaba tranquila.

—Es un motín precioso — dijo su señoría con rostro horrible.

Juana oyó ruido de pisadas en la cubierta, y otra vez murmullo de charla.

—Nos han abordado desde el gabeque — dijo su padre con calma y un rumor de juramentos llegó débil hasta ellos desde el camarote contiguo.

—¿Hay alguien ahí? — preguntó lord Creith.

La separación entre los camarotes no llegaba hasta la cubierta, y un espacio de tres o cuatro pulgadas hacía posible la conservación. Descubrieron que era el oficial herido. Les dijo que no tenía fracturado ningún hueso pero que sentía un dolor atroz.

—¿Tiene usted algún arma de fuego? — preguntó ansioso el oficial.

Lord Creith tuvo que confesar tristemente que se hallaba desarmado.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó.

—No lo sé — fué la contestación. — La mayor parte de la tripulación. El capitán y los oficiales primero y segundo han ido a rceoger unas cajas de embalar.

—¿Cuántos tripulantes han quedado en el buque?

Hubo un silencio mientras el oficial calculaba, y después:

—Seis, incluyendo el mayordomo. Uno en la cubierta, dos cocineros y el ayudante y, por supuesto el moro a quien tomamos en Southampton. Es el individuo que me golpeó. Creo que habrán tomado a los de la cubierta y el jefe no podrá luchar. Esto sólo nos deja con el ayudante del cocinero.

Sonrió con amargura.

—Y el ayudante del cocinero va a tener que sentir — dijo tras una pausa. — Hace unos días golpeó al moro. Ya me enteré en la guardia de la mañana. Se acordará usted de que su hija se quejó... Supongo que está con usted.

—Sí, — contestó lord Creith. — ¿Fué el moro que abrió su puerta?

—El mismo. Me figuro que buscaba armas de fuego — dijo el oficial. — Sucedió que el ayudante cocinero estaba de servicio, vió al individuo y hubo trastorno. Y el trastorno peor está en la proa. Ya vienen.

Se oyeron pisadas de pies descalzos en el pasillo y alguien golpeó con un martillo en la puerta del camarote.

—Salga usted, que no le pasará nada, señor — dijo una voz áspera.

Lord Creith no contestó.

¡Zas! La puerta tembló bajo el golpe; mas era evidente que el estrecho pasillo no ofrecía espacio suficiente para manejar el martillo, pues la cerradura permaneció intacta. Descargaron varios golpes y en la puerta apareció una larga hendidura.

Lord Creith miró desesperanzado en torno de sí.

—No hay aquí ningún arma — dijo en voz baja a su hija. — Hasta mi navaja de afeitar es inútil para defenderse.

Miró a la portilla.

—¿Crees que puedes meterte por ahí?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No quiero dejarle a usted, papá — dijo, y el conde le dió golpecitos en el hombro.

—Me parece que no cabes por ahí — dijo mirando con duda la portilla.

—¡Pum! ¡Zas! Se rompió un cuarterón de la puerta, pero lo que oyeron fué un ruido de la rotura. En la parte exterior del pasillo hubo pasos precipitados, y se oyó un disparo, y luego otro. Después, oyeron tres tiros en sucesión rápida. Alguien cayó pesadamente contra la pared lanzando un espantoso alarido, y hubo un momento de silencio.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Barrionuevo (Mendoza) — Muchas gracias por sus afectuosas palabras. Hemos tomado nota de las obras que desea leer y, a su debido tiempo, irán apareciendo en "Pucky".

Arnaldo López (Miguel Cané, F. C. S.) — La novela que usted señala figura entre las que se publicarán en esta revista.

Elbio Villanueva (hijo), Mercedes (R. O. del U.) — Las manifestaciones de aprecio que tan bellamente expresa usted en su carta son verdaderos lazos de simpatía que nos hace muy grata la labor que realizamos dentro del periodismo. Ya están incluídas las obras que usted indica en la lista de las que tenemos para publicar. Los números que usted pide están todos agotados.

Nicolás Naki (Rosario) — No me ha sido posible averiguar el dato que usted pide. Agradecemos sus felicitaciones.

C. Negrotto (Rosario) — Vamos a tratar de satisfacerlo con la publicación de una novela en cuyo desarrollo entran en juego fenómenos misteriosos de ocultismo y de magia. La traduciremos del inglés. Estimamos mucho sus nobles palabras de simpatía para "Pucky".

Modesto Alonso (Balcarce) — Esas palabras no tienen otro significado que el que expresan. Una de las obras que usted desea leer ya está señalada para ser publicada. Los productos que ofrece la industria son siempre mejores y resultan más baratos que los hechos en casa.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" Atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay. Año $	9.00 c/u.
Demás países "	12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

REPRESALIAS

—Pero niño, ¿qué es eso?, ¿tú fumando?
—Naturalmente. ¡Como papá está toda la mañana jugando con el ferrocarril que me han regalado!...

EL QUE ESPERA

El médico (mirando a la antesala donde espera un buen número de pacientes).— ¿Quién es el que lleva más tiempo esperando?
El sastre (que ha ido a cobrar una cuenta): —Yo, doctor. Le entregué la ropa hace tres años y no he cobrado todavía.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
FAGIN, HOY ES VIERNES 13 DE JUNIO. ¿POR QUE NO TRATAS DE CAMBIAR DE VIDA Y SER UN HOMBRE HONRADO Y TRABAJADOR?
¿VIERNES 13 DE JUNIO? ¡QUE COINCIDENCIA!
DEJAME UN RATO SOLO. ¡13 DE JUNIO! EL CUMPLEAÑOS DE MI POBRE MADRE...
¿TIENES MADRE, FAGIN? ¡NUNCA LO HAS DICHO...! ¡OH, FAGIN, TU PUEDES SALVARTE DE LA MALA VIDA
VAMOS, FAGIN, NO LLORES MAS
ME RECUERDO CUANDO ME ACARICIABA Y ME DECIA QUE NO ME JUNTARA CON LAS MALAS COMPAÑIAS. BLUB, BLUB
TIENES RAZON, PIPERMIT. YO DEBO CAMBIAR DE VIDA POR AMOR A MI MADRE...
FAGIN; ME ENTERNECE EL VER QUE TU CORAZON NO ES DE PIEDRA. ¡ESTOY EMOCIONADO!
¿QUE PUEDO HACER PARA REGENERARME?
VEN CONMIGO, FAGIN; YO TE ¡VOY A BUSCAR TRABAJO
CUANDO YO ROBABA NO ME DOLIA LA CINTURA
TRABAJA, FAGIN. TRABAJA Y PIENSA EN LA ALEGRIA QUE VA A TENER TU MADRE CUANDO TE VEA TRABAJANDO
DE BECK

PORTE PAGO

PUCKY

20 cts.

LA LECTURA PARA TODOS

No. 351 -- Año X
Junio 20 de 1930
Buenos Aires

La bailarina de Shanghai

Por FRANK H. SHAW

En este cuento se describe la lucha dramática entre hombres de pasiones primitivas, por el amor de una hermosa bailarina

Un revólver consciente.

CONTRA EL INSOMNIO

—Doctor, no puedo ya más. Desde hace seis semanas no he logrado dormir ni una hora.

—¿Y no ha ensayado aun la radiotelefonía?

Unos amigos van a un restaurante, y al preguntarle el camarero:

—La tortilla, ¿a la francesa o a la española?

Uno de ellos contesta:

—Ni a la francesa ni a la española. Nos la trae a nosotros.

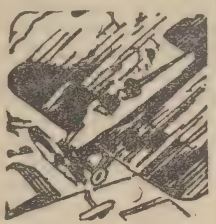
PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 351. -- JUNIO 20 DE 1930

Av. DE MAYO 662. - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.



UN DRAMA REAL EN LA ESCENA

(AVENTURAS DE SEXTON BLAKE)

Por GWYN EVANS

Condenado a muerte "escénica" por el asesinato de María Marten, en la representación del viejo melodrama "El Granero Rojo", Henry Holt es "ejecutado" por medio de la cuerda y muere en realidad. Pero no ha sido ahorcado. ¿Quién, entonces, mató a Henry Holt; cómo y por qué? Este es el misterio que le tocará resolver a Sexton Blake en esta emocionante novela.

PROLOGO

EN una noche, sin luna, silenciosa, del año 1796, un jinete solitario galopaba con desesperada velocidad por el camino que conducía a Londres.

Con el sombrero tricornio hundido sobre la frente y la amplia capa de paño ceñida al cuerpo, iba como si todas las furias del Averno lo persiguieran.

Era una figura siniestra. Sus ojos estaban obsesionados por el miedo. Llevaba el terror de la muerte en su corazón.

Aquel jinete solitario nunca comprendió que estaba destinado a obtener celebridad inmortal, ni que las crónicas de su fuga iban no solamente a servir de tema para mil romances históricos, sino a proporcionar, siglo y medio después, uno de los casos más emocionantes al gran detective Sexton Blake.

El jinete aquél llamábase William Corder. Llevaba en la frente la marca de Caín. Su historia es una de las más viejas del mundo y sin embargo continúa proporcionando material a los suplementos dominicales de los diarios. Es el relato de una pasión ilícita y de sus consecuencias.

"El mal que hacen los hombres los sobrevive". Este crimen, del que William Corder huía en aquella tranquila noche del año 1796, estaba destinado a ensombrecer la vida de muchos hombres cien años más tarde.

Así como una piedra arrojada a un estanque forma círculos, que se ensanchan gradualmente en su tranquila superficie, o una chispa eléctrica envía ondas interminables al éter, el asesinato de María Marten iba a tener repercusión en los años venideros.

Los psicólogos tienen distintas opiniones sobre la existencia de los espíritus malignos. Hay dudas aún sobre la telepatía; sin embargo los sabios más escépticos no han podido explicar satisfactoriamente la ma-

nera misteriosa como el crimen de William Corder fué revelado en un sueño a la madre de María Marten.

Tan real fué el sueño en el cual la afligida mujer vió a su hija atraída hacia el granero rojo contiguo a su estado, brutalmente asesinada y luego sepultado su cadáver, que recurrió a las autoridades de la época.

Supersticiosas ellas mismas, entraron en acción. Lo que ocurrió es conocido. Corder fué juzgado, sentenciado y ahorcado a su debido tiempo. Pero la historia del sueño de la madre y su extraño cumplimiento ha excitado la imaginación desde entonces.

El trágico fin de María Marten inspiró a muchos dramaturgos y novelistas de hace un siglo. No hay melodrama más famoso ni más preferido por las compañías teatrales ambulantes que "María Marten" o "El crimen del Granero Rojo".

El efecto psicológico del sueño es todavía inexplicable; pero el misterio que rodeó la muerte del personaje que encarnó a William Corder en el siglo XX fué resuelto por el genio de Sexton Blake.

CAPITULO I

LOS ACTORES

—¡Hum!... — dijo Julio Jones, el editor de noticias, chupando su pipa de arcilla. — ¿Y llaman a esto un crimen?

El editor tiróse de su enmarañado bigote y contempló enojado el original que acababa de recibir; luego dirigió una mirada ceñuda y malévola a Splach Page, el repórter principal del "Daily Radio", el diario más noticioso de Londres.

El editor de la noche estaba de mal humor, cosa que le ocurría siempre. Sin embargo, Splash permanecía sentado en su acostumbrada actitud negligente, en el borde del escritorio, increiblemente desarreglado, de Julio, contemplando los originales de noticias colgadas de su clavo.

Derek Page había nacido periodista y era conocido en la calle de la Tinta por su habilidad para descubrir sucesos sensacionales, que aparecían debajo de grandes encabezamientos en la primera página. Poseía ese encanto mezclado con descaro, egotismo e iniciativa que son esenciales al verdadero periodista.

Muchas leyendas se habían tejido alrededor de su dinámica personalidad. Se aseguraba que, si se hubiese cortado mientras se estaba afeitando saldría tinta en vez de sangre de su herida; que hubiera asesinado a su propio padre para tener un encabezamiento llamativo y que el día de su casamiento sería capaz de arrancar una hoja del libro de oraciones para garabatear una nota sensacional.

Splash nunca negaba estas historias. Quizá eran, en lo esencial, verídicas.

—¿Qué quiere usted decir, Herodes Agripa? — preguntó con su perezosa sonrisa, mientras Julio metía un rollo de originales en el tubo neumático, enviándolos a los linotipistas que estaban abajo.

—Hable de ese asunto de Bendover,—dijo Julio con un gruñido. — Tiróle un original a Page. — Lea eso. ¡Vulgar! ¡Común! Si el hombre hubiera sido descuartizado y cosido en una bolsa podría decirse algo, Pero así...

Hizo sonar un timbre mientras Splash leía tranquilamente el telegrama.

Se abrió la puerta del santuario del director y apareció el joven Maynard, un cachorro de periodista, tirándose nerviosamente de la corbata.

Julio lo señaló con el cabo de su sucia pipa.

—Usted, Maynard... — ordenó — vaya a Tonypandy.

—¡Oh infierno! — exclamó Splash Page —Tu nombre es Topomandy .

—Ha ocurrido allí un accidente de ferrocarril. No se si ha muerto alguien. Trate de hacer una narración dramática sobre el heroísmo de las "nurses" y el presentimiento de un hombre que tuvo la noche anterior un sueño y no tomó el tren. El público devora esas cosas. ¡Ah!... averigüe si los heridos o muertos están asegurados por el "Radio". Alquile un aeroplano en Charter, hijo y adelántese a los otros.

R..., r...r...r...

El timbre sordo del teléfono, que estaba junto a Jones, sonó y él levantó el receptor con gesto aburrido. Escuchó uno o dos minutos.

Splash Page le hizo una guiñada a Maynard.

—¿Quién habla? ¿Es William, nuestro corresponsal de Tonypandy? ¿Cómo dice? ¿Que era un tren de carga y que sólo resultó herido un guardaagujas? ¿Está seguro de que no hay muertos?

Hubo un momento de silencio; luego Julio lanzó uno de sus extraños juramentos en galense.

—¿Ni siquiera estaba asegurado en el "Radio"? ¡Vaya un corresponsal que es usted! Queda despedido.

Colgó el tubo con violencia y se volvió al sonriente Maynard.

—No hay artículo, hijo. Mejor es que vaya a investigar ese extraño asunto del hombre y el huevo en el Memorial Albert. Quizá el huevo estaba envenenado — añadió con acento de esperanza.

—¡Uy!... — dijo Splash Page, tarareando suavemente. —Yo creo que, a falta de noticias, cualquier día Julio nos hace descuartizar a nosotros...

El editor miró enojado al impertinente repórter.

—¿Qué piensa de eso? — le preguntó.

Derek Page se encogió de hombros. El original estaba escrito en estilo telegráfico y decía:

"Mañana a las diez, investigación en la Corte de Asises, sobre el asesinato de William Lewis, confitero de Bendover, que fué asaltado y mortalmente herido en su casa de comercio el viernes pasado. La investigación será abierta por el coroner Dr. James Saltaire.

Lewis fué encontrado sin conocimiento y murió en el hospital sin recobrarlo. Hay rumores de testimonios sensacionales. El ca-

so está en manos del inspector Coutts".

—Debe tratarse de un asaltante vulgar, Julio — dijo Splash con un bostezo. —¿Quiere que vaya yo a ver si puede hacerse algo? Aunque no me parece que dé para un artículo emocionante...

Julio lanzó un gruñido.

—Vaya si quiero, hijo. Puede ser que estuviera asegurado en el "Radio" — añadió esperanzado.

Splash Page no imaginó, ciertamente, mientras se ponía el sobretodo y salía, que iba a desempeñar un papel importante en un drama cuyo primer acto se había desarrollado en 1796.

* * * *

Afuera de una antigua posada, que disfrutaba de la apacible vista de una campiña pintoresca, un joven y una muchacha estaban sentados con las cabezas muy juntas sobre un banco rústico. Ella miraba, entre sus largas pestañas, el rostro ansioso del joven, moreno y delgado, que le había tomado la mano entre las suyas.

—Lady Silvia — dijo él con voz ronca. — Se que no la merezco. No soy más que un pobre inventor, sin un penique; sin embargo, algún día demostraré al mundo que no soy un simple destripaterrones y haré qué se incline, si no ante mí, ante los frutos de mi talento.

La joven se rió.

—¡Siempre egoísta, mi querido! — dijo y su voz tenía adorable acento. —¿No comprendes que todo es un imposible? Yo no deseo alabarme de mi linaje, porcierto. Papá compró este título por haber fabricado una mejor clase de margarina durante la última y lamentable guerra; pero...

¡Crac!

Se cayó una tabla, produciendo fuerte ruido.

Una fuerte voz, con el acento de los hijos de la clase baja de Londres, los interrumpió.

—¡Eh!... bien podéis mirar donde os recostais. A ver si me arrunáis todo mi trabajo.

La muchacha se echó a reir a carcajadas y se volvió a su compañero, Gaylord Barrington, galán joven de la compañía dramática de Melford Montagu.

—Deme un cigarrillo, Barry — dijo con un pequeño bostezo de aburrimiento.—¡Pobre viejo Chipps! Está preocupado porque teme que todo su amado "atrezzo" no esté bien para el estreno de esa noche.

Barrington sacó una cigarrera y sonrió a la joven. Ambos estaban cansados, después del largo ensayo de la mañana, que debía preceder al estreno de esa noche, "La Calavera que Grita" en el Teatro Royal.

El telón de fondo, representando la antigua posada tembló peligrosamente con el empuje de Charley Chipps, el carpintero, tramoyista y factotum general de la pequeña compañía.

Había tropezado contra un espectador interesado, entre telones, derribando una escalera de mármol sobre los resplandecientes Afortunadamente los escalones que debían figurar en la "escena 3", "El Salón de Baile de Lady Silvia" era de "papier maché", pero el golpe fué suficiente para excitar el temperamento colérico de Henry Holt.

—¡Que el diablo se lo lleve, torpe! — gruñó el actor, bailando en un pie. — Si no tiene más cuidado, me quejaré al señor Montagu.

Charley Chipps gruñó algo ininteligible entre dientes y el primer actor le dirigió una mirada malévola cuando se retiraba.

Henry Holt se alababa de ser el mejor actor de la Compañía Montagu. Su conducta se regía por aquella errónea creencia. Alto, moreno, extravagantemente vestido, con un traje gris torcaz, demasiado entallado, estaba recostado contra el proscenio y sonreía para el papel de malvado Sir Jasper, cuando contemplaba a la heroína tropezar sobre la nieve.

Tenía un rostro moreno y melancólico, que adornaban patillas a los costados. Llevaba un cuello a la antigua y una corbata de colores chillones. Su voz era profunda, gutural, y poseía un timbre acariciador que él imaginaba irresistible para el elemento femenino de su auditorio.

Holt estaba orgulloso de su voz, aunque un actor veterano, Ferdinand Folaire, comparaba los ejercicios laringeos de Holt con la tos de un cuervo atacado de croup.

—Temo que su dicción sea un poco cuidada para el papel, querido muchacho — dijo Holt cuando Barrington agarró el cuadernillo en que tenía escrita su parte y lo metió en el bolsillo — No da la idea de un hombre de humilde cuna, — añadió encogiéndose de hombros.

Barrington se ruborizó.

No hacía mucho tiempo que estaba en la compañía de Montagu. Joven y buen mozo, de cabello rubio y crespo, con grandes ojos grises, era la antitesis de Holt y las deliberadas críticas del primer actor se le habían hecho casi insoportables en las últimas semanas.

La vida de un actor ambulante en las pequeñas compañías es a la vez fatigosa y precaria. Largos viajes, públicos indiferentes, trabajo duro, pequeños salarios; todo eso es apropósito para velar el brillo de las candilejas.

Solamente la alegre camaradería, la atmósfera generosa y bohemia de la vida, junto con una esperanza optimista de debutar algún día en West End, compensa de las demás penurias.

Hasta la llegada de Barrington y Holt, la compañía Montagu se había llevado muy bien. Formaban lo que los actores llaman "Una troupe feliz", más semejante a una gran familia que a una compañía teatral.

El viejo Melford Montagu era un veterano de los caminos, que quería a sus actores como un padre. Toda la compañía componíase de nueve personas y, como decían los programas, la primera y más popular figura era Alma Latimer.

Hija de un antiguo amigo y compañero de profesión de Montagu, había sido adop-

—Señor, el inspector detective Coutts, de Scotland Yard, — dijo. — He venido a pedirle que me explique sus movimientos a raíz del crimen.

tada por el bondadoso y viejo director a la muerte de su padre. Como ella decía orgullosamente, "había nacido en un camerín de señoras".

Su primer aparición en la escena se había realizado diez y ocho años antes, cuando tenía seis meses, en el emocionante melodrama "La Cabaña del Tío Tom". Figuraba en la gran escena en que Elisa cruza el hielo, son su hijo en brazos. Elisa era Miss Isabel Santyre, en la vida privada señora de Ferdinand Folaire.

Ahora a los diez y nueve años, Alma se había convertido no solamente en una preciosa joven, sino en una actriz completa.

Los ojos de Henry Holt se fijaron apreciativamente en la joven, mientras ella fumaba un cigarrillo, repasando su parte. Con su sencillo vestido de crepé de Chine beige, aparecía deliciosamente fresca, no obstante el fatigoso y largo ensayo.

Levantó la cabeza al oir el burlón comentario de Holt.

—Debe usted recordar, señor Holt, que Barry representa a un estudiante. Yo creo que está muy bien.

—¡Claro, chiquilla, claro! — gritó una voz entre bastidores. Yo hice esa parte en Raucorn hace treinta años y el teatro se vino abajo de aplausos. Tardó media hora en vaciarse la sala.

—¿Eran cojos los presentes, Freddie? — dijo la voz alegre de Tubby Miles, el cómico. — Ferdinand Folaire frunció magestuosamente el ceño.

—Este chista está fuera de lugar, William, — observó con su voz rica y sonora. Y los ojos de Alma brillaron ante la broma del pequeño cómico.

—No te ofendas, Freddie, viejo, — dijo riendo Tubby Miles. Frunció los labios e imitó el graznido del cuervo. Luego, adoptando exagerada aptitud, se encaró con el veterano actor.

—¿Quiere acompañarnos a tomar un jarro de cerveza, señor? — y aparte añadió. —Es-

toy tan seco como un informe del gobierno sobre dromedarios y desratización.

El señor Folaire inclinó la cabeza con regio gesto de asentimiento.

Alto, de aspecto imponente y erguido a pesar de sus sesenta años, con largo cabello gris y rostro movible, era Folaire una reliquia de la vieja escuela.

Aunque estaban en primavera y era un lindo día de sol llevaba todavía un pesado sobretodo forrado de piel, con magnífico cuello de astrakán. Sacóse su sombrero de anchas alas y se inclinó ante Alma.

—¡"Au revoir", mi querida! Nos veremos pronto. Tenga la bondad de avisarle a mi esposa que pienso regalarme con un jarro de cerveza. Poco después volveré y le traeré su acostumbrada botella.

—¡Hasta luego, tío Freddie! — dijo Alma y el veterano actor y el diminuto cómico salieron del brazo.

Holt se quedó y, sin hacer caso del enojo de Barrington, sentóse junto a Alma.

—Señorita Latimer, — empezó, con el tono profundo y acariciador que había empleado con ella en aquel emocionante melodrama "El jeque de Arabia" — creo que, en el papel de Lady Silvia estará usted sencillamente divina. Mi querida... — continuó colocando su pesada mano en el blanco y esbelto brazo de la joven.

El hermoso rostro de Barrington se ensombreció al notar aquella acción.

—¡Hurrah! He encontrado las salchichas para el acto tercero, — interrumpió la voz de Chipps, saliendo de adentro de un canasto de utilería con un collar de salchichas, de aspecto bastante gastado, alrededor del cuello.

—Casi las perdí en Bendover, — dijo con tono quejoso, soplando el polvo que cubría su sucia superficie de trapo y pellizcando su relleno, de aserrín, afectuosamente.

Las arregló artísticamente alrededor de su cuello y luego dió vuelta una botella de cerveza vacía, con significativo gesto.

—Charley Chipps, protagonista del drama en un acto "La Ultima Gota". Hablando de todo un poco, parece que la policía se ve en figurillas para descubrir al que asesinó al confitero Lewis. ¿Se acuerda, señor Barrington, que lo mataron la noche que nosotros representamos allá "El Enmascarado"?

De pronto oyó llamar en la puerta de cartón de la antigua posada.

—¡Hum!... Voy a tapar mis salchichas, — dijo riendo Charley Chipps, con burlona alarma, colocando un tapafuente de cartón sobre su cabeza de bola.

De pronto retrocedió al ver dos altos policías parados en los escalones y junto con ellos un hombre de rostro colorado y bigotes agresivos.

Holt los examinó con perezosa impertinencia al través del monóculo con aro de oro, que usaba por afectación.

—¿En que puedo serviros, caballeros? — preguntó con atenta sonrisa.

Un momento después su sonrisa había desaparecido, como si hubiera sido pintada.

—Soy el inspector-detective Coutts, de Scotland Yard, — dijo el hombre de los bigotes agresivos. — He venido para pedirle que me explique todos sus movimientos a la hora en que asesinaron a Lewis, en Bendover.

—¿Asesinaron? — repitió Henry Holt vagamente. Miró alrededor de la escena con ojos temerosos. — Creo que es mejor que lo acompañe a la estación de policía, — dijo tranquilamente luego. — No quiero escándalo aquí.

II

EL HOMBRE DEL LABIO TORCIDO

—Eh, patrón! ¡Qué bueno es estar de vuelta! — exclamó Tinker dirigiendo una mirada apreciativa al cómodo consultorio, una brillante y fresca mañana de primavera.

Sexton Blake, el famoso criminalista, se acercó a la puerta de su laboratorio, donde en una percha estaba colgada una prenda descolorida y deshilachada. Había casi una mirada de afecto en sus ojos grises, cuando bajó aquella bata increiblemente vieja y manchada, y algo de simbólico en su modo de ponérsela.

Las mejillas del detective, ordinariamente pálidas, tenían un saludable color tostado y el sonrosado de la salud brillaba en las juveniles de Tinker, porque habían regresado la noche antes de unas vacaciones en las Islas del Canal.

—Ciertamente nos ha hecho bien el cambio, joven, — dijo Blake. — Pero, como dices, es bueno estar de vuelta.

Blake se sentó en su cómodo sillón, extendió los brazos sobre su cabeza, mientras Tinker agarraba un ejemplar del "Daily Radio", el primer diario que veían desde que partieron a las Islas del Canal.

—¿Hay algunas noticias interesantes, joven?

Tinker bajó el diario y sus ojos brillaron.

—¡Diablos, patrón! — observó. — Esta vez Splash se pasa de los límites. ¿Se acuerda de aquel robo en un comercio de Bendover y de que un hombre llamado Lewis fué golpeado mortalmente?

Blake hizo un breve gesto de asentimiento.

—Si, recuerdo. Un asunto sórdido. ¿No se hizo la investigación hace un mes? — Creo que nuestro amigo Coutts era el encargado del asunto.

Tinker sonrió.

—Si, patrón. Y ahora mire la novela que ha hilvanado Splash, — dijo indicándole las páginas del "Daily Radio", donde se leía con caracteres enorme.

SORPRENDENTES ESCENAS EN LA INVESTIGACION DE BENDOVER, EL HOMBRE DEL LABIO TORCIDO

El señor Henry Holt sospechoso

EL DRAMA DE LA VIDA DE UN ACTOR

(Por nuestro corresponsal especial Derek Page)

Sexton Blake, tomóle el diario a Tinker y sus ojos recorrieron brevemente el artículo escrito en el pintoresco estilo periodístico de Page:

El tercer día en una de las causas más sensacionales de los tiempos modernos terminó ayer con una dramática demostración en favor del señor Henry Holt, el conocido primer actor de la compañía Montagu, que trabajó en Bendover, la semana en que el señor William Lewis, un confitero, fué asesinado.

Como se recordará, hace dos meses el señor Lewis, fué atacado en su casa de comercio, entre las cinco y cinco y cuarto.

Cada día esta dramática causa aporta emociones, en forma de sensacionales testimonios respecto al paradero del señor Henry Holt, a la hora de la tragedia. Se produjeron escenas extraordinarias, fuera del tribunal, antes que se abriera la investigación esta mañana. El sentimiento popular se excita a medida que el drama se acerca a su desenlace.

El detective-inspector Coutts, de Scotland Yard, que está a cargo de las investigaciones policiales, rindió un dramático testimonio sobre la declaración del señor Holt, cuando él, le pidió que explicara sus movimientos a la hora de la tragedia.

No puede pedirse mayor contraste entre la corpulenta y flemática figura del inspector y la alta y afable del hombre más discutido de Inglaterra.

Las declaraciones del señor Holt, respecto a su paradero la noche de la tragedia, se citaron hoy en el testimonio del señor Coutts. Describió como vió por vez primera a Holt, en el escenario del teatro Royal, en Addiscombe, después de haber completado algunas averiguaciones sobre el crimen.

Según el inspector, la primera observación del señor Holt fué: "No quiero escándalo aquí. Lo acompañaré a la estación de policía".

"Obró — dijo el inspector — de un modo que puedo describir como normal, hasta que llegamos a la estación de policía. Después que lo previne y le hice una o dos preguntas se volvió muy agresivo.

"Salió de la habitación e hizo varias observaciones ofensivas respecto a la policía. Torcía el labio continuamente. Le informé que varios testigos le habían identificado, ya como un hombre visto por la noche del crimen, entre las cinco y las cinco y treinta, parado en la puerta de Lewis, y que parecía en estado de agitación".

En su declaración, el señor Holt, negó enfáticamente haber cometido el crimen. Dentro del tribunal, la atmósfera era eléctrica y faltaba la ligereza que presidió las primeras investigaciones. Varias veces el Coroner, hizo notar al jurado la gravedad del caso.

Afuera, en la calle, había miles de personas. Ya a las seis de la mañana la gente formaba cola, bajo la vigilancia de la policía. Una actriz, la señorita Alma Latimer, estalló en llanto en el curso de su declaración, y dijo que el señor Holt había sido siempre un buen compañero, muy bondadoso con todos los otros miembros de la compañía.

Se suspendió la investigación hasta mañana y siguieron escenas sorprendentes al salir el señor Holt del tribunal, para su hotel. Un grupo de policías tuvo que acompañarlo. Fué aclamado por la multitud durante todo el trayecto hasta el hotel.

"Es demasiado maravilloso, — me dijo el señor Holt, durante una entrevista exclusiva para el "Daily Radio". — No tengo temor ninguno y dejo mi destino en manos del jurado. Es ridículo sugerir,, que yo tenga nada que ver con este brutal asesinato. Tanta confianza me inspira el resultado de la investigación, que no he querido suspender los ensayos de la nueva obra que vamos a estrenar.

"Naturalmente que esto me ha producido mucha molestia; pero la soportaré. Mis colegas, han estado magníficos y me han rodeado con una lealtad que no tengo palabras para agradecer".

Tengo entendido que la compañía Montagu, piensa continuar sus representaciones a despecho del acontecimiento sensacional, que ha traído tanta publicidad sobre su primer actor. Debutará dentro de dos días, por extraña coincidencian, en el Grand Theatre, de Hovenden, el pueblo vecino de Bendover".

Sexton Blake, chupó pensativo su pipa al concluir el artículo.

—¿Y bien, qué piensa de esto, patrón?

Blake sonrió.

—Es completamente Splashesco, — observó. — Pero, ciertamente, un crimen que yo me sentía inclinado a considerar vulgar ha tomado un aspecto dramático.

—¡Uf!... Esta vez puede decirse que Splahs ha echado el resto, — dijo Tinker.

Era todavía bastante joven para que lo impresionaran los encabezamientos y las pintorescas descripciones periodísticas. Sexton Blake, con su mente fría y analítica, no se dejaba influenciar por el simple afán de sensacionalismo.

—Alcánzame el "Index", joven, — le dijo. — Voy a releer los detalles salientes del caso. Ese nuevo giro, con todo el respeto que me merece Splash Page, no añade ningún elemento importante para la solución del principal misterio.

—¿Qué me dice del entusiasmo de esa muchedumbre, patrón? — dijo Tinker mientras agarraba el famoso "Index de Baker Street", ese volúmen, especie de archivo del crimen. — ¿Cree que el asesino habrá sido Holt, patrón?

Blake frunció el ceño.

—La psicología de la muchedumbre, muchacho es cosa inexplicable en el mejor de los casos. El histerismo que induce a un grupo numeroso de personas a estacionarse fuera de las puertas de una prisión, para leer el cartel con la noticia oficial de que un reo, ha sido ejecutado, es un ejemplo.

Las escenas emocionales de ayer en Bendover, nada tienen que ver con culpabilidad o inocencia del acusado. Estas cosas hay que estudiarlas de modo más frío y analítico.

En cuanto a si es culpable o no ese Holt, es cosa que no puedo decir. Necesito hechos, no artículos periodísticos.

III

EL MISTERIO DE UN COMEDIANTE

El señor Melford Montagu, director de la Compañía Dramática, que en los últimos tres días, se había convertido en una de las más populares de Inglaterra, estaba absorto o parecía estarlo, en el exámen de las cuentas de impuestos teatrales.

Había cierta ironía triste en su expresión. Viejo comediante él mismo, comprendía por vez primera que su escenario había sido un mundo y todos sus actores simplemente hombres y mujeres, con sus celos, sus odios, virtudes y asuntos amorosos.

Y ahora la Vida, había tomado parte en el juego. Los hechos reales, aunque de un modo lento, comparados con la "ficción, habían sobrepasado a ésta.

Levantó repentinamente la mirada al oír un golpe en la puerta de su modesto recibimiento, en High Street, Hovenden.

—¡Adelante! — dijo distraídamente. Su rostro arrugado estaba preocupado y pálido. Tenía facciones largas y cadavéricas, ojos obscuros y, la tradicional barba, negro-azulada del actor; pero su cabello era blanco como la nieve.

La puerta se abrió y el hombre más discutido del país entró en la pieza.

El hombre más disgustado de Inglaterra lo observó desdeñosamente.

—¿Y bien? — preguntóle.

Henry Holt, se alisó el negro cabello, levantóse cuidadosamente los pantalones para que no se le arrugaran y se sentó.

—Muy bien, mi querido Monty, — le dijo. — ¿Deseaba usted verme? Estoy muy ocupado en estos momentos; pero como usted actúa como "loco paréntesis" de la pequeña y querida Alma...

—¡Siéntese! — lo interrumpió Melford Montagu.

Holt arregló la gardenia de su ojal con meticulosidad.

—Señor Montagu, — empezó con su voz rica y sonora, — soy el primer actor de su compañía, creo. Tengo la mitad de los beneficios y me parece que mi nombre no es desconocido.

Montagu inclinó la cabeza.

—Demasiado bien conocido, Holt, — observó.

El otro se echó a reir suavemente y se enjugó, con movimiento delicado, los labios con su pañuelo de cambray.

—Usted ha usado siempre, como divisa, en su carrera que la "publicidad es la base del éxito". Por obra de las circunstancias "El enmascarado", la obra que usted y yo escribimos en colaboración, en dos noches, se ha convertido en la más discutida de Inglaterra y América.

Montagu miró fijamente al hombre debajo de sus enmarañadas cejas.

—La publicidad es la base del éxito, — repitió. — Pero, la notoriedad asquea.

Holt se echó repentinamente hacia atrás con gesto teatral.

—¿Le he dado motivo para estar descontento de mi habilidad histriónica?

El viejo actor se encogió de hombros.

—No, no tengo quejas de su trabajo, señor Holt. Es su conducta personal lo que me preocupa.

—¿De veras? Y puedo preguntarle, cuando en asuntos personales, un director tiene algo que ver con los de sus actores? — dijo Holt con acento agresivo.

—Cuando se relacionan con los asuntos personales del director, — replicó ásperamente Montagu. — No diré nada de la crisis actual, en que se halla usted envuelto. Francamente, ese no es asunto mío. Pero le agradeceré que suspenda su actitud de dueño hacia mi pupila, Alma Latimer. Ya ha sido suficientemente enlodada al aparecer esta mañana en el banco de los testigos.

Se detuvo y añadió deliberadamente.

—Y le advierto, Holt, que no lo toleraré.

El viejo se inclinó hacia adelante en su escritorio y miró a los ojos grises y cínicos de Holt. El joven se rió indolentemente.

Había representado una vez el papel de Escarapela Escarlata.

Montagu, en cambio, estaba ceñudo.

—Y no solamente hablo por Alma, si no por las otras damas de mi compañía.

—¿Se refiere a Kitty Grey, supongo?— Holt sacó su cigarrera y con deliberada insolencia escogió un cigarrillo; volvió a cerrar la cigarrera de golpe y la metió en su bolsillo.

El viejo Montagu pegó un puñetazo en el escritorio.

—¡Maldito sea, Holt! Si no tuviera usted parte en los beneficios, lo...

Holt se echó a reir y miró pensativo el extremo rubí de su cigarro.

—¡Querida y vieja Katty! — exclamó ¡Cómo caen las torres más altas! La conocí cuando estaba con Granville y Forge. Era una linda muchacha y... estrella de la compañía. Y ahora... ocupa un puesto inferior a Alma.

—Haga el favor de no hablar de la señorita Grey en esos términos delante mío, — dijo Montague con dignidad. — Y le prevengo, Holt, que si trata usted de jugar alguna mala pasada a Alma o a la señorita Grey, yo...

—¿Presentará falso testimonio contra mí? — interrumpió Holt suavemente. — Desgraciadamente no puede. No estaba usted en Bendover la noche del asesinato.

Melford Montagu, se puso pálido.

—Por el cielo, que si molesta usted a Alma, tendrá que irse.

—¿Se aplica la misma regla a Gaylord Barrington? — preguntó Holt. — Porque ese maldito cachorro me parece que merodea todo lo que quiere en torno de la fortaleza, — se inclinó confidencialmente hacia adelante. — Le diré francamente, Montague, que Alma me gusta mucho. Es una actriz exquisita y muy linda, además...

Montagu retiró violentamente su silla y se puso de pie.

—¡Holt! — tronó. — Con toda esa notoriedad y las sospechas que empañan su nombre, sus insultos son intolerables. Quiero que comprenda bien, que no le permitiré se acerque a mi pupila.

—¡El querido señor Montagu, protagonista de un drama en un acto "El honor de un padre"! — exclamó burlonamente Holt.

Algo estalló en el cerebro de Montague.

—¡Miserable...! — exclamó. — Retírese de mi compañía y ojalá... lo ahorquen.

Holt se puso de pie; un débil color apareció en sus amarillentas mejillas.

—¡Cuidado, Montagu... cuidado! No me provoque. Sepa que hasta mi han llegado ciertos informes respecto a la muerte de su amigo Latimer, el padre de Alma. Ella cree que murió de muerte natural. ¿Tiene usted la colosal audacia de acusarme de...?

—Deténgase, hombre, — el rostro del viejo actor estaba pálido como la muerte. — Usted... usted... no puede saber.

—Pero lo sé..., — rió Holt. — Se quien asesinó a Jorge Latimer.

El rostro de Montague se volvió más viejo de repente.

—¡Demonio! — gimió.

—Sí, sabe usted bien que fué asesinado, Melford Montague. Y ahora... ¿qué piensa hacer?

No recibió contestación. El viejo había caído hacia adelante ante la repentina revelación de un secreto de quince años.

* * * *

Splash Page estaba en su elemento. Recostado contra la estufa, en el bar de "Las Armas", de Hovenden, tenía al alcance de su mano un jarro de cerveza. Frente a él estaba el hombre más discutido de Inglaterra.

—Mi querido señor Holt, — dijo Splash con la cordialidad que le había conseguido tantas entrevistas difíciles, — su conducta ha sido soberbia. El pueblo de Inglaterra ha rendido ya un tributo expontáneo a su habilidad y serenidad para desempeñar el papel que le ha asignado el destino.

Henry Holt moduló su voz como lo hacía cuando interpretaba a Sydney Carton en "El Unico Camino" y dijo emocionado:

—Es usted demasiado amable, señor Page. Y el público ha estado maravilloso... sencillamente maravilloso.

—¿El público? — dijo Splash Page adivinando la colosal vanidad del hombre y su egoísmo. — No, no, señor Holt... Su público.

—Mi público... ¡ah sí! Mi público, — declamó el actor.

Los ojos de Page brillaron. Le había costado o, mejor dicho al "Daily Radio", una buena cantidad de dinero en propinas conseguir aquella entrevista exclusiva con el hombre de quien toda Inglaterra hablaba.

La muerte de aquel pobre comerciante, Lewis, — según el criterio de los directores de diario, — se había convertido en un asunto insignificante; pero la personalidad y el probable destino de Henry Holt ocupaba más columnas que un pacto de paz entre naciones.

—¡Ron! — pidió Splash y un mozo atendió su pedido. Había observado Page que Holt era aficionado al alcohol y procuraba mantener siempre lleno su vaso durante la entrevista.

—Sepa usted, señor Page, que siempre he admirado sus artículos, — dijo Holt. — Esos otros periodistas, — muy buenos muchachos, por cierto, — no comprenden... no comprenden...

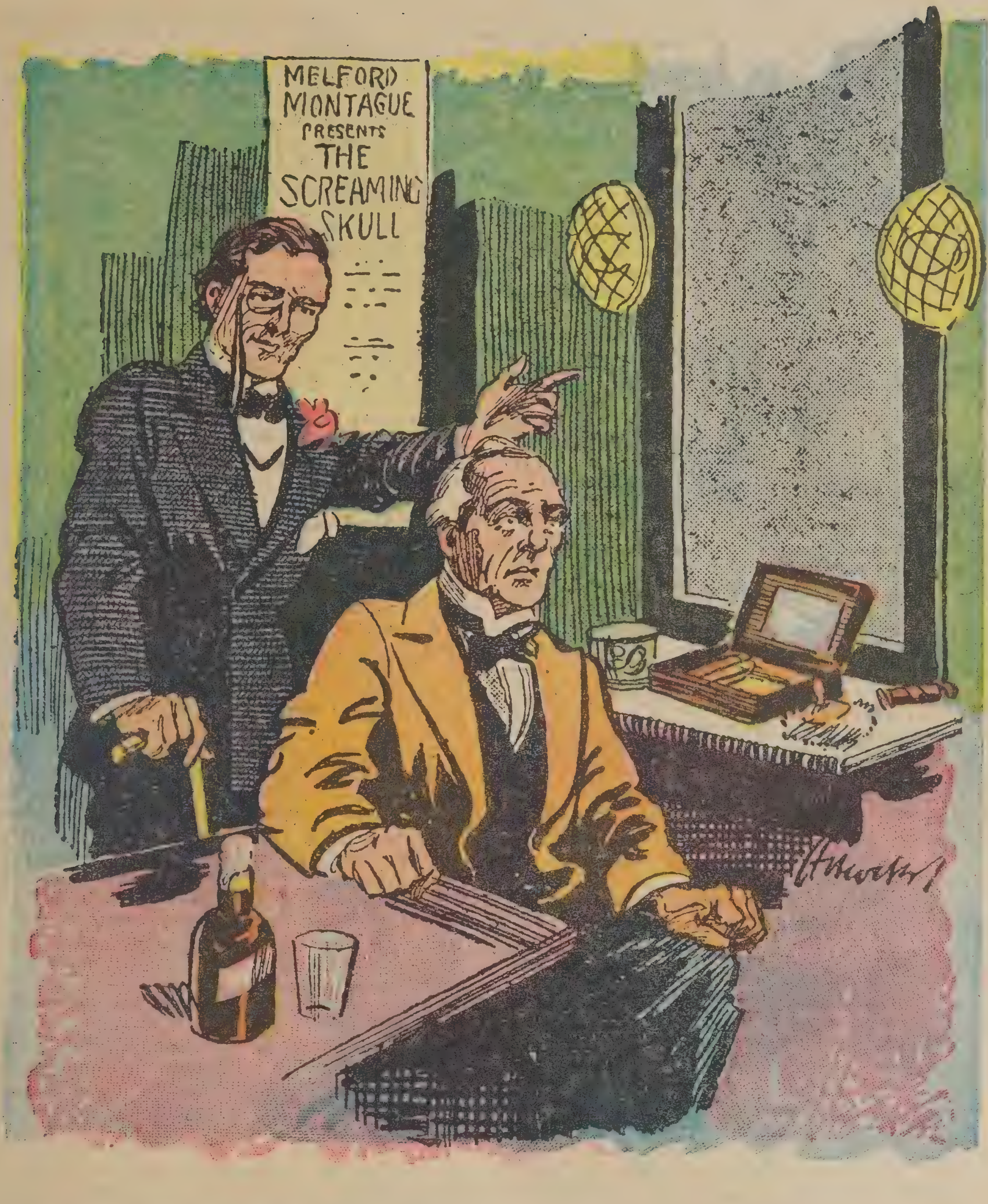
Splash hizo un solemne gesto de asentimiento.

—Yo creo comprender, — dijo. — Usted debe sufrir inmensamente. Pero, créame, señor Holt, la verdad saldrá a luz y si la prensa puede trasmitirla a los cuatro rincones del mundo, yo me sentiré orgulloso de mi profesión.

—¡Ah... la profesión! — exclamó Holt. — Es extraño como he conseguido yo despertar el interés del público.

Miró pensativo el líquido ambarino de su vaso. Splash, que sabía la profusión de fotografías repartidas a sus colegas de los diarios, sintió deseos de darle un puntapié al actor.

—Sí, señor Holt, — dijo en voz baja. —



El rostro del viejo actor estaba pálido como la muerte: — Deténgase, hombre... usted no puede saber... — dijo.

Hay personas que tienen el don de atraer la publicidad sobre sus personas y usted es una de ellas.

—¡Ah sí, señor Page! Temo que, aunque me esté mal el decirlo, eso es verdad.

Suspiró hondamente.

—Le ruego que no me crea presuntuoso, — dijo Splash con tono acariciador, — si yo me creo capaz de atraer aun más publicidad... publicidad interesante sobre su nombre, señor Holt.

—Seguro, muchacho, seguro..., — dijo Holt con magnanimidad.

—¿Ha representado usted alguna vez ese hermoso melodrama "María Marten" o "El Crimen del Granero Rojo"?

—Muchacho, uno de mis papeles favoritos es el de William Corder.

—**Entonces,** — dijo Splash Page, cuyo cerebro periodístico había ideado ya una de las primicias más sensacionales para el "Daily Radio", — ¿puede añadir que contribuiría mucho a su prestigio que usted hiciera ese papel en el Grand de Hovenden, mañana por la noche? La mayor parte de las compañías antiguas tienen en su repertorio el viejo melodrama y lo único necesario sería un ensayo general durante el día.

—¡Piense en los encabezamientos, hombre! Ya me ha dicho usted que he decidido continuar representando su parte en "El Secreto de Lady Silvia" para convencer, — si esto fuera necesario, — al público de su inocencia. Aquí debo decirle extraoficialmente que mi diario está convencido de ella. Y yo, como su representante, señor Holt...

Algo crujiente y enrollado apareció entre los dedos de Page. El actor lanzó una exclamación ahogada al ver el valor del billete de banco.

—No, no, señor Page, no puedo aceptarlo. Pero su idea es buena. Si su diario quiere tener la bondad de anunciarlo, entonces...

Distraídamente sus dedos se cerraron sobre el billete.

Splash Page sonrió.

—Tiene que ser exclusivo, señor Holt..., exclusivo para el "Daily Radio".

—Muchacho, — contestó el actor. — aquí está mi mano y la palabra de Henry Holt.

Splash Page se rió interiormente. Cuando todos los periodistas de Inglaterra buscaban algún giro sensacional para el caso de Bendover, él había conseguido el más formidable de todos.

Cierto que le había costado cincuenta libras; pero el "Radio" podía permitirse esos gastos.

—No se olvide de la última escena, señor Holt, — dijo ansiosamente. — Ese es el "clou" de la obra.

—Y el "clou" de mi carrera también, muchacho.

Las palabras del actor eran más verídicas de lo que imaginaba.

IV

LA JOVEN Y LA HORCA

—¡Gracias a Dios que ha llegado la dichosa horca! — dijo alegremente Charley Chipps, al aparecer dos obreros sudorosos, trayendo un pesado cajón.

—Creí que tendría que fabricar una nueva o pedirla prestada a la cárcel de Pentoville, — continuó Chipps, dirigiendo una mirada malévola a la alta y elegante figura de Holt, que estaba entre bastidores.

Era al día siguiente de la entrevista de Page con el actor. Aquella mañana el "Daily Radio" se había excedido a sí mismo en los encabezamientos:

DECISION SORPRENDENTE DE HENRY HOLT: MORIRA ESCENICAMENTE EN LA HORCA DOS VECES POR NOCHE

Un drama real en la escena

Reposición de un antiguo melodrama

"YO SOY INOCENTE"

(Por Derek Page, nuestro enviado especial)

El señor Henry Holt, figura principal en el caso de Bendover, ha tomado una resolución sorprendente. En una entrevista exclusiva supo que el señor Holt piensa representar el viejo melodrama "María Marten" o "El Crimen del Granero Rojo".

"Mi conciencia está tranquila" — me dijo el señor Holt, — y desearía hacerle comprender al público que no busco publicidad. El cielo sabe que estoy harto de ella. Pero comprendo que, continuando mi trabajo, a pesar de todas las dificultades atraeré más el corazón de mi público que retirándome a la obscuridad.

"Algunas personas podrían interpretar mal mis acciones, si permaneciera alejado de mis tareas; pero debéis recordar que, en Inglaterra, todo hombre es considerado inocente hasta que se pruebe que es culpable. Tengo, además, que considerar los intereses de mi compañía. Si yo me retirara, resultarían perjudicados", — concluyó el señor Holt.

Conviene recordar que el famoso y antiguo melodrama concluye con una escena en el patíbulo en la cárcel de Newgate y la representación realista de la ejecución de William Corder.

No es necesario recordar a los lectores que "María Marten" se basa en un hecho real. El señor Henry Holt ha hecho con éxito el papel de William Corder cientos de veces en su triunfal carrera."

—Cincuenta libras y lo vale, muchachos, — murmuró Splash Page cuando sus envidiosos colegas vieron la primicia que el infatigable periodista había conseguido. — Todo esto es obra mía, — añadió riendo. — He tenido un ojo especial par elegir la pieza...

La Compañía Montague consideró, sin embargo, el artículo del "Radio" bajo una luz diferente. Cuando fueron informados por el mismo Melford Montague de que debían proceder inmediatamente al ensayo, la sorpresa cedió paso a la indignación.

Había motivo para indignarse; pero todos ellos comprendieron que Inglaterra entera tendría ahora sus ojos fijos en la obra y que si se negaban a representarla les costaría encontrar otro trabajo.

Henry Holt tuvo que presentarse a la investigación a las diez de la mañana; pero como aseguraba saber perfectamente el papel, el señor Ferdinand Folaire convino en adiestrar a los otros en los suyos.

Naturalmente que la administración del Grand Theatre aplaudió la idea. Antes de que empezara el ensayo, la gente acudió a comprar localidades. El único miembro fastidiado de la compañía era Chipps, el carpintero, y su suspiro de alivio fué perceptible cuando llegó el cajón con la horca.

—Ahora ayúdeme a armarla, — observó. — La mayor parte de la escena estará iluminada por una luz verde. Oiga, señor Barrington, si no tiene inconveniente, le ense-

iaré cómo se maneja este maldito artefacto.

Gaylord Barrington se acercó al tramoyista, que había empezado a abrir el cajón.

—Es usted muy amable, viejo, — dijo Garrington. — Me alegro de poder ensayar con el aparato verdadero. Yo no he desempeñado antes este papel y no me gustaría hacer una "plancha".

Chipps sacó del cajón media docena de palos pintados de negro, como de ocho pies de largo. Luego procedió a armar la trampa, en el centro del escenario. El resto de la compañía observaba con ávida curiosidad.

Henry Holt miró su reloj con exagerada negligencia.

—¡Hum!... falta un cuarto para las dos, — observó. — Tengo que volver a esa maldita investigación.

—¡Se precisa flema... se precisa! — murmuró Chipps en voz baja.

Holt se volvió a Barrington y lo llamó a través del escenario.

—Es mejor que ensaye bien el mecanismo, viejo, — le dijo con voz cantante. — No es que pueda ocurrir nada; pero... después de todo soy yo quien tendrá que subir a la horca.

—¡Gracias! — dijo Barrington, inclinándose. — Chipps me asegura que no hay la menor dificultad.

Alma, entre bastidores, lanzó una carcajada y, murmurando una imprecación, Holt salió para dirigirse a la audiencia.

Entretanto el tramoyista había armado los postes y el travesaño. A la media luz de la escena la horca proyectaba su sombra siniestra sobre la pequeña compañía. Chipps ajustó la palanca que abría automáticamente la puerta de la trampa.

—Yo he armado esta horca para "María Marten" durante treinta años, señor Barrington, — dijo al joven en confidencial aparte. — La copié de un diseño hecho por Branx, el famoso verdugo, mismo. No hay ningún peligro. ¿Ve cómo se maneja? — añadió con orgullo profesional.

Como advertirá, todo depende de la cuerda. Está arreglada de modo que nada pueda suceder, — sonrió ligeramente al añadir. — Si no fuera así, tendríamos que buscar otro primer actor, sin contar con que seríamos acusados de asesinato...

Barrington estaba pálido.

—No es que, — añadió el gárrulo Chipps, —que algunos tipos a quienes no quiero nombrar no merezcan la muerte y un veredicto de "homicidio justificado" para el matador.

Barrington sonrió vagamente al carpintero al entregarle éste un rollo de cuerda.

—Ya ve, — dijo alegremente Chipps, — que, colgando esto del travesaño, tiene largo de sobra. En el extremo hay una imitación de nudo corredizo, que se suelta en un momento.

Explicó los principios del falso nudo corredizo, que sólo se mantenía temporariamente formado por una delgada banda de elástico.

—Ahora, señor Barrington, cuando llegue su momento, gritará con acento triunfal: "Ojo por ojo, diente por diente y vida... por vida".

Tosió al levantarse una nube de polvo del escenario; luego continuó:

—Mueve usted la palanca; el villano cae por la escotilla; el nudo se desata y el ahorcado" aterriza en seguridad sobre un colchón a tiempo para la segunda representación.

—Comprendo, Chipps. Es un mecanismo muy ingenioso, — dijo Barrington.

—¡Gracias, señor! — dijo el carpintero tocándose la frente. — El teatro se viene abajo. Yo he visto representar miles de veces "María Marten" y nunca ha habido la menor falla. Sin embargo, nosotros, los pobres tramoyistas, no figuramos en los programas.

Barrington se echó a reir ante el melancólico humorismo del hombre. Luego en sus ojos grises se encendió una luz pensativa.

* * * *

—Está usted encantadora en ese traje, Kit.

Tubby Miles, sentado sobre un canasto de utilería, sonrió con admiración ante la grave figura de Kitty Grey, la comediante de la compañía Montague.

Parecía realmente muy encantadora a la luz tamizada de su camarín, vestida con un traje con "apniers", de muselina floreada, del siglo XVIII.

Su carita picaresca, adornada con dos lunares negros, el sombrero Doly Varden sobre sus cabellos color de trigo, la convertían en una adorable figurita del pasado.

—Tubby, no sea adulador, — dijo Kitty dirigiendo una coqueta mirada al espejo.

—Las piernas son piernas, — dijo resignadamente el pequeño cómico. — Pero a mí que me den polleras amplias y largas.

Se bajó del canasto y empezó a bailar una contradanza.

—"La vida sobre las ondas"...

—¡Chit, Tubby! — le dijo con acento de reproche Kitty Grey.

—Es que estoy harto de verle las pantorrillas...

Luego, repentinamente, su rostro, rojo y jovial, se puso grave.

—Escuche, Kitty, ¿qué le pasa estos días? Antes éramos buenos camaradas; pero últimamente se ha vuelto usted muy fría.

La joven se inclinó impulsivamente y le pellizcó la mejilla.

—Tuby, usted siempre ha sido un amigo muy querido. Nada hay entre usted y yo... palabra. Pero..., — ocultó el temblor de sus labios con el lápiz.

Una expresión de enojo apareció en los ojos del pequeño cómico.

—Es por ese vanidoso de Henry Holt... estoy seguro. Kit, mi querida, no puedo soportar a ese imbécil... sinceramente no puedo. No quiero decir que tenga nada que ver con ese crimen; pero su actitud me revienta... ¡palabra!

Escuche, niña, — sentóse junto a ella. — Oí decir una vez que usted y él eran novios y... bueno, — se detuvo un momento. — Eso me hizo sufrir... — añadió torpemente.

Los brillantes **ojos de Kitty** se pusieron graves.

—Henry... Henry es bueno, comprendiéndolo, — dijo. — Quizá le gusta un poco la adulación; pero... ¡Oh! Yo se que él no cometió ese asesinato, Tubby. He tenido un disgusto tan grande... Ni siquiera podía dormir... ¿Quizá lo habrá usted advertido?

El pequeño cómico sacó un cigarrillo de atrás de su oreja y sonrió forzadamente.

—Entonces... ¿entonces hay algo de verdad en el rumor, Kit? — dijo desesperadamente.

—Quizá si... quizá no, — respondió Kitty, ruborizada debajo del "maquillaje". Pero, ¿no comprende, Tubby querido, que esa incertidumbre me mata? Todo el mundo creyendo que es un asesino y...

Sepultó el rostro en un pañuelito de encaje, ridículamente pequeño.

—Yo tengo esperanzas de que lo ahorquen, — murmuró Tubby para sí, mientras trataba de consolarla.

V

ADELANTE CON LA FARSA

El desayuno, en la casa de Sexton Blake, era un asunto importante.

Tres días después de su vuelta de Jersey, los dos compañeros estaban sentados por la mañana en el comedor. Tinker había abierto su diario favorito "El Daily Radio" y se había recostado contra la cafetera, mientras que Blake, a su manera metódica, revisaba la correspondencia, que era más abundante que de costumbre esa mañana.

Había invitaciones de varias sociedades científicas, cartas solicitando sus servicios, agradecimientos de antiguos clientes y media docena de informes de sus agentes americanos y continentales.

—Vea, patrón, si esto no bate el record. Lea lo que ha escrito Splash.

Blake levantó la vista de la correspondencia con un gesto de fastidio.

—Realmente, Tinker, — dijo, — ¿cuántas veces te he dicho que te abstengas de leer noticias a la hora del desayuno? Todavía no he asimilado esta carta del doctor Josef Ronanoff, sin hablar de mi tostada y mermelada.

—Disculpe, patrón, — contestó Tinker. — Pero este caso de Bendover es lo más sensacional que he leído hace años. Mire los encabezamientos de Splash.

Señaló los gruesos caracteres que atravesaban la primera página del "Daily Radio":

HENRY HOLT "AHORCADO" DOS VECES ANOCHE

UN ACTOR PASA DEL BANCO DE LOS TESTIGOS A LA ESCENA

Sorprendentes escenas afuera del teatro

—¿No le parece que Splash es una maravilla, patrón? — dijo con entusiasmo. — Este es uno de los triunfos periodísticos más...

Se interrumpió repentinamente bajo la fría mirada de Blake y se ruborizó un poco. En su entusiasmo juvenil todavía no se había acostumbrado a disciplinar sus emociones o adaptarse al rígido sistema de Blake.

Tampoco podía comprender la indiferencia casi inhumana de Blake.

Tragó saliva y atacó ferozmente un riñón. Blake continuó revisando tranquilamente su correspondencia.

Sólo cuando el solemne ritual de la primera pipa estuvo terminado y Blake se instaló en su sillón favorito, le fué permitido a Tinker exhalar todo su entusiasmo por las hazañas periodísticas de Splash Page.

El nombre del dinámico periodista aparecía en grandes letras debajo de los llamativos encabezamientos, que ahora examinó brevemente Blake. Conocía el olfato de Page para lo pintoresco y sensacional; sabía también que el repórter era muy capaz de intercalar material dramático en cualquier caso común, hábito que no producía otra cosa que irritación a la mente tranquila y lógica de Blake.

Sin embargo, al leer el último informe sobre la investigación de Bendover y sus sorprendentes consecuencias, ni siquiera Sexton Blake permaneció indiferente ante el brillante triunfo periodístico de Page, que envidiaban todos sus colegas y había excitado la admiración del gruñón Julio Jones.

Splash Page se había ciertamente excedido a si mismo:

"No temo la horca", — me dijo el señor Henry Holt esta noche mientras estábamos sentados en su hotel, en Bendover. — **"Tan suprema es mi fe en la justicia de mis compatriotas y en mi propia inocencia, que subiré al patíbulo esta noche sin temblar". Había abandonado la sala del tribunal después de una fatigosa permanencia en el banco de los testigos; sin embargo estaba perfectamente sereno y dueño de sí. La figura central de una de las investigaciones más sensacionales de los tiempos modernos escuchó sin conmoverse el testimonio del inspector detective Coutts,, de Scotland Yard, quien en secas frases oficiales describió cómo había dirigido la investigación".**

Los labios de Blake se torcieron al leer el testimonio de su viejo amigo Coutts. Era impasible, informativo y desprovisto de imaginación. Describía el asesinato y las subsiguientes averiguaciones con escrupuloso cuidado.

Hacia el final del artículo describía Page las sorprendentes escenas que se produjeron en el Grand Theatre de Hovenden, que había sido literalmente asaltado por miles de personas, que pretendían ver a la figura central de la investigación de Bendover trabajar en "María Marten".

Blake dejó el "Radio" y miró a Tinker.

—Es una de las mejores efusiones de Page, — observó. — Advierto que la investigación **se espera concluya mañana por la**

Sus labios se separaron con amarga sonrisa. Un momento después había vaciado el contenido del paquete en el vaso.

tarde. No sería mala idea ir allá. La personalidad de ese Holt me intriga.

—¡Oh!... ¡qué bueno, patrón! — exclamó Tínker. — ¿Le telegrafío a Page?

Blake hizo un gesto de asentimiento.

—Dile que nos reserve dos habitaciones y nos diga el nombre del hotel. Confío que conocerá el mejor.

Se dirigió a la biblioteca y tomó el famoso "Index". Durante una media hora estudió los detalles del caso.

—Pienso si Coutts no habrá descuidado el rastro principal, — murmuró.

* * * *

—Tubby querido, — dijo Kitty Grey. — Desearía que depusiera usted esa actitud

poco generosa hacia Henry Holt. Admito que, al principio, es un poco difícil entenderse con él; pero tiene usted que recordar la terrible tensión bajo la cual ahora trabaja.

—¿Trabaja? — contestó el pequeño cómico y había en su rostro una expresión tan irónica como lo permitía su jovial naturaleza. — Es de esa clase de trabajadores que clavan un clavo en la obra del jornalero y luego dicen: "El trabajo es todo mío".

—Tubby querido, es usted poco generoso, — dijo Kitty.

El pequeño cómico, que estaba vestido con una blusa rústica, peluca barata y un sombrero absurdamente deformado, frunció malévolamente el ceño.

Estaba celoso y lo reconocía. Era una sensación que hasta entonces nunca había experimentado. Faltaba poco para que se levantar el telón para la segunda representación, en la noche, de "María Marten".

De pronto una sombra obscureció las paredes del camarín, que estaba decorado con varias docenas de dibujos hechos con pintura grasosa por los distintos actores y actrices que lo habían ocupado. Llevaban afectuosas dedicatorias: "Al querido Charley, de las hermanas Wix". "Buena suerte, Jimmy. Que llegues a la cumbre".

Algo de la sombra obscureció el cerebro del hombrecillo. Con el ceño fruncido descendió del canasto donde estaba sentado. La figura, alta y esbelta, de Henry Holt pasó por delante de la puerta semiabierta del camarín.

—¡Oh, Henry! — exclamó Kitty corriendo hacia él.

Tubby Miles aplastó colérico su cigarrillo con el pie al ver el brillo de los ojos de Kitty. La puerta cerróse de golpe y quedó solo.

Afuera del pasaje, Henry Holt, resplandecientemente vestido con un sobretodo verde botella, pantalones de pana blanca y sombrero tricornio rojo, se dió vuelta con gesto de fastidio al acercarse la joven.

—¡Un momento, querido! Deseo hablarte.

Holt frunció el ceño y se azotó la bota con el látigo que tenía en la mano.

—¿Qué quieres? — preguntóle de mal modo. — Tengo sed y deseo ir a tomar algo.

Kitty Grey se ruborizó bajo sus afeites.

—Ese no es modo de contestar a tu novia, — contestó. — Quiero hablar contigo, Henry querido. Se el terrible esfuerzo que tienes que hacer en estos momentos para trabajar; pero seguramente tienes que permitirme que te ayude...

—Mi querida niña, — dijo Holt irritado, — ¿no comprendes que no son momentos ni sitio para hablar de estas cosas? Sabes perfectamente bien...

Se interrumpió bruscamente y sus ojos brillaron malévolamente al ver salir a Alma del lado del apuntador, rodeada su cintura por el brazo de Barrington.

El joven estaba muy buen mozo con su traje de gitano y la faja y pañuelo rojo; Alma encantadora, con un vestido de organdí celeste pálido y la gorra de sol que usaba en su parte de María Marten.

Holt hizo una profunda inspiración y sus ojos brillaron de ira. Kitty advirtió su expresión y sus labios se fruncieron.

—¿Con qué esas tenemos? — dijo con voz dura.

Holt no la oyó. El odio que sentía por Barrington, se convirtió en llamarada, al ver los labios de los dos jóvenes juntarse un segundo en un beso que ciertamente no figuraba en la obra, ni era beso de "escena".

Hundió las uñas en las palmas de sus manos para contener la rabia que lo consumía. Por extraña ironía su papel en la escena y en la vida real coincidían. Las amenazas asesinas, que dirigía a su rival en la obra, no eran ficticias si no reales.

Kitty Grey lo observó y en sus ojos azules brilló la llama de los celos. De pronto comprendió la causa de la frialdad de su novio. No era la preocupación causada por verse acusado de un crimen sino...

Con la astucia valerosa e infinita de la mujer, sonrió dulcemente.

—¡Discúlpame, Henry! — le dijo. — Me he olvidado de ponerme los lunares.

Henry Holt no lo oyó.

Entretanto, en su camarín, Melford Montague estaba sentado teniendo junto a sí una botella de whisky, con expresión abatida. La repentina declaración de Holt de que conocía el secreto de la muerte de Jorge Latimer, había estallado como una bomba en la vida del veterano actor.

—¡El miserable! — murmuró salvajemente. — Por Dios, que si la investigación no se resuelve en contra suya, lo...

No terminó la frase porque la puerta se abrió, apareciendo Alma con el rostro radiante.

—¡Mi querido tutor! — le dijo. — Gay y yo nos hemos comprometido. ¿No nos felicitas?

Por un momento, el viejo quedó aturdido. Se levantó tembloroso al aparecer Gaylord Barrington.

—Muy bien, hijo, — dijo indiferentemente. — Me alegro mucho de oirlo.

—Más publicidad para la compañía, ¿eh? — añadió.

En ese momento se abrió la puerta y apareció la imponente figura del señor Ferdinand Folaire, con saco color ciruela, vuelos de encaje y peluca empolvada. Se detuvo dramáticamente en el umbral.

—Monty, viejo, nunca en mis cuarenta y cinco años de profesión, he visto el teatro tan lleno, — observó. — El público se pelea sencillamente por vernos. Creo que lo indicado es una botella de vino espumoso.

Con un gallardo esfuerzo, Montague dijo:

—Para beberlo a la salud de la futura novia.

Los ojos de Ferdinand Folaire, perspicaces y bondadosos, se fijaron en la esbelta pareja. Puso su mano paternalmente en el hombro de cada uno.

—¡Ah! — murmuró. — Mil felicitaciones, hijos míos. ¡Chipps! — gritó con voz extentórea. — Una botella de Veuve Cliquot

de la próxima taberna. Esta es una ocasión para beber champagne.

—¡Vive la France! — dijo el tramoyista.

Con ademán magnífico, Ferdinand Folaire sacó dos billetes de una libra del bolsillo de su chaqueta color ciruela.

Barrington sonrió tímidamente a Alma.

—¡Ah, chiquillo! — exclamó Folaire. — Esto me recuerda el día que conocí a Isabel Santyre, mi esposa. ¡Qué mujer! ¡Qué Lady Macbeth! Aun hoy día no hay mejor actriz. Recuerdo cuando hizo el papel de Lady Isabel en "East Lynne" y luego como bailó en el ballet que siguió. Hijo mío, si gozas de la mitad de la dicha que yo he disfrutado en mi matrimonio, puedes considerarte dichoso. Esperemos que nada la empañe.

—¡Y bien, compañeros! — dijo la voz rica y sonora de Henry Holt desde el umbral — ¿qué es esto? — añádió burlonamente al advertir lo que pasaba. — ¿Un ensayo de "Atados para toda la vida"?

Barrington sonrió dulcemente en el rostro burlón de Holt.

—Advierto que usted estuvo ensayando esta tarde el viejo melodrama "Sentenciado para toda la vida".

* * * *

—Un par de ostras cloroformadas sería más comunicativo que vosotros dos, — dijo Splash Page disgustado, observando a Sexton Blake y Tinker que estaban sentados en el hall del hotel Imperial, de Hovenden.

Acabo yo de relatar una maravillosa historia y cuando pregunto si Henry Holt es culpable o no ¿qué saco en limpio?

—Otro vasito... tenga la bondad, — lo interrumpió Sexton Blake tranquilamente.

El y Tinker habían venido esa tarde desde Baker Street en la "Pantera Gris" y Splash Page quedó encantado al ver a sus amigos. Alegremente les señaló los grandes carteles que adornaban el bar.

HENRY HOLT EN "MARIA MARTEN" O "EL CRIMEN DEL GRANERO ROJO"

(Vea al hombre más discutido de Inglaterra en el célebre melodrama. No pierda la escena de la ejecución)

—Yo solo lo hice, — dijo Splash Page orgullosamente.

—Algún día va usted a hacer una barbaridad, joven Splash, — replicó Blake riendo.

Su mirada fijóse en varias fotografías, retratos de Henry Holt en diferentes papeles, desde el de Marcus en "El Signo de la Cruz" y el Lobo en "El Rostro en la ,Ventana" hasta el Rey Demonio en "Cinderella".

—Diga, patrón, — intervino Tinker, — ¿ese melodrama "María Marten" no se basa en un hecho real?

Blake hizo un gesto afirmativo.

—Si estudiaras un poco más el "Index", joven, estarías enterado de que este popular melodrama está inspirado en un crimen verdadero. William Corder asesinó a María Marten en un granero rojo contiguo a su propiedad, sepultó su cuerpo y creyó que no sería descubierto.

"Si no hubiese sido por un sueño de la madre de la joven, el crimen hubiera quedado impune. El era un rico propietario y el motivo por el cual quiso deshacerse de la muchacha fué que quería casarse con una rica heredera de da ciudad. Esos son los detalles salientes del caso.

—Blake, usted debía incorporarse a la redacción del "Radió", — dijo Page. — Ha contado el asunto en las tres primeras líneas.

Sexton Blake sonrió mientras bebía su vaso.

—Creo que Dicken ha descripto el viejo drama en "Nicolás Nickleby". Algunas versiones difieren ligeramente, creo; pero en sus detalles esenciales la obra se conserva tal como fué escrita por el autor hace más de un siglo.

—¡Mil bombas! — exclamó una voz áspera. — ¿Qué está usted haciendo aquí?

Blake se dió vuelta en su silla y se encontró con la tosca y fornida figura del inspector Coutts, que lo miraba con expresión de sorpresa en su rostro rubicundo.

—¡Sexton Blake en cuerpo y alma!

—¿En qué lo ha conocido usted? — preguntó burlonamente Splash Page.

—¡Bah!... — gruñó Coutts. — Vosotros los de los diarios os juzgáis muy ingeniosos. Y yo le digo a usted que no podrá destruir el testimonio de la Yard, con o sin María.

—Eso quiere decir, supongo, — dijo riendo Splash, — que el pobre Holt, después del veredicto, será trasladado de un granero rojo a uno negro.

Blake se echó a reír.

—Pensamos ir esta noche a ver la obra, Coutts. ¿Quiere venir con nosotros?

El hombre de la Yard vaciló.

—Bueno.. de todos modos había resuelto no perderle ojo a ese Holt, cuando lo encontré a usted.

Blake hizo señas al mozo para que trajera otro vaso.

—Permítame felicitarlo, mi querido señor Coutts, por el modo singularmente brillante como ha dirigido la investigación.

Coutts se humedeció el cerdoso bigote con aire aprobador.

—¿Supongo que podrá usted conseguir localidades para esta noche? — preguntó a Splash.

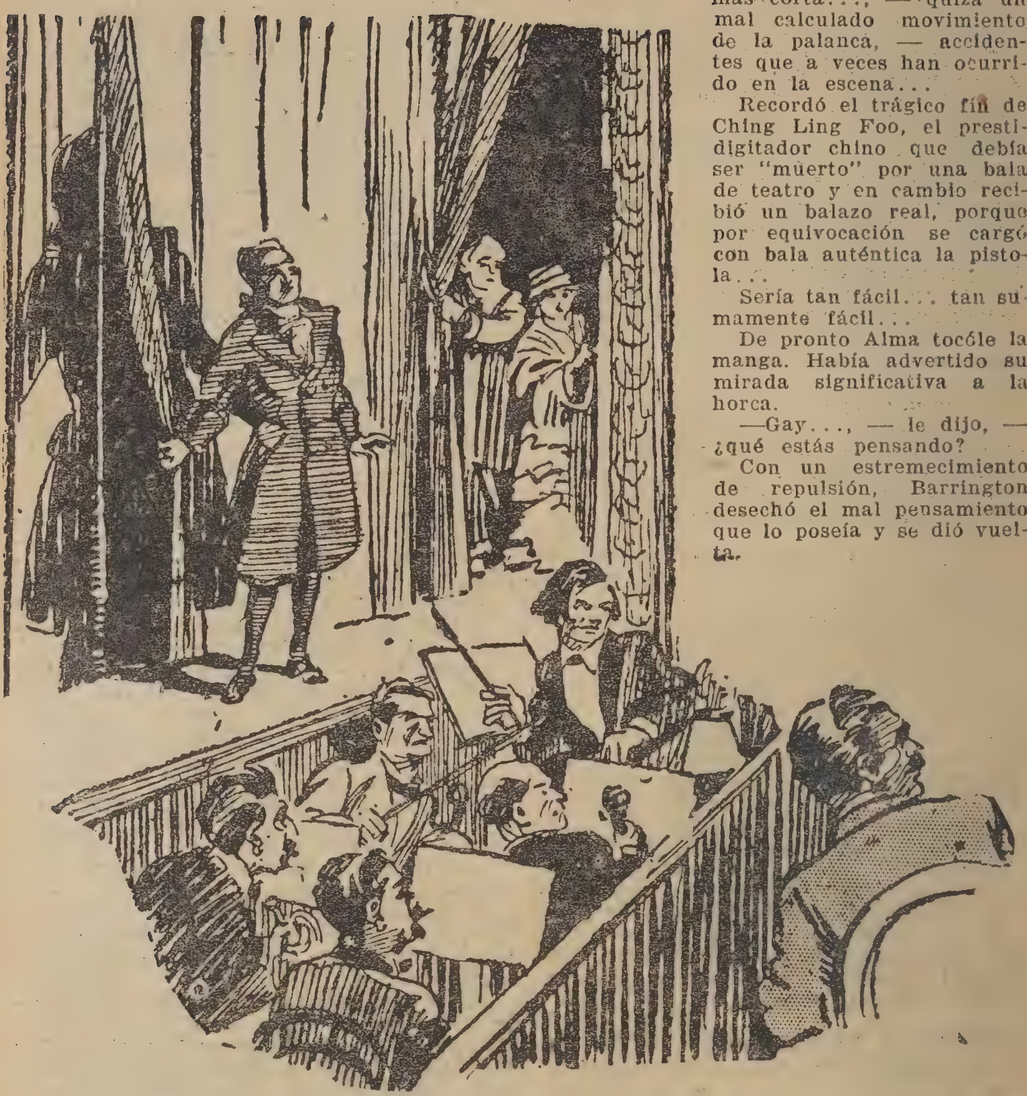
—Seguramente, — contestó el periodista. — Son ahora las cinco y cuarto. ¿Qué os parece para la primera sección. Ya sabéis que la obra se representa dos veces en la noche.

—Me conviene, — dijo Blake. — Tengo muchos deseos de conocerlo a Henry Holt. Su personalidad me interesa.

* * * *

Gaylord Barrington, vestido con su traje gitano, pasóse la borla de los polvos sobre su afeite moreno y se ajustó dos enormes aros en las orejas.

La repentina intromisión de Holt en la pequeña celebración de su compromiso había arrojado una sombra sobre todos los presen-



en el aparato. Una cuerda más corta..., — quizá un mal calculado movimiento de la palanca, — accidentes que a veces han ocurrido en la escena...

Recordó el trágico fin de Ching Ling Foo, el prestidigitador chino que debía ser "muerto" por una bala de teatro y en cambio recibió un balazo real, porque por equivocación se cargó con bala auténtica la pistola...

Sería tan fácil... tan sumamente fácil...

De pronto Alma tocóle la manga. Había advertido su mirada significativa a la horca.

—Gay..., — le dijo, — ¿qué estás pensando?

Con un estremecimiento de repulsión, Barrington desechó el mal pensamiento que lo poseía y se dió vuelta.

tes que ni siquiera una botella de champagne pudo disipar. Holt había rehusado cortésmente beber, con gran disgusto del viejo Folaire. Era ya casi hora de alzarse el telón y Barrington se dirigió tristemente hacia el fondo del escenario.

Estaba seguro de que algo preocupaba al viejo Montague. Y el joven actor presentía que Holt era la causa.

Fumó melancólicamente un cigarrillo y contempló las paredes grises de la celda del condenado en la cárcel de Newgate y cerca de ellas estaba la siniestra silueta de la horca, donde se suponía que William Corder iba a espiar sus crímenes.

Un impulso salvaje, casi irresistible, se apoderó de Barrington. Odiaba a Holt que había hecho todo lo posible por amargarle la vida en la compañía. Suponiendo que ocurriera un percance, que algo funcionara mal

Holt, vestido ya para la representación, se había dirigido al bar del teatro para fortificarse.

En su camarín, Kitty Gay ardía de rabia.

Alma se dirigió al cuarto de Papá Montague. El viejo estaba sentado delante del espejo y su cara ostentaba tantas arrugas y tenía tal expresión de cansancio que apenas necesitaba afeite.

—¿Qué te pasa, tutorcito? ¿Estás enfermo? — preguntóle la joven ansiosamente.

—No, niña, no estoy enfermo, fué la gruñona respuesta. — Vaciló un momento y luego dijo con repentino cambio de tono: — He estado pensando, mi querida, y temo que, como tu tutor, no puedo consentir tu compromiso con el joven Barrington.

—¡Oh!... — **exclamó la joven** horroriza-

ía. — ¿Qué mosca te ha picado? Nos queremos ?...

El la detuvo con un ademán.

—No dudo que Barrington sea un joven estimable; pero tú y él sois muy jóvenes. Se que te parecerá duro e irrazonable, niña; pero, créeme, lo hago por tu bien.

—Pero, tutor, si yo lo amo, — dijo la joven y sus labios temblaron. — Creo que tu conducta es perfectamente odiosa.

Melford Montague se odiaba a sí mismo por el dolor que causaba a la joven y sentía en su corazón un odio asesino contra Holt, que debido al secreto que poseía, teníalo en su poder.

—Algún día, mi niña, te diré el motivo. Pero ahora una razón debe bastarte. No quiero que te cases con Barrington. Créeme, Alma, mi querida, obro en tu propio interés.

—¡Mi interés! — repitió Alma, golpeando el suelo con su zapatito adornado de hebillas. — No comprendo tu actitud. Pareces desear que frecuente la compañía del Sr. Holt. ¿Por qué has cambiado? Una especie de malestar se ha extendido sobre nosotros desde hace unos cuantos días. Hasta Kitty, que antes era tan alegre, apenas me habla.

Melford Montague se aplicó un poco de afeite al rostro con mano temblorosa.

—¿Hay algún médico en el teatro? — preguntó el actor en medio de un profundo silencio. — ¡Aquí hay uno! — dijo Page.

—Hay razones para que no contraríe a Holt, en estos momentos, hija mía, — contestó.

La voz aguda del traspunte resonó en el corredor.

—¡Los primeros del primer acto!

Con los ojos brillantes de lágrimas, Alma Latimer salió del camarín sin decir más palabra.

Entretanto, Kitty Grey se había puesto su traje de cotonía y al hacerlo sacó de adentro de su corpiño un pequeño paquete que contempló con dura sonrisa en sus labios pintados.

El paquete tenía una espantosa etiqueta roja que llevaba escrita la palabra: "Veneno". Debajo ostentaba el siniestro emblema de la calavera y las tibias cruzadas.

Los dedos de la joven se cerraron sobre el paquete, que volvió a meter en su corpiño. Todavía no era momento de usarlo.

VI

"NO ME COLGARAN"

—¿Sabe, patrón, que siempre había deseado ver "María Marten"? — dijo Tínker cuando, acompañado por Blake, Splash y Coutts tomaron asiento en sus butacas.

Mucho antes de que se levantara el telón la sala del teatro estaba completamente llena. Había una tensión eléctrica en la atmósfera, que a Splash parecíale mezcla de ansiedad y morbidez.

—¡Cosa rara ese sueño, Blake! — murmuró mientras la orquesta afinaba.

Sexton Blake cortó el extremo de su cigarro y se instaló cómodamente en la raída butaca.

—No es sin precedentes, — contestó. — Ha habido muchos casos similares y los principios de la telepatía no están todavía develados. Algún día escribiré quizá unas cuantas notas sobre el tema. Es una rama interesante de la psicología.

Tínker examinó el programa, que más tarde estaba destinado a ocupar un sitio en el "Index de Baker Street".

William Corder, Squire de Hertford Manor
Sr. Henry Holt
William Marten, propietario de la Granja Fallow. Sr. Ferdinand Folair
Ana Marten, su esposa
Sra. Isabel Santyre
María Marten, hija de ambos
Srta. Isabel Latimer
Miguel, un gitano
Sr. Gaylord Barrington
Polly, criada de la Granja Fallow
Srta. Kitty Grey
Jack Slowby, "groom" de Hertford Manor
Sr. Tubby Miles
Abogado Phelps
Sr. Melford Montague
Alguacil de Bow Street
Sr. Charles Chipps
Aldeanos, lecheras, guardia cárceles, etc.

Sonó de pronto la campanilla y un silencio tenso se produjo en el público que se recostó en sus asientos pronto a emocionarse ante la resurrección de aquel crimen cometido ciento cincuenta años atrás.

Las candilejas se encendieron y se levantó el telón para el primer acto. La primera escena representaba un soto, próximo a Hertford Manor, y la entrada de William Corder fué saludada con estruendosos aplausos.

Henry Holt, que atraía más al público que la obra, se inclinó ante la tempestad de aplausos y el comienzo de la escena se retardó unos buenos tres minutos.

Sexton Blake estudiaba atentamente el rostro y modales del actor. En esta escena se suponía a Corder enojado, ordenando a sus guarda bosques que buscaran a los cazadores furtivos. Se oyó un tiro. Israel, un viejo gitano (muy bien caracterizado por el útil Chipps) cae herido y muere en brazos de su hijo Miguel; pero no antes de pronunciar un apasionado discurso en una extraña mezcla de "cokney" y un acento de su invención.

Al expirar, con su último aliento, maldice a William Corder y hace jurar venganza a su hijo Miguel. Frenético, Miguel maldice también a Corder y su maldición cuando grita con voz sibilante: "Ojo por ojo... diente por diente y... vida por vida" arrancó estruendosos aplausos al público.

Hasta el rostro de Blake demostró interés. Había algo de emocionante en aquel intenso y viejo melodrama, comparado con la vacuidad de las obras modernas.

Cayó el telón entre aplausos entusiastas. Sexton Blake, agudo psicólogo, había presentido ya una atmósfera desusada y una extraña intensidad en las acciones de la pequeña compañía.

La escena segunda se realizaba en el hogar de los Martens y representaba al Squire cortejando a María. Splash Page que era muy aficionado a las caras bonitas, elogió la naturalidad con que trabajaba Alma Latimer.

—¡Por Júpiter, Blake! Realmente parece que odiara a Corder y creo que ese Barrington representa a lo vivo su papel, — observó después que Alma se despidió tiernamente de su novio gitano.

Luego seguían algunas escenas cómicas entre Tubby Miles y Kitty, que para un observador perspicaz como Blake, parecieron extrañamente forzadas. Sin embargo, aunque astuto, no comprendió Blake que presenciaba una tragedia real en la escena.

Aunque los corazones se rompían, había que seguir. Era otra versión de "Pagliacci", que tiene que cantar y reir para divertir a los otros mientras el mundo se desploma a sus pies.

* * * *

Entretanto una extraña depresión se había apoderado de la compañía, no obstante el entusiasmo del público.

Kitty Grey, cuya presencia no era requerida hasta el tercer acto, estaba sentada tristemente en su camarín. Desde que Holt le había dicho aquella tarde que nada le importaba de ella era como si algo se hubiese roto en su corazón.

Sacó el pequeño paquete azul con su horrible etiqueta y le dió vueltas y más vueltas entre sus nerviosos dedos. La calavera sonreíale espantosamente. Desde el escenario llególe la voz sonora de Holt, — aquella voz que en un tiempo tanto la había emocionado, — y que ahora murmuraba apasio-

padas frases de amor a Alma... y no amor de teatro solamente.

Cierto que las palabras habían sido escritas cien años atrás; pero ella advertía la intensidad del acento y saboreaba la droga de la desilusión.

Sus ojos azules adquirieron dura expresión. Con rápido y decisivo ademán, entreabrió su corpiño y se dirigió furtivamente, de puntillas, al camarín de Holt. Miró a su alrededor y una extraña y torcida sonrisa se dibujó en sus labios al ver sobre la mesa un vaso, lleno hasta la mitad de whisky.

Conocía Kitty la costumbre del actor de beber en los entreactos. Miró el reloj de junto al espejo. La obra se acercaba a su desenlace. Dentro de pocos minutos Holt pronunciaría las dulces palabras con que consigue que María vaya al granero rojo y entonces...

Sus labios rojos se separaron con amarga sonrisa. Sería la última vez que Henry Holt hacía el amor a una mujer.

Un minuto después vaciaba el contenido del paquete en el vaso de whisky y huyó a su camarín... para caer desmayada al suelo.

En la escena, Holt llegaba a la parte más emocionante del drama, el monólogo en la celda de los condenados, antes que lleguen el capellán y el padre de la joven. Pocas veces su actuación había sido más impresionante y el auditorio estaba suspenso de su intensa, aunque melodramática, dicción.

—¡No temo ni a Dios, ni al hombre, ni al diablo! — declamó. — ¡No me colgarán!

Se detuvo y el silencio de la sala se hizo impresionante. Una mujer lanzó un grito histérico en las galerías, que fué seguido por una tempestad de aplausos. Era el gran momento del drama; pero la entrada de Ferdinand Folaire, padre de la joven asesinada, tuvo que retardarse algunos minutos.

El viejo actor acercóse a la celda del condenado con lentos y pesados pasos. Aunque los recursos de la obra eran primitivos había algo de impresionante en la escena en que el padre ruega al impenitente Corder que confiese su pecado.

El omnipresente Chipps, que había muerto en el primer acto y hecho papel de aldeano en el segundo, era ahora un clérigo y añadía sus exhortaciones a las del desventurado padre.

En aquel momento, Montague, en el papel de gobernador de la prisión, anuncia que la ejecución ha sido suspendida porque el coche en que venía el verdugo ha sufrido un accidente.

Corder echa atrás la cabeza y grita triunfante:

—La suerte me favorece. No me ahorcarán.

En ese momento entra Miguel, el gitano, recurso de gran teatralidad, y grita con voz sibilante.

—¡Te equivocas! Yo te ahorcaré, William Corder, pongo al cielo por testigo.

Cayó el telón sobre el dramático cuadro y el público se recostó relamiéndose anticipadamente para la emoción que iba a seguir.

Holt se dirigió desde su celda al camarín y agarró ansiosamente el vaso de whisky.

En el escenario, detrás del telón bajo, Chipps, incongruente con su traje de clérigo, ayudado por Barrington, levantaba la horca, mientras en la sala los murmullos de los espectadores emocionados parecía el producido por el viento al agitar un campo de trigo.

En el rostro de Page había una sonrisa de felicidad beatífica, mientras recostado en su butaca fumaba uno de los cigarros de Blake.

—¡Ah!...

Un largo suspiro se escapó del pecho de los espectadores al levantarse lentamente el telón, a los acordes de la "Marcha Fúnebre" de Chopin.

La luz verde de las candilejas reveló los flacos brazos de la horca contra el fondo gris. En medio del mortal silencio atravesó la escena una lúgubre procesión. Corder, casi desfallecido, a quien sostenía el brazo firme de Miguel con el negro traje de verdugo, el gobernador de la prisión y detrás, libro en mano, el capellán murmurando sus plegarias.

Una risa histérica resonó en la galería, acallada por siseos.

—¡Confiesa, hijo mío, confiesa en los umbrales de la eternidad!

Holt echó hacia atrás la cabeza con aire de desafío.

Blake no pudo menos de admirar la habilidad histriónica del hombre. Era actor hasta la punta de los dedos.

—¿Confesar? No, ¡maldito sea!, no, — dijo mirando salvajemente el nudo corredizo que pendía del travesaño.

Splash Page se golpeó las rodillas con delicia

—Esto es lo que hay que darle al público, — dijo.

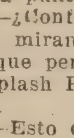
El inspector Coutts, con la galerita firmemente colocada en las rodillas, le apretaba el ala con los dedos, mientras se inclinaba hacia adelante.

Se acercaba el final del drama. Miguel, el gitano, empujó hacia adelante a Corder y él quedó, como una abyecta figura, sobre el cadalso.

—¡Confiesa, Corder, confiesa! — dijo el clérigo.

—No, nunca, — fué la sonora respuesta del condenado, mientras el verdugo ajustaba el nudo corredizo en torno de su cuello.

—¡Sea, entonces! — dijo el gitano.



¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección al

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

Movió la palanca y su grito triunfante resonó en el teatro.

—¡Ojo por ojo, diente por diente, y... vida por vida!

Como una plomada, Corder desapareció por la escotilla y por un segundo o dos el auditorio fascinado no vió otra cosa que el oscilar de la cuerda.

Se oyó un acorde final de la orquesta y el telón cayó.

VII

CUERDA SUFICIENTE

Un clamoroso aplauso resonó en el teatro. En la galería reinaba una verdadera batahola. Las mujeres, paradas en sus asientos, chillaban histéricamente:

—¡Qué salga Holt!... ¡Queremos a Holt!

Los hombres golpeaban con los pies, mientras la orquesta tocaba un aire alegre.

—¡Véalos Blake! — dijo Page — Me parece que no debe abrigarse dudas sobre el veredicto de mañana.

Sexton Blake frunció ligeramente el ceño. Su cerebro frío detestaba cualquier clase de demostración, y aquel histerismo de la muchedumbre le producía más repugnancia que interés.

—¡Qué salga Holt!... continuaba el coro de la galería.

—¡Buen Henry!... No te ahorcarán.

—Me parece que vale bien cincuenta libras — dijo Splash sonriendo — Si esto no hace levantarse en su tumba a María Marten.

—Es escandaloso... realmente escandaloso — interrumpió el inspector Coutts. Proceden como un rebaño de idiotas.

Miró malévolamente a su alrededor y se encasquetó la galera.

El telón permanecía aun bajo. Y Blake, que conocía las costumbres de las compañías ambulantes, se sentía intrigado por la demora.

—¡Holt... queremos a Holt!... seguían gritando en la galería. Y nuevamente el pataleo hizo estremecer el teatro.

De pronto la batahola cesó como por encanto. El telón se levantó por un momento y apareció la alta y majestuosa figura de Ferdinan Folaire.

Aplausos y silbidos lo recibieron; pero él levantó el brazo reclamando silencio. Aun sobre la babel de voces, la del viejo actor resonó claramente.

—Señoras y caballeros, al agradecer vuestra magnífica demostración, lamento tener que comunicaros una mala noticia. Debido al gran esfuerzo nervioso, el señor Henry Holt se ha indispuesto. ¿Puedo pediros silencio?

Instantáneamente cesaron los murmullos.

—¿Hay algún médico en la sala? — dijo Folaire — Tememos que la indisposición del señor Holt sea grave.

—¡Aquí! — gritó Splash Page con voz penetrante, tomando a Blake por el brazo.

Blake frunció el ceño fastidiado. Le molestaban los métodos de publicidad de Splash. Pero no podía evitarlos.

Apresuradamente le abrieron paso. Aunque médico recibido, Blake no ejercía su profesión, y sobre todo detestaba la publicidad que iba a darle la impetuosa acción de Page.

Un rumor de aplausos acompañó a Blake cuando subió al escenario y desapareció detrás de las cortinas, seguido de cerca por Splash Page, que olfateaba otro artículo para su diario.

El señor Ferdinand Folaire hizo una señal a la orquesta, que inmediatamente tocó los primeros compases de "God Save the King".

Sin embargo, el público no parecía dispuesto a retirarse. Los elementos más recalcitrantes seguían cantando monótonamente:

¡Qué salga Holt!

En vano Folaire levantó la mano reclamando silencio. El rostro del viejo actor estaba empapado de traspiración. Se dió vuelta y encontró a Tubby Miles cuyo rostro rubicundo estaba desacostumbradamente grave. Murmuró una palabra y Folaire lanzó un juramento entre dientes.

—Es el único modo de hacerlos salir, muchacho — murmuró Tubby — Sabe Dios lo que ocurrirá ahora, — murmuró con voz quebrada.

Folaire tragó saliva y se adelantó hacia las candilejas. Había cierto magnetismo en la persona del viejo actor, vestido con su traje del siglo XVIII.

—¡Qué salga Holt!... ¡Queremos a Holt! — cantaban las voces — No lo ahorcarán.

—Señoras y caballeros — tronó Ferdinan Folaire — lamento informaros que el señor Holt ha muerto. No puedo decir más, excepto rogaros que abandonéis el teatro lo más ordenadamente posible.

Su voz se quebró.

Se oyó el grito agudo de una mujer.

—¡Muerto!

Luego reinó el silencio, como si el dedo helado de la muerte los hubiera tocado a todos. El inspector Coutts miró a Tinker.

—¡Holt... muerto! — exclamó con acento de incredulidad. Venga, joven; tenemos que investigar esto.

Se abrió paso a codazos, entre la multitud silenciosa que buscaba la salida.

Entretanto, en el suelo polvoriento del escenario, debajo de la sombra siniestra de la horca, Blake estaba arrodillado junto al cuerpo sin vida de Henry Holt.

Alrededor de su cuello estaba todavía anudada la cuerda de cáñamo y su hermoso rostro conservaba su sonrisa desafiante y cínica. Sus ojos sin vida estaban vueltos hacia la horca.

Mientras Blake estaba arrodillado junto al cuerpo y quitaba el lazo, lo rodeaba un pequeño grupo, rumoroso y asustado. Tubby Miles, el pequeño cómico tironeaba nerviosamente el cuello de su blusa. Melford Montague abría y cerraba los puños.

—Temo que no haya esperanza — dijo Blake levantando la vista. La vida se ha extinguido.

Se levantó y sacudióse el polvo de las manos con movimiento decisivo. En aquel momento apareció la fornida figura del inspector Coutts, por entre bastidores, seguido por Tinker.

—¿Qué significa esto? — preguntó con

acento agresivo y dirigiendo una mirada al cuerpo sin vida del actor.

Blake se encogió ligeramente de hombros.

—Es mejor que se lo pregunte al director — dijo — A mí me parece una muerte sospechosa. Coutts sacó su famosa libreta negra de apuntes, sin la cual nunca se movía. Splash Page observó una vez, que dormía con ella debajo de la almohada.

Humedeció el lápiz y miró al pequeño grupo de actores. Splash Page, con su ojo para lo pintoresco, estaba pensando ya el artículo que escribiría para el "Daily Radio". Era aquél un espectáculo bizarro y fascinador. De atrás de las cortinas llegaba rumor de voces, como olas que se rompen en la playa. Alrededor de él con trajes del pasado, estaban agrupados los actores y actrices de la compañía.

Alma se había puesto ya sus ropas de costumbre. El rostro encantador estaba pálido y afligido, mientras se apoyaba en el brazo de su novio, ataviado todavía con el traje sombrío de verdugo.

Montague vestía el sencillo traje de gobernador de la prisión, chaqueta de seda gris y pantalón a la rodilla. Los más incongruentes de todos eran Tubby Miles, con blusa de aldeano y absurdo sombrero, y Charley Chipps, vestido de clérigo.

—Ahora caballeros — dijo vivamente Coutts — yo soy el inspector detective Coutts, de Scotland Yard. Tengo que investigar las causas de la muerte de este hombre. ¿Quién es el director de la compañía?

Melfrod Montague levantó su rostro huraño y su voz temblaba al acercarse al inspector.

—Soy yo — dijo vacilante.

—Tenga la bondad de decirme su nombre, — dijo Coutts y apuntó los datos que le daban en su libreta.

Entretanto, dos policías con el inspector Fletcher de la policía local, habían llegado. Coutts se infló, lleno de importancia, cuando ellos atravesaron el escenario con paso pesado.

—¡Ah! ¿Habeis recibido mi mensaje?

Fletcher hizo un breve gesto afirmativo.

—El médico de policía llegará dentro de un momento, — dijo mirando de soslayo a Sexton Blake.

Coutts hizo las necesarias presentaciones y la actitud del inspector local se trocó en deferente.

—¡Ah, señor Blake! Este es un asunto extraño, — dijo. — ¿Supongo que el pobre hombre habrá muerto de un ataque al corazón? Debe haber sido para él un terrible esfuerzo pasar el día en la investigación y luego trabajar dos veces en la noche.

—¡Al contrario! — dijo Sexton Blake. — Tengo motivos para creer que el hombre ha sido asesinado. No hay signos de hipertrofia ni cardíacos. Ciertamente no se trata de un síncope.

—¡Asesinado! — repitió el inspector local, con horrorizada sorpresa. — ¿Quiere decir que ha muerto por extrangulación?

Sexton Blake se encogió de hombros.

—Prefiero no expresar mi opinión por el momento. Es mejor esperar la llegada del médico de policía.

Una exclamación de horror partió del pequeño grupo. La gente de teatro es notoriamente supersticiosa y cada uno de ellos recordó las desafiantes palabras de Henry Holt "No me ahorcarán".

Había algo de horrible en el pensamiento de que alguien, tan lleno de vida momentos antes, estuviera allí frío e indiferente a la publicidad que había rodeado sus últimos tiempos.

Entretanto Splash Page, con su astucia característica, había sobornado al administrador del teatro local y estaba ahora en comunicación telefónica con el "Daily Radio".

—Prepare una edición especial, Julio, — le gritó. — ¡Henry Holt ha sido ahorcado!

—¿No murió nadie más?—preguntó aquel hombre insaciable.

—¡Váyase al diablo! — gruñó Splash. — Estoy aquí ofreciéndole una historia calentita y todavía no se siente satisfecho. Seguramente que ahora me va a preguntar si estaba asegurado en el "Radio". Le digo, hombre, que Holt fué ahorcado en presencia de todo el público. Yo mismo lo ví.

—¡Dichoso usted! — dijo la voz envidiosa de Julio. — Muy bien, Splash, estoy pronto. Mande todos los detalles espeluznantes lo más pronto que pueda. Le damos carta blanca.

—Así lo esperaba, viejo vampiro, — contestó el periodista.

Cuando volvió al escenario, encontróse Splash con que el médico de policía — un hombrecillo de cabellos grises — había llegado.

—¿Quién descubrió que el señor Holt estaba muerto? — preguntó dirigiendo una feroz mirada a la compañía.

Charley Chipps se adelantó vacilante.

—Yo, señor.

—¿Su nombre?

—Charley Chipps.

—¿Cuándo descubrió usted esto?

—Hace diez minutos, señor. En seguida de caer el telón.

—Eso sería — miró Cutts su reloj, — a eso de las 8.32, entonces.

—Eso es, señor.

—¿Cómo descubrió usted el cuerpo? — preguntó Coutts.

Fué así, señor. Inmediatamente que el señor Holt cayó por la trampa era mi deber, como tramoyista, correr debajo del escenario, abrir la puerta que daba a los bastidores y dejarlo salir para sus saludos finales.

Corrí abajo como de costumbre, abrí la puerta; pero no oí nada. Me alarmé y encendí la linterna. Lo encontré acostado en el colchón, con la cuerda alrededor del cuello. Ví que algo grave había pasado y llamé al señor Miles para que me ayudara.

—Dígame — intervino la voz tranquila de Sexton Blake, — ¿el lazo de esta cuerda no estaba arreglado con un falso nudo corredizo?

—Sí, señor; eso es lo más extraño. El lazo se mantenía unido solamente por una delgada banda de elástico. Ví en seguida que alguien había andado con la cuerda. El se-

ñor Miles y yo nos quedamos pasmados de susto.

Corrí arriba, desaté la cuerda de la horca y entre los dos lo llevamos al pobre Holt arriba, donde usted lo vió, — añadió dramáticamente.

Instantáneamente Splash Page vió el encabezamiento

"Alguien había tocado la cuerda".

Sexton Blake se adelantó y Alma Latiner se extremeció al verlo examinar el lazo de cuerda que había rodeado el cuello del muerto y mirar sugestivamente la negra viga de la horca. Cerró los ojos y tembló de miedo.

—¡Oh, Barry, no puedo más! Es sencillamente espantoso.

Lo miraba con sus grandes y dilatados ojos.

Barrington, cuya mano había movido la palanca que envió a Holt a la eternidad, se humedeció los secos labios y su brazo apretó la esbelta figura de Alma.

—¡Valor, chiquita! — murmuró secamente.

Disimuladamente, el perspicaz ojo periodístico de Splash Page estaba fijo en la pareja. Nunca, en todo el curso de su carrera, había visto algo tan teatral y al mismo tiempo tan dramático como aquel espectáculo imponente de la vida real al pie de la horca.

Barrington con sus sombrías ropas de verdugo; Montague, una figura abrumada de desesperación, y sobre todo aquello la luz verde de las candilejas iluminando la escena con resplandor espectral. Había allí "jugo" suficiente hasta para contentar al insaciable Julio Jones.

Blake, sin embargo, nunca permitía que su frío y analítico cerebro se nublara por las impresiones exteriores. A ojo había calculado cuidadosamente el largo de la cuerda y su mano movido la palanca que abría la escotilla. Introdujo su linterna en la cavidad de abajo. Era una pequeña caída de cuatro pies, más o menos, con un tosco colchón de arpillera para amortiguar el golpe

Frunció pensativo los labios.

De pronto, Montague lanzó un grito inarticulado.

—Fuí yo, caballeros. ¡No puedo soportar más esto! El cielo me perdone... Yo anduve con la cuerda.

Alma lanzó un grito y corrió hacia su tutor.

—¡Oh, no, no, no! — exclamó angustiada.

El viejo levantó su mano, orgulloso y desafiante.

—Yo fuí, — repitió, — Holt, ese perro merecía la muerte.

Coutts se aclaró el pecho y miró significativamente a Sexton Blake y luego a Montague.

—Tengo que advertirle, señor Montague, que todo lo que diga será tomado en cuenta.

—¡Tómelo! — exclamó Montague amargamente. — No estoy avergonzado. La vida me importa poco ahora. ¡Fuí yo!

Splash Page se pasó el pañuelo por la frente.

—¡Diablos! — murmuró a Tinker. — Julio Jones nunca lo creerá. Es demasiado bueno para ser cierto.

VIII

¿QUIEN MATO A HENHY HOLT?

Por un momento o dos reinó silencio en el pequeño grupo.

Sexton Blake fué el primero que habló Sonrió tranquilamente y con aire de serena autoridad se volvió a Coutts.

—Temo que el señor Montague se equivoque, — observó en momentos en que Splash Page se dirigía al teléfono.

—¿Es usted, Julio? — preguntó el dinámico periodista, no bien se estableció la comunicación.

—Seguro que sí, — gruñó el editor de noticias de la noche.

—Holt fué estrangulado por Melford Montague, — informó Splash. — El modificó el arreglo de la cuerda. Dentro de veinte minutos le daré todos los detalles. Acaba de confesar.

—¡Hum!... — gruñó Jones. — No es muy jugoso.

—Splash se echó a reir y colgó el tubo. Cuando volvió al escenario se encontró con que Sexton Blake era la figura central y dominante del grupo silencioso y espantado. Dos policías se habían colocado uno a cada lado del veterano actor, que estaba entre ellos, con la cabeza inclinada.

—Sí, lo lamento, señor Montague; pero temo que no pueda concederse mucho crédito a su declaración. Estoy seguro de que el doctor Parker, aquí presente, me apoyará si digo que la muerte del señor Holt no fué producida ciertamente por estrangulación. No tiene ninguno de los síntomas, ni rostro lívido, ni lengua hinchada, ni ojos salientes. Ni ha muerto por dislocación de las vértebras, que es nuestro modo usual de ahorcar en Inglaterra.

—¿Qué es eso? — gruñó Coutts alzando su vista de la libreta de apuntes.

Blake sonrió irónicamente.

—Si usted modificó o no al arreglo de la cuerda es cuestión que no me toca a mi decidir, señor Montague; — observó. — Pero una cosa es cierta: si quiere medir la distancia del travesaño de la horca hasta el colchón, encontrará que es más o menos de doce pies. La cuerda, como podrá verse pronto prácticamente, mide cinco yardas de largo lo menos; de modo que es tres pies más larga, sin contar la altura misma del hombre.

Se volvió a Chipps, el tramoyista.

—Si quiere prestarme su cinta de medir otra vez, — le dijo tranquilamente, — vamos a verificar ahora lo que digo.

Chipps sacó su cinta de medir del bolsillo y en medio de un tenso silencio, Blake desató la cuerda de alrededor del cuello del muerto y midió de extremo a extremo.

—Quince pies, tres pulgadas y tres cuartos, — anunció. — Calculando el nudo y el lazo, sobran por lo menos diez y ocho pulgadas. En realidad, caballeros, — observó con acento extraño, — es dar demasiada cuerda a un ahorcado.

—¡Bueno... que me ahorquen a mí si entiendo jota de lo que he oído! — exclamó el inspector Coutts, frotándose la áspera barba.

—Ciertamente apoyo la teoría del señor Blake, — intervino la voz seca del médico de policía. — Aunque la muerte del señor Holt no es natural, no se produjo por estrangulación.

Splash Page lanzó un gemido y corrió nuevamente al teléfono.

—¿Qué hay ahora? ¿Otro asesinato? preguntó la voz del insaciable editor de la noche.

—Algo mas, Nerón. El mismo asesinato; pero... diferente. Holt no murió estrangulado. Montague no fué el autor.

—¿Quién fué entonces? — gruñó el editor de noticias.

—No se todavía. Quizá pueda telefoneárselo pronto. Sexton Blake anda metido en el asunto.

—Muy bien. Apúrese con esa historia, hijo, y no se ponga a galantear a las actrices. Lo conozco, muchacho.

Splasg Page se echó a reir y cortó.

Cuando volvió por segunda vez a la escena hallóse con que habían retirado el cuerpo de Henry Holt. Ferdinand Folaire, durante el momentáneo desmayo de Melford Montague, había tenido que atender a la difícil tarea de dar explicaciones al clamoroso público que estaba afuera, formando cola para ver la segunda representación de la noche.

La noticia de la trágica muerte de Holt se había extendido por Hovenden como un reguero de pólvora y la policía contenía con dificultad a la histérica muchedumbre.

Adentro del edificio, Coutts estaba francamente disgustado. Se sentó en el borde de la horca y empezó a masticar pensativo el extremo del lápiz.

—¡Maldito si se que pensar de todo esto, Blake! — exclamó. — Conservaré detenido a ese Montague para la investigación. Pero si Holt no murió estrangulado, ¿quién diablos lo mató?

Un prolongado grito resonó de pronto en el vasto teatro vacío.

El rostro del pequeño Tubby Miles palideció debajo de su "maquillage".

—¡Kitty! — exclamó roncamente.

De pronto salió de entre bastidores la figura de una joven con los ojos dilatados, desgreñada, vestida con un arrugado traje del siglo XVIII. Su rostro estaba convulso cuando avanzó tambaleándose.

—¡Ay!... ¡Ay!... — gimió. — Lo vi cuando lo llevaban en una camilla... muerto... muerto. ¡Yo lo maté!

Blake llegó a tiempo para sostenerla. Alzóla suavemente entre sus fuertes brazos y movió su cabeza en dirección a Coutts.

—Creo que será mejor que la llevemos a uno de los camarines, — dijo. — No hay por qué permanecer toda la noche en el escenario.

Coutts infló sus carrillos con aire de importancia.

—¡Que nadie salga del teatro sin mi permiso! — ...

vaba a la joven desvanecida entre sus brazos.

Tubby Miles, aquel clown trágico, los siguió en silenciosa desesperación.

Blake colocó a Kitty en un sofá, en el camarín de Alma Latimer. Esta estaba casi atontada por los cambios kaleidoscópicos que se habían producido en su vida en las últimas y pocas horas.

La señora de Ferdinand Foilaire, una persona muy capaz, era la única persona de la compañía que no había perdido la serenidad. En aquel momento de tragedia justificó los elogios de su marido.

Sexton Blake, con la grave y tranquila cortesía que lo caracterizaba, logró infundir un poco más de seguridad a la pequeña compañía y hasta suavizar la agresividad del inspector Coutts.

Bajo los ciudados de la señora Folaire, Kitty recobró el conocimiento. Sus párpados se abrieron revelando sus ojos, dos abismos de desesperación. El pequeño Tubby Miles estaba sentado en un canasto, mudo y aterrado.

—¿Está mejor? — dijo Blake con bondadosa y alentadora sonrisa a la joven. — Ahora, señorita Grey, ¿quiere tener la bondad de explicarnos qué quiso decir al referirse a la muerte del señor Holt?

Kitty miró salvajemente a su alrededor.

—¡Le digo que yo lo maté! — declaró con repentina intensidad. — Lo odiaba... a ese bruto. Ya sé que soy una asesina, — añadió con risa indiferente. — No necesita molestarse en hacer preguntas. Se lo contaré.

Del corpiño de su arrugado traje de cotonía, sacó un pequeño paquete gris.

—Aquí está el veneno, señores detectives. Yo lo puse en su bebida. Y ahora, podéis ahorcarme

Coutts avanzó, libreta en mano; pero Blake lo detuvo con impaciente ademán.

—Señorita Grey, — empezó Coutts, — es mi deber informarla a usted...

—¡Cállese, hombre! — lo interrumpió Blake irritado, agarrando el paquete con la etiqueta roja. Examinó el contenido e hizo una pequeña mueca. — Ahora, señorita Grey, — dijo con voz firme aunque bondadosa, — tenga la bondad e decir exactamente lo que significa su declaración.

Con voz entrecortada, contó Kitty como se había comprometido con Henry Holt; que él le había dicho mantuviera secreto el compromiso hasta que hubieran firmado un contrato para trabajar juntos en una compañía de comedias en Bradman. Describió sus emociones cuando esa noche oyó a Holt, en el papel de William Corder, hacer el amor a Alma y los celos insensatos que se apoderaron de ella.

Coutts anotaba, impasible, las declaraciones en su libreta. Blake escuchó pacientemente el relato de la joven.

—Tenga valor, señorita Grey; — le dijo con dulzura — quizá las cosas no sean tan negras como parecen.

Coutts se aclaró el pecho. Aunque brusco y torpe en sus maneras, era hombre bonda-

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI *por Debeck*

Mientras Blake estaba arrodillado junto al cuerpo, el grupo silencioso de actores lo rodeaba, con sus trajes incongruentes, en aquella escena artificial.

doso y había momentos en que odiaba su deber.

—Señorita Grey, — le dijo — lo siento; pero tengo que detenerla como sospechosa del asesinato premeditado de Henry Holt.

—!No, por el cielo, no lo hará usted! — gritó Tubby Miles, saltando de su canasto. — Ella es inocente. Yo le diré la verdad, inspector. ¡Fuí yo quien lo mató!

IX

LOS CRISTALES ROJOS

—Splash Page, hijo mío, está usted borracho. Eso es lo que pasa — tronó la indignada voz de Julio Jones a través del alambre — Primero me dice que Holt fué extrangulado; luego que envenenado por esa Kitty Grey. Y ahora, por el rey David, me sale con que fué el cómico. ¡Supongo que el pobre hombre se habrá muerto de risa al oír sus chistes!

Splash Page suspiró pacientemente.

—Cuando haya terminado de rabiar, cosa que no le conviene, mi viejo doctor Crippen, tenga la bondad de escucharme. Primero, la última vez que Holt apareció en público fué indudablemente cuando desapareció dentro de la escotilla, a presencia del auditorio, que incluía personas tan conocidas como Sexton Blake, yo y el inspector Coutts, de Scotland Yard.

El director de la compañía confesó que había andado con la cuerda; como y por qué no se ha establecido todavía. Sexton Blake probó de un modo concluyente que Holt no fué ni desnucado ni extrangulado, que era imposible se hubiera producido de ese modo su muerte.

—Quizá se trata de una muerte natural— dijo Julio Jones decepcionado.

aquí a Blake para desenredar la madeja.

¿No le parece una historia, papá Julio?

—¡Hum!... ¡Hum! ... no hay más que un cadáver — replicó aquel hombre flemático.

—Julio, Nerón era un chico de escuela, comparado con usted, se lo diré a todo el mundo — dijo Splash Page y colgó el receptor furiosamente.

Eran casi las once Kitty Grey había sido llevada a la estación de policía de Hovenden. Su fiel admirador, Tubby Miles, había sido arrestado también.

Sexton Blake se paseaba por el camarín de Holt; los ojos alerta, el cerebro en actividad, cerniendo, analizando los testimonios contradictorios que había oído aquella noche.

Cuando Splash entró al camarín, encontró al gran detective paseándose, envuelto en una niebla de humo de tabaco.

—Oiga, Blake, — le dijo — maldito si entiendo todo esto. Pero me parece que ese Holt debe haber sido un buen peine. Nadie lo quería en la compañía. Parece que ejercía cierta presión sobre el viejo Montague... tan molesta que al viejo se le ocurrió arreglar **la cuerda.**

—¡Qué natural, ni natural! — replicó Page. — Le digo, hombre, que el actor fué asesinado.

El director Montague se desmayó cuando Blake demostró su inculpabilidad. El médico de policía corroboró la teoría de Blake. Después de esto vino la dramática confesión de Kitty Grey, que declaró haber envenenado el whisky de Holt, mientras éste trabajaba en el último acto. Esto fué negado terminantemente por el cómico, Tubby Miles, que aseguró ser el asesino.

Es un verdadero lío. **Felizmente tenemos**

—Pero no la corto lo suficiente — dijo Sexton Blake.

—Luego está esa muchacha. Grey Holt debe haber sido muy canalla con ella, porque no tiene tipo de asesina. Sin embargo, sacó el paquete de veneno y declaró francamente haber matado a Holt.

Blake se sentó y medio cerró los ojos. Coutts se había ido a la policía y el hombre de Baker Street quedó solo para aclarar el extraño misterio de la muerte de Holt.

—Las mujeres son incomprensibles, Splash — dijo — En cuanto a ese simpático y pequeño idiota de Tubby Miles, salta a la vista que se confesó autor del crimen para salvarla a ella. No tiene más que ver con el asesinato que... bueno que la señorita Grey.

—¿El qué? — exclamó Splash Page. — Después de haber entregado el paquete con veneno y confesado va usted a decirme que ella no mató a Holt?

—Ciertamente que lo hago — contestó Sexton Blake — Como asesinos y asesinas los actores de esta compañía me resultan tan ineptos como el mismo William Corder — Dejó oír una risita seca.

—Mire esto, joven, — prosiguió señalando un rincón del camarín donde se veían los fragmentos de un vaso roto, junto con una mancha roja que el periodista calificó instantáneamente de sangre.

—Se equivoca — dijo Blake con una sonrisa antes de que el otro hablara. Su don misterioso de leer el pensamiento ajeno había sorprendido más de una vez al periodista.

—¿A dónde quiere usted ir a parar, Blake? — interrogó desesperado. — Permanece usted ahí sentado, como una viejo Esfinge, abre la boca y... no sale nada, como dice Ruff Hanson.

Blake se dirigió hacia el rincón donde estaban los fragmentos del vaso. De su cartera sacó un pequeño sobre y con mucho cuidado metió unos pocos de los pedazos de vidrio en él. Garabateó unas cuantas palabras en el ángulo superior izquierdo del sobre.

—Tengo qeu dejarle algunas pruebas para Coutts y sus alegres subalternos — anunció. Y cuidadosamente agarró una botella de whisky que había sobre la mesa de tocador del actor muerto.

Splash se fijó en que la había agarrado con mucho cuidado, por el borde del fondo. El detective la alzó hasta la luz y miró el medio litro de líquido dorado que contenía.

—La señorita Grey dijo que había vertido el veneno en el vaso de whisky que Holt tenía costumbre de beber antes de salir para la escena final de la ejecución — dijo Splash Page. — ¿Por qué examina con tanta atención esa botella, Blake?

El hombre de Baker Street colocó suavemente la botella sobre la mesa.

—Me interesa — dijo. — ¿Concede usted importancia a los símbolos, Splash?

—¿A los símbolos?.. ¿Qué quiere usted decir?

Blake sonrió extrañamente.

—Simplemente, mi querido amigo que esta etiqueta es realmente negra.

El periodista encendió un cigarrillo.

—¡Oiga, viejo! — Esta ha sido una noche magnífica; pero por Dios, desearía me diera algún consejo sobre la línea de acción Miles es completamente inocente?

—No queda la menor duda. ¿No ve que está loco perdido por la muchacha, Ketty Grey y que su absurda confesión es un gesto para salvarla?

—Pero, en nombre del sentido común, Blake, ¿y ese crimen de Bendover? Podemos hablar libremente ahora; pero las apariencias contra Holt eran terribles. Todos esos testigos que aseguraron en el tribunal haberlo visto cerca de la casa del confitero a la hora en que el crimen fué cometido, constituían una acusación formidable contra él.

¿Qué hará Coutts, ahora que ha muerto? Por lo que veo, la causa tendrá que cerrarse.

—¿Usted piensa, naturalmente, que Holt asesinó a William Lewis?

—Yo no se ya que pensar. El caso es superior a mi entendimiento. Conozco sus métodos Blake; pero maldito si entiendo a donde quiere ir a parar esta noche. ¿Fué Henry Holt envenenado antes de ir a la horca o...?

—La autopsia revelará eso mañana, — dijo Blake pensativo fumando su pipa.

Por un momento o dos su mirada estuvo fija en los fragmentos de vidrio, en el rincón de la pieza; luego acercóse a la mesa tocador del difunto y observó el reloj que estaba sobre ella.

—Ahora hará diez minutos, — observó.— Esto no carece de significación, en vista de lo que ha declarado Kitty Grey.

—¿Pero qué significa ese vaso roto en el rincón? — preguntó Splash sorprendido.

—Deben haber sido los ratones — contestó Blake imperturbable — O quizá arenques ahumados.

—¿Ratones, arenques ahumados? No lo entiendo, viejo.

Blake se encogió de hombros.

—Ya tiene datos bastantes para su artículo, muchacho. Quizá mañana me explicaré. Es tarde y creo mejor que nos vayamos a la cama, porque mañana promete ser un día interesante.

X

EL SECRETO DE MELFORD MONTAGNE

El inspector Coutts estaba muy preocupado. Generalmente, los casos más excitantes no le impedían dormir; pero aquel fin inesperado de la carrera de Holt le había quitado el sueño.

En primer lugar temía que el Comisario en Jefe de la Yard lo hiciera responsable por el desastroso final de la investigación de Bendover.

El estaba en su interior, perfectamente convencido de que el asesino de Williams Lewis había sido Holt. El único punto débil en el testimonio de la policía era que no se había encontrado rastro de la cachiporra.,

Coutts se pasó varias horas en la estación

de policía local; pero no recibió mucha ayuda del jefe, un hombre flemático, convencido de su propia importancia. Cuando, por consiguiente, presentóse al otro día, a las diez de la mañana en el hotel de Blake, su irascible temperamento había llegado al punto máximo.

Blake, tranquilo e imperturbable como siempre, advirtió el estado nervioso de su colega y ofrecióle uno de sus cigarros.

Coutts sentóse en una silla, con un gruñido:

—Me parece qeu yo voy a pagar el pato — dijo — Sabe Dios lo que El Director de las Prosecuciones Públicas va a pensar de mí. Se harán interpelaciones en el Parlamento y...

—Tranquilícese, querido amigo — le dijo Blake — Recuerde que los crímenes más espectaculares son los más fáciles de resolver. Los pequeños y comunes, como ese de Bendover, cuestan más. Aquí tenemos a un respetable comerciante, el señor Lewis, brutalmente asesinado por uno de los tantos ladrones o malhechores que andan por ahí; pero no ciertamente por Holt.

El carácter de éste puede haber sido — ¿diremos indeseable? — pero como perito en psicología, estoy convencido de que era incapaz de tan sórdido crimen.

Coutts se alisó el hirsuto bigote.

—Bueno... para decir la honrada verdad, me encuentro completamente desorientado, Blake. El asesinato de Holt ha derrumbado todo mi cuidadosamente construído andamiaje.

Le ruego me ayude viejo.

Aquella confesión debió costarle a un hombre del carácter de Coutts. Blake le palmeó el hombro con uno de sus raros gestos de afecto.

—Mi querido amigo, como sabe, estoy a su disposición. Siempre ha sido para mí un camarada leal y si puedo serle útil en este asunto, me sentiré encantado.

Tengo respecto al crimen cierta teoría que puede o no resultar confirmada.

—¿Algo nuevo? ¡Oh Blake! escuche. He examinado hasta el cansancio los hechos — protestó Coutts. — He interrogado más de cincuenta testigos y admito que el único punto débil en nuestro caso contra Holt es que no se ha hallado el arma del crimen.

—De acuerdo — dijo Blake secamente— Ahora bien, ese Lewis era confitero y tabaquero, según creo. ¿Naturalmente registró usted bien la tienda?

—Seguramente e hice sacar su fotografía media docena de veces.

Buscó en su bolsillo y sacó una fotografía que dió al detective.

Blake la examinó minuciosamente y una luz extraña brilló en sus perspicaces ojos.

—¿Quién ha quedado ahora a cargo del negocio? — preguntó.

—Nadie. Lewis era viudo. La casa se cerró hasta después de la investigación.

—¡Espléndido! — dijo Sexton Blake, y como Tinker se adelantara en ese momento, volvióse al joven y añadió:—Saca la Pantera Gris del garage. ¿Supongo no tendrá inconveniente en que lo acompañe a Bendonver, Coutts? ¿Seguramente tendrá usted acceso a la tienda de Lewis?

—Seguro. Pero le digo, Blake, que es inútil buscar más indicios. He pasado por lo menos una semana estudiando cada punto débil del caso. Es ahora mucho más importante descubrir quien mató a Holt.

—Es claro — dijo Blake pensativo. — En cierto sentido. Holt se mató a sí mismo.

—¿Quiere decir que se suicidó, preocupado por el probable resultado de la investigación? — preguntó Coutts.

—No, no quiero decir eso. Era demasiado vano y egoísta para acariciar ideas de suicidio. Creo, sin embargo, que investigando su vida pasada, hallaremos motivo para el asesinato.

Blake agarró nuevamente la fotografía. Representaba el interior de una tabaquería, agencia de revistas y confitería. Había tarros con caramelos sobre el mostrador, paquetes de cigarrillos y revistas en sus soportes. Una cruz blanca señalaba el sitio donde fué hallado el cuerpo del infeliz comerciante. Había distintos artículos, arreglados en estantes, detrás del mostrador, pipas, encendedores de cigarrillos, bastones, etc.

—Curioso e interesante — dijo Sexton Blake — Me parece, querido amigo, que con todo el respeto debido a la Yard, no ha visto el bosque por los árboles.

—¿Qué diablos quiere decir? — gruñó Coutts.

—Exactamente lo que digo — contestó Blake y sólo después comprendió Coutts la sutileza de su observación.

* * * *

El pequeño pueblo de Hovenden estaba lleno de animación. El hotel que, fuera de los días de mercado, hacía poco negocio, estaba ahora lleno de jóvenes periodistas, sedientos de noticias.

Splash Page, que era héroe entre sus envidiosos colegas, sentíase algo intrigado por la ausencia inexplicable de Sexton Blake, que no volvió a Hovendon hasta las siete y media de la noche.

Blake había tenido una tarde afortunada, a juzgar por el color que animaba sus ordinariamente pálidas y delgadas mejillas.

Coutts tenía un asunto importante que tratar en la estación de policía local, así que cuando Blake entró a su sala sorprendióse al saber que el director de la compañía y veterano actor Melford Montagne hacía casi media hora que lo esperaba.

—Señor Blake, — dijo el viejo con voz temblorosa — no se lo que pensará usted de mí; pero me pongo enteramente en sus manos. Me han dicho que es bondadoso con los que se hallan en situación angustiosa. Virtualmente, soy un asesino, torturado por los remordimientos.

Blake advirtió que el hermoso rostro del viejo estaba pálido y marchito; sin embargo no pudo reprimir una secreta diversión al ver que, aun en sus momentos más serios, no podía Montague prescindir de la teatralidad.

El viejo extendió su mano temblorosa y dijo con voz sonora.

—Soy culpable de haber intentado asesinar a Holt, señor Blake. Y mi castigo es más grande que la culpa, créame; porque mis motivos eran justos.

Extendió la mano, como si estuviera en la escena. Blake sonrió.

—Teóricamente, como es natural, debería estar usted arrestado, señor Montagu. Y probablemente, si los testimonios no hubieran sido tan claros, el inspector Coutts lo tendría aún a usted entre sus garras. Dígame francamente ahora, ¿por qué odiaba a Holt?

Por toda respuesta el actor sacó de su bolsillo un recorte de diario, amarillo por el tiempo.

—Estos son mis motivos, señor Blake.

Blake agarró el recorte y vió que tenía quince años de antiguedad. Su cerebro enciclopédico recordó enseguida el asunto a que se refería. Los encabezamientos, algo borrados, decían:

TRAGEDIA TEATRAL

ACTOR MUERTO DE UN BALAZO POR SU ESPOSA

LA VICTIMARIA, QUE OBRO MOVIDA POR LOS CELOS, SE SUICIDA

—Ese es el motivo de que yo odiara a Henry Holt — dijo el viejo — Jorge Latimer era mi mejor amigo. Su mujer... ¡Dios me perdone!.. — su voz se quebró. — "De morturis nil nis! bonum" como reza la frase latina. — añadió. — Ella era aficionada a la bebida y desconfiada. Una noche que trabajábamos en Macclesfield, acusó a Jorge de intriga con otra mujer. Le disparó un balazo y se suicidó con la misma pistola. La hija de ambos, Alma, era entonces una niñita y yo me encargué de ella, como amigo de su padre. Siempre traté de ocultarle la tragedia que costó la vida a sus padres, el hecho de que su madre hubiese sido una asesina.

De un modo u otro, Holt se enteró de la tragedia. Yo había criado a Alma en la creencia de que sus padres habían sido la pareja más adorable del mundo. Holt me amenazó con revelarle la verdad a mi niñita, e menos que accediera a sus deseos permitiéndole enamorar a mi pupila.

Eso es todo, señor Blake, — concluyó el viejo — Si mi querida Alma supiera que el padre y la madre cuya memoria ha idealizado...

No terminó la frase; pero fijó sus ojos abstraídos en el fuego.

La respuesta de Blake fué característica.

—No creo necesario que la señorita Latimer se entere nunca del desastroso fin de sus padres — dijo.

Y arrojó el recorte de diario a las llamas.

XI

BLAKE RECAPITULA

La señora Bardell, ama de llaves incomparable de Sexton Blake, estaba, como ella misma decía, molida.

Había transcurrido una semana desde el dramático final de "María Marten". Infinidad de visitantes habían concurrido al estudio del famoso detective de Baker Street durante el día. Altos oficiales de la Yard, distinguidos abogados y viejos amigos como Splash Page, Coutts y el inspector Windslow, del Departamento de Impresiones Digitales. tales.

Eran como las cuatro de una tibia tarde de primavera.

La señora Bardell estaba acalorada. Por vigésima vez había sonado el timbre aquel día y ahora se encontró delante de un hombrecillo de nariz roma, rostro resplandeciente y ojos picarescos, al que acompañaba una joven fuy linda, vestida con sencillo traje "tailleur".

—¡Buenas tardes! — dijo el hombrecillo. —¿Está el señor Blake?

—Está arriba — contestó la señora Bardell, — en su consultorio ¿Tiene cita con él?

—Sí, tengo, — contestó el hombrecillo. —Mi nombre es Tubby Miles.

Sacó de su bolsillo una tarjeta de visita, muy decorativa, y se la dió al ama de llaves.

—Por aquí, tenga la bondad — dijo la señora, mirando severamente a la joven de ojos graves que acompañaba al pequeño cómico.

Respirando estertorosamente, la señora Bardell subió la escalera y llamó a la puerta del consultorio de Blake. Se oía detrás rumor de voces que dominó la tranquila de Blake diciendo:

—¡Adelante!

—Aquí hay un caballero y una señorita que quieren verlo, señor, — anunció la señora Bardell — Se llama Smiles... Chubby Smiles.

Blake que estaba indolentemente sentado en un sillón, miró a sus tres compañeros Coutts, Splash Page y Tinker.

—Haga el favor de decirles que pase, señora Bardell.

—Creo que sólo necesitamos tres visitantes más para tener el círculo completo — dijo Blake, cuando el ama de llaves salió.

Ella volvió a bajar y subir de nuevo, conduciendo a Tubby Miles y a Kitty Grey.

Splash Page se inclinó hacia adelante. De su bolsillo sacó un cheque en blanco que tenía el membrete del "Daily Radio" y estaba firmado por Lord Faversham, el famoso noble periodista.

—Ahora, Blake, — dijo riendo — arreglemos cuentas. El jefe me ha ordenado que consiga un informe exclusivo suyo respecto a este asunto de María Marten y de Bendover. Llénelo con la cantidad que le parezca; para el "Radio" el único límite es el cielo.

—Y creo que la audacia suya pasa ese límite — gruñó el detective Coutts.

Blake presentó al cómico y a Kitty.

—Creo que ya os habéis visto antes, amigos, aunque en circunstancias menos favorables.

Tubby Miles daba nerviosamente vueltas a su sombrero y un profundo rubor cubrió las pálidas mejillas de Kitty Grey cuando se sentó.

—Y ahora — dijo Sexton Blake haciendo una guiñada al cheque en blanco que Page había colocado tentadoramente delante de él — creo es mejor se prepare para su historia exclusiva.

Lentamente llenó su pipa de agavanzo. En la semana pasada el detective había trabajado con energía incansable para resolver el misterio de la muerte de Holt. Entraba en sus planes que tanto Kitty Grey como Tubby Miles fueran puestos en libertad y el inspector Cutts, muy intrigado, seguíalo estando respecto a los obscuros motivos de Blake.

—Le ruego me perdone si el tema que voy a tocar es un poco penoso, señorita Grey — dijo Sexton Blake — Pero, francamente, si quiere convertirse realmente en asesina tiene que estudiar algo más sobre toxicología.

El permanganato de potasa es un excelente germicida ya lo se; pero aunque, en su concepto, el señor Holt fuera menos que un microbio, fué poco juicioso en usted, por decir lo menos, intentar envenenarlo con una substancia química inofensiva.

—¿Permanganato de potasa? — preguntó Kitty Grey vagamente. — No... no comprendo.

—Tenga la bondad de alcanzarme las pruebas A. B. y C., Tinker; — dijo — así podré aclarar el misterio de la repentina muerte del señor Holt. No se si estáis enterados del resultado de la autopsia, realizada por el doctor Bernard Pembury. Holt fué envenenado y por lo menos se encontraron tres granos de antimonio en su cuerpo. El antimonio, no necesito decirlo, nada tiene que ver con el permanganato de potasa.

—¡Envenenado con antimonio! Eso es nuevo para mí — exclamó sorprendido Splash Page.

—Muy probablemente — contestó Sexton Blake secamente. — Mi amigo Coutts y yo hemos estado muy ocupados durante la semana pasada y nuestras investigaciones no son todavía **concluyentes.**

—Pero, **oiga** — **dijo el** detective ansiosamente — vamos **a poner los** puntos sobre las íes.

¿Quién mató a **Henry** Holt y por **qué**? La señorita Grey, **aquí** presente, dice que intentó envenenarlo...

—Probablemente así fué, — dijo Blake. — Pero no voy a entrar en averiguaciones sobre el particular — añadió, mientras Tinker le alcanzaba el pequeño paquete que ostentaba la palabra "Veneno".

Dentro había tres o cuatro pequeños cristales, color negro azulado, y Blake se volvió con un encogimiento de hombros al periodista.

—Se necesitaría considerable cantidad de esto para matar a alguien — observó — Ahora señorita Grey ¿quiere tener la bondad de repetir lo que declaró antes de ser puesta en libertad?

—Ciertamente, señor Blake — dijo la joven vacilante, con una tímida mirada al radiante Miles.

—Yo estaba horriblemente celosa de Henry. Había prometido casarse conmigo y... y... Sus labios temblaron un momento; pero, con un gran esfuerzo continuó:

—¡Oh no se! Debo haber estado loca. Encontré este paquete marcado "Veneno" entre mis cosas. Sabía que entre el acto III y IV, Henry iba a su camarín a beber. Había medio vaso de whisky sobre su mesa y cerca una botella, con etiqueta negra. Miré su reloj y supe que llegaría al camarín dentro de medio minuto, después de terminada su escena. Eché los cristales en el vaso y oí sus pasos que bajaban del escenario.

Tuve apenas tiempo de llegar a mi camarín y caí desmayada, creo...

—Muy bien — dijo Blake con una sonrisa. — Si su reloj no hubiese estado atrasado, probablemente hubiera usted visto y apreciado su error. El señor Henry Holt quedó sin duda muy sorprendido al ver un aparente milagro moderno: que su medio vaso de whisky con agua se había convertido en vino.

Como sabéis, el permanganato de potasa tiene la propiedad de comunicar a cualquier líquido acuoso color rojo, semejante al oporto. Esta pobre y mal inspirada joven no se detuvo a observar el efecto producido por los cristales.

—Yo reconstruyo así el crimen,—continuó el detective — Holt entró, acalorado por su éxito, agarró el vaso de whisky y comprendió que algo le había pasado a su bebida.

Siendo hombre de genio pronto, tiró el vaso a la estufa. Examinando con microscopio los fragmentos no queda duda de que así fué. Pero él ya había bebido antes.

—¡Está bueno! — exclamó Splash Page — Y yo que creí que lo que había en el suelo era sangre. ¡En cambio se trataba de..!

—Fluído de Condy — dijo Blake — Había un arenque ahumado en el rastro. Recordará usted que le llamé la atención acerca de la botella de whisky. En aquella circunstancia había que hacer algo. Averigué que Holt había comprado la botella en la Corona y la Rosa, media hora antes de empezar la función. Fué un paso elemental mandar

analizar el whisky y tomar las impresiones digitales de la botella.

Había solamente dos clases de impresiones digitales en la botella que como sabéis, se vende generalmente envuelta en papel fino. Encontré ese papel, hecho una bola, en un rincón de la pieza. Mi amigo Coutts, aquí presente, obtuvo las impresiones digitales de toda la compañía, incluso las del muerto y...

Blake se detuvo al sonar un golpe en la puerta; la señora Bardell, sin alientos, anunció tres visitantes más.

Sexton Blake tuvo algún trabajo para descifrar los nombres dichos en el extraño inglés de la señora Bardell.

Toda colorada ella anunció:

—Lady Alimony Fatima y Mr. Gaybird Worthington, con Mr. Charley Chip; dicen que los han citado aquí.

Los labios movibles de Blake dibujaron una sonrisa.

Había momentos en que los anuncios de la señora Bardell ponían una nota cómica en la austeridad del consultorio.

Los ojos de Splash Page brillaron cuando entró Alma Latimer, escoltada por su novio, Gaylord Barrington, seguidos por la robusta y alegre figura de Chalery Chipps.

Splash se preguntó que hacía el pequeño tramoyista en aquella reunión.

Blake los saludó a todos.

Alma Latimer miró al famoso detective. Vestido con su bata familiar y envuelto en humo, los ojos de Blake se fijaron pensativos en las arrugadas facciones de su amigo Coutts y luego en Gaylord Barrington.

—Se me ha pedido explique un misterio que os concierne a todos — dijo.

Levantóse con las mejillas ligeramente coloradas.

—Y bien, damas y caballeros — dijo — Os he invitado aquí esta tarde, principalmente porque todos estamos más o menos interesados en aclarar el asesinato de Holt. Antes tengo qeu rendir tributo a mi amigo y colega, inspector Coutts, que ha ayudado eficazmente a resolver este caso.

Coutts tosió ligeramente.

—Es usted muy bondadoso, Blake; pero sabe muy bien que todavía estoy casi a obscuras. Si no hubiera sido por usted, le digo francamente que todo permanecería en el misterio.

Blake sonrió al intervenir Splash Page impetuosamente.

—Lo que yo y todos deseamos saber, Blake, — dijo, — es quien, cómo y por qué mató a Henry Holt. Hay un editor de noticias medio enloquecido y diez rotativas prontas, para anunciarlo a todo el mundo, en Fleet Street.

—Tengo aquí unas cuantas pruebas relacionadas con lo que mi amigo Page llama el 'Asesinato de María Marten", — prosiguió Blake sin apresurarse. — Antes de exhibirlas voy a formular mi teoría sobre el asesinato.

"Como criminalista me han preguntado muchas veces, personas más o menos interesadas cuál es la mejor hora y lugar para cometer un crimen. Muchos homicidas eligen un sitio desierto, tal como un "bungalow" solitario o un viejo edificio aislado. En esto cometen, creo, un error. La soledad del sitio hace más probable el arresto.

"El transeunte recuerda con más facilidad al que ve en un lugar solitario que al mismo hombre en un sitio concurrido. Pero el criminal realmente hábil, — que siempre es agudo psicólogo, — estudia su crimen y, si es prudente, elige el sitio donde haya más gente.

"Yo considero que el sitio ideal para cometer un asesinato es un lugar bien concurrido, como la Copa Final, en Wembley, o las Downs de Epsom, el día del Derby. La atención de la multitud está fija en el juego o en la carrera y de diez casos en nueve, un asesino puede escapar sin ser notado.

"Igualmente, — aquí los ojos de Blake descansaron en el hermoso rostro de Barrington, — un asesinato cometido en un teatro, con la atención del auditorio absorto en la escena, tiene más probabilidades de quedar impune que si se realiza en un edificio solitario de Londres.

Reinó un pequeño y tenso silencio. Luego Blake, lentamente, levantó un paño que cubría la mesa.

—Ahora voy a exhibir nuestro pequeño museo.

Sacó un pequeño sobre sin cerrar.

—Primero vamos a enterarnos de esto. Es la declaración, debidamente testificada, de un hombre llamado Lawrence Smith, conocido por El Rengo Smith. Se encuentra en estos momentos en grave estado, en la enfermería de la cárcel de Wandsworth. Hizo esta declaración voluntariamente al inspector Coutts. Fué capturado ayer, después de una desesperada resistencia, en una de sus guaridas, cerca de Shinwell.

En ella confiesa que mató a William Lewis y, afortunadamente tiene ahora la policía muchas pruebas tangibles de cómo y por qué.

—Sí; y nunca las hubiéramos conseguido sin usted, Blake, — interrumpió Coutts, rindiendo generoso tributo a su colega. — Usted me dijo hace una semana cuando fuimos a la casa de comercio del pobre Lewis, en Bendover, que no había visto el bosque por los árboles.

Blake sonrió y tomó una fotografía.

—Estos son los árboles, — dijo, señalando una hilera de bastones, que estaban colgados detrás del mostrador, de la tienda del muerto. — En un sentido al menos, demostró El Rengo Smith ser hombre de ingenio. Confiesa que entró a la tienda para forzar el cajón del dinero y fué descubierto por Lewis. Llevaba para apoyarse un bastón, porque es un rengo como lo indica su apodo.

"Pególe al comerciante en la cabeza con el pesado y curvo puño, sólo con idea de atontarlo. Desgraciadamente, el golpe fué demasiado fuerte, y comprendiendo lo que había hecho, huyó hacia la concurrida calle Principal.

"Comprendió, sin embargo, que podría ser fatal para él llevar consigo el arma homicida. Y es aquí donde su astucia adquiere proporciones geniales

"Como sabéis, Lewis, además de dulces y caramelos, vendía cigarros y artículos de fantasía. Fué obra de un momento colocar su bastón entre los otros que estaban colgados detrás del mostrador. Como el bastón era casi nuevo, a primera vista no se notaba.

"Eso es lo que quise decir al indicarle que no había visto el bosque por los árboles, — añadió Blake con extraña sonrisa.

—¡Muy bien! ¡Bravo! — exclamó con entusiasmo Splash. — Pero ¿cómo sospechó usted que El Rengo había ocultado su bastón entre los otros?

—Para variar mi símil, diré que así como a un criminal le resulta más fácil disimularse entre un gentío, es más fácil esconder un objeto entre otros objetos. Pero, si examináis esta fotografía, — la indicó, — observaréis que todos los bastones, menos uno, tienen la etiqueta del precio.

Todos miraron con sorpresa la fotografía.

—Resuelto este misterio,, podemos afirmar la inocencia de Holt, — prosiguió Blake. — Ahora vamos a reunir los hilos del crimen más espectacular, aunque igualmente alevoso, de que fué víctima Henry Holt.

Un silencio profundo se hizo en el auditorio. Blake levantó otra prueba de la mesa.

—He probado ya la imposibilidad de que los autores del crimen hayan sido la señorita Grey o su quijotesco amigo.

Sonrió a Tubby Miles cuyo rostro redondo estaba grave ahora.

—Cuando Sir Edwards Henry inventó la clasificación científica por medio de las impresiones digitales, puso un arma nueva en manos de la justicia. El asesinato de Holt fué diabólicamente hábil. Por desgracia, en su prisa, el criminal olvidó una pequeñez.

Por curiosa coincidencia fué una impresión digital que selló el destino del criminal de Bendover y también una impresión digital enviará al asesino de Holt al patíbulo.

Blake se detuvo y añadió en el mismo tono de conversación:

—Coutts, arréstelo.

El hombre de la Yard se puso de pie y algo sonó en sus manos, gordas y rojas.

—¡Eh!... ¿qué es esto?—exclamó Charley Chipps el tramoyista. — Os derrotaré todavía. Vosotros... vosotros...

—¡Deténgalo! — exclamó Blake.

Coutts y Tinker se arojaron sobre Chipps y lo tiraron al suelo.

—Demasiado tarde, amigos míos... demasiado tarde, — murmuró el hombre. — No usé todo el antimonio en el whisky de Holt. Guardé un poquito para mí... por si acaso.

Su voz se debilitó y se tambaleó del mismo modo que Blake había visto tambalearse a Holt, cuando cruzaba el escenario para dirigirse al patíbulo. Comprendió entonces que, lo que había juzgado magnífico trabajo del actor, era una trágica realidad.

Con un grito de horror, las dos jóvenes se pusieron de pie. Una extraña sonrisa vagó en las convulsas facciones de Chipps y el pequeño tramoyista, comediante y asesino, fué a rendir cuentas a su Supremo Juez.

* * * *

Cuatro horas más tarde, Splash Page, después de escribir febrilmente, había terminado su artículo.

—Ese pillo de Holt parece que le había jugado malas pasadas a todo el mundo, — dijo cuando los otros se retiraron.

Blake dió, pensativo, una chupada a su pipa.

—Era un bribón, — contestó. — Sabemos, naturalmente, ahora por el diario del pobre Cripps que éste había reconocido en Holt al hombre que, años atrás, huyó con su esposa. Juró vengarse del trato que Holt le había dado a su mujer algún tiempo después. La había abandonado cruelmente en Sud Africa, hace diez años, en una jira que hicieron con la compañía Heiman. La vida ha resultado más melodramática que un melodrama, — concluyó Blake.

"Usted sabe, naturalmente, que Holt trajo por su mano la botella de whisky de la Corona y la Rosa. Yo mismo lo verifiqué. Estaba envuelta en papel de seda. Obtuve las impresiones digitales de toda la compañía y, aparte de las de Holt, las únicas que había en la botella eran las de Charley Chipps.

—¿Estaban en la etiqueta negra? — dijo Splash Page.

—Pensé que usted entendería el significado de lo que le dijo.

El periodista reunió sus notas y se volvió sonriendo al detective.

—Blake, es usted una maravilla. Me ha proporcionado mi mejor artículo. Tome... aquí está esto, — le tendió la lapicera-fuente.

—Llene el cheque por la cantidad que quiera, Blake. El "Radio" puede pagar.

Una extraña sonrisa vagó en los labios de Blake al escribir cuatro cifras en el cheque.

Splash Page miró el papel rosado y luego lanzó un silbido de asombro, porque vió que Blake no había hecho el cheque a su orden sino al de la Sociedad de Actores Indigentes.

FIN.

SI SU VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY", SOLICITELO A LA ADMINISTRACION

AVENIDA DE MAYO 662

BUENOS AIRES

Sexton Blake y Tinker

Lea en

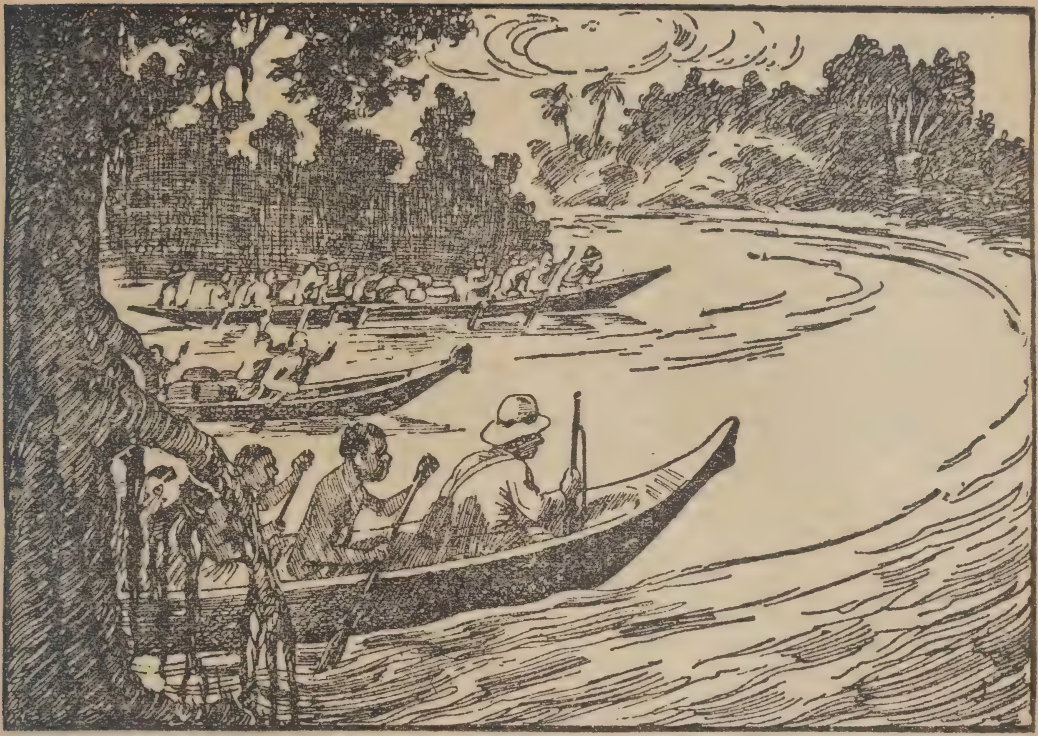
PUCKY

las dramáticas y emocionantes aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

PUCKY MAGAZINE

aparece todos los viernes con 84 páginas de lectura de intensísimo interés, seleccionada de los mejores autores de género policial, de aventuras, de misterio y de drama



LA TIERRA DEL TERROR

Por DUNCAN STORM

Novela de emocionantes aventuras en el interior de Africa

(Continuación)

—Recuerdo este lugar, — dijo, — y es raro que, hasta ahora, no hayamos visto ninguna canoa con negros de los de esta zona. Considero eso como un síntoma desfavorable. Nos acercamos a la frontera de la tierra de Wonga, una tribu poderosa y guerrera. Sí Luis Coffin se propone molestarnos nuevamente, este es un sitio ideal para ello. Pasaremos pacíficamente, si podemos, y haremos al rey un regalo digno de él, según la costumbre de Africa cuando se pasa por algún territorio amigo. Pero tal vez tengamos que pelear para poder pasar. Nos favorece, sin embargo, el detalle de que esos negros no deben haber visto jamás una lancha automóvil. La presencia de ésta les inspirará temor y recelo, y supongo que hará que lo piensen dos veces antes de decidirse a atacarnos.

Miró en redor hacia el vasto lago cuya tersa superficie estaba interrumpida por algunos pequeños islotes cubiertos de arbustos. Pero aun cuando a lo lejos el humo de las cabañas de los nativos se elevaba en el aire tranquilo, no se veía en el lago ni la más remota señal de la presencia de vida humana.

—¿Qué piensa usted de esto, Rob? — preguntó el capitán Bones.

Rob movió la cabeza pensativo.

—Hay muchísimos hombres escondidos, — dijo el joven.

E indicó, con la mano, un grupo de flamencos que en aquel momento se elevaban, volando en línea recta, como a una milla de donde ellos estaban.

—Supongo que los hombres estarán escondidos entre los sauces y los mimbres,— dijo el capitán Bones. — Sea lo que sea, nosotros seguiremos avanzando. Tal vez no se decidan a atacarnos.

Dirigió la lancha, cruzando el tranquilo lago, hacia donde un ramillete de árboles, se mostraba en mitad del curso del río.

No habían avanzado ni media milla cuando un murmullo confuso pero amenazante, como el de una muchedumbre, surgió de donde estaban los sauces y por todas partes aparecieron canoas, que habían estado ocultas, y que se presentaban cargadas de guerreros negros.

Remando y cantando sus canciones de guerra, la flota de canoas se colocó en línea a través del lago, hasta cortar por completo

el camino. Los muchachos intentaron contar las canoas, pero no les fué posible, tal era su número. Sin embargo, pudieron calcular que no se trataba de menos de quinientas canoas, manejadas por unos cuatro mil guerreros, las que se extendían, cruzando el lago de costa a costa.

En el centro del lago se vió entonces una enorme canoa de guerra, con una tripulación de ochenta remeros. En la popa de esa canoa estaba sentado un negro gordo coronado con una corona de oro adornada con plumas de avestruz, y junto a él, estaba un grupo de blancos que señalaban nerviosamente a la lancha automóvil cuando ésta se aproximó.

—Esa debe ser la nave capitana, — dijo Bones con toda serenidad. — No muestren los rifles, muchachos, hasta que yo lo mande o haga fuego. Vamos a detenernos y a parlamentar con ese rey negro y sus compinches.

Dirigió la lancha hacia la enorme canoa que les cortaba el paso. Detuvo el motor, dejando que la embarcación siguiera surcando lentamente las tranquilas aguas, llevada por el impulso, hasta que estuvo suficientemente cerca de la canoa de guerra para poder hablar con los que se hallaban en ella.

Entonces ,bajo el real dosel de la popa, pudieron ver con toda claridad el rostro de sus enemigos. Allí estaba Luis Coffin, sonriendo con aire de triunfo; José Oliveira, el portugués mercader de esclavos; el capitán Otto Schneider, expulsado del ejército alemán y uno de los tipos más siniestros de la historia de los europeos en Africa, y por último el maligno Jabez Sleek, el que había sido dependiente de Pedro Grief en Londres, el que le había robado el secreto de la Hoja de Oro.

Un leve murmullo de admiración brotó de los labios de centenares de negros, cuando paró el motor de la lancha y ésta se aproximó a la canoa real.

Reinó entonces el más completo silencio, interrumpido luego por el sonido de la flauta de Arturo que siempre tenía una música apropiada a los sucesos del momento.

Los acordes que saludaron a Luis Coffin y su gavilla, en la hora de su triunfo, fueron los de una valiente canción inglesa titulada: "¡No queremos pelear, pero ¡por vida! si peleamos!..."

La música resonaba alegremente aun cuando los guerreros negros tuvieran las flechas puestas en los arcos, y mosquetes y cañoncitos, formando un total de más de mil, apuntaban al pequeño grupo de temerarios aventureros.

En aquel momento las probabilidades eran cincuenta a una contra Pedro Grief y sus compañeros.

EL TRIUNFO DE LOS VALIENTES

Durante un momento o dos, reinó el más completo silencio entre las dos flotillas de canoas que surcaban las tranquilas y relucientes aguas del lago formado por el ensanche del río.

Pedro Grief miró en redor rápidamente. Vió que su pequeño grupo se hallaba en desastrosa inferioridad numérica ante aquella enorme cantidad de canoas de los nativos, que habían surgido, de modo inesperado, de los sitios donde habían estado ocultas en las orillas cubiertas de sauces y de mimbres.

Había más de cuatro mil guerreros negros a bordo de aquella numerosa flotilla y Pedro se pudo dar cuenta de ello mientras los veía allí, en sus canoas, que se extendían en línea, de una costa a la otra, formando una enorme media luna y preparados a hacerles frente si acaso se les ocurría la idea de escapar.

Los guerreros wonga que estaban en las canoas más cercanas, habían colocado las flechas en los arcos y se hallaban de pie, como atléticas estutuas de bronce, prontos para enviar una descarga de punzantes flechas hacia la lancha automóvil que traía a remolque las canoas de la pequeña expedición.

La lancha automóvil les causaba miedo. Esto se comprendía por el modo cómo miraban y por las miradas que dirigían a las ametralladoras cuyos caños aparecían por los estrechos huecos de las aspilleras abiertas en las delgadas, pero resistentes planchas de blindaje que defendían la primera lancha a motor, que se veía en el territorio Wonga y, aquellos guerreros, lo mismo que Robbi, atribuían el movimiento de la embarcación a algún demonio o espíritu que estaba encerrado dentro del motor, porque los hombres blancos habían sabido esclavizarle.

Pedro Grief se inclinó hacia el capitán Bones y le habló en voz baja.

—Tenga cuidado a fin de no asustar a esta gente con la máquina, Bill, — dijo. — Ahora le tienen miedo y la miran con timidez, aun cuando presenten un frente tan amenazador, pero si uno solo de esos se asusta y hace un solo disparo, nos caerá encima un chubasco de flechas tan juntas las unas a las otras como pueden estar las púas de un puerco espín.

—¡Bien! — replicó el capitán Bones muy alegre. — El que menos me gusta, de todos es ese grande, que está apuntándome con su flecha desde la proa de esa canoa que queda a estribor. Hace dos minutos que me apunta al estómago con su flecha y se ve que tiene grandísimo deseo de clavármela en mitad del chaleco. A él es al primero que le voy a dar un disgusto cuando empecemos a hacer fuego.

Y el capitán acarició la culata del révólver de ordenanza que tenía a mano, en el bolsillo del saco.

—Déjeme la dirección de estas cosas, Bill, — dijo Pedro Grief en voz baja. — Nos encontramos en un verdadero apuro, pero tengo esperanzas de que podamos salir de él sin pelear. Si empezamos nosotros a hacer fuego, no tendremos ni la menor probabilidad de triunfo contra tanta gente. Es necesario que procuremos parlamentar. Pero no debemos hablar hasta que hable el rey. Ese negro gordo que está sentado a popa, en la canoa grande, ese es el rey de Wonga. Es fácil comprender que Luis Coffin y su gavilla le han dicho infamias sobre nos-

otros y que desconfía al ver que nos aproximamos a su territorio.

En aquel momento, el rey habló, con voz ronca, al mercader de esclavos, el portugués Oliveira, que estaba de pie a su lado, en la popa de la imponente canoa.

Habló, y al hacerlo, se expresó como si estuviese muy acalorado.

José Oliveira era, indudablemente, el que debía desempeñar la misión de intérprete. Era un hombre útil para el rey de Wonga, pues ejercía el cargo de comerciante de esclavos y agente del rey, vendiendo a los prisioneros que tomaba en sus guerras con las tribus vecinas, y encargándose, además, de vender el marfil que los guerreros de Wonga robaban a las caravanas que asaltaban en los caminos.

Por fin, Oliveira habló, dirigiéndose a los de la expedición.

—El rey de Wonga desea saber por qué ustedes, hombres blancos, vienen a su país, — dijo en mal inglés. — El rey no quiere que ustedes vengan. Dice que se vayan porque si no se van los va a matar a todos ustedes... ¡A todos!

—Dígale al rey, — manifestó Pedro, — que nosotros somos viajeros pacíficos, y que todo lo que deseamos es que nos de permiso para pasar por su país, por el río. En cambio, le **pagaremos el tributo** de costumbre, entregándole diez "doti" de tela "merikani" y seis "fundo" de cuentas de colores. Yo le obsequiaré con un pequeño cañón que habla seis veces seguidas y con una flauta de boca, como la que toca el joven Magamaumtumtum, o sea 'el que hace música con la boca".

Al expresarse así, Pedro indicó a Arturo, que, mirando con toda frialdad a los amenazadores guerreros negros de las cercanas canoas, ejecutaba la canción llamada "Préstame un momento tu silla de hamaca" con suma habilidad.

Los ojos del rey de Wonga relucieron. No comprendía el inglés, pero se daba cuenta de que Pedro ofrecía la flauta como parte del tributo que paga a los jefes de todo Estado independiente cada expedición que pasa por su territorio. El rey, aún cuando era dueño absoluto de toda aquella enorme cantidad de guerreros negros, deseaba ansiosamente la flauta. Aún cuando tenía poder de vida o muerte sobre más de cincuenta mil hombres, no había poseído nunca una flauta armónica y la quería para tocar "Préstame un momento tu silla de hamaca", tan bien como el joven Arturo la estaba tocando.

Habló rápidamente dirigiéndose a Oliveira, sobre las condiciones del tributo que

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . .

habían de pagarle. Pero Oliveira movió negativamente la cabeza. Indicó al rey que aquellos blancos se encontraban en aquel momento dentro de una trampa, y no tenían derecho a negociar el permiso de pasar por el territorio del rey. Oliveira le aconsejaba que matase a todos los blancos menos al viejo. Después se apoderarían de la canoa diabólica y él, Oliveira, le enseñaría al rey cómo manejar el demonio que estaba encerrado dentro de la máquina.

Oliveira indicó también al rey que la lancha estaba armada de cañoncitos que hablaban muchas veces por minuto y que enviaban balas y más balas, sin interrupción. Dijo que les quitarían esos cañones a los blancos y que serían para el rey. Entonces, el rey sería invencible contra sus vecinos poderosos, los reyes de alat y Kiff capturaría miles de esclavos en la guerra. Con esos cañones podría pelear también contra los bandidos moros que a veces llegaban del Norte.

Se sentía con deseos de obrar siguiendo el consejo de Oliveira, y dar orden a su inmensa flotilla de canoas, de que atacara inmediatamente a la pequeña flotilla de la expedición. Pero hasta aquel remoto rincón de Africa, había llegado la fama del poder naval inglés.

—El hombre blanco habla astutamente,— dijo, — pero si yo mato a esos hombres y hago esclavos a sus servidores, la noticia va a llegar, tarde o temprano, a noticia de los ingleses. Entonces los ingleses mandarán uno de sus buques de fuego y vendrán río arriba a hacerme la guerra.

—¿Pero cómo van a venir los ingleses hasta aquí y cómo van a hacerle la guerra al poderoso rey Wonga? — preguntó Oliveira, con una sonrisa de incredulidad en su rostro amarillo y grasiento.

—¡Los ingleses vinieron a hacerle la guerra a los ashantis hace muchos años, con Garni Busli (quiso referirse a Garnet Walseley) e hicieron una gran guerra contra los ashantis! — dijo el rey Wonga. — ¡Y se acabarou los ashantis! Los ingleses vinieron otra vez contra Arabí Bajá, que era el rey de Egipto. ¡Y se acabó Arabí Bajá! Y más tarde, cuando el mahdi era dueño de todo el Sudán y de todas las provincias ecuatoriales de Africa mató a Gordón, creyó que él y los suyos estaban seguros contra los ingleses. Los ingleses son muy lentos pero no olvidan jamás. Esperaron varios años. De pronto se presentaron en el Sidán con fuego y espada. Mataron al kalifa y volaron la tumba del mahdi y arrojaron sus huesos al Nilo. ¡Y se acabó el mahdi! ¡No es conveniente matar ingleses!

Por todo esto se ve que el rey de Wonga como, por lo demás, todos los mandatarios africanos, estaba al tanto de lo que pasaba en su continente y que respetaba al ejército británico, comprendiendo que su brazo llega a todos aquellos sitios donde debe llegar cuando se trata de la defensa de los suyos.

—Si yo mato a esos ingleses, — dijo el rey, — vendrán sus buques, pasarán la garganta de Ungama y llegarán a mi país. Ya no habrá más esclavos y yo perderé todo mi poder. Y habrá policía, y los ingleses jugarán al cricket, y patearán esas pelotas grandes de cuero en todo mi país, ¡y se habrá acabado Wonga!

—¡Eso no! — replicó Oliveira. — ¡Mataremos a todos, sin dejar ni uno solo que pueda llevar la noticia, ¡oh rey! Yo dejaré con vida al viejo. El viejo posee un gran secreto que representa mucho poder y mucho dinero, pues sabe dónde crece la hoja que da la vida. Le haremos prisionero y nos dirá dónde está la Hoja de Oro. Después que lo haya dicho, lo mataré con mi propia mano. Y usted, rey, tendrá diez piezas de tela y veinticinco botellas de ginebra por cada fardo de hojas que pase por su territorio. Tendrá también mil rifles y cien mil cartuchos cuando el primer cargamento de hojas llegue al país de los ingleses.

Pedro Grief escuchaba con grandísimo interés aquella conversación, sostenida en dialecto wonga, que él conocía perfectamente.

—¿De qué habla al rey ese tipo con cara de color de cáscara de banana? — gruñó entre dientes el capitán Bones.

—Está procurando convencer al rey de que debe atacarnos con su flota, — contestó Pedro en voz baja. — El rey tiene miedo. Ha oído hablar de la escuadra británica y del ejército inglés y tiene miedo de que, si nos mata, se presente una expedición numerosa que le despoje de su país. Oliveira le aconseja que mate a todos los de nuestra expedición menos a mí. Se propone tomarme prisionero y obligarme a que le diga dónde está la Montaña de Oro. Entonces el rey establecerá una aduana para cobrar un tanto por cada fardo de hojas que pase por acá y yo seré asesinado, seguramente, por aquello de que los muertos no hablan.

—¡Buena gente! — murmuró el capitán Bones. — Le doy mi palabra de que si tenemos que librar combate en este lago, empezaré por hundir a la nave capitana con todos los que están dentro. Tengo algo reservado para todos ellos. Como almirante de la expedición, no he venido desprovisto de lo necesario para hacer frente a una escuadra de negros. Somos muchos menos que ellos, es verdad. Pero somos superiores en velocidad y en armas de fuego y tengo espacio suficiente para lanzar la lancha a toda velocidad y embestir con toda fuerza a su nave capitana.

Se comprendía que el rey de Wonga acababa de decidirse a hacer lo que el mercader de esclavos le proponía, atacando de inmediato a la flota de la pequeña expedición de temerarios aventureros.

Pedro oyó cómo Oliveira decía al rey que si dejaba que la expedición pasara por su país tranquilamente, los expedicionarios encontrarían la maravillosa hoja de oro que ara apreciadísima por los médicos de los países de los hombres blancos. Vendrían cientos y cientos de hombres a explorar la tierra en busca de hojas como en busca de oro. Pasarían por el territorio de Wonga sin pagar absolutamente nada y si alguno encontraba la muerte, la noticia llegaría a los ingleses y éstos enviarían sus soldados y sus buques, y al fin le sucedería lo mismo que tanto temía.

En la canoa grande se celebraba un verdadero consejo de gabinete. Luis Coffin se unió a la conversación apoyando ante el rey los argumentos de Oliveira. Indicó que el rey debía pelear y destruir a los blancos ahora que los tenía en su poder, sin esperar a tener que pelear con ellos más tarde. No volvería jamás a presentársele una circunstancia igual. Dirigió una mirada de increible malicia a la tripulación de la lancha, y Luis Coffin aconsejó al rey que diera a su gente la señal de la matanza general.

El rey sentíase impresionado por la opinión de aquellos malignos consejeros. Le gustaría poseer la lancha que surcaba tan rápidamente las aguas sin necesidad de remeros, le gustaría poseer la flauta en la que Arturo tocaba tan agradable música y tocar como él... La verdad fué que dió una señal secreta, pero que no pasó inadvertida ni para Pedro y ni para el capitán Bones.

Las proas de la vasta media luna de canoas comenzaron a reunirse, como para formar un cerco que encerrara a la lancha y a su corto séquito de canoas.

Pero el toque de mando de guerra aun no se había dejado oír.

Una canoa, cargada de amenazadores guerreros negros se acercó a la lancha y un negro cuyo cabello rizado estaba adornado con plumas de avestruz negras que formaban una especie de peluca, se inclinó hacia la borda de la lancha y trató de arrebatar la flauta de manos de Arturo.

—¡Eso si que no, mi viejo Charlie Chaplin! — dijo Arturo con calma. — ¡No hay que tocar esta orquesta! ¡Las manos quietas!

Y tomando una barreta de hierro que estaba en la cubierta de la lancha, dió con ella un golpe en los nudillos de la mano del negro, que se dejó caer en su canoa, lanzando un chillido de dolor.

Eso precipitó los acontecimientos. Silbó una flecha y la trompa de guerra lanzó la señal del ataque desde la nave capitana, señal dada a traición que fué repetida en toda la línea de canoas.

El capitán Bones estaba preparado para esto. Con un súbito sacudimiento, la lancha se lanzó hacia adelante y en lugar de procurar huir como los estrategas de Wonga lo habían esperado, se precipitó a toda velocidad sobre el costado de la gran canoa de guerra en qu estaba el rey.

El movimiento fué tan rápido, que los negros que habían apuntado con las flechas y los cañones, se quedaron atónitos, sin saber qué hacer.

Las canoas se habían acercado a la lancha de uno y otro lado y cuando ésta avanzó se encontraron frente a frente, de modo que no podían hacer disparo ninguno sin herir a sus propios compañeros.

El capitán Bones dirigió bien la lancha hacia la nave capitana. Golpeó a la canoa precisamente en el medio. La enorme canoa, hecha de dos troncos de árbol cuidadosamente ahuecados y unidos en el centro del bajel, era un modelo de construcción naval centro-africana.

Se oyó un fuerte golpe, un terrible crujido y un grito de horror de los negros en el momento en que la lancha se abría paso por en medio de la real canoa, rompiendo sus débiles bordas como se casca una nuez y enviando al agua a tripulantes y pasajeros.

Los muchachos, acurrucados en la lancha vieron cómo la parte de popa de la canoa se deslizaba, hundiéndose en el agua.

El rey de Wonga, con una extraña expresión de asombro en el rostro, se agarraba desesperadamente a la popa de la canoa, con la corona de oro de medio lado, echada, de modo bastante ridículo, sobre el ojo izquierdo. Oliveira, nadaba hacia la canoa, mientras podían ver a Luis Coffin y al famoso "Cruel" Schneider, el capitán expulsado del ejército alemán, alejándose a nado, procurando salvar la vida.

Cuando la lancha automóvil pasó por donde estaban los náufragos una mano blanca se asió de la borda y la voz del traidor Jabez Sleck se oyó lastimera.

—¡Sálveme, señor Harry! ¡Sálveme! — gritaba el pillo que tenía la culpa de todo, pues era el que había denunciado el secreto de Pedro Grief.

Harry se inclinó hacia afuera, saliendo del resguardo de las chapas de acero y exponiéndose a que le alcanzara una flecha, para tomar al desdichado de una mano y subirlo a bordo de la lancha.

En el mismo momento, dos canoas de guerra, que llevarían unos veinte remeros de cada lado, se dirigieron a las canoas que la lancha llevaba a remolque. Sus gritonas tripulaciones fueron recibidas con una rápida descarga de los ocupantes de las canoas, bajo el mando de Tanka, el cocinero japonés, que poco antes se había pasado de la lancha a la primera de las canoas. Retrocedieron con la mitad de sus remeros inutilizados. Otras dos canoas acudieron a toda velocidad, una de cada lado.

Sus remeros gritaban como endemoniados y los arqueros tenían las flechas preparadas y estaban de pie, prontos a lanzarlas en cuanto estuvieran bastante cerca. Pero Tanka les esperaba.

Dos tachos con petróleo volaron por el aire y cayó cada uno en una canoa, encendiéndose en seguida el líquido mediante mechas hábilmente arrojadas. Grandes llamaradas se elevaron de cada una de las canoas.

Resonó un doble coro de gritos de dolor y de miedo y las asustadas tripulaciones se arrojaron al agua. Pocos minutos después no quedaba, de cada una de aquellas canoas, nada más que un trozo de madera chamuscada.

La línea de batalla de la flotilla de Wonga, rota de ese modo, las canoas estaban esparcidas por todo el lago, yendo de un lado a otro, sin rumbo mientras sus tripulaciones gritaban de miedo, sin atreverse a acercarse ni a la lancha ni a las canoas que ésta tenía a remolque, tal era el cuadro.

Se veían fogonazos de vez en cuando y se oían detonaciones cuando los guerreros de Wonga hacían algún disparo sin apuntar a ninguna parte. Se comprende así que ni uno solo de los proyectiles causara el menor

daño a la expedición y que en cambio perjudicara a las mismas canoas de las fuerzas de Wonga.

Mirando hacia atrás vieron que el gordo rey trataba de subir a una de las canoas forcejeando de la manera más ridícula. Luis Coffin, José Oliveira y Otto Schneider daban, a los negros, orden de atacar, pero los negros no le entendían.

Por suerte para los amigos de Pedro Grief, aquellos pillastres habían sido pescados enteramente desprevenidos cuando se produjo el abordaje de la canoa real. Entre el pánico de los negros, no habían podido tomar los rifles que habían escondido debajo de los bancos de los remeros para sacarlos traidoramente, en el momento que les pareciera oportuno.

Los muchachos se rieron a carcajadas cuando vieron al obeso capitán alemán dando órdenes a gritos a los guerreros del rey Wonga, con el fusil chorreando agua.

En la lucha, Jabez Sleck, muerto de miedo, estaba acurrucado, en un rincón, temeroso de las flechas de sus mismos amigos. Tenía el rostro amarillo de terror y miraba, a veces, al leopardo Tutú. — que estaba echado tranquilamente a un lado, — como si temiera que fuera a arrojarse contra él de un momento a otro.

Jabez chilló despavorido cuando el leopardo, levantando una de sus enormes manos, pero sin sacar las uñas, se la puso en el pecho y lo echó de espaldas en la cubierta de la lancha, teniéndole sujeto así, como para que no se escapara.

El leopardo miró entonces perezosamente a Arturo, parpadeó y bostezó.

—Tutú se va a encargar de vigilarlo, señor Sleck, mientras nosotros peleamos. El va a cuidar de que no haga usted ninguna de las suyas, — dijo Arturo alegremente, mientras se dirigía a una de las ametralladoras. — Ahora, señor Sleck, vamos a entrar en verdadera actividad. ¡Vamos a librar una gran batalla con la poderosa escuadra de alta mar de su majestad real e imperial, el rey de Wonga!

El capitán Bones en lugar de escapar río arriba, dejando atrás el lago, como podía haberlo hecho, había vuelto la lancha y su hilera de canoas, formando un círculo y volvía de nuevo a la carga.

Su rápido ataque había desmoralizado a toda la flota de Wonga y el capitán tenía su plan preparado. Las llamas de petróleo habían asustado a sus enemigos así que las canoas de guerra se mantenían a prudente distancia por más que Luis Coffin les gritara, desde lejos, que volvieran a atacar.

Pero los guerreros wonga se retiraban decididos a no obedecer las órdenes del blanco que les había metido en tan lamentable combate. Esperaban oír órdenes procedentes de su propio rey. Pero el rey aturdido y anonadado por la pérdida de su hermosa canoa de guerra, que era todo su orgullo y había sido antes el orgullo de su padre, estaba sentado en el fondo de la canoa de guerra que le había recogido, con la cabeza entre ambas manos.

—¡Ya decía yo que **era malo atacar a** los ingleses! — era lo único que se le oía decir.

Los remeros de la canoa esperaban indecisos, esperando que su dueño y señor diera alguna nueva orden. Otra canoa grande estaba junto a aquella. Estaba llena de generales y oficiales del ejército wonga que gritaban cómo debía procederse para apoderarse de aquella lancha diabólica que corría en torno del lago, describiendo círculos y que ya había hundido a una de sus mejores canoas.

No era mucho el daño que se había hecho. Los asustados negros, o nadaban o hacían disparos en todas direcciones. El miedo se había apoderado por completo de ellos al ver que la lancha automóvil había vuelto a la carga. A veces, cuando la lancha se dirigía a una canoa, toda la tripulación de ésta se arrojaba al agua, sin disparar una sola flecha ni tirar un solo tiro. Entonces, cuando la lancha pasaba, Tanka, armado de un bichero, enganchaba la canoa, la acercaba, echaba dentro de ella una cantidad de petróleo, lo encendía y soltaba la canoa, dándole un empellón para que se alejara por la tersa superficie del lago.

Media docena de chamuscadas canoas flotaban ya en torno de la lancha. Las canoas de Wonga, ligeras, secas y barnizadas con resina, ardían con toda facilidad.

Pedro Grief, misericordiosamente, evitaba el emplear las ametralladoras contra sus enemigos negros. Hubiera podido dar muerte a más de mil, ahora que toda organizada resistencia había terminado. Varias canoas se dirigían ya, tranquilamente, hacia la costa buscando cómo guarecerse entre los sauces de donde habían salido.

—Ahora, Tanka, — gritó el capitán Benes, — vamos a dedicar de nuevo nuestra atención a su negra y obesa majestad. Esté usted alerta para cuando le dé el golpe a su canoa.

Tanka se sonrió. La lancha viró rápidamente y apuntó a la bien cargada canoa de guerra que había salvado al rey.

Estaba en esa canoa, toda su tripulación completa y, además, había tomado a bordo al rey, a los hombres blancos y a todos los de la corte, de modo que se hallaba tan cargada que estaba hundida casi hasta la misma borda.

Una gritería de terror y de enojo se oyó cuando la lancha se dirigió hacia ella. Los remeros, — que casi no disponían de espacio para moverse, — metieron las paletas en el agua, intentando desviar la canoa. Pero la embarcación cargada de generales y oficiales, que estaba junto a ella le impidió escapar. La lancha le dió en un costado y la volcó, arrojando al agua a cuantos estaban en ella.

Arturo vió con suma satisfacción que el cruel Schneider se hundía en el momento en que el pie de un negro, que intentaba nadar, le daba en la cara. Luis Coffin, escupiendo y maldiciendo a la vez, procuraba nadar, alejándose lo antes posible, de la lancha.

—¡Muy bien, señor Coffin! — gritó Arturo mientras le apuntaba con el revólver a la cabeza. — **¡No vamos a lastimarle, amigo**

—¡Tururú, Rey! — dijo Arturo levantando el casco a la manera de Carlitos Chaplin. — ¡Cúidese la salud y atención con los automóviles! — El rey saludó con la corona. de idéntico modo y gritó: — ¡Tururú! ¡Tururú!

mío! ¡De todos modos, uno de estos días le van a ahorcar! ¡No es a usted al que buscamos!

Ciertamente, no era a Luis Coffin a quien Tanka buscaba mientras preparaba una larga soga y contemplaba el grupo de gente

que había en el agua.

Su presa había de ser nada menos que su augusta majestad el rey de Wonga en persona. Vió la corona real y la lanuda cabeza surgir de la superficie del agua. Vió a su majestad, que no era gran nadador, tratar de elvarse, en el agua, apoyando sus reales manos en las peludas cabezas de dos de sus súbditos. Entonces arrojó la soga, arreglada a manera de lazo, de modo que fué a caer en los hombros del rey y sujetándole los brazos al cuerpo, le ciñó de manera que permitió a Tanka tirar de la soga y atraer al real negro hasta la lancha, tratando de subirlo a bordo con grandísimo esfuerzo, como prisionero de guerra.

Fué Arturo el que le ayudó a subirle a la cubierta de la lancha.

—¡Bienvenido sea su majestad a nuestra modesta cañonera! — dijo Arturo. — Un momento, que voy a agarrarle de una pierna. Es un poco difícil pasar por encima de las planchas de blindaje a una majestad tan voluminosa. Si no fuese por tener el honor de recibir la visita de tan importante personaje, no me tomaba la tarea de meterle a bordo.

Mientras Arturo le dirigía la palabra de ese modo, su majestad el rey de Wonga, colgaba de un lado de la lancha, tratando en vano de pasar una pierna por encima de la borda.

La corona de oro estuvo a punto de caerse de su peluda y rizada cabeza.

—¡Un instante, majestad! Permítame que le saque su sombrero metálico, — dijo Arturo, tomando la corona y poniéndosela él. — ¡Es ésta la primera vez que me pongo una corona real! ¡A ver muchachos, todos a la vez!

Había agarrado la cintura de los reales pantalones. Los muchachos le ayudaron, la lancha se inclinó y volvió a su horizontal, cuando el prisionero estuvo en la cubierta jadeando y resoplando.

Una gritería de miedo brotó de los ocupantes de las canoas, cuando se dieron cuenta de que su rey se hallaba en manos de sus valientes enemigos. Ni uno sólo de aquellos negros se atrevió a tirar un tiro más ni a arrojar una sola flecha, porque era delito que se castigaba con la pena de muerte el apuntar al rey con cualquier clase de arma.

La lancha quedaba asegurada contra todo ataque por la presencia del rey prisionero. Los muchachos acompañaron al rey a popa y le hicieron sentar en una silla. Siguió la lancha navegando en torno del lago con su prisionero a bordo. Arturo, ostentando la corona de Wonga ejecutó, con toda energía, en medio del rojo crepúsculo, el "God save the King".

En la popa de la lancha, el rey, sentado, daba muestras de hallarse muy abatido y melancólico. No hizo caso, cuando Arturo le devolvió la corona con la debida cortesía.

—¡Alégrese, rey! — dijo Arturo sonriendo, en el momento en que le puso la corona en la cabeza. — ¡No se ha perdido todo! ¡Le corono a usted nuevamente rey de Wonga, señor de las islas de Bululú, duque de Bana-Bana y campeón de peso pesado del Africa Central! Antes de que el sol se haya puesto más allá del horizonte, serán atendidos los embajadores que vengan a tratar su rescate. ¡Hola! ¡Aquí mis guardias! ¡Ofrezcan un cigarrillo a Su Majestad!

Los muchachos se rieron y dieron al desconsolado rey, un cigarrillo.

El rey fumó con satisfacción, y como si el tabaco le animara, irguió la cabeza y se arregló en ella la pesada corona de oro macizo.

—¡Quiero beber! — dijo, empleando las únicas palabras de inglés que sabía.

—¡Vamos! ¡Ya habla! — dijo Arturo aprobando la actitud del prisionero. — Ahí, en el armarito, hay una botella de soda, lord Harry, ¿quiere pedirle al capitán Bones el frasco de cognac? Prepararé una bebida para su alteza real, que tal vez le desate la lengua.

El capitán Bones se rió y entregó el frasco del cognac.

—Esto le va a quitar el frío, — dijo. — Cuidado con él, Arturo, que es un valioso prisionero, y no debemos dejar que se muera a consecuencia del baño.

Arturo preparó una mezcla, bastante alcohólica, de cognac y soda, y se la dió al rey, que bebió con gran satisfacción, aun cuando se comprendió por los visajes que hizo, que nunca había tomado soda.

La lancha dió la última vuelta al lago y se dirigió luego al río, ascendiendo la corriente. El capitán la hizo avanzar, con su fila de canoas, hasta que llegó al sitio que estaba buscando, una pequeña y escaparpada isla, que surgía en mitad de la corriente del río.

Era un sitio ideal para la defensa, y en su alta costa había una quebrada que formaba una caleta de capacidad más que suficiente para guarecer a la lancha y a todas las canoas.

—¡Este es el sitio que necesitábamos, muchachos! — exclamó Bones, dirigiendo la lancha hacia la caleta y deteniéndola allí. — ¡Todo el mundo a tierra en seguida! — ordenó. — Poco tardaremos en poner esto en perfecto estado de defensa. Estamos en buenas condiciones para jugar la partida, porque tenemos al rey. ¡De prisa, muchachos!

Decargaron las canoas. La lancha fué virada, de modo que estuviese pronta para salir en cualquier momento de su escondrijo. Uno de los cañones de fuego rápido fué puesto en tierra, apuntando río abajo.

En pocos momentos se preparó la comida, y comieron todos, incluso el rey, que demostró tener excelente apetito.

No se distinguía nada sospechoso en el río. Cuando ya había anochecido fué cuando el capitán, que no había dejado de vigilar, oyó el ruido de centenares de paletas que golpeaban acompasadamente las aguas del tranquilo río.

—¡Ya están aquí, muchachos! — exclamó el capitán Bones. — Quizás se trate de pelear... Pero si se trata de combatir, nos encuentran bien preparados para recibirles.

BLANCO CONTRA NEGRO

El pequeño grupo de hombres que se hallaba guarecido en la isla, escuchó con la mayor atención cómo se iba aproximando poco a poco el rumor de más de mil paletas

que herían a compás la superficie del río.

El capitán Bones no dudaba de que la marcha de la lancha automóvil río arriba había sido seguida por algunos espías y que sus enemigos estaban perfectamente al tanto de dónde había llevado, la pequeña expedición inglesa, a su prisionero rey.

Ocupábase el capitán Bones de la instalación de lo que él llamaba su "campo de minas", en las aguas del río. Indicó a los muchachos cómo debían instalar los largos alambres que partían de la isla y llegaban a diversos puntos del río. En la costa, los alambres fueron atados a los troncos de unos árboles.

—Vamos a preparar todo lo necesario para darles una pequeña sorpresa, — dijo el capitán Bones, sonriendo, mientras arreglaba rápidamente las minas subacuáticas cada una de las cuales consistía en una caja que había sido de galletitas. Dentro de las cajas había dinamita en medio de la cual iba el detonador, de fulminato de mercurio. Dentro de este detonador terminaban los alambres que procedían de la batería eléctrica y cuando entre ellos, saltara la chispa, se encendería el fulminante y éste comunicaría a la dinamita el calor que la haría estallar.

Los muchachos anclaron las minas hechas con latas de galletitas en diversos puntos del río, uniéndolas a la fuente de electricidad por medio de alambres delgados y debidamente aislados.

El capitán conectó los conductores de cada una de las minas a una de las baterías de reserva de las que había en la lancha.

Este trabajo se realizó con la mayor rapidez que puede concebirse.

El capitán Bones se restregó las manos al escuchar que el sonido de las palotas manejadas por los remeros de las canoas, se acercaba cada vez con mayor rapidez.

—¡Les vamos a dar un golpe definitivo en el próximo combate naval, muchachos! — exclamó el capitán Bones. — Poco falta ya para que se lleven la gran sorpresa. — agregó. — El ruido de las paletas se oye cada vez más cercano; ¿oyen ustedes?

—Ya se encuentran cerca de la curva del río, ¿no es cierto? — dijo Harry, mirando hacia la impenetrable obscuridad de la noche.

—¡Oh! ¡Todavía están bastante más lejos! — dijo el capitán Bones. — Es maravillosa la forma como el agua conduce el sonido. Los negros no pueden acercarse a nosotros más que con la mayor lentitud, porque vienen navegando río arriba, contra la corriente, y no tienen lancha a motor que les remolque. Pasará un cuarto de hora, lo menos, antes de que lleguen a la curva donde usted suponía que se encontraban ya, Harry.

Volvióse hacia Arturo, que estaba sentado junto al cautivo rey de Wonga.

—Arturo, — díjole el capitán, — usted que sabe cómo entenderse con esa gente de cutis tenebroso, haga el favor de preguntarle al rey cómo se llama y cuántos son los hombres útiles que puede poner en pie de guerra, llegado el caso.

Arturo se volvió sonriente y afable hacia el desconsolado y cariacontecido monarca.

—¡Hola! ¡Hola, viejo cachivache carbonífero! — comenzó.

Después se entregó a la más extraña pantomima y la más extraordinaria elocuencia, pero logró hacerse entender, gracias a las palabras del idioma de los wonga, que su amigo Rob le había enseñado.

El rey le contestó. Su obscura majestad parecía haber simpatizado con Arturo y especialmente con su flauta armónica.

—Dice que se llama Makokó, señor, — dijo Arturo al capitán Bones. — Manifiesta que dispone de diez mil guerreros que están en sus canoas, en el río, debidamente armados, y que nos atacarán dentro de poco para aniquilarnos a todos nosotros.

—Dígale que cuando hay buena voluntad, siempre es posible entenderse, — dijo el capitán. — Comuníquele que se halla ante la flota de guerra del almirante Bill Bones y que si no quiere perder una enorme cantidad de sus canoas de guerra, lo mejor que puede hacer es dar orden a los suyos de que suspendan el ataque y envíen a alguno con el cual se pueda entrar en negociaciones.

Arturo transmitió ese mensaje al rey, el cual, habiendo recobrado un tanto su serenidad, dió una respuesta altanera digna del monarca de un pueblo eminentemente guerrero como el suyo.

—¿Qué le ha dicho, Arturo? — preguntó, con sumo interés, el capitán.

—La verdad, mi capitán, — dijo Arturo, — es que el rey se nos ha puesto un poco altanero en cuanto se le ha dado de comer. Dice que no va a parlamentar ni nada parecido. Dice que nosotros somos un puñado de hombres que no tenemos fuerza para nada, y que sus guerreros nos van a pulverizar en cuanto se les dé la gana. Dice que nos van a matar, nos van a asar y nos van a comer. Dice que quiere que yo toque la flauta. Dice que a mí no me van a matar, porque me va a tener en la corte como músico del rey, tocando constantemente. ¿Qué le parece? ¡Cualquier día voy a admitir el cargo de músico de la corte de Makokó! ¡Sí, sí, — terminó Arturo comentando su manifestación con un breve toque de flauta que sonó como una carcajada irónica.

El capitán Bones se rió a carcajadas, mirando al divertido muchacho.

—El rey Makokó cambiará de actitud en cuanto hayamos tenido uno o dos encuentros con sus formidables fuerzas, — dijo. — ¡Muchachos! Traigan aquí el reflector y tiendan los alambres por las romas, de modo que no puedan tropezar con ellos los que pasen y no estén expuestos a las balas.

Los muchachos trajeron de la lancha el poderoso reflector eléctrico y lo colocaron en una altura de la isla. Los cables que lo unían a la dínamo que funcionaba en la lancha fueron tendidos por entre las rocas.

El rey se estremeció violentamente cuando el capitán Bones movió la llave, dió corriente a los carbones y éstos chisporrotearon ruidosamente. Retrocedió lanzando un grito de terror cuando Tanka, el japonés que manejaba el reflector, dirigió el haz de luz a su rostro durante un breve instante y le dejó encandilado, como el ladrón a quien el policeman dirige el rayo de luz de su linterna.

—¡Parece que mi amigo Makokó se ha asustado algo, Tanka! — exclamó Arturo

sonriendo. — ¡No le gusta la magia de los hombres blancos a este monarca con cara de plum-pudding; — agregó, volviéndose hacia el rey. — Esos blancos sucios que han hablado antes con usted le han tomado su rizado cabello, señor rey. Le han dicho a usted que nosotros somos débiles y eso no es verdad. Seremos pocos, pero disponemos de mucha magia extraordinaria y mortífera. Siga mi consejo, ¡oh monarca de chocolate! Ordene a su gente que se rinda sin pelear, porque si no lo hacen despertarán mañana en el mismísimo infierno de los negros, que debe ser un sitio donde estén tiritando de frío, porque el calor no puede ser castigo para gente como ustedes, que se pasan la existencia en este horno.

Makokó, el rey de los Wongas, se encontraba asustado, pero no cedió por eso. Quizás le molestaba el recuerdo de la derrota de la tarde y el pensamiento de que a pesar de toda su fuerza los ingleses le habían hecho prisionero, capturándolo en medio de todos sus valerosos guerreros. Quizás ambicionaba la posesión de la flauta y de su ejecutante, el joven Arturo.

Lo cierto es que dijo con toda claridad, que estaba decidido a no dar orden a su flotilla de que suspendiera el ataque a la isla.

—¡Muy bien! — exclamó Arturo. — Le he hablado con toda claridad y caballerosidad, ilustre monarca de color café. Le he dado unos cuantos consejos como a un amigo. He tratado de evitarle un grave disgusto. Pero usted es más testarudo que una mula. ¡Eso es lo que hay! Usted tiene un adoquín en lugar de cráneo. Eso es consecuencia de haber sido rey tantos años seguidos. Está tan acostumbrado a vencer, que no se da cuenta de que algún día tienen que derrotarlo. Está mal acostumbrado, tenebroso rey. No sabe en lo que se mete. Sería usted el primer rey que se pusiera en contra de la vieja Inglaterra, sin recibir un golpe de primera clase en la mismísima cresta. Ahora, pues, espere los acontecimientos. Siéntese detrás de esa roca, no vaya a alcanzarle algún tiro de los de su misma gente. Yo tocaré un poco de música mientras su flota se aproxima a su Trafalgar. ¡Chocolatín, compañero del alma, dentro de diez minutos, todo el poder naval del reino de Wonga se habrá desvanecido para siempre!

No es posible decir si el rey Makokó se enteró de algo de toda esa charla, pero lo cierto es que se sentó donde le indicó Arturo, y escuchó extasiado, mientras el muchacho ejecutaba varias de las más aplaudidas piezas de su vasto repertorio, hasta que fué interrumpido por la gritería que se oyó, procedente del río. La flotilla de canoas del rey de Wonga acercábase, con el propósito de atacar.

—¡Hola, Chocolate! — exclamó Arturo, dándole palmadas en la espalda, al rey Makokó. — Ahí viene su negra brigada, río arriba. Quédese sentado aquí y no trate de escapar porque si lo intenta le meteré una bala en la cabeza, y puede ser que le haga daño. Sí. Yo, Arturito, el de la linda música, le mataré a usted, Makokó, rey de Wonga, como si tal cosa. ¡He hablado, oh rey!

Y Arturo acarició significativamente el almacén de su rifle.

—Y usted, cara de manteca, — agregó, — venga a sentarse al lado de su majestad, — dijo al desdichado Jabez Sleek. — Si trata de moverse, mataré a dos pajarracos de un sólo tiro, sin el menor escrúpulo.

Jabez Sleek, cuyo aspecto constituía el más lamentable espectáculo de la cobardía humana, se arrastró hasta situarse junto al rey. Le castañeteaban los dientes y temblaba de pies a cabeza, como si se diera cuenta de que muy pronto iba a encontrarse en medio del recio combate que iba a librarse, en la obscuridad, entre los atacantes y el valeroso grupo de defensores de la isla.

Se hubiera dado a sí mismo de bofetadas en aquel momento, por haber traicionado a su patrón, Pedro Grief, y de haber enterado a Luis Coffin de lo de las Hojas de Oro. ¡Cómo deseaba verse de nuevo, en seguridad, detrás del mostrador del pequeño establecimiento de Pedro Grief, vendiendo peniques de píldoras!

Hasta él mismo rey negro miraba con desprecio al cobarde Sleek, que se había acurrucado a sus pies.

Se dirigió a Arturo, expresándose en su propio idioma.

—Este hombre blanco es un cobarde, — dijo. — Pero tú, ¡oh jovencito blanco, no morirás! Yo te salvaré la vida cuando mis guerreros se apoderen de la isla y tú te sentarás entre mis hombres sabios y tocarás música con la boca, de modo que el corazón del rey se sienta contento.

—¡Ya lo creo! ¡Chocalatín de mi alma! — replicó Arturo con toda amabilidad. — Pero antes vamos a ver qué resultado tiene el combate. Si usted cree que ese sinvergüenza que está a su lado es un cobarde, ¿por qué creyó todo lo que él y los otros, que son como él, le dijeron respecto a nosotros? Si usted hubiera procedido correctamente y nos hubiera dejado pasar sin meterse en nuestros asuntos, no se vería prisionero de guerra, no hubiese perdido la mitad de sus canoas, y no estaría por perder las que le quedan, dentro de un momento. Baje la cabeza, rey. Sus guerreros vienen a combatir contra los valientes ingleses. Esta noche, va a pasar aquí algo que le va a parecer bastante triste, al amigo Makokó.

Y Arturo, después de situar un centinela junto al rey y a Jabez Sleek, con orden de matar a cualquiera de los dos en cuanto se moviera, fué a ocupar su sitio detrás de una peña desde la cual se distinguía gran espacio de la superficie del río.

Las canoas se aproximaban. A cuatrocientas yardas de distancia se distinguía, en el río, la obscura masa de las embarcaciones que cubrían la superficie del agua de costa a costa.

Un grito de advertencia surgió entonces de la orilla de la isla ocupada por los ingleses.

Como por arte de magia, cesó instantáneamente el ruido de las paletas en el agua, y los gritos desaforados de los guerreros wonga.

(Continuará).

El Hombre de las Cien Caretas

Por

GASTON LEROUX

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Alberto Rose, joven abogado, se encarga de la defensa de un mucamo llamado Durín, detenido por la policía de París por haber robado un alfiler de corbata a su patrón, Sir Archibaldo Skarlett. Durin es en realidad el Hombre de las Cien Caretas, famosísimo ladrón. Aprovechándose de la mala situación de Rose, le compromete para que adopte el disfraz de Mr. Hooker y vaya a Deauville a llevar una valija y unos papeles a Lady Skarlett, esposa de su ex patrón.

Escaso de dinero y ya en poder de Durín, Rose cumple su programa y aún lo supera, enamorándose de la hermosa Helena. Esta le confiesa que es cómplice de Durin; pero desea escapar a su tiranía. Entre los dos proyectan algunos robos para conseguir dinero, a fin de huir a América. En la tercera tentativa están a punto de ser sorprendidos y huyen cada uno por su lado. En el Havre Rose es tomado por Mr. Flow, el Hombre de las Cien Caretas y perseguido por la policía se arroja al agua, subiendo luego a bordo de un yate que está a punto de zarpar. Allí es ocultado por la esposa del propietario que también cree que es el célebre Mr. Flow. Luego Rose huye del yate y llega a un pueblecito tranquilo, Luc-sur-Mer, cerca de Deauville. Se encuentra con dos amigas de París, las hermanas Clotilde y Natalia, y recobrando su personalidad de Alberto Rose para en el bungalow de ellas y luego regreca a París.

Defiende la causa del mucamo Durín; pero durante el juicio, el hermano de Sir Archibaldo acusa a Durín de ser Mr. Flow. No puede probar la acusación y ésta es tomada a broma. Durín es absuelto y, perdonado por su patrón, vuelve al servicio de éste.

Después Rose se encuentra con Helena quien le ruega acepte la invitación que le ha hecho Sir Archibaldo para que vaya a pasar a su castillo de Escocia la temporada de caza. Rose va y encuentra a Helena pálida, preocupada y al parecer temerosa de algo o de alguien.

ELENA trepaba, de roca en roca, con la seguridad de una cierva de las montañas, hasta que llegamos a una angosta plataforma, desde la cual podíamos divisar la campiña a muchas millas de distancia.

Allí se apoderó de mis manos y, fijando sus huraños ojos en los míos, dijo anhelante:

—Júreme, Ruddy, que ocurra lo que ocurra, huiremos juntos.... ocurra lo que ocurra. ¿Lo jura?

Hice el juramento.

—¡Gracias al cielo que no ha cambiado, Ruddy! — me dijo ella cuando terminé. — Porque de lo contrario habríamos ido a reunirnos con el gylmore.

—¿El gylmore...?

—Era el paje principal, el portaespada de James, el abuelo de Mac Garnet. El gylmore le hizo el amor a la esposa de James y los dos amentes fueron precipitados desde las Rocas Negras. Por eso le digo que el gylmore debe estar esperándonos allí.

Señaló por encima del risco donde estábamos parados. Miré hacia abajo, la pared cortada a pico y los altos robles, a gran distancia, y retrocedí presa del vértigo.

—Un pequeño salto — dije tratando de borrar la terrible sugestión de sus palabras con acento de broma.

—¡No sea niño, Ruddy! Usted y yo tenemos que escapar de aquí, lo más pronto posible, porque creo que Sir Archibaldo sospecha algo.

Ella me condujo nuevamente abajo de las montañas y por entre un tupido bosque de hayas, que nos protegía de la lluvia; pero sumergiéndonos en una luz grisácea semejante a la vista por Dante al atravesar las

El hombre de las cien...

regiones exteriores del infierno. Sólo cuando salimos de aquella oscuridad helada pude preguntar:

—¿Qué le hace creer que Sir...? ¿Ha ocurrido algo?

—Mi querido, cuando me escribió usted a Deauville, Sir Archibaldo había vuelto. ¿Recuerda usted aquel pequeño billete en el cual me decía "Venga", firmado Ruddy y dándome la dirección: Alberto Rose, Posada de la Délivrande...?

—Sí; ¿ y bien?

—Y bien, temo que esa carta fué abierta antes de serme entregada.

—¡Cielos!

—Y luego creo que Fathi desconfió..., aquella noche que robó usted el cofre de bronce...

—¿Está Fathi aquí?

—No, Fathi ha muerto. Sufrió un desgraciado accidente. Es posible que Durín lo haya envenenado; pero eso no tiene importancia ahora. Lo importante es esa repentina y extraordinaria amistad que Sir Archibaldo le ha demostrado y su determinación de hacerlo venir a las Rocas Negras para la temporada de caza. No hubo nada en lo que usted hizo por Durín que justificara eso ¿verdad?

—¡Helena, que cosas terribles sugiere usted a mi imaginación!...

—Es muy posible que haya querido tenernos a su alcance. Pero nos escaparemos juntos.

Habíamos llegado a la puerta del castillo.

...¿Escapar? Yo estaba pronto a huir en seguida de aquella tierra empapada por la lluvia, saturada de memorias, de viejos odios y venganzas modernas. ¿Por qué había sido yo tan estúpido de escribir aquella carta? La noche había llegado repentinamente y cruzamos el patrio, empedrado de guijarros, en completa oscuridad. En el gran hall los criados nos quitaron nuestros abrigos empapados.

—Dentro de quince minutos lo espero a usted para tomar el té.

Al mismo tiempo apareció Durín y me condujo a mi cuarto. Ya no parecía más nervioso; pero alguna resolución secreta había dado a sus facciones la rigidez de una momia. El estúpido Durín que yo había conocido en una celda de París, había desaparecido para siempre. Durante mi corta permanencia en el castillo, nunca mencionó el juicio y me trató con toda la corrección de un mucamo bien educado.

El té transcurrió sin incidentes. Mina estaba también allí y quedé sorprendido al oír su voz. Estaba explicando a Helena que, durante nuestra ausencia había habido un alboroto entre los criados. Donald había subido, pálido como un cadáver, anunciando que había oído el grito de la "llorona". Los otros sirvientes se unieron al coro, diciendo que también lo habían oído, debajo de la ventana de la Dama Verde. Habían armado tanto barullo que Mina tuvo finalmente que ordenarles volvieran a su trabajo. Yo estaba tan preocupado por lo que Helena me había dicho, que presté poca atención a esos cuentos de espíritus y fantasmas que ejercen tan gran fascinación en los ignorantes de todas partes del mundo. Pero quedé sorprendido por la voz sin vida con que Helena replicó:

—Tienes que disculparlos, Mina. La última vez que se oyó a la "llorona", debajo de la ventana de la Dama Verde, fué pocos momentos antes de morir Sir Edward. La enfermedad de Sir Archibaldo los tiene nerviosos y el pobre Donald, con la vida que aquí lleva, no puede ser más sereno.

Durante el resto del té, pensé que significado podría tener aquella extraña expresión: "La Dama Verde".

Cuando terminamos, Durín me avisó que Sir Archibaldo deseaba verme. No pude reprimir un extremecimiento que recorrió mi ser y la mirada de angustia que Helena me dirigió acompañándome hasta la puerta del cuarto del enfermo.

El baronet tenía su departamento en el patio Oeste. Un vestíbulo lo separaba del cuarto de Lady Helena, que ocupaba toda la superficie circular de la gran torre. Durante los pocos momentos que tardé en llegar a aquella sombría región del castillo, luché por recobrar la serenidad. "Se natural" me dije a mí mismo. "Puede ser que no sospeche absolutamente nada. Salúdalo como si Lady Helena no te hubiera dicho nada, como lo hubieras saludado esta mañana... simplemente como un huésped"". Y me repetía a mí mismo: "Un huésped". Pero las palabras me hacían estremecer. Sabía yo que no tenía derecho a ser tratado como tal.

Durín no dió señales de saber que había algo debajo de la superficie. Golpeó dos veces ligeramente a la puerta y un niño, como de doce años de edad, con rostro vivaracho e inteligentes, pero tristes ojos, abrió. Durín desapareció en seguida. El muchacho volvió a cerrar la puerta con pasador, después que yo entré y me hizo señas que lo siguiera. Su conducta estaba lejos de ser tranquilizadora; pero cruzamos otra habitación y el niño abrió una segunda puerta. Entonces ví a Sir Archibaldo extendido en su lecho, que tendía hacia mi la mano. Sus grandes ojos estaban más pálidos que nunca; pero los fijaba en mí con la concentración de una voluntad implacable. Parecíame que me examinaban a través de un cristal, frío y claro. Las hundidas mejillas, la prominente y huesosa nariz, parecida al pico de un águila, demostraban que Sir Archibaldo había experimentado gran sufrimiento; pero el apretón de manos que me dió y el poder eléctrico de su mirada revelaban un hombre todavía intensamente vivo y que no tenía intenciones de morir.

Me agradeció calurosamente el haber venido y lamentó las circunstancias que le impedían recibirme mejor. Luego se volvió al muchacho y le hizo señas que nos dejara. El niño pasó por una puerta, en el fondo de la habitación, y quedamos solos.

—Ese es mi pequeño paje, — dijo Sir Archibaldo y repitió con una nota de ternura en la voz. — ¡Mi pequeño paje! El único ser en el mundo que me ama y en quien puedo tener alguna confianza. ¡Un niño y mi único apoyo! Es el hijo de Donald. Yo siem-

Se incorporó bruscamente y señalando la puerta dijo: — Ellos han tratado de envenenarme.

pre lo he mimado; pero confío en él, porque me quiere.

Se incorporó bruscamente y señalando la puerta dijo:

—¡Ellos han tratado de envenenarme!

Yo lancé una exclamación al oír sus palabras.

—Sí, de envenenarme... ¿Qué dice usted a eso?

Sentí que se me enfriaban las manos. Pero el baronet continuó:

—¡Ah, ese sujeto Durín! Pero no voy a morir. Sabré la verdad primero. Estoy en mi derecho ¿verdad? Usted es abogado... Bueno, ¿por qué no me contesta?

—Lo que me está usted diciendo es demasiado horrible...

Dejó oír una risa diabólica, que me pareció un eco de ultratumba.

—Usted cree que es horrible ¿no?

Durante la conversación, Sir Archibaldo se había apoderado de mis manos y ahora agarró mi brazo con su mano libre. A pesar de mi deseo de alejarme de él era incapaz del más ligero esfuerzo físico.

—¡Sir Archibaldo! — le supliqué. — Esto es una pesadilla y debe usted deshecharla. Ha estado enfermo y su imaginación...

—No es eso lo que le he preguntado. Usted conoce bien a Durín. Defendió su causa...

—Lo ví dos veces, Su Señoría. Es un hombre desdichado de quien usted se compadeció. Tengo entendido que lo ha servido a usted devotamente, desde que entró en su casa. ¿Cómo puede a usted ocurrírsele semejante cosa?

Me contuve helado por el pensamiento de que, en mi miedo, lo estaba defendiendo con demasiado calor. En el fondo de mi corazón sabía que Durín era muy capaz de aquel crimen. Pero ridiculizaba la sugestión del hombre a quien precisamente debía yo haber prevenido, a fin de no verme envuelto en

semejante abominación. Y al tratar de protegerme a mí mismo, quizás me arruinaba, protegiéndolo demasiado bien a Durin. Era ciertamente un error, quizás un crimen...

En medio de mis protestas, Sir Archibaldo empezó a silbar. Era un silbido delgado, burlón, más amenazador que cualquier palabra que hubiese podido decir. De pronto se detuvo y preguntó:

—¿Que le hace creer que me compadecí

A esto me quedé mudo. ¿Qué respuesta iba a dar? Pero él continuó, como si yo hubiera contestado:

—¿Es por lo que dije en el juicio? Hice solamente lo necesario para que volviera aquí Durín. Usted creyó que yo deseaba salvar su alma ¿eh? Por lo que a mí me importa, puede condenarse; pero "no sin mi permiso". Por eso está aquí.

¿Y yo? pensé. ¿Por qué estoy aquí? Helena tenía razón...

—Durin sospecha. Y sé que sospecha porque ha tratado de envenenarme. Se lo cuento en confianza ¿entiende? Usted es un hombre de honor y abogado. Lo he hecho venir para escuchar su opinión sobre el asunto... y también para completar su educación. Usted imaginó que defendía a un pobre ladrón inofensivo; pero ¿qué diría si supiera que ha defendido a un asesino? O por lo menos a uno que intenta serlo. Algo por el estilo de ese Mr. Flow, de que habló mi hermano en el juicio. Recuerde que le hablo confidencialmente y que lo que le digo no debe salir de usted. Y especialmente no ha de llegar a los oídos de mi hermano. No tiene derecho a meter su nariz en mis asuntos. Su intervención pública es mi vergüenza. Se ha insubordinado contra el jefe de la familia. Ha tratado de destruir la familia. ¿Me comprende?

Lo comprendía demasiado bien; pero ¿comprendía él toda la verdad? ¿Y qué iba yo a decir, puesto que no podía defender a Durín ni atacarlo?

Luego cometí el error de procurar salir del paso con unas cuantas observaciones convencionales. Pero no hay observaciones convencionales en esos momentos. Es inútil decir: "Espero, Sir Archibaldo que se haya usted equivocado. Si tenía usted sospechas, me parece, . . me parece a mí que el juicio debe haberlas disipado".

Empezó nuevamente la risa burlona.

—Esperaba que dijera usted eso, joven. Pero piense un momento, si quiere, que todo el asunto resultaría claro si Durín, mientras estuvo preso, se arregló para hacerse substituir por otro, bajo el disfraz de Mr. Hooker.

...¡Ah! Me entiende ¿no? Veo que sí. Y que no se aburre. Tiene que disculparme; pero, en la penosa situación en que me encuentro, necesitaba un joven abogado con quien hablar. Un hombre de más edad me hubiera hecho callar hace rato; pero veo que usted me escucha con el mayor interés. No pierde ni una de mis palabras.

—Le repito — continuó moviendo su dedo en dirección mía, — un sustituto para Mr. Hooker. Un discípulo, un cómplice. Y bien, mi joven amigo, creo que lo he descubierto. Y voy a decirle su nombre, estrictamente entre nosotros...porque si yo llegara a desaparecer, sin haber concluído este negocio, sería feliz sabiendo que un hombre como usted se haría punto de honor en levantar la careta final que oculta la verdad.

Digo punto de honor, señor Rose, porque al engañarse a sí mismo ha engañado a todo el mundo. Durín ha hecho de usted un instrumento, con la treta de ese supuesto Mr. Hooker, de un modo imperdonable. Por consiguiente, voy a revelarle el nombre del hombre o al menos del que yo sospecho sea el hombre que realizó esa impostura...

(Continuará).

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

LA BAILARINA DE SHANGHAI

Por el capitán Frank H. Shaw

EN "EL LOTO ABIERTO"

WHITE BROWN, principal correvedile de San Fuy, fué el primer visitante extraoficial que subió á bordo de el "Tornado" cuando este barco ancló en Shanhai. Como de costumbre, tenía noticias interesantes que comunicar.

—Hay una nueva muchacha en "El Loto Abierto", — observó con estudiada indiferencia, de modo que el capitán Wildoing no fuera a pensar que intentaba hacerle morder el cebo.

Oswald Wilding, no demostró mayor interés.

—Las muchachas de cabaret y yo no hacemos buenas migas, — dijo.

—Esta no es como las otras, sino una verdadera perla, — tentó White Brown, siempre pronto a hacer cualquier trabajo sucio si se lo pagaban bien. — Se trata de la propia hija de la primera esposa del viejo Suamarez. Una chica honrada.

—¿Y qué está haciendo en "El Loto Abierto", entonces? Oiga... tengo una buena cantidad de "mercancía" para desembarcar; si sabe quien quiera comprarla a buen precio.

—¿Drogas?... Le digo, capitán, que debería ver a la chica. Es una maravilla.

—No, no son drogas... fusiles. Bueno, quizá me llegue por allá una noche de éstas.

—El gran Dan Greyling dice que le sacará el hígado al primero que mire a Luisa Suamarez, — dijo riendo White Brown; — así que quizá es mejor que no vaya. Bueno... ¿qué me dice de esos fusiles?

Pero Wilding parecía haber perdido el interés en su pequeño contrabando.

—Repita eso, — dijo. — Lo que dijo del gran Dan Greyling. ¿Quién se cree ese idiota que es? Un mandarín, de botón amarillo o qué?

—Cree que él y Luisa se van a unir uno de estos días, cuando él tenga la bolsa bien repleta, y hasta entonces no le pierdo el ojo a la muchacha. También, capitán... es una perla, le digo. Ahora a lo otro. Wai Loo tiene aquí un agente que probablemente se interesará por ese paquete de carga. Así que si llega un coolíe con la pandilla de obreros y le hace la señal — usted la conoce, ¿no? — puede tratar con él, porque Wai Loo tiene idea de llegar a ser el próximo presidente de la China. Y su palabra vale tanto como el oro.

—Muy bien, White. Es mejor que vea al mayordomo por las provisiones, como de costumbre. ¿Esa muchacha está "siempre" en "El Loto Abierto"?

—Todas las noches, después de las nueve. Baila y... hay que ver cómo, capitán. Pero Dan Greyling llega siempre también a las nueve en punto. De modo que si tiene interés en verla...

—¿Interés yo? ¡Váyase al diablo! ¿Qué me importa a mí de una muchacha de cabaret?

—Sería mejor que vaya a eso de las siete; yo se lo diré a Suamarez, para que haga bailar a Luisa una pieza o dos.

Esto era el desafío directo; el guante arrojado al rostro del capitán Oswald Wilding que no toleraba insultos. Era un gigante de pelo rojo, un viking moderno, que gozaba de una fama tan grande como su persona por sus atrevidas hazañas en los mares de la China, hazañas que algún día lo harían caer en manos de la justicia. Los oficiales aduaneros paraban las orejas cuando se mencionaba el nombre del "Tornado", porque la vieja embarcación tenía una historia tan tormentosa como su nombre, y el gran Dan Greyling, estaba envidioso de la fama de Wilding, que había tratado de superar y que ni siquiera había igualado.

Era Greyling quien había sobornado a White Brown para que excitara los deseos de Wilding con sus referencias tentadoras

sobre la nueva bailarina del bullicioso cabaret, porque Greyling deseaba que aquel estado de cosas terminara. Si él lo azotaba a Wilding en presencia de todos los hombres, ¿qué sería en lo futro de la fama del capitán del "Tornado"?

—Oiga, White, — dijo Wilding enseñando amenazador los dientes; — si yo voy a mirar una mujer lo haré a la hora oportuna y no entraré por la puerta del fondo para que no me vean. Dígale a Dan Greyling que iré al "Loto Abierto" esta noche a las nueve; así que puede preparar a su pandilla. Y si me gusta esa Luisa, bailaré con ella, aunque todo el mundo se oponga. ¿Entiende?

Sembrada la semilla, de acuerdo al plan, White fué en busca del mayordomo de la embarcación. Wilding terminó cierto negocio y luego se fué a tierra para entrevistarse con Tomlinson, el agente de vapores.

De camino para la oficina del agente, pasó por "El Loto Abierto", el "dancing" más famoso de Shanghai, bullanguero punto de reunión de todos los marineros, de alta mar o de la costa. El sitio estaba vistosamente decorado con macetas de flores y faroles oscilantes; adentro, un gramófono invitaba a los que pasaban. Sintió tentaciones de entrar; pero reflexionó que aquella acción podría ser interpretada como una debilidad por Dan Greling, que según rumores, tenía espías por todas partes. De modo que dió a su rostro, juvenil y duro, una expresión severa y dirigiendo sólo una mirada distraída al frente ornamental del cabaret, siguió su camino.

—¿La chica de Greyling, eh? — murmuró con sorna. ¿De Greyling? ¡Veremos!

Era difícil comprender precisamente cómo había nacido la rivalidad entre aquellos dos hombres. Ambos eran duros, gigantes en estatura y tan indomables com el mar a quien servían, aunque Greyling había echado el ancla un año antes, estableciéndose en la costa para ganarse la vida de un modo u otro que él sólo conocía. Pero la China de hoy es paraíso del oportunista; y si una cosa no dá resultados prácticos e inmediatos, siempre hay otra que intentar. A Greyling parecía irle muy bien; pero Wilding prefería la ruda batalla con las aguas tormentosas, puesto que no estaba en su naturaleza obtener sus beneficios con demasiada comodidad. Le interesaba menos la ganancia que la lucha.

Después de haber tratado de negocios, el muchacho nativo de Tomlinson trajo cocktails. Wilding estiró indolentemente su larga pierna por encima del sillón de juncc y a través de la nube de humo de un habano perfecto preguntó con acento indiferente.

—¿Qué hay de cierto en lo que he oído sobre que el viejo Suamarez hace trabajar a la propia hija en su infame taberna?

—El viejo Suamarez traficaría con la mortaja de su abuela, si viera provecho en ello, — dijo el agente. — Ha puesto a bailar a la chica, más como sebo que otra cosa. Yo lo siento por la muchacha y, si fuera más joven y no tuviera tanto que perder, ya le hubiera dicho al viejo lo que merece. Pero Suamarez me haría abrir agujeros por sus matones, hasta que mi piel pareciera una criba. Y yo tengo la pretensión de que mi vida es útil todavía.

—¿Es decente la muchacha?

El agente encogió sus corpulentos hombros.

¿Quién puede saberlo? Aunque lo sea, no seguirá siéndolo mucho tiempo en ese antro.

—Si es decente, me parece una lástima que se pierda, ¿no? — insistió Wilding, confesándose a sí mismo que era un idiota al interesarse por aquella muchacha desconocida. Pero un hombre tenía que hacer algo en esos casos.

—Mi querido Wilding, — dijo Tomlinson, — si cree que yo tengo tiempo para preocuparme de cada chica de dieciseis años que hay en las tabernas de Shanghai, está equivocado. Además, mi esposa podría tener algo que objetar. Quizá no creyera que yo obraba tan desinteresadamente como lo pretendía.

Wilding lanzó un bufido y el agente continuó:

—Eso me recuerda que es mejor que comas con mi mujer y conmigo esta noche.

—Me agradaría mucho comer con ustedes, ciertamente; pero tengo un compromiso para las nueve en punto, — dijo el capitán del "Tornado".

Tomlinson pensaba que podría hablarse bastante entre las seis y las nueve e insistió, para tratar de negocios. Había bastante que discutir, del género peligroso, porque la China era un torbellino de rebeliones y contrarebeliones; Wilding, después de pescar perlas en vedado, se cansó y encontró en la China un buen campo de acción. El oficio de contrabandista le convenía, porque debió nacer dos o tres siglos antes, cuando los piratas y el corso eran más fáciles que hoy.

II

BATALLA DE GIGANTES

—Al volver pasó por delante de "El Loto Abierto", miró hacia sus balcones cubiertos de enredaderas y vió una joven. Estaba tocando la guitarra, despacito, pero con mucha dulzura. No miraba hacia la calle, ni parecía desear atraer la atención de los escasos transeúntes. Un rayo de luna caía sobre su cabeza inclinada y brillaba como oro al tocar sus rubias trenzas. Algo la hizo bajar la mirada. Sus ojos se encontraron momentáneamente con los de Oswald Wilding y luego se apartaron con indiferencia; pero el capitán, en aquella sola mirada, comprendió que era la joven más bella que había visto en su vida.

Tosió intencionalmente y tocó con la punta de los dedos la visera de su gorra. La joven no hizo ningún caso de él. Y Wilding no estaba acostumbrado a la indiferencia femenina. Se acercó con paso indolente al balcón.

—Oiga, niñita, — empezó; — ¿qué le parece si usted y yo tomáramos tranquila-

mente un cocktail a la sombra de las palmeras?

Por toda contestación ella pasó sus pequeños dedos sobre las cuerdas de la guitarra y el resultado fué más ofensivo que una risa burlona. Sin tomarse siquiera la molestia de mirar al marino, entróse y cerró la ventana.

—¡Cielos... Si esa es la chica de Samuarez, me parece tan rubia como yo, — pensó más entristecido que lo que hubiera deseado admitir. Entró al salón— que de día era una taberna común y de noche cabaret de naturaleza bulliciosa y equívoca, — y pidió a un mozo que le trajera el aperitivo.

—¿Quién es esa pollera que estaba tocando la guitarra en el balcón? — preguntó al mozo.

—La hija del patrón, — contestó el mozo con quejumbroso acento.

—¡Qué muchacha! — murmuró Wilding pensativo. — Vaya a decirle si quiere tomar un cocktail conmigo.

El muchacho movió la cabeza con gesto pesimista; pero se dirigió hacia la puerta que había al fondo del bar. Volvió con rostro impasible.

—Dice que se mande mudar usted pronto, — dijo.

Eso fué todo y resultó pobre consuelo para un hombre que estaba acostumbrado a la adulación de las mujeres. Vació su vaso y salió del edificio ardiendo como un volcán; pero más determinado que nunca a visitar "El Loto Abierto" nuevamente a la hora en que debía bailar la hija de Saumarez. Porque ni siquiera la hija del propietario tiene derecho a insultar a los clientes.

Se vistió con ropas convencionales, de comida, antes de dirigirse a casa de Tomlinson para comer, pasando por "El Loto Abierto" en un "rickshaw". Aún a aquella hora, relativamente temprana, el lugar estaba lleno de ruido. Se oía música de jazz y las risas chillonas de las bailarinas resonaron como una nota curiosamente insultante en los oídos de Wilding.

Al recordar a la muchacha rubia, parecíale fuera de lugar en aquel sitio. Sintió que su odio normal por Dan Greyling convertíase en una negra pasión de aborrecimiento devastador. Porque sabía qué clase de hombre era Greyling, y aunque no era santo él mismo de su vida estaba en contra de la santidad — se dijo que el permitir a la pequeña Luisa que fuera a poder de aquel malvado, era como enviarla al matadero.

—Espera un momento; veremos lo que ocurrirá a las nueve, — gruñó entre dientes.

La señora Tomlinson lo encontró menos entretenido que de costumbre y lo embromó por sus momentos de distracción durante la comida. La romántica personalidad de Wilding atraía a la mayor parte de las mujeres, especialmente a aquellas que sólo componen aventuras en su imaginación.

—¿Quién es la chica? — le preguntó cuando el capitán del "Tornado" contestó un despropósito a una pregunta de la dueña de casa.

—¿Chica?... No hay ninguna chica, señora. No tengo tiempo para preocuparme por faldas.

Ella lo amenazó con el dedo.

—Conozco los síntomas, — le dijo burlonamente. — He vivido más que usted, capitán Wilding, aunque usted es el único hombre delante de quien lo confieso. Usted está preocupado por una muchacha y puede contárselo a su abuelita.

—¿Cómo puede ser rubia una muchacha española? — preguntó Wilding desmigajando su panecillo con dedos distraídos.

La señora de Tomlinson sonrió.

—Ese viejo truhán de Saumarez se casó en primeras nupcias con una joven escandinava, — dijo.

Wilding se enderezó en la silla, donde se había agachado un poco.

—Yo no he dicho nada sobre Saumarez. — protestó, enrojeciendo bajo el tostado cutis.

—¿Es linda, verdad? Usted ha dicho mucho sobre la hija de Saumarez sin decir nada, — rió la señora Tomlinson. — Yo tengo lástima de esa niña, verdadera lástima.

Tomlinson lanzó un bufido. El quería hablar de mercaderías, de la posibilidad de ganarse buenas comisiones.

—No tiene por qué estar allí si no quiere, — criticó; pero su esposa miraba las cosas desde otro punto de vista. Expresólo concisamente.

—El sistema patriarcal prevalece aún entre el pueblo de Saumarez, — dijo. — Las mujeres no están emancipadas. Luisa Saumarez hace lo que le mandan. Lo sé... He hablado mucho de esto con ella. La excitación de la vida de bailarina se le sube a la cabeza; pero, en el fondo, tiene miedo. No sabe de qué; pero tiene miedo. Y Greyling anda diciendo por todas partes que es su chica.

La mandíbula de Wilding se endureció de un modo que hizo emocionar a la señora Tomlinson. Era la expresión que habían visto los marineros rebeldes a bordo del "Tornado". Y significaba que nada podía detenerlo a Oswald Wilding cuando tomaba una resolución.

—El gran Dan tiene demasiadas pretensiones, me parece, — dijo con breve gruñido.

—¡Oh!... creo que esta vez piensa casarse con la muchacha, — dijo la señora Tomlinson, fijos sus ojos en el rostro de Wilding.

De un modo u otro, parecía existir en Shanghai una conspiración para hacer que Wilding se peleara con el matón de la ciudad. Probablemente los elementos pacíficos estaban cansados de las impertinencias de Greyling; pero no había ningún hombre, entre los residentes regulares, que se atreviera a medirse con el insolente, cuyos puños eran como un martillo, que era capaz de pelear a cuchillo como un gaucho o tirar como un moderno Guillermo Tell. Quizá los residentes habían resuelto que Wilding se sacrificara por ellos.

Cuando terminó la comida y se consu-

mieron los cigarros y el oporto, Wilding miró el reloj y se levantó sin prisa.

—Burke puede hacerse cargo del barco, en caso de necesidad, — dijo brevemente. — Le hice obtener su certificado hace seis meses, cuando recibí aquella puñalada en las costillas. Se puede confiar en él y es de temperamento más tranquilo... Tiene novia en Inglaterra.

—Mejor es que no busque camorra, — le aconsejó Tomlinson.

—Yo nunca busco... me buscan, — contestó sonriendo Wilding.

Se sentía siempre alegre caundo había disturbios en perspectiva. Hizo un saludo de marino y salió de la casa.

La señora Tomlinson tiró de la manga a su impasible marido.

—Tienes que acompañarme al "Loto Abierto", — le dijo. — ¿Te fijaste en sus ojos? Va a haber una pelea en Shanghai como no se ha visto hace años.

—A las antiguas romanas les gustaba la sangre, — dijo burlonamente Tomlinson. — De todos modos, iremos más tarde, cuando sea hora de que empiece la cosa.

Wilding se dirigió con paso tranquilo hacia el cabaret. Hubiera deseado apartar de su memoria el recuerdo de la joven; pero no podía. Su verdadera intención, al entrar al "Loto Abierto" no era tanto mojarle la oreja a Geyling, como ver por sus propios ojos si Luisa era allí una cautiva o si estaba por su propio gusto.

La orquesta del cabaret había sido importada de las islas Filipinas y hubiera causado sensación en París o Londres. Había algo del salvajismo diabólico de la "jungle" en lo que tocaban. Los hombres se agitaban frenéticos y acompañaban la música con voces chillonas. Un negro cantaba a través del megáfono con voz extrañamente afinada. Ráfagas de perfume exótico, fragancias de Oriente y Occidente mezcladas penetraron en las narices de Wilding.

El salón estaba lleno de parejas. La mayor parte de las mujeres eran bailarinas profesionales, del mismo salón, aunque también algunas de las mujeres más bohemias de la sociedad blanca de Shanghai estaban presentes. Había jóvenes y vivaces matronas, vistiendo las últimas creaciones de París y Nueva York. La bebida había circulado libremente y circulaba todavía.

La mayor parte de los hombres eran marinos. Estaban allí los oficiales de un crucero francés, muy elegantes en su uniforme; había tres o cuatro británicos, de rostros cuadrados, de particular. Pero, en general, la nota democrática predominaba en la concurrencia.

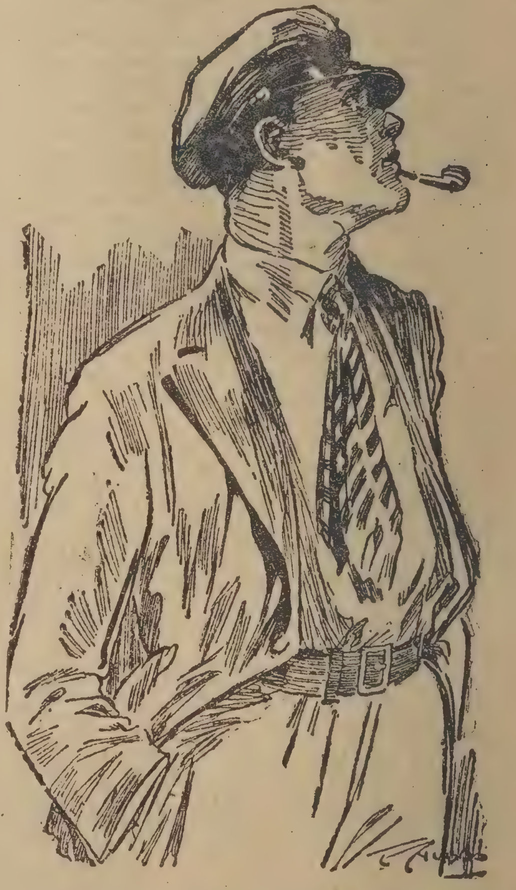
Delante de una mesa, solo, ceñudo, con los ojos fijos en la puerta central, estaba Dan Greyling. Cerca, un pequeño grupo de sus secuaces bebía copiosamente, con sus ojos furtivos fijos en el rostro preocupado de su jefe.

Nadie podía decir que Dan Greyling fuera hermoso; tenía cuerpo poderosamente macizo y un rostro que los pugilistas del mundo habían desfigurado sin hacerle perder enteramente su apariencia humana.

Cuando Wilding entró al salón, vió en seguida al autócrata y sintió vibrar anticipadamente sus nervios. Pero, como había dicho, no era hombre que buscara camorra. Por consiguiente, no hizo caso de la presencia de Dan, aunque se dió perfectamente cuenta de que el gigante se había erguido y que su barba sobresalía agresivamente.

Dirigiéndose al extremo más alejado de Greyling, Wilding se abrió paso entre los bailarines, con las manos en los bolsillos y el aire más inocente del mundo. Uno o dos de los hombres que bailaban lo llamaron por su nombre y sonrió. La mayor parte de las muchachas le dirigió también sonrisas seductoras, porque era buen mozo en grado sumo.

De pronto se hizo un profundo silencio. Vió Wilding que las parejas, apenas desenlazadas, se retiraban del sitio destinado al baile, inclinando ansiosamente sus cuellos hacia adelante; vió también entrar a Tomlinson y su mujer por la puerta principal, obscurecida, y advirtió el brillo de un reflector que atravesó como una espada la



Sus ojos e fijaron momentáneamente en Wilding; luego los apartó con indiferencia.

creciente obscuridad al disminuirse la luz de las lámparas eléctricas. Sus ojos se dirigieron hacia una cortina, que estaba del lado de Dan Greyling y observó que éste se inclinaba hacia adelante, agarrándose las mandíbulas con sus poderosos puños, los ojos ardientes bajo los cabellos hirsutos y ligeramente grises.

—Ese hombre está loco por la muchacha, — pensó Wilding. — Pienso si debo...

Luego vió que las luces de los reflectores enfocaban a Luisa Saumarez al salir de abajo de la cortina levantada, ondulando ágilmente su cuerpo.

Por su hermosura parecía realmente una llama viva. Su vista embriagó a Wilding como no lo habían hecho nunca los vapores del vino. ¡Era Luisa, la bailarina del "Loto Abierto"! Parecía a la vez niña y mujer; una Madonna y una cortesana. Era sutil como un rayo de luna y real como la carne y la sangre.

Hizo diez perfectos pasos de baile, cerca de la silla de Dan Greyling. Wilding vió que una de las grandes manos del hombre se extendían convulsivamente para agarrar la pollera de la joven y tocaron el suelo. Luego la orquesta tocó un aire alegre y Luisa bailó. Aquello era, más bien que baile, una danza loca, un abandono sensual que no conseguía, sin embargo, quitar a la danzarina aquella espiritualidad indefinible que Wilding había descubierto en ella desde el principio.

¡Y aquella joven sería para Dan Greyling, un bruto, que gozaría en torturar no solamente el cuerpo joven, sino también el alma!

Un salva de aplausos y el súbito resplandor de las luces sacó a Wilding de su abstracción. Las mujeres tiraban sus ramos a los pies de Luisa; sonaban las monedas sobre el piso. Dan Greyling se puso de pie y empezó a tirar monedas de plata, dólares americanos, con tanta seguridad como un croupier de Monte Carlo, formando un pequeño montón delante de los zapatitos de Luisa. Pero cuando la joven levantó la vista y miró a Wilding — o creyó él que lo miraba, — parecióle que la expresión de su rostro era de temor.

La orquesta tocó una nueva pieza de jazz y Dan Greyling se dirigió apresuradamente hacia Luisa. Llegó demasiado tarde. Wilding estaba ya junto a la joven. Sin pedir permiso, el brazo del capitán del "Tornado" rodeó la dócil cintura de Luisa y la pareja se mezcló con las demás que bailaban. Wilding miró a la joven y le sonrió, aunque tenía los labios secos y su corazón golpeaba como un martillo.

—Mil perdones... ahora que la tengo,— le dijo. Vió que los ojos de la muchacha estaban dilatados de terror y al ver esto, advirtió que una gran mano apretaba, como prensa, su hombro.

—¡Deje a esa muchacha! — tronó la voz de Dan Greyling.

—Salga de aquí, — contestó Wilding soltándose.

Un grupo de gente los apartó y con otra risa, más audaz ahora, Wilding estrechó fuertemente a la joven. El bailaba como un marino y con eso queda dicho todo. Aunque el salón estaba lleno, la pollera de Luisa no rozaba ninguna otra. Vió que la muchacha era muy joven, poco más que una niña, aunque desarrollada como una mujer.

—¿Qué hace usted aquí? — le preguntó. Notó el ligero encogimiento de sus hombros y posiblemente comprendió su desesperanza.

—Mi padre es dueño de este sitio. Me lo manda. No me toca más que obedecer.

—¿Le gusta entonces?

Ella sonrió forzadamente e hizo un gesto afirmativo. Su risa, que trató de ser alegre, sólo le resultó a medias.

—Es hermoso ser admirada, — dijo.

—Es usted una gran pequeña bailarina,— dijo él.

—Greyling está furioso con usted, — replicó ella.

Su inglés, no obstante la cuidada educación recibida en el colegio de Halo-Mía, no era perfecto, resultando más sonoro y fascinador por esa razón.

—¿Le gusta a usted Greyling, entonces?— preguntó él, pensando por qué cometía aquella indiscreción. Sobre la cabeza de Luisa vió que la señora Tomlinson le hacía un gesto, de prevención o no sabía de qué. La orquesta paró Luisa y Wilding se separaron. Entonces Greyling se abrió paso entre las parejas detenidas; pero cuando estaba cerca de Luisa, la orquesta tocó otra vez y nuevamente Wilding enlazó la cintura de su compañera.

—¿Le gusta a usted Greyling?—preguntó el marino nuevamente. No pudo decir si la expresión que vió en los ojos de la joven era miedo o si lo imaginó él así; pero las brillantes pupilas se obscurecieron.

—A mí me gustan todos los clientes. "Tienen" que gustarme. Eso es bueno para el negocio, según dice mi padre, que es Víctor Saumarez.

—¿Y esas otras muchachas? — señaló con un movimiento de su barba a las bailarinas profesionales.

—¡Pobres! Tienen que vivir. Y son todas muy valerosas.

—¿Valerosas? — no comprendía en qué podía consistir el valor.

—Sí. . . se precisa tener valor para bailar con toda clase de hombres.

—¿Hasta qué punto le agrada Greyling? — insistió, y con súbita emoción comprendió que el deseo de arrancar a la joven de las garras del malvado le interesaba más que todo lo que había hecho en su tormentosa carrera.

—Eso, — contestó ella con joven dignidad que le sentaba maravillosamente bien, — es cuenta mía.

—Es usted demasiado buena para estar aquí.

—Pero "aquí" estoy.

Trató de comprender lo que quería decir con eso; pero lo tranquilizó la mirada cándida de sus ojos. La orquesta se detuvo en ese momento y como ella, repentinamente, quedó inerte y como asustada, inclinóse y la besó en los labios, como lo hubiera hecho con una niña cansada.

Ella se pasó la mano por los labios y lo miró primero fieramente, luego pensativa. Después lanzó un grito y echó a correr a tiempo que aparecía Dan Greyling, con una expresión asesina en su rostro.

Una mujer lanzó un grito. Tomlinson llevó la mano a su bolsillo vacío. Benny, mozo de bar, que era amigo de Wilding, se apoderó de una botella vacía para lanzarla; pero uno de los secuaces de Greyling se recostó negligentemente sobre la barandilla y con una mano en su abultado bolsillo, le dijo tranquilamente que dejara las botellas en su sitio. Cuando pelean gigantes, los pigmeos no deben meterse.

Wilding había quedado medio aturdido por el contacto de los labios de Luisa, de modo que al alcanzarlo una izquierda de Greyling giró como una peonza.

—Eso le enseñará a no molestar a mi chica, — dijo Greyling, balanceándose ligeramente sobre los pies.

—¡"Su chica"! — Wilding se rió con el labio herido. — ¡Su chica! ¡Esa mujer para un cerdo como usted!

Había llegado el momento ansiado. Antes había pensado en aquella batalla sólo como un medio de afirmar su superioridad sobre Greyling; pero ahora había algo más concreto por qué pelear. Si el Gran Dan lo derrotaba, la pequeña Luisa caería en sus manos para que él la torturara como había torturado a tantas mujeres. Aquello no ocurriría.

Oswald Wilding empezó ahora a pelear y todo el mundo desapareció de su vista.

Greyling lo aventajaba en peso y en altura; pero la vida de la costa había ablandado sus músculos y debilitado sus nervios. Era, sin embargo, un peleador consumado, como comprendió Wilding después de los primeros momentos. Esquivó un formidable golpe de Wilding y se echó a reir. Wilding se sentía impedido por su saco de comida y la camisa dura; en cambio las ropas de Greyling, más sueltas, lo favorecían. Peleaban como toros, aplicándose golpe tras golpe en la cara, mientras a su alrededor se cruzaban las apuestas.

Se movían de un lado a otro, derribando las mesas. La cabeza de Dan se echó hacia atrás ante un golpe que hubiera roto el cuello a un hombre común. Wilding se dobló al recibir un puñetazo en el diafragma, que lo hizo toser de agonía. Pero, antes de que Greyling pudiera aprovecharse de su ventaja, el capitán del "Tornado" había vuelto a ser el mismo y descargaba una lluvia de golpes, que solamente la asombrosa agilidad de pies de Greyling permitíale, en parte, evitar.

El gran Dan sudaba. Una bailarina se echó a reir y con súbita nota burlona en la voz gritó:

—¡Mátalo, marinero... mátalo!

Uno de los hombres de Dan pególe a la mujer en la boca. Otra mujer escupió al rostro del cobarde y la mano de un marino agarró el brazo del hombre cuando hacía ademán de sacar armas.

Saumarez insistía ahora en que llamaran a la policía; pero como todos estaban interesados en la pelea, nadie le obedeció. La lucha continuó. Ambos combatientes sangraban en abundancia. Parecía imposible que un hombre del tamaño de Dan pudiera ser vencido; pero empezaba a dar señales de cansancio.

Los músculos del cuello de Dan parecían cuerdas y su inmenso pecho se alzaba y bajaba violentamente. Reunió todas sus fuerzas para una derecha izquierda que hubiera desarraigado una palmera. Pero el capitán del "Tornado" movió la cabeza y los puños de Dan cayeron sobre sus hombros. Luego, viendo un claro, aplicó a Dan un upercut que lo hizo trastabillar y un directo que lo derribó.

Dan trató de levantarse y cayó otra vez. Wilding buscó a Luisa con la mirada y la vió adelantarse. Mirola a través de una niebla roja.

—¡Cuidado! — gritó alguien.

Dan había caído con la mano derecha debajo, en una posición que hacía creer a los espectadores que estaba vencido; pero no era así. Su mano buscaba la vaina del cuchillo que llevaba debajo de la blusa. Lo tenía en la mano cuando se puso de pie, vacilante, y solamente el hombre que gritó lo había visto; un partidario de Dan apoyóle en las costillas una pistola y el hombre tuvo que callarse. Luego tocó el turno a Luisa. Lanzó un grito de aviso a Wilding al levantar Dan la mano. Si pensaba tirar el cuchillo o arrojarlo era cosa que no podía saberse. Pero, indudablemente, su intención era usarlo.

El gigante estaba desesperado, casi loco. Vió su prestigio, cuidadosamente edificado, caer por tierra, porque ningún hombre derrotado tiene amigos. Y a su rival en el al-

tar de la bailarina. El cuchillo desenvainado se hubiera hundido en el cuello expuesto de Wilding, si no hubiese sido por Luisa. Esta, con un salto de pantera, llegó junto a Dan y le quitó el cuchillo de la mano. Fué la única que conservó la serenidad en aquella emergencia, y al hacerlo, indudablemente, salvó la vida de Oswald Wilding.

El no supo lo que ella había hecho. Aquello había ocurrido con demasiada rapidez, para que un hombre aturdido por los golpes lo advirtiera. Pero oyó el aullido decepcionado de Dan y luego vió que la mano del gigante abofeteaba el asombrado rostro de Luisa. Wilding no sabía cómo estaba allí la muchacha; pero al ver que Dan la castigaba, enloqueció. Había visto brillar el acero en el aire al caer; pero no supo donde había caído.

La niebla roja envolviólo nuevamente; pero a través de ella distinguía el rostro espantosamente desfigurado de Dan y aplicó golpe tras golpe contra sus malignas facciones. Finalmente, reuniendo todas sus fuerzas, levantó en vilo a su contrario y como un marinero que arroja un fardo por encima de la borda, lo lanzó contra el suelo. Dan cayó pesadamente y se retorció. Luego lanzó un grito y se dió vuelta para arrancar algo que sobresalía de su costado.

—¡Ah cielos! — exclamó alguien roncamente. —¡Se ha clavado él mismo el cuchillo!

Dan procuraba tirar del mango del cuchillo, que al caer de la mano de Luisa, cuando él pegó salvajemente, había quedado con la punta para arriba, sujeto entre dos tablas muy separadas del piso.

Los dedos de Dan se aflojaron y los retiró, levantándolos hasta sus ojos. Pero antes de que pudiera ver su sangre tiñendo el acero, fueron velados por la muerte. Un gemido ahogado se escapó de sus labios y luego quedó inmóvil. No sabiendo todavía lo que había ocurrido, Wilding se acercó tambaleándose a él, los puños preparados para lo que podría ser una treta. Pero la cabeza de Dan había caído de un modo inconfundible y sus miembros empezaban a ponerse rígidos.

—Se hirió él mismo... nadie tiene la culpa — dijo el marino que todavía tenía agarrado el brazo del pistolero. —¡Quieto, usted!

Burke y Medlock, los dos oficiales del "Tornado" se abrieron paso, hombro contra hombro, hasta su superior y amigo. Se movían eficientemente, con la mano derecha metida en el bolsillo y todos al verlos comprendían que cualquier tentativa provocaría una lluvia de balas.

Dos de los secuaces de Dan se acercaron a donde éste yacía inerte y lo dieron vuelta. Lo que vieron los hizo apresurarse a alzarlo del cuelo manchado y llevarlo, no muy fácilmente porque el gigante muerto pesaba más todavía. Luego se produjo una batahola. Las mujeres chillaban, los hombres maldecían. Saumarez corrió al medio del salón, mesándose los cabellos, agarró a Luisa, medio paralizada de terror, por los hombros y la metió detrás de la cortina. El director de orquesta, hombre de rutina, llamó a sus músicos y empezó a tocar un one-step.

Los mozos empezaron a circular con bandejas; los tapones saltaron nuevamente. Había muerto un hombre; pero la rutina del "Loto Abierto" no podía interrumpirse por cosa tan trivial.

Oswald Wilding pareció volver del caos a la realidad. No comprendió enseguida lo que había pasado. Sentía sed y mareos y Burke y Medlock, comprendiendo lo que necesitaba, lo escoltaron hasta el bar, donde le hicieron beber vino.

—¡No pensé matarlo! — balbuceó el capitán del "Tornado".

—Usted no lo mató — protestó Burke. — Pero es mejor que volvamos a bordo, señor.

Wilding se repuso; el vino le había devuelto las fuerzas. Observó su desaliño, su camisa ensangrentada y rota, sus nudillos magullados.

—Me parece mejor quedarme aquí y afrontar la música — dijo. —¿Qué fué exactamente lo que pasó?

—Greyling levantó el cuchillo para herirlo a usted y la muchacha se lo quitó. Entonces él le pegó, haciéndole caer el arma de la mano.

Wilding recordaba. Sentía gran necesidad de ver a Luisa para darle las gracias por su arriesgada intervención. Apenas oyó a Burke decirle:

—Tiene que andar con cuidado, señor, porque los compañeros de Dan se la guardarán.

¿Pero quién iba a tener miedo de los subordinados, habiendo derrotado al jefe? Tomlinson se unió a él en el bar; su mujer lo acompañaba. Los ojos de ella expresaban adoración.

—Tratarán de provocarlo — dijo el agente. —Greyleing tenía partidarios entre cierta gente de aquí. Es mejor que el "Tornado" abandone el puerto lo más pronto posible. Cuente conmigo para todo, capitán.

En ese momento se acercó a ellos un grupo de marinos.

—Nosotros lo vimos todo y serviremos muy gustosos de testigos, si hay necesidad, — dijo uno de los oficiales. — Mi nombre es Tressider, del "Ariadne". Quisiéramos que comiera con nosotros a bordo de nuestro barco, capitán. Ha sido la pelea más hermosa que hemos presenciado.

Pero Wilding no los escuchaba más que con un oído. Pensaba en la bailarina. ¿Por qué había ella corrido aquel riesgo al arrebatarle el cuchillo a Greyling? De pronto dirigióse hacia aquella cortina por donde Luisa había aparecido por primera vez. Burke y Medlock lo siguieron, como guardias de corps.

—¡Largo de aquí! — exclamó Víctor Saumarez, escupiendo como un gato que hubiera comido mostaza. —Ya me ha causado usted bastante perjuicio... me ha señalado a la atención de la policía. ¡Márchese pronto y no vuelva!

—¿Dónde está la chica? — preguntó Wilding. —Es usted su padre ¿no? ¿Qué se propone haciéndola exhibir en un lugar como éste? — agarró a Saumarez por la pechera de su camisa de seda y lo sacudió como un muñeco, hasta que la cabeza del hombre parecía desgonzada. Pero la cabeza de Saumarez, aunque desgonzada, era astu-

Una izquierda de Dan hizo dar vueltas a Wilding como una peonza.

ta. Sabía quien era Wilding, un capitán medio pirata, sin cuenta en el banco.

—La muchacha no es para usted — le dijo. —¡Váyase! Ya me ha hecho bastante daño. Y ella también ha cometido muchas tonterías. La volveré a meter en el convento.

Rehusó permiso a Wilding para ver a la joven y el capitán se fué al fin ardiendo de ira. ¡Maldición! Había peleado por la muchacha y lo que menos podía esperar era una sonrisa de sus labios o una mirada aprobadora de los ojos que lo obsesionaban.

Luego recordó la amenaza del padre y se quedó frío. Con todo era mejor para ella volver al convento que permanecer en "El Loto Abierto".

VI

BOTIN DE HERMOSURA

Oswald Wilding pasó la noche sin dormir, sufriendo el purgatorio de un hombre que

se enamora siguiendo los dictados de su corazón y en contra del mejor juicio de su cabeza. Hasta entonces había jugado con el amor y ahora el amor se vengaba. Al amanecer recordó que era capitán del "Tornado" y que tenía fama de tomar lo que deseaba bajo los cañones del enemigo. Así que cuando Burke le trajo el café a su camarote, debajo del puente, en vez de encontrarse con un hombre malhumorado, hallóse con un gigante sonriente.

—Entre y siéntese — le dijo. — Quiero hablar algo con usted.

Más tarde, cuando Tomlinson vino a almorzar con su esposa a bordo, Wilding decidió que los dioses estaban de su parte.

—He conseguido un flete para usted — le dijo el agente. —Hay que levantar aquí la mitad de la carga y concluir de cargar en Chuan Suy. El consignatario quiere que se apure, trabajando noche y día. Le he dicho que bastarán treinta y seis horas a contar desde media noche. ¿Puede estar pronto?

—Como no! — dijo Wilding. —¿Qué se dice en la costa?

—¡Oh!... unos cuantos compañeros de Dan Greyling hablan de cuchillos y pistolas, pero no tiene importancia. Se emborra-

charán todos esta noche, después del entierro y mañana no se acordarán de nada. Saumarez jura que mandará la chica a un convento; pero son fanfarronadas. Ella le proporcionará dinero ahora, a causa de la notoriedad que ha adquirido. Saumarez debería regalarle a usted un reloj y cadena de oro, si conociera el valor de la publicidad. Todo el mundo irá al "Loto Abierto" para ver a una muchacha por quien fué muerto un hombre.

—¡Escuche! — dijo Wilding. Y empezó a hablar.

—Bueno, no es mala idea — dijo Tomlinson cuando el otro terminó. —Y eso es cuenta suya.

—¿No dañará sus intereses en la costa que uno de los barcos bajo sus órdenes proceda así?

—¡Oh! No se preocupe de mis intereses en tierra, — rió el agente y su esposa hizo un gesto de aprobación. —Estamos pensando en tomarnos una larga licencia de todos modos. Al paso que van las cosas, pronto va a ser imposible la vida aquí.

—¿Puedo hacerlo, entonces?

—Sólo que, — le previno la señora Tomlinson, — tenga cuidado de no cometer un error.

—Señora — dijo el capitán ansiosamente. —Tengo treinta años y es edad suficiente para saber lo que se hace. Y si comprendo que he cometido un error, seré el único que lo sabrá.

Aquella noche volvió al "Loto Abierto" con la esperanza de ver a Luisa, de bailar con ella, de hablarle, al menos. Pero no se presentó. Benny, el mozo del bar, confesó después de algunas vacilaciones, que Saumarez tenía a la chica encerrada en la casa para castigarla por su parte en el barullo.

—¿Quiere llevarle una carta mía?

—Ni por todo el oro del mundo, capitán. Este trabajo me conviene y no quiero perderlo.

Wilding se encogió de hombros y se puso a contemplar a las bailarinas. Hacían piruetas y contorsiones y a causa de los nuevos sentimientos que habían nacido en su alma, las contempló con disgusto. ¿Aquél sería el porvenir de Luisa, debido a la codicia de su padre? Pensando esto se volvió a Víctor Saumarez y le habló en un impulso:

—Quiero casarme con Luisa — le dijo como si diera una orden. Saumarez pensó hacerle una cuarta de nariz; pero luego se contuvo y contestó:

—No está a la venta.

—Si se tratara de Dan Greyling hubiera usted contestado de otro modo, viejo demonio.

—¿Qué puede usted ofrecerme en cambio? Al presente ella tiene valor para mí.

—¡Puerco! ¡Caníbal! — estalló Wilding y agregó algunos otros términos hasta que Saumarez, despidiendo llamas por los ojos, llevó la mano a la cintura. Wilding esperó; pero el propietario del "Loto Abierto" recordó lo sucedido a Dan y contuvo su natural deseo de venganza.

Después de un rato, el capitán del "Tornado", viendo que Luisa no aparecía, se fué. Volvió a su barco, caminando por el medio de la calle, como hombre que desconfía de las sombras. Su resolución no se afirmó. Encontró a los coolies trabajando como demonios fantásticos bajo las órdenes de Burke. El plan de Wilding se basaba en una teoría que muchos hubieran juzgado loca. Pasó el tiempo lo mejor que pudo y tarde, aquella noche, condujo el "Tornado" río afuera, con su cargamento completo.

Esa noche, como sabía Wilding, Víctor Saumarez daba una función extraordinaria en su cabaret.

Wilding creía que el espartano padre aprovecharía para exhibir a su hija en provecho propio. Se había anunciado que el "Tornado" partía aquella noche, de modo que el campo quedaba libre.

Wilding no se había equivocado. Cuando entró disimuladamente al cabaret, los violines tocaban una fantasía meridional y el centro del salón de baile estaba ocupado por la deslumbradora Luisa. Oculto detrás de un pilar, Wilding la miraba bailar. Lo hacía seria, como una autómata; pero admirablemente. Wilding miró alrededor de la pieza observando uno por uno los concurrentes. Estaban allí Tomlinson y su esposa. Tomlinson parecía nervioso; a cada momento acercaba el vaso a los labios, pero no bebía. En cambio su mujer hacíalo febrilmente. Dos de los compañeros del difunto Greyling se hallaban también allí, todavía no repuestos de la borrachera con que habían ahogado su pena, después del entierro. Luisa bailaba; el reflector ponía un brillo dorado en sus ojos. Al fin terminó su baile, dejándose caer como un pájaro moribundo en el suelo. El último lamento de los violines se extinguió y los instrumentos de cobre empezaron un violento one-step. Inmediatamente el piso se llenó de parejas.

Wilding salió de su escondite y atravesó con paso rápido el salón, hasta el sitio donde Luisa hacía su saludo final. Sin pedirle permiso le rodeó su esbelta cintura con el brazo y la llevó al medio del salón. Ella lo miró asombrada. Estaba pálida como la muerte. Sintióla Wilding temblar en sus brazos.

—¡Dios! — exclamó la joven con los labios secos y entreabiertos. Su impulso instintivo fué apartar a Wilding con las manos. Luego miró hacia el bar donde estaba su padre con sus hombres al rededor. Wilding la llevó hasta allí.

—No quiso dármela... me la llevo — dijo. Luego alzó a Luisa en sus brazos. Ella gritó pero él no hizo caso. Pasó por entre los bailarines como un cañonero, apartando a todos como si hubiesen sido un rebaño de ovejas.

Oyó un grito. Fué cuando Tomlinson se interpuso entre Saumarez y el piso. Oyó un chillido, fué cuando la señora Tomlinson agarró al criado por la manga y fué tirada rudamente al suelo. Dos hombres se lanzaron sobre Wilding cuando éste estaba cerca de la puerta; uno le desgarró el saco y el otro se quedó con un pedazo de vestido de Luisa. Wilding plantó su pie en el diafragma del primero y lo hizo rodar como atacado de cólico. Aplicó un uppercut al otro y salió, perseguido por un grupo, mientras las uñas de

la asustaba Luisa se clavaban en su rostro. De entre las sombras surgían figuras que le pisaban los talones. Usó un codo, un pie, un hombro y las hizo rodar a todas. Las balas pasaron silbando por encima de su cabeza. Corrió hasta que llegó al puerto y luego su voz resonó en la oscuridad.

—¿Es usted Burke?

—Sí, señor, — contestó una voz desde abajo — ¿Todo arreglado?

—Todo... aquí. — Arrojó a Luisa, que gritaba todavía dentro del bote y él la siguió. Tomó él mismo un remo y parado en la cámara del bote con una rodilla apoyada en el pecho de la joven, ayudó eficazmente el impulso de Burke.

—¿Está todo pronto? — gritó cuando tocaron la escala del "Tornado". En la costa los hombres gritaban como poseídos y se oía ruido de remos al soltar los sampans sus amarras.

—Todo, señor, — contestaron de a bordo.

—Bueno; que el bote se quede ¡Subimos!

Con Luisa que luchaba desesperadamente, al hombro, subió Wilding la insegura escalera; Burke lo siguió.

Siempre sujetando a Luisa, Wilding se dirigió al puente.

—Ya está elevada el ancla, señor, — exclamó Burke.

—Bueno... a toda máquina. El barco, sin práctico, se movió velozmente entre las numerosas embarcaciones de la rada. Una lancha a motor lo alcanzó y sonaron tiros. Wilding se rió de nuevo.

El segundo piloto desprendió un garfio que habían arrojado al barco y tiró un tarro de pintura, que no había sido estibado, sobre el motor de la lancha en la cual Saumarez juraba como un condenado. Se oyeron ruidos y luego una explosión. La lancha se inclinó a popa.

—¿Qué ha hecho usted? ¿Qué se propone? — gritó Luisa, golpeando con sus pequeñas manos el pecho de Wilding.

—Su padre no quiso dármela, así que me la traje. Hay un misionero en Chuan Suy. El nos casará. Hasta entonces es usted sagrada para mí ¿Comprende?

—¡Casarme!... ¡Casarme!... — exclamó la joven. — ¡Casarme con un hombre a quien no amo!

Wilding la tomó por los hombros y la sacudió suavemente.

—¿Entonces por qué le quitó aquel cuchillo al Gran Dan Greyling? — le preguntó. — ¿Por qué?

—Por qué... — lo miró furiosa y pensativa. Luego la mano que se resistía pareció perder algo de su fuerza. Como Wilding no era corto de genio, la besó... primero con torpeza, luego largamente.

—¿Tengo razón? — le preguntó.

—Es usted... terrible, — dijo Luisa; pero no con acento de reproche. Más bien orgullosamente. El "Tornado" estaba mar afuera ya.

En el próximo número de PUCKY

EL CALIZ NEGRO

Un siniestro misterio rodeaba al Priorato del Monje, herencia de Larry Lingard. Pero detrás de este misterio había algo aún más terrible que Lingard juró descubrir. La ofensiva empezó con un atentado contra su vida, en una posada solitaria, donde tuvo que parar cuando se dirigía al Priorato del Monje. Aquel atentado demostró la diabólica astucia de sus adversarios y fué el principio de una lucha desesperada en contra de fuerzas malignas e invisibles

Señorita:

Vd. puede destacarse entre sus amistades si se presenta vistiendo modelos desconocidos para ellas y que son las últimas creaciones de los más afamados modistos.

Esas novísimas creaciones las conocerá Vd. comprando

EL DIARIO

EL DIARIO decano de los diarios de la tarde, publica los Jueves una página de modas con modelos impresos a cuatro colores que le guiarán sobre las últimas creaciones tanto en línea como en colores y calidad de telas.

Para estar informada compre todas las tardes **EL DIARIO**

Para seguir la moda, compre "EL DIARIO," los jueves.

Puede obtenerlo también con este cupón.

Sr. jefe de circulación de "EL DIARIO"

Avenida de Mayo, 662 - Buenos Aires.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO del próximo Jueves.

Nombre y apellido . . . .

Domicilio . . . .

Localidad . . . . F. C. . . . . . .

EL EXTRAÑO AVENTURERO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

—¿Qué es eso?

Era la voz del oficial en el camarote contiguo.

—Creo que alguien está disparando tiros — dijo lord Creith. — Miró por el cuarterón roto. El hombre en el suelo aun aullaga lúgubremente, pero no se oía nada más.

—Mira, papá — gritó excitada la muchacha. — Vuelve la barca.

Señanaba con el dedo la portilla, y sobre su espalda vió las dos embarcaciones dirigiéndose furiosamente hacia el yate. Y ahora se renovó el pandemonio en el pasillo. De nuevo se oyeron pasos precipitados y el ensordecedor estampido de una pistola automática.

—¿Quién es? Debe ser uno de los amotinados. ¿Dónde habrá conseguido la pistola?

Tales frases fueron lanzadas por encima de la separación; pero lord Creith estaba muy atento a la lucha exterior. Los disparos habían cesado, más los furiosos gritos de los contendientes continuaban. Ahora se oyó un fuerte alarido y alguien fué arrastrado a lo largo del pasillo.

—Le han tomado, — dijo lord Creith con voz ronca. — Quisiera saber quién es.

Luego, al llegar junto a la puerta el conductor de la chusma, una voz los llamó en inglés.

—No abran la puerta hasta que llegue la tripulación que ya vuelve.

La muchacha quedóse petrificada al oir el timbre de la voz, y apartando a su padre se agachó para mirar al través del cuarterón rajado. Vió a un hombre luchando en manos de sus aprehensores vestido de blanco; un hombre de buena estatura, con la manchada ropa de un cocinero.

—¡Era Jaime Morlake!

CAPITULO XLIX

Juana gritó y tiró de la puerta.

—¡La llave, la llave, papá! — dijo fuera de sí. — ¡Es Jaime!

Pero el conde la apartó de allí.

—Hija mía, no vas a auxiliar a Jaime Morlake, poniéndote en las manos de esos salvajes, — dijo, — y Juana cesó en su lucha y cayó pesadamente en los brazos de su padre.

El cual la puso en el canapé y corrió a la portilla. Las embarcaciones se acercaban al yate, y pudo ver, por la actitud del capitán, que se hallaba en la popa, revólver en mano, que había llegado a él la noticia del motín. No se oía ningún ruido en el pasillo ni en la cubierta. Sólo los lamentos del herido cerca de la puerta rompían la completa tranquilidad. Un momento después oyeron tropezar la embarcación contra el costado del buque, y el ruido de pies calzados con botas encima de ellos. Y entonces llegó la voz del capitán.

—¿Hay alguien ahí? — gritó.

Lord Creith abrió la puerta del camarote y dirigióse a la figura que yacía en el suelo.

—¡Gracias a Dios, se ha salvado usted! — dijo el capitán Green. — ¿Y la señorita está bien?

Juana habíase repuesto, y aunque yacía inmóvil, se hallaba consciente. Y comprendiendo que ella sola poseía el secreto de la identidad del "cocinero", se tambaleó.

—¡Jaime! ¡Se han llevado a Jaime! — dijo fuera de sí.

—¡Su cocinero de usted. — Lord Creith proporcionó la sorprendente noticia.

— ¡Mi cocinero! — dijo, perplejo el capitán, y luego brotó una luz en él. — ¿Quiere usted decir el ayudante del cocinero, el hombre a quien tomé en Southampton? ¿Es él quien hizo esto?

Miró a la figura inmóvil del pasillo.

—Si, se le han llevado, está en el jabeque — dijo el capitán. — Lo vi cuando llegamos a bordo.

Subió corriendo a cubierta, y la muchacha hizo cuanto pudo por imitar su ardor; pero las piernas se negaban a sostenerla y hallábase curiosamente débil. El jabeque estaba ya a diez metros del buque, y ladeándose bajo la fresca brisa de la tierra, con la gruesa vela hinchada.

—¿Está usted segura de que le han tomado a bordo? — preguntó el capitán. — Puede estar entre los... — no terminó la frase.

Un tripulante estaba muerto; otro tan gravemente herido que su vida hallábase en peligro, y se enviaron patrullas a descubrir otras irregularidades, pero no se encontró señal de Jaime.

—Podemos alcanzarlos, — dijo lord Creith, y el capitán afirmó con la cabeza.

—Vamos a levar anclas, pero de ningún modo es seguro que podamos hacer mucho, a menos que sean lo bastante necios para permanecer en el mar. Creo que desembarcarán a escape rodeando la punta, y allí no podemos seguirlos, a no ser con tripulantes como ellos.

El jabeque se alejaba más a cada minuto. La blanca agitación de la popa era significativa.

El radiotelegrafista, en su pequeño departamento de la parte superior de cubierta, había pasado inadvertido para los que asaltaron el buque, y él fué quien avisó al capitán. Hizo algo más: se puso en comunicación con un "destróyer" norteamericano, que navegaba a veinte millas y ya se veía en el horizonte una mancha de humo.

—Lo importante es que pueda llegar antes que el jabeque se ponga en salvo, — dijo el capitán.

En aquel momento la blanca vela cambió de rumbo, y el capitán gruñó:

—Va hacia la tierra, dando vuelta a la punta. Ya me lo figuré, — dijo.

—¿Qué harán con él? — preguntó la muchacha, — y por el momento el capitán no supo a quién se refería.

—¡Ah! ¿Con el cocinero? Supongo que no le harán nada malo. Si creyeran que era hombre de importancia, le retendrían para cobrar su rescate. Pero siendo lo que es, probablemente le tratarán bien. El moro no suele vengarse con los prisioneros de que se apodera en lucha franca.

El viento había refrescado y soplaba con fuerza cuando la proa del yate viró en persecución de la embarcación morisca; pero ahora ésta daba la vuelta al promontorio que entraba dos millas en el mar y el capitán calculaba qué plan estratégico debía seguirse.

—Nunca los alcanzaremos, — dijo, — si lo conseguimos, no encontraremos al hombre a quien buscamos.

—¿Por qué? — preguntó Juana; pero el capitán no proporcionó la complicada información.

En otro tiempo había pertenecido a la Armada Real, encargada de la supresión de esclavos en la costa levantina de Africa y vió esclavos arrojados por la borda con una férrea argolla al cuello, para que se evidenciase la culpabilidad de sus aprehensores. Y no dudaba que el patrón del jabeque seguiría el mismo procedimiento.

Cuando dieron la vuelta a la punta, la embarcación estaba tan cerca de la orilla, que parecía haber varado.

—Están desembarcando, — dijo el capitán del "Green", observando la barca con los anteojos, — y allí va mi cocinero.

La muchacha casi le arrebató los anteojos y los asestó a la plaza. Su mano temblaba con tal violencia, que todo lo que veía era una mancha de figuras blancas y arena amarilla; pero ahora dominó su emoción y dirigió los anteojos a la alta y obscura silueta que caminaba despacio por la plaza.

—¡Es él! — cuchicheó. — ¡Oh, Jaime, Jaime!

—¿Le conoce usted?

Juana dijo que sí con la cabeza.

—Entonces, no necesito aparentar ignorancia, — dijo el capitán. — Y le pediré que no diga nada a los dueños del yate. El capitán Morlake y yo somos antiguos amigos. Le conocí en Tánger. Fué a verme apresurado la noche antes de zarpar y me pidió que le embarcase en el yate con cualquier empleo.

Sabiendo yo que siempre estuvo complicado en extrañas aventuras — era un oficial inteligente, y sigue siéndolo por lo que sé — le tomé como cocinero. Me avisó lo que iba a ocurrir, y yo, como un necio, creí que era un novelero.

—¿Le avisó a usted de ese ataque? — preguntó asombrada Juana. — ¿Cómo podría saberlo él?

El capitán movió la cabeza.

—No puedo decirlo pero lo sabía, aunque imagino que no estaba seguro del sitio en que se realizaría el atentado, porque no me dijo nada hasta que fuí a tierra a recoger esas recomendadas cargas para embolsar... que no estaban allí.

Ahora el destroyer ya era visible a simple vista.

—No es útil para nosotros — dijo el capitán moviendo la cabeza — Antes que pueda desembarcar unos cuantos hombres esos individuos estarán en el desierto. Se mordió un labio pensativamente. No harán daño al capitán Morlake. Habla la lengua del país, y apenas hay un hombre importante que no lo conozca en Marruecos. Me figuro que en este momento el capitán del Jabeque está muerto de espanto al saber quien es su prisionero.

Auscultó de nuevo con los anteojos.

—¡Dos europeos! — dijo sin aliento — ¿Qué otro hombre han tomado? ¿Lo sabe usted, Johnson? — se volvió a su segundo oficial.

—He estado mirándole y no puedo precisarlo contestó el aludido.

Puso el telescopio en un apoyo y volvió a mirar.

—No cabe duda de que es un europeo y no un marino. Lleva abrigo de paisano.

—¿Puedo mirar?

Ayudada por el oficial, la muchacha enfiló el telescopio hacia la figura que caminaba con un moro vestido de blanco. Jaime había desaparecido tras la cima de una colina arenosa, y aquellos dos iban solos, el moro gesticulando y el otro acentuando lo que decía con el puño cerrado.

—No le conozco — dijo Juana — y no conseguiré conocerle.

Era una confesión humillante para ella decir que no le conocía, pues una vez había presumido de conocer a Rafael Hamon en cualquier parte y de cualquier modo que estuviera vestido. Y era Rafael Hamon que caminaba colérico al lado del dueño del jabeque.

CAPITULO L

Rafael Hamon, tiritando con el ligero traje, a pesar del pesado abrigo que llevaba, lanzaba imprecaciones al subir el escarpado declive de la arenosa colina, y el árabe es un idioma especial para blasfemar.

—¡Es usted un necio! — gritaba — ¿No le dije cien veces lo que había que hacer?

El capitán del jabeque con su negra barba, encogióse de hombros.

—La culpa fué de mi oficial, que ahora estará asándose en el infierno, pues le dije que lo primero era imponer silencio a todos los tripulantes que quedaran a bordo, pero se olvidaron del marino que tenía pistola.

—¿Por qué no le golpeó usted en la cabeza? ¿Por qué no le trajo en la embarcación? — gruñó Hamon.

—Porque los hombres desean ajustarle las cuentas. Ha matado a Yussef a quien querían. Creo que lamentará no morir, — dijo el capitán amenazadoramente, y Hamón resopló.

—Que lo lamente o que le haga feliz no

me importa — gruñó — Tuvo usted en sus manos a la mujer y no la tomó prisionera.

—Si el marino que tenía la pistola... — empezó a decir de nuevo el capitán, y Rafael Hamon le hizo callar.

—¡Maldito marino con la pistola! — gritó — ¿Cree usted que he pasado dos días enfermó en su sucia enbarcación para capturar a un marino.

—Si quiere usted ver... dijo el moro.

—No quiero verle y no quiero que me vea. Si dejaron ustedes escapar a la mujer son ustedes bastantes necios para dejarlo irse a él también. ¿Y cree usted que quiero que lleve a Tánger la noticia de que estuve con ustedes en un jabeque. Haga usted con él lo que guste.

Vió de lejos al prisionero, un hombre alto cuyo rostro estaba irreconocible bajo la máscara de mugre y sangre, pero no se arriesgó a acercarse a él. En un pueblecito estaban esperándolos unas mulas, y al ver a una más ricamente enjaezada que las otras, con una silla de suave cuero rojo y con collera de campanillas, Hamón se mordió un labio hasta hacer saltar sangre. Era el palafrén que había designado para la muchacha.

Sin demora montaron y pronto un cordón de doce mulas cruzaba el árido terreno. Se detuvieron dos horas por la tarde y reanudaron el viaje, pasando por la noche en la inmediación de un pueblecito de carboneros.

—¿No asistirá usted a la función, verdad? — djo el capitán. — Ese hombre es de su raza y le habría a usted desagradado ver como le azotan.

—De ningún modo me haría desgraciado eso — contestó furioso Rafael — pero estoy cansado.

Armaron una tienda para él junto a la del jefe, y estaba a punto de retirarse, aunque el sol apenas había tocado el horizonte, cuando se notó agitación entre los hombres de la caravana; el zumbido de la conversación alzóse al tono más alto y Hamón imaginó la causa.

—El Zafouri, — fué la contestación lacónica.

Rafael conocía el nombre de ese jefe rebelde, aunque nunca habíase encontrado con él.

—¿Está aquí?

—Va a venir — dijo indiferente el otro — pero soy buen amigo suyo y no hay nada que temer.

Una nube de polvo en el camino de la colina demostraba lo importante que era el séquito de El Zafouri; y cuando, media hora después, acampó cerca de allí, a Rafael Hamon se le alegró el corazón al pensar que el rebelde iba a resultar probablemente un amigo.

Fué en persona a saludar al afamado cherif y le encontró sentado ante su tienda; era un hombre encorvado y grueso, de negro rostro.

—¡Paz en tu casa, Zofouri! — dijo Hamon con arreglo a la fórmula establecida.

—Y paz a tí, — contestó Zafouri mirando de frente al forastero. — Creo que te conozco. Eres Hamon.

—Ese es mi nombre, — dijo Rafael, complacido porque su fama había llegado tan lejos.

—Eres amigo del cherif Sadi Hafiz.

Hamon se sintió en terreno menos firme. De tal modo cambiaba Sadi sus amistades y su lealtad, que por lo que él sabía, acaso en aquel momento fuera un mortal enemigo del hombre que le observaba.

—Sadi es mi agente, — dijo con cuidado — pero, ¿quién sabe si ahora lo es? Porque Sadi es un hombre que se arrima al sol que más calienta.

Al decir esto estaba completamente seguro, pues la reputación de Sadi Hafiz era del dominio público y sintióse secertamente aliviado al ver un centelleo en los oscuros ojos de Zafouri.

—Eso es verdad, — dijo éste. — ¿A dónde va usted?

Se dirigía al capitán del jabeque que había permanecido junto a Rafael durante la entrevista.

—A las colinas del Rif, cherif, — contestó y el morito se acarició la barba.

—Van ustedes por el camino más largo, —dijo Zafouri con intención. — ¿Tienen un prisionero?

El capitán del jabeque afirmó con la cabeza.

—Mis hombres me han hablado de él. Dicen que va a morir. Bueno; eso es lo mejor para él y para todos. Cuando un hombre duerme no hace daño a nadie y es feliz. Asistiré a la función.

Rafael hubiera estado presente, pero la naturaleza prohibe el esfuerzo sobrehumano. Había estado sin dormir cuarenta y ocho horas y no hizo más que echarse en la estera que su criado había extendido para él en la tienda y quedarse dormido.

Señalóse la función para una hora después de ponerse el sol y era una clase nueva para Zafouri. Los hombres formaban dos filas con intervalo de unos pasos, dejando un callejón que el prisionero tenía que recorrer, bien custodiado, pues si llegaba al final del callejón y era lo bastante ágil para escapar de los dos esgrimidores colocados allí para rematarle, estaba libre. Era el antiguo y odioso castigo de correr las baquetas, y Jaime, que en su experiencia había oído hablar de aquel método de ajustar las cuentas a los malhechores y enemigos políticos, arrostró la seguridad de que, por mucho que corriera, no podía tener la esperanza de sobrevivir a la lluvia de golpes que caerían sobre él, pues todos los hombres de ambas filas estaban armados de un garrote.

Sus aprehensores le llevaron fruta y agua.

—Anda ligero y serás feliz, — dijo uno riendo y quedóse admirado cuando Jaime contestó en árabe morisco citando una frase familiar.

—La justicia es más rápida que las aves y más terrible que los leones.

—¡Oh! — dijo sorprendido su carcelero. — ¡Hablas la lengua de Dios! Ahora, amigo, habla por mí al "Ajinn", pues esta noche vivirás entre espectros.

Le condujeron, para la sentencia final, ante el capitán del jabeque, el cual, sentado

sobre una alfombra de seda, pronunció la decisión.

—Muerte por muerte. El que mata será muerto, — recitó con voz monótona.

—Acuérdate de ello, — dijo Jaime austeramente, y Zafouri, que compartía la alfombra de seda con su huésped, lanzó una rápida mirada al barbudo prisionero.

Llevaron al capitán una vasija de cristal con agua, y ceremoniosamente lavó las manos del cautivo.

—Escucha, individuo sin nombre, — dijo Jaime austeramente en árabe corriente. — Si muero, la gente hablará y las consecuencias caerán sobre ti donde quiera que estés y tu alma bajará al Gehenna a encontrarse con mi alma...

—Sacadle, — dijo el capitán con voz áspera.

—Que se quede.

Fué Zafouri quien habló.

—Paz a ti, Milalna, — era para él el antiguo nombre morisco, y los ojos de Jaime se encendieron.

—Y a ti paz, Zafouri, — contestó Jaime, reconociendo al hombre.

Y luego Zafouri se enderezó y rodeando con los brazos al prisionero, lo besó en el hombro.

—Si alguno dice que muera mi amigo, que lo diga ahora, — exclamó y su mano izquierda cayó sobre el puño del alfange.

El capitán no habló.

CAPITULO LI

Estaba Tánger bañado en la primera luz del sol, vasto mosaico blanco y verde, y Juana Carston contemplaba hechizada la belleza de la ciudad mientras el yate movíase lentamente en la bahía. El cielo era azul y sin nubes; y el viento de la orilla traía un débil, picante y sin embargo, indescriptible aroma.

—Ese es el Este, — husmeó lord Creith.

Juana había ahuyentado los efectos de su horrible prueba; pero el cambio que su padre advirtió en ella antes de salir de Inglaterra era más notable que nunca.

—¿Te sientes con fuerzas par ir a tierra?

La joven dijo que sí con la cabeza.

—Eres una muchacha admirable, Juana, —dijo asombrado el conde. — Has tenido más emociones en esta semana que la mayor parte de tu vida.

Juana rió.

—Hay que acostumbrarse a las emociones fuertes. Creo que haría falta un terremoto para trastornarme.

El padre lanzó en su dirección una mirada furtiva.

—Me figuro que ya no te ocupas de... Mr. Morlake.

Juana pareció hacer examen de conciencia antes de responder.

—Es difícil decirle a usted lo que experimento. Tengo tal fe en él y en su modo de sentir... que si le hubiera ocurrido algo terrible lo sabría yo.

Lord Creith se alegró mucho de convenir en ello. Tenía la flaqueza de convenir en todo lo lisongero y discutir con violencia las predicciones desagradables.

—El capitán dice que ha arreglado las cosas para estar aquí una semana y creo que podemos emplear bien el tiempo.

Tenía habitaciones con libros en el amplio hotel blanco que dominaba la playa, y aquella noche, desde la ancha terraza, pudo mirar asombrado la confusión de edificios que formaban el Tánger moderno.

—Como el Antigua Testamento alumbrado por la electricidad, — dijo su señoría.— No se si he leído eso o lo he inventado, es cosa buena. Espero que no te sientes defraudada, Juana. Estas ciudades orientales nunca son tan agradables de cerca como de tres millas en el mar. Y el olor... ¡puf — Se tapó la nariz con el pañuelo y puso cara de disgusto.

—Jaime vivió aquí, — dijo Juana.

—Ni aun eso sirve para que huela a aceite de rosas, — dijo su padre. — ¿Qué hacía aquí?

—El capitán Green dice que estaba en el servicio diplomático. Ya me enteraré.

Al día siguiente recorrió la tortuosa calle en que hallábanse varios consulados. Sin embargo, las noticias que adquirió acerca de Jaime tenían el carácter más fragmentario. A causa de su profesión, los oficiales de consulado y embajadores mostráronse reticentes. No obstante, pudo comprobar la afirmación del capitán, que fué una novedad para ella, pues durante varios años Jaime Morlake había sido poderoso en la ciudad. Lord Creith conocía al ministro británico y fueron al té de la residencia; y Juana escuchó sin oír la charla de concesiones, de representaciones, de las enormidades del Consejo de Sanidad y de la horrorosa injusticia con que trataba el "basha" a los infelices súbditos del sultán.

No acompañó a su padre en su visita a la cárcel y luego se alegró, cuando el conde le hizo una detallada relación de lo que viera.

—Es un infireno de la tierra, — explicó, y Juana sintió oprimírsele el corazón. — Si el método de la "kasbah" es el modelo del trato que los moros dan a los prisioneros, no lo pasará muy bien Jaime.

Era el tercer día de su visita, y ya Juana hallábase casi cansada de la ciudad.

Había visto la gran plaza del mercado, y había vagado entre los vendedores de carbón y los camellos que se arrodillaban, y observó a los juglares nativos y a los santones profesionales, y regateó con los vendedores de objetos de bronce en el bazar.

—No ve uno la parte más bonita de Tánger. ¿Se acuerda usted de aquella fea calle por donde pasamos a espalda de la mezquita? — preguntó Juana. — Se abrió una puerta viejísima y en una ojeada vi el jardín más espléndido y en un balcón había dos mujeres con velo dando de comer a las palomas. Era un cuadro tan hermoso que casi entré.

Lord Creith dijo algo sobre la insalubridad de las casas y luego continuó fijándose en la factura del hotel. Aquella tarde subieron a la colina para ver una función de pólvora. Varios hombres de la tribu habían lle-

gado de la montaña para celebrar el aniversario de la muerte de un santo de la localidad, y, a petición de la joven, su padre se apartó de la plaza del mercado para enseñarle lo exterior de la cárcel. Juana se estremeció al mirarla un horrible rostro desde el otro lado de la reja.

—¿Quieres mirar lo interior?

—No, gracias, papá, — dijo apresurada y volvieron sus pasos hacia el bazar.

Lord Creith abrió su quitasol y se cubrió con él, porque los rayos solares eran desagradablemente ardorosos.

—El Este es el Este y el Oeste es el Oeste, — cantó. — Lo que siempre me interesa en esos individuos es su modo de pensar. Sólo penetrarás realmente en el Este cuando comprendas su psicología.

—Ahora, si me preguntaras... — empezó a decir y movió la cabeza para acentuar sus afirmaciones.

¡Juana no estaba allí!

Retrocedió lo andado a lo largo de la calle. En la esquina de una callejuela había un mendigo pidiendo limosna, en nombre de Alá; una fornida mujer con velo llevaba un cesto con labores del país; pero no había señal de Juana Carston. Miró a las altas paredes del otro lado, como si esperase encontrarla colg[illegible] milagrosamente en lo alto.

Y luego [illegible] apoderó de él la gravedad de la situación y echó a correr por la calle desigual hasta llegar al extremo. Miró a derecha e izquierda, pero no había señal de Juana.

En una calle vió cuatro hombres que llevaban una caja de madera, cantando al andar, y regresó a donde estaba el mendigo y se disponía a preguntarle si había visto a una joven, cuando vió que el hombre era ciego.

—¡Juana! — rugió.

No hubo contestación. Un hombre que dormía a la sombra de una portada despertó sobre saltado, miró fijamente al pálido anciano, y luego, maldiciendo a los extranjeros que molestan a los demás fieles, dió media vuelta y subió a dormirse.

Lord Creith vió a lo lejos un oficial de gendarmes francés y corrió hacia él.

—¿Ha visto usted a una joven europea... a mi hija...? — empezó con incoherencia. Rápidamente le contó la historia de la desaparición de la muchacha.

—Probablemente habrá entrado en una de las casas. ¿Tiene usted amigos moros? — preguntó el oficial.

—Ninguno, — contestó Lord Creith con enfasis.

—¿Dónde estaba cuando la vió usted últimamente? — y Lord Creith regresó a escape al hotel. El gerente le dijo que la muchacha no había vuelto. No estaba en la terraza. La única persona que había allí era un hombre alto, con cabello gris, que se abanicaba con su sombrero de ala ancha.

Miró en torno al oir la voz de Lord Creith, y dando un salto corrió hacia él.

—¡Morlake! — jadeó el conde. — ¡Juana...!

—¿Qué le ha ocurrido? — preguntó rápido Jaime.

—¡Ha desaparecido! ¡Dios mío! ¡Tengo miedo.... tengo miedo!

CAPITULO LII

Jaime tuvo una breve consulta con el jefe de policía antes que Lord Creith le guiase al sitio en que había desaparecido Juana.

—¡Creo que fué aquí!

Jaime dijo en voz baja algo al jefe de policía, y Lord Creith vió que el oficial movía la cabeza negativamente y le oyó decir:

—No puedo ir con usted ahí. Podría causarme un serio trastorno. Lo único que puedo hacer es estar cerca por si me necesita

—Eso bastará, — dijo Jaime.

Había en el muro una puertecita, y a ella se dirigió Morlake y llamó. Después de un rato abrió el postigo y apareció un rostro negro

—El cherif no está en casa, — dijo la esclava con acento gutural.

Jaime miró alrededor. El oficial de policía habíase apartado a discreta distancia.

—Abre la puerta, — dijo. — Vengo de parte del "Basha", con noticias para el cherif.

La mujer vaciló y movió la cabeza.

—No debo abrir, — dijo, — pero había en su tono una indecisión de la cual tomó Jaime inmediata ventaja.

—Este mensaje es de Hamon, — dijo en voz baja. — Ve y díselo al cherif.

El postigo se cerró y Jaime miró al trastornado Lord Creith.

—Lo mejor que puede usted hacer es reunirse con nuestro amigo, — dijo con el aliento.

—Pero si mi hija está aquí puedo insistir...

Jaime movió la cabeza.

La única forma de insistencia es la que emplearé yo, — dijo con rostro horrible. — Me ayudará usted mucho, Lord Creith, si no interviene.

Su señoría se dirigió de mala gana a donde estaba el jefe de policía. Jaime oyó el ruido de cerrojos que se descorren, una llave giró en la mohosa cerradura y la puerta abrióse unas pulgadas para que entrase a un cuadrángulo íntimo. Miró la antigua fuente y el sucio mirador con sus sillas deslucidas, y luego, al presentarse un hombre en la puerta, cruzó ligero el descuidado piso y subió de un salto los peldaños del mirador.

—Sadi Hafiz, lo necesito a usted, — dijo, y al oir el timbre de su voz el hombre echóse atrás, sorprendido.

—¡Dios de Dios! — jadeó. — ¡No sabía que estuviera usted en Tánger, Morlake!

Parecía que su pálido rostro habíase puesto más blanco.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, mi querido capitán Morlake? — preguntó en su excelente inglés. — Realmente, ésta es una sorpresa..., una agradable sorpresa. ¿Por qué no dió usted su nombre?

—Porque no me hubiera usted recibido, — contestó Jaime. — ¿Dónde está Lady Juana Carston?

El rostro del hombre estaba blanco como el papel.

—¿Lady Juana Carston? No recuerdo su nombre. — dijo. — ¿Es una señora de la embajada inglesa?

—¿Dónde está la muchacha que han traído aquí hace media hora? — preguntó Jai-

me. — Y le advierto a usted, Sadi Hafiz, que no saldré de esta casa sin ella.

—¡Tan cierto como Dios vive! — protestó el hombre grueso con vigor; — no conozco a esa joven ni la he visto. ¿Por qué había de estar aquí, en mi pobre casa, cuando, sin duda, pertenece a la nobleza inglesa?

—¿Dónde está Lady Juana Carston? — preguntó Jaime deliberamente. — ¡Por Dios que lo mejor que puede usted hacer es contestarme, Sadi, o aquí habrá un hombre muerto por mí.

Sacó del bolsillo la pistola, y su brillo pareció cegar al moro, porque entornó los ojos y se puso a hacer guiños.

—Esto es un ultraje, — dijo. — Daré cuenta al consulado.

Jaime se apartó a un lado y entró en el embaldosado vestíbulo. A la izquierda había una puerta y la abrió de un puntapié.

Era sin duda, el fumadero de Sadi, pues olía a "hashich" y a tabaco. En un extremo había una férrea escalera de caracol que conducía al piso superior; objeto incongruente en aquella residencia oriental primitiva. Sin vacilar subió la escalera y lanzando un grito, una muchacha recostada en un sofá, dió un salto y se echó el velo por la cara.

—¿Dónde está la señora inglesa? — preguntó rápido Jaime.

—Señor, — dijo la temblorosa muchacha, — no he visto a ninguna mujer inglesa.

—¿Quién más hay aquí?

Cruzó corriendo el cuarto medio a oscuras y separó las cortinas de tres lechos; pero Juana no se encontraba allí. Bajó la escalera para encararse con el ultrajado Sadi Hafiz.

Jaime sabía lo que iba a ocurrir antes que Sadi se preparase a disparar, porque había cometido el imperdonable pecado de invadir las habitaciones de las mujeres de un magnate oriental.

—Deje usted caer la pistola, Sadi, — dijo con rigidez, — o muere. Le tengo a usted agarrado.

Sadi disparó al sitio donde Jaime había desaparecido y luego, inesperadamente, el intruso dejóse ver detrás de una columna, y Sadi levantó las manos. Un instante después Jaime estaba sobre él y habíase apoderado de la pistola.

—Ahora, — dijo respirando por la nariz, — ¿dónde está Juana Carston?

—Le he dicho a usted que no lo sé.

Fuera de la puerta había un pequeño grupo de criados llenos de miedo, y Jaime cerró de golpe las pesadas puertas y echó el cerrojo.

—¿Dónde está Juana Carston?

—Se ha ido, — contestó sombrío el hombre.

—¡Miente usted! No ha tenido tiempo de marcharse.

—Estuvo aquí solo un minuto y luego se fué por la calle de la Escuela... En el patio hay otra puerta.

—¿Con quién?

—No se, — fué la contestación.

Jaime dirigióse a él con las manos en las caderas y los ojos apenas visibles.

—Sadi, — dijo con voz blanda, — ¿conoce usted a Zafouri? Anoche me dijo que le matara a usted porque le traicionó con el gobierno, tomó dinero de sus manos para comprar armas y se le apropió. Le salvaré a usted la vida.

—Ya he sido amenazado otras veces, Mr. Morlake, — dijo Sadi Hafiz recobrando un poco de su audacia; — ¿y qué ha aocurrido? Que estoy vivo aún. Le digo a usted que no se nada de esa señora.

—Acaba de decirme que estuvo en el patio y salió por la puerta de la calle de la Escuela. ¿Quién se la llevó?

—Tan cierto como Alá vive que no lo sé — gritó en árabe el hombre, y Jaime le cruzó la cara con el dorso de la mano.

Volvióse Morlake al descorrer el cerrojo de la puerta, la abrió y señaló con un dedo la garganta del moro.

—Es seguro que Zafouri le tomará. Pero más cierto que eso es que si a la señora le ocurre algo malo, le buscaré a usted y le haré pedazos.

De un golpe cerró la puerta tras sí y salió de la casa, entrando en el patio.

Un breve examen le mostró que el hombre había dicho la verdad en esto, pues existía otra puerta que daba a la estrecha calle que Lord Creith había registrado.

Y entonces recordó que el padre de Juana había visto cuatro hombres que llevaban un pesado cajón. Salió a la calle e hizo una seña a la policía.

—Necesito que su gente siga [illegible] cuatro hombres que llevan un cajón gran[illegible] por la calle de la Escuela. Deben de haber cruzado el "soh".

Fué fácil seguir el movimiento del grupo. Un policía del país los había visto cruzar el camino de Fez, y dejar el cajón en una camioneta, que estuvo esperando allí toda la mañana. Un conductor de camellos que había estado al lado del camino cerca del vehículo la confirmó, y dijo que como en el interior de la caja se movía algo, preguntó al encargado del grupo qué era, y le contestó que un cajón de pollos.

—Esperen aquí, — dijo Jaime.

Cruzó corriendo por en medio de la multitud reunida en el mercado y desapareció envuelto en ella. Diez minutos después vió Lord Creith un automóvil que llegaba a escape, con el volante en manos de Jaime.

—Lo he encontrado junto al hotel de Inglaterra, — dijo sin alientos. — ¡Dios sabe quién será el dueño!

Lord Creith saltó al vehículo.

—Siento no poder acompañarles — dijo el policía, que era francés y consideraba rígidos los reglamentos. — A partir de aquí no pertenece a mi jurisdicción.

Jaime aprobó con la cabeza y condujo el coche por el camino de Fez. Los rodados del vehículo del cajón eran visibles en una gran distancia; pero a diez millas de Tánger...

—¡Aquí está el carro! — exclamó Jaime.

Estaba abandonado junto a la cuneta y el cajón, intacto aún. ¿Estaría equivocado y seguirían una falsa pista?

Se le oprimió el corazón al pensarlo.

Acercó el automóvil a la trasera del otro vehículo y saltó a éste. Y entonces vió que la caja estaba vacía y que la tapa había sido arrojada a un lado del camino.

No vacía por completo, pues en el fondo veíase un zapatito blanco y cuando Jaime se lo mostró a Lord Creith, este gimió.

—¡Esto es de Juana!

CAPITULO LIII

Juana Carston caminaba detrás de su padre, y había llegado enfrente de la puerta que había en la tapia, cuando abrióse ésta y la joven se adelantó para mirar al patio Su primera impresión fué desagradable; pero la sonriente mujer negra que mantenía abierta la puerta señalada con la mano como si allí hubiera algo digno de verse, y Juana despierta su curiosidad, cruzó el umbral. Instantáneamente cerróse la puerta trasera, y una mano gruesa y negra le tapó la boca; sintióse echada hacia atrás, junto a la mujer de la puerta, que le cuchicheó al oído algo feroz. Ello era ininteligible, pero amenazador, sin duda alguna.

Antes que comprendiera lo ocurrido, aparecieron cuatro hombres que cargaron sobre ella, le ataron fuertemente los tobillos, y le sujetaron a la cara un pedazo de algodón hasta que la dejó ciega y muda, y sintióse levantada del suelo.

Luchó pateando furiosa, pero era inútil luchar en tales circunstancias, y, calmado su terror, quedó inmóvil sobre el enlozado suelo, mientras le ataban fuertemente las manos.

Luego sintióse levantada y notó olor a madera limpia. Un negro de rostro inexpresivo le quitó de la cara el pedazo de algodón y le puso uno de seda que le oprimía la boca, pero apartó los bordes de la tela para que pudiese respirar. Un minuto después taparon la caja y la muchacha fué levantada irregularmente en el aire. No se atrevió a forcejear, por miedo a que sus portadores perdiesen el equilibrio.

Era asfixiante el aire dentro de la caja: notó que iba a ahogarse y trató de levantar la tapa con la cabeza; pero estaba sujeta por la parte exterior. Le pareció estar una eternidad balanceándose insegura sobre los hombros de los portadores, y luego hubo un leve golpe y la caja deslizóse sobre una superficie plana. Sabía lo que era, porque notó los latidos del motor de un vehículo que estaba debajo de ella; aquél se puso en movimiento, tomando velocidad y, evidentemente, el conductor tenía prisa, porque no aflojó la marcha ni aún sobre el camino irregular. Notó Juana dolor en todos los miembros y sintió que iba a desmayarse.

Debió de perder el conocimiento durante algún tiempo, porque se despertó de pronto para encontrarse echada en un lado del camino. El vehículo y la caja habían desaparecido, y sus cuatro aprehensores que llevaban la cabeza envuelta en tiras de tela, la miraban. Uno se agachó y la puso en pie, diciendo algo en árabe, que la joven no entendió. Movió la cabeza para significar que ignoraba el idioma, y luego vió las mulas aguardando. Llevándola en sus brazos, el negro gordo sentó a la muchacha en una mula y la condujo por un declive que formaba ángulos rectos por el camino; sus compañeros le siguieron.

Dábale vueltas la cabeza y sentía vértigo y estaba enferma. Para mayor tormento, su sed era irresistible; pero los hombres no llegaron muy lejos. Juana vió a uno, sin duda el jefe, mirar atrás curioso y la joven preguntóse qué temería. Si los habían seguido, la rescatarían y, al pensarlo, le dió un salto el corazón. De cualquier modo, aproximábase el término de su viaje. En una hondonada había una casa de techo bajo, rodeada de una pared alta y blanca, por cuya angosta puerta condujo el hombre la mula.

El patio era una llamarada de flores otoñales; en el centro mostrábase la inevitable fuente. Juana esperó hasta que cerraran la puerta y luego el hombre le indicó que desmontase, y dirigiéndose a la casa, llamó a la puerta. Abrióse en el acto y el individuo empujó a la joven adentro del vestíbulo. Estaba tan obscuro que, al principio, no pudo ver nada, y luego distinguió entre las tinieblas la figura de una mujer mora. Era bonita, pensó Juana, a pesar de su malsana palidez. Guiada por la muchacha, Juana pasó por otra puerta a una habitación grande, cuyo piso estaba cubierto de miserables esteras que, con un diván, constituían su moblaje.

Entraba la luz por altas ventanas que había en la pared, y Juana conoció por las descripciones que había leído, que aquel sitio era el harem de una casa morisca. En la habitación no había otra mujer, y la muchacha la condujo allí desapareciendo en el acto y cerrando la puerta tras sí.

Juana sentóse en el borde del diván y dejó caer la cabeza en las manos. Tenía que arrostrar el peligro con valor, se dijo a sí misma, aún siendo como era, terrible. No se forjaba ilusiones respecto a lo que significaban aquellos dos atentados contra su libertad. El primero habíase frustrado, pero ahora comprendía, como ya había sospechado, que el ataque al buque en Suba tuvo por objeto su captura y no era, según aseguró el capitán y creyó lord Creith, un accidental asalto de piratas en busca de tesoros.

El rapto habíase llevado a efecto tan sencillamente como habíase planeado. ¿Cómo sabían ellos que entraría por aquella puerta? Sin duda, estuvieron esperando varios días para poner en ejecución lo que tramaron. ¿Y quiénes eran "ellos"?

Le dolía la cabeza, sentíase exhausta de fuerzas y dió un salto al abrirse la puerta y entrar una muchacha con un par de bandejas de bronce, que contenían pan, fruta y una obscura vasija con agua y, con ello, una taza.

—¿Habla usted inglés? — preguntó Juana.

La muchacha dijo que no con la cabeza.

La prisionera habló en francés, con no mejor resultado.

—Puedo hablar un poco de español — dijo la mora; pero, aunque Juana conocía esa

La patrona. — Hay un agujero en el sofá hecho con el fuego del cigarro. Espero que usted me lo abonará.

El nuevo huésped. — De ninguna manera; yo no fumo, señora.

La patrona. — !Qué descaro! Usted es el primer huésped, en tres años, que se ha negado a pagármelo.

---

lengua, su conocimiento era muy superficial para mantener una conversación.

Cuando se marchó la mora sirvióse Juana una taza de agua y bebió febrilmente. Miró el alimento con desconfianza y luego resueltamente, partió el pan y comió un poco.

—Juana Carston, — dijo moviendo la cabeza, — estás en situación muy apurada. ¡Has sido robada por moros! Eso suena como si estuvieras soñando, porque esas cosas no ocurren más que en los libros. Pero no estás soñando, Juana. Y puedes comer el alimento. Supongo que no intentarán envenenarte... todavía. Y si lo hacen, quizás fuera mejor para tí.

—Lo dudo, — dijo una voz detrás de ella y se volvió dando un grito.

Un hombre había entrado en la estancia por lo más apartado, y estuvo observándola mucho tiempo antes de dar a conocer su presencia.

—¡Usted! — exclamó Juana.

Rafael Hamon sonrió de través.

—Esto es un placer inesperado, — dijo.

Por el momento le aturdió la presencia del hombre; pero lentamente brilló en ella la verdad por medio de su aparición.

—¿De modo que siempre es usted? — dijo Juana despacio. — ¿Y para esto nos envió a hacer este viaje? Usted era el otro hombre que caminaba por la playa. ¿Verdad? Debí saberlo. ¿Dónde está Jaime Morlake?

Vió caer la mandíbula del hombre.

—¿Jaime Morlake? ¿De qué está usted hablando? Supongo que está en Inglaterra, detenido por asesino, si hay justicia en el país. Probablemente sabrá usted que su marido fué muerto la noche antes de salir ustedes y que Morlake fué quien le disparó.

Juana negó con la cabeza, y Hamon se admiró de su sonrisa.

—Usted mató a Farringdon, — dijo la jo-

ven. — Me lo dijo el capitán Welling. No en esas mismas palabras; pero encontró las huellas de sus zapatos en un cuadrado del jardín.

Si lo que deseaba era espantarle, lo había conseguido.

Aquel antiguo aspecto que ya conocía apareció en el obscuro rostro de él.

—Usted trata de asustarme, — dijo Hamon con voz ronca.

—¿Dónde está Jaime Morlake? — volvió a preguntar Juana.

—Le digo a usted que no lo sé. Espero que estará muerto el maldito criminal yanqui...

—No está muerto, a menos que lo haya usted matado cuando vió que le tenía en sus manos.

El pálido asombro de Hamon era elocuente.

—¿En mis manos? No la entiendo a usted. ¿Cuándo estuvo en mis manos?

—Era el marino que se llevó usted del yate, — contestó la joven; — el cocinero.

—¡Demonio! — dijo sin aliento Hamon, y dió un paso atrás. — Va usted a volverme loco. Aquel no era Morlake. Era un marino... un cocinero.

Juana movió la cabeza afirmando.

—Era Mr. Morlake. ¿Qué hizo usted de él?

—¡Maldito sea! — gruñó Hamon. — El puerco de Zafouri le libertó..., — se detuvo y cambió de tono. — Ha muerto, — dijo. — Le ejecutó la tripulación del jabeque.

—No dice usted la verdad. Lo dijo usted al principio. Mrs. Morlake se salvó.

Hamón no dijo nada. Chascando los temblorosos labios, la miró fijamente.

—¡¡Morlake aquí!! — ¡No puede estar aquí; es imposible! — exclamó — Lo ha inventado usted, Juana. Creo que está a millas de aquí. ¿Y qué dijo Welling? Eso es también una invención. ¿Qué motivo tenía yo para disparar contra aquel individuo?

—El capitán Welling, práctimamente me dijo que usted era el asesino repuso la muchacha con tranquila malicia.

Hamón sacó el pañuelo y se secó la sudorosa frente.

—¿Soy un asesino, eh? — dijo con voz sorda.

—Bueno, haga lo que haga sólo pueden ahorcarme — y su mirada cayó sobre la joven. Voy a decirle una cosa; pero ha trastornado mi programa, Juana. Es fácil averiguar si Morlake está en Tánger.

—Yo no he dicho que esté en Tánger. No se si está — dijo Juana, y durante un segundo, el rostro de Hamón se aclaró.

Vendrá a Tánger — dijo el hombre frunciendo el ceño otra vez — No es probable que pierda mucho tiempo si sabe que está aquí. ¿La preocupa a usted un poco, ¿verdad? ¡Amantes! Le ví besarla a usted en el bosque. Supongo que él la enseñaría a usted. La mayor parte de ustedes, frías mujeres blancas no lo han aprendido.

Mordióse un labio y evidentemente su imaginación estaba en otra parte, no en aquella charra habitación.

—Pronto averiguaré si está en Tánger,— dijo y volvió por el mismo camino que llegó pasando por la puertecita de detrás de la cortina que ya había visto Juana.

Pocos minutos después de irse Hamón volvió la muchacha mora y la condujo a un cuarto trasero de la casa. Hundido en el suelo había un baño de ladrillo, y la muchacha le indicó que se desnudase. Cruzado sobre el respaldo de una silla raquítica, vió Juana unos vestidos que sospechó serían el traje de una mujer mora, y al principio se negó; pero la muchacha señaló significativamente la puerta, y sospechando que si ofrecía resistencia le aplicarían la fuerza, Juana desnudóse ante la vigilante mirada de la muchacha y se metió en el baño.

Cuando salió y fué envuelta en la toalla caliente que la muchacha habíale preparado, vió que sus ropas ya no estaban allí.

—¿Tengo que ponerta éstas? — preguntó en español defectuoso.

—Sí, señorita, — contestó la mora y Juana se vistió despacio.

El traje no tenía semejanza con los que había visto, y había usado en las funciones teatrales de aficionados. No había oropel ni brillo de cequíes... Su primera sensación fué de comodidad. Sólo una cosa de su anterior atavío se le permitió conservar; las medias. Por fortuna no tuvo que andar mucho, pues había perdido el zapato y aunque la piantilla de la media estaba manchada por el polvo del camino de Fez, no se había roto. Cuando hubo terminado, la muchacha la condujo de nuevo al cuarto donde primero estuvo presa, y la dejó allí.

Estaba oscureciendo cuando regresó Hamon.

—Su prometido no oficial está en un compromiso con las autoridades moras,—dijo,— pero él se lo ha buscado. Un hombre que conoce el país como él, debe pensarlo muy bien antes de allanar las habitaciones de las mujeres de un noble moro. Le interesará a usted saber que él era el caballero que le seguía a ustedes el rastro esta tarde.

—Cualquier cosa que me diga usted de él me interesa — dijo Juana, y la recompensó el ceño del hombre.

—Creo que lo mejor sería que cambiara usted de modo de pensar, Juan, y reajustase su valor — dijo Hamon — Se van a operar grandes cambios en su vida de usted y en la mía.

Sentóse al lado de ella en el diván, y Juana fué apartándose hasta que por fin se levantó.

—Voy a gozar de la existencia que siempre he deseado, — dijo Hamon; — el "dolce far niente" de Marruecos es una cosa efectiva; en Italia es una frase.

—¿Se figura usted que está fuera del alcance de la ley? — preguntó la joven.

—¡La ley! — se burló Hamon. — En las colinas no hay otra ley que la del fusil y la del jefe que reina en el distrito. ¿No sabe usted que hay en este país un hombre llamado Raisuli que ha sido la ley en su provincia

durante veinte años? Querida Juana, — dijo con voz blanda, — ningún país irá a la guerra para salvarla a usted de una pequeña inconveniencia. Probablemente voy a prestarle a usted un gran servicio, — continuó. —Va usted a conocer la vida..., la vida que merece vivirse.

—¿En qué concepto? — preguntó la joven mirándole con gravedad.

—Como mi mujer, — contestó Hamon.— Habrá algunas dificultades para el casamiento durante un año o dos; pero los matrimonios moriscos se arreglan mucho más fácilmente. Aprenderá usted el árabe; yo seré su maestro, y leeremos juntos los poemas de Hafiz. Mirará usted con lástima a la antigua Juana Carston, y se preguntará qué atractivos encontró en la vida comparables con la felicidad...

—Habla usted muy bien, le interrumpió la muchacha. — Nadie hubiera sospechado que un hombre de su edad y con un curioso rostro hablara nunca poéticamente.

Y le miró con las manos crispadas atrás y un evidente interés en los ojos.

—Es usted un hombre notable, — dijo con énfasis. — No sé cuántos asesinatos ha cometido usted; pero ciertamente ha cometido uno; y, probablemente, todo su capital tiene por origen algún terrible crimen que se ajusta a esa descripción. No parece posible que viva entre nosotros ese tipo de persona del siglo XX y, sin embargo, debe haber muchos individuos que han cometido asesinatos que no se han descubierto, para su propio provecho.

Hamon estaba mudo por el terror y la rabia. Lo tremendo para él era que Juana lo presentaba tal cual era y como ahora, por primera vez, él sabía que era. Porque un hombre puede mentirse a sí mismo y ocultarse las propias acciones, velar de tal modo esos móviles y la sordidez de esos móviles, que cuando se describan fácilmente le horrorice la revelación.

—Yo no soy asesino, — dijo con voz ronca, y con el rostro convulso. — No soy asesino, ¿lo oye usted? Yo..., soy muchas cosas, pero no soy asesino.

—¿Pues quién mató a Fernando Farringdon? — preguntó tranquila Juana, y él alzó los ojos con expresión de dolor.

—No lo sé... Quizás yo. No tuve intención de matarle... Intentaba... no sé lo qué intentaba. Pensé agarrar a Morlake. Conduje el coche a tres millas del pueblo, e hice a pie el resto del viaje.

Se cubrió el rostro con un brazo como para querer ahuyentar alguna visión terrible.

—¡Maldita! ¿Cómo se atreve usted a decir esas cosas? — casi sollozó en su rabia. — Haré que se interese tanto por sí misma que no quiera hablar de mí. Juana, compréndalo.

Iba a decir algo más, pero cambió de parecer, y, dando media vuelta, salió rápido de la estancia. Juana no volvió a verle aquella noche; pero cuando se encontraba dormitando en el diván, oyó que se abría la puerta, y levantándose, vió a la muchacha mora que llevaba una larga capa azul sobre el brazo. Sin pronunciar una palabra la puso en los hombros de Juana, y ésta comprendió que había empezado la segunda etapa de su viaje.

¿A dónde la conducirían? En su creencia de que la conducirían a Jaime Morlake, salió impaciente por emprender la marcha.

CAPITULO LIV

Hamon había dicho la verdad al decir que Jaime estaba en un compromiso con las autoridades. Pero era un compromiso de los que él podía llevar a feliz término. El "basha" de Tánger, gobernador y jefe de los fieles, estaba tomando café cuando fué anunciado Jaime por el mayordomo del gran hombre. El "basha", se tiró de la barba y frunció el ceño horriblemente.

—Dile a su excelencia que me es imposible verle. Ha habido una queja del cherif Sadi Hafiz, que debe llegar al consulado mañana.

El criado desapareció, para volver casi en el acto.

—Señor, — dijo, — Morlake os envía una palabra y espera vuestra contestación.

—Eres un necio, — dijo iracundo el "basha". — Te dije que no quería verle. ¿Cuál es la palabra?

—La palabra, señor, es "azúcar".

Era una palabra muy inocente, pero la mano del oficial fué derecha a la barba y tiró de ella nerviosamente.

—Tráele aquí, — dijo después de un momento, y Jaime se le presentó insolente.

—¡Paz en vuestra casa, Tevofk Pachá! — dijo.

—Y la paz a vos, — contestó el otro, — y con un movimiento de la mano echó al criado de la habitación. — Ahora os digo, excelencia, que hay un serio trastorno en Tánger. El cherif Sadi Hafiz ha presentado contra vos la acusación de haber invadido... — bajó temeroso la voz, — su harem.

—¡Vaya, vaya! — dijo desdeñoso Jaime. — ¿Vengo aquí a hablar de harenes, Tevofk? Vengo a hablar de azúcar: grandes cajas de azúcar que os llegaron en la primavera del año del levantamiento, y en aquellas cajas habían fusiles que fueron a parar a manos del pretendiente.

—¡Dios os dé gracias! — suspiró el basha. — ¿Qué puedo hacer? Si Sadi presenta una queja, debo escucharle, o mi autoridad ha desaparecido. En cuanto al azúcar...

—No hablaremos de azúcar, — dijo Jaime sentándose en un almohadón frente al diván del "basha". — Hablaremos de una señora que ha sido raptada en esta ciudad por medio de Sady Hafiz...

—Si podéis probar eso...

—¿Qué pruebas hay en Tánger, — dijo Jaime con desprecio, — dónde podré comprar mil testigos por diez pesetas en cualquier parte? Conocéis a Sadi, Tevofk; ha sido nuestro enemigo...

—También ha sido mi amigo, — contestó Tevofk, intraquilo.

—Ahora es nuestro enemigo. Hace una semana comunicó al sultán que habíais tramado con los espeñoles la venta de una concesión de ferrocarril.

—¡Ojalá se muera! — explotó el "basha". — No hice más que dar una fiesta en honor de una distinguida excelencia española...

Jaime le detuvo otra vez.

—Os digo que podéis saber nuestra situación con Sadi. Dadme autorización para tratar con él.

El "basha" vaciló.

—Es un hombre poderosísimo y los de Angora son amigos suyos. Dicen que también es amigo de Raisulí, aunque lo dudo, porque Raisulí no tiene amigos. Si no operan...

—¿Cómo podéis operar si Sadi Hafiz está preso? — preguntó tranquilo Jaime, y el "basha" dió un salto.

—¿Preso? ¡Por Alá! ¿Podría yo meter a un hombre de su importancia en la "kasbah"? ¿Estáis loco, Morlake? ¿Por qué crimen?

—Encontradme un crimen en el acto, — dijo Jaime. — Sacó del bolsillo un fajo de billetes de mil pesetas y se lo echó en el regazo del gobernador de Tánger. — Dios de Paz, — dijo, levantándose.

—¡Y que él os dé felices sueños! — contestó el "basha" maquinalmente al tocar los billetes con amor.

Jaime regresó al hotel y vió a lord Creith, y por una vez el noble no protestó porque lo molestaban.

—Va a ser difícil registrar las casas en que su hija puede estar oculta, — dijo Jaime. — Ya me he buscado un compromiso. Las únicas investigaciones que podemos hacer son puramente particulares. De una cosa estoy seguro: de que no han seguido el camino de Fez. He ido a veinte millas más allá de donde encontramos el vehículo, y nadie ha visto a tales individuos. Deben estar en las inmediaciones y esta noche voy a encauzar mis investigaciones yo solo.

Estaba impaciente por salir, tanto más cuanto que lord Creith expresó el deseo de acompañarlo. El anciano subió a su cuarto a recoger una autorización que habíase proporcionado del consulado internacional, y mientras esperaba, Jaime salió al balcón. La noche estaba fría, pero la luna llena cruzaba serenamente el cielo sin nubes, y quedóse un momento hechizado por la hermosura del espectáculo, la amplia terraza estaba casi desierta; sólo había un hombre sentado con el cuello del abrigo subido hasta las orejas y los pies en el parapeto de piedra.

—Norteamericano o inglés, pensó Jaime. Nadie más sería bastante loco para exponerse a las enfermedades que según se supone acompañan el aire de la noche.

El forastero estaba fumando un cigarro, y Jaime olió su fragancia y le pareció buena; pero en aquel momento presentóse lord Creith con la autorización.

—Temo que no va a ayudarle a usted mucho, Morlake, — dijo; — pero en los sitios en los que se reconoce al sultán le servirán a usted de algo las autoridades locales. — Tendió una mano. — ¡Buena suerte! — dijo con sencillez. — Tráigame a mi hija... La necesito, y creo que usted también la necesita.

Jaime estrechó las manos del anciano entre las suyas con el corazón muy henchido para hablar. Dando a Creith un golpecito en el hombro, movió la cabeza y luego empujó la puerta vidriera, saliendo a la galería del hotel. En aquel momento le era necesaria la soledad.

Permaneció unos instantes mirando al anciano al subir éste, con la espalda encorvada, el corredor alfombrado. Después, volviéndose de pronto, dirigióse a la escalera que conducía al camino de la playa. Estaba a punto de bajar cuando una voz le llamó.

—¡Eh!

Era el fumador de cigarros. Creyendo que se había equivocado Jaime siguió andando.

—¡Eh! ¡Venga aquí, Morlake!

Atolondrado volvióse y fué hacia el desocupado .

—Como me conoce usted lo bastante para llamarme por mi nombre, no tengo inconveniente en decirle a usted que tengo mucha prisa. — dijo.

—Ya lo supongo. — balbuceó el hombre del asiento cruzando las piernas cómodamente. — De lo que necesito enterarme es de esto: ¿Sabe usted algo de mi amigo Hamon?

Jaime se paró para ver mejor el rostro del hombre. ¡Era el capitán Welling¡

CAPITULO LV

—¿Qué diablos hace usted por aquí?

—Atrayendo un ataque de reuma, — contestó Welling. — Tiene usted prisa. ¿Ocurre algo?

—Ha desaparecido lady Juana, — dijo Jaime. y en pocas palabras contó cuanto sabía del rapto de la muchacha.

El anciano escuchó pensativo.

—Eso es malo, — dijo. — He visto que había un alboroto en la ciudad, pero no se en qué ha consistido. Mi español es muy limitado y mi árabe nulo. No es que el árabe sea siempre necesario a un viajero en Marruecos... ¡Lady Juana! ¡Eso es malo! ¿Y dónde va?

—Voy a buscarla, — contestó brevemente JaimJe.

—Pues no quiero detenerle. ¿No hay señales de Hamon?

Jaime negó con la cabeza.

—Está en Marruecos, por supuesto. ¿Lo sabe usted? Le seguí hasta Cádiz. Desde allí salió para Gibraltar y aquí le perdí de vista. Voló de Gibraltar sin dejar huella.

La noticia sorprendió a Jaime. No había visto a Hamon ni en el jabeque ni después, e hizo un rápido cálculo.

—Puede haber llegado aquí, — dijo, — pero no le he visto.

—He supuesto que Sadi Hafiz es el responsable de todo lo sucedido hasta ahora, pero es muy posible que Hamon esté en el fondo dando las mejores pinceladas.

Iba a retirarse cuando le asaltó un pensamiento.

El ladrón. — No me esperaba, ¿verdad?
—Realmente no; pero si se espera un momento trataré de recibirlo con todos los honores.

—Quisiera que entrase usted a ver a lord Creith. Está en buena disposición y podrá decirle a usted todo lo que ocurrió en Suba, —y con una apresurada frase de adiós, bajó corriendo la escalera y se dirigió muy de prisa a las puertas de la ciudad.

Cerca de la calle de la mezquita existe una casa pequeña y modesta, a cuya puerta hay que subir por un tramo de escalones de piedra. Subió Jaime los escalones, llamó a la puerta y fué recibido en el acto. Saludando con la cabeza al sastre moro que estaba trabajando con las piernas cruzadas, entró en la habitación más apartada, quitándose la casaca por el camino. Ahora se presentó en la puerta.

—¿Lo ha arreglado usted todo? — preguntó.

—Sí, — contestó el sastre, sin levantar de la labor los ojos ni dejar de mover la aguja. — Le aguardarán a usted en el camino inmediato a la casa del médico.

Jaime estaba quitándose el chaleco cuando oyó un ronquido que pareció sacudir la contigua casa. Levantó la vista hacia un cuadrado abierto en la pared, en el cual descansaba la parte superior de una escalera de mano.

—¿Quién está ahí? — preguntó desde la puerta.

El sastre enhebró una guja, acercándosela a los ojos, pero con extraordinaria rapidez, antes de contestar.

—Ahí vive un hombre, — dijo con indiferencia. — Tiene el mismo techo que cobijó al aguador. Yassin el judío no opdía encontrar un inquilino porque el aguador tuvo la viruela; de modo que se lo dió al inglés por seis pesetas al mes. Yo pago cincuenta; pero Yassin sabe que no puedo encontrar otra tienda y mis padres vivieron aquí desde la época de Sulimán.

Había arriba agitación y oíase una voz que gruñía.

—Es fumador, — dijo el sastre, — y ahora irá a un café donde la pipa cuesta diez céntimos.

Jaime se preguntó si era lo característico de todos los huéspedes tener vicios nada naturales, y mientras se lo preguntaba, salió por lo alto de la escalera de mano un andrajoso zapato tembloroso; encima del zapato había un tobillo desnudo y el destrozado pantalón bajaba hasta la mitad de la pantorrilla. Lentamente descendió el hombre. Y Jaime se detuvo para obesrvarle. Su cabello era gris sucio y caía sobre el cuello de la lustrosa chaqueta; la nariz gruesa y encarnada, la boca, una hendidura que caía en los extremos.

Usaba una enmarañada y desigual barba roja como si se la hubiera arreglado él mismo, y volvió los pálidos ojos azules hacia el visitante con insolente mirada.

—Buenas noches, — dijo padeando.

—¿Inglés? — preguntó Jaime sorprendido y disgustado por el desagradable aspecto del hombre.

—Británico. No se enfade usted tanto, buen hombre. "¡Honesta mors turpi vita potios"! Puedo ver ese noble sentimiento en sus ojos. Por su maldito acento, es usted colonial o norteamericano, y no se qué diablos hace usted aquí. Présteme cinco pesetas. querido muchacho. Mañana voy a recibir una remesa de casa.

Jaime dejó caer un peso español en la extendida gorra y miró al hombre internarse cojeando en la noche.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí? — preguntó Jaime Morlake.

—Cinco años, — contestó el sastre, — y me debe cinco pesetas.

—¿Cómo se llama?

—No sé... ¿Qué más da?

Jaime convino en ello.

Apenas había salido de la tienda el hombre sucio, cuando una mujer subió lentamente el camino, guiada por un muchacho del país, que llevaba en la mano una linterna, pues si este método de iluminación era innecesario en las calles principales, hacíase esencialísimo al internarse en el laberinto de estrechas y tortuosas calles que hay en la espalda de la oficina de correos.

Detrás de ella, un mozo llevaba dos grandes sacos de mano, pues Lidia Hamon había desembarcado de un buque de la Portuguesa del Oeste Africano que ocasionalmente dejaba pasajeros en Tánger. Ahora dirigíase a la bien iluminada entrada del hotel Continental, y la joven despidió al guía y al mozo y, tras un momento de vacilación escribió su nombre en el registro.

—Hay una carta para usted, miss Hamon, — dijo el encargado de la recepción de viajeros, y tomó un sobre del estante.

La letra era de Rafael, y Lidia temía leer el mensaje. En el retiro del cuarto de escribir rasgó el sobre y sacó la hoja de papel que contenía.

"Si recibes esto antes de inscribirte en el registro, harás bien poniendo en el libro un nombre supuesto — decía el papel. — En el momento que llegues sube a casa de Sadi Hafin, quiero verte en seguida. En ninguna circunstancia digas a nadie que estás aquí".

Leyó la carta, y, dirigióse a la lumbre, la dejó caer en las brasas y estuvo observando hasta que se consumió. Luego, lanzando un suspiro, retrocedió adonde estaba el empleado.

—Necesito un muchacho que me guíe al 'sok" — dijo.

—¿Ha cenado la señora?

—Sí, cené en el barco.

Salió el hombre a la calle y volvió ocn un muchacho diminuto que llevaba una linterna. El empleado debió de decir al muchado adónde necesitaba ir la joven, porque no preguntó nada, conduciéndola a la plaza del mercado, donde los vendedores parecían momias, con una vela que indicaba su mercancía.

—Necesito ir a casa de Sadi Hafiz — dijo Lidia cuando llegaban cerca de la curva de la colina, y sin decir palabra el muchacho se desvió un poco del camino, y, parándose ante la puerta, golpeó con los puños cerrados.

Pasó mucho tiempo antes que contestaran a la llamada.

—Espéreme aquí — dijo el español. — Volveré pronto.

El muchacho gruñó, apagó la luz, pues era ahorrativo, y se agazapó, echándose por la cabeza la harapienta capucha.

Abrióse la puerta, y el que abrió observó a la joven un momento a la luz de la linterna de ella, y luego echó a andar delante de Lidia en dirección a la casa. Antes que llegase a la puerta, Sadi, resplandeciente, con una bata de seda azul, bajó a su encuentro.

—Esto es un gran honor que dispensa usted a mi pobre casa, miss Hamon, — dijo en inglés el moro.

—¿Está aquí Rafael? — preguntó Lidia cortando la ola de cumplidos.

—No, le han llamado fuera a Tánger, más espero que vuelva pronto.

La condujo a la habitación que Jaime había registrado, y dió unas vigorosas palmadas. Media docena de criados llegaron corriendo a obedecer el repuerimiento.

—Dulces y té inglés para la señora, — dijo.—Traed también cigarrillos, de prisa.

El cuarto estaba poco alumbrado. Una lámpara eléctrica metida en una linterna

seudoriental proporcionaba toda la luz, y más de la mitad de la estancia hallábase en sombra.

—Siéntese y tome un refrigerio después de su largo viaje — dijo Sadi. — Su hermano se encontrará pronto con nosotros.

—¿Está usted seguro de que va a venir? — preguntó Lidia con desconfianza. — No debo quedarme aquí; usted lo comprenderá.

—Naturalmente — dijo el moro con un poco de aspereza en la voz. — Mi casa miserable no es bastante buena para vuestra señoría.

—No es eso; es que prefiero el hotel, — repuso la joven.

Lidia preguntábase: ¿Estaría engañándola Sadi? Y entonces le volvió el ánimo, porque oyó fuera la voz de Rafael. Ella lo miró asombrada. Nunca lo había visto con traje de moro. Hamon despidió con los pies las chinelas amarilla y fué hacia su hermana, echándose atrás el capuchón del "Jellab".

—¿De modo que ya estás aquí? — dijo con voz áspera. — Creí que llegarías ayer.

—Estuvimos parados en Lisboa. Ha habido allí algún trastorno político. ¿Qué querías? — dijo Lidia.

En el último minuto Rafael había cambiado de plan y se fué antes que ella, dejándola hacer la mayor parte del viaje por tierra hasta Lisboa.

A una seña de Hamon, Sadi Hafiz salió silenciosamente, cerrando antes las cortinas para ocultar la fealdad de la puerta parecida a la de una cárcel.

—Lidia, has de saber, — dijo Hamon,— que si es cierto lo que ha dicho esa muchacha, me he equivocado lamentablemente.

—¿Esa muchacha? — preguntó rápido Lidia.

—Hablo de Juana.

—¿Juana? ¿Está aquí? ¿Dónde?

—Nunca acertarías dónde está... Está aquí.

—¡Ah, sí! — Disminuyó la tensión de su rostro. — ¡Qué susto me has dado, Rafael! Desde luego,, el yate está en la bahía; me lo señalaron con el dedo cuando entramos. ¿La has visto?

—No está en el yate, si quieres decir eso. Está en una de las casas de Sadi, a veinte millas de aquí. Ahora me eres doblemente necesaria. Es un rehen, por una cosa. Morlake está en Tánger.

Lidia no dijo nada. Miraba fijamente a su hermano, como si no diera crédito a sus oídos.

—¡Tienes a Juana Carston! ¿Qué significa eso? ¿La has tomado... por la fuerza?

El dijo que sí con la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! Rafael, ¿estás loco?

—Estoy muy cuerdo — contestó Hamon. Se registró el bolsillo, y, encontrando la pitillera, encendió un cigarrillo. — Sí, estoy muy cuerdo.

—No... no le habrás hecha daño, ¿verdad?

—No seas necia, — dijo Hamon ásperamente. — ¿Por qué había de hacerle daño? Va a ser mi esposa.

—Pero, Rafael, ¿cómo puedes tener la esperanza de escapar al castigo? — le preguntó Lidia.

—No solo tengo esperanza, sino certeza. En Marruecos no hay ley; tenlo presente. El país está siempre en guerra, y los gobiernos europeos no tienen ni esto de fuerza — se mordió la uña de un dedo. — Son tan miedosos que no se mueven por temor de proporcionarse uno a otro alguna ventaja. No tienes que preocuparte por mí, Lidia; estoy aquí para siempre.

—¿En Marruecos? — preguntó la joven.

Su hermano movió la cabeza afirmando.

—Tengo amigos entre la mayor parte de los hombres importantes de las tribus, y dentro de poco, cuando las circunstancias cambien y Juana haya entrado en la nueva vida, pensaré en marcharme; pero por el momento aquí estoy.

—Por supuesto querrás que yo regrese — dijo nerviosa Lidia. — Alguien debe arreglar tus asuntos en Londres.

—Están arreglados, vendí la casa antes de partir. En realidad, lo vendí todo, excepto Creith. Quiero conservar eso para mis hijos.

—Pero yo tengo asuntos que necesitan ser atendidos, Rafael — dijo la joven con desesperación. — No puedo quedarme aquí. Regresaré si me necesitas para...

—No te vas — contestó el hombre. — Y ahora escúchame, Lidia. — Saltó a un lado al ver que se tambaleaba y la sacudió con violencia. — No quiero insensateces,— gruñó. — El éxito de mi proyecto depende de Sadi Hafiz. Es absolutamente indispensable que yo conserve su amistad y su apoyo. De eso puede depender mi vida, fíjate en ello. Ignoro lo que vale Welling, y lo que hay de exagerado por parte de Juana; pero si vale la mitad de lo que ella dice que vale el policía, estoy aprontado para caer.

—Pero tú..., tú no has matado a nadie, ¿verdad? — cuchicheó Lidia.

—He sido a lo menos reponsable de dos muertes, — contestó Hamon, y su hermana sufrió una conmoción. — Has estado viviendo tu vida artística en París, trabando amistad con el conde tal y la condesa cual... con mi dinero. ¿Te molestaste en pensar cómo llegaba o de dónde lo sacaba yo? No es que ganara ni un penique con la muerte de Conrford — dijo —pero lo ganaré..., lo ganaré. Eso es lo que me decide a quedarme aquí. Lo que sepan después no me importa.

Lidia se puso en pié con inseguridad.

—Rafael, me voy a casa, — dijo. — No puedo estar aquí más.

Extendió una mano, pero él no la tomó, y luego lanzando un leve suspiro, fué hacia las cortinas y pasó entre ellas, haciendo girar la manilla de su puerta. Su hermano no se movió.

—Cerrada con llave — dijo Rafael lacónicamente. — Te vas a casa, ¿verdad? Bueno, pues tu casa es ésta, Lidia..., esta y la casa de Sadi en las colinas. He concertado un buen matrimonio para tí.

Lidia se le quedó mirando incrédula.

El aviador. — Estaba probando batir un record.
El campesino. — Y lo ha batido, seguramente, porque es usted el primer hombre en estos contornos que desciende de un árbol sin haber subido antes a él.

—¿Quieres decir... que vas a casarme con un moro? Rafael, no es posible que quieras decir eso ¿verdad?

—Bien; no sé que otra cosa quiero decir — contestó él. — Voy a hacerlo mejor. Esta casa no vale nada, convengo en ello; pero el otro sitio de las colinas es admirable. Y será bueno para Juana tener a su lado a una mujer hábil como tú. — Echóse a reir. — Eso disminuirá un poco su orgullo, teniendo a Sadi Hafiz por cuñado.

Aquel pensamiento pareció agradarle por que rió de nuevo.,

Estaba Lidia presa en una trampa, tan presa como Juana Carston. Sabía que era inútil suplicarle. Rafael Hamon nunca había prescindido del sacrificio de sus parientes, y no lo haría ahora.

Iba la joven a hablar, cuando sa abrió la puerta y entró Sadi Hafiz corriendo.

—¡De prisa! — gritó. — Escapen por la puerta pequeña! ¡La casa está cercada por los soldados del "busha". Pueden venir a detenerme; pronto lo sabré, pero nada puede ocurrirme. ¡Llévesela!

Rafael tomó a su hermana por un brazo y la llevó corriendo al patio. Parecía conocer el camino, pues llegó a la puertecita que daba a la calle de la Escuela. La puerta ya había sido abierta. Cuando pasaron por ella, Sadi Hafiz mismo la cerró de golpe tras ellos, y estaban ya muy lejos de la casa, antes de extinguirse el sonido de una fuerte llamada en la puerta principal.

El ver un moro y a una mujer europea no suscitó comentarios. Rafael, con el rostro oculto en la sombra de la capucha, caminaba al lado de su hermana sin soltarle el brazo. Llegaron al "soh" desierto a aquella hora de la noche, e instintivamente, la joven volvióse hacia la colina que la hubiera llevado al Hotel Continental.

—¡Rafael, por Dios, déjame ir — pidió.

—¡Oh, no! — dijo Hamon entre dientes. — Conozco un sitio donde puedes pasar la noche.

Y entonces, de las sombras salió un hombre que llevaba un abrigo forrado de piel, con el cuello subido hasta las orejas, y por entre los extremos de él salía un cigarro que brillaba.

—¿Puedo auxiliarla en algo, señora?

Rafael oyó la voz, y dejando caer el brazo de la muchacha, volvióse y echó a correr en medio de la noche.

Con muchas personas esperaba encontrarse en Tánger, pero Julio Welling no era una de ellas.

Cruzó corriendo la oscura plaza del mercado y siguió por una callejuela estrecha y tortuosa, bordeada de cactos, e iba disminuyendo la marcha, cuando vió que alguien se dirigía a él, y se detuvo para evitar el encuentro. Por desgracia, el desconocido hizo un movimiento igual, y ambos chocaron con violencia.

—¡Maldito sea! — gruñó Rafael en inglés. — ¡Mire por donde va!

Se sobresaltó cuando oyó la contestación en el mismo idioma:

—¡Algo desatinado! ¿No tiene usted ojos? ¡Tropezar con un caballero! ¡Está usted borracho, señor!

Sorprendido por el tono de voz del hombre, Rafael encendió una cerilla y en seguida la dejó caer cuando vió una cara manchada y una gorra roja.

—"E tenebris asitur lux" — murmuró el fumador de "hashih". Perdone si mi lenguaje fué un poco ordinario...

—Dispense.

Echó atrás la cabeza e investigó el cielo alumbrado por la luna.

—¿Sería mucho pedirle a usted que me señalase la Gemma de la constelación de Orión? Vivo un poco debajo. En un antro sucio, señor, junto a la sórdida tienda de un sastre moro. ¿Y qué soy yo, querido amigo? Un individuo del clero. No un sacerdote a quien le han retirado la licencia, sino un individuo del clero, un reverendo, y un oficial que posee la condecoración más apreciada del mundo, ¡la Cruz de la Victoria!, señor. Ayhnar Bernardo Bannochwaite, señor... ¿Podría usted, con su amabilidad asombrosa, prestarme cinco pesetas? Mi remesa llega mañana...

Como el que sueña, Rafael Hamon puso un billete en la mano del hombre. Hannochwaite: el hombre que había echo a Juana y a Fernando Farringdon, marido y mujer!

CAPITULO LVI

En la esquina de la empinada calle, Julio Welling esperó a que se calmara la muchacha.

—¡Gracias, gracias! — sollozaba Lidia, histéricamente. — ¿Hace usted el favor de acompañarme al hotel? Se lo agradeceré eternamente.

—¿Le molesta a usted ese hombre? — preguntó el policía.

—Sí..., no...; era un amigo. Era mi hermano.

Welling se paró en seco.

—¿Su hermano?

Y entonces, a la luz de un farol, Lidia le vió la cara.

—¡El capitán Welling! — jadeó.

—Así me llamo. Usted debe ser Lidia Hanon. He estado buscándola por toda la ciudad. ¿Era ese su hermano?

Ella se tragó algo.

—No, — dijo.

—Ya veo que lo era, — repuso el imperturbable detective. — Es bastante curioso; nunca pensé que vistiera de moro. No sé por qué no hubiera esperado esta piezita teatral. Es muy conveniente; pienso comprar un 'jellab" para regresar a Londres, — murmuró el policía; y ni aún el incongruente cuadro del capitán Julio Welling con una blanca manteleta de mangas flojas le proporcionó a Lidia diversión alguna.

Recorrió el camino hasta el hotel, y la joven se alegró. Ello le dió una oportunidad de formar su plan. Llegaban a la callejuela en que estaba situado el hotel Continental, cuando Lidia dijo de pronto:

—Capitán Welling, tengo miedo de mi hermano.

—No me admira — murmuró el detective; — yo mismo tengo un poco de miedo... en un respecto.

—¿Sería posible — continuó Lidia — encargar a alguien que me guarde? Parece una estupidez, pero...

—Creo que he comprendido. Eso se arregla fácilmente. ¿Qué número tiene su cuarto de usted?

—Pues no lo sé — dijo desesperada Lidia, y luego. — ¿Está usted en el Continental?

El policía afirmó con la cabeza.

—Creo que puedo arreglar que me trasladen junto al cuarto de usted, — dijo. — Pero, examinando el registro, vió que no era necesario. La joven ocupaba una habitación al final del corredor del segundo piso; y por coincidencia, el capitán Welling tenía el cuarto inmediato.

A las once y media, cuando iba a cerrarse el hotel, llegó un moro con una carta dirigida a Lidia, y Welling se la subió. La joven le abrió la puerta, rasgó el sobre y leyó; luego, sin hablar, le alargó la carta al anciano.

"Todo marcha bien, — decía. — Sólo fué una maniobra del "basha". Sadi Hafiz dice que Morlake visitó al "basha" esta noche, y el resultado fué la incursión. Sube unos minutos y se amable con Sadi. Yo mismo te acompañaré al hotel".

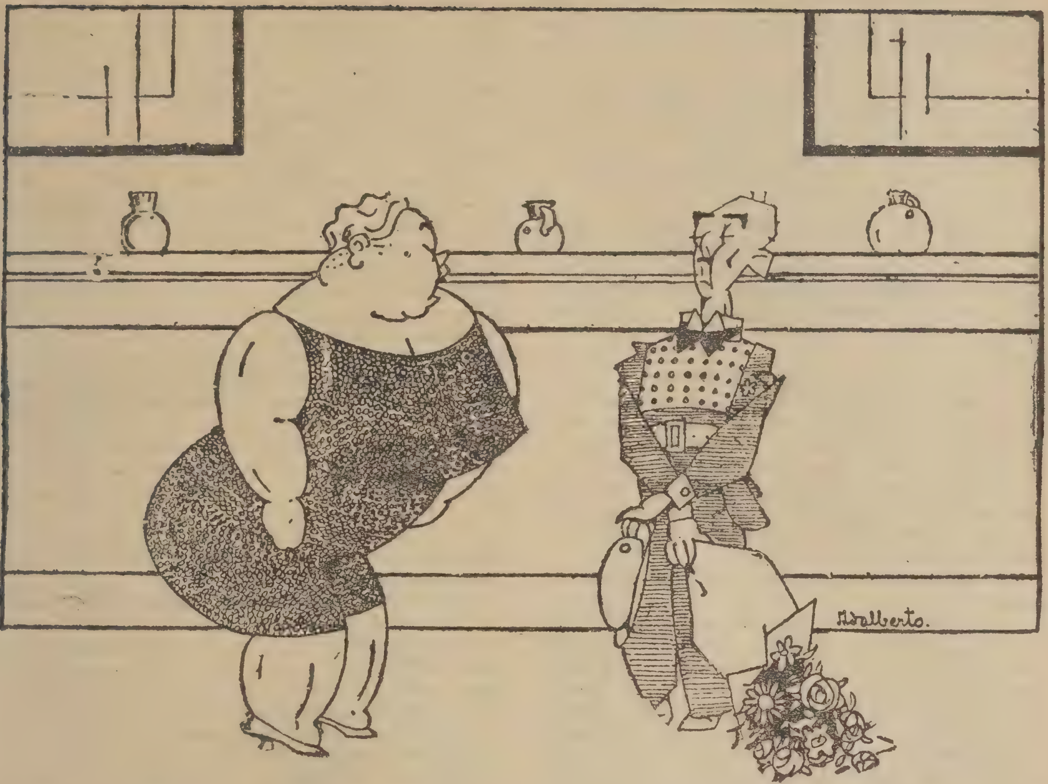
—¿Puedo contestar a esto? — preguntó Welling con los ojos chispeantes.

Y cuando Lidia aprobó con la cabeza, sacó la estilográfica y escribió debajo:

—"Baje y hablaremos. — J. W."

La metió en un sobre y se la llevó al recadero.

—No creo que venga, — dijo cuando vol-



—¡Tiene usted valor de venir a pretenderme, so mamarracho!
—Señorita, ¡esas no son formas!...

vió junto a la muchacha. — Y me alegraría por usted.

Welling se acostó aquella noche sin temor a que lo molestasen. Hamon no se arriesgaría a ponerse en el camino del detective, pues aunque la prueba que el policía tenía contra él era incompleta e insuficiente para justificar la esperanza de un encarcelamiento y menos de una condena. Rafael Hamon ignoraría tal insuficiencia y su conciencia llenaría los huecos que Welling trataba de llenar.

Tenía el sueño ligero, y la primera piedrecilla que golpeó su ventana le despertó. No encendió la luz, sino que, deslizándose silencioso fuera de la cama, abrió a medias la ventana y miró al exterior con cautela.

Dos hombres, uno de ellos con una linterna, hallábanse en la calleja. Vió a uno alzar la mano y tirar una piedra, que esta vez dió en la ventana de Lidia, y oyó que la joven cruzaba el cuarto.

—¿Es miss Hamon? — preguntó una voz baja.

—Sí, — contestó ella. — ¿Quién está ahí?

—Sadi Hafiz. ¡Su hermano de usted se ha pegado un tiro!

Welling oyó el grito de angustia de Lidia, pero no se movió

—¿Quiere usted bajar? — apremió el moro, y luego: — Temo que no pueda vivir, y me ha dado para usted algo que necesita entregar a Morlake.

—Espere. Voy inmediatamente, — dijo apresurada la joven.

Welling no esperó oír más, y se puso las zapatillas y el abrigo.

Debía de estar Lidia vistiéndose por completo, porque no la vió mientras estuvo en el corredor, y la oyó maniobrar en las cerraduras y cadenas de la puerta principal. Al fin la abrió, y, mirando hacia el pie de la escalera, el policía vió entrar al moro.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

La voz de Lidia temblaba.

—Anoche. Según parece, su hermano vió a un policía a quien conoce, y volvió a casa muy trastornado. Le dejé solo un momento para ir por café, y apenas había vuelto la espalda oí un disparo, y volviendo a escape, lo encontré tendido en el diván.

—¿No ha muerto?

—Por el momento, no. No tiene usted nada que temer, porque la casa está en poder de los soldados del "basha", — dijo el moro, — y el capitán Morlake está allí. ¿Vendrá usted?

—Dice que tiene algo para mí.

Sadi metióse la mano en el pecho y sacó un paquetito, que alargó a la joven. Un instante después le siguió hacia la puerta para salir a la calle oscura.

Welling, aun siendo viejo, saltó los seis últimos escalones, y cruzando rápido el vestíbulo, la alcanzó en el momento de poner el pie en el umbral.

—Un minuto, — dijo, y la empujó hacia dentro.

Y entonces, con asombrosa agilidad, saltó a un lado para evitar el golpe de cachiporra que le asestó un hombre escondido en la profunda entrada. Un segundo después, se hallaba en la casa, con las puertas cerradas con llave, y había encendido la luz del vestíbulo.

—¡Granujas! — dijo sin aliento.

—Pero, Mr. Welling..., mi hermano...

—Su hermano no se ha pegado un tiro. Esa clase de individuos nunca hacen eso.

Tomó el sobre de las manos de ella.

—Querían matar dos pájaros de un tiro, señora, pero yo era la víctima preferida. Esta cosa admirable es, por supuesto, una hoja de papel en blanco.

La acompañó a su cuarto, aturdida por el suceso.

—¿Usted no cree que eso es verdad?

—Se que no es verdad. La piedra que tiraron a mi ventana tenía por objeto despertarme y también que yo oyera su conversación de usted y la idea general, como se dice en los círculos militares, era que tan pronto pusiera el pie fuera de la puerta de la calle me agarrasen por el cuello... y poco ha faltado. En conjunto creo que había formado un concepto poco halagador de la imaginación de los orientales. ¡Son hábiles!

CAPITULO LVII

Aquella noche trajo para Juana Carston una experiencia increíble. Por espacio de cuatro horas fué sentada en una mula al través de una región que no podía ver, y cuyo verdadero carácter era un misterio para ella. Según lo poco que podía advertir, no seguían ningún camino trazado y de cuando en cuando se le enredaban los pies en las malezas espinosas que colgaban de la suave mantilla blanca que llevaba.

Al amanecer vió que se hallaban en un país salvaje y completamente deshabitado. La expedición se componía de seis hombres y la muchacha que la había atendido en su vivienda provisional. Un hombre encendió lumbre y puso encima una vasija con agua, mientras otro llevó a las mulas a un arroyo que debía estar cercano, pero que era invisible para ella.

Miró en torno tratando inútilmente de recordar los aspectos físicos de Marruecos, que aprendió en la escuela y que le hubieran permitido identificar aquel sitio.

Montañas azules limitaban la mitad del horizonte, y a lo lejos vió una montaña aislada de forma peculiar, que ella reconoció como la cima de Gibralta. Uno de los hombres encontró una pequeña glorieta entre los arbustos y extendió una manta, haciéndole seña de que durmiese. Pero Juana nunca habíase sentido tan despierta, y aunque se retiró a lo particular que la glorieta le ofrecía, fué sólo para acostarse y pensar y pensar, y luego volver a pensar.

La muchacha mora le llevó un gran vaso lleno de café y una torta de avena, y Juana se alegró de aquel refrigerio, pues no había tenido nada que comer desde que almorzó el día anterior.

—¿Tenemos que ir lejos? — preguntó en español defectuoso.

La muchacha mora negó con la cabeza, pero no ofreció informe alguno.

Después de descansar dos horas, la cabalgata se puso de nuevo en marcha, y a Juana le extrañaba extraordinariamente que los viajeros con quienes se encontraban no se sorprendieran nada ante la presencia de una mujer europea, hasta que recordó que iba vestida de mora. Si se fijaban en ella era porque no se echaba el velo por la cara al pasar junto a ellos.

Acercábanse a las colinas, y vió una manchita blanca en el declive, sin comprender que aquello era la meta.

La mancha tomó forma definida al empezar a subir la ladera, y la joven no pudo menos de admirar la hermosa situación de la casa. Parecía una joya blanca, y aun desde lejos pudo apreciar la belleza de los jardines extendidos en terrazas arriba y abajo. Ahora la región formaba ondulaciones y caminaban entre arbustos bajando un suave declive cuando vió un hombre montado en un caballo de aspecto triste a corta distancia y a su derecha. Los demás miembros del grupo no prestaron atención, pero la muchacha mora que entonces cabalgaba junto a ella, empleó una palabra que Juana comprendió.

—¿Un mendigo? — preguntó sorprendida y en otras circunstancias la hubiera divertido el espectáculo de un pordiosero a caballo.

Era un anciano con barba en la cual predominaba el gris. Su cara tenía el aspecto de no haber conocido nunca el jabón y el agua. El turbante por detrás de la cabeza era viejo y sucio. Miró fijamente al grupo cuando pasó por su lado y la muchacho mora dejó caer el velo e indicó a su compañera que siguiera su ejemplo.

Juana estaba muy interesada. Inventarió al hombre al pasar; observó el harapiento "jellab" que cubría la encorvada figura, la descolorida camisa que enseñaba por el cuello y pensó que nunca había visto nada tan repulsivo.

—¡Una limosna! — gritó al ponerse el grupo a su nivel! — ¡Una limosna en nombre de Dios el Compasivo!

Uno de los hombres le echó una moneda de cobre y el mendigo la tomó con destreza en sus sucias manos.

—¡Una limosna, oh bella rosa, en nombre del Compasivo y Misericordioso, tened lástima del pobre!

Su voz terminó en un zumbido.

La muchacha estaba muerta de cansancio cuando llegaron a las puertas que le franquearon los jardines. De cerca, la casa blan-

EL MUNDO DE MARCONI
¡¡Todo sin hilos!!

ca era mucho más hermosa que como se mostraba de lejos. Era casi nueva, y, sin embargo, las tapias estaban rebosantes de begonias.

—Debe estar preciosa en verano, — dijo Juana en inglés, sin darse cuenta de que la muchacha que iba a su lado no podía entenderla.

Delante de la puerta había un pórtico con pilares de tan poca armonía arquitectónica, que se preguntó Juana qué capricho induciría al dueño a agregar este remate europeo a un edificio que en sus líneas sencillas y graciosas, era enteramente satisfactorio.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Los Seis Detectives (Laguna Paiva) — La novela que ustedes desean leer en "Pucky" ya está incluída entre las que se publicarán. Muchas gracias por las manifestaciones de aprecio que le merece esta revista.

Porthos y D'Artagnan (Cañada de Gómez) — Se publicarán, a su debido tiempo, las obras que solicitan.

Rodolfo Saponi (Capital) — Hemos tomado nota de lo que pide y se publicará.

Raúl Bosatta (Tandil) — Coincidiendo su pedido con el anterior, la respuesta es la misma.

H. Bonelli (Capital) — Agradecemos sus efusivas felicitaciones y le manifestamos que las obras que usted tiene interés en leer figuran en la lista de las que tenemos para publicar a pedido de nuestros lectores.

Rodolfo Argüello (Córdoba) — Lamentamos no poder satisfacer su pedido de los números atrasados de "Pucky". Es muy difícil obtener ejemplares sueltos de este magazine. Los que no quieran perder la lectura completa de las novelas que se publican deben encargar con tiempo su ejemplar al vendedor o suscribirse directamente a la administración, Avenida de Mayo 662, Buenos Aires. Las novelas que desea leer están ya incluídas entre las que se publicarán.

Pedro De Leo (Montevideo) — No hemos podido conseguir el ejemplar de "Pucky" que usted pide.

Leoncio Ferreyra, Capital. — Estamos muy agradecidos por sus nobles expresiones de simpatía a esta revista. Una de las obras que usted señala en la lista que nos remite se publicará próximamente.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás paises . . . . "	12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

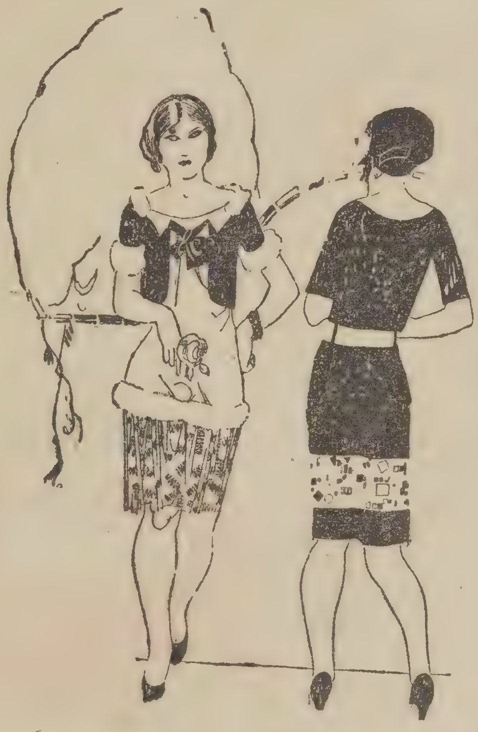
—¡Sepa usted, que ante mí se abren todas las puertas!

—¡Hombre! Haga usted el favor de acompañarme hasta casa. Precisamente me he dejado olvidada la llave.

El arte utilizado para usos prácticos...

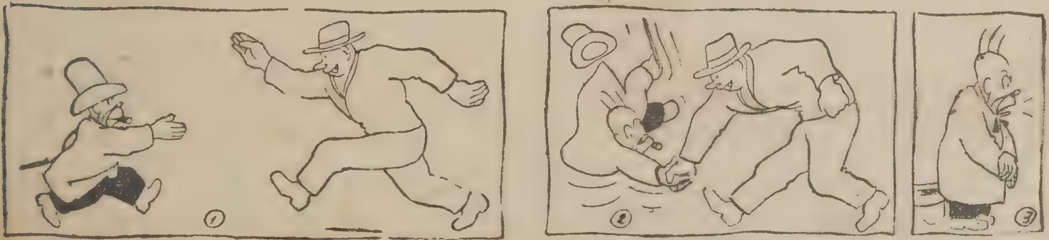
—¿Y son ustedes antropófagos?

—Ca, no, señor. Aquí no nos comemos más que a los turistas blancos.



—Y siendo un secreto, ¿por qué me lo has dicho? Ahora podría yo contárselo a todo el mundo.

—No me importa. Diciéndolo tú no se lo creerá nadie.



El saludo del hombre fuerte.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
TIENES RAZON, PIPERMIT; NO HAY NADA MEJOR QUE TRABAJAR PARA GANARSE EL SUSTENTO. ¡JAMAS VOLVERE A MI ANTERIOR VIDA!
¡OH! FAGIN ESAS PALABRAS ME LLENAN DE ALEGRIA
YA ES HORA DE IR A COMER
VOY A TERMINAR LO QUE FALTA POR HACER Y EN SEGUIDA VOY A CASA
CARAMBA. ES EXTRAORDINARIO. DESDE QUE SOY INTENDENTE NO HE VISTO UNA CALLE TAN LIMPIA. ES RARO Y TENGO QUE AVERIGUAR LA CAUSA
TENGO QUE ALENTAR A FAGIN DESPUES DE SU JORNADA DE TRABAJO. ¡A LO MEJOR SE ARREPIENTE EL POBRE!
¡FAGIN! ¿QUE TE SUCEDE QUE ESTAS TAN TRISTE?
¡AY, PIPERMIT! PRESIENTO UNA MALA NOTICIA. FIJATE, HE RECIBIDO UNA CITACION DEL INTENDENTE PARA QUE PASE POR SU OFICINA MAÑANA. ¡SEGURO QUE ME CUELGAN LA GALLETA! ¡QUE DESGRACIA!

ORTE
AGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO X
Junio 27
de 1930
No. 352

20 cts.

LA CASA DE LA PUERTA ROJA

El agente — ¿Por qué este muchacho está fumando, si el cartel dice "Prohibido fumar"?

El padre. — Porque el chico sabe fum ar, pero no sabe leer todavía.

El banquero Levy ve entrar en su despacho a su amigo Kahn, que lleva en la mano un maletín.

—Buenos días, Kahn. ¿Cómo estás?

—Bien. Muchas gracias. ¿Y tú?

—Bastante bien. Gracias.

—Tengo que pedirte un pequeño favor, Levy. Salgo para Kowo dentro de un instante, y con tal motivo te ruego que me guardes estos setenta mil francos que traigo en este maletín.

—Nada más fácil, hombre.

—Gracias.

—Espera... Aquí tienes un recibo del depósito.

—No. Tengo confianza en tí. Además, un recibo puede extraviarse.

—Pero Kahn, ¡mira que yo puedo morirme, y si te parece, voy a llamar a mi apoderado y a mi cajero, y contaremos los setenta mil francos en presencia tuya!

El banquero manda llamar a sus dos empleados, cuentan el dinero, y ruega al cajero que guarde el maletín con los setenta mil francos. Y Kahn se marcha después de dar las gracias a su amigo por el favor.

Seis semanas más tarde se presenta Kahn en el Banco.

—Buenos días, Levy.

—Buenos, Kahn; ¿qué deseas?

—Si no tienes ningún inconveniente, te agradeceré que me devuelvas los setenta mil francos que te dejé en depósito.

—¿Tus setenta mil francos?

—Sí.

—¿Qué setenta mil francos?

—Los que te di a guardar antes de partir para Kowo.

—¿Que me has dado a guardar a mí setenta mil francos? No tengo el menor recuerdo de ello.

—Sí, hombre, sí. Acuérdate. Estaban presentes tu apoderado y tu cajero cuando te hice entrega del dinero.

—Bueno, pues ahora los llamaré.

—¿Ustedes han visto que el señor Kahn me entregase setenta mil francos hace seis semanas?

—Yo, no.

—Yo tampoco.

—Ya ves... pueden retirarse, señores.

Kahn, furioso, sale dando portazos y gritando que va a dar parte a la comisaría. Pero apenas ha llegado a la escalera, cuando Levy le vuelve a llamar.

—Sube, Kahn, y toma tu dinero.

—¿Qué bromas tienes, Levy?

—No hay tal broma, querido.

—¿Y esós dos testigos falsos?

—No te enfades, hombre, no te enfades. Es que quería probar si podía contar con la honradez de mis empleados.

* * * *

—No he podido dormir en toda la noche pensando en la cuenta que tengo que pagar mañana.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Me prestarías tú el dinero que necesito?

—No; pero te daría un remedio para el insomnio.

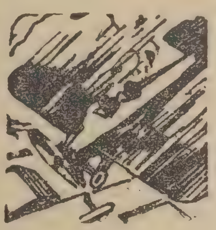
PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 352. -- JUNIO 27 DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.



EL CALIZ NEGRO

Por L. C. DOUTHWAITE

Un siniestro misterio rodeaba al Priorato del Monje, herencia de Larry Lingard. Pero detrás de este misterio había algo aún más terrible que Lingard juró descubrir. La ofensiva empezó con un atentado contra su vida, en una posada solitaria, donde tuvo que parar cuando se dirigía al Priorato del Monje. Aquel atentado demostró la diabólica astucia de sus adversarios y fué el principio de una lucha desesperada contra fuerzas, malignas e invisibles ¿Qué extraño secreto encerraba el Priorato del Monje?

EN LA MISERIA

¿QUIERE tomar una taza de café conmigo, compañero? Como por los labios de Larry Lingard no había pasado nada durante treinta y seis horas, el aroma del café era tentador. Y la voz del hombre, flaco, harapiento, bondadosa y simpática.

—¡Gracias! — dijo con agradecimiento — Es usted muy amable.

El café caliente pareció afluir a sus venas como un torrente de vida. Cuando hubo vaciado su propia taza, el hombre flaco miró a Larry con curiosidad.

—¿Se encuentra sin trabajo, compañero?

—Lo mismo que otros miles de ex-soldados de la guerra — dijo Larry — Logré conseguir un trabajo decente a mi vuelta; pero hace dos años, la firma quebró. Desde entonces. . .— un encogimiento de hombros terminó elocuentemente la frase.

—¿Dónde va a dormir esta noche? — le preguntó el hombre.

Larry señaló una fila de bancos, en el sitio más alejado del Malecón.

—El cuarto a la izquierda — dijo, y el hombre flaco hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Ese es también mi hotel — dijo.

—¿También anda usted en la mala?

—Acabo de gastar mi último penique, compañero — dijo el otro sencillamente. — Me llamo Horacio Stebbins. Fuí lacayo de Lord

Rudge; pero se fué y se olvidó de mi. Luego caí enfermo y estuve tres meses en el hospital. Desde entonces no he podido encontrar otro trabajo. Es mala época del año, señor.

Instalado en el asiento vacío, Larry cerró los ojos e inclinó indiferentemente la cabeza sobre el pecho. Sintió ruído de papeles y un olor penetrante que le hizo agua la boca. Algo duro tocaba sus costillas.

Despiértese, señor — dijo la voz del hombre flaco — Aquí hay un bocado. No es mucho; apenas dos peniques de cada cosa; pero mejor que nada...

Larry abrió los ojos. Encima de las rodillas del hombre flaco había un diario extendido y sobre él, dividido en dos porciones iguales, una mezcla de pescado frito, grasiento, y papas, también fritas y también empapadas en grasa.

En sus días de prosperidad, Larry había comido en los mejores hoteles de Europa; pero, comparados con la grasienta mezcla que comió aquella noche, los festines anteriores eran insignificantes. Cuando hubo concluído el último bocado, el hombre flaco le ofreció un cigarro.

—Tómelo no más, compañero — le dijo con acento tranquilizador — Tengo otro. Un tipo me regaló media docena el día que me dió un chelín por ayudarle a arreglar su auto.

El hombre flaco encendió un fósforo y la llama pasó de un cigarro al otro. Los ojos de Larry se dilataron. En el diario que su compañero tenía extendido sobre las rodillas, vió su propio nombre en letras llamativas.

"Si Lawrence Woods Lingard, oriundo de Hummanby, en el East Riding de Yorkshire, que fué capitán en el Regimiento 2 de South Downshire, quiere comunicarse con Brontwoo, Battersby y Hoolo, calle Bodford 222 a W. C., se enterará de algo que le interesa".

Por un momento el diario quedó inmóvil entre sus manos ¿Qué podía ser? se preguntó aturdido ¿Dinero? Imposible. El dinero creía que él había muerto hacía muchos años. Además, desde la muerte de su padre, arruinado por la guerra, no tenía parientes.

La voz del hombre flaco interrumpió sus pensamientos.

—Serénese, compañero ¿Qué mosca lo ha picado? — preguntóle ansiosamente.

Larry señaló el párrafo.

—Algo parecido a la mosca de la suerte— dijo.

II

EL LEGADO

Un hombre delgado, de aire melancólico, con frente elevada y pálida se levantó de un alto taburete y acercóse al mostrador delante del cual estaba parado Larry. Como Larry no hablaba le dijo ásperamente.

—¿Qué quiere?

—Soy Lawrence Woods Lingard — dijo Larry — He venido para oir algo que tienen que decirme aquí y que me interesa.

La mano del empleado descansaba ligeramente sobre el mostrador. Larry vió que, gradualmente, aumentaba su presión hasta que las coyunturas resaltaron blancas contra la caoba obscura. Mirando la cara del hombre, vió también que las anchas narices se contraían y dilataban casi convulsivamente y que sus labios se habían vuelto repentinamente grises En el largo y molesto silencio que siguió, ocurrióse1e a Larry que, por alguna razón incomprensible, el empleado sentía un temor mortal.

—¡Lawrence Lingard! — repitió y las palabras tenían un eco de desesperada incredulidad.

—Parece usted... interesado — dijo Larry.

Con visible esfuerzo, el hombre se repuso; la mano cayó inerte al costado; los labios grises trataron de dibujar una especie de sonrisa.

—Le... le avisaré al señor Hoole — murmuró con inseguro acento y algo vacilante dió la vuelta al mostrador y salió por una puerta. Larry lo oyó subir la escalera y golpear discretamente a una puerta. Después escuchó pasos que bajaban y el empleado apareció de nuevo.

—El señor Hoole lo recibirá, señor — dijo con voz ahogada y guió escaleras arriba.

Un hombrecillo bajo, gordo; pero elegantemente vestido que estaba sentado frente a un hermoso escritorio, dirigió a su visitante una mirada escrutadora que abarcó todos los detalles de su haraposa vestimenta, los botines rotos, los serenos ojos grises y el rostro afeitado; pero que ostentaba huellas de cansancio.

—¿El señor Lingard? — dijo. Y Larry, haciendo un movimiento afirmativo de cabeza, sacó de una vieja cartera las pruebas de su identidad, que había logrado conservar en el desastre de su vida: partida de matrimonio de sus padres, certificado de nacimiento, sus papeles del Ejército y pasaporte.

—El gerente del banco que me pagaba el sueldo en el ejército y que conocía a mi padre me servirá de testigo además — dijo. Y llamado por teléfono el amable gerente dió todos los datos necesarios.

Después que se fué, el abogado se instaló más cómodamente en la silla.

—El testamento que lo instituye a usted único heredero — dijo — es el de un tío de su padre, John Lingard.

Larry dió un salto. Había olvidado hasta la existencia del viejo excéntrico a quien nunca había visto y con quien su padre había mantenido relaciones muy frías.

—El legado — continuó el abogado — asciende a la suma de £ 1.000.000 en efectivo y valores negociables ¡En....! ¿qué le pasa?

—¡Disculpe! — murmuró Lawrence que se había puesto repentinamente muy pálido y parecía a punto de desmayarse.

El abogado lo miró fijamente, comprendiendo.

Lingard, repentinamente sorprendido, señaló un párrafo del diario. "¡Serénese, compañero", dijo el otro "¿Qué mosca le ha picado?"

—Le contaré el resto después del almuerzo — dijo tranquilamente y telefoneó pidiendo un taxi.

En la acera, sin embargo, Larry se detuvo.

—Présteme algún dinero, por favor — dijo y, con divertida sonrisa, el señor Hoole sacó cinco billetes de una libra. Larry llamó a un hombre flaco, que estaba recostado contra la pared de la acera de enfrente y los observaba con disimulo.

—Vaya a comer algo, comprese un traje y espéreme aquí dentro de un par de horas — le dijo.

—Pero... — tartamudeó Horacio.

—¿Quiere o no quiere trabajar conmigo? — le preguntó Larry y había en sus ojos una luz nueva que daba gusto ver. Horacio lo miraba con la boca abierta.

—¡No voy a querer! — exclamó al fin.

—Entonces no discuta — dijo Larry.

—Fuera del dinero — continuó el abogado, cuando estuvieron cómodamente instalados en un tranquilo restaurant de Holborn, — hay una propiedad.

Había algo en su voz que recordaba curiosamente a Larry la del empleado al sa

ber su nombre. La expresión no era tan definida quizá, porque allí no se advertía temor. Con todo Larry creyó notar algo extraño en ella.

—¿Qué clase de propiedad? — preguntó tranquilamente.

—Una vieja casa — dijo el abogado con el mismo tono cauteloso de antes — Parte de ella se remonta al siglo XV — la tradición dice que fué un antiguo priorato. Lentamente bajó el abogado el tenedor y el cuchillo y miró a Larry a los ojos. — Y creo mi deber decirle que, de todas las casas que conozco, es la única que no me gustaría habitar.

Había en sus palabras tan deliberada advertencia que una vez más recordó Larry la aterrada sorpresa del empleado al enterarse de su identidad.

—Bueno... ¿y qué tiene la casa? — preguntó rápidamente. Pero pasó un momento antes que el señor Hoole alzara la vista del plato.

—Hay algo... en esa casa — dijo lentamente — muy extraño. No puedo explicarlo. Es demasiado intangible... Se trata únicamente de atmósfera. Yo no soy hombre de imaginación, un abogado no puede permitirse serlo; pero... pero... he estado allí y sé. Es... algo... diabólico. Uno lo siente a su alrededor.

Larry miró al abogado en silencio y el otro sostuvo su mirada sin pestañear. El hombre tenía aspecto ansioso; gotas de sudor humedecían su frente.

—¿Qué quiere decir por "uno lo siente"? — preguntó Larry.

—Que es como si algo se cerniera sobre la casa... como si alguien estuviera en acecho. Y no soy el único que lo ha experimentado. Después que la casa estuvo desocupada un par de años, yo la alquilé a un anciano clérigo y a su esposa. No bien entraron en la casa experimentaron esa misma sensación maléfica. Pero era la anciana quien más la sintió... hasta el fin.

Larry saltó en su silla. Las palabras del abogado le cayeron como agua helada sobre la médula.

—¿Hasta el fin? ¿Qué quiere usted decir?

—Fué encontrada muerta en su lecho — contestó el abogado tranquilamente — Hubo una investigación y se atribuyó su muerte a causas naturales, un ligero desarreglo del corazón... un síncope. Uno de los médicos dijo que podría haber sido causada por un susto, aunque no había nada que pudiera explicar què clase de susto había sido. Pero luego yo hablé con el Coroner. Me dijo que el horror que reflejaba el rostro de la muerta lo obsesionaría hasta el fin de su vida. Desde entonces dos familias han habitado la casa. Una se quedó una semana. La otra dos días y... la hija mayor se enloqueció.

Larry silbó suavemente.

—¡Cielos! — exclamó. — Eso es espantoso. — Cuales son... — ¿cómo dire — las manifestaciones de ese mal espíritu?

—Ruidos; una atmósfera espantosa. Y la aparición de lo que la pobre muchacha que se enloqueció llama el Monje Negro — el abogado bajó la voz. — Y aunque las dos familias no se conocían, la descripción coincidió en ambas. Un viejo monje, con cogulla negra y la cara de un espectral color verde — la mano que había alzado el vaso hasta los labios era insegura. Y yo, aunque nunca lo he visto, cada vez que he entrado en la casa he sentido que estaba allí...

Hubo un silencio más largo todavía. Luego, levantando la vista, el abogado dijo.

—Después que haya usted visto la casa me dirá que decide hacer con ella

—Ya he decidido — dijo prontamente Larry voy a habitarla. A propósito... ¿dónde está esa encantadora morada mía?

—En Hootan Mervy, Essex. Yo lo conduciré. Vamos a mi oficina y le daré un cheque. Compre lo que necesite y vuelva a buscarme a las cinco. Comerá y dormirá en mi casa y mañana iremos a Essex.

—Con mucho gusto — dijo Larry.

III

"EL JINETE ENMASCARADO"

Hasta el abogado levantó ligeramente las cejas al ver la diferencia entre el andrajoso que había estado aquella mañana y el hombre inmaculado que se presentó esa tarde a las cinco.

La casa de Hoole estaba situada en Holland Park y era grande y cómoda.

—¡Dinah! — llamó el padre y una voz juvenil contestó: — ¡Voy! — Un momento después la joven se reunía a los dos hombres. Larry no necesitó más que dirigirle una breve mirada para decidir que era lindísima.

Rubia y esbelta, con ojos color cobalto y boca risueña, Dinah Hoole poseía los dones gemelos del encanto y la distinción. Su voz era como el rumor de una fuente cristalina.

—Voy a presentarte — dijo el padre — al propietario del Priorato del Monje.

Ella cambió con el joven un lento apretón de manos, observándole con sus grandes ojos.

—¡El heredero perdido! — exclamó con los ojos brillantes. Bueno... ya tenemos todos los elementos para la novela.

—Así lo espero — contestó Larry tranquilamente y vió que el rostro de ella se teñía de ligero rubor. En ese momento el mayordomo anunció al "Señor Fairmont".

Si la primera mirada que Larry dirigió a Dinah dejólo mudo de admiración, el recién llegado produjole efecto inverso. De baja estatura, Gerald Fairmont tenía la frente tan estrecha que costaba trabajo decidir donde terminaban las cejas para empezar el cabello. Su barbilla se hundía debajo del labio inferior y los ojos eran peque-

Pistola en mano, Lingard escudriñó la obscuridad, detrás del tablero secreto.

ños y muy juntos. De una cinta negra que llevaba colgada al cuello, pendía un monóculo y su voz era delgada y aguda.

—Este — dijo el abogado indicando a Larry — es Lingard, el heredero del difunto John Lingard, a quien hace tanto tiempo buscábamos.

El efecto del anuncio fué tan notable como en el empleado de Hoole. Realmente parecíale a Larry que todos los que se enteraban de que era el heredero experimentaban una extraña emoción.

Fairmont, por ejemplo, retrocedió como si algo lo aterrara. Luego sus ojos se abrieron y así permanecieron, muy dilatados, mirándolo. La mano, entre cuyo primero y segundo dedo sostenía un cigarrillo, se agitó de tal modo que el humo ascendió en espiral. Con voz chillona e insegura dijo:

—Si esa casa fuera mía, la haría echar abajo hasta los cimientos — luego añadió — Aunque no será extraño que se caiga sola, dado las condiciones en que se encuentra.

Aunque parezca curioso, Larry se ofendió del desdén con que hablaban de su herencia.

—Vaya a verla, en esta misma época, el

año que viene; — dijo — después que yo la haya hecho refaccionar.

El otro lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Pero es que usted piensa vivir en esa casa?

Si Larry hubiera sentido alguna vacilación en hacerlo, aquellas palabras lo hubiesen decidido. No simpatizaba con el hombre; no le gustaba su cara, ni sus modales. Sobre todo detestaba su voz.

—Seguramente que voy a vivir allí — contestó con brusquedad. — El señor Hoole tendrá la bondad de acompañarme a ella mañana por la mañana y allí me quedaré.

Vió que los pequeños ojos le dirigían una furtiva mirada y que al encontrarse con los suyos se bajaron. Creyó oir también una exclamación reprimida. Luego todo pasó.

——

El día siguiente amaneció ideal para una excursión en auto. El abogado, con Larry junto a él, manejaba el gran auto con pericia y sin apuro.

Habían esperado hasta tarde que bajara Dinah; pero con gran decepción de Larry, la joven se desayunó en su cuarto y se vió obligado a partir sin saludarla.

Pasaron por Epping a medio día. Larry había pensado que se detendrían allí para almorzar; pero el abogado decidió otra cosa.

—Llegaremos hasta un camino travieso unas cuantas millas más allá — le explicó — Hay allí una posada que me gustará mostrarle. "El Jinete Enmascarado". Es de principios del siglo XVI y no conozco sitio más solitario ni casa más pintoresca en toda Inglaterra. Dicen que Claudio Duval la usaba como guarida y años después Ben Turpin. Además, el posadero, que entiende su oficio, sirve una comida exquisita.

La posada era mitad de madera, estilo Tudor, y estaba en medio de un vasto terreno, inculto que la separaba de un camino, que no parecía conducir a ningún sitio particular y era poco frecuentado. La casa estaba llena de vigas y corredores con escalones inesperados para los dormitorios, cada uno de los cuales tenía maderaje en las paredes y ventanas con columnas. Flotaba sobre la casa una atmósfera de antigüedad; era como pasar del mecánico presente, al lejano y poético pasado. Pero, a despecho de su atmósfera de romance, Larry la encontró deprimente; había algo en ella que pesaba sobre el espíritu.

Stubbs, el posadero, hizo sin embargo todo lo posible para disipar aquella impresión. Era un robusto y alegre ex-tabernero de Londres, que se había retirado al campo con ahorros considerables. Afortunadamente no necesitaba de lo que le producía el negocio para vivir.

El almuerzo fué a estilo inglés antiguo — lo mejor en su clase — y admirablemente preparado. Luego cuando iban a sentarse a la mesa:

—¡Hola! — exclamó alegremente una voz detrás de Larry, haciendo dar un brinco a su corazón. Lingard vió caer la mandíbula del abogado.

—¡Dinah! — exclamó el padre, medio sorprendido, medio disgustado — ¿De donde diablos has brotado? ¿Y qué has venido a hacer aquí?

Vestida con una blusa color cereza y sombrerito ajustado del mismo color, la joven miró a su padre con las manos en las caderas y una expresión que armonizaba con su picaresco sombrero.

—No he brotado. Bajé del auto — explicó. — Me metí por la puerta del costado y me disimulé en el asiento de atrás, mientras vosotros estabais en el hall — luego, anticipándose a los reproches añadió. — Es inútil, papá. Tengo que ver el Priorato.

Era fácil ver que manejaba a su padre con el dedo. Cuando Hoole estaba a punto de estallar en palabras coléricas, una mirada a los traviesos ojos azules de Dinah bastó para convertir su intención en un resignado encogimiento de hombros

—Eres una niña desobediente — se contentó con decirle, aunque Larry advirtió que su tono era más grave que de costumbre — Yo no he rehusado llevarte a la casa sin mis buenos motivos. Sin embargo, ya que has venido no voy a dejarte pasar hambre.

A pesar de la evidente preocupación del abogado, para Larry el almuerzo transcurrió alegremente. Dinah se mostró aún más animada que la noche anterior; parecía irradiar una alegría que se comunicaba al corazón de Larry. Cuando terminaron el café eran casi las cuatro.

—Si queremos llegar al Priorato antes de que obscurezca — anunció el abogado levantandose — es mejor que nos pongamos enseguida en camino.

Aquello fué más facil de decir que de hacer. Después de cinco minutos de intenso trabajo el motor del auto negóse a funcionar. Por último, el abogado dijo con sorpresa.

—Son los tapones — dijo — Están quemados.

El asombro del abogado no disminuyó.

—Lo sé — dijo tranquilamente. — La dificultad consiste en que estos no son los tapones que yo puse. Son de marca diferente.

—Pero ¿y quién puede haberlos cambiado? — preguntó Dinah.

Larry examinó los tapones. Cuando los dejó, sus ojos se achicaron. Por el camino, el motor había funcionado perfectamente y o poco entendía él de tapones, o los que tenía en su mano estaban muertos hacía tiempo ¿Algún ratero los había cambiado? Pero decidió que aquella solución no era convincente. Un ladrón no se hubiese molestado en poner tapones viejos en lugar de los nuevos y Dinah había dejado en el auto su bolso de vanidades que valía mucho más que varios juegos de tapones.

Una gota de lluvia, del tamaño de una moneda de seis peniques, cayó a los piés de

Larry. Durante el almuerzo el tiempo había cambiado, cubriéndose el cielo de nubes negras y amenazadoras. Dos minutos más tarde estalló la tormenta.

—Yo conozco bien esta comarca — dijo el abogado. — El garage más próximo está en Epping y no podemos llegar allá con este tiempo. La única solución es esperar que calme la tormenta.

Pero dieron las seis, las siete y las ocho sin que la lluvia cesara.

—Nadie va a hacer veinte millas esta noche, con auto o sin él — decidió el abogado y llamó al posadero.

—Procuraremos que lo paséis lo más có-

El fanático

modamente posible, señor — prometió el londinense — Tenemos afortunadamente tres habitaciones vacías. Suba, señor, y se las mostraré. Una de ellas es bastante curiosa.

El cuarto era no solamente una curiosidad si no un recuerdo de la Inglaterra medioeval. Larry se dijo que nada había sido cambiado en aquella sombría cámara desde que se la amuebló por vez primera, cuatrocientos años atrás.

Los tableros eran de roble, las vigas y el piso lo mismo. Había una cama enorme, con cuatro columnas que podrían haber sostenido el techo de un hall. Parada junto al joven, Dinah se extremeció ligeramente.

—Es aterradoramente interesante; — dijo con acento dudoso, desaparecida toda su ligereza — pero por nada del mundo dormiría yo en este cuarto.

Había expresado con palabras los pensamientos de Larry. Había algo en aquel cuarto que enfriaba su ánimo; las sombras parecían acechar y la atmósfera era de indefinible misterio.

—Yo he visto cuartos más alegres — dijo el abogado, tan lentamente que Larry hizo a un lado sus propios sentimientos.

—Yo siempre he deseado dormir en una de estas antiguas casas de cuatro postes — dijo sin sinceridad — Le recuerdan a uno al señor Pickwick, Jorrocks y demás personajes de las novelas de la época.

—Entonces quizá la joven dama querrá ocupar el contiguo, señor — dijo el posadero — Es más alegre. El que le sigue es claro y ventilado, así que podrá tomarlo el señor Hoole.

I V

ATENTADO CRIMINAL

Las dos velas que Larry se llevó consigo no contribuyeron absolutamente a alegrar la pieza. Una ráfaga de aire, que parecía venir de cualquier parte y de ninguna movía las llamas de la estufa de manera que las sombras también parecían bailar como pequeños seres furtivos. La tormenta, que había ido en aumento toda la tarde estaba ahora en su apogeo. El viento y la lluvia azotaban las ventanas imitando salvajes alaridos de alguien que clamaba por entrar.

—Este sitio es tan alegre como la Morgue en un domingo de lluvia — murmuró Larry Le costaba creer que la atmósfera de una habitación pudiera deprimirlo tanto.

No tardó en desvestirse; a los cinco minutos de entrar se había metido en la cama y apagado las velas. Diez minutos más tarde se quedó dormido.

Generalmente era de los que ponen la cabeza en la almohada y no se despiertan hasta que alguien los sacude y les dice "Es hora de levantarse". Aquella noche, sin embargo, su sueño no era tan pesado. Parecía que una mínima parte de su ser estaba en guardia y que su sueño era solamente superficial.

Luego, de pronto, aquel centinela subconciente dió la voz de alarma. Un momento antes estaba profundamente dormido, al siguiente se hallaba bien despierto, con todos sus sentidos alerta y el corazón palpitante.

La tormenta que, cuando apagó la luz rugía en toda su intensidad, se había calmado ahora y el silencio era profundo.

Larry se sentó en el lecho, inundada la frente de traspiración; lo que lo rodeaba era como un escenario de tragedia. Los fantasmas, que en cuatrocientos años habían poblado aquel horrible cuarto parecían reunidos a su alrededor, amenazantes.

Por un momento, que le pareció eterno, permaneció en aquel espantoso silencio. Y

luego de pronto sintió que algo se acercaba siniestro, silencioso, implacable.

Se dió cuenta de que el silencio no era tan intenso. Tan débil que por un momento dudó si no sería ilusión de sus nervios, un ruido que no bastaba a interrumpir el silencio se mezcló a él.

S... s... s... s.

Con los oídos en tensión y la sangre martillándole las sienes, miró hacia la ventana, a través de la cual se distinguía una pálida luna. Miró más intensamente aún cuando le pareció a sus desordenados sentidos que la luna ascendía en el cielo. Ciertamente su cuerno superior estaba más cerca de la parte superior de la ventana que un momento antes.

Luego, repentinamente sintió como si toda la parte inferior de su cuerpo estuviera aprisionada entre hielo. Comprendió que no era la luna lo que se levantaba si no algo que descendía sobre ella, lentamente, interrumpiendo su campo de visión. Un momento después supo lo que era.

Presa del miedo más intenso que había sentido nunca, saltó del lecho. Había un candelero sobre la mesa tocador, con fósforos a mano. A pesar del temblor de sus dedos, el fósforo se encendió. Luego, lentamente, se dió vuelta para mirar el cuarto.

Con la espalda apoyada contra la mesa de tocador, se representó delante de sus ojos lo que sólo su centinela subconciente impidió fuera una tragedia, reproducción en el siglo XX de las que habían dejado tan terrible sello en aquella habitación.

Gradualmente, pulgada por pulgada, el gran dosel del lecho descendió. Pulgada por pulgada hasta que la colcha de la cama tocó el suelo. Allí se quedó, inmóvil, impresionante.

Diez minutos al menos esperó Larry, recostado contra la mesa, acobardado. Luego, con la misma lentitud horrible con q' había descendido, la cama empezó a subir y oyóse el anterior s... s... s. Al llegar a la plena altura de sus postes se oyó un debil "clic."

Larry permaneció inmóvil dos minutos quizá. Luego, con una vaga idea de examinar la cama, dió un paso hacia adelante.

Dió otro más antes de que, con un grito ronco, guardando el equilibrio con una sola pierna y las manos en el aire, retrocediera ante un agujero que se había abierto ante él. El lecho, como movido sobre un eje, se había inclinado y el piso junto a él abrióse simultáneamente mostrando un negro abismo. Sólo pasó un breve momento, antes de que el piso se volviera a cerrar y la cama ocupara lentamente su anterior posición.

Indeciso, Larry se volvió hacia la ventana; necesitaba desesperadamente respirar el aire fresco de la noche. Mientras abría silenciosamente la ventana oyó abajo un ruido tan furtivo como el producido por el dosel al descender. Una de las puertas de la casa había sido abierta cautelosa, silenciosamente.

Larry se inclinó hacia afuera. Oyó el "clic" de una cerradura; algo obscuro se desprendió de la sombra de la pared atravesó rápidamente el camino empedrado que había entre la casa y el cerco, trepó por encima de éste y echó a andar por el campo. Un rostro pálido se alzó para mirar hacia la ventana del cuarto de Larry y aún en la obscuridad reconoció el joven sus facciones.

El hombre que huía furtivamente de la posada era el cuarto comensal que se había sentado la noche anterior a la mesa, en casa del señor Hoole: Gerald Fairmont.

Larry cerró la ventana, corrió las cortinas y encendió la otra vela; sacó una linterna eléctrica de su valija. Examinó el maderaje de las paredes pulgada por pulgada.

Alrededor de cada tablero había un borde, tan viejo que parecía metido dentro de la madera que lo rodeaba. Pero una inspección más detenida le hizo descubrir los clavos de madera que lo sujetaban.

Fué una tarea, larga y fastidiosa; pero examinó las cabezas de aquellos clavos de madera por turno. Por fin, junto a la estufa, encontró uno que no guardaba proporción con el resto Era tres o cuatro veces más largo y se hundía una fracción de pulgada más en la madera. Larry sacó de su bolsillo un lápiz de plata y apretó con él la cabeza del clavo.

Pasó un breve momento y luego, detrás del tablero se oyó un 'clic". Como si fuera una puerta, una parte de la madera se abrió lentamente hacia atrás. Una ráfaga de aire húmedo llegó hasta Larry.

Prontamente se puso Larry un saco y luego, con el candelero en una mano y la pistola en la otra se metió por la abertura; vió con sorpresa que la puerta estaba unida a unas buenas doce pulgadas de mampostería. Se encontró en un pasaje corto y estrecho, al final del cual había una puerta. Esta se abría sobre un cuarto de unos ocho pies cuadrados, sin ventanas y cubierto por el polvo de los años. En el polvo había huellas de pies humanos y también de pequeños animales.

Fuera de una pesada mesa de roble, no había muebles en el cuarto; pero del suelo sobresalía una palanca de madera, vieja y carcomida por los gusanos. En este sitio las pisadas se confundían como si el intruso se hubiera detenido allí. Si, como sospechaba Larry, era aquella palanca lo que ponía en movimiento la trampa mortal del dormitorio ¿por donde había escapado el asesino? Ciertamente no por el dormitorio, porque Larry había estado allí y sólo cuando la cama volvió a su lugar vió a Fairmont salir de la casa.

Agarrando la palanca tiró hacia sí y se dió cuenta de que debajo del piso se ponía en movimiento algún mecanismo. Dejando la palanca en su nueva posición, volvió al corredor. Al final la puerta secreta estaba todavía cerrada. Esperó quizá dos minutos. Luego lentamente la puerta se abrió hacia él.

Pasó por la abertura al dormitorio. Aparentemente el dosel había bajado y vuelto a subir porque el agujero estaba abierto en el piso y la cama inclinada hacia él. Evidentemente la diferencia de tiempo, que mediaba entre el movimiento de la palanca y la apertura del tablero secreto, era intencional. Hasta que la víctima no estuviera completamente asfixiada, no era seguro penetrar a la pieza. No le sorprendió a Larry que, por su posición junto a la ventana, no hubiera observado la apertura del tablero. bía vuelto a su posición, terminado el movimiento del mecanismo.

Pero la madera, vieja y apolillada, no resistió al tirón. La palanca quedó en su mano, rota a un par de pulgadas del piso.

Sorprendido, Larry pasó al corredor... encontrando que la puerta secreta estaba cerrada. Se quedó un momento indeciso; luego comprendió lo que significaba la rotura de la palanca.

Febrilmente, con las manos y los ojos buscó medios de abrir el tablero. Apretó

Desde su escondite, entre los árboles, el malhechor tiró al auto con su rifle.

Fascinado, lleno de horror, vió como el agujero se cerraba gradualmente, lo mismo que la puerta secreta y que el lecho ocupaba su posición normal. Apretó nuevamente el clavo y la puerta se abrió, cerrándose cuando él estuvo en el pasaje.

De vuelta en el cuarto secreto hizo un exámen detenido de las paredes. Fuera de un agujero de unas siete pulgadas cuadradas debido a algún desprendimiento de la pared y por el cual entraba una corriente de aire, cuando la puerta secreta estaba abierta, no vió otra salida. Luego, fatigado, tiró una vez más de la palanca que ha por turno cada ladrillo, en un radio de tres pies desde el centro. Todos eran igualmente inamovibles y, fuera de aquellos toscos ladrillos, no se veía en el piso ni en la pared nada que pudiera ocultar un resorte.

¡ESTABA PRISIONERO EN EL PASAJE!

Gritó, golpeó contra aquella pared resistente, aunque sabía que era imposible la penetrara su voz. Otro exámen de la celda dió lo resultado igualmente negativo. Exhausto se dejó caer en el piso cubierto de polvo.

Volvió en sí y vió brillar una débil luz

por el pequeño agujero, arriba en la pared. Su vela se había consumido, así que ahora la única luz venía por aquel agujero. A esa luz vió en su reloj que eran las diez.

Tenía hambre, sed y frío; su mente estaba enferma de temores ¿Lo descubrirían o se quedaría allí hasta que...?

En su pánico se acercó una vez más al tablero. Pero, ahora, sin la luz de la vela para guiarlo, era más fútil su intento de hallar una salida. Cinco minutos después de salir de la cámara volvió a ella de nuevo. Parado debajo del agujero de la pared gritó hasta que su garganta fatigada rehusó emitir otra cosa que gemidos. Nada ocurrió; ninguna respuesta llególe del mundo exterior.

En el último extremo de la desesperación se tiró una vez más al suelo. Debió quedar sumido en una especie de coma, porque sólo más tarde volvió en sí. Al despertar recibió quizá la sorpresa más desagradable de todas.

Algo blando y húmedo, le rozó la cara.

Lanzó un grito ahogado y se sentó en el suelo. A aquel movimiento repentino suyo respondió otro movimiento aun más rápido; aquella misma humedad blanda pasó por encima de su mano. Algo huyó al extremo más lejano de la celda. Mientras sus ojos se esforzaban en penetrar la obscuridad llególe un pequeño sonido desde el rincón. Experimentó una sensación de alivio y su corazón volvió a funcionar.

¡Miau!

Era un gato. Supuso que había entrado por el agujero de la pared.

Larry se puso de pie. En el bolsillo de su saco tenía unos cuantos fósforos sueltos y encendió uno de ellos para examinar la pared y el piso debajo del agujero. Vió señales de idas y venidas del gato. Esto explicaba también las pequeñas huellas halladas junto a las pisadas humanas. Recordó también haber visto a aquel mismo gato en el comedor de la posada. Larry volvió a sentarse y llamó con voz acariciadora al gato. Como estaba completamente inmóvil, el gato cobró confianza. Tímidamente al principio y luego con más audacia avanzó. A la primer caricia de Larry, comprendió que no era un enemigo y arqueó el lomo. A los cinco minutos, ronroneando como una pava de agua hirviendo, se había echado a dormir al lado de Larry.

Entonces el joven bendijo su idea de ponerse el saco. Del bolsillo del pecho sacó una libreta y un lápiz y a la débil luz de la abertura garabateó una nota explicando su situación y dando instrucciones para la apertura del tablero. La ató en el pañuelo y éste al pezcuezo del gato. Luego lo metió por el agujero, esperando que, en su indignación, se iría derecho a la casa.

Pasaron dos horas antes de que lo pusieran en libertad. Luego, mientras estaba parado al final del pasaje, contemplando el fatal tablero vió en el borde inferior un rayo de luz. Gradual, lentamente, la abertura se ensanchó hasta que aparecieron ante su vista las pesadas botas de Stubbs, el posadero, los botines menos rústicos del abogado y los lindos zapatitos, de cuero de serpiente, de Dinah.

Tres minutos después, en el dormitorio, no tardó mucho en decidir que de los tres, era Stubbs el más espantado por el relato de Larry.

—Créame, señor — dijo con voz sorda de enojo — que haré desarmar esa cama y todo ese aparato tan pronto y tan bien que nadie sabrá que estuvo allí. Dice usted, señor, — añadió incrédulamente, — que un tipo salió de la casa y echó a correr por el campo? ¿Quién puede ser ese asesino?

Larry no dió informes sobre el particular. Fuera de su palabra, no tenía pruebas de que el visitante nocturno era Fairmont.

Habían bajado al cuarto secreto para buscar la salida oculta. Fué Dinah quien hizo el descubrimiento. Y sólo por casualidad. Cansada de buscar, se había recostado contra la pesada mesa y ésta se movió ligeramente a su contacto. Allí, en el piso donde había descansado el pie, había un pequeño círculo trazado en la piedra. Larry lo apretó e inmediatamente uno de los tableros de la pared interior se abrió hacia afuera.

Uno por uno pasaron por la abertura. El pasaje era más estrecho que el que iba del dormitorio a la cámara secreta y descendía en declive.

Al final se encontraron con una puerta que tenía una antigua perilla. Larry la dió vuelta y la puerta se abrió. Pasaron al pasaje de piedra, con maderaje de roble que conducía directamente a la puerta por donde salió Fairmont la noche antes.

Este lado, sin embargo, estaba perfectamente oculto por el borde que rodeaba a todos los tableros.

V

LA CASA DEL HORROR

A eso de las cuatro un motociclista trajo los tapones nuevos y pronto fueron colocados, siguiendo luego el auto viaje al Priorato.

En un camino angosto, donde los árboles formaban bóveda y crecían muy juntos, escapó Larry milagrosamente a la muerte. Fué el peligro más grande corrido después de la Guerra.

El abogado manejaba, con Larry a su lado; Dinah iba en el asiento de atrás. Y repentinamente de entre los árboles, partió un tiro. No era de revólver, provisto con silenciador esta vez; la detonación era la casi olvidada, pero llena de punzantes recuerdos, de un rifle.

Fué sólo por decreto de la Providencia que en el mismo segundo de partir el tiro, el auto cayó inesperadamente en una huella de carros y el salto hizo echar bruscamente la cabeza de Larry hacia adelante. Si no, la bala le hubiera traspasado la sien. Aun así, le rozó el cabello de la nuca, antes de estrellarse en el para-brisas. Con una excla-

mación de sorpresa, el abogado apretó los frenos. Al hacerlo se oyó entre los árboles el ruido de un gatillo.

—¡Siga! — gritó Larry y con un salto el auto partió hacia adelante. Otra vez aquel salto salvó a Larry, que se agachó al mismo tiempo que echaba su cuerpo hacia adelante. Nuevamente la bala hizo una estrella en el vidrio.

Dispararon otro tiro y después otro. Larry se agachó y las dos balas le erraron. Cuando dispararon el cuarto tiro ya estaban fuera de alcance.

De nuevo acomodado en su asiento, Larry se volvió a Dinah, quién con un valor que causó la admiración del joven, trató de sonreir.

Cien yardas más adelante, el camino torcía bruscamente hacia la derecha. Hicieron una milla o dos en silencio antes de que el abogado, con el rostro pálido y los labios apretados, detuviera el auto.

—¿Qué piensa de esto, Larry? — preguntó brevemente al joven.

Larry se encogió de hombros.

—Parece — dijo tranquilamente — que alguien tiene interés en mantenerme alejado del Priorato.

El abogado hizo un gesto de asentimiento

—Ciertamente lo parece — dijo — Y para anticiparme a su pregunta, le diré que no tengo la menor idea de quien o por qué puede ser. Naturalmente que el sitio tiene mala fama; pero que yo sepa, hasta ahora, se ha limitado esa fama sólo a la casa en sí. Nadie ha tratado de impedir que sea habitada.

Anduvieron otra hora por aquel estrecho camino, luego el seto fué interrumpido por un alto muro de ladrillo, viejo, derruído, que debido al tiempo y la intemperie había adquirido color vino obscuro. A un costado del muro había una plantación de olmos, cuyas hojas se agitaban y gemían sacudidas por la brisa de la tarde. Aquel susurro parecióle a Larry un murmullo amenazador. Como a un cuarto de milla de distancia, el muro estaba interrumpido a su vez por un par de puertas de hierro, entre pilares de piedra gris. Estos se unían en la parte superior por medio de un arco, donde había grabado un escudo de armas. Las puertas habían sido un magnífico ejemplar de trabajo de hierro, del viejo siglo XVI; pero ahora estaban carcomidas por la herrumbre y la de la derecha, desprendida de sus visagras, caía hacia atrás, sobre el sendero de coches, cubierto de yuyos.

Nunca había visto nada tan desolado, tan siniestro, como su heredada propiedad.

A la izquierda del camino de coches, separada por un montecillo inculto de laureles, estaba la casa del portero, despintada y ruinosa. De la chimenea, grotescamente inclinada, salía sin embargo una columna de humo. También, formando curioso contraste con su descuidado exterior, las cortinas que no estaban tapadas por los laureles, ostentaban prolijas cortinas de muselina blanca.

Larry se disponía a bajar de su asiento para abrir del todo las viejas puertas, cuando a la media luz de la tarde vió salir, por una abertura entre los laureles una figura de mujer.

Hubo un momento de exámen mutuo y antes de que la mujer hablara, lo que llamó la atención de Larry no fué su robusta figura si no su cara. Parecióle que no era vieja aunque profundas líneas surcaban su rostro haciendo su edad incierta. Si no hubiese sido por los ojos, hubiérase dicho que, en aquella mujer, toda emoción se había helado.

Pero, opuestos al resto de las facciones los ojos tenían una vivacidad terrible, brillaban con luz fría, reprimida, pareciendo comunicar su frío hasta el corazón de aquellos a quienes se fijaban.

—No se puede entrar aquí — dijo con tono tan helado como su corazón.

Larry sintió que el frío de su corazón se convertía en el calor de la batalla, que conocía también. Hasta entonces, todo lo que se había relacionado con su herencia le era hostil y él había estado demasiado aturdido para protestar. Pero ahora se iba acostumbrando a su cambio de fortuna. Si querían pelear con él, pelearía.

—Soy el señor Lingard — dijo con tono breve. — El dueño de esta casa. Y usted, ¿quién es? Hubiera jurado que una expresión rápida — ¿era miedo? — pasó por los ojos de la mujer.

—Yo soy la señora Morfit — dijo con voz sin inflexiones — La portera y cuidadora.

—Entonces, tenga la bondad de abrir la puerta — dijo Larry tranquilamente; sin decir palabra la mujer abrió la hoja que todavía conservaba sus visagras.

Libre el camino, Larry evitando deliberadamente la mirada de la mujer, miró delante de sí. Pero mientras marchaban lentamente entre los altos y frondosos árboles la presencia erguida e inmóvil, contra los laureles, siguiendolos con los ojos.

Dieron vuelta un recodo al fin y allá, después de una ancha terraza, apareció el edificio principal.

Las partes que no estaban cubiertas por la hiedra ostentaban el mismo rico color vino de los ladrillos del cerco. Las ventanas, con columnas, parecían mirarlos como los ojos vidriosos de un muerto. Había alrededor del sitio una atmósfera remota, impersonal, sin vida, como la de una tumba descuidada en un remoto cementerio.

Hasta el espíritu alegre de Dinah sentíase afectado por aquella desolación, porque al descender del auto la sonrisa que dirigió a Larry era forzada y nerviosa. Examinó un momento la casa sin hablar, antes de volverse con un pequeño extremecimiento involuntario.

—Es un poco impresionante — dijo.

—Espere un mes o dos — dijo Larry con toda la animación que pudo fingir porque el nuevo estado de ánimo de Dinah lo afectaba. — Arreglaré esto tan lindo y alegre que no lo conocerá.

Subieron los escalones planos y llegaron a una gran puerta, tachonada con clavos de hierro en cuya enorme cerradura introdujo el abogado una llave proporcionada. Aunque la cerradura se abrió, se necesitaba el esfuerzo combinado de los tres para mover la pesada puerta.

Atravesaron el hall y entraron a un amplio salón con maderaje de roble, mal iluminado y con olor a moho.

Transcurrió un instante antes de que ninguno se moviera. Pareció que, por un breve segundo algo los había hecho detenerse.

Mientras estaba allí parado, vacilante, indeciso, sintió Larry la presencia de algo increíblemente malo, perverso, sin alma, que acechaba pronto a saltar. Aunque menos precisa, había experimentado aquella misma sensación al entrar en una caverna de las montañas rocosas; la misma intuición de peligro que lo hizo retroceder a tiempo, cuando un jaguar, que había elegido la caverna como guarida, saltó hacia él.

Sólo que entonces el instinto le había advertido de algo palpable, algo contra lo cual podía pelear. Ahora aquel sentimiento estaba reemplazado por el horor a lo desconocido, algo que no podía pelearse con armas mortales.

Junto a él el abogado se movía inquieto.

¡Qué olor raro hay aquí! — dijo.

—Yo también lo he notado — observó Dinah, bastante inquieta según le pareció a Larry — El mismo se daba cuenta de ese olor, débil pero predominante, con algo de almizclado, mareador, que parecía apoderarse en los sentidos adormeciéndolos y a la vez estimulándolos contradictoriamente, como un extraño, inquietante y sobrenatural maleficio.

—Es repugnante — dijo Larry — Voy a averiguar de dónde proviene y evitarlo. Transportaron las provisiones que habían traído, porque nada había preparado en la casa para recibirlos. Los muebles hermosos y, en muchos casos de gran valor, estaban en un estado de abandono que oprimía el alma. Luego, con velas encendidas, empezaron su viaje de exploración.

Mientras avanzaban la primera sensación de misterio no se disipó. Era curioso, pensó Larry, que hubiesen pasado de aquella atmósfera deprimente de "El Jinete Enmascarado" sólo para encontrarse con otra en que la impresión maléfica era aún más definida y amenazadora.

La casa tenía largos corredores y cuartos inesperados, hechos sin propósito ni plan; todas las paredes tenían maderaje, viejos tapices, muebles negros por el tiempo y la falta de cuidado. Era una casa de ruidos amortiguados y sombras extrañas, furtivas, inesperadas, que a la luz vacilante de las velas se arrastraban como inquietos fantasmas ante la vista de los exploradores; una casa de vidrios manchados, a través de los cuales la luna, que empezaba a levantarse, brillaba con luz espectral.

—Naturalmente — dijo Dinah, cuya voz aunque menos segura que de costumbre indicaba que su dueña se inclinaba a lo práctico — con aire y luz, un par de toneladas de jabón, un ejército de fregones, este sitio puede convertirse en algo maravilloso.

El padre hizo un signo de dudoso asentimiento.

—Lo primero es hacerlo habitable, — dijo con tono no tan firme como de costumbre—librarlo de ese olor bestial. Una vez que haya desaparecido... — vaciló — ¡Oh! no sé. Pero me parece que todo se volverá aquí más sano.

Larry se extremeció. Por Dios, que Hoole tenía razón. Todo el malestar que pesaba sobre la casa provenía de aquel olor indefinible y mareante y en ese momento se convenció de que, una vez eliminado, la siniestra amenaza que parecía pesar sobre la propiedad se desvanecería, dejándola convertida en un confortable hogar.

Se oyó el ruido de pesados neumáticos en el pedregullo; rechinar de frenos. Siguieron dos toques de bocina.

—¿Quién diablos puede ser? — murmuró Larry.

—Algún proveedor que viene a pedir órdenes, supongo — dijo Dinah y acompañó a Larry hasta la puerta de entrada.

Al pie de los escalones había un auto, grande y lujoso cuyos reflectores iluminaban la terraza haciendo resaltar su abandono. Del asiento del conductor bajaba una figura envuelta en pesado sobretodo.

—¡Buenos noches! — díjoles una voz culta — ¿Supongo que sois mis vecinos?

—Acabo de tomar posesión de la casa, señor — asintió Larry.

— Bueno — había en la voz una nota afectuosa, de bievenida — Yo soy Sir Francis Dolacombe, de la Parva Regis; puede usted ver sus chimeneas desde estas ventanas. Como vecino más próximo, pensé si no podría enviaros algo o ayudaros mientras no estéis instalados — hubo una pausa antes de que añadiera, dirigiéndose a Larry — o si no puedo mandar uno de mis criados para que dé una mano.

El desconocido había subido los escalones y Larry se apartó para dejarlo pasar al hall.

—Es usted muy amable, señor — dijo agradecido, ofreciéndole una silla — Permítame que le presente al señor y la señorita Hoole. Yo me llamo Lingard.

El recién llegado apretó tan cordialmente la mano de los presentados que hizo más notable el breve ademán de Dinah. En efecto pareció tocar apenas los largos dedos que se extendieron al encuentro de los suyos.

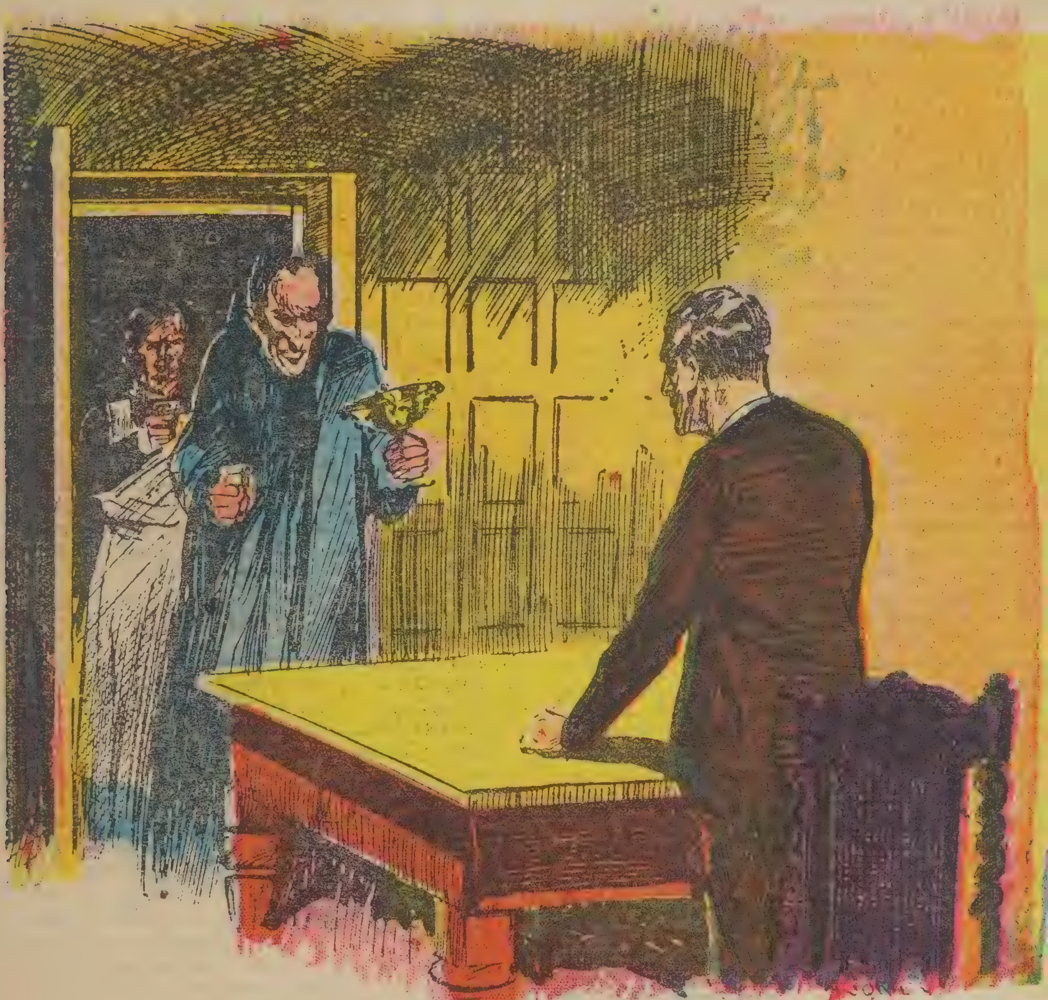
A la luz de la media docena de bujías distribuidas en el hall, vióse que Sir Francis era un hombre de alta estatura y amplio pecho, que tendría alrededor de cuarenta años, con rostro sano, rojo y sonriente; sus cabellos, de un rojo brillante, eran largos y estaban cepillados hacia atrás, formando una espesa melena. En aquella luz incierta, los ojos semi-ocultos por la forma

de la frente y las tupidas cejas, eran indefinibles.

Empezó a charlar alegremente, sin señales de embarazo, distribuyendo imparcialmente su conversación entre los tres. Sin embargo, Larry que lo observaba, creyó notar que aún cuando sus palabras se dirigían ya a él, o al abogado, la atención del

Por un momento, el otro no contestó. Cuando lo hizo, su voz era más grave.

—Señor Lingard, — dijo al fin lentamente — yo soy un hombre práctico, ocupado en asuntos prácticos también. No soy ni imaginativo ni superticioso — lentamente alzó la maciza cabeza y por vez primera miró directamente a Larry — Pero por lo



Sir Francis retrocedió con el revólver levantado, sin darse cuenta de que detrás suyo estaba la señora Morfitt.

"squire" estaba fija principalmente en Dinah.

—Tiene usted una extraña casa, señor Lingard — dijo — Una vieja y muy extraña casa — había cierto significado en su tono.

—¿Extraña por qué? — Preguntó a propósito Larry.

mismo que soy práctico, no cierro mis ojos a los hechos. Y por lo que he sabido, hay en lo que se refiere a esta casa, cosas que no están de acuerdo con nuestra filosofía.

Por el camino Dinah había logrado persuadir a su padre, contra la voluntad de éste, para que pasaran la noche en el Priorato. Pero ya la casa la había afectado

fuertemente; había un miedo reprimido en el fondo de sus ojos que a Larry no le gustaba.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó a Sir Francis, sin mucha amabilidad.

Sir Francis sostuvo un momento su mirada.

—Después que los segundos inquilinos se fueron aterrados de esta casa — dijo tranquilamente — yo, por pura curiosidad, pasé una noche aquí — su voz tomó acento extrañamente impresionante. — No volvería a hacerlo ni por mil libras.

Larry miró curioso hacia el sitio donde estaba sentada Dinah. Con gran alivio notó que se había ido. Libre de su presencia dijo:

—¿Qué fué lo que usted vió exactamente la noche que pasó aquí?

Las manos bien cuidadas de Sir Francis hicieron un movimiento que indicaban la imposibilidad de definir lo indefinible.

—No es lo que vi — dijo lentamente — si no lo que sentí y oí, lo que me rodeaba — se detuvo con un esfuerzo evidente para aclarar sus impresiones. — Era como si toda la casa estuviera poblada de seres horribles y malignos; cada pulgada de espacio vibraba con su presencia inexplicable, invisible. Roces, murmullo... — a la luz de las bujías, vió Larry que en el rostro, ancho y jovial, se formaban gotas de sudor, que las manos antes expansivas y elocuentes en sus movimientos temblaban.

Antes de que Larry pudiera preguntarle más, el hombre levantóse y por un esfuerzo evidente de su disciplinada voluntad se serenó.

—Bueno... — exclamó con algo de su antigua animación — puede ser que yo me haya equivocado, que todo fuera producto de mi imaginación. Usted es más joven que yo y probablemente la atmósfera de la casa no lo afectará del mismo modo. — Dijo esto con el evidente propósito de tranquilizar a Larry — Me voy. Vine sólo para ver si podía ser útil en algo. — Sus vivos ojos se dirigieron hacia la puerta por donde había desaparecido Linah.

—Presente mis respetos a la señorita Hoole — dijo y cambió con los hombres un apretón de manos.

VI

EL INTRUSO ENCAPUCHADO

Se oyó sonar la campana. Era Horacio que había llegado por tren. Sir Francis pasó junto a él en el umbral y Larry notó la mirada rápida que le dirigió el ex-soldado. Larry se alegró de ver a su criado más de lo que juzgaba posible. Había algo de sano en aquel hombre, tan sano, tan leal, tan sincero, que en la amenaza de la casa siniestra parecía la brisa del mar soplando sobre un pantano.

—Hay un fardo con frazadas en el auto — le dijo Larry — elija el cuarto más alegre para la señorita Hoole, otro para el señor y uno para usted y para mi. Usted y yo dormiremos juntos esta noche.

Al observar a Horacio haciendo sus preparativos le alivió ver que se movía y hablaba con calma imperturbable. El ex-valet se sentía tan poco afectado por la lúgubre atmósfera de la casa como si hubiese estado en un piso de Londres.

Después de terminar una comida improvisada, Dinah declaró que deseaba acostarse.

Horacio había elegido bien los dormitorios. El que destinó a Dinah estaba encima de la galería de cuadros; tenía maderaje de roble como la mayoría de las habitaciones. La cama con sábanas limpias y frazadas nuevas tenía aspecto alegre y atrayente. Las bujías, bien distribuídas hacían menos evidentes las sombras amenazadoras de la casa.

Cuando iban a despedirse hasta el otro día, Larry desapareció, volviendo con un timbre eléctrico que, por medio de una batería portátil había arreglado entre su habitación y la de la joven. No quería que ésta corriera riesgos.

—Si algo la inquieta — dijo con acento alegre — no tiene más que oprimir el botón. No es — añadió para tranquilizarla — que pueda ocurrir nada, si no para que se sienta más segura.

Dinah no supo cuanto tiempo durmió. Un momento antes respiraba tranquilamente en sueños; al siguiente se hallaba bien despierta, con los ojos dilatados y la sangre latiendo en sus oídos. Se dió cuenta de que el cuarto estaba más obscuro que cuando se había quedado dormida. Y tenía la aterradora certidumbre de que no se hallaba sola.

Se quedó palpitante, aterrada. Por fin, no pudiendo resistir la tensión un momento más, dióse lentamente vuelta en la almohada. Lo que vió hizo que su corazón cesara de latir.

Porque junto a su lecho, inmóvil; pero mirándola con ojos tan angustiados como si todos los dolores del mundo se reflejaran en ellos, había una figura vestida con larga túnica negra y una capucha del mismo color que sólo dejaba visibles las facciones de un viejo... muy viejo.

Por un momento eterno estuvo mirándola. Por una fracción de minuto, los ojos de ambos se encontraron. Luego, de entre los pliegues de la túnica, surgió una frágil mano que bajó rápidamente sobre las velas encendidas. En la repentina obscuridad oyóse un grito de penetrante terror lanzado por Dinah. La joven oprimió el botón del timbre.

En el cuarto contiguo, a pesar de que su experiencia en "El Jinete Enmascarado" lo había dejado rendido de alma y de cuerpo, Larry estaba despierto y alerta.

Horacio dormía en un sofá, junto a él. De pronto, resonando lúgubremente en la obscuridad, llegó a sus oídos el timbre del cuarto de la joven.

Golpeó a la puerta y no obtuvo contesta-

ción, Con el corazón en la boca, hizo girar el pestillo y entró. El cuarto estaba tan obscuro que ni siquiera distinguía la silueta del lecho. Habló fuerte, urgentemente, sin recibir contestación.

Maldiciendo su imprevisión, volvió a su cuarto en busca de un candelero. A su luz vió a Dinah, la cabeza hacia atrás, sobre las almohadas, con el rostro del color de la ceniza y una indecible expresión de horror en él.

Le tomó el pulso; palpitaba débil e inseguramente. Junto a la cama había agua y con ella la reanimó, de modo que pudo al fin tartamudear su relato.

—Una cara terrible... terrible, Larry — murmuró y aún en aquellas circunstancias sintió él emoción al oirla llamarlo familiarmente por su nombre.

Un exámen de las velas convenció a Larry que la joven no había sido víctima de una pesadilla, porque los pabilos estaban achatados sobre la cera.

—Entonces no se trata de un fantasma, al menos — dijo con una mezcla de ira y satisfacción, porque contra cualquier ser humano, Larry sentíase capaz de pelear.

Despertó al abogado y le contó lo que ocurría. Conmovida; pero con un valor que despertó profundamente la admiración de Larry, Dinah se pasó el resto de la noche en un edredón, junto al fuego, en el cuarto de su padre.

A las ocho de la mañana despertó a Larry un repique de la vieja campana de la puerta de entrada. Vió con sorpresa a la señora Morffit, la cuidadora; sus modales eran indiferentes y lejanos como el dia anterior.

—Pensaba, señor, si no quiere usted que se haga alguna limpieza.

—¡Cómo nó, señora Morffit! — dijo Larry calurosamente — Yo pensaba mandar a la aldea para traer gente que ayude.

Ella lo miró de un modo extraño.

—Perderá usted tiempo, señor — le dijo brevemente y entró en la casa.

—¿Por qué? — preguntó Larry.

—Porque no hay hombre, mujer ni niño, en diez millas a la redonda que ponga los pies en esta casa por todo el dinero del mundo — le contestó por encima del hombro.

Larry la llamó.

—¿Sabe usted algo de esta casa, señora Morffit?

—Yo he sido su cuidadora desde que se fueron los últimos inquilinos — contestó.

Larry meditó un momento, pensando en que era lo que ocultaba.

—¿Conoce usted o ha oído hablar de que haya aquí pasajes secretos? — le preguntó.

Pareció que una lucecita efímera se encendía en los ojos de la mujer. Cuando contestó su voz era, sin embargo, tan impasible como siempre.

—No se nada de pasajes secretos — dijo brevemente y sin añadir palabra más pasó a la cocina.

Como a eso de las once el abogado y Dinah se prepararon para el viaje de vuelta.

Aunque entristecido por la partida de Dinah el cálido apretón de mano que dió a la joven mientras la ayudaba a subir al auto sirvióle de compensación.

—Volveré pronto a visitarlo — le prometió ella.

—¿No tiene miedo de los fantasmas? — preguntóle Larry y ella movió negativamente la cabeza.

—No — y, sorprendentemente, añadió al ponerse en movimiento el auto — Además... no era un fantasma lo que yo ví. Era un hombre... un pobre y triste viejo.

VII

UN HALLAZGO MISTERIOSO

Larry pasó unos cuantos días ordenando la casa. Pero aún en el trajín de aquellos días activos, la atmósfera siniestra no se desvaneció. Aunque no tan viva como la primera noche, parecía formar el ambiente natural de la casa, siempre presente y siempre dominadora. De toda la casa, el sitio donde más se notaba era en el alto y sombrío hall, con sus armaduras, trofeos y vidrios manchados.

Hasta el tercer día no tuvo Larry oportunidad de explorar el terreno de la propiedad. Encontrólo tan abandonado como la casa misma. Coronando una altura, cuyo extremo bajo llegaba al río, había otro edificio, tan ruinoso que, comparado con él, el Priorato estaba admirablemente conservado.

Explorado, resultó ser una antigua capilla, en cuyo interior había bronces ennegrecidos, tumbas desmoronadas, altares desmantelados y un púlpito de roble carcomido por la polilla. Por todas partes desolación. Volvió a la casa en busca de Horacio porque aquel hombre imperturbable era especial para sugestiones prácticas.

Mientras se aproximaban discutiendo cual sería el mejor modo de restaurar aquella antigua reliquia de devoción, vieron a la distancia, desaparecer una figura entre el abovedado pórtico de la capilla. En aquella figura había algo de cauteloso y furtivo que alarmó a Larry.

Señaló.

—¡Un momento, Horacio! — dijo, poniendo su mano sobre el brazo del otro — Me parece que debemos observar en que andanzas está empeñado ese caballero.

—No creo que sea un hombre, señor. Me pareció más bien una mujer.

De puntillas atravesaron el espeso pastizal y entraron en el derruído pórtico. La vieja puerta, guarnecida de hierro de la capilla, estaba abierta. Larry metió la cabeza por ella; pero adentro no vió a nadie.

Atravesó silenciosamente el umbral. Su mirada exploró la nave norte, parte de la cual había estado hasta entonces fuera de su vista.

No había nadie allí. En toda la capilla no se advertía sonido ni movimiento.

Horacio lo miró con sorpresa.

—Yo juraría que vi a una mujer pasar por esa puerta — dijo con ronco murmullo.

—Yo también — dijo Larry — No se si era mujer... pero vi a alguien.

Registraron todos los rincones y grietas del edificio; pero al parecer ningún ser humano había estado allí por espacio de muchos siglos. Sólo cuando encontraron una pequeña capilla particular, que era la parte mejor conservada del edificio hicieron un descubrimiento de importancia.

En la pared más lejana había un sepulcro, la tumba de un Cruzado, extraordinariamente conservada. Cada malla de la cota, aunque gastada por el tiempo se distinguía como si acabara de salir de manos del escultor. Tenía las manos devotamente unidas debajo de la barba, los pies cruzados, la espada santa a su lado, la visera del yelmo levantada.

Pero el rostro que la visera descubría y miraba hacia el alto techo abovedado, de facciones rudas y que parecían vivas, tenían expresión tan maligna que por un momento el corazón de Larry experimentó intenso malestar. Se sintió aún más molesto cuando, antes de hablar, ocurriósele que en aquel santuario había una atmósfera familiar, de inquietud.

—¿No habrá otra manera de salir de aquí que por la puerta? — preguntó a Horacio.

Pero, fuera del monumento, las paredes y el suelo eran lisas, unidas.

—Con todo, yo voy a vigilar esta capilla — dijo Larry cuando salieron al aire libre.

Cuando llegaron a la casa, aunque la buscaron por todas partes, no hallaron rastros de la señora Morfitt. Diciéndole a Horacio que deseaba hablarla a su vuelta, Larry se fué a su estudio.

Veinte minutos más tarde se presentó la señora Morfitt. Como era su costumbre se detuvo después de pasar la puerta, esperando en silencio que él le dirigiera la palabra.

—¿Sabe usted algo de la capilla del parque, señora Morfitt? — preguntóle Larry.

Si sus ojos brillaron, el brillo nació y murió con la rapidez del relámpago.

Su voz tenía la indiferencia de siempre al contestar.

—Creo que, en un tiempo, fué la capilla privada del Prior.

Larry hizo un gesto de asentimiento.

—¿Quién es el Cruzado que está sepultado allí?

—Sir Guy Legardo, creo señor. El fundó el Priorato.

Sin saber por qué, Larry dijo:

—No me gusta su cara.

Por vez primera en aquella entrevista ella lo miró directamente.

—No tenía muy buena reputación, según he oído, señor — dijo y su voz resonó extrañamente áspera — Antes de que Larry hubiera podido hablar, sin embargo, la mujer se había ido. Larry siguióla sorprendido con la vista.

La puerta se abrió de nuevo y entró Horacio con aire intrigado.

—Esa señora Morfitt, señor... ¿De donde ha salido?

—¿Qué quiere decir con ese "de donde ha salido", Horacio?

Horacio se rascó la cabeza.

—Pues lo que digo, señor — contestó enfáticamente — No vino por el camino de coches y no estaba en la casa cuando llegamos hace veinte minutos. Lo que quiero saber es... ¿de donde salió?

—Pregúnteselo a ella — dijo Larry brevemente aunque aquello le parecía raro.

—Probablemente estuvo siempre aquí y no pudimos encontrarla — añadió mirando un cuadro que ocupaba el espacio encima de la estufa.

Era el retrato de un monje, con túnica gris y tonsurado. El rostro, gris también, sobresalía sorprendentemente del fondo obscuro; la cabeza se inclinaba hacia algo que sostenía en su mano extendida, algo que con el roce de los siglos casi no se distinguía.

Desde que había escogido esa habitación para sí, Larry tenía idea de bajar aquel cuadro. Había en la cara una expresión que le atacaba los nervios, los ojos, que se fijaban en el objeto que tenía en la mano expresaban reverencia y súplica; pero además de aquellas emociones revelaban una especie de avidez, de codicia, que parecíale a Larry a la vez mal sana y sobrenatural.

—Traiga una escalera y baje ese cuadro — dijo decididamente a Horacio.

—¿Ahora, señor? — preguntó Horacio sorprendido.

—Si no puede ser más pronto...

El cuadro estaba colgado alto y la escalera era baja. Con mucho trabajo, logró Horacio desprender el cuadro, sin dañar el angosto marco que encuadraba la tela. Cuando estaba parado en puntas de pie sobre la parte superior de la escalera, ocurrió una cosa sorprendente.

El pie de Horacio resbaló. Para no caerse vióse obligado a echarse con todo el peso del cuerpo contra el mismo cuadro.

—¡Cielos! — exclamó Larry — ¿Qué es eso? — Porque la tela se hundió y la mano de Horacio desapareció completamente dentro de la pared de atrás.

No se había roto la tela, sin embargo. Un pedazo de ella había sido cuidadosamente cortado y vuelto a colocar para ocultar el receptáculo hueco que había detrás. Perdido el equilibrio, Horacio se vino al suelo del cual se levantó sin hacerse, felizmente, daño.

—Me parece que hay algo escondido ahí — dijo excitado a tiempo que Larry, saltando de su silla empezaba a subir la escalera. Un momento después había metido su mano en el hueco.

—¡Por Dios, que tiene razón! — exclamó. Retiró la mano y en ella traía algo negro, curvo y hueco.

El examen demostró que era un recipiente de plata a la que los años habían dado el color de la ceniza. Pero a pesar de la costra formada por el polvo y la suciedad sólo se necesitaba una sola mirada para ver que estaba magníficamente incrustada.

—¿Qué es, señor? — dijo Horacio.

Con su pañuelo, Lary estaba quitándole la capa exterior de suciedad. Y cuando terminó

aquella tosca limpieza, lanzó un grito de admiración.

Incrustado en el borde de esmalte que, del ancho de una pulgada rodeaba el recipiente; impecable, perfecto, reflejando en cada una de sus facetas un brillo sombrío, la llama del fuego en la estufa, había un diamante lustroso y negro como la noche.

Con el corazón palpitante, Larry prosiguió el examen. A una pulgada de distancia había otra piedra. No era esta vez un diamante, sino una perla negra y perfecta, tan grande como el diamante. Examinando mejor, descubrió todo alrededor del hermoso borde, a igual distancia, perlas y diamantes alternados, cada una un ejemplar magnífico en su clase.

Estaban todavía los dos hombres absortos en la contemplación de la extraña pieza cuando la señora Morfitt anunció a Sir Francis Delacombe.

Con la mano extendida y el rostro radiante, el Squire se adelantó.

—¿Cómo le va, Lingard? — empezó cuando Horacio hubo salido de la habitación —. He venido a. . . ¿qué es eso?

Larry lo miró sorprendido. Con la mano todavía extendida, la boca abierta, Sir Francis miraba aquel tesoro recientemente descubierto con los ojos de un hombre que contempla algo increíble.

Había sorpresa en su mirada; pero además una codicia superior a todo deseo humano.

Larry vió que la sangre se retiraba del rostro rubicundo de Sir Francis hasta que sus mejillas y labios quedaron literalmente grises por el deseo de posesión.

—¿Qué es eso? — repitió nuevamente y extendió una garra codiciosa.

Cuando el tesoro estuvo en su mano, los dedos se cerraron sobre él como si dentro estuviera la vida o alguna cosa de importancia suprema, Larry no hubiera creído posible que la careta de amabilidad cayera tan rápi-

Parados, vacilantes, en el hall mal iluminado, experimentaron la sensación de que algo perverso, terrible, acechaba en las sombras.

damente descubriendo al hombre elemental, verdadero, parecido a un mono y ávido, detrás de aquella personalidad cuidadosamente construída.

—Una pieza de la vieja platería de familia — explicó Larry tranquilamente — Parece usted interesado en ella...

—¿Interesado? — los dedos todavía oprimían el objeto que tenía la forma de un cáliz. Sir Francis colocó su mano sobre la mesa —¿Interesado? — repitió roncamente.

Levantó la vista fijando sus ojos un momento en los de Larry. Luego como si no pudiera apartar su vista del cáliz, volvió a fijar la vista nuevamente en el tesoro. — Estoy más que interesado, Lingard.

Había en su voz algo más profundo que el simple amor de un entendido por un objeto hermoso: una codicia temblorosa, fanática.

Por un instante una curiosa expresión de tristeza pasó por el rostro de Sir Francis antes que, con risa brusca volviera a asumir su anterior personalidad.

—¿Le interesan las antigüedades? — preguntó a Lingard y todavía no soltó el cáliz. Había en su tono algo despectivo que molestó a Larry.

—Esta, naturalmente — dijo con frialdad y extendió la mano para recobrar el cáliz.

El visitante no pareció darse, sin embargo, cuenta de su movimiento.

—Estaba pensando — dijo con frialdad — si no querría usted vender este objeto. Ahora mismo... a buen precio.

El rostro de Larry se endureció. Parecióle que trataban de abusar de él y que tendría dificultad con su vecino.

—Disculpe que le hable con franqueza — dijo tranquilamente — ¿Pero no le parece que obra usted un poco... precipitadamente? Entiendo algo de platería antigua y del arte del joyero y el lapidario, por lo que no vacilo en decir que, como ejemplar de lo más delicado en dichos trabajos, este cáliz es único en Europa y América. Aunque estuviera dispuesto a venderlo — cosa que no lo estoy — el negocio no podría realizarse del modo que usted sugiere, como si se tratara de comprar una libra de te en el almacén.

Los ojos de ambos se encontraron por un momento. Luego, reteniendo todavía el cáliz, el squire arrimó una silla a la mesa, sacó de un bolsillo una lapicera y un libro de cheques del otro; escribió un momento y sin decir palabra tendió el cheque a Larry.

—No discutiremos por el precio — dijo.

Sin moverse, Larry miró el cheque. Era por valor de £ 10.000.

—Creo que no me he explicado claro — dijo fríamente — He dicho que no lo vendía — extendió la mano — tenga la bondad de devolverme el cáliz, Sir Francis.

Los ojos del squire tenían una expresión que no era simpática, oblígua e inexorable. Larry pensó que había en aquello más de lo que parecía superficialmente.

—Esa no es mi última oferta, señor Lingard — dijo con suavidad Sir Francis indicando el cheque.

—Hablaremos mejor de esto cuando me haya usted devuelto mi propiedad — dijo Larry tranquilamente y el rostro del otro se puso convulso.

—¿Es esa su última palabra? — dijo con voz chillona y áspera.

Larry lo miró con serenidad. Además de la aspereza había desafío en el tono del otro. No estaba dispuesto a tolerarlo.

—Absolutamente la última — dijo — y a su vez alzó la voz — Devuélvame eso ¡Pronto!

El squire se encogió de hombros; su boca dibujó una sonrisita forzada que no decía con la expresión de sus ojos.

—Advierto, señor Lingard — dijo — que no está usted desprovisto del espíritu de los negocios. Mejoraré mi oferta en cinco mil libras.

Larry se puso de pie.

—Sir Francis, — dijo reposadamente — le he pedido tres veces que me devuelva mi propiedad. Si es usted prudente, lo hará.

—¿Ni siquiera puedo pedírsela prestada? — la voz del squire era sedosa; pero aquella suavidad escondía una amenaza definida — por, pongamos, una semana o dos? O — añadió — yo se la alquilaría... por un precio elevado.

—Ni por cinco minutos.

Lenta, casi contemplativamente, el Squire dejó el cáliz sobre la mesa, entre ambos. Pero al extender la mano para agarrarlo, los ojos de Larry se fijaron en la mesa. Cuando los volvió a levantar, encontróse ante el caño de un revólver y vió en los ojos del squire una llama de fanatismo. Larry se convenció que, aunque dejara tras sí un cadáver, Sir Francis estaba resuelto a apoderarse del tesoro.

—Haga el favor de levantar las manos — dijo con voz cortante el squire y con la mano que le quedaba libre atrajo a sí el cáliz — Hay una razón para que no... para que yo desee entrar en posesión de esto. Una razón de suprema importancia que usted no se imagina.

Con mano firme, el caño del revólver apuntando al corazón de Larry, el squire retrocedió lentamente hacia la puerta.

Hay que hacer justicia a la flema de Larry reconociendo que cuando, con el ladrón todavía a seis pies de distancia, empezó la puerta a abrirse lenta y silenciosamente, ni el menor movimiento de sus músculos reveló su excitación.

El squire no tenía más que retroceder otro paso para llegar a la puerta. Una figura amenazadora apareció en el umbral; en su mano grande y eficiente también la señora Morfitt esgrimía un revólver. Dió un rápido paso hacia adelante y apoyó el caño en el robusto cuello del squire.

—¡Suelte ese revólver, señor! — dijo la señora Morfitt y por vez primera parecióle a Larry su voz suave y agradable.

Si no hubiese sido diabólico, el cambio de expresión de Sir Francis podría haberse considerado cómico.

Con un aullido, sus dedos soltaron la pistola que cayó en el suelo. Luego se volvió para mirar a la portera.

La mujer no retrocedió ni una pulgada. Extendió autoritariamente la mano.

—Ahora deme esa copa o lo que sea, que le ha quitado al señor Lingard.

Por un instante pareció que el squire re-

—Ahora... márchese mientras es tiempo — dijo a Sir Francis.

El squire se volvió lentamente, con sus ojos fijos no en la señora Morfitt si no en Larry.

Luego sonrió malignamente; su sonrisa, más que enojada, era prometedora de futuros terrores. Sin añadir palabra, pasó al hall. Un momento después oyeron cerrarse tras él la pesada puerta.

VIII

EL FANTASMA

—¿Qué es eso?

Como la del hombre a quien había dominado la mano de la señorita Morfitt señalaba el cáliz que estaba sobre la mesa y su voz era tan autoritaria que Larry la miró con sorpresa.

— No tengo la menor idea— dijo — a no ser que parece algo muy valioso. Un tesoro que añadió tranquilamente — a no ser su oportuna intervención, hu-

Con asombro de Lingard, parte del viejo cuadro retrocedió, revelando una profunda cavidad.

sistiría. Sin embargo, si tuvo esa intención, una mirada al rostro de la mujer lo hizo desistir. Con el gruñido bajo de un perro a quien le quitan su hueso, puso el cáliz en mano de la señora Morfitt. Ella se volvió lentamente hasta quedar entre Sir Francis y Larry, el primero en linea directa con la puerta. Rápidamente dióle un puntapié a la pistola del squire, enviándola fuera de alcance.

biera ciertamente perdido. ¡Muchas gracias, señora Morfitt!

Ella hizo una inclinación indiferente de cabeza.

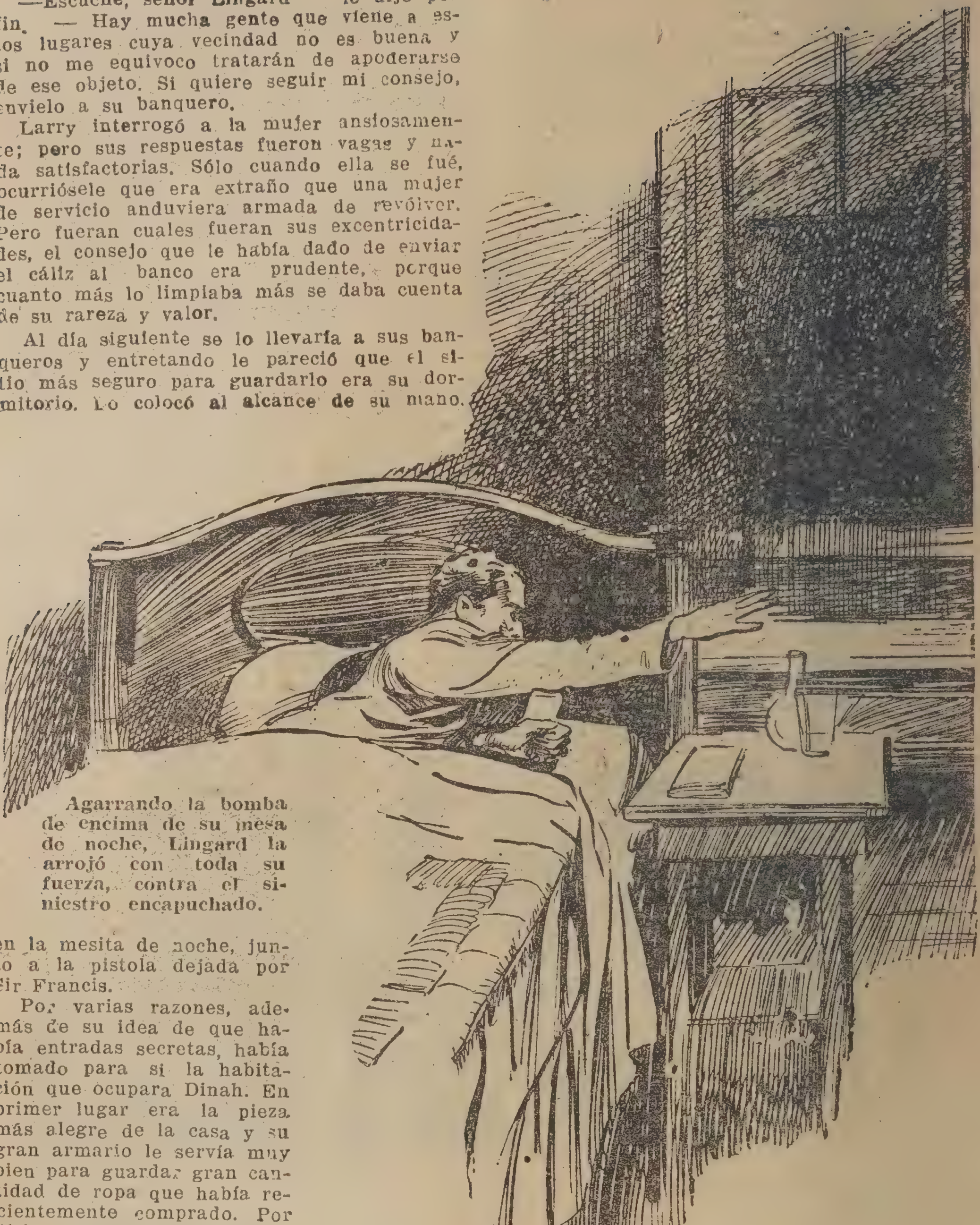
El rostro de Larry tenía expresión grave.

—No me parece un hombre bueno para vecino — dijo lo más ligeramente que pudo y se dió cuenta de que los ojos de la señora Morfitt escudriñaban su rostro.

—Escuche, señor Lingard — le dijo por fin. — Hay mucha gente que viene a estos lugares cuya vecindad no es buena y si no me equivoco tratarán de apoderarse de ese objeto. Si quiere seguir mi consejo, envíelo a su banquero.

Larry interrogó a la mujer ansiosamente; pero sus respuestas fueron vagas y nada satisfactorias. Sólo cuando ella se fué, ocurrióseIe que era extraño que una mujer de servicio anduviera armada de revólver. Pero fueran cuales fueran sus excentricidades, el consejo que le había dado de enviar el cáliz al banco era prudente, porque cuanto más lo limpiaba más se daba cuenta de su rareza y valor.

Al día siguiente se lo llevaría a sus banqueros y entretanto le pareció que el sitio más seguro para guardarlo era su dormitorio. Lo colocó al alcance de su mano, en la mesita de noche, junto a la pistola dejada por Sir Francis.



Agarrando la bomba de encima de su mesa de noche, Lingard la arrojó con toda su fuerza, contra el siniestro encapuchado.

Por varias razones, además de su idea de que había entradas secretas, había tomado para sí la habitación que ocupara Dinah. En primer lugar era la pieza más alegre de la casa y su gran armario le servía muy bien para guardar gran cantidad de ropa que había recientemente comprado. Por último esperaba que allí podría encontrar solución al misterio que envolvía la casa y deseaba ardientemente ver al visitante que había asustado a Dinah.

Noche tras noche permaneció despierto y alerta; pero, como nada sucedió, concluyó por atribuir el terror de Dinah a su imaginación sobrexitada por lo ocurrido la noche antes en "El Jinete Enmascarado". Ahora se había ya acostumbrado a la pieza y a la atmósfera de misterio que la envolvía.

Esa noche, sin embargo, pareció sentir su antigua inquietud. Tardó mucho en conciliar el sueño. A cada momento parecíale oír ruidos; serían ya las dos de la mañana cuando quedó sumido en sueño inquieto y febril.

De pronto se despertó, sentóse en el lecho y mirando a la obscuridad, como lo había hecho Dinah otra noche, comprendió que no estaba solo. Junto a la mesa de noche, advirtió una sombra más obscura que las otras. Al darse cuenta de esto, sintió miedo por el tesoro que allí tenía.

Estiró con precaución la mano. Sus dedos tocaron algo suave y frío que, al principio tomó por el cáliz. Pero al ir a agarrarlo, con un pequeño grito inarticulado, comprendió que era una mano humana.

En aquella fracción de segundo que duró su aturdimiento, la mano se libertó desesperadamente de la suya. Sin tratar de ocultarse, la sombra negra se dirigió hacia la puerta. Rápida como el rayo, la mano de Larry tanteó sobre la mesa. Pero tanto la pistola como el cáliz habían desaparecido.

En la guerra, un alemán habíale tirado a Larry una bomba, pegándole; pero como el enemigo había olvidado quitarle la aguja de percusión, Larry había convertido la bomba descargada en un recipiente para

los fósforos. Ahora sus dedos se cerraron sobre el pesado objeto y con todas sus fuerzas le tiró a ciegas, en dirección a la puerta. Se oyó un ruido sordo, luego un quejido y algo pesado cayó al suelo.

—¡Creo que le he acertado! — gritó Larry y buscó la linterna eléctrica debajo de su almohada. Sus rayos mostráronle una figura humana tendida en la alfombra.

Saltó de la cama y se inclinó sobre ella. Un hombre delgado yacía boca abajo; la túnica negra, levantada hasta la cintura por la caída, descubría pantalones de ciudad, gastados. Seis pies más allá, en el sitio donde había caído, estaba el cáliz y del otro lado de la postrada figura, la pistola.

Larry dió vuelta al hombre y vió con sorpresa que tenía la cabeza envuelta en una capucha. Rápidamente se la echó hacia atrás y miró intensamente el rostro pálido que había ocultado.

Por un momento lo estuvo contemplando, estrujándose el cerebro para recordar donde había visto antes a aquel hombre. Luego se acordó de pronto.

—¡Por los cuernos de la luna, que este es el empleado del señor Hoole... Keech!

Candelero en mano fué a despertar a Horacio. Entre los dos transportaron al hombre desmayado. La fosforera había pegado al parecer encima de la barba; debió el encapuchado mirar por encima de su hombro antes de salir. Pronto recobró el conocimiento y cinco minutos después miraba a su alrededor, viva imagen del espanto y la desesperación.

Pero no era tanto su miedo que consiguieran hacerlo hablar. En verdad parecía tener más miedo de hacerlo que de guardar silencio.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Keech; pero nada dijo. Larry vió luego aparecer en su rostro algo que no era debilidad, si no una expresión fanática, que casi espantaba por su intensidad. De pronto su delgada mano oprimió la muñeca de Larry.

—Señor Lingard, — dijo, murmurando más bien que pronunciando las palabras — deme el cáliz. Créame que es mejor para todos. Usted no perderá nada, señor. Se le pagará más de lo que puede usted obtener por él, si lo vende. Mucho más, señor. A... a...quellos a quienes interesa no les importa el dinero. Para usted no significa nada, señor; — en su fervor, aquel respetable empleado arrojó a los cuatro vientos su timidez de toda la vida — pero para nosotros lo es todo.

—¿Quienes son "nosotros"? — preguntó Larry brevemente, porque comprendió que Keech había dicho más de lo que deseaba.

Pero Larry se encontró allí con lo impenetrable. Los labios del empleado se cerraron como si los hubiesen sellado. Movió la cabeza negativamente contra la almohada con ojos resueltos y, un momento después, furtivos.

—¿Dije "nosotros", señor? — preguntó — Ha sido una confusión, sin duda, debido a mi herida. Nada más pudieron obtener de él y al fin salieron cerrando la puerta con llave.

—¿Qué va a hacer con él, señor? — preguntó Horacio, cuando Larry le hubo explicado la identidad del otro.

—Guardarlo aquí.

Horacio miróle sorprendido.

—¿Guardarlo aquí, señor? — Y, para que lo quiere? Como amigo de la familia es un poco lúgubre y como animal doméstico va a resultar caro.

—Ni como huésped ni como animal doméstico — dijo Larry — ya que le interesa saberlo. Con todo, puede resultar útil como... rehén. Puede atraer al enemigo.

—¿Y quién es el enemigo? — preguntó Horacio.

—Creo — dijo Larry lentamente que hay una sola persona en el mundo que lo sabe.

Horacio sorprendido levantó las cejas.

—¿Y quién puede ser, señor? — preguntó anhelante.

—La señora Morfitt — contestó Larry.

IX

LA JOVEN DESAPARECIDA

Larry pasó el resto de la noche en el cuarto de Horacio. Cuando se despertó era pleno día y Horacio, completamente vestido, con una expresión de asombro en su rostro, estaba parado al lado de la cama.

—Ese tipo Keech, señor... — empezó.

—¿Qué le pasa? — preguntó rápidamente Larry y Horacio se encogió de hombros.

—Ha desaparecido, señor.

Larry se sentó de un salto en la cama.

—¡Pero si yo cerré la puerta con llave! —protestó.

—Estaba cerrada igualmente cuando yo entré hace un momento a llevarle el desayuno — explicó Horacio — También lo estaban las ventanas. Pero a pesar de eso, el cuarto se hallaba vacío.

Larry saltó de la cama y se dirigió a su cuarto. No había rastros del empleado de Hoole y por un momento sus ojos reflejaron vago asombro. Miró en silencio a su alrededor y por fin fijóse en el gran guardarropa.

—¿Nunca se le ha ocurrido, Horacio, — dijo — que cuando examinamos este cuarto pasamos por alto el guardarropa? Puede ser que algún tablero del fondo sea corredizo.

—Tiene razón, señor. — dijo Horacio.

Larry abrió la pesada puerta de roble y desocuparon todo el armario. Lo revisaron, pulgada por pulgada; pero no había allí ni un punto ni una depresión, que lógicamente pudiera ocultar un resorte.

—¿Qué va a hacer, señor? — preguntó Horacio — ¿Derribar el fondo? — porque el pesado mueble estaba embutido en la pared.

—No, precisamente — contestó Larry — vaya y traiga un barreno, el más grueso que pueda encontrar.

Con esto taladraron la dura madera que formaba el fondo del armario. Pensó que

así descubriría si el otro lado era hueco y podía ocultar un pasaje secreto.

Pero el barreno encontró del otro lado la sólida pared de piedra. Tampoco dió mejor resultado el piso, que estaba solo a cuatro pulgadas del de la pieza.

—¿Y la estufa, señor? — preguntó Horacio, cuando después de haber vuelto a colocar las ropas en el armario se apartaron de él.

guió las huellas de las ruedas hasta que dando vuelta con desconcertante brusquedad conducían directamente a la zanja.

Larry se detuvo con el corazón palpitante. No podía decir por qué; pero aquel auto abandonado sugeríale curiosamente una tragedia. Bajó del suyo y al acercarse detúvose bruscamente con la respiración en suspenso.

¡El auto era nuevo, de la misma marca que el suyo y pintado exactamente igual!

Un momento después descubrió con un sentimiento de repugnancia física que su primer presentimiento no lo había engañado.

Lo que vió no era agradable. Entre el volante y el costado del auto, con la cabeza

—¡Apartaos! — gritó Lingard; y agarrando el hacha atacó violentamente la puerta haciendo astillas los paneles.

—La revisamos la mañana siguiente de haber pasado aquí la noche la señorita Dinah — contestó Larry brevemente — Sírvame el desayuno lo más pronto que pueda. No voy a Londres.

Eran cerca de las ocho cuando subió al nuevo auto que el señor Hoole había comprado para él. Habría recorrido quizá tres millas cuando, en una extensión de camino solitario vió, con la capota inclinada sobre la zanja, otro auto.

—Alguien ha sufrido un accidente — murmuró y pensó por qué, puesto que el camino era ancho y liso; cuando se acercó más vió que no había rastro de que el auto hubiese patinado. Por el contrario si-

colgando horriblemente, estaba el cuerpo de un hombre. En la sien de aquel hombre veíase un pequeño agujero púrpura... no tan pequeño en realidad, si no grande y desgarado.

Aunque aquel rostro estaba inclinado, había algo en toda la figura que le resultaba familiar a Larry. Este procuró dominar su impresión y metiendo su mano por debajo de la barba del hombre, le levantó la cabeza, pudiendo así distinguir sus facciones.

¡Era Gerald Fairmont!

Muy pensativo, Larry continuó su camino. Había circunstancias relacionadas con

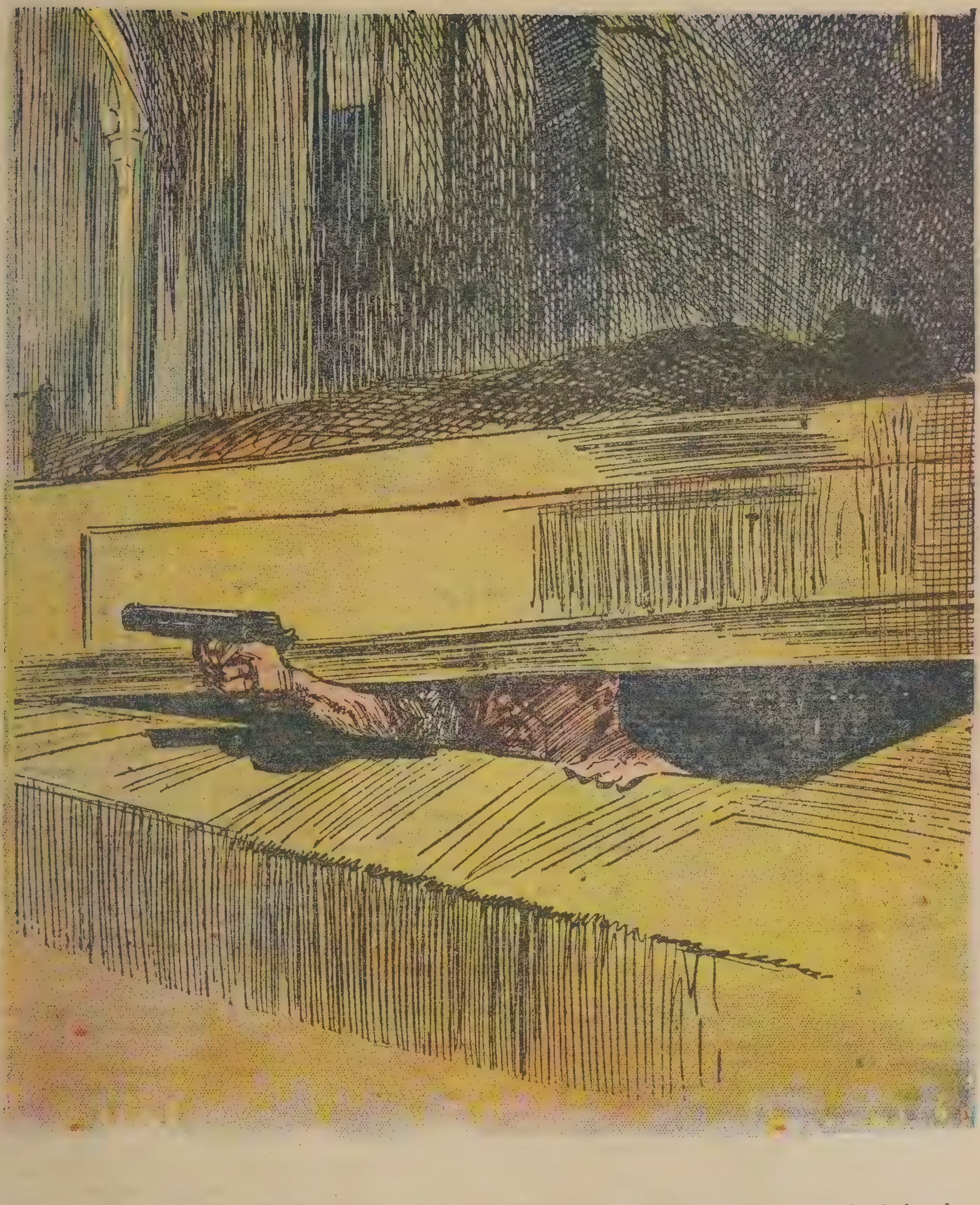
Como cataléptica, la joven estaba inmóvil, mientras el sacerdote pronunciaba las palabras fatales. Luego, gradualmente, la parte superior de una de las tumbas se levantó y lentamente asomó una mano que esgrimía una pistola.

aquel asesinato que estaban muy lejos de ser agradables.

Porque pensó, con tanta seguridad como si tuviese la prueba escrita, que la bala que había atravesado el cerebro de Gerald Fairmont le estaba destinada a él.

En el pueblo más próximo informó a la policía y sólo después de muchas vacilaciones lo dejaron seguir.

Su banco estaba en la esquina de la Strand y Fleet Street. Era un edificio alto y antiguo, al que se llegaba por una serie



de escalones planos. Cuando, llevando el cáliz toscamente envuelto en papel madera, puso Larry su pie en el primer escalón, fijóse en un hombre, negligentemente recostado contra la pared, en lo alto de la escalera, que lo miraba por encima de la libreta de banco que tenía en la mano.

Con una sonrisita torva, Larry subió los escalones. Negligentemente pasó el paquete de la mano izquierda, que era la que quedaba del lado del hombre, a la derecha. Pero, por increíblemente rápido que fuera su "punch", el pie de su adversario fué aún más ligero.

Un segundo más tarde, ayudado por el empujón que recibió, rodaba Larry cabeza abajo los escalones. Oyó pasos rápidos junto a él; una pequeña pausa, mientras el ladrón que huía se detuvo para levantar el cáliz; luego la cabeza de Larry pegó en la acera y lo rodeó una obscuridad donde brillaban puntos de fuego y estrellas.

Tardó dos minutos en reponerse; otros dos en desentenderse de las preguntas del

cabo, que se abrió paso entre la gente que se había amontonado con rapidez.

—El ladrón — informole un hombre de rostro colorado — dió vuelta por Middle Temple Lane. Todo ocurrió tan rápidamente que yo fuí el único que lo vió — añadió con orgullo.

Con sus buenos cinco minutos de ventaja, entre el laberinto de pasajes del Temple, comprendió Larry que la persecución era inútil.

Habló por teléfono con el señor Hoole y lo informó de lo ocurrido pero, preocupado por su pérdida, no le mencionó el lúgubre descubrimiento hecho unas horas antes.

—Venga a comer esta noche con nosotros — le dijo el abogado — Discutiremos lo que conviene hacer, sobre un vaso de oporto. Estaremos completamente solos, de todos modos. Pero al llegar a Holland Park descubrió Larry que el señor Hoole se había equivocado. Al entrar a la sala vió a Sir Francis Delacombe que estaba examinando la colección de una revista. El squire levantó la mirada del volúmen.

Nunca vió Larry cambio tan completo en un rostro humano como el que sufrió el del squire cuando sus ojos se encontraron. No había en sus ojos embarazo si no completa sorpresa, mezclada de aprensión. Su mandíbula cayó, la sangre retiróse de su rostro y la mano que sostenía el libro tembló de tal manera que vióse obligado Sir Francis a dejar el libro sobre la mesa.

Larry notó también otra circunstacia, no desprovista de significación. Dinah estaba sentada en un extremo de la habitación, lo más lejos posible del inesperado visitante. Ella también cambió de expresión, revelando su rostro alegría al ver a Larry.

—Será una sorpresa para usted encontrar aquí a su vecino — dijo cortesmente el abogado, después de cambiados los saludos— Es un antiguo cliente y amigo mío.

—Pero — dijo Larry tranquilamente con sus ojos fijos en los del squire — no creo que mi sorpresa, al ver a Sir Francis, sea tan grande como la de Sir Francis al verme a mí.

El modo como el hombre se dominó fué soberbio.

—Realmente es una sorpresa y muy agradable — dijo. Pero Larry tenía otro tiro y como deseaba desconcertar a su adversario no vaciló en dispararlo.

—¿Habían retirado ya el auto cuando usted pasó? — preguntó.

El squire había vuelto a examinar el volumen y se dió vuelta para mirar a Larry, con ojos dilatados.

—¿El auto?... ¿Qué auto? — preguntó roncamente.

—El auto — dijo Larry lentamente — en que esta mañana descubrí el cuerpo asesinado de Gerald Fairmont — y dando un pasó rápido hacia adelante impidió caer al squire.

Pero la fuerza de voluntad del hombre era extraordinaria, porque un par de minutos después era casi el mismo de antes.

—¡Perdóneme! — dijo tranquilamente a su huesped — Temo que mi corazón no tenga la fortaleza de antes. Gerald era mi sobrino favorito y el modo... este... el modo brusco con que nuestro joven amigo me dió la noticia me ha trastornado.

Pero Larry sabía que no era la muerte de un pariente querido lo que le había producido aquella emoción que confirmaba sus sospechas.

La comida fué más alegre de lo que podia esperarse, aunque observando al otro invitado, Larry se dió cuenta de que la animación del hombre era falsa, como la del jugador que pone todo en una última y desesperada apuesta.

Hacia el final de la comida, el abogado se volvió a Larry.

—¿Quiere darme de almorzar mañana? —preguntóle — Yo era el apoderado de Fairmont y creo será necesario que me presente a la policía y al coroner.

—¡Encantado! — dijo Larry muy contento con aquella visita que le permitiría discutir con Hoole los misteriosos acontecimientos y circunstancias que, desde un tiempo a esta parte, turbaban su vida.

Cuando al día siguiente el auto del Sr. Hoole se detuvo a la puerta del Priorato, Larry vió con delicia que lo acompañaba Dinah.

—No quiso quedarse—dijo el abogado a Larry, en un aparte — Me siento algo inquieto por ella, realmente. No es la misma desde hace unos días.

Larry convino en ello. Dinah estaba pálida y distraída; era otra joven muy distinta de la viva y alegre compañera del primer encuentro, de la joven cuyo recuerdo lo obsesionaría hasta el fin de su vida.

—Creo, señor Lingard — díjole ella con algo de su antiguo modo y mostrando sus bellas manos, ligeramente sucias, — que tiene usted aquí uno de los caminos más polvorientos y sucios de Inglaterra.

Larry se ruborizó.

—Lo siento enormemente — dijo e hizo sonar la campana para que acudiera la señora Morfitt.

—Haga el favor de conducir a la señorita Hoole a mi habitación — le dijo y Dinah siguió a la mujer.

Durante su ausencia, Larry aprovechó lo mejor posible la oportunidad para hablar con el señor Hoole. Brevemente le contó su descubrimiento del Cáliz Negro, tentativa del squire para apoderarse de él, la intervención eficaz de la señora Morfitt, la visita de media noche de Keech y la extraña desaparición del hombre; la coincidencia de que el auto en que había hallado a Fairmont muerto fuera de la misma forma y color que el suyo; y finalmente el ataque de que había sido víctima en la escalinata del banco y la subsiguiente pérdida de su tesoro.

Con su primero y natural asombro contenido por el dominio profesional y sin hacerle más que alguna que otra pregunta indispensable, el abogado escuchó sin hacer comentarios.

Cuando Larry hubo terminado su relato, el abogado permaneció largo rato silencioso, contemplando la espiral de humo azul que ascendía de su cigarrillo.

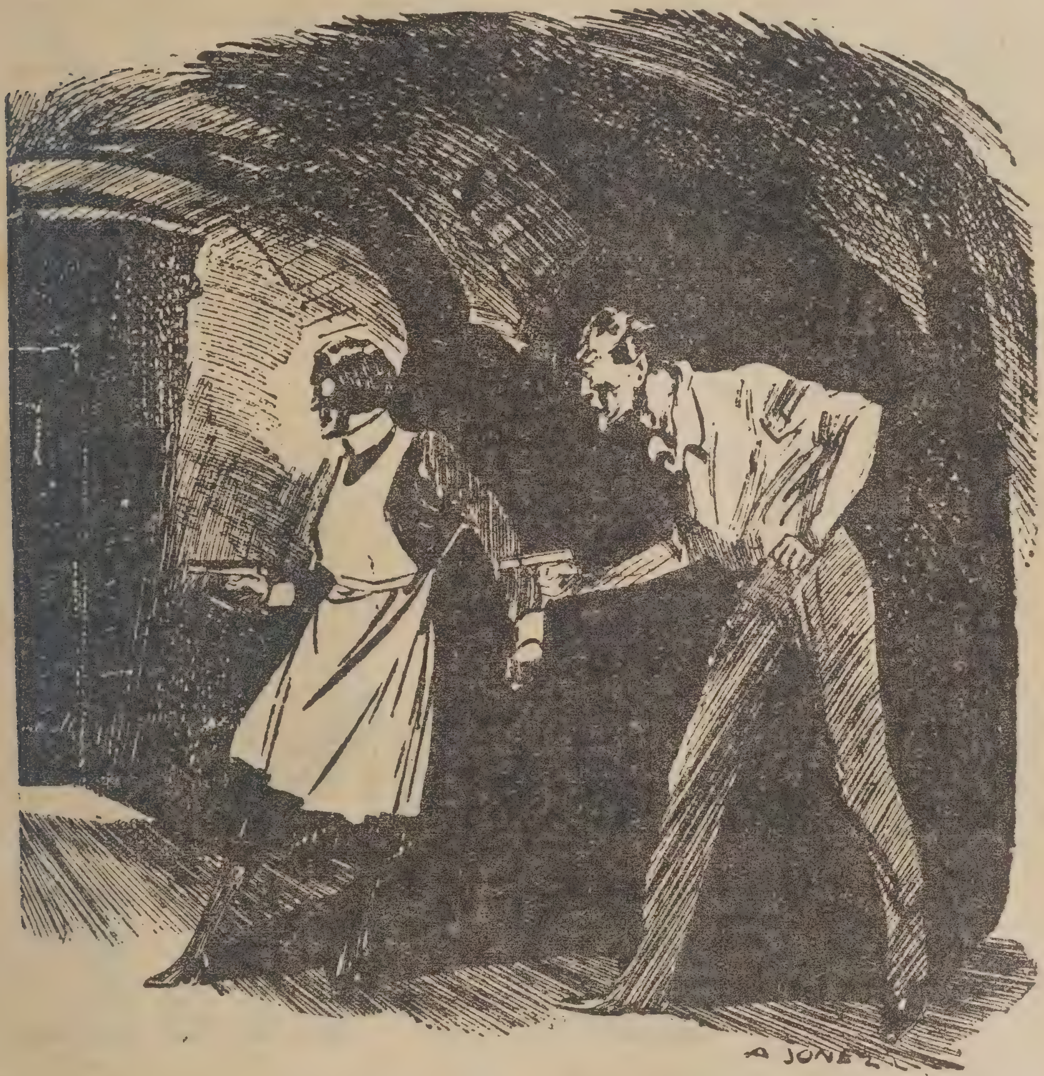
—Es una historia extraordinaria — dijo al fin con acento grave — Confieso que en circunstancias ordinarias, la miraría con considerable escepticismo. Keech, por ejem-

plo — está actualmente de vacaciones — es en la superficie tan vulgar y sereno como uno de los tantos empleados de oficina que se encuentran en Londres — el abogado se detuvo y alzó interrogadoramente las cejas mirando a Larry — ¿Y a qué no sabe cual es su pasatiempo favorito?

Larry movió negativamente la cabeza.

—Pues el ocultismo — dijo el señor Ho- — continuó el abogado y su voz era cada vez más grave — Ese Cáliz Negro... Le sorprenderá saber que, desde el punto de vista del ocultismo, ha encontrado usted la cosa más grande de los siglos; que no hay sociedad de cierto tipo que no diera su cabeza y sus orejas por él.

Con rápido y repentino movimiento, el abogado se puso de pie. Hacía pocos días



Se detuvieron en el obscuro pasaje, las pistolas preparadas. Debajo de la puerta misteriosa, por donde filtraba la luz, se ensanchaba gradualmente el espacio.

ole — Descubrí por casualidad que es presidente de cierta sociedad que se llama "El puente". Supongo que se trata del puente entre lo visible y lo invisible.

—El tendió un puente entre mi dormitorio y la puerta de escape, con bastante éxito por cierto — dijo Larry con sentimiento.

—Y los otros elementos de la historia...

que Larry había conseguido que le instalaran el teléfono y el aparato estaba sobre su mesa.

—¿Central 7000? — dijo — Anexo 42. Deseo hablar con el Jefe Inspector Hardy? Es usted, Hardy? Lo hablo desde el Priorato del Monje, la propiedad del señor Lawrence Lingard, cerca de Dowthorpe, Essex. Si, sólo a un par de millas de donde fué

Sexton Blake y Tínker

Lea en

P U C K Y

las dramáticas y emocionantes
aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

PUCKY MAGAZINE

aparece todos los viernes con 84 páginas de lectura de intensísimo interés, seleccionada de los mejores autores de género policial, de aventuras, de misterio y de drama

encontrado el cadáver. Es posible que podamos darle algunos informes. Sí, sobre ese asesinato... y otras cosas más. ¿Puede venir enseguida? Bueno. No haga notar mucho su presencia — añadió antes de cortar.

Se dió vuelta y encontróse con la mirada sorprendida de Larry.

—¿Es tan serio como todo eso? — preguntó el joven.

—Tan serio como eso — repitió el abogado y en ese momento entró Dinah en la habitación.

Un rato después, luego de una comida bastante retardada y mientras tomaban el café, abrióse la puerta y entró un hombre. Era bajo, con rostro de dudosa limpieza y las ropas manchadas de un peón de jardinería. Lo miraron con sorpresa un momento antes que el abogado, lanzando una carcajada, se levantara de la silla.

—¡Si no es Hardy, yo soy un borrico!— exclamó y el recién llegado sonrió.

—El mismo, disfrazado — confirmó — Escondí mi auto a una milla mas o menos de aquí, escalé la pared y entré por los fondos. Estoy seguro de que nadie me ha visto.

Larry le ofreció una silla y sirvió café y licores que el recien llegado aceptó, rehusando los cigarros.

—¡Ahora cuénteme! — dijo el inspector una vez que estuvo cómodamente instalado en un sillón y hubo encendido su pipa — Dígamelo todo, por favor, aunque le parezca trivial. Y no tema que no le crea, porque en realidad, hace tiempo que tenemos nuestros ojos fijos en este lugar.

Por segunda vez en el día, Larry contó la historia, punto por punto. Después fueron juntos a dar una vuelta por la casa.

—Quizá no pueda usted encontrarlos — dijo el detective cuando estuvieron de vuelta en el estudio — Pero hay en esta casa pasajes y cuartos secretos, tan seguro como que estoy yo aquí. Es un tema que he estudiado y, mientras en la mayoría de las casas antiguas las entradas y salidas son, puede decirse, de un tipo común — tableros corredizos, movidos por un resorte secreto, etc., etc. — en otras los constructores siguieron una línea de su propia invención — levantó la mirada — Yo apostaría diez libras a que en cientos de casas antiguas de Inglaterra hay pasajes secretos de los que sus moradores no tienen la más remota idea. Y los arquitectos más hábiles en este sentido, fueron los hombres que construyeron casas religiosas — añadió significativamente.

El abogado lo interrumpió para explicar.

—Originalmente, como su nombre lo indica, este lugar fué un priorato.

El inspector movió afirmativamente la cabeza.

—Por eso están tan bien ocultos los pasajes secretos — dijo, mirando directamente a Larry — Este cuarto, por ejemplo, donde la señorita Hoole vió al viejo triste y por donde desapareció Keech... Si nuestros esfuerzos resultarán infructuosos, ¿Está usted dispuesto a hacer una prueba en la pared?

Larry dijo ceñudo.

—Es tanto lo que deseo llegar al fondo de este misterio, que puede demoler toda la casa, si quiere. No es un lugar sano, de todos modos. Y si no fuera porque estoy seguro de que hay alguien interesado en echarme de ella, la habría abandonado hace semanas.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí? — preguntó el detective.

Larry pensó un momento.

—Hace un mes hoy. ¡Dios mío! Me ha parecido un año.

—Traeré un par de hombres prácticos mañana — le prometió Hardy — Hombres que penetrarán por la pared de su dormitorio sin arruinar el maderamen.

Dinah se puso de pie. Aunque no había tomado parte en la conversación escuchaba atentamente todo lo que se decía con un interés que a Larry le pareció doloroso.

—Si no tenéis inconveniente, — dijo — iré a ponerme el sombrero. Es hora de regresar a casa. No se moleste — dijo a Larry — Sé el camino.

Salió de la habitación y oyeron sus pasos que cruzaban el hall y subían la escalera.

La señora Morfitt entró para retirar las tazas del café. Sus ojos se fijaron un momento en el inspector y observando a aquella extraña mujer, como lo hacía últimamente, creyó Larry descubrir en sus ojos una chispa de interés. Con la bandeja en la mano, sus ojos vagaron por la habitación, como si buscaran algo.

—¿Y la señorita? — dijo bruscamente — ¿Dónde está?

—Poniéndose el sombrero en mi cuarto — contestó Larry que ya estaba acostumbrado a sus modales directos.

La señora Morfitt rezongó algo ininteligible entre dientes y salió. Hardy la observaba atentamente bajo sus párpados caídos.

—Es hora de irnos — dijo el abogado — ¿Quiere llamarla a Dinah?

Larry subió apresuradamente la escalera. Una sorpresa lo esperaba en el corredor.

Al final de ésta había una ventana con vidrios de colores y en el ancho y bajo asiento que había al pie de ella vió, proyectada contra la rica luz, una figura atenta, inmóvil.

—¿Quién es? — preguntó. Y la figura levantóse y vino hacia él.

—¡Pero, señora Morfitt!, ¿qué diantres está usted haciendo aquí? — preguntó Larry sorprendido.

—Estaba descansando — contestó la mujer tranquilamente — ¿Busca a la señorita Hoole? — luego, antes que él pudiera contestar añadió — La puerta está cerrada con llave.

Con los puños apretados, sólo a unas pocas pulgadas de la puerta, la señora Morfitt escuchó. Luego, al ver que pasaban los segundos sin recibir respuesta, cambió de expresión.

Ahora aporreó, más bien que golpeó la puerta. Nuevamente le contestó el silencio. Entonces se volvió a Larry con el rostro pálido e implacable.

—Algo ha pasado — dijo y su mano sacudió el pestillo, sin conseguir que se abriera la puerta mientras gritaba — ¡Señorita Hoole!... ¡Señorita Hoole!

Sólo obtuvo silencio por respuesta y aho-

ra no fué la señora Morfitt quien entró en acción, porque aquello era muy sorprendente.

—¡Apártese! — exclamó nerviosamente y con el hombro atacó la puerta. Fue como si hubiera tratado de echar abajo las paredes de la torre de Londres. El roble de que estaba hecha la puerta tenía el espesor de un muro.

Gritóle a Horacio que trajera un hacha y para este tiempo, ya los otros, atraídos por el ruído, estaban junto a él. Después de cinco minutos de golpes de hacha la puerta cedió.

¡El cuarto estaba vacío!

De todos ellos, el inspector y la señora Morfitt fueron los que conservaron más calma.

—¡La ventana! — sugirió Hardy y corrió hacia ella. Estaba abierta en la extensión de una pulgada. El detective la abrió del todo.

—¡Mirad! — exclamó y vieron que la hiedra, que se había agarrado tan firmemente al antepecho, estaba apretada y machucada; en dos sitios las hojas habían sido casi cortadas. — Fué aquí donde se apoyó la escalera — dijo el detective confidencialmente — Venga conmigo, señor Lingard — ordenó y salió apresuradamente de la habitación, bajó la escalera y salió por la puerta del frente al camino de coches.

Cerca de la casilla del portero, un hombre salió de atrás de un árbol.

—¿Ha pasado alguien por aquí, Smoeton? — preguntó Hardy y el hombre lo miró con sorpresa.

—No, señor. Nadie ha salido ni entrado.

El inspector tocó pito y poco después tres hombres salieron de entre los arbustos.

—Mantened las puertas cerradas. Detened cualquier auto que pase... a toda costa — los instruyó brevemente, después de asegurarse de que no habían visto a nadie.

Distribuídos por los terrenos y el parque había diez o doce hombres vestidos con ropas civiles, a los que también interrogó, con el mismo resultado negativo.

—Revisad toda la propiedad — les dijo y vió a los que ya habían sido interrogados empezar las pesquisas, dirigidos por un sargento.

Hardy señaló la capilla.

—¿Y ese sitio? — preguntó.

—Yo estuve toda la tarde en la puerta, señor — dijo uno de los hombres — Nadie ha pasado por ahí.

Sitúese otra vez allí e informe cualquier cosa que ocurra. — Dijo brevemente y tomó la dirección de la casa.

—¿Y esos hombres? — preguntó Larry caminando junto al inspector.

—Son míos — contestó Hardy — No necesito advertirle de que el caso es más grave de lo que parece. Algunos de estos hombres hace semanas que están aquí. Quiero que me lleve a cierta parte en su auto.

—¿Dónde quiere ir? — preguntó Larry, cuando hubo sacado el auto del garage.

—A la Granja y rápido — dijo Hardy con voz áspera — Daré cincuenta libras a la Liga Protectora de Jóvenes si encontramos a Sir Francis Delacombe en su casa. Lo malo es que no lo encontraremos — concluyó.

DETRAS DE LA TUMBA

La casa quedaba a cinco millas de distancia y se llegaba a ella por un camino pantanoso e irregular; pero Larry hizo la distancia en diez minutos. La Granja era una gran casa; los terrenos, bien cuidados, revelaban que había suficiente dinero para el sostenimiento de la propiedad.

—Parece desierta — dijo Hardy con acento de duda al frenar Larry el automóvil. Con el corazón en un puño, el joven asintió. No salía humo de las chimeneas; todas las ventanas estaban herméticamente cerradas; no se notaba movimiento por ninguna parte.

A no ser por el ruido de sus pasos en el sendero de pedregullo y el rumor de las hojas de los árboles, el silencio era profundo. Al fin, con deliberado movimiento, el inspector se dió vuelta.

—¡Al diablo lo ilegal y lo prohibido! — dijo. Y sacó de su bolsillo un instrumento delgado, con el que hizo saltar la falleba de una ventana.

—¿Tiene revólver? — preguntó a Larry al trepar al antepecho. El joven hizo un gesto afirmativo.

Fueron de habitación en habitación, ricamente amuebladas; cada una revelaba la misma riqueza y gusto que cabía esperar del exterior de la casa. Sólo cuando llegaron al altillo ocurrió algo.

Hardy iba adelante. Dirigió una mirada al interior del altillo y cerró apresuradamente la puerta, impidiéndole la entrada a Larry.

—No hay nada ahí dentro — dijo brevemente. La llave estaba del lado de afuera. El inspector la hizo girar en la cerradura y luego se la metió en el bolsillo.

La mano de Larry se apoyó rudamente en el hombro del detective.

—¡Un momento! — dijo y su voz era dura — Si hay ahí algo que se refiera a... a la señorita Hoolt... yo tengo que verlo.

Por un momento los ojos del inspector se suavizaron.

—No hay nada — declaró, añadiendo — Y puede usted dar gracias al cielo que no lo haya... por lo menos directamente.

De vuelta al Priorato, cuando atravesaban el hall, Larry se puso rígido, inhaló profun-

HIERRO QUINA BISLERI

—Gritaría Vd. si yo la besara?
—Nó. Gritaría si no me convida con "HIERRO QUINA BISLERI"

damente. Hardy, que lo observaba con atención, hizo lo mismo. Nuevamente se sentía aquel olor dulzón y mareante.

—¿Siente? — dijo Larry anhelante y al darse vuelta para mirar al inspector vió aquella cara robusta que parecía súbitamente envejecida y cansada.

—Si — dijo. Y la palabra fué pronunciada en voz tan baja que Larry más bien la adivinó.

Se oyó ruido de pasos precipitados y la señora Morfitt bajó volando las escaleras.

Tenia el cabello alborotado y los ojos huraños. Horacio la seguía de cerca, sin alientos; pero todavía imperturbable.

Con sorpresa de Larry, la mujer hizo tanto caso de ellos como si no hubiesen estado allí. Corrió hacia la puerta del frente y salió a la terraza.

—Ha estado como loca mientras usted no volvía, señor — murmuró Horacio — Cuando vió que regresaba...

—¡Seguidla! — gritó Hardy y salió por la puerta como una flecha.

En la obscuridad de la cercana noche, la figura de la señora Morfitt se distinguía apenas corriendo por el parque. Economizando su aliento, los tres hombres corrían tras ella y Larry, por ser el más joven y hallarse en mejores condiciones, iba adelante.

Unas cien yardas más adelante vió que la señora Morfitt se dirigía a la capilla. Pero cuando llegó al pórtico, el detective que estaba de guardia le cerró el paso.

Fué como si hubiese querido detener a un huracán. Con una rapidez y destreza perfectamente anti-femeninas, la señora Morfitt extendió el brazo. Pególe al hombre en la barba con el puño cerrado y el detective cayó.

Larry, siguiendo a la portera, pasó por la puerta y se encontró en la nave central.

Ella estaba ya en la pequeña capilla, detrás del púlpito, cuando él se hallaba aún a doce yardas de su entrada.

Pero una vez que llegó a ella, Larry presenció una cosa sorprendente. La mujer le mostraba la espalda, de modo que sólo cuando dió un paso atrás, apartándose de la tumba del Cruzado, pudo distinguir lo que había hecho. Debido a su rápido movimiento vió que aquella sólida tumba de mármol se movía, semejante a la puerta de una pesada caja fuerte; vió a la señora Morfitt introducirse por la abertura.

Larry no vaciló ni la fracción de un segundo. Una vez que la mujer estuviera adentro y la tumba se cerrera tras ella, perdería mucho tiempo buscando el secreto para abrirla. De un salto, estuvo junto a la abertura y penetró por ella, librándose por una pulgada de quedar apretado por aquella sólida mesa al cerrarse.

Ahora, dirigiéndole sólo una mirada indiferente y con la misma prisa que antes, la mujer siguió avanzando.

Se encontraban en un pasaje bajo y abovedado; las paredes de piedra eran viejas; pero como pudo distinguir Larry a la luz de la linterna que llevaba la señora Morfitt, se hallaban en perfecto estado de conservación.

Perecióle a Larry que habrían andado una hora antes de que la señora Morfitt diera señales de advertir su presencia, acortando el paso y extendiendo hacia atrás su mano para detenerlo.

Enseguida comprendió Larry el motivo de aquella precaución. A alguna distancia mas adelante, desde el techo hasta el tosco pavimento de piedra, dividiendo la perspectiva en dos partes iguales, veíase un delgado rayo de luz.

Junto con la linterna, la mujer había sacado un revólver, ejemplo que Larry no demoró en imitar.

Toda la atmósfera estaba saturada de un espíritu de amenaza; intangible y sin embargo omnipresente; a medida que avanzaban sentían más pronunciado el olor dulce y nauseabundo que habian notado en el hall del Priorato.

Cautelosa, silenciosamente se acercaron. La señora Morfitt había ahora apagado su linterna; la luz que brillaba más adelante era suficiente guía. Larry vió al fin que la iluminación provenía de una luz que se filtraba por entre dos cortinas de terciopelo, ricas y lustrosas, que colgaban suspendidas del techo abovedado.

Ni gatos en acecho se hubieran acercado con más sigilo que Larry y aquella extraña mujer, la señora Morfitt. Fué con extrema precaución que atisbaron por entre las entreabiertas cortinas.

Lo que vieron dejólos, a Larry al menos, estupefactos e inmóviles; fué como si los hubiesen convertido en estatuas.

Larry advirtió que lo agarraban de los tobillos; sintió un tirón y cayó boca abajo sobre el piso de piedra del pasaje. Al caer se dió cuenta de que algo pesado se echaba sobre él — la señora Morfitt supuso — postrado, medio aturdido, pudo oponer muy poca resistencia a la garra que oprimió su brazo, torciéndoselo de un modo que cada movimiento producíale una insoportable agonía.

En aquella negra obscuridad, en completo silencio, sintiendo agudo dolor físico, se le hizo poner de pie. Manos diestras le sujetaron las muñecas; trabaron sus pies. Los movimientos que sintió junto a sí, reveláronle que la señora Morfitt era víctima del mismo procedimiento.

Una voz suave vibró en la obscuridad; más que amenaza, revelaba su acento un propósito irrevocable.

—La obscuridad, señor Lingard, — dijo — es defecto imperdonable. — Hubo una pausa; luego el tono sedoso se hizo aún más suave. — Puede ser causa de muchas y molestas complicaciones.

—Es usted una bestia horrible... sea quien fuere — dijo Larry porque en aquella breve mirada por entre las cortinas había visto algo que lo había llenado de la rabia y el temor más negros — ¿Qué va usted a hacer con nosotros?

Una risa suave interrumpió el silencio que siguió.

El apresador de Larry lo empujó de atrás; las esposas que habían puesto en sus pies dejaban suficiente juego a estos para que pudiera moverse.

Un instante después, las cortinas fueron abiertas y entraron.

XI

CEREMONIA FANATICA

Con la portera junto a él y sus guardianes a cada lado, Larry permaneció mudo y fascinado de horror.

La bóveda o cripta en que se hallaban era más o menos del tamaño del hall del Priorato y, como supo más tarde Larry, se hallaba mismo debajo de éste. Todo alrededor de aquella bóveda, peredes, alfombras, techo y cortinas era del mismo extraordinario tinte... un curioso bermellón provisto de extraño y sobrenatural brillo.

A primera vista, el equipo de aquella horrible cámara era tan anormal y bizarro que rayaba en lo absurdo. Pero una vez que lo observó mejor, cambió la concepción de Larry, porque aunque grotesco, todo lo que había en la bóveda tenía extraño y terrible significado.

Pero no eran los objetos que contemplaba Larry con ojos llenos de horror, si no las dos figuras centrales de aquel fantástico cuadro.

Sobre el piso rojo había pintado un ancho círculo blanco; alrededor del borde exterior, como a tres o cuatro pies de distancia, estaban colocados altos candelabros con velas rojas. Habría unos treinta y la luz de las velas era la única que iluminaba la cámara. Detrás de cada candelabro estaba parada, remota pero palpitante, una figura humana, inmóvil y vestida con una túnica rojo obscuro, que la cubría del cuello a los pies; sobre la cabeza tenía una capucha que ocultaba completamente las facciones, dejando sólo visibles los ojos; de modo que era imposible distinguir el sexo de quien la llevaba.

Dentro del círculo mismo y lo más lejos posible de la cortina por la cual habían atisbado los dos intrusos antes de ser capturados, descansando sus ángulos sobre el borde exterior del círculo blanco, veíase una reproducción exacta de la tumba de Sir Guy Logardo, el Cruzado de la capilla. Pero, mientras que la efigie original era de mármol, amarillo por el tiempo, aquí la figura postrada estaba teñida del color dominante, de modo que a la luz incierta de las velas parecía bañada en sangre.

Larry, sin embargo, sólo concedió una pasajera mirada a aquel monumento grotesco.

Todo su ser estaba absorto en la contemplación de la figura que yacía inmóvil sobre la ancha losa que servía de pedestal a la estatua del cruzado.

Era Dinah, inmaculadamente vestida de blanco, sosteniendo en su mano extendida una antorcha que ardía con llama resinosa y roja, el rostro tan pálido como su vestido, los ojos cerrados, la cabeza echada atrás, de modo que dejaba descubierta la blancura lechosa de su garganta, la cabeza coronada de flores blancas y rodeada de una aureola.

Mismo debajo de la curva de su garganta, tan inmóvil sobre su hermoso lugar de descanso que, si la joven respiraba, debía ser su respiración casi imperceptible, estaba el Cáliz Negro.

Frente a aquel altar-tumba, inmóvil como un símbolo esculpido de un paganismo obscuro, veíase una figura alta, majestuosa, que parecía dominar la fanática asamblea, tan completa y despóticamente como un emperador al más abyecto de sus súbditos.

Estaba vestido también de rojo; pero el tono y la tela eran más ricos que los de sus partidarios; los bordes de la larga túnica estaban embellecidos con signos místicos, el zodíaco, el sapo, la lagartija, el gato, la rosa sobre la cruz invertida.

Pero mientras que las facciones de los discípulos estaban cubiertas por las capuchas, los pliegues de la del Gran Sacerdote se hallaban echados hacia atrás, alrededor de su cuello, y de ellos surgía la cabeza con fanática arrogancia.

Para Larry no había nada en la bóveda más agresivamente rojo que aquel rostro, inflamado por bastardas pasiones y poseído de un orgullo sobrenatural, donde los ojos brillaban con malignidad infinita.

Lanzando un rugido de fiera acorralada, Larry saltó hacia adelante; pero si no hubiera sido por la mano firme de la señora Morfitt hubiera caído al suelo, boca abajo. Mientras él permanecía allí, fascinado de horror, alguien había sujetado los grillos que trababan sus tobillos por medio de una delgada cadena de acero, a una argolla en la pared.

Mientras recobraba el equilibrio, el Gran Sacerdote, brillando en su roja cara un resplandor ultraterreno, empezó su oración. Cada sílaba de su voz áspera, insistente, estaba saturada de una espantosa convicción.

Mientras las ardientes palabras resonaban, Larry, que estaba bañado en un sudor frío empezó a sentirse extraña y horriblemente afectado por un misterioso presentimiento.

La oración de aquel terrible sacerdote que estaba dentro del círculo cambióse de pronto en algo fluente, férvido. Con los brazos extendidos, la cabeza echada ora hacia atrás, ora hacia adelante, murmuraba en latín su incoherente petición.

La voz se convirtió en un ronco murmullo, que no era para los oídos humanos... tan bajo, tan siniestro que, a despecho de su cadena, Larry se lanzó de nuevo hacia adelante y una vez más fué sostenido por el brazo fuerte de su vecina.

Vióse el brillo azul del acero, contra el rojo dominante. De un pliegue de su túnica, sacó el Gran Sacerdote un cuchillo largo, fino, siniestro.

Lentamente, con el paso deliberado de un encantador maligno, los ojos brillantes, brillante el cuchillo, avanzó hacia la tumba; junto a la figura postrada de Dinah se detuvo un momento. Luego, en la llama de la antorcha que brillaba sobre su cabeza, arrojó medio puñado de polvo que ocultaba en su mano. Levantóse hacia el techo una llamarada roja, mientras el polvo se consumía y el aire se saturaba con aquel olor dulzón y nauseabundo que había llegado a ser familiar a Larry. Se oyó un largo y suplicante grito:

—¡Asmodeo!

Lenta, inexorablemente, el Gran Sacerdote levantó el cuchillo; no prestó la menor atención al alarido de protesta de Larry. Lentamente, pulgada por pulgada alzólo sobre su salvaje cabeza.

Helado de horror, Larry miró más allá de la brillante hoja. Ningún poder, se dijo a sí mismo, podría obligarlo a contemplar su descenso. Su mirada, pues, dirigióse a la efigie que estaba detrás.

Se dijo a sí mismo que era ilusión, que su atormentado cerebro le hacía ver cosas inexistentes. Pero su mirada permaneció fija en un punto, como atraída por poder hipnótico; comprendió luego, latiéndole salvajemente el corazón de esperanza, que no se trataba de una ilusión. Veía... lo que veía.

El cuchillo había llegado quizá a nivel de los ojos del Gran Sacerdote, cuando ocurrió lo más sorprendente de todo. Tan lentamente como se alzaba el cuchillo, no vióse la efigie de la tumba; fué como si aquella figura, largo tiempo reclinada, se diera vuelta inquieta en su sueño.

Los ojos de Larry se volvieron rápidamente hacia la figura del Alto Sacerdote. El también había visto. Su avance se detuvo; el cuchillo quedó inmóvil... una estatua no hubiera permanecido más quieta. Pero en los ojos enrojecidos, locos, reflejóse una mirada de supremo terror.

Luego vió Larry que el movimiento que había detenido al Gran Sacerdote no era el de la figura al darse vuelta, si no el de la losa, sobre la cual descansaba, la cual retrocedía lentamente hasta que quedó una abertura, cada vez más grande, que dejaba ver la cámara hueca de abajo.

En aquel espacio apareció una cara, de color gris azulado, contraído; el cutis parecía estirado como el parche de un tambor sobre la frágil estructura ósea; los ojos brillaban con fuego sobrenatural.

Dos manos flacas, pertenecientes a la fi-

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 663, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

gura de que formaba parte la cabeza, empujaban la losa. De pronto, con un esfuerzo en que se reunieron últimas y expirantes llamas de la vitalidad, aquellas manos flacas hicieron correr del todo la losa.

Y sumultáneamente, como si se hubiese puesto en movimiento toda una maquinaria por aquel último impulso hacia atrás. el pavimento sobre el cual estaba parado el Gran Sacerdote, cedió bajo sus pies. Con un grito, que fué repetido en eco por las paredes de la cripta, el Gran Sacerdote desapareció en el abismo así abierto.

Abajo se oyó un ruido sordo, de significado tan horripilante que hizo acercar a todas aquellas espantosas figuras, en aterrado grupo, al borde de la cavidad. De ésta, después del primer grito de teror y del ruido de la caída, no había partido el más leve rumor, ni movimiento.

Una voz cascada, chillona, que salía de la tumba, gritó al acobardado grupo.

—¡Manos ariba toda el mundo. ¡ Pronto!

Sin que sus movimientos fueran ya obstaculizados por la losa, semejante a un muñeco que sale de una caja de resorte, apareció ahora hasta la cintura un ser vestido con túnica combría contra la cual resaltaba la lividez gris azulada del rostro y dos frágiles manos que asomaban entre sus pliegues. En una de aquellas manos esgrimía una pistola, pesada, de modelo extrañamente antiguo.

—¡Todos arriba las manos! — el chillido de la voz era insistente, revelaba implácable propósito.

Cuan tenaz era ese propósito, quedó demostrado terriblemente un momento después.

Una figura alta, que estaba en primer plano, pareció vacilar un momento en obedecer la orden. Instantáneamente partió de la pesada pistola una detonación, que en aquel espacio subterráneo retumbó como un cañonazo. El hombre herido cayó de rodillas al borde de la cavidad que se había tragado ya a su amo. Un movimiento convulsivo de las piernas le hizo perder el equilibrio y en silencio, su cuerpo desapareció para unirse abajo con el del Gran Sacerdote.

Como un niño degenerado que se regocija ante un juguete intencionalmente roto, la grotesca figura de la tumba estalló en una carcajada salvaje. Luego, derribada la primera barrera, se desató en él el deseo de matar.

—¡Uno! — gritó encantado y apuntó a otra de las acobardadas figuras. Lentamente, sólo a costa de un esfuerzo físico, el percutor del arma se levantó. Pero antes de que llegara a la meta, sonó un segundo tiro, esta vez la detonación, no tan fuerte, provenía del pasaje, detrás de las cortinas. Se oyó ruido de pasos precipitados, las cortinas fueron apartadas rápidamente y, precedidos por el inspector Hardy penetraron en la cripta varios detectives.

Se oyó un grito bajo y ahogado. La pesada pistola escapó de la mano débil que la sostenía y la frágil y encogida figura se desplomó inerte sobre el borde de la tumba.

XI

EL CALIZ NEGRO

Pasaron unos cuantos días antes de que se reunieran los que habían contribuído a aclarar el misterio del viejo Priorato, librándolo de la influencia maligna que tanto tiempo lo había saturado. La principal protagonista, después de haber pasado breve temporada en un sanatorio, había sido convocada para aquella última reunión.

Mientras no estuvo en condiciones de ordenar todos los hechos y sus correctas consecuencias, el inspector Hardy se abstuvo de interrogarla. Pero aquella noche, completa la historia, había aceptado la sugestión del señor Hoole para que se reunieran para una pequeña comida en la casa de Holland Park.

Hasta que llegó el momento del oporto la conversación versó sobre temas generales.

Y gracias al peso que todos se habían quitado de encima, fué particularmente alegre.

Pero una vez levantado el mantel, encendidos los cigarros y retirados los sirvientes, se llegó al propósito de aquella reunión.

—Y ahora, — observó el anfitrión, interviniendo en la conversación que había languidecido en los útimos momentos — propongo que nuestro amigo, el Jefe Inspector Harding nos explique varios puntos obscuros.

Jugando con el pie de la copa, el detective levantó la mirada.

—Hacedme todas las preguntas que se os ocurran — dijo — y haré lo posible por contestarlas.

—Dígame — fué Larry quien habló — ¿cómo supo usted por vez primera que... que algo anormal ocurria en el Priorato? Lo que quiero decir es que Scotland Yard no suele ocuparse de rumores sobre casas encantadas, no es así?

Hardy bebió su vino lentamente.

—Depende de la forma que tome el "encantamiento" — dijo por fin — Mientras sus hechos nó alteren la ley y el orden, no concedemos importancia a los fantasmas — se detuvo significativamente — Pero cuando, en un par de años, tres inquilinos distintos se ven obligados a dejar una casa y en el primer caso, se encuentra un miembro de la familia muerto en su cama, enloqueciéndose una joven en el tercero, la casa empieza a llamar la atención. Especialmente — añadió con tranquilidad — cuando es vecino de esa propiedad el fundador de una sociedad que hace largo tiempo vigilábamos el culto de la "Misa Roja".

Larry se extremeció, dirigiendo una mirada rápida a Dinah.

—¿Se refiere usted a Sir Francis Delacombe? — preguntó.

El anfitrión intervino a su vez para preguntar:

—¿Ha leído usted alguna vez memorias auténticas de la hechicería medioeval?

—No, fuera de la novela — contestó Larry sorprendido — ¿Por qué? Seguramente

no hubo nada serio en ella, fuera del pretexto para quemar a unas cuantas viejas inofensivas.

El abogado partió lentamente una nuez.

—No tan inofensivas — dijo — En reaidad las brujas y magos fueron una de las grandes influencias perversas de la Edad Media; una corporación, muy unida que, en cambio del poder obtenido por su contrato se sentían muy felices de haber vendido el alma a Satanás.

—¿Pero usted cree eso? — preguntó Larry.

El abogado pensó un momento.

—No, quizá, hasta el punto evidenciado por los distintos procesos, cuyo recuerdo subsiste — dijo lentamente — En el estado de credulidad producido por las actividades del culto, mucho era simple superchería. Pero lo que digo es que hubo cosas en que, tanto las brujas como sus colegas masculinos, estuvieron provistos de poderes que no pueden ser explicados por leyes naturales, poderes que usaban exclusivamente ya en provecho propio, ya en perjuicio ajeno. Se suponía que estos poderes eran trasmitidos a ellos solamente por medio de la Misa Negra. Y hoy, aunque el número es afortunadamente pequeño, existen quienes creen en la eficacia de esa ceremonia sacrílega, con el mismo fin. Aunque modificado, hasta cierto punto, Sir Francis Delacombe era uno de esos discípulos.

—¿En qué sentido era modificado? — preguntó Larry.

Hoole empujó su plato y agarró el botellón.

—Reunía los dogmas de la antigua hechicería y las creencias menos comprometedoras de los Rosi — crucianos — ¿No se fijó en el símbolo de la rosa y la cruz sobre su túnica? — y sobre esta base había instituído el culto de "La Misa Roja". La principal crencia de estos fanáticos era que, con tal que se celebrara en las debidas condiciones, sería concedido a su Gran Sacerdote — el mismo Sir Francis — poderes que harían a los adeptos del Culto "Dueños de la Vida, de la Muerte y del Mundo".

—¿Qué querían decir por "condiciones favorables"? — preguntó Larry curiosamente y el abogado vaciló.

—Es bastante difícil de explicar — dijo por fin — El Culto las describía como una Misa en la que tanto "el lugar como los instrumentos fueran adecuados". El Priorato respondía, en apariencia, admirablemente a la primera condición.

—¿En qué sentido particular? — preguntó Larry.

El señor Hoole que jugaba distraídamente con el pie de su copa lo miró de un modo extraño.

—¿Conoce usted la historia del Priorato? — preguntóle tranquilamente y Larry hizo un movimiento negativo de cabeza.

—Fuera de que es prácticamente pre-adamita, ni una palabra.

—Fué fundado por **Sir Guy Legarde**, a su vuelta de la Quinta Cruzada — dijo el abogado — Parece que fué un mal sujeto ese caballero. A despecho de la romántica leyenda adherida a todos los Cruzados, hubo muchos que fueron — o por lo menos Sir Guy lo fué — cultores de la Magia Negra. Sir Guy fundó el Priorato, no como casa de ninguna orden religiosa si no para los devotos de su culto demoníaco.

No tengo intención de entrar en detalles; pero puedo asegurarle que lo que ocurrió en El Club del Fuego del Infierno, en la Abadía de Medanham, hace cien años, era juego de niños, comparado con las ceremonias de la Misa Negra celebrada por Sir Guy Legard en el Priorato. Fué él quien construyó el calabozo dentro del cual su sucesor, Sir Francis Delacombe fué proyectado y murió... empalado. — Se detuvo y añadió significativamente — Habrá observado usted que la entrada del calabozo estaba situada inmediatamente al pie del altar, de donde, en los viejos tiempos y, simultáneamente con... el punto álgido de la ceremonia, surgía una figura simbólica.

Como una sensación de ahogo oprimió la garganta de Larry, que miró disimuladamen a Dinah; ésta no había necesitado las explicaciones de su padre para saber a que destino había escapado.

—¿El Cáliz Negro? — preguntó Larry? — Por qué estaban tan ansiosos de poseerlo y por qué — dicho sea de paso — querían librarse de mí?

El Cáliz Negro fué traído por Sir Guy de la Quinta Cruzada — explicó Hoole — Había sido usado en Acre — en aquel tiempo nido de la Magia Negra — para fines similares y se le suponía dotado de propiedades que junto con... con el... con el don de una joven daría a los adeptos del culto poder sobre la vida, la muerte y el mundo.

El hombre que estaba sentado a la izquierda de Larry y que no había hablado todavía, interrumpió el silencio que siguió. Era un tipo cuadrado, de cutis fresco, modales taciturnos y manos poderosas.

—El motivo que tenían para alejarlo a usted del Priorato fué el mismo qu tuvieron para desalojar a los otros inquilinos — dijo bruscamente — Aunque la entrada, por la tumba de la capilla, era secreta, siempre había una remota probabilidad de que se descubriera. En pocas palabras, querían la propiedad para ellos solos y estaban dispuestos a todo para conseguirlo.

—Poco imaginé que la inocente y taciturna portera era un detective disfrazado de mujer — dijo Larry riendo — Dígame ahora, ¿Cómo descubrió la entrada por la tumba?

—Después de convencerme que no entraban por la casa — contestó el sargento — detective Morfitt brevemente — Yo había extendido hilos sobre todas las puertas y ventanas y permanecieron intactos. Luego, habiendo descubierto que sólo una vez al mes se realizaba la ceremonia, observé y ví a varios de la sociedad introducirse furtiva-

mente en la vieja capilla. Los seguí y uno por uno desaparecieron.

Así que me escondí detrás de un banco y esperé. Horas más tarde salieron todos del interior de la pequeña capilla. Tardé dos días enteros en descubrir el resorte que hacía girar la tumba de Sir Guy Legarde — hizo una mueca — ¡Y pensar que había una entrada a la cripta desde el Priorato mismo! — añadió con acento de disgusto.

Larry levantó vivamente la mirada. Era la primera vez que oía aquello.

—El guardarropa de su habitación gira exactamente igual a la tumba del santuario — explicó Morfitt — Fué Keech el primero que lo descubrió; encontró una historia, escrita hace doscientos años sobre el Priorato en la biblioteca del Museo Británico, completa con diagramas y todo. Un libro que nadie conocía. Fué así, naturalmente, como pudo llevar con tanta facilidad a la señorita Hoole a la cripta.

Yo descubrí que la Misa se celebraba sólo una vez al mes, en la época de la luna llena. El inspector, aquí presente, había decidido arrestarlos cuando estuvieran reunidos para la ceremonia. Incidentalmente, yo le había enseñado como se abría la tumba del Cruzado. Cuando la señorita Hoole fué raptada, era un poco antes de la hora indicada para la celebración. Como no había peligro inmediato, pensó el señor Hardy que si Sir Francis no había salido aún de su casa, podría persuadirlo a que la pusiera en libertad aún antes de que viera ella el interior de la cripta. Pero cuando, desde una habitación alta del Priorato, vi que regresabáis tan pronto, lo que indicaba un completo fracaso, tuve el presentimiento de que, por esta vez, la hora de la celebración se había adelantado y que no podía perder tiempo.

Sabiendo que el Inspector Hardy me seguiría, atropellé.

Larry sonrió.

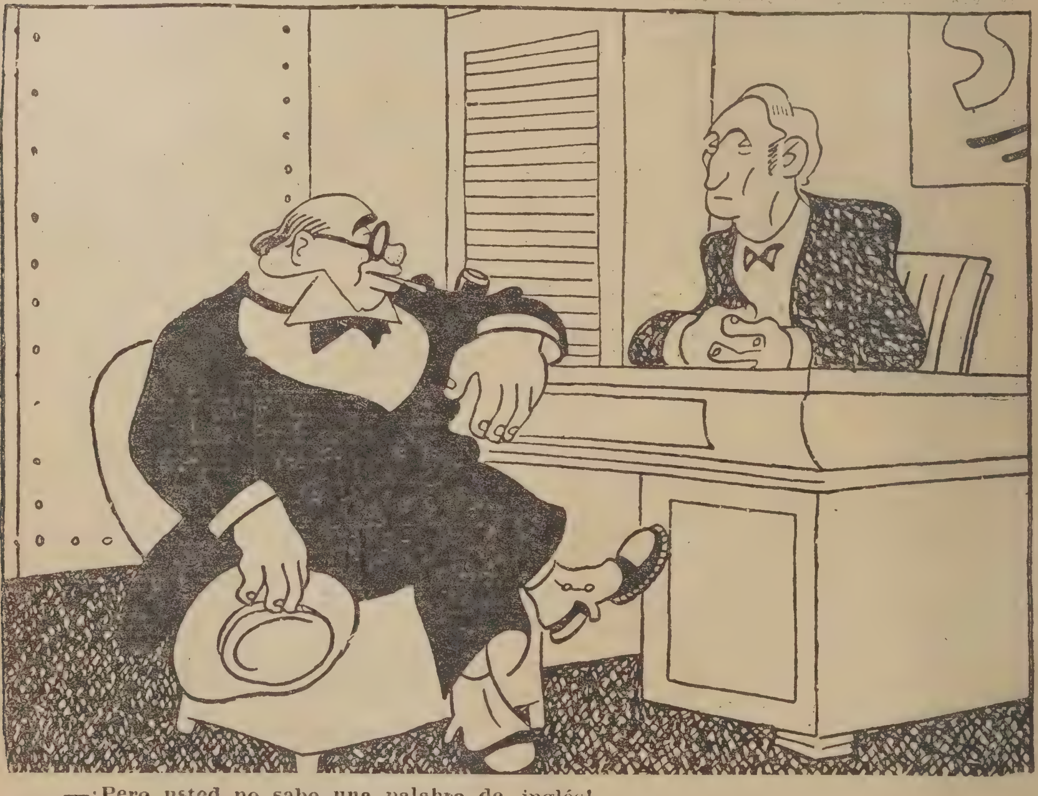
Atropelló usted deveras, — dijo — porque llegó hasta a pegarle a uno de sus buenos detectives.

Tocóle a Morfitt el turno de sonreir.

—No fué a uno de mis hombres aquien pegué — dijo — si no a uno de la pandilla que había llegado tarde. Al hombre que habíamos puesto de guardia en la puerta de la capilla lo encontramos después, detrás de un montón de piedra, con un bulto en la cabeza que podría haber servido de percha para su sombrero. Fueran lo que fueran esos de la Misa Roja, guardaban completa fidelidad a su jefe, Gran Sacerdote o como queráis llamarlo.

Al oir mencionar ese nombre, Dinah se extremeció.

—Desde el primer momento que vi a Si



—¡Pero usted no sabe una palabra de inglés!
—Ni media. Pero, ¿de qué se trata?
—De traducir los títulos de una película.
—¡Ah! Entonces sé lo suficiente. ¡Haberlo dicho antes!

Francis Delacombe — dijo en voz baja — experimenté hacia él un sentimiento de antipatía invencible. ¡Tenía un modo de mirarme!

Algo por el estilo debe experimentar un conejo ante las fauces de la serpiente...

El padre de Dinah la miró.

—Esa—dijo afectuosamente — es una de las cosas que debes olvidar. Lo mismo que la droga que te hicieron beber antes de ir a la Misa maldita. — quedó pensativo — Aunque quizá, en vista de lo que ocurrió, fué quizá lo mejor que pudieron hacer — la miró con solicitud inquieta — ¿No recuerdas nada absolutamente de aquella noche?

Dinah movió negativa y decididamente la cabeza.

—Ni la menor cosa — dijo — Lo último que recuerdo es haber estado en una pequeña antecámara, sentirme muy débil y que alguien me hizo beber algo.

El señor Hoole lanzó un suspiro de alivio.

—No hablaremos más de eso — dijo.

Distraidamente, Dinah arrancó una uva de los racimos que se hallaban delante de ella, en un frutero de plata.

—Hay algo que tengo que saber — dijo tranquilamente — antes de olvidar por completo todo este asunto. ¿Quien era el... la figura que yo vi junto a mi cama la primera noche que dormí en el Priorato?

—El mismo hombre que le salvó la vida, — dijo el inspector Hardy gravemente — el viejo clérigo, cuya esposa murió de susto. Hay una pequeña ventana debajo de la escalera, por donde uno u otro de la pandilla entraban de noche a la casa, disfrazados de monjes.

El matrimonio era una pareja muy unida. La muerte de su esposa, hizo perder la cabeza al viejo. Su obsesión era descubrir la causa de las "apariciones" que habían hecho morir de espanto a su mujer. Y el único modo de hacerlo era permaneciendo en la casa. Es sorprendente que haya podido quedarse sin que los del culto tuvieran la menor idea de su presencia. Durante la vida de su mujer el viejo — que no tenía otra cosa que hacer — había explorado minuciosamente toda la propiedad.

Por casualidad descubrió, en comunicación con la vieja despensa — una pequeña cámara secreta que comunicaba también con la cripta. Se la mostraré la próxima vez que vaya al Priorato, señor Lingard. Vivió allí meses; encontramos provisiones suficientes para poner un almacén. Nos lo contó antes de morir, como mes trás mes, había vigilado a los de la Misa Roja, preparando su venganza. Luego, cuando el Priorato fué nuevamente ocupado, quiso ver que clase de gente vivía en él y se introdujo furtivamente en la casa con ese fin. Hay escaleras que dan al fondo, mismo fuera de su dormitorio, según recordará. No bien vió el viejo que Dinah estaba despierta, apagó las luces y antes de que pudiera usted llegar hasta ella, estaba en su escondite.

—A mí — observó el abogado lentamente — lo que más me sorprende en todo esto es que el Culto pudiera conseguir adeptos tales como Keech y Fairmont, que eran dos de sus miembros más fervientes; es lo último que uno hubiera podido pensar de ellos.

A propósito — añadió mirando directamente a Larry — sabe que fué Keech, quien después de haber escapado por el guardarropa de su dormitorio a través de la cripta y salido por la capilla, mató a Fairmont, confundiéndolo con usted? Fué afortunado en despertarse tan a tiempo, tanto en "El Jinete Enmascarado" como en su dormitorio. Por que sabiendo que era usted hombre a quien las apariciones ordinarias de fantasmas sólo lograrían robustecer su propósito de quedarse en la casa, el Gran Sacerdote había dado órdenes para que lo eliminaran. Primero a Fairmont — de paso diré que fué Sir Francis que vendió la posada a Stubbs y conocía el mecanismo de la cama — luego, después del fracaso de aquél, se le pasó la palabra a Keech. Uno de la pandilla, a quién interrogué en la cárcel de Crelmsford, me lo contó.

Larry dijo gravemente.

—No les guardo rencor. Después de todo, el fin de Fairmont es un ejemplo de la justicia divina y las deudas de Keech quedaron pagadas cuando el pobre loco empleó el solo tiro que disparó para enviarlo a unirse con su amo en el calabozo.

Larry se detuvo y luego, como asaltado por un pensamiento repentino, se volvió a Hardy.

—A propósito — dijo — ¿qué había en aquel cuarto alto de la Granja, — que usted no me dejó mirar?

Hardy frunció el entrecejo.

—Una capilla privada roja, de Sir Francis — dijo ceñudo — Su contenido no era hermoso y...

Dinah se levantó. Parecía más bella que nunca aquella noche, pensó Larry observando todos sus movimientos. Aunque todavía un poco más pálida que de costumbre, había en sus ojos una luz más preciosa que la de los rubíes.

Larry se levantó también.

—Voy a bajar a la sala — dijo Dinah — si me dáis permiso...

—No tenga levantada hasta muy tarde a mi niña, Larry — dijo el padre — Después de todo, no querrá que ella lo haga esperar mañana en la iglesia. Y no vaya a retrasarse usted tampoco — añadió con fingida severidad.

Larry sonrió alegremente.

—Horacio se encargará de que llegue a tiempo — dijo.

FIN

Señorita:

Vd. puede destacarse entre sus amistades si se presenta vistiendo modelos desconocidos para ellas y que son las últimas creaciones de los más afamados modistos.

Esas novísimas creaciones las conocerá Vd. comprando

EL DIARIO

EL DIARIO decano de los diarios de la tarde, publica los Jueves una página de modas con modelos impresos a cuatro colores que le guiarán sobre las últimas creaciones tanto en línea como en colores y calidad de telas.

Para estar informada compre todas las tardes **EL DIARIO**

Para seguir la moda, compre "EL DIARIO," los jueves.

Puede obtenerlo también con este cupón.

Sr. jefe de circulación de "EL DIARIO"

Avenida de Mayo, 662 - Buenos Aires.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO del próximo Jueves.

Nombre y apellido . . . .

Domicilio . . . .

Localidad . . . . F. C. . . . . . .

El Hombre de las Cien Caretas

Por

GASTON LEROUX

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Alberto Rose, joven abogado francés, se encarga de la defensa de un mucamo llamado Durin, detenido por la policía de París por haber robado un alfiler de corbata a su patrón, Sir Archibaldo Skarlett. Durin es en realidad un famosísimo ladrón, Mr. Flow o el Hombre de las Cien Caretas. Aprovechándose de la mala situación de Rose le encarga que vaya a Deauville disfrazado como Mr. Hooker, a llevarle una valija y unos papeles a Lady Helena Skarlett, esposa de su ex patrón. Escaso de dinero y ya en poder de Durin, Rose cumple el programa y aún lo supera, enamorándose de la hermosa Helena. Ella le revela que es cómplice de Durin; pero desea escapar a su tiranía. Lo induce a cometer varios robos para obtener dinero a fin de huir juntos a América y en uno de esos atentados se ven sorprendidos y tienen que huir cada uno por su lado. La policía cree ahora que Rose es Mr. Flow y lo persigue. Después de una fuga espectacular en el Havre, Rose se arroja al agua y sube a un yate que está a punto de zarpar. Es ocultado, durante la travesía, por la esposa del propietario, que también lo cree Mr. Flow. Escapa luego del yate y recobra su personalidad de Alberto Rose, llegando a París a tiempo para defender la causa de Durin. Durante el juicio, Felipe, hermano de Sir Archibaldo, acusa a Durin, q' es absuelto y vuelve al servicio de Sir Archibaldo q' lo ha perdonado. Rose se cree olvidado por Helena; pero sigue pensando en ella. Una noche ella le espera y le ruega que acepte la invitación que le ha hecho Sir Archibaldo para ir a su castillo de Escocia para la temporada de la caza. Vencido nuevamente por el amor, Rose va a Escocia, encontrando gravemente enfermo a Sir Archibaldo y a Helena triste y asustada. Sir Archibaldo hace llamar a Rose y le dice que alguien trata de envenenarlo.

SIR Archibaldo se inclinó hacia mi hasta que su gran nariz ganchuda casi tocó mi cara. Seguramente yo me hubiera tapado los oídos con las manos para no oir sus siguientes palabras, si mis manos no hubieran estado ocupadas en agarrarme a la silla.

—Es un tal... un tal Víctor.

—¿Quién?

—Victor... Victor Bermont. Usted no lo conoce ¿eh? Es barbero, en una peluquería cerca de la Bolsa y vive en la rue Notre-Dame des Victories. Es también apostador de profesión, en las carreras de caballos y estuvo en Deauville este verano.

Lentamente recobré mi compostura; pero nunca estuve tan cerca de perderla por completo. El viejo estaba en la buena pista y, en otras circunstancias, no me hubiera tranquilizado al saber su descubrimiento de Víctor. Pero yo había esperado que su estocada fuera más directa, así que ese semi-descubrimiento me produjo momentáneo alivio. Por lo menos me daba tiempo para estudiar mi situación. Desde que Sir Archibaldo había pronunciado el nombre de Víctor, mis pensamientos habían empezado a formar un nuevo dibujo. Mi próxima ocupación sería planear mi conducta futura y no me quedaba duda de cual sería ésta: una fuga rápida; pero prudente. Ningún movimiento aturdido me expondría a correr riesgos.

Aprovechando este respiro, dije al azar (después de todo era lo que naturalmente debía decir un abogado):

—¿Por qué no dijo eso en los tribunales?

Pensé por un momento que Sir Archibaldo iba a saltar de la cama. Agitó frenético los brazos. Antes de contestar agarró un vaso que el joven paje había dejado sobre la mesa de noche, y bebió su contenido. Luego dijo con más tranquilidad:

Lady Helena cometió el error de preguntar si no habían vuelto a

—Los tribunales no tienen nada que ver en esto. Los Skarletts siempre han arreglado solos sus asuntos.

Las palabras fueron pronunciadas con sencillez; pero su sencillez tenía tanto filo como una de las navajas de Víctor.

Permanecimos algunos minutos sin hablar. Luego, con melancólico esfuerzo, el baronet prosiguió.

—La persona a quien más debe compadecerse en este terrible asunto es Lady Skarlett... ¿Ha conocido usted en el mundo una

la "llorona". Los tres criados parecieron convertirse en piedra.

mujer más espléndida, más digna de un gran nombre y una gran fortuna que Lady Skarlett?

—No — contesté sintiendc una especie de opresión en mi pecho — Lady Skarlett es una gran dama y una esposa digna.

—La más grande, joven; la más grande y la más digna.

Bajó la cabeza no pudiendo añadir una palabra a aquella torturadora conversación y deseando con todo mi corazón que terminara. Me parecía que había pasado mil años

en aquella habitación.

Como el silencio continuaba, pensé que podría levantarme y despedirme. Luego advertí que Sir Archibaldo estaba profundamente dormido. La poción que había bebido tan ansiosamente produjo su efecto. Me moví por la habitación tal vez para avisarle al paje que estaba pronto a retirarme o tal vez para despertar a Sir Archibaldo. Pero el enfermo estaba convertido en plomo y nadie aparecía. Finalmente abrí la puerta por donde había desaparecido el paje y lo encontré en la habitación contigua, mirando un libro de figuras.

A una señal mía dejó el libro y se acercó a la puerta. Le mostré a Sir Archibaldo y le dije que se había quedado repentinamente dormido. El niño miró el vaso medio vacío y contestó:

—Su señoría ha tomado el calmante. Eso siempre lo tranquiliza enseguida ¿Tuvo algún ataque su Señoría?

—No, no tuvo ataque alguno...

—Entonces comprendió que le iba a venir. Despertará dentro de media hora.

Me condujo a la puerta del vestíbulo, abrióla y dióme las buenas noches. Lo oí correr el pasador.

En mi cuarto, encontré a Durin colocando mis ropas de comida sobre la cama. No me hizo preguntas sobre mi visita; se volvía más y más taciturno. Cuando quedé solo miré a mi alrededor con un suspiro. ¿Estaba yo también destinado a enmohecerme en aquel calabozo?

Un océano no me parecía demasiado grande para ponerle entre mi anfitrión de las Rocas Negras y yo.

Apenas había acabado de vestirme cuando oí un golpecito discreto en mi puerta y me encontré frente a los ojos oblicuos y la enigmática sonrisa de Mina. A una señal de ella, seguila a su habitación, situada directamente encima de la de Helena. Esta última me estaba esperando en el cuarto de su amiga. Mina desapareció.

—¡Tranquilícese! — le dije a Helena — Todavía está nervioso y tiene la mente llena de aprensiones; pero habló de usted con el mayor respeto y cariño.

—¡El muy hipócrita! Y no puedo ir a su cuarto sin que me sienta vigilada por Bobby, ese horrible pajecito suyo! ¡Y encuentro a Donald detrás de cada puerta! Pero, no importa, hablemos de usted. ¿Qué le dijo?

—Me dijo que me había mandado buscar para contarme algunas cosas en confianza. Le diré cuales eran. Son peligrosas; pero me parece que no sabe nada.

Helena se encogió de hombros.

—¡Lo sabe todo! ¿Nunca va usted a creer, Ruddy? Lo que usted llama "confidencias" fué una prueba. Y espero que, por lo menos, haya usted salido de ella con relativo éxito.

Pero... ¿de qué servirá? El ha tomado su resolución. Y lo más terrible de todo es que ignoro lo que nos reserva...

Se paró y envolvió la echarpe en derredor de sus hombros.

—Entretanto, vamos a comer.

La seguí con el corazón oprimido. El acento de resignada desolación con que pronunció las últimos palabras despertó una vez más en mi todas las aprensiones.

En la comida, hizo Helena un esfuerzo para mostrarse alegre. Oficialmente, su ansiedad había desaparecido con la vuelta de Sir Archibaldo a la vida. Pero mientras una espléndida y altiva sonrisa jugaba en sus labios, sus ojos ardian con negra y amenazadora mirada. Pero... ¿a quien amenazaban?

Evitó encontrar mis ojos y me trató con una cortesía distante que me turbó grandemente. "Lo más terrible de todo es que no se lo que nos reserva" No quedaba duda de que pensaba en eso... como pensaba yo. "Nos escaparemos juntos" había dicho. Pero los pensamientos de Helena no eran fáciles de leer y yo no podía menos de pensar que, en una emergencia, ella podría huir sola.

Su ligera zumba era impotente contra la sensación de peligro que experimentábamos todos. Me parecía que hasta los criados no podían substraerse a ella; con excepción de Arthur, el mayordomo que Sir Archibaldo había traído de su casa de Edimburgo. Sus modales, aquella noche, eran más impersonales y correctos que nunca. Poco después Lady Helena cometió el error de preguntar indiferentemente si no se había vuelto a oir a la "llorona".

Los tres criados parecieron convertirse inmediatamente en piedra. Y, con tono seco, el mayordomo replicó.

—Su señoría no sabe indudablemente la que se dice. La "llorona" ha sido oída constantemente desde la noche anterior a la enfermedad del señor. Anoche alguien visitó a la Dama Verde...

Conociendo, como conocía yo el estado de ánimo de Helena, sentí más bien que vi el extremecimiento que recorrió su cuerpo al oír estas palabras. Aunque se irguió con rígido dominio de sí misma yo sabía que sus muñecas estaban temblorosas.

—¿Quién? — preguntó.

—Eso tendría que preguntárselo a Donald, mi señora. Es el único que lo sabe. Pero Donald parece que no está en sus sentidos desde que esto empezó y es difícil entender lo que quiere significar a veces...

Volviéndose a Mina, Helena dijo:

—Es lo que te he dicho. La "llorona" está volviendo loco a Donald. Y nos enloquecerá a todos, además, si continúa oyéndose Este castillo se está convirtiendo en un manicomio.

—¿Pero quién es la Dama Verde? — pregunté.

—¡Ah! — contestó Helena — Esa es otra de nuestras leyendas. Hay miles de ellas en Escocia. Todo castillo tiene su leyenda, su cámara misteriosa, su Dama Verde. Si le interesa, le contaré la historia de esta dama verde de las Rocas Negras, Hay una habitación en los sótanos del castillo que todo el mundo cree encantada. Por la noche apare-

ce una luz en las ventanas y todo parece indicar que hay allí un ser humano, en voluntario o forzado confinamiento. Y cada vez que un huésped se detiene junto al foso situado frente a las ventanas secretas, el señor del castillo, por espacio de muchas generaciones, se lo ha llevado aparte, pidiéndole que no dedique su atención a esa parte de la propiedad. He visto a Sir Archibaldo hacer lo mismo. No necesito decir que esto sólo ha logrado aguijonear la curiosidad de la gente y que se han hecho varias tentativas para penetrar el misterio. Pero nadie ha logrado hacerlo, excepto los criados que están a cargo de esa habitación. Y por varias generaciones todos han sido de la misma familia. El último es Donald, a quien fué confiada esta responsabilidad por Sir Edward, padre de Sir Archibaldo. Yo he tratado de interrogar a mi marido sobre el particular; pero siempre me contesta: "No tienes que molestar a la "llorona". Hasta hablar de ella trae mala suerte". Dicen también que, en otro tiempo, esa celda fué prisión de la infortunada esposa de uno de los jefes—quizá un Mac Garnett, aunque creo que la historia es más vieja que la de Rob Roy

Después de su muerte la celda fué probablemente convertida en capilla y se ha tenido un criado, simplemente, para conservarla en condiciones dignas de la noble prisionera a quien albergó. Esta especie de respeto tardío por los que en vida fueron víctimas del orgullo escosés, es perfectamente característico. Puedo contarle cien ejemplos. Naturalmente, la gente cree que la Dama Verde habita todavía en esa celda. Es el espíritu que los campesinos llaman "Jonny la Tejedora'. No hay para que decir que es infeliz y que sus lamentos llenan la casa cada vez que amenaza algún disgusto.

—Yo he oído — dijo Mina (yo siempre me sorprendía al oir su voz suave e infantil) que esa celda está ocupada por alguna criatura deforme. Dicen que es un monstruo con cabeza de sapo.

—¡Esas son las Highlands! — concluyó Helena volviéndose a mí — Una tierra de superstición, de negras leyendas, de meditaciones y locos accesos de alegría. Pero ahora ya sabe usted tanto como yo. Hablemos de otra cosa.

No era cierto. Ella sabía mucho más de lo que me había dicho; pero antes de que terminara la noche iba a enterarme del resto.

(Continuará)

En el próximo número de Pucky

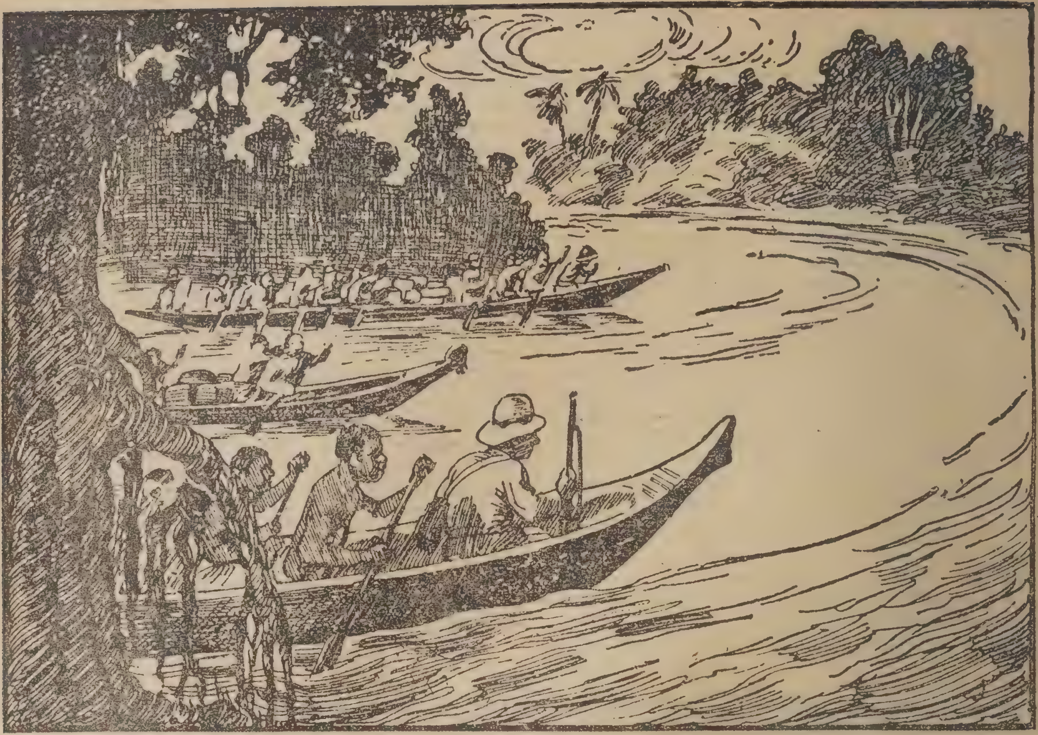
CERTIFICADO DE LOCURA

Aventuras de

SEXTON BLAKE

"Los abajo firmados certificamos que James Forrester, a quien hoy hemos declarado loco, es en realidad, cuerdo..."
¿Por qué entonces, los médicos lo declararon loco y por qué, habiéndolo hecho se retractaron luego?

En esta novela llena de intriga y emoción, hallaréis respuesta a estas y otras preguntas igualmente interesantes



LA TIERRA DEL TERROR

Por DUNCAN STORM

Novela de emocionantes aventuras en el interior de Africa

(Continuación)

Pedro Grief gritó hacia el río con sonora voz:

—¡Hombres de Wonga! ¡Vinimos a este país en paz y ustedes nos están obligando a la guerra! Han escuchado ustedes los malignos consejos de unos viles hombre blancos que les han envenenado con sus mentiras. Nosotros deseábamos pagar el precio del paso por el territorio de Wonga. Estamos dispuestos a hacerlo ahora y a devolverles a su rey, si se nos deja pasar en paz. Pero, en cambio, pedimos que arrojen de su país a esos blancos malos que han tratado de hacernos daño, prohibiéndonos, sin razón, que pasáramos por su país.

Un leve murmullo se oyó, procedente del amontonamiento de canoas, como si los negros discutieran las condiciones presentadas por los defensores de la isla.

—Si ustedes avanzan el largo de tres canoas de donde se hallan ahora, — prosiguió Pedro Grief, — lo consideramos como un acto de hostilidad y haremos fuego inmediatamente.

Una risotada sarcástica resonó en la obscuridad, risotada que los defensores de la isla reconocieron inmediatamente como de Luis Coffin.

—¡Valerosas palabras! ¡Muy bien, señor Pedro Grief! — gritó entonces Luis Coffin. — Pero no vamos a dejarles ir con tanta facilidad. Está bien eso de que usted nos llame a nosotros blancos malos y pida que nos echen de este país. Pero nosotros llegamos aquí primero y estos negros creen en nosotros y no creen ni en usted ni en los que le acompañan. ¡Vamos a borrarlos a ustedes de este mundo! Tenemos cincuenta hombres contra cada uno de ustedes, así que si prefieren rendirse ahora, háganlo. Vamos a mandar a todos los que están con usted, a la costa, pero usted se quedará con nosotros para indicarnos por dónde se va a las Montañas de Oro. Si quiere rendirse, le trataremos bien y tendrá su buena parte en las utilidades. Pero no queremos saber nada con los que le acompañan. Le concedo tres minutos para decidirse.

—¡Así que es usted quien maneja todo eso, cuando así se expresa, Coffin! Usted, un blanco, alza a los negros para que combatan contra otros blancos! ¡Qué infamia!—exclamó Pedro Grief. — ¡Y todavía tiene usted el descaro de ofrecerme una parte de los beneficios, si yo traiciono a mis compañeros! ¿Qué se ha creído usted, asqueroso, vil,

La ágil silueta de Tutú, el leopardo, brillando sus colores amarillo y negro, saltó por el aire como una flecha en dirección del cruel carcelero.

repugnante y repelente animalucho? ¡Prefiero sufrir mil muertes antes de asociarme con usted nara nada! ¿Cree usted que no estoy al tanto de quién es: "Red Rubber Coffin", como le llamaban a usted en otro tiempo? ¿Cree que no sé que es usted Luis

Roux, condenado a presidio por diversos crímenes y evadido de la cárcel? Viejo soy, pero aún espero vivir bastante para verle a usted ahorcado. ¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Bandolero! ¡Espía! ¡Mercader de esclavos! ¡Venga usted y pelearé contra usted y toda su asquerosa tropa de negros infectos!

Pedro descendió de la roca, a la que se había trepado para dirigir la palabra a los negros, y fué a sentarse junto a una ametralladora. El mecanismo sonó en la obscuridad a medida que Pedro iba colocando las cintas cargadas de proyectiles. A una voz suya, el japonés Tanka dió luz al reflector. Los carbones chirriaron y un brillante haz de luz penetró en la obscuridad del río, recorriendo, con movimiento de vaivén la línea de agrupadas canoas que iba de una a otra orilla.

En medio del obscuro amontonamiento se vió la blanca silueta de Luis Coffin, cuando la fuerte luz iluminó a las canoas.

En la isla sonó una sola detonación, y vieron cómo Luis Coffin caía en el fondo de la canoa de guerra en que estaba, desapareciendo entre el grupo de negros remeros.

—¡Me parece que no ha sido del todo malo ese tiro! — dijo el capitán Bones. — Debo haber herido al bellaco, si es que no se finge herido para mayor seguridad, imitando a la zarigüeya. ¡Ah! ¡Ya avanzan!

Un terrible y horrísono canto elevábase de toda aquella masa de canoas, al mismo tiempo que se oía el rumor de miles de paletas removiendo el agua del río. Se echaba de ver que el propósito de los guerreros wonga era desembarcar en tal número y tan rápidamente, que toda defensa quedara desorganizada.

Aquel canto era la canción de guerra de la tribu wonga y a él contestó Arturo con la alegre música de "Vete a casa y díselo a mamita!", ejecutada en su flauta armónica.

Pero después de aquel disparo, que parecía haber herido a Luis Coffin, los defensores de la isla no volvieron a hacer ni un sólo disparo más. El reflector seguía iluminando al enemigo que avanzaba y el capitán Bones, con el dedo índice en el botón de contacto de la batería que había de hacer saltar la chispa que encendiera la más distante de las minas subacuáticas, miraba fijamente hacia las obscuras aguas del río.

Flotando entre dos aguas, a corta distancia de la superficie, en mitad de la corriente del río, se hallaba el torpedo o la mina que el capitán Bones y los muchachos habían preparado con dos latas que fueron de galletitas.

Dentro de esas latas había varias barras de dinamita, entre las cuales se hallaban los detonadores de fulminato de mercurio, que encenderían a la dinamita en cuanto brotara, entre ellos, la chispa eléctrica producida por la corriente de la batería que estaba en la costa.

Sobre esas minas improvisadas, pero no por eso menos terribles, flotaban en aquel momento, apiñadas unas contra otras, las canoas de guerra del rey de Wonga. Los tripulantes de las canoas gritaban como demonios.

Sentíanse, en aquel momento, enteramente seguros de su victoria. En tres minutos llegarían a la costa y desembarcarían. Unos momentos más de degollina a diestra y siniestra y no quedaría con vida ni uno solo de los pocos defensores. Entonces pondrían en libertad a su rey y se apoderarían de la maravillosa canoa que caminaba sola, gracias al jadeante demonio que los pícaros blancos habían logrado encerrar en una jaula de hierro y de bronce que había en la parte central de la embarcación.

Entonces, calculando bien la situación de las canoas atacantes, el capitán Bones oprimió el botón que enviaba la corriente a los dos polos de los alambres encerrados dentro del terrible explosivo.

La mina estalló en medio de un amontonamiento de canoas en movimiento. Se vió una enorme llamarada en medio de una columna de agua que se elevó por los aires, iluminada por la intensa luz blanca del reflector, hasta más de cincuenta pies de altura.

Un rugido ensordecedor resonó en el río y los muchachos vieron cómo dos grandes caonas de guerra, elevadas de punta por el penacho de agua, llegaron a lo más alto, dieron una voltereta y cayeron hacia la superficie del río, hechas trizas.

La oleada enorme producida por la explosión, fué de un lado a otro del río, haciendo que las demás canoas se entrechocaran con violencia, las unas contra las otras.

Gritos de terror brotaron de los tripulantes de las primeras canoas, que se detuvieron y quedaron flotando, balanceándose fuertemente, en mitad de la corriente del río. Aquella nueva demostración de hasta dónde podía llegar el poder de la "magia" de aquellos hombres blancos, influyó decididamente en los corazones de los testarudos guerreros wongas.

Retrocedieron como si lo hicieran temerosos del rayo de luz del reflector y los muchachos pudieron ver cómo centenares de guerreros, náufragos de las destruídas canoas, eran recogidos por las tripulaciones de las pocas embarcaciones que habían quedado a flote.

La línea del frente de batalla había retrocedido, llevadas las embarcaciones por la correntada, hasta la altura que antes le había indicado Pedro Grief, al dirigir la palabra a los negros.

—¡Si no se dan por satisfechos con eso, es que son excesivamente exigentes! — dijo el capitán Bones, secándose el sudor de la frente, con su pañuelo rojo, verde y amarillo. — Confieso que no me es agradable semejante matanza, pero si nosotros no lo hacíamos con ellos, ellos lo hubieran hecho con nosotros, de esto no cabe duda. Apague ese reflector, Tanka. Vamos a hacerles creer que todo ha terminado teniéndoles a obscuras uno o dos minutos.

Tanka obedeció y cortó la corriente que daba luz a la poderosa lámpara de arco voltáico. El río, ante ellos, quedó sumido en la más densa obscuridad. No se veía más luz que la de las estrellas que se reflejaba en la superficie del río.

Se oyó una voz, río abajo, que arengaba a los desconcertados y derrotados negros.

—¡Hola! — gruñó el capitán Bones. — Ese es nuestro amigo Luis Coffin, que vuel-

ve a la carga. El pillastre no estaba tan muerto como yo esperaba que lo estuviera cuando se desplomó dentro del bote. Por lo visto, tomó el partido de adoptar la política de la zarigüeza, que se finge muerta, aún cuando no esté ni herida, para que el cazador no vuelva a tirarle algún tiro más que pueda herirla de verdad.

—El maestro, en el colegio, habló una vez de un animal así, pero le llamó opossum, — dijo Harry.

—¡Es el mismo! — manifestó el capitán Bones. — Los sabios científicos y los naturalistas, que no han visto a ese animal más que pintado, le llaman opossum, pero nosotros, los que no somos sabios, pero que lo hemos visto muchas veces, sabemos que el vulgo le llama zarigüeya.

—Siempre se aprende algo nuevo, cuando menos se espera, — dijo Harry. — Gracias por la lección, capitán.

—No hay de qué. Pero sigamos con lo nuestro. Amigo Tanka, dirijales un momento la luz del reflector.

La blanca luz del arco voltáico iluminó el amontonamiento de canoas y se pudo ver a Luis Coffin de pie en una canoa, arengando a los guerreros y diciéndoles que debían atacar de nuevo para rescatar a su rey, arrebatándolo del poder de aquellos pícaros ingleses.

Pero en seguida que le iluminó el haz de luz del reflector, Luis Coffin se encogió todo lo posible, ocultándose detrás de los negros que estaban de pie en redor suyo.

Pasados unos momentos se notó algo de movimiento, río abajo, lo que hizo suponer que la arenga de Luis Coffin había producido su efecto en los guerreros wongas. Las negras legiones parecieron dispuestas a atacar nuevamente. A lo lejos, se oía también la voz gutural de "Cruel", Schneider, el capitán expulsado del ejército alemán. Su discurso completó la obra comenzada por Luis Coffin, y los negros, sintiéndose fuertes, decidieron volver al ataque.

—¡Aquí vienen de nuevo, muchachos! — dijo el capitán Bones. — Deseo no gastar las minas sino en el último momento. Por ahora, nos limitaremos a hacer uso de otro elemento. ¡Embárquense en las canoas!

El "otro elemento" era otro detalle de la guerra fluvial, idea del capitán Bones. Los muchachos ya sabían de qué se trataba, y habían sido instruídos al respecto unas horas antes.

Harry, Juan y Arturo descendieron de las altas rocas donde estaban, hasta la playa, y allí se embarcaron la pequeña canoa que estaba amarrada a una peña.

En la playa estaban, en fila, unas doce latas de petróleo. Los muchachos las destaparon y vertieron su contenido en el río, lentamente, agregando de vez en cuando, un poco de nafta para que ardiera más rápidamente. Después cargaron algunas latas de petróleo en la piragua y dejaron que la corriente llevara la embarcación hacia donde estaban las canoas de los negros wonga, que se preparaban a su nuevo ataque.

Oían, en la obscuridad, el ruido de las paletas al remover el agua. La flotilla wonga procedía con cautela y procuraba acercarse sigilosamente hasta una distancia tal que, mediante un rápido esfuerzo, les pusiera en la costa, permitiendo el desembarque.

Cada minuto que pasaba se hallaba la piragua más cerca de los enemigos que acanzaban. Harry acurrucado en la proa, con las latas de petróleo, esperaba el momento oportuno, mientras Juan y Arturo, sentados y con sus paletas prevenidas, aguardaban el instante de remar hacia la isla a toda prisa.

Se encontrarían a cien yardas del enemigo que avanzaba cuando Harry comenzó a verter en el río el contenido de las latas de petróleo. Chistó, para avisar a sus compañeros y éstos comenzaron a remar hacia la isla, mientras Harry extendía, sobre el agua del río, una capa del líquido inflamable.

Cuando se hubo vaciado la última gota de las latas y la flotilla negra proseguía su avance, los dos muchachos remaron con todas sus fuerzas.

—¡Pronto, muchachos! — gritó Harry.— Si nos retrasamos, caeremos en manos de los negros.

Había vertido ya la última gota de petróleo y, al hablar como lo había hecho, encendió un fósforo y lo arrojó, encendido, a donde se veía la mancha aceitosa sobre el río.

Una llama azulada se levantó de la superficie del río. Los atacantes lanzaron gritos de terror porque, en pocos instantes, todo el río estaba cubierto de llamas y las canoas crugían y chirriaban entre el fuego.

Un chubasco de flechas y de venablos silbó en torno de los muchachos, que navegaban río arriba en la piragua, en busca de protección de la isla.

Los negros habían visto a los muchachos, y les hubieran atacado, pero les separaba de ellos un espacio de río cubierto de llamas, que no se atrevían a franquear. Los de las canoas de la primera fila hicieron fuego con sus rifles, pero con tan mala puntería, que las balas fueron a dár en las rocas altas de la costa.

Pudieron ver, los muchachos, cómo las canoas procuraban, en vano maniobrar en aquel océano de fuego. Gritos de furor y de terror oíanse por todas partes, a los pocos minutos se comprendió que el nuevo ataque había sido desorganizado, pues los guerreros wonga huían, en sus canoas, río abajo, aterrados ante las llamaradas que ondulaban en torno de sus embarcaciones.

—¡Miren! — exclamó Arturo. — ¡Cada canoa es como una tortilla al rom! ¡Hola! ¡Si se están peleando los unos con los otros! ¡Se pelean entre ellos!

Efectivamente, los enfurecidos wongas, molestados por los repetidos choques y por la torpeza de algunas tripulaciones, que no conseguían hacer que sus canoas viraran con la rapidez necesaria, comenzaron a increparse los unos a los otros.

Unos levantaron sus paletas y golpearon con ellas a sus compañeros. Se oían los golpes de las paletas en las cráneos de los negros. Eran unas golpes que hubieran hecho añicos la cabeza de cualquier blanco, pero que, para los negros, no representaban más que leves golpes que no llegaban a producir ni un chichón.

El fuego se fué consumiendo a poco hasta desaparecer. Los muchachos, cuando llegaron a la isla, todavía oían los gritos y los

golpes de los wonga, que se peleaban en el río.

—¡Casi estuve por reirme! — exclamó Arturo, — cuando vi a un negro gigantesco, que estaba en una de las primeras canoas, dar con la paleta en la coronilla de otro negro por el estilo! ¡Si sonó como el golpe de la pelota de tennis en la raqueta! Supongo que, después de lo sucedido, no volverán a atacar esta misma noche. Con las minas y con las tortillas quemadas, creo que han tenido suficiente por ahora.

Pero el capitán Bones conocía mejor que Arturo a aquellos negros. Fuera del miedo y de la quemazón de las canoas, los asaltantes no habían sufrido mayormente. Sabía que los wongas eran valientes y testarudos. Durante muchos años, habían sido mercaderes de esclavos y cazadores de esclavos, en toda aquella zona, río arriba y río abajo. Y sabía que pelearían desesperados, procurando rescatar a Makokó, su adorado monarca.

Si corriera por aquellos parajes la noticia de que los wonga habían sido derrotados, habría lo menos una docena de tribus que procurarían vengarse de todas las infamias de que las habían hecho víctimas durante los últimos cuarenta años. Los wonga tenían que pelear sin remedio. Habían sido sorprendidos por la fuerza de aquel grupo de hombres, pero pelearían mientras pudieran. El capitán Bones sabía que todo lo pasado no haría más que redoblar los esfuerzos de sus enemigos en el sentido de aniquilar definitivamente a aquel grupo de ingleses.

—No se haga ilusiones, Arturo. — dijo. — Poco tiempo ha de pasar antes de que los volvamos a ver atacando de nuevo. Si logran poner pie en la isla, la lucha va a ser muy recia. Sin embaro, disponemos ahora de un poco de tiempo y me parece que podemos aprovecharlo comiendo.

Tanka dejó el cuidado del reflector y se ocupó de la preparación del exquisito café. Los remeros negros muy contentos ante la vergonzosa retirada de los enemigos, prepararon su comida. Juby, el gigantesco negro mandinga, sirviente de Pedro Grief, estaba contentísimo y elogiaba la hazaña que habían llevado a cabo los muchachos. Entusiasmado ante su relato, Umpopo, el cazador, que era el poeta nativo de la expedición, compuso un poema, adaptado a la música conocida por los cargadores y remeros negros, y un rato después lo cantaban todos a voz en cuello, en homenaje a los tres valientes jóvenes.

No hay que decir que el poema fué todo un éxito y que Peter Grief, complacido, envió de regalo, al poeta, una lata de miel de caña, que fué debidamente saboreada.

El rey Makokó escuchó aquella canción, compuesta en honor de los valientes jóvenes.

Dijo que el poema era muy hermoso, pero que no le parecía bien que se elogiara a nadie por un asunto que aun no había terminado. Pero se sentía muy abatido. Comenzaba a comprender que aquel grupo de ingleses había sido demasiado fuerte para sus numerosos guerreros y que el nombre de Makokó en lugar de ser oído con terror en toda la extensión del río Bana-Bana, sería cambiado por el de magolowakani o sea "el que fué vencido por unos muchachos".

Pero su rostro cambió de expresión y una sonrisa se vió en sus labios cuando Artura al contagio de la constante alegría del de café muy dulce.

—¡Hola rey! — dijo Arturo bondadosamente. — Tome un poco de café y este sandwich, que por el tamaño parece la piedra del umbral de una puerta. ¡Como se sonríe! ¿Eh?

El sandwich era realmente monumental. Arturo lo había preparado él mismo, con dos enormes rebanadas de pan y una de jamón, de modo que tenía el tamaño y el grueso de medio ladrillo.

El rey consumió el sandwich y el café con la mayor satisfacción. Era imposible que ni aun aquel torvo monarca negro, se resistiera al contagio de la constante alegría del carácter de Arturo.

Le pidió al pelirrojo que tocara algo de música y Arturo ejecutó varias piezas que deleitaron al negro. Después le dió un tarro de dulce de manzana y ciruelas para él sólo, que el rey comió a dedo, afirmando que le gustaba más que la miel del bosque.

—Déjeme al rey por mi cuenta señor, — dijo Arturo a Pedro Grief. Yo le trato bien y ya somos grandes amigos. Si usted no se opone, le mostraré el bastón de tiburón, a ver que es lo que piensa a su respecto.

—Muéstreselo usted si lo desea — dijo.

Arturo fué corriendo en busca del bastón de tiburón, que trajo envuelto en una funda que le habían hecho a propósito.

Sacó Arturo el bastón de su funda de tela y lo presentó al rey Makokó.

Con gran asombro de parte del muchacho, el rey retrocedió lanzando un grito. Después se arrojó de cara al suelo, ante el bastón y restregó la mota de su cabeza en el piso, en señal de sumisión y acatamiento.

Nadie se sorprendió más que Arturo al ver la profunda impresión que había causado al rey la aparición de aquel misterioso bastón.

—¡Hola, rey! — dijo — ¿Qué es eso? ¡Si no le voy a pegar con esto! No hago más que mostrárselo, por si le interesa.

Arturo no tuvo tiempo para decir más. Los centinelas estacionados en el extremo río arriba de la isla, lado del cual se esperaba un ataque, dieron voces de alarma y dispararon algunos tiros.

Se oyeron gritos por todas partes, se vieron fogonazos en todas direcciones. Del otro lado, río abajo, se presentaron de nuevo las canoas en montón.

Los guerreros wonga atacaban a la isla por sus cuatro costados.

FUEGOS ARTIFICIALES

Nunca, en todo el transcurso de su memorable expedición, estuvieron nuestros amigos en mayor peligro que cuando se produjo el desesperado ataque nocturno de los guerreros Wonga a la pequeña isla donde se habían guarecido.

El capitán alemán Otto Schneider y Luis Coffin habían logrado reunir de nuevo sus fuerzas. En el primer momento los wonga se habían asustado ante las llamas del petróleo

"¡Vayase de una vez, asqueroso personaje! — díjole Arturo con desprecio. — A nosotros no nos da miedo morir ¡A usted sí! ¡Cobarde!

arrojado a la rápida corriente del río, y se habían negado a avanzar de nuevo contra aquellos ingleses que sabían "transformar el agua en fuego", según decían.

Pero Luis Coffin, enfurecido porque había recibido una pequeña herida en un hombro, cuando le hizo fuego el capitán Bones, logró entusiasmarles de nuevo e incitarlos a la pelea.

Les preguntó, én tono de burla, si los famosos guerreros wonga, hasta el momento tan temidos de un extremo a otro de Africa,

iban a declararse vencidos ante un puñado de muchachos y de hombres blancos. Les prometió grandes regalos para el caso de que salieran victoriosos. Llegó hasta ofrecerles mil botellas de ginebra a los guerreros que fueran los primeros en desembarcar en la isla y en arrojar de ella a los intrusos.

Una botella de la infame ginebra que esos mercaderes llevan a Africa valía más que su peso en oro para los guerreros y era bebida que sólo probaban el rey y sus ministros. Se le llamaba "la bebida del rey", porque el monarca monopolizaba toda la que pasaba por el país.

Se comprende, pues, que la oferta de las botellas de ginebra fuera una gran tentación para aquellos guerreros que no se hubieran atrevido a volver al ataque por ningún otro incentivo.

Luis Coffin se encargó del mando de la partida que atacaría del lado del río bajo, mientras el capitán Otto Schneider tomó a su cargo la que atacaría del otro lado. Además se enviaron varias partidas a las orillas, para que se ocultaran entre los árboles y atacaran por los lados cuando llegase el momento oportuno.

Este era el formidable ataque que Pedro Grief y su grupo tenían que rechazar necesariamente, pues se trataba de un caso de vida o muerte.

Los ingleses dividieron sus fuerzas rápidamente cuando, gritando cómo locos las dos flotillas de los wonga se precipitaron sobre la isla.

Los atacantes fueron recibidos calurosamente. El capitán Bones lo había preparado todo para cuanto pudiera acontecer.

En cuanto las proas de las canoas tocaron las costas de piedra de la isla, desembarcaron sus grupos de guerreros salvajes, que avanzaron saltando de roca en roca.

Cuando los invasores estuvieron en lo alto de la costa, después de haber subido bajo la protección del tiro de las flechas de los que habían quedado en las canoas para eso, fueron los muchachos los que se encargaron de recibirles calurosamente.

Con ellos estaban Juby, el gigantesco negro mandingo, sirviente de Pedro Grief, Umpopo el cazador y Rob, el joven salvaje. Estos tres tuvieron por misión, más que la de pelear con los wonga, la de defender a los muchachos mientras éstos dirigían la defensa.

Umpopo, que conocía perfectamente cómo peleaban los wonga, había preparado una cantidad de escudos de cuero de vaca estirado sobre una hoja de hierro.

Con esos escudos, él y sus compañeros defendieron a Harry, Juan y Arturo, mientras éstos se hallaban tras de los parapetos naturales formados por las rocas, y preparaban los morteros que servía para disparar los cohetes bombas de la lancha. Detrás de aquellos escudos de cuero y hierro no podían dañarles ni las flechas ni los venablos arrojados por los guerreros wonga.

Se oyó un breve estampido, un silbido y después dos detonaciones. Dos cohetes, verde el uno y rojo el otro, cruzaron por en medio de dos canoas de la flotilla de Schneider, haciendo zozobrar a ambas embarcaciones y arrojando, en consecuencia, al agua a sus asustados tripulantes, que gritaban como endemoniados.

Una gritería de asombro y de miedo surgió de toda la numerosa multitud de guerreros.

—¡Ohoooooo!...

Así resonó el grito de terror y de asombro de los guerreros wonga. Fué parecido a la gritería de una multitud cuando presencia unos fuegos artificiales y recibe con entusiasmo la aparición de alguna pieza realmente notable.

Retrocedieron, y algunas canoas hubieran huído, pero "Cruel" Schneider, como le llamaban en Africa al capitán expulsado del ejército alemán, no se lo consintió.

La primera canoa fugitiva que pasó junto a la embarcación del alemán, fué llamada con toda energía. Los negros, dominados por el miedo, obedecieron en seguida.

Schneider, de pié en su canoa, no hizo uso de la palabra, pero sacó tranquilamente sus dos revólveres. Entonces, con toda calma y tranquilidad apuntó hacia donde estaban los desdichados fugitivos y le metió a cada uno una bala en la cabeza. La canoa en que estaba el capitán se hallaba bastante lejos para que no pudieran llegar hasta ella los tiros de tierra, pues el "cruel" jefe unía a su innegable crueldad, su intensa prudencia, que no le permitía, en ningún caso, exponer su propia vida por recio que fuese el ataque.

—¡Tiren más cohetes! ¡Eso es lo que les conviene, muchachos! — gritó Arturo.

Otro par de cohetes brilló sobre la masa de negros y seis canoas zozobraron entre el más intenso terror de parte de los nativos, ante tan extraordinarios elementos de guerra.

Pedro Grief tenía el propósito de no hacer uso de armas de fuego contra los negros hasta que no fuera estrictamente necesario. No quería producir una matanza entre aquellos guerreros que no eran culpables de lo que hacían y sólo obedecían a los malos consejos de los viles aventureros blancos. Pensaba ahuyentar a los negros asustándoles con los cohetes, más que cuanto pudieran hacer todas las ametralladoras y los cañones de tiro rápido del mundo.

Los wonga no temen a la muerte cuando están en la pelea. Pero entre la mercancía que llevaba la expedición figuraban — porque Pedro Grief los había considerado útiles para dar alguna fiesta al aire libre en alguna ocasión, — gran cantidad de fuegos artificiales de toda clase, a cual más ruidoso y colorido, sin que faltaran bombas de estruendo, candelas romanas y esos cohetes pequeños que se lanzan con la mano una vez encendidos y parece que tuvieran el instinto de ir contra las personas. A estos cohetes se les llama generalmente "buscapiés" y los muchachos disponían de gran cantidad de ellos.

El efecto de los buscapiés arrojados entre los negros fué terrible. Se dirigían a los cuerpos, clavándose en ellos, chisporroteando, y si la víctima lograba quitárselo se le clavaba en otra parte en cuanto lo soltaba o describiendo una curva aérea, iba a clavarse en otro negro de la canoa. Y cuando, por fin, terminaba por apagarse con un estampido seco y breve, el miedo de los wonga no podía ser mayor.

Los cohetes de diversas clases fueron cayendo en una y otra canoa. Los negros, cada vez más asustados, se arrojaban al agua. Unos cuantos chelines de fuegos artificiales hicieron más efecto que cuanto hubieran podido hacer varios miles de tiros de una ametralladora y esto sin costar ni una sola vida.

Los negros gritaban y saltaban mientras los cohetes ardían entre ellos, saltaban de las canoas y peleaban entre ellos por huir de los cohetes que seguían acudiendo en tropel.

Una tras otras, las canoas quedaron con la quilla para arriba, y el río se vió lleno de negros que chillaban y se quejaban de tal modo que casi hacían más ruído que los mismos cohetes.

Los tiradores que habían desembarcado en la isla y habían recibido orden de apoderarse de la situación mediante el fuego de sus mosquetes de antiguo sistema, se asustaron de tal modo ante aquel despliegue de fuegos artificiales, que dejaron de tirar y se quedaron boquiabiertos, contemplando el espectáculo.

Mientras esto sucedía en un lado de la isla, lo mismo exactamente sucedía del otro. Pretendieron tomar la isla con el fuego de sus viejos fusiles y terminaron por ser rechazados por los fuegos artificiales.

Desembarcaron en la isla, — de aquel lado, — cerca de un centenar. Para éstos reservaba Pedro Grief su gran efecto final: una pieza de artificio que representaba las plumas del príncipe de Gales, rodeada de una porción de luces de bengala de los más vistosos colores y de una serie de cohetes de los más ruidosos.

Pedro Grief oía cómo Luis Coffin, — desde lejos, pues no avanzaba tampoco hasta hallarse al alcance de los tiros de rifle, — incitaba a sus guerreros a que avanzaran, pues toda aquella "magia de los hombres blancos" no representaba peligro ninguno. Pero los negros no tuvieron valor para avanzar cuando Pedro Grief hizo arrojar por las rocas de la costa un par de latas de nafta y encendió luego el líquido con un fósforo.

Los negros del grupo de desembarque, que habían puesto pie en la isla, vieron que la nafta ardiendo descendía por las rocas, hacia ellos. Un grupo de triquitraques estalló en aquel mismo momento, y esto fué el fin de la valentía del ejército del rey Wonga. Los negros lanzaron desaforados gritos de terror.

—¡La isla se está quemando! — gritaron. — ¡Los blancos han prendido fuego a las rocas!

Y se arrojaron al agua, nadando río abajo hasta llegar al sitio donde estaban las canoas, que seguían siendo visitadas por las luces de los cohetes.

Entonces se oyó otro:

—¡Ohoooooo!

El capitán Bones había encendido su castillo final. Los negros vieron que la isla ardía y humeaba, lanzando llamas de todos colores. De pronto los fuegos cambiaban de color; el azul se hacía rojo, el rojo verde, el verde amarillo y así por el estilo.

—¡Oh! ¡Estos magos están quemando la isla y están quemando a nuestro rey! — gritaron unos guerreros wonga.

La flota negra, reorganizada a medias, se había quedado detenida aguas abajo, a prudente distancia de la isla, contemplando sus tripulantes el extraordinario espectáculo.

Entonces fué cuando Pedro Grief subió a una de las rocas más altas, en la que podían verle todos. El capitán Bones, oculto detrás de él, encendió varias luces de bengala, verdes, al pié de la roca, y Pedro, en su altura, resultó algo así como una extraordinaria aparición.

Entonces, con suma lentitud y con grandísima dignidad, Pedro levantó un objeto que tenía en la mano, sosteniéndolo en alto, de modo que todos pudieran verle.

—¡Ahaaaaaa! — profirió en seguida la multitud de negros.

Fué un grito de terror, de respeto y de asombro a la vez, que resonó en la garganta de miles de negros. Fué un grito de temor y de reverencia. Un instante después, los negros se taparon los ojos, porque ninguno de ellos era suficientemente valeroso para mirar dos veces seguidas al bastón de tiburón que Pedro tenía en la mano. Era aquel un poderosísimo talismán; era el cetro que controlaba el dominio del mundo negro y hacía muchos años que no lo habían visto. El hombre que tenía en su poder el bastón de tiburón, podía mandar sobre Wonga y sobre su rey lo mismo que éste mandaba sobre centenares de tribus.

Unos cuantos guerreros negros, interpretando la opinión de los demás, encargó a uno que expresara lo que pensaban.

—¡Perdón, amo! — gritó el encargado de hacerlo. — Nosotros no sabíamos. ¡Oculte ese objeto! ¡No podemos volver a mirarlo y seguir viviendo!

Pedro ocultó el bastón de tiburón en su funda, y en seguida todos los guerreros negros alzaron y agitaron los brazos para demostrar que no empuñaban armas.

Se oyó resonar el grito de amistad y de sumisión. Los muchachos, encendiendo el reflector eléctrico, vieron que la canoa en la que iba Luis Coffin y su grupo se alejaba río abajo, a toda prisa. Por su parte, Otto Schneider hacía otro tanto, igualmente convencido de que la situación se iba poniendo poco favorable para él.

Entonces, Pedro Grief, tomando a Makokó, rey de Wonga, de la mano, le llevó a la costa del río.

—¡Hombres de Wonga! — gritó. — He aquí a vuestro rey! Está en seguridad, sano y contento. Ha manifestado que será amigo

El rifle de Arturo hizo un disparo; se oyó un gemido y un rugido, lo que demostró que el tiro había sido certero. De pronto los leones aparecieron como si vinieran por el aire...

de los ingleses y ha hecho la paz con nosotros. Puede retirarse de la isla cuando lo desee. Ya no es nuestro prisionero, es nuestro amigo. Ya no somos enemigos.

Una de las canoas de guerra más grandes se acercó tímidamente a la costa a buscar al rey.

Pero el rey Makokó se negó a partir.

—Yo quiero que venga conmigo Arturo. Que venga Magamaumtumtum, el que hace música con la boca. Y los hombres blancos deben venir también a mi ciudad.

Y el rey no cedió hasta que los defensores de la isla, cargados con sus armas y bagajes, decidieron acompañarle hasta la capital de Wonga.

Fué una notable procesión la que se formó en el río.

La encabezaba una canoa de guerra, iluminada por antorchas hechas con olorosas resinas e impulsada por unos cuarenta remeros.

En la popa, en su silla de honor, se sentó Makokó, a cuya derecha tuvo que colocarse Arturo, al que le tocó amenizar el viaje con música de su flauta.

Aun cuando ya era más de las doce de la noche cuando llegaron a la ciudad, sin embargo ya estaba toda ella iluminada y una gran muchedumbre esperaba, en el muelle, la llegada de la comitiva con el rey.

Grande fué el asombro de los negros cuando vieron que el rey volvía con los blancos a quienes había ido a pelear, transformados de enemigos en amigos.

Y cuando Arturo, siguiendo al rey, ejecutó varias marchas militares, el entusiasmo del pueblo no tuvo límites.

La comitiva fué del desembarcadero al palacio del rey, que era un enorme edificio de paredes de adobe con techos en forma de colmena y con los muros blanqueados con cal.

Cuando llegaron, la cena estaba ya preparada en el palacio real. Era, en realidad, el banquete que se había preparado en el palacio para festejar la victoria cuando regresara el rey después de haber vencido a los ingleses.

Había tres novillos asados, enteros. Había montones y montones de papas dulces asadas, y grandes ollas de "cuscús", un guiso que les gusta mucho a los negros, pero que, en realidad, parecía engrudo.

Todos tenían excelente apetito y Arturo, que estaba sentado en una silla de honor, junto al rey, consiguió apoderase de tres excelentes costillas de novillo, para sus compañeros.

Arturo fué a llevar el suculento asado a sus amigos.

—¡Aquí tienen, muchachos! —exclamó. — Prueben estas costillas marca Wonga. Siento mucho no poder comer con ustedes esta noche, pero estoy invitado por mi viejo compañero y amigo su majestad el rey Makokó. ¡Qué horror! ¿No les parece?

Arturo volvió a su sitio de honor, junto a su amigo el rey. Los cortesanos, al ver cómo trataba Makokó a Arturo, trataban a éste con todo género de cortesías y atenciones.

El muchacho, rodeado de tantas atenciones, no disponía ni de un solo momento; pero pasó muy agradable el tiempo que duró la nocturna comida.

Siguiendo una antigua costumbre wonga, el rey tomó en su negra mano un poco de guisado de carne, otro poco de arroz y algo de cuscús, rodó la mezcla entre las manos, formando una bola del tamaño de una pelota de tennis y la metió en la boca de Arturo.

Era esto un grandísimo honor y Arturo no podía rechazarlo, así que se sometió. Pero los ministros imitaron al rey y Arturo se vió obligado a deglutir cerca de una docena de aquellas bolas alimenticias.

—¡Basta! — gritó por fin. — No tengo sitio para más. Ahora voy a darles un poco de música y después me retiraré, porque he pasado un día muy fatigoso y aspiro a gozar de un poco de descanso.

Arturo hizo resonar su flauta, despertando los dormidos ecos del espacioso caserón de barro blanqueado. El éxito que obtuvo fué extraordinario en verdad.

Ya eran las dos de la mañana cuando se dió por terminada la fiesta y los miembros de la expedición se retiraron a dormir a uno de los espaciosos salones del palacio, que más parecía una caballeriza que un dormitorio.

El miserable Jabez Sleek, medio loco de terror al encontrarse con que se había dado vuelta la tortilla, estaba encerrado en un pequeño granero y el leopardo fué atado a la puerta del granero, para que ejerciera de centinela.

—Ese hombre dice mentiras, — dijo el rey a Pedro Grief. — Porque él y los otros como él, me dijeron muchas mentiras; yo me puse a pelear con usted, ¡oh, poderoso blanco poseedor del bastón de tiburón! Ellos hicieron que hubiera enemistad entre quienes debíamos ser amigos, pero la virtud del bastón de tiburón ha hecho que hubiera amistad donde, en verdad, debía haberla, a pesar de todos esos blancos que mienten. ¡Por estas razones, este blanco, miserable, mentiroso y cobarde, ha de morir!

Pero Pedro Grief movió negativamente la cabeza.

—No tienen por costumbre los hombres blancos, ¡oh, rey! el dar muerte a los mentirosos, a los espías y a los cobardes, — dijo. — Los blancos son sabios y saben que semejantes reptiles mueren víctimas de su propia ponzoña. Dé a este hombre el alimento que necesite y envíelo a donde están sus dignos amigos. ¡A nosotros no nos sirve para nada!

Jabez Sleek casi no se atrevía a convencerse de que había escapado a la muerte que ya tenía tan segura. Le pusieron en una canoa, con provisiones para dos días. Se le dijo que estaba en plena libertad de marcharse y de unirse nuevamente a sus compañeros.

Y mientras hacía avanzar la canoa, me-

viendo su paleta, le seguían las risas de los negros wonga, que le gritaban a manera de despedida: "Watuka", o sea "lengua partida", lo que, en el idioma de aquellos negros, equivalía a mentiroso.

Jabez tenía veinticuatro horas de ventaja, porque la expedición se quedó un día más en el palacio del rey.

No fué hasta la mañana siguiente cuando se preparó la lancha a motor, se organizó la fila de canoas con sus tripulaciones y sus cargamentos, y todo estuvo pronto para la retirada.

El rey y toda su corte fueron hasta el muelle a despedir a la expedición. El rey estaba magnificente, pues se había puesto su corona de oro adornada con plumas de avestruz y marchaba debajo de un palio de seda de colores, sostenido por cuatro generales del ejército de Wonga.

—Mis amigos, — dijo en el lenguaje más claro que pudo emplear. — Ustedes son todos buenos amigos. Yo quiero que vuelvan todos a visitarme. Pero quiero más todavía, que venga Arturo, porque hace una música tan exquisita como no la había oído yo nunca.

—¡Muy bien, rey! — dijo Arturo con alegría. — Volveremos con mucho gusto. ¡Tururú, rey! Cuídese el físico, no vaya a adelgazar y al atravesar la calle, mire si viene el eléctrico.

—¡Tururú! — repitió el rey, persuadido de que era ésta una fórmula de saludo muy europea. Y movió la mano horizontalmente, como lo había hecho Arturo, imitando el conocido saludo de Carlitos Chaplin.

Arturo se levantó el casco, como Carlitos Chaplin se levanta el sombrero.

El rey se levantó la corona del mismo modo.

—¡Tururú! — gritó en el momento en que la lancha se separaba del muelle y comenzaba a avanzar, remolcando a la fila

El grito fué oído por el populacho de Wonga, que lo repitió cuando la lancha se alejaba por las tranquilas aguas del riacho sobre el cual estaba la ciudad, dirigiéndose al río Bana-Bana.

—¡Tururú! — gritaron los guerreros formados en ambas orillas del riacho, agitando arcos y lanzas a manera de saludo.

—¡Tururú! — chillaron las mujeres que agitaban ramas de palmeras.

Y en medio de un extraño coro de "¡Tururú!", los de la expedición se dirigieron hacia el Bana-Bana. Pronto hizo frente a la poderosa corriente del importante río.

Arturo, sentado a la popa de la lancha, acariciaba la cabeza del leopardo.

—¿Qué tal mi viejo amigo Tutú? — dijo. — ¿Qué te ha parecido? Hemos hecho un efecto estupendo en la capital de Wonga. Muchos años pasarán sin que se olviden de mi música. Cuando haya regresado a Inglaterra, organizaré allí una pequeña compañía de circo para venir a dar funciones en este país y con seguridad me hartaré de ganar dinero. Les daré fuegos artificiales, y música y una porción de cosas más.

A TRAVES DE LAS CAVERNAS

Durante una quincena la expedición prosiguió río arriba, avanzando con bastante rapidez.

Pedro Grief estudiaba el río a medida que avanzaban y poco a poco iba recordando los sitios por donde había pasado en su viaje anterior, en sentido contrario.

—Recuerdo esta parte del río mejor que la que está cerca de la embocadura, muchachos, — dijo. — Cuando pasé por la región de Wonga me hallaba casi enloquecido por la fiebre y la fatiga; por eso poco pude observar. Pero esto es distinto. Ahora estoy convencido de que podré guiarles hasta la Montaña de Oro. Dentro de una semana abandonaremos el río y entonces comenzará la verdadera expedición.

Arturo gruñó. La agradable vida de navegante fluvial le estaba engordando y no eran de su agrado las marchas a pie, por entre el bosque, que Pedro Grief había dejado entrever.

Luis Coffin, Oliveira y sus compañeros habían desaparecido por completo de su paso. Se habían evaporado, como si la tierra del Africa Central se hubiera abierto para tragárselos.

—Si lo ha intentado, de seguro que se ha ahogado con ellos, — dijo Arturo. — A esos tipos no hay quien los trague. De fijo que el día menos pensado volveremos a verlos.

Pedro Grief movió la cabeza.

—Hemos dado a los pillastres una buena recorrida, — dijo; — pero tiene usted razón, no deben haber desaparecido; de fijo nos siguen la pista. El premio que esperan es demasiado importante para que desistan de conquistarlo. ¡Oh! ¡Aún no hemos terminado con Coffin y su pandilla!

Al terminar la tercera semana de su partida de la capital del país wonga, notaron que el aspecto del río cambiaba; se acercaba a la terminación del brazo del río Bana-Bana que habían ascendido desde la embocadura.

Aquel brazo de río carecía de nombre, así que en honor de Arturo, que había sido la alegría y el contento de toda la expedición durante su accidentado viaje, los muchachos le pusieron río Smith y lo bautizaron así en el mapa.

Pedro Grief siguió examinando las orillas a medida que seguían río arriba. En algunas ocasiones mandó a Bob de ojeador en una u otra orilla en compañía de Umpopo, el cazador, que era el mejor de los escuchas de la expedición. Pero ambos volvieron siempre diciendo que no habían visto a nadie sospechoso.

Era aquel un país salvaje y pedregoso; en las orillas del río crecían plantas con extrañas y vistosas flores, el calor era intensísimo y abundaban las moscas.

Era de noche cuando Pedro hizo detener a la expedición en el sitio donde iban a dejar las embarcaciones. Era un sitio donde el río se estrechaba en una garganta flanqueada de altas murallas de piedra.

Allí, sin una sola palabra de advertencia, Pedro dirigió la lancha hacia un hueco que había en la pered de la garganta y que daba acceso a una especie de caverna, dando orden a los de las canoas de que le siguieran.

—Aquí es donde vamos a dejar las embarcaciones, muchachos, — dijo Pedro. — pues es este un sitio seguro como muy pocos pueden encontrarse en Africa. Hemos venido por el río sin dejar huellas de nuestro paso y saldremos por la puerta del fondo, que está a doce millas de distancia y a la que se lega cruzando pasajes subterráneos. Acamparemos aquí esta noche y mañana seguiremos viaje por entre las cuevas.

Los negros se quedaron atónitos al ver que la lancha, remolcando a las canoas, penetraba en las cavernas y todas las canoas le seguían, entrando en la vasta cueva, donde el ruido del motor repercutía de modo ensordecedor.

Fuera el río tenía poca profundidad y estaba lleno de rocas que molestaban al navegante, pero en la caverna, el agua tenía más de cien pies de profundidad.

Pedro parecía conocer muy bien aquello, pues dirigió la lancha alumbrando el camino con el reflector eléctrico, a través de la vascaverna, pasando luego por el túnel a otra caverna de dimensiones mayores aún.

Los muchachos contemplaban admirados el interior de la gruta, formada por masas de rocas cristalina de las más extraordinarias formas. Los negros murmuraban entre ellos al ver que las canoas flotaban en aquellas negras aguas, pero como tenían completa fe en Pedro Grief, el dueño del bastón de tiburón, se tranquilizaron pronto. No hay casi que decir que a esto contribuyó Arturo ejecutando la música más alegre de su repertorio.

Por fin, Pedro detuvo la lancha en una enorme caverna que se hallaba al extremo de aquel lago subterráneo.

Había allí una suave y extensa playa que constituía un desembarcadero ideal. Además a un lado, una roca lisa y horizontal, se extendía como el piso de un hall de grandes dimensiones.

A la luz de faroles y antorchas procedieron a desembarcar los fardos de las canoas., Se instalo el campamento en aquel piso de piedra lisa. Antes de entrar había cargado una canoa con buena y seca madera resinosa que les sirvió para encender los fogones del campamento, así que poco después ardían grandes hogueras, a cuya luz pudieron los cargadores preparar sus paquetes para el siguiente día.

El capitán Bones se dedicó por completo a la lancha, limpiando y engrasando el motor para defenderlo contra la humedad del ambiente.

En todo esto estuvo ocupada la expedición hasta pasada la media noche, hora a que se entregaron todos al descanso.

Los muchachos durmieron intranquilos, a causa de los ruidos que, procedentes de todas partes, se oían en la caverna. El balbuceo de uno de los negros era suficiente para que, repetido por centenares de ecos, se acrecentara hasta tomar las proporciones de un sonoro trueno, y durante toda la noche resonaron como martillazos los golpes de las gotas de agua que caían de la bóveda, en la superficie del lago.

Eran cerca de las cuatro y media de la mañana, cuando Arturo se despertó de pronto y se sentó en su lecho.

—¡Diablos! — exclamó. — ¿Qué es esto?

Los muchachos se había puesto de pie, en seguida, y habían tomado los rifles. A la débil luz de los fogones vieron que los demás de la expedición también se habían levantado.

Los remeros y los cargadores estaban reunidos, formando un grupo, mirando hacia el fondo de la caverna. Desde aquel sitio, hacia el cálido ambiente de la caverna, llegaba una fuerte ráfaga de aire frío como la que anuncia, en el extremo de un túnel, que por él viene un tren a toda velocidad.

Desde aquel túnel situado en el fondo de la caverna llegó un grito, un salvaje aullido que hizo helar la sangre en las venas de todos los que lo oyeron.

Hasta el mismo Arturo se sintió sobresaltado.

—¡Diablos! — exclamó. — ¿Qué es lo que viene por ahí? Debe ser un dragón o algo parecido. ¡Cuidado, muchachos! ¡Vamos a guarecernos!

Los muchachos se arrodillaron detrás de un natural parapeto de piedra y apuntaron con los rifles hacia la entrada de la caverna por la cual llegaban los ruidos más extraordinarios: silbidos, aullidos, chillidos, etc.

Arturo, menos paciente que los otros, se echó el rifle a la cara e hizo un disparo que retumbó como un cañonazo.

EL VALLE DE LA MUERTE

Cuando retumbó el estampido en la caverna, un grito de terror brotó de labios de todos los grupos de cargadores y remeros.

Esperaban todos ellos ver en aquel momento alguna enorme y terrible bestia o algún espíritu horrendo, surgir del túnel de donde los aterradores aullidos y silbidos seguían surgiendo sin descanso.

Corrían por aquellas tierras muchas leyendas, según las cuales un yimbú o dragón estaba escondido en las orillas del río Bana-Bana, guardando sus fuentes. Ese yimbú, según decían los negros, era capaz de devorar cien hombres en una sola comida.

A los muchachos les flaqueaban las piernas, temblándoles las rodillas, mientras apuntaban con los rifles a la oscura entrada. Pero Pedro Grief, despertado por todo aquel ruido y por los gritos y quejidos de los negros, había salido a toda prisa de su tienda.

Se rió cuando vió a los muchachos acurrucados detrás de su parapeto de peñas.

—¡No se apuren, muchachos, que no pasa nada importante! — gritó. — Esos ruidos no los produce nadie más que el viento. El sol acaba de salir, en la parte exterior, y ha empezado a soplar el viento en el Valle de

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

la Muerte, entre las montañas. Esos aullidos los produce la presión del aire exterior.

Los muchachos bajaron los rifles y Pedro se dirigió a tranquilizar a los asustados negros.

—Eso no es más que el viento que sopla a través de las cavernas, — dijo. — ¿Somos tan débiles que vamos a asustarnos del ruido que hace el viento?

Umpopo, el cazador, replicó tímidamente.

—Yo no temo al león ni al leopardo patrón — dijo — He hecho frente a un elefante herido. Pero temo al yimbú que guarda las fuente donde nace el río Bana-Bana.

Pedro Grief se rió.

—No existe semejante yimbú. Umpopo, — contestó — Eso no es más que un cuento de abuela para asustar a los nenes. Esos ruidos los causa el viento que barre el profundo valle situado del otro lado de estas montañas.

—¿Por qué debemos considerar a ese viento como a un buen amigo? — preguntó Umpopo.

—¿Por qué? — contestó Pedro — Pues porque el Valle de la Muerte por el cual tenemos que pasar, no se puede pasar más que durante el día, mientras sopla ese viento terrible y violento, producido por el sol, en toda su extensión. Este viento comienza a soplar cuando el sol deja de alumbrar. Cuando deja de soplar los gases venenosos y los miasmas mortíferos que brotan de las rocas del valle, causan la muerte de todo hombre o animal que penetre allí.

"Hoy debemos cruzar el valle contra el viento. El paso tiene catorce millas de largo, y es necesario que no nos sorprenda en él el anochecer. Así pues, Umpopo puede advertir a sus amigos que conviene que se desayunen lo más pronto que puedan pues tenemos que cruzar varias cavernas antes de llegar a la luz del día, del otro lado de la montaña. Debemos entrar en el Valle de la Muerte antes de las diez de la mañana.

Umpopo se volvió y dirigió un discurso a los suyos. Les dijo que estuvieran tranquilos y contentos, pues el amo del bastón del tiburón había dicho que no les amenazaba ningún peligro, y que aquellos horrendos aullidos y silbidos no eran más que el vociferar del viento en el interior de las montañas.

Pusieron más leña en los fogones y cuando los asustados nativos vieron que, a pesar de los terribles aullidos que brotaban del túnel no sucedía nada, se sintieron más reanimados y comenzaron a preparar su suculento desayuno.

Hasta el mismo Arturo estaba impresionado por el ruido aquel.

—La verdad es que le da a uno frío, a pesar del calor que hace, — dijo, mirando con recelo, por encima del hombro. — Cualquiera pensaría que había de ese lado lo menos cien millones de hombres haciéndose sacar una muela cada uno, en ese túnel. Sin embargo, parece que no es nada. ¿eh? Pero fíjense en el viejo Tutú: ¡cómo se le conoce que ese ruido no le gusta!

El leopardo estaba acurrucado junto a Rob. Tenía las orejas echadas hacia atrás, y sus blancos dientes brillaban a la luz de los fogones mientras aullaba acompañando a los aullidos del viento.

Pero precisamente en el instante en que el almuerzo estuvo pronto, los aullidos procedentes del túnel cesaron.

Los exploradores se llevaron las manos a los oídos que les zumbaban dolorosamente.

—Me parece que me cantara alguien dentro del cráneo, — dijo Arturo. — Lo que me llama la atención es que haya cesado tan de improviso.

—Puede ser que el yimbú sea un personaje bien educado, — dijo Harry. riendo,— y haya decidido dejar de gritar mientras nos desayunamos, para nuestra mayor tranquilidad.

—Esos negros son una calamidad cuando se trata de hablar de yimbús y yins y otros espíritus de la misma clase, — dijo Arturo. — Páseme la mermelada, amigo Harry. Nos conviene alimentarnos bien ya que hemos de cruzar el valle durante todo el día, haciendo frente a un viento de esa fuerza. El señor Grief dijo el otro día que sopla como un verdadero huracán y que debemos avanzar contra él.

Se desayunaron en el menor tiempo posible, porque Grief estaba impaciente por ver partir a la expedición. Eran las seis de la mañana cuando comenzaron a avanzar por la larga serie de cavernas que conducían al otro lado de las montañas.

El avance tenía que ser lento. Toda la caravana fué atada a una larga soga, — hecha mediante la unión de varias sogas bastante largas, — de modo que no hubiese ni la menor probabilidad de que una sola persona se extraviara en el trayecto de todas aquellas cavernas.

Pedro Grief guió a la expedición hacia la caverna por la cual se habían oído los aullidos y los silbidos. Llevaba en alto el bastón de tiburón, de modo que todo el personal negro pudiera ver que llevaba un poderoso amuleto contra todos los yimbús y malos espíritus que tuvieran la ocurrencia de obstaculizar el paso de la expedición.

Hasta el leopardo fué sujeto a la larga soga que iba de un extremo a otro de la larga procesión. Tutú avanzaba de mala gana, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas y gemía de vez en cuando

(Continuará)

¡GRATIS!
Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección al
The American Watch Company
RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

LA CASA de la PUERTA ROJA

Por

Clarence Winchester

La máquina, — dijo Speedy Spencer, piloto aeronáutico de fama mundial, a su compañero Grahame Gill, — está en la bahía de Torquay. Ya he volado con ese aparato y puedo decir que es muy bueno. Un poco diferente al Golden Dart, que es de aspecto más sólido... y con un bote que parece tan grande como un dreadnought.

Speedy había regresado al aeródromo central después de una ausencia temporaria, durante la cual Gill se había divertido encargándose del cuidado de sus numerosos animales, llegando hasta considerar con seriedad, la compra de un joven elefante. Afortunadamente Speedy había regresado a tiempo para evitar tamaña locura de su parte, pues aun cuanto sentía bastante afecto por su colega, temía dejarlo solo durante un largo tiempo, ya que sus ausencias, invariablemente significaban un nuevo agregado a su numerosa colección zoológica.

—Y este elefante también es muy bueno — observó Gill con soltura, — y bastante sólido. Ya habría estado aquí a no ser porque yo he vacilado pensando en el costo de su manutención. ¡Comen mucho, sabes?

—El aparato — prosiguió Speedy, sin hacer caso a las observaciones de su compañero, — puede descender sobre tierra o agua..., es algo así como un anfibio. Tiene motores de trescientos caballos de fuerza y desarrolla una velocidad aproximada de ciento veinte nudos por hora. ¡Es un espléndido aparato, te lo aseguro!

—Como te decía — prosiguió Gill imperturbable, los elefantes comen mucho, y tampoco estoy seguro de que podamos hacerle practicar bastante ejercicio. No es posible pasearlos por las calles como si fueran perros o caballos...

Speedy frunció el ceño, que era en él un signo ominoso.

—Oyeme, jardín zoológico, explotó por último. Te estoy hablando de un aparato perfectamente maravilloso en el cual tú y yo vamos pronto a emprender un vuelo, y sin embargo no haces más que pensar en elefantes salvajes...

—No hablo de salvajes, viejo. Esto es un animal muy dócil, siempre que...

—Siempre que no lo compres — le interrumpió el piloto con energía.

—Siempre que no se le alimente con alpiste — respondió Gill sonriente, al recordar una ocasión en que Speedy había consentido en dar de comer a los animales, haciendo una deplorable confusión con los diversos alimentos.

—Bueno, no te aflijas por eso, amiguito; todos nosotros cometemos errores de vez en cuando, y si me dejas encargado de tus pájaros, animales y peces de colores ¿qué pretendes esperar de mí?

Ambos se rieron ante el recuerdo, y Gill cedió ante la insistencia de su amigo.

—Está bien; háblame de tu aeroplano, entonces.

—Está bastante alejado de nuestro campo de operaciones... y al mismo tiempo, lo suficientemente cerca para que nos permita proceder con rapidez, si da el caso. El asunto tiene que ver con seda y tabaco.

Gill, francamente, se hallaba mistificado; pero sabía que Speedy tenía su manera propia de revelar sus planes.

—Pues larga el rollo de una vez — le urgió sonriendo — Soy todo oídos.

Speedy le comunicó que había estado ausente dirigiendo la construcción de un aeroplano anfibio, que debía prestar servicio especial a la orden de las autoridades aduaneras. Como le había dicho antes, se trataba de perseguir los contrabandos de tabaco y sederías, que, por ser artículos fuertemente grabados con derechos de importación, eran introducidos clandestinamente en grandes cantidades.

¿Cómo? ¿Y quien estaba detrás de esas vastas operaciones de contrabando que habían ocasionado una pérdida tan importan-

te a la recaudación y al tesoro nacional.

—Hace una o dos semanas se me llamó para encargarme de esta tarea — dijo Speedy — y se me ha dado carta blanca para que encuentre al asunto una solución, de una vez por todas. Creo que nuestra suerte como aviadores ha causado impresión. Como quiera que sea, es un trabajo que me corresponde a mí y a tí, y nuestros primeros pasos deberán ser...

No prosiguió más adelante. El ruido de pasos lo obligó a interrumpir las declaraciones que estaba por formular respecto a su plan de campaña. Y cuando un visitante de aspecto distinguido hubo entrado en la oficina, después de llamar a la puerta, el piloto le hizo una guiñada significativa a su compañero, quien inmediatamente introdujo una mano en el bolsillo y con cautela asió su revólver. Como el piloto tuvo ocasión de observar más adelante "uno nunca sabe con quien tiene que habérselas en las cuestiones de policía aérea".

—¿Es usted el señor Speedy Spencer — preguntó genialmente el recién llegado, — y ese caballero es su compañero Gill?

—Acierta usted de entrada — le respondió Speedy tratando de mostrarse alegre. ¿En qué podemos serle útiles? — y haciéndole seña al visitante para que tomara asiento, agregó: —Por el momento no podemos encargarnos de asuntos importantes.

—Lo sé — fué la respuesta, — ustedes estarán muy ocupados con esta... campaña contra los contrabandistas ¿eh?

Speedy se estremeció violentamente. ¿Quién, aparte de él y los altos funcionarios aduaneros, estaba enterado de sus futuras actividades aéreas?

—Está usted bien informado, señor — declaró ya algo repuesto y con tono vehemente — ¿Puedo preguntarle como se llama usted?

—Ciertamente; mi nombre es Joshua Scales, es decir, uno de mis nombres, y vengo a ofrecerles una fuerte suma de dinero si usted quiere suspender su campaña contra estos contrabandos, al menos por un mes. Pronunció estas palabras en tono bajo, como un murmullo, y mirando furtivamente en torno.

No cabía duda de que en alguna forma la noticia había trascendido, o lo que era aun más probable, los astutos aventureros tenían un servicio de espionaje perfecto.

Los labios de Speedy se entreabrieron en una sonrisa sardónica. Tomado de sorpresa, le costaba trabajo dominar su cólera. Luego resolvió proceder con lentitud y cautela, y nuevamente volvió a guiñarle el ojo a Gill.

—Es usted muy considerado, sin duda — respondió, — pero...

El visitante extrajo de sus bolsillos un paquete de billetes de banco, los contó cuidadosamente, y los dejó sobre una pequeña mesa escritorio que había en un costado de la habitación.

—Mil libras esterlinas — declaró — es lo que estoy dispuesto a pagar como.. mediador entre usted y... la otra parte. Para decirle francamente la verdad, Speedy Spencer, no soy más que intermediario. No hay pruebas contra mí, y claro está, voy bien armado; sin embargo, percibo una comisión en este negocio. Desde luego, tengo que tomarle su palabra de honor... pero su reputación me indica que se puede confiar en usted.

—Confiar en que cumpla con mi deber, supongo que querrá usted decir — asintió Speedy. — Será mejor que se retire usted, señor Joshua Scales...

Gill, mientras el visitante hablaba, hacía esfuerzos por ocultar una sonrisa que pugnaba por fruncirle los labios. Con sigilo extrajo el revólver del bolsillo, y el señor Scales se encontró de pronto con el caño del arma que le apuntaba, mostrándose algo desconcertado e intranquilo.

—Es usted un tonto — comenzó a decir el hombre, — al rehusarse a aceptar el dinero — y tomando nuevamente los billetes de encima del escritorio, los guardó otra vez en el bolsillo de su saco. — Me retiro tranquilamente, pues nada pueden hacer ustedes contra mí; pero ¡cielos! les haré pagar por su maldita honradez.

—¿Quieres que lo detenga? — gritó Gill con excitación.

—No; déjalo que prosiga con su juego sucio — y volviéndose hacia Scales, agregó: — Está usted jugando con una carta que le hará perder, mi amigo; pero tiene usted audacia, y eso probablemente es lo que le ha valido para seguir adelante en la vida; pero eso no le ha de durar eternamente. Es mejor que abandone el juego, mientras tiene una probabilidad de salir bien. Más tarde me encontraré con usted, entre Newhaven y Rottingdean, que es por donde se introduce la mercadería. ¡Buenas tardes!

Scales no se hizo repetir la invitación; pero Gill tuvo que dejarlo partir muy a su pesar.

—De todas las tonterías que has cometido — interpuso Gill cuando quedaron solos, — la más grande ha sido dejarlo partir y anunciarle el lugar donde sabes que se efectúa el contrabando. ¡Speedy, estoy por crer que te has vuelo loco!

Speedy se sonrió.

—Puedes estar seguro de que no he dado a conocer nuestras intenciones. Tengo el aeroplano en Torquay precisamente porque no es en Newhaven ni en Rottingdean por donde se introduce el contrabando, sino en algún sitio de la costa al sur de Cornish. Nuestra base de operaciones se encuentra en Devon, y nuestro servicio activo deberá desarrollarse en Cornwall. ¿Crees que soy un alcornoque, Gill?

EL NUEVO AEROPLANO

Solamente Speedy sabía cómo se las compuso para silenciar los enormes motores del gran navío aéreo; pero lo cierto es que el aparato permanecía tan quieto como una gaviota.

Cuando por último el aeroplano se deslizó sobre el agua de la bahía, piloteado por Speedy, y acompañado por Gill, la noche era oscura y apropiada para esa aventura. Una espesa niebla se cernía entre la tierra y el cielo, como una cortina, y no había luna.

—¿Sientes frío? — le preguntó Speedy a su acompañante.

—Parece que hace más frío cuando no se puede oír el rugido de los motores — respondió Gill.

El piloto se rió. Probablemente había algo en esa idea. Ciertamente resultaba extraño estar volando a razón de más de cien nudos sin oír, no obstante, más que el silbido del viento producido por las hélices y lanzado a través de los tensores. El escape del motor estaba casi mudo.

La máquina, tan diferente al diminuto Golden Dart, enfilaba con dirección al Oeste a lo largo de la costa; más abajo, en el canal se veían guiñar las luces de los vapores sobre el agua. Speedy no llevaba luces, a despecho de las leyes que regían la navegación aérea; gozaba de privilegios especiales mientras actuaba en representación de las autoridades, y era un piloto bastante hábil como para esquivar a cualquier otro aeroplano que pudiese estar volando.

—¡Pensance! — gritó de pronto, señalando con el dedo hacia abajo.

Gill hizo un movimiento de cabeza.

—Entonces no estamos muy lejos ¿verdad?

El piloto movió el timón de profundidad, y el aparato ascendió aún más, hacia las nubes.

—Haremos uso de estas como una cortina, aunque dudo de que podamos ser vistos u oídos desde abajo.

De pronto Speedy hizo descender el aeroplano más abajo de la bruma, y con la consiguiente sorpresa notó que había dejado atrás la tierra y que se dirigía en línea recta a través del Atlántico.

—¡Por aquí se va a América! — exclamó riéndose. — Nos hemos pasado; mira atrás y dime si alcanzas a ver la tierra.

Gill se bajó hasta el piso de su cabina, y abrió una puerta-trampa. Tendido con la cara hacia abajo, se puso a mirar con ayuda de sus binoculares.

—¡Tierra a babor! — le gritó. — En dirección nordeste. Haz virar la máquina, viejo.

Se puso de pie, cerró la puerta-trampa, y volvió a ocupar su asiento. El enorme pájaro mecánico viró sobre un ala, con la punta hacia tierra. Speedy, que tenía ojos de lince, pudo distinguir la tierra a simple vista.

—Ya sé dónde estamos — exclamó. — Ahora sentimos más calor. ¡El señor Joshua verá que las circunstancias se le han tornado desfavorables!

Con la consiguiente sorpresa de su acompañante, el piloto había hecho descender más la máquina. En realidad, en una ocasión llegó casi hasta rozar el mar y el joven pasajero creyó que pensaba amerizar.

—¿Qué piensas hacer? — preguntó con curiosidad. — El mar está bastante agitado para intentar el descenso.

—Ando en busca de una cañonera — fue la respuesta, — sin luces y que, probablemente, está anclada no muy lejos de la costa.

El hidroplano siguió su vuelo rozando casi las crestas de las olas. Hacia el Este se levantaban los empinados arrecifes de la costa, como cortados a pico. Speedy fijó en ellos su mirada, pues sabía que esos acantilados guardaban inviolados los secretos de los contrabandistas de nuestros días, de la misma manera como guardaron los de otras épocas. Y, por otra parte, tenía el presentimiento de que se hallaba muy cerca de sus adversarios. Las autoridades no creían que la mercadería era traída en barcos, pues declaraban que ningún contrabandista se arriesgaría a correr ese peligro, empleando embarcaciones de gran tamaño que serían fácilmente descubiertas. Speedy, en cambio, difería de esa manera de pensar. Había seguido en secreto las ventas de los barcos nacionales, y se enteró de que un país poco conocido acababa recientemente de deshacerse de todos sus buques viejos. Se había tomado el trabajo de averiguar el destino de cada buque, y entre ellos existía uno que lo dejara intrigado, pues parecía haberse desvanecido de la superficie de las aguas, aunque no se tenían noticias de que hubiese sido desmantelado. Se había puesto en comunicación con todas las autoridades marítimas, pero sin resultado, y esto le bastaba para confirmar sus primeras sospechas.

Como por arte de encantamiento, la gran mole de hierro, sin luces a bordo, se presentó a la vista de Speedy. El suceso había tenido efecto mucho antes de lo que él anticipara, y lo tomó por sorpresa. ¿Y si fuera visto? Deseaba evitar que eso ocurriera; pero el hidroplano hendía el espacio a una terrible velocidad, y de no haber hecho una rápida maniobra que lo desvió de su ruta, el piloto habría rozado con el mástil delantero, y sufrido tal vez una caída.

—¡Por vida de!... — exclamó. — ¡Has visto eso, Gill?

Se sorprendió de no recibir respuesta, y volvió a gritar. Luego miró por encima del hombro en dirección a la cabina de su acompañante, y con gesto sonriente notó que su compañero estaba acariciando un conejo que había conseguido embarcar consigo a pesar de las advertencias de Speedy.

—¡Ah, contrabandista desalmado! — le gritó el piloto simulando enojo. — ¡Eres tan buena pieza como el mismo Joshua Scales!

—Lo lamento, señor — interpuso Gill en respuesta, — pero estos animales no se quieren separar de mí. ¡No me extrañaría de que encontráramos una girafa en el fuselage!

—Bueno, pues deja ese conejo a un lado, y ocúpate de cosas más serias. ¿Has visto ese barco sin luces? Si no lo has visto, míralo. Creo que es el caballero que andamos buscando.

Gill dejó al animal dentro de la cabina y miró afuera de la borda. El hidroplano seguía ascendiendo, pero Gill consiguió, haciendo un esfuerzo, discernir la silueta de la embarcación.

—No subas muy arriba — le urgió. — Hay

otro barco menor que se está separando de él y dirigiéndose a tierra. Al parecer se trata de una rápida lancha a motor.

El avión dejó de descender. Speedy había resuelto vigilar la lancha a motor. Puso la punta en dirección al mar, paró el motor para poder planear silenciosamente, y le ordenó a Gill que le informara de los movimientos de la embarcación.

Luego, cuando el aparato descendía planeando, ocurrió algo que hizo tambalear al piloto. La pala de la hélice del costado izquierdo de pronto se hizo añicos. Las hélices habían estado funcionando sin novedad durante el viaje, y el accidente era tanto más extraño cuanto que ahora giraban con más lentitud. Un poco más tarde Speedy notó que del tanque de nafta, de reserva, chorreaba el combustible, que caía en la cabina de comando, mojándolo.

—¡Cielos, Gill! ¡Se nos están haciendo disparos! — exclamó. — ¡No podemos seguir adelante!

El aludido profirió un gruñido; no le agradaba el aspecto que estaban tomando las cosas.

—¿Qué será de mi pobre conejito? — murmuró.

Speedy no hizo caso a sus palabras; su pensamiento trabajaba con rapidez. Con voz enérgica le ordenó a Gill que lanzara un despacho en código Morse. Estaba seguro de que sería interceptado en el depósito naval, y había probabilidades de que el barco contrabandista fuese capturado.

Luego, deliberadamente, planeó hacia el mar, y dejó que el avión siguiera así hasta que estuvo seguro de que los de a bordo ya no lo podían ver. En esas circunstancias lo hizo virar hacia tierra y por una ruta en caracol lo dirigió hacia tierra firme. Deseaba evitar estar flotando sobre el mar a merced de las corrientes. Si conseguía llegar a tierra, por lo menos no se vería obligado a estar en inactividad. A través de las tinieblas de la noche vió acercarse la línea de la costa. Tal vez el avión alcanzara a llegar hasta ella. El viento soplaba en sentido contrario, lo que dificultaba el descenso; pero no le quedaba otro recurso que arriesgarse. El césped se acercaba cada vez más, se habían desplazado los deslizadores, reemplazándolos por ruedas, y un instante más tarde el anfibio tocaba terreno firme.

El aterrizaje, sobre terreno escabroso, fué violento, y el piloto y su acompañante por el momento se olvidaron de todo cuando el aparato se clavó de punta y se tumbó por completo. Se oyó el ruido producido por la madera al quebrarse y el metal al doblarse. Luego reinó el silencio.

EN LA CASA

—¿Estás herido, Gill?

—No, y el conejito tampoco — fué la respuesta que llegó a través de la oscuridad.

—Hemos sufrido un pequeño desastre — continuó Speedy, — pero quería hacerles creer a esas gentes que habíamos caído al agua. Tenemos algo que hacer cerca de media milla hacia el Oeste. ¡Salgamos de entre estos despojos!

La máquina había quedado completamente destruída, pero los pasajeros, milagrosamente, habían salido ilesos, con sólo unos rasguños.

Gill salió de lo que fuera su cabina, saltando por encima de trozos de madera y hierro, y Speedy lo ayudó a descender al cesped. El aterrizaje se había efectuado en un pequeño campo desparejo.

Ambos se pusieron de pie.

—Tengo algo que decirte, ahora que he llegado el momento — anunció Speedy en voz baja como un murmullo. — No lejos de aquí hay una casa sospechosa; una casa que tiene la puerta roja. Allí vamos a dirigirnos en seguida. Mientras nosotros hacemos investigaciones allí, los del depósito naval acudirán a hacer una limpieza en el barco.

Gill abrió la boca con asombro.

—¿La casa de la puerta roja? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¡Ven y lo verás!

Se pusieron en marcha en dirección al Oeste, salvando alambrados y tranqueras a medida que se les presentaban. De pronto Speedy le hizo una seña a Gill para que mantuviese la cabeza gacha. Habían llegado cerca de una casa solariega, desierta y desolada.

—¿Van ustedes a ver la casa encantada? — Una voz se dejó oír súbitamente entre las tinieblas. Speedy se estremeció, pero con gran presencia de ánimo, se apresuró a responder:

—Sí. No hay nada que temer ¿verdad? — y alcanzó a ver la figura de un campesino destacándose su silueta en las tinieblas.

—Yo no me atrevería a acercarme. Dicen que por ahí andan los duenden, — y el campesino siguió de largo.

—Es una idea muy buena — comentó Speedy. — De esta manera consiguen que nadie se acerque.

Los dos amigos saltaron una tapia y se encontraron dentro de los terrenos de la finca. A una docena de metros más arriba, por el sendero de entrada, se encontraron con una puerta de color rojo. Con la consiguiente sorpresa por parte de Gill, Speedy sacó una llave de su bolsillo, la insertó en la cerradura, abrió la puerta y le hizo una seña a su compañero para que lo siguiera.

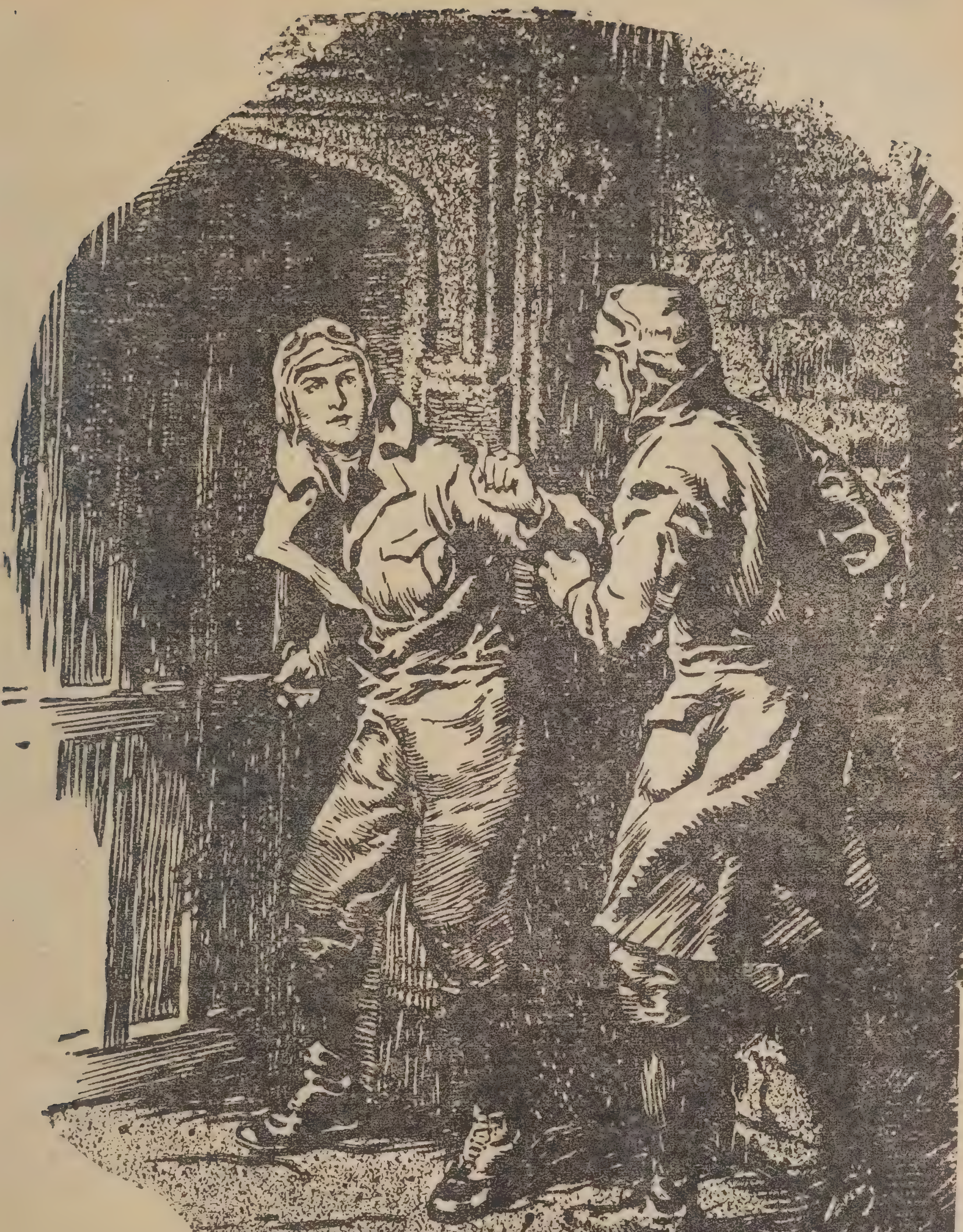
—¿Qué diantres?. . .

—¡Chist! ¡Silencio! Mantén la linterna eléctrica lista y apóyate en mi brazo. Pon a mano el revólver. Te hablaré de este lugar más tarde.

No se oía ningún ruido. Atravesaron el vestíbulo y descendieron al subsuelo, buscando el camino al tanteo, de la mejor manera que les fué posible, no atreviéndose a encender luz. En una ocasión Gill puso el pie encima de algo que crujió bajo su peso, y Speedy se detuvo súbitamente.

—¡No hagas tanto ruido!

Al pie de la escalera de piedra, una puerta les cerraba el paso. El aviador probó la manija; pero notó que estaba cerrada con llave. Luego, acercando el oído a ella, se puso a escuchar atentamente, diciéndole a Gill en voz baja que hiciese lo mismo.



—¡Chist! ¡Silencio! Manten la linterna eléctrica lista y apóyate en mi brazo.

—Tendremos que arriesgarnos — le dijo un segundo más tarde, y sacando de su bolsillo un trozo de alambre retorcido, comenzó a manipulear la cerradura. El metal chirrió, produciendo un ruido que parecía más fuerte de lo que en realidad era. Al cabo

de un instante la puerta cedió bajo una suave presión, dejando expedito el paso hacia un sótano de grandes dimenciones...

Speedy se arriesgó a encender la linterna eléctrica. A su luz descubrió un gran número de fardos de seda apilados contra la pared, y aquí y allá se veían enormes cajones, que supuso contendrían tabaco.

Registraron con cautela el depósito subterráneo, y finalmente encontraron un anillo de hierro fijado sobre una losa del piso. Mediante un pequeño esfuerzo levantaron esa puerta-trampa y escudriñaron las tinieblas, escuchando atentamente. El apagado y continuo murmullo del mar, llegaba monótono desde lejos. Esta, pues, era la guarida de los contrabandistas... la clave del misterio.

—Cuando diga ¡listos!—murmuró Speedy con calma, — escúrrete por este agujero con el revólver listo. Yo haré lo mismo, y en seguida procederemos como si fuéramos un gran número de hombres. Debemos darles esa impresión.

Speedy no tardó en dar la señal.

Los revólveres comenzaron a dejarse oír, y el espacio dentro de aquella cavidad pareció inundarse de estampidos y fogonazos, que repercutían por los ámbitos semejando una formidable batería.

Durante una pausa que hicieron los jóvenes aviadores para cargar nuevamente sus armas, alcanzaron a oír el ruído de pasos que huían apresuradamente, en las profundidades. Un disparo, en respuesta, sonó a lo lejos.

¡Vengan, muchachos! — exclamó Speedy lleno de entusiasmo. — ¡A ellos, sin demora! — Y tuvo cuidado de modular su voz de manera que fuera comprensible y lo bastante intensa como para que se oyera desde lejos.

Volvieron a repetir su táctica, e hicieron furiosos disparos, desapareciendo después a través del agujero para seguir por él hasta donde los condujera. El camino era penoso, porque se trataba de un pasadizo en pendiente sobre un suelo accidentado, que indudablemente conducía al mar.

Poco después pudieron sentir el aire saturado de olor a agua de mar, y casi antes de que se dieran cuenta del lugar en que se hallaban, salieron por un boquete a la playa, debajo de los acantilados, frente al Atlántico. A alguna distancia, sobre las olas, se deslizaba rápidamente una lancha a motor, con la proa hacia el barco sin luces que hacía sólo unos momentos habían visto desde el aire.

—El truco ha producido su efecto — exclamó Speedy con entusiasmo. — Han creído que se trataba de una partida numerosa de representantes de la ley.

Uno o dos días después Speedy explicó todo lo relativo a esa aventura, hablando de la historia relacionada con la casa de los duendes, que hacían correr los contrabandistas para impedir que se acercaran los curiosos. Indicó cómo había descubierto la casa en un vuelo anterior a poca altura, y cómo había obtenido la llave por intermedio de un agente de propiedades, con el pretexto de que tenía intenciones de adquirir la casa encantada. Desde el primer momento que viera ese edificio, había sospechado de él, por su situación ideal desde el punto de vista de los contrabandistas. Luego había arreglado los detalles de su raid y todo le salió bien, salvo el pequeño capotage del aparato al aterrizar. Scales resultó ser el jefe de la banda

—Sí, querido; llevo bastante ropa interior para todo el tiempo que estemos de viaje.

EL EXTRAÑO AVENTURERO

Por EDGAR WALLACE

(Continuación)

Al dirigirse a la casa la muchacha mora que parecía ser tan extraña al sitio como ella, corrió a cuchichear una pregunta a las mujeres que miraban curiosas a la recién llegada.

Adelantóse una de éstas, fornida mujer de rostro ordinario, desfigurado en aquel momento por un ceño que la hacía repulsiva. Dijo algo en tono agudo, y cuando Juana movió la cabeza para indicar que no entendía, hizo sonar los labios con impaciencia. Señalando la puerta, la muchacha mora, que parecía temerosa de la mujer fornida, la abrió e hizo seña a Juana de que entrase.

La habitación estaba delicadamente amueblada y le recordó un gabinete inglés, a no ser porque las ventanas, como las de la mayoría de las casas moriscas, tenían reja.

—¿Quién es esa mujer gruesa?

La muchacha mora tuvo una risita.

—Es la señora Hamon, — contestó y Juana dejóse caer de pronto en el diván más próximo, retorciéndose de incontenible risa.

¡Ella podía llegar a ser la principal, pero ciertamente no sería la primera mujer de Mr. Rafael Hamon!

CAPITULO LVIII

—¿Quiénes son las otras mujeres? ¿Son también suyas? — preguntó Juana secamente.

La morita movió la cabeza.

—Aquí solo hay una, — contestó y Juana se las arregló para seguir su español sin dificultad. — Las otras son mujeres de servicio. Su mujer no vive aquí; vino hace poco tiempo. No ha visto a su marido hace años.

Hablaba despacio, repitiendo las palabras cuando a Juana se le escapaba el significado.

—Gracias, — dijo la joven.

—¿Está claro? — preguntó la morita, cuyo nombre era Zuleika

—Perfectamente claro, — contestó Juana sonriendo.

Le intrigaba porque sentía extraordinario júbilo en aquel que prometía ser el más trágico momento de su vida. Era posible que el fresco aire de la montaña introdujese aquella extraña alegría en su corazón; ¿o era que la conciencia de que el porvenir no podía presentarle sorpresas la capacitaba para trazar una línea bajo sus desventuras y buscar una equivalencia en la casilla del haber del libro mayor de su vida? El techo recordábale el de la casa de Jaime; era de yeso blanco, en el cual los artífices moros, con sus afilados cuchillos, habían hecho tracería tan delicada, que casi parecía que el techo era de espumoso encaje.

Los muebles y las maderas debían de haber sido enviados por casas europeas. La espesa alfombra azul, rodeada de arabescos dorados y brunos, había sido tejida en una pieza en los telares de Persia. Vió el toque europeo en el hogar de mármol blanco con sus pilares verdes y sus leones agachados. Rafael Hamon debió tener aquel retiro en la imaginación toda su vida, porque Juana descubrió en una ojeada el cuidado puesto en la elección de cuantos objetos había en la estancia.

¡Era hermosa, pero una prisión! Aunque peor podía ser.

Al extremo de la habitación, una ancha ventana mostraba por fuera una reja de hierro labrada a mano. Abrió la ventana y se asomó contemplando la belleza del ancho valle. Desde allí distinguió la lejana salpicadura del mar, y volviendo la cabeza vió que se distinguía la mole de Gibraltar.

Notó que algo se movía en el valle, y se hizo sombra en los ojos para evitar el resplandor del sol poniente. Era el mendigo, que regresaba a caballo por el camino de Tánger. Por espacio de un segundo se trastornó su equilibrio.

—Juana, Juana, — dijo sin aliento, — no vas a llorar ni a desmayarte, ni a hacer nada igualmente femenino, ¿verdad? — y movió negativamente la cabeza.

Cerrando la ventana, regresó a la puerta e hizo girar la manilla de plata. No esperaba que se abriese, como lo hizo. El vestíbulo estaba desierto. Las oscilantes puertas no estaban sujetas. En apariencia se le iba a conceder cierta libertad, y, por ello a lo menos, se sintió agradecida.

Pero una vez en el jardín qué falto de esperanza tenía que ser cualquier pensamiento de fuga. La tapia que rodeaba la posesión era extraordinariamente alta, aun para una casa morisca, y hallábase cubierta en la parte superior por trozos de vidrio que brillaban a la luz del sol poniente, como recordándole que era imposible escapar por allí.

La puerta era igualmente infranqueable. Había un pequeño edificio de ladrillo adosado al muro, en el cual dormía el guarda, y se acordó (y de nuevo sintió angustia y tristeza de Crieth y de la deshabitada portería que lord Crieth nunca encontró modo de ocupar con alguien.

Dispuesta a cumplir su feroz determinación de ahuyentar de su mente todos los pensamientos relativos a su hogar, a su padre y a otro cualquiera, volvió a la espaciosa habitación, que evidentemente estaba reservada para ella, ya que nadie iba a aliviar su soledad.

Le habían notificado a Rafael Hamon el afortunado término de la huída, y cruzaba a caballo el terreno desigual, con una fiera canción de triunfo en el alma y los ojos cla-

vados en la casa blanca de las colinas.

¡Por fin! Juana Carston era suya, en todas las significaciones posecivas. Había celebrado una secreta entrevista con un hombre de barba roja en Tánger, y ahora su felicidad era completa. Sadi Hafiz que cabalgaba a su lado, hallábase en estado de ánimo menos alegre. Había visto hacerse pedazos su taza de alegría cuando estaba cerca de sus labios, y Rafael Hamon había encontrado en él un descontento y poco envidiable compañero de viaje.

—Llegaremos poco después de ponerse el sol, — dijo Rafael.

—El cielo sabe por qué voy allí, — contestó enojado Sadi. Invariablemente hablaba en inglés, sintiéndose orgulloso, con razón, no sólo de su extraordinario conocimiento del idioma, sino del de los clásicos de esa lengua. — Me ha estropeado usted el asunto, Hamon!

Este echóse a reir ásperamente, sin sentirse enfadado ni aun al oir acusación tan injusta.

—¿Quién entró corriendo en la habitación a decir que el "basha" y sus soldados estaban a la puerta? ¿Quién la echó en realidad fuera de la casa cuando la tenía segura? ¿De quién fué el plan de despertar al detective cuando hubiera sido cosa muy sencilla, como está probado, llevar a Lidia a su casa de usted? Yo no he estropeado nada, Sadi. Debe usted tener paciencia. Lidia está aun en Tánger y probablemente permanecerá algunos días, y no sería difícil, asi como pude traer a milady a este sitio...

—¡Qué usted pudo traerla!... — se burló el otro. — Pero, hombre, ¿quién la trajo sino yo, el cherif Sadi Hafiz?

—Es hermosa, — dijo el indiscreto Hamon con entusiasmo.

—¿Por cuál otra estaría yo haciendo este viaje? — dijo Sadi con frialdad y algo en el tono de su voz hizo que Hamon mirase alrededor.

—Puede usted satisfacer su curiosidad y marcharse luego, — dijo Rafael, — y dirigir sus atenciones a donde tenga más probabilidad de ser aceptadas. Que no haya acerca de esto ninguna equivocación. Sadi, esa muchacha va a casarse conmigo.

El cherif encogióse de hombros.

—Hay tantas mujeres como mendigos,— dijo, — y volvió la cabeza hacia la indescriptible figura que se dirigía lentamente hacia ellos.

—¡¡Una limosna en nombre de Alá el Compasivo y Misericordioso! — gimió el pordiosero y Rafael le miró sin interés. Había visto muy a menudo tipos como aquel.

—Es un pobre diablo sin dientes, — dijo, y, a la manera oriental, le echó una moneda.

—¡Que Dios le de sueños felices! — gimoteó el mendigo, y acució al caballo tras ellos. — Que goce alegría en el cielo y el placer de los profetas, — gimió, — proporcionándome una casita en que dormir esta noche, pues soy un viejo...

Sadi, viendo quien era, pudo aguantar aquella retahila filosóficamente. Rafael volvióse sonriendo y miró ferozmente los o[jos] ribeteados de rojo.

—¡¡Márchate, perro!! — rugió; pero [el] hambre continuó sus súplicas gimiendo m[o]nótonamente.

—Permítame dormir a la sombra de [su] casa, hermosa ave del paraíso. Deme u[na] manta y un techo, porque las noches s[on] frías y soy un hombre muy anciano.

—Déjele, — dijo Sadi. — ¿Por qué d[ia]loga usted con un mendigo estando ta[nto] tiempo en Marruecos?

Tuvieron que sufrir que el hombre los [si]guiese a distancia, hasta que la puerta [se] cerró de golpe en la larga cara del caball[o;] el mendigo bajó la ladera de la colina [la]mentándose, y últimamente le vió Rafa[el] con el caballo trabado por una pata y [pa]ciendo la espesa hierba, y una azul colum[na] de humo saliendo de la maleza donde el a[n]ciano mendigo comía.

Rafael Hamon tenía que realizar una d[es]agradable tarea y no estaba muy ansioso [de] cumplirla.

Cenó con Sadi en un cuartito reserva[do] del vestíbulo.

—No es usted amador muy ardiente, [—] dijo el moro. — ¿La ha visto usted?

—Puedo esperar, — contestó Hamon.

—Entonces, voy a verla yo, — dijo Sa[di] Hafiz con voz blanda, y al advertir la va[ci]lación del otro: — Después de todo, usted [no] es musulmán, y creo que la joven señora [se] tranquilizará al encontrarse con un cab[a]llero moro y al saber que no estámos en[te]ramente desprovistos de buena comida.

—Más tarde le acompañaré a usted don[de] está; ahora tengo otra cosa que hacer, [—] dijo Rafael.

La "otra cosa" era entrevistarse con u[na] mujer a quien no había visto durante oc[ho] años. Al ir hacia la habitación de ella, [pa]recíale imposible que aquella fornida y [ce]ñuda mujer fuera en otro tiempo una mo[za] de considerable belleza, delgada y delei[ta]ble en extremo.

—¿De modo que has venido, Hamon? [—] dijo la mujer con voz aguda. — Duran[te] ocho años no he sabido nada de tí ni te [he] visto.

—¿Has pasado hambre? — preguntó H[a]mon con indiferencia. — ¿Te ha faltado [te]cho o cama?

—¿Quién es la muchacha que has traíd[o?] — preguntó desconfiada la mujer.

—Pronto será mi esposa, — contestó H[a]mon, y la mujer dió un salto, temblando [de] ira.

—¿Entonces por qué me has traído aqu[í?] — gritó la mora. — ¿Para qué presenta[r]me como una necia ante mis criadas? ¿P[or] qué no me dejaste en Mogador? Por lo m[e]nos, tengo amigos allí. Aquí estoy enterra[da] en el desierto. ¿Y para qué? ¿Para que s[ea] una esclava de tu nueva mujer? Pero no [lo] haré, Hamon.

Hamon sentíase ahora dueño de si mi[s]mo.

Puedes ir a Mogador la semana próxim[a.] Estás aquí porque tengo un proyecto.

La mujer estuvo un rato pensativa.

—¿Lo sabe ella? — preguntó.

—Le dije a la muchacha que se lo comunicase y supongo que lo haría, — contestó Hamon.

En verdad, habíase propuesto una cosa excelente. Su "esposa" mora había sido llevada apresuradamente a la casa de las colinas para que Juana la viese y viéndola, comprendiese. La sutil imaginación de Hamon nunca estuvo más iluminada que en esta acción suya.

Regresó a donde estaba Sadi Hafiz.

—Voy a ver a mi señora, — dijo, — y luego le llevaré a usted.

Golpeó la puerta del gabinete y como no obtuvo contestación, hizo girar la manilla y entró. Juana estaba sentada en un taburete ante el gran piano, con las manos cruzadas en el regazo. Toda la noche había estado tratando de despertar una inclinación a tocar y por fin habíase acercado al piano cuando Hamon se presentó.

—¿Está usted cansada? — preguntó Rafael.

Juana no contestó. El hombre estuvo unos momentos admirando la esbelta figura y el tranquilo imperturbable rostro. La más pequeña excitación hubiera mostrado el odio que sentía la joven; pero no se movió ni un músculo de la cara y Hamon podía haber pasado por un servidor de Creith que acudía a su llamamiento: tan inmóvil y falta de emoción le recibió.

—¿Es un sitio hermoso, eh? Uno de los más bellos de Marruecos, — dijo Hamon. — Una muchacha puede ser feliz aquí un año o dos. ¿Ha visto usted a Número Uno?

Sentóse sin ser invitado y encendió un cigarro.

—Presumo que al decir Número Uno se refiere usted a Mrs. Hamon.

El afirmó con la cabeza. Juana nunca había visto a Rafael tan alegre como le vió entonces. Era como si todas las preocupaciones del mundo hubieran huído de él dejándole libre de cuidados y con el corazón ligero.

—Cuando digo "primera", — dijo Juana, — hago patente mi ignorancia de las costumbres moriscas. De cualquier modo, es la primera que he visto.

—Y la última que verá usted, Juana, — dijo Hamón riendo. — Dicen que los matrimonios se hacen en el cielo. En Marruecos se pueden hacer agradables alianzas; pero el Número Uno, la primera, la última y todas será lady Juana Hamon.

Una sombra de sonrisa apareció y desapareció.

—Eso suena brutalmente, ¿no? — dijo Juana con franquezar.

Sabía irritarle más que cualquiera otra persona. Podía meterse bajo su piel y arañar en los sitios más sensibles. Durante un segundo llamearon los ojos del hombre y luego, tragándose la rabia, rió forzadamente. Admiraba en secreto la insolencia de la joven y le habría gustado imitarla si ello fuera posible.

—Sonará mal pero es un nombre bastante bueno par mí, — dijo.

—¿Es esa también una costumbre morisca? — preguntó Juana fríamente. — ¿Que una muchacha tome el apellido del hombre que la rapta? Debe usted instruirme en las leyes matrimoniales moriscas; temo que las ignore totalmente.

Cruzó Hamon a donde estaba la joven, llevándose consigo la silla.

—Escúcheme, Juana, — dijo con calma. — No va a haber casamiento morisco. Va a haber un honesto y cristiano casamiento, dirigido por un ministro ordenado de la iglesia episcopal, con anillo de boda y la acostumbrada cermonia. Hace poco le pregunté a usted si había visto mi mujer mora, y sospecho que sí, la vió. ¿Qué piensa usted de ella?

Juana no dijo nada. Trataba de descubrir a dónde dirigía los tiros.

—¿Qué piensa usted de ella? — volvió a preguntar Hamon.

—Me siento extraordinariamente triste por ella. No me es muy agradable, pero cuenta con toda mi simpatía.

—¿Sí, eh? gruesa, ¿verdad? De rostro carnoso y sobrealimentada. Así son en Marruecos a causa de la oscuridad del harén y la ausencia de libertad y ejercicio. Se las trata como al ganado, encerradas en una atmósfera cálida día y noche, y pasean media hora diaria bajo la mirada de los esclavos. Eso es peor que estar en la cárcel. Eso es lo que significa ser una esposa mora. Juana, ¿quiere usted ser una esposa mora?

Ella le miró rectamente a los ojos.

—No quiero ser ninguna clase de esposa de usted, — dijo.

—¿Quiere usted ser una esposa mora? — volvió a preguntar Hamon. ¿O quiere usted casarse y tener hijos que puedan llevar su apellido y heredar el título de su padre de usted?

Juana levantóse repentinamente del taburete y se fué al extremo de la habitación dándole la espalda.

—No iremos más lejos en este asunto por el momento, — dijo Rafael levantándose. — Me agradaría que recibiese usted a un muy querido amigo mío, Sadi Hafiz, y que se mostrase amable con él, ¿oye usted? pero no muy amable.

Algo en el tono de su voz hizo a Juana volverse.

—¿Por qué? — perguntó.

—Porque está enfadado conmigo. Se ha enamorado de Lidia y Lidia se le ha escapado. No quiero que abrigue ideas respecto a usted.

La dejó que meditase esta advertencia, y salió para volver con Sadi Hafiz vestido de seda, y un nuevo factor entró inmediatamente en escena. Juana le dirigió una ojeada y comprendió que aquel hombre era tan grave peligro como Hamon. Más grave, porque si era lo mismo cruel, era menos sensible, ya que no poseía la vanidad humana que hacía a Rafael Hamon tan fácil de manejar. Le odiaba, con su rostro grueso e inexpresivo y sus inmóviles y oscuros ojos, que la miraban y la miraban, avaluándola como si se tratra de ganado. Le odiaba por su chapa de civilización su inglés pulido y su pronta sonrisa.

Aquí, pues, estaba su peligro: Juana lo comprendió instantáneamente.

Sadi Hafiz no permaneció mucho tiempo; justamente lo necesario para causar impresión. En el caso de Juana le hubiera sorprendido leer en el corazón y en la mente de ella, pues se alababa de la facilidad que tenía para imponer su personalidad a las mujeres.

—¿Qué piensa usted de él? — preguntó Rafael cuando se hubo ido.

—No he pensado, — contestó Juana faltando a la verdad.

—Un buen amigo y un mal enemigo, — dijo Hamon sentenciosamente. — Quisiera que Lidia hubiera mostrado un poco mas de sentido. Me debe algo.

Juana pensó que era posible que él debiese a Lidia algo también; pero no tenía gana de conversación. De pronto se levantó Hamon.

—Ahora me voy. Supongo que encontrará usted su dormitorio. ¡Que tenga usted agradables sueños!

La joven no dijo nada.

Al llegar a la puerta el hombre se volvió.

—Una esposa cristiana vive mejor que una esposa mora. Me figuro que ya lo habrá notado usted.

Juana siguió sin hablar.

—Nos casaremos dentro de dos días, — dijo Hamon sonriendo maligno, — ¿Le gustaría a usted que venga alguien más a la boda?

—No se atreverá usted a presentar un clérigo inglés.

—¡Oh! ¿Qué no me atrevo?, pues no sólo le presentaré, sino que nos casará, diga usted lo que diga y cualesquiera protestas que haga. Va usted a encontrarse con un antiguo amigo, Juana.

—¿Con un antiguo amigo? — por el momento se quedó sorprendida.

—Con un antiguo amigo clerical, — contestó Hamon. — Con el reverendo Mr. Bannockwaite, — y con este disparo final la dejó, y Juana oyó girar la llave en la cerradura.

CAPITULO LIX

Sadi estaba esperándole en el fumadero, y tan absorto se hallaba el moro en sus pensamientos, que no oyó a Hamon hasta que fué pronunciado su nombre.

—¿Eh? — dijo levantando los ojos. — ¡Por Alá, que me ha asustado usted! Sí, sí; es una mujer bonita; no de la clase morisca, y muy delgada para mi gusto. Pero ustedes, los indogermánicos, las prefieren así, nunca he comprendido por qué.

Hamon no se había engañado; la muchacha hizo una impresión tremenda al moro, y él estaba vigilante y sobre aviso.

—¿Le gusta a usted más que Lidia? — preguntó de buen humor tomando un trago de la garrafa.

El moro se encogió de hombros.

—En cierto modo, Lidia es imposible, — dijo.

Aquello era mala señal, y Hamon lo comprendió. Pensó que Lidia había absorbido a aquel hombre con exclusión de toda otra; y ahora el moro podía hablar de ella críticamente y sin calor; malísima señal.

—¿Regresará usted a Tánger mañana? — preguntó Hamon, y sus ojos se estrecharon cuando el moro negó con la cabeza.

—No; he decidido estar aquí algún tiempo. Necesito un cambio. Estos días han sido agitados para mí.

—Pero usted prometió traer a Bannockwaite.

—Vendrá sin que yo intervenga. He hablado con uno de mis hombres. Además, su agente inglés de usted puede arreglárselas para traerle. Vendrá si le paga.

—¿Le conoce usted bien? — preguntó Hamon.

—De vista. Ha llegado a ser característico en Tánger, — contestó Sadi Hafiz. — Llegó durante la guerra y la historia que he oído es que se emborrachó la víspera de la batalla del Somme y desertó. Es un hombre completamente sin principios, y seguramente no podrá celebrar el casamiento. Me dijo usted que le habían retirado las licencias.

Rafael dijo que no con la cabeza.

Su nombre apareció en la lista oficial de clérigos de la iglesia establecido hasta que desapareció del Somme. Tengo una idea de que todavía está en la lista; pero, aun no estándolo, ello no invalidaría el matrimonio.

—¿Y por qué casarse? — preguntó el moro levantando los ojos de pronto. — Está usted apegado a los convencionalismos, amigo mío.

Rafael sonrió.

—No tanto como usted cree. — dijo. — Tengo un motivo. El título de Creith pasará por medio de mi mujer a sus hijos.

El moro volvió a encogerse de hombros.

—Es una idea caprichosa, — dijo; — pero entonces el capricho tendrá la culpa de su caída, Hamon.

—Aun no he caído, — gruñó Rafael.

—Pero caerá, — dijo el otro, — a menos, continuó en seguida, viendo una mirada de desconfianza y sospecha en los ojos del hombre, — a menos que se quede en Marruecos, fuera de la jurisdicción de las embajadas.

Estiró los brazos y bostezó.

—Voy a acostarme, — dijo; — le agradará a usted saber que he decidido regresar a Tánger mañana temprano.

Vió una mirada de alivio en la cara del otro y sonrió interiormente.

—Y le enviaré a su Bannockwaite con escolta.

Cuando Hamon despertó a la mañana siguiente, supo que el cherif habíase marchado y se alegró. No fué a donde estaba Juana, aunque la vió, desde su cuarto paseando por el jardín.

El plan de Hamon no le dictaba enteramente el deseo de entrar en la dignidad de par. Como yerno de lord Creith poseería gran influencia. No era probable que el conde le rechazase una vez casada la muchacha; y le conocía lo bastante para estar seguro de que si llevaba su apellido, por lo menos sería leal exteriormente.

Montó a caballo, bajó la ladera de la colina y pasó por donde había acampado el viejo mendigo.

El famélico caballo levantó la cabeza para mirarle un momento, y siguió paciendo; pero no se veía al anciano. Le asaltó una fantástica idea y rechinó los dientes al pensarlo. En Rafael Hamon había algo que no era completamente normal.

Por la noche su criado le informó de que un grupo se acercaba a la casa y tomando los anteojos, inspeccionó a los tres hombres que cruzaban la región salvaje en dirección a él. Dos eran moros; al tercero, que se tambaleaba sobre el caballo como si estuviera borracho, le reconoció aunque nunca habíale visto excepto a la luz de una cerilla, y saliendo apresurado de la casa, hallábase esperando a la puerta cuando llegó el reverendo Aylmer Bannockwaite.

El hombre casi se cayó del caballo pero recobró el equilibrio con la ayuda del moro que estaba con él, y que, sin duda esperaba tal accidente, pues saltó a tierra en el momento de hacer alto el grupo, y corrió al lado del clérigo.

Bannockwaite volvió el hinchado rostro hacia su huésped, pero sin hacer caso de la mano que se le ofrecía registróse el destrozado chaleco y sacó un cristal, que se puso en un ojo.

—¿Quién es usted y qué es usted? —preguntó irritado. — Me ha traído al través de esta miserable región y ha interrumpido mis agradables recreos. ¿Qué diablos significa todo esto?

—Siento haberlo molestado a usted, Mr. Baunockwaite, — dijo Rafael, por complacer al hombre.

—Hermosamente dicho,

Una gruesa y débil zarpa estrechó la mano de Hamon.

—Hermosamente dicho, muchacho. Ahora sí puede usted dejarme descansar un poco de tiempo y darme una pipa de ese cáñamo seductor para avivar mis nervios y estimular mi imaginación, soy su amigo para toda la vida. Y si añade usted un vaso de inapreciable Marsala y un cigarrillo aromático, soy su esclavo en cuerpo y alma.

Observando desde su ventana Juana vió la obscena figura y en seguida sospechó quién era. ¿Podía ser Baunockwaite el alto y despierto asceta? Sólo habíale visto dos veces, y, sin embargo... tenía un parecido, algo en su modo de andar, en el movimiento de la cabeza. Se quedó mirando con la boca abierta hasta que el individuo dejó de verse, y luego se sentó con la cabeza en las manos, tratando de ordenar la confusión de sus pensamientos.

Era Baunockwaite: luego, no había muerto: Baunockwaite, el fastidioso cura medio loco, el ídolo de Hulston, el inventor de las extrañas sociedades secretas, era aquella ordinaria criatura cuyos harapos y cuya suciedad ofendían la vista. Preguntábase cómo le había encontrado Hamon, y cambió el rumbo de sus pensamientos al comprender su propia inutilidad. Baunockwaite la casaría, cualesquiera que fuesen sus protestas; eso le sorprendió instintivamente. Aunque él estuviera en su sano juicio en aquella extraña situación no vacilaría.

Rafael no se presentó en toda la noche, aunque Juana creyó que le presentaría al cura mentecato. El dormitorio se comunicaba con la habitación principal y amplia y con muebles estilo Imperio. La ventana tenía reja menos elegante pero tan eficaz como la de la habitación mayor. Esperó hasta las doce, y luego, desnudándose, se puso sobre el atavío de noche que la muchacha mora habíale llevado, una lanuda capa, y acercando una silla a la ventana, después de apagar la luz, separó la cortina. Al hacerlo lanzó un grito y casi cayó espantada al suelo. Al través de los hierros la miraba fijamente un rostro con larga barba, nariz ganchuda y ojos encarnados, horrosos. Era el vagabundo mendigo, y llevaba en los dientes un cuchillo que brillaba a la luz de la luna.

CAPITULO LX

El hombre oyó el grito y se dejó caer en seguida para no ser visto, y Juana siguió de pie a un lado de la ventana, con el corazón palpitándole dolorosamente. ¿Quién era y que deseaba aquel individuo? ¿Cómo llegó al jardín? En la casa reinaba absoluto silencio. Nadie había oído el grito, porque las paredes eran gruesas.

Hizo la joven un esfuerzo para abrir la ventana y mirar afuera cuanto la reja lo permitía. El jardincito mostrábase tranquilo y misterioso a los rayos de la luna. Cruzaban corriendo largas sombras; diríase que extrañas figuras aparecían y desaparecían. Y luego Juana vió al hombre andando cauteloso hacia la tapia. Un instante después estaba fuera de su vista.

—¿Por qué había de asociar la muchacha en su imaginación al rondador de aquella medianoche con Sadi Hafiz? Y, sin embargo, lo hizo. ¿Era algún agente del hábil moro? El cuchillo no estaba destinado a ella, de eso estaba segura.

Ya era de día cuando se acostó y dormía profundamente cuando Zuleika le entró café y fruta y apartó las cortinas.

—Zuleika, — dijo en su español defectuoso, que había mejorado desde que tuvo oportunidad de hablar a la muchacha, —¿se acuerda usted del mendigo viejo que vimos, el pordiosero del caballo?

—Sí, señora, — dijo la muchacha, moviendo la cabeza.

—¿Quién es?

La morita sonrió.

—Hay muchos en Marruecos. Algunos dicen que son espías de los jefes de tribu.

¡Un espía de Sadi Hafiz! Puesto allí para acechar su llegada..., ¿por qué? De nuevo la estremeció el miedo al moro; pero aquella mañana tuvo poco tiempo para meditar sobre el terrible acontecimiento de la noche ni sobre las intenciones de Sadi. Apenas habíase vestido y desayunado, cuando entró Rafael. Estaba contento y le dió un alegre y sonriente "buenos días".

—Juana necesito que se vea usted con el reverendo Aylmer Bannockwaite, — dijo.— Creo que ya le conoce de antes. De cualquier modo, le encontrará cambiado. Este caballero ha accedido a celebrar la ceremo-

nia necesaria qu marcará, según espero, el principio de una época más feliz y más brillante para nosotros dos.

Juana no contestó.

—¿Va usted a ser amable, Juana? Trato de hacer bien las cosas. Está usted aquí completamente sola, y en cinco millas no hay nadie qué levante la mano si la mato a usted.

—¿Cuándo desea usted...? — vaciló.

—Hoy, inmediatamente. — contestó Hamon.

Juana estaba aterrorizada.

—Debe usted darme tiempo para pensar el asunto, Mr. Hamon — dijo — Mañana...

—Hoy — insistió el hombre — No voy a dejar que pase otro día. Creo que conozco a mi amigo Sadi Hafiz. Nadie tiene bastante respeto a las leyes y a la santidad de la vida matrimonial — dijo con burla — para no acercarse a usted si está casada... Más si espero hasta mañana... se encogió de hombros.

—Me niego en absoluto a casarme con usted — dijo Juana — y si a Mr. Baunockwaite le queda un poco de decencia se negará a celebrar la ceremonia.

—Puede usted estar tranquila acerca de una cosa, y es que Baunockwaite no tiene ni escorias de decencia. Lo mejor es que se vea con él. Ahora está alegre y es más soportable que lo que será luego.

A la luz de la mañana, Aylmer Baunochwaite tenía aspecto más horrible que en la suave oscuridad azul. Juana se estremeció. Parecía como si una espantosa encarnación del diablo hubiera entrado en el aposento cuando avanzó conteniéndose con su manaza extendida.

—¡Pero si es mi querida muchachita Carston! — dijo con jovialidad. — Bueno; esto es la más asombrosa coincidencia: que yo la case dos veces es un privilegio especial.

Juana le lanzó una ojeada al rostro y se extremeció. Después ya no miró más allá del segundo botón de su chaleco lleno de manchas.

—No voy a casarme, Mr. Baunockwaite. Necesito que Ud. entienda esto muy bien: si me casa Ud., es contra mi voluntad.

—¡Bah, bah — gritó Bannockwaite. — Esa voluntad no importa ¡Una novia tímida! "El pié se muestra reacio donde el arroyo y el río se encuentran" ¿he? ¡Bendito sea Dios! El matrimonio es el estado maternal del género humano. Siempre ha sido motivo de arrepentimiento para mí...

—¡No quiero casarme con él, no quiero, no quiero! — gritó indignada Juana. — Si he de casarme, me casaré decentemente con un hombre limpio, Otro hombre limpio.

Estaba derecha, con los ojos llameantes tenía un dedo acusador extendido.

—Ahora le conozco a Ud. Tiene el aspecto de lo que es, de lo que siempre ha sido, y todas sus estudiadas actitudes no le enmascararán. Es tal, la corrupción con forma humana: Antes le llamaba "la bestia con lengua de plata", tenía razón.

Era su curioso y aborrecible don: tocar las partes sensibles de la vanidad humana. El grueso labio inferior del hombre se torció: había en sus ojos una loca furia que momentáneamente espantó a Juana.

—¡Jezabel! — exclamó Baunockwaite — ¡La casaré a Ud. aunque me ahorquen por ello! y será legal el vínculo para Ud mujer. ¿Que yo tengo actitudes estudiadas, yo? Ud., Ud...

Hamón le agarró por un brazo.

—¡Quieto! — cuchicheó, y luego a la muchacha: — Ahora, Juana, ¿qué necesidad es esa? Fué un cura lo bastante bueno para casarla la vez anterior.

—¡No quiero casarme con Ud. no quiero! — y pateó. — Antes me casaría con el mendigo que ví al lado del camino. Antes me casaría con el más insignificante esclavo de su servidumbre que casarme con Ud., que es un ladrón y un asesino, a quien se le pueden achacar todos los crímenes. Antes me casaría...

—¿Con un ladrón nocturno? — Hamon blanco de ira.

—¡Cien mil veces si..., si se refiere Ud. a Jaime Morlake! Amo a Jaime, Hamon, y le amaré hasta que me muera.

—Le ama Ud., ¿verdad? — gruñó. Y volviéndose salió corriendo de la estancia, dejándola sola con el clérigo.

—¿Como puede Ud. Mr. Baunockwaite, como ha caido Ud. a tan bajo nivel? — preguntó rígida Juana — ¿No hay en Ud. nada sano a lo cuál pueda apelar una mujer?

—No necesito sermones de Ud. — gruñó el hombre. — Le haré a Ud. comprender que intelectualmente soy su superior, y socialmente, su igual...

—Y moralmente, el barro que pisan mis pies — dijo la joven con desprecio.

Un momento pensó que el hombre la golpearía. Se le puso a éste la cara purpúrea de rabia, y luego se le quedó blanca.

—Intelectualmente, su superior, y socialmente, su igual — gruñó de nuevo. — Soy superior a sus insultos. "Telum imbelle sine ictu".

Entonces llegó Hamon medio loco, arrastrando tras sí a un hombre, al ver el cuál Juana se tambaleó hacia atrás. Era el mendigo, un hombre gesticulante y sin dientes, horrible de mirar cuando entró haciendo reverencias en la hermosa estancia.

—¡Aquí está su marido de usted! — casi gritó el enloquecido hombre. — ¡Mírele! Antes se casaría usted con un mendigo, ¿verdad maldita? Bueno; pues con él se casará y tendrá el desierto por su luna de miel.

Juana miró al mendigo y a Baunockwaite y, aun en su angustia, no pudo menos de pensar que nunca en su vida había visto dos hombres más horribles.

—¡Saque el libro, Baunockwaite! — aulló Hamon.

Tenía la boca espumeante y hallábase tan fuera de sí, que no parecía una persona.

—Harán falta testigos, — dijo, — y de

nuevo Hamon se precipitó afuera con media docena de criados.

Y allí, ante los curiosos ojos de los moros sonrientes, Lady Juana Carston fué unida en matrimonio con Abdul Aziz. Hamon murmuró algo en árabe al hombre, y luego la muchacha sintióse agarrada por un brazo y conducida por el vestíbulo hacia el jardín.

Hamon la llevó tirando de ella a la puerta abierta y la empujó afuera tan violentamente, que le faltó poco para caer.

—¡Llévese usted a su marido a Creith! — aulló. — ¡Por Dios, que se alegrará usted de haberme rechazado!

CAPITULO LXI

Hamon echó afuera al mendigo, detrás de su novio y cerró de golpe la puerta tras él.

Juana intentó andar, se tambaleó, se repuso y luego perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí yacía a la sombra de un espeso matorral. Tenía húmeda la cara y el cuello: a su lado había un cacharro con agua. El viejo mendigo había desaparecido, y Juana incorporándose sobre un codo, le vió desatando al famélico caballo.

¿Qué haría? Con dificultad se puso en pie y miró en torno con extravío. La fuga era imposible.

Entonces vió a lo lejos, en el valle, una nube de polvo. Se aproximaba un grupo, y, haciéndose sombra en los ojos, distinguió jellabs blancos y reflejos de acero. Era un grupo de moros, probablemente Sadi Hafiz, que regresaba: allí no había ayuda.

Volvió a mirar a su marido. El viejo estaba embozándose en voluminosas tiras de lienzo, hasta que sólo quedaron visibles la barba gris y la punta de la roja y ganchuda nariz.

El la vió y se dirigió a ella conduciendo el caballo, y Juana obedeció su seña sin palabras y montó. Caminando delante, el mendigo conservaba la mano en la brida, y Juana notó que seguía una senda que formaba ángulo recto con el principal camino de Tánger. Una o dos veces la joven miró hacia atrás, primero a la casa y luego al grupo de jinetes que ahora estaban a la vista. Era Sadi: Juana conoció la figura que cabalgaba a la cabeza del pelotón. Y vió también que cada hombre llevaba un fusil.

De pronto, el mendigo cambió de dirección, caminando paralelo a los jinetes, según conjeturó Juana, pues ahora estaban fuera de la vista, y subiendo la colina hacia un punto que la llevaría frente a los jardines. Por las miradas que el mendigo dirigía atrás, supuso la muchacha q' tenía miedo de que Hamon, en un momento de lucidez, se hubiera arrepentido de su locura. Condujo al caballo al lecho de un arroyo, siguió su tortuosa dirección y dejó al animal en donde el agua era superficial. De repente Juana oyó un disparo y luego otro. El eco resonó en las colinas y la joven miró ansiosa al viejo.

—¿Qué ha sido eso? — preguntó en español.

El hombre movió la cabeza sin mirar a su alrededor.

Sonó otro disparo, y entonces comprendió Juana el motivo. Los tiros eran para llamar la atención del mendigo y revocar lo hecho; y el viejo evidentemente lo comprendió así, pues sacudió las riendas del caballo y el animal se puso al trote, con el mendigo corriendo con agilidad junto a su cabeza.

Llegaron a un bosquecillo de pinos, y el viejo hizo al caballo subir el áspero declive hasta la cima, y haciendo seña a Juana de que esperase, retrocedió a pie. Había transcurrido casi media hora cuando volvió y entonces, alzando una mano, la levantó de la silla; y la muchacha cerró los ojos para no verle la cara. Después de unos momentos el anciano le llevó agua del arroyo, y deshaciendo un pequeño envoltorio, extendió comida; pero Juana hallábase cansada y no hizo más que beber el poco y reconfortante líquido. Tan cansada, que cuando se dejó caer en la manta que él, extendió, olvidó su terrible peligro, olvidó la treta del destino que habíala hecho mujer de un mendigo y cayó instantaneamente en un sueño tranquilo y sin pesadillas.

Rafael Hamon se sentó en su dormitorio, mordiéndose las uñas, sintiéndose débil y enfermo. La loca ráfaga que le llevara a aquel acto de demencia, había pasado, dejándole tembloroso. Desde su ventana pudo ver al mendigo llevándose a la muchacha por la colina abajo, y al verlo dió un salto y un ronco grito de rabia. Aquella necedad podía remediarse, y en seguida.

Entre sus criados había un hombre que fué pensionado suyo durante años, un viejo de piel obscura y pelo gris, y envió a buscarle.

—Abab, — dijo, — ¿conoce usted al mendigo del caballo?

—Sí, señor.

—Se ha llevado, en este momento a la señora de mi corazón. Vaya usted por ella y dé al viejo este dinero, — sacó del bolsillo un puñado de billetes y los puso en la ansiosa mano de su servidor. — Si el hombre le molesta, mátelo.

Rafael subió a su dormitorio para ver cómo su emisario salía por la puerta, y entonces por primera vez, vió el grupo de jinetes subiendo la ladera de la colina.

—¡Sadi! — dijo sin aliento, y sospechó lo que significaba aquella visita.

Era tarde para revocar la orden que dió a su mensajero y bajó corriendo a recibir al que a veces era su agente. Sadi Hafiz se tiró del caballo y su tono y sus modales habían cambiado. Ya no era el cortés y pulido producto de la escuela misionera. Era el moro jefe, insolente, dominador, nada risueño.

—Usted sabe por qué he venido, Hamon, — dijo, puesto en jarras, con las piernas separadas, y la cabeza echada hacia adelante. — ¿Dónde está la muchacha? La necesito. Me figuro que no se han casado ustedes, pero, si lo han hecho, es lo mismo.

—Yo no me he casado, — dijo Hamon; — pero ella sí.

—¿Qué quiere usted decir?

No le duró la duda mucho tiempo.

—La señora expresó su preferencia por un mendigo. Dijo que antes se casaría con

el viejo que pedía limosna que conmigo, y su deseo se ha realizado.

Los ojos de Sadi se desorbitaron.

—Se casaron hace media hora y están allí, — señaló el campo con un ademán.

—¡Miente usted, Hamon! — dijo rígidamente el otro.

Ese cuento no me engaña. Registraré su casa como Morlake registró la mía.

Hamón no dijo nada. Había detrás de Sadi veinte hombres armados, y a una palabra de su jefe Hamon sería hombre muerto.

—Está usted en libertad de registrar la casa desde el harem hasta la cocina — dijo fríamente y el moro pasó por delante de él.

No pudo tener tiempo de hacer una inspección completa, porque volvió casi en el acto.

—He hablado con sus criados de usted y me han afirmado que ha dicho la verdad, ¿por dónde se fué la joven?

Hamon señaló con el dedo, y el moro dió una órden a sus hombres. Uno de los jinetes disparó al aire. Siguieron cuatro disparos.

—Si eso no le hace volver, iremos a buscarle — dijo Sadi con rostro horrible.

—En lo que me concierne — Rafael se encogió de hombros —, puede usted hacer lo que quiera. Mi interés por esa señora se ha evaporado.

No decía la verdad; pero su conducta engañó al moro.

—Ha sido usted un necio dejandola ir — dijo con más suavidad.

—Si no la hubiera dejado ir, probablemente me habría usted persuadido — contestó Hamon, y la leve sonrisa de Sadi confirmó su sospecha.

Un minuto después el grupo de ginetes bajaba la colina, investigando a derecha e izquierda en busca de las huellas del mendigo y su mujer. Hamon los observó antes de volver a la casa, para reunir los trozos de sus esparcidos sueños y descubrir cuál de los fragmentos tenía valor sólido.

De un bolsillo interior sacó una cartera de cuero negro y, vaciando los objetos que contenía los puso sobre la mesa y los examinó uno por uno. El último de ellos era un documento oblongo, escrito con hermosa letra. Hindhead pareció lejano; Hindhead y Jaime Morlake, y el curioso Welling, y Creith, con sus paseos y sus prados. Sabía de memoria el documento, pero lo leyó de nuevo:

"Creyendo que Rafael Hamón, a quien tenía por amigo, proyecta mi muerte, deseo explicar las circunstancias en que me encontré preso en la casita que domina Hindhead. Obrando en representación y por consejo de Hamón, fuí a Marruecos para reconocer una mina que creía de su propiedad. Volvimos a Londres secretamente, también por su consejo, porque dijo que sería desastroso para sus planes saberse que iba a transferir algo de su propiedad en la mina. Sospechando que la posesión, que él aseguró que era suya, no tenía nada que ver con su Compañía, fuí a Hindhead, decidido a no soltar mi dinero hasta que pudiera asegurarme Hamón que yo estaba equivocado. Tomé una precaución que creí y sigo creyendo eficáz. En Hindhead se confirmaron mis sospechas y me negué a entregar el dinero. Me encerró en la cocina bajo la custodia de un moro que había traído de Tánger consigo. Se ha realizado ya un atentado, y temo el próximo..."

Aquí acababa de repente lo escrito. Enrolló el documento condenatorio, y volviéndolo a la cartera con las otras cosas, lo deslizó en el bolsillo interior. Y al hacerlo recordó la descripción de Jaime Morlake. La mano cerrada del mono estaba en la calabaza y había llegado al sitio en que no podía soltar la fruta.

Mientras tanto uno de los hombres de Sadi había descubierto huellas de piés, y Sadi y dos del grupo llegaron a la orilla del arroyo.

—Dejen los caballos y vengan a pié — ordenó.

Siguieron el curso de la corriente hasta que comprendió el cherif que no podían haber ido en aquella dirección. Desde allí se divisaba el campo. Además, pasaron por una planicie arenosa y allí no había huellas de cascos de caballos.

—Retrocederemos — dijo, e indicó el camino.

Una hora de camino los llevó a un sitio donde el arroyo corre entre altas orillas, y allí los rápidos ojos del moro vieron recientes huellas de cascos de caballo, e hizo seña a sus hombres de que guardaran silencio. Con notable agilidad subió la orilla y se arrastró hacia adelante.

Juana despertó de su sueño para encontrarse con los oscuros ojos de Sadi Hafiz que la miraban.

—¿Donde está su amigo? — preguntó Sadi agachándose para ayudarla a ponerse de pié.

Juana miró a su alrededor aún atormentada por el sueño.

—¿Mi amigo? ¿Se refiere usted a Abdul?

—De modo que sabe usted su nombre — dijo Sadi con agrado.

—¿Que me quiere usted? — preguntó Juana.

—Voy a llevarla conmigo a Tánger, adonde estan sus amigos — dijo Sadi.

Mirando en torno no vió señal del mendigo. Su caballo pacía bajo un árbol; pero el viejo había desaparecido. Sadi envió a uno de sus hombres a que acercase el animal, y ayudó a Juana a montar.

—Tuve un disgusto terrible — dijo en su inglés excelente — cuando nuestro amigo Hamón me contó la estupidez que había hecho. A veces Hamón se muestra idiota, y estoy enfadadísimo con él. ¿Le gusta a usted Marruecos, Lady Juana?

—No mucho — contestó la joven, y el moro echóse a reir.

—No lo creo — la miró con asombro — ¡Que bien le sienta a usted la ropa morisca! Parece hecha para su adorno.

Era una treta suya unas palabras halagadoras como aquellas que en otras cir-

cunstancias habían divertido a Juana. Cabalgaba junto a ella, conduciendo el caballo uno de sus fusileros, y poco tiempo después llegaron al sitio donde se encontraron con el arroyo. Los demás hombres del grupo estaban esperándole, sentados en la orilla, y a una señal montaron a caballo.

—Quizás sea lo mejor que no nos encontremos con su marido — dijo Sadi amenazador. — Confío en que no le ha causado a usted ningún disgusto.

Juana no tenía gana de conversar; le contestó bastante concisa, y el moro pareció divertido. No se perdió tiempo. Se transladó a la joven desde el caballo del mendigo a un hermoso roano que, evidentemente, habían llevado para ella, y Juana no pudo menos de reflexionar sobre la certeza de que, aunque Hamón se hubiera casado con ella, habría la joven cabalgado en aquel animal antes de transcurrir el dia. Sadi Hafiz habia ido a llevarsela a la casita de la hondonada casada o sin casar.

Cabalgó Sadí a su lado la mayor parte del día, charlando con agrado de personas y cosas, y a Juana le sorprendió la amplitud y universalidad de sus conocimientos.

—Fuí agente de Hamón en Tánger, y supongo que usted comprenderá que era una especie de criado superior — dijo. — Me tenía para obrar en su representación. Es un hombre sin escrúpulo ni gratitud.

Era aquel un sentimiento que Juana creyo poco favorable a Sadi Hafiz.

Antes de ponerse el sol se detuvieron y acamparon. A pesar de la frialdad de la noche, los hombres se dispusieron a dormir al aire libre, arrollados en sus capas de lana; más para la muchacha tomaron de asémila una tienda de campaña y la armaron en la posición más abrigada que Sadi pudo encontrar.

—Descansaremos aquí hasta media noche. — dijo — Debo llegar a mi destino antes de amanecer.

Juana se echó y estuvo completamente despierta, escuchando las conversaciones y observando las sombras del humo de las hogueras que el sol poniente lanzaba sobre las delgadas paredes de la tienda, y luego las conversaciones se extinguieron gradualmente. No había más sonido que el relincho de algún caballo. Miró su reloj de pulsera, la única joya que había conservado. Eran las nueve, disponía de tres horas para intentar fugarse.

Apartó la cortina de la tienda y, mirándo afuera, vió una figura sombría: el centinela, según congeturó. Por allí era imposible escapar. Intentó levantar la lona por la parte trasera de la tienda; pero estaba muy sujeta al suelo por una clavija. Metiendo con trabajo una mano por debajo de la lona, tanteó en busca de la clavija y la encontró. Tuvo que emplear toda su fuerza para aflojarla; pero al poco rato, con un supremo esfuerzo, la arrancó de la tierra y levantó un poco más la lona, consiguiendo sacar la cabeza por debajo y a fuerza de perseverancia, salió arrastrándose.

Enfrente de ella había impenetrables matorrales de espinos. Serpenteó en torno al exterior de la carpa, comprendiendo que su vestido blanco sería descubierto si el centinela volvía la cabeza. Y entonces encontró una abertura en el soto, y se metió arrastrándose. Al oír el crugido de las ramas volvióse el centinela y gritó algo en árabe.

Y ahora, desesperada, la joven se enderezó y echó a correr. Apenas lo hizo tropezó en un árbol enano y cayó momentáneamente aturdida; pero se puso en pié en el acto. En aquel momento salió la luna y le mostraba una blancura con árboles esparcidos; pero también revelaba su presencia a los que la perseguían.

El campamento estaba alborotado, Juana oyó gritos y la furiosa voz de Sadi Hafiz y luego, ruido de cascos de caballos.

Era Sadi en persona el que iba tras de ella. Supo que era él sin verle, y, aterrorizada, aumentó la velocidad de la carrera. Pero no podía tener la esperanza de correr más que el caballo, que cada vez estaba más cerca, y en seguida con un estruendo de cascos el ginete la adelantó y se volvió.

—¡Oh, no, florecita! — dijo insultante. — Ese no es el camino de la felicidad.

La tomó por la capa y, echando pié a tierra, la estrechó en sus brazos

—¡Esta noche vivo! — gritó con voz ronca.

—¡Esta noche mueres!

Volvióse en un relámpago para encontrarse frente al viejo mendigo, y dejó caer la mano en los pliegues del "jellab".

Juana Carston se quedó clavada en el sitio, con la vista fija en el recién llegado. Miraba la horrorosa cara del Abdul Azim; pero la que había hablado era la voz de Jaime Morlake.

CAPITULO LXII

Sonaron dos disparos a la vez, y a Sadi Hafiz se le doblaron las rodillas y lanzando un gemido, cayó de lado.

—Monte en ese caballo, en seguida — dijo Jaime, y casi la tiró sobre la silla.

En un segundo estaba detrás de la joven.

—¡Jaime! — cuchicheó, y el brazo que la rodeaba aumentó la presión.

Aunque muy cargado, el hermoso caballo salió a escape, y Jaime, mirando por encima del hombro, vió que las blancas figuras que habían seguido a Sadi desde el campamento se detenian para socorrer al jefe derribado.

—De cualquier modo, hemos ganado diez minutos — dijo Jaime —, y con un poco de suerte tenemos que vernos libres de ellos.

Discretamente dejó la dirección del caballo, que debía conocer el país, y cuyos ojos descubrian las trampas y obstáculos que abundaban en la llanura. Ahora no ha-

bía señal de los perseguidores; pero Jaime no se forjaba ilusiones. Si Sadi Hafiz era capaz de dar órdenes, no cesaría la persecución. Después de una hora de viaje, el caballo dió muestras de cansancio, y Jaime dejóse caer de la silla y caminó junto a su cabeza.

—Suele haber un cuerpo de guardia en la costa — dijo —, aunque creo que un guardia moro es mucho más sociable que el caballero que hemos dejado atrás.

Juana le miraba, tratando de reconocer, en el desagradable rostro un vestigio del Jaime que ella conocía.

—¿Es Ud.?

—¡Oh, sí, soy yo! — rió Jaime — Está bién el disfraz? Es una antigua caracterización mía, y si Sadi hubiera tenido la inteligencia de un conejo habríase acordado de ella. Lo difícil es la nariz — añadió con tristeza. — La cera se calienta con el sol, y hay que volver a modelarla; lo demás es fácil.

—Pero no tiene Ud. dientes — dijo Juana echando una ojeada a la negra cavidad de su boca.

—Estarán aquí — dijo con indiferencia. — Un cepillo de dientes y una pastilla de jabón me pondrán diferente, Juana.

Jaime oyó el jadeo de la joven.

—¿Qué le pasa? — preguntó rápido Moslake.

—Nada — contestó Juana, y luego: — ¡Qué cosa más cómica!

—Si le vuelve a Ud. el buen humor, joven amiga, está en mejor camino para verse en salvo.

Antes de amanecer hicieron alto cerca de un manantial y desensillaron el caballo y le dieron agua.

—Lamento no poder ofrecerle a Ud. nada de comer — dijo Jaime. — Lo único que puedo hacer...

Arrancóse el "jellab", se quitó la harapienta camisa, extrajo de un bolsillo un pequeño saco impermeable y lo llevó al arroyo.

Se marchó siendo un horrible viejo y regresó siendo Jaime Morlake; Juana solo pudo sentarse y mirarle.

—Esto es un sueño — dijo decidida — Ahora despertaré y me encontraré a mi misma — añadió extremeciéndose.

—Apenas se encontrará Ud. luego más despierta que lo está en este momento — dijo Jaime. — Estamos a dos millas de la costa, y, a menos que Sadi haya dado órdenes urgentes, sus hombres no nos seguirán hasta el cuerpo de guardia.

Su apreciación resultó acertada; no volvieron a ver una capa blanca, y al llegar al cuerpo de guardia encontraron que, estaba a cargo de un oficial español, pues aquel era territorio que España consideraba dentro de su esfera de influencia.

—Desde aquí tendremos que seguir la línea de la costa y aprovechar una oportunidad — dijo Jaime después de entrevistarse con el oficial. — Los españoles no pueden escoltarnos hasta Tánger por razones políticas, y los franceses no consienten que sus vecinos crucen la línea, pero, no creo que nadie nos moleste.

Aquella noche acamparon casi a la vista de las luces de Tánger. Jaime había pedido unas mantas en la avanzada española y las extendió para la muchacha bajo las ruinas de un antiguo puesto moro.

—Ahora que me acuerdo — dijo al dar las buenas noches a Juana antes de tirarse al lado ventoso de la pared —, esta mañana dijo Ud. que algo era muy cómico; ¿A que se refería?

—No se lo he de decir a Ud. — contestó Juana con firmeza.

Al echarse a dormir, preguntábase si la ceremonia de la mañana sería un vínculo legal..., y con fervor esperaba que lo fuese.

CAPITULO LXIII

Llevaron a Sadi Hafiz a la casa de la colina, y el viaje fué de duración por tratarse de un individuo con una bala en un hombro. La primera noticia que tuvo Rafael del acontecimiento fué una estrepitosa llamada a las puertas que le sacó de su profundo sueño y le hizo dirigirse a la ventana.

Las puertas estaban cerradas con llaves y barras, y no podían abrirse sin su permiso. Vió fuera resplandor de linternas, y una voz aguda le llamó por su nombre, y conoció que era la de Sadi. Bajó corriendo la escalera y se reunió con el desconfiado guardían, que parlamentaba al través del enrejado postigo.

—Que entren — dijo, y el mismo levantó una de las barras.

Una ojeada que dirigió a Sadi le dijo que algo serio había ocurrido, y ayudó al hombre herido a entrar en la casa.

—¡Alá, he terminado! — gimió Sadi.

—¡El sinvergüenza! ¡Si esta pistola no se hubiera metido entre los pliegues de mi capa, esta noche estaría en el infierno!

Hamón envió a buscar una mujer, y mientras tanto examinó la herida.

—No es nada — dijo Sadi con voz áspera. — La última vez que disparó sobre mi fué más grave.

—¿La última vez que disparó sobre mi? — repitió Hamón con torpeza.

Sadi había notado algo especial en el hombre, que no explicaba completamente su apariencia cambiada. Parecía pensar en algo tan atentamente que no tenia tiempo de interesarse en los sucesos del momento.

—¿Que le pasa a Ud.?

—Nada — contestó Hamon saliendo de su ensueño. — ¿Decía Ud.?..

—Decía que la última vez que disparó sobre mi fué mas grave.

—Pero ¿quién disparó? — preguntó Hamón — ¿No el mendigo?

—El mendigo — repitió el otro con cara horrible.

La conversación fué interrumpida por la llegada de la mujer a quien la muchacha mora llamó señora Hamon. Llevaba un ca-

charro grande con agua y esencias, y Hamon la observó sin ser visto mientras vendaba la herida. Cuando se hubo marchado volvió a coger el hilo de la conversación.

—Nunca pensé que le haría a Ud. mucho daño. — dijo —; es muy viejo y muy debil; Ud. no me dijo que le conocía.

—Porque no sabia yo que le conocia — contestó el moro — ni que le conocia a Ud. Pero Mr. Morlake es un antiguo enemigo mio.

Hamon se recobró sobresaltado.

—Estaba Ud. hablando del mendigo, ¿no? — dijo fruciendo el ceño — Estoy muy tras tornado esta noche. Estaba Ud. hablando del viejo mendigo, de Abdul.

—Estoy hablando de Mr. Morlake — dijo el otro entre dientes —, el caballero a quien con tanta consideración casó Ud. con su propia mujer esta mañana.

—¡Oh! — exclamó Hamon poniéndose blanco.

Las novedades eran demasiado tremendas para que pudiese admitirlas. Se pasó una cansada mano por los ojos.

—No lo comprendo — tartamudeó — ¿Dice usted que el mendigo era Morlake? ¿Pero como podía serlo? Era un viejo...

—Aunque hubiera yo tenido ojos de topo — contestó el otro con amargura — habría conocido que era Morlake. Fué su disfraz predilecto cuando estuvo empleado en el servicio diplomático en Marruecos.

Hamon sentóse en el diván en que yacía el hombre.

—El mendigo era Morlake — dijo estúpidamente — Tengo que meterme esto en la cabeza. ¡Y los he casado yo!

Empezó a soltar carcajadas, y Sadi, con su conocimiento de los hombres, vió que cerca hallábase su huesped del derrumbamiento. Ahora se calmó.

—¿Y se la llevó? Desde luego que sí. Se la quitó a usted y disparó. ¡Oh, Dios! ¡Que necio he sido!

—Le odia a usted — dijo el moro trás un largo intervalo de silencio — ¿Qué motiva ese odio?

—Que necesita una cosa que tengo yo..., eso es — El rostro encendido y la trastornada voz suscitaron la sospecha de Sadi. ¿Había bebido el hombre?

Como si leyera en la mente de Sadi, Hamon dijo:

—Vd. cree que estoy borracho, pero no lo estoy. Nunca he estado más fresco. Soy... — vaciló sin encontrar una palabra — bueno; siento de distinto modo, nada más.

Hizo una de sus salidas repentinas, dejando a Sadi curarse la herida y reflexionar sobre una mudanza que llevó tal incomodidad a su mente como la herida a su cuerpo. Hamón debía irse, decidió con sangre fría. Si era verdad que había un oficial de la Policía inglesa buscándole en Tánger, el policía debía apoderarse de su presa.

Solo de ese modo podía Sadi verse reabilitado a los ojos de sus superiores. Hamon había dejado de ser útil, estaba cercano el fin de su traba financiera. El astuto moro calculó la situación con juicio certero. No durmió: el hombro le dolía mucho; y poco después de salir el sol fué en busca de su huésped.

Hamón encontrábase en la habitación que había ocupado la muchacha. A toda costa había encontrado el olvido, y sobre la mesa, en la cual descansaba la cabeza encima de los brazos cruzados, había una cartera abierta y unos papeles esparcidos. Sadi los examinó furtivamente.

Había media docena de órdenes de pago negociables a nombre de "Mr. Jackson Brown" y había también un papel blanco con cuatro dobleces. Despertóse Hamon y levantó lentamente la cabeza. El moro estaba leyendo, y:

—Eso es mío, démelo cuando haya terminado — dijo Hamon.

Nada desconcertado, Sadi dejó los papeles sobre la mesa.

—¿De modo que es eso? Yo me preguntaba que era lo que le asustaba.

—Es Vd. un necio: eso puede ahorcarle. ¿Por qué no lo quema?

—¿Quién le ha dicho a Vd. que lo lea? — preguntó el otro, y sus ojos eran como carbones encendidos. ¿Quien le ha mandado deslizarse aquí y espiar, Sadi?

—Es Vd. un necio. Estoy fastidiado y tengo dolor. Entré a hablar con Vd. creyendo encontrarle en la cama.

Rafael estaba recogiendo despacio sus documentos.

—Yo tengo la culpa por dejarlos esparcidos — dijo — Ahora se ha enterado Vd.

Sadi movió la cabeza afirmando.

—¿Porqué no lo destruye? — preguntó.

—¡Por qué no quiero! ¡No quiero! — gruñó el otro, y se metió salvajemente la cartera en el bolsillo.

Siguió a Sadi con los ojos al salir el moro de la estancia, y se sentó quedándose inmóvil, con la mirada fija en la puerta y haciendo sonar los labios.

Al anochecer vió a uno de los hombres de Sadi montar a caballo y, acompañado de otro, bajar la ladera de la colina. Aquello solo podía significar una cosa: el mensajero montado dirigíase a Tánger sin tirar de la rienda excepto para cambiar de caballo. Y solo podía dirigirse a Tánger con un objeto. Rafael Hamon echóse a reir. Por algún motivo el descubrimiento le proporcionó intensa diversión. Sadi Hafiz iba a salvar la piel a costa suya. Dentro de dos días — mañana quizás — llegaría una autorización representativa del sultán, y el, Rafael Hamon, sería aprehendido por el hombre a quien protegió, y llevado a Tanger para ser entregado a las autoridades que habían de pagarle por.., ¿qué?

Lanzó una larga espiración sibilante. Inconscientemente su mano, tocó la cartera en el bolsillo. Allí no había cajas de caudales en que ocultarla, ni cajas resistentes; pero una cerilla, una de las ciento de una caja de diez céntimos, le hubiera aliviado de todo peligro. Y no lo hizo ni lo haría; no podía quemar el execrable papel. Conociase a si mis-

mo lo bastante para saber que era físicamente incapaz de aquella última acción drástica.

En la parte trasera de la casa estaban sus cuadras y las viviendas de los mozos. Pasó por allí casualmente y llamó al mozo principal.

—Esta noche voy a emprender un viaje, pero es un secreto. Llevará Vd. su caballo y el mío adonde se cruzan el río y el camino; iremos a la costa y después á territorio español. Hay mil pesetas para Vd. y luego otras mil si es Vd. discreto.

—Señor, ha cosido Vd. mi boca con hilos de oro — dijo poéticamente.

Hamon entró en el cuarto de Sadi para cenar con él y se mostró más alegre que de costumbre.

—¿Cree Vd. que llegarán a Tánger? — preguntó.

—Es seguro — contestó Sadi — pero dispongo de un cuento tan bueno como otros. Yo dije a la joven que iba a llevarla adonde estaban sus amigos. No le hice ningún daño, y creo que podré convencer al consulado de que la señora se alarmó sin motivo. Que disparé contra el mendigo...

¿Por qué? Por que no se q' es Mr. Morlake. Para mi es un endemoniado ladrón del cuál libro a la señora. Si; los consulados aceptaran mi cuento.

—¡Y cree Vd. que yo podré convercer a los consulados? — prequntó Hamon fijando los llameantes ojos en el herido.

Sadi se encogió de hombros, y dió un respingo por el dolor que sintió.

—Vd. es un hombre rico y poderoso — dijo diplomáticamente. — Yo soy un moro a merced de los extranjeros. Mañana regresaré a Tánger. ¿ Y usted?

—Mañana yo también quizá vaya a Tánger — dijo Hamón sin apartar del otro los ojos, y le vió ponerse incómodo.

—Estas cosas dependen de Dios — dijo filosófico Sadi.

La servidumbre acostóse temprano. Los hombres de Sadi habían sido acomodados dentro de los muros, una medida que satisfizo a su jefe. Daban las doce en el relojito del gabinete cuando Hamon, vestido para montar a caballo, y con un grueso abrigo que le llegaba a las rodillas, bajó la escalera de piedra hacia el vestíbulo. Llevaba chanclos de goma sobre los zapatos y no hizo ruido cuando, deslizándose hacia la puerta de la habitación en que Sadi estaba durmiendo, hizo girar la manilla suavemente. Sólo una vela ardía para dar luz al enfermo y Hamon se detuvo, escuchando en el umbral, hasta que oyó la respiración regular del durmiente. Entonces sacó del bolsillo un largo cuchillo y entró en el aposento. Solo estuvo allí unos minutos y luego apagóse la vela y el hombre salió.

Cabalgó rápido durante dos horas e hizo alto mientras su mozo le calentaba un poco de agua y preparada la comida, y a la luz de la danzante hoguera el mozo dijo alarmado:

—Señor, tiene usted sangre en la manga y en las manos.

—No es nada — dijo Hamon con tranquilidad.— Esta mañana un perro de mi casa quiso morderme, y le maté.

CAPITULO LXIV

La luz del sol bañaba Tánger en una inundación amarilla; la superficie de la bahía era una masa de oro brillante; y cuanto pudiera agradar a los ojos estaba allí para su admiración; pero los dos ancianos q' estaban apoyados en la balustrada de la terraza no veían ninguna belleza en el espectáculo, pués el corazón de uno estaba quebrantado y el de Welling simpatizaba con su dolor.

El correo de Cádiz encontrábase en la bahía, un vapor negro y de altas chimeneas, que en aquel momento recibía los pasajeros que llegaban a remo desde el muelle.

—Le dije a ella que no podía bajar a verla, de modo que no se sentirá muy desfrauda — dijo Welling.

—¿Quién? ¿Lidia Hamon?

Welling afirmó con la cabeza.

—Se alegrará de ver Tánger por última vez. — Una pausa. — Esa muchacha tiene hechuras de buena mujer.

—Todas las mujeres las tienen — dijo Lord Creith con calma — Por lo menos eso me ha enseñado la experiencia.

Welling husmeó escéptico.

—Supongo que no hay noticias.

Lord Creith negó con la cabeza. Sus ojos se dirigieron al magnífico yate enclado en la bahía.

—¿Esperará usted aquí hasta que oiga algo? — insinuó Welling.

—Sí — contestó desesperado Lord Creith — ¿Y usted?

—Mi labor está prácticamente terminada— dijo Welling quitándose pensativo el cigarro de la boca.

Salí a informarme de los principios de Hamón, y he aclarado la oscuridad de su comienzo. Fué un fundador de empresas financieras, y marchó medianamente hasta que se asoció con un inglés de fuera de aquí, hombre de alguna riqueza. Vivieron en la casa de Sadi Hafiz y estuvieron juntos unos quince días; luego se marcharon el inglés y Hamon. He descubierto que el forastero le entregó una considerabilísima cantidad de dinero: he estado en el Credit Lyonnais, q' me ha enseñado los registros. La transacción está clara: la cantidad pagada fué cincuenta mil libras a cuenta.

—¿A cuenta de qué? — preguntó Lord Creith, interesado a pesar de su disgusto.

—Eso es lo que no se, En apariencia iba a ser pagada una cantidad mayor, pero no llegó a ingresar en la cuenta de Hamon.

—¿No sabe usted el nombre del misterioso inglés?

El anciano movió la cabeza.

—No, pero sospecho que el dinero se pagó Yo diría que la última entrega se hizo en las inmediaciones de Hindhead. Si estuviera yo seguro sólo de eso Hamon no volvería a asomar las narices en Tánger.

—De cualquier modo, no quiere venir — dijo Creith con amargura — por el cielo Welling, que si el gobierno de este país infernal no hace algo mañana, voy a organizar una expedición que se interese para encontrar a mi hija. Y el día que me encuentre con Rafael Hamon será el último de su vida.

Welling dió una chupada al cigarro con los ojos fijos en las aguas iluminadas por el sol.

—Si Jaime Morlake no la encuentra, tampoco usted la encontrará — dijo.

—¿Adonde ha ido?—gimió Creith — La intranquilidad por él es lo que me retiene.

—Nadie lo sabe. Ese endiablado inglés que vive en la casa del sastre, donde he descubierto que Morlake tiene una habitación, ha estado fuera de Tánger dos días. Volvió anoche. Tengo la sensación de que está en el negocio; pero cuando traté de hablar con él estaba tan dormido que roncaba.

Dos personas a caballo encaminábanse por la plaza a la ciudad. Estaban a cosa de media milla de distancia; pero hacíanse notar por su conveniente animación.

—No se vé a menudo a un moro y a una mora sosteniendo una brillante conversación en público, ¿verdad? — dijo Welling observando

—¿La más pequeña es una mujer? — preguntó Creith.

—Me lo figuro, va de costado en la silla.

Lord Creith se puso los lentes y miró a los dos, y entonces la mujer levantó una mano y la agitó, y parecía que el saludo era para él.

—¿Nos hacen señas?

—Parece — contestó Welling.

El rostro de Lord Creith habíase puesto pálido de pronto.

—No puede ser — dijo con voz trémula. Luego, volviéndose, bajó coriendo los escalones que cruzaban el camino a la playa y los dos jinetes hicieron volver los caballos en aquella direción y los pusieron al galope.

Welling observaba la escena confuso. Vió a la mora saltar repentina de la silla a los brazos del anciano con la cabeza descubierta, y luego al moro más grueso que desmontó y fué saludado calurosamente.

—Si ese no es Jaime Morlake, yo soy holandés — dijo Welling.

Un instante después cruzaba corriendo la arena para ir a su encuentro. Una multitud de moros había observado la inconveniente conducta de la mujer sin velos y la miraban fijamente y con dolor por la ofensa que les infería.

—No me importa — dijo Juana con alegría — me siento borracha de felicidad.

Antes de una hora cuatro personas dichosas se hallaban sentadas a los cuatro lados de una mesa para comer como dos de ellos no habían comido hacía días. Welling se ausentó después y volvió pronto con la noticia de que el "basha" había enviado fuerza pública a detener a Hamon a consecuencia de informes dados por Sadi Hafiz.

—Lo cual significa que Sadí, habiendo salvado la vida, ahora salva rápidamente su piel — dijo Jaime. — Por una parte me alegro de no haberle matado. — Se volvió a Lord Creith — Va usted a llevarse a Lady Juana fuera de aquí en seguida ¿verdad?

—Nos embarcaremos esta noche — contestó su señoría con fervor — y si hay ventarrón en el canal y el mar del golfo de Viscaya forma olas como montañas, mandaré ir en derechura a Southampton. Iría a mi casa por el camino más corto — agregó — y dejaría al yate seguir su rumbo sin mi intervención; pero el dueño efectivo es amigo mío. ¿Viene usted también, Morlake?

Jaime movió la cabeza.

—Aún no — dijo tranquilo — Vine aquí con dos fines. Uno está alcanzado en gran extensión; pero queda el otro.

—¿Se refiere usted a Hamon.

Jaime afirmó con la cabeza.

—En verdad que no voy a dejarle a usted aquí, amigo mío — dijo animosa Juana — Tengo un especial derecho a pedirle que regrese con nosotros.

Pero en este punto Jaime no transigió. Al día siguiente de zarpar el yate, recibió noticias de la muerte de Sadi Hafiz y la fuga del asesino, y se maldijo a sí mismo por no seguir a su corazón. Dirigióse a Cádiz en un aeroplana militar, esperando encontrarse con el yate en aquel puerto; pero cuando el aeroplano cruzaba la línea de la costa vió que zarpaba "La Esperanza". Por la tarde tomó el tren para Madrid. y estuvo en el muelle de Southampton para recibirlos. Y Juana no vió al hombre amado hasta que pasó otro más, pués se apoderó de Jaime Morlake una timidez repentina y era presa de una duda que habíase convertido en obsesión.

CAPITULO LXV

—Los animales son animales — dijo enojado Binger—Tienen su sitio lo mismo que cualesquiera otros.

—Tendrán su sitio — contestó Jaime Morlake, — pero si usted pega a mi perro le pegaré yo a usted.

—Si usted me pega, señor — repuso Binger con dignidad — me resignaré.

Jaime se echó a reir y acarició al perro cojo que enseñaba los dientes al criado.

—El sitio de un animal es el campo, señor, con perdón de usted.

—No quiero perdonarle, Binger — dijo Jaime con buen humor — Márchese.

Llenó su pipa y se sentó en la profunda silla, escudriñando el periódico nocturno, y el perro, que se resentía del suave golpe que le dió Binger, a causa de un hueso de carne que faltaba, metió la cabeza entre las patas y se durmió.

Jaime dejó caer el periódico, se dirigió al estante que había en su dormitorio y cogió un atlas grande. Fué volviendo páginas hasta que llegó a la línea de Marruecos y con un lápiz trazó los posibles caminos de huída que podían estar abiertos a un asesino perseguido. Hallábase en esta ocupación cuando llegó Welling.

—¿Planeando un viaje de novios? — preguntó con agrado, y Jaime enrojeció.

—No estoy trazando un viaje de novios contestó un poco azorado.

—Entonces está usted malgastando un bonísimo atlas — dijo el tranquilo "detective", dejando el sombrero cuidosamente sobre la cabeza del perro que dormía — Su hombre está vivo.

¿Hamon? — preguntó Jaime enseguida.

El "detective" afirmó con la cabeza.

—Se han presentado dos órdenes de pago a un banco, las dos en Tánger, de una cantidad considerable.Eran pagables a Hamon con un nombre supuesto; no me enteré hasta ayer, cuando fuí a uno de sus Bancos. Hamón tenía varias cuentas corrientes, y era difícil descubrirlas todas; pero cuando logré encontrar la pista hice ese descubrimiento. Las órdenes de pago han sido aceptadas y han vuelto a Inglaterra.

Jaime estaba serio.

—¿Entonces ha llegado a Tánger?

—Sin duda, pero eso era fácil. Quiero aceptar su teoría de usted, según la cual ha penetrado en territorio español. De Tetuán a Tánger no hay más que un paso. Creo que uno de los vapores de Gibraltar toca en los dos puertos.

—Se quedará allí si es prudente.

—Pero no es prudente — dijo Welling — Es peligroso para él estar en Tánger. Será juzgado por el asesinato de Sadi Hafiz si le descubren. El mero hecho de sacar ese dinero me parece una prueba convincente de que saldrá de Tánger a la primera oportunidad; probablemente ya está fuera, es curioso verle a usted enredado con ese atlas. Exactamente lo mismo estuve haciendo yo esta mañana, calculando las líneas por donde. . .

—¿Cuáles serían?

—Gibraltar — Génova o Gibraltar — Nápoles. De Génova a Nápoles a Nueva York o Nueva Orléans. De Nueva York o Nueva Orléans a Londres o quizás de Cádiz y en un barco de plátanos al Támesis; eso es más probable.

—¡Cree usted que vendrá aquí! — exclamó sorprendido Jaime.

—Seguramente — dijo el otro — Y lo que es más: nunca lo tomaremos.

Jaime dejó el atlas y se echó atrás en la silla.

—¿Quiere decir usted que nunca le capturará? — preguntó asombrado.

—El 'detective" negó con la cabeza.

—Puede ser que le capturemos, aunque por ahora no tenemos una prueba que valga lo que la goma de un sello de penique — dijo — pero nunca será ahorcado. ¡Porque está loco, Morlake. He visto el informe del médico que examinó a Sadi Hafiz cuando fué encontrado, y puedo decirle a usted, como hombre estudioso de la jurisprudencia médica, que Rafael Hamon es el tercer maníaco que conozco en el mismo caso.

Jaime encendió la pipa.

—¿Soy yo uno? — preguntó irónico.

—No; ha habido tres, pero usted no es ninguno de ellos. El primero fué Farringdon que indudablemente estaba loco; el segundo fué Baunockwaite, que también es loco, el tercero es Hamon el peor del lote.

Jaime calculó al recordar las características de los tres hombres.

—El más loco del lote es Baunockwaite — dijo por fin.

—Se ha ido de Tánger — dijo Welling moviendo la cabeza — El ministro británico le dió un plazo de venticuatro horas para marcharse, por algún motivo que no he descubierto, pero debido probablemente a su representación de usted. Fué a Algeciras, pero la gente española le despachó. Estuvo en París hasta ayer. Esta noche está en Londres.

—¿Cómo lo sabe usted? — preguntó sorprendido Jaime.

—Le he seguido desde la estación. Vive en una pequeña vivienda de la calle Stanford, Blackfriars.

Jaime no era lo bastante curioso para pedir muchas explicaciones acerca del decaído ministro; pero ahora se enteró por primera vez de que Baunockwaite se encontraba sin un cuarto en una época en que se lo supuso muerto. Había derrochado un capital, disipando el dinero pródigamente. Su único ingreso provenía de un grupo de casas cuyas rentas le había dejado una tía materna en los días en que era tan rico que miró el legado con algún desdén. En el final derroche de su patrimonio, no pensó en las casas, y cuando las fué a vender se declaró oportunamente la quiebra de los bienes. Bastantes fueron realizados para liquidar sus deudas pero la administración de la pequeña posesión permaneció en manos del depositario.

—Un individuo notable — dijo Welling moviendo la cabeza — Edificó tres iglesias, dotó un asilo de huérfanos y llevó más almas al borde del infierno que ningún otro hombre.

Welling se dispuso a marchar, últimamente había adquirido la costumbre de hacer una visita en el piso de la calle de Bond

—¿Porqué no vuelve usted a la casa de Wold? — preguntó.

—Prefiero este sitio por ahora, Hace frío en el campo — se disculpó Jaime torpemente.

—¿De qué tiene usted miedo? — preguntó desdeñoso el "detective". — ¡De una muchacha!

—No tengo miedo de nada — dijo Jaime poniéndose encarnado.

—Tiene usted miedo de Juana Carston, muchacho — y decía la verdad.

Jaime le vió salir y volvió a su pipa y a su atlas; pero ahora no le interesaba trazar rutas posibles, y cerrando el libro lo volvió al estante.

Sí, tenía miedo de Juana Carston; miedo de lo que sentiría y lo que pensaría, miedo de que, en sus momentos menos emocionantes, pensara Juana que Jaime había aprovechado de su disfraz y había entrado arrastrándose en el matrimonio ¡esa fué su propia expresión; Tenía miedo de que el matrimonio no fuese legal, y miedo de que lo fue-

se. Pudo aceptar una de las invitaciones de Juana que se hacían más y más frías con la repetición; bajar a la casa de Creith y tratar del asunto con ella; pero esquivó el encuentro. Oyó sonar la campanilla de la puerta principal y entró Binger.

—Hay un hombre que quiere verle a usted.

—¿Qué clase de hombre?

—Bueno; para decirle la verdad, mi opinión es que está borracho.

—¿Que clase de hombre? — volvió a preguntar Jaime.

—Es lo que yo llamo la imagen del bebedor crónico.

Jaime le miró.

—¿Dió algún nombre?

—Baunockbun se llama — dijo Binger con solemnidad — En mi opinión se trata de alojamiento. ¿Le digo que ha salido usted?

—No — contestó Jaime; — puede no entenderte; y, entre paréntesis, se llama Baunockwaite.

—Me suena mal — dijo Binger, e introdujo al hombre en la habitación.

Había un leve progreso en la apariencia del clérigo casamentero. Conducíase con un poco más de galantería, y sus modales eran quizás menos agresivos. Llevaba cuello y corbata, probablemente había llevado aquel desde su vuelta a Londres.

—Buenas noche, Morlake — dijo con un alegre ondear de la mano. — Creo que nos hemos visto antes de ahora.

—Tome usted asiento — dijo Jaime con gravedad. — Traiga una silla para Mr. Baunockwaite.

Binger obedeció con una mueca de disgusto.

—Y cierre bien la puerta — dijo Jaime significativamente, y Binger hizo una seña al salir.

—Supe la dirección de usted por un amigo común — En otras palabras por una guía telefónica — dijo Jaime. — No se que tengamos amigos comunes excepto Abdullah, el sastre de Tánger. ¡Un hombre excelente!

El naúfrago de la viga se puso un cristal en un ojo y miró a Jaime con benevolencia.

—De inteligencia limitada, pero un hombre excelente. La industria del moro es una constante fuente de admiración para mi — Se golpeó la barba roja desigual y miró alrededor de la estancia con ojos de aprobación. — ¡Es delicioso, muy delicioso! — murmuró. — Un matiz de Marruecos antiguo. Especialmente admiro el techo.

Jaime preguntábase cuál sería el objeto de su visita; pero pronto salió de dudas.

—He hecho un pequeño servicio en favor de usted Mr. Morlake — dijo Baunockwaite moviendo la gruesa mano — Una insignificante bagatela; pero en estos tiempos duros, "necesitas non habet leges". En aquel momento no sabía yo que teníamos tan distinguido cliente; pero luego lo he sabido, aunque yo no he contado el hecho, que el improvisado novio no era otro que el interesantísimo y, perdóneseme la impertinencia, el agradabilísimo caballero que está sentado frente amí. Comunicar con mi sagrado ministerio repugna a todos mis sentimientos; pero un hombre de la situación financiera de usted no negará una fruslería de cinco guineas. Podría conseguir mayor cantidad escribiendo un pequeño relato, uno de esos espumosos y epigramáticos trozos de literatura a los cuales fué unido mi nombre en Oxford, y con la intervención de mi amigo el editor del "Megáfono"...

—En otras palabras, si no le pago a usted las cinco guineas, publicará usted el hecho de que me he casado con Lady Carston:

—Eso sería "chantaje" — murmuró el otro riendo jovial. — No, no; le diré a usted sencillamente entre muros, que soy muy perezoso para escribir. Querido amigo, le seré completamente franco; no tengo intención de escribir — y de nuevo le miró.

Jaime sacó del bolsillo un billete de banco y se lo dió por encima de la mesa.

—Mr. Baunockwaite, a menudo me pregunto si piensa usted.

—Perdone — el hombre se echó hacia adelante en exagerada actitud de cortesía, con la mano en una oreja. — ¿Si pienso? — dijo. — Yo le pregunto a usted, en nombre del cielo: ¿Y por qué he de pensar? Vivo por el momento. Si el momento es bueno, soy feliz; si es malo, me entristezco. Toda mi vida he hecho lo mismo.

—¿Y no siente remordimiento? — preguntó asombrado Jaime.

El hombre se guardó el billete, chascó los labios y sonrió.

—Ya le veré a usted otra vez — dijo levantándose.

—Si vuelve usted a visitarme, le echaré — dijo Jaime sin acalorarse. — Me es odioso decir eso a un hombre de su inteligencia, pero es usted enteramente horrible.

El visitante echó atrás la cabeza y se rió con tal vigor, que Binger abrió la puerta y miró adentro.

—Querido amigo — dijo — carece usted de un poco de filosofía. Le deseo muy buenas noches.

Cuando se cerró la puerta trás él, Jaime hizo sonar la campanilla llamando a Binger.

—Abra usted las ventanas y ventile la habitación.

—Eso iba a decir yo — contestó el indignado Binger.

—Pues ya no lo diga — replicó Jaime.

Miró al reloj. Eran las ocho y se daba cuenta de que no había cenado. Binger era mal cocinero Mahomet no había regresado de Casablanca. Para evitar morirse de hambre o que le hiciese daño lo que comiera, Jaime acudía a un restaurant de Saho; pero aquella noche ansiaba platos caseros, y solo al pensar en la comida que le esperaba en Saho sentíase enfermo. Platos caseros, servida en un amplio comedor a la moda antigua, con lumbre crujiente en el hogar y rumor de ramas desnudas en el jardín exterior un prado cubierto de escarcha y un rio donde saltasen los pececillos. Hizo sonar la campanilla.

—Llame por teléfono a Cleares y dígale

que voy a bajar esta noche. Que me prepare un buen trozo de carne jugosa y un pastel monumental. Y cerveza.

—¿Esta noche, señor? — preguntó incrédulo Binger. — Son las ocho.

—No me importa. Tráigame el abrigo.

Pronto se halló caminando al través de la noche, cortándole las mejillas el frío viento. Aquello era mejor que Tánger; mejor que las ardientes brisas y el cielo lleno de sol eran aquellas apresuradas nubes q' mostraban apariciones de la luna. El aire olía a nieve; cayó una gota en el parabrisas y en el sur de Hohsham nevaba copiosamente. Los setos estaban blancos y el camino empezaba a desaparecer bajo una alfombra algodonosa. El corazón le dió un salto al verlo. Nunca sería excesivo el frío, ni la nieve, ni la lluvia, ni nada: el campo era el único sitio para vivir. Estaba equivocada la gente que necesitaba vivir en la ciudad todo el año, y especialmente en invierno. Entre los atractivos del campo no pensó en Juana; pero si hubiera pensado en el campo sin ella, en verdad , que le habría parecido triste.

Cleares le saludó con la misma pomposidad de que gozaba Jaime y tomó de sus manos el mojado abrigo.

—La cena está dispuesta, señor. ¿La sirvo?

—Sí, haga el favor. Cleares — dijo Jaime. — ¿Ha ocurrido algo?

—Sí señor. Una pila de heno se incendió en el cortijo...

—¡Oh! pues sople en la pila de heno! — dijo Jaime — ¿Es eso todo lo ocurrido desde que me marché?

—Ha ocurrido algo más — dijo Cleares con gravedad. — La gata ha tenido cuatro gatitos y ha subido el precio del carbón a causa de la huelga; pero aparte de eso ha habido muy pocas novedades. El campo es aburrido.

—¿Usted también es de ésos? — dijo Jaime alegremente frotándose las manos ante la lumbre — Bueno, pues que se le quite eso de la cabeza. Esta noche he pensado, Cleares, que el campo es el único sitio donde un hombre puede vivir. Quiero tener lumbre en el dormitorio y encender todas las luces del despacho; abra usted las contraventanas.

Al ir a acostarse, Juana miró a las ventanas de Jaime, según tenía por costumbre, y vió la iluminación.

—¡Oh, ya habéis vuelto! — dijo con voz suave, y con las puntas de los dedos tiró un beso a las luces.

CAPITULO LXVI

—Lo que me fastidia — dijo Lord Creith a la hora del desayuno — es el porvenir de esta miserable posesión.

—¿Por qué, papá? — preguntó Juana.

—¿Que va a ocurrir, suponiendo que ese bribón sea detenido, juzgado y ahorcado, lo cuál es muy probable? ¿Quién hereda la casa de Creith?

Aquello no se le había ocurrido a la joven.

(Continuará).

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

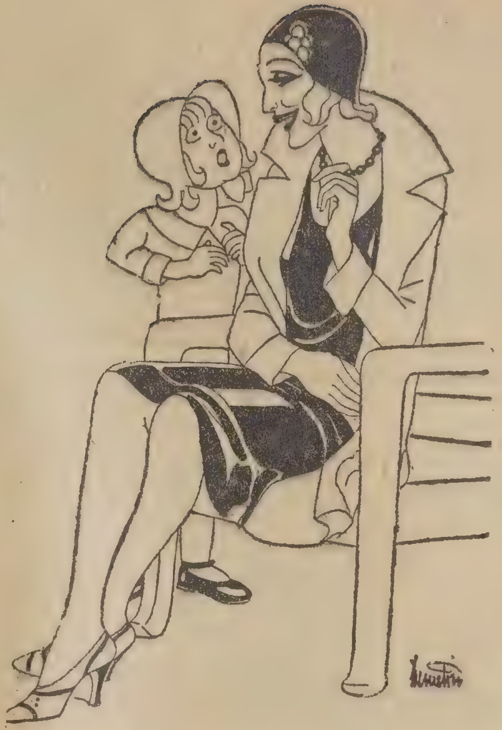
Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países	" 12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

—¿Por qué no te casas con él, si es riquísimo?
—Ya lo sé; pero tiene setenta años.
—¿Te parece demasiado viejo?
—No, todo lo contrario. Demasiado joven.



—Tita, eres tan guapa que me da miedo salir contigo por si te dicen cosas los hombres.
—No te apures, vida mía; llamaremos a un vigilante para que se los lleve presos.
—¿Y quién va a llevar preso al vigilante?

—¿Por qué el director ha despedido al nuevo repórter?
—Porque le encargó que le trajera una lista de los hombres de nota de la ciudad y vino con una lista de los músicos.

* * * *

—No sé lo que hacer con la puerta de la calle. Suena horriblemente, al abrir y cerrar.
—Yo conozco un remedio.
—¿Cuál?
—Toma una mucama que tenga novio.

* * * *

—¿Qué le ha ocurrido a aquella mecanógrafa tan bonita que tenías?
—La he despedido, porque mi mujer tenía celos de ella.
—Verdaderamente, que la que tienes ahora es un espantajo.
—Es mi mujer.

* * * *

—Me espera mi marido a las cinco, ¿qué hora es?
—Las seis.
—¡Ah!, entonces puedo esperar todavía media hora.

El maestro. — Todos vosotros conocéis el proverbio: "No es oro todo lo que brilla". Pongan un ejemplo.
Un discíplo. — Su pantalón, señor profesor.

* * * *

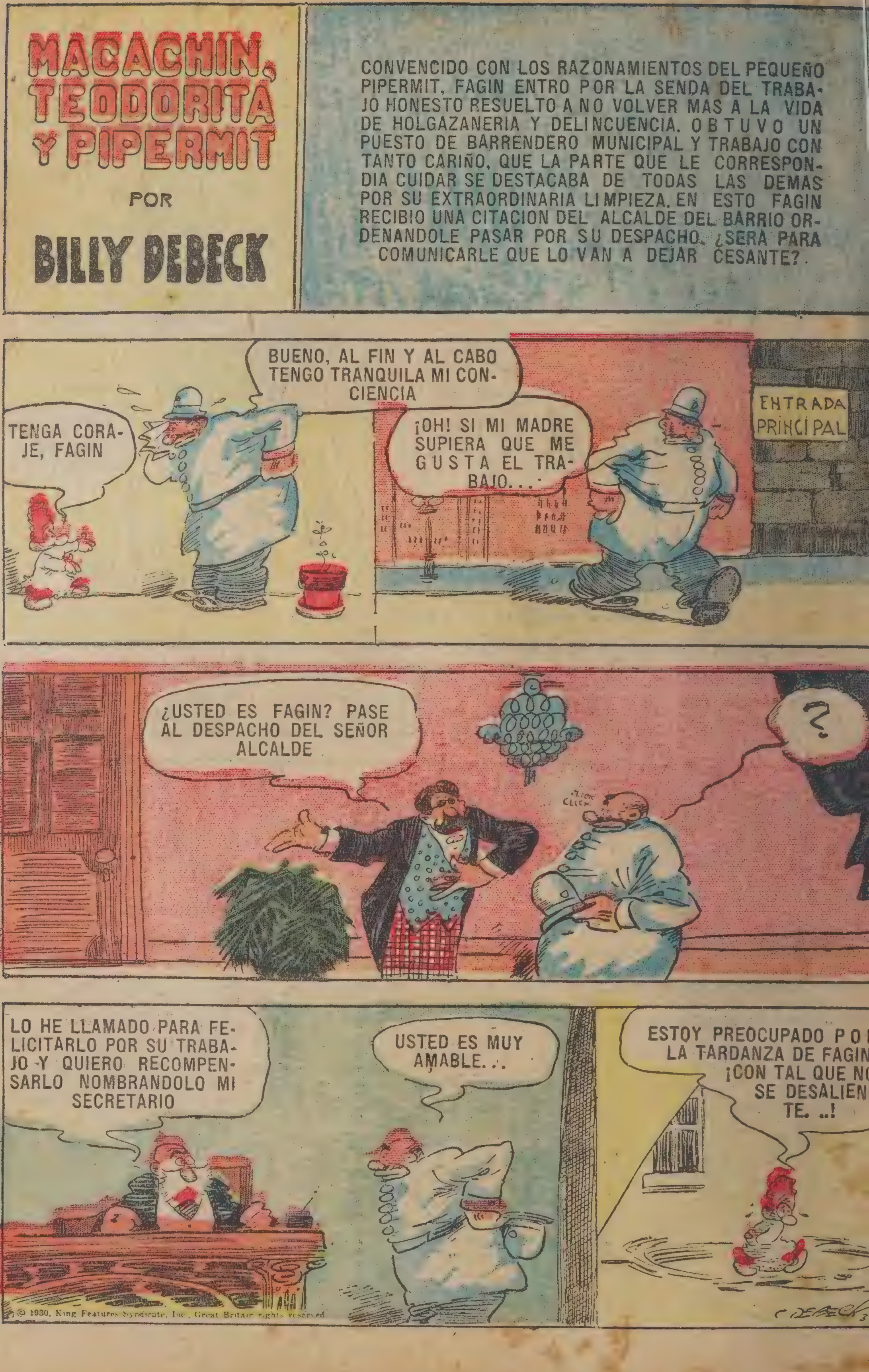
—¿Ha caído mucha nieve en su finca este año?
—Mucha; pero en la de mi vecino ha caído más.
—¿Y cómo puede ser eso?
—Porque su finca es mayor.

* * * *

—Temo que hayas hecho mal en admitir a esta mucama. Según sus propias palabras, ha estado en diez casas diferentes en el espacio de un año.
—Precisamente por eso la he tomado. ¡Calcula tú las historias que me contará de esas diez familias!

* * * *

—Ayer atropellé a mi suegra con el automóvil.
—¿Es que no pudiste frenar?
—Sí; pero no pude parar el coche todo lo rápidamente que fué preciso.



MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
CONVENCIDO CON LOS RAZONAMIENTOS DEL PEQUEÑO PIPERMIT, FAGIN ENTRO POR LA SENDA DEL TRABAJO HONESTO RESUELTO A NO VOLVER MAS A LA VIDA DE HOLGAZANERIA Y DELINCUENCIA. OBTUVO UN PUESTO DE BARRENDERO MUNICIPAL Y TRABAJO CON TANTO CARIÑO, QUE LA PARTE QUE LE CORRESPONDIA CUIDAR SE DESTACABA DE TODAS LAS DEMAS POR SU EXTRAORDINARIA LIMPIEZA. EN ESTO FAGIN RECIBIO UNA CITACION DEL ALCALDE DEL BARRIO ORDENANDOLE PASAR POR SU DESPACHO. ¿SERA PARA COMUNICARLE QUE LO VAN A DEJAR CESANTE?
BUENO, AL FIN Y AL CABO TENGO TRANQUILA MI CONCIENCIA
TENGA CORAJE, FAGIN
¡OH! SI MI MADRE SUPIERA QUE ME GUSTA EL TRABAJO...
ENTRADA PRINCIPAL
¿USTED ES FAGIN? PASE AL DESPACHO DEL SEÑOR ALCALDE
CLICK CLICK
?
LO HE LLAMADO PARA FELICITARLO POR SU TRABAJO Y QUIERO RECOMPENSARLO NOMBRANDOLO MI SECRETARIO
USTED ES MUY AMABLE...
ESTOY PREOCUPADO PO
LA TARDANZA DE FAGIN
¡CON TAL QUE N
SE DESALIEN
TE. ..!
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved
DEBECK

PORTE PAGO

PUCKY

AÑO X
Julio 4
de 1930
No. 353

LA LECTURA PARA TODOS

EL TEMPLO DE MOGA

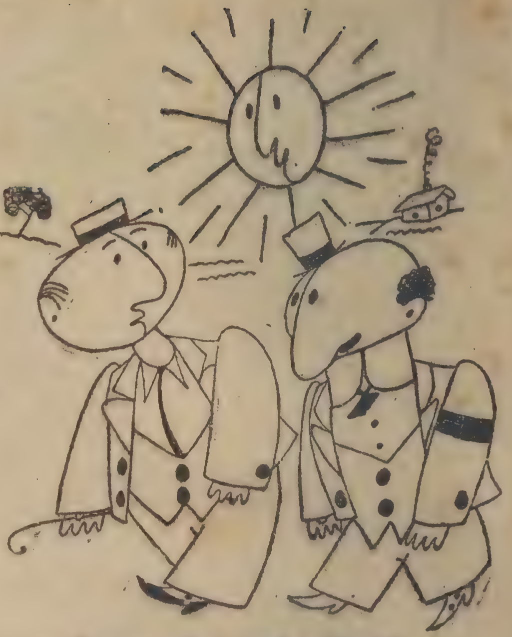
Por ROBERTO HARDING

Emocionantes aventuras en las selvas de la India

20 cts.

El policía (a su mujer). — Ayer palpé de armas al ladrón "el Cemento" y me extrañó mucho encontrarle una pistola.

—No sé por qué te extrañó que "el Cemento" fuera armado.



—¿Y gana usted mucho dinero?

—Todos los días salgo por cinco pesos...

—Pues ya está bien.

—... salgo por cinco pesos, pero no los encuentro.

—¿En qué se parece la cabeza de un pedante a un puchero hirviendo?

—En que tiene humos.

* * * *

¿NO HABIA VISTO UN GATO?

La joven maestra estaba muy orgullosa de sus pequeños alumnos y se hallaba radiante de contenta ante la aprobación demostrada por algunos visitantes que la aplaudieron generosamente. Continuó la lección y la maestra anunció el tema.

—Niños, — dijo, — hoy vamos a aprender algunas cosas relacionadas con el gato y quiero que ustedes me digan lo que saben al respecto. Tomasito, ¿cuántas patas tiene un gato?

—Cuatro, — contestó Tomasito con aplomo consciente de su sabiduría.

—Bien. El gato tiene cuatro patas, y, dígame, Juanita, ¿qué más tiene el gato?

—Tiene uñas, tiene cola, — murmuró Juanita con cortedad y poniéndose roja como una amapola.

Se nombró otras partes de la anatomía del gato, y por último, la maestrita volvióse hacia una de sus más recientes adquisiciones, una nena muy vivaracha y le preguntó con cariño:

—A ver, María, ¿puede decirme si el gato tiene pelo o plumas?

Con irónico desprecio, unido a no poca sorpresa, María exclamó:

—Pero dígame, maestra, ¿usted no ha visto nunca un gato?

La lección se interrumpió ahí mismo.

—Papá, yo creo que tú te pareces a un elefante.

—¡Niño, a ver si te doy un trompazo!

—¿Ves cómo te pareces a un elefante?

* * * *

—¿Lo pasó usted bien en el teatro ayer, señora Meyer?

—Sí; había muchas "toilettes" maravillosas.

* * * *

... Entonces, me arrojé sobre el tigre y le corté la cola.

—¿Y por qué no la cabeza?

—Porque ya se la habían cortado.

* * * *

En la lechería:

—Dice mi mamá que qué le pasa a la leche, que no sube.

—¿Que no sube? Pues dile a tu mamá que mañana sube diez centavos en el litro.

* * * *

Cuestión gramatical:

—Mira, Teodorito, fíjate bien. Los derivados diminutivos se forman terminando en ito, ita, ico, ica, ino, ina, y envuelven cierta idea de cariño, como carrito capita monino.

—Ya ya lo entiendo, don José.

—Entonces, vamos a ver. ¿Cómo formarás el diminutivo de tu hermano Juan, que ya es un pollo?

—¡Pues... pollino!

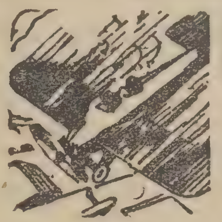
PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 353. -- JULIO 4 DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.



CERTIFICADO DE LOCURA

Por GILBERT CHESTER

(Aventuras de Sexton Blake, por el autor de "El Mónstruo", "Oro de Media Noche" etc.)

"LOS ABAJO FIRMADOS CERTIFICAMOS QUE JAMES FORRESTER, A QUIEN HOY HEMOS DECLARADO LOCO, ES EN REALIDAD, CUERDO..."

¿Por qué, entonces, los médicos lo declararon loco y por qué, habiéndolo hecho, se retractaron luego? En esta novela, llena de intriga y emoción, hallaréis respuesta a estas y otras preguntas igualmente interesantes

I

HACIENDO MERITOS

AMYAS Grinling estaba sentado delante de su escritorio, contemplando una revista ilustrada. La página abierta mostraba el retrato de una hermosa joven. Debajo tenía el siguiente epígrafe:

Srta. Hermione Hartog, hija de Sir Hickmann Hartog, conocido periodista-propietario, cuyo compromiso con el Sr. Amyas Grinling, otro magnate de la prensa, se ha anunciado".

Grinling sonrió complacido al mirar el retrato. Hermione era hermosa y tenía dinero. Más aún, aquel matrimonio significaba la consolidación de intereses periodísticos, los suyos propios y los del grupo Hartog, cosa que hacía tiempo anhelaba. Hasta entonces, varias cosas, una de ellas importante, se habían opuesto al logro de sus deseos. Pero gracias a su intrépida determinación, los obstáculos habían sido eliminados uno por uno. Y por fin, comprendía ahora, que estaba parado sobre el umbral de la fortuna.

Tarareando suavemente, Grinling dió vuelta entre sus dedos un hermoso collar de brillantes. Lo había comprado aquella mañana en Bond Street y aquella noche adornaría el esbelto cuello de Hermione. O quizá a la hora del te, si podía escaparse. Y después de todo ¿por qué no? Había dado a Hope, el nuevo editor, sus instrucciones, se había entrevistado con Mc Kinnel, el jefe de repórteres

Sí, celebraría aquel día promisor dejando su trabajo temprano por una vez, se prometió Grinling; levantándose dirigióse a la caja fuerte y guardó en ella el collar. Tenía que hacer todavía una visita a la sala de composición. Luego...

Oyó golpear a la puerta mientras cerraba la caja. Un poquito fastidiado contestó:

—¡Adelante!

Entró un joven. Acercándose al escritorio paróse ante Grinling en actitud respetuosa.

—¿Y bien, Forrester? — preguntó Grinling, mirando el rostro del repórter. Este tenía las mejillas pálidas, debajo de un ligero colorido de emoción.

—Se trata del asunto de Uxbridge, señor... de la señorita Leila Lane.

—¿Leila Lane? — repitió Grinlig, frunciendo sus hirsutas cejas.

—Sí, señor. La joven que fué encontrada muerta, con la cabeza dentro del horno. Nuestras primeras ediciones publican el relato. Aquí está.

Forrester mostró una pulgada o dos de columna, cortada de una hoja de diario. Grinling la extendió sobre el papel secante. Empezó a leer los caracteres tiznados.

"Esta mañana temprano, la señorita Leila Lane, en un tiempo muy conocida en los teatros de West End como exquisita bailarina, fué hallada muerta en su bungalow de Uxbridge. Alarmado por un fuerte olor a gas, un vecino llamó a un cabo de policía, quien como nadie contestara a sus llamados, forzó la puerta de la casita. Encontraron a la señorita Lane en la cocina, con la cabeza dentro del horno de su fogón a gas. La llave estaba abierta y la pieza llena de gas".

—Ya veo — Grinling dobló friamente el recorte — Otro suicidio, evidentemente. Y noticias rancias. Mc. Kinnel se le ha adelantado.

Forrester sonrió curiosamente.

—Disculpe, señor; pero... no es así.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó vivamente.

—La policía cree que es un suicidio; pero... — el joven sonrió sombriamente — se equivoca. Se trata de un crimen.

—¿El qué? — exclamó Grinling mirándolo — ¿Acaso no tenía la cabeza metida dentro del horno?

Forrester buscó en su bolsillo.

—Mire esto, señor — puso un rollo blanco y arrugado sobre el escritorio — Yo anduve observando el sitio, salté por encima de los cercos y encontré esto debajo de un cesto, en el huerto que flanquea el jardín. Obsérvelo, señor.

Lentamente desenvolvió Grinling el rollo, era un pañuelo envuelto alrededor de un frasquito que decía en su etiqueta "Cloroformo". El franco estaba vacío.

Grinling le quitó el corcho y acercó su nariz al cuello. Luego dejó el frasco. Examinado el pañuelo vió una marca, descolorida por el lavado, en un ángulo.

XP. 567.

—¿Y bien? — repitió mirando a su empleado.

—Es bastante claro, señor. Alguien cloroformó a la Sta. Lane y abrió la llave del gas, metiéndole la cabeza dentro del horno. Todo fué arreglado para que pareciera un suicidio y la policía ha caído en el lazo. Pero... — Forrester se rió suavemente — no está enterada de esto.

Grinling frunció rápidamente el ceño.

—¿Quiere decir que piensa usted utilizar ese indicio sin decir palabra a nadie? — preguntó.

Forrester hizo un gesto afirmativo. Los ojos del jefe tenían expresión amenazadora.

—Más o menos, señor. Me parece a mí que... que... — se detuvo y luego se inclinó hacia adelante excitado — ¿No comprende, señor, que esto significaría "El Clarín" adelantándose a la Yard? Somos nosotros que vamos a probar que no se trata de un suicidio, si no de un asesinato.

Por un momento los gruesos dedos del magnate tamborilearon sobre el escritorio.

—¿No le parece un poco irregular, Forrester? — murmuró con el entrecejo fruncido.

—Bueno... claro está que sí, señor... sólo que... pensé dejarlo por cuenta suya o de Hope. Lo que hay que hacer, quiero decir. Sin embargo... — el joven repórter se inclinó ansiosamente — ¡Piense que primicia si logramos establecer la evidencia del crimen!

Las ásperas cejas de Grinling se juntaron tanto que los párpados casi se tocaron.

—¡Hum!... ¿Entonces no ha dicho usted palabra a nadie?

—Ni a un alma. Metí el frasco en el bolsillo y me vine. Usted dijo una vez que le gustaría derrotar a la Yard, señor.

Una sombra de sonrisa se dibujó en la boca dura de Grinling.

—Me gustaría... Sí — movió la cabeza — Pero... — otro movimiento de cabeza más enfático que antes — Mi buen muchacho, es completamente ilegal. Demasiado peligroso. Ocultar pruebas. Sencillamente, no podemos hacerlo.

El rostro de Forrester expresó profunda decepción.

—Puede hacerse cualquier cosa por una vez, jefe — sugirió esperanzado.

—¿Cómo? — el jefe se sobresaltó al oir su propia divisa — ¡Por Júpiter!...

—Entonces... entonces... — Forrester respiraba ansiosamente. Después de todo, era su primer primicia.

El editor en jefe se echó a reir, con su risa dura, acerada, característica de una súbita resolución. Golpeó el escritorio con el puño.

—De la boca de los niños sale la verdad. ¿Quiere usted enseñarme mi oficio, cachorro?

Bueno... no veo inconveniente. Durante cinco años he tratado de derrotarla a la Yard. Se me presenta la oportunidad.

—Oiga, señor... — interrumpió Forrester poniéndose colorado de contento.

Pero el jefe lo interrumpió con un gesto.

—¡Vaya a la otra pieza y escriba su artículo, Hágalo bien. Yo lo llamaré cuando lo necesite. Y se inclinó Grinling enfáticamente — ni una palabra a nadie de esto. ¿Com-

prende? Guardaremos esta historia hasta que estemos prontos. Y luego... será una bomba.

Forrester escribió su artículo, lo rompió y escribió de nuevo.

En cada versión aumentaba la nota dramática. Luego, cuando le parecía pecado cambiar una sola palabra, lo rehizo otra vez, implacablemente. Satisfecho al fin, retiró su lapicera fuente.

En ese momento sonó el timbre del jefe.

Recogiendo su copia, Forrester se dirigió al santuario de Grinling.

—¿Ya está? — preguntó el magnate, con el cigarro en la boca.

—Sí, señor.

Forrester colocó sus cuartillas sobre el escritorio.

Durante un segundo, Grinling recorrió las páginas con la vista. Luego, levantándose bruscamente las guardó en la caja de hierro.

— Esto será espléndido... cuando llegue el momento. Entre tanto...

—¿Entretanto, señor? — preguntó Forrester mientras Grinling se detenía.

—¡Hum!... Estoy pensando... — Grinling miró al joven por debajo de sus ásperas cejas, a través del humo azul de su cigarro — Esta es una buena primicia; pero... — quitóse lentamente el cigarro de los labios e hizo caer la ceniza en el canasto de los papeles — No, temo que no sirva usted para esto.

—¿Cómo, señor? Disculpe, no comprendo...

—Tengo otra tarea entre manos. Pensaba dársela a Mc Kinnel. Y por un momento imaginé que quizá podría usted hacerla. Pero... — los dedos se detuvieron un momento sobre el botón del timbre — No; se necesita un hombre de experiencia. — El dedo de Grinling oprimió bruscamente el pequeño botón.

Con la cresta baja, Forrester retrocedió, mientras se abría la puerta y aparecía una joven, coqueteando arreglada y de rostro angelical. Era la secretaria privada de Grinling.

—Señorita Chowne, mándeme a Mc Kinnel ¿quiere?

—El señor Mc Kinnel acaba de salir, señor. Lo mandó usted a...

—¡Diablos! Lo había olvidado. No importa, señorita Chowne.

Grinling la despidió con un ademán y, cuando se hubo cerrado la puerta, volvíose de nuevo a Forrester.

—¡Hum!... No se. Mc Kinnel hubiera podido hacerlo. — La vieja duda subsistía en sus ojos.

—Permítame probar, señor — rogó Forrester, presintiendo algo sensacional.

Grinling hizo un gesto afirmativo.

—Es una tarea difícil. Necesitará hasta la última gota de su energía. Usted no comprende...

—Yo no lo dejaré mal, señor — insistió Forrester obstinadamente.

—Si lo consigue usted... bueno, no quiero hacer promesas; pero — los duros ojos de Grinling se fijaron en el joven — Si triunfa, no hay más límite que el cielo. ¿Comprende?

—No del todo — murmuró Forrester — Pero sospecho que es algo muy importante.

—Más que eso — sonrió Grinling — Es vital. La reputación de "El Clarín" depende de... usted. Hope se está haciendo viejo. Pronto se jubilará. El hombre que realice lo que yo tengo pensado puede... puede...

Pero Forrester apenas lo escuchaba. En su cerebro resonaba un solo e importante pensamiento. Hope se retira. Editor de noticias.. de un solo salto. Pasar por encima de Mc Kinnel.

—¡Jefe! — exclamó nerviosamente, mirando el rostro duro del magnate — O yo estoy loco o usted quiere que yo...

Grinling se echó a reír.

—Esta usted loco, hijo mío. ¡Loco de remate!

II

EL CERTIFICADO

Forrester retrocedió sorprendido.

—Disculpe. ¿Cómo dijo, señor?

—Digo que está usted loco, Forrester. ¿Comprende? Loco. Voy a darle certificado de insano.

La voz de Grinling era extraordinariamente fría. Su despreocupación dejó asombrado al joven repórter.

—Empiezo a creer que lo estoy, señor — tartamudeó, pasándose la mano por la húmeda frente — Cuando usted habló sobre el editor de noticias...

—El mérito, no la antigüedad, es mi divisa — Grinling se detuvo bruscamente ante una puerta — Por aquí, tenga la bondad.

Abrió una puerta e indicó a Forrester que pasara.

El joven obedeció. En la habitación donde entró había tres hombres... tres desconocidos. Mientras Forrester se detenía examinándolos, Grinling entró a su vez, cerrando trás sí la puerta.

—Caballeros, este es el joven de quien hablé — anunció indicando al repórter.

A una, el trío se dio vuelta silenciosamente para mirar a Forrester. Por un momento se miraron los unos a los otros en silencio y luego, todos a una, hicieron un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Y está dispuesto? — dijo el hombre que estaba en el centro, un anciano de barba blanca.

—Sí.

—Entiendo que sabe lo que hace, a lo que se expone?

—Naturalmente — dijo Grinling.

Forrester miraba aturdido a uno y otro de los tres hombres. Estaba lejos de comprender otra cosa, a no ser que el mundo se había dado vuelta repentinamente del revés.

—¿Quiénes.... quiénes son estos caballeros? — tartamudeó.

Grinling dió un paso adelante y extendió su mano hacia el hombre de la barba blanca.

—Sir Joshua Towne — su mano señaló al próximo — El Dr. Jepson y... — un gesto

Blake metió al muchacho detrás suyo, en el hueco de la puerta. Luego oyéronse pasos precipitados y un grupo de hombres se precipitó sobre el detective.

a la izquierda — el Dr. Colter Cupper. Tres de nuestros alienistas más distinguidos. Están aquí, mi querido Forrester, para certificar su locura.

El editor en jefe sonrió suavemente.

Forrester contuvo una risa tonta.

—Pero... ¿por qué?

—Voy a decírselo — Grinling se sentó y miró a su empleado — Ya se lo he explicado todo a estos caballeros. Ahora voy e explicárselo a usted. Tenga la bondad de escuchar.

—Sí, señor.

—Esta mañana Hope mandó a un hombre para que se entrevistara conmigo... un individuo que acababa de salir del Asilo de Lo-

cos de Chadwall. Denunció toda clase de irregularidades; dice que los pacientes son maltratados, que se les somete a un sistema cruel, Hasta dice que hay gente encerrada allí, que está tan cuerda como usted o yo. En resúmen, que sería un escándalo de primera clase, si se probara que lo que dice es cierto.

—¿Pero lo es? — preguntó Colter Cupper.

—Esa es la cuestión — declaró Grinling — Tenemos que descubrirlo. Por el honor de la profesión médica, tanto como por el bienestar de los enfermos. Para averiguar la verdad de estos hechos es necesario que alguien penetre allí... un hombre cuerdo y sin embargo, oficialmente, loco. Por esta razón estos tres eminentes alienistas, cuyos nombres son perfectamente conocidos en todo el Reino Unido, se han prestado a extenderle el certificado de loco, mi querido Forrester, a fin de que usted pueda descubrir la verdad para "El Clarín".

—¡Cielos! — murmuró Forrester. Miró a sus campañeros vagamente, luego con tono trémulo murmuró una vez más. — ¡Cielos!

—Sería mejor que dijera "¡Qué suerte!" — observó secamente Grinling — Si logra usted llevar a buen término este asunto y escribir una serie de artículos sensacionales para 'El Clarín" su fortuna esta hecha, joven idiota. ¿Consiente?

—Pero... Pero...

No tenía nada de extraño que Forrester vacilara.

—Muy bien... Me parece será mejor que lo encargue del asunto a Mc Kinnel — dijo Grinling con acento tentador — Yo había preparado esto para él. De modo que si no se siente usted con valor suficiente para la tarea...

—No. — interrumpió Forrester prontamente — Yo creo que si Mc Kinnel puede hacerlo, también podré yo. Es que... me tomó usted de sorpresa, señor.

—¿Entonces acepta?

—Naturalmente.

—Muy bien, hombre. — Grinling le estrechó calurosamente la mano — Ya sabía yo que no defraudaría las esperanzas de "El Clarín".

—No lo haré. ¿Cuándo debo empezar?

—Ahora mismo. Estos médicos han venido especialmente para extender el certificado. Cuando salga de esta oficina, será bajo vigilancia, como si estuviera loco.

—Pero tengo que arreglar algunas cosas...

—Pueden esperar — interrumpió secamente el magnate — Tiene que recordar que esto es un 'diario" no una revista anual. Está usted en servicio todo el tiempo y no puede tener asuntos particulares. Esto se hace o no se hace.

—Comprendo, señor — el rostro de Forrester seguía dudoso — Pero ¿cuánto tiempo tardaré en salir?

—Un mes me parece de sobra para darse cuenta de los hechos. Al fin de este tiempo, usted será examinado de nuevo y declarado sano. Entretanto, unas pocas formalidades nos bastarán para conseguir nuestro objeto.

—Sin embargo, tengo algunas cosas que arreglar, señor...

—¡Cielos! — ¿No querrá usted decir que es hombre de dinero? — exclamó Grinling disgustado.

—¿De dinero, señor?

—¿Quiero decir que no tendrá usted quinientas libras, no?

Forrester hizo una mueca.

—¡Ojalá las tuviera!

—¡Bueno! — el rostro de Grinling se aclaró — Entonces las cosas se simplifican. Si hubiera sido usted dueño de esa cantidad, tendría que aparecer ante el Juez de Locos ¿Comprende?

—Temo que no, señor.

—Un sistema legal previsor, reconoce, Forrester, que cuanto más dinero tiene un hombre más interesados puede haber en quitarlo del medio. Así que la ley toma precauciones especiales para proteger a las personas que tienen dinero. Esto es lo que ellos llaman una investigación, es decir una especie de juicio antes de que un hombre, que posea de 500 libras en adelante, pueda ser aislado.

—Bueno, señor... yo no soy rico.

—Entonces sólo será necesario que estos tres caballeros le extiendan el certificado de locura, Un magistrado pondrá el visto bueno a la decisión de ellos. Su consentimiento personal simplificará las cosas. ¿Contamos con él?

—Con una condición, señor.

—Y es...

—Convendrá, señor, en que yo corro riesgo. No me interprete mal; pero... — Forrester vaciló perceptiblemente — supongamos que le ocurriera algo a usted o alguno de los caballeros aquí presentes. Yo quisiera estar a cubierto de cualquier contingencia. Si estos médicos quieren firmar un documento declarando que el certificado se hizo con el propósito que usted ha mencionado, yo me consideraré satisfecho.

—Es una condición muy razonable — comentó Sir Joshua.

—Ciertamente — convino Jepson — Es muy natural.

—Estoy de acuerdo — dijo a su vez Colter Cupper.

—Muy bien... como usted guste — dijo Grinling.

Forrester sugirió que él mismo escribiría el documento a máquina en pocos momentos. Y, con el permiso del director, se retiró a otra pieza, donde redactó un documento concebido en esta forma:

"Los abajo firmados declaramos que James Forrester, a quien hoy hemos declarado loco, está en realidad cuerdo y que extendimos el certificado de locura en aras de los intereses de la justicia y por las razones siguientes. (1) Para que el citado James Forrester pueda entrar al Asilo de Locos de Chadwall, como paciente y por encargo de "El Clarín", a fin de investigar si son ciertos los abusos que se dicen cometidos allí. (2) A fin de que, si dichos abusos existen, puedan ser conocidos públicamente. Quedando entendido de que, transcurrido un mes, el nombrado James Forrester será declarado cuerdo y puesto en libertad. Además, en previsión de cualquier circunstancia imprevista que nos impidiera certificar la cordura de Forrester, esta declaración constituirá plena prueba de ella y reconocimiento de los hechos arriba explicados". (Firmado)

—Aquí está, caballeros — dijo Forrester colocando el documento delante de los alienistas — Si queréis firmar....

Firmaron los tres. Hecho esto, el joven dobló el documento y lo guerdó en su bolsillo.

—¿No es mejor que yo lo guerde? — sugirió Grinling.

—No; lo guardaré yo, si no tiene usted inconveniente, señor — dijo Forrester — Y ahora, un momento mientras junto mis cosas.

Pasó a la otra habitación y empezó a guardar su máquina de escribir.

—¡El Clarín! El diario mejor informado de Londres!

Una voz ronca resonó debajo de la ventana, en la calle.

Forrester levantó la celosía y miró hacia afuera. En la calle estaba un canillita, con su paquete de diarios debajo del brazo.

—¡Eh! Ratita.

Una cara desfachatada, sucia, miró al que lo llamaba por su apodo. El canillita y el repórter eran viejos y buenos amigos y se habían ayudado el uno al otro en muchos trances del pasado.

—¡Hola, patrón! ¿Qué le pasa?

—Espera un momento — de dijo Forrester. Retiró su cabeza de la ventana y con rápida decisión tomó un sobre de un estante.

Escribió rápidamente unas palabras en el sobre, metió dentro de él la declaración firmada y volvió a la ventana.

—¡Eh!... Agarra esto.

Tiró el sobre que cayó dando vueltas a la calle, donde el muchacho lo recogió diestramente.

"Voy a estar un mes ausente. Si pasado este **tiempo no he vuelto, abre el sobre y obra**

en consecuencia" leyó el muchacho en el sobre.

—"Capisco", patrón — dijo riendo el muchacho y guardándose el sobre.

Ratita era un chico inteligente. Todos los canillitas de Londres lo son.

—¡Gracias! ¡Adiós!

—Chao, patrón.

Forrester cerró la ventana. Agarró su máquina de escribir y volvió al cuarto donde lo esperaban los cuatro hombres.

—Estoy pronto, caballeros — dijo.

Exactamente treinta minutos después, Grinling volvió a entrar a su escritorio privado. La puerta de la caja de hierro estaba abierta. Delante de ella estaba agachado un enmascarado.

—¿Qué es eso? — preguntó Grinling dando un salto hacia el intruso, sin esperar respuesta.

El otro se agachó para esquivar el golpe.

—¡Ah!...

Grinling retrocedió trastabillando, agarrado por alguien a quien no había visto. Algo descendió sobre su cabeza y lo hizo inclinarse hacia adelante. Sintió en la nariz un perfume penetrante.

La semi obscuridad que lo rodeaba se hizo más profunda. No sintió el contacto con el suelo duro al caer.

Transcurrió algún tiempo y la obscuridad se disipó. Grinling se sentó en el suelo y vió a la señorita Chowne inclinada sobre él ansiosamente. Había venido a traerle cartas para firmar.

—¿Qué ha ocurrido, señor Grinlig? — preguntó asustada.

—Lo que ha ocurido..

Grinling se acercó vacilando como si estuviera ebrio a la caja y miró por la puerta, todavía abierta.

Los intrusos habían desaparecido y también un sobre sellado que contenía el relato del supuesto crimen hecho por Forrester, así como el frasco de cloroformo y el pañuelo.

III

SEGUIDO

Sexton Blake se recostó en un ángulo del asiento, con una vieja pipa entre los dientes y sus sagaces ojos fijos en las páginas de un libro muy manoseado.

Aunque parezca extraño, el libro que leía Blake no tenía nada que ver con las investigaciones criminales. Era el "Huckeleberry Finn", de Mark Twain y su extraño y viejo humorismo no podía ser el causante de la profunda arruga que surcaba el ceño de Blake.

Pero es que no estaba leyendo las caprichosas lineas del autor, si no entre ellas.

El volumen había pertenecido a cierto criminal, que ahora atraía su atención y suponía que las páginas ocultaban una clave secreta.

Con todo, su mente no estaba totalmente absorta en el trabajo. Al salir el expreso de Waterloo se dió cuenta de cierto tumulto en la plataforma, de una corrida y contra corrida, como si alguien tratara de trepar al tren que se movía lentamente.

Si el que intentaba subir lo consiguió es cosa que no sabía. Pero el recuerdo del incidente lo molestaba de un modo curioso.

De pronto la puerta del compartimento se abrió y una figura diminuta penetró cerrando la puerta. Era un muchacho andrajoso y al ver a Blake le dijo:

—¡Por Dios! Haga como que no me ha visto.

El intruso llevó luego el sucio dedo a sus labios y se metió agilmente debajo del asiento opuesto.

Blake permaneció sentado derecho, los ojos fijos en la ventanilla más lejana. Por un instante nada vió más que obscuridad. Luego, a través del vidrio, salpicado de lluvia, distinguió un rostro tosco y maligno.

De un salto, Blake llegó a la ventanilla. Pero, antes de que pudiera bajar el cristal el rostro había desaparecido. Sacó la cabeza y vió que una figura se movía en el extremo del estribo. Luego desapareció.

—¡Hum!

Frunciendo el ceño, Blake volvió a subir el cristal, bajó la celosía; dirigióse al otro extremo del compartimento, repitió el proceso y volvió después a su rincón.

—Y ahora, hijo mío, sal de ahí y déjame verte — ordenó brevemente.

En respuesta, una cara sucia salió con precaución de abajo del asiento. Por un instante dos ojos castaños y vivos se fijaron en las celosías bajas.

—Muy bien señor... estamos en privado.

Con la agilidad de una anguila, el intruso salió de su escondite. Cuando se paró el detective vió a un chico de unos doce o catorce años, de rostro pecoso y muy pequeño para su edad.

—¡Ah!... ¡Es mi joven amigo de Fleet Street! — exclamó el detective — Veamos... te especializas en la venta de "El Clarín" ¿no?

Los ojos castaños se agrandaron. La boca humorística se estiró con una sonrisa no desprovista de orgullo.

—¡Mamita— Es raro que usted me recuerde, señor. Yo si lo conozco; ellos dicen que es usted el "detec" más hábil de Londres.

—Bueno... nos conocemos mutuamente — dijo Blake sonriendo.

—¡Claro! Usted es Sexton Blake, no. —el chiquillo extendió su mano — Yo lo andaba buscando.

—¿Y puedo saber por qué?

—Por qué usted es el tipo más vivo del mundo — el muchacho se sentó mirando a Blake — Y yo andaba buscando a un tipo así.

—Por lo que veo te encuentras en dificultades... — la mirada de Blake se dirigió a la ventanilla con las celocías bajas.

—Eso es — el muchacho hizo un gesto afirmativo — Por eso lo elegí a usted. Además, como hombre de negocios, me gusta devolver los servicios que recibo. Si me rascan, yo rasco. Es un decir.

—Bueno, Ratita. ¿Y que quieres de mi?

—Se lo voy a contar. Mis enemigos privados me andan siguiendo. Me persiguieron en Baker Street, cuando me dirigía yo a su domicilio particular. Con todo, logré escabullirme y me trepé detrás de su auto, cuando usted salió para Waterloo, pero como no tenía plata para el boleto, esperé los acontecimientos...

—¿Es decir hasta que el tren partiera.

—Si; usted viaja en primera clase; algunos "detec" se tratan bien... Bueno, yo me trepé al estribo y, lo que es mejor, me les escapé. Los he despistado...

—Si, si; pero ¿por qué?...

—Es por esto; — sacó Ratita un sobre de su bolsillo — abra bien los ojos, mister...

Blake examinó el sobre. Su aleta, en un tiempo cerrada, había sido rota. Por el aspecto del sobre parecía haber contenido algo.

En la parte del frente estaba escrito con lápiz.

"Voy a estar un mes ausente. Si pasado ese tiempo no he vuelto, abre el sobre y obra en consecuencia".

—Veo que lo has llevado encima algún tiempo — observó Blake — Las instrucciones, a juzgar por la caligrafía, han sido escritas por un hombre acostumbrado a escribir rápidamente. Probablemente es alguno de tus amigos repórteres. ¿Supongo que el mes ha pasado?

—Si... y él no ha vuelto.

—¿De modo que abriste el sobre y encontraste?

—Un "documento". La cosa más rara que he visto...

—¿Puedo verlo? — extendió Blake la mano.

El muchacho movió negativamente la cabeza.

—Lo he perdido.

—Eso ayuda mucho... ¿Cómo fué?

—Bueno, yo leí esa cosa rara. Hablaba de "El Clarín". El trabaja para ese diario. Así que me fuí a verlo al patrón del diario, Grinling... y empecé a charlar. El me dijo que tomara mi Rolls Royce y fuera a buscar ese "documento" y lo trajera. Cosa que hice y no hice, porque no nací ayer ni antiyer. Saqué una copia. Aquí está.

Puso en manos del detective un papel sucio. Garabateado con lápiz, leyó Blake un facsímil del documento firmado por Towne. Jepson y Colter Cupper.

—¡Ah!... he oído antes esos nombres; son celebridades en su profesión. Towne y Jepson son dos de nuestros alienistas más prominentes. — Murmuró Blake.

—¿Alienistas? Bueno... fué lo que yo supuse, por sus nombres raros — hizo Ratita un gesto desdeñoso — Bueno... desde entonces me han estado siguiendo.

—¿Desde cuando?

—Desde que salí de la oficina del viejo Grinling. Me espiaron, me pegaron; asaltaron mi cuarto de soltero. Pero no me robaron nada, ni siquiera las alhajas de familia.

Bueno... yo había metido el papel original dentro de uno de mis diarios... Así que no me preocupé de que me revolvieran mi ropero de tres cuerpos y mis valijas de viaje.

Pero... ¡ay! idiota de mí. Que después vendí el diario donde había escondido el "documento".

—¡Lo vendiste!

—Si. ¡Cuando uno tiene tanto que pensar! Bueno lo cierto es que mi pobre amigo y colega Forrester todavía no ha aparecido y que el viejo Grinling está que arde.

—¿Sospechas que el viejo Grinling anda metido en esto?

—¡Oh no!... no sospecho. Estoy seguro... Al viejo no se le importa un pito de los locos.

Todo esto ha sido preparado. Forrester habrá descubierto alguna cosa que al viejo no le gusta y le armó a Forrester una trampa.

Blake miró con curiosidad al muchacho. Había tropezado con tantas cosas sorprendentes en su carrera que ya no consideraba nada imposible, por improbable que, a primera vista pareciera.

Sin embargo, Amyas Grinling era un nombre muy respectado en Fleet Street; un hombre hasta ese momento sin mácula. Que el magnate del periodismo pudiera prestarse á maquinación tan criminal parecía casi increíble. Ni Blake ni el muchacho estaban enterados de los escándalos del asilo y, naturalmente, no los sospechaban.

Probablemente todo era producto de la viva imaginación de Ratita, pensó Blake o, si había algo de cierto en su suposición, se tra-

"Cuidado!" exclamó la joven desde abajo. Simultáneamente una mano, con guantes rojos, se aferró del alambre.

taba de un truco periodístico destinado a llamar la atención del público. Los hombres como Towne y Jepson no iban a prestar sus nombres a ningún asunto turbio; tenían mucho que perder y nada que ganar en ello. Y en cuanto a los ataques de que hablaba Ratita, podrían ser resultados de alguna enemistad personal y privada. Los muchachos como Ratita a menudo tienen rivales en el oficio.

Tales eran los pensamientos de Blake mientras el tren entraba lentamente en Southtampton, donde en unión de su joven compañero, bajó del tren, sin ser aparentemente molestado ni espiado por nadie. Realmente, aunque los vivos ojos de Ratita examinaron a los pasajeros, no pudo identificar a ninguno de sus presuntos perseguidores.

—Bueno, hijo mío, tengo que hacer una visita en los muelles — dijo Blake cuando llgaron a la calle — Es mejor que vengas conmigo y, cuando yo haya terminado mi diligencia, iremos a comer algo juntos. Luego hablaremos y te volverás en tren. Por el momento creo que esos enemigos tuyos han tomado el portante.

—Muy bien, mister — dijo alegremente el muchacho. Blake arregló la cuestión del boleto con el revisor, a la salida y juntos tomaron un taxi que los condujo a una dirección cerca de la costa.

No sabiendo cuanto demoraría en su visita, Blake despidió al conductor y terminado su asunto echó andar con el muchacho por una serie de calles desiertas, buscando algún sitio tranquilo y respectable para comer.

—Bueno, Ratita, me parece que tus perseguidores han perdido la pista definitivamente —dijo el detective, después de haber andado por varias calles, pobres y mal alumbradas, sin haber encontrado nada peor que una fina llovizna — El pueblo parece muerto. Al terminar estas palabras, Blake metió bruscamente al muchacho, detrás suyo, en un portal.

Junto con la exclamación de Ratita oyóse ruido de pasos precipitados en los guijarros húmedos y un grupo do hombres se lanzó sobre Sexton Blake. El pueblo no estaba tan muerto, después de todo.

———

Blake extendió su bastón con estoque y un hombre cayó hacia adelante tosiendo al tocarle la punta en la garganta; otro movimiento... un "crac" y un segundo hombre cayó hacia atrás, al pegarle el pesado puño de plata del bastón en la sien. Pero el resto — eran tres — se precipitó aullando sobre el detective y, mientras el bastón de Blake le pegada a uno en la cara, otro agarró al detective por los tobillos.

El primer atacante cayó trenzado con Blake que quedó arriba. El tercer hombre se lanzó sobre la espalda del detective.

Con acompañamiento de rugidos y maldiciones, el hombre que estaba en el suelo luchaba para zafarse. Le fué arrancado a Blake el bastón y una pequeña figura saltó, esgrimiéndolo.

¡Pum! El hombre que sujetaba a Blake rodó de costado, con la galera aplastada. Una lluvia de golpes lo hizo caer al canal.

Blake y el otro seguían trenzados desesperadamente mientras los demás, viendo a su diminuto enemigo se lanzaron contra él.

—¡A él, idiotas! ¡Si es un chico!—gritó alguien desde la sombra; simultáneamente el adversario de Blake hizo un poderoso esfuerzo que envió al detective trastabillando hacia atrás. Se oyó el ruido metálico de algo que caía del bolsillo del detective... una pistola.

Rápido como el rayo, Ratita se agachó a recogerla. Un fogonazo atravesó los húmedos vapores de la noche y resonó una detonación.

Uno de los de la pandilla puso pies en polvorosa y los otros lo siguieron. Sólo el que se había trenzado con Blake quedó, porque

los fuertes brazos del detective lo sujetaban. Por un momento se balanceó; luego con brusco tirón soltóse, dejando en poder de Blake su saco. El detective, tropezando, jadeante echó a correr calle arriba, a toda la ligereza que le daban sus piernas.

—¡Eh, muchacho! ¿Qué estás haciendo?— gritó Blake al ver que Ratita hacía fuego al fugitivo en la obscuridad — Puedes herir a alguien, si no tienes cuidado.

—Y si no se escapará! . . . — gruñó Ratita disgustado.

—Déjalos ir. Ya tenemos un rastro. — dijo Blake con el aliento entrecortado, acercándose a un farol con el saco en la mano.

—Y ahora me cree ¿eh? — murmuró Ratita mirando un cuadrado blanco que asomaba en uno de los bolsillos del saco.

—Creo que tienes enemigos, muchacho — contestó Blake y sacó el cuadrado del bolsillo.

Resultó ser un diario, doblado, de Londres edición especial de la noche, que salía en momentos de partir el tren expreso para Southtampton.

—Si, han venido desde Londres — murmuró el detective desdoblando el diario — Y lo han hecho en nuestro tren. . ¡Hola!

Extendió el diario debajo del farol y se inclinó para leer una noticia, cuyo encabezamiento había llamado su atención.

"Sir Joshua Towne, el eminente alienista, cayó muerto hoy en su residencia de Harley Street, víctima según se cree, de un ataque al corazón".

Arededor del parráfo había una lista con lápiz, como para llamar la atención.

¡Sir Joshua Towne!

Uno de los hombres que Ratita había mencionado.

Era curioso. Casi tan curioso como que un canillita hubiera nombrado a tres especialistas en enfermedades mentales, de los cuales, dos eran famosos y el otro relativamente desconocido.

IV

VER ES CREER

El primer paso de Sexton Blake fué tomar informes. Por ellos supo que James Forrester, joven periodista, había sido declarado loco un mes antes por los especialistas citados por Ratita. Lo habían llevado al Asilo de Chadwall.

Provisto de estos informes, Blake se dirigió al domicilio de Jepson; pero le dijeron que estaba ausente, en vacaciones. Como deseaba evitar que lo molestaran, no había dejado su dirección. El informante de Blake no supo decirle cuando volvería.

Con Sir Joshua, Blake nada podía hacer, excepto una visita a la secretaria del muerto. Pero la joven no sabía nada respecto al certificado de Forrester. Towne no había dejado ningún informe respecto a él, fuera de una escueta anotación, en su libreta, de una cita con Amyas Grinling.

Quedaba Colter Cupper, médico relativamente desconocido. El detective fué a su consultorio de Harley Street y solicitó una entrevista. La sala de espera estaba vacía cuando Blake llegó. Después de esperar un rato, lo hicieron pasar al consultorio del Dr. Cupper.

—¿Forrester? ¡Ah sí! Recuerdo el caso — convino Cupper cuando el detective inició sus preguntas — Un repórter de Fleet Street Fuí consultado por Jepson y Towne sobre él. ¿Pero qué?. . . — miró la tarjeta del detective — ¿Puedo preguntarle, señor Blake, por qué se interesa por él y por qué ha venido a verme?

—Porque tengo entendido, señor, que el certificado de loco que se le extendió a Forrester fué un truco periodístico, q' el joven estaba perfectamente cuerdo y que su entrada al asilo obedeció al propósito de realizar una investigación.

—Disculpe; — las cejas del Dr. Cupper se alzaron ligeramente — pero ¿he oído bien? Un truco periodístico. . .

—Esa es la palabra que he usado.

Cupper enrojeció violentamente.

—¿Qué necedad? ¿Supone usted que yo me iba a prestar a semejante cosa? O que lo harían Jepson o Towne? Realmente, señor Blake, pensé que un hombre de su fama y de su experiencia estaría mejor informado.

Blake se encogió ligeramente de hombros.

—La cosa es rara, admito, Dr. Cupper. Con todo le sorprenderá saber que Forrester dejó un documento declarando los hechos que acabo de citar.

Cupper sonrió secamente.

—No me sorprende lo más mínimo. Estos periodistas nadan en lo sensacional. Forrester es todavía capaz de inventar una historia interesante, a pesar de su manía.

—Que es. . .

—Aguda. Monomanía de persecución. Está obsesionado por la idea de que poderosos rivales tratan de arrojarlo de Fleet Street; que quieren eliminarlo del periodismo. Es un caso enteramente común, sin nada de particular o extraño.

—Pero esas alucinaciones no serían suficientes para aislarlo. . . ¿No le parece Dr. Cupper?

—En sí mismas, no — convino Cuper frunciendo ligeramente el ceño — Desgraciadamente, como ocurre a menudo, el paciente demostraba síntomas de violencia homicida.. una especie de auto defensa contra sus supuestos enemigos, Teníamos también razones para temer un suicidio, puesto que sus estallidos eran seguidos por períodos de intensa depresión, durante los cuales experimentaba el miedo a la ruina, a la desocupación, al hambre. Se hizo necesario, en su mismo interés, colocarlo bajo vigilancia.

El mismo lo comprendía en sus momentos lúcidos, porque se mostró conforme con el certificado de locura.

—Entonces me parece que lo he molestado innecesariamente, Dr. Cupper — dijo Blake.

—¡Oh! . . . no importa. . . no importa — dijo el médico amablemente. Me alegro mucho de haber podido darle los informes que deseaba. En realidad, si lo desea, puede ir

a ver a Forrester. Yo le daré una nota para el Dr. Hortsmann, que es superintendente de Chadwall. El se lo facilitará todo.

———

—Ratita, hijo mío, temo que hayas hecho una plancha. — dijo Blake cuando volvió a ver al canillita, después de su entrevista con el Dr. Cupper. — Si tu amigo Forrester está loco, ese documento que te arrojó es una acción muy natural. Se trata de una falsa alarma.

Pero el muchacho no estaba satisfecho.

—¿El qué? ¿Loco Forrester? ¡Cualquier día, señor! Estaba tan cuerdo como usted o yo. Y no tenía miedo de nada. No le crea a los médicos, señor. Son unos mentirosos.

Medio impresionado por la ansiedad del muchacho, pero dudoso todavía, Blake se dirigió a Chadwall, particularmente porque una vez puesta la mano en el arado deseaba trazar el surco hasta el fin. Luego, a la vista del asilo sus dudas se fortalecieron.

Lejos de toda ciudad o pueblo, se levantaba el asilo, rodeado por altas paredes de ladrillo, las que coronaban varias hileras de alambre de púa, inclinadas hacia adentro. El exterior del edificio denunciaba prosperidad financiera y organización de primer orden.

De la vigilancia que se ejercía, era plena prueba la gran entrada, en forma de arco, donde forzosamente tuvo que detenerse el auto de Blake. Había allí una maciza puerta de hierro y detrás dela fuerte reja placas de acero que impedían toda vista del interior.

En respuesta al llamado de Blake, se abrió con precaución un postiguillo y apareció un rostro, detrás de pequeña rejilla. El detective se encontró examinado por un solo ojo receloso.

—¿Quiere ver al Dr. Hortsmann, señor? ¡Ah!... es usted el señor Blake? Si, el Dr. Hortsmann lo está esperando. Si quiere tener la bondad de esperar un momento, señor...

El postigo se volvió a cerrar.

Después de un instante de silencio, el sonido de varios cerrojos al descorrerse despertaron los ecos de la arcada. Luego las puertas se abrieron lentamente hacia adentro, mostrando una especie de túnel, a cuyo final había un segundo par de puertas que cerraban la salida.

El portero se adelantó, a una señal. Era un hombre fornido, de cara colorada y gran desarrollo muscular, con aire de ex marinero. Cojeaba ligeramente al andar y tenía el ojo izquierdo cubierto por un parche negro; pero con todo debía ser un tipo temible para luchar con él.

—Un momento, señor.

Mientras el auto de Blake rodaba por el pasaje abovedado, el portero cerró y atrancó las puertas exteriores; luego dirigióse a las interiores, miró un momento por una rejilla y procedió a abrirlas.

Detrás de la puerta esperaba un hombre de uniforme. Presumiblemente, el portero le había telefoneado.

—Conduzca a este caballero hasta el Dr. Hortsmann — dijo el portero y con una muda inclinación de cabeza, el guardián — porque evidentemente lo era — subió, junto a Blake.

—Siga por el camino señor — dijo Bill indicando y el auto volvió a ponerse en marcha, a la media luz del próximo crepúsculo.

Blake obedeció, esforzando sus ojos para que penetraran la niebla que lo envolvía todo. A través de ella distinguía vagamente las siluetas fantasmales de los pabellones, diseminados dentro del cerco; pero su visión era muy pobre para que pudiera divisar algo claramente.

—Tenéis muchas precauciones ¿eh? — comentó indicando con un gesto las puertas interiores que se cerraban con ruido sordo.

—¿Se refiere a las puertas, señor? Si, son necesarias muchas precauciones. Tenemos aquí pacientes muy peligrosos. Y son astutos. Algunos tienen dinero, también. Siempre hay algún bribón afuera, pronto a libertar a un enfermo en cambio de una gran suma, una vez que el paciente se halle de nuevo en posesión de su dinero.

—¿No es eso un poco problemático? — preguntó Blake — quiero decir recobrar el dinero.

—Bueno, señor. Yo no se. Lo único que tiene que hacer el paciente es escapar y permanecer libre catorce días. Luego todo tiene que empezar desde el principio, lo que a veces no es fácil, Hay que conseguir un nuevo certificado y seguir los demás trámites, ya sabe usted. De modo que preferimos tener precauciones. Bueno... ya hemos llegado.

Hizo esa indicación al detective cuando se distinguió una casita entre la niebla y el detective detuvo su auto delante de una puerta. Cerca había una sola ventana iluminada. Al detenerse el auto, corríose rápidamente una cortina y apareció un rostro; luego la cortina se volvió a correr. Cuando Blake bajó, la puerta estaba abierta.

—Yo me quedaré aquí con su auto, señor — dijo Bill — para que nadie lo toque. Algunos de nuestros pacientes son traviesos...

Blake siguió al que había abierto la puerta — un hombre vestido de negro, de rostro duro — al interior de la casa. Al andar pensaba en las estrictas precauciones que se tomaban. No era posible que ningún paciente se introdujera en el auto, ni siquiera que metiera un mensaje dentro de la tapicería... Como había dicho Bill, el guardían "tomaban muchas precauciones".

Pero tuvo poco tiempo de pensar en estas cosas. Su guía había abierto una puerta.

En la habitación, un hombre levantóse de su escritorio.

—Buenas tardes, señor Blake. Tanto gusto en conocerlo — Se adelantó al encuentro del detective y le estrechó calurosamente la mano. — Tengo entendido que mi amigo, el Dr. Cupper, quiere que vea usted a Forrester, Si, me telefoneó. Sin embargo, como mera formalidad ¿quiere mostrarme la tarjeta de presentación?

—Ciertamente — asintió Blake entregándosela.

Mientras Hortsmann la leía, Blake se sentó y estudiaba con disimulo al superintendente

Hortsmann era un tipo de edad incierta. Tenía el rostro enjuto y los ojos hundidos, el cabello negro encanecido en las sienes. Su aspecto era el de un hombre agobiado por grandes ansiedades; pero de propósitos firmes.

Cultor de una férrea disciplina, decidió Blake, inteligente también. Un hombre que, por mucho tiempo se había vencido a sí mismo, prematuramente envejecido.

—Muy bien — dijo el Dr. Hortsmann dejando la tarjeta —. Syme me telefoneó desde la puerta. He mandado burcar a Forrester. Vendrá aquí dentro de un minuto. Queda usted en completa libertad para hablarle, naturalmente. Sólo le ruego que no le excite. Está resultando un paciente difícil.

—Puede confiar en mi discreción—murmuró Blake — Solo deseo tranquilizar a un amigo de Forrester. No comprende, naturalmente, lo que valen los nombres de Sir Joshua Towne y de Jepson...

—¡Ah! ¡Pobre Towne! ¡Qué tragedia! Es una gran pérdida para la medicina, señor Blake, aunque no inesperada. Hacía tiempo que su corazón estaba debilitado.

Blake movió la cabeza con gesto de simpatía.

—Sí, como usted dice, ha sido una gran pérdida, Dr. Hortsmann. — ¿Espero que no tendrá Jepson nada serio?

—Exceso de trabajo, eso es todo, mi querido señor. La vida del alienista es dura. ¡Es una gran obra y un privilegio, lidiar con estos pobres diablos. Pero lo agota a uno. A veces pienso cuanto tiempo podré... ¡Ah! aquí está Forrester.

Se interrumpió al abrirse la puerta y un joven penetró en la habitación.

—Un caballero desea verlo — añadió cuando el recién llegado se detuvo para mirar a Blake con sombrío recelo — Dígale quien es.

El joven miró a Blake rápidamente y luego a Hortsmann.

—Doctor, ha jurado usted protegerme contra mis enemigos.

—¡Calle hombre! Este no es enemigo, sí no amigo — dijo Hortsmann impertinentemente — No sea tonto.

El rostro del otro se aclaró.

—Yo soy Jim Forrester, el repórter — anunció, como el que declara algo de profunda importancia. — ¿Ha venido usted a buscar mi artículo?

—Sí, señor Forrester; a eso mismo.

Blake extendió su mano para estrechar los dedos del paciente.

Forrester los retiró prontamente.

—¡Tenga cuidado! — exclamó retrocediendo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? — preguntó Blake.

Forrester miró curiosamente hacia atrás por un momento y luego se inclinó hacia adelante en tono confidencial.

—¿No sabe? — murmuró roncamente — Es de vidrio.

—De veras que no. ¡Qué sorprendente! ¿Como puede ser eso?

—¡Ah! — movió Forrester la cabeza — sepan que mis enemigos están resueltos a que no escriba yo mi gran artículo ¿Cómo voy a escribir con un brazo de vidrio? Y tardaré lo menos diez años en aprender a escribir con la mano izquierda. He calculado — extendió la mano con las palmas hacia arriba, para que Blake se los inspeccionara — Vea...

Esperó un momento, mientras Blake estudiaba las manos extendidas, luego continuó ansiosamente.

—Pero usted entregará al mundo mi historia ¿verdad? No permitirá que la supriman. ¡Prométalo!

—Pero, señor Forrester ¿y cuál es esa historia?

—¡Ah!... una primicia maravillosa señor, maravillosa. He descubierto — el joven se inclinó hacia adelante y murmuró roncamente — que el Zar de Rusia está vivo todavía. Es el presidente Hoover. Por eso Hoover pide igualdad para la armada norteamericana. Piensa ponerle ruedas y llevarla a Moscú. Han redactado esa nueva ley aboliendo el límite de la velocidad, a fin de que puedan llegar prontamente. Es un complot, señor. ¡Y todos están metidos en él!... Hasta Ramsay MacDonald. Todo el mundo.

—¡Sorprendente! — convino Blake mirando a Hortmann — Pero ¿qué le importa a usted todo esto, señor Forrester?

El joven se echó a reír suavemente.

—Yo no quiero que los americanos lleguen a Moscú. Sepa que tengo otros planes. Cuando llegue mi tiempo, los echaré a ellos y será todo mío otra vez.

—¿Suyo el qué, señor Forrester?

Forrester dejó oír una risa baja y astuta.

—Sólo Hortsmann lo sabe; pero se lo diré a usted — se inclinó hacia adelante y agarró fuertemente la muñeca izquierda de Blake — ¡Yo soy Pedro el Grande!

Afuera, Bill el guardián estaba todavía cuidando el auto. Blake se despidió de Hortsman con el entrecejo fruncido. Y horrorizado por lo que había escuchado volvió a las puertas con su guía.

Cuando llegó a ellas, en medio de la niebla, resonó un grito de agonía salvaje, seguido por otro y otro. Luego un estallido de risa loca, ahogó los chillidos, seguido por mugidos semejantes a los de un toro monstruoso.

—Dos de nuestros pacientes peligrosos — sonrió Bill, señalando con un gesto hacia la niebla — Una mujer que se cree condenada y un tipo que se imagina es gorila — ¡Oh gracias, señor!

Saludó respetuosamente al ponerle Blake una moneda en la palma de la mano. Pero Sexton Blake apenas lo escuchaba. Mientras las pesadas puertas se cerraban tras él, iba sumido en profundos pensamientos.

Pensaba **en las yemas de los** dedos de Forrester.

Una de las magníficas ilustraciones de EL NAVIO SIDERAL

LEA EN EL PROXIMO NUMERO

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y de aventuras de lo más extraordinario que se ha escrito hasta ahora en el mundo

EL NAVIO SIDERAL aparecerá en PUCKY el VIERNES 11 de JULIO

Avise desde ya a su diarero, que le reserve su ejemplar

Próximamente se iniciará el 4º GRAN CONCURSO DE PUCKY

EL LIRIO TIGRE

V

Jin Forrester se inclinó hacia adelante, estudiando la pintura del marco de su ventana. Una larga serie de puntos, hechos con lápiz, marcaban la blanca superficie. Eran cuarenta y tres en total y él añadió otro.

Desde su llegaba al Asilo de Locos de Chadwall había hecho aquello diariamente. Cada punto, hecho con un fragmento de lápiz, cuidadosamente oculto dentro de una pierna de su pantalón, señalaba un día de su cautiverio. De ese modo había llevado cuenta de su voluntaria prisión.

¡Cuarenta y tres días! Y sin embargo, no se había dado el menor paso para libertarlo. ¿Por qué no había obrado Grinling? O, a falta de Grinlig ¿por qué los tres alienistas responsables del certificado, no se habían movido?

Parecíale extraño, siniestro. El arreglo había sido de un mes. Sin embargo, el mes hacía rato que había terminado. El sufría la sujeción que le había terminado. El sufría la simulada locura ¿Nunca iban a ponerlo en libertad?

Ceñudo guardó su precioso trozo de lápiz en el escondite. Sin él no hubiera podido hacer su útil calendario. Habían tenido buen cuidado de quitarle todo material de escribir.

¿Por qué? Sabía Dios que tenía poco que anotar. Su aislamiento había sido demasiado absoluto para eso. Mientras disfrutaba de la hospitalidad del Instituto de Hortsmann, poco había visto y menos oído de sus otros ocupantes. Si existían irregularidades, nada podría asegurar respecto a ellas. No se le había dado oportunidad.

Una vez,... dos, logró examinar algo lo que lo rodeaba. Pero su escrutinio le proporcionó escaso resultado, excepto darse cuenta de qué el asilo era un sitio rodeado por paredes de veinte pies de altura y una red de fino alambre de púa, inclinada hacia adentro. Había tantas probabilidades de que un asilado escalara aquellos muros como de que un camello pasara por la proverbial aguja.

Seguramente que lo habían tratado con bondad. Todos los días, Horstmann, el superintendente de ojos de lince, venía a verlo. Hacíalo también Nina, la hermana de Horstmann, que le hablaba largo y amenudo de Fleet Street y sus oportunidades y en quien a veces parecíale haber encontrado una amiga.

Pero de Grinling, de los alienistas, o del comité visitador, no había visto ni rastros. ¿Por qué no obraba Grinling? ¿Le había fallado Ratita? ¿Qué había sido del sobre sellado que entregó al muchacho?

Pensando todavía en esas cosas, Forrester miraba ceñudo su calendario secreto. Lo estaba haciendo todavía cuando oyó abrirse suavemente la puerta.

Se dió vuelta con rapidez. En el umbral estaba parada una muchacha.

Instintivamente comprendió que ella lo observaba, como hacía siempre. La hermana de Hortsmann ¿Amiga... espía... carcelera o qué?

Sonrió despreocupadamente y apartó sus ojos del calendario.

—¡Buenas tardes, señorita Hortsmann!

Pero esta vez no había andado Forrester suficientemente rápido. Sonriendo a su vez, la joven pasó por delante de Forrester y se quedó un momento mirando las marcas de la ventana.

Mientras ella hacía esto con la frente arrugada, él la contemplaba silenciosamente.

Y en verdad, era digna de ser contemplada por cualquier hombre. Como Forrester se había dicho más de una vez, era la mujer más bella que conocía.

Tenía facciones perfectas; delicadas y regulares podrían haber sido pintadas por la mano maestra de algún pintor clásico.

La barba pequeña y afilada, la frente alta y recta — blanca como la nieve virgen — la fina curva de las cejas negras... eran cosas que intrigaban. Más intrigaba aún los contornos de su boca pequeña, de labios finos, cínicamente caídos en los ángulos. Aunque fría, era dueña de un atractivo particular y seductor, bastante humano. Pero eran sus ojos los que más atraían. En sus negras profundidades acechaba algo intangible... una luz a la vez sutil y fascinadora. Y sin embargo, en su misma dulzura había algo de siniestro, de astuto. No eran precisamente embusteros; pero daban impresión de falta de sinceridad, de un intelecto tan complejo, que a veces asustaban a Forrester.

—¿Amigo mío, ha estado usted echando a perder la pintura? — diose ella bruscamente vuelta — Ya sabe usted cuan severo es mi hermano. Si ve esto...

No terminó. Se puso a mirarlo con curiosa sonrisa en sus fríos labios.

—¿Para qué es esto? — tamborileó con su dedo en el antepecho de la ventana.

El vaciló. Su voluntad se doblegó bajo el imperio de los ojos de la joven.

—He estado tratando de acortar el tiempo de mi cautiverio — murmuró al fin, de mala gana.

Las finas cejas se fruncieron momentáneamente.

—¿Entonces desea irse? — murmuró.

El hizo un gesto de asentimiento.

—¿No es feliz?

—Un hombre ama su libertad, señorita Horstmann. Creo que he estado aquí bastante.

—O quizá... demasiado.

Adivinó, más bien que oyó, el suave y sibilante suspiro que hizo las veces de palabras.

—Sí, demasiado — murmuró él, sin mirarla — No hay motivos para que permanezca más aquí.

—Pero, amigo mío ¿como va a servirle su brazo de vidrio en esa gran y áspera lucha con el mundo exterior?

—¡Bah!... ¿Con seguridad no cree usted esa ridícula necedad? — exclamó eno-

jado — Sabe Dios que estoy harto de oírle mencionar eso a su hermano. Mi brazo es de carne y sangre... como el suyo.

Ella sonrió extrañamente.

—Un brazo de cristal no siente ¿verdad? ¿Siente usted en realidad?

—Eso puede probarse pronto — dijo él arrollando la manga.

Nina Hortsman miró un momento el brazo desnudo; luego, con ligera risa, sacó un largo prendedor antiguo.

—Veamos — murmuró tomando el antebrazo de Forrester entre sus esbeltos dedos — Sabré si usted siente.

Forrester no retiró el brazo. Ella, con súbito movimiento, le hundió la punta del afiler en la carne.

—¡Ay!

Retrocedió Forrester, arrancándose el afiler del brazo. La pinchadura manaba sangre mientras él daba un paso atrás, maldiciendo entre dientes.

—Bueno... ¿quizá se ha convencido usted ahora de que puedo sentir? — preguntó enojado. El alfiler había penetrado por lo menos una pulgada.

—Un poquito quizá; — murmuró cerrando el prendedor. — Un poquito; pero no mucho. No lo bastante como para satisfacer a mi hermano — añadió lentamente.

—¡Váyase al diablo! Yo estoy más que satisfecho — gruñó él, limpiándose la sangre con el pañuelo — No tenía usted por qué haberme pinchado así.

—No se. Hay que probar debajo de la superficie para encontrar su sensibilidad, amigo mío. Pienso si la habré hallado — miró extrañamente la carne lacerada; luego, con otra risa, tiró bruscamente lejos el prendedor — No importa. Yo lo vendaré. Deme ese pañuelo.

Forrester obedeció. Mientras ella le vendaba el brazo él temblaba ante la suavidad de su contacto.

—De modo que desea usted dejarnos... ¿por qué?

—Porque estoy cuerdo... tan cuerdo como usted.

—Y sin embargo, mi amigo, qué probabilidades tiene? — levantó su negra cabeza — Usted sabe que es imposible.

—Pienso... — dijo él, mirándola fijamente.

—Si lo duda... — se mordió los labios. Luego, con repentino impulso enlazó su brazo con el de Forrester — Venga, le voy a mostrar.

Forrester se sintió llevado hacia otra puerta; luego por un pasaje, arrastrado por su hermosa guía.

Una extraña sensación de júbilo se apoderó de él. Nunca había pasado por aquella puerta. Aquel era territorio nuevo. Hipnotizado por su compañera la seguía silencioso, mientras ella abrió otra puerta más.

Detrás de ésta había una habitación, flanqueada por un gran balcón de invierno. Nina lo condujo a él y señaló hacia los terrenos envueltos en la niebla. Más allá del sinuoso camino de coches, distinguíase la entrada, en forma de arco.

Por un momento Nina Horstmann permaneció silenciosa, con las sonrosadas puntas de sus dedos en la muñeca de Forrester. El cuarto estaba sumido en profundo silencio, tan profundo como el que reinaba en el gris exterior.

De pronto interrumpió aquel silencio un ruido seco, metálico. Hubo una pausa enervante. Se oyó un segundo portazo, al cerrarse las puertas interiores. Forrester recordó las puertas dobles y el marinero, con un ojo solo, que vigilaba cuando Forrester llegó allí por vez primera.

—¿Ve? — Niña Horstmann levantó la mano al sentir temblar el brazo del joven — Mi pobre Jim ¿qué probabilidades tiene usted de escapar?

—Tengo amigos... uno por lo menos.

—Si... uno — ella se separó de la ventana — ¿Así que no desea usted quedarse aquí? — se movió ella lentamente hasta un rincón, donde había un canasto arrimado a la pared — ¡Pero esas puertas con tantos cerrojos! Y esas paredes que no puede usted escalar.

Ella se dio vuelta, mirándolo bruscamente.

—Sólo mi hermano, el tuerto portero y yo poseemos las llaves — el abismo de sus ojos negros atrajo a Forrester — A veces yo voy a los bailes de la aldea. Supóngase... supóngase.

—¿Si? — preguntó él ansiosamente.

—Bueno, suponga que lo dejará salir. ¿Qué haría usted?

—Le quedaría muy agradecido, señorita Horstmann — dijo Forrester. No sabía donde quería ella ir a parar.

—¡Agradecido! ¿Pero qué clase de agradecimiento sería el suyo? — los ojos negros lo miraron dudosos — Mi amigo ¿cree usted que mi hermano no preguntaría como fueron abiertas las puertas? Es un hombre duro... tan duro como el umbral de esa arcada que se ve allá.

—De todos modos... — Forrester inclinóse ansiosamente hacia adelante — eso quiere decir que usted me cree cuerdo, señorita Horstmann ¿De veras... lo cree?

—Quizá — sus labios se curvaron casi imperceptiblemente — Si yo estuviera segura...

—¿De qué?

—De usted.

Se volvió lentamente hacia el canasto pensando; luego inclinóse con rapidez y levantó la tapa de mimbre. Al hacerlo, la cabeza de una serpiente asomó una lengua bifurcada dirigióse hacia el blanco brazo de la joven.

—¡Eh! ¡Cuidado! — exclamó Forrester retrocediendo.

La cabeza de la serpiente estaba a una pulgada del brazo de Nina.

Ella lanzó una extraña carcajada y agachándose agarró al reptil. Se lo envolvió alrededor del brazo desnudo.

—¡Por amor de Dios! — murmuró él al ver relucir cerca de los rientes labios de la

joven — Deje a ese animal inmundo antes de que la muerda.

—¡El pobre Plutón! — acarició Nina la cabeza escamosa — ¡Bah! Es agradecido ¿No es cierto, Plutón, mi querido? — con gracioso movimiento de su brazo desnudo y esbelto, dejó caer la serpiente en el canasto — Lo único que tiene es hambre.

—¿Y si la hubiera mordido? — dijo Forrester extremeciéndose.

—¡Bah!... Aunque no esté usted loco, lo que es nervios tiene bastantes — volvió a cerrar el canasto — Serénese. Me parece que no tendrá usted nunca el valor de salir por esas puertas, aunque estuvieran abiertas de par en par.

—Póngame a prueba — contestó Forrester prontamente.

Ella se volvió a reír y abrió de par en par la ventana.

—¿Por qué no?

Agarró un pedazo de torta de una mesa próxima, la desmigajó entre sus manos y luego, silbando musicalmente, arrojó algunas migajas sobre el antepecho. Por un momento siguió silbando y luego alzó una mano reclamando silencio.

Algo obscuro posóse sobre el antepecho y se quedó allí... un gorrión atraído por las migas.

Forrester contuvo el aliento mientras la joven esperaba y el gorrión vacilaba con las negras cuencas de sus ojos fijas en el alimento. Luego, cuando el pájaro se adelantó, los diestros dedos de la joven lo agarraron repentinamente y lo metió, chillando, dentro de la habitación.

—¡Vamos! ¡Vamos! — dijo pasando suavemente su dedo por el cuello emplumado y volviéndose sonriente a Forrester — Yo se recompensar la fidelidad, amigo mío.

—¿Qué va a hacer? — preguntó roncamente Forrester, con los ojos fijos en el agitado gorrión.

—Ya se lo he dicho.

Se dirigió hacia el canasto y levantó la tapa. Una cabeza chata apareció. Forrester se volvió para no presenciar la inevitable conclusión. Un miedo nervioso se apoderó de él. Cuando se obligó a mirar de nuevo, la cabeza chata de la serpiente había desaparecido y... el gorrión también.

Nina Horstmann estaba parada, como extática ante el canasto abierto. Tenía los delgados y perfectos labios juntos; sus ojos negros brillaban de júbilo.

Forrester se extremeció ¿Era loca aquella joven, se habría enloquecido en aquel espantoso ambiente? ¿O...?

Su pregunta quedó sin respuesta. Ella dejó caer la tapa del canasto y se acercó a él.

A pesar del deseo de Forrester de alejarse de la joven, permaneció clavado en su sitio. Deseaba saltar hacia la puerta, huir de aquel cuarto infernal y de la nauseabunda atmósfera de crueldad que lo llenaba. Pero no se movió. El rostro de la joven lo embriagaba como pudiera haberlo hecho una hermosa flor envenenada.

—Supóngase... supongase — lo taladraba con sus ojos vueltos hacia él — Supóngase que yo use una noche las llaves y se encuentre usted con la puerta abierta... ¿Qué me dice?

—Le quedaría a usted muy agradecido.

—¡Agradecido! ¿Agradecido hasta que punto? — lo sacudió violentamente por los hombros — ¿No comprende lo que eso significaría?... Yo no podría volver nunca aquí. No conoce usted a mi hermano. Significaría... significaría...

—¿El qué? — preguntó Forrester obstinándose en no comprender.

—¡Idiota! — le apretó el brazo vendado hasta que le arrancó a Forrester una mueca de dolor — ¿Está usted loco como pretenden? ¿O...?

Se abrazó a Forrester con rápida y salvaje impetuosidad y sintió él que la boca de la joven oprimía fuertemente la suya.

Durante un nebuloso segundo él se quedó atontado, estrechándola, mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos. Recordaba solamente que Nina Hortsmann era hermosa, la mujer más bella que había visto.

—Sí... sí... — murmuró ella anhelante.

El la soltó repentinamente al oír un ruido en la puerta.

—Está usted loca...

Apartola violentamente y retrocedió hasta la pared, dándose cuenta de que había alguien parado en el umbral.

Estaba allí Hortsmann, con sus hombros encorvados, semejante a las alas dobladas de algún pájaro de presa. Los ojos sardónicos del alienista estaban fijos en él y... en Nina.

—Nina, ¿qué hace aquí este hombre? — preguntó ásperamente el médico.

—Le estaba mostrando a Plutón — contestó ella con un puchero

—¿De veras? — la mirada de Hortsmann dirigióse a la ventana abierta — Bueno, hazme el favor de guardar tus favoritos para tí, en el futuro. Y deja a mis pacientes en donde deben estar — indicó la puerta — Y ahora vete; tengo algo que decirle a Forrester.

Por un largo momento, los ojos de la joven lo miraron desafiantes. Luego, encogiéndose desdeñosamente de hombros salió de la habitación, dando un portazo.

Hortsmann esperó hasta que se perdió el ruido de sus pasos. Luego se dirigió a Forrester.

—¿Qué le estaba diciendo usted a mi hermana? — preguntóle salvajemente.

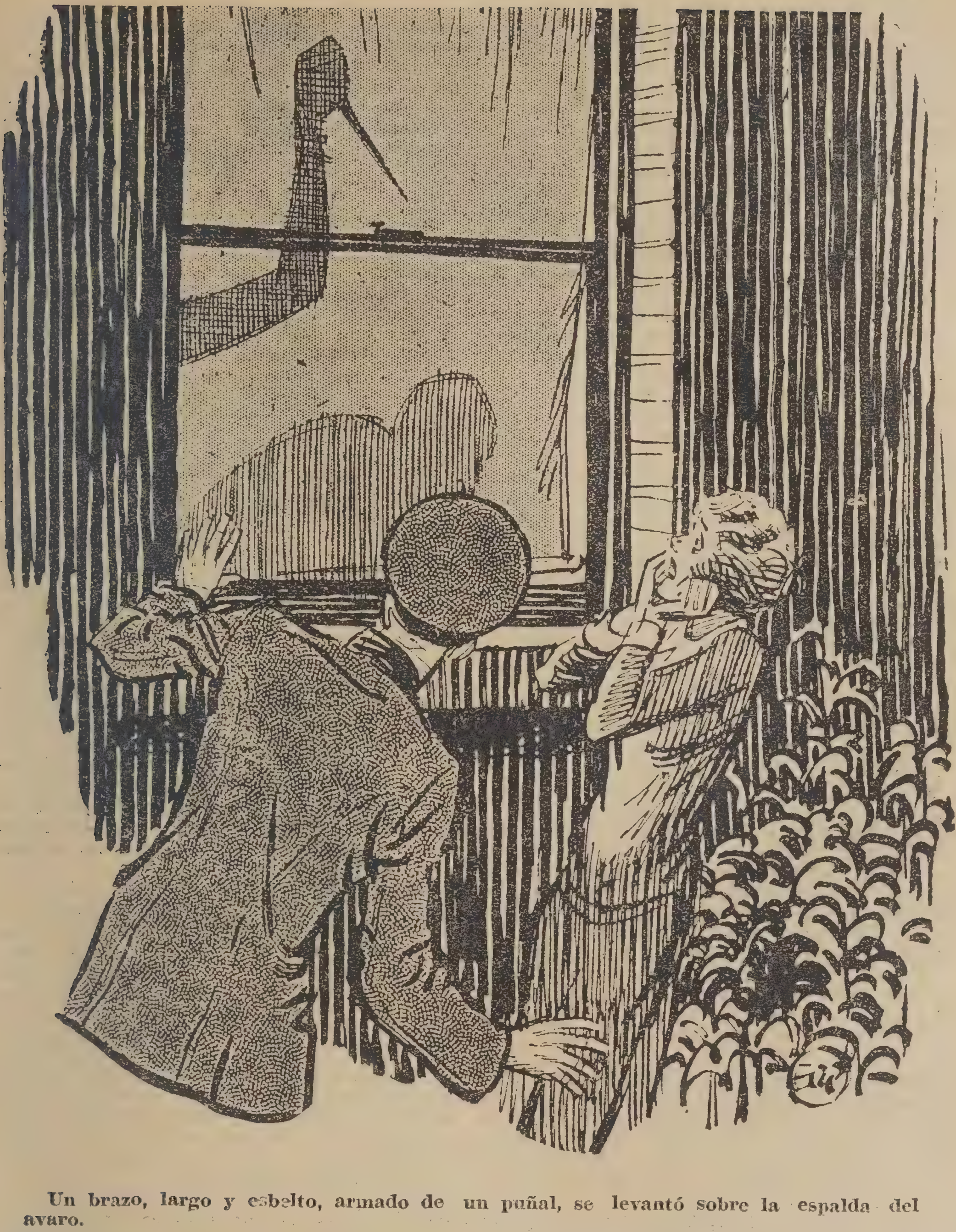
—Nada... excepto que deseo salir de este maldito lugar — respondió Forrester con repentina cólera.

—Y ella...

—Me dijo que no tenía la más mínima probabilidad de hacerlo.

—¡Hum!... — Hortsmann lo miró sardónicamente — Bien... y no la tiene usted, mi amigo. Espero lo comprenda.

—No lo comprendo. Estoy sano... tan sano como usted — gritó Forrester — Y



Un brazo, largo y esbelto, armado de un puñal, se levantó sobre la espalda del avaro.

usted lo sabe. Pido que se me ponga en libertad.

—Se le pondrá a usted en libertad cuando el comité visitador lo juzgue conveniente.

—Entonces deseo verlo.

—Ya lo ha visto usted ayer. Está convencido de su manía.

—¡El que — exclamó Forrester — Yo no he visto comité alguno.

Las melancólicas facciones de Hortsmann hicieron una mueca.

—Aparentemente su memoria flaquea, aparte de sus alucinaciones. Le repito que el comité lo examinó ayer y consideró su caso.

—Y yo lo niego... como niego mi locura.

—Eso, naturalmente, es lo que cabe esperar — contestó Hortsmann fríamente.

—¡Maldito sea usted Hortsmann! Si estoy loco ¿cuál es esa manía de que habla?

El superintendente dejó oir una risa

breve. Sentóse a horcajadas sobre una silla. Cruzó los brazos por detrás del respaldo y miró cínicamente al periodista.

—Si desea saberlo, se lo diré mi amigo. Su dolencia es muy común... especialmente entre Ludgate Circus y Temple Bar. Es una psicosis excepcionalmente peligrosa... Un deseo irrefrenable de meterse en cosas que no le conciernen. Es peligrosa, no sólo para los demás, si no para usted mismo. De ahí que va a permanecer usted aquí hasta que yo lo haya curado.

Forrester hizo un esfuerzo y afrontó la triste mirada del otro.

—¡Ah!... tiene usted un sistema de curación, no? — díjole con acento desafiante.

—Sí... uno de mi propia invención — Hortsmann se rió diabólicamente — Puede decir, si gusta, que está copiado de los toxicólogos. Como posiblemente usted sabe, un veneno se combate con otro veneno. Bueno, yo no trabajo con venenos. Trabajo con el cerebro. Sin embargo, subsiste el paralelo. Nosotros extirpamos una manía reemplazándola con otra. Así que Forrester, amigo mío, usted va a permanecer aquí bajo mi experto cuidado. Quédese tranquilo; puede confiar en mi tratamiento.

—¡Demonio!

Forrester saltó hacia la ventana; pero se detuvo en el antepecho. Afuera estaba el guardián, Bill, con una pistola debajo del brazo.

—Ve, querido? Aquí Sabemos como tratar a los locos peligrosos. Espero, por su propio bien, que no cometerá usted ninguna imprudencia. Yo lamentaría sinceramente que le ocurriera una desgracia.

—¡Demonio! — repitió Forrester en voz todavía más baja.

—¡Ah!... sus alucinaciones abarcan lo demoníaco, según veo — fué el comentario sarcástico del superintendente. — Bueno, eso no hace mal a nadie. Hoy día, claro está, no creemos en espíritus, diablos ni otras tonterías por el estilo. Y ahora — extendió el brazo bruscamente — vuelva a su habitación. Y que no lo pesque hablando otra vez con la señorita Hortsmann.

—Como guste...

Con desdeñoso encogimiento de hombros, Forrester pasó por delante de él, saliendo al corredor. Comprendió que no ganaría nada gastando palabras con el superintendente.

Con todo, mientras se alejaba lentamente, una sensación de frío recorría su médula.

!Así que Hortsmann sabía! Cuanto no podía decirlo. ¡Pero sabía!

Y estaba en poder de aquel hombre, un poder tan grande como el de cualquier dictador. Si era necesario, el alienista lo mataría, por medios tan sutiles que no dejarían rastros. Peor todavía...

Forrester se detuvo junto a una ventana. Afuera vió una figura de hombre que daba vueltas y mas vueltas en el sendero; un trompo humano, obligado a girar incesantemente por su desarreglado cerebro.

El repórter miraba fascinado, hasta que el loco lo vió y con una risa insana echo a correr, flotándole detrás los faldones de su saco.

Forrester se extremeció.

Sí, todavía peor. Hortsmann podría, si lo deseaba, convertirlo en una de aquellas infelices criaturas... al espantoso estado de un muerto en vida. La muerte era preferible a eso.

¡Y estaba allí encerrado, a merced de Hortsmann! Encerrado entre altas paredes, observado por guardianes siempre alerta. Su única esperanza era Nina Hortsmann, aquel lirio-tigre humano, con su rostro de ángel y su mente deformada por una especie de crueldad sádica y salvaje.

Era una débil esperanza; pero...

Por la ventana llególe un sonido débil, hueco; un minuto de silencio y otro ruido metálico, final. Era las dobles puertas que se cerraban, puertas por las cuales pasaban constantemente seres humanos y que sin embargo eran como las puertas de la eternidad.

V. I

DETRAS DE LA PARED

Forrester no volvió a ver a Nina. Posiblemente su hermano le había prohibido que se presentara a él. O quizá su oferta, medio velada, era un lazo para tentarlo y hacerlo traicionarse. Era posible que los dos hermanos estuvieran combinados.

Con alivio de Forrester, tampoco Hortsmann se dejó ver. Por el momento, el alienista parecía haber perdido todo interés en él... quizá persiguiendo un astuto plan. Como Forrester se dijo así mismo, el suspenso podía matar.

Solamente el guardián Bill lo atendía; era un tipo silencioso, de rostro ceñudo. A las preguntas de Forrester sólo contestaba con gruñidos. Pero los ojos del individuo hablaban por él. Y en sus obscuras profundidades leía Forrester lástima por el destino que podía caberle.

El día siguiente a su entrevista con Nina, Bill lo llevó a otro departamento. Allí, cerca de la sala de peligrosos, Forrester se sentía ensordecido por los gritos y lamentos de los infortunados, invisibles, pero aparentemente en las garras de espantoso terror.

A la mañana siguiente Bill le trajo a Forrester una botella de whisky, como calmante quizá para los nervios. Forrester tiró la botella por la ventana. No confiaba ni en Hortsmann ni en su licor. Después de lo ocurrido tenía hasta miedo de comer porque parecíale que podía envenenarlo.

Al quedar solo, Forrester empezó a pensar nuevamente en Nina ¿Estaba ella en combinación con Hortsmann? ¿O tenía simplemente miedo de él? Hortsmann quizá la había amenazado.

Y sin embargo...

Recordando aquellas facciones finamente cinceladas y su helada belleza, Forrester di-

daba. No era Niña Hortsmann mujer capaz de asustarse por cosa alguna.

Desde su ventana, pequeña y con barrotes de hierro, Forrester veía los terrenos del asilo hasta donde la pared lo separaba del mundo exterior. Entre él y la pared externa había otra más baja. A veces, en un cuadro de césped, detrás de aquella pared, veía alguna figura femenina, por lo que dedujo que la pared más baja dividía el departamento de hombres del de las mujeres.

El primero y segundo día que pasó en su nueva prisión, examinaba frecuentemente el terreno más alejado, con la esperanza de ver a Nina Hortsmann, anticipando su presencia con una especie de curiosidad mórbida que no podía definir. Luego su escrutinio tomó aspecto más importante y personal.

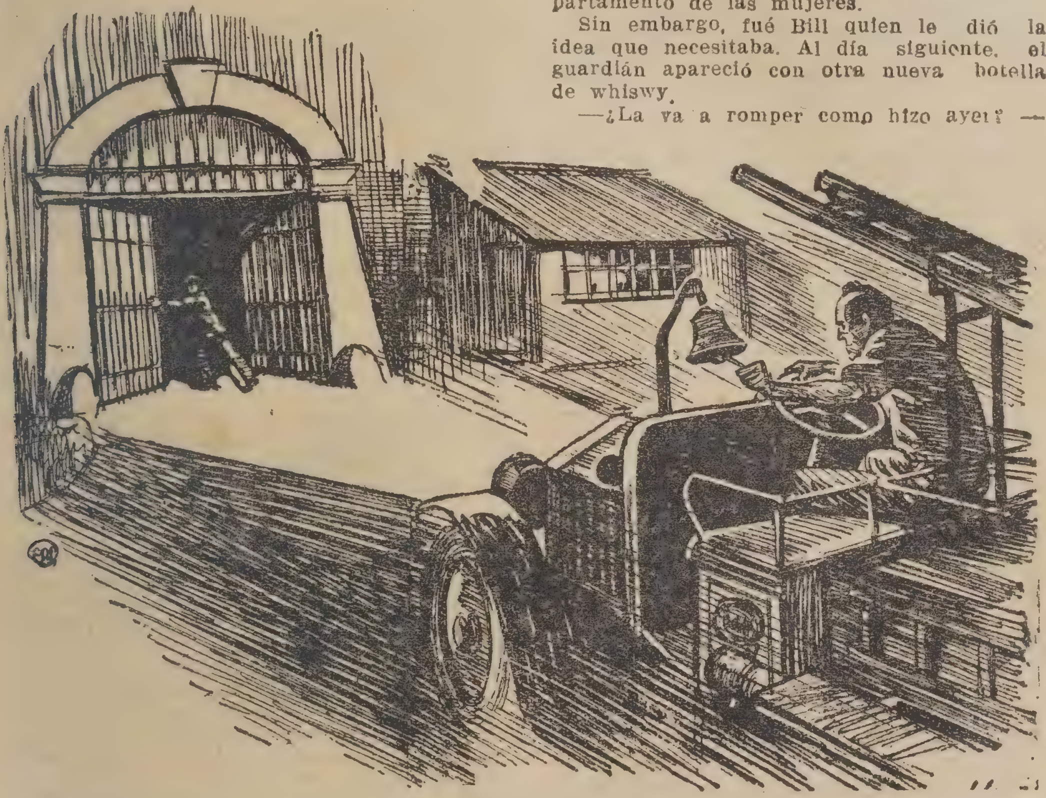
Junto a la pared exterior, en el extremo más lejano del departamento de las mujeres, había un alto árbol, una de cuyas ramas se extendía por encima del alambre de púa. A fuerza de examinar el gran roble, pensó Forrester que un hombre ágil podía escalarlo y deslizarse por la rama.

Desde allí podría arrojarse un saco sobre el alambre y, balanceándose en la rama arrojarse al colchón así preparado. Significaría algunos crueles arañazos, a pesar del saco; pero ¿qué importaba cuando de un salto podría llegarse al camino, es decir a la libertad?

Cuanto más estudiaba el árbol, mejor le parecía su plan. En su imaginación arregló todos los detalles de la fuga, una vez que hubiera alcanzado el árbol. Lo único que no podía decidir era como llegar a él. Gracias a la vigilancia incesante de Bill, no había la más ligera probabilidad de salir de la celda, de quedar solo para dirigirse al departamento de las mujeres.

Sin embargo, fué Bill quien le dió la idea que necesitaba. Al día siguiente, el guardián apareció con otra nueva botella de whiswy.

—¿La va a romper como hizo ayer? — preguntó el guardián con aspereza — ¡Oh si! Se que la tiró por la ventana. No creo que a ella le hubiese gustado, si lo hubiera sabido.



¡Clan! ¡Clan! ¡Clan! La campana resonaba estridentemente y el pié de Blake se apoyaba en el acelerador.

—¿Ella? ¿quien? — preguntó Forrester.

—La señorita Hortsmann naturalmente. ¿Quién más cree que iba a gastar buen licor en usted? Y alcohol de la pre-Guerra además — Bill acarició respetuosamente la botella.

—¡Ah!... fué ella — Forrester pensó rápidamente — ¡La señorita Hortsmann!...

¿De modo que Bill no le había contado el destino de la primera botella? No, naturalmente que no. No le hubiese mandado aquella segunda entonces. Sin embargo, ¿por qué no se lo había dicho?

—Bueno... yo no bebo. Soy abstemio —

mintió bruscamente — Pueda decirle que no mande más.

—Yo no lo soy — rió Bill — Si a usted no le gusta, hay otros a quienes agrada — hizo un guiño significativo — Quizá pueda yo traerle un paquete de cigarrillos o de diarios, si no dice nada del whisky ¿oye?

—No diré nada — contestó Forrester indiferentemente, mientras el guardián se retiraba, muy contento, con la botella.

Cuando volvió con la otra comida, olía Bill fuertemente a whisky. Su paso era ligeramente vacilante y entre hipos le dió a Forrester un paquete de cigarrillos y algunos fósforos. Forrester lo observó atentamente, mientras volvia a cerrar con llave la celda. El periodista sonrió. Sabía ahora lo que debía hacer y continuó en sus preparativos No había más que esperar.

Y así sucedió. Aquella segunda botella de whisky no fué la última. Tres días más tarde Bill indicó la llegada de una tercera con paso más inseguro que de costumbre.

Forrester estaba sentado en su cama. Cuando el guardián colocó ruidosamente una bandeja de desayuno sobre la pequeña mesa; Forrester alzó la vista.

—Se me acabaron los fósforos — dijo — ¿Tiene más?

—¡Hum!... Todavía me va usted a meter en un lío... No puedo darle más fósforos.

—Entonces contaré lo del whisky — contentó Forrester — Vamos, sea buen compañero. Tengo cigarrillos y no puedo fumar porque carezco de fósforos. Hay tanta corriente de aire que tengo que gastar tres fósforos para encender un cigarrillo.

—Bueno... fume lejos de la ventana, entonces — gruñó Bill y mientras buscaba en el bolsillo, se tambaleó hacia atrás.

Rápido como el rayo, Forrester se lanzó sobre él y lo tiró sobre la cama. Bill rodó, como un muerto sobre el colchón. Forrester conocía bastante jiu-jutsú y lo había desmayado, como pensaba.

Forrester buscó debajo del colchón algunas tiras, hechas de una sábana rota, que había preparado de antemano. Antes de que Bill hubiera recobrado el conocimiento, Forrester le había quitado la chaqueta, lo había amordazado y le había atado fuertemente las manos detrás de la espalda. Sentado sobre él, lo mantuvo quieto mientras le ataba los tobillos; después de lo cual quitóle las llaves.

Hecho esto, el joven ató al cautivo firmemente a la cama con más tiras de sábana. Luego, arreglando bien la almohada, la tapó con la frazada. Si alguien miraba por el ojo de la llave, aquel bulto en la cama sugería que el paciente dormía con sueño profundo.

Hasta entonces todo iba bien, pensó Forrester, mientras se ponía la chaqueta y la gorra del guardián. Cerrando tranquilamente la puerta con llave, guardóse ésta y echó a andar cautelosamente por el corredor.

Más allá había unos escalones y otro corredor abajo, con una puerta al final. Pasó por todos estos sitios felizmente, sin encontrar a nadie. Afuera una ligera niebla envolvía los jardines. El tiempo era propicio.

La puerta estaba cerrada; pero una de las llaves la abrió. Forrester salió tranquilamente y atravesó el terreno, en dirección a la pared baja que separaba el departamento de hombres del de las mujeres. Estaba a mitad del camino, cuando, a la vuelta de un recodo, apareció repentinamente una figura agachada.

¡Forrester se encontró casi frente a frente con Hortsmann!

Su primer impulso fué detenerse, el segundo correr. Pero reprimió ambos.

Sabía que su única probabilidad consistía en aparentar indiferencia.

El médico tenía las manos unidas a la espalda. Los negros ojos estaban bajos y caminaba con los hombros encorvados, que le daban aquel aspecto siniestro de ave de presa. Parecía sumido en profundos pensamientos.

Forrester se encasquetó bien la gorra y siguió caminando tranquilamente. Hortsmann estaba casi frente a él ahora. Tenía que confiar en que la niebla ocultaría sus facciones. Pero ¿y si el doctor lo llamaba? No hacer caso de su llamado era descubrirse.

Tendría también que pelear. El podía dominarlo a Hortsmann; pero no sin hacer ruido. Eso sería fatal. El salvar la distancia hasta el árbol lejano y pasar por encima de los traicioneros alambres requería tiempo.

Hortsmann estaba ahora a nivel, los ojos siempre bajos. Su manga negra casi tocó la de Forrester. Una ráfaga de aire ¡Y pasó! Todavía obligándose a caminar lentamente, siguió Forrester avanzando, sin atreverse a mirar hacia atrás.

Estaba casi junto a un grupo de arbustos que crecía junto a la pared divisoria, ante la cual le pareció prudente detenerse. Una rápida mirada de soslayo le mostró a Hortsmann que se perdía en la niebla. Forrester se metió entre los arbustos agarróse al borde de la pared y se trepó sobre ella. Al dejarse caer ligeramente del otro lado, algo pegó un salto debajo de él, dejando escapar un grito ahogado. Forreter extendió el brazo y agarrando una muñeca atrajo la mujer hacia sí.

—¡Silencio! — le ordenó con tono amenazador, apretándole el brazo. El se había quedado rígido, sujetando a su cautiva, los oidos atentos para escuchar los pasos de Hortsmann que se alejaba del otro lado. Al fin se perdieron y la tensión se rompió. Forrester se dió cuenta de que algo temblaba debajo de la palma de su mano.

Miró a su alrededor, recordando a su prisionera, una esbelta muchacha, cuyas delicadas facciones lo contemplaban, en medio de una aureola de rizos dorados. Vió unas mejillas pálidas, ojos azules, de niña, muy abiertos, labios rojos fruncidos y unas manchas de color que interrumpían la palidez del rostro.

—¡Muy bien! No le voy a hacer daño — — Esto es, si se queda usted quieta.

murmuró aflojando la presión de su mano

La muchacha se desprendió de las manos de Forrester y re recostó jadeante contra la pared. Sus ojos se fijaron en el uniforme y luego en la cara de Forrester.

—¡Oh!... ¡es usted! — exclamó

—¡Yo!... ¿Eh? — dijo Forrester sorprendido.

—Sí, el nuevo paciente — sonrió ella debilmente — Lo he visto mirando por aquella ventana — señaló ella hacia la celda que Forrester había ocupado en los últimos días.

Forrester miró el sencillo vestido color castaño de la joven. Era igual al de las mujeres que había visto haciendo ejercicio en los jardines. De ahí dedujo que la joven era una paciente.

—Así que usted me ha visto ¿eh? — preguntó frunciendo el ceño — Bueno, es mejor que olvide eso, joven. Olvide también que me ha visto ahora ¿Comprende?

Nuevamente hizo ella un signo de asentimiento.

—Claro. Usted lo pasaría mal si el... el Dr. Hortsmann se enterara de que ha estado usted aquí. Este es nuestro lado. No se permite pasar a los hombres.

—¡Seguro! — convino Forrester ligeramente.

Pero ella movió la cabeza con aire sombrío.

—Supóngase que lo descubriera — dijo mirando con miedo la pared divisoria — Es mejor que vuelva a pasar para su lado. El es...

No terminó la frase Forrester juró entre dientes. Demasiado sabía él lo que era Hortsmann. El retardo significaba peligro. Bill podía soltarse o llamar la atención. !Que mala suerte haber tropezado con aquella muchacha! Nadie más se veía. Sin embargo, hasta que estuviera seguro de ella, no podía dejarla en libertad.

—Bueno... puesto que usted me conoce... — empezó. Luego se interrumpió bruscamente — ¿Quién es usted?

—Nadie — contestó ella moviendo extrañamente la cabeza — No importa por qué... — se detuvo y siguió la mirada de Forrester que se dirigía instintivamente al árbol distante — Usted... — los ojos de la joven se fijaron en el saco y la gorra quitada al guardián — ¿No pensará intentar eso?

—¿Eso? ¿El qué? — preguntó Forrester.

—Subir al árbol — contestó ella indicando el roble.

Forrester dijo con decisión:

—Sí ¿Por qué no? Ya estoy harto de este sitio infernal. Es como estar sepultado vivo... Como vivir en una tumba

—¡Ah!... — soltó ella una pequeña y extraña carcajada. Luego, con otro de sus temblones reprimidos le agarró el brazo — Pero no tiene usted que intentarlo... ¡Oh no!

—¿Por qué?

—Yo lo hice una vez — murmuró ella extremeciéndose — Y ahora... ahora...

—¿Y ahora? — insistió él mirándola.

—Ahora... estoy muerta — contestó ella.

—¡Muerta! — exclamó Forrester sorprendido — luego con una semi-sonrisa la examinó atentamente — ¡Vaya un disparate!

—Es cierto... ¡Mire! — le agarró la mano y lo llevó junto a algunas malezas que crecían junto a la pared, detrás de la cual había una losa en el suelo, mohosa, hundida, cubierta de yuyos.

La joven colocó su pié sobre ella.

—¿Ve? Yo estoy aquí... con usted. Pero mi cuerpo está sepultado a gran profundidad, debajo de la piedra. Le digo que estoy muerta... muerta.

VII

LA SOMBRA DE LA VENTANA

Forrester miró compasivamente a la joven ¿Era aquella otra de las nefandas obras de Hortsmann? ¿O locura común?

Reprimió un estremecimiento. Ella estaba loca, seguramente como todos los pobres diablos aprisionados entre aquellas paredes ¡Y sin embargo era tan rubia, tan bella!... Se le ocurrió por primera vez cuan hermosa era. Y al descansar sus ojos sobre la joven, algo como fuego derretido corrió por sus venas... una ardiente protesta contra semejante abominación. Era injusto, vergonzoso que envoltura tan delicada escondiera una mente insana. Todas las fibras de su ser se rebelaban contra ello. Lenta deliberadamente. Forrester se dominó. No podía ser. Quizá con cuidados y tratamiento debidos ella...

—Dígame su nombre — pidióle tranquilamente.

—Mi nombre es... era — corrigió — Moya Mainwaring.

—Entonces, señorita Mainwaring, le advierto que pienso escapar de aquí antes de ir a parar debajo de una piedra como ésa. Usted tiene que ayudarme a huir. Hágalo y yo volveré con algunos hombres. La desenterrarán ¿Comprende? Y volverá usted a vivir. Sólo que primero tiene que ayudarme.

Vió que las mejillas de la joven se enrojecían súbitamente.

—¡Vivir otra vez! Eso sería glorioso — sus esbeltos dedos se cruzaron un momento para volver a soltarse — ¡Pero es imposible... imposible...!

—No lo es... si usted me ayuda — murmuró él y, por un instante, olvidó que tenía que habérselas con una pobre criatura demente.

—Muy bien. Lo haré — declaró ella repentinamente — Sólo que tiene que andar con mucho cuidado. El es astuto... astuto como una serpiente. Y hay ojos por todas partes... ojos malvados diabólicos, que nunca duermen. Fuerzas que nunca descansan. Acechan junto a la pared prontas a herir. Y cuando hieren... matan... silenciosa, seguramente.

—¿Qué fuerzas?

—No se. Le digo que él es hábil. Yo no comprendo esas cosas. Y uno se vuelve estúpida después de muerta... aún más estúpida, creo, que cuando está viva. Pero él tiene esas fuerzas a su servicio. Le advierto que tenga cuidado.

—Lo tendré — afirmó Forrester y la condujo hacia el árbol. Moviéndose rápidamente entre la niebla, se adelantaron, con paso silencioso sobre la hierba húmeda.

—Espere aquí y llame suavemente si ve a alguien — le dijo Forrester a la loca, cuando llegaron al pié del árbol — Y no se olvide... Volveré por usted, querida mía. Sabrá lo que es vivir de nuevo... ¡Se lo juro!

Le tomó la mano y un momento la sintió temblar en la suya, fría como el mármol y, sin embargo suave y bella, como un pétalo de rosa.

—Confío en usted — murmuró la joven; y Forrester soltándole bruscamente los dedos, se agarró a una excrecencia del tronco y empezó a trepar trabajosamente hacia las altas ramas.

Llegó a ellas poco después y quitándose la chaqueta del guardián, se deslizó con precaución por encima de una rama desprovista de hojas, que se extendía hacia la alta pared y las hileras de alambres tirantes, de púa. La rama terminaba como a cuatro pies de distancia de la línea superior de alambre. Podría suspenderse de ella más tarde.

Sabía bien lo que iba a hacer. Lo había estudiado en su celda. Arrojaría la chaqueta del guardián sobre el alambre, usándola como almohadón, y así podría llegar al otro extremo, desde donde un gran salto lo conduciría a la libertad.

Mientras Moya Mainwarding vigilaba, anhelante, abajo, Forrester se deslizaba, pulgada por pulgada, sobre la rama. Al moverse él, la rama crugía espantosamente. Pero no le importaba nada ahora. A pocos pies estaba la libertad. Nada lo detendría. Llegó al final de la rama y balanceandose peligrosamente se dispuso a arrojar la chaqueta. No quería errar el tiro. Sin la chaqueta, agarrarse del alambre de púa equivalía a un suicidio.

Afirmó la mano derecha; empezó a contar: uno... dos... tres...

Simultáneamente una gran mano, con guante rojo, agarró el alambre y una cabeza se divisó detrás de él. Indefenso sobre su rama, Forrester se encontró con el brillo siniestro de dos pupilas aceradas que lo miraban por debajo de la visera de una gorra echada sobre los ojos; un pañuelo negro ocultaba el resto del rostro.

Antes de que Forrester pudiera moverse, la otra mano del hombre apareció y Forrester vió que le apuntaba con un revólver.

Por un breve segundo, el periodista miró hacia atrás. Luego, con rápido movimiento, se dejó caer al suelo, desde una altura de veintidós pies. Cuando logró ponerse de pie, aturdido, pero ileso, la cabeza de arriba desapareció.

—Ya ve... se lo había dicho — gimió Moya, corriendo hacia él — Nunca duermen... nunca.

—¡No, malditos sean! — gruñó Forrester. Pero no pensaba ahora en el automático, si no en aquellas manos con guantes rojos. Aquello le dijo bastante. Los alambres estaban electrizados. Cualquier intento de atravesarlos sería fatal. Sabía ahora lo que quiso significar la joven al decir que Hortsmann tenía fuerzas a su servicio.

—Pero no me han derrotado todavía — aseguró con fiero acento — Siempre queda la puerta.

Su gorra y su chaqueta podían engañar al portero, si miraba por la rejilla. Un golpe en la puerta interior; al ver la gorra con visera, la puerta se abriría. Un salto feróz, un puñetazo como un martillo y... sería más que desafortunado si no ponía fuera de combate al portero y ganaba la puerta exterior. Llevaría con él a Moya.

Agarrando a la joven por la muñeca la arrastró con él hacia la distante arcada. Tenían que llegar a ella antes de que el pistolero tuviera tiempo de correr y dar la alarma. Como corrían a campo travieso, acortarían camino. El pistolero se veía obligado a costear las paredes y hacer así una distancia más larga.

Pero nunca llegaron a la meta. Mientras corrían, un fiero zumbido rasgó el aire y un objeto obscuro se destacó entre la niebla. Era un monoplano, tan cerca del suelo que sus ruedas neumáticas casi tocaron los alambres de la pared.

—¡Pronto! — jadeó Moya, agarrando el brazo de Forrester — He visto antes a ese hombre. La semana pasada estaba con Hortsmann.

—La puerta, entonces... es nuestra única probabilidad — urgió Forrester.

Pero su compañera lanzó un grito de desesperación.

—¡Demasiado tarde! ¡Mire!

Forrester lanzó un juramento ahogado. A través de la niebla llegaban hombres corriendo. Todo el personal del asilo se había alborotado con el vuelo, tan bajo, del aeroplano. Este ahora describía un círculo sobre el terreno.

Una figura uniformada apareció repentinamente delante de los jóvenes... un guardián salido no se sabía de donde.

—¿Qué hace usted?... — gritó, viendo a Moya y echó a correr hacia los jovenes.

Con la rapidez del rayo, Forrester arrancó una estaca flója de una empalizada y la descargó sobre el craneo del hombre. Trastabilló hacia atrás con un gemido y cayó a lo largo sobre el terreno. Saltando sobre él, Forrester y la joven corrieron locamente hacia el abrigo del cerco de ligustro.

—¡Métase aquí! Agáchese y quédese escondido — ordenó Moya — Hay una probabilidad todavía. Yo conozco un sitio débil... en la pared.

Guiándolo rápidamente lo metió debajo de la pared del edificio principal, donde el cerco de ligustro terminaba en un matorral. Deslizándose **a lo largo de** la pared de la

casa, los dos marchaban con precaución; el ruido de sus pasos era ahogado por la vibración del motor de aeroplano. Hasta entonces, la atención del personal estaba desorientada.

—¿Donde vamos ahora? — preguntó Forrester.

La respuesta de su compañera fué un "s... s... s...". Un poco más adelante se veía una ventana, vagamente iluminada, entre la niebla.

—¡Cuidado! Esta es la habitación — le advirtió Moya y se acercó de puntillas a la ventana.

Forrester lo siguió. La cortina estaba baja y sólo dejaba pasar débilmente la luz. Sin embargo, en un ángulo había una pequeña abertura y agachándose, el joven aplicó un ojo a ella.

En la pared más lejana, un tablero había sido corrido; había alguna pequeña puerta secreta, disimulada por el empapelado. Detrás veíase el interior de una caja fuerte. En primer plano había un escritorio. Y delante de él sentado un hombre, Hortsmann, inclinado sobre una pila de algo que brillaba a la luz de la lámpara.

Forrester hizo una profunda inspiración. Delante del superintendente había un montón de gemas maravillosas.

—El también tiene su manía — murmuró Moya, inclinándose junto a Forrester para atisbar. Si supiera que yo sé...

Como en una ocasión anterior no terminó la frase; pero su silencio fué más elocuente que las palabras.

Forrester observaba fascinado, mientras el doctor contemplaba con una luz de codicia bestial en sus ojos las facetas deslumbradoras de las piedras. Las manos delgadas se agitaban trémulas encima de ellas.

Entonces, como impelido por algún instinto sutil, la mirada de Forrester se desvió. Proyectada contra la cortina vió una forma esbelta: la forma se inclinó hacia adelante, un brazo, largo y sinuoso levantoso; en su mano esgrimía un puñal con que amenazaba la espalda del avaro.

Como paralizado de horror, Forrester esperó, con la respiración en suspenso, el corazón detenido en sus latidos. La mano levantada bajóse para asestar el golpe mortal. Entonces...

—¡A... a... a...n!

La joven que estaba junto a Forrester lanzó un chillido salvaje y, mientras Hortsmann se daba vuelta la sombra de la cortina desapareció.

Hortsmann saltó hacia la ventana y descorrió la cortina. Mientras Forrester retrocedía, levantó el cristal y pasó por encima del antepecho, con un revólver en su huesosa mano.

Forrester agarró a Moya y corrió hacia el cerco de ligustro... una pared impenetrable, que fué su pérdida. Jadeante arrastraba a la joven detrás de él. Aquella brecha... ¡si pudieran llegar a ella!

¡Clan!

Se abrió violentamente una puerta y un rayo de luz atravesó la creciente obscuridad de la niebla. Una mujer apareció ante Forrester, con un revólver en la mano. Era Nina Hortsmann.

—¡Alto! — dijo presentando el arma.

Agarrados entre dos fuegos, los fugitivos se detuvieron, la luz los bañaba.

Al retroceder Moya, Forrester la rodeó instintivamente con su brazo. Nina los contempló con ojos duros y maliciosos.

—¡Ah! — sus blancos dientes mordieron el labio inferior — ¡Es usted, Ana Birrel! Y... — su boca se cerró como una trampa al examinar al periodista.

—Exactamente — interrumpió la voz sarcástica de Hortsmann detrás — Espero que estarás satisfecha, Nina — hubo una pausa y luego: — ¡Llévate a esa mujer!

—Váyase — dijo Nina con voz sibilante, amenazándola con el revólver.

De mala gana, Moya se desprendió de Forrester y se alejó, seguida por Nina.

—Y ahora, usted... marche — dijo Hortsmann apoyando el caño de su revolver en la espalda de Forrester —¡Eh... Jones!... ¡Wilson!

En respuesta a sus llamados acudieron dos guardianes. Un momento después Forrester estaba en sus manos nuevamente. Recién entonces se fijó Hortsmann en su chaqueta.

Encontraron a Bill y lo soltaron para que contara la estratagema de Forrester. El superintendente escuchó con tranquilidad. Recién al final soltó una de sus malvadas y guturales carcajadas.

—¿Astuto eh? ¿rebelde? — otra risa perversa — Y bien, amigo mío, lo tendremos en cuenta. Habrá que buscarle otro albergue. Déjeme pensar... — los largos dedos de Hortsmann acariciaron su barba — Sí, ya sé donde lo voy a poner.

Haciendo una seña a sus hombres guió por un corredor que Forrester no había visto hasta entonces; luego subieron a un piso alto. Cuando llegaron arriba de la escalera las narices de Forrester percibieron una insoportable fetidez; llegaron a sus oídos gruñidos feroces.

En el corredor había una puerta. A diferencia de otras vecinas, no era una puerta propiamente dicha. Barras de hierro, semejantes a las de una jaula, ocupaban el hueco.

Detrás de las rejas se veía una gran forma. Al acercarse Forrester, un rostro, grande y peludo lo miró ferozmente. Dos manos monstruosas, cubiertas de pecas, estaban agarradas en las rejas

Nunca había visto el repórter ser humano tan gigantesco. A su lado, Primo Carnera hubiera parecido enano. Pero allí terminaba la semejanza.

Los brazos, largos y sinuosos, estaban cubiertos de pelo rojo y tenían músculos salientes.

Espantado, Forrester retrocedió. Al hacerlo, el ser extendió el brazo con gruñido bestial.

—¡Atrás Tarzán!

Hortsmann pasó por delante del periodis-

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

ta, con la mano levantada. El ser retrocedió atemorizado. Murmurando vagamente algo se alejó de las rejas, obligado por la mirada hipnótica de Hortsmann.

—Es otro de mis favoritos — dijo el superintendente, haciéndole señas a Forrester que avanzara — Es loco incurable, naturalmente. Se cree un gorila, de vuelta en su selva nativa. Durante algún tiempo, toda su ambición ha sido extrangular a un hombre. Para él es juego de niños. Puede hacerlo con toda facilidad — Hortsmann se encogió suavemente de hombros — Casi agarró al más fuerte de nuestros guardianes, el otro día. Puede alcanzar prácticamente hasta la otra pared del corredor. Si no hubiera sido por mi presencia — ¡oh sí! tiene miedo de mí — lo hubiera agarrado ahora a usted, señor Forrester.

—Lo se — contestó Forrester bruscamente y retrocedió con rapidez, temeroso de que aquella bestia humana lo agarrara.

—¡Bueno! Mientras no lo olvide... — rióse malvadamente Hortsmann, señaló una puerta más allá de la del gorila humano. — Esa va a ser su celda en adelante, amigo mío. Creo que no hará usted más travesuras. Si las hace...

Se detuvo levantando una mano para imponer silencio, oyó Forrester que, acompañado por feroces aullidos, resonaba un ruido hueco en la celda contigua. Era Tarzán que se golpeaba el monstruoso pecho con sus puños peludos, el desafío primitivo de la selva.

—No olvide que puede alcanzarlo a usted a través de la reja — añadió sardónicamente Hortsmann — Una vez que lo haya agarrado, me evitará el trabajo de ensayar con usted el tratamiento de que hablé. Y será una lástima. Así que... tengalo presente.

Un clic en la cerradura y Forrester quedó solo. Sentóse en el lecho, sin más conpañía que los aullidos de Tarzán. Demasiado bien comprendía el poder de Hortsmann. Tratamiento científico. Si permanecía mucho tiempo allí no sería necesario. Había otros caminos hacia la locura que el estilete del cirujano o la auto-sugestión. Sí, Hortsmann era hábil... diabólicamente hábil.

¿Qué quería decir Moya Mainwaring al hablar de su muerte? Bueno, loca o cuerda era Moya... sólo Moya, al menos para él.

¿Por qué no hacía algo Grinlig para libertarlo de su terrible cautiverio? Seguramente no podía haberse olvidado de él.

Al fin quedóse dormido, a pesar de los horribles gritos de aquel ser horrible de la celda contigua. Soñó con huesos debajo de una losa sepulcral y con pelos rojos que crecían de enormes pecas marrones.

VIII

FUGA

Del diario de Sexto Blake.

"Voló esta tarde sobre el Asilo de Chadwall. La visión estaba casi obstruída por la niebla. No pude divisar gran cosa. Otras personas tienen interés en ese asilo. Había un auto de lujo junto a la pared. Y también un hombre y una joven. El primero llevaba una escalera plegadiza. Al parecer fueron descubiertos por un hombre que estaba subido a un árbol. Tengo que vigilar ese lugar ¿Por qué tendrán prisionero a Forrester, un modesto periodista?

¡Fuego!

El grito hizo incorporar bruscamente a Forrester en su lecho. Al tirarse, con los ojos pesados de sueño, al suelo, un humo acre le hizo arder las narices.

Estaba obscuro como boca de lobo, no veía nada. Buscando a tientas en su bolsillo encontró el resto de los fósforos que le había dado Bill y encendió uno. Por debajo de la puerta entraba una columna de humo que ascendía amenazadora.

Forrester aplicó un ojo a la cerradura y nada vió, excepto un resplandor significativo al final del corredor. La puerta estaba cerrada con llave, de modo que acercóse a la ventana, guarnecida de barrotes de hierro y miró hacia la obscuridad exterior.

Afuera, en el terreno, la gente corría dando gritos. Parecióle oir un leve crepitar Medio ahogado por el humo, volvió a caer sobre la cama y dirigióse nuevamente, tambaleandose hasta la puerta.

El humo se volvía más denso. No era posible equivocar su significado. Debajo había estallado un furioso incendio.

En la celda próxima el hombre gorila se agitaba, despertado su bestial instinto por el peligro. Aún en la selva de su febril imaginación, el fuego causa espanto. Ante su avance destructor, toda la naturaleza huye. Ya oía Forrester al hombre-mono sacudiendo desesperadamente los barrotes de su celda.

Pasaron los minutos. El humo se espezó. Afuera crecía el clamor, así como el rojo resplandor del incendio, que ahora envolvía el corredor en una aureola rojiza. En la celda contigua, el hombre-mono gritaba de rabia y de terror. Sin embargo, los clamores de afuera ahogaban sus gritos. La celda estaba caliente ahora; la atmósfera asfixiante. Decidiéndose al fin, Forrester empezó a dar golpes en la puerta con los puños cerrados, a la vez que gritaba frenéticamente!

—¡Socorro! ¡Socorro!

Siguió golpeando y gritando y sus gritos se mezclaban con los del hombre-mono, mientras la celda se iba llenando de humo.

Con el cerebro hecho un caos, los puñetazos de Forrester se debilitaron. Exhausto se dejó caer al pié de la puerta, jadeando, gimiendo. El resplandor rojo se hacía más vivo y el calor aumentaba; pero nadie acudió.

¿Lo había Hortsmann abandonado deliberadamente a su destino?

La cabeza de Forrester cayó desfallecida hacia adelante.

¿Pasaron minutos u horas? Forrester nunca lo supo. Un ruido de pasos le hizo volver en sí. Se puso de pié nuevamente y miró por el ojo de la llave una vez más.

Alguien caminaba a tientas por entre el

humo, una figura esbelta. Una ráfaga de viento disipó un poco el humo y entonces distinguió a la que se acercaba. Era Moya Mainwarding

—¡Estoy aquí! — le gritó y ella contestó:

—¡Voy!

—¡Cuidado!

Forrester lanzó un grito de desesperación al ver, entre el humo gris, los dos brazos monstruosos del gorila que se extendían para agarrar a Moya.

Pero ella se deslizó por delante de los ganchudos dedos; se detuvo y se movió otra vez. Al hacerlo, Tarzán sacó fuera el brazo izquierdo, interceptándole el paso. Con su poderoso pecho apoyado contra los barrotes, el hombre-mono estiró los dos brazos separados, como lo obligaban a hacerlo los barrotes. Moya quedó entre ellos. Donde estaba, se hallaba segura; pero si se movía hacia adelante o hacia atrás, aquellas manos monstruosas la agarrarían.

—¡Quédese quieta¡ — le gritó Forrester; y agitó frenéticamente el pestillo de la puerta.

Pero la cerradura resistió. Mientras luchaba, una nueva nube de humo invadió el corredor, ocultando a la joven y las manos que tentaban para agarrarla. Forrester soltó el pestillo gimiendo. Luego, de la obscuridad, partió un grito penetrante.

Forrester corrió hacia la cama, la dió vuelta y agarrando uno de los laderos de hierro de la cama atacó furiosamente la puerta. Entre los golpes oía los gritos, cada vez más desesperados de la joven, mezclados con los aullidos salvajes del monstruoso loco.

Sintiendo las fuerzas de un toro por la desesperación y la ira, Forrester seguía golpeando la puerta como un poseído. Pronto las fuertes maderas se astillaron bajo la lluvia de golpes. Luego, lacerándose las manos, arrancó Forrester sus restos; sintió que la joven se tambaleaba contra ellos.

—¡Sosténgase! — le gritó. Y pasando por entre la madera rota la agarró.

Pero al caer la última tabla de sus hombros, un grito espantoso resonó. Moya se desvaneció en el humo, arrancada a sus manos por otras más poderosas.

Con esfuerzo sobrehumano, debido a la rabia y a la desesperación, el hombre-mono había logrado arrancar los barrotes de la jaula. Mientras los doblaba, Moya había pasado junto a él.

De un salto, Forrester se metió dentro del humo, con ira asesina en sus ojos. Sabía que Moya estaba entre las garras de aquel demonio furioso... la vió desmayada entre los brazos del hombre-gorila.

Con un rugido, el loco se volvió contra él, enseñando los dientes. Luego con otro rugido, soltó a la joven; ella cayó contra la pared, desvanecida.

Por un breve segundo, Forrester y el loco se miraron, agachados. El hombre-mono, inclinó hacia adelante su poderoso pecho, la boca llena de espuma, los largos blazos doblados hacia afuera como los de un gorila. Luego, saltaron a una, chocaron con ímpetu terrible.

Fué un gesto gallardo, pero fútil. Sujeto entre los brazos hercúleos del loco, Forrester golpeaba frenéticamente su rostro, descompuesto por la ira. Era como si un pajarillo hubiera revoloteado contra los alambres de acero de su jaula. El hombre-mono lo dobló, indefenso hacia el suelo y Forrester sintió que dos tenazas oprimían su garganta.

Un negro vacío lo envolvió. Seguía pegando mecánicamente. Con un gemido cayó al fin hacia atrás, al sentir encima suyo un peso monstruoso. Cubierto por el cuerpo de su adversario, esperó confusamente la muerte.

Lentamente, la niebla se desvaneció y Forrester pudo respirar. Vivía aún. Sobre él, el cuerpo monstruoso del hombre-mono, pesado inmóvil, inerte. Pensativo trató Forrester de moverse. Entonces sintió que aquella masa se levantaba.

Se puso de pié, bamboleándose como si estuviera ebrio y miró a su alrededor, entre el humo. Moya estaba aún donde había caído. Cerca se hallaba el hombre-mono, inmóvil. Corríale un hilo de sangre por la estrecha frente. Detrás de él estaba parado un hombre de rostro delgado, con uniforme de bombero, que tenía un hacha en la mano.

—Llegué justo a tiempo — dijo el bombero.

—¡Uf!... — Forrester lanzó un suspiro de alivio; luego, su instinto periodístico se despertó en él — ¡Qué historia sensacional!

El bombero se fijó en sus palabras.

—¡Pronto... dígame su nombre!

—Jim Forrester.

—Me lo imaginaba — el otro se quitó su chaqueta y se la tiró — Rápido, póngase eso. Y esto — le arrojó el casco — Y ahora salga de aquí.

—Pero... — empezó Forrester corriendo hacia Moya.

—Muy bien. Llévesela si quiere. Pero apúrese. En el bolsillo de la blusa está mi tarjeta y mi dirección. Soy un amigo. Vaya a verme después. Sí, váyase, tonto. No discuta. Yo atenderé a este bruto. Está solamente desmayado.

Mientras su salvador se inclinaba sobre el hombre-mono, Forrester tomó en sus brazos a Moya y a tropezones se alejó por el corredor. Abajo, las escaleras se estaban incendiando. Ya los últimos escalones eran lamidos por las llamaradas.

Forrester se dió vuelta, encontró una ventana y la abrió. Fuera de ella había un techo inclinado. Arrastrando la joven hacia él, descendió con ella hasta el suelo.

Detrás, la casa ardía como un tarro de alquitrán. Al frente reinaba una terrible batahola. Sacados de sus celdas, los locos corrían desatentadamente; aquí y allá, algunos, habían formado cadena y bailaban en derredor de las llamas.

Forrester los observó durante un segun-

do... las cabezas echadas hacia atrás, los ojos iluminados con una luz destructora. Luego, sintiendo que Moya se movía, pasó con ella a la zona exterior de obscuridad.

—No se preocupe. Hasta ahora estamos en salvo — le dijo — Nada de explicaciones ¿Puede caminar?

—Creo... creo que sí — contestó ella reponiéndose.

—Entonces sigamos. Tenemos una probabilidad. Todo es confusión, con este incendio.

—Lo se. Yo fuí a buscarlo.

—Lo sabía. ¡Y podía usted haber hallado la muerte!

—Quizá; pero...

Mientras hablaban, corrían hacia la pared exterior.

—Pero... — dijo Moya nuevamente y luego quedó silenciosa.

El corazón de Forrester dió un salto. Ella pudo haber huído y no lo hizo. Por él, aquella joven "que estaba muerta", se había quedado. Corrió arrastrándola tras sí. La pared se perfilaba en la obscuridad. Quizá habría un sitio por donde escapar. Si la puerta estaba abierta... sin vigilancia.

—¡Dios!

Lanzó Forrester una exclamación emocionada. Contra la pared había apoyada una escalera y en el halambre un gran agujero. Alguien lo había cortado con tijeras aisladoras. Los bomberos quizá.

—¡Arriba! — dijo y empujó a la joven hacia la escalera. Mientras ella subía, jadeante, él la siguió.

Un momento más y estarían libres. La suerte los había acompañado. Un salto y...

—¡Eh... alto!

Una voz imperiosa resonó detrás, en el terreno.

Forrester colocó a la joven sobre la pared y se dió vuelta. Era Bill, el guardián, que corría hacia la escalera. Cuando llegó a ella, Forrester la derribó de un puntapié, haciéndola caer sobre el guardián. Luego agarró el brazo de Moya.

—¡Pronto, niña! Salte.

Ella desapareció y Forrester saltó detrás. Al tocar el suelo, sin aliento, pero ileso oyeron el zumbido del arranque automático y luego el ruido de un motor. Del otro lado del camino había un auto cerrado, al parecer, esperándolos.

—¡Aquí! Subid ¡Pronto! — el hombre que estaba al volante, abrió la portezuela del auto — ¡Por amor de Dios, apuraos! ¡Primero el bombero amigo y ahora esto! Forrester empujó a la joven dentro del auto y subió a su lado. La puerta se cerró y el auto partió como un cohete.

—Bueno... Andamos de suerte — dijo el periodista jadeante, recostándose en los almohadones del auto.

Moya se inclinó hacia adelante, con ligera risa.

—Estamos libres... ¡Vivos! ¡Ese maldito lugar!...

Se dió vuelta, para mirar el asilo y lo amenazó con su pequeño puño.

—¿Qué hay? — Preguntó Forrester, dándose vuelta al verla ponerse rígida.

—¡Mire!

Señaló hacia atrás.

Por el camino corría, en dirección a ellos, otro auto.

—¡Diablos! — exclamó el joven, mirando por encima de su hombro.

—¡Eh!... escondeos, vosotros—gritó el conductor — Si ellos os descubren, estamos fritos.

—¿Ellos? — murmuró Forrester, mirando al chauffeaur.

—Es claro, idiota — contestó el otro — ¡Es la policía!

Mientras hablaba, algo brilló en su mano; era el caño de un revólver.

Forrester y la joven se miraron el uno al otro ¡La policía! ¡Un chauffeur armado! ¡Vaya que lío! ¿Qué significaba todo aquello.

Sexton Blake sacó al hombre-mono de la casa, como había hecho Forrester con Moya. Apartando un grupo de locos que bailaban, el detective llevó al gigantesco Tarzán a un sitio seguro, lejos de las llamas.

Cuando se incorporaba, vió pasar a una mujer, con el cabello gris flotante y los huesosos brazos extendidos.

—¡Al fuego! ¡La Redención! — exclamó Y con un chillido estridente de insana alegría se arrojó a las llamas.

Blake se arrojó tras ella y logró sacarla del fuego, chillando y resistiéndose. La tiró al suelo y le apagó las ropas incendiadas; luego la llevó al fondo.

—¡Uf! — el detective se enderezó sin alientos. Oyó detrás suyo un paso pesado y luego un juramento.

—¿Qué es esto? — preguntó una voz áspera.

Blake se dió vuelta. Hortsmann estaba delante de él.

—Una de sus pacientes, doctor — dijo Blake con frialdad — Parece que usted no se ocupa mucho de ellos. Le aconsejo que lo haga.

—Me aconseja ¿he? ¿Y quién diablos es usted?

—Un bombero — contestó Blake.

—¿Eh? — lo miró Hortsmann, advirtiendo su bien cortada camisa, en plena vista, puesto que se había quitado la blusa. Luego miró al hombre-mono, sin sentido y el hacha manchado de sangre, junto a él — ¿Qué es esto?

—Un loco furioso. Tuve que golpearlo por su propio bien, doctor.

—¡Al diablo! ¿Hiere usted a mis pacientes? — Oiga, — Hortsmann llamó a un hombre uniformado que pasaba — este hombre suyo...

El otro se detuvo; era el capitán de la brigada.

—¿El? No es de mi gente, doctor — contestó prontamente, después de dirigir una rápida mirada al detective.

—¡Ah! — rápido como el rayo, Hortsmann se dió vuelta para mirar a Blake y como el último hizo un paso a un costado, el doctor sacó su revólver y lo apuntó con

"Gracias, señor Grenling "dijo una voz y algo duro y frío se apoyó en la nuca del periodísta.

él — ¡Arriba las manos! Acompañeme Vamos a averiguar esto.

—¿Con qué derecho me detiene, doctor Hortsmann — preguntó Blake, calculando

sus probabilidades de fuga.

—El que lo hayamos encontrado a usted merodeando aquí, sin autoridad para hacerlo, basta. No debe estar usted aquí para nada bueno. Y además, este incendio ha sido intencional. Quizá es obra suya.

—¡Qué disparate! — estalló Blake indignado; pero el otro volvió a apuntarle con el revólver.

—¡Marche! — le ordenó fieramente.

Un par de guardianes se acercaron al detective y como eran tres contra uno, Blake no tuvo más remedio que dirigirse al departamento del Dr. Hortsmann... que estaba a alguna distancia del otro edificio.

—Y ahora, — dijo Hortsmann cuando entraron en el estudio — creo que lo reconozco, mi amigo. Fué usted quien vino aquí el otro día a preguntar por Forrester.

—Entonces, Dr. Hortsmann comprenderá usted el peligro de su actitud. No creo que pueda usted afrontar la publicidad, después de lo que he visto esta noche.

Pero Hortsmann no lo escuchaba. Su mirada estaba fija en la ventana, donde una cortina rota era agitada por el viento. Acercóse Hortsmann y la descorrió. Detrás de la cortina el marco de la ventana estaba vacío y había una masa de vidrio roto sobre el antepecho. Corrió Hortsmann a la pared interior, donde un tablero estaba entreabierto y su mandíbula cayó. Luego, rechinando los dientes, lo abrió del todo y dejó al descubierto una caja de hierro, cuya puerta estaba también entreabierta. La caja se hallaba vacía.

—¡Las joyas!... ¡han desaparecido!

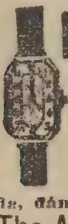
¡Crac! Una silla crugió sobre la cabeza de un guardián y, de un salto, Blake llegó a la ventana y salió por ella.

¡Pum! Sonó un tiro de la pistola de Hortsmann. Pero le erró y Blake dió vuelta a la casa, seguido por los otros.

Nuevamente disparó su pistola Hortsmann. Después resonó un tercer tiro.

—¡Las papas queman! — murmuró Blake y saltando un cerco bajo, llegó al camino de coches. Allí había un camión de bomberos abandonado, probablemente por falta de agua para alimentar las varias bombas que habían venido. Debajo de la cubierta vibraba todavía el motor.

Blake miró por encima de su hombro. Sus perseguidores escalaban el cerco. A su alrededor corrían hombres, procurando apagar el fuego. Si seguía corriendo, se encontrarían con ellos y lo detendrían.


¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

—¡Allí está! — gritó Hortsmann.

Blake no esperó más. De un solo salto llegó al camión y lo lanzó por el sendero, en dirección a las puertas, mientras lo seguían gritos y una lluvia de balas.

Inclinado sobre el volante, Sexton Blake apretó los dientes. Ya veía, a la luz de los faroles, la puerta interior. Estaba cerrada.

Bueno, tenía que abrirse. Hizo sonar furiosamente la campana con la mano izquierda y siguió avanzando a toda velocidad.

La puerta estaba cada vez más cerca... ¡una barrera de hierro!

¡Clan! ¡Clan! ¡Clan Los sonidos estridentes resonaban con imperio ¡Ah! La puerta se abría. El guardián rengo había oído. Una puerta; pero la otra... Lo retardaría.

Blake se inclinó sobre el volante. Su pie oprimió el acelerador. Al llegar a la arcada el ruido del poderoso motor produjo una salva de ecos en aquel reducido espacio.

—¡Deténgase, idiota!

Blake vió al portero echar a correr. Luego, con poderoso impulso, el camión se lanzó contra la última puerta, pasó por entre ella, con espantoso estrépito y se dió vuelta, patas arriba, en la calle, en medio de una masa de metal roto.

Un segundo después, el horrorizado guardián vió levantarse del suelo al conductor, saltar un cerco y desaparecer en la noche.

Entre tanto, Forrester y Moya seguían disparando del auto que los perseguía. Bajarse no podían, aunque lo hubieran deseado, porque el conductor no disminuyó ni por un momento la velocidad. Pero aquella era la única probabilidad de escapar. Aunque se estrellaran tenían que seguir.

IX

DOS DESCUBRIMIENTOS SORPRENDENTES

Quien era el conductor o por qué había esperado aquél auto era algo que Forrester y a joven no sabían. Ni podían adivinar por qué venía persiguiéndolos la policía. Sin embargo, era evidente que el conductor temía ser alcanzado y de ahí su carrera loca. Hasta que no hubo dejado completamente atrás a sus perseguidores y ganó finalmente el abrigo de un pequeño patio en una calle solitaria de la ciudad, no disminuyeron su marcha. Allí se detuvo y enfiló por la puerta abierta de un garage.

—¡Esperad! — ordenó tanteando en la obscuridad.

Un momento después oyeron como un zumbido. Los fugitivos se sintieron bajar. Vagamente distinguían paredes de ladrillo que parecía subir lentamente. Eran bajados, con auto y todo, en un ascensor.

Cuando este último se paró al fin ruidosamente, en algún piso más bajo, el conductor descendió **y dió vuelta la llave de la luz eléctrica.**

—Y ahora... ¿tenéis eso — preguntó, como si su impaciencia contenida estallara en ese momento.

—Disculpe... No lo entiendo — dijo Forrester descendiendo del auto en el sótano, desnudo e iluminado.

—¡Diablos!

El conductor retrocedió, llevando una mano a la cintura — ¡Manos arriba! — su revólver apuntó al repórter — ¿Quién demonios es usted?

Forrester esperó que Moya descendiera del auto y se le reuniera.

—Ya que hablamos de ello, — dijo cautelosamente el periodísta — ¿quién creía usted que éramos?

—Poco le importa a usted éso, joven — replicó con un gesto ceñudo en su cara de bulldog — No son quienes yo creía y basta.

—Eso está claro — dijo Forrester considerando.

—Bueno... pero lo que no está claro es lo que voy a hacer con ustedes — observó el tipo de mal humor.

—Déjenos ir — sugirió rápidamente Moya.

—¡Cualquier día! Después que han visto esto...

—Entonces, tanto nos da que nos deje aquí — añadió la joven filosóficamente. Después de todo, cualquier sitio era mejor que el Asilo de Locos de Chadvell. Y su instinto le advertía que al presente estaban fuera de la jurisdicción de sus autoridades.

—Bueno... son ustedes una molestia — prosiguió el conductor enojado — Cualquiera sabe que andaban haciendo por el jardín. Tengo el presentimiento que...

Se detuvo al oir ruido arriba.

¡Atrás! — ordenó con súbita fiereza y empuzó la pareja a un rincón, mientras dos personas bajaban a tropezones la escalera. Al llegar al nivel del piso, les apuntó con el revólver "¡Arriba las manos!"... ¡Ah!... Son ustedes...

Bajó el revólver y los recién llegados entraron en el sótano.

Ambos eran jóvenes... un hombre y una mujer. La última llevaba una valijita.

—Sí, somos nosotros — dijo enojada, — tirando la valija sobre un banco de trabajo, donde cayó pesadamente — Y no es gracias a usted, cobarde, que estamos aquí. ¿Por qué demonios no nos esperó? Si no hubiera sido porque otras personas se detuvieron a ver el incendio y dejaron un auto a mano, nos hubieran pescado. Tuvimos luego que precipitarlo en una zanja en no se que suburbio y venir aquí en omnibus.

Se detuvo al ver a Forrester y a Moya.

—¡Hola! ¿Y estos quienes son?

El conductor se encogió de hombros.

—No me lo pregunte. Pensé que eran ustedes. Saltaron por la pared, donde ustedes habían dejado la escalera. Corrían como un par de conejos asustados. Estaba obscuro y no me fijé. Y la policía venía persiguiéndonos. No tuve tiempo de mirarlos hasta que llegué aquí.

—¡Que policía, ni policía, idiota! — dijo la muchacha — Eramos nosotros, zopenco. Agarramos un auto y nos largamos a toda la velocidad posible.

Se sentó en un cajón dado vuelta, riendo con sus grandes ojos azules e infantiles fijos en Forrester y en su compañera.

Forrester le devolvió la mirada. La joven tenía cabellos negros y una hermosura vulgar. Estaba vestida a la moda; tenía la boca bastante dura y la barba, partida por un oyuelo, de contornos firmes.

Luego la mirada de Forrester se dirigió al hombre, un tipo buen mozo, aristocrático, que no tenía veinticinco años. Tenía el sello de un ex-estudiante en su persona.

—La cuestión es: ¿quienes son ustedes? — preguntó el hombre, balanceando una pistola en su mano.

Forrester agarró al toro por los cuernos.

—La verdad es que somos dos escapados del asilo de locos.

—¡Al diablo!... — el joven se sobresaltó.

En su cajón, la muchacha empezó de nuevo a reirse histéricamente.

—Pero no tienen ustedes nada que temer de nosotros — se apresuró a añadir Forrester — como espero que tampoco nosotros tengamos nada que temer de ustedes.

—Lo que quiere decir... — preguntó el otro prontamente.

—Que nosotros no deseamos notoriedad, mi amigo; como creo que tampoco ustedes la desean — los ojos de Forrester se dirigieron significativamente a la valija — Se trata, creo, de un caso de servicios mutuos.

—Para estar loco, habla usted demasiado bien — comentó la joven de los cabellos negros.

—Bueno, sepa usted que loco no estoy — dijo Forrester sonriendo — Soy un repórter y mi nombre es Forrester. Me aislaron para obtener ciertos informes por cuenta de "El Clarín". Pero, por alguna razón que no puedo comprender, me detuvieron allí. Estoy tan cuerdo como usted.

Por un largo momento el hombre y la muchacha desconocidos se miraron el uno al otro. Sus ojos tenían expresión significativa.

—Bueno, supongo que ustedes no me creen — dijo Forrester encogiéndose de hombros — Después de todo, es una historia increíble.

Con gran sorpresa suya, la joven hizo un gesto afirmativo.

—Pues supone usted mal, querido. Le creemos, palabra por palabra, lo que ha dicho.

Forrester lanzó una exclamación. No había esperado eso.

—¿Quiere decir entonces que nos ayudarán ustedes? — preguntó incrédulamente.

—Más o menos. Bajo ciertas condiciones. ¿Quieren ustedes escapar?

—Queremos estar en libertad catorce dias — intervino Moya — Esa es la ley. Si se evita el arresto durante una quincena, ellós no pueden tocarnos. Tienen que conseguir de nuevo el certificado y empezar desde el principio. Y esto no es fácil. En nuestro caso eso es imposible. Yo estoy sa-

na también. Me tenían prisionera allí porque se demasiado.

—Una quincena ¿eh? — murmuró la otra joven — ¡Hum! — frunció ligeramente el ceño. — Es un periodo bastante largo. No se donde podremos ocultarlos todo ese tiempo. Nosotros no deseamos tener que entendernos con las autoridades. Para ser francos, andamos huyendo. Este sitio puede ser registrado en cualquier momento y...

—¡Cállate, tontuela!... — interrumpió fieramente su compañero.

Pero ella lo hizo callar a él con un ademán de la mano.

—Cállate tú, Gil. Yo se lo que hago — se volvió a los fugitivos — No hay más que un sitio donde pueden estar seguros y es el extranjero. Una vez que hayan cruzado el Canal podrán hacer a sus enemigos una cuarta de narices.

—Seguro — contestó Forrester — Pero no podremos hacerlo. No tenemos pasaportes.

—Ya se — interrumpió la joven — Pero nosotros los hacemos. No se preocupe. Si nos promete hacer lo que le digamos, podrá salir de Inglaterra con su compañera dentro de veinticuatro horas.

—¿Y qué es lo que desea usted que hagamos? — preguntó Forrester dudoso.

—Guardar secreto sobre lo que ha visto esta noche. Eso es una de las condiciones...

—No diremos una palabra.

—Bueno. Ahora escuche — se acercó a él y le puso su mano en el hombro — Lo que tiene usted mal, joven, no es la cabeza, si no las piernas. Se la ha roto. Se irá al extranjero a reponerse, con la pierna enyesada. Y su joven amiga, aquí presente, viajará con usted en carácter de enfermera. Si está conforme, pronto se hallará en seguridad.

—Con tal de que así sea, haremos cualquier cosa — exclamó Forrester asombrado de su buena fortuna — Sólo que... — su primitiva desconfianza volvió —, para qué esa historia de la pierna rota?

La joven sonrió enigmáticamente.

—No se preocupe, mocito. Eso es cuenta nuestra.

Los voluntarios salvadores de los fugitivos se retiraron a un cuarto contiguo para deliberar. Cuando la puerta se cerró tras ellos, el joven tiró violentamente su sombrero a un rincón.

—¡Te digo que eres el colmo, Eileen! ¿Que te propones al hacernos cargar con esos infernales idiotas? Ya tenemos bastante con escapar nosotros. Ese perro de Hortsmann removerá cielo y tierra para recobrar sus piedras. Tiene la manía de las joyas. Ya lo sabes. Tendremos a toda la Yard en persecución nuestra.

—Puedes apostar que sí — contestó Eileen tranquilamente — ¿Crees que no lo se? Pues entonces, el mejor sitio para todos es encima del agua. Cuanto más pronto estén esas piedras seguras en Antwerp, mejor. Podremos venderlas bien allí.

—De acuerdo.

—Bueno, no es fácil transportar ese botín al extrangero. Nuestro nombre está bastante enlodado en esta aldea. Nos vigilarán muy de cerca, idiota, cuando pasemos por la Aduana, especialmente después de esta hazaña de Chadwall...

—¿Y bien? — preguntó Gilbert Hale agriamente.

—Y bien... pueden vigilarnos y registrarnos. No llevaremos nada. Pero las piedras irán con nosotros en el mismo vapor.

—Lo siento; pero maldito si entiendo una palabra.

—Gilbert Hale, hijo mío, puedes dar gracias al cielo de tener una mujercita con cerebro de primera clase. Es fácil meter muchas piedras dentro de la pierna de un hombre... especialmente si esa pierna está enyesada ¿Entendiste al fin?

Gilbert Hale se dió encantado un golpe en su pierna.

—¡Queridísima! — murmuró con voz afectuosa y llena de júbilo — ¡Tú eres el cerebro de este negocio!

El Sr. Hiran Parsons era una criatura de hábito. Largos años dedicados al trabajo de oficina lo habían vuelto metódico y al final de sus días, que transcurrían libres de cuidados, gracias a una jubilación, seguía observando meticulosamente las costumbres contraídas durante los cuarenta años en que, infaltablemente, se había presentado en la oficina de sus jefes a las nueve de la mañana.

Seguramente el Sr. Parsons no tenía más necesidad de llevar libros de cuentas. Pero seguía siendo hombre de negocios; se consideraba a si mismo persona de suerte y rendía culto a un dios: el Azar.

Jugaba a las carreras; pero para apostar a los caballos seguía un sistema propio. Aficionado a la astrología, consideraba que había una época para cada cosa y creía mucho en la influencia de los astros. Sólo cuando los auspicios de estos eran favorables, arriesgaba dinero. Desgraciadamente, los planetas que tenían sus reglas sobre asuntos equinos, se mostraban de tiempo en tiempo maléficos, de modo que el Sr. Pearsons no desdeñaba los concursos, por medio de cupones, cuando otros juegos de azar le fallaban. Pero aquí también confiaba en las estrellas. Sólo cuando era la época propicia se arriesgaba a especular.

Como es natural, los diarios, no iniciados en astrología, publicaban todos los días sus cupones, sin fijarse en las efímeras posiciones del Zodiaco. Pero el Sr. Parsons se concretaba a guardar sus cupones hasta el momento en que las estrellas pronunciaban su fallo y luego empezaba a trabajar para ganar el concurso.

Fué persiguiendo este plan que, al día siguiente del incendio del Asilo de Chadwall el Sr. Parsons, bajó de una repisa los ejemplares acumulados de "El Clarín" y, armado de tijeras, se dispuso a cortar los cupones. Cuando desdobló el cuarto diario, que tenía muchos días, cayó de él un papel.

—Un papel que han tirado, — probablemente — dijo el Sr. Parsons, inclinándose para examinar la hoja, a través de sus lentes.

Resultó ser un papel escrito a máquina que empezaba: "Los abajo firmados"...

—¡Cielos! — exclamó el Sr. Parsons ajustándose sus lentes — James Forrester, internado en un asilo de locos por cuenta de "El Clarín" ¡Qué notable!

Completó la lectura del documento y apoyando su barba en la mano miró pensativo las hojas de una carta planetaria que estaba abierta, junto a él, sobre la mesa.

—Neptuno, gobernador de los secretos, en conjunción con Venus, gobernadora del dinero — murmuró con la mirada fija en las posiciones planetarias indicadas para el día en cuestión. Y hoy mi juicio ha de ser acertado, según los presagios. Pienso sí...

Acercó una guía telefónica y después de un breve exámen de sus páginas tomó el receptor.

—Ciudad 84848 — pidió.

Era el número de "El Clarín".

Diez minutos más tarde, Hope, el editor de noticias, hablaba con Grinling por el teléfono directo.

—Jefe, uno de nuestros lectores me ha telefoneado. Se trata de un extraño cuento sobre el joven Forrester. Dice que tiene un documento demostrando que Forrester se halla en el manicomio, con certificado de locura.

—¡El qué! — tronó la voz de Grinling a través del alambre — Y usted... ¿qué hizo?

—Le dije que viniera — replicó Hope — Forrester hace más de un mes que está ausente. Me pareció que debía hacerse una averiguación. Espero que habré obrado bien.

—Perfectamente — dijo con viveza Grinling — Yo mismo me ocuparé del asunto. Cuando venga esa persona, hágala pasar inmediatamente a mi escritorio.

Es posible que las estrellas lucharan contrarias en el asunto de que se ocupaba Parsons. Porque en el mismo momento en que él entraba en las oficinas de "El Clarín", Sexton Blake estaba afuera, en la acera, conversando con Ratita.

—Bueno, tu amigo está en libertad, mi Ratita — le decía el detective — Aunque, no sé porqué, no se ha presentado aún en mi casa, como le recomendé. Le dí mi tarjeta y hubiera deseado haberlo visto ya; pero...

—¡Hola!

—¿Qué hay? — exclamó el detective al ser interrumpido por la exclamación de Ratita.

—¡Hum!... — dijo el canillita señalando a Parsons — Uno de mis clientes.

—¿Y que hay con eso?

—¿Por qué va a las oficinas de "El Clarín", patrón?

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

—¿Y por qué no ha de poder ir?

—Porque es un tipo retirado y no tiene nada que ver con los diarios, a no ser para coleccionar cupones. Una vez me dijo que todas las oficinas de diarios eran cuevas de ladrones. No veo por qué tiene entonces que ir de visita a una de ellas...

—Será por los cupones, quizá...

—Quizá... — dijo el muchacho pensativo — y quizá no. Se me ocurre algo. Ese tipo fué el último cliente a quien vendí un diario, el día que perdí el "documento" de Forrester. Pienso si...

—¡Espera!

Blake penetró rápidamente en el hall de "El Clarín". Al hacerlo, Parsons salía de la sala de espera.

—El Sr. Grinling, el propietario, desea verle a usted, señor — decía un empleado — Si quiere subir...

—Ciertamente, ciertamente, joven — contestó Parsons sintiéndose importante y siguió al mensajero.

—Y usted, señor ¿qué desea? — preguntó el empleado mirando a Blake, mientras las puertas del ascensor se cerraban detrás del visitante.

—Nada. He cambiado de parecer — contestó Blake y saliendo apresuradamente fué a reunirse con Ratita.

—¿Conoces la oficina de Grinling? — le preguntó.

—Seguro, patrón. Piso primero. Una oficina pequeña. Forrester me la mostró una vez.

X

XP. 567

Amyas Grinling acababa de librarse de su visitante. Al recostarse en su lujoso sillón, lanzando un profundo suspiro de alivio, el magnate de la prensa, se dijo a sí mismo que los tontos tenían su utilidad. Aquel hombrecillo, de aire pretencioso, era tan idiota como el que más. Y un idiota deshonesto por añadidura.

Grinling podría haberle perdonado el deshonor; pero no la imbecilidad. La filosofía de Grinling no aceptaba a los imbéciles alegremente. Con todo, comprendió una vez más que hasta los imbéciles tenían su utilidad.

Tenía en su mano una hoja de papel escrito a máquina que había comprado fácilmente.

Era extraño que Parsons, hubiera pedido solamente, en cambio de él, mirar el sobre sellado de la solución del concurso. El premio eran cinco libras y Parsons hubiera podido obtener por ese papel... bueno lo que quisiera.

Sin embargo, el idiota no supo aprovechar su descubrimiento. Se contentó con ganar, deshonestamente, claro está, el premio del concurso. Y ahora...

Grinling se levantó lentamente y buscó fósforos en su bolsillo. Luego levantó la hoja de papel. Una llamarada... y la confesión de los alienistas no existiría más ¡Que suerte que un extraño azar le devolviera el papel que había sido su pesadilla en las últimas semanas!

El fósforo encendióse con un ligero chasquido, y Grinling, sosteniendo la hoja de papel por un ángulo, acercóla a la llama.

—¡Gracias, señor Grinling?

Una voz serena pronunció detrás de Grinling estas palabras, a la vez que sentía apoyarse sobre su nuca un objeto duro y frío. Al mismo tiempo la hoja de papel le fué arrebatada de la mano. El magnate sintióse empujado hacia un gran armario.

—Y ahora... adentro!

Una rodilla se apoyó en la base de su espalda y Grinling cayó hacia adentro del armario. La puerta cerróse violentamente. Mientras Grinling se arrojaba contra ella con todo su peso oyó pasos apresurados que se alejaban hacia la ventana. Oyó bajar suavemente la celosía.

La puerta del armario saltó en astillas.. Las doscientas libras de peso de Grinling no se resistían fácilmente. Cuando su voz áspera y fuerte resonó por el edificio Sexton Blake se dejaba caer tranquilamente por un caño al corredor de abajo.

—¡Ratita!

—Aquí estoy, patrón — de un salto el chico se colocó a su lado — ¿Lo consiguió?

—Sí. No hay un momento que perder — Blake se detuvo a escuchar mientras los gritos de Grinling resonaban por todo el edificio ¡Corre! Va a alborotar a todo el barrio.

—¡Demasiado tarde! — gimió Ratita al sentir un ruido hueco en el corredor.

Adelante de ellos la grande y sólida puerta, que era la única salida, acababa de cerrase, después de salir el último camión para el reparto de la noche.

—¿Y esa puerta? — dijo jadeante Blake, señalando una en la pared.

—Lleva a la oficina. Por ahí no, señor. Estamos acorralados.

—Todavía no — dijo Blake con el oído atento al barullo que se escuchaba en el gran edificio — Siempre hay un medio de escapar, si uno sabe buscarlo.

Sus ojos escudriñaban el patio, buscando. Luego se fijaron en una alcantarilla, corrió hacia ella y, de un solo impulso, levantó la tapa.

—¡Aquí! Toma esto — puso la hoja de papel en la sucia mano de Ratita — Y esto — siguió un revólver — Yo no podría pasar por ese agujero, es demasiado estrecho. Huye tú, si puedes. Luego ve a verme a Baker Street.

Metió impacientemente al muchacho por el agujero y volvió a colocar la tapa.

Un moento después abrióse una puerta del costado y apareció Amyas Grinling, seguido por una horda de empleados.

—¡Es ése! ¡Agarradle! — gritó el magnate y el grupo corrió hacia Sexton Blake.

Este último esperó tranquilamente y ante su sonriente mirada los empleados se detuvieron indecisos.

—Bueno... ¿qué es lo que pasa? — pre-

guntó tranquilamente Blake con sus ojos fijos en el furioso propietario de "El Clarín".

El rostro de Grinling estaba del color de la púrpura.

—Pasa que me ha atacado usted en mi propia oficina y robado — gritó — Voy a hacerle arrestar.

—¡Mi querido, señor, está usted soñando! — contestó Blake sonriendo.

—Ya veremos si estoy soñando o no, perro! — estalló Grinling — Entrégueme ese documento o. . .

—¿O qué? — el detective quería ganar tiempo. Ratita debía estar ya fuera de alcance.

—O será peor para usted — gruñó Grinling.

—Si lo que dice usted es cierto — dijo Blake tranquilamente — debo tener el documento encima. Mi querido, señor Grinling, lo autorizo a usted para registrarme.

Y, con las manos en los bolsillos, Sexton Blake avanzó hacia su enemigo.

Todo fué por culpa del carro de la cervecería. Si a su conductor no se le hubiera ocurrido atravesar la calle, sin el aviso reglamentario, el gran auto no hubiese patinado. Y si el auto no hubiera patinado, el vuelco no se hubiese producido.

Con un violento viraje, el auto atravesó el resbaladizo camino, se estrelló contra una columna del tranvía y se dió vuelta. Con un coro de gritos, sus ocupantes, dos hombres y dos mujeres, cayeron a la calzada.

Dos policías, que se habían refugiado en el hueco de una puerta para protegerse de la lluvia, acudieron.

Cuando llegaban, un pasajero se puso de pié tambaleándose, luego volvió a caer hacia adelante, arrastrando una pierna. Una joven rubia dió un salto y se inclinó sobre él.

—¡Jim!... ¡Jim!... ¿se há hecho usted daño?

—No... no; pero...

El hombre se detuvo, fijos sus ojos dilatados en la superficie del camino, más allá de su pierna enyesada.

El policía que venía adelante se detuvo también, mirando. El barro estaba sembrado de pédazos de yeso y aquí y allí se veían brillar piedras preciosas.

—¿Que diablos significa...? — el policía se detuvo bruscamente para mirar de nuevo.

La pierna del hombre lastimado estaba enyesada en su mitad; la otra mitad del yeso se le había salido con el golpe. Y metidas dentro de la masa blanca, como pasas en un budín, había más gemas.

—¿Qué es esto? ¿La cueva mágica de Alí Babá? — murmuró el cabo y luego: — ¡Eh!... Detenlos, Ted — gritó a su compañero al ver que los otros dos pasajeros echaban a correr a cuanto les daban sus piernas.

—¡Alto!... ¡Alto!... — el robusto Ted empezó a correr a su vez.

Pero la pareja parecía tener alas en los talones. Cuando daban vuelta la esquina resonó el pito de la policía.

El otro cabo miró sardónicamente al hombre inválido.

—Joven y usted señorita, creo que tendrán que acompañarme a la estación.

El sargento de la estación habló por teléfono. Algo más tarde, un hombre con cara de pájaro entró en la estación. Era el Dr. Hortsmann.

—Tenemos aquí una pareja, señor — díjole el sargento — El hombre lleva la pierna enyesada, aunque el médico de policía dice que está tan sana como cualquiera. Se niega a dar su nombre, lo mismo que la joven que lo acompaña. Venía con ellos otra pareja; pero escapó.

—Si, si, sargento — dijo el Dr. Hortsmann con impaciencia — Pero usted habló algo de joyas... de mis joyas... que me fueron robadas anoche del Asilo.

—Naturalmente, señor, naturalmente — dijo el sargento con calma — De eso le estoy hablando. Sepa que el entablillado de la pierna del hombre — un entablillado de pega — estaba relleno con gemas que corresponden a la descripción dada por usted. Por eso le avisó por teléfono, para que las identifique. Esta pareja está provista de pasaportes para el Continente. Y como, dadas las circunstancias, no podemos detenerlos sin una acusación concreta, pensé señor...

Abrió la puerta.

—Por aquí, señor, tenga la bondad.

Hortsmann entró en la habitación donde se hallaban Jim Forrester y Moya Mainwaring.

Durante un segundo, el doctor miró con sus ojos saltones a la pareja sin dar señales de reconocerla, luego, se inclinó para examinar las joyas que le presentaba el sargento.

—¿Son suyas, señor? Me parece que corresponden a la descripción.

—Si, sargento. Son mías.

—Entonces ¿acusa usted a estos dos?

—No, sargento, no lo haré — Hortsmann sonrió secamente a los prisioneros.

—¡Que no los acusa, señor! — exclamó el otro sorprendido — ¡Cuando le han robado sus joyas ¿No está usted convencido de que se las han robado?

—Perfectamente convencido, Sargento — dijo Hortsmann amablemente, mientras se frotaba satisfecho las delgadas manos — Pero los pobres no son responsables — Sepa, Sargento, dijo fijando sus negros ojos con silencioso desafío en el preso — que ha matado usted dos pájaros de una pedrada. Estos jóvenes son dos pacientes míos que se escaparon durante la confusión producida por el incendio que fué intencional, para cometer este robo. Son locos ¿comprende?

Jim y Moya se miraron en silencio. Cada uno leyó los pensamientos del otro. Por una parte tenían la celda de una cárcel; serían condenados quizá por robo. Por la

otra la vuelta a Chadwall y la venganza cierta de aquel miserable.

—¡Miente! — exclamó Forrester — No estamos locos — De los dos males elegía Forrester el menor.

Pero el sargento se limitó a sonreír

—Joven, debe usted darse por satisfecho con que no se lo juzgue responsable de lo que ha hecho. Así que no empeore las cosas y márchese con este buen doctor. Me atrevo a decir que tiene poderes bien documentados para proceder con usted.

Hortsmann volvió a sonreir con sonrisa malvada, triunfante, y buscó en el bolsillo de su saco.

—Aquí los tengo, Sargento — dijo y sacó un fajo de papeles.

Los corazones de Forrester y de su rubia compañera se enfriaron. Imaginaban hasta que punto llegaría la venganza del doctor.

Cuando llegaron a Baker Street, Eilden Hale apretó el brazo de su marido y dejó de correr.

—¡Gil, no puedo más! Tengo una puntada.

Hale arrojó una mirada temerosa por encima del hombre. A lo lejos divisó un uniforme azul.

—¡Haz un esfuerzo, querida! Los despistaremos todavía — suplicó.

La joven movió negativamente la cabeza.

—No puedo. Estoy muerta ¡Mira!... esa es la casa de Blake Vamos a llamar y entremos.

—¿A la casa de Blake? ¡Eileen, tú estás loca!

—No, tengo un plan — tropezando, jadeante, llegó a la puerta del detective — Agita el llamador. Es nuestra única esperanza.

Hale obedeció dudoso y la puerta se abrió. Una mujer de cabellos blancos se asomó: era la señora Bardell, el ama de llaves de Blake.

—Sí, está — contestó la vieja señora — Si quereis pasar, yo iré a su consultorio y veré si puede recibiros ¿Hale, no? Muy bien, señor.

Al cerrarse la puerta, Hale se volvió a la joven.

—¿Y ahora?

—Escucha... — ella empezó a buscar en su cartera — ¿Recuerdas aquel sobre que sacamos de la caja fuerte de Grinling, la vez que fuimos en busca del collar? Ya sabes... ese que contenía un escrito a máquina sobre la muerte de Leila Lane... ¿Te acuerdas del frasco de cloroformo y el pañuelo? Bueno, todavía tengo todo eso aquí. Y el nombre de ese Jim Forrester firma el escrito.

—Bueno... ¿y que?

—Es raro que él estuviera en un asilo de locos ¿verdad? Especialmente cuando se trata del repórter que escribió ese artículo afirmando que Leila Lane no se suicidó, si no que fué víctima de un crimen. Y el viejo Grinling lo había guardado en su caja fuerte. En los diarios no salió nada sobre eso. Eso también es curioso ¿no- ¿Empiezas a ver alguna luz?

—Quieres decir... quieres decir...

—Quiero decir que el haber encerrado a Forrester en el asilo de locos fué una treta para sacarlo del medio, como él afirma. Que él es tan cuerdo como tú o yo. Yo lo comprendí enseguida. Pero guardé este papel con idea de usarlo contra Grinling, una vez que Forrester estuviera en seguridad en el extrangero.

—Pero ¿ y qué tiene que ver Blake en todo esto?

—¡Pedazo de tonto! ¿No ves que caso para Blake? Se adelantaría a la Yard otra vez. Si nosotros le proporcionamos estos datos a Blake, él se mostrará agradecido. Y entretanto aquí estamos seguros y recobramos el aliento ¿Qué me dices, Gilbert Hale?

—Es una probabilidad, de todos modos— murmuró Hale a tiempo que la señora Bardell regresaba.

—¡Por vida mía! — exclamó Blake al entrar a su consultorio una de las parejas de ladrones más conocidas de Londres — ¿A qué debo el honor de esta visita?

Hale puso el sobre con su contenido delante de Blake.

—Estas cosas llegaron a nuestro poder recientemente, señor Blake. Creemos que se está cometiendo una injusticia. Y hemos pensado que es usted el hombre capaz de impedirla.

El detective examinó silenciosamente el informe escrito, luego el frasco y finalmente el pañuelo con su marca del lavadero.

¿Y cuál es la injusticia? — preguntó.

—Que ese Forrester está encerrado, como loco, en el Asilo de Chadwall.

—Estaba, mi querido Hale, estaba... Llega usted tarde. Anoche Jim Forrester se escapó. Durante un lamentable y temo que intencional incendio. Encontré algunas latas de kerosene por allí. Con todo, está libre.

—No lo está — exclamó Hale prontamente — Se halla en manos de la policía. En Lee Gree. Hubo un accidente de auto está mañana y...

—Y pensamos que cuanto más pronto se enterara usted, mejor — intervino Eileen al ver vacilar a su marido.

Blake los contempló silenciosamente un instante; luego agarró el receptor telefónico y pidió un número. Habló unos momentos con alguien y luego cortó.

—Os habéis equivocado otra vez. Forrester no está más en manos de la policía. El sargento me dice que Hortsmann se presentó e identificó a él y a una joven que lo acompañaba como locos escapados de un asilo. De paso hay un asunto de joyas robadas y ocultas en una pierna, que Forrester llevaba entablillada y enyesada sin necesidad.

—No me sorprendería — dijo Eileen con una mirada vaga en sus ojos azules — Esos locos son muy astutos.

—La mayoría de los malhechores son locos y no pocos astutos, señora Hale — contestó el detective secamente — Pero, ha-

blando de locos, algunos son simplemente incautos — se detuvo significativamente — Con todo, os agradezco mucho esta información ¿Supongo que vosotros dos preferiréis permanecer modestamente en la sombra?

—Nosotros no somos partidarios de la publicidad — dijo Eileen sonriendo.

—Muy bien — Blake juntó las pruebas — Y ahora, tened la bondad de excusarme. Voy a pedir mi auto.

En una habitación del Asilo de Chadwall, Amyas Grinling estaba hablando con Nina Hortsmann. Las pálidas facciones de la joven se hallaban más pálidas que de costumbre mientras estaba allí sentada, observando los movimientos nerviosos de los fuertes dedos de Grinling.

Pero apenas oía lo que él le estaba diciendo. Poco le importaba ahora. Jim Forrester se había ido probablemente para siempre. Dudaba que su hermano pudiera hacerlo volver. Y la enloquecía pensar que él hubiera huido por otros medios, por medios que no eran los que ella había pensado y con los cuales pensaba ganarse la gratitud del joven y quizá... algo más.

Bueno, su hermano había malogrado todos sus planes, encerrando a Forrester en una habitación alta, donde no podía comunicarse con él. A veces pensaba hasta que punto había adivinado Hortsmann los sentimientos de ella.

A su manera depravada había amado a Jim, aunque en ella el amor y el odio eran emociones que se mezclaban y sucedían. Podía atestiguarlo la silueta aparecida en la cortina de la ventana. Si no hubiese sido por Jim y aquella maldita Moya, Nina hubiera hecho pagar a Hortsmann con la vida su intervención, mientras se extasiaba en la contemplación de sus preciosas joyas.

De pronto se abrió la puerta y entró Hortsmann sonriendo. Cuando Grinling se puso en pié de un salto el doctor lanzó una pequeña carcajada.

—¿Así qué ya estaba usted enterado? — dijo burlonamente — Bueno, podía haberse ahorrado este viaje. Los he agarrado a los dos y recuperado las joyas también. Todo está ahora seguro bajo llaves y cerrojos.

Grinling lanzó un suspiro de alivio.

—Esa es una buena noticia. Pero supóngase que se hayan puesto entretanto en comunicación con alguien...

En el próximo número de Pucky se publicará, además de otros notables materiales de lectura, una novela completa de Leslie Charteris, autor de "El capitán Peveril", titulada

LA TERCERA VICTIMA

en la que aparece Jill Trelawney, la audaz jefe de los "Angeles de Destrucción"

NO DEJE DE LEER EL PROXIMO NUMERO DE PUCKY MAGAZINE

y recomiende su lectura a sus amigos

—Creo que no — dijo Hortsmann encogiéndose de hombros — Sin embargo, puede verlo a Forrester si quiere. Está en la otra pieza. Hágale todas las preguntas que quiera, si no está satisfecho.

—No se si será prudente que me haga ver — murmuró Grinling dudoso — Pero, después de todo, ¿qué importa? Está declarado loco. Towne ha muerto, Jepson se halla ausente, en su veraneo pagado por mí. Cupper está en mi poder. Si, — dijo en voz alta — lo veré, ya que estoy aquí.

Los dos hombres entraron al cuarto contiguo, donde Forrester y Moya se hallaban sentados, encerrados con llave y cerrojo. Al entrar los dos hombres Moya se puso en pié de un salto.

—¡Usted! — exclamó mirando a Grinling — ¡Primo Tom!

—¡Eh! — el magnate se dió vuelta vivamente — ¿Qué está hablando tontuela? Yo me llamo Grinling... Aymas Grinling.

—Puede ser que así se llame ahora — respondió Moya — Pero no era ése su nombre cuando se casó con mi prima Leila. Usted era Tom Raide, un agente viajero, aunque estaba tanto tiempo ausente que bien podía haber sido cualquier otra cosa.

—¡Está usted loca... loca de remate!— dijo Grinling reponiéndose.

—Debí estarlo cuando fuí lo bastante tonta para entrar aquí a trabajar como enfermera — respondió Moya — Han hecho todo lo posible para enloquecerme desde entonces porque sabía demasiado de lo que aquí ocurre. Sobre aquella pobre mujer, por ejemplo, a la que mataron a fuerza de malos tratos y sepultaron secretamente en la quinta. Me han tenido aquí bajo su nombre, desde entonces.

—Y a mi me han tenido por conveniencia de alguien — intervino Forrester fieramente — ¿Ha venido usted a ponerme en libertad?

—Nada de eso — tronó Grinling — Usted está loco. Sois loco los dos. Y no solamente locos, si no peligrosos.

En ese momento el vidrio de la ventana estalló.

¡Y ahora, manos arriba todos! — ordenó una voz, mientras Sexton Blake, con el revólver levantado, saltó dentro de la habitación.

—¿Qué diablos significa esto? — preguntó furioso Hortsmann.

—Significa que el juego ha terminado, mi amigo — contestó Blake — Tengo la declaración firmada por los especialistas sobre el estado de Forrester, que un canillita amigo de él me trajo esta mañana — miró a Grinling — después de haber escapado por un caño de desagüe.

Grinling trago saliva y se pasó el pañuelo por la húmeda frente.

—No se que tiene esto que ver conmigo

—Ya lo sabrá — dijo secamente y le quitó el pañuelo.

En él había la misma marca del lavadero — XP 567 — que en el pañuelo encontrado por Forrester en **el teatro del supuesto** suicidio.

Blake miróle rápidamente y luego dijo.

—Tiene esto que ver con usted, Grinling: lo acuso delasesinato premeditado de su esposa, conocida profesionalmente por Leila Lane, y con quien se casó usted secretamente en Uxbridge. Cuando Forrester descubrió la verdad, que era un crimen y no un suicidio, usted fraguó este complot para encerrarlo en el manicomio por una serie de circunstancias, el plan ha fracasado.

primo Tom.

—¡Miente usted! — murmuró Grinling — ¿Por qué iba yo a asesinar a Leila Lane?

—Porque deseaba usted casarse con la hija de Hartop y constituir una gran sociedad periodística ¡Oh!... puedo encontrarlo motivos. Así como también para la villana conducta de Hortsmann en este establecimiento. Su codicia, el afán de oro que le pagaban parientes interesados de infelices víctimas. El juego de ambos ha concluído.

—¡Bah!...

Hortsmann se dirigió hacia la ventana con expresión astuta y calculadora en sus negros ojos.

Pero Blake lo detuvo con un gesto.

—Si cree que puede huir por ahí está equivocado. No tiene más que mirar. Esta vez no he venido solo. La casa está rodeada por la policía.

La teoría de Blake acerca del asesinato de Leila Lane fué probada después durante el juicio del magnate, un asunto que produjo gran revuelo en Fleet Street, y que terminó con la condena y ejecución del acusado.

En cuanto a los Hortsmann escaparon con pena menos severa. Se probó que estaban ambos locos... una locura proveniente sin duda del contacto diario con personas faltas de razón. Y fueron recluidos en un sanatorio, en calidad de presos. El Asilo de Cradwall fué cerrado y los pensionistas que necesitaban asistencia trasladados a otra parte.

Se comprobó que Hortsmann se había hecho culpable de los más grandes abusos. Engañaba a los comités visitadores substituyendo por cómplices a los pensionistas que tenían que ser examinados. Menos perspicaces que Blake, los comités no habían sospechado la substitución.

Jim Forrester volvió pronto a su antigua profesión, esta vez bajo la dirección de Hartop que se alegró mucho de que su hija hubiera escapado a semejante casamiento. Pronto dió al joven el ascenso que merecía y pudo casarse con Moya.

En cuanto a Ratita, Jim, agradecido, lo estableció con un kiosko para la venta de diarios.

—Bueno... de todos modos Jim no podrá quejarse de haber ido a parar a un manicomio, porque allí se encontró una novia papa — **solía decir Ratita.**

FIN

El Hombre de las Cien Caretas

Por

GASTON LEROUX

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Alberto Rose, joven abogado francés, se encarga de la defensa de un mucamo llamado Durin, detenido por la policía de París por haber robado un alfiler de corbata a su patrón, Sir Archibaldo Skarlett. Durin es en realidad Mr. Flow, el Hombre de las Cien Caretas, famosísimo ladrón. Aprovechándose de la mala situación de Rose, le encarga que vaya a Deauville, disfrazado como Mr. Hooker, a llevarle una valija y unos papeles a Lady Helena Skarlett, esposa de su ex patrón. Rose, ya en poder de Durin, cumple el programa y aún lo supera, enamorándose de la hermosa Helena. Ella le revela que es cómplice de Durin; pero desea escapar a su tiranía. Lo induce a cometer varios robos a fin de conseguir dinero para huir juntos a América. En uno de esos atentados son sorprendidos y tienen que escapar cada uno por su lado. La policía cree ahora que Rose es Mr. Flow y lo persigue. Después de una espectacular fuga en el Havre, Rose se arroja al agua y sube a un yate que está a punto de zarpar. Es ocultado, durante la travesía, por la esposa del dueño del yate, que también cree a Rose Mr. Flow.

Escapa luego del yate y recobra su personalidad de Alberto Rose, llegando a París a tiempo para defender la causa de Durin. Durante el juicio, Felipe, hermano de Sir Archibaldo, acusa a Durin de ser Mr. Flow. Todos se ríen y, no pudiéndose probar la acusación, Durin es absuelto. Perdonado por Sir Archibaldo vuelve a su servicio.

Rose se cree olvidado por Helena; pero siempre piensa en ella. Una noche ella lo espera y le ruega acepte la invitación de su marido para ir a pasar la temporada de caza en su castillo de Escocia. Rose va a Escocia y encuentra a Sir Archibaldo gravemente enfermo y a Helena triste y asustada. Sir Archibaldo hace llamar a Rose y le confía que tratan de envenenarle. Rose tranquiliza a Helena diciéndole que su marido no está enterado de nada; pero ella lo trata de niño y le asegura que lo sabe todo. Durante la comida, se habla de leyendas y supersticiones del castillo y todos están como bajo una impresión de terror.

La actitud de estudiada indiferencia de Helena duró toda la velada. Y cuando, finalmente, me retiré a mi pieza una sensación de soledad y angustia apretaba mi garganta. Si me encontrara ya encerrado en el calabozo más profundo de las Rocas Negras no me hubiera sentido más abandonado. Ni siquiera podía escapar sin Helena.

Suponiendo que pudiera hallar mi camino entre esos angostos corredores y patios cerrados y llegar hasta las paredes exteriores, me perdería aún entre las gargantas rocosas y los bosques que rodeaban por todas partes el castillo. Y si escapaba como un ladrón, sería confesar mi culpabilidad. Todos los planes parecían igualmente desastrosos. No tenía más que una razón para esperar: la experiencia me había enseñado que Helena nunca estaba más próxima a mí que cuando parecía, por prudencia o por capricho, hallarse lejana.

Esta era la única luz que brillaba en el fondo de mis sombrías meditaciones y así mismo se volvía cada vez más débil, a medida que pasaban los minutos y un silencio, lleno de inquietud, se extendía por el castillo. Al fin oí un ligero golpe en mi puerta. Era nuevamente Mina.

Una vez más la seguí esperando encontrar a Helena aguardándonos. Pero el cuarto de Mina estaba vacío. Sin una palabra de explicación, ella corrió el pasador. Luego, apartando un biombo oriental, levantó una pequeña puerta-trampa en el suelo y me hizo señas que bajara. Mirando hacia el agujero quedéme sorprendido al ver que estaba dotado de una innovación moderna; la luz eléctrica. Vi una tortuosa escalera, apenas más sólida que una escala. Luego comprendí: hallaría a Helena abajo. La puerta de la trampa se cerró sobre mi cabeza y bajé para hallar a Helena que me esperaba al pie de la escalera. Ella me condujo a un banco de piedra, debajo de la amplia ventana. Una lámpara roja colgaba del techo, en el centro de la habitación, y a su luz velada distinguí las facciones de Helena.

—Helena, — le supliqué — dígame una vez por todas ¿qué significa esta espantosa farsa que nos rodea?

El hombre de las cien...

—Es espantosa. Ruddy; pero no farsa !Ojalá lo fuera! He hecho mis planes, sin embargo, y pronto estaremos fuera de aquí. Eso se lo juro.

—¿Pero cuando?

—Mañana por la noche.

—¡Ah!... ¿Hay que esperar hasta entonces? Cuando recuerdo el brillo de los ojos de su marido, Helena, se que es capaz de cualquier cosa en su presente estado.

—Siempre ha sido capaz de todo. En Afghanistán...

—¿Sabe lo que me dijo? "Ellos han tratado de envenenarme"...

La sentí ponerse rígida, junto a mí.

—Lo imaginaba. ¡Estaba seguro de que sospechaba eso! ¿Cuáles fueron sus palabras exactas, Ruddy? Trate de recordarlas...

—Las que le acabo de decir.

—Si: "Ellos han tratado..." Comprendo ahora el modo como me observa. Yo estoy incluída en ese "ellos". Y es terrible para mí pensarlo, porque es muy probable que se haya realizado una tentativa para envenenarlo. Yo también lo sospecho; pero no puedo estar segura. Durin se ha cansado de esperar. Y sabe ahora por qué Sir Archibaldo volvió a París para tomarlo nuevamente a su servicio. Sospecha lo que le espera aquí. Cuando Sir Archibaldo sufrió su grave ataque, pensó que realmente era el fin, que Durin lo había envenenado para que yo quedara libre y casarse conmigo. Yo debo ser sacrificada para enriquecerlo — se cubrió los ojos con las manos — No, no puedo soportarlo. Es demasiado monstruoso. Durin no es más humano. Y proyecta atarme a él para toda su vida. Sabe que puede suspender mi pasado, como un látigo, sobre mí; pero no hubo en él crímenes como éste.

..Debe usted haberse sorprendido al verme, Ruddy. Soy sólo un espectro de lo que era, ando errante entre dos muertos vivos. Uno de ellos es un viejo neurasténico, que sospecha conspiro para asesinarlo; el otro un demonio, que piensa venir a mí con ese crímen en las manos. Ahora comprenderá usted mi alivio cuando Donald me dijo que Sir Archibaldo estaba mejor. Estoy reducida a encontrar alegría en la salud de un hombre a quien siempre he detestado, a quien aborrezco ahora tanto como al mismo Durin. Si ha habido ya una tentativa de envenenamiento, nunca lo sabremos probablemente. Pero de una cosa podemos estar seguros: el envenenamiento se cometerá y, de un modo o de otro, los días de Sir Archibaldo están contados. ¿Ha visto usted la expresión de los ojos de Durin?

—Sí y me he extremecido por lo que leí en ella.

—Leyó usted la determinación de no retroceder ante ningún crímen. Bueno, no tenemos que estar aquí cuando el crímen se cometa. ¿Comprende?

—Entonces ¿por qué no huímos esta noche?

—Por su propia seguridad, Ruddy, he pensado en todo. Por lo menos, creo que he pensado. No tiene usted que dar la impresión de que huye. Vino como invitado y como invitado tiene que irse.

—Pero ¿es eso posible?

—Escuche: mañana por la tarde recibirá usted un telegrama de París, llamándolo allá por negocios urgentes. Escribirá usted un billete a Sir Archibaldo que estará dormido, dejándole el telegrama para probar la necesidad de su partida. Y yo misma lo llevaré a Stirling donde, aparentemente, tomará usted el tren para Londres.

—¿Por qué solo "aparentemente"?

—Porque volverá conmigo.

—¿Al castillo?

—Si, lo importante para Alberto Rose es irse sin despertar sospechas y no estar en el castillo más tarde, cuando ocurra algo que le voy a explicar. El resto no será nada y yo estaré a su lado. ¿Usted no imaginará que podemos irnos sin dinero, no? Y mi única fortuna personal son mis joyas que él me ha robado.

—¿El?

—Sir Archibaldo. Desde la muerte de Fathi nunca se ha separado de ellas. En este momento están en una valijita de mano, debajo de su almohada. Pero hay algo más en la valija: un papel que ha estado escribiendo desde hace dos o tres días. Yo no lo he visto; pero sospecho lo que es. Puede ser muy bien la historia de los tres: una precaución que toma por si llega a morir antes de arreglar cuentas con Durin, Lady Helena y el querido Ruddy de Helena. El piensa darle ese papel al pastor de la aldea de

Oak, que está al pie d la montaña. Este pastor se halla de visita en casa de un hermano, en Edimburgo, y Sir Archibaldo ha dejado dicho que lo envíen aquí, a cualquier hora del día o de la noche que regrese Aquí hay órdenes de conducirlo al cuarto de mi marido y dejarlo allí, aunque Sir Archibaldo esté dormido. El buen pastor esperará pacientemente hasta que su Señoría despierte y entonces Sir Archibaldo le entregará la valija con todo lo que contiene, mis joyas, mi deshonra y la historia de Mr. Flow, Mr. Hooker y Alberto Rose. Las Cien Caretas serán arrancadas y los tres quedaremos arruinados. Por eso voy a conducir a Monsieur Alberto Rose a Stirling y volveré con el buen pastor a las Rocas Negras. Hará usted un excelente pastor, se lo aseguro.

—Suponiendo que yo asuma ese papel — indiqué — Sir Archibaldo me reconocería a las primeras palabras que pronuncie. O, aunque no diga nada, sabrá que no soy el pastor.

—No tendrá usted que decir una palabra y él no lo reconocerá porque estará dormido. Toma su narcótico a horas regulares y podemos contar con eso. Usted se apoderará sencillamente de la valija y saldrá por el vestíbulo, sin molestar al paje que estará en el cuarto del fondo, y se unirá a mí. Yo haré que le habran las puertas y los dos nos salvaremos, por que no tardaré en reunirme con usted. Es nuestra única solución.

—Pero, si por casualidad, se despertara..

—No se despertará. Duerme como una piedra cuando ha tomado su medicina. Y, cuando se despierta, siempre está un rato semi inconsciente. En caso de apuro, podría usted decir que era el hermano del pastor de Oak Village y que el otro lo había enviado por que no podía venir personalmente. Nunca ha visto al hermano. En cualquier caso no lo detendrá a usted, porque nada tiene que decir al hermano. Y además, hemos de correr algún riesgo, si queremos escapar a esta pesadilla.

—Lo se... lo se... Pero ¿por qué no esperar hasta que el verdadero pastor abandone el castillo con la valija y asaltarlo en el camino, entre las Rocas Negras y Oak Village? ¿No sería más sencillo?

—Eso queda fuera de la cuestión; porque yo se que no volverá de Edimburgo hasta dentro de cuatro días y antes de ese tiempo todo estará concluído.

Inclinándose hacia mí en la obscuridad, me tomó la mano.

—No tiene nada que temer. El disfraz será muy sencillo.

—Helena, una cosa aún: ¿Está usted segura de que Sir Archibaldo conoce el papel que yo desempeñé este verano? ¿Sabe lo que me dijo acerca de nuestro famoso Mr. Hooker? Que había sido personificado por Víctor, el barbero.

Helena dió un salto.

—¿Y le creyó usted? ¿Pensó que imaginaba eso? Fué Víctor quien traicionó a Durin. Y fué por Víctor que Sir Archibaldo se enteró de que usted era el Mr. Hooker de Deauville.

Lancé una exclamación de asombro.

—¿Qué dice?... ¿está dispuesto a obrar ahora?

—Haré todo lo que usted diga.

—Bueno. Ya verá que todo sale bien. Y en cuanto a Víctor tengo la idea que su cuenta será arreglada sin nosotros. Durin se encargará de ello. ¡Ss..s..s! ¿Oyo eso? Levantóse y, atravesando la habitación, alzó un tapiz que ocultaba una puerta baja en la pared.

Abriendo la puerta desapareció, bajando una serie de escalones de piedra, hacia el calabozo.

Diez minutos más tarde apareció de nuevo y se sentó silenciosamente a mi lado.

—¡Si yo supiera lo que está planeando! — murmuró.

La puerta de la trampa se cerró encima de mi cabeza y bajé para encontrar a Helena, esperándome al pie de la escalera.

—Ha bajado otra vez hasta la pieza de la "llorona". Sin embargo, nadie ha ido allí desde que Sir Edward murió... ¡nadie!...

—Pero Helena, ¿qué historia es esa de la "llorona"?

—Sólo tres personas en el mundo saben la verdad desde que Kathe murió; y son Sir Archibaldo, Donald y yo.

—¿Quién es Kathe y que tiene esto que ver con nosotros?

—Ya verá, Ruddy, ya verá. Voy a contarle un secreto de familia. Recuerda usted la historia de David, el último de los Mac Garnet? Bueno... murió devorado por los lobos.

Esa fué una mentira inventada por el padre de Sir Archibaldo para apoderarse de su herencia. La verdad es que Sir Edward había resuelto matar a David.; pero Elizabeth, su esposa, lo persuadió de que respetara la vida de su hermano. Fué conservado prisionero, en la celda de la Dama Verde, hasta que murió. Un campesino de Oak Village y su hija Kathe fueron también aprisionados en el castillo, para cuidar del preso e impedir que alguien se acercara a él. El campesino murió en el castillo.

Pero Kathe, que era solamente una niña cuando llegaron al castillo, se enamoró de David y tuvo de él un hijo. Cuando Sir Edward se enteró, dispuso que el niño fuera criado en la misma celda que su padre. No bien tuvo edad para soportarlas, fué cargado de cadenas.Creció a su vez y el padre y el hijo vivieron uno frente al otro, encadenados a paredes opuestas... Poco después murió el padre y el hijo, el último de los Mac Garnet está quizá allí todavía...

Bajando la voz, Helena continuó·

—Cuando el campesino murió, después de haber revelado su secreto a Sir Archibaldo, su lugar fué ocupado por Donald. Pero Kathe no murió sin contarme su historia. Donald no se lo ha revelado a nadie; ¿cuida a un fantasma o a un prisionero vivo? Kathe no hace mucho tiempo que murió y ella creía que su hijo estaba vivo todavía. Y ahora, Sir Archibaldo ha bajado a ese rincón del infierno. ¿Cree por un momento que es para orar por el alma de los Mac Garnett? Le diré lo que yo pienso: Sir Archibaldo se prepara para devolver la fortuna de los Mac Garnet a su único representante.

Para castigar a Felipe, le revelará la verdad al pastor que ha enviado a buscar y hará la restitución. En cuanto a mí, no ha pensado en arruinarme públicamente. Tiene algo más en su mente para mí... para nosotros tres. Y está determinado a llevarlo a cabo antes de su muerte. Yo tengo que desaparecer antes que la familia se derrumbe.

—¿Y qué cree usted que tiene él preparado?

—¡Oh!... algo muy sencillo y apropiado. Yo me deslicé escalera abajo, detrás de él y escuché el ruido de sus pasos y de los de Donald. Sir Archibaldo entró en el calabozo de la llorona y Donald lo siguió; pero antes de entrar, Donald juntó algunas cadenas que había traído. Si se le devuelve su título al último de los Mac Garnett, no quedará nadie en la celda de la "llorona" y eso no sería propio. Pero la antigua tradición continuará si nos encadenaran a nosotros en su lugar. Y nos veríamos morir, como el joven Mac Garnett vió morir a su padre, David. Conozco a Sir Archibaldo: lo ví obrar en Oriente. Para pasar el tiempo, él encontraría una pequeña tortura extra a fin de salvar nuestras almas. En cuanto a Durin no se que...

—¡Qué lo ahorquen a Durin! Pero usted y yo no debemos dejarnos agarrar en esa trampa.

—Se me ocurre en este momento... —dijo sentándose derecha — ¡El abrigo! Quizá Sir Archibaldo lo ha mandado buscar para decir las últimas preces antes de emparedarnos en...

—¡Cállese! — le dije. — ¡Esto es demasiado horrible!

La tomé en mis brazos y apreté sus labios con los míos. Sentí la tibieza de su cuerpo exquisito, abandonado, contra el mío, los latidos de su corazón, el ansia de su sangre. Y cuando finalmente nos separamos, yo estaba pronto a intentar cualquier cosa que ella me propusiera

(Continuará)

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

EL TEMPLO DE MOGA

Por
Robert Harding

EN LA INDIA

¡HUBIERA sido menester poseer ojos de lince, para descubrir a los cuatro aventureros en el gran camino carretero! Es cierto que era de noche y la oscuridad reinaba por todas partes; pero si se hubiese podido ver sus rostros, se habría descubierto en ellos una expresión de desencanto.

¿Dónde estamos? — preguntó Othello, liando un cigarrillo y contemplando una mangosta que se escurría por las ramas de un árbol bajo cercano.

Dick introdujo la mano dentro de su saco blanco y extrajo de él un mapa flamante, que había comprado sólo hacía unos días, y que esperaba habría de resultarle útil en esas circunstancias; pero Drake, como de costumbre, intervino diciendo:

—¡Amiguito, es mejor que le arrojes ese mapa a los monos como alimento! No necesitamos un mapa para saber que nos encontramos a una milla de Ilpur, donde se encuentra el templo de Moga.

—¿A qué distancia se encuentra ese lugar de Amballa? — preguntó Hércules.

—Dieciocho millas.

—No está mal — observó Dick, arrojando un cigarrillo a Drake. — Nos hemos puesto en marcha a las siete de esta madrugada, y hemos continuado el viaje sin detenernos, desde entonces. ¿Qué le parece si nos demoráramos un poco en Ilpur?

—Buena idea — asintió Drake. — Podemos alojarnos en la pequeña posada de la población, y en todo caso, nuestro carro podrá servirnos de hotel. Y mañana echaremos un vistazo a este templo de Moga, que dicen es maravilloso; tiene miles de años de antigüedad, y encierra un tigre sagrado dentro de una jaula de oro; pero, ¡por vida de! ¿qué es eso?...

Mientras hablaba, un nativo, vestido de blanco, se había acercado a ellos silenciosamente, como un espectro, en medio de la oscuridad del camino. Llevaba un farol, como se acostumbra en la India durante la noche, cuando se marcha por los caminos; también llevaba algunas chauchas atadas formando un paquete negro. En lugar de dar un rodeo para pasar por el espacio que ocupaban los cuatro aventureros, avanzó entre ellos y el carro, y apenas se hubo alejado una docena de pasos, cuando el búfalo más cercano súbitamente levantó la cabeza, haciendo que el hombre diese un salto, asustado, dejando caer el atado. Pronunció algunas palabras, no muy agradables, en su lengua nativa, y se agachó para recojer las chauchas diseminadas por el suelo, con la ayuda de la luz de su farol, sin que se les prestase ayuda en esa tarea, porque los cuatro aventureros, aunque deseosos de prestarle ayuda, consideraron más conveniente echarse a reir; por otra parte, no sabían que clase de persona era, porque la blanca pelliza que tenía puesta, le cubría la cabeza por completo, como si se tratase de la caperuza de un monje.

El hombre no se quedó mucho tiempo, sino que, profiriendo otra desagradable exclamación, dirigida a los aventureros ésta vez, levantó su farol y se alejó, dejando la mitad de las chauchas sobre el polvo del camino.

—¡Jum! Es el primer nativo que veo dejar algo detrás de sí — comentó Drake. Supongo que será porque su esposa ha de regañarlo si llega a su casa tarde con las compras. Propongo que también nosotros prosigamos la marcha.

Y se pusieron otra vez en camino en medio de la oscuridad y del silencio, porque se hallaban en la campiña.

Dick se sentía vivamente impresionado. Unas horas antes, cuando aun era de día Drake le había mostrado en el horizonte la línea del Himalaya, que se levantaba majestuoso. Se dirigían hacia esa región de los picos eternamente cubiertos de nieve, de las

bradas, los precipicios y los bosques milenarios; y allí, a corta distancia se encontraba el Everest, ese pico que había desafiado al hombre.

Al cabo de unas horas de marcha, llegaron a Ilpur, donde buscaron alojamiento en la posada de la población, en la que resultaron ser los únicos huéspedes.

Capítulo II

UN ENCUENTRO NOCTURNO

Othello fué el último en recogerse a descansar, imitando el ejemplo de sus compañeros que, fatigados por la jornada, se habían ya quedado dormidos. Sin embargo, estaba demasiado preocupado envolviéndose en sus mantas, para oir una risa extraña que partía del otro lado de los muros de la posada.

El que se reía era un hombre cubierto con la túnica blanca de los nativos.

Las cosas le habían ido bien a este merodeador nocturno, que había tenido la precaución de mantenerse siempre oculto entre las sombras.

Todo ese día había seguido a los cuatro aventureros en su carro tirado por búfalos, porque un amigo le había dicho que hablaban inglés, con la arrogancia de los sahibs blancos, a pesar de estar vestidos con la indumentaria regional. Su deseo más ardiente era el de descubrir el paradero de cuatro "perros" blancos que continuamente le desbaratan sus planes más cuidadosamente concebidos.

Había dejado caer las chauchas en la oscuridad, con la esperanza de poder verles las caras, y le pareció que sus movimientos eran demasiado lentos para ser punjabis, y que tenían hombros demasiado anchos para ser nativos del sur. Sin embargo no eran afghanes; no se reían como los nativos de las montañas. ¡E iban a Ilpur a ver el templo!

Al enterarse de eso, había seguido adelante, incubando varios planes a medida que, abandonando el camino principal, cruzaba los campos para acortar el camino hasta Ilpur. Tenía que andar con precauciones, porque había arrojado su farol extinguido, entre unos matorrales. Las luces se veían desde muy lejos en los campos solitarios por donde raras veces pasaba gente. Pero había marchado bien. Los viajeros habían entrado en el hotel; y desde afuera había escuchado sus risas y conversaciones en inglés antes de recogerse a descansar.

Después de un rato, el nativo misterioso se dirigió, a través del camino principal, hacia una callejuela lateral que conducía al "bazaar" silencioso y alumbrado por la luna, donde se veían comercios cerrados y kioskos entoldados, cuyas lonas se agitaban a impulsos de la brisa. Pocas eran las luces que se veían por los intersticios de puertas y ventanas cerradas, porque los habitantes de Ilpur trabajaban intensamente durante el día, y sabían apreciar el descanso.

No se oía ningún ruido en parte alguna, a no ser el suave y acompasado de los pasos de este merodeador nocturno, y una leve tosecita que le hizo levantar la cabeza embozada, detenerse por un segundo en su marcha cautelosa, y luego escurrirse rápidamente, como una rata asustada, hacia una pequeña arcada, que era una de las entradas que daban acceso a un callejón, que parecía perderse en las tinieblas. Colgado del centro de ésta arcada, había un maloliente farol con un globo de vidrio ennegrecido, que permitía sólo el paso de una ténue claridad.

Nada podía ser tan favorable para el personaje que en forma tan subrepticia se acercó a ese lugar. Tosió, también, en respuesta, y un fantasma negro, envuelto en una manta, salió de las profundas tinieblas, haciendo un rápido saludo.

—¡Ja, Gamti! ¿Eres tú?

El fantasma se dirigió hacia él, y sacó de entre los pliegues de su túnica una mano cadavérica.

—¡Sí, oh poderoso! — murmuró en respuesta.

—Están en la posada — dijo el otro, dejando caer una brillante rupia en la mano tendida, que volvió a desaparecer en seguida en el lugar de donde había salido. — Mañana irán a ver el templo de Moga, vestidos como agricultores nativos. — El que hablaba echó hacia atrás su caperuza, y su rostro oscuro, velludo, de lechuza, se acercó al fantasma. — ¿Conoces al guardián del templo? — le preguntó.

—¿El tigre, milord?

—¡No, tonto! Al que da de comer a la fiera... Marda, el hindú...

—Sí, milord.

—Entonces, aquí tienes el puñal. — Algo brilló ominiosamente en la ténua claridad al cambiar de manos. — Usala con astucia — prosiguió el que hacía entrega de ella, volviendo a expresarse en punjabi. Los "perros" blancos te visitarán mañana. ¡Cumple bien con tu cometido, oh Gamti, y en su oportunidad te daré riquezas!

El fantasma se perdió en las tinieblas del callejón, y el otro volvió a salir al camino iluminado por la luna, y se dirigió a una pequeña taberna en el extremo del "bazaar".

Aunque la noche era muy avanzada, consiguió que se le diera alojamiento, ¡porque no era conveniente disgustar a hombres de su clase!

Capítulo III

EN SITUACION DESESPERANTE

—¡Ya hemos llegado! — anunció Drake Weston, apoyándose en su grueso bastón de bambú y fuertes anillos de hierro. Hace tiempo que deseaba ver este lugar; y no es porque sea distinto de cualquier otro templo hindú, sino porque es el único, que yo sepa, que encierra un tigre sagrado.

—Parece un lugar bastante agradable visto a la luz del sol — observó Dick, poniéndose la mano delante de los ojos, a guisa de pantalla, para poder ver mejor el edificio situado en la cima de la colina cubierta de césped que acababan de trepar.

De las tinieblas saltó un tigre, enorme.

Era una casa pequeña compuesta de cuatro paredes cuadradas. En el muro que daba frente a ellos, había un pórtico de entrada de grandes dimensiones, fantásticamente ornado con elefantes de mármol blanco. Arriba, una cúpula maciza, brillaba como una colosal bola de billar, sobre un fondo formado por el cielo azul, diáfano y despejado.

Avanzaron a paso redoblado, y no tardaron en llegar a la escalinata de siete anchos escalones que daba acceso al enorme pórtico. Una puerta en arco, situada en el extremo opuesto, giró silenciosamente sobre sus goznes, presentándose en ella un hindú vestido con túnica blanca.

Su saludo fué muy cordial; pero los cuatro aventureros notaron que las manos que hacían la reverencia, temblaban violentamente. Los miraba con jos llenos de terror, y sus dientes chocaban entre sí como castañuelas.

—¡Moga está enojado, amigos! — les gritó, — Anoche entró un perro paria y devoró la carne que yo le había preparado para su comida. ¡Las cosechas del Punjab se perderán, y el Gunga crecerá para inundarnos, si no mato en seguida otra cabra! ¡Porque — prosiguió, mientras del interior partían rugidos capaces de helar la sangre en las venas al hombre más flemático, — ¿acaso no es cólera peor que el tifón en el mar?

—¡Entraremos para calmarlo, ¡oh guardián! — dijo Drake, pensando que un tigre enfurecido era digno de ser visto. ¡Tal vez

¡que nuestra devoción temprana sea de su agrado!

—¡Shiva, el destructor, caerá sobre nosotros si no lo apaciguamos pronto, oh amigos! — respondió el hindú, conduciéndolos hacia un recinto en forma de nave. ¡Sacáos vuestras sandalias, dejad aquí vuestros bastones y turbantes! ¡Ah! — dijo al ver las culatas relucientes de los revólveres, cuando se hubieron despojado de sus atavíos.

—No, "yogui" — respondió Drake, — no traemos intenciones aviesas; pero es que en el Punjab abundan los asaltantes en nuestros días.

—Dejad vuestras armas, amigos, y en silencio, pues si Moga os oye depositarlas su furia se desencadenará como un terremoto.

Dick comenzó a pensar que el Bhrahmanismo era la religión más terrible de la tierra, y mientras dejaba sus sandalias, turbante, bastón y revólver junto con los de sus compañeros, la visión del tigre, dejado en libertad y esperando a que pasaran a través de la maciza puerta cubierta de bulones de hierro, que el guardián había cerrado cautelosamente, hizo que de su corazón se apoderara un miedo que no era del todo físico; pero los rugidos habían cesado, y al abrir la puerta, el guardián les advirtió que pasaran en seguida, antes de que Moga volviera a enfurecerse.

¡Voy a buscarle alimentos — agregó — y quieran los dioses impartir rapidez a mis movimientos!

Un instante después se encontraron en la semioscuridad de una habitación cuadrada, de grandes dimensiones, como petrificados por el horror, e incapaces de dar un paso, a causa de lo que habían visto, pues en la pared del lado opuesto había una covacha, y la puerta, de barrotes de hierro que brillaban bajo el ténue resplandor de una bujía colocada sobre un enorme candelabro de bronce, que estaba encima de un altar situado frente a ella, no se hallaba cerrada, ¡si no abierta! La jaula estaba vacía, y el candado colgaba, sin llave, de su cadena.

El piso de losas de mármol con extraños dibujos, las paredes cubiertas de impenetrables tinieblas, la cúpula encima de ellos, en cuyo hueco más oscuro que la noche, se repetían los ruídos con siniestro eco, los envolvían, encerrándolos en aquella a modo de tumba. Los muros eran tan gruesos, que la ventana con gruesos barrotes de hierro apenas dejaba pasar una ténue claridad. ¡La cúpula era aterradora porque aumentaba el ruido de pasos que avanzaban furtivamente!

La escena quedó indeleblemente grabada en sus mentes en un segundo de tiempo; y mientras permanecían como gladiadores, desarmados, escuchando con terrible ansiedad los ruidos furtivos que partían de las cercanías de la jaula, la puerta del templo se hallaban encerrados, un grito, potente solos, frente a su inexorable destino.

¡La llave, por el lado de afuera, giró en forma ominosa en la cerradura!

Dieron un salto; pero antes de que sus sentidos momentáneamente embotados se despejaran lo bastante para darse cuenta que se hallaban encerrados, un rugido, potente y aterrador apagó los últimos ecos del portazo.

De las tinieblas saltó un tigre, enorme, cuya cola abatía las losas con fuertes golpes secos. Estaba tomando el olor a esos hombres encerrados, que estaban demasiado aterrorizados para moverse, ni siquiera cuando la fiera se agachó sobre su pecho. Sus brillosas garras quedaron al descubierto. Su cola quedó inmóvil como para tomar la distancia del salto. Otro segundo más y...

—¡Encerrados, muchachos! — exclamó Hércules con voz de trueno, sacudiendo a Drake para sacarlo de su estupor, y luego se movió hacia adelante como un boxeador, y de tal manera que el animal debió cambiar de posición.

—¡Ah, ja! ¡Encerrados, sí! — repitió una voz ronca detrás de ellos.

Instintivamente todos se volvieron y fijaron su mirada en la ventana, donde un hombre, con el aspecto de una lechuza, los miraba con fruición desde la abertura de los dos barrotes centrales.

—¡Es Cara de Lechuza! — exclamó Dick.

—Nuestro viejo enemigo, sin duda — interpuso Othello, que tenía que decir algo para aliviar la profunda tensión nerviosa que le hacía brotar gotas de sudor en la frente.

Este personaje volvió a reirse siniestramente, y luego les arrojó una llave que al caer sobre las losas del piso, produjo un sonido metálico que repercutió por los ambitos de la cúpula.

—Esa es la llave de la jaula de Moga — les dijo con acento burlón. Es mejor que la deje aquí, porque en aquel rincón está el cadáver de Marda, el guardián hindú. Mi sirviente lo mató poco antes de que ustedes llegaran, y los indujo a entrar, diciendo que Moga estaba enfurecido. ¡Y era cierto! Porque había olfateado la sangre del guardián fallecido. ¡Y mi fiel sirviente arriesgó su vida al dejar en libertad a la fiera y encerrarlos a ustedes! Ahora puedo irme a las colinas — prosiguió la voz, — sin que ustedes me sigan como perros basureros. Me agradaría quedarme para presenciar como Moga toma su desayuno; pero la mañana está avanzando, y la gente comienza a ponerse en movimiento.

No lo oyeron desaparecer, ni dejarse caer al suelo afuera; entretanto Hércules se había despojado de su túnica, quedando desnudo, salvo una pequeña malla, a la manera de los luchadores.

—¡Quédense aquí! — les gritó, — y uno de ustedes esté listo para agarrar la bujía.

Luego hizo un rollo con su túnica, y se la arrojó a la fiera acurrucada. Corrió hacia el altar, se apoderó del candelabro macizo, y arrancó la bujía de la cavidad, y la arrojó a sus compañeros, para ser recibida por Drake, quien la ocultó desesperadamente debajo de su túnica por un segundo, y luego la levantó en alto para iluminar la escena de un terrible combate.

La fiera había terminado de olfatear y deshacer la túnica cargada de olor a ser humano, y levantó la cabeza para contemplar a

su enemigo con ojos brillantes de furor y las mandíbulas abiertas. El enorme candelabro se revoleó por el aire, y antes de que la fiera tuviera tiempo de prepararse para una embestida, cayó con violencia sobre el cráneo del tigre, aplastándolo.

Sin detenerse a ver si el animal volvía o no a moverse, Drake le gritó algo a Dick con voz atemorizada, arrojó la bujía en sus manos, y corrió hacia la ventana. Luego asió los barrotes del centro, y ayudado por Othello, con esfuerzos de que no se creían capaces, consiguieron doblarlos lo suficiente para dejar el espacio necesario para pasar.

Cinco minutos después se hallaban en plena luz del día.

Afortunadamente sus ropas y revólveres se hallaban todavía donde habían sido dejadas. El seudo guardián había recibido instrucciones de antemano para dejar allí los efectos, porque se suponía que los aventureros no podrían escapar a las garras feroces de Moga, y las vestimentas, — especialmente los revolveres, — serviría de prueba irrefutable del sacrilegio de los aventureros.

—Es mejor que nos retiremos de aquí tan subrepticiamente como podamos — dijo Drake. El buen Hércules nos ha salvado las vidas; pero el tigre está muerto. Cuando los fanáticos de Moga descubran que la fiera y su guardián han sido asesinados, se producirá un gran revuelo, y podríamos encontrarnos en una situación delicada.

—Entonces ¿qué les parece si nos vamos en línea recta hacia el norte? — sugirió Dick, fijando su mirada en el imponente Himalaya que se elevaba majestuoso a la distancia.

—¡Decididamente, es lo mejor! — respondió el gigante Hércules, y todos convinieron con él al respecto.

Los cuatro aventureros leyeros con interés al día siguiente el diario local de Amritsar, el siguiente suelto que se publicaba después de una detallada crónica del encuentro del tigre muerto y su guardián asesinado, en el templo de Moga.

"Lo que ha ocurrido es sólo cuestión de conjetura. Nuestro representante especial es de opinión, sin embargo, que Moga salió de su jaula, mientras el guardián la limpiaba. Que la llave de la jaula haya sido encontrada cerca de la ventana es prueba evidente que el guardián intentó escapar por allí, dándole el terror la fuerza necesaria para doblar los barrotes como si fueran de alambre.

"El tigre saltó detrás de él, debiendo haber seguido una terrible lucha. Moga fué muerto de un formidable golpe en la cabeza descargado con el pesado candelabro de bronce que fué sacado del altar, y Marda, su guardián, murió victorioso, con una terrible herida en el pecho".

Dick estaban tan entusiasmado, que leyó el relato tres veces.

—¡Fué una suerte que hayamos abierto la puerta exterior, cuando fuimos a buscar nuestras cosas! — dijo por fin, — ¡Esto ha inducido en error a los fanáticos, y ya podemos estar seguros que no se nos perseguirá!

FIN

—¿Es verdad que Jamesón ha tenido tantos éxitos que está en condiciones de retirarse del teatro?

—Sí. Ha tenido una suerte loca; hacía tan bien el papel de criado en la última obra que ha representado, que un rico lord se lo ha llevado como ayuda de cámara.

Señorita:

Vd. puede destacarse entre sus amistades si se presenta vistiendo modelos desconocidos para ellas y que son las últimas creaciones de los más afamados modistos.

Esas novísimas creaciones las conocerá Vd. comprando

EL DIARIO

EL DIARIO decano de los diarios de la tarde, publica los Jueves una página de modas con modelos impresos a cuatro colores que le guiarán sobre las últimas creaciones tanto en línea como en colores y calidad de telas.

Para estar informada compre todas las tardes **EL DIARIO**

Para seguir la moda, compre "EL DIARIO," los jueves.

Puede obtenerlo también con este cupón.

Sr. jefe de circulación de "EL DIARIO"

Avenida de Mayo, 662 - Buenos Aires.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO del próximo Jueves.

Nombre y apellido . . . .

Domicilio . . . .

Localidad . . . . F. C. . . . . . .

LA TIERRA DEL TERROR

Por DUNCAN STORM

Novela de emocionantes aventuras en el interior de Africa

(Continuación)

Arturo animó a los menos valerosos con la música de su providencial flauta que resonaba grandiosa en el hueco de las cavernas.

Enseñó a los negros a cantar el estribillo de una alegre canción de music-hall, con tanto acierto, que poco después de haber emprendido la marcha toda la expedición lo cantaba a voz en cuello.

Los negros aprendieron pronto la canción, pero Tutú se limitó a gemir de vez en cuando, tironeando de la cuerda con que le habían atado a la soga.

—Vamos, Tutú, — decía Arturo sermoneando al leopardo, — no seas tonto. ¿No ves que te llevamos a una diversión? ¿Cómo es eso? Ni agradeces siquiera que te traigamos de paseo con nosotros?

Cruzaron una y otra caverna, pasando por túnesles estrechos y por grandes naves de proporciones colosales, adornadas con asombrosas estalactitas.

La serie de cavernas era un verdadero laberinto, pero Pedro Grief guiaba a la expedición sin un solo momento de duda ni de vacilación.

A veces pasaban por sitios donde el techo era tan alto que no alcanzaba a distinguírsele a la luz de las antorchas. Otras veces el techo era tan bajo que casi había necesidad de agacharse para poder pasar.

De vez en cuando volvían a oirse los aullidos y los silbidos, a través de las cavernas y túneles. Pero no parecieron nunca tan fuertes como habían sido oídos en la caverna donde habían acampado, para pasar la noche anterior.

—¡No me disgustaría salir en seguida de este subterráneo sin tranvía! — dijo Arturo mientras avanzaba medio encogido, por un pasadizo bajo de techo, arrastrando a Tutú, al que había tomado por el collar. — Este sitio tiene algo que me pone triste.

Por fin un brillar de luz del día se vió relucir en las cristalinas rocas. Una fuerte brisa barrió los pasadizos. Se oyó un grito procedente de la cabeza de la columna, anunciando que ya había salido al exterior y uno por uno los expedicionarios fueron saliendo a una cornisa de roca, parpadeando ante la fuerza de la cruda luz del sol.

A medida que salían les azotaba un viento que estaba a punto de tumbarlos, viento que soplaba procedente de una profunda

garganta que se abría en las montañas, exactamente delante del punto por donde ellos habían salido de las cavernas.

Nunca habían visto los muchachos un sitio tan desolado como aquel. No se distinguía nada más que piedra amontonada y enormes peñascos escarpados que se elevaban hasta desaparecer su pináculo en las nubes situadas a miles de pies del suelo.

De la boca del valle surgía un viento tal como no lo habían sentido nunca. Llegaba como una poderosa correntada, cargado de piedrecitas y de arena, que cortaba el rostro como a latigazos. Recorría en redondo el frente de la montaña de la cual habían salido ellos y los muchachos pudieron percatarse de que las rocas y los peñascos estaban desgastados y pulidos como si se hubiesen hallado bajo la acción de un gigantesco soplete de arena, por el estilo de los que usan los grabadores de cristales.

Pedro Grief, de pie en la salida de las cavernas, contaba uno a uno los hombres de la expedición, a medida que iban saliendo.

Gritó, dirigiéndose a los muchachos, cuando estos pasaron junto a él, agarrados a la soga. Tuvo que ahuecar todo lo posible la voz para procurar que le oyeran a pesar de los aullidos del viento.

—¡Allá está el Valle de la Muerte, muchachos! — fué lo que gritó indicando la garganta que quedaba frente a ellos. — Tenemos que recorrer sus catorce millas antes de que se ponga el sol. Entonces estaremos seguros. Que nadie se suelte de la soga. La necesitaremos dentro de poco para ayudarnos los unos a los otros a pelear contra la fuerza del viento.

—¿Va a soplar más fuerte aun de lo que sopla ahora? — preguntó, a gritos, Arturo.

—Esto de ahora es poca cosa, — replicó Pedro. — Aquí estamos en un remanso donde el viento sale de la garganta de la montaña y describe una curva. Cuando nos hayamos internado en la garganta nos costará esfuerzos el tenernos en pie.

—¡Entonces voy a atarme el sombrero! — dijo Arturo, sacando del bolsillo un trozo de cordel. — ¡Vamos, señores! ¡Cordones especiales para asegurarse el sombrero! ¡Un penique cada uno! — gritó con su acostumbrada alegría. — ¿Quién quiere otro?

Hasta los negros, deprimidos por el viento que era frío y punzante, y azotaba con piedras y arena, eran vencidos por el buen humor de Arturo y sonrieron contentos.

Se contó el personal de la expedición a la salida de las cavernas. Después Pedro se colocó a la cabeza de la larga soga y los guió hacia la boca del valle. A veces tenía que detenerse toda la expedición para hacer frente a la terrible fuerza del viento.

Entonces la cabeza de la columna buscaba refugio tras alguna enorme roca y tiraba de la soga para ayudar a sus compañeros a dominar el ímpetu del vendaval.

—Esto va bien, — dijo Arturo limpiándose la sangre que tenía en el rostro y salía de una lastimadura que le había hecho una pequeñísima piedra, llevada por el viento. — Esto es lo que se llama un sitio bien ventilado. ¡Ahora no más el viento se va a llevar la barba del capitán Bones, volando por la montaña!

Pero lo peor no había llegado aun. Sofocados y jadeantes avanzaron por el desfiladero durante unas tres millas hasta llegar a un sitio en que se estrechaba como un embudo.

Allí el viento silbaba con la fuerza de un huracán, llevando en suspensión y arrastrando gran cantidad de piedras que corrían como arrojadas por un extraordinario pulverizador.

Pedro dejó que la columna descansara unos momentos bajo el abrigo de una enorme roca. Allí se sentaron como marineros durante la tormenta, incapaces de hablarse, tal era el ruido del huracán.

Pedro explicó cual era su táctica para poder pasar por la peor parte de la garganta, cuando hubo llamado a su lado a sus lugartenientes. Cada uno se encargó de cierto número de cargadores a los cuales se les hizo que se ataran a la espalda, y no a la cabeza, los fardos que llevaban.

—Tendremos que avanzar cerca de una milla con pies y manos, o sea gateando, mis amigos, — dijo Pedro.

Cada uno de los hombres debía ir agarrado a la soga sobre todo cuando se presentaban fuertes ráfagas de otro modo correría el peligro de ser arrojado al fondo del valle.

—Recuerden, muchachos, — agregó —que esta es una verdadera "cinchada" entre nosotros y el viento, y que si el viento gana tendremos que volver a las canoas y proseguir el viaje cruzando por la zona de los grandes pantanos. Esto significaría más de un mes más de viaje y una serie de penalidades aun peores que las de este Valle de la Muerte, como, con razón, le llaman. El viento es peor en la parte más estrecha de la garganta y esa es la milla que vamos a comenzar ahora. Después el viaje será muchísimo mejor.

—¿Ha pasado usted por aquí antes, señor? — gritó Arturo al oído de Pedro.

Pedro sonrió.

—¡Sí, muchacho! — contestó. — ¡Pero pasé en sentido contrario la última vez!

—¡Dios mío! ¡Debe ser algo así como viajar llevado por el viento con la velocidad de una bala! — murmuró Arturo. — ¡Vamos, muchachos! ¡Los malos tragos, pasarlos pronto!

Bajo la dirección de Pedro se vendaron las rodillas y las manos a fin de protejérselas contra las piedras del suelo. Entonces, el capitán Bones les guió hacia donde soplaba con mayor fuerza, tomando la punta de la soga que unía a toda la expedición.

El capitán Bones cometió el error de penetrar de pié en la corriente del viento.

Fué como si se hubiera metido en una violenta correntada de agua. Fué levantado por el viento como una paja, rodó una y otra vez sobre la capa de piedras que corría por la garganta y volvió al abrigo de la roca, rojo y jadeante. A no haber sido por la soga que tenía atada a una muñeca, hubiera sido precipitado a la profundidad del valle, que era allí de más de mil yardas.

—¡Diablo! — gritó. — He visto algo de

viento en mi vida como capitán que ha recorrido todos los mares del mundo. He estado en medio de un tifón en el Mar de China y sufrido un huracán en las Antillas, además de haber soportado durante veinte años todos los vientos del Atlantico Norte. Pero aquello no era nada, comparado con esto. Si es un viento que sopla tan fuerte que es capaz de arrancarle a uno la ropa que tiene puesta.

—Vaya con más cuidado, Bones, — dijo Pedro Grief.

El capitán Bones fué más cauteloso la próxima vez. Salió del abrigo de la roca avanzando con manos y rodillas y se arrastró por la corriente de piedras que lentamente seguía por la angostura de la montaña, empujada por la fuerza del viento.

Uno por uno le siguieron todos los de la expedición, los cargadores, con sus pequeños fardos a la espalda, bien agarrados a la soga que los unía.

Se produjo entonces una extraordinaria "cinchada" de la que los muchachos no habían podido hacerse ni la menor idea. Era una lucha entre la expedición y el viento que soplaba a razón de cien millas por hora, entre las paredes de piedra de la garganta. La fuerza del viento se echaba de ver en la superficie de las paredes de piedra, que estaban redondeadas y suaves como el vidrio, donde la arena y las piedras, proyectadas por el viento, habían pulido la superficie de la roca, durante incontables años de constante acción.

Los que estaban a la cabeza de la columna, medio arrastrándose, iban tirando de la larga soga y ayudando a sus compañeros a avanzar contra la fuerza del viento. Las piedras corrían bajo sus pies y el avance era penoso en todo sentido.

Tutú, el leopardo, atado a la soga era el que lo pasaba peor de toda la expedición, pues era casi arrastrado por el collar entre el viento y las piedras que no le dejaban pisar firme en el suelo. En una ocasión, el leopardo se impacientó porque Arturo pretendía hacerle avanzar, y fué necesario la intervención de Rob para calmarle y evitar que pudiera producirse una desgracia.

De pronto, un asustado negro, que habíase soltado de la soga, llegó, proyectado como una bala de cañón, por la fuerza del viento. Lo salvó Arturo, que logró agarrarlo de un pié en el momento en que estaba ya en peligro de caer al fondo del valle.

Sudando, jadeantes, ganando con esfuerzo cada pulgada de terreno, pasaron lentamente por la estrecha garganta donde la fuerza del viento amenazaba arrancarlos del suelo. Estaban doloridos, maltrechos y medio ciegos cuando, después de una lucha de cerca de tres horas, llegaron a un punto donde la garganta se ensanchaba y donde los costados, más abruptos y desiguales, ofrecían algún abrigo ante la furia del vendaval.

Varios negros se echaron al suelo, negándose a seguir adelante. Se restregaban la cabeza contra las rocas y decían que aquello era el fin del mundo.

Si Luis Coffin o "Cruel" Schneider hubieran estado al frente de aquella pequeña expedición hubiesen resuelto el caso matando de un tiro a cada uno de aquellos negros. Pero Pedro Grief ordenó a Arturo que fuera a conversar con aquellos descorazonados y abatidos, y procuraba alegrarles y decidirles a seguir adelante.

Entre ellos había un negro gordo que se había puesto gris, de puro miedo. Estaba tendido boca abajo, detrás de unas rocas, medio enterrado en un montón de piedrecitas que el viento había reunido, y golpeando el suelo con el puño cerrado, como un chico mal criado.

—¡Jo! ¡jo! — sollozaba, y las lágrimas le caían por las negras mejillas. — ¡Este sitio es malo! ¡De aquí no vamos a poder salir! ¡Esta es la tierra del yimbú, que va a venir ahora mismo a comernos!

Arturo se arrastró hasta donde estaba el negro, cuyo nombre era Niutumí.

—¡Vamos a ver, gordo llorón! — exclamó Arturo con alegría. — ¿A qué viene esa desesperación? El patrón sabe lo que hace. Yo se lo que hace. ¿Eh? ¡Vamos! Arriba, y tome una banana.

Arturo sacó del bolsillo una banana grande y madura, le quitó la piel y se la ofreció al sollozante negro, lo mismo que si se tratara de consolar a un chico que estuviese encaprichado.

Niutumí era muy aficionado a los buenos manjares. Tomó la banana y cesó de llorar.

—La fruta es muy buena, sí, — dijo, — pero este es un sitio muy malo. Aquí vamos a dejar los huesos, como los han dejado otros. — E indicó un cráneo humano blanqueado por el aire y el sol, que había entre las piedras.

—Pues yo no le daré más fruta buena si usted no sigue adelante, viejo amigo, — díjole Arturo. — Si usted se pone a llorar como un chico, usted va a asustar a los otros negros y si todos nos asustamos, estaremos perdidos.

—¡Tengo los huesos rotos por el viento y por las piedras! — gimió Niutumí restregándose los brazos.

—¿Y yo? ¿Cree que yo no he sufrido también? — dijo Arturo remangándose el pantalón y mostrándole varias heridas que las piedras le habían hecho en las piernas y las rodillas, machucadas a pesar de todas las precauciones tomadas previamente. — ¿No cree ahora que yo también he sufrido?

Niutumí miró, moviendo pensativo la cabeza, la pierna de Arturo.

—La pierna del blanco se está poniendo negra como la mía, — dijo, mirando los cardenales. — ¡Oh! ¡Este es un sitio malo que está todo lleno de magia.

—¡Animo, Niutumí, y no diga tonterías — dijo Arturo — Si me promete que va a seguir con nosotros y no va a volver a llorar, ejecutaré, para usted solo, una de las mejores piezas de mi repertorio musical. ¡Quizás pueda la música devolverle la tranquilidad!

Y sacando del pecho su flauta armónica, Arturo comenzó a tocar los vibrantes acor-

es de la marcha "Gallo del Norte" que siempre, — según lo había notado, — sonseguía entusiasmar hasta el delirio a los negros de la expedición, y ya le había dado buenos resultados en algunas ocasiones en que se habían mostrado cansados y aburridos.

En cuanto Arturo comenzó a tocar, los negros empezaron a sonreir y a acercarse al ejecutante.

El joven pelirrojo les habló en su idioma diciéndoles infinidad de cosas graciosas y condenando a los que se mostraron cobardes. El negro es así como un chico, y Arturo tardó muy poco en conseguir que todos los negros se rieran de los temores que, un momento antes, hacían llorar a Niutumí. Les prometió que cazaría al yimbú y se lo serviría frito con patatas. Les dijo infinidad de tonterías, que tuvieron la virtud de hacer reír a los negros, de modo que, poco a poco, el muchacho logró disipar todos los temores de ls negros y reanimarlcs de modo que ellos mismos manifestaron deseos de proseguir inmediatamente el camino.

Una vez más, avanzaron contra el vendaval y su lluvia de piedras, forcejeando jadeantes, pero ganando terreno sin cesar.

—¿Ha visto cómo los manejo a mi gusto? — gritó Arturo al oído de Harry. — Necesitamos avanzar las próximas tres millas en el menor tiempo posible para que no nos encontremos en la zona de peligro en el momento en que cese el viento y comiencen a llenar el ambiente los gases mortíferos que se desprenden del valle.

Y Arturo recorría la fila de la expedición hablando con uno y otro negro y reanimando a todos con su comunicativa alegría.

—¡Tengo que hacerlos reir! — decíase. — Si no los hago reir, son capaces de sentarse en el camino y no avanzar ni un sólo paso más. Y si se paran todos no habría medio de volver a poner en movimiento la columna.

En aquellos parajes empezaron a notar señales de la fatal naturaleza de los gases que llenaban el fondo de la garganta durante la tranquilidad de la noche, cuando aquel extraño viento, causado por la producción de aire caliente en las montañas, durante el día, cesaba, al anochecer. Toda clase de osamentas y cráneos veíanse amontonados ante las piedras movedizas. Huesos de animales que habían penetrado en la hondonada en busca de agua y habían sido sofocados por los gases mefíticos y azufrados que surgían de rendijas del terreno volcánico.

La tarde transcurría mientras la expedición pasaba por el sitio más mortífero de la terrible garganta. Pedro calculó que habían realizado ya las tres cuartas partes de su trayecto y que no les quedaban más que, a lo más, cuatro millas de marcha.

Les parecía a los expedicionarios que la fuerza del viento iba menguando, pero casi todos estaban maltrechos y exhaustos a consecuencia de la terrible y larga lucha. Tenían todos el rostro maltratado y desencajado. Tenían la ropa desgarrada y raída como por muchos años de uso constante. A pesar de todos los esfuerzos de Arturo, las energías, de negros y blancos, decaían visiblemente.

Uno o dos de los negros cayeron, vencidos por la fatiga. Pero Arturo les atendió, les hizo tomar unos tragos de cognac y logró reanimarlos.

El sol comenzaba a ponerse cuando Pedro anunció que no faltaban más que dos millas. La fuerza del viento había menguado mucho. Al ponerse el sol cesaría por completo, pasados unos pocos minutos. Entonces les amenazaría un enemigo peor que el viento del Valle de la Muerte, pues los gases asfixiantes ascenderían del fondo y los ahogaría si no lograban salir de allí a tiempo.

Apresuraron el paso. Marchaban de pie y con menos molestias. El viento ya no llevaba piedras en suspensión y la expedición pasaba por entre un verdadero depósito de osamentas.

Allí, en el lecho de la garganta, había un montón enorme de huesos. Vieron varios enormes esqueletos de elefantes, junto a otros de búfalos y de leones. De vez en cuando un cráneo humano parecía reirse desde el montón de piedras y huesos donde el viento lo había dejado.

—¡Qué sitio encantador para pasar en él las vacaciones de verano! — murmuró Arturo que avanzaba junto a Harry. — ¡Animo, Robbi! — agregó acercándose a sostener a su amigo, que casi no podía caminar.

De vez en cuando pasaban junto a pequeñas lagunas, las falaces lagunas que habían atraído al fondo de la garganta a los animales cuyas osamentas blanqueaban entre las piedras.

Pedro Grief miraba con ansiedad hacia el sol que se ponía. Cada minuto tenía, en aquel instante, grandísimo valor. Ordenó a los cargadores que hicieran un montón con los fardos y los dejaran allí, así avanzarían con más facilidad.

Rifles, munición, todo cuanto pesaba, fué amontonado al abrigo de una de las grandes rocas que se hallaba ante un hueco de la pared de piedra.

—Mañana volveremos al valle cuando sople de nuevo el viento y ya no haya gases asfixiantes, — dijo Pedro. — Si tratáramos de llevar todo ese peso ahora, no lograríamos recorrer la milla que non falta en el tiempo de que disponemos y estaríamos perdidos.

Libres de sus cargas y sin más peso que el del agua y las provisiones, la columna siguió la marcha más aliviada y con mayor rapidez. Se trataba de ganar una carrera cuyo premio era la vida, así que todos avanzaron con renovado vigor. Los gases que comenzaban a surgir les llegaban ya a la altura de los tobillos, pues se notaba como una tenue niebla azulada que se extendía por el suelo.

Tutú, el leopardo, fué el primero que experimentó los efectos del gas. Comenzó a toser y a gemir.

—¡Pronto, Rob! — gritó Arturo alarmado. — ¡Haga que el leopardo se ponga de pie en sus patas traseras! ¡Que la cabeza le quede fuera de la parte ocupada por el gas!

Los muchachos habían enseñado a Tutú a

caminar de pie y Harry, Rob y Arturo, entre los tres, sostuvieron al pobre animal, llevándole casi en brazos.

Tutú parecía darse cuenta del favor que le hacían, porque lamió la mano de Arturo y luego le da los otros dos que le sostenían.

Poco tardó la cabeza de la columna en llegar a la parte alta mientras el gas llenaba la garganta y le daba el aspecto de un mar de agua azul pálido.

La niebla mortífera llegaba ya al pecho de los negros de la cola de la columna cuando, mediante un último y desesperado esfuerzo, corrieron a ponerse en sitio seguro. Las negras cabezas parecían nadar en el fingido mar de la garganta llena de vapores.

Arturo y los muchachos salieron de la niebla a tiempo para ver a tres de los negros del final de la línea, hombres de corta hombre. Levantó el cuerpo y tiró de la cuerda, cuyo extremo había dejado en poder de los negros de la expedición, dando orden de que tiraran de ella. Sintió como una extraña y agradable somnolencia y se le doblaron las piernas. Pero los negros tiraron vigorosamente de la soga y Harry se sintió arrastrado por el suelo. Entonces perdió el conocimiento.

Juan fué sacado, junto con el negro a quien había salvado, del mismo modo.

Entonces Pedro y el capitán Bones, con el rostro envuelto en telas, corrieron hacia la niebla y ataron a Arturo, que ya había caido sin sentido con el negro a quien había salvado, en brazos.

Sacaron a los dos al aire libre y los negros se reunieron en torno de ellos, lanzando grandes lamentaciones.

Cuando Arturo se disponía a dar la voz de alarma gran número de hombres vestidos de blanco, unos montados y otros a pie, se precipitaron hacia el campamento. En un instante el pequeño grupo de aventureros fué dominado por aquellos hombres.

estatura, desaparecer bajo la superficie del terrible gas.

Los demás salieron por fin y llegaron a la altura contentos de haber salido con vida de aquel peligro.

Arturo hizo que Tutú avanzara fuera del límite de la niebla y luego se volvió.

—Tres de nuestros negros se han quedado allí, muchachos, — gritó. — ¡Vamos a buscarlos o dentro de tres minutos habrán muerto.

Los muchachos procedieron con encomiable actividad. Se ataron sogas al pecho y después de llenarse los pulmones de aire puro, zambulleron en la niebla tomando la precaución de taparse la boca y las narices con unos paños de los turbantes de los negros, que empaparon en agua.

Harry fué el primero que encontró a su

Pero poco fué lo que tardó Arturo en abrir los ojos, gracias a los cuidados que le prodigó Pedro, que le había acercado a la nariz un frasco de sales estimulantes.

—¿A qué viene todos esos gritos? — preguntó Arturo como en sueños. — Aún no ha muerto Arturo, les doy palabra de que no!

Y volvió a cerrar los ojos y a quedar como sin sentido.

Pero todos se curaron de los efectos de los gases con suma rapidez. Pronto estuvieron sentados en el suelo junto con los negros a quienes habían salvado.

Arturo estrechó la mano del negro que estaba a su lado y después se llevó la mano al pecho para percatarse de si había perdido su flauta.

—¿Que tal, socio? — díjole alegremente al negro. — ¡De buena nos hemos librado!

¡No quiero volver al Valle de la Muerte por nada del mundo! ¡Nada de ventosas excursiones! ¡Por suerte, ahora vamos a seguir adelante alejándonos cada vez más de los humos de esta usina de gas!

La cansada columna se puso nuevamente de pie y continuó por el valle durante una milla más hasta llegar a una extensa llanura cubierta de hierba. Allí se estaba a bastante altura y distancia de la garganta y no había por qué temer al gas. La vegetación indicaba que estaban fuera de la zona de peligro.

Se echaron en tierra, exhaustos. No tenían más armas que los cuchillos y algunos revólvers que llevaban los blancos. Encendieron los fogones y algunas hogueras más para espantar a las fieras.

—¡Estaría bueno! ¡Haber salido del Valle de la Muerte para que me coma un león! —exclamó Arturo tendiéndose en la hierba. ¡Oh! Tengo el cuerpo como si lo hubieran pasado por un rodillo de escurrir ropa.

Repartieron y consumieron las pocas provisiones que habían podido traer. Después los hombres, exhaustos, se tendieron en torno de los fuegos y comenzaron a adormecerse de cansancio.

No vieron una blanca figura que, montada en un camello, cruzó la llanura y distinguió sus hogueras. Huyó en seguida como una nocturna aparición. Los de la expedición durmieron vencidos por el cansancio, después de haber decidido que, por la mañana, volverían al Valle de la Muerte en busca de los fardos y de las armas.

Fué Arturo el que despertó al oir un gruñido del leopardo, que había saltado de junto a Rob y miraba hacia la oscuridad con las orejas tiesas.

—¿Qué es lo que pasa, mi viejo leopardo? — preguntó Arturo, medio entre sueños.

Entonces se dispuso a dar la voz de alarma. Unos hombres vestidos de blanco, varios montados y varios a pie, rodeaban el campamento. Se oyó un grito agudo y antes de que los de la expedición pudieran levantarse fueron atropellados por una multitud de individuos vestidos de blanco y mal encarados. Tenían el rostro casi blanco, estrecho y maligno, con dientes sobresalientes y ojos negros que brillaban bajo sus estrechas frentes, lo que les daba un aspecto diabólico y repelente.

Arturo vió que una de aquellas caras le miraba a la luz de la hoguera, y, sin pensarlo más, le dirigió un golpe de boxeo.

El hombre lanzó un grito de dolor y un segundo después el muchacho, con Harry y Juan, fué echado al suelo y atado con cuerdas de pelo de camello, por unos veinte o treinta hombres que gritaban como energúmenos.

Vieron cómo sus demás compañeros eran tratados de igual manera.

Y oyeron la voz de Pedro Grief que gritaba:

—¡No se resistan, muchachos! ¡Son veinte contra cada uno de nosotros! ¡Estamos prisioneros, y hemos caído en malas manos!

LA CIUDAD PROHIBIDA

La expedición, que había dejado sus armas y su equipaje en el Valle de la Muerte, se encontraba enteramente a merced de los que la habían capturado.

Contra cada uno de ellos había lo menos diez de aquellos moros, mal encarados y vestidos de blanco.

El nombre de aquellos violentos personajes corrió de boca en boca. Los muchachos habían oído hablar de unos moros que residían en una zona situada al norte, cerca del río Bana-Bana. Estos no eran moros conocidos, constituían una tribu, mezcla de varias razas, que tuvo su origen en un grupo de moros rebeldes y bandidos que huyeron hacia el sud, miles de años antes. Comerciaban con los nativos vendiéndoles pólvora y sal, que traían cruzando el desierto a lomo de camello. Los negros de la expedición los conocían de nombre y conocían también su malísima fama.

Luchar contra ellos hubiera sido, como Pedro lo dijo, enteramente inútil. Sólo se conseguiría con ello que dieran muerte a todos los que habían capturado.

Los muchachos se sintieron anonadados cuando se vieron tendidos en el suelo y atados con sogas de pelo de camello, por sus captores.

—¡Este no es ningún día de fiesta para nosotros! — dijo Arturo filosóficamente. — Nos han pescado del modo más tonto. ¡Pero poco importa, ya saldremos del paso!

Un moro de rostro feroz, que debía ser uno de los jefes de aquella turba, dió un golpe en la boca a Arturo, para que callara.

—¡Eh! ¡Quieto, señor Crippen! — dijo Arturo, dando al moro el nombre del odioso criminal que se cita en Inglaterra cuando se desea dar idea de un hombre infame, sin escrúpulos, homicida y envenenador. — ¡A ver si tiene quietas las manos!

Fueron conducidos — casi arrastrados, — desde su campamento hasta un sitio donde había grandes macizos de arbustos, tras de los cuales se veían algunos camellos.

Con grande asombro de parte de los muchachos, tanto Robbi, el joven salvaje del bosque, como Tutú, su leopardo, habían desaparecido en el primer momento del entrevero. Esperaban, sin embargo, que hubiera podido huir y estuviera en sitio seguro.

Sus captores les indicaron con gestos y ademanes que iban a llevarlos en los camellos. No tuvieron más recurso que dejarse levantar como fardos y colocar en las altas monturas de aquellos cuadrúpedos.

No es cosa sencilla y cómoda el ir en camello, en circunstancias normales. Pero sostenerse en el lomo del "bajel del desierto" cuando éste estira sus largas patas y se levanta, fué una tortura indecible. Con las manos atadas a la espalda se sujetaban como podían y lograron sostenerse cuando los camellos se pusieron de pie.

El único que no pudo sostenerse fué Arturo. Se deslizó de su montura y cayó, pesadamente, al suelo. El mal encarado moro a quien había dado el nombre del tristemente famoso criminal Crippen, le dió un latigazo en la espalda y haciendo que el camello se arrodillara nuevamente, le puso de nuevo en la montura y le sostuvo mientras el animal se levantaba.

Arturo no perdió, por eso, su alegría de siempre.

—Espere un poco, viejo Crippen, — dijo. — Uno de estos días le enseñaré un nuevo jueguito. Se llama "la estrangulación de Crippen" y usted desempeñará el pa. el principal, o sea el del que cuelga de la soga del nudo corredizo.

Lo que luego dijo Arturo no se pudo oír porque se había armado una gritería terrible. Los moros gritaban ordenes a voz en cuello y azuzaban a los camellos a gritos, para que se pusieran en marcha.

Casi en seguida los cuadrúpedos se alejaron envueltos en una nube de polvo.

Los captores rodeaban a los prisioneros, repartidos en pequeños grupos. Aun cuando estaban desarmados y les habían atado, se comprendía que los moros tenían miedo de aquellos blancos, cuya reputación llegado hasta ellos, extendiéndose por toda la región con suma rapidez.

Pero sus temores eran enteramente infundados. Los muchachos y sus compañeros tenían suficiente trabajo con ocuparse de sostenerse en las monturas de los camellos que avanzaban a paso largo por la oscura llanura alumbrada tan sólo por la luz de las estrellas.

Como Arturo lo hizo notar después, se sentía mareado a la media hora de haber partido y pensó que, por su voluntad, no volvería a cabalgar en camello en toda su vida.

A las diez de la mañana del siguiente día vieron una linea accidentada de colinas, en el horizonte entre la azulada niebla producida por el calor. Al pié de aquellas colinas se veía una fila de verdes palmeras, y de entre las palmeras surgían las murallas de una gran ciudad.

Cuando se acercaron, un murmullo de asombro brotó de los labios de los cautivos. No habían visto jamás una ciudad como aquella. Sus murallas, de más de doscientos pies de altura, eran de piedra color rojo sangre.

Por encima de las murallas, se veían parte de numerosos, grandes y macizos edificios de maravillosa arquitectura. Había allí templos con columnatas en el frente, edificios tan estupendos como los más famosos edificios del antiguo Egipto. Había pirámides y monolitos esculpidos del modo más admirable y detallado.

Y en el centro de la ciudad se elevaba una enorme y hermosamente proporcionada columna del más puro estilo arquitectónico griego. En la parte más alta de aquélla columna se veía una cantidad de enormes pájaros que los muchachos reconocieron en seguida. Eran buitres de los que devoran cadáveres.

La ciudad tenía casi la extensión de Londres y era roja, — de un rojo de sangre, — del principio al fin.

Pedro Grief iba preocupado y pensativo cuando pasaron por una de las enormes puertas de las gigantescas murallas. Ya se había dado cuenta de dónde estaban. Aquella era la famosa Ciudad Roja, objeto, durante siglos, de todo género de extraños relatos y de portentosas leyendas que habían corrido desde la desembocadura hasta las fuentes del Bana-Bana.

Sus habitantes, los moros, eran famosos por su crueldad y su cobardía. No eran ellos quienes habían construido aquella ciudad. Empujados hacia el Sud, desde Marruecos, por ser una tribu rebelde e infame, la habían hallado, reliquia de una civilización desaparecida, y se habían aprovechado de ella, como un enjambre de abejas desorientado por el viento, hace su nido, en una lata vieja o en un cajón tirado en el campo.

La Ciudad Roja había sido siempre una ciudad prohibida para el resto del mundo. Separada por barreras naturales de todo el contorno, sus fanáticos y degenerados habitantes, habían impedido celosamente la entrada a todos los que no pertenecían a su tribu.

Había una ruta de caravanas que llegaba a la ciudad por el lado norte, y por esa ruta venía la sal, que los moros utilizaban en su comercio con las regiones situadas al sud de ellos. Pero no se dejaba que ninguna caravana se acercara a la ciudad. El camino de las caravanas terminaba en el oasis de El Kaft, cien millas al norte, y desgraciado del que se atreviera a avanzar más al sud del oasis, camino de la ciudad prohibida de los moros. Con seguridad que, si le veían, encontraba allí mismo la muerte.

La tribu aquella había pagado caro el tributo exigido por su aislamiento. Se habían hecho, todos ellos, salvajes y fanáticos por su religión, prostituída por incontables supersticiones. Habían olvidado toda habilidad manual y lo único que sabían era fabricar pólvora negra, bastante mala. Nada habían aprendido en muchos centenares de años y al definirlos Arturo como una banda de dementes escapados de algún manicomio, no anduvo muy descaminado y se acercó bastante a la verdad.

Aquellos moros no tomaban bebidas alcohólicas, pero un terrible vicio les había degenerado y les dominaba por completo. Era el vicio de fumar el mortífero cáñamo — el que sirve, en otras regiones para preparar el hachis, — que produce una borrachera y un sueño poblado de extrañas pesadillas unas veces y de encantadoras ilusiones, otras. No había uno solo de aquellos hombres que no tuviera los ojos vidrosos y los labios caídos, aspecto típico del fumador de kif, que es como llaman en aquella región al cáñamo índico.

La alarma había cundido ya por la Ciudad Roja, y los habitantes estaban muy

excitados, pues se habían enterado ya de que aquellos blancos, habían cruzado el Valle de los Vientos, se acercaban a la Ciudad prohibida y estaban entrando ya por la puerta grande de la ciudad.

Los muchachos oían los gritos amenazadores, agudos como chillidos de ratas, cuando los camellos se reunieron para pasar por la enorme puerta de la ciudad. Una multitud de tipos de caras patibularias se presentó luego ante ellos, chillando y gritando furiosos.

Harry y Juan miraron horrorizados, desde lo alto de su camello hacia aquellos rostros envilecidos. Todos los habitantes de la Ciudad Roja tenían cara de rata, pues sus mandíbulas eran angostas y por lo mismo, los dientes superiores se veían blanquear siempre en aquellas bocas como hocicos, cuyo labio superior parecía constantemente encogido, mientras el inferior colgaba flojo y grueso. Pero Arturo no se emocionó por eso.

Llegaron a un edificio de la ciudad que había sido refaccionado, una construccion enorme, larga y baja, rodeada de macizas columnas.

Una ancha entrada, protegida por puertas de madera negra reforzadas con grandes clavos de hierro, se abrió ante ellos y allí entró todo el grupo de hombres y camellos, gritando, forcejeando y chillando. Los guardias de la puerta tuvieron que proceder con violencia para evitar que se metiera el populacho en el vasto patio que había pasado el hueco de la entrada. Entonces se cerrarón de nuevo las puertas, que fueron aseguradas con sus grandes y sólidos cerrojos.

Arrodilláronse los camellos, y los muchachos, maltrechos y cansados, fueron descendidos de las monturas. Pusieron en una fila a los prisioneros blancos y los negros, rodeados por guardianes, fueron reunidos en un solo grupo.

Parecía que esperaba a alguien que residía en el espacioso edificio morisco que había sido construído en aquel palacio.

Reinó el silencio. Los camellos fueron conducidos a sus establos y los hombres armados se quedaron junto a los prisioneros, esperando que se abrieran las puertas del morisco edificio.

Estas se abrieron, por fin, y se presentó un hombre de corta estatura, seguido de un grupo numeroso de cortesanos con turbantes verdes y blancas vestiduras.

El de corta estatura era un anciano cuya barba blanca era tan larga que casi llegaba al suelo. Era blanco de pies a cabeza. Su turbante era de seda blanca y su investidura de blanca tela morisca, de riquísima lana.

Los cortesanos que le seguían le trataban con gran temor y grandísima reverencia, y cuando él avanzó hacia los prisioneros, los guardias se arrojaron al suelo ante él.

El anciano habló con voz suave y bien modulada. Se expresó en idioma árabe y preguntó a sus guerreros cómo habían hallados a aquellos blancos, lanzando una breve exclamación de asombro cuando se enteró de que habían penetrado en su país pasando por el Valle de la Muerte.

Miró curiosamente a Pedro Grief, que se hallaba de pié, en actitud altiva, algo delante de sus compañeros.

—¿Es ese hombre el jefe del grupo sobre el cual se nos dió aviso? — preguntó.

—Este es el hombre, Señor de los Fieles, contestó el primero de los cortesanos. — Es famoso entre los nazarenos por que ha tomado la hoja de la vida, que crece en la Montaña de Oro. Tiene muchos años de edad, y sin embargo está sano y fuerte como un joven.

Pedro Grief miró con su único ojo al pequeño anciano, pues este era el jefe supremo de la tribu de los moros, a la vez que kalifa de la Ciudad Roja. Su nombre era Abú-ben-Abú, y a pesar de su suave apariencia tenía fama de ser el más sanguinario y el menos escrúpuloso de todos los criminales cuyos nombres hayan figurado en las páginas manchadas de sangre de la historia de Africa.

—¿Y los otros? ¿Son únicamente servidores? — preguntó el kalifa.

—Ese grueso que está allí, — dijo el cortesano indicando al capitán Bones, — es un marino que sabe conducir barcos por las rutas del mar. Es muy hábil en cuestión de embarcaciones y además un hombre valeroso y terrible en la pelea.

El blanco kalifa escondió las manos, cruzándolas, en las mangas de su blanquísimo ropaje, y sonrió.

—De nada puede servirnos un marino en medio de nuestros arenales, — dijo. — Morirá.

—¡También está el hombre amarillo, Protector de Fieles! — dijo el cortesano, indicando a Tanka. — Procede del Japón, que es el reino de Nipon, situado del otro lado de los mares del este. Es un habilísimo cocinero.

El anciano sonrió con benevolencia.

—¡Puede ser que sea demasiado hábil para cocinar para nosotros! — contestó con astucia. — ¡Estos hombres que proceden del otro lado de los mares del este suelen ser muy entendidos en cuestión de venenos!

—Es un gran luchador, señor, — prosiguió el cortesano, que al parecer estaba bien informado sobre las condiciones de cada uno de los que formaban el personal de la expedición.

—¡Bien! Podrá divertirnos un poco. Le haremos luchar con nuestros leones, en el foso donde están.

Y el anciano sonrió con suma alegría, como si hubiera dicho algo muy gracioso.

Sus palabras eran comprendidas por Pedro Grief.

—Nos quedaremos con los negros. Serán útiles esclavos, — dijo el kalifa Abú-ben-Abú, mirando sonriente al grupo de prisioneros negros. — Pero los blancos morirán, excepto el que tiene un solo ojo. Los blancos son peligrosos como esclavos, y estos hombres que han tenido valor para

hacer frente a los peligros del Valle de la Muerte y vencerlos, no son hombres vulgares.

Con el viejo nos quedaremos hasta que nos haya indicado dónde está la Montaña de Oro. Entonces, él morirá. Se lo he prometido al otro blanco con el que he combinado el asunto. Nos haremos dueños de la Montaña y todas las hojas que se exporten pasarán por la Ciudad Roja y por la ruta de caravanas del norte. Tan alto será el precio de las hojas, que los que nos las compren pagarán su peso en oro, en la puerta de nuestra ciudad.

Todo este plan de robo lo explicó el kalifa mientras pasaba por delante del grupo de prisioneros, mirándolos con sonriente benevolencia, como un campesino pudiera recorrer la fila de caballos ofrecidos en venta, observándolos para ver cual le conviene.

Comprendió Pedro Grief que Luis Coffin y sus secuaces habían estado nuevamente en actividad. Sabían que la ruta de la expedición pasaba por cerca del territorio donde el kalifa de la Ciudad Roja reinaba mediante el terror. Habían combinado su negocio con el kalifa, que había puesto a sus hombres a vigilar todos los pasos. Casi le había parecido inútil enviar guardias al camino del Valle de la Muerte, pues consideraba imposible que hubiese hombres capaces de pasar por aquella mortífera garganta.

Sin embargo, el milagro se había realizado y sólo por casualidad una partida de ojeadores había dado la alarma.

—¡Llevenles a la prisión! — dijo el kalifa. — El día se está poniendo caluroso y voy a retirarme a dormir.

Se volvió, dirigiéndose a la puerta de su palacio, seguido de sus cortesanos cara de rata.

Los prisioneros fueron conducidos por un oscuro túnel que terminaba en el interior de la pirámide.

Sus captores alumbraron el túnel con antorchas mientras avanzaban descendiendo por un inclinado pasaje que, según manifestó Arturo, se parecía al acceso de una estación del tranvía subterráneo de Londres. Se vieron, por fin, en un salón cuadrilongo, situado en el mismo corazón de aquella masa de piedra. En un tiempo, aquel salón debía haber sido la cámara sepulcral de la pirámide.

No se veía puerta que cerrara el acceso a aquella cámara. Los muchachos vieron que Crippen tocaba la pared del pasaje antes de entrar. En cuanto todos los prisioneros estuvieron dentro, el carcelero retrocedió y suavemente y sin hacer ningún ruido, una hoja de piedra enorme se deslizó lateralmente y cerró el hueco, dejando a los prisioneros bien encerrados.

Los negros, desesperados y anonadados, se esparcieron junto a las paredes, sentándose en el suelo y apoyando la espalda al muro, en la actitud de la más completa tristeza.

Pero los blancos no querían dejarse vencer por la desesperación. Comenzaron a trabajar en el sentido de quitarse las cuerdas que les sujetaban.

Tanka mordió con los dientes la cuerda que ataba los brazos y la cintura de Arturo. Tenían muchos nudos. Pero entre las muchas habilidades de Tanka estaba la de saber desatar los nudos con los dientes. Poco tiempo pasó antes de que las cuerdas que sujetaban a Arturo estuvieran desatadas. El joven se libró de ellas y comenzó a desatar a sus compañeros.

No faltaba soga cuando los prisioneros estuvieron desatados, pues sus captores les habían atados los brazos con trozos larguísimos de cuerda de pelo de camello.

Arturo, viendo que sus amigos los negros estaban tristes y afligidos, fué a donde estaban agrupados casi todos y les habló, tratando de hacerles reir, mientras les desataba. No pudieron resistir al contagio de la risa de Arturo. Dijeron varios de entre ellos que Magamaumtumtum, "el que hace música con la boca", era un comedor de leones que no tenía miedo y que tal vez encontraría el modo de sacarles de aquella oscura y terrible prisión.

Uno o dos de los negros se rieron, dejando ver sus dientes blancos y relucientes.

Arturo se sintió muy contento ante semejante resultado.

—¡Así me gusta oirles hablar! — dijo. — Ustedes no deben dejar de sonreir y de confiar en Arturo. Arturo les va a indicar el modo de salir de esta cueva, tarde o temprano, y entonces le daremos una excelente lección a mi querido amigo Crippen. !Ya le enseñare a pegarme con el látigo, tratándome como a un trompo de esos que se hacen bailar a latigazos!

El día transcurrió para los presos, con una lentitud abrumadora, En la oscuridad perdieron toda idea de tiempo y los relojes les habían sido quitados por los moros. Pero juzgaron que debían ser como las seis cuando la enorme hoja de piedra que cerraba la prisión se deslizó de nuevo, dejando ver a Crippen y a un numeroso grupo de ayudantes armados, con hombres que conducían enormes ollas de cobre con una pasta farinácea que, según dijo Pedro Grief, se llamaba alcuzcuz y estaba preparada con harina y miel.

Pusieron las ollas en el suelo de la prisión, junto con varios grandes cántaros de agua.

Se retiraron entonces los carceleros colocando antes nuevas antorchas en los huecos abiertos especialmente para eso, en las losas de granito que formaban el pavimento.

—Bueno; esto nos demuestra una cosa, — dijo Arturo oliendo el humeante alcuzcuz,— y es que no se proponen matarnos de hambre La verdad es, sin embargo, que en vez de esto preferiría una taza de café y tres o cuatro buenas rebanadas de rosbif.

Tuvieron que comer de las ollas con la mano y emplear la lengua, en lugar de servilleta para limpiárselas. Pero aun cuando no muy sabroso, el alcuzcuz no era repugnante y todos tenían hambre.

Mientras comían, discutieron sus planes de evasión.

El capitán Bones se declaró partidario de atropellar a los guardianes la próxima vez que se presentaran con la comida, y desarmarlos. Después se apoderarían del palacio y harían prisionero al kalifa.

Pero Pedro Grief movió negativamente la cabeza al oir ese plan.

—Si intentáramos semejante cosa nos matarían en seguida, capitán, — dijo. — Con seguridad hay fuera, una cantidad enorme de fuerzas. Debe usted haber notado que ese tipo al que Arturo llama Crippen no le dió ninguna importancia al hecho de que nos hubiéramos desatado. El sabe perfectamente que estamos atrapados aquí como ratas en una trampa. Debemos esperar y ver que es lo que sucede.

No sucedió nada hasta las diez de la noche, cuando los presos se habían tendido ya enel suelo, y procuraban dormir.

Entonces la enorme piedra se movió de nuevo y los blancos se levantaron cuando, a la luz de las antorchas, Luis Coffin, Oliveira, el capitán Otto Schneider y el miserable Jabez Sleek aparecieron seguidos de un grupo numeroso de guardias armados.

Lus Coffin avanzó, miró a los prisioneros, y se sonrió burlonamente.

—¿Así que aquí están ustedes, señores? — dijo con toda suavidad... — ¡Todos en salvo! ¡Han caído ustedes en nuestra trampa tal como nosotros lo deseamos!

—¡Ji! ¡Ji!

Así se rió Jabez Sleek, que se había quedado en segundo término.

—¡Es inútil señores, que intenten luchar contra nosotros! — dijo Luis Coffin con calma. — Nosotros somos podeross. Tenemos amigos en todas partes y ustedes están perdidos. No llegarán nunca a la Montaña de Oro, y sus vidas se pudieron dar por perdidas desde que pisaron el territorio del kalifa. Ustedes han penetrado en la tierra prohibida y ningún hombre, que no sea amigo del kalifa, sale de esta tierra una vez que ha entrado en ella. Barrasford y su expedición penetraron aquí y no se volvió a saber nada más de ellos. Barrasford fué ahorcado en esta misma cueva. Brussilof, el ruso, trató de explorar este mismo país. Le crucificaron cabeza abajo, fuera de las murallas de la ciudad. Lo siento mucho por ustedes, señores, porque ustedes corren peligro de que les suceda lo mismo.

El capitán Bones avanzó resueltamente

—¡Canalla! — exclamó.

Pero Pedro se interpuso.

—¡Silencio, capitán, haga usted el favor! — dijo.

Entonces se volvió hacia Luis Coffin.

—Desde que usted parece todopoderoso aquí, señor Coffin, — dijo, — ¿tiene usted alguna oferta que hacernos?

—Una sola, — contestó Luis Coffin. — Si usted nos guía hacia la Montaña de Oro, salvará la vida usted solo. Pero el resto de su expedición debe morir.

Pedro hizo un gesto de desprecio.

—El pricipal propósito de mi expedición, — dijo, — no es ni ha sido nunca hacer dinero explotando la hoja de oro. Hay en ella una fortuna, sin embargo. Pero el primordial objeto es obtener una pequeña cantidad de hojas, con las cuales salvarle la vida a la madre de estos dos muchachos, — e indicó a Juan y a Harry.— Si no logramos llegar a Inglaterra con un puñado de hojas ante de que finalice este año, la madre de estos muchachos morirá. Un puñado de hojas puede salvarle la vida. Si usted puede lograr que el canalla de barba blanca nos deje en libertad y nos permita volver con un paquete de hojas, ustedes podrán hacer lo que quieran de las restantes. Le dejaré todo para usted en cambio de la vida de mis fieles negros y de mis compañeros.

Pero Luis Coffin movió la cabeza y un destello de astucia brilló en sus ojos.

—No conviene que el secreto del camino de la Montaña de Oro sea conocido por muchos, — dijo. — Aquí dentro usted y su gente están seguros. Fuera, son ustedes más de cuantos podríamos dominar fácilmente. Aun no le he perdonado lo que pasó en el territorio wonga. A esos muchachos los necesito yo.

E indicó a Arturo, Juan y Harry a los guardias, que se apoderaron de ellos.

El capitán Bones, Pedro y Tanka, avanzaron, pero se vieron, en seguida, amenazados por una docena de rifles.

Arturo seguía muy alegre.

—No tema por nosotros, señor Grief, — dijo. — El viejo Coffin aquí presente presume que tiene todo arreglado. Pero a nosotros se nos importa muy poco el viejo Coffin. Ya ha intentado otras veces salirse con la suya y no lo ha conseguido.

—¡Esta vez lo conseguiré, joven! — dijo Coffin con furia reconcentrada, mientras los tres muchachos selían de la prisión entre los guardias. — El kalifa ha escogido a ustedes tres muchachos, para algo así como un sacrificio. El kalifa ha estado delicado de salud recientemente y cuando se siente mal, siempre hace sacrificios al sol. Cree que tres muchachos como ustedes constituirán un aceptable sacrificio. Así que pueden despedirse para siempre de sus amigos.

Los muchachos fueron empujados rápidamente por el pasillo y poco fué lo que tardaron en verse fuera de la pirámide

Silenciosamente, los guardias les hicieron salir del palacio del kalifa y seguir por las desiertas calles.

Ni un alma se veía en las calles, mientras ellos se dirigían por un oscuro laberinto de avenidas por donde las ratas corrían en todas direcciones. Llegaron a un espacio abierto, especie de plazoleta y, mirando hacia arriba vieron la enhiesta mole de la magnífica columna de estilo corintio que se elevaba en la claridad ténue del cielo estrellado.

—¿Nos va a hacer subir al monumento para que veamos el panorama? — preguntó Arturo muy contento.

Luis Coffin gruñó.

—Sí; le vamos a llevar allá arriba, — dijo.

—Entonces supongo que una vez arriba nos arrojará usted abajo, ¿no? — dijo Arturo, con toda amabilidad.

—¡Oh! ¡Eso sería demasiado simple! — replicó Luis Coffin mientras los muchachos entraban por la puerta que había al pie del monumento y estaba custodiada por un par de soldados. — Eso sería muy simple, mi joven amigo. Ustedes serán encadenados en la parte alta de esta columna, sacrificados al sol. Serán encadenados boca arriba, de modo que puedan mirar al sol. Mañana a medio día estarán tostados y quemados de cabeza a pies; al ponerse el sol estarán locos furiosos, y a la mañana siguiente, los buitres les picarán los ojos y los comerán a pedazos. Entonces el kalifa se pondrá mejor de su dolencia.

El pequeño grupo de aventureros fué guiado por una escalera en espiral que conducía hasta lo más alto de la columna, donde fueron tendidos de espaldas con cuatro sogas cada uno a cuatro anillas de hierro que había empotradas en la piedra rojosangre del capitel granítico del monumento.

Entonces, con risa burlona. Luis Coffin se volvió, con un pié en el último escalón.

—¡Deseo a ustedes muy buenas noches, jóvenes!

Arturo se estiró, atado e impotente, y miró a las estrellas.

—¡Váyase de una vez, asqueroso personaje! — dijo con desprecio. — Nosotros no tenemos miedo a la muerte. A nosotros no nos da miedo morir. ¡A usted sí! ¡Cobarde!

Coffin se detuvo un momento, como si tuviera intención de ir a dar un puntapié a los postrados jóvenes.

Pero el valor de los muchachos era demasiado para él. Oyó a Harry y a Juan que se reían, mirando tranquilamente hacia el cielo.

Entonces se retiró, dejándoles entregados a su triste destino.

Arturo se rió cuando se oyeron los pasos de aquel hombre que descendía lentamente la escalera.

—¡Creo que le he dicho lo que se merecía! — exclamó. — Ahora, muchachos, estamos en un verdadero aprieto, pero no hay que descorazonarse por eso. No puedo tocar un poco de música por que tengo las manos atadas y no puedo sacar la flauta del bolsillo. Pero vamos a tratar de pasar la noche entretenidos diciendo charadas y acertijos.

Y bromeando así, a pesar de toda la angustia que sentía, el valeroso muchacho sostuvo el ánimo de sus compañeros, mientras los tres esperaban su segura y cruelísima muerte.

EL RESCATE

Durante más de una hora, las víctimas del kalifa de la Ciudad Roja permanecieron tendidos boca arriba en la plataforma de piedra que constituía la parte superior de aquella alta columna de muerte.

Los muchachos sabían qué era lo que les iba a pasar. En aquel momento hacia fresco, y la humedad de la noche les refrescaba el rostro.

Pero cuando saliera el sol comenzaría la tortura. A las ocho de la mañana estarían sudando copiosamente. A las nueve tendrían la piel tostada e irritada por el sol tropical. Antes del mediodía, la tortura de la sed habría comenzado y con ella la angustia producida por la insolación. Quizás pudieran sobrevivir a toda la tortura del primer día y pasaran una segunda noche en la elevada plataforma, a doscientos pies del nivel del suelo.

Pero a la mañana siguiente se presentarían los buitres voraces que habrían esperado su muerte en las montañas cercanas de la Ciudad Roja. Les picarían los ojos y les arrancarían la carne a girones, hasta dejar los huesos blanqueando al sol. Y por fin, los esqueletos libres de ataduras, serían esparcidos y arrojados por los buitres, que se pelearían por ellos, a las calles que rodeaban a la columna.

Allí estaban los tres atados boca arriba, sin poder moverse.

Arturo no quería dejar a sus dos compañeros ni el menor tiempo para pensar en su desgracia. Conversó sin cesar, diciendo cosas graciosas y contando cuentos humorísticos, mientras contemplaban el cielo de intenso añil,tachonado de estrellas, que se extendía sobre ellos.

—¡Este sí que es un caso verdaderamente curioso! — decía Arturo. — ¡La ocurrencia de ese viejo canalla de Abú-ben-Abú ha sido buena! ¡Mandarnos a todo lo alto de este manumento porque cree que sacrificándonos al sol él se va a curar el dolor de estómago! ¡Crean, muchachos, que si salimos de esta con vida, le voy a dar un golpe tal a ese viejo bandolero en la punta de la mandíbula, que le va a curar radicalmente todos los dolores de estómago.

Hubo un momento, muy breve, de silencio.

—¡No se desanimen ni se desesperen, muchachos! — prosiguió Arturo casi inmediatamente. — Tengo el presentimiento de que vamos a salir perfectamente de este antiguo monumento. No debemos olvidarnos del amigo Robbí, el muchacho salvaje de la selva ni de Tutú, su leopardo. Cuando nos tomaron prisioneros, los dos desaparecieron. Hay que tener en cuenta que Rob y Tutú son elementos de fuerza. Casi estoy seguro de que van a sospechar que estamos metidos en esta ratonera.

Acababa Arturo de pronunciar esas palabras cuando del conjunto de techos de la

dormida ciudad llegó hasta ellos el canto de una lechuza.

No era muy fuerte, pero en el silencio de la noche se oía con toda claridad.

—¡Tú-jú! ¡Tú-jú!

Arturo aguzó el oído.

—¿No les dije, muchachos? — manifestó con gran satisfacción. — ¿No les dije? Ese es Robbí, que anda en busca de nosotros. Está llamando a su buen amigo Arturito. Con seguridad que el simpático leopardo no anda lejos. Oigan ustedes ahora.

—¡Tú-jú! ¡Tú-jú! ¡Tú-jú!

El canto de la lechuza se oyó de nuevo, tres veces seguidas.

—Este ha sido el llamado indicando peligro de noche, muchachos, en el lenguaje secreto convenido entre Robbí y yo, — dijo Arturo triunfante. — Ahora oigan ustedes como sigue la conversación. Escuchen cómo le contesto yo: ¡Tu-jú! ¡Tu-jú!

Las melancólicas notas surgieron de los labios de Arturo, extendiéndose sobre la dormida ciudad.

—Eso ha querido decir que yo estoy cerca, — explicó el joven. — ¡Tu-jú! ¡Tu-jú! — agregó. — Y esto otro ha indicado que estoy en peligro, — volvió a explicar. — Ahora, — prosiguió Arturo, — voy a enterar al viejo Robbí de dónde estoy. Este llamado le hará mirar hacia arriba, al punto más alto que se encuentre al alcance de su vista. Es la misma señal que haría él para llamarme, si se hallara en peligro en la cumbre de una montaña.

Arturo no podía llevarse los dedos a la boca por la sencilla razón de que se hallaba como estaqueado y tenía las muñecas sujetas a las anillas sostenidas con ganchos de hierro a la roca de la plataforma de la columna.

Pero ningún chico callejero de Londres puede silbar, con auxilio de los dedos, más fuerte de lo que silbaba Arturo sin hacer uso de ellos.

Respiró dos o tres veces profundamente, para llenarse los pulmones de aire.

Después, lanzó un silbido que resonó sobre la dormida ciudad como el llamado del Angel Exterminador. Repercutió en los grandes pórticos de columnas de los ruinosos templos. Vibró en los espaciosos y vacios salones de los palacios deshabitados y resonó sobre las cabañas de muros de adobes que se amontonaban como nidos de avispas en torno de los viejos edificios, haciendo que más de un habitante de la Ciudad Roja se volviera intranquilo en su lecho de tiras de cuero y echara mano de su manojo de amuletos contra los malos espíritus.

El silbido fué modulado y largo como una frase y constituyó un sonido penetrante y agudo. Resonó en las abruptas montañas situadas más allá de la ciudad manchada de sangre, y repercutió una y otra vez, asustando a los buitres que dormían en las altas rocas y despertando al viejo y blanco kalifa en su dormitorio del palacio donde vivía.

El kalifa masculló una plegaria y tomó con ambas manos una serie de amuletos. Volvióse tres veces de cara a la Meca y tembló, muerto de miedo.

—Los malos espíritus andan vagando esta noche por la ciudad, — murmuró. —Con seguridad ha sido Mufer-az-Din, el Angel Silbador, el que acaba de pasar por encima de la ciudad. ¿Será posible que haya seguido un mal consejo encerrando a esos ingleses? Son hombres terribles, cuyos puños pegan golpes como martillazos. Siempre he oído decir a los hombres sensatos que no es bueno meterse con los ingleses. En cuanto amanezca voy a conferenciar con mis consejeros. Tal vez convenga cambiar de actitud.

Con estos buenos propósitos el kalifa se dió vuelta entre los almohadones de su lecho y volvió a dormirse. Tal vez hubiera dado orden de soltar a los tres muchachos, desatándolos de la plataforma de la columna inmediatamente, si no hubiera tenido miedo de levantarse de la cama e ir a dar las correspondientes órdenes a los guardias.

Los dos centinelas apostados ante la puerta de entrada, al pie de la columna, oyeron también el extraordinario llamado.

Estaban jugando a una especie de juego de dados, tratando de ganarse el uno al otro la paga de un mes. Como el sueldo que cobraban era insignificante, no era mucho lo que jugaban. Pero estaban embebidos en sus jugadas cuando sonó el horrísono silbido procedente de lo alto del capitel de la columna, a doscientos pies arriba de ellos.

El silbido llegó por el hueco de la escalera espiral que daba acceso a lo alto de la columna y se metió en el cuartucho donde estaban jugando los centinelas.

Se pusieron de pié de un salto, haciendo los signos místicos con que los moros creen espantar a los malos espíritus y evitar las malas influencias de los ifrits, los guls, y otros fantasmas del infierno.

Aquellos dos centinelas eran dos ciudadanos que no pensaban que verter sangre fuera cosa de importancia ninguna. Si acaso tenían algo que se pareciera a lo que se denomina conciencia, era, en ellos, tan reducida, que casi no se la podía tener en cuenta. Habían cometido crímenes en más de cien ocasiones, obedeciendo a órdenes de su infame jefe, y hubieran asesinado a media docena de hombres cualquier mañana, antes de tomar el desayuno, sin que semejante tarea les disminuyera en lo más mínimo el apetito.

Pero las rodillas les temblaban cuando oyeron aquel silbido.

—¡Ay! — exclamó uno de ellos, dirigiéndose al otro. — ¡Satanás ha salido esta noche a pasear en su caballo negro! Recuerde que Mufer-az-Din el Angel Silbador de la Muerte vuela siempre delante de él. La desgracia se precipita sobre la ciudad. ¡Por la sombra de Alá, su serenísima alteza el kalifa Abú-ben-Abú ha tocado el cofre de plomo!

Con esta frase el centinela quería decir que el kalifa había apostado su dinero a un caballero que no iba a ganar, cuando redujo a prisión al grupo de ingleses y a sus servidores.

—Tenga en cuenta, Alí — prosiguió el centinela mirando hacia el alto capitel de la columna, — que esos ingleses llegaron cruzando el Valle de la Muerte. Hicieron frente a los vientos y los vencieron. Han cruzado por entre los gases mortíferos, que

son el aliento de los dragones que viven en lo profundo del valle. No tienen miedo y deben poseer eficaces amuletos contra el mal y contra sus enemigos. Recuerde cómo esos muchachos barbilampiños se reían y se burlaban cuando los subíamos a la columna de la muerte. Mañana mirarán al disco del sol con ojos como los de las águilas. No morirán. Van a causar grandes trastornos en la ciudad. ¡Maldito sea el que aconsejó al kalifa que procediera con esa gente!

En lo alto de la columna. Arturo, después de haber lanzado su largo silbido pidiendo socorro, esperó plácidamente.

—Ya verán, muchachos, — dijo — como Tinker y Pedro llegarán pronto. ¿No han leído las hazañas de Sexton Blake?

—¡Ya lo creo! — contestaron en seguida los dos hermanos.

—Pues bien: figúrense que yo soy Sexton Blake, el famoso detective y que Robbi es Tinker y el leopardo es Pedro y tendrán ustedes una aventura de Sexton Blake en acción, — dijo Arturo, riendo. — Aun cuando me parece que Sexton Blake no se vió nunca en una situación tan deplorable como ésta en que nos hallamos ahora nosotros.

Los muchachos volvieron a mirar a las estrellas y a escuchar en medio del más intenso silencio.

—¡Tu-jú! ¡Tu-jú! ¡Tu-jú! Tu-jú!

Cuatro veces resonó el canto de la lechuza sobre la silenciosa ciudad.

—¡Esto va bien! — dijo Arturo tranquilo. — Tinker se aproxima. Ya se ha enterado de dónde estamos nosotros.

Y Arturo dirigió una guiñada a una estrella que pareció contestarle titilando en el firmamento.

—¡Esa es mi estrella de suerte, aquella que está allá arriba, muchachos! — dijo. — Me parece que algo va a pasar dentro de poco si acaso hay algún hombre al pie de este viejo monumento. ¡Ah! ¡Escuchen!

Procedente de la base de la columna creyeron oir los muchachos un grito ahogado. Se oyó después un pesado golpe, como el de la caída de un cuerpo humano al suelo. ¡Y nada más!

—¡Estoy por decir que a alguien le han dado pasaporte! — dijo Arturo muy satisfecho. — ¡Paciencia, señores y gentiles hombres, ya llega el esperado socorro! ¡Me parece oir el sonido de las trompetas del duque resonando más allá de la selva!

Arturo, al pronunciar sus humorísticas frases estilo antiguo, decía la verdad.

Los dos centinelas de la base de la columna estaban mirando hacia la cúspide y por eso no vieron a un hombre vestido de blanco y a un leopardo sigilosos ambos y si-

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . .

lenciosos como sombras, que surgieron de una vecina calle y se dirigieron al pie del monumento.

Robbí saltó hacia adelante al mismo tiempo que soltaba al leopardo. Cada uno escogió su víctima. El reluciente cuchillo de Rob se hundió en la espalda de uno de los centinelas. El golpe fué mortal.

Tutú mató más silenciosamente todavía. De un salto, como el de un enorme gato, hendió el aire con la rapidez del relámpago y de una sola dentellada desnucó a su víctima.

En seguida se metió por la estrecha puerta de la columna y desapareció escalera arriba con velocidad extraordinaria.

El leopardo estuvo en la plataforma de lo alto de la columna antes que Robbí, saltando entre los postrados muchachos, tocándoles suavemente con sus manos aterciopeladas, laméndoles el rostro con su áspera lengua y ronroneando para hacerles comprender lo contento que estaba, de volverles a ver.

—¡Eh! ¡Quieto, amigo Tutú! — dijo Arturo. — ¡No te entusiasmes! La plataforma no tiene barandilla y si te caes a la calle, lo vas a pasar mal, aun cuando tengas siete vidas como los gatos. ¡Ah! ¡Aquí está el amigo Rob! — agregó. — ¡Nuestro buen amigo Rob!

Con un grito de alegría, Robbí apareció por el hueco de la escalera y se detuvo al ver a sus amigos.

—¡Yo contento! — fué todo cuanto pudo decir. — ¡Yo muy contento!

Y con su cuchillo cortó las cuerdas que sujetaban a los muchachos a las anillas de hierro

—¡No estará usted ni la mitad de contento que nosotros, amigo Rob! — dijo Arturo. — Ha llegado a tiempo para sacar a Arturo y a sus compañeros de una feísima situación. ¿Qué hizo usted con los centinelas que estaban en la puerta de abajo?

—¡Los maté! — dijo Rob con los ojos relucientes. — Yo maté a uno; Tutú mató al otro. Los dos muertos.

—No se ha perdido gran cosa, — dijo Arturo.

Y en seguida comenzó a conversar con Rob en el lenguaje en que los dos se entendían.

Los otros dos muchachos pasearon por la plataforma, acariciendo a Tutú y moviendo piernas y brazos para desentumecerlos. Escucharon la conversación de Arturo y Rob pero no entendían una sola palabra de lo que decían.

Pero Arturo entendió con toda claridad lo que Rob le contaba.

Al cabo de un rato se volvió hacia Juan y Harry.

—Robbí ha hablado bien, — dijo. — Me parece que, gracias a él, toda la expedición va a salir con bien de esta cueva de bandidos. ¿Qué les parece, muchachos?

—Qué nos parece, ¿qué? — preguntó Harry.

—Por lo pronto, Rob ha sacado del Valle de la Muerte los rifles y la munición y está todo en un zanja, cerca de las murallas de la ciudad, en este momento.

—¿Cómo pudo hacer eso? — preguntó Harry.

—Sucede, contestó Arturo. — que Rob tenía amigos en esta infame ciudad, y uno de ellos es un tal Tif-el-Ulúk, que piensa que debe ocupar el trono, sustituyendo al viejo Abú-ben-Abú. La otra noche, cuando nos tomaron prisioneros, ese señor Tif estaba entre los que nos apresaron. Cuando trató de apoderarse de Rob, el leopardo le miró amenazador y Rob llamó a Tutú.

"Entonces Tif reconoció a Rob y se fueron los dos juntos, con Tutú, a un sitio tranquilo y oscuro donde él tenía un grupo de camellos y otro grupo de amigos leales. Tif y Rob charlaron largo rato. Rob le enteró de todo y le dijo a Tif que si sacaba nuestras armas de donde las habíamos dejado, nosotros le ayudaríamos a atacar al kalifa y a echarlo a puntapies de su trono. ¿Van comprendiendo?

—¡Ya lo creo! — contestó Harry. — ¿Pero cómo vamos a meter las armas en la prisión de la pirámide, donde están encerrados los nuestros?

Arturo se sentó en el suelo y pasó el brazo por el cuello del leopardo. Entonces hizo una intencionada mueca y miró sonriendo a sus dos compañeros que le miraban impacientes por saber más.

—El Caso es que Tif, — dijo Arturo, — está al tanto de cosas que ignora el viejo kalifa. ¿Recuerdan ustedes la piedra que se desliza y tapa la entrada a la prisión de la pirámide?

—Sí, — dijeron los dos muchachos con gran interés.

—Pues bien: esa no es la única piedra que se desliza que hay en la Ciudad Roja. Existe un pasadizo entre el salón donde nuestros compañeros están presos y el foso que hay fuera de la muralla, y Tif sabe cómo se hace funcionar.

"Tif es un gran tipo. Sabe una porción de cosas y poco antes del amanecer estará en el foso con un grupo de amigos suyos, para enseñarnos el camino. La cosa no puede ser más fácil. Tif y sus amigos nos acompañarán por el pasaje secreto al interior de la pirámide y nosotros llevaremos las armas y la munición a nuestros compañeros antes de la hora del desayuno.

"Entonces, cuando el viejo Crippen, el carcelero, junto con sus hombres, abra la puerta de la prisión para entrar la comida, en lugar de hallarse con un grupo de indefensos prisioneros blancos y negros, se encontrará ante un grupo de valientes armados de rifles.

"El viejo Crippen y su gente se llevarán una buena sorpresa. La expedición saldrá de la pirámide y sorprenderá a los guardianes. Se apoderará del kalifa antes de que haya terminado de tomar su café con leche, y lo colgará de la torre más alta de su palacio. Entonces Tif será proclamado kalifa y nosotros nos alejaremos de esta ciudad enteramente libres. ¿Qué les parece el plan?

—Parece bueno, — dijo Juan, pensativo. — Pero, ¿para qué existe ese pasaje del foso de la muralla al interior de la pirámide? Y si ese señor Tif-el-Ulúk lo conocía, ¿por qué no lo ha aprovechado hace tiempo para meterse por él, en el palacio del kalifa.

—En primer lugar, podía entrar en la pirámide pero no en el palacio, y luego, el hombre tiene algunos partidarios capaces de

seguirle, pero no muchos, — dijo Arturo. — En la ciudad hay mucha gente que quisiera ver al actual kalifa arrojado del trono, pero no se siente con valor para tomar parte en un revuelta contra él. No tienen energía suficiente.

"En cuanto al pasaje secreto que va a la pirámide, es cosa de los antiguos sacerdotes egipcios, que no tenían nada de tontos. Cuando moría un rey depositaban el cadáver en la cámara de la pirámide. Colocaban grendes sellos en la entrada, para demostrar que ya no podía entrar ni salir nadie de aquel recinto, y poco después sacaban el cadáver por el pasaje secreto que da al foso de la ciudad.

"Así, cuando moría otro rey y los sacerdotes iban a depositarlo en el interior de la pirámide, el pueblo veía que el cuerpo del anterior ya no estaba allí, y creía, porque se lo decían los sacerdotes, que al otro rey le habían nacido alas y había volado a través de los gruesos muros de piedra de la pidámide a la región de los bienaventurados. Esto daba al pueblo la idea de que sus reyes no eran hombres como los demás sino de una clase extra especial, que no moría, que sencillamente pasaba por la pirámide para ir a residir a otras tierras. Esto hacía qu el pueblo contemplara a sus reyes como seres sobrenaturales, y así no había socialistas ni gente descontenta cuando pasaba el recaudador a cobrarle la contribución.

Los muchachos inclinaron la cabeza indicando que se habían enterado de lo dicho por Arturo. Comenzaban a sentirse enterados de los misterios de la Ciudad Roja.

—Bueno, muchachos, — dijo Arturo, — Rob dice que se acerca la hora de descender de estas alturas. Toda la ciudad sabe que nosotros estamos aquí arriba. Pero no nos conviene que se sepa muy pronto que nos hemos escapado esta noche. Por eso, dos amigos de Tif van a quedar de centinelas junto a la puerta ocupando el sitio de los extintos guardianes, y nosotros tenemos que subir los cuerpos, que están abajo, a esta plataforma, de modo que el populacho vea cómo acuden los buitres por la mañana, y suponga que han venido en busca de nosotros.

Descendieron por la largo escalera hasta el pie de la columna, donde hallaron los cuerpos de los centinelas.

Fué una desagradable tarea la de subir a los dos cadáveres a la plataforma y los muchachos suspiraren contentos cuando dieron por terminada, dejándolos a merced de los buitres que acudirían por la mañana.

Cuando volvieron nuevamente al pie de la columna, hallaron a Robbí en conversación con dos hombres vestidos de blanco que habían tomado los fusiles de los centinelas y ocupado su puesto.

Eran éstos dos amigos de Tif-el-Uiúk el pretendiente al sangriento trono de la Ciudad Roja, y, como Arturo lo dijo, la belleza de su rostro no podía constituir su fortuna.

—¡Tienen el mismo tipo qu los criminales que he visto en el tribunal de Old Bailey, en Londres! — comentó Arturo con franqueza.

Pero Robbí no les dejó contemplar mucho tiempo a los dos que se habían hecho cargo de la vigilancia del monumento.

Hizo que los muchachos se vistieran con la ropa que, para ellos, habían traído aquellos dos partidarios de Tif-el-Ulúk, y que consistía en blancos albornoces con capucha, como los que llevaban todos los habitantes de la Ciudad Roja. Después, con rápido paso, guió al pequeño grupo por las estrechas calles de la mugrienta ciudad.

Era un verdadero laberinto, pero Rob parecía conocer perfectamente el camino, como si fuese un viejo habitante de la ciudad.

—Por suerte para nosotros, no hay policemen en esta ciudad, — dijo Arturo en voz baja, mientras caminaban. — El viejo kalifa es decidido. No necesita policía por la noche porque ha dictado un decreto según el cual a todo aquel a quien vean por la calle, una vez puesto el sol, le mataran donde se le encuentre. De este modo, la gente se queda en casa. Además, no tienen a qué salir por la noche, los habitantes de esta ciudad. ¡Si no hay en ella ni siquiera un solo cinematógrafo!

Con paso seguro, Rob les guió hacia las murallas de la ciudad. Pudieron distinguir la enorme mole de piedra alzándose imponente ante ellos, los sucios recovecos donde vivía la población parásita, construídos en el mismo borde de las gruesas murallas procedentes de una antiquísima y desaparecida civilización.

Ante la rústica puerta de una de aquellas casuchas se detuvo Robbí. Golpeó suavemente, sin hacer casi ruido ninguno.

Se oyó rumor de voces, procedente del otro lado de la puerta, y el ruido de unos cerrojos que eran descorridos.

Rob pronunció en voz baja la palabra de contraseña y abrió la puerta un hombre mal encarado como todos los demás habitantes de aquella ciudad de viciosos y degenerados. Retrocedió al ver al corpulento leopardo, que movía la cola con enojo, excitado por los olores de la ciudad y por todo lo que veía.

Se comprendía que Tutú estaba excitado por el olor de todos aquellos hombres sucios, por el acre vaho de las calles y por los vapores que salían de las cocinas. Los ojos del leopardo brillaban como luces verdes, verdaderas bolas de fuego.

Rob dijo al hombre algunas palabras tranquilizadoras. Tomó a Tutú por el cuello y le habló al oído. Después sacó del bolsillo una bola de pasta, del tamaño de una ciruela, y se la dió al leopardo, que se la tragó en seguida.

—El viejo Tutú se está poniendo demasiado excitado. — dijo Arturo, mientras entraban en aquella casa donde reinaba la obscuridad más completa. — El haber dado muerte a aquel hombre, el pie de la columna lo ha puesto nervioso. Los olores de la ciudad pueden hacerlo peligroso. Tutú no es amigo de las ciudades, pues está acostumbrado al bosque. Por eso Rob le acaba de dar una píldora calmante, para que esté más tranquilo.

Cruzaron por el interior de la casa. Rob no soltó ni un momento al leopardo que gruñía descontento al hallarse entre paredes habitadas por hombres. Para el leopardo, toda casa era una trampa o una prisión,

y por eso se veía un terrible fulgor en sus grandes ojos.

Pero pronto la píldora opiada que Rob le había administrado comenzó a hacerle efecto. Se puso muy tranquilo y muy tratable cuando Rob le acercó a mirar por una ventana por lo que se distinguía la parte de fuera de la muralla de la ciudad.

Se comprendía que el plan de Tif-el-Ulúk tenía importancia y había cundido. El dueño de aquella casa tenía media docena de secuaces, todos ellos armados hasta los dientes, en un extremo de la habitación. De una fuerte barra de hierro que cruzaba la ventana de lado a lado, colgaba una escala de cuerda que se balanceaba del lado de fuera de las enormes murallas que circundaban la Ciudad Roja.

Los muchachos miraron por aquella ventana y a la suave luz de las estrellas vieron que, en aquel punto, las grandes piedras de la muralla se habían desmoronado mucho tiempo atrás. La muralla no era allí tan alta como en otros sitios de la ciudad y a unos veinte pies de aquella ventana se veía amontonada una cantidad de enormes piedras cuadrilongas que tendría cada una el tamaño de un coche de tranvía.

Esas piedras debían haber sido conmovidas hacía tiempo por algún terremoto o cosa parecida,, pues no se concebía que las hubiera movido la fuerza del hombre sin adecuados aparatos.

No cabía duda de que de las ventanas de las casas iban a descender los conspiradores al foso que rodeaba a la ciudad, sin necesidad de pasar por la custodiada puerta.

—¿Qué hacemos con Tutú? — preguntó Juan, asomándose a la ventana y viendo el extremo de la escala de cuerda.

—¡Oh! ¡No hay que apurarse por él! — exclamó Arturo. — No se preocupen del viejo leopardo, pues es capaz de saltar de la altura de veinte pies y caer de pie, con las cuatro patas juntas, en una bandejita de las de servir el té.

Juan se inclinó hacia la oscuridad, se tomó de la escala y comenzó a descender. Sintió un escalofrío cuando se hallaba casi al final del descenso, temeroso de que el plan hubiera podido ser descubierto. Pero abajo no había nadie, en la oscuridad, y uno por uno, sus compañeros y los conspiradores, descendieron, como él lo había hecho, desde la ventana.

Robbí fué el último que descendió. Después silbó suavemente y dando un magnífico salto. Tutú fué de la ventana a la superficie de una de las piedras caídas con la agilidad de un gatito.

El grupo descendió por un costado de aquel montón de mampostería caída, hasta el fondo del foso que rodeaba a la ciudad. Estaba seco y obstruído por montones de escombros.

Uno de los hombres a quienes habían hallado en la casa se puso al frente del grupo, guiándolo.

El foso estaba desierto y no se oía ruido ninguno procedente de las silenciosas y altas murallas de la Ciudad Roja, mientras se encaminaron a la entrada secreta por donde debían penetrar de nuevo en la ciudad.

De vez en cuando una rata cruzaba por entre los pies de los del grupo y en una ocasión, un hombre surgió lanzando un débil grito, de un escondrijo situado detrás de una enorme piedra roja.

Era aquél uno de los espías del kalifa y su misión consistía en escuchar y dar el alerta a los centinelas de la muralla.

No tuvo tiempo de gritar fuerte. Le envolvieron la cabeza en una manta y un segundo después estaba atado de pies y manos, amordazado y medio asfixiado. El grupo siguió la marcha.

Por fin el guía volvió a la izquierda y bajando la cabeza, se metió por debajo de una pila enorme de piedras caídas, cada una de las cuales era del tamaño de uno de esos carros cerrados que se usan para las mudanzas.

Los muchachos lo siguieron y poco tardaron en hallarse ante un extraño grupo de hombres armados, de pie en una especie de cueva horadada en la masa de escombros de la muralla desmoronada.

Sentado al fondo de esta caverna veíase a un tipo de mirada fiera, envuelto en su blanquísimo y amplio albornoz. Sus facciones eran menos desagradables que las de los demás moros de la Ciudad Roja, pues tenía el rostro de un árabe de buena raza.

Era Tif-el-Ulúk, el pretendiente al trono de la Ciudad Roja y sonrió con simpatía cuando vió a los tres muchachos y a Robbí.

—¡Bienvenidos! — dijo. — ¡Sean bienvenidos los valerosos ingleses!

Y tendió la mano al imperturbable Arturo que, como sus compañeros, se había quitado el albornoz que se puso al salir de la columna.

—¿Cómo está, amigo? — dijo Arturo. — Espero que su alteza se encuentre bien de salud. Y ahora, viejo Tif, si tiene prontas nuestras harramientas, podemos comenzar el trabajo. ¡Dame las dagas, Macduff y guíanos! ¡Yo me apoderaré del tesoro; de la joven, tú! Pero vive Dios que si tocas un solo cabello blanco de su amado padre, arrasaré vuestra ciudad hasta los cimientos!

Claro está que Tif-el-Ulúk no entendió una palabra de las humorísticas frases de Arturo. Pero sonrió con amabilidad e indicó el montón de rifles y de cajones de munición y de dinamita que él y sus secuaces habían traído, cruzando el desierto del Valle de la Muerte.

Cada uno de los hombres presentes cargó con unos cuantos rifles o con algún cajón de municiones y Tif-el-Ulúk, avanzando hacia la pared que formaba el fondo de la caverna, oprimió una mano en la pared de piedra, pronunciando al mismo tiempo una especie de evocación.

Esta tenía por objeto maravillar a sus secuaces, pues la mano no vaciló y en cuanto oprimió el sitio preciso de la enorme piedra, ésta, balanceándose en la forma en que lo disponía el arte y la ciencia de los antiguos alarifes, se movió lentamente y dejó ver la entrada de un oscuro túnel.

Para los prisioneros que se hallaban en el interior de la pirámide, la noche había sido de dolorosa angustia. El corazón de Pedro Grief, así como el de sus compañeros, estaba acongojado y de su mente no podía apartarse la idea de que los tres valerosos muchachos habían sido llevados al tormento.

Algunos procuraron dormir, pero Pedro Grief y el capitán Bones permanecieron despiertos toda la noche.

—¡No me atrevo a pensar en cuál habrá sido la suerte de esos pobres muchachos!— decía Pedro. — Temo que su suerte sea la peor... ¡Es tan canalla ese Luis Coffin!

Los negros, reunidos en grupo a un extremo del salón, hablaban entre ellos en voz baja.

—Sin duda Magamaumtumtum, el que hace música con la boca, ha muerto, — decía Umpopo el cazador. — ¡Ah! ¡Ay! ¡Tengo, al pensarlo, una tristeza en el estómago!

—¡No tenga miedo, que su estómago se curará, querido Umpopo! — dijo una voz cercana, a espaldas del cazador. — "¡No hay que desesperar jamás!", éste es el lema de Arturo.

Umpopo se puso de pie de un salto, separándose de la piedra en que tenía apoyada la espalda, pues la piedra había empezado a moverse.

Una exclamación de asombro brotó de labios de los negros cuando Arturo, con una carga de rifles, entró en la prisión, como si se hubiera filtrado por la pared de granito rojo de aquella tumba.

—¡Oh!

Algunos de los negros retrocedieron como si creyeran verse ante un aparecido.

—¡No se asusten, compañeros! — gritó Arturo. — Soy yo en persona. Arturito y los demás amigos. ¡Hasta Tutú viene con nosotros!

Arturo puso en el suelo su carga de rifles.

—¡Para Crippen, el viejo carcelero! — agregó. — Cuando vuelva a presentarse vamos a poder hacerle frente. ¿Eh? ¿Qué me dicen ustedes de esto?

LA COLUMNA CONDENADA

Grande fué el regocijo que se produjo en el interior de la gran pirámide, y tanto blancos como negros rodearon a los muchachos estrechándoles la mano, palmeándoles la espalda y dirigiéndoles mil preguntas sobre su escapatoria y su maravillosa reaparición con todas las armas, las municiones y hasta los explosivos con detonadores y mechas.

—Ha sido Robbí el que lo ha hecho todo, — explicó Arturo cuando terminaron los saludos y las felicitaciones, — Robbí y este señor que ha venido con nosotros y se llama Tif-el-Ulúk y al cual yo le llamo solamente Tif, para abreviar.

Tif-el-Ulúk sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes y mirando en redor, con manifestaciones de contento y de aprobación, al grupo de negros cazadores, cargadores y remeros, que estaban reunidos en la prisión.

Estos, con los blancos, representaban una fuerza que podría dar cuenta en poco tiempo de los degenerados habitantes y soldados de la Ciudad Roja.

—¿Quién es este señor? — preguntó Pedro Grief con extrañeza.

—Tif es algo así como un pariente de Abú- ben-Abú señor, — explicó Arturo, — pero se da el caso de que no está en muy buena amistad con el kalifa. Por esto es por lo que ha ayudado a Robbí a traer nuestras armas del Valle de la Muerte, y a sacarnos de la columna donde nos habían atado como estaqueados. Si no hubiera sido por Robbí y Tif, nosotros hubiéramos sufrido todo el calor del sol desde el amanecer, y a la noche, los buitres que revoloteaban en torno de la cumbre de la columna nos hubieran desgarrado las carnes hasta dejarnos los huesos pelados.

—¿Qué es lo que ese señor Tif pretende de nosotros? — preguntó entonces el capitán Bones.

—Lo que quiere es el empleo de rey de esta ciudad, — contestó Arturo. — Dice que Abú-ben-Abú es un viejo sanguinario, y quiere destronarlo para ocupar él su sitio y organizar las cosas de otro modo. En cuanto esté en el poder nos pondrá en libertad y nos obsequiará con valiosos regalos.

Tif-el-Ulúk parecía entender lo que estaba pasando, pues movía la cabeza afirmativamente e indicó la piedra que cerraba la entrada de la prisión, hablando rápidamente en árabe.

Pedro Grief inclinó también afirmativamente, la cabeza.

—Dice que será cosa muy fácil correr hasta el palacio cuando vuelvan a abrir la puerta de la prisión. El nos guiará por los salones del palacio y nosotros haremos prisionero a ese viejo canalla de Abú-ben-Abú,— dijo Pedro. — Abú no tiene en el palacio más que un grupo de guardias de confianza, que no llega a doscientos, y en cuanto esos hayan sido dominados, el grito de rebelión cundirá por toda la ciudad, y los amigos de este señor Tif-el-Ulúk, se presentarán armados. Entonces, la ciudad será nuestra, y podremos irnos cuando se nos antoje.

—¿Y qué me dice de Luis Coffin y de sus compinches, señor? — preguntó Arturo.

—Dicen que los tomarán prisioneros y nos los entregarán a nosotros en ese carácter. Después haremos un convenio, según el cual nosotros, o quien nos represente, podrá pasar por este país, hacia la Montaña de Oro siempre que quiera, con la única condición de pagar un pequeño impuesto por cada fardo de hojas q' se exporte, pasando por esta zona, — explicó Pedro Grief, traduciendo las palabras de Tif-el-Ulúk.

—No parece malo el trato, — dijo el capitán Bones. — Lo que es seguro es que si no ayudamos a que ese señor ocupe el trono, no lograremos nunca llegar a la Montaña de Oro, y sin su ayuda no nos será posible sacar jamás ni una sola hoja para mandarla a Europa. Así que lo que conviene es aceptar el trato. Procuraremos arrojar a ese viejo sanguinario de Abú-ben-Abú del trono de la Ciudad Roja, y luego pondremos a este amigo en su lugar.

Nadie hubiera dejado de notar el cambio radical experimentado por los elementos de la expedición en cuanto se vieron con armas y municiones. Si el tirano que reinaba en la Ciudad Roja hubiese visto aquel grupo de hombres decididos a pelear por su libertad, en lugar de ver a los ciento cincuenta desesperados prisioneros que había hecho encerrar en la pirámide, hubiera considerado con recelo la situación.

Los partidarios de Tif-el-Ulúk eran más

de cien y casi todos ellos tenían mejor aspecto que la generalidad de los degenerados y viciosos moros. Se notaban que por sus venas corría pura sangre árabe y que estaban decididos a pelear hasta morir, pues les ligaba un solemne juramento que habían hecho todos, de que arrojarían de su trono al tirano.

Tif-el-Ulúk y sus compañeros se ocultaron en el extremo más sombrío de la cámara sepulcral transformada en prisión. Pedro Grief indicó a sus hombres que adoptaran nuevamente su actitud de abatimiento y desesperación, y que se colocaran como estaban cuando los muchachos penetraron por el pasaje secreto.

Pero ahora, cada uno de los hombres tenía al lado su rifle cargado, y además un centenar de cartuchos de repuesto.

Se hubiera necesitado ser un observador muy sagaz para notar algún cambio en los prisioneros. Unicamente los músculos en tensión y los ojos relucientes, indicaban q' una esperanza nueva les había infundido nueva vida a todos aquellos hombres, en cuanto pudieron empuñar su rifle..

No se veía una sola arma cuando se echaron al suelo, tendiéndose en las losas de rojo granito. La vasta prisión estaba alumbrada sólo por una antorcha, clavada en uno de los agujeros que, para ese objeto, había en el suelo.

Arturo y los muchachos se situaron en un oscuro rincón, cerca del hueco de entrada, semi escondidos tras las hercúleas siluetas de Umpopo, el cazador y de Mataki, su hermano y así esperaron la llegada de su temido carcelero y de sus guardias.

—Me parece que el viejo Crippen y su gavilla van a llevarse una buena sorpresa cuando nos traigan el desayuno, — dijo Arturo en voz baja. — Crippen es el tipo que me interesa. Tengo que decirle algunas cosas muy interesantes.

Robbi y el leopardo estaban ocultos, invisibles, acurrucados a un extremo de la prisión, esperando el silbido que había de ser la señal para que los prisioneros se levantaran, cuando sus carceleros abrieran la puerta de la prisión.

El tiempo transcurrió con lentitud abrumadora para los que esperaban. Pasó una hora, y otra y otra.

—Me parece que el viejo Crippen se ha olvidado de traernos el desayuno ,— dijo Arturo en voz baja. — No es que me guste mucho la comida que nos sirven. De mejor gana me comería un arenque de tres peniques, y manteca y después una taza así de cocoa, con otras rebanadas de pan untado de mermelada.

Acababa Arturo de pronunciar esas palabras cuando los prisioneros allí reunidos se irguieron un poco, nerviosamente.

Se oyó como si algo rascara la piedra de la pared y la enorme lámina de granito que cerraba la entrada s deslizó hacia un lado dejando ver el paisaje brillantemente alumbrado por numerosas antorchas y ocupado por un grupo numeroso de guardias de aspecto salvaje, a la cabeza del cual estaba el moro de cabeza aplastada y boca de conejo a quien Arturo había aplicado el sobrenombre de Crippen, el asesino y envenenador de triste fama en toda Inglaterra.

Crippen penetró en la vasta prisión mirando con aire de insolencia a sus prisioneros. No había traído nada de comer, como las otras veces, y se comprendía que traía la misión de escoger a un grupo de los prisioneros para proceder a su ejecución capital.

Crippen se hallaba en su elemento al verse investido, aun cuando sólo fuera transitoriamente, de algo de autoridad. Escupió al pasar junto a Umpopo y le dió un puntapié en las costillas, ordenándole que se levantara. Después se dirigió a Pedro Grief y trató de patearle del mismo modo.

Pero antes de que pudiera dar el puntapié, resonó un silbido en la abovedada sala de la pirámide.

Antes de un segundo, los que estaban en el suelo variaron de postura. La semi oscuridad de la espaciosa sala sepulcral se vió cruzada por las luces de repetidos fogonazos, mientras retumbaban los estampidos de los rifles. Las balas de aquellos disparos hicieron casi todas blanco, en los guardianes que se habían amontonado en la entrada y en el pasadizo.

Crippen, que no estaba herido, permaneció un instante atónito. Después se volvió hacia la puerta.

—¡No! ¡Eso no, Crippen, viejo amigo! — gritó Arturo que saliendo de la oscuridad, agarró a Crippen por un tobillo y le hizo caer de espaldas en el piso de rojo granito.

El carcelero lanzó un grito de terror cuando la luz de las antorchas dió en el expresivo rostro de Arturo. No había ni media hora que había estado contemplando cómo los buitres se reunían en torno del alto capitel de la columna, donde creía que estaban atados los muchachos blancos. Para Crippen, la presencia de Arturo en la prisión no podía explicarse más que de un modo. Aquello no era Arturo, era su espectro, que se había metido en la sala sepulcral de los reyes de la Ciudad Roja.

Aterrorizado de tal modo que temblaba de pies a cabeza, el infame moro, maldiciendo y chillando, logró de un tirón, arrancar el pié de la mano de Arturo y en seguida sacó su puñal y acometió al muchacho.

Crippen sabía manejar un puñal, como casi todos los habitantes de la Ciudad Roja, y, en la confusión hubiera logrado herir a Arturo, pues éste se reía de tal modo en aquel momento que no estaba en condiciones de defenderse.

Pero de la oscuridad de un extremo de la prisión, llegó un agudo grito de Rob. La moteada silueta del leopardo, brillante como el oro su reluciente piel, saltó por los aires. De un solo salto traspuso Tutú más de treinta pies, y cayendo sobre el cruel carcelero, le dió un golpe mortal con una de sus patas delanteras.

Fué como si un perro fox-terrier jugara con una rata. El cuerpo de Crippen, bajo la fuerza del salto del leopardo, sé deslizó una docena de yardas por el suelo de la prisión. Entonces, con otro salto, el leopardo se alejó del cuerpo sin vida y se arrojó sobre los guardias que se disponían a retirarse, cerrando la puerta de la prisión.

Golpeando a diestra y siniestra con sus poderosas manos, Tutú los enviaba a uno y otro lado, como palos de un juego de bolos y por cada golpe se contaba un hombre muerto. Chillando de miedo, la numerosa guardia volvió las espaldas y huyó por el pasillo, dejando caer al suelo las antorchas, en su fuga.

Con un grito de guerra y otro de alegría, los prisioneros salieron de la prisión en persecución de los fugitivos. Resonaron las detonaciones en los largos pasadizos de la pirámide. La guardia corría, huyendo, derrotada.

Tif-el-Ulúk y sus amigos indicaron el camino, atacando y matando a los que encontraban en el camino, con sus cortas y filosas espadas.

La guardia del palacio, alarmada por los gritos y las detonaciones, corrió a la entrada de la pirámide, guareciéndose tras unos grupos de arbustos que se hallaban cerca de la puerta, baja y en arco, que daba acceso al pasadizo.

Pero Tutú, obedeciendo a una breve orden de Robbí, los arrojó de su escondite.

Antes de que pudieran dirigirle un solo disparo, el espléndido animal estaba entre aquellos hombres, golpeando a derecha e izquierda. Entre los arbustos nada podían hacer contra aquel enorme gato. Despavoridos, huyeron, chillando como locos. En el mismo momento, un grupo de prisioneros que salía de la pirámide, corrió tras ellos, persiguiéndoles por el vasto patio del palacio.

Los guardianes de la puerta exterior del palacio fueron dominados también en pocos momentos. Pero un grupo de fugitivos corrió hacia la escalinata de mármol que daba acceso al palacio propiamente dicho, se guareció en él y consiguió cerrar la enorme puerta de hierro y correr los gruesos cerrojos.

Entonces, los blancos se dieron cuenta de que el palacio había sido construído con cierto propósito de defensa. Los techos, — todos ellos de azotea, — se llenaron en seguida de soldados del kalifa, armados de rifles, que comenzaron a hacer fuego contra los que atacaban. Varios de los hombres de Tif-el-Ulúk murieron allí. Pedro Grief tuvo tiempo para avisar a su gente y hacer que se guareciera junto al muro que limitaba el patio del palacio.

Desde allí, cambiaron algunos tiros con los que estaban en los techos, pero sin resultado ninguno ni de una ni de otra parte.

A todo esto el sol había ascendido, y sus rayos caían candentes sobre el patio.

Los enormes buitres que anidaban en las montañas cercanas de la ciudad, revoloteaban lentamente, describiendo círculos, atraídos, más bien que asustados, por los estampidos de las armas.

Aquellas enormes aves de rapiña no tenían miedo a los tiros pues eran pájaros sagrados para los habitantes de la Ciudad Roja, que nunca les dirigían ni un solo disparo de fusil.

El ruido de los disparos era, para los buitres, como el llamado de la hora de comer, pues nada encantaba tanto al blanco tirano de la Ciudad Roja como el presenciar, en el patio de su palacio, la ejecución de varios enemigos o supuestos enemigos. Después de la ejecución, el espectáculo se completaba con la llegada de los buitres que devoraban los cadáveres, arrancándoles la carne a girones.

Por eso, los buitres acudían en aquel momento al patio del palacio, sin preocuparse de las detonaciones. Varios buitres descendieron a posarse en los escalones de mármol de la galería de entrada, en los que se veían oscuras manchas, dejadas por la sangre de viejas matanzas. Los buitres se dirigían a la cerrada puerta del palacio, como si esperaran que se abriera y por ella les arrojaran, como otras veces su horrenda pitanza.

—¡Si pudiéramos poner una carga de dinamita en esa puerta! — exclamó Pedro Grief mientras se hallaba tendido en el suelo, guarecido contra las balas de los que estaban en la azotea. Pero mandar a un hombre a poner allí el explosivo es mandarlo a la muerte.

Arturo miró hacia la galería, sacando apenas la cabeza. Pero uno de los que atisbaban desde lo alto hizo un disparo, y el muchacho casi no vió el tiempo necesario para retirarse. La bala dirigida a él dió en la pared levantando una nubecita de polvo.

—Iba a decir que me ofrecía a ir a poner una carga de dinamita en la puerta del viejo kalifa, — dijo Arturo, — pero esos que están en el techo parece que la tuvieran tomada con Arturito.

Se sentó, guarecido por el muro, y se rascó la cabeza, pensativo. Habían traído un cajoncito de dinamita, fulminantes y unos rollos de mecha, y allí estaba, cerca de Arturo. Pero como Pedro Grief lo había dicho, enviar un hombre a poner un cartucho de dinamita junto a la puerta era lo mismo que enviarle a morir.

Arturo pensaba y pensaba cómo podría resolverse ese problema, concentrando toda su atención en una rata muerta que estaba en el suelo, cerca del cajoncito de la dinamita.

En aquel momento, un buitre voló sobre Arturo, proyectando su sombra de modo que se comprendía que revoloteaba con la mirada fija en la rata.

Entonces fué cuando acudió la idea feliz al inventivo cerebro de Arturo. Más de media docena de buitres habían volado, dejándose caer luego frente a la puerta del palacio donde se hallaban congregados como a la espera del banquete que no llegaba como otras veces.

El más grande de los buitres se dirigía ya a reunirse con sus compañeros, cuando sus ojos telescópicos habían distinguido en el suelo la rata muerta.

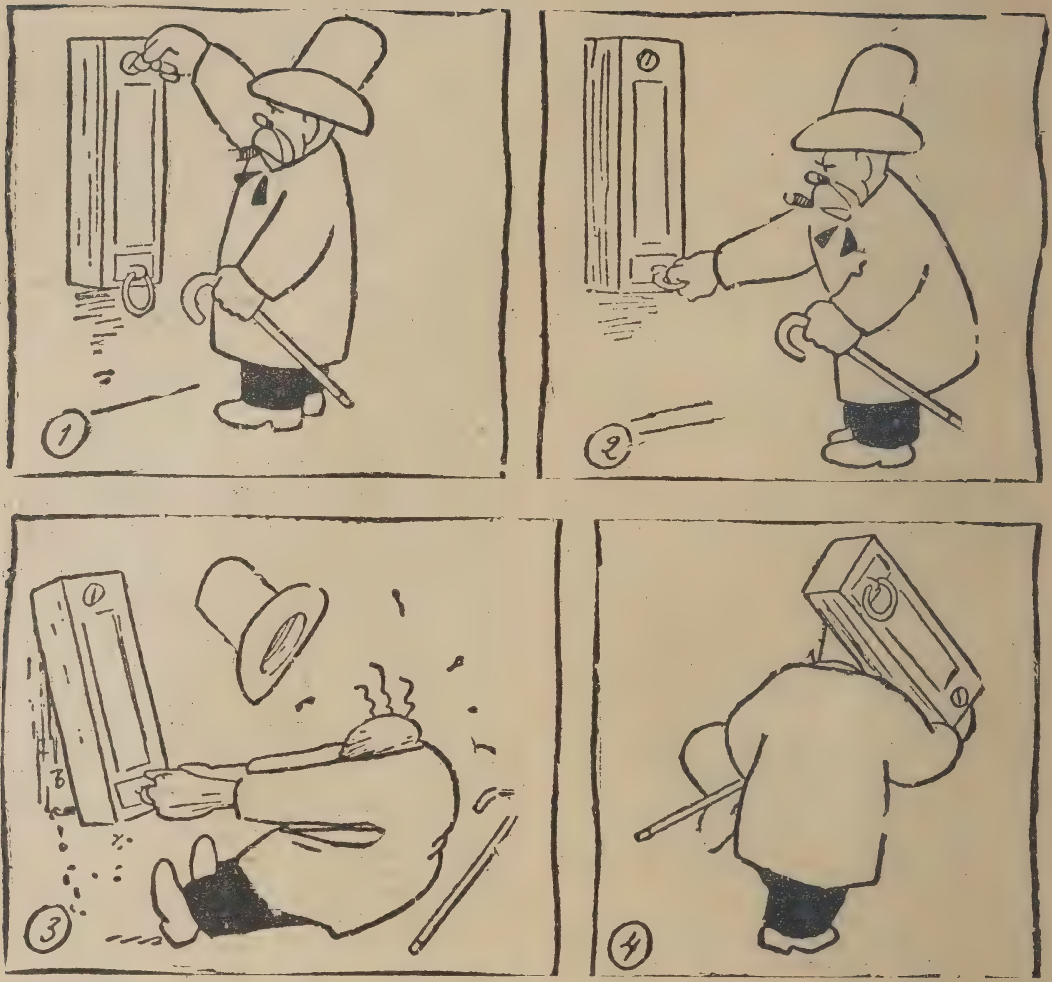
Arturo fué más rápido que el buitre. Agarró la rata por el rabo y la balanceó tentadora, sin que el buitre dejara de mirarla un solo instante.

—¡Atención, Robbi! — dijo en voz baja — Ayúdeme a cazar a este pájaro viejo. Es tan manso como una de las gallinas de casa.

Robbi se dispuso a ayudar a su amigo.

—¿Qué le parece esta rata, sabrosa, gorda y jugosa, amigo Jorge? — dijo Ar-

PUCKY



Amarrete echa diez centavos en una máquina tragamonedas que no funciona

turo dirigiéndose al buitre y balanceando la rata cerca del pico del ave, pero fuera de su alcance.

Los ojos del buitre parpadearon, y de su gaznate salió un grito gutural y desagradable.

—¡Acércate más, Jorge! — dijo Arturo. — Tengo un secreto muy importante que decirte.

El buitre volvió a volar y se acercó de nuevo. Le atraía la rata, pero temía alguna trampa.

—No seas desconfiado, Jorge — dijo Arturo. — Te figuraste que ibas a desayunarte con Arturito y sus amigos en lo alto de la columna, pero no fué eso posible. Tuviste que conformarte con la carne dura de los centinelas. Ven ahora y toma de postre esta ratita jugosa.

El buitre se aproximó un poco más. Tendió su poderoso pico, pero Arturo retiró la rata.

Jorge, desesperado, avanzó más. Tiró un picotón a la rata, y la agarró. Arturo la sostuvo un momento, mientras Jorge tironeaba. Entonces Robb! con un movimiento rapidísimo, se arrojó sobre el ave y la abrazó, sujetándole ambas poderosas alas.

El buitre, gritando enojado, quiso picar y patear, pero Rob le tapó los ojos con un trapo envolviéndole en él la cabeza, mientras los negros se reían y miraban asombrados. Sabían lo que le había pasado a Arturo en lo alto de la columna, y creían que iba a vengarse de una de las crueles aves que le amenazaron.

Pero Arturo, con un cordel que sacó del bolsillo, ató cuatro cartuchos de dinamita bajo las poderosas alas de Jorge. Colocó varios fulminantes y a éstos aseguró el extremo de dos de los largos rollos de mecha.

En cuanto eso estuvo arreglado, Arturo y Rob soltaron a su prisionero, el que, gritando enojado y sosteniendo aún en el pico la codiciada rata, voló a poca altura

y fué a posarse en los escalones de la gradería del palacio, arrastrando tras sí las dos mechas que Arturo desenrollaba rápidamente desde su escondite.

Los tiradores de la azotea sospecharon algo. Pero no se atrevieron a hacer fuego contra el ave sagrada, pues según las leyes que regían en la Ciudad Roja, era, quien tal hiciera, condenado a muerte. Los buitres eran los animales favoritos del viejo kalifa de la barba blanca.

Arturo observó con ansiedad cómo el buitre subía los escalones, acercándose a sus congéneres que estaban agrupados junto a la puerta. Lanzó un suspiro de contento cuando el ave de rapiña se acercó a los otros buitres que en seguida le rodearon, tratando de quitarle la rata muerta.

Entonces, sacando una caja de fósforos del bolsillo, Arturo encendió uno y le acercó a las dos mechas.

Los defensores del palacio lanzaron un grito cuando vieron arder las dos mechas y notaron su chisporroteo, y el humo azulado que despedían, dirigiéndose al palacio. En la Ciudad Roja no sabían nada sobre dinamita ni cosa parecida, pero los moros se daban cuenta de que aquello era una combinación de la magia de los blancos, que redundaría en perjuicio de ellos.

Hicieron varios disparos a las mechas, tratando de cortarlas con las balas. Pero no eran tiradores suficientemente hábiles para realizar tal hazaña. Las balas se aplastaban en el mármol manchado de sangre de los escalones, desprendiendo algunos pequeños trozos de piedra, pero sin otro resultado.

Los buitres, inconscientes de lo que les esperaba, peleaban por acercarse a Jorge, que, cargado con su rata y con la dinamita era empujado hacia la puerta del palacio cuando las chispas de la mecha llegaban ya a los últimos escalones de la gradería.

—Si supieran lo que Jorge tiene debajo de las alas no se acercarían tanto a él — dijo Arturo que, echado en el suelo, miraba el avance de las chispas.

Se produjo un revuelo y una gritería a la puerta del palacio. Jorge no quería soltar la rata, y se volvía, procurando evitar que le arrancaran su bocado, mientras sus colegas le empujaban contra las puertas del palacio, para que no se escapara.

De improviso, se vió una llamarada enceguecedora y se oyó un horrorísimo estampido. El arco de la entrada y gran parte del frente del palacio parecieron saltar. Una enorme nube de polvo y de escombros se elevó, como una columna, abriéndose luego como un abanico. Entonces aquello se derrumbó dejando, donde antes estaba la puerta, un enorme hueco.

—¡Pobre Jorge! — exclamó Arturo riéndose. — Lo cierto es que se portó con nosotros como un amigo de verdad. ¡Vamos, muchachos!

Con un grito de alegría, los atacantes se dirigieron rápidamente al hueco abierto en el frente del palacio.

No les hicieron ni un solo disparo. Los defensores que no habían caído por el hueco abierto por el explosivo en el techo, habían huido sin rumbo, abandonando las armas al huir.

Dirigida por el capitán Bones y Tif-el-Ulúk, la partida de ataque se precipitó hacia el interior del palacio. Pero no hallaron a nadie que les hiciera frente. Los cobardes cortesanos de Abú-ben-Abú habían huído del gran salón del palacio, dejando al blanco kalifa de la Ciudad Roja solo sentado en su trono adornado con pedrerías.

Estaba allí, con su larga barba y su débil cuerpo, el viejo tirano, cuando se oyeron en el patio los gritos de alegría de los vencedores. Abrió la boca y sus manos delgadas y como garras sujetaron con fuerza nerviosa los brazos, adornados con grandes esmeraldas, del sillón del trono.

Pero no se movió ni habló cuando Tif-el-Ulúk entró en el salón del trono y avanzó hacia el kalifa con la espada en la mano.

—¡Abú-ben-Abú! — gritó con recia voz — ¡Tu reinado de sangre ha terminado! ¡Alá ha oído las súplicas de tus innumerables víctimas! ¡Los ingleses a quienes mandaste torturar, han demostrado ser más astutos que tú! ¡Ya, no eres tirano de la Ciudad Roja, y los hombres blancos que tan mal te aconsejaron, morirán!

Pero Abú-ben-Abú no contestó. Tenía los ojos dilatados y vidriosos cuando Tif-el-Ulúk terminó de hablar, los músculos de las manos se distendieron, el kalifa se inclinó hacia adelante en su asiento y cayó del trono de los kalifas de la Ciudad Roja, rodando por los escalones y quedando tendido junto al basamento de madreperla.

Abú-ben-Abú había pasado más allá de la justicia humana. El choque de la explosión había producido una impresión demasiado intensa al ensangrentado y viejo tirano de la Ciudad Roja. Había muerto.

El cuerpo fué sacado del salón del trono por los secuaces de Tif-el-Ulúk. Entonces, el capitán Bones y Pedro Grief llamaron a sus hombres y se dirigieron hacia las puertas de las murallas del palacio.

Podían oir entonces el ruido de la pelea y el tiroteo que seguía en las calles de la ciudad. Pero pronto terminó todo y acudieron mensajeros a todo correr con la noticia de que la ciudad ya se encontraba enteramente en poder de los partidarios de Tif-el-Ulúk.

—¡Que prendan a los blancos y los traigan al palacio! — ordenó Tif-el-Ulúk. — Cuiden de que ninguno de ellos salga por las puertas de la ciudad. Deben ser entregados a nuestros amigos los ingleses, que sabrán vengarse de ellos como lo merecen.

La lucha había terminado y Pedro Grief y el capitán Bones decidieron que ya no tenían por qué seguir interviniendo en la conquista de la ciudad. Todos tenían apetito, porque sus carceleros habían teni-

do cuidado de tenerlos mal alimentados en la prisión.

Por eso se dirigieron a buen paso a las cocinas del palacio donde estaba preparada la comida matutina de la guardia y de los cortesanos.

Allí, Arturo encontró un buen desayuno para él y para sus compañeros. Consistió en cordero cocido con arroz y castañas. Además había carpas fritas, de las que se criaban en los estanques del palacio. No faltaban compotas de frutas aromatizadas con canela, preparadas para el kalifa en persona. Todos declararon que las compotas éran excelentes.

Después de haber almorzado a su satisfacción, fueron al gran salón donde el nuevo kalifa estaba sentado en su trono.

Tif-el-Ulúk sonreía satisfecho. Dirigió un largo discurso a Pedro dándole las gracias por la ayuda que le había prestado para tomar la ciudad y el palacio y le dijo que dijera qué pedía en pago.

Pedro pidió solo una cosa, por su parte. Dijo al kalifa cuán cerca de la muerte habían estado los muchachos la noche anterior, cuando estuvieron atados a la cima de la columna, condenados a sufrir la más cruel de las torturas.

En un elocuente discurso, Pedro indicó cómo el trono de la Ciudad Roja se apoyaría mucho mejor que en la fuerza, en la paz y en la felicidad de sus habitantes. Indicó la enorme columna, diciendo que con su tradición de sangre y de tortura constituía un monumento levantado a la ferocidad y a la maldad, indigno de alzarse donde iban a reinar la justicia y la misericordia. Por lo tanto, pedía al nuevo kalifa que le permitiera destruir la enorme columna por medio del rayo mágico que había hecho saltar las puertas del palacio.

Tif-el-Ulúk inclinó la cabeza, afirmativamente.

Se comprendía que le gustaba comenzar su reinado impresionando al pueblo de la Ciudad Roja con su clemencia y su justicia, pues sabía qué suspiro de alivio brotaría del pecho de todos los habitantes cuando vieran el fin de la temida columna en cuya cima habían hallado muerte tanta gente, enviada a aquel monumento por el viejo kalifa.

—¡Así ha de ser! — contestó. — ¡La columna caerá, destruída para siempre!

Entonces distribuyó sus regalos a los miembros de la expedición, con gran generosidad. Sus regalos fueron pequeños pero valiosos, pues se daba cuenta de que sus obsequiados no podían llevar mucho peso. A Harry y a Juan les regaló una sarta de rubíes finísimos procedentes del tesoro del kalifa, y que los muchachos decidieron regalar a su querida mamá.

A Arturo le tocó una sarta de perlas. Al capitán Bones le regaló una enorme esmeralda, con la que Bones pensó hacerse un alfiler de corbata, para usarla los domingos, cuando se pusiera su corbata de raso colorado. Los cargadores negros y los cazadores de la expedición recibieron pulseras de oro fino.

Entonces, Tif-el-Ulúk ordenó que los hombres blancos que habían traicionado a sus amigos y habían aconsejado tan mal al viejo kalifa fueran traídos a su presencia.

Después de esperar un largo rato se presentó un guerrero que se inclinó ante el trono del kalifa.

—Mi señor, — dijo, — los blancos han huído. Salieron de la puerta cuando se derrumbó el palacio y ahora, se dirigen hacia las montañas.

—¡Que salgan inmediatamente en su persecución! — ordenó Tif-el-Ulúk frunciendo el ceño.

Pero Pedro Grief intervino en seguida.

—¡Déjelos! ¡Que se vayan! — dijo. — Son nuestros enemigos y ya arreglaremos cuentas con ellos más tarde. Son hombres malos que llevan en ellos mismos su castigo. ¡Nosotros no queremos mancharnos las manos con sangre!

—¡Así sea! — Ahora nuestra promesa ha de ser cumplida y la columna caerá. Yo presenciaré la caída y todos deben saber que el reinado de Tif-el-Ulúk en la Ciudad Roja comenzó con la destrucción de la columna de la muerte.

Se levantó de su trono y montó ante el estropeado palacio, en el blanco camello sagrado que sólo el kalifa de la Ciudad Roja podía montar. Era el símbolo de su soberanía, y mientras salía por la puerta del palacio, el pueblo le aclamó con entusiasmo, así como durante el camino. En todo el trayecto, las mujeres, en las puertas de las casas vivaban al nuevo kalifa.

La expedición, con los rifles al hombro, marchó de cuatro en fondo, tras de la guardia del kalifa, entre las filas de hombres arrodillados en las sucias calles que, al paso del nuevo mandatario, besaban el suelo.

—Lo mismo pasa con los reyes en todas partes del mundo. — comentó Arturo, que marchaba al lado de Harry. — El que está arriba es el que recibe el homenaje. ¿Quién podía figurarse que esta es la misma gente que nos tiraba piedras y nos insultaba cuando entramos en esta vieja y asquerosa ciudad?

La procesión se dirigió a la plaza, donde se levantaba la columna que tenía más de doscientos pies de altura.

Se dejó un espacio libre de gente, mientras los de la expedición comenzaban su trabajo en la escalera de caracol, haciendo agujeros donde meter los cartuchos de dinamita que habían de realizar su destrucción.

El trabajo fué realizado en media hora. Colocaron las cargas y una enorme concurrencia se había reunido en la plaza y en las azoteas de las casas vecinas, pues todos querían ver cómo caía la siniestra torre.

El capitán Bones había dirigido el trabajo de la colocación de los explosivos, puso cartuchos de dinamita hasta en lo más alto. Para la expedición era un sacri-

ficio gastar aquella dinamita, pero, como dijo Pedro Grief, valía la pena.

Colocaron las mechas y sus extremos fueron entregados al kalifa, que estaba sentado a prudente distancia de la columna. Ante él se hallaba un brasero de fuego de carbón y, a una indicación de Pedro, encendió los extremos de la mecha y observó curiosamente cómo iban ardiendo con gran lentitud hacia el hueco de la puerta de la alta columna.

Los muchachos vieron cómo las chispas comenzaban a aproximarse poco a poco.

De pronto se oyó un grito lanzado por la multitud. Un hombre vestido de blanco gesticulaba como loco en la cima de la columna.

Los muchachos lanzaron un grito de horror.

Era el infame Jabez Sleek, que traidoramente abandonado por Luis Coffin y los suyos, había buscado refugio en la columna.

Pero las chispas estaban ya fuera del alcance de sus manos y continuaban lentamente hacia el hueco donde estaban los explosivos.

—¡Baje, imbécil! — gritó Harry. — ¡Baje, que no se le va a hacer nada!

Pero Jabez, a la orilla de la plataforma superior de la columna, se inclinaba y gritaba.

—¡El infeliz se ha vuelto loco! — exclamó Harry. — ¡Vamos, muchachos! Tenemos tiempo de ir y venir, antes de que estalle el explosivo.

Y antes de que pudiera detenerles se lanzaron escaleras arriba Arturo y Harry, seguidos de Juan y Rob, a fin de salvar al miserable enemigo que había ayudado a atarles en la columna de la muerte.

Un intenso grito de admiración brotó de labios de la multitud cuando los valerosos muchachos desaparecieron.

El pueblo de la Ciudad Roja, degenerado, cruel, sanguinario, comprendía sin embargo, que aquellos jovenes arriesgaban la vida para salvar a un loco que gritaba en lo alto del monumento en torno del cual revoloteaban los buitres.

EL ATAQUE DE LOS LEONES

La multitud quedó repentinamente en silencio cuando los cuatro valientes muchachos corrieron hacia la puerta de la columna condenada a la destrucción.

A los moros se les había dicho que la columna iba a caer a consecuencia de la magia de los hombres blancos, y contenían la respiración al ver que los muchachos corrían a salvar a un loco que gritaba asustado y manoteaba sobre el capitel de la columna, a doscientos pies de altura.

—!Pronto, compañeros! — gritó Arturo mientras subía por la escalera de caracol. — O nosotros o la dinamita; a ver quién llega antes.

Llegaron casi sin aliento a la cúspide de la columna y encontraron a Jabez Sleek loco de terror bailando en la misma plataforma donde los muchachos casi encuentran la muerte.

—¡Baje, Jabez! — gritóle Harry. — Nadie le va a hacer mal.

—¿Qué quiere toda esa gente? — chilló Jabez indicando a los moros reunidos en torno de la columna.

Se hallaban de pie en el borde y miraba hacia abajo sin tener en cuenta la altura a que se encontraba.

Un buitre, olfateando pelea, voló cerca de Jabez, entre éste y el sol, y el miserable se tambaleó y cayó en la plataforma.

—¡Los buitres! — gritó. — ¡Los buitres!

Se puso en pie en seguida y corrió hacia Harry con el propósito de arrojarlo desde lo alto de la columna.

Pero Arturo lo notó y, arrodillándose, enganchó con un pié al miserable loco y le hizo caer de bruces.

Entonces los muchachos lo tomaron a la fuerza y, por más que se resistió, le ataron las manos para que no molestara y le descendieron escaleras abajo.

Ninguno de los cuatro supo después decir como descendieron por aquella escalera de caracol.

Arrastraron a su cautivo al mismo tiempo que bajaban de cuatro en cuatro los escalones.

—¡El último salto, muchachos! — anunció Arturo con alegría cuando pasaron por el sitio donde unos cartuchos de dinamita estaban metidos en los agujeros hechos en la mampostería. — Si logramos salir antes de que ese se encienda, estaremos en salvo.

Y en salvo estuvieron. Las chispas de la mecha se aproximaron lentamente entrando por la escalera cuando los muchachos, sosteniendo a su prisionero, salían al aire libre, al pié de la construcción.

Salieron a tiempo. En cuanto se encontraron en la plazoleta, se oyó una ensordecedora explosión y se vió una alta llamarada, que surgió de un lado de la enorme columna. Por el aire saltaron piedras y polvo. Entonces la alta construcción pareció tambalearse en su base. Con un ruido de lo más fuerte que se pueda imaginar, que resonó como el estampido de un cañón, se rompió en tres partes.

Después, con un rugido intenso y fuerte, que pareció conmover la tierra hasta sus cimientos, se desmoronó entre una nube de polvo y quedó hecha un montón de escombros.

La numerosa concurrencia que se había reunido en torno de la condenada columna, permaneció en silencio uno o dos minutos, asombrada y aturdida por aquel ingente caer de destrozada mampostería.

Después, cuando la nube de polvo se asentó tras de asustar a los buitres que fueron a guarecerse a sus nidos de las montañas, el populacho de la Ciudad Roja se dió cuenta de que la Columna de la Muerte, que durante siglos había proyectado su tétrica sombra sobre la población, sobre sus casas y sus vidas, había desaparecido.

No quedaba de ella nada más que un enorme montón de piedra rota.

Entonces se oyó una gritería infernal. Más de diez mil bocas gritaron lo mismo: "¡La columna ha caído! ¡Bendito sea el nombre del kalifa Tif-el-Ulúk! ¡Benditos los blancos que han hecho esa buena obra! ¡Que la bendición de Alá, el Misericordioso y Topoderoso caiga sobre sus cabezas!".

No era posible dudar de que el nuevo kalifa estaba encantado con el resultado de su golpe de política. Su rostro, generalmente serio y cejijunto, tenía una expresión de contento cuando los muchachos se acercaron trayendo entre los cuatro al pillo de Jabez Sleek, que forcejeaba.

El nuevo kalifa miró a aquel miserable con desprecio al verle caer gimiendo al pié del trono que para el kalifa habían erigido frente a donde estaba antes la columna.

—¡Aquí está, pues, uno de los blancos que dió malos consejos al difunto kalifa! — gritó Tif-el-Ulúk. — ¡Morirá!

El kalifa hizo señal a uno de los verdugos que estaban a la espera de algo que hacer, detrás del trono. Un segundo más y el miserable Jabez Sleek hubiera sido decapitado, de no haber intervenido Pedro Grief.

—¡Misericordia, señor! ¿No ve usted, kalifa, que ese desdichado está privado de la razón? ¡Alá se ha encargado ya de castigarle!

Pedro habló astutamente, pues sabía que para los mahometanos un loco es siempre sagrado.

—¡Señor! Se halla privado de razón,— exclamó Pedro — Su alma divaga. Además, no fué él quien dió al viejo kalifa los malos consejos. El no era más que algo así como un criado, al servicio de los otros que, ellos sí, son malos hombres. Pido clemencia para él, mi señor kalifa.

—¡Que así sea! — dijo Tif-el-Ulúk con ampuloso ademán.

Alzó una mano y su malencarado verdugo volvió a su sitio, atrás del trono, decepcionado por no haber tenido ocasión de lucir el filo de su espada y la fuerza de su brazo, ante el nuevo kalifa.

—El viejo Jabez Sleek se ha salvado por casualidad. — dijo Arturo en voz baja — ¡Qué cara la del verdugo! ¡Y qué espada que tiene! Ese hace rodajas a una persona cualquiera, como si fuera un salchichón. ¡Qué tipo!

La concurrencia comenzó a dispersarse, silenciosa y maravillada. El kalifa montó en su blanco camello de gala y se disponía a regresar al palacio.

—Ya han terminado los fuegos artificiales, — dijo el imperturbable Arturo, — y ahora nos vamos a casa.

Hicieron que el desdichado Jabez Sleek caminara entre ellos. Ya se le había pasado el miedo que había sentido al darse cuenta de que los suyos le habían abandonado en aquella ciudad de muerte. La expresión de locura desaparecía poco a poco de sus ojos y su habitual expresión de estupidez la estaba sustituyendo.

—¿Qué van a hacer conmigo? — preguntó.

—Nada, contestó Arturo. — Todo está perfectamente arreglado. Pero siga fingiendo que está siquiera un poco demente. El kalifa no creo que tenga muchos deseos de besarle a usted cariñosamente, pero si se entera de que lo de la locura no es cierto, el verdugo va a darle gusto al filo de la espadita. Nosotros nos retiraremos antes para no contemplar el espectáculo.

Jabez se estremeció. Temblaba como la hoja en el árbol, mientras los muchachos le llevaban en la procesión que seguía al kalifa camino del palacio.

Cuando llegaron al edificio la expedición recibió solemnemente, autorización para partir libre, de la Ciudad Roja.

El kalifa había dado orden de que fueran escoltados hasta el Valle de la Muerte, donde estaban todavía los fardos que constituían el equipaje de la expedición. Tuvieron que proceder a sacarlos durante el momento ventoso del día para evitar los gases venenosos que, de noche, invadían el valle.

Además les facilitó gran cantidad de camellos para que fueran cabalgando todos los hombres de la expedición, y aún sobraron acémilas para llevar la carga. Esos camellos los utilizaría la expedición hasta que hubiera logrado dar con la Montaña de Oro. Al regreso, los de la expedición los dejarían en la frontera de los dominios del kalifa. Si alguno moría o se perdía, el kalifa manifestó que no lo cobraría.

Se comprendía que Tif-el-Ulúk, el nuevo kalifa, sentíase inclinado a servir en todo y por todo a los ingleses que le habían elevado al trono. Sin embargo, los jefes de la expedición suspiraron como aliviados cuando, montados en rápidos camellos, se encontraron cabalgando fuera de la ensangrentada Ciudad Roja, ante el desierto extenso que se presentaba ante ellos.

—¡Adios, vieja Ciudad Roja! — murmuró Arturo mirando hacia atrás hacia el arco de la puerta de la muralla, sin sentimiento de pena, por cierto. — Espero que no tendré que volver a poner el pié en tus sucias calles. ¡Prefiero mi vieja parroquia!

Atendidos por una bien armada escolta de las mismas tropas que poco tiempo antes les había capturado, cruzaron el desierto y no tardaron en hallarse a la vista de los altos y escarpados picos que ocultaban el mortífero valle.

Era de noche cuando llegaron al pié de las montañas y se arrojaron de sus camellos sintiendo algo parecido a lo que se sentiría teniendo todo el cuerpo dislocado.

—!Uff! — dijo Arturo cuando su camello, un animal arisco y poco pacífico, quiso darle un mordisco en los fundillos del pantalón. — De todos los groseros y mal olientes brutos que he visto en el mundo, el camello es el que se lleva el premio Nobel. ¡Los dientes quietos, criminal!

(Continuará)

EL EXTRAÑO AVENTURERO

Por EDGAR WALLACE

(Conclusión)

—Supongo que su hermano — dijo tras pensar un momento.

—Exactamente — dijo Lord Creith — Y nos encontramos tan mal como nos encontrabamos. Estoy preocupado por este asunto, hija mia, muy preocupado.

—¿Actualmente ha vendido Vd. la posesión?

—No — contestó su señoria — Lo que dí a Hamón fué una especie de hipoteca extravagante.

—¿Que clase de hipoteca es esa? — preguntó Juana sonriendo.

—Verás. Me dió una cantidad que es humanamente imposible que yo pueda devolver, de modo que la pérdida del derecho de redención es inevitable tarde o temprano, a cambio de lo cual recibí tenencia vitalicia.

Mencionó una cantidad que dejó sin aliento a su hija.

—¿Le dió a Vd. todo ese dinero? — preguntó espantada — ¿Y qué hizo Vd. de él, papá?

Lord Creith prudentemente cambió de conversación.

—Se que Morlake ha vuelto — dijo. — No se por qué diablos no ha bajado antes. Realmente los jóvenes han cambiado desde mi época, o es que Morlake sea un pollo; supongo que tiene cincuenta.

—¡Cincuenta! — exclamó Juana con desdén. — Si tiene más de treinta no será mucho.

—Hay muy poca diferencia entre treinta y cincuenta, como advertirás cuando tengas mi edad — dijo su señoría. — Le he enviado una nota pidiéndole que venga a desayunar, pero supongo que aún no se ha levantado.

—Todos los días se levanta a las seis, papá — le corrigió su hija con serenidad —, horas antes que Vd. piensa en bajar.

—Pienso en ello — murmuró el padre —, pero no lo hago ¿Y como sabes eso?

—Me contó muchas cosas de sí mismo en Marruecos — contestó Juana, y el que era motivo de su discusión entró en aquel momento.

Le habían vuelto todos sus temores, y la actitud de Juana no se prestó a mejorarle. Parecía interesarse muy poco por el relato de lo que Jaime había hecho desde que llegó a Londres; relato interrumpido por la persistente pregunta de Lord Creith:

—¿Pero por qué no ha bajado Vd.? Juana...

—Haga Vd. el favor de no mezclarme en eso — A Mr. Morlake no le interesan nada mis asuntos.

—Al contrario dijo apresurado Jaime — Me interesan muchísimo, y, como digo, he tenido que realizar una tremenda labor.

—Y yo espero que así será — dijo la joven alegremente. — Y ahora voy a la lechería Y no venga conmigo — dijo levantándose a medias — porque estare muy ocupada durante dos horas.

—¿Se quedará Vd. a almorzar Morlake?

—Eso es absurdo, papá — dijo la muchacha. — Cualquiera pensaría que Mr. Morlake ha venido de Londres a pasar el día. Estamos trastornando los arreglos de la servidumbre, y el admirable Mr. Cleaver no le perdonará nunca a Vd.

Lord Creith miró tristemente al visitante después que se marchó la muchacha.

—Por lo que toca a Vd., no hay nada de lo dicho, amigo mío — dijo. — Pero desde luego se quedará para ir de caza, ¿verdad?

—No pienso hacerlo — Jaime estaba aburrido, aunque se esforzaba por no mostrarlo. El campo no le llamaba la atención. Vine para ordenar mi casa. Solo he visitado una vez la casa de Wold desde que volví de Marruecos. La semana próxima me voy a America — añadió.

—Es un país agradable — dijo su señoría, sin percatarse de que debía demostrar sentimiento o sorpresa.

Jaime fué a su casa sintiéndose particularmente tonto y se indignó contra si mismo porque era culpable de aquella puerilidad.

El visitante habíase ido cuando Juana volvió para almorzar.

—¿Donde está Mr. Morlake — preguntó.

—Se ha ido a su casa, adonde le enviaste tú — dijo Lord Creith desdoblando cuidadosamente la servilleta.

—Pero yo creí que se quedaba a almorzar.

Lord Creith levantó los afligidos ojos ante aquella volubilidad.

—¡Sabías muy bien que no se quedaba, Juana! — dijo con severidad.

—¿Como iba a quedarse el pobre hombre si le enviaste a su casa? Mañana iré a Londres para verle marchar.

—¿Adonde? — jadeó Juana.

—Se vá a América — contestó su señoria — A América del Sud, probablemente. Y — agregó — estará fuera diez años.

—¿Le dijo a Vd. eso — preguntó mirándolo fijamente.

—No mencionó el período de tiempo, pero deduje de su general concepto de las cosas que Creith la parece aburrido y que algunas charlas saludables con una boa en las orillas del horrible Amazonas traerán diversión a su vida. De cualquier modo, se va. Pero no pienso verle partir. No puedo molestarme.

—En serio, papá ¿se marcha de Creith?

Su señoría levantó los ojos con cansancio y suspiró.

—Te he dicho dos veces que se vá a América. Eso es verdad.

Tomó una silla y se sentó.

—No quiero nada; gracias, Pedro.

—¿No comes? Has estado bebiendo leche — acusó su señoría. — No hay como la leche para quitarte el apetito, Y esto te hace engrosar — añadió.

—No he bebido leche. Es sencillamente que no tengo hambre.

—Entonces lo mejor es que te vea el médico.

Juana dejó caer la cabeza en las manos, mordiéndose con los blancos dientes el labio inferior. El almuerzo prometía ser una comida silenciosa, hasta que dijo la joven:

—No creo que se vaya.

—¿Quién?

—¿De quién estabamos hablando?

—Hace un cuarto de hora que no hablábamos de nadie — dijo desesperado su señoría. — Eres la mujer más insociable con quien he comido. Por lo regular, la gente hace lo que puede para divertirme. Y, créeme, pago la diversión.

¡Se va!

Juana alzó las cejas para significar su indiferencia.

—No creo que se vaya — dijo — Tengo hambre y no hay nada que comer ¡Odio el cordero!

Su padre suspiró paciente

—Por el cielo, ve a almorzar con él, hija mía. Ten en cuenta que cada día te haces más insoportable. Y, de pasada, creo que te vas a convertir en una solterona. Teníamos una tía en nuestra familia..., acuérdate de tía Femina..., que siguió ese camino. Si no me engaña la memoria, criaba conejos...

Pero Juana no quería tratar de tía Femina y subió corriendo a su cuarto.

Estaba su señoría en el despacho cuando la vió cruzar la pradera en dirección de Wold, y movió la cabeza. Juana es muy especial...

—Gracias Cleaver — dijo Jaime — Creo que no necesito almorzar.

—Es una perdiz, señor — contestó ansioso Cleaver — Anoche me dijo Vd. que le gustaría comer perdíz.

Jaime se estremeció.

—Llévelo; parece algo humano. ¿Porque vienen las perdices con cabeza? Eso no está bien.

—¿Si quiere Vd. una tortilla de cordero, señor?

—No, gracias; traígame un vaso de agua y un poco de queso; no, creo que no comeré queso...; no quiero nada — dijo, y, levantándose, atizó la lumbre furiosamente.

—Rosa Smith — dijo una voz en la puerta. — Me he anunciado yo misma.

Se quitó el abrigo y se lo entregó a Cleaver, y dejó el sombrero sobre una silla

—¿Ha almorzado usted?

—No; no tengo hambre.

—¿Que tenía usted para almorzar?

—Tenemos una perdiz — dijo Jaime tristemente. — No es bastante para dos.

—Puede usted adquirir alguna otra cosa — dijo Juana, e hizo sonar la campanilla.— Jaime, ¿se va usted a América?

—No sé. Me voy a cualquier parte para salir de este sitio infernal — contestó sombrio Jaime. — En el campo me da escalofrios, nevando toda la mañana y aullando el viento en torno de la casa... Se me pone los pelos de punta.

—No va usted a ir a ninguna parte y va a quedarse en Creith; eso he decidido — dijo Juana.

Estaba comiendo pan y manteca vorazmente.

—¿No le dan a usted de comer en casa? — preguntó Jaime mirándola asombrado.

—Y que va usted a hacer respecto de nosotros? — fué la contestación de la joven.

—¿Que quiere usted decir con "nosotros"? — preguntó Morlake temblando interiormente.

—Respecto de nuestro casamiento. He pedido consejo legal, y no hay la menor duda de que estamos casados. Al mismo tiempo, no hay la menor duda de que no lo estamos. Ve usted que he estado en casa de dos abogados.

—¿Ha estado usted realmente?

Juana afirmó con la cabeza.

—Exactamente no he estado en su casa, pero he escrito a dos jurídicos que aconsejan gratuitamente, y uno dice una cosa y otro dice otra. ¿Que vamos a hacer?

—Que quiere usted que hagamos? — consultó Jaime.

—Quiero lograr el divorcio — contestó Juana con calma —, pero sin publicidad. Fundaré mi petición en incompatibilidad de caracteres.

—Eso no es motivo suficiente en este país.

—Veremos

Jaime puso cara larga

—Hay otro camino sin trastorno, señora Morlake — dijo.

—No me llame usted señora Morlake. Poniendonos en lo peor, soy Lady Juana Morlake. Jaime, ¿se va usted de verdad a América?

—He pensado seriamente en ello — contestó Jaime — Pero honradamente, ¿que vamos a hacer Juana?

Mi abogado dice que no hay casamiento porque no se ha concedido la licencia necesaria y el mero hecho de que un clérigo realice la ceremonia no lo legaliza.

Había consternación en el rostro de la muchacha cuando el hombre la miró.

—¿Que piensa usted de eso? — dijo.

—Lo siente usted?

—No, no es que lo sienta. Estoy aburrida. Eso significa que tenemos que casarnos otra vez. Y eso, Jaime, llevará mucho tiempo.

Cleaver que entraba en aquel momento, dió media vuelta y salió de prisa, y pareció como que la perdiz hacía guiños.

CAPITULO LXVII

Había nevado toda la noche. Los caminos estaban para meterse en la nieve hasta los tobillos; pero el hombre tercamente atravesaba las mezquinas calles del Este de Londres apenas notaba el mal tiempo. Era demasiado temprano para lograr un coche. El barquito había entrado en la marea, y hallábase amarrado cerca del puente de la Torre, y al hombre habíale costado trabajo persuadir al guarda de los diques para que le dejase pasar; pero como, no llevaba equipaje, aquella dificultad fué vencida y ahora encaminábase a la ciudad.

Pasó por Billingsgate, llena de gente aun a aquella temprana hora y subiendo la colina del Monumento llegó a la Casa Mansión. Aquí encontró un "taxi" que le condujo al final de la plaza de Growenor. No se veía a nadie. La nieve seguía cayendo, y un viento atroz había empujado al policía hacia un refugio. Las maderas de la casa estaban cerradas, según notó, y parecía deshabitada. Sacando del bolsillo una llave, abrió la puerta.

Todo estaba igual. No había vendido la casa,y el nuevo inquilino le dijo que no quería tomar posesión durante un año. Gruñó de satisfacción. Mirando el gabinete, vió que estaba intacto. En una de las mesas vió que había un bastidor de bordar; la aguja mostrábase en la labor y el hombre movió la cabeza. Entonces Lidia estaba allí, no había vuelto a Paris, y obró con cordura. Al pié de la escalera encontróse con una criada que bajaba, y la mujer se le quedó mirando como si fuera un espectro. Por fortuna la conocía.

—No diga usted a nadie que he regresado—dijo con voz áspera, y continuó a su cuarto.

Tenía aspecto de desolación con sus muebles enfundados. Los suelos estaban desnudos y el lecho sin ropas. Quitóse el abrigo y se miró en el espejo con extraña sonrisa, y oyó rumor de pies en el pasillo exterior. Abrióse de pronto la puerta y entró Lidia en bata.

—¡Rafael! — exclamó jadeante. — Emilia me dijo que te había visto.

—Bueno te dijo la verdad — contestó el hombre mirándola de un modo raro — De modo que estás aquí, ¿verdad?

—Si, Rafael; vine aquí derecha.

—Después de decir a la policía todo lo que pudiste respecto de mi.

—No le dije nada.

Hamón gruñó con incredulidad.

—Rafael, se cuenta una historia acerca de Sadi Hafiz. Ha sido asesinado en Marruecos y tu estabas... tu estabas en la casa.

—¿Y qué? — preguntó el hombre.

—¿Es verdad eso?

—No sabía que había muerto — dijo sin mirar a los ojos de su hermana. — Además lo que pasó en Marruecos no nos importa aquí. No pueden entregarme por un asesinato cometido en un país extranjero. Y si lo hicieran, ¿quien puede probar que el autor fuí yo? Sadi Hafiz tuvo lo que merecia — dijo con astucia. — Le maté porque te insultó!

Lidia comprendió que no decía la verdad, pero no discutió con él.

—La policía ha estado aquí — empezó a decir.

Desde luego que habrá estado. ¿No has paseado con el viejo Welling? Lo oí decir en Tanger. En cuanto a la policía voy en busca de Welling esta mañana.

—No vayas, Rafael! — Puso una mano en el brazo del hombre pero este se la sacudió.

—Voy a buscar a Welling esta mañana, te digo. He pensado muchas cosas en el barco y estoy harto de vivir como un perro perseguido. Si me acusan de algo, que lo prueben. Si han de juzgarme, sufriré que me juzguen. Traéme algo de comer.

Su hermana salió apresuradamente, volviendo para decirle que había dejado una bandeja en su despacho.

—Supongo que los policías lo han mirado todo, ¿verdad?

—No han mirado nada, Rafael, porque no hicieron mas que llamar. No traian mandamiento.

—¿No? — volvióse a ella rápidamente con los ojos llameantes. — Eso significa que no están seguros de ellos mismos — añadió. — Veré hoy al viejo Welling y se sorprenderá mucho. Luego bajaré a Creith, que es de mi propiedad — dijo con énfasis.

—Rafael, es una locura que vayas a buscar a la policía — dijo Lidia temblando — ¿No puedes irte a alguna parte del extranjero?

—Ya estoy harto del extranjero. Te digo que voy a sorprender al viejo Welling.

El inspector Welling no se alteraba fácilmente; pero cuando aquella mañana entró un policía en su despacho y dejó en la mesa una tarjeta, casi saltó de la silla.

—¿Está aquí? — preguntó incrédulo.

—Si, señor; en la sala de espera.

—¿El mismo? — no podía dar crédito a sus oidos.

—Si, señor.

—Traigale — y ni aún entonces esperaba ver a Rafael Hamón.

Sin embargo, era el Rafael de otro tiempo, con su inmaculado sombrero de seda y su bien cortado abrigo de mañana, quien entró en el despacho y dejó el bastón sobre la mesa del oficial y sonrió ante su rostro asombrado.

—Buenos días, Welling — dijo alegremente. — Ya comprendo que ha estado Vd. buscándome.

—Ciertamente — contestó Welling repuesto de su sorpresa.

—Bien, pues aquí estoy — dijo Hamón, y cogió una silla.

Parecía tener diez años más que cuando Welling lo vió la última vez y los pequeños rizos que le cubrían la parte superior de la cabeza habían desaparecido por completo, dejándole calvo.

—Necesito que me explique Vd. lo que

hizo, o cuando menos sus andanzas en Marruecos — dijo Welling empezando con cautela. Antes que pudiera decir algo más, fué interrumpido por la risa de su visitante.

—No puede Vd. preguntarme nada, Welling, ni hacer ninguna investigación, a menos que sea Vd. requerido para ello por las autoridades policiales de aquel distrito en que murió Sadi Hafiz. Ya vé Vd. que no oculto el hecho de que sé que está Vd. pensando en el asesinato de Sadi Hafiz. Mi hermana me ha dicho que Vd. también solicita ciertos informes acerca de Farringdon y su premuturo fin. Solo puedo decirle que cuando lo asesinaron yo estaba en Londres, y si Vd. puede probar lo contrario, hará bien en dar los pasos que sea necesario.

El "detective" le miró por debajo de sus pobladas cejas.

—¿Y que hay del asesinato en la casita de campo que domina el Hornillo del Diablo? — preguntó.

No se movió ni un músculo del rostro de Hamón.

—Eso es nuevo para mi — dijo —, aunque el hombre, a quien desnudaron, pusieron un traje de marinero y dejaron por muerto en el camino de Porstsmouth. Fué recogido, como probablemente sabe Ud., por Mr. Jaime Rexington Morlake, y conducido al hospital, donde murió. He examinado el edificio, encontrando manchas de sangre en la pared de la cocina.

Hamón sonrió levemente.

—¿Ha descubierto Vd. tambien que yo las puse allí? — preguntó con sequedad.

—Realmente, capitán Welling, no estoy preparado para discutir esos crímenes con detalles. Lo que yo le pregunto llanamente es esto. — Se levantó, se dirigió a la mesa y quedóse apoyado en el borde, mirando el rostro de Welling, vuelto hacia arriba — ¿Tiene Vd. algo de que acusarme? Porque, si lo tiene, aquí estoy para contestar a los cargos que me haga.

Welling no contestó. El enemigo había llevado la guerra a su país, y había ocupado una posición favorable para él.

Prácticamente estaba pidiendo una investigación del rumor y una precipitación de sospecha. No había ninguna acusación, ningún cargo definido contra él. El más alto tribunal hubiera vacilado antes de detener a Rafael Hamón basándose en las informaciones que se tenía. Y comprendió que el hombre pisaba terreno firme cuando dijo que ninguna acusación podía seguir al asesinato de Sadi Hafiz a menos que reclamáse el gobierno moro — y no había hecho reclamación alguna.

—La mayor parte de los cargos son los que Vd. mismo trae — tartamudeó el policía. — Ni siquiera le he pedido que saque la cartera y que me muestre su contenido.

Al hablar observó atentamente al hombre. Si Hamón hubiese mostrado la más leve inquietud, si hubiera desviado la conversación, si hubiera protestado contra la insinuación aquella, habría detenido al hombre en el acto; y le habría registrado, acusándole de lo que se le hubiera ocurrido. Pero la respuesta de Hamón fué característica. Metióse la mano en el bolsillo y puso la cartera sobre la mesa.

—Mire Vd. por si mismo — dijo —, y si quiere registrarme... — extendió los brazos — puede hacerlo con libertad.

Welling abrió la cartera y examinó los papeles que contenía con mirada profesional Luego se la devolvió a su dueño.

—Gracias — dijo. — No quiero detenerle, Mr. Hamón.

Hamón recogió sombrero y bastón, se puso los guantes y se dirigió despacio a la puerta.

—Si me necesita Vd. ya sabe donde encontrarme: en mi casa de la Plaza de Grosvenor o en mi residencia campestre, la casa de Creith.

Welling sonrió.

—Nunca busco a ninguno sino en el sitio en que les pongo — dijo.

Rafael Hamón recorrió el largo corredor jugando con el bastón y salió al terraplen del Támesis, donde le esperaba un coche de alquiler. Al cruzar el parque miró atrás, queriendo saber cuál de los "taxis" que rodaban contenía la sombra que Welling le había advertido.

Encontró a Lidia esperando en estado de tensión nerviosa.

—¿Que dijeron, Rafael? — preguntó casi antes que su hermano entrase.

—¿Que podían decir? — sonrió Rafael con desprecio.

Dirigióse a su mesa escritorio, sacó un talonario de cheques y se sentó.

—Ya que estás tan infernalmente nerviosa, lo mejor que puedes hacer es ir a Paris esta tarde — dijo, y, extendiendo un cheque, lo desprendió y se lo alargó a la joven.

La cuál miró en la cantidad y quedóse jadeante; luego sus ojos fueron del cheque a su hermano.

—¿Tienes esta cantidad en el Banco? — preguntó, y Hamón giró sobre si mismo para mirarla fijamente.

—Claro que la tengo.

Volvióse de nuevo a la mesa, extendió otro cheque y, metiéndolo en un sobre, le añadió una tarjeta "Con mi saludo", y, después de poner la dirección en el sobre, hizo sonar la campanilla.

—Ahora no tenemos mayordomo, Rafael —dijo Lidia nerviosamente — ¿Quieres que eche yo la carta al correo? ¿Vas a quedarte aquí? — añadió.

—No — contestó brevemente el hombre — Voy a ir donde está mi mujer.

Lidia llevóse una mano a la boca.

—¿Tu mujer? — tartamudeó — No sabía que estuvieses casado.

—Me refiero a Juana — dijo con gravedad, y salió y subió a su cuarto.

La joven quedóse inmóvil, retorciéndo en la mano un pañuelo rasgado, y al poco tiempo oyó a su hermano bajar y cerrar la puerta de la calle. Dirigióse a la ventana y miró afuera, y le vió subir a su coche y partir.

Había cambiado de atavío y llevaba el mismo traje que cuando llegó por la mañana. Antes que el coche se perdiera de vista, subió Lidia a escape a su habitación para vestirse, porque comprendió que el momento de crisis estaba cercano.

CAPITULO LXVIII

Welling salía a almorzar cuando llegó la joven y se encontró con ella literalmente en la escalera.

—Necesito hablar con usted enseguida capitán Welling — dijo — El momento es de vital importancia.

—Venga a mi habitación — dijo con cariño. — Parece usted enferma, Lidia.

—Estoy distraida; No sé lo que he de hacer — contestó la muchacha con voz trémula.

En la habitación de Welling éste le sirvió un vaso de agua, y esperó a que se tranquilizase lo bastante para decirle el objeto de su visita.

—Se trata de Rafael — dijo —¿Estuvo aquí esta mañana?

El hombre movió la cabeza sonriendo tristemente.

—Estuvo aquí y salió triunfante — dijo — Si era fingimiento, era el fingimiento más hábil con que he tropezado. ¿Le ha visto usted después?

Lidia dijo que sí con la cabeza.

—Volvió a la casa, y hace años que no le había visto tan alegre. Me preguntó si me gustaría ir a París, y me dió un cheque aquí está.

Se lo alargó, y el "detective" lo tuvo y lo leyó, y cuando lo hubo leído silbó de asombro. Porque la cantidad que Hamón había escrito era ¡un millón de libras!

—¿Que es eso? — preguntó al ver el sobre en la mano de la muchacha. Vió que estaba dirigido a él. — ¿De su hermano?— dijo frunciendo el ceño.

Lidia movió la cabeza, y, rasgando el sobre el policía sacó un segundo cheque, representativo también de un millón de libras.

Welling se mordió un labio.

—Esto me dá mala espina — dijo — ¿Donde está ahora su hermano?

—Ha ido a ver a Juana. La llamó su mujer — contestó la muchacha.

Lloraba suavemente, y Welling la rodeó con un brazo y la acarició las mejillas.

—Va usted a pasar unos ratos malos, Lidia — dijo —, y yo voy a ayudarla como sé hacerlo. Esta noche debe usted permanecer en un hotel, y ni su doncella ni ninguna de sus criadas debe saber dónde está usted. Venga a almorzar.

Protestó la joven de no tener apetito, pero el policía insistió, y no la dejó hasta que puso su saco de mano en el vestíbulo del Gran Hotel Central y la recomendó al especial cuidado del "detective" del Hotel.

Había ido hasta allí en "taxi"; pero un amplio automóvil de la policía estaba esperándole, con tres individuos de la Inspección Central.

Jaime estaba jugando al golf en la pradera cuando llegó el coche.

—Extraña ocupación — dijo Welling, pués la nieve caía abundante.

Morlake iba a decir algo relacionado con el juego, cuando vió a los tres hombres medio muertos de frío amontonados en lo profundo del coche, y dijo:

—Entre, Welling — ¿Que pasa?

—A alguien va a ocurrirle algo anormal y no puedo asegurar quién va a ser — contestó Welling.

Le refirió todo lo que sabía incluso el incidente de los cheques, y Jaime escuchó en silencio.

—Voy a poner dos agentes en la casa de Creith. Haría usted bien en dejar que el otro se quede aquí.

Jaime movió la cabeza negativamente.

—Ponga a los tres en Creith — dijo — Yo puedo cuidar de mi mismo ¿Se ha ido de Londres?

Welling afirmó con la cabeza.

—Tenía un coche en un "garage" cercano. Por desgracia, no pude enterarme de ello hasta que ya era inútil. Esta tarde lo sacó y desde entonces nadie lo ha visto.

Caía la nieve en abundancia cuando el coche de la policía viró para entrar por la puerta de Creith y subió el camino despacio y con ruido Lord Creith observó la llegada desde la ventana del corredor, y fué a la entrada a recibir a los agentes.

Al ver a Welling puso mala cara.

—¡Ya van a molestarme — dijo enfadado — viejo pájaro de tormenta.

Se alegraron de entrar en la caliente y cómoda biblioteca, pués hacía un frío horrible y la nieve helábase al caer.

—¿A quién busca usted? — dijo ansioso Creith — ¿No será a Hamón?

—A Hamón busco — contestó Welling moviendo la cabeza. — Está en Inglaterra a menos de cuatro millas de Creith.

Su señoría estaba serio.

—¿Donde está Juana? preguntó Welling.

—Ha salido—contestó el conde — Mrs. Cornford le pidió que bajase a almorzar a la casa de campo.

Welling sacudió la cabeza desaprobando.

—De ahora en adelante, hasta que ese hombre esté encerrado no deben dejarla salir sola — dijo — Alguién debe ir y traerla.

Pero Jaime estaba ya dispuesto. Metióse hasta las rodillas al través de la superficie helada y, pensando que el acostumbrado camino hasta la casa de campo sería el más largo, se lanzó a la senda de la tapia. Allí encontró las huellas de Juana. La impresión de sus botas estaba clara y Jaime sintió un leve estremecimiento de satisfacción ante aquella prueba de su proximidad.

Luego por un motivo ignorado, las huellas tendían a la derecha, entrando en la más profunda capa de nieve, cerca de un bosquecillo de arbustos. Lanzando una exclamación de sorpresa, las siguió. Le condu-

jeron cada vez a mayor profundidad, hasta que desaparecieron.

Miró Jaime por entre los matorrales pero no pudo ver señal de la joven. Pisoteando entre las ramas cubiertas de nieve, encontró un espacio relativamente claro, donde mostrábase la hierba. Pero no había señal de Juana. Debía de haberse desviado hacia alguna parte, y Jaime atravesó los matorrales para encontrar las huellas que conducían de nuevo a la senda.

Quedóse parado con un pliegue en la frente perplejo ante los raros movimientos de Juana. Y entonces vió otra senda de huellas que sin duda eran recientes, pues la nieve que caía aún no los había borrado. Eran pequeñas y con las puntas estrechas — Jadeó: "¡Hamon!" La muchacha debió de verle en la senda y entonces echaría a correr.

Retrocedió, ahora siguiendo las huellas de Hamon. Había dos series: una iba hacia la casa de Creith y otra regresaba; y ahora encontró el sitio en que el hombre volvió. Jaime desabrochóse el abrigo, se sacó del bolsillo interior la pistola automática negra y se la echó en el del abrigo; y luego, corriendo tanto como la nieve le permitía, se dirigió a la casa del jardinero, con los ojos fijos continuamente en las huellas.

Al final de la senda las dos series se apartaban, la de Juana, hacia la casa de campo. Subió corriendo la senda de ésta. y una mirada a la habitación le hizo ver que algo extraordinario había ocurrido. Las maderas de todas las ventanas estaban cerradas. Llamó a la puerta y no recibió contestación, golpeó de nuevo con más fuerza.

—¿Está usted ahí, Mrs. Cornford? — gritó, y creyó oir dentro un crujido, se dejó caer sobre la puerta, la cual tembló bajo su peso, y una voz angustiada dijo:

—Si abre usted la puerta le pego un tiro.

¡Era la voz de Juana!

—¡Soy yo, Juana! — dijo con ardor — Miré por el ojo de la cerradura. Soy Jaime.

Retrocedió unos pasos para que la joven le viera, y al hacerlo sintió que le quitaban violentamente de la cabeza el sombrero. Eso y un estampido fueron cosas simultáneas y Jaime giró sobre sí mismo para arrostrar el peligro. No se veía a nadie.

Y entonces la puerta de la casa de campo se abrió.

—¡Quédese dentro! — gritó Jaime.

—¡No salga, por Dios!

¡Pum!...

La bala se estrelló contra la pared de la casa, y , corriendo, Jaime se guareció en el pasadizo y cerró de golpe la puerta.

—¡Oh, cuánto me alegro! — sollozó abstraída la muchacha. — ¡Oh, Jaimo, que miedo, que miedo! Le ví en el camino —continuó cuando se hubo calmado.

—Y se escondió usted en los matorrales... Seguí las huellas de usted. ¿No la vió?

—No, hasta que estuve cerca de la casa de campo, y entonces corrió detrás de mí. Mrs. Cornford le vió y cerró todas las ventanas. Es Hamon, ¿verdad?

Jaime afirmó con la cabeza.

Las contraventanas funcionaban por dentro, y Jaime abrió una suavemente y miró afuera. Apenas lo había echo, cuando una bala rompió la ventana, haciendo un desgarrón en la madera, y por el momento le inutilizó la mano con el choque.

—Creo que haremos bien es esperar — dijo. — Welling habrá oido los disparos. Nuestra sola esperanza es que el amigo Hamon comprenda, por la prisa de mi retirada, que estoy desarmado, y se aproxime.

—¿No tiene usted ningún arma? — preguntó ansiosa Juana.

Sacó Jaime una pistola pequeña.

—Solo esto — contestó, — que es casi inútil excepto a corta distancia.

Esta es, en efecto — sonrió, — el arma con la cual he aterrorizado a vigilantes y desgraciados oficiales de banca durante los diez años pasados.

Había estimado acertadamente el efecto de su precipitada huída en el astuto loco que miraba feroz a la casa trás el refugio de un montón de madera.

Hamon sabía que Jaime Morlake no habría corrido al interior de la casa si hubiera tenido un arma de fuego, y sabía también que el ruido de los disparos tenía que atraer auxilio muy pronto. Ya un curioso y atemorizado grupo de niños habíase reunido en medio de la calle, a respetable distancia, y si había de realizar su venganza y hacer fructífero un plan que ocupó su imaginación los tres meses últimos, debía obrar de prisa.

Saltó del sitio en que se ocultaba y cruzó corriendo el jardín de la casa de campo, y, como esperaba, no se hizo ningún disparo desde adentro.

Miró en torno bruscamente algo que pudiera utilizar como ariete, y sus ojos volviéronse al montón de madera y, con ella golpeó la puerta. toda la casa de campo pareció conmoverse bajo el golpe del ariete, y Jaime, observando desde el pasadizo, comprendió que la cerradura no resistiría otra envestida.

—Quédese atrás — advirtió a la muchacha en un susurro, y pasó por la puerta que, al través del pasadizo, conducía a la habitación en que Fernando Farringdon perdió la vida.

Volvió Hamon a golpear, y la cerradura saltó con un crujido.

Un segundo después había abierto la puerta y, pistola en mano, penetraba. Vió abierta la puerta de la vivienda y sospechó que quien estaba allí.

—¡Salga usted, Morlake! — gritó.—Salga usted, perro!

Disparó a la cabeza, y la bala pasó junto a la cara de Jaime; el cual esperaba el segundo disparo, y al oirlo saltó afuera con la pistola negra preparada.

Antes que Hamon pudiera disparar de nuevo Jaime apretó el gatillo. No hubo explosión. Unicamente del cañón de la pistola salió con fuerza un blanco chorro de vapor tóxico. Dió al voluntario homicida en la cara y, estertoroso, cayó Hamon pesadamente al suelo.

Le lloraron los ojos a Jaime, y notó difi-

culpa. Cuando encontré a Juan Cornford esdió hacia la muchacha, que se tapaba la boca con el pañuelo.

—Abra las ventanas — ordenó rápidamente, y luego regresó adonde estaba el hombre caído, precisamente cuando Welling y sus agentes subían a escape la senda.

—No es esto muy agradable, ¿verdad? — dijo Jaime mirando sonriente el arma — Nunca ha llevado cartuchos, porque no está hecha para eso. Lanza un chorro de vapor de amoníaco puro, y eso a considerable distancia.

Fué necesario poner al maníaco una camisa de fuerza antes de llevarlo a la prisión más próxima, y ya no volvieron a ver a Welling hasta que llegó a la casa de Creith a última hora de la tarde cansado y lleno de barro, pero con un brillo de triunfo en los ojos.

—Bueno — dijo hablando a todos los reunidos en general, pero dirigiéndose a Jaime — he descubierto que, después de todo, el misterio no es tal misterio. Y en toda mi vida podré comprender cómo no dí con la solución, cuando supe que se dedicaba usted a robar Bancos y establecimientos de seguridad para apoderarse de un documento comprometedor para Rafael Hamon, Quizás voy haciéndome viejo y torpe.

—Entonces lo mismo me pasa a mí — dijo la muchacha porque también estoy intrigada.

Lord Creith alargó las manos hacia el calor llameante, se las frotó y meditó profundamente.

—También a mí me preocupa..., y nuestro amigo norteamericano debe dar una explicación.

—Pero, ¿acaso tiene usted el documento, Welling?

El capitán sonrió.

—Aquí está — dijo, y presentó la cartera de Rafael Hamon. — Me parecía increíble que Hamon llevase consigo una acusación escrita por su víctima que inevitablemente le llevaría al patíbulo si alguna vez se presentaba en un tribunal.

—Entonces, ¿Porqué diablos no lo quemó? — preguntó irritado Lord Creith, y como contestación Welling sacó el documento. Lord Creith lo leyó frunciendo el ceño.

—Podía haber quemado esto — empezó a decir.

—Vuélvalo — dijo Welling tranquilamente y Lord Creith obedeció.

Clavó la vista un momento en las letras del otro lado.

—¡Gran Dios! — exclamó.

"La acusación estaba escrita en el reverso de un documento del Banco de Inglaterra por valor de cien mil libras esterlinas.

Pudo haberlo quemado dijo Jaime; — pero su natural codicia no le permitía destruir tanto dinero. No se atrevía a presentarlo en el banco y no podía borrar la prueba de su culpa. Cuando encontré a Juan Cornford estaba moribundo, y el primer nombre que pronunció fué el de Rafael Hamon, con quien me había encontrado en otro tiempo en Tánger y a quien tenía por hombre nada recomendable. Y reconocí en el marino al misterioso visitante que Hamon había tenido algunos meses antes. Poco a poco me enteré por el infeliz de la villanía de Hamon. Para no ser engañado Cornford cambió todo su dinero por un documento representativo de cien mil libras. Pude averiguar eso en el Banco, y aunque Hamon lo hubiera presentado para su pago no lo habría hecho efectivo. El mono y la calabaza — murmuró— no podía soltar su tesoro y fué agarrado.

———

En un frígido día de enero, cuando toda la región estaba envuelta en hielo, y los ríos que nunca se obstruyeron hallábanse congelados de orilla a orilla, Jaime Morlake y Juana Carston salían de la Iglesia parroquial de Creith convertidos en marido y mujer. Aquella tarde partieron para Londres y fué deseo de Juana dar un rodeo dirigiéndose a Ascot.

—¿De verdad que no lo tomas a mal? Jaime — preguntó y la joven por décima vez mientras el coche corría por el helado camino de Bashot.

—Desde luego que no si ese es tu gusto.

Era un muchacho, un muchacho tonto y romántico, que cumplió la promesa de llevar una vida disipada, y estoy cierto de que eso le perdió.

Pensaba en Fernando Farringdon, y Jaime comprendió. Se detuvieron en el sitio donde los pinos negros ocultan la iglesia del bosque, y Juana dió un gran ramo de azucenas a su marido cuando este se apeó del coche.

—Ponlos en el altar, Jaime — dijo la joven, y el asintió con la cabeza y cerró la portezuela.

El frío era tremendo; se le metía a Jaime al travás del abrigo de pieles, y hacíale castañetear los dedos. ¡Que diferente era aquello en el invierno! — pensó.

Y aun en aquel día sombrío la capilla del bosque era bella. Al volverse para cruzar, quedóse parado al ver una figura agazapada en los escalones, un montón de harapos que no tenía semejanza con nada humano Corrió adelante y miró el frío rostro gris; extrañamente hermoso en la muerte. ¿Qué caprichoso impulso llevó a Baunockwaite a la puerta de la iglesia que el edificó, para morir en medio de la fría noche?

Miró Jaime en torno; no se veía nadie y, agachándose, puso las azúcenas en las rígidas manos del muerto, y con la cabeza descubierta regresó al automóvil.

FIN

SI SU VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY", SOLICITELO A LA ADMINISTRACION

AVENIDA DE MAYO 662

BUENOS AIRES

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Francisco Llera, Córdoba. — Esperamos la respuesta de un lector que ofrece en venta una colección de Pucky para poder informarle a su pedido.

J. Batiller, Capital. — El navío Sideral. Muchas gracias por sus afectuosas palabras de felicitación.

Juan M. Monte, Villa María. — Trataremos de relacionarlo con los lectores que soliciten los números de Pucky que usted posee.

Luis Sapia. — Su idea la tendremos en cuenta cuando se termine el orden en que actualmente se publican los materiales de referencia.

Celestino A. Gervasoni (hijo), Villa General Mitre. — Ya están incluidas las obras que usted indica entre las que se publicarán.

José Micarelli, La Plata. — Se toma en consideración su pedido. Es usted muy amable.

José R. García, Capital. — Haremos lo posible por satisfacer su pedido. Gracias por sus nobles palabras de simpatía a nuestra labor.

Sebastián Catalano, Tres Arroyos. Su carta es realmente muy grata por las nobles y entusiastas manifestaciones de cariño y adhesión a Pucky, que en ella expresa. Sabemos que nuestros lectores son verdaderos amigos de esta revista y esa es una de las satisfacciones más grandes de la dirección, que se afana en responder a tanta simpatía y confianza ofreciendo cada vez mejores materiales de lectura emocionante, entretenida y de alta moral.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.
Demás países . . . . " 12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A

El trapero. — ¿Tiene usted botellas de cerveza, señora?
La señora. — ¿Tengo yo cara de beber cerveza?
El trapero. — Bueno; ¿y botellas de vinagre?

—¿Sabes que ya anda solo mi hermanito?
—¿Cuánto hace?
—Tres meses.
—Pues ya estará muy lejos.

* * * *

—Me hacen ustedes el favor de decirme qué pieza es la que están tocando ahora?
—Sí, señor; el número tres del programa.

* * * *

—Una limosnita, señor, que mi pobre padre no puede trabajar!
—¿Y qué hace tu padre?
—Se hace el ciego.

* * * *

Monta en el tranvía un señor muy grueso y dice un guasón:
—Creía yo que el tranvía era sólo para las personas y no para los elefantes.
El aludido se da vuelta y contesta:
—El tranvía es como el arca de Noé: caben toda clase de animales, desde el elefante hasta el pollino.

* * * *

PELIGRO

Un sabio, revolviendo su biblioteca halla entre las páginas de un libro, una factura y exclama horrorizado:
—¡Pero qué imprudentes son las mujeres! ¡Pues no han metido una cuenta del gas en un tratado de explosivos!

* * * *

ALGO ES ALGO

—Parece que usted está violento en este concierto, ¿eh?
—Es cierto.
—¿Y por qué viene usted a pasar este mal rato?
—Por el gran placer que experimento al salir.

King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

AÑO X
Julio 11
de 1930
No. 354

UN DRAMA EN LOS OBRAJES DEL CANADA

Por WEDGWOOD DELFIELD

—¡Caramba, don Lorenzo! ¿Qué es de su vida? No se le ve a usted el pelo por ninguna parte.

Ella. — ¡Donde has estado hasta las tres de la madrugada puedes irte otra vez!

El. — Imposible, querida; no abren hasta las seis.

SACADO EN HOMBROS

Debutaba en la plaza de toros de Madrid un novillero sevillano que en la capital de Andalucía había armado una verdadera revolución taurina. Sevilla entera se hallaba pendiente de la corrida.

Uno de los periódicos envió a su redactor para que telegrafiara urgentemente detalles del debut. Este constituyó un gran éxito.

El periodista sevillano, cuando el debutante acababa de dar una formidable estocada al último toro, abandonó la plaza, sin esperar a que el toro fuera apuntillado. Y envió el siguiente despacho a Sevilla: "Estocada formidable. Ovacionaza. Sacado hombros."

No bien había puesto el despacho, supo la horrible noticia. El toro, en la agonía, había lanzado un derrote, alcanzando al matador, que esperaba verle morir, y le dió una cornada gravísima.

La cosa era verdaderamente tremenda. El telegrama había armado una revolución de entusiasmo. Cuando se supiera que, en vez de salir en hombros, estaba gravemente herido el torero, le iban a echar del diario.

Afortunadamente el periodista tuvo una inspiración que le salvó. Penetró de nuevo en telégrafos, y puso otro despacho que parecía continuación del anterior: "Sacado hombros de las enfermerías para llevarle hospital con grave herida causada por toro derrotó agonizando."

NI SABE NI COMPRENDE NADA

Un viejo amigo de Clemenceau, que siente pasión de coleccionar sus frases y anécdotas, acudió a él para comprobar la exactitud de algunas de éstas:

—No se presta más que a los ricos, — dijo a Clemenceau. — Las frases que le atribuyen a usted, ciertas o falsas, son innumerables. Permítame que compruebe la autenticidad de ésta: Usted ha dicho a propósito de Briand: "No sabe nada, pero lo comprende todo". Y hablando de Poincaré: "Este lo sabe todo, pero no comprende nada..." ¿Se queda usted serio?... Bien... Pues ahora permítame usted una pregunta: ¿Apropósito de quién ha dicho usted: "En cuanto a éste ni sabe ni comprende nada"?

Y el "Tigre" repuso en el acto:

—Son tan numerosos los de esta categoría, que no recuerdo a propósito de quién he dicho eso...

* * * *

Dos discípulos de Caco se aprovechan de una noche oscura para penetrar en una granja a robar patos.

Iban agarrando patos y metiéndolos en una bolsa, cuando se le ocurrió hablar a uno de ellos.

—¡Calla! — le riñe su compañero. — No metas la pata.

A lo que contesta el otro:

—Con esta oscuridad, cualquiera distingue de sexo.

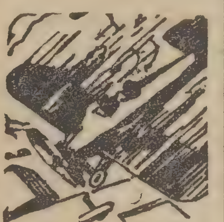
PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 354. -- JULIO 11 DE 1930

Av. DE MAYO 662. _ Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.



LA TERCERA VICTIMA

Por LESLIE CHARTERIS

(Autor de "El Capitán Peveril")

Como recordarán los lectores de "El Capitán Peveril", la vida de Jill Trelawney no tenía otro objeto que vengar a su padre, en un tiempo comisario de la Scotland Yard, a quien se hizo aparecer culpable de un delito que no había cometido. Dos de los hombres causantes de su ruina y de su muerte, murieron; pero Jill, en unión de un camarada, Septimus Dale, se propuso castigar al tercero. El comisario Carris, de la Yard, sabía del asunto Trelawney más de lo que aparentaba y Jill decidió averiguar exactamente que clase de conocimiento poseía Carris. Y ya sabemos que Jill no consentía que nada se opusiera al cumplimiento de su deseo. En esta interesantísima novela vuelve, pues, a aparecer la audaz jefe de los "Angeles de Destrucción"

I

EL LEGAJO ROBADO

ENTRE las extensas y realmente monótonas colecciones de legajos en la Oficina de Archivo de la Yard, había uno de tipo completamente distinto al de sus compañeros. La cubierta tenía una etiqueta común, como todos los otros legajos, con un simple nombre: Jill Trelawney. Adentro, sin embargo, había un cuadernillo de apretada escritura, compuesto casi de trescientas páginas y con un subtítulo que nada tenía de común. Aquel subtítulo debió ser motivo de muchas investigaciones por parte de los empleados del departamento que tuvieron que copiarlo e intrigar igualmente al hombre encargado de hacer el índice de legajos, cuando tuvo que escribirlo con letra clara en una de sus respetables fichas. Dicho subtítulo era "Los Angeles de Destrucción", encabezamiento más propio para figurar en una librería de novelas sensacionales que en un archivo policial.

Ese legajo fué colocado un día ante el señor Comisario Ayudante Carris y éste se pasó dos horas enteras con él, descuidando otros asuntos.

En aquella época, Los Angeles de Destrucción, con Jill Trelawney a su cabeza, habían casi cesado de ser un espanta-pájaros de los diarios para convertirse en algo como una peligrosa institución pública. Tenían un alarmante "record" de victorias contra la policía. Habían avisado a criminales de las sorpresas que se les preparaba y frustrado los esfuerzos de la ley y el órden en cientos de casos.

Llegaron a arrebatar malhechores de las manos misma de la policía. Hasta habían matado al Capitán Peveril que trató de quebrantar su organización. Por lo menos, existía una orden de arresto contra Jill Trelawney, con una acusación de asesinato como prueba de la fe que Scotland Yard concedía a este rumor.

Y luego Jill Trelawney había desaparecido sólo para unirse (según los informes obtenidos por la Yard) con un hombre que tenía antecedentes curiosos, cuyos movimientos también interesaban a la policía. Y el resultado de esta alianza fué que un par del reino, Lord Essenden, había desaparecido extrañamente de su casa y había razones para creer que nunca regresaría a ella vivo.

El legajo de Jill Trelawney interesaba mucho a Carris, porque hablaba de la carrera de aquella peligrosa dama que algún tiempo antes había aparecido en Londres como jefe de los Angeles de Destrucción. Se remontaba hasta el hecho que motivó la creación de los Angeles — el tiempo en que Sir Francis Trelawney, padre de Jill, en un tiempo comisario-ayudante había sido sorprendido en el acto de traicionar a la institución, dejándose sobornar y corromper. A su muerte, que según se decía había sido causada por el descubrimiento y subsiguiente degradación, su hija había jurado, delante de su lecho, que vengaría lo más posible la ruina de su padre.

Mientras examinaba aquel legajo, Carris recordaba el día, casi tres años antes, cuando él mismo, entonces sólo superintendente, había ayudado al Comisario en Jefe a probar la acusación contra Sir Francis.

Recordaba aquel día, en París, cuando había ido hallá con el Comisario en Jefe para sorprender a Sir Francis en el acto mismo de traicionar a la policía.

Había allá un hombre llamado Waldstein, a quien la policía perseguía, aunque no existían contra él cargos suficientes para arrestarle. La trampa había sido armada cuidadosamente. Se le dijo a Sir Francis que las pruebas obtenidas harían posible el enjuiciamiento de Waldstein. Se le había dicho que al día siguiente, Waldstein sería arrestado en París. Y por la mañana, Sir Francis había alquilado un aeroplano particular, dirigiéndose directamente al hotel donde se alojaba Waldstein, sin sospechar que Carris y el Comisario en Jefe lo seguían.

Carris recordaba como había palidecido repentinamente Trelawney al enfrentarse con ellos y como había tartamudeado una historia poco convincente de un llamado telefónico del Comisario en Jefe, dándole instrucciones para que se dirigiera inmediatamente a París e hiciera él mismo el arresto... fútil excusa, que el mismo Comisario en Jefe destruyó con su presencia.

Carris recordaba al día siguiente. Una tarde en Scotland Yard, cuando en presencia de Trelawney y del Comisario en Jefe había abierto una caja traída del Banco de Ahorros de la Cancillería y había encontrado en ella un fajo de billetes nuevos de cinco libras, que se descubrió procedían de Waldstein. Recordó las protestas de Trelawney, afirmando que nunca había él puesto esos billetes en la caja fuerte, que jamas los había visto antes, que no podía explicarse como habían llegado allí. Y los ojos fríos, acusadores del Comisario en Jefe.

Todos estos recuerdos volvían a la memoria de Carris, mientras ojeaba el legajo y lo perseguían aún cuando volvió a su casa por la noche. Porque durante las últimas tres semanas se había producido una tregua y todos pensaban cual sería el próximo golpe de los Angeles de Destrucción.

Pero a la mañana siguiente no había, al parecer, más motivos para pensar por que cuando Carris llegó a la Yard y fué a su oficina encontróse con el inspector Teal que lo esperaba y algo de lúgubre en el aire de Teal, anunciador de malas noticias.

Como la mente de Carris estaba llena del recuerdo de Jill Trelawney no le produjo sorpresa al enterarse de cuales eran esas malas noticias.

—¿No fué usted el último que annuvo con ese legajo de la Trelawney? — preguntó Teal, yendo directamente al grano.

Carris hizo un gesto afirmativo.

—Creo que sí.

—¿Supongo que lo habrá usted devuelto al Archivo?

—Efectivamente. Era tarde cuando me retiré y lo devolví a la salida.

Teal indicó con su dedo el escritorio del comisario.

—Vea — le dijo.

La carpeta del legajo estaba allí, con su prolijo letrero. Carris la abrió y lanzó un juramento profano.

Lo primero que sus ojos vieron fueron una breve nota, semejante a otras muchas que ya había visto. Decía.

"Con saludos de los Angeles de Destrucción".

Debajo de la nota había un pliego de papel en blanco. Debajo del pliego otra hoja igual. Eran entre todos veintisiete pliegos en blanco. Los contó.

—¿Cuando se descubrió esto?

—Hace una hora — dijo Teal — Yo mandé buscar el legajo para consultar algo. Notará que todas las hojas referentes al asunto Trelawney han sido arrancadas. El resto se dejó y para llenar los huecos se pusieron esos pliegos en blanco.

—¡Pero es imposible! — exclamó Carris — Nadie puede entrar en Scotland Yard ¿Había rastros de que los legajos hayan sido revisados?

—Ninguno.

—Entonces debe ser alguien de adentro; alguien que está en las oficinas del Archivo.

Teal se encogió de hombros.

—¿Quién? — preguntó concisamente — Puede haber sido cualquiera de los doce hombres que están allí.

—Entonces habrá que hacer una investigación.

—¿Y qué descubriría usted? Sabemos que los **Angeles tienen dinero. Supóngase que**

hayan comprado a alguien de la Yard. ¿Por qué ha de ser un hombre más que otro? — extendió el brazo y agarró uno de los pliegos en blanco; estaba doblado en el centro lo mismo que los otros veintiséis. Teal los juntó y los dobló todos por la raya. Caben en el bolsillo de un hombre — dijo — Es papel ordinario, como se usa en cientos de oficinas. Aquí no encontraremos ningun rastro.

Agarró la nota.

—¿Qué piensa usted de eso? — preguntó a Carris.

—Es casi la misma letra de la nota que dejaron en lo de Essenden, en París ¿no?

—No es precisamente la misma, sin embargo. Pero entonces la letra estaba disfrazada. Un hombre no puede escribir, disfrazando la letra, tan firmemente como cuando lo hace de un modo natural.

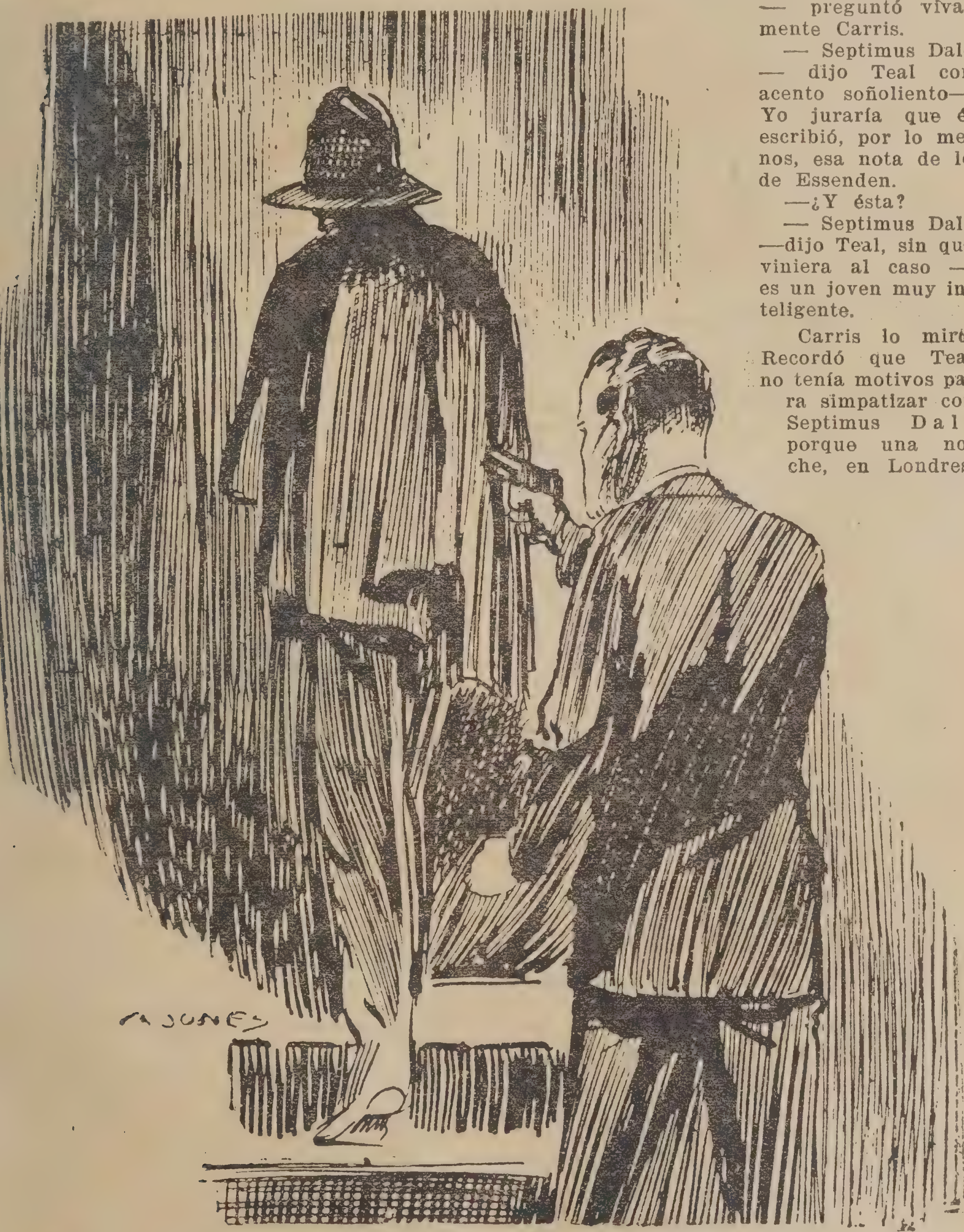
— ¿Un hombre? — preguntó vivamente Carris.

— Septimus Dale — dijo Teal con acento soñoliento— Yo juraría que él escribió, por lo menos, esa nota de lo de Essenden.

—¿Y ésta?

— Septimus Dale —dijo Teal, sin que viniera al caso — es un joven muy inteligente.

Carris lo miró. Recordó que Teal no tenía motivos para simpatizar con Septimus Dale porque una noche, en Londres,



Con la pistola apoyada en la espalda del italiano, Septimus lo obligó a subir la escalera.

cuando Teal anda persiguiendo de cerca a Jill Delawney, Septimus le había hecho perder la pista de su presa con una treta que un bebé de pecho habría olido y que sin embargo un policía, de edad madura, no sospechó.

—Un joven muy inteligente — repitió Teal.

—¿Sabe usted donde está?

—En Londres. Viviendo en su departamento. Lo vi anoche.

—¿Lo vió? — dijo ásperamente Carris — Pero...

—¿Necesitamos hablar más de esto? — preguntó Teal con acento de aburrimiento — Estoy cansado de que se me diga que debo arrestarlo y cansado también de explicar que no podemos hacer nada contra él en Inglaterra por un robo cometido en París. Y estoy cansado, además, de explicarle a usted que puede sospechar lo que quiera sobre la presencia de Jill y Septimus en lo de Essenden; pero que es imposible probar nada y Septimus Dale lo sabe. Ya se burló una vez de mí y no voy a darle la oportunidad de que me ponga en ridículo de nuevo, acusándome de arrestarlo ilegalmente. ¿Sabe usted que Septimus Dale no ha sido nunca arrestado?

—¿Con sus antecedentes?

—No tiene antecedentes — dijo Teal —. Es un tipo sospechoso y eso es lo peor que de él puede decirse. Excepto ese asunto de París, no hay nada de que culparlo. Nadie sabe de donde viene... He hecho averiguaciones. Pero, de dos años a esta parte, no tiene pasado.

—Pero se sabe que está asociado con la Trelawney.

—Lo se.

—Fué cómplice de la Trelawney en lo de Essenden.

—¿Cómplice? — preguntó Teal pacientemente.

—Estaba con ella. Debe saber donde se halla escondida ahora.

—Naturalmente que sí. ¿Pero quien lo va a probar en un tribunal? No... no podemos arrestarlo, aunque quisiéramos. Nuestra única esperanza es vigilarlo y esperar que más tarde o más temprano nos conduzca hasta Jill Trelawney. Y no puedo menos de pensar que con un hombre como Septimus Dale esa esperanza es remota.

Los ojos de Carris se volvieron al legajo saqueado.

—Habrá que enterarlo de esto al jefe — dijo.

—Ya se lo he dicho — dijo Teal — Estaba dispuesto a dar vuelta de arriba a abajo a Scotland Yard; pero yo lo persuadí que no. Me gustaría tener la oportunidad de hacer algo por mi cuenta antes de que el mundo se entere de lo idiotas que somos.

Se paró. Había estado sentado en la silla del Comisario durante toda la entrevista, recostado y masticando goma soñolientamente, como si la oficina le perteneciera; pero el inspector Teal era una persona privilegiada.

—Me voy.

El inspector Carris estaba parado junto a la ventana, con tres profundas arrugas, de pensamiento, en la frente. Cuando Teal llegó a la puerta, Carris salió de su profunda abstracción.

—Ese Guglielmi... — dijo.

—Será embarcado mañana. La orden de deportación llegó esta mañana ¿Qué hay con él?

—¿Donde está ahora?

Teal alzó las cejas.

—En Brixton, creo. Se lo averiguaré. ¿Por qué quiere saberlo?

—¿Puede averiguarme con seguridad donde está? Tengo una idea.

Pero se la guardó para sí. Y Teal tuvo que irse con la curiosidad insatisfecha.

Se supo media hora después que Guglielmi se hallaba en la cárcel de Brixton y Carris, una vez que hubo recibido la información, habló personalmente con el gobernador de la prisión por teléfono.

Al cabo de una hora Guglielmi llegó a Scotland Yard, en un auto, entre dos guardianes, y fué llevado directamente a la oficina del Comisario Ayudante. Y cuando un rato después los guardias se retiraron iban solos.

Teal, que era hombre curioso, volvió nuevamente a la pieza del Comisario Ayudante por la tarde y se encontró con que Guglielmi había desaparecido misteriosamente, aunque no se había pedido escolta para acompañarlo.

—La orden de deportación esperará unos días — dijo Carris, en contestación a las preguntas de Teal.

—¿Cuál es esa gran idea? — preguntó Teal.

—Guglielmi — dijo Carris gravemente — es un coleccionista entusiasta de mariposas. Le he dicho que un ejemplar muy raro, que se llama Jill, ha sido visto en Inglaterra y he consentido en dejarlo en libertad a fin de que la cace en su red antes de partir para Italia.

El Sr. Teal no le encontró gracia al chiste.

II

EL ESTUDIO

Hay que reconocer que Duodecimo Guglielmi no hacía honor a su tierra natal. Tenía un sublime desprecio por las leyes de la propiedad que hubiera bastado para descalificarlo en cualquier sentido; pero, como si esto no fuera bastante, estaba también dotado de un temperamento amoroso y que lo exponía a repentinos y furibundos ataques de celos. Por eso había tenido que salir de Italia; mirando por su salud había cruzado los Alpes, entrando en Austria; pero las cárceles de Austria no le agradaron y nuevamente por motivos de salud se dirigió al norte, pasando a territorio alemán. Conoció el interior de las cárceles de Munich y de Bonn y se escapó raspando a una pena algo más desagradable en Leipzig. En Berlín llevó durante seis semanas una vida

respetable, porque durante ese tiempo estuvo en el hospital con pulmonía doble. Al mejorarse salió de Berlín con un escudo irreprochable y emigró a Francia, desde donde, después de algunas peripecias, pasó a Inglaterra, de cuyo país, si no hubiese sido por la intervención del Sr. Comisario Ayudante Carris, hubiese partido para su país natal.

Era un hombre pequeño y apuesto, muy divertido a su manera, dotado de gran atracción para las camareras y de una habilidad innata en el manejo del estileto. Y naturalmente no tenía nada que lo hiciera parecer a un policía de investigaciones. Por esa causa, Septimus Dale, al salir una mañana de su departamento próximo a Sloane Square, con el ojo alerta para descubrir sabuesos policiales, fijóse en dos hombres grandotes, con traje civil, del otro lado de la calle; pero no concedió la menor atención a Duodecimo Guglielmi.

Aquellos hombre grandotes, con traje civil, eran molestias de su vida que Septimus Dale soportaba con la ejemplar paciencia con que afrontaba todas sus tribulaciones. Desde su primer rozamiento con la ley, había sido favorecido con aquellas atenciones y el entretenimiento que al principio le proporcionaba aquella silenciosa persecución empezaba a perder interés.

No era que aquella constante vigilancia lo fastidiara, ni siquiera alterara su humor de modo perceptible; pero empezaba a encontrar bastante cansador eso de tener que despitar a un par de perseguidores importunos cada vez que deseaba realizar algún negocio privado. Si, por ejemplo, tenía una cita para mediodía en un sitio a diez minutos de distancia de su casa, debía salir con media hora de anticipación por el tiempo que perdía en darle esquinazo a sus perseguidores. Y aquella pérdida de tiempo dolía a su alma activa. Más de una vez se había dirigido en son de queja al Comisario en Jefe de Policía, por esa razón.

Aquel día tenía una cita privada a las doce. Y como queda explicado, partió con media hora de tiempo extra para despistar a sus vigilantes. Se deshizo de ellos a los veinte minutos; pero no de Duodécimo Guglielmi, en parte porque Guglielmi era mucho más sutil que los dos detectives y en parte porque no se había dado cuenta de su existencia. No bien vió que los dos hombres grandes habían perdido su pista, se dirigió al lugar de su cita por un camino directo y normal, ignorando que Septimus venía pisandole todavía los talones.

En aquella época, Jill Trelawney ocupaba un estudio en Chelsea, que durante largo tiempo había sido una de las guaridas secretas de Septimus que la policía ignoraba. Al volver de una ignorada posada de las montañas de Gales, donde se habían refugiado hasta que se calmara un poco la excitación producida por el suceso de lo de Essenden, Septimus había introducido a Jill, de contrabando, en el estudio, a altas horas de la noche, le indicó un armario repleto de provisiones y la abandonó allí. La visitaba frecuentemente para traerle noticias y aprovisionar la despensa. En verdad, aquella mañana traía una docena de arenques ahumados y dos de huevos en una valijita.

Ella lo recibió en la puerta.

—¡Bendito sea! — le dijo — Si no hubiera usted venido hoy creo que me hubiese dado un ataque de histerismo. No se hace una idea de lo que es estar encerrada entre cuatro paredes las veinticuatro horas del día.

Septimus depositó la valijita sobre un caballete que nunca había soportado tela.

—Y eso que estuve antes de anoche. Lo que pasa es que la niña empieza a enamorarse de mí...

Ella le ofreció un cigarrillo y agarró otro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada de importancia. Teal ha entrado nuevamente en acción. Empezó por amenazarme... fracasó. Quiso hacerse amigo... fracasó. Intentó sobornarme... fracasó. Creo que piensa retirarse de la policía y ponerse a criar pollos. Los policías disfrazados de caballeros todavía me siguen a todas partes...

—¿Cómo puede usted estar seguro de que los ha despistado?

—Cuando no oigo más chillar sus botines sé que por lo menos, les llevo tres cuadras de ventaja. ¡Ah!... La oficina del Archivo de Scotland Yard ha sido robada.

Ella lo miró.

—¿Cómo?

—Comiendo. Entraron ladrones y se llevaron importantes papeles secretos. El legajo de Jill Trelawney, de la sub-sección M 3979 XXI (b). De paso, eso es una exageración. ¡Créale uno a la policía! La teoría del robo fué desechada a los cinco minutos, dicho sea de paso, y el delito se atribuye ahora a una persona de la casa, a algún oficial sobornado por los Angeles de Destrucción.

—¿Cuándo fué eso?

—Antes de anoche.

—Cuando estaba usted aquí.

—Exactamente. Mi coartada es perfecta.

—Se fué usted a media noche. Dijo que tenía una cita.

—Así fué.

—¿Tenía una cita?

—Dije que la tenía. Jill, no me gusta que me interroguen. Tenía que ver a un hombre en Candem Town para comprarle un Pomerania de segunda mano y me vendió un cachorrito ¿Qué es eso?

Jill sonrió. Luego señaló un montón de diarios que estaba sobre la mesa.

—Es lo primero que oigo sobre el robo de la Oficina del Archivo — dijo — Y juraría que el resto del mundo está tan a obscuras como yo.

—Lo está... en su mayoría.

—¿Entonces como se ha enterado usted de él?

—Tengo fuentes secretas de información — dijo Septimus.

Bostezó monstruosamente. Su cabeza re-

costose con pereza contra un almohadón y cerró los ojos.

Jill lo contempló unos cuantos segundos y luego lo llamó:

—¡Septimus!

—¿Qué hay? — preguntó el sobresaltado.

—¿Qué le pasa?

—Disculpe — dijo Septimus — Pero hace dos noches que no duermo y estoy muerto de cansancio

—¿Qué ha estado haciendo?

Septimus se desperezó.

—Jill, — le dijo — debe tener usted más fe en mí. No anduve por los tejados, aunque sí muy cerca de ellos. Tuve que trepar por un viejo caño y hubo un espantoso momento en que creí que el caño se iba a hacer pedazos y yo... también. Pero todo salió bien, aunque le ocasioné un poco de daño a la hiedra...

—¿De modo que se introdujo en Scotland Yard?

—¿Quién dice que lo hice? — preguntó Septimus, abriendo muy grandes sus ojos, con infantil sorpresa.

La joven se acercó y sentóse en un brazo del sillón ocupado por él. Con su sencillo vestido azul, y el hermoso rostro desprovisto de afeites, que nunca necesitaba, podría haber posado para un cuadro que hubiera hecho famoso aquel estudio, si Septimus hubiese sido artista. El hombre la admiró francamente.

—Pienso como habrá sido usted antes de teñirse el cabello... — murmuró perezosamente.

—¿Qué andaba usted haciendo por los caños?

—Buscando nidos de pájaros.

—¡Septimus!

—Muy bien, maestra. Ya que lo quiere saber, le diré que pienso ser plomero y estaba aprendiendo prácticamente.

Ella se puso de pié impacientada. Septimus se echó a reir y la obligó a sentarse reteniéndola por la mano que no había soltado.

Distraído se la besó.

—¡Gracias!

—No hay de qué — contestó Septimus cortesmente — Mire: ¿me creerá si le juro que Scotland Yard fué robada antes de anoche y que yo no anduve haciendo mis ejercicios en los caños hasta anoche o, mejor dicho, en las primeras horas de la madrugada de hoy?

Ella lo miró intrigada.

—Si — dijo — Le creeré ¿Pero a donde quiere ir a parar?

Septimus se rió.

—Bueno... — dijo — sosténgase, porque su fe en mi palabra va a sufrir un rudo golpe.

Metió la mano en el bolsillo interior de su saco y sacó de él un abultado sobre.

—Examínelo. No se cobra por mirar.

Ella dió vuelta el sobre. No estaba pegado. Abrióle, y sacó un fajo de papeles y los desdobló.

Al ver el primero la expresión de su rostro se cambió. Luego examinó rápidamente el resto. Se volvió a Septimus con las cejas fruncidas y una semi-sonrisa en los labios.

—¡Embustero!

—Ya le dije que su fe en mí experimentaría un quebranto.

—¿Pero por qué no me lo dijo desde el principio?

—¿No le dije qué?

La inocencia de los grandes ojos de Septimus era conmovedora.

—¿Por qué no me dijo que asaltó la Oficina del Archivo?

—Porque — contestó suavemente Septimus — eso no hubiera sido exactamente cierto. Y yo siempre me empeño en decir la verdad — terminó virtuosamente.

—¿Pero es cierto o no es cierto...?

—Hablando de todo un poco — interrumpió Septimus — ¿se ha fijado en la última hoja?

Ella la miró.

—Está en blanco

—Una curiosidad valiosa. De tiempo en tiempo, alguna persona, o personas, a quien llamaremos desconocidas, obtiene ilegalmente papeles privados de los archivos de Scotland Yard. En lugar de dichos papeles, la dicha persona, o personas, deja un número equivalente de hojas en blanco. La que tiene en su mano es un ejemplo. Y muy interesante.

Ella lo miró.

—¿Es una de las hojas que fueron dejadas en el legajo?

—No. Es una hoja idéntica a las del block de donde fueron sacadas las que se dejaron en Scotland Yard — Ahora vea — Septimus metió la mano en otro bolsillo — aquí hay una hoja de las que dejaron en la Yard. Si compara las dos...

Jill Trelawney tomó la segunda hoja en su mano. Dijo anhelante:

—¿Pero cómo...?

Septimus Dale sonrió seráficamente.

—Mis espías están por todas partes — dijo — Yo tengo recursos que usted no se imagina. Discúlpeme.

Le quitó todos los papeles de la mano y volvió a colocarlos en el sobre y a éste en su bolsillo.

La joven apoyóle su mano en el hombro.

—Usted está haciendo algún juego hábil — le dijo — Yo quiero saber cual es.

Septimus se tocó el bolsillo.

—Hay aquí papeles — dijo — que no pueden ser duplicados. Por ejemplo, la carta original avisando de un "raid" inminente, escrita en papel de la Yard, en una máquina de escribir que estaba en la oficina de su padre de usted y que formó parte de las pruebas acusadoras contra él. Es una prueba que no puede ser hecha de nuevo. Y hay detalles en este caso que nadie, sin ayuda de estos papeles, puede recordar. Detalles pequeños; pero importantes para cierta gente. Si por ejemplo, el Comisario en Jefe decidiera hacer una revisión del proceso de su padre...

—¿Y por qué haría eso?

—¿No es eso lo que usted quiere?

Ella no contestó.

—¿No es eso lo que buscan los Angeles de Destrucción?

—Sí... — dijo Jill casi con un murmullo — Para eso fueron creados... — originalmente.

—Para castigar a los tunantes que perdieron a su padre de usted porque no pudieron comprarlo. Exactamente.

—Y eso es todo — dijo Jill con voz ronca — Es todo lo que han hecho. Castigaron a Waldstein y a Esseden. Essenden hizo una especie de confesión; pero ha muerto y nadie creerá mi testimonio ni el suyo. Empiezo a creer que no hay esperanza de hacer otra cosa que vengarse.

perdida para mi... — miró el reloj y cambió bruscamente de tema — ¿Me permite que me vaya? Es hora de dormir.

—¿A la una de la tarde?

—Ya le dije que hacía dos noches que no dormía. Y esta noche tengo que visitar a un pariente muy respetable. No quiero tener aspecto trasnochador. Quizá no creería tan facilmente en mi virtud como usted.

Ella se sorprendió ante aquellas palabras.

—No sabía que tuviera usted parientes.

—¿No lo sabía?... Tengo padre y madre, entre otros. Es muy extraordinario que no lo sepa. Los diarios se han ocupado bastante de ellos.

Indicando a la joven, Septimus ordenó ásperamente: ¡Suéltela!

—Waldstein y Essenden — dijo Septimus — Número Uno y Dos. Queda todavía el Número Tres.

—¿Y saldremos mejor ahí?

—Es de esperarse... después de nuestra práctica. Si no pierde el valor, vieja...

Ella levantó la cabeza.

—Todavía no se — dijo — porque se ha unido usted a mí para esto.

—¡Las mujeres — contestó Septimus poco galantemente — son tan obtusas para comprender!

—Los otros me ayudaron por dinero.

—Yo recibí cincuenta mil francos en lo de Essenden. Había cien mil antes de que usted interviniera y me hiciera darle más de la mitad. Sí, ya se... que usted es pura

—¿Querrá usted decir la 'Crónica Policial"?

—Si, ciertamente, a la "Crónica Policial" le interesa — dijo Septimus gravemente.

Ella se había vuelto zumbona para ocultar sus faltas de "buenas maneras criminales"; pero todavía sentía curiosidad suficiente para intentar una pregunta seria.

—Sinceramente ¿tiene todavía familiares que lo reconozcan?

Aquella pregunta estaba bellamente hecha, revelaba una curiosidad conmovida, afirmaba que existía ya entre ellos intimidad suficiente para cambiar confidencias. Pero Septimus se limitó a reir.

—Mi pariente masculino más próximo— dijo — cree aún que me reformaré algún

día. Entretanto contempla mis pecadillos con ojos tolerantes. Pero, hablemos de nuestros asuntos. No puedo prometerle cuando volveré, Jill; pero será lo más pronto que pueda.

Ella lo acompañó hasta la puerta, lo miró bajar las escaleras y sintióse muy solitaria cuando desapareció.

Septimus se dirigió directamente a su departamento. No bromeaba cuando dijo que se iba a dormir. Debía velar nuevamente aquella noche y Dios sabía cuando tendría oportunidad de gozar de una noche entera de descanso.

Pero, aunque Septimus no había advertido antes a Duodécimo Guglielmi, no pasó lo mismo al digirse a su casa.

III

JILL COMETE UNA TONTERIA

Hacía unas ocho horas que Septimus se había ido cuando resonó el timbre de la puerta del estudio, haciendo latir el corazón de Jill. Nadie podía llamar a la puerta, Septimus tenía llave y por razones obvias no venían proveedores. ¿Quién podía estar afuera, a no ser un detective a quien Septimus no había sido suficientemente hábil para despistar?

Mientras permanecía parada junto a una mesa, con el cerebro hecho un torbellino el llamado se repitió.

Ella se dirigió a la ventana y miró a la calle; pero no se veía nada de extraordinario; no había señales de cordón policial, ni siquiera uno o dos hombres a quienes se hubiera encargado vigilar alguna otra salida. En cuanto al hombre de la puerta era imposible verlo; porque la entrada del estudio estaba en el piso tercero y último del edificio y al arquitecto no sabiendo que su edificio sería alguna vez utilizado como guarida de malhechores había omitido proveer a los departamentos de una ventana que diera al descansillo o de cualquier otro medio similar de inspeccionar a los visitantes antes de abrir la puerta.

Jill Trelawney pensó todo esto con la rapidez del rayo y tomó su resolución.

Fuera quien fuese, nada ganaría con rehusarse a abrir la puerta. Si era la policía, la manzana estaría bien rodeada y la puerta sería forzada, si ella se negaba a contestar. Si era alguna otra persona... No tenía idea de quien podría ser; pero era preciso abrir.

El pequeño revólver, del cual no se separaba en esos días, estaba en su mano cuando fué hacia la puerta y la abrió.

La primera mirada dirigida al hombre que estaba fuera la tranquilizó algo. Ciertamente, fuera quien fuese, no podía ser detective... Era demasiado pequeño y delgado para que lo hubieran admitido en las filas de la policía Metropolitana, aunque hubiese deseado pertenecer a ella. La segunda mirada le dijo que no era probable lo hubiese deseado; porque había algo muy anti-inglés en el exagerado atildamiento de su persona, que lo hubiera denunciado inmediatamente como extranjero, aún prescindiendo de sus delgadas y morenas facciones y de sus vivos ojos negros.

—¿La señorita Trelawney?

Después de una leve vacilación, Jill asintió. Los modales del hombre eran tan confiados que la joven comprendió que no podría engañarlo. Al mismo tiempo, aunque parecía tan seguro de su indentidad, no había nada de amenazador ni aún de alarmante en sus maneras.

El hombre se explicó enseguida.

—Vengo de parte del Sr. Dale. Ha sido arrestado.

Un miedo repentino apretó la garganta de Jill.

—¿Arrestado? ¿Cuándo?

—Muy cerca de aquí. El me vió anoche y me dijo que tenía un trabajo para mí. Esta mañana lo volví a ver, me trajo hasta aquí y me dijo que esperara afuera mientras él entraba. Cuando salió anduvimos un trecho juntos y me dijo lo que tenía que hacer. Pero, a corta distancia de aquí un hombre lo reconoció en la calle y le dijo "Acompáñeme".

El visitante movió los brazos expresivamente.

—¿Y el señor Dale le dijo que viniera aquí?

—¡Oh no! Pero me miró y yo comprendí lo que tenía que hacer.

Ella entendió. Septimus no podía decir nada delante de la policía sin delatarla.

—¿Quién es usted? — le preguntó.

—Soy Duodécimo Guglielmi — dijo el hombrecillo dramáticamente — Ahora le diré el resto.

El señor Dale fué obligado a subir a un taxi con el detective; yo tomé otro y lo seguí. Luego cayó una hoja de papel por la ventanilla del auto y yo detuve el mío y la levanté. Aquí está.

Sacó un papel embarrado y ella lo tomó, descifrando estas palabras garabateadas con lápiz:

"Espere en un auto afuera de Scotland Yard, a las diez. S."

—¿Por qué no vino antes? — dijo Jill secamente — Si eso ocurrió enseguida de salir él de aquí...

—Tuve que buscar un auto. Esta afuera ahora. El conductor es amigo mío. El señor Dale conoce también a mi amigo.

—Espere un momento.

Lo dejó en la puerta y volvió al momento, poniéndose el tapado y encasquetándose el sombrero. Llevaba la pequeña pistola, en su funda, en el bolsillo del abrigo.

—Vamos ahora.

El italiano bajaba ya la escalera y ella lo siguió rápidamente. Había un auto cerrado, parado junto a la acera y Guglielmi abrió la puerta para que subiera la joven. Luego él la siguió y el auto emprendió marcha enseguida. Sólo entonces se dió Jill cuenta de que las cortinillas del auto estaban bajas. Ella estaba sentada muy quieta.

—¿Por qué están las cortinillas bajas? — preguntó.

—No debe usted ver adonde vamos. Sería peligroso para usted.

Ella permaneció silenciosa, mientras en su cerebro se mezclaban pensamientos contradictorios. Estaba segura sólo de una cosa y era de que había sido increíblemente estúpida. Observó al hombre que estaba junto a ella; **pero él miraba hacia adelante tran-**

Arrodillado en el suelo el intruso observaba atentamente los vapores del ácido.

quilamente y parecía haber olvidado su presencia.

Poco después, cuando el reloj de la joven le dijo que habían marchado por espa-

cio de media hora, Guglielmi habló.

—Estamos llegando. Tiene usted que permitirme que le ponga esto sobre los ojos.

Vió en manos el hombre un pañuelo blanco.

—Me niego.

—Temo que no pueda uster negarse. Tengo que vendarle los ojos y le ruego no me haga recurrir a la violencia porque me desagradaría.

Ella esperó. El pañuelo blanco acercóse a su cara y sintió la suave caricia de la seda. Entonces ella se movió... apoyando el caño del revólver en las costillas del hombre.

—Y ahora... ¿qué le parece? — preguntó — Siéntese muy quieto; si no oprimiré el gatillo.

El hombre continuó vendándole los ojos.

—Mire que pienso hacer lo que digo — dijo ella ásperamente — ¡Quite ese pañuelo!

—No se moleste, señorita Trelawney — contestó él tranquilamente — Ya he descargado yo su pistola.

Ella se dió cuenta de que el auto había parado. Hubiera llorado de rabia contra sí misma.

—Haga el favor de bajar.

Se encendió de pronto la luz al abrirse la puerta; pero sus ojos estaban bien vendados y no pudo ver nada. Ella había esperado que podría levantar un segundo el pañuelo; pero la tenían fuertemente sujeta por las muñecas.

—Hay que bajar cuatro escalones — guióla su raptor — Ahora siga adelante. Pronto, haga el favor. Ahora hay una esquina. Tiene que subir algunos escalones.

Ella subió unos cuantos escalones y luego oyó abrirse una puerta. La hicieron entrar. Se le dió orden de detenerse y algo duro tocó la parte posterior de sus rodillas.

—¡Siéntese!

Obedeció cautelosamente. Luego oyó un par de "clics" y sus tobillos quedaron aprisionados. Un momento después sintió el mismo contacto metálico en sus muñecas. Le fué quitado el pañuelo.

Estaba en un cuarto pequeño y pobremente amueblado. El papel de la pared era viejo y la alfombra llena de manchas y deshilachada en las orillas. Había un catre, una mesa con una botella y unos cuantos vasos y los restos de un sandwiche en un pedazo de papel de diario.

Ella se hallaba sentada en una pesada silla de roble que parecía fuera de lugar en el cuarto y que podría haber sido adquirida para aquella ocasión. Las piernas de la joven estaban sujetas a ella por cadenas y candados y comprendió Jill enseguida que no podría libertarse sin ayuda. Todo aquello lo advirtió antes de descubrir que el pequeño italiano observaba su trabajo y la lucha ineficaz de ella con una especie de divertida mirada.

—No creo que podrá usted escaparse, señorita Trelawney. así que, con su permiso voy a despedir a mi amigo y volveré para conversar con usted. — Sus brillantes ojillos relucieron debajo del sombrero. Tengo que decirle cosas interesantes... muy interesantes.

Cuando se cerró la puerta se dió cuenta Jill de que tenía la frente empapada en sudor.

Ahora que sabía que aquel hombre no tenía nada que ver con Septimus Dale, pensaba si éste no estaría enterado de la existencia de Guglielmi. Por lo menos la historia del arresto de Dale era incierto, simple cebo para hacerla caer en la trampa a donde había entrado tan ciegamente. ¿Cuánto tiempo tardará Septimus en descubrirlo y aún así que podría hacer? El tiempo pasaba. Inclinándose hacia adelante y torciendo la mano hacia arriba podía ver la esfera de su reloj. Los minutos se convirtieron en una hora.

La hora en dos.

Y entonces la puerta volvió a abrirse. Por un momento el corazón de Jill dió un salto no podía decir si de miedo o de espectativa. Locas esperanzas de rescates nacieron y murieron al aparecer el apuesto Guglielmi, vestido ahora a la usanza de su país.

Entró en la habitación y cerró tras sí la puerta.

La joven levantó la cabeza.

—Ha estado usted bastante tiempo con su amigo — le dijo.

—Sí — sonrió el hombre — Es un poco impertinente; pero ahora lo he despachado y no volverá hasta dentro de dos horas. Eso me dará tiempo de sobra. ¿Empieza a interesarle?

—Ni un poquito. No lo invitó a sentarse. Aunque estaba usted disfrazado de caballero...

—¡Señorita Trelawney!

—O quizá no estaba usted disfrazado de caballero. Admito que el disfraz no tuvo mucho éxito porque yo lo tomé por lo que realmente es.

Guglielmi se arregló la corbata con sus manos delicadamente manicuradas.

—¿Sabe usted lo que le va a pasar? — preguntó.

Su inglés se había hecho más fluente quizá porque la primera agitación, que no era fingida, empezaba a desaparecer.

—Ya le dije que no me interesaba — le dijo.

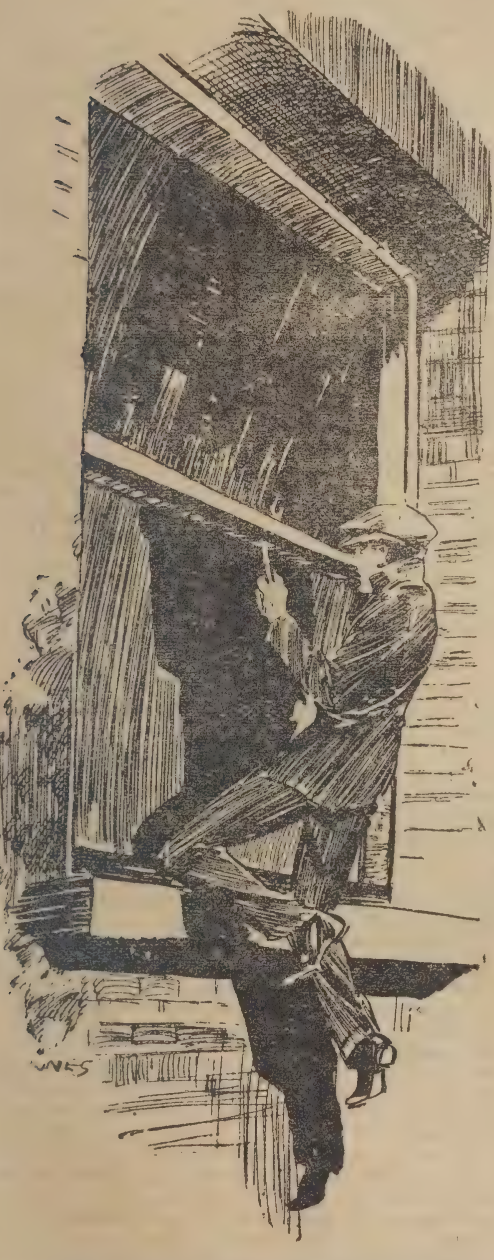
Observándolo pensó Jill metódicamente en las circunstancias. Por armas tenía una pistola descargada, el alfiler de un pequeño prendedor y sus dos manos. Esperanzas... ¿cuáles? Era, naturalmente, posible que la historia del arresto de Septimus fuera cierta. Pero improbable. Sus pensamientos se embrollaban por la exasperación que la poseía, ¡Ella, llena de experiencia, haber caído en una treta antediluviana como aquella! ¿Cuánto tiempo tardaría Septimus antes de enterarse de su desaparición?

Desde que se había instalado en el estudio la visitaba, por lo menos, un día sí y otro no. A veces dos días seguidos. En el mejor de los casos, contando con sus viejos hábitos, no podía esperar que fuera a visitarla hasta el otro día. Y dos horas, según Guglielmi, era todo el tiempo con que podía contar.

Sin embargo, los acontecimientos marchaban con más rapidez que antes y era posible que Septimus tuviera necesidad de verla aquella noche. El pensamiento era confortador.

—Es necesario — dijo Guglielmi — que

usted muera. Así me lo han dicho. Y me pagaron para que yo la mate. Yo no sabía antes que estas cosas se hacían en Inglaterra; pero ahora veo que sí. En Italia, naturalmente, cuando alguien estorba desaparece en un soplo. Pero no sabía que esto se hiciera en Inglaterra hasta que se me di-



Sosteniéndose peligrosamente en la cornisa, Jill trabajó para levantar la aldaba.

jo que tenía usted que desaparecer. Me dijeron que si usted desaparecía completamente, no me deportarían a Italia. Esto es muy importante porque regresar a Italia supone la cárcel para mí.

Ella lo miró, costándole creer a sus oídos.

—¿Quién le dijo eso? — preguntó.

—Se me dijo — contestó Guglielmi — Pero no que lo hiciera así. Esta fué idea mía. Me dijeron que llevara mi pequeño revólver, que averiguara donde usted vivía, entrara, la matara de un tiro y saliera. No se me harían preguntas. Pero yo la ví, cuando miró por la ventana y yo estaba afuera en la calle, en observación, y decidí que las cosas no podían pasar así. . . siendo usted tan joven y bonita.

Le besó los dedos elegantemente.

—Así que la he traído a mi casita. Usted ha desaparecido y la policía quedará satisfecha. En cuanto a mí también estará satisfecho y todo se arreglará.

La ridícula precisión de su discurso y sus gestos hacían la situación grotesca y sin embargo. . . cuando miraba alrededor de aquel pobre cuarto, que parecía aún más sucio y triste por la escasa luz que lo iluminaba, le parecía a Jill trágica. Mientras Guglielmi pensaba su próxima frase, hamacándose suavemente en su silla, ella aguzaba los oídos, sin escuchar otro ruido en la casa. Probablemente estaba vacía.

Guglielmi no se hubiera arriesgado a dejarla sin mordaza en un sitio donde pudieran oir sus gritos.

El pareció leer sus pensamientos con sus vivos ojos obscuros que examinaban el rostro de Jill, como apreciando su belleza.

—No — dijo — Aquí no hay nadie. Estamos en Lambeth y este es el cuarto del sereno, sobre un almacén vacío. Puede gritar cuanto quiera que nadie la oirá. Tan pronto como me prometa usted portarse bien le quitaré esas cadenas y quedará usted libre.

—¿De modo — dijo ella tranquilamente — que el Sr. Dale no ha sido arrestado?

El, extendió las manos.

—¿Cómo voy yo a saberlo? Esa fué una historia que yo inventé. Cuando salió de la casa de usted yo no lo seguí más. No me interesaba. Quizá ha sido arrestado. . . quizá no. ¿Quién puede saberlo?

Ella se agarró a aquella esperanza como un náufrago a una paja.

Luego, como en contestación a sus pensamientos, se oyó abajo un fuerte golpe en la puerta

IV

ALGO REFERENTE A CARRIS

Guglielmi pensó que era su amigo que volvía por lo que sus ojos obscuros se abrieron desmesuradamente al encontrarse con Septimus Dale.

—¿Qué desea? — le preguntó.

—¿Quién es usted? — contestó Dale, examinando al italiano de pies a cabeza.

—Soy el cuidador.

—Entonces espero que andará usted con mucho cuidado.

El italiano empezó a darle con la puerta en la cara; pero, más fuerte que él, Dale la abrió de un empujón.

—¿Qué quiere? — volvió a preguntar Guglielmi, esta vez con acento más amenazador.

Septimus se quitó cuidadosamente un pe-

dazo de telaraña de su manga. Estaba con saco de comida, sin sombrero y sin sobretodo y su camisa brillaba inmaculadamente blanca en la oscuridad.

—Le ruego no me crea un intruso que desea mezclarse en sus asuntos privados, Sr. Spaghetti, — dijo Septimus con acento tímido — ¿Pero no le parece que sería hora de que dejara ir a la señorita Trelawney?

—No se nada de la señorita Trelawney.

—¿Pero, no se le ocurre a usted. Sr. Tallarín, — el tono de Septimus expresaba inocente horror — que es bastante tarde para que esté de visita en su casa una dama sola?

—No comprendo — dijo obstinadamente Guglielmi — No conozco a la señorita Trelawney — le digo.

Las cejas de Septimus se alzaron media pulgada.

—¿De veras? Un amigo suyo acaba de decirme que la trajo usted aquí.

Guglielmi se encogió elocuentemente de hombros.

—Le habrán hecho un cuento.

—Quizá; pero, naturalmente ¿me permitirá usted registrar la casa?

—No se lo permitiré — se irguió Guglielmi —Usted ha entrado aquí a la fuerza y si no se va más pronto que ligero, llamaré a la policía.

Septimus también se irguió.

—Sus ideas sobre hospitalidad son deplorables — observó amablemente — Y ciertamente tendrá usted que permitirme registrar la casa.

Una brillante pistola había aparecido en su mano, sin saber de donde salía. La movió amenazadoramente y Guglielmi sintió una sensación desagradable en el estómago.

—No estoy acostumbrado a las armas de fuego — dijo dulcemente Septimus, mientras el arma descansaba en el sitio donde sentía Guglielmi la desagradable sensación — Mi naturaleza es pacífica. Naturalmente que esta arma puede dispararse de un momento a otro. Lo único que le aconsejo es que se apure a buscar a la señorita Trelawney, a fin de que pueda guardarla otra vez — sus dedos jugaron descuidadamente con el gatillo — ¿Cuál ha sido su idea, Macaroni mío? ¿Exigir rescate o qué? ¿Por qué no es buen muchacho?

Reforzó cada pregunta con un movimiento del arma que esgrimía.

Guglielmi llevó la mano detrás suyo; pero Septimus anduvo más rápido que él. Extendió el brazo y agarró a tiempo la muñeca del italiano. Guglielmi dejó caer el arma con un gemido de dolor. Septimus lo empujó y recogió el arma.

—¿Por qué — repitió tristemente — no es usted buen muchacho?

—Muy bien — gruñó Guglielmi — iré a buscarle a la señorita Trelawney. Pero aparte esa pistola.

—No será, hasta que esté seguro de que no hará usted más jugarretas. ¿Dónde está la joven?

—Arriba.

—¡Ah! — el arma, que había estado moviéndose, descansó otra vez; pero sobre el chaleco de fantasía de Guglielmi — ¿Supongo que no habrá usted olvidado sus buenas maneras con las damas?

—Lo guiaré donde está.

—Muy bien — dijo Septimus — Sólo le prevengo que, si se olvidó usted de sus buenas maneras, le meteré una bala en el estómago antes de irme.

Siguió a Guglielmi escaleras arriba, hasta el cuarto de alto.

Jill vió entrar al italiano y su corazón se oprimió; pero cuando lo siguió Septimus con un revoloteo de su revólver, lanzó un grito de alegría.

—¡Suéltela! — ordenó Septimus ásperamente.

Guglielmi obedeció; no le quedaba otro remedio.

—Y ahora, Jill ¿la ha estado molestando este caballero del alfiler de corbata?

—Estuvo...

—¡Ah! — el revólver viró — Lo siento mucho, señor; pero no puedo quebrantar mi palabra.

—Pero llegó usted a tiempo — protestó Jill — ¿Qué va a hacer?

—¡Oh! — dijo Septimus casi de mala gana — ¿Realmente no se portó muy mal?

—De veras que no.

Septimus hizo una mueca.

—Entonces, aunque lo lamento, su abdómen está, por el momento, en salvo. Pero ¿qué se proponía?

Contóle Jill exactamente lo que Guglielmi le había dicho, mientras el italiano permanecía, pálido y silencioso, bajo la contínua amenaza del revólver de Septimus. Cuando, al final del relato, Septimus se volvió a él, casi dió un salto.

—¿Quiere usted decir que la policía le dió esa orden? — preguntó Septimus — Y espera usted que yo lo crea?

—Pues es verdad, señor.

—¿Quién de la policía? — preguntó Septimus escépticamente.

—Un hombre grandote, con un mostacho, así....

Guglielmi frunció las cejas, torció la boca y sacó hacia afuera la mandíbula, haciendo una caricatura que Septimus reconoció en seguida, lo mismo que Jill.

—¡Carris!

Septimus se sentó en el catre y contempló, pensativo a Guglielmi.

—¿Pero, como llegó usted aquí? — le preguntó Jill.

—¡Oh!... viniendo — dijo Septimus — En realidad fuí a visitarla. Mi respetable pariente deseaba conocerla, así que me mandó que la fuera a buscar. Cuando daba vuelta la esquina del estudio la vi subir a un auto y alejarse. No había otro taxi a la vista para seguirla y no podía yo armar barullo en la calle. Pero anoté el número del auto y no pasó mucho tiempo sin que supiera quien era el dueño.

—Pero ¿y cómo consiguió eso?

—Consultando a un adivino. Me lo dijo enseguida. Me tomó un poco de tiempo; sin embargo. Lo agarré al hombre cuando entraba el auto al garage. Lo persuadí para que hablara...

—¿Lo hizo usted hablar?

—Sí, lo hipnoticé — dijo Septimus suavemente — y habló. Luego vine derecho aquí. Ahora nos iremos a casa, ¿no?

Se paró y Jill se quedó un momento sin saber que decir. Hizo una débil observación.

—Pero... ¿qué vamos a hacer con éste?

Indicó a Guglielmi y Septimus miró al hombre como si no lo hubiera visto antes.

—Me lo llevaré a mi departamento, — dijo — Quiero tener con él una pequeña conversación privada.

Se lo llevó como dijo; con una mano agarraba el brazo del hombre y con la otra le apoyaba el caño del revólver en las costillas. Hicieron así. Todo el trayecto desde Lambeth al estudio de Chelsea, en un taxi que tuvieron la suerte de encontrar no bien llegaron a la carretera. En el estudio, Septimus dejó a Jill, diciéndole que volvería dentro de una hora y él se fué en el taxi a Sloane Square, con Guglielmi.

Cumplió su palabra. Casi exactamente una hora después, Jill oyó girar su llave en la cerradura y un momento después entraba sereno, imperturbable, como si nada de interés hubiese ocurrido aquella noche.

Ya ella se había serenado también.

—¿Fué entretenida la conversación? — le preguntó.

—Encantadora. — Contestó Septimus estirándose en el sofá y encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué le parece si comiéramos un par de esos arenques que le traje esta mañana? Mi respetable pariente me obsequió con una complicada comida; pero aún me queda sitio para alimento bueno y sencillo.

Rápidamente la muchacha disfrazada miró a derecha e izquierda y vió moverse una sombra en la oscuridad.

—¿De qué habló con Guglielmi? — insistió ella.

—De Judas Iscariote — contestó Septimus seriamente.

—¡No se haga el gracioso!

—¡Pero si estoy mortalmente serio, Jill! En ese nombre famoso tiene compendiada toda nuestra conversación. No me costó mucho persuadirlo a Guglielmi para que hablara y nos separamos íntimos amigos.

—¿Quiere hablar con sinceridad? ¿Qué juego tiene entre manos?

Septimus sonrió

—Eso tiene que seguir siendo todavía mi secreto. Pero puedo satisfacer su curiosidad respecto a Guglielmi, que tiene muy buen corazón, aunque sus métodos sean un poco bajos.

—Broma aparte—continuó — ¿quién entenderá nunca un temperamento latino? Guglielmi estaba pronto a sacarla a usted del camino a su manera, puesto que era usted una molestia política. Pero yo le hice mi confidente y le demostré que lo habían embaucado; pude mostrarle una pequeña prueba de mi afirmación.

—¿Y qué prueba era esa?

—No tiene importancia. Pero se dejó convencer fácilmente porque usted le ha producido una gran impresión. Y cuando vió cual era el juego, se pasó al enemigo. Ahora creo que irá en busca de Carris con una pistola en cada mano y un puñal en la boca.

Pero lo más interesante de todo es la psicología de nuestro Comisario Ayudante.

La joven estaba encendiendo un cigarrillo.

—Siga — dijo.

—Examiné los hechos. Usted se estaba convirtiendo en una molestia y él comisiona a Guglielmi para que la elimine. Si no lo hubieran agarrado a Guglielmi, tanto mejor; si lo pescaban y trataba de convencer a alguien que había obrado por cuenta del Comisario Ayudante, creerían que estaba loco de remate. Era realmente de una sencillez encantadora. A mi respetable pariente le gustará esta historia.

La joven lo miró con curiosidad.

—¿Quién es ese respetable pariente de quien tanto habla?

—El señor Pickwick — dijo Septimus burlonamente — Es un gran humorista.

Por ejemplo, se rió a carcajadas con el cuento de esos papeles que fueron sacados de la Oficina de Archivo.

Jill Trelawney lo miró achicando los ojos. Antes Septimus no empleaba ese tono y el presente la fastidiaba. Cuando habían unido sus fuerzas en París y en la aventura que siguió todo había sido perfectamente claro, a cartas vistas. Pero ahora Septimus Dale empezaba a rodearse de una aureola de misterio y ella comprendió, casi sorprendida, que a despecho de los fantásticos modales con que desempeñaba su papel, había algo muy sólido detrás de su ligereza.

Ella estaba acostumbrada a ser la jefe. Los Angeles de Destrucción la habían obedecido ciegamente. Pero este nuevo aliado, poco después de haber empezado su asociación en un pie de igualdad, empezaba a usurparle, en cierto modo, su sitio. Porque poseía cierto secreto que no quería compartir con ella, comprendió Jill que había caído en una posición subalterna.

Pero los modales de Septimus no eran arrogantes ni triunfales, por lo que aunque parezca extraño, la situación se volvía para ella más irritante aún. Si el joven se hubiera jactado de lo que hacía, hubiérale sido más fácil ponerlo en su sitio. Pero no demostraba la menor jactancia.

—Los papeles — dijo deliberadamente Jill agarrando la observación después de haberla dejado vagar en el aire algunos segundos — que usted sacó d la Oficina de Archivo.

—¡Oh no! — exclamó Septimus — Los papeles que sacó Carris de la Oficina de Archivo.

Ella lanzó una exclamación de sorpresa incrédula.

—¡Carris! — repitió.

Septimus hizo un gesto afirmativo.

—Sí; antes de anoche yo me lo pasé levantado vigilando su casa. Vive en Hampstead cosa peligrosa para cualquiera, en una casa solitaria, rodeada por un jardín. Su estudio tiene, además, ventanas francesas.

Yo me lo pasé sentado sobre el rocío, detrás de un arbusto, tiritando y lo ví cuando entró. No sabía entonces, naturalmente, que eran unos papeles que trajo.

Pero a la mañana siguiente me enteré del robo en la Oficina de Archivo y me lo figuré.

—Nunca me dijo usted como se enteró de ese robo...

—Por el adivino que le mencioné antes— dijo Septimus con desfachatez — Es un hombre muy útil debería usted conocerlo. Anoche fuí y realicé mi robo. Tuve que trepar por el caño, como le dije y llegar al primer piso porque las ventanas de la planta baja tienen timbre de alarma, un sistema nuevo que no es posible desconectar desde afuera. Traje los papeles que usted vió. Como ve, Carris empieza a asustarse.

Jill lo miró sin hablar.

—Carris empieza a asustarse — repitió Septimus con acento satisfecho — Tiene miedo ya de que se reabra la investigación sobre el caso de su padre de usted y por eso ha substraído algunos papeles importantes del legajo. Y sabe que es usted peligrosa, por lo que comisionó a Guglielmi para que la borrara del mapa. Sí, creo que puede decirse, empleando un lenguaje poético, que Carris va siendo arrastrado en alas de un temporal.

—Comprendo — dijo Jill suavemente.

—¿Y no comprendió antes? No se dió cuenta de que había únicamente dos hombres interesados en agarrar a su padre, el Comisario en Jefe y el, entonces, Superintendente Carris. Eliminando al Comisario en Jefe como sospechoso, nos queda Carris.

El pudo haber escrito el mensaje en la máquina de su padre. Pudo haber telefoneado la falsa órden que hizo ir a su padre a París y luego llevar al Comisario en Jefe para que presenciara la farsa. Fué también el hombre que trajo la caja de su padre, de la caja fuerte del depósito y la abrió en la Yard. Si Carris estaba en combinación con Waldstein nada pudo ser para él más fácil que introducir en la caja de su padre de usted billetes que pudieran probarse eran del banco de Waldstein.

La joven miraba intensamente el vacío, mientras Septimus exponía su breve teoría.

Pero de pronto se volvió repentinamente a él con una aguda curiosidad en sus ojos azules.

—¿Y cuando imaginó usted todo eso? — preguntóle.

—En mis ratos de ocio — contestó Septimus alegremente — Pero eso no tiene importancia.

Lo que importa es que el Comisario Carris se ha pisado el palito. En parte por suerte, en parte por nuestro buen discerni-

miento, está en nuestro poder... por... ahora. Y la carta que le voy a mandar concluirá de desmoralizarlo. Se la pondré yo mismo en el buzón y me sentaré esta noche en su jardín para mirarlo cuando la lea. Vale la pena pescarse un reumatismo. Cuando reciba esa carta comprenderá que tiene que salir de Scotland Yard y pelearnos en nuestro propio campo.

V

UN LADRON EN LA NOCHE

Las jóvenes respetables, de buena cuna, no andan por lo general haciendo travesuras a la una de la mañana. Pero Jill Trelawney hacía tiempo que había renunciado a la respetabilidad. Esta y los Angeles de Destrucción eran dos factores que a los ojos sinceros — y los de Jill lo eran — resultaban tan fáciles de mezclarse como el agua y el aceite.

No había vacilación en su ágil paso mientras caminaba por una calle obscura, después de salir de la estación Bbizize Park del Subterráneo. Hasta iba tarareando un aire y ni el más pequeño nervio de su cuerpo temblaba.

Para los ojos distraídos era sencillamente un joven obrero que se iba a su casa después de haber pasado de parranda la noche del sábado. Un cigarrillo, húmedo y melancólico, colgaba del ángulo de su boca; sus manos y su cara estaban convenientemente sucias; los rectos hombros encorvados, sus pantalones deshilachados artísticamente; el saco, mal cortado estaba cubierto de remiendos y de polvo; llevaba la gorra a cuadros bien echada sobre los ojos.

Solamente tres cosas la distinguían del original cuyo papel desempeñaba; la primera eran los botines, unos zapatos negros, livianos, con suelas tan finas y flexibles como si fueran de goma; la segunda era un pequeño instrumento de acero que descansaba sobre su cadera y la tercera una bolsa de herramientas que ciertamente hubiera llamado mucho la atención, si la hubiesen arrestado y registrado a Jill.

Septimus Dale se había ido a su casa desde el estudio y Jill Trelawney se dispuso a acostarse. Pero el sueño no acudió a sus ojos. Estaba demasiado preocupada y no era muchacha capaz de conformarse con una situación de espectativa. Le agradaba agarrar, como se dice vulgarmente, a cada toro por los cuernos y en ella tomar una resolución era ponerla inmediatamente en práctica.

La única emoción que sentía no era debida a los nervios, si no sencillamente un gran alivio al verse fuera del estudio, donde había estado prácticamente prisionera diez días, tomando parte activa en la aventura en vez de quedarse sentada esperando los informes enigmáticos — que era peor que no recibir ningunos — traídos por Septimus Dale.

Sea como fuere, Septimus le había dicho suficiente acerca del comisario Carris para hacerle pensar que el plan sencillo del joven no era bastante bueno.

No era propio de Jill Trelawney permanecer sentada esperando que Carris saliera de su agujero a pelear. Lejos de eso, ella iba a irle al encuentro.

Habría caminado cosa de media milla cuando dio vuelta a la derecha y continuó en esa dirección por espacio de cien yardas, luego dio vuelta a la izquierda y tomó por un camino sin luz. Sus pies tropezaban sobre el suelo desigual.

La luna era nueva y débil; el cielo estaba negro de nubes. Hacia el norte se oía el rezongar del trueno; se preparaba una tormenta.

Jill se desvaneció en las sombras. La obscuridad era casi completa; pero ella siguió sin vacilar su camino por el áspero sendero. A cada lado de ella veía masas fantasmales que parecían ruinas a aquella débil luz; una vez que trepó sobre una pared halló la mezcla todavía blanda entre los ladrillos. Se hallaba en un pedazo de terreno donde se construía un edificio.

Se levantó ante ella otra pared. La escaló y dejóse caer ágilmente en el pasto, del otro lado. La casa estaba apartada del camino y no había luz en ninguna de sus ventanas. Jill se hallaba en el fondo del jardín y las paredes que la rodeaban substraían a la vista de cualquier espectador de afuera. Se deslizó en la sombra. Septimus la había informado amablemente acerca de los timbres de alarma de las ventanas de la planta baja. Había tenido también la bondad de explicarle el medio de entrada, por el caño; pero Jill no era competente por los caños. Era más fácil utilizar la hiedra, aunque más peligroso y barullento. Había una tupida hiedra que subía hasta una ventana conveniente del primer piso.

Trepó como si hubiera nacido en un circo.

Pasó un auto, oyéndose la bocina y viéndose el resplandor de los focos, cuando ella por medio de expertas manipulaciones lograba levantar la aldaba de la ventana. Cuando el rumor del auto se perdió a la distancia, ella levantó el cristal sin hacer ruido y pasó por encima del antepecho.

Adentro la obscuridad era intensa; pero ella se deslizó por la pieza con felina seguridad, evitando de un modo misterioso las sillas y las mesas; encontró la puerta y pasó al descansillo. Sólo cuando estuvo allí se animó a encender su linterna. A su luz encontró las escaleras y bajó por ellas al hall. Atravesándolo, abrió una puerta que estaba en el extremo más apartado, pasó por ella y la cerró cuidadosamente tras sí. Luego se dirigió a la ventana, buscó los timbres de alarma con su linterna y los desconectó. Después de eso abrió la ventana de par en par y corrió la pesada cortina.

El rayo de la linterna movióse en la obscuridad, revisando todos los lugares de la habitación hasta que se detuvieron en un gabinete Sheraton.

Hizo sus preparativos sin prisa.

De un bolsillo interior sacó un frasquito que contenía pólvora en grano y espolvoreó con ella el piso, junto a la puerta, de modo que cualquiera que intentara entrar tendría

que pisaría. Luego abrió la bolsa, de cuero obscuro, que había dejado en el suelo junto al gabinete y que dejó ver el brillo plateado de los finos instrumentos de acero. Finalmente sacó la pistola del bolsillo de su cadera y la colocó también en el suelo, junto a ella.

El gabinete ocultaba una pequeña caja fuerte, del tipo más moderno, construída como un buque de guerra; pero ella la atacó confiadamente. Trabajó con paciente habilidad y poco después había asegurado una especie de taza de caucho a la cerradura de la caja. Dentro de esta taza vertió un líquido espeso que extrajo de un frasco de caucho. Luego se sentó sobre los talones a esperar que el ácido concentrado exhalara sus vapores contra el acero, formando una especie de niebla.

Exactamente dos horas después de haber penetrado Jill en la casa, se abría la puerta de la caja y ella dirigió los rayos de la linterna a su interior para examinar su contenido.

Fué entonces que oyó el detonar de la pólvora que había esparcido sobre el piso y producía pequeñas explosiones bajo los pies de alguien.

Ella agarró la pistola y se dió vuelta a tiempo en que se oía el clic de la llave de la luz y el cuarto quedaba completamente iluminado.

—¡Hola, Carris! — dijo con voz que no era la suya.

Era un trance apurado. La gran mano de Carris esgrimía un feo revólver con el que apuntaba a la joven y la pequeña pistola de Jill también apuntaba serenamente al chaleco de Carris.

Así se quedaron inmóviles, con los nervios en tensión, mientras los ojos de ambos no se desviaban un milímetro de los dedos de su respectivo adversario, curvados sobre el gatillo.

—¿Qué está usted haciendo? — preguntó Carris sin necesidad.

Estaba bastante pálido y notó Jill el aleteear de sus parpados al ver la caja abierta.

—¿Qué le parece a usted que hago?

Los ojos de ambos se encontraron sobre el brillo azulado de sus armas. Podía no haberla reconocido bajo su perfecto disfraz; pero Jill vió que el percutor del revólver de Carris temblaba hacia atrás.

—No sea idiota — dijo ella secamente— un revólver sin amartillar es más lento que un automático. Puedo disparar una fracción de segundos antes que usted y nunca he errado un tiro.

El dedo de Carris aflojó la presión y la joven se enderezó.

—Por ese motivo, dejará usted caer su arma — continuó monótonamente, con su voz irreconocible. Estaba perfectamente serena y sin embargo jugaba una de las partidas más arriesgadas de su existencia. Contaba con la infinitesimal ventaja de tiempo que la diferencia de armas le ofrecía — No llevo esta arma para adorno y no quiero que me arresten.

Su voz calló.

Carris aflojó los músculos de su antebrazo, preparándose para ejecutar su propio juego. Y durante todo ese tiempo espiaba la menor distracción en los ojos de Jill. Movióse ligeramente y otro grano de pólvora estalló bajo sus pies produciendo en el silencio de la noche el ruido de una detonación.

Por una fracción de segundo, Carris se distrajo.

Una llamarada fina brotó de la pistola de Jill y el ruido de la detonación fué ensordecedor. La bala arrancole a Carris el revólver de la mano; el arma cayó al suelo ruidosamente, mientras que Carris bajaba el brazo, como paralizado por la sacudida.

Ella había retrocedido hacia las cortinas corridas y oyó distintamente detrás una exclamación ahogada. De un salto llegó a la ventana; con la espalda apoyada contra la pared escuchó; y la pistola que seguía esgrimiendo indicóle a Carris que sería imprudencia de su parte hacer el menor ruido.

Pero nadie entró en la habitación y ella levantó con precaución la punta de la cortina. No vió a nadie; pero cuando dejaba caer la cortina otra vez escuchó pasos cautelosos en el pedregullo.

Apartó las cortinas y salió afuera, siempre apuntando a Carris con la pistola. Rápidamente miró a la derecha e izquierda; en un ángulo del edificio vió una forma gris moverse y desaparecer.

Con rápida decisión metióse la pistola en el bolsillo y echó a correr hacia el sitio donde había visto la sombra. No encontró n rastro de ella; pero mirando hacia el pequeño terreno que había delante de la casa distinguió dos figuras fornidas que corrían pesadamente hacia la puerta, haciendo bailar sus linternas.

Jill lanzó una exclamación casi imperceptible de delicia.

—¡Los muy idiotas! Han entrado los dos.

Tenía por el momento el camino libre para escapar.

Oyó agudas pitadas mientras atravesaba a saltos el cesped, por el camino que había seguido al venir.

Oyó resonar pasos precipitados en el pedregullo, detrás de ella y una bala pasó silbando por encima de su cabeza. Pero la obscuridad era demasiado profunda para que Carris pudiera hacer blanco. En un momento estuvo Jill sobre la pared y se dejó caer sobre el terreno baldío, contiguo a la propiedad.

Salió poco después al camino y adoptó la misma postura encorvada que traía al venir, a la vez que acortaba el paso. En cualquier momento podría aparecer alguien para investigar el motivo del alboroto y no deseaba llamar la atención. Pero el camino estaba, al parecer desierto, si no se contaba un pequeño auto de dos asientos parado junto a la acera, un poco más adelante.

Por lo menos, ella creyó que estaba desierto; pero cuando llegó casi a nivel del

auto, oyó detrás de ella un paso rápido y una mano le agarró el brazo.

Se dió vuelta rápidamente llevando la mano a su automático y encontrcse con el rostro risueño de Septimus Dale.

—Es la policía, — le dijo él — ¿Y ahora quiere que volvamos a casa en auto o caminando?

Septimus subió tranquilamente al auto y empezó a tantear para encontrar el arranque automático, mientras ella todavía lo miraba.

fantástico tiroteo ¿Lo mató a Carris?

Le hizo la pregunta con tanta despreocupación que ella tuvo que reirse.

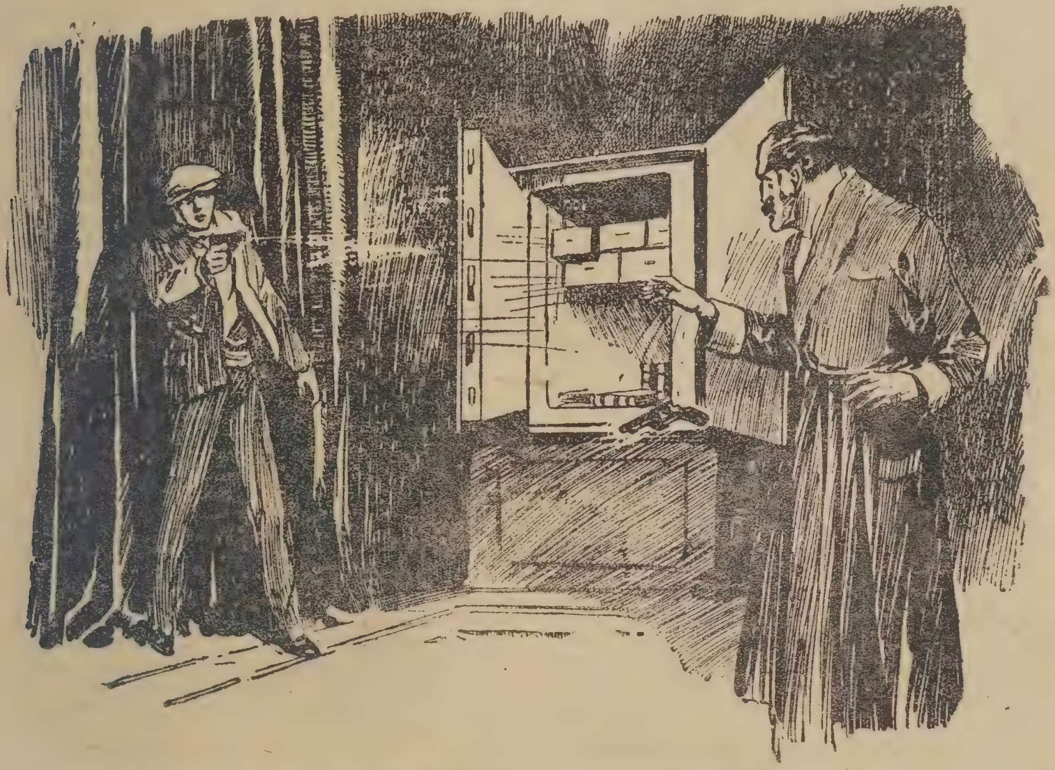
—No — contestó suavemente — Pero probablemente algún día lo haré, si persevero ¿Qué vió usted?

—Poca cosa, porque usted me vió a mí.

—Entonces debe usted haber visto a la policía. Pero no se ofreció a ayudarme.

El sonrió.

—Yo tenía que ocuparme de mis asuntos. Usted sabe lo que hace y no necesita leccio-



De pronto brotó una llamarada del revólver del ladrón y el de Carris cayó al suelo.

VI

GAS VENENOSO

Anduvieron un trecho en silencio. Pasaron buenos minutos antes de que Septimus condescendiera en hacer ninguna observación ni Jill pudiera pensar una. Luego dijo Septimus tranquilamente:

—Suerte para usted que la haya encontrado. Le economizo el viaje de auto.

Ella no hizo ningún esfuerzo para averiguar el motivo de su presencia allí; pero él se dignó ilustrarla.

—Pero no debe usted andar merodeando en mi campo — le dijo con acento resentido — Ya le dije que estaba vigilando este lugar. Después que me separé de usted fuí a casa, me puse ropa más ordinaria y vine aquí. Llegué a tiempo para presenciar su

nes para cuidar de sí misma. Si hubiera pensado que necesitaba usted ayuda, hubiera acudido, pero como vi que los dos policías entraban en la casa y sabía que usted también los había visto, no me preocupé. Pero, realmente tendré que denunciar a esos dos policías por incompetentes. Si uno de ellos hubiera tenido el sentido común de examinar los fondos antes de enterar a todo el mundo de que estaban en el sitio, probablemente la habrían arrestado a usted

—¿Pensaba usted hacer lo mismo que hice yo?

—¡Qué esperanza! Nunca hubiera encontrado esa caja, aunque la hubiese buscado un mes entero. Y aún encontrándola no hubiera podido abrirla. ¿Quién le enseñó esa habilidad?

—Lo aprendí de Pinky Budd ¿No lo conoce usted

—Lo conozco de nombre ¿No era uno de los primitivos Angeles de Destrucción?

—Lo era.

—¿Dónde está ahora? ¿No puede ponerme en comunicación con él?

—Podría.

—Quizá valga la pena. Tenemos en perspectiva tiempos difíciles y podemos necesitar hombres resueltos. Pero ¿qué logró sacar de la caja antes de que apareciera Carris?

Ella estaba encendiendo un cigarrillo de la cigarrera que él le había pasado y movió la cabeza, negativa y tristemente, por encima del fósforo.

—No conseguí sacar nada. Fué sólo pérdida de tiempo abrirla. La caja y la puerta que estaba detrás mío debieron abrirse al mismo tiempo. Había una cajita y algunos papeles, esparcidos aquí y allá, en los estantes... eso fué todo lo que vi antes de que empezara el baile. Fué el oirlo a usted afuera lo que me hizo fracasar. Si no hubiera salido para ver quien era, probablemente habría logrado apoderarme de un puñado de papeles de la caja.

—No le hubieran servido de gran cosa. No deben existir muchos documentos comprometedores para Carris. Y hubiera sido más que casualidad que fuera usted a poner las manos en ellos.

—Y ahora, — dijo la joven amargamente — si eran papeles comprometedores él los sacará de la caja y los quemará, antes de irse, esta noche, a acostar. No querrá exponerse a un segundo riesgo.

Septimus se encogió de hombros.

—¿Y por qué iba a exponerse antes a ese riesgo?

—Es un hombre así. Quizá le gustaría gozarse con ellos en privado. O puede haberlos guardado por pura curiosidad.

Septimus dirigía el "two seater" alrededor de Hyde Park Corner y no contestó enseguida.

Luego dijo:

—No se que papeles comprometedores podrían ser...

—Ni yo tampoco. Pero eso lo habría asustado más y siempre es algo.

Septimus guió en silencio un rato y su siguiente observación fué como un trueno en día de sol.

—¿Tendría incoveniente en ser arrestada? — le dijo.

Ella lo miró.

—Creo que sí ¿Por qué me lo pregunta?

—Es una idea. Lo pensaré mejor esta noche y le explicaré todo mi plan mañana, si creo que vale la pena.

Ella tuvo que contentarse con eso. El aire de misterio de que él parecía rodearse era más denso que nunca aquella noche y estuvo muy taciturno hasta que llegaron a Chelsea.

Dejó a la joven en el estudio y ni siquiera entró para tomar un trago y fumar un cigarrillo antes de irse a su casa.

—Quiero consultar con la almohada — dijo — Son ahora más de las tres. Dentro de media hora estaré dormido y dormiré hasta las cuatro y media de la tarde. Cuando me despierte tendré las ideas más claras e iré a verla a usted.

Había un terreno cercado, a la vuelta de su departamento y allí dejaba Septimus el auto. Lo entró al garage y se fué a pié hasta su casa; mientras caminaba ocurriósele mirar hacia la ventana. Algo que vió en ellas lo hizo detenerse, meter la mano en los bolsillos y contemplar, pensativo, las ventanas un rato largo. Luego volvió al garage y regresó con un par de martillos que sacó de la caja de herramientas.

Parado en la calzada, tiró uno de los martillos hacia arriba con asombrosa puntería. Pasó por entre la ventana con un estrépito de vidrios rotos; un momento después el otro martillo siguió el mismo camino.

Luego Septimus retrocedió para observar las nubes verdosas que bajaban hacia la calle, como dos cascadas espectrales.

Mientras estaba así parado sintió que una mano pesada se apoyaba en su hombro.

—¡Eh!... — dijo una voz detrás suyo — ¿Qué es eso?

—Cloro — dijo Septimus — Un gas venenoso. Yo si fuera usted no me acercaría tanto. Puede tener mal resultado para usted colocarse debajo de la nube.

—Lo vi romper esos vidrios.

—Debe haber sido un espectáculo divertido para usted — murmuró Septimus siempre mirando hacia arriba — Pero, puesto que son las ventanas de mi propia casa, creo que no es cuenta suya.

El policía, parado junto a él siguió su mirada.

—Y cómo llegó ahí ese gas?

—Fué introducido ahí — dijo Septimus suavemente — por un Comisario Ayudante de la Scotland Yard que está resentido conmigo. Hubiera caído en la trampa, si no se me ocurre mirar las ventanas. Recordé haberlas dejado abiertas y estaban cerradas antes de que yo las abriera con los martillos. Puede ver, aún a esta luz, una especie de opacidad en los vidrios.

El cabo se dió vuelta y de pronto sus ojos brillaron. Miró más atentamente a Septimus y lanzó una exclamación blasfema.

—¡Lo conozco!

—Es un honor para usted — dijo Septimus friamente.

—Usted es el tipo que me contó una historia curiosa sobre ese mismo departamento, hace unas cuantas semanas, y me hizo recibir el peor café de mi vida del inspector de división.

No lo llamó a Septimus caballero.

—¿Soy yo? — pregunto Septimus.

—Tendrá que acompañarme a la estación próxima ahora.

—¿Por qué?

—Lo arresto.

—¿Y de qué me acusa?

—De merodeo sospechoso y de alteración del orden.

—¡Oh, Dios! ¿Y por qué no de incendiario y de bígamo también?

Pero tuvo que someterse al arresto, porque un humilde cabo, especialmente uno que tenía buenas razones para conocerlo, no podía apreciar sus argumentos tan bien como el inspector Teal.

Septimus tardó otra hora en recobrar su libertad y luego una más en purificar su departamento de las emanaciones del gas venenoso.

Descubrió cómo había sido introducido en su departamento. Había en el piso pedazos de vidrio que no pertenecían a los cristales de las ventanas. Los reunió y pudo darles la forma curva que tenían primitivamente. Vió también que un panel de su puerta había sido prolijamente cortado y vuelto a colocar, con ayuda de pequeños clavos de un modo tan perfecto que una mirada distraída no se hubiera fijado en ello.

—De modo que no hubo más que pararse delante de la puerta, tirar las ampollas de gas por el agujero, volver a clavar el panel y retirarse ¡Muy hábil! En una valijita pueden transportarse fácilmente media docena de ampollas. Nuestro Carris se está despertando. Si no hubiera cerrado las ventanas y no hubiese recordado yo como las dejé al salir, a estas horas estaría tan muerto como un can en la cámara de asfixia de la perrera ¡Oh, que vida esta!

Las primeras luces de la aurora iluminaban el cielo cuando Septimus subió las sábanas hasta su barba y cerró los ojos; pero estaba escrito de que no disfrutaría del tranquilo sueño que tanto necesitaba. Le pareció que habría dormido diez minutos apenas antes de que lo despertara el timbre de la puerta del frente, pero cuando abrió los ojos, protestando, su reloj le dijo que eran las once de la mañana.

Se tiró rezongando del lecho, se puso una bata y fué a abrir la puerta.

El semblante seráfico del inspector Teal se le apareció en el umbral.

—¿Usted otra vez? — dijo Septimus y se dió vuelta sin otra palabra, dejando la puerta abierta.

Teal lo siguió al recibimiento.

—¿Pasó mala noche? — díjole Teal con acento de simpatía — Lamento haberle molestado.

—No lo hubiera hecho — contestó Septimus —, si fuera usted capaz de fijarse mejor. No tenía más que empujar un panel de la puerta, meter la mano y dar vuelta el pestillo.

Teal empezó a desenvolver un pedazo de goma de masticar.

—Supe que había tenido usted un incidente...

—Es mucha amabilidad de su parte venir a enterarse de si tenía yo razón — dijo Septimus con sarcásmo — Bueno, por casualidad, disfruto todavía de buena salud. ¿Tiene inconveniente en que me vuelva a acostar?

—No es usted el único hombre que durmió mal anoche — dijo Teal con acento soñoliento.

—¿Comió otra vez demasiado? — dijo Septimus solícitamente.

—Algunos hombres — dijo Teal — muerden más de lo que pueden masticar.

Septimus se dejó acer en una silla, suspirando.

—¿Se pasó usted la noche leyendo alguna novela policial y viene ahora a ensayar alguna broma conmigo?

—¿Se acostó usted tarde anoche, verdad?

—No: — dijo Septimus — me acosté temprano esta mañana.

—¿Se divirtió mucho en Hampstead?

Septimus arrugó la frente.

—Me parece haber oído hablar antes de ese sitio — dijo — ¿No va un ómnibus allí?

Teal masticó impasiblemente.

—Se, más o menos, a que horas volvió usted aquí, — dijo — porque lo averigué en Rochester Row. Se también que alguien, que no le es a usted desconocida, forzó la caja fuerte de Carris. Había huellas frescas en un cantero de flores y las mismas en el fondo del terreno es de una clase especial. Es curioso que haya encontrado yo barro de la misma especie en el estribo de su auto. Esta mañana, antes de venir aquí estuve en el garege.

Septimus sonrió.

—¿Vió Carris al hombre que forzó su caja?

—Lo vió.

—¿Está seguro de que podría identificarlo?

—Completamente seguro.

—Entonces puede ir a buscarlo y pedi le que me identifique.

Teal movió negativamente la cabeza.

—¡Oh no! — dijo. — Las huellas encontradas no eran de usted solamente. Y las otras han sido identificadas por Carris.

—¿Entonces por qué me molesta a mí?

—Es una idea que se me ocurrió.

—Pues cuide que no se le ocurra otra. No se hasta que punto puede estirarse su cráneo; pero no me parece que pueda contener más de una idea a la vez? Es eso todo lo que tiene que decirme o va a acusarme de algo?

—Todavía no. — dijo Teal — Sólo quería asegurarme si tenía razón o no.

—Y ahora no sabe si la tiene o no la tiene, — dijo Septimus — Yo voy a volverme a la cama.

Teal lo siguió al dormitorio.

—Septimus,—dijo Teal con acento adormilado — ¿Está usted todavía seguro de que no dará un tropezón?

—Completamente seguro — contestó Septimus cerrando los ojos.

Teal masticó pensativo.

—Está usted haciendo un juego de azar Hasta ahora ha tenido suerte; pero no quiere decir eso que ésta continuará. Más tarde o más temprano, si sigue así, se va a encontrar con la horma de su zapato. No es que yo le desee que esto suceda. Admito que me aventajó usted una vez; pero estoy pronto a reconocer que ahora estamos a mano.

—¡Gracias! — dijo Septimus — Y ahora ¿querría tener la bondad de callarse?

—Es usted hábil — dijo Teal — Pero hay otras personas inteligentes en el mundo, además de usted y...

—Lo se. — dijo Teal con voz cantante

— Usted mismo es un inteligente muchacho. Con eso del barro se apunta un poroto. Le mandaré uno de estos días un testimonio. no solicitado, de su eficiencia al Comisario en Jefe. ¡Buenas noches!

VII

EL INSPECTOR TEAL SE INTERESA

Teal estuvo muy ocupado todo ese d. con otros asuntos y sólo volvió a Scotland Yard después de la comida. Pero para esa hora había tomado una resolución distinta y no haría cinco minutos que estaba en el edificio cuando pidió ver al Comisario en Jefe.

Sin embargo, la respuesta fué distinta de lo que esperaba.

Teal alzó las cejas. Sabía que el Comisario en Jefe tenía un trabajo particular para aquel día y también cierto número de compromisos; además sabía que era puntual como un reloj.

—¿Envió algún mensaje?

—No, señor. Nada hemos sabido de él desde que se fué anoche.

Eso era más raro aún. No tenía el Comisario en Jefe costumbre de desaparecer sin decir palabra a nadie. Y Teal, muy intrigado, se dirigió a su pequeña oficina.

Trabajó allí hasta la diez de la noche porque, a despecho de su aire de pesado aburrimiento, su profesión lo absorbía. En esto se diferenciaba de su superior inmediato, Carris, que siempre rezongaba por cada minuto más de lo que el Estado le compraba con su sueldo.

Teal se preparó para retirarse al fin y

Los ojos de Guglielmi se dilataron de horror.

cuando salió al corredor un cabo, que iba muy apurado, tropezó violentamente contra él.

Un sobre color crema cayó de manos del hombre, debido al choque y Teal, amablemente, se inclinó para recogerlo. Al hacerlo fijóse en la dirección.

—¿No se ha ido todavía a su casa el Sr Carris?

—No, señor. Está todavía en su pieza.

—¿Puede esperar medio minuto?

Sin esperar respuesta, Teal volvió a su oficina llevándose el telegrama. Bajo los ojos desorbitados del cabo, humedeció la aleta del sobre con una esponjita y luego lo abrió con el corta-papel. Después extrajo el formulario y leyó el mensaje.

Después con pesada lentitud volvió a co-

locar el telegrama en su sobre, lo pegó y entrególo al cabo.

—Ahora puede llevárselo al Sr. Carris — le dijo — Pero no mencione mi nombre.

—Está bien, señor.

Una especie de sonrisa vagaba en los labios de Teal cuando el cabo partió. Era quizá una suerte que el mensajero le fuera deudor de un ascenso reciente y que por lo tanto pudiera estar seguro de que cumpliría sus instrucciones, por excéntricas que le parecieran.

El mensajero cerró tras sí la puerta; pero, cuando sus pasos se perdieron en el corredor levántose silenciosamente y abrió de nuevo la puerta. Apagando la luz, esperó junto a la llave, escuchando pacientemente.

Oyó volver al cabo, bajar las escaleras y, cinco minutos después, pasos distintos.

La oficina de Carris quedaba en el extremás apartado y Teal salió silenciosamente de su hueco obscuro al pasar el Comisario Ayudante.

—¡Cielos! — me ha asustado usted — dijo Carris enojado — Desearía que no usara usted suelas de goma.

—Son los botines reglamentarios — dijo Teal flemáticamente — Consiga que cambien la orden y yo quitaré las suelas de goma. Lindo día el de hoy ¿eh?

Carris no estaba de humor para discutir el tiempo. Dejó bruscamente a Teal al pie de la escalera y Teal lo siguió con mirada sin expresión. Luego se dirigió a la estación de policía de Cannan Row y encontró al hombre que deseaba ver.

—¿Qué noticias hay de Dale? — le preguntó — ¿Le ha dado otra vez esquinazo?

El policía de particular hizo un triste movimiento afirmativo de cabeza.

—Lo mismo que siempre, señor Teal.

—¿Cuando fué eso?

—A eso de las cuatro de la tarde, señor.

—¿Y no ha vuelto todavía?

—A las nueve, hora en que fuí relevado, no había vuelto.

Teal lo miró.

—Entonces ¿por qué diablos no me lo hizo usted saber antes?

—Principalmente porque usted no estaba, señor Teal — dijo el hombre con toda verdad .

Teal giró sobre sus talones y volvió a Scotland Yard; tuvo la suerte de agarrar al telefonista de día que se preparaba para regresar a su casa.

—Me dijeron que no se ha recibido mensaje del jefe hoy — dijo Teal — Pero ¿está usted seguro de que nadie habló por teléfono?

—Sí, señor Teal, habló alguien con el Sr. Carris, a eso de las seis de la tarde. Las líneas se ligaron mientras yo ponía otra comunicación, precisamente, y oí a esa persona decirle al Sr. Carris que se quedara esta noche hasta nuevo aviso del Jefe.

—¡Gracias! Eso es todo lo que deseaba saber. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, señor!

Teal cambió de parecer y en vez de irse a su casa volvió a la oficina, sacóse nuevamente el sobretodo y se sentó en la obscuridad con un pedazo de goma en la boca.

Por lo menos el cambio de rutina de Carris estaba explicado. Pero quedaban todavía muchas cosas sobre las que Teal estaba a obscuras; meditó en esas cosas por espacio de hora y media antes de que una luz enceguecedora lo hiciera saltar de su silla como si lo hubieran pinchado.

Un momento después consultaba un itinerario. Y juró abundantemente al enterarse de que el último tren para el sitio a donde quería ir había partido.

Bajó la escalera, con sorprendente velocidad en un hombre de tán lánguida apariencia y luego le dijo brevemente al primer hombre que encontró.

—Consígame pronto un auto del Escuadrón Ligero. Yo mismo lo guiaré.

A los cinco minutos un auto de dos asientos estaba delante de la Yard.

—Debe ser cerca de Guilford — murmuró Teal.

Sabía que el sitio estaba cerca de Guilford porque el telegrama traía esa dirección. Las prosaicas palabras escritas con lápiz en el mensaje que había interceptado, brillaban ante él, en la obscuridad, con letras de fuego, aunque sólo contenían un informe que no tendría por qué haber excitado a un hombre de la experiencia de Teal.

"Hemos apresado a Dale y a la Trelawney. Venga enseguida".

El mensaje estaba firmado con el nombre del Comisario en Jefe y había sido enviado de Guilford a las nueve. Al final del mensaje se daba una dirección.

Teal había tardado noventa minutos en leer entre líneas aquella sencilla información aunque, como pensó después con más tiempo, no podía considerarse lento en comprender.

VIII

CAPTURA

Todas las luces de la casa parecían estar encendidas cuando Carris llegó a la puerta del pequeño jardín. Por lo que podía ver, era uno de esos sitios pintorescos que a menudo se encuentran en el campo, donde se han hecho reformas modernas sin malograr su poesía. La pequeña casa de dos pisos, tenía vigas y aleros exteriores. Pero la iluminación interior era ciertamente eléctrica.

Recorrió el corto sendero y subió un par de escalones hasta la puerta del frente.

Había apoyado la mano en el timbre cuando observó que la puerta no estaba cerrada del todo; con el ceño ligeramente fruncido empujóla y entró al hall.

—¿Es usted, Carris?

La voz llególe de lo alto de la escalera y la reconoció enseguida. Era la del Comisario en Jefe.

—Sí, señor.

—Suba ¿quiere?

Carris subió. Arriba encontró un pequeño descansillo; en él se hallaba el Comisario en Jefe, pistola en mano.

—¿Recibió mi mensaje? Bueno. Me alegro que haya venido.

—¿Dónde están? — fué la primera pregunta de Carris.

—Ahí adentro — el Comisario en Jefe indicó una puerta cerrada. Los perseguí hasta aquí; pero se han encerrado con llave. Sin embargo, no pueden escapar por la ven-

tana, porque esta tiene barrotes de hierro. Han estado tratando de arrancarlos; pero no lo han conseguido todavía. No pueden salir por la puerta por que estoy yo aquí.

Pero ellos están también armados y no siento deseos de suicidarme entrando solo.

—¿Pero está usted solo, señor?

—Naturalmente. Por eso me veo en apuros. Si conoce usted el medio de que un hombre pueda a la vez vigilar una parte interior y una ventana exterior, dígamelo.

Carris hizo un movimiento hacia la puerta; pero el Jefe lo obligó a retroceder.

—Es mejor que se quede donde está — dijo — Le han hecho uno o dos agujeros a

—Recibí una delación. Provino de un hombre llamado Pinky Budd, que perteneció anteriormente a los Angeles. Vino anoche a mi casa y me dijo que se encontró con la Trelawney en Guilford. Estaba escaso de dinero y le pidió ayuda. Pero ella se negó. Budd sintió deseos de vengarse y al llegar a Londres la delató. Pero cuando fué a verme a mí, lo único que supo decirme fué que la Trelawney y Dale vivían en Guilford y que habían ido hoy a Londres. De modo que me fuí a Guilford y me pasé medio día en la estación observando todos los trenes hasta que ellos llegaron.

—Sin avisarle a nadie?

Cuando Carris llegó al descansillo vió que el Comisario en Jefe se apretaba el hombro con la mano.

la puerta y puede usted no tener tanta suerte como yo.

Señaló tres agujeros de bala, en la puerta.

—¿No puede hablar por teléfono, señor?

—No hay teléfono.

—¿Y como hizo para enviar el telegrama?

—Eso fué por suerte. Los descubrí en Guilford y los oí dar la dirección al chauffeur del taxi. Así que me detuve a mandarle el telegrama antes de seguirlos aquí. ¡Escuche!

Carris escuchó adentro del cuarto, cerrado con llave ruido de metal.

—Todavía están trabajando con los barrotes — dijo el Jefe — Pero no creo que consigan abrirse paso pronto.

Carris sacó su cigarrera.

—¿Cómo fué? — preguntó.

—Ya se han cometido muchas torpezas con este caso. No se cuantas veces se ha escapado Dale a los detectives que lo siguen. Ya me estaba cansando esto y cuando Pinky me vino con el cuento decidí obrar solo.

—¿De modo que los siguió hasta aquí?

El Jefe aceptó un cigarrillo.

—Y aún así la cosa no fué muy simple — dijo — Ví enconderse las luces y creí que estaban desprevenidos. Entré por una ventana francesa de la planta baja y... encontré un hombre esperándome: Duodécimo Guglielmi. Ya recordará: el hombre que debió ser deportado el otro día.

Carris movió afirmativamente la cabeza.

—Yo conseguí que aplazaran la orden. Pensaba lo mismo que usted de ese Dale, que

siempre se le escabullía a los detectives, y se me ocurrió que alguien, que no lo pareciera, podría hacer más.

—Pero, en lugar de eso — dijo el Jefe ásperamente — parece que se ha unido a ellos. Sea como fuere, estaba cargando un revólver cuando yo entré. Afortunadamente anduve con mucha cautela y al principio no me oyó. Me daba la espalda y yo estaba ya muy cerca antes que algo lo hizo darse vuelta. Tenía el revólver en la mano; pero no había concluído de cargarlo y no le fué de mucha utilidad. Lanzó un grito y me lo tiró a la cabeza; pero yo me agaché y le dí un golpe detrás de la oreja con la culata del

Carris se golpeó el bolsillo.

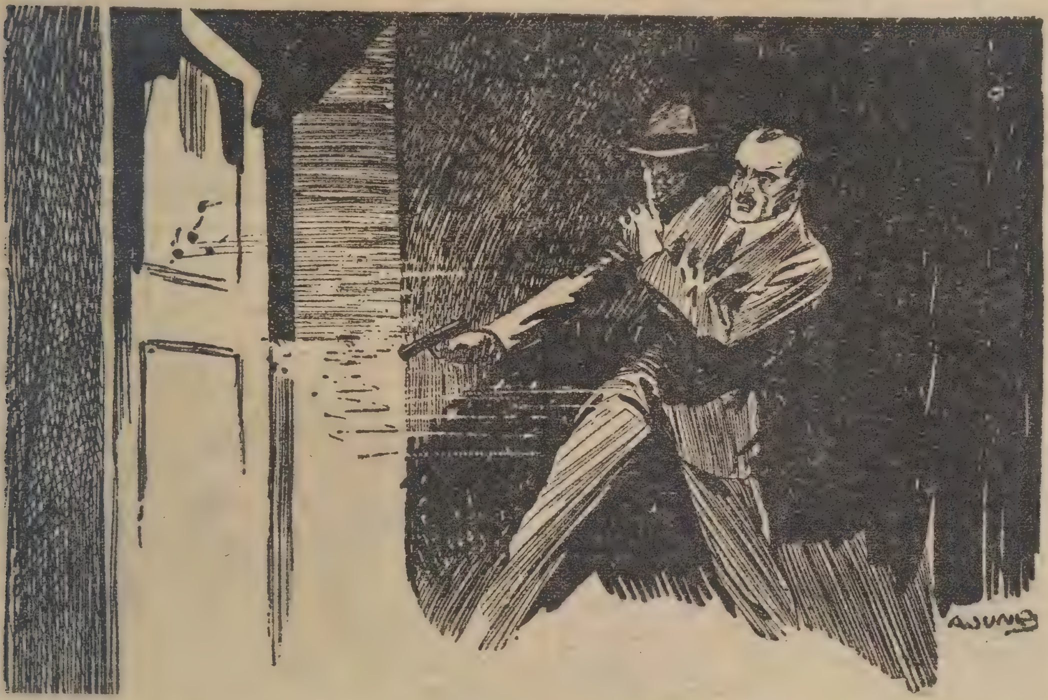
—No hubiera venido sin él — dijo y bajó enseguida la escalera.

Abajo, en la pieza que el Comisario en Jefe había indicado, encontró Carris al italiano, sentado en el suelo, con la cabeza entre las manos. Ciertamente el hombre había vuelto en sí. Carris lo oyó quejarse.

—¡Eh... usted!

Carris lo agarró por el cuello del saco y lo puso de pie; Guglielmi volvió hacia él su cara, pálida y asustada.

—Signor, — dijo con voz plañidera — fué un accidente...



mío. Eso lo puso fuera de combate; pero había dado la voz de alarma. Yo salté al hall y alcancé a ver una falda desaparecer en lo alto de la escalera.

Probablemente la Trelawney no tenía en esos momentos su pistola, si no otro gallo cantaría. Pero, con todo, esta puerta se cerró cuando yo llegaba al descansillo y oí la llave girar en la cerradura. La ataqué con mi hombro; pero una bala atravesó la madera y me pasó cerca de la oreja, por lo que me puse a cubierto. De todos modos los tenía a los dos, lo que era bastante suerte, y lo mejor que podía hacer era esperar que recibiese usted mi telegrama.

—¿Y Guglielmi?

—Está todavía abajo, a no ser que haya vuelto en sí y huído. He estado vigilando la escalera por si se le ocurría asomar otra vez el hocico; pero no he oído nada. Probablemente debe dormir todavía. Cuando pego, pego fuerte. Ahora que está usted aquí es mejor que baje y vea como está, antes de hacer otra cosa. ¿Supongo que habrá traído revólver?

—¿El qué? — aulló Carris — ¿Su traición?

—No comprendo...

Carris arrojó rudamente sobre una silla al hombre tembloroso.

—Bien sabe lo que quiero decir — dijo. El primer salvajismo brutal de su voz se había calmado para convertirse en algo peor: una ferocidad, helada y tranquila — ¿Recuerda la última vez que me vió?

—Si, signor.

—Iba usted a buscar a esa muchacha Trelawney y a eliminarla. Le prometí por ese trabajo cien libras y un pasaporte para salir de Inglaterra. Pero no le dije que se uniera a su pandilla... perro.

—Puedo explicarlo todo, señor.

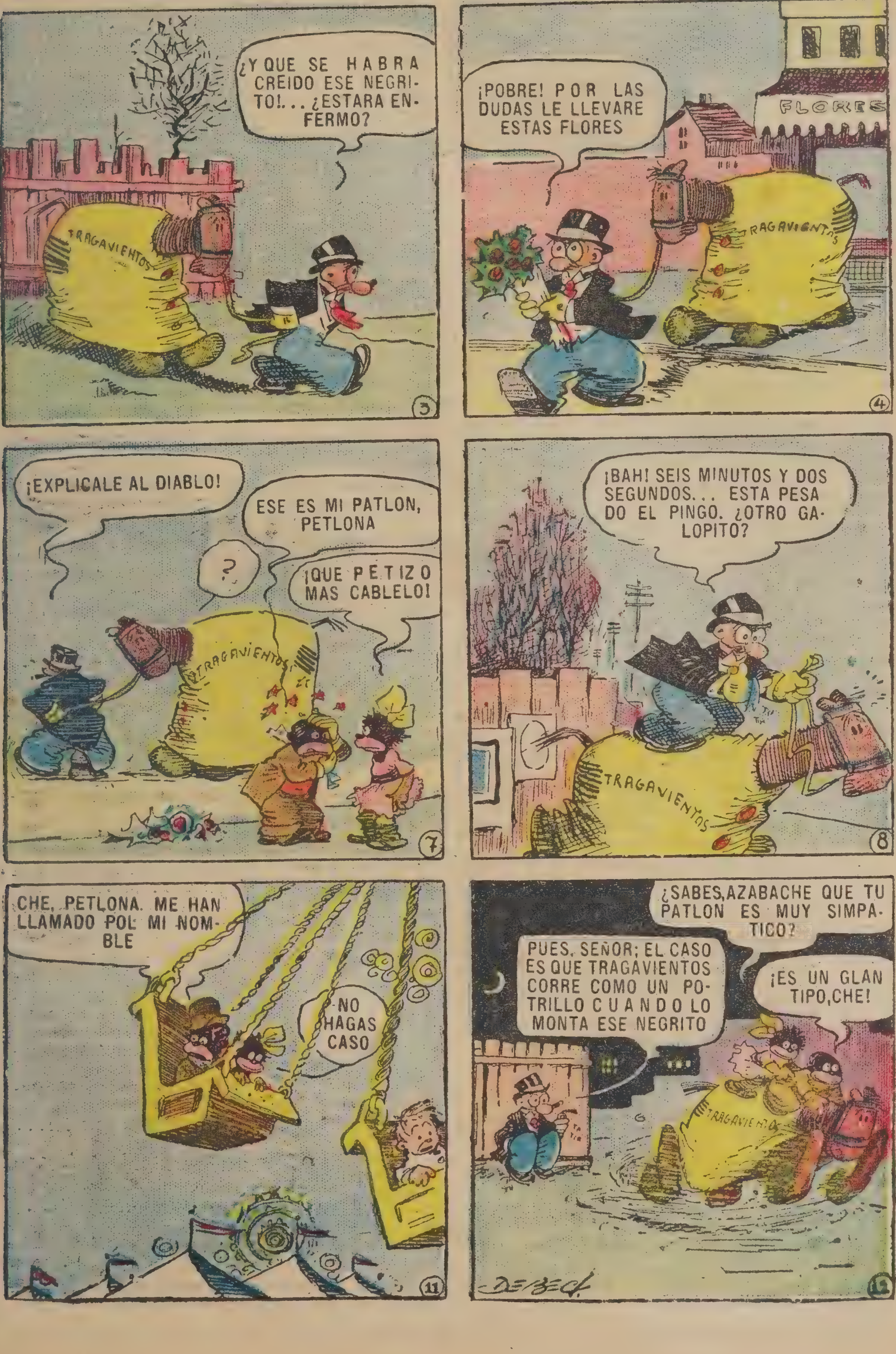
—¿Puede? — dijo Carris y sus pálidos ojos no se apartaban del italiano — No creo pueda darme una explicación que me satisfaga. Es usted un traidor y yo tengo un procedimiento especial para los traidores...

—Pero, si quiere usted escucharme, señor...

—¡Quédese quieto!

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck



Carris dejó caer las palabras como dos gotas de metal derretido. Por la mañana se había sentido nervioso; pero ahora era dueño de sí mismo y no había humanidad en su rostro.

Señaló el suelo donde estaba todavía tirado, a medio cargar, el revólver de Guglielmi.

—¿Ve eso? — dijo Carris.

Guglielmi hizo, en silencio, un gesto afirmativo.

—Bueno... lo estaba cargando cuando el Comisario en Jefe entró. Cuando entré yo, hace un momento, había usted vuelto en sí, lo había concluído de cargar y me esperaba.

Tuve que matarlo en defensa propia. ¿Comprende? Será para mí completamente sencillo terminar de cargar la pistola y ponerla en su mano cuando haya terminado con su traicionera vida.

Su dedo se curvaba sobre el gatillo al hablar. Guglielmi veía blanquear el nudillo y sus ojos se dilataron de terror. Carris vió que la boca del hombre se abría para lanzar un grito y sonrió siniestramente.

Pero el tiro que se oyó no procedía de la pistola de Carris. Resonó arriba una detonación ahogada y una segunda seguida un momento después. Luego la voz del Jefe resonó ronca:

—¡Carris!

Carris maldijo entre dientes. Su plan no podía ser puesto en ejecución entonces y era demasiado tarde para que el cuento colara. Tendría que buscar otro pretexto. Pero entretanto...

Agarró a Guglielmi por las solapas del saco y lo atrajo a sí. Dando vuelta la pistola, con rápido, movimiento, le pegó cruelmente un golpe en la cabeza, con la culata.

Mientras el hombre caía al suelo, Carris oyó al Jefe llamarlo otra vez.

Subió corriendo la escalera. En lo alto vió al Jefe vacilar y apoyarse contra la pared, agarrándose el hombro con una mano.

—Me han herido — dijo — Los oí hablar y me acerqué más para escuchar. Luego dispararon a través de la puerta. Pero devolví el tiro y creo que herí a alguien.

Carris escuchó. Oyóse dentro de la pieza un débil gemido. Luego. a través de la puerta, habló Septimus Dale.

—Nos rendimos — dijo.

La llave giró en la cerradura y abrióse la puerta. Septimus Dale se adelantó, pistola en mano; pero tomada por el caño.

Carris se hizo cargo del arma y la dejó caer en su bolsillo.

—Jill está herida — dijo Septimus — Fué un tiro afortunado para vosotros.

Carris entró. Encontróse en un pequeño dormitorio y una mirada a la reja de la ventana le reveló qu los prisioneros habían estado a punto de hacer un espacio suficientemente grande para pasar. Luego sus ojos se fijaron en la cama y vió a Jill Trelawney acostada en ella. Una mancha roja se iba extendiendo por la blusa blanca.

—La herida es sólo en la carne; pero bastó — dijo Septimus amargamente — Es mejor que enviéis a buscar un médico.

Volvióse y vió que el Comisario en Jefe metía un pañuelo doblado adentro de su camisa.

—Lamento no haber tenido mejor puntería — dijo Septimus con tono amable.

El Jefe lanzó un gruñido.

—Mejor es que lleve a la mujer abajo, Carris. Yo saldré en busca de un teléfono. Está usted en mejores condiciones que yo para cuidar de estos pájaros.

Pero Septimus Dale empujó sin ceremonias a Carris y tomó en sus brazos a Jill, tan fácil y tiernamente como si hubiera sido un bebé. Bajaron la escalera en procesión. Carris apuntándole a Septimus por detrás y el Jefe a retaguardia.

Al llegar al cuarto donde yacía Guglielmi, Septimus depositó suavemente a la joven sobre un sofá; pero cuando quiso alejarse ella le agarró la mano y lo retuvo.

El Jefe miraba al postrado italiano.

—Se ha movido... así qu no lo maté.

—Estaba volviendo en sí cuando yo bajé — dijo Carris — Al oir los tiros y sus gritos no tuve tiempo más que de pegarle en la cabeza con la pistola y dejarlo.

—Bueno, ahora los tenemos a todos juntos. Vigílelos mientras yo salgo. Me parece haber visto alambres telefónicos en una casa como a cien yardas de aquí.

—¿Está seguro de que no se sentirá mal, señor?

—Estoy bien, Carris; me duele un poco el brazo; pero podré hacer sin inconvenientes esas cien yardas. Usted quédese aquí y no les pierda ojo. Volveré lo más pronto que pueda.

Salió y oyeron cerrar la puerta del frente. Poco después Carris se volvió a Septimus.

—¿De modo que así ha terminado su habilidad? — le dijo.

Septimus lo miró fríamente.

—No estoy seguro — dijo — Yo no he dejado de ser hábil. Y, en su lugar, no apostaría a que es esta la última palabra.

Carris enseñó los dientes.

—Le darán a usted siete años por el trabajo de esta noche solo...

—¿Y a usted cuánto tiempo cree que le darán? — preguntó insolentemente Septimus.

Carris le devolvió impasiblemente su mirada.

—Creo que no ganará usted mucho con esas fanfarronadas — le dijo.

—¡Pero si no es fanfarronada! — dijo Septimus fríamente — Usted nos tiene en su poder.

Muy bien. Pero eso es sólo un golpe de la suerte. Un tiro al azar que debió errarnos por millas. Pero bastó para que Jill no pudiera pasar por esa ventana... no hubiéramos podido correr, aunque hubiésemos salido, ni defendernos. Con todo, quizá lograremos la revancha.

—¿Cómo, por ejemplo? — preguntó Carris, como si la idea lo divirtiera.

—Cuando su caja fué abierta anoche...

—¿Y bien?

—¿Revisó usted los papeles después que vino la policía?

—Sí.

—No puede ser — dijo Septimus — Si lo hubiese usted hecho, se habría dado cuenta de lo que nos llevamos.

—No tuvistéis ocasión de llevar nada. Yo entré en la pieza conforme ella abrió la puerta de la caja. Y ella no volvió.

—Ya se que ella no volvió; pero yo sí.

—¿Usted?

—Yo. Naturalmente usted no se dió cuenta de que estaba yo allí. Pero estaba... afuera. Cuando usted siguió a Jill y le tiró, yo me introduje por la ventana, agarré lo que deseaba y salí de nuevo.

Los ojos de Carris brillaron.

—¿Y qué agarró usted?

—Esto solamente.

Septimus metió la mano en su bolsillo y sacó la cartera. De la cartera sacó un papel doblado, que desdobló mostrándoselo a Carris. Era un billete de cien libras.

—¿Lo reconoce? — preguntó Septimus.

—No significa nada para mí.

—Pero es uno de los muchos que guardaba usted en su caja. Debía haber entre todos un par de miles de libras. Que le sirva esto de lección, Carris y nunca deje que la avaricia predomine sobre la prudencia. Usted no pudo decidirse a destruirlos ni se atre-

El revólver de Carris apuntaba directamente a Septimus; pero Jill le agarró con desesperada fuerza la muñeca.

vió a ponerlos en su banco ni a disponer de ellos de algún otro modo.

Carris se puso rígido.

—¿Y por qué cree usted que era? — preguntó.

—Porque — dijo Septimus lentamente — el número de este billete — que era el de arriba del fajo q' guardaba usted en su caja — es el que sigue al último de los que se encontraron en la caja de Sir Francis Trelawney y que se averiguó pertenecían a Waldstein. Y cuando se investigue el asunto, no será difícil comprobar que este billete fué retirado del banco de Waldstein al mismo tiempo que los que se encontraron en la caja de Trelawney.

IX

EL CHOQUE FINAL

Reinó largo silencio. Luego la boca de Carris se apretó como una trampa de acero debajo de su bigote.

—Comprendo — dijo suavemente.

—Lo felicito — dijo Septimus — ¿Tiene inconveniente en que fume?

Se sirvió un cigarrillo de la cigarrera que estaba sobre la mesa y encendió un fósforo.

—¿De modo que ese es el cuento que se propone usted contar? — dijo Carris.

—El mismo—contestó Septimus fumando — Creo que es un buen cuento, si me pide mi opinión. De cualquier modo, le dará a usted que pensar, para hallar la respuesta salvadora.

De pronto Carris se echó a reir.

—¿Y cree usted realmente que alguno lo creerá?

—No se, — dijo Septimus — Haré lo posible para que me crean. Con todas esas otras pruebas acumuladas...

—¿Qué otras pruebas?

—La declaración de Duodécimo, por ejemplo. Tiene para contar una pequeña historia que interesará a las autoridades.

Carris sonrió burlonamente.

—¡Un malhechor que miente para salvar su pellejo! ¿Cree que su palabra tendrá algún valor? Con su reputación....

—Y la otra prueba para apoyar sus palabras...

—¿Qué otra prueba?

—Se lo diré más tarde, si me lo recuerda. Pero por el momento me gustaría realmente saber como va a explicar lo del billete de cinco libras.

—¿Cree de veras que podrá usarlo contra mí?

—Creo.

—Siento tener que decepcionarlo. Hay una cosa que usted olvida; pero que yo recuerdo perfectamente bien. El mismo Waldstein, con el nombre de Esteban Weald, fué miembro de su preciosa pandilla. ¿Sabía usted eso?

—Lo sabía.

—Entonces, — dijo Carris deliberadamente—¿qué más natural q' se encuentre en su poder un billete que pertenecía al banco de Waldstein?

Septimus lo miró. Luego movió, sonriendo la cabeza.

—No vale — dijo — Eso podría explicar este billete; pero no los otros que se encontrarán en su poder.

—Que usted pudo colocar en la caja...

—Esa excusa no salvó a Sir Trelawney — dijo Septimus, frío como un juez — ¿Por qué cree que ha de salvarlo a usted?

Sus ojos se encontraron un largo momento y luego dió Carris un paso hacia adelante.

Su rostro se había convertido en una careta de granito.

—Comprendo — dijo otra vez muy lentamente.

—Me alegro que así sea. Las cosas se van a poner un poquito feas para usted ¿no? En cambio se habrá dado un gran paso para rehabilitar la memoria de Sir Francis Trelawney.

—¿Y quién — dijo Carris con la misma voz suave — va a hacer un registro de mis cosas antes que yo tenga tiempo de llegar a casa y destruir esos billetes?

Septimus sonrió otra vez, balanceándose suavemente sobre sus talones.

—Gracias, — dijo — por reconocer que tiene usted los otros billetes.

—¿Y suponiendo que lo reconozca? — dijo Carris con calma — Tiene todavía que contestar a otra pregunta mía. ¿Quién va a hacer ese registro y a probar... algo?

—Yo puedo arreglar eso. — dijo Septimus y lo dijo con tanta calma y naturalidad que era difícil distinguir la menor baladronada en sus palabras.

Carris lo miró con atención y la artería de su frente empezó a latir.

—Hay algo raro en usted, Septimus Dale...

—¡Ah! ¡Ah! — dijo Septimus cortesmente.

—Y ahora, — dijo Carris — ¿sabe lo que va a pasar?

—Dígamelo.

—Usted es un malhechor peligroso y su cómplice está requerida por asesinato. Viendose perdido, va usted a hacer un último y desesperado esfuerzo para derrotarme y huir. Y en defensa propia, tendré que matarlo.

—Así como tenía usted que matar a Guglielmi — dijo Septimus con un murmullo y Carris se puso blanco hasta los labios.

Luego la careta de su rostro cayó.

—¿Cómo supo usted eso?

—Soy adivino — dijo Septimus ligeramente.

—Y, sin embargo, el pretexto es todavía bueno...

—No, no es bastante bueno — dijo Septimus y hubo un cambio súbito en su voz porque en ese momento vió la muerte que lo contemplaba, la muerte en la cara, en los ojos azules, en los labios convulsos de Carris y en su mano derecha temblorosa—No es bastante bueno, porque ahí oigo al Comisario en Jefe que vuelve...

Carris oyó girar el pestillo de la puerta y se dió vuelta bruscamente.

El jefe estaba parado en el umbral; pero ya no parecía sufrir de la herida. Su porte era erguido y había en sus ojos un brillo extraño. Tenía, además, una pistola en la mano.

—Lo he oído — dijo a Carris y éste retrocedió un paso.

Carris tenía aún el revólver; pero su brazo caía al costado. Sabía que el menor movimiento le sería fatal. Se quedó completamente inmóvil y el Jefe continuó:

—Sepa que todo esto ha sido una comedia representada en honor suyo. Estamos en mi propia casa. Septimus vino a contarme anoche una historia fantástica que no podía yo pasar por alto.

—¿Y ha creído usted a un ladrón? — dijo Carris desdeñosamente.

—Tengo mis buenas razones — dijo el Jefe — Era quizás algo más que un ladrón cuando fué a verme anoche y tuve que creerle, como no hubiera creído a nadie más en su lugar. Debido a lo que me dijo organizamos esta pequeña representación. Vinimos temprano esta noche y arreglamos cuidadosamente el escenario. Esos agujeros de bala, que le mostré en la puerta, fueron hechos por mí.

Creo que fué Septimus quien pensó en torcer los barrotes de la ventana. Pero yo reclamo todo el mérito de la mise — en-scene y personalmente coloqué en esta pieza el micrófono, con una comunicación arriba, a fin de poder oir todo lo que hablaba usted abajo. Su conversación con Guglielmi solamente hubiera bastado para arrestarlo a usted, si no hubiera yo vuelto por la puerta del fondo medio minuto después de haber oído cerrarse la del frente y no hubiese estado detrás de esta puerta escuchando su confesión completa.

Carris miró a su alrededor y vió que Septimus Dale esgrimía también una pistola y que Jill Trelawney se había sentado en el sofá y se estaba limpiando la blusa con un pañuelo.

—No es nada más que tinta roja — dijo Septimus suavemente.

Carris parecía convertido en piedra; luego movió lenta y afirmativamente la cabeza y una especie de sonrisa torció su boca.

—No voy a molestarme en negar — dijo — Todo está perfectamente aclarado. Pero ha sido un hábil trabajo de vuestra parte el hacerme hablar como lo habéis hecho.

Miró a los ojos al Comisario en Jefe.

—Puede oir la historia completa — dijo — Yo le preparé la celada a Trelawney en las mismas narices de usted. Waldstein y Essenden eran los jefes de la organización que Sir Francis Trelawney se había propuesto destruir. Me ofrecieron una gran suma de dinero y me pasé a ellos.

Trelawney era peligroso. Dentro de un mes hubiera conseguido su objeto, de haberlo dejado en libertad de obrar. No quedaba más remedio que librarse de él y arreglamos el plan entre todos. No era difícil porque siempre trabajaba solo.

Sabíamos que, si se le desacreditaba nun-

ca más podría reanudar su trabajo en el punto en que lo había dejado. Yo preparé el camino escribiendo aquel aviso sobre el "raid", que se supuso enviado a la pandilla, en su máquina de escribir. Luego telefoneé el mensaje que el creyó provenía de usted y que lo envío a París, ayudándonos a sorprenderlo en el hotel de Waldstein. Después de eso, el resto fué fácil. Yo tenía el dinero de Waldstein en el bolsillo cuando abrí la caja fuerte delante de usted. Había ensayado durante algunas semanas aquella pequeña prueba de prestidigitación. No fué muy difícil. Los billetes salieron de la caja delante de los mismos ojos de usted y no hubo más que pedir. Mi estrella se eclipsó cuando Septimus empezó a perseguirme, cuando mi casa fué robada y mi caja fuerte abierta

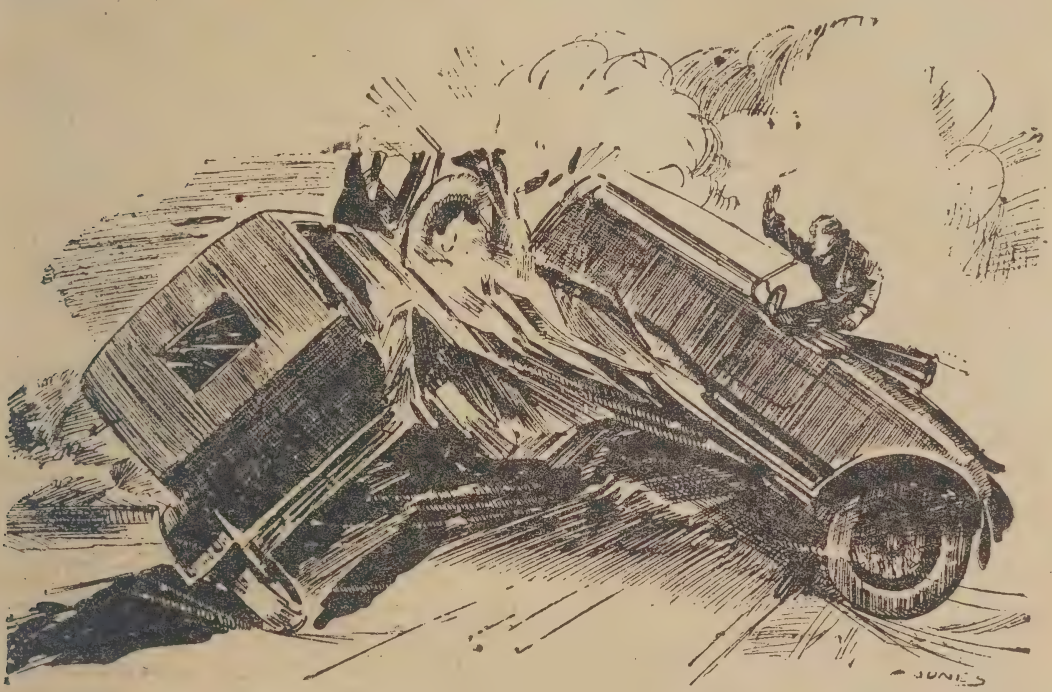
—¿Por qué dijo usted que cuando Dale le fué con el cuento le prestó más atención que a cualquier otro?

Una sonrisa seca se dibujó en los labios del jefe.

—Porque resulta que yo lo conocía muy bien. Es uno de los hombres más útiles de una rama especial de la Yard, desde hace muchos años. Hace algún tiempo se le puso en la cabeza que el asunto Trelawney no era lo que parecía y le dí carta blanca para que lo aclarara. Pero además, había otra razón más poderosa para convencerme...

—¿Qué razón?

—Qué es también mi hijo — dijo el Jefe sencillamente — Su verdadero nombre es Septimus Dorn.



Por un breve momento los dos autos se rozaron y luego se oyó un estrépito de vidrios y maderas rotas.

—Ya oí hablar de eso — dijo el Jefe.

—¿A Septimus, supongo? Bueno, fué un trabajo hábil aunque lo hizo la muchacha. Aún antes de eso había decidido yo que Jill Trelawney era peligrosa y le envié a Guglielmi; pero éste se me dió vuelta... como usted sabe. Aunque mi caja fué abierta no creí q' hubieran sacado de ella nada y cuando usted me mandó el telegrama pensé que se presentaba mi oportunidad.

—Hasta que Septimus le mostró el billete — murmuró el Jefe.

—Es cierto. Y ahora ¿hay algo más que quiera usted saber?

—Creo que no.

Los ojos de Carris vagaron por la habitación.

—Pero hay una cosa que yo desearía saber — dijo.

—Diga...

Hubo una persona más sorprendida que Carris y fué Jill.

—¿Usted... Septimus?

—La primeza vez que nos encontramos dijo Septimus tristemente — yo le dije que era detective y no quiso creerme. Y en los últimos días no he hecho otra cosa que hablarle de mi respetable pariente. Permítame presentarle a mi padre, Sir Hamilton Dorn, Comisario en Jefe de la Policía Metropolitana.

Encantado de conoceros mutuamente.

Sir Hamilton se inclinó ligeramente.

—Creo — dijo Septimus — que ahora sabe bastante como para estar pronto a creer que no mató usted al capitán Peveril.

Por un momento Septimus Dorn fué la figura central y no hubo ojos para Carris. Luego Septimus, de rabo de ojo, vió levantarse la mano derecha de Carris y lanzó un grito

de aviso, a tiempo que se daba vuelta. Pero su voz fué ahogada por el estruendo de una detonación que partió del revólver de Carris. La pistola del Comisario en Jefe cayó al suelo y una mancha de sangre manchó repentinamente la muñeca de Sir Hamilton.

Septimus levantó su propia pistola; pero le negó fuego y tuvo que arrojarse al suelo, mietras el revólver de Carris disparaba otra vez.

Oyó a la bala pasarle silbando por encima de la cabeza e ir a pegar en el vidrio de un cuadro. Agarró violentamente a Carris por los tobillos; pero aún así no creía que Carris errara el próximo tiro.

Pero se había olvidado de Jill Trelawney. Cuando logró ponerse de pie vió las manos de la joven cerradas sobre la muñeca de Carris; la tercera bala se perdió en el techo. Luego él también se apoderó de la muñeca de Corris y se la retorció salvajemente. El revólver cayó al suelo y Septimus lo alejó de un puntapie.

No vió a Carris agarrar una estatuita de bronce de una mesa que estaba atrás; pero si no hubiera dado vuelta la cabeza, más por instinto que por cálculo, Carris le hubiera roto ciertamente el cráneo. Así mismo, el golpe de refilón lo hizo trastabillar, aturdido, sin que su mano soltara la muñeca rota de Carris. Jill había dejado al hombre, no bien Septimus se apoderó de él.

Mientras se afirmaba, atontado, sobre los pies, limpiándose la sangre de los ojos, vió al Comisario en Jefe lanzar una blasfemia, buscar tentando con la mano sana, una de las pistolas caídas, abrirse una de las ventanas y a Jill Trelawney desaparecer por ella.

—¡Eh... vuélvase tontuela! — gritó Septimus con voz ronca.

Pero ella no podía oirlo y él la siguió tambaléandose.

Oyó pasos en el sendero de pedregullo y vió la blusa blanca, como una mancha clara, en la oscuridad.

La agarró en la esquina de la casa y parado junto a ella vió a Carris pasar por la puerta del jardín.

Entonces empezó a correr de nuevo porque sabía que a la vuelta de la casa estaba el auto del Jefe, con las luces apagadas, y que si Carris tomaba en esa dirección, como era más que probable, lo encontraría.

Y Carris corrió en esa dirección. Si deseaba simplemente apartarse del camino principal y eludir en la obscuridad la persecución o si la suerte que tanto habíalo ayudado quiso favorecerlo un poco más, es cosa que no se sabe. Pero lo cierto es que encontró el auto y estaba ya en el asiento del conductor cuando Septimus dió vuelta la esquina. Un instante después el arranque automátizo hizo cobrar vida al motor y el auto empezó a moverse, mientras Septimus se colgaba de la rejilla de equipajes.

Estuvo colgado de ella unos momentos, reuniendo sus últimas fuerzas. Se hallaba todavía aturdido por el golpe que recibiera en la cabeza y la sangre que persistía en salir de una herida de su frente lo cegaba. Pero se sostuvo.

Movióse nuevamente. Tenía que hacerlo con rapidez porque su posición era precaria y no podía sostenerse mucho tiempo más en ella, en el estado en que se hallaba.

El auto marchaba a una velocidad de cuarenta millas por hora; un resbalón, una caída a la calle, y la aventura terminaría de un modo muy distinto de lo que él había pensado.

Se movió alrededor de la parte trasera del auto y de algún modo logró agarrarse al angosto marco de una de las ventanillas. Siempre agarrado a la rejilla de equipajes con la otra mano, avanzó los pies hasta el guardabarro. De allí no podía pasar sin soltarse de la rejilla. Se detuvo otro segundo para reunir fuerzas. Y luego se movió, rápida y desesperadamente.

Por un momento, nada más que sus dedos en el angosto marco lo sostuvieron.

Si el auto hubiese dado vuelta una esquina o pegado un barquinazo, hubiera sido despedido. Pero luego su otra mano logró asirse del marco de la ventanilla y soltando después la derecha agarróse desesperadamente a la manija de una de las puertas.

Con un suspiro de alivio aflojó sus doloridos músculos y se deslizó por el estribo. Luego dió vuelta la manija, sin soltarse de ella mientras la puerta se abría y cayó más bien que entró al auto.

Por un rato estuvo allí, como muerto, incapaz de moverse. La cabeza se le partía y luces rojas bailaban en una niebla gris delante de sus ojos.

Pero el auto continuaba su marcha. El conductor, atento solamente al camino que iluminaban los focos, no advirtió la entrada de Septimus.

Gradualmente pasó el mareo. El cerebro de Septimus se aclaró, aunque sus fuerzas eran todavía escasas. Enjugóse la frente con el pañuelo y abrió los ojos.

Luego se puso de rodillas. Cuando sus ojos se fijaron en el asiento del frente, quedó deslumbrado por la luz de otro par de focos que venían hacia ellos.

—Está usted violando los reglamentos de tráfico por exceso de velocidad — dijo Septimus en el oído de Carris, — y tendré que arrestarlo...

Al oir la voz de Septimus, el auto hizo un peligroso viraje.

—Por lo menos, — dijo por encima de su hombro — morirá usted conmigo.

Septimus lo agarró por el cuello; pero las manos de Carris empuñaban todavía fuertemente el volante.

El otro auto estaba a menos de veinte yardas de distancia. En cualquiera otra circunstancia, con el camino libre, Septimus hubiera podido dispararle un tiro a Carris o simplemente desmayarlo de un golpe en la cabeza, con la culata de su revólver. Pero allí no podía hacerse eso. Dentro de un segundo o dos chocaría contra el otro auto, y Septimus comprendió que era ese el plan de Carris.

Con un esfuerzo desesperado Septimus metió la cara de Carris entre los rayos del volante y, por un momento, el auto estuvo sin gobierno. Luego, empujando a un lado a Carris, Septimus agarró la rueda e hizo un viraje. Los focos del otro auto brillaron delante de sus ojos. El conductor quiso desviar; pero era difícil cualquier maniobra en

aquel camino angosto y no tuvo tiempo de parar.

Septimus oyó el futil rechinar de los frenos y sintióse mareado otra vez.

—¡Aquí nos vamos! — pensó y mantúvose agarrado al volante con fuerza instintiva.

Por un horrible instante vió el ala del otro auto tocar la del suyo.

Aun así podría haber evitado el choque, si Carris no huebiera obstaculizado sus esfuerzos, tratando de dar vuelta la rueda en dirección contraria.

Septimus le pegó con el codo; pero era demasiado tarde. El estribo del otro auto desgarró el ala delantera del auto de Septimus, como si fuera un cuchillo, y luego se oyó el estrépito de vidrios rotos y de metal torturado.

Septimus fué arrojado sobre el volante por el choque. El auto pareció saltar en el aire y él quedóse suspendido en el espacio un instante. Luego la cabeza de Septimus pegó en el techo, se oyó otro estrépito, un sacudimiento más fuerte y después mortal silencio.

No supo cuanto tiempo permaneció allí tendido de espaldas, con los pies levantados, machucados y doloridos todos sus miembros, extrañándole estar vivo. Sentía un peso colosal sobre su pecho.

Abrió un ojo y descubrió el freno y los pedales misteriosamente sus pendidos sobre su cabeza.

Había algó más sobre su pecho. Descubrió que era el asiento del frente y... el cuerpo de un hombre.

Trató de mover una mano y encontró con que tocaba un lago de algo tibio; pensó si sería sangre suya o de Carris.

Oyó golpear fuertemente la portezuela junto a él y una voz dijo bastante tontamente:

—¿Estáis bien ahí adentro?

Septimus reconoció la voz y una risa ronca brotó de sus labios.

—¡Viejo y querido Teal! Siempre en escena — exclamó.

X

EL ULTIMO ARRESTO

El Jefe Inspector Teal desenvolvió reverentemente la cuarta pastilla de goma de las que Septimus Dorn había comprado especialmente para él.

—Como no se mató usted, es algo que cuesta comprender — dijo Teal.

Septimus, con la cabeza vendada y un brazo en cabestrillo sonrió alegremente.

—No pudo usted matar a un hombre de mérito — dijo.

—¡Buena suerte tuve yo de que usted no me matara a mí! — dijo Teal — si hubiera sido así, también la Yard hubiese perdido un hombre de mérito, aunque me esté mal el decirlo. Nunca podré comprender como no resultó herido. Puede haber sido porque casi me detuve cuando usted me atropelló. Pero la rueda delantera de mi auto fué arrancada como cortada con cuchillo, el chassis quedó hecho un nudo y jamás recibí una sacudida peor.

—Es muy bueno para el hígado — dijo Septimus.

Estaban en la casa de Sir Hamilton Dorn, en Londres, donde se habían reunido para una cena retardada, que era más bien desayuno.

Luego fué contada la historia de Lord Essenden y también la de Waldstein. El Comisario en Jefe dió su veredicto, miró a Jill y sonrió.

—Le creo — dijo — Está Septimus para apoyar su testimonio de lo ocurrido en lo de Essenden y, ahora que la conozco mejor, puedo creer su relato de la muerte de Peveril. En cuanto al resto, fuera de nosotros cuatro, nadie sabe nada que valga la pena.

Y no creo que ninguno trate de buscar más complicaciones. Estamos hartos de los Angeles de Perdición.

Miró a Teal para obtener su conformidad y el inspector asintió con gesto soñoliento. Parecía que estaba a punto de quedarse dormido.

—¿Y el "Requerida por Asesinato" — preguntó Septimus.

—Puede retirarse. Se han conseguido nuevos testimonios y la acusación se retira. Todo se arreglará sin barullo. Despues, si Jill cambia de nombre...

—Pero ¿por qué voy a cambiar de nombre? — preguntó Jill — ¿No es bastante bueno el de Trelawney... ahora? Todo cuanto he hecho ha sido para rehabilitar ese nombre.

—Hay ótros igualmente buenos — dijo Sir Hamilton suavemente — La injusticia que me hicieron cometer con su padre no puede ser remediada, Jill; pero si puedo darle algo mío como compensación...

Septimus Dorn se chó a reir; paróse y colocó su mano en el hombro de Jill.

—La arresto — dijo — ¿Quiere venir tranquilamente?

FIN

Sexton Blake y Tínker

Lea en

P U C K Y

las dramáticas y emocionantes
aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

En el próximo número:

EL MISTERIO DEL MURO DE LOS LAMENTOS

Por GWYN EVANS

(Aventuras de Sexton Blake y el Club de las Sombras)

Las nubes de la guerra se cernían sobre Palestina. Fuerzas financieras, siniestras y subterráneas, fomentaban las rivalidades entre judíos y mahometanos, indiferentes a la catástrofe que podían ocasionar, con tal de obtener buenos dividendos. Contra esa fuerza luchan Sexton Blake y... "Los Hombres que Estaban Muertos". La parte informativa está a cargo de Splash Page, el impagable repórter del "Daily Radio", y toma también parte en la contienda un detective de Nueva York, llamado Ruff Hanson, que sólo cree en la eficacia de sus dos pistolas. El resultado es una novela llena de dramático interés.

Un drama en los obrajes del Canadá

por Wedgwood Belfield

Capítulo I

HILOS DEL DESTINO

Durante toda la noche, por entre los bosques y la nieve siguieron avanzando uno al lado del otro. Eran Dick Verrier, ex agente de la policía montada, y Buster, en otro tiempo propietario de Lost Lode. Sus agitadas respiraciones y el rítmico vaivén de sus zapatos de nieve, eran los únicos ruídos que rompían el monótono silencio de los bosques. Habían viajado sin descanso todo el día, y continuaban la marcha en la oscuridad de la noche, siguiendo las huellas de Lew Wannagan, el Hombre de la Máscara, delincuente que había desafiado a la policía de la mitad de los países del mundo, ocasionando la ruina y desgracia de Dick Verrier.

Un leve destello de luz amarillenta se vislumbró en la aterciopelada oscuridad.

—Una fogata campestre, compañero —dijo Buster. — ¿No será de Wannagan?

—No; es una cabaña, Buster. La luz proviene de una lámpara detrás de vidrios empañados de una ventana.

Continuaron la marcha con una esperanza que parecía impartir nuevas fuerzas a sus fatigadas piernas.

La borrosa silueta de una cabaña semi enterrada entre la nieve cobró forma contra el fondo oscuro de los árboles.

Verrier se detuvo.

—Quédate aquí, camarada — le dijo a su compañero. — Yo voy a echar una ojeada por la ventana.

El vidrio empañado, no obstante, malogró sus deseos. Estaba tan opaco como una hoja de papel. Verrier se dirigió de allí hacia la puerta, encontrando a Buster que le pisaba los talones, con una mirada alerta y ansiosa. Dick no se detuvo en ceremonias. La sorpresa era un factor vital. Hizo girar el tosco pasador, y de un puntapie abrió la puerta, cruzando el umbral con el revólver a la altura de su cinto, y listo para hacer fuego. Su penetrante mirada se paseó por la habitación.

Un hombre, que se sacó algo de la cabeza, se incorporó de junto a la mesa. La mirada de Dick pasó más allá de él, y escudriñó los oscuros rincones de la cabaña.

—Puedes entrar, Buster — dijo por encima de su hombre. — Hemos fracasado.

Dejando a un lado su revólver, se dirigió hacia el hombre que estaba junto a la mesa. Era este el propietario de la cabaña.

—Siento haber penetrado en su casa de esta manera — le dijo. — Estamos persiguiendo a un individuo, y creímos que pudiera estar aquí adentro. Parece que no está. ¿Tendría inconveniente en que nos quedáramos?

—¡No, por vida de!... ¡Por un momento creí que era usted Wannagan que venía... Dick se volvió hacia él con presteza.

—¿Wannagan? ¿Qué sabe usted de él?

—Nada, a no ser lo que acabo de enterarme, — y haciendo una señal hacia el extremo de la mesa, hizo que Dick se fijara en un aparato de radio, con sus tres válvulas en función, impartiendo un aspecto extraño a esa cabaña del lejano norte. Estaba escuchando la noticia cuando ustedes entraron. Parece que este individuo Wannagan es buscado por la policía, y que se dirige hacia estos parajes. Se les ha escurrido de entre los dedos a los de la montada y...

—¿Hay alguna otra novedad? — preguntó, Dick.

—Cuando usted me interrumpió, estaba escuchando la noticia de que Cirys K. Gaulter, el rey de la madera, iba en dirección a Fort Louis en busca de una concesión para un obraje. Va con un equipo de perros, como cualquier ciudadano común. ¿Supongo que usted no será ese, eh?

Un drama en los obrajes...

—No — respondió Dick, extendiendo sus pieles.

—Pues bien, es usted bievenido a mi cabaña — dijo el hombre. — Son pocas las veces que recibo visitas. Me llamo Crawford.

—Yo me llamo Dick, — dijo — y este es Buster.

A pesar de la forma brusca como habían hecho su entrada, Crawford los recibió cordialmente.

Tendió la mesa para dos, e invitó a los jóvenes a que le hicieran los honores, y como hacía doce horas que no probaban bocado, obedecieron sin vacilar. Por un momento en la cabaña no se oyó otro ruido que el producido por los cuchillos y tenedores al rozar contra los platos de latón. Luego Dick alejó de sí el plato vacío y sacó su pipa.

—Gracias — dijo, mirando a Crawford, — ahora me siento mejor, y... — pero se interrumpió para volverse en su silla y permanecer con la vista fija en la puerta, escuchando. El viento había traído hasta sus oídos el chasquido de una fusta, el ladrido de un perro y un leve campanilleo, desde el lejano sendero. Los ruidos se acercaban.

Verrier echó una mirada a Crawford.

—Parece como si fuera usted a recibir otros visitantes — observó, e inmediatamente se puso de pie. Se le ocurrió de pronto que este otro visitante podría ser Lew Wannagan, el Hombre de la Máscara. Su rostro se endureció, y recogió el revólver que colgaba de su estuche del respaldo de la silla. Buster también se volvió para mirar la puerta, y ambos continuaron escuchando.

El trineo se acercaba. Pronto se oyeron gruñidos y ladridos frente a la puerta, seguidos de pasos inseguros y de un desesperado llamado a la puerta con ambos puños, como si la persona que llamaba, tuviese miedo por su vida. En seguida se oyó una voz, ronca e insegura.

—¡Déjenme entrar, por favor!

Dick le hizo una seña a Buster.

—Abre, camarada, — le ordenó.

Tenía el revólver apuntando hacia la puerta, cuando Buster la abrió.

Un hombre entró tambaleante a la cabaña, con el rostro lívido y un par de ojos que expresaban terror. Dick lo estudió de una mirada, comprendiendo, con una sensación de descorazonamiento, que no podía ser Wannagan..., notó las valiosas pieles que tenía puestas y que hubiesen producido una fortuna en cualquier mercado.

Dejó el revólver sobre la mesa, y sostuvo al hombre tambaleante, por un brazo.

—¿Qué pasa? ¿Quién es usted?

El recién llegado respiró fuertemente.

—¿Yo? Soy Cirus K. Gaulter — exclamó.

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

—¿El rey de la madera? — inquirió Grawford.

—El mismo — respondió el visitante, echando una mirada aprensiva por encima del hombro. He sido asaltado... y dos indios quedaron muertos. Emprendí la fuga.. vi al individuo entre los matorrales y fustigué a los perros como un loco. Recibí un balazo a través de la manga. ¡Miren! — Levantó el brazo tembloroso y mostró la piel rozada por un proyectil. ¡Se puso a perseguirme, pero... ¿ustedes no, lo dejarán atraparme, verdad? Ustedes son tres... y les pagaré bién. Cierren esa puerta. Viene persiguiéndome, se lo aseguro.

El labio de Dick se frunció. Era de causar lástima el terror que se había apoderado del rey de la madera. No parecía un hombre, sino un tembloroso flan. Los dedos de Verrier apretaron el brazo del recién llegado.

—Aquí está seguro — le dijo. — Escuche. ¿No era más que un hombre... y usted le vió?

Gaulter hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—¿Cómo era? — le preguntó.

—Me pareció muy corpulento. No puedo decirle más que eso. Era... ¡pero cierre la puerta, hombre!

El corazón de Verrier latía con precipitación. ¡Un hombre... y corpulento! ¡Podría ser Wannagan! Era más que probable La venida de Gaulter hacia el Norte podría explicar que se hubiese alejado tanto de sus lugares acostumbrados de operaciones...

Dick empujó al millonario hacia Grawford, que lo sostuvo, y se apoderó de su revólver. Parecía como si el encuentro fuese a producirse muy pronto, más pronto de lo que había esperado. Una orden perentoria resonó desde el umbral:

—¡Baje ese revólver!...

Dick volvió lentamente la cabeza. Un hombre estaba en el umbral, presentando un aspecto de gigante con sus voluminosas pieles. Tenía las dos manos levantadas, y apuntaba con un revólver en cada una. Detrás de las armas brillaba un par de ojos con siniestros reflejos acerados. Era la mirada peculiar del Hombre de la Máscara, que Dick conocía.

¡Wannagan ~ había tomado por sorpresa!

Capítulo II

SE CAMBIAN LOS PAPELES

Los dedos de Dick se encontraban a un centímetro escaso del revólver cuando resonó la órden de Wannagan. Era uno de los momentos humillantes de su vida, y la desesperación hizo que perdiera toda noción de su seguridad personal. Recogió el arma, la levantó...

Uno de los revólveres de Wannagan escupió fuego. Un fuerte dolor se apoderó del brazo de Dick hasta el hombro, y el revólver se le cayó de la mano, con el gatillo aplastado por la bala.

Wannagan se rió friamente.

—No vuelva a intentar esa jugada — rugió. — La próxima vez tiraré a matar... ¡Arriba los brazos! ¡Todos ustedes'

Sus revólveres impelían a la obediencia. Grawford y Gaulter no vacilaron en someterse. Buster miró a Dick, y viendo que su brazo se levantaba de mala gana, lo imitó. Wannagan paseó su mirada por ellos, y se estremeció levemente al reconocer a Dick.

—¡Usted! — dijo con voz sibilante.

Las venas se hincharon en la frente del aludido.

—¡Si, bandido! Usted me jugó sucio en Last Lode, pero... ¡no volverá a hacerlo! Todavía he de apoderarme de usted.

—Se requiere algo más que un pobre diablo de policía para aprehender a Wannagan — fué la desafiante respuesta. — Pero ahora basta de charla; no es a usted a quien vengo a buscar... esta vez. Tengo un asunto que arreglar con el millonario Gaulter.

Un gruñido proferido por el rey de la madera se mezcló a sus palabras. Wannagan prosiguió, dirigiendo la palabra a Buster.

—Detrás de tí, muchacho, hay un rollo de cuerda. Agarrala y ata a estos hombres. Comienza por el policía, y apúrate

Wannagan entró en la cabaña, sacándose sus zapatos de nieve mediante movimientos bruscos de los pies. Luego, con un empujón del pie derecho, cerró violentamente la puerta.

Buster se volvió para recoger el rollo de cuerda, mientras su cerebro bullía somo un torbellino. Durante toda su vida Buster había confiado en su ingenio para salir de situaciones difíciles, y su inteligencia en ese sentido se había aguzado por esa causa.

En estas circunstancias no habría de fracasarle. Y al volverse, en su mente estaba pintado el cuadro de la escena: la lámpara que se balanceaba sobre la mesa, Wannagan con la espalda hacia la puerta cerrada, a un metro de la mesa, hacia la derecha, estba Dick, y en el lado opuesto, Gaulter y Crawford. Sacó el rollo de cuerda del gancho por el cual colgaba en la pared, y, como por descuido, lo dejó caer. Se agachó para recogerlo, y ese movimiento lo ocultó a la vista de Wannagan.

Y fué entonces que Buster procedió con la rapidez de un relámpago.

A lo largo de la pared, a sus pies, había una hilera de botellas vacías. Se apoderó de un par de ellas, y casi instantáneamente, las envió violentamente contra la lámpara. Un ruido de vidrios rotos fué seguido de una súbita oscuridad, interrumpida por los fogonazos de los revólveres de Wannagan, que había comenzado a hacer uso de sus armas.

Buster se había dejado caer de largo, en seguida de arrojar las botellas. Dick, comprendiendo el plan de Buster al derribar la lámpara, se arrojó debajo de la mesa, y escapó a la muerte por un cabello al hacerlo. Luego se puso de rodillas, con la mesa encima, para servirle a manera de escudo contra los proyectiles. Delante de él estaba Wannagan, adelantando su posición por los fogonazos de sus revólveres.

Lo que siguió fué ciclónico por sus resultados. Dick extendió sus dos brazos. Con los dedos tocó las piernas de Wannagan, y las sujetó como con garfios de acero.

En seguida, poniendo en la acción sus fuerzas, dió un tirón y Wannagan cayó de espaldas con un golpe seco. Simultáneamen-

Un drama en los obrajes...

...e Dick saltó sobre él. Semi atontado por la caída, el Hombre de la Máscara no podía oponer gran resistencia a su poderoso rival. Una mano le apretó la garganta, clavándolo en el suelo; la otra buscó al tanteo en el suelo, encontrando uno de los revólveres caídos. Clavó el caño del arma en el pecho del bandido, apretando el gatillo, antes de que el caído pudiera reponerse de la sorpresa y recuperar sus sentidos.

—¡Ya te tengo! ¡Quédate quieto, o será la última vez que has de moverte! ¡Buster, ve a buscar una luz!

El aludido sacó un madero encendido de la chimenea, y a su mortecina luz pudieron ver a Gaulter y Crawford, apoyados contra la pared del lado opuesto.

—¿Tiene una vela, señor? — le preguntó Buster. — ¡Me parece que aquí la ganamos!

La vela encendida fué puesta sobre la mesa. Verrier no necesitaba más luz para su objeto. De rodillas sobre el cuerpo de Wannagan, le ordenó a Buster que trajese la cuerda y pasase un lazo por las piernas del bandido.

Esta vez el compañero de Verrier no cometió errores, y Dick se ocupó de que Wannagan no pudiera hacer ningún movimiento. Al cabo de un par de minutos, Buster, ayudado por Crawford, lo había atado y dejado tan inmóvil como un pollo que va al asador.

Dick se puso de pie.

—Con esto he mantenido mi promesa, Wannagan. Voy a llevarte a la oficina policial. Creí que había terminado con la Montada por un largo rato, pero veo que me había equivocado. Vas a decir la verdad de lo que ha ocurido en Lost Lode.

Wannagan hizo fuerza hasta que las venas parecían querer saltarle; pero las cuerdas no cedían.

—¡Ah, canalla! — rugió con voz ronca. — ¡Yo!... ¡Yo te haré!...

Dick se sonrió burlonamente.

—¿Triste fin para el Hombre de la Máscara, eh? — le dijo. — ¡Capturado por un pobre diablo de policía, y un muchacho! Creo que el señor Gaulter estará dispuesto a formular una acusación contra ti.

—¡Lo acusaré de asesinato! — dijo el millonario. — ¡Mis dos indios han quedado tendidos en el camino! — y luego, con acento de gratitud, agregó: — Haré que obtenga usted una promoción por este acto, mi amigo.

Dick s encojió de hombros. Le bastaba con que Wannagan, el Hombre de la Máscara, fuese su prisionero.

Era de madrugada cuando el grupo partió de la cabaña de Crawford y tomó por el camino del sur. Se habían encargado de vigilar a Wannagan por turnos durante la noche, y ahora el delincuente, blasfemando a su antojo, se hallaba asegurado al trineo tirado por seis de los mejores perros del Norte.

Dick estaba contento. La tarea le había resultado más sencilla de lo que se imaginara.

Sólo Buster parecía deprimido mientras seguía a Dick a lo largo del camino. También había acariciado sus ensueños... Hubiera deseado ser el camarada de Verrier en una emocionante cacería, que durara toda una eternidad; pero la botella que había destruído la lámpara, había también eclipsado sus ensueños junto con la luz. Preveía la inevitable separación cuando Dick volviera a ocupar su puesto en la Montada, y entonces perdería al único amigo que tuviera en su corta pero aventurera vida de paria. ¡Y se hubiese alegrado si Wannagan hubiera conseguido fugarse de su poder!...

F I N

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

El Hombre de las Cien Caretas

Por

GASTON LEROUX

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Alberto Rose, joven abogado francés, emprende la defensa de Carlos Durin, un mucamo detenido por la policía de París, por haber robado un alfiler de corbata a su patrón, Sir Archibaldo. Durin, que es en realidad Mr. Flow, el Hombre de las Cien Caretas, famosísimo ladrón se aprovecha de la mala situación de Rose para darle un encargo. Primero tiene que obtener una valija con papeles y luego, bajo el disfraz de Arturo J. Hooker, un americano, llevar los papeles a Lady Helena Skarlett, en Deauville.

Escaso de dinero y ahora en poder de Durin, el joven abogado cumple este programa y se enamora de la hermosa Helena, cuyo marido, el patrón de Durin, se halla en Escocia.

Rose se queda en Deauville, como huésped de Lady Helena. Ella le revela que es cómplice de Durin; pero desea escapar a su tiranía. Ella y Rose proyectan robar dinero suficiente para huir a Sud América. Bajo el hechizo de Helena, Rose aprende los principios del robo. Mientras intentan un gran golpe en París, sólo logran escapar al arresto. Deciden volver separadamente a Deauville. Más tarde, Rose llega a Luc-Sur-Mer, un pueblecito cerca de Deauville y allí, habiendo vuelto a recobrar su identidad de abogado, se encuentra con dos hermanas, Clotilde y Natalia, amigas suyas y va a parar a su bungalow.

Después regresa a París donde defiende a Durin, que es perdonado por su patrón y vuelve nuevamente a su servicio.

Después del juicio, Rose encuentra a Lady Helena y es invitado a la casa hereditaria de Sir Skarlett, en Escocia. Al llegar encuentra a Sir Archibaldo enfermo y a Helena desesperadamente preocupada. Le dice que su marido está enterado del verdadero estado de cosas entre Durin, Rose y ella y que prepara un documento para delatarlos. Proyecta huir con Rose; pero primero le dice que tiene que obtener aquel fatal papel y sus joyas, que están en posesión de Sir Archibaldo. Este último se propone, según Helena, entregar el documento acusador a un clérigo local. Lady Skarlett le propone a Rose que se disfrace de clérigo y, mientras Sir Archibaldo duerme, se apodere de las joyas y del documento.

El día siguiente que iba a imprimir su marca en todo el resto de mi vida y a sumergirme en una existencia donde no volvería a encontrar paz, me trajo la prueba de que un plan inteligentemente concebido no necesita más que un pequeño esfuerzo y sangre fría para triunfar.

Todo pasó como Helena lo había profetizado. El telegrama de París llegó a la hora adecuada. Escribí una breve nota de disculpa a Sir Archibaldo, a quien no deseaba molestar, y Helena me llevó en su auto a Stirling. Todavía acompañado por ella, compré mi boleto y salimos a la plataforma para esperar el expreso de Londres. Ya para este tiempo había obscurecido. En un extremo de la plataforma, guióme Helena a través de una puerta con postigo, me hizo bajar unos escalones de hierro y salimos de la estación.

El próximo paso fué volver al auto. En la obscuridad de la gran pared de piedra del malecón, fué entregándome, uno por uno, los artículos para mi disfraz. De pies a cabeza quedé convertido en un clérigo escocés.

Bajo mi corona de blancos cabellos yo meditaba en un solo tema... el éxito en la

El hombre de las cien...

aventura que emprendía. Al borde del abismo, sobre el que me tambaleaba, mi única esperanza era un golpe rápido que me permitiera libertarme para siempre y buscar refugio en una nueva parte del mundo. ¿Huiría sin un céntimo o con millones? La pregunta ni siquiera se me ocurrió.

Sin embargo, cuando el portón de hierro de las Rocas Negras se abrió una vez más rechinando, y me tragó, la sensación de ahogo que había experimentado antes de cada una de las tareas ilegales que Helena me había impuesto, no me fué evitado. Pero duró solo un momento.

Ella me condujo a la puerta del departamento de Sir Archibaldo y golpeó suavemente.

El paje, abrió, con un dedo sobre los labios. Su Señoría estaba durmiendo. El muchacho no dió señales de sorpresa al verme y me invitó a entrar, mientras cerraba la puerta, con excusas corteses... en la cara de Lady Helena.

Un momento después, yo quedé solo con el enfermo, que estaba profundamente dormido.

Bobby había recibido evidentemente instrucciones acerca de lo que debía hacer.

Me pidió que esperara hasta que su señoría se despertara, porque había preguntado por mí ese día.

El cuarto estaba en una obscuridad favorable. Una veladora ardía sobre la mesa; junto a ella hallábase el vaso del narcótico, en parte vacío; la pesada respiración del anciano era el único sonido que se oía en la habitación.

Yo hice unos cuantos movimientos por la habitación para asegurarme a mí mismo que podía empezar sin riesgo. Nada ocurrió. Sin esperar más, deslicé mi mano debajo de la almohada y encontré la cartera de cuero que atraje a mí con precaución. Dejéla caer en uno de los amplios bolsillos de mi sobretodo de pastor. Fuí de puntillas hasta la puerta, descorrí el pasador y pasé al hall, cerrando detrás mío la puerta.

La puerta del cuarto de Helena estaba entornada, porque ella me esperaba. Una vez adentro, le dí la cartera, esperando que esta vez no tendría la desagradable sorpresa que había sido nuestra única recompensa le vez anterior, en su hotel de Deauville. Y realmente las joyas y el collar estaban allí. Helena vació la cartera sobre su cama; una hoja de pergamino, doblada dos veces, cayó junto con las joyas.

—¿Qué le había dicho, Ruddy?

Su ansiedad, que no hacía esfuerzos para ocultar, era plenamente visible en su cara mientras leía el papel.

—¡Ah!... no hemos andado ni un minuto demasiado pronto.

Sin mostrarme el papel, lo arrojó a las llamas de la estufa, donde se convirtió en cenizas. Cuando hubo desaparecido completamente me dijo:

—¡Estamos salvados, Ruddy!

Volviendo a meter las joyas en la cartera, tomó mi rostro entre sus dos manos y me dió un largo beso de amorosa gratitud.

Pero no podíamos perder tiempo en felicitaciones o agradecimientos. Nos dirigimos a la puerta exterior con una lentitud calculada para inspirar respeto. Los halls estaban a obscuras y sólo encontramos uno o dos criados que se inclinaron delante de mí.

—¿Está seguro que no desea que alguien lo acompañe? — preguntóme Helena en presencia del portero.

Moví negativamente la cabeza.

—La aldea esta cerca.

Aquello había sido también ensayado entre nosotros. A nuestra llegada al castillo, ella había dado a entender al portero que me había encontrado a media milla de las Rocas Negras y me había levantado en su auto. Me dijo buenas noches en el portón.

Así le sería fácil a ella aparentar que también había sido engañada como todo el mundo, por el supuesto pastor, a quien evidentemente se atribuiría el robo, por la mañana. Todo, como ya he dicho, había sido maravillosamente previsto por ella.

Con mi linterna, (porque el buen pastor había traído su linterna para alumbrarse por el camino) emprendí la marcha. Pero a cien yardas del castillo tomé dirección opuesta a Oak Village. Una hora más tarde, siempre siguiendo las cuidadosas instrucciones de Helena, me hallaba en un pequeño pueblo que los turistas han hecho popular y que tiene su garage. Allí no se me hicieron preguntas. Yo había abandonado mi traje de clérigo y el propietario mismo me llevó a Edimburgo. De allí fuí llevado, después de cambiar una vez más de ropa y de arreglar un poco mis facciones (me había vuelto muy práctico en el arte del "camouflage") hasta Dundee, donde tomé el vapor para Holanda. Estaba convenido que esperaría a Helena en Rotterdan. Ella había prometido reunírseme dentro de las cuarenta y ocho horas. Lo primero que hice al poner pie en Holanda fué correr a comprar diarios. Un telegrama de Edimburgo llenaba la columna de "Ultimas Noticias" y la sangre se me subió a la cabeza al leer:

ASESINATO DE SIR ARCHIBALDO SKARLETT

seguido por el subtítulo:

El Asesino Vestía Traje de Clérigo.

Y debajo, como segundo subtítulo:

El Criminal Escapó con Joyas por Valor de Treinta Millones de Francos.

No necesité leer el artículo. Sabía lo que diría... ¡Y podía esperar sentado a Lady Skarlett! Porque ahora no tenía ella necesidad de huir... ni Durin tampoco. Estarían **muy tranquilos en su castillo de las Rocas Negras.** Y Durin gozaría de los frutos de mi hercúlea labor. ¡Qué final a mi carrera! ¡Y qué golpe maestro habían empleado para deshacerse de mí! **Hacerme robar las joyas del cuarto del marido y desaparecer, extrangular al marido, después de salir yo.**

Sin mostrarme el papel, Helena lo arrojó a las llamas donde se convirtió en cenizas

cargándome así a mí con el robo y el asesinato.

¡Ah! Se entendían bien, el uno al otro, el bandido y su hechicera. Y para coronar la aventura, había cuidado Helena de que me viniera con las manos vacías.

No me quedaba otra cosa que hacer más que aceptar lo inevitable. Hay en la vida épocas en que es el arte supremo. Sin embargo, no era nada comparado con el arte que había usado Helena para envolverme en una atmósfera de terror, con sus cuentos de venganzas hereditarias, celdas embrujadas y muerte lenta que nos esperaba en los calabozos de las Rocas Negras. No quedaba la menor duda de que me había manejado con su dedo meñique.

Pasé diez días escondido en Holanda. Pero era tiempo perdido. No tenía nada que temer, a menos que ellos me denunciaran y

tenían tantas razones como yo para guardar silencio. Habían sellado mis labios, con un sello ardiente, rojo de sangre...

Esta vez no experimenté furiosa cólera. El golpe era demasiado completo, demasiado aplastador. Mi vida, mis planes para el porvenir, mi fe en Helena, se habían desmoronado como un castillo de cartas; y pasé horas en aquel hotel de Rotterdam meditando sobre sus ruinas. Leí todos los diarios con mucha avidez; pero sólo encontré de cuando en cuando, párrafos dedicados el crimen de las Rocas Negras.

El disfraz de clérigo había sido hallado en un pantano, en el bosque; pero el rastro del clérigo se perdió. El inspector Saint-Jean había venido y, en su opinión aquel crimen era obra del eterno Mr. Flow. Había sido más afortunado que en Deauville; pero las joyas le habían costado un alto precio. Porque en el pasado había robado sin matar. Pero había probado que, en caso de necesidad, no retrocería ante nada.

Los diarios de Edimburgo publicaron artículos detallados sobre el gran dolor de Lady Skarlett. Sus amigos la encontraban inconsolable y sólo tenía palabras de elogio para su difunto marido. El pobre Durin, que tanto le debía a Sir Skarlett, desde la ridícula acusación de que era Mr. Flow, estaba abrumado por la tragedia.

Sin embargo, este crimen final de Mr. Flow había probado la inocencia de Durin, pues se sabía que éste no había salido del castillo aquella noche, mientras que el asesino, disfrazado de pastor, había entrado y salido con la audacia que había dado al Hombre de las Cien Caretas fama mundial.

En su desesperación, Durin abandonó el servicio de los Skarlett y desapareció de la vista. Entretanto, yo volví a París, me hice cargo de mi profesión otra vez y reanudé mis largas y apacibles charlas con Natalia. Más que nunca apreciaba el exquisito afecto y la tranquila comprensión que hallaba junto al fuego de su estufa. Con infalible intuición comprendió ella que yo había pasado por alguna horrible experiencia. Pero no me hizo preguntas ni me obligó a confidencias. Las dos hermanas habían tomado ahora departamento propio cerca del banco donde Clotilde había encontrado un puesto en el departamento de demandas. Muchas noches, durante el largo invierno que siguió, yo me dirigía, bajo la nieve y la garúa, para recibir afectuosa acogida en aquel cómodo y abrigado asilo. Clotilde iba cumpliendo su programa, como lo había proyectado. Su inteligencia, su capacidad para todas las tareas que emprendía y sobre todo su fuerza de voluntad masculina, le aseguraban el éxito. Natalia era tan femenina como masculina su hermana; y mientras Clotilde se impacientaba y renegaba de la estupidez y debilidad universal de la humanidad, Natalia aceptaba aquellas cosas con sabia comprensión. Después de las tortuosas maneras del vivido, pero incomprensible, temperamento de Helena, encontró en la serenidad de Natalia indecible calmante.

Una noche, durante la primavera, me detuve en el Boulevard para comprar un diario.

Supe, por una discreta noticia de dos líneas, que Lady Skarlett, cuyo periodo de luto no había expirado, se había comprometido privadamente. Su novio, se añadía, había venido del noroeste de Canadá, después de ver su retrato en el diario, para pedir su mano. El nombre del novio era Sir Douglas Cherfield.

No necesitaba que me dijeran quien era este Douglas. ¡Ah Helena, Helena! Tienes ahora a tus joyas y a tu Douglas. El famoso collar adorna una vez más tu brillante garganta. Pero no olvides que las manos que te lo devolvie-

ron forma
ta clase y
no del cu
Ten cu
ese collar
Yo tambi
seos y tu
Douglas s
castigarte
A esta
diario se
Quedéme
acera, mi
co del Bo
¿Habían
simplemen
en las Ro

Mire hacia arriba y vi luz. Me esperaba allí

El hombre de las cien...

ron formaron un collar de distinta clase y un fatal efecto en el cuello de tu marido.– Ten cuidado que, algún día ese collar no sea también tuyo. Yo también he conocido tus mentiras y tus deseos; pero quizá Douglas sea más implacable en castigarlos que yo.....– A esta palabra "mentiras", el diario se me cayó de las manos. Quedéme parado, inmóvil en la acera, mientras el incesante tráfico del Boulevard pasaba ante mí. ¿Habían sido mentiras o había simplemente una prisionera más en las Rocas Negras? No en el

calabozo, esta vez; pero con todo prisionera, atada a la voluntad de Durin de un modo más irremediable que si estuviera encadenada en el calabozo, lleno de moho y guarida de ratas, de la Dama Verde.

No, no podía creer en la inocencia de Helena. Toda la aventura, desde mi primera conversación con Durin, en la cárcel de París, había sido diabólicamente tramada. En un relámpago pasó ante mí como una película de cine y sabía que Durin y Helena habían dado vuelta el manubrio de la cámara fotográfica. La vi cuando me recibió, aquella primera noche, en el Hotel Regal, en Deauville, con sus grandes y límpidos ojos de princesa egipcia, sonriéndome con promesas que no tenía intención de cumplir. Vi los rostros huraños en el Salón Interior, la noche que gané un millón... ¡un millón!

Nuestra cena en la mesa de la cocina de la casa de Jacob, en Rouen, cuando Helena sirvió el vino y cortó el pan y el queso después de... bueno después de concluido el trabajo. Mi zambullida en el agua, en El Havre, con la policía ladrando a mis talones... Georgette... Trompette... A la visión de Trompette mi corazón se infló de gratitud... Y por fin las sombrías y amenazadoras torres de las Rocas Negras, la ardiente belleza de Helena velada por la bruma del norte... la profundidad de su perfidia y las alturas de sus extrañas, incalculables pasiones. Mujer o demonio, su turbadora belleza había servido a muchos fines...

Me sacudí como para desechar una pesadilla demasiado vívida para ser real. Las luces se encendían en los boulevares y los ciudadanos honrados volvían a sus casas, después de un día de trabajo. Yo di la vuelta y llegue a la calle donde Clotilde y Natalia tenían su departamento. Miré hacia arriba y vi la luz encendida en la pieza. Indudablemente había allí un agradable movimiento de preparación para la comida y me esperaba una acogida afectuosa. Allí encontraría paz y... quizá... felicidad.

Pero yo había saboreado un éxtasis más peligroso que la felicidad, una más divina intoxicación. ¿Sería ahora la felicidad bastante?

F I N

—Ahora voy al Conservatorio.
—¿Y cómo está usted de canto?...
—De canto estoy muy mal.
—Peor está usted de frente.

—Una limosnita para un pobrecito ex presidario.
—¿Y por qué lo llevaron a presidio?
—Por matar a uno que se negó a darme cinco centavos.

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y de extraordinarias aventuras

Un curioso experimento que tiene un resultado enteramente inesperado y extraño.

Cuando se leyó el testamento de Jesmond Kennedy, sus amigos sin excepción alguna, profetizaron que sus riquezas serían rapidamente disipadas y que Sidney, su hijo y heredero se vería en la pobreza al poco tiempo.

Jesmond Kennedy había sido un ingeniero de fama mundial, inventor del famoso "huso rotativo Kennedy" y había vivido lo suficiente para darse cuenta de que sus aficiones a la originalidad práctica habían sido heredadas por su hijo Sidney y decidido a que el genio de su hijo se desarrollara sin trabas de ninguna especie, le había dejado toda su fortuna para que hiciera de su vida un éxito o un fracaso, de acuerdo con lo que decidieran su propia habilidad y sus energías.

Durante muchos días después de la lectura del testamento, Sidney, que se sentía desconsolado con la muerte de su padre, se paseó, triste y silencioso, de una a otra habitación, sin pensar ni poco ni mucho en lo que había heredado.

Un día, sin embargo, su amigo y cercano vecino Ken Thornton se presentó en casa de Sidney con la mayor excitación pintada en todos los rasgos de su conocido y familiar rostro. Ken, hábil, astuto y activísimo estudiante de química, se mostraba generalmente muy reservado y hasta tímido, así que Sidney comprendió en seguida que algo de gran importancia tenía que haberse producido y se dispuso a escuchar a su emocionado compañero y amigo.

—¡Sidney, querido amigo mío, creo que es posible! — exclamó Ken Thornton.

—¿Que es posible qué? — preguntó su asombrado amigo.

—¿Qué? — Producir un metal que haga que el acero resulte algo tan inútil que se le deje arrumbado como algo enteramente despreciable.

—¡Me parece algo difícil de conseguir ese propósito! — dijo, sonriendo Sidney,— Tenga en cuenta que el acero es casi lo más útil que posee la humanidad.

—Usted limítese a concederme autorización para trabajar en su taller durante unos días, — prosiguió Ken Thornton, — y estoy seguro de que el resultado que voy a obtener le va a dejar más sorprendido de cuanto se imagina.

En el momento en que pronunciaba estas palabras oyó tras él una risa burlona y contenida: volviéndose rápidamente vió el risueño rostro de un joven de su misma edad, casi, cuyos ojos alegres, su cara llena de pecas y su nariz respingada, formaban una casi irresistible combinación de comicidad, buen humor y picardía.

—Como le sorprendió, — dijo el recién llegado, — cuando fabricó el gas blanco que iba a terminar con todas las compañías de alumbrado obligándolas a declararse en quiebra; pero, en vez de hacer eso, lo que hizo fué incendiar y reducir a pavesas el laboratorio del pobre Sidney.

Cuando terminó de hablar Tim Baynes se puso en guardia, imitando la actitud de un boxeador, pues entre los tres compañeros era costumbre bromear siempre que se les presentaba ocasión y Tim, como el más aficionado a dar bromas pesadas, era el que más de una vez había tenido que defenderse de los golpes, también en broma, pero contundentes, de sus compañeros.

En aquella ocasión, sin embargo Ken Thornton no sentía deseos de solucionar a golpes la broma.

—A todos los inventores, aún a los de más talento, pueden acontecerles percances, — dijo tranquilamente. — Pero venga conmigo Sidney, vamos al taller; y usted Tim, si promete ser bueno y juicioso, venga también y oiga la explicación detallada que voy a dar.

Tim Baynes sonrió ante la idea de aceptar una misión pasiva, pero sentía deseos de saber qué era lo que Ken tenía en proyecto, así que les siguió en silencio.

El taller y laboratorio de Sidney era constante fuente de atractivos para Tim, aún cuando éste declaraba con frecuencia que no entendía absolutamente nada de los misterios encerrados allí dentro.

El galpón donde entraron poco después se hallaba en el centro de un terreno a unos tres minutos de camino de la casa donde vivía Sidney. Era de amplias proporciones; tenía unas sesenta yardas de largo por treinta de ancho y una parte del interior estaba dotada de todo lo correspondiente al laboratorio de un químico: otra parte era el laboratorio de un ingeniero. A un lado un ejército de frascos, retortas, tubos de ensayo, todo lo que constituye lo necesario para quien se ocupa en práctica experimental, llenaba media docena de largos estantes, mientras que el otro lado estaba ocupado por un horno eléctrico de último modelo, tornos, laminadoras y una gran cantidad de máquinas y de herramientas relucientes.

Los amigos se ocuparon en preparar un

lecho de arena apisonada para verter en él, derretido, el metal que debía constituir una maravilla tal que "el acero quede arrumbado como algo despreciable", según declaración de Ken Thornton.

Siguieron a esto varios días de afanosa labor, todas las pruebas, una tras otra, fracasaban porque no llegaban a verse realizadas las esperanzas del presunto inventor. Ken Thornton seguía, sin embargo, tenazmente enamorado de su idea, aun cuando sus compañeros se mostrasen cada vez más escépticos.

Una tarde, Tim, que había estado en la cercana población a hacer algunas compras, llegó de regreso al taller y no encontró a nadie en él. Una hoja de papel dejada por Sidney le enteró de que había ido a la casa a tomar el té y le invitaba a que les acompañase, si llegaba a tiempo. Tim tomó el papel, se lo guardó en el bolsillo y se disponía a salir del taller cuando se fijó en la última prueba que habían hecho con el metal de Ken, cuyo fórmula no lograba hallar, a pesar de las pruebas que habían hecho y seguían haciendo. Pensativo se aproximó al lecho de arena y se quedó contemplando aquella sustancia todavía caliente y humeante.

De pronto una picaresca sonrisa iluminó el semblante del más travieso de los tres amigos.

—Los dos son muy vivos, — dijo sonriendo, — y muy sabios, sin duda. Veremos si logran acertar por qué esta mezcla cambió de color mientras ellos estaban tomando el té.

Durante un momento miró las filas de frascos que había en un estante como si se sintiera perplejo.

—Verde mar, rojo, amarillo, violeta... — fué diciendo en voz baja. — ¡Ah! ¡Ya sé! ¡Marrón! ¡Eso es!

Tomando un frasco bastanto grande lleno de un líquido que parecía barniz color café, se rió muy jovialmente y volviendo hacia el molde de arena del piso, vertió casi todo el contenido del frasco sobre el metal que se estaba enfriando. Volvió a poner el frasco en el estante de donde lo había sacado y salió del taller dirigiéndose a la casa, a tomar el té con sus compañeros.

Cuando los tres compañeros volvieron al taller fueron directamente a ver el metal que habían dejado enfriándose y mientras Tim se reía para sus adentros, Sidney y Ken lanzaron, a un tiempo, gritos de grandísima sorpresa.

El metal que tenía un color gris mate cuando ellos salieron del taller, se había puesto del color del bronce y de él emanaban unos extraños resplandores dorados que se veían con bastante claridad a la suave luz del crepúsculo, pues empezaba a anochecer.

—¡Dios mío! — exclamó Ken. — ¿Qué le habrá pasado a este metal? ¿Estoy viendo visiones o se trata de una pesadilla?

—Lo que me parece más verosímil es que alguno, tan sinvergüenza como tonto, le haya hecho algo durante nuestra ausencia, — opinó Sidney.

Miró con desconfianza a Tim pero éste miraba con toda inocencia hacia la misteriosa aleación, fingiendo un asombro muy grande, mientras dominaba su ardiente deseo de reirse a carcajadas. Con tanta atención miraba Tim hacia el metal que no se percató de una seña que Sidney dirigió a Ken y un instante después se vió tendido en el suelo, de espaldas, con una rodilla de Sidney apoyada en el pecho y Ken inclinado hacia él mirándolo con satisfacción.

—¡Diga la verdad, amigo! — dijo Sidney. — Esa expresión virtuosa de su cara de pícaro no nos puede engañar. ¡Diga la verdad, pillastre!

—¡Paz, amigos míos, paz! — exclamó Tim, sofocado. — Yo sólo quería ver si...

Una repentina exclamación de Ken les hizo volver a mirar hacia el lecho de arena donde habían echado el metal derretido y el asombro les dejó privados de palabra y de movimiento.

En la creciente oscuridad del crepúsculo de invierno el suave resplandor que emitía el metal parecía haber ido en aumento. De repente, para mayor asombro de los tres, el metal comenzó a conmoverse como si vibrara y después a balancearse lateralmente. Mientras ellos miraban, los movimientos se hicieron más y más fuertes y la placa de metal, que pesaría más de cien libras fué arrancada rápida y repentinamente de su lecho de arena y, como si fuese arrojada por la mano de un cíclope, ascendió hacia el techo del galpón lo traspasó y desapareció en el espacio.

Le siguió instantáneamente una ráfaga de viento fuertísima que atravesó el galpón llevándose por delante todo cuanto encontraba. Los tres compañeros, — escapando por suerte al contacto directo de aquel furioso y repentino vendaval, — se sintieron levantados del suelo y violentamente arrojados contra las paredes laterales de la construcción ocupada por el taller.

Las maravillosas propiedades del nuevo metal llamado "auranium" y lo que piensan sus descubridores.

Al recobrar los sentidos, Sidney Kenned y vió que Timothy Baynes, muy pálido y muy asustado, le miraba fijamente y oyó que su compañero lanzaba un suspiro de alivio y de satisfacción.

—¡Cuanto me alegra el verle con vida! — — balbuceó Tim. — Quédese tranquilo mientras voy a ver qué le ha pasado al amigo Ken.

En aquel momento oyó que la voz de Ken Thornton le llamaba débilmente desde el otro extremo del galpón y Tim fué corriendo hacia el sitio donde se encontraba, seguido de Sidney, que se había levantado pero que se tambaleaba, aturdido todavía, al caminar. Encontraron a Ken sentado en el suelo y pasándose una mano por la frente.

—¡Un terremoto en Inglaterra! — murmuraba —¿Quién pudo esperar alguna vez

que se produjera un terremoto en Inglaterra?

—¿Que es eso? ¿Qué le pasa? — preguntole el ya arrepentido Tim. Se daba cuenta de que lo que le había parecido una inocente broma había tenido insospechadas, graves y extraordinarias consecuencias.

—¡El terremoto! — contestó Ken. — ¡Miren lo que ha hecho! ¡Miren ustedes en qué estado ha dejado la techumbre!

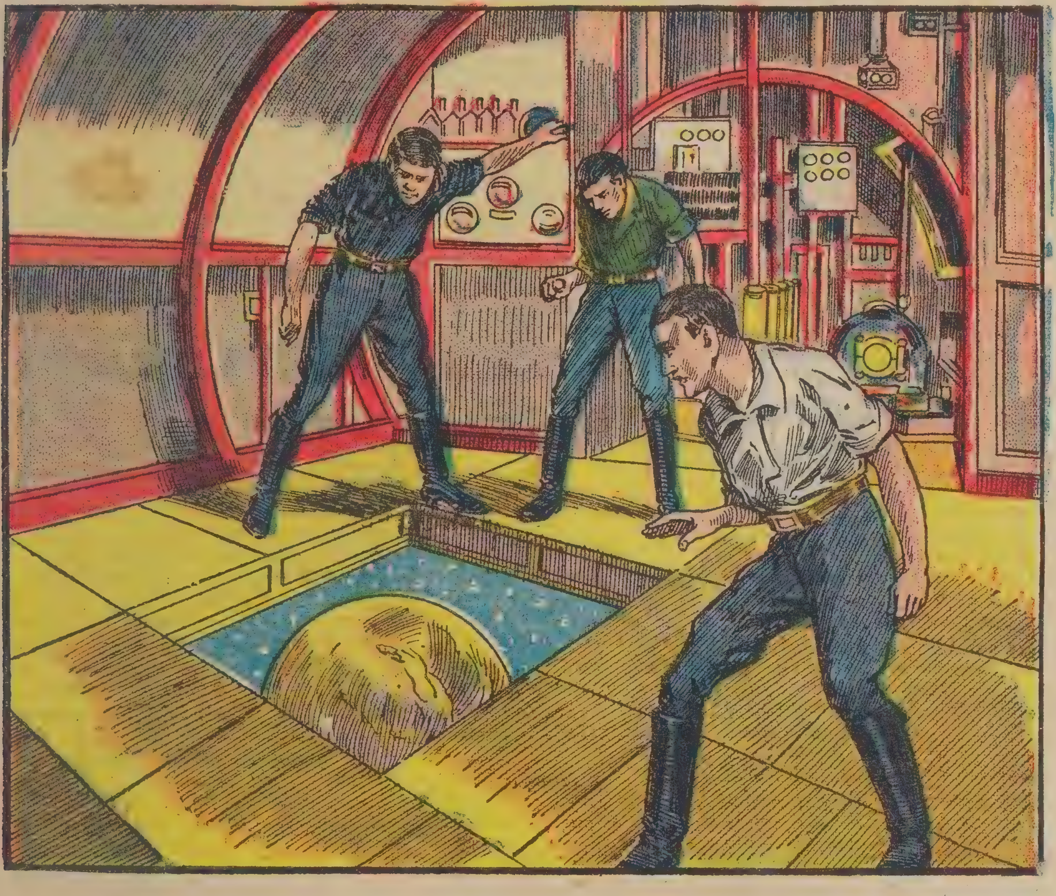
Siguiendo la dirección del dedo índice del joven, miraron hacia arriba y, con gran asombro, vieron que había en el techo un molde de arena para enfriar la aleación metálica inventada por Ken.

Los otros le siguieron en silencio y oyeron luego que Sidney hablaba solo.

—¡Si fuera verdad! ¡Oh! ¡Si acaso fuera verdad! ¡Pero no! ¡No puede ser! ¡Es enteramente imposible!, — decía.

—¡Poco importa lo que sea! — dijo Ken Thornton, nerviosamente. — Salgamos pronto de aquí. Mañana procuraremos hacer las averiguaciones que sean necesarias.

—Si esa placa de metal no está en tierra, en el campo fuera de aquí, — prosi-



ABANDONANDO LA TIERRA. Los tres jóvenes se quedaron mudos de asombro cuando miraron hacia la Tierra, que se les aparecía como un globo enorme y lejano.

agujero grande y como desgarrado. En un espacio bastante grande, toda la sólida tablazón había desaparecido, dejando sólo unos trozos astillados en las cuatro paredes.

—¡Dios mío! — exclamó Sidney. — ¡Eso no ha sido un terremoto, Ken, ha sido un!... — Calló un momento mientras permanecía parado, mirando en redor a su destruido taller, pintados en el rostro el asombro y la incredulidad. Parecía haberse olvidado de la presencia de los otros. Volvió al centro del galpón y se inclinó hacia lo que quedaba de lo que había sido un guió Sidney sin hacer caso de sus compañeros, — es que ha sucedido lo más inverosímil, lo más increíble. ¡Entonces sí que se ha tratado de algo bastante más maravilloso que un terremoto!

Miró una y otra vez hacia el molde de arena apisonada y no salió de su soliloquio hasta que Tim y Ken se acercaron más a él y lo empujaron suavemente hacia la puerta. Suponían los dos que Sidney se había golpeado la cabeza al caer y el golpe le había desordenado la mente y le hacía delirar. Pero Sidney se desprendió de los dos,

con un rápido movimiento de impaciencia.

—Mire, Tim, — dijo entonces en voz bien alta. — Ahora recuerdo que usted anduvo por aquí esta tarde, haciendo de las suyas, de fijo y estoy seguro de que algo tiene usted que ver con lo sucedido. ¡Dígalo de una vez, Tim, que ya es hora de que lo ponga todo en claro!

—Pues bien, Sidney, — tartamudeó Tim, — puede creer que yo no suponía que iba a pasar lo que pasó. Si yo soy el que tiene la culpa de lo sucedido, lo lamento y le pido mil perdones por haber contribuído a que su taller sufriera lo que ha sufrido.

—¡Poco me importa si lo lamenta o no! — exclamó Sidney. — Diga con toda exactitud qué fué lo que hizo aquí, cuando llegó esta tarde y se encontró solo en el taller.

—Bueno, pero no se les ocurra después pegarme a los dos juntos, aún cuando quede demostrado que he procedido como un tonto. ¡Uno a la vez, todavía, pero los dos juntos no! Pues bien, cuando leí su carta en la que me decía que fuese a la casa a tomar el té, me fijé en que el metal que ustedes habían fundido estaba enfriándose en el molde de arena. La idea de un nuevo metal, pensada por Ken, ha resultado un fracaso hasta el presente y sabiendo que ustedes son unos verdaderos sabios en estas cosas, supuse que no haría mal nininguno si les proporcionaba ocasión de reflexionar un poco. Entonces tomé del estante que está ahí un frasco, el que tenía el líquido que me pareció de peor aspecto y vertí casi todo el contenido sobre la placa de metal que estaba enfriándose.

Tim miró, con pena hacia el techo roto.

—No puedo explicarme cómo una cosa tan simple puede haber tenido consecuencias tan terribles y no me explico cómo ha sucedido lo que ha sucedido, — agregó.

—Pero yo no pienso lo mismo que usted, Tim. — replicó Sidney. — A ver, enséñeme el frasco que usted tomó.

Fué Tim hasta la estantería y encontró en seguida el frasco cuyo líquido había vertido sobre el metal, entregándoselo a Sidney, que se hallaba muy nervioso.

Comenzaba a anochecer: pero por fortuna la dínamo no había sufrido daño de ninguna especie y mientras Ken ponía en movimiento el motorcito y encendía las luces, Sidney examinaba el frasco que había estado lleno de líquido color café.

—¡"Aqua vitae"! — murmuró, poniéndose el frasco en el bolsillo. — Vengan, amigos, vamos a la casa. Después tendré ocasión de hacerles ver algo que les va a llamar la atención.

Se alejó rápidamente negándose a contestar a las preguntas que le dirigían y se dejó atrás a los otros que discutían lo pasado mientras apagaban las luces y después le acompañaban con paso menos precipitado.

Cuando llegaron a la casa encontraron a Sidney escribiendo febrilmente en un block de papel como si su vida dependiera de la rapidez de su escritura. Cuando entraron parecía haber terminado porque dejó a un lado el lápiz y volvió a leer cuidadosamente lo que había escrito un momento antes. Parecía hallarse muy serio y medio asustado levantó la vista del papel y miró a sus compañeros, que acababan de entrar, indicándoles, en un movimiento de cabeza, que se sentaran y escucharan, Ken y Tim obedecieron en silencio.

—Cuando se produjo aquella poderosa ráfaga de aire, — comenzó bruscamente,— nos aturdió a los tres, por desgracia, pero me parece haber adivinado qué fué lo que sucedió.

—Pero yo me encontraba ya echado boca arriba en el suelo, — intervino Tim Baynes, — y por esta razón no sufrí los efectos de la tromba que les arrojó a ustedes contra la pared.

—¿Y qué fué lo que usted vió? — le preguntó Sidney.

—Poco fué lo que pude entender, de lo que ví, pero ví lo siguiente: Al mismo tiempo que se producía la ráfaga de viento un objeto oscuro pareció saltar del suelo y pasar atraves del grueso maderámen del techo, igual que si éste hubiera sido de papel de seda.

—Ese objeto oscuro era, naturalmente, nuestra plancha de metal, — agregó Sidney mientras Ken miraba a uno y otro de sus compañeros y le parecía que empezaba a comprender lo que había pasado Tim, sin embargo, se hallaba enteramente a ciegas y movió la cabeza demostrando encontrarse cada vez más perplejo.

—En otras circunstancias, — murmuró Tim, — hubiera dicho que eso era imposible, pero como la plancha de metal ha desaparecido, es necesario creer que se ha ido por alguna arte. ¿Qué mas?

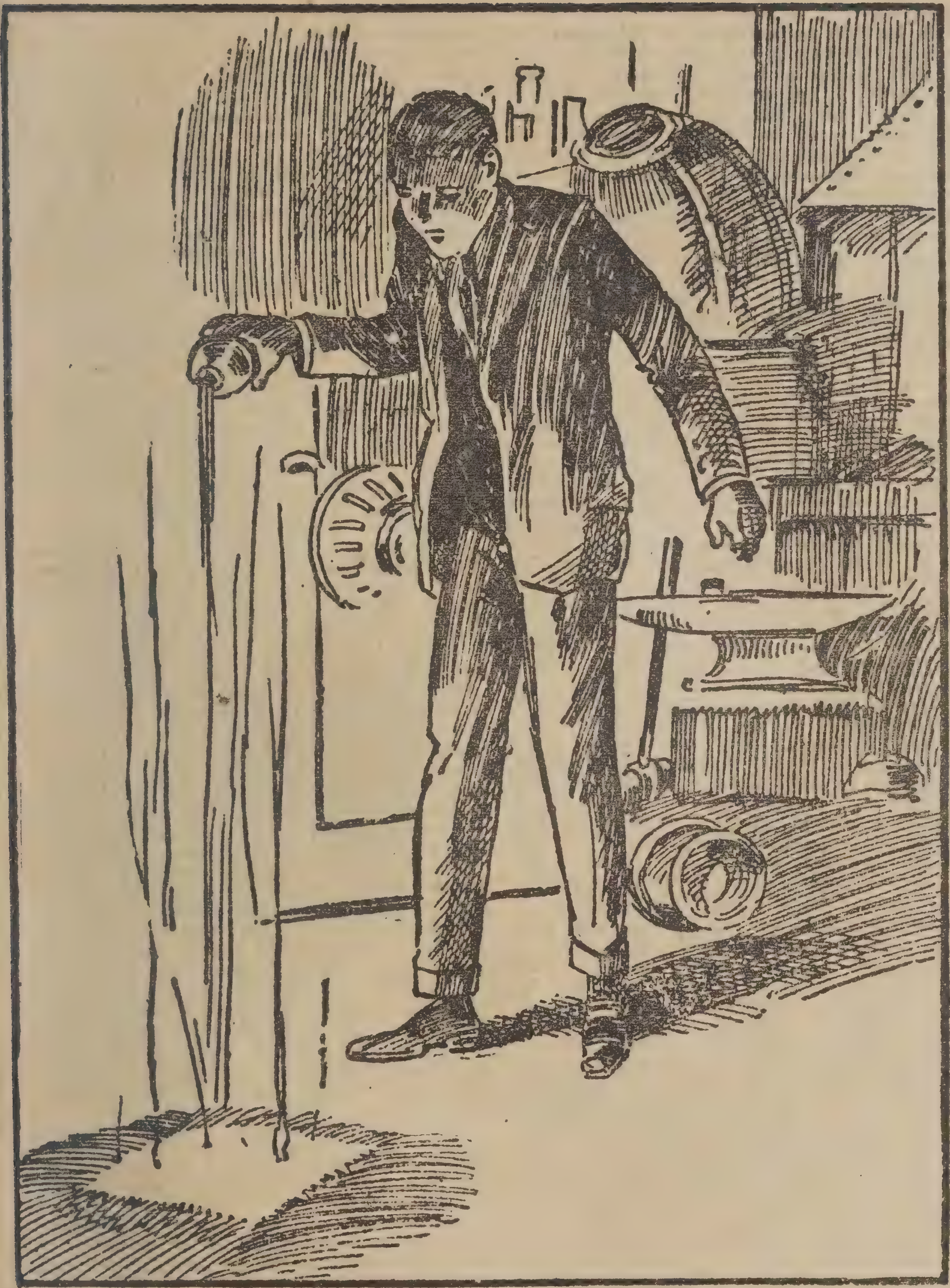
—Escuchen amigos, — prosiguió Sidney — y tengan en cuenta que esto es un secreto que debe quedar entre nosotros, por el momento. El nuevo metal que estábamos buscando resultaba, a pesar de todos nuestros prolijos experimentos, imposible de encontrar. Era como un fuego fátuo, nos parecía verlo pero no llegábamos a apoderarnos de él. En consecuencia ya nos hallábamos desengañados y disgustados y prontos para abandonar las investigaciones. — Calló un momento, dominado por la emoción que sentía. — Si lo que yo supongo ha sucedido, Tim, por medio de su broma ha tenido la suerte de revelarnos el más maravilloso de los descubrimientos de que ha podido ser testigo la humanidad.

—¿Qué descubrimiento es ese? — preguntó entonces Ken.

—¡La neutralización de la fuerza de gravedad! — anunció Sidney solemnemente.

—¿Qué ha dicho? — preguntó Tim, que no había entendido. — ¿Quiere explicármelo con más claridad?

—Todos conocen lo relativo a la experiencia del famoso Newton y la manzana que se cayó del árbol, — dijo Sidney, sonriendo. — Todos los niños que van a la escuela saben que la manzana se cayó del



LA OCURRENCIA DE TIM. "Los dos son muy vivos y muy sabios, sin duda, — dijo Tim. — Veremos si logran acertar por qué esta mezcla cambió de color mientras ellos tomaban el te". De uno de los estantes tomó un frasco que contenía un líquido que parecía barniz color café y vertió casi todo el contenido sobre el metal a medio enfriar.

árbol al suelo debido a la fuerza de gravedad. Lo que no saben todos los niños que van a la escuela es que como la Tierra atrae a todo cuanto se halla dentro de su radio de acción, el Sol, mediante esa misma fuerza de gravedad, hace que la Tierra y todos los planetas de su sistema planetario giren en su redor con una exactitud matemática que avergonzaría al mejor de los relojes que haya podido construir el hombre.

—Y al hablar de la neutralización de esa fuerza de acción — manifestó Ken, — usted quiere decir que hemos, por puro accidente, descubierto algo que puede, llegando el caso, pasearse a voluntad fuera de la atmósfera terrestre y fuera del radio de atracción de nuestro planeta.

—¡Exactamente! — agregó Sidney. — Y aún más que eso. ¿Comprenden ustedes que el hombre ha vivido siempre sujeto a la tierra debido tan sólo a esa parcialmente comprendida fuerza de gravedad? Aún el aviador, por alto que vuele, tiene que regresar a la tierra obligado por esa fuerza. Pero si nos es posible volver a producir lo que Tim produjo por broma, el hombre quedará libertado de esa fuerza; la puerta de su prisión se abrirá de par en par y el espacio sin límites será del temerario aventurero que se decida a exxlorarlo. Ese aventurero podrá visitar a su placer el espacio sidéreo o sideral, es decir, el espacio donde giran los astros.

—Pero ¿qué puede hacer de bueno ese explorador sideral? — preguntó Tim. — Aún cuando se aventure a ir por el espacio, ¿y qué? El espacio es la nada. Por mi parte creo que aventurarse a semejante viaje es solamente buscar una nueva manera de suicidarse.

—No pienso lo mismo, — replicó Sidney, — Supongan que podemos reproducir ese metal y construir un navío que navegue por el espacio sideral. Con ese navío podremos volar por el vacío inexplorable.

—No es eso lo que me preocupa, — dijo Tim, — Bien está que podamos irnos de la tierra, pero, ¿cómo haremos para regresar a ella?

—Eso no ha de presentar mayor dificultad, — contestó Sidney, — porque únicamente una parte del nuevo navío ha de estar cubierta por el nuevo metal, cuyas planchas serán manejadas desde el interior y ajustadas a la dirección que convenga, de acuerdo con el rumbo que queramos adoptar. Queda dicho con esto que la parte del navío que no está recubierta de planchas del nuevo metal será atraída hacia donde la lleve la fuerza de gravedad que sobre ella obre.

—Del mismo modo como un imán atrae a una aguja de acero, — aclaró Ken, con más sentido práctico. — Y yo por mi parte estoy enteramente decidido a seguir adelante hasta donde sea, en este asunto.

—Pero en cuanto a ese buque del espacio, ese navío sideral que ustedes, dicen ¿no creen que su peso le impedirá moverse? — objetó Tim.

—¡Oh, no! — exclamó Sidney, sonriendo, — Ponga una hoja de ese metal, al que llamaremos "auranium" si a ustedes no les parece mal, debajo de esta casa y la casa será levantada en el espacio con la misma facilidad con que puede volarse una pluma, de un soplido. La única diferencia está en que la pluma ha de descender luego a la tierra mientras que la casa seguirá alejándose más y más, mientras tenga debajo la plancha de auranium, que esté interceptando la acción de la fuerza de gravedad.

Durante varios minutos más, Ken y Tim dirigieron a Sidney nuevas preguntas. De pronto Ken miró la hora en su reloj y se levantó inmediatamente.

—Bueno, sin duda ha sido algo verdaderamente asombroso lo que ha acontecido, pero nada más podemos hacer esta noche y ya va siendo hora de que nos retiremos a descansar.

—Entonces mañana compañeros, les espero aquí bien temprano, — dijo Sidney. — Vamos a ver si podemos reproducir exactamente el auranium, tal y como se hizo ayer. Mientras tanto, que no se nos olvide que debemos guardar el más estricto secreto respecto a todo lo que ha sucedido.

Los otros lo prometieron, y los tres amigos se separaron a la puerta de la casa de Ken, preocupados y serios; Tim, por primera vez dejó de despedirse de sus compañeros con alegres gritos; la preocupación le enmudecía por completo.

La mañana siguiente les encontró temprano entregados al trabajo. Mientras Tim iba a la ciudad cercana a comprar nueva provisión del líquido espeso y color marrón que parecía haber realizado el milagro, los otros dos prepararon un nuevo molde de arena apisonada y reunieron los elementas necesarios para hacer la nueva aleación que había de servir para el gran experimento.

Por la tarde se siguió con toda la mayor exactitud posible el programa del día anterior. La misma cantidad de aleación fué puesta en el crisol y fundida a la misma temperatura, echándola, cuando estuvo derretida, en el molde de arena apisonada. Se le dejó enfriar durante un tiempo, exactamente igual y por último se le echó encima le misma cantidad del líquido color café.

Aún cuando hacía rato que había sonado la hora de tomar el té, los muchachos no pensaban más que en su fascinador experimento y miraban con extraordinaria atención e impaciencia. Vieron cómo el humeante metal iba cambiando de modo muy lento, casi imperceptible, de color. De gris opaco que era se iba poniendo color de bronce rojizo, y cuando este color se acentuó comenzó a aparecer el extraño fulgor dorado del día anterior.

De acuerdo con los cálculos que Sidney había hecho se acercaba ya el momento en que se había de saber la verdad. Por indicación de Sidney se alejaron de donde estaba enfriándose el metal y se acercaron a la puerta, que estaba abierta. Desde donde se habían puesto no podían ver al metal. Durante algunos momentos no sucedió nada; sólo se notó que el resplandor del metal se hacía más fuerte, adoptando un tinte cada vez más intenso.

Y después, repentinamente, se repitieron

los sucesos asombrosos del día anterior. El repentino remolino de viento fué tan terrible que les hizo retroceder, a pesar de las precauciones tomadas; una rápida visión de algún objeto oscuro que ascendía con una rapidez incalculable hirió su vista un momento y después reinó la más completa oscuridad

chapa del nuevo metal había desaparecido.

Se produjo una animada discusión en medio de la oscuridad del galpón de trabajo, y después de haberse felicitado mutuamente por el resultado obtenido que confirmaba todas las esperanzas cencebidas, declararon Tim y Ken a Sidney de que se podía seguir discutiendo y tomar el té, en lo que

LA PARTIDA HACIA EL ESPACIO. Todo fué actividad y movimiento cuando los tres muchachos subieron al Perla del Espacio. Ni el padre de Ken ni el tío de Tim creían posible que el buque volara, así que se despidieron de sus hijos sonriendo escépticamente.

No habían pensado recurrir a la corriente de la dínamo, así que habían ido provistos de antorchas eléctricas de mano. Las encendieron y avanzaron hacia el centro del galpón. Lo que poco antes había sido un bien arreglado y apisonado molde de arena estaba como escarbado y esparcido y lo que era aún más importante para ellos, la

Sidney estuvo de acuerdo.

—Bueno, la verdad es que hemos tropezado a ciegas con un secreto de bastante importancia, — dijo Tim, aplicando abundante manteca a unas tostadas calientes, — pero, ¿de qué puede servir este descubrimiento? ¿Lo saben ustedes?

—Mientras usted estuvo ausente esta ma-

ñana, — dijo Sidney, — Ken y yo hablamos sobre ese asunto. Podemos hacer uso del descubriemiento de dos modos, y voy a explicárselos para que usted también los conozca. En primer lugar nosotros somos los únicos que conocemos la fórmula y podemos sacar patente de una máquina nueva para alzar grandes pesos, con la que podríamos realizar en poco tiempo una fabulosa fortuna.

—¡Bah! ¡De modo que todo lo que puede proporcionarnos el descubrimiento es dinero! — exclamó Tim, haciendo una mueca. — Pero usted, Sidney, tiene más dinero del que necesita, sin que le haga falta meterse a explotar ningún invento.

—He dicho que hay dos modos. — prosiguió Sidney. — El segundo es el que me parece que debemos intentar y es el que se refiere a la construcción de una nave que nos lleve por los ámbitos del espacio. Claro está que usted, Tim, sólo podrá ayudarnos como obrero no experimentado, pero Ken y yo podemos considerar que la creación del modelo y la construcción de la nave no es cosa que esté por encima de nuestros conocimientos técnicos. Lo que debemos resolver es esto: ¿nos decidimos o no a intentar la aventura?

—Por lo que a mí respecta, estoy decidido desde el primer momento, — dijo Ken, — y desearía que fuese posible partir mañana mismo.

—En cuanto a mí — manifestó Tim, — desde que se trata de algo nuevo, pueden considerarme como de la partida.

—No hay más que hablar de eso, entonces, — exclamó Sidney. — Todos opinamos lo mismo. Primero las aventuras y después el negocio. Pero ustedes amigos, tienen que contar con la opinión de sus padres, no se les olvide.

Los dos que le escuchaban cambiaron de expresión, poniéndose muy serios, al recordar que no les era posible resolver por sí mismos en un caso tan grave.

—¡Pero usted no va a dejarme fuera de una aventura así! ¿No es cierto? — dijo Tim.

—¡Oh! ¡No habrá dificultad! — manifestó Ken siempre práctico. — Primero tenemos que hacer el buque; después hablaremos de obtener permiso para hacer un viaje en él.

En los días que siguieron, el genio inventivo de Sidney mostróse en todo su esplendor. Ayudado frecuentemente por felices ideas de Ken y de vez en cuando por útiles indicaciones de Tim, los planos del nuevo navío sideral fueron tomando forma, poco a poco. Los trazaron sección por sección, revisando cada nueva sección detenidamente y estudiando una y otra vez todos sus puntos, cambiando y reformando detalles antes de darla por admitida.

Después toda una multitud de obreros fué contratada y bajo las órdenes de Tim a quien se confió el cargo de jefe del personal, el esqueleto de madera en que había de posarse el navío sideral durante su construcción estuvo construído rápidamente. El galpón fué dotado de nuevo techo, pero no como el anterior sino corredizo, para que diera paso a la nave, llegado el momento. Mientras Tim estaba ocupadísimo dirigiendo a sus obreros en el taller y Sidney concentraba su mente en la mejora y el estudio de los detalles de los planos, Ken se hallaba igualmente ocupado visitando a los gerentes de varias grandes casas de construcciones metálicas.

En su viaje pasó por Birmingham y Sheffield, Barrow y Birkenhead y luego, más al Norte, por Sunderland y Glasgow. En cada una de esas importantes ciudades industriales encargó la construcción de piezas de aluminio o de acero. Cada pedido fué confiado a una casa distinta, de modo que ninguna de ellas, por sí sola, pudiera saber para que iba a servir el material que iba a fabricar.

A Ken le hicieron repetidas e insistentes preguntas en todas partes, pero el muchacho supo esquivar las respuestas y no enteró absolutamente de nada a los preguntones. Convino con todas las fábricas que el material había de ser entregado en determinada fecha, debiendo abonar fuertes multas el que no cumpliera con los plazos de entrega.

Fué a Sidney al que le tocó la tarea más pesada y dificultosa, porque se vió ante el problema, al parecer de imposible solución, de sujetar y dominar, manejándolas como correspondía, las planchas de auranium que habían de constituir la fuerza motora del navío sideral. Era necesario sujetar, dominar esa enorme fuerza, hasta el momento de la partida, que sería el instante en que se daría rienda suelta a su fuerza maravillosa y sobrenatural.

Después de muchas pruebas y después de muchos días de pensar y pensar, Sidney consideró resuelto el problema en la forma que más adelante se verá.

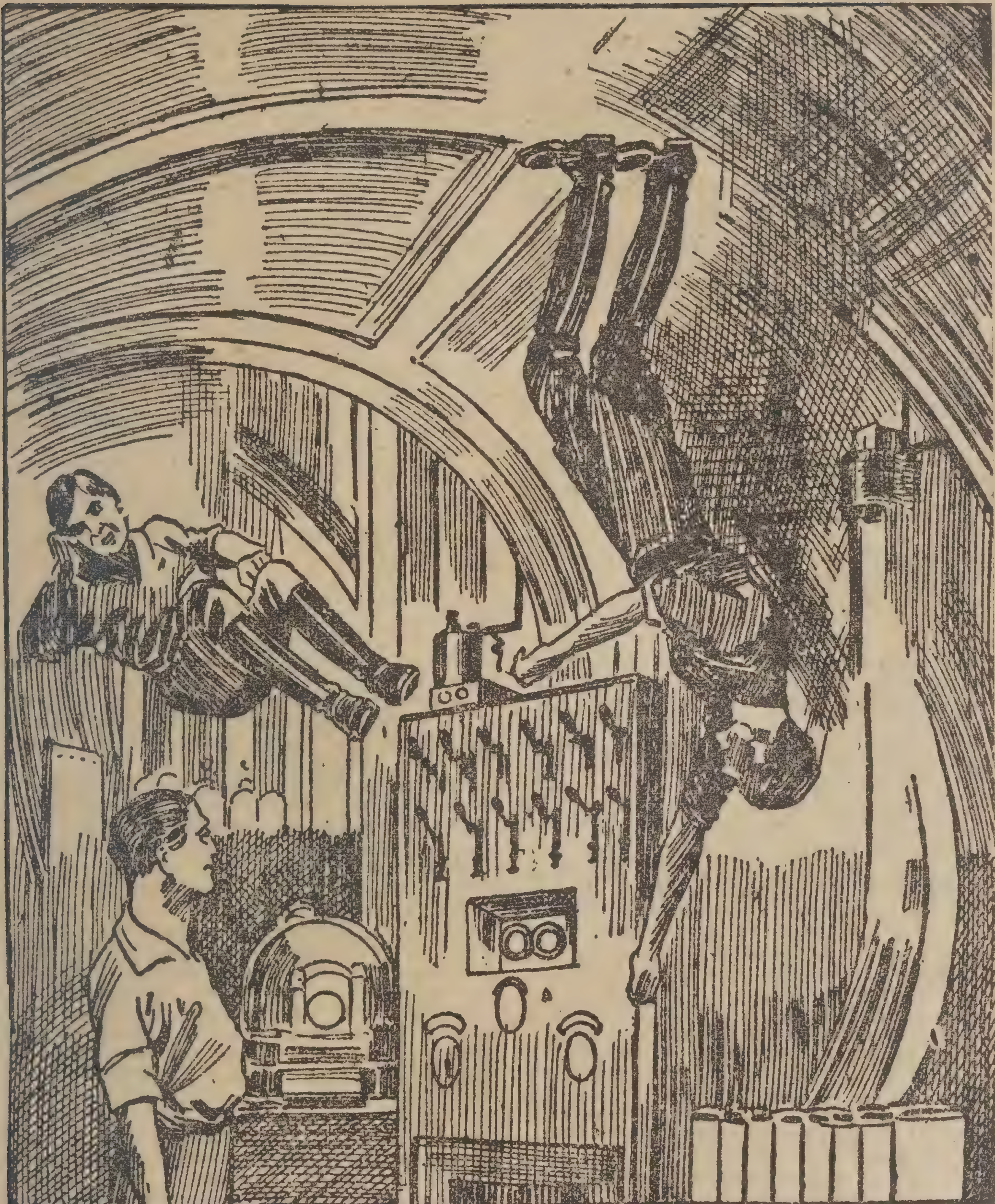
En menos de un mes estuvo completo el nuevo edificio, con su techo corredizo y el "astillero" en que iba a construirse el nuevo buque. Empezaron a llegar los grandes cajones con las piezas metálicas y todo lo demás encargado a las fábricas y fueron colocados en fila a ambos lados del espacioso galpón.

Por fin llegó el día en que estuvo allí el último de los encargos. Los numerosos obreros qu habían trabajado en el arreglo del local y en la construcción del "astillero" fueron licenciados y los muchachos se quedaron solos.

La construcción propiamente dicha del navío sideral no la harían más que ellos tres; sólo ellos conocerían el secreto de la nueva y estupenda, maravillosa nave, que funcionaría mediante la fuerza del misterioso auranium, el metal descubierto de modo tan inesperado y tan casual.

La construcción del navío sideral se termina sin tropiezo y llega el día en que se da la señal de partida.

Durante más de tres meses, los compañeros trabajaron sin intermitencias; se reunían temprano todas las mañanas trabajaban durante todo el día sin más momentos de descanso que los destinados a las comidas, y se separaban por la noche.



LA FUERZA DE GRAVEDAD VENCIDA. LA jovialidad de Tim se transformó en terror cuando se dió cuenta de que flotaba suavemente en el aire. Entonces como Ken siguiera el ejemplo de su compañero, tuvo que agarrarse al borde del tablero de las manijas y quedó suspendido en mitad del aire cabeza abajo. Sidney le miraba sonriendo.

Ahorró gran suma de trabajo la feliz idea que tuvo Ken de encargar todas las piezas siguiendo un sistema único de dimensiones es decir, haciendo que todas las piezas fueran de tamaños "standard", no caprichosos y cambiantes. Gracias a esta previsión fué más fácil la tarea de armar todo el andamiaje del casco y a las ocho semanas de haberla empezado, el armazón estaba terminado y podían comenzar a ocuparse de la parte interior.

Esta fué armada con suma rapidez también, y llegó por fin el momento de realizar la parte más difícil de todo el trabajo.

La fabricación de las planchas de auranium, el nuevo metal, no presentó dificultad de ninguna clase. El problema no consistía en fabricar en metal consistía en su-

jetar y manejar su fuerza aplicada al navío sideral hasta que llegase el momento de darle libertad y hacer que llevase al nuevo buque a las regiones de fuera de la Tierra.

Como se ha dicho, había sido Sidney el que había estudiado el punto y se había trazado un plan de trabajo que se dispuso a poner en acción.

Habían decidido que era necesario cubrir la mitad de la superficie del navío con planchas de auranium. Este revestimiento exterior debía estar formado por veinte trozos de metal en forma de planchas. Cada una de estas secciones podía moverse separadamente y también sería posible moverlas todas simultáneamente mediante aparatos debidamente combinados e instalados en el interior del casco.

Como se recordará, cuando el auranium llegaba a cierto grado de enfriamiento desaparecía en el espacio como un meteoro; pero entonces, poco después de haber sido vertido el metal líquido en su molde de arena, se le llevó conjuntamente con el molde, al sitio que debía ocupar en el buque y fué descendido al lugar que le estaba destinado. De este modo cada nueva plancha de auranium era remachada a su sitio del casco. Si giraba en sentido inverso, el casco quedaba más sujeto a la tierra, si así puede decirse, pues sólo cuando las planchas fueran giradas y ocuparan la situación en que cortaban la influencia d la fuerza de gravedad, podría el navío alejarse de la superficie de la Tierra.

Por fin, al cabo de doce semanas de hercúleos esfuerzos el trabajo estuvo terminado y descansando sobre el armazón de madera que había servido de base para su construcción estaba el nuevo navío. Su aspecto era el de un gigantesco huevo, algo alargado, como si hubiese conseguido estirar la cáscara hasta duplicar su longitud.

El cuerpo del navío se componía de aluminio, reforzado con numerosas bandas de acero, y desde la parte superior casi hasta el centro de la zona más ancha, el acero y el aluminio quedaban cubiertos por las planchas movibles del auranium, que tenían el color amarillento del bronce.

Para poder observar desde el interior, el casco estaba dotado de seis ventanas con gruesas placas d resistente cristal, tres de cada lado. Estas ventanas podían cerrarse y protegerse a voluntad mediante fuertes postigos de acero.

El interior del casco estaba dividido en tres secciones. La sección central estaba destinada a sala de observación y las dos secciones de los extremos — de dimensiones menores, — servía una como dormitorio y lo otra como depósito.

Durante la mañana habían sido llevadas a bordo todas las provisiones cuidadosamente estibadas y catalogadas. Figuraban entre ellas grandes cantidades de alimentos en latas, de provisiones concentradas, numerosos cilindros de oxígeno comprimido, tanques con agua y una gran cantidad de elementos indispensables.

Después celebraron un almuerzo de despedida en casa de Sidney. A ese almuerzo asistieron los padres de Ken y Tim. Una hora antes los muchachos habían hecho visitar a sus padres el nuevo navío, enseñándoles con orgullo el resultado de tantas semanas de intensa labor.

Tanto el padre de Ken como el de Tim se habían mostrado muy interesados y lo habían contemplado todo con asombro. Pero cuando Sidney les explicó las posibles condiciones de funcionamiento del navío, que parecían tan maravillosas, los padres se miraron, sonriendo con incredulidad.

—Estos jóvenes han realizado, sin duda, un maravilloso trabajo de construcción metálica, — dijo el señor Thornton al señor Baynes, — pero en cuanto a que ese aparato pueda alejarse volando, de la Tierra...

Se encogió de hombros con desdén y fumó con fruición un buen cigarro habano con el que Sidney le había obsequiado.

—Estoy enteramente de acuerdo con usted — dijo el señor Baynes, el padre de Tim; — son unos muchachos muy hábiles, pero temo que sufran un grave desengaño cuando se encuentren que este aparato es demasiado pesado para poder desprenderse del suelo.

—¿Así que usted no siente haber autorizado a su hijo a intentar ese temerario viaje?

—Ni lo más mínimo, — dijo, sonriendo el padre de Tim. — Mi esposa ha manifestado una o dos veces su temor creyendo que esto va a volar, pero yo me he reído de sus temores ridículos.

—Lo mismo me ha pasado con mi esposa, — dijo el padre de Ken; — pero el caso es ridículo y creo, como usted, que lo imposible sigue siendo imposible.

Mientras los dos padres conversaban a un lado, una interesante ceremonia se desarrollaba en una pequeña plataforma levantada junto al navío sideral. La madre de Ken había recibido de manos de su hijo una botella de champagne y, sonriente, se acercó a la orilla de la plataforma:

—¡Buque misterioso! — dijo la señora con voz alta y clara. — ¡Antes de que partas a realizar tu primer viaje por donde no ha pasado nunca el hombre, voy a bautizarte como se bautiza a tus más prosaicos hermanos, los buques que surcan el mar desde tiempo inmemorial! Poco sabemos sobre lo que puedes hacer, pero si realizas lo que constituye la esperanza de estos muchachos te rogamos humildemente que les cuides con ternura y les vuelvas sin dolor al seno de los que les amamos. — Calló un instante levantó lo botella y la rompió de un golpe sobre el casco del navío; el vino espumante se derramó en raudales y la señora agregó: — ¡Buque misterioso te saludamos, dándote desde este instante el nombre de "Perla del Espacio"!

Los muchachos aplaudieron y lanzaron sonoros ¡hurras!

—Bien, muchachos, — dijo entonces el señor Thorton. — Estrechémonos las manos y permítannos que les veamos partir antes de volver a casa a tomar el té.

Mientras hablaba sonreía, mirando a las mujeres y guiñando picarescamente un ojo.

—Es necesario que ustedes se alejen del galpón antes de nuestra partida, señor, — dijo Sidney, acompañándoles a la puerta de

salida del taller. — Cuando Perla del Espacio parta es fácil que produzca un vendaval que remueva la atmósfera de las inmediaciones.

Las dos mujeres se detuvieron en la puerta asustadas y perplejas, pensando las dos lo mismo. Claro está que les parecía todo un disparate y que sus maridos habían ridiculizado la idea. Pero ¿y si resultaba verdad lo que los muchachos les habían dicho?

Sus esposos, aquella misma mañana, se habían reído de todo como de una tontería de muchachos locos. Pero ¿y si aquel navío aéreo, aquella Perla del Espacio partía realmente de la superficie de la Tierra, camino de los sidéreos espacios?

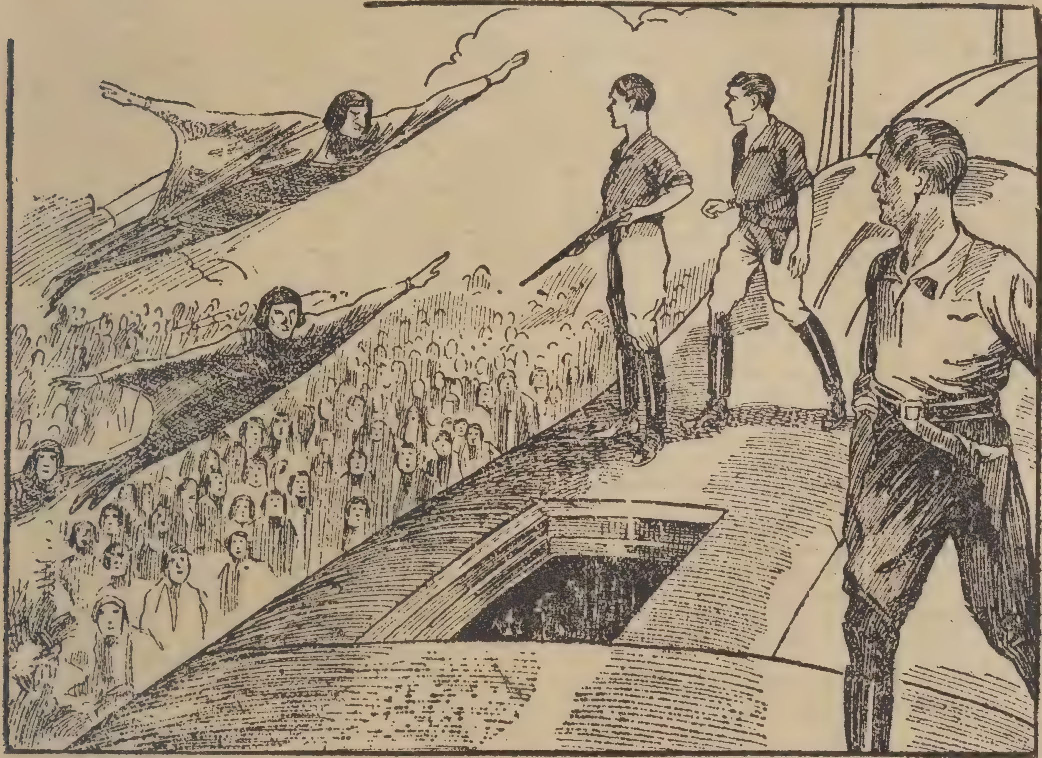
do y en cuanto se convencieron de que nada faltaba, llegó el momento de partir.

Sidney, que había sido encargado por sus compañeros del comando, fué a situarse inmediatamente en el sitio desde el cual se manejaban las distintas manijas que ponían en movimiento al navío y apoyando la mano en una de ellas, miró a sus compañeros.

—¿Estamos prontos, muchachos? — preguntó con emoción.

—¡Adelante! — contestó Ken.

Aún en aquel momento Sidney vaciló indeciso. Se daba cuenta de toda la solemnidad de aquel instante. Después, haciendo un esfuerzo de voluntad, tomó una manija blanca, que se destacaba entre las demás, que



ENTRE LOS MARTIANOS. Una exclamación de asombro salió de los labios de los tres jóvenes cuando vieron el extraordinario cuadro que se presentaba ante sus ojos. En torno del Perla del Espacio, silenciosos y en filas, vestidos con blancos ropajes, veíase a miles de figuras. Cuando un grupo de martianos, abriendo los brazos, ascendió por el aire, Tim lanzó un grito. "¡Esto es asombroso! — exclamó — ¡Vuelan! ¡Y no tienen alas!".

Los hombres se mostraban joviales y confiados. Estrecharon la mano de los muchachos y después de haberles besado, incluso a Sidney, se alejaron.

En cuanto salieron del galpón. Sidney cerró la puerta para evitar la entrada de algún curioso, durante su ausencia.

El momento que siguió fué de grandísima animación y actividad.

Se procedió a una revisación total de los elementos por si algo se les había olvidado. Después subieron los muchachos al andamio y entraron en el buque por la puerta lateral, que cerraron. Un nuevo vistazo a to-

eran de bronce pulido, — era la manija central que no se había de mover más que en momento de partir, — y dominando su nerviosidad, la movió con rapidez.

¡No sucedió absolutamente nada!

No sintieron ni el menor estremecimiento. El navío Perla del Espacio parecía seguir inmóvil. Los muchachos se miraron disgustados.

—¡Qué horrible fracaso! — exclamó Tim, desesperado.

—¡No tiene nada de raro que nuestros padres nos dejaran venir! — dijo Ken con

amargura. — Procuremos averiguar a que obedece esto.

—¡No tan de prisa, compañero! — replicó Sidney. — ¿Y si estuviéramos ya en el espacio!

—¡No es posible! — exclamó Ken. — ¡Si no hemos sentido ningún movimiento!

—Pues yo creo que hemos partido, — insistió Sidney. — ¿No recuerdan ustedes con qué rapidez ascendió el auranium a raíz de cada uno de nuestros ensayos? ¡Yo creo que no sólo hemos partido sino que hemos partido con tanta rapidez que ya estamos a varios centenares de millas de la Tierra!

Extraños sucesos que se producen en el navío que navega a gran velocidad por los espacios interplanetarios.

Tim Baynes miró nuevamente a su amigo.

—¡Pero lo lógico era que hubiéramos sentido algún estremecimiento al partir, — protestó.

—Si el auranium ha ejercido debidamente su acción, — replicó Sidney, — no hemos sido nosotros quienes hemos volado del suelo sino el suelo el que ha volado de nosotros. En otras palabras; nosotros nos hemos desprendido de la Tierra, cayendo hacia el espacio.

—¿Pero cómo vamos a enterarnos de lo que pasa?

—Esperaremos a que haya llegado el momento de abrir, sin peligro, una de las ventanas de observación. Nos alejaremos bastante de la Tierra antes de cambiar de posición una sola de las placas de auranium no resulte que la fuerza de gravedad nos atraiga imperiosamente a la superficie de la Tierra y nos haga caer en ella con una fuerza que nos destroce y que nos haga polvo.

Transcurrieron algunos minutos; entonces Sidney se aventuró a mover la llave que tenía el número 18. En cuanto movió la llave se abrió a sus pies un cuadrado de límpido cristal.

Fué tal el asombro de los tres jóvenes que se quedaron momentáneamente mudos.

Como Sidney lo había predicho, ya se había separado de la Tierra varios centenares de millas. Por aquel espacio de grueso y resistente pero muy diáfano cristal, se veía con toda claridad el perímetro de gran parte de Europa, con un aspecto muy parecido al de los mapas que cuelgan de las paredes de los salones de clase en las escuelas.

Largo fué el tiempo que se quedaron inmóviles y en silencio; contemplando el maravilloso espectáculo. Pero al fin, Sidney, aún cuando con un poderoso esfuerzo de voluntad, se volvió hacia el tablero de las manijas.

—Ya hemos visto lo que hemos dejado; veamos ahora a dónde vamos, — dijo.

Mientras se expresaba así manejó rápidamente las manijas. Se cerró la luminosa ventana del piso y el postigo de acero de una ventana del techo se descorrió silenciosamente.

—¡La luna! — exclamó Tim, saltando de gozo; y así era en realidad. Pero la jovialidad de Tim se transformó en miedo al darse cuenta de que el salto que había dado, y que en la Tierra le hubiese levantado lo más seis pulgadas del suelo, le llevaba hacia el techo del navío sideral y que, en lugar de caer, con inminente riesgo de desnucarse, flotaba en medio del aire con toda suavidad.

—¡Socorro! ¿Quién me salva? — gritó Tim Baynes, alarmado.

—No se asuste, Tim, que lo que pasa es muy natural. — contestó Sidney, riendo a carcajadas al ver la situación en que se encontraba su compañero. — Eso es un nuevo efecto de la fuerza de gravedad. Ahora que nos encontramos en medio del espacio, la única gravitación que nos manda es la que tiene por centro a este navío. No tenemos, en realidad, peso de ninguna clase, y puede usted olvidarse, si se le antoja, de que le han sido dadas las piernas para caminar.

Cuando Sidney terminó de hablar, separó la mano de la pared lateral a la que se había agarrado antes, y él también flotó suavemente en el aire. No hizo tentativa alguno con propósito de dirigir sus movimientos, y durante unos momentos rebotó de arriba a abajo como una pelota de goma que es arrojada con fuerza al suelo aún cuando, claro está, con velocidad mucho menor. Se quedó rígido y gradualmente se aminoró él movimiento de sube y baja hasta que por último cesó por completo y rozó con el hombro de Tim, en mitad del aire.

—¡Sidney, esto no está bien! ¡Usted debía habernos avisado lo que iba a pasar! Si hubiera avisado no me hubiera sorprendido tanto. ¡Oh! ¡Mire a Ken!

Ken Thornton había volado también y había adoptado una posición invertida; notando que nadie se ocupaba de vigilar el tablero de las manijas, había corrido hacia él un momento antes; entonces no sintiendo inclinación a flotar, había decidido heroicamente, no moverse de su puesto con la consecuencia de que en aquel momento estaba en el aire, cabeza abajo, agarrando a una punta del tablero de las manijas, mientras con los pies llegaba casi a tocar el techo del interior del navío.

—¡No hay nada que temer, Ken! — exclamó Sidney, riéndose — Suéltese y venga a donde estamos nosotros. Por el momento no hay peligro de que Perla tropiece con algo en su camino, así que podemos dejar que el navío corra a su antojo.

Ken, no muy tranquilo, se soltó y ascendió lentamente hacia donde estaba sus flotantes compañeros. Ascendió cabeza abajo y pies arriba, pero fué suficiente un suave empujón de Sidney para darle vuelta. El esfuerzo hizo que Sidney girara varias veces sobre sí mismo.

(Continuará.

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

Capítulo I

LA IMPOSTURA DE ANTONIN BONASSOU

Acababa de entrar en mi casa, cuando oí que daban a la puerta, dos golpes discretos.

—¡Entre! — exclamé yo, como acostumbraba hacerlo.

La puerta se entreabrió y dejó aparecer una silueta plácida y burócrata, mientras una voz deferente, preguntaba:

—¿El señor Wellgone?

—Es aquí, — respondí yo con seguridad.

En realidad yo, afirmaba una cosa inexacta, y si hubiera dicho la verdad, tendría que haber respondido:

—El señor Wellgone vive al lado, pero está ausente. Yo, Antonín Bonassou, su vecino, me encargo de responder a sus visitantes. Es por eso que usted ha visto su tarjeta sobre mi puerta.

Pero todo esto, requería muchas explicaciones, y yo, encontraba mas simple — más agradable también para mi amor propio — responder simplemento:

—Es aquí.

Muchos se preguntarán, sin duda, que personaje importante podía vivir en el piso superior de una casa de la calle de la Poissonnerie, en el barrio pintoresco, pero poco elegante, de la vieja Niza, y qué vanidad podía llevar a uno, a representarlo.

Sin embargo, era una celebridad — a mis ojos sobre todo — el que vivía al lado mío. Y no me había sorprendido poco, al descifrar una noche — de esto hacía unos quince días — el nombre de mi nuevo vecino.

"Paddy Wellgone, detective privado" — decía la tarjeta clavada en su puerta.

Quedé petrificado. ¿No había yo, leído veinte veces en los diarios, su nombre, mezclado á las mas apasionantes aventuras? Para mi, que no me había alimentado mas que de esa literatura, y que me había hecho amenudo, la promesa de que sería el émulo y rival del gran detective, nada podía emocionarme más que el pensar que vivía tan cerca de mi héroe.

Soñé enseguida con los dramas más complicados. Sólo un misterio a dilucidar podía haberlo decidido a esconderse en esa ruin vivienda. En mi exaltación olvidada que la tarjeta contradecía mi hipótesis. Uno no se esconde, poniendo su nombre en la puerta

Sea como fuera, el misterio existía. Pues, apenas instalado, Paddy Wellgone se apresuró a desaparecer. Con gran decepción, supe su partida, antes de haber podido verlo.

—Fué a hacer un viaje a América — me dijo la patrona de la casa —No volverá hasta dentro de dos meses. Pero, él no quiere que ésto se sepa. Si alguien pregunta por él, debo decir que habita aquí, pero que no sé a que hora volverá; Vaya un trabajo el que me ha dado! ¡Porque con el oficio que tiene, su casa debe ser un desfile!

Yo, entreví enseguida la posibilidad de ganarme a la vez las simpatías de la patrona y del detective.

Insidiosamente, propuse a la excelente mujer que me ocuparía de ese trabajo. Yo respondería cuando estuviera. Seguramente los visitantes no iban a perder en el cambio, pues ella estaba raramente en la casa, gustándole más recorrer el barrio en busca de chismes.

Para simplificar más, yo ofrecí sacar la tarjeta y colocarla en mi puerta. Esto me concedería la autoridad necesaria para despedir a los importunos en nombre del detective, dejándolos persuadidos de su presencia en Niza

Mi patrona aceptó agradecida. Y yo descontaba en mi fuero interno, el agradecimiento, más apreciable aún, de Paddy Wellgone, quien se alegraría cuando regresara.

Los primeros días, mi complacencia no fué puesta a prueba. Por ésto sentí cierto despecho; pues, esperaba algún prestigio de la misión que yo me había impuesto.

Más tarde, como el nombre del detective fuera mencionado en un diario local, en una lista de las personas que habían llegado a Niza, se presentaron algunos visitantes. Yo los despedía no sin antes arriesgarme a hacerles algunas preguntas, asegurándoles que Paddy Wellgone se ocuparía pronto de sus asuntos y que los convocaría cuando fuera necesario. Imperturbablemente, tomaba para esto, sus nombres y direcciones.

Confieso que ésta comedia me agradaba. A veces me parecía que yo mismo era el gran detective, y era quizás, con la esperanza secreta de que lo creyeran los que preguntaban por Paddy Wellgone que yo respondía con ésta fórmula ambigua:

—Es aquí.

Y agregaba tomando la delantera, para evitar una pregunta más precisa:

—¿Qué desea usted?

Ese día, cuando entró el cliente de que he hablado al comienzo de éste relato, yo no dejé de acogerlo con esta interrogación.

Al mismo tiempo, me disponía a observarlo. Pero, su curiosidad se había adelantado a la mía y al verme manifestó un ligero asombro.

—¡Oh! ¡Oh! — dijo — ya me lo habían dicho. Pero yo no esperaba que fuera

tan... tan joven!... ¡Nunca le darán su edad!...

Yo era joven en efecto, pues tenía veinticuatro años; pero me vanagloriaba de representar veintiseis o veintiocho y la frase del hombre me hirió como una injusticia.

—¿Qué desea usted? — repetí mas secamente.

—Consultarlo, naturalmente. Yo soy el señor Cristini, representante de la Compañía de Seguros "The Universal Life". Perdóneme que no me haya presentado hasta ahora, mister Wellgone.

Enrojecí de orgullo. Me tomaba por el detective. Comprendí entonces su frase sobre mi edad y mi aspecto.

Yo hubiera podido protestar, declarar que no era el señor Wellgone. Aún era tiempo. Pero, cuando tiene un dedo sobre el engranaje hay que dejar que pase todo el cuerpo.

Yo saboreaba su error, como un goloso paladea un néctar. Y cuando pensé en la necesidad de sacarlo de su error, era demasiado tarde, mi silencio había sido tomado como un asentimiento; para explicarle, me hubiera sido necesario confesarle toda la superchería. Sin duda, ésta humillación hubiera valido mas que todo lo que iba a suceder ¡pero yo no lo sabía!

Y luego, uno no le dice con gusto a otro: "Yo no soy el que usted supone", cuando la personalidad que él cree, halaga.

Y yo estaba halagado en el fondo, infinitamente halagado. ¡Esa suposición realizaba todos mis ensueños! Como por un golpe de varilla mágica, yo no era más Antonín Bonassou, el pobre empleado de Puentes y Caminos, era, a los ojos de un ser humano, el ilustre detective Paddy Wellgone.

Eso, no sería mas que por algunos instantes, una hora, lo más; bien podía dejar que mi vanidad se embriagara con ese engaño. ¿No estaba yo, mejor preparado que cualquier otro para encarnar a mi personaje? Fácilmente me persuadí de esto. Después de todo no se trataba más que de una consulta.

Todos éstos pensamientos se sucedieron en mi cerebro con la rapidez del rayo. Es así, como a los veinticuatro años uno toma las mas locas resoluciones. Por un momento, yo había bajado la cabeza; cuando la levanté de nuevo mi partido estaba tomado y era irrevocable.

Naturalmente el señor Cristini no se fijó en mi emoción. Viéndome silencioso, pensó que yo reflexionaba y que preparabe mis baterías.

Para confirmarlo en esta opinión yo tomé una pose meditativa, cubriendo mi cara con una de las manos hasta los ojos. Era, además un medio para impedir que mi interlocutor grabara mis facciones en su memoria.

—Mi profesión — dijo el representante de la Compañía de Seguros — le indica el objeto de mi visita. Veo, por el diario que está sobre el escritorio que usted se ha ocupado ya del asunto.

Ese diario, era el número del día de El Eclaireur; los títulos anunciaban una novedad sensasional, de interés local que titulaba: "El crímen del ferrocarril del Sur". Naturalmente, yo lo había leido, pero como no mencionaba mas que el descubrimiento, en el tunel de Mescla, de un cadáver atrozmente destrozado, y que aún no había sido identificado, yo esperé, para interesarme por eso a que se supiera realmente que se trataba de un crímen.

—¿Viene usted por eso? — pregunté yo, un poco asustado.

Pues, no veía en ese hecho, ningún terreno propicio de ejercicio de mi perspicacia; si el representante de seguros, esperaba de mí alguna luz, caia mal. No podía arriesgar mi opinión en un asunto, del cual ignoraba hasta la primera palabra. Pero confesar ésto, me pareció demasiado humillante. Resolví contestarle con evasivas.

—Precisamente — respondió el señor Cristini — ¿Cual es su primera impresión?

Mis temores se realizaron. Contesté al ataque.

—¡Bah! — dije yo — ¡dudoso!... extremamente dudoso!...

—La misma opinión que nosotros — dijo triunfalmente Cristini, cuyo rostro se iluminó — veo, que pronto nos pondremos de acuerdo.

—Seguramente — balbucié Yo no adivinaba a donde quería llegar.

Se inclinó hacia mí.

—El cadáver ha sido identificado — me dijo misteriosamente.

—¡Oh! — murmuré yo.

—Es uno de nuestros clientes — agregó Cristini guiñandome el ojo.

—¡Ah! ¡Ah!

Yo me esforzaba en graduar mis entonaciones para proporcionarlas a un grado conveniente de interés por lo que me revelaba.

—Y usted comprende — continuó el agente de seguros — si nosotros pudieramos llegar a probar el suicidio...

—Sin duda — dije yo con tono conciliador.

—Se trata de doscientos mil francos. Es una buena suma.

—Evidentemente.

—Y nosotros daríamos bien diez mil francos...

—No es demasiado — dije yo al azar.

—No, pero es bastante — concluyó mi visitante.

Yo no tenía ninguna razón para contradecirlo.

—Es bastante — dije a mi vez.

Entonces Cristini se frotó alegremente las manos. Luego, sacó de su cartera dos billetes de quinientos francos, que colocó sobre mi escritorio.

—Aquí tiene para los primeros gastos — dijo.

—¡Bien! — murmuré yo maquinalmente — ¡Muy bien!

Me encontraba en un suplicio, pues co-

menzaba a comprender lo que él quería. ¿Pero qué hacer? Me había colocado en una situación realmente estúpida.

—¿Entonces, convenido? — dijo el agente de seguros —¿Se encarga del asunto?

—Sí, me encargo — balbucié. Y sacaba discretamente mi pañuelo para secarme las sienes.

¡Ese dinero sobre mi escritorio!

¡Esa historia! ¡Ese asunto! Era como para volverse loco.

Bruscamente, comprendí que si no resistía, el azar iba a llevarme mucho más lejos de lo que yo imaginaba. Era absolutamente necesario descubrir objeciones, forzar al hombre a que se llevara su dinero y despedirlo.

—Vamos — dije yo agitándome en mi sillón — Conversemos un poco. Supongo que Ud. sabe mas que los diarios.

—Seguramente — dijo sonriendo el señor Cristini.

—Pues los diarios no dicen gran cosa— me arriesgué a decir.

—No dicen absolutamente nada. Pero ésto no ha impedido que usted se haga una opinión — concluyó el con evidente admiración.

Enrojecí en la sombra hasta la raíz del cabello.

—No hay que fiarse de las opiniones prematuras — murmuré — ¿quiere comunicarme lo que sabe?

—Con mucho gusto ¿Prefiere usted preguntar?

—No me apresuré a responderle — Cuénteme todo, exactamente. Y no tema por ir muy lejos. En esta clase de asuntos las repeticiones no son nunca inútiles.

Y me instalé cómodamente en mi sillón. Era siempre algo ganado. Mientras el señor Cristini hablaba, yo podía callarme y reflexionar.

Mi método pareció seducir a éste.

—¡Tiene usted razón! — exclamó convencido — Usted sabe que anoche, en la estación de los Ferrocarriles de Provenza, a la llegada del tren de Digne, se encontró en el vagón de cola, un sombrero abollado, un revólver al cual faltaba un cartucho, y sobre el asiento, una mancha de sangre. Además, la puerta del vagón sobre la plataforma de atrás, estaba abierta.

—Un sombrero, un revólver, una mancha de sangre — dije yo, con tono entendido, como si diera gran importancia a esos detalles.

—Según los recuerdos del jefe del tren, en ese vagón, no había más que un solo viajero, con una valija. Según el control, durante el camino, él estaba provisto de un billete para Niza. Que hubiera descendido del tren, olvidando su sombrero y su revólver no es admisible, puesto que había llevado la valija. Y luego estaban las manchas de sangre. Por otra parte, la hipótesis de un accidente tampoco es admisible, pues, no se explica que estuviera en la plataforma sin sombrero y con la valija en la mano. Le digo todas estas constataciones contradictorias. Inmediatamente se hizo lo único que se podía. Se telegrafió a todas las estaciones de la línea para que se buscara a todo el largo de la vía. Han llegado, esta mañana, a descubrir que bajo el túnel de Mesela, había una valija vacía y un cadáver horriblemente mutilado y medio carbonizado.

—¿La posición del cadáver? — pregunté yo — Es de gran importancia.

—Se le encontró atravesado en las vías, caído sobre el vientre y con las manos hacia adelante. Ellas reposaban, lo mismo que la cabeza, sobre los rieles, y los dos pies sobre otro; de tal manera que la cabeza las manos y los pies fueran seccionados, y destrozados.

—Un momento — interrumpí—¿No me dijo usted que el hombre iba en el vagon de cola?

—Sí, en el último tren de la noche que venía a Niza

—¿A qué hora fué encontrado?

—Antes del paso del primer tren de la mañana.

—En ese caso — exclamé yo con tono doctoral — no me explico ese destrozo ni cómo el cadáver ha sido quemado; pues usted me dijo que estaba carbonizado.

—Estaba. Pero atienda. Esto lo explica todo: el cadáver no estaba sobre la vía descendente — la que seguía el tren de donde cayó — Sino que estaba sobre la ascendente.

—¡Oh! ¡Oh! — exclamé yo — ¿y cómo va a caer con esa posición?

—Con esa posición, justamente ¿he? — dijo alegremente el agente de seguros, guiñandome sarcásticamente los ojos — Sí, cayó con tanta habilidad que el tren ascendente que pasaba una hora después — ¿entiende bien? — una hora después, no tuvo mas que pasar, destrozándolo e incendiándolo.

—¡Diablos! ¡Diablos! — gruñí yo torturándome el cerebro para encontrar una apreciación decisiva.

Sentía que mi interlocutor la esperaba. Pero aunque la historia comenzaba a interesarme yo no veía nada en eso caso. Recordando la opinión emitida por el señor Cristini me apresuré a enmascarar mi indecisión.

—En suma — le dije — usted prefiere el suicidio.

—Como usted — contestó el señor Cristini.

—Como yo — dije sin ninguna convicción.

Y continué, rascándome la cabeza:

—Pero esa no será la opinión de todo el mundo. Hay objeciones, graves objeciones.

—Sin duda. Pero, si el asunto estuviera claro, nosotros no tendríamos necesidad de usted.

In petto, yo deseaba que hubiera sido así.

—Nuestro gran argumento, continuó Cristini — es que todo parece haber sido

puesto en escena para alejar la hipótesis de un accidente y hacer creer en un asesinato. Con el accidente, era demasiado fácil pensar en el suicidio, mientras que con el aseinato...

—En efecto — dije yo — pero está la valija. Uno no se suicida con una valija en la mano.

—No, pero uno puede tirarla antes a la vía para hacer creer en un robo.

—¿Pero el contenido?

—El río Var corre a lo largo de la vía. Buscando bien quizás usted encontraría algo.

—Quizá — respondí yo, tentado por la investigación a que el agente de seguros hacia alusión.

Yo, podía llevarla hasta el fin bajo el nombre de Paddy Wellgone ¡Qué triunfo si tenía éxito!

—Y luego — continuó el señor Cristine — la valija podía estar vacía cuando él partió.

—Podría estarlo — aprobé yo atrevidamente.

—Dada la posición del cadáver no se puede decir que haya caido accidentalmente. Pero, se puede suponer que ha sido colocado o que se ha colocado. El viajero a saltado en el túnel, y ha esperado para acostarse sobre los rieles, al paso del tren siguiente.

—¡Bien complicado! — objeté yo — Se puede decir también que ha sido arrojado sobre las vías, por un asesino.

—No hubiera caido así.

—El asesino ha podido saltar y volver a colocarlo.

—La víctima se hubiera levantado.

—Podría estar aturdido o quizás herido de muerte. Ha habido un tiro.

—Para alejar las sospechas.

—¿Y la sangre sobre el asiento?

—Simple maquillage. Se puede haber golpeado un poco la nariz, ha sangrado un poco y ya está.

El señor Cristini, encontraba, decididamente, respuesta para todo.

—Es una hipótesis — resumí yo — Todo el mundo se formulará también otras, y todas serán contradictorias.

—Será a usted a quien toque reunir los argumentos y pruebas necesarias para apoyarnos — concluyó el agente de seguros — me contento con indicarle la pista. Sigala. Sus descubrimientos confirmarán nuestras suposiciones. Espero que las confirmarán. Nosotros creemos en el suicidio. Lo olfateamos... como usted.

—Pero, no quizás por los mismos motivos — insinué — ¿Cuales son los de ustedes?

—Nuestro cliente, estaba solo en el vagon; el jefe del tren lo ha asegurado controlándolo. En Malaussene, la estación anterior al túnel, nadie subió: Entonces, la cosa ha pasado entre Malaussene y la Mescla ¿De donde podía venir el asesino?

—Los vagones de Ferrocarri de Sur, — dije yo — son vagones con plataformas pero no se comunican entre sí. Son largos y tienen una puerta en cada extremo. Un pasillo entre los asientos, permite circular a lo largo del coche.

—Pero no pasar, estando el tren en marcha a otro vagon — interrumpió el señor Cristine.

—Espere. Hay vagones que llevan las dos clases; un tabique con puerta las separa.

—Era el caso del que nos ocupa. Esa puerta, permite pasar de primera a segunda, pero nó de segunda a primera; pués la puerta no se podía abrir del lado de segunda. La víctima estaba pues, completamente aislada en su compartimento. Sólo el jefe del tren hubiera podido abrir, y se encontraba entonces en el primer vagón. Entonces pues, no puede haber asesino, y por lo tanto, no hay crimen. Se trata de un suicidio.

Yo me sentí estremecer.

—En fin, hay el móvil como usted dice— continuó el agente de seguros — Para nosotros, el suicidio tiene explicación; era fatal; lo esperábamos de un día para otro.

—¿Porqué? — pregunté.

—¡A causa del seguro! Hace un mes que nuestro hombre, entró en tratos con nosotros; quería asegurarse la vida a beneficio de una persona designada, consentía en la cláusula de exclusión del suicidio. Vista la importancia de la suma de doscientos mil francos, nosotros nos interesamos por el negocio. Bueno, las cosas seguían su curso, cuando, hace ocho días, comenzó a apresurarnos de tal manera que hubo que terminar el negocio. Firmamos hace unos tres días. Usted ve que el decenlace no ha tardado en producirse.

—Pero, — objeté yo — ¿no había consentido él en la exclusión del suicidio entre los riesgos asegurados?

—¡Justamente! Consentía para apresurar la conclusión del negocio, puesto que era ese el único punto que podía hacernos reflexionar. El exámen médico había sido favorable. Era un hombre muy fuerte. El contaba con disfrazar su suicidio, he ahí todo.

—¿Pero porqué ese apresuramiento a desaparecer?

—Usted hará sus investigaciones, pero a título de indicación, he aquí lo que nosotros sospechamos. El hombre debía estar arruinado, sabiamos que sus negocios no iban bien. La cosa era aún secreta y, probablemente, su esposa, lo ignoraba; pero todo podia saberse de un momento a otro.

—Comprendo — exclamé yo — El ha querido asegurar el porvenir de su esposa.

El señor Cristini alzó los hombros.

—No es ella la que se beneficia con el seguro — dijo Y ésta circunstancia fortifica aún más nuestras presunciones. A la persona, por quien él se interesaba no podía regularmente, dejarle nada, o casi nada. El

truco del seguro, era el único posible.

El puño del agente golpeaba sobre mi escritorio, como para hundir su convicción. Yo no objeté nada mas.

—No es por eso menos heroico — dije yo.

—Eso se vé mas amenudo de lo que se piensa — replicó filosóficamente el agente de seguros — Cuesta a veces, mucho menos desaparecer, aún trágicamente, que soportar ciertos fastidios... Y luego — agregó levantando bruscamente la cabeza y mirándome de frente — lo pueden haber ayudado.

—¡Ah! ¡Ah! — exclamé yo — Y con seguridad, será la persona que...

—O cualquiera otra — interrumpió Cristini — Nuestro papel no es acusar, sino tratar de proteger el dinero de la compañía. Yo le indico, entre nosotros, lo que puede haber ocurrido. A usted le corresponde averiguarlo.

—¡Averiguarlo! — respondí yo como un eco, sin pensar que me comprometía. Pero, realmente, yo me sentía arrastrado: el fuego sagrado se despertaba en mí.

—Concluyamos — repuso el agente — si el suicidio es claro, es innegable la cosa marchará sola, pero si es un asesinato, nos traerá molestias y usted tendrá que ingeniarse...

—Si no lo han suicidado — insinué yo, sonriendo.

—Eso mismo... con su consentimiento, se entiende. En ese caso no habría mas que una especie de complicidad para ayudar a la decoración escénica del asesinato. Usted tendrá que partir sin retardo para allí.

—Es que... — objeté yo, súbitamente vuelto a la realidad.

Sea cual fuera mi entusiasmo, yo no miraba sin vacilación, la perspectiva de usurpar la personalidad de mi detective y lanzarme a esa aventura.

—Es necesario — dijo el agente con tono perentorio — Usted no puede perder ni un minuto mas. El terreno ha sido ya muy pisoteado. La policía y los magistrados están allí desde esta mañana ¡En fin! Ya le habrán adelantado el trabajo.

—O lo habrán hechado a perder — dije con aplomo. Yo pensaba que entraba en mi papel de detective, el denigrar a la policía oficial.

—Contamos con usted — dijo el señor Cristini.

Y para vencer nuevas vacilaciones que aparecieron en mi rostro, agregó:

—Como ya le dije, habrá una recompensa de diez mil francos en caso de éxito. Los mil francos que yo le entrego no entran en esa cuenta. De todas maneras son para sus gastos.

Deslumbrado, cerré los ojos. Una lluvia de oro bailaba ante mí. Mil francos en mi bolsillo, y la perspectiva de ganar diez mil si tenía un poco de suerte, y esto sin hablar de la gloria ¿No era el destino, que ponía esa ganga en mi camino? ¿Cómo rechazarla? Gracias a ella, yo podía por un golpe maestro iniciarme en la carrera, despreciar los Puentes y Caminos, y vogar a toda vela, hacia la fortuna y la celebridad. Para calmar mis escrúpulos, me dije que aceptar no era un robo puesto que emprendía la tarea y no escatimaría mis esfuerzos:

¿Que arriesgaba yo con ello?

Paddy Wellgone estaba ausente por dos meses. De aquí a entonces yo habría ya triunfado.

En vano, mi razón me decía que estaba cometiendo un abuso de confianza al aceptar, bajo el nombre de otro y amparado por una reputación extraña, para la cual no me indicaban, ni mi juventud ni mi inexperiencia. Hice oídos sordos y resolví lanzarme a la aventura.

Pido una vez más, que no se me juzgue mal. Había de mi parte menos cálculo deshonesto que amor propio. No pensaba más que en salir de ese asunto, sin verme obligado a confesar mi chiquillería, y esa preocupación primaba sobre toda otra consideración. De buen o mal grado, yo debía representar mi personaje hasta el fin.

—Partiré mañana en el primer tren — declaré — Guarde el secreto. Quiero trabajar en el mas estricto incógnito.

—Apruebo su prudencia — dijo mi interlocutor, visiblemente librado de una gran inquietud — He oído alabar su habilidad en el arte de los disfra

—Esta noche, trataré de ver al jefe del tren. Quizás el me pueda suministrar algunos datos interesantes.

—Obre, según le parezca — dijo el señor Cristini, levántandose y tendiéndole la mano.

Yo lo retuve, sonriendo.

—Usted ha olvidado un detalle; el nombre del muerto. Me ha dicho usted que había sido identificado; pero el diario no dice nada sobre eso.

—Es el señor Montparnaud, viajante de comercio.

—¿El señor Montparnaud? — exclamé yo, a mi pesar.

—Sì... ¿le conocía usted?

—He oido su nombre — respondí yo tratando de aplacar mi corazón que latia con fuerza, y esforzándome en recuperar mi sangre fría. — ¿Pero están bien seguros de que es él?

—¡Completamente! Los papeles que llevaba con el, sus ropas han permitido identificarlo. ¿Desea usted algunos datos complementarios sobre él?

—Es inútil — dije yo con súbita seguridad — su nombre me basta. Dentro de una hora, yo sabré todo lo que es posible saber sobre él.

Esta declaración pareció impresionar favorablemente al señor Cristini.

—Lo dejo — dijo abriendo la puerta.

Le encendí la luz de la escalera.

—¿Y hasta pronto?

—Hasta pronto — respondí yo.

Vuelto a mi cuarto, guardé el precioso billete, tomé mi sombrero y mi sobretodo y bajé los cuatro pisos del inmueble con una prisa febril. ¡El señor Montparnaud se había suicidado! ¡El señor Montparnaud, el tutor de Sofía Perandi!

Capítulo II

UN ROBO ESTUPENDO

En cuanto supe que el señor Montparnaud era el hérce de ese sangriento drama, mi propia aventura cesaba de tener para mi, la menor importancia. Cuando le prometía tener enseguida la mayor cantidad de informes que me fuera posible, yo no pensaba mas que en librarme del importuno para correr a casa del viajante de comercio.

Mientras me dirigía hacia el Paillon, a traves de las calles estrechas de la vieja Niza, no era, por cierto la decision a tomar, lo que me torturaba el cerebro. Tenía cosas más importantes en que pensar, antes de resolver como saldría del atolladero en que me había metido.

Trastornado, me repetía mientras corría:

—¡El señor Montparnaud ha muerto!... ¡El señor Montparnaud se ha matado o ha sido matado!..., ¿Es posible?... ¿Que va a ser de Sofía?

Pues estaba ahí, la extraña coincidencia que hubiera debido probarme que el dedo del destino dirigía esa aventura; yo conocía a la victima; la conocía íntimamente y ella representaba para mi una potencia de la cual tenía mucho que esperar y temer.

¿No soñaba yo, con hacer mi esposa a Sofía Perandi, la pupila del señor Montparnaud?

Yo no era aún recibido como novio oficial ¡No! Me faltaba aún la autorización del tutor y la respuesta definitiva de la que yo amaba. Pero, en fin, había un casamiento en el aire, y mientras tanto, yo era admitido a frecuentar la casa de los Montparnaud.

La familia se componía, del viajante de comercio, hombre jovial, de unos cuarenta años, que tenía la reputación de aburrirse lo menos posible en la existencia, a despecho de su mujer; la señora Montparnaud, era, en efecto caprichosa y agresiva en exceso; de mas edad que su marido, delgada y seca, tenía un tinte bilioso, una boca en parte desdentada, lo que hacía su voz mas aguda y desagradable y le producía una enfermedad en el estómago que la mantenía en un perpetuo estado de furor. Siempre de viaje, como su profesión lo requería el marido no se preocupaba mucho de ella; pero Sofía — ¡mi pobre Sofía! — ¡debía llevar cerca de esa mujer, una existencia endiablada!

No es que ella no supiera contestar o que fuera tímida. Pero, cuando se es huérfana y sin fortuna, y reducida a vivir de la caridad de parientes lejanos, uno no puede librarse de todos los inconvenientes de una tiranía irascible.

Sofía Perandi, esperaba pues, sin ninguna resignación, sino al contrario, con una extrema impaciencia su mayor edad, que la libertaria, y sin duda, le permitiría casarse conmigo. Era una prima lejana de la señora, lo cual había hecho que tuviera al señor Montparnaud en calidad de tutor.

En cuanto a su físico — aunque éste recuerdo me desgarra el corazón — debo decir que era morena, encantadora, y que estaba muy por encima mío, en cuanto a picardía y malicia.

¡Yo estaba loco!

Puesto al corriente en forma tan extraña, del drama que abatía a la familia Montparnaud, era natural que yo pensara en Sofía y en las consecuencias que podían interesarle.

Los Montparnaud habitaban en la calle Pastorelli. La angustia parecía darme alas y en pocos minutos estuve allí.

La puerta del departamento estaba cerrada: una vecina me dijo que habían salido una hora antes, en cuanto tuvieron conocimiento del drama, para hacerse aconsejar por algunos amigos.

Bajé pues, con la intención de caminar por la vereda, esperando que volvieran.

Pero apenas lo había hecho cuando vi, en la esquina, las siluetas de las desoladas.

Corrí hacia ellas, exclamando:

—¡Ah! señora, que espantosa desgracia!

—¿Usted sabe? — preguntó la señora Montparnaud, agresiva como siempre.

Con los ojos enrojecidos y bajos, muda, Sofía suspiraba; su pena no me asombró, pues el señor Montparnaud, la había defendido siempre contra las impertinencias de su mujer, y los únicos días buenos que ella pasaba, eran aquellos que él pasaba en su casa.

Murmuré apretándole cariñosamente la mano:

—¡Pobre Sofía!

—¡Pobre Sofía! — Exclamó la señora Montparnaud levantando los hombros — ¡Pobre yo, habría que decir! ¿Con qué voy a vivir ahora?

Lo que me había dicho el agente de seguros sobre la situación del señor Montparnaud me volvió a la memoria. Tímidamente pregunté:

—¿Es que él no deja nada?

—Algunos valores que tenemos, veinte mil francos mas o menos. Una miseria — suspiró la viuda.

Yo pensaba que eso no era tan poco y, al mismo tiempo, dudaba de la realidad del suicidio imaginado por el Sr. Cristini.

Pero, la señora Montparnaud no me dejó tiempo para reflexionar. Profirió con tono de cólera:

—¡Ah! Ha elejido bien, el día para hacerse asesinar!... ¡El imbécil!...

—¿Desde cuándo conoces a esa muchachita rubia?
—La conozco hace lo menos un año; pero así, rubia, apenas hace siete días.

—¡Oh! — dije yo, extrañado de esa injuria a la memoria de un difunto.

La señora Montparnaud no hizo caso; tomó mi brazo y se puso a sacudirlo furiosamente, hundiéndome sus uñas.

—El debía tener diez mil francos consigo — exclamó — ¿Comprende?

—¡Comprendo! — dije haciendo una mueca de dolor — ¿Y no han encontrado ese dinero?

—¡Ni un céntimo! — gimió la viuda con desfallecimiento, — soltándome el brazo— Han encontrado sus papeles, sus tarjetas, su cartera vacía, en fin cosas sin importancia. Pero el dinero, sus llaves, su pipa, todo se lo han llevado los asesinos ¡hasta su pipa, señor Antonín!

Esto era el derrumbe de la hipótesis del suicidio. Yo ni me alegré, ni me entristecí.

—¿Y no se sabe quien es el que ha dado el golpe? — pregunté yo maquinalmente.

—Será preciso que se sepa — dijo la señora Montparnaud con tono amenazador — El tenía la manía de mostrar su dinero a todo el mundo, cuando estaba de viaje. Es por ahí que hay que buscar.

—Quizás — dije yo.

Esas simples palabras, despertaron en mi al aficionado policial. Pregunté:

—¿Cuando se había ido él? ¿Conocía usted el itinerario de su viaje?

—Veamos — respondió la viuda contando con los dedos — fué el sábado por la noche cuando él tomó el tren para Puget, ¿verdad Sofía?... El domingo llegó a Sait-Pierre... el lunes a Le Villars... Debía volver el lunes por la noche.

—¿Y que equipaje llevaba?

—Espere... su balija; pero no debía llevar gran cosa adentro... Y luego, naturalmente, su baúl de muestras... su gran baúl rojo.

—¿Que se ha hecho de él?

—Es cierto — se interrogó la señora Montparnaud — ¿qué se ha hecho de él? No hemos preguntado... Será necesario averiguar, Sofía ¡Llevaba cosas por mucho dinero! Cien kilos de muestras, de mercaderías... y que valían caro, señor Antonín... ¿Si fuéramos a ver a la estación?

—Yo me ocuparé de eso — propuse yo.

—Se lo agradeceré. Es necesario que nosotros entremos: el juez y el escribiente van a venir para los sellos y los papeles... El, tenía aún a su hermano... ¡Pero espero que habrá hecho un testamento! — dijo agriamente la señora Montparnaud — ¿Suba un momento, señor Antonín? Me ayudará a buscar.

Habíamos llegado, caminando lentamente, frente a la puerta de la casa. Sofía no había pronunciado aún ni una sola palabra. Para encontrar una oportunidad de hablarle y afirmarle que ella no estaba sola en la vida, que le quedaba aún un protector, decidí acceder al deseo de la señora Montparnaud. Subí, pues, detrás de las dos mujeres.

Cuando nos encontrábamos más o menos a la mitad de la escalera, desde donde se veía la puerta del departamento, una formidable explosión, hizo estremecer toda la casa. Mis compañeras lanzaron un grito de terror y quedaron clavadas en su sitio, blancas como cadáveres y temblando de la cabeza a los piés. Pero yo, a quien no faltaba ni sangre fría, ni valor, subí rápidamente los escalones y salté delante de ellas hacia el rellano de la escalera.

Me daba cuenta que la detonación venía del interior del departamento.

—¡La llave! — grité volviéndome a la señora Montparnaud — Deme rápido su llave.

Necesitó un momento para comprender, buscarla y tendérmela con su mano temblorosa. Con la otra mano se apoyaba en la pared de la escalera; Sofía, como ella, parecía mas muerta que viva.

En toda la casa se abrían puertas; yo veía rostros inquietos inclinados sobre la baranda y oía voces ansiosas que interrogaban:

—¿Qué hay?... ¿Qué ha ocurrido?

—Es en casa de la señora Montparnaud — grité yo — Baje alguno a la calle y vea si el humo sale por las ventanas.

Al mismo tiempo introduje la llave en la cerradura y abrí. Desde el vestíbulo, un olor acre me apretó la garganta. Sucesivamente, atravesé todas las piezas. Los cristales de las ventanas del cuarto que servía de escritorio al señor Montparnaud, estaban rotos y una caja fuerte colocada contra una de las paredes, abierta y destrozada por la explosión de un cartucho de dinamita.

Los vecinos, que habían penetrado detrás mío en el departamento, exclamaron:

—Señora Montparnaud ¡han hecho saltar su caja fuerte!

La viuda acudió enseguida, furibunda, enloquecida.

—¡Los títulos! — exclamó con voz estrangulada — Es que se han llevado los títulos.

El interior de la caja estaba vacía. Eso se veía a la primer ojeada. Yo me interpuse.

—Un momento — dije deteniendo a la viuda — hay que mirar ésto con sangre fría.

—¿Con sangre fría? — aulló ella agitando en el aire sus manos crispadas — ¡Sangre fría! ¡cuando me saquean! ¡cuando me asesinan!... ¡No nos faltaba mas que esta desgracia!

Estalló en sollozos; agotada por su furor y su desesperación, desfalleció, y yo me apresuré a hacerla sentar; ella quedó así, abatida y gimiendo, contenida por Sofía silenciosa y pálida.

—¡Cuiden la puerta! — grité yo sin ocuparme mas de ellas — Hay que registrar el departamento.

Pues, si los vidrios estaban rotos, sus armazones estaban instactos, y las ventanas sólidamente cerradas. Además, entre el momento en que se produjo la explosión y nuestra entrada en el departamento, no parecía posible que un ladrón hubiera tenido tiempo material para huir; entonces, si había habido robo, el culpable estaba aún allí, y se le iba a prender en un momento.

Yo examiné la caja fuerte — Los títulos estaban sobre el estante superior — gimió la señora Montparnaud — Abajo había dinero en un cofrecito.

Todo había desaparecido, menos el cofre que estaba vacío, el robo, era manifiesto.

En ese momento, los vecinos que venían de recorrer las piezas, entraron.

—No hay nadie — dijeron.

Yo quedé confundido.

—¡Nadie! — exclamé — ¿Y ninguna ventana abierta? ¿Cómo estaban las tapas de las chimeneas?

—Bajas. Además los conductos son demasiado estrechos para que un ladrón pudiera huir por ellos. ¡No! No había ninguna salida!

—¿Han mirado en los armarios?

—Y debajo de las camas. En todos lados.

Para más seguridad, fuí a abrir una de las ventanas.

—¿No han visto salir a nadie? — pregunté a las personas que se habían amontonado frente a la puerta.

Le respuesta fué negativa.

Decepcionado, volví a la caja fuerte.

—Sin embargo — murmuré yo — los títulos no se han robado solos. Y luego, ha sido necesario que alguien pusiera el cartucho.

No se entendía nada. Yo miraba desesperadamente la caja fuerte, pero, sin la esperanza de ver salir de ella la clave del enigma.

De pronto lancé una exclamación.

—¡El cartucho ha sido colocado en el interior de la caja fuerte!

Eso se veía por los rebordes de la desgarradura cuyos pedazos todavía adheridos, dirigían hacia nosotros sus puntas; evidentemente la presión del aire había tenido lugar de adentro hacia afuera; la placa arrancada, había sido proyectada en medio de la habitación y en la caja, no había ningún resto, ningún fragmento.

Examinando de más cerca el interior, descubrí el lugar donde había sido colocado el cartucho, en el ángulo izquierdo contra la puerta; encontré los resíduos de la mecha y los alfileres que se habían utilizado para sostenerla. Por el número de estos, deduje que era larga y que por consiguiente podía durar encendida mucho tiempo.

Ese nuevo misterio me abatió.

Para colocar así el cartucho, había sido necesario que el ladrón abriera primero la caja de hierro; y si la podía abrir ¿por qué hacerla saltar?

Por más que me torturaba el espíritu, no encontraba a ésta pregunta, ninguna respuesta satisfactoria.

Como las lamentaciones de la señora Montparnaud que habían empezado con más ímpetu me fastidiaban, impidiéndome concentrar el pensamiento, salí de la habitación y me refugié en la cocina.

Un detalle atrajo mi atención. El cajón de los desperdicios, habitualmente colocado bajo la pileta, debía haber sido sacado, revuelto y colocado luego precipitadamente. Algunas cáscaras y restos diversos, caídos en el suelo, testimoniaban esas evoluciones.

Cuando uno busca, no debe descuidar ningún indicio. Y saqué el cajón y lo volqué, luego, desparramé el contenido por el piso. El descubrimiento de una llavecita — que reconocí como la de la caja fuerte — recompensó mi investigación.

La tomé con una sonrisa de triunfo. Tenía la clave del enigma.

Si esa llave era la de la caja fuerte del señor Montparnaud, había sido escondida allí por el ladrón, después de haberla utilizado para abrirla. La explosión no era más que una astucia para despistar las pesquisas. Cuando ellas se efectuaran, el hombre ya estaría lejos munido de los títulos y del dinero, ¿Por donde había huido? ¿Por donde había entrado? Por la puerta, naturalmente. Si el tenía la llave de la caja de hierro, bien podía tener la del departamento. Existía una persona a quien lógicamente, se debía suponer en posesión de las llaves del señor Montparnaud. Ese. era su asesino.

Todo se explicaba y se encadenaba. Yo no tenía más que controlar y tendría así un extremo del hilo.

Volví al escritorio y me aproximé a los restos de la caja de hierro. La puerta estaba destrozada, pero, la cerradura estaba intacta. Me pude asegurar entonces que la llave que había encontrado, era la que correspondía a esa cerradura.

—¿Cuando se vacía aquí, el tacho de basuras? — pregunté volviendo cerca de las dos mujeres.

Sofía me miró sin ninguna benevolencia.

—¿Acaso se hacen semejantes preguntas? — dijo.

Yo me excusé.

—Eso tiene su importancia, se lo aseguro — repliqué mirándola con ternura.

—Lo vacían todas las mañanas — contestó lloriqueando la señora Montparnaud, tapándose la boca con el pañuelo.

Eso significaba, pues, que la llave había sido escondida ese mismo día por el ladrón.

Hice una nueva pregunta:

—Entre las llaves que tenía sobre sí el señor Montparnaud y que han desaparecido ¿se encontraba la del departamento?

—Naturalmente — respondió la viuda.

—¿Y la de la caja fuerte también?

—También. El llevaba todas sus llaves — dijo rencorosamente la señora Montparnaud — ¡Ah! yo no puedo decir que he sido feliz con él... Pero esto no impide que lo llore... — continuó sollozando, presa de una nueva crisis de lágrimas — ¡Ni un céntimo!... — ¡Dios mío!... ni un céntimo!... ¡Me lo han quitado todo! ¡Todo!

Yo, evitaba emocionarme por ese dolor legítimo, pero inútil. Además, la mirada de Sofía me interrogaba.

—¿Es que usted supone?... — preguntó en voz baja.

—Sí — dije yo con aire de superioridad — sí, yo supongo...

—¿Que es el mismo?

—El mismo. El sólo podría tener sus llaves. La había encontrado en el muerto, y quizás también, alguna libreta de notas, in-

dicando la clave de la caja fuerte y los valores que en ella estaban encerrados, tal vez estuviera también la dirección... Y él habrá venido... Habrá espiado cuando ustedes salieron... Eso denotaría que es un pillo audaz.

—Sí — dijo Sofía, pensativa — todo eso parece natural.

—Esté segura que todo ha ocurrido así— afirmé yo — El miserable nos dará bastante trabajo.

—¿Nos dará? ¿Porqué a usted? — preguntó Sofía.

Pero, fuimos interrumpidos por la llegada del Juez y del escribiente.

Redoblando sus gritos, la señora Montparnaud, quiso hacerles constatar enseguida el robo de que era víctima. Pero eso correspondía al comisario, a quien se había ido a avisar.

Ellos, venían para la colocación de los sellos y para el examen de los papeles. Reconociendo que la suerte se encarnizaba cruelmente sobre la pobre dama, ellos le suplicaron pues, que se sometiera a las formalidades legales.

Algo repuesta por ese llamado a las cosas prácticas, la viuda dijo que debía existir un testamento a su favor y afirmó con vehemencia que no se dejaría despojar por falsos parientes que solo se burlaban del muerto.

Bien que como consecuencia de los dos robos sucesivos, tanto sobre el cadáver como en la caja fuerte, la herencia se había visto reducida a casi nada, el juez estimó que debía prestarse a la búsqueda reclamada por la señora Montparnaud. Se instaló pues, ante el escritorio y se puso a hacer el inventario de los cajones.

—No veo ningún testamento — dijo después de un momento de laboriosa búsqueda —... Pero... — dijo de repente — ... aquí hay algo que tiene su importancia... Es una póliza de seguro de vida... ¡Oh! ¡oh!... pero la suma es interesante.... ¡Doscientos mil francos!

—¿Doscientos mil francos? — exclamó la señora Montparnaud, temblando de sorpresa.

Se puso pálida, luego roja, parecía que se sofocaba.

—¡Mi pobre marido! — sollozó — ¡Un seguro de vida! ¡Qué buena idea! ... ¡Qué buen hombre!...

Ella, pensaba que no podía ser otra persona la beneficiada por el seguro. Yo, que sabía por las confidencias de Cristini que ella iba a sufrir una desilución, seguía la escena con un apasionado interés, y veía en el fruncimiento del entrecejo del juez y en las expresiones de sorpresa que pasaban sobre su fisonomía que el desenlace se aproximaba y que era conforme a los datos que yo tenía.

—Es en fecto un seguro — dijo el juez — y perfectamente en regla... Sólo — agregó con aire de condolencia — que no es usted la beneficiada.

Los doscientos mil francos deben ser pagados a una señorita Pérandi.

La señora Montparnaud saltó:

—¡A Sofía! — rugió.

Sofía que también se había levantado, balbuceó:

—¿A mí?

Mi emoción no era menor. Cuando el juez pronunció el nombre de mi novia, me pareció recibir un gran golpe en la cabeza.

Aterrado, yo miraba al suelo, no atreviéndome a alzar los ojos.

¡Era Sofía la beneficiada! ¡Sofía!

En el fondo, no se explicaba tanto asombro.

Era natural que el señor Montparnaud, hubiera pensado asegurar el porvenir de su pupila. Quizás, la suma era un poco exagerada; pero cuando, no se tiene más que pagar las primas, uno puede aumentar la suma del seguro.

Lo que causaba mi turbación eran más bien las circunstancias en medio de las cuales, Sofía recibía esa demostración de magnificencia, la coincidencia extraña y trágica de la firma del contrato, y de la muerte del señor Montparnaud. Eso no dejaría de parecer extraño y de sugerir ciertas sospechas.

El conjunto de hechos ya las había despertado. Las alusiones del señor Cristini me resonaban en los oídos. No sin aprensión ya encaraba de nuevo la posibilidad del suicidio.

¡Pobre Sofía!

¿Pero el robo? ¿los dos robos?

¡Y me volvía loco!

Mientras me debatía en medio de una verdadera borrasca de sentimientos contradictirios, se desencadenó el furor de la viuda.

—¡Bribona! — gritó precipitándose camo una furia, sobre la desgraciada Sofía ¡Bribona! ¡Tú, me has robado!

—¡Llévese a la señorita! — me gritó el juez precipitándose para retener a la señora Montparnaud.

Mientras yo llevaba a Sofía pálida e inerte, al cuarto vecino, vi a la viuda debatirse entre los brazos del juez, presa de un ataque de nervios.

Mi compañera temblaba de tal manera que tropezaba a cada paso. La llevé al comedor y la hice sentar cerca de la ventana en el viejo sillón en que se sentaba la señora Montparnaud después de comer. Ella se dejó llevar, completamente trastornada. Yo me sentía casi tan emocionado como ella.

—¡Sofía! — exclamé golpeándole las manos para impedir que se desvaneciera — ¡Sofía!... ¡sea valiente, se lo suplico!

—Ya pasó — dijo enderezándose un poco — ¡pero tantos golpes en un día! ¡es como para morir!

—Todo se arreglará — balbucí yo — la señora Montparnaud se calmará y comprenderá.

—¡Ponerse en semejante estado por el dinero! — gimió Sofía — ¿Ha oído usted como me ha tratado?

—Olvide eso, usted conoce su carácter..

—¡Un matorral de espinas! ¡Estaba matando lentamente a su marido! ¡Si no es-

tuviera muerto, hubiera concluído por matarse! — exclamó la joven con exaltación.

—¡No diga eso, Sofía! — supliqué yo, espantado.

Felizmente estábamos solos. Pero esa simple alusión había precisado todas mis angustias.

—¡Dígame Sofía! — murmuré sin conseguir disimular mi ansiedad — dígame... ¿Anoche usted estuvo en Niza?

—¿Y donde iba a estar? — dijo alzando los hombros.

—¿Pero aquí? ¿en ésta pieza? — insistí.

—¿A qué hora?

—Entre las seis y las ocho.

—No, estábamos mi prima y yo, en lo de Orcelli. Cenamos allí y fuímos juntas al Casino.

Yo respiré.

—¿Hasta media noche? — pregunté yo, así alegremente.

—Hasta media noche.

—¿Y después?

—Después volvimos a acostarnos.

—Entonces, la señora Montparnaud podrá testimoniar que usted ha pasado la noche aquí?

—Claro, porque cuando su marido no está yo duermo en su cuarto ¿porqué me pregunta todo eso?

—Porque..... — respondí vacilando — porque...

Aliviado de un gran peso, yo me preguntaba si sería necesario ponerla al corriente.

Yo no había sospechado ni por un momento que mi querida Sofía pudiera estar mezclada en la muerte del señor Montparnaud. Pero, tenía demasiado presente en la memoria, las misteriosas insinuaciones del señor Cristini; me parecían ahora completamente claras y presentí, que por salvar el dinero de su compañía, él no retrocedería ante las más ultrajantes acusaciones. Estaba pues satisfecho de que Sofía pudiera justificar, si era necesario, y de manera indiscutible el empleo de su tiempo. Evidentemente, ella no podía haber estado entre las seis y las doce de la noche, en compañía de las señoras de Orcelli; en el Casino de Niza, y encontrarse al mismo tiempo en los alrededores

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . .

del túnel de Mezcla. Por ese lado no había nada que temer. El agente de seguros se dejaba llevar por su imaginación

Quedaba la cuestión del suicidio, pero en eso, los acontecimientos hablarían por sí mismos.

—¿Porqué me ha preguntado usted todo eso? — repitió Sofía con voz inquieta.

—Pensándolo bien ¿no valía más advertirla? Le sería así, más fácil evitar las trampas que le tendería la compañía de seguros.

—Escuche Sofía — le dije — le voy a dar una gran prueba de confianza, confesándome completamente a usted. Tanto peor para mi si usted me juzga severamente.

—Usted sabe bien que en ningún caso le juzgará severamente — replicó ella con ese tono zalamero que sabía tomar y que la hacía irresistible.

Entonces, con una franqueza que me costó muy poco, le conté mis locas ambiciones, mi chiquillería, la visita del Sr. Cristini y cómo yo, imprudentemente me había dejado llevar representando el papel de Paddy Well gone. Ella no se indignó como yo lo temía; y en ciertas partes del relato, una sonrisa fugitiva, enseguida reprimida, apareció en sus labios.

Pero, todo rastro de maliciosa alegría desapareció, cuando yo le relaté las palabras del representante de seguros, que podían aplicarse a ella.

Pareció muy afectada.

—¡Oh! — gimió ¡Qué malo es el mundo! Porque mi pobre padrino — éste era el nombre que ella daba al señor Montparnaud — ha querido mostrarse bueno con la pobre huérfana; he aquí que toda la gente está en contra mía!

—¡Excepto yo! — dije cariñosamente.

—¡Preferiría renunciar a ese maldito dinero!

—¡Por qué! — repliqué yo — Si legítimamente le pertenece, nadie tiene derecho a privarla de él. Hasta ahora todo parece probar que el señor Montparnaud ha sido asesinado.

—¡Oh! ¡llegarán a probar lo contrario! Pagarán personas que vendrán a afirmar mentiras.

—¡Yo quisiera ver eso! — exclamé — ¡Me conozco algo!

Ella me miró con aire soñador.

—¡Oh! — dijo lánguidamente — no es que yo sienta deseos de tener ese dinero... Además daré la mitad de él a mi prima...

Pero, con el resto nosotros nos podremos casar enseguida.

Yo enrojecí casi tanto como ella. Era la primera vez que hacía una alusión tan clara sobre nuestro casamiento.

—¡Sofía querida! — exclamé besando sus manos.

—¿Qué va usted a hacer? — dijo ella — Ahora se encuentra comprometido con la agencia.

—¡La enviaré al diablo! — dijo.

—Si es necesario confesaré la verdad.

—Eso será una tontería Antonin.

—Pero Sofía, yo no puedo sin embargo obrar contra sus intereses.

—¿Será eso obrar contra mis intereses? Usted constatará la verdad, eso es todo. Y yo tendré más confianza en usted que en cualquier otro.

—Es verdad — exclamé iluminado por esas palabras — mejos será que sea yo, quien se encargue de la pesquisa.

Mi imaginación, siempre pronta, me mostró el camino a seguir. En lugar de buscar hechos favorables a la causa del suicidio, buscaría aquellos que fortificaran la del asesinato, y quizás llegaría a descubrir al culpable.

—¡La suerte está echada! — exclamé con ardor — Sigo siendo Paddy Wellgone.

—En cuanto al dinero — dijo Sofía — no tenga escrúpulos.

Lo pondremos en mi dote.

La gloria, la fortuna y la felicidad, me esperaban al fin de mi camino. Me levanté enérgico y decidido.

—Mañana a primera hora, estaré en Mescla.

—¿Me tendrá al corriente de todo?

—¡De todo!

Iba a salir después de besar por última vez a mi bien amado; pero ella me detuvo.

—¿Y su trabajo? — preguntó.

—Corro a lo del ingeniero a pedirle unos días libres.

—Usted no puede confiarle la verdad... Escuche, puesto que usted va a obrar bajo el nombre de otro, es necesario que finja partir en otra dirección... Puede anunciar, por ejemplo que se va a Italia... y a Genes, por ejemplo.

—Es verdad — aprobé — Diré que he sido llamado por un pariente enfermo... Es necesario que corra a lo del ingeniero.

Es más o menos la hora en que come. Estoy seguro de encontrarlo. Hasta la vista Sofía, cuente conmigo.

—Hasta la vista, Antonin... si encuentra algún amigo, no olvide decirle que parte para Genes.... Eso podrá servirle más tarde de coartada en caso de que su Wellgone supiera qué ha tenido un socio.

Esta perspectiva poco tranquilizadora no enfrió mi celo. Por Sofía hubiera desafiado todos los peligros.

Salí furtivamente de la casa sin tratar de ver a la señora Montparnaud. Por respetable que fuera su dolor, la manera como se expresaba la hacía poco simpática.

Una hora más tarde, yo salía de casa del ingeniero, con mi permiso de vacaciones en el bolsillo y ganaba la calle de la Poissonnerie.

Una vez en mi cuarto, hice precipitadamente un paquete de ropa que puse en mi valija; luego, me decidí a sacar del cajón los billetes dejados por el Sr. Cristini. Esos subsidios eran indispensables para mi empresa, pues mi modesta bolsa de funcionario no me hubiera permitido la fuga que yo meditaba.

Maquinalmente, busqué mi cartera para guardarlos; no estaba en mi bolsillo, y recordé entonces que la había olvidado unos

días antes en lo de Montparnaud, donde Sofía, en broma, se había divertido en esconderla. Turbado por los acontecimientos había olvidado pedírsela; pero, como no contenía mas que mis papeles de identidad y tarjetas de visita con mi nombre, cosas de las cuales por el momento no tenía ninguna necesidad, no me preocupé mas de eso.

Pero ésto me recordó que era de otra categoría de papeles de lo que yo estaba absolutamente desprovisto ¿Era prudente ponerme en camino sin tener nada con el nombre de Paddy Wellgone? Para representar a mi personaje, era indispensable. Después de unos minutos de perplejidad, decidí desclavar de mi puerta la famosa tarjeta y guardarla en mi bolsillo.

Tomada esta precaución dejé ostensiblemente mi domicilio, comunicando a la propietaria mi partida. Tuve cuidado de hacerle saber que iba a Genes.

Luego, me dirigí a pié hacia un hotel de la avenida de la Gase donde me inscribí bajo el nombre de Laddy Wellgone.

III

Al día siguiente, poco antes de las cinco, yo estaba en la estación del Sur. En cuanto se abrió la ventanilla, saqué un billete para Tinée, pues, el primer tren no se detenía en Mescla, y me iba a ser preciso hacer a pié ese trayecto, bastante largo; felizmente me agradaba caminar.

A esa hora de la mañana, los viajeros eran escasos. No teniendo gran cosa que hacer, los empleados, los changadores y el conductor del tren conversaban mientras llegaba el momento de partir. Me aproximé al grupo.

Con mi valija, mis polainas, mis gruesos zapatos y mi bastón, yo tenía el aspecto de un turista.

Me saludaron y me dejaron mezclarme a la conversación.

—¡Parece que se hacen cosas limpias en esta línea! ¡Ahora les ha dado por matar a la gente!

—Anteanoche yo estaba en el tren — dijo uno de los empleados —¡Cuando pienso que he conversado con ese señor, quizás veinte minutos antes de que ocurriera eso!

—Es un crímen extraordinario — observé yo — Se pretende que estaba sólo en el vagón y que no se sabe cómo ha podido introducirse el asesino.

—Para mí — dijo el jefe del tren — ¡esa es una cosa que jamás se sabrá! Es necesario creer que alguien ha subido, puesto que lo han matado ¿Pero donde? No es antes de Malaussene, porque yo estaba con él, y me había ofrecido un cigarro. No es en Malaussene. Dirán que se puede subir a contra vía, en el momento de partir el tren, pero, en éste caso no es posible; a contra vía está la estación, y la mujer del jefe, los niños, la gente que estaba en ella, lo hubieran visto ¡Y nadie se ha apercibido! ¡Nadie! ¿Entonces?...

Escupió y miró con aire de desafío al círculo de auditores.

Nosotros aprobamos calurosamente.

—Es una cosa que no se puede comprender.

—Así mismo — dijo un changador — lo han matado.

—Y lo han robado — agregué yo —...A propósito ¿no había un baúl?

—Sí señor, un gran baúl rojo... Pero ¡eso es lo más extraño!

Todos los empleados bajaron la cabeza y cambiaron miradas de inteligencia.

—¿Que es? — pregunté intrigado.

—Figúrese señor, que una señora y una señorita han venido anoche, con alguno de la policía, para reclamar el baúl.

—Era la viuda — expliqué yo — Quería saber si el baúl también había sido robado.

—Eso es, señor. Como ella no presentó la boleta de equipaje, y el baúl no tenía dirección, se le pidió que explicara como era: un gran baúl, sólido, cubierto de cuero rojo, forrado en el interior, en fin, algo bien acondicionado. Luego, cuando ella hubo reconocido el objeto, se le permitió abrirlo.

—¿Entonces, ella tenía una llave? — pregunté yo.

—Casi todos esos baúles tienen dos. Una estaba en casa de la señora. Por suerte ella la había traído. Bueno, abrió ¿y qué es lo que se vió?...

Se detuvo, miró a sus compañeros como invitándolos a gozar de mi estupefacción. Todos se prepararon a hacerlo.

—¿Qué se vió? — repetí yo dócilmente.

—¡Piedras, señor! — exclamó al fin — ¡El baúl estaba lleno de piedras y de hojas secas!

Abrí tamaños ojos.

—¿Lleno de piedras? — exclamé.

—Sin embargo, parece que no era costumbre del tipo viajar con esa mercadería. Parece que al salir había adentro telas, sedas, y una cantidad de cosas ¡En fin una suma bastante importante! ¡Había que oir a la dama, señor! ¡Se ahogaba! ¡pateaba!

Yo me figuraba a la señora Montparnaud ante éste último descubrimiento.

—¿Pero, qué querrá decir eso? — me pregunté en alta voz.

—Eso quiere decir que le habían robado el contenido del baúl, como le robaron todo lo demás y que en su lugar han puesto piedras.

—Evidentemente — dije — ¿Pero cuando? ¿cuando?

—¡Ah, eso!... — dijo el empleado indicando con un gesto que le era imposible responder a esa pregunta — Todo lo que sé, es que no ha sido en el furgón.

—Sin embargo, después del crímen, el asesino hubiera podido deslizarse hasta allí.

—¿De qué manera?... Y luego, admitiendo esó. Ya se han visto muchas veces encomiendas abiertas durante el camino, y otros que arrojan los objetos a la vía, para ir a recogerlos enseguida. Pero, señor, aún no se ha visto que nadie pusiera piedras en lugar de las cosas que saca ¿De dónde hubieran sacado las piedras? Porque había por lo menos cien kilos. ¡Eso no se recoge

—Qué, ¿le gustan los dulces de esta casa?

—No son malos; pero yo por lo que vengo con frecuencia a esta confitería es porque no se fijan en los dulces que come uno. Yo me he comido ya siete pasteles, y sólo pienso pagar tres.

—Me alegro que lo diga. Soy el dueño del establecimiento.

---

sacando la mano fuera de un tren en marcha!

—Evidentemente — murmuré yo aplastado por esa lógica — Pero, entonces?

—Entonces, deben haber hecho el cambio antes, en alguna parte, tal vez de donde venía el tipo. No hay mas que buscar por ese lado. Es, quizás el mismo que ha dado el golpe. Primero había vaciado el baúl sin que el señor se apercibiera, y luego lo había seguido para matarlo y tomar el resto.

—Evidentemente — repetí.

Era necesario atribuir a un mismo origen esos diversos hechos, que aparentaban dos señales características: el misterio y la audacia. Como lo había dicho yo el día antes, para tener éxito en ellos, era necesario un bandido poco común. Para mis comienzos, iba a enfrentarme con un verdadero maestro. Eso no me disgustaba.

Se oyó el silbato del tren. Salté a un coche de segunda.

—Usted tiene boleto de primera, señor — exclamó jovialmente el jefe del tren.

—No quiero hacerme asesinar — respondí en el mismo tono.

A las seis, el tren me dejó en Tinée. Para llegar a Mescla, de donde debía comenzar el terreno de mis investigaciones, me era necesario recorrer a pié cinco kilómetros entre gargantas salvajes y murallas de rocas abruptas que se separaban para dejar pasar al Var, sobre el lecho del cual se habían superpuesto las vías del ferrocarril y un pequeño camino, muy estrecho.

El lugar era impresionante, y al recorrer esa soledad tranquila, animada sólo por el murmullo del Var sobre su lecho de piedras, sentía un estremecimiento que no era producido sólo por el fresco de la mañana — aunque el aire era más bien frío en el fondo de esas gargantas donde el sol, aún a medio día, llegaba difícilmente hasta el suelo.

Mientras iba caminando, yo pensaba que ningún lugar sería más apropiado que ése para la ejecución de un crimen.

Apenas había recorrido un kilómetro, cuando oí, detrás mío el ruido de un automóvil que llegaba del lado de Niza. Al llamado de la bocina me puse contra las rocas para dejarlo pasar, pues el camino como ya dije, era sumamente angosto.

Era un pequeño auto azul, de dos asientos, estaba naturalmente cubierto de tierra del camino. Iba un sólo hombre, envuelto en un abrigo de piel, con gruesos anteojos bajo su gorra. Al llegar cerca mío, disminuyó la velocidad me miró con curiosidad y se detuvo.

—¿Dónde vá? — me gritó.

—A la Mescla — respondí sin vacilar, pues semejante curiosidad no podía indicar mas que intenciones cordiales y uno de esos ofrecimientos a los cuales un peatón no es nunca insensible.

En efecto, el automovilista, indicándome el sitio vacante a su lado, me dijo:

—¡Quiere subir?

Me apresuré a aceptar expresándole mi gratitud. Y, tanto por mostrarme amable como por hacerme valer, le expuse, mientras el auto corría, el motivo de mi viaje.

El relato del crímen le interesó vivamente, no menos que los detalles inéditos que le dí sobre la personalidad del señor Montparnaud.

—¡Ah! — exclamó de repente, y yo sentí que me examinaba con curiosidad a traves de sus anteojos — entonces ¿es usted del oficio?

—Soy detective — dije con modestia.

—¡Bah!

Pareció vivamente sorprendido, y yo sentí que se imponía una presentación menos vaga. Al mismo tiempo, no pude resistir a la tentación de ganarme su consideración.

—Me llamo Paddy Wellgone—dije enrojeciendo un poco.

Con gesto brusco, mi compañero echó hacia atrás sus anteojos; al mismo tiempo, detuvo el automóvil y yo sentí, fija sobre mí, con una insistencia molesta la más extraña mirada que había visto hasta entonces. Eran unos ojos grises, claros y fríos, de tal manera penetrantes que parecían atravesarlo a uno.

Perdí la compostura y, maquinalmente, busqué en mi bolsillo la tarjeta del detective, que tendí al hombre.

La tomó la miró un instante y me la devolvió, diciéndome en un tono que yo no noté ninguna intención de burla, aunque fuera evidente en esa circunstancia:

—Tome su tarjeta. Quizás no habrá usted traído muchas.

Enrojecí, pensando que él debía haber observado, en los ángulos, las señales de los cuatro clavos, aunque yo me había ingeniado para hacerlas desaparecer.

Mi compañero, volvió a bajar sus anteojos y puso el auto en marcha.

—He partido un poco de improviso — expliqué yo, sintiendo la necesidad de disipar las dudas que él hubiera podido concebir — Voy a continuar éste asunto por cuenta de una compañía de seguros.

—¿De veras? — murmuró el automovilista.

Le expuse entonces el caso del señor Montparnaud.

—Es muy curioso — dijo amablemente.

No me pareció que él prestara gran interés a esos detalles que pareció escuchar con aire distraído.

—¿Paddy Wellgone? — repitió — Yo lo conozco de nombre ¿Es usted irlandés?

—En efecto — respondí yo, realmente fastidiado.

—¡Y no tiene la menor pronunciación! ¡Es admirable!

—Es necesario — dije secamente, para disimular mi confusión — No debo atraer la atención

Mi compañero buscaba en sus bolsillos. Su mano volvió a salir vacía. Hizo un gesto de mal humor.

—Una amabilidad merece otra — dijo— Me llamo Carlo Dolcepiano.

—¿Italiano? — le pregunté en esa lengua que yo hablaba tan bien como el francés, como muchos habitantes de Niza.

—¡Si, signor! — respondió riendo.

Su bigote negro y sus dientes blancos, si es que no se le hubiese notado ese acento piamontés que mis oídos acostumbrados no podían confundir, me hubieran confirmado esas palabras.

Continuó en italiano:

—Si usted no tiene inconveniente yo lo miraré operar. Este asunto me interesa No tengo apuro, pues me estaba paseando.

—Como guste — dije yo, halagado de desplegar mis talentos bajo los ojos de un admirador.

No hay, en la Mescla, ni estación ni pueblo. Es sólo un sitio donde el tren se detiene, un rincón entre dos hileras de rocas y dos túneles. El lugar es horriblemente lúgubre.

Cuando llegamos, vimos en lo alto del parapeto que bordea el camino, bajo el cua

pasa la vía, dos gendarmes y un empleado del ferrocarril del Sur caminando a lo largo del estrecho anden frente al edificio sin ventana que sirve a la vez de refugio y de galpón.

Descendimos cerca de los tres hombres, y supimos que habían depositado allí el cadáver y que iba a ser expedido a Niza en el próximo tren. La soledad hace locuaz; gustosamente, los gendarmes, respondieron a nuestras preguntas y nos resumieron los acontecimientos de la víspera.

El cadáver había sido descubierto cerca de la otra extremidad del túnel, mas o menos a las cinco de la mañana. Para no detener los trenes lo habían colocado a lo largo de las vías, lo que hubía perjudicado las constataciones ulteriores, basadas únicamente en el testimonio de los empleados que lo habían levantado. Se había telegrafiado inmediatamente a Tinée. Todo ésto había llevado tiempo, y la policía de Niza no llegó hasta las cuatro de la tarde. Una vez hecha la identificación, gracias a los papeles que él muerto llevaba sobre sí, los magistrados habían partido para comenzar el sumario, a Villars y decidieron enviar el cadáver a Niza para que fuera reconocido por la familia.

En cuanto a lo que concernía al asesino, no había aún ninguna pista; pero el crimen no dejaba por eso de quedar demostrado. Sobre ese punto, los resultados del sumario eran formales.

—Entonces — dije yo — ¿no es posible que él se haya suicidado?

Los dos gendarmes sonrieron compasivamente.

—Señor — dijo uno de ellos — le habían colocado la cabeza entre las piedras para que no pudiera quedar fuera del riel y para que el tren la deshiciera mejor.

—Entonces — dije yo ¿ya estaba muerto cuando lo pusieron en la vía?

—¡Si estaba muerto! Había recibido un tiro en la cabeza; se encontró la bala en medio de los restos.

Era concluyente. Si la compañía de seguros hubiera conocido esos detalles, probablemente no se hubiera tomado el trabajo de enviarme a mí.

El automivilista me tiró de la manga.

—¿Es que no va usted a pedir que le hagan ver el cuerpo? — me cuchicheó al oído.

Detras de sus anteojos, vi brillar su mirada. Debía ser aficionado a las emociones malsanas.

Sin embargo, como la idea que él creía sugerirme coincidía con mis propias intenciones yo acepte.

—¿Está allí dentro? — pregunté señalando el pequeño edificio.

—Si — respondió el empleado.

—Ustedes lo van a sacar dentro de poco, puesto que tienen que ponerlo en el tren.

El hombre adivinó mi deseo.

—¿Desea usted verlo?

—Si eso fuera posible...

El, consultó con la mirada a los dos gendarmes. Discretamente, el automovilista le deslizó dinero en la mano.

—Después de todo — dijo el empleado — habrá que abrir antes de la llegada del tren... Y no molestará que levantemos la sábana...

Los gendarmes consintieron y se apartaron un poco. El empleado abrió; nosotros vimos, tendido sobre unas tablas, una forma rígida, cubierta por una sábana. El macabro paquete fué abierto. El mismo estremecimiento de horror nos saludó a todos. Era imposible imaginarse algo más espantoso.

De la cabeza, no quedaba mas que una masa negrusca y ya disecada, una mezcla horrible de fragmentos de huesos, de sangre coagulada, de cabellos y de restos indiscernibles. El cuello estaba igualmente cortado, de suerte que el tronco parecía decapitado a ras de los hombros. Las manos estaban igualmente destrozadas y no presentaban mas que dos muñones ennegrecidos; los piés habían sido cortados a la altura de los tobillos, no se veían ni rastros de ellos. E nfin todo el cuerpo estaba calcinado, quemado en partes como si lo hubieran dado vuelta durante mucho tiempo sobre el fuego. No llevaba mas que restos de ropas; entre los lugares no quemados, uno de los lados del pecho había quedado indemne, y era, precisamente, el lugar donde estaba el bolsillo que contenía la cartera y los papeles. Yo reconocí perfectamente el traje que llevaba habitualmente el señor Montparnaud. Pero, si no hubiera sido por eso, jamás se hubieran podido identificar esos horribles restos.

—Es imposible que el tren haya sido suficiente para mutilarlo así — exclamé.

—En efecto — aprobó Carlo Dolcepiano.

—Han debido destrozarle antes la cabeza bajo un bloque de piedra y, en todo caso han tratado también de quemarlo.

Se veían perfectamente fragmentos de madera cabonizada adheridos al cadáver.

—Es lo que ha dicho el procurador — observó uno de los gendarmes.

—Querían hacerlo desaparecer — dijo sentenciosamente el automovilista — y fué después de haber constatado que eso era imposible, que el asesino ha debido colocar el cuerpo en la vía ?Cuanto tiempo hay entre el paso de los dos trenes?

—Una hora — respondió el empleado.

—Es poco — dijo Dolcepiano — Y luego, ¿cuando pasa otro tren?

—A la mañana. Lo recogieron antes del paso del primero.

—Las conclusiones le interesan — me dijo el automovilista — Desenrede usted entre ellas.

—Está todo désenredado — dije yo con convicción — El tiempo poco me importa. Constato que han querido hacer desaparecer el cadáver y que no han tenido un éxito completo. Eso me basta.

—Para hacerlo irreconocible — objetó el italiano — no habría que haberle dejado los papeles.

—Ni las ropas. Supongo que el hombre

EL DIARIO

MEDIANTE PODEROSOS MEGAFONOS TRANSMITIRÁ AL PÚBLICO

LA INFORMACION DE LOS PARTIDOS DEL CAMPEONATO MUNDIAL DE FOOTBALL SERA DIRECTAMENTE DESDE EL STADIUM DE MONTEVIDEO

EL DIARIO, siguiendo su norma de atender los servicios informativos que interesan al público, atenderá, una vez más, con la dedicación propia del acontecimiento, el desarrollo del Campeonato Mundial de Football, que se efectuará en Montevideo.

Para tal fin, ha contratado los servicios de una línea telefónica, que permitirá a los enviados especiales de EL DIARIO transmitir directamente desde el stadium Centenario de Montevideo todos los partidos por el gran certamen y en el cual intervienen, no sólo nuestros compatriotas sino tradicionales y poderosos adversarios, como los del Uruguay y del Brasil.

EL DIARIO, en ésta, como en otras circunstancias, no omite esfuerzos para bien servir a sus lectores, como así para poner en evidencia de que constituye siempre una fuente segura de informaciones de primer orden, en cuya seriedad y exacta medida se puede confiar, de acuerdo con una tradición jamás desmentida.

Los aficionados podrán oír frente a los poderosos megáfonos, que serán instalados en los balcones de su edificio en la Avenida de Mayo 662, en conexión con nuestra línea directa de Montevideo, la descripción minuciosa y atenta y los comentarios respectivos, que desde su puesto de observación en el stadium de la capital uruguaya harán los críticos y cronistas deportivos de EL DIARIO que, para tal objeto, parten oportunamente para completar en Montevideo los servicios que ya tiene allí contratados.

había reflexionado en la inutilidad de la tarea. De todas maneras se hubiera notado la desaparición del señor Montparnaud. Siempre se encuentran rastros de un crimen semejante.

—El hombre hubiera podido ganar tiempo — dijo el automivilista con aire soñador.

—Es defícil — expliqué yo — Antes del asesinato, han robado el contenido de un baúl perteneciente a la victima y, al día siguiente, con ayuda de llaves encontradas sobre el cadáver, han robado la caja fuerte. Esos diversos robos, coincidiendo con la desaparición del viajante de comercio, necesariamente hubieran despertado sospechas.

Y conté todo lo que yo sabía relativo a esos acontecimientos.

—Lo que me asombra — dije yo para concluir — es que las diferentes fases de ese crimen denotaron a la vez, una profunda habilidad y una increible estupidez. Parece haber sido concebido y ejecutado por dos personas diferentes, un bandido, astuto y un tonto. Es desconcertante. El crimen, los dos robos y la desaparición del criminal han sido ejecutados con una habilidad extraordinaria, si así puede decirse. Pero la mutilación del cuerpo, la tentativa de incineración y, en fin el abandono sobre la vía para hacer creer un accidente son obra de un tonto falto de razonamiento.

Mis auditores convinieron en ello.

Antes de proseguir mis investigaciones, tenía que esperar que pasara el tren. Miré por última vez el cuerpo del infortunado señor Montparnaud.

—¿Pero los pies? — exclamé de repente — Es imposible que no quede algún rastro, ni aún de zapato.

—Han debido ser cortados, — dijo Dolcepiano, cuyos ojos se fijaron en los muñones.

—No había pensado en eso — dijo el empleado — Quizás si se los hubiera encontrado se hubieran encontrado bajo el túnel.

Cambié una rápida mirada con el automovilista y él comprendió la significación, pues sonrió.

—Quizás — respondí yo con el aire más indiferente que pude adoptar.

Llegó el tren. Los gendarmes pusieron el cuerpo en un furgón de cola, subiendo ellos y el empleado.

Cuando el convoy se hubo alejado, me volví hacia Dolcepiano.

—¿Vamos al túnel verdad? — preguntó sonriendo.

—Naturalmente — respondí poniéndome en marcha.

El me siguió balanceando la manivela de su auto que había sacado por precaución, aunque en ese camino desierto, la máquina no corría ningún riesgo.

Yo me había hecho indicar por el empleado la topografía del lugar en que había tenido lugar el lúgubre hallazgo. Lo encontramos sin trabajo. Mi compañero sacó del bolsillo una linterna eléctrica, de una apreciable potencia y se puso a alumbrarme.

La soledad, el aislamiento completo de toda habitación, había hecho imposible el peregrinaje habitual de curiosos: sólo los empleados y los magistrados habían ido al lugar del crimen, en precaución de no caminar fuera de las vías para evitar, el pisotear el terreno sobre el cual había sido depositado el cadáver. Ya nos habían puesto al corriente de éste detalle. Así, que mi corazón latió fuertemente, cuando vi los rastros de pasos profundamente hundidos en el suelo.

—¡El asesino! — murmuró designándolos — El llevaba el cadáver.

En efcto algunos pasos se aproximaban al lugar en que había sido colocado el señor Montparnaud; otros se alejaban volviendo hacia la salida del túnel, éstos eran mucho menos claros. Libre del peso del cuerpo de su víctima, el criminal caminaba, casi sin dejar rastros.

Me incliné para examinar las señales; mi complaciente compañero me alumbró.

—El hombre llevaba zapatos finos — dije — No era un paisano.

—¿Cree usted? — me interrogó Dolcepiano con tono ligeramente burlón.

Un poco molesto, hundí mi propio pié, en medio de los cascotes. Mi grueso zapato hizo un agujero enorme.

—Ahora usted — dije yo observando que el automovilista llevaba zapato de ciudad.

—Ya que usted quiere... — dijo sonriendo y alzando imperceptiblemente los hombros.

Obtuvo una marca idéntica a las que yo atribuía al asesino.

—¡Ve! — dije triunfalmente — ¡Compare! Es imposible confundir.

El hombre llevaba zapatos semejantes a los suyos.

—¿Y qué prueba eso? — preguntó Dolcepiano tranquilamente. Usted tiene zapatos gruesos. En la montaña, ese detalle no permite identificar la posición social de un individuo.

—¡El hombre llevaba zapatos finos! — insistí — ¡Zapatos finos en plena montaña!

—¡De acuerdo! — replicó el italiano — pero...

Nuestras miradas se detuvieron al mismo tiempo sobre dos manchas grises, a pocos pasos de nosotros, contra la pared del túnel.

—¡Oh! !oh¡ — exclamé precipitándome.

—¡Oh! !oh¡ — repitió el automovilista.

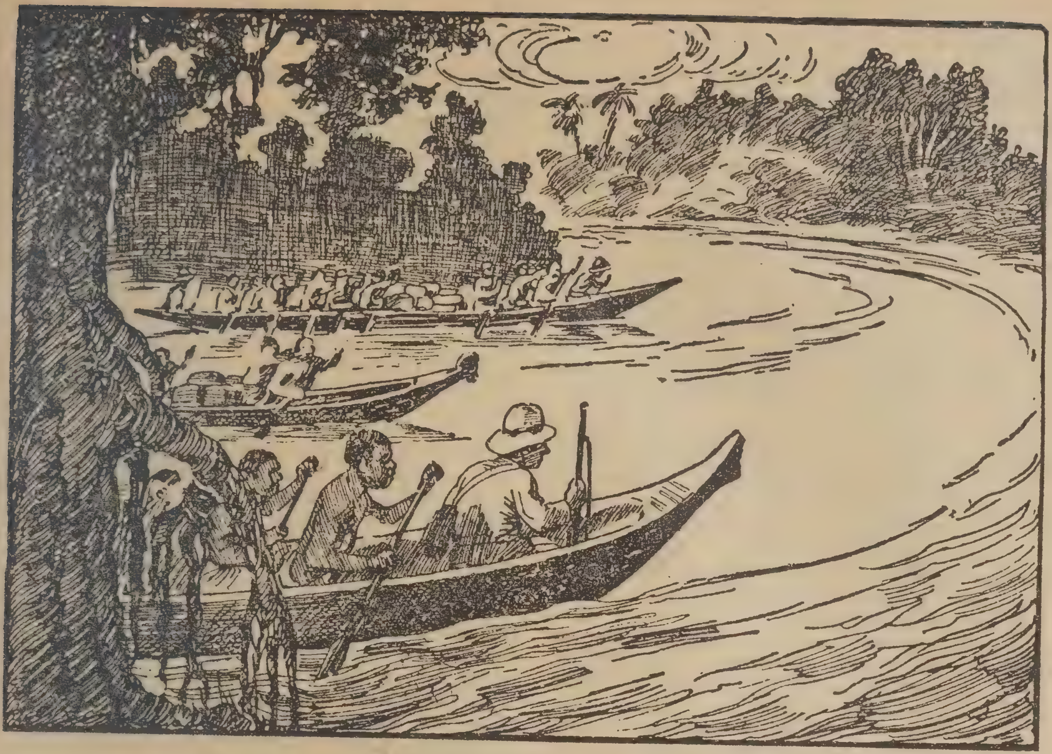
Eran dos gruesos zapatos, dos gruesos zapatos. con suela de clavos, polvorientos y muy usados. Estaban vacíos.

No son los de la víctima — dije dejándolos caer decepcionado.

Mi compañero los recogió y se puso a examinarlos.

—A menos que — dije súbitamente ilusionado — a menos que el asesino haya hecho una sustitución, Habrá tomado los zapatos del cadáver y... ¿pero porqué sus pies no están dentro?... ¡Siempre la misma incoherencia!

(Continuará)



LA TIERRA DEL TERROR

Por DUNCAN STORM

Novela de emocionantes aventuras en el interior de Africa

(Conclusión)

Y dió un golpe al camello en el hocico procediendo a hacer que Jabez Sleck se apeara.

Jabez Sleek se había tranquilizado algo. Se sentía cohibido y avergonzado entre aquellos muchachos que habían arriesgado la vida por salvarle. Se daba cuenta de que había cometido una infamia descubriendo el secreto de Pedro Grief, su patrón, y vendiéndolo a Pedro Grief a su gavilla.

Cuando estuvieron encendidos los fuegos del campamento, distribuyeron provisiones, de las que el kalifa les había regalado con toda generosidad. Jabez se sentó separado de sus compañeros Aún estaba nervioso y temblaba de vez en cuando de pies a cabeza, pues había pasado por todos los terrores del mundo cuando se percató de que sus compinches le habían dejado abandonado en la Ciudad Roja.

Pero los muchachos le llamaron, diciéndole que se acercara a su hoguera, y le dieron la ración de agua, carne y dátiles que constituía la cena.

Fué entonces Arturo el que se encargó de dirigir a Jabez Sleek un pequeño sermón.

—Mire, Jabez, — díjole. — Usted procedió como un cerdo con nosotros y ya vió lo que salió ganando. Nunca ha salido bien el que se ha dedicado a traidor y a espía. Ahora tiene usted ocasión de enmendarse, cambiar de conducta, y volver a ser una persona decente. Nunca es tarde para arrepentirse. ¡Le doy mi palabra de honor! Yo, Arturo Magamaumtumtum, famoso en toda Africa por la música de mi flauta armónica. Soy "el que hace música con la boca" ¿Sabe? ¡He hablado! ¡Bah! — terminó Arturo, imitando el final de los discursos de los pieles rojas.

Y armando un cigarrillo, Arturo se dispuso a fumar un rato antes de dormir, dejando que sus palabras hicieran su efecto en el ánimo del desdichado Jabez Sleek.

A la mañana siguiente, tan pronto como la primera ráfaga de fuerte viento hubo limpiado el valle de gases deletéreos, los cargadores y los remeros penetraron rápi-

damente en el valle y sacaron todos los fardos del equipaje que allí habían abandonado al final de su peligroso paso.

Cargaron los bultos en los camellos y la expedición se dirigió, lo más rápidamente que le fué posible, a los confines del territorio del kalifa.

Llevaban un buen guía para que les enseñara el camino, pues orientarse en el desierto, que parece un ondulado mar de arena, es cosa muy difícil para los que no lo conocen bien. Cruzaron todo el día aquellos resecos arenales, y al ponerse el sol llegaron a un sitio donde había un pozo con agua fresca y pura y un grupo de palmeras.

Los soldados del kalifa que escoltaban a la expedición, se mostraban inquietos porque habían distinguido a lo lejos, siguiendo el mismo rumbo de la caravana, una serie de señales en la onduiante arena.

Los moros dijeron que se trataban de huellas de leones que seguían de lejos a la caravana, y que las fieras debían constituir un grupo numeroso.

Cuando la oscuridad se extendió por el desierto, se oyeron los lejanos rugidos de un león macho. A aquel rugido contestó otro, y luego otro y otro.

De pronto, los rugidos resonaron en torno del campamento, en varias direcciones, y en torno del círculo que formaban los fuegos del campamento se vieron oscuras siluetas que se movían en círculo.

Los leones, desesperados por el hambre que sentían y por el olor de los camellos, se reunían en torno del campamento para atacar.

Se oyeron dos detonaciones.

El rifle de Arturo y otro habían hecho fuego. Se oyó un gemido y un rugido, demostrando que las balas habían dado en el blanco.

Un camello rodó lanzando un grito agudo, en el momento en que un bulto grande, que se distinguia confusamente en la oscuridad, se arrojaba sobre él y con un solo zarpazo dirigido al cuello, le desnucó en cuanto estuvo en el suelo.

Otros bultos oscuros pasaron por delante de los muchachos y un grito de uno de los guardias moros avisó en el instante en que un león, después de agarrarle como un perro a una rata, huía con él entre los dientes.

Oyéronse dos detonaciones más. Harry y Juan habían hecho fuego apuntando hacia dos ojos que brillaban como discos fosforescentes, en la oscuridad.

Se oyó un gemido y el ruido de algo que cayó. Los tiros habían sido certeros. El león que atacaba había caido en la arena con dos balas en la cabeza.

—¡Buena puntería, muchachos! — gritó Arturo, guarecido detrás de su camello. — ¡Gracias! Ese león venía a buscarme.

Se oyeron entonces gritos de alarma de los nativos y de los moros. No se había visto jamás semejante ataque de leones. Se acercaban sin miedo a los tiros, saltaban metiéndose en el campamento, precipitándose sobre los acostados camellos, enloquecidos por el hambre.

Rob, con un reluciente cuchillo en la mano, había herido a un león cuando pasó ante él, hudiéndole el cuchillo en el corazón. La fiera cayó y quedó inmóvil, con el cuchillo clavado en el pecho.

Rob se deslizó para recobrar el cuchillo. Arturo hacia fuego rápidamente hacia un grupo oscuro que se veía a su derecha. Dos leones gigantescos arrastraban y destrozaban el cuerpo de un camello muerto tratando de llevárselo a la oscuridad.

Bala tras bala se alojó en el cuerpo de los leones. Cada uno de ellos, al ser herido, dada un salto y quedaba inerte.

Nada pudo jamás superar a lo salvaje de aquella pelea. Los hambrientos leones parecían surgir de todas partes, sin miedo a los tiros. Los rugidos se transformaban en gritos de dolor cada vez que una bala atravesaba una mandíbula o se alojaba en el esternón de una de las fieras.

Harry estaba colocando otra serie de cartuchos en su rifle cuando, con la rapidez de un tren expreso, un enorme león pasó por su lado, errando el golpe que dirigía al joven. En un instante se volvió como un enorme gato y apoyó una zarpa en Harry como reclamando la posesión de aquella presa. Tenía las uñas escondidas entre sus aterciopeladas manos cuando un grito le llamó la atención. Pero Harry sintió que el peso de la fiera le oprimía la espalda.

Entonces el león abandonó a su victima y se volvió en el instante en que un hombre, gritando como un demente, hundió la lanza de uno de los negros en las costillas del león. Este se dirigió a aquella figura y la echó al suelo de un golpe. Tutú, el leopardo, se arrojó sobre el león, rodando los dos por el suelo mientras sus poderosos dientes tomaban al león del cuello y le destrozaban el gaznate, haciéndole caer sin vida junto a su matador.

Arturo acudió corriendo a levantar a Harry.

—¿Herido ,compañero? — preguntó con ansiedad.

—No, — contestó Harry. — ¿Pero donde está el que me salvó?

Corrieron hacia donde estaba el león, junto al cual se hallaba el leopardo. Medio oculto debajo del cuerpo del león muerto, estaba Jabez Sleek, insensible y herido, pero respirando aún.

—¡Buena hazaña, Jabez! — dijo Arturo. — Este hombre está empezando ya a cambiar de modo de ser. Yo vi lo que pasó. El fué quien le salvó, Harry, él mismo.

Entonces se volvió hacia Rob.

—¡Hola, Rob! — gritó, — Llame a su leopardo. Está muy excitado con todo esto y no me atrevo a acercarme a él, y Jabez está medio oculto por el cuerpo del león.

Robbi llamó al leopardo, que obedeció dócilmente a su llamado. Entonces los muchachos levantaron el cuerpo del león y sacaron a Jabez Sleek de debajo de él.

El ataque de los leones había sido dominado. El que cayó a manos de Jabez fué el último que saltó al campamento.

Pero cuando Pedro Grief curó las heridas del infeliz que se había presentado bajo un nuevo aspecto. Arturo puso en ejecución un plan que había meditado durante algunos minutos.

Arturo sabía dónde estaba todo, aun en medio de aquella confusión, porque había dirigido la carga de los camellos. Se dirigió a toda prisa a un cajón que contenía dinamita y sacó de él cuatro cartuchos, los fulminantes y unos rollos de mechas de combustión rápida.

—¡Dinamita es lo que hace falta! —murmuró. — Lo que fué bueno para la columna del viejo kalifa, será bueno para los leones. Les voy a dar una buena sacudida o dejo de llamarme Arturo.

Pasando aviso para que nadie siguiera tirando, corrió temerariamente, en la oscuridad, hacia un sitio, cien yardas más allá, a donde los leones se habían llevado un camello muerto. Encontró dos leones muertos caídos sobre sus víctimas.

—Mañana de mañana me apoderaré de su piel, amigos míos, — murmuró Arturo. — Me voy a hacer varios chalecos de piel de león.

Vió a los leones que se deslizaban cautelosamente en la oscuridad, cerca de él, pero no hizo caso de ellos y metió los cartuchos de dinamita dentro del cuerpo del camello muerto.

Una vez hecho esto retrocedió a todo correr hacia el círculo donde estaban reunidos camellos y hombres, sin haber sufrido nada. Se comprendía que los tiros y los gritos habían asustado algo a las fieras, que seguían en la obscuridad, pero, prudentemente, sin acercarse.

—Están asustados, — dijo Arturo cuando estuvo acurrucado detrás de su camello, con los extremos de las mechas en la mano. —Pero creo que esto les acabará de asustar definitivamente.

Escuchó con toda atención. Se había producido un intenso silencio y los hombres reunidos a una voz de Pedro Grief, estaban echados detrás de un muro de camellos, con los rifles apuntando a la oscuridad, esperando otro posible ataque de los leones.

De pronto, en la oscuridad. Arturo oyó rugidos, procedentes del sitio donde estaba el camello muerto. Media docena de leones se habían precipitado sobre el cuerpo y lo estaban destrozando.

—No van a tener que esperar mucho, — murmuró Arturo mientras encendía cuidadosamente las mechas que tenía en la mano, aplicando un tizón de la hoguera.

Se oyó un leve ruido. Se vió una pequeña chispa que fué corriendo por la arena en la oscuridad. Arturo miró su avance con atención.

—Ven aquí, Rob, viejo compañero, — dijo al joven salvaje. — Ahora va a ver cómo se cazan leones según mi sistema.

La chispa fué corriendo por la oscuridad hacia el camello muerto, que estaba rodeado de hambrientos leones, cada vez más numerosos, que rondaban y rugían, disputándose

PUCKY

—¿Qué pesa más; un kilo de plomo o un kilo de carne?

—Un kilo de plomo.

—No puede ser. Fíjate bien.

—Estoy seguro. Soy hijo de carnicero.

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

Señorita:

Vd. puede destacarse entre sus amistades si se presenta vistiendo modelos desconocidos para ellas y que son las últimas creaciones de los más afamados modistos.

Esas novísimas creaciones las conocerá Vd. comprando

EL DIARIO

EL DIARIO decano de los diarios de la tarde, publica los Jueves una página de modas con modelos impresos a cuatro colores que le guiarán sobre las últimas creaciones tanto en línea como en colores y calidad de telas.

Para estar informada compre todas las tardes EL DIARIO

Para seguir la moda, compre "EL DIARIO," los jueves.

Puede obtenerlo también con este cupón.

Sr. jefe de circulación de "EL DIARIO"

Avenida de Mayo, 662 - Buenos Aires.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO del próximo Jueves.

Nombre y apellido . . . .

Domicilio . . . .

Localidad . . . . F. C. . . . . . .

los unos a los otros los pedazos del camello.

Los leones estaban demasiado hambrientos para fijarse en la chispa que se dirigía a ellos por la arena.

De pronto se vió un fogonazo y se oyó un estampido que repercutió en toda la extensión del desierto. Los cuerpos de ocho leones, muertos por la explosión, saltaron por los aires. El cuerpo del camello muerto y los de los leones, se hudieron en un pozo que el explosivo abrió en la arena.

Los camellos, asustados intentaron huir, pero fueron detenidos por sus guardianes moros.

Después reinó el silencio.

—¡Ya está! — dijo Arturo triunfante. —¡Creo que con eso se termina por ahora el asunto de los leones! Estoy seguro de que los que quedaron vivos están corriendo ahora lo más ligero que pueden. ¡Arturo es el que entiende de leones! Ya verán!

El resto de la noche transcurrió sin mayor novedad. Por la mañana se vió que había quince leones muertos, a tiros o por la explosión. Dos moros habían sido llevados por las fieras y tres camellos habían muerto.

Arturo insistió en llevarse la piel de un león como recuerdo de la memorable batalla y con dos de las pieles hicieron una litera para llevar a Jabez Sleek, que, una vez que Pedro Grief le hubo curado y vendado las heridas, fué tendido en ella. Las heridas de Jabez Sleek eran más graves de lo que, en el primer momento, parecieron. Además estaba muy débil, así que se decidió dejarlo en una aldea mora de junto al camino, para recogerlo al regreso de la expedición.

A esta aldea llegaron a la siguiente noche. Era un pequeño grupo de casas blanqueadas, edificadas en torno de una enorme y esculpida roca de granito, en forma de cabeza peinada a la egipcia.

Pedro Grief se fijó en aquella cabeza y luego en las montañas que se distinguían a un lado y comenzó a recordar lo que le había pasado hacía muchos años. De pronto, su rostro cambió de expresión. Corrió al pie de la esculpida piedra y, con una pala que pidió, comenzó a abrir un agujero en la arena de junto a su base, mientras los muchachos le miraban asombrados.

LA MONTAÑA DE ORO

Abriendo un hoyo en la arena, al pie de aquel extraño ídolo de granito rojo. Pedro Grief lanzó, de pronto, un grito de triunfo, pues había encontrado entre la arena una caja de hojalata vieja y herrumbrada.

—¡Está aquí, muchachos! — exclamó. — Aquí está el plano de los caminos de la montaña que yo hice cuando pasé por aquí deshecho y medio loco por las penurias sufridas durante mi viaje a través de Africa. Lo escondí aquí porque no me atrevía a llevarlo, temeroso de que los naturales me lo robaran.

"Es el mapa de la última parte de nuestro viaje, el camino de atajo a través de las montañas, que nos permitirá llegar a la Montaña de Oro, antes que Luis Coffin y su gavilla. Ahora se nos ha adelantado. El y su gavilla pasaron ayer por la aldea y han llevado a un hombre de los de la misma aldea para que les guíe por los caminos de la montaña.

—¿Dónde se enteró usted de eso? — le preguntó el capitán Bones.

—Me lo dijo el jefe de la aldea.— contestó Pedro. — Está temblando y como loco, al pensar que ha dejado pasar a los pillos. Pero ellos les mostraron un pasaporte firmado por Abú-aben-Abú, el extinto kalifa de la Ciudad Roja, además de una carta ordenando a las poblaciones que les prestaran protección. Pero el tiempo urge. Debemos llegar a la montaña de oro antes que esos pillos, pues el que ocupe el vado que queda al pie, domina la posesión de la montaña.

Pedro se puso en acción rápidamente. Se proponía llevar tan sólo la mitad de sus hombres. Los remeros quedaron en la aldea custodiando el equipaje y a Jabez Sleek al que instalaron en una de las mejores casas

—¡Caballero, le prohibo que me dirija la palabra! No le conozco de nada.

—Me llamo Enrique.

—¡Ah! Entonces hable usted.

de la aldea, atendido por Okimbi, el jefe de los remeros, qu eera un excelente enfermero, muy hábil en la curación de heridas.

A la mañana siguiente, la expedición que iba a ir a la Montaña de Oro, estaba organizada. La formaban hombres escogidos que llevaban rifles, cuerdas para subir a lo alto y provisiones para seis días. Pedro había preparado bien esta parte del viaje, y las provisiones consistían en penmican, extracto de carne y chocolate, sustancias todas muy alimenticias y de poco bulto.

Entonces Pedro dirigió a sus hombres un breve discurso. Les dijo que había escogido a los cargadores más prácticos y que los remeros, acostumbrados al manejo de las canoas, na hacían falta y convenía realizar la marcha con la mayor rapidez posible, a fin de llegar a la Montaña de Oro antes de los hombres malos. Prometió buenas recompensas a los que figuraban en la expedición y les dijo que dentro de seis días estarían de regreso en la aldea, con suficiente cantidad de la preciosa hoja dorada para hacerlos ricos a todos.

Los hombres vivaron y aplaudieron entusiasmados. Tenían completa fe en Pedro Grief y en sus compañeros, y le hubieran seguido a cualquier parte, especialmente si hubiera estado para animarles la música de la flauta de Arturo.

En el primer momento la marcha fué fácil. Después, cuando hubieron pasado por la hendidura de lo alto de la montaña, se encontraron en una serie de pasos pedregosos que eran dificilísimos de vencer.

El camino, o mejor dicho sendero, por donde iban, recorría las paredes de ardiente rosa, y no tenían más que un ancho que a veces no llegaba a dos pies. Del otro lado estaba el abismo, de dos mil pies de profundidad.

Por suerte, reinaba un tiempo encantador, y casi no corría viento ninguno. Atados por sogas, en grupos, con los rifles a la espalda, pasaron sin accidente por uno y otro peligroso desfiladero desafiando temerariamente al abismo.

Durmieron aquella noche a la orilla de una garganta llena de nieve, pues ésta, a tal altura, permanecía sin disolverse aun cuando la hirieran los rayos del sol africano. Los negros acostumbrados al calor tropical del río Bana-Bana, tiritaban de frío y hasta les castañeteaban los dientes.

No había nada con que hacer fuego; nada más que piedra y nieve.

Umpopo, el cazador, declaró que aquello era estar en el techo del mundo.

Los infortunados negros sufrían muchísimo a consecuencia del frío. Sabían que no era posible retroceder y que había que seguir adelante y miraban a Pedro Grief como suplicándole que hiciera algo en su favor.

—¿No se podría hacer algo en favor de esta pobre gente? — dijo Arturo a Pedro, después de la comida. — Está sufriendo tanto a consecuencia del frío.

Peter abrió el envoltorio que contenía lo último que quedaba de la maravillosa hoja de oro que había traído.

—No quería empezar a darles esto hasta que estuvieran más cerca del final del viaje. — dijo, — pero como usted lo dice muy bien, los pobres negros están exhaustos aun cuando estemos en el primer día de nuestra marcha.

Sacó un calentador de alcohol sólido y en un recipiente calentó un poco de agua en la que puso en infusión la tercera parte de las hojas que aun le quedaban. Mezcló la infusión con suficiente cantidad de nieve derretida a fin de que hubiera medio vaso para cada hombre y fué administrando la dosis a cada uno de los hombres.

Aquel extraordinario estimulante pareció dotar de nueva vida a aquellos hombres, infundiéndoles nuevo calor y nueva vida. Los negros se rieron de las penurias pasadas y de las fatigas del día.

Durante tres días continuaron avanzando por el terrible país, subiendo hasta vertiginosas alturas y pasando por los senderos más extraños y más escarpados.

En la tarde del tercer día, un grito brotó de todos los labios. Habían llegado a la boca de una salvaje garganta, y bajo ellos, a la luz del sol poniente, se extendía un territorio, en cuyo primer término se levantaba una colina cónica que brillaba a la luz del sol, cual si fuese de oro.

Era la "Montaña de Oro", donde estaba la hoja de oro. Se veía, cubierta, del pie a la cumbre, de arbustos que tenían esas hojas que poseían la virtud de dar nueva vida. Había allí millones de arbustos, y cada hoja valía varias veces su peso en oro. Era suficiente, la cantidad de hojas que allí había, para aliviar los dolores de todos los enfermos del mundo. No se había descubierto nada parecido a aquella hoja de oro desde que los jesuitas conocieron la quina y la quinina en Sud América y la enviaron a Europa.

Anochecía, cuando llegaron al vado que estaba al pie de la Montaña de Oro. Se hallaba a unos doscientos pies del sitio donde comenzaban a crecer los arbustos.

Pedro organizó sus fuerzas a la orilla del río, debajo de la línea de arbustos, de modo que dominaran el vado, y dió orden de no dejar que nadie se acercara a los arbustos de las hojas de oro hasta que él lo mandara.

Acamparon allí aquella noche y a la mañana siguiente se dividieron en grupos para ir a recoger las hojas, mientras alumbraba el sol. Las hojas fueron cuidadosamente empaquetadas en bolsas de diez libras cada una que fueron cosidas con todo cuidado y puestas en prensa bajo grandes piedras. A eso de medio día, todá la cantidad de hojas que podían llevar estuvo recogida y empaquetadas. Había más de mil libras en total, y su valor en dinero podría calcularse en más de un millón de libras esterlinas.

Ya era tarde, aquel día, cuando oyeron los gritos de la columna de Luis Coffin, compuesta, — como lo vieron cuando estuvo a la vista, — de toda la ralea que había ido recogiendo por el camino. Se comprendía que habían hecho esclavos a los negros contratados en Bana-Bana pues les azo-

taban al marchar, unos guardianes moros y árabes, armados de látigos.

—Ahora sí que vamos a hecerles pasar un mal rato, — dijo Arturo, empuñando el rifle y guareciéndose detrás de una roca.

Coffin había distinguido el pequeño grupo de defensores que estaban en el vado y desplegaba ya a sus guerreros en la opuesta orilla del río. Vió la fuerza de la posición ocupada por los ingleses, pero confió en la superioridad de sus fuerzas y en la habilidad militar de su asociado, el capitán Otto Schneider, el arrojado del ejército alemán por cruel, para lograr vencer el paso del vado.

—¡Ya los tenemos ahora, ingleses! — gritó. — Ni uno solo de ustedes va a volver a su casa a contar el cuento.

—¡Bah! — dijo Arturo con desprecio. — ¡Vaya a Londres a tirar de la locomotora del maní, que con seguridad se ha dejado allá!

Y con estas palabras comenzó la batalla por la posesión de la Montaña de Oro.

Comenzó con tiroteos que no causaron mayor daño en ninguno de los dos campos. De pronto, con grande asombro de parte de los suyos, Pedro cuando anocheció, dió orden de abandonar las posiciones que ocupaban y retirarse, cruzando la montaña.

Los muchachos se quedaron asombrados, pero el capitán Bones que ejercía el cargo de teniente de Pedro, guiñó un ojo y les dijo con intención:

—¡Estrategia muchachos! ¡Estrategia! Ustedes reben callar. El sabe lo que hace.

Un grito de sorpresa y de satisfacción brotó de las filas enemigas cuando vieron que las fuerzas de Pedro Grief se retiraban de sus buenas posiciones y desaparecieron por entre los árboles, dejándoles enteramente libre el paso del vado.

En el primer momento, creyeron que se tratara de una estratagema y no avanzaron pero luego lo hicieron cautelosamente. Los muchachos oían sus gritos de triunfo al ver que los ingleses habían desaparecido y no estaban por ninguna parte.

Mirando hacia abajo, vieron los muchachos que Luis Coffin y su gavilla de pillastres cruzaba el río, dejando a los infortunados negros del otro lado.

Coffin no deseaba que los negros se enteraran del secreto de la hoja de oro. Ha-

—Caballero... ¿Tiene usted la bondad de darme un fosforito?

bía decidido que una vez que hubiera vencido a Pedro y a su gente, volvería hacia la costa y mataría a todos aquellos negros, por aquello de que los "muertos no hablan".

Los muchachos sintiéronse asombrados cuando Pedro les llevó a través de la montaña, cruzando por entre los olorosos arbustos de las hojas de oro.

Arturo tocaba una alegre musica en su flauta, mientras descendían por el otro lado de la montaña y cruzaban el río que rodeaba su base, dejándola así en poder de sus enemigos.

Cuando ya era de noche, oyeron gritos en lo alto de la montaña y disparos hechos en señal de alegría.

El brillar de las hogueras indicó que habían acampado en lo alto de la montaña. Luis Coffin había dominado la posición de los sitios más altos y desde ellos se disponía a defenderse contra los que llegaran. Con seguridad pensaba fortificar su situación allí.

Pero Pedro no hizo ni el menor comentario. Miró hacia los fuegos del campamento de Luis Coffin y los muchachos hubieran dicho que le habían visto sonreir.

Hsta la mañana siguiente, largo rato después de salir el sol, no dió orden de avanzar de nuevo hacia la montaña de oro.

Guió a su gente hacia la cúspide, y los muchachos se asombraron al ver que nadie se les interponía. Ni un tiro, ni un grito; todo estaba silencioso como una tumba.

—¿Qué pasa? — murmuró Arturo. — ¿Será posible que Luis Coffin y los suyos hayan retrocedido como nosotros?

Pero obtuvieron respuesta cuando llegaron a la cumbre, En una burda fortificación de piedras amontonadas, estaban tendidos sus enemigos, muertos, como si les hubiera herido la justicia divina. Coffin, Oliveira, Schneider estaban tendidos allí como dormidos, rodeados de su gavilla de moros, árabes y toda la gentuza del río Bana-Bana. Los infelices cargadores se libraron de morir como los demás, por que los habían dejado del otro lado del río de la base.

Pedro Grief habló poco.

—Todos estos han sido envenenados por las emanaciones nocturnas de las plantas, — dijo secamente. — ¡Su propia ambición les mató! Ahora, muchachos, todo lo que tenemos que hacer es enterrar a estos hombres y dar libertad a los pobres a quienes habían hecho esclavos. Dispondremos en consecuencia de cien cargadores más lo que significa doscientos farditos de hojas más. Muchachos; podremos estar seguros de salvarle la vida a su querida madre — agregó. — y llevamos hojas suficientes para curar a miles y miles de enfermos.

Pronto terminaron su fúnebre tarea. Coffin y sus secuaces recibieron sepultura entre los arbustos de las hojas de oro. Juntaron más hojas y distribuyeron los farditos entre los cargadores de Bana-Bana que habían sido tan maltratados por Coffin.

Después, la expedición, con Arturo a la cabeza y a los sones de una alegre marcha, emprendió su regreso a la costa.

F I N

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana			$ 0.20
" atrasado			" 0.40
Suscripción por 3 meses	(13 números)		" 2.50
" " 6 "	(26 ")		" 4.80
" " 1 año	(52 ")		" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/u.
Demás países . . . . " 12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

El doctor. — Antes tenía yo la consult a de dos a cuatro, y ahora he tenido que prolongarla hasta las seis.
El amigo. — ¿Es que no venía nadie de dos a cuatro?

¡YA QUE NO ME SIRVE PARA NADA...!

Un conocido actor se retiraba muy tarde a su casa, en ocasión en que los asaltos en las calles apartadas de la capital se repetían harto frecuentemente. El hombre, sin embargo, marchaba muy confiado, pues siempre iba armado de una pistola.

Una noche, al atravesar una plaza, un individuo que iba en dirección contraria a la suya se paró delante de él y, con ademán amenazador, le gritó:

—¡Alto! Entrégueme todo el dinero que lleve.

El actor, sin inmutarse lo más mínimo, metió la mano en el bolsillo y, dándole unos pesos, le dijo:

—Tenga. No hay más.

Cuando ya se marchaba el asaltante, la víctima se acordó que llevaba la pistola, y, parando a su asaltante, le dijo, a la vez que le alargaba el arma:

—Ya que no me sirve para nada, lléveseia también.

Y se marchó tranquilamente.

* * * *

Un individuo entra en una fonda y le dice a la fondera qué es lo que tiene para cenar, y ella le responde:

—Tiene usted patas de cordero, morros de ternera y orejas de buey.

El individuo, enfadado, le contesta:

—¡Y usted tiene cara de zanahoria!

NO HAY QUE SER OPORTUNO

José Iturbi, el notabilísimo pianista, fué en cierta ocasión huésped de un rico zapatero. Concluído el almuerzo, el anfitrión pidió a Iturbi que se sentara al piano. Iturbi trató de excusarse, diciendo que había comido muy poco. Sin embargo, semejante flechazo lanzado a bocajarro no llegó a herir la piel, algo ruda, del zapatero, que añadió insistiendo:

—¡Oh! Sentaos; sentaos y tocad alguna cosita, para que yo vea cómo se hace...

Iturbi tuvo que acceder obligado por la importunidad de aquel hombre.

Unos días después el notable pianista invitó a un almuerzo al zapatero. En lo mejor de la comida, Iturbi hizo colocar un banco en medio de la sala y le rogó que le cosiera una suela del zapato.

Esto causó la natural indignación del rico negociante, pero Iturbi replicó socarronamente:

—¡Oh! No seais malo; para que yo vea cómo se hace, deseo que me complazcáis. ¿No os he complacido yo el otro día?...

* * * *

En un café:

—¡Mozo! Hace una hora que estoy llamando.

El mozo. — ¿De veras? ¡Caramba, cómo pasa el tiempo!

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
FAGIN, PROMETEME QUE NO LE VAS A LLEVAR EL APUNTE A LAS IDEAS DESHONESTAS DEL ALCALDE
¡PERO SI NO ES NADA MALO! EL ALCALDE ME HA ENCARGADO DE UN TRABAJO DELICADO...
NO TE METAS EN ASUNTOS SUCIOS, FAGIN. RECUERDA A TU MADRE...
NO SE QUE HACER...
¿CON FAGIN? DIGA: ¿VA A VENIR O NO?
¡NO! ¡NO! Y ¡NO! ¿QUE USTED VA A VENIR AQUI?
¿VIENE ESE TIPO?
¿DONDE ESTA FAGIN?
¡SALGA DE AQUI, VIBORA! ¿QUIERE DESVIAR DEL BUEN CAMINO A FAGIN? ¡MANDESE MUDAR!
¿NO TE SIENTES SATISFECHO GANANDO TU PAN CON EL TRABAJO HONRADO?
?
© 1930 King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved
DEBECK 30

POCKY

LA LECTURA PARA TODOS

Julio 18
de 1930
No. 355

LA CARRERA DE LA MUERTE

Por L. M. C. PICKTHALL

20 cts.

—¡Pero, hombre, ocho meses sin trabajo! ¿Y antes tuvo usted alguna ocupación?
—Sí; fuí a llevar una carta de recomendación a un señor.

El náufrago (oyendo la "radio"). — "El profesor Fleyter dará ahora una conferencia sobre "Los arrecifes que desaparecen de un momento a otro".

—Mamá, ya que le has comprado a mi hermana un piano, cómprame a mí una moto.
—¿Para qué?
—Para salir corriendo en cuanto empiece a tocar.

* * * *

Una señora, con cara muy compungida, entra en la Morgue y pregunta a un empleado:
—¿Han traído aquí esta mañana el cadáver de un hombre ahogado?
—¿Qué señas personales tiene?
—Traducía bien el idioma inglés.

* * * *

Hablando dos amigos de una excursión campestre, dice uno de ellos:
—Chico, qué día más delicioso pasamos. Por cierto que les di un susto morrocotudo, pues se creyeron que me había muerto.
—¡Pero, hombre! ¿Cómo fué eso?
—Pues verás; se alejaron un poco de mí, y yo, que estaba muy cansado, me tumbé a dormir al lado de un árbol, y cuando ellos volvieron me creyeron cadáver ¡porque tenía la cabeza separada del tronco!

* * * *

En casa del doctor:
Una criada. — Venía, venía, señor doctor, de parte de mi patrón, que qué hay de la radiotelefonía que le hizo.
El doctor. — De la radiografía querrá usted decir.
La criada. — Eso, eso, sí, señor.
El doctor. — Pues bien; tu patrón ha sido afinador de pianos, ¿verdad? Y debe llevar muchos años cesante, ¿verdad que sí?
La criada. — Sí, señor; ¿y en qué lo ha conocido el doctor?
El doctor. — Pues en que he encontrado muchos órganos descompuestos.

—¡Chico, qué tal tu academia de memotécnica?
—Hombre, acuden muchas personas para fortalecer su memoria.
—Entonces, ganarás mucho.
—No gano nada, porque se les olvida el pagarme.

* * * *

En la calle:
Al mismo tiempo que la pellizcaba, preguntaba un tipo a una presumida chica:
—¿Eres la Venus de Milo?
Ella, por toda contestación, le arreó una cachetada que le hizo exclamar todo dolorido:
—No, no eres; según mis informes, esa señora es manca.

* * * *

Encontrábanse dos judíos en Moscú. De dos, sólo uno tenía pasaporte.
—Si nos pide un gendarme nuestros pasaportes, yo echaré a correr. Si me detiene, no puede hacerme nada. Mientras tanto, tú puedes largarte.

Y, en efecto, un gendarme les aborda y les pide los pasaportes. Yankelé echa a correr inmediatamente, seguido por el gendarme. Al cabo de cinco minutos, se detiene.
—¡Ah, cochino judío! — le grita el gendarme. — Enséñame el pasaporte.
Yankelé lo hace. Sorpresa del gendarme.
—¿Por qué has echado a correr?

—Se lo voy a explicar, señor gendarme. Estoy en tratamiento, y mi médico me ha ordenado que corra todos los días, después de comer, durante cinco minutos. Como era la hora de dar mi carrrerita, eché a correr.
—¿Y por qué no te has detenido al verme correr a mí?
—Es que creí que tendría usted la misma enfermedad que yo.

PUCKY
LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES
No. 355. -- JULIO 18 DE 1930
Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES
EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

EL MISTERIO DEL MURO DE LOS LAMENTOS

Por GWYN EVANS

(Aventuras de Sexton Blake y el "Club de las Sombras")

Las nubes de la guerra se cernían sobre Palestina. Fuerzas financieras, siniestras y subterráneas, fomentaban las rivalidades entre judíos y mahometanos, indiferentes a la catástrofe que podían causar, con tal de obtener buenos dividendos. Contra estas fuerzas luchan Sexton Blake, del Servicio Secreto Británico y.... "Los hombres que estaban muertos" La parte informativa está a cargo de Splash Page, el impagable repórter del "Daily Radio" y toma parte también en la contienda, un detective de Nueva York, llamado Rudd Hanson, que solo cree en la eficacia de sus dos pistolas. El resultado es una novela llena de dramática emoción, en ese país de poesía y de recuerdos que constituye la Tierra Santa.

I

EL HOMBRE QUE VOLVIO

¡BAH! Vulgar y burgués.

El señor Ferdinand Finch tiró, desdeñosamente, a un lado el volúmen encuadernado en marroquí, y vertió, con delicadeza suma, agua sobre el ajenjo y azúcar de su vaso.

—Pero, Maestro, yo he encontrado la descripción de Gloomsky sobre Sergio Gergovitch y el bacalao seco, muy interesante.

—Vamos, Linda, cante algo.

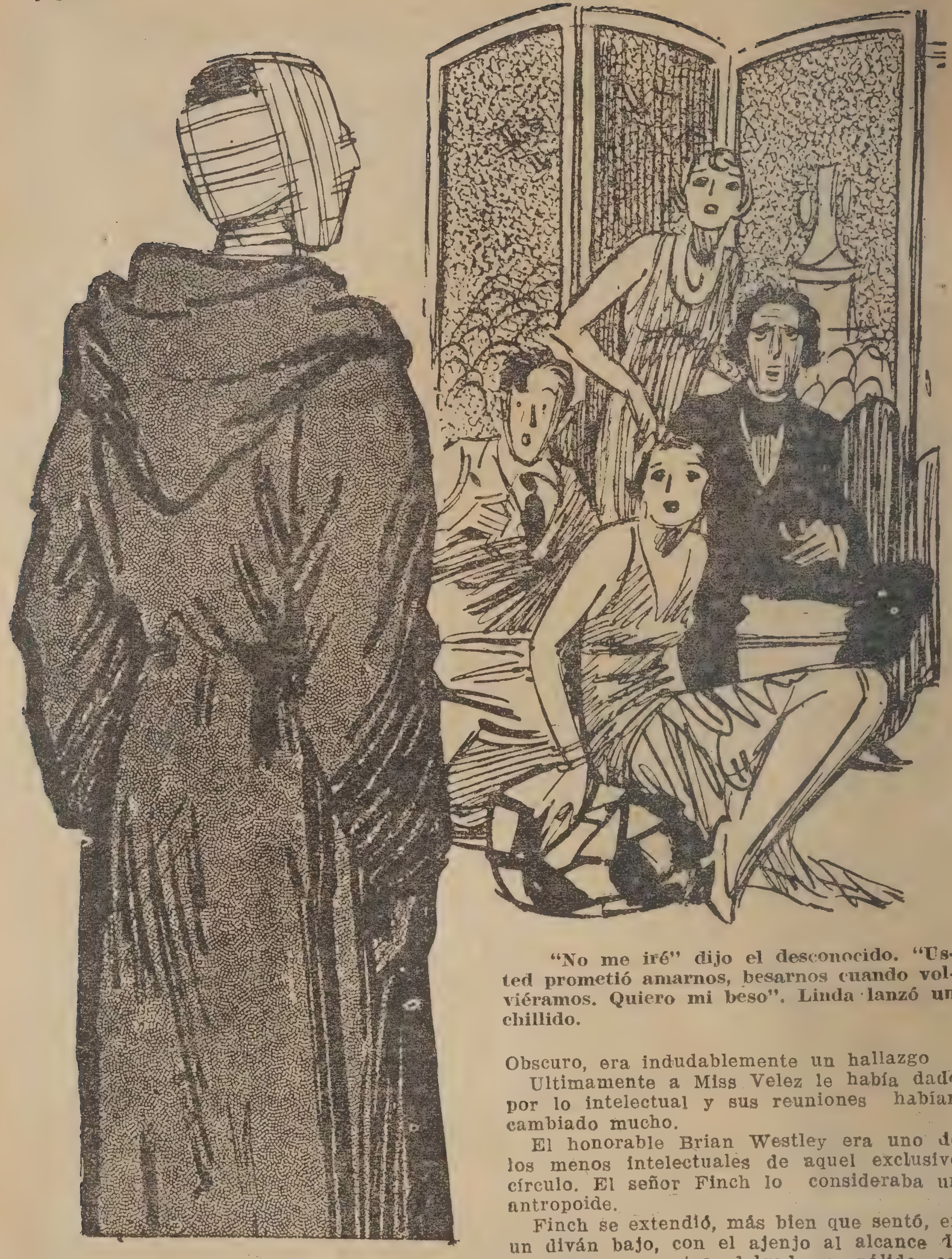
El honorable Brian Westley colocó, de un modc precario su vaso de cocktail sobre la mesa de ocasión y cruzó la pieza, amueblada exóticamente, en dirección al sitio donde Linda Veloz, la brillante actriz, estaba sentada en un "pouff"

La atmósfera estaba azul de humo de tabaco porque Miss Velez daba una de sus famosas reuniones — cocktail de los martes.

Desde el fallecimiento del eminente financista Carl Korda, Miss Velez lamentaba — o festejaba — su pérdida a su modo particular, ayudada por el legado que le dejó el difunto.

Eran cerca de las siete de la noche. Afuera, una niebla gris, de Noviembre, amortajaba Londres en una atmósfera de misterio. Dentro del estudio estaban reunidos media docena de miembros de esa sociedad del coktail conocida por la B. J.

 El misterio del Muro de ...



"No me iré" dijo el desconocido. "Usted prometió amarnos, besarnos cuando volviéramos. Quiero mi beso". Linda lanzó un chillido.

Aquellas iniciales estaban destinadas a significar "Brillante Juventud"; pero Julio Jones, el director del "Daily Radio" las traducía mentalmente por "Borricos Juntos".

El señor Ferdinand Finch era el invitado de honor de la fiesta de Linda. Fundador de la escuela "Neo-Eliminadora", de Prosoy, y editor de la revista trimestral Claro-Obscuro, era indudablemente un hallazgo

Ultimamente a Miss Velez le había dado por lo intelectual y sus reuniones habían cambiado mucho.

El honorable Brian Westley era uno de los menos intelectuales de aquel exclusivo círculo. El señor Finch lo consideraba un antropoide.

Finch se extendió, más bien que sentó, en un diván bajo, con el ajenjo al alcance de su mano; su rostro, delgado y pálido, así como sus largos cabellos negros, contrastaban con el biombo de laca roja que tenía detrás.

En un rincón, gesticulando violentamente mientras exponía su nueva tesis sobre el arte, estaba Harold Cream, artista Eliminador, que había adquirido fama en Mayfair por sus celebradas personificaciones de un pez de color, moribundo.

—La Eliminación — gritó con su voz aguda en falsete — es el fin de todo artista verdadero.

Brian Westley tuvo un ligero hipo y sonrió inexpresivamente a Linda Velez.

—¿Qué le parecería... hip... cantar... hip... alguna canción antigua, mi querida? No... no... hip... puedo soportar esta charla sobre eli... eli... mi... na... na...ción.

—Sí, sí, — interrumpió el joven Fanshawe, conocido familiarmente por Cara de Perro por sus amigos — A mí esta charla sobre arte me revienta, palabra.

Linda Velez echó hacia atrás su cabeza artificial, de melena y rióse. Estaba muy contenta. Ferdinand Finch, el inabordable, el exclusivo, se había dignado aceptar la invitación para su partida de cocktail de los martes.

Miró hacia donde estaba Sophroniba Snaith (llamada sin razón alguna "Burbuja") una muchacha angulosa, de pecho plano y pies aún más planos, que contemplaba extasiada al Maestro.

Había dos muchachas más que parecían hombres y dos hombres que parecían mujeres, bailando en un ángulo del estudio. Miss Velez se sintió extrañamente emocionada. Se hubiera ruborizado debajo del polvo verdoso que usaba, a no ser porque, debido a sus relaciones con el difunto Karl Corda, habíase olvidado de ese dulce arte. Sin embargo sus largos pendientes tintinearon cuando Westley le rodeó sus esbeltos hom-

bros, cubiertos de lamé. Cara de Perro alzó plañideramente su voz.

—"Guardad las penas en la mochila y reid" — cantó con voz espantosamente desentonada.

Ferdinad Finch extremecióse y sorbió su ajenjo.

—Pero no cree, Maestro, — dijo haciendo mohines Lady Cynthia Ragget — Smith — que esas antiguas canciones de la guerra tienen en sí un gérmen de grandeza? Poseen casi las condiciones del folkloro. El clásico "Tipperary", por ejemplo, hace vibrar alguna cuerda de nuestra naturaleza que...

—¡Naturalmente! — interrumpió Koski, un loco malhumorado cuya barba rala no lograba ocultar su mandíbula hundida — ¡Bah! ¿Y qué es la naturaleza?

—La naturaleza, mi amigo — dijo con tono pontifical Finch — ...es siempre la naturaleza.

—¿Pero es algo al fin? — murmuró Koski sombríamente, engulléndose un merengue.

—Usted, — dijo Briam Westley volviéndose a Koski — me da pena — se sirvió otro cocktail — Venga, Linda... vamos a cantar.

Con voz de tenor, sorprendentemente agradable, empezó a cantar esa canción que es un recuerdo de la Gran Guerra "A Long, Long Trail".

El señor Finch se enderezó repentinamente en su diván.

—¡Cállese! — le dijo con voz particularmente ronca que había atraído a muchos de sus partidarios. Yo he descubierto, después de largas y profundas investigaciones, que los cantos de la guerra contienen en sí mismos la esencia de la verdadera poesía. Fíjese, por ejemplo, en las canciones que la querida Linda solía cantar durante los días del desagradable finado...

—¿Se refiere usted — dijo entre hipos Westley — al viejo y alegre Korda?

Afortunadamente Miss Velez no oyó estas observaciones. Con sus esbeltos y capaces dedos tocaba una versión retozona de "Coronel Bogoy", con gran delicia de Cara de Perro, que llevaba el compás con una aceituna.

—Vea Linda, — dijo — si tengo buena memoria. Cuando yo era muchacho, recuerdo haberme escapado desde Greyfriars hasta la ciudad y con otros tres compañeros haber concurrido a la galería del Palaveum. Usted cantaba esa canción con acento marcial; pero, naturalmente, era yo demasiado joven para apreciarla en todo su valor.

—¡De veras! — dijo Miss Linda fríamente, porque no le gustaba que le recordaran su edad; pero Cara de Perro no se turbó. Adoptó una postura exagerada, esgrimiendo todavía su absurda aceituna.

—Señoras y caballeros, pido silencio para que Miss Linda Velez cante "Recuerdos de la Guerra y como Combatirlos".

Linda sonrió y con su voz fascinadora de soprano empezó a cantar:

"No queremos perderos; pero pensamos que debéis ir..."

—¡Eh!... — protestó Brian — es demasiado sentimental.

Linda no lo oyó y continuó cantando; hasta Finch se dignó sonreir aprobadoramente.

De pronto, en el torbellino gris de la niebla de Noviembre que envolvía la calle, una figura también gris, amorfa, que parecía tejida en la bruma misma, apartó las colgaduras de la ventana.

Lady Cynthia Ragget-Smith fué la primera que la vió. Lanzó un grito de sorpresa por que, parado en el balcón, veíase un hombre con túnica gris, de monje; su capucha estaba echada hacia atrás, sobre los hombros, revelando...

Nada. ¡No tenía rostro!

En vez de este sólo se veía una sucesión de vendas.

—"Os besaremos y amaremos cuando volváis" — terminó Linda triunfalmente, como conclusión del canto de los reclutas, que la había hecho famosa.

Y entonces vió... Y su carne extremecióse de horror. En aquel cuarto de artificialidad e impostura, había entrado un hombre.

Un silencio tenso, eléctrico, se produjo en el grupo, mientras el recién llegado se dirigía hacia Miss Velez.

Finch fué el primero en hablar.

—¿Qué demonios...? — empezó enojado.

—No, — contestó el desconocido — no es el Demonio, si no simplemente la Fiera que viene a reclamar lo que la Bella prometió.

Su voz resonaba extrañamente ahogada debajo de las vendas que ocultaban el horror de lo que, en un tiempo, había sido rostro; pero que ahora era una espantosa careta, llena de cicatrices y costurones, aplastada, deshecha por el puño de Marte.

Linda lanzó un chillido.

—¿Cómo se atreve? — empezó Brian Westley con dignidad de ebrio — ¡Salga de aquí!

—No me iré — contestó el desconocido— Nos prometieron amarnos, acariciarnos, besarnos cuando volviéramos ¡Quiero mi beso!

Lenta, deliberadamente, empezó a quitarse las vendas. Linda Velez lanzaba alarido tras alarido.

—¡Brian! — exclamó con desesperación — Haga algo ¡Mátelo!

—Ya me han matado — contestó el desconocido.

Y luego, repentinamente la luz se apagó y en la obscuridad... ¡horror!

II

Rudd Hanson pronuncia un Discurso de presentación.

—Escuchad, muchachos. Creo que me conocéis y sabeis mi nombre. El del frente es Ruff, el del fondo Hanson. Tengo una divisa "Decidlo con plomo".

No soy una tímida violeta e informo al mundo que cuando mis pequeñas compañe-

ras Willy y Wally entran en acción, el tipo que se les ponga delante puede hacer rápido testamento.

Willy y Wally, si no estáis enterados todavía, son mis pistolas. He hecho con ellas tantos agujeros que reclamo el título de Director de la Compañía de Coladores de Chicago.

Soy un "dick" (detective), aunque creo que vosotros, los ingleses, no entendéis esa palabra. Los llamáis "tec"; pero creo que yo no pertenezco a la clase que conocéis. El cerebro es cerebro y... las pistolas, pistolas. En cuanto a substancia gris, no me creo muy fuerte; pero, no hay quien me aventaje en la rapidez de sacar armas.

Hablando de cerebro, ahí lo tenéis a mi colega Blake, de Londres. Tiene más cálculos grises que un ciempiés patas.

En cuanto a mí, fuí cowboy en Río Grande; pero me cansé de los grandes espacios abiertos — o se cansaron ellos de mí — y me vine al este.

Ahora soy un ciudadano pacífico y todo lo que necesito es un fajo de billetes de banco, un rincón donde dormir y una oportunidad para usar mis pistolas. Podría haber sido ladrón; pero no me tira por ese lado.

¡Campanas del Infierno! No creáis que me disculpo. He hecho muchas cosas de las que no puedo enorgullecerme; pero también he matado a muchos malhechores y de eso creo que puedo sentirme orgulloso. Siempre les doy un segundo de ventaja para sacar armas, de modo que mi conciencia está tranquila.

Creo que esta descripción de mi persona os enterará de que clase de tipo soy. He estado muchas veces en Inglaterra y vosotros, los británicos, sois mis camaradas.

Tenéis, claro está, ideas raras de nosotros. Creéis que los yankees somos gente rellena de dólares, que usamos lentes de carey, masticamos goma, una cruza entre Barnigugli y Shylock.

Pero os digo que estáis equivocados. Creo que la única diferencia que hay es que nosotros tenemos la Prohibición. Pero como vosotros tenéis a Sexton Blake, estamos a mano.

Pero creo que estoy charlando demasiado. Voy al grano ahora y a mi historia. Empezó así:

Un tipo llamado Abraham fué un día a mi oficina de Nueva York. Era uno de esos individuos a quienes nada hubiera importado el sacrificio de Isaac y que hasta hubieran gozado con él. Era tan rico y tan mantecoso como un budín de Navidad.

—Señor Hanson, — dijo — tengo entendido que es usted hombre de gran valor y pocos escrúpulos.

—Usted lo ha dicho, patrón — le repliqué.

Sonrió. Tenía una de esas sonrisas de actor de cine, que sirven para el anuncio de pastas dentífricas; pero a mí no me resultó simpático.

—¿Sabe usted algo — me preguntó el señor Abraham — de Palestina?

¡Oh muchachos! ¿Sabéis algo de Palestina vosotros, de esa tierra non-santa de donde afluye el engaño y el dinero? Fué ahí que por vez primera conocí a Sexton Blake y puedo decir al mundo que allí se acuerdan de mí.

—¿Palestina? — dije dando vuelta a la máquina de pensar — Espere un momento. El nombre me suena ¿No es el sitio de donde vino su nación antes de conquistar a Nueva York?

Volvió a sonreir; pero su sonrisa no era ya la de antes. Llevó la mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes de banco ¡Oh, muchachos! Me puso delante de las narices diez "grandes"... Pero me olvidaba que vosotros, los británicos, no conocéis todavía nuestro cinematógrafo parlantes. Voy a traducir. Diez grandes son diez mil dólares, más o menos un par de libras esterlinas.

—Señor Hanson — me dijo el homónimo aunque indigno representante del patriarca — Hay un hombre llamado Markuse, de quien indudablemente habrá usted oido hablar... Marcus Markuse. El día que los diarios anuncien su muerte lo esperarán otros veinte mil dólares. Esto es sólo un adelanto.

Me miró y sus ojos eran los de una serpiente.

—Oiga, mister, — le contesté — yo no he matado todavía a nadie a traición. Cuando tiro, mato, es verdad; pero le doy siempre al otro tipo tiempo para sacar su revólver... Hágalo pronto, si no...

La boca de Abraham se abrió como una cueva, mientras miraba mis manos, donde aparecían Willy y Wally. La cara se le puso color arcilla sucia.

—Esto — empesó indignado — es un ultraje.

—Seguro que lo es. — Fuera de aquí, Abrahancito. ¿Qué espera?

Se fué. Y yo empecé a pensar en Markuse. el nombre me sonaba. Fuí a consultar mis fichas privadas y encontré enseguida la que necesitaba. Poco después leí:

"Markuse, Jacob — Millonario filántropo. Donó cien mil dólares para la formación de la colonia judía de Markuria, en Palestina. Arruinó a Wolf, Abraham y a Snoed en Wall Street en el año 28. Pasatiempos: las rubias y el golf. Dirección: Calle 55 Oeste N. 249, en Park Avenue.

Estudié aquel escaso, pero informativo párrafo. Si Abraham estaba dispuesto a desprenderse de treinta grandes para hacerlo espichar a Markuse, era porque algo grande se preparaba. Me puse el sombrero, agarré mis pistolas y salí.

Lo primero que ví fué un aviso luminoso en un diario de Nueva York "La Trompeta":

"Los judíos tendrán que abandonar Palestina, so pena de Pogrom, dicen los árabes".

Sonreí. Claro que ocurría algo. Yo no soy sentimental; pero hay cosas que me lastiman. Pensé que era tiempo de que Ruff Hanson santificara esa non santa ciudada nuevamente. Me decidí por Markuse. Abraham me era antipático. Compré un

diario y supe que los arabes y judíos se peleaban, como de costumbre, por el Muro de los Lamentos ¡Vaya una cosa para querellarse!

Tomé un taxi, como si fuera millonario. "Al número 249 de Calle 55 Oeste "volando" dije al chauffeaur.

El auto cumplió su misión y me dejó frente a la casa de Markuse. Subí los tres escalones y toqué el timbre. Abrióse la puerta y me recibió uno de esos mayordomos ingleses, con cara de madera y ojos de pescado. Son las únicas personas del mundo que me sacan de mis casillas.

—¿Cómo le va? — le dije — ¿Está el señor Markuse?

—Debe estar, señor — me contestó — ¿Quiere pasar?

Entré y esperé.

La casa de Markuse parecía un superfilm de Cecil de Mille; pero yo no quebranté el décimo mandamiento, es decir que ni la envidié, ni la codicié. Yo estoy por la vida sencilla. Una pistola, un whisky y un fajo de billetes y puedo gritarle a los cuatro vientos que soy feliz.

Me senté en una silla, donde probablemente se había sentado María Antonieta. Luego se abrió repentinamente la puerta y apareció el mayordomo de cara de madera.

—Disculpe usted, señor — me dijo y advertí que su rostro estaba pálido —¿Es el señor Carew?

—No, hombre, me llamo Hanson — le contesté.

—Mi amo estaba esperando al señor Carew — contestó el cara de madera — No creo que deba molestarlo, porque ha dado órdenes especiales de que le deje tranquilo esta tarde.

Yo me puse en pié de un salto.

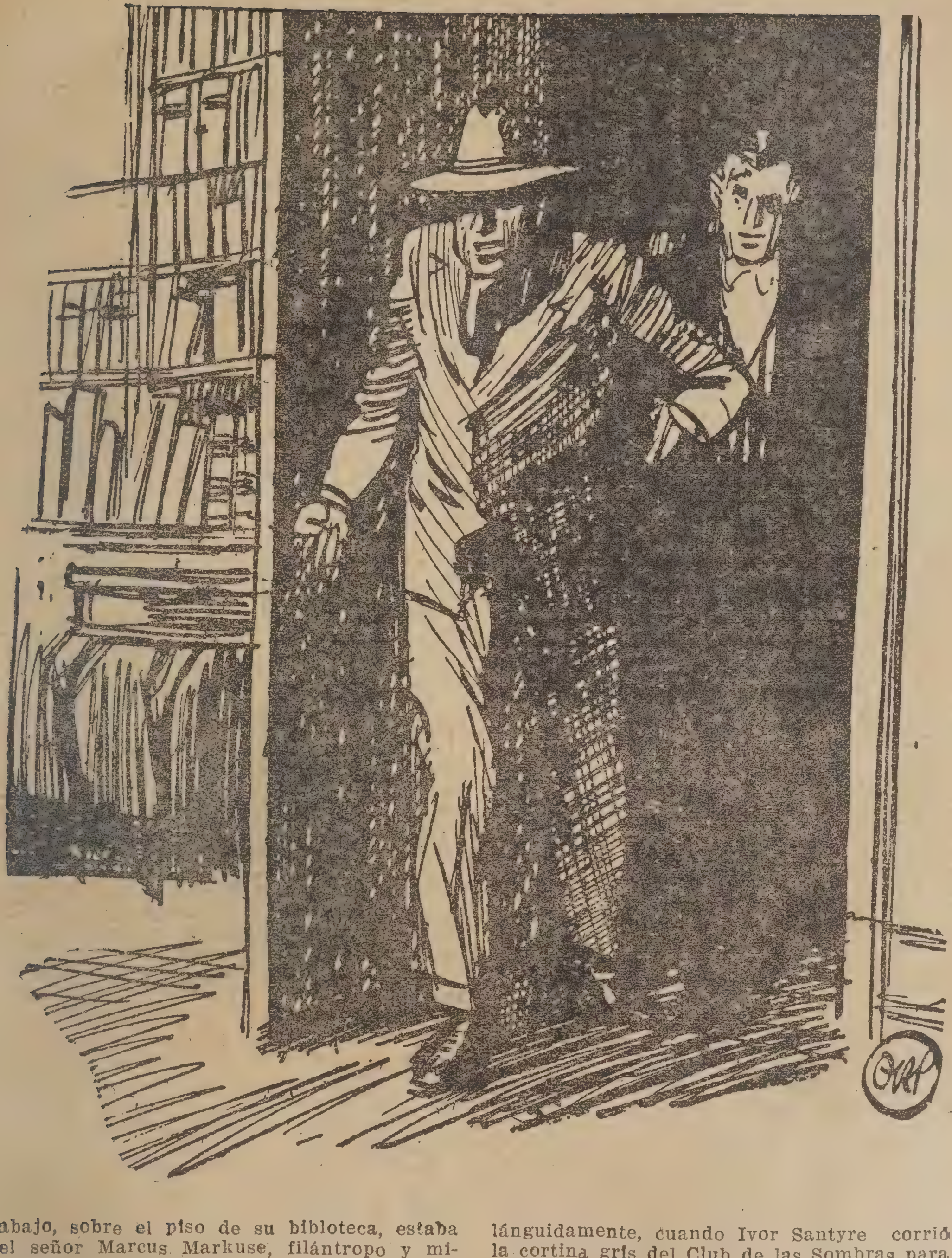
—Muy bien. Dígale al señor Markuse que Abraham se apronta para sacrificarlo.

Jenkins me miró como si fuera yo un escapado del manicomio; pero encontróse con el brillo de mis ojos que le decía: "Hágalo más pronto que ligero".

Un momento después, oí un grito.

Corrí hacia la puerta y ví. Caído boca

En el piso de su biblioteca, yacía el señor Markuse, filántropo y millonario, con n puñal árabe clavado en la espalda.



abajo, sobre el piso de su biblioteca, estaba el señor Marcus Markuse, filántropo y millonario, con un puñal en la espalda, completamente muerto.

III

EL BESO

Una niebla gris, sucia, espesa envolvía a Londres. Sobre el Cenotafio las flores se habían marchitado y las banderas colgaban lánguidamente, cuando Ivor Santyre corrió la cortina gris del Club de las Sombras para impedir la entrada al aire frío de Noviembre.

Al darse vuelta, sus ojos estaban preocupados y su mirada se fijó en el escudo, único objeto brillante en aquella tranquila y reservada habitación y que tenía grabadas, en hermosa letra inglesa antigua, las solemnes palabras de Isaías:

"Y El será juez entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos y ellos converti-

rán sus espadas en arados... las naciones no levantarán su espada contra las naciones, ni aprenderán más a hacer la guerra".

Abajo, en la calle, resonó la voz aguda de un canillita.

!"Ultima edición! Los disturbios en Palestina ¡Muchos muertos!

El rostro mutilado de Santyre, que ocultaba su horror al mundo debajo de una careta gris, se contorsionó con amarga sonrisa.

¡Guerra en Palestina, la tierra donde había nacido el Príncipe de la Paz!

Sabía él — mejor quizá que nadie — el amargo rencor que existía entre árabes y judíos desde la famosa declaración de 1917, el año en que Santyre se había separado del contacto entre sus semejantes para convertirse en una sombra entre las sombras. Ivor Santyre miró por un momento la lampara dorada, de antiguo estilo romano, que colgaba del techo por medio de una fina cadena de oro. Ardía con una luz que no se había apagado en diez años, durante los cuales su brillante cerebro había formado la sociedad pacifista más poderosa del mundo.

El Club de las Sombras se componía de seis hombres, terribles y activos.

La llama de la Lámpara del Recuerdo ardía brillantemente, como perpetuo recuerdo del convenio hecho entre los seis: No Habrá Más Guerra.

Abrióse la puerta y entró John Jordan, aquel sabio brillante a cuya habilidad inventiva debía el Club de las Sombras mucha parte de su inmunidad y no poca de su fama.

Tres semanas habían pasado desde que conmovió a Inglaterra la última hazaña del Club de las Sombras, el trágico fin de unos financistas sin escrúpulos, Carl Korda y Gomn, cuyo relato había llenado los diarios. El público, en general, ignoró cuan cerca había estado del abismo de la guerra. Solamente consideraba las muertes de Gomn, Korda y aquel brillante diplomático Oscar Silvermann, como un crimen que no había sido ni sería solucionado. O para repetir la frase de Julio Jones "un crimen interesante, jugoso".

Sin embargo para Sexton Blake, el eminente criminalista, aquello era señal de que se había creado una extraña y terrible fuerza nueva, una fuerza que no reconocía la ley y que no se detendría ante nada, con tal de conseguir sus propios fines. Blake admitía de mala gana que el fin justificará los medios. Comprendía que, por laudables que fueran los motivos de ese poder rebelde, la ley y el orden tenían que prevalecer. Y estaba determinado a ser implacable en su condenación del Club de las Sombras como lo eran los miembros de éste respecto a los que proyectaban una nueva guerra.

Jordan tiró sobre la mesa un ejemplar doblado de "Wireless", compañero de la noche del "Daily Radio". Señaló el alarmante encabezamiento.

"Los árabes amenazan Palestina. Las fronteras cerradas. De nuestro enviado especial, Derek Page".

Santyre frunció, pensativo, los labios.

—¡De modo que nuestro joven amigo se halla de nuevo en su elemento! — observó — ¿Arreglaste el asunto con Holbrook?

Jordan sacóse el sombrero y se dejó caer en una silla con gesto de cansancio. Tocó la careta que llevaba la cual, exteriormente, aparecía como el rostro fresco de un hombre, con aspecto militar; pero que era, en realidad una simple película de caucho y cera, que ocultaba el horror de la verdadera cara.

—¿Dónde está Farr? — preguntó — Es extraño que se demore tanto.

Se refería a Sir Everard Farr, el miembro millonario del Club de las Sombras, cuya fortuna había sido dedicada al sostenimiento de la paz.

Santyre se encogió de hombros.

—Ya conoces su afición a comprar casas nuevas, mi querido amigo — observó — Por qué se ha encaprichado repentinamente con Chelsoa, es cosa que no comprendo.

Miró por la ventana hacia donde los torbellinos de niebla se espesaban y hacían más obscuros.

—¡Por Dios que sólo Clift puede caminar con seguridad en una noche como ésta!

Jordan asintió con la cabeza, porque Conway Clift era ciego.

Resonaron pasos en la escalera y un momento después, una figura vestida de gris, con el rostro vendado, penetró en la habitación. Everard Farr respiraba un poco estertorosamente e Ivor Santyre comprendió la agitación que lo poseía.

—Toma un poco de whisky, viejo — dijo dirigiéndose al aparador.

—Tomaré de buena gana, gracias — contestó Farr. Y luego súbitamente añadió:

¡La besé!

Santyre miró vivamente a su amigo.

—¿Te refieres a...? — preguntó y había una extraña opresión en su voz.

—A Linda Velez ¡maldita sea! — dijo Farr y luego añadió con amarga sonrisa. — Se lo mereció. Tiene un departamento encima del mío, en Chelsoa. Y yo estoy harto, mortalmente harto, de esos parásitos que se llaman a sí mismos Brillante Juventud.

Se bebió el whisky de un sorbo.

—Debo haberles enturbiado el brillo — añadió y su risa tenía una nota de infinita amargura al recordar el tumulto causado por su aparición en la partida de cocktail de Miss Velez.

Everard Farr era hombre de mundo. Antes de la guerra había llevado la existencia común de un caballero acomodado. Cuando resonó el clarín, él se encontraba abordo de un yate, en viaje de placer. Y dirigióse a la patria para responder al llamado. Tenía un hermano mayor, un simple mozalbete que una noche cometió la travesura de escaparse del colegio con dos o tres compañeros y pasar una noche divertida en el Palaceum, donde Miss Linda Velez era la estrella y la principal atracción.

La mujer tenía personalidad. Sus cantos destinados a reclutar gente la hicieron famosa y cuando con su dulce voz de soprano

se volvió, tendiendo los brazos al auditorio masculino y anunció que ella no quería perderlos y sin embargo debían irse, por lo menos un corazón sintióse inflamado por el brillo fascinador de su personalidad.

Impulsado por su emoción, el joven Hilton Farr se unió prontamente al 5 de Loamshires, como soldado, mintiendo al decir su edad.

Cinco meses más tarde, su hermano encontró un cuerpo mutilado que se retorcía agonizante sobre el alambre de púa de la trinchera. El salario de Miss Linda Velez fué aumentado en doscientas libras aquella semana.

—Sí, — repitió Everard Farr — la besé.

Santyre y Jordan, que no eran sentimentales y habían soportado cosas terribles se extremecieron involuntariamente. La lámpara del Recuerdo ardía serenamente. Afuera, la niebla era cada vez más obscura.

IV

LA CASA DE HASABALLA

Media noche y noche de luna en la Ciudad Santa.

El cielo era de terciopelo turquesa, incrustado de estrellas. Jerusalen no era dorada, si no plateada en aquella apacible noche de Noviembre.

Sobre el Monte de los Olivos una brisa errabunda movía las hojas puntiagudas de los nudosos árboles.

Dentro de las murallas de la ciudad reinaba el silencio mientras que los minaretes de las mezquitas elevaban sus dedos esbeltos hacia el cielo. Obscura contra el horizonte, la Cruz del Santo Sepulcro enviaba su viejo desafío al Islam.

Los bazares que de día habían estado llenos de ruido y de color se hallaban ahora cerrados y obscuros. Sin embargo, un rectángulo de luz brillaba en la casa de Hasaballa, cerca de la Vía Dolorosa, esa calle que durante dos mil años ha resonado con el eco de los pasos de los piadosos peregrinos, desde los grises del tiempo de Ricardo Corazón de León, hasta los cruzados más modernos, de uniforme kaki, que siguieron a Allemby en su marcha dentro de la ciudad capturada.

La casa de Hasaballa, una fresca posada que, en un tiempo, había albergado en sus establos los caballos de Corazón de León, estaba convertida ahora en un café árabe. Seis o siete figuras silenciosas estaban en cuclillas sobre taburetes bajos, dentro del sucio interior del café. En la alcoba más sombría dos formas monstruosas y grotescas, estaban arrodilladas y rumiaban solemnemente. Había algo de risible en la proximidad de los dos camellos favoritos de Hasaballa en aquel reducido espacio.

En un rincón ardía un fuego de carbón, como el ojo rojo de un trasgo, mientras el viejo árabe, bebía su café, espeso y meloso. Excepto el trictrac de las piezas de marfil que arrojaban dos árabes sobre el tablero el silencio era completo.

Tres beduinos morenos, con sus albornoces envueltos en derredor de los encorvados hombros, fumaban lentamente. Cada uno llevaba en su cintura una daga con mango dorado. De pronto, de abajo del fogón, llegó un profundo ronquido.

Hasaballa juró en árabe enérgico y pintoresco.

—¡Marzouk, hijo de mil cerdos, no has pagado tu comida y tendrás que trabajar para hacerlo! — gruñó.

—Una figura desarrapada, vestida con una vieja "abaya", que tenía aún colores vivos a pesar de sus parches raídos, salió al parecer de entre las brasas. Miró a su alrededor con ojos soñolientos, sin brillo.

—¡Allah! — murmuró — Mi lengua está seca como pergamino. Te ruego que me des un poco de café, Hasaballa.

—¿Y dónde está el foloos? (dinero) — preguntó extendiendo una garra, larga y flaca.

El hombre a quien habían llamado Marzouk se golpeó la nariz con gesto comprensivo.

—Tengo abundancia de feloos ¡Oh Hasaballa! — dijo riendo y sacó de su cintura una sucia bolsa de lona que tintineó sugestivamente.

Uno de los barbudos y silenciosos beduinos, que estaban agachados sobre el tablero de chaquete, miró a su compañero significativamente y le dijo en voz baja:

—Este hombre será útil ¿no te parece Hassan Bey?

El hombre aludido era un individuo gordo, color aceituna, con un turbante rojo ladeado sobre su cabeza de bola. Frunció los labios, gruesos y sensuales, pensativo, y sus ojos se fijaron en la daga del beduino que tenía varias melladuras insignificantes.

El beduino las tocó afectuosamente y sonrió.

—¡Ay, Hassan Bey — murmuró — Tendrá muchas más antes de que termine la semana. Mi hoja está sedienta de la sangre de esos malditos judíos.

—S... s... s... — le previno Hassan Bey — Nunca se sabe, Adbul, si esos condenados espías de ingleses no nos está escuchando.

—Vuestro, café ¡oh hermanos míos! — dijo Hasaballa colocando dos pequeñas tazas y una cafetera de cobre damasquino en la mesita, junto a los clientes.

Hassan Bey le arrojó un billete de cinco piastras y miró al desarrapado Marzouk.

—¿Quiere tomar café con nosotros, Marzouk? — dijo con expresión astuta.

—Por Allah, que quiero — contestó el árabe, alto y encorvado, atravesando con paso inseguro la habitación. — Veo que tienes dinero, amigo.

—¿De dónde eres? — preguntóle Hassan Bey.

Marzouk sonrió y desnudó su puño. Tatuada en el cutis moreno veíase un escorpión escarlata. Hassa Bey lo miró un momento y su expresión cambió sutilmente.

—¡Oh!... entonces eres de los nuestros.

Una expresión diabólica y malvada re-

El misterio del Muro de ...

reflejóse en las facciones del otro. Apretó los puños hasta que sus nudillos blanquearon.

—¡Ay, effendi! — dijo con voz sibilante — ¡Muerte a todos los hijos de Judá! Los ingleses nos han traicionado y el Islam está cubierto de vergüenza y desdicha.

Hassan Bey sorbió su café turco con ruidoso deleite.

—Amigo mío, — dijo — pronto el ultraje hecho a nuestra raza será vengado. Dentro de poco, como sabes, los judíos conducirán su ofrenda expiatoria a la pared de Solimán el Poderoso y es entonces que el Escorpión Escarlata atacará. Tú eres, me parece el hombre que necesito. Escucha, pues, y te daré instrucciones para cuando la hora de la venganza llegue.

Se inclinó hacia adelante y en su rostro, gordo y manchado, reflejóse una expresión astuta que no dejó de advertir su compañero.

—Ven mañana, con la fresca de la noche, disfrazado de aguatero, a mi casa, cerca de la puerta de Sion — dijo Hassan Bey bajando la voz — Allí te enterarás de nuestros planes. Esperaremos sólo la señal de su Excelencia, el Sheik Kadir y luego...

Interrumpióse bruscamente y bajó los pulgares con un gesto más elocuente que las palabras.

Marzouk se puso de pié, recogiendo alrededor de su flaca figura la túnica azul.

—Así será ¡oh Hassan Bey! — observó — Esperaré el momento oportuno. Hay cierta moza, no lejos de aquí, que me esconderá, porque los ingleses, malditos sean, han dado contra mí orden de arresto. He atravesado la frontera desde Essett obedeciendo al llamado del Escorpión Escarlata.

Dirigió una mirada de soslayo a los impasibles beduinos, que fumaban distraídos sus pipas. Luego, tocándose la frente y el pecho, a guisa de formal saludo, salió con paso vacilante de la casa de Hasaballa a la angosta calle, empedrada de guijarros, de La Vía Dolorosa.

De la cercana Iglesia del Santo Sepulcro llegaba un canto plañidero, porque los sacerdotes ortodoxos celebraban una Misa de Medianoche. Marzouk se metió entre las sombras de las callejuelas abovedadas que conducían a la puerta de Jaffa.

Cerca del hotel Allemby, Marzouk apresuró el paso. Miró furtivamente a su alrededor y luego deslizóse dentro del patio de aquella parada de caravanas.

Sus acciones, durante los tres minutos que siguieron, fueron extremadamente peculiares. Desenrrolló de su cintura una larga cuerda de seda, a cuyo extremo estaba unido un gancho de acero. El hotel ya se había cerrado, porque en Jerusalen la gente se acuesta temprano. Pasando por detrás de los establos, al fondo del hotel, llegó hasta abajo de un balcón de hierro forjado y con la habilidad de un juglar tiró la cuerda hacia arriba. Lanzó un gruñido bajo, de satisfacción, al ensartarse el gancho entre uno de los interticios del balcón.

Miró cautelosamente alrededor del patio y empezó a trepar, mano sobre mano por la cuerda hasta que llegó, ligeramente jadeante, y se dejó caer sin ruido en la galería de una pieza, donde todavía brillaba una luz.

Miró con precaución por la ventana. El ocupante de la habitación estaba vestido con un pijama de seda, blanco y encarnado, absorto en la lectura de un ejemplar del diario inglés "Daily Radio", que había llegado por el correo de la mañana. Estaba tan profundamente interesado en ciertas noticias, que no oyó el débil ruido afuera, en la galería. Sus ojos azules tenían expresión intrigada al leer el encabezamiento.

"Famosa actriz que pierde la razón — Trágico destino de Miss Linda Velez — Extraña historia de un estupido ultraje.

Dereck Page, repórter — estrella del "Daily Radio", estaba tan interesado leyendo el primer ejemplar de su amado diario, que llegaba a Jerusalen desde que él estaba, que no oyó al intruso de media noche, hasta que su sutil sexto sentido lo hizo poner de pié.

Dejó el diario y un revólver apareció repentinamente entre sus dedos delgados y sinuosos. En sus vivos ojos brilló un resplandor de pelea al ver la siniestra figura que se introducía por el balcón.

—¿Quién es? — gritó — ¡Manos arriba o...!

Interrumpióse al abrirse las ventanas francesas y entrar la sucia y desarrapada figura en la habitación. Splash la examinó un momento o dos y luego se echó a reir.

—¡Diablos! ¿Es usted, Blake? ¡Vaya una facha!

Sexton Blake, el célebre criminalista, se acarició la barba que se había dejado crecer en la última quincena y luego miró sugestivamente hacia el aparador, donde había un sifón de soda y una botella.

—Splash, — dijo y sus ojos grises tenían expresión grave — la situación es seria... muy seria. Temo que Gran Bretaña esté al borde de la guerra.

Roguemos a Dios que la chispa no llegue al Polvorín, que no es otra cosa hoy la Ciudad Santa. El Número Uno tenía razón, como de costumbre, y a no ser que encuentre la mano oculta culpable de todos estos disturbios...

Se encogió de hombros y mecánicamente tentó los bolsillos de su "galabaya" en busca de su amada pipa de agavanzo.

Blake había venido a Jerusalen respondiendo a instrucciones de aquel insignificante individuo de Whitehall, que el mundo conocía por Mr. Armitage y sus compañeros, los miembros del Servicio Secreto Británico, por Número Uno.

Cuando ellos lo llamaban, Blake, a pesar de su posición única como criminalista independiente, lo dejaba todo; y cuando recibió una orden lacónica para dirigirse a Palestina, no demoró la partida si no que emprendió inmediatamente viaje.

No era la primera visita del famoso detective a la Ciudad Santa, ni tampoco la de Splash Page. Los rumores de un choque entre árabes y judíos habían impulsado a Lord Faversham, propietario del "Daily Ra-

dio", a enviar su principal repórter a Tierra Santa. Splash y Blake se habían encontrado en el Cairo, en la terraza del Hotel Shepheard y fué allí que los dos amigos, que habían compartido tantas aventuras en el pasado, decidieron su plan de campaña.

La situación de Palestina se agravaba por momentos, como Splash Page telegrafió a su diario, poco después de su llegada a Jerusalem. La Ciudad Santa estaba madura para la revuelta. La Sociedad del Escorpión Escarlata, esa extraña organización cuyas ramificaciones se extiende desde Alejandría hasta el golfo de Aden y desde allí hasta el norte de Siria, se estaba volviendo más fanática e intolerante que nunca.

Blake era un conocedor perfecto del árabe y decidió viajar de incógnito en cumplimiento de la delicada misión que lo había encargado el Número Uno.

Ahora, en su papel de Marzouk, había penetrado en todos los antros nocturnos de Jerusalem con la esperanza de conseguir algún informe sobre la temida insurrección. Era un papel difícil y fatigoso. Un paso en falso podía resultar fatal, porque los árabes valerosos, leales y hospitalarios con sus amigos, tienen un método desagradable para tratar a los espías.

Splash Page, por su parte, estaba protegido por el prestigio de su diario que durante años había combatido la política sionista de crear un hogar nacional para los judíos en Palestina.

Splash se volvió a Blake y agarró un fajo de formularios de telegramas en los cuales había estado escribiendo su artículo.

—Estoy de acuerdo con usted, viejo. La situación es crítica. El árabe, con razón o no, cree que Inglaterra ha vendido su tierra a los judíos.

Blake se puso a llenar lentamente su pipa.

—Mi querido amigo, — dijo — yo tengo una profunda simpatía por las dos tendencias. En primer lugar, Inglaterra comprometió su palabra de usar todos los medios que estuvieran a su alcance para proteger los intereses de los judíos en su antigua tierra.

Naturalmente, no puede volverse atrás en esto. Por otra parte, los árabes pelearon junto a nosotros en la guerra y lo hicieron magníficamente. Piensan que, habiendo habitado el país por espacio de dos mil años, los inmigrantes extranjeros de los ghettos de Europa y América no tienen derecho a echarlos.

Splash Page encendió un cigarrillo.

—Personalmente, — dijo — estoy de acuerdo con los árabes. La idea del sionismo es artificial. En primer lugar los judíos no desean quedarse en el país. En segundo, no hay suficientes recursos en Palestina. El pobre británico, pagador de impuestos, será el perjudicado, como siempre. Hay que reconocer esto de cualquier parte que se esté.

Blake hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, querido amigo. Pero olvida usted el Mar Muerto. Dos financistas astutos como Marcus Markuse y Abraham Hiram, no van a colocar sus capitales en el sitio donde estuvieron Sodoma y Gomorra sin esperar algo de su inversión.

Supongo sabe usted que hay vastos depósitos de betún y nitrato en el Valle del Mar Muerto, los cuales serían una posesión muy valiosa para la compañía que obtuviera permiso para explotarlos.

—¡La culpa la tienen esas condenadas explotaciones! — gruñó Page — Yo no soy sentimental Blake; pero, después de todo, Palestina es una tierra sagrada, que consagraron los recuerdos de tres grandes religiones.

Vi esta noche uno de esos llamativos carteles que anuncian un film yankee. Estaba pegado cerca del Huerto de Gethsemani. Se titulaba "Drama Sensasional del Salvaje Oeste, en cinco partes".

Se detuvo un momento y sonrió forzadamente.

Blake fumaba pensativo.

—Tiene razón, Splash; pero estoy ahora más preocupado con la situación política. Como sabe, tengo muchos amigos entre los árabes, lo mismo que entre los judíos. Sin embargo, en mi papel de Marzouk, he podido descubrir cuan peligrosa es realmente la situación.

Los Hijos del Escarabajo Escarlata, por melodramático que le parezca el título, son en realidad un factor, comparativamente sin importancia. Alguien, que tiene cerebro napoleónico, está proyectando algo colosal. Estoy firmemente convencido de ello. He visto y oído mensajes inflamatorios dirigidos a los árabes, incitándolos a levantarse, a echar a los judíos del país, de una vez por todas. Se preparan grandes disturbios Splash, hijo mío.

En la calle, bañada de luna, oyóse el ruido de un auto que se detuvo delante de la puerta del hotel Allemby. Blake levantó la vista con ligera sorpresa.

—Es una hora bastante avanzada para llegar — observó.

Splash Page bostezó. La noche era calurosa y pesada y el periodista sentíase traspirado, molesto, de mal humor.

Dirigióse a la ventana y por un momento o dos contempló los techos de la Ciudad Santa.

Jerusalem, bañada por la luz de la luna, parecía extrañamente eterea. Hacia el norte se destacaba el Monte de los Olivos; y la cúpula verde de la Mezquita de Omar brillaba como una burbuja iridescente, a la luz de la luna del trópico.

A los lejos se oía una plañidera canción árabe y los redobles de un tambor parecían latidos de un corazón enamorado.

A la derecha se levantaba la silueta gris, severa, de la puerta de Jaffa y la luz de la luna hacía brillar la bayoneta de un centinela, con traje kaki, que se paseaba gravemente de arriba a abajo, como si estuviera en un desfile en Aldershot. Splash pensaba si el "Tommy" británico comprendía que en el sitio bañado por la luna, por donde él caminaba, los Cruzados habían peleado y

muerto por defender a Jerusalem de las huestes sarracenas. Y que delante de esa puerta también las legiones romanas habían estado de guardia, custodiando la majestad de la Roma Imperial.

Luego la mirada de Page se fijó en la persona que bajaba del decrépito auto del hotel, que había parado junto a la acera. Lanzó un suave silbido de sorpresa al reconocer al hombre, grande y fornido, que había bajado del auto y miraba a su alrededor con expresión de profundo aburrimiento en su curtido rostro.

—¡Por todos los Santos! — exclamó Page abriendo la venta — ¡Si es Ruff!

Se inclinó fuera del antepecho y sus gritos despertaron ecos en la calle, plateada y dormida.

—¡Eh Ruff... viejo pecador, suba!

Ruff Hanson echóse hacia atrás el sombrero de anchas alas y una amplia sonrisa iluminó súbitamente la amable fealdad de su rostro.

—¡Campanas del infierno, pues si es Splash! Subiré enseguida, chico, cuando haya despachado al otro mundo a este pirata que quiere cobrarme diez dólares por un viaje en esta trampa de ratas, que tiene la audacia de llamar automóvil.

V

Sexton Blake no se sorprendía facilmente; pero el anuncio de la llegada de Ruff Hanson a Jerusalem lo hizo saltar de la silla y abandonar su impasibilidad.

Por un momento olvidó que estaba todavía vestido con los harapos de un mendigo árabe; olvidó también su barba y su "maquillage" moreno.

Sonrió al oir pasos pesados que ascendían la escalera. Habían pasado algunas semanas desde que el detective-pistolero y americano y Blake se habían encontrado en una aventura, cuando la Liga de Robin Hood secuestró al director de un gran establecimiento comercial.

Oyose un golpe en la puerta de la habitación de Splash y un momento después, entró Ruff en la habitación. Sus vivos ojos se iluminaron encantados al ver a Splash Page.

—¿Cómo le va, chupa tinta? — le dijo afectuosamente y luego sus ojos se fijaron en Sexton Blake. Frunció las cejas y en su mano derecha apareció, como por encanto, algo frío, azul, amenazador.

—¡Oiga, jeque, largo de aquí! ¿Lo estaba molestando el tipo, Splash?

Splash Page se echó a reir.

—Espantosamente — contestó — ¿No lo conoce, viejo peleador? Abou Aben Sexton: ¡Ojalá aumente su tribu! Usted declara la guerra y él está por la paz.

Ruff Hanson abrió tamaña boca. Una expresión de incredulidad apareció en sus ojos.

—¡Perros y gatos! Maldito si lo había reconocido, viejo Blake ¡Choque!

Apretó la mano de Blake como si tuviera dedos de acero.

—¿Qué hace aquí? — prosiguió — ¿Como se portan los jeques y los barbudos?

Splash Page sirvió un whisky y lo colocó delante del americano que lo acepto con una sonrisa.

—A la salud de la Prohibición — exclamó.

Los ojos de Blake brillaron divertidos.

—Ha tenido usted que hacer un largo camino para tomar ese vaso, Ruff — dijo.

El americano se tocó sugestivamente el bolsillo de la cadera.

—Usted lo ha dicho, compañero. Hace catorce días estaba en la pequeña y vieja Nueva York y no he hecho más que viajar desde entonces ¿No oyó usted hablar nunca de un tipo llamado Markuse? — añadió sin venir al caso.

Blake asintió con la cabeza.

—¿Se refiere usted a Marcus Markuse, el judío filántropo? — preguntó — No lo conozco personalmente; pero me parece que es...

—Ya no es... era — dijo Hanson lacónicamente — Alguien le cortó el resuello hace quince días y por eso estoy yo aquí.

Las cejas de Blake se alzaron interrogadoras.

—¿Markuse ha muerto? Explíqueme eso, Ruff.

Ruff Hanson encendió un cigarro, corto y grueso, y en su jerga norteamericana hizo a Blake y a Splash un resúmen de lo ocurrido quince días antes en Central Park Avenue.

—Yo estaba a punto de largarme y dejar la cosa en manos de la policía, que no simpatiza conmigo; pero apareció una chica... con esos ojos negros y melancólicos de que hablan los tipos que hacen versos.

Era Raquel Markuse, la hija del muerto y créame, Blake, nunca he visto tanto odio en los ojos de la muchacha como el que reflejaban los de ésta cuando me agarró de la manga y me dijo: Fué Abraham. Usted es el señor Hanson ¿no? Quiero vengar a mi padre. Pero primero arruinaré a Abraham y luego se lo dejaré para que lo mate, sí que lo mate como una rata que es.

—¡Diablos! — interrumpió Splash — Debe haber sido tremendamente dramático...

—¿Dramático? — repitió Ruff Hanson— ¡Espeluznante! Yo me sentía como si me hubiera traspasado el mismo puñal que había hecho cantar para el carnero a Markuse. Pero lo más interesante fué cuando la chica se presentó a declarar en la investigación ¡Uy!... muchachos ¡Cómo odian las mujeres! Si alguna vez esa chica siente por mí lo mismo que siente por Abie, yo cruzaré la Catarata del Niágara en un barril sin tapa, palabra.

Parece que el viejo tenía el plan de convertir los frutos del Mar Muerto en nitratos muertos o cosa así. Sea como fuere, estaba en camino de hacerse otra fortuna cuando el sindicato de Abie metió la pata y los dos se pelearon con uñas y dientes para obtener el derecho de explotación.

El hombre que estaba sentado adentro no oyo el leve ruido en el balcón.

Sexton Blake se frotó, pensativo, la barba.

—¿De modo que ésa es la situación, Ruff?

El detective-pistolero vaciló un momento.

—Esa pollera, la Raquel de que le hablé, me ha pagado para que venga aquí a vigilar sus intereses. Abie está resuelto a obtener la concesión de los nitratos y partió de Nueva York en su yate, dos días después de la investigación. Raquel... he mencionado sus grandes linternas obscuras, con largas pestañas, que lo traspasan a uno aunque no quiera? — preguntó ansiosamente.

Splash Page se echó a reír y le guiñó el ojo a Sexton Blake. El rostro de cuero curtido de Ruff Hanson se ruborizó un poco.

—¡Campanas del infierno! ¿Creen ustedes que estoy chiflado por la chica? Miss Markuse me dijo claramente: "Vaya a Jericó" y aquí estoy. Abraham Hiram, está dispuesto a arruinar a la chica. Si Markuse fué asesinado por uno de sus agentes o por los árabes que se la tenían jurada, es cosa que no sé... pero voy a descubrirlo.

La mandíbula prominente de Ruff se hizo aún más agresiva.

Oyose de pronto un golpe en la puerta y, con una rápida señal a Splash Page, Sexton Blake se levantó y fué de puntillas hasta el dormitorio, contiguo a la pieza donde se hallaban. No quería que su presencia, en el papel de Marzouk, fuera descubierta en el hotel Allemby.

Splah Page abrió la puerta y econtróse con un criado de blanco que estaba allí parado, con una bandeja de plata en la cual reposaba un sobre.

—¿Qué es, Abdul? — preguntó en árabe. El sirviente se encogió de hombros.

—Para el gran caballero americano que acaba de llegar. Le dejaron esta nota, muy urgente, effendi.

Splash Page agarró el sobre y se lo tiró a Ruff Hanson. Este miró la letra intrigado y luego metió su gordo dedo por entre la aleta. Sacó un breve y lacónico mensaje así concebido.

"Ruff Hanson, tiene veinticuatro horas para hacer sus maletas y mandarse mudar. De otro modo irá a hacerle compañía a Markuse. Este es nuestro primero y último aviso". Garabateado debajo de la carta se veía una representación del Escarabajo Escarlata.

—¡Hijos de mil perras! — tronó Ruff— Ya les voy a dar escarabajos ¡Miren mi humo!

VI

DINERO Y CEREBRO

El eminente financista, Hiram Abraham, estaba sentado en una silla de tijera, abordo de un lujoso yate, a vapor, "El Sundrift", que se mecía anclado fuera de Jaffa. Era un tipo extraño, alto y musculoso; su bien cortado traje gris claro acentuaba el color moreno de su cutis. Estaba recién afeitado y mostraba sus labios, frescos y carnosos. Sus ojos color azul de acero salían sorprendentemente de las órbitas, por debajo de sus cejas cerdosas y de su cabello, áspero y crespo.

Su nariz era como el pico de un ave de rapiña y la sombra que proyectaba sobre cubierta, su figura era realmente la de un pájaro de mal agüero.

Había llegado tres días antes a Palestina. Su cerebro sutil había sentido ya las corrientes de inquietud que amenazaban terminar con una revuelta contra las autoridades británicas.

Comprendió rápidamente que, dadas las circunstancias, una insurrección en Jerusalem podría beneficiarlo a él en Wall Street, si manejaba la situación con habilidad. Ostensiblemente, su presencia en Palestina debíase al deseo de consolidar con las autoridades de Obras Públicas su propuesto plan de erigir una gran fábrica química, destinada a extraer nitratos y betunes, de ese maldito valle, más allá de Jericó, donde el Mar Muerto extiende sus exhalaciones infectas sobre el estéril y quemado desierto.

No era el único que acariciaba ese proyecto, porque tanto el difunto Marcus Markuse como el jefe de un trust británico, Lord Hembren, se habían presentado al gobierno con idénticos proyectos para explotar los vastos recursos químicos del Mar Muerto, que siglos antes del advenimiento de la ciencia moderna se consideraba como maldito e inútil para el hombre y los animales.

Abraham contemplaba las movibles aguas del Mediterraneo y sus ojos se achicaron un poco al ver una blanca pinaza a vapor, cuyos bronces brillaban al sol, que se dirigía hacia él, procedente de las rocosas orillas de Jaffa.

La pequeña ciudad marítima no tiene verdadero puerto; sin embargo es el puerto más próximo a Jerusalem.

La sonrisa de Abraham era ligeramente sardónica al recordar que fué allí, en Jaffa, que Jonás emprendió su memorable viaje y se convirtió en el primer viajero submarino.

La actitud de Abraham hacia Markuse y Lord Hembrem era muy parecida a la de la ballena respecto a aquel melancólico profeta.

Aquella mañana esperaba un visitante y alzó sus anteojos para examinar a los que venían en la pequeña pinaza, que pasó junto a la antigua casa de Simón el Curtidor, donde según cuenta la tradición, tuvo el apóstol Pedro su primera notable visión, de cosas limpias y no limpias.

Si el santo hubiera estado en aquel techo plano y observado la entrevista entre Abraham y el hombre fornido, barbudo, vestido con traje indescriptible, no hubiese tenido dificultad en clasificarla entre las segundas.

Iván Valantoff, el distinguido y sabio químico, saludó a Abraham con rápida y brusca inclinación de cabeza. Sus vivos ojos parecían mirar a todas partes menos más allá de su delgada nariz. Tenía el hábito de aca-

riciar incesantemente su barba canosa, barba que Abraham encontraba altamente desagradable.

Ocultó, sin embargo, su fastidio con falsa cordialidad y condujo al sabio a su lujoso camarote. Una mirada a aquel camarote hubiera revelado al observador menos profundo el carácter de su dueño.

Estaba lleno de objetos de plata y de platino. Los divanes eran profundos y lujosos, la atmósfera distintamente oriental. El suelo se hallaba cubierto por una espesa alfombra de Bokhara y de las paredes colgaban magníficos tapices de Persia. Sobre las mesas de marfil y sándalo había floreros de plata, de trabajo damasceno, con grandes flores purpúreas, y en las paredes una regular panoplia compuesta por espadas antiguas y dagas, incluso cimitarras moriscas y grandes espadas de dos filos, de acero damasceno.

—Siéntese, amigo mío — dijo Abraham indicando a su visitante un diván de brocado.

A Iván Valantoff no pareció impresionarlo el lujo que lo rodeaba. Inclinóse bruscamente y sus pálidos y fríos ojos se fijaron en el rostro del financista, como estudiándolo. Abraham se sentía un poco molesto bajo aquel escrutinio. Golpeó las manos y un mozo árabe, vestido de blanco, apareció sin saberse de donde salía, como un genio.

—Traiga café y arak — ordenó Abraham brevemente — Le gusta el arak ¿no Valantoff?

—Es la bebida más parecida al vodka que he podido encontrar en este maldito país — dijo el ruso.

El criado colocó las tazas de frágil porcelana y una botella con un tapón de oro y delicados adornos de filigrama, al alcance de su amo.

—¿Y bien? — preguntó el millonario, cuando hubo servido a su huésped aquella bebida dulcemente seductora.

—Todo va bien — dijo Valantoff con tono profundo y gutural — Los Mazarites celebran su festival de las Súplicas el próximo sábado. La atmósfera de aquí es tensa y eléctrica. No se necesita más que una chispa y... se producirá la explosión.

—¿Los Mazarites? — dijo Abraham en tono intrigado — ¿A qué secta pertenece?

Valantoff descubrió sus dientes amarillos con desdeñosa sonrisa.

—Encontrará usted en el muro del Kremlin, la sentencia de Lenín "La religión es el opio de los pueblos", amigo mío. Aquí en Jerusalen, hay infinidad de sectas, sediciosas y guerreras; pero las tres divisiones principales, como usted sabe, son los cristianos, los mahometanos y los judíos. Gracias al Cielo, — añadió piadosamente — yo soy ateo.

La frente de Abraham se obsureció.

—Parece olvidar usted que yo soy hebreo — dijo.

—Yo he olvidado que ese es mi origen. No rindo culto a ninguna religión ni raza, excepto al nihilismo.

—¡Déjese de nihilismo! — interrumpió Abraham con voz áspera — Ya sabe que conmigo ni corta ni pincha. Vamos a la situación. Usted trabaja por su cuenta y yo le pago para que siga mis instrucciones. ¿Ha tenido éxito en su plan original de campaña?

Valantoff hizo un gesto afirmativo. De su bolsillo sacó una hoja doblada, de diario, y la extendió delante del millonario.

—¡Escuche! — dijo bajando la voz — El viernes, a la puesta del sol, empieza el Sabbath y los miembros ortodoxos de todas las sectas judías pronuncian sus lamentaciones ante el Muro, que es todo lo que resta del templo de Salomón. Durante casi dos mil años han continuado, sin interrupción, esa ceremonia.

El segundo santuario sagrado del mundo musulmán — continuó — es la Mezquita de Omar, que está construída en el sitio donde estuvo el antiguo templo de Salomón.

En su rostro barbudo apareció una sonrisa de desprecio

—¿No comprende la causa de los choques? — preguntó — Esta es Palestina, la Tierra Santa de tres grandes religiones y los sacerdotes de cada una de ellas ladran como perros sobre sus sitios sagrados.

Ahora que Gran Bretaña ha asegurado un hogar nacional para los judíos, en Palestina, los hebreos se sienten naturalmente irritados al verse excluídos de la entrada de la Mezquita, que piensan les pertenece por derecho.

—Este es el sitio peligroso—añadió señalando un mapa, que estaba extendido sobre la mesa con la punta de su dedo manchado de ácido.

Era un plano de la antigua ciudad. Un círculo rojo señalaba una callejuela, a la sombra de la Mezquita de Omar, donde por siglos y siglos los errantes judíos han lamentado su cautividad y su largo destierro.

Valantoff sonrió malignamente.

—¿No hay un versículo en la escritura que dice "las mismas piedras llorarán?" Escuche, amigo mío — inclinóse hacia adelante ansiosamente y se golpeó el cráneo calvo y bulboso — Este cerebro ha inventado, con ayuda de la ciencia, un método que dará la razón a ese versículo. Las piedras, no solamente llorarán, si no que aullarán. Se encenderá una chispa que, estoy seguro, destruirá esa estúpida religión.

Los ojos de Valantoff brillaron con odio, el odio de un hombre que, durante años, había vivido en las prisiones de Siberia por sus ideas subversivas, en tiempos del Zar.

Era un extraño y peligroso instrumento el que había elegido Abraham en su ambición de dominar los mercados de nitrato del mundo. Pero el americano confiaba en que, cuando llegara el momento, podría deshacerse de aquel chacal como se había deshecho, en Estados Unidos, de sus asesinos pagados, cuando ya no los necesitaba.

—Habla usted en enigmas, amigo mío — ¿qué quiere decir en suma?

Una mirada astuta se reflejó en los ojos de Valantoff.

—Ya le dije que la fiesta de las Súplicas

El misterio del Muro de ...

de los Mazarites se realiza, por singular coincidencia, el sábado próximo, que es también el Sabatth de los Judíos.

—¿Y bien? — preguntó Abraham impaciente — ¿Qué hay con eso?

—Simplemente que los Mazarites constituyen la secta más sanguinaria y fanática de los mahometanos — contestó Valantoff — Son guerreros, fieros e indomables, del otro lado del río Jordán. Los gobierna el Sheikh Kadir que, incidentalmente, es uno de los jefes de la sociedad secreta pro-Arabes, el Escorpión Escarlata.

El sábado próximo una partida de estos salvajes beduinos hará una devota peregrinación a la Mezquita de Omar. Allí, guardados en una urna de plata, hay cuatro objetos por los que sienten reverencia especial.

Es leyenda de la tribu que el profeta Mahoma se arrancó cuatro pelos de su barba y se los regaló a la tribu de los Mazarites, que lo ayudaron en su guerra contra los infieles. Estos pobres idiotas creen que esos pelos tienen propiedades mágicas y comunican a la tribu valor en la guerra, reservándoles sitio especial en el paraíso.

Por consiguiente, todos los años, hacen una solemne peregrinación para revevenciar el cofre de oro y piedras preciosas que contiene esa reliquia.

Abraham inclinóse ansiosamente hacia adelante y sus ojos brillaron de excitación.

—Empiezo a comprenderlo, Valantoff — dijo con admiración.

—Escuche — dijo el sabio — Lo tengo preparado todo, hasta en sus últimos detalles.

Bajó la voz hasta convertirla en un leve murmullo y esbozó su proyecto. Abraham, sincero interiormente consigo mismo, reconoció que era uno de los crímenes más diabólicos que se había proyectado nunca contra la sociedad; pero tenía una gran excusa: iba a producirle dinero.

El financista observó al que hablaba con profundo interés. Parecía emanar del hombre una fuerza casi tangible para el mal. Valantoff gozaba con su malvado plan; en sus ojos brillaba una luz infernal.

Durante largo rato, Abraham escuchó en silencio. Por breve momento sintió una punzada en la conciencia al dibujarse en su mente un cuadro de matanza, los cuerpos de los muertos en espantosas actitudes; pero aquello pasó inmediatamente y una visión de poder y riqueza mayores la reemplazó.

Lenvantóse de pronto y se dirigió a la caja de acero, atornillada en el piso, en un rincón del camarote. Abrióla lentamente y sacó un grueso fajo de billetes de banco.

—Dinero de sangre — dijo con siniestra sonrisa dándoselo a Valantoff.

Las manos del ruso, semejantes a garras, los agarraron codiciosamente.

—Yo no seré tan débil como aquel imbécil de Judas Iscariote y no me ahorcaré— dijo con sonrisa enteramente desprovista de alegría.

Sin decir más se dió vuelta y salió del camarote. Hiram Abraham se dejó caer en una silla; luego, repentinamente, golpeó las manos que estaban húmedas de traspiración.

Su criado entró silenciosamente.

—Tráigame un poco de agua en una palangana — le ordenó ásperamente.

El "suffragi" salió, volviendo casi inmediatamente con una palangana de bronce y una toalla limpia.

—¡Dinero de sangre! — murmuró Abraham.

Encontró un placer perverso mientras se lavaba las manos en la palangana. Su acción era simbólica, como la de Pilatos.

VII

LA COMIDA EN LA CASA DE GOBIERNO

Alí Hassan Bey estaba sentado en la galería de su casa, cerca de la puerta de Sion que daba a las llanuras cubiertas de dunas y al camino, polvoriento y sinuoso, que va a Bethelen.

El turbante, echado hacia atrás, desubríale la frente calva y brillante; su voluminoso cuerpo estaba extendido en un sillón bajo, de mimbre. Movía indolentemente con su gorda mano un espanta-moscas de mango de marfil y bostezaba.

Aunque de exterior amable y llano, Hassán Bey había nacido intrigante. Lo encantaban las estratagemas y complots. Era bastante popular en los círculos del gobierno inglés de Jerusalem, porque había sido educado en Oxford y aprendido a recibir con lujosa hospitalidad.

Nadie, excepto un hombre de ojos claros y bronceado cutis del Servicio Secreto, sabía que no era lo que aparentaba. Sin embargo, en el notable archivo que tenía en Whitehall aquel hombre eficiente, conocido por el Número Uno, el nombre de Hassán Bey estaba señalado por una estrella roja, lo que quería decir "peligroso". Y en una breve, pero interesante conversación que el Número Uno sostuvo con Sexton Blake, antes de la partida de éste, el detective supo muchas cosas acerca de aquel hombre afable y gordo.

Blake había llegado a Jerusalem con el seudónimo que solía usar de Seton Browne y aparentando ser un inofensivo profesor de arqueología. Para evitar complicaciones, había tomado una habitación en el Nuevo Gran Hotel, mientras Page compartía su departamento con Ruff Hanson en el Hotel Allemby.

Nadie sospechaba que aquel señor de anteojos, con un Baedeker debajo del brazo, que vagaba por la mañana visitando la ciudad, era el célebre criminalista de Baker Street. Y ciertamente ni un alma imaginaba que aquel sucio y haraposo árabe, que se pasaba el tiempo en los pequeños cafés de la Ciudad Santa, era también la misma persona.

Blake jugaba un juego difícil y peligroso y sólo su habilidad consumada de actor y su conocimiento de la lengua y costumbres

árabes le permitían sostener su papel.

Era la noche después de la llegada de Ruff Hanson a Jerusalen. Blake tenía un escondite en una casa árabe, en el barrio nativo de la ciudad. Su guarida era bastante segura porque pertenecía a un agente del Gobierno.

Allí entraba por la mañana bajo la inadvertida figura del profesor Browne y salía convertido en el haraposo Marzouk.

En los pasados días había oído rumores en los bazares acerca de un inevitable choque entre judíos y mahometanos.

Blake sabía algo de la organización panárabe, el Escorpión Escarlata, que estaba dirigida desde el Cairo y tenía agentes secretos por todo Oriente. Había sido para Blake un rasgo de ingenio el tatuarse en el antebrazo la pequeña insignia roja de la sociedad, de la cual Hassán Bey era miembro activo y prominente.

Aquel hombre, obeso y astuto contemplaba ahora el camino tortuoso que conducía a su morada, con una expresión de suave espectativa en sus ojos. Descubrió una figura encorvada que ascendía lentamente la cuesta, envuelto en una destrozada abaya azul y con un sucio turbante alrededor de la cabeza.

Los pies del viajero, calzados con sandalias, levantaban nubes de polvo; sobre el hombro llevaba una bota para agua, de cuero de cabra. Hacía sonar en su mano sucia dos címbalos de bronce y gritaba en árabe.

—¡Agua para la sed! ¡Agua, dulce y fresca!

Los ojos de Hassán se achicaron cuando el aguatero entró al patio de su casa. Se puso de pié y mirando su reloj-pulsera vió que eran casi las seis de la tarde. Del minarete de la mezquita adjunta, la voz del muezzin llamaba a los fieles a la plegaria.

Instantáneamente el effendi educado en Oxford, el haraposo aguador y el ciego bowab, que era guardián de la puerta, volvieron sus rostros hacia la Meca y se postraron, murmurando los nueve nombres de Allah el Grande, el Misericordioso, el Compasivo.

—Llegas temprano, Marzouk. Dime ¿has tenido noticias de Essolt?

—Seguramente ¡oh Bey! — contestó el pseudo Marzouk — Los Hijos del Escarabajo Escarlata se están reuniendo en la frontera y el Sheikh Kadir ha obtenido de los franceses en Siria, muchas armas y municiones.

—¡Bien! — exclamó Hassán Bey — Tengo necesidad de tí. Hay en Haifa un hombre llamado Ahmed. Tengo un mensaje para él que no puedo confiar al correo porque su casa está vigilada por los malditos ingleses, cuyos espías están por todas partes...

—¡Allah los hiera a todos! — dijo Sexton Blake con profunda gravedad.

—Los enemigos del Islam, oh Marzouk, son muchos y poderosos; pero los venceremos. Ese maldito judío Markuse era rico y derramó dinero como agua para introducir a más miembros de su maldita raza en nuestro país. Sin embargo, su fin fué rápido. Los tentáculos del Escorpión Escarlata se extienden lejos y el cerebro astuto de Markuse no proyectará nuestra destrucción.

—¿Markuse ha muerto? — dijo Blake con sorpresa perfectamente simulada.

Alí Hassán hizo un gesto de asentimiento.

—Uno de nuestros hermanos de Nueva York lo mató, ganándose así un sitio en el Paraíso donde los fieles gozan siempre. Hay muchos más que tendrán el mismo destino. Esos arrogantes americanos y ricos ingleses, como Abraham y Hembren, perecerán igualmente.

Sexton Blake se acarició, pensativo, la barba e hizo un gesto de asentimiento. Interiormente se sentía emocionado por el modo imprevisto como se le revelaba el secreto de Markuse. La sospecha de Ruff Hanson de que Hiram Abraham era, de un modo u otro, responsable de ella, resultaba errada.

Era evidente que también Abraham estaba en la lista negra de la sociedad secreta. Sin embargo, no podía comprender Blake por qué también Ruff había recibido aquel aviso la noche de su llegada.

Disimulando hábilmente su interés hizo preguntas casuales sobre el gran americano que había llegado al hotel Allemby; pero, por la respuesta de Hassán, dedujo que éste ignoraba hasta la existencia de Ruff Hanson.

Intrigado, Blake recibió en silencio las instrucciones sobre la carta que tenía que llevar a Haifa. Hassán Bey sonrió al ver al detective disfrazado meter la carta entre los sucios pliegues de su faja.

—Vuelve a informar aquí al amacener del Sabaath de los Judíos — dijo — Ese día verás... muchas cosas.

Marzouk, el aguatero, se inclinó gravemente.

—¡Salaam oh Bey, la paz sea contigo!

—Y sobre tí — contestó el otro.

Marzouk, el aguatero, se dió vuelta y alejóse en dirección a Jerusalem; el sonido musical de sus címbalos perdióse a la distancia.

En una angosta callejuela que partía de los bazares de los joyeros, dentro del recinto de la Ciudad Santa, Iván Valantoff, estaba inclinado sobre un banco de trabajo.

El cuarto en que trabajaba era una extraña y diabólica mezcla de arte antiguo y ciencia moderna. La cúpula del techo estaba teñida y descolorida por el humo; pero no podía ocultar los bellos motivos arabescos esculpidos que los antiguos sarracenos habían trazado en él.

En el centro de la habitación había una mesa de acero sobre la cual descansaba un crisol eléctrico. Las angostas ventanas moriscas estaban protegidas de la vista de la calle por un "mushariva" de sándalo. El banco estaba cubierto de retortas y calentadores y en un rincón veíase un poderoso aparato de radiotelefonía.

Sobre el piso había libros esparcidos; lo más incongruente de todo era un cocodrilo

embalsamado, con las mandíbulas abiertas, que colgaba desde el techo sobre la cabeza del ruso.

Valantoff sonrió siniestramente al inclinarse sobre un delicado disco de vulcanita negra. Abrió una pequeña caja de acero, que contenía un ovillo de alambre de cobre casi invisible.

Por fin sus planes habían llegado a la perfección. Dentro de pocas horas se encendería la chispa que derribaría los cimientos de la Cristiandad.

Valantoff era un fanático del tipo más peligroso. Su mente y cuerpo enfermos lo habían convertido en un monstruo odioso, cuya mano estaba levantada contra cualquier hombre. Años de meditación en una cárcel de Siberia lo había amargado contra la humanidad. Estaba dispuesto a destruir, a matar, y se regocijaba ante el pensamiento de convertir el mundo civilizado en ruinas.

Poco imaginaba aquel coloso de las finanzas, Abraham, el monstruo que había creado cuando contrató al paqueño sabio ruso como agente para velar por sus intereses en Palestina.

Valantoff cerró la caja de acero con un clic y su rostro cadavérico se inclinó sobre un vaso de ácido burbujeante que había sobre el banco del laboratorio. Al resplandor verdoso de un mechero Bunsen parecía un malvado nigromántico murmurando encantamientos sobre un brevaje del diablo.

Sir Gilbert Carfax, Alto Comisionado de su Magestad Británica, en Palestina, se paseaba inquieto sobre la alfombra de Persia que cubría el suelo de su cuarto de trabajo.

De tiempo en tiempo se detenía y miraba por la ventana hacia aquel vasto edificio blanco, en el Monte de los Olivos, que, antes de que Allemby conquistara Jerusalem, había sido hospicio para los peregrinos alemanes.

Había cierta ironía triste en el hecho de que hubiera sido, originalmente, inaugurado por su Magestad Imperial, el Emperador Guillermo. Era típico de la deslumbradora arrongancia del ex-kaiser entrar a la Ciudad Santa vestido con la cota de malla y el casco de acero de un Cruzado y anunciar, con su acostumbrada retórica, que era también campeón del Islam.

Los tiempos habían cambiado, sin embargo y ahora aquella personalidad, altiva y fanfarrona, se hallaba desterrada en Doorn.

Gilbert Carfax, un hombre alto, ancho de espaldas y extraordinariamente buen mozo, era uno de los Comisionados más populares a quienes había tocado la tarea, difícil e ingrata de gobernar Palestina.

Los árabes, cristianos y judíos conocían la fama de su voluntad inflexible y su agudo humorismo.

Durante la guerra había sido uno de los ases más intrépidos de las R. A. F. y, después del Armisticio, su carrera como explorador en Africa y como diplomático en las fronteras de Afghanistán le habían añadido nuevos laureles. No tenía aún treinta y cinco años y sus ojos grises brillaban con el entusiasmo de la juventud; pero aquella noche estaban ligeramente nublados.

Daba una comida semi-oficial en la Casa de Gobierno. Sus invitados eran el gobernador militar, Coronel Arthur Yates, el eminente finacista Hiram Abraham, el distinguido político egipcio príncipe Abdul Hilmi, y el arqueólogo retirado y b[illegible]ante taciturno, Seton Browne, que aquella mañana le había traído una carta de presentación de Sir Thomas Anderson, del Ministerio de Relaciones Exteriores.

La situación de Palestina lo preocupaba al Comisionado y la perspectiva de aquella comida no lo seducía. Sabía que la situación era grave para todos los habitantes del inquieto país, cuando el Sheikh Abu Kadir y sus tribus Mazarites venían del desierto en su peregrinaje anual a la Mezquita de Omar, para rendir tributo a la preciosa reliquia del profeta Mahoma.

Un gong resonó en los desnudos corredores de la Casa de Gobierno y, con un extremecimiento, recordó Sir Gilbert que se debía a sus invitados. Pasó, por un pasaje privado, al salón de recepciones.

Los ordenanzas uniformados se cuadraron a su entrada. Su hermana, la honorable Millicent Carfax, actuaba como dueña de casa en aquellas ocasiones y Sir Gilbert le sonrió forzadamente al entrar el primer invitado.

El coronel Yates, era un hombre delgado y curtido, que llevaba bigote tuzado; entró vivamente y estrechó la mano del anfitrión. Fué seguido, un momento o dos después, por Hiram Abraham, de imponente figura.

—¿Cómo le va, señor Comisionado? —dijo Hiram — Me alegro mucho de tener el honor de conocerlo.

Inclinóse ceremoniosamente ante la dueña de casa, mientras el Comisionado hacía las presentaciones de rigor.

—¡Entre, Profesor! — dijo cordialmente Sir Gilbert, al ver la tímida y barbuda figura del Profesor Seton Browne, que vacilaba en el umbral.

El último en llegar fué el príncipe Abdul Hilmi. Los seis entraron al espacioso comedor, con esos modales ligeramente forzados que siempre se notan en una recepción semi-oficial, hasta que el hielo se rompe gracias a la cálida influencia de los vinos.

Hiram trataba de mostrarse amable con la dueña de casa. Cuando quería era un conversador ingenioso e interesante. La Honorable Millicent Carfax hablóle discretamente de su proyecto y él se echó a reir de buen humor.

—Espero, señora, que tendré la suerte de convertir en dinero los frutos del Mar Muerto. ¿Qué le parece, señor? — añadió, volviéndose al disfrazado Sexton Blake, que había sido oyente, silencioso e interesado, de la conversación.

Blake se acarició la barba gris y movió solemnemente la cabeza.

—Como arqueólogo — dijo secamente — no soy partidario del proyecto de instalar grandes fábricas en una tierra de recuerdos como ésta.

—Pero, profesor, — protestó Abraham— ¿acaso no es para bien de todos desarrollar una industria? Palestina ha sido pobre muchos años y los modernos descubrimientos de la ciencia han indicado el medio de obtener prosperidad de un lugar muerto, como el Mar que lleva ese nombre.

Blake bebió su vino y sonrió un poco escépticamente.

—Temo, señor Abraham, — observó — que su opinión no está enteramente de acuerdo con la estricta verdad histórica — su voz era segura y un poquito pedante — El Mar Muerto llamóse en los tiempos clásicos el Lago Asfaltites o Lago del Asfalto, por las grandes cantidades de betún y natrón que se levantaban en su superficie. Se exportaron a Egipto para embalsamar los muertos como usted indudablemente sabe ¿no es cierto, príncipe?

Abdul Hilmi mostró sus blancos dientes con brillante sonrisa.

—Lamento no estar enterado, profesor. Todo lo que sé es que el agua es tan intensamente salada que nada vive en ella y que un nadador no puede ahogarse por que flota ¿No dice la historia que cubrió ese mar a Sodoma y Gomorra, las malvadas ciudades de la llanura?

—Seguramente — interrumpió Hiram— dirigiendo una rápida mirada de sospecha a Sexton Blake — Por eso, profesor, si mi proyecto es aceptado por el Gobierno y desecamos la mayor parte del Mar Muerto, podrá usted entregarse a sus exploraciones arqueológicas y descubrir si los habitantes de esas regiones eran tan malos como los pintaron. Quizá pueda usted descubrir a la estatua de sal en que fué convertida la mujer de Lot.

Un murmullo de risas acogió esta salida y Blake se unió a ellas.

—Temo — observó — que esa teoría, aunque pintoresca, no está apoyada por testimonios científicos ni bíblicos. No se encontrará rastros de ese cambio geológico.

Abraham recibió la réplica con buen humor y se volvió al coronel Yates.

—He oído decir en la vieja ciudad, esta mañana, que le espera a usted tarea. Parece que va a haber algún alboroto árabe en la Mezquita de Omar.

El Coronel Yates hizo una breve inclinación de cabeza.

—Es la acostumbrada peregrinación anual de los Mazarites. Hemos tenido pocos disturbios en años anteriores — dijo con acento tranquilizador — Algunos de los miembros viejos de la tribu se pondrán quizá un poco excitados; pero un buen cordón de policía bastará para contenerlos.

—Esa es una buena noticia, coronel — interrumpió Abraham — Hay que mantener a esos condenados negros en su sitio

Por un momento o dos reinó embarazoso silencio entre los cuatro ingleses, ante el grosero y mal inspirado epíteto de Abraham. El rostro moreno del príncipe Abdul Hilmi se coloreó sombríamente y fué la dueña de casa que terminó la molesta situación, proponiendo que los caballeros se retiraran al salón de fumar.

Yates y Sir Gilbert Carfax cambiaron miradas significativas y hasta Hiram comprendió su torpeza.

Lo siento, caballeros — dijo embarazado — Comprendo que no debí decir eso. Nosotros los americanos no entendemos vuestro sistema de gobierno, creo.

—¡Maldita imprudencia! — murmuró el Encargado al militar cuando Abraham, que había pasado al otro cuarto, no pudo oirlo.

El pequeño grupo se instaló alrededor de la estufa, en la cual ardía un fuego de carbón, porque la noche se había puesto fresca. Yates estaba a punto de sugerir una partida de bridge cuando oyóse un golpe en la puerta y un secretario privado entró apresuradamente. Su rostro estaba pálido y agitado.

—Disculpe, Sir Gilbert. — dijo — se trata de un asunto urgente. ¿Puede recibir unos minutos al Imam Hussein?

El rostro de Sir Gilbert, tostado, color ladrillo, cambió. La noticia de que aquel venerable sheikh que estaba a cargo del segundo santuario sagrado del mundo musulmán hubiera llegado a la Casa de Gobierno a semejante hora era de por sí alarmante.

VIII

LA PARED QUE SE QUEJABA

Splash Page y Ruff Hansen no sabían que hacer y después de un partido de billar en el Allemby, Splash sugirió que hicieran un paseo, a la luz de la luna, por las calles de la Ciudad Santa. Ruff Hanson aceptó de no muy buena gana.

—Yo no soy fuerte en estas cosas antiguas, muchacho — observó — Hay una atmósfera de escuela dominical en estos sitios que me recuerda mi infancia, en la población ganadera de Pumpkin Centre, en Arizona.

Se encasquetó el gran sombrero, en ángulo agresivo, y empezó a cantar con voz extraña y monótona, como la de un cuervo con hipo.

"Allá en Arizona, donde los hombres son malos,
Bajo la noche estrellada,
El hombre más temido, es el cowboy Joe"

Splash tocó con el codo a su compañero, mientras aquella voz espantosa despertaba los ecos de la ciudad dormida.

—¡Por amor de Dios, Ruff, hay algo de espantoso en meter semejante barullo en la vieja ciudad!

—¡Barullo! — exclamó Ruff indignado — Estaba cantando.

Splash se echó a reir mientras pasaban delante de un centinela británico a quien dió un amable "buenas noches". Los pasos

"¿Quién te dijo que yo necesitaba un bowab?" preguntó ásperamente el ruso.

de ambos resonoban en el pavimento de guijarros de las estrechas y tortuosas calles, con sus techos abovedados.

Dando bruscamente vuelta a la derecha y pasando por la Calle del Rey David, se acercaron al Santo Sepulcro. El patio, ancho y blanco, de aquel sitio histórico, estaba desierto.

—Le mostraré algo interesante — dijo de pronto Splash — Para mí es la reliquia más auténtica de este lugar.

Se dirigió hacia la gran puerta de roble de la iglesia y señaló hacia abajo. Allí, en el mismo umbral, había una loza muy gastada, que ostentaba una débil inscripción, todavía descifrable, a pesar de haber pasado sobre ella millones de piés de piadosos peregrinos.

—¿Y qué lee usted ahí? — preguntó Ruff, señalando un nombre.

—Philippe D'Auvigny la fecha era la del año en que Ricardo Corazón de León ayudó a arrancar el Santo Sepulcro de manos de los sarracenos.

—Felipe D'Auvigny era el caballero favorito de Ricardo Corazón de León — dijo Splash — Un guerrero casi tan grande como Corazón de León mismo. Lo sepultaron en el sitio mismo donde cayó. Por una hora estuvo de espaldas a la puerta, defendiéndola contra una horda de sarracenos fanáticos, sin más armas que un hacha de batalla. Se dice que mató no menos de diez y seis sarracenos antes de que Saladino lo deshiciera el cráneo con su maza. Siempre me produce emoción extraña contemplar su tumba.

—Diablos, tiene razón, compañero. Si hubiese tenido consigo a Willy y Wally, seguro que voltea a seiscientos condenados sarracenos. ¿Y el Muro de las Lamentaciones? preguntó con curiosidad Ruff — He oído hablar tanto de ese condenado lugar que tengo deseos de verlo.

—Es ahí donde empieza, generalmente, los disturbios — dijo Splash guiando hacia la mezquita de Omar.

Pasaron por una angosta arcada y se dieron vuelta bruscamente. La figura, con túnica obscura, de un viejo judío ortodoxo de enmarañada barba, pasó junto a ellos, desviando la cabeza. Su sombrero estaba adornado de piel y por un breve momento recordóle a Splash el impresionante dibujo hecho por Cruikshank de Fagin en la celda de los condenados.

Splash señaló hacia una angosta callejuela, uno de cuyos lados era una alta pared de piedra, como de veinticinco piés Sobre ella se levantaban los minaretes y la brillante cúpula de la Mezquita de Omar.

Las piedras de que estaba construída la parte inferior de la pared eran de granito macizo, cada una de unos cuatro piés cuadrados y presentaban una superficie alisada por las lágrimas de millones de hijos de Judea, desde los tiempos en que empezó su cautividad y destierro.

Todo estaba tranquilo y silencioso y hasta Ruff comprendió algo de la emoción y del romance del Muro de los Lamentos.

Aquellas pocas piedras eran los únicos restos del glorioso templo de Salomón, en un tiempo maravilla del mundo.

Fuera del obscuro y barbudo judío y del impasible centinela británico, no habían encontrado a nadie. Un silencio pensativo parecía pesar sobre aquel sitio de lamentaciones y Splash, que era particularmente sensible a la atmósfera, se extremeció a pesar suyo y se dió vuelta para alejarse.

De pronto un grito salvaje y una risa burlona interrumpieron el silencio de la noche. Sardónico, agudo e inhumano, hizo correr un extremecimiento de frío horror por la médula de Splash.

—Por todos los diablos del infierno, ¿qué es eso? — preguntó Ruff Hanson.

En su mano aparecieron repentinamente dos pesadas pistolas de seis tiros.

"¡Ja, ja, ja! Imbéciles y generaciones de imbéciles" chillaba una voz sobrenatural que parecía salir del Muro de las Lamentaciones mismo.

Lo decía en árabe y Splash Page agarró la manga de Ruff Hanson al reconocer los familiares versículos de los Proverbios, a pesar del odioma.

"Los que caminan con hombres sabios, serán sabios; pero el compañero de los tontos será destruído. ¡Al Geheuna con todos los judíos! Ni siquiera les dejaremos ojos para llorar"

La boca de Splash formó una línea resuelta y dura.

—Voy a investigar esto — dijo y su tono era severo — Parece haber salido de aquí —y sacó su linterna eléctrica.

La dorada luz cortó la obscuridad como una espada. Una especie de terror supersticioso, ajeno a su naturaleza, se apoderó de Page y las palabras de la antigua profecía adquirieron en su mente un nuevo y terrible significado.

"Porque la piedra de la pared gritará. ¡Ay! del que edificó la ciudad con sangre".

—En nombre del cielo, ¿qué significa esto? — murmuró Splash mientras chillido tras chillido de aquella risa espantosa, de loco, interrumpía el silencio de la noche. Pero aunque él y Ruff inspeccionaron todos los rincones y rendijas del histórico Muro de las Lamentaciones no descubrieron rastros del invisible burlón.

—Esto es serio — murmuró Splash Page — Volveré para hablar con Blake. Si ocurre esto el Sabatth de los judíos, el infierno se desatará sobre Palestina.

Ruff Hanson nada dijo. Por una vez en su vida había perdido la habitual alegría y, muy silenciosos, volvieron los dos por las tortuosas y angostas callejuelas que conducen a la ciudad exterior.

Cerca del bazar de un joyero, a la luz de un farol, vió Splash una alta e imponente figura. Estaba vestida con larga túnica verde y alrededor de su cintura llevaba una faja roja, en la que llevaba una daga curva.

Pero lo que más llamó la atención de Page fué el rostro del hombre. Era tranquilo, sin expresión, como el de una esfinge esculpida y de una palidez de cera. Dos

ojos serenos lo miraban sin pestañear por debajo del turbante en cuyo centro brillaba una iridescente esmeralda.

El desconocido tenía los brazos cruzados y, miraba aparentemente, más allá del asombrado periodista.

Se necesitaba mucho para turbarlo a Splash Page, que mirando directamente al otro le dijo en árabe:

—Salaam, oh desconocido ¡Que la paz sea contigo!

—Y contigo, amigo mío — contestó el otro en perfecto inglés — La paz que ¡ay! todavía los transeuntes aprecian.

Splash estaba demasiado preocupado en esos momentos para comprender la exacta importancia de las palabras de aquel hombre extraño. Siguió su camino. Luego, al final de un largo pasaje que parecía un túnel, en la esquina de la Calle Rey David, Ruff Hanson lo detuvo repentinamente, señalándole una figura vestida con ropas idénticas a las del desconocido que habían dejado unos momentos antes.

A los rayos de la luna, Splash distinguió el rostro del otro y lanzó una exclamación.

—¡Socorro! ¡Usted otra vez! — exclamó al reconocer las mismas inexpresivas facciones — ¿Cómo diablos llegó aquí? — preguntóle en árabe.

Había algo de extraño y misterioso en aquel hombre. No podía haberles pasado y no había otro medio de llegar a la entrada del camino, a no ser que el hombre tuviera el don de hacerse invisible. Splash no podía explicárselo. Sus nervios estaban todavía alterados por aquella espantosa risa que había oído y le murmuró a Ruff:

—No me gusta, Ruff. Hay algún misterio...

Ruff apuró el paso para ponerse a nivel con Splash y a los pocos minutos llegaron a la puerta de Jaffa. Entonces, repentinamente, Splash señaló con dedo tembloroso hacia el sitio donde impasible, inmóvil, estaba nuevamente la figura vestida de verde, esperando con los brazos cruzados, contra el fondo gris de las históricas puertas.

Por primera vez en su carrera el pánico se apoderó del periodista. La cosa era fantástica, aterradora. Primero aquella risa, chillona y horrible, luego la aparición verde, que marchaba invisible y silenciosamente a su lado.

—Creo — murmuró a Ruff — que necesito las caricias del sol.

En aquel momento pasaba un taxi retardado, y con intenso alivio, Splash lo llamó.

—Al hotel Allemby — le ordenó brevemente ¡Rápido!

El conductor, un joven árabe de inteligente aspecto, tocóse la orilla de su turbante y los dos hombres subieron al taxi. El hotel Allemby no queda lejos de la puerta de Jaffa. El taxi se detuvo delante de la puerta a los ocho minutos.

Splash se bajó y pagó al conductor. Estaba a punto de entrar en el hotel cuando sus ojos se fijaron en una alta figura, vestida de verde, en cuyo turbante brillaba una esmeralda.

—¡Digo... digo... — tartamudeo Splash — que esto es ya demasiado!

Había algo de terrible y de siniestro en la placidéz sobrenatural de la cara del hombre. ¿Cómo había llegado allí? El cerebro de Splash daba vueltas.

Y entonces el otro habló.

—Una carta para usted, señor Page — dijo y desapareció detrás de la esquina, a la derecha, dejándolo a Splash con el sobre mecánicamente apretado entre sus dedos temblorosos...

IX

TREINTA Y SEIS HORAS

Con un extraño sentimiento de aprensión, Sir Gilbert Carfax entró a su estudio. La comida no había tenido mucho éxito y él estaba nervioso y malhumorado.

—Veamos que es lo que pasa, Fenner — dijo a su secretario, cerrando suavemente la puerta y dejándose caer en una silla.

El secretario se inclinó un poco y dijo con voz ligeramente temblorosa.

—Casi... casi no sé que hacer, señor— tartamudeó — Estaba terminando las pruebas del último informe financiero, cuando sonó la campanilla del teléfono y una voz excitada tartamudeó algo sobre asesinato, incendio y muerte repentina.

Calmé al que hablaba lo mejor que pude y entonces me informo de que alguien había entrado en el santuario interior de la Mezquita de Omar.

—¿El qué? — exclamó Sir Carfax, palideciendo y poniéndose en pié de un salto — Entonces... que Allah nos proteja porque tendremos guerra.

—Eso es lo que yo pensé — dijo el secretario gravemente. — Y lo más curioso de todo, señor, es que el Imam Hussein llegó aquí menos de tres minutos después del llamado telefónico. La persona que llamó era inglesa. Al principio pensé que fuera una broma y vacilaba en molestarlo; pero cuando el Imam apareció en persona comprendí cuan serio era el asunto.

Sir Gilbert apoyó su barba entre las manos, atrajo mecánicamente a sí un papel secante y empezó a garabatear en él palabras sin sentido con su pluma fuente, costumbre que tenía cuando estaba preocupado. De pronto levantó la mirada.

—Búsque el libro de claves y prepárese para pasar la noche en vela, Fenner. Y haga el favor de enviarme inmediatamente al Imam.

—Muy bien, señor.

El joven Martín Fenner se inclinó y salió de la habitación, dejando al Alto Comisionado entregado a sus pensamientos que eran desagradables. Sir Gilbert apretó un botón de marfil de su escritorio y apareció un sargento, vestido con el trajo de la gendarmería de Palestina.

—Doble inmediatamente la guardia de esta ala, sargento — le dijo brevemente— Mande café enseguida y vea que no me molesten por un cuarto de hora.

El sargento giró sobre sus talones, saludó y salió, a tiempo que la puerta se abría para dejar pase a la venerable figura de Imam Hussein. El anciano tenía el aspecto de un patriarca, con su larga barba blanca y su frente alta e intelectual.

Estaba vestido con una inmaculada abaya blanca y llevaba alrededor de su turbante una banda verde, lo que indicaba que era "hadj", es decir uno de los que habían ido en peregrinación a la Meca.

El Alto Comisionado se levantó cortésmente a la entrada del viejo e indicóle una silla.

—La paz sea contigo, oh Santo Sheikh— le dijo en árabe cuidado.

El viejo se balanceó en su silla.

—¡Ay de mí!... ¡ay de mí, Excelencia! — dijo con acento lastimero — Realmente soy el más bajo e indigno de los hombres, porque el santuario de Aram ha sido violado y algún impío, hijo de diez mil cerdos, ha traído eterno deshonor sobre mi honorable ancianidad.

—Vamos... vamos... — dijo el Comisionado con una seguridad que estaba lejos de sentir. — Está usted nervioso. Bebamos el café y luego discutiremos este asunto con calma.

—¡Calma! — exclamó el anciano y se golpeó la cabeza gris con sus delgados puños, surcados por venas azules — El cofre de los Mazarites ha desaparecido Excelencia. Algún hijo d[illegible] — ¡que su alma sufra las penas eternas en el Tophet! — penetró en nuestro sagrado santuario mientras yo estaba entregado esta noche a mis meditaciones.

Desafiando la ira de Allah, descargó un golpe feróz en la sien del guardián del cofre, Youssef ben Ezra, — a quien su Excelencia conoce — de modo que ahora está entre la vida y la muerte.

El hermoso rostro del Comisionado se puso grave.

—¿Quién se ha enterado de estas cosas, Hussein? — le preguntó.

El viejo movió la cabeza.

—Nadie todavía, Excelencia. Tú sabes que soy amigo de Gran Bretaña. Yo mismo vendé las heridas de Youssef — que esté en paz — y vine aquí instantáneamente para prevenirte que la muerte y el desastre están a punto de caer sobre nosotros.

El Alto Comisionado, con las manos a la espalda, se paseaba sombriamente sobre la alfombra de Persia. Comprendía muy bien la verdad que encerraban las palabras del anciano. El viejo Husseim era piadoso y sincero. Tenía una genuina simpatía por Inglaterra y había evitado a menudo por su tolerancia serios disturbios por cuyo motivo era universalmente respetado y estimado en todas las secciones de la comunidad.

El sorprendente ultraje de aquella noche, sin embargo, era demasiado grave para la fe mulsumana y no podía dejarse pasar.

En menos de treinta y seis horas los guerreros y fanáticos Mazarites llegarían a Jerusalem en su peregrinación anual al Santuario. Una simple sospecha de que el cofre que contenía la preciosa reliquía del profeta hubiera sido profanado por manos impías encendería la hoguera que devoraría todo el Cercano Oriente.

Los ojos del Comisionado se pusieron sombríos. Sabía que podía confiar en el viejo jeque y que su palabra era sagrada. Si Husseim afirmaba que nadie más que él y el herido Youssef conocían el ultraje era porque así era.

El santuario se cerraba con llave por la noche. Y si podía evitarse que la noticia se supiera antes de que llegaran los Mazarites, Sir Gilbert podía tener esperanzas de dominar la situación momentáneamente haciendo venir un batallón del Canal de Suez.

Tenía solo treinta y seis horas para recobrar el precioso cofre. Con frases rápidas interrogó al viejo para saber los detalles del crimen.

De pronto una espantosa duda lo asaltó. Alguien había telefoneado cinco minutos antes de la llegada del Imam, anunciando el robo de la sagrada reliquia. Eso significaba que alguien más estaba enterado del ultraje y que la noticia pronto se extendería por el país como el fuego a través de un campo de trigo seco.

—¿Estás seguro, oh sheikh, — le preguntó ansiosamente — que no telefoneaste antes de venir?

El Imam levantó la mano.

—Por Allah el Misericordioso y Compasivo te juro que no, Excelencia — dijo solemnemente.

Un golpe sonó en la puerta por donde había desaparecido el secretario. El Comisionado alzó la mirada con irritación y luego contestó con voz resignada:

—¡Adelante!

Dirigió una mirada de prevención al viejo jeque, que se hamacaba en su silla. Abrióse la puerta y entró Fenner. Miró el rostro del Comisionado que se había vuelto súbitamente huraño y fatigado.

—Disculpe, señor; — dijo — pero el profesor Seton Browne desea verlo urgentemente.

—¡Eh!... ¿qué quiere ese viejo imbécil? Dígale que es imposible, que estoy muy ocupado — contestó ásperamente el nervioso Comisionado.

—Muy bien, señor — dijo Fenner — Me pidió que le entregara a usted esto — añadió presentándole un sobre que tenía la palabra "Urgente".

Sir Gilbert abriólo mecánicamente. Dentro había una tarjeta de visita y cuando sus ojos se fijaron en ella lanzó el Comisionado una exclamación de sorpresa. "Sexton Blake (detective) Maker Street, Londres, W.

Garabateado al dorso había un breve mensaje: "Estoy enteramente a sus órdenes—S.B."

El Comisionado silbó suavemente. S. B. ¿Cómo no lo había comprendido? Aquellas iniciales podían convenir tanto a Sexton

El misterio del Muro de ..

Había algo de siniestro en la placidez anti-natural del rostro del árabe.

"Una carta para usted señor Page", le dijo.

Blake como a Seton Browne. En ese momento recordó que había recibido cierto informe de Whitehall anunciándolo que era posible que el famoso detective se encontrara en Palestina dentro de pocas semanas y que había que darle toda clase de facilidades si las necesitaba.

Una luz de esperanza brilló en los ojos del Comisionado. Si había algún hombre en el mundo capaz de evitar aquella crisis era Sexton Blake, el Número Trece del Servicio Secreto.

—Hágalo pasar, Fenner — dijo repentinamente — E informe al coronel Yates que deseo verlo dentro de cinco minutos.

Las miradas de Splash Page fueron de Ruff Hanson, extendido sobre un diván y masticando salvajemente el extremo de su cigarro empapado, hasta el rostro barbudo y casi desconocido de Sexton Blake, que estaba sentado en la silla próxima.

—¿Qué piensa usted de esto, en nombre del cielo? — preguntó el periodista al detective.

Había pasado una hora desde su encuentro con el misterioso árabe verde y el ruido de aquella risa inhumana y chillona resonaba aún en sus oídos.

Casi inmediatamente después de haber

llegado ambos al hotel Allemby. Sexton Blake había hablado por teléfono a Splash, desde la Casa de Gobierno, pidiéndole que fuera a encontrarse con él, dentro de una hora en el Nuevo Gran Hotel, cerca de la puerta de Jaffa.

El famoso criminalista fumaba ahora, pensativo, su pipa de agavanzo. Su rostro severo, aunque todavía en el papel del profesor Browne, estaba tan impasible como siempre.

Agarró la carta que había recibido Splash del misterioso árabe verde y la examinó minuciosamente con sus lentes de aumento.

—Procede indudablemente del Club de las Sombras — observó Blake, — volviendo a leer la carta, que era un breve, pero significativo mensaje:

"Tendrá usted la bondad de no mezclarse en asuntos que no le conciernen. Ya le hemos prevenido antes de las consecuencias que puede traerle su desobediencia a nuestras instrucciones. La situación de Palestina no recibirá ayuda con los artículos sensacionales que envía al "Daily Radio".

No deseamos ser innecesariamente severos; pero tenga la bondad de comprender que no toleraremos su intromisión. Estamos bien al tanto de la situación y sabemos que la revuelta se precipitará si continúa usted entremetiéndose.

Le recordamos el destino de Sir Marcus Blumenlied, de Carl Korda, del indigno Gomm y de otros. No vacilaremos en proceder lo mismo con usted y su impertinente amigo americano, si interviene en nuestros planes".

La carta no tenía firma; pero Blake sabía que provenía de aquella única y exclusiva sociedad: El Club de las Sombras.

—Es una extraña historia, Splash — dijo el detective — La situación se presenta obscura y confieso que no veo por el momento un rayo de luz. De una cosa podemos estar seguros, sin embargo, y es que por equivocados que sean los métodos del Club de las Sombras, nos ayudarán a evitar esta terrible crisis que asoma tan cercana.

—Oiga, Blake — interrumpió Ruff con acento intrigado — desearía que me pusiera al corriente de lo que pasa. Me parece que Willy y Wally tendrán que entrar pronto en acción — añadió palpandose la cadera — No soy nervioso; pero los gritos de esta noche me han puesto los pelos de punta.

—Es un incidente de lo más extraordinario — dijo Sexton Blake — Si no supiera que ambos sois fríos y nada sujetos a alucinaciones, me inclinaría a creer que vuestra imaginación, ayudada por algunos cocktails, os ha jugado una mala pasada.

Pero no siendo así — movió dudoso la cabeza — quiero más datos. En cuanto a vuestro amigo, el árabe verde, también necesito investigación. No acepto la explicación sobrenatural hasta que no han sido agotadas todas las naturales.

En todo caso, el asunto no es de tanta urgencia como el robo del cofre de plata del santuario de la Mesquita de Omar esta noche.

—¿A qué hora ocurrió eso? — preguntó ansiosamente Splash Page.

Blake sacó su libreta de apuntes, donde había anotado los datos que le dió el Alto Comisionado un rato antes.

—Abreviando y por lo que yo sé, he aquí lo ocurrido — dijo — Poco antes de las nueve, Youssef ben Ezra, joven árabe ayudante del Imam Hussein, estaba cerrando las puertas que protegen el santuario del cofre dentro de la mezquita. Ahora se halla sin conocimiento en casa del viejo jeque; pero pudo dar uno o dos detalles antes de perderlo.

Dice que estaba solo, como le ocurre a menudo a esa hora de la noche, dentro de la mequita. Acababa de cerrar con llave las puertas, cuando de pronto se dió cuenta de que había un hombre acechando detrás del pilar que sostiene la cúpula interior. Se dió vuelta para interrogar al intruso y luego su relato es incoherente. Dice que recuerda haber recibido un fuerte golpe en la sien. Pudo distinguir a un hombre bajo, barbudo, que parecía judío, y luego se desmayó en un charco de sangre.

He tenido permiso para visitar el sitio del sacrilegio, antes de que la Mezquita se abra para las plegarias del amanecer. Si hay algún rastro, no es posible que se haya borrado, a no ser que el asesino esté escondido todavía dentro del edificio.

Splash Page se inclinó hacia adelante ansiosamente.

—¿Dice usted que eso fué a las nueve de la noche? — pregunté.

El detective asintió con la cabeza y el periodista volvióse a Ruff Hanson.

—¿Esa es la hora, más o menos, en que estábamos junto al Muro de las Lamentaciones, no Ruff?

—Seguro — contestó Hanson.

—¡Dios! — exclamó Splash al recordar la siniestra figura del judío que había visto deslizarse como una sombra entre la obscuridad. — Pienso si aquel tipo, que parecía Fagin, tendrá algo que ver con el asunto. Puedo describírselo; hay media docena de retratos del viejo roñoso en "Oliverio Twist".

Blake sonrió.

—Ese es un dato interesante, mi querido amigo. Sin embargo, este caso está erizado de dificultades. En primer lugar es completamente imposible para mí volver a asumir nuevamente mi propia identidad, ni tampoco puedo visitar la mezquita con este aspecto. Tendré que convertirme en el desarrapado Marzouk y sin pérdida de tiempo.

Incidentalmente, Ruff, quizá le interesará saber que he conocido a su amigo Abraham y quizá le sirva de consuelo saber que, por lo que imagino, está destinado a una muerte próxima.

—Puede apostar que sí — dijo Ruff palpando significativamente el bolsillo de su cadera.

—Es un tipo repugnante — dijo Blake—

y no estoy seguro de si me opondré a los esfuerzos de nuestros malignos amigos, los Escorpiones Escarlatas, para exterminarlo.

A juzgar por una carta que intercepté hoy, se realizará una tentativa de levantamiento en Haifa; pero la fecha no ha sido fijada todavía. La propaganda que hacen es bastante torpe. En el mejor de los casos, el árabe es mal conspirador — añadió sonriendo al recordar al gordo Hassán Bey.

—Parece — dijo Splash — que vamos a tener un agitado fin de semana.

Los ojos de Blake se pusieron graves.

—Creo haberle dicho antes, Splash, que detrás de todo esto hay algo más que el odio racial de los Escorpiones Escarlatas... más aún que el fanatismo religioso de mulsumanes y judíos. Podrían ser los intereses financieros de nuestro amigo Abraham.

Por otra parte, puede ser la habilidad directiva de un cerebro implacable y napoleónico, que ni siquiera tenga motivos patrióticos como excusa de sus actividades. Veremos.

Splash Page encendió un cigarrillo.

—¿Supongo — dijo — que no me permitirá usted trasmitir ningún detalle por telégrafo sobre el robo de esta noche? ¡Dios! Me imagino al viejo Julio Jones deleitándose sobre el encabezamiento: LA BARBA DEL PROFETA ROBADA. ¡Qué sensacional!

Blake torció el labio al oír la típica observación de Splash.

—Mejor es que no lo haga, joven — lo aconsejó — Pisa usted un terreno muy delicado. Un detalle peculiar del sacrilegio de esta noche es también ese llamado telefónico que recibió Fenner, el secretario del Alto Comisionado, cinco minutos antes de llegar el Imam Hussein.

Hussein asegura que, fuera de él, nadie a no ser el asesino puede estar enterado del ultraje. Por su propia reputación y a fin de evitar los rumores que indudablemente seguirían ha resuelto tener oculto el suceso el mayor tiempo posible.

—¿Quizá — interrumpió Splash Page — el mismo asesino hizo el llamado telefónico?

—Esa es ciertamente una teoría plausible — dijo Blake, — levantándose — Entretanto, yo le aconsejaría, mi joven amigo, que dedique su atención a esa sensacional historia suya del Muro de los Lamentos.

—¿Y yo? — dijo Ruff Hanson — ¡Maldición, Blake! Por lo que veo, piensa resolver solo este negocio.

Blake sonrió y palmeó afectuosamente uno de los anchos hombros del americano.

—Aceite sus pistolas, muchacho — dijo sombríamente — Podemos tener necesidad de ellas pronto.

X

EL ENIGMA DEL COFRE DE PLATA

El desarrapado aguatero Marzouk contempló el líquido lechoso, con sabor a anís, que llenaba su vaso, en el interior de la bulliciosa casa de Hassaballa.

Era en las primeras horas de la noche del viernes y pasaba y repasaba por la entrada del pequeño y sucio café la multitud heterogénea de la Ciudad Santa.

Un robusto cargador árabe, con la espalda casi doblada bajo un pesado mueble, que sólo se sostenía con una cuerda pasada por su frente marchaba a paso lento por la angosta callejuela. Detrás de él, montado en un asno blanco iba un natural de Betania, con sus canastos llenos de higos frescos del Líbano y de doradas naranjas de los montes de Jaffa.

Maldecía la lentitud del cargador en árabe. A su lado trotaba su mujer, vestida con las ropas negras que la costumbre exije a las mujeres mulsumanas de clase baja. Su rostro estaba completamente velado y un gran ornamento de oro le sujetaba el codo desde la frente hasta el caballete de la nariz.

Sus ojos obscuros, agrandados con kohl miraban sin ver. Detrás de ella, con pantalones blancos y sombreros de sol, venía una partida de turistas norteamericanos charlando y siguiendo a un hombre uniformado de azul.

Un beduino moreno, montado en camello, marchaba con toda la fiera arrogancia de las tribus del desierto que desdeñan a los que viven en las ciudades. Tres soldados ingleses, con pantalones cortos y elegantes blusas color kaki, que habían llegado con licencia de Kantara, reían y bromeaban cantando "Cuando más estemos juntos"... Un vendedor de licores hacía sonar sus címbalos, mientras anunciaba su mercancía y contemplaba desdeñosamente a Marzouk, en cuclillas en el piso de tierra del café, con un vaso de arak en la mano y un cigarrillo entre sus sucios dedos.

En un rincón del café, Hassaballa, el propietario, roncaba con un ojo abierto. Un bowab, vestido con la galaya azul más sucia de su guardarropa, entró con paso vacilante al café, apoyando su mano nudosa en un fuerte bastón de olivo. Se sentó y sus encías sin dientes empezaron a moverse incesantemente.

—Fin awah ya, Hassaballa — dijo con voz jadeante — ¡Trae café!

El propietario abrió un ojo y cerró el

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

otro; luego, rezongando, colocó la pequeña cafetera de cobre y una taza en la mesa baja, junto al hombre.

Sexton Blake, sentado silencioso, fumaba impasiblemente. Para el observador distraído parecía un hombre cuyos ojos estaban turbios por la bebida, pero en realidad, detrás de aquellos ojos sin brillo, su cerebro, agudo y analítico, trabajaba, clasificando, anotando, analizando las diversas pistas contradictorias que había hallado en los bazares.

Su barbudo rostro estaba inmóvil, como si fuera de granito. Había sido una tarea fatigosa la suya desde que el Número Uno lo envió a Palestina, tres semanas antes, para impedir los disturbios. Nadie mejor que Blake sabía que Jerusalem había sido siempre un centro de sectas guerreras.

Sin embargo, todavía no sospechaba que iba a verse arrastrado en un torbellino de intriga tan diabólica que sólo podía concebirla un cerebro super-criminal. Los Compañeros del Camino pueden confiar poco o nada en la ayuda de las autoridades. Sus trabajos por la patria no se reconocen en los diarios. Muchos tienen sus tumbas solitarias en las avanzadas del Imperio y lo único que recuerda su muerte es una línea negra que tacha sus nombres en el archivo de la pequeña oficina del Número Uno, en Whitehall.

Pacientemente, después de media noche, había Blake investigado en el teatro de la tragedia de la Mezquita de Omar. Era un trabajo fantástico buscar indicios en aquel vasto y hermoso santuario. Imam Hussein, tembloroso y aprensivo, había podido darle, sin embargo, uno o dos detalles útiles.

Blake había conseguido una fotografía del cofre robado. Vió que era una caja de forma rectangular, como de doce pulgadas de largo por seis de ancho. Bellamente trabajada en filigrana de plata e incrustada con oro y piedras preciosas. En la tapa tenía zafiros, esmeraldas y rubíes y en la parte del frente una gran piedra de la luna. A través de su transparencia se veían cuatro pelos grises.

Blake había descubierto tres o cuatro impresiones digitales en los adornos de bronce y hierro forjado del santuario; pero probablemente le serían de poca utilidad en sus investigaciones.

Las impresiones digitales sólo pueden servir cuando se tiene una organización única, como la Scotland Yard, a mano.

Pero con su característica minuciosidad, Blake había fotografiado esas impresiones digitales y sus agudos ojos no descuidaron el menor detalle que pudiera servir de pista. Descubrió que el robo se había cometido mientras Youssef estaba desmayado.

El criminal había usado una fina sierra de acero para cortar la hermosa urna del siglo catorce, trabajada en cobre, y había procedido con despreocupación de vándalo.

Una cosa dscubrió, sin embargo, Sexton Blake y fué un pequeño frasco con aceite de oliva, como de dos pulgadas de largo. Su contenido original había sido, si no mentía la etiqueta, ácido nítrico, y tenía la dirección de un conocido químico del Cairo.

Blake, basándose en su débil teoría, había telegrafiado al químico para que le mandara una lista de sus clientes de Jerusalem, que habían comprado frascos semejantes en los últimos seis meses.

Evidentemente turbado por el acontecimiento, el venerable Imam Hussein no había visto el frasco en uno de las circunvoluciones de los pilares. El aceite había sido evidentemente usado para atenuar el ruido de la sierra.

Era una pista débil; pero Blake había llevado a un hombre a la horca por medio de un pedazo de tiza, de menos de un cuarto de pulgada de largo, encontrado dentro del forro de su bolsillo.

No era, sin embargo, la dificultad de hallar rastros tangibles en aquel misterio lo que preocupaba a Sexton Blake, si no el tiempo. Tenía menos de veinticuatro horas para encontrar el cofre de plata. Si fracasaba en esto... Pero desechó esa alternativa de su mente. Probablemente mejor que nadie sabía las consecuencias que traería la publicación de aquel robo.

Podía confiarse en el Imam Hussein para que guardara el secreto; pero, por la mañana, el Sheikh Kadir, por virtud de antiguos ritos, como jefe de los Mazarites, estaba autorizado a abrir el cofre de plata, en presencia de los miembros jóvenes de la tribu, y volverlo luego a colocar por otro año en su santuario. Cuando llegara esa hora sería completamente imposible guardar el secreto del sacrilegio. Asiéndose a una remota esperanza, Sir Gilbert Carfax había tenido la idea de mandar hacer otro igual; pero era completamente imposible en tan poco tiempo.

Tiró Blake su barato cigarrillo turco y gradualmente su imaginación, que había estado absorta en tantos problemas, se dió cuenta de las quejas del bowab tuerto.

—Realmente Hassaballa, te digo que ese hombre es aliado del demonio. Tiene tratos con el Malo, te lo juro por la barba del Profeta.

La abstracción de Blake cedió pasando a un ligero interés al oir la voz quejona del viejo.

—¡Puf!... — dijo — Yo escupo a todos los judíos; pero éste me dá miedo, oh hermano. Una vez lo ví en su cuarto. Es como la cocina del diablo. Tiene cocodrilos de diez pies de largo o más, que caminan por el techo arrojando llamas azules por sus horribles bocas.

—¡Hum! — gruñó Hassaballa — Tú has de haber tomado mucho arak, como el imbécil de Marzouk. Has visto aún peor que ese perro haragán de Marzouk, lo apostaría.

Blake tuvo un acceso de hipo.

—Estás diciendo la verdad, viejo tonto — dijo al bowab — Toma un arak; te calentará la barriga, saco de huesos.

El viejo murmuró unas palabras de asentimiento. Sus manos, semejantes a ga-

rras, agarraron la despedazada manga de Marzouk y se desnudó el pecho, mostrando en sus flacos y encorvados hombros dos cardenales lívidos.

—¿Ves — graznó — lo que ese hijo de mil perras me hizo porque no le abrí ligero la puerta?

—¿Quién es tu amo? — preguntó Blake. Se interesaba en la conversación del viejo.

—El mismo diablo —dijo el bowab enseñando los dientes — Ojalá lo mande Allah de cabeza y chillando al Tophet. Hace aparecer fantasmas y diablos verdes; lo sé porque los he visto. Y lo he oído también. Anoche...

Blake se inclinó hacia adelante e hizo sonar un puñado de piastras sugestivamente.

—¿Qué ocurrió anoche, oh portero?

—Como que estoy vivo, lo oí hablar y reír como un demonio, porque ni un alma viviente estaba en su cuarto. La risa me heló la sangre. Por Hallah, que ningún hombre vivo puede reírse así.

Instantáneamente acudió a la memoria de Blake la descripción de Page de los espantosos gritos que había oído cerca del Muro de los Lamentos, la noche anterior.

Puso el puñado de monedas en la garra del viejo.

—Cuénteme lo que oíste, además de la risa, oh Bowab.

—¡Imbéciles! ¡Imbéciles! — repitió el viejo. El demonio se reía de los hijos del Islam y de su locura al permitir a los hijos de Judea quedarse en Palestina.

—¡Ah! — exclamó Sexton Blake y sus ojos brillaron — "La risa de los tontos es como el crepitar de las espinas debajo de una olla" citó.

El bowab sonrió ante lo apropiado de las palabras.

—Tienes el ingenio pronto, Marzouk y la mano liberal para los desdichados ¡Que Allah te bendiga! — le dijo.

—Dime, — dijo de pronto Blake — ¿quién es tu amo?

—Un moscovita — contestó el viejo — Así dice ese demonio; pero es judío con toda su alma. Se llama Valantoff u otro nombre del infierno por el estilo.

Sexton Blake encendió otro cigarrillo y sirvió el meloso café en su taza. La extraña afirmación del viejo podía o no tener significado; pero valía la pena agarrar cualquier paja que flotara en el torbellino que amenazaba arrasar a todo el Cercano Oriente.

Podía ser aquello delirio de un criado ebrio; pero, por otra parte, era significativo que el relato del viejo coincidiera con el de Splash Page.

—¿A qué hora fué eso? — preguntó Sexton Blake.

El bowab se frotó la áspera barba.

—A las nueve o un poco más tarde — murmuró — No estoy seguro.

—¿Y dónde vive tu amo?

El bowab se golpeó la nariz con gesto pensativo.

—Otro arak, amigo mío — dijo — Mi memoria es débil.

Blak se rió y llamó a Hassaballa.

—Llénale el vaso al viejo — le ordenó.

Después de haber traído más del fuerte licor, Hassaballa se retiró junto al fuego. La obscuridad había caído rápidamente, como ocurre en el trópico Oriental. Un farol de la calle brillaba, amarillento, en las sombras. El viejo, animado por la bebida, lanzó un agudo graznido.

—Quizá te gustaría a ti mi puesto de bowab, porque yo no volveré a esa casa del diablo. Vive cerca del Muro de los Lamentos, a la orilla del bazar de los joyeros.

—¡El bazar de los joyeros! — repitió Blake las palabras en voz semi alta. Su agudo cerebro encontró inmediatamente una relación entre el frasco que había encontrado en la Mezquita de Omar y el brutal amo del bowab. La teoría era imaginada; pero Blake tenía que asirse a las pajas.

Los joyeros usan el ácido nítrico para probar los metales preciosos ¿Era ir demasiado lejos pensar que uno de los menos escrupulosos miembros de aquella antigua industria hubiera robado el cofre para venderlo a alguno de los americanos fabulosamente ricos que visitaban, por hordas Jerusalem en aquella época?

Sólo mucho tiempo después pudo Blake sonreírse ante la unión que había hecho él de los dos nombres y mucha sangre debía salpicar las viejas piedras del Muro de las Lamentaciones y muchos miles de libras habrían de gastarse antes de que, finalmente, comprendiera cuan cerca de la verdad había estado su intuición.

Blake se lenvantó perezosamente y murmuró un "Sallam" al reumático bowab. Había tomado una rápida decisión. Por si o por no, decidió que la casa de Iván Valantoff sería su principal objetivo, antes de que terminara el día.

Un grupo de árabes gesticulaba ruidosamente alrededor de un vendedor de sandías. Algunos de ellos llevaban bastones y garrotes que blandían amenazadoramente encima de sus cabezas y las frases que oyó Blake lo confirmaron en su pensamiento de que la fobia religiosa se iba extendiendo rápidamente por la vieja ciudad.

Dando un largo rodeo llegó a su escondida morada, cerca de la puerta de Damasco. En el segundo piso había un teléfono directo, que iba por línea subterránea hasta la Casa de Gobierno.

Era muy fácil ponerse en comunicación con su excelente amigo el Alto Comisionado, porque éste había estado diez y seis horas sentado delante de su escritorio, comunicándose por telégrafo, teléfono y radio con todos los puntos estratégicos que rodeaban a Palestina.

Naturalmente que era imposible para el Alto Comisionado impedir el Festival de las Súplicas. La política de Gran Bretaña tenía por norma no intervenir en la reli-

gión del pueblo sobre quien ejercía autoridad.

Blake levantó el receptor y un momento o dos después estaba en comunicación con Sir Gilbert Carfax.

—Habla el Número Trece — murmuró — Solo para informarle de que he descubierto dos o tres cositas. No he tenido tiempo todavía de unir los eslabones de la cadena; pero hay una posibilidad de que recobre el cofre antes de la llegada de los Mazarites, mañana.

—¡Oh! ¡Espléndido! — dijo la voz del Comisionado con acento de alivio — Dígame, Trece ¿qué ha ocurrido?

Brevemente le contó el criminalista sus descubrimientos. Luego añadió.

—Respecto al llamado telefónico, que precedió la visita del Sheikh Husseim, estoy convencido que fué hecho por el mismo criminal. Las diecretas averiguaciones que he hecho en los bazares me permiten asegurar que entre los Escorpiones Escarlatas no hay nadie que tenga la menor idea del robo.

Telefoneó probablemente por simple fanfarronada. He conocido ese tipo de criminal neurótico. En todo caso, tenemos todavía unas cuantas horas de gracia ¿Cuando llega la primera cabalgata de los Mazarites?

—Estarán afuera de la Gobernación Militar a las 8 a. m. De allí, después de un discurso de bien venida, se dirigirán a la Mezquita de Omar. Por amor de Dios, trate de descubrir el cofre. Se que le pido demasiado; pero el destino de Oriente está en sus manos. Personalmente, nada puedo hacer y si los disturbios se producen...

—Confíe en mí que haré cuanto esté en mi poder, Sir Gilbert — dijo Blake y cortó.

Bajó sin hacer ruido y se sirvió un pedazo de pan árabe y queso de cabra, porque empezaba a sentirse hambriento.

Eran cerca de las nueve cuando volvió a salir, en dirección a la casa de Iván Valantoff. Las calles, como es costumbre en esos tiempos de inquietud, estaban casi desiertas y el detective se deslizó por ellas, en su papel de Marzouk, el aguatero ebrio.

En la esquina en que hacen cruz la Calle del Rey David y los Bazares de los Joyeros detuvo Blake a un muchacho árabe, descalzo, y le preguntó por la casa de Valantoff, el moscovita. El chiquillo le señaló una sombría callejuela, de casas de dos pisos, con techos planos, en la cual, bastante incongruentemente, tres o cuatro cabras mordiscaban las matas de pastos que brotaban en los muros, cubiertos de una capa de barro.

Unos pocos rectángulos de luz interrumpían la monotonía gris de las casas; la mayoría de las cuales tenían los postigos cerrados y estaban a obscuras. Blake pensó que le convendría más, si dedicarse audazmente a la tarea de bowab o trepar por la pared de barro seco e introducirse por los fondos del edificio.

Tentó en su bolsillo y encontró una moneda. Se sentía extrañamente excitado aquella noche. El instinto decíale que la suerte estaba de su parte. La moneda dió vuelta y brilló a la oscilante llama del farol de nafta, que colgaba del pasaje abovedado, formando extrañas sombras en aquellas casas de aspecto siniestro.

Agarró luego la moneda. Había salido número.

Blake sonrió gravemente.

—Seré bowab — murmuró, dirigiéndose hacia la pesada puerta, que tenía oxidadas perillas. Estaba a punto de levantar el llamador, cuando se dió cuenta de que alguien lo observaba desde un pequeño callejón, en el lado opuesto.

Necesitó de toda su sangre fría para obrar naturalmente. Todo el sitio parecía poblado de amenazas.

Deliberadamente dejó caer la moneda en las piedras y, murmurando juramentos guturales, en árabe, se agachó para recogerla. Sus ojos miraron vivamente a su alrededor como buscando la piastra.

Luego se puso rígido de repente al distinguir en el pasaje una figura, alta e inmóvil, vestida con una túnica verde y faja roja en la cintura. El hombre llevaba un turbante del mismo material y a la luz del farol de nafta sus facciones se grabaron de un modo indeleble en la memoria de Blake.

Era un rostro inmóvil, completamente inhumano por su falta de expresión.

Blake dudó un instante si interpelaría al árabe o seguiría su primera inspiración. Por fin se enderezó y, como si no hubiese observado al fantástico silencioso espía, llamó a la pesada puerta.

El golpe pareció antinaturalmente fuerte a sus excitados nervios, mientras esperaba. Sentía una sensación desagradable en la espalda y maquinalmente tocó la pistola que llevaba oculta, para casos de emergencia. El impulso de darse vuelta era irresistible; pero lo dominó.

Detrás de la puerta no se oía el menor sonido, la casa estaba a obscuras. Nuevamente volvió a llamar Blake, esta vez más fuerte. Sobre su cabeza resonó una voz áspera.

—Minita ¿quién está ahí?

Blake sintió que su corazón latía un poco más fuerte cuando la puerta se abrió sin ruido. Ante él veía un angosto zaguán. Contestó en árabe.

—Soy yo, Marzouk. Me han dicho que necesitas un bowab.

—Espera ahí — contestó una voz, curiosamente ahogada, y Blake quedóse parado en el obscuro zaguán.

De pronto en el fondo del hall, que estaba vagamente iluminado por una lámpara antigua, de aceite, levantóse una sucia cortina marrón y un momento después apareció ante Blake la chata figura de Ivan Valantoff.

—¿Quién te dijo que yo necesitaba un bowab? — le preguntó con asperesa el ruso.

Marzouk tocóse la cabeza y el pecho en señal de humildad.

—Fué el tuerto charlatán, a quien tú has castigado con todo derecho, effendi.

Los hipnóticos ojos de Valantoff parecían taladrar los suyos; pero Blake sostuvo el escrutinio sin pestañear.

—Así es — dijo Valantoff —. ¿Sabes guardar la lengua?

—Tengo que saberlo, effendi — contestó Sexton Blake — Un bowab que charla es como un huevo sin sal o como una mujer sin pudor.

—Tienes la réplica pronta — gruñó Valantoff.

Señaló un cuartito, no más grande que un guardarropa. Era típico de la clase de sitio donde esa extraña raza, los bowabs de Oriente, pasan la mayor parte de su vida. Sus deberes son simples. Duermen la mayor parte del día y de la noche. Su tarea suprema es vigilar las puertas y guardar la lengua respecto a las entradas y salidas de sus amos y sus visitas.

Había en el cuartito un sucio lecho, cubierto por dos o tres mantas de pelo de camello; Valantoff indicó el sitio con el dedo.

—Te pagaré cien piastras al mes y la mantención. Pero cuidado con irritarme. No pasarás más allá de esa cortina ¿entiendes?

Blake inclinó la cabeza con adecuada humildad.

—Oigo y obedezco, effendi — contestó.

Valantoff rióse brevemente y se tiró con ademán nervioso de su barba castaña.

—Eres sabio. Recuerda el destino de la mujer de Barba Azul en el viejo cuento de las "Mil y Una Noches" y ten cuidado que no recaiga uno peor sobre ti.

Sexton Blake se tocó el despedazado turbante en señal de humildad, Valantoff lanzó un gruñido, apartó la cortina que separaba el cubil del zaguán y desapareció.

Fiel al tipo que trataba de representar, Blake sacó la cama de la obscura alcoba y la atravesó en el zaguán. Formaba una barrera que impedía la entrada. Nadie podría pasar por el zaguán sin sufrir su vigilante escrutinio. Y, lo que era más importante, ni Valantoff saldría de la casa sin su conocimiento.

Blake tenía en su mano el látigo para dominar la situación.

Como la mayor parte de las casas árabes, en la antigua Jerusalem, la de Valantoff no tenía más que una entrada. Blake oía al sabio moverse en su laboratorio. Oyó ruido de las redomas y, envolviendo las sucias frazadas en derredor de sus hombros, se sentó con las piernas cruzadas, comprendiendo que, ocurriera lo que ocurriese, era dueño de la situación.

Había realizado ya tareas estupendas. Había penetrado en la misteriosa casa del bazar de los joyeros. Había descubierto la relación entre el eminente financista Hiram Abraham y el malestar de Palestina.

Ahora no se trataba más que de esperar. Inmóvil como una estatua de bronce, Sexton Blake estaba en cuclillas sobre su sucio lecho. El, un vil portero, en su cubil, era — reflexionó con amarga ironía — el único baluarte entre la seguridad y la anarquía de Palestina.

Afortunadamente los hombros del Número Trece del Servicio Secreto eran suficientemente anchos. Estaba moralmente cierto de que el fanático ruso era el responsable del robo del cofre. Era ahora sólo cuestión de tiempo. Sería insensato saltar el cerco sin pruebas.

Quedaba en manos de Dios que los planes que había trazado cuidadosamente dieran fruto.

Pasó una hora y Jerusalem dormía. Oyó los pasos de Valantoff subir la escalera. Escondidos en algún sitio de la Ciudad Santa, estaban los misteriosos miembros del Club de las Sombras, pensó Blake con extraña sonrisa.

De una cosa por lo menos estaba seguro y era de que podía contar con ellos, como aliados en la causa de la paz.

Encendió un cigarrillo. Tranquilo como un oriental, pensó que lo que tenía que ser, sería.

Gracias a él, todo estaba tranquilo en esos momentos en Jerusalem. Había colocado su mano en el arado y no regresaría hasta no haber concluído la tarea que el Número Uno le había encomendado... o iría a unirse a las filas de los valientes Compañeros del Camino, que habían caído gloriosamente por la paz del Imperio. Acarició la pistola que tenía en la cadera y se encogió con el fatalismo de un verdadero árabe.

La noche estaba muy tranquila y silenciosa. Blake tenía conciencia de haber hecho todo lo posible y de que aquél era un caso de "algo intentado, algo hecho". Estaba en la posición única de guardián de laz de un Imperio y su instinto le decía que, al final, su triunfo sería aún más completo.

Jerusalem reposaba envuelta en la claridad de la luna. Reinaba la paz. Tan supremamente confiado sentíase Blake, que se envolvió en la frazada de pelo de camello, colocó otra doblada debajo de su cabeza y cerró los ojos.

Tenía el don napoleónico de dormirse instantáneamente a cualquier hora y en cualquier parte. Sonrió y murmuró con voz soñolienta:

"Todo tranquilo en el frente de Jerusalem".

La segunda parte y conclusión de esta novela lleva por título:

LOS SEIS ARABES VERDES

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662, BUENOS AIRES

LA CARRERA DE LA MUERTE

Por M. L. C. PICKTAHALL

El cantor, joven de alegre mirada y de tez clara, se inclinó para echar un poco de agua en la olla donde cocían porotos, y luego levantarse con un palo en la mano para dispersar los perros que se habían reunido en círculo, en redor de la caja de provisiones y de su instalación culinaria. Causaba placer ver sus ojos azules, sus largos cabellos, de oro y su robusta vivacidad.

El pálido disco de la luna llena levantábase por encima de la blanca y apretada fila de árboles cubiertos de nieve que rodeaban el campamento y lo aislaba del mundo exterior. En el firmamento claro y frío, las estrellas parpadeaban con movimientos vivos y rítmicos.

Hacia el Sureste, una lucesita azulada que poco a poco iba debilitándose anunciaba la aurora boreal. Adelante, en primer término, dos hombres hallábanse acostados sobre unas pieles de oso que les servían de lecho. Bajo esas pieles se extendía una capa de seis pulgadas de ramas, colocadas sobre la nieve. La cama estaba tendida. Detrás tenían como abrigo una especie de toldo formado por una tela tendida entre dos árboles, inclinada a cuarenta y cinco grados, la que reflejaba el calor del fuego hacia las pieles.

Otro hombre sentado sobre el trineo y cerca del fuego, remendaba unos mocasines, el calzado indio por excelencia.

Hacia la derecha, un montón de pedregullo helado y un aparejo toscamente armado indicaba el sitio donde diariamente pasaban buscando un remunerador yacimiento de oro.

A la izquierda veíanse cuatro pares de raquetas de las que se usan para andar por la nieve, las que denotaban el modo de locomoción a que recurrían una vez salidos del radio del campamento.

La canción popular resonaba bajo las frías estrellas del norte y entristecía a los hombres que reposaban en torno de la lumbre, de las fatigas del día.

Un oscuro malestar y una necesidad análoga al hambre invadían sus corazones y transportaban sus almas hacia el Sur, del otro lado de las montañas, hacia los países del sol.

—¡Por amor de Dios, cállate, Sigmundo! — dijo uno de los hombres, con tono de reproche.

Sus manos retorcían dolorosamente pero lo disimulaba ocultándolas dentro de los pliegues de la piel de oso en que estaba recostado.

—¿Y por qué quieres que calle, Dane Wertz? — preguntó Sigmundo. — ¿Por qué no quieres que cante cuando tengo ganas de cantar?

—Porque no y nada más. Mira en torno tuyo, amigo y piensa en la comida a que nos hemos visto condenados durante los últimos doce meses y piensa como hemos vivido y trabajado como bestias durante ese tiempo.

Sigmundo, el de los cabellos de oro, examinó todo lo que le rodeaba; desde los perros hasta las nubes de vapor producidas por la respiración de sus compañeros.

—¿Porque no ha de estar alegre mi corazón? — dijo riendo — ¡Vamos muy bien; todo marcha perfectamente! En cuanto a la comida... dobló el brazo y acarició su saliente biceps.

—Además, si hemos vivido y trabajado como bestias, ¿no nos han pagado como a reyes? El filón rinde veinte dólares por palada y sabemos que tiene más de ocho pies de profundidad.

Es un nuevo Klandike, estamos seguros de ello, y Jim Hawes, que está sentado a tu lado, también lo sabe y no se queja. ¿Y Hitchcok? Cose nuestros mocosines como si fuera una mujer y espera tranquilo lo que le reserva el porvenir. Eres tú el único que te quejas y que no puedes esperar y trabajar hasta que llegue el momento de lavar las arenas. En la primavera todos seremos ricos. Tú únicamente eres el que quiere volver al Sur. Yo también lo quisiera, ya que allí he nacido, pero tengo la paciencia de esperar, sobre todo cuando diariamente veo oro en la batea, tan amarillo como la manteca. Tu quisieras gozar ahora mismo de la vida y lloras porque no te diviertes ahora. ¡Déjame cantar!

Y prosiguió su canción mientras los perros refunfuñando, se acercaron en círculo al fogón.

Oyóse un ruido monótono de raquetas, cortado a intervalos regulares por el deslizamiento del talón que acompañaba a otro ruido parecido al que se hace cuando se cierne azúcar.

Sigmundo interrumpió su canción para ahuyentar de nuevo a los perros, con nuevos juramentos y arrojándoles palos encendidos.

De pronto una silueta cubierta de pieles apareció en plena luz y una joven india descalzándose las raquetas echó para atrás el capuchón de su "parka" de cuero de ardilla y se quedó parada entre ellos.

Sigmundo y los otros tendidos sobre sus pieles de oso, la saludaron con el nombre de Sipsu y con el familiar "¡Hello!" Hitchock se retiró un poco a fin de dajarle sitio en el trineo.

—¿Como vamos, Sipsú? — preguntóle hablando como ella en un inglés desconocido y en "chinook", o sea el dialecto indio. — ¿Sufren siempre de hambre en el campamento? ¿Y el doctor — brujo ha encontrado por fin, porque falta la caza y por qué han desaparecido los pájaros de la región?

—No, todo está igual. Hay muy poca caza y nos preparamos a comer los perros. Pero el doctor brujo ha descubierto la causa de nuestros males, y mañana va a hacer sa-

crificios a nuestros dioses y a purificar el campamento.

—¿Cual es la víctima designada por la suerte?

—¿Un recién nacido o alguna pobre vieja temblorosa, que resulte una carga para la tribu y que busquen deshacerse de ella?

—No ha hablado así la suerte. Para conjurar ese terrible flajelo se ha elegido nada menos que a la hija del jefe. ¡Yo misma!

—¡Infierno!

La palabra subió lentamente a los labios de Hitchock, luego estalló sonora, en un tono que denunciaba emoción y sorpresa.

—He aquí porque nuestros senderos se separan, el tuyo y el mío, — continúo Sipsú con calma, — y porque he venido para que pudiéramos mirarnos una vez todavía, la última.

Descendía de una raza inculta, y tanto su vida como sus tradiciones eran primitivos. Consideraba le existencia de un modo estóico, y para ella el sacrificio humano entraba en el orden natural de las cosas.

Las potencias que regulan la luz del día y las tinieblas, las correntadas y las heladas el nacimiento y la muerte de las hojas, estaban irritadas y era necesario apaciguarlas. Lo atestiguaban de diferentes maneras: ya fuera por la muerte en el agua al través de las capas de hielo traicionero, fuese por el abrazo del oso o por la pérfida enfermedad que sorprende al hombre en su cabaña y lo hace toser hasta el momento en que la vida de sus pulmones se escapa por la boca y las narices.

Era así como los dioses reclamaban su sacrificio.

El doctor brujo conocía los secretos de los dioses y su elección era infalible.

Era lo más natural. La muerte llega por numerosas maneras y a pesar de todo, sólo es la manifestación de la impenetrable voluntad de los dioses.

Los orígenes de Hitchock eran más modernos, sus tradiciones menos concretas y su lenguaje más respectuoso. Dijo:

—¡Pero no, Sipsú! Eres joven y tienes deseos de vivir. El doctor brujo es un loco y su desición inicua. ¡Esto no se ejecutará!

Ella contestó sonriente:

—La vida no me es dulce por muchas razones. Primero ha hecho a uno de nosotros blanco y al otro rojo, lo que es injusto; luego después de haber permitido que nuestros senderos se encontraran, los separa, y nada podemos contra sus designios.

Una vez sucedió que los dioses estaban enojados y tus hermanos vinieron al campamento. Eran tres blancos vigorosos, que al ver la víctima exclamaron: ¡Este sacrificio no se consumará! Pero los tres perecieron y el sacrificio se realizó.

Hitchock hizo seña de que había comprendido y dándose vuelta hacia sus compañeros dijo:

¡—Oigan camaradas! Se prepara en el campamento un crimen odioso. Quieren asesinar a Sipsú. ¿Qué dicen ustedes?

Wertz y Hawes se miraron, pero ninguno habló. Sigmundo bajó la cabeza y acarició al perro que tenía en sus rodillas. Había traído a Sbep con él y le profesaba gran cariño. La verdad era que en el momento de la partida para el norte, cierta joven hacia quien iban sus pensamientos y cuya fotografía llevaba en un medallón que colgaba de su cuello, era quien le había regalado el animal.

—¿Qué dicen ustedes? — repitió Hitchcok.

—Puede ser que no sea verdad, — respondió deliberadamente, quizás solo sea producto de la imaginación de esa mujer.

—¡No se trata de eso!

Hitchcok, ante esa evidente mala fé, sintió que el calor de la cólera le subía al rostro.

—La cuestión es saber si lo dejamos hacer, si lo que dice fuera verdad. ¿Qué decidimos?

—No veo ninguna razón para que intervengamos, — dijo Wertz — Esa es la manera de obrar de esta gente, es su manera de ser, su religión, y nada nos importa.

Lo único que debe preocuparnos es tratar de recoger la mayor cantidad posible de polvo de oro y salir cuanto antes de esta región dejada de la mano de Dios.

No puede ser habitada sino por animales. Y estos diablos negros ¿Qué son sinó animales? Por otra parte, haríamos una mala operación.

—Ese es también mi modo de pensar, — asintió Hawes.

—Somos cuatro a trescientas millas de Yukon y de los blancos. ¿Qué podemos hacer contra cincuenta indios? Si no queremos vivir en perfecta armonía con ellos, más nos valiera mandarnos mudar.

Si queremos pelearlos, de antemano estamos vencidos. Además, hemos dado con el filón y yo, por mi parte no lo suelto.

—Yo tampoco — apoyó Wertz.

Hitchcok dióse vuelta hacia Sigmundo, que proseguía canturreando.

—Yo pienso lo mismo que ellos, Hitchcok. Ante unos sesenta brutos que han decidido matar a esta virgen, no podemos nada. Un solo asalto y quedamos barridos del paisaje. ¿Y de qué nos serviría? Lo mismo tendrán después, la mujer. Nunca es prudente, contrariar las costumbres de un pueblo, cuando no hay bastante fuerza para hacerse respetar.

—¡Pero si tenemos suficientes fuerzas! — exclamó Hitchcok. — Cuatro blancos valen más que cincuenta pieles rojas. ¡Piensen en la joven!

Sigmundo acarició la cabeza del perro pensativamente.

—¡Si no haga más que pensar en la joven! Sus ojos son azules como un cielo de estío y reidores como el mar bajo los rayos del sol; su cabellera es rubia como la mía y tiene trenzas tran gruesas como el brazo de un hombre.

Hace muchos largos días que me espera allí, sobre una tierra mejor, y ahora que estamos tocando a la fortuna, te puedes imaginar que no voy a abandonarla.

—Y a mí me daría vergüenza mirar los ojos de una mujer, pensando en que mis manos están teñidas de sangre de otra de ojos negros, — exclamó Hitchcok, — que tenía en el alma el sentimiento del honor y del

Y entre ellos entablóse una lucha terrible.

valor, así como el deseo, de hacer las cosas sin reflexionar en las consecuencias que podían acarrear.

—¡No conseguirás enojarme, Hitchcok, ni hacerme cometer locuras, bajo el pretexto de que te has vuelto demente! Se trata de un asunto que debemos resolver con toda sangre fría. No he venido a este país para divertirme, y te repito que somos demasiado débiles para intervenir. **Si los hechos se desarrollan** así, lo lamento por tí, nada más.

Es una costumbre de éste pueblo, y la casualidad ha querido qu nos encontremos en esas circunstancias. Hace miles de años que esa gente hace sacrificios humanos; los hacen hoy y los continuarán mañana hasta la perpetuidad. Por otra parte, no pertenece a nuestra raza mi la víctima tampoco. Decididamente comparto la opinión de Wertz y de Hawes y......

Los perros aullaron y se acercaron; Sigmundo se interrumpió y escuchó el ruido que producían numerosas raquetas.

Uno de ellos, el doctor brujo, dirigióse gravemente en el espacio iluminado por el fuego. Altos y silenciosos envueltos en sus pieles, sus sombras bailaban sobre la nieve.

Uno de ellos y el doctor brujo, dirigióse a Sipsú con sílabas guturales. Su rostro estaba cubierto por bárbaros tatuajes y una piel de lobo, cuya cabeza y dientes resplandecientes le cubrían la cabeza, pendía de sus espaldas.

Los mineros permanecían silenciosos Sipsú levantóse y se puso sus raquetas.

—¡Adiós! ¡Mi hombre! — dijo o Hitchcok.

Pero éste, al lado de quien había quedado sobre el trineo, no hizo un gesto, y ni siquiera levantó la cabeza cuando el cortejo partió por entre el bosque blanco.

Al revés de muchos otros, su facultad de adaptación, a pesar de ser desarrollada, y su ancho espíritu cosmopolita, jamás le habían hecho percibir una alianza con las mujeres del Norte. Si acaso se le hubiera presentado el deseo, su filosofía nó lo habría apartado, pero nunca había pensado en ello.

¿Sipsú? Se había complacido en hablar con ella, cerca de los fogones del campamento, pero no como de hombre a mujer sino como a un niño. y como lo habría podido hacer cualquier hombre de su carácter, sin otra razón que la de combatir el tedio de una existencia descolorida. ¡Nada más!

Pero, a pesar de su educación yanqui y de su origen, había dentro de él, ciertos instintos caballerescos de una sangre más ardiente. La materialidad de la vida le resultaba muchas veces vacía de sentido y en contradicción con sus más íntimos sentimientos.

Permanecía, pues silencioso, con la cabeza gacha mientras el otro una fuerza orgánica, más vigorosa que él mismo y grande como su misma raza, lo trabajaba en sus adentros.

De tiempo en tiempo, sus tres compañeros lo miraban como interrogándolo y sus actitudes denotaban una cierta agitación, perceptible, sin embargo.

Muchas veces, durante el transcurso de su vida precaria, habían podido constatar el vigor físico de Hitchcok, de ahí que quedaron vagamente inquietos y curiosos al saber cual sería su conducta cuando se decidiera a proceder.

Sin embargo, su silencio se prolongaba y el fuego se consumía cuando Wertz, estirándose manifestó sus deseos de acostarse.

Entonces, Hitchcok enderezóse.

—¡Que Dios envíe vuestras almas a lo más profundo del infierno, cobardes con corazón de pollo! ¡No hay más nada de común entre nosotros!

Hablaba en tono relativamente calmo, pero su fuerza vibraba en cada sílaba y cada entonación era una amenaza.

—¡Vamos! — continuó — Repartamos del modo que más les convenga. Poseo un cuarto del "claim" como consta en nuestro contrato. En la bolsa hay veinte o veinte y cinco o treinta onzas, provenientes de los lavados de ensayo. ¡Traigan la balanza! Vamos a repartirnos, en seguida. Tu, Sigmundo, pesá un cuarto de las provisiones y ponlo aparte. Cuatro perros me pertenecen y quiero cuatro más. En cambio les dejo mi parte del equipo del campamento, mis herramientas y les añadiré seis o siete onzas de oro y mi segundo revólver. ¿Estamos de acuerdo?

Los tres hombres se alejaron para consultarse.

Cuando volvieron, Sigmundo hablando en nombre de todos, dijo:

—Repartiremos lealmente, Hitchcok y de cada cosa recibirás una cuarta parte, ni más ni menos. Tenemos tanta necesidad de los perros como tu. Así es que tomarás tus cuatro. Ni uno más. Si no quieres llevar tu parte de utensillos, eso es cuestión tuyo. ¡Si la quieres, te la llevas! ¡Si no, déjala!

—Es la ley interpretada al pie de la letra, — respondió Hitchcok — pero no le hace. Acepto, pero apresúrense. Más pronto habré abandonado este campamento.

El reparto se hizo sin otros comentarios.

Hitchcok ató su pequeño equipaje y sobre uno de los trineos, juntó sus perros y les puso sus arreos, mientras qué con la mirada, desafiaba a sus ex compañeros de que se lo impidieran.

Estos, contentáronse con alzar los hombros y siguiéronlo con la vista hasta que desapareció por dentro del bosque para emprender la carrera de la muerte.

Un hombre arrastrábase sobre la nieve. En torno suyo se perfilaban las formas vagas de las tiendas.

De aquí o de allá, un perro flaco rezongaba contra un vecino. En un momento dado, uno de ellos se aventuró cerca del hombre y éste paróse de pronto. El animal vino a olerlo y se acercó hasta que lo tocara con la nariz. Entonces Hitchcok (pues era él), dióse vuelta bruscamente y con su mano desguantada asió el cuello de la bestia. El perro cayó bajo ésta acometida y el hombre prosiguió su camino dejándolo allí, sin vida y con el pescuezo retorcido, bajo el cielo estrellado.

Fué así, como Hitchcok, pudo aproximarse a la tienda del jefe. Quedó largo rato extendido en la nieve, prestando oídos a las conversaciones de sus ocupantes y esforzándose por descubrir el sitio donde estaba Sipsú.

Fuera de duda, eran muchos dentro de la tienda, y los rumores que llegaban hasta él; le permitían adivinar le gran exitación reinante. Sin embargo a las largas, pudo distinguir la voz de la joven; arrastrándose en redor de la tienda hasta que solo quedó separado de Sipsú por el espesor del cuero. Entonces, cavando una especie de túnel dentro de la nieve, deslizó la cabeza y los hombros.

Cuando sintió que el aire caliente del interior le daba en la cara, paróse y esperó con las piernas y la mayor parte del cuerpo en el exterior. No podía ver nada y no se atrevía a levantar la cabeza.

Por un lado, reconoció por el olor un fardo de pieles que, sin embargo tocó para mayor seguridad; por el otro su mejilla ro-

zaba un traje de pieles que indudablemente cubría un cuerpo. Debía ser Sipsú. Hubiera querido que hablara para asegurarse, pero costase lo que costase, habría que obrar sin pérdida de tiempo.

Oía al jefe y al doctor-brujo hablar en voz baja mientras que, desde un rincón, alguna criatura hambrienta gemía antes de dormirse.

Dándose vuelta sobre un costado. Hitchcok, levantó la cabeza y escuchó la respiración: era la de una mujer. Iba a tentar el golpe.

Se apoyó despacio pero firmemente contra ella y la sintió sobresaltarse con su contacto; esperó un momento y pronto percibió una mano que se deslizaba sobre su cabeza y se detenía en su rizada cabellera. Instantes después, la mano hizo dar vuelta a su cara y sus ojos hallaron la mirada de Sipsú.

Estaba muy calma. Cambiando de postura sin ostentación, puso el codo muy alto sobre el fardo de pieles, apoyó su cuerpo y extendió su manto de manera de disimularlo completamente. Luego, simulando un gesto inconsciente, se inclinó sobre él, para permitirle respirar entre sus brazos y su pecho. Bajó la cabeza y aproximó su oído a los labios de Hitchcok.

—En cuanto se presente la ocasión, — murmuró éste, — abandona la tienda y parte a través de la nieve en la dirección al viento, hasta el bosque de pinos en la curva del camino. Ahí encontrarás mis perros y mi trineo pronto a partir. Esta noche descenderemos hacia el Yukón y como será necesario apurarnos, agarra por el pelo todos los perros que caigan bajo la mano y traételos.

Sipsú sacudió la cabeza negativamente aunque sus ojos relampagueaban de orgullo y alegría, ante esa gran prueba de afecto. Pero, como todas las mujeres de su raza, había sido acostumbrada a obedecer y cuando Hitchcok renovó por segunda vez la orden de partida, comprendió que sería cumplida aunque ella no hubiese respondido nada.

—No te ocupes de arneses para los perros, — añadió disponiéndose a alejarse. — Te esperaré pero no pierdas tiempo. El día arrastra las tinieblas y no se atrasa para complacer al hombre.

Media hora después, la vió llegar, tirando un perro recalcitrante con cada mano. Sus propios animales acogieron con furor los recién venidos y hubo de darles con el cabo del rebenque hasta que se apaciguaron. El viento soplaba del lado del campamento y tenía temor de que ese ruido traicionara su presencia.

—Atalos al trineo, — ordenó, después que Sipsú terminó de ponerle los arreos. — Quiero a mis conductores adelante.

Pero apenas hubo terminado de atarlos que los dos perros desposeídos de sus acostumbrados sitios, se precipitaron sobre los otros. Hitchcok se empeñó en hacerles callar a rebencazos pero el alboroto repercutió en el campamento adormecido.

—¡Ahora tendremos tantos perros como queramos, — dijo arrancando una hucha colocada entre las correas del trineo. — ¡Pónle arreos a todas las que te pasaré y, al mismo tiempo vigila el tiro!

Avanzó algunos pasos y encontróse entre dos pinos. La irrupción de perros turbaba la tranquilidad de la noche; los esperó.

Un punto negro, que aumentaba paulatinamente, tomó formas sobre la misteriosa extensión nevada, era una figura humana, que corría a todo lo qua daba.

Hitchcok permanecía en la sombra; cuando el hombre llegó a su vera, bajóse rápidamente, agarróle por el cuello y entablóse entre ambos una lucha terrible de vida o muerte. Luego el desconocido desprendióse de Hitchcok y cayó pesadamente sobre la nieve.

Mientras tanto Sipsú se apuraba a poner los arreos a los perros, Hitchcok, a golpes de hacha defendía el pasaje a los otros animales que seguían al hombre. Sipsú no perdía tiempo. Cuando hubo terminado Hitchcok pegó un salto, agarró y desmayó un perro y se lo echó. Tres veces repitió la operación y cuando una fila de diez perros fué atada al trineo gritó:

—¡Hay bastantes!

Pero en el mismo instante un indio de la tribu, se deslizó por entre los perros y echándolos a derecha e izquierda intentó abrirse paso. El hacha de Hitchcok lo envió de rodillas y luego cayó de costado. El doctor-brujo, que llegaba en ese instante fué testigo de la escena.

Hitchcok ordenó entonces a Sipsú que emprendiera la marcha.

A su grito agudo de "adelante" las bestias enfurecidas se lanzaron con tal violencia que los saltos del trineo casi hacen perder el equilibrio a la joven. Y entonces empezó una larga y angustiosa carrera en la que la vida de ambos dependía de cualquier accidente que pudiera ocurrirle al trineo o a los valientes perros.

Sin ninguna clase de dudas los dioses debían estar muy irritados contra el doctor-brujo, pues en el preciso instante en que éste cruzaba el sendero, el perro de adelante caminando sobre las raquetas del brujo, lo hizo caer y los nueve perros siguientes como así mismo el trineo le pasaron sobre el cuerpo.

Pudo levantarse enseguida, sin embargo, y los acontecimientos de la noche hubieran podido tener distinto resultado si Sipsú, golpeándolo con la larga fusta, no lo hubiera enseguecido.

Hitchcok que corría a todo lo que daba para atrapar el trineo, cayó sobre el doctor-brujo, que permanecía en medio del sendero.

Y cuando aquel primitivo teólogo pudo volver a la tienda de su jefe, sus conocimientos se habían aumentado con la práctica de lo que vale la rudeza de los puños de los hombres blancos. También, cuando más tarde tomó la palabra en el consejo, los englobó a todos en un mismo intenso odio.

—¡Arriba, haraganes, arriba! El desayuno estará pronto antes de que hayan acabado de calzarse.

Dawe Wertz echó de lado la piel de oso, sentóse en el jergón y bostezó: Sigmundo estirándose se apercibió de que se había hecho daño en el brazo y se dió un masaje.

—Me pregunto donde habrá dormido Hitchcok esta noche, — dijo, tomando sus mocasines endurecidos por el frío.

Y con las medias puestas los llevó hacia el fuego para que se derritiera el hielo.

—Ha hecho bien en irse, — añadió —Sin embargo, ¡que incansable trabajador!

—Si, pero demasiado autoritario. Era ese su mayor defecto. Es una lástima para Sipú. ¿Creen que la amaba?

—No lo creo. Lo hacia por principios, nada más. Halló que ese sacrificio era injusto (la verdad sea dicho) tenía razón; pero nosotros no podíamos ni debiamos mezclarnos en ese asunto que hubiera podido hacernos barrer de la llanura antes de que fuera tiempo.

—Un principio siempre es un principio y suele ser bueno, pero es mejor dejarlo en casa cuando uno sale a Alaska ¿No es cierto?

Wertz juntóse con su camarada y ambos ocupáronse en devolver la elasticidad a sus helados mocasines.

—¿Te parece que hubiéramos obrado bien mezclándonos en ese asunto?

Sigmundo movió negativamente la cabeza.

Estaba atareado. Un chorro de espuma salía de la cafetera y al tocino era necesario darle vuelta.

Además, soñaba con la niña de ojos resplandecientes como las olas al sol y cantaba entredientes.

Su camarada preguntó:

—¿Dónde está Hawes?

Sigmundo no oyó la pregunta.

Aunque eran más de las siete, les quedaban todavía más de tres horas antes de que se levantara el día. La aurora boreal había desaparecido del cielo y el campamento se asemejaba a un oasis de luz en medio de las tinieblas. Espesa claridad, las siluetas de los dos hombres se destacaban con toda nitidez.

Sigmundo, envalentonado por el silencio, levantó la voz y entonó la última estrofa de su vieja canción

Dentro de un año, de un año...

En el mismo instante, la noche fué desgarrada por una salva de tiros de fusil.

Wertz lanzó un gran suspiro hizo un esfuerzo para levantarse y cayó pesadamente. Y Sigmundo, el hombre de los cabellos de oro, con la garganta todavía vibrante de su canción, levantó los brazos y cayó sobre su hornalla.

———

El doctor-brujo tenía los ojos bastante dañados y esto contribuyó a que no se mostrara tolerante, pués discutió con el jefe la posesión de un fusil y tomó de la bolsa de porotos una parte mucho mayor que lo que le correspondía. Además se apropió de la piel de oso, lo que provocó murmullo entre los hombres de la tribu. En fin, trató de ultimar el perro que la niña de ojos azules había ofrecido a Sigmundo, pero el animal pudo escaparse y el brujo cayó en un pozo y se dislocó el hombro.

Cuando el saqueo hubo terminado, los indios volvieron a sus tiendas y realizaron grandes fiestas interviniendo las mujeres.

Poco después un rebaño de antas apareció sobre las alturas del lado Sur, y fué cazado por los indios, el doctor-brujo de esta hecha vió su fama acrecentarse y los hombres de la tribu murmuraban que tenía el uso de la palabra en el consejo de los Dioses.

———

Mucho más tarde, cuando todos hubieron partido, pudo verse el perro ovejero deslizarse entre el campamento abandonado y durante todo un día y una noche se le oyó aullar.

Luego, desapareció.

Y, años más tarde los cazadores indios notaron un cambio en la raza de los lobos salvajes; mostraban manchas de colores claros y abigarrados como ninguna piel de lobo había presentado hasta entonces.

FIN

LEA EN EL PROXIMO NUMERO DE PUCKY

LOS SEIS ARABES VERDES

Nuevas e interesantísimas aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

y el Club de las Sombras

Sexton Blake ha conseguido la primera parte de su propósito en Oriente. Marzouk, el aguatero, desaparece, para dar paso a Marzouk, el "bowab".

El cofre que contiene los cuatro pelos de Mahoma ha sido encontrado. Falta ahora volverlo a colocar en el templo, antes de que lleguen los Mazarites.

La reconquista del cofre de plata, la intervención de los Seis Arabes Verdes, la llegada del Sabbath de los judíos y del Festival de las Súplicas de los Mazarites, la lucha, el misterio del Muro Sagrado todo está admirablemente descripto en esta novela, que aparte de sus emocionantes situaciones, es una pintura magistral del antiguo Oriente

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

(Continuación)

—Que quizás sea una habilidad de más — dijo Dolcepiano — usted ve que ella le impide encontrar.

—En todo caso — dije de mal humor — puedo por lo menos, asegurar que esos viejos zapatos, son los del asesino.

—En ese caso me los llevo — dijo el automovilista con calma imperturbable. — Supongo que usted no querrá abandonar a los magistrados tan precioso indicio.

He hizo desaparecer los zapatos bajo su abrigo.

—Seguramente que no — dije yo más ocupado en seguir el hilo de mis ideas. que en protestar contra esa acción — Podemos sacar en conclusión que en éste momento el criminal se pasea con los zapatos de su víctima.

—Si no se los ha cambiado — replicó Dolcepiano.

—¡Bien! — dije, paseando mis miradas a mi alrededor — creo que ya ahora no tenemos más nada que hacer aquí. En suma, hemos sabido bastantes cosas y si les falta un poco de cohesión, podemos esperar a dilucidar todas esas aparentes contradicciones. Resumamos: el señor Montparnaud ha sido asesinado, ha sido matado en el vagón de un tiro, y su cuerpo arrojado al túnel.

Que el asesino haya saltado enseguida al túnel o que haya venido más tarde, sabemos que ha tentado hacer desaparecer el cadáver y que ha venido a colocarlo sobre la vía, después de haber renunciado.

Si registramos los alrededores, encontraremos, sin duda — entre algunas rocas, los rastros del fuego que él encendió. Pero, por el momento, creo que hay que activar las búsquedas del lado del robo del contenido del baúl rojo. Donde pudo haber tenido lugar? Yo se que el señor Montparnaud ha debido tomar el tren en Villars. Es ahí donde hay que ir enseguida.

—¡Vamos! — dijo lacónicamente el automovilista que me había escuchado con gran atención.

Volvimos al camino y subimos al auto que fué puesto enseguida en marcha.

En tanto que devorábamos la decena de kilómetros que separa la Mescla de Villars, no pude dejar de rumiar en voz alta mis reflexiones.

—Aunque hay evidentemente correlación entre el robo del baúl, el asesinato y el robo de la caja fuerte — dije — eso no prueba que todo haya sido cometido por una misma persona. Los zapatos rotos indican un vagabundo o un paisano; la organización del asunto, denota al contrario un espíritu lleno de astucia, cuya audacia debe igualar a su sangre fría.

Admito un bandido de alta escuela, operando en complicidad con un rústico a quien emplearía en la parte más repugnante de la tarea.

Mi compañero seguía mis deducciones con un real interés. Sin embargo, me interrumpió.

—H aquí que nos vemos lejos del suicidio que descontaba su compañía de seguros — dijo. — Déjeme que me ría — repliqué yo — Uno no se imagina hasta que punto la pasión del dinero puede extraviar a las personas.

Enseguida yo le conté las sospechas que se habían cernido sobre Sofía Perandi.

¡Yo hablaba! ¡hablaba! Decía todo lo que podía desvelar sin traicionar absolutamente mi verdadera personalidad. En esa época, a pesar de mis pretensiones policiales yo no había aprendido aún a desconfiar suficientemente de la gente. La apariencia me imponía aún, y, por la suya, mi compañero, pertenecía a una clase social que no podía molestar para nada el asunto de que yo me ocupaba. No veía pues, ningún inconveniente en confiarle hasta mis más secretas impresiones.

Además, el encontrarme en semejante compañía aumentaba mi aplomo y cuando a nuestra llegada a Villars comprendí que su intención era detenerse conmigo, me alegré.

—¿Donde vamos? — me preguntó.

—A un albergue cualquiera, — respondí — tendremos allí la fuente, no solo de alimentos cuya necesidad se hace sentir, sino también de informes.

—¡Sea! — dijo Dolcepiano.

Seguimos, por la principal calle del pueblo que no era otra que el camino y nos detuvimos frente a la estación.

En frente, un letrero, nos indicaba la posada que deseábamos.

Un rato después, dejando el auto cerca de la ventana, a la sombra, entrábamos en la sala.

—Cerveza patrón — dije, sentándome a la mesa — y traiga pan y dos tajadas de jamón crudo si es que tiene.

Algunos minutos más tarde teníamos ante nosotros los reconfortantes pedidos, traídos por el mismo posadero.

Aventuras de Barn
LE DOY 100 PESOS SI DEJA QUE CORRA POR MI CUENTA A TRAGAVIENTOS
¿100 PESOS, SEÑOR MENEGA?
BUENO: FIRME EL CONTRATO; PERO NO DIGA A NADIE EL TRATO QUE HEMOS HECHO
CONVENIDO, SEÑOR MENEGA, TRAGAVIENTOS QUED A SUS ORDENES
MUY BIEN, PATLON
TAL VEZ NO VUELVA MENEGA... ¡LLEVALO A DAR UN TROTECITO, CHE!
TRAGAVIENTOS
DIGA, ACABO DE VER UN CABALLO CORTANDO EL VIENTO, ¿NO SERA TRAGAVIENTOS, SUPONGO?
?
ESTA DORMIDO COMO UN ADOQUIN, VUELVA MAÑANA
NO SE MOLESTE MAS, BARNIGUGLI
?
TRAGAVIENTOS

ugli, por Debeck

Capítulo IV

LA PISTA DEL BAUL

Como en esas regiones los viajeros son más bien raros, ellos pertenecen por derecho, a la curiosidad del posadero. El nuestro no era una excepción a la regla y se creyó obligado a hacernos la consabida pregunta.

—¿Los señores vienen a pasear a las montañas? — preguntó — Han elegido un hermoso día.

—Usted verá pasar muchos excursionistas ¿verdad? — le dije yo.

—¡Oh! aún no es la época. En verano si. Pero, en este momento, la estación de Niza dura aún. Los extranjeros prefieren la avenida de la Gare y el Paseo de los Ingleses, o sinó Monte Carlo. ¿Los señores vienen de allí, sin duda?

—Si — respondí yo — Soy de Niza: Hemos llegado de la Mescla... donde fuimos a ver...

—¡Oh! — dijo el posadero — ¿el crimen del túnel? ¿Se habla de eso en Niza?

—No se habla de otra cosa.

Nuestro huésped puso cara de aflicción.

—¡Pobre señor Montparnaud! — suspiró.

—¿Le conocía usted? — pregunté vivamente.

—¡Si lo conocía!... Se hospedaba siempre aquí cuando venía de viaje, y venía amenudo. El lunes estaba aquí...

El posadero aproximó una silla y se sentó a nuestra mesa para continuar mas cómodamente la conversacion.

—¡No parece cierto! — continuó — ¡El, que era tan alegre, tan bromista! Todavía el lunes nos hacía reir... ¡Y ahora! ¡Ya está todo concluído!...

—¿Y usted no ve quien habrá podido matarlo? — pregunté.

—¡Oh señor! Ni los mismos magistrados podrían decirlo. Para mi que había alguno escondido en el tren, debajo de un asiento quizás ¡Vaya uno a saber!

Yo no le discutí lo que esa suposición tenía de absurdo. Mas valia dejar hablar al posadero.

—En todo caso — continuó éste — el asesino no ha subido aquí. Debía venir de Puget, o quizás de más lejos aún. Pero más bien me parece que de Puget, porque allí, se sabía que el señor Montparnaud iba a venir aquí, y en qué tren. Ya lo había anunciado.

Estos datos, no eran para desperdiciar. Abordé las preguntas que me quemaba la lengua.

—El venía aquí por sus negocios ¿verdad? — dije — Sin duda llevaba con él sus muestras.

—Generalmente las llevaba. Abría el baúl aquí y sacaba lo que convenía a sus clientes. Pero, esta vez — ¡bastante rabió por eso!— su baúl no llegó a tiempo. Tuvo que partir sin hacer ningún negocio aquí.

—¿Cómo es eso? — pregunté sintiendo que se aproximaba el momento interesante.

—El llegó el domingo a la noche en el tren; no tenía mas que su valija. Su gran baúl, un baúl rojo que nosotros conocíamos bien, había quedado en Saint Pierre, debido a que su conductor ordinario no había podido recogerlo esa noche y había tenido que bajar a pié hasta Puget. Se lo debían traer el lunes a la mañana, pero no llegó. El estaba muy fastidiado.

—¡Toma! ¡Toma! — dije yo sin dejar ver el enorme interés que despertaba en mi ese incidente — Pero, asi mismo, el baúl debe haber llegado puesto que ha partido con él.

—¡No me hable! — respondió el posadero — Toda la mañana, se estuvo paseando por el camino para ver si venía su baúl. Nada.

A mediodía, se sentó a comer con nosotros. Y justo en medio de una ensalada de tomate oímos pasar un coche a gran galope y, casi enseguida, un niño entró gritando:

—Señor Montparnaud; acaba de pasar Sargasse con su baúl. Ha tomado el camino de Malaussene...

—¿Y qué dijo el señor Montparnaud? — pregunté.

—¡Demonio! — gritó golpeando sobre la mesa — ¡Gritenle!... — Pero el hombre ya estaba lejos, imagínense. Entonces ¿que se iba a hacer? concluimos de comer. Enseguida el señor Montparnaud tomó la bicicleta de mi hijo para tratar de alcanzar a Sargasse.

—¿Y lo consiguió?

—No sin trabajo, señor. Parece que estaba mucho más lejos de Malaussene. Bueno, volvieron los dos en el coche a tiempo para tomar el tren de las seis.

—¿Con el baúl? — dije yo.

—Con el baúl. Por eso, el señor Montparnaud no tuvo tiempo de abrirlo.

—¿Y qué le había pasado al conductor?

—¿Qué se yo? Es un taimado y medio loco. Dijo que había comprendido mal, que él creía que el Sr. Montparnaud iba hasta Tinée para tomar el correo de Saint Sauver, en fin, ¡tonterías! A mi me parece que quería hacerle una jugada al señor Montparnaud.

—Debe usted tener razón — dije comentando el sobreentendido de esa frase con guiño dirigido a Dolcepiano.

Me parecía que ya entreveía la buena pista. El relato del posadero me había hecho sospechoso al conductor del coche. ¿Qué significaba ese paseo del baúl? Me era fácil imaginar la explicación que, al mismo tiempo, aclararía la asombrosa transformación del contenido de éste. El baúl había quedado toda una noche en casa del cochero y, al día siguiente, él se había arreglado para pasear al dueño hasta la hora del tren, a fin de que no pudiera abrirlo y notar el robo. Lógicamente, se podía suponer que sus precauciones no se detenían ahí y que estaba seguro de no temer una reclamación del señor Montparnaud a su llegada a Niza. Entonces, el suponía, pues, que el viajante no llegaría vivo. Pero, en ese robo yo volvía a encontrar esa mezcla de ingenio y de imprevisión que caracterizaba al crimen. El baúl

era una pista; la mercadería una prueba; el viaje a Malaussene, era un indicio. De sospecha en sospecha, se debía llegar hasta Sargasse puesto que él había tenido el baúl.

¿Dónde había escondido las mercaderías? ¿En su casa? ¿en el camino? Su viaje hubiera podido tener por objeto esconderlas en alguna parte. Si ese hombre era culpable, tenía que ser muy astuto para haberse puesto al abrigo de las consecuencias de una pesquisa.

Yo hubiera querido saber lo que pensaba sobre ésto mi compañero. Pero él escuchaba, impasible, y si se había formado una opinión la ocultaba maravillosamente.

Pensé que esperaba que yo le comunicara la mía para hacerse él una, y que su imaginación menos lista, no sacaba de lo que oíamos todas las deducciones que nos proporcionaban los hechos.

La ocasión era buena para informarme acerca de Sargasse sin despertar desconfianza. El posadero no deseaba mas que hablar. Resolví poner en claro la moralidad del individuo y recoger todos los datos que pudieran guiar mis investigaciones.

—Ese cochero — dije — que ha conducido al señor Montparnaud...

—¿Sargasse?

—Sí, ese Sargasse ¿es el único cochero de Puget?

—¡No! Hay varios.

—Entonces ¿porque el señor Montparnaud lo elegía siempre?

—La costumbre. Lo había tomado una vez, y lo tomaba siempre... para Saint Pierre y La Rochette, se entiende. Cuando iba por otro lado, era otro cochero el que lo conducía. Pero, como el domingo, el estaba en Saint Pierre, era Sargasse quien por fuerza debía llevarlo.

—Sargasse es de Saint Pierre?

—Sí: pero habita en Puget. Su hijo se casó en Saint Pierre.

Yo busqué una transición.

—Es igual — dije yo — hacerle eso a un cliente, no es de un hombre bueno

— Yo no creo que sea capaz de eso.

—Sargasse no es un buen hombre

—¿No es estimado?

—¡No! No es amigo de nadie. Yo lo sé por habérselo oído decir a gente de Puget. ¡No es él quien ha hablado! Para arrancarle una palabra ¡a ese!... Pasa por aquí, por lo menos una vez por mes. Pero si tiene necesidad de detenerse y entrar, no dice más que las palabras necesarias. Ni buen día, ni buenas noches ¡Un verdadero oso!. Además, basta verlo para juzgarlo.

—¿Que edad tiene? — pregunt.

—Tendrá sesenta años.

—¡Viejo! — exclamé.

—¡Oh todavía es fuerte! Es un coloso ¿sabe? Sería capaz de matar a uno de un puñetazo.

—¡Bah! eso se dice — dije yo bromeando

—¡Oh! Usted no lo conoce...

—Sin embargo — dije — un cochero, tiene que ser honrado, sino nadie lo tomaría.

—¿Y qué sabe la gente? Eso se dice, pero uno no puede advertirlos. Sargasse le rompería los riñones al que hiciera eso.

—¿De veras? — dije yo.

—¡De veras! Es un bruto. Y luego no hay mas que una cosa que le interesa: ¡el dinero! Por dinero lo haría todo ¡todo!

—Entonces — dije fingiendo que bromeaba — por diez mil francos uno le haría...

—¡Por diez mil francos! — exclamó el posadero, golpeando sobre la mesa — ¡Pero señor! Por diez mil francos sería capaz de vender a su hija y estrangular a su padre.

—Felizmente — dije riendo — ése debe estar muerto.

—¡Felizmente! — respondió el posadero riendo ruidosamente.

—Entonces — dije más seriamente — ¿no confiaría usted diez mil francos a ese Sargasse?

—Ni se los haría ver, si los tuviera. No hay que tentar al diablo. Ese hombre me asesinaría por robármelos.

—Tiene una reputación bastante mala — contesté, disimulando la satisfacción que me causaban sus palabras.

—Pregunte a otros — me dijo el posadero — y todos le dirán lo mismo.

Por el momento ya sabía bastante. Cada vez mas Sargasse se me aparecía como el posible culpable. Todo parecía indicarlo. Pero, si Sargasse era el asesino, le hubiera sido necesario hallarse en tren ¿Era posible? Ante todo debía verificar ese punto.

—¿Fué Sargasse quien condujo al señor Montparnaud a la estación? — pregunte.

—Si señor — respondió el posadero — Yo estaba en la puerta cuando ellos pasaron. Fuí a ayudarlos también, a bajar el baúl. Y sabe, era pesado.

—Cien kilos — dije — han citado esa cifra. No es muy práctico que digamos.

—¡Los changadores ya conocían ese baúl Para subirlo al furgón era siempre un buen trabajo

—Sargasse los había ayudado.

—Creo que sí. Yo me volví enseguida a servir a los clientes.

—¿Y Sargasse se fué enseguida para Puget-Theniers? — pregunté bruscamente.

—Claro.

—¿Usted lo vió? — insistí.

—No, porque estaba ocupado con los clientes. Pero, como su coche no estaba frente a la estación, diez minutos más tarde quiere decir que se había ido.

Yo vacilé un poco, luego me decidí.

—Quisiera estar seguro de eso — dije.

—¿Seguro? ¿Cómo?

Y el posadero me miraba con ojos redondos.

—Escuche — le respondí — usted parece un buen hombre en quien se puede confiar. Nosotros, no somos lo que hemos dicho: somos policías...

Dolcepiano hizo un gesto de protesta. Aunque fastidiado, yo rectifiqué enseguida:

—Yo, por lo menos lo soy; el señor me ha encontrado por azar. Busco al asesino del señor Montparnaud.

El posadero me miró asustado.

—¡Bueno!... ¡Bueno!... — murmuró dejando caer las manos sobre sus piernas.

—Ciertos indicios — continué — me hacen pensar que Sargasse pudiera no ser del todo extraño al crímen. Y quisiera saber si, por azar, no habría subido él al vagon con el señor Montparnaud.

—Me parece difícil — dijo el posadero, echando hacia atrás su gorra para rascarse mejor la cabeza — muy difícil, desde el momento que no se ha visto a nadie en el vagón del señor Montparnaud.

—Podría estar escondido — dije con impaciencia — Usted mismo lo suponía hace un momento.

—Yo no puedo afirmar nada, porque no estaba allí ¿Quiere usted que vaya a informarme a la estación?

—¡Bueno! pero guarde para usted todo lo que le he dicho.

—¡Entendido! — dijo el posadero levantándose.

Salió. Por la ventana, lo ví atravesar el camino y entrar en la estación. Entonces me volví hacia mi compañero.

—¿Y bien? — dije.

—¿Y bien? — respondió él en el mismo tono.

—Me parece que ésto se va aclarando.

—Quizás... ¿le parece a usted que será el cochero? — preguntó Dolcepiano.

—Quien sabe... Esperemos aún. Todo depende de las noticias que nos traiga el posadero. Si han visto partir al hombre para Puget, la pista no sirve.

—¿Quien sabe? — murmuró el italiano— De todas maneras hay algo por ese lado.

—Si — dije — el baúl. — Pero eso no es suficiente.

—¿Quien sabe? — repitió Dolcepiano.

—No veo cómo puede haber tomado el tren. Es cierto que de todas maneras tenemos que esperar un misterio, porque no se sabe por donde ha podido entrar el asesino.

El posadero volvió.

—Ha partido — exclamó — Ya me lo imaginaba. Enseguida que se fué el tren, o quizás un poco antes, subió a su coche y se fué.

—¿Hacia Puget-Theniers? — precisé yo.

—Hacia Puget.

Sentí un vivo desencanto. Esa certidumbre, contrariaba mis hipótesis.

—Pero — dije con aire escéptico — nada prueba que haya llegado hasta Puget; ha podido volver atrás, cortar camino en alguna parte...

El posadero sacudió la cabeza.

—No podía pasar más que por el camino — dijo —alguien lo hubiera visto. En cuanto a dejar su coche escondido e ir por el Var, eso no había ocurrido.

—El tren — objeté yo — habrá podido detenerse en alguna parte y retrasarse, en Malaussene quizás.

El posadero sacudió la cabeza. De repente lanzó una exclamación.

—¡Demonio! ¡Y la bicicleta de mi chico que Sargasse se llevó! Me olvidaba de eso. Fué necesario que Mario la fuera a buscar a Puget al día siguiente.

—¡Vé! — exclamé con los ojos brillantes.

—Si, pero para usarla es necesario saber andar, y yo no creo que Sargasse...

—¿Quien sabe? — dije yo, dejándome llevar por mis hipótesis.

¡Eso se combinaba bien, sin embargo! Si yo hubiera conservado mi sangre fría, hubiera visto al automovilista sonreir de una manera extraña considerando mi entusiasmo.

—Los trenes del Sur marchan lentamente — continué —De Villars a Malaussène hay exactamente tres kilómetros por la vía. El horario, acuerda seis minutos para hacerlos y sucede que a veces ponen diez o doce. Agrégue a eso cuatro o cinco minutos que se detienen en la estación, puede ocurrir, y usted no me negará que un hombre vigoroso como Sargasse puede llegar muy bien en ese tiempo.

—¿Que quiere usted que le diga? — dijo el posadero con aire poco convencido — En su lugar, yo iría a ver a Puget. Allí, le dirán si Sargasse ha vuelto el lunes por la noche y a qué hora.

—Eso es — dije yo, súbitamente fastidiado y un poco avergonzado de haberme aventurado tan puerilmente en el dominio de las suposiciones — Verifiquemos primero; después sacaremos las conclusiones.

La fuente de jamón estaba tan vacía como las botellas de cerveza.

Consulté a mi compañero con la mirada.

—¿Nos vamos?

—Cuando usted guste — respondió Dolcepiano sacando de su bolsillo, dinero, que dió al posadero — Deje, deje — continuó deteniéndo mi gesto — Puesto que comparto las emociones de su viaje es justo que comparta también los gastos.

Se levantó y yo lo imité.

—Quizás haría usted bien en dejar su nombre al patrón — dijo el automovilista— Quizás obtenga algunos informes que quiera transmitirle a Puget. En ese caso volveremos aquí.

—Con mucho gusto — dijo el posadero alentado por esa perspectiva — Deténgase en el hotel Laugier frente a la plaza y si yo sé algo se lo comunicaré.

Dolcepiano sacó de su bolsillo una libreta y arrancando una hoja me la tendió junto con un lápiz.

Yo escribí aquel de que tan temerariamente me había apoderado.

—M. Paddy Wellgone — descifró el posadero — No es un nombre de éste país ese.

—No — respondí majestuosamente — Pero tampoco lo es el de Sherlock Holmes.

Me volví dejando al posadero, perfectamente insensible a la alusión, que no había comprendido.

Pero, lo que yo había dicho, era mas bien para mi compañero.

Ocupamos nuestros asientos en el auto, y bajo el sol que ya calentaba comenzamos a subir la estrecha faja blanca del camino, entre dos hileras de montañas que forman el valle del Var.

Un poco después de las diez, luego de haber llevado el auto al garage, nos instala-

bamos en la terraza del café, sobre la plaza sombreada de plátanos que concentra toda la animación de Puget-Theniers.

Pregunté enseguida por Sargasse.

—¿Sargasse el cochero?

—Sí — dije — quisiera verlo.

—¡Oh! en este momento no está aquí. Esta en Saint Pierre por los asuntos de su hija que ha perdido a su marido.

—¿Cuando volverá? — pregunté.

—Es que no va a volver — dijo un parroquiano que tomaba ajenjo en una mesa vecina a la nuestra — Ha dicho que ya no será cochero y que se iba con su hija.

Esas palabras levantaron de sus sillas a los pacíficos bebedores. La estupefacción general hizo que se estableciera entre las gentes del pueblo un coloquio del cual nosotros sacamos nuestro beneficio.

—¿Sargasse no es más cochero?

—No, parece que se retira !Y tiene con qué!

—¡Con qué! ¿Es que semejante hombre tendrá algún día bastante? Siempre querrá tener más.

—En fin, es así. Ha recibido una herencia, según dice

—¿Una herencia? ¿De quién?

—Será su hijo quizás.

—¡Vaya hombre! ¡Me imagino que Titin no le puede haber dejado gran cosa, el pobre!

—No. El chico Bernaudi dice que le ha visto contar billetes de banco ¡Y que había, saben!

Estas palabras provocaron una incredulidad general.

—¡Es una mentira!

—Si el dice que eso lo hereda de Titin es una mentira. Si no tenía ni para comprarle un vestido a su mujer. Fine, la pobre, parecía siempre una bohemia.

—Sin embargo es así — dijo el primero que había hablado — No quiere conducir mas su coche, porque dice que ahora tiene para vivir a su gusto.

—¿El ha dicho eso?

—No a mí, sinó a uno de Saint Pierre que me lo contó. El lo había sabido por Fine que estaba aún escandalizada. Piensen, haber perdido a su marido y ver volver a su padre, eso era dos desgracias.

—¡Oh! después del accidente de Titin, el no se iba más!

—¿Que no se iba? — gritó un contradictor con tal ardor que parecía acusar a todos los asistentes — Era cuando no tenía nada que hacer. Me hacen reir cuando dicen que no va a ser más cochero ¡Un hombre que según dice tiene tanto dinero y el mismo día del entierro de su yerno, llevó todavía, un baúl a Villars. Bien se hubiera podido quedar para acompañar a su hija y a todos los que habían ido al entierro!

Yo golpeé con el codo a Dolcepiano. El me respondió de la misma manera. Nos habíamos entendido.

Esos billetes de banco — esa herencia increíble, que los habitantes de Puget, mejor colocados que nosotros para juzgar, se negaban a creer — era real. Y adivinábamos su origen. El Sr. Montparnaud, el día de su muerte, llevaba sobre sí diez mil francos que no habían sido encontrados en el cadáver.

Una carga de más — ¡y qué grave! — para el activo de Sargasse.

Mas que nunca, era necesario aclarar el punto dudoso ¿dónde estaba Sargasse a la hora del crímen?

No había mas que abordar francamente la cuestión.

—Señores — pregunté yo inclinándome hacia el grupo — ¿para ir a Saint Pierre, se pasa por aquí?

—No por la playa sinó por el puente que está allí, a su izquierda; el camino es del otro lado del Var — me respondió uno de los hombres indicándome con un gesto la dirección de donde habíamos venido.

En esa forma era difícil que hubieran observado a Sargasse. Sin embargo, continué mis preguntas.

—¿Fué el lunes, cuando Sargasse, condujo a Villars ese baúl de que usted hablaba hace un momento?

El hombre se consultó y contó con los dedos.

—Sí — dijo — porque el lúnes enterraron al pobre Titin.

—Puede usted decirme si Sargasse volvió esa misma noche a Saint Pierre?

—No, no volvió — respondió mi interlocutor.

Yo reprimí un estremecimiento.

—¿Está usted seguro — le pregunté.

—Seguro porque durmió aquí y se quedó en el café hasta las once de la noche. Partió muy tarde para Villars, volvió aquí a las ocho, esa no es una hora para volver a Saint Pierre.

Mi desasociego fué vivo. La coartada era indiscutible. Si Sargasse, que había salido de Villars a las seis, había sido visto en Puget-Theniers de ocho a once, no podía ser el asesino del señor Montparnaud.

—Partió al día siguiente a las cuatro. Llevó al perceptor de Antrevaux que iba a La Rochette.

Era completo. Cada palabra era un golpe en el edificio tan bien establecido, de mis hipótesis. Todo mi sistema fallaba.

—Se lo agradezco — dije.

Me volví hacia Dolcepiano. Sonreía con aire burlón.

—Esto nos contraría — me dijo en el oído.

—Sí — respondí malhumorado — Sin embargo, aún está el baúl...

—Sin duda.

—Y los billetes de banco.

—Si todo eso y podría haber otra cosa — repliqué yo — Pero es como si no hubiera nada, puesto que Sargasse tiene una coartada ¿Es que cree usted que yo me voy a interesar en el robo del baúl desde el momento que no tiene nada que ver con el crímen?

—¿Que no tiene nada que ver? — preguntó Dolcepiano retorciéndose el bigote.

Su testarudez me irritó.

—¡Pero no dicen que estaba aquí...

¡aquí!... a la hora del crimen? — respondí.

—¡Entonces va usted a buscar otra pista!

—Evidentemente — dije con sequedad.

Y, volviéndome pedí un aperitivo. Dolcepiano hizo lo mismo, y nos pusimos a sorber nuestros aperitivos, mirando a la playa, sin hablarnos.

Yo quería evitar la mirada de mi compañero, me parecía que oía constantemente su voz:

—¡Está el baúl!... Los billetes de banco...

Esto aumentaba mi furor. Sentía el enervamiento de aquellos que tienen entre sus manos los pedazos de un juego de paciencia y no pueden llegar a combinarlos ¡El baúl, los billetes de banco! Evidentemente, eso formaba parte de la solución pero la coartada me impedía colocarlo, y a causa de eso, sentía ganas de echarlo todo a volar.

Cuando llegó el mediodía, yo no había recobrado aún mi serenidad.

—Vamos a almorzar — dije bruscamente, levantándome.

No cambiamos durante la comida, mas que monosílabos insignificantes. Mi compañero tenía una perpetua sonrisa que me fastidiaba prodigiosamente. Con gusto lo hubiera enviado al diablo, si me hubiese dado el menor pretexto, pero, lejos de parecer observar mi mal humor, persistía en mostrarse de una incansable amabilidad.

Cuando terminamos de almorzar nos instalamos delante de la puerta para tomar el café, y Dolcepiano me ofreció un excelente cigarro, cuyas olorosas bocanadas me calmaron un poco. Pero aún no sabía que partido tomar.

Al lado nuestro, los bebedores, habían vuelto a ocupar los sitios de antes y jugaban a las cartas.

De repente, uno de ellos se volvió hacia nosotros y nos mostró un coche que doblaba el ángulo del puente de Roudoule.

—Vea — dijo —¡ahí está "su" Sargasse!

Yo dí un salto y miré.

El coche se detenía cerca del parapeto del río. Un hombre saltó a tierra, ató el caballo a un plátano, pasó ante nuestra mesa y entró en el café.

Había tenido tiempo de examinarlo. Era como me lo había figurado. El posadero de Villars no había exagerado ni su fuerza ni su aspecto. Derecho, con los hombros anchos y los miembros ágiles, tenía manos potentes con los dedos como espátulas, verdaderas manos de estrangulador. Pero sobre todo nada podía ser más repulsivo que su fisonomía en la que se leían los más innobles instintos, la ferocidad y la avidéz se leían bajo su frente estrecha; sus ojos de mirada poco franca y oblicuos, daban al conjunto una expresión de falsedad y cobardía, su boca estaba medio abierta sobre una enorme mandíbula de animal carnicero.

Cuando él desapareció en el interior del café, instintivamente, me levanté para seguirlo.

—Hay que hablarle — murmuré yo a Dolcepiano.

El italiano hizo un movimiento para retenerme.

—No — dijo con aire contrariado — usted va a despertar su desconfianza.

—Tanto mejor — dije — será una confesión.

Entré, mi compañero no me siguió; pero vi que nos vigilaba a través del vidrio.

Me aproximé a la mesa de mármol ante la cual se había sentado Sargasse. El me miraba venir.

—¿El señor Sargasse? — pregunté.

—Soy yo — respondió bruscamente.

—Yo quisiera hacerme conducir...

Brutalmente me cortó la palabra.

—Yo no conduzco más a nadie — gruñó, tomando cerveza.

—Sin embargo — dije espiando el efecto que iba a producir mi frase — el lunes usted ha llevado a Villars... y un poco más lejos... el baúl del señor Montparnaud.

Un relámpago brilló en sus ojos. El hombre se enderezó con un movimiento involuntario e inclinándose sobre la mesa, casi me pegó en la frente.

—¿Y qué más? — gruñó.

Yo retrocedí un poco, pero sin turbarme; pues esperaba ese furor de fiera atacada.

—¿Usted sabe — dije — que no han encontrado mas que piedras en el baúl?

—¿Y soy yo quien la puso acaso? ¿Soy yo quien sacó las mercaderías? — aulló, acompañando cada palabra con un puñetazo, a riesgo de romper el mármol de la mesa.

La prueba fué suficiente. Yo me batí en retirada.

—No digo eso — respondí — Pero se tratará de saber que se han hecho. Hay quien se ocupa de eso.

—¿Qué? ¿Qué? — rugió — ¡Y bien! pueden decir que yo he matado al señor Montparnaud... mientras que uno está... yo me rio! Y pueden decir también que yo he robado las mercaderías... ¡me rio también! A la hora en que lo mataron yo estaba aquí tranquilamente, y; no faltará quien lo pueda asegurar!...

Yo lo sabía. Pero si era cierto lo que él

decía ¿porque esos ojos llameantes y ese aire de desafío?

Esa no es la actitud de un hombre que se sabe al abrigo de toda sospecha.

—En cuanto a las mercaderías — vociferó — pueden venir a buscarlas.... si, pueden venir a registrar mi casa, aquí está la llave... — la tiró sobre la mesa — ¡Tiene que ser muy vivo el que las encuentre!

Se levantó violentamente y se acercó a mí con un aire tan amenazador que tuve ganas de huir. Cerró los puños y sus ojos relampaguearon.

—Y después — gruñó — diga a esos de que me habló que se metan en sus asuntos... y que tengan cuidado por que... porque....

Presa de un espantoso acceso de furor paseó la mirada a su alrededor, como buscando algún enemigo para destrozar. Las palabras no salían de sus labios.

De golpe, tomó la botella de cerveza que había quedado sobre la mesa y la rompió contra el suelo, a mis pies.

—¡Bueno! — exclamó con los ojos inyectados de sangre, las venas de la frente hinchadas y tirantes como cuerdas.

Y, volviéndome bruscamente la espalda salió apretando los puños.

Esperé a que se hubiera alejado; luego fuí a buscar a Dolcepiano.

—¿Y bien? — preguntó éste sonriendo amablemente.

—¡Es el! — murmuré señalando con un imperceptible movimiento de cabeza a Sargasse, que subido en su coche castigaba rabiosamente a su caballo que partió al galope en dirección de Saint Pierre.

—¿Y la coartada? — insistió el italiano.

Yo hice un gesto de ignorancia.

—No se — dije — Habrá que encontrar... Pero, seguramente, él sabe algo que lo explicaría todo.

Quedamos pensativos, durante un buen rato. Mientras meditábamos silenciosamente, el sol bajó.

Dolcepiano me golpeó el brazo.

—Decididamente ¿que es lo que usted piensa hacer? — preguntó.

Yo había reflexionado.

—Ir a Villars a tomar de nuevo la pista — respondí — Y ver los diarios mañana. La justicia quizás habrá descubierto algo que orientará mis investigaciones... Tal vez vaya también a Saint Pierre a ver a Sargasse. Ese hombre tiene cóleras que son confesiones. Si yo pudiera descubrir las mercaderías y hacerlo encerrar por eso, ya lo tendríamos quizás.

—En efecto — dijo Dolcepiano con tono singular — son las mercaderías lo que hay que descubrir.

—Terminemos primero con Villars — repuse — Quiero ver la estación por mi mismo.

—Es demasiado tarde para volver hoy — dijo el italiano consultando su reloj — Durmamos aquí. Iremos mañana por la mañana.

Accedí a esta proposición y aproveché mi descanso para escribir a Sofía Perandí el relato de ese primer día, en el cual, intercalé hábilmente algunas protestas de devoción y cariño.

Capítulo V

EL BILLETE DE SEGUNDA

A la mañana siguiente, Dolcepiano golpeaba a la puerta de mi cuarto.

—¡Arriba! ¡Arriba mister Paddy Wellgone! Ya es de día.

Ese llamado, y sobretodo el nombre, me hicieron sobresaltar. Precisamente me debatía en medio de una pesadilla en el cual mi impostura tenía consecuencias desagradables.

—¡Fué sin mala intención, lo juro! murmuraba yo, rechazando con horror la almohada que tomaba por un juez de instrucción.

Al mismo tiempo me desperté y tomé conciencia de la realidad.

El italiano seguía golpeando.

—¿Duerme usted, mister Wellgone? Yo lo espero.

—Ya voy — exclamé — Háganos servir el café abajo. Dentro de cinco minutos estoy con usted.

Salté de la cama me puse mis ropas y empecé mi toilette con una precipitación febril.

La noche, que según se pretende, trae consejo, no había en lo concerniente a mi hecho nada de eso. Yo estaba como la víspera hundido en un montón de incertidumbre.

Sin embargo, yo estaba resuelto a dos cosas, que simplificarían mucho mi situación.

—Primero, continuaría la pesquisa que, de todos modos hacía prever un desenlace favorable en lo que se refería al seguro a favor de Sofía.

Segundo: iba a escribir al señor Cristini, que en presencia de los hechos que desmentían completamente el suicidio, renunciaba al honor de servir por más tiempo la causa de la Compañía. Y, naturalmente, uniría a mi carta el dinero recibido, salvo una suma de doscientos francos, cifra en que yo valuaba modestamente mis gastos. Así, mi conciencia se vería liberada.

Encantado de mis decisiones, me uní a mi compañero.

—¿Iremos a Villars? — preguntó él.

—Siempre — respondí sirviéndome una taza de café.

—Entonces, le propondría dejar el auto aquí y tomar el tren de las cinco. Podremos volver en el de las diez y veinte. Así, usted tendrá todo el tiempo que quiera para interrogar, sin contar con que en el ferrocarril se recogen toda cl[illegible] de datos y opiniones

Estaba bastante bien razonado. Y aceptó la proposición.

—Quisiera solamente — dije — escribir una carta y preparar una con valores.

Pedí un secante y un tintero, puse bajo sobre los billetes que saqué del bolsillo y escribí mi carta.

Indiscretamente, Dolcepiano levó, por encima de mi hombro. No tuvo, ni siquiera el pudor de disimular su curiosidad.

—¿Cómo? — exclamó — ¿renuncia ya?

—De ninguna manera — dije con tono de fastidio — Pero, como estimo que no podré

llevar mi investigación según los deseos de la compañía, devuelvo el dinero, reservándome una ligera indemnización que nadie juzgará exagerada.

—¡Es su honestidad la que es exagerada! — exclamó Dolcepiano — ¡Guarde eso!

—No — dije — Será mejor así. Quiero estar libre de proseguir el asunto según mi gusto.

—¿Por amor al arte, entonces? — dijo sonriendo mi compañero.

—¡Y por el de Sofía! — pensé in petto.

Pero guardé eso para mí y después de sellar el sobre le puse la dirección del señor Cristini.

Dolcepiano se apoderó vivamente de la carta.

—Beba tranquilamente su café — dijo— Yo se la llevaré. Yo también tengo una carta para recomendar.

—El correo estará cerrado — objeté.

—No. Ahora preparan el correo para el tren. Lo parlamentaré. Se hacer de manera que los funcionarios se vuelvan complacientes.

Se levantó riendo y salió después de unir mi carta a un sobre quo sacó del bolsillo. Me quedé solo frente a frente con mi desayuno.

En el fondo, su complacencia no me entusiasmaba. Me gusta hacer mis cosas yo mismo, sobre todo, cuando se trata de dinero, y ochocientos francos pueden tentar aún a un automovilista.

Hice pues dobles los tragos a fin de ir a buscarlo al correo. Pero, por más rápido qu yo hubiera hecho, lo encontré a mitad del camino, volviendo con paso alegre.

—Aquí está su recibo — dijo dándomelo alegremente.

Me aseguré de una mirada que estaba a nombre de Paddy Wellgone y que el señor Cristini figuraba como destinatario. Pero, al mismo tiempo, observé que se trataba de una carta recomendada y no de una carta de valores.

Se lo hice remarcar a Dolcepiano, no sin cierta vivacidad.

—No es nada — dijo tranquilamente — Así es menos caro y tan seguro.

—Es posible — contesté — pero la cifra de mi envío no figura en el recibo.

—Usted la indica en su carta ¿verdad? Entonces si la suma no llega, el señor Cristini se lo advertirá.

No tenía nada que responder a ésto. Insistir hubiera sido confesar a Dolcepiano que lo creía capaz de una falta de delicadeza. Me resigné deseando que el señor Cristini me acusara recibo lo más pronto posible.

El italiano me tomó del brazo y me condujo hacia la estación.

—Apurémonos — dijo — o perderemos el tren.

Desde el camino, lo vimos que se detenía en la estación. Felizmente caminábamos ligero.

Algunos segundos de paso gimnástico nos llevaron al andén y el jefe de la estación complacientemente, fué a buscar los billetes, en tanto que nosotros subíamos a un coche casi vacío.

Llegados a Villars descendimos y yo esperé a que el tren partiera para abordar al jefe de la estación al cual me presenté.

Nos llevó enseguida a su escritorio y nos hizo sentar, amablemente.

—Perfectamente — respondió a mi primera pregunta — Yo conocía de vista al señor Montparnaud y también al cochero Sargasse. Recuerdo perfectamente, su partida el lunes por la noche, en el tren de Niza. El señor Montparnaud tomó un billete de primera para ese destino.... ..En cuanto a Sargasse... espere... vino casi a último momento a pedirme un billete para la Mescla?...

—¿Para la Mescla? — exclamé.

—Si... uno de segunda... Era, según me dijo, para uno de sus colegas que ya estaba en el tren.

—¿Es que ha contado usted eso a los magistrados? — pregunté.

—Si y no — respondió el jefe — Yo no he hablado de Sargasse, porque la pregunta no me fué hecha así. Me preguntaron simplemente, como a todos mis colegas de la línea, la cantidad de billetes vendidos esa noche. Había uno para Niza, tres para Colomaro y la línea de Grasse y uno para la Mescla. Yo lo dije. Me preguntaron igualmente si no había observado viajeros sospechosos. No podía hablar de Sargasse puesto que no era viajero.

—Yo se que no ha tomado el tren sino que volvio a Puget — dije.

—En efecto, yo lo ví partir — dijo el jefe de la estación.

—¿Sabe usted a quien dió el billete?

—Lo ignoro. Yo salí de mi escritorio, casi enseguida de dar ese billete, ví a Sargasse atravesar la vía y subir al vagón de cola.

—¿En el que se encontraba el Sr. Montparnaud?

—Si el señor Montparnaud se encontraba en primera. Pero, también había segundas. Sargasse recorrió todo el vagón. Enseguida subió en los otros dos que atravesó igualmente en todo su largo. Sin duda buscaba a su individuo.

—Sin duda — respondí.

La idea de un cómplice, que ya me había venido durante mis constataciones en la Mescla, resurgió en mi con más fuerza.

Sargasse podía haber estado mezclado al crímen sin haber participado directamente en el asesinato del señor Montparnaud.

Ese billete. ¿No había sido tomado para el asesino que no deseaba hacer ver su cara?

—¿Ha bajado alguien en la Mescla? — pregunté.

El jefe hizo un gesto de ignorancia.

Habrá que interrogar al jefe del tren. Eso será fácil de establecer. Han debido contar en Niza los billetes recogidos en el camino. La Mescla no es más que una parada. Es al jefe a quien los viajeros dan sus billetes.

—Yo veré eso — dije.

Y me despedí del jefe de la estación después de agradecerle.

Nos quedaban más de tres horas de espera, hasta la llegada del tren que queríamos tomar. Propuse a Dolcepiano, descender

a pie hasta Malaussene. Ese paseo no estaba sólo destinado a matar el tiempo. Yo estaba preocupado con la idea de que Sargasse había escondido en los alrededores el contenido del baúl rojo, y quería ver si observaba algo sospechoso.

Mi esperanza fué decepcionada. Los accidentes del terreno no faltan en los Alpes. Tanto en el lecho del Var, como en los peñascos que bordean el camino, las anfractuosidades se hallan por todos lados. Pero, precisamente, eran ellas demasiado numerosas para que yo pensara seriamente en visitarlas todas.

Dolcepiano me seguía con la docilidad de un perro, deteniéndose cuando yo me detenía, volviendo a emprender la marcha a mi primer gesto, sin objetar nada, ni inquietarse por mis idas y venidas.

Siempre por amor propio, yo quería dar a mi paseo, un poco desordenado, el aire de que se apoyaba en un plan maduramente concebido. Así, caminaba yo, con la frente plegada, los rasgos en tensión y aspecto misterioso. Parecía rumiar profundas reflexiones y registrar importantes descubrimientos. En una palabra, yo iba como un perro que sigue la buena pista.

De vez en cuando, mi compañero me preguntaba con expresión de gran interés:

—¿Qué tal? ¿Encuentra?

Yo, respondía con un gruñido o un gesto, como hombre muy absorbido para hablar.

En Malaussene, dije simplemente:

—Es inútil ir más lejos. Ya sé a que atenerme. Vamos a esperar el tren de Puget.

Nos sentamos en un banco ante la estación, fumando los cigarros de Dolcepiano.

El no me interrogó y yo llegué a la conclusión de que respetaba el trabajo de mi pensamiento.

Cuando llegó el tren, vimos sobre la plataforma un vendedor de diarios. Todos los viajeros tenían ya en sus manos el **Eclaireur** o el **Petit Niccois.** Dolcepiano compró los dos y me tendió el **Nicois.** Nos sentamos juntos en un asiento y nos hundimos en la lectura del diario, en tanto que el tren se ponía en marcha.

Busqué, naturalmente, las noticias relativas al crimen de la Mescla. Ocupaban dos columnas, y ésto me pareció de buen augurio.

Resumían primero todos los detalles que yo conocía sobre el descubrimiento del cadáver y las constataciones materiales que probaban el crímen y descartaban toda idea de suicidio. El sólo interés que ésto presentaba para mí, era saber que arruinaba y hacía infantil la hipótesis de la compañía de seguros. Sobre ese punto, no podía haber ninguna controversia y yo me figuraba el mal humor del señor Cristini viendo desplomarse sus rápidas suposiciones.

A esa hora, él debía estar ya definitivamente cerciorado y mi carta no le asombraría.

El diario relataba enseguida la llegada a Niza, del cuerpo del señor Montparnaud y las diversas formalidades judiciales que se habían desarrollado en esta ocasión, destacando la penosa escena del reconocimiento del cuerpo por la familia.

Era Sofía Perandí quien se había prestado al cumplimiento de ese cruel deber. Había tenido, ante los restos trágicos de su desgraciado pariente, una crisis de desesperación que justificaba ese horrible espectáculo.

El muerto, definitivamente identificado, había sido inmediatamente llevado a su domicilio. La exhumación debía tener lugar esa misma mañana.

Por lo que decía el diario, saqué la conclusión de que Sofía seguía viviendo con la señora Montparnaud y que la injusta cólera de ésta no había continuado. En presencia de la catástrofe, la viuda debía además, sentir necesidad de una presencia amiga, y apreciar la dulzura de encontrar un apoyo en su joven pariente.

Sin duda el generoso ofrecimiento de Sofía, de compartir con la señora Montparnaud su imprevista fortuna, había contribuído, en gran parte a la reconciliación.

Las cosas estaban mejor así. Pues, en vista de nuestro próximo casamiento, yo prefería que mi novia no estuviera disgustada con su única pariente. Eso es poco conveniente, y sobretodo poco solemne que una jovencita parezca ser la única en decidir de su mano.

Tranquilizado sobre este punto, me interesé en la marcha de la pesquisa, de la cual el diario hablaba sin ninguna discreción. Todavía no había datos serios para dirigirse. Sin embargo, me pareció que se orientaba hacia la pista que yo mismo seguía. La insistencia que ponían los magistrados en establecer el empleo del tiempo del señor Montparnaud durante sus últimos días, debían, necesariamente conducirlos a ello.

El robo del contenido del baúl rojo era apenas mencionado. La pesquisa parecía descuidar ese punto de relación con el crímen.

Esto no me dió muy alta idea de la perspicacia de los magistrados, y, el hecho de que no se hubieran preocupado de saber quien había llevado el baúl rojo a Villars, me llenó de orgullo, como una prueba de mi incontestable superioridad. Yo era el único que me había preocupado de la existencia de Sargasse.

Sin embargo, los últimos itinerarios, cuidadosamente revelados, del señor Montparnaud, demostraban que desde hacía un mes, sus negocios lo habían hecho actuar en los alrededores de Puget - Theniers. Había efectuado por lo menos tres viajes sucesivos a Saint Pierre, conducido por Sargasse, que había podido estar al corriente de sus proyectos. El había podido sinó combinar el crímen, por lo menos, darle la idea a otro, a aquel para quien había tomado un billete de segunda clase. Acompañando siempre al señor Montparnaud, había debido ser testigo de los cobros de éste. Además, el viajante, según su viuda lo había dicho, se vanagloriaba de las sumas que llevaba sobre él.

(Continuará)

SOSPECHAS

Por CHARLES G. BOOTH

Cuento dramático donde se relata como puede una serie de circunstancias contribuir a que se acuse a un inocente

Roy Morrison recobró sus sentidos al darle la luz rosada de la aurora en los ojos. Por una pequeña ventana, al lado este de la habitación, podía ver los escarpados cerros de la Columbia Británica, que relucían y se coloreaban al sol.

Su cerebro estaba como muerto, la cabeza le dolía espantosamente y el gusto de su boca era semejante al de la pesadilla de un químico. Vió que estaba tendido en el suelo de la biblioteca de Barney Harrish, situada sobre la oficina general de la Compañía de Maderas; pero no podía recordar como había llegado allí o que le había pasado. Se había embriagado; de eso estaba seguro... pero ¿qué diablos lo había impulsado a ello?

El esfuerzo que hizo para recordar despejó algo las nieblas de su cerebro y algunos de los acontecimientos de la noche volvieron a su memoria.

Después de su discusión con el viejo Harrish, se había ido a la playa, rabiando por las crueldades que el maderero le había dicho ¡Qué idiota había sido al dejarse llevar por la cólera! El viejo pocas veces pensaba lo que decía; pero Constancia Harrish, su nieta, había llegado a significar mucho para Morrison.

Había vuelto a su oficina de abajo sintiendo una especie de odio, al viejo, en su corazón y empezó a beber de aquel licor embotellado, que le había quitado a uno de los obreros del molino, la semana anterior. No estando acostumbrado a beber, el alcohol se le había subido a la cabeza. Por alguna razón empezó a subir al departamento de Harrish; pero no recordaba haber llegado a él y lo que le había ocurrido entre aquel momento y el presente era una laguna.

Mientras Roy pensaba en su extraña situación vió un rayo de luz caer sobre un objeto de metal, de punta roja, que estaba en el suelo, a una yarda o dos de distancia. Un extremecimiento lo recorrió al reconocer la pistola. Era suya. La guardaba abajo, en su escritorio ¿Qué estaba haciendo allí?

La cabeza le daba vueltas horriblemente y Morrison no podía sostenerse sobre sus piés, así que se arrastró hacia la pistola, la agarró, diola vuelta y la dejó otra vez. El cuarto estaba mortalmente silencioso; hasta entonces no se había fijado en aquel aterrador silencio.

Morrison levantó la vista y miró a través de la habitación. La sangre se le heló en las venas. Barney Harrish estaba caído hacia adelante, en su silla giratoria y su gran cabeza reposaba, apoyada sobre la mejilla izquierda, sobre la mesa.

Morrison se levantó, adelantóse con precaución y se inclinó vacilante sobre la flaca figura de la silla. La sorpresa del descubrimiento había paralizado sus sentidos, embotados por el alcohol y pasó un minuto antes de que viera la herida en la espalda de Harrish, la lámpara encendida sobre el escritorio, la cortina corrida de la ventana oeste. La frente del viejo estaba tan fría como la mano de Roy, al tocarla.

El joven inclinóse pesadamente sobre el escritorio. El cuarto giraba en torno suyo. Luego pasó el mareo y pudo mirar aquel rostro surcado por hondas cicatrices, que estaba debajo de él. La verdad horrible se le presentó y pensó con una mezcla de piedad e indignación en Constancia y en su efecto por el anciano.

La parte superior de la mesa estaba hecha de una sola tabla de abeto. Había sobre ella recado de escribir, así como un calendario de compromisos, un estileto de siniestro aspecto y hoja semejante a una larga aguja, que servía de corta papel y otros objetos. Una estufa, ahora apagada, varias bibliotecas, sillones cómodos y tapicerías daban a la habitación, alta de techo, aspecto de sólido "confort".

Los ojos de Morrison fueron atraídos por la pistola que estaba en el suelo y los hechos empezaron a reunirse y tomar forma en su mente. Aquella pistola era suya; la noche antes él se había peleado con el viejo. Y allí, en aquella silla, estaba Barney Harrish muerto, con un balazo en la espalda ¿Qué significaba aquello?

Por un momento el terror lo anonadó; pero se repuso. Sabía que sería acusado de aquel crimen a menos que lograra encontrar al que lo había cometido... si aquel hombre no era él mismo.

Instintivamente rechazaba la acusación; pero Morrison sabía que un hombre ebrio no es responsable de sus acciones. Si era inocente — y rogaba con todo el fervor de su alma atormentada que lo fuera — el culpable había arreglado las cosas de manera que todas las sospechas recayeran sobre él.

—¡Si pudiera recordar! — gimió.

Luego golpearon a la puerta y dos hombres entraron en la habitación. Uno de ellos un hombrecillo gordo, con sabios ojos de porcelana azul, cutis blanco y el aspecto de un santo bondadoso, de cuadro antiguo, era Tom Mallard, el veterano administrador de la Compañía de Maderas Harrish. El otro un joven delgado, moreno, de ojos vivos y saltones, con rostro afilado y algo melancó-

lico, era Defries, el secretario del viejo Harrish.

—¡Hola, Roy! — saludó Mallard alegremente. Pero se interrumpió de pronto — Dios mío ¿Qué pasa? — corrió hacia adelante, pero Defries llegó antes que él a la figura de la silla.

—¡Está muerto! — murmuró con voz chillona — ¡Muerto de un balazo en la espalda!

—¡Muerto — murmuró el otro detrás de él.

Roy miró el rostro aterrado de Mallard.

—¡Roy! — murmuró el hombrecillo — ¿Quién hizo esto?

Morrison lo miró sombriamente. No podía pronunciar una palabra.

Los ojos de Mallard se achicaron y agarrando a Morrison por los hombros examinó el rostro huraño, sin afeitar. Mallard estimaba mucho a Roy. Era él quien había persuadido a Harrish que nombrara al joven superintendente del Molino Harrish, dos años atrás. La desesperación retratada en los ojos de Morrison y el aspecto abatido de su gran cuerpo produjole un escalofrío. Sacudió los anchos hombros del joven febrilmente — ¡Pero habla, muchacho!

—Creo que esto es suyo, Morrison.

Desfries se adelantó, sosteniendo cuidadosamente una pistola entre un pañuelo.

—¿Lo es? — murmuró Mallard roncamente.

Roy hizo un gesto afirmativo. El espectáculo de la angustia de su amigo le desató la lengua.

—Estaba ebrio. No sé lo que ha pasado — exclamó violentamente — Empecé a subir la escalera; pero después de eso no puedo recordar nada. No puedo haber sido yo. Usted sabe que eso no puede ser, Tom.

—Usted y el señor Harrish tuvieron unas palabras anoche. Yo estaba abajo y las oí— interrumpió ásperamente Defries.

—¿Por qué fué la disputa? — preguntó Mallard.

Roy contuvo el aliento. No podía contestar a la pregunta sin mezclar el nombre de Constancia en el asunto.

—No puedo decirlo — contestó.

—¡Qué no quieres dirás!

Roy gimió; pero no contestó una palabra.

Siguió un momento de silencio antes de que Mallard se dirigiera hacia la puerta.

—Iré a buscar al Dr. Willet — murmuró — ¡Quédese aquí, Desfries!

Este último miró un momento en silencio al infortunado joven. Uno y otro se profesaban profunda antipatía y nunca se habían tomado la molestia de ocultarla.

—Estaba usted borracho, Morrison; pero eso no lo salvará — declaró Defries con acento decisivo — Es un asesinato y lo ahorcarán por él.

Defries volvió junto a la figura de la silla.

¡Asesinato! El sonido de aquella palabra fué como una puñalada para Morrison. El pánico se apoderó de él y miró desesperadamente en derredor de la habitación. La vista de Barney Harrish, con la cabeza caída sobre la mesa, completó la destrucción de su moral, ya debilitada por el alcohol; con los sentidos demasiado turbios para comprender la locura de lo que hacía echó a correr, salió al hall, bajó las escaleras.

Defries corrió tras él, gritándole: pero eso no hizo más que acelerar sus pasos hasta que llegó a la calle. El aire lo repuso algo y echó a correr cuesta abajo, hacia la playa.

El pueblo de la compañía empezaba a moverse. Los hombres holgazaneaban delante de los galpones-dormitorios. Poco después se oiría la aguda pitada del molino y las grandes sierras empezarían a cortar los troncos de abeto y de cedro, convirtiéndolos en madera para la exportación o para los depósitos de Vancouver que quedaban a unas cien millas o cosa así, al sur.

Morrison vió a Mallard y al Dr. Willet salir del hospital de la compañía y empezar a subir apresuradamente la cuesta. Willet era un hombre alto, flaco, de tipo impersonal con rostro descolorido, adornado por cejas que hacían juego con la cara. La primera impresión al verlo era que no producía ninguna. Al ver a Morrison corriendo como si su vida dependiera de la velocidad de sus piernas, una expresión extraña se retrató en sus ojos. Mallard gritó incoherentemente, agitando los brazos.

Roy no miraba ni a derecha ni a izquierda, hasta que llegó a uno de los embarcaderos de la compañía, donde había amarradas una variedad de pequeñas embarcaciones. Se metió en su lancha, cortó la amarra, hizo funcionar el motor y puso rumbo río a fuera. La lancha era muy veloz y a los diez minutos apenas se distinguía entre las aguas del estuario, bañadas por el sol.

A medio día, Roy Morrison estaba sentado en una corniza de roca, sobre la playa de una de las innumerables ensenadas que siembran la costa de la columbia Británica, a diez millas o cosa así del Estuario Harrish

Navegando por los estrechos, en lucha contra el fuerte viento y la marea, se le había despejado la mente y tranquilizado los nervios. Comprendía plenamente la gravedad de su situación y se daba cuenta de su locura al no haber afrontado los acontecimientos. Si se necesitaba algo para completar la evidencia contra él, lo había proporcionado con su fuga.

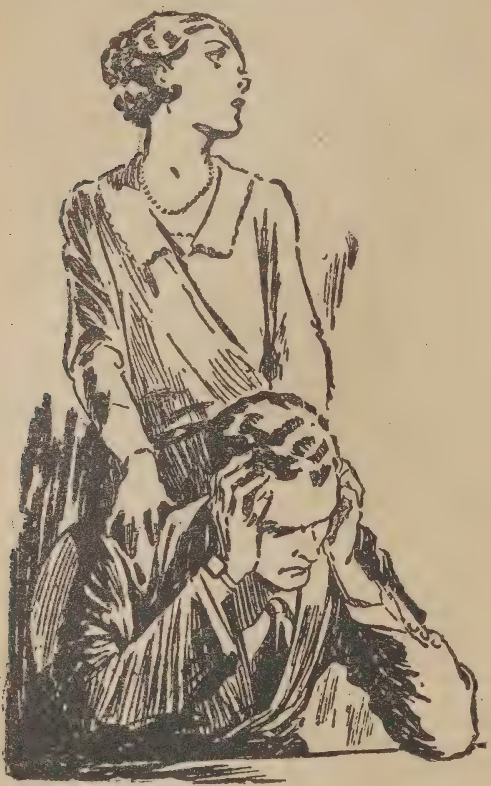
Al aclararse su cerebro adquirió la certidumbre de que él no había matado a Barney Harrish; y, aunque no tenía medios de demostrarlo ante ningún jurado, salvo el de su propia conciencia, aquella convicción trájole la paz del alma. Su problema, era ahora probar su inocencia y para esto tenía que descubrir al culpable ¿Quién podía ser?

Tan absorto estaba Roy en sus pensamientos que no se fijó en una lancha, llevada a la deriva, que había entrado un rato antes a la ensenada. La marea y una fuerte brisa la habían empujado hacia la playa y ahora estaba encallada en un arrecife de rocas puntiagudas y era visible sobre las

olas, a una docena de yardas de la playa. Había alguien en la lancha, una figura esbelta, vestida con un saco encerado y gruesos pantalones metidos dentro de botas abrochadas. La embarcación era fuertemente azotada por las olas y antes de mucho se hundiría.

Poco después Morrison la vió. Su delgado rostro palideció un poco y se puso de pié lanzando una exclamación. La lancha era propiedad de Demarest, el guarda-costa de Harrish; pero no era Demarest el que estaba en ella.

Morrison no era cobarde, aunque el licor de contrabando lo hubiera hecho parecer así unas horas antes. Aquel hombre podría



—Creen que eres tú el asesino.

venir en busca suya; pero, después de un instante de vacilación, del cual se avergonzó instantáneamente, empezó a bajar apresuradamente hacia la playa, quitándose su saco encerado y tirándolo a un lado mientras corría.

Quitándose luego las botas se sumergió en las frías olas y empezó a nadar, luchando contra el fuerte viento, hacia los arrecifes. La corriente lo arrojaba hacia atrás, cada vez que se acercaba a la lancha y tuvo que luchar desesperadamente para no ser estrellado contra los escollos, que lo amenazaban entre rugientes chorros de espuma. Cuando logró izarse sobre la borda de la lancha, tenía la frente ligeramente cortada y sangre salada le entró en los ojos; llegó a tropezones hasta la cabina y tuvo que andar a tientas antes de que pudiera cargar al náufrago sobre sus hombros.

Sin previo aviso, la lancha se partió en dos; entró un torrente de agua y Roy, con su carga todavía en brazos, fué tragado por las hirvientes olas. Por un momento o dos estuvieron tan en poder de la corriente que creyó nunca volverían a la superficie. Por último el mar se rompió sobre ellos y la corriente los tomó en sus brazos llevándolos hacia adelante, hacia atrás otras veces, levantándolos, hundiéndolos hasta que los depositó sobre los guijarros de la playa.

Todavía enceguecido por la sangre salobre que le había entrado en los ojos, Morrison se puso de pié, cargó al náufrago y empezó a ascender la playa en dirección hacia los altos cedros que había algo más allá. Al llegar a los árboles, atravesó un borde de helechos y tomó por un sendero que lo condujo a un pequeño claro, en cuyo centro había una cabaña hecha de troncos, arruinada al parecer; pero todavía habitable.

Después de entrar en la cabaña, Morrison depositó su carga sobre una litera. Ya había obscurecido casi por lo que encendió una lámpara a kerosene que puso sobre una mesa de madera que había en el centro de la cabaña. Había también un fogón de hierro, un armario o dos y varios asientos hechos con troncos.

Roy se limpió la sangre y agua salada del rostro, así como los ojos, con una toalla sucia y se volvió luego a la litera.

Su asombro fué demasiado intenso para dar expresión a su rostro. Permaneció sencillamente parado, absorbiendo los detalles de aquel hecho terrible: los pequeños pies, las líneas suaves y esbeltas, debajo de las ropas de hombre, el cabello negro que se escapaba por debajo de la gorra y la delicadeza exquisita de las facciones. Hasta aquel momento no había advertido lo que debió ser inmediatamente visible para él.

Arrodillóse y extendió las manos; luego las retiró con gesto doloroso, como si tuviera miedo de tocar al ser a quien había salvado.

—¡Constancia! ... — murmuró — ¡Constancia! ...

La joven abrió los ojos.

Dieron extraordinario color y vida a su rostro. Al principio parecieron simplemente intrigados al mirar a Morrison; luego, rápido como el relámpago, reflejóse en ellos horror, desprecio y acusación. La joven se incorporó sobre el codo y Morrison retrocedió temblando.

—¡Bueno, te he encontrado! — exclamó ella — ¡Ojalá me hubieses dejado ahogar!

Morrison no contestó y ella prosiguió con el mismo tono de amargura.

—Abuelito me mandó buscar la semana pasada. Llegué esta mañana. Me dijeron que había muerto, que tú... que tú lo habías asesinado. No pude creerlo al principio y no sé si lo creo ahora. Pensé en este lugar: lo habíamos descubierto juntos; agarré la lancha de Demarest y me vine. No tenía

suficiente harta y la marea me arrastró... — la voz de la joven se interrumpió histéricamente — Roy... dime.. dime por piedad. ¿Hiciste lo que dicen?

—Defries me dijo que lo había hecho, Constancia, — murmuró él roncamente — Pero yo sé que no fué así. Tienes que creerme.

—¿Cómo puedo creerte? Huiste...

El hizo un desalentado movimiento de cabeza.

—Lo se. Debí quedarme y afrontar los acontecimientos; pero aquello cayó sobre mí como un rayo. Me privó de la razón. Además había estado bebiendo; si hubiese estado sobrio, no hubiera huído.

—Es mejor que me cuentes lo que pasó — Constancia se sentó en la cama. Su desfallecimiento parecía haber pasado.

Morrison tocóle los vestidos mojados.

—Encenderé fuego primero. Tienes que meterte en la cama hasta que tus vestidos se sequen.

—Hay tiempo para eso. ¡Habla!

Roy arrastró uno de los pesados troncos y se dejó caer en él.

—Tu abuelo me llamó anoche a su biblioteca, a eso de las diez. Deseaba hablarme de tí. Parece que tú le habías escrito contándole lo que había entre nosotros. Estaba en uno de sus momentos de rabia y me dijo que no consentiría semejante locura. Me llamó "insolente advenedizo" y me aseguró que pensaba casarte con el joven Paige, de la Compañía Martín. Tenía idea de reunir los intereses de esa compañía con los suyos. Una especie de "aristocracia nueva" según dijo. Yo no figuraba en sus planes para nada. Debí contenerme; pero estaba yo demasiado enloquecido para pensar.

Empezó él a gritar. Yo creí que iba a pegarme... Pero se limitó a decirme que me fuera. Me amenazó con echarme, si te miraba otra vez... ya sabes todo lo que decía cuando estaba enojado. Yo estaba furioso, loco y me fuí a la playa para pensar; pero cuanto más pensaba más desesperado me sentía. Cuando volví a mi oficina, un par de horas más tarde, estaba a punto de odiar a tu abuelo.

Ya sabes la disposición del edificio. Las oficinas ocupan el primer piso. Tu abuelo tenía sus habitaciones arriba. No hay cerca ninguna otra casa.

Hace algunas semanas, yo confisqué dos botellas de Whisky que había traído un obrero aserrador. Estaban en mi oficina. Tomé un trago; luego otro, otro y que se yo cuanto más. Oí dar la una y luego las dos. Yo estaba bastante mareado; no podía casi tenerme de pie. Debí terminar mi primera botella y empezar la segunda.

Un rato después de las dos, me pareció oir un tiro arriba; pero como yo estaba completamente borracho no podría asegurarlo. Sin embargo, creo, que tomé otro trago y subí para investigar, porque ahora recuerdo haber visto a tu abuelo recostado sobre el escritorio, bajo la luz de la lámpara. El último licor debió producir su efecto entonces, porque caí como muerto.

Me desperté a eso de las seis y encontré a tu abuelo con un balazo en la espalda y mi pistola en el suelo. Entraron Defries y Mallard, y Defries me acusó del crimen. Perdí completamente la cabeza y disparé. Fué una estupidez; pero no sabía yo lo que estaba haciendo. Eso es todo, Constancia.

Roy sepultó la cabeza entre sus manos, como si temiera afrontar el veredicto pronunciado por los ojos de la joven. Las sombras, como obscuros fantasmas en una cueva, bailaban en las paredes de la choza, al oscilar la lámpara de petróleo a impulsos

Todos lo acusaban del crímen.

del viento que penetraba por la puerta. El aire estaba húmedo y frío; pero la joven se hallaba tan absorta en sus pensamientos que no advertía ni el frío ni la molestia de sus ropas mojadas.

—¿Estaba cerrada con llave la puerta de tu oficina cuando bajaste a la playa, Roy? — preguntó de pronto Constancia.

El corazón de Morrison dió un salto al advertir el cambio en su tono.

—No, ni el cajón donde guardo la pistola tampoco. El que mató a tu abuelo se apoderó primero de la pistola y luego subió para que las sospechas recayeran sobre mí. Debió estar muy enterado de mis movimientos. Probablemente nos oyó pelear a tu abuelo y a mí. Yo le completé el plan, subiendo por segunda vez.

—¿No tienes idea de quien puede haber sido?

Morrison sintió una alegría inmensa ante aquella expresión indirecta de su fe en él y contestó, mirándola a los ojos.

—¿Crees en mi inocencia, Constancia?

Los ojos de la joven se dulcificaron y brillaron lágrimas en ellos.

—Tengo que creer, Roy. Abuelito ha muerto y tu... eres lo único que me queda.

Roy la miró como si no pudiera dar crédito a sus sentidos. Le tomó la mano y se la retuvo un largo momento.

—¿Sospechas de alguien? — insistió ella.

Morrison movió lenta y negativamente la cabeza.

—He pensado en Defries, naturalmente. Siempre nos hemos profesado antipatía; no se por qué. Pero, naturalmente, sólo por eso no puedo acusarlo. Ademas, no tenía motivos para matar a tu abuelo. Ni nadie tampoco. El viejo era un poco arrebatado; pero todo el mundo lo respetaba.

—Por lo mismo, hay un motivo — dijo Constancia [illegible]mente.

El la miró con sorpresa.

—¿A qué motivo te refieres?

—Alguien ha estado vendiendo opio a los indios Siwash, en Rock Point. Abuelito lo sabía.

—¿Estás segura?

—El Dr. Willet dice que había hablado de ello a tu abuelo el otro día. Un hombre de la policía federal ha estado ocupándose del caso hace algún tiempo. Creemos que abuelito descubrió quien era el vendedor de opio.

—Eso es nuevo para mí — dijo Morrison — Pero puede salvarme; el vendedor de opio debe ser el asesino.

Constancia apartó la mirada.

—¡No comprendes, Roy! Creen que tú... que tú eres ese vendedor.

Reinó el silencio un momento.

—¿Lo cree también Tom Mallard? — preguntó Morrison. Su delgado rostro había palidecido.

—El no sabe que creer — la voz de la joven fué interrumpida por un sollozo — ¡Oh Roy tenemos que descubrir al asesino!

Morrison se puso de pie.

—Voy a volver contigo — dijo.

Aquella noche, Tom Mallard estaba sentado en su oficina. Delante suyo, sobre el escritorio tenía una pistola. Frente a él estaba la puerta, por donde se entraba en la oficina desde el exterior. Detrás otra puerta que daba a un cuarto de depósitos. A la derecha había una tercera puerta que comunicaba con la oficina general.

Los dedos de Mallard tamborileaban nerviosa e intermitentemente sobre el escritorio; su blanca cabeza se inclinaba un poco hacia un costado, como si escuchara con atención; sus ojos estaban fijos en la puerta que tenía al frente. En el cuarto de atrás se oía ruido, pasos, el crugir de una silla; pero de la obscuridad exterior no llegaba el menor sonido.

Con una dolorosa punzada en el corazón pensaba Mallard en Barney Harrish, que estaba arriba en la biblioteca, con un balazo en la espalda. No podía culpar a los muchachos por los sentimientos que experimentaban. Con sus rudos modales, el viejo se había ganado el respeto de su gente — casi diría el cariño — cosa que realmente podía decirse de muy pocos de los tratantes en madera de la costa.

¿Quién podía haber cometido aquella iniquidad? ¿Roy Morrison? ¡No! Hubiera apostado su vida a que el muchacho era inocente... y estaba dispuesto a protegerlo, si era necesario.

Mirando su reloj, vió que eran las siete y treinta de la noche. ¿Qué le había ocurrido a Constancia. Debería haber regresado con uno de la policía montada hacía dos horas. Una arruga de ansiedad surcaba la frente de Mallard.

Se oyeron afuera pasos pesados; sonó un golpe en la puerta.

Mallard dirigió su mano a la pistola.

—¿Quién es? — preguntó.

—Hodson — contestó una voz profunda.

Mallard reflexionó. Hodson era uno de los aserradores del molino. Las intenciones del hombre podían ser bastante inocentes; o quizá no. Sin embargo, no había oído más que los pasos de un par de pies y no quería ponerse en ridículo demostrando una sospecha que podría resultar injustificada.

Acercóse a la puerta, pistola en mano y aplicó el oído. Nada despertó sus sospechas.

Descorrió el cerrojo. La puerta se abrió y cayó un pequeño tronco impidiéndole cerrarse. Con rabia vió Mallard como lo habían engañado. Había allí seis hombres, todos ellos con pañuelos sobre el rostro. Uno de ellos traía una cuerda.

—¿Qué es esto? — rugió Mallard levantando la pistola — ¿Qué quieren esos hombres?

—¡Queremos a Roy Morrison! — contestó Hodson con acento amenazador.

Mallard dominó la rabia que le hervía por dentro. Tenía que ganar tiempo. Constancia no podía demorar.

—¿A Morrison, eh? — dijo con voz lenta, convertido otra vez en el bondadoso santo, si no hubiera sido por el brillo acerado de los ojos azules — ¿Y para que lo queréis?

Hodson se paró en el umbral; pero retrocedió al apoyarle Mallard el caño de la pistola en el estómago.

—Nosotros nos encargaremos de él, patrón — dijo Hodson — A no ser que usted esté mejor enterado, Morrison mató al viejo de un tiro en la espalda.

—¿Cómo sabe usted que fué él?

—Usted y Defries lo encontraron. Estaba borracho. Defries los oyó discutir. Y Morrison se escapó luego. Nosotros apostaríamos a que el viejo lo acusó de vender opio ¿Qué más quiere?

—Mucho más, Hodson.

—Sí, usted siempre tuvo debilidad por el muchacho. Esta mañana, sin embargo, creía que había sido él.

—Lo se; pero ahora ha vuelto.

—La muchacha lo trajo.

—La señorita Constancia declara que volvió por su propia voluntad.

—¡Bah!... Está chiflada por él... eso es todo.

—Bueno... las cosas hay que probarlas, Hodson.

—Está bien, patrón. Nosotros tenemos coartadas para cuando llegue el momento

Salga del paso. Queremos a Morrison — la intención mortal era patente en el acento del hombre.

—Venid a buscarlo, entonces — rugió Mallard, apuntando con su pistola a la cabeza de Hodson.

Pero en vez de aceptar la invitación, Hodson y sus hombres retrocedieron rápidamente, colocándose fuera de tiro. Mallard oyó una especie de zumbido detrás y demasiado tarde, giró sobre sus talones. Otro hombre, enmascarado, había penetrado en la habitación por la puerta que comunicaba con la oficina general. Un lazo corredizo cayó sobre los hombros de Mallard, sujetándole las manos al costado.

Hodson entró en la habitación seguido por sus hombres, mientras el hombre apretaba la cuerda. Mallard peleó como un gato salvaje; pero era uno contra siete. Pronto fué vencido, amordazado y atado a su silla.

—Siento tener que tratarlo así, patrón— murmuró Hodson — Pero quiero sus llaves.

Revisó los bolsillos de Mallard, sacó las llaves y colocó una en la cerradura de la puerta que estaba detrás del escritorio. Luego sacó una pistola y abrió la puerta.

—¡Salga, Morrison! — ordenó.

Roy estaba parado en el centro de la habitación, con el rostro demudado. Se adelantó lentamente hacia ellos.

—Bueno, veo que sois bastantes — dijo desdeñosamente.

Hodson hizo una seña al hombre de la cuerda.

—¡Atadlo, muchachos! — indicó.

Mientras se acercaban a él, Morrison se puso lívido y se lanzó sobre el estrecho semi-círculo, convertido en torbellino, agitando los brazos. Tan furiosa fué su arremetida que los siete hombres apenas podían contenerlo y por un minuto o dos el resultado de la lucha fué dudoso. Morrison fué al fin sujetado; pero no sin que quedara la señal de sus puños en la mayor parte de sus apresadores. Le ataron los brazos al costado.

—¿Qué es lo que pasa aquí? — preguntó detrás de ellos una voz breve.

Parado en la puerta estaba un hombre con el uniforme de la policía montada del Noroeste. El sargento Miguel Stark se hizo luego a un lado y Constancia Harrish penetró corriendo en la habitación. Sus ojos negros abarcaron la situación de una sola mirada.

—¡Roy! — exclamó la joven, rodeándolo con sus brazos y tratando frenéticamente de aflojar sus ligaduras — ¡Cobardes! — gritó dirigiéndose a los siete hombres desconcertados; pero ellos estaban demasiado absortos en mirar la figura de la puerta para que le prestaran atención o les importara lo que decían. Esos hombres con chaquetilla escarlata son una tradición en el Canadá. Más aún: una realidad inexorable, basada en la tradición. Por otra parte la ley de Linch no es tradicional en el Canadá, nunca lo ha sido e indudablemente nunca lo será, mientras que la Montada es tan intolerante con los que usurpan las atribuciones de la ley como con los que la quebrantan. La fría mirada gris del sargento Stark dejó a Hodson y a sus hombres inmóviles y mudos.

El sargento Stark era un hombre de poderosa constitución, mandíbula cuadrada y esa mirada, intensa y penetrante, de los hombres acostumbrados a mirar a lo lejos, hacia las montañas y las llanuras. De su cinturón colgaba una pistola; pero no se tomó el trabajo de sacarla.

—¡Desatad a ese hombre! — ordenó.

Hodson empezó a trabajar con los nudos de la cuerda que sujetaba a Morrison.

—¡Córtela!

El aserrador sacó un cuchillo y cortó la cuerda hasta que cayó a los pies de Morrison.

—¡Suelte al hombre que está en la silla!

Nuevamente obedeció Hodson y Mallard se puso en pie de un salto, frotándose los miembros, radiante.

—¡Sacaos esos pañuelos sucios de la cara!

Lo hicieron y bajaron la vista.

—Ahora, las armas.

Una pistola y dos revólveres fueron colocados sobre el escritorio.

—Esto no se acostumbra aquí — dijo el sargento brevemente — ¡Salid!

Los hombres salieron silenciosamente, perdiéndose en la noche.

Mallard se frotó las manos encantado.

—¡Bien, Sargento! Llegó usted a tiempo.

El sonrió de labios para afuera; no había humorismo en sus ojos.

—Había vuelto a los bosques cuando la señorita Harrish llegó a Rock Point — dijo — Y la corriente era contraria.

Se volvió a Morrison.

—Me llamo Stark. ¿Es usted el hombre a quien encontraron con el señor Harrish?

—Sí — afrontó Roy los ojos grises serenamente — Pero yo no lo maté.

—Cuénteme como pasaron las cosas.

Stark escuchó a Morrison sin hacer comentarios; luego indicó el cuarto donde Morrison había estaba detenido.

—Es mejor que vuelva allí, mientras yo doy una vuelta.

Morrison obedeció. Constancia apretóle la mano alentadoramente y el joven volvió a su prisión. Stark cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo. Constancia lo observaba ansiosamente Stark le sonrió con sorprendente simpatía en sus ojos.

—Voy a dejarla a usted aquí de guardia, señorita, mientras el señor Mallard me acompaña arriba — dijo.

En ese momento entraron el Dr. Willet y Defries en la oficina.

—¡Hola, Tom! — saludó el secretario — ¿Qué es lo que pasa?

Mallard se lo explicó y presentóle a Stark. El sargento les hizo una inclinación de cabeza y los observó con su mirada distante.

—¿De modo que llegó a tiempo, Sargento? — prosiguió Defries — Bueno, yo no censuro a los hombres.

—Ni yo. — añadió Willet con tono desapasionado — El asunto del opio era ya bastante malo, sin necesidad de matar a un anciano por la espalda.

Stark los interrogó sobre el crimen. Recibió una simple repetición de lo que había oído a los otros. Los dos hombres se retiraron. Stark le hizo una seña a Mallard

y este último lo condujo a la biblioteca, donde habían asesinado a Barney Harrish.

El cuerpo había sido transportado a un sofá de cuero marrón, que estaba cerca de la puerta. El sargento Stark echó hacia atrás la sábana con que lo habían cubierto y miró largamente el rostro curtido del muerto. Examinó la pulida superficie de la mesa y miró dentro del cajón. Había allí papeles. Stark los puso aparte y agarró un poderoso lente de aumento que acostumbraba a usar Harrish para examinar los minerales de cobre que le interesaban. Con este lente examinó Stark la superficie de la mesa y todos los objetos que estaban sobre ella, incluso el corta-papel y el calendario de compromisos; estas dos últimas cosas lo intrigaron profundamente.

Volviendo junto al cuerpo, que estaba encima del sofá, pasóle los dedos por la nuca, a raíz del cabello. Un pequeño murmullo de asombro brotó de sus labios. Enderezóse y señalo una pequeña puerta en la pared opuesta.

—¿Qué hay ahí? — preguntó.

—Un lavatorio — contestó Mallard. Abriendo la puerta, el sargento encendió luz y vióse entonces un pequeño compartimento embaldozado, con un lavatorio y un armario de pared. — El señor Harrish lo hizo hacer por comodidad. El cuarto de baño está del otro lado del hall — dijo Mallard.

Stark entró al cuartito y se inclinó sobre el lavatorio. Había un pedazo de jabón en una bandejita y dos toallas de mano colgadas del toallero de nickel. Estudió esos objetos con el lente.

—Alguien más usaba este lavatorio, fuera del viejo?

—No.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Stark abrió la puerta de un pequeño gabinete y sacó una bandejita con material de afeitar. Agarró la navaja, la brocha y el jabón y llenó un vaso con agua. Volviendo a la biblioteca colocó todos estos artículos sobre una silla, cerca del sofá.

Mirando su reloj, el sargento se dirigió al sorprendido Mallard.

—Son ahora las ocho y media. A las diez y media haga que vengan aquí el doctor, Defries, Morrison y el jefe del grupo de enmascarados. Venga usted también. No importa que no venga la joven. Puede ser que tengamos todavía algunos disturbios antes de llegar al fin. A las diez y treinta... no se olvide.

Mallard hizo una inclinación de cabeza y se retiró.

Constancia, sin embargo, a pesar de las protestas de Mallard y de Morrison, insistió en ir.

Cuando volvieron a entrar a la biblioteca, dos horas más tarde, encontraron algo cambiado el arreglo de las cosas. Stark había arrimado el sofá frente a la estufa.

Sobre la mesa había extendida una toalla, que ocultaba varios objetos. Sobre la mesa había una lámpara portátil que iluminaba el sofá y el suelo, a cada lado del sofá. El cuarto tenía aire de clínica como si Stark se hubiera constituído en cirujano en jefe y estuviera resuelto a ahondar más profundo de lo que los otros sospechaban.

Pronto estuvieron reunidos, Constancia, Mallard, Hodson, Willet y Defries. Stark logró acomodarlos de manera que sus rostros quedaran en la luz

—Antes de entrar en el asunto de la muerte del señor Harrish — empezó Stark con sorprendente brusquedad, — hay uno o dos puntos que tenéis que comprender claramente — Hace algún tiempo el señor Harrish descubrió que se vendía opio a los Siwashes de Rock Point. Comprended el significado de esto ¡Opio a los indios! Quien era, no se sabía, pero el señor Harrish dió enseguida cuenta a la policía federal. Se

"¡Cobardes!" gritó Constancia, dirigiéndose a los hombres desconcertados, pero la atención de ellos estaba fija en la figura de la puerta.

enviaron hombres a investigar; pero es preciso no conocer a los indios para creer que se les pueda sacar nada en limpio. La policía fracasó. Luego se encargó del asunto a la Montada. Me enviaron a mí la semana anterior. Vi al señor Harrish en Rock Point al día siguiente de llegar allí y me dijo que esperaba tener pruebas definidas muy pronto.

Cuando la señorita Harrish me informó esta noche que su abuelo había sido asesinado, comprendí que había conseguido la información que buscaba y la había pagado con su vida. Se también que, cuando en-

cuentre al hombre que lo mató, habré puesto mis manos sobre el hombre que vine a buscar al norte.

Ya conocéis las circunstancias del hallazgo del cadáver. Conocéis la acusación contra Morrison y su defensa. Morrison cree haber oído el tiro que terminó con la vida del señor Harrish; pero insiste que no lo disparó él. Los hechos lo acusan y no podemos prescindir de los hechos. Sin embargo, el que Morrison haya o no oído el tiro, no tiene importancia. Lo que importa es esto; cuando fué disparado ese tiro la bala penetró en el cuerpo de un hombre que estaba ya muerto.

Un silencio de estupefacción acogió las palabras del sargento. Stark retiró la sábana que cubría el cadáver, todavía boca abajo. Le había sido afeitada la nuca y ésta revelaba una pequeña herida, roja y redonda, en el cutis moreno.

—¡Mirad! — exclamó Stark — Esa herida fué hecha por el golpe eficaz de un estilete italiano. Fijaos en la mancha de sangre, en el cuello de la camisa, detrás de la herida.

Eso fué lo que me guió. Harrish fué herido por la espalda por un hombre que sabía como manejar su arma... un hombre que estaba en el pleno uso de sus sentidos. El tiro le fué disparado poco después, presumiblemente para hacer creer que había sido asesinado por otra persona.

Stark paseó su mirada por el semi-círculo de rostros. Cada uno reaccionó de un modo distinto ante su imperiosa mirada. Mallard estaba del color de la ceniza; Defries encendió un cigarrillo; pero sus labios temblaban. Willet jugaba con un anillo de camafeo de dibujo particular que llevaba en el dedo meñique de la mano derecha. Los ojos de Constancia y de Morrison revelaban horror, mezclado con inmenso alivio. El cutis moreno de Hodson estaba bañado en traspiración. Sus duros ojos tenían la mirada de un animal acorralado.

—Siga, hombre — murmuró Mallard — ¿Quien fué el asesino?

De abajo de la toalla sacó Stark el calendario de los compromisos y lo alzó.

—Harrish siempre anotaba sus compromisos y citas con uno o dos días de anticipación. Después de realizado el compromiso lo cruzaba con un lápiz; pero no arrancaba la hoja. Están todas aquí — hojeó Stark el calendario — Pero el señalado para el 18, es decir, mañana, falta. ¿Por qué? Dió vuelta la hoja precedente, la del 17. No se había hecho en ella ninguna anotación; pero Harrish acostumbraba a usar un lápiz duro y la impresión hecha en la hoja del 18 pasó a la del 17. Se ve claro con los lentes. Dice "Venta de opio. Telefonear a Stark sobre..." — nuevamente se detuvo el Sargento y paseó sus miradas sobre el grupo. Sigue el nombre del hombre que destruyó la hoja del 18; pero no se fijó en la impresión de atrás; el nombre del hombre que apuñaleó a Barney Harrish cuando éste lo acusó de su tráfico ilegal... después de retirarse Morrison y bajar rabioso a la playa... el nombre del hombre que se apoderó de la pistola de Morrison y más tarde disparóle un tiro al muerto en la espalda para hacer recaer las sospechas sobre otro.

La declaración fué recibida en medio de un silencio mortal.

Stark dejó el calendario.

—La herida hecha por el estilete es sumamente pequeña; con todo, es inevitable que brote un poco de sangre. Nuestro hombre tuvo que ir al lavatorio a limpiar la hoja y lavarse las manos — sacó Stark una toalla de abajo de la otra extendida y la levantó — Hay dos pequeños tajos en la tela, separados como por un octavo de pulgada. Se ven claramente con los lentes. De modo que podemos afirmar con seguridad que el estilete fué secado en la toalla. Nuestro hombre se lavó las manos para quitarse las manchas de sangre y usó este pedazo de jabón — Stark sacó un pan de jabón de abajo de la toalla, lo miró a la luz de la lámpara y lo dejó sobre la mesa.

Nuevamente buscó debajo de su tela mágica y esta vez sacó el corta-papel que había encontrado sobre la mesa tres horas antes. Todos los ojos se fijaron en el estilete iluminado por la luz de la lámpara. Stark se dirigió a su auditorio con voz baja y vibrante:

—El hombre que mató a Barney Harrish llevaba en el dedo un anillo de dibujo particular. Una impresión de ese anillo, la cabeza de una serpiente, aparece en este pan de jabón; se ve claramente con los lentes. Harrish escribió su nombre en el calendario, Dr. Willet; y ese camafeo de su dedo... le queda un poco grande ¿no? Se le da vuelta... ¿No es una cabeza de serpiente? Lo arresto por el asesinato de Barney Harrish y por vender narcóticos a los indios Siwashes.

La careta de compostura de Willet cayó y su delgado rostro se convulsionó horriblemente. Ni una palabra salió de sus labios; se contentó con mirar a Stark con furia asesina en sus ojos claros, sin preocuparse del horror incrédulo que expresaban los rostros de los otros. Algo malévolo, innoble, se reveló en aquel hombre al caer la máscara de su desapasionada hipocresía. De pronto su delgada figura entró en acción. Dió un salto hacia adelante, se apoderó del estilete y, antes de que Stark pudiera levantar una mano para detenerlo, atravesó corriendo la biblioteca y se metió en el cuarto de baño.

Cuando Stark llegó a la puerta, el pasador había sido corrido. Retrocediendo, se arrojó sobre ella con todo el peso de su poderoso cuerpo. El pasador saltó. Stark penetró en la pieza y se arrodilló junto al hombre que estaba en el suelo.

Como Saul, el Dr. Willet se había atravesado con su propia espada.

¿CUAL DE LOS TRES?

Es el título de la novela de misterio que publicaremos próximamente y la que servirá para el

4o. CONCURSO DE PUCKY

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y extraordinarias aventuras

SINTESIS DE LO PUBLICADO

Los jóvenes Sidney Kennedy, Tim Baynes y Ken Thornton han descubierto un metal que no obedece a la acción de la fuerza de gravedad. Con ese metal construyen el Perla del Espacio, un navío aéreo en el cual parten a explorar los espacios sidéreos.

—Esto está muy bien para usted, científico Sidney, — gruñó Ken, — porque usted entiende todo lo relacionado con este asunto de la gravedad. Pero ¿como vamos a manejarnos nosotros para hacer lo que haya que hacer en el buque, si nos pasamos la existencia flotando como pompas de jabón?

—¡Oh! ¡Con un leve movimiento puede cualquiera de nosotros ir a donde le de la gana! — explicó Sidney, y lo demostró apoyando una mano en el hombro de Tim y empujándole con suavidad.

El empujón le envió hacia un lado. Tim fué hacia el opuesto; y después de flotar casi hasta el costado del buque, volvió al misterioso centro de atracción.

—Pero hablemos de lo que nos interesa, — prosiguió Sidney. — Si mis cálculos son exactos podremos llegar a la Luna en unos once días, pues la distancia de la Tierra a la Luna es de unas doscientas cuarenta mil millas, más o menos. Ya hemos decidido que será inútil descender en la Luna, porque se trata de un mundo muerto en el que no hay atmósfera y donde, en consecuencia, no podríamos salir del navío. Podemos, sin embargo, regular nuestro viaje de modo que describamos círculos en redor del satélite de la Tierra, de modo que lo veamos de más cerca y mejor que cuantos la han mirado por medio de telescopios.

—No creo que nos sea posible ver mucho si pasamos por su lado viajando a la velocidad que llevamos ahora, — observó Ken.

—En esos casos es en lo que nos han de resultar nuestras planchas de auranium seccionales, — dijo Sidney. — Mediante esas placas podremos aminorar la velocidad de nuestra marcha y conservarnos en el espacio a la distancia de la Luna que nos parezca.

—Crea que no le entiendo bien lo que dice, — manifestó Tim, que estaba en el aire, con las piernas cruzadas y recostado tranquilamente. — Claro está que comprendo que el auranium nos ha echado de la Tierra y puedo figurarme que mientras el bronceado metal esté entre nosotros y la Tierra, el navío se alejará más y más de nuestro planeta, pero lo que no comprendo es cómo vamos a volar enredor de la Luna sin peligro de toparnos con ella.

—¿Por qué no? — preguntó Sidney. — En cuanto volvamos la posición de las planchas del auranium o, dicho sea de otro modo, en cuanto volvamos las planchas hacia la Luna en vez de tenerlas frente a la Tierra, empezaremos a menguar velocidad. En este momento es la fuerza de la gravedad de la Luna la que nos atrae; pero volviendo las planchas de auranium anularemos la fuerza de la Luna y volveremos a ser atraídos por la Tierra. A la enorme velocidad que corremos ahora, tardaremos considerable tiempo en notar alguna diferencia, pero cuanto más consintamos que nos atraiga la fuerza de la Tierra tanto menor se hará nuestra rapidez, y llegará un momento en que nos detendremos. Entonces, lentamente primero, pero con creciente velocidad después volaríamos de regreso al punto de partida.

—Sí, — dijo Tim lentamente, — eso lo entiendo bien y comprendo que moviéndonos en una línea recta, nos pase eso; lo que no entiendo es cómo vamos a poder describir una curva.

—¿Por qué construímos la parte de auranium en veinte trozos separados? — preguntó Sidney. — Simplemente porque dando vuelta a una, dos o tres secciones, nos ha de ser posible regularizar el impulso de acuerdo con lo que las circunstancias exijan. No nos moveremos describiendo una curva delante de la Luna; utilizando su fuerza de gravedad, primero de un lado de nuestro navío y luego del otro, podremos movernos describiendo zig-zags en torno del satélite de nuestro planeta.

"¡Pero creo que basta ya de explicaciones técnicas! — agregó. — Parece que estuviera dando una conferencia. Poco es lo que hay que ver ahora y mucho lo que hay que hacer. Usted, Ken, ya sabe que es el encargado de vigilar y manejar el tablero de las manijas.

—Sí, señor, — dijo Ken, procurando saludar como un subordinado, pero el movimiento del brazo le dió bastante impulso

para hacerle girar varias veces sobre sí mismo.

—En cuanto a usted, Timothy, puede abandonar su cómoda posición y ocuparse en refrecar un poco el ambiente con algo de oxígeno. Mi misión consiste en observar a fin de que no choquemos con la Luna, demasiado pronto.

Cada uno de ellos se dedicó a la tarea que le había sido designada. ¡Cómo nos hubiera asombrado a todos nosotros, pacíficos habitantes de la Tierra el ver a aquellos muchachos, flotando por el aire de un lado a otro! ¡Cómo nos hubiera asombrado ver a Tim en el momento en que abría la puerta del depósito y se encontraba todo el contenido flotando en medio del aire! ¡Y cómo nos hubiera asombrado muy especialmente ver que el muchacho tomaba un grueso y largo cilindro de acero, lleno de oxígeno comprimido, — que había tenido que ser subido al navío sideral y metido en el depósito por medio del guinche, pues entre los tres no podían con él, — y lo llevaba a la sala central, flotando en el aire y empujándole con la punta de un dedo!

En la sala de observación, Sidney dirigió su poderoso anteojo de larga vista hacia la Luna. En aquel momento no parecía más que un poco más grande que cuando se la miraba desde la Tierra, acusándose con más fuerza sus valles y montañas.

Para los tres pasajeros del espacio comenzó entonces una existencia más fantástica de cuanto pudiera imaginar las más descabellada de las fantasías. Tim se dispuso, en el primer momento, a preparar las comidas como de costumbre, pero los tres viajeros se percataron bien pronto de que no tenían apetito y no sentían necesidad de hacer tres buenas comidas diarias, como en la Tierra. En consecuencia abandonaron la costumbre de comer a determinadas horas y sólo de vez en cuando comían algo. Pasaban horas y horas sin que sintieran deseo de comer y lo más notable del caso era que no sufrían, debido a eso, debilidad de ninguna clase.

Fuera del poco ruido que ellos hacían con sus propios movimientos o el metálico entrechocar de las latas de conservas y los cilindros de acero del oxígeno comprimido reinaba en el interior del Perla del Espacio el más completo silencio. Engendrada por aquella quietud, adoptaron la costumbre de hablar en voz muy baja y constantemente sentían una languidez extraña, un estado como entre vigilia y sueño; no se sentían bien despiertos y, sin embargo, no tenían sueño, es decir, no sentían necesidad de dormir.

El navío sideral, aquel extraordinario bajel del vacío llamado Perla del Espacio parecía flotar pura y sencillamente en el éter; no se tenía noción de movimiento de ninguna clase. Ken llegó a dudar que estuviesen en realidad, corriendo a razón de las millas por minuto que Sidney había dicho. Tan intensa fué su duda que un día se aventuró a girar las planchas de auranium y en seguida volvieron a ver el globo de la Tierra por la ventana del piso.

—¡Sidney! ¡Tim! — gritó. — ¡Vengan ustedes pronto! ¡Vengan!

Encontraron a Ken arrodillado junto a la ventana del piso mirando con toda atención hacia abajo. Siguiendo su ejemplo los otros dos miraron también hacia el mundo que habían abandonado y que en aquel instante veían increíblemente pequeño y mísero.

Vista desde la ventana del navío sideral, la ierra parecía entonces tan pequeña que hubiera cabido en aquella sala en que estaban los tres viajeros, Les fué necesario mirar con suma atención para distinguir, por la forma de las manchas oscuras y claras, — oscuros los continentes y claros los mares, —dónde quedaban las diversas regiones; lo que mejor se veía eran las regiones polares, marcadas por casquetes de un blanco resplandesciente.

Durante horas permanecieron mirando, y como no había hecho más que girar el buque para poder mirar y el Perla del Espacio seguía su marcha de siempre, el globo terráqueo fué disminuyendo de tamaño cada vez más, resultando, poco a poco, más y más insignificante. Los tres jóvenes viajeros hablaban en voz muy baja de cómo su mundo, que había sido siempre para ellos lo más importante de todo, asumía, visto a aquella distancia, su verdadero aspecto y resultaba ser uno de los tantos planetas que forman el infinito, estupendo milagro del Universo.

Fué Timothy Baynes el que, después de un largo rato de muda contemplación, se decidió a interrumpir aquel silencio que tenía algo de místico.

—¡Y pensar que ese insignificante globito llegó a asustarme con sus dimensiones que me parecían enormes! ¡Si es una insignificancia! Con esa pelota jugaría yo al football sin peligro de lastimarme los dedos de los piés! — exclamó.

—¡Espere a cuando esté de regreso amigo mío! — replicó Sidney, riendo. — Entonces le volverá a parecer tan grande o más grande aún que antes y lo pensará un par de veces antes de decidirse a darle un puntapié. De lo que no cabe duda es de que nos alejamos de nuestro mundo con una velocidad asombrosa ¡Cómo desaparece la Tierra, a lo lejos!

Los tres compañeros callaron de nuevo porque, a su pesar, al ver cómo desaparecía tan lejos el planeta donde habían nacido, Ken y Tim pensaron, con tristeza, en sus padres, de los q' se habían separado tan repentinamente, y sintieron una ansiedad que les estrujó el corazón y les hizo estar tristes durante varios días.

Los tres jóvenes viajeros del navío sideral contemplan el espectáculo de la Luna como nadie lo había visto antes y se quedan admirados e impresionados.

Una semana después fué cuando Sidney llamó a sus compañeros a la sala de observación. Como de costumbre, estaba mirando por el "reflectorscopio", como Tim llamaba a aquel aparato, pero cuando los otros se

acercaron, Sidney abandonó el puesto para que los otros pudieran mirar por el telescopio. Tanto Ken como Tim lanzaron exclamaciones de entusiasmo cuando, cada uno a su vez pudo contemplar aquel mundo de cráteres.

Anteriormente no habían considerado a nuestro satélite como algo digno de ser contemplado más que durante las noches de invierno o cuando hallándose de veraneo, habían tenido oportunidad de verlo salir alguna noche límpida y serena. Cuando niños habían dibujado más de una vez la "cara de la luna" y hasta habían llegado a creer que el satélite era el rostro de la diosa de los cielos. Pero entonces...

Entonces el satélite de la Tierra se presentaba ante ellos como una cúpula de azulada y refulgente plata que llenaba ya un tercio del horizonte.

—A la velocidad que llevamos bastarían treinta horas para que el Perla del Espacio llegara a la Luna y se acerca, pues, el instante en que sometamos a nuestro navío sideral a su primera y muy importante prueba, — dijo Sidney. — Usted, Ken, tendrá la bondad de girar todas las veinte secciones de auranium a este lado del Perla del Espacio; de ese modo suprimiremos por completo la fuerza de la gravedad de la Luna y utilizaremos la de la Tierra a manera de freno.

—Déjeme que mire una vez más, — suplicó Tim, que no se decidía a dejar de mirar aquel espectáculo estupendo.

—¡Pero de prisa! — dijo Sidney, impaciente. — Ya nos hallamos demasiado cerca y hay que tener en cuenta la velocidad de nuestra marcha.

—Ahora confieso que estoy casi decidido a creer el fantástico cuento que la sirvienta me contaba cuando yo era niño, sobre el Carro de Diana, que salía de paseo por la noche, — dijo Tim.

—¿Qué tiene que ver la Luna con ese viejo carro? — preguntó Ken, siempre práctico.

—Se trata de algo que usted no comprendería, — replicó Tim, sin dejar de mirar por el telescopio. — Algo que usted no entenderá porque no tiene máquinas ni productos químicos que manejar y revolver. Sidney explicará que la Luna no es más que un pedazo de la Tierra, desprendido en tiempos muy lejanos, pero no estará en lo cierto. Lo que es, en realidad, es el Carro de Diana, la diosa de la caza. Todas las tardes su hermano gemelo Apolo desaparece en su carro de oro y entonces surge Diana manejando su carro de plata con el que cruza los cielos. Cuando llega el amanecer, Diana dirige su carro hacia un país donde hay unos bosques encantadores de eterna verdura, donde se entrega al placer de la caza, mientras Apolo, el aureo dios del Sol,

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

comienza de nuevo su jornada en torno del mundo.

—¡Muy bonito! — dijo Ken; y entonces, sin que Tim lo notara, flotó silenciosamente hacia el tablero de las manijas y con un movimiento rápido, invirtió la posición de las planchas de auronium de modo que Tim vió que se interponía entre él y su "diosa" un impenetrable muro de oscuridad.

—¡Grandísimos pícaros! ¿Quién ha tenido la culpa de esto? — gritó Tim. — ¡Les voy a enseñar!...

Sin esperar a que le contestaran se dirigió a la parte central del navío con tanta precipitación que primero golpeó en el techo con la cabeza, y rebotando fué a dar en los hombros de Ken.

Como Ken fué pescado desprevenido por tal ataque, fué arrojado violentamente al suelo, con Tim colgado de su cuello. Cuando los dos golpearon en el piso rebotaron de nuevo y durante unos momentos, lo poco que se movieron hizo que giraran y saltaran del modo más extraordinario.

—¡Tome usted, pillastre, por haber estado a punto de privarme de mis siete sentidos! — gritó Ken, dándole un golpe de boxeo a Tim.

En cuanto recibió el golpe, Tim se alejó flotando sin quererlo, a tres o cuatro pies de distancia.

—¿Sí? ¡Pues ahí tiene lo que está pidiendo! — replicó Tim dirigiéndole el golpe de izquierda que era su orgullo.

Ken se agachó instintivamente y debido a eso dió de cara en el suelo, mientras Tim, como su golpe no encontró resistencia giró sobre sí mismo, como un trompo, varias veces.

—¡Quieto de una vez y le daré lo que está mereciendo! — gritó Tim. Pero Ken, utilizando las paredes como si fueran elásticos, saltaba de un lado a otro, esquivando los golpes de su adversario.

—¡Estése quieto, que así no puedo pegarle! — gritó el enojado Tim.

—¡Noble campeón! — gritó Ken, riendo. — ¡Sea usted misericordioso en la hora de la victoria!

Sacó el pañuelo del bolsillo y lo agitó a manera de bandera de parlamento.

—¡Paz! ¡Paz os pido, oh noble campeón! ¡Calmad vuestro furor! — prosiguió Ken.

Tim se sentía inclinado a continuar el combate a pesar de la bandera blanca; mientras reflexionaba, perplejo, Sidney intervino y explicó por qué había sido que Tim había dejado tan de improvisto, de ver la imagen de la plateada Luna y volvió a reinar la paz.

Veinticuatro horas después, Sidney volvió a mirar de nuevo le imagen de la Luna, pero su tamaño había llegado a unas dimensiones tales que ordenó de nuevo a Ken que interceptara el auranium. La próxima observación, — seis horas después, — permitió ver que se hallaban tan cerca de la Luna como Sidney lo deseaba; pero, por suerte su velocidad había disminuído mucho, de modo que no tenía temor de no poder separarse a tiempo de su inhospitalaria superficie. Desde aquel momento, las planchas de auranium estuvieron en casi constante movimiento, y los amigos suspiraron, tranquilizados, cuando Sidney anunció, con aire de triunfo, que se habían salido de la línea recta y se movían paralelamente con la Luna.

Dejaron de mirar con el telescopio y no pudieron contemplar el panorama más que por trozos, porque el Perla del Espacio se volvía hacia la Luna cada vez que una sección de auranium era dada vuelta y se separaba cuando la sección cortaba de nuevo la fuerza de gravedad. Un pequeño error de cálculo les hubiera enviado a aplastarse contra la pétrea superficie lunar, una superficie que presentaba el aspecto de la mayor desolación.

Lo que vieron fué principalmente un mundo de cráteres. Enormes montañas rompían de cuando en cuando la monotonía del paisaje; de vez en cuando también, se veían extensas, lisas, áridas llanuras. No se notaba la presencia de plantas de ninguna clase; en realidad, lo que se veía era únicamente una superficie de piedra con irregularidades diversas. Se trataba realmente de un mundo donde no había ni rastro de vida.

—Siempre he oído decir que la superficie de la Luna debía estar cubierta de hielo, — manifestó Tim, con la vista cansada ya de mirar tantos y tantos cráteres.

—Hay muchos que son de esa opinión, — asintió Sidney. — Lo que se ha creido hielo han sido, sin duda, esas grandes llanuras que quedan entre las cordilleras. Probablemente en una época remotísima, donde están hoy esas llanuras, estuvieron los mares de la Luna.

—¡Miren ustedes que encantador paisaje! — exclamó Tim un momento después.

—Esas montañas tienen más de veinte mil pies de altura, — dijo Sidney.

A veces distinguieron profundas y largas zanjas o cisuras de tortuoso curso a través de las llanuras, entre las montañas y las cordilleras, igual que si un antiguo titan las hubiera cavado por entretenimiento durante años y años porque tenían centenares de millas de extensión, más de una milla de ancho y una profundidad imposible de calcular.

La repulsiva desolación de aquel mundo muerto, y la interminable monotonía de su pétrea superficie, no tardaron en aburrir a los tres compañeros y aún cuando se habían acercado a la Luna con grandes esperanzas de ver algo tan curioso como agradable, suspiraron como aliviados cuando terminaron de ver aquella mitad de la superficie de la Luna, durante su paseo en zig-zag.

—Bien, Tim, ¿qué me dice usted de la Luna? — preguntó Sidney cuando se separaban de aquel inhospitalario mundo.

—La verdad, Sidney, — contestó Tim, — es que tiene todo el aspecto de ser el sitio a donde mandan todas las almas perdidas, según dicen, y que me es muy agradable alejarme de ella.

—¡No vale la pena hacer un viaje tan largo para ver un mundo que sólo se compone de rocas y de grietas! — gruñó Tim.

—No se queje, Tim, — dijo Sidney son-

tiendo. — Usted sabe perfectamente que la Luna es sólo una interesante escala de nuestra travesía por el espacio sidérico. La verdad es que, en mi opinión, nuestro viaje no hace más q' comenzar. Todo lo que hoy hemos visto se puede ver desde la Tierra, aún cuando no con tanta claridad. Ahora, empero, viajamos hacia espacios inexplorados. Nuestro rumbo nos dirije a Marte, el rojizo planeta y cuando llegue a su destino, entonces si que tendrá derecho de decir que ha viajado algo en su vida.

—Veamos, Sidney, ¿a qué distancia se supone que queda Marte de la Tierra?

—¡Oh! Nada más que a treinta y cinco millones de millas, poco más o menos.

—¡Treinta y cinco milones! ¿Y viajaremos toda esa distancia para ver otro cuadro de pesadilla como el de la Luna?

—No lo creo, — dijo Sidney. — Marte, al menos, posee atmósfera de alguna clase, de modo que nos será posible "aterrizar" en él y explorar su superficie. No puedo decir nada más porque el planeta rojizo es un libro cerrado y podemos afirmar que realizamos a él un verdadero viaje de descubrimiento. Pero ya es hora de relevar a Ken, así que ocupe su puesto.

Volvió para ellos una existencia de irritante monotonía. Aun cuando en los ultimos tiempos habían tenido aventuras de sobra, en aquellos días y los siguientes les aburrió la inacción y les puso tristes la quietud a que les obligaba su encierro. A medida que pasaban los días de uniforme existencia, empezaron a acostumbrarse a considerar al navío como si Perla del Espacio fuera su único mundo. Sólo necesitaban hacer un pequeño esfuerzo de imaginación para considerarse como los únicos sobrevivientes de un desaparecido universo. Recordaban, como es claro, la vida que habían hecho en la Tierra, pero lo mismo podía haber sido la de otros seres y no la de ellos, tan distinta les resultaban su existencia del momento, suspendidos como estaban, en el espacio, rodeados de un ambiente que parecía cosa de sueño. Para ellos no existía ni el día ni la noche, tal como conocemos los que vivimos en este planeta. El Sol brillaba constantemente en redor de ellos y no reinaba la oscuridad dentro del Perla del Espacio más que cuando la producían ellos, corriendo los postigos de acero de las ventanas.

Cada veinticuatro horas hacían una detenida observación del planeta Marte y sólo al cabo de varias semanas de constante volar pudo Sidney avisar a sus compañeros que ya habían recorrido más de la mitad del camino y había llegado, por lo tanto, el momento de aminorar la rapidéz de meteoro de su navío sideral.

Durante muchos días pareció que Perla del Espacio continuaba avanzando con la misma velocidad y el planeta iba aumentando de tamaño pasando de ser una manchita en el firmamento a tener las dimensiones de un globo grande que se fué haciendo más y más grande y cada vez más rojo y resplandesciente.

A su debido tiempo, Sidney anunció, emocionado, a sus co[illegible]ros, [illegible]ue sólo le faltaba tres días para [illegible]ar al término de su viaje sideral.

—Hemos viajado con toda felicidad, — dijo Sidney, pensativo, — pero creo que corremos con ex[illegible]d. El navío debe haber alcanza[illegible]idez casi increible durante las [illegible] semanas y me gustaría que Marte se hallara cien mil millas más lejos, todavía, pues así tendriamos más tiempo para aminorar el impulso de la marcha.

Al día [illegible]iente no miraron hacia Marte más que unos pocos minutos. Mirándola por medio del poderoso telescopio, Marte se presentaba enorme y amenazador. Su coloración variaba desde un amarillo claro hasta un color marrón verdoso, de tinte muy extraño. Las diversas zonas de color alternaban y se mezclaban formando un extraordinario laberinto que parecía un cuadro futurista pintado por algún artista trastornado. El detalle más característico de su aspecto, sin embargo, lo constituían una serie de líneas enteramente rectas, que se cruzaban y volvían a cruzarse con matemática exactitud.

Ken y Tim sentíanse muy interesados ante aquellas líneas rectas, discutiendo y argumentando sobre el significado que podían tener. Si cesaron de mirar hacia Marte fué porque Sidney, negándose a hacerles caso, les obstruyó la visual porque lo exigía el manejo de Perla del Espacio.

—No es posible que sigan mirando, — dijo decididamente. — No me agrada el aspecto que toman las cosas y considero que debo manifestarles que mis cálculos sobre nuestra velocidad pueden resultar equivocados, en cuyo caso corremos el riesgo de tocar con Marte tan violentamente que nuestro navío se haga polvo. Sentiría que por un error tuvieran ustedes que sufrir, pero. .

—¡Silencio, Sidney! — le interrumpió Tim. — Todos sabemos que al embarcarnos en esta Perla del Espacio lo hicimos convencidos de que íbamos a correr grandes peligros. Usted corre el mismo riesgo que nosotros, así que no hay más que hablar.

—¡Bien dicho! — manifestó Ken. — Hemos de admitir los sucesos como vengan y de nada sirve hacer conjeturas. Si acaso ha cometido usted algún error de cálculo, Sidney, no puede considerársele culpable de ningún modo porque no tenía fundamentos en qué basar esos cálculos. Se ha tratado, en realidad, de un verdadero trabajo de adivinación y yo creo que no ha habido error, a pesar de todo.

Sidney estaba pálido y agobiado por la angustia porque no podía perdonarse el haber admitido a sus dos compañeros en aquel peligroso viaje y considerándose responsable único de todo. Tomando papel y lápiz comenzó a rehacer todos sus cálculos, procurando disipar sus temores ante la inflexible demostración de las cifras.

—¡Esto no sirve de nada! — exclamó por fin, dejando de escribir y bajando la

cabeza apesadumbrado. — Ahora mismo sólo puedo adivinar la distancia a que nos encontramos del planeta, de modo que debemos esperar a que venga lo que el Destino haya decidido a nuestro respecto.

Transcurrieron veinte horas más antes de que Sidney se arriesgara a hacer una observación y ésta fué brevísima.

—Cuatro horas faltan para la terminación de nuestro viaje, — anunció lacónicamente.

Dedicaron un largo rato a asegurar todo cuanto estaba suelto, ya a las paredes, ya al piso, y terminado ese trabajo esperaron pacientemente la decisión del Destino. No se les notaba expresión de miedo aun cuando estaban agobiados por la ansiedad que hacía eternos los segundos de espera.

A su tiempo terminaron las cuatro horas que Sidney había dicho y a medida que pasaron los minutos, el rostro de Sidney fué cambiando de expresión. Empezaba a renacer la esperanza en su corazón. Se habían puesto de pié ante el tablero de las manijas y después indicó a sus amigos que se pusieran cada uno a un lado de él.

—Cada segundo que pasa nos favorece, dijo, — pues en estos instantes nuestra velocidad debe estar menguando rápidamente. Si acaso son arrojado con brusquedad, de junto al tablero, estén ustedes prontos para invertir...

En aquel instante un repentino golpe hizo que Perla del Espacio se estremeciera de punta a punta como si le hubiera golpeado un gigantesco martillo. Sidney sólo tuvo tiempo para mover la manija de la cual dependía su inmovilidad porque en el mismo instante fué arrancado de frente al tablero y arrojado violentamente hacia el otro lado de la cámara de observación.

En el planeta Marte. Una llegada brusca y una serie de extraordinarias sorpresas que asombran a los tres jóvenes viajeros del espacio.

Por más que parezca extraño, cuando Tim recobró los sentidos, despertando a la realidad, lo hizo convencido de que era por la mañana temprano y de que su adorada madre golpeaba con los nudillos en la puerta de su dormitorio.

—¡Está bien, mamá, ya estoy despierto! — murmuró y abrió los ojos mirando con extrañeza y asombro las paredes de metal y los aparatos y utensilios que le rodeaban,

Volvieron a oírse los golpes, dados acompasadamente

—¡Oh! ¡Basta de golpear y pasen adelante! — murmuró enojado pasándose la mano por la frente. Le dolía la cabeza.

Se incorporó y sentado en el suelo, recordó todo lo relacionado con el navío sideral y su maravilloso viaje por el espacio. En seguida pensó en sus dos camaradas. Se levantó dificultosamente y muy alarmado. Pero se tranquilizó al punto porque les vió echados en el suelo a corta distancia, moviéndose ambos como si estuvieran recobrando los sentidos.

En aquel momento se oyeron de nuevo unos golpes iguales a los anteriores.

—¿Qué será eso, amigos míos? — dijo Tim en voz baja cuando se dió cuenta de que sus compañeros escuchaban, intrigados, también, aquellos golpes.

—No es posible adivinarlo, — dijo Sidney. — Lo que sabemos es que hemos llegado a nuestro destino aun cuando con algo de brusquedad y no con placidez igual a aquella de que gozamos durante nuestro viaje sideral. Pero de nada nos sirve quedarnos aquí discutiendo lo que pasa. Mejor será que procuremos averiguar qué es lo que nos rodea y el significado de esos, hasta ahora misteriosos golpes.

Subió a la escalerita de hierro que conducía a la escotilla de la parte superior del Perla del Espacio y se disponía a quitar la tapa, cuando Ken le llamó.

—¡Eh! ¡Sidney! Antes de salir será bueno que tome el rifle; no es posible saber qué es lo que está esperando ahí fuera.

—Gracias, amigo mío, tiene usted razón, — dijo Sidney tomando el rifle que Ken acababa de cargar. — ¿Están prontos ustedes dos? Vengan, entonces.

Destornilló rápidamente la tapa, la abrió y subiendo por la escalerita, salió por el hueco de la escotilla a la parte superior del navío sideral. Un grito de asombro saltó de sus labios, grito que fué inmediatamente repetido por sus dos compañeros cuando los tres vieron el extraordinario cuadro que se presentaba ante sus ojos.

El navío sideral Perla del Espacio estaba en medio de un amontonamiento de altos arbustos que sin duda habían obrado como colchón que había aminorado algo la violencia de su brusca llegada; aquellos arbustos eran como un oasis situado en el centro de un valle en forma de copa, y por todas partes, formados en orden escalonado y por filas se veía a miles de figuras vestidas con amplio ropaje blanco.

Mientras los tres jóvenes miraban asombrados y boquiabiertos se oyó un sibilante murmullo procedente de las filas de aquellos, por lo demás, silenciosos mirones, pero el murmullo cesó instantáneamente cuando un pequeño grupo de aquellos seres apareció como procedente del sitio donde Perla del Espacio se apoyaba y los tres jóvenes pudieron verle por primera vez. Eran, sin duda, los de aquel grupo los que habían dado los misteriosos golpes en el casco del navío y se comprendía, por el silencio profundo que siguió a su aparición, que debía tratarse de alguien investido de categoría o de autoridad.

Fué entonces cuando los tres compañeros experimentaron su segunda e intensa sorpresa porque aquel grupo de martianos, con la mayor sencillez del mundo, extendieron los brazos lentamente y ascendieron por el aire yendo a posarse con toda facilidad en el casco del navío, junto a los jóvenes viajeros del espacio.

—¡Esto es asombroso! — exclamó Tim. — ¡Vuelan! ¡Y no tienen alas!

Así parecía a primera vista, pero cuando

es miraron de más cerca pudieron ver que ada uno de los martianos llevaba una caji- a de metal atada entre ambos hombros que las alas eran artificiales, hechas de lguna materia fibrosa y suave que se ex- endía de las muñecas a los tibillos.

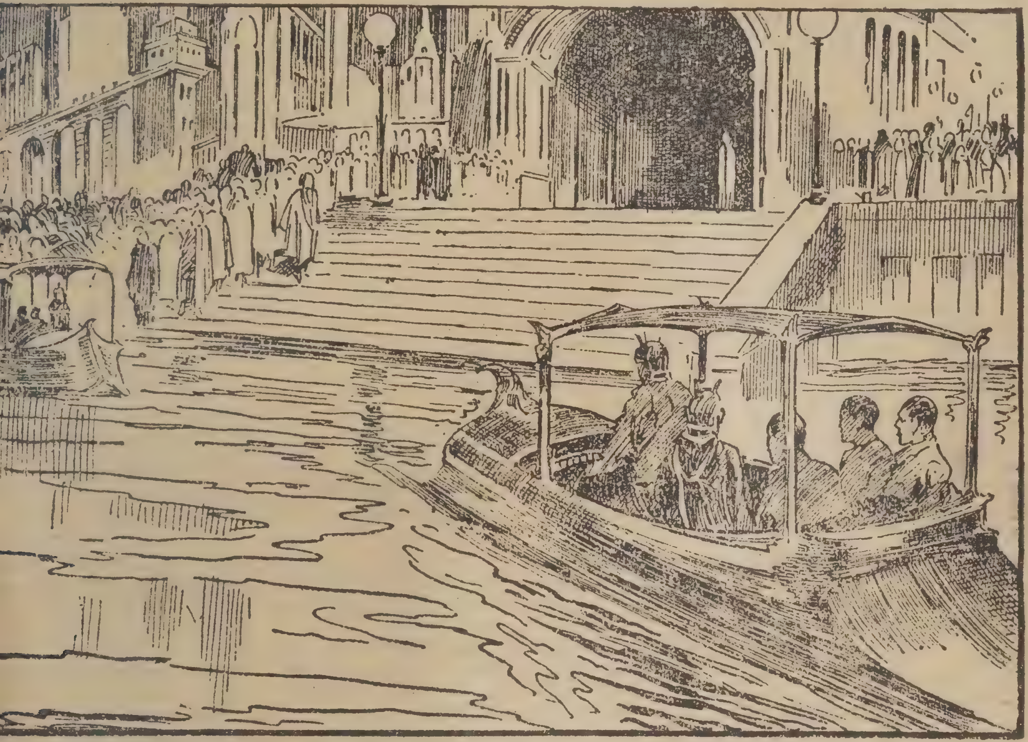
Los martianos miraron con no disimula- a curiosidad a sus extraños visitantes, y, rocediendo por orden de los que primero es habían saludado, se reunieron formando orro en torno de los tres jóvenes, como ormando una guardia que no era posible aber si era de honor o de otro carácter.

El que parecía ser el jefe tomó entonces n sus manos el rifle de Ken y viendo que titud comenzaba a dispersarse, el jefe indicó a los jóvenes que bajaran al suelo.

Como era lógico, vacilaron indecisos porque no querían dejar el navío entregado a manos desconocidas; pero antes de que se pudieran dar cuenta de lo que sucedía, dos de los martianos tomaron a cada uno de los jóvenes por las axilas, levantaron del casco del navío a los asombrados muchachos y con toda suavidad los dejaron en el suelo, a unas cincuenta yardas de donde estaba Perla del Espacio.

El jefe le indicó que le siguieran y les siguió hacia la parte alta del valle.

—¡Bueno, si esto no es el colmo de los



EN LA BARCA DEL PRESIDENTE. El presidente de los martianos y los tres jóvenes viajeros se dirigen, en la barca presidencial, por el canal grande de la ciudad de Marte, a la reunión del Consejo en la que los jóvenes, que ya han aprendido el idioma que se habla en el rojo planeta, han de informar sobre su viaje y sobre el mundo de donde proceden.

ntentar resistirse sería a la vez insensato e nútil, Ken entregó, aun cuando no de bue- a gana, el arma. El martiano examinó el ifle con inteligente interés durante unos nomentos. Después fué hasta el borde del asco del buque y dirigió una breve arenga los espectadores. Aun cuando los mucha- hos no comprendieron, claro está, nada de o que dijo, se pudo suponer que las pala- ras del jefe fueron agradables a la multi- ud, porque cuando se echó a la cara el ri- le de Ken, hizo un disparo al aire y de- olvió el arma a su dueño, se notó que los spectadores se reían jovialmente.

Terminó la peroración y mientras la mul- colmos, no sé que decir! — exclamó Tim asombradísimo. — ¡Esperábamos descender en un mundo desierto y nos encontramos con que vamos a ser la figura central de alguna diversión especial de estos señores habitantes de Marte!

Sidney oyó, sonriendo las reflexiones de su compañero y amigo Tim Baynes.

—Sí, Tim, todo esto es de lo más asombroso que pueda imaginarse.—dijo — pero no olvidemos que muchos de nuestros hombres de ciencia han afirmado, repetidas veces que, en su concepto el planeta Marte tenía que estar habitado.

—¿Pero cómo se explica que estuviera

toda aquella enorme multitud esperándonos? — dijo Ken, — A menos que sean habilísimos en cuestiones de telepatía y adivinación, no me explico que estuvieran reunidos para esperarnos porque, que yo lo sepa, no se lo avisamos con anticipación.

—¡Oh! Me parece que la presencia de todos aquellos miles de martianos que esperaban nuestra llegada se debió a una causa mucho más natural que todos los fenómenos de telepatía, — dijo Sid, sonriendo de nuevo. — Se comprende que se trata de un pueblo muy adelantado; basta ver cómo vuelan, para comprenderlo. Es lógico, en consecuencia, que tengan telescopios, al menos tan potentes como los nuestros, así que han podido ver durante varios días cómo Perla del Espacio se aproximaba hacia ellos.

—¡Es verdad! ¿Por qué no? — asintió Tim. — ¡Si hasta parecen conocer los rifles, aún cuando no hemos visto que anden armados, al menos por ahora.

Había llegado a lo alto del valle y la perspectiva que ante ellos se desarrollaba era interesantísima. La tierra, en un ancho como de una milla, estaba cuidadosamente plantada y cultivada y después, en línea enteramente recta, cortaba el campo un ancho canal que se extendía a ambos lados hasta perderse de vista.

—¡Los canales de Marte! — exclamó Sidney muy excitado, con el rostro acalorado por el entusiasmo del estudioso que por fin se halla ante la solución de un problema que le ha preocupado durante largo tiempo.

—¿A qué obedecerá la presencia de esos canales? — preguntó Tim.

—Hace cerca de setenta años que un famoso astrónomo italiano llamado Schiaparelli descubrió que la superficie del planeta Marte estaba cruzado y vuelta a cruzar por unas líneas rectas que, desde entonces, han preocupado a nuestro mundo astronómico. Varios de nuestros sabios afirmaron, persuadidos de que así era en verdad, que se trataba de canales artificiales, y ese canal que vemos ahora confirma, sin duda, esa teoría.

Cuando se acercaron al canal vieron que lo surcaban unas embarcaciones de curioso aspecto que navegaban hacia uno u otro extremo del canal. Varias de las embarcaciones más grandes iban cargadas con productos agrícolas, mientras que otras, de construcción más liviana tenían el aspecto de botes de paseo. Pronto estuvieron en la orilla. Les llevaron a una embarcación vistosamente adornada, que parecía esperarles. Y aún cuando varios martianos, incluso el jefe, acompañaron a los muchachos al embarcarse los restantes se quedaron a la orilla formados en filas, como esperando que la barca comenzara su viaje.

La fuerza motriz que movía aquella embarcación era al parecer, la electricidad. El que manejaba la barca se limitó a tocar una manijita que había cerca de la popa y la embarcación se separó suave y silenciosamente de la orilla yendo, con toda destreza, por entre las demás embarcaciones que iban y venían, a ocupar el medio del canal.

Mientras navegaban rápidamente con destino desconocido para los jóvenes, empezó a anochecer, y en cuanto la luz del día a[...] minoró su fulgor, una verdadera escena d[e] cuento de hadas surgió ante ellos. Casi co[...]mo si hubiesen obedecido a una orden tele[...]pática gran número de grandes lámparas d[e] arco se encendieron a ambos lados del ca[...]nal, y en cada borda de las embarcacione[s] que cruzaban, como obedeciendo a la or[...]den dada por las lámparas de las orillas se encendieron numerosas lamparitas de co[...]lores diversos.

Las aguas, que un minuto antes tenía[n] un aspecto monótono y triste, reflejaro[n] entonces aquellas luces como de plata y oro[.] A lo lejos, hacia el sitio a donde parecía[n] dirigirse una luminosidad color de ros[a] transformó las sombras de la noche en un[a] claridad meridiana.

Después de navegar durante quince mi[...]nutos, — tiempo durante el cual, según cal[...]culó Sidney, debían haber recorrido seis [o] siete millas — empezaron a darse cuenta d[e] que se aproximaban a una ciudad de consi[...]derables dimensiones, con edificios mu[y] grandes y de extraña belleza arquitectóni[...]ca, construídos, al parecer, de mármoles d[e] distintos colores pero dominando el blanc[o] en todo el conjunto.

—¡Qué asombro! — exclamó Tim. — ¡Se diría que iluminan la ciudad con luz d[e] sol embotellada!

Los otros dos permanecían en silenci[o] enteramente asombrados, y aún cuando l[a] expresión de Tim de "luz de sol embotella[...]da" sólo podía admitirse como una expre[...]sión poética; la verdad era que difícilmen[...]te se hubiera podido definir aquello de mo[...]do más expresivo. No era posible decir d[e] donde emanaba aquella sobrenatural lumi[...]nosidad, y los jóvenes no pudieron saber[...]lo nunca. Debía tener un origen eléctrico pero no se parecía a ninguna de las clase[s] de alumbrado que habían visto en la Tierra[.] Tenía un parecido asombroso con la luz de sol.

La excursión por el canal terminó ta[n] pronto como pasaron de las primeras casa[s] de aquella ciudad martiana. La barca en qu[e] iban atracó, balanceándose suavemente, [a] una escalinata de mármol blanco cuyos va[...]rios tramos de veinte peldaños cada uno, lle[...]gaban hasta una vasta y hermosa terraz[a] que dominaba las aguas tranquilas del rec[...]tilíneo y, en aquellos momentos, deslumbra[...]dor canal.

Cruzaron los tres compañeros, — guia[...]dos por el jefe de los martianos, — aquella extensa terraza, y siguieron por varias an[...]chas calles. Cada paso que avanzaban le[s] ponía ante nuevas maravillas de aquel pla[...]neta desconocido. Había gran número d[e] martianos en las calles por donde pasaro[n] y los balcones de casi todos los edificios es[...]taban llenos de gente. Se les notaba nervio[...]sos y excitados, pero no lo expresaban atro[...]pellándose y gritando, como sucede en nues[...]tras ciudades cuando pasa por las calles al[...]guna celebridad. Los martianos se coloca[...]ban en filas, y cuando los jóvenes miraban, al pasar, hacia alguno de los grupos alinea[...]dos, parecían saludarles todos con amisto[...]sas, a la vez que respetuosas sonrisas.

Un detalle de aquel mundo nuevo para

ellos les llamó la atención desde el primer momento: fué la ausencia de colores oscuros. Las casas, como ya se ha dicho, eran casi todas blancas, con suaves coloraciones rosadas o verde claro en las columnas o en las cornisas, procurando con ella realzar los detalles de la arquitectura. Las calles, — todas ellas a un mismo nivel y desprovistas de aceras, — estaban pavimentadas con una clase de piedra reluciente parecida al ágata azul, muy pulida. Los trajes, — tanto los de las mujeres como los de los hombres, — eran unas sencillas túnicas de tela muy liviana. Los jóvenes notaron que el fúnebre negro y los tristes grises que tantos partidarios tienen entre nosotros, brillaban enteramente por su ausencia en el planeta Marte.

Llegaron ante un enorme edificio que se destacaba, — aún en aquella ciudad de magnífica arquitectura, — por su aspecto imponente y hermoso. En ese palacio entraron los tres amigos a indicación del martiano que primero les había dirigido la palabra.

Después de transponer el ancho portal se vieron en un espacioso patio, o mejor dicho jardín interior, en el que crecían numerosos árboles olorosos, cargados de frutas de aspecto extraño. Los muchachos se detuvieron para mirar extasiados aquellos hermosos árboles y, notando ésto, el martiano que les guiaba, sonriendo, arrancó y dió a cada uno de ellos uno de los frutos del árbol, frutos que tenían el aspecto de granadas a medio madurar.

—No me han gustado nunca las granadas, — dijo Tim, moviendo la cabeza, como dudando de que aquellos frutos fueran agradables a su paladar, — y menos aún cuando no están bien maduras. ¿Supondrá este caballero que vamos a saborear estos frutos?

El martiano esperaba, sin duda, que probaran su obsequio, y aún cuando con indecisión, decidieron probarlas, llevándose a los labios aquellas frutas. Una vez vencido su recelo hallaron que el contenido de las granadas martianas se componía de un grupo de pequeñas y deliciosas esferas de dorado color y de un sabor parecido al de las ciruelas blancas muy maduras. En un instante consumió cada uno su correspondiente fruto y Tim, cuando hubo terminado, miró hacia el árbol con la codicia del que se halla con apetito atrasado. Pero el martiano no atendió aquellas miradas expresivas del muchacho y guió a los tres jóvenes hacia una puerta que quedaba del otro lado del patio.

Por aquella puerta entraron en un espacioso e imponente salón, amueblado con original magnificencia. En las paredes no había cuadros más o menos buenos, pero los muros estaban cubiertos de hermosos mosaicos de dibujo extraño y de suaves colores. El moblaje se componía de una mesa baja de unas como "chaiselongues", pero que no se alzaban del suelo más que unas pocas pulgadas, y de gran cantidad de almohadones muy gruesos.

Fué el techo, sin embargo, lo que más les llamó la atención porque presentaba una fascinadora copia del firmamento, tal como se ve desde el planeta Marte. El Sol ocupaba el centro y de su reluciente esfera brotaban deslumbradores rayos dorados. A distintas distancia del Sol estaban situadas las que Tim denominó estrellas, pero que eran, en realidad, los planetas de nuestro sistema. Este cuadro era embellecido por el fondo en que se destacaban los planetas, porque era de un color azul záfiro, tan transparente y hermoso como el mismo cielo que pretendía representar.

—¡Qué hermoso es todo esto! — exclamó Ken cuando su huésped, o su carcelero, cerró la puerta suavemente, después de haber salido. — ¡Qué diferencia de este techo a los cielorrasos blanqueados que tanto gustan en nuestro país!

—Es cierto, — asintió Sidney, que lo observaba con la mayor atención. — Allá está la Tierra, de donde hemos venido. Allí, en aquel rincón, se ve a Neptuno. Es curioso, — calló un momento, perplejo, frunciendo el ceño. —Estos martianos parecen conocer algo de las cosas del cielo y sin embargo...

—¿Qué pasa de raro? — preguntó Ken. — Me parece que la copia es bastante fiel.

—Sí, pero han cometido un error gravísimo. En realidad sólo hay ocho planetas y aquí veo nueve. Aquel es Neptuno, aquel otro Saturno, — indicó, señalando con la mano. — Sin embargo allí, como una tangente entre la Tierra y Marte, se ve un noveno punto brillante que parece representar a otro mundo... un mundo del que nosotros no sabemos absolutamente nada.

—Lo cierto es que todo eso, además de ser hermoso, resulta instructivo, — dijo Tim que había recorrido curiosamente el salón sin fijarse mayormente en lo que Sidney había explicado. — Pero creo que hace ya un siglo que no he probado bocado. Digan, amigos míos, ¿ese martiano no pensará en darnos de comer nada más que la fruta de antes?

Los otros dos se rieron a carcajadas.

—No podemos suponerle tan poco amable, sobre todo después de recordar las barcas cargadas de cosas de comer, que vimos en el canal. No se queje, Tim, que nos hemos encontrado con que los martianos son bastante civilizados para que no se les ocurra comernos a nosotros.

Los temores de Tim resultaron desprovistos de fundamento, porque poco después el martiano regresó, seguido de dos sirvientas portadoras de grandes bandejas con fuentes en las que se veían raros manjares procedentes de la cocina martiana.

No fué necesario que invitaran por segunda vez a los jóvenes para que éstos se decidieran a comenzar su primera comida en el planeta Marte.

Aún cuando no entendían las palabras de su huésped, comprendieron en seguida su significado. Un momento después estaban sentados en unos almohadones, junto a la mesa baja en la que habían servido la comida. La poca altura de la mesa y lo bajo de los asientos les resultó molesto en los primeros momentos; pero un rato después, cuando se habituaron a aquella postura, comprendieron que no sólo no era aquello

ANTE LOS MARTIANOS. Cuando Sidney hubo terminado el relato de su maravilloso viaje, un martiano alto, delgado, de nariz aguileña, se levantó: "¿De dónde vienen ustedes? ¿Cuál es su mundo? ¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¡Eso es lo que hace falta saber!" - preguntó en forma brusca, llamando la atención de Sidney a quien, hasta aquel momento, habían tratado con toda cortesía.

tan incómodo como les había parecido, sino que resultaba muy cómodo.

Hasta que hubieron satisfecho su apetito no se dieron cuanta de cuánto les había fatigado aquel día de nerviosidad y excitación. No recordaban cuándo y cómo se durmieron; probablemente les venció el sueño cuando aún se hallaban sentados a la mesa. Cuando Sidney abrió de nuevo los ojos se hallaba tendido cómodamente en una hamaca, y a su derecha y a su izquierda, Ken y Ti dormían aún tan profunda como ruidosamente.

Decidiendo dar una buena broma al q

tan aficionado era a dar bromas a sus amigos, Sidney decendió cautelosa y silenciosamente, de su hamaca, y despertó a Ken, haciéndole cosquillas en la nariz. Los dos se acercaron luego a donde estaba Tim, situándose uno a cada lado de su hamaca. Un suave empujón dado por Sidney comenzó a balancearla y Ken, cuando le llegó el turno, aumentó algo más la fuerza del balanceo; cada nuevo empujón fué dado con más energía, llevando a Tim más y más alto hasta que se despertó lanzando un grito de terror, y mediante un salto muy ágil, salió de su agitado lecho. Todo esto se había desarrollado de acuerdo con lo que Sidney había pensado, pero lo que sucedió después dejó al bromista resentido mental y corporalmente, porque al saltar de la hamaca, Tim fué a cear precisamente encima de Sidney y le hizo dar pesadamente en tierra.

—¿Qué ha sucedido? — preguntó Tim, enteramente ignorante de q' se hallaba sentado en el pecho de su sofocado compañero. Ken no estaba en condiciones de poder contestarle, porque al ver a Tim, con el cabello revuelto y una expresión de intenso terror en el rostro, le había hecho tanta gracia que se reía nerviosamente a carcajadas, pero al ver que la hamaca se balanceaba aún con violencia hizo que Tim se diera cuenta de lo pasado. Al mismo tiempo se percató de que tenía debajo a Sidney, y agarrando dos mechones del cabello de Sidney, uno con cada mano, comenzó a golpear concienzudamente en el embaldosado piso, con el cráneo de Sidney hasta que éste pidió a gritos misericordia.

—¡Ajajá! ¡Está bien! ¿Con qué dando bromitas de estas al amigo Tim? — gritó, punteando cada palabra con un golpe de la cabeza de Sidney en el suelo. — ¡Muy bien! ¿No?

Y no cesó de golpear hasta que Ken le obligó a soltar al otro.

—¡Un poco de compostura! — dijo Ken sonriendo. — Recuerden que aquí no somos más que unos visitantes y que no está bien que deterioremos los pisos de la casa donde se nos da alojamiento.

—¡Oh! ¡Una cabeza suave como la de Sidney no puede estropear estas baldosas!— replicó Tim, que recobraba rápidamente su acostumbrado buen humor. — Estaba soñando, cuando me desperté, que Perla del Espacio se hallaba de nuevo en camino del planeta Marte y nosotros esperábamos por momentos ser reducidos a polvo y de pronto me sentí violentamente arrojado de un modo que creí llegado mi fin. Lo siento, Sidney; tal vez le haya agrietado algo más su destartalado cráneo.

—¡Bah! ¡Esto no tiene importancia, grandísimo loco! — dipo Sidney, pasándose la mano por la sacudida cabeza. — No se condujo usted con mucha suavidad, pero no niego que yo lo tenía merecido. La próxima vez espero que los golpes alcancen a Ken y que sea a mí a quien le toque reirse.

La vida en el planeta Marte resulta agradable a los jvenes viajeros y por fin llega el momento de explicar cómo es la Tierra a los habitantes de un planeta moribundo.

Entonces empezó un período de tranquilo interés para los tres jóvenes viajeros del espacio, período que hubiese resultado aburridor, por lo monótono a no hallarse rodeados de cosas tan nuevas y tan extrañas para ellos. Más adelante iban a verse en aventuras suficientemente agitadas para satisfacer al más ansioso de verse en instantes de verdadero apuro, pero, por el momento, los martianos parecían estar enteramente preocupados por su deseo de aprender el idioma de los viajeros y enseñar a éstos el que se hablaba en Marte.

Aun cuando se les dió gran libertad de acción y hasta les invitaron a numerosas excursiones en las que vieron casi todo cuanto había que ver, la mayor parte del día la dedicaban a estudiar con todo el mayor tesón, el lenguaje martiano. Todas las mañanas, durante tres horas, un grupo de ancianos, — que según lo supieron más adelante los muchachos eran los más eminentes lingüistas de la ciudad. — les enseñaban pacientemente y con igual rapidez con que ellos aprendían el martiano, los martianos profesores aprendían el inglés. Sería aburrida la relación detallada de lo pasado durante aquellos tranquilos días, pero la verdad es que cada mañana que pasaba aprendían algunas palabras más y fué tanta la buena voluntad que mostraron los tres jóvenes y el empeño que pusieron, que durante el resto del día se jercitaban todo lo más posible en hablar el idioma que estaban aprendiendo. Consecuencia de todo esto fué que, antes de haber transcurrido un mes, podían conversar, — con lentitud y tropezando a veces, — con los sabios profesores que les visitaban todas las mañanas.

Empleban las tardes en pasear por la ciudad o por sus arrabales. En todas partes reinaba la misma escrupulosa limpieza, debido en parte a la carencia completa de todo tráfico de vehículos. Además no había ni caballos ni perros ni gatos, ni ninguna clase de animales por el estilo, en aquel extraño mundo.

El tráfico pesado necesitado por el aprovisionamiento y demás exigencias de la ciudad martiana, se verificaba por medio de un sistema de túneles subterráneos que formaba una red que se extendía en todas direcciones. Un día, invitaron a los tres jóvenes a recorrer aquel mundo subterráneo, que estaba alumbrado por el mismo fulgor de sol que se usaba para alumbrar las calles de la ciudad en cuanto anochecía. Durante la excursión por los túneles tuvieron ocasión de admirar nuevamente el poder de organización de los martianos, de tal modo, con tanto silencio como facilidad y rapidez, corrían los pesados carros eléctricos, por aquellos túneles.

En cuanto a las excursiones que hicieron al aire libre no es necesario mencionar por ahora más que algunos pocos detalles que llamaron especialmente la atención de los muchachos. La tierra era, en todas partes,

monótonamente lisa; no vieron nunca ni siquiera algo parecido a una colina o un cerro. El canal que cruzaba por la ciudad podía ser considerado como una arteria que daba vida a toda la raza martiana, porque sólo cuando sus aguas humedecían la tierra, producía ésta lo que se necesitaba para la alimentación de aquel pueblo. Las excursiones por el campo permitieron a los jóvenes ver que la tierra estaba cultivada en franjas de una milla de ancho a cada lado del canal,, pero que, fuera de esos espacios lo restante del campo era un verdadero desierto tostado por el sol y de la dureza del granito.

Durante varios de esos paseos, los jóvenes fueron acompañados por el viejo martiano que les había tratado con tanta amabilidad desde el día de su llegada y en cuya casa se hallaban alojados. En todos los sitios que visitaban el anciano era siempre tratado con especial atención y respeto, pero los muchachos no se hallaban preparados para enterarse de que estaban alojados en casa del presidente Senama, la más alta personalidad de la República Martiana. De esto se enteraron cuando llegaron a comprender con relativa claridad el nuevo lenguaje.

Tanto el presidente como los profesores se abstuvieron de dirigirles preguntas a los jóvenes hasta que éstos se hallaron en situación de hacerse entender debidamente. Se comprendió que el presidente sentía suma satisfacción cuando, por fin, un día se atrevió a preguntarles si no tendrían inconveniente en explicar de dónde procedían. En cambio se les informaría sobre el mundo a que habían llegado.

—Creo que, por fin, estamos en condiciones de entendernos, — dijo Senama, — y ustedes me han sorprendido por la rapidez con que han aprendido a hablar nuestro idioma. Debo manifestarles que toda esta gran ciudad de Pelémone siente grandes deseos de oír el relato de ustedes, así que si realmente, ustedes lo desean, les pediré que asistan a una reunión en la que se hallarán presentes nuestros más distinguidos ciudadanos.

—Nada puede sernos más agradable, señor, — contestó Sidney. — pues sentimos tan grandes deseos de saber algo sobre ustedes como ustedes pueden sentirlos de saber algo sobre nosotros.

—Bien. Entonces usted, Sidney y ustedes Ken y Tim, me acompañarán hoy, cuando yo asista a la acostumbrada reunión de los yúmenes.

—¿Los yúmenes? — preguntó Sidney. — ¿Qué son los yúmenes?

—Es ese el nombre que damos a los miembros encargados por nuestros ciudadanos, de gobernar en Pelémone, — contestó Senama.—Pero antes debo decirles por qué nuestro pueblo está tan deseoso de oír el relato de ustedes y por qué sabemos que, con seguridad, tiene que ser portentosa.— Senama hizo una pausa, procurando escoger palabras fáciles, que los tres jóvenes pudieran entenderle con facilidad. — Nuestro egrex, es decir, los que ustedes llaman astrónomos, notaron una noche la presencia de un puntito, oscuro que se movía por el espacio, camino de este mundo; durante un tiempo se imaginaron que habían descubierto un nuevo meteoro, pero pronto se dieron cuenta de que aquel punto se movía, viajando con gran rapidez pero no como recorre el espacio un meteoro cualquiera.— Senama calló un momento. — ¿Me entienden?

—Comprendemos bastante bien, señor,— contestó Sid; — tal vez no entendamos algunas palabras de martiano, pero no se nos escapa el sentido de las frases.

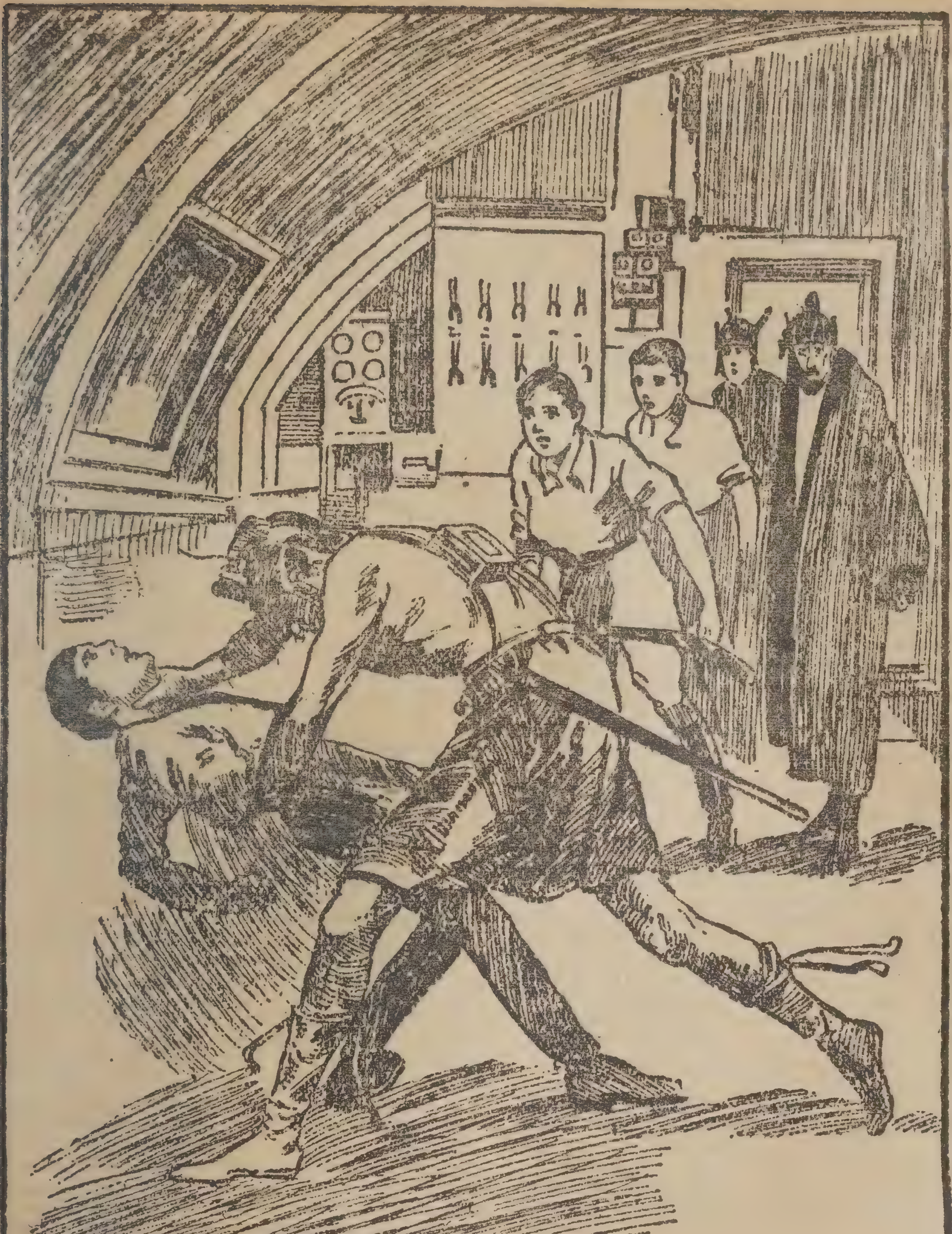
Como se comprenderá lo precedente no es una reproducción literal de las palabras cambiadas entre el joven y el presidente, el cual expresaba mal muchas palabras cuando hablaba en inglés.

—Aquel extraño objeto, — prosiguió Senama, — provocó una cantidad de científicas controversias entre nuestros sáiners (profesores); pero mientras tanto, la causa de tales discusiones se hacía cada vez más y más grande hasta que, por último, nuestro principal egrex anunció que se estrellaría contra la superficie de nuestro planeta dentro de un plazo de dos días. Durante un tiempo esto causó gran consternación en todo nuestro pueblo pues no faltó quien se imaginara que estaba cerca el fin de nuestro mundo. Pero pronto se supo que el volador objeto era de reducidas dimensiones y fué entonces cuando pensamos que era posible que se tratara de algo procedente de otro mundo que quería entrar en comunicación con nosotros. El miedo cedió entonces su sitio a la más intensa curiosidad y cuando se indicó definitivamente el sitio donde tan extraño objeto tocaría la corteza de nuestra planeta se congregó la numerosa muchedumbre que ustedes vieron en la antigua arena, donde esperó pacientemente durante varias horas. Hasta que ustedes estuvieron bastante cerca, no nos dimos cuenta de que la velocidad del objeto misterioso disminuía visiblemente.

—¡Por suerte para nosotros, así fué, señor! — exclamó, sonriendo, Sidney. — De no haber sido así, nuestro "objeto misterioso" con nosotros dentro, se hubiera hecho polvo al chocar con este planeta.

—Es verdad, — opinó Senama, — y debido a esa reducción de velocidad comprendimos que alguien debía manejar aquello que indudablemente procedía de otro mundo. En consecuencia, la presencia de ustedes causó menos impresión de la que hubiese causado a no mediar esas circunstancias — Senama calló un instante y miró a los muchachos sonriendo, con amabilidad.—Ahora comprenderán, amigos, cuán intensa es la curiosidad que han despertado ustedes. Dentro de dos horas saldremos de aquí para asistir a la reunión de los yúmenes, que se verificará en la Dunca. Una vez allí ustedes podrán hablar con entera libertad.

Los jóvenes tenían mucho que decirse y mucho que comentar, como consecuencia de lo que el presidente Senama les había dicho, pero aun no habían empezado en verdad su conversación cuando se presentó de nuevo el presidente. En el momento en que salieron los cuatro de la residencia del presidente pudieron darse cuenta los jóvenes de



EL ATAQUE DEL MARTIANO. Cuando Tim se negó a salir de delante del tablero de las manijas que constituían el aparato con que Perla del Espacio era manejado, el enfurecido Agnoi, abandonando toda prudencia, saltó sobre Tim con la agilidad de una pantera y un instante después había agarrado al joven por el cuello.

la veracidad de las manifestaciones de Senama sobre el intenso interés despertado por su llegada.

Se había hecho pública, sin duda, la noticia de que iban a hacer su primera visita oficial a la Dunca, el palacio de lo que, entre nosotros es el Ministerio de Relaciones Exteriores; y con gran sorpresa y no poca molestia notaron que en las calles, en los balcones y ventanas, se había congregado una densa multitud que esperaba impaciente su presentación.

El trayecto de la casa del presidente hasta el gran canal donde les esperaba la barca oficial, se hallaba flanqueado por filas de curiosos. Recorrieron aquel trayecto de modo triunfal y cuando llegaron al embarcadero vieron que en el canal había centenares de embarcaciones vistosamente engalanadas como si se celebrara algún festival público.

Avanzaron por el estrecho espacio del canal que la multitud les había dejado para que pasara la barca. Los jóvenes, a pedido de Senama, saludaron y sonrieron, al pasar ante los barcos en que la multitud les aplaudía. Cuando llegaron, por el canal, a lo que era el centro de la ciudad, su embarcación se aproximó a la orilla de una espaciosa plaza donde también se había reunido muchísima gente a esperarles. Por fortuna ya estaban cerca de su destino porque el ruido de la multitud tenía aturdidos a los jóvenes, así que experimentaron una sensación de alivio cuando entraron en el portal de la Dunca, imponente palacio de mármol blanco, que se levantaba al otro lado de la plaza.

Una vez dentro del palacio la gritería de la multitud no se oía más que como el rumor del mar lejano, Senama dándose cuenta del cansancio que demostraban los jóvenes, les hizo servir exquisitas bebidas heladas.

—Ahora, amigos míos, ustedes se habrán percatado de la grandísima ansiedad con que todo el pueblo espera sus palabras, — dijo Senama. — Dentro de un momento les acompañaré a la sala de nuestro consejo donde están reunidos los yúmenes. Pero antes debo prepararles a ustedes para lo que les espera. El consejo se compone de ocho miembros, cuatro de ellos elegidos por los habitantes de la zona canal. La presidencia, que yo desempeño ahora, es ocupada, por turno, primero por un miembro de la ciudad, después por uno del campo. Además de los miembros del consejo, un grupo compuesto de nuestros principales profesores y sabios, se hallará presente. Varios repórters de los tubos acústicos asistirán a la reunión y tomarán nota de todo cuanto acontezca en esta primera reunión interplanetaria. Ahora, amigos míos, si han descansado ya, tengan la bondad de acompañarme.

Los muchachos siguieron a Senama bastante nerviosos e intranquilos preguntándose qué sería lo que resultaría de aquella entrevista.

—¡Cuidado muchachos! — dijo Tim en voz baja. — No se olviden de que representamos a la Tierra y que tenemos que dejar bien puesto nuestro pabellón.

El salón de sesiones de los yúmenes era de imponente proporciones. Los ocho consejeros tenían sus asientos colocados formando semicírculo. Los asientos eran bajos, como todos los de Marte.

En el centro del semicírculo estaba el sitial del presidente. Detrás del semicírculo había cuatro mesas y en cada una de ellas un aparato parecido a una máquina de escribir. Cada maquina era atendida por un jóven martiano de despejada mirada, cuyo aspecto desenvuelto indicó a los compañeros que se trataba de los que, en Marte, desempeñaban el papel de los repórters de diario en la Tierra.

Detrás de ellos se elevaba una galería en la que estaban cuarenta o más martianos ancianos, de ambos sexos, eran las personas distinguidas a que se había referido el presidente.

Cuando los jóvenes entraron en el salón cesó instantáneamente el rumor de las conversaciones. Reinó al punto un silencio imponente y profundo. Senama acompañó a los muchachos a unos asientos que había en medio del semicírculo y después de una breve pausa los presentó a aquella distinguida y selecta reunión de elementos martianos.

—Miembros del consejo y personas invitadas, — dijo, — el día de hoy trae un nuevo interés a nuestra vida porque hoy el palacio de nuestra Dunca se ve honrado por la presencia de estos dignos representantes de un mundo muy lejano del nuestro. Su presentación ha contestado a una pregunta que se hicieron muchas veces nuestros hombres de ciencia que en tantas ocasiones discutieron la posibilidad de que no fuera nuestro planeta el único donde existía la vida en las condiciones que la conocemos o parecidas. La presencia de estas personas no se limita dar respuesta a esa pregunta, indica también, a juzgar por el modo como han realizado su viaje, que en su mundo existe una inteligencia equiparable a aquella de que estamos dotados nosotros. — Hizo una pausa y, al mirar a los tres jóvenes, le brillaron los ojos de entusiasmo. — ¿Por qué ha elegido ese mundo, para enviarlos hacia nosotros a tres jóvenes en edad temprana? Esto ha despertado gran curiosidad, pero es este un punto del cual ellos hablarán más adelante. A ustedes, aventureros de los espacio siderales, brindamos nuestra franca bienvenida y les agradecemos públicamente la concentración mental que han soportado, y gracias a la cual podemos ahora conversas con ustedes y ustedes pueden conversar con nosotros. — Dejó de mirar a los jóvenes y se volvió hacia los martianos: — Primero oiremos su relato. Después, y por deseo de ellos mismos, contestarán a las preguntas que queramos hacerles. — Senama calló de nuevo y se oyó un murmullo de aprobación. El presidente se volvió nuevamente hacia los jóvenes, sonriendo como para animarles: — Ahora, viajeros del espacio, tengan ustedes

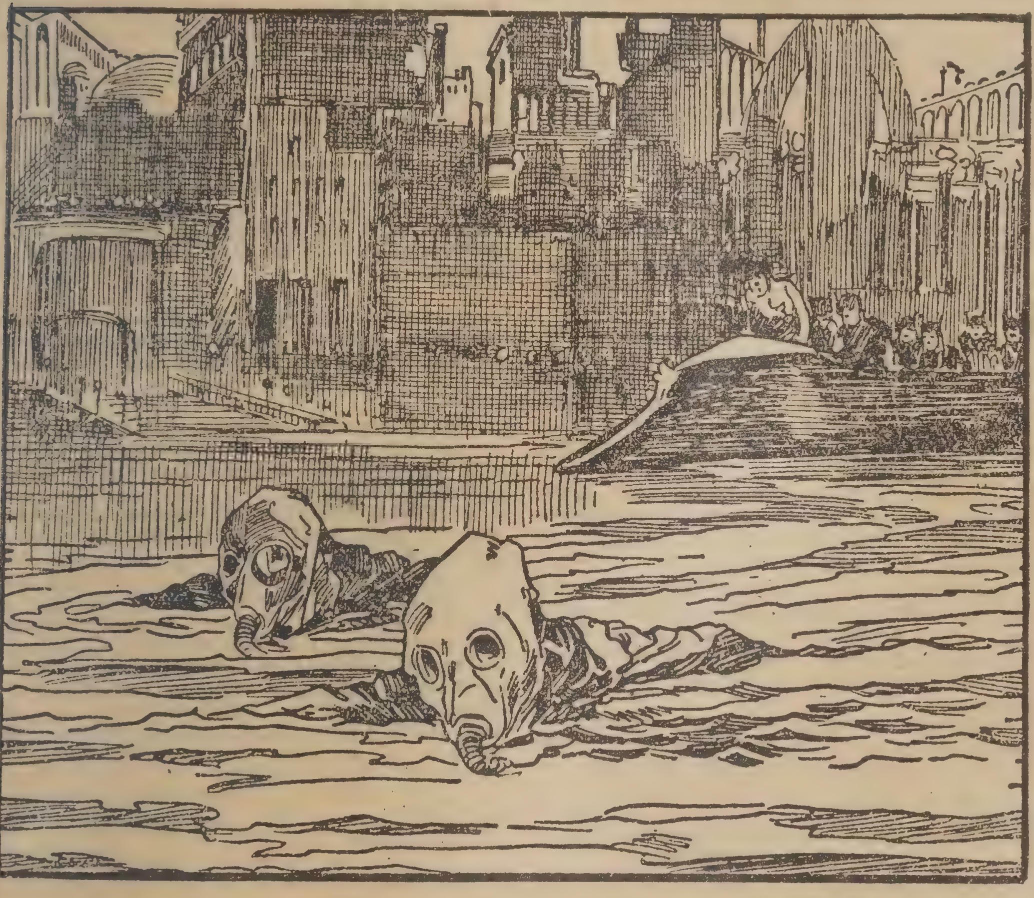
la bondad de decirnos quiénes son y de dónde vienen.

Empujado por sus nerviosos compañeros, Sid se puso de pié, sonrojándose y conturbado. Habló al principio titubeando pero despues fué poco a poco, recobrando su aplomo de siempre y prosiguió expresándose con entera desenvoltura.

—Señor residente, señores miembros del consejo, señores: Ustedes desean oir nuestro relato y para nosotros es una satisfacción poder ofrecerles la narración de lo que

y con suma sorpresa, se dió cuenta de que entendían todo lo relacionado con el misterio de la fuerza de gravedad. No dijo como habían logrado dominar esa fuerza, pero fuera de eso les contó detalladamente todo lo relacionado con la construcción de Perla del Espacio y su viaje sideral, hasta su llegada a Marte.

Su narración fué escuchada en medio del más religioso silencio; no fué interrumpida más que por murmullos de admiración ante las maravillas que describía. Durante cerca



HUIDA A NADO. Varios golpecitos que Sidney y Tim sintieron en la careta que les protegía, les convencieron de que los videri de la lancha les habían tomado por blanco y les disparaban una granizada de mortíferas bolitas de vapor. Los dos compañeros nadaron vigorosamente para no caer prisioneros de los enemigos.

nos ha pasado. Pero antes debemos darles las gracias por las atenciones con que nos han recibido y la hospitalidad que han brindado a unos desconocidos que se han presentado aquí sin que ustedes supieran por qué ni para qué. Puedo asegurarles que nuestra visita es enteramente amistosa, a la vez que extraña.

Pidió luego disculpa por la pobreza de su lenguaje pues aún no había podido aprender bien el martiano. Les contó después cómo habían hecho su primer descubrimiento

de una hora los repórters realizaron verdaderos milagros de destreza manejando sus extrañas máquinas que funcionaban en completo silencio.

—Y ahora ya les he contado todo lo que nos ha sucedido y sólo nos queda hablarles del mundo de donde venimos. — Calló porque lo encontraba todo enteramente distinto de cuanto había en Marte y le era dificultoso hallar el modo de establecer comparaciones. — No sé, en verdad, cómo empezar,

— dijo, — y no sé qué puntos pueden interesarles más a ustedes.

Mientras Sidney callaba, pensando que podría interesar más a los martianos, un hombre delgado alto, de nariz aguileña que estaba sentado cerca de Senama, se levantó de su asiento.

—Presidente, — preguntó, — ¿tengo permiso para dirigir algunas preguntas sobre su mundo, a ese joven? — Y sin darle a Senama tiempo para contestar, se volvió hacia los jóvenes — ¿De dónde vienen? ¿Cuál es su mundo? ¿Cómo se llama? ¿Dónde está? Eso es lo que más nos importa.

Se expresó con ruda brusquedad y aún cuando sorprendido ante su tono porque hasta entonces habíanle tratado con toda cortesía, Sid contestó inmediatamente.

—Venimos de la Tierra, — dijo.

—¡Tierra! — exclamó el martiano — ¿No es tierra lo que pisamos aquí? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—¡No! ¡Esto no es la Tierra! — le replicó Tim. — ¡Esto es el planeta Marte! ¡Me sorprende que no sepan ustedes el nombre del mundo donde viven! — agregó con toda ingenuidad.

Se produjo otro momento de silencio después de la rápida interrupción de Tim. Después todos se rieron a la vez, menos el martiano de nariz aguileña que, ceñudo, esperó que cesara el ruido y Tim que miraba asombrado ante la hilaridad producida por sus palabras.

—¡Ah! ¡De modo que es así como nos llaman ustedes! — dijo Senama, sonriendo. — ¡Marte! ¿Qué significa esa palabra en su lenguaje, joven viajero?

—Marte, señor, — explicó Sid, — es, entre nosotros el nombre del rey de la guerra, de las batallas; y hemos dado ese nombre a este planeta porque desde el nuestro se le ve de color rojo, casi del color de la sangre.

—Pero, ¿cuál es su mundo?—contestó el martiano que le había interrogado primero.

—No puedo explicarlo más que diciendo que es el que está tercero, contando desde el Sol.

—¡Chérnurm! — dijeron, en seguida y a la vez, varios de los presentes.

El que interrogaba a Sidney levantó una mano, imponiendo silencio.

—¿Es su mundo parecido al nuestro? ¿Tienen ustedes un canal que proporcione agua a su pueblo?

—No, no; nuestro mundo, el que ustedes llaman Chédnurm, tiene cubierta de agua más de la mitad de su superficie. Tenemos grandes mares que se extienden miles de millas cuadradas; y ríos, varios de los cuales son mucho más anchos y más profundos que los canales que dividen las tierras de ustedes.

—¡Eso no puede ser verdad! — replicó bruscamente el martiano. — El agua disminuye siempre y lo sabemos nosotros a nuestro costo. El agua debe secarse en el mundo de ustedes como en el nuestro. Diga usted la verdad, joven.

—He dicho la verdad, — replicó enérgicamente Sidney. — Nuestros ríos y nuestros mares vuelven a llenarse mediante la lluvia y la lluvia se forma en las nubes y cae de ellas.

Los que formaban el auditorio de Sidney se miraron unos a otros con incredulidad; se notaba en todos los semblantes la sonrisa irónica del que oye un estupendo embuste. La risa socarrona del que le había interrogado hizo que Sidney se sonrojara de indignación. Senama logró que reinara de nuevo el silencio y luego dirigióse a Sidney.

—Debe usted perrdonar a nuestro pueblo porque lo que usted ha dicho es tan maravilloso que tiene que parecernos increíble. Permítame que me explique. Aquí el Fuego Grande luce siempre sobre nosotros; consume nuestra agua en forma que, según lo hemos comprobado la hace disminuir cada vez más. Se la lleva, pero no hace lo que en el mundo de ustedes, pues no la devuelve. ¡Sin su calor, nuestro mundo llegaría pronto a su fin, pero nos trata mal pues nos roba el agua en pago de su calor y lenta pero seguramente nuestro mundo está muriendo!

Las manifestaciones de los jóvenes viajeros asombran cada vez más a los martianos, que se resisten a creer que la Tierra sea como ellos dicen.

Sidney recordó entonces que, desde que se hallaba en Marte, no había visto ni un solo día nublado; el Sol alumbraba siempre con todo su fulgor.

—¿Cómo voy a poder hacerles comprender a ustedes cuál es el aspecto del mundo de donde vengo? — preguntó el joven. — En nuestro mundo hay días de sol como los de acá, pero de pronto sopla el viento, arrastra las nubes y éstas, interponiéndose entre la Tierra y el Sol, suavizan la fuerza de su luz. Además en determinadas circunstancias el agua que está, en las nubes en forma de vapor cae sobre la tierra en gotas. Otros veces, si el frío atmósferico es grande, cae en forma de nieve y además se presentan días de niebla.

La voz de Sidney vibraba en el espacioso salón pero el joven iba perdiendo su aplomo porque veía pintada la incredulidad en el rostro de cuantos formaban su auditorio. Los periodistas o encargados de los "tubos acústicos" anotaban con gran rapidez cuanto ellos decían pues, como los periodistas de Europa y de América, sentían personal interés por cuanta noticia era realmente atractiva y sensacional, fuese o no verídica. Aquellos periodistas martianos esperaban con nerviosidad que Sidney continuara.

Sidney se sentía en situación muy molesta ante aquel auditorio que se imaginaba que el viajero sideral se estaba riendo de él. Por suerte, Ken tuvo en aquel momento una oportuna inspiración, y llevando la mano al bolsillo sacó de él una libreta con muy viejas tapas de imitación cuero.

—Aquí tiene, señor presidente, algo que ha de contribuir a demostrar la veracidad de las palabras de mi compañero — dijo

Ken, abriendo la libreta y desplegando un mapa de Europa en escala relativamente grande, que había en ella. — Aquí está en mi poder, por una feliz casualidad, un mapa que representa una parte de nuestro mundo. Esto, señor, le permitirá apreciar cómo es verdad lo que ha dicho Sid sobre la existencia de mares, ríos y demás superficies de agua.

Los martianos se agruparon, con suma curiosidad, en redor de Ken, que sostenía el mapa extendido para que todos pudieran verlo bien.

—Aquí es donde nosotros vivimos, — explicó Sidney, indicando las islas Británicas. — Todo esto que nos rodea es agua... uno de los mares de los cuales he hablado a ustedes.

—¡Agua! — murmuró Senama. —¡Agua ilimitada! Pero tenga cuidado, viajero. Explique a sus superiores cuando vuelva a su país, todo el valor que tiene el agua; dígales cuánto sufrimos nosotros porque tenemos poca y aconséjeles que no la despilfarren.

—Lo diré, sin duda, — contestó cortesmente Sidney, aún cuando secretamente se sonreía al darse cuenta de que a pesar de sus explicaciones, los martianos no comprendían cómo era la Tierra y cómo eran sus grandes mares. — Claro está que nos interesa conservar lo más posible el agua, pero el mundo de ustedes, aún teniendo menos agua, es más hermoso que el nuestro en muchos conceptos.

—Parece que usted no comprendiera bien, — insistió Senama. — El problema del agua se sobrepone aquí a todo otro problema, sea el que sea. Unicamente en los extremos Norte y Sur, tenemos una pequeña reserva; de ahí la construcción de nuestros canales. Por más cautelosos que sean nuestros procedimientos, a pesar de todas las notables invenciones de nuestros hombres de ciencia, esa reserva de agua se hace cada día menor. Debido a eso, la parte habitable de nuestro mundo reduce su extensión cada vez más, día tras día.

Cuando el anciano presidente hubo terminado, los muchachos no sabían que decir, Semejante triste porvenir tenía que ser causa de preocupación y comenzaron a darse cuenta de que las inescrutables leyes del universo habían decretado, en forma implacable, la desaparición de todo rastro de vida en aquel viejo planeta.

—Lo que ustedes han contado, viajeros, nos parece un sueño, — dijo Senama algo después. — Lo que ustedes han descripto es maravilloso, muy maravilloso. Ojalá pudiera nuestro viejo planeta retroceder a la época de vitalidad que aún posee el de ustedes.— Y movió la cabeza, pensativo. — Pero nuestro día fatal no ha de tardar en llegar. Creo que nuestro egoísmo ha sido causa de que ustedes hayan pasado aquí unos momentos desagradables, que no he podido evitarles. Ya habrán comprendido ustedes la razón. Lo único que ahora me queda por hacer es declarar terminada la sesión.

—Pero ¿no oiremos más detalles sobre cómo es la vida en ese mundo venturoso? — preguntó el martiano que les había sido tan antipático a los muchachos. — Porque, según parece, debe ser un sitio encantador para vivir en él.

—Es de suponer que nuestros amigos los jóvenes viajeros procedentes de Chénurm querrán hablarnos con más detalle, de lo que pasa en su país, — replicó Senama, con toda energía, — pero no hoy. Tengo ahora algo que pedirles, amigos viajeros.

—Todo cuanto esté en nuestro poder, señor presidente... — dijo Sidney en seguida.

—Suplico a ustedes quieran regalarnos eso, a lo que ustedes llaman un mapa, con el propósito de hacerlo copiar en los muros de alguno de los salones de este palacio de modo que podamos recordar y pensar en lo que ustedes nos han dicho ya y en todo cuanto nos hayan de decir antes de regresar a Chénurm.

—¡Cuando regresen!... ¡Eso es!

En el momento en que Sidney hacía entrega del mapa al presidente oyó pronunciar esas palabras por lo bajo. Las había proferido el delgado y alto martiano de nariz aguileña, y aún cuando su significado no fué muy claro para él en aquel momento, tuvo ocasión de recordarlas y de apreciar su siniestro significado pocos días después.

Entre los dos bandos rivales en que se dividían los habitantes de Marte, se produce el primer rozamiento grave durante una visita a Perla del Espacio.

La mañana siguiente, cuando los tres compañeros estaban tomando el desayuno en compañía del presidente Senama, anunciaron a un visitante, en quien reconocieron inmediatamente al miembro del consejo de los yúmenes que tan contrario a ellos se había mostrado el día antes.

—Perdone usted, presidente, que le visite tan temprano ,pero es el caso que he recibido de varios amigos míos un pedido que debo hacer a los jóvenes habitantes de Chénurm.

Senama indicó a su visitante que se sentara.

—Viajeros, — dijo, volviéndose hacia los tres compañeros. — este caballero es el principal Agnoi, que no presentó a ustedes ayer como debí hacerlo, pues me sentía muy nervioso y absorbido por todas las cosas interesantes que dijeron ustedes sobre su maravilloso mundo. Pero ahora, Agnoi, ¿qué desea usted de los viajeros procedentes de Chénurm?

—Una insignificancia, — dijo Agnoi, haciendo un ademán de indiferencia, — algo de muy poca importancia. Usted, presidente, ha situado una guardia para que custodie el aparato devorador del espacio en que vinieron estos viajeros, y tanto yo como varios de mis amigos, desearíamos visitarlo, si sus propietarios lo permiten.

—¡Pero ustedes lo han visto ya! — replicó Senama.

—Sí; pero no hemos visto nada más que la caparazón exterior. Deseamos ahora que los viajeros nos acompañen a visitar todo su interior y nos muestren su maquinaria. Unos aparatos que producen un poder de

propulsión tan extraordinario tienen que ser muy interesante para todas las personas estudiosas de verdad.

Agnoi se xpresaba con la mayor franqueza y sonriendo con suma amabilidad y Sidney sintió deseos de explicarle en aquel instante la sencillez de su portentosa invención. Tal vez lo hubiera hecho a no haber mediado una mirada de Senama indicándolo lo contrario.

—Bien; es posible que los viajeros autoricen esa visita, — dijo Senama: — pero, ¿quién, además de usted, Agnoi, desea visitar el devorador del espacio?

—Unicamente Noma, Parla y Renue, — contestó en seguida Agnoi.

Senama miró inquisitivamente a Sidney.

—Por nuestra parte no tenemos razón para oponernos a esa visita, — contestó el joven. — La verdad es que deseamos ver si todo está allí en perfecto estado, pues no hemos visitado el Perla del Espacio desde que llegamos. Haremos con mucho gusto, en compañía de esos caballeros, una visita a nuestro navío sideral.

—No teman que pueda haber variado algo de sitio en su buque. La guardia que lo custodia es de toda confianza y con seguridad no ha tocado ni dejado tocar nada, — dijo Senama. — Pero ya que se le ha ocurrido a usted, Agnoi, hacer una visita al navío del espacio, se me ocurre que también me gustaría acompañar a estos jóvenes en esa visita y propongo, para que no quede nadie descontento ni pueda ninguno considerarse excluído, que la visita sea realizada por todos los miembros del yúmen.

Agnoi se puso muy colorado y dirigió una mirada llena de odio al presidente. Después se volvió hacia los jóvenes y les agradeció con toda melosidad y cortesía la rapidez con que habían accedido a lo que él les pedía en nombre propio y en el de sus amigos Noma, Parla y Renue.

Se acordó que la visita fuera realizada aquella misma tarde. Agnoi se retiró casi inmediatamente. En cuanto se cerró la puerta después de haberse ausentado el miembro del yúmen, el presidente Senama miró seriamente a los jóvenes.

—Amigos míos, ustedes notaron sin duda mi vacilación cuando Agnoi manifestó lo que deseaba, y la explicación que voy a darles ahora ha de ser una advertencia. Ya he hablado a ustedes de las dos partes en que se divide el yúmen: cuatro miembros representantes de la ciudad de Pelémone y cuatro de la región de los distritos exteriores, que son los que producen las subsistencias para toda la población en general.

—Sí, señor; eso lo hemos comprendido bien, — dijo Sidney.

—Pues bien, Agnoi es amargamente hostil a los miembros representantes de la ciudad y me odia personalmente, además de aspirar a ocupar el puesto de presidente que yo desempeño en la actualidad. Con frecuencia y debido al temor constante de que nos falte agua, ha procurado agitar contra mi a las masas obreras que ignoran la verdad de la situación. Es hombre que cuenta con partidarios en los distritos del campo y ha conseguido convencer a aquella gente de que dentro de unos pocos años, el agua estará a punto de agotarse.

—¡Pero aun cuando eso fuese verdad, usted no puede evitarlo! — exclamó Sidney. — Por lo tanto no veo cómo puede responsabilizarle a usted, precisamente, de lo que suceda.

—Sin embargo, Agnoi ha conseguido hacer creer a sus secuaces que dejando que la ciudad de Pelémone consuma el agua que consume, lo que hace es abreviar la existencia de los distritos rurales, aun cuando la verdad es que el agua que tenemos puede durar aún varias generaciones. Pasa con ella como con el aire que respiramos, aun cuando se va enrareciendo lentamente, aun podrá proporcionar vida durante muchos años.

—Pero usted puede hacer que esa gente comprenda la verdad y cese de estar alarmada por manifestaciones enteramente inexactas.

—Viajeros: la verdad es que Agnoi desea el holocausto de la mitad de la gente, un holocausto que suprima a todos los que son sus enemigos y que le deje a él dueño del poder supremo. Sean las condiciones que sean las que reinen en el país de ustedes, aquí es el terror quien gobierna y el terror no admite reflexiones ni razones. La visita de ustedes ha proporcionado a Agnoi un nuevo pretexto para alborotar a sus partidarios y creo que el motivo verdadero de su deseo de visitar Perla del Espacio no es otro que el de enterarse del secreto de su mecanismo y tal vez el de aconsejar la construcción de numerosos navíos de esa clase para escapar de este mundo que se muere y volar a radicarse en el de ustedes.

—Entonces ¿por qué dejó usted que yo accediera a que Agnoi visite nuestro buque? — preguntó Sidney.

—Porque por el momento, deseo evitar cualquier combate violento. Toda la población de Pelémone está de mi parte, pero reina gran agitación entre los partidarios de Agnoi, consecuencia del anuncio de un terrible porvenir, hecho por el mismo Agnoi. Un rozamiento violento entre nosotros dos tendría por consecuencia una guerra. Pero hablemos de la visita a Perla del Espacio. Haciendo que vayan todos los miembros del yúmen, Agnoi y sus partidarios estarán en minoría y resultarán menos peligrosos. En cuanto a ustedes tienen todo derecho a no divulgar los secretos cuya propiedad nadie puede negarles. Guarden ustedes sus secretos cuidadosamente pues no creo estar equivocado al suponer que Agnoi se propone provocar algún desagradable tropiezo.

Senama tenía mucho que hacer y no tardó en separarse de los muchachos, dejándolos solos y entregados al comentario de los acontecimientos.

—Ya ven, compañeros, — dijo Sidney, preocupado, — que nos hallamos en la desagradable situación de unas ratas humanas en una jaula muy grande. Nuestro navío sideral está rodeado por una guardia de martianos y no se nos permite visitarlo como no sea en compañía de algún alto funcionario. Comprendo que los martianos no quieran que nos marchemos todavía pues desean enterarse, por nosotros, de todo lo relativo a

la Tierra, Senama está, sin duda, de parte nuestra y no desea que se nos moleste. El punto importante es saber si dejarán que nos permita irnos cuando queramos partir o si lo impedirán. Su posición no es tan sólida como lo supusimos en el primer momento y hasta hace poco.

—Esa es la verdad de la situación,— dijo Ken. — Poco es lo que hemos visto a esa gente de la zona de los canales, pero sin duda son más numerosos que los habitantes de Pelémone. y debe ser gente peligrosa, pues si no lo fuera, Senama hubiera adoptado otra actitud ante el pedido hecho por Agnoi.

Senama volvió después a la habitación donde estaban los tres muchachos y los encontró casi enteramente dispuestos para salir.

—Ahora, viajeros, recuerden que les he recomendado que se reserven con todo cuidado sus secretos. — Cambió bruscamente de tono y de tema. — Ustedes han experimentado ya varias veces nuestros aparatos para volar y han recibido algunas lecciones sobre su manejo, ¿se creen suficientemente enterados de su funcionamiento para realizar oon alas esta excursión o prefieren ir, más lentamente, por agua?

—¡Con alas, señor! ¡Con alas! — exclamó Tim, muy entusiasmado.

Fueron equipados rápidamente con los aparatos de volar a los cuales estaban más o menos habituados ya. Estos aparatos eran de muy sencillo mecanismo. Consistían en dos telas de un tejido fibroso, que se extendían de la axila a la muñeca de cada brazo y luego hacia abajo, hasta la rodilla. Además, una cajita de metal era sujetada, por medio de unas correas, a la espalda y de esa cajita salía una cantidad de alambres delgados y revestidos, que terminaban en dos manijitas, una para cada mano.

La fuerza motriz era, sin duda, una potentísima corriente eléctrica, pero aun cuando habían preguntado como funcionaba aquello, nadie había sabido explicárselo, dándoles las respuestas que oyeron, el convencimiento de que los martianos no querían divulgar lo que era, indudablemente un secreto.

Lo único que sabían era quo oprimiendo la manija de la izquierda, se ponía en acción la batería y que bastaba con extender los brazos para que se sintieran elevados por el aire. Una vez llegados a suficiente altura, se apretaba la manijita de la derecha y entonces se ecrecentaban las vibraciones de la batería y se volaba a una velocidad de más de ocho millas por hora.

Mientras estaban en el aire tenían que tener los brazos extendidos y debido a esto pensaron los muchachos que mediante alguna especial combinación, la fuerza nerviosa del cuerpo humano era utilizada en el vuelo, agregada a la fuerza artificial de la potente batería. Para girar en el aire no era necesario, lo mismo que para no tropezar con los otros voladores, nada más que un simple movimiento de los músculos, igual que si fueran caminando o corriendo.

Desde lo alto de la blanca escalinata del palacio residencia de Senama, los tres amigos vieron que los consejeros de estado se hallaban prontos ya, con las alas puestas, esperando que se presentara su presidente con sus huéspedes.

Un minuto después todo el grupo partía, volando, hacia el valle donde estaba Perla del Espacio, y aun cuando Agnoi y sus tres compinches se quedaron cuidadosamente lejos de ellos, los demás conversaron afablemente con los muchachos. La conversación, durante el vuelo no era molesta porque los aparatos para volar no hacían ni el menor ruido.

Cuando llegaban a su destino y planeaban suavemente, descendiendo, los compañeros vieron que una guardia de unos veinte martianos custodiaba su navío sideral, impidiendo el acceso y aun la aproximación a Perla del Espacio.

—Sus conciudadanos nos consideran todavía como interesante novedad, — dijo Sidney al presidente, al ver que se había reunido mucha gente en el valle.

—Muchos de esos a quienes ve usted ahora, — explicó Senama, — han venido desde los más alejados distritos, atraídos por la fama de ustedes. Todavía hoy, las trompetas noticiosas han repetido, a pedido del público, el discurso que usted pronunció ayer.

Las trompetas noticiosas de que había hablado Senama habían interesado mucho a los tres jóvenes. Se habían podido dar cuenta que en vez de un centenar de diarios cada uno de los cuales describiera de distinto modo el mismo suceso, allí los periodistas eran empleados del estado y todo lo interesante era hecho público mediante grandes megáfonos que gritaban las noticias del día de modo que podía oirlas todo el que quisiera enterarse de lo que pasaba.

Notando señales de impaciencia en los del grupo de Agnoi, Sidney pidió permiso al presidente para ser él el primero que entrara en el navío sideral, a ver si todo estaba en debido orden, y a pesar de la mirada de enojo que dirigió Agnoi al presidente, Senama le dió el permiso solicitado.

Dentro de Perla del Espacio, Sidney lo encontró todo tal como lo habían dejado. Miró con suma atención el tablero de las manijas y llaves de dirección y control, lamentando que no hubiera modo de desconectar las llaves pues éstas, destacándose brillantes delante del tablero, parecían anunciar a todo el que las miraba su importancia vital para el manejo del buque sideral.

—Bueno, no vamos a tener más recurso que obstruir la curiosidad de Agnoi, sea como sea, — murmuró cuando llamó a sus compañeros y a los martianos para que entraran.

El presidente fué el primero que entró, siguiéndole los consejeros y por último dos "voces de las trompetas noticiosas", es decir dos periodistas. Los martianos sintiéronse asombrados ante todo lo que veían en el interior del navío sideral y durante un largo rato oyeron en silencio las explicaciones que les daba Sidney, sin hacer pregunta alguna. Sin embargo, desde el primer momento, Agnoi se mostró decididamente impertinente y junto con sus copinches no hizo más que curiosear por todas partes, mi-

rando en cuanto rincón había y preguntando el uso que tenía cuanto veían.

—¿Para qué sirven esas manijas brillantes? — preguntó Agnoi.

El momento temido por los muchachos había llegado, pero Tim hizo frente resueltamente a la situación.

—¿Estas manijas? — repitió Tim, y todos los que estaban en el buque escucharon con suma atención para no perder ni una sílaba de lo que dijera. — ¡Ah! ¡Sí! ¡Las manijas! Ustedes comprenderan que cuando emprendimos nuestra pequeña excursión de placer, nos dábamos cuenta de la posibilidad de que todo o algo no anduviera bien. Temíamos que después de partir nuestro navío de la superficie de la Tierra no pudiéramos volver y nos quedáramos condenados a vagar por el espacio durante una eternidad. En caso de producirse algo por el estilo, bastaría con mover esas manijas mediante la manija grande y blanca que está en medio, para que Perla del Espacio saltara, destrozada por la explosión de diversos focos de explosivos, terminando así, instantáneamente, todas nuestras angustias.

Agnoi se percató en seguida de lo inverosímil y ridículo de la explicación de Tim.

—¡Joven, usted se burla de mí! — gritó. — ¡Quítese de ahí: voy a mover esas manijas y a probar si es cierto lo que me ha dicho!

Tendió la mano, pero antes de que llegara a tocar las manijas, se sintió violentamente separado hacia un lado. Tim se situó delante del tablero mirando con aire de desafío a Agnoi y sus satélites, que se habían reunido en redor de él, amenazadores.

—¡No toque esas manijas! — ordenó Tim con enojo. — ¡Y entienda bien que ya me tiene cansado y que no le voy a explicar nada más!

—Pues yo estoy decidido a saber la verdad. Tengan en cuenta ustedes, muchachos insolentes, que se hallan en poder de nosotros y que no podran irse de aquí sin nuestro permiso. ¡Por última vez! ¡Quítese de ahí!

—¡No!

Agnoi se lanzó hacia Tim con la agilidad de una pantera y un segundo después había agarrado del cuello, con una mano, al muchacho! Tim trató de gritar pidiendo socorro, pero los dedos del martiano parecían de acero y el único sonido que pudo producir fué un ahogado gemido.

Durante un momento, Sidney y Ken se quedaron mudos e inmóviles, tanta fué la rapidez del ataque del martiano, pero en cuanto se dieron cuenta de que Tim se estaba ahogando, avanzaron y, Ken, mediante un rápido golpe de boxeo, hizo que Agnoi se desplomara como un fardo que se deja caer al suelo.

—Gracias compañero, — dijo Tim, acariciándose el cuello. — ¡Cuidado ahí!

Ken se volvió rápidamente a tiempo justo para salvar a Sidney de una cobarde acometida de los tres compinches de Agnoi. Los muchachos hubieran dado, sin duda, una dolorosa lección a sus adversarios si Senama no se hubiera presentado en aquel momento, interponiéndose entre unos y otros.

—¿Qué se propone usted con semejante conducta? — preguntó a Agnoi, que con el ceño fruncido, se frotaba la mandíbula donde el puño de Ken había dejado su señal. — ¿Es así como muestra su cortesía con los habitantes de otro mundo que han venido a visitarnos?

—¡No quiero que esos muchachos insolentes se rían de mí! — gritó Agnoi, — ¡Es probable que procedieran así obedeciendo a instrucciones dadas por usted!

—¡Usted desvaría! — replicó Senama.— Todos hemos sido testigos de su ataque que no tuvo razón de ser. Estos jóvvenes están en su derecho si no quieren confiarle a usted sus secretos. ¡Esos secretos son propiedad de ellos y nadie tiene derecho a exigirles que los descubran!

—¿Piensa usted así? — dijo Agnoi sarcásticamente. — Pues sepa usted que ya estoy harto de esa doctrina y que ya es tiempo de que estos muchachos atrevidos sepan que se presentaron aquí sin que nadie les llamara y que no podrán partir hasta que nosotros les demos autorización para hacerlo.

—¡Pues yo le digo que mientras yo sea aquí el que mande, estos jóvenes serán considerados como bienvenidos visitantes y que podrán permanecer aquí todo el tiempo que quieran o marcharse cuando les de la gana! — replicó Senama, volviendo la espalda a Agnoi y a sus compinches, que se habían reunido a un lado y lo habían escuchado todo con sumo interés.

—Señores consejeros: durante largo tiempo esos cuatro han procurado minar mi autoridad y provocar, en el pueblo de todo el país, una actitud de violencia contra mi gobierno y mi persona. Hemos procurado vivir en paz y amistad con ellos pero hemos tropezado con su constante mala voluntad. Mi deseo de paz no ha merecido, por lo visto, otro pago de parte de esta gente. — Calló un instante y después, agregó: — Desde este momento adoptaré medidas enérgicas. Usted, Agnoi, y ustedes tres que le llaman jefe, volverán a Pelémone bajo custodia y allí serán juzgados como traidores al estado.

—¡Con la sentencia de muerte redactada antes de que comience el proceso! — exclamó sarcásticamente Agnoi. — ¡No, señor Senama ha pensado usted tarde en hacer alardes de energía!

Agnoi hizo una señal a sus compañeros, señal previamente convenida sin duda, porque en seguida cada uno de ellos sacó del bolsillo un corto tubo de metal. Los compañeros se asombraron al ver que los demás martianos retrocedían, repentinamente pálidos.

—¡Sí! ¡Lo menos un día demasiado tarde! — repitió Agnoi con maligna sonrisa.— Tenemos preparados todos nuestros planes y hemos venido preparados.

—¿Pero el juramento que usted hicieron, — replicó Senama, — el que hicimos todos, de que nunca llevaríamos o usaríamos los tubos de muerte que son armas prohibidas?

—¡Tontos son los que cumplen los jura-

mentos cuando no les convienen! Bajo su gobierno, Senama, mi pueblo se ha transformado en esclavo. Mis amigos del campo son esclavos condenados a estar sometidos a los caprichos de los de la ciudad. ¡Y estamos decididos a que la ciudad pague su delito! — Miró a sus enemigos con risueño desprecio. — Es una desgracia que no pueda terminar con usted ahora mismo, porque la guardia que tiene usted afuera es demasiado numerosa. Pero cuando demos el golpe no será para terminar sólo con ustedes consejeros de Pelémone sino con toda la ciudad. En cuanto a estos muchachos ya he dicho que no se irán de aquí hasta que yo quiera y uno de ellos me acompañará ahora, como rehen.

—¡Eso sí que no! — exclamó Sidney con vehemencia. — No es posible que usted, presidente Senama permita que esos canallas nos separen unos de otros.

—Ustedes no comprenden, — replicó el presidente, — por el momento; es necesario obedecer. Ellos pueden matarnos a todos aquí mismo. No es que me importe la vida, pero me debo a la ciudad y resistirme ahora, sería un suicidio inútil.

—¿Pero por qué?... — preguntó Sidney que no se daba cuenta de la razón de semejante cobardía.

—¡Ya hemos perdido demasiado tiempo! — interrumpió Agnoi. — Uno de ustedes cualquiera, me acompañará o si no morirán aquí todos, como Senama lo ha dicho. ¿Cuál es el que ha de venir con nosotros?

Hasta el mismo Sidney se sintió sumamente impresionado por el aplomo con que se expresaba Agnoi y mientras el joven miraba desesperado de uno a otro lado. Ken decidió la cuestión avanzando. Había conversado breves palabras, en voz baja, con Senama y evidentemente lo que dijo el presidente le decidió en seguida.

—¡Yo iré! — dijo tranquilamente. — ¡Quieto, Sidney! Yo saldré del paso sin que haya nada que lamentar.

—Saldrá usted, — dijo Agnoi con intención, — siempre que sus compañeros no intenten irse de este planeta antes de que la cuestión entre Senama y yo quede arreglada. Si lo hacen ya saben que le costará a usted la vida.

Indicó a Ken que le precediera, subiendo antes que él por la escalerita que conducía a la escotilla. Tras Agnoi fueron sus satélites. Los que se quedaban dentro del navío lanzaron un suspiro de alivio. Por el momento la tirantez de la situación había desaparecido.

Los "tubos de muerte" son el arma de los martianos y tienen la condición de que no hieren parcialmente, matan siempre al que recibe su disparo.

Senama se volvió hacia el grupo de consejeros que se habían quedado cabizbajos y en silencio.

—Se ha producido al fin el estallido que temíamos y nos ha sorprendido, desprevenidos, — dijo Senama. — Esto significa una guerra de clase contra clase, con todos los horrores que nuestros antepasados presenciaron y sufrieron hace años. Debemos volver a Pelémone y prepararnos, porque cuando Agnoi ataque será con el propósito de exterminar. Ustedes, viajeros, quédense aquí donde corren menos peligro que en la ciudad. Quedará la guardia para defenderlos en caso necesario. Tendrán las necesarias armas en cuanto un correo volador pueda traerlas de la ciudad.

—¿Pero qué es ese "tubo de muerte"? — preguntó Sidney, asombrado aún por el efecto de terror que había producido entre los martianos la aparición de unas armas al parecer tan sencillas.

—Eso podrá explicárselo Zornul, el oficial que manda la guardia. Nosotros tenemos mucha prisa y tenemos que partir para la ciudad.

Desde lo alto del casco de Perla del Espacio los muchachos vieron cómo Senama daba instrucciones al oficial Zornul que se estremeció al oir lo que el presidente le decía y después saludó militarmente con simpática gallardía. De algún modo la excitación se trasmitió a los curiosos que se habían congregado en el valle y que se dispersaron en diversas direcciones. Un momento después, Senama y los consejeros volaban hacia la ciudad y Zornul ascendía del suelo, de junto al navío y se posaba en el casco del buque al lado de los dos muchachos.

—¿Hacia dónde se alejó Agnoi? — preguntó Tim con sumo interés.

—Fué hacia el Norte, — respondió el oficial Zornul, — camino de su fortaleza natural, que está al extremo del canal. Allí concentrará sus fuerzas para atacar a la ciudad.

—¿Qué probabilidades tiene de salir victorioso?

—Eso depende de la voluntad de los dioses. El presidente dispone de una provisión grande de tubos de muerte porque la actitud de Agnoi es amenazadora hace ya mucho tiempo; pero los "videri", este es el nombre que se les da, en masa, a los habitantes del campo, los videri son mucho más numerosos que los pelemonitas. así que únicamente los dioses pueden conocer el secreto del destino. Por el momento, los hombres de mi guardia carecen de armamento y yo se que ustedes tienen algunas armas raras, que han traído. Quizás fueran útiles si acaso Agnoi se decide a atacar con el propósito de apoderarse de este maravilloso buque.

—Baje usted con nosotros a la cámara, Zornul, y le mostraremos nuestro arsenal.

El oficial examinó los rifles de los muchachos con grandísimo interés.

—Algo parecido a esto hay en el local de la Dunca, el palacio donde sesionan los yúmenes, en una sección donde guardamos como reliquias los modelos de armas utilizadas hace centenares, tal vez miles de años.

—Entonces, ¿qué armas van a usar ustedes además de los tubos de muerte?

—Ninguna. Y ya verán ustedes que esos tubos son suficientemente mortíferos. Los tubos de muerte matan invariablemente. En verdad la fabricación de armas mortíferas se ha suspendido hace mucho tiempo en este planeta, pues se dictó una ley condenando a

muerte a todo el que inventara o hiciera un arma para matar. Nuestros sabios podían haber inventado miles de armas de muerte, pero esa ley les hizo, naturalmente, desistir de ello.

—Entonces fué por eso por lo que el presidente llamó armas prohibidas a los tubos de muerte, — dijo Tim, que se sentía todavía impresionado por la repentina actitud violenta de Agnoi.

—Sí, — contestó Zornul. — Tal vez les interese a ustedes conocer el origen y la historia de esos tubos de muerte, además les hará pasar un rato entretenidos, porque, por el momento, no podemos hacer absolutamente nada. Pero antes he de avisar a mi gente para que me comunique en seguida, si viene alguien, amigo o enemigo.

Durante su ausencia los dos compañeros prepararon el té y Zornul sintióse agradablemente sorprendido cuando le invitaron a participar de aquella comida preparada a la usanza de Chénudm. Después de haber tomado el té, explicó la razón por la cual los martianos temían tanto al tubo de muerte.

—Hace mucho tiempo en este planeta había varias ciudades, unas grandes y otras chicas, unidas entre ellas por medio de un vasto sistema de canales. De todas esas ciudades sólo queda Pelémone y ésta, para vivir, tiene que pelear por su existencia.

—¡Cómo! ¿Es Pelémone, realmente, la única ciudad de este mundo?

—¿Sí. Pero para que ustedes lo entiendan todo bien tengo que hablarles de los canales. Son y serán siempre nuestras portentosas obras de ingeniería. Pero todo ese trabajo resultó inútil y todos saben que los canales fueron construídos a costo de la sangre de los habitantes de nuestras ciudades. Desde el primer momento los videri se opusieron a esa concentración del agua porque, en su ignorancia, temían que los canales tuvieran por consecuencia la ruina de la agricultura, que era su medio de vida. Entonces hablábamos diversas lenguas. Cada trozo de nuestro mundo tenía diferentes propósitos y deseos y cada raza miraba con indiferencia el sufrimiento de las demás.

"Cada raza peleaba por ella solamente, y como los videri de varios distritos llegaron a aliarse, atacaron primero a una ciudad, luego a otra y aún cuando los ciudadanos persistían en la construcción de los canales cuando éstos estuvieron terminados las ciudades se hallaban casi despobladas. Los de las ciudades se aliaron demasiado tarde para hacer frente al enemigo común, reconociendo que si no se unían serían exterminados, Se concentraron todos en la mejor de las ciudades, que era Pelémone. Lo consiguieron después de una terrible lucha porque los videri no respetaban ni hombre, ni mujer, ni niño. No contentos con haber transformado en desiertos tantas hermosas ciudades, se concentraron en torno de Pelémone, decididos a arrasar la última fortaleza de los hombres de las ciudades. Se creía ya que a Pelémone le iba a tocar correr el mismo destino sufrido por las otras ciudades.

(Continuará).

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

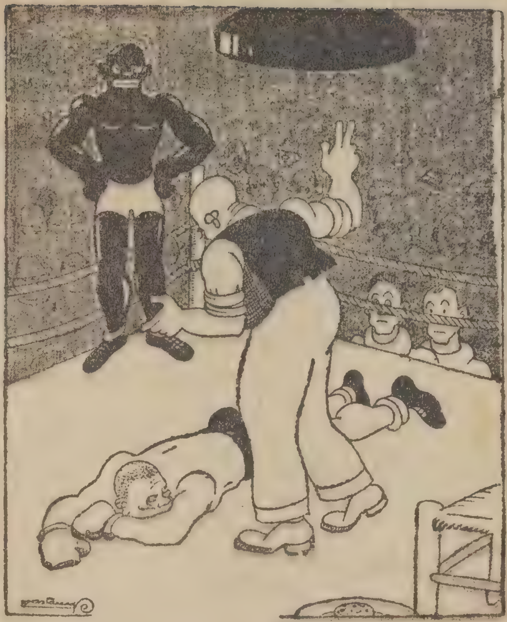
Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . "	12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

La doncella. — Oiga usted, ¿y aquel chico melancólico que estaba en la balanza?
El farmacéutico. — ¡Pobre! ¡Murió de tanto pesar!



—¿Quién derrotó a los filisteos?
—No sé; yo sólo sigo a los del Racing de Avellaneda.

EN COMIENDO BIEN...

Prendado un niño "bien", de ilustre apellido, pero sin bienes de fortuna ni ocupación de ninguna especie, de la hija de un nuevo rico, se presentó él solo a solicitar su mano, confiado en que el padre, hombre plebeyo, pero deseoso ahora, en su nueva situación económica, de extender sus amistades y tratos a más altas esferas sociales, vería con agrado se llevara a efecto la unión de su hija con tan linajudo pretendiente.

Así lo hizo, y aunque el acaudalado señor no le agradó maldita cosa el atrevimiento del joven, disimulando su disgusto, le dijo:

—Si en el matrimonio todo se compusiera con el amor y el apellido, ningún reparo opondría a su solicitud; pero, amigo mío, usted no ignora que mi hija, al contraer matrimonio, lleva para comer, y yo, como es natural, deseo que al que ella una su destino traiga al menos para cenar.

—Pues, mire usted, — repuso el joven, — yo creo que en comiendo bien, aunque no se cene...

* * * *

Chofer galante:

Iban dos aristócratas en un auto por un camino muy accidentado.

De pronto vuelca el automóvil, y el chofer, que acaba de ser despedido de su asiento, se acerca a la portezuela y dice, gorra en mano:

—Participo a los señores que hemos tenido el honor de volcar.

ESTO NO PUEDE QUEDAR ASI

Melitón González, el famoso "gazapero", es de los autores que ha escuchado gritas más "entusiastas". En cierta ocasión estrenaba una de sus obras, de aquella gracia que tanto complacía hace un cuarto de siglo. Sin embargo, el público recibió de uñas la obra y empezó una gritería formidable.

Cuando el escándalo era mayor, uno de los incondicionales de Melitón prorrumpió a voces:

—¡El autor! ¡Que salga el autor!

Y desde una de las butacas, otro de los espectadores, dominando el tumulto, le respondió:

—Sí; que salga. ¡Esto no puede quedar así!...

* * * *

Entre atletas:

—¿Y todavía tienes que levantar pesos mayores?

—Fíjate: como que me dijo mi suegro que no me presente ante él hasta que pueda sostener una casa.

* * * *

Un reo se hallaba en capilla, y el sacerdote que le auxiliaba le dijo:

—Hijo mío, si algo deseas, pídelo, pues es un deber sagrado en nosotros el complacer a los que se hallan en tan lamentable situación.

A lo que el reo contestó:

—Padre, ya que es usted tan bondadoso, yo quisiera aprender el latín.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
¿COMO TE VA VIEJO? ¡PERO CHE¡ ¿NO TE DA VERGÜENZA DE ANDAR DISFRAZADO?
ESTE... ¿SABES? LO HAGO POR MI MADRE Y POR MI AMIGO PIPERMIT
¡QUE NO SE DIGA! VOS LABURANDOLA COMO UN ZONZO! VENI CONMIGO QUE TENGO UN "TRABAJITO" QUE DA MENEGA
¡CARAMBA, CHE¡ ¡NO SE QUE HACER!
ALGO LE HA SUCEDIDO A FAGIN. NUNCA TARDA TANTO. ¿HABRA VUELTO A SU ANTIGUA VIDA?
¡ES TAN DEBIL DE CARACTER! ¡QUIEN SABE LO QUE ESTARA HACIENDO!
VOY A BUSCARLO ANTES QUE CAIGA EN LAS GARRAS DE SUS ANTIGUOS COMPINCHES. PRESIENTO ALGO MALO
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
YA TENEMOS EL CARRITO LLENO. ¿HAS VISTO CON QUE FACILIDAD SE GANA LA PLATA?
¡AY! ¡SI ME VIERA PIPERMIT...! CUANDO LLEGUE A CASA ¡QUE SERMON ME ESPERA!

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 356
Julio 25
de 1930

20 cts.

JINETES DEL AIRE

Por
Clarence Winchester

SABIDURIA

—Papá, ¿por qué las girafas tienen el cuello tan largo?

—Para que puedan comer el fruto de la palmera, que está muy alto.

—¿Y por qué está tan alto el fruto de las palmeras?

—Para que las girafas, que tienen el cuello muy largo, puedan comerle con facilidad.

EQUIVOCACION

—Dice mi mamá que me dé algo para pegar.

—Llévale esta goma; es inmejorable.

—No; mi mamá quiere algo más fuerte.

—Entonces compra cola fuerte en la ferretería.

—Pero si no es eso. Si lo que quiere mi mamá es algo para pegarle a mi tata.

EN UNA REUNION

En una reunión se hallaban varios compañeros. Uno de ellos al ver que su amigo contemplaba a dos señoritas le pregunta:

—Alberto, ¿cuál de las dos te gusta más?

—No se.

—Bueno ¿con cuál de las dos te casarías?

—Tampoco lo se pues si me casara con una la otra me gustaría más.

PERSONA PRINCIPAL

Permítome presentar presente producción por poseer poca plata; primeramente pensé pedir pesos prestados, pero pegáronme patadas por poco prudente; prevéngole premie pronto presente producción porque ¿parécele propio poner pantalones prestados? Pague por piedad pesitos pechados; propongo propaganda para periódico.

VEJANCON

—¿No es asustadizo? — dijo el que compraba un caballo.

—No, señor. No se asusta de nada.

—¿De los automóviles tampoco?

—¡Bah! No se asustó de la locomotora cuando se estableció el primer ferrocarril.

TENIA RAZON

Decía un padre a su hijo, cuando volvió un día de la escuela, viéndolo lloroso y triste.

—¿Te ha castigado el maestro por no saber la lección?

—Sí papá, me ha castigado porque he afirmado que no está Dios en la bodega de mi tío.

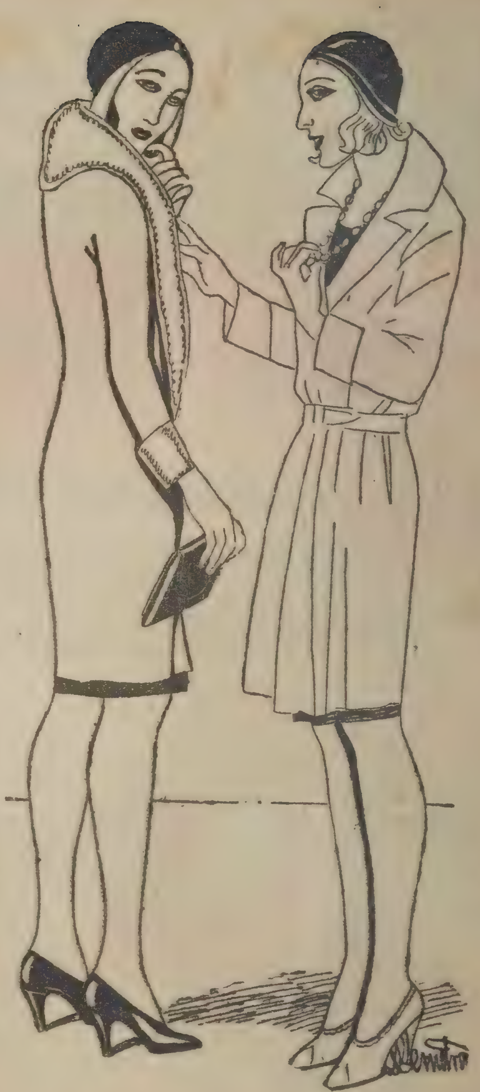
—Bien empleado te está, porque Dios se halla en todas partes.

—Es verdad; pero mi tío no tiene bodega.

UN SUEÑO

—¿Por qué llorabas anoche mientras dormías?

—Es que soñaba que estaba partiendo cebollas.



—Intentó darme un beso; pero no llegó a dármelo.

—¿Y qué pasó para que cambiase de intención?

FAMA INEXACTA

—He caminado dos leguas para venir a verle a Vd. — dijo el mendigo, — porque la gente me había dicho que Vd. es un hombre caritativo con los desdichados como yo.

—¿De veras? — contestó el genial anciano de pelo blanco. — ¿Y Vd. se vuelve ahora al punto de donde vino?

—Sí. señor.

—¡Ah! Bueno. Entonces desmienta el rumor a que ha hecho mención para que no haga nadie el mismo viaje tan en vano como usted, Adiós.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 356. -- JULIO 25 DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

Los Seis Arabes Verdes

Por Gwyn Evans

(Aventuras de Sexton Blake con el "Club de las Sombras" y conclusión de "El Misterio del Muro de los Lamentos")

"No habrá más guerra" era el lema y el motivo creador del "Club de las Sombras". Una vez más, trabajando en la sombra y por medios tortuosos "Los hombres que estaban muertos" se dispusieron a ponerlo en práctica. Y una vez más, Sexton Blake, del Servicio Secreto Británico, buscó el mismo fin. El objeto era idéntico; pero los medios distintos. Alrededor de este tema van tejiéndose los hilos de esta dramática novela.

Capítulo I

LA LLAMA VERDE

¡VERDE! — murmuró Iván Valantoff.

Rióse al mirar dentro del crisol. Debajo de él brillaba una llama color esmeralda.

El Dr. Valantoff era un hombre raro. Y el laboratorio donde estaba más raro aún. Constituía una mezcla extraña de magia antigua y ciencia moderna, situado en la Vía Dolorosa, en Jerusalem.

El techo abovedado, con sus hermosos arabescos, estaba sucio por el humo del horno. Angostas ventanas moriscas ocultaban sus actividades a los que pasaban por la calle; las paredes estaban cubiertas por tapices persas de incalculable valor e incongruentemente, en medio de aquel ambiente oriental, veíase sobre unos bancos modernos de acero, alrededor de la habitación, los instrumentos eléctricos y aparatos químicos más modernos.

Sobre la cabeza del ruso había un gran cocodrilo embalsamado, extraño símbolo de los antiguos alquimistas. La sonrisa de la cabeza muerta del reptil era menos maligna que la de "El Destructor", que estaba parado teniendo en su mano un cofrecito, maravillosamente trabajado, de filigrana de plata.

—¡Por la barba del Profeta que los destruiré! — dijo Valantoff con burlona risa.

Miró abstraído el cofrecillo. Su tapa estaba incrustada con piedras preciosas, entre las cuales sobresalía una grande y resplandeciente esmeralda.

—¡Verde, el color sagrado del Islam!

Incrustada al frente de la caja había una gran piedra de luna, a través de la cual se veían cuatro pelos grises.

De aquel cofrecillo dependía la paz de Palestina, quizá del mundo.

Valantoff se rió sardónicamente al comprender el hecho. Era un fanático tipo más peligroso, con el cuerpo y la mente enfermos. Un monstruo de locura, cuya mano se levantaba contra todo hombre y que poseía los medios y la habilidad de realizar sus planes insensatos de destrucción.

Años de confinamiento en una prisión de Siberia, años de meditación sobre la inhumanidad del hombre, habían destruído su sentido de las proporciones.

Se llamaba a sí mismo "El Destructor". Estaba dispuesto a hacer daño, a destruir y por fin había logrado que fructificaran sus esfuerzos. Siete hombres solamente se interponían entre él y el éxito.

Seis de ellos estaban muertos. El otro era Sexton Blake.

—Marzouk — dijo de pronto Valantoff, dirigiéndose hacia la sucia cortina de pelo de camello, que protegía su laboratorio secreto de la mirada curiosa del "bowab" árabe a quien había tomado recientemente.

Una figura vacilante salió de una pequeña pieza, detrás de la cortina. Estaba vestida con una sucia "abaya" y un viejo turbante ladeado sobre su calva. Tenía larga y enmarañada barba, sucia de nicotina, una expresión asombrada y aire de intensa humildad.

El bowab es una raza peculiar de Oriente. Pasa la mayor parte del tiempo en las puertas de las casas y combina la facilidad de la marmota para dormir junto con el genio de ese inteligente animal para la discreción. Sus deberes son sencillos. Consisten en cuidar las puertas de sus amos y... refrenar la lengua.

—¡Ayewah, effendi! — murmuró tocándose el pecho y la frente a guisa de respetuoso saludo.

Valantoff, un hombre bajo y barbudo, miró a su nuevo sirviente con sus pálidos y fríos ojos.

—¡Vete Marzouk! — le ordenó brevemente en árabe — Vete a ver si alguno de esos malditos soldados ingleses están de guardia en la Vía Dolorosa.

El bowab se inclinó.

—Oir es obedecer, effendi — contestó con voz plañidera y dirigiendo una mirada miedosa al extraño cocodrilo. La boca abierta del reptil parecía más malvada y siniestra al resplandor verde del crisol.

Valantoff miró irse al hombre y luego, con un suspiro de alivio, se volvió a su horno eléctrico. La plata, el oro y las piedras preciosas tenían escaso atractivo para El Destructor. Su cerebro tortuoso, sardónico, se complacía más con los cuatro pelos grises que veía, ligeramente aumentados, a través de la piedra de luna, que en el valor intrínseco del cofrecillo.

Según una leyenda de Jerusalem, la ciudad de las mil leyendas, el cofrecillo contenía cuatro pelos de la barba del profeta Mahoma. Había sido regalado a la tribu beduina de los Mazarites, esos fieros e indomables guerreros, del otro lado del río Jordán.

El cofrecillo estaba hasta pocas horas antes en la Mezquita de Omar, el santuario más venerado entre los mulsumanes, después de la Kaaba de la Meca. Valantoff, con la astucia de un ladrón profesional, había robado la preciosa reliquia.

Palestina, con su eterna enemistad entre árabes y judíos, estaba madura para la revuelta. Al día siguiente, los mazarites, conducidos por el temible jeque El Kadir, iban a llegar, en peregrinación anual, a la Mezquita de Omar para venerar en su santuario de plata, el cofrecillo que contenía las reliquias de su profeta.

Valantoff, en su odio insensato a la humanidad, había empleado como instrumento a un financista americano, sin escrúpulo, el Sr. Hiram Abraham, que estaba en Palestina para explotar los recursos del Mar Muerto. Sin embargo, Valantoff había resuelto que la recompensa del financista sería... la muerte.

Comprendía que la situación general en Palestina era de grave ansiedad para el gobierno Británico. Habían ocurrido frecuentes choques entre árabes y judíos por motimo del Muro de las Lamentaciones y sólo con gran dificultad, Sir Gilbert Carfax, el Alto Encargado, había podido evitar un conflicto.

Los disturbios en Palestina se iban haciendo cada vez más graves y Valantoff volvió a reirse al comprender que su robo de la reliquia precipitaría el desastre. Miró su reloj-pulsera. Dentro de pocas horas, la chispa que él había encendido se convertiría en una hoguera, produciendo la más terrible de todas las guerras: la guerra religiosa.

El fanático Sheikh El Kadir y sus tribus de beduinos, sedientos de sangre, una vez que descubrieran el robo de la reliquia, matarían a cuanto infiel les cayera en las manos.

—¡Verde! — exclamó Valantoff riendo malvadamente — ¡Esos imbéciles creyentes! La ciencia sola puede crear, la ciencia sola destruir.

Levantó el cofrecillo y sus ojos brillaron radiantes al fulgor verdoso del horno. De pronto levantó la tapa del crisol eléctrico.

—¡Si yo dejara caer esto en el crisol!— rió.

Una acción sencilla para sumir al mundo en la guerra.

Levantó la sagrada reliquia. La llama del horno abanicó su rostro con calor ávido. De pronto oyó suave ruido de pasos atrás de la cortina de pelo de camello. Se dió vuelta, enseñando los dientes como una fiera.

—¿Min inta? — (quién está ahí) preguntó en árabe.

—Sóy yo, Marzouk el indigno — respondió la voz ronca y cascada del bowab.

—¡Al diablo contigo! — chilló Valantoff — ¿Pero qué no estás en...?

Mientras Valantoff sostenía la preciosa

reliquia sobre el horno, la cortina se separó y el ruso encontróse ante el caño azulado de un revólver.

—¡Manos arriba, Valantoff! — dijo el bowab en inglés — ¡Bien arriba!

El Destructor quedóse mudo de asombro. Reconoció las facciones bien cortadas que parecían haber sido superpuestas sobre el barbudo rostro de Marzouk, el desarrapado bowab.

!Sexton Blake!

Por un momento o dos reinó un tenso silencio en aquel extraño y diabólico recinto. El cofrecillo cayó de sus manos hacia el de Valantoff. El resplandor verde formaba sombras fantásticas en el techo abovedado.

De pronto, saltó el ruso hacia adelante. El cofrecillo cayó de sus manos hacia el crisol. Una lengua de llama brotó de la pistola de Blake.

Nuevamente se apartó la cortina y entró una tercera figura... un árabe enteramente vestido de verde.

Alrededor de su cintura llevaba un cinturón, del que pendía una daga, corta y dorada. En su cabeza tenía un turbante en el que brillaba una esmeralda. Su rostro era tranquilo y enteramente desprovisto de expresión. Dos ojos serenos, inmóviles, miraban a Valantoff, que con un chillido se agarraba la herida muñeca.

—¡Malditos seais! ¡Malditos seais! — chilló el Destructor — Os mataré a ambos.

—No puede matarme — dijo el árabe verde — porque ya estoy muerto.

II

TRES SEGUNDOS

En la terraza del Hotel Allemby en Jerusalem, que está fuera de las murallas de la ciudad. Derek Page, enviado especial del "Daily Radio" estaba sentado con un fajo de formularios de telegrama en sus rodillas.

Frente a él, se hallaba un hombre grande como una montaña, vestido con traje blanco y sombrero de anchas alas sobre su cabeza de bola. A su lado tenía un whisky con soda. Era Ruff Hanson, un detective americano, experto en el manejo del revólver.

La luna se había levantado y sus rayos formaban una masa de relucientes joyas en los minaretes y cruces de esa ciudad de mil creencias.

En el sombrío horizonte se destacaba el Monte de los Olivos, coronado por ese fantástico hospicio blanco que es la Casa de Gobierno. En la ventana brillaba una luz, dorada, en aquella noche azul y plata. Splash Page la miró haciendo un visaje porque comprendía su significado.

Su pluma estilográfica corrió rápidamente sobre el formulario. Ruff Hanson bostezó detrás de una mano que parecía un jamón.

—Muchacho — le dijo con acento nasal — quisiera que me diera usted informes sobre los asuntos de esta ciudad non-santa.

Splash Page alzó la vista.

—Si los quiere compendiados, Ruff, puede leer lo que voy a telegrafiar esta noche. Se aclaró la garganta.

"Fuerzas aéreas, carros armados, además de aeroplanos, muévense fronteras Palestina. Situación en Jerusalem grave, debido proximidad Fiesta Súplicas Mazarites y crecientes hostilidades Sionistas.

Sheikh El Kadir, poderoso jefe beduino de frontera Jerusalem, llega mañana siete y treinta con mil partidarios, rendir tributo cofre plata Mahoma".

—Supongo que eso es cuento, Splash — interrumpió Ruff Hanson — Entiendo el sentido de su lenguaje telegráfico; pero lo que maldito si comprendo en este asunto del Muro de las Lamentaciones es porque os metéis, vosotros los ingleses.

Splash Page se rió.

—Es manía del pobre John Bull cuidar el mundo, Ruff — observó — Detrás de esta querella de árabes y judíos en Palestina, hay dos hechos. Uno es el viejo odio religioso y el segundo, — como ha indicado nuestro amigo Blake — es un poder secreto para el mal, cuya naturaleza y extensión sólo podemos calcular por suposiciones.

—Usted lo ha dicho, joven — dijo Ruff Hanson — Creo que debe ser ese tipo, Abraham. Quiere extraer dinero de la sal del Mar Muerto. Muchacho, le digo que ese individuo es un mal bicho. Pero... no ha contado conmigo y con Willy y Wally.

Se golpeó los bolsillos de las caderas, en los cuales reposaban dos pistolas de seis tiros, de las cuales nunca se separaba, ni dormido ni despierto.

Splash encendió un cigarrillo.

—Ruff, — dijo — yo no soy persona supersticiosa; pero, como sabe, mañana es sábado. Será el Sabbath de los judíos y también La Fiesta de las Súplicas de los Mazarites. ¿Usted está enterado de ese asunto del Muro de las Lamentaciones, no?

El americano lanzó un gruñido.

—¡Uf! Por lo que yo tengo entendido, los judíos habían estado llorando ante esa condenada pared por casi mil años, antes de que Colón descubriera la América.

—No puedo comprender lo que ocurrió esta noche ante el Muro de las Lamentaciones. ¡Y esos terribles gritos y esa risa que oímos ¿Se imagina lo que ocurrirá mañana si el Sheikh Kadir llega con su banda de beduinos y descubre que los judíos — o ese poder desconocido que sospecha Blake es realmente el responsable de estos ultrajes — han robado el cofrecito de plata de Mahoma?

—Para mí todo eso son pamplinas — dijo el americano lacónicamente bebiéndose el whisky.

Miró distraído la dormida ciudad de Jerusalem, ahora suavizada y exquisitamente embellecida por la bendición de la noche. Todo estaba muy tranquilo y silencioso y ni siquiera el cerebro agudo del periodista comprendió que bajo el silencio melancólico de la Ciudad Santa un volcán de ira y de terror se agitaba y hervía, que pronto entraría en erupción con desastrosos resultados

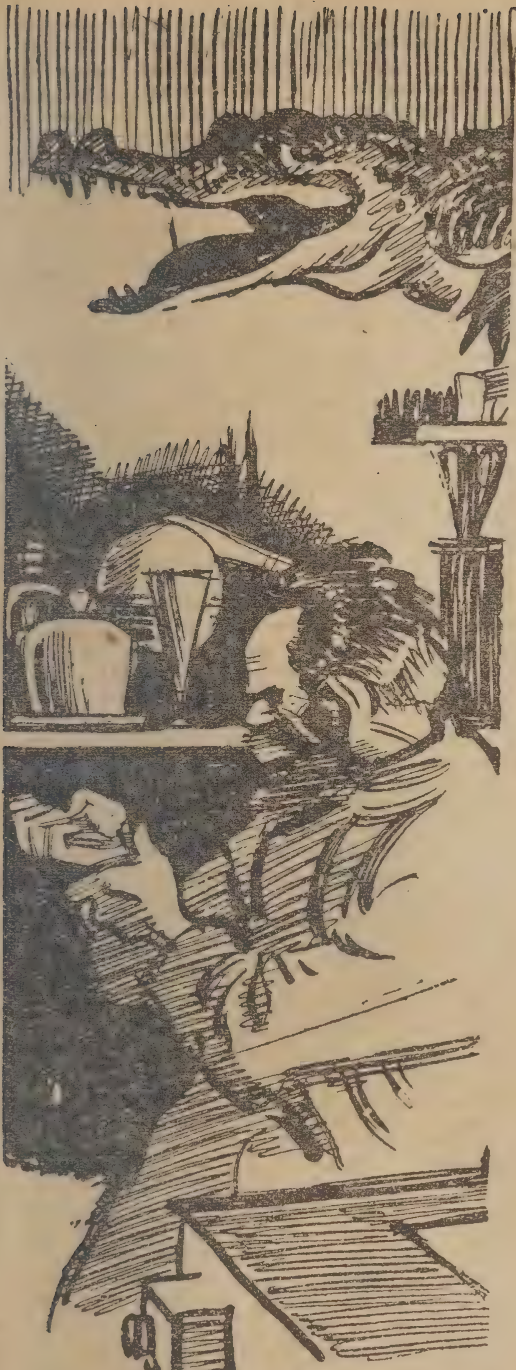
—¿Y qué me dice del árabe verde? — preguntó por fin Ruff Hanson cuando por fin terminó el periodista su telegrama para el "Daily Radio".

—¿El árabe verde? — repitió Splash y a despecho de sí mismo se extremeció al recordar la misteriosa experiencia porque había pasado una hora antes.

Habían salido a dar un paseo por la ciudad y no solamente oyeron una voz sobrenatural clamando contra los judíos, riendo y gritando, al pasar junto al Muro de las Lamentaciones, si no que después se encontraron con un árabe, alto e imponente. Había estado parado en la sombra del bazar de un joyero, cerca del Muro de las Lamentaciones. No bien pasaron, el hombre volvió a aparecérseles otra vez, de un modo tan misterioso como antes, en un sitio donde hubiera sido imposible que llegara sin pasar junto a ellos y ser visto. Y no solamente ocurrió esto una vez si no tres. Cuando llegaron al hotel, el árabe verde los saludó y entrególe al periodista una carta.

Splash Page no era hombre imaginativo; pero la apariencia del árabe verde lo turbó

Una lengua de llama brotó de la pistola de Blake. La cortina se apartó apareciendo una tercera figura: un árabe enteramente vestido de verde.



más de lo que confesó a su amigo, Ruff Hanson.

Del bolsillo interior de su traje de tusor de seda blanco, sacó Splash la carta que le había sido entregada por aquel extraño y enigmático individuo, que se había mezclado finalmente con las sombras plateadas de la noche.

"Tenga la bondad de no intervenir en asuntos que no le conciernen "decía". Ya le hemos advertido una vez de las consecuencias en caso de que desobedezca nuestras instrucciones. La situación de Palestina no se remediará con los artículos sentimentales que publica usted en el "Daily Radio".

No queremos ser innecesariamente severos; pero tenga a bien comprender que no toleraremos su intromisión. Tenemos la situación bien estudiada y la insurrección se precipitará si continúa sus mal inspirados artículos en estos momentos.

Deseamos recordarle el destino de Sir Marcus Blumenlied, Carl Korda, el indigno Gomm y otros. No vacilaremos en proceder lo mismo con usted y su impertinente amigo americano si obstaculiza nuestros planes".

La carta no tenía firma; pero tanto Blake como Splash sabía que procedía de aquella única y misteriosa organización: El Club de las Sombras.

Ahora, Sexton Blake mismo estaba en alguna parte de la Ciudad Santa, buscando el sagrado cofre de Mahoma para devolverlo a su santuario antes de que la aurora trajera a El Khadir y sus morenos Mazarites, como truenos del desierto.

Nuevamente los ojos de Splash Page fueron atraídos por el rectángulo de luz que brillaba en la frente sombría del Monte de los Olivos. La noche era calurosa y opresiva.

Sensible a las impresiones, el periodista se daba cuenta de la amenaza que pesaba sobre la ciudad del Príncipe de la Paz. Ni un alma se movía en la blanca y tortuosa carretera que conducía a Bethelem; pero la luz de la Casa de Gobierno indicaba que algo anormal ocurría.

Detrás de aquella ventana estaba sentado Sir Gilbert Carfax. A través de la tranquila noche, el éter vibraba con mensajes radiotelegráficos a Whitehall. Sir Gilbert Carfax, con el rostro pálido, surcado por líneas, estaba ente su escritorio esperando. Había una sola probabilidad, contra un millón, de evitar el desastre que amenazaba Palestina y aquella probabilidad estaba en manos de Sexton Blake. El detective de Baker Street había dado su palabra de que recobraría el cofre. Si fracasaba...

El Alto Comisionado rehusó pensar en la terrible alternativa. Si por una casualidad era posible recobrar la sagrada reliquia del Profeta antes de la llegada del Sheikh la ceremonia de las Súplicas, que siempre producía una atmósfera de tensión, se realizaría sin inconvenientes.

Pero...

Nadie mejor que el alto encargado sabía las dificultades casi insuperables con que tendría que luchar Blake. Debía descubrir dentro de pocas horas al misterioso asesino que había atacado al guardián del cofre y, lo que era infinitamente más difícil, devol-

ver la reliquia a tiempo para la llegada de Sheikh El Kadir.

En el episodio anterior se ha relatado cómo Blake descubrió al Dr. Iván Valantoff y logró introducirse en su casa. Pero, aunque su triunfo como detective ha sido brillante, le faltaba todavía por hacer la parte más difícil de su tarea.

—Ya... estoy... como muerto.

Estas palabras fueron repetidas en árabe, lento y sonoro, en la habitación del misterio. Sexton Blake se sorprendía pocas veces; sin embargo, la aparición del misterioso árabe verde, lo tomó desprevenido.

Con un aullido de bestia salvaje, Valantoff a pesar del dolor de su muñeca herida, agarró un objeto, en forma de pera, del banco de acero que había junto al horno eléctrico.

—Atrás... imbécil... atrás... — gritó.

El Arabe Verde permaneció inmóvil. No hubo cambio en la expresión impasible de su finosomía. El dedo de Blake se curvó sobre el gatillo. Comprendió que Valantoff tenía una bomba Mills en la mano. La cara barbuda del hombre expresaba furor diabólico.

—Suelte esa pistola, cerdo — chilló — La aguja de percusión de esta bomba ha sido quitada. Le doy tres segundos para decidirse.

Los ojos de Blake vagaron un momento. Vió el reflejo de una esmeralda en la tapa del cofre. Este había caído, errándole al hirviente crisol por una pulgada. Blake comprendió que Valantoff era perfectamente capaz de realizar su amenaza. Dentro de pocos segundos el cofre y los tres hombres serían destruídos. La argentina campana de un reloj dió las tres.

Era la aurora... la aurora de otro día. La vida parecíale extremadamente dulce a Blake. Había un medio, al menos, de salvar la situación.

—Suelte esa pistola — aulló Valantoff otra vez.

Blake dejó caer su automático. El ruso rió. Blake se lanzó hacia adelante

—Atrás — rugió Valantoff.

Su voz se extranguló al apretarle Blake con las manos la flaca garganta. La mano del detective se cerró alrededor de la muñeca del Destructor, en un esfuerzo desesperado para agarrar la bomba.

Una gran luz blanca brilló de pronto ante sus ojos. Todo el cuarto tembló y se bamboleó. Luego... la obscuridad.

El Arabe Verde permaneció inmóvil y tranquilo.

III

EL DESIERTO Y LA AURORA

La aurora en el desierto.

Hacia el este, más allá del Jordán, una línea roja curva, semejante a una cimitarra escarlata, apareció en el cielo, terrible y amenazadora.

El Sheikh Abdul El Kadir estaba en cuclillas delante de la entrada de su tienda. Era una magnífica figura varonil. Sobre el hombro, cubierto por el albornoz, tenía un rifle ornamentado, cuya culata, con incrustaciones de plata, tenía muchas melladuras, reliquias de los que habían incurrido en el desagrado del poderoso jefe de los Mazarites.

Alrededor de Abdul, diseminadas por la rubia arena, veíase una multitud de carpas de alegres colores y a la fría luz de la aurora, un brasero de hierro, con carbones encendidos, despedía confortable resplandor.

El Sheikh El Kadir tiró pensativo de su barba negra que caíale como hirsuta cascada sobre el pecho. Golpeó las manos de pronto y de la carpa próxima salió un eunuco, de voz chillona, que se inclinó gravemente.

—Trae agua perfumada con almiscle y madera de aloe — dijo el Sjeikh con su árabe profundo y gutural.

—Oir es obedecer — respondió el eunuco, con una profunda reverencia.

El Sheik se levantó y acarició la daga incrustada de piedras preciosas que pendía de su cintura. Miró hacia el este y vió la nube escarlata, en forma de cimitarra que se enroscaba tan siniestramente sobre el distante horizonte. El desierto extendíase dorado, como un enorme felino debajo del cielo azul.

El Sheik levantó su brazo.

De las tiendas de las mujeres, situadas en las afueras del campamento beduino, llegaban los lamentos de las que lloraban sus hombres, muertos el día anterior por una tribu merodeadora.

Bronceado, estatuario, bastante aburrido por los gritos de las mujeres, El Kadir miró hacia el este. El verdadero beduino contempla la muerte con la calma impasible del desierto sin límites.

Un jinete venía galopando hacia él, montado en magnífico caballo árabe blanco, con el albornoz apretado en derredor de su esbelta figura, protegida su cara por el kaftan de los torbellinos de arena.

—Que noticias traes, oh Haroum? — preguntó El Kadir.

—Sangre. Sangre en el este, oh Sheik — murmuró el jinete entre los pliegues de su kaftan. Extendió, por encima del hombro, el brazo hacia el cielo incendiado. El Sheikh levantó su delgada y morena mano.

—Baja de tu corcel, Haroum. Y no temas, porque el Islam marcha a su victoria. Pronto contemplaremos la barba del Comendador de los Creyentes, Mahoma. Quiera Allah apresurar el día en que los Mazarites vivamos en paz sin que el tiaya (aeroplano) de los ingleses profane nuestro santuario del desierto. Porque como dijo el sabio: "Douba in Alf layla wal layla".

El Sheik empezó a contar solemnemente la historia del rey griego y del sabio Douba.

—Ellos hicieron uso de su poder y lo usaron tiránicamente, y pronto será como si nunca hubiesen existido. Si hubieran

obrado con equidad, con equidad serían tratados. Pero fueron opresores y por consiguiente el destino los oprimirá a ellos con calamidades sin fin.

—Allah sea alabado — interrumpió el mensajero Haroum — Realmente el sabio Douga dijo la verdad.

—Y ahora, a Jerusalem — dijo El Kadir y su barbuda boca adquirió expresión sombría — ¿Tienes tus jinetes, oh Haroum?

—Ayewah, effendi. Hay diez mil, fuertes todos. Entraremos en la ciudad de Al Kuds, serenos ante el pensamiento de que marcha con nosotros, Mahoma, el profeta de Allah.

Una voz aguda interrumpió la conversación.

—El agua está aquí — anunció el eunuco. Levantó en su mano flaca una jarra de oro y plata, maravillosamente cincelada, y una palangana de cobre batido.

Solemne y ceremoniosamente, el Sheikh El Kadir, con un ojo en el sol que se levantaba, lavóse las manos. Esto ocurría precisamente tres días antes de aquel en que Hiram Abraham, el millonario americano, hubiera realizado el mismo rito simbólico en su yate a vapor, fondeado fuera de Jaffa, después de haber hecho un convenio con el Destructor Valantoff.

Uno de esos ritos significaba la muerte de Judea, el segundo el levantamiento del Islam.

El célebre criminalista Sexton Blake recobró el conocimiento con una extraña opresión en la garganta en aquel obscuro cuarto de la Vía Dolorosa.

Un olor acre llegaba a sus narices y la cabeza le dolía intolerablemente. Con un gemido se incorporó sobre uno de sus codos y examinó los destrozos del laboratorio.

Por espacio de unos minutos, el astuto cerebro de Blake permaneció aturdido. Luego, gradualmente fué reuniendo sus ideas y recordó el cofre.

Luchó débilmente para sentarse. Sobre él, la cabeza del cocodrilo — el cuerpo había volado — le sonreía burlonamente. A través de un agujero del techo una estrella solitaria lo miraba, fría y remota.

Blake le hizo un guiño y luego su confuso cerebro experimentó una extraña sensación de languidez ¿Qué importaba todo? Cofres, califas y...

Pero Blake era ascético y comprendió que tenía que cumplir con su deber hacia aquel enigmático individuo, llamado Armitage, que lo había enviado con una misión, que vivía en Londres y era conocido por los miembros del Servicio Secreto Británico como el Número Uno.

Nadie hubiera reconocido en aquella figura con las ropas destrozadas, en la cara sucia de humo del barbudo bowab al famoso detective Sexton Blake.

Se pasó la mano por el cráneo, que con su acostumbrada fidelidad al disfrazarse había rasurado. Miró a su alrededor, las ruinas del taller de El Destructor. Valiosos tapices de Persia colgaban—en pedazos de las desnudas paredes blanqueadas. Retorcidas y los restos de un crisol sembraban el piso.

Blake se apoyó en un extremo del banco de acero y miró a su alrededor. Recordaba su último instante de conocimiento cuando, obedeciendo a las órdenes de El Destructor, había dejado caer la pistola.

A lo lejos resonaron las argentinas campanadas de la iglesia rusa de San Pedro. Blake las contó. Una.. dos... tres... cuatro.

La estrella que se divisaba por el desgarrado agujero, encima de su cabeza, empezaba a palidecer. Era plena aurora.

Instantáneamente la memoria de Blake retrocedió hasta la fría aurora, unas cuantas semanas atrás, en el lejano Londres, cuando el cuerpo de Sir Oscar Silvermann había sido encontrado al pié del monumento a la Nurse Cavell, cuyo epitafio resonará a través de los corredores del tiempo en toda su cristalina claridad. Ese epitafio es una sola palabra: AURORA.

Pero Blake no podía ver aurora, excepto una de destrucción. Había dado su palabra el Número Trece, del Servicio Secreto, de encontrar el cofre a tiempo para la ceremonia de la Fiesta de las Súplicas y a su alrededor no veía más que desolación. De Valantoff El Destructor, no había rastros. Blake caminó tambaleandose hacia una piedra de vulcanita que había en aquella grotesca habitación árabe y, aunque estaba aturdido, comprendió muchas cosas.

Fijo a la pared veíase un juego de radio telefonía, con micrófono y trasmisor. Instantáneamente recordó Blake el extraño cuento que le había oído a su amigo Splash Page, sobre el Muro de las Lamentaciones.

Hoy era el Sabbat de los judíos, cuando los judíos se congregaban ante aquella pared, que era todo lo que les quedaba de las glorias de Sion. Triunfantes, militantes, los Mazarites llegarían a la Mezquita de Omar para adorar el cofre sagrado que contenía los cuatro pelos de la barba de Mahoma.

Y no estaría el cofre. Las sospechas del robo recaerían sobre los judíos. Habría guerra.

El, Sexton Blake, había fracasado. Su sonrisa era amarga. Había comprendido que su conjetura había sido exacta. Que por el sencillo medio de un trasmisor radiotelefónico, el Sr. Iván Valantoff había hecho gritar a la Pared. También había robado el cofre y aquello sería seguido por una tempestad de odio.

Blake se dirigió a tientas hasta la destrozada puerta. Sus ojos se fijaron en una daga, con mango verde, que sujetaba un pedazo de pergamino al marco astillado. Miróla Blake sorprendido, porque le estaba dirigido.

"A Sexton Blake" — decía — "Mortui te salutant; invertimos la frase de los antiguos gladiadores. Los que están ya muertos, te saludan. Hicimos lo que pudimos. No tengas miedo. Valantoff será encontrado, Le-

vantamos tu cuerpo y lo atendimos lo más tiernamente posible. La paz reina todavía. Díselo a Inglaterra.

EL CLUB DE LAS SOMBRAS"

—¡Campanas del infierno, Splash! — dijo Ruff Hanson — Estas cosas lentas me enferman, palabra.

Ruff Hanson se echó hacia atrás el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo de colores rabiosos. Eran las tres de la mañana y la luz brillaba todavía, como un centinela, en la cumbre del Monte de los Olivos.

Splash Page, que había estado explicando al americano la dificultad extrema y la situación compleja que reinaba en Palestina, golpeó las manos y un suffragi apareció silenciosamente, saliendo de las sombras como un genio.

—Dos vasos más, ya walad — ordenó el periodista y luego, en voz baja, dijo a Ruff Hanson:

—Estoy preocupado por Blake.

—Yo también, tan preocupado como una gallina con dientes postizos ¿Qué hacemos? Fuera de empezar a tiros con esta maldita aldea, no sé que hacer.

—¿No sabe? — dijo Splash — Pronto necesitará a sus Willy y Wally, Ruff, si leo bien los signos. Mire eso — señaló, sobre la ornamental baranda del balcón, a donde el cielo aparecía enrojecido por la aurora.

—Ya sabe cuán amigos de los símbolos son estos árabes. Mire la forma de esa nube. Es curva, como una cimitarra árabe.

Ruff Hanson lanzó diestramente un salivazo a una salivadera próxima.

—Esto me está atacando los nervios, Splash. Me gustaría saber contra quien tengo que habérmelas. Le prometí a la hija de Markuse... ¿Le conté de esa muchacha? Oh, chico, sino merece la página del frente de su diario, entonces Harrison Fish no sabe dibujar.

Splash Page se echó a reir.

La presencia de Ruff Hanson en Palestina era uno de los misterios menores de su situación. Había llegado una noche o dos antes, sin que lo esperaran Sexton Blake ni el periodista. Splash había sido enviado por su diario, que persistentemente aconsejaba una política anti-sionista, y Sexton Blake porque era miembro del Servicio Secreto y había obedecido las instrucciones de Armitage, el poderoso Número Uno. Sin embargo, Ruff Hanson era un hombre extraordinario. Admitía francamente que engordaba con el crimen. Peleaba a los malhechores norteamericanos con sus mismas armas, un par de pistolas de seis tiros.

Era un hombre alto, cuadrado, que tenía un rostro feo, maltratado, pero curiosamente simpático, ojos azules, vivos y penetrantes y mandíbula que parecía una mole de granito.

—Si, muchacho — dijo con acento cantante el americano — Creo que ese tipo Abraham va a hacer algún sacrificio y yo no me llamo Isaac — añadió significativamente.

Splash Page se rió. El y Ruff eran buenos amigos y habían compartido muchas aventuras peligrosas. El lenguaje pintoresco del americano divertía al repórter del "Radio". Ruff Hanson bebió su vaso y golpeó sus manos, semejantes a jamones, produciendo un ruido que parecía la detonación de una de sus pistolas. Otra vez, de esa manera silenciosa que sólo los mozos de Oriente poseen, volvió a aparecer el suffragi, vestido de blanco:

—Mozo, dos whiskys y bien fuertes.

El árabe sonrió, alejóse y volvió a aparecer.

—¡Qué velocidad! — dijo Ruff Hanson — Estos mozos le matan el punto a Helen Wills.

Miró fijamente al mozo y vió que era un negro alto, vestido con inmaculada abaya. La cara del mozo era de color chocolate y sus dientes deslumbradoramente blancos.

—¡Rayos y truenos! — exclamó Ruff— ¿Usted es yankee, verdad, negro?

—Norteamericano y no otra cosa — contestó el mozo.

Splash Page se inclinó hacia adelante. Aunque los mozos negros no son raros en Jerusalem, no se encuentra a menudo uno que hable con el acento cantante de la Carolina del Sur.

Ruff Hanson sonrió amablemente.

—¿Y diga, pimpollo, de dónde es?

—De Bilmingahm Alabama, patlón — contestó alegremente el negro.

—¿De Birmingham? ¿Y cómo se llama?

—Febo Apolo Fly, patrón — contestó el negro riendo.

—¡Campanas del infierno! ¿Es ésa una marca de fábrica?

El mozo se rió.

—Seguro que es usted ciudadano amelicano. Yo también. Pelee para salvar la democlacia del mundo en 1917. Luego, no pudiendo encontrar tlabajo en Eulopa, me vine aquí.

—¿De modo que sirvió en el ejército?

—Seguro, patlón. Pero no pude pagarme el pasaje de vuelta, ni podlé a no ser que me intloduzca de contlabando en un aeroplano tlansatlántico o.. a nado.

—¿Qué le parece este tipo, Splash? — dijo riendo Ruff y señalando con el pulgar al radiante negro.

El periodista se rió. Luego, de pronto sus ojos se achicaron. Vió por el balcón una figura solitaria que marchaba solemnemente por el blanco camino hacia Bethelem. Agarró a Ruff Hanson por la manga, porque reconoció la alta e imponente figura del árabe solitario, vestido de verde. En su cabeza llevaba el hombre un turbante de seda, en la cual una esmeralda relucía a la pálida luz de la aurora. Debajo de la piedra, su rostro aparecía blanco e inescrutable, en aquella fantástica media luz.

—¡Mire! — exclamó sorprendido Splash Page — Ese demonio otra vez ¡El Arabe Verde!

De abajo de su destrozada "abaza" sacó el cofre de filigrana de plata. "Allah es grande" murmuró el anciano.

Desde el minarete contiguo al hotel Allemby llegó el agudo llamado del muezzin convocando a los fieles a la plegaria... la plegaria de la Rosada Aurora.

Splash Page bostezó y se púso de pie.

—¿No sería hora de que nos fuéramos a acostar, Ruff? — preguntó — Estoy cansado como un perro.

A través del aire de la mañana, algo pasó a una pulgada de la cabeza del periodista. Splash echóse hacia atrás involuntariamente. Una daga, con puño verde, temblaba clavada en la puerta de la habitación. Ruff Hanson sacó sus pistolas y el silencio fué interrumpido por Willy y Wally que entraban en acción

¡Crac! ¡Crac!

El sonido de las detonaciones había extremecido apenas el aire de la mañana antes de que la daga dejara de temblar, sobre la cabeza de Splash.

—¿Qué demonios es eso? — preguntó el periodista.

En el mango de la daga estaba sujeto un papel, que contenía estas palabras:

"Cuidado con la casa de los Lobos Verdes".

—¿Y qué sabe usted de eso? — preguntó Ruff que había tirado puramente por reacción instintiva.

Splash Page se echó a reír.

—Que con los Escorpiones Escarlatas y los Lobos Verdes, el querido Julio debe estar encantado. Deme un formulario de telegrama.

—Sí, patión. Aquí tengo — dijo Febo Apolo Fry.

IV

EL SECRETO DE LOS SEIS

Bum... bum... bum...

El sonido de un "darabukka", el tambor árabe, resonaba ensordecedor al penetrar una imponente cabalgata por la puerta de Jaffa a Jerusalem, la Ciudad Santa.

A la cabezaz de la procesión, montado en un magnífico caballo árabe negro, venía la alta y real figura del Sheikh El Kadir, el Azote del Desierto.

A lo lejos oyóse un clarín, llamando a la guarnición británica para el desfile.

El sheikh sonreía sardónicamente dentro de su barba, mientras marchaba a la cabeza de sus fieros e indómitos guerreros. Arriba, en el cielo azul, los aeroplanos de la R. F. A. hacían evoluciones. Su zumbido parecía tan perezóso como el de las abejas; pero la picadura era mucho más mortal.

Pintorescamente vestidos, los Mazarites marchaban hacia su santuario, la Mezquita de Omar, aquel magnífico ejemplar de la arquitectura sarracena que, rival del Templo de Salomón por su gloria, una extraña ironía del destino había hecho se construyera en el mismo sitio.

La magnificencia del Templo de Salomón se había desvanecido, sin dejar rastros, excepto una pared delante de la cual los hijos de Judea lamentaban la gloria pasada. La cabalgata pasó por la puerta de Jaffa. Un centinela británico presentó armas al pasar los jinetes, porque la Fiesta de las Súplicas en Jerusalem es cosa solemne y sagrada.

En un auto blindado el Coronel Yates, Gobernador Militar de Jerusalem, observaba tranquilamente sentado la marcha triunfal de los beduinos, sus banderas flotantes, el sonar de sus tambores como un desafío del Islam a la Fe.

Estaba enterado de la tragedia ocurrida la noche antes en la Mezquita de Omar, cuando la sangre de un inocente había salpicado el santuario de Mahoma, y en la que había sido robado el cofre que contenía la sagrada reliquia.

El eter había vibrado con los mensajes. Y el resultado tangible eran aquellos tres aeroplanos de la F. R. A. que zumbaban en el espacio. Pero el Coronel Yates comprendía que la pequeña fuerza que custodiaba Jerusalem era totalmente inadecuada para dominar los tumultos que se producirían cuando los Mazarites descubrieran que habían profanado su santuario.

Yates estaba sentado en el auto, mordiendo furiosamente un cigarro.

Las seis dieron en la torre gris del campanario de San Pedro. Fueron largos toques, profundos y vibrantes, que repitió en eco la ciudad medio despierta. Un carro de bueyes pasó crugiendo por la calle empedrada de guijarros, llevando una gran carga fresca de ajonjolí, procedente de los campos de Booz, donde Ruth y Noemí habían vagado en la fragancia de la aurora.

Pero el odio se cernía ahora sobre la Ciudad Santa. Desde su sitio, en el "tonneau", el Gobernador Militar contemplaba las extrañas arcadas de las viejas calles que conducían a la Mezquita de Omar. Pronto resonaría en ellas la charla chillona de los vendedores de los bazares y estarían llenas de colores resplandecientes. Ahora, en la roja aurora, estaban desiertas y obscuras.

Bum... bum... bum...

El tambor triunfante del Islam despertaba millones de ecos en las calles de la vieja Jerusalem. Por detrás de las "mushabyias" de sándalo unos pocos rostros asustados de mujeres espiaban el paso de la cabalgata.

Y en la sombra, cerca del Muro de las Lamentaciones, Iván Valantoff, El Destructor, estaba sentado esperando, con una sonrisa siniestra en su rostro convulso.

Una cicatriz lívida le corría desde la sien a la frente y su cutis estaba tan estirado sobre los huesos de sus cadavéricas facciones, como el parche de los tambores que batían los Mazarites.

Sir Gilbert Carfax, el Alto Comisionado de su Magestad, estaba a la sombra de un antiguo olivo, cerca del Huerto de Gethsemaní. Sonreía amargamente, mirando hacia abajo, desde su altura, mientras el viento agitaba las plateadas hojas.

¡Una rama de olivo, símbolo de paz, mientras debajo de él Jerusalem hervía interiormente, como un brevaje de odio en el caldero de una bruja.

Sir Carfax se paseaba inquieto por el jardín de la Casa de Gobierno. En el aire tranquilo de la mañana resonaron las seis argentinas campanadas de la iglesia de San Pedro.

!Seis!

Y en Jerusalem vigilaban seis Arabes Verdes, hombres que estaban como muertos. Eran los miembros del Club de las Sombras, los que se habían jurado a sí mismos que No Habría Más Guerra.

Cerca del Templo de Salomón, mirando sobre el Calvario, está situada la casa de Seitún, el vendedor de trigo. Es un edificio gris, de techo plano, que era ya antiguo cuando Ricardo Corazón de León rescató el Santo Sepulcro de manos de los sarracenos. La casa de Zeitún tiene su historia y su tradición.

Su vieja puerta está acribillada por las cicatrices de sitios, ha tiempo olvidados; sus sombrías paredes parecen negras, aún bajo el sol.

Se cuentan extrañas historias de la casa de Seitún. Se dice que Ricardo Corazón de León que perseguía a los árabes con el fuego y la sagrada espada, encontró allí a una doncella árabe, de ojos de gacela, que espiaban tímidamente al conquistador a través de la persiana de un harem.

Y Ricardo, que combatió con sangre y fuego las huestes sarracenas, quedóse allí una temporada hasta que un día un musulmán, un piadoso hadj, que llevaba el turbante verde de los que han hecho su peregrinación a la Meca volvió y fué capturado y conducido ante el rey inglés.

Se cuenta en los cafés y bazares de la vieja Jerusalem, que el santo hombre no opuso resistencia.

"No hay fortaleza ni poder más que en Allah el Alto, el Grande, el Compasivo" dijo el hadj creyendo que el rey lo iba a matar.

"No difieras, oh monarca" continuó tranquilamente dirigiéndose a Ricardo " un placer cuando puedes proporcionártelo. Si te complace matarme, hazlo porque el destino amenudo destruye nuestros planes".

Corazón de León se echó a reir con su poderosa risa y palmeó el hombro del sarraceno.

—"Vete en paz, oh mi padre" le dijo "Esta casa será llamada la Casa de la Paz mientras Inglaterra exista".

Pasaron los siglos y la casa de Zeitún, el vendedor de trigo, ha albergado a muchos inquilinos extraños, desde el tiempo en que los ojos de gacela de la tímida doncella espiaban al rey inglés.

Pero nunca, en su larga historia, había la casa de Zeitún albergado seres más extraños que aquellos seis hombres terribles que se llamaban a sí mismos El Club de las Sombras.

En un cuarto verde y oro, "musharabiyas" de sándalo y cedro y piso de valioso mosaico, Ivor Santyre, el jefe del Club de las Sombras, estaba sentado, con los brazos cruzados, contemplando pensativo a Jerusalem.

De las paredes colgaban maravillosas alfombritas para las plegarias procedentes de los telares de Isapham. Del cielo una lámpara dorada de antiguo dibujo... símbolo de un pacto de paz, que sobrepasaba la comprensión de los hombres vulgares.

Ivor Santyre era probablemente mejor conocido en Oriente por Brins el Zandir, el nombre que le habían dado los árabes por sus magníficos servicios durante la guerra, cuando Allemby, siguiendo las huellas de Corazón de León, concluyó triunfalmente la última cruzada.

La mirada de Santyre reposaba sobre un escudo de plata suspendido sobre la pared de la casa de Zeitún. A través de los siglos, muchos escudos habían adornado aquellas paredes. Escudos de sarracenos, de Cruzados, de cristianos, de infieles. Pero seguramente ninguno era tan extraño como aquél que ahora contemplaba Santyre.

Grabadas en su plateada superficie, con hermosa letra inglesa antigua, estaban las palabras de Isaías.

"Y El será juez entre las naciones y amonestará a muchos pueblos y estos convertirán sus espadas en arados... Las naciones no levantarán su espada contra las naciones, ni habrá más guerra".

Bajo la careta, que parecía humana, de caucho, el rostro de Santyre estaba horriblemente mutilado por las heridas recibidas en la guerra más grande de todos los tiempos. Probablemente, nadie como él comprendía la gravedad de la situación de Palestina y el amargo rencor que existía entre árabes y judíos, desde la declaración de Balfour, en 1918, el año en que Santyre había dejado de estar en contacto con sus semejantes para ser uno de los hombres que habían muerto para la alegría y para la vida.

La llama de la Lámpara del Recuerdo ardía serenamente, como símbolo perpétuo del convenio que habían hecho aquellos seis hombres terribles para que No Hubiera Más Guerra

V

RUFF HANSON PRONUNCIA OTRO DISCURSO

—A mi me gusta la acción. Mi nombre medio es Movimiento ¡Vamos!

Voy a decirles, muchachos, quien soy en la tierra de la trampa y del dinero. Soy un tipo pacífico. Todo lo que necesito es un puñado de fresas, la dirección de un buen bodeguero y la oportunidad de usar mis pistolas.

Fué al encontrar a un tipo llamado Markuse, con una daga árabe clavada en el corazón que me dije ¡"A Jerusalem"!

¿Les hablé de la hija de Markuse? Esa chica es una mosca blanca. Pero, sigamos. ¿Les dije que Willy y Wally son mis pistolas? Bueno...

Yo soy un bebedor de sangre. Antes de

desayunarme azoto tigres con serpientes y luego como granito. Bebo ácido prúsico como aperitivo Tengo un cementerio privado donde entierro a los que me desagradan.

¿Les conté de esa pollera, la Markuse? ¿La de los ojos como faroles?... Creo que ustedes los británicos los llamarían suaves, límpidos.

¡Oh! yo soy un tipo endurecido. Es todo lo que necesitan saber, creo.

Aquí estoy. Aquí está Jerusalem. Si ustedes creen que Jerusalem es una ciudad judía, están equivocados. Hay más judíos en Nueva York que en Palestina.

Hay aquí un tipo llamado Blake, grande y sabio. Grande como el Pacífico e igualmente profundo. Yo soy distinto. Soy el "dick" que más pronto saca su revólver en el continente Americano; Pero quizá Blake sea tan rápido como yo. Sólo que yo lo digo y él no. Se diferencia en eso. Somos buenos compañeros de todos modos.

En cuanto a ese cachorro de periodista, Splash Page, por los mismos cuernos de la luna, juro que debía ser yankee. Tiene audacia, personalidad. Cuando se corta al afeitarse, que me ahorquen si no le sale tinta en vez de sangre.

Naturalmente el cachorro se vino a Jerusalem. Donde hay barullo, ahí está Splash.

Yo aborrezco a Jerusalem. Después de un lindo viaje hasta Egipto, llegué a la estación de Jerusalem más seco que el desierto. Esperaba ser recibido por dromedarios o cosa así. Y me encontré con un auto 1929, modelo de Detrot. Le hemos puesto Elisabeth. Ese nombre de mujer me recuerda otra cosa. ¿Les mencioné a la chica de Markuse? Su sobrenombre es Betty. ¡Que lindo! ¿Y les conté de sus faroles? Estoy hablando de la chica, no del auto. Sigamos. Aquí está Jerusalem. Y aquí estoy yo. Y aquí están Wally y Willy instaladas sobre mis caderas. Pero no está Blake. Y esto me tiene nervioso. Splash y yo hemos estado sentados, en el balcón del hotel Allemby, las horas muertas esperándolo. Nos hemos tomado una botella de whisky.

Hay una gran trifulca en preparación, aquí en Jerusalem. ¿Les hablé de un tipo llamado Abraham? Este les llama a todos sus hijos Isaac y los sacrifica a todos, obteniendo dinero del negocio. Ese tipo.... bueno, yo lo calé enseguida.

Me ofreció veinte "grandes" por cortarle el resuello a Markuse. Pero yo no soy asesino. Siempre doy a mi contrario tiempo. Los dejo sacar su pistola primero. No tengo yo la culpa de que los otros no sepan tirar Willy y Wally son endiabladamente certeras.

Bueno, ese tipo Abraham es un millonario, un microbio y un bandido.

Yo y Splash estamos sentados mirando a Jerusalem y dejando a la Ciudad Santa que nos contemple a nosotros. Somos personas modestas.

—Mister Hanson, patlón...

Levanté la vista.

—¡Demonios! — exclamé — ¿Usted nunca duerme?

El negro que encontré en el hotel Allemby, vestido con un camisón blanco y un turbante rojo, mete su trompa por la rendija de la puerta.

—Dormir, patlón, es mi ocupación favolita; pero Febo Apolo sabe cumplir con su debel y cuando sale el sol ya no es hola de estal en la cama.

Empiezo a simpatizar con este negro.

—Muchacho — le dije — ¿qué hora es?

—Las cinco y media pasadas. — Patlón, eso es bueno para gálgalas — añadió mirando las botellas que Splash y yo habíamos vaciado.

Sonreí. Después de eso, Febo Apolo desapareció para volver con el chocolate.

De pronto oí, un gran ruido y me volví a Splash.

—Diga, chico, ¿qué alboroto es ese?

Bum... Bum... Bum...

—Parece un tambor de jazz atacado de manía religiosa.

—Probablemente lo es — dijo Splash sonriendo.

Miró la daga con mango verde que estuvo por rebanarle la mollera.

—Los lobos verdes aullan — dijo.

—Déjelos aullar — repliqué yo — A mi esto me alegra y voy a cantar una canción que hacía las delicias de Pumpkin Centre cuando yo era cowboy.

"Soy un coyote solitario, lleno de pulgas.
Los bigotes me llegan a las rodillas.
Pero es mi noche de aullar".

—Ruff, — dijo Splash — usted es un sentimental.

—Lo soy; pero al mismo tiempo tan duro que un trozo de mármol es un bizcochuelo, comparado conmigo.

Splash Page terminó el último de sus telegramas.

—Ruff, — dijo y ví que no estaba bromeando — estoy preocupado por Blake. ¡Vamos!

Fuimos.

El Sheikh El Kadir, orgulloso, altivo, consciente de su linaje, marchaba a la cabeza de sus Mazarites; pasó por la puerta de Jaffa, en dirección a la Mezquita de Omar.

El cielo se había iluminado hacia el este y, conteniendo a sus fieros guerreros, el jefe guió hacia la calle pavimentada con guijarros y saturada de cientos recuerdos.

Bum... Bum... Bum...

Sus tambores batían el parche con un entusiasmo frenético. Volvían a la barbarie.

Los ecos llenaban las calles abovedadas de Jerusalem de melodías paganas. El Islam marchaba hacia adelante, inconquistado e inconquistable. Sobre las cabezas zumbaban los aviones británicos.

Dentro de su auto, el coronel Yates seguía sentado, con los labios apretados, esperando siempre. En su solitaria vigilia sobre el Monte de los Olivos, Sir Gilbert Carfax contemplaba la Ciudad Santa.

Resonó de pronto un timbre a su lado y con un suspiro se dió vuelta para levantar el receptor. Jerusalem estaba muy lejos de ser dorada en aquellos momentos a los ojos del Alto Comisionado.

Entretanto, cerca del Muro de las Lamen-

En su palma cayó la espantosa bolilla negra. Quedaba decretado que Alfred Rudd sería el ejecutor del Club de las Sombras.

taciones, Iván Valantoff también observaba y esperaba. Había trazado bien sus planes. El era quien había fijado dentro de las grandes grietas del Muro de las Lamentaciones un micrófono y un alto parlante, escondidos detrás de una mata de yuyos, con la idea

de inflamar las pasiones de los judíos contra los árabes, insultándolos por medio del micrófono.

Valantoff era uno de esos extraños individuos cuya mano se levanta contra todo hombre. Imbuído en las doctrinas anarquistas, había proyectado, con ayuda de aquel enigmático financista, Hiran Abraham, nada menos que la ruina completa del Imperio Británico y de la misma Cristiandad.

Cuando quitó la aguja de la bomba Mills, en su casa junto al bazar de los joyeros, no se había cuidado mucho de su vida. Era uno de esos seres cuyo ideal es la destrucción y aunque su plan de suscitar un conflicto entre árabes y judíos había fracasado, gracias a la intervención de Sexton Blake, guardaba todavía otra carta dentro de la manga.

No contaba, sin embargo, con lo que Ivor Santyre llamaba la "Causa de los Lobos Verdes". Estaba sentado en su pequeño cubil que daba a la Mezquita de Omar. Disfrazado de árabe, estaba seguro de que no lo molestarían. Su plan para la destrucción de la Cristiandad era completo.

Iván Valantoff no quería dejar nada al azar. Había arreglado ya tres planes separados y distintos para envolver a los británicos, a quienes aborrecía, en el holocausto. Sabiendo que la Fiesta de las Súplicas coincidiría con el Sabbath de los judíos, había instalado un aparato de radiotelefonía en el Muro de las Lamentaciones , el cual lanzaba insultos contra los desdichados judíos, inflamándolos contra los árabes.

Fué el ensayo de esta pantomima que sorprendió al despierto periodista Splash Page y al americano Ruff Hanson, cuando daban un paseo nocturno por la ciudad.

La segunda alternativa de Valantoff era el robo del cofre de plata, que inflamaría el Islam. Aquel plan también había estado en peligro de fracasar; pero... sonrió malvadamente porque debajo de su manga guardaba aún la carta del triunfo.

La situación era de ansiedad. Mientras el sol ascendía en el cielo, los "darrabukkas" resonaban desafiantes por las calles de Jerusalem, que estaban ahora llenas de cristianos, árabes y judíos.

Brillante como pórfido, a los rayos del sol la Mezquita de Omar atraía todas las miradas. Desde el minarete llegaba la voz del muezzin ciego. Resonaba, aguda y triunfante, llamando a los fieles para adorar a Allah, el único dios.

El Sheikh El Kadir, al frente de una columna de beduinos, escuchaba el llamado del Islam.

—Que Mahoma, ornato de dios, nos conceda sus gracias y honores — dijo gravemente — Porque nuestros ojos se regocijarán a la vista del cofre por medio del cual hizo convenio con nuestra tribu.

El Coronel Yates, Gobernador Militar, observaba la masa imponente de los Mazarites. Aunque era un valeroso soldado, comprendía que allí estaba la mecha que incendiaría todo el Cercano Oriente, ahora que la chispa había brotado.

El sabía, aunque ellos no, que el cofre a quien la salvaje tribu de beduinos había venido a rendir homenaje, había sido robado. Palestina estaba madura para la revuelta y los Mazarites, la más fiera de todas las tribus beduinas, desenvainaría la espada con todo el fanatismo del Islam ultrajado una vez que descubrieran el robo.

En las sombras El Destructor se reía.

VI

LA TORMENTA SE ACERCA

—¡Ahora, ríase de esto, cachorro de imprenta!

Ruff Hanson miró belicosamente a Splash Page mientras los dos entraban en la ciudad de Jerusalem ensordecida con los clamores de los Mazarites.

—Creo que el amigo Blak[illegible] muy capaz de cuidar de sí mismo, pimpollo — continuó Ruff — ¡Si yo tuviera el menor indicio de donde ha ido! — de pronto levantó la mano hacia los aeroplanos que volaban bajo sobre la Mezquita de Omar.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! Interminente, resonó en el aire de la mañana el ruido de tiros.

—¡Oh muchacho! — sonrió Ruff encantado — Eso es música. Me recuerda mi vieja Chicago.

Si no son tiros, me tragaré mis pistolas.

Ruff Hanson se golpeó encantado las caderas.

—¡Vamos a derrotarlos, pimpollo! — rugió — ¡Oh muchacho, no hay como la acción! Venga y les hablaremos con plomo.

Se ajustó agresivamente el sombrero de anchas alas y dirigióse hacia la Mezquita de Omar.

Jerusalem se había despertado. Ahora el lugar estaba lleno de ruido y colorido. En las casas próximas se abrían las ventanas. Arabes y judíos contemplaban la caravana de beduinos, con el polvo del desierto en sus túnicas, mientras desfilaban insolentemente por delante del Muro de las Lamentaciones.

El Coronel Yates observaba ansiosamente en su auto. Colocado disimuladamente alrededor de la Mezquita había un escuadrón de su amado regimiento de Lancashire. El ¡bum! ¡bum! ensordecedor dominaba los gritos de los fanáticos árabes.

El Sheikh El Kadir blandió la cimitarra por encima de su cabeza.

—No hay más que un dios y es Allah — gritó sonoramente en árabe — ¡Bendito sea el nombre del profeta! Con Allah de nuestro lado, ¿quien podrá contra nosotros? Muerte... muerte a todos los infieles.

Los labios de Splash Page se apretaron.

—No me gusta esto, Ruff; — observó — la multitud está excitada. Así empiezan las revueltas religiosas. Se azotan furiosamente entre ellos y luego...

Un chillido agudo, inhumano, resonó de pronto sobre los clamores de la multitud. Una figura desharrapada, agitando un garrote sobre su cabeza, gritaba histéricamente:

—¡No hay más dios que Allah! ¡Bendito sea el nombre de Allah!

Splash miró el rostro del hombre. Estaba mortalmente pálido. Caía espuma de sus mandíbulas babeantes. Su abaya estaba he-

cha pedazos. Reconoció que el hombre era uno de los tipos más peligrosos de árabes de Palestina, uno de los Noksa, tribu de derviches.

El hombre daba vueltas como una fiera. Hacía girar grotescamente el blanco de los ojos mientras agitaba el garrote.

—¡Muerte! — gritó — ¡Muerte a los judíos que han comprado nuestra patria! Paso... paso, oh Mazarites, porque yo, Anullah Krimm he sido enviado por Allah para guiaros.

El Sheikh El Kadir hizo caracolear su caballo y su hermoso rostro se ensombreció.

Sabía que la multitud estaba excitada y que los árabes tienen un miedo supersticioso a los locos. Evidentemente aquel fanático estaba inspirado por Allah y era, por consiguiente, sagrado a los ojos de todos los musulmanes.

—¡Allah es grande! — chilló el hombre y la multitud de las calles repletas coreó sus aclamaciones. La salvaje figura del derviche parecía poseída de júbilo delirante, lágrimas de alegría rodaban por sus marchitas mejillas. Tenía una cicatriz en la frente y uno de sus ojos parecía nublado.

—¿Y ahora qué?... — dijo Ruff Hanson, mirando a la excitada multitud.

Luego su feo rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Vamos, Splash. ¡Campanas del infierno! Estoy sentado encima del mundo. Nunca me sentí tan animado desde que los muchachos de la V atacaron Topez City, en el 98.

El periodista no era cobarde y comprendió que empezaba una trifulca que le daría tema para uno de los relatos más sensacionales de su carrera, Sintióse arrastrado como una hoja, en la cresta de un torrente, por la humanidad impetuosa que se precipitaba hacia la Mezquita de Omar.

—¡Allah!... ¡Allah!... ¡Allah! — gritaban miles de gargantas, morenas y guturales.

El fanático derviche con sus gritos que desgarraban el tímpano, desapareció en el patio de la famosa Mezquita de Omar. El corazón de Splash Page se oprimió. ¿Dónde estaba Sexton Blake?

Nadie comprendía mejor que el periodista que, a menos que apareciera el cofre sagrado con los cuatro pelos de la barba de Mahoma, la explosión se produciría.

Todo Oriente, con sus millones de mahometanos se inflamaría por la guerra religiosa.

El Sheikh El Kadir frenó su brioso caballo negro, que se encabritaba al oir los clamores y ruidos.

Entretanto, Ruff se había subido a una pared baja, de piedra y sobre los roncos clamores dirigidos a Allah entonó el canto con que usualmente entraba en pelea.

"Así terminó Jack el Caimán
Con una bala en la espalda.
Lo sepultaron solo, sin cruz ni piedra,
Para que descansara en la prade...e..e...ra.

Splash Page se rió. Aun en aquellos momentos emocionantes, su mente periodística vió el anacronismo entre un duro vaquero del Oeste, regocijándose ante la idea de pelear, y los fanáticos musulmanes, igualmente ansiosos de pelear por su religión.

—Oiga, Ruff, — le gritó — en caso de que nos separemos, concédame un relato exclusivo de sus impresiones. Lo veré y....

El resto de su frase fué ahogado por un clamor delirante de la multitud, que por momentos se volvía más amenazadora. De cada callejuela que salía al Muro de las Lamentaciones, la gente aparecía como ratas. Los árabes maldecían, las mujeres chillaban. El fervor de la revuelta se había apoderado del mundo musulmán.

Fué entonces que el Sheikh El Kadir se reveló verdadero dominador de hombres.

Dándose vuelta en su montura, levantó la cimitarra por encima de su cabeza y describió con ella rápido círculo.

—¡Abajo, perros, abajo! — tronó — Por hoy rendiremos nuestro homenaje a la sagrada barba del Profeta.

El Coroned Yates, desde su situación ventajosa, en una pequeña eminencia sobre la mezquita de Omar, se acarició nerviosamente el bigote. A menos que el cofre se recobrara...

Se encogió filosóficamente de hombros. Era un hombre de mente sencilla que cumplía eficazmente sus deberes: pero cuando se trataba de fanatismo religioso, se encontraba francamente desorientado.

En el Santuario de la Mezquita de Omar, el venerable Iman se paseaba agitadamente arriba y abajo por el valioso piso de mosaico. Era el guardián del cofre y no había cofre.

Era un hombre, bondadoso y tolerante, el Imam Hussein. Tenía una figura patriarcal con sus inmaculadas ropas de la seda más fina. Era amigo de los británicos y a menudo, en el pasado, había evitado disturbios por su tolerancia. Era respetado por todas las secciones de la comunidad de Palestina; sin embargo, ahora que se acercaba la hora para el homenaje de los Mazarites, comprendió que, a menos que estuviera allí la sagrada reliquia de Mahoma, el insulto a la fe musulmana no podría ser tolerado ni atenuado.

Se retorció las manos y oró suavemente. La magnífica nave de la Mezquita de Omar, con sus ventanales de brillantes colores estaba muy tranquila y silenciosa mientras el anciano Imam se paseaba inquieto por delante del santuario profanado.

Luego, repentinamente, llegó a sus oídos el rumor de la multitud e inclinó la cabeza sumisamente.

—Kismet. Lo que está escrito está escrito.

—¡Allah es grande! ¡No hay más dios que Allah! — chillaba una voz. La fanatica figura del derviche entró al sagrado recinto de la Mezquita, agitando un pesado garrote sobre su cabeza.

El Imam Hussein frunció el ceño al reconocer a un miembro de la secta Moksa. Afuera se oía el clamor rugiente de los beduinos. Dentro de un minuto o dos, el Sheikh El Kadir, jefe de los Mazarites, entraría para rendir homenaje... ¿a qué?

Miró el Imam el santuario profanado y luego al fanático.

—¡Oh Imam! — exclamó el recién llegado en árabe — Te conjuro por Allah, que me abras paso porque el tiempo es corto. Mira traigo conmigo la sagrada reliquia.

Al decir esto sacó de abajo de sus destrozadas ropas un cofre de plata exquisitamente trabajado e incrustado de gemas.

—¡Allah es grande! — murmuró el anciano y sus delgadas y blancas manos, surcadas por venas azules, se apoderaron ansiosamente de la preciosa reliquia.

—No hay más dios que Allah — replicó el fanático y luego su rostro se alteró súbitamente. Había desaparecido de él aquella expresión de casi insano fanatismo. El viejo Imam miróle con franca curiosidad y luego sonrió. Era un hombre muy inteligente el Imam de la Mezquita de Omar.

—Tú no eres árabe, hijo mío. ¿No te vi anoche, cuando me hiciste preguntas acerca de este impío robo?

—Tus ojos son muy perspicaces, oh mi padre — contestó el otro. — Vuelve a colocar este cofre en su urna porque oigo las huestes del Islam rugiendo en la puerta.

El viejo dirigióse hacia el nicho, hermoso trabajo en cobre del siglo XIV, colocado entre dos graciosos pilares de mármol, y reverentemente volvió a colocar el cofre en su sitio.

En aquel momento se oyó el ruido de cascos en la puerta de entrada de la Mezquita y la voz del Sheikh El Kadir, levantándose sobre los gritos roncos de la multitud.

—Entrad, compañeros Creyentes a fin de que podamos rendir nuestro homenaje al cofre de Mahoma, con quien sea la paz.

Frenó en el umbral de la Mezquita y desmontó. El desarrapado fanático se retiró disimuladamente. Eu sus labios, firmes y movibles, vagaba una extraña sonrisita mientras observaba la reverente procesión de los Mazarites entrar a laMezquita, siguiendo a su jefe.

—Con quien sea la paz — repitió Sexton Blake.

El Número Trece, del Servicio Secreto, había cumplido su misión.

VII

EL SORTEO DEL CLUB DE LAS SOMBRAS

En la Casa de Zeitún, el vendedor de trigo, Ivor Santyre, jefe del Club de las Sombras, estaba sentado, la barba apoyada en su esbelta mano.

Alrededor suyo, debajo de la Lámpara del Recuerdo, estaban reunidos los cinco hombres mutilados que formaban aquella organización única — El Club de las Sombras — que trabajaba por la paz del mundo.

El profesor John Jordán, sabio famoso, encendió un cigarrillo y se volvió a su jefe.

—Gracias a tí, Santyre — dijo — el peligro del momento ha sido evitado; pero temo que la tregua sea temporaria. Ese joven Splash Page es un poco... un poco entremetido y me pareció necesario advertírselo hace una hora.

El y su amigo Hanson estaban esperando, evidentemente, el regreso de Blake. De paso, ¿qué ocurrió exactamente en casa de Valantoff?

Santyre sonrió. Estaba enteramente vestido de verde y lo más curioso y terrible de los miembros del club de las sombras era que sus rostros eran todos semejantes.

Aquello se debía principalmente al genio de John Jordan. Cuando mutilados, espantosos, se retiraron de la mirada de sus semejantes, Jordan hizo experimentos con materiales plásticos de gasa y cera para ocultar aquel horror al mundo.

Santyre, que conocía el Oriente quizá mejor que cualquier otro hombre del mundo, había llegado a sentir una gran reverencia por el verde, lo mismo que un musulmán.

Para facilitar los movimientos de los seis, había hecho que Jordan hiciera caretas iguales. No era un solo árabe verde el que Splash Page y Ruff habían visto la noche de su paseo, si no tres hombres distintos.

—Sí, — dijo Santyre — fué una suerte que yo me fijara en la casa de Valantoff. Con un magnífico trabajo de deducción, Blake había llegado antes que yo y aquel anarquista loco, en su insensato deseo de destrucción, pudo haber hecho volar la casa hasta el cielo y con ella nuestras esperanzas de paz en este rincón del mundo.

Afortunadamente para todos, la bomba hizo poco daño, excepto destruir el laboratorio y el trasmisor de radiotelefonía, que pudo tener tan diabólico resultado en el Muro de las Lamentaciones.

Creo que Blake estaba sin conocimiento cuando yo agarré el cofre de encima de la mesa del laboratorio. Yo mismo fuí considerablemente sacudido por la fuerza de la explosión, así que no vi desaparecer a Valantoff. Debía haber una salida que yo no advertí.

Deslicé la reliquia dentro de la galabiah de Blake, mientras estaba todavía desmayado y le dejé una nota en la pared. No temo que Blake intervenga en nuestros planes; pero sus dinámicos amigos, Splash Page y Ruff Hanson puédenos armar barullo.

Por eso los amenacé bastante melodramáticamente, lo temo — interrumpió Jordan— Sabiendo el olfato de Page para lo sensacional, recordé la extraña ceremonia anual que se realiza en los distritos campesinos de la Normandía. Se conoce como la Hermandad del Lobo Verde.

—¿De veras? — dijo Santyre con interés — No me había enterado de eso. Mi especialidad es el Oriente.

Jordan se echó a reir.

—Como estudiante del folklore, me interesó ir el año pasado a Jumieges. — observó — La Hermandad del Lobo Verde data de antes de la era Cristiana.

Cada hombre elegido toma el título de "Lobo Verde". Usa un traje verde, de corte peculiar y un alto sombrero también verde, de forma cónica y casi diré ridícula.

Enciende una gran hoguera y danza solemnemente alrededor de ella, frente a los aldeanos. Estos lo persiguen alrededor de las llamas y él los castiga liberalmente con un garrote.

Terminada la ceremonia, vuelven a la Casa del Lobo Verde y practican un rito re-

ligioso. Es una mezcla curiosa de paganismo y cristianismo. Al sonar media noche con un agudo grito, el Lobo Verde se levanta y los himnos piadosos substituyen a las canciones báquicas. Resuenan alegremente las campanas y la jarana de la noche se termina.

—Interesante — dijo Santyre.

—No puede negarse que el compañero tiene algo en la sesera. — interrumpió la voz de Syd Hesse.

El profesor Jordan se echó a reir. Había algo incongruente en el hecho de que aquella careta inmóvil, de árabe, ocultara las facciones de un ex-presidiario a la vez que uno de los soldados más valientes de la guerra.

El Club de las Sombras era único en los anales de las Sociedades secretas. Aquellos seis hombres que no estaban sujetos a penas por deserción, habían permanecido unidos por un pacto que ninguno de ellos había quebrantado en diez años transcurridos desde el primer armisticio.

Sexton Blake había comprendido ya la formidable naturaleza de la sociedad en su primer encuentro con los hombres-sombras. Eran sus métodos implacables, contra todo lo que se opusiera a sus ideales pacíficos, que los hacía peligrosos.

Con Santyre a la cabeza, su presencia en el Cercano Oriente durante aquel tiempo de tensión, resultaba perturbadora. John Jordan, con su ciencia, Sir Everard Farr con sus millones, Conway Clift, el actor ciego, con su don para la mímica... eran todos peligrosos y fuertemente distintos.

Los dos miembros restantes del Club de las Sombras eran aún más distintos de los demás. Syd Hess, un pequeño londinense de la clase baja, adoraba a Sir Farr. El ex-ratero era el bufón de la compañía. Su íntimo amigo, Alfred Rud, en un tiempo hércules de circo, era un gigante de ojos azules y pelo rubio. Ofrecía poco a la sociedad como inteligencia o entretenimiento; pero ponía a su disposición su leal servicio y su fuerza casi increíble.

Santyre se puso de pie y miró por la ventana. En el silencio de la mañana se oyeron las detonaciones intermitentes de disparos de armas de fuego.

—¡Hola! Han empezado — exclamó Conway Clift.

—¿Y Abraham? — murmuró Jordan — No olvides, Santyre, que él es el cabecilla.

Por toda respuesta, Ivor Santyre bajó lentamente su pulgar. Había algo en la tranquila e impasible manera que tenía el Club de las Sombras de resolver sus asuntos que daba a sus decisiones una cualidad terriblemente irrevocable.

—Creo que ha llegado el momento de sortear — dijo Santyre.

Sacó una cajita de jade, exquisitamente esculpida. Hizo correr la tapa y quedaron al descubierto seis pequeñas esferas de marfil. Cinco eran blancas y la sexta negra.

Había un pequeño resorte en la base de la caja donde Santyre apoyó su dedo, descubriendo una pequeña abertura, que permitía salir una bolilla sola.

Sacudió indiferentemente la caja y se la pasó a Sir Everrard Farr, quien apretó el resorte, haciendo caer una bolilla blanca en la palma de su mano.

—Quedan cuatro, caballeros — dijo pasando la caja al gigantesco Alfred Rudd.

La enorme mano del hombre se cerró sobre ella. Tocó el pequeño resorte y cayó en su palma la espantosa bolilla negro. Decretaba que Alfred Rudd debía ser el ejecutor por le Club de las Sombras.

Santyre se encogió de hombros.

—Yo me ocuparé de Valantoff, Rudd — le observó.

El gigante sonrió detrás de su careta.

—Yo me ocuparé de los dos, patrón — dijo con acento de buen humor, mientras alzaba su mirada hasta la Lámpara del Recuerdo.

Sexton Blake, seguro en su posición ventajosa, debajo de la arcada de un minarete, se recostó jadeante, exhausto contra un pilar de mármol.

Había tenido muchas horas de terrible agitación y reaccionaba ahora. En menos de treinta y seis horas descubrió, no solamente el verdadero secreto del malestar de Palestina, si no que había encontrado el cofre perdido, devolviéndolo a su santuario, a tiempo para evitar una Guerra Santa.

Estaba todavía algo aturdido por su experiencia en casa de Valantoff. Después de la explosión casi había perdido toda esperanza de recuperar la preciosa reliquia y era todavía casi inexplicable para el detective como el cofre, que había visto levantado sobre el crisol, en el laboratorio de Valantoff había venido a parar al bolsillo de su destrozada abaya.

Había sido una inspiración genial el personificar al fanático derviche de la tribu Moksa, a fin de poder abrirse paso hasta el santuario antes de que llegara el Sheikh El Kadir.

La primera parte de la tarea de Sexton Blake estaba terminada; pero todavía faltaba mucho que hacer antes de que pudiera enviar su informe al Número Uno, diciéndole que la agitación de Palestina había terminado.

Primero y principal, había que encontrar a Valantoff y ajustarle las cuentas.

Nuevamente comprendió Sexton Blake que el proyecto de Abraham y su plan ambicioso de manufacturar los nitratos del Mar Muerto contribuirían a intensificar la amarga hostilidad entre judíos y árabes. Sí, a toda costa había que encontrar a Valantoff.

El clamor de los tom-toms resonaba ensordecedor sobre el patio del templo donde una vez el Rey Salomón había reinado en toda su magnificencia y sabiduría.

Blake se enjugó el sudor que le corría por la cara, con su destrozada manga. Abajo, del Muro de las Lamentaciones llególe el agudo lamento de los judíos, mezclado con los gritos triunfantes de los árabes.

Una vez que recobró un poco el aliento, el detective se dirigió hacia los arcos moriscos que conducían al patio del templo.

La Mezquita de Omar está en una eminencia, que mira sobre una angosta callejuela

en la cual los hijos de Judea se reúnen todos los sábados para lamentarse.

Blake miró hacia abajo, la frenética muchedumbre. Aquí y allá veía algunos de los gendarmes de Palestina. Las figuras poco llamativas de los soldados británicos armados con rifles y bayonetas, observaban discretamente desde el fondo. Arriba, en la esbelta torre del minarete, el muezzin ciego clamaba, vueltos sus ojos sin vida, hacia la Meca.

—No hay más dios que Allah y Mahoma, sobre quien caigan las bendiciones más excelentes y la paz, es su profeta.

Blake sonrió amargamente. Había cierta ironía siniestra en la situación.

—No hay más Dios que Allah — cantaba el muezzin — Alabada sea su perfección que cambia a los otros y él no cambia.

Su exhortación fué seguida por un rumor profundo y gutural que se elevaba de la multitud apiñada delante del portal. Sexton Blake miró hacia el cielo. Los aeroplanos lanza-bombas hacían evoluciones como espantosos pájaros de presa.

Sobre los clamores de la multitud, en la dirección del Monte de los Olivos, oyó Blake el sonido intermitente de disparos y su rostro se puso grave.

Era evidente que los disturbios empezaban ya en el pacífico valle del Jordán, cerca del puente Allemby y pronto se extendería, come el fuego a través de una pradera, hasta los fanáticos que gritaban alrededor del antiguo templo de Salomón.

Blake vió, encima de la multitud de albornoces **y turbantes rojos**, un sombrero de

¡"Sangre... sangre en el este, oh Sheikh!" murmuró el embozado jinete. Extendió el brazo hacia donde el sol naciente teñía el cielo de escarlata.

anchas alas. Evidentemente Ruff Hanson estaba en pie de guerra.

Donde estaba Ruff era seguro que no podía faltar Splash Page. Los clamores religiosos de los árabes enloquecidos alrededor del Muro de las Lamentaciones eran como un torrente desbordado y a Blake la situación se le antojaba fea y crítica.

De pronto el Sheikh El Kadir, magnífica figura sobre su caballo, vistosamente enjaezado, salió al frente de sus feroces guerreros, después de haber rendido tributo al santo cofre. Sobre su cabeza blandía la cimitarra y su llegada pareció una señal para el río humano, que salió de sus orillas y se precipitó hacia la mezquita.

En los pisos altos se oía el chillido de las mujeres, árabes. Los hombres lanzaban ju-

ramentos y maldiciones contra británicos y judíos. La fiebre de la revuelta se había apoderado de ellos. Era ley de la multitud. El fanatismo árabe se había convertido en una hoguera.

—¡Muerte! ¡Muerte a los judíos!

Brrrrrrrr. Ta.ta.ta. taratatá.

Los tiros resonaban más cerca. Sexton Blake oyó, aún sobre los gritos frenéticos de la muchedumbre, la voz potente de Ruff Hanson.

—¡Muchacho, vamos!

Sonó un tiro. Un árabe excitado descargó su mosquete contra un aeroplano que volaba bajo.

—Dentro de uno o dos minutos será una verdadera batalla, a no ser que ocurra un milagro — murmuró Blake.

En su escondite, cerca del Muro de las Lamentaciones, con un enchufe y un par de largos alambres en su mano, estaba El Destructor, pronto para hacer volar en fragmentos la histórica pared no bien se hubieran reunido ante ella bastantes judíos para exhalar sus lamentos.

—Yo les daré algo por qué lamentarse— silbó Iván Valantoff y sus ojos, color gris pizarra pálido estaban blancos de odio.

VIII

ACCION EN EL FRENTE ORIENTAL

(Lo siguiente es un extracto del despacho especial de Splash Page para el "Daily Radio").

"La lucha religiosa, largo tiempo esperada en Palestina, ha estallado al fin y en momentos que escribo, Jerusalem es una ciudad de horror.

Como corresponsal de guerra he estado en varios frentes; pero nunca presencié una batalla que empezara tan accidentalmente y que se convirtiera tan pronto en espantosa hoguera como esta revuelta del Muro de las Lamentaciones.

Los disturbios empezaron poco después de la solemne ceremonia de las Súplicas, a las 8 de esta mañana. Las causas directas del estallido permanecen en la obscuridad; pero se cree que la resistencia de los árabes a la Declaración de Balfour es la raíz de ellos.

Se nos informa que las tribu beduinas de Sinaí, Siria y Transjordania amenazan con marchar sobre Palestina y algunas han cruzado ya la frontera. En Jerusalem misma, a despecho de las precauciones tomadas por el Gobernador Militar, Coronel Yates, reina el terror.

Las tiendas han sido saqueadas y ha habido una cruel matanza. Sir Gilbert Carfax, el Alto Comisionado, ha radiotelegrafiado al Cairo para que le envíen dos batallones de tropas para contener los desórdenes. Dos buques de guerra británicos, el Invencible y el Valiente, se dirigen apresuradamente a Jaffa, desde la estación naval de Malta.

Es imposible por el momento calcular el número de víctimas.

Hombres, mujeres y niños, tanto árabes como judíos, han sido muertos en las peleas. La mayor parte de los árabes, armados únicamente con palos y piedras, han tratado de forzar el cordón de tropas británicas que se hallan aquí para mantener el orden.

La gendarmería local ha tratado de impedir que se extendiera la revuelta y logró contener el primer avance de los rebeldes con un nutrido fuego de fusilería.

La situación es extremadamente grave y...."

¡Crac!

Algo pasó silbando cerca de la oreja de Splash y un pedazo de barro seco cubrió el cuaderno de apuntes de periodista.

—¡Malditos sean!! — murmuró Splash petulantemente, mirando a la rencorosa y enloquecida multitud, a doscientas yardas de distancia — Quisiera que estos roñosos no me cortaran el chorro de la inspiración. ¿Por qué no siguen peleándose?

Alrededor de Splash, la multitud frenética trataba o de llegar al sitio de la pelea o de alejarse de ella; todos gritaban en el entrevero. Entre los lamentos de los heridos y los gritos roncos de los fanáticos musulmanes, Splash estaba tranquilamente sentado, sobre una baja pared de barro, escribiendo un relato de los acontecimientos para los dos millones de lectores del "Daily Radio".

Miró su reloj. Eran casi las nueve. En el cielo turquesa el sol se había levantado como enorme bola de fuego y quemaba sin piedad la escena.

A la derecha de la Mezquita de Omar, se oía el chocar de las armas y el ruido de las detonaciones. Una masa, cada vez más compacta de humanidad, aullaba y maldecía alrededor de la entrada de la calle que conducía al Muro de las Lamentaciones, empujada inexorablemente hacia adelante por las hondas de árabes que salían de los bazares.

Splash Page bostezó y cerró su libro de apuntes.

—Más tarde telegrafiaré — dijo — Aquí hay mucho barullo.

Desde un punto ventajoso, cerca de la Torre de Soldán, un pequeño grupo de soldados británicos apuntaba a los rebeldes con sus fusiles y, alrededor de la Mezquita de Omar, la gendarmería local había hecho esfuerzos valientes pero ineficaces para apaciguar el tumulto.

—Por todos los cuernos del diablo! — rugió una voz ronca — ¡Venga, sangre de pato!

Splash Page sonrió al ver al gigantesco americano, con sus amadas pistolas en sus jamones de manos, apuntando a los rebeldes que avanzaban.

—¡Atrás, loco maldito! — gritóle Splash Page, mientras el colosal americano se metía alegremente en el entrevero.

Pero Ruff Hanson se limitó a reirse.

¡Crac! Una bala le atravesó el sombrero de alas duras, al dispararle uno de los Mazarites desde su caballo.

—¡Campanas del infierno! — rugió Ruff — Me pagarás ésta, chico. ¡Un sombrero que me costó diez dólares! Te pagarán tu entierro.

Un fogonazo brotó de su automático y el beduino se desplomó hacia adelante.

—Eso te enseñará a no arruinar som-

breros — rugió Ruff, mezclándose en la pelea y desapareciendo de la vista de Splash.

Como las olas de un mar embravecido, la multitud se dirigía hacia el Muro de las Lamentaciones. El Coronel Yates comprendía que, a menos que se la contuviera inmediatamente, la revuelta se extendería no solamente por Palestina sino por todo el Cercano Oriente.

Tranquilamente se bajó de su limousine y dió una orden a una pequeña guardia que custodiaba las ametralladoras, cerca de la Torre de Soldán.

Br....r....rrrrrr. Ratatá..tatá..tatá.

Como una rata en su agujero, Iván Valantoff, aquel miserable, estaba agachado con el dedo sobre el conmutador de su máquina infernal. En el momento crítico pensaba bajar la palanca que haría explotar la gelinita, ya colocada debajo de las grietas formadas por las grandes piedras del muro.

Entretanto, Sexton Blake se había hecho cargo de la situación. Era el suyo uno de esos raros cerebros privilegiados, que parecen actuar más fríamente cuanto mayor es el peligro. Vió enseguida, que si las autoridades procedían con mano firme, los tumultos no se extenderían.

Encima zumbaban los aeroplanos. Hacían evoluciones sobre la mezquita; pero su presencia parecía servir solamente para enloquecer a los árabes y volverlos más frenéticos.

Blake comprendió que los aviadores no podían lanzar bombas contra los feroces combatientes, que peleaban alrededor del sagrado santuario. En primer lugar, semejante acción hubiera excitado igualmente a judíos y musulmanes contra los británicos.

Porque indudablemente tanto la mezquita como el muro sagrado hubieran sufrido daños quizás la destrucción, sin contar las víctimas que habría entre la masa enloquecida.

Fué ese factor que hizo a Valantoff arreglar su diabólica máquina. En un momento dado, pensaba hacer volar el Muro de los Lamentos bien alto, de modo que luego fuera atribuída su destrucción a una bomba lanzada por la F. R. A.

El Destructor sonrió jubiloso al oir los aullidos de la mltitud, siempre creciente.

—¡Muerte... muerte a los judíos! — tronaba El Kadir, blandiendo su poderosa cimitarra encima de la cabeza.

—Tú lo has dicho, muchacho — gritó Ruff Hanson. Dió un salto terrible en medio de la multitud y montó de un salto el caballo negro, cuyo jinete había derribado.

Sintió emoción al poner los pies en los estribos. El ex-cowboy estaba al fin en su elemento.

—¡Attaboy! — gritó — ¡Attaboy!

Su voz fué ahogada por una lluvia de balas que barrió a la turba, desde la Torre de Soldán.

Splash Page oyó los alaridos de las víctimas de aquella matanza en masa y apretó los labios.

—¡Es una masacre! — murmuró, al desplomarse la vanguardia de los beduinos bajo el fuego de fusilería, para ser pisoteados por las hordas de árabes que los seguían.

—¡Ruff, vuélvase, idiota! — le gritó Splash Page mientras el americano esgrimiendo jubiloso sus pistolas se metía entre las hordas de los Mazarites.

¡Crac! ¡Crac!

Splash Page buscó un refugio, porque sentía las balas silbar en sus oídos. Vió al Sheikh El Kadir alzar la mano en la cual blandía su cimitarra. Por un momento o dos se tambaleó, luego cayó hacia adelante, para ser pisoteado por los frenéticos pies de los revoltosos.

Por un milagro, Ruff Hanson parecía no haber sido herido. Fragmentos de su absurdo canto llegaban a oídos de Splash, sobre los aullidos de la multitud:

"Yo soy un coyote, lleno de pulgas;
Pero en mi noche de aullar".

Ruff se divertía.

La revuelta se extendió por Jerusalem con extraordinaria rapidez. Desde la puerta de Jaffa hasta la de Damasco, la vieja ciudad era un torbellino de odios y pasiones.

Jerusalem había sido siempre teatro de luchas. Generalmente era la Cruz contra la Media Luna; y ahora era la Cruz y la Media Luna contra las seis estrellas puntiagudas de Magen David, el símbolo de la Nueva Israel, que se había levantado después de la Gran Guerra.

Sexton Blake aunque pocas veces perdía la brújula, no podía decir que ocurriría después.

Lo primero era encontrar a Valantoff: pero en una ciudad couvulsionada, llena de hordas sedientas de sangre, en cuyas angostas calles llovían las balas, encontrar a Valantoff era tarea comparada con la cual hallar la clásica aguja en el pajar resultaba comparativamente fácil.

Blake decidió unirse a la batalla que se trababa alrededor del Muro de las Lamentaciones. Era evidente que el haber devuelto el cofre sagrado a su santuario no había logrado interrumpir el curso inevitable de los acontecimientos. Los Hijos del Escorpión Escarlata, aquella organización pan-Arabe, había hecho propaganda incesante, incitando a los ya dispuestos árabes a la revuelta.

Blake se metió entre el tumulto, blandiendo su garrote con peligrosa resolución.

Hallábase en situación difícil. Vestido como árabe, de la tribu Moksa, tenía probabilidades de que lo atacaran tres bandos: los británicos, los árabes y los judíos.

Con su característica determinación, corrió el riesgo.

Con una mano agarró su automático, que había recobrado después de la explosión del laboratorio de Valantoff. Deseaba desesperadamente comunicarse con el Alto Comisionado. Para él, la multitud enardecida de cientos de árabes que gritaban y peleaban, era de poca importancia considerada a la luz de mayores acontecimientos.

En la turba era imposible distinguir amigos de enemigos. Blake confió simplemente en que su disfraz de derviche le serviría, como le había servido por la mañana cuando El Kadir llegó orgullosamente del desier-

to para rendir homenaje a la barba del Profeta.

—¡Allah es grande! — aullaba — ¡No hay más dios que Allah!

Luego añadía indistintamente.

—¡Muerte... muerte a los asesinos!

Manejando su palo como si hubiera sido una cachiporra, Blake les sacudía imparcialmente a la cabeza a los árabes que chillaban en torno suyo. El silbido de las balas, los gritos bárbaros y las amenazas que helaban la sangre llenaban el aire de terror.

Sobre la escena, el sol brillaba, sereno y lejano.

Paso a paso, Blake avanzó, tratando de mantenerse en pie y de dirigirse a la orilla de la turba, para ganar así el refugio, relativamente seguro, del Monte de los Olivos.

Sin embargo, a pesar de la fuerza de su brazo derecho, hacía pocos progresos. A cada lado que se volvía encontrábase con orientales enloquecidos.

Bajo la influencia del frenesí religioso parecían haberse convertido en demonios.

Sus gritos se hacían cada vez más salvajes. Nunca, en su peligrosa carrera, se había hallado Blake en situación más comprometida.

La lluvia mortal de balas barría a árabes y judíos por igual. Los árabes, armados de espadas y garrotes, luchaban sombría y desesperadamente. Blake no tenía sitio para manejar su palo. Era un caso de defensa o desafío.

De pronto Blake oyó una voz jovial que ca[illegible] sobre los frenéticos gritos de los ára[illegible]

"Y e[illegible] el fin de Jack el Caiman
Murió de u[illegible] balazo en la espalda".

Dióse vuelta y vió una figura risueña, desgreñada, con el rostro sucio, montada en un caballo árabe. Cinco balas habían traspasado el sombrero de Ruff Hanson y un hilo de sangre le corría por la sien; pero su boca estaba risueña.

A despecho de su peligrosa posición, Blake no pudo menos de sonreirse.

Los ojos de Ruff se achicaron al ver el rostro contorsionado del detective, cuyas mandíbulas babeantes se movían convulsivamente.

—No me gusta tu disco, muchacho! — exclamó Ruff y sin siquiera detenerse para tomar puntería, disparó su pistola en dirección de Blake.

Probablemente nunca estuvo el detective más cerca de la muerte que en esos momentos.

Afortunadamente para él, sin embargo, el caballo de Ruff dió en el mismo instante un corcovo, lanzando un relincho de terror y Blake, sonriendo, oprimió el gatillo de su arma.

Wally, la pesada pistola de Ruff Hanson, le fué arrancada de la mano y con un aullido de rabia el americano espoleó a su caballo dentro de la rabiosa multitud.

—¿Qué les parece esto? — preguntó sin dirigirse, naturalmente, a nadie.

La pérdida de su querida pistola de seis tiros le produjo una furia loca. Todos los corpúsculo de su sangre hervían de rabia, mientra el caballo enloquecido saltaba hacia adelante, sin que nada pudiera hacer Ruff para contenerlo. Alrededor suyo era un pandemonium. Los árabes con esa hermosa despreocupación del fanático, no se cuidaban de la muerte. Comprendían que, si mataban infieles, se ganarían un asiento de primera fila en el paraíso del Profeta.

Blake fué arrastrado entre un grupo de hombres que peleaban. Parecía poseer una vida encantada. Ni siquiera la furia terrible de la turba podía impedir que su garrote pegara en cuanta cabeza quedaba a su alcance. Fué un milagro que ninguna bala de las cientas que disparaban desde la Torre de Soldán, le alcanzara.

Pegando desesperadamente a su alrededor logró Blake abrirse camino entre aquella multitud frenética y morena. Se hizo paso entre la prensa de cuerpos, como si su brazo hubiera sido una palanca.

¡Bum!

Uno de los aeroplanos que volaban sobre el valle de Kedrón, había dejado caer una bomba, haciendo terribles daños en los olivos; pero sin causar otros perjuicios. La habían tirado principalmente para producir efecto y por un momento o dos hubo una tregua en la pelea.

—¡El tiaya! (el aeroplano) gritó un coro de voces — Hermanos, el pájaro maldito ha arrojado su huevo mortal. Pero no logrará nada contra el poder de Allah.

—¡Por el gran sapo con cuernos! — aulló Ruff Hanson, mientras metía su caballo por entre la muchedumbre, al ver el holocausto alrededor del Muro de las Lamentaciones.

Cuerpos mutilados obstruían el estrecho pasaje. El aire estaba extremecido por los agudos chillidos de las mujeres. Indudablemente la situación se hacía cada vez más desesperada y las autoridades británicas eran impotentes para contener a los beduinos, sedientos de sangre, que llegaban del desierto.

Fué en ese momento que ocurrió un milagro.

De un angosto pasaje, a la izquierda del Muro de las Lamentaciones, oyóse un grito prolongado, semejante al aullido de un lobo. Alrededor de la esquina, cada uno mon-

HIERRO
QUINA
BISLERI

Viene cargado
hasta el tope.
-Trae "HIERRO
QUINA BIS-
LERI"

tado en un caballo blanco como la nieve, aparecieron seis árabes, vestidos enteramente de verde. Sus turbantes ostentaban una enorme esmeralda, cada una de cuyas brillantes facetas resplandecía a los rayos del ardiente sol.

Cada hombre llevaba alrededor de su cintura un cinturón de seda roja, pero lo más extraño era que estaban completamente desarmados. En lugar de una cimitarra o un rifle, cada uno de los árabes llevaba, entre los dedos de su mano extendida, una paloma blanca.

Algo del supersticioso respeto que inspira a todo musulmán el color verde se extendió por la multitud, enloquecida y fanática. Por un momento o dos, los más salvajes se detuvieron mientras los jinetes, extrañamente silenciosos, se aproximaban.

—¡Es una señal, un milagro de Mahoma, el Profeta, con quien sea la paz; — dijo un alto beduino, deteniendo su caballo. — ¡Ved! No traen espadas y cada hombre es igual al otro.

Desde su ventajosa situación, Splash Page miraba con muda sorpresa la aparición de los seis Arabes Verdes. Empezaba a comprender. El Club de las Sombras se presentaba en público al fin llevando en sus manos las Blancas Palomas símbolos de Paz.

Blake mismo, que estaba acostumbrado a dominar sus emociones, no pudo reprimir un sentimiento de orgullo ante el valor de aquellos terribles y extraños hombres que marchaban tan tranquilamente frente a la muerte.

IX

EL DESTRUCTOR PROCEDE

En su escondrijo, a salvo del hirviente río humano que rugía debajo de él, Iván Valantoff contemplaba la escena con sus gemelos de larga vista.

Días antes había alquilado el cubil de un bowab en el techo de una casa, a un tiro de piedra del Muro de las Lamentaciones. Sus planes hubieran alcanzado la perfección, a no ser por Sexton Blake y Valantoff maldecía al recordar la destrucción de su amado laboratorio.

Tampoco contaba con la dramática y repentina aparición de los Seis Arabes Verdes.

El Destructor era un fanático, de la especie más peligrosa, enfermo de cuerpo y de alma. Años de prisión en las minas de sal de Siberia lo habían enconado contra la humanidad. Estaba resuelto a destruir y se regocijaba del poder que ahora tenía en su mano, un poder que convertiría en ruinas toda la obra de la Cristiandad en Oriente.

Lanzó una blasfemia al ver aquellas seis extrañas figuras aparecer ante la multitud. El solemne silencio que se había producido entre la multitud tenía su significación.

—¡Imbéciles! ¡Imbéciles! — exclamó Valantoff con los ojos en llamas. Chorreaba espuma de sus barbudos labios. Había cruzado las fronteras de la locura.

Movió la llave que conectaba con el explosivo del Muro de las Lamentaciones.

¡Bum!.....

La tierra se extremeció y el aire quedó ennegrecido con los fragmentos de piedra y mezcla. Iván Valantoff había elegido bien su momento.

Un aeroplano volaba a pocos cientos de pies de la pared. Abajo, en las calles se produjo un tumulto espantoso. Blake vió elevarse una llamarada roja hacia el cielo, seguida por una detonación ensordecedora, que extremeció todas las casas de la vecindad.

En un instante comprendió que el desastre era inevitable. Parte del Muro de las Lamentaciones, probablemente el lugar más sagrado de Oriente y causa de siglos de disputas se inclinaba espantosamente hacia adelante. Una vez que cayera, ningún poder humano podría evitar las incalculables consecuencias.

Todo el mundo creería que las piedras de aquel antiguo templo de Salomón habían sido deliberadamente bombardeadas por orden de las autoridades británicas.

Parecía como si todos los planes de los Terribles Seis, estuvieran destinados al fracaso

Un gran rugido de rabia partió de miles de gargantas, cuando le espantada muchedumbre vió el daño producido junto al Muro de las Lamentaciones. Una casa entera había volado por los aires y la faz del sol se había obscurecido con sus fragmentos.

La llave que mantenía en pie al Muro, se inclinaba precariamente hacia adelante.

Con fascinado horror la multitud la veía deslizarse lentamente, fuera de su lugar y luego...

Ivor Santyre, jefe del Club de las Sombras, comprendió y reaccionó más rápidamente que nadie ante el peligro.

La figura colosal de Alfred Rudd, el tranquilo gigante del Club de las Sombras, el ex-hércules profesional, saltó de su caballo a un grito de Santyre.

Era su hora.

Cuando la llave se inclinaba hacia adelante, él corrió y se colocó debajo de ella sus poderosos hombros. Sus músculos se atirantaron con el erfuerzo. Un murmullo espantado corrió por la atónita multitud.

—Por Allah que es más que un mortal; es un dios o un demonio.

En aquel momento, la fuerza del ex-hércules de circo pareció casi sobrehumana. Estaba como una estatua, verde y bronceada, de Atlas soportando sobre sus hombros la carga del mundo. Solamente su rostro o por lo menos la careta, hábilmente construída que llevaba puesta, carecía de expresión.

—¡Allah! — murmuró nuevamente la multitud — ¡Bendito sea el nombre del Prôfeta porque nos ha enviado salvación!

Ivor Santyre levantó la mano y se dirigió a la espantada asamblea.

—Sabe, oh pueblo, que Allah nos ha enviado para traerte la paz. Os conjuro, pues, en nombre del Profeta, a deponer las armas. Mirad, que voy a daros una señal maravillosa.

Rudd, cuyos poderosos músculos crugían bajo el esfuerzo, miró a su alrededor y en aquel momento, Sexton Blake apreciando el valor psicológico de la situación comprendió que solamente si la muchedumbre podía

ser contenida hasta que llegaran las tropas británicas para apuntalar la pared, podría evitarse el desastre.

No había más que una cosa que hacer. De un salto dióse vuelta, corrió, como no había corrido nunca, hacia el minarete. Mientras subía a saltos la tortuosa escalera rogaba fervientemente que llegara a tiempo.

Abajo, Splash Page observaba fascinado. La multitud gruñía como una fiera privada de su presa, cuando de pronto apareció en el parapeto del minarete una figura y una voz jadeante, pero aguda y sonora, empezó a llamar a los fieles para una oración especial de súplicas y paz.

Era inspirada en su llamado, porque cuando la voz del muezzin se apagó sin que siquiera Splash Page la reconociera, el milagro anhelado se produjo.

Mil árabes fanáticos que, pocos momentos antes aullaban como lobos enloquecidos se volvieron en un solo impulso hacia la Meca y se postraron para orar.

La estratagema de Sexton Blake había producido efecto, más allá de sus más locas esperanzas. Al mirar hacia abajo vió un grupo de hombres, con uniformes kaki, a-

El caballo de Ruff Hanson se encabritó, lanzando un relincho de terror. Blake oprimió rápidamente el gatillo de su pistola e hizo caer el arma de Ruff.

gruparse en torno de la llave del Muro de las Lamentaciones.

Un gran silencio se produjo en la Ciudad Santa que pocos momentos antes era un caos de gritos y ruidos espantosos.

Ivor Santyre sonrió contento.

Era aquel el espectáculo más sorprendente que había presenciado jamás Splash Page. No se le escapó el simbolismo — hábilmente tratado en su telegrama al "Daily Radio" — de las seis palomas blancas, que habían volado hacia el Monte de los Olivos.

Es algo muy cierto en los anales de la criminalogía que los grandes delincuentes son llevados ante la justicia por descuidos en apariencia insignificantes.

Por hábil y cuidadosamente que hagan sus planes, un error trivial los reduce a la nada. Así le ocurrió a Valantoff.

Cuando Blake llegó a la cumbre del minarete y, representando el papel del muezzin hizo callar a la multitud, consiguió a la vez una vista impagable de toda la ciudad.

Su atención fué solicitada por un brillo, que parecía el fulgor de un diamante, en una dilapidada cabaña de bowab, a unas doscientas yardas de distancia.

Valantoff no había contado con el reflejo del sol sobre sus anteojos de campaña.

La mente de Blake era agudamente receptora. Había visto el efecto producido sobre la multitud por la aparición del Club de las Sombras y la sorprendente hazaña de Alfred Rudd, al ejercitar su poderosa fuerza para empujar hacia atrás la viga del Muro de los Lamentos, antes de que llegaran las autoridades para apuntalar la pared.

Los gemelos de campo en la cabaña de un bowab era algo incongruente. Y Blake sospechaba de una cosa así.

Descendió del minarete y dirigióse a la ruinosa casa vecina. Muy calladamente abrió una puerta y se deslizó por un sucio corredor, cuyas paredes eran de barro seco.

Miró desconfiadamente por encima de su hombro y siguió andando.

De pronto oyó las notas, bajas y melodiosas, de una flauta de caña, modulando una canción árabe. La melodía cesó bruscamente al entrar Blake y a la escasa luz de la habitación vió una figura haraposa, que volvió hacia él sus ojos sin vista.

—¡Hola! ¡Estás ahí hermano mío! — dijo Sexton Blake — ¿Qué haces en la obscuridad cuando todo el mundo está fuera, celebrando la Fiesta de las Súplicas?

El anciano movió tristemente la cabeza.

—Que las las bendiciones de Allah te acompañen, hermano; pero yo soy viejo y estoy enfermo con fiebre. Además Allah ha querido privarme de la vista.

—¿Vive alguien sobre tu techo? —preguntó Sexton Blake.

Movió el viejo afirmativamente la cabeza.

—Ayewh — afirmó — Cierto bowab que me paga bien. Parece que dispone libremente de los bienes de su amo — rióse sin ruido el viejo.

—Deseo hablar con él — dijo Blake e hizo sonar sugestivamente unas cuantas piastras en su mano.

—¡Ve en paz, hermano! — murmuró el viejo al caer las monedas en su arrugada mano y Blake, pistola en mano empezó a subir una desvencijada escalera.

Valantoff contemplaba las calles, ahora silenciosas de Jerusalem y maldecía violentamente en ruso. El fracaso inesperado de sus planes lo había enfurecido. Comprendía que, por una u otra causa, toda la carga no había explotado.

Se tiraba furtivamente de la barba. La línea, del grosor de un cabello, que separa el genio de la locura, había sido traspasada. Su risa era la de un espantoso loco, mientras sus dedos jugaban con la llave eléctrica.

El cubil no era más grande que la casilla de un sereno, situada sobre un techo plano, quemado sobre el sol y mirando a un patio empedrado con guijarros.

—¡Arriba las manos! — gritó una voz áspera.

Con los ojos salidos de las órbitas, Valantoff miró. En el umbral de su cubil, con rostro implacable, estaba su enemigo.

—¡Sexton Blake! — la voz del miserable tembló de miedo al avanzar hacia él el detective, mirándolo con duros y acerados ojos.

—¡Atrás! ¡Atrás! — balbuceó el Destructor — ¡No me mire así!

Los labios de Sexton Blake se curvaron con desdeñosa sonrisa. Nadie hubiera reconocido en aquella desarrapada figura al detective de Baker Street, a no ser por el timbre de acero de su voz.

—Valantoff — le dijo duramente — como la mayor parte de los asesinos, es usted cobarde. No podrá escaparse. Represento a la ley.

Su alta figura pareció crecer más y más Sus ojos taladraban las negras profundidades del alma del ruso.

Valantoff retrocedió, con las manos delante del rostro, tratando de escapar a aquella terrible mirada.

—¡Atrás! — balbuceó otra vez — Yo no he hecho nada... nada... ¡No me mire así, Blake! ¡no me mire — suplicó. Parecía un conejo hipnotizado por la mirada de una serpiente mientras Blake avanzaba, inexorable como la muerte.

—¡Cuidado! — gritó el detective vivamente.

Valantoff tropezó, dió un grito agudo, agonizante de miedo y desapareció. Por que, al retroceder ante el implacable avance de Blake, había tropezado y, perdiendo el equilibrio, cayó al patio de abajo.

Mientras el detective se asomaba espantado por la orilla del techo, vió la forma negra, grotesca, atravesar el espacio.

Abajo oyóse un ruido seco. El Destructor había sido destruído.

(Extraído de un telegrama especial al "Daily Radio" de Splash Page).

"Todo está tranquilo en Jerusalem.

Esta mañana he presenciado asesinato, locura y... un milagro. La lucha, que amenazaba extenderse por todo el país, fué contenida por un acontecimiento repentino y milagroso, por la presencia de esos hombres extraños que se llaman a sí mismo. El Club de las Sombras o los Cruzados de la Paz,

Cuando escribo, la situación es todavía un poco tensa; pero las consecuencias no son tan graves como al principio se temió. El Muro de las Lamentaciones sufrió, como informé en un mensaje anterior, algunos daños en una explosión fracasada en parte y que se sabe ahora fué obra de un agitador ruso, llamado Valantoff.

Su cuerpo fué encontrado, terriblemente destrozado, en la calle adjunta al Muro de las Lamentaciones. No se sabe si su muerte débese a un accidente o si estaba loco y se suicidó.

Se dice que Sir Gilbert Carfax, el Alto Comisionado, ha prometido a los jefes árabes atender sus quejas y que se producirá un cansado, después de las terribles experiencias de aquellos días.

—Le prohibo absolutamente mencionar mi nombre, Splash — dijo — Sabe usted perfectamente que he trabajado para "ellos".

Se refería al Servicio Secreto Británico, del cual era el miembro Número 13.

Splash Page lanzó un hondo gemido.

—¿Para qué diablos sirve ser periodista? — dijo — Dios mío, Blake, usted, usted sólo salvó la situación de Palestina ese día. Recobró el cofre, encontró a Valantoff y su llamado desde el minarete fué una inspiración genial.

Al moverse hacia adelante la piedra, el árabe corrió y con sus poderosos hombros la sostuvo.

drástico cambio en la política del Gobierno. Los heroes de esta mañana, fatal y lamentable, es un turista americano de Nueva York, el señor Ruff Hanson, quien...

—¡Eh!... Splah ¡Alto ahí! — tronó la voz de Ruff Hanson.

El gran americano estaba sentado en la terraza del hotel Allemby, poco después de comer. Había agarrado los formularios, mientras Page los escribía con lápiz.

—Si hay aquí un héroe, es Blake y ese tipo verde de los biceps, que sostuvo la pared.

Por primera vez, en muchas semanas, Sexton Blake había vuelto a recobrar su identidad. Su rostro estaba un poco pálido y

—Posiblemente — dijo Ruff Hanson — ¡Pero cuando pienso que casi lo mato, creyendo que era un árabe loco, me siento capaz de armar una revolución mundial! Lenín es un poroto, comparado conmigo.

Blake, viejo, — añadió — es usted el único tipo que ha hecho caer a mi pobre Wally al suelo.

Metió la mano en el bolsillo de su cadera y sacó una pistola de seis tiros, lamentablemente abollada.

—¡Campanas del infierno, Blake! Tuve un trabajo del diablo para rescatar a mi Wally de abajo de los cascos de los caballos. Creo que derribé a media docena de hombres; pero Wally vale la pena — añadió con una mirada de afecto a su pistola.

—Lo que quiero saber es que fué de ese sujeto Hiram Abraham — dijo Page — Moralmente es mitad responsable de los tumultos de esta mañana.

Blake hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Tengo entendido que Sir Gilbert ha dado orden al señor Abraham de que abandone Palestina dentro de veinticuatro horas. En su caso creo que los frutos del Mar Muerto le han resultado verdaderos cadáveres.

Hizo una seña al suffragi y Febo Apolo Fry, se acercó haciendo rodar el blanco de sus ojos y con una amplia sonrisa en su rostro color chocolate.

—Oigo y obedezco, sahib — dijo.

Ruff Hanson se echó a reir. El ver a un negro americano de mozo en un café de Jerusalem era algo que le parecía humorístico.

—¿Qué mosca le pica, muchacho grande? — le preguntó.

—Señor Hanson, sahib, tengo ganas de hablar con usted, después que le haya servido — replicó Febo Apolo, con una sonrisa tan deslumbradora como su nombre — Me gusta mucho pelear y me siento lleno de admiración al acordarme como peleó usted esta mañana.

—Déjese de charla, que tengo sed.

El negro se alejó con recomendable velocidad para volver poco después con una bandeja y vasos.

—Este motoso me divierte — dijo Ruff — Era boxeador en Madison Square Garden ¿Qué lo habrá traído a Jerusalem?

—El llamado de Oriente, talvez — dijo Splash Page — Apostaría que la historia de Febo Apolo es interesante — añadió pensativo.

Poco imaginaban él o Blake la verdadera razón de la presencia de Febo Apolo en Jerusalem o que aquel negro volvería a aparecer en sus vidas.

—¿Y los seis Arabes Verdes? — preguntó Splash Page mientras echaba soda en su whisky.

Sexton Blake encendió, pensativo, su pipa.

—No hemos vuelto a saber nada de ellos, Splash — observó — Y yo no descansaré hasta que descubra la verdadera identidad de esos hombres. Son seis que tienen un fin; pero, por laudable que sea éste, no es posible se les permita obrar en contra de la ley.

En cuanto al señor Abraham, no creo que será la última vez que oigamos hablar de él. Un financista internacional es siempre una fuente poderosa de disturbios y seguramente no se va a conformar con la orden de destierro de Sir Carfax. No olvide que posee millones.

—Estoy de acuerdo con usted, viejo — dijo Page — Abraham no es tipo que se dé por vencido fácilmente.

—Usted lo ha dicho, muchacho — interrumpió Ruff, sacando de los bolsillos sus pistolas y contemplándolas amorosamente— Creo que Abraham proyectará otro sacrificio ¿Les conté de la pollera que me alquiló para que le siguiera a ese tipo a través de Europa? Tiene unos ojos como faroles y...

—Si, seguro que ya nos lo contó — dijo Page fastidiado.

—Bueno... Tiene unos labios de besar que parecen granadas y un cutis que... que... Bueno... ¿de qué sirve todo eso... para mí?

En aquel momento, Febo Apolo Fry entró con un sobre en la mano y se lo entregó a Blake.

El detective mirólo curiosamente, un momento o dos; luego lo abrió. Sus ojos se achicaron al reconocer el familiar color gris torcáz. El mensaje era corto, pero elocuente y decía:

¡"Gracias, Sexton Blake! ¡Pax vobiscum!
EL CLUB DE LAS SOMBRAS"

—Salaam allaceum — murmuró Blake, inconscientemente, en árabe — Y con vosotros sea también la paz.

FIN

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

JINETES DEL AIRE

Por CLARENCE WINCHESTER

EL AEROPLANO VERDE

Un color de mala suerte

La campanilla del teléfono sonó imperiosamente en el rincón de la pequeña oficina anexa al hangar.

Speedy Spencer, piloto de fama mundial, se levantó, se dirigió perezosamente al aparato y descolgó el receptor.

—¡Hola!... Sí, Spencer habla... ¿quién? ¿qué? ¿yo? muy bien. Es un hombre escurridizo, como usted sabe.

Hubo una pausa mientras Speedy escuchó por largo tiempo. Luego dijo:

—Muy bien. Estoy libre, de modo que podré hacerlo...

Grahame Gill estaba leyendo un diario de aeronáutica; los trozos de conversación que había escuchado distrajeron su atención y miró a su colega un tanto asombrado.

El joven aviador colgó el tubo y volvió a su asiento sin decir palabra alguna. Sentóse y en su cara se dibujó una leve sonrisa que encerraba algo humorístico.

—Dime, Gill, — dijo, — ¿no tienes pintura verde?

Gill levantó sus ojos con asombro.

—¿Pintura verde? ¿Para qué?

—¡Para pintar el Golden Dart, tonto!

Gill protestó porque no se merecía el epíteto de tonto por el solo hecho de que no hubiese sido capaz de adivinar la repentina idea de su amigo.

No podía darse cuenta de las intenciones de Speedy y no había nada que reprocharle a Gill.

—¿Qué piensas hacer? ¿Porqué quieres ese color?

—¡Porque es un color de mala suerte!

—¿Qué?...

—Naturalmente, — interrumpió Speedy, — tu eres demasiado simple para ver a través del verde... quiero decir que es un color de mala suerte para el otro...

—Te pido que te expliques, Speedy, — dijo Gill con impaciencia, — ¿De qué se trata? ¿Alguna broma?...

—La broma es del otro...

—¿Cuál otro?

—¡Singh Mahommet!

Gill abrió su boca con sorpresa.

—¿De eso estuviste hablando por teléfono?

—¡Seguramente! ¿Crees que hablaba de tu zoológico particular?

Se refería a la manía de Gill de tener favoritos raros, muchos de los cuales habían causado a Speedy no pequeñas inconveniencias y algunos de los cuales habíanle prestado buena ayuda ciertas veces. Así, por ejemplo, estaba el caso de Quill, el mono, que había participado en una de sus aventuras aéreas y el caso de una serpiente no venenosa que había sembrado el espanto en una cuadrilla de ladrones. Estos incidentes son bien conocidos en la historia de la gente del aire.

—¿En qué consiste la cosa ahora?, — preguntó Gill. — Si tu esperas que yo intervenga, estás en un error. Como tu sabes, espera el envío de un sabueso mañana y...

—¡Excelente! — exclamó Speedy con excitación. — El animalito tendrá ocasión de participar en algo... ¿Cuando lo esperas? Desearía que fuera a la mañana, pues a las once partimos con un destino por el momento desconocido. Mientras tanto, trataremos de conseguir la pintura. ¡Hasta podríamos pintar de verde a tu perro!...

La zumba que hubo entre los dos muchachos no era nada más que una máscara del sincero afecto que había en sus corazones. Habían actuado juntos en aventuras peligrosas, habían participado en compañía en juegos que mantenían en suspenso al espectador y habían sufrido el uno para el otro, como buenos amigos. Pero exteriormente se comportaban como necios, a veces para su propia distracción y otras veces para distracción del resto de los que frecuentaban el aerodromo.

—El sabueso llega a las once menos cuarto, — dijo Gill. — Pero dudo de que acepte un vuelo. Los perros son animales esforzados pero no emprenden, como los pájaros, vuelo de inmediato. Quizás tu no hayas visto jamás uno....

—¡Como no! — replicó Speedy; — y he notado que invariablemente tienen cuatro patas...

El teléfono llamó de nuevo. Speedy corrió al aparato y respondió con precipitación.

—Sí... muy bien... a las once y cuarenta y cinco... estaremos allí...

Había hablado aproximando los labios al micrófono.

Colgó el tubo y volvió adonde estaba Gill.

—Está todo arreglado, — dijo — salimos de aquí a las once y llegamos a Shoreham a las doce menos cuarto. Iremos nosotros dos... y el perro también, si quiere.

Gill no quedó tranquilo con todo eso. Quería saber algo más e interiormente le molestaba la costumbre de Speedy de hacer un misterio de todas las cosas aunque él sabía perfectamente que todo lo que hacía Speedy lo hacía con propósitos calculados de modo que se ahorrase tiempo.

—Sabrás todo, — agregó Speedy; — mientras tanto, vete y trae esa pintura.

Daba pena ver el Golden Dart, uno de los más veloces aeroplanos, tomar el color verde. Utilizaron una solución que se secaba rápidamente y la aplicaron con el arte de pintores perfectos; pulgada a pulgada la brillante superficie de su aparato favorito adquirió el aspecto de la pradera. Gill, que no

tenía mucha práctica, después de media hora de trabajo presentaba un triste aspecto, y cuando Mitchell, del cobertizo No. 5, se acercó con su compañero creyó que esos dos hombres habíanse vuelto locos de atar.

—Eso es recargar el aparato con peso innecesario.

—Es exacto, — respondió Speedy; — pero eso es lo que deseamos, justamente.

Y el observador no añadió palabra y se retiró.

—Ellos están en la oscuridad tanto como yo, — dijo Gill.

—Pero no están tan verdes como tu, — dijo Speedy riendo. — Tu sabrás todo a su tiempo, como ya te he dicho. ¿Quieres dar otra pasadita aquí?

Cambiaron de lugar.

A las ocho de la noche el Golden Dart estaba completamente transformado. Tenía el color del césped; si hubiese estado volando sobre el campo durante el día ningún piloto situado por encima hubiera podido distinguirlo. Speedy lo hizo notar, por lo cuál Gill dijo:

—Aquí algo tiene que ver el misterio, ¿no es cierto?

—En cierto modo, sí... pero no desde nuestro punto de vista. La broma es de Singh Mahommet...

—¡Vaya! — exclamó Gill.

Y se retiraron a descansar.

SINGH MAHOMMET

Singh Mahommet esperaba cerca de la estación. Su aspecto, para decir lo menos, se hallaba lejos de no ser conspicuo. No había hecho nada para disfrazarse. Realmente, su aspecto oriental, hubiera hecho pensar en un experto artista si él hubiere querido adquirir un porte completamente occidental. Llevaba un vestido holgado y su cara era suficientemente característica para grabarse en la memoria de cada transeunte. La gente le volvía para fijarse en él una segunda vez.

Todo eso l eagradaba y tenía su significado en su ingenio de intrigante.

El pensaba que tenía que ser contemplado por todos.

Después de diez minutos de espera se volvió al llamado que le hicieran desde atrás. Inició una conversación con un hombre de fisonomía europea, de palabra lenta, breve y exacta.

Mientras cualquier observador hubiera notado la seriedad y el extraño aspecto de ambos, la intención con que el recién llegado le entregaba a Mahommet un paquete de papeles sellados hubiera desengañado al observador astuto.

—Todos los planos están intactos, — dijo el nuevo personaje. — Es lo más fácil que he hecho en mi vida. ¿Dónde está el dinero?

—Doscientas libras en cheques, — replicó Singh Mahommet entregándole un paquete a su cómplice — me voy; hasta luego.

Se separaron. Singh Mahommet se dirigió a la estación Portsmouth pocos minutos antes que saliese un tren para Waterloo. Con cierta ostentación sacó un boleto de primera clase, se dirigió a la plataforma después de sacar del depósito una maleta y penetró en un desierto departamento de uno de los coches.

—Todo va perfectamente bien, — se dijo — Si me ven, errarán la huella.

Había planeado bien su programa. Sin ser visto, abrió su maleta, sacó un grueso saco Ulster con alto cuello y se lo colocó. Luego se quitó el sombrero que llevaba y lo reemplazó por una gorra. Un velo le ayudó aun más a encubrir su aspecto.

Todo lo que le quedaba por hacer ahora era tratar de que nadie entrase en el compartimento y esperar que el tren partiese.

Tuvo suerte. El tren comenzó a marchar. Singh Mahommet se preparó. Con el tacto de un acróbata y cerciorándose de que estaba en un lugar en que no podría ser visto, se lanzó del coche a las vías y comenzó a correr, llevando su valija, hacia la parte posterior de la estación.

Miró en derredor furtivamente, se percató de que nadie lo veía y, cruzando una estrecha callejuela, se metió en un automóvil e inició la marcha. El arreglo de que un automóvil lo esperase con el motor en marcha había sido un punto al cual había prestado particular atención.

Me han visto partir para Londres, — se dijo, — mientras que yo, en realidad me dirijo a un punto muy distinto.

Se sonrió y apretó el acelerador lleno de alegría.

—No debo llegar tarde, — se dijo.

El camino corría a lo largo de la costa sur. Se dirigía al aerodromo de Shorcham, situado entre Brighton y Worthing. Había cuidado todos los detalles de su vasto plan para apoderarse de los planos del último submarino británico, planos que él pensaba vender al mejor postor entre las potencias extranjeras. Su ansiedad en llegar al campo de aviación se revelaba en la velocidad de su automóvil. Pero no cesaba de sonreirse al pensar en el adulterado viaje a Londres que había iniciado. Y se imaginaba las autoridades tratando de recuperar los planos.

—¡Ah, estos ingleses! — pensaba mientras se aproximaba al aerodromo.

No tenía dificultades para entrar, pues durante varios días había estado gestionando permiso para tomar lecciones de aviación y se le miraba, por lo tanto, como un futuro alumno. Los alumnos extranjeros, aun los orientales, eran por demás comunes y sus actos no habían despertado sospechas.

El hombre que estaba en la entrada del aerodromo lo saludó y Mahommet le contestó sonriendo. Singh Mahommet se dirigió a uno de los cobertizos, descendió del automóvil, saludó a uno de los instructores y le comunicó que había decidido ingresar como alumno.

—Creo que llegaré a ser un buen piloto. — dijo amablemente; — le pagaré lo correspondiente con anticipación hoy mismo.

El instructor lo hizo pasar a la oficina donde firmó los papeles necesarios y pocos minutos después Singh Mahommet hallábase en el campo de aterrizaje examinando el cielo con el pretexto de que tenía interés en conocer el estado del tiempo desde el punto de vista aeronáutico.

Pero realmente trataba de ver a un aeroplano verde que lo llevaría a él juntamente con sus planos, a través de Europa a un lugar que él sólo sabía. Furtivamente volvió a mirar a lo alto y luego se fijó en su reloj.

El tiempo corría.

El instructor fué el primero que oyó el bramido. Señaló el horizonte, hacia el lado de las colinas.

—Viene un avión, — dijo — Seguramente, es de Brooklands. A menudo vienen aquí.

Singh Mahommet sonrió contento.

¡Si el instructor hubiese sabido!

El ruido que producía el aparato que se aproximaba hacíase cada vez más fuerte, ondulando en el viento. Singh Mahommet se aseguró los planos; estaban bien guardados en su bolsillo interior.

Se levantó el cuello alrededor del pescuezo y se ajustó el velo. Necesitaría inmediatamente esta protección contra el frío de las alturas. Comenzó a prepararse para el vuelo.

El aeroplano verde pasó arriba a gran velocidad mientras el motor disminuía su bramido hasta reducirse a un suave silbido.

Se inclinó la punta y, describiendo grandes círculos, el aparato se deslizó por el aerodromo. Tocó tierra en el extremo norte, empezó a correr rápidamente por el terreno en dirección a Singh Mahommet, que fué velozmente a su encuentro. Sobre el fuselaje se asomaron dos cabezas con gorras de aviador y con anteojos. Una de esas personas hacía francas señales.

La velocidad del aeroplano disminuyó más aún. Singh Mahommet se aproximó, saltó y fué agarrado por las manos de uno de los tripulantes. Picó en el estribo, se esforzó por subir y fué metido luego de cabeza en el avión.

—Todo ha ido perfectamente, — murmuró — Tengo los planos. Ahora, por el Canal.

Mientras tanto, el aeroplano verde había comenzado a adquirir velocidad nuevamente y se elevó en el aire. Singh Mahommet trataba de areglarse mientras hablaba y reía. Se asombró un poco de que no lo hubieran recibido efusivamente.

Luego, para su mayor asombro, vió que lo ataban con cuerdas. Todo se ejecutaba con prontitud.

Sintió sobre su cara un aliento cálido y encontró ante sus ojos un hermoso sabueso. El modo como Gill había dado cabida en el estrecho recinto del aeroplano a ese animal era de por sí una aventura.

El aparato, ciertamente, no se dirigía hacia el Canal. Viró hacia el norte y se elevó aún más mientras su motor bramaba con fuerza.

—¿Tiene, pues, los planos? — preguntó Gill. — Muy bien, Singh Mahommet.

Pero usted ha tomado el peor aeroplano y no hay ya posibilidad de cambiar.

Mientras tanto le apuntaba amenazadoramente con un revólver.

El favorito de Gill dirigió sus ojos afectuosamente a su amo y luego miró hoscamente al prisionero que se hallaba agachado en la cabina.

¡Era imposible escapar!

Cuando el aeroplano verde aterrizó en el Aerodromo Central había mucha gente esperando su llegada. La multitud corrió gritando y victoreando a Speedy y a su compañero. Fué un glorioso momento de triunfo. El aparato comenzó a detenerse. Singh Mahommet temblaba visiblemente. El perro se puso en guardia.

—Usted... Usted..., — exclamó Singh, amenazando a Gill con su puño cerrado.

Gill había guardado el revólver, en un bolsillo, pues ya no le hacia falta.

Cuando el sabueso vió la actitud amenazante del prisionero le mostró los dientes. Mahommet, aterrorizado, se achicó nuevamente al ver la postura de la bestia.

—¡Bueno perro amigo! — dijo Gill con dulzura; — ya sabes bien lo que debes hacer si éste intenta algo; — y luego, gritando desde el aparato: — ¡Lo hemos agarrado! Los agentes de policía pueden librarnos de esta carga desagradable. ¡Nunca este aparato llevó un vestido tan raro de pintura verde ni una multitud como esta nos recibió!

Subió la policía al aparato y se hizo cargo de Singh Mahommet. La gente aglomerada llevó en andas a los dos aviadores y ese fué un día que perdurará en sus memorias.

SPEEDY EXPLICA

Los dos jóvenes aviadores hallábanse en su casa descansando nuevamente después de haber persuadido a sus colegas del aerodromo que les convenía reposar un poco tras tan ardua tarea.

Gill estaba acariciando su nuevo y leal favorito.

—No me has dicho, sin embargo, — dijo — como hiciste, Speedy, para hacer caer a ese hombre.

Speedy sonrió.

—Tu siempre has sido un tanto tonto, — respondió Speedy con suavidad. — Singh Mahommet era perseguido desde hacía mucho tiempo, pero no se podía tener ninguna prueba en su contra.

—Lo se, pero la primera la supieste cuando hablaste anoche por teléfono.

—¡No, hombre! Debes recordar que el día anterior no se me vió en el aerodromo. Eso quiere decir que yo no perdía mi tiempo comprando animales para un jardín zoológico privado.

—Tu te sentirías muy contento con la compañía de un animalito como este...

—¡Acábala! Estoy seguro que nos hubiera sido my útil si Singh Mahommet hubiese tratado de huir en Shoreham. El perro lo habría seguido. De cualquier modo que sea, le voy a comprar un buen pedazo de carne a tu favorito.

Pero volvamos al día ese. Yo noté cierto aviso en los diarios.

Speedy le pasó a Gill un recorte de diario que contenía las siguientes palabras:

—"Verde. Deberá estar listo para el miércoles. Mar. corta y jamón. Ninguna pregun-

ta, empero. Todo salvo. Portsmouth es tan fortificante. — Aeroplano".

—Esto es incomprensible para mí, —dijo Gill.

—Lo mismo hubiese resultado para mí si Farquharson — Dale, de la Yard, no me hubiera comunicado previamente que había llegado a saber que se intentaría robar los planos del submarino. Lo consulté sobre este aviso y me contestó de que seguramente contendría algo. La policía de Etchmond había comunicado que un individuo estaba trabajando en un cobertizo de granja un aeroplano nueva pintado de verde.

Cuando las autoridades intervinieron en esto le indicaron al propietario del aparato que debía registrarlo legalmente. Pero no lo hizo. Entonces tratamos de descifrar aquel aviso. "Verde" estaba, obviamente, en relación con la última palabra "aeroplano" "Mar", 'corta" y "jamón", que en inglés se traducen por "sea", "shore" y "ham", tenían algo que hacer con Shoreham - by - Sea. Todo eso era posible.

"Miércoles" nos daban otros dos datos. Así, pues, aquel día las autoridades dieron orden a la gente del submarino que no entorpecieran el desarrollo de los hechos...

—Está todo muy bien, — exclamó Gill.— Pero, dime, ¿cómo hiciste para averiguar aquella hora?

—Bien. Singh Mahommet había efectuado aquel falso viaje en tren antes. Las autoridades policiales supusieron que lo haría otra vez y que utilizaría el aeroplano verde. Pensaron, asi mismo, que este individuo habría tenido a su cómplice trabajando desde temprano a fin de tener todo el día para volar. Así, pues, tomaron un tren de la mañana en Portsmouth, calcularon cuanto se tardaba para llegar a Shoreham by - Sea utilizando el camino y hallaron como resultado las doce del día. Substrajeron un cuarto de hora como margen de seguridad y eso fué suficiente. ¿Y si hubiese habido algún inconveniente de parte del aparato? Eso también fué previsto. Las autoridades habían puesto vigilancia en las costas y habían enviado pesquisas al Canal. Todo aquello significaba la posibilidad de una lucha y la pérdida de vidas; por èso se prefirió capturarlo directamente. ¡Ah! olvidaba decirte algo del cómplice. Se le permitió marcharse bajo condición.

Estaba asustadísimo. Tenía familia en Soho. Pero si interviene en algún otro asunto irá preso. Lo que se necesitaba era capturar a Singh Mahommet que ha arruinado a muchos. En cuanto a la pintura verde, debo decirte que yo le sugerí la idea a Frarquhanon — Dale y le pedí que nos permitiese tomar parte en la captura. Después de todo, Gill, la vida no se reduce a cuidar animales favoritos, ¿no te parece?

Gill miró solemnemente a su perro.

—¡Agárralo! — le dijo bromeando al perro. Pero la bestia meneó su pesada cola y miró amistosamente a Speedy. Su instinto le decía que había allí un amigo.

F I N

¿CUAL DE LOS TRES?

Es el título de la novela de misterio que publicaremos próximamente y la que servirá para el

4o. CONCURSO DE PUCKY

EL IMPERIO DE LOS CIEGOS

Por VICTOR ROSEAU

La sensacional narración del diabólico proyecto ideado por un demente y que hizo a los ciegos estar a punto de apoderarse del gobierno del mundo, aterrorizando entretanto a todas las naciones civilizadas.

CAPITULO I

Desde la ventana de su habitación que se hallaba situada en una casa de pensión de la calle Cuarenta y cuatro, Ralph Merton miró hacia las muchedumbres que transitaban por la calle. Se podía notar en toda la ciudad un aumento en la actividad, pues había concluido el dia de trabajo y se iniciaba el periodo de placer y descanso. Se notaba la esperanza en los rostros de todas las personas que pasaban por allí abajo... esperanza, sueños y aspiraciones para ser realizadas en el año nuevo que comienza con los primeros albores de la Primavera.

Merton se volvió, con la desesperación oprimiéndole el corazón; hay muy pocos sucesos que desanimen tanto a un hombre como hallarse con los últimos cinco dólares en el bolsillo y también amenazado por quedarse ciego. Era una de esas tardes de Septiembre cálidas, durante las cuales Nueva York parece henchirse de vida renovada y esperanzas para el futuro. Hacía tres semanas Merton había venido a la ciudad con su diploma de una Universidad del Oeste y cincuenta dólares en su bolsillo. El había sido el estudiante más aplicado y estudioso del departamento de física, y aplicándose infatigablemente había logrado acortar su curso seis meses.

Pero ahora tenía que pagar un altísimo precio por ese adelanto, pues el oculista a quien había consultado esa mañana le había manifestado que tenía forzosamente que abandonar toda clase de trabajo en que tuviera que usar la vista, durante seis meses. Esto significaba una demora de seis meses en perfeccionar su invención. Había tratado de que alguna de las grandes empresas de energía eléctrica le permitiera usar sus laboratorios, pero rehusaron permitirle hacer experimentos a menos que les explicara sus planes detalladamente. Eso naturalmente no podía hacerlo, pués alguno iba a aprovechar para robarle su invención.

Merton se dirigió hacia la puerta, suspirando. Estaba indeciso entre buscar un trabajo en el campo, dando descanso así a sus fatigados ojos, o tomar la otra alternativa, que era no tener en cuenta los consejos del oculista y proseguir sus esfuerzos para conseguir un empleo en algún laboratorio. En estos momentos se dirigía a cenar en un modesto restaurant, que estaba situado cerca de allí. Al cerrar la puerta de su habitación, oyó que una mujer subía las escaleras y proseguía después su camino a lo largo del corredor. Al dar ella la vuelta, lo vió, saludandolo con una inclinación de cabeza. El respondió al saludo, pues la conocía bajo el nombre de señorita Pauline Holt; ocupaba una habitación frente a la suya y se había enterado accidentalmente por intermedio de la dueña de la pensión, de que ella trabajaba en un empleo nocturno.

El rostro de Merton debió haber traicionado los tristes pensamientos que le embargaban, pues la muchacha vaciló un instante y después se acercó hacia él.

—Parece que Vd. se halla en graves dificultades, Sr. Merton, — le manifestó ella demostrado interés — ¿ha recibido malas noticias?

—No es nada importante — repuso Merton.

Los dos se habían saludado varias veces al cruzarse en la escalera, durante el tiempo que la señorita Holt había estado residiendo en la casa, Merton se había interesado por la joven desde que la conoció, llamandole mucho la atención el aspecto de ella. Tenía modales de persona bien educada y parecía haber vivido en casas mucho mejores que aquella.

Merton la miró mientras ella permanecía frente a él y notó que tenía cabello y ojos de color castaño. Para sus adentros pensó que Pauline Holt era precisamente la clase de muchacha que el elegiría para que fuera amiga y compañera de él.

—Confío en que no se halla Vd. preocupado debido a la falta de trabajo, — prosiguió ella, — pues Mr. Higgins me ha dicho que su profesión es Ingeniero Electricista muy experto en la profesión. En esas condiciones, no puede menos de hallar pronto un buen empleo, pues hay actualmente una gran escasez de peritos en electricidad.

Merton sintió una alegría repentina al pensar que Mr. Higgins le había hablado de él a Miss Holt. Se preguntó a si mismo si la muchacha había experimentado el suficiente interés por él como para comenzar la conversación, ó si le guiaba algún otro motivo.

—Lo que me ocurre es algo diferente de eso, — le contestó, — Vd. se dará cuenta, Miss Holt: no estoy precisamente tratando de hallar un empleo como Vd. supone, sinó que estoy por hacer un descubrimiento importante, para lo cual necesito tener a mi disposición un laboratorio y tiempo suficiente para efectuar experimentos.

Durante un instante, la agitación que denotó el rostro de la joven, le asombró. No se atrevía a suponer que ella estaba preocupada en lo que le ocurría a él. Pauline Holt tenía el aspecto do haberse enterado de algo que la hubiera afectado muy desagradablemento.

—Me agradaría mucho que Vd. me refiriera todo lo que se relaciona con... su invención — le dijo ella, mirándolo fijamente.

Merton experimentó un deseo súbito de aliviar todas sus cargas mentales, haciendo un confidente de la joven, quien parecía deseosa de escucharle. El secreto de su invención parecía haberle pesado enormemente durante varias semanas. El temor de que algún rival se le adelantara en los experimentos, para efectuar los cuales tuviera más facilidades que él, no le había abandonado nunca.

Había resistido durante mucho tiempo la necesidad de referir a alguien sus cuitas, pero ahora, bajo la terrible amenaza de quedarse ciego, el impulso era irresistible.

—Referirle a Vd. todo lo relacionado con mi invención, Miss Holt? — le dijo — Pero debe Vd. tener en cuenta que se trata de

—No tengo interés en ir al teatro, pues hace demasiado calor — manifestó ella. — Además, no voy a permitir que gaste Vd. su dinero conmigo, Mr. Merton.

—Entonces, lo que podemos hacer es ir a cenar a algún restaurant tranquilo, y más tarde dar un paseo a pié, a ver si nos ocurre alguna aventura.

—Pero es posible que se puedan hallar aventuras aún en Nueva York? — le preguntó ella sonriendo.

—Muchas de ellas, si se sabe buscarlas bien. Por lo menos, podemos ir a cenar.

—Pero es que yo acostumbro cenar en un restaurant muy modesto, que está situado en la otra cuadra — protestó ella sonriendo.

—Eso resuelve el asunto, pues yo también acostumbro a ir siempre allí.

—Me promete Vd. que no insistirá en ir a otro lado.

una operación eléctrica, cuyos detalles en lenguaje técnico la van a aburrir mucho.

—No importa, Mr. Merton: me agradaría sobremanera oirlo.

Merton se arriesgó con el coraje de la juventud, y le dijo: — Se lo diré entonces, Miss Holt, pero no es posible hacerlo aquí. Naturalmente que es tomarme una libertad y no sé si Vd. se ofenderá, pero aceptaría Vd....?

—Ya lo creo que sí — repuso la muchacha sonriendo, aunque Merton notó que sus labios se habían puesto blancos.

—Quiere Vd. venir conmigo a cenar?

—Realmente, Mr. Merton, puede Vd. estar seguro de que yo ni había pensado en eso! — protestó ella.

—Y podríamos pasar un rato agradable, más tarde — prosiguió él, preguntándose si lograría estirar los cinco dólares lo suficiente como para pagar la cena y algún entretenimiento después.

—Se lo prometo, ya que Vd. lo desea así.

Pauline Holt pareció pensativa durante unos instantes. Merton se dió cuenta de que se libraba dentro de ella una lucha mental.

—No, Mr. Merton: — le manifestó súbitamente — deseo que me retire Vd. su invitación. Insisto en ello, y puede Vd. estar seguro de que tengo excelentes y fundadas razones para pedírselo. Y también tengo que escribir algunas cartas... — prosiguió después, como buscando una excusa. Pero Merton se dió cuenta perfectamente de que no le estaba diciendo la verdad.

—Rehuso firmemente retirar mi invitación ahora — declaró él resueltamente.

—Bueno, entonces espéreme unos instantes, pues voy a buscar mi sombrero. Pero será mejor que no me aguarde Vd. aquí, pues seguramente le desagradaría a Mr. Higgins.

Merton la esperó abajo, y cinco minutos después Pauline Holt se reunió con él, usan-

do un sombrero adornado con flores rojas, y teniendo en general un aspecto femenino muy atractivo, aún para un hombre tan preocupado como se hallaba el joven ingeniero.

Pocos minutos más tarde se hallaban sentados uno frente al otro en una pequeña mesa del restaurant de que habían hablado.

—Vd. me había hablado de su invención — le sugirió Pauline, durante uno de los intervalos de espera entre plato y plato.

—Si, es cierto, — repuso Merton — pero no deseo aburrirla con esos detalles. Pero Dios sabe bien que tengo deseos de hacerlo así, pues estoy sumamente interesado en el asunto —Y sin esperar contestación de la muchacha, prosiguió, hablando apresuradamente:

—Piense, Miss Holt: creo haber descubierto un proceso que va a revolucionar totalmente la fabricación de la electricidad. Pero no puedo conseguir que me faciliten un laboratorio durante unos días para efectuar experimentos. Me exigen detalles completos de lo que pienso hacer! Naturalmente, no puedo darles esas informaciones, y entretanto mis rivales estan alcanzándome! Sé positivamente que hay dos hombres en éste país, quienes estan efectuando los mismos experimentos que yo, y con el fin de descubrir lo mismo!

—Y en qué consiste este proceso? — le interrogó Pauline demostrando gran interés.

Ella se inclinó sobre la mesa, dejando su cena intacta, y lo miró fijamente. Pero Merton, aliviando el peso que oprimía su alma, con todo el entusiasmo e irreflexión de la juventud, no se dió cuenta de la extraña expresión que se había dibujado en las facciones de la joven.

—El proyecto mío va a eliminar los dínamos y no será tampoco necesario extraer energía eléctrica de los saltos de agua — le explicó él — Es decir, que un solo dínamo hará en el futuro el mismo trabajo, que cientos de ellos en la actualidad. Vamos a conseguir una fuente inextinguible de electricidad, y a un costo insignificante.

—Cómo, Mr. Merton?

—Pues extrayendola del sol.

—Pero hay energía eléctrica en el sol, entonces?

—La luz del sol es electricidad, Miss Holt. No le voy a dar todos los detalles, pues son sumamente complicados.

—Haga el favor de referírmelos, Mr. Merton. Pueda ser que yo logre entenderlos. Tengo mucho interés... en su descubrimiento.

—Muy bien, entonces, Miss Holt. Vd, está enterada por supuesto, de la existencia del éter. Nadie ha logrado probar su existencia por medio de experimentos, y sin embargo nos vemos obligados a admitir su existencia, pues es la única explicación posible de la trasmisión de la luz. Esta debe efectuarse por medio del éter, pues sinó la luz nunca llegaría a iluminarnos.

—Mucha gente supone que el éter lo es todo, esto es, materia firme que adquiere esa misma firmeza al efectuar movimiento. Sea eso cierto o nó, nosotros estamos enterados de que el sonido, la luz y la electricidad son simplemente ondas en el éter, de distinta velocidad, longitud y frecuencia. No hay duda de que una cosa se puede presentar ante el observador atento en distintas formas. Pero luz y electricidad vienen a ser la misma cosa, analizandolas en un sentido especial: ambos viajan através del espacio a la misma velocidad exactamente, es decir, a ciento ochenta y seis mil millas por segundo. La diferencia más importante entre ellas, es la longitud de sus ondas. Las ondas de la luz son infinitamente más cortas que las eléctricas: si fuera posible fabricar las ondas eléctricas tan cortas como las de la luz y alternando con la misma frecuencia, las veríamos en forma luminosa pues ellas estimulan a los órganos ópticos en la misma manera que las otras.

—Y si las ondas que componen la luz pudieran ser convertidas en eléctricas, tendríamos una fuente de fuerza a nuestra disposición que nos proporcionaría electricidad a un precio ínfimo. Pero ahora me doy cuenta de que toda esta charla científica debe haberla aburrido a Vd. enormemente.

—No Mr. Merton. Estoy sumamente interesada en la luz y electricidad.

El tono en que ella habló, le hizo recordar a Merton que él también se hallaba sumamente interesado en la luz, muchísimo más de lo que él había creído posible, antes de entrar en la oficina del oculista aquella tarde.

Prosiguió refiriendole a la joven todos los detalles referentes a su invención, que consistía en un transformador eléctrico convertible muy perfeccionado, el que iba a convertir la luz solar en electricidad. Solo le faltaban unos cuantos experimentos más para tenerlo perfeccionado definitivamente. Mientras Merton detallaba todos sus proyectos, se olvidó casi por completo de la presencia de la muchacha a causa del entusiasmo que le embargaba. Cuando concluyó, se dió cuenta de que ella le estaba observando con mucha atención. El rostro de Miss Holt estaba ahora inescrutable, como si estuviera ocultando una fuerte emoción interior.

—Me parece que no me he explicado con suficiente claridad — le manifestó él.

—He entendido todo perfectamente, Mr. Merton, y creo que Vd. llegará a hacerse famoso y rico con ese descubrimiento. Es verdaderamente maravilloso, pero está Vd. seguro de que el secreto no le será robado por comptidores? Lo tiene detallado en papeles?

—No temo eso, Mr. Holt, aunque a ellos les agradaría mucho enterarse de mi invención. Todos los cálculos necesarios los tengo anotados en una hoja de papel ordinaria, la que tengo muy bien escondida en mi habitación... y donde se supone Vd. que la he ocultado?

La joven se puso en pié, presa de una agitación que le era imposible disimular, y exclamó:

—Mr. Merton: Vd. me iba a referir su secreto! A mí, una desconocida...!

—Oh! Yo creo que Vd. no será aliada de mis poco escrupulosos rivales. Ellos son...

—Haga el favor de ser razonable: — le rogó ella en tono suplicante — Guarde su secreto, pues yo debo marcharme a...

—En una de las columnas de mi cama, bien enrollada.

Ella tomó asiento de nuevo, y el vió que salían lágrimas de los ojos de ella.

—Vd. no debía habermelo dicho, — protestó ella — pues Vd. no está enterado de quien pueda ser yo. Gracias por la confianza que ha demostrado tener en mi... y... Buenas noches!

—Pero yo la voy a acompañar hasta su casa, — le manifestó Merton en tono de protesta — y ha olvidado Vd. que íbamos a ir juntos a buscar una aventura?

marchar rapidamente a lo largo de la calle, mirando una vez hacia atras aprensivamente como si temiera ser seguida. Finalmente, subió a un tranvía eléctrico.

Entonces Merton se dió cuenta de la barbaridad que había hecho. Había dado todos los detalles de sus planes más secretos, de su valiosa invención y hasta el sitio donde tenía oculta la fórmula, la que sería una ayuda preciosa para sus rivales científicos... a una muchacha que apenas conocía...

Capítulo II

Mientras permanecía aún de pié a la puerta del restaurant, Merton vió a una fila de hombres sanwhich pasar delante de

—Mr. Merton: tengo que ir a mi trabajo esta noche, y yo había supuesto que Vd. no lo había dicho en serio.

—Pero Vd. habló de ir al teatro, aunque solo lo hizo para declinar mi invitación.

Ella colocó la mano sobre el brazo de él, y le manifestó: — Escuche lo que le voy a decir: yo también estoy ocupada en efectuar un trabajo confidencial. Hasta hago lo posible para que no se sepa que trabajo durante la noche. Le digo esto, correspondiendo a la confianza que Vd. ha depositado en mí. Voy a marcharme ahora, de manera que vamos a despedirnos.

Los dos abandonaron su mesa. Merton pagó la adición y después se despidió de su compañera en la puerta.

Mirándola alejarse desde allí, la vió él, por la calle. Cada uno de ellos llevaba un enorme cartel, que decía:

—Vayan a ver a Jonah Seals esta noche. Preparense para el fin del mundo en la noche de Septiembre 17, viniendo a esta conferencia, que lo salvará espiritual y corporalmente.

Arriba de las letras impresas, estaba dibujado el rostro patriarcal de un hombre vestido con ropajes blancos. Durante las últimas semanas, todos los diarios habíanse ocupado profusamente de los hechos y milagros del hombre que manifestaba ser una reencarnación del Profeta Jonah.

La vida pasada de éste hombre era bien conocida, y ni la publicación de dos condenas por bigamia, logró quebrantar en lo más mínimo la fé de los que creían ciega-

mente en él. Alvah B. Saxton se hallaba cultivando una pequeña quinta en el Estado de Colorado, cuando tuvo una visión que le marcó la misión que le había sido asignada por Dios en el mundo. Vagó durante algún tiempo por las regiones del desierto, gradualmente atrayendo a más y más creyentes en él y su misión. Se le atribuían verdaderos milagros. De celebridad local, había llegado a hacerse conocido en todo el país, y muy favorablemente. Durante dos años, había ido marchando de pueblo en pueblo hacia el Este, obteniendo dinero procedente de donaciones y aumentando el número de sus feligreses, hasta que llegó dispuesto a conquistar a Nueva York, que viene a ser la Meca del charlatán. Pero había preparado su campaña de la manera más sensacional que puede imaginarse: cerca del barrio de Jersey había hecho edificar un extraordinario edificio, el que se destinaba a acomodar a los creyentes en él, durante el día de la ira de Dios, aunque era apodada la — Torre de Babel, — por los irreverentes descreidos.

Dicha torre tenía una altura de cuatrocientos piés, estaba construída de concreto y acero, y dominaba todo el país circundante. Saxton había preparado sus planes con gran habilidad: se supuso al principio que alguna corporación industrial estaba edificando una fábrica, y por lo tanto la curiosidad colectiva no había sido despertada hasta que la estructura terrestre quedó concluída. Después la torre comenzó a elevarse hacia arriba, con una rapidéz casi mágica.

Cuatrocientos piés no es una gran elevación, comparado con los edificios de la ribera en Manhattan, pero vista desde cierta distancia, la torre parecía estupenda. Cuando su propósito fué anunciado, todo Nueva York quedó estupefacta e incrédula: sería posible que Saxton hubiera construído aquella torre de concreto y acero para después proseguirla hasta el cielo?

Lo que especialmente llamó la atención al público y excitó su imaginación era lo misterioso de la torre y también su falta de ventanas. Desde que fué concluída, nadie sinó el profeta y su banda de elegidos, habían penetrado a su interior.

Casi todas las personas que residen en Nueva Jersey y van a trabajar todos los días a Nueva York, conocen las características del terreno más allá de Hoboken, los pantanos y Penhorn Crek. Este último es un riacho bastante ancho que une los dos extremos de Hackensack, formando así por un lado la isla, que era completada por el semicírculo que describe el río. En este pantanoso y desolado lugar, la torre había sido construída. Cerca de su base, había sido instalado el campamento de los creyentes del nuevo profeta. Para llegar hasta él, desde cualquiera de los lados, había que cruzar un puente. Por consiguiente, ésto bastaba para oponer una valla a la invasión de los curiosos.

Los constructores de la torre eran hombres del Oeste, quienes pertenecían a la misma secta que Saxton. Eran hombres silenciosos y huraños, que habían guardado celosamente su secreto y desaparecido después que el trabajo estuvo concluído. Varios periodistas, disfrazados de obreros y también inspectores municipales habían tratado infrutuosamente de resolver el secreto. Pero aquellas paredes de acero habían sabido ocultar la solución del misterio.

Lo más extraño de la misión de Saxton, era que seleccionaba a sus discípulos entre los ciegos de la ciudad. Habían venido numerosísimos ciegos, alojándolos en un edificio cerca de la base de la torre. Mas de un repórter había logrado introducirse en éste edificio, junto con los infortunados que lo habitaban, fingiendo hábilmente ser uno de ellos, pero nadie había conseguido introducirse en la torre misteriosa. Esto era lo que informaban todos los diarios, en términos parecidos.

Todos los ciegos eran educados por expertos, y eran enseñados a ejecutar extrañas maniobras. Vestidos en uniformes blancos, jugaban a la pelota y efectuaban complicadas evoluciones, tan correctamente como si no hubieran perdido el uso de la vista. En fin, eran reeducados por el desarrollo sistemático de todos los otros sentidos. Pero el propósito de todo ésto permaneció inescrutable, y ninguno de los ciegos experimentaba la más mínima inquietud. Les pagaba cinco dólares por día, y eso era suficiente para no inspirarles curiosidad alguna respecto al propósito de los peculiares actos que les obligaban a ejecutar.

Además, parecían tener una fé ciega en la misión de Saxton. Se entiende, los que permanecían a su lado. Los indeseables fueron eliminados gradualmente y volvieron a los sitios usuales donde vivían en la ciudad, con relaciones sumamente vagas de lo que habían hecho y notado en la torre, pues la memoria se retiene usualmente por la vía visual, y es sumamente difícil obtener una descripción racional relatada por un ciego, pues su imágen mental es naturalmente defectuosa. Lo mismo ocurre para conseguir de él, una narración detallada. Al cabo de varias semanas, Nueva York se había acostumbrado a ver estos misioneros ciegos y vestidos de blanco circular por las calles, transitando por entre el tráfico con un instinto de conservación tan extraordinario que jamás les ocurrió accidente alguno. Se ocupaban de predicar en todas las esquinas, informando a todos los oyentes que el fin del mundo se acercaba.

Solamente los elegidos, es decir los discípulos del profeta, iban a ser salvados del Juicio Final. En este día, los corderos iban a ser separados de los lobos, y está demás decir que los corderos inmaculados eran los hombres vestidos con túnicas blancas. Con un capital que se calculaba en dos millones de dólares, Jonah entró en Nueva York y pronto había causado una enorme sensación. No había en él nada de equívoco, pues no hablaba vagamente, como acostumbran a hacer los de su profesión. No profetizaba-

horribles males que iban a ocurrir a los pecadores en una fecha lejana e indefinida. Manifestó que el día del fin del mundo era Septiembre 17, y ahora solo faltaban dos días para la fecha fatídica!

Muchos esperaban que Saxton iba a marcharse furtivamente después de haber reunido unos pesos, dejando su manto de profeta detrás de él. Pero entonces... para qué había llegado a efectuar grandes gastos construyendo aquella torre de acero y cemento?

En ese día, todo el mundo pensaba que se iban a efectuar interesantes revelaciones y quedaría así aclarado el misterio de las predicciones del profeta. Hasta ahora, Merton no había experimentado ni el más mínimo interés respecto a Alvah B. Saxton, alias Jonah. Pero ahora, cediendo a un impulso inexplicable, siguió a los hombres que efectuaban la propaganda de la conferencia dada por el hombre que predecía el fin del mundo. Los hombres sandwich siguieron a lo largo de Broadway, hasta llegar a un letrero luminoso de grandes letras en colores. Iba iluminándose letra por letra en color rojo hasta decir — Jonah Seals —, después se apagaba y volvía a prenderse como antes, pero ahora en color anaranjado.

Una enorme multitud se hallaba apiñada allí y ocupaba la vereda y gran parte de la calzada. Merton se abrió paso empujando a los demás, y logró penetrar en el local donde se efectuaba la conferencia. Pero no tenía la menor idea de lo que iba a hacer allí. El salón era uno de los mayores de Nueva York, pero el boletero solo se vió cuando Merton le pidió que le vendiera una entrada, de las de precio más reducido. Después le manifestó:

—A las seis de la tarde se nos concluyeron las entradas.

Desde la ventana de la boletería, Merton oía el discurso que pronunciaba el fanático dentro del local, con voz de trueno. Distinguió que desde la puerta el salón se hallaba repleto de personas, que estaban apiñadas en todos los pasillos. La atmósfera estaba caldeada por las vibrantes palabras del presunto profeta. Una mujer lanzó un agudo grito, y se desmayó. Un hombre abrió el camino entre los espectadores y otro le siguió, llevando entre los dos a la mujer. Merton, apretado y empujado hacia adelante por la multitud, se encontró impulsado contra la puerta. Y de improviso, la presión se hizo tan irresistible que aún sin desearlo, se encontró en el interior del salón de la conferencia.

Penetró dentro antes de que los porteros lograran detenerlo, y después, siempre empujado por los que venían atras, llegó hasta un ángulo del local y se detuvo allí. El no había tenido interés especial alguno ou oir al charlatán, pero ya que estaba adentro, pensó que sería más sencillo permanecer allí, que volver a luchar con la multitud para salir a la calle.

El inmenso salón había quedado silencioso como la muerte, **momentáneamente.** Todos los ojos se hallaban fijos en la plataforma, donde estaban sentados una docena de hombres viejos, con largos cabellos y barbas. Todos ellos llevaban cadenas al cuello y eran ciegos.

De pié enmedio de ellos, se hallaba el impostor que había venido a pedir que Nueva York se arrepintiese, como un nuevo Jonah. El hablaba en esos momentos, y la expresión atenta del auditorio indicaba la influencia que ejercía sobre aquella asamblea. Las deslumbradoras luces eléctricas hicieron que toda la escena se hiciera borrosa a los ojos de Merton. Esto le recordó una vez más la probabilidad de quedarse ciego. Pero esta iba a ser la última noche que iba a permanecer en la ciudad, pues ya se había decidido a marcharse a trabajar al campo, para cumplir los consejos del oculista. Entretanto, trató de olvidar sus dificultades, y comenzó a escuchar atentamente lo que decía Saxton. El hombre poseía sin duda alguna, un cierto poder hipnótico y Merton se dió cuenta de que los ciegos eran fácilmente sugestionados por él. Aunque era crasamente ignorante, Saxton poseía esa rara habilidad que tienen ciertos oradores, quienes se comunican con la audiencia más bien por los sentidos que por la palabra.

Apesar del disgusto que experimentaba, Merton se encontró momentáneamente sugestionado por el vibrante discurso del viejo charlatán.

—Y se producirá una profunda obscuridad sobre toda la ciudad, — pronunció el profeta en tono aterrador — Esten preparados, entonces, y purifiquense de pecados. Y habrá un anillo de fuego y muerte alrededor de esta ciudad: se oirá un horrible ruído en el aire y los cielos se volverán vacios el día diez y siete de Septiembre. Dos días! Solo dos días les quedan para arrepentirse! Piensen en eso, mujeres y hombres, a quienes les agradan los fáciles placeres mundanos! Porque la ira del cielo caerá implacable sobre los que no se hayan regenerado. Apúrense, pues, a entrar a las filas de los elegidos!

—Ser de las filas de los elegidos — era una de las doctrinas imaginadas por el profeta durante su estadía en Utah, y había hecho que los diarios se burlasen de Saxton y le fueran hostiles abiertamente. Pero allí dentro, en el salón de la conferencia, no se notaba oposición alguna a sus ideas. De la galería inferior se levantó un joven alto y de aspecto anémico, con cara picada de viruelas.

—Yo, James Rogers, deseo pedir a Mary Jones, de Kalbavenue, para que sea mi novia eternamente! — gritó él.

Otro hombre, de barba grisacea, se puso también de pié cerca de Merton.

—Yo, Percival Lewis, de Flatbush, pido a Myrtle Margaretta Simpson, de Leonia, N. Y. — exclamó ese hombre.

—Yo, Tomas Perks, **pido** como novia **a Dorothy Minever, hija de** Thomas Minever millo**nario de la Quinta Avenida, Nueva**

York! — gritó un hombre de baja estatura, con la cabeza calva.

Puede mencionarse de una manera abstracta que ninguna de estas uniones —eternas—, se relacionaba con el estado marital que tuviese actualmente el solicitante. El Profeta había hecho su propaganda en plena Nueva York, sin tener la menor consideración respecto a la opinión de las mujeres, pues su credo permitía la poligamia, o sea que cada hombre podía tener varias esposas. Y después de todo, nada es suficientemente inadmisible, si el público no lo rechaza en masa.

Otros pedidos fueron hechos a continuación de los anteriores. Merton distinguió que un hombre vestido con una corta túnica ra una realidad tangible. Todo lo que se decía y hacía allí, parecía cosa de lunáticos, quienes partiendo de una base errónea, hacen todos los demás razonamientos correctos y lógicos.

Saxton extendió sus brazos hacia la multitud.

—Pero cuando vean la luz, después de haberse producido la oscuridad, — gritó el — vengan todos a la torre. Allí encontrarán ustedes refugio contra la ira de Dios que va a venir Y recuerden, que la luz volverá por solamente una hora!

Con estas palabras el discurso quedó terminado y todos los oyentes se despojaban de sus alhajas y los hombres de su dinero, arrojando todo sobre la plataforma del o-

blanca, iba anotando los nombres de los solicitantes. Parecía ser uno de los guardianes ciegos, que hacían propaganda por las calles. El profeta volvió a reanudar su discurso. Parecía increíble que tales barbaridades, dichas por un ignorante orador público, pudieran ser escuchadas tan atentamente por una audiencia de la culta ciudad de Nueva York, en pleno siglo veinte.

El charlatán dijo una infinidad de cosas: se acercaba el día del juicio, había que vestirse con túnicas blancas como la nieve, licencia matrimoniales de cinco dólares para conseguir novias celestiales, a ser pagadas des pués del casamiento. . . todo eso salió en forma confusa y precipitada, de los labios del orador. Sin embargo, el poder magnético de Saxton, hacía que este discurso pareciera dor. Tanto las joyas como las carteras eran recogidas rápidamente por los ayudantes ciegos. Por lo menos la mitad de la audiencia se hallaba sollozando y llorando histericamente. Los pocos incrédulos fueron silenciados a viva fuerza, y Merton se encontró a pesar suyo, presa de intensa emoción.

De improviso la nube que parecía tener delante de sus ojos se disipó, pues através del arco del anfiteatro distinguió a Pauline Holt, quien miraba directamente hacia el. La reconoció como si estuviera al lado de ella, y hasta distinguió las rosas rojas en su sombrero. Entonces, como si hubiera sido efectuado por algún instinto telepático, Merton se dió cuenta de que Saxton había transferido a la mente de él sus propias emociones e impulsos, pues se dió vuelta ha-

Aventuras de Barr

gugli, por Debeck

cia la muchacha, y apuntándola con un dedo, le dijo:

—Yo tomo para mi mismo por toda la eternidad, a esa muchacha que está allí con rosas rojas en el sombrero!—

Hubo un murmullo entre los espectadores todos los ojos estaban fijos en Pauline, quien se puso de pie y se dirigió apresuradamente hacia el corredor, para llegar así a la puerta de salida.

Y el viejo impostor, creyendo que ella intentaba acercarse hacia el, comenzó a pedir a la multitud que le abrieran camino, llamándola — su rosa de Jericó — y extendiendo sus brazos hacia ella en señal de súplica.

—Ese hombre se ha casado con una muchacha distinta en cada ciudad de los Estados Unidos — murmuró un excéptico, quien se hallaba cerca de Merton.

Pero este, enfurecido por la escena y deseoso de castigar al charlatán por su osadía, avanzó impulsivamente hacia la plataforma. Pero después, dándose cuenta de que no podía hacer nada se dirigió hacia la puerta, cerca de la que ya había llegado Pauline. En ese momento Saxton, dándose cuenta del propósito de la joven, comenzó a reprocharle su falta de fe en él.

Merton tuvo que hacer grandes esfuerzos de voluntad para no replicar vehementemente al viejo y vicioso impostor, como se merecía.

—Ven aquí, hacia mi, paloma mía! — le exhortó Saxton.

Merton se abrió paso hacia la calle, recibiendo y dando galpes a la sólida falange de espectadores. Fué un viaje muy lento, pero al fin llegó a la calle.

Durante un instante, el ver a Broadway y los caminantes, tranvias y tráfico usual, le hizo creer que lo que acababa de oir y ver había sido una pesadilla. Su intención había sido llegar a la salida antes que la muchacha y detenerla allí, pero llegó demasiado tarde para conseguir su intento. La última vez que la distinguió, se hallaba ya saliendo cuando el todavía estaba luchando para abrirse paso en el corredor.

De manera que se dirigió de vuelta hacía la casa de la señora Higgins y mientras se dirigía hacia ella, su enojo aumentó.

Subió las escaleras y vió que la puerta de Pauline Holt se hallaba abierta, y la luz apagada. Se notaba que aun no había vuelto a la casa. Merton entró a su propia habitación y encendió la luz. Se decidió a esperar a que regresara la muchacha y preguntarle porque razón había ido sola a aquella conferencia, después de engañarle a él, diciéndole que estaba ocupada en desempeñar un trabajo confidencial. Pero al mismo tiempo, se dió cuenta de que el asunto no le interesaba nada a él, pues la joven era libre para proceder como se le antojara. Lentamente, a medida que su indignación iba desapareciendo, Merton se dió cuenta de que no tenía derecho alguno para interrogar a Pauline Holt. Y por fin llegó a la conclusión, que el resentimiento que el experimentaba contra Saxton, no le daba el derecho de interrogarla a ella.

De pronto, al pasar su mirada sobre la mesa, se dió cuenta de que había allí una carta. Estaba dirigida a el, pero parecía haber sido entregada personalmente pues no tenía estampilla en el sobre. Esto era sorprendente, pues el había dejado la habitación cerrada con llave. Abrió el sobre y leyó la contestación a una carta que el había escrito en contestación a un anuncio, la semana anterior. Se había solicitado por intermedio del diario, los servicios de un electricista experto, graduado en la Universidad con experiencia teórica y práctica en todas las ramas de la ciencia. Que se hallara también enterado de telegrafía sin hilos, incluyendo los últimos inventos y perfeccionamientos que se habían realizado respecto a la misma. Decía además, que se daría la preferencia a un hombre del Oeste.

Este le había parecido a Merton el mejor de los avisos que había leido, y lo había contestado con grandes esperanzas, las que aún conservaba apesar de no haber recibido contestación, pues telegrafía sin hilos había sido su especialidad en la Universidad. Y fué precisamente, lo familiar que le era la trasmisión de las poderosas corrientes eléctricas, lo que le hizo proseguir en sus investigaciones científicas que debían concluir con la conversión de la luz del sol en electricidad. Al concluir sus estudios, hallándose sin fondos, y el hecho de que uno de los profesores demostraba celos debido a sus rápidos progresos, le obligó a suspender los experimentos de su gran invención hasta más adelante. La carta terminaba con una postdata, pidiéndole al solicitante que fuera al salón de espera del restaurant de Gangli a las veinte y dos horas esa noche, donde se entrevistaría con el firmante de la misiva. Esta se hallaba escrita a máquina, en papel de buena calidad pero que no tenía nombre o dirección impresas. Merton miró a su reloj: eran las diez menos cuarto. Vaciló unos instantes, concluyendo por abandonar su plan de entrevistarse con Pauline Holt aquella noche, a continuación de lo cual, tomó su sombrero y salió a la calle de nuevo

Capítulo III

Ordinariamente, las sospechas de Merton se hubieran manifestado al recibir tal comunicación. El sabía perfectamente que gran cantidad de hombres se hallaban trabajando en problemas de electricidad muy parecidos al que el estaba tratando de resolver. Es un hecho bien conocido que por extraño que sea lo que un inventor desea descubrir, la misma idea está fermentando al mismo tiempo en las imaginaciones de muchos otros. Conocía en particular, a Bennett de Sioux City y Crawley de Philadelphia, a quienes había sido presentado. Y Merton sentía la intuición telepática de que estos dos formidables rivales no se hallaban mucho más retrasados en resolver el problema, qu el. Sin embargo, sabía positivamente, que hasta este momento era el quien llevaba la ventaja, pues estaba seguro de perfeccionar completamente su invención con tal que le facilitaran durante unos días un laboratorio de primer orden.

En el salón de espera del restaurant Gangil, se encontró con un hombre de baja estatura vestido en traje de etiqueta, quien miraba ansiosamente los rostros de todas las personas que entraban allí. Parecía tener unos cincuenta años de edad y su apariencia no era ciertamente la de un caballero de la aristocracia. Parecía más bien que se había mezclado y vivido con las más diversas clases de la sociedad. La expresión en su rostro era de hombre que está siempre alerta, y tanto podía tomársele por un hombre de negocios, como por un criminal moderno o contrabandista de alcohol. Pareció reconocer a Merton instintivamente, pues se puso de pie y se adelantó hacia el, tan pronto como el recién venido hubo traspuesto la puerta.

—Mr. Ralpl Merton? — le preguntó en tono afable — mi nombre es Pendleton. Lo visité en su casa esta noche, pero me manifestaron que había salido. Por consiguiente le pedí se sirviera venir a verme aquí

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

—Ahora, si usted tiene la gentileza de acompañarme a cenar, podemos hablar detenidamente respecto al asunto — le manifestó Pendleton. — Puede ser que le interese mucho a usted, pues deseo hacerle una proposición sumamente ventajosa.

—Ya he cenado hace un rato, — repuso Merton — pero tomaré asiento con usted.

—Se lo agradeceré mucho, — repuso su interlocutor — pues me retrasé algo en la hora de la cena.

Merton entregó su sombrero al muchacho del guardarropa, y pronto estuvo sentado con Pendleton a una pequeña mesa. El restaurant se hallaba prácticamente vacío, pues la gente que salía de los teatros y cinematógrafos aun no había llegado, mientras que ya era demasiado tarde para los clientes que iban a cenar antes de asistir a los espectáculos nocturnos.

—Mr. Merton, voy a hablarle francamente y demostrarle lo que me propongo — dijo Pendleton de improviso — es un asunto tan importante que justifica ese procedimiento.

Ese aviso fué insertado en el periódico con el objeto exclusivo de que usted nos contestara. Estamos enterados de su trabajo y de las razones por las que ha venido a Nueva York, pero no sabíamos como llegar a ponernos al habla. Nos hallamos ocupados ahora en un trabajo importante, en el que ayudarían mucho los experimentos realizados por usted en la Universidad, de los que nos hemos enterado hace tiempo.

Merton se encontró halagado por la alabanza disimulada de su interlocutor, pues hay que tener en cuenta que nadie lo había alabado antes. Y los elogios que se escuchan por primera vez respecto al trabajo de uno mismo, son sumamente gratos al oído.

—Y cual es el trabajo que usted desea que haga? — le preguntó.

—Es en el edificio conocido popularmente con el nombre de "La Torre de Babel"— contestó Pendleton.

Merton permaneció unos instantes asombrado. La enorme estructura erigida por Saxton al otro lado del Hudson, venía a ser como el punto de partida al cielo de los elegidos y creyentes. La idea de instalar allí un aparato eléctrico le parecía extraña, y también trabajar para aquel viejo charlatán le disgustaba.

Pendleton, quien había estado observando el rostro de su interlocutor atentamente interpretó sus pensamientos con toda exactitud.

—Permítame que el explique el asunto con todos los detalles antes de que usted se decida de una manera u otra — le dijo él. Saxton no es amigo mío y yo no soy

afiliado a su secta. En mi opinión, ese hombre es el charlatán más sinvergüenza y descarado de todos los que han venido a Nueva York. Creo que le quedan dos días más para engañar a la gente, y después quedará en evidencia como farsante. Ha sido un gran majadero al asegurar que el mundo se terminará el diez y siete de septiembre, pues yo creo que usted estará de acuerdo conmigo en que el mundo proseguirá lo mismo que antes después de la fecha señalada, a pesar de todo lo que diga el estimado Saxton.

—Saxton ciertamente parece haber cometido un grave error al asegurar eso, a menos que lo crea firmemente él mismo — repuso Merton.

—Bueno, en realidad ese aspecto del asunto no nos interesa mayormente. — contestó Pendleton. — El asunto es que el tal Profeta ha encargado a la firma que represento, el hacer un trabajo muy importante y bien remunerado hace algún tiempo, pero la ejecución del contrato fué demorada. Por razones obvias, no deseamos que nuestro nombre sea dado a la publicidad, conectándolo con "La Torre de Babel", pues arruinaría enteramente nuestro negocio. Tenemos numerosos clientes que se ofenderían por ello y nos retirarían su apoyo.

Al mismo tiempo, dicho contrato es demasiado lucrativo en estos tiempos para perderlo, pues el Directorio de nuestra Compañía no aprobaría nuestra decisión de rehusarlo.

—Eso es bastante razonable.

—La parte preliminar del trabajo ya ha sido completada.

—Lo que falta para hacer es revisar y ajustar cuidadosamente ciertas partes del aparato eléctrico. Significa usar aparatos delicadísimos y nos hace falta un hombre con conocimientos profundos y exactos en esa materia.

Por consiguiente, hemos decidido pedirle que nos ayude a completar dicho trabajo. Las pruebas que tiene que hacer no le ocuparan más que unas horas de tiempo, y como honorarios, estoy comisionado para ofrecerle a usted remunerarla a razón de mil dólares por hora.

Merton percibió que su corazón dejó de latir por un instante, y después la sangre comenzó a circular furiosamente por sus arterias. Miró fijamente al rostro de su interlocutor encontrándose incapaz de hablar durante algunos instantes. Le parecía ver a Pendleton vagamente y como envuelto en una niebla. Cuatro o cinco mil dólares! Pues eso le permitiría tomarse una vacación de seis meses, y entretanto descansar la vista como se lo había aconsejado el oculista.

—Por supuesto, que la aceptación de este contrato no implica obligación alguna de creer en la doctrina proclamada por Mr. Saxton — prosiguió diciendo Pendleton —Lo mismo que los modernos profetas que obtienen éxito. Mr. Saxton es un hombre de negocios. Es muy posible ser un hombre de negocios hábil e inteligente, y al mismo tiempo creer firmemente que es posible comunicarse con el cielo por medio del radio o la telegrafía sin hilos.

Merton vió el rostro de su interlocutor claramente otra vez. Poco a poco iba recuperando su sangre fría, tratando de combatir su incredulidad y ocultar la fuerte emoción que experimentaba.

—El discurso que usted leyó ante la Asociación de Electricistas de la Universidad, respecto a la transmisión del myradium, y que fué publicado profusamente en los periódicos que se ocupan en todo lo relacionado a ese negocio, ha convencido a la firma que represento, que usted es el hombre más competente que existe en el país para completar el trabajo encargado.

La serie de sorpresas no había concluído aun. Ahora Merton comenzó a darse cuenta de que todas las observaciones de Pendleton se referían al trabajo que había hecho en telégrafo sin hilos, y no al gran proyecto de extraer electricidad de la luz del sol. Debía haberse dado cuenta de esto desde el principio. Merton se hallaba perfectamente enterado de los últimos métodos en telegrafía sin hilos y comunicación por radio, incluyendo el maravilloso nuevo ampydyne - myradium, conocido por muy pocos hombres en el país, y el discurso leído por el había sido muy discutido por los conocedores de la materia. Pero había estado pensando tanto en su invención, que había supuesto que Pendleton se refería a ella durante todo el tiempo de su conversación. Lanzó un gran suspiro de alivio: su secreto estaba seguro, entonces! Después de esto, se sintió ya enteramente tranquilo.

—Solamente deseamos imponer una condición: — dijo Pendleton, demostrando algo de ansiedad e inquietud en su voz — Mr. Saxton insiste que el hombre que complete el trabajo en la torre, debe permanecer allí como su huesped hasta la mañana del diez y siete, y por lo tanto no le será dada la oportunidad de revelar la naturaleza de su trabajo a cualquier otra persona. El desea protegerse así para que no sean traicionados los secretos que puedan descubrirse dentro de la torre. Teniendo en cuenta que no lo conoce a usted, su temor es sumamente razonable. Hay un departamento situado en el último piso de la torre es sumamente confortable y no va a ser penoso el permanecer allí durante treinta y seis horas.

—Esa clausula no va a constituír una objeción seria para mí — manifestó Merton. Pero cuando el trate de comunicarse con el cielo por medio de radiogramas, y no logre obtener contestación, yo no voy a tener protección alguna contra su furor de fanático.

—Eso no constituirá un peligro — respondió Pendleton — pues no se le permitirá a usted permanecer en la torre cuando los experimentos decisivos comiencen; usted abandonará el edificio una hora antes de la señalada para el fin del mundo.

Merton se chó a reir a carcajadas, casi tan francamente como Pendleton. — Y cuaI es la suposición suya respecto a ese proyecto tan maravilloso? — le preguntó.

—Yo creo, — repuso Pendleton — que

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

ese hombre es sincero. Tal es la interpretación que a mi se me ocurre de los actos que realiza. Porque le debe haber costado una gran suma de dinero el hacer construir esa torre y equipar su ridículo ejército de hombres ciegos.

—Entonces usted no cree que el va a desaparecer de la noche a la mañana, con el dinero que haya logrado sacar a los ilusionados crédulos?

—No, pero yo lo voy a hacer — repuso Pendleton con toda seriedad — Porque en vista de la posibilidad de que pasado mañana se esfumen, todas las ilusiones de Mr. Saxton, mi firma ha tomado la sabia precaución de exigir el pago adelantado. Por consiguiente, estoy autorizado para abonarle sus honorarios ahora, si usted acepta el trabajo con las condiciones propuestas. Le entregaré la suma de cinco mil dólares, por lo que un recibo verbal será suficiente.

Sacó un sobre abierto del bolsillo, y extrajo del mismo cinco billetes de cincuenta dólares cada uno y un cheque certificado por cuatro mil setecientos cincuenta dólores, firmado por el mismo.

—Me he tomado la libertad de abonarle una pequeña parte de sus honorarios en billetes de banco, en caso de que usted se vea obligado a efectuar algunos gastos repentinos, ocasionados por lo de improviso que debe encargarse del empleo — dijo Pendleton.

Todo esto le parecía un sueño a Merton. Miró al dinero fijamente, sin poder llegar a convencerse a si mismo que no estaba soñando una hermosa pesadilla. Después de un instante, levantó la mirada y se dió cuenta de que Pendleton le estaba examinando atentamente, haciendo esfuerzos para no sonreir.

—Su firma es muy generosa y puntual en el pago, Mr. Pendleton, — le dijo — como se ha enterado usted de mi identidad?

—Nos entregaron su fotografía en lo de Almy — contestó el otro — No podíamos arriesgarnos á equivocarnos al tratar de encontrar en América al hombre que sabe más que ningún otro respecto al negocio en que nos ocupamos.

Almy era el fotógrafo de la pequeña ciudad donde estaba situada la Universidad, donde Merton había cursado los estudios de Experto Electricista. El joven no pudo menos de asombrarse ante las precauciones que había tomado la firma de Pendleton, a fin de asegurarse de la identidad del hombre a quien deseaban emplear.

—Por supuesto, no puedo garantizarle que voy a poner al Profeta Jonah en comunicación con el cielo, — dijo Merton, sonriendo — pero sus mensajes probablemente van a ser recibidos esparcidos por todo el mundo, y probablemente va a recibir algunas contestaciones fraguadas por bromistas, a menos que sus palabras sean sintonizadas por la estación que recibe el mensaje.

—De eso debe preocuparse el, — repuso Pendleton — nosotros le hemos simplemente garantizado al viejo chiflado que le vamos a instalar un aparto de primera clase de myradium para enviar y recibir mensajes, fabricado especialmente para transmisiones a larga distancia.

Esto ya ha sido hecho y lo único que le queda a usted para hacer es probar el aparato y hacer los últimos ajustes. Y ahora Mr. Merton, debo rogarle que me acompañe usted a Hoboken, pues yo deseo tener el aparato bien revisado esta noche, á fin de dar un informe detallado mañana por la mañana.

—Con todo gusto iré con usted, — dijo Merton — pero deseo ir a la casa de pensión donde vivo para arreglar mi valija.

—Perdóneme en que no me halle de acuerdo con usted, — le observó Pendleton con toda amabilidad — hacer eso no es posible de acuerdo a nuestro contrato. usted recordará la condición que hemos especificado antes. Nosotros le suministraremos todo lo que necesite. Lamento insistir en esa condición, pero así lo habíamos convenido.

—Pero si usted me acompaña hasta casa, Mr. Pendleton...

—Desgraciadamente, Mr. Merton, me veo obligado a obedecer mis propias instrucciones, y deseo llevarlo conmigo al otro lado del río inmediatamente que Vd. me entregue su informe preliminar dentro de una hora o dos y después marcharme a mi casa a dormir, pues estoy cansado.

—Bueno, estoy conforme entonces, ya que usted insiste — repuso Merton, pensando en que debía haberle avisado algo a Pauline Holt.

—Si usted lo desea, puede telefonear a la dueña de su casa de pensión o a cualquier otra persona que pueda alarmarse por su ausencia, y decirles que no va a regresar hasta después de pasado mañana.

—Eso es enteramente innecesario — respondió Merton.

—Mr. Higgins, mi patrona de la pensión, no va a desvelarse ni un minuto por mi ausencia.

Pendleton quedó satisfecho con esta contestación y dijo:

—Entonces lo mejor que podemos hacer es ponernos en camino.

Eran las once y media de la noche. Pendleton abonó la adición de la cena y los dos ocuparon un auto, que pasaba en esos instantes frente al restaurant. Todo el trayecto lo recorrieron casi en silencio, hasta llegar al subterráneo bajo el Hudson, por la entrada de la calle Veinte y Tres. Cuando llegaron allí despidieron al taxímetro y prosiguieron el viaje en tren hacia Hoboken.

—Supongo que Ud. no tendrá inconveniente en caminar un poco? — le preguntó Pendleton a su acompañante, cuando ambos llegaron al término de la vía férrea en Hoboken.

—Ciertamente que no — contestó Merton.

Comenzaron los dos a subir la colina juntos. Pendleton pareció haber olvidado el apuro que experimentaba antes, pues no apuraba el paso. La gran torre comenzó a divisarse entre las sombras de la noche, tan pronto como pasaron la cumbre de la colina. Ahora la tierra plana se extendía a ambos lados de ellos. Al cabo de poco rato lle-

garon al puente que cruza el río. Más allá de él, Merton divisó el edificio brillantemente iluminado, donde se alojaban los creyentes de Saxton. Al lado de él, se erguía la torre en dirección al firmamento. Su oscuridad contrastaba extrañamente con las luces de la casa, y daba la impresión de una amenaza desconocida que desafiaba al cielo y a los elementos.

En el extremo del puente, un centinela vestido con una túnica blanca de lana y armado con un rifle, los detuvo pidiéndoles el santo y seña convenidos, antes de permitirles pasar. El arma estaba apuntada al cuerpo de Merton. Después de unas palabras murmuradas en voz baja por Pendleton, el rifle fué apoyado en tierra, ya convencido el guardián de que los visitantes eran amigos del Profeta.

—Cualquiera pensaría que ese hombre tiene el uso completo de sus facultades — dijo Pendleton, mientras los dos prosiguieron su marcha hacia la torre.

—Quiere usted decirme con eso que ese hombre es ciego? — le preguntó Merton en tono de incredulidad.

—Enteramente ciego. El antes se hallaba sentado todo el día bajo el puente de Williamsburg, vendiendo cordones para zapatos y botines, hasta el día en que Saxton lo convenció para que se reuniera a la falange de los elegidos.

—Pero si el procedía como si viera!

—Sí, porque ha sido entrenado muy eficientemente.

Saxton es una especie de Dios para esos hombres, y le obedecen ciegamente. La mayoría de ellos no sabían nada o casi nada de religión, y por supuesto, su doctrina les atrae extraordinariamente. Y también les interesa mucho lo que predica el Profeta, pues según eso, van a volver a ver la luz, después del día del Juicio. Bueno, ya hemos llegado al campamento.

Entraron por una puerta, abierta en un cerco de alambre de púa. Del edificio que ocupaban los discípulos de Jonah venía un rayo de luz, También se oía el sonido de un dínamo. Pasaron al lado del edificio principal y se acercaron a la base de la torre, la que tenía pequeñas ventanas a intervalos irregulares.

Cruzaron una puerta, donde de nuevo un centinela los detuvo hasta que Pendleton le dió la contraseña. Merton quedó extrañado ante la precisión militar que demostraban los guardianes del puente y de la torre. Comenzó a darse cuenta de que la situación era verdaderamente extraordinaria! Aunque se distinguía a Nueva York desde allí perfectamente, la existencia de aquel campamento le producía a Merton la impresión de que se hallaba en un país remoto, al ver aquellos fanáticos armados hasta los dientes. No parecía posible ni razonable que existiera aquello, tan cerca de la metrópolis con sus teatros, cinematógrafos y demás cosas que existen en las ciudades civilizadas. El rostro de cada uno de los guardianes, era de personas que viven con un solo pensamiento, absortos en sus proyectos de los que nada podría disuadirlos. Pendleton se detuvo antes de entrar a la torre y volviéndose, le dijo a Merton.

—Esta Vd. satisfecho respecto a lo que hemos arreglado? Es un trabajo extraño, pero es necesario hacer de todo en esta vida para salir adelante.

—Estoy perfectamente satisfecho — le contestó Merton.

—Bueno, entonces subamos al laboratorio.

Capítulo IV

Dentro de la torre había una escalera de caracol, que subía al lado de las paredes, dejando en el medio una especie de pozo obscuro.

—Siento mucho que no haya ascensor, — le manifestó Pendleton y a Merton le pareció notar algo de sarcasmo en el tono de su voz — Permítame que le enseñe el camino.

Los dos ascendieron, deteniéndose para recuperar el aliento, en cada piso, junto a las pequeñas ventanas que tenía cada uno de ellos. Desde allí Merton divisaba a Nueva York, que parecía una ciudad encantada y profusamente iluminada, allá hacia el Este. Luces que se movían algo más cerca, indicaban los buques que viajaban a lo largo del Hudson. Ahora le parecía más increible todavía que el sueño de este maniatico se viera cercano a la realización, casi en el mismo corazón de la civilización.

Durante unos instantes experimentó un gran temor: le parecía que la realidad de las cosas estaba desapareciendo, destruida por esta monstruosa torre. Se hizo la ilusión de que los fines que perseguía Saxton eran mucho más importantes de lo que el predicaba. Sin embargo, desechó su inquietud, atribuyendola al extraño edificio donde se hallaba y los dos hombres continuaron su viaje hacia arriba. Se detuvieron de nuevo para recuperar el aliento y notaron que habían subido ya dos terceras partes de la altura de la torre. En ese momento miraron hacia afuera por una de las ventanas, que se abría hacia Nueva Jersey. Se veían ahora todos los campos de los alrededores, y de nuevo Merton se vió asaltado por aquel inexplicable temor que ya había experimentando pero lo volvió a desechar.

El ruido del dínamo aumentó a medida que prosiguieron su camino hacia arriba, por las escaleras. Era un sonido potente que se destacaba entre los otros sonidos indefinibles de la noche, y los dominaba anulandolos por la mayor fuerza de su sonido. Al llegar al fin de las escaleras, la máquina funcionaba haciendo tal ruido que la torre entera parecía vibrar. En cada descansillo de la escalera, Merton había distinguido tres puertas que llevaban hacia pequeñas habitaciones, las que llegarían a las paredes exteriores de la estructuras por sus tres costados. Estos cuartos no habían sido dispuestos siempre de la misma manera, pero había siempre tres, quedando el espacio restante reservado para constituir el descansillo de la escalera, viéndose el campo desde sus ventanas. En el último piso ha-

bía también las mismas tres puertas, pero en vez de ventana en el cuarto rectángulo de las paredes, había una escalera que llevaba hasta el techo. Mirando hacia arriba, Merton pudo ver la altísima antena del poderoso aparato de radio para enviar mensajes. Formaba, vista desde allí abajo, una delgada línea obscura entre la brillantez de las estrellas de la Vía Lactea. El desarrollo y progresos efectuados en radio y televisión había ya sobrepasado a las suposiciones más audaces en los años anteriores, y en estos momentos le parecía a Merton que hasta las distantes estrellas iban a ser alcanzadas.

Pendleton tomó una llave de su bolsillo y abrió la puerta, que se hallaba más cercana. Dando vuelta a una llave, encendió la luz. Merton miró a su alrededor y se dió cuenta de que se hallaba en un laboratorio moderno, y bien equipado con toda clase de aparatos eléctricos. El centro de la habitación estaba ocupado por el dínamo, que funcionaba accionado por una fuerza externa, posiblemente viniendo de alguna usina situada en las inmediaciones. Sin embargo, para el caso improbable de que esta fallara, había allí al lado de la pared una potente y compacta maquina a vapor, la que estaba lista para ser usada en caso de necesidad. Este dínamo operaba directamente sobre el alambre de inducción que formaba parte del aparato de myradium. transmisor de mensajes. Uno de los costados del delicadísimo y sensible cosmógrafo de ampuydine se hallaba conectado a la tierra por medio de un alambre que salía hasta la parte exterior de la torre, mientras otro ponía en comunicación al aparato con la antena de arriba.

Pero lo que más atrajo la atención de Merton instantáneamente, fué el enorme transformador. Había sido fabricado por Nodin, de París, y se hallaba perfectamente aislado de las fuerzas exteriores por medio de un revestimiento de aceite, en una caja de hierro fundido. Este delicado mecanismo no era necesario para hacer operar al telégrafo sin hilos, lo mismo qus los demás instrumentos del laboratorio. Pero con la ayuda de ellos, Merton iba a poder realizar sus sueños acariciados desde hacía tanto tiempo. No hubiera podido elegir un laboratorio mejor y más apropiado para efectuar los experimentos en que se hallaba interesado. En pocos dias podría perfeccionar su invención, con la ayuda de aquel transformador tan perfeccionado y sensible. Su corazón casi dejó de latir debido al intenso júbilo que experimentó.

Pendleton cortó la corriente que hacía funcionar el dínamo. — No sé porque razón quedó esto funcionando — le manifestó a su huésped. Merton le miró fijamente a los ojos y notó en ellos una mirada extraña. Esta parecía denotar algo de burla, pero al mismo tiempo, algo más amenazador que burla. Le hizo a Merton la fugitiva impresión de que el otro hombre había obtenido un triunfo, como si hubiera quedado satisfecho de improviso respecto a algo que le hubiera interesado muchísimo, y respecto a lo cual se hallara perplejo e indeciso.

—Usted parece estar conforme respecto a lo que hemos convenido — manifestó Pendleton.

Merton movió la cabeza, como señal afirmativa. En ese momento la emoción lo embargaba ante el triunfo ya al alcance de su mano, y se veía obligado a reprimir las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos Las perspectivas halagadoras que le ofrecía el porvenir, realizando el sueño que había acariciado durante tanto tiempo, después de la desesperación que le había invadido, lo dominaron por completo.

—Mr. Pendleton, — balbuceó el con voz entrecortada — he estado trabajando durente varios años en una invención, y con la ayuda de este laboratorio puedo llegar a perfeccionarla. Esta oportunidad de hacerlo es tan repentina e inesperada que me aturde completamente. Usted se dará cuenta del júbilo que experimento, cuando le refiera que ya desesperaba de lograr acceso a los aparatos necesarios. Este transformador Nodin....

—Si, entiendo perfectamente, — le contestó Pendleton — y de que naturaleza es su invención, Mr. Merton?

—Eso, por supuesto, no puedo decírselo. Pero puede contar con que yo...

—Le preguntaba, — interrumpió su interlocutor — porque la firma que yo represento, siempre está dispuesta a probar invenciones nuevas y ayudar a los hombres ingeniosos y útiles que las ejecutan. Desea usted dejarme algún mensaje antes... de que el mundo termine

—No deseo hacer declaración alguna respecto a mis proyectos, Mr. Pedleton, pues no he probado aun mi invención prácticamente. Si pudiera usar este laboratorio durante algunos días y llegara a comprobar a mi entera satisfacción que tengo razón, entonces tendré mucho gusto en entrar en negociaciones con ustedes.

Pedleton movió la mano en un gesto de indiferencia, pero su aspecto era el de una persona intensamente satisfecha consigo misma.

—Muy bien, Mr. Merton, me agrada que usted haya hablado conmigo respecto a esto asunto — le dijo. — Estoy completamente seguro de que después del día diez y siete, Saxton desaparecerá de la escena y el laboratorio quedará tal como está instalado ahora. En lo que se refiere a nosotros, no creo que hagamos objeción alguna acerca del uso de los aparatos. Dejemos el asunto por el momento, y mañana le llevaré para que efectúe el ajuste en la instalación de myradium. Le aconsejo que duerma y descanse todo lo que pueda esta noche, pues mañana nos espera un día de árduo trabajo. Voy a descontar la posibilidad, como usted entenderá, de que realmente ocurra algo en el día señalado para el fin del mundo.

Había una entonación siniestra en las palabras de Pendleton, pero Merton no se apercibió de ella.

(Continuará)

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

(Continuación)

Enseguida, supuse que la coartada de Sargasse, conocida enseguida por las autoridades, le habían hecho descartar desde el primer momento. Hubiera sido diferente, si ellos hubieran conocido, como yo, el incidente del billete.

Precisamente, lo que leí enseguida, vino a confirmar mis sospechas.

El recuento de los billetes, había revelado que uno de los viajeros del tren de las seis había descendido en la Mescla. El jefe del tren, recordaba netamente haber recibido el billete de un hombre de blusa que, antes que el convoy partiera, se había dirigido a la escalera que daba al camino.

Se destacaba luego que el martes, temprano, pocas horas después del crimen, se había observado pasar por Tinée a un hombre de blusa que se había detenido en un albergue. La descripción que se hacía era bastante precisa; bastante corpulento, barba espesa, y cabello rojizo; habían observado sobre todo que sus botines eran finos, contrastando con su trajo grosero, su viejo sombrero de fieltro, polvoriento y deformado. Su aspecto era el de un paisano; se había expresado en provensal, con un pronunciado acento piamontés. Había declarado venir de Saint Sauver; pero bien podía llegar de la Mescla; pues los dos caminos están unidos por un puente en la confluencia del Var y de la Tinée.

A partir de ese momento se perdía su rastro. Ni en el camino de Niza, ni en el de Puget-Theniers, se le había visto pasar, y entre los viajeros que esa mañana tomaron el tranvía de la Vésubie, ninguno correspondía a su filiación.

Esta misteriosa desaparición justificaba bien las sospechas.

Si había relación entre ese individuo y el hombre que el día antes por la noche había descendido en la Mescla — y todo parecía probar que así era — uno podía preguntarse qué había hecho durante toda la noche cerca del túnel. Ese sólo hecho constituía una terrible carga, y los magistrados presentaban también en él al asesino del señor Montparnaud que lo hacían buscar activamente en toda la montaña.

Para mí, la duda no era posible, la observación concerniente al calzado hubiera sido suficiente para aclararlo.

Si la oscuridad y, probablemente también la indiferencia, habían impedido al jefe del tren una descripción completa del viajero descendido en la Mescla, no hubiera habido entre ese informe y el suministrado por el posadero de Tinée más que una sola discordancia, pero capital: el hombre de la Mescla debía llevar gruesos zapatos, con suelas de clavos, y muy usados, que había cambiado con los de su víctima.

Pues, era evidentemente, no solo para huir, sino también para acabar su obra que el hombre había descendido tan tranquilamente en el túnel. Así, se explicaba su paso por Tineé a la mañana y no enseguida de partir el tren.

¿Pero era ese hombre el cómplice de Sargasse? Eso a mis ojos, no tenía duda. Sobre ese punto de vista, el billete tomado por el cochero era suficientemente revelador. Los dos cómplices se habían repartido la tarea: Sargasse había dado los datos y se había encargado de robar el baúl; su asociado, que había subido en el tren en algún sitio antes de Villars — con un billete para Colomaro o Niza, a fin de dar el cambio — había debido deslizarse a primera y escondido bajo un asiento esperó a su víctima. O bien, y esto parecía más verdadero, él se había preocupado de abrir la puerta de primera; con una varilla de hierro podía reemplazar el picaporte que faltaba. Nada más simple entonces que deslizarse en el compartimento del señor Montparnaud.

Sea cual fuera el medio empleado, había tenido éxito; pues ese medio existía y yo no debía preocuparme más que del resultado.

En tanto que al abrigo del diario desplegado, yo reflexionaba en el medio de beneficiarme de mi ventaja y desenmascarar a los criminales antes que la policía, algunas palabras pronunciadas por mis vecinos atrajeron mi atención.

Como el diario estaba en todas las manos, el nombre del señor Montparnaud estaba en todos los labios. De un extremo al otro del coche, no se hablaba más que de eso.

En el rincón opuesto a aquel que nosotros ocupábamos, cuatro montañeses, sentados frente a frente en sus asientos, conversaban con animación, las manos sobre las rodillas y los bustos tan inclinados hacia adelante que sus caras casi se rozaban.

Naturalmente,, hablaban en su dialecto, pero esa circunstancia no era como para desanimar a un natural de Niza como yo.

—¡Te digo que yo lo he visto! — gritaba enérgicamente uno de ellos.

¿De qué podía tratarse sino del asesino? Presté atención.

El hombre continuó su discurso entremezclando expresiones en francés, porque repitiendo las cosas en los dos idiomas, daba más fuerza a sus afirmaciones.

Era allí... contra la puerta... cerca de la salida del túnel... Había entrado despacio, pero yo me di vuelta... Lo he visto.

Bajó en la Mescla... ¡Fué él quien ha dado el golpe!

—¡Usted lo ha visto! — grité.

No pude retener esa exclamación, que era una imprudencia, pues las fisonomías de los paisanos reflejaron desconfianza

—He visto a un hombre — respondió evasivamente el que hablaba.

—¿Qué salía de primera? — dije.

—Sí, quizás.

—Después del túnel... ¿y antes no estaba en el vagón?

—No me he fijado...

—¿Como era? ¿Vió usted su cara?

El paisano sacudió la cabeza.

—No lo conozco — respondió.

Y se volvió firmemente decidido a no hablar más. No le iba a poder sacar nada. Era inútil insistir. Además ese testimonio me bastaba. Si me hubiera quedado alguna duda, eso la hubiera disipado.

Me resigné a volver a mi sitio y miré a Dolcepiano. Ví que había imitado mi manejo y escuchaba la conversación al abrigo del diario. Pero, menos torpe que yo, se había guardado de intervenir, contentándose con no perder una sola palabra.

Pero, yo creía tener derecho a enorgullecerme aún de lo que el azar me hacia conocer.

—La verdad se va perfilando — dije tocándome la rodilla.

—Es lo que yo creo — respondió.

—Había un cómplice.

—Lo que yo pensaba — dijo flemáticamente el italiano.

—Pero Sargasse está en el asunto.

—Incontestablemente.

—Entonces, hay que vigilarlo.

—¿Qué piensa usted hacer? — preguntó Dolcepiano.

—No se bien — confesé yo — Tengo deseos de ir a Saint Pierre. Creo que allí se podría encontrar algo.

Mi compañero reflexionó un momento y concluyó por responder:

—Como guste usted.

—Entonces — dije — ¿me conducirá usted en el auto hasta Saint Pierre?

—¡Bueno! Pero con una condición: yo no me acercaré a la casa de Sargasse y usted entrará solo.

—¿Por qué? — pregunté sorprendido de que ese hombre tan curioso me abandonara en el momento más interesante.

—Porque — contestó riendo — Sargasse es un tipo que debe tener el sueño liviano. Si lo ve merodear por su casa, se puede enojar, y yo no tengo ganas de recibirme un golpe.

—Yo soy de talla — dije — Y además seré prudente.

—¡Es lo mismo! — respondió Dolcepiano con el tono de un hombre que ya tiene tomada una determinación — Prefiero no arriesgarme. Lo esperaré en la calle.

—Como guste — dije yo con tono un poco burlón.

Esto no me impidió que, a nuestra llegada a Puget-Theniers, en el primer momento que me quedé sólo verificara el funcionamiento de mi revólver. No es que uno sea cobarde, pero la perspectiva de hacer una visita a un malhechor puede bien legitimar ciertas precauciones.

Durante ese tiempo, Dolcepiano, renovaba su provisión de nafta y se aseguraba de que su motor estaba en condiciones. Esos diversos preparativos nos hicieron perder más de una hora. Como se acercaba la hora del almuerzo y no se encontraba ninguna posada en el camino, decidimos munirnos de provisiones.

—Almorzaremos en lo alto de la montaña — dijo Dolcepiano, que se había hecho indicar el camino y lo verificaba en el mapa.

Pero, cuando hubo abordado la montaña que se elevaba en caminos interminables, y calculado el tiempo que sería necesario para llegar, cambió de opinión.

Comimos a la sombra de unas rocas en un recodo del camino, y fué bajo el sol de medio día y somnolientos, que continuamos nuestra fastidiosa ascensión. Sin embargo, la vista del valle nos regalaba con un espléndido panorama; pero el objeto de nuestro viaje no nos predisponía a las alegrías contemplativas.

Nos detuvimos en lo alto de un camino, para hundir mejor nuestras miradas en el barranco donde se hallaban diseminadas las pocas casas de Saint Pierre.

Pero eso no era para admirar el paisaje; buscábamos la casa de Fine, la viuda de Fitin, donde debía encontrarse Sargasse.

Ya nos la habían descrito: una pequeña casita aislada, en la pendiente, no lejos del cementerio.

—Es allí — dije señalando con el dedo en tanto que con mi otra mano me hacía una pantalla contra el sol.

—Sí, allí es — dijo Dolcepiano.

Miró un sendero que iba casi en línea recta hacia la casita, luego más abajo, a la derecha del pueblo, el camino que subía hacia La Rochette.

—Usted debe descender por aquí — me propuso. — Yo, daré la vuelta y lo esperaré en el camino, en esa vuelta que ve.

Era quizás, llevar un poco lejos el miedo a Sargasse. Pero, después de todo, entraba bastante en mis intenciones que el viejo no me advirtiera. A pie podía, más fácilmente pasar desapercibido. Acepté pues, y nos separamos.

—¡Sea prudente! — exclamó Dolcepiano alejándose a toda velocidad.

Yo salí del camino y comencé a bajar el sendero.

Capítulo VI

LOS ZAPATOS

Descender a la una de la tarde, bajo un sol de plomo, una pendiente que domina un pueblo, y en la que no se encuentra más sombra que la de las piedras que uno hace rodar, y pretender ocultarse no es trabajo fácil. A pesar de mis esfuerzos por confundirme con los peñascos bruñidos de sol, yo sentía que debía servir de blanco a todas las miradas.

Felizmente para mi, era la hora de la siesta, el número de ojos abiertos para obser-

varme debía ser muy limitado, y tal vez tuviera la suerte de que entre ellos no se encontraran los del terrible Sargasse.

Sin embargo, no era mi intención huirle ampliamente. Venía para verlo y lo vería, resuelto, como se dice, a tomar el toro por los cuernos y afrontar su furor. Hay que escondido. Me habían dicho en Puget-el detective.

Pero antes de enfrentarme con el hombre yo quería llevar a buen fin mi pequeña inspección. Un general no empeña una batalla sin conocer el terreno. El mío era, por el momento la casa hacia la cual me dirigía.

Algo me decía que una parte al menos, del secreto de Sargasse, se encontraba allí escondido. Me habían dicho en Puget-Theniers que el cochero había manifestado la intención de instalarse allí.

¿Porqué dejaba tan bruscamente su propia vivienda? Un hombre de esa edad tiene siempre sus costumbres que no abandona tal fácilmente. Eran necesarias razones poderosas para obligar a Sargasse a romper con sus habitos y un serio interés para atraerlo a ese pueblo perdido.

Sin duda, la muerte de su yerno parecía explicarlo todo. Se podía encontrar natural que el padre viniera a consolar la soledad de su hija. Pero, por otro lado hubiera sido mejor hacer ir a Fine Sargasse a Puget en lugar de ir él a Saint Pierre, donde debía causar asombro esa brusca explosión de solicitud paternal en un hombre tan poco expansivo como Sargasse, que jamás había pasado por cariñoso ni tierno.

En mi pensamiento, esa partida coincidía más bien con el asesinato del señor Montparnaud.

Culpable — o por lo menos cómplice e instigador — Sargasse debía desear alejarse para hacerse olvidar; o quizás quería vigilar el robo que podía haber ocultado en Saint Pierre. ¿No era acaso allí donde él había tenido bajo su cuidado el baúl todo un día y una noche?

A decir verdad, las circunstancias particulares en las cuales se encontraba, especialmente debido a las personas que habían venido para el entierro, lo debían haber molestado bastante. Pero eso no era una objección. Las horas de la comida, las del sueño, le podían haber proporcionado el tiempo necesario para ejecutar lo que deseaba.

Era ésta suposición la que yo quería verificar primero.

Había que aproximarse lo mas cerca posible, cuidando de no hacer salir a la fiera de su antro.

En lugar de descender rectamente sobre la casita, cuando estuve cerca dí una vuelta y me aproximé en zig zag, de manera de abordarla por detrás.

El conjunto se componía de dos edificios separados; uno se elevaba contra la pendiente, el otro colocado al lado, era perpendicular a éste: una masa de tierra amontonada y aplanada, formaba una especie de patio ante la entrada, y un camino primitivo partía de allí descendiendo hasta el camino. El primer edificio, bajo, con dos puertas y tres ventanas, todas en el frente, debía ser la parte de habitación; la otra construcción, por lo que pude juzgar, comprendía un galpón, abierto a todos los vientos, bajo el cual se encontraban una carreta y un carricoche. También había una caballeriza, y sobre ésta un granero de forraje.

Mi táctica me llevaba detrás de la casa y sobre el lado de la caballeriza. De ese lado no había ninguna abertura, por lo tanto nadie podía verme.

Me deslicé hasta la pared y avancé prudentemente rozándolo, entre la caballeriza y la casa.

El pesado silencio dormido, de las horas de calor, envolvía todo ese rincón del valle: no se oía más que el zumbido de las moscas y algunos gritos de insectos escondidos entre las piedras.

Entusiasmado dí vuelta a la pared y me encontré frente a las habitaciones: el frente estaba blanco por el resplandor del sol; las puertas estaban abiertas y delante de cada una de ellas, pendían cortinas hechas con tela de bolsas unidas entre sí: las ventanas estaban cerradas

Ningún ruido se oía en el interior y no se veía a nadie, ni en el patio, ni en el galpón.

Una mirada me bastó para convencerme de que los alrededores de la propiedad no eran terrenos favorables para esconder algo.

En ese suelo pétreo donde cada piedra, estaba engarzada en un alvéolo de tierra, que era a su vez una costra dura y blanca, no se podía dar un golpe de pico sin que eso se notara. Pude pués afirmar que el terreno no había sido removido desde hacía muchos meses.

Quedaban la caballeriza y la casa; pues, el suelo del galpón, me parecía, como el del patio, duro y uniforme, sin ninguna de esas cicatrices que denotan una herida reciente hecha por una azada.

Luego, los instrumentos agrícolas relegados en un rincón no tenían ese brillo que adquiere el hierro cuando está en contacto repetido con la tierra.

Estaban recubiertos de moho, lo que indicaba que no eran usados desde hacía tiempo.

Para este examen — del cual saqué en conclusión que mis sospechas eran erróneas y que Sargasse no había confiado al suelo las mercaderías robadas — yo me había deslizado bajo el galpón .Salí y regresé hacia la casa, recorriendo prudentemente el frente.

¿Estaban dormidos los habitantes de ella? ¿No se encontraban allí? A causa de las ventanas cerradas, me era imposible ver el interior.

Indeciso, con el oído alerta, me quedé en el umbral de una de las puertas, rozando con mis dedos impacientes la tela cruda de la cortina.

Después de todo, ya que estaba decidido a desafiar a Sargasse, no tenía más que entrar resueltamente.

Con gesto brusco — un poco nervioso quizás de parte de un candidato a detective — separé la cortina y adelanté la cabeza.

Vi una de esas habitaciones para usos múltiples. donde los paisanos comen, y que

les sirven a la vez de cocina, de taller y a veces hasta de dormitorio. El suelo, era de tierra apisonada; ante la pileta había varios charcos de agua, y en el piso se veían desperdicios aquí y allí, una gran mesa de madera blanca, ahora ennegrecida y manchada por el humo y el uso, ocupaba el centro de la pieza; los bancos de madera estaban puestos a los lados; en la chimenea, sobre las cenizas ardían algunos tizones. El conjunto, era pobre y sucio.

Viendo que la pieza estaba vacía, entré; vi también un armario que servía de aparador y un viejo sillón de paja a un lado de la chimenea. Algunos cacharros de barro descascarados y sucios, estaban en el suelo cerca de la pileta; en la pared, había colgadas dos sartenes y algunos utensilios de cocina.

Entreabrí el aparador; estaba casi vacío; no descubrí nada sospechoso.

Me aproximé al cuarto vecino cuya puerta estaba abierta. Aunque en él reinaba la más completa oscuridad, me di cuenta de que no había nadie. No tenía más muebles que una cuna y dos sillas de paja. Al atravesarlo, vi contra la pared, cerca de la ventana, diversos útiles de carpintero: tenazas, serrucho, martillo, taladro y destornillador, con todo un surtido de clavos y tornillos.

Esta pieza, lo mismo que la cocina no me ofreció el menor indicio, y el tercer cuarto, un gabinete amueblado sólo con una cama, me decepcionó igualmente.

En verdad, Sargasse podía abandonar sin inconveniente, esa miserable vivienda, a la curiosidad de los transeúntes. No contenía nada de comprometedor. ¿De qué me servía poder registrarla a mi antojo, si las paredes desnudas, el suelo apisonado y los muebles abiertos no ofrecían ningún escondrijo? Comprendía cada vez menos lo que había podido atraer al cochero allí.

Cuando hube recorrido inútilmente las tres piezas, salí, sin ninguna precaución esta vez, protestando contra esa ausencia que me decepcionaba.

Decidido a hacer hablar a Sargasse, si estaba en el pueblo, bajé el camino que pasaba bajo el galpón.

En la vuelta del camino, me detuve.

Sentada entre los peñascos, había una mujer vestida de negro, los ojos enrojecidos y fijos, el cuerpo agobiado, el mentón apoyado en sus manos, los codos sobre las rodillas.

Siguiendo la dirección de su mirada, comprendí que estaba inmóvil en la contemplación del cementerio que se veía a poca distancia.

La desolación pasiva de esa mujer de duelo, me conmovió y vacilé en turbarla.

Pero ella me vió y se volvió hacia mi con sus ojos llenos de lágrimas.

—¿El señor Sargasse? — pregunté.

—Está en el pueblo — respondió con voz dolorosa.

—¿Es usted su hija, quizás? — dije yo para iniciar la conversación.

Ella hizo una señal afirmativa.

—Podría darme usted algo para beber?— dije — Yo pagaría, naturalmente.

—Mi padre lo ha prohibido — murmuró ella, meneando la cabeza.

—¡Prohibido! — exclamé — ¿Le ha prohibido que de de beber a los viajeros sedientos que no piden más que reconocer honestamente el servicio que se les haga?

—No es eso — replicó ella — Es que no quiere que deje entrar a nadie en la casa. ¡Se ha vuelto muy raro!

¿Qué significaba ese misterio? Mis sospechas volvieron. Yo debía haber visto mal. En todo caso, me encontraba muy cerca de un lugar al que el cochero prohibía acercarse.

¡Razón de más para desear quedarme!

—No creía al señor Sargasse tan huraño — dije.

—¡Oh! — respondió su hija — Nunca ha sido muy conversador. Pero, así mismo no era como ahora. ¡Como se ha puesto ese hombre! ¡Debe haber algo! ¡Por una palabra parecería que se lo va a comer a uno!

Yo fingí un aire compasivo.

—Es la pena — dije — Han sufrido ustedes una ruda prueba.

Ella se puso a sollozar.

Por más cruel que eso fuera, yo aproveché ese dolor para continuar la conversación, esperando volver hábilmente a Sargasse y a su extraño carácter.

—¿Usted acaba de perder a su esposo? — interrogué.

Fine Sargasse tendió los brazos hacia el cementerio.

—Se lo llevaron el lunes — lloró — Murió el sábado. ¡Pobre Titin! ¡Qué horrible desgracia!...

—Si— dije yo — no debía estar aún en la edad en que se parte. Seguramente que esa muerte ha afectado al señor Sargasse.

—¡Oh! — dijo ella con sordo rencor — ¡bien que se burlaba él del pobre Titin! — ¡Por lo que le ha molestado! ¡El día que se murió, señor, mi padre trajo un viajero aquí! ¿Lo cree usted? ¡Y fué necesario darle de comer y un cuarto para dormir, sin decirle nada! Sí, señor; sin decirle nada, para que no fuera a parar a otra parte! Aunque no sea más que por los vecinos ¡yo he sentido vergüenza, señor! ¡Sí, vergüenza!

—Ese viajero — pregunté — ¿No era el señor Montparnaud?

—Sí, señor — suspiró Fine, secándose los ojos — ¡Oh! No es un mal hombre! — éstas palabras me probaron que Sargasse le había ocultado el asesinato — El no sabía nada ¡Pero mi padre! ¿Es que acaso debía hacer eso, el día de la muerte de su yerno?

La conducta de Sargasse por chocante que fuera, no me asombraba mucho. Era bien digna del paisano rapáz que me habían descrito. Además, seguramente desde ese momento tenía ya preparado, o sugerido, el robo del baúl. Y para eso era necesario que estuviera en su casa y que pudiera tener un pretexto para detenerlo después de la partida del señor Montparnaud. Los acontecimientos daban la explicación de su conducta.

—¿Fué en domingo cuando vino el señor Montparnaud? — pregunté.

—Si señor el domingo por la mañana, a

eso de las once. Titín había muerto la víspera a la mañana. Se lo hice decir a mi padre y él ni siquiera vino a verlo. Llegó el domingo, cuando el pobre estaba ya en la caja. Y fué entonces que me dijo que no se arreglaría nada con dejar ir a ese señor, que se le contaría la cosa más tarde y que primera había que darle de comer. Señor, yo estaba sola; las vecinas se habían ido un rato a sus casas, aprovechando la llegada de mi padre. ¡Y yo, tuve que ir al pueblo a buscar huevos, legumbres y vino! ¡Como si estuviera para esto!

Por tristes que fueran estos detalles, eran demasiado extraños a lo que me interesaba. Así, me apresuré a cambiar de conversación.

—¿El señor Montparnaud, tenía un baúl? — dije.

—Si señor, un gran baúl rojo, lleno de toda clase de telas. Lo abrió delante mío y yo le ayudé porque tenía que llevar cosas a sus clientes. Fué entonces cuando supo mi desgracia, y naturalmente, no quiso quedarse más. Me regaló un corte de género negro para mi vestido. ¡Eso hubiera debido avergonzar a mi padre!

—¿Y el, se fué con su padre? — pregunté.

—No, señor. Papá debía quedarse para el entierro. Se lo dijo al señor Montparnaud prometiéndole llevarle el baúl al día siguiente. Y el señor Mantparnaud aceptó. Enseguida, entró en el cuarto pequeño para arreglar su baúl y ayudó a papá a colocarlo sobre el coche. Después, el se fué a pié hacia Puget.

—El baúl debía estar menos pesado ¿verdad? Porque el señor Montparnaud había vendido mercaderías.

—¡Oh! casi nada señor — respondió Fine — Había venido sobretodo para cobrar dinero. Mientras él tomaba con papá, el café en la cocina, yo vi que contaba dinedo, billetes de banco.

Este detalle confirmaba la existencia de los billetes desaparecidos, al mismo tiempo que probaba que Sargasse estaba al corriente de la suma que el viajero llevaba sobre si.

Era inútil continuar interrogando a su hija sobre el baúl. Si el cochero había operado la sustitución en Saint Pierre había tenido todo el tiempo necesario después de la partida del señor Montparnaud.

La cuestión del cómplice me intrigaba aún. ¿Le conocía Fine? ¿Podría ella ponerme sobre su pista?

Me ingenié en hacerle diversas preguntas creyendo así, favorecerme con sus disgreciones y obtener los datos que deseaba. Pero ésto no me dió ningún resultado apreciable. Ella ignoraba totalmente la vida que su padre llevaba en Puget, a qué individuos conocía él particularmente y con quien podría haberse visto esos últimos días. Era demasiado desconfiado para hacer la menor confidencia.

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . **F. C.** . . . . . .

—¿Sabe usted — le pregunté — cuando volvera el señor Sargasse?

—No se, señor. Ha ido a buscar tabaco; pero puede tardar, o volver enseguida. Y ya desearía que él no me viera conversar porque me lo ha prohibido.

Yo no insistí y la dejé ir a la casa en la cual entró.

Había que esperar a que volviera Sargasse. Me senté sobre un peñasco, combinando las preguntas que me permitirían arrancar la verdad al cochero.

El, estaba seguramente mezclado en el crímen y yo no vacilaría en jugur el todo por el todo. No había leído yo varias veces que muchos detectives habían llegado a hacer confesar al culpable? Yo podía obrar igual.

De pronto me dí cuenta de que no había visitado ni la caballeriza ni el granero a fondo. Para descargar mi conciencia me apresuré a reparar ese olvido; el resultado fué negativo.

Me acerqué vivamente y me puse a escuchar.

Con gran sorpresa, reconocí la voz de Dolcepiano.

¿Que hacía ahí el automovilista, si me había dicho que me esperaría en el camino a la Rochette?

Hablaba con Fine. Quería él continuar mi interrogatorio? Pero en ese caso ¿porqué no me había seguido? Hubiera escuchado sin interrogar como lo había hecho en la Mescla en Villars y en Puget-Theniers.

Escuché decidido a no perder una silaba.

Pero él no interrogaba; hablaba con una voz breve, autoritaria que yo no le conocía. Y Fine lo escuchaba fascinada sin duda, en todo caso, muda.

El, trataba de no elevar la voz; sin embargo, conseguí oir algunas frases. Además, de vez en cuando, para hacerse comprender mejor, articulaba imperiosamente las sílabas, y entonces, involuntariamente elevaba la voz.

—No tema nada de su padre — decía — Si él le ha prohibido hablar, tendrá sus razones y por eso hay que obedecer. Pero yo no soy como el jóven que estuvo antes. No vengo a interrogarla. Escuche. Vengo a devolver un servicio a su padre.

¿Devolver un servicio a Sargasse? ¿Cual podía ser ese servicio. Quedé confuso. Y al mismo tiempo una repentina duda, me asaltó.

Hubiera deseado levantar la cortina, ver a Fine y a Dolcepiano: pero me quedé inmóvil, presintiendo que ante todo habia que oir.

—No vaya usted a hablar de mi visita— prosiguió el italiano — Le será suficiente ocultar esto... ésto que le doy.

Oí que colocaba algo sobre la mesa. Y casi enseguida, la hija de Sargasse, lanzó un grito sofocado.

—¡Oh! — dijo — los... los...

—¿Los reconoce, verdad? — murmuró Dolcepiano. Son los suyos.

Debió murmurarle algo al oído que no llegó hasta mi. Oí solamente la respuesta:

—Si — balbuceó ella — ...Si... — los reconozco... ¿Pero cómo?...

—¡Silencio! — dijo él imperiosamente.

No pude resistir más. Mi curiosidad había llegado al colmo. Tomando una punta de la cortina con mis dedos temblorosos la separé de manera casi imperceptible para poder mirar la escena.

Y fuí entonces yo quien lanzó un grito— que con toda mi voluntad conseguí retener en la garganta.

Dolcepiano estaba ante Fine, agotada sobre el banco. Se había sacado sus anteojos y la miraba imperiosamente con sus extraños ojos grises.

El rostro de la viuda denotaba espanto; pero no fué eso lo que me asombró.

Sobre la mesa, entre los dos, había un par de zapatos polvorientos y remendados— los zapatos que habíamos recogido bajo el túnel y los cuales se había guardado Dolcepiano, sin que yo pensara por el momento en reclamarlos.

Eran esos zapatos los que señalaban el dedo extendido del italiano; eran esos los que miraba Fina con una mezcla de estupor y espanto.

Yo estaba seguro de no haber hecho ningún ruido y de no haberme movido, a penas si la cortina se había movido entre mis dedos. Por otra parte distinguía perfectamente la mirada de Dolcepiano bajada sobre Fine, y esa mirada no se había desviado ni un momento hacia la puerta.

Sin embargo, estas palabras que resonaron de repente me hicieron estremecer:

—Entre, mister Wellgone. No está aquí de más.

Nerviosamente, separé la cortina y aparecí en el umbral de la puerta, todo desconcertado.

—No sabía que estuviera usted aquí — balbuceé.

El alzó irreverentemente los hombros.

—El asunto me interesa — dijo — solamente que, como no quiero ser indiscreto, lo estudio a mi manera.

Su tono era burlón.

Se puso a caminar por la cocina paseando a su alrededor sus ojos vivos.

—No es mas que un par de zapatos — dijo, sin darse vuelta — Sin embargo, hay en ellos amplia materia de meditación ¿No es esa su opinión mister Wellgone?

Esto me exasperó.

—Seguramente — dije con un tono lleno de sobrentendidos — Y si dijera todo lo que pienso, lo asombraría, sin duda.

—Ya me ha asombrado usted una vez, mister Wellgone — dijo sonriendo.

Hubo un silencio. Fine nos miró con aire estúpido, luego miró los zapatos.

Yo meditaba sobre lo que debía pensar de todo ésto y cómo podría probar mi perspicacia al insolente automovilista.

Pero antes de que hubiera encontrado algo me agaché, bajo un golpe brutal; una mano acababa de caer sobre mi hombro y una voz ruda gritaba detras mío:

—¿Que hace usted aquí?

Vivamente me volví y me encontré frente

a frente a Sargasse, rojo de cólera, con sus facciones contraidas y la mirada llameante.

Me reconoció enseguida.

—¡Ah! ¿es usted? ¡bueno! ¡ahora vamos a arreglar las cuentas!

Su voz vibró amenazadora.

De un salto me puse fuera de su alcance detrás de la mesa, y, hundiendo la mano en mi bolsillo, toqué suavemente la culata de mi revólver.

Al mismo tiempo busqué con la mirada al italiano para ver si se preparaba a la defensa.

—¡Pero Dolcepiano había desaparecido rápidamente! La puerta de la pieza, que había quedado abierta, indicaba sólo, por donde él se había batido en retirada.

—¡Tanto mejor! — pensé — Ahora estamos los dos solos, señor Sargasse.

Y miré al cochero.

Acababa de avanzar dos pasos y se hallaba ante la mesa. Sus miradas cayeron sobre los zapatos.

Primero, su fisonomía reflejó un vago asombro; luego, cambió poco a poco y se puso terrible; un trabajo lento se hacía en ese cerebro salvaje, sus ideas confusas primero, tomaban forma y concluyeron con una repentina explosión de ferocidad.

Comprendí que reconocía los zapatos y que — por una razón que yo ignoraba aún, pero que creía adivinar — su vista le exasperaba.

Estalló:

—¿Es usted quien los ha traido?... ¡Es usted!..

Iba a responder. Fine se me adelantó.

—Los zapatos de... — exclamó.

Con gesto terrible, su padre la hizo callar.

—¡Cállate! — aulló.

Pero la órden llegaba demasiado tarde. Ya no dudé. Fine lo acababa de traicionar y él mismo se traicionaba ahora. Esos zapatos le pertenecían y él los había prestado a su cómplice. O sinó éste se había apoderado de ellos para embarullar las cosas y hacer recaer las sospechas sobre Sargasse.

El estado de sobreexitación en que se encontraba debía actuar sobre las facultades intelectuales del cochero e imprimirles una actividad inhabitual, pues, tuvo la intuición de lo que yo pensaba.

—¿Y eso que prueba? — dijo amenazándome con la mirada — Son unos zapatos viejos.

— Eso prueba que no había que habérselos prestado — contesté fríamente.

Había dado en el clavo. Lanzó un grito de furor, miró a su alrededor y vió detrás de la puerta una hachita para partir leña, la tomó e hizo el gesto de arrojármela.

En un abrir y cerrar de ojos saqué mi revólver y le apunté. La mesa nos separaba aún.

—Deje eso, señor Sargasse — le dije con calma — Déjelo.

Se quedó con el brazo levantado, vacilante y gruñendo como una fiera qué a penas reprime el miedo al domador.

Su hija que se había levantado espantada, le tomó el brazo y le sacó el hacha.

—¡Bueno!... — dije — Se puede hablar sin enojarse. Es una tontería ponerse en semejante estado. Es usted libre de prestar sus zapatos a los amigos, y... también de sacarles billetes para la Mescla...

Los ojos del cochero lanzaron un relámpago.

—¿Qué es lo que dice? — preguntó apretando los dientes.

—Nada — dije — Es usted una persona complaciente, pero eso no le interesa a nadie.

—¡A nadie! — gruñó. — Y usted haría mejor de no meterse en ésto.

Astutamente, el daba poco a poco vuelta a la mesa, tratando de acercarse a mí. Pero yo lo espiaba con el rabillo del ojo y conservaba la distancia. No consiguió más que cambiar nuestras respectivas posiciones, de suerte que yo me encontré entre la mesa y la puerta, y él dando la espalda a la chimenea. Además, yo continuaba haciéndome respetar con mi revólver.

—Entonces — continué con mi tono más insinuante — ¿No quiere usted decirme su nombre?

—¿Qué nombre? — dijo mirándome fijamente.

—El del hombre a quien usted dió los zapatos y para quien sacó usted un billete de ferrocarril.

Se puso a sonreir de extraña manera.

—Ya puede buscar — dijo — no encontrará..

—Quien sabe — dije — Y lüego, hay algo que voy a encontrar.

Sus ojos me interrogaron; y vi pasar por ellos, una sombra de inquietud.

—Encontraré las mercaderías del señor Montparnaud. Yo sé donde ellas están.

Había cesado de sonreir y parecía trastornado.

—¿Usted sabe? — dijo; y sus ojos escrutaban ansiosamente mi mirada.

—Si, sé — le dije con seguridad. — Y si usted no habla, vendré yo mismo a buscarlas.

De nuevo quiso saltar sobre mí, su hija tuvo que sujetarlo.

—¡Trate de hacerlo! — aulló tendiendo sus puños hacia mí, y sacudiéndose para desprenderse — ¡Trátelo! ¡lo mataré!

Yo estaba de espaldas a la puerta, contra la cortina y oí una voz que murmuraba a mi oido.

—¡Venga! Ya es bastante.

Yo no podría ya obtener de la cólera de Sargasse palabras más decisivas que las que acababa de oir. Obedecí el consejo y me encontré fuera, cerca de Dolcepiano que me tomó del brazo y me llevó.

—Corramos — murmuró — Yo le hablaré después.

Cedí aún, dominado por el extraño personaje y mientras escalábamos la pendiente, oía subir la voz de Sargasse y los clamores de su hija. Llegaba hasta nosotros ruido de golpes.

—Era de prever — contestó mi flemáti-

co compañero — Usted está en un juego muy peligroso.

—¿Y usted? — pregunté.

—El mismo suyo — sonrió el italiano, haciéndome seguir. — Me parece que mi intervención no ha sido mala y que mi estratagema ha tenido éxito.

—¿Qué estratagema? — exclamé.

—¡Pero los zapatos! Sin ellos ¿Se figura usted que hubiera obtenido esa confesión del viejo? ¡Pues ha hablado, me imagino! ¡Por poco que haya dicho ya significa bastante!... ¡bastante! — repitió frotándose las manos con aire satisfecho.

Yo no sabía que pensar ¿Era él sincero? ¿Tenía que vérmelas con un aliado o con un enemigo? ¿Trataba él de alejar las sospechas que yo tenía y aún persistían? La explicación de su conducta era plausible, y sin embargo!...

Llegamos a lo alto de la pendiente y descubrí el auto al abrigo de unos peñascos.

Ya no se oía ningún ruído que viniera del valle.

—Déjemos al viejo que se calme un poco — dijo Dolcepiano — Nosotros volveremos. Si usted lo permite, yo le daré una mano, pero ésta vez más en serio.

—¡Sea! — dije yo con tono áspero — pero usted me explicará...

—¡Todo lo que quiera! ¡No se enfade usted mister Wellgone! ¡Somos amigos!... ¡Grandes amigos! — dijo haciéndome subir al auto que puso inmediatamente en marcha.

¡Amigos! En realidad, yo no estaba muy seguro de eso.

CAPITULO VII

EL FRASCO DE GOMA

Bajamos bastante velozmente hacia Puget-Theniers. Yo estaba de un humor de perros y mi compañero me observaba.

Mientras más reflexionaba en los incidentes del día, mas me convencía de que me había conducido como un escolar. Había pasado al lado de la verdad, la había rozado sin verla bien ni apoderarme de ella. Para colmo, me parecía que Dolcepiano, veía mas claro que yo, y esto me fastidiaba. Haciendo las cuentas de lo que yo traía, me dí cuenta que, cazador novicio, en lugar de aprovecharme de un buen tiro de fusil, me había contentado con recoger algunas pobres alondras, descuidando las más bellas piezas.

Yo acusaba al automovilista, reconociendo, a mi pesar, que había dirigido los acontecimientos con una habilidad superior a la mía.

—¡Palabra! — exclamó Dolcepiano — parece que se vuelve usted con el morral vacío.

—Eso es culpa suya — repliqué secamente. — Hubiera hecho un buen tiro si usted no me lo hubiera desviado.

—¡Yo! — exclamó.

—¡Usted! Viniendo a tirarse como un estornino en medio de mi juego.

Yo no estaba muy seguro de que los estorninos procedieran así; pero mi rabia se satisfacía con esa palabra.

El italiano tomó un aire contrito.

—Discúlpeme. Creí ayudarlo.

—¡Vaya una manera! — dije sonriendo — ¡espantándome la caza!

—¡Oh! ¡Oh! ¡mister Wellgone es usted injusto! — protestó. — No soy yo quien la ha espantado, convenga en eso.

Precisamente yo no quería convenir en eso.

Y gruñí sin responder directamente a este ataque:

—Si usted no hubiera intervenido ya tendría yo a Sargasse y a su cómplice.

—¡Error! — dijo doctoralmente Dolcepiano — ¡Error! ¡querido mister Wellgone! Usted tendría a Sargasse, pero en cuanto al cómplice, lo dudo.

—Quien tiene a uno, tiene al otro — repliqué vivamente.

—¿Cree usted? — contestó clavándome sus ojos llenos de malicia — ¿Quiere que le hable francamente, mister Paddy?

Aunque esta familiaridad con respecto a mi personalidad me disgustara, gruñí:

—Para mi será un gran placer.

—¡Y bien! A pesar de que es usted un viejo detective — él subrayó maliciosamente ésta alusión — ha obrado como un principiante. Su visita a la casa de Sargasse ha sido una gran imprudencia y para colmo le pone su juego ante los ojos, por el sólo placer de asombrarlo. No se dá así el alerta a quienes se sospecha... y digo sospecha, mister Wellgone, es decir, que no hay ninguna seguridad.

—Tengo pruebas — dije fastidiado.

—¿Cuáles? — dijo fríamente.

—Las palabras que él ha dejado escapar.

—¡Vaga! ¡Excesivamente vagas! El puede retractarse o pretender que usted ha comprendido mal.

—Estan las mercaderías.

—¿Dónde están?

—Están los zapatos.

—¡Vuelva por ellos! — dijo Dolcepiano riendo.

Estas palabras abrieron mis ojos; había sido objeto de una mala jugada.

—¡Oh! — exclamé amargamente — ¿Es ese el servicio que ha venido usted a devolver a Sargasse? ¿Eso es lo que le anunció a su hija!

—Esas son palabras — dijo el italiano alzando los hombros — Hay que inspirar confianza a la gente.

—¡A costa mía!

—Pero si usted se beneficiará.

—Mientras tanto — exclamé violentamente — usted me ha privado de la única prueba que poseía. Ahora los zapatos estarán en lugar seguro. Y si fuera a contar mis suposiciones a los magistrados, ellos se reirían de mí.

—Esté seguro de ello — respondió tranquilamente Dolcepiano.

—¡Qué tonto he sido! ¡Por qué lo habré dejado intervenir!

—No se haga mala sangre mister Wellgone. Ya se lo he dicho, ha cometido usted

una grave imprudencia dando el alerta a Sargasse. Si se tratara de un asunto ordinario, se podría apostar a que las mercaderías como los zapatos ya no se podrían hallar más. Pero, felizmente — continuó con una extraña sonrisa — en el caso que nos ocupa eso no tiene ninguna importancia. Que él las deje donde están o que se las lleve, aún para destruirlas, el resultado ha de ser el mismo.

—¿Sabe usted dónde están? — pregunté con rabia.

—Quizás — respondió con tono enigmático — pero, como aún no tengo la seguridad, sufra si me callo.

Yo alcé los hombros tratando interiormente, esas palabras de fanfarronada ¿A qué venía esos aires misteriosos? ¿Quería él vanagloriarse o ridiculizarme? Su conducta era sospechosa. Se había puesto demasiado de parte de Sargasse, al menos me lo había dejado entrever. Desarmándome, parecía querer reparar una imprudencia — la imprudencia del cochero... o de otro. Y ahora aún, todas su frases ¿no tenían por objeto confundir mis ideas, guiarme en una falsa dirección? Pero yo no me atreví a sacar ninguna conclusión. Todo eso, no eran más que suposiciones. Yo mismo, ya no tenía ninguna seguridad. Debía, pués, esperar como él — y esta vez sin dejar adivinar mis sospechas.

—Vea usted, mister Wellgone, su error, su grave error, está en creer que forzosamente existe una relación entre el robo del baúl y el asesinato de Montparnaud, sin hablar de la historia de la caja fuerte. Existe probablemente, pero es justamente eso lo que hay que descubrir. Supóngase que se descubran en lo de Sargasse las mercaderías robadas; usted probará que él ha robado el contenido del baúl, pero será imposible encontrar en ese hecho, la menor relación material con el crímen.

—Sin embargo la relación existe — dije yo.

—Pero no es más que una relación de razonamiento de intuición y para ponerla en claro, será preciso antes desenmarañar todo ¡absolutamente todo! Deje pues tranquilamente a Sargasse y al baúl... y, vea, otro consejo y otra suposición: no se obstine en probar que el hombre de la Mescla, el asesino del señor Montparnaud, ha recibido de Sargasse un par de zapatos y un billete de ferrocarril. Sargasse responderá que él ha dado o que le han robado los zapatos, y que el hecho de mostrarse complaciente con un viajero apurado no implica forzosamente una complicidad criminal. Pierda esa ilusión, mister Wellgone; no hay más relación entre Sargasse y el asesino, que entre el robo y el asesinato. Estan separados, completamente separados. Para reunirlos, sería preciso...

—Encontrar al cómplice? — dije yo mirándolo fijamente.

—Justamente — respondió Dolcepiano— pero, vea; ese debe estar bien escondido. Y luego nadie piensa en sospechar de él ¡Nadie!

—¿Quien sabe? — dije involuntariamente.

Dolcepiano se estremeció y me miró atentamente. A tiempo, recordé mis resoluciones de prudencia y me esforcé en aparecer indiferente.

Entonces el, sonrió y meneó la cabeza repitiendo:

—¡Nadie! ¡Nadie piensa!

Luego, de repente, agregó, con la intención de cambiar de conversación.

—¿Qué clase de mujer es esa señorita Perandi de que usted me ha hablado? ¿Alta? ¿baja?

—Más bien alta — respondí. Y continué calurosamente, inflamado por esa pregunta que tan de cerca tocaba a mi corazón — Es la persona más graciosa, la más linda que pueda imaginarse.

—Bueno — dijo Dolcepiano despreciativamente — ¡ya me imaginaba!... una muñeca... un bibelot...

—Al contrario — protesté indignado — Es una persona enérgica, a la cual no sería bueno atacar. Y le aseguro que cuando quiere algo, lo consigue.

—¿Entonces no es una de esas mujeres que se desmayan por una araña?

—La aplastaría — dije con orgullo — ella no tiene miedo a nada.

—¿Y a pesar de eso es linda? — dijo el italiano con evidente excepticismo.

—¿Linda? ¡Diga exquisita! ¡diga adorable! — exclamé.

Me interrumpí enseguida, confuso y casi enrojecido ¿qué diablos estaba yo haciendo? ¿era conveniente demostrar tal entusiasmo por una persona a la que yo necesitaba ignorar? En verdad, cometía una imperdonable torpeza.

—¡Ah! ¡Ah! — sonrió Dolcepiano, haciéndome un guiño — ¿Es que?...

No era tiempo de retractarme.

Afecté un aire indiferente.

—Esa persona está de novia con un empleado de Puentes y Caminos, un tal... Bonasson.

Decididamente me estaba embarrando. Era imprudente atraer la atención sobre mí.

—¿Un rival, entonces? — preguntó sonriendo el italiano.

—Le suplico que no crea que yo pierdo mi tiempo en semejantes bagatelas — contesté con aire digno — Yo no me ocupo de la señorita Perandi ni conozco a su novio.

—Quizás sea un muchacho interesante — respondió Dolcepiano.

—Volvamos a nuestro asunto — dije yo, apresurado por alejar esa conversación peligrosa — Si no hay nada que sacar de Sargasse, y más o menos lo mismo del otro, lo único que puedo hacer es cruzarme de brazos.

—Es más o menos, lo que le aconsejo que haga — respondió el italiano con tono burlón.

—¡Muchas gracias! — contesté irónicamente — Pero sin embargo tenía usted la pretención de ver más claro.

—Y la tengo aún — dijo — hay dos formas de encontrar el enigma. Una es por así

decirlo, imposible de encontrar. Queda la otra. Pero es grave. Antes de volverme de ese lado, tengo necesidad de reflexionar y de informarme... quizás de hacer un pequeño viaje... Bueno, si usted quiere esperarme, dentro de dos días le diré quizás lo que pienso.

Naturalmente yo no creí una palabra de todo ésto. Era un nuevo cebo que me tendía. En dos días, pueden tomarse precauciones ¡Me juzgaba muy ingenuo!

Puse cara de fastidio.

—Entonces — dije — ¿decididamente, me quiere usted hacer la competencia?

—¡Yo! — exclamó — Trato de ayudarlo, eso es todo

—¿Porqué tanto misterio?

—Por no decir tonterías. No soy infalible y no quiero hablar hasta que no esté bien seguro.

—A su gusto — contesté — Reflexione, yo obraré.

Lllegábamos a la plaza de Puget.

—Voy hasta el correo —dije saltando fuera del auto. Nos encontraremos en el café.

Cuando le escribí a Sofía, yo le había dicho que me respondiera a unas iniciales convenidas. Desgraciadamente, llegué después de cerrado el correo. Me fué preciso parlamentar. En fin, consintieron y me entregaron la carta esperada.

Rompí con fervor el sobre escrito por esa mano querida, y leí estas líneas:

"Tengo demasiadas cosas que decirle para hacerlo por carta. Venga enseguida a Niza. Hablaremos largamente. Tengo necesidad de estar tranquila con respecto a usted.

Su Sofía

P. S. — Su automovilista no me parece que valga mucho. Es nsted demasiado confiado. En su lugar yo desconfiaría".

De cualquiera otro, ese reproche me hubiera herido. Pero, a Sofía yo le permitía cualquier cosa.

Volví donde estaba Dolcepiano.

—Parto mañana para Niza — le dije brevemente.

El miró la carta que yo tenía aun en la mano. Yo me apresuré a ocultarla.

—¿Por mucho tiempo? — preguntó.

—¡Quizás! Renuncio a mi investigación.

—¡Bah! — dijo él — ¡Bah!...

¿Me creía él? ¿Se alegraba de mi desición? Me fué imposible hacerme una opinión sobre ésto. Toda la noche — que pasamos juntos — el demostró una gran animación y espiritualidad. Era realmente un amable compañero, y en otras cinrcunstancias, lo hubiera apreciado. Pero, recordando la advertencia de Sofía, yo me mantenía en guardia.

Al día siguiente, cuando me levante, lo encontré a la puerta del hotel.

—¿Se va? ¡Buena suerte! — dijo — Espero que tendré el placer de volverlo a ver.

—Adios — respondí dándole un breve apretón de mano.

Corrí a la estación y me instalé en un rincón de un vagón. Algunos instantes después, el tren me llevaba, en tanto que yo miraba distraidamente, el lado del camino que bordea la vía.

No estabamos mas que a tres kilómetros de Puget, cuando un auto azul pasó al tren, levantando a su alrededor un torbellino de polvo. Aunque iba a gran velocidad, yo reconocí la silueta de Dolcepiano, inclinado sobre el volante.

No era muy asombroso que él partiera para Niza. Pero ¿porqué me había ocultado ese proyecto? ¿Y porqué no me había propuesto llevarme con él? Yo encontraba esto sospechoso.

Aprisionado en mi vagón, yo era impotente para seguir la loca carrera del italiano. Si él trataba de escapárseme, tenía todas las probabilidades de hacerlo, antes de mi llegada a Niza. Y cualquiera que fuera su proyecto, yo lo ignoraba demasiado para tratar de contrarrestarlo. Enemigo o aliado, Carlo Dolcepiano estaba en adelante perdido para mí. En los dos casos interesaba igualmente a mi pesquisa. Lamenté haberlo dejado tan ligeramente, sin haber tratado de penetrar su misterio, y sin haber buscado un medio de volverlo a ver

—Decididamente, no soy más que un novicio — murmuré decepcionado.

Traté de consolarme pensando que llevaba a Sofía la seguridad de que el señor Montparnaud había sido asesinado que era después de todo el único punto que nos interesaba. El descubrimiento del asesino correspondía a la justicia y, si mi amor propio sufría al abandonarle la gloria, ella no importaba nada a mi felicidad futura y a la tranquilidad de mi novia.

Otra preocupación cambió de golpe, el curso de mis pensamientos. Volvía a Niza, encadenado a mi doble personalidad, según las personas que encontrara. La estupidéz de mi fuga se me apareció de nuevo y maldecí una vez más, mi inconcebible ligereza.

Lo único que podía temer eran las burlas de aquellos que supieran mi aventura si ésta se hacía pública. Dos personas podían elevar contra mi graves acusaciones: el detective y el señor Cristini; el primero podía aun admitir la escusa de una simple chiquillería; en tanto que frente al segundo estaba yo en mas enojosa situación.

El recuerdo de los doscientos francos que yo me había atribuido me molestaba ¡que idea tonta!

—¿Para qué los habré guardado? — pensé — Si yo lo hubiera retribuido todo, el Sr. Cristini no tendría que reprocharme mas que una mistificación.

Enseguida, reflexioné que aún era tiempo de reparar esto. Yo hablaría de ésto con Sofía, quien seguramente me aconsejaría que los devolviera sin tardanza. Ese sería un medio de saber si los ochocientos francos habían llegado a su destino.

Tomada esa resolución, respiré más a gusto, como si la restitución ya se hubiera efectuado.

Hasta Niza, ya no me atormenté más, y fué con paso alegre que dejé la estación.

para ganar a pie la calle Pastorelli.

Bajé vagando, la avenida de la Gare. Eran a penas las ocho y no podía pensar en presentarme en casa de la señora Montparnaud, tan temprano. Por otra parte ¿dónde ir? No me atreví a subir a mi casa, temiendo algún encuentro molesto.

Después de llegar, caminando lentamente a la plaza Massera y de haber vuelto hacia atrás, con el mismo paso, decidí llegar hasta la calle Pastorelli. Ante la puerta consulté el reloj. Marcaba las nueve menos cuarto. Era aún temprano; pero, como Sofía debía estarme esperando, no me pareció muy inconveniente arriesgarme a subir y llamar.

La señora Montparnaud me abrió y su acogida fué ágria.

—¡Señor Antonin! — exclamó con tono punzante —¿Es posible que piense aún en nosotros? Yo comenzaba a creer que su desaparición era definitiva. ¡Se olvida tan fácilmente a los amigos caídos en desgracia!

Me apresuré a asegurarle que no era nada, y que sólo un viaje, al cual me habían obligado mis deberes administrativos, me había impedido venír antes. Luego le pedí sus novedades y las de Sofía.

Ella puso enseguida una expresión dolorida para excitar mi piedad.

—¡Ah! Mi pobre señor ¡cómo puede uno estar, en semejante circunstancia, solo triste, lamentablemente triste!... ¡Somos dos pobres aflijidas, dos pobres abandonadas! Sofía, tiene al menos su porvenir asegurado. ¡Pero yo!... Yo lloro todas mis lágrimas. En eso paso el tiempo.

Sacando rápidamente su pañuelo, se frotó enérgicamente los ojos, para justificar, en lo posible, su aserción.

—¡Sofía es rica! — lloriqueó.

—Es que — dije un poco molesto — ¿su intención no es compartir con usted ese dinero?

—Ella me ayudará... Piensa ayudarme... como debe hacerlo — suspiró la Sra. Montparnaud — Ella comprende que sería de su parte el colmo de la ingratitud dejarme en la miseria, sobre todo después de lo que hemos hecho por ella. Usted lo sabe, señor Antonin, nosotros la recojimos... ¡Era nuestra hija!... Ella no puede olvidar eso.

—No lo olvidará — afirmé.

—Luego — continuó la Sra. Montparnaud, en un nuevo acceso de furia—esa ofrtuna que la cae así es el dinero de mi marido, es el mío ¿no es cierto?

Yo bajé la cabeza para no tener que aprobar explícitamente. Con gusto yo hubiera recordado a la brava dama que el regalo no había costado muy caro al señor Montparnaud y que la única prima pagada no había podido debilitar mucho el dinero del matrimonio.

La viuda continuó con volubilidad.

—Tengo pués, algún derecho. Sofía no lo puede negar. Si mi pobre marido hubiera podido imaginar que moriría dejándome en la miseria, hubiera sido en mi favor que se hubiera asegurado. Eso cae de su peso.

—Usted verá — dije — que la señorita Perandi se esfuerza en reparar, en la medida de lo posible; le crueldad de la suerte para con usted.

—Ella cumple con su deber — dijo agriamente la Sra. Montparnaud — pero no hace mas que eso... ¡Ah! señor Antonin — prosiguió con una recrudescencia de sollozos, aunque ninguna lágrima mojaba sus ojos— es duro, cuando uno ha estado bien, sentirse a la merced de una parienta... ¡sobre todo de una parienta recogida por caridad! Es el mundo al revés.

Tanta ingratitud me indignó. Dije bruscamente:

—¿Puedo vèr a la Sta. Perandi? — pregunté.

—Seguramente, ella es libre de recibirlo — dijo la viuda con aire ofendido — La encontrará usted en el comedor.

Volvió majestuosamente la espalda dejándome el cuidado de cerrar la puerta del departamento. Pero, enseguida se arrepintió y penetró detrás mío en la pieza indicada.

Sofía estaba sentada ante la mesa y parecía muy absorta. Estampillas nuevas y selladas, estaban desparramadas sobre la carpeta y ella se ocupaba en separarlas y clasificarlas, antes de pegarlas en un álbum que tenía cerca de la mano; un frasco de goma munido de su pincel estaba también sobre la mesa y vi igualmente, un sobre que había debido contener las estampillas pues algunas salían aún de él.

Yo sabía que mi novia era una entusiasta coleccionista. Este espectáculo no me sorprendió.

—¡Siempre con las estampillas! — dijo agriamente la Sra. Montparnaud.

—Siempre — respondió Sofía sin molestarse.

—Usted debiera decirle que eso ya no es para su edad, señor Antonin

—¿Antonin está aquí?

Sofía se volvió y me tendió la mano.

—¿Usted aquí? ¡Buenos días! Siéntese.

Me senté cerca de la mesa a su lado.

—¿Qué novedades hay?—preguntó Sofía.

Pero me pareció que su mirada deteniéndose en la Sra. Montparnaud, me recordaba su presencia y me indicaba que dejara las confidencias para más tarde.

—Poca cosa — respondí — Vengo sobre todo a saber como estan ustedes.

Y, maquinalmente, para demostrar que no tenía prisa, puse sobre la mesa mi sobretodo que llevaba en el brazo. Quedó encima del frasco de goma y de una parte de las estampillas.

—Ya ve — dijo Sofía apartándolo un poco — Me distraigo. Aumento mi colección que ya es bastante respetable.

—Ya lo creo — dijo la Sra. Montparnaud — mi pobre marido la enviaba de todos lados. Cuando él estaba de viaje, ella recibía un paquete por lo menos cada dos días ¡Ah! ¡Ya han concluído esos tiempos!

—¡Han concluído! — repitió Sofía suspirando — Ahora hay que comprarlas.

—Y ya ha comenzado — dijo la viuda—

Vea ese paquete, ha llegado esta mañana.

—De Italia — remarqué yo maquinalmente, mirando la estampilla del sobre que se encontraba precisamente, delante mío.

—De Italia — dijo plácidamente Sofía. Me han indicado un corresponsal.

—Ella sabrá lo que eso le cuesta... ¡Pero, la señorita ya no se niega ningún gusto! ¡La señorita es rica, ahora! — dijo la señora Montparnaud con un evidente rencor.

Sofía me miró, luego elevó sus ojos al cielo, con un suspiro de resignación.

Yo admiraba su paciencia y la compadecía interiormente por tener que soportar las maldades de una persona tan perfectamente insoportable como la Sra. Montparnaud.

Quedamos silenciosos evitando cada uno la mirada de los otros para no tener que hablar.

Por la manera como la viuda se agitaba en su silla, comprendí, que una tormenta estaba próxima y que sus nervios iban a distenderse de desagradable manera.

En efecto, después de un momento, dijo con voz furibunda:

—¡Qué silencio! Parece que no hay nada que decirse, o que se reservan algo.

Sonreí con aire molesto; luego, tomé el sobre y afecté examinarlo para contenerme.

—Entonces — estalló la señora Montparnaud — Veo que estoy de más aquí.

Quise protestar, pero una mirada de Sofía me lo impidió. Bajé los ojos y me puse a golpear sobre la mesa con las puntas de los dedos.

—¡Maravilloso! ¡Me voy!

Y la viuda salió dando un portazo. La oímos gritar desde el corredor.

—¡Oh! ¡pero ésto no va a durar mucho!

—¡No, no durará! — murmuró Sofía con tono decidido.

A mi vez, afirmé con convicción:

—Esto no puede durar. No es posible que usted viva con esta mujer.

—No viviré con ella, puesto que nos vamos a casar.

Yo la miré extasiado. Ella sonrió y se inclinó hacia mí.

—¿Qué noticias? Cuente, pronto, ahora.

—En lo que le conciernen las noticias son buenas — declaré — bien entendido, en lo que puedan ser buenas en tan tristes circunstancias.

—Naturalmente — respondió Sofía arreglando sus estampillas.

—¿¿Sabe usted que el asesinato ha sido constatado? Se conocen todas las circunstancias del crimen.

—Lo se. Se conoce todo, menos al asesino.

—¡Oh! ese — dije con aire entendido— podré, dentro de poco, poner a la policía tras su rastro. No he perdido el tiempo.

—¿De veras? Cuénteme.

Le resumí, haciendo valer mi perspicacia, todas mis investigaciones, y los resultados que habían dado.

—Se han perdido los rastros del hombre de la Mescla — concluí — que es seguramente el asesino. Pero, supongo que el señor Dolcepiano podría contarnos algo sobre eso.

—Según lo que usted me ha dicho — murmuró Sofía — es un personaje extraño.

—¡Oh! — dije con suficiencia — lo hubiera puesto en claro, si hubiera querido tomarme ese trabajo. Pero temo que en este momento ya esté lejos.

—¿Cree usted? ¿lo supone entonces?...

—¡Quien sabe! — dije — ¡Quien sabe!

—Es cierto — dijo Sofía — Usted debía haber abierto los ojos al ver que la huella de su zapato era exactamente como las del túnel.

Quedé estupefacto. No había pensado en eso.

—He sido un tonto en haberlo dejado escapar — exclamé — Pero me queda Sargasse. Puedo hacerle arrestar.

—¡Oh! ¿porqué? — exclamó Sofía — Déjelos tranquilo. Quizás él no es culpable.

—¡No es culpable! — dije calurosamente — Permítame...

Una vez más recapacité los diferentes cargos que pesaban sobre el cochero.

Pero, Sofía no pareció convencida.

—Hay que ser justo, Antonin. Por el baúl quizás... ¡pero no es mas que un robo!... ¡Pero el asesinato!... El podía ignorar... ¿Y si le hubieran robado sus zapatos al pobre hombre?

Eran los mismos argumentos de Dolcepiano.

—Si mis sospechas son erróneas no me queda mas que abandonar la partida — dije esforzándome en sonreír.

—Quizás — murmuró Sofía.

Quedó un momento reflexionando.

—Vea Antonin — dijo después con tono tranquilo — me arrepiento de haberlo incitado a hacer el papel de detective. Ahora que reflexiono, tengo miedo de que esto concluya mal para usted.

—Devolveré el dinero — dije.

—Quizás no se contenten. Podrían perseguirlo.

—¡Oh! — dije temblando a esta sola idea.

—Lo mejor es que se ignore todo. No hay mas que dos personas que pueden buscarlo. Si usted se va de Niza no los encontrará más, y este asunto será olvidado.

—¡Irme de Niza! — exclamé.

—¿Porqué no? Seremos ricos y libres de vivir donde nos parezca. Voy a ocuparme de obtener la suma que me corresponde, arreglaré mis asuntos con la señora Montparnaud, y después nos casamos.

—Pero — dije yo confuso — ¿Qué aportaré yo, si abandono mi empleo?

—¡Aportará su sacrificio y se empleará en administrar la fortuna de su esposa y en hacerme feliz! — replicó Sofía alegremente.

—¡Oh! ¡eso!... — dije apoderándome de sus manos.

Mi novia las soltó.

—Mientras tanto — dijo — viva escondido. Esfuércese en no atraer la atención.

—Voy a avisar a mi trabajo y a dejar mi

cuarto — propuse — iré a instalarme a otra parte.

—¡Nada de decisiones precipitadas! Será mejor partir ostensiblemente y definitivamente cuando estemos preparados. Déjeme terminar con el seguro. Ya he dado algunos pasos en cuanto a eso, pero parece que no va a ir muy rápido.

—Nadie tiene apuro cuando se trata de pagar — dije — lamento no poderle ofrecer mis servicios..

Sofía sonrió:

—Yo no tendré la crueldad de enviarlo a tratar con el señor Cristini — respondió ella — tengamos paciencia.

Se interrumpió y suspiró:

—Sin embargo, yo hubiera deseado saber lo que es su Dolcepiano. ¡No puede imaginarse hasta que punto me intriga!

—Si usted lo desea, querida Sofía, puedo ponerme en campaña para encontrarlo — propuse.

Ella vaciló.

—Eso sería imprudente... Usted no puede ahora abordarlo bajo su verdadero nombre.

—Evidentemente, eso sería traicionarme.

—Por otra parte, no puedo pedirle que continué representando ese peligroso papel.

—¡Por darle gusto a usted! yo lo haría todo! — dije.

—¡No! déjelo correr... si el corre.... pero algo me dice que aún lo ha de encontrar.

—¿Entonces? — dije viendo que Sofía vacilaba en continuar.

—¡Que curiosa soy! — dijo ella —¡Es terrible!... Escuche, si el vuelve... — ¡y bien! aclare sus dudas con respecto a él... espíelo... vea lo que hace... que objeto persigue... usted me contará... pero no lo deje adivinar... no le demuestre sus sospechas.

—¡Esté tranquila!

—Después de todo, a lo mejor no es más que un turista curioso — murmuró Sofía.

—Es posible — confesé —. Cuando uno se lanza sobre la pista de un crimen, le parece ver asesinos por todos lados.

—Es verdad — dijo Sofía sonriendo.

Pero yo no me molesté. De ella lo aceptaba todo.

Me levanté.

—Hasta pronto — dijo levantándose igualmente. No vuelva. Usted ha visto ya a la señora Montparnaud. Es inútil exponerse a su cólera. Espere hasta que tenga noticias mías.

—Esperaré — dije estóicamente.

—Si hay algo, escríbame a poste restante: S. P. 117. Yo pasaré todos los días.

—Convenido — dije anotando las iniciales y la cifra.

Extendí el brazo para tomar mi sobretodo. Una parte de éste escapó a mis torpes dedos y barrió la carpeta volcando el frasco de goma, y dispersando las estampillas.

Sofía lanzó un grito.

—Le pido perdón — dije todo confuso por mi desgraciado movimiento.

Levanté el sobretodo con precaución ésta vez, el desastre apareció más grave de lo que yo imaginaba. Me avergoncé vivamente.

El frasco de goma se había vaciado completamente sobre la carpeta formando una serie de lagos cuya importancia iba decreciendo y entre los cuales nadaban las estampillas. Además al sacar mi sobretodo lo había involuntariamente deslizado sobre la goma que se había extendido haciendo adherir a la carpeta las estampillas.

Quise apresurarme a reparar mi torpeza, limpiar la carpeta y salvar las preciosas estampillas.

Una mirada y un gesto de Sofía me clavaron en mi sitio.

—¡No toque! — grito vivamente, extendiendo el brazo para cerrarme el camino.

Y agregó malhumorada:

—Haría otra tontería.

Me quedé disgustado de mi súbita desgracia, no sabiendo que decir para atenuar esa enojosa situación.

Sofía lo hizo, rompiendo a reir.

—¡Que tonta soy! — exclamó — Usted va a creer que tengo el mismo carácter de la señora Montparnaud.

—¡No! — despondí contento otra vez — ¡No! Reconozco que he hecho una tontería. Era como para impacientarla.

—Uno es coleccionista o no lo es — sonrió Sofía — Yo tengo la manía de las estampillas.

Esperemos que eso se pase.

—¿Porque? — protesté — Es una pasión bien inofensiva.

Me condujo hasta la puerta, repitiéndome sus recomendaciones.

—No olvide: S. P. 117, si hay novedades. Por mi lado, yo le enviaré noticias mías. Hasta pronto.

—¡Hasta pronto! — dije — Mis saludos a la señora Montparnaud.

—¡Oh! — suspiró Sofía — ¡Cuando estaré libre de ella!

Nos despedimos como los mejores amigos del mundo, y bajé la escalera llevando bajo mi brazo el sobretodo causa de su momentáneo dispusto.

En la sombra del corredor, tropecé con alguien a quien no presté la menor atención. Cuando uno sale de casa de su novia, se le puede permitir que esté distraído.

En la puerta de la casa, miré la calle; mis proyectos eran vagos, o más bien aún no había tenido yo, el tiempo de hacérmelos. "Viva escondido y espere", me había dicho Sofía.

¿Cómo interpretar este concejo? ¿Debía volver a mi casa?

De pronto, vi ante mi, a pocos pasos, una silueta que enseguida reconocí. Era la del señor Cristini.

El agente de seguros se alejaba de mí, y por consiguiente me volvía la espalda; pero su talla, su paso, el yo no se que, que distingue a cada persona, que emana del conjunto de su persona, me había quedado grabado. No podía equivocarme.

Sin perder tiempo en reflexionar yo estaba detrás suyo.

—Señor Cristini... Señor Cristini — llamé.

El se volvió y me miró interrogativamente.

—¿No me reconoce? — dije un poco fas-

:idiado por mi paso irreflexivo — Paddy Wellgone, el detective.

El agente de seguros, se subió los anteojos para verme mejor.

—¡Ah! perfectamente — dijo sonriendo — ¡Mister Wellgone!

—Espero — dije apresurado por disipar mis dudas — que usted habrá recibido la carta que tuve el sentimiento de enviarle.

—¿Si recibí su carta? — repitió el señor Cristini como si tratara de recordar — ¡Claro! Naturalmente la he debido recibir.

—¿Lo mismo que su contenido? — insistí.

—Eso va sin decir.

—Entonces ¿todo está perfectamente en regla?

—Todo está en regla — afirmó el agente.

—Mi decisión no ha debido asombrarlo. Usted habrá visto que los acontecimientos, me la han, por así decirlo, dictado.

—Me inclino ante su decisión mister Wellgone — respondió el señor Cristini — ¡No somos siempre amos de los acontecimientos!

—Seguramente — dije aliviado de un gran peso.

Nos quedamos un momento en silencio y Cristini parecía preguntarse, con que objeto yo lo había abordado y sus ojos testimoniaban una cierta curiosidad. Yo trataba de encontrar la forma de expresar lo que pensaba decir.

—A propósito — dije de pronto — olvidaba preguntarle esto: ¿y su opinión sobre el suicidio del señor Montparnaud, se ha modificado?

—Ha sido necesario que se modificara — respondió el señor Cristini mirando la punta de sus zapatos, que golpeaba con el bastón.

Se esforzaba por darse un aire natural; pero comprendí que la pregunta le molestaba. A nadie le agrada reconocer que se ha equivocado .

—Entonces, — continué con aire ligeramente burlón — ¿ha cesado usted de creer en el suicidio?

—Sí, he cesado de creer en el suicidio — reconoció con tono contrariado, el agente de seguros.

No parecía muy convencido de esto y era visible que se resignaba a la fuerza a dejarse, imponer por los acontecimientos, esa nueva opinión.

La obstinación que ponía en no querer encontrar mi mirada era una prueba.

Quise aprovechar esta ocasión para romper definitivamente con la compañía de seguros y desligarme al mismo tiempo de los ultimos lazos que me ataban aún a la personalidad de Parry Wellgone.

—Este asunto — dije — hubiera sido una decepción para todo el mundo; incluso yo, porque he debido volverme sobre lo que le había prometido. Y a propósito de esto, me ha venido un escrúpulo. Permítame que le devuelva esto.

Y al mismo tiempo saqué de mi bolsillo los dos billetes de cien francos. Se los tendí al agente de seguros, que los miró sorprendido, sin tomarlos.

—No puedo conservarlos — continué — pues, estimo que no tengo derecho Usted me hará un verdadero servicio tomándolos.

Pero el señor Cristini no los tomó.

—¡No! ¡No! — exclamó — Eso no me corresponde. Lo que ha sido puesto por nosotros a cuenta de Paddy Wellgone es legítima propiedad de Paddy Wellgone.

Guárdeselos señor Wellgone. Esa pequeña indemnización la tiene bien merecida.

—Se lo suplico — insistí.

—No, bajo ningún pretexto — contestó el señor Cristini — Hasta la vista mirter Wellgone, que siba usted bien.

Se alejó precipitadamente, dejándome plantado en medio de la acera, con los billetes en la mano, y completamente fastidiado conmigo mismo.

—Guarde eso, pues — dijo a mi oído una voz irónica — Soy de su opinión ¡usted los ha ganado!

Dí un salto.

Carlo Dolcepiano acababa de surgir a mi lado.

Capítulo VIII

LAS ESTAMPILLAS MISTERIOSAS

El italiano, sonreía con aire amistoso y me había puesto una mano sobre el hombro.

—¿De donde sale usted con tanta prisa? — preguntó él antes de que yo hubiera recobrado el uso de la palabra, cortado por la sorpresa — Casi me tira en el corredor.

—¿Era usted? — pregunté.

Sofía me había dicho la verdad al anunciarme que lo encontraría en mi camino. Admiré esa especie de presciencia que la había advertido. Al mismo tiempo recordé sus recomendaciones y sus deseos. Ya que el enigma venía por sí mismo a ofrecérseme, yo debía descifrarlo.

—¡La suerte está echada! — pensé — Me pegaré a sus pasos.

Pero, lo que estaba claro, es que él había comenzado por pegarse a los míos. ¿Qué hacia en ese corredor donde yo había tropezado con él? Puesto que me había abordado, debía ser a mi a quien buscaba. ¿Pero como me había podido descubrir?

Debí confesarme qué, a pesar de mis pretenciones, su olfato sobrepasaba al mío. A su lado yo no era más que un niño a quien él despistaba a su gusto.

Pero como esta constatación me humillaba, me resistí a ella.

—¡La malicia! — pensé — Yo no me escondía ni desconfiaba. El ha podido, gracias a su auto, llegar a Niza antes que yo, esperarme a la salida de la estación y seguirme. ¡Ahora me toca a mi abrir los ojos! ¡Ya veremos quien es el más astuto!

Yo no veía ya en el, a un posible malhechor, sino a un contrincante con quien había que batirse. Olvidé mi propia curiosidad y la de Sofía, que había prometido satisfacer, para no pensar más que en la cuestión del amor propio. Yo me entusiasmaba con el juego y lo miraba casi como si no tuviera otro resultado que el triunfo del vencedor y la humillación del vencido.

Para mejor engañarlo y esconder mi desconfianza, fingí ser tomado de improviso.

—Salía de casa de unos amigos — dije.

El podía por otra parte saber a que atenerse pues una tarjeta del señor Montparnaud estaba clavada en uno de los buzones del corredor. Mi respuesta ambigua debía pues parecer una mentira ingenua, casi inútil.

El no lo notó.

Entonces ataqué yo.

—Lo que menos esperaba era encontrarme aquí con usted! — exclamé con la estupefacción mejor imitada — ¿Es que conoce usted a alguno en la casa?

—A nadie — contestó Dolcepiano — salvo a usted.

—¿Quiere decir que usted sabía que me iba a encontrar aquí? — pregunté un poco molestado por su aplomo.

—No venía para otra cosa — respondió tranquilamente — Desde Puget-Theniers, estoy detrás suyo.

—¿Y a que se debe ese favor?

—A que me es usted extremadamente simpático — dijo Dolcepiano sonriendo.

Yo me incliné con una ironía que no desmerecía en nada a la suya.

—¿Y ha dejado usted Puget-Theniers para decírmelo? — pregunté.

—Para serle franco, esa simpatía, latente en mí, créalo bien, se despertó más tarde. Yo he pensado mucho en usted desde hace tiempo, misted Paddy. Y eso me permite apreciarlo mejor.

Deslizó familiarmente su brazo bajo el mío para llevarme.

Yo no hice ningún gesto, y me guardé de ofuscarme, o asombrarme. Nada era más claro que esa reaparición sin la sombra de un pretexto. Ya hubiera podido hacer observar a Dolcepiano que ninguna de sus palabras explicaba el súbito interés que tomaba por mi compañía. Hubiera podido igualmente protestar contra la desenvoltura con la cual parecía querer disponer de mí, sin dignarse darme ni la sombra de un motivo. Pero, a causa de mis nuevos proyectos juzgué que todo esto era inútil. El italiano me ofrecía la ocasión de vigilarlo. No tenía más que aprovecharla y esperar. Iba a ser juego primero, puesto que había tomado la iniciativa de nuestra reunión.

—Ahora que ya lo tengo, no lo dejaré más — dijo el automovilista — No podemos separarnos así.

Créame, el asunto Montparnaud no ha cesado de ofrecernos interés y puesto que a usted le agrada ese género de emociones, hay que tomar la pista a medias. ¿Es usted hombre de instinto o de razonamiento?

—Los dos, según el caso — respondí con tono ambiguo.

Dolcepiano me miró de frente.

—¿Quiere usted tener confianza en mí? ¿Lo puede hacer? — dijo con una súbita gravedad.

Yo no pude dejar de pestañear bajo su penetrante mirada.

—No se ponga en gasto de elocuencia — respondí — Le esta predicando a un convertido. Estoy dispuesto a seguirlo.

—¡Ah! ¡Ah! — dijo sin dejar de examinarme.

Una sonrisa extraña apareció en sus labios. Volvió a tomar su aire burlón.

—Ya veo lo que es. El viento ha cambiado — exclamó — Alguien ha soplado en la veleta.

Enrojecí ligeramente, no sólo por lo que esta comparación tenía de hiriente, sino porque ese demonio de hombre parecía leer en mí como en un libro abierto y adivinar la intervención de Sofía.

—¿Y que quiere usted?... — balbucí.

Con un movimiento seco, me sacó el sobretodo del brazo y lo tomó para examinarlo.

—¿Sobre que se ha sentado usted? — exclamó.

Vi entonces, pegadas a la tela gris, una docena de manchas multicolores. Mirando de más cerca, reconocí las estampillas, había varias manchas de goma.

—Es muy simple — respondí — Había colocado mi sobretodo sobre una mesa donde había estampillas y un frasco de goma. Al tomarlo, volqué el frasco de goma y tal vez al deslizar el sobretodo había recogido un poco de goma y algunas estampillas.

—Excelente medio para apropiarse de una colección — suspiró Dolcepiano. El procedimiento ha sido empleado ya para robar billetes de banco. Su sola originalidad es haberlo practicado sin saberlo. Entonces, su chica, ¿colecciona estampillas?

Me dí cuenta por esta nueva prueba, que el italiano conocía ya la identidad de "mis amigos".

—Una de las personas que he visto; posee en efecto una colección de estampillas — respondí con tono reservado — Seguramente ha de estar desesperada por la pérdida de su tesoro. Voy a ir enseguida a llevar mi robo involuntario antes de que se dé cuenta de su desaparición.

—Usted exagera — dijo Dolcepiano examinando las estampillas — Son sólo cuadrados de papel sin ningún valor. Ni una sóla presenta el menor carácter de rareza. Le garantizo que no valen ni una lágrima, y mucho menos subir dos docenas de escalones.

—Permítame — contesté — Yo soy perfectamente profano en la materia y no conozco lo suficiente para discutir el valor de esas estampillas. Pero sé que su propietario se lo atribuye, puesto que las ha hecho venir de Italia.

—¡De Italia! — exclamó Dolcepiano con incredulidad — ¿Para qué hacer venir de Italia estampillas que se encuentran en cualquier parte a razón de veinte céntimos el ciento?

—Es preciso creer, que tal no es su opinión — dije secamente — ni la del corresponsal que se toma el trabajo de recogerlas y enviárselas.

—Debe tener usted razón — dijo el automovilista. — Véamos.

Y sacando de su bolsillo una pequeña lupa, se puso a examinar las estampillas con la mayor seriedad.

Pensé al principio que se burlaba, pero su aspecto me desengañó.

—¡Oh! ¡Oh! — exclamó — esto es realmente curioso.

Y tomándome del brazo, sin devolverme mi sobretodo, quiso llevarme.

—Vamos a sentarnos al café — propuso— Estaremos mejor.

—Antes — respondí tratando de recuperar mi sobretodo — déjeme que vaya a llevar estas estampillas que no me pertenecen.

—¡No! — contestó Dolcepiano poniendo el sobretodo lejos del alcance de mi brazo. —Déjeme primero que las examine. Usted tiene razón. Estas estampillas son más raras de lo que yo suponía.

—Razón de más para dárselas a su legítimo propietario — dije con impaciencia.

—Razón de más para no apresurarnos y examinarlas — declaró perentoriamente Dolcepiano — Venga, señor Paddy.

Le prometo cuidarlas tanto como a mis propios ojos. Además no puede usted restituirlas sin haberlas despegado.

Me rendí a este último argumento y lo acompañé gruñendo.

Nos sentamos en la terraza del café de la Regencia.

Enseguida, Dolcepiano pidió agua tibia y se puso a despegar las estampillas con una gran maestría. Parecía muy preocupado en dejarlas intactas y no descolorarlas o estropearlas mojándolas imprudentemente. A medida que las despegaba la colocaba ante sí, alineándolas cuidadosamente.

—¿Está seguro de que estas estampillas venían de Italia? — me preguntó, siguiendo su tarea.

—¡Ya que he visto el sobre! — respondí.

—Decididamente usted está en los pequeños secretos... — dijo mirándome burlonamente.

Yo alcé los hombros.

—No hay ni secretos, ni confidencias. He visto esto, no quiere decir que me lo hayan mostrado. Un sobre puede estar sobre una mesa.

Sin responder Dolcepiano, continuó su tarea. Le llevó un cierto tiempo.

Cuando las doce estampillas estuvieron alineadas sobre la mesa, me arrojó mi sobretodo sobre los brazos, y se absorvió lupa en mano, en su contemplación.

—¿Quiere pedir papel y pluma para escribir? — dijo sin levantar la cabeza.

Sus maneras me horripilaban. Pero era necesario acomodarse para seguir el deseo de Sofía. Gruñendo llamé al mozo y le trasmití la orden.

—¿Que ve de tan interesante en esos dibujos que antes despreciaba tanto? — pregunté.

—No me había fijado — respondió tranquilamente Dolcepiano — Espere un poco... ¡Bueno! aquí está el papel. Tome la lapicera, usted me servirá de secretario.

—Desearía comprender antes, lo que va a hacer, eso no es exigir demasiado — dije.

—¿Comprender? — respondió el italiano — Quizás no será muy fácil. En fin vamos a ver...

¿Ve esta estampilla?

Me pasó la lupa y uno de los pequeños cuadrados coloreados.

—¿Y bien? — dije después de haberlo examinado — Es una estampilla usada de diez céntimos. Como usted decía, no creo que sea rara.

—¡Bueno! — respondió Dolcepiano — Pero mire en el ángulo izquierdo. ¿No distingue nada?

—Veo una cifra — dije — una cifra minúscula, casi imperceptible.

—¿Trazada a mano, verdad?

—Trazada a mano.

—No es pues, el correo quien la ha escrito... Ahora mire, abajo, paralelo al borde.

—Hay unas letras — dije después de haber mirado.

—Júntelas, forman una palabra.

—C... o... b... r... a... r... — dije.

—¡Perfecto! — dijo Dolcepiano, tomando la estampilla — ¿Quiere escribir la cifra y la palabra?

Obedecí y tracé en lo alto de la hoja:

26. Cobrar.

Luego miré interrogativamente a mi compañero.

—Es muy simple — me dijo éste — Cada estampilla, lleva una cifra inscripta en un ángulo, y una palabra en el márgen.

—¡Que curioso! — dije yo — pero no veo que interés...

—Escriba — dijo fríamente Dolcepiano — Voy o dictarle. Desgraciadamente la mitad de las estampillas están un poco estropeadas; faltan letras. Al despegarlas no podía ver la palabra.

Dictó y yo escribí:

—36. Rej... — 4. plan — 39. A — 14. tonto — 5. exc... — 40. B. — 29. Marsella — 38. Tel... — 47. Remordimiento — 27... ar... — 60. criminal.

—Es todo — anunció Dolcepiano.

—No es muy claro — respondí.

—Porque está incompleto y embarullado. Pero, espere un poco... páseme el papel... las cifras deben indicar el orden de las palabras. Trataremos de ordenarlas.

Me sacó la pluma de la mano y escribió, en tanto que yo leía por sobre su hombro:

—1. 2. 3. plan ex... 6 a 13. tonto. 15 a 25. cobrar... ar... 28. Marsella. 30 a 35 rep... 37. Tel... A. B. 41 a 46 remordimiento. 48 a 59 criminal.

Dolcepiano hizo oir un ligero chasquido de la lengua.

—Todavía no es muy claro — objeté yo.

—Es usted muy difícil o no quiere usted comprender — respondió Dolcepiano.

—¿Comprender que? — pregunté yo, presa de una vaga inquietud.

—Que se trata de un medio de correspondencia secreta, no mal imaginado. Una palabra sobre cada estampilla, luego una cifra, indicando el orden de la palabra en la frase. Es bastante ingenioso. Si se puede creer por las apariencias, yo creo que se trata de una carta de por lo menos sesenta palabras, por que es sesenta el número más elevado que hemos encontrado. Pero, pueden haber más, probablemente. En todo caso, de las sesenta palabras, cifra conocida, nosotros no conocemos más que seis, más los fragmentos de otros seis, entre los cuales **hay dos iniciales.**

(Continuará)

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y de extraordinarias aventuras

SINTESIS DE LO PUBLICADO

Los jóvenes Sidney Kennedy, Tim Baynes y Ken Thornton han descubierto un metal que no obedece a la acción de la fuerza de gravedad. Con ese metal construyen el Perla del Espacio, un navío aéreo en el cual parten a explorar los espacios siderecs. Después de pasar cerca de la Luna llegan al planeta Marte, cuyos habitantes les reciben amistosamente.

Durante su residencia los jóvenes han conseguido aprender el idioma que se habla en Marte.

Estalla una guerra civil entre los habitantes de la ciudad y los videri, nombre que dan a los habitantes del campo, que tienen como jefe a un miembro del Yúmen llamado Agnoi.

"En aquellos lejanos días se peleaba con armas de fuego, humo y ruido y en el manejo de esas armas, los videri eran maestros. Desesperados por sus repetidas derrotas, los sabios de todo nuestro mundo, concentrados en una ciudad, realizaron entonces, simultánaemente, dos descubrimientos que por fin, decidieron la terminacion de una guerra que llevaba años y años.

"En primer lugar solucionaron el problema del vuelo individual y en segundo descubrieron algo más mortífero en su acción que cuantas armas poseían los videri. Ese algo fué el tubo de muerte que ustedes han conocido hoy.

"Mientras los videri se amontonaban ante las puertas de la ciudad esperando verla caer de uno a otro día, centenares de soldados de la ciudad fueron provistos de alas y de tubos. Una noche este extraño ejército atacó a los videri y estos, muy ignorantes y derrotados, pensaron que eran los dioses los que habían descendido hacia ellos, enfurecidos. Se dispersaron huyendo, y los de la ciudad ejercieron sobre ellos tremenda venganza. El ejército volador persiguió a los derrotados videri durante varios días y por último se llegó a una paz que dejó a los videri dominados y aplastados definitivamente.

"Por, desgracia, los pelemonitas se vengaron hasta el exceso y durante varias generaciones los videri fueron poco menos que esclavos, sometidos a la rudeza de unos amos crueles e implacables.

"Llegó un día en que los cuidadosamente guardados secretos de los habitantes de la ciudad: el aparato de volar y el tubo de muerte, fueron conocidos por los videri y comenzó nuevamente a formarse una nube tenebrosa de odios y de deseos de dominio y de matanza, reviviendo los viejos resentimientos que, aún cuando parecían olvidados, subsistían latentes en nuestros espíritus.

Los jefes de ambos partidos se dieron cuenta, sin embargo, en determinado momento, que una nueva guerra tendría por consecuencia la desaparición de toda nuestra civilización, y se avinieron a un acuerdo que daba a ambas clases sociales los mismos derechos y que prohibía absolutamente la fabricación y hasta la posesión de los tubos de muerte.

"Desde que se hizo ese convenio la guerra desapareció de nuestro suelo; pero tanto de un lado como de otro, el fuego ardía bajo las cenizas que parecían frías y la desconfianza de los unos como la de los otros subsistía a pesar de la buena amistad aparente. Por fin, hoy Agnoi ha transformado el oculto fuego en llameante hoguera. ¡Y ahora han de morir muchos sólo porque a ese hombre se le ha ocurrido pensar que debe ser él quien gobierne!

—¿Pero a qué obedece ese temor tan grande a los efectos del tubo de muerte? — preguntó Tim, que no se sentía convencido todavía de que algo tan insignificante pudiera causar tanto mal.

—Su importancia radica en que el tubo de muerte no hiere ni mutila; ¡mata! ¡Mata siempre! En tan rápida su acción que el intervalo entre la vida y la muerte después de haber sido alcanzado por su efecto, es aún más breve que un relámpago de tormenta de vuestro estío.

—¿Y cuál es el sistema mediante el cual produce su efecto? — preguntó Sidney.

—Cuando se sopla por un extremo del tubo, la fuerza del aire hace que se suelte un resorte que, a su vez, expele una bolita diminuta. Esta bolita al dar en el rostro del adversario, estalla y suelta un vapor de rapidísimo y seguro efecto mortífero. ¡Pero atención!...

Se había oído un toque de silbato lanzado por uno de los martianos de la guardia que custidiaba a Perla del Espacio. Sin detenerse un instante, Zornul trepó por la escalerita a la parte superior del navío sideral, diciendo a los dos jóvenes que le siguieran.

—¡Eh! ¡No se deje olvidado el rifle, Tim! — dijo Sidney, mientras salían al exterior a tiempo para ver a Zornul que pisaba tierra a corta distancia del borde del valle, hacia el lado del Norte.

Los dos fueron tras él, cuidando de volar bajo y descendieron al suelo muy cerca de donde él estaba tendido. En el primer momento no pudieron distinguir nada que pudiera considerarse como fuera de lo común. Pero después, siguiendo una dirección indicada por Zornul, distinguieron como una

nubecita de mosquitos que subían y bajaban rítmicamente, a algunas millas de distancia.

—¡Los ojeadores de los videri! — dijo Zornul en voz baja. — ¡Y nosotros estamos sin armas y a su merced por entero!

—Puede ser, — dijo Tim. — ¡Pero no se le olvide que nosotros tenémos nuestros rifles, amigo mío!

Los videri aumentaron de tamaño a medida que se aproximaban. De pronto se separaron más unos de otros y se les vió como sombras en forma de abanico abierto a medias.

—!No vacilen ni un segundo! — ordenó Zornul. — De la habilidad de ustedes depende la vida de todos nosotros.

Se dieron cuenta entonces de que el grupo de ojeadores que avanzaba se componía de seis hombres. Aquellos exploradores hubieran, sin duda, avanzado con mayor cautela si no se hubiesen sentido seguros de que les iba a ser muy fácil la vistoria, puesto que tenían qué atacar a un enemigo que no tenía armas.

A todo esto se hallaban ya a unas trescientas yardas de Perla del Espacio y los muchachos veían con toda claridad cómo relucían los tubos de muerte a la luz del sol poniente; no podía caber duda respecto a las intenciones que abrigaban los seis atacantes.

Aún a tan corta distancia constituían un blanco difícil de alcanzar, porque era difícil prever sus movimientos; pero los muchachos no esperaron más y Sidney disparó el primer tiro de aquella nueva y última guerra martiana.

La detonación del disparo edl rifle hizo que los ojeadores de los videri revolotearan en desorden como un grupo de palomas asustadas, y pudo crerse que el tiro de Sidney no había dado en el blanco. De pronto, uno de los exploradores pareció vacilar entorpeciéndose su movimiento. Mientras los demás volaban hacia adelante y hacia arriba, aquel ojeador intentaba, en vano, elevarse y volverse. Durante unos cuantos segundos agitó los brazos de arriba a abajo desordenadamente; de pronto sus alas se plegaron y descendió hacia el suelo de cabeza, cada instante con mayor rapidez.

Al estampido del disparo hecho por Sidney siguió la detonación del rifle de Tim y en esta ocasión también les favoreció la suerte.

Fué su víctima el ojeador que volaba a mayor altura, el primero que había intentado escapar volando, a los efectos del arma de la Tierra.

El fugitivo ascendía casi verticalmente cuando de pronto dejó caer un brazo como si repentinamente hubiera quedado sin fuerzas. Moviéndose lateralmente comenzó a g

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . .

rar, describiendo círculos, hasta que por último dió una voltereta y descendió con rapidez.

El martiano de la guardia que había dado el primer aviso de la proximidad del ataque se levantó de prisa y alarmado cuando el videri se precipitó hacia el suelo, pero vió en seguida que describía un círculo completo y caía, boca abajo, extendidos los brazos con rapidez cada vez mayor.

La guerra entre los dos partidos en que se divide Marte ha sido declarada y Agnoi, caudillo de los campesinos amenaza a la ciudad con exteminarla si no se rinde inmediatamente. Senama contesta con una enérgica negativa.

Los dos muchachos siguieron haciendo fuego hasta vaciar los almacenes de sus rifles de repetición; pero los exploradores de los videri volaban tan separados los unos de los otros, moviéndose en forma tan desordenada, que no pudieron hacerles nuevas bajas.

Los ojeadores no reanudaron su ataque. Volaron en redondo, describiendo grandes círculos y por último desaparecieron hacia el mismo sitio por donde habían aparecido primeramente.

—¡Muy bien, jóvenes habitantes de Chénurm! — exclamó Zornul, el oficial que mandaba la guardia de martianos. — De no haber mediado ustedes hubiéramos resultado muy fácil presa y la primera vistoria hubiera sido de nuestro enemigo.

—La suerte nos ha favorecido por que ninguno de nosotros tiene pretensiones de ser muy hábil en el manejo de las armas de fuego, — dijo Sidney modestamente, —Pero ¿qué se puede hacer por ese desgraciado?

Zornul se limitó a encogerse de hombros mirando el cuerpo inmóvil de su compañero, caído a sus pies.

—Nada podemos hacer en su favor, — contestó lacónicamente.

—¿Pero está usted seguro de que se ha muerto? — preguntó Sidney, arrodillándose junto al caído.

—De eso no cabe duda. Cuando la bala del tubo de muerte toca, mata. ¡No habrá heridos, en esta guerra! ¡Mire!

Zornul se inclinó y volvió al caído hasta ponerle boca arriba y pudo vérsele bien el rostro. A los muchachos les pareció que aquel martiano dormía tranquilamente. En la frente tenía una pequeña mancha roja; allí había golpeado la bolita, estallando en seguida de tocar con la epidermis.

Se comprendía que no era posible auxiliarlo de ningún modo. Se separaban del caído apesadumbrados, cuando les hizo volver la cabeza un grito de alegría lanzado por Zornul que con el brazo extendido, indicaba el camino de Pelémone.

Se acercaban unos cuarenta hombres alados y vestidos con el traje de combate. El grupo principal se componía de cinco filas, — de seis hombres sada una, — una sobre otra, mientras lo restante de la fuerza se extendía por el aire en varios rumbos, pronta a dar aviso de la proximidad del enemigo.

—¡Los mensajeros de Senama! — exclamó alegremente Zornul.

Cuando los martianos, después de planear suavemente, pisaron tierra, los muchachos vieron que varios de ellos eran portadores de unos paquetes que contenían las armas esperadas con tanta ansiedad.

—¿Qué noticias nos traen de Pelémone? — preguntó Zornul con interés y ansiedad.

—Noticias muy serias, — dijo el jefe del recién llegado destacamento. — Los videri han declarado la guerra a Pelémone y Agnoi ha exigido nuestra inmediata rendición so pena de ser exterminados inmediatamente. Claro está que Senama contestó negándose a rendirse, así que la ciudad procede, en este momento, a armarse con rapidez y lo mejor posible.

—¿Qué cree usted que resultará de todo eso? ¿Hay perspectivas de que la defensa tenga éxito favorable?

—Si los videri están todos de parte de Agnoi y Senama teme que lo estén, la lucha que nos espera será terrible y desesperada porque sus fuerzas son muy superiores a las nuestras, casi dobles, numéricamente. Pero traigo órdenes para ustedes, del presidente. Desea que regresen a Pelémone pues considera que es necesario que todos los habitantes de la ciudad se unan para su defensa y además teme que dejándoles aquí, en este paraje aislado, las fuerzas de Agnoi puedan atacarles y exterminarles. — Volviéndose hacia Sidney y Tim, el jefe del destacamento, agregó: — El presidente les envía un mensaje a ustedes. Les pide que vuelvan a la ciudad porque allí se hallarán más seguros.

—¡Pero no podemos dejar nuestro buque a merced de las hordas de Agnoi — protestó Sid.

—Eso lo han de decidir ustedes. Yo he cumplido la misión que me fué encomendada, repitiendo las palabras del presidente, y ahí termina mi obligación.

Los dos muchachos sentíanse convencidos de que, ante la repentina y violenta guerra que había estallado entre los martianos, ellos y su buque habían dejado de constituir la nota más interesante de la actualidad en el planeta Marte. Por lo tanto tuvieron el buen sentido de no considerarse ofendidos ante la indiferencia con que notaron que se miraba su suerte futura.

Fué Zornul el único que les aconsejó que volvieran junto con él a Pelémone, pues él tenía que cumplir las órdenes recibidas y no le agradaba la idea de dejarles solos en aquel valle.

—¡No! — contestó Sidney. — Por el momento nos quedaremos custodiando a Perla del Espacio. Agradecemos todo el interés que demuestra por nosotros el presidente, y les ruego tengan la bondad de decirle que no tema por nosotros. Si la situación se hiciera desesperada siempre nos quedaría el recurso de echar a volar por el espacio.

—Yo repetiré ante el presidente lo que usted ha dicho, — manifestó Zornul. — Me hubiera sido agradable poder alterar su determinación, pero tengo que retirarme

porque comienza el reinado de las sombras. — Entregó a Sidney varias armas martianas. — Tal vez tengan ustedes necesidad de emplear estas armas y en caso de que así sea, deséoles el mejor de los éxitos. Me despido, pues, de ustedes, repitiéndome su muy sumiso servidor.

Saludó militarmente dió una voz de mando a su gente y todos se elevaron con suavidad por el aire y se alejaron luego, tardando muy poco en perderse de vista.

EL BLANCO HUMANO. Tim se llevó a los labios el tubo de muerte y apuntó con toda serenidad. Un instante después se vió una mancha, en forma de estrella irregular, en la lona de la careta que Sidney tenía puesta. "¡Buena puntería!" exclamó Tim encantado, mientras Paneur y los consejeros miraban a los dos muchachos, asombrados y respectuosamente.

A Sidney se le ocurre una idea que considera destinada a burlar por completo los ataques terribles anunciados por Agnoi y los vederi, sus partidarios.

Después de toda la intensa agitación de las precedentes horas, tanto a Sidney como a Tim les pareció insoportable la quietud completa de las primeras horas de aquella noche. Hablaron con tristeza de la suerte que le había tocado a su ausente camarada y se preguntaron con ansiedad cómo le trataría el vengativo y brusco Agnoi.

Por último entraron de nuevo en su navío y cerraron con particular cuidado la escotilla de entrada porque la tranquilidad completa del valle donde estaban podía ocultar alguna trampa cuidadosamente preparada. Tim se ocupó de sacar de la despensa los elementos necesarios para la cena y Sidney se puso a estudiar detenidamente uno de los tubos de muerte que les había proporcionado el oficial Zornul.

Durante la comida Sidney permaneció silencioso y le hizo tanto caso a Tim y a sus tentativas de entrar en conversación con él

como si hubiera estado a cien leguas de distancia de su compañero. Unicamente cuando Tim se acercó y le gritó al oído: "¡Despierte, señor Sidney!", este se dió cuenta de que Tim empezaba a alarmarse seriamente ante su quietud y su silencio.

—Está bien, Tim, — dijo, sonriendo, — no hace falta gritar. Estaba pensando en este "tubo de muerte", como lo llaman. Según nos dijo Zornul la fabricación de estos tubos quedó terminantemente prohibida casi en seguida de haber sido inventado el aparato.

—Así es, — afirmó Tim. — Dijo que después de una batalla ambos bandos decidieron abandonar la fabricación de los tales tubos. Pero me parece que Agnoi por un lado y Senama por otro, se olvidaron del convenio hecho por sus antepasados y fabricaron secretamente cuanto tubo consideraron necesario.

—Así ha sido, pero poco es lo que sabemos sobre las causas que han conducido a esta violenta querella, así que no podemos condenar ni a los unos ni a los otros por haber procedido como han procedido. En lo que estaba pensando es en que aún cuando los martianos saben fabricar estos tubos y sus bolitas de mortífero vapor, como los tubos han sido tan poco empleados en los últimos tiempos, los sabios martianos no han tenido oportunidad de estudiar la fabricación de un antídoto contra el vapor mortífero.

—A juzgar por lo dicho por Zornul, no debe existir antídoto; cuando la bolita estalla, la persona alcanzada por el vapor que suelta, muere indefectiblemente y al instante.

—Pues, respetando todo cuanto se deba respetar la opinión de Zornul, yo sostengo que está equivocado. Aún más, estoy seguro de que antes de que pase mucho tiempo, los martianos podrán disponer de algo que suprima el peligro del tubo de muerte. Es muy sencillo lo que sucede: los químicos martianos no han tenido ocasión de estudiar la naturaleza de sus armas y por esa razón vamos a tener nosotros ocasión de intervenir en este asunto.

—¿Nosotros? ¿Cómo? — preguntó Tim.

—Recordando lo que, durante la guerra, nos obligaron a hacer los enemigos con sus ataques con gases asfixiantes y de otras clases. El vapor que se desprende de las bolitas del tubo de muerte martiano debe ser por el estilo de los gases venenosos de nuestros enemigos, pero probablemente mucho más mortífero en su acción.

—Es verdad; eso me parece muy razonable, — opinó Tim.

—Pues bien, nuestra gente, ante la situación creada por los ataques con gases venenosos y sofocantes y con granadas lacrimógenas, aguzó el ingenio e inventó el antídoto. Yo creo que se podría dominar del mismo modo el vapor martiano.

—¡Cómo! ¿Propone usted el empleo de los cascos-respiradores?

—Eso es. Y si estoy en lo cierto, para la persona que lleve puesta una de nuestras "caretas" de las que se usaron durante la guerra, el tubo de muerte resultará algo tan mortífero como esas cortas cerbatanas con las que los chicos arrojan, soplando, arvejas secas.

—Pero aquí no tenemos caretas, — dijo Tim. — ¡Y el ir a buscarlas a Inglaterra!...

—¡No hay que pensar en ir tan lejos! — replicó Sidney. — Por suerte estoy algo enterado respecto a cómo son las caretas de esa clase. Mi tío Toby me regaló una que trajo de Francia y yo tuve la curiosidad de estudiar todo su complicado mecanismo. Sé, por lo tanto, cómo están hechas y de qué modo evitan el paso de los vapores, que es lo principal.

—Creo que es verdad lo que me ha dicho, Sidney... ¡Como que usted siempre fué tan curioso como un niño en eso de buscar como están hechos por dentro los juguetes y cuanto mecanismo cae en sus manos!.

—Eso es demostración de que mi mente trabaja siempre, — dijo Sidney. — Pero lo más importante para el caso es que tenemos un laboratorio completo a bordo de Perla del Espacio. Recordando lo que se sobre las caretas contra gases y empleando material del que traemos, es decir, un poco de lona fuerte, de la que pensábamos utilizar en toldos o tiendas de campaña, creo que podré hacer un modelo bastante bueno que Senama podrá hacer fabricar urgentemente y a miles, para dejar como inútil todo el armamento de Agnoi y sus videri.

—¡Pero el vapor que utilizan los martianos debe ser muy poderoso!. ¡Ya vió como aquel soldado cayó muerto instantáneamente.

—¡Oh! — ¡Claro está que mi idea es sólo un experimento! Pero hay que tener en cuenta que la derrota de Senama nos pondría en una situación muy desagradable así que voy a hacer la prueba tanto en bien de él como en bien de nosotros mismos. — Sidney calló y permaneció pensativo un momento. — Creo que lo mejor que puede hacer ahora, Tim, es dormir; usted se quedará de guardia. Es necesario que yo me vaya de aquí antes de que amanezca, de modo que me sea posible entrar en Pelémone durante la oscuridad de la noche. Voy a poner manos a la obra inmediatamente.

—¡Pero usted no supondrá que voy a quedarme aquí tan tranquilo, mientras usted va a la ciudad! — exclamó Tim.

—Alguien tiene que cuidar de nuestro navío. Tim. Además, mi careta será solamente una especie de juguete hecho por un aficionado, y yo no voy a dejar que usted corra el peligro del primer experimento.

—¡Bah! ¡Esas son tonterías! — dijo Tim. — Si usted se va a la ciudad, yo me voy también. Perla del Espacio quedará tan seguro conmigo como sin mi presencia. Agnoi y su gente no se atreverán a meterse aquí en nuestra ausencia, de miedo de verse llevados por los aires en cuanto toquen algo. Empiece a trabajar y despiérteme cuando haya terminado; pero haga dos caretas en vez de una. Buenas noches, compañero.

Sidney comenzó inmediatamente a trabajar y tuvo la suerte de hallar en su depósito todo lo necesario para fabricar lo que de-

seaba fabricar. Recordaba con maravillosa exactitud cómo era la careta que le había regalado su tío Toby, así que trabajó con entera tranquilidad y sin vacilación alguna. Al cabo de varias horas de activísima labor había terminado la construcción de dos cosas de un aspecto horrible pero que con seguridad iban a dar a Agnoi y a su gente la sorpresa más grande de su vida.

Dejando todo pronto para salir temprano, Sidney despertó a Tim, pues estaba tan cansado que necesitaba un rato de sueño.

—¡No se le olvide despertarme dentro de tres horas, Tim; ni un segundó más tarde. Tenemos que hallarnos en viaje antes de que amanezca.

—¿Por qué no hacer de un vuelo todo el camino, Sidney?

—Porque Agnoi debe haber rodeado la ciudad de centinelas, aún cuando no haya realizado todavía el ataque, y nos va a resultar difícil meternos en Pelémone sin que nos vean. No estamos tratando con salvajes, sino con gente de la más alta civilización y cuya astucia es, por lo menos, tanta como la nuestra. Podemos felicitarnos de que la guerra haya estado mil años desterrada de este planeta porque la inteligencia de esta gente es capaz de crear máquinas mucho más destructivas de cuanto pueden ser esos tubos para los individuos no protegidos.

Cuando hubieron terminado sus prepara-

INESPERADO ATAQUE. Mirando por un hueco formado por unas grandes piedras que se habían deslizado de su sitio, Sidney y Tim vieron como formaba el grupo de tiradores que iba a dar muerte a Senama y a Ken. De improviso uno de los videri del grupo levantó ambos brazos, cayó de rodillas y se desplomó después, quedando tendido en el suelo.

Se quedó dormido en cuanto se echó en su hamaca y le parecía que acababa de dormirse cuando se despertó y vió a su lado a Tim, que le decía que faltaba poco para las cuatro.

Tim se había ocupado de preparar sendas tazas de cocoa y mientras se desayunaban, Sidney dió a Tim sus últimas instrucciones.

—Nos será necesario llevar las caretas puestas desde nuestra partida, pues no sabemos donde pueden estar esperándonos esos videri. Gritando, podremos oirnos el uno al otro, pero cuanto menos conversemos, mejor será. En cuanto a nuestro camino, creo que debemos volar hasta el canal y después, seguir por agua, sigilosamente hasta la ciudad.

tivos abrieron la escotilla, cerrándola luego cuidadosamente, y un minuto después los dos, grotescamente enmascarados volaban hacia la ciudad.

Pocos minutos necesitaron para ir hasta el canal y tan tranquilo solitario y silencioso lo hallaron todo, que Sidney decidió arriesgarse a seguir volando hasta más cerca de la ciudad. Aún cuando la oscuridad era intensa, desde lo alto se podía distinguir el curso del canal gracias a la misteriosa claridad que se nota siempre en el agua en la oscuridad.

Más de la mitad del remanente camino lo recorrieron en el más absoluto silencio. De repente, Tim se volvió hacia un lado y hubiese tropezado con su compañero,

con desastroso resultado para los dos, — si Sidney, por una maravillosa previsión, no hubiese evitado el choque menguando la velocidad de su vuelo.

—¿Le pasa algo, Tim? — preguntó con ansiedad Sidney, cuando ya estaban el uno al lado del otro, nuevamente.

—Está todo tan oscuro que no me explico lo que ha pasado, pero me parece que he estado a punto de chocar con un marciano, no sé si enemigo o amigo, — explicó Tim.

—Entonces ya ha llegado la hora de descender, — opinó Sidney, — pues es posible que la próxima vez no tengamos igual suerte. Con cuidado compañero. ¡Nada de ruido!

Planearon lentamente hasta que pisaron el camino lateral del canal.

—Ahora, Tim, abandonemos el aeroplano, — ordenó Sidney.

—¿No vamos a necesitarlo de nuevo?

—No, sea como sea, confiaremos en el agua de aquí en adelante y las alas no nos dejarían nadar con facilidad. Si logramos pasar, nos darán otras alas.

Se quitaron ambos las alas y el aparato motor y después se arrojaron al canal, notando en seguida, como Sidney lo había esperado, que una [illegible] corriente les arrastraba en la direcci[illegible]ada. Aún cuando eran excelentes nadadores tuvieron que avanzar a la misma rapidez de la corriente, porque sabían perfectamente que el menor ruido, multiplicado infinidad de veces en aquel profundo silencio, les podía denunciar a sus enemigos.

Flotaron suavemente tomados de la mano; pero llegó un momento en que el agua les enfrió hasta los huesos y Tim empezó a preguntarse hasta cuándo iban a continuar con aquel paso de tortuga. De pronto sintió que la mano de Sidney le oprimía un brazo. Repentinamente alerta, le llamó la atención notar que su compañero le obligaba a nadar con mayor velocidad. La mano de Sidney ciñó entonces la muñeca de Tim y el índice de su compañero empezó a darle golpecitos breves y largos en el dorso de la mano. Tim comprendió que Sidney le estaba comunicando algo por medio del alfabeto Morse y prestó la mayor atención, sin dejar de nadar.

"Enemigo... vigila... en bote. ¿Entiende?" — dijo el mensaje de Sidney.

"Sí".

"Casi... tropezó... conmigo... Ahora adelante... proa"

Tim se percató rápidamente de la situación y se preguntó por qué no se habían preparado para algo por el estilo. Los ojeadores de los videri se hallaban en actividad por la tierra y por el agua, lo mismo que por el aire y pensaba que Sidney no había escogido el mejor camino. La verdad era que, al menos, había escogido el más frío, pensó Tim.

Poco después oyeron el muy suave jadear del motor de una lancha. Cuando empezaba a oírse el ruido con alguna claridad; cesó de pronto. Aún cuando Sidney no le hizo señales en aquel momento, Tim comprendió que la lancha se había parado y sus ocupantes miraban hacia Pelémone, procurando ver algo que pudiera resultarles de utilidad.

Aún cuando todavía reinaba la mayor oscuridad, los dos muchachos sabían que faltaba muy poco para que empezara a amanecer. Pasaban los minutos y la lancha de los exploradores de los videri permanecía en su sitio. Les parecía a los dos helados muchachos que su esfuerzo por ayudar a Senama iba a fracasar y que su captura, y tal vez su muerte, era sólo cuestión de momentos. Por su parte Tim meditaba un desesperado expediente; nada menos que acercarse a la lancha y tratar de volcarla, cuando Sidney volvió a hacer señales.

"Tenemos... que correr... para salvarnos... ¿Pronto? ¡En marcha!".

Al momento nadaron a toda velocidad, sin procurar ocultarse ya. Confiaron en la sorpresa que produciría su presencia para confundir a sus enemigos. En el primer momento los ocupantes de la lancha se quedaron como petrificados al oír el ruido del agua removida, pero como el ruido llegaba del lado de Pelémone vislumbraron algo de la verdad, suponiendo que aquellos nadadores no indicaban nada bueno para ellos.

Treinta yardas de agua clara separaba a los muchachos de la lancha de los exploradores de los videri cuando oyeron que el motor volvía a funcionar, persiguiéndoles, sin duda.

Hubieran podido haber eludido a sus perseguidores, pero lo que temían aconteció muy pronto, pues el manto de sombras que les envolvía comenzó a ponerse gris. ¡La aurora se aproximaba!

Los dos jóvenes redoblaron sus esfuerzos procurando que no les alcanzaran sus enemigos, pero la lancha avanzaba dos yardas en el tiempo en que ellos avanzaban una y se dirigía hacia ellos con el evidente propósito de atropellarlos. Una irregular serie de golpes sonó en sus caretas y no les hizo efecto alguno, con gran asombro de los del bote. Sidney se dió cuenta de que eran blanco de varios tubos de muerte y mientras procuraban escapar, el muchacho sentíase contento al ver que sus caretas de fabricación casera, daban buen resultado práctico.

O la lancha automóvil acrecentó su velocidad o los esfuerzos de los nadadores daban menor resultado, porque de improviso pareció que la embarcación saltara hacia ellos. Sidney, que se había quedado, a propósito, un poco atrás temía ser víctima, en el momento menos esperado, de un golpe terrible. Otros se hubieran resignado a lo que parecía una muerte segura, pero la obstinación de su raza les llevó a realizar hasta el último esfuerzo y este esfuerzo fué su salvación, porque se hallaba muy cerca, y enteramente insospechado, el tan necesitado auxilio.

Sin que se dieran cuenta de su presencia ni los perseguidores nadadores ni los que perseguían, una veintena de voladores había ascendido de la ciudad al aparecer el primer rayo de sol y se dirigía por el canal, buscando a sus enemigos.

Cuando la luz se hizo más fuerte, los voladores se dieron cuenta de la carrera que en aquel momento se corría en el canal. Sin

LOS OCULTOS OBSERVADORES. "!Silencio!", advirtió Sidney a los otros al ver que dos personas salían de la oscuridad del portal de la casa de enfrente y se detenían en los peldaños de la gradería de acceso al edificio. A la luz de la luna vieron que una de aquellas personas era Agnoi.

conmprender quiénes eran aquellos nadadores con unas capuchas tan feas, notaron que la lancha de los videri los perseguía y sin pensarlo más, los voladores de Pelémone descendieron velozmente hacia sus enemigos.

La acción que se produjo entonces fué rápida y mortífera. La prevista derrota de los videri fué casi instantánea. Intentaron hacer frente al tiroteo que les llegaba de lo alto. pero a destiempo y con pésima puntería. Consiguieron hacer que su embarcación comenzara a virar, con propósito de huir, pero esto no lo lograron, pues el que manejaba el timón cayó muerto y antes de que otro pudiera ocupar su sitio, la lancha encalló en una de las orillas.

En ese momento casi todos sus ocupantes o se habían arrojado al agua o estaban tendidos sin vida, en la cubierta de la lancha. Pronto llegó el fin. Parecía que no era cosa de rendirse ni de tomar prisioneros. Aún cuando los videri que quedaban pelearon con heroismo, el último de todos no tardó en sufrir la misma suerte que sus camaradas y los pelemonitas tomaron posesión de su trofeo.

Aún cuando los habitantes de la ciudad habían salvado a los dos muchachos de sus perseguidores, los triunfadores no sabían a

quién habían salvado, así que varios de los alados combatientes se quedaron revoloteando como si esperaran que los nadadores dijeran quienes eran.

Los muchachos estaban satisfechos por lo oportuno de su providencial salvación, pero contemplaron la destrucción, a sangre fría, hasta del último de sus enemigos, con algo de conmiseración. Comprendieron que era necesario que dijeran quienes eran, porque los dos bandos combatientes de Marte eran igualmente mortíferos.

No vacilaron, pues, ni un momento en quitarse sus sofocadoras caretas. Cuando los pelemonitas se dieron cuenta de a quienes habían salvado demostraron la mayor alegría y les saludaron con el más cordial entusiasmo.

—¿Qué hacen ustedes aquí, jóvenes viajeros? — preguntó el jefe de las fuerzas. — ¿No les dijo nuestra presidente que se quedaran en su navío?

—Es verdad, — contestó Sidney, — pero tenemos noticias de gran importancia que darle, noticias que se refieren a la salvación de su ciudad. Necesitamos ver en seguida al presidente. ¿Dónde está?

—Siendo importantes las noticias que ustedes tienen que darle, es de suponer que los recibirá en seguida, pero les advierto que Pelémone no es ahora sitio para extranjeros. Sin embargo, esa embarcación debe ser llevada a la ciudad, así que pueden utilizarla para hacer el resto de su viaje. Nosotros nos alejamos en busca de las fuerzas de Agnoi.

Ordenó a sus hombres que limpiaran la embarcación de su fúnebre carga y una vez hecho esto la entregaron a los dos jóvenes que se despidieron de los voladores en el momento en que estos partían hacia el campo enemigo.

Sidney encontró que el manejo de la lancha era sencillísimo, como, por lo demás, lo eran todos los aparatos y maquinarias de Marte, así que le fué fácil continuar con toda rapidez el viaje a la ciudad que quedaba a poco más de dos millas del sitio que había sido teatro del combate.

Los dos jóvenes se dirigen a Pelémone y llegan, después de dificultosos momentos de peligro, a la residencia de Senama, enterándose allí de que los acontecimientos son cada vez más graves.

Hacía poco que había amanecido y sin embargo se notaba en todas partes de la ciudad una excitación y un movimiento extraordinario pero ordenados según pudieron verlo los dos jóvenes tan pronto como desembarcaron y se dirigieron a la residencia de Senama. Las calles estaban llenas de transeuntes. Casi todos los hombres tenían puesto su aparato para volar y llevaban el tubo de muerte colgado al cuello por una correa de modo que no necesitaban más que hacer un pequeño movimiento para utilizarlo.

En el aire se veía circular de un lado a otro a multitud de mensajeros y más arriba de ellos se movían lentamente los centinelas que vigilaban por si se presentaba el enemigo.

En una calle los muchachos se detuvieron un momento a escuchar la sonora voz de las bocinas noticiosas. Estaba dando instrucciones al pueblo con un tono metálico pero que destacaba con toda claridad las palabras. Al final de cada frase el aparato callaba unos tres segundos, durante los cuales se oía el ruido de alguna oculta maquinaria.

"Habitantes del centro número tres: se presentarán y se armarán en el cuerpo de guardia de la puerta N." Pausa. "Habitantes del centro número cuatro, se presentarán y armarán en la usina dos B. y proporcionarán una guardia de treinta al Consejo de los Cuatro, a las órdenes del oficial Zornul" Pausa. "En ausencia del Primer Presidente Senama, se encargará del gobierno de la ciudad Paneur, el segundo-presidente".

—¿Ha oído eso, Sid? — preguntó Tim alarmado.

—¡Sí! ¡Senama debe hallarse enfermo ó tal vez le hayan matado! ¡Vamos, no perdamos tiempo aquí!

Siguieron oyendo la poderosa voz de la trompeta hasta que estuvieron cerca de la casa de Senama, pero a aquella distancia su voz se oía muy confusamente. Entraron en el patio jardín y pudieron comprender en seguida que algo inusitado acontecía allí porque los sirvientes estaban reunidos formando grupos y cuchicheando, muy entristecidos.

No se fijaron en la llegada de los compañeros, que eran ya muy conocidos de todos ellos. Sidney no sentía deseos de perder tiempo, así que se dirigió a un grupo que escuchaba con atención suma lo que decía Liarn, el mayordomo de Senama.

—¿Qué ha sido del presidente, Liarn? — preguntó Sidney rápidamente. — ¿No podemos verle?

—¿No han oído ustedes las noticias?

—Nada más que el anuncio de que Paneur va a tomar el mando de la ciudad. ¿Pero dónde está su patrón, Liarn? ¡Necesitamos verle!

—¡Ojalá fuera posible! — dijo Liarn, sombrío. — La verdad es que, poco antes del amanecer, mi patrón fué raptado de la ciudad.

—¿Raptado? ¡Cómo! ¡Explíqueme! — preguntó Sidney, impaciente.

Liarn hizo un esfuerzo para dominar su emoción.

—Cuando ustedes llegaron yo estaba interrogando a los últimos sirvientes para ver si habían visto u oído algo sospechoso. Mis investigaciones completas ya, voy a presentar mi informe al Consejo de los Cuatro en seguida. Está reunido en el Palacio de la Dunca. Cuando vuelva se lo contaré a ustedes todo.

—Tenemos que acompañarle a usted al consejo, — dijo Sidney, — Lo que teníamos que decirle a Senama afecta al bienestar a Pelémone y en ausencia de Senama lo comunicaremos a Paneur, su lugarteniente.

Liarn estaba muy impresionado por lo que había sucedido en la casa y se sentía

tan atribulado como si hubiera sido el culpable de todo. Ordenó que dieran a los jóvenes nuevos aparatos para volar y los tres partieron juntos. Fueron admitidos inmediatamente a presencia del Consejo de Cuatro, cuyos miembros esperaban la llegada de Liarn con impaciencia. Los consejeros parecían estar muy preocupados. No se fijaron en la presencia de los dos muchachos y toda su atención se concentró en Liarn.

—Relate usted breve y rápidamente cuanto sepa, Liarn, — dijo Paneur. — Lo poco que sabemos es fragmentario y desunido; díganos todo lo que ha averiguado, desde el comienzo.

—El presidente, señor, salió de su domicilio al despuntar el día, para asistir a una reunión del Consejo relacionada con la defensa de la ciudad. Ya sabe usted que no llegó al Consejo y que su escolta desapareció también. — El que hablaba sentíase acongojado y estaba emocionado y lloroso.— La escolta, compuesta de seis ciudadanos distinguidos ha sido hallada. Los que la componían están tendidos en el techo de la casa del presidente o en los de los edificios cercanos y de los seis, cinco han muerto ya, y el sexto morirá antes de la tarde. Fué él quien me enteró de como se realizó la emboscada.

—¿Cómo fué? — preguntó Paneur.

—Parece que un grupo de videri debió burlar a nuestros centinelas durante la noche, aprovechando la oscuridad, y se ocultó en nuestra propia casa. La suerte les favoreció porque el presidente salió de casa antes de que se hubiera disipado por completo la oscuridad nocturna y los de su escolta fueron matados antes de que se dieran verdadera cuenta del peligro. El que está moribundo escapó a las bolitas de vapor pero chocó con uno de los secuaces de Agnoi al intentar salvar a su patrón. No es posible saber qué ha sido de esos canallas, pero tanto ellos como el presidente han desaparecido y deben hallarse fuera de los límites de nuestra ciudad.

Cuando Liarn terminó de hablar, Paneur se volvió hacia los consejeros.

—Poco nuevo es lo que nos ha traído el relato de Liarn, — dijo. — Debemos convencernos de que la irreemplazable inteligencia de nuestro presidente nos falta en el momento más grave. Lo único que podemos hacer es desear que se halle vivo y orar por que así sea. La audacia de Agnoi ha dado a los videri un temprano triunfo, pero nosotros hemos de pelear por la vida o la muerte de todos nosotros. — Se volvió rápidamente hacia los dos muchachos. — ¿Con qué derecho han entrado ustedes en esta sala, jóvenes viajeros? Muy importante tiene que ser la razón que les trae para haber venido en tales circunstancias y a tal hora.

—¡Lo es, señor! — dijo Sidney sin vacilación. — Hemos corrido peligro de muerte al entrar en Pelémone porque nos atacaron los videri, pero arriesgamos la vida porque queríamos traerles a ustedes un medio gracias al cual podrán salir victoriosos en todas las próximas batallas.

Paneur sonrió indulgentemente, como si hubiera oído una afirmación temeraria hecha por un niño.

—Siendo así, su intromisión es justificada. Pero ¿quieren ustedes decir de qué se trata?

—Hasta el presente y según he oído decir con frecuencia, se ha considerado indiscutible que toda persona a la que alcanzaba a dar en el rostro una de las bolitas de los tubos de muerte, muere irremisiblemente,— dijo Sidney, con lentitud. — Nosotros hemos descubierto un método con el cual el tubo de muerte resulta tan enteramente inofensivo que sus ejércitos podrán hacerle frente sin peligro de ninguna clase.

—Eso constituiría nuestra salvación. Pero nosotros conocemos bien el poder fatal del tubo y necesitaríamos que ustedes nos probaran la verdad de lo que afirman antes de creer en lo que en este momento nos parece imposible.

—Hemos venido precisamente para demostrar ante ustedes la veracidad de nuestras palabras. Los videri nos atacaron tanto a mi camarada como a mí a pesar de que cada uno de nosotros recibió lo menos veinte bolitas, ya ven ustedes que estamos vivos. — Sidney mostró entonces las rústicas caretas construídas por él. — Poniéndonos esto, señor, desafiamos a los videri, y como el tiempo es poco, le ruego que hagan todas las pruebas que quieran ahora mismo de modo que sus ejércitos puedan hallarse protegidos por caretas de esta clase antes de que los videri hagan su formidable ataque.

El Consejo de Cuatro examinó las caretas con grandísimo interés pero con visible incredulidad.

—Poca fe tengo en estos aparatos viajeros, pero como poco importa, en estas circunstancias la vida de un ciudadano más o menos, los pondremos a prueba.

Tim dirigió una intencionada mirada a su compañero al oir semejante revelación de como era la manera de sentir de los martianos.

—Usted no me ha entendido, señor Paneur, — dijo Sidney. — La eficacia de mi invento la probaré yo mismo. No tengo ni el más mínimo temor de que pueda fracasar y no he de pedir a ninguno de sus conciudadanos que haga lo que yo puedo hacer.

A Paneur no le impresionó la serena manifestación de Sidney.

—Muy bien, entonces. Vengan ustedes con migo. En caso de que les toque morir supongo que tanto usted como su compañero se darán cuenta de que la culpa no es nuestra, sino de ustedes.

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección at

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

La prueba de la careta inventada por Sidney dá excelente resultado y los sabios de Marte encuentran el modo de fabricar rápidamente cierto número de caretas protectoras.

No les habían recibido de modo muy cordial, pero los dos muchachos ocultaron su disgusto y fueron, junto con los miembros del consejo, al techo del edificio, en el cual, como en los de casi todos los palacios de la ciudad, había un hermoso jardín. Sin dar a Paneur ocasión de volver a hacerles manifestaciones como las anteriores, Sidney fué a un extremo del jardín, se puso la careta e hizo una seña a Tim. Este joven había pedido ya, y recibido, un tubo de muerte debidamente cargado, pero estuvo a punto de vacilar, al vèr las caras de los circunstantes.

—¡Fuego, Tim! ¡Fuego! — gritó Sidney.

Las palabras llegaron débilmente al oído de Tim pero éste, sin más vacilación, se llevó el tubo a los labios y al instante se vió una mancha, en forma de irregular estrella, sobre la tona de la careta de Sidney. en el medio de la frente.

—¡Buena puntería! ¿Eh? — exclamó Tim, encantado, mientras Paneur y los consejeros miraban con asombro y respetuosamente. — ¡Ahora, señores, para demostrarles que no hay error posible, voy a hacer varios disparos más!

Y rápidamente descargó tres bolitas más sobre la careta que tenía puesta su compañero sin que hicieran a éste más efecto del que le había hecho la primera.

Cuando Sidney se quitó la careta, los martianos le rodearon, dirigiéndole frases de entusiasta felicitación. La actitud de reserva y recelo que habían asumido antes habíase transformado en la del mayor entusiasmo. Paneur, especialmente, se dió cuenta en seguida de toda la importancia de la dramática escena que acababa de desarrollarse ante él.

—Viajeros, — dijo, — solicito de ustedes que perdonen mis anteriores dudas porque han justificado plenamente todo cuanto afirmaron y nós han demostrado que es verdad lo que nos parecía enteramente imposible. Ustedes me han manifestado que regresaron a Pelémone con el propósito de ayudar a los ciudadanos. ¿Querían decir con eso que ponen el secreto de ese invento que desafía a la muerte, a nuestra disposición?

—Ese es nuestro deseo, señor, — contestó Sidney. — Como usted ve, la idea no puede ser más sencilla: esta tela, que nosotros llamamos gasa, se interpone, en varios dobleces, entre los vapores de la bolita mortífera y la boca de la persona que tiene puesta la careta. La gasa se halla empapada con un líquido, que es una solución de varios productos químicos y que neutraliza por completo el efecto del vapor venenoso.

Dió, además, todas las explicaciones necesarias sobre la disposición y el funcionamiento de las caretas.

—Y ahora, señor, sólo falta equipar a tantos soldados como se pueda, antes del ataque de los videri. ¿Podrá usted proporcionarnos material parecido a este, para fabricar las caretas?

—Creo que sí. Pero mejor será que vengan conmigo al Colegio de Investigaciones donde podrá usted hablar con nuestros sabios. Allí tendrán ustedes excelentes colaboradores en las personas más sabias con que contamos aquí. Vengan ustedes.

Pocos minutos de vuelo fueron suficientes para llevarles hasta el edificio donde los cerebros privilegiados de Marte residían y trabajaban. Desde algunos puntos de vista, los jóvenes encontraron allí algo muy parecido a un laboratorio moderno de nuestro mundo, aun cuando muchos de sus instrumentos y utensilios les eran enteramente desconocidos.

Paneur les presentó a un martiano viejo cuya cabeza de ancha frente y cuyos brillantes ojos indicaban una viril inteligencia, aún cuando su juvenil desenvoltura era desmentida por las numerosas arrugas que le surcaban el rostro.

—Principal Bayn, usted sabe ya algo sobre estos visitantes procedentes de otro planeta porque oyó a uno de ellos hablar de Chérnurm, el mundo de donde han venido. — Explicó rápidamente la razón de su visita. — Usted comprenderá la vital importancia del invento con que este joven obsequia a nuestra ciudad. Ya se ha aventurado mucho en nuestro favor y les he prometido que usted y sus ayudantes les prestarían su concurso. Debo regresar al consejo para terminar la preparación de nuestros planes de defensa, pero dejo a estos jóvenes con ustedes, convencido de que comprenderá bien pronto que la salvación de Pelémone depende del concurso que ustedes presten a éstos jóvenes en la preparación y fabricación de su invento.

Después de retirarse Paneur no perdieron tiempo, aun cuando Sidney lamentó siempre no haber aprovechado aquella oportunidad para estudiar muchos de los misteriosos y maravillosos inventos que podía haber estudiado en aquella fortaleza de la ciencia martiana. Comprendiendo que en el momento más inesperado podía producirse el ataque violento de los videri, explicó lo mejor y más brevemente que pudo, los detalles de la careta protectora y el material que hacía falta para fabricarlas. Además entregó al "principal" Bayn una cajita, envuelta en tela impermeable y que contenía varios paquetitos con los diversos productos químicos empleados en saturar la gasa que neutralizaba los gases venenosos.

El profesor estudió la careta y examinó los productos químicos con muy especial cuidado. Después llamó a dos de sus ayudantes a los que explicó lo que deseaba.

—Usted, — dijo a uno de ellos, — llevará estos polvos que los viajeros han traído de Chérnurm y verán si es posible obtenerlos iguales en nuestro depósito o fabricarlos en seguida de algún modo. — Se volvió hacia el otro y le dictó una lista de los artículos que deseaba: — Usted me traerá o hará traer esto. — agregó.

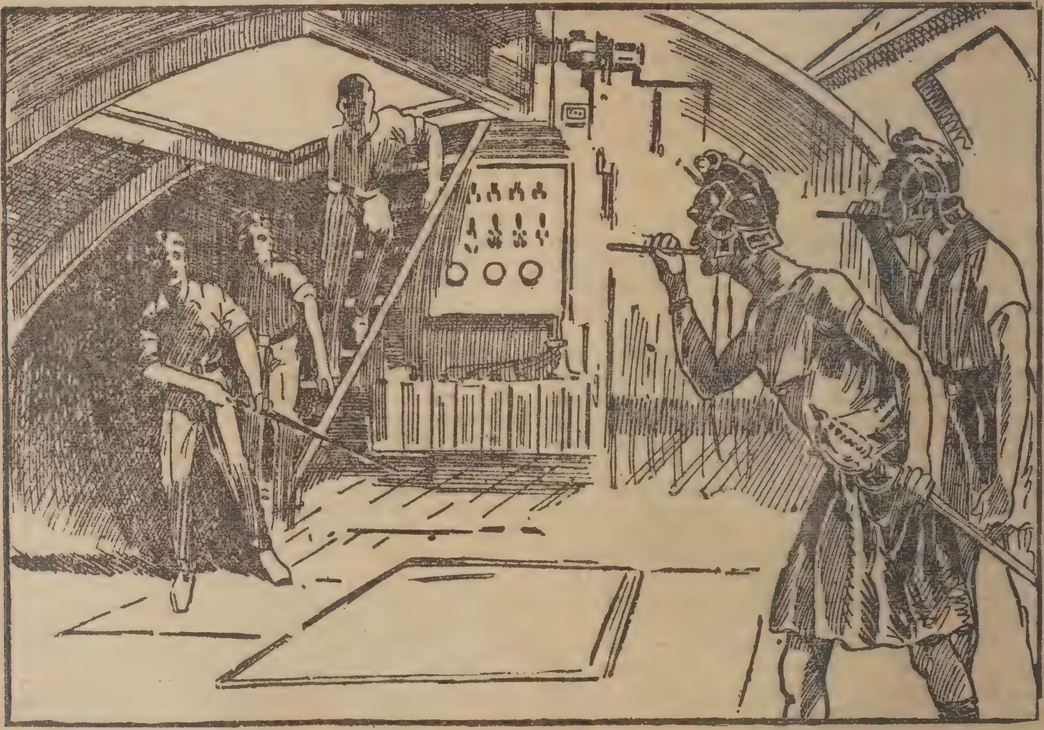
Sidney y Tim tardaron muy poco en hallarse trabajando, inteligentemente ayudados por el principal Bayn y sus dos auxiliares. Por fortuna los bien abastecidos depósitos del colegio proporcionaron todo lo necesario para la fabricación de las caretas protectoras. Una sola cosa les presentó verdadera dificultad. Este detalle estuvo a punto de hacer fracasar todo el trabajo porque resultó que en Marte no había gasa ni se sabía qué era. Durante un largo rato el profesor buscó en vano algo para sustituirla. Fué uno de sus ayudantes el que tuvo una idea salvadora.

—¡Forana! — exclamó de pronto el jóven. — ¿Por qué no prueba, con forana, profesor?

mento. Pero aquí la traen; vamos a ver ahora si sirve para lo que nosotros necesitamos.

Cuando la examinaron resultó ser una tela tan fina como la mejor seda de la India, suave y fuerte a la vez. De ella se desprendía un perfume muy agradable que, según dijo el profesor Bayn, era el de la flor que servía para fabricarla pues los tejedores martianos la manipulaban de modo que no perdía su aroma al ser transformada en tela. Las pruebas que hicieron justificaron la idea feliz del joven ayudante así que Sidney manifestó que servía perfectamente como sustituto de la ausente gasa.

El trabajo adelantó sin nuevos tropiezos pero de pronto su labor tuvo que ser suspendida porque habían llegado al fin de la



¡ATRAPADOS! Los tres amigos descendieron cautelosamente por la escalera que conducía al interior de Perla del Espacio. "Descansaremos una hora y luego regresaremos a Pelémone", — dijo Sidney.

"Aún no, amigos míos, todavía no y quizás nunca!" dijo una voz. Y los muchachos, sobrecogidos vieron a Agnol y Parlat que les apuntaban con sus tubos de muerte.

—Es posible que sirva para lo que deseamos, — dijo el profesor Bayn. — Podemos probar. ¡Vaya! ¡Tráigala!

—¿Qué es eso de forana, profesor? — preguntó Sidney, mientras esperaban el regreso del ayudante.

—Es una tela muy delicada que se fabrica con una flor de ese mismo nombre. Es una flor muy poco abundante y que no se encuentra más que en las regiones heladas. Cuanta tentativa se ha hecho para cultivarla en otra parte, ha fracasado. Es tan difícil de obtener que probablemente la cantidad que tenemos en el depósito debe ser toda la que hay en la ciudad, en este mo-

cantidad de forana que había disponible. Pero ya tenían más de treinta caretas completas. Cuando Sidney contemplaba con satisfacción el resultado del trabajo de toda la mañana el profesor se retiró del laboratorio porque entró un ayudante a llamarle. Poco después regresó en compañía de su amigo Zornul, el oficial que figuró al frente de la guardia de martianos que estuvo custodiando a Perla del Espacio durante algunas horas.

El joven oficial saludó a Sidney y Tim con una alegre sonrisa y manifestóse muy bien impresionado por la valentía demostrada por los muchachos en su regreso a Pelé-

mone. También les manifestó que agradecía como todos los ciudadanos la buena voluntad con que habían ofrecido su invento del que ya había oído hablar con elogio.

Paneur había comisionado a Zornul para que fuera al Colegio de Investigaciones con una misión de carácter militar.

—Así que volveremos a encontrarnos, jóvenes viajeros, — dijo, — y en muy extrañas circunstancias. El diputado Paneur me ha descripto su maravillosa careta y me ha enviado a enterarme del resultado de sus trabajos al mismo tiempo que para deciles que se acerca el momento decisivo.

—Este es el resultado de nuestra labor de esta mañana, — dijo Sidney indicando una fila de caretas, — pero hemos tenido que suspender el trabajo porque se nos ha terminado uno de los materiales indispensables para la fabricación.

—¿No puede usted inventar algo para sustituir ese material que falta, profesor?— preguntó Zornul, volviéndose hacia Bayn.

—¡Ustedes los jóvenes se imaginan que yo puedo inventar inmediatamente algo para sustituir a todo cuanto hay bajo el sol! — replicó el profesor. — Pero en el caso presente eso no es posible porque no se puede hacer forana imitada y todo lo que carezca de sus condiciones es inútil en esta ocasión.

—Poco importa, — dijo Zornul, aun cuando sin lograr disimular por completo su decepción. — Después de todo no importa gran cosa porque hemos recibido aviso de que los videri avanzan ya, en gran número y su trabajo corre peligro de verse interrumpido muy pronto por el enemigo invasor.

—Siendo así, me parece que de poco podrán servir nuestros esfuerzos, — dijo Sidney.

—Eso se verá más adelante. Nuestros ciudadanos les están muy agradecidos porque están al tanto de cómo lucharon anoche contra los videri. Ahora volveré al consejo y, con el permiso de ustedes, mandaré buscar las caretas inmediatamente.

—Pero ¿dónde entramos nosotros? — preguntó Tim, cuando Zornul se disponía a retirarse.

—¿Dónde entran? ¿No están ustedes dentro? ¡Dentro del Colegio de Investigaciones nada menos! — exclamó Zornul enteramente perplejo.

—Es que mi compañero suele expresarse con poca claridad, — dijo Sidney, sonriendo. — Lo que ha querido decir es que desea que se le designe un sitio en la fila de combatientes.

—¡Ah! ¡Ahora sí entiendo! — exclamó Zornul, aun cuando Tim no se explicaba por qué no había entendido desde el primer momento. — ¿Pero ustedes, viajeros, van a arriesgar la vida en una lucha en la que no puede importarles quién resulte vencedor?

—¿Que no nos importa? — exclamó Tim. — Yo, por mi parte, le debo una buena a Agnol y quiero pegarle puntualmente antes de retirarme de este planeta. ¡Aun me parece sentir los dedos de ese pillo en el cuello! Además no me gustaría no tener intervención en el fandango.

Tanto el profesor como el militar expresaron extrañeza porque no alcanzaban a comprender lo que decía Tim, pero Zornul debió colegir lo que el muchacho quería manifestar como lo demostraron las palabras que pronunció en seguida.

—Entonces, ¿está usted decidido a pelear contra los videri? — dijo.

—Estoy decidido, — contestó Tim, — y también lo está Sidney, según me ha parecido oirle decir.

—Siendo así, permítame que al aceptar su ofrecimiento les dé las gracias en nombre de la ciudad. Pero si ustedes van a venir ahora conmigo podríamos llevar entre los tres todas esas caretas, adelantando así bastante tiempo.

Se despidieron apresuradamente del profesor, el cual pidió a los dos jóvenes que le visitaran en momentos más tranquilos pues tendría mucho gusto en oirles hablar de las cosas de Chérnurm, el planeta de donde procedían.

—Ahora, amigos míos, — dijo Zornul cuando llegaron a la terraza de la casa donde se reunía el Yúmen, — primero voy a presentar mi informe al consejo y después vendré a proponerles a ustedes algo de importancia.

A los muchachos les llamó la atención el hecho de que el techo-jardín fuera empleado para que sesionara el consejo asistiendo a aquella sesión al aire libre un grupo de ciudadanos que eran, según lo averiguaron después los muchachos, los consejeros militares de Pelémone.

Zornul terminó pronto su informe y después de contestar a varias preguntas y de recibir nuevas instrucciones, saludó y volvió a donde estaban Sidney y Tim.

—Me han dicho que los videri han entrado ya en contacto con nuestras avanzadas aéreas y que los nuestros se han visto obligados a retroceder metódicamente hacia la ciudad porque el enemigo es sumamente numeroso. He propuesto al consejo, y mi propuesta ha sido aceptada, que se ponga a sus órdenes un grupo de escogidos. Esos serán los que usen la nueva careta y procederán enteramente de acuerdo con sus órdenes. Esa fuerza que usted dirigirá será considerada como una valiosa reserva de modo que no ha de entrar en acción hasta que se lo indiquen. En cuanto a armas, se les proporcionarán las que deseen, siempre que dispongamos de ellas. ¡Nónum!, — gritó, llamando a un joven de la edad de los dos muchachos, que respondió al llamado con vivacidad. — Usted se encargará de atender a estos buenos amigos y cuidará de que se les facilité todo cuanto puedan necesitar. Ahora, viajeros, recuerden ustedes que el destino de Pelémone ha de ser decidido por su reducido grupo.

Cuando Zornul se hubo retirado, Sidney sacó del bolsillo su navaja, la abrió y le mostró la acerada hoja al joven Nónun, preguntándole si en Pelémone había algo parecido a aquello. El joven, después de refle-

xionar un momento, se volvió de repente hacia la puerta de la escalera que conducía a los pisos inferiores del edificio, y desapareció.

—No es muy locuáz, — dijo Tim sonriendo, — pero parece haber dado con alguna idea feliz a juzgar por cómo se sonrió. ¿Qué será lo que nos traiga?

La pregunta tuvo inmediata respuesta cas y aun cuando eran casi todas distintas unas a otras, Sidney se consideró satisfecho.

—Alguna colección prehistórica, — dijo Tim, — pero yo me apodero de ésta. — Y empuñó una curva cimitarra que remolineó fieramente sobre su cabeza y después la examinó detenidamente. — ¿Pero qué vamos a hacer, Sid? ¿Qué espera realizar con

LA PARTIDA DE MARTE. Sidney movió la manija que ponía a Perla del Espacio en movimiento. Agnoi sonrió sarcásticamente. "Esperemos la partida", dijo "Ya hemos partido" dijo Sidney que descorrió los postigos de acero de la ventana del piso. Al ver a la ciudad de Pelémone a lo lejos, debajo de ellos, los martianos retrocedían asustados.

porque antes de que transcurriera un minuto Nónun apareció por la puerta de la escalera trayendo en brazos una extraña colección de espadas de acero de diversos anchos y largos. El joven martiano las había sacado de una panoplia y de una vitrina donde se guardaban como reliquias las armas usadas por los martianos en otras épo-

todos estos mohosos abre-latas, que supongo serán afilados?.

—Claro que sí. Esas mohosas espadas, que haremos afilar en seguida, servirán para vencer a Agnoi y a su gente con toda rapidez. Teniendo la careta puesta nuestra gente, no podrá usar el tubo de la muerte, así que he pensado dotarlos de un arma

nueva, o mejor dicho, vieja: la espada. Estas espadas, una vez bien afiladas servirán perfectamente para cortar las alas de los martianos que ataquen: y una vez hecho un corte en cualquiera de sus alas no hay martiano que se sostenga en el aire. Todos aquellos a quienes alcancen nuestras espadas, caerán al suelo desde gran altura y se matarán. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente. ¡Oh genial inventor extraordinario! — dijo Tim.

Empezaron a llegar los ciudadanos escogidos, de acuerdo con la promesa de Zornul. Se les explicó de qué modo debían ponerse las caretas y se les demostró como eran, ante ellas, ineficaces los tubos de muerte. Los ciudadanos mostráronse muy emocionados pero a los pocos minutos ya sabían todo cuanto necesitaban saber. Las armas blancas fueron debidamente afiladas y repartidas. No quedaba más que esperar con paciencia la orden de entrar en acción.

La horda de las caretas entra en acción y los videri no sólo experimentan una gran sorpresa. pues sufren una gran derrota en su ataque a Pelémone

Aun cuando el papel que les tocaba desempeñar era, por el momento, pasivo, el panorama que Sidney y Timothy contemplaban en aquel momento era maravillosamente impresionante y único. En la terraza se hallaban reunidos los miembros del consejo y sus consejeros militares, estudiando los últimos planes de la defensa, pero era más lejos donde estaba lo que les llamaba la atención.

En la ciudad reinaba el más completo silencio. En la terraza ese silencio no era interrumpido sino de tarde en tarde por alguno de los consejeros que alzaba la voz discutiendo algo. Mensajeros voladores llegaban y partían silenciosamente, a cada instante. Pero todo el aire, sobre la ciudad, estaba poblado de alados ciudadanos. No soplaba ni el más leve viento. El sol relucía sobre los techos de mármol blanco, envolviendo todo el ambiente en una extraña luminosidad.

—¿Dónde está situado el ejército de defensa Nónun? — preguntó Sidney en voz baja, como si temiera romper el silencio reinante.

—Allá, allá y allá, — indicó el joven, describiendo un círculo con la mano. — Se hallan en torno de nosotros, en las afueras de la ciudad y envuelven esta posición central en tres círculos de defensa.

—Pero, ¿por qué no avanzan fuera de la ciudad, al encuentro de los videri?

—¡Eso quisiera Agnol! — contestó el joven Nónun. — Nuestras fuerzas son numericamente inferiores a las de los videri y ellos avanzan, según se ha dicho, en tres diversas direcciones. Saben perfectamente que en este edificio están congregados los cerebros, dirigentes de la ciudad, así que este edificio es su principal objetivo. Debido a eso no nos atrevemos a disipar nuestras fuerzas en campo abierto y usted comprenderá la razón por la cual no queremos aventurarnos a salir de nuestro terreno. Por el momento nuestros tres ejércitos o círculos de defensa se hallan situados en las terrazas de los techos y nuestros puestos avanzados, compuestos de buenos elementos cuya misión es entretener todo lo posible a los atacantes, son los que, en estos momentos se ven obligados a retroceder ante el empuje poderoso de las grandes fuerzas del enemigo.

—Zornul dijo que nosotros éramos la última reserva, — dijo Tim, — ¿qué esperan que hagamos nosotros? ¿Cuál es nuestra especial misión?

—Es de suponer que el elemento inventado por ustedes sea utilizado como factor decisivo en el momento en que se vea flaquear alguna parte de los círculos de defensa ante el ataque de fuerzas enemigas de una superioridad numérica aplastante. Es de suponer que los videri, en gran cantidad, no tardarán en hallarse aquí.

—Ahora comprendo, — dijo Sidney.

—Pero mire, — prosiguió el martiano.— los voladores de las avanzadas se han visto obligados a retroceder y el primero de los círculos de defensa se eleva para entrar en combate.

Los dos jóvenes se quedaron mudos de asombro ante el dramático espectáculo que se desarrolló en aquel momento ante sus ojos. Aun cuando lejos de la posición que ellos ocupaban, la atmósfera era tan diáfana que pudieron distinguir a toda una multitud de pequeñas siluetas aladas que se dirigían hacia la ciudad, de todas partes, formando un enorme círculo. De pronto, cuando ese círculo disminuía de diámetro y volaba ya sobre los primeros edificios, la primera linea de defensa se elevó volando hacia arriba y hacia afuera yendo decididamente al encuentro de los invasores.

A la distancia a que ellos veían aquel memorable espectáculo, fué imposible darse cuenta con exactitud, del momento en que las dos fuerzas entraron en contacto; pero se pudo apreciar que una lucha a muerte se desarrollaba por el número de combatientes que caían girando, hacia el suelo, cada vez en mayor cantidad. El impresionante silencio que reinaba acrecentaba lo dramático de la escena. La batalla mortífera se desarrollaba sin las violentas explosiones, sin el humo, sin todo el fragor que tienen las batallas de nuestro mundo. Aquel espectáculo. a la luz de aquel sol luminoso, resultaba a los ojos de los muchachos algo parecido a una vista cinematográfica, silenciosa pero terrorífica.

Los videri intentaban aplastar a los ciudadanos con su superioridad numérica, pero éstos se defendían heróicamente. Al chocar con una resistencia tan enérgica, los atacantes volaban más y más arriba, procurando que quedaran debajo de ellos las fuerzas de la ciudad.

(Continuará)

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Arcángel Prezioso, Lugano, C. Federal. — Tomamos en cuenta lo que manifiesta respecto a la colección le Pucky que usted posee. Muy atinadas sus observaciones.

Luis Sapia. — Oportunamente se realizará esa idea.

Julio M. Bujan, Montevideo. — Esa novela se puede conseguir en cualquier librería, y hay ediciones baratas de la misma. No sería conveniente su publicación.

Tucumano. — Trataremos de satisfacerlo.

Eduardo Rodríguez, Rosario. — No tenemos la dirección del Sr. Rodolfo Argüello. Si él nos la facilita se la remitiremos con mucho gusto.

Un lector, Paraná.—Pucky magazine ofrece semanalmente, por solo 20 centavos, un material de lectura selecta que constituye la mejor colección de cuentos y novelas de género policial y de aventuras que se escribe en el mundo.

Delfor Schicker, Rosario.—Por el momento no podemos aceptar su gentil ofrecimiento.

Luciano Zocola, Santa Fe.—Hay interés por los Nos. 1 al 13 y 25 al 36. Envíe condiciones.

Lectora de Pucky, Lanús.—Nos hemos dirigido a la interesada dándole su dirección.

Juan J. Simeón, Galvez. — Si no podemos dar la obra que Vd. desea publicaremos otra de la misma índole que le va a agradar mucho.

Jorge Bagrone y S. A. Singer, Rosario. — Tomamos nota de su pedido.

Capitán Bo, Montevideo. — Gracias por sus expresivas felicitaciones. Haremos lo posible por satisfacer sus deseos.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países	12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.

El del carrito.—A mi me gusta venir por aquí a respirar el aire puro que hay en estos sitios.

El otro (distraído).—¡Ya, ya! Y a estirar las piernas, ¿eh?

Durante el entierro del viejo y rico Wormer. un mendigo daba tales muestras de dolor, que todos los presentes se sentían conmovidos. El rabino se acerca a él y le dice:

—Haces bien en llorar a Wormer, Isaac. Pero cálmate. ¿De qué sirve llorar? Después de todo. tú no perteneces a su familia.

—¡Por eso lloro así. señor rabino.

En la audiencia:

El presidente del tribunal

—¿Qué edad tiene usted, señora?

La testigo vacila.

El presidente. — Tenga usted prisa en decirlo, pues cuanto más tarde lo diga, más edad tendrá.

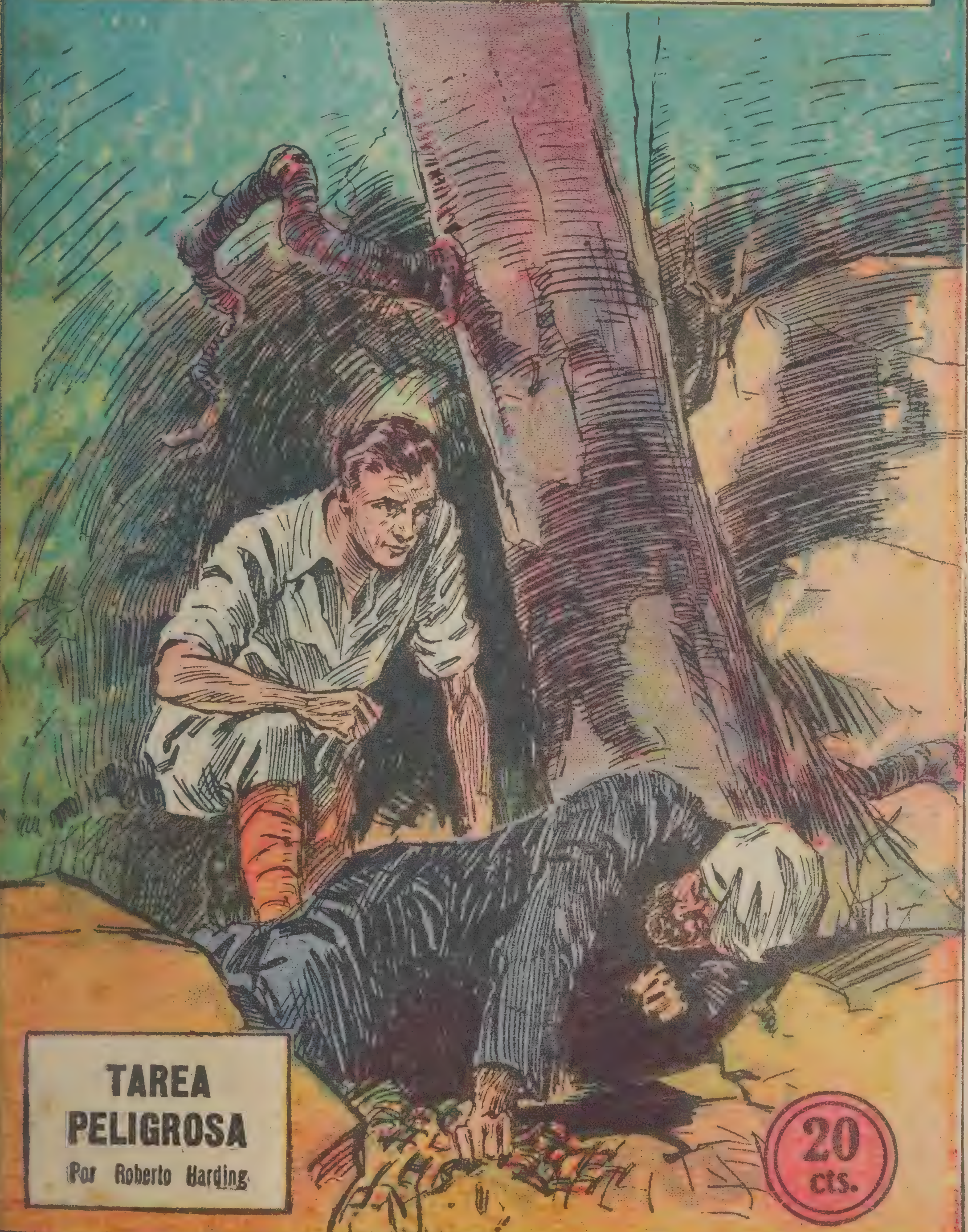
MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
¡ESTO ES ESCANDALOSO, FAGIN! ¡DESPUES DEL GRAN PASO DADO EN EL CAMINO DEL BIEN, VOLVER ATRAS ROBANDO BOTELLAS DE LECHE. ¡ES VERGONZOSO!
CHE, YO NO TENGO REMEDIO. ESTOY DEMASIADO PERVERTIDO
¡LIMPIAR EL PAVIMENTO! ¡ANDA A BAÑARTE! ¿QUIERES PEDIR LIMOSNA COMO ANTES?
¡NO! ¡NO! Y ¡NO! SI NO QUIERES SER HONRADO, SIGUE TU CAMINO. ¡YO VIVIRE MI VIDA!
TENGO QUE VER DONDE ENCUENTRO TRABAJO. . . Y A ESE POBRE FAGIN, ¡QUE DIOS LE AYUDE!
CLUB DE BASEBALL
¡ZAS! ¡QUE GOLPE EN EL MATE!
ES UNA PELOTA NUEVA. VOY A DEVOLVERLA AL CLUB
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserve
ESTA PELOTA DEBE SER DE AQUI. ¿NO?
SI, PASE, ASI VERA EL PARTIDO
DIGA, ¿NO LE GUSTARIA SER LA MASCOTA DE ESTE CLUB?
CARAMBA. ¡QUE IDEA! ¿MASCOTA?
DE BECK

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 357
Agosto 1
de 1930



TAREA PELIGROSA

Por Roberto Harding

20 cts.

La calvicie incurable o el remedio de un célebre especialista de belleza.

Levy llega al café muy excitado.

—¿Qué tienes, Levy? Parece que estás nervioso.

—¿Cómo quieres que no esté nervioso con una mujer como la mía?

—Pero, hombre, ¡si tu Rosalía es tan amable!

—No digo lo contrario. Pero siempre me está pidiendo dinero.

—¿Para qué?

—Eso digo yo; gracias que, como dárselo, no se lo doy nunca...

—Sí, Salomón; hay que aceptar ese casamiento. Te aseguro que Rebeca Hirschfeld es bellísima. Es la mujer que necesitas.

—Bueno, bueno... Pero ¿cuánto tiene?

—¿Cómo?

—¿Cuál es su dote?

—Cincuenta mil pesos, si su padre no se declara en quiebra.

—¿Cómo que si no se declara en quiebra?

—¡Ah, qué poco perspicaz eres! Es que, si se declara en quiebra, la dote será de cien mil pesos.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 357. -- AGOSTO 1°. DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

TAREA PELIGROSA

Por ROBERTO HARDING

PELEA EN LAS MONTAÑAS

¡DESPIERTESE, Sahib, despiértese!

Un viejo leñador, de rostro flaco y marchito, miraba hacia afuera por la tosca abertura cuadrada que hacía las veces de ventana. Algo que vió lo hizo volverse rápidamente y dirigirse con andar felino hacia una pila, larga y abultada, de frazadas marrones que había en un rincón de la cabaña.

Después de varios segundos de tímidas sacudidas, la pila empezó a moverse. Primero aparecieron dos brazos, desnudos y musculosos, luego las frazadas se levantaron como una ola marrón exhibiendo en su cresta una cabeza despeinada de cabellos obscuros, con ojos adormilados y picarescos, que parpadearon ante el ahumado farol a kerosene que había en el centro de la habitación, sobre el piso cubierto por una estera.

—¿Qué pasa? — preguntó el dormilón, desperezándose como un gran perro — ¿Está pronta la cena, Juhu? — añadió dirigiendo una mirada al fuego de leña que ardía en el fogón y de donde partía un olor que le hizo dilatar las narices.

—Si, Sahib — contestó el leñador — Los "chuppaties" están casi fritos y en cuanto a las perdices...

—¡Hurrah! Voy a dormir otros cinco minutos — dijo Timber, metiéndose entre mantas otra vez. — Creí que le había dicho — reprochó su voz ahogada — que si había venido a visitarlo, interrumpiendo mi viaje hasta la Frontera donde el coronel reclama mi presencia era porque deseaba disfrutar de unas cuantas horas de... sólido... sueño.

—¡Pero Sahib Timber!... — empezó Juhu, sacudiendo otra vez la forma adormilada— hay una pelea afuera, en las montañas.

—¿Eh? ¿Cómo?

Esta vez las frazadas saltaron hasta el techo y en un abrir y cerrar de ojos, Timber se dirigió hacia la ventana.

—¡Mire... allí! — exclamó prontamente el leñador, señalando con su delgado y moreno dedo — Muchos puntos... Mucha gente.

Timber no contestó; pero se puso a observar las montañas ya casi envueltas en la noche.

La cabaña estaba situada, como un nido, en una ladera casi perpendicular de la montaña; daba a un gigantesco barranco, cuyo fondo, sembrado de árboles, apenas se distinguía entre las sombras de la noche. Del otro lado de este barranco se levantaba otra montaña, cubierta de árboles, tan colosal que su cresta parecía atravesar el cielo de terciopelo obscuro, tachonado de estrellas.

El viento gemía entre los escasos arbustos que rodeaban la cabaña; pero no era suficientemente fuerte para ahogar otro ruído más bronco que llegaba a los oídos atentos de Timber.

El hombre del Servicio Secreto vió que el dedo de Juhu indicaba un sitio en la opuesta montaña, donde los árboles estaban más espaciados y donde pequeños puntos negros se movían hacia un cinturón más espeso de bosque. Como Juhu había dado la dirección y el viento soplaba hacia la cabaña, Timber no tuvo dificultad en relacionar aquellos ruídos que oía con los puntos que se movían como hormigas.

—Parece que la cosa es seria — observó — Dirigióse a donde estaba su saco, colgado de un clavo oxidado, y metiendo la mano en los bolsillos extrajo un par de anteojos. Volviendo apresuradamente a la ventana, enfocó los puntos. ¡Ah! ¡Ah! Están jugando a un juego que acostumbrabamos en la escuela "Tocado". No, usted no lo conoce.

Es como tratar de ver pescado en agua barrosa, Juhu — continuó — Sin embargo, las hormigas han crecido un poco. Ahora son hombres grandes. Todavía esquivan el cuerpo... ¡Ah! esto es mejor.

Sobre un pico, al este, se levantó una luna redonda, de marfil, inundándolo todo prontamente con sus rayos.

Los picos brillaron como grandes campanas de plata; las laderas ostentaban retazos de luz y sombra y los barrancos ondulaban como un mar al viento, mientras los árboles se adornaban con rayos de luna.

El sitio hacia donde miraba Timber estaba ahora tan claro que hasta podían verse las sombras proyectadas en el pasto.

—Ahora podremos ver quien es que anda de paseo tan tarde — dijo riendo — ¡Hum! ... uno, dos, tres, cuatro, cinco lindos viejos afganos y uno... dos... no se qué. No puedo distinguir sus trajes. De todos modos, son indígenas.

Apoyó los codos en el tosco antepecho y se inclinó hacia adelante.

—Esto es una pantomima, Juhu — observó — Están peleando como locos ahora. Dos contra seis, ¡Ah!... uno de ellos rueda por la montaña. Es un afgano. Ahora han atado a los otros dos y se los llevan cuesta arriba.

De pronto agarró al viejo leñador por el brazo.

—¡Venga! — dijo — El afgano habrá dejado de rodar ya y se por pasada experiencia que no siempre se muere de una rodada de la montaña. Quizá el hombre pueda decirnos de que se trata. Me interesa.

Pero Sahib, Sahib! — gimió el viejo, indicando con su cabeza el fogón, mientras se sentía arrastrado hacia la puerta — ¡La cena! Los chuppaties se quemarán y las per...

—¡Ja! ¡Ja! — fué la alegre respuesta — Venga, glotón. No piensa usted en nada más que en su estómago.

En poco tiempo los hombres descendieron tanto el sendero cubierto de pasto y resbaladizo de la montaña, que la vieja choza quedó oculta a la vista por un cinturón de abedules enanos.

Ante ellos se extendía ahora el sombrío barranco por donde se metieron rápida y silenciosamente, hasta que el suelo empezó a formar pendiente brusca otra vez, sembrada su superficie por rocas cubiertas de musgo. Entre ellas crecían abedules cuyas raíces salían del suelo y se extendían como sinuosos gusanos negros. Fué entre éstas que Timber empezó a buscar, caminando de un lado para otro, hasta que al fin algo que vió al pié de un árbol lo hizo detenerse, y doblar una rodilla.

Un afgano yacía caído contra el tronco del árbol.

A través de la morena frente tenía una mancha rojo-obscura; le faltaban algunos dientes y sus ojos estaban cerrados.

—Pegó contra este árbol — dijo Timber, al salir Juhu de las sombras — No, no está muerto. Si lo llevamos a la cabaña quizá podamos salvarlo. Pero...

Se interrumpió y tocó un chal a cuadros que el hombre desvanecido tenía entre sus dedos. Con la cabeza ligeramente inclinada miró pensativo la parte de bosque donde sabía que se habían ido los otros montañeses.

—Este chal de la cabeza — observó por fin el hombre blanco — pertenece a Gamti Bux, un "gujjar" (pastor nativo) que vive en la aldea de Lamu, camino de Simla. Yo le pedí una vez que me hiciera un encargo y éso lo puso tan orgulloso que fué a Simla y se compró esto en un bazar. Ha sido motivo de muchas bromas entre los "paharis" desde entonces.

Es evidente que Gamti Bux empujó a este tipo, montaña abajo y él lo hubiese acompañado a no desprendérsele el chal de la cabeza. ¿Qué quiere decir esto? se preguntará usted, Juhu. Bueno, Gamti está muy enterado de las costumbres de los sahibs. Quizá nuestros amigos "afridis" desean enterarse de algo que él sabe ¿Mallum? (Entiende?).

—Si, Sahib. Se refiere usted a la pelea de hace poco.

—Efectivamente — convino Timber levantándose, con el hombre atravesado sobre sus anchos hombros. Tengo que hacer una pequeña tarea, Juhu — anunció — una de esas que se presentan mientras uno está empeñado en otra más grande.

Llevaré a este hombre a su cabaña, comeré unos cuantos de sus excelentes panqueques y luego, amigo mío, lo dejaré solo con este caballero.

Los ojos negros de Juhu se abrieron aún más grandes; pero conociendo las maneras de Timber nada dijo y lo siguió a la cabaña, esperando nuevas órdenes.

Las palabras de Timber brotaban breves y bruscas mientras caminaban.

—Ante todo avisaremos al doctor — dijo — Luego, con su permiso, yo atenderé a las necesidades de mi estómago. Puede ser que pase algún tiempo antes de que pueda volver a regalarme con sus grasientos "chuppaties" y las perdices asadas. Luego lo

dejaré al cuidado del paciente, quien quedará atado por si se mejora y quiere ocasionarle molestias. Uno nunca puede saber...

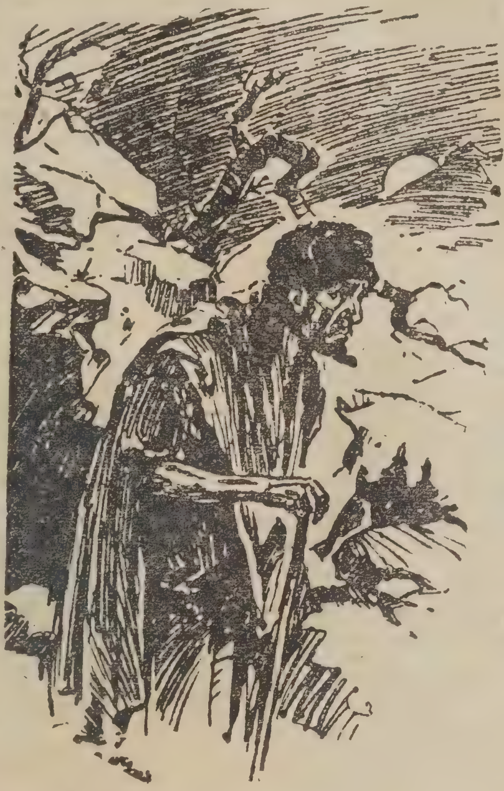
Y no volveré a verlo a usted hasta dentro de una semana o cosa así; quiero que vigile cuidadosamente a este hombre hasta el amanecer. Al rayar el día, viejo, tenga la bondad de vendarle los ojos al afgano, conducirlo bien lejos de la cabaña y dejarlo perdido. Cuando el se saque la venda de los ojos, usted estará escondido detrás de algo. ¿Comprendió bien eso?

Juhu, que jadeaba procurando seguir los largos pasos de Timber, solo pudo contestar moviendo afirmativa y vigorosamente la cabeza, envuelta en un destrozado turbante.

EL ZORRO CIEGO

Como a seis millas al norte de la cabaña de Juhu, había un pequeño valle rocoso, encajado entre dos enormes montañas, como si algún poderoso gigante hubiese realizado un terrible trabajo de pala. Era tan estéril, tan desolado y salvaje que sólo lo más resistente de la flora crecía allí; y estaba tan sembrado por rocas y piedras agudas que cualquier viajero lo hubiese declarado impracticable.

Cuatro horas después de haber regresado Timber a la cabaña con el afgano desmayado, una extraña figura de hombre apareció en la boca obscura de una cueva, en lo más profundo del valle.



Una figura extraña aparecio en la boca de la caverna.

Su encorvado cuerpo estaba envuelto en ropas obscuras. Caminaba inclinado sobre un palo corto y su cabeza estaba echada hacia adelante como la de un buitre en acecho. Un rayo de luna iluminó su rostro que era el más extraordinario que imaginarse pueda. Un gorro de piel negra cubría su cabeza, sus orejas eran tan largas y grandes, su nariz tan chata y gorda, su obscura barba tan puntiaguda que se asemejaba a un zorro.

Cuando algo se movía en el valle, la cabeza se inclinaba aún más hacia adelante.

Las narinas temblaban como si olfatearan algo y tan rápido era el movimiento de la cabeza que las largas orejas parecían erguirse como las del zorro y permanecían extrañamente tiesas como hipnotizadas por el sonido distante.

—¡Ohe!... — llamó con voz delgada y chillona — ¿Eres tú, Ghulib Khan?

—¡Ohe On el Hari! — contestó alguien en la noche. Y descendiendo por la ladera de la montaña aparecieron unas formas obscuras, una de las cuales se acercó al solitario morador de la cueva y después de saludarlo gravemente le tocó la mano.

—Ghulib Khan se ha estrellado los sesos en una caída, oh Zorro Ciego de las montañas — murmuró el afgano — Cierto es que lo vimos rodar cuesta abajo; pero no pudimos recoger su cuerpo porque los paharis — medio se dió vuelta hacia el resto del grupo que había formado círculo alrededor de los dos cautivos — los paharis, que están ahora delante tuyo, oh Poderoso, ofrecieron obstinada resistencia.

—¡El qué, Zored Alí—gruñó el viejo— ¿Has traído a los paharis? ¡Hum! ¡Mandé contigo seis hombres para traer a estos dos y pudieron pelear y hasta matar a Ghulib Khan, mi mejor guerrero!

Se dió vuelta con una fiera exclamación de disgusto y se alejó tambaleándose hacia la obscura entrada de la cueva, golpeando el suelo con su bastón.

Los otros lo siguieron lentamente.

—Tú tienes corazón de conejo — gruñó El Harí, mientras los hacía entrar por la boca de la cueva y los guiaba por un angosto pasaje hacia donde un círculo de luz amarillenta brillaba frente a ellos. Te he llamado guerrero, te he elogiado por tu valor y te he dado hombres valerosos para que fueran mis guardias de corps.

Seis contra dos ¡Bah! Tu sangre es agua ¿Cómo cayó Ghlib Khan?

—Fué empujado, oh Señor.

—¿Por uno de los cautivos?

—Sí, Amo.

El Harí lanzó otra exclamación salvaje y habiendo llegado a una abertura pasó a la pequeña caverna, profusamente iluminada por una gran lámpara de plata, que colgaba, por una cadena del mismo metal, del techo de roca.

La caverna no tenía demasiadas cosas; pero lo que había allí era bueno.

Pieles de oso pardo, de zorro plateado, de chacales y de lobos de la montaña estaban clavadas contra las paredes circulares de roca.

De una de las paredes sobresalía la cabeza de un gigantesco "barahsingh" (ciervo de doce cuernos) en cuyas poderosas astas estaban colgados rifles y largos cuchillos curvos, desenvainados.

Debajo de esto, en el suelo lujosamente alfombrado, había un sofá macizo, cubierto por grandes pieles de oso, en el cual dormían dos grandes perros negros.

Al entrar El Harí, los perros se pararon, se estiraron perezosamente y se acercaron a su amo, acariciándoles las manos con sus hocicos.

Parecían muy contentos, movían las largas colas y lanzaban gruñidos de placer, mientras se frotaban contra las piernas del ciego que se dirigía al sofá. Pero cuando con misterioso instinto, el ciego extendió la mano para alcanzar una bolsa de cuero que pendía de las astas altas del "barahsingh" y extrajo de ella dos conejos muertos que arrojó a los animales, estos se precipitaron hambrientamente sobre el alimento. Luego, el crugido de los huesos, el relucir de los amarillentos colmillos y sus ojos inyectados de sangre cuando contemplaban a los dos cautivos revelaron que los corazones de los perros eran tan salvajes como su apetito.

Los afganos no hicieron caso de los perros, ocupándose en atar a los cautivos de pies y manos con largas cuerdas. Sabían que era costumbre de El Harí ocuparse primero de sus bestias que de sus hombres. Sabían también que un conejo a cada uno no aplacaría su apetito y que, por el contrario, excitaría su sed de sangre. El afgano ciego no tendría más que decir una palabra y los infortunados prisioneros serían hechos pedazos.

Quizá los cautivos se daban cuenta de esto: quizá el brillo salvaje de los ojos de los perros les reveló, de algún modo horrible e inhumano, el destino que les esperaba; quizá las leyendas que habían oído alrededor del fuego de leña de la aldea, sobre la astucia del Zorro Ciego de la Montaña y la ferocidad de sus perros salvajes, los aterrorizaron, porque doblaron las temblorosas rodillas, exclamando con voces fuertes, quejumbrosas:

—¡No sabemos nada, Oh poderoso!

Con una risa horrible el hombre de cara de zorro se dejó caer en el sofá.

—A menos que la memoria os vuelva para el amanecer, oh hijos del estercolero — dijo amenazándolos con el índice — el desayuno de mis peros está asegurado. Estoy cansado ahora, si no os arrancaría todas las noticias que tenéis sobre los sahibs blancos.

Se levantó ligeramente para dirigirse a un nativo sucio, con la cabeza descubierta, cuyos dientes castañeaban.

Tú — gruñó — fuiste a Simla para desempeñar una comisión del Vigilante de la Montaña. ¿No sabes que mis espías tienen ojos y oídos para todas las cosas? A no ser que para el amanecer me contestes a todo lo que tengo que preguntarte sobre las costumbres de los sahibs blancos...

Sus palabras terminaron en una risa cascada áspera; luego empezó a arreglar sus mantas para dormir.

—Id a comer — ordenó a sus hombres — Y tú, oh Zored Alí, vigila a los cautivos, hasta la aurora, desde tu rincón junto a la puerta. No se nos escaparán. Mis perros han gustado sangre.

Iba a cubrirse con las mantas, cuando resonó ruido de pasos en el tunel. Los perros se levantaron gruñendo, con el pelo erizado. Mientras El Harí se incorporaba sobre el codo, ordenando a las bestias que estuvieran quietas, un afgano con la cabeza y el cuello envueltos en un turbante manchado de sangre, entró tambaleándose en la caverna y se arrojó delante del sofá.

—¡Oh Gran Amo! — exclamó — Yo Ghulib Khan, tu siervo, sufrí una caída. Pero por la misericordia de Allah el Grande..

—Ya se, rata de piernas flojas — chilló el otro — ¡Seis contra dos! — dijo irónicamente — Y uno de ellos te hizo rodar montaña abajo...

—Perdí pié, mi amo — dijo el hombre postrado, tratando de excusarse.

—¡Ba! Tu lengua es tan torpe como tus piernas. Sin embargo, me alegro que no hayas muerto. Porque ya que vales tan poco, custodiarás a los cautivos hasta la aurora. Zored Alí, mi fiel siervo, puedes irte a descansar. Ghulib Khan queda a tus órdenes.

Diciendo esto, El Harí se acomodó entre sus pieles.

Sus partidarios se dirigieron apresuradamente a un rincón de la caverna, donde había abundancia de pieles y no tardaron en quedarse dormidos.

Ghulib Khan, después de bajar la luz a la lámpara, dirigióse silenciosamente hacia donde estaban los cautivos con aire abatido, en cuclillas contra la pared y, juntando algunas mantas, hizo con ellas un montón y se sentó para empezar su vela.

EL CENTINELA AFGANO

Durante algunos minutos permaneció sentado como una estatua, con los brazos cruzados sobre sus rodillas. Sus ojos vagaban perezosamente por la caverna. Ya empezaba a oírse un coro de ronquidos en la región ocupada por los guardias de corps; la respiración de El Harí era baja y regular; los perros habían hallado al fin un sitio donde acomodarse, habían lanzado gruñidos de contento y se quedaron dormidos tan profundamente que ni aun el soñar con una montaña de huesos podría despertarlos.

El centinela parecía mirar todo esto con una especie de humorismo, porque sus ojos obscuros empezaron a brillar. Pasaron largamente los minutos y el sueño de los dormidos era cada vez más profundo.

Poco después el ruido de murmullos bajos e irregulares lo hizo mirar a los dos prisioneros que, acurrucados juntos, ofrecían un cuadro lamentablemente desesperado. No se movió, sin embargo, porque hablaban en

voz demasiado baja para que pudiera entender lo que decían; en vez de eso inclinó la cabeza sobre el pecho para que, creyéndolo dormido, se animaran a hablar más fuerte.

Uno dijo:

—La aurora se acerca, hermano ¿Por qué hemos de morir por los sahibs blancos? Yo hablaré, oh Gamti Box.

—No. — dijo el otro — No debemos hablar.

—¿Por qué? Si seguimos guardando silencio, los perros nos devorarán.

—Así es, oh hermano, pero Allah maldecirá a nuestras almas si traicionamos a los sahibs blancos. Yo no se; no comprendo. Sin embargo, el que salvó una vez mi vida

las cuerdas que sujetaban a la espalda las muñecas del montañés.

—Cortad el resto vosotros mismos — les ordenó despacito en el dialecto de la montaña y dejando caer el puñal en el regazo de Gamti.

—¡Pronto ahora! — añadió mientras se interponía como un gigante grotesco entre ellos y los perros dormidos — Arrastraos fuera de aquí como serpientes, cuando estéis libres.

Aunque los montañeses estaban sorprendidos, el instinto de conservación fué más poderoso que el asombro rápidamente cortaron con el puñal sus ligaduras.

—¿Quién eres tú? — preguntó nerviosamente Gamti Box, deteniéndose una fracción de segundo para mirar la ancha espalda del centinela.

Al saltar los perros hacia adelante, dos tiros resonaron como cañonazos en el reducido espacio.

dijo que era bueno reírse de la muerte; pero malo, muy malo, tener miedo. Dijo que Allah daría grandes recompensas a los valientes

—¿Quién era él?

—El Vigilante de las montañas.

—¡Ah!...

Gamti Box no pudo distinguir si aquella exclamación la había lanzado su compañero o el centinela. Miró a su rededor, contemplando curiosamente la forma obscura del centinela afgano. Porque aquel personaje, mientras ahogaba un pesado bostezo con la mano izquierda, había sacado con la otra un pequeño puñal de entre los pliegues de su chaqueta de piel. Un instante después se puso de pié y con sorpresa de Gamti cortó

Antes de que pudiera obtener respuesta, el puñal, debido a su momentánea distracción, se le escapó de la mano y su punta, al pegar en el suelo de roca, produjo un ruido metálico.

Tan crítico fué el momento que sus corazones casi cesaron de latir. Una cosa comprendieron, sin embargo; hubiera o no el ruido despertado a los perros, estaban libres, libres para intentar una desesperada fuga.

Como asustados ciervos de la montaña, se pusieron en pié de un salto y se lanzaron atropelladamente por el pasaje obscuro hacia el aire libre.

En aquel breve espacio do tiempo, los perros habían levantado recelosamente las cabezas y gruñían de un modo tan amenazador que el centinela sacó de adentro de su chaqueta de piel un pequeño revólver automático.

Movióse lentamente hacía la puerta, mientras los perros, comprendieron que su desayuno había desaparecido, gruñían ferozmente y saltaron hacia adelante enseñando los colmillos.

Siguieron dos detonaciones que retumbaron como cañonazos en el reducido espacio, gritos de sorpresa de los guardias de corps bruscamente despertados y que vieron, por el breve espacio de un segundo, a un colosal gigante extender su mano hacia la lámpara, arrancarla de sus cadenas de plata y tirarla contra el suelo.

Reinó una confusión espantosa hasta que se encendió una cerilla. El débil resplandor mostró a El Harí aterrado, junto a su cama, a los dos perros muertos sobre la alfombra y a los hombres mirando con ojos asustados hacia la entrada de la caverna. ¡Porque no solamente habían desaparecido los dos cautivos si no Ghulib Khan, el centinela!

Pocos minutos después El Harí se había repuesto suficientemente del pánico para lanzarse detrás de sus hombres, que habían corrido a la puerta de la caverna.

Allí se detuvo, apoyado en su bastón, sintiendo el aire fresco de la mañana abanicarle el rostro. Luego unos dedos temblorosos se agarraron de sus ropas y una voz trémula exclamó.

—Ghulib Khan, tu siervo, implora tu perdón, Oh Zorro Ciego de las Montañas. Sí, digo la verdad, Gran Señor. Es Ghulib Khan quien habla.

Sufrí una caída, amo, y al caer pegué contra un árbol, de modo que la obscuridad me rodeó. Cuando recobré el conocimiento estaba en una cabaña débilmente iluminada y dos hombres vendaban mis heridas. Vi que estaba vestido de pahari (labrador) y mi traje lo tenía puesto uno de los que me cuidaban.

Nuevamente me venció la debilidad, oh Poderoso. Al despertarme me hallé nuevamente en la cabaña, vigilado solamente por uno... el leñador. El otro hombre se había ido. El leñador me dió de comer, me vendó los ojos y me hizo caminar.

¿Dónde? preguntarás Grandeza. Por la ladera de la montaña y a través de barrancos. Caminar, caminar, hasta que al fin comprendí que estaba solo. Me arranqué la venda que cubría los ojos y no ví a nadie. El que me condujo, había desaparecido. La cara de zorro de Harí tomó expresión sombría.

—¿No reconociste al perro que se había puesto tus ropas?

——Sí, oh poderoso, — contestó el hombre — Era el Vigilante de la Montaña.

FIN

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

LOS MELLIZOS VENGADORES

Por

JOHNSTON Mc CULLEY

Dos campanadas sonoras interrumpieron el silencio. Provenían del gran reloj ornamental situado en un rincón del living room, en el departamento ocupado por Pedro y Pablo Selbon, conocidos por los mellizos vengadores. Eran las dos de la tarde de un esplendoroso día al que ni un dispéptico o gruñón crónico podría hallarle falta.

El reloj era una reliquia de los prósperos tiempos en que los Mellizos Vengadores habían vivido en Sud América y hecho fortuna peleando con la astucia de los nativos de la selva y contra los ardides del hombre blanco.

Y ahora, al dar la hora el reloj, Pedro Selbon dejó el libro que había estado leyendo y Pablo tiró a un lado su revista. Ambos contemplaron el reloj, bostezaron y luego se miraron el uno al otro sonriendo.

Sonreían porque tenían treinta años y estaban llenos de vida y ambición, a pesar que las últimas cuarenta y ocho horas habían sido para ellos desastrosas.

Cuarenta y ocho horas antes poseían una respetable fortuna. Tenían cuenta en los bancos, acciones y certificados, eran propietarios de la casa de departamentos donde vivían. Ahora poseían entre los dos, unas doscientas libras en el banco, ni acciones ni certificados; la casa había sido vendida para pagar deudas de negocios; lo único que les quedaba era el alquiler libre de pago por un año.

Sonrieron; pero sus sonrisas hubieran dado que pensar a sus enemigos. Había en ellas una expresión que no era humorística.

—¡Las dos — dijo Pedro Selbon, como si revelara al mundo un importante secreto.

—Y las cosas no marchan del todo bien — añadió Pablo Selbon, **sonriendo nuevamente** a su hermano e inclinándose hacia adelante para cargar su pipa y encenderla. La tormenta ha terminado, Pedro. Podemos recobrar el aliento. Es tiempo de levantarnos y andar, por decirlo así. Nos han embromado...

—¡Lindo! — agregó Pedro.

—Y las cosas se han hecho de tal manera que no podemos probarlas ante los tribunales. Por manera que...

—¡Linda la fracesita!

—Sí, acabo de encontrarla en una revista. Por manera que, como te iba diciendo, cuando fuí brutalmente interrumpido — lo que nos incumbe...

—Otra excelente palabra.

—Sí — dijo Pablo — Lo que nos incumbe hermano mío, es... es... equilibrar la balanza.

—Hablando en plata, sin "por maneras que" ni "incumbencias", lo que necesitamos es vengarnos.

—Tu lo has dicho. Necesitamos venganza y... dinero. El dinero es una maldita molestia; pero necesario, lo mismo que el alimento y el baño. Resumiendo: volvimos de Sud América cuando nuestro tío, Ellis Selbon, murió. Nos encontramos con que había sido llevado a la ruina por los Poderosos Seis, la media docena de hombres más importantes de la ciudad. Nos vengamos, Pedro, ¡Ciertamente nos vengamós!

—Lo hicimos — afirmó Pedro — A pesar del poder e influencia de los Seis y de que el famoso detective Milton Griff trabajaba para ellos, despojamos a los Poderosos Seis a un tiempo y dimos lo obtenido para obras caritativas.

—Sí. Y luego nos permitimos vegetar, por decirlo así. Nos dormimos. Olvidamos que los Seis no se detendrían hasta que pudieran vengarse de nosotros. Y les llegó su turno. Pedro... estamos arruinados.

—Lo estamos — convino Pedro.

—Ha sido un trabajo sucio, subterráneo. Y es obra de Darton Trede.

—Darnton Trede, el millonario menos escrupuloso del mundo de los negocios fué sin duda el brazo que obró; pero los Poderosos Seis lo movieron.

—Ciertamente. Trede lo hizo en combinación con los Seis, mientras nosotros teníamos los ojos fijos en estos. Y ahora nos toca arreglar cuentas con este Darton Trede.

—Exactamente. Tenemos que vengarnos

de su sucio trabajo, por amor propio. Primero nos entenderemos con Darton Trede y luego con los otros.

Pablo volvió a sonreir.

—Acaba de ocurrírseme una idea — declaró.

—¡Cielos! Dímela, a fin de que, si se te olvida, pueda yo salvarla para la posteridad. Los pensamientos son raros en tí.

—¿Sí? Este es raro realmente. Queremos arreglar cuentas con Trede y recuperar nuestro dinero, que realmente nos robó.

—En efecto — convino Pablo — Y mientras lo hacemos, podemos herir al bribón de otra manera también. Favoreciendo a James Martaman, por ejemplo.

Pedro Selbon se enderezó de pronto en su sillón.

—¡Que idea! — exclamó.

—Notable ¿no? James Martaman nos ha pedido auxilio. Uno de nosotros tiene que salir de aquí y oir su historia... asegurarse de que no se trata de un lazo. James Martaman ha sido perjudicado también por Trede. Es un hombre espléndido, en todo sentido, y ahora se ha convertido en un prófugo porque quería casarse con la hija de Trede y éste tiene otros planes para ella.

—Nos ocuparemos de eso más tarde — sugirió Pedro — Tenemos que estar bien seguros de lo que hacemos.

—Atacar al indigno Trede por todos lados, es lo que haremos — dijo Pablo — Uno de nosotros tiene que ver a Martaman. Ya hemos proyectado eso.

—Oh si, lo hemos proyectado — asintió Pedro prontamente — Y los Seis, naturalmente, no esperan nuestro desquite. ¡Conociéndonos como nos conocen, ni siquiera tendrán los ojos abiertos! ¡Ciertamente no!

Había una nota de sarcasmo en la voz y modales de Pedro — Levantóse de la silla y acercándose a la ventana del frente miró hacia la calle — ¡Ven aquí! — dijo.

Pablo sonrió y, atravesando la habitación se unió a su hermano. Viendo juntos a los dos mellizos cualquiera quedaba ligeramente sorprendido. Eran exactamente iguales en tamaño, facciones, voz y maneras. Se vestían de idéntico modo. Nadie era capaz de distinguir a Pedro de Pablo a ninguna hora del día o de la noche. Y ellos se aprovechaban muchas veces de esta circunstancia.

Pedro apartó lentamente la cortina y señalo hacia abajo.

—¡Allí! — dijo — Allí está nuestro antiguo y respetado enemigo, el detective Milton Griff.

—Si... una vez visto, nunca olvidado. Tal es Griff.

—En efecto, hermanito. Como verás, está conversando con un caballero fornido, de pies planos, cara roja y bigote negro. Un tipo de comedia. ¿Qué te sugiere su aspecto general?

—Que es un policía de particular. Pero no puede serlo, porque nadie de la policía trabajará para Griff.

—Exacto. Pero podemos presumir con seguridad que es amigo íntimo de Milton Griff quien está a su vez a las órdenes de los Seis. Tenemos que dar también por sentado que Griff tiene un hombre en el pasaje, otro en el patio y otro en el techo. Después de todo, conocemos sus métodos.

—Si, creo podemos dar por seguro todo eso.

—Se me ocurre, Pablo, que Griff esta resuelto a seguir todas nuestras idas y venidas.

—Así parece... Un sitio en regla.

—Y uno de nosotros tiene que salir y visitar a ese James Martaman, sin que se entere nadie de nuestra visita. También deseamos salir de aquí sin ser vistos y seguidos, a fin de poder castigar debidamente a Darnton Trede, que nos despojó de nuestra fortuna, por medios obscuros. ¡Trata de hacerlo!

—¡Y que, Pedro! — dijo Pablo — ¿Quieres decir que no puede hacerse? ¡Tienes miedo de luchar otra vez contra Griff? ¿Estás pronto a mostrar la pluma blanca?

—No precisamente; pero quiero demostrarte que habrá que cinchar. Y no olvidemos, hermanito, que lo que a nosotros nos parece una calaverada no le resultaría lo mismo a un jury y que Milton Griff y los Seis no desearían otra cosa que hacernos meter en la cárcel.

—No se trata de eso, Pedro. Pero yo tengo ya mis planes hechos y no quiero que Milton Griff, que el diablo se lo lleve, ni ningún otro los malogre. Por consiguiente...

—¡Ah! ¡Ah!... — interrumpió Pedro que había atravesado el cuarto, acercándose otra vez a la ventana. El detective Milton Griff atraviesa la calle y se acerca a la entrada de este edificio. Sin duda vamos a ser honrados por una visita suya. Prepara la decoración, Pablo. Sillones cómodos y revistas otra vez. Pipas llenas y humo.

Todo tiene que parecer natural. Somos simplemente dos jóvenes que pasan la tarde leyendo sin ningún mal pensamiento en sus cabezas.

Se acercaron apresuradamente a la gran mesa que estaba en medio de la habitación se sentaron, cargaron, encendieron sus pipas de nuevo y se pusieron a leer.

—Será impagable — dijo Pablo, acomodándose en su sillón — Me gusta atormentar a Griff.

Pone un poco de sal en la vida. Y no me he reído de corazón desde hace más de una semana.

II

Oyeron cerrarse la puerta del ascensor. Resonaron en el corredor pasos pesados y rápidos. Un momento de espera y sonó el timbre, anunciando la presencia de alguien en la puerta.

—Hermano, tenemos visita — dijo Pablo en voz lo bastante alta como para que lo oyeran desde el corredor. — Tu estás cuatro pies más cerca de la puerta. ¿Quieres tener la bondad de hacer los honores? Yo me encuentro en un pasaje interesantísimo de esta novela.

Pedro hizo una mueca, levantóse y fué a abrir la puerta.

—¡**Bueno!** ¡**Bueno!** — **exclamó** — **Es**

nuestro viejo amigo, el detective Milton Griff. ¡Tantísimo placer! Pase, señor Griff. Me alegro infinito de verlo. Es usted un espectáculo para los ojos fatigados. Deme su sombrero. Mi hermano y yo estamos holgazaneando, leyendo y fumando. Un poco aburridos, por lo demás. Es una suerte que haya usted venido.

Los ojos de Griff miraron enojados a Pedro, entregó su sombrero y siguió al joven al living room. Pablo se mostró encantado ante la visita.

El detective Milton Griff sentóse en un extremo de la gran mesa. Su rostro rubicundo tenía expresión severa. Pedro le ofreció un cigarro de la caja.

—No, gracias — dijo Griff — Fumaré de los míos, con su permiso. Nunca comparto el pan con mis enemigos.

—¡Cielos! — exclamó Pablo — ¿Así que nos considera usted enemigos suyo? ¡Qué desagradable pensamiento!

—Cuando haya usted terminado con sus chistes, hablaremos de negocios — dijo Griff.— Ustedes no engañan a nadie, jóvenes. Conozco a un enemigo cuando lo veo. Los Mellizos Vengadores ¿eh? Se también como ustedes estafaron a los Seis...

—Disculpe, señor Griff, — interrumpió Pedro — ¿Nos acusa usted de algún delito? Si es así, prepárese a retractarse. No es cosa de juguete calumniar, a dos caballeros.

El rostro del detective se puso casi color púrpura.

—No he venido aquí a hacer juegos de palabras con ustedes, — le dijo a los mellizos — si no a decirles unas cuantas cosas.

—Somos todo oídos — dijo Pablo — Así que tenga la bondad de empezar.

—Lo pasado, pasado; pero sepan, muchachos, que los mandaré a la cárcel si puedo.

—Siempre he admirado, en un hombre, la franqueza — interrumpió Pablo.

—Ustedes se han metido con quien no deben y ahora palpan las consecuencias: están arruinados.

—¡Como se extienden las noticias! — exclamó Pedro — Pero, naturalmente, usted ha tenido oportunidad de saberlo enseguida por los Seis.

—Tengo entendido que fué Darnton Trede quien los arruinó en la bolsa.

—Es la pura verdad — contestó Pedro— Fué instrumento de los Seis, naturalmente, y empleó medios tortuosos. Nos reprochamos no haber tenido los ojos más abiertos. Cometimos el error de creer que algunos hombres podían ser honrados y decentes.

—Están ustedes arruinados — repitió el detective Griff— como si el pensamiento lo complaciera — y tienen la idea de vengarse o cosa así.

No he venido aquí a discutir con ustedes—dijo el detective Griff a los Mellizos —si no a decirles unas cuantas cosas.

Déjenme decirles, Mellizos Vengadores, que es mejor que no den un paso porque aquí estoy yo para agarrarlos.

—¡Buena caza!—rió Pablo.

—Hombre prevenido vale por dos — añadió Pedro.

—Ustedes no molestarán más a nadie — continuó Griff — los tengo vigilados día y noche y no les perderé pisada.

—Dudo que eso sea estrictamente legal— dijo Pedro — Consultaremos con nuestro abogado.

—¡Traten de impedírmelo! — tronó Griff Pablo bostezó ligeramente.

—Eso sería tomarse demasiada molestia — dijo — Es más sencillo darle a usted esquinazo.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — gruñó Griff.

—¡Pero, señor Griff! ¿Piensa por un momento que usted y sus hombres pueden vigilarnos noche y día? Hombre, yo puedo salir

de esta casa entre ahora y media noche, sin que ni usted ni sus hombres se enteren, ir donde me plazca, hacer lo que me parezca y volver caminando a paso rápido por la calle, tarareando una canción.

—¿Qué puede usted qué? — preguntó Griff — ¿No le acabo de decir que los tengo vigilados día y noche? Hay hombres apostados alrededor de este edificio, si quiere saberlo.

—¿Puede usted hacerlo? Creo que no.

—Quisiera hacerle una pequeña apuesta sobre eso — le dijo prontamente Pablo. — Como usted ha dicho tan acertadamente, estamos arruinados. Pero creo que puedo apartar un poco de dinero para esa apuesta, aunque ciertamente no es muy caballeresco apostar sobre seguro.

—¿Sobre seguro? — tronó Griff — Joven Pedro o Pablo, o el que sea, yo no gano mucho dinero.... Tengo solamente una pequeña renta...

—Sin mencionar los pequeños obsequios que recibe usted, de tiempo en tiempo, de los Seis — interrumpió prontamente Pedro.

—Una renta modesta — repitió — y tengo destinado todo el dinero que recibo. No puedo apostar mucho. Diez libras es una buena cantidad para mí. Pero las apuesto a que no es capaz de hacer usted nada por el estilo.

—¡Apostado! — exclamó Pablo — Apuesta de caballeros, Griff. El perdedor pagará enseguida.

Entre ahora y media noche, uno de nosotros va a salir de este edificio sin ser visto por usted ni por ninguno de sus hombres. Lo único que estipulamos es que juegue usted limpio con nosotros y tenga a sus hombres afuera, como están ahora, y no los plante en el corredor.

—¡Apostado! — exclamó el detective Milton Griff a su vez — Mis hombres permanecerán donde están ahora. Puedo contar desde ya con esas diez libras.

—Mejor es que no se haga tomar todavía las medidas de un traje nuevo, si es así como piensa emplear su ganancia — le previno Pablo — Como le dije, me desagrada apostar sobre seguro. No es caballeresco. Pero como parece usted estar tan seguro de que no puede hacerse...

—Se que no es posible — interrumpió Griff — Antes de media noche, ha dicho usted, joven.

—Si, antes de la media noche de hoy. Tome ahora un cigarro. ¡Oh!... me olvidaba. Disculpe. Usted no comparte el pan con sus enmigos. Muy bien, señor Griff. Queda declarada la guerra. Guerra sin cuartel. Nosotros dos contra los Poderosos Seis, con todo su dinero e influencia. Pero no tiene usted la menor probabilidad en su favor.

—¿Por qué? Maldito si..

—Ni una probabilidad, Griff. ¿Cree usted que hemos sido hábiles? Hombre, no ha visto usted nada todavía. Quisiera que la apuesta fuese doble. Yo también necesito un traje nuevo.

El detective Griff se puso rápidamente de pie, procurando contener su creciente ira. Sabía que nada ganaría perdiendo los estribos y comprendió que los Mellizos se habían propuesto eso.

—Es mejor que recuerden lo que les he dicho — les advirtió — Estoy dispuesto a mandarlos a la cárcel. Un paso en falso y... tendrán una larga temporadita, sin pagar pensión.

—Los Seis deben haberle ofrecido una gran recompensa por ello, para que se muestre usted tan resuelto — observó Pedro.

El tiro dió en el blanco. El rostro del detective Griff se puso rojo un instante.

Ardía de rabia. Continuó luchando para dominarse y finalmente atravesó pisando fuerte la habitación, salió al pequeño hall y agarró su sombrero.

Pedro le abrió la puerta e inclinóse sonriente ante él.

III

Pedro Seibon regresó apresuradamente al living room y se encontró con que Pablo se hallaba ya en el dormitorio, quitándose la bata y tirando sus zapatos de entre casa.

—Pensaba hacerlo mañana por la tarde; pero ahora tendremos que hacerlo hoy, Pedro— dijo Pablo — La red se cerrará más apretadamente sobre nosotros mañana. Y quiero ganarle esa apuesta a Griff. El cree que nosotros esperaremos hasta que anochezca.

Corrió hacia un armario colgado en la pared y sacó de él un traje oscuro, poco llamativo, que se puso rápidamente. Pedro lo imitó; sólo que se tomó más tiempo para ponérselo.

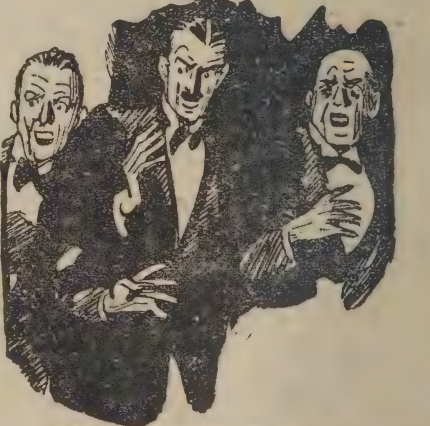
—Ten cuidado, muchacho — advirtió Pedro — Ya sabes que, tratándose de Darnton Trede, puede ser un lazo.

—Yo olfateo un lazo a la distancia, como el zorro — declaró Pablo — Voy a salir para ver a ese Martman, volver y ganarle a Griff las diez libras. ¡Pobre viejo Griff!

—Permíteme te diga, hermanito, que todavía no has triunfado — Le dijo Pedro — Del dicho al hecho, hay gran trecho, como dice el refrán.

—Pedro, yo considero ya esas diez libras

¿CUAL de los TRES?



Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

EN EL PROXIMO NUMERO DE

P U C K Y

LA CASA SINIESTRA

Por DONALD STUART

Con rápido movimiento, uno de los enmascarados pasó la careta de alambre por la cabeza de la joven y la sujetó detrás.

En la Casa Siniestra ocurrían cosas extrañas. Los hombres morían misteriosamente y luego desaparecían; figuras sombrías iban y venían silenciosamente y todo el sitio parecía saturado de una atmósfera maligna. Para el mundo, era una casa deshabitada, de fama terrible, un sitio que convenía evitar. Sin embargo, desde el momento en que Antonio Gale vió el resplandor de una luz en una de sus desnudas y sucias ventanas y fué a investigar, descubrió un verdadero nido de siniestro misterio, crímen y muerte. Es esta una brillante novela, de intensa y dramática acción.

en mi bolsillo, replicó Pablo — Tomaré al enemigo por sorpresa. Por eso estoy tan apurado. Quiero irme antes que Griff le hable a todos sus hombres y les recomiende abran un poco más los ojos.

—Espero que puedas hacerlo.

—Pedro, no te entiendo hoy. Todo lo ves negro. ¿No lo proyectamos anoche? No te olvides mirar por la ventana de la cocinita y atender la señal.

—Haré mi parte, — dijo Pedro.

—Y acuérdate también del resto. Mejor es que estés abajo, en el pasillo, cuando yo regrese a pie. Tenemos que proporcionarle al detective Griff alguna emoción por su dinero. Todo está pronto, pues. ¿Quieres darme un beso de despedida?

Pedro Selbon amenazó con el puño a su hermano; pero Pablo se echó a reir y esquivó el golpe. Luego atravesaron apresuradamente el hall y se detuvieron a escuchar un momento del lado de adentro de la puerta. No oyeron ningún ruido anormal. Pablo abrió unas cuantas pulgadas la puerta y miró hacia afuera. No había nadie en el corredor.

—¡Buena suerte! — murmuró Pedro.

Luego Pablo Selbon se fué. Deslizóse como una sombra por el corredor y llegó por él hasta la escalera de servicio. Pedro cerró la puerta y se dirigió a la cocinita donde se situó junto a la ventana. Abajo, en el pasaje, vió al detective todavía de guardia, recostado contra la pared de la casa de enfrente, fumando. Cerca de la entrada de los proveedores había un gran camión de lavadero y Pedro sonrió al ver dos hombres que entraban al edificio llevando grandes canastos que debían llenar con ropa sucia.

Pablo bajó la escalera y fué de piso en piso, deteniéndose dos veces para evitar ser visto por los inquilinos que entraban o salían de los ascensores. Finalmente llegó a la planta baja; pero no se detuvo allí.

Seguro de no ser visto, se dirigió rápidamente a la escalera que bajaba al subsuelo. Mientras la bajaba rápidamente, miró su reloj. Faltaban pocos minutos para las tres.

—¡A tiempo! — se dijo a sí mismo Pablo Selbon — Esperemos que no haya fallas. Si así fuera, perdería diez libras y mucha satisfacción.

Atravesó apresuradamente un hall y se dirigió al cuarto de la ropa sucia. Había allí dos hombres. Pablo los conocía por Sam y Jim y ellos también lo conocían, solo que ignoraban si era Pablo o Pedro. Había media docena de grandes canastos esparcidos por la habitación. Los dos hombres estaban llenándolos con ropa de cama y toallas sucias.

—Sam y Jim, vengan aquí—ordenó Pablo — Quiero hablar unas palabras con ustedes.

Sam se quitó la gorra, sonrió ampliamente y se acercó; Jim lo siguió muy de cerca

—¿Les gustaría, muchachos, ganarse una libra extra cada uno?

—¿A quién quiere que matemos? — preguntó Sam, ampliando su sonrisa.

—No quiero que maten a nadie esta tarde. Se trata solamente de una pequeña broma y necesito que ustedes, muchachos, me ayuden.

Sacó de su bolsillo dos billetes de dos libras y se los mostró negligentemente.

—Señor, — dijo Sam — siempre que quiera usted dar una pequeña broma y necesite dos brillantes muchachos para que los ayuden, por una libra cada uno, ya sabe donde acudir.

—Entonces, agucen los oídos — dijo Pablo, hablando en voz baja — Quiero que me pongan en uno de esos canastos. Que me lleven como si fuera un montón de ropa sucia y me metan en el camión. Luego de andar tres o cuatro cuadras se detendrán para que yo baje. ¿Comprenden?

—Sí. — dijeron a una Sam y Jim.

—Aquí está el dinero. Nada de errores ahora. Recibirán más si salgo bien de ésta. Lleven dos canastos y me ponen a mí en el tercero.

—Muy bien — dijo Sam.

Pablo imaginaba que si Griff no registraba los dos primeros canastos, tampoco lo haría con el tercero. Era naturalmente correr un riesgo. Pero si el hombre del pasaje lo descubría, no tendría más que reirse volver a la casa y ensayar otro método; en último caso saldría abiertamente y daría esquinazo al hombre que lo siguiera, pero, naturalmente así perdería la apuesta.

—Oiga, Sam — continuó — una vez que me haya usted metido en el camión, quiero que haga algo más. Después de cerrar las puertas de atrás y antes de sentarse en el pescante, sáquese la gorra y rásquese la cabeza.

Sam lo miró parpadeando rápidamente.

—¿El qué? — preguntó.

—Que se saque la gorra y se rasque la cabeza. Rásquesela un rato. No sabe usted por qué; pero quiero que lo haga.

—Muy bien, señor — contestó el intrigado Sam.

Mientras Pablo Selbon permanecía en un rincón, Jim y Sam llevaron afuera dos grandes canastos. Evidentemente el hombre del callejón no los detuvo porque nada dijeron. Pablo contaba con que una cosa tan natural como hombres que sacaran canastos de ropa sucia de un edificio no despertaría la curiosidad del hombre del callejón. Indudablemente, después de haber oído al detective Griff, el oficial de guardia en el fondo de la casa, esperaría que uno o los dos Selbon saliera de alguna extraña manera y se evaporaran en el aire.

Pablo entró en el canasto, que tenía unas cuantas toallas sucias en el fondo y los dos hombres amontonaron sobre él un montón de sábanas, cerrando después la tapa. Levantaron el canasto y se lo llevaron. El peso anormal los hacía jadear un poco más que de costumbre; pero, evidentemente, el detective no lo notó.

Hubo luego un período de espera, mientras se bajaban más canastos. Sam cerró después las puertas del camión, quitóse la gorra y, siguiendo las instrucciones, se rascó la cabeza. Así que Pedro, que espiaba por la **ventana de la cocinita**, supo que Pablo

Pablo se metió en el canasto y los dos hombres cerraron la tapa

había conseguido su objeto y estaba dentro de un canasto de ropa sucia.

El camión se puso en marcha por el pasaje y salió a una calle lateral. Pablo empezaba a sentirse asfixiado, Pero se quedó en el canasto y ni siquiera trató de levantar la tapa. El camión siguió su viaje a velocidad moderada. Pablo oía a Sam y a Jim conversar en su asiento; pero la conversación versaba principalmente sobre cierta carrera de perros, a donde pensaban concurrir con el dinero que les había dado Pablo Selbon. La ambición de los dos hombres era convertir aquellas dos libras en un montón de dinero, apostando a las patas de los sabuesos.

Después de un rato, arrimaron el camión a la acera y pararon. Sam abrió las puertas de atrás. Pablo Selbon empujó la tapa del canasto .

—Cierre un momento las puertas — le ordenó a Sam.

Sam obedeció. Pablo salió del canasto, bajó la tapa y se sentó encima de ella un momento. El sudor corríale por la cara y el cuello. Se lo enjugó lentamente con su pañuelo. Levántose y miró por la puerta del frente del camión y no vió a nadie cerca.

(Continuará)

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

(Continuación)

Yo estaba aturdido.

—¿Que significa eso? — murmur.

—Lo que significa — contestó el italiano riendo—es que su colecionista mantiene una correspondencia misteriosa con mi país.

Yo me sobresalté.

—¡Oh! — exlamé ¡eso no es posible!

Pero mis ojos no podían dejar de mirar el papel donde estaba escritas estas dos terribles palabras: remordimientos, criminal.

¿Qué podían significar esas palabras? Yo temblaba sólo a la idea de que pudiera zer dirigida a Sofía, a Sofía la pupila y la heredera del señor Montparnaud.

La frase del agente de seguros, en nuestra primera entrevista me volvió a la memoria con una espantosa nitidez:

"Si el asesinato es probado, habrá que buscar del lado de la beneficiada" — me había dado a entender.

Y alguien escribía a Sofía "remordimientos, criminal".

A penas había sido concebida esta suposición por mi espíritu, que yo me revelé. Me sentía avergonzado sólo de haber podido pensar eso.

Cualquiera que fuera el sentido de éstas palabras, ellas no podían aplicarse a mi novia, ni le habían sido dirigidas. Sofía no conocía, no podía estar en relaciones con el asesino del viajante de Comercio.

La prueba irrefutable contra toda acusación formulada contra ella, se presentó de repente a mi pensamiento y me asombré de no habérselo dicho desde el primer momento señor Cristini.

Sofía ignoraba el seguro contraído por su tío.

Si lo hubiera ella conocido a último momento — los datos daban fé de que no podía ser de otra manera — ¿cómo hubiera encontrado el tiempo material de organizar el crimen?

Una vez, ya había tenido yo la sospecha del peligro que la amenazaba. Fué entonces cuando me quise asegurar de que podía ella justificar el empleo de su tiempo durante la noche del crimen.

Y el peligro se presentaba de nuevo bajo otra forma. Dos de esas estampillas, si se llegaba a probar que la frase había sido dirigida a Sofía, podían constituir contra ella un arma terrible. Con su testimonio se le acusaría de complicidad en el asesinato de su tutor.

¡Claro! Si la compañía de seguros tenía conocimiento de su existencia, no vacilaría en pagarlas muy caro.

Y ésto hizo surgir en mi una nueva idea: ¿no era eso una maquinación tentada contra la beneficiada del seguro?

¿Cómo llevaria a buen fin?

Yo tenía que reflexionar.

Por el momento no había mas que dos hipótesis — pues mi convencimiento de la inocencia de Sofía era inquebrantable—: o eso no eran mas que palabras sin consecuencia y sin significación, llegadas por el azar a sus manos, o su envío ocultaba una perfidia maquiavélica.

—Admitamos que esas palabras tengan sentido y que sus suposiciones sean justificadas — dije a Dolcepiano — En todo caso la correspondencia, si és que la hay se ha equivocado de dirección. La persona de que hablamos no tiene necesidad de recurrir a ese medio complicado para escribirse con sus amigos. Ella es libre de recibir las cartas que quiera y nadie las lee.

—Justamente — respondió el italiano — ¿Esa persona se llama señorita Perandi, verdad?

—Permítame que no la nombre — contesté frunciendo el entrecejo.

—Era para comunicarle una simple observación, dejándole el cuidado de sacar todas las deducciones que desee. Usted me dijo, si mal no recuerdo que esa jovencita, tenía un novio llamado Antonin Bonasson. Esas son, precisamente sus iniciales A. B. que encuentro, precedidas de la palabra: Tel... que puede traducirse por: telegrafíe o telefonée. Eso tiene sentido ¡qué diablo!

Me puse a reir. Eso se volvía grotesco. Comprendí a que punto, el hombre más inteligente puede confundirse cuando no tiene para iluminar las tinieblas de un enigma mas que las caprichosas llamaradas de la hipótesis.

—Siga, si el juego le divierte — exclamé — Pero ¿me quiere usted decir a que puede conducirle ese trabajo?

—A ninguna parte — respondió Dolcepiano impertubable — Estudio esta charada y creía que a usted también le interesaba. Volviendo a nuestro pequeño problema, agregue que el llamado Bonasson, se encuentra actualmente en Genes, y relacione ese hecho con el lugar de donde provienen las estampillas.

Me quedé confundido ¿Iba yo, pues a encontrarme preso en una de esas combinaciones que a veces hace el azar? ¿Dolcepiano se había ocupado en informarse sobre mi pretendido viaje a Genes? Era exacto que, gracias a mi superchería, las dos letras podrían pasar por mis iniciales y dar un sentido a la carta.

Yo sabía que me bastaría un golpe de hombros para deshacerme de todo ese embrollo. Pero, la aventura me pareció enojosa.

—Otra vez — dije al italiano de bastante mal humor — Bonasson no emplearía para escribir a su novia esa invención estúpida. Y luego ¿ a qué llevaría todo eso? ¿Es que por casualidad lo supone usted asesino del señor Montparnaud? — terminé exasperado por las reticencias de mi compañero.

—¿Quien sabe? — respondió evasivamente Dolcepiano.

Iba a saltar pero la extraña situación me calmó. Me limité a sonreir desdeñosamente.

—¡Y bien! Nada nos impide que vayamos a detenerlo... en Genes!

—Eso le corresponde a usted — dijo Dolcepiano levantándose.

Recogió las estampillas.

—Por ahora — dijo voy a comparar la escritura.

—¿Cómo? — pregunté con curiosidad.

—Es mi secreto — respondió el italiano — ¿me espera verdad?

—¡Claro! — dije — No quisiera por nada del mundo dejarlo en semejante momento. Esto promete ser muy interesante.

—Bueno. Antes de media hora estaré de vuelta. Pida dos aperitivos y prepárelos.

—¡Buena suerte! — dije con tono burlón, mientras él se alejaba.

No juzgué prudente seguirlo ¿Que me importaba el lugar donde procedería a esa verificación de la cual yo conocía el resultado de ante mano?

Esa historia de la correspondencia secreta me turbaba y no podía alejarla de mis preocupaciones. Sabía perfectamente que yo, Antonin Bonasson, no podia estar en Genes, salvo en la imaginación de mi patrona. Pero, apartando esta falsa interpretación, quedaba que, en las estampillas recibidas por Sofía, figuraban palabras que podrían dar nacimiento a enojosas suposiciones.

Por más que me ingeniaba en descubrir el misterio con una cantidad de suposiciones, ninguna me satisfacía enteramente.

Quedaba el azar: pero el azar no numera las estampillas ni escribe doce palabras sobre doce estampillas diferentes, con la misma disposición y la misma escritura.

Eso podía ser una farsa ¿Pero contra quien? y ¿porqué?

En fin el sentido de la frase podía ser absolutamente insignificante. Tales palabras, que, separadamente, atraían la mirada, podían tener, en conjunto, un aspecto borroso que las privara de toda importancia; y otras que por si mismas hacían que uno no las observara, podían recibirla, al contrario de sus vecinas. Los numerosos blancos que dejaban adivinar las cifras favorecían esta hipótesis.

Quedaba ese extraño modo de correspondencia entre Sofía y una persona desconocida. Pero, eso podía ser un simple juego, por tonto que ésto pareciera, no era imposible. Ciertas personas, tienen la manía de enviarse cartas secretas ¿No era eso una variedad? Sin duda, las cifras desmentían en el primer momento esta suposición. Pero podían ser una complicación o haber sido inscriptas por Sofía a guisa de solución.

Era la explicación mas inofensiva y yo me obligué a adoptarla para terminar con mis temores. Sin embargo, sentía que algunas dudas me quemaban y que serían necesarias las palabras de Sofía para disiparlas.

No podía pensar en ir en ese momento a importunar a la señora Montparnaud, cuyas propias recomendaciones me lo impedían; me decidí a escribirle sobre eso, puesto que me había dado una dirección de poste restante. Pero tuve el cuidado de hacerlo con la mas gran precaución, evitando que ella sospechara de mis dudas, a la vez injuriosas y ridículas.

El interés que Dolcepiano demostraba por este enigma, me lo hacía sospechoso. Claro, que yo no podía acusarlo de haber maquinado ésta diversión; era imposible pensar por adelantado que el azar iba a pegar las estampillas en mi sobretodo. Pero, el italiano había podido tomar al vuelo la ocasión de embarullar mis ideas, haciendo germinar en mi espíritu nuevas sospechas. Se había aprovechado hábilmente de palabras susceptibles de ser diversamente interpretadas, para hacer la trama de un misterio.

Recordaba en qué disposición de espíritu yo había llegado hasta él y cómo había sido bruscamente cambiado, forzado a aguzar mi desconfianza en una nueva dirección.

Yo había caído en la trampa, pues ya no sabía qué más pensar; ¡Sargasse, Dolcepiano, Sofía, esas tres palabras bailaban en mi pobre cabeza una sarabanda desenfrenada y tironeaban mi inteligencia y mi voluntad, en sentido opuesto. Nada, se destacaba ya claramente, pero yo me sentía envuelto en una nube de desconfianza. ¡Siempre la sospecha! ¡Por todos lados, la sospecha! Esta se abatía sobre todos aquellos a quienes me acercaba y por la menor apariencia, ya se me hacían sospechosos.

¿Es que al improvisarme detective me había yo inoculado esa terrible enfermedad?

Deseaba descubrir lo más pronto posible la verdad que me curaría. Pero, ésta vez, yo comencé a contar menos con mi clarividencia, que con el azar que guía la farándula de los acontecimientos.

Estaba sin embargo en mis tristes reflexiones, cuando reapareció Dolcepiano.

—¿Y bien? — exclamé,

—No es la letra de Antonia Bonasson — dijo, dejándose caer sobre una silla frente a mi.

No pude reprimir una sonrisa irónica

—Ya me parecía — dije.

—Pero eso no prueba gran cosa — agregó — Se puede desfigurar la escritura, o pedir a otro que escriba.

—Particularmente cuando se trata de una carta personal y secreta — dije yo burlonamente.

—En fin, dejemos esto — terminó Dolcepiano — Eso es un incidente secundario, que nos aparta de la pista de Sargasse.

—Me alegro de que lo reconozca — dije.

—Puedo permitirme un poco de fantasía — contestó — No soy un profesional. Es usted libre de tener un método y de seguirlo.

—Bueno ¿renuncia entonces a utilizar las estampillas y a descifrar la frase?

—Para eso, necesitaría el álbum de la señorita Perandi — dijo sonriendo — Y no tengo ningún deseo de convertirme en ladrón.

—Ya que tiene tantos escrúpulos, debiera devolverme las estampillas. Debo restituirlas — insinué yo.

Contra lo que yo esperaba Dolcepiano no puso ninguna objeción.

—Aquí están — me dijo sacandolas de su cartera.

Las corté y me apresuré a ponerlas en la carta, cuya dirección le oculté. Terminado ésto, con gran satisfacción de mi parte, pregunté:

—¿Puedo saber lo que usted piensa hacer?

—Llevármelo a usted, primero — respondió Dolcepiano llamando al mozo.

—¡Llevarme! — exclamé — ¿Pero que capricho es ese?

—No se enoje — dijo sonriendo el italiano — La cosa no tendrá nada de terrible. Si necesita explicaciones, conténtese con ésta. El azar nos ha vuelto a unir.

¿Era el azar? Yo no estaba muy seguro de que así fuera, pero me guardé de objetar nada.

—Usted, ha tenido — continuó Dolcepiano — la amabilidad de asociarme a su pesquisa. Como yo no tengo nada que hacer eso era una gran suerte para mí. Naturalmente, usted había operado según su método experimentado, y yo me inclino ante su competencia.

Yo, me incliné ante el cumplimiento.

—Pero, — prosiguió él — si mi impresión es justa, creo que usted ha encontrado una bifurcación y que vacila ante varios caminos. ¿quiere someterse al azar, es decir a mí que soy espontáneo? No le pido más que algunas horas de obediencia ciega.

—¿Ciega? — interrumpí yo con una mueca poco entusiasta.

—Es indispensable. Yo mismo no tengo una idea muy clara de mis proyectos para explicárselos por adelantado. Además ellos podrían parecerle infantiles; usted los discutiría y perderíamos tiempo. Déjeme correr mi suerte, que yo fracase o que tenga éxito, mañana se lo revelaré todo.

Reflexioné rápidamente. Ya me había paseado suficientemente en compañía de Dolcepiano para mirar sin temor la perspectiva de hacerlo una vez más, que él fuera sincero o nó, yo podía tener, siguiéndole, la suerte de encontrar, al menos en lo que a él concernía, la solución buscada. En fin, obraría según el deseo de Sofía.

—Lléveme — le dije — estoy decidido a seguirlo.

—¿Con los ojos cerrados?

—¡No!, ¡no! — dije bromeando — ¡con los ojos abiertos! Ya que usted es quien me lleva, lo menos que puedo hacer es ver.

—A su gusto, siempre que se deje dirigir dócilmente.

—Prometido — dije.

—¡Bravo! Inútil decirle que volveremos a la pista Sargasse y que partimos para Saint Pierre.

—Esa dirección me agrada respondí yo.

—Entonces vamos rápido al garage donde he dejado mi auto.

En el camino, me aproximé a un buzón y puse discretamente mi misiva. Dolcepiano no pareció prestar atención a ésto.

—¿Recuerda — me dijo — una de nuestras últimas conversaciones? Yo le explicaba que había dos formas de aclarar el asunto Montparnaud, una, por así decirlo, imposible de encontrar ¡Y bien! Yo me equivocaba. Tenemos las dos formas, mister Pady Wallgone, y vamos a seguirlas las dos.

IX

DOS TIROS

Después de reponer nuestros estómagos, partimos de Niza más o menos a la una de la tarde.

No sin asombro, constaté que Dolcepiano conducía el auto a muy pequeña velocidad. Se hubiera dicho que teníamos por único objeto pasear a lo largo del camino y admirar el paisaje.

—¿No tiene usted apuro por llegar? — le pregunté.

—Al contrario — me respondió el italiano — pero no quiero llegar a Saint Pierre antes de la noche.

—¿Porqué? — dije.

—Porque mi plan necesita la obscuridad ... No olvide, mister Wellgone que me debe usted seguir sin hacer observaciones.

—¡Sea! — dije alzando los hombros — Pero supongo que me estará permitido hacer mentalmente suposiciones.

—¡Oh, en cuanto a eso, todas las que guste! — contestó Dolcepiano.

Yo había dicho ésto por vanidad, porque en verdad no me hacía ninguna. Tomé pues, el partido de pensar en otra cosa y mentiría si afirmara que la historia de las estampilas de Sofía no volvió a atormentarme varias veces.

Deseaba alejar de mi, ese recuerdo importuno, sentía que me intrigaba tanto como Sargasse y el contenido del baúl rojo.

Las gentes superticiosas llaman a ésta clase de inquietudes, presentimientos.

Tuve además el tiempo de hacer recorrer mi espíritu por los pensamientos más sombríos y las perspectivas más amargas, pues el trayecto se efectuaba lentamente. Dolcepiano parecía sentir placer en hacer el viaje interminable.

Vimos al fin, al caer la tarde, algunos resplandores dispersos, que indicaban las casas de Saint Pierre.

Llegábamos con un barullo infernal; pues el italiano hacía sonar, a cada instante la bocina y parecía sentir un gran placer en multiplicar las detenciones para provocar las

trepidaciones del motor y las explosiones que señalaban cada partida.

No pude dejar de hacerle observar que tenía una singular manera de pasar desapercibido.

—Me parecía que usted deseaba que se ignorara nuestra presencia — murmuré.

—Esa es mi intención, por eso me escondo lo más posible — respondió.

En efecto se había deslizado de su asiento, y dirigía el automóvil de rodillas, cerca del volante, el cuerpo medio oculto bajo el capot, de suerte que sólo mi silueta se veía desde el camino.

Aunque esta manera de proceder me pareció infantil, pues el automóvil debía bastar para atraer la atención, hice ademán de imitarlo.

—No, no — dijo él — Quédese sentado. Es necesario que lo vean.

¿Por qué a mi y nó a él?

Pero yo me había comprometido a obedecer sin discutir.

Al pasar, yo había dirigido involuntariamente, una mirada hacia la casa de Sargasse. Puertas y ventanas estaban cerradas, dejando filtrar solamente algunos rayos de luz. Pero, cuando la hubimos pasado, como yo me volviera para continuar mi examen, ví una alta silueta que se encontraba en la puerta y que avanzaba por el patio para seguirme con los ojos.

No estaba aun bastante obscuro para que él no me reconociera y adiviné más que oí, la injuria que acompañaba a la amenaza.

—¿Qué le dije? — exclamé decepcionado — Sargasse me ha visto.

—¡Perfecto! — respondió Dolcepiano.

—¿No tiene usted, entonces la intención de sorprenderlo? En ese caso es inútil que perdamos tanto tiempo.

—Lo sorprenderemos, esté tranquilo — dijo él — con calma.

—¿Vá por el camino? — dije.

—Es verdad, replicó el italiano efectuando un sabio viraje.

El automovilista retrocediendo para salir del camino, tomó en dirección a La Rochette, de manera de tener al flanco la casa de Sargasse.

Después de un rato, Dolcepiano puso el auto contra los peñascos, detuvo el motor, y bajó.

Luego, volviéndose a mí:

—¡Avanti! ¡Signor! — dijo con tono de buen humor golpeándome en el hombro.

—Cuando usted guste — respondí.

Sacándose su abrigo de automovilista, el italiano lo arrojó sobre el asiento. Luego, sacó del cajón que el auto llevaba atrás, una valija, que me pareció ser de herramientas, una cuerda, una pala y un pico, y se colocó todo sobre el hombro.

—Es un aparejo completo de minero — pensé — ¡Ah!; ¡ah! parece que el señor vuelve a mi antigua idea de buscar el escondrijo de Sargasse. ¿Pero para qué la cuerda?... ¿o para quien?...

Avanzamos silenciosamente disimulándonos contra los peñascos.

Era la hora de la salida de la luna, y ésta apareciendo en el cielo, desparramó sobre el valle y las pendientes que lo rodean una claridad que hacía destacar con precisión las casas, los árboles y las piedras. Igualmente, cualquier ser humano que se hubiese aventurado en las partes bañadas por esa luz, hubiera corrido el riesgo de ser visto desde bastante lejos.

Pero, como los rayos del astro no caían a plomo, los árboles y los peñascos, proyectaban grandes sombras que alargaban en el suelo sus manchas negras, extrañamente recortadas y al abrigo de las cuales era fácil ocultarse.

Las rocas, contra las cuales nos encontrabamos estaba también bordeada por la sombra, y esta franja de obscuridad nos permitía avanzar sin traicionar nuestra presencia.

Desgraciadamente, su dirección no concordaba con la que parecia querer seguir Dolcepiano. Al cabo de un momento, nos detuvimos, y fué visible que, para aproximarnos a la casa de Sargasse íbamos a tener que aventurarnos en descubierto.

—¡Maldita luna! — murmuró entre dientes el italiano levantando hacia el cielo una mirada irritada.

Pero, un breve examen de la bóveda celeste le serenó enseguida.

El viento, se había levantado al mismo tiempo que la luna y paseaba de aquí para allá, batallones de nubes que acudían del horizonte. Cada vez que éstas pasaban ante el astro, el valle se hundía, durante algunos minutos en la obscuridad.

Debíamos aprovechar estos momentos para atravesar las zonas peligrosas buscando con cuidado los lugares protegidos, a fin de no encontrarnos a descubierto cuando la luna se desprendiera de su cortina de nubes.

—Renovamos varias veces esta táctica, lo que nos permitió ganar un bosquecillo de árboles situado a una decena de metros de la casa de Sargasse.

Allí podíamos considerarnos en la obscuridad; era además, uno de los más cómodos observatorios para vigilar la casa, de la cual veíamos todo el frente.

—¡Alto! — ordenó Dolcepiano, dejando caer a tierra todas las herramientas que llevaba.

El mismo se extendió en el suelo, y yo hice lo mismo.

La luna reapareció, bañando todo el frente de la casa.

—No nos movamos más — murmuró el italiano — Si usted tiene sueño es el momento de dormir un poco, pues bien puede ser que tenga en perspectiva una noche de insomnio. Yo lo despertaré cuando sea necesario.

—¡Muy amable! — respondí yo, en voz igualmente baja — No quiero perder nada del espectáculo. Promete ser interesante a juzgar por los entremeses dramáticos que usted prodiga.

Yo me esforzaba en parecer irónico para no dejar ver hasta que punto estaba fastidiado con los aires que tomaba Dolcepiano. ¿Qué esperaba él? ¿Qué guardia estábamos

montando allí? Si realmente nuestro objeto era desenmascarar a uno de los cómplices del asesinato del señor Montparnaud, yo representaba un personaje bastante tonto. ¿No era humillante, por el nombre que yo llevaba ponerme bajo las órdenes de un individuo desconocido, y permitirle ese tono hiriente frente al ilustre Paddy Wellgone? Este podría en verdad, si algún día nos encontráramos frente a frente, reprocharme el no haber sabido salvaguardar su prestigio.

Por el honor del personaje que yo representaba, deseaba que mis sospechas fueran fundadas y que todo eso no fuera más que una comedia destinada a engañarme. Puesto que yo estaba en guardia, no sería seguramente engañado. Luego, ¡qué magnífica revancha tomaría sobre aquel que había querido ridiculizarme!

Pero un primer acontecimiento vino a justificar las imposiciones de Dolcepiano y dar en consecuencia, un cierto peso a sus promesas.

La puerta de la casa, se entreabrió prudentemente, y Sargasse se deslizó hacia afuera, después de haber mirado con desconfianza a su alrededor.

El también usando nuestra misma astucia, se esforzaba en disimularse en la sombra; pero, como nosotros estábamos en acecho y advertidos de su presencia, nos fué fácil seguir sus movimientos. Observé que disimulaba bajo su blusa una cosa que me fué imposible distinguir.

Rozando el muro de la casa se perdió en la sombra del galpón, reapareció un poco más lejos, hizo descender por el cerco el objeto largo que estaba oculto bajo su blusa, luego se dejó deslizar él también al camino. Desapareció y registramos vanamente con los ojos los alrededores de la casa. Las nubes hicieron inútiles nuestros esfuerzos, hundiéndolo todo en la obscuridad.

—¡A la casa! — murmuró Dolcepiano a mi oído.

Tomó otra vez su paquete y avanzó, con la espalda curvada. Lo seguí tomando la misma precaución.

Llegados cerca de los dos edificios, dimos, prudentemente, una vuelta a su alrededor para asegurarnos que Sargasse no había quedado oculto en algún rincón.

La tranquilidad con que mi compañero avanzaba durante esa exploración, me hizo presumir que sabía donde estaba el cochero y que procedía a esa verificación por pura formalidad, destinada únicamente a probarle la exactitud de sus previsiones.

Después de esta investigación nos hallamos al abrigo del muro, a uno de los lados de la casa.

Mi compañero me invitó a sentarme a su lado, sobre una gruesa piedra.

—Charlemos un poco ahora, my old Paddy — cuchicheó — Le voy a encargar de una misión que es verdaderamente una misión de confianza.

—Estaré realmente halagado — respondí yo con todo el orgullo que requería la circunstancia — sobre todo si quiere usted acompañarla con algunas aclaraciones susceptibles de hacerme comprender su objeto.

—¿Conoce nuestro compromiso? — contestó Dolcepiano — Esta noche, ni una palabra, mañana, todo lo que usted quiera.

—¡Mañana! ¡Siempre mañana! — contesté — ¿Es qué ese mañana llegará algún día?

—La paciencia es la primera ley del detective — respondió el italiano.

—¡Y la clarividencia la segunda! — repliqué.

—¡Y bien! Adivine si puede — me contestó Dolcepiano — Pero ¡por Júpiter! No perdamos el tiempo. ¿Me quiere usted ayudar, si o no?

—Lo he prometido, y mantengo mi palabra — respondí con dignidad.

—¡Perfecto! Sáquese entonces, ese sobretodo que es ridículamente visible... ¡Bien! haga lo mismo con su saco y con su chaleco ... ¿qué clase de camisa lleva? ¡Ah! es de franela gris, bastante oscura. Bueno; esa puede pasar. No se destacará mucho entre los peñascos... ¡A ver el resto! ¡Hum! ese verde botella no es un color muy famoso. Cuando se haga hacer pantalones, prefiera el gris oscuro, créame... Sus polainas son deplorables. Nada como ese color negro, lo haría descubrir a cien pasos.

Mientras él discurría así, yo había obedecido a sus palabras y me encontraba vestido como él indicaba.

—Gracias por sus preciosas indicaciones — respondí malhumorado — Si usted me hubiera advertido del papel que me destinaba, hubiese podido vestirme de manera menos disparatada y librarme de sus críticas.

—Hay que pensar siempre en el terreno en que uno va a evolucionar — dijo con un tono pedante que yo juzgué intolerable. — La elección del traje debe ser una de las preocupaciones del policía. Pero basta de bromas ¿quiere tomar este palo?

Me tendió uno que había recogido al pasar por el galpón. Luego, mientras yo lo sostenía colocó atravesado a ese, un palo más corto, en forma de cruz, atándolo con un hilo. Sacó de la valija, una tela obscura con la que envolvió los palos, y con un sombrero deformado que puso en la parte superior de la percha.

—¡Ya está! — dijo retrocediendo dos pasos para examinar el maniquí así obtenido. Ahora mire un poco para aquí.

Me llevó al ángulo de la pared desde donde podíamos ver todo el terreno comprendido entre la casa y las primeras construcciones del pueblo.

—¿Ve ese muro bajo que bordea ese pequeño sendero que conduce al cementerio? — preguntó.

—Perfectamente — respondí.

—Usted va a seguirlo... Escuche bien mis recomendaciones, es muy importante... usted va a seguirlo inclinándose naturalmente, de manera que el muro lo oculte... completamente ¿entiende?

—Etiendo — dije.

—Es necesario que siga mis instrucciones al pié de la letra... usted se detendrá an-

tes de doblar el muro del cementerio.... más o menos a unos diez pasos... y observará prudentemente.. con los ojos al nivel de las piedras, no más alto... el muro está medio en ruinas así que le será fácil. Descubrirá sin trabajo, brechas naturales.

—¿ Y qué veré? — pregunté.

—No lo sé aún. Probablemente, nada. En ese caso, usted levantará su maniquí por encima del muro y lo mantendrá así mientras nada se produzca. Esa será una señal que yo interpretaré así: nadie se acerca.

—¡Muy bien! — dije — creo comprender. Y usted ¿qué hará durante ese tiempo?

—Yo — dijo Dolcepiano con una ligera sonrisa — me quedo aquí, tengo cierta tarea que cumplir...

—Adivino cual — contesté — En suma, yo voy a servirle de centinela avanzado, y mi gran misión consiste en avisarle el regreso de Sargasse.

—Admitimos eso — consintió el italiano.

—¡Buena suerte! — dije burlonamente - Si descubre lo que busca, consiento en servirle de animal de carga para transporte a Puget.

—¡Nada de palabras imprudentes!—contestó Dolcepiano con tono burlón — ... Buena suerte también a usted! Y no olvide que en caso de alerta tiene usted el derecho de correr sin inquietarse por mí.

—¡Bueno! — dije — sabré comportarme, según las circunstancias.

Y me deslicé en el sendero, burlándome de la ingenuidad del italiano.

¡Era ese su gran proyecto! ¡Era ese pueril tarea lo que había rodeado de tanto misterio y precauciones.

Le podía registrar el piso hasta la mañana! No encontraría las mercaderías robadas. Una sola mirada me había sido suficiente a mi para convencerme de que ellas no estaban allí. Decididamente, yo había colocado demasiado alto a Dolcepiano. Del astuto pillo que yo me había imaginado que era, no quedaba más que un individuo pretencioso que se figuraba tener éxito, allí donde yo había fracasado.

—¡Si se figura que va a ver más claro porque viene de noche! — pensé.

Había llegado al lugar indicado y, para poder burlarme mas tarde de esas ridículas complicaciones, quise observar al pié de la letra las instrucciones del automovilista.

Miré pues, por uno de los agujeros del muro y no ví ante mí mas que el suelo pedregoso que se extendía hasta el cerco del cementerio.

Levantando entonces mi percha la enderecé hasta que se asomó por encima de la pared

Al mismo tiempo un relámpago, rompió la obscuridad de la noche, ante mí, viniendo del ángulo del cementerio; se oyó una detonación y la percha rota cayó sobre mí.

Estupefacto, la saqué de encima mío y miré por la abertura, un hombre, que tenía aún su fusil al hombre, había salido de la sombra y avanzaba hacia mí.

Enseguida, recobrando mi sangre fría, busqué mi revólver

Un sudor frío mojó mi frente. No lo tenía.

—¡En el saco! — exclamé — ¡Habrá quedado en el saco!

¡Y Dolcepiano me lo había hecho dejar allí, detrás de la casa!

Rápidamente, más ágil aún ante la inminencia del peligro, corrí con todas mis fuerzas, doblado para aprovechar el abrigo de la pared.

En el momento en que llegaba al ángulo del galpón, un juramento alejado me hizo volver.

El hombre, después de saltar el muro, acababa de recoger el género el sombrero y los restos de la percha. Había comprendido la estratagema.

Al enderezarme me vió y empezó a correr hacia mí, amenazándome con su arma.

Me precipité detrás de la casa, en el sitio en que había dejado a Dolcepiano y a mi ropa.

El italiano había desaparecido, y las ropas, con él.

Lancé un grito, mezcla de furor y desesperación. Detrás de la casa, llegaba el hombre del fusil, y yo estaba desarmado.

—¡Dolcepiano! — grité — ¡Dolcepiano! ¡venga!

Me pareció oir una risa sofocada, pero no pude distinguir de donde venía.

Entonces se me apareció la horrible verdad.

Dolcepiano me había hecho caer en una trampa, y demasiado prudente para cumplir su tarea había confiado al furor de su cómplice Sargasse, el cuidado de librarlo de mí.

Veía claro, pero demasiado tarde.

Sin embargo no me dejé abatir. La montaña a dos pasos, podía ofrecerme un refugio si conseguía escalar la pendiente y perderme entre las rocas.

Juntando todas mis fuerzas, me lancé con todo el vigor de mis piernas, corriendo en zig zag.

Había ya recorrido una veintena de metros, cuando el ruido de la carrera del hombre tropezando contra las piedras y haciendo rodar los cascotes, me llegó de nuevo.

Estaba sobre mi pista anhelante, lanzando en el silencio de la noche, roncos llamados, que me llegaban como una amenaza.

—¡Espera un poco canalla del diablo!

—¡Esperarlo! Yo tendría buen cuidado de no hacerlo. El sonido de su voz daba a mis piernas toda su elasticidad.

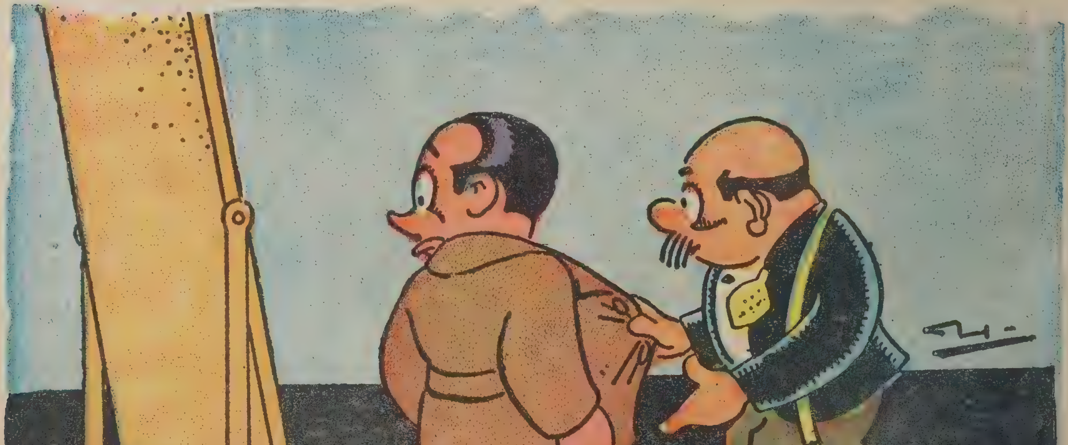
Yo corría, con la respiración anhelante, las piernas doloridas, lastimado por el esfuerzo aguzado, sin cesar, por el temor de oir una nueva detonación, de sentir en mi espalda, el choque de la bala que me extendería vencido.

Pero Sargasse, no tiraba temiendo sin duda errar aún.

Lo oía correr detrás de mí. No disminuía su velocidad. ¿Estaría yo antes que él en el lugar de salvación?

Mis piernas cansadas se ponían más pesadas. Tropezaba frecuentemente y varias veces estuve a punto de caer.

—¡Hombre!, no diga usted que le está ancho. Ya ve usted como le queda por delante...



—... y por detrás.

Sin embargo la distancia entre nosotros no disminuía; yo conseguía mantenerla.

Y sobre mí, veía perfilarse la sombra de los peñascos salvadores entre los cuales podría perderme.

Un sendero subía hacia ellos. Me lanco por él en un último esfuerzo. Estaba salvado.

Al legar a la plataforma, lancé un grito de desesperación y terror. A derecho e izquierda, estaba el vacío; contra la muralla lisa, el sendero no continuaba, y el parapeto de roca lleno de plantas y ramas en las anfractuosidades me cerraba el camino.

¿Bajar? Ya Sargasse estaba en lo bajo del sendero, contemplándome con alegría.

No sabiendo más lo que hacía, de un salto formidable me tomé con mis manos crispadas a las salientes de la roca y me alcé verticalmente a algunos pies del suelo; un montón de plantas pendía encima de mi cabeza; me agarré a ellas; resistieron y yo me quedé suspendido así, a lo largo de la muralla entre el cielo y la tierra.

Torciéndome el cuello para ver, percibí a Sargasse que, detenido en medio del sendero, me apuntaba tranquilamente. Mi cuerpo convulsionado por la angustia, se puso a temblar; cerré instintivamente los ojos y no los abrí hasta que oí sonar el tiro.

Una lluvia de cascotes cayó sobre mí: la mitad de las raíces se rompieron debido al peso; sentí que la mata cedía poco a poco, a medida que yo me agarraba más desesperadamente.

Lancé una última mirada al suelo para medir la altura desde la que iba a saltar.

Ví entonces — y ésta visión tuvo la duración de un relámpago — una forma obscura, saltar sobre Sargasse y rodar con él por tierra, donde los dos se debatieron.

Al mismo tiempo la mata entera se desprendió de la muralla y caí pesadamente, cerca de los adversarios.

Sentí un gran choque y perdí el conocimiento.

X

UN GOLPE TEATRAL

Cuando abrí los ojos, no me dí cuenta, ni de lo que me había ocurrido, ni del sitio en que me podía hallar.

Sentí en todo el cuerpo una debilidad general, y bastante vivos dolores, espécialmente en la cabeza y en la mano izquierda, cuando quise moverla.

Encima mío, había una especie de techo formado por los peñascos, mirando a todos lados sin cambiar de posición, constaté que estaba extendido en un hoyo de roca, que formaba una especie de cama; a mi derecha veía el cielo: era de día y el sol brillaba.

Bajo mi cabeza sentí un paquete de hierbas puesto a guisa de almohada; tanteando mi frente con la mano derecha, noté que estaba vendada.

Esto, que me explicaba el dolor, me recordó naturalmente la caída y la escena que la había precedido.

Me enderecé vivamente, luego me puse de rodillas. Esos diversos movimientos me dieron la certidumbre que, fuera de mis dolores yo no tenía ninguna herida.

De Sargasse y de su agresor no vi ni rastros. Además, el sol, ya alto, me demostró que, entre mi caída y mi despertar, habían pasado una cierta cantidad de horas.

Probablemente a mi desvanecimiento, había seguido un sueño de plomo, muy natural, después de tantas fatigas y emociones.

Yo no había sentido que me levantaran, ni que me transportaran allí.

¿Qué había pasado después de mi desvanecimiento? Yo había entrevisto confusamente a Sargasse en lucha con un enemigo bruscamente surgido. El cochero, debía haber llevado la peor parte puesto que yo estaba aún vivo.

¿Pero qué se había hecho de él? Yo no comprendía que, cualquiera que hubiera sido el vencedor se hubiera ido dejándome allí.

Sin embargo se había ocupado de mí. Mi cabeza vendada, la hierba bajo mi cabeza, la elección del sitio en que me encontraba acostado al abrigo del viento, probaban sus cuidados.

Pero todo esto no decía quien era ese salvador misterioso y no explicaba su desaparición.

A menos que no estuviera a pocos pasos ocupado con Sargasse y que volviera luego.

Salté fuera de mi lecho de roca y me encontré sobre un camino. ¿Dónde estaba? Cerca de mí, ví casas, el curso caprichoso de un río perdido en un ancho lecho de guijarros, un puente, la vía del ferrocarril...

Estupefacto me froté los ojos creyendo que era una ilusión. ¡Pero nó! era Puget-Theniers.

Había sido misteriosamente llevado desde el camino de Saint Pierre, hasta allí.

Mi huída no hubiera podido conducirme ni aún a doscientos metros de la casa de Sargasse; recordé que al volverme, al pié del roquedal, cuando ibamos a Saint Pierre, la había visto debajo mío. Además, yo no había corrido en esa dirección.

Aquel que me había recogido, me había transportado pues, a varios kilómetros de distancia, escalando una vertiente y bajando del otro lado.

Sólo Dolcepiano con su auto lo hubiera podido hacer.

¿Era él quien me había sacado de las garras de Sargasse?

Pero si era él quien había hecho ese papel de salvador ¿por qué haberme abandonado cuando faltaban dos pasos para llegar? ¿No podía haberme llevado hasta el hotel?

Y sobre todo ¿por qué me había lanzado primero a la trampa? ¿Por qué en el momento crítico había desaparecido llevándose mis ropas y mi revólver?

En verdad, yo me perdía en conjeturas. Mis reflexiones ne me llevaban más que a suposiciones contradictorias.

Era necesario llegar a la conclusión de que Dolcepiano no estaba para nada en ese

asunto. Pero la conducta de ese desconocido con respecto a mí, no se explicaba de ninguna manera; esa asistencia incompleta, esa intervención misteriosa no aclaraban en nada la situación.

Un nuevo descubrimiento vino a aumentar mi perplejidad.

Me encontraba envuelto en una vieja hopalanda de pastor que me era completamente desconocida. Sin duda, temiendo para mí el frío de la noche — pues las sugestiones de Dolcepiano me habían llevado a despojarme de una parte de mis ropas — mi salvador había ido a buscar ese abrigo, probablemente a lo de Sargasse y me había envuelto en él.

Una sensación de frío en las piernas cuando me despojé de la hopalanda, me hizo constatar que me habían llevado mis polainas, mi sombrero también había desaparecido. ¿Porqué ese robo?...

Yo tenía que habérmelas pues simultáneamente con un amigo y con un enemigo. Pero sus intervenciones se encadenaban de incomprensible manera. El amigo tendría que haber concluído su tarea y hacerse reconocer; por otra parte, lógicamente, el enemigo, debía haber concluído conmigo o, al menos dejarme en el sitio donde había caído.

Me había sentado, al borde del camino y me repetía maquinalmente:

—¡Qué extraña aventura! ¡No se comprende nada!

La tirantez de mi estómago me volvió a la realidad. No podía ser insensible a esa voz que me gritaba apetito. Una mirada a mi reloj que llevaba en la muñeca derecha me indicó que era cerca de mediodía.

¿Era posible que hubiera dormido tanto tiempo? Me sentía la cabeza horriblemente pesada. La idea de un narcótico atravesó mi cerebro. Aprovechando mi desvanecimiento, mi extraño salvador debía haberme hecho beber o respirar algún soporífico.

Me levanté e hice varios pasos, vacilando. Pero el movimiento disipó mi malestar y alejó poco a poco, la bruma que obscurecía mis ideas.

Busqué en los bolsillos de mi pantalón y constaté que me quedaba dinero, el suficiente para tomar algún alimento de que tenía gran necesidad y volver enseguida a Niza.

La desaparición de mi saco que contenía los dos billetes de banco no me dejaba otro recurso. Además ¿qué podía y qué debía hacer?

Mi situación era delicada y me molestaba tener que contar mi desventura.

Admitiendo que yo hubiese sido realmente víctima de una celada o de un robo, como todo parecía probarlo, me era difícil quejarme sea contra Sargasse, sea contra Dolcepiano.

Primero que yo no podía afirmar nada, no teniendo por el momento más que sospechas, absolutamente desprovistas de pruebas.

Luego, no podía olvidar que en Puget-Theniers me había presentado bajo el nombre de Paddy Wellgone. Esa circunstancia no me facilitaba otra alternativa que agravar mi caso llevando bajo un falso nombre, un asunto oficial, o sino denunciar yo mismo mi impostura, lo que no quería hacer a ningún precio.

Si Dolcepiano o Sargasse hubieran conocido ésta particularidad, tranquilizados por mi impotencia, no se hubieran, sin duda, tomado el trabajo de dormirme y transportarme tan lejos.

Sin tomar aún una resolución me puse en camino para atravesar la corta distancia que me separaba de Puget-Theniers. Ante todo quería satisfacer mi estómago.

Algunos metros más lejos, un paquete gris colocado al borde del camino e inmovilizado por una piedra, atrajo mi atención, me aproximé, lo examiné y lancé un grito de sorpresa.

Mi sobretodo, mi chaleco y mi saco, cuidadosamente doblados, se encontraban en él, lo mismo que mi sombrero y mis polainas. En los bolsillos constaté la presencia de mi revólver y los billetes del señor Cristini. A estos últimos ocho más que se hallaban adjuntos. Un papel clavado con un alfiler en el primero, decía:

"Indemnización ofrecida al honorable Paddy Wellgone por su leal ayuda y su preciosa colaboración".

Arrugué el papel con cólera.

—¡Dolcepiano! — exclamé.

Esta vez, la duda era imposible. Él sólo, podía ser el autor de esa restitución y de esa insolente burla.

Así la lucha iniciada entre nosotros, terminaba con mi derrota. Me había dejado engañar como un niño y me encontraba burlado, humillado y furioso, no sabiendo que hacer.

Pues — y ésto era exasperante al más alto grado — yo estaba lejos de comprender en que había podido servir a los planes del italiano. Presentía solamente que había sido su instrumento y que tarde o temprano, sabría a mis expensas, las razones de la comedia. Pero, por el momento yo no veía nada.

¿Porqué ese viaje? ¿Porqué la persecución de Sargasse?

¿Porqué el robo de mis ropas y su restitución? ¿Porqué me devolvía él esos ochocientos francos? ¿Porqué me había sacado del peligro? ¿Y cómo el señor Cristini, si había recibido mi carta — y la había recibido, puesto que conocía mi dirección — no me había hablado de la ausencia de los billetes?

Renuncié a desenredar los hilos enmarañados de ese enigma.

—¡Es inútil que me rompa la cabeza! — murmuré con amarga melancolía — ¡Dentro de poco todo esto será claro! ¡Demasiado claro!

Me vestí suspirando y me dirigí con paso cansado y vacilante hacia el puente que une Puget con la otra rivera del Var.

Mi aparición en la plaza causó sensación. Mis recientes viajes habían familiarizado a la gente de allí con mi silueta. Se sabía que

yo buscaba al asesino del señor Montparnaud y varias veces había sido objeto de la curiosidad del público. No me asombra pues, que ella se manifestara de nuevo. Además mi frente vendada debía suscitarla.

Pero apenas había entrado en el restaurant del hotel, ví al propietario acudir hacia mi exclamando:

—¡Usted! ¿Qué hay de nuevo?

—¿De nuevo? — dije con un poco de desconfianza — Hay buen apetito, eso es todo.

Se apresuró a servirme y quedó a mi lado, mientras yo comía.

—¿Sabe que ya lo han llevado a Niza? — dijo misteriosamente — El telegrama llegó esta mañana quizás dos horas después que usted se fué.

—¿A quién han llevado a Niza? — pregunté descuidadamente pués prestaba más atención al contenido de mi plato que a las palabras del hotelero.

—¡Y bien! Sargasse. Usted lo esperaba — dijo con aire de malicia.

Yo salté sobre mi silla

—¿Que han llevado a Sargasse? . . . ¿quien? . . . ¿porqué?

El hotelero pareció estupefacto.

—Los gendarmes, naturalmente. Y claro está que debido a usted. —

—A mí! — repetí confundido — ¿Cómo lo han sabido?

—¡Oh! esas cosas no permanecen mucho tiempo secretas. Eso corrió enseguida por todo Puget.

¿Se sabía? ¿Por quien? ¿Y porqué no me habían venido a buscar, si la noticia de la agresión corrió por todo el país?

Le pregunté.

¿Así que Sargasse está arrestado? ¿Y cómo pasó eso?

El hotelero se puso a reir golpeándome el hombro.

—¡Vamos! Creo que usted lo sabe bien puesto que fué quien lo trajo.

—¡Yo! — exclamé.

—¡Oh no vale la pena ocultarlo! Hay mujeres en la gendarmería. Usted pensará bien que ellas no iban a guardar la historia para ellas solas. Y luego, lo han visto pasar a usted.

—¿Me han visto? . . . ¿Cuándo? . . . — pregunté apretándome las sienes con las manos.

—¡Esta mañana, pues! Cuando usted trajo a Sargasse.

Miré a mi interlocutor con tal expresión que él se inquietó.

—¿Es que usted siente algo? no parece muy bien.

—No — dije — Pero eso que usted cuenta. Dice que me han visto.

—Esta mañana a las cuatro — respondió el hotelero mirándome con conmiseración.

—¿No se recuerda usted?

—Desde anoche — murmuré — desde el momento en que caí y me desvanecí hasta hace un momento en el camino de Saint Pierre, no he recobrado el conocimiento. Des-

¿Pero se embarca un martes y día 13? ¿No es usted supersticioso?
—¡Hombre! Un poco. Pero es mi mujer la que se embarca.

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck

vanecimiento o sueño yo no me he movido. Usted ve bien que no he podido venir a Puget ésta mañana y que no me han podido ver.

—¿Es posible? — exclamó el hotelero, bajando la cabeza — ¡Pobre, señor! Es preciso que haya recibido un rudo golpe para que le produzca ese efecto!

—¿Cree usted que pierdo la cabeza? — pregunté.

—Yo no digo eso... pero, en fin, algo pasa... Es la memoria que no está bien... A usted lo han visto. Además usted ha firmado..

—¡He firmado! — exclamé fuera de mi — ¿que he firmado?

—Su queja a la gendarmería con respecto a Sargasse. Y usted ha debido tener mucho que contar porque se quedó un buen rato. Parece que, sobre el proceso verbal habrá más de seis páginas, con su firma al pié ... ¿Pero es cierto? ¿No recuerda? usted nada?

—¡Nada! — murmuré agobiado por su precisión.

—¿Quiere que le diga? — continuó el hotelero — Para mí que usted ha hecho todo eso durmiendo. O sino será el golpe. A veces uno no siente nada al principio, pero después viene. Usted haría bien en ir a ver al médico.

—Iré tal vez en seguida — dije.

—Pero cuénteme.... lo que he hechó.

—¡Es extraño! — dijo el hotelero — Es preciso que le cuente cosas que usted debiera saber mejor que yo... ¿No se burla usted? ¿De verdad na recuerda?

—Míreme — respondí ¿Cree usted que tengo ganas de reir?

—Es verdad... ¡En fin! Para contarle las cosas desde el principio le diré que la gente que se levantó esta mañana a las cuatro, lo vió llegar en el auto de su amigo...

—¿Dolcepiano? — pregunté.

—Si, el italiano... Sin duda usted lo había dejado allí, porque vino enseguida... Pero en ese momento no estaba con usted. Lo reconocieron a usted enseguida ¿Cómo confundirlos a los dos? Primero que él es más alto que usted y luego más delgado. Bueno cada uno tiene su aspecto. La genta no se equivocó. Al lado suyo estaba Sargasse, pero atado como un salchichón y ¡con unos ojos! ¡había que ver eso! El no hablaba porque usted le había atado un pañuelo a la boca pero, debía pensar y no, cosas divertidas.

Sargasse atado. Ese era pues, el resultado de la lucha de la cual yo había entrevisto el principio.

—¿Tuvo usted algo con él? — prosiguió el hotelero — De eso debe recordarse.

—Si recuerdo, me quiso asesinar.

—Si, es lo que usted dijo. Pero, no parecía haber sido el más fuerte, el viejo. ha debido darle trabajo? Salvo por el respeto que todos le tenemos a usted, la gente apenas puede creer que usted haya hecho eso completamente sólo y que haya podido empaquetarlo así. Usted parece fuerte yo no digo lo contrario. Pero, si hubiera sido necesario apostar no es sobre usted que yo hubiera puesto mi dinero.

—Uno no conoce nunca su fuerza — murmuré — Yo tampoco hubiera apostado por mi. Entonces ¿yo lo llevé a la gendarmería?

—¡Derecho! Los gendarmes dormían aún; pero usted los hizo levantar, y un poco bruscamente si quiere. Es uno del ferrocarril quien me lo dijo. Para que se quedaran con él usted les dijo que tenía quejas contra él, pues le había tirado dos tiros.

—¡Exacto! — dije.

—Además, usted llevaba el fusil y los cartuchos quemados. Pero; eso no es todo. Parece ser que usted llamó aparte al brigadier y que se presentó a él como... un... como se llama? uno de la policía, en fin.

—Un detective.

—Justo . . . encargado de encontrar al asesino del señor Montparnaud. El brigadier hizo el saludo militar Y usted lo invitó a encerrar provisoriamente al hombre, primero por tentativa de asesinato sobre su persona y luego por asesinato en la del señor Montparnaud.

—¡Siga! — exclamé.

—¡Ahora viene lo mejor! Parece que usted encontró en lo de Sargasse mercaderías robadas...

—Las del baúl rojo! — dije yo de sorpresa en sorpresa.

¡—Eso mismo. Con eso sólo ya la cuenta del viejo era buena. Pero, lo más gracioso es que lo han registrado. ¡Qué práctica, señor Wellgone! ¡Decir que llevaba sobre sí los diez mil francos del señor Montparnaud y que nadie lo sabía! Ha sido necesario usted para descubrirlo — concluyó el hotelero con una admiración respetuosa.

Yo, estaba confundido. Mi éxito, lejos de embriagarme de orgullo, me hacía concebir las mas vivas inquietudes.

Ni un momento, naturalmente, creí en un acto de sonambulismo de mi parte. El golpe debía venir de ese condenado Dolcepiano que se había llevado mis ropas, junto con mi fisonomía y mi nombre supuesto.

Tomar mi apariencia y proceder en mi nombre y lugar no era nada. Pero el nombre que él había creído sacarme no me pertenecía. ¡Eso es terrible!

—¡Bueno! — dije llevándome la mano a la frente. Quisiera algunos detalles. ¿Yo estaba vestido así?

—Exactamente, con sus polainas, su sobretodo, y su venda en la frente. Sólo que usted tenía además, anteojos.

—¡Ah! ¡ah! — repetí — ¿tenía anteojos?

—Anteojos negros. Eso se comprende por que como iba en automóvil...

Ya estaba asombrado, Dolcepiano, hábil para caracterizarse, había podido merced a mi sobretodo dar la ilusión de mi silueta; había podido también gracias al maquillage arreglar su cara, su cabello y su bigote para completar el parecido; pero le era imposible cambiar sus ojos grises. Había solucionado este inconveniente con los anteojos obscuros.

¿Cuál era su objeto? Ahora se me aparecía claramente. Para librarse de un cómplice molesto y al mismo tiempo para despistar, había resuelto un verdadero golpe de audacia, entregar a Sargasse, amparándose con mi nombre, entregarlo con los objetos robados y colocarme así frente a un hecho ya cumplido. El había pensado sin duda que por una parte el despecho por haber sido burlado me cerraría la boca, por otra parte que yo me sentiría tentado de aprovechar la gloria que él me había preparado y enderezarme a la vez el honor de la captura del cochero y el del descubrimiento de las mercaderías robadas.

Durante ese tiempo él se iría prudentemente.

Ese plan aventurero — pues no podía adivinar en el terrible conflicto que me colocaba, y que aumentaba aún más su suerte — era bien digno del astuto pillo que yo había presentido.

¿Pero Sargasse? ¿Qué decía Sargasse? El sabía; ¡debía hablar de él!

—¿Y el asesino — pregunté — que dice?

—Eso, señor, no se sabe muy bien, algunos dicen que ha confesado.

—¡Confesado el asesinato! —

—Sí, señor. Otros, al contrario, pretenden que se ha debatido gritando que no había hecho nada y que si lo obligaban hablaría.

—Eso — pensé — es para dominar a Dolcepiano.

—De todas maneras — concluyó el hotelero — su cuenta es buena. No puede negar las mercaderías ni el dinero. ¡Esas son pruebas!

—¡Cierto! — dije.

El cochero era evidentemente demasiado cómplice para interesarme. Me importaba poco que debiera pagar por dos. Sentía aún en mi espalda el estremecimiento de la muerte que me había hecho pasar, la noche anterior en tanto que yo estaba suspendido de los peñascos. Eso evitaba que lo compadeciera.

—¿Ha partido para Niza?

—En el tren de las ocho. La Jefatura de Policía lo mandó buscar.

—¡Buen viaje! — dije — los jueces desenmarañarán ese asunto... Pero, a propósito ¿sabe a dónde ha ido mi compañero Dolcepiano?

—¡Oh! señor, ¡ya debe esta lejos! ¡imagínese! Vd. fué a devolverle su auto en cuanto terminó el asunto en la gendarmería. Y él pasó veinte minutos después, lo que prueba que Vd. no lo había dejado muy lejos de Puget. Se fué a toda velocidad para Niza.

—Lo dudo — gruñí.

Yo pensaba en la humillación que sentiría cuando tuviera que confesar a Sofía con qué ingenuidad me había dejado engañar. Sin embargo, ella me había puesto en guardia.

—¿Quién se hubiera imaginado semejante cosa? — murmuré entre dientes.

Había querido ver claro en el juego del personaje. Y lo había conseguido... ¡a mis expensas!

El hotelero me recordó otras preocupaciones infinitamente más graves.

—En suma — continuó con curiosidad — usted tendrá que partir para Niza. Los jueces estarán deseando verlo.

Yo lo miré espantado, él prosiguió:

—¡Tendrá historia para contarles! ¡Y los diarios! Le van a hacer preguntas sobre el asesinato, y sobre cómo adivinó, la cosa.

Usted va a ser célebre, señor Wellgone! Seguramente, veremos su retrato en el "Eclaireur".

—Mi retrato? — balbucí — ¡mi retrato!

Y hundí mi mano en los cabellos con deseos de arrancarlos a puñados.

¡Célebre! ¡Iba a ser célebre bajo el nombre de Paddy Wellgone!

Tenía razón ese hotelero, yo no escaparía al alboroto que se haría alrededor de mi nombre, a los periodistas que me asediarían, a la justicia que me haría buscar, a la policía que me despistaría. Y el verdadero Paddy Wellgone, si volvía en medio de ese falco, sería el primero en lanzarse tras de rastro.

(Continuará).

—¡Ay! Doña Ramona. Usted que viaja tanto; si alguna vez va a Filadelfia, ¿me haría usted el favor de dar recuerdos a mi novio, que está allí?

—Sí, hija.

—Pero, bueno; no vaya usted a ir sólo para eso.

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y de extraordinarias aventuras

SINTESIS DE LO PUBLICADO

Los jóvenes Sidney Kennedy, Tim Baynes y Ken Thornton han descubierto un metal que no obedece a la acción de la fuerza de gravedad. Con ese metal construyen el Perla del Espacio, un navío aéreo en el cual parten a explorar los espacios sidéreos. Después de pasar cerca de la Luna llegan al planeta Marte, cuyos habitantes les reciben amistosamente.

Durante su residencia los jóvenes han conseguido aprender el idioma que se habla en Marte.

Estalla una guerra civil entre los habitantes de la ciudad y los videri, nombre que dan a los habitantes del campo, que tienen como jefe a un miembro del Yúmen llamado Agnoi.

A los pocos minutos el combate se desarrollaba a más de mil pies de altura, y aun cuano la línea de defensa na había sido rota en ninguna parte, un nuevo elemento fué, de repente, puesto en acción, demostrando a los jóvenes cuanta era la diabólica astucia de los planes de Agnoi. Con suma rapidez un nuevo contingente de los videri voló, por debajo de la doble fila de combatientes, hacia la ciudad y se elevó después para tomar entre dos fuegos, por decirlo así, a los ciudadanos y exterminarlos.

—¡Por todos los diablos! — exclamó Tim. — ¡Esto es peor que cuando las fuerzas de tierra logran rebasar el flanco de la línea enemiga y amenazar a su retaguardia!

—Esperen, — dijo Nónum. — Aún no ha terminado.

Mientras se expresaba así, la segunda, o sea la central línea circular de defensa de Pelémone, se elevó por los aires y como buitres que buscan su presa, se arrojó hacia el lugar del combate.

Durante varios minutos más la pelea fué de una violencia estupenda, en varias alturas, produciéndose una confusión tal que no era posible distinguir uno de otro, a los bandos de combatientes.

La horda de las caretas y en particular Sidney y Tim vibraban de impaciencia, protestando contra su forzada inacción. Miraban a Zornul, esperando la señal que les permitiera lanzarse contra el feroz enemigo. Pero Zornul permanecía tan impasible como los consejeros que observaban el desarrollo de la batalla calculando las probabilidades en pro y en contra y sin que, al parecer, les emocionara mayormente la astuta estrategia de los videri. Su fe tenía razón de ser porque gradualmente fué reinando de nuevo el orden y los jóvenes se dieron cuenta de que el círculo de defensa no había sido roto todavía, aún cuando había tenido que retroceder y el primero y el segundo círculo de defensa de Pelémone se habían reunido formando una sola fuerza.

Lo que les había sucedido a los destacamentos que habían intentado rebasar el flanco del círculo exterior era fácil de suponer. Excepto unos cuantos que huyeron a tiempo, aquella fuerza había sido aniquilada por el segundo círculo de los de la ciudad, borrada rápidamente de la vida.

Ese fracaso no importaba mucho a los videri, que atacaron con renovado ímpetu a sus enemigos. No concedieron ni un solo instante de respiro a los de la ciudad y lentamente pero sin cesar, tuvieron que seguir retrocediendo. El círculo no presentaba ya su aspecto simétrico porque su línea tenía varias bruscas ondulaciones. Hubo un momento en que la línea se cortó, y si volvió a unirse fué debido a esfuerzos sobrehumanos y heroicos de unos cuantos defensores de la ciudad, que desdeñando la vida, se lanzaron a aquella hazaña. A medida que se desarrollaba el combate, los voladores de uno y otro bando ascendían y descendían, llegando en un momento, a formar dos frentes que se extendían desde corta distancia de los techos de las casas a una altura de más de dos mil pies.

Tanta era la fatiga de la humana muralla que los videri lograban pasar por ella a veces, y entonces los elementos del tercer círculo acudían en auxilio y los rechazaban, rehaciendo el muro defensor. Durante algún tiempo prosiguió el combate en esa forma, pero los ejércitos de Agnoi parecían inagotables y a pesar del trágico heroismo de los ciudadanos, la balanza de la batalla parecía inclinarse en contra de ellos.

De improviso llegó el momento decisivo. Primero en el Norte, luego en el Sur y en rápida sucesión en el Este y en el Oeste, el repetido y vigoroso golpear de los atacantes logró forzar la línea del tercer círculo de la defensa de la ciudad. Todos cuantos elementos tenía Pelémone para su defensa entraron entonces en acción, acudiendo a la circular línea de batalla, Por último toda la línea de defensa del Este cedió y por fin hizo el oficial Zornul la esperada señal para que entrara en acción la horda de las caretas.

Tan rápidamente se colocaron los cascos protectores, que antes de transcurridos veinte segundos el reducido grupo se elevaba por los aires. Elevándose hasta una altura de quinientos pies lo más rápidamente posible, el grupo encabezado por Sidney se lanzó en montón hacia la abertura que había en el humano muro y por la que los videri pasaban cada vez en mayor número. Sidney se preguntaba si no le habrían dado la orden demasiado tarde, porque los videri,

después de pasar por la brecha, se dirigían a ambos lados atacando a los ciudadanos por la espalda. Pero Sidney no había contado con el efecto moral que tenía que hacer la presentación de su grupo, en los videri. Pronto pudo darse cuenta de que les había llamado la atención aquel puñado de voladores encapuchados de modo tan extraño. Los videri que pasaban por la brecha se detuvieron un momento, asombrados. Aprovechando aquel instante de vacilación, Sidney hizo avanzar a sus hombres a toda velocidad, pero cuando estuvieron a tiro, los videri se elevaron más y la horda de las caretas fué blanco de los tiros de miles de tubos de muerte.

Según las reglas de guerra admitidas como inconmovibles en Marte, ante aquel tiroteo, el grupo de encapuchados debía haber quedado aniquilado en unos pocos segundos. Ante aquella verdadera granizada de bolitas de mortífero vapor, la horda de las caretas debía haber desaparecido inmediatamente. Pero cuando avanzaron, ilesos, desdeñando el tiroteo, el efecto desmoralizador que ejerció aquel grupo en los videri fué tremendo, de modo que el primer encuentro era ya una victoria antes de haber comenzado.

Con los brazos extendidos, con una filosa espada en cada mano, atacaron, uno tras otro, a todos los voladores y durante varios minutos, los enemigos cayeron en raudales hacia el suelo.

Repartiendo golpes a diestra y siniestra avanzando, subiendo y bajando, Sidney y sus hombres cortaban el material fibroso de las alas de sus enemigos, de modo que la masa de videri atacantes fué clareando cada vez más. Casi no se daban cuenta del contacto del chaparrón de bolitas devapor que golpeaban en los cascos protectores. Aquellas bolitas, antes tan mortíferos y de tan seguro efecto, resultaban enteramente inofensivas para ellos.

Los dos muchachos creían que llevaban horas repartiendo tajos a derecha e izquierda cuando vieron que los videri habían desaparecido de delante de ellos. pero en realidad, no habían necesitado más de cinco minutos para hacerles sufrir una completa derrota. Los videri huían ante la horda de las caretas, dominados por el más intenso terror y la batalla, en aquella parte de la línea, terminó por el momento, con una aplastante derrota de los atacantes.

Sidney sintió deseos de perseguir al enemigo que huía, pero recordando las terminantes órdenes de Zornul, dió orden a sus hombres para que volvieran a formar en línea y así regresaron a la terraza de la Dunca. donde estaban los consejeros.

En cuanto descendieron, todos los consejeros y los jefes militares los felicitaron con grandísimo entusiasmo.

—¡Muy bien. habitantes de Chénurm! — exclamó Paneur. — Creo que los dioses se mostraron bondadosos con Pelémone cuando, en su viaje por el espacio, les trajeron, hasta nosotros, con tanta oportunidad que les ha sido posible ayudarnos en este día!

—También se mostraron bondadosos con nosotros, — dijo Sidney, quitándose el casco y respirando con satisfacción el aire puro y fresco. — **Con nosotros también** señor, porque nosotros, habitantes de Chénurm, no pudimos jamás soñar en aventuras tan extraordinarias como las de este día.

Aún cuando la línea del Este había sido rehecha y reforzada, en las demás direcciones la muralla de la defensa presentaba motivos de ansiedad. Poco después, el oficial Zornul les dió orden de atacar a los videri que entraban por otra brecha abierta en el lado del Norte. Allí se encontraron con más enérgica resistencia, pues había desaparecido el factor sorpresa, que antes les habían favorecido. Solo cuando las pérdidas habían sido enormes los videri se decidieron a retirarse. Por fin, el último de los atacantes fué arrojado al suelo y la segunda intervención de la horda de las caretas fué un nuevo éxito.

Aún cuando la batalla continuaba, no seguía con el mismo vigor que antes, y la horda de las caretas mientras descansaba, después de su segunda acción, empezaba a creer que ya había pasado lo peor, cuando del lado del Sur la pelea adquirió repentina furia y se hizo aún más violenta de cuanto lo había sido antes. Un trozo extenso de la línea de defensa retrocedió hacia dentro y parecía que nada podía evitar que equella sección fuera exterminada.

Se pusieron a toda prisa sus cascos protectores y el escuadrón volador de Sidney se dirigió al punto de peligro. Pero les aguardaba una nueva sorpresa, porque en vez de la lucha encarnizada que esperaban, los invasores cedieron en cuanto les vieron aparecer y les resultó sumamente fácil obligar a los videri a retirarse de la línea de defensa, a tal punto que, sin pensarlo avanzaron alguna distancia en las líneas enemigas. Dándose cuenta de lo que había pasado, Sidney dió a sus hombres orden de retroceder, convencido de que tal muestra de cobardía no estaba de acuerdo con la manera feroz de combatir de los videri y encerraba alguna añagaza.

Sus temores resultaron bien fundados, porque en cuanto se formó su escuadrón para volar en retirada, un torrente de voladores enemigos descendió a derecha e izquierda y valerosamente interceptó el paso, con sus cuerpos, al escuadrón que se dirigía a su base. Como tentativa para cortar el paso a la horda de las caretas, el fracaso era seguro, y antes de un minuto el enemigo había sido arrojado a un lado y los encapuchados seguían su marcha. Pero entonces fué cuando se justificaron por completo los temores de Sidney, que se dió cuenta de que todo aquello no tenía más que un objeto. Cuando su compañía se hallaba todavía a media milla de la terraza, se sintió horrorizado al ver que no menos de cien videri volaban en línea recta hacia la Dunca con el desesperado propósito de aniquilar de un solo golpe a todo el poder dirigente de la defensa, representado por los consejeros y los jefes militares de la ciudad.

¿Cómo había logrado el enemigo burlar la vigilancia de las líneas de defensa? Sidney no se lo explicaba en aquel momento. Más tarde supo que el recio ataque que tan violentamente había estallado del lado del Sur, no había sido más que un movimiento destinado a cubrir una tentativa, aún más furiosa, **realizada en el sector opuesto. En**

este lado la defensa había sido momentáneamente desviada y esto había permitido el paso de un temerario grupo de enemigos hacia la Dunca.

Cuando Sidney lo vió por primera vez, el destacamento de los videri se hallaba a poco más de cien yardas de la terraza más cerca que el escuadrón encapuchado. Pero la ventaja en la distancia era en parte neutralizada por la acción de algunos heroicos ciudadanos que de uno y otro lado, poniendo en peligro la vida, se proponían retardar el avance de los videri hasta que llegaran socorros.

Los muchachos no olvidaron jamás la precipitada marcha de los dos grupos; ellos del lado del Sur, los enemigos del lado del Norte, decidido cada grupo a ganar o a morir. En cuanto estuvieron suficientemente cerca, los videri comenzaron a tirotear a los que estaban en la terraza, pues ya habían visto que se acercaba el escuadrón de Sidney y sabían que en cuanto llegara estaban perdidos.

Por su parte, los encapuchados avanzaban enfurecidos al ver que dos o tres de sus jefes caían, víctimas de las mortíferas bolitas de vapor. Gracias a los heroicos ciudadanos que de modo tan estoico habían sacrificado su vida, el escuadrón encapuchado pasó por encima de la terraza cuando el enemigo se hallaba a cincuenta yardas de ella y formó en seguida una valla protectora que defendió la vida de sus jefes.

Los videri volaron hacia uno y otro lado, desesperadamente decididos a realizar su propósito, pero Sidney y sus compañeros, igualmente rápidos, se arrojaron sobre ellos, desgarrándoles las alas y anulando por completo su intento.

Los pocos que aún quedaban en el aire procuraron huir de la horda de las caretas pero los triunfantes les persiguieron y en pocos segundos terminaron su exterminio.

Esta fué, en realidad, la última escena de la batalla aérea que había durado varias horas. Los videri, derrotados y descorazonados por la enérgica resistencia de los de la ciudad, aterrados ante la eficacia de la acción del grupo de Sidney, comenzaron a ceder terreno y por último, las fuerzas de la ciudad tomaron la ofensiva.

Tim realiza una captura, gracias a la cual se enteran de algunas cosas muy interesantes para ellos y para los martianos.

El grupo mandado por Sidney se dispersó en todas direcciones durante la persecución, y el final exterminio de los atacantes, así que regresaron a la terraza en aislados destacamentos de dos o tres. Como no sentía el mismo deseo de venganza que animaba a los de la ciudad, Sidney regresó al techo de la Dunca en cuanto comprendió que los videri estaban derrotados. Durante la agitación de la última pelea se había separado de Tim, y aún cuando su compañero no regresó al mismo tiempo que él, Sidney no sentía intranquilidad por lo que pudiera haberle sucedido.

Fué aclamado por los consejeros que, con el mayor entusiasmo, le proclamaron salvador de Pelémone y de tal modo le agobiaron con sus plácemes que sintió verdadera satisfacción cuando, por fin, pudo ir a una de las esquinas del techo, desde la cual el joven Nónum hacía señas a los del escuadrón de las caretas indicándoles que regresaran en seguida.

—Me complace ver que ha regresado usted sin inconveniente, Nónum, — díjole. — Pero ¿dónde anda Timothy?

—No lo sé, — contestó Nónum. — Estaba a mi lado cuando atacamos a los videri pero desde ese momento lo perdí de vista.

—Ya debía estar de regreso, — dijo Sidney, inquieto. — Ojalá no le haya sucedido nada. Pero creo que no estaría de más pasar lista porque me parece que mis fuerzas no han salido ilesas de la última refriega.

Así era en realidad. Del primitivo grupo de treinta y dos, sólo quedaban catorce porque aun cuando las caretas les habían protegido contra los gases mortíferos, el enemigo había atacado cuerpo a cuerpo y había conseguido estropearles las alas enviándolos al suelo.

Parecía que ya había vuelto el último de los del grupo y sin embargo no se veía a Tim por ninguna parte. Sidney se disponía a ir en busca de su amigo cuando vió que Paneur, seguido de Zornul y de los demás oficiales, se dirigía hacia él.

Paneur levantó una mano, solicitando silencio.

—Soldados, — dijo — veo con verdadero dolor, que han sufrido la pérdida de muchos de sus valerosos compañeros. A los que han desaparecido les saludo reverente puesto que nadie mejor que ellos se han mostrado dignos del respeto y el agradecimiento de la ciudad. A ustedes los sobrevivientes, la ciudad de Pelémone presenta el tributo de su eterna gratitud. Han librado ustedes hoy una épica batalla y juntos con nuestras tropas de los círculos de la defensa, han conquistado una victoria que dejará a Agnoi y a sus secuaces tan maltrechos que tardarán en poder reorganizarse. — Calló un momento y apoyó una mano en el hombro de Sidney.— ¿Qué podré decir de usted, joven viajero de los espacios a quien debemos la vida, nuestra ciudad, nuestros tesoros, todo cuanto para nosotros es sagrado? Más adelante nuestra ciudad reconocerá como le corresponde la enorme deuda que tiene con este habitan-

te del lejano planeta de Chénudm, pero, por el momento, que admita mis sinceras palabras de agradecimiento por los servicios incalculables que tan heroicamente nos ha prestado.

Cuando Paneur terminó de hablar, todos los martianos presentes lanzaron gritos de aprobación y aplaudieron, demostrando así el aprecio que sentían por Sidney. Este, sin embargo, casi no se daba cuenta de lo que pasaba cerca de él porque tenía fija la atención en dos aladas figuras que se dirigían veloces hacia el techo de la Dunca. Al cabo de breves minutos pisaron la terraza y Sidney corrió hacia ellos, lanzando un grito de alegría cuando vió el rostro sonriente de su compañero que acababa de quitarse el capuchón.

—¡Tim! — exclamó. — ¡Ya estaba por salir a buscarle! ¿Qué le ha pasado?

—Nada grave, Sidney. Me detuve un poco porque quise traer a este prisionero, que me ha dado bastante trabajo.

—¿De modo que a eso obedece su tardanza?

—Sí. Cuando se produjo el último encuentro me encontré delante de este individuo, que me arrojó lo menos una docena de bolitas con su cerbatana de bolsillo. Como era lógico, las bolitas no hicieron efecto de ninguna clase, pero el hombre se disponía a arrojarse sobre mí. Yo iba a rasgarle las alas con mi cimitarra pero le ví tan joven que no tuve valor para enviarle a morir. Pero decidí no dejarle escapar así que revoloteé en torno de él hasta que le hice descender en un techo de las afueras de la ciudad.

—¿Y qué piensa hacer con él, ahora que lo ha apresado? — preguntó Sidney, sonriendo.

—Se me ha ocurrido que podemos llevarlo con nosotros y exhibirlo en una jaula, en el jardín zoológico de Londres, — dijo, bromeando Tim. — ¡Ah! Me olvidaba de decir que me ha contado algo muy interesante sobre el rapto del presidente Senama. Yo no le entendí con suficiente claridad, pero creo que el amigo Zornul no tendrá inconveniente en interrogarle como es debido.

Tim se volvió hacia el joven oficial porque tanto él como los demás martianos miraban al prisionero con suma curiosidad aun cuando no habían podido entender lo que Tim había dicho, porque se había expresado en inglés.

—Juzgando por lo poco que he entendido, de lo que me ha dicho este joven a quien he traído conmigo, — manifestó Tim, expresándose en martiano. — el presidente Senama ha sido llevado a una localidad que se llama "Haz Menos" o cosa así. ¿Quiere usted interrogarle? Habla un martiano que no entiendo.

Zornul sonrió al oir a Tim y procedió a interrogar al joven prisionero. Durante unos minutos Zornul dirigió al cautivo sucesivas preguntas que el joven contestó en seguida. Ni Sidney ni Tim entendieron una sola palabra de aquella conversación, pero el oficial Zornul se mostró satisfecho cuando terminó de preguntar y se volvió hacia los dos amigos.

—Este pícaro retoño de los videri se expresa en el lenguaje que hablan aquí los hombres de campo y que se diferencia mucho, sobre todo en la pronunciación, del que hablamos los de las ciudades. Me ha dicho algo que significa grave peligro no sólo para el presidente Senama sino también para el compañero de ustedes llamado Ken. La localidad de que habla es la ciudad de Axméni. Allí, si dice la verdad, su camarada y nuestro presidente se hallan cautivos y a la sospechosa merced de Agnoi.

Cuando Sidney oyó lo que Zornul manifestaba, preguntó inmediatamente:

—¿Dónde queda Axméni?

—Muy lejos y en un desolado desierto. Es una ciudad que fué abandonada hace tiempo por sus habitantes y que se desploma lentamente.

—Bien; algo es saber dónde se encuentran. ¿Qué probabilidades hay de poder rescatarles Zornul?

—Muy pocas, — contestó el oficial, apesadumbrado. — Es de suponer que las inmediaciones de Axméni se hallen bien custodiadas y que la aproximación de cualquier grupo que vaya con intenciones de libertar a los presos sea la sentencia de muerte de los mismos. Agnoi y sus traidores consejeros saben perfectamente que ha de llegar un momento en que serán perseguidos sin misericordia, pero antes de que llegue ese día, los derrotados traidores se vengarían de nosotros arrebatando la vida a nuestro presidente.

Sidney, impaciente y disgustado por el pesimismo de Zornul, se volvió hacia el joven martiano a quien Tim había capturado y que parecía hallarse muy tranquilo sin que le preocupara ni lo más mínimo su destino.

—¿Cómo se llama usted, joven? — le preguntó.

—Alreg Urmun, — contestó en seguida el prisionero.

—¿Por qué traiciona usted este secreto de su partido? — preguntó Sidney.

—Porque, como casi todos los videri, he combatido por la libertad de nuestra clase social, no por los propósitos particulares de Agnoi. Hemos sido derrotados y Pelémone nos hará pagar muy amargamente la derrota. Pero, — y al expresarse así Urmun se irguió orgulloso, — en nuestro convenio con Agnoi no figuraba el crimen y quiero evitar en lo posible la realización de verdaderos asesinatos.

—¿Conoce usted el camino que conduce a Axméni?

—Lo conozco bien porque hace menos de un año tuve la curiosidad de visitar detenidamente la vieja ciudad abandonada.

—¿Querrá usted guiarnos hasta ella? — preguntó Sidney con nerviosidad.

—¡Sí! — contestó Urmun, sonriendo. — Por el honor de los videri querría evitar esos crímenes, pues he oído a Agnoi en el momento en que juraba que si sus planes fracasaban, mataría a Senama. Además, le debo la vida a su camarada y quisiera pagar en parte mi deuda, cooperando a la liberación de su compañero cautivo.

—Siendo así señores, — dijo Sidney volviéndose hacia los gobernantes de la ciudad, — debemos hacer cuanto nos sea posible en pro de la salvación de vuestro presidente y de nuestro camarada. Las circunstancias están en contra de nosotros. Pero la astucia y la habilidad pueden vencer donde la fuerza fracasaría sin duda y yo, por mi parte, deseo aprovechar esta oportunidad, por aventurada que pueda ser.

—Entonces usted se propone ir a Axméni, — dijo Paneur, — aún sabiendo que Agnoi está desesperado y es capaz de aprovechar esta oportunidad para hacerle compartir el mismo destino que reserva a los dos a quienes ya tiene prisioneros?

—Lo que me propongo es salvar a Ken, — replicó Sidney, — o al menos hacer que Agnoi reciba el castigo que corresponda a lo que mi amigo haya sufrido por culpa de él. Además, señor, no es probable que Agnoi suponga que se pueda intentar algo contra su fortaleza tan pronto, pues sólo la más feliz de las casualidades nos ha permitido enterarnos del secreto de la lejana prisión.

—¡Vaya usted, entonces! — dijo Paneur, emocionado. — Por el bien de nuestro amado presidente no podemos negarnos a aceptar un servicio que usted ofrece tan generosamente.

Fué pues, convenido que Sidney, Tim y Urnum fueran a desafiar al feroz enemigo en su fortaleza en la lejana ciudad de Axméni. Tan entusiastamente les rogó Nórum que le permitiera acompañarle, que el joven martiano fué admitido en el grupo que iba a emprender tan temeraria tentativa.

Los cuatro jóvenes hubieran partido inmediatamente si no lo hubiese evitado Zornul, el cual les ordenó terminantemente que descansaran antes de partir si deseaban tener alguna probabilidad de buen éxito. Dominó la impaciencia de los jóvenes diciéndoles que no se hallaban debidamente equipados para un viaje tan largo. Les prometió que les despertaría cuatro horas después y que para entonces tendría preparado todo lo necesario para su inmediata partida.

Fueron despertados a su debido tiempo y después de desayunarse con excelente apetito, — pues ya se acercaba el nuevo día,— Zornul les guió a la terraza.

—Notarán ustedes que tanto las alas como las baterías que he hecho traer para ustedes son más grandes y más poderosas que cuantas han visto hasta ahora. Con ella podrán llegar en poco tiempo a su destino. Aquí tiene, además, estos tubos con provisión de agua y también unas alas para los prisioneros por si logran rescatarles. En cuanto a armas, ustedes elegirán las que deseen.

—Las caretas protectoras, las espadas de ayer y algunos tubos de muerte. — dijo Sidney, — Pero tengo que pedirle un último favor, antes de partir.

—Lo que usted desee, — dijo el oficial Zornul sin vacilación.

—Desearía que sus soldados custodiaran nuestro buque mientras nos hallamos ausentes, — dijo Sidney.

Zornul contestó en seguida que así se haría, y un momento después, los cuatro jóvenes partían de la terraza.

Guiados por Urnum traspusieron el valle donde estaba Perla del Espacio, continuaron en línea recta durante varias millas, y cuando el sol se elevaba en medio del luminoso esplendor que anunciaba en Marte la llegada del nuevo día, volvieron hacia la derecha, en ángulo recto.

—Seguimos ahora el lecho de lo que en un tiempo fué llamado el camino de Piyán — dijo Urnum.

Y, mirando hacia abajo, vieron una excavación geométricamente cortada, que se extendía hasta perderse de vista. La excavación tenía como doce yardas de ancho por ocho pies de profundidad. Aquella abandonada excavación demostraba, con más claridad aún que el canal, lleno de agua de Pelémone, lo habían trabajado los martianos con asombrosa habilidad y grandes conocimientos de ingeniería.

Los hacía tiempo desaparecidos ingenieros martianos que habían construído aquello habían recubierto interiormente la excavación con un material liso y lustroso, que parecía mármol negro.

—¡Qué enorme trabajo han sido todos estos canales! — dijo Sidney. — ¿Cuántos canales como éste hay en toda la superficie del planeta?

—Ninguno de nosotros, los de la presente generación, puede contestar a esa pregunta, — dijo Urnum. — Sabemos que existen muchos canales, ligados al canal que aún está en uso y que de esos canales, muchos de ellos cubiertos y aún llenos de polvo, parten otros muchos más, en todas direcciones.

—¿Dónde termina éste? — inquirió Tim.

—No es posible decirlo. He podido ver que llega hasta la ciudad a donde vamos. Más allá no le he explorado y creo que no lo ha explorado nadie.

Durante las siguientes horas fué muy poco lo que hablaron, aún cuando a veces Sidney y Tim contestaron a algunasc preguntas que les dirigieron los jóvenes martianos.

Al parecer la tierra, en toda la extensión que alcanzaban a ver en todas direcciones, tenía el mismo aspecto. Era monótona chata, estaba cubierta de polvo y era enteramente estéril. Parecía aquello un mundo no moribundo sino muerto ya, en realidad. En todas partes reinaba un silencio tétrico, sepulcral; allí no había ni el menor rastro de vida, ni siquiera las lagartijas y los escorpiones que hay en los desiertos de ese estilo que existen en nuestro planeta. Fuera del amontonamiento irregular del polvo acumulado por los años, era aquella una superficie de muerte que anunciaba la cercana extinción de todo rastro de vida en todo el planeta.

Dos veces, durante el día, el grupo tuvo que descender para descansar. Ya estaba adelantada la tarde cuando Tim, — el de vista más penetrante de los cuatro, — distinguió varios puntos que relucían a lo lejos, a los horizontales rayos del sol poniente.

—Las torres que aún quedan en pie en la ciudad de Axméni — anunció Urmun.

—Entonces ha llegado el momento de que descendamos a tierra, para que no nos vean, — dijo Sidney.

Descendieron hasta el polvoriento lecho del canal seco y tendidos en el suelo, pues estaban todos muy cansados después de tan largo viaje. Sidney expuso su plan de campaña.

—Mi idea es esperar a la mitad de la noche y entonces dar un gran rodeo para entrar en Axméni por el lado contrario, pues es de suponer que la vigilancia mayor se halle apostada del lado de Pelémone, que es de donde Agnoi puede temer un ataque.

—¿Y una vez dentro de la ciudad. — preguntó Nomun, — ¿qué haremos?

—Esa parte del plan tendremos que dejarla confiada a lo que nos dicte el destino. — dijo Sidney — Nuestro primer propósito debe ser averiguar en qué edificio se hallan encerrados los cautivos y después hemos de rogar por que la buena suerte nos favorezca. ¿Puede alguno de ustedes indicar algo mejor?

Al parecer, ninguno tenía nada que decir. Las siguientes seis horas las pasaron durmiendo. Algunos minutos antes de las doce de la noche, Nómun, que era el que estaba de guardia entonces, despertó a los otros y comenzaron la única etapa de su viaje. O describieron una curva más extensa de lo necesario o habían calculado mal la distancia, la verdad es que ya había pasado hacía rato la hora a que calculaban llegar a Axméni cuando distinguieron los oscuros bultos de los edificios debajo de ellos.

Descendieron silenciosamente y por indicación de Sidney, se tomaron de la mano, yendo el mismo Sidney a la cabeza de la fila. Avanzando cautelosamente por el espacio abierto en que al parecer, habían pisado tierra, Sidney tocó, de improviso, con la mano, una pared fría y suave. Un leve ruido hecho como chistando muy bajo, advirtió a sus compañeros, y paso a paso siguieron junto a aquel muro hasta que terminó en una arista desigual que indicaba la existencia de la entrada a algún edificio en ruinas. Pisando con el mayor cuidado para no tropezar con algún trozo de mampostería caído, de los muchos que cubrían el suelo, entró, con los otros tras él. Una vez dentro escuchó con la mayor atención, pero ni aún el menor ruido turbó el sobrenatural silencio que allí reinaba. Por fin se atrevió a encender su antorcha eléctrica.

Una sola mirada le bastó para darse cuenta de que su instinto no le había desorientado, pues se hallaban en una pequeña habitación de piedra; habían entrado en ella por el hueco dejado por el derrumbe parcial de la pared exterior.

—Excelente sitio para adoptarlo como base de nuestras operaciones, — dijo Tim en voz baja. — Desde aquí podremos hacer exploraciones hacia todos los puntos de la ciudad.

—No será necesario, — replicó Sidney,— porque en el silencio **de cripta que** reina aquí el menor ruido será magnificado un centenar de veces y creo que pronto podremos saber dónde queda el cuartel general de Agnoi.

Se reunieron en el hueco de la pared, muy juntos los unos de los otros, esperando y escuchando. La oscuridad de la noche se extendía delante de ellos como una cortina de tinieblas. El silencio que ya era antes, en las extensas llanuras, impresionante y opresivo, resultaba allí tan intenso, tan intenso, tan aplastador, que inspiraba deseos de gritar, buscando alivio contra su enervadora influencia. El tiempo parecía eterno; no les quedaba ni aún el consuelo de la conversación porque los enemigos debían estar cerca y el menor ruido podía constituir un gran peligro.

Permanecieron allí, inmóviles, cerca de media hora, aún cuando habían perdido toda noción del tiempo, cuando de improviso la obscuridad se disipó y brilló una plateada luz que les permitió distinguir como en pleno día el espacio que quedaba ante ellos. Era la luz de Fobos la luna, que recorre el cielo de Marte tres veces cada veinticuatro horas. Un extraño cuadro fué el que se presentó ante los cansados ojos de los jóvenes observadores.

Debían haber descendido en una extensa plaza rodeada de edificios, que en un tiempo fueron de magnífica y delicada arquitectura. Como los de Pelémone, aquellos edificios eran de mármol de colores suaves, pero la acción del tiempo los había destruído del modo más lamentable y la plaza presentaba un aspecto de ruina y de desolación indescriptible.

—Se parece a una fotografía de una aldea francesa bombardeada, — dijo Tim en voz baja.

La comparación era exacta desde varios puntos de vista porque los edificios circundantes presentaban un aspecto de irregularidad impresionante. En algunos puntos aún quedaban enhiestos alminares y torres que se alzaban hermosos, perfectos, adornados con columnas que permitían calcular cuanta había sido la magnificencia de la ciudad de Axméni en sus buenos tiempos. Pero la mayoría de las torres se habían derrumbado y no quedaba de ellas más que un montón de escombros cubierto por el polvo acumulado durante siglos y siglos.

—¡Silencio! — advirtió Sidney a los otros al ver que dos personas salían de la oscuridad del portal de una casa de enfrente y se quedaban parados en la gradería de entrada.

Por fortuna la luna alumbraba con su fría luz desde un punto del cielo situado a espaldas de los jóvenes, así que éstos no podían temer que les vieran pues quedaban sumidos en la más densa sombra. Observaron en silencio mientras los martianos que, según lo dejó ver la luz de la luna, eran Agnoi y Párlat, su confidente, conversaban a la puerta de lo que era, sin duda, su retiro secreto.

Agnoi parecía empeñado en conseguir que el otro accediera a hacer algo que no le gustaba hacer porque movió varias veces negativamente y con mucha energía, la cabeza. Pero **Agnoi fué, poco a poco, venciendo la**

Mediante desesperados esfuerzos Tim es salvado por sus compañeros de caer en poder de una serpiente marina.

oposición de su subordinado, que por último inclinó sumisamente la cabeza y sonrió al mismo tiempo que Agnoi. En seguida volvieron a entrar en el edificio.

—La suerte nos favorece, — susurró Sidney. — La luz cesará pronto porque Fobos viaja rápidamente y dentro de pocos minutos reinará de nuevo la oscuridad en esta plaza. No debe faltar mucho para el amanecer pero mientras duren las tinieblas puede hacerse mucho. Soy de opinión de que debemos revisar esa casa sin demora.

Los demás aprobaron el plan.

—Fíjense en la posición de la entrada mientras alumbra la luz de la luna, — agregó. — Durante la mitad de la distancia van a ocultarnos las sombras. ¡Vamos!

Como antes, se tomaron de las manos y se deslizaron, siguiendo las paredes, uno detrás de otro. Varias veces indicó Sidney que procuraran no hacer ruido porque era muy difícil avanzar sin tropezar con algún trozo de mampostería procedente de los edificios derrumbados. La espesa alfombra de polvo amortiguaba el ruido inevitable. Tan rápida era la carrera de Fobos que siguieron por

el borde de la sombra hasta llegar a la puerta de la casa donde estaba Agnoi.

—Quédense ustedes aquí mientras voy a explorar, — dijo Sidney. — Recuerden que el menor ruido puede costarnos la vida a todos nosotros y causar la muerte de aquellos a quienes queremos rescatar.

—No es posible que yo le deje ir solo, — protestó Tim.

—Tiene que ser así Tim, porque uno puede moverse sin ruido donde dos pueden cometer muchos errores. ¡Obedezca, pues, amigo mío!

Sin dar a su compañero tiempo para replicar, Sidney se alejó, metiéndose en el oscuro portal.

El grupo que va a Axméni procede con toda cautela y consigue libertar a los cautivos mediante una ingeniosa combinación y cuando ya parecía que todo estaba a punto de fracasar, emprendiendo el regreso.

La oscuridad de la plaza había sido muy intensa, pero Sidney se vió en aquel momento como envuelto en una manta de tinieblas que le ciñera la cabeza. Experimentó la desagradable sensación de haber entrado en un encierro cuya salida ignorara y durante cerca de un minuto permaneció parado, escuchando y preguntándose si el enemigo habría o no sospechado su presencia en aquel sitio.

Por último, convencido de que de nada le serviría esperar se echó al suelo y sacando del bolsillo su antorcha eléctrica la encendió, dirigiendo hacia abajo el haz de luz que fué de un lado a otro a pocas pulgadas del suelo.

Lanzó un suspiro de contento al persuadirse de que estaba solo. Elevando la luz de la antorcha se dió cuenta de que se hallaba en una habitación octógona que, en su tiempo, había sido el vestíbulo de entrada de aquella antigua mansión martiana. Frente a él quedaba la otra puerta, además de la de entrada. que tenía aquel hall. Hacia esta segunda puerta se dirigió resueltamente el muchacho.

Avanzó andando a gatas, silencioso, temiendo que en el momento menos oportuno el polvo reseco que levantaban del suelo sus pasos, le hiciera estornudar. Entró en el pasadizo que partía del vestíbulo y después de lanzar un rápido destello de luz con su antorcha, apagó la luz y se quedó escuchando el menor ruido que pudiera orientarle hacia lo que estaba oculto en aquella silenciosa mansión.

Lenta y cautelosamente recorrió toda la longitud del pasadizo pero sin atreverse a encender de nuevo la luz. La pared junto a la cual avanzaba tenía, de trecho en trecho, aberturas que debieron ser puertas en un tiempo y que eran entonces tan sólo unas irregulares brechas cuyos marcos de madera habían desaparecido tiempo atrás.

Llegó al extremo del pasadizo al cabo de varios minutos de avanzar a paso de tortuga, con los miembros doloridos y una extraña sequedad de garganta, encontrándose con que el largo pasillo terminaba bruscamente en una ancha sala circular cuya oscuridad era pobremente menguada por la luz de varias antorchas de madera resinosa que ardían junto a las paredes.

Un apagado rumor de voces llegó a los oídos de Sid y cuando sus ojos se acostumbraron a aquella media luz, pudo distinguir un grupo de hombres que escuchaba a otro el cual de pie en una tarima alta y bajo un dosel, parecía pronunciar un discurso. Sid no pudo entender, en el primer momento, lo que decía el orador, pero la luz de las antorchas le permitió ver que se trataba de Agnoi y que a sus pies estaban tendidos como dos fardos arrojados al suelo de cualquier modo, los dos cautivos por cuya libertad había jurado sacrificar hasta la vida.

Sidney se acercó más y más, pulgada tras pulgada, hasta que pudo entender lo que se hablaba pues le era imprescindible saber algo sobre los planes del enemigo.

—Habíamos ganado ya, — decía Agnoi, — habíamos ganado y el triunfo hubiera sido nuestro a no mediar la maldita sorpresa que tenían escondida en último término. Nuestros valerosos videri habían quebrado la línea del primer ejército, sus restos habían sido arrojados hacia atrás, hacia la segunda línea y después de horas de matanza, lograron abrir una brecha en su tercera línea, su último círculo de defensa. — Calló un momento, emocionado. — La victoria estaba a nuestro alcance, un verdadero cataclismo amenazaba a los de la ciudad cuando se produjo la extraordinaria sorpresa que sobrecogió a los más valientes de nuestros soldados, que transformó la vistoria en derrota. En el momento en que nos lanzábamos al combate definitivo que había de darnos el triunfo más completo, un grupo de unos veinte encapuchados se arrojó hacia la brecha. Nosotros, decididos a aniquilarlos bajo una lluvia de tiros, enviamos tropas en montón pero, de improviso, nos dimos cuenta de que el tubo de muerte no ejercía efecto ninguno en aquellos enmascarados.

Se oyó un gruñido procedente del auditorio y Agnoi tocó con un pie a uno de los hombres que estaban tendidos en la tarima.

—Fueron los compañeros de este joven los causantes de lo que luego se produjo,— agregó. — Escuchen y dicten luego su sentencia. Guiados por los habitantes de Chénurm los de la ciudad se burlaron de nuestros esfuerzos y armados con antiguos cuchillos que llevaban siglos guardados en las vitrinas del museo del Yúmen, atacaron, hiriendo, mutilando, destrozando a nuestros valientes como si se tratara de niños de corta edad. Pero ¿a qué continuar? Nuestros nuevos asaltos en masa y furiosos fueron rechazados una y otra vez por aquella odiosa horda de las feas caretas y de ese modo nuestro sueño de dominio se desvaneció para siempre. Nos hallamos actualmente condenados a morir, pues los de Pelémone, no se satisfarán con menos. Nada podemos hacer porque la falta de agua nos obligará a entregarnos incondicionalmente dentro de poco, o morir entre las ruinas de esta ciudad. Pero la benevolencia de los dioses nos ha distinguido porque tenemos aquí a la persona a quien más estiman en Pelémone y al camarada de esos demonios extran-

jeros a quienes debemos nuestra derrota. ¿Qué debemos hacer con ellos? ¿A qué debemos condenarlos?

Agnoi formuló esas preguntas gritando lo más fuerte que le fué posible y de un modo que provocó la respuesta que se oyó en seguida.

—¡A muerte! — gritaron todos sus oyentes en un ímpetu de ferocidad salvaje. — ¡Muerte a Senama y al viajero!

A Sidney le pareció que le grupo de socorro había llegado muy tarde y que los enfurecidos secuaces de Agnoi iban a dar muerte a Ken y a Senama sin que ellos pudieran evitarlo y ante sus mismos ojos.

—Lo peor y más cruel que pueda usted hacer, Agnoi, — y Sidney se dió cuenta de que quien hablaba en aquel instante era Senama, — no alcanzará nunca al grado de infamia de que siempre le he creído capaz. Dijo usted verdad cuando afirmó que su vida durará lo qu quieran dejarla durar los ciudadanos. Es natural, pues, que un canalla que se siente condenado ya, no repare en cargar con la responsabilidad de un nuevo crimen.

—Puede usted hacer lo que quiera, señor, — y esta vez fué el joven Ken, quien habló, — pero todo cuanto haga no podrá quitarme la grandísima alegría que siento en este momento al darme cuenta de que han sido mis compañeros los que han hecho que los habitantes de Pelémone salieran victoriosos, desbaratando todos los planes ambiciosos y brutales de usted y de los demás canallas que le rodean. ¡Todos perecerán, y lo tendrán bien merecido!

—No creo que llegue usted a verme perecer, — dijo Agnoi, — a menos que sea cierto que los espíritus de los muertos se pasean por el espacio y pueden ver lo que pasa entre los vivos. ¡Pero ya hemos hablado de más y ociosamente! — Se volvió hacia sus secuaces y agregó: — ¡Salgamos todos a la plaza y así liquidaremos este asunto en un momento!

Antes de que Agnoi hubiera terminado de hablar. Sidney había comenzado su apresurada pero cautelosa marcha hacia el pasillo cuya entrada se veía como una mancha negra, de oscuridad, en uno de los muros del salón, débilmente alumbrado por la luz de las antorchas. Una vez en el pasadizo, encendiendo de vez en cuando su antorcha eléctrica, corrió a unirse con sus camaradas, a quienes halló esperando su regreso con grandísima inquietud.

La luz grisásea del amanecer envolvía a la ciudad ruinosa en una luminosidad mística que le daba un aspecto fantástico porque aun cuando la parte baja de los edificios estaba sumida aún en la más impenetrable oscuridad, toda la parte alta, con sus centenares de torres de todas formas, se destacaba en todo su esplendor cual si estuviese suspendida en la atmósfera, sin base que la sostuviera.

La fértil imaginación del joven halló en seguida un plan que podía tener buen éxito en tan desesperada situación. Después de enterar a los otros del peligro inminente que corrían los cautivos, les aconsejó que no le dirigieran preguntas de ninguna clase — dejándolas para momento más oportuno, — y que le siguieran sin un segundo de demora.

—¡Allí es donde debemos situarnos... en aquel techo! — dijo Sidney en voz baja. — Desde allí podremos ver sin que nos vean.

Ascendieron al sitio indicado por Sidney y que era el techo del edificio de donde acababa de salir. Se hallaba a sesenta pies del nivel del suelo y, como los techos de casi todos los edificios de Marte formaba una vasta azotea o terraza y servía admirablemente para el plan pensado con tanta urgencia por Sidney.

—Agnoi se propone no perder tiempo en ceremoniosos preliminares, — dijo Sidney en cuanto estuvieron todos en el techo, — de modo que debemos proceder sin vacilación. Su propósito es dar muerte al presidente y a mi camarada ahí en esa plaza. Ustedes dos Urmun y Nónun deben interrumpirles por medio de los tiros de sus tubos de muerte. Estarán ustedes enteramente a cubierto si se echan boca abajo, en este techo. Mientras tanto Tim y yo volaremos a situarnos en otro punto. Cuando la atención de Agnoi y de toda su gente se halle concentrada en lo que va a suceder ustedes harán sus disparos a matar, hacia los de la plaza. Inmediatamente apareceremos nosotros.

Los jóvenes martianos manifestaron mediante una inclinación de cabeza su conformidad. Sidney y Tim volaron hacia el otro lado de la plaza, dando un rodeo, para que no pudieran verles, por casualidad, Agnoi y sus secuaces. Encontraron excelente sitio donde guarecerse en las ruinas del edificio donde habían entrado primero. Ocuparon su puesto de observación en el mismo momento en que Agnoi, seguido de sus hombres, que rodeaban a los cautivos, salía a la plaza.

Los prisioneros eran custodiados por una veintena de martianos a quienes no conocían los ocultos observadores, pero en seguida distinguieron el aguileño perfil de Agnoi, al que acompañaban Párlat, Renue y Noma, sus tres compañeros en el Yúmen y en la rebelión.

A Senama y a Ken les obligaron a caminar hasta el centro de la plaza. Una vez allí volvieron a atarles de pies y manos de tal modo que no les era posible hacer ni el menor movimiento. Mientras Agnoi y los otros consejeros conversaban con la mayor tranquilidad a alguna distancia de los presos, se formó un grupo de soldados armados de tubos de muerte, a una docena de pasos de los dos cautivos y esperando la orden de proceder a matarles a mansalva.

Mirando por un hueco formado por unas grandes piedras que se habían deslizado de su sitio, apoyados el uno en el otro, los ocultos observadores sentíanse horriblemente impresionados ante la sangre fría de toda aquella manera de proceder. Con tanta naturalidad y rapidez habíanse llevado a efecto los preparativos que todo parecía teatralmente falso. Este aspecto se acentuó cuando de improviso uno de los videri levantó ambos brazos, cayó luego de rodillas y se desplomó después, cayendo al suelo como una bolsa.

Durante un momento sus compañeros le miraron asombrados pues nada se hallaba

más lejos de sus pensamientos que la posibilidad de un ataque. Se reunieron en torno del caído, maravillados y perplejos y cuando se inclinaban a mirarle, las silenciosas bolitas de vapor dieron muerte a dos videri más. Esta vez alguien miró hacia el sitio de donde procedían los tiros porque uno de los hombres levantó el brazo e indicó el techo del edificio. Resonó un grito de furor, tan fuerte, que Sidney y Tim lo oyeron a pesar de que ya se habían puesto las caretas protectoras.

A los tiros de los dos valerosas jóvenes martianos respondieron con vengativo furor, pero tanto Nonun como Urmun estaban tendidos boca abajo y de modo que las bolitas de vapor daban en el parapeto que les protegía o pasaban por encima de ellos, sin tocarles. Convencidos de la inutilidad de sus tiros desde el suelo a un enemigo oculto en el techo, y obedeciendo a una rápida orden de Agnoi, los videri se elevaron por el aire, dispuestos a vengar en seguida a sus caídos camaradas.

Había llegado el momento de que Sidney y Tim entraran en acción, pues de otro modo sus amigos martianos pagarían muy cara su temeridad. Salieron del sitio donde se habían escondido, volaron diagonalmente algunas yardas y luego se dirigieron hacia el grupo de videri que ascendía en aquel momento.

La sorpresa fué completa y desmoralizadora. Un grito de Agnoi advirtió a los suyos de la presencia de los de la horda de las caretas y los dos martianos se elevaron para ir heroicamente al encuentro del enemigo que peleaba con armas que ellos conocían y entendían y que huyeron como se dispersa un grupo de asustadas palomas.

Sidney se proponía atacar a los jefes en aquel momento e indicó a su compañero que le siguiese, pero el muchacho, entusiasmado con la persecución, no vió o no quiso ver, las señas de su jefe y se divirtió persiguiendo a los aterrorizados videri en redor de la plaza.

Vió Sidney, con gran disgusto, que se perdía una hermosa oportunidad, pues aun cuando voló hacia el portal del edificio cuando se convenció de que Tim estaba, por el momento, lejos de él, sólo pudo ver que un grupo de martianos se metía apresuradamente en el oscuro portal. No se atrevió a seguirles estando solo pues comprendió que no tendría ninguna probabilidad de éxito favorable luchando contra cuatro enfurecidos martianos. Dirigióse entonces comentando lo sucedido, hacia donde estaban el presidente y Ken y descendiendo junto a ellos procedió a cortar las sogas que lo sujetaban, tarea en la que ayudaron Nónun primero y después el aturdido Tim, que no tardó en llegar.

Senama y Ken parecían hallarse estupefactos ante la huida imprevista de sus verdugos y durante unos momentos miraron a sus salvadores sin atreverse a creer que era verdad lo que estaban viendo.

—¡Mi querido Ken! — exclamó Sidney en cuanto hubo terminado de librar de sus ataduras a su compañero. — ¡Animo muchacho! ¡Agnoi ya no puede hacerles nada y pronto estaremos de regreso en nuestro Perla del Espacio!

—¿Pero es cierto que son ustedes Sidney y Tim? — preguntó Ken, procurando sonreir. — Me parece demasiada felicidad para que no sea mentira y... sin embargo.... me parece que mi torturada mente sólo ve visiones fantásticas.

Estaba muy pálido; había adelgazado mucho. Sidney se alarmó al ver que tenía los ojos vidriosos y al notar que se expresaba con incoherencia. Indicando a Tim que le ayudara, entre los dos le tendieron suavemente en el suelo y Sidney le acercó a los labios uno de los recipientes con agua que llevaban. En el primer momento Ken dejó maquinalmente que el líquido pasara por entre sus labios, pero al sentir la frescura del líquido vivificante, tomó el frasco de la mano de Sidney y bebió con ansia, a grandes tragos.

—Despacio, Ken, — advirtióle Sidney procurando quitarle el frasco de la mano, — demasiado es tan malo como poquísimo. ¿Se siente ya mejor?

—Mucho mejor, gracias, — contestó Ken, poniéndose valerosamente de pie. — Esos canallas nos han tenido dos días sin darnos ni una gota de agua, ni siquiera para humedecernos los labios resecos.

Los dos jóvenes martianos socorrían de parecido modo a su amado presidente. Cuando Senama hubo reaccionado gracias a las atenciones de que fué objeto, les estrechó calurosa y cordialmente la mano y volvióse luego hacia Sidney, tratando de mostrarse jovial.

—Un solo momento más, amigos míos, y hubiéramos caído víctimas del afán de venganza de ese loco. Ya nos habíamos resignado a morir porque, en realidad, parecía que no quedaba posibilidad de salvación. Ustedes nos han salvado de la manera más repentina e inesperada y no hallamos cómo agradeceries lo que han hecho. Pero ¿cómo lograron descubrir con tanta oportunidad el sitio donde nos tenían presos?

—Perdone usted, señor, si le rogamos que dejemos las explicaciones para más tarde,— dijo Sidney. — O mejor será que Nonun le entere de los sucedido mientras nosotros vamos en busca de Agnoi. Temo que lleguemos tarde y que haya vuelto a escaparse de nuestras manos. Ojalá Tim hubiera hecho caso de mis indicaciones porque entonces los dos hubiéramos hecho frente a esos pillos.... Pero el joven prefirió correr tras de los que huían, divirtiéndose en su persecución y debido a eso no capturamos a Agnoi y sus secuaces.

Sidney se expresó con pena, no con temor; pero más tarde recordó lo que había dicho, pues tuvo que lamentar mucho no haberse apoderado de Agnoi en aquella oportunidad.

—¡Vamos! — dijo con impaciencia. — Pongámonos las caretas. Hay que utilizar las espadas a la primera indicación de resistencia.

Entró de nuevo en el edificio, seguido de Tim y de Urnum y a la luz de su antorcha y de la que tenía Tim, recorrieron toda la casa. La realidad dió razón a las presunciones de Sidney porque los videri ha-

bían huído a toda prisa. Su investigación terminó brúscamente en los fondos del edificio, donde hallaron una abertura por la cual había podido escurrirse sus enemigos sin que nadie los viera.

Cuando regresaron a la plaza se puso en evidencia que Nónun había enterado a Senama de todo lo acontecido durante los últimos recientes días y que no había sido parco en elogios a los jóvenes procedentes del planeta que los martianos llamaban Chénurm. Senama expresó a Sidney y a Tim, nuevamente, su cordialísimo agradecimiento y los muchachos se sonrojaron hasta las orejas.

—Queridos viajeros, — dijo el presidente, — la deuda que tenemos con ustedes se hace mayor cada instante que pasa. Sabía que les era deudor de mi vida, pero acabo de enterarme de que la ciudad de Pelémone se ha salvado gracias a su invención, de que los videri fueron derrotados gracias a la habilidad y el heroísmo con que usted Sidney capitaneó a su "horda de las caretas".

—¡No tanto, señor! — protestó Sidney, cada vez más rojo. — La ciudad se salvó gracias a que sus conciudadanos combatieron con sin igual heroísmo. Nosotros ayudamos donde nos fué ordenado que ayudáramos y nada más. Al proceder así no hicimos más que corresponder a todas las atenciones de que hemos sido objeto, desde nuestra llegada tanto de parte de usted, señor Senama, como de todos sus amigos.

—¡Eso no! — replicó Senama. — En este caso somos nosotros y solo nosotros, los que tenemos que estar agradecidos y cuando regresemos a Pelémone yo me ocuparé de que la ciudad reconozca como debe lo que a ustedes corresponde, aún cuando no tendrá cómo pagarlo jamás. Pero, ¿qué ha sido de Agnoi? ¿No ha conseguido escaparse nuevamente?

—Sí, señor, — dijo Sidney, pesaroso.— Y creo que se ha ido con intención de causar mayores males. No sé por qué tengo el presentimiento de que tendremos que lamentar mucho no haberle capturado en esta ocasión.

—Es una lástima no haberle podido capturar. Pero Agnoi y todos sus secuaces tienen que ir en busca del curso de las aguas, si no quieren perecer de sed y una vez allí nuestros guardias darán cuenta de ellos. Mientras tanto sus fuerzas están diseminadas y sus facultades de acometividad han desaparecido por el momento, de modo que no pueden ni pensar en un nuevo ataque. Debemos apresurar nuestro regreso a Pelémone para dar aviso a los de la ciudad, de la fuga del jefe enemigo. Hubiera sido para mí un verdadero placer acompañarles a visitar esta ruinosa Axmeni,, donde hay mu-

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . .

chas cosas interesantes que ver, pero no podemos detenernos; es necesario que partamos inmediatamente.

Aun cuando los jóvenes lamentaron mucho tener que desistir de una recorrida por aquella ciudad del silencio que parecía tener tantos atractivos para espíritus investigadores y curiosos como ellos, comprendieron que Agnoi, en libertad, significaba un gran peligro para los ciudadanos. Se prepararon para el regreso en unos pocos minutos y después de una rápida comida, los salvadores y los salvados, emprendieron el viaje de regreso, elevando su vuelo desde la silenciosa plaza de Axmeni.

Mientras estuvieron sobre el perímetro de la ciudad volaron lentamente pues era mucho lo interesante que a su admiración se presentaba. La ciudad ocupaba una serie de espaciosas plazas unidas unas a otras por majestuosas avenidas. La mayor parte de los edificios estaban, por desgracia, en ruinas y en todas partes y sobre todo cuanto se veía, extendíase una gruesa capa de polvo, de manera que casi no se alcanzaba a ver los delicados detalles de la artística arquitectura de la abandonada ciudad martiana. Las desiertas calles, las grandes plazas, los miles de blancos edificios, presentaban un emocionante aspecto de desolación. Los voladores suspiraron como aliviados cuando cruzaron los límites de Axmeni, dejaron de contemplar aquel triste cuadro, y siguieron su avance guiándose por la línea del reseco canal que cortaba la monótona superficie de la reseca y desierta llanura.

Durante el regreso a Pelémone conocen la historia de Marte y luego reciben una sorpresa de lo más extraordinaria y grave que pueda imaginarse.

Es innecesario relatar en detalle el viaje de regreso a Pelémone, porque fué tan monótono como el de ida. A pesar de todos sus deseos de ir de prisa tuvieron que someterse a las condiciones en que se hallaban el presidente Senama y Ken, pues se notó bien pronto que el tiempo que habían estado presos les había minado el organismo mucho más de cuanto ellos habían querido admitir, así que tuvieron que descender a tierra con frecuencia, para descansar. Ken se había mostrado singularmente silencioso desde el momento de su dramática liberación, fuera de los instantes en que había dado efusivamente las gracias a sus compañeros por lo que habían hecho por él. Cuando, llevaban dos horas de vuelo, la palidez del rostro de Ken era tal que Sidney, alarmado, dió orden de hacer alto en seguida.

—Ahora se va usted a quedar media hora acostado, descansando, Ken... ¡Y no admito discusiones! — dijo Sidney, adelantándose a la réplica de Ken, el cual parecía inclinado a decir que estaba en condiciones de proseguir viaje. — Nos vendrá bien a todos un descanso y además ya es hora de que comamos algo. Esto de volar y volar es cosa que da sed; levante la cabeza, compañero, y beba esto.

Se ocupó con toda atención de Ken, y el comer y el beber devolvieron parte de su acostumbrado color al rostro del muchacho, que tan pálido se había puesto.

—Espero que usted nos autorizará a volver a visitar esa maravillosa ciudad muerta, señor, antes de nuestro regreso a Chénurm. — dijo Sidney al presidente mientras estaban echados en el lecho del reseco canal.

—No hable del día de regresar a Chénurm, porque ese día está aún muy lejano, según mi deseo, — replicó Senama. — Una vez que hayamos arreglado cuentas con Agnoi, yo mismo tendré sumo gusto en acompañarles a Axméni, porque hay muchas cosas curiosas que aprender respecto a la hace ya tiempo olvidada civilización de aquella ciudad. — Permaneció un momento en silencio y dijo después a los jóvenes: — A ustedes, viajeros que vienen de tan lejos, todo lo que han visto en nuestro mundo les parecerá muy extraño. Me hubiese gustado que hubieran podido visitar este planeta hace mil años, porque lo que ahora podemos enseñarles es tan sólo un resto de nuestra grandeza de otros tiempos. Actualmente, a medida que nuestro mundo va hacia su muerte, nuestra tierra toma un aspecto cada vez más desolado. La parte que aún conserva su fertilidad es más reducida cada año. Nuestro pueblo se hace cada día menos culto, el tiempo roe su vitalidad. Pero en un tiempo... Pero tal vez les estoy aburriendo, amigos míos...

—No, señor; prosiga usted, tenga la bondad. — Esta frase no la dijo ninguno de los tres compañeros, salió de labios del joven martiano.

Aparte, Nónun dijo en voz baja a Sidney que el presidente Senama era reconocido como la más alta autoridad de Marte en todo cuanto se refería a la desaparecida grandeza del mundo martiano.

—Bien; pero la imaginación de ustedes se encargará de dar colorido a lo que mi pobre palabra no pueda expresar debidamente. Deben imaginarse el cuadro que presentaba este mundo poblado por millones de seres, todos ellos ocupados en su labor, con sus esperanzas y sus decepciones. ¡Pienso que en aquellos días, viajeros, este planeta debía ser algo parecido a lo que es el de ustedes en la actualidad! En aquella época llegamos al punto más elevado de nuestra cultura; las personas a quienes honrábamos por encima de todo eran nuestros artistas, nuestros escritores, nuestros músicos y nuestros arquitectos.

"El vuelo individual no era conocido todavía, pero teníamos grandes buques aéreos que realizaban el viaje en redor de nuestro mundo en diez días y podían llevar centenares de pasajeros. Entonces no se conocían esas tierras muertas que ustedes han visto por todas partes; la paz era completa, universal, la discordia una reliquia de nuestros días de barbarie, o tal lo creíamos nosotros, así que el despertar, cuando llegó nos impresionó muchísimo. Comprendan ustedes que entonces habíamos aprendido a rendir culto y homenaje a la belleza. Nuestra antigua fe se había perdido, había muerto víctima **del ridículo... y la belleza...**

la belleza de forma y de espíritu había llegado a ser nuestra religión.

"Las enfermedades, si no todas, casi todas, habían sido vencidas por la pericia de nuestras fuerzas médicas y rara era la vez que moría alguno de los nuestros, víctima de algo que no fuera su avanzadísima edad. Aún entonces nuestros médicos realizaban los mayores esfuerzos posibles y se concedían premios y condecoraciones a los que alcanzaban de algún modo los procedimientos para retardar la muerte pues, por curioso capricho de la suerte, a medida que la enfermedades desaparecían, el miedo que el pueblo tenía a la muerte, se hacía cada vez mayor.

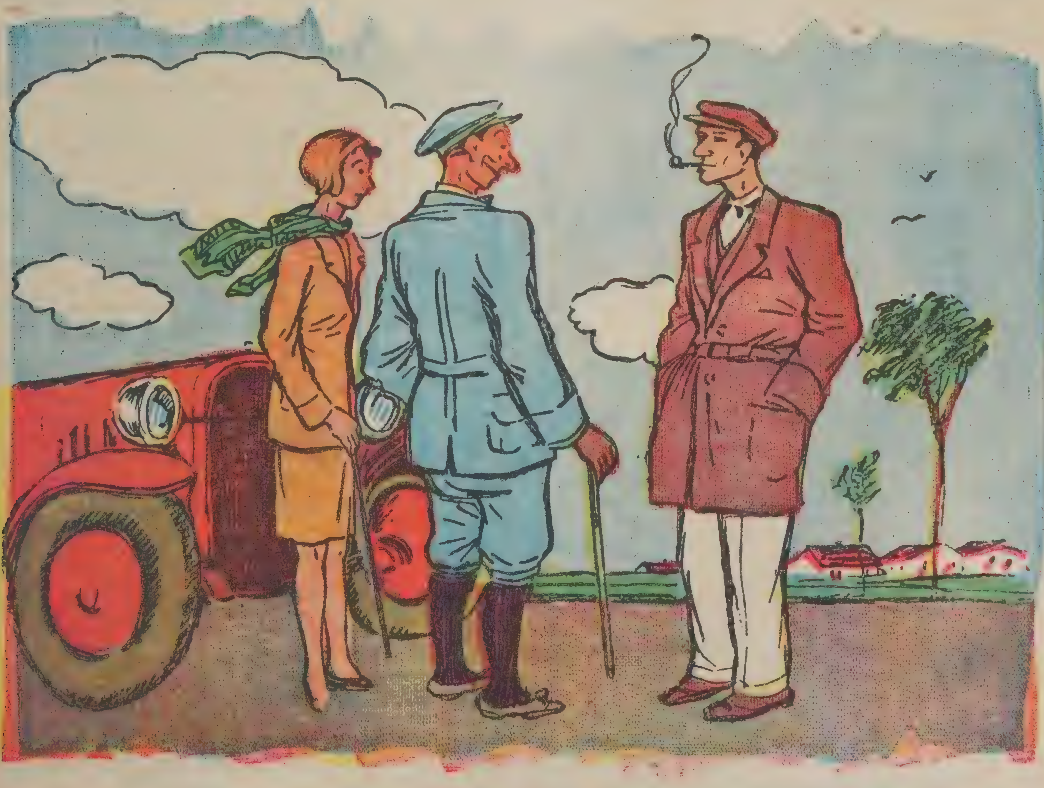
"Fué entonces cuando nuestros sabios empezaron a hablar de este cataclismo que destruiría nuestro mundo. Hablaron mucho de un misterioso desastre pero no se les hizo caso y fueron objeto de burla porque los dioses gemelos; la pereza y el placer, se habían apoderado de los sentimientos del pueblo.

"Pero ya hemos hablado bastante de esas épocas. Voy a hablarles de otros tiempos que se extienden varios miles de años, aún cuando no se puede saber cuantos ni aún consultando las crónicas que se conservan respetuosamente en los archivos del Yúmon.

Senama calló y sus oyentes no se atrevieron a interrumpir el silencio. Sidney, pensativo, le ofreció uno de los recipientes con agua. El presidente se humedeció los labios y continuó explicando la época de la decadencia de la civilización de Marte.

—No; aquellos días no hubieran resultado atrayentes para ningún espectador, pero se prolongaron durante años y más años. Los sabios advertían con redoblada vehemencia, pero las masas populares no hacían sino reirse de sus discursos porque el sol seguía brillando con todo su esplendor y la vida era fácil y agradable, sin más inconveniente que la muerte. Pero de pronto comenzaron a llegar a las ciudades las noticias de lo que acontecía en lejanas tierras, noticias que, durante mucho tiempo, no merecieron la atención casi de nadie. Los rumores continuaron llegando y hubo un momento en que el pueblo le prestó oído, se sintió inquieto y por último pidió que los sabios, hicieran averiguaciones verídicas. Llegó el día en que los sabios hicieron circular su informe por toda la superficie del planeta. Dijeron al pueblo toda la verdad; que el agua de nuestro mundo desapa-

---



EL TURISMO EN "AUTO"

—Dicen que esta región está muy frecuentada; pero los hoteles están todos vacíos
—Sí; pero los hospitales están llenos.

recería y que la tierra iba debilitándose y muriendo.

"Este fué el comienzo del miedo... un miedo que se extendió como el fuego. Creo que el horrible espectro de la muerte de todo nuestro mundo llegó a hacerse una obsesión que tomó los aspectos de una locura general. En todas partes se producían disputas; en todas partes se oían recriminaciones. Estallaron docenas de guerras entre nuestras ciudades. Nadie sabía su origen ni su causa. La enfermedad y la pestilencia levantaron de nuevo su horrible cabeza. Estalló una epidemia llamada "muerte pálida", que mató a miles y miles de personas y contra la cual resultaba ineficaz toda la ciencia de nuestros médicos.

"Así transcurrió la existencia de varias de nuestras generaciones. Donde en un tiempo había sido nuestro orgullo la belleza y nuestros dioses el placer y la comodidad, no se pensó más que en exterminio y asesinato y en cómo destruir a este o a aquel enemigo.

"El horror culminante, según, creo, debió presentarse en la época en que el agua, que desaparecía en realidad, empezó a faltar en los distritos de varias ciudades. En aquella época ni se soñaba en caminos de agua, es decir en canales, porque los pueblos estaban demasiado ocupados peleándose unos con otros. El afán de matar era frenético y había hecho olvidar por completo el peligro, evitando además que se pensara en el porvenir. La primera ciudad que se convenció de que sus días estaban contados fué una llamada Ultea, situada en la zona media.

Senama hizo una pausa cuando notó la expresión de asombro de los tres muchachos.

—¿Cómo podría describir lo que es la zona media? Es la parte donde el sol hiere durante más tiempo, si no recuerdo mal, porque nadie ni de mi generación ni de muchas antes, ha visitado esas regiones en los últimos siglos.

—¡Entiendo muy bien, señor! — dijo Sidney. — Lo que usted denomina zona media es llamado en nuestro planet: zona tropical, porque queda entre dos líneas imaginarias llamadas "trópicos".

—Pues bien, aquella ciudad, situada en nuestra zona media o zona tropical, era la que más necesitaba el agua y la que primero notó su falta.

Los habitantes hubieran huído a otras ciudades, y muchos lo hicieron en realidad, pero debido a la guerra entablada entre unos y otros países y al temor que tenían las otras ciudades de que a ellas les faltara también el agua, nadie quiso darles asilo. Lo que sucedió después fué demasiado horrible para relatarlo. Baste decir que así pereció una ciudad y el destino de aquella indicó el destino de las demás. Pero aún no se había presentado lo peor de todo... De eso hablaré en otro momento. El tiempo pasa y Pelémone se halla aún a muchas leguas de distancia. Si usted cree que ha repuesto algo sus fuerzas, viajero Ken, podemos continuar viaje.

—¡Estoy enteramente dispuesto, señor! — dijo Ken, sonriendo. — El descanso me ha repuesto por completo. Pero me gustaría oír el final de su narración.

—Lo oirá, usted, — dijo Senama sonriendo, — pero después.

Ya era de tarde cuando se sintieron nuevamente fatigados y tuvieron que descender y descansar. Aún tenían algunas provisiones y algo de agua, que consumieron en pocos momentos. Después Sidney se volvió hacia el presidente Senama.

—Mientras descansamos. — dijo — ¿podríamos tener el placer de escuchar la continuación de la historia de su pueblo, señor?

—Nuestra detención aquí ha de ser breve, — replicó Senama, — de modo que procuraré acortar todo lo posible mi relato. Iba a decirles lo que siguió a la muerte de varias de nuestras ciudades. La lección de lo sucedido demostró a las ciudades sobrevivientes cuál era el destino que les amenazaba. Fué el temor lo que por último, terminó con las guerras entre ciudades.

"Durante un tiempo celebraron sesiones los más ilustres sabios de la época y después de estudiar bien la situación, manifestaron que los lugares donde más tardaría en agotarse el agua serían las regiones polares. Consecuencia de esa opinión fué el inmediato trazado y la inmediata construcción de los grandes canales. Pero en cuanto se comenzaron los trabajos, los habitantes del campo, a los que ahora llamamos videri, organizaron una rebelión porque les parecía cierto que el proyecto de centralización del agua en los canales significaba la ruina inmediata de la industria de que vivían. Se negaron, obstinados, a comprender o a admitir que la rápida desaparición del líquido significaría el fin de toda producción en muchas partes. No se les pudo convencer de que la conservación del preciado líquido les permitiría proseguir sus cultivos en la proporción necesaria, aún cuando significara, para algunas familias, la necesidad de cambiar de localidad.

"En el pasado, cada ciudad había guerreado con sus vecinos sólo por espíritu de demencia; entonces se vieron las ciudades obligadas a guerrear por cruel necesidad, combinando sus fuerzas para dominar a los videri porque la construcción de los canales constituía la última esperanza de poder seguir viviendo y tenían que hacerla costara lo que costara.

"Ya he hablado de como, llegado el momento, fueron aprisionadas las aguas, dejándolas correr tan sólo por donde convenía. Pero cuando esa gigantesca obra estuvo terminada, las poblaciones de las cuidades habían quedado tan reducidas y los videri atacaban con tanta furia y tanta insistencia que se tomó la decisión de reducir todas las ciudades a una sola, que fuese como la fortaleza de los ciudadanos, y esa fué Pelémone.

"Por último, los videri fueron derrotados y dominados; pero siguieron odiando a la ciudad y a quien la habitaba. Toda la población de Pelémone no tuvo más idea que la de tener esclavizados a los derrotados

videri y esta situación de sometimiento de los campesinos a los ciudadanos, que comenzó hace cerca de mil años, marcó en mi opinión, el fin de la grandeza de este planeta. Habíamos pasado por nuestro cénit y comenzamos a declinar. Ahora vamos directamente a nuestra anulación definitiva.

—Pero ¿no es posible que renazca esperanza de alguna clase? — preguntó Sidney.

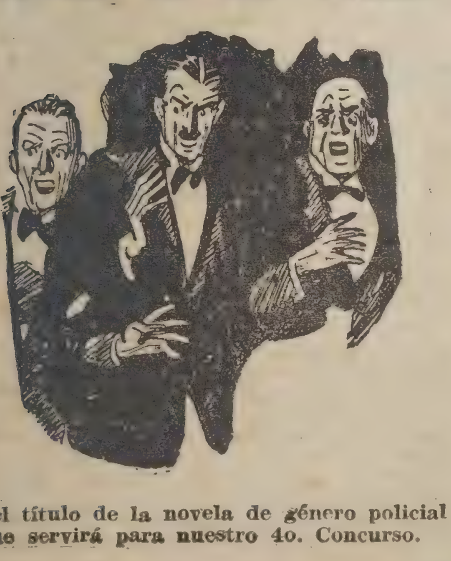
—No. — dijo Senama con tristeza. — Nada puede desmentir lo que es real y verdadero, o sea la contínua disminución del caudal de agua que hay en el planeta. Con esa perspectiva constantemente ante nosotros toda ambición parece carecer de objeto. Sin la fuerza impulsora de la ambición los negocios, las artes, las ciencias, todos nuestros deseos, nuestras aspiraciones, nos han abandonado poco a poco. Es como si nuestro pueblo, sabiendo que está condenado, esperará su fin con indiferente resignación, a pesar de que ese fin está todavía a varios siglos de distancia de nosotros.

Poco después comenzó la última etapa de su regreso a la ciudad. Llegaron al empalme del gran canal cuanda ya se acercaba el anochecer, y cuando se acercaban al valle donde estaba Perla del Espacio, Sidney sintió deseos de enterarse de si todo estaba en su debido orden. Pidió permiso al presidente para separarse del grupo, a lo que accedió Senama, no de muy buen grado y no sin antes empeñarse en acompañar a los jóvenes.

—No, señor — replicó Sidney. — Pelémone está esperando su regreso y usted, bien lo sabemos nosotros, siente ardientes deseos de verse entre su pueblo. Le prometemos que iremos a la ciudad dentro de una hora.

—Entonces que Nónun y Urmun se queden con ustedes, — dijo Senama.

¿CUAL de los TRES?



Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

—Son la única escolta que tiene usted, — dijo Sidney, sonriendo, — y no está bien que regrese solo a la ciudad. Nada tema por nosotros, señor, pues los ciudadanos vigilan el Perla del Espacio y lo único que deseamos es avisarles que Agnol se halla en libertad y enfurecido, así que es doblemente peligroso.

Al presidente no le agradaba separarse de los muchachos pero, por último, tuvo que ceder ante su decisión y accedió a seguir viaje con los dos jóvenes martianos mientras Sidney, Ken y Tim se alejaban hacia el valle.

Cualquiera diría que tenía grandes deseos de separarse de Senama, Sidney, — dijo Tim, mientras volaban lentamente. — La verdad es que lo que más me interesa es la seguridad de nuestro navío... ¿Qué es lo que le preocupa, querido Sidney?

—He hecho lo que he hecho por una sola razón, Tim, — contestó Sidney. — Cuando el presidente entre en Pelémone, el entusiasmo del pueblo será delirante, pues no es posible dudar de que le quieren mucho. Como es lógico, querrían ovacionarnos a nosotros por lo que hemos hecho y el amigo Ken no está en condiciones de soportar semejantes explosiones de cariño colectivo, pues casi siempre resultan aplastantes, en toda la acepción de la palabra. Una vez en nuestro Perla del Espacio podremos atender debidamente a Ken y cuando este se halle bien, iremos a Pelémone.

—¡Gracias, compañero! — dijo Ken tranquilamente. — La verdad es que no me siento muy bien. ¡Ah! ¡Allí está el navío!

En lo profundo del valle la oscuridad era casi nocturna. La silueta del buque sideral se distinguía confusamente. Cuando se acercaron, el martiano de guardia sobre el buque, les dió la voz de alto.

—¿Quién vive?

—¡Amigos! — contestó Sidney en voz bien alta. — ¡Los viajeros de Chérnum!

Pisaron el casco de Perla del Espacio y vieron la silueta confusa de un martiano de centinela a cada extremo del navío.

—¿Ha sucedido algo durante nuestra ausencia? — preguntó Sidney.

—Nada, viajero.

—Bien. Quédese de guardia, porque vamos a regresar pronto a Pelémone.

—¡Ahora, compañeros, — agregó Sidney — despojémones de nuestras alas o romperemos su delicada tela en esta oscuridad. Podemos dejarlas aquí para tomarlas al salir.

Sidney buscó a tientas el comienzo de la escalera, descendió, encendió las luces y después llamó a sus compañeros.

—Bueno, muchachos, supongo que lo primero que haremos será preparar una buena tetera de te para Ken, — dijo Sid mientras los otros descendían, — Después descansaremos una hora y luego... ¡a Pelémone!

—¡Aún no, amigos míos; dentro de una hora, no !— dijo una voz irónica. — ¡Posiblemente jamás

Sidney, Ken y Tim se quedaron como petrificados, tan grande fué su asombro, al ver que Agnol y Parlat avanzaban, saliendo de donde habían estado escondidos, y les

apuntaban con sendos tubos de muerte.

—¡Atrapados! — murmuró Sidney, estupefacto, mirando primero a Agnoi y después a la escotilla de salida.

—¡Oh! ¡No se ocupe de la salida! — dijo irónicamente Agnoi. — Está custodiada por mis amigos Noma y Renue.

—¿Pero qué significa esto, Agnoi? Este atropello de nada puede servirle y en cambio puede costarle muy caro.

—¡El que todo lo ha perdido, no teme perder nada más! — dijo Agnoi sonriendo al repetir una de las frases populares de Pelémone. — Ya saben ustedes, estimados viajeros, que gracias a su intervención oportunísima nos han derrotado y la muerte nos espera en cualquier sitio de este mundo hacia donde volvamos la cara. Por lo tanto hemos aprovechado la oportunidad y vamos a utilizar su navío sideral. Nada tenemos qué hacer en este planeta y ustedes nos vienen providencialmente para ayudarnos a salir de él.

—¿Pretende usted que le llevemos con nosotros en nuestro viaje de regreso?

—Lo que pretendo es que haga usted lo que le mande, porque no le queda otro recurso, a menos que quieran morir en seguida.

—Por el momento ustedes son los que dominan, pero los secretos de Perla del Espacio son nuestros y sin conocer esos secretos nada pueden ustedes hacer.

—Corriendo el risgo de molestarles repitiendo siempre lo mismo, debo insistir en comunicarle que estamos condenados a morir y lo sabemos, pero preferimos morir a nuestras propias manos, a entregarnos a nuestros enemigos.

Agnoi se hallaba de pie junto al cuadro de las llaves y se apoyaba negligentemente en él, mientras hablaba.

—De todos modos sabemos que estas manijas nos han de llevar o a la salvación o a la repentina destrucción. Si ustedes quieren, pueden evitarnos esa destrucción a que me he referido. — agregó. — ¿Qué prefieren? ¿Salvarnos o morir con nosotros?

Llamó a Noma y Renue, que aún seguían afuera.

—Entren y cierren bien esa puerta de metal porque ya no volveremos a ver a nuestro mundo moribundo.

Ahora, habitantes de Chénudm, decidan pronto. O ponen en marcha su devorador del espacio en seguida o yo moveré todas las llaves de este tablero, produciendo los efectos que quiera la casualidad. ¡Pronto! ¡Decidan!

—¡Me dan ganas de darle un golpe a ese tipo! — dijo Tim volviéndose hacia sus amigos.

—Nada de tonterías, Tim, — gritó Sidney. — Estamos a merced de esta gente. Nuestra única esperanza de salvación está en obedecer, al menos por el momento. Más tarde tal vez cambie la situación. — Se volvió hacia Agnoi: — Usted domina, señor. Ordene pues, y haremos lo que usted mande. Usted ha dicho que quiere viajar, ¿a dónde quiere ir?

—A donde usted quiera llevarnos, con tal de alejarnos de aquí sin demora. Ahora, Noma, quíteles las caretas protectoras que llevan colgadas al cinto y las espadas. Ahora, viajeros, mientras Noma destruye las caretas con las espadas que con tanta generosidad le han dado, puede usted adelantar, viajero Sidney, solo; y hacer que comience al punto nuestro viaje encantador.

Agnoi y sus amigos se encuentran en Perla del Espacio y Sidney se ve obligado a obedecerles aún cuando no le agrada. — El noveno planeta.

Los martianos traidores observaban cuanto hacía Sidney con un interés que desmentía la afirmación que habían hecho de que lo mismo les importaba vivir que morir. Sidney movió la manija que ponía a Perla del Espacio nuevamente en viaje. Agnoi se sonrió sarcásticamente.

—Así que esa manija es la que sirve para manejar nuestro movimiento, — dijo.— Bien: esperamos la partida, viajero.

—Ya hemos partido, — contestó Sidney con sequedad. — Ya estamos a bastante distancia de su planeta.

—Eso no es verdad, porque no es posible moverse sin que se sienta movimiento alguno. Le aconsejo que no se burle de mí porque se me acabará la paciencia.

—Le repito que hemos partido, — dijo Sid, fastidiado. — No se tome la molestia de ser grosero, Agnoi. Si nada más le puede convencer, mire por el agujero de transparencia que se abrirá a sus pies, aún cuando le aviso que procediendo así corremos el riesgo de estrellar a Perla del Espacio contra su planeta.

Mientras hablaba, Sidney descorrió los postigos de la ventana del piso. Agnoi y sus dos amigos, asustados, se retiraron a un lado con la mayor rapidez posible y con gran diversión de los tres muchachos, que se rieron al oirles lanzar gritos de terror.

A lo lejos, abajo, a respetable distancia veíase la ciudad de Pelémone iluminada por todo el fulgor dorado del sol poniente. Ofrecía un aspecto extraordinario y hermoso. Los muchachos miraron con pena hacia aquella ciudad de la cual les alejaban tan bruscamente las circunstancias. Sidney volvió a correr los postigos que tapaban la ventana.

Los martianos se quedaron pálidos y temblorosos ante aquella demostración del poder estupendo de Perla del Espacio, pero, pasado un momento después de cerrada la ventana, recobraron su acostumbrada compostura.

—Así que decía usted la verdad, viajero, — dijo Agnoi. Después sonrió y agregó en tono sarcástico: — Supongo que nuestro simpático amigo Senama buscará durante un rato a sus queridos amigos los viajeros de Chérnurm y a sus presuntas víctimas, nuestras modestas personas.

—O tal vez, estimados viajeros, — dijo irónicamente Noma, — nuestros astrónomos han visto que Perla del Espacio volaba por los aires y han llevado a Senama la noticia de que los tres jóvenes de Chénurm se han marchado sin despedirse de él.

—Mañana cuando amanezca, se conocerá

UN TERREMOTO EN VULCANO. Los viajeros se miraron con extrañeza por que el suelo tembló bajo sus pies y el mar se cubrió de revuelta espuma. La tierra se agitó violentamente y a través de ella surgieron enormes agujas de roca que se elevaron a grandísima altura.

la verdad, — intervino Parlat, — porque los silenciosos restos de la guardia puesta por Zornul serán hallados y demostrarán que nosotros hemos sido más hábiles y más astutos que estos inocentes jóvenes viajeros.

—¡Bah! ¿Qué le importa de nosotros a Senama y a su mundo decrépito y muriente. — ¡Hemos terminado con él y no debemos mirar más que hacia adelante! Por el momento viajeros, hemos resuelto respetarles la vida, pero nuestra misericordia depende exclusivamente de su conducta. Obedezcan a lo que ordenemos y vivirán; intenten la menor traición y morirán.

—Puede usted amenazar, — replicó Sidney, — y por el momento, tenemos que oir y callar, pero sus amenazas no nos asustan y no saben ustedes cómo puede terminar esto.

—No, — dijo Agnoi cínicamente, — no lo sabemos. Pero si ustedes no obedecen a cuanto yo mande, ustedes morirán, y eso sí que lo sé. Y ahora va usted a explicarnos todo el secreto del manejo de este navío del espacio. ¡Pronto!

—¡No! ¡Eso no se lo diremos nunca!— gritó Sidney furioso ante la insolencia del martiano. — Esos secretos son nuestros y tenemos derecho a poseerlos.

—¡Bien, Sidney! — gritó Tim. — ¡Y sepa usted, Agnoi, que ya estamos hartos de sus baladronadas y sus amenazas y sus groserías! ¡Pueden irse ustedes tras el mismo demonio! ¡Qué fastidio de martianos valentones, insolentes y groseros!

Sidney y Ken miraron con asombro a su enfurecido camarada, aún cuando a Ken le parecía, en suma, muy divertido. Probablemente Agnoi no había entendido ni la mitad de las palabras de Tim, pero su tono y la actitud del muchacho eran suficientes para demostrar que estaban decididos a no darle la información que quería.

—Usted me desafió una vez, viajero de Chénurm, pero tenga en cuenta que si estas manos vuelven a estrujarle el cuello, no va a estar Senama presente para defenderle.

Agnoi avanzó amenazador hasta hallarse a dos pasos de los jóvenes y miró fijamente a cada uno, por turno. Le brillaba los ojos como los de un gato que se prepara a saltar sobre su presa: abría y cerraba las manos estrujando el cuello de los que se hallaban ante él. Su voz generalmente gruesa y áspera, se había hecho aguda, chillona, revelando que aquel hombre se hallaba cerca de la locura.

—¿Se niegan? ¿Me desafían? ¡Tontos! ¿Han creído que he olvidado lo que les debo? A no haber sido por su maldita intervención, yo sería en estos momentos quien mandara en Pelémone. Por causa de ustedes me veo aquí, transformado en un desterrado de mi propio mundo. ¡No! No tengo razón ninguna para quererles a ustedes y en este momento, su vida pende de un cabello.

—¡Entonces haga usted lo peor que pueda hacer! — gritó Sidney, desafiando al martiano cara a cara. — ¡Mátenos, Agnoi, y matándonos firme su propia sentencia de muerte!

—¿Matarles? ¡Sí! Pero antes ha de cambiar usted de tono. ¿Cree usted que va a morir plácidamente ahogado por una de estas bolitas de vapor? ¡No! ¡No! ¡Siga oponiéndose a mi deseo y le aseguro que gozará de todas las angustias de la más refinida tortura.

—¿Qué se propone usted, viajero, — intervino Renue, — al decirnos que con su muerte firmaríamos nosotros nuestra sentencia?

Los tres compañeros se dieron cuenta de que Renue estaba emocionado y casi temblaba de miedo.

—Yo he dicho eso, no en tono de amenaza sino estableciendo la verdad de los hechos, — contestó Sidney con bastante calma. — Ustedes vieron cómo hice para que Perla del Espacio partiera de Marte pero no saben, no han comprendido aún, que este navío está cayendo, en estos momentos por el vacío, a razón de miles de millas por hora. Ustedes no saben cómo manejar este buque; ustedes ignoran el modo de detener su meteórica velocidad; ustedes se hallan enteramente a obscuras de cómo hay que proceder al llegar a algún sitio. Sin que nosotros se lo digamos seguirán vagando por los espacios indefinidamente a menos que la casualidad le favorezca. En tal caso caerán sobre la superficie de un planeta por la energía del tono con que se estrellarán en ella, haciéndose materialmente polvo.

Los tres subordinados de Agnoi se sentían visiblemente impresionados por la energía del tono con que se había expresado Sidney. Sólo Agnoi seguía mascullando imprecaciones.

—¿Nos toma usted por tontos o por niños? — preguntó. — Nosotros sabemos que todos sus secretos están encerrados en las llaves puestas en esa pared y no somos tan imbéciles que no podamos descubrir sus misterios estudiándolos un momento.

—¡Hagan la prueba entonces! — dijo Sidney. — ¡Hagan la prueba! ¿Por qué vacilan? Nos hallamos enteramente en el vacío. Prueben su habilidad volviendo el navío hacia Marte. ¡Y si no eso, traten de ver si logran disminuir la velocidad de la marcha que lleva en este momento Perla del Espacio!

No se movió ni uno solo de los martianos y Sidney se sonrió, cínicamente.

—¡No, no, martianos! ¡Sin nuestros conocimientos esta habitación se transformaría en el sepulcro de todos ustedes! Pueden estar seguros de que si sufrimos algo a consecuencia de sus maquinaciones, ustedes continuarán su viaje por el espacio sideral hasta. . .

—¡Hasta que se nos ocurra terminar nuestro viaje cuando nos dé la gana! — dijo Agnoi.

—Hasta que este navío sideral se haga pedazos de puro viejo, — continuó Sidney, —o, si los dioses, en su infinita bondad, se apiadan de ustedes y les hacen golpear con algo más sólido que Perla del Espacio, éste al golpear con la fuerza y el empuje de un meteorito, se hace polvo con ustedes dentro.

Cuando Sidney terminó de hablar los tres amigos de Agnoi rodearon a su jefe argumentando y tratando de calmarle. Los muchachos se daban cuenta de que el más intenso horror se pintaba en el rostro de aquéllos tres martianos ante la idea de terminar su existencia del modo que Sidney había anunciado. Ken y Tim sentíanse muy alegres ante la decidida actitud de su compañero y, por su parte, se juraron que harían todo cuanto él ordenara, sin duda ni aclaración, fuera lo que fuera lo que pudiese reservarles el porvenir.

Los martianos conversaron en conciliábulo de los cuales los argumentos de sus amigos parecieron convencer a Agnoi, que se volvió hacia Sidney, mucho más furioso que antes, aun cuando el tono de su voz siguiera siendo áspero.

—Mis amigos opinan que nosotros dependemos, hasta cierto punto, de la colaboración de ustedes. Por lo que a mí se refiere hubiese cumplido mis amenazas a pesar de

todo, porque jamás me he vuelto atrás cuando he prometido algo. Pero debo, por fuerza, ceder ante la opinión de la mayoría. Ustedes conservarán, pues, viajeros, el secreto del manejo de su buque aéreo porque, al fin y al cabo, el interés que nos inspira esta nave termina donde concluye el viaje que deseamos hacer. Sólo tenemos que pedirles que nos hagan una promesa.

—¿Qué promesa?

—Que no procurarán volver al mundo al que ustedes llaman Marte, al menos hasta que nos haya separado de usteds.

Sidney miró a sus compañeros; pero Ken y Tim callaron, dejando la decisión enteramente en manos de su amigo.

—Muy bien; lo prometemos, — dijo después de reflexionar un momento. — Aún cuando debo advertirle, Agnoi que cualquier traición de parte de ustedes, nos librará de nuestra promesa. Y creo que Senama tendría sumo placer en volver a ver a ustedes, aun cuando sea después de un largo intervalo.

—Sin duda; tendría gran satisfacción en poder apresarnos, — dijo Agnoi. — Pero creo que ya hemos hablado bastante por hoy. Descansemos, procurando tranquilizarnos y mañana hablaremos. Tengo que hacerles una propuesta, jóvenes viajeros, que tal vez les interese mucho.

La mañana siguiente, — después de haberse desayunado, admirando a los martianos el sabor exquisito de las conservas y dulces procedentes de Chérnum. — Agnoi volvió al tema a que se había referido la precedente noche.

—Supongo que ustedes se dirigen ahora directamente a Chérnum, — dijo.

—Por el momento no nos dirigimos a ningún punto determinado, — manifestó Sidney. — Dentro de poco estaremos suficientemnte lejos de Marte para adoptar el rumbo que nos parezca y entonces como es lógico, nos dirigiremos a nuestro planeta.

—Así me lo había figurado. Pero dígame, viajero, ¿no teme que su fuerza motriz se agote antes de que usted llegue al final de su viaje?

—¡Nuestra fuerza motriz no puede agotarse nunca! — declaró Sidney sin intención de dar más explicaciones.

—¡Bien! En consecuencia puedo deducir que sus viajes no están limitados a determinada extensión.

—Eso es.

—Escuchen entonces, viajeros; pero antes de seguir adelante permítame que exprese mis sentimientos por la desdichada discusión que tuvimos anoche. — Y la voz de Agnoi se endulzó de modo inesperado y sorprendente. — Les ruego que recuer-

Lea en este número el comienzo de la entretenida y emocionante novela

LOS MELLIZOS VENGADORES

Por JOHNSTON Mc CULLEY

Despojados de su fortuna por un grupo de financistas sin escrúpulos, los hermanos Pedro y Pablo Selbon, conocidos por los "Mellizos Vengadores", deciden recuperar su fortuna y castigar a los que los empobrecieron. Audaces, risueños, poniendo en todas sus hazañas un poco de su inagotable humorismo, los hermanos se conquistan las simpatías del lector desde el primer momento. Sus sorprendentes y desesperadas aventuras forman una novela llena de acción y de interés

den que el modo que adoptamos para huir de la venganza de Senama, era el único a que podíamos recurrir. De no haber procedido así nos hubieran perseguido peor que a fieras.

—¡Y se lo tenían merecido! — exclamó Tim, acalorado.

—Suavemente, mi joven amigo. Ustedes no han oído más que las razones de uno de los bandos. Si hubiera usted vivido entre los videri se hubiese dado cuenta de las razones que teníamos para proceder como hemos procedido. De muy diferente modo pensaría usted si hubiese vivido entre los videri.

—Ese es un asunto que debemos considerar por terminado, así que lo conveniente es no volver a hablar de él para evitar discusiones desagradables, — dijo Sidney. — ¿Qué propuesta era la que usted deseaba hacernos, señor?

Agnoi pareció reflexionar un momento mientras miraba a cada uno de los jóvenes, sucesivamente.

—Ustedes recordarán quizás el techo que, en casa de Senama, presenta una reproducción reducida, de nuestro cielo, — dijo.

—Sí, lo recordamos bien, — dijo Sidney.

—Si mi memoria me es fiel, a ustedes les llamó la atención, cuando contaron los planetas, ver que había nueve cuando, según sus conocimientos, sólo debía haber ocho.

—Es verdad, — dijo Sidney. — Sólo existen ocho planetas, a menos que nuestros astrólogos sean ciegos.

—Si no están ciegos, están equivocados como lo estuvieron los nuestros durante muchos años. Pero ahora estamos mejor enterados. — Agnoi hizo una pausa, reflexionando. — El mapa del cielo que está en casa de Senama es exacto, viajeros. Nueve son los mundos que giran en torno del Fuego Grande, aun cuando al noveno no se le vea más que a largos intervalos.

—¡Pero eso no puede ser! — replicó Sidney enfáticamente. — Vea usted; aquí tengo un mapa que presenta con toda claridad los ocho planetas y no es posible que todos nuestros sabios estén equivocados.

—Sí, su mapa está de acuerdo con el nuestro, en todo menos en ese detalle, — dijo Agnoi; que estudió el plano detenidamente durante un momento. — Mire, aquí está la órbita de su mundo; aquí la órbita del nuestro. — Puso un dedo en un punto que hubiera sido el vértice de un triángulo que hubiese tenido por base una línea tendida entre Marte y la Tierra. — En un sitio cercano de aquel que indico con el dedo, se halla el planeta misterioso que tanto preocupó a nuestros sabios en otro tiempo. Pero ahí está, sin duda; sobre su existencia no cabe discusión.

—Pero, ¿cómo es posible que nuestros astrónomos no lo hayan visto nunca? — preguntó Ken con incredulidad.

—Eso es lo que no me explico, — dijo Agnoi, e iba a seguir hablando, cuando le interrumpió una repentina exclamación de Sidney.

—¡Un momento ,Ken! — exclamó, relucientes los ojos de excitación. — ¡Creo que he dado con la explicación de ese misterio! — Fué al estantito con libros que constituía la biblioteca de Perla del Espacio y tomó un volúmen de grandes dimensiones Volvió las páginas con precipitación. — ¡Sí! ¡Aquí está! Escuchen esto: "Hace cincuenta años los astrónomos creyeron en la existencia de otro planeta y Leverrier, el matemático francés, anunció que opinaba que existía un planeta más. Poco después de eso, un médico de Orgéres, llamado Lescarbault, manifestó que el día 16 de Marzo del año 1859, había observado el paso por delante del disco del Sol de un objeto que le pareció un nuevo planeta. No había anunciado su descubrimiento entonces esperando volver a tener ocasión de ver el mismo objeto. Leverries fué a visitar al doctor y regresó enteramente convencido de que un nuevo planeta había sido observado; a ese nuevo planeta se le dió más tarde el nombre de "Vulcano".

—Entonces es posible que no carezca de base el hecho que Agnoi afirma, — dijo Ken.

—Así parece, — manifestó Sidney.

Entonces, lentamente, tradujo al martiano el pasaje que había leído, para que Agnoi y sus compañeros se enteraran. Los martianos sintiéronse agradablemente impresionados al ver que era corroborado por los sabios de la Tierra, lo que ellos afirmaban.

—¿Cree usted, pues, que, como lo he dicho, existe un noveno planeta? — preguntó Agnoi a Sidney.

—Ese planeta ha sido observado dos veces tan solo desde nuestro mundo y eso hace muchos años. Si realmente existe, ¿cómo es que no tenemos pruebas de su existencia? Los planetas ni nacen en un día ni desaparecen en una noche.

—Eso fué precisamente lo que preocupó a nuestros sabios,—dijo Agnoi, — pues sólo de tarde en tarde han visto el misterioso objeto y como usted lo ha dicho, los mundos no desaparecen de la noche a la mañana. Durante largo tiempo no acertaron a comprender la razón de su irregular presencia con tales intervalos de desaparición. Entonces Felián, uno de nuestros más valiosos pensadores, desarrolló la teoría de que ese noveno planeta se hallaba rodeado de cercos de niebla de inimaginable intensidad, de modo que no era posible ver el núcleo más que cuando, por alguna desconocida razón, esas cubiertas de niebla se disipan por completo. Esta es, al menos, la teoría de Felián, que fué aceptada como exacta porque era la única explicación aceptable que podía tener ese misterio de los cielos.

—Esa teoría parece muy razonable, — dijo Sidney. — Pero admitiendo que la teoría de Felián sea exacta, ¿qué era lo que usted quería indicar respecto a ese noveno planeta?

—Nosotros, extranjeros procedentes de

otro mundo, no sabemos como nos recibirían en Chernum cuando supieran como hemos llegado a ser sus compañeros de viaje. Además, el relato hecho por ustedes de su mundo, no nos atrae. Como pueden verlo, viajeros, no les ocultamos ni aún nuestros más íntimos sentimientos. Si no estamos equivocados en lo que a su valentía, mejor dicho a su temeridad se refiere, suponemos que no solicitaremos en vano de ustedes que nos lleven a ese noveno planeta misterioso y nos dejen allí.

Casi siempre estaba alguno de los jóvenes estacionado frente al telescopio, observando los cielos a la espera de la primera preseneación de aquel planeta que aparecía y desaparecía como un fuego fátuo. Pero por más que miraban no habían logrado ver nada todavía, y en más de una ocasión, sus pensamientos fueron hacia la lejana Tierra y sus hogares.

Estaba Tim de guardia, mirando por el telescopio, cuando todos los pasajeros de Perla del espacio recibieron como una descarga eléctrica que renovó la decaída animación de todos ellos, al oir gritos de alegría procedentes de la cámara de observación.

—¡Tierra! — gritó Tim, imitando el grito de los vigías que apostan en el palo mayor, en los buques de vela. — ¡Tierra!

Aún cuando los martianos no entendieron lo que Tim gritaba, dedujeron por el tono y la alegría del joven, lo que significaba aquel grito, y se produjo enseguida un extraordinario revolver de personas en el ambiente del navio sideral.

Sidney, algo más rápido que los demas, fué el primero que se halló junto a Tim, Ken y los mortianos llegaron después, en montón, y cinco formas flotantes se atascaron en la estrecha puerta, oyéndose distintas exclamaciones, proferidas en los idiomas de dos mundos.

SSin hacer caso del ruído que hacían los otros, Sidney se acercó rápidamente a su amigo.

Sin decir una palabra, se inclinó hacia el ocular del telescopio y miró.

Lejos, — tan lejos que, a pesar de toda la potencia del telescopio no aparecía más grande que una naranja, — vió al planeta ocultó, buscado en vano durante tantos días.

Aún cuando su colorido era asombrosamente brillante, sus contornos no era bien definidos. Monstruosos amontonamientos de nubes de diferentes colores se movían en torno del planeta, variando constantemente su configuración. Con frecuencia desaparecía el pequeño núcleo por completo, reapareciendo después la mitad o la tercera parte, para volver a desaparecer igual que la imagen que se forma y deshace de un kaleidoscopio.

Los demás pedían a gritos que se les explicara el por qué del llamado de Tim. La cortesía obligó a Sidney a ceder su sitio, — aún cuando no es posible negar que lo hizo de mala gana, — para que miraran los demás. Primero Ken y luego Agnoi, miraron silenciosamente hacia el misterioso pleneta, pero antes de que los demás pudiesen acercarse a mirar por el telescopio, las nubes se acercaron de nueva de tal forma que, durante varios días, no se pudo ver a Vulcano, tan envuelto estaba en sus espesos vapores.

Un día, sin embargo, cuando Sidney ya estaba cansado de mirar por el teléscopio y se iba a retirar del puesto de observación, notó una nebulosidad ante su vista. Creyó, durante un momento, que hubiera podido empañar el ocular con el aliento. Limpió con todo cuidado el cristal, con un trapo y volvió a mirar, para convencerse de que lo había limpiado bien. Pero esta vez siguió mirando, porque la ténue niebla se había espesado y rasgándose de improviso por el medio, anunció que iba a verse de nuevo el planeta misterioso.

La cortina de vapor se rasgó rápidamente y por último, como si el soplo de un enorme fuelle lo hubiera echado a un lado, se pudo ver que Vulcano había aumentado de tamaño y aparecía entonces arriba del navío negro, amenazador.

Volvió a ver cómo se aglomeraban las nubes de niebla. Vió Sidney que formando guirnaldas que se retorcían adoptando las formas mas grotescas, igual que si fueran los tentáculos de algún moribundo pulpo, se movían con lentitud pero sin cesar. Esta vez pudo darse cuenta el joven de que la niebla se hacía cada vez más visible, más espesa, que parecía poseer una coloración propia y por último pasó or su mente la idea del or qué de aquel maravilloso cuadro. Permaneció inmóvil, mirando por el telescopio, observando cómo la cortina de niebla ocultaba de nuevo a Vulcano. De pronto, la cortina volvió a hacerse transparente, y con lentitud, se disipó otra vez, haciéndose invisible.

Fué Sidney hacia donde estaba sus compañeros de viaje y les dió cuenta de la nuevva y temporaria aparición de Vulcano.

—Creo que he dado con una idea que aclara hasta cierto punto, el misterio que tan perplejos nos ha tenido hasta ahora, — dijo.

—¿Supone usted haber hallado la explicación de las apariciones y desapariciones de Vulcano? — preguntó Ken.

—Algo por el estilo, — asintió Sidney. — Me parece que Felian, el sabio martiano, se acercó mucho a la verdad. Acertó al decir que Vulcano está rodeado de capas de nubes, porque eso lo hemos visto en forma indiscutible. Júpiter está también, rodeado de nieblas. En consecuencia, si desde Tierra podemos ver a Júpiter, debiéréamos también ver a Vulcano, ¿no les parece?

—Así debiera ser, — dijo Ken.

—Así lo sería si Vulcano, como Júpiter estuviera lejos de los rayos del Sol; pero aquí nos encontramos con un mundo que está aún más cerca del Sol que el nuestro, que está rodeado de bancos de niebla de un espesor enorme. Si mi teoría es exacta, son los rayos del Sol los que le dan su tono dorado, haciéndolos invisibles desde lejos fuera de los momentos en que esas nubes se arremolinan casualmente por alguna secreta ac-

ción que tiene origen en el planeta que ocultan. ¡Pero sea mi suposición exacta o no, estimo que dentro de diez días terrenales llegaremos al fin de nuestro viaje! — Se volvió hacia Agnoi. — Su cálculo sobre la posición de Vulcano ha resultado muy exacto, pero será preciso corregir un poco la dirección y también habrá que disminuir nuestra velocidad.

El día siguiente volvieron a ver el montón de niebla y desde entonces no cesaron de verlo, aúnú cuando su apariencia varió casi a cada momento. Cada día que pasaba aclarábase más la niebla, a medida que se aproximaban al planeta.

Cada día una sección de auranium era dada vuelta durante un minuto para que pudiera observar rápidamente el planeta, pero la cortina de niebla interceptaba insistentemente la visual. Se hubiera dicho que Vulcano se envolvía en su manto de nubes para no dejarse ver hasta el último momento.

Llegó por fin el día en que Sidney anunció que transcurridas veinticuatro horas más entrarían en la zona de las nubes. Debido a que el planeta se ocultaba entre la niebla, los viajeros no podían calcular con exactitud la distancia que aun les faltaba para llegar y sólo podían pedir a la Providencia que no les hiciera "aterrizar" en el nuevo planeta con excesiva violencia.

La última observación, hecha poco antes de que les envolvieran las nubes, les hizo olvidar sus temores durante un momento porque la niebla constituía un estupendo y fascinador espectáculo. Todo el horizonte parecía un verdadero infierno de vapores rojis cuyas volutas se enroscaban y desenroscaban formando siniestros dibujos, igual que si un pintor demente hubiera procurado crear un cuadro futurista representando un fantástico reino de Plutón. Largas tiras de vapores desenrrollábanse con la velocidad del rayo y desaparecían con igual velocidad; espesos montones esféricos de color rojo oscuro rodaban en todas direcciones y se disolvían de repente igual que si estallaran, mientras ola tras ola de un vapor que parecía casi sólido, se reunían aglomerándose en una forma que constituía altísimas masas.

Todo eso vieron los siete valientes viajeros hasta que, de pronto, todo se oscureció de nuevo dejándoles en la duda de si su loca temeridad podía haberlos arastrado a una aventura de la que no les fuera posible regresar.

El intenso silencio que reinaba en el interior de Perla del Espacio fué interrumpido por Sidney que anunció solemnemente, en voz baja, que el navío sideral había entrado en la zona atmosférica de Vulcano y seguía avanzando rápidamente. No contestó ninguno de sus compañeros a su manifestación. Ni uno solo de ellos se sentía inclinado a pronunciar palabras innecesarias y todos se hallaban con los nervios en tensión, pensando en el peligro que encerraban aquellos momentos.

De pronto Perla del Espacio tembló como si hubiese recibido un titánico martillazo. Aún cuando los que estaban dentro del navío sideral se percataron de que su marcha habíase interrumpido, se dieron cuenta de que, en vez de haber quedado inmóvil, el navío se balanceaba a uno y otro lado como si realizara un vertiginoso descenso en espiral.

Los asombrados viajeros, sacudidos y agitados a tal punto que fué un verdadero milagro que no resultaran heridos, se dieron cuenta de que la gravedad ejercía de nuevo su fuerza. Por último, cuando Perla del Espacio se quedó inmóvil, siete gimientes aventureros hallábase tendidos en el piso de la cámara, a un lado, amontonados unos contra otros.

Ken fué el primero que se levantó, frotándose las espinillas, y miró con enojo a Tim.

En el mismo instante en que Ken iba a decir algo, se oyeron tres fuertes golpes. En el hueco interior del navío sideral resonaron aquelos golpes como si los hubieran aplicado en el casco con un poderoso martillo de forja y Ken olvidó las recriminaciones que iba a dirigir a Tim porque le había golpeado con los tacos en las espinillas durante el zarandeo sufrido por Perla del Espacio.

Los siete viajeros miraron hacia arriba, hacia e sitio donde habían sonado los golpes y en el mismo instante oyéronse otros tres golpes igualmente fuertes, seguidos de un ruido como el de una gigantesca lima que pretendiera hacer mella en la cubierta exterior del navío.

—¡Adelante! ¡No llame tonto! ¡Entre con confianza! — gritó Tim.

—¡Silencio, Tim.

—¡Silencio, Tim! — ordenó Sidney; y escucharon con atención aquel ruido tan raro, aquel frotar y frotar que rozaba el casco del navío en su parte superior.

Después de algunos minutos de angustiosa ansiedad oyeron con claridad un golpe sordo y Sidney subió por la escalerita, sin hacer ruido y también silenciosamente, quitó los tornillos que sujetaban la tapa de la escotilla. Levantó la pesada tapa de hierro pulgada tras pulgada y en el momento en que entró al aire exterior un horrible hedor le hizo retroceder tosiendo y escupiendo disgustado.

—¡Silencio, compañero; suban despacio! — dijo Sidney en voz baja y sus compañeros aceptaron en seguida su invitación.

La tapa estaba ya enteramente abierta y cuando sus compañeros se unieron a él en lo alto de la escalera, siguieron con la mirada la dirección hacia donde él señalaba con un dedo. Vieron un enorme monstruo que se movía de un modo extraño en un espacio de agua que empezaba a menos de media milla de donde estaba Perla del Espacio. Se movía pesadamente y con lento andar, lo que permitía, a los que le miraban, apreciar todos los detalles de su repulsiva fealdad.

(Continuará)

EL IMPERIO DE LOS CIEGOS

Por VICTOR ROSEAU

La sensacional narración del diabólico proyecto ideado por un demente y que llevó a los ciegos a punto de apoderarse del gobierno del mundo, aterrorizando entretanto a todas las naciones civilizadas.

(Continuación)

—En ese caso, — le contestó él — confío en que me veré incluído entre el número de los electos salvados por Mr. Saxton.

—Bueno, ya veremos lo que podemos hacer por usted — le aseguró Pendleton cordialmente.

—Pero yo creí que usted me había traído aquí esta noche con el objeto de que efectuara un examen preliminar inmediato.

—Sí, es cierto que yo le manifesté eso, pero es más tarde de lo que yo me había imaginado, Mr. Merton. Prefiero dejar el examen para mañana por la mañana temprano. De manera que permítame sugerirle descansar bien esta noche, para poder trabajar mañana con más entusiasmo. Acompáñeme por aquí, que voy a enseñarle donde se halla situada su habitación.

Lo llevó hasta una puerta que se abría diagonalmente frente al laboratorio, y Merton pudo ver un dormitorio pequeño, pero confortablemente amueblado. Había una cama, una silla, escritorio, mesa y un armario muy grande como para ropas o equipajes, precisamente frente a la ventana.

—Muy bien, Mr. Pendleton. Voy a seguir su concejo — dipo Merton.

—Muy buenas noches, amigo mío — le contestó Pendleton, cerrando la puerta suavemente detrás de él.

El picaporte cerró sin producir sonido alguno. Merton, que experimentaba una fatiga intensa, se despojó de su saco y chaleco, aflojó el cuello y apagando la luz, se tendió sobre la cama. Se hallaba tan cansado que a duras penas lograba mantener sus ojos abiertos, pero posiblemente debido a lo excitado que estaba, no logró conciliar el sueño.

Permaneció así despierto durante un largo tiempo, repasando con su memoria los asombrosos sucesos que le habían ocurrido esa noche, y soñando con aprovechar la oportunidad para perfeccionar su gran invento. Pensaba a la mañana siguiente, antes de comenzar a realizar el trabajo convenido, efectuar algunas pruebas que le aseguraran se hallaba por fin en el camino del éxito. Una vez que hubiera probado su teoría en la práctica, tendría la suficiente confianza en los resultados para tratar con las firmas que se ocupaban en electricidad, y lograr que aceptaran sus propuestas. No tenía mayor esperanzas en las promesas formuladas a medias por Pendleton, pero la de éste no era ciertamente la única compañía que explotaba los negocios de ese ramo.

Se quedó dormido por fin, pero los diversos aspectos del asunto se obstinaban en presentarse a su mente, aun cuando dormía. Le interesaba especialmente el problema de usar el transformador Nodin para convertir la luz solar en energía eléctrica. Nunca había estado enteramente seguro en este punto. Se despertó súbitamente, dándose cuenta de que le sería imposible dormir esa noche. Se propuso ir al laboratorio. No tenía la menor idea de la hora que era. El pequeño dormitorio, cuya atmósfera parecía un poco ahogada, estaba absolutamente obscuro. El sonido de sus pies en el piso, le hizo darse cuenta de que no le llegaba ni el más insignificante ruido desde afuera. Levantó la mano y dió vuelta a la llave de la luz eléctrica, pero no se produjo iluminación alguna. Encendió un fósforo y la pequeña llama le hizo ver que la puerta, bajo una capa de pintura fresca, era de acero perfectamente liso y que no dejaba entrar allí aire alguno.

No había pestillo ni cerradura desde el lado de adentro, y las ranuras se podían distinguir a duras penas. Junto al piso, parecían confundirse con el acero de este, tan perfecto era el ajuste de la puerta. Merton se volvió hacia la puerta que daba al corredor. Esta era de la misma clase y construcción: acero sólido, perfectamente ajustado e inmóvil. No cedió ni una fracción de pulgada ante los esfuerzos del joven inventor. Habiéndose apagado el fósforo, Merton encendió otro y se dirigió a la ventana. Pero así y todo no se sentía alarmado grandemente Supuso que Pendleton le había encerrado en el dormitorio para evitar que fuera a visitar el laboratorio esa noche. El fósforo estaba casi consumido, cuando Merton apartó a un lado la cortina de la ventana. Lo que vió le hizo soltar el fósforo y permanecer allí en la oscuridad sin moverse, sintiendo que su corazón le latía desesperadamente y todo su ser era invadido repentinamente por el terror.

No había ventana detrás de la cortina. El marco, que le había parecido ser de madera moldeada, era de acero y detrás de el había una gruesa chapa, también de acero, y tan consistente que solo produjo un sonido opaco ante los golpes de Merton. No había allí resorte alguno, ni aparato con que se pudiera levantar. Se hallaba entonces, prisionero y sin medios de defensa a su alcance. Este descubrimiento hizo perder el dominio de sus nervios al inventor, quien pidió socorro con toda la fuerza de sus pulmones hasta que se quedó ronco.

Por fin, dejándose caer al piso de acero, desistió en sus esfuerzos, dándose cuenta de que no sería oído por nadie y que aunque lo

fuera sus captores no vendrían a libertarlo de su prisión de acero.

Unos momentos después, sintiendo una nueva esperanza en su corazón, se puso de pie de un salto y comenzó a explorar la habitación sistematicamente, y pulgada por pulgada. Se dió cuenta de que las paredes eran de chapas de acero ribeteadas con remaches también de acero, el piso y el techo. Eran de una uniformidad desesperante, diferenciándose en eso solamente la falsa ventana y el armario. Tenía una cerradura de combinación, pero esta era de las baratas que siempre concluyen por ceder cuando se trata de abrirlas disponiendo de tiempo y obstinación suficientes. Se parecen en esto a una caja de ahorros infantil, que se puede abrir disponiendo de un pequeño caudal de ingenio. Durante unos diez minutos Merton dió vueltas a la manija para todos lados. Estaba ya por abandonar su intento cansado al ver la inutilidad de sus esfuerzos, cuando la cerradura cedió de pronto.

La puerta se abrió oponiendo una cierta resistencia, como si un cuerpo pesado la estuviera empujando desde adentro. Merton encendió un fósforo y miró el interior del armario. Lo que vió le hizo quedarse congelado de horror: el armario no era más que una gran depresión en las paredes, y no había posibilidad de fuga por aquel lado. Pero Merton a duras penas se dió cuenta de eso, pues había dos objetos dentro del armario; en cada uno de los lados había un hombre muerto, con los rostros horriblemente rojos y los ojos desmesuradamente abiertos y mirando hacia el rostro del infortunado prisionero. Merton reconoció los cadáveres, aunque estaban grandemente desfigurados por la muerte.

Uno de ellos era Bennett de Sioux City, y el otro Crawley de Filadelfia, quienes eran sus competidores más cercanos en descubrir el proceso para la conversión de los rayos solares en energía eléctrica. Probablemente habían fallecido los dos aquella tarde. Merton cerró la puerta con fuerza y dió vuelta al pestillo. Se echó sobre la cama, temblando desde la cabeza hasta los pies. Era tan bravo como el promedio de los hombres, pero no más valiente. Aunque hubiera poseído nervios de hierro, estos le hubieran hecho traición al encontrarse en esta situación. Sin embargo, el temor a la muerte en el, era menor a la furia que le invadió al reflexionar en lo hábil y diabólicamente que habían sido cometidos aquellos asesinatos. Evidentemente, Pendleton había preparado sus planes con la más consumada habilidad. Había atraído a los dos inventores desde Nueva York, seguramente con el mismo pretexto que se había usado con Merton. Por alguna razón importantísima y esencial para Pendleton, era necesario que los tres inventores murieran. Pero porqué?

Y en que manera se hallaba Saxton relacionado con esta conspiración? Eso podía aclararse para el mundo algún día, pero era evidente que Merton no lo llegaría a saber nunca. Se puso en pie de un salto, el furor había dominado al miedo, y se resolvió a no perder las esperanzas mientras le duraran las fuerzas y la vida. Encendió más fósforos y comenzó a inspeccionar las puertas por todos lados. Revisó cada uno de los tornillos con que habían sido ribeteadas las puertas al piso, con la esperanza de encontrar un resorte secreto.

Pero era inútil, pues la puerta no cedía Al cabo de un rato, solo le quedaba un fósforo. Merton miró su reloj a la luz del mismo y quedó sorprendido al darse cuenta de que ya eran las nueve de la mañana. A pocos pies de él, después de transponer las paredes de acero, brillaba el esplendoroso sol de la primavera.

Se dió cuenta de que debía perder toda esperanza de sobrevivir por muchas horas más, pues ya se hallaba físicamente cansado, como si hubiera hecho grandes esfuerzos, y su rostro estaba mojado por el sudor. Experimentaba una sed terrible — sentía su corazón latir lentamente y se dió cuenta de que la envenenada sangre circulaba lentamente por sus arterias y venas. El aire en el dormitorio se estaba consumiendo rapidamente.El último de sus fósforos ardió unos instantes y concluyó por apagarse, sin llegar a consumir ni la mitad de la madera. Había demasiado óxido de carbano en aquella habitación para que una llama lograra subsistir. Merton se volvió a recostar sobre la cama y trató de reflexionar, tratando desesperadamente de imaginar un medio de salvarse. Ya respiraba con gran dificultad y el aire que aspiraba no lograba satisfacer a sus pulmones.

La perspectiva de asfixiarse lentamente, morir tn angustiosamente por sofocación en largas horas de tortura, era tan terrible que desesperaba a Merton. Después de reflexionar unos instantes, el joven llegó a la conclusión de que lo más prudente que podía hacer por el momento era permanecer quieto, reservando sus fuerzas todo lo posible y disminuyendo así la demanda de sus pulmones reclamando oxígeno puro. Sin embargo, a pesar de haber adoptado esta resolución firmemente, comenzó a explorar la habitación una vez más, en la oscuridad.

Pero atacado por un súbito acceso de demencia, escuchó con asombro como si se tratara de otra persona, los sonidos producidos por el mismo al golpear furiosamente con sus puños a las paredes de acero. Quedándose completamente exhausto, se arrojó sobre la cama, y esperó.

La cabeza parecía darle vueltas y sentía como un trueno fortísimo en los oídos. El delirio se apoderó de él.

Le parecía estar flotando en un mar que lo mecía suavemente. Las pesadillas le producían extrañas ilusiones, a veces se imaginaba que estaba con Pauline Holt en un oceáno agitado, navegando con ella en un pequeño bote y manifestándole que la amaba, hasta que dándose vuelta al ver el gesto de horror de ella, distinguía a Pendleton persiguiéndoles en un bote a motor, el que los iba alcanzando rápidamente. Al ver esto Merton comenzaba a remar desesperadamente, y concluía por despertar encontrándose que sus brazos estaban haciendo

los movimientos necesarios para remar. También se daba cuenta que lo que el creía ser el motor de la lancha, no era más que los dificultosos latidos de su corazón.

Poco después, se imaginaba hallarse con Saxton en la parte más alta de la torre, escuchando el característico sonido que produce el equipo de la telegrafía sin hilos por medio del myradium. El fin del mundo había llegado y el buscaba a Pauline entre los millones de figuras fantásticas y no la lograba encontrar. Después volvía a recuperar los sentidos y se daba cuenta de que lo que el se imaginaba ser el ruido del telégrafo sin hilos, era en realidad el sonido producido por su aliento, al respirar estertorosamente. Era ciertamente muy extraño que Pauline formara parte integrante de todos sus sueños. En un momento de lucidez, rompió el cristal de su reloj y tocó las manecillas del mismo. Calculó que eran las cuatro y media de la tarde. Y comenzó a preguntarse cuanto tiempo le quedaba de vida, calculando la capacidad cúbica de la habitación y la cantidad de aire puro que había contenido antes de ser cerradas las puertas.

El aire era ahora insufriblemente malo. Cada vez que respiraba, era una verdadera agonía. Merton se incorporó, tratando de encontrar aire, y se tambaleó hasta llegar a la pared, con las manos apretando su cabeza.

Se ahogaba miserablemente y hacía esfuerzos desesperados por sobrevivir, pareciéndose en esos instantes a una bestia salvaje que rehusa morir. El no había ni soñado que la muerte por asfixia pudiera ser tan lenta y angustiosa. Como último recurso, trató de abrir el armario de nuevo, con la ilusoria esperanza de que hubiera quedado algo de aire puro allí, pero por más que hizo esfuerzos no logró abrirlo de nuevo. Parecía haberse atascado la ceradura, pues por más que dió vueltas al picaporte, la puerta no cedió a sus empujones. Cada vez que inspiraba una bocanada de aquel aire viciado, sentía como si una espada candente le hiriera en los pulmones. Estos parecían ahora recipientes vacíos, en los que buscaba desesperadamente una partícula de aire escondida en los rincones más lejanos de los mismos. Cayó al suelo, volvió a levantarse tambaleante y llegó a arañar fútilmente a las crueles paredes de metal en su agonía. Después sintió como su epiglotis se crispaba convulsiones en la laringe, en un esfuerzo desesperado para excluir el monóxido de carbono de su traquea y se dió cuenta de que el fin se hallaba cercano. Le dolía la cabeza agudisimamente, como si le estuvieran asestando miles de golpes con martillos y su corazón parecía dilatarse hasta llegar a estallar. Ya no podía respirar por más esfuerzos que hiciera y...

De pronto la puerta se abrió: un torrente de luz hirió sus ojos ya desacostumbrados a ella. Una ráfaga de aire, como viento, llenó sus pulmones. Lanzó un débil grito, se tambaleó hacia la luz... y se desmayó.

Capítulo V

Cuando abrió sus ojos, se encontró tendido sobre el lecho con una almohada bajo su cabeza y un brazo le sostenía por el cuello, mientras un rostro de mujer lo miraba con gran ansiedad y alarma. Sin poder creer a la evidencia de sus ojos, Merton vió que la joven era Pauline Holt. Durante unos momentos el temía hablar pues sospechaba que esta no era más que otra de sus ilusiones. Sin embargo, no había ilusión alguna en el aire vivificante que circulaba en la habitación.

La puerta estaba cerrada de nuevo, exceptuando a una rendija de una pulgada por la que se renovaba el aire. En realidad, la atmósfera estaba tan viciada que para una persona normal era casi irrespirable. Pero para Merton era aire delicioso y purísimo, en comparación a lo que había soportado antes.

—¡Pauline! ¡Pauline Holt! — murmuró el.

—Silencio! — exclamó ella, poniendo un dedo sobre sus labios.

—Cuanto tiempo ha estado usted aquí?

—Diez minutos solamente. Gracias a Dios que llegué a tiempo. Pero usted no debe hablar. Ya se encuentra mejor, y debe permanecer quieto para recuperar las fuerzas todo lo posible, pues los guardianes pueden venir a atacarnos de un momento a otro. Esta comenzando el día ahora.

El la obedeció al pié de la letra y permaneció quieto.

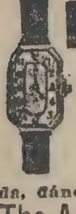
Pauline caminó sigilosamente hasta la puerta y la abrió de par en par. Las bocanadas de aire puro que entraron por allí le afectaron a Merton de la misma manera que lo hubiera hecho una botella de vino generoso. Percibió como su sangre corría por las arterias con nueva fuerza. Sentía deseos de vociferar ante el placer celestial que experimentaba.

Pero la muchacha volvió a su lado enseguida, mirando alternativamente a su rostro y a la puerta, como si temiera la llegada inmediata de los guardianes. Después de unos minutos de descanso, Merton se incorporó.

La reacción producida en él al salvarse de la asfixia, le inspiró un falso vigor. Creyó haber recuperado todas sus fuerzas y trató de caminar, pero se tambaleó y cayó de nuevo sobre la cama. Pauline corrió hacia el, ayudándolo a incorporarse de nuevo.

—Usted no debe arriesgarse a efectuar demasiados esfuerzos tan pronto — le dijo ella. — Tenemos que apurarnos todo lo posible pues una demora puede sernos fatal, pero debe esperar hasta que le sea posible caminar. Ya ha mejorado maravillosamente.

¡GRATIS!



Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, etch. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

Si llego a esperar cinco minutos más.

Al decir esto se interrumpió súbitamente, y a el le pareció notar que los ojos de ella se habían llenado de lágrimas, aunque estaba demasiado obscuro para estar seguro de ello. Pauline volvió la cabeza y permaneció silenciosa durante algunos instantes.

—Le voy a referir lo más rápidamente posible como es que llegué hasta aquí — le manifestó ella — Mr. Pendleton decidió asesinarlo a usted. Yo me di cuenta de ello por algunas palabras aisladas que escuché, pero no fué hasta más tarde cuando me dí cuenta de que usted corría un inmediato peligro de muerte.

—¿Usted lo conoce a él, entonces?—exclamó Merton asombrado, aunque debía haberse dado cuenta de ello antes, debido a la presencia de la joven en la torre.

—Sí — le contestó ella, con toda sencillez.

—Entonces el debe poseer algún ascendiente sobre usted, Miss Holt, pues de otra manera no le hubiera hablado nunca a el. Sin embargo, confío en usted con todo mi corazón.

Merton la oyó a ella sollozar en la oscuridad de aquella pequeña habitación.

—El me obliga a obedecerlo, — replicó ella— pues tiene un ascendiente sobre mi mucho más poderoso de lo que el sospecha. Usted debe escaparse de aquí enseguida, amigo mío. Yo ya he hecho todo lo que pude por usted.

—Ya lo creo que si, pues me salvó la vida! — exclamó Merton expresando en su tono el más profundo agradecimiento.

—Esto era lo menos que yo podía hacer después de lo que me manifestó usted. Si supiera lo que.... — al decir esto la joven vaciló y después prosiguió deciendo:— He venido a la torre porque tengo el derecho de entrar y salir de ella, y fuí al laboratorio. Usted no estaba allí, de manera que entré en esta habitación, lo que es muy fácil de hacer desde afuera.

Yo ni soñaba que este dormitorio fuera una cámara de torturas. Aquí estaba usted inconsciente y a punto de morir. Si yo hubiera sabido antes que el era un criminal! Existe una contraseña, la que es cambiada todas las noches. La de hoy es "Farthingale", y por medio de esa palabra usted llegará a salvarse. Puede usted caminar ahora?

—Sí — repuso Merton, incorporándose y comprobando que podía mantenerse de pie, aunque la cabeza parecía darle vueltas.

—Entonces espéreme aquí durante tres minutos, y después baje por las escaleras.

—Pero yo deseo ir con usted — insistió el.

—No, Mr. Merton. Yo lo he salvado a Vd. poniéndome en peligro a mi misma, y no lograriamos salir de aquí juntos, con vida. Adios, entonces.

—Espere! — exclamó Merton desesperadamente — Quiero volver a verla!

Pero ella ya se había marchado, y él quedó allí de pié al lado de la puerta, mirando á la obscuridad de las escaleras y sintiendo las pisadas de ella al descender. Merton no podía hacer otra cosa que esperar los tres minutos y después seguirla, con la esperanza de alcanzarla afuera en el camino. El calculó mentalmente los tres minutos, los que le pareció tardaban una eternidad en pasar, y después comenzó a descender la escalera.

Un guardia ciego se hallaba subiendo las mismas. Aunque Merton había caminado instintivamente en punta de piés y por lo tanto no hacia sonido perceptible alguno, el hombre se detuvo y le miró a la cara como si realmente pudiera verlo. Y ahora Merton se apercibió de un detallé, del que ya se había dado cuenta en la noche de su llegada. Anteriormente, no le había dado importancia, pero ahora le parecía que tenía un significado especial. Aquel ciego usaba unos raros aparatos sobre los oídos, los que se comunicaban con los ojos sin vista por medio de un aparato mecánico. Merton entendió lo que era aquello, por medio de la intuición: seguramente el aparato contenía un espejo de selenium, el que convertía la vista en sonido, por medio de las peculiares virtudes del metal. El menor rayo de luz o sombra era comunicado inmediatamente a los nervios de los oídos, permitiendo al hombre ciego localizar la persona opuesta u obstáculo, instantáneamente. Aquel guardián ciego estaba — viendo — con sus oídos.

Merton habló, dándole la contraseña, pero el enemigo se limitó a sonreirse de una manera siniestra y amenazadora:

—Vd. vuelva inmediatamente al sitio donde debe estar! — le contestó él.

El sonido de una voz humana, hablando en inglés defectuoso como se acostumbra en los barrios bajos de la ciudad, causaba una impresión de pesadilla al oirla en aquella fatídica torre. Parecía incompatible que se encontrara un vendedor ambulante allí, en aquella torre, provista hasta de su cámara de tortura. Merton avanzó resueltamente, y como el hombre no se amilanó, hizo un esfuerzo deseperado para apretarle el cuello y evitar asi sus gritos denunciadores de que el condenado a muerte se escapaba.

El guardián ciego sacó de su cinto una gruesa cachiporra, parecida a la que usan los vigilantes por la noche, y dió varios golpes con toda su fuerza sobre la barandilla de metal. Pero dejó caer el garrote y luchó desesperadamente tratando de arrancar las manos de Merton de su garganta, pues el ex-prisionero le estaba ahogando. El adversario de Merton era un hombre de edad madura con barba ya gris y teniendo en cuenta de que solo se hallaba armado con una cachiporra, el joven llegó a la conclusión que no estaba enterado del cuarto en que habían tratado de axfisiarle, y que su deber era vigilar las escaleras. Merton ignoraba porqué razón había dejado pasar a la joven, rehusando en cambio el aceptar la contraseña de sus labios, y no trató de hallar una explicación pues el momento y la situación no eran los más apropiados para ello. Apretó a su enemigo en el cuello hasta que las piernas se doblaron bajo el cuerpo exa-

nime. Entonces lo arrojó al pavimento, donde permaneció inconsciente y respirando dificultosamente. Habiendo dispuesto así de aquel guardián, Merton prosiguió descendiendo las escaleras. Estaba todavía obscuro, pero parecía notarse en el aire que iba a amanecer pronto, pues las estrellas ya comenzaban a palidecer, sobre la cabeza del fugitivo. Merton prosiguió su marcha apresuradamente, confiando lograr escapar usando la contraseña convenida.

De pronto, al dar vuelta a un recodo, vió aparecer a un segundo guardián que se hallaba al pié de la escala que conducía al techo. El hombre se detuvo, y miró con sus ojos sin vida a su asociado que se hallaba desmayado en el suelo. Indudablemente, percibió el cuerpo exámine y se dió cuenta

Dió un salto que lo hizo caer sobre la barandilla, en vez de los escalones, y se dejó resbalar sosteniéndose solamente con las manos, mientras los piés le colgaban en el vacío. Después, mirándo hacia abajo, buscó con la vista un lugar apropiado y se dejó caer. Llegó al pavimento de pié y por un milagro no perdió el equilibrio, prosiguiendo su fuga rápidamente, ahora que había logrado obtener ventaja sobre su perseguidor.

Al cabo de pocos instantes, llegó hasta la base de la torre. Pero fuertes gritos partían de arriba. Tres o cuatro hombres vinieron corriendo por el pasaje y deteniéndose en el primer descansillo de la escalera miraron hacia donde se hallaba el infortunado fugitivo. Los espejos de selenium les

Los hombres luchaban entre sí.

perfectamente de lo que había ocurrido, pues se volvió hacia Merton y disparó su revólver con increíble rapidéz. La bala pasó silbando a pocos centímetros de la cabeza de Merton, pero éste protegido por la barandilla de hierro prosiguió su camino hacia abajo a toda la velocidad posible, saltando de a tres y cuatro escalones a la vez. Detrás de él corría el guardían, gritando con toda la fuerza de sus pulmones a fin de que viniera otro en su auxilio.

Merton miraba hacia abajo al descender. La base de la torre se hallaba oculta por la obscuridad y su perseguidor le venía casi pisando los talones. Las perspectivas de ser alcanzado estaba aumentando a cada instante que pasaba. Dándose cuenta de que su situación era desesperada, el joven se decidió a adoptar un recurso desesperado.

transmitían en claro sonido la figura de Merton, que se destacaba contra la ventana que se hallaba arriba de él. Los guardianes vinieron a toda carrera, gritando y con sus revólvers en la mano, listos para hacer fuego. Merton se dió cuenta de que estaba perdido irremisiblemente. Había un hombre persiguiendolo desde arriba, y varios desde abajo. Estos últimos eran los que se hallaban más cercanos. Miró desesperadamente a su alrededor, y le pareció que morir de un tiro o una puñalada sería algo agradabilísimo, al compararlo con los horrores de la cámara donde había esta a punto de asfixiarse. Nunca volvería allí vivo! Durante una momentánea pausa en su fuga, Merton miró hacia abajo y distinguió que la puerta de una de las tres habitaciones que había en la base de la torre, estaba abierta par-

cialmente. Atraves de ella vió una ventana y por ella el cielo límpido y estrellado. Aquí por lo menos no había una cámara de torturas, donde no penetrara una bocanada de aire respirable.

Prosiguió la fuga a saltos desesperados, como si fuera un animal acorralado. Los guardianes se hallaban ya en el descansillo de la escalera, y Merton chocó con el que venía adelante, enviandolo a un lado tambaleandose. Después pasó como una flecha delante de los otros y entró en la habitación que tenía la puerta abierta, cerrandola tras él. Era una puerta de madera ordinaria, pero no tenía llave. Aquel cuarto era de una forma irregular, mirando a dos de los lados de la torre. En cada uno de los lados había una ventana y Merton corrió hacia la que se hallaba más cercana. Se veía allá abajo el campamento de los ciegos, quo estaba ahora obscuro y silencioso. Saltar desde allí sería una verdadera locura, pues significaba que por lo menos se rompería una pierna o un brazo y lo capturarían después.

Se apresuró a ir a la otra: esta era una de las ventanas desde la que se veía Nueva York. Merton podía distinguir el esplendor mágico de la ciudad durante la noche. Sus miriadas de luces, apiladas hasta enormes alturas, las hacían parecerse a luciernagas detenidas en las colinas de una montaña habitada por gigantes. Bajo la ciudad se veían las luces a intervalos irregulares en el río y también las poblaciones en la costa del lado de Jersey. Antes de la ciudad, podía ver los pantanos detrás de Hoboken y también el riachuelo de Penhorn. El agua de este era lo que se hallaba más cerca, exactamente bajo él, y si saltaba le sería imposible no caer en ella. Merton estimó que sería un salto de unos treinta pies. Vaciló unos instantes, y los guardianes penetraron precipitadamente a la habitación. Se dirigieron sin equivocarse hacia la ventana, bajo cuyo marco se acurrucaba el miserable fugitivo, sin atreverse a respirar.

Después, pasando varias veces a pocos centímetros de él, comenzaron a buscarlo describiendo círculos, como si se tratara del inofensivo juego de la gallina ciega. Pero del resultado de este juego dependía la vida de un hombre. Merton tenía solamente una cosa a su favor: aunque todos sus perseguidores estaban armados con revólvers, no se atrevían a hacer fuego mientras él se hallaba en medio de ellos y en movimiento, pues se exponían a herirse mútuamente. Además los movimientos de un hombre agil y que trata desesperadamente de salvarse la vida, son infinitamente más rápidos que los que puede hacer un ciego al apuntarle instintivamente y oprimir el gatillo de su revólver. Durante mucho tiempo después Merton recordó aquella escena como una horrible pesadilla — él escaparse de aquellas siniestras figuras vestidas de blanco, la tentativa de llegar a la puerta para escapar y también el fracaso de la tentativa... aquella inexorable persecución que no cesaba lo estaba enloqueciendo. No se pronunciaba ni una palabra: estos mendigos ciegos y ex-vendedores de baratijas se habían transformado a causa de la fé en los milagros del moderno Profeta, y eran ahora austeros fanáticos. Merton adivinaba instintivamente que la muerte no significaba nada para ellos, pues se consideraban inmortales. En cuanto al adversario, éste no era más que un obstáculo que debía ser eliminado para que la nueva fé pudiera avanzar triunfalmente.

Ahora, una mano extendida lo alcanzó, apretándole fuertemente pero él logró librarse de su presión. A continuación dos hombres estuvieron a punto de capturarlo, pero los eludió hábilmente tirándose al suelo y rodando por él hacia un costado de ellos. A veces los ciegos se agarraban mútuamente por equivocación y todos se arrojaban ansiosamente sobre la presunta víctima, hasta que ésta le advertía su error. Merton logró poner fuera de combate momentáneamente a uno de los cuatro, aplicándole un formidable golpe de puño detrás de la oreja, pero sus encarnizados adversarios no cejaban en su empeño do aprisionarlo, y lo perseguían incansablemente, ayudados muchísimo por los espejos de selenium aunque la semiobscuridad de aquella habitación favorecía al fugitivo para lograr eludirlos. Ya estaban cansandolo; su fuerza, perdida en parte por su estadía en la cámara de la muerte, le abandonaba rápidamente.

El pensamiento de lograr escapar por la puerta, que ya se había convencido era irrealizable, fué suplantado por el recurso desesperado de saltar por la ventana hasta el agua que corría bajo ella. Era lo único que le quedaba por hacer, y les parecía más arriesgado aun a los ciegos por el temor que estos experimentan hacia las caídas. Merton se dió cuenta de esto instintivamente, al ver que sus enemigos ni se acercaban a las ventanas. Seguramente considerarían inadmisible que el prisionero intentara saltar por ellas. Decidió ejecutar su arriesgado plan antes de que el temor y la reflexión se lo impidieran. De un salto subió al marco de la ventana, ladeó el cuerpo para evitar que las manos extendidas hacia él le apresaran, vió el agua negra deslizarse tranquilamente allá abajo... y saltó.

Durante un instante perdió el conocimiento. Después cuando las heladas aguas cubrieron su cabeza, la impresión recibida le hizo recuperar el sentido enseguida. Se hundió en el agua como si fuera una piedra, a continuación sintió que sus piés y manos se hundían en el fondo arenoso del arroyuelo, y luchó desesperadamente para librarse de aquella horrible muerte. Logró llegar a la superficie del agua y nadando con brazadas vigorosas respiró el aire puro y embalsamado de la noche. Oyó los gritos de los guardianes en la torre, y se dió cuenta del asombro que experimentaban. Un revólver hizo fuego y la bala fué a hundirse en las aguas, pero a bastante distancia de dondo se hallaba Merton. Este nadó con toda la energía que pudo, en la dirección opuesta a la orilla de la torre. Aunque se hallaba muy

sacudido por el choque de su caída en el agua, se dió cuenta después de nadar unos cuantos metros, de que no estaba lastimado seriamente. Logró avanzar entre las turbulentas aguas hasta que llegó a un punto de la costa lejano a la torre, donde calculó no lo alcanzarían sus perseguidores. Le costó bastante trabajo afirmarse en el arenoso suelo, pues éste era en parte barro movedizo, pero al cabo logró llegar a sitio seguro agarrándose de las ramas de los arbustos que crecían en la orilla.

Parecía faltar poco tiempo para que amaneciera. La torre se divisaba allá lejos negra y amenazante, destacándose contra el firmamento, en el que brillaban muy pocas estrellas. No se oía sonido alguno procedente del campamento de los fieles del nuevo Profeta, ni tampoco parecía haberse organizado la persecución para capturar al fugitivo. El mundo entero parecía guardar silencio y el viento que soplaba sobre los pántanos le hizo recordar a Merton la brisa que proviene del Océano, a causa de que a veces traía una ligera llovizna de agua salada. El joven llegó a imaginarse que la llegada del nuevo día había hecho atemorizarse a aquellos discípulos de Satán, haciendolos desaparecer como los vestigios de una horrible pesadilla. Y todo lo que le había ocurrido a Merton parecía increíble y tenía que hacer esfuerzos para no creer que todo había sido un mal sueño.

Detrás de las altas torres de Manhattan comenzaban a notarse franjas de color anaranjado, que se filtraban entre las numerosas nubes de color plomizo. Merton se dió cuenta perfectamente que si trataba de llegar hasta la casa de pensión donde residía tal como se hallaba en esos momentos, y a la luz del día, sería arrestado como sospechoso, pues se hallaba cubierto de barro desde los piés a la cabeza. Pero comenzó la marcha penosamente atraves de los pantanos, pues no deseaba permanecer en las inmediaciones de la torre expuesto a ser capturado de nuevo por los fanáticos. El pensamiento de Pauline Holt comenzó a preocuparle de nuevo, y llegó a la conclusión de que cualquiera que fuera la identidad de ella, se hallaba momentáneamente segura y volvería a la casa de pensión de la Sra. Higgins para retirar su equipaje. Esperaría allí por ella, insistiría respecto a... que?

Por la segunda vez en pocas horas, Merton se dió cuenta de que no tenía derecho alguno a hacerle preguntas a la muchacha, ni exigirle explicaciones. Y sin embargo, las circunstancias los habían reunido, haciendola a ella una parte necesaria de la vida de él. Después de una penosa caminata por entre el terreno pantanoso, llegó hasta un camino que parecía dirigirse a Hoboken. El deseo que experimentaba por descansar era en esos momentos, irresistible. El joven se dió cuenta de que no podría llegar a Nueva York a menos que durmiera antes. Experimentaba una intensa fatiga, hallándose enteramente agotado por los esfuerzos sobrehumanos realizados durante su fuga. Divisó algunas casas a corta distancia, las que se destacaban claramente en el horizonte debido a la luz del día, que estaba disipando rápidamente las sombras de la noche. Al acercarse comprobó que era una casa y establos vacíos. Se arrastró como pudo hasta el establo donde había paja, y se tendió sobre ella Casi instantáneamente se quedó dormido.

Capítulo VI

Era ya bien de día: Merton percibió el calor de los rayos del sol en su rostro, y se estiró perezosamente, como hombre satisfecho de la vida. Le dolía todo el cuerpo horriblemente, pero sabía instintivamente que debía ponerse en marcha enseguida. Enmedio de las brumas del sueño, su mente le recordaba que le había ocurrido algo extraordinario, y comenzaba a darse cuenta de que debía hacer trabajar a su memoria para saber todo lo ocurrido. Al cabo de pocos minutos había reconstruído mentalmente los dos días. Si no fuera por su presencia en aquel establo, los hubiera creído imposibles, achacando todo a las pesadillas que atacan a casi todo hombre normal mientras duerme. Por fin, decidido ya a proceder sin pérdida de tiempo, abrió los ojos y se puso en pié de un salto. Un grito terrible se escapó de sus labios: estaba absolutamente ciego!!!

Percibía el fuerte sol que le daba en la cara, pero no podía ver nada y para él existía obscuridad completa. La triste predicción del oculista se había cumplido, ayudada probablemente por sus sufrimientos cuando la falta de oxígeno estuvo a punto de envenenarle la sangre en la torre, o quizás por su inmersión en el agua barrosa del arroyo. De pié cerca de la puerta del establo, Merton hacía desesperados esfuerzos para ver pero no lograba distinguir ni el menor vestigio de luz, tocando aquí y allá con sus manos, encontró el marco de la puerta del establo. Apartó la paja donde había dormido, con el pié, y se puso en camino por la carretera. De cuando en cuando, cerraba los ojos y después los volvía a abrir, con la remota esperanza de que ésta no era más que una pesadilla, pero el resultado era siempre el mismo. Toda su vida le parecía ahora reducirse a Pauline Holt y la casa de pensión.

Metió la mano en el bolsillo y sacó su cartera. Dentro de ella palpó varios billetes aún húmedos por el agua y el cheque por cerca de cinco mil dólares, que le había entregado Pendleton bien seguro de que nunca iría a cobrarlo. Qué fútil e innecesario la parecía ahora el dinero! Comenzó a calcular que tendría cinco dolares semanales para gastar durante el resto de su vida, invirtiendo su capital en operaciones seguras, de las cuales obtendría un interés del seis por ciento anual. Esto le libraría de pedir limosna en las calles de Nueva York. El pensamiento se le ocurrió de que ahora seria un buen candidato para ingresar en las falanges de Sexton, el falso Profeta. Disipó esta fantasía de su mente, se decidió a no de-

jarse amilanar por este cruel golpe que le había asestado el destino, y prosiguió su marcha por el camino. Por la frescura del aire se dió cuenta de que era aún temprano por la mañana. Posiblemente las seis y media o siete. Debia haber dormido durante muy poco tiempo, aunque en aquel breve descanso se habían cambiado las perspectivas de su vida completamente. Percibía un extraño sonido en el aire en todo su alrededor, como si infinidad de hombres hicieran estallar latigos en el aire, como se usa hacer para incitar a los caballos remolones a que caminen. Merton se dió cuenta de esto instintivamente, pero se hallaba demasiado preocupado con sus tristes pensamientos para darle importancia a ese detalle. Todos sus esfuerzos los concentraba en llegar a la estación de Hoboken. Una vez allí, creía poder llegar a su casa sin experimentar mayores dificultades. Los cinco billetes de banco de mayor valor que le había entregado Pendleton, no le parecían ahora verdaderos. En cambio los dos pesos que le habían quedado de su exiguo capital, adquirían enorme importancia. Merton los sacó de su compartimento en la cartera, y los puso en el bolsillo de su pantalon, llevando la mano en la parte de afuera del mismo, por temor de que le hicieran victima de un robo. Ya se había convertido en un ciego, temeroso de su porvenir.

El eco de cada uno de sus pasos resonoba en el camino, e iba diciendo: — Ciego! Ciego! Hombre ciego!

Algunas veces tropezaba con la cuneta a los lados de la carretera o caía al pisar en las profundas huellas dejadas en la tierra por los carros de los campesinos. Al cabo de poco rato se dió cuenta de que instintivamente caminaba hacia la derecha, lo que logró corregir después de varios esfuerzos.

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

Cuando comenzó a caminar sobre piedras, adivinió que estaba subiendo la colina que existe detrás de Hoboken. De pronto oyó unos pasos tambaleantes, cuyo sonido parecía acercarse a él, y el pánico se apoderó de él: iban ahora a despojarle del dinero conque contaba para subsistir durante el resto de su vida? Se detuvo, temiendo también tropezar con el otro caminante, pero el hombre que se acercaba hizo alto tambien y comenzó a decir con voz aterrorizada.

—Ayúdeme, por amor de Dios! Soy ciego! Me he quedado ciego repentinamente!

Merton lo oyó tratando de acercarse a él, y por fin las manos del hombre lo hallaron y le apretaron los brazos.

—Estoy ciego! — exclamó el recien llegado sollozando — Me levanté temprano esta mañana, dándome cuenta de que estaba ciego! Dejé a mi esposa aún dormida, y salí a la calle! No puedo ver absolutamente nada!

—También yo soy ciego, amigo — le contstó Merton.

—No se burle de mi! Ayúdeme a encontrar un médico, si es que usted es capaz de experimentar algo de piedad! — contestó el otro en tono suplicante.

Merton no se detuvo para convencer a su compañero de desgracia, sinó que eludiendo las manos que lo apresaban, prosiguió su camino lo más rápidamente posible, tropezando muchas veces y sintiendo que el otra también tropezaba al tratar de alcanzarlo. En la imposibilidad de hacerlo así, el hombre gritó profiriendo amenazas contra Merton, pero este no les prestó atención.

Logró distanciarse de su perseguidor sin mayores dificultades, llegando según calculaba, a la cumbre de la cuesta. Una vez allí comenzó a sentir el murmullo de muchas veces. Una enorme ultitud caminaba gritando y maldiciendo al mismo tiempo. Al llegar Merton más cerca, entendió lo que decían las voces:

—¡Ciego! ¡Ciego! ¡Ciego!

Se hallaban alrededor de el ahora y Merton se dió cuenta de que todo el mundo se había vuelto ciego, pero no en el sentido literal de la palabra, pues al parecer era la luz lo que se había concluído.

—Es el Día del Juicio! — comenzó a gritar un hombre, y muy pronto cientos de voces comenzaron a repetir aquel grito.

La carretera se hallaba completamente llena de gente, que se empujaba brutalmente una a otra, habiendo algunos que corrían sin dirección determinada mientras que otros iban a esconderse entre los pantanos, para huir a la Furia Celeste que debía llegar dentro de poco para destruir el mundo. Hubo muchos que recordando los pronosticos del Profeta, se dirigían hacia la torre en la creencia de que hallarían allí seguridad y asilo.

—¡El día del juicio Final! ¡El día del juicio Final ha llegado! ¡Arrepiéntanse! ¡Arrepiéntanse! — gritaba la estridente voz de un fanático que se hallaba cerca de Merton.

Otras voces le imitaron pronto, y el aire se llenó de exclamaciones en las que se mez-

claban las súplicas a Dios y las maldiciones. El pánico comenzó a hacerse más intenso entre la multitud. Se mezclaban las oraciones, juramentos y blasfemias. Algunos de los hombres se habían vuelto locos de terror y corrían por entre los demás. Los más débiles, sintiéndose pisoteados por los demás, se quejaban y protestaban débilmente. Empujado aquí y allá, a veces siendo derribado, Merton logró llegar hasta la cuneta del camino, donde se acurrucó esperando que pasara la enloquecida multitud. El pánico también se había apoderado de el al principio y había llegado a creer durante unos instantes que el fin del mundo había llegado. Esto había sido por sugestión, pues la convicción de los demás se le había contagiado a el. No le parecía del todo imposible que la profecía de Saxton se estuviera cumpliendo, pero después el sentido común volvió a convencerlo de que aquello era un imposible. No podía ser.

La llegada del Día del Juicio Final no hubiera sido revelado por un vulgar y vicioso impostor como Saxton. Pero suponiendo que el falso Profeta se hubiera enterado de algo que hubiera escapado a la atención de los astrónomos? Posiblemente se había enterado de que algún planeta obscuro se iba a interponer entre el sol y la tierra. La fricción atmósferica debía ser la causante del ruido como de látigos, que se percibía en los aires más claramente ahora, en momentos durante los cuales el clamor de la muchedumbre se silenciaba, para comenzar después con más violencia que nunca.

Pero ni esta teoría misma explicaba la aparente ceguera de toda esta gente. La luz en todas formas había desaparecido!

De cualquier manera, lo que el debía hacer era llegar hasta donde se hallaba Pauline y protegerla. El instinto le decía claramente que ella debía haberse refugiado en la casa de pensión, más bien que en la torre con el fanático. Comenzó a caminar de nuevo, tropezando a cada paso con algún hombre enloquecido y cambiaba golpes con adversarios desconocidos, quienes al parecer aprovechaban la oportunidad para ejercitar los puños.

Muchos puños y brazos le golpeaban ciegamente en la oscuridad, pero el joven prosiguió su camino sin desmayar, protegiéndose la cabeza con los brazos hasta que logró dejar atrás a la muchedumbre. El camino estaba ahora casi desierto. De cuando en cuando, Merton oía voces que oraban pero no encontró a nadie hasta que llegó a tienias a la estación Hoboken. Bajó hasta el subterráneo, pues había llegado hasta allí con la esperanza de tomar uno de los trenes que se detenía cerca de su domicilio, pero, habiendo oído quejas y débiles gritos, investigó e hizo un horrible descubrimiento. Numerosos cuerpos se hallaban apilados en las escaleras, pues estas personas, tal vez enloquecidas ante lo que les había ocurrido habían obedecido automáticamente a su instinto dirigiéndose al túnel. Era la atracción del subterráneo lo que había llevado a toda aquella multitud a su muerte.

Merton logró bajar hasta la estación. Muchas veces había viajado por el subterráneo cuando se dirigía a la usina de electricidad en Nueva Jersey, y por lo tanto lo conocía bien. Llegó hasta la plataforma, después de pasar a tientas por el sitio reservado para el boletero, pasó a los trenes detenidos y saltando a los rieles comenzó a caminar a lo largo de la línea. Aquel viaje le pareció una horrible pesadilla interminable, y llegó varias horas después no a la estación de la calle Veinte y Tres, sinó al fin de la línea en uno de los costados de Nueva York. Recordó después que recibió contacto tres veces del cable eléctrico, pero afortunadamente sin ser electrocutado como debía esperarse. También se vió obligado a abrirse camino a golpes entre otros hombres que viajaban por el túnel.

A cortos intervalos se encontró con trenes detenidos, llenos de gente apática e indiferente a la suerte que les esperaba, pues ya habían sufrido horribles agonías mentales y ahora esperaban estoicamente por el fin de su vida. Se escondió debajo de los vagones para escapar a la ira de diversas partidas de hombres, quienes convertidos en ratas humanas, se dedicaban a atacar y saquear a todas las personas que hallaban en el túnel. Otra vez tuvo que pasar por sobre los cuerpos de las víctimas de una pelea entre dos de estas bandas de malhechores. Una partida había salido de Nueva York y la otra de Nueva Jersey, y naturalmente pelearon fieramente hasta exterminarse mutuamente. Ya había pasado el mediodía hacía bastante tiempo, cuando Merton logró subir a la estación terminal del subterráneo. Se hallaba ciego, sangrando, golpeado, sus ropas en pedazos, sin saco ni cuello y todo embarrado por su excursión entre el barro del río, encontrando la estación completamente desierta.

Estuvo media hora vagando por entre los diversos kioskos de periodicos, refrescos, chocolatines, etc., antes de darse cuenta donse se hallaba. Siempre había experimentado dificultad para no perderse en aquella estación, aún en tiempos normales, pues era muy grande. Entró varias veces en los kioskos, confundiéndolos con las escaleras de salida, desordenó grandes pilas de periódicos y también rompió infinidad de botellas de refrescos. De pronto, lanzando horribles gritos, un hombre salió de un rincón donde había estado escondido y se arrojo sobre él.

—Vd. va a acompañarme al Infierno! — gritó el nuevo adversario de Merton — Hoy es el día del Juicio! He estado esperando aquí por Vd.!

Merton peleó contra la furia del loco con puños, piés y cabezazos, pero su adversario era infinitamente superior a él, y muy pronto le estaba apretando el cuello de una manera salvaje, tratando de ahogarlo. Haciendo un desesperado esfuerzo Merton retrocedió atras, chocando contra una de las fuentes, de las que brotaba soda al introducir una moneda en ellas. La mencionada cayó al suelo y se rompió, ante el choque de los cuerpos contra ella. Una gran botella de

naranjada cayó sobre la cabeza del asaltante de Merton, mojando a nuestro héroe pero sin lastimarlo. Su antagonista lanzó dos o tres quejidos, y después permaneció inmóvil. Merton se desembarazó del loco y comenzó a buscar la salida de la estación terminal. Por fin halló una de las escaleras y subió a la calle, llegando a un mundo en ruinas.

Las calles parecían vacías, pero los gritos de toda la ciudad parecían concentrados en uno solo, que era universal. Gritos de terror y exclamaciones de arrepentimientos partían de todas las casas y comercios. En toda la atmósfera se distinguía claramente el sonido de la fricción atmosférica, que venía a ser para los crédulos el terrible ruido que había profetizado Saxton. Merton caminó por una de las veredas a tientas, con la intención de llegar hasta una de las escaleras del tren elevado, por cuya vía pensaba dirigirse a la casa de pensión. Muy pronto se dió cuenta de que sus oídos se habían acostumbrado a ayudarle, pues podía caminar sin tanta desviación como antes. El sonido parecía ahora constituir una barrera para él. De esta manera, pudo caminar entre los tranvías e innumerables automóviles abandonados en la calle cuando comenzó la obscuridad. Camiones y autos se hallaban apilados hasta en la vereda. El joven calculaba que caminando por las vías del tren elevado no encontraría en su camino tantos obstáculos como por las calles.

Después de efectuar muchas exploraciones, se encontró con la que calculó era la estación de la calle Catorce. Recordó en esos momentos que acostumbraba estar en las escaleras un mendigo ciego pidiendo limosna, y al comenzar el ascenso lo oyó rogando a la caridad del público, como de costumbre. Le parecía verlo, con su sombrero en la mano y las piernas cruzadas bajo él.

—Una limosna para un pobre viejo ciego — fué la súplica del mendigo. Merton se detuvo, y repuso:

—Vds., los hombres ciegos son los dueños del mundo hoy.

—No se burle de mí, y acuérdese que Vd. también puede quedarse ciego! — murmuró el mendigo.

—Yo también soy ciego — respondió Merton — Todo el mundo se ha vuelto loco. Vaya a la calle y compruébelo por Vd. mismo. No ha sabido Vd. nada de lo que ocurrió?

—He sentido decir que era el Día del Juicio Final y también que la ciudad de Nueva York se ha derrumbado — murmuró el otro — pero por si no es cierto, le agradecería infinitamente que me diera una moneda.

Merton se apartó de él y prosiguió su camino, pero sus propias palabras habladas inconscientemente le habían descubierto otra frase del proyecto criminal de Pendleton y Saxton. El propósito de asegurarse la ayuda de todos los ciegos de Nueva York, era bien claro ahora. Mientras el resto del mundo se hallaba aterrorizado, ellos podían circular sin mayores dificultades y lo mismo que antes de la catástrofe. Hablando literalmente, se habían convertido en los amos del Universo. Merton descendió del ferrocarril elevado en la calle Cuarenta y Dos y se vió obligado a trepar sobre una verdadera montaña de escombros. Toda la calle estaba atestada de automóviles volcados, ómnibus y camiones. Los lamentos de los heridos llenaban el aire. Muy cerca de allí se desarrollaba una feróz pelea. Los negocios y las casas se hallaban repletas de personas que habían buscado refugio allí, al verse atacadas con piedras, palos y otras armas por los habitantes de los barrios bajos de la ciudad.

Toda la población se estaba convirtiendo en caos, un verdadero infierno a ciegas, donde los hombres luchaban entre sí con furor ciego, tratando así de burlarse del día del Juicio y del Castigo de Dios. Muy pronto, las peleas serían hechas para apoderarse de los alimentos, y entonces los últimos vestigios del orden social quedarían disueltos. El temor que Merton experimentaba respecto a la suerte corrida por Pauline, y al mismo tiempo la esperanza de hallarla aún en la casa de pensión, hizo que prosiguiera adelante, aunque su debilidad aumentaba por momentos. Prosiguió caminando por la Sexta Avenida, dobló en la esquina de la calle Cuarenta y Cuatro, y llegó por fin al frente de la casa de la señora Higgins.

Desde allí oía a la gente hablar cuchicheando dentro de las casas, lo que las hacía asemejarse a colmenas de abejas. El temor de ser atacados en la calle, había hecho que los inquilinos de cada habitación se encerraran en ellas. De cuando en cuando, se escuchaban histéricos gritos femeninos que interrumpían el relativo silencio que reinaba allí Merton sacó la llave de su bolsillo, la que no había perdido apesar de su larga inmersión en el agua. Iba a abrir la puerta cuando oyó un ligero ruido detrás de él. Se hizo a un lado instintivamente, y al hacerlo así un grueso fierro descendió, golpeando la manija de la puerta con tal fuerza que arrancó de su sitio. Merton golpeó al desconocido con toda su fuerza de una manera instintiva, por suerte solamente le acertó con un formidable puñetazo en la mandíbula, derribandolo aturdido.

Se agachó, y palpando notó que el hombre vencido usaba el curioso saco de lana que vestían los guardianes ciegos. Levantó al hombre, quien aún estaba medio desmayado, y lo arrojó por las escaleras abajo hasta la calle. A continuación, abrió la puerta de su habitación y después la cerró colocandole la cadena para más seguridad. Después se detuvo unos instantes, descansando para recurar las fuerzas perdidas durante la breve pelea. El cerrar la puerta súbitamente, hizo que no se oyeran casi los ruidos de la calle. El silencio absoluto que reinaba allí le hizo comprender que la casa se hallaba desierta. Subió las escaleras a toda velocidad y fué a golpear a la puerta de la habitación de Pauline.

—Soy yo, Ralph Merton! — exclamó él

—¡Qué cara de idiota tiene Mariano?
—¡No digas eso, chica! Acaba de decirme que se quiere casar conmigo.
—¿Lo ves? ¡Si soy una fisonomista!..

— Está Vd. sana y salva? No le ha ocurrido nada?

No esperaba recibir contestación alguna, pero oyó unos pasos y un sollozo. Después percibió las manos de la muchacha que apretaban las suyas convulsivamente. Sintiendo una gran alegría, dió mentalmente las gracias al Todopoderoso abrazando y besando después a la joven.

Capítulo VII

Ella no le opuso resistencia alguna, pero al cabo de unos instantes se desasió de su brazo. Buscándola, después instintivamente, la halló de pié en mitad de la habitación con el rostro vuelto hacia otro lado.

—Querida, no temas más ahora que yo he venido — le dijo Merton — debes venir conmigo hasta estar en salvo.

Mientras le hablaba de esta manera, se dió cuenta de que no tenía la menor idea respecto al sitio donde podía llevarla para que estuviera a salvo de los mil peligros que existían a cada paso en la ciudad enloquecida.

El oyó que estaba llorando: — Pero usted no sabe lo que me ha ocurrido a mí, — le manifestó ella entre sollozo y sollozo — me he vuelto ciega. Me pareció que la luz desapareció de repente, unos momentos después que volví de la torre para arreglar mi equipaje. Creí al principio que los revolucionarios habían cortado los hilos de la luz eléctrica, pero fueron mis ojos los que fallaron. Estoy segura de que Vd. no querrá perder tiempo con una muchacha ciega. De manera que marchese!

—Pauline, Vd. no está más ciega que yo y el resto de toda la demás gente en Nueva York! — exclamó Merton — Ninguno de nosotros puede ver, pero no estamos ciegos. Ha ocurrido alguna catástrofe astronómica. Puede ser que ese fenómeno pase después de algún tiempo. Qué significa lo que ha dicho Vd. respecto a los revolucionarios?

—Hubo un levantamiento popular. No se lo han dicho a Vd.? No ha sido acaso destruída Nueva York? — Ella estaba apretando un brazo a Merton con las dos manos — Pendleton vino aquí hace menos de media hora, — continuó ella — él me dijo que había hecho salir a la señora Higgins y a todos los pensionistas de la casa, a fin de hacer creer a las turbas, que se halla vacía. Yo no sabía qué hacer y estuve esperando a ver si por algún milagro volvía a recuperar la vista. Pendleton me manifestó que no estaba enterado de que a Vd. lo habían encerrado en la torre. Me pidió que permaneciera aquí sin hacer ruido alguno, prometiéndome volver a buscarme dentro de un rato.

Entonces Merton comprendió la razón por la que el guardián ciego había sido apostado a la puerta.

—El la estaba engañando, querida, pero no tengo tiempo ahora para explicarselo. Voy a llevarla a Vd. a un sitio seguro ahora, antes de que él vuelva. No se ha producido revolución alguna, sino que la gente se ha enloquecido a causa de la completa obscuridad que existe ahora por todos lados. Estaremos seguros si logramos escapar a los espías ciegos de Pendleton, y creo que lo mejor que podemos hacer es ponernos en marcha inmediatamente. Pero antes que nada deseo decirle que la amo a Vd., Pauline. Corresponde Vd. a mi afección y me tiene plena confianza?

—Sí, confío en Vd. y le aprecio más que a nadie en el mundo, Ralph — le contestó ella, echandole los brazos al cuello.

—Ven conmigo, entonces — le dijo Merton.

Pero en el mismo momento que habló, se escucharon pasos en las escaleras. Pauline lanzó un suspiro de temor, medio sofocado. Dió vuelta a la llave instintivamente, y vaciló una vez hecho esto, sin saber que hacer a continuación. Entonces se acordó de un sillón muy pesado que había visto anteriormente, junto al escritorio. Lo buscó en la obscuridad y una vez que lo hubo encontrado, le arrancó una de las patas, haciendo un gran esfuerzo. Aquella pata constituía una excelente arma, pues era tan dura como el hierro.

—No haga ningún ruido! — murmuró el.

Unos instantes después se oyeron varios pasos, de personas que subían las escaleras, deteniéndose después frente a la puerta. Merton estaba a punto de abrir la puerta repentinamente y lanzarse sobre los recien venidos palo en mano, cuando oyó la voz de Pendleton.

—Yo estoy enterado de que Vd. está ahí, Merton — le dijo a él — Vd. ha sido seguido desde el momento en que salió de la torre, pero no calculamos en que iba a irse a dormir al establo, y se les escurrió momentáneamente a los guardianes de entre las manos. Ahora entreguenos a la señorita Holt y le dejaremos que se marche libre. Es la última advertencia que le hago, pues después...

Pero ésta última frase no tenía más intención que engañar a Merton, pues la puerta fué violentamente empujada por los hombres desde afuera. Afortunadamente, la puerta, lo mismo que los muebles, había sido construída sólidamente. Se movió ante el embate de los cuerpos que la empujaban, pero no cedió. De nuevo volvieron a empujarla todos a un mismo tiempo, pero aún resistió aunque se notaba que no aguantaría durante mucho tiempo.

Pauline estaba abrazándose a Merton — Quiero morir con Vd. — murmuró ella — Te he amado desde aquella noche en el restaurant, cuando me dió muestras convicentes de tener fé y confianza en mí.

Merton oyó que Pendleton hablaba de nuevo:

—No tenga miedo de nosotros: — le manifestaba burlonamente — no lo vamos a matar aquí, pués lo necesito a Vd. para efectuar experimentos en mi laboratorio, Merton.

La burla en su voz impresionó a Merton, apesar del desprecio que le inspiraba aquel hombre. Pero de pronto sintiendo una ins-

piración, Merton retrocedió en la habitación. Se acordó en ese preciso momento, que aquella vieja casa tenía dos chimeneas sumamente largas, las que habían sido cerradas con baldosas cuando se estableció el sistema moderno de radiadores.

Después de que la casa fué subdividida para alquilar habitaciones, en el sitio de las chimeneas se habían hecho pequeños armarios. Merton, quien estaba interesado en arquitectura, había descubierto esto cuando estuvo visitando las habitaciones desocupadas. Abrió el armario, echó a un lado las ropas que se interponían en su camino y comenzó a tirar fuertemente de las baldosas. De acuerdo a lo que había esperado, estas solo se hallaban sujetas con unos pocos clavos, los que enseguida cedieron ante los esfuerzos desesperados del joven inventor. Miró hacia arriba, o más bién levantó la cabeza tratando de mirar, y percibió el aire fresco en la cara. El ruido que reinaba en la atmósfera, se oía en el vacío de la chimenea como si fueran las explosiones de una ametralladora. Merton estiró la mano temerosamente, pero con gran alegría descubrió lo que había temido no encontrar: una escalerilla de hierro mohoso había sido colocada allí, para ser usada solamente por los muchachos deshollinadores.En el preciso instante en que el joven se cercioraba de esto, se oyeron furiosos golpes en la puerta. La parte de arriba se rompió, pero la cerradura sostuvo la parte de abajo y la abertura de arriba era demasiado pequeña para que hicieran fuego desde allí sin la seguridad de solo gastar pólvora y balas, que irian a enterrarse en el techo.

—Venga conmigo enseguida! — murmuró Merton, tomando a Pauline por la mano y guiandola hasta la chimenea. La muchacha le siguió instantáneamente. El la ayudó a subir.

—Adelántese hacia arriba, y vaya subiendo por los escalones — le dijo el joven al oído de ella. Al reflexionar más tarde en todo lo ocurrido, el pensó que había sido maravillosa la forma en que ella le había entendido y obedecido sin dar señal alguna de temor. Un instante más tarde, la joven se hallaba trepando por la escalera y él la estaba siguiendo. La débil escalerilla de hierro tembló bajo el peso de los dos, pero sin llegar a ceder, como Merton había temido. A duras penas habían comenzado la peligrosa ascensión, cuando la puerta cedió ante los empujones de los asaltantes, y se dieron cuenta de que Pendleton y sus secuaces habían logrado entrar a la habitación. Reinó un instante de silencio, y después los ciegos los oyeron, encontrando enseguida el lugar por donde los fugitivos estaban huyendo Merton, quien seguía a Pauline, oyó que uno de ellos encontró la escalera a tientas y puso el pié sobre el último escalón.

Los fugitivos casi habían llegado al techo, cuando su perseguidor puso todo el peso de su cuerpo sobre la escalera. Un ladrillo se salió de su lugar acostumbrado, y durante unos instante anguntiosos los tres colgaron allí temiendo caer de un momento a otro. Merton tenía ya las manos ensangrentadas por haberse agarrado a los ladrillos, pero así y todo llegó a encontrar a tientas el borde de la azotea y se agarró fuertemente a él. A continuación, ayudó a Pauline y por medio de esfuerzos desesperados logró subirla a la terraza, siguiendola él después hasta que se hallaron los dos en la relativa seguridad que les ofrecía el techo de la casa. Merton en esos instantes vaciló, pues no sabía que hacer: el hombre ciego que los seguía se hallaba sin duda alguna a merced suya, pero el joven inventor no acababa de decidirse a atacar un hombre, a la vez tan indefenso y tan bravo.

Después, mientras se hallaba escuchando a los sonidos que se oían desde abajo, el ciego aprisionó a Merton por un tobillo. Y al mismo tiempo oyó el disparo de un revólver, muy cerca de allí. Pero el ciego se hallaba un poco más apartado de lo que Merton había pensado, de manera que su primer intento para defenderse no logró todo el éxito que él creía. La pólvora quemó ligeramente la mejilla de Merton y la bala pasó por entre su cabello. Pero un instante después había logrado aprisionar la mano que esgrimía el revólver, y oyó que Pauline gritaba desesperadamente detrás de él. Balanceandose sobre uno de sus codos y manteniendo el resto de su cuerpo apoyado sobre la chimenea rota, se apoderó de un ladrillo suelto y lo arrojó con toda su fuerza sobre el rostro del ciego agresor. Pero ya éste había logrado abrazarlo fuertemente, y los dos comenaron a luchar desesperadamente. Merton se resbaló y fué a caer por la chimenea, lográndose salvar por haber agarrado oportunamente el primer peldaño de la escalera. De manera que se encontró colgando, sostenido solamente por una mano, tratando de desarmar a su enemigo con la otra, mientras todo el peso de su fornido antagonista le empujaba hacia abajo. Durante varios segundos lucharon así con la fuerza y brios que presta la desesperación, concluyendo por quedar los dos colgados en la chimenea.

Y precisamente entonces llegó el final de la pelea: el segundo soporte de la escalera cedió, y la débil estructura cayó, llevándose al ciego enmedio de una avalancha de ladrillos. A Merton se le escapó un grito de los labios, pero logró salvarse, aferrándose a los ladrillos que quedaban arriba. Oyó que el cuerpo de su enemigo vencido, llegaba abajo chocando pesadamente contra el piso. Haciendo un último esfuerzo, el jóven trepó a la azotea, a lo que le ayudó Pauline con todas sus fuerzas. Tomó a la jóven por la mano y los dos comenzaron a arrastrarse hacia el techo de la casa vecina. Merton no estaba enterado de la topografía de aquella parte de la ciudad, por lo menos nunca se había preocupado de fijarse en los techos, pero imaginaba acertadamente que las azoteas se hallaban contiguas, o por lo menos muy próximas una de la otra en toda la extensión de la manzana.

Aunque se hallaba como siempre en la

obscuridad más absoluta, Merton había comenzado a adquirir un cierto sentido de orientación. Sabía instintivamente que el borde del techo estaba a la izquierda, y al acercarse allí había presentido el peligro que representaba el vacío. En el preciso momento en que pasaban a una segunda azotea, sintieron que una ventana era abierta con gran estrépito y la voz de Pendleton contestando a las palabras de los guardianes ciegos.

—Vamos por éste lado! — le dijo Merton al oído a Pauline.

Saliendo del techo de la segunda casa, los dos fugitivos se arrastraron por sobre una tercera mansión. Pero al hacer esto, Merton hizo un pequeño ruido involuntariamente, al tropezar.

El sonido dió el alerta instantáneamente a Pendleton, quien llamó a los guardianes indicandoles la dirección que habían tomado Merton y Pauline. Estos se hallaban ahora arrastrándose con toda cautela, para no hácer ruído y oyeron que uno de los guardianes llamaba a los otros. Un grito de triunfo siguió al descubrimiento del primero, quien se había dado cuenta donde se hallaban los dos perseguidos gracias al misterioso sexto sentido que poseen los ciegos. Poco después percibieron que todos los perseguidores se hallaban ya en la misma azotea que ellos.

Pero en ese preciso instante, Merton levantó la claraboya de la tercera casa y descendió por la escalera, ayudando después a Pauline para que le siguiera. A continuación, volvió a colocar la claraboya en su sitio, desorientando así hábilmente a los que tan empeñosamente les buscaban. La casa en que habían entrado parecía desierta del todo, pero cuando llegaron al segundo piso, oyeron la voz lastimera de una mujer, que interrumpió el silencio, diciendo:

—Sálvenme y tengan misericordia de mí, buenos angeles!

Yo creo en el Profeta Jonah y el día del Juicio Final!

En la reacción mental que experimentaron los fugitivos al hallarse fuera de peligro después de su peligrosa aventura, no pudieron menos de soltar una carcajada la que pareció electrizar a la buena mujer y ponerle alas en los pies, pues escapó de vuelta a su habitación, cuya puerta cerró con llave.

Los dos jóvenes bajaron por las escaleras precipitadamente hasta que llegaron al patio. Una vez allí, Merton, efectuó un reconocimiento. Una alta pared de ladrillos les separaba de la casa de al lado, y en el preciso momento en que ellos llegaban al patio se apercibieron de que Pendleton y sus acompañantes salían por la casa adyacente: se habían aquivocado de claraboya!

Sin resolverse a abandonar la persecución volvieron a subir a la azotea por otra de las casas, posiblemente con la esperanza de sorprender a Merton y la muchacha, cuando éstos bajaron tranquilamente, creyéndose ya al abrigo de todo peligro.

Completamente convencido ahora de que había logrado despistar a Pendleton y sus secuaces, Merton tomó a Pauline de la mano y los dos llegaron hasta la pared divisoria de ladrillos, que separaba aquella casa de las otras. El ayudó a su compañera a escalar la pared y descendiendo por el otro lado fueron a salir a la calle dos puertas más allá de donde habían subido los criminales. Todavía podían escuchar que Pendleton llamaba a sus acompañantes. instándoles para que buscaran bien. Caminaron muy despacio y sin hacer ruido por la calle hasta haber recorrido media cuadra, en dirección a Broadway. Una vez allí, se refugiaron en el zaguán de una de las casas, pero ya no oían a sus enemigos que aún les buscaban empeñosamente..

La ciudad se hallaba muy tranquila en aquella vecindad. Pero se oían a la distancia los gritos y exclamaciones de la multitud enfurecida. Vastas e inacabables muchedumbres se movían de una lado para otro en las anchas avenidas de Nueva York. Ya habían comenzado los saqueos de comercios y casas particulares. En unas pocas horas, toda la estructura de la ciudad se había deshecho, convirtiéndose sus componentes en nomadas. Los hombres vagaban por todas partes en aquel mundo ciego, como los peces en las profundidades del océano, sin pensar en nada más que en el instinto animal de conservación, que les ordenaba alimentarse.

Familias, agrupaciones de amigos, bandadas de compañeros de oficina y obreros de las fábricas estaban comenzando a construir toscos abrigos contra las inclemencias del tiempo en cualquier lugar donde hubiera paredes, y buscaban alimentos a la usanza de las ratas en los pasajes subterráneos. Después de un rato, Merton y Pauline prosiguieron su camino. Caminaban a lo largo de las fachadas de las casas, donde por regla general existía un espacio suficiente ancho como para caminar, mientras la calzada se hallaba obstruída por toda clase de vehículos atascados. Se encontraron con alguno que otro merodeador, pero estos se marchaban recelosamente al oir pasos , no los molestaron. Cruzaron a Broadway diagonalmente Merton abriéndose paso con un trozo de madera que había encontrado en el suelo, y con el que apartaba los obstáculos que encontraban en su camino. Pauline le seguía, con una mano apoyada sobre el hombro de él. Caminaban hacia el sud, sin preocuparse mayormente de la dirección que seguían, pues su principal deseo era distanciarse lo más posible de sus perseguidores. Pero de pronto los dos se detuvieron instintivamente.

—¿Qué hay aquí frente a nosotros? — preguntó Pauline.

Merton comenzó a seguir las letras de la vidriera con un dedo, y después de unos momentos exclamó gozosamente: — Es un restaurant! Que casualidad tan grande! Debe ser precisamente el mismo al que fuímos la otra noche... ¿cuánto tiempo hace de eso, Pauline?

—Pues antes de ayer, Ralph! — Les parecía a los dos que habían transcurrido varios meses, tantos eran los sufrimientos que habían experimentado desde que habían ce-

nado juntos, antes de que hubiera ocurrido esta catástrofe profetizada por Saxton.

—Esto sí que es tener suerte! — dijo Merton — un signo de buena suerte. No temas; pues esta oscuridad se va a terminar muy pronto! No es nada más que un fenómeno natural, y Saxton descubrió lo que iba a ocurrir antes que los astrónomos. Lo voy a referir lo que pienso, después que hayamos comido algo. No se me había ocurrido hasta este momento que no he comido desde aquella vez que cenamos juntos, y por lo tanto estoy casi muerto de hambre.

Merton buscó por entre los escombros hasta que encontró una rueda de carro, la que arrojó contra la vidriera de cristal, el que se rompió. Después, con el garrote que llevaba en la mano, terminó de romperlo alisando los bordes para no cortarse al entrar. Así lo hicieron, pisando sin darse cuenta sobre una pila de pasteles, los que el cocinero estaba friendo en el preciso instante en que se produjo la obscuridad. Merton guió a Pauline hasta la mesa más próxima, a la que llevó un montón de alimentos. Aunque no sabían cuales eran estos, puede decirse que fué la comida que más habían disfrutado durante toda su vida. Merton comió vorazmente, y después se llenó los bolsillos de pasteles. Era algo muy problemático el saber cuando lograrían encontrar otro restaurant.

Recordando donde estaba el aparato telefónico, Merton lo encontró a tientas y trató de obtener comunicación con Albany, pero nadie contestó. Evidentemente, la oficina central de teléfonos se hallaba abandonada como todas las demás oficinas. En realidad, solo había procedido así animado por una vaga esperanza, así que el desencanto que experimentó no fué muy grande. De manera que volvió a reunirse con Pauline.

—Ahora lo voy a explicar lo que ha ocurrido, según lo que yo me supongo — le dijo — No puedo explicarme del todo bien esta ceguera completa a tod... de luz, pero me figuro que algún... refractario a la luz se ha... re el sol y la Tierra. Pendleton y Saxton se hallaban enterados del fenómeno que se iba a producir y... Pero que ocurre, porque loras?

Merton oyó que la muchacha sollozaba amargamente y que no podía calmarla, apesar de sus esfuerzos. La atrajo hacia él, pero ella se apartó a un lado.

—Si usted supiera lo que he hecho no volvería a hablarme ni desearía saber nada de mí, durante todo el resto de su vida!

—Y que es lo que ha hecho usted Pauline?

—Pues robé sus documentos y se los entregué a Pendleton!

Capítulo VIII

—Le voy a contar todo ahora — prosiguió diciendo la muchacha, después de una larga pausa durante la cual Merton permaneció silencioso, estupefacto ante la revelación de que acababa de enterarse. Le voy a referir todos los detalles de mis relaciones con Pendleton. El es también conocido bajo el nombre de Pescal, aunque ese tampoco es su apellido verdadero, y es el cabecilla de una cuadrilla de criminales que ha cometido muchos robos sensacionales durante los últimos diez años en este país y en Europa. El nombre de mi padre era Wayland, y ese es por lo tanto mi verdadero apellido.

Posiblemente usted habrá oído hablar del proceso Wayland?

—Lo recuerdo, pero solo de una manera muy vaga — le contestó Merton.

—Pues fué hace doce años. Mi padre era Presidente de la Electrical Trust Company, y muy respetado en la ciudad de Utica, donde había nacido. Era un hombre muy bueno, Ralph, pero poseía espíritu e imaginación de aventurero, y debía haber nacido hace dos o tres siglos. Hay muchos hombres como el... presidentes de bancos, sacerdotes, etc., en quienes los instintos primitivos no han desaparecido por completo, sino que están disimulados bajo una capa de civilización.

—Mi padre y yo nos amabamos mucho. Cuando estaba en casa, se desprendía de su aspecto de seriedad propio de un presidente de Trust, convirtiéndose por lo tanto en una persona completamente diferente. Nos hallábamos enteramente solos en el mundo, y no teníamos compañeros ni amigos. Al ir yo creciendo, el acostumbraba a hablarme de las injusticias que se cometen en la sociedad y soñaba con que ocurriera algún tremendo cataclismo, el que volvería a dejar a la gente en las condiciones primitivas de antes, después que fuera disuelto el orden social que existe ahora. Yo se que su mente se hallaba desequilibrada, pero así y todo logró mantener su posición en el mundo durante muchos años.

Cuando yo tenía alrededor de doce años, comencé a darme cuenta de lo errático y versátil que se estaba convirtiendo. Tenía pensado un gran proyecto para cambiar los fundamentos de la Sociedad. Esta idea llegó a constituirse en una obsesión constante de su imaginación.

Para llegar a poner su proyecto en practica, estafó una enorme suma de dinero... doce millones de dólares... del trust, arruinándolo completamente. Fué arrestado, juzgado y más tarde el juez lo sentenció a la pena de prisión durante quince años en la penitenciaria. Pero logró escapar después de seis meses, y desapareció, no consiguiendo la policía apresarlo por más investigaciones que hizo. Yo quedé al cuidado de unos parientes lejanos, quienes no eran muy amables ni considerados conmigo. Los sufrimientos de mi padre, habían hecho presa en la imaginación mía, pues pensaba en ellos durante todo el tiempo. Sin embargo, yo estaba enterada de que el era un lunático.

Posiblemente no era loco en el sentido que le asigna la justicia, pero siempre había tenido ideas grandiosas, las que concluyeron por imponerse en su cerebro. Era un buen hombre, pues tenía un corazón de oro, pero en realidad no podía juzgarle res-

ponsable de sus actos. Cuando llegué a tener unos quince años, comencé a darme cuenta de como habían ocurrido las cosas, y decidí dar mi vida en caso necesario, a fin de ayudarlo si es que lo llegaba a encontrar.

—Esto no era más que el romance de una muchacha, pero era resolución de niña sin experiencia que no me abandonó nunca. Tenía el deseo de ir a él y ayudarlo contra todo el mundo, sin importarme nada los crímenes que hubiera cometido. Hace dos años llegué a conocer a Mr. Pendleton, Ralph: pero no me atrevo a referirle cual es el poder y la influencia que el posee sobre mí. Algún día se lo diré y si usted continúa sintiendo afección por mi, será el primero en saberlo. Trabajé para Pendleton durante seis meses como estenógrafa, antes de descubrir que era un criminal.

Y temeroso de lo que había descubierto se ingenió para asegurarse de mi lealtad de una manera qu no le fallara, Ralph. Aun en estos momentos, me encuentro indecisa entre el deseo irresistible de luchar contra el, y la obligación por la que le estoy agradecida.

La muchacha cesó de hablar. Merton se apoderó de su mano en la oscuridad:

—Pauline, contésteme a una sola pregunta: — le suplico— es ese lazo que la une con el de amor?

Ella pareció tener dudas de como debía contestar a esta pregunta.

—No me pregunte eso, Ralph. No puedo contestarle.

—Pauline....

—Oh, Ralph, ya le he manifestado que correspondo a su afección. Pero solo puedo decirle esto más: le prometo que si usted no varía en sus sentimientos respecto a mi después de lo que voy a revelarle y continúa teniendo confianza en mí, le prometo que jamás tendrá usted motivo para ponerse celoso o irritado conmigo. Confiará usted en mí, Ralph? Se que es pedirle mucho, pero tengo la esperanza de que lo hará así.

—Sí, con todo mi corazón — le contestó Merton.

—Entonces escuche lo que voy a referirle: Pendleton trató de usarme en sus proyectos criminales y yo estaba indecisa entre creer y dudar de el. Aún esta mañana, cuando había logrado hacer salir a la calle a los demás vecinos de la casa mediante una estratagema, me había referido una mentira respecto a usted y yo la había creído. Yo deseaba salvarlo de sí mismo, y por lo tanto pretendí estar de acuerdo con sus proposiciones. Hace un año, el comenzó a hacer insinuaciones de un golpe de mano mucho más audaz que todos los concebidos hasta ahora. Iba a ejecutarse aquí en Nueva York. Me propuse hacerlo fracasar para lo que esperé vigilando siempre, y con los oídos bien abiertos. Sin embargo, solo logré enterarme de que Pendleton y Saxton estaban trabajando juntos en ese arriesgado proyecto, y que Pendleton estaba aprovechándose del fanatismo del viejo para favorecer a sus propios intereses. Hace un mes, Pendleton se desenmascaró: deseaba apoderarse de los planos de su invento, a toda costa. Se había enterado de que usted había llegado a la ciudad y se hallaba en posesión de un secreto que era de una importancia vital para sus intereses. Me envió a mi a la casa de la señora Higgins para que me hiciera amiga de usted, llegara a interesarlo y concluir por despojarle de su secreto.

—Era la primera vez que había hablado tan francamente conmigo. Me quedé horrorizada ante su duplicidad, pues antes siempre me había alegado buenos motivos para convencerme a hacer lo que me pedía. Yo nunca tuve la idea de engañarlo a usted, Ralph. Pero era necesario para mi descubrir cual era el gran proyecto, de manera que pretendí estar de acuerdo con hacer lo que Pendleton me indicaba. Después usted me habló con toda franqueza, sin desconfiar de mí, en el preciso momento en que había resuelto abandonar aun las apariencias de obedecer a Pendleton.

Cuando ví a usted en la conferencia aquella noche, salí precipitadamente a la calle y anduve vagando sin rumbo fijo durante una hora o más. Me daba vergüenza volver a la casa de pensión, donde estaría muy cerca de usted. Por fin, me hice de coraje para volver, pero usted había salido y no lo oí regresar.

—Por la mañana temprano, Pendleton vino a verme. Yo sabía la razón porqué había venido, pues me había instado diariamente a que me apurara a conseguir los planos, y yo había llegado a prometérselos para el día siguiente, cuando ya no sabía que manifestarle. Corrí a la habitación de usted a fin de esconderlos bien, para que no fueran a caer en manos del hombre que tanto se interesaba por ellos. Reconozco lealmente que eso fué una tontería de mi parte, pero como disculpa puedo alegar que me hallaba sumamente nerviosa y ni me daba cuenta de lo que hacía. Desenrosqué tres de las cabeceras de la cama antes de hallar los planos, y en ese preciso momento me dí cuenta de que Pendleton se hallaba de pie en la puerta, mirándome fijamente. Me arrebató los papeles de la mano, y pareció llegar a la conclusión de que yo me había apoderado de ellos para entregárselos a el.

—Ralph, yo sabía perfectamente que era inútil tratar de resistirme a la voluntad de el. Pero no me atrevía a desafiarlo abiertamente. Todavía tenía la idea de llegar a descubrir el proyecto de los criminales, y hacerlo fracasar, enterando a las presuntas víctimas en el momento oportuno. Pendleton pareció hallarse contento conmigo y me alabó, diciéndome que usted estaba trabajando para Mr. Saxton en la torre. Todos los arreglos habían sido ya hechos y ya no volvería a la casa de pensión. Después prosiguió hablando de Saxton, manifestándome que yo le había llamado mucho la atención cuando me vió en el salón de la conferencia. Me pidió que le hiciera concebir esperanzas haciéndole creer que llegaría a ser su... diré esposa? Me dijo también que no estaba del todo seguro de su ascendiente sobre el viejo profeta, pero en vista de que Saxton se hallaba entusiasmado conmigo, yo debía engañarlo y asegurarme al mismo tiempo de su fidelidad hacia Pendleton. Después

que este hubiera ejecutado el golpe de mano proyectado, nos podríamos reir los dos de Saxton, quien para esas fechas sería inofensivo. Ralph: yo me hallaba demasiado horrorizada para contestarle, y por lo tanto el se marchó pensando que yo había aceptado su ruin proposición. Al cabo de un rato comencé a [illegible] por su vida: podía entrar a volunta[illegible] a torre, pero sabía perfectamente que [illegible] dos no podríamos salir juntos. De modo que al saber que usted se hallaba en seguridad, me fuí a la casa de pensión.

En ese momento, Merton se dió cuenta de que la muchacha no estaba enterada de las aventuras que le habían ocurrido después, pero no se las refirió.

—Como ya le he dicho, me fuí a casa y por la mañana llegó la obscuridad... esta horrible ceguera. Desesperada al creer que había perdido la vista, me encerré en mi habitación. Entonces fué cuando Pendleton vino a verme y me dijo riendo que por medio de una estratagema había hecho salir a los otros de la casa, para defenderme a mi de los revolucionarios, quienes iban a suponerse que la casa se hallaba desierta. Yo le conté como le había encontrado a usted, salvándolo de la muerte, pero el me persuadió de que la puerta se había cerrado herméticamente por accidente. Pero cuando yo lo ví a usted me dí cuenta de que eso era una miserable mentira. Otra de las cosas que me dijo fué que mi ceguera había sido causada por el temor a los motines de la muchedumbre, pero que el volvería más tarde para llevarme con el. Oh, Ralph! No puedo continuar hablando. Digame que me perdona!

—Con todo mi corazón, Pauline - - contestó el — usted no tuvo la menor parte de culpa en todo lo que ocurrió.

Pero al terminar de hablar así, dio un puñetazo sobre la mesa y después tomó las manos de la muchacha entre las suyas. Se le había ocurrido una buena idea.

—Pauline! — exclamó él — Pauline, ya he aclarado el misterio. Ya me doy cuenta ahora de todo lo que ha ocurrido! He sido un tonto, Pauline, y verdaderamente ciego, pues debía haberme dado cuenta de la verdad antes.

—Y como explica entonces usted la desaparición de la luz?

—Pero no se da cuenta de ello, Pauline? Es mi invento! Pendleton y Saxton se han apoderado de él, poniéndolo en práctica.

Probablemente ya estaban a la pista de descubrirlo, y mis documentos les ayudaron a completar los últimos detalles. Esa es la razón por la que Pendleton deseaba matarme, porque soy uno de los tres hombres en el país, que pueden tomar medidas para hacer desaparecer la combinación que vuelve ciegos a todos.

Se detuvo al terminar de decir esto, pues iba a referirle a la muchacha el descubrimiento de los cadáveres de Crawley y Bennett en la misma habitación donde el estuvo en peligro inminente de ser asfixiado.

—Escúcheme, Pauline: — prosiguió diciendo el — Yo le referí como había resuelto el problema de extraer electricidad del sol. Saxton y Pendleton han construído su torre para que sirva de estación central, y usando una maquinaria mucho mas poderosa que la que yo había pensado, han logrado cubrir los alrededores de la torre con un círculo de obscuridad, pues por medio de la electricidad han logrado anular la luz en todas sus manifestaciones. Dicho círculo absorbe toda clase de claridad, desde la profundidad por la luz solar hasta la ocasionada al encender un fósforo.

Ahora que se le había ocurrido la idea, Merton opinó que la idea era bastante lógica, aunque no se le había ocurrido antes. Era perfectamente factible el ejecutarla, siempre que se dispusiera de un transformador suficientemente poderoso para ello. Merton había proyectado extraer electricidad de la luz solar, pero no obscurecer la tierra de la manera que lo habían hecho los criminales.

Ahora se dió cuenta del sentido de las preguntas que Pendleton le había hecho a él en el laboratorio. El hombre deseaba asegurarse de que realmente tenían en su poder al inventor y no a otro cualquiera que pretendiera ser Merton con fines de lucro. Esto, también explicaba la expresión de triunfo y satisfacción en el rostro de Pandleton, cuando estuvo seguro de que había eliminado a aquel peligroso alversario. El sistema de telegrafía sin hilos por medio del myradium y el ajuste del mismo, no habían sido más que un pretexto para engañarlo. El mismo objeto debía haber tenido la pretendida misión apostólica del profeta Jonah.

Pero había que reconocer que este gigantesco proyecto había sido planeado con una habilidad extraordinaria! Pero cual era su objeto?

Un detalle más hizo que Merton se quedara mudo momentáneamente, de admiración.

—Pero y por que razón han hecho todo eso? — oyó que Pauline le preguntaba incrédulamente — Está usted completamente seguro, Ralph, de que este no es el Día del Juicio Final, que anunció Saxton?

Solo entonces fué cuando Merton se dió cuenta del terror que inspiraba la obscuridad, y el poder de la superstición, tan hábilmente fomentada, que hasta había llegado a impresionar a aquella inteligente muchacha que estaba allí hablando con el. Sin embargo, ¿no había él creído por unos momentos que esto era realmente el fin del mundo, cuando venía por el camino de Hoboken?

—No, Pauline, — le dijo, riéndose ante lo assurdo que le parecía aquel pensamiento ahora — Pero dígame; sabe usted algún detalle de ese golpe de mano a que se había referido Pendleton?

—Sí — contestó la muchacha — el me dió a entender que Nueva York es una de las cuidades más ricas del mundo, y me dí cuenta de que estaba pensando saquear a algunos de los bancos.

—Los bancos? — exclamó Merton — Pauline, creo que es algo mucho más importante que eso. Es el robo más importan-

te que se ha efectuado. Ese hombre va a saquear la ciudad entera! Los bancos y cajas de seguridad han sido robados desde que fueron instalados, pero nunca desde los tiempos de los bucaneros, ha sido planeado el robo y pillaje de una ciudad. Pero no hay que pensar más que un instante, para darse cuenta de que los antiguos piratas no eran más que chiquillos traviesos al compararlos con Pendleton! Y es por eso que se aseguró la ayuda de todos los ciegos que llevó a su torre!

—Y como le van a servir los hombres ciegos, Ralph?

—Porque ellos son los únicos que pueden orientarse por las calles de la ciudad, mientras los demás solo pueden tener una vaga idea del lugar donde se hallan.

El plan había sido ideado habilísimamente por un hombre muy inteligente. Merton se dió cuenta claramente ahora como la propaganda de Saxton había sido utilizada por Pendleton para paralizar todas las tentativas para restablecer el orden, pues el fin del mundo justificaba la obscuridad, mientras que amparados por ella, los ciegos con sus cuatro sentidos alerta efectuarían su obra de despojo y saqueo, sin encontrar dificultad alguna. Era una de esas visiones de hombres enloquecidos, que solo llegaron a ponerse en práctica dos o tres veces desde que comenzó el mundo, siendo en esas oportunidades destruída la civilización.

—Pauline, ven al techo conmigo, — dijo Merton, — deseo ver desde allí si puedo comprobar que mi teoría es correcta.

Encontraron la puerta a tientas, detrás del mostrador, y se dirigieron hacia arriba. Subiendo por una segunda escalera, llegaron hasta la escalerilla que llevaba al techo. Levantaron la claraboya, y se pusieron de pie en la azotea, mirando a la profunda obscuridad alrededor de ellos.

La mente de Merton se hallaba interesadísima por el problema de electricidad que se le presentaba en estos momentos.

Olvidó momentáneamente todo el peligro que corría, al entusiasmarse por el éxito de su invención, aunque era otra mano la que la había llevado a la práctica.

El había llegado a la conclusión de que si su teoría era correcta, como debía ser, la circunferencia del disco de la obscuridad debía estar señalada por una línea de fuego. Porqué en ese lugar disminuía la potencia de la electridad empleada, y por lo tanto la descarga eléctrica debía hacerse visible. Por lo tanto, los rayos de la luz penetrarían allí, formando una aureola de luz entre la obscuridad y la luz formada por los rayos del sol.

Miró atentamente al horizonte en todas direcciones, peno no se distinguía ni el más ligero vestigio de luz, cercana o a la distancia. Si el final del disco obscuro se hubiera hallado dentro del radio que alcanza la vista, se debería distinguir una ligera claridad a lo lejos, a través de las casas o al final de las calles o avenidas. Era evidente por lo tanto, que el disco de obscuridad cubría una extensión de territorio mayor que el arco del firmamento. Y el sonido que se percibía en el aire, al que Merton había confundido con el de la fricción atmosférica causada por la proximidad de un cuerpo planetario, no era más que el producido por las descargas eléctricas desde la torre. Pendleton, usando el proceso de Merton al revés, lo que podía ser hecho fácilmente, había hecho más lenta la frecuencia y disminuído la dimensión de las ondas eléctricas, convirtiendo éstas en electricidad pura.

Estas ondas, bajo una presión de billones de voltios, estaban alternando a través del éter con una rapidez inconcebible. Una milésima parte hubiera electrocutado instantaneamente a todas las personas y animales vivientes que se hallaran dentro del disco de la obscuridad. Pero un voltaje de tal poder, alternado con tal frecuencia, es completamente inofensivo y no mata a nadie. Todas las maquinarías eléctricas habían quedado destruídas; no se podía usar el teléfono y el telégrafo; habían sido convertidos en una masa de metal informe y retorcido, pues la descarga eléctrica había sido tan poderosa que había anulado por completo el material aislador que protegía los alambres. La ciudad se hallaba completamente indefensa y en las manos de los conspiradores.

El rostro de Merton estaba muy serio, cuando se volvió hacia la joven.

—Pauline: — le dijo él — me parece que la tarea de salvar a la ciudad ha quedado a cargo mio. Y no se que hacer para contrarrestar lo que ha dicho Pendleton. Hasta ahora no tengo más que el principio de una idea, pero lo primero que debemos hacer es organizar un nucleo de resistencia. En estos momentos todo el mundo en Nueva York es como una manada de ovejas que ha caido bajo las garras de un lobo. Y sin embargo, tengo aun esperanza... si es que logramos organizarnos debidamente, como yo espero.

—Lo que me propongo es reunir un cuerpo de ciudadanos, entrar en las armerías y armarnos bien. Después debemos efectuar una conferencia para decidir si es factible el atacar y apoderarnos de la torre. De una manera, la satánica invención de Pendleton se vuelve contra el, pues no le será posible electrocutarnos con alambres eléctricos. Se vería obligado a disipar la obscuridad antes de que lograra hacer eso.

Al decir esto se detuvo, pues pensó algo que podía tener una importancia vital en esclarecer este misterio.

—Me agradaría mucho saber que es lo que Saxton quería decir cuando profetizaba que — la luz vendría después de la obscuridad... — dijo Merton en alta voz.

Los dos bajaron al restaurant de nuevo, y se dirigieron a la ventana.

—Pendleton debe haber pensado ya todo lo que va a hacer, — dijo Merton — Le será imposible permanecer en Nueva York, después de haber saqueado a la ciudad. El oro y mercaderías tendría poco valor para el. Tiene que permitir al mundo que se organize de nuevo y el va a ocultarse en algún lugar lejano para disfrutar el importe de su robo.

Descaría saber adonde piensa dirigirse. Lo

dijo algo a usted respecto a lo que pensaba hacer en el futuro, Pauline?

—No, Ralph — le contestó ella.

Salieron del restaurant por la ventana rota, y muy pronto se hallaban de nuevo en la vereda. El sonido de la muchedumbre caminando a lo largo de Braodway, se hizo perceptible. Merton vaciló, pues no sabía adonde ir y deseaba estar bien seguro de que Pauline estaría a salvo de todo peligro. La multitud no caminaba ahora, sinó que marchaba con pasos ordenados que solo eran interrumpidos por los obstáculos en la calle. Merton temía que fueran los guardianes ciegos, que obedecían ciegamente al falso Profeta. Se le había ocurrido que la Municipalidad de la ciudad era el mejor lugar, desde el cual podía efectuarse una resistencia organizada. Pero tendrían el Intendente y sus ayudantes el tiempo y la habilidad suficiente para hacerse cargo de la situación y proceder con energía?

—Y entonces en donde podemos concentrar el núcleo de un cuerpo organizado para oponer resistencia a Pendleton y sus cómplices? — se preguntó a sí mismo, indeciso.

Pero en ese preciso instante, su pregunta halló la contestación, pues los diversos gritos que habían constituído una babel de sonidos diferentes, se habían convertido en uno solo:

—¡La policía! — Dejen paso a la policía!

Merton guió a la muchacha a un lado, y sin decir una palabra comenzaron a caminar por una de las calles laterales que cruza a Broadway. Ahora podía oir claramente las pisadas de los hombres que marchaban delante de ellos. Y una multitud entusiasta los seguía, animada por su prestigio.

La policía de Nueva York se había portado de acuerdo a sus antecedentes, no amilanándose ante esta catástrofe inesperada. Desde el cuartel general había sido enviados mensajeros a las comisarías locales, y de cada una de ellas había partido un cuerpo de vigilantes que se dirigían hacia la Municipalidad, que era el punto de reunión convenido. Cada una de las comisarías desde Harlem hasta la calle Cuarenta y Dos, había enviado un destacamento de hombres, y en esta conferencia se iba a tratar de restablecer el orden en la ciudad.

Marchando en formación militar y con las manos de cada hombre apoyadas en el hombro del que caminaba delante de el, los destacamentos se acercaban al lugar convenido, arrollando todos los obstáculos que se encontraban delante y sin separarse uno de otro. Y detrás de ellos, en la misma formación, venía una muchedumbre de civiles, los que tenían fe completa en los guardianes de la ciudad, en el momento en que ésta más los necesitaba Merton y Pauline se incorporaron a la precesión y se dirigieron con ella hacia el Sud.

Capítulo IX

Teniendo en cuenta que el reino de las tinieblas había reducido a Nueva York a la impotencia y prácticamente disuelto la sociedad, era maravilloso al ver que después de haber transcurrido unas pocas horas, el instinto social y de conservación en el hombre volvía a imponerse, desafiando al pánico.

El Intendente quien había sido el primero en ir a la Municipalidad, desafiando innumerables peligros, se había hecho cargo de la ciudad inmediatamente, apoyado por un comité improvisado que se componía de tres concejales, un vecino conocido, un gerente de forrocarriles y el jefe de Policía. Había sido organizado un cuerpo de cerca de cuatrocientos vigilantes, y el orden volvía a renacer después del caos. El nuevo Gobierno había sido organizado hacía pocas horas cuando llegó Merton.

Habían sido hechas muchas cosas útiles y necesarias. Por medio de una reunión cada media hora, después de haber asignado cada hombre a un punto determinado, estaba siendo posible comenzar la reorganización necesaria. El sistema usado durante tantos años volvía a imponerse automáticamente. La policía había constituído un cordón alrededor de la Municipalidad estando sus componentes estacionados a una distancia de pocos pies uno de otro, y los que pronunciaban el santo y seña cada cinco minutos. El contacto quedaba así establecido, y el cordón se fué extendiendo gradualmente, seis pies cada vez, con la idea de llegar a proteger una parte de la ciudad. Todas las provisiones, ropas, sábanas y armas que se encontraban dentro de este distrito eran confiscadas, llavándolas a la Municipalidad para distribuirlas o almacenarlas.

Y las muchedumbres que presionaban la barrera humana era rechazada, siendo solamente almitidos en pequeños grupos a medida que era posible ir alimentándolos. A las pocas mujeres que se hallaban perdidas entre la multitud, les fué permitido entrar a la zona segura y protegida por la policía. Uno de los problemas más difíciles de resolver había sido el de los varios grandes puentes sobre el East River. Lo mismo que los habitantes de Hoboken se habían lanzado a ocultarse en los tuneles del subterráneo, todos los habitantes de Brooklyn habían tratado de pasar al mismo tiempo sobre el punte que lo comunicaba con Nueva York. Entretando, otros trataron de llegar al campo abierto alrededor de Long Island. Al principio se decidió que este puente fuera clausurado, no permitiéndose pasar a nadie, y una parte de la policía fué asignada para defender a la multitud. Pero el empuje de la gente pudo más que la fuerza de los defensores, y se vieron obligados a dejar pasar a los que deseaban entrar en Nueva York, pero los desviaron para que se dirigieran al barrio del Bowery.

Merton y Pauline llegaron a la Municipalidad junto a las fuerzas de policía y fueron de los primeros en ser admitidos dentro del cordón policial. Era ya por la tarde cuando Merton logró obtener del Consejo que le acordaran una audiencia. Mientras la multitud que se hallaba en la Plaza de la Municipalidad creía en su mayoría, que este era el Día del Juicio Final y apáticamente esperaban que ocurriera algo, las inteligencias

de los hombres que habían tomado el mando de la ciudad habían reaccionado contra la influencia de la superstición. Las opiniones variaban en cuanto a las causas que habían originado el fenómeno. En general, la opinión predominante era lo que había creído Merton en su primera teoría, es decir que Saxton tenía conocimiento de algún suceso astronómico, el que había llegado a obscurecer el sol. Sin embargo, quedaba por explicar el hecho de que sus ojos no lograran discernir ninguna otra clase de luz.

La historia de Merton fué recibida con incredulidad. Al principio se le creyó loco. Y era en realidad una historia apropiada para ser relatada por un loco, referida por Merton allí en la oscuridad, con la mano de Pauline entre las suyas. Un policía entre tanto le sujetaba por un hombro, pues no se descontaba del todo que fuera un loco peligroso, deseoso de atacar a las autoridades haciéndose la ilusión de ser un nuevo Angel Exterminador.

Muchas voces incrédulas y burlonas le hicieron diversas preguntas para tratar de hacerlo incurrir en contradicciones, las que serían tomadas como evidencia de mala fe.

Por fin, su persistencia y seriedad comenzaron a convencer a los oyentes, quienes concluyeron por reconocer la verdad en su narración. Y las palabras de Pauline contribuyeron a consolidar la naciente convicción de los oyentes.

—Y cuanto tiempo va a durar la obscuridad? — le preguntó el Intendente.

—Durante tanto tiempo como lo desee Pendleton, a menos que nosotros logremos vencerlo.

—Está usted seguro de que ese hombre es el organizador del proyecto, y no Saxton?

A esta pregunta fué Pauline la que contestó:

—Mr. Saxton no es más que un instrumento de Pendleton — dijo ella con un dejo de tristeza en su voz, lo que era inexplicable para Merton. — Pendleton fué el que concibió el proyecto y se aprovechó del fanatismo de Saxton para que lo ayudara. Estoy convencida de que aun en estos instantes, Saxton está convencido de que este es el Día del Juicio Final.

—Y según calcula usted, que es lo que Pendleton intenta hacer? — le preguntó el Jefe de Policía a Merton.

—Cargar todo el producto del saqueo de Nueva York en un buque y salir para Europa a repetir el experimento en Londres y París. Equipado con su zona absorbedora de la luz, el y sus hombres son invulnerables. Pero calculo que primeramente tratará de escapar a algún lugar lejano para convertirtir su botín en dinero.

—Y que es lo que aconseja usted?

—Propongo dirigir un destacamento de policía a la torre, tomar posesión de la misma y arrestar a Pendleton, concluyendo así de una manera automática con su nefasto proyecto.

Los guiaría usted por el túnel Holland?

—No. El hombre que concibió la idea y planeado el usar a los ciegos, debe haber previsto esto y habrá tomado medidas para contrarrestar nuestros esfuerzos — probablemente debe haber inundado o volado con dinamita todos los túneles que pasan debajo del Hudson. Me parece que la mejor idea es tomar uno de los ferriboats y cruzar el río a bordo de el, desembarcando cerca de la torre.

—Pero eso va a resultar imposible en la obscuridad.

—Por lo menos puede efectuarse una prueba.

—No hay manera de dispersar esa nube? — preguntó el intendente — Enviando una corriente más poderosa en el medio de ella, por ejemplo?

—No le puedo contestar con seguridad respecto a eso señor intendente. Aunque tuviéramos los aparatos necesarios para ello, o pudiéramos improvisarlos, lo que es imposible hacer en poco tiempo, no conseguiríamos producir más que una corriente de poca potencia, la que no produciría el efecto deseado para disipar la obscuridad. El asunto exige cálculos muy complicados y exactos. Después hay también la dificultad de que falta la luz.

—Sin embargo, debe hacerse algo para concluir esta situación angustiosa. No tiene usted algún plan para eliminar esa arma criminal de Pendleton, Mr. Morten?

—Sí, pero prefiero no hablar ahora de lo que me propongo hacer. Es necesario tener tiempo y estudiarlo atentamente para lograr algún resultado positivo. En cambio, posesionarse de la torre sería el procedimiento más simple.

—Se encargará usted de dirigir a un cuerpo de vigilantes hasta conseguir ese fin?

—Con mucho gusto lo haré, — repuso Merton — y creo que cincuenta hombres serán más que suficientes para ejecutar el golpe de mano propuesto.

—Supongo que usted se dará cuenta de que esa tentativa debe efectuarse pronto.

—Me permito sugerirle que el ataque sea efectuado de tal manera que podamos ocupar la torre a la madrugada. De otra manera el pánico que existe ahora no sería disipado, pues la ciudad permanecería obscura lo mismo y sus habitantes no se enterarán de que la amenaza ha desaparecido.

Después de una breve discusión, se acordó poner esta sugestión en práctica. El sargento Michael O'Grady, quien estaba al mando de la guardia del Consejo, fué designado para dirigir el cuerpo de los cincuenta vigilantes. Este hombre había prestado veinte y cinco años de servicios en la policía, y todos sus hombres tenían ilimitada confianza en él. Pero para Merton, este sargento no era más que una voz en la obscuridad. Sin embargo, podía dibujarse su aspecto físico en la imaginación, y se dió cuenta de que la habilidad de reconocer a las personas que hablaban por medio de la voz, estaba desarrollándose en él rápidamente.

Cada uno de los cincuenta expedicionarios estaba armado con una pistola automática y llevaba cincuenta cartuchos de repuesto, todo lo cual había sido requisado

en una armería de Broadway. Entretanto, las primeras informaciones de los exploradores que habían sido enviados a hacer reconocimientos por el Consejo, comenzaban a llegar.

Era evidente que aquella pequeña comunidad existía en un océano de caos, en el cual todo orden social había quedado disuelto. En varias partes de la ciudad, las muchedumbres se habían entregado al pillaje sin encontrar restricciones... cada hombre miraba por sí mismo, sin interesarle los demás para nada. Era un estado de la más pura anarquía. Multitud de gente, al parecer enloquecida, se dirigía desde varios puntos de la ciudad hacia el río Hudson, evidentemente con la intención de llegar a la torre de Saxton y unirse a la falange de los que iban a ser salvados.

Los límites del gobierno se hallaban considerablemente más abajo de Canal Street, y era imposible avanzarlos porque eran resistidos por las multitudes hostiles. Allí la policía aplicaba cachiporrazos imparcialmente a todo el que se presentaba. No se admitían más refugiados, a menos que llegaran en bandas bien organizadas.

Los exploradores que habían sido enviados hacia el norte, cruzando los puentes de Brooklyn y Williamsburg, manifestaron que desde la colina de Harlem habían distinguido destellos de luz en el horizonte. Esto confirmaba la teoría de Merton respecto al disco de obscuridad. Pero no se distinguía absolutamente nada desde la región de Brooklyn, lo que indicaba que el disco cubría una enorme extensión de territorio. Hasta este momento, no se tenía noticia de que otras ciudades hubieran tratado de comunicarse con Nueva York. Esta ciudad parecía haber quedado completamente aislada del continente y por una razón u otra, nadie se había preocupado en averiguar las razones. Las fuerzas de policía que fueron enviadas en dirección a los barrios bajos de la ciudad, se encontraron con sucesos siniestros.

Un grupo numeroso de vigilantes que había sido enviado a proteger la Tesorería, en cuya dirección se habían oído explosiones fortísimas, se encontró con una línea de camiones, los que estaban detenidos al través de Broadway y en todas las rutas que llevaban a Wall Street. La policía fué recibida por una descarga de revólvers que no esperaban, disparada por hombres que se habían atrincherado detrás de los camiones. Por consiguiente, el encuentro fué desastroso para los defensores del orden, pues perdieron varios hombres y tuvieron que batirse en retirada... los que quedaban ilesos, se replegaron durante las primeras horas de la noche. Después de esto se oyó una sucesión de explosiones que parecían provenir de Maiden Lane y sus inmediaciones, lo que indicaba el saqueo sistemático de las joyerías. Ya no quedaba ninguna duda respecto a que se trataba de un gigantesco proyecto para robar a la ciudad entera. Los que efectuaban el saqueo de una manera metódica, no eran ciertamente los componentes de la muchedumbre, sinó los guardianes ciegos de la torre y quienes procedían dirigidos por un criminal inteligente. Era alrededor de la media noche cuando la compañía de los cincuenta vigilantes fué reunida frente al palacio de la Municipalidad.

A pesar de que se habían hecho grandes esfuerzos para conservar el secreto de lo que se intentaba hacer, las buenas nuevas se habían esparcido y el cordón de policías que se mantenía unido, hombro con hombro, era asediado por una enorme muchedumbre que imploraba algunas veces y aclamaba a los autores del proyecto con entusiasmo.

Un piquete de policía que había sido destacado hacia el Hudson, había ya tomado posesión de un embarcadero y el ferryboat que se hallaba en el mismo. Con el se intentaría cruzar el río hasta la torre. Merton se despidió de Pauline en la pequeña habitación que le había sido asignada, y la que estaba situada en un corredor de la planta baja y cerca de la salida.

—Cuando vuelva me dirigiré directamente hacia aquí, Pauline, — le dijo él — y tengo la esperanza de hacerlo así cuando ya se haya disipado esta obscuridad. Me esperará usted aquí?

Ella se abrazó a el.

—Ralph; lléveme con usted — le suplicó.

—Lo siento infinitamente, pero eso no es posible. Nos hallamos empeñados en una empresa de capital importancia, en el que no es posible descuidarse ni un solo instante...

—Pero yo puedo serle muy útil. Usted no sabe lo que puede ocurrir en la torre. Posiblemente Pendleton va a consentir en escuchar a mis argumentos....

Merton la apartó suavemente.

—Es imposible acceder a lo que usted me pide, Pauline — le repitió, notándose en su voz la contrariedad que le ocasionaba tener que negarse a la súplica de la joven.

—Entonces adiós, Ralph — murmuró ella.

El dolor de ella para despedirse, afectó hondamente a Merton. Su propio sentimiento al decirle adiós era sumamente profundo, y la pesadumbre que experimentaba la muchacha hacia que la suya fuera aun más pronunciada.

—Pauline! — exclamó el sin poder evitarlo, y acercándose a ella en la obscuridad.

—Pero no pudo hallarla, pues tampoco le contestó a sus palabras. Encontrándose un poco perplejo, pero deseando que la joven no le hiciera más dura aun la despedida, Merton se unió a la fuerza de policía que le estaba esperando afuera. Se pusieron en marcha, formados en una columna y comenzaron a cruzar Broadway, caminando a un paso de distancia uno del otro. Merton caminaba al lado de O'Grady en la cabecera de la columna, mientras la mano del hombre que venía detrás de él, estaba apoyada en el hombro de el. El camino había sido ya despejado de parte de las obstrucciones que había en el, dejando en el medio de él un espacio suficiente para que pudiera pasar la columna, formados de cuatro en cuatro. No habían caminado durante mucho tiempo cuando Merton percibió una presión en su brazo izquierdo.

—Hola, Sargento! — le dijo, llamándolo.

—Hola a usted mismo, Mr. Merton — le contestó el sargento.

—Porque no ha dado la señal para que se detengan los hombres?

—Pero para que iba yo a desear que hicieran alto?

Usted me hizo una señal en el brazo, no es cierto?

—No, señor!

Después de esto prosiguieron su camino y al legar a las cercanías del ferryboat, Merton percibió qu le tocaban en el otro brazo. Se dió vuelta rápidamente y extendió su mano en todas direcciones, pero no encontró a nadie.

Y la calle estaba desierta en apariencia exceptuando a los vigilantes que se hallaban en fila y bien distanciados mutuamente. Merton se preguntó si estaba siendo rodeado por los guardianes ciegos, pero no dijo nada.

Pensó durante algunos momentos, que sus nervios se hallaban sobreexcitados. En esos momentos el sargento dió orden de que se detuviera la columna.

—Quien vive? — fué la pregunta de los centinelas apostados allí.

—Los hombres de O'Grady y sus hombres que se dirigen al buque!

—Den vuelta a la izquierda. Están en la ribera del río ahora y deben dar vuelta a la derecha cuando los detenga el cuarto centinela.

La columna dobló hacia la izquierda, dando la voz a los que venían atrás y extendiendo los brazos hasta tocar los hombros de sus vecinos. Merton permaneció inmóvil, mientras esperaba que se ejecutara la nueva formación de la columna. Pero de improviso percibió que algo suave le era introducido en la boca, y varios dedos duros como el acero, le apretaban la garganta.

Trató de pedir socorro al darse cuenta de que estaba perdido, pero al abrir la boca fué amordazado introduciéndole un gran pañuelo dentro de ella, el que lo ahogaba.

Se debatió desesperadamente en los brazos de su captor, pero no logró desasirse de él. Pero mientras tanto, todos sus sentidos estaban alerta, tratando de salir del apuro en que se encontraba por medio de la astucia, ya que por la fuerza le era imposible.

Oyó los rítmicos pasos de los vigilantes al marchar por el embarcadero al dirigirse al ferryboat, y también que O'Grady le estaba llamando, pero la columna no se detuvo por ello. Percibió que dos o tres hombres se acercaron a el y lo ataron codo con codo usando gruesos cordeles, mientras el que lo había capturado lo obligaba a permanecer sin hacer movimiento alguno.. También sus sentidos le transmitieron la impresión de que alguien le estaba tratando de ayudarle en la obscuridad, aunque sin obtener éxito, debido a la evidente superioridad numérica de los atacantes. Se dió cuenta de la pelea que sostuvo la persona que deseaba ayudarlo, con sus enemigos, pero los rumores de lucha cesaron pronto. Los dedos continuaban oprimiendo su cuello tenazmente y el sentido lo abandonaba. Vagamente, y como si fuera desde las profundidades de un profundo abismo Merton oyó a la columna detenerse, y también las preguntas de los centinelas, que eran contestadas por O'Grady en la forma que había sido combinada de antemano. Pensó durante unos instantes que el Sargento lo estaba buscando, pero muy pronto le zumbaban tanto los oídos que no podía distinguir las palabras que se pronunciaban en las inmediaciones.

Lo último que oyó, muy débilmente y como a lo lejos, fué la voz de Pauline llamándolo. Entonces, cuando dejó caer la cabeza y ya completamente desmayado, los dedos que oprimían su garganta y le impedían respirar, aflojaron su terrible presión. Fué levantado de la cabeza y de los pies, por hombres que caminaban sin hacer el más mínimo sonido, como si usaran suelas y tacos de goma en su calzado. Los brazos de Merton habían sido atados al cuerpo sólidamente, y las piernas una contra otra, y si no hubiera estado inconsciente se habría dado cuenta al rozar los trajes de sus captores, que había sido aprisionado por los guardianes ciegos.

Cuando recuperó los sentidos de nuevo, se encontró en un pequeño bote que estaba cruzando el río Hudson. Estaba tendido en el fondo de la lancha y aun atado, mientras dos hombres remaban en dirección al mar. Una brisa nocturna bien fresca, soplaba fuertemente y hacia encresparse al agua, lo que percibía el prisionero por los movimientos que las olas imprimían a la embarcación.

Hizo toda la fuerza que pudo, tratando de librarse de sus ataduras, pero uno de los remeros se detuvo en su tarea y le aplicó un fuerte golpe sobre el pecho con uno de los remos.

—Oiga usted bien lo que le digo: lo mejor que puede hacer es quedarse quieto, si es que no quiere morir antes de que le llegue su hora! — exclamó con voz amenazadora — y mucho cuidado, pues ese momento no está lejano, siendo por lo tanto lo mismo matarlo ahora que después!

La áspera voz del pordiosero le inspiró a Merton el mismo horror, que ya había experimentado en la torre cuando el centinela ciego le dió la voz de alto. Esto parecía increíblemente remoto y hasta un sacrilegio, en esta tragedia. Merton permaneció sin moverse y al poco rato se dió cuenta de que los remos eran retirados del agua, al mismo tiempo que el bote rozaba contra algo, que Merton calculó sería el casco de algún vapor. Unas palabras fueron pronunciadas en voz baja desde arriba, y uno de los remeros contestó de la misma manera.

Las piernas de Merton fueron desatadas, y fué obligado a ponerse de pié, por medio de un empellón, y obligado a caminar por el bote hasta que sintió bajo sus pies una escalera de cuerda. Durante un instante, pensó en hacer una tentativa deseperada para empujar a sus captores al agua y tratar de escapar aprovechando la confusión causada por su imprevisto ataque.

(Continuará)

EL GRITO DEL CUERVO

Por JACK LONDON

Cuando John Fox llegó a las regiones que están al norte del paralelo cincuenta y tres, donde el whisky se solidifica y toma las formas de la botella que lo contiene, fué sin las ilusiones y los ideales que acompañan y estimulan a la mayoría de los aventureros que se dirigen hacia el Northland, hacia las regiones de las tierras frías. John Fox había nacido y pasado los años de su infancia en la misma frontera de los Estados Unidos y cuando se dirigió al norte del Canadá llevó consigo una mentalidad rudimentaria, primaria; pero no obstante esta desventaja en la vida de un hombre, John Fox pertenecía al círculo de aquellos hombres que están dotados de una recia voluntad y que cuando se proponen una cosa, no necesitan de nadie para que los estimulen.

Sus primeros años habían sido rudos: había comenzado como sirviente al servicio de la Compañía de la Bahía del Hudson. Recibía un sueldo miserable y debía trabajar en los bosques como una bestia: pero había sido perseverante, supo aprovechar todas las oportunidades que le brindaran sus superiores y por fin había entrado en las oficinas. De allí no tardó en convertirse en jefe de factoría hasta que la dirección de la Compañía resolvió enviarlo al puerto comercial de Fort Angeluse.

En Fort Angeluse, precisamente por la simplicidad de su alma, buscó una mujer indígena con la que se casó después de algunos trámites con sus familiares. Gracias a la felicidad que le produjo su matrimonio, John Fox pudo escapar a la inquietud y a la codicia que, como una maldición, pesan en aquellas regiones malditas sobre la cabeza de los hombres más honestos, arrastrándolos a una vida inicua y miserable que va más allá de las leyes establecidas por los hombres. Vivió contento, satisfecho de su mujer y supo cumplir con las delicadas misiones que le encargaran sus superiores.

Pero, apenas habían transcurrido cuatro años del casamiento, su mujer moría y el cadáver era reclamado por los indígenas de su tribus para darle sepultura de acuerdo a los ritos de sus antepasados. La pusieron dentro de un enorme recipiente de lata que más tarde, cuando las tinieblas invadían la tierra, colocaron en le cima de un árbol.

La mujer le había dejado dos pequeños y cuando la compañía lo ascendió, John Fox viajó con las dos criaturitas más hacia al norte, internándose en un vastísimo territorio al norte de la Bahía de Hudson, hasta el puesto llamado Sim Rock. Este era un importante punto de caza, puesto que allí afluían la mayor parte de los cazadores y comerciantes que iban en busca de las mejores pieles para llevar a las ciudades del sud.

En Sim Rock, el hombre que venía de Fort Angeluse pasó varios meses presa de una extraña melancolía. Su disgusto fué en aumento cuando descubrió que las mujeres indias de los alrededores apenas le hacían caso y, como si esto fuera poco, las dos criaturitas que llevaba consigo lo atormentaban con sus llantos llamando a la madre muerta, John Fox atravesaba estas circunstancias cuando conoció a Lit-lit.

—John, tu nos ocultas algo — había exclamado de improviso Alexander Mac Lean una noche cuando terminaban de cenar.

—En efecto y me imagino que quieres saber de qué se trata, no es eso?

—Cierto.

—Estoy enamorado?

—¡Qué estás enamorado? Y de quién?..

—De Lit-lit.

—¿Quién es Lit-lit?

—Lit-lit... es... Lit-lit — había respondido ingenuamente John.

Pero Alexander Mac Lean era demasiado fresco en educación escocesa para adaptarse a las costumbres matrimoniales de aquellas apartadas regiones. A pesar de todo estaba satisfecho de que el jefe de la factoría pusiera en peligro la propia alma inmortal casándose con la indígena porque él mismo había sentido una extraña atracción hacia la joven que de continuar aquel atractivo podía considerar su alma de buen escocés irremisiblemente perdida.

Por otra parte no tenía nada le extraordinario que el alma de Mac Lean corriera el riesgo de arder bajo los rayos de sol que despedían los ojos de Lit-lit. La joven era simpática, alta y flexible como los juncos que bordean los ríos del Asia; al contrario de lo que sucedía con las otras mujeres indígenas, su rostro no era macizo, ni tenía los rasgos duros y desgarbados que adornaban las facciones de las "squaws" ordinarias.

Se la llamaba "Lit-lit" por su manera de ser: por sus gestos y sus movimientos de criatura traviesa, que corría inquieta de un lugar a otro como una mariposa, por ser muy alegre y por reir con la suavidad que sabía poner en sus danzas.

Lit-lit era la hija única se Snettishane, uno de los jefes más temidos y respetados de la región del Sim Rock: su madre había sido una mestiza que había muerto a los pocos días de nacer la joven.

Desde el instante que los ojos de John cayeron sobre la joven, el hombre no pudo apartar la imagen de aquella frágil criatura de su mente, y es por eso que una tarde el jefe de la factoría de Sim Rock se detuvo frente a la tienda de Snettishane para entrar en los pormenores de su futuro matrimonio. Los dos hombres se sentaron frente a una hoguera que despedía humo negro y sofocante para matar los mosquitos: allí hablaron de todo menos del matrimonio del hombre con la pequeña Lit-lit. John Fox había llegado con el exclusivo propósito de

conversar de sus nupcias; esto lo sabía perfectamente Snettishane y John Fox tenía la seguridad que el cacique conocía sus intenciones.

Las horas pasaban y John Fox y Snettishane fumaban una pipa detrás de otras, charlando de cosas insignificantes y mirándose mutuamente con una inocencia desconcertante.

Cuando la esfera del reloj señalaba las tres de la tarde Alexander Mac Lean y su compañero de tarea, Mac Tavish, pasaron junto a la cabaña donde estaban los dos hombres sentados frente a la hoguera, y cuando el reloj señadaba las seis y los dos jóvenes volvían de regreso hallaron que el jefe y el cacique continuaban en la misma posición en que los habían visto al pasar la primera vez, cuando se dirigían al puesto. Pero diez minutos más tarde, el blanco y el indígena discutían acaloradamente respecto a la calidad de la pólvora para fusil y de la grasa que la Compañía de la Bahía del Hudson ofrecía en cambio de un cargamento de pieles.

Mientras tanto, Lit-lit adivinando las intenciones del jefe de la factoría, había penetrado en la trastienda de la cabaña de su padre y espiaba por una pequeña abertura a los dos hombres. El rostro de la joven se había vuelto rojo, al mismo tiempo que sus ojos brillaban de felicidad, orgullosa de que un hombre como el jefe del puesto de Sim Rock, se hubiera fijado en ella.

Siendo apenas poco más que una niña, pues contaba diecisiete años, Lit-lit desconocía por completo las costumbres de los hombres.

La joven había recibido la educación que le diera su padre, el que se interponía entre ella y todos sus admiradores, escuchando desdeñoso a los jóvenes cazadores que venían a pedir la mano de su hija; entonces él los echaba desdeñando sus propuestas. Snettishane era venal: la joven representaba para él una mercadería selecta que debía pagarla muy cara quien deseara llevársela. Tal era el provecho que pensaba sacar en ese sentido que sus cálculos no eran definitivos, sino indefinidos y, lo que es más incalculable.

Siendo educada en aquella forma, Lit-lit miraba con curiosidad a aquel hombre que estaba sentado junto a su padre y que había llegado por ella.

A medida que miraba por la abertura de la trastienda, el rostro de la joven adquiría una triste expresión de desaliento: lo que se había imaginado no era más que inocentes ilusiones, porque aquel hombre, blanco y gigantesco no hablaba más que de negocios y de la bondad de sus productos. A pesar de todo, la joven continuó en su observatorio y no tardó en oir como los dos hombres variaban de tema y abordaban los más diferentes asuntos; pero jamás insinuaban una palabra sobre el que a ella le interesaba.

Por fin, el jefe del puesto de Sim Rock se puso de pie de un salto.

—¿Qué dijo tu madre anoche cuando me puse tan estúpido?
—Nada; te encontró como de costumbre.

El corazón de Lit-lit dió un vuelco al ver que el extranjero se proponía partir sin haber pronunciado una palabra de la ilusión que anidaba en su alma; pero aquello duró un instante, porque John Fox se detuvo al llegar a la puerta y volviéndose hacia Snettishane que continuaba frente la hoguera como si fuera una estatua de mármol negro, dijo:

—¡Ah! a propósito, Snettishane, necesito una "squaws" para que lave y remiende mi ropa!

—Si quieres puedo darte a Wanidani.

—¿Wanidani?... ¿Quién, esa vieja sin dientes?

—La misma — respondió el indígena con sutil ironía.

—No, no: nada de bromas — interrumpió el blanco de mal humor — Lo que necesitó es una mujer con quien casarme. Estuve pensando en ello y creí que tú podías ayudarme.

Las palabras del hombre parecieron interesar al cacique. Entonces John Fox volvió sobre sus pasos y se detuvo frente al viejo para discutir el nuevo argumento.

—¿Qué te parece Kattou? — insinuó Snettishane.

—No: tiene un ojo solo.

—Y Senattee? — continuó el viejo imperturbable.

—¿La renga?

—La misma.

Al oír aquella respuesta el blanco estalló y pegando un furibundo puntapié a una silla, se volvió nuevamente al viejo:

—Dime, Snettishane, quieres reirte de mí? O me has tomado por viejo miserable para hacerme esas propuestas! Acaso soy paralítico? Me falta un ojo? Estoy rengo? Diantre, te advierto que me estoy poniendo nervioso, y te aseguro que cuando los nervios se apoderan de mí, no se lo que hago. Acaso me has tomado por uno de tus miserables indios?

Recuerda que soy el jefe de la factoría de Sim Rock y el hombre más rico de toda la región cuya palabra es un mandato que nadie se atreve a discutir; ¿me entiendes?

Por supuesto que lo entendía el cacique que si bien continuaba tranquilo frente a la hoguera interiormente estaba satisfechísimo por lo que terminaba de escuchar.

El viejo con una tranquilidad desconcertante, continuó desgranando el rosario de las mujeres disponibles que, apenas las pronunciaba, John Fox se epresuraba a declarar inaceptables. Nuevamente el blanco renunció a la discusión con aquella momia que continuaba impasible ante la hoguera. Giró sobre los talones y se dirigió a la puerta, mientras Snettishane continuaba sin hacer un gesto para detenerlo; pero el blanco volvió a detenerse:

—Oye, Snettishane, te has olvidado nombrarme a Lit-lit. Ahora te pregunto si ella puede ser mi esposa: la mujer que cuide mis hijos.

El cacique acogió la insinuación con una impasibilidad desconcertante: pero detrás de aquella máscara de seriedad, su alma se entregaba a una danza macabra de alegría y placer. ¡Vaya, si conocía a los blancos! ¡Estos son más estúpidos de lo que parecen! No saben ocultar las emociones y los sentimientos que se apoderan de su espíritu y son capaces de ofrecer cualquier cosa para obtener lo que desean. Si el jefe de la factoría hubiera sido más diplomático, y se hubiera alejado un solo paso más allá de la puerta de la cabaña, Snettishane se habría visto en la necesidad de correr trás él y ofrecerle a Lit-lit por una insignificancia; peró el blanco no había sabido emplear aquella política y ahora el indígena era el dueño de la situación y podía esperar tranquilamente todas las propuestas que le hiciera.

—¿Qué dices?

Pero como viera que el indígena nada decía, como si aceptara tacitamente este primer punto, el jefe del Sim Rock, continuó.

—Te daré diez frazadas de lana, y tres libras del mejor tabaco por ella.

Snettishane respondió con un gesto como queriendo decir que todas las frazadas del mundo no alcanzaban a cubrir el precio que costaba Lit-lit. Pero la respuesta no satisfizo al blanco, porque éste dijo de pésimo humor:

—Bueno: pide por ella.

Y con una extraordinaria sangre fría, Snettishane accedió a la idea de pedir:

—Si quieres llevarte a mi hija como esposa debes darme quinientas frazadas: diez fusiles, cincuenta libras de tabaco, veinte metros de género de color, diez botellas de rhum un organito y por fin tu buena voluntad y tu protección como jefe del puesto de Sim Rock, concediéndome un lugar en tu mesa.

Cuando John Fox oyó las pretenciones del viejo, casi fué víctima de un ataque apoplégico y cuando se repuso de la impresión que le había producido la descarada osadía del viejo, casi salta sobre él para estrangularlo; pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad para contenerse. Cinco minutos más tarde y después de una violenta discusión, los dos hombres llegaban a un arreglo:

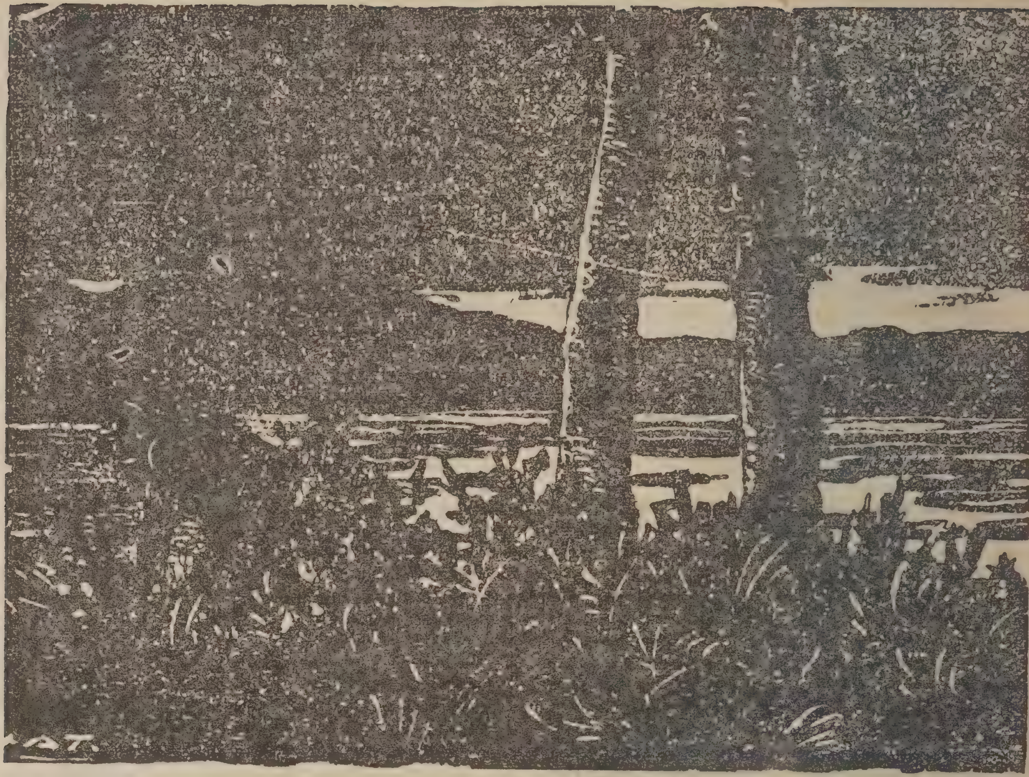
—Entonces quedamos en que te daré doscientas frazadas, diez fusiles, cincuenta libras de tabaco, veinte metros de género de color, diez botellas de rhum y un organillo. Pero te advierto que es preferible que estés bien lejos de mí, y que nunca protendas acercarte a mi casa; podría costarte caro...

Mientras regresaba a su casa, John Fox descubrió que el cacique se había reído de él y que había pagado por la joven más de lo que valía. Esto le causó un disgusto de todos los diablos: era la primera vez que lo engañaban en su vida, y tan luego el que lo había engañado era un indio miserabla que había tenido la buena estrella de tener una hija gentil y agradable física y moralmente.

Cansado por la prolongada disputa el viejo se dirigió a la trastienda en el preciso instante en que Lit-lit se escondía rápidamente para que no la viera su padre.

El indio llamó a su hija, y cuando ésta estuvo a su lado, le dijo acariciándola:

—¿Has estado espiando?



—Si, padre — respondió la joven temblando.

—Has hecho mal. Sin embargo has tenido oportunidad de observar a tu padre cuando discutía con el blanco y comprender mi profunda experiencia y mi ilimitada sabiduría: te he asegurado un gran matrimonio. Escucha mis palabras y sigue el camino que ellas te indiquen. Anda hacia él cuando te diga que vayas y ven hacia mí cuando te lo ordene, comprendes lo que quiero decirte?

—No entiendo, padre!

—Quiero decirte que nos volveremos ricos gracias a ese imbécil. Ese hombre te quiere más de lo que te imaginas.

Los ojos de la joven brillaron intensamente. No necesitaba que su padre le dijera que el blanco la quería; ella lo había comprendido perfectamente al verlo discutir tan acalorado en el interior de la cabaña.

Al día siguiente fueron suspendidas todas las tareas del puesto de Sim Rock. John Fox descorchó una botella de whisky antes de cenar en compañía de Alexander Mac Lean y Mac Tavish. El escocés se preguntaba interiormente por que su jefe no se casaba todos los días. Los perros tuvieron doble ración, al mismo tiempo que fuera del fuerte se preparaba un "portlatch", festín que en la mayoría de los casos por la abundancia de las bebidas alcohólicas, degenera en orgía desenfrenada.

El blanco fué a los almacenes y buscó sus mejores mocasines y al atardecer se presentó frente a la tribu que se había reunido para participar en la fiesta. Hombres, mujeres y niños, como también los perros-lobos de los trineos comieron hasta la saciedad. También llegaron algunos cazadores blancos que se dirigían al norte para comerciar con las pieles de las tribus que se extendían a lo largo del Yukon, en la región del Klondike o bien a orillas del Mackencie; entonces aprovecharon el matrimonio del jefe de Sim Rock para llevarse varias botellas de rhum o de "Tres Estrellas".

Lit-lit, con los ojos llenos de lágrimas y tímida como una gacela, dejó que su marido la vistiera con un traje nuevo de calicó, que le colocara dos espléndidos mocasines adornados de cristales, en sus diminutos pies, que le cubriera la cabeza con un pañuelo de seda de múltiples colores. Después de esto, el hombre llevó una mano al bolsillo del pantalón y extrajo varios anillos de bronce pulido que tenía toda la apariencia del oro y por fin entregó a su futura esposa un reloj.

Snettishane apenas podía disimular la profunda alegría del espectáculo que veían sus ojos: pero el indígena era de alma perversa. Necesitaba hablar con su hija antes que el blanco se la llevara para siempre. La oportunidad de aproximarse a la joven cuando estaba sola, no tardó en presentarse. Entonces el viejo, acercando sus labios al oído de Lit-lit, dijo:

—No esta noche, ni la noche siguiente; sino las que vienen después de ellas, oirás un grito parecido al que hace un cuervo en la noche. **Entonces tu deberás abandonar a**

Se arrodilló en el suelo y llevando el fusil a la cara, disparó dos tiros.

tu marido y correr hacia la orilla del río. Allí estaré yo...

—Por qué debo abandonar a mi marido? — preguntó ingenuamente la joven.

—Porque tu hombre es un tonto y cuando vea que tu no quieres estar junto a él y te vuelves junto a mí, vendrá a nuestra cabaña y llorará para que vuelvas a su lado. Entonces tu empezarás a llorar diciendo que el matrimonio no te agrada porque es más de lo que creistes: entonces pediremos más frazadas, más tabaco y rhum y tu pobre padre Snettishane podrá vivir tranquilo el resto de sus días. Recuerda bien: cuando oigas el graznido del cuervo, deja a tu marido y corre al río.

Lit-lit dejó caer la cabeza sobre su pecho: la joven no podía oponerse a los proyectos de su padre, porque lo conocía perfectamente. Además lo que pedía el viejo era insignificante: separarse de su marido durante unas horas, separación que aumentaban los deseos del blanco de volver a ver a su mujer y estrecharla en sus poderosos brazos.

Lit-lit no tardó en comprender que la vida en común con el jefe del puesto de Sim Rock era más espléndida de lo que había imaginado en los primeros instantes. Ya no debía levantarse en las primeras horas de la madrugada, salir de la cabaña y correr al bosque en busca de leña para la hoguera; tampoco debía arrastrar los grandes botijos de agua ni atender servilmente a los rudos indígenas de su tribus. Por primera vez en el transcurso de sus diecisiete años podía seguir durmiendo hasta que el desayuno estuviera servido. ¡Y que cama! Morbida, limpia como ninguna de las que ella había conocido! Dormir en aquel lecho era una delicia que jamás la había imaginado. Luego, ¡qué alimentos! Harina blanca, que parecía nieve derretida, con la que hacían panes blancos, bizcochos y frituras llenas de miel. Y pensar que comían aquello dos, tres, todas las veces que quisiera, y ¡todos los días! Semejante abundancia parecía imposible para aquella joven que desde los primeros días de su existencia había sufrido toda clase de privaciones; que había pasado inviernos enteros a la expectativa de un bocado para llevárselo a la boca, porque la caza era imposible y los animales parecían tragados por la tierra.

Y como si aquello fuera poco, su marido era un hombre de una bondad única: su alma era la de un niño. También no había que olvidarse que el blanco ya había dado se-

pultura a una esposa y sabía cuándo debía o no aflojar las riendas que sujetaban a la que ahora cuidaba sus criaturitas.

—¡Lit-lit es la dueña absoluta de mi casa.

Alexander Mac Lean y Mac Tavish comprendieron el significado de las palabras del jefe.

Pero Lit-lit supo apreciar la bondad de su marido y no tardó en captarse la simpatía de todos aquellos que iban a Sim Rock. El puesto se había convertido en un pequeño Eden, los niños del blanco querían a la nueva madre, mientras el escocés y Mac Tavish experimentaban hacia ella un tierno y respetuoso afecto. La dicha de John Fox no tardó en esparcirse a los cuatro vientos.

Por fin, Snettishane creyó que había llegado el momento oportuno para dar comienzo a sus planes y empezar a percibir los intereses incalculables en que había cotizado intimamente a su hija.

Una noche, cuando las tinieblas habían invadido los almacenes y todas las regiones de Northland, Lit-lit se despertó sobresaltada. De improviso, como un presagio de muerte, había oído el graznido de un cuervo que venía de la parte del río. Snettishane esperaba: era necesario decidirse. En la infinita felicidad que la rodeaba desde el día de su casamiento, la joven había olvidado el pacto con su padre. Ahora, al lado de su esposo, Lit-lit temblaba como una hoja a la visión del viejo que era capaz de todo; pero, por fin venció la bondad de John Fox, sus poderosos músculos y su mandíbula cuadrada, porque la joven, pasando con infinita ternura, su brazo pequeño bajo el cuerpo de su marido, trató se acurrucarse junto a su cuerpo. Entonces el blanco se despertó sobresaltado y al ver que su esposa buscaba un refugio en su pecho, le preguntó sonriendo:

—Qué tienes, Lit?

—Frío.

Al día siguiente, cuando Lit-lit abrió los ojos vió que los brazos musculosos de su marido la rodeaban como si fuera una muralla. Sin embargo, cuando el jefe de Sim Rock se preparaba para sus ocupaciones, un extraño temor se apoderó de la mujer. Pero a medida que las horas avanzaban la tranquilidad volvió a renacer en su alma. Luego oyó que John reprochaba en voz alta a Mac Tavish porque había llegado un poco tarde a sus tareas aquella voz terminó por calmarla; pero, pese a todo, ella trató de estar todo el día al lado de su marido, y cuando lo acompañó a los grandes almacenes del puesto y vió como se inclinaba para tomar una bolsa de azúcar que pesaba más de cincuenta kilos para arrojarla contra un rincón como si fuera la cosa más vulgar, se sonrió por los temores que había experimentado. Y como era la primera vez que visitaba los almacenes no tardó en quedarse sorprendida por las riquezas que había allá dentro.

Aquella noche el graznido del cuervo volvió a repetirse: esta vez era más insistente. John Fox se despertó y, mientras se movía fastidiado en el lecho, exclamó:

—¡Maldición a ese condenado cuervo!

Lit-lit sonrió debajo las frazadas.

A la mañana siguiente, Snettishane apareció en el puesto de Sim Rock y John Fox

El notario.—. . . Y quiero que embalsamen mi cadáver.
La viuda.—¡Hasta en el otro mundo ha querido ser consecuente con sus ideas conservadoras!

lo mandó a la cocina para que tomara el desayuno. Las facciones y los gestos del indígena eran siniestros y cuando oyó la invitación del blanco, rechazó aquella "comida de squaws". Poco después se aproximó a la tarima donde el jefe del puesto escribía diciéndole:

—Me han engañado.

—¿Quién? — preguntó sorprendido John Fox.

—¡Tú! Me has engañado en el precio que has pagado por mi hija. Ella es una joya y debes darme más frazadas, tabaco y rhum; además necesito varios fusiles. ¡Quiero justicia!

Pero como el blanco no tenía frazadas, tabaco, rhum ni justicia para dar, se levantó de un brinco plantándose frente al viejo. Pocos días antes le habían contado al jefe de Sim Rock que en Three Forks habían visto a Snettishane conversar animadamente con el misionero que había allí. Este le había dicho que semejantes matrimonios merecían el infierno y que era deber de padre volver en busca de su hija.

—Ahora soy buen cristiano, — concluyó el cacique. — Y quiero que mi hija vaya al paraíso.

Pero la respuesta de John fué breve y concluyente:

—Snettishane si no desapareces de aquí y nos dejas en paz, lo que voy hacer es mandarte al infierno.

Y como viera que el viejo continuaba con sus pretensiones, lo tomó por las ropas y lo hizo rodar hasta la puerta del almacén. Pero Snettishane no estaba dispuesto a perder la partida. Dando vuelta al almacén, penetró en la casa por la puerta de la cocina.

Allí se encontró con Lit-lit. Padre e hija se miraron un instante; pero de pronto el cacique dió un salto hacia adelante y tomó a la joven por un brazo al mismo tiempo que le decía con los ojos centellantes:

—Anoche no has oído al cuervo?

—Sí: lo oí.

—Entonces por qué no cumpliste con nuestro pacto?

Al comprender la perfidia de su padre y la bondad del hombre blanco que la había tomado por esposa, de los labios de la mujer salieron una catarata de palabras. Aquella fué una arenga original donde hablaba de la perversidad de su padre reprochándolo y de los derechos de la mujer: fué la primera conferencia feminista que probablemente se pronunciara en las tierras frías que están más arriba del paralelo cincuenta y tres.

Cuando la joven se detuvo para tomar aliento, el indígena le torció violentamente el brazo, diciéndole al oído:

—El cuervo volverá a gritar esta noche.. y si dejas de ir al lado de tu padre, es posible que mañana no veas la luz del día.

En aquel preciso instante en la puerta de la cocina apareció John Fox atraído por las voces de la mujer. Al ver al viejo corrió hacia él y tomándolo nuevamente por las ropas, lo arrastró hasta la puerta.

PUCKY

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

Como lo había prometido, aquella noche los graznidos del cuervo se oyeron más insistente que nunca. Lit-lit se despertó sobresaltada al mismo tiempo que John Fox se sentaba en la cama.

—¡Al diablo con ese cuervo! Nos viene a dar una serenata todas las noches!

Luego se volvió a echar al lado de su esposa; pero no pudo dormir. A intervalos de cinco minutos se oía, de la parte del río. los graznidos característicos del cuervo.

Lanzando otra blasfemia, el blanco se levantó de la cama, se puso los pantalones y los mocasines y avanzó entre las sombras que invadían la habitación. Después de encender una lámpara corrió hacia el almacén y tomó el fusil con cartuchos de municiones de Mac Tavish.

Cuando estuvo fuera de la factoría, el puestero de Sim Rock escuchó atentamente para saber de donde partía el grito. Pocos instantes después lo supo: venía del lado del río. Corrió en aquella dirección y cuando estuvo a poco menos de cincuenta metros de la orilla, se chó sobre el suelo y esperó atentamente.

Pasaron cinco, diez veinte minutos... y nada. Dos horas más tarde John Fox dormía tranquilamente en el mismo lugar en que se había echado. Con la diestra empuñaba fuertemente su fusil.

A unos ochenta metros de distancia; con la cabeza apoyada sobre las rodillas y dando las espaldas al blanco, Snettishane también dormía. Después de una espera inútil el sueño lo había vencido. Pero el viejo debió soñar con las frazadas, el tabaco y el rhum que guardaban en los almacenes de Sin Rock porque enseguida despertó sobresaltado y sin levantar la cabeza que tenía apoyada en las rodillas, volvió a graznar como los cuervos.

John Fox abrió los ojos: pero no desper-

ió como saben hacerlo los hombres civilizados que vivían en las ciudades cultas del sud, sino con los sentidos despiertos y una tranquilidad absoluta. Miró atentamente en la oscuridad y entre las penumbras descubrió un bulto entre las hierbas.

Se arrodilló en el suelo y llevando el fusil a la cara, disparó dos tiros.

El jefe de Sim Rock se puso de pie y corrió rápidamente hacia el lugar en que había disparado y un instante más tarde sus manos tocaban unos extraños atavíos de plumas. Era un hombre. A la luz de la luna miró su rostro: allí estaba Snettishane. El blanco sabía perfectísimamente que las municiones de su fusil debían haber perforado la espalda del indio: Snettishane también sabía lo que pensaba el marido de su hija. Sin embargo, los dos no dijeron una palabra al respecto:

—Qué haces aquí, Snettishane?

Pero como el indígena, pese a los plomos que tenía dentro del cuerpo, era orgulloso, respondió como la cosa más natural del mundo:

—¡No puedo dormir!

—Qué no puedes dormir? ¿Por qué?

—Por mi hija Lit-lit que vive y, que sin embargo ha muerto para mí. Es posible que a estas horas esté en el infierno de los blancos. Entiendes? Lloro por Lit-lit......

—Pues bien, de ahora en adelante, — interrumpió John Fox bruscamente, — si tienes ganas de llorar lo harás en la orilla opuesta, lejos del puesto de Sim Rock.

—¿Por qué?

—Porque tu llanto es demasiado fuerte y no dejas dormir a la gente.

—Es porque mi corazón está triste, — respondió Snettishane, — y mis días y mis noches son negros por el dolor.

—Sí... negras... como el cuervo.

Pero como en el fondo John Fox era un hombre bondadoso, no quiso irse sin antes saber los daños que habían producido las municiones en la piel del indio. Entonces éste, al comprender las intenciones del marido de su hija, empezó a llorar desconsoladamente diciéndole que lo había arruinado por todos los años que aún le quedaban de vida.

El blanco sonrió por la teatralidad de la escena. Los indígenas, cuando se trataba de cuestiones de dinero, eran tan buenos cómicos como el mejor de los blancos.

John Fox sacó una bolsita llena de monedas de oro y tomando siete de ellas se las echó al viejo que las tomó ávidamente:

—Toma estas monedas; pero no le digas nada a nadie! Te pago los daños que te hice y reconozco que te doy más de lo que mereces, vete de aquí.

A partir de aquella noche, los graznidos del cuervo no se volvieron a oir alrededor de Sim Rock. Lit-lit se convirtió en una espléndida matrona y es la mujer más dichosa de las tierras que están más allá del paralelo cincuenta y tres.

Además ha aumentado la familia de John Fox, dando varios hermanitos a los hijos de la primera esposa del blanco.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

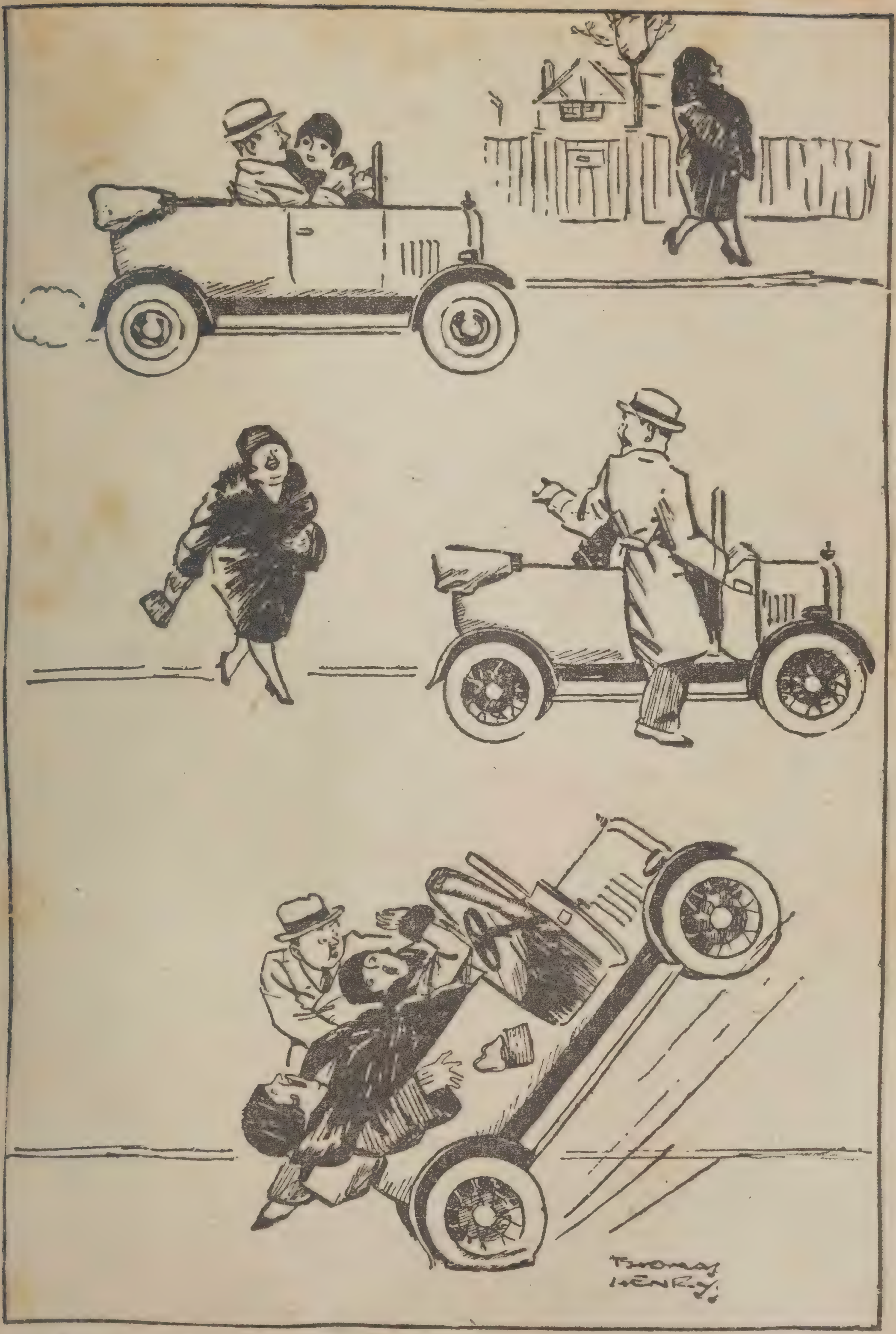
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay. Año $ 9.00 c/l.
Demás países .... " 12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



Peligro de invitar a una tercera persona...

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
DISGUSTADO POR EL FRACASO DE SUS BUENAS INTENCIONES PARA ENCARRILAR LA VIDA DE FAGIN, EL PEQUEÑO PIPERMIT SEPAROSE DE AQUEL Y MIENTRAS MARCHABA EN BUSCA DE TRABAJO, RECIBIO UN GOLPE DE UNA PELOTA ARROJADA DESDE UN CLUB, Y AL DEVOLVERLA AL CAPITAN, ESTE LE PROPUSO SI QUERIA SER LA MASCOTA DEL CLUB LOS PATOS. PIPERMIT ACEPTO Y AHORA LO VEMOS EN ACTIVIDAD ALENTANDO A SU EQUIPO
ESTE ES EL PRIMER PARTIDO IMPORTANTE QUE JUGAMOS DESDE HACE DIEZ AÑOS
ESA MASCOTA NOS DA SUERTE
¡BRAVO! ¡BRAVO!
WAM
SI SEGUIMOS ASI LOS VAMOS A EMPATAR
CHURRINCHE, CON ESTE PALO ATROPELLE SIN MIEDO QUE EL PARTIDO LO TENEMOS GANADO
¿NO SERA PESADO PARA MI?
¿VAMOS A JUGAR DE UNA VEZ?
A VER SI SE APURAN
¡ADELANTE!
¿POR QUE SE HA INTERRUMPIDO EL JUEGO?
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserve
CHURRINCHE, CON UN PODEROSO TIRO DECIDE EL JUEGO A FAVOR DE LOS PATOS
LOS PATOS VAN A LA CABEZA CON 52
LOS NENES 27
¡QUE RARO! ¡LOS PATOS GANAN!...
¡DIEZ AÑOS PERDEDOR! ¿SERA EL PIBE MASCOTA?

PORTE PAGO

PUCKY

No. 358
Agosto 8
de 1930

LA LECTURA PARA TODOS

20 cts.

El amuleto de Amir

Por Percy F. Westerman

El juez.—Parece que usted no ha hecho ningún esfuerzo en su vida del cual esté usted orgulloso.

El acusado.—Si señor; cuando era niño gané un premio de belleza en un concurso...

INSTINTIVO

—¿Qué significa esto, señor? — pregunta un viajero a otro en un vagón del ferrocarril. — Ya van tres veces que enciendo un fósforo y usted lo apaga.

—Poder de la costumbre, señor. Soy bombero voluntario de la Boca.

ORATORIA

Otarioff sale entusiasmado de un "meeting".

—Ese Trompicheti es un gran orador.

—¡Qué ha de ser! Ni siquiera sabe castellano.

—Y eso qué importa. Demóstenes tampoco lo sabía y era un gran orador.

MUCHO EN POCO

El mucamo recién llegado de su país, tiene que abrir una botella de champagne por primera vez en su vida, y exclama al vez que se derrama el vino:

—¡Dios mío! El que llenó esta botella no se fijó que era **de a litro y metió litro y medio apretando.**

POESIA

—Cíteme un ejemplo de licencia poética.

—Llamar en un verso "rauda avecilla' a una señorita que pese noventa kilos.

¡ATENCION!

—Usted tiene un tremendo grano en la parte posterior del cogote, — dice el médico al cliente.

—¿Es grave? — pregunta éste.

—Grave no, pero es de todo punto necesario que no le pierda de vista y se cuide.

NO HABIA ESCAPE

Dos pasajeros conversan en el tren.

—¿Va usted a la conferencia que Ladrillete da esta noche en el salón de la Sociedad Italiana de Cañada Sucia?

—Sí, señor, — contestó el otro.

—Siga mi consejo, no vaya, es un latoso que no dice más que pavadas.

—Lo siento mucho, pero no puedo faltar.

—¿Por qué?

—Porque da la casualidad de que yo soy Ladrillete.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 358. -- AGOSTO 8 DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

LA CASA SINIESTRA

Por Donald Stuart

LA CASA VACIA

LOS psicólogos han afirmado que el cerebro humano es incapaz de contener dos preocupaciones a la vez y concederle igual atención a ambas. El pesar mayor domina al otro y Antonio Gale, mientras caminaba furiosamente a lo largo del camino desierto y mal alumbrado que atraviesa Wimbledon Common, hubiera sido el primero en admitir la verdad de esto, de habérsele ocurrido pensar en ello, cosa que no hizo. Su mente estaba demasiado ocupada con su reciente pelea con Mollie para dejar sitio a las verdades profundas y se hallaba también de muy mal humor, estado que no es ideal para ningún hombre que desea entregarse a pensamientos sanos y consecutivos.

Tan enojado estaba que, por vez primera en las tres últimas semanas, olvidó completamente que se hallaba sin trabajo y sin ninguna perspectiva inmediata de encontrarlo, puesto que las oportunidades ofrecidas a un periodista poco conocido, con predilección por los asuntos policiales, eran pocas y espaciadas. Las mujeres eran irrazonables, completamente irrazonables, pensaba furioso. Sólo le había hecho a Mollie una sencilla pregunta. No tenía ninguna necesidad de haberse puesto así; y después de todo ¿qué había estado haciendo la noche anterior con Julio Savini, en la Avenida Shaftesbury?

Savini le era antipático a Antonio. Cualquier hombre decente se hubiera disgustado al ver a la joven, con quien estaba practicamente comprometido, en compañía de un tipo a quien se conocía por fullero, "chantagista" y quizá algo peor. Además, Mollie le había mentido deliberadamente. El se había tomado mucho trabajo para conseguir dos localidades en el Orpheum, porque ella le dijo que deseaba ir. Afortunadamente el empresario era amigo suyo porque sus fondos no le permitían comprar localidades caras de teatro — y a último momento Mollie le telefoneó para decirle que estaba con una jaqueca tan terrible que se iría temprano a la cama, pidiéndole que la disculpara. Antonio se había mostrado extremadamente compadecido — recordaba con amargura alguna de las cosas extravagantes que le había dicho — y pasó la mayor parte de la aburrida velada sentado junto a un asiento vacío y viendo una de las peores obras que recordaba. Sólo porque le habían regalado las localidades se abstuvo de levantarse después del primer acto.

Había visto a Mollie por pura casualidad. El tráfico estaba obstruído y mientras esperaba para cruzar la calle y tomar su ómnibus la vió salir del Trocadero, radiantemente hermosa con su nuevo traje de fiesta y acompañada por Julio Savini. Antonio rechinó los dientes. Habían subido a un taxi que los esperaba y que se puso en marcha antes de que él tuviera tiempo de reponerse de su sorpresa.

Después de pasar una noche de insomnio y gastar más monedas de dos peniques de lo que podía permitirse para obtener comunicación con la joven, Antonio se dirigió al departamento donde ella vivía, a la primera oportunidad, sólo para encontrarse con que había salido.

Enfriarse los pies cinco horas y media en la esquina de una calle concurrida no es método ideal de preparación para una entrevista delicada. Y Antonio estaba nervioso.

Algo de esto se traslucía en sus maneras cuando, poco después, se vió con la joven.

Su saludo, si no precisamente frío, carecía de aquella alegría despreocupada que Mollie parecía esperar. Sus subsiguientes observaciones estuvieron también desprovistas de tacto.

Se refirió varias veces a Savini, sin mencionar la palabra "caballero" o "señor" y Mollie le replicó con sus opiniones particulares sobre los hombres en general y Antonio en particular, terminando con un ferviente deseo de no verlo más, seguido por un movimiento estratégico que lo dejó a Antonio mirando estúpidamente la lustrada puerta que ella le había cerrado en la cara.

Consideradas todas estas cosas mientras se dirigía a su casa, con pasos largos y estéricos, Antonio pensaba que tenía sobrados motivos para considerar irrazonables a las mujeres. Sentía también un sordo dolor interior y un deseo loco de librarse de sí mismo, a fin de no pensar más que en algo agradable. ¿Qué podía haber de común entre una joven como Mollie Trayne y ese miserable fullero de Savini? pensaba tristemente. Hasta que la casualidad le abrió los ojos, ni siquiera sabía que se conocían y Mollie había rehusado terminantemente darle ninguna explicación sobre su extraña conducta.

Antonio caminaba salvajemente, dándole puntapies a las piedras sueltas que encontraba en el áspero camino, con la mente dolorida por el torbellino de pensamientos que giraban incesantemente alrededor de una idea fija. Mollie lo había dejado por un ser viscoso, en cuyas venas corría sangre de tantas nacionalidades que hubiera sido imposible dictar contra él una ley de extradición sin dividirlo en cuartos. En aquellos momentos, Antonio hubiera aceptado con gusto aquella tarea.

Experimentaba una terrible sensación de vacío, de que había terminado algo, terriblemente vital para su existencia y sentía en lo más profundo de su ser una desesperanza insoportable. Antonio vivía en un pequeño cottage, en las inmediaciones de Rochampton, y no **tenía ninguna necesidad de** dar aquel rodeo para llegar a su casa, sólo que deseaba hacer ejercicio y respirar aire libre. El cottage era su único bien; lo había heredado, junto con una pequeña suma de dinero, de una tía fallecida dos años antes y ésta era la única razón de que viviera Antonio en sitio tan retirado.

Llegó poco después al final del "comman", cruzó una ancha carretera y cortó camino otra vez, dando vuelta la esquina de Putney Heath. Su sentido de la dirección era puramente mecánico; pero conocía bien cada pulgada de los alrededores y podría haber encontrado su camino a ojos cerrados.

Poco después desembocó en una ancha avenida que lo conducía a unas cien yardas de su pequeña morada. Tenía a cada lado, grandes casas, cada una en su terreno propio, de extensión considerable. La mayor parte de éstas estaban, como sabía Antonio, desocupadas; eran reliquias abandonadas de un tiempo de prosperidad que aguardaban la demolición y el levantamiento, por arquitectos modernos, de otras en su lugar.

Había a mitad de camino de la avenida una casa que siempre interesaba a Antonio por la historia que la acompañaba. Siniestra y silenciosa, con ventanas desnudas sucias, "Las Hayas Susurrantes" estaba edificada muy lejos del camino, casi escondida entre los espesos árboles que la rodeaban y le daban su nombre. En la vecindad, la reputación de la casa era tan siniestra como su aspecto porque en aquel macizo edificio había ocurrido tres años antes una sombría tragedia que dió a la propiedad el nombre de la Casa Siniestra. La figura de la Muerte se había instalado allí, enrojecida su guadaña por la sangre de un hombre asesinado. Desde la noche fatal en que el Dr. Shard había sido muerto por mano desconocida en su laboratorio, la casa permanecía vacía y tenía fama de estar embrujada.

Se decía que figuras sombrías recorrían, después del anochecer sus terrenos cubiertos de yuyos y que brillaban luces detrás de sus obscuras ventanas.

Antonio no creía ninguno de esos cuentos; pero por curiosidad ociosa y porque el sitio lo fascinaba había tomado la costumbre de detenerse cada vez que pasaba frente a la casa, después del anochecer y contemplar su masa sombría apenas visible al final de un camino de coches. Nunca había visto ni esperaba ver nada; pero el hábito se había hecho en él segunda naturaleza y aquella noche, aunque su mente estaba en otra parte, la costumbre se impuso y Antonio se detuvo un segundo delante del portón roto. Casi inconscientemente examinó la casa y al hacerlo hizo de pronto una profunda y sibilante inspiración.

En una de las habitaciones de la planta baja brillaba una luz. Antonio Gale concluyó por pensar que su imaginación le jugaba malas pasadas. Cerró rápidamente los ojos y volvió a abrirlos, esperando encontrarse con que la luz había desaparecido, que se había equivocado. Pero la luz estaba todavía allí, débil, lejana, como una luciérnaga.

Luego, mientras Antonio continuaba **mirando fijamente a la ventana de donde pro-**

cedía la luz, algo obscuro pasó por delante de ella y un momento después se apagó.

Todo lo que había en Antonio de periodista entró en acción. Por un momento olvidó su pelea con Mollie, lo olvidó todo, excepto que encontraba la posibilidad de una historia sensacional. Sin vacilación, emprendió la marcha por el sendero obscuro, evitando el pedregullo y caminando por los bordes de pasto. Falto desde hacía largo tiempo de los cuidados de la guadaña, el pasto crecía alto y espeso, apagando el ruido de sus pasos, así que avanzó silenciosamente hasta donde un gran tejo se elevaba frente a la entrada principal. A la sombra de su macizo tronco, Antonio se detuvo y escuchó.

Gale penetró cautelosamente en el obscuro pórtico. La puerta del frente estaba abierta y él contempló el hall, obscuro como boca de lobo.

La noche estaba muy tranquila y excepto el débil rumor de las hojas más altas de las hayas, que agitaban suavemente la brisa, no se oía ningún sonido. ¿Qué explicación tenía aquella luz? Evidentemente había alguien en la casa desierta y Antonio estaba resuelto a descubrir quien era y que estaba haciendo.

Avanzó cautelosamente hasta que llegó a los escalones que conducían al obscuro vestíbulo. Allí vió lo que la obscuridad le impidió advertir antes. ¡La puerta de la casa estaba abierta! Sintió un extremecimiento de emoción recorrer sus venas.

¿Quién estaba adentro y para qué?

Sin hacer el menor ruido, ascendió de puntillas los escalones cubiertos de musgo y siempre silenciosamente, entró al hall, obscuro como boca de lobo, deteniéndose a escuchar otra vez, no bien pasó el umbral. Esta vez parecióle distinguir un ligero ruido, un suspiro que venía de algún sitio, a su derecha.

Antonio sintió erizársele los cabellos de la nuca. Había algo de horrible en aquel suspiro en la obscuridad. Esperó inmóvil, rígido; pero el sonido no se repitió y después de un minuto, Antonio empezó a avanzar lentamente. El cuarto donde había estado encendida la luz que daba a la derecha de la puerta de entrada y Antonio tentó con la mano a lo largo de la pared hasta que encontró el marco de la puerta. Toco alrededor de este y halló el vacío. La puerta estaba, aparentemente, abierta.

Antonio avanzó cautelosamente y mientras lo hacía experimentaba la sensación de que era observado. Sentía la presencia de alguien que se hallaba detrás de él en el hall.

Dió dos pasos más adelante y casi gritó al tropezar con algo que había en el suelo, algo blando, flexible. Extendió instintivamente ambas manos para sostenerse de rodillas y tocó algo, húmedo y pegajoso.

Retrocedió con un agudo grito de horror y sacando de su bolsillo una caja de fósforos, encendió uno. A su débil resplandor vió que había caído sobre el cuerpo de un hombre... un hombre que estaba allí, rígido, espantoso, con una herida terrible en la garganta. Pero fueron las facciones pálidas, desfiguradas por el terror, lo que más atrajeron la atención de Antonio. ¡Porque era aquel el rostro de Julio Savini!

II

EL HOMBRE EN LA OBSCURIDAD

¡Julio Savini!

No podía confundirse aquel rostro moreno, cetrino, aunque los labios, gruesos y muy rojos estaban torcidos por una mueca de agonía y de terror.

Antonio experimentó una curiosa sensación de frío a lo largo de su columna vertebral cuando el fósforo que sostenía estaba a punto de apagarse, a la vez que sentía detrás suyo el débil crugir de una tabla del piso, el casi imperceptible ruido de pasos. Recordó su sensación de una presencia desconocida y se dió vuelta; el fósforo le quemó los dedos. Una figura negra, informe, se adelantaba hacía él desde la puerta abierta.

Era una figura agachada, monstruosa, con dos blancas manos, semejantes a garras, extendidas, tentando delante de sí. Antonio experimentó una sensación de terror que nunca había sentido antes a la vista de aquellas manos largas, esbeltas, marfileñas, y luego el fósforo se apagó del todo.

La obscuridad, después de desaparecer aquel débil resplandor, fué más intensa y el silencio que siguió indescriptiblemente horrible. Parecía como si todo el universo hubiera quedado quieto de repente; luego en la obscuridad oyóse el suave frufrú de vestiduras de seda; un segundo después algo se lanzó sobre Antonio y este se encontró luchando desesperadamente para apartar aquellos dedos huesosos de su garganta.

Un extremecimiento lo sacudió al sentir que las manos de su desconocido adversario le tocaban la cara y el cuello, porque eran frías, con el frío de algo que está hace largo tiempo muerto: el frío misterioso de la misma muerte. Y sin embargo, había en aquellos dedos una fuerza tremenda, que le impedía librarse de la extranguladora presión. Una de las huesosas manos se había cerrado en torno de su garganta y los dedos apretaban, apretaban, haciéndole retumbar la sangre en el cerebro.

Ejerciendo toda su fuerza, trataba Antonio de libertarse de aquel dogal de acero; pero inútilmente. La presión en torno de su cuello no aflojaba ni una pulgada.

Luces anaranjadas y rojas bailaban delante de sus ojos y su cabeza daba vueltas.

Sabía que dentro de pocos segundos perdería el conocimiento. Con supremo esfuerzo logró libertar su mano derecha de la garra del otro y pegó a ciegas. Oyó un débil gemido de dolor y por un momento el dogal asfixiante se aflojó. Retrocedió dos pasos, tragando grandes bocanadas de aire, ansiosa, penosamente, tropezó con el cuerpo del muerto y cayó pesadamente al suelo. Antes de que lograra siquiera intentar ponerse de pie, su desconocido asaltante cayó sobre él nuevamente sintió aquellas horribles manos que buscaban su garganta. Si lograban asirla otra vez, sabía Antonio que estaba perdido. Agarrando las descarnadas muñecas de su atacante, luchó Antonio con todas las fuerzas que le quedaban para apartar aquellos dedos ansiosos de su cuello; pero, lenta, seguramente, el otro iba ganando terreno.

Los doloridos músculos de Antonio crugían bajo el esfuerzo pero sus brazos iban siendo levantados. El hombre desconocido parecía tener fuerza sobrehumana. Antonio sentía su cálido aliento abanicarle las mejillas y había algo de horrible, de fantástico en aquella lucha, a muerte, en la obscuridad.

Por fin, con un extremecimiento que le recorrió los miembros, sintió el contacto helado de aquellos dedos de muerte en su barba; un momento más y oprimirían su garganta. Con repentino tirón, Antonio torció su cuerpo hacia un costado, sin soltar las muñecas del otro. Rodaron por el suelo y poco después se encontró Antonio arriba de su contrario. La ventaja fué, sin embargo, de corta duración porque su enemigo era escurridizo como una anguila. Logró soltar sus manos que, repentinamente oprimieron la nuca de Antonio, a la vez que levantaba bruscamente las rodillas. Antonio dió un verdadero salto sobre la cabeza del otro y cayó de espaldas con ruido sordo. Su cabeza pegó en el suelo con fuerza terrible y, después de ver millares de luces perdió el conocimiento.

Su primera impresión, al recobrar lentamente el sentido, fué que su cómodo lecho se había convertido en algo insoportablemente duro. Todos los huesos del cuerpo le dolían y sus sienes parecían contener un martinete de vapor que trataba de abrirse paso a través de su cerebro. Con un gemido, oprimióse las sienes con las manos y se sentó. El movimiento le aumentó el agonizante dolor de cabeza; pero, después de un momento, esto alivióse ligeramente.

Estaba en obscuridad profunda, interrumpida únicamente por un confuso cuadrado azul obscuro a su derecha. Al aclararse gradualmente su cerebro, recordó su hallazgo del cadáver de Savini, su lucha con el desconocido en la obscuridad. Aparentemente estaba aún en la casa vacía. Antonio se puso de pié vacilante, y tanteó sus bolsillos buscando los fósforos. No los encontró. Recordó haberlos dejado caer al suelo al descubrir, con sorpresa, el cuerpo de Savini. Buscó alrededor, en el piso y poco después los encontró. La caja había sido pisoteada durante la lucha y el contenido desparramado; pero, afortunadamente, contenía aún tres fósforos. Antonio encendió uno y a su luz miró alrededor. No pudo reprimir un grito de sorpresa cuando sus ojos se fijaron en el sitio donde antes se hallaba el hombre muerto... ¡porque el cadáver de Julio Savini había desaparecido!

Antonio miró estúpidamente el suelo vacío, no queriendo creer a sus ojos. ¿No habría sido todo obra de su imaginación? Palpó delicadamente su garganta con los dedos. Ciertamente no había imaginado la lucha en la obscuridad; el dolor de cabeza, las magulladuras de su cuello, eran pruebas suficientes para demostrarle que no había soñado. El fósforo que sostenían sus dedos se apagó y encendiendo otro se inclinó para examinar el suelo. No, no había lugar a du-

das. Allí, en las tablas desnudas, veíase una mancha siniestra, irregular. Miró sus manos. También estaban manchadas de sangre. Savini había sido asesinado; pero por alguna razón habían ocultado el cuerpo mientras Antonio estaba desmayado.

Encendió un tercer fósforos y mirando alrededor del cuarto vacío, vio un cabo de vela, en un rincón de la repisa de mármol de la estufa. La luz que había visto sería la procedente de aquella vela, pensó. Inclinóse sobre ella y la encendió. Al hacerlo, vió recostado contra la pared un sobre. Sobre él había algo garabateado con lápiz y acercándose para examinarlo a la luz de la vela vió Antonio con sorpresa su propio nombre. El que había escrito lo conocía.

Abrió el sobre y sacó su contenido, una hoja de papel de cartas, barato. Escrito con la misma letra corrida del sobre leíase lo siguiente:

"Será muy sensato en usted aliviar los acontecimientos de esta noche. Pude asesinarlo con la misma facilidad con que asesiné a Savini y no vacilaré en hacerlo si se convierte usted en una molestia. Escapó con vida solamente porque nada sabe. Donde la ignorancia es. . . vida, resulta locura el saber"

Eso era todo. El billete no tenía firma. Antonio frunció en silencio los labios, mientras metía, pensativo, el aviso en su bolsillo. Había tropezado con un verdadero misterio. ¡Qué artículo! Una primera página con grandes encabezamientos:

ASESINATO A MEDIA NOCHE EN UNA CASA VACIA

"Se repite la historia en la Casa Siniestra de Richampton".

No habría editor de noticias en Fleet Street que no lo acogiera con los brazos abiertos. Era una gran "primicia". La mayor que se había presentado en su camino. Antonio resolvió ofrecérsela al "Courier". Había hecho varios trabajos distintos para Downe y posiblemente recibiría una comisión para "descubrir" el asunto. Miró su reloj. Era la una y media. Si se apuraba y tenía la suerte de conseguir un taxi tendría tiempo de escribir el artículo para que saliera en la edición de la mañana. Los diarios se disputaban una noticia así, exclusiva.

Dirigió una rápida mirada alrededor del cuarto vacío y ruinoso para ver si había algo que le revelara un rastro de la identidad del hombre que lo había atacado. . . el asesino de Savini. Pero nada había y agarrando el cabo de vela se dió vuelta para irse. Dirigiéndose al amplio hall estaba a punto de abrir la puerta para retirarse, cuando oyó un leve ruido en la escalera que lo hizo darse vuelta apresuradamente. Un bulto, algo obscuro, se veía al pié de una de las pesadas barandillas y al mirar él se movió ligeramente, lanzando un suave gemido. Levantando en alto el cabo de vela, se acercó Antonio con precaución y se inclinó sobre el bulto,

Y aquí recibió la tercera y mas grande sorpresa de la noche, porque el bulto obscuro era una mujer y los grandes ojos que lo miraron desde el rostro color ceniza eran los de Mollie Trayne.

III

EL INTRUSO NOCTURNO

Antonio dejó apresuradamente el cabo de vela en el borde del último escalón se arrodilló junto a la joven.

—¡Mollie! — exclamó con voz llena de asombro — ¿qué, en nombre del cielo, estás haciendo aquí?

Ella lo miró un momento de un modo vago, con sus ojos sombríos, sin brillo. Luego se incorporó, ayudada por el brazo de Antonio que la sostenía. Mientras ella se movía llegó a las narinas de Antonio un olor dulzón que no le dejó dudas acerca del motivo del presente estado de la joven. Esta volvía en sí después de habérsele administrado una droga. Había sido cloroformada.

—Tony — murmuró el nombre casi imperceptiblemente — Tony. . . ¿qué ha pasado? Me. . . me siento. . . espantosamente mareada. Su voz terminó en un murmullo incoherente.

—Te sentirás peor si tratas de moverte — le contestó él al ver que la joven hacia un esfuerzo para levantarse — Quédate un momento quieta hasta que se te pase el mareo.

Ella se recostó en su brazo y pasóse la temblorosa mano por los ojos. Por unos momentos se estuvo quieta, con los ojos cerrados, mientras Antonio la observaba ansiosamente, devanándose los sesos para comprender ese nuevo misterio. ¿Qué hacía Mollie en la Casa Siniestra a esa hora de la madrugada? Evidentemente había sido atacada por la misma misteriosa persona que peleó con él en la obscuridad; pero ¿quién la había traído allí primero? ¿Había venido con Savini? Antonio se enfrió a este pensamiento. Si era así, a menos que la hubiesen cloroformado antes, tuvo que presenciar el asesinato.

Poco después abrió ella los ojos y Antonio vió que habían recobrado algo de su antiguo brillo.

—¿Te sientes mejor ahora? — preguntóle él suavemente.

—Sí, gracias a tí — contestó ella.

—Dime lo que ha pasado — dijo Antonio ayudándola a sentarse.

—No se. Sólo recuerdo haber llegado hasta la puerta del frente, que alguien me agarró después por los hombros y antes de que pudiera moverme o gritar me apretó algo sobre la cara. No recuerdo nada más.

—¿Pero quién te trajo aquí? ¿Por qué viniste?

—No. . . no puedo decírtelo — murmuró Mollie, que se levantó tambaleándose y apoyada en el brazo de Antonio. Este tuvo que rodearle la esbelta cintura con su brazo para que no cayera.

—Es mejor que vuelvas a sentarte un

Mientras Antonio andaba por aquella casa de sombras siniestras, vió de pronto una figura inmóvil sobre la escalera. Levantó la luz y vió, con horror, que era Mollie Trayne.

momento — le aconsejó y trató de llevarla hasta la escalera; pero Mollie movió negativamente la cabeza.

—¡No, no! — murmuró mirando a su alrededor con ojos aterrorizados — Déjame salir de esta horrible casa. Me horroriza.

Dió un paso vacilante hacia la puerta.

—¿Así que no quieres decirme por qué viniste? — insistió él.

—No puedo — repitió ella y su voz resonó algo más fuerte, con una nota de resolución.

—¿Viniste con Savini? — preguntó Antonio vivamente y sintió que los dedos de ella se hundían en su brazo al oir la pregunta.

—No. — contestó lentamente — No vine con el señor Savini.

—¿Y supongo — prosiguió un poco sarcásticamente Antonio — que no te imaginabas que estaba aquí?

—Sí. — sus palabras eran tan bajas que apenas las oía él — Sí, sabía que él estaba aquí.

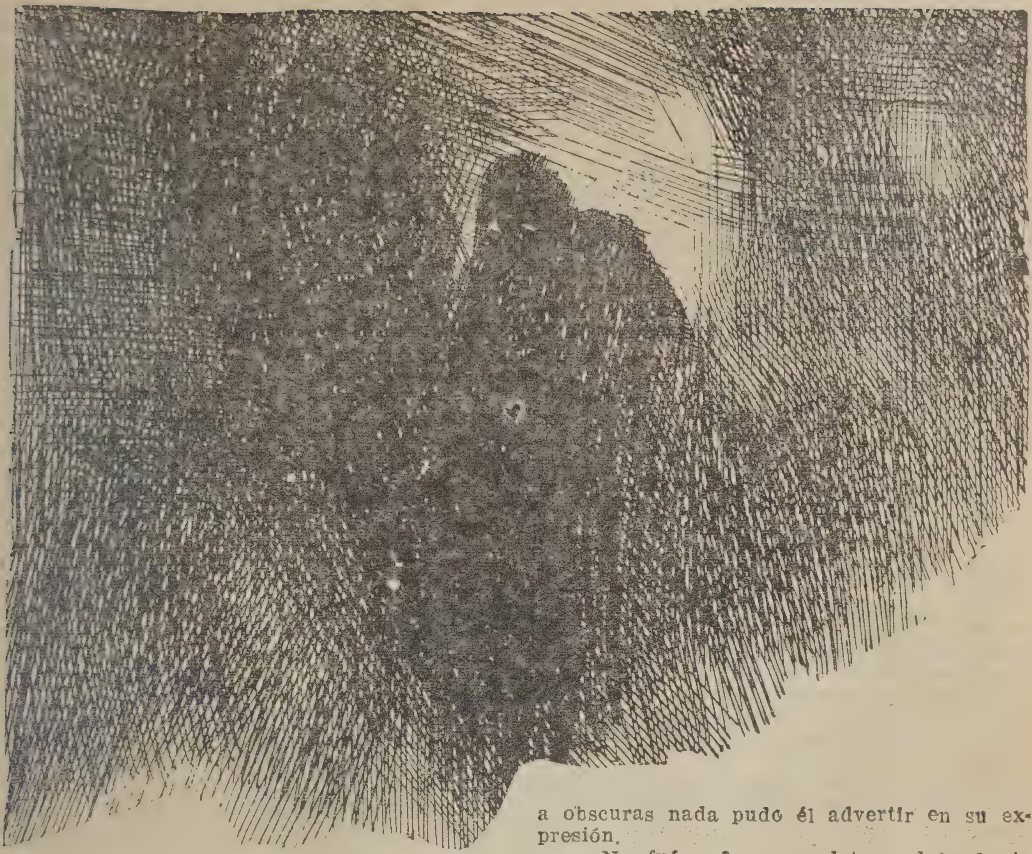
—¿Y por eso viniste?

—En parte sí — la respuesta tardó largo rato en venir, como si la diera contra su voluntad.

—Comprendo. — dijo amargamente Antonio — No necesitas explicarme nada más.

—No comprendes — gritó ella vivamente — No comprendes absolutamente nada.

—Creo que sí. — contestó él y luego con ese deseo que se siente a veces de herir a quien más se ama añadió: — De todos mo-



dos nunca más volverás a verlo a Savini. Ha muerto.

Mollie vaciló como si hubiera recibido un golpe en el rostro.

—¡Muerto! — bolbuceó — ¿No... no habrá sido asesinado?

Antonio sintió arrepentimiento de su brusca revelación.

—¡Disculpa! — murmuró — No debí decírtelo así. Yo...

—Pero tienes... tienes que decírmelo. — lo interrumpió ella, agarrándolo por las solapas del saco con ambas manos. Tienes que decírmelo todo. ¿Cómo fué? ¿Dónde?

El permaneció silencioso pensando porque ella había llegado tan rápidamente a la conclusión de que había sido un crimen.

Ella esperó un momento y viendo que él no contestaba prosiguió con ronco murmullo: —¿ Fué... aquí?

Antonio hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—¡Asesinado! — miró ella temerosamente a su alrededor y el terror se reflejó en sus ojos al murmurar la espantosa palabra.

—Yo no dije que fué asesinado — dijo Antonio disimuladamente — si no que había muerto.

Ella levantó sus ojos hasta el rostro de él interrogadoramente; pero como estaban a obscuras nada pudo él advertir en su expresión.

—¿No fué...? — se detuvo dejando la frase sin concluir.

—Lo fué, en verdad. — admitió Antonio. — Pero ¿qué te hizo pensar eso?

—No... no se... Se me ocurrió no más. — tartamudeó vagamente y la mano que tenía en el brazo de Antonio temblaba con violencia. Luego estalló repentinamente. — ¡Oh!... vamonos de aquí... ¡Vámonos!

Corió hacia la puerta y empezó a luchar desesperadamente con la cerradura, mirando por encima de su hombro con ojos desorbitados.

Antonio la siguió llevando el cabo de vela en su mano y, mientras pasaba por la puerta abierta del cuarto donde había muerto Savini, su pié tropezó con algo que había en el suelo. Se agachó rápidamente y lo levantó. Mollie dedicaba su atención a la puerta y no se fijó.

Cuando llegó Antonio junto a la joven ella había logrado abrir y salieron a lo obscuridad del vestíbulo.

—Si podemos encontrar un taxi te llevaré a tu casa — dijo él mientras ella bajaba apresuradamente los escalones y medio caminando, medio corriendo tomó por el sendero de coches.

—No necesito molestarte... Tengo un auto. — le dijo ello sin alientos.

—¡Tienes una auto! — repitió él asombrado.

—Si, lo dejé aquí a la vuelta.

Antonio tiró el cabo de vela, todavía encendido, y la agarró del brazo.

—Oye, Mollie, le dijo severamente — tú ocultas algo ¿Qué sabes de este asunto?

Ella no trató de soltarse o de negar su afirmación; pero permaneció silenciosa.

—Tienes que haber venido aquí por alguna razón — prosiguió él — ¿Cuál es?

—Es inútil que me lo preguntes, Tony — dijo después de otro silencio y con un leve dejo de impaciencia en la voz — Te dije una vez que no podía decírtelo y es verdad.

—Pero... empezó él y ella lo interrumpió.

—No comprendes y es mejor que no trates de comprender — ella hablaba rápida y nerviosamente — Olvida todo lo ocurrido esta noche lo más pronto que puedas. Nada tienes que ver en ello y serás muy prudente si sigues mi consejo.

Habían llegado ahora al portón y pasado por él se detuvo ella en la acera.

—Háblame por teléfono mañana por la tarde — prosiguió. — Y recuerda lo que te he dicho. — Le apretó el brazo y antes de que él pudiera hablar echó a correr rápidamente por la desierta avenida.

Por un momento sintió Antonio deseos de seguirla y pedirle una explicación de sus extrañas palabras, luego comprendiendo la inutilidad de ello, se encogió de hombros y miró indeciso a su alrededor. A la distancia, un reloj dió dos sonoras campanadas, avisándolo lo tarde que era. Aunque tuviera la suerte de encontrar un taxi, cosa que era bastante improbable, sería inútil que fuera a las oficinas del "Courier". No llegaría allí hasta cerca de las tres y cuando hubiera escrito su original ya no sería tiempo para que saliera en las ediciones de la mañana.

Resolvió irse a su casa y ver a Dewner a primera hora; y con esta intención dió vuelta, tomando en sentido contrario al seguido por Mollie y haciendo el camino a buen paso.

Empleó el corto trecho a su cottage en repasar los misteriosos acontecimientos de la noche tratando en vano de explicarse la misteriosa conducta de Mollie y las razones de su presencia en "Las Hayas Susurrantes". Todo el asunto, empezando por el asesinato de Savini era inexplicable, una pesadilla, y Antonio sintió que su aturdido cerebro giraba vertiginosamente al tratar de comprender. Llegó a su cottage y luego de haber encendido la luz en su pequeño comedor se mezcló una buena cantidad de whisky con soda y se la bebió de un trago.

Su caminata de la noche y la excitación que había seguido habíanle producido cansancio mortal y se hallaba en su dormitorio, en parte desvestido, cuando se acordó de pronto del pequeño saquito de cuero que había recogido en el hall de la casa vacía.

Agarrando su jacket sacó el saquito del bolsillo. Era de cuero plegadizo, prendido con un broche automático y notablemente viejo. Había algo duro adentro y Antonio comprendió que era una llave antes de que la sacara y, con ella, un pedazo de papel.

La llave había sido indudablemente hecha para una cerradura de seguridad, porque tenía forma parecida a la Yale, aunque era sólo la mitad del tamaño. Antonio examinó el papel que la acompañaba. Tenía varias líneas de letras y signos y era evidentemente una clave o la llave de una clave. El papel era viejo; la tinta con que estaba escrito empezaba a borrarse.

Antonio registró cuidadosamente el saquito para ver si encontraba algo más; pero no había nada ni contenía seña alguna. Decidió examinarlo mejor por la mañana y volviendo a guardar en él la llave y el papel, lo metió debajo de su colchón y, con un bostezo, continuó desnudándose. No bien puso la cabeza en la almohada se quedó dormido.

Un débil ruido, que resonó cerca suyo, lo despertó instantáneamente y se sentó en la cama. El cuarto estaba a obscuras; pero en el lado opuesto de la puerta había una ventana que daba al pequeño jardín del fondo y suficiente luz en el cielo para mostrarle que la puerta se abría lentamente. Observó escuchando intensamente, y poco después oyó una suave respiración. La puerta se abrió y ahora podía ver, proyectada vagamente contra el cuadrado gris de la ventana una sombría figura que entraba con cautela.

Antonio extendió silenciosamente la mano hacia la mesita de noche y, sin apartar sus ojos de aquella forma furtiva y siniestra, agarró la linterna eléctrica.

Crugió una tabla floja y, al oir el ruido, Antonio saltó de la cama y encendió su linterna.

Alcanzó a distinguir una forma negra, agachada como para saltar; vió la cabeza baja, envuelta en una especie de careta-bolsa y luego algo pególe tan violentamente en el hombro que le hizo caer la linterna. Un momento después se había trabado en lucha con el intruso.

Su mano derecha tocó algo frío; sintió un agudo dolor en el brazo y sus dedos húmedos y pegajosos. Supuso que el visitante llevaba un cuchillo y pegó violentamente. Oyó una exclamación ahogada y el ruido de algo que caía al suelo, recibió un puntapié en la canilla que lo hizo caer de rodillas; luego la puerta se cerró y la llave giró en la cerradura.

Antonio se puso, vacilante, de pié; rengueando acercóse a la llave de la luz y la abrió. El cuarto estaba vacío. El intruso se había ido, dejando como recuerdo de su visita el cuchillo de larga hoja y mango negro que brillaba siniestramente en el suelo. Antonio tuvo que forzar la puerta para poder pasar al cuarto de baño y lavar y vendar la profunda cortadura que se había hecho en el dorso de la mano y que sangraba profusamente. Fué durante aquella operación que comprendía súbitamente el objeto de aquella visita nocturna. El intruso venía a buscar el saquito de cuero que él recogiera en el hall de la casa vacía.

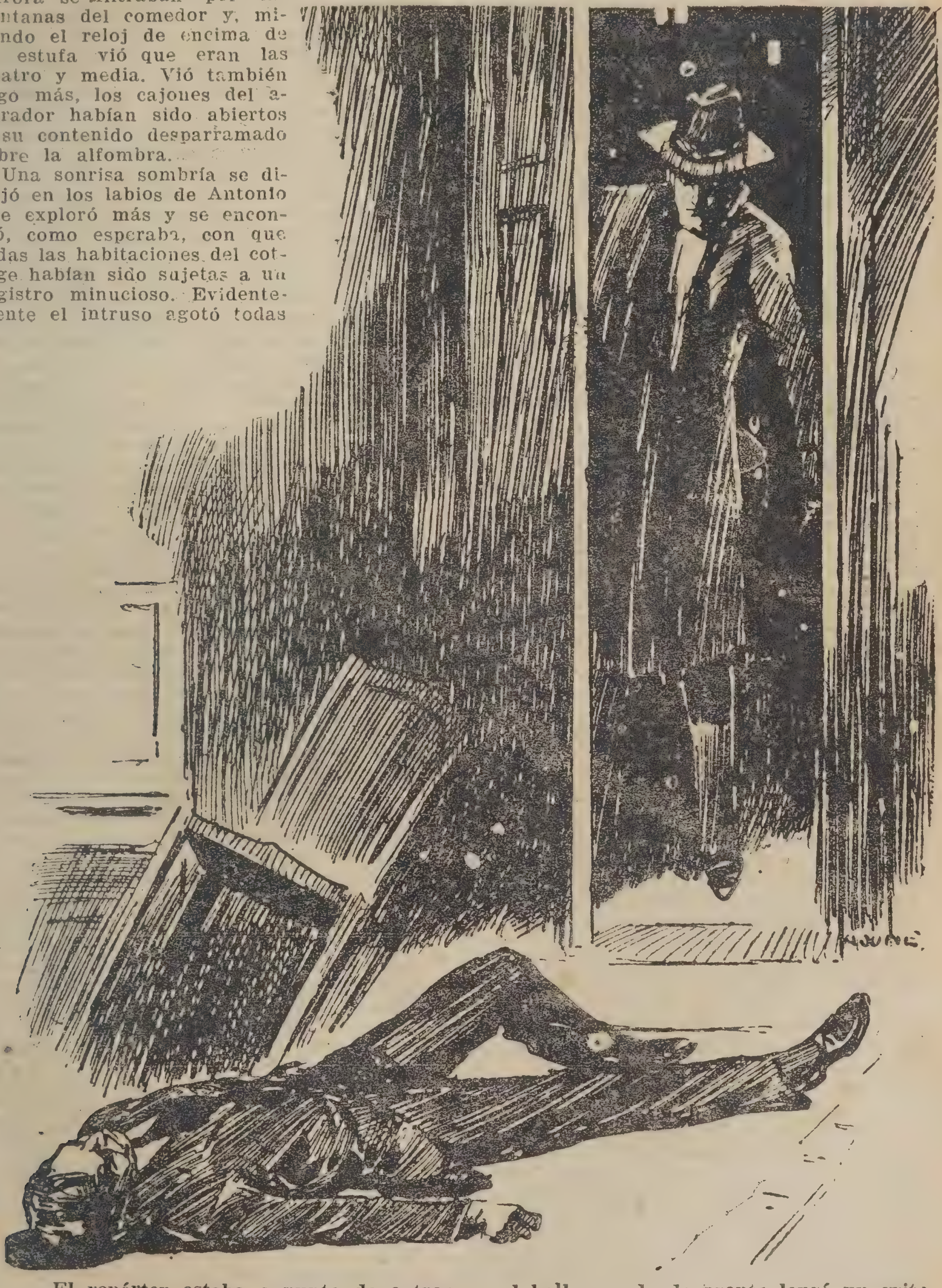
IV

EL AUTO VERDE

Ya no sentía más deseo de dormir y, habiendo vendado su herida, Antonio bajó la escalera. Los primeros pálidos rayos de la aurora se filtraban por las ventanas del comedor y, mirando el reloj de encima de la estufa vió que eran las cuatro y media. Vió también algo más, los cajones del aparador habían sido abiertos y su contenido desparramado sobre la alfombra...

Una sonrisa sombría se dibujó en los labios de Antonio que exploró más y se encontró, como esperaba, con que todas las habitaciones del cottage habían sido sujetas a un registro minucioso. Evidentemente el intruso agotó todas las otras posibilidades antes de volver su atención al dormitorio, porque ni siquiera la cocina y la percha del hall se le habían escapado.

Había penetrado por una ventana microscópica de la despensa, porque Antonio vió un círculo de vidrio, limpiamente cortado



El repórter estaba a punto de entrar en el hall, cuando de pronto lanzó un grito de horror. Extendido en el suelo estaba el cuerpo inerte de un desconocido.

para permitir paso a la mano y alzar la falleba que estaba sobre el antepecho. Antonio exminó su revuelta casa detenidamente para ver si podía encontrar algún rastro que le permitiera identificar al ladrón enmascarado; pero no había nada.

Puso a calentar una pava de agua, se lavó, se afeitó, hizo té y, llevándolo a su pequeña biblioteca, subió a buscar el saquito de cuero. Sentado ante su revuelto escritorio puso el contenido del saquito sobre un papel secante y lo estuvo contemplando con el entrecejo fruncido.

La llave no daba indicación alguna. Era de bronce y el nombre del fabricante había sido cuidadosamente raspado. Antonio la dejó a un lado y dedicó su atención al pedazo de papel que la acompañaba; pero aunque se estrujó el cerebro casi por espacio de una hora, nada pudo descifrar en aquellas hileras de números y letras que la cubrían. Por último agarró una hoja de papel e hizo una copia del viejo documento, por que era indudablemente viejo.

Las líneas de letras y signos eran como sigue:

"M. O. C. V. 2. P. 101. L4 W5. L6. W8. P116. L2. W7-9. L20. W7. L45. W6-9. L30. Wl. P. 120. L. 10. W3. L. 4. W5-6. P 121. L19. W 7-9"

Habiendo completado su copia, Antonio volvió a poner la llave y el original en el saquito y se metió este en el bolsillo de la cadera. Luego con un block de papel y una pluma trató en todas las formas conocidas de descifrar el criptógrama. Eran las siete de la noche cuando renunció desesperado y levantando la tapa de su maltratada máquina, empezó a escribir un relato de sus aventuras de la noche anterior. La leyó con orgullo justificado porque era un artículo interesante y no faltaba ninguno de esos elementos tan caros al editor de noticias y tan raros. Poniéndolo en su bolsillo, Antonio encontró con que era hora de tomarse un huevo pasado por agua, que él mismo se preparaba, antes de dirigirse a las resplandecientes oficins del "Courier".

El señor Dewner, aquel hombre ocupado y pesimista, cuyo lápiz azul había destrozado más corazones de repórteres que cualquier otro editor de noticias en la Street, escuchó lo que tenía que decirle Antonio y leyó las páginas nutridas sin dar signos visibles de interés. Al llegar al final, volvió uno de sus pálidos y cansados ojos azules a Antonio — tenía el hábito de mantener siempre cerrado el derecho y nadie recordaba habérselo visto a Downer con los dos ojos abiertos a un tiempo

—Está bien. — dijo — Espera un minuto.

Tomó un lápiz, escribió un garabato ilegible en la parte superior del original, hizo algunas tachaduras y correcciones y luego, extendiendo la mano, tocó un timbre.

—Lleve esto al señor Short — dijo al muchacho que contestó a su llamado, tirándole el manuscrito: y Antonio vió su artículo desaparecer para ser entregado al subdirector.

—Lo he dicho a Short que lo ponga en primera página, con títulos a todo el ancho, dijo Downer sirviéndose un cigarrillo — Es mejor que de cuenta a la policía. Puede ser que haya algunos otros acontecimientos. Investigue el asunto y hágame saber todo lo que haya. — atrajo una hoja de papel hizo un garabato y firmó con su nombre — Llévelo esto al cajero para gastos. ¡Adios!

Sin levantar la vista empezó a registrar entre la pila de papeles que ocupaban su escritorio y Antonio, que conocía bastante bien a Downer, no se sintió desanimado por el brusco final de la entrevista; agarró el papel que el otro había tirado y salió sonriendo de la oficina.

Dirigióse por un corredor a la pieza de los repórteres y haciéndole una inclinación de cabeza a su único ocupante, un hombre de cabellos rojos escribía en un ángulo del escritorio, levantó el receptor del teléfono y a los pocos minutos estaba hablando con un interesado oficial de Scotland Yard. La conversación fué larga; pero aparentemente satisfactoria porque la cara de Antonio tenía aún su alegre sonrisa cuando finalmente colgó el tubo.

—Parece que ha descubierto usted algo — observó el hombre de la cabezo roja, levantando la vista de su trabajo. — No pude menos de oir lo que decía. Es interesante.

—Lo es — convino Antonio — ¿Qué está haciendo Smith?

Castleton Smith hizo una mueca de disgusto.

—Escribiendo sobre la carrera de perros de ayer — dijo con acento lúgubre — Y así tan interesante como un paseo en domingo de lluvia. Todo lo que sé de perros es que por un extremo ladran y por el otro no.

Antonio se echó a reir y el otro lo miró con envidia.

—Yo quisiera hacer su trabajo — dijo — Siempre ha sido mi ambición encontrarme con un crimen "jugoso".

—A cada chancho le llega su San Martin — dijo Antonio sentenciosamente y cerró la puerta para esquivar la pesada guía que el indignado Smith le tiró.

Había llegado al gran vestíbulo de las oficinas antes que se le ocurriera, súbitamente, una idea. Volvió sobre sus pasos y dirigióse a un cuarto del segundo piso. Allí estaba la colección de diarios atrasados desde el primer día que apareció el progresista "Courier". Después de buscar diez minutos, encontró Antonio lo que buscaba y poco después se engolfó en la lectura del asesinato del primer propietario de "Las Hayas Susurrantes". Despojado de los adornos con que había embellecido el relato el repórter que "descubrió" el caso, ésto era, en substancia, como sigue:

Cuatro años antes había llegado calladamente de América un hombre de cierta edad retirado, bastante tímido, que compró "Las Hayas Susurrantes", instalándose allí con un pequeño personal de servicio. Pronto se supo que aquel modesto personaje era nada menos que el doctor Manuel Shard, famoso

especialista del cáncer, cuyas investigaciones y curas le habían dado fama mundial.

Inmediatamente la casa fué sitiada por repórteres ansiosos de obtener una entrevista con el gran hombre; pero el doctor Shard se negó a verlos a todos. Envió un mensaje con su secretario, — un hombre llamado Caryll — diciendo brevemente que estaba ocupado en investigaciones y experimentos relacionados con la cura del cáncer, que había elegido aquella casa por su tranquilidad y no deseaba ser molestado en sus trabajos.

Pasó un año durante el cual el doctor Shard llevó prácticamente una vida de ermitaño y su existencia fué casi olvidada. Y luego, una mañana, Duson que combinaba las funciones de mayordomo, ama de llaves y factorum general, porque Shard era excéntrico y no quería mujeres a su servicio, encontró a su amo muerto en su laboratorio, al fondo de la casa, con un cuchillo clavado en la espalda.

Repuesto del primer horror del descubrimiento, Duson fué a despertar a Caryll; pero el secretario no estaba en la casa. Se llamó la policía y diósele una descripción del hombre desaparecido que circuló por todo el país; pero sin resultado. Aparentemente Caryll se había hecho humo. Si era o no el asesino, no podía saberse, porque no había rastros ni motivos para el crimen. Nada había sido robado y nadie oyó jamás una disputa entre Shard y su ayudante; más bien los testimonios eran de que se hallaban en muy buenas relaciones de amistad.

El sensacional crimen fué cayendo poco a poco en el olvido, como uno de esos misterios sin resolver, recordados vagamente por el público y en los que trabajan pacientemente ciertos hombres que habitan un sombrío edificio, sobre la Rambla del Támesis. Tal era el caso y cuando Gale hubo concluido de leer los distintos informes se puso de pié, decepcionado, y salió de las oficinas del "Courier".

Lo que esperaba encontrar, no lo sabía; pero se le ocurrió que aquel crimen de tres años atrás podría aportarle alguna luz sobre los recientes sucesos en que se había visto envuelto, quizá iluminarlo sobre el significado del criptógrama y la llave.

Pensando en la llave dirigió sus pasos hacia el oeste. La persona o personas desconocidas que habían asesinado a Savini estaban evidentemente ansiosas por recuperarla y era prudente ponerla fuera de su alcance. Antonio tenía cuenta en el Union y Southern Bank — tan microscópica en esos días que apenas se notaba; pero cuenta todavía — de modo que fué al banco, puso el saquito de cuero en un sobre, lo lacró y se lo dió al gerente con instrucciones estrictas de que sólo le fuera entregado a él personalmente.

Experimentó una sensación de alivio después de hacer, esto porque estaba convencido que la posesión de aquel saquito era peligrosa. Su falta de sueño de la noche anterior empezaba a producirle efecto y se sentía terriblemente cansado, por lo que empezó a discutir mentalmente la conveniencia de volver a su cottage para descansar. En esos momentos se dió cuenta de que un auto venía lentamente detrás suyo. No había en esto nada de extraordinario, sólo que Antonio lo había visto antes aquella mañana. Era un coupé de dos asientos, pintado de verde obscuro y llevaba en el largo radiador una mascota de forma particular; era una pequeña reproducción en plata, de la estatua de la Libertad. Recordó haber visto el auto delante de las oficinas del "Courier" cuando salió nuevamente al abandonar el banco. Alguien lo andaba siguiendo. Se detuvo en el borde de la acera y esperó que el auto llegara a nivel suyo, esperando ver al ocupante, pero en esto se llevó chasco porque, dándose evidente cuenta de su interés, el conductor aceleró la marcha y el auto pasó como una flecha por delante de Antonio, dando vuelta la esquina, sin que Gale pudiera ver otra cosa que una figura vaga, embozada, detrás del volante. Pero, con todo, se enteró de algo. Sus movimientos eran cuidadosamente observados y no le quedaba duda alguna del motivo. Su previsión al depositar la llave en el banco era justificada.

De camino a la estación para tomar el tren que le llevaría a su casa, entró a Scotland Yard; pero el hombre a quien deseaba ver no estaba y no volvería hasta la mañan siguiente. Antonio le dejó un mensaje escrito y salió, mirando vivamente a su alrededor cuando pasó por debaje del gran arco para entrar en la rambla. Pero aunque había mucho tráfico en ambas direcciones no pudo distinguir el coupé verde. El desconocido perseguidor se había evidentemente asustado, abandonando la caza.

Antonio agarró un tren por una fracción de minuto y tan cansado estaba que se quedó dormido y casi se pasó de su estación. Con un sentimiento de intensa satisfacción llegó poco después a la puerta de su cottage y se detuvo, buscando la llave en su bolsillo. Acaba de sacar el llavero cuando oyó detrás suyo el ruido de ruedas y dándose vuelta vió pasar el auto verde, a toda velocidad.

Sonrió sombriamente mientras caminaba por el pequeño sendero hasta la puerta de la casita. Aquella gente, fuera quien fuese, no quería perderlo de vista, aunque sabía que el objeto que buscaba no estaba más en su poder. ¿O no lo sabían? Quizá no habían relacionado su visita al banco con el saquito de cuero y su misterioso contenido.

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, ench. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguidándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

Antonio introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y casi tambaleándose de cansancio entró al pequeño hall. Un momento después estaba bien despierto y miraba con horror la escena que tenía delante de sus ojos. El hall estaba en completo desorden. Una silla había sido dada vuelta y las alfombras se hallaban arrugadas, formando un montón caótico. Pero no fueron ninguna de estas cosas las que hicieron a Antonio frotarse los ojos y mirar otra vez, pensando si no soñaba. Era el hombre tendido en medio de aquella confusión ¡Porque le era completamente desconocido y estaba... muerto!

V

EL HOMBRE DE LA CAPUCHA

La luz del cielo había desaparecido y las de las calles empezaban a enviar su débil resplandor cuando un hombre descendió de una limousine, frente a la estación del subterráneo de Lambeth North, dijo una palabra al chaffeur de uniforme y se alejó rápidamente hacia Westminster. Pasó por la gran abertura que llevaba a Waterloo, dió vuelta, atravesó rápidamente la calle angosta y sucia y dió vuelta por otra más sucia y mezquina todavía que la primera.

A mitad de aquel callejón (una alta pared de ladrillo cerraba la salida en el otro extremo) el hombre se detuvo, miró rápidamente a su alrededor y sacando una llave del bolsillo de su pesado sobretodo acercóse a una puerta, sucia y descascarada, la que abrió. Sus pasos resonaron huecos en las desnudas tablas del corredor angosto y mal oliente que había detrás. El hombre cerró la puerta de calle, siguió hasta el fondo de la casa y abrió una segunda puerta.

Estuvo mirando un rato hacia fuera, la semi obscuro de un muelle cubierto de basuras, escuchando el débil rumor de las aguas del río contra los pilares; luego cerró la puerta, pero sin ponerle llave, volvió al corredor y subió una escalera crugiente y desvencijada hasta el primer piso. Entrando a un cuarto, a la derecha del pasillo, tanteó para buscar la llave de la luz y la encendió. El curto quedó bañado en una luz suave y el hombre, dirigiéndose a un armario sacó de él algo que colocó cuidadosamente sobre su rostro. Era una capucha de seda negra; en el sitio de los ojos tenía unos cuadrados de fina gasa que permitían al portador de la máscara ver sin que siquiera sus ojos fueran visibles.

El cuarto estaba parcamente amueblado; todo lo que contenía, además del armario, era una mesa y tres sillas. Las ventanas se hallaban cubiertas por una tela negra tan cuidadosamente estirada que no dejaban pasar ni un rayo de luz.

El hombre enmascarado cerró con llave la puerta y luego sentóse delante de la mesa, sacó de su bolsillo algunos papeles y empezó a leer. A juzgar por el aspecto de sus manos, debía ser más bien viejo, porque aquellas manos eran arrugadas, de un color marfil pálido, con la piel estirada sobre los huesos. Durante un tiempo el hombre permaneció sentado, inmóvil, revisando los papeles que tenía delante; luego oyendo ruido abajo, recogió los papeles y los volvió a meter en su bolsillo. Se oyó ruido de pasos en la escalera y luego, después de una pausa, tres golpes en la puerta. El hombre de la capucha se levantó silenciosamente y se acercó a la puerta, aplicando el oido al panel.

—¿Quién es? — preguntó en voz baja.

—¡Selton! — contestó una voz ronca y, aparentemente satisfecho, el hombre de la capucha abrió la puerta.

Entró un hombre apresuradamente, parpadeando ante la luz, y la puerta se volvió a cerrar tres él. El recién venido era bajo y estaba vestido con un viejo traje que, en un tiempo, había sido de sarga azul; pero que ahora ostentaba un color indefinible y estaba deformado y lleno de manchas. Su cara larga estaba sin afeitar y desde la mejilla izquierda hasta la punta de la barba le corría una cicatriz diagonal, procedente de una antigua cuchillada. Le torcía el ángulo de la boca, dibujándole una perpetua sonrisa sardónica.

—¿Por qué no entró más calladamente? — le dijo de mal modo el hombre enmascarado volviendo a sentarse delante de la mese — ¿Quieres anunciar nuestra presencia a todo el barrio?

—No veo en la obscuridad — gruñó el otro, dejándose caer en la silla y sacando un paquete de cigarrillos baratos — Además, la escalera es angosta.

Su compañero lo miró severamente.

—Está usted borracho. — dijo fríamente — Y cuando bebe se convierte en un idiota, Selton.

—¡Quizá! — gruñó Selton. — Quiza voy a convertirme en un borracho — encendió el cigarrillo con temblorosa mano. — Lacy ha muerto — exclamó de pronto.

El hombre enmascarado se sobresaltó ligeramente.

—¡Muerto! — repitió. — Cómo ocurrió eso?

—Le cortaron el cuello — dijo Selton y su voz ronca tembló — Ese entremetido repórter lo descubrió anoche, cuando trataba de encontrar la llave. Lacy esperó hasta que saliera esta mañano y volvió al cottage para dar otro vistazo. Yo esperé afuera por si Gale o como se llame, volvía inesperadamente. Después de dos horas como Lacy no regresaba, pensé qué le habría pasado y fuí en su busca. — se detuvo y pasóse la mano por la frente bañada en transpiración — Lo encontré en el hall.... muerto. — se extremeció.

—¿Se llevaron la llave? — preguntó el enmascarado inclinándose hacía adelante.

—¿Cómo diablo voy a saber lo que se llevaron? — exclamó Selton rudamente — Mataron a Lacy y eso es bastante para mí. — Pegó un puñetazo sobre la mesa — Estoy harto. No quiero correr más riesgos, ni por cien millones de ganancia.

—Está usted nervioso — dijo el otro desdeñosamente.

—Quizá lo estoy — gruñó Selton — Y lo estaría usted también, si hubiese visto lo que hicieron con Lacy. Voy a renunciar y, si tiene usted sentido común, hará lo mismo.

—No haré nada semejante — dijo con aspereza el enmascarado — Hay una fortuna esperando a alguien en esa casa y voy a conseguirla — hizo tamborilear sus repelentes dedos sobre la mesa— pienso si habrán encontrado la llave — murmuró pensativo.

—Poco me importa que la hayan encontrado o no — contestó Selton agresivamente. — Si no hubiera usted hecho anoche una punta de tonterías dejándola caer después que se la quitamos a Savini, la tendría. Ahora Lacy ha muerto y yo voy a terminar. No quiero saber más nada del asunto. Deme algún dinero y me iré.

—No hará usted tal cosa — gruñó el hombre enmascarado — O, si lo hace, no obtendrá de mí dinero alguno.

con Savini, ¿no? Bueno, pues no. Lo siguió a Savini y se por qué. La ví esta tarde hablando con alguien. ¿Sabe quién era? — bajó la voz y casi murmuró su nombre.

—¿Está usted seguro? — había un acento alarmado en la voz del hombre de la capucha.

Selton se echó a reir.

—Ahora... ¿quién está nervioso? Sí, es-

Antonio agarró la linterna y observó la puerta de su dormitorio. Se iba abriendo lentamente.

toy seguro y no le reprocho que se haya asustado. No sospechaba usted que ella estaba con ellos ¿verdad? — interrumpióse y extendió la mano — ¡Vamos! — continuó ásperamente — Quiero algún dinero y pronto.

—No tengo dinero encima — contestó el otro — Venga aquí mañana y se lo traeré.

—Yo quiero ahora — dijo Selton con la obstinación de los borrachos — No volveré más aquí. Si no lo tiene encima iré con usted a buscarlo.

Hubo un momento de silencio mortal y luego dijo el hombre encapuchado.

—Está bien. Espere un momento.

Se levantó, quitóse la capucha, abrió la puerta y la mantuvo abierta.

—¡Venga! — le dijo, y Selton pasó de mala gana a la obscuridad del pasillo. Oyó un clic detrás de él al apagar el desconoci-

—¡Qué no! — Selton se puso de pie, tambaleándose — ¡Veremos! ¿Cree usted que no se quien es que me ha engañado con esa máscara? Pero no es así. Lo conozco muy bien, viejo demonio. Vacilante se agarró al borde de la mesa, acercando su cara a la del otro — Si no me paga, cantaré... Lo delataré ¿Me entiende?

El hombre enmascarado permaneció inmóvil. mirándolo a través de los agujeros de gasa.

—¿Así que me delatará? — dijo suavemente — Selton, es usted un imbécil al amenazarme.

—Y le diré algo más — gritó Selton medio loco, entre la rabia y la bebida — Esa muchacha... usted pensó que había venido

do la luz y Selton maldijo al tropezar en el primer escalón.

Fué la última palabra que salió de sus labios porque en aquel momento oyóse un sordo "plop". Dos lanzas de llama atravesaron la obscuridad y con un grito ahogado, Selton rodó escaleras abajo, quedando luego al pié, como una masa inerte

VI

EL "DULCE" GUILLERMO INTERVIENE

A la mañana siguiente de haberse descubierto un cadáver en el hall de Antonio Gale, un hombre de cara grande estaba sentado en el pequeño recibimiento del mismo, fumando un gran cigarro. Por su aspecto podría habérsele tomado por labrador rico o tendero retirado; pero no era nada de eso, si no el superintendente Guillermo Flower, conocidos por sus amigos y enemigos por el "Dulce Guillermo" y que se diferenciaba tanto del tipo común de detective como un Ford de un Rolls-Royce.

Era alto, gordo y letárgico; lento de movimientos, nunca caminaba cuando podía ir en coche y no iba en coche si podía estar sentado. Por su tamaño era una verdadera montaña; su voluminosa persona sobresalía del sillón, de modo que parecía imposible pudiera salir de él. Sin embargo, tenía un cerebro vigilante que, en contraste con su cuerpo, movíase con extraordinaria rapidez y no había en Scotland Yard detective más hábil de aquel hombre de rostro rojo y bovino que escuchaba en silencio mientras Antonio le contaba la historia del misterio con que había tropezado repentinamente.

—Muy interesante — murmuró el señor Flower, mirando pensativo, con sus ojos de pescado, el cigarro que iba ardiendo regularmente — Muy interesante en verdad. Hubiera deseado estar cuando fué usted ayer a la Yard; pero tenía el día franco y me fuí a una exposición de flores — la horticultura era el pasatiempo favorito de aquel hombre grandote y en parte debido a esta razón le habían dado el apodo.

El Comisario Ayudante contaba con gusto una historia del Superintendente. Este se había pasado cuatro horas discutiendo las bellezas relativas de las rosas y las orquídeas con un asesino, antes de acordarse que había venido a arrestarlo y sacar la orden que traía en su bolsillo.

—Sí, hubiera deseado estar ayer — continuó con un suspiro — Pero las flores eran tan hermosas. Hay una nueva clase de rosa te......

—No me interesan las rosas — interrumpió Antonio, cortándole el chorro de los recuerdos — Vamos al asunto!

El Dulce Gillermo dirigióle una mirada de reproche.

—Muy bien — dijo con tono aburrido — Me contaron lo del asesinato en las Hayas Susurrantes. El Sargenta Wiles fué enseguida que usted telefoneó a examinar el sitio; pero nada encontró. excepto las manchas de sangre en el piso. La mayor parte de las otras habitaciones de la casa estaban cerradas con llave.

—Lo se — dijo el repórter — Wiles vino a verme poco después y me interrogó durante una hora, después que encontré a ese pobre diablo en el hall — señaló hacia la puerta y se extremeció. Aun ahora recordaba el horror del momento.

—Se refiere ustel a Lacy — observó Flower, lanzando una nube de humo y Antonio lo miró y pareció asombrado.

—¿Era ese su nombre?

—Ese era su nombre — contestó el Superintendente. — Tenemos su ficha y comparamos las impresiones digitales. Era un malhechor, que había sido condenado tres veces por robo con violencia. ¿Qué estaría haciendo allí?

—Yo creo que fué el hombre que se introdujo en mi casa la noche que encontré el cdáver de Savini — dijo Antonio — Tenía un gran moretón en un costado de la cara mostrando la señal de los nudillos y yo le pegué fuerte — añadió con satisfacción.

—Quizá — convino Flower, moviendo pesadamente la cabeza — ¿Cree que volvió después de salir usted para buscar otra vez el saquito?

—Sí — dijo Antonio.

—Me parece que tiene razón. Pero la cuestión es: ¿quién lo mató y por qué?

Antonio hizo un gesto de desesperación.

—Pregúnteme otra cosa — exclamó — ¿Quién mató a Savini? ¿Por qué están tan ansiosos de apoderarse de esa llave y de ese papel?

—¿Y por qué matarían al hombre que fué a buscarlos? — interrumpió Flower dulcemente — ¿Lo mataron porque fracasó a porque creyeron que había triunfado a por ... — se interrumpió bruscamente. — Me gustaría darle un vistazo a la llave y al criptógrama.

—Podemos ir a ver a mis banqueros ahora, si gusta.

El Dulce Guillermo movió negativamente la cabeza.

—No hay necesidad de tanto apuro. Iremos mañana — se detuvo — Estaba pensando ir a hacer una visita a las Hayas Susurrantes — presiguió — He conseguido las llavés de la casa por medio de los Tallents, apoderados de Shard. Me dijeron que la mayor parte de los muebles están allí como cuando el anciano fué asesinado.

Fué un caso extraño. Yo me hice cargo de él. Lo extraño fué que nunca pudimos encontrar a Caryll. No hay duda de que fué él quien mató al anciano, aunque nadie sepa por qué. Y es cómico que haya vuelto a ocurrir otro crímen allí. ¿No es cierto?

—Muy cómico — Observó Antonio sarcásticamente — Me cuesta contener la risa.

—Me han encargado de este caso también — prosiguió el superintendente sin hacer caso de la irónica interrupción — Pedí que me dejaran investigarlo y accedieron.

—¿Por qué lo deseaba usted? — preguntó el repórter a quien llamó la atención algo en el tono del Superintendente.

—Porque siempre esperaba que ocurriera algo más en esa casa — dijo Flower, fumando serenamente, con los párpados medio cerrados — Hace tres años qu lo esperaba. Ya sabe usted que llaman a ese lugar la Ca-

sa Siniestra. Y es siniestra realmente.

Aplastó el pucho de su cigarro y con un esfuerzo salió de adentro del sillón.

—Pensé que tal vez quisiera usted acompañarme — dijo estirándose el arrugado chaleco — Es esa una de las razones de haber venido aquí primero.

—¿Qué espera usted encontrar? — preguntóle Antonio curiosamente.

El hombre encogió sus macizos hombros

—Todo y nada — contestó vagamente — ¿Qué esperan encontrar los demás? ¿Telarañas, polvo? — movió la cabeza — Hay en esa casa algo tan valioso — continuó — que un asesinato más o menos no importa con tal de apoderarse de ello. Y hace tres años que está allí.

—Flower, — dijo Antonio seriamente — creo que sabe usted de este asunto más de lo que dice.

En el grueso rostro del Superintendente se formaron innumerables arrugas.

—O quizá he dicho más de lo que se — contestó suavemente — ¡Vamos!

Se encaminaron por el sendero del jardín hasta el lugar donde estaba estacionado un viejo auto de dos asientos; Flower se introdujo con alguna dificultad en el asiento, detrás del volante.

Antonio había conocido al robusto Superintendente cuando era inspector y antes de que el Inspector Detective en Jefe hubiera reconocido sus extraordinarias cualidades. Entre Flower y Antonio existía una amistad tanto más sincera cuanto que sólo se veían por casualidad y pasaban muchos meses sin que eso ocurriera.

Antonio no había mencionado a Molli en aquel asunto, aunque sintió varias veces tentaciones aquella mañana de confiarse a Dulce Guillermo. Pero su segundo pensamiento prevaleció y había guardado el secreto. Estaba infernalmente preocupado por la joven. La tarde anterior le había telefoneado, como ella le pidió, sólo para saber que había salido y cada vez que llam— ocho veces en total — recibió la misma respuesta. Ya fuera que no quisiera hablarle o que estuviera ausente — el último llamado había sido a la una de la mañana — ninguna de las dos explicaciones lo tranquilizaba.

Cuando entraron a la avenida y se detuvieron delante del portón roto de Las Hayas Susurrantes, Antonio hubiera jurado que había visto el coupé verde desaparecer camino arriba y se lo dijo al Superintendente. Flower sonrió mientras bajaba trabajosamente y entraron al sendero cubierto de yuyos.

—Usted tiene autos verdes metidos en la cabeza — fué su comentario — No creo que tenga que preocuparse por ese coupé. Si... si era el mismo, está ahora a millas de distancia.

Antonio lo miró vivamente. Tuvo el sú

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO — (EXTRACTO)**

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

bito pensamiento de que el Superintendente había terminado su frase de un modo distinto de como pensó hacerlo al principio; pero Flower contemplaba la casa con mirada sin expresión. Aun a la brillante luz de aquella mañana de otoño, la casa tenía aspecto sombrío... era una obscura masa de viejos ladrillos y piedras cubiertas de moho; los árboles que la rodeaban murmuraban melancólicamente mientras sus hojas caían en cascadas.

El fornido Flower subió los rotos escalones del pórtico, sacando a la vez un pesado manojo de llaves del bolsillo. Eligió una y la insertó en la cerradura. Dió vueta fácilmente, sin hacer ruido.

—Ha sido aceitada recientemente — murmuró empujando la maciza puerta.

Cuando la puerta empezaba a moverse oyeron un grito desde el sendero y dándose vuelta vivamente vió Antonio que una joven corría rápidamente hacia ellos.

—¡Apartáos! — gritaba jadeante mientras corría — ¡Apartáos de esa puerta!

Era Mollie Trayne.

VII

EL Sr. JEFFREY TALLENT

El Dulce Guillermo miró a su alrededor, con la mano todavía en el pestillo y la puerta abierta dos o tres pulgadas.

—¡Apartáos! — gritaba la joven — Hay peligro ahí... terrible peligro.

—¿Qué clase de peligro? — preguntó Flower suavemente y con gran sorpresa de Antonio no demostró asombro ante la repentina aparición de la joven.

—No se — jadeó ella — Pero la muerte espera a cualquiera que abra la puerta.

—¡Hum!.. — el robusto Superintendente se frotó la barba — Bueno, hay que abrir la puerta de todos modos — miró a su alrededor pensativo y poco después sus ojos se iluminaron al ver un largo palo, parte de una antigua pérgola, tirado entre el pasto.

—Lo que necesito — murmuró y fué a buscarlo. Volviendo con el palo lo colocó sobre los escalones, un extremo apoyado en la puerta.

—¡Salid del paso! — dijo y Antonio apartó a la joven. Flower se agachó, al abrigo de los escalones, y agarrando el extremo del palo empujó firmemente. Se abrió la puerta del todo y al mismo tiempo dentro del obscuro hall oyóse una fuerte explosión.

Una nube de humo acre salió por la puerta y Antonio oyó el furioso silbido de una cantidad de balas que se perdieron en el sendero.

—¡Era eso! — observó Flower tranquilamente y esperó. Pero terminada la ensordecedora detonación todo quedó tranquilo y poco después el Dulce Guillermo, que era el más sereno de los tres, se incorporó y empezó a subir los escalones.

—¡Por amor de Dios, tenga cuidado! — murmuró Antonio con voz ronca — Puede ser que haya peligro todavía. Quizá hay más de una persona acechando en el hall y...

El gran Superintendente movió con suavidad la cabeza.

—No creo que haya más peligro — dijo tranquilamente — Y me sorprendería hallar a alguien en la casa.

Se volvió para mirar a Mollie que estaba apoyada en el brazo de Antonio, pálida y temblorosa.

—Tengo razón ¿no es verdad señorita Trayne? — le preguntó.

Con sorpresa del repórter, la joven asintió con la cabeza. No podía hablar y respiraba fuertemente todavía por la fatiga; pero el rápido movimiento de su cabeza fué respuesta suficiente.

Flower desapareció en el obscuro interior y Antonio se devanaba los sesos en su fútil intento de resolver el problema de las relaciones de Mollie con aquella casa trágica. La sintió temblar cuando atravesaban el hall y supuso que recordaba la última vez que habían estado juntos en aquel sitio.

El Dulce Guillermo estaba parado al pie de la gran escalera mirando pensativo un objeto peculiar que parecía haber sido fijado a la baranda.

Cuando Antonio y la joven se acercaron, Flower miró a su alrededor y se frotó suavemente el labio superior con su gordo índice.

—Muy ingenioso — murmuró suavemente — ¡Ingeniosísimo! — Bajó una vez más los ojos hacia el objeto que había inspirado su admiración y Antonio, siguiendo la dirección de su mirada, vió a la débil luz que penetraba por la puerta, una escopeta de doble caño asegurada fuertemente a la perilla de la baranda, con el caño apuntando directamente hacia la puerta. Vió también el fino alambre que, atado al gatillo, pasaba por un pequeño agujero del piso hasta una argolla en la jamba y de ahí a un pequeño gancho atornillado en la parte baja de la puerta misma.

—Muy ingenioso realmente — murmuró de nuevo Flower — Como veis — indicó el alambre — al abrirse la puerta, el alambre se ponía tenso y disparaba el gatillo. Se había dejado suficientemente flojo para que no obrara hasta que la puerta no estuviera abierta del todo. Una idea realmente brillante porque hubiera sido imposible a cualquiera entrar sin ser blanco de las balas.

Mollie observaba la trampa asesina con los ojos llenos de horror.

—Llegué... llegué apenas a tiempo — murmuró roncamente.

—Así fué — convino Flower mirando lentamente a su alrededor — Debido a mis proporciones... bastante generosas, hubiera sido magnífico blanco para las balas.

Fué ciertamente una suerte para nosotros que Mollie nos previniera — dijo Antonio y volviéndose a la joven le preguntó: — Pero, ¿qué hacías tu aquí? ¿Como te enteraste de este arreglo de la escopeta?

—La intuición de las mujeres es notable — observó el Dulce Guillermo sentenciosamente, antes de que la joven tuviera tiempo de contestar. — Y no puede ser explicada en la práctica. Basta con que la señorita Trayne nos haya salvado de un trance, por decirlo del modo más suave, desagradable.

Antonio miró a Flower con una sorpresa no exenta de fastidio. ¿A donde quería ir a parar? Tan claramente como si lo hubiese expresado con palabras, le había dicho a la joven que no contestara a las preguntas de su novio. Otra cosa que intrigaba al repórter era que Flower había llamado dos veces a la joven por su nombre y por lo quo Antonio sabía, nunca la había visto. Todo aquello era muy raro y Antonio empezó a comprender que estaba hundido en un mar de misterio, que no tenía principio ni fin y que hasta los mismos de quienes tenía motivo para esperar sinceridad sólo contribuían a embrollar más las cosas.

Abrió la boca con intención de hacer reproches; pero, lo pensó mejor y guardó silencio. Más tarde quizá tendría oportunidad de interrogar a Mollie y saber algo de los motivos que la habían hecho mezclarse en aquel misterioso asunto.

Flower estaba ocupado mirando hacia arriba a las sombras de la escalera, sin preocuparse aparentemente de los pensamientos que sus peculiaridades habían despertado en el cerebro de su amigo, porque poco después se dió vuelta con amable sonrisa y les preguntó si querían acompañarlo a dar una vuelta por la casa.

—No es que espere encontrar nada de particular — observó encogiendo sus anchos hombros — pero la curiosidad ha sido siempre mi flaco y siento curiosidad por saber varias cosas — se detuvo un momento y pasó la mano ligeramente por la baranda de la escalera — Por ejemplo, quisiera saber por que hay tan poco polvo en la escalera y tanto en otras partes y también porque las visagras de la puerta, lo mismo que la cerradura han sido recientemente aceitadas, por que un hombre fué asesinado aquí hace dos noches y quien tiene la costumbre de pasarse tanto tiempo en una casa que ha estado cerrada y vacía por espacio de tres años. Y sobre todo, por que colocaron esa escopeta en la escalera y a quien estaban destinadas las balas.

—Es bastante fácil contestar a su última pregunta — dijo Antonio.

Flower lo miró como si lo contemplara por encima de un par de anteojos invisibles, costumbre desconcertante que tenía cuando alguien hacía una observación que él encontraba divertida.

—¿Lo cree usted así? — preguntó suavemente.

—¿Y usted no? — preguntó el joven repórter — Evidentemente estaban destinadas a nosotros. Esa gente, sea quien sea, supo que usted iba a venir aquí y colocó la escopeta para sacarlo del paso.

Selton se puso de pie y señaló con su dedo tembloroso al encapuchado — ¡Se quien es usted! — exclamó.

—Así parece.. lógicamente — dijo el fornido Flower; pero movió negativamente la cabeza lo mismo — Sin embargo... no; esa escopeta no fué colocada ni para mí... ni para Ud. La pusieron... — se interrumpió e inclinándose ligeramente hacia adelante se puso a escuchar.

El clic del portón llegó claramente a los oídos de Antonio, seguido por ruido de pasos pesados en el pedregullo. Alguien venía por el sendero.

Moviéndose con agilidad extraordinaria en alguien tan pesado, Flower pasó junto a Antonio y la joven y tomó posición en la sombra proyectada por la puerta abierta.

Los pasos se acercaban con rapidez, se detuvieron un momento al pie de los escalones y luego empezaron a ascender lentamente. Poco después, la figura de un hombre proyectóse en el cuadrado de luz... una figura pequeña, marchita, vestida con sobretodo negro ajustado y portando un paraguas cuidadosamente enfundado. El Dulce Gui-

llermo, conforme vió al recién llegado, salió a su encuentro.

—¡Buenos días, señor Tallent! — dijo amablemente — Me sorprende verlo a usted aquí; pero como se ve, no he perdido tiempo en hacer uso de las llaves que tan bondadosamente puso a mi disposición.

El hombre de negro hizo un rápido movimiento de cabeza, a guisa de saludo, parecía un pájaro al picotear un gusano.

Supuse que era usted, Superintendente — dijo con voz aguda — cuando vi abierta la puerta de entrada... En verdad, esperaba encontrarlo aquí.

Cuando se paró en el último escalón, Antónío pudo verlo más claramente. Era un hombre anciano, con patillas grises, rostro largo y nariz agresiva. Sus ojos estaban casi ocultos por las enmarañadas cejas y su boca era un tajo, delgado, exangüe.

Su personalidad era todo menos simpática, concluyó Antonio, y ese sentimiento debió ser compartido por Mollie porque sintió el brazo de la joven apretar más el suyo.

—Es raro que yo ande por estos lados — continuó la delgada voz — Pero un negocio me trajo esta mañana y como pensé que era probable lo encontrara aquí, decidí acompañarlo en su recorrida por la casa — el abogado se aclaró el pecho — Hace casi dos años que no he venido aquí — continuó — es decir, personalmente, porque mi empleado hace una visita periódica de inspección y... — el señor Tallent se dió cuenta de pronto de la presencia de Antonio y de la joven y se interrumpió bruscamente, examinándolos con sus ojos miopes.

—Este es un amigo mío — dijo el Dulce Guillermo, apresurándose a interrumpir el repentino silencio y presentando a Antonio y a Mollie.

El abogado hizo una rígida inclinación de cabeza.

—Es usted el joven que... que descubrió la tragedia ocurrida aquí ¿no? — preguntó y el repórter asintió con la cabeza — Un acontecimiento espantoso y que perjudicará mucho la propiedad. Después del otro asunto fué imposible alquilarla; pero yo confiaba con que el tiempo borraría el desagradable recuerdo. Ahora, sin embargo... — movió nuevamente la cabeza y volvióse al Superintendente — Llego tarde — preguntó — ¿Ha terminado ya usted la inspección de la casa?

—No, recién llegamos — contestó el Dulce Guillermo.

—Entonces posiblemente os seré útil — dijo el señor Tallent — y me aseguraré a la vez de que la propiedad se conserva en buenas condiciones — cruzó el umbral y miró alrededor del polvoriento hall. Cuando sus ojos se fijaron en la máquina de muerte fijada en la baranda, se extremeció perceptiblemente.

—¿Qué... qué es eso? — preguntó con voz que era casi un graznido.

El gran Superintendente lo miró con sus ojos de pescado.

—Eso podría describirse como una trampa — contestó y procedió a explicar brevemente el mecanismo, así como la descarga que los recibió al entrar a la Casa Siniestra. Antonio observó, sin embargo, que omitió todo lo que se refería al papel que había desempeñado Mollie en el episodio.

El rostro largo y flaco del señor Tallent se puso pálido o para hablar con más propiedad, tomó un tono más claro de gris, mientras escuchaba en silencio la gráfica descripción de Flower. Al final emitió un suspiro sibilante que había contenido durante el relato del Superintendente.

—¡Cielos! ¡Qué cosa horrible! — exclamó — Si yo hubiera llegado unos minutos antes podría haber sido víctima de esa monstruosa máquina.

El Dulce Guillermo sonrió.

—Muy fácilmente — contestó y Antonio pensó si había sido imaginación suya el énfasis con que prenunció aquellas palabras.

El abogado se agachó para examinar la escopeta y tocóla ligeranmente con su mano enguantada.

—¿Supongo que no habrá más peligro?— preguntó.

—Ni el más mínimo — contestó Flower— Es tan inofensiva como una escopeta infantal.

El señor Tallet se enderezó lentamente.

—¿No tiene ninguna idea de lo que puede haber en el fondo de todos estos acontecimientos... extraordinarios? — preguntó. — Supongo que debe existir algún motivo poderoso.

—Estoy seguro de que hay un gran motivo — contestó el Superintendente — Y si supiera cual es me sentiría mucho más feliz que ahora.

Consultó un gran reloj que sacó del bolsillo con la lentitud de los hombres de su tamaño.

—Quisiera examinar la propiedad lo más pronto posible — continuó — Tengo un compromiso importante a la hora de almorzar y.....

—Ciertamente, ciertamente, — dijo el abogado con prontitud — Temo haber sido la causa de su retardo; pero, naturalmente, como estoy a cargo de la propiedad, me interesa todo lo que a ella se refiere. ¿Empezará usted, naturalmente, con este piso?

Con sorpresa de Antonio, movió Flower negativamente su gran cabeza.

—Prefiero empezar por los sótanos — murmuró.

—En ese caso me quedaré aquí hasta su regreso — contestó el abogado con una sonrisa sin alegría — Soy mártir del reumatismo y, por lo que recuerdo el subsuelo de esta casa es bastante húmedo. Tiene que ir por esa puerta — señaló con su mano enguantada de negro una puerta que había debajo de la escalera. La llave está colgada de un clavo, junto a ella.

Flower se dirigió hacia la puerta, descolgó la llave y abrió la puerta.

—¿Quizá la...este.. la señorita preferirá quedarse aquí? — sugirió el abogado — Allá abajo ha de estar bastante sucio y...

—No, no, yo también quiero ir — interrumpió prontamente Mollie y Antonio decidió que por una u otra razón tenía miedo de quedarse con aquel hombre flaco, vestido de negro.

El señor Tallent encogió casi imperceptiblemente sus flacos hombros.

—Muy bien, entonces — dijo. Y sacando un pañuelo del bolsillo lo extendió prolijamente en el último peldaño de la escalera y se sentó. — Os esperaré aquí.

El Dulce Guillermo había ya desaparecido detrás de la angosta puerta y Antonio y la joven lo siguieron por la escalera de madera; lo oyeron moverse abajo y vieron una luz brillar en el ancho corredor de piedra.

—¿Por qué tienes miedo de ese viejo flaco? — preguntó Antonio a Mollie cuando llegaron al pie de la escalera.

Mollie no contestó y antes de que pudiera repetir Antonio la pregunta se les reunió el gran Superintendente, que tenía en su mano una linterna eléctrica.

—Alguien ha estado aquí recientemente— dijo en voz baja — Mirad esas huellas en el polvo.

Dirigió al suelo la luz de la linterna y Antonio vió huellas confusas de pasos que se cruzaba y volvían a cruzar en el corredor de piedra. Mirando a un costado vió algo más que le hizo lanzar una exclamación ahogada.

—¿Qué es eso... allí, junto a la pared? — murmuró roncamente y siguiendo la dirección de su dedo con la luz, Flower lanzó otra exclamación y se acercó.

Junto al revoque descascarado había una mancha obscura y no necesitó una segunda mirada para comprender que era sangre seca.

VIII

EL TERROR DEL SOTANO

Agachándose miró la siniestra mancha más atentamente y luego la tocó con el dedo.

—Esto no es de mucho tiempo, lo juraría — observó suavemente — Ahora la cuestión es: como está aquí y de quién es esta sangre.

Mollie, que miraba por encima de su hombro, dió de pronto un pequeño grito y señaló más adelante.

—Allí hay otra — dijo y dándose vuelta vivamente el Dulce Guillermo alumbró con la linterna.

La joven decía verdad. No tan cerca de la pared y más pequeña que la primera, pero claramente visible, veíase una segunda mancha de sangre.

—Esto se está poniendo interesante — murmuró el señor Flower y se acercó.

—Parece que hubieran pasado por aquí un herido — comentó Antonio — Aunque, porque lo han traído o vino aquí sólo Dios lo sabe.

—Ni la misma persona, si es que se enteró de ello, cosa que lo dudo — dijo el Superintendente, examinando con la mirada las lozas de piedra que formaban el piso. — Mirad, hay varias manchas más.

Siguieron adelante y encontraron un rastro regular de manchas de sangre que iban desde el corredor hasta un gran cuarto vacío que evidentemente había sido cocina y de allí a través de una pesada puerta en la pared de ladrillo del pequeño lavadero, que estaba detrás. Frente a esta puerta encontraron la mancha mayor de todas, grande, irregular, que había empapado el polvo y la basura acumulada allí por el tiempo.

Flower se detuvo y examinó un momento en silencio la puerta. Luego alzó el brazo y trató de dar vuelta el pestillo. Pero la puerta permaneció inamovible.

—¡Hum! — gruñó el detective decepcionado — Está cerrada ¿No estará la llave por ahí?

Buscaron apresuradamente; pero no hallaron rastros de la llave y aunque el Superintendente ensayó todas las llaves de su llavero y la del de Antonio no había ninguna que sirviera.

—No tenemos más remedio que echar abajo la puerta — dijo después de haber probado todas las llaves — porque no pienso abandonar este sitio sin ver lo que hay del otro lado.

Entregando a Antonio la linterna eléctrica, colocó su ancho hombro contra la madera y empujó con todas sus fuerzas. Al principio nada ocurrió, excepto un leve crujido y luego, de pronto, con gran ruido, los tornillos de la cerradura saltaron y la puerta se abrió. Flower se hundió con ella y, no pudiendo conservar el equilibrio rodó cuatro escalones que había del otro lado Aterrizó en el duro suelo y lanzó una exclamación más fuerte que cortes

—¿Se lastimó? — preguntóle Antonio ansiosamente, inclinándose por la abertura y alumbrando con la linterna.

—Sólo mi dignidad — gruñó Flower poniéndose de pié — Deme la luz. — extendió la mano y agarró la linterna de manos de Antonio, iluminando luego a su alrededor.

El blanco resplandor, cortando la obscuridad, reveló un gran cuarto con paredes de ladrillo blanqueados y festones de telarañas, El techo bajo dejaba ver las vigas que evidentemente sostenían el piso de arriba.

El sitio estaba lleno de paja mohosa y pedazos de madera podrida; olía horriblemente a humedad y a tierra recordando al Superintendente una tumba. Era, aparentemente, el sitio donde los anteriores inquilinos de Las Hayas Susurrantes guardaban el carbón porque en el extremo más apartado vió un montón negro que brilló a la luz de su linterna.

Parecía que nada lo recompensaría de la molestia que se había tomado en llegar allí y estaba por volverse junto a Antonio y la joven cuando algo, casi escondido debajo de un montón de paja llamóle la atención. Parecía el ángulo de una cartera de cuero y Flower se inclinó para satisfacer su curiosidad.

Antonio oyó su grito contenido y que lo llamaba vivamente.

—Venga aquí un momento ¿quiere? — dijo Flower y había un leve temblor en su voz, — No, no traiga a la señorita Trayne. Que se quede donde está.

Antonio oprimió el brazo de Mollie para darle valor y dejándola afuera entró en el

sótano. El Dulce Guillermo estaba agachado en un rincón y, cuando el joven reporter llegó a su lado, alzó la mirada vivamente.

—Vea eso. — dijo señalando un bulto obscuro que estaba inmóvil entre un montón de paja. — De ahí provino la sangre.

Antonio miró y se puso pálido, porque vió el rostro cadavérico de Julio Savini.

—¡Cielos! — murmuró —. ¡Qué horrible!

Flower hizo un gesto afirmativo y enderezó su voluminosa persona.

—El cuerpo fué evidentemente traído aquí mientras usted estaba desvanecido — Flower hablaba en voz baja y rápida — Y Wiles tendrá que oirme por no haberlo encontrado cuando registró la casa. Evidentemente no se le ocurrió bajar aquí, de otro modo no hubiera podido menos de ver las manchas de sangre.

—¿Pero cuál habrá sido el objeto? — preguntó Antonio — ¿Por qué se habrán tomado el trabajo de traer el ... el... — se detuvo — eso aquí?

—Por la sencilla razón de que si usted hubiera encontrado el cuerpo en el cuarto con usted probablemente habría llamado a la policía en seguida. No encontrándolo, esperaban que el billete que le dejaron lo decidiría a guardar silencio. Lo menos que deseaban era cualquier forma de publicidad relacionada con esta casa. — miró una vez más la forma siniestra del muerto — Avisaré a la estación de policía más próxima pidiendo una ambulancia para recoger los restos de este pobre diablo. Entretanto, creo que es mejor reservemos entre nosotros este descubrimiento.

Antonio hizo un movimiento afirmativo y distraído de cabeza. Su cerebro daba vueltas, debido a los esfuerzos que hacía para encontrar alguna razón para aquella serie

De pronto el encapuchado sacó su revólver; dos fogonazos iluminaron la obscuridad y Selton rodó escaleras abajo.

de incidentes, en apariencia sin relación, en que su curiosidad lo había envuelto. De una sola cosa estaba seguro y era de que el Dulce Guillermo sabía o suponía mucho más sobre el asunto de lo que demostraba... y lo mismo Mollie. La conducta de ésta era para Antonio el mayor de todos aquellos misterios y estaba determinado a tener, a la menor oportunidad, una larga conversación con la joven y tratar, si era posible, que se confiara a él.

Cuando salieron del sótano y entraron otra vez en el frío fregadero, Mollie se adelantó y colocó su mano en el brazo de Flower.

—¿Qué encontró usted? — preguntóle ansiosamente, escudriñándole el rostro con sus grandes ojos azules.

—Una gran cantidad de polvo — contestó el Dulce Guillermo humorísticamente, sacudiéndose.

—Pero no fué eso todo. — insistió Mollie — ¿Por qué lo llamó a Tony?

—Para matar una araña — dijo el Superintenedente con gravedad — Le tengo un horror espantoso a las arañas.

La joven lanzó una exclamación de impaciencia.

—¿Por qué no me lo dice? — preguntó enojada — Usted encontró allí algo.... importante y yo quiero saberlo.

—Encontré... — empezó Flower lentamente y se detuvo.

En alguna parte, arriba de ellos, resonó un fuerte golpe, una puerta que se cerraba.

—¿Qué es eso? — preguntó Antonio cuyos nervios estaban de punta.

—Parece que han cerrado la puerta del frente — contestó Flower — Quizá el viejo Tallent se ha cansado de esperar.

—Hubiera bajado a decirnos que se iba — dijo Antonio y Flower se encogió de hombros.

—No se sabe lo que hubiera hecho. Es un viejo excéntrico. Quizá ha cerrado la puerta sólo porque tenía frío. Sin embargo, subiremos a ver que es.

Guió hasta la cocina y por el pasaje de piedra. Mollie se quedó atrás, apoyada en el brazo de Antonio.

—Dime lo que encontrásteis en ese sótano — le murmuró dulcemente.

—¿Por qué estás tan ansiosa por saberlo? — le preguntó él en el mismo tono.

—Porque soy curiosa.

—Yo también siento curiosidad por saber muchas cosas respecto a tí y no me las dices.

—Sólo porque no puedo. Sinceramente, no puedo. Si no, lo haría.

—¿Es por eso que has evitado últimamente mi presencia? — preguntóle Antonio mientras seguían a Flower escaleras arriba.

—Si, en parte — contestó ella sinceramente — Sabía que me harías cien preguntas a las que no podía contestarte. Pero, además, he estado muy ocupada.

—¿Haciendo qué? — le preguntó él vivamente.

—¡Oh!... toda clase de cosas — contestó ella evasivamente — Pero que fué lo...

El Dulce Guillermo interrumpió su pregunta gritando en el silencio del vasto hall.

—Ciertamente no hay nadie aquí — observó — Así que, a no ser que esté en otra parte de la casa, debe haberse ido. Levantó la voz y llamó fuertemente — ¡Señor Tallent! ¡Señor Tallent!

Pero no recibió respuesta. Sólo el eco repitió huecamente el nombre.

—Se ha ido o habrá salido a dar un paseo por el jardín — dijo Flower — Sea como fuere, no perdamos más tiempo. Vamos a darle un rápido vistazo a la casa y nos iremos. — miró a Antonio — ¿Cuál es el cuarto donde encontró usted a Savini? — le preguntó.

Antonio señaló la puerta, a la derecha del hall.

—Allí — dijo y el Superintendente dirigióse a la puerta y dando vuelta el pestillo la abrió.

—Venga y muéstreme... — empezó y luego se interrumpió vivamente, quedóse inmóvil y rígido en el umbral, con los ojos dilatados y la mandíbula caída.

Antonio llegó a su lado y miró. Un momento después lanzó un grito en el cual se mezclaban curiosamente el horror y la sorpresa.

—Realmente esto se está poniendo insoportablemente monótono — observó con acento fatigado Flower y entró en la habitación.

IX

LA DESAPARICION DE ANTONIO

Antonio Gale escribió la última palabra en su máquina, juntó media docena de hojas prolijamente escritas, que estaban esparcidas sobre su mesa de trabajo y añadiéndole la que acababa de terminar, se recostó en su silla y releyó el resultado de su trabajo.

Una sonrisa satisfecha vagaba en sus labios cuando llegó al final; prendió ordenadamente las hojas con un broche, porque había estado escribiendo un relato de los últimos acontecimientos del Misterio de la Casa Siniestra como lo llamaba el señor Downer, para hacerlo más sensacional. Antonio concluyó que su relato complacería al editor de noticias más exigente.

Dobló las hojas, las metió en un sobre y las dejó a un lado, prontas para ser entregadas al mensajero que iba a venir a buscarlas a las nueve de la noche para llevarlas al editor de noticias del "Courier".

Antonio se desperezó, púsose de pié y, encendiendo un cigarrillo, se dirigió a un cómodo sillón, junto a la encendida estufa. El pequeño reloj, que resonaba alegremente encima de la repisa, le dijo que eran apenas las siete y media, de modo que tenía una hora para holgar antes de que llegara el Dulce Guillermo, que le había prometido venir a verlo a las ocho y media.

Instalándose cómodamente en el profundo sillón, Antonio dejó divagar su mente sobre los sorprendentes acontecimientos del

lla. Después de descubrir el cadáver del señor Tallent en el mismo sitio donde encontró su muerte Savini, el robusto Flower había realizado un prolijo registro en la casa; pero sin resultado.

Había poco de interés y nada absolutamente que arrojara alguna luz sobre los trágicos acontecimientos que habían ocurrido dentro de aquellas sombrías paredes. La mayor parte de los muebles estaban cubiertos por fundas polvorientas, que se habían usado durante la residencia del señor Shard y la biblioteca y el laboratorio se hallaban prácticamente intactos, aunque todo envuelto en una espesa capa de polvo.

Aunque no hallaron ninguna clave tangible del misterio, que parecía tener su fuente en aquella casa maldita, había pruebas abundantes de que otras personas, además de ellos, habían visitado Las Hayas Susurrantes, mientras estaba deshabitada porque se veían huellas de pisadas por todas partes — pisadas de más de una persona — y todos los cajones y armarios de la casa habían sido registrados. Aún los libros, en los largos estantes de la biblioteca, se habían sacado de su lugar de descanso y yacían tirados desordenadamente por el suelo; en varias paredes los papeles apolillados habían sido arrancados. Sin sombra de duda, la casa había sido sujeta a un riguroso registro. Pero... ¿por qué?

Antonio había hecho esta pregunta al fornido señor Flower un momento antes de despedirse de dicho caballero en la puerta, después de la llegada del inspector local; pero el Superintendente pareció volverse sordo de pronto. Antonio estaba seguro de que el Superintendente tenía más que una vaga idea del significado de todo aquello y resolvió interrogarlo, sobre lo que sabía, aquella noche.

Los pensamientos de Antonio se volvieron a Mollie. Había tratado de persuadir a la joven de que le permitiera llevarla a tomar un retardado lunch; pero ella pretextó dolor de cabeza y hasta rehusó que la acompañara a su departamento. Le había prometido, sin embargo, tomar el té con él en lo de Pelli, a la tarde siguiente y aquello mitigó en parte el resentimiento que el joven sentía por su brusca partida.

Antonio tenía algunas noticias que juzgó podrían ser de utilidad para Flower. El auto verde, con su mascota de plata de la Libertad, había pasado por delante de su cottage, cuando él metía la llave en la cerradura de la puerta de entrada, y esta vez había podido distinguir a sus ocupantes.

No reconoció al conductor; pero la esbelta figura que estaba sentada a su lado era inconfundible porque había visto plenamente su perfil. El pensamiento de lo que podría estar haciendo Mollie en aquel auto que, aparentemente, se empeñaba en seguirlo, ocupó casi toda la tarde de Antonio; pero no pudo llegar a ninguna conclusión satisfactoria por lo que al fin, desesperado, renunció a buscarla.

No podía creer que la joven fuera una delincuente. Sin embargo había sostenido relaciones amistosas con Savini y evidentemente tenía conocimiento de la trampa mortal preparada en la casa; además parecía haber intimidad entre ella y el conductor del auto verde.

Era verdad que Antonio sabía muy poco de Mollie. Se habían conocido seis meses atrás, casualmente, en una casa de té, al pedirle ella que le pasara el azucarero. Aquel pequeño principio se convirtió en amistad que pronto se transformó en algo más; una especie de compromiso tácito que había sido muy agradable hasta que apareció Savini y lo malogró.

Antonio estaba sentado, dejando errar sus pensamientos a donde quisieran ir, cuando un fuerte golpe en la puerta del frente arrancólo a sus sueños.

En el umbral estaba Flower, con un voluminoso sobretodo abrochado hasta la barba y el rostro, ancho y bondadoso, iluminado por expansiva sonrisa.

—He estado muy ocupado — dijo alegremente mientras se despojaba de su enorme sobretodo y se dejaba caer cuidadosamente en uno de los sillones más amplios.

—Eso es ya algo — dijo el repórter — Me interesaría mucho saber lo que estuvo haciendo.

—Lo sabrá, hijo mío, — contestó Flower levantando el vaso que le había servido Antonio con su regordeta mano — He descubierto esta tarde algo que sospechaba desde hace largo tiempo; pero que no había tenido nunca la suerte de probar.

—Bueno... ¿qué es? — preguntó Antonio impaciente.

El Dulce Guillermo lo miró por encima de sus invisibles anteojos.

—He descubierto que el señor Tallent era un ladrón, dijo gravemente.

—¡Un ladrón! — repitió Antonio.

Flower bebió un largo sorbo y asintió con la cabeza.

—¡Un ladrón! — repitió — Y no solamente eso, si no un asesino.

—¡Cielos! — exclamó el sorprendido repórter — No querrá usted decir que Savini fué... — se interrumpió incoherentemente.

—No, no. — dijo el Dulce Guillermo — El no mató a Savini. Me refiero a un hombre llamado Selton que fué descubierto a las seis de esta tarde en una casa de Lambeth, muerto de un tiro en la espalda.

Antonio lo miró y pasóse la mano por la frente.

—Estoy confundido — dijo — ¿Quién es ese Selton y que tiene que ver con todo esto?

—Se lo explicaré — dijo Flower vaciando su vaso y colocándolo sobre la repisa de la estufa.

—Se lo agradeceré mucho — dijo sarcásticamente Antonio — Y, ya que estamos en el terreno de las explicaciones, hay otras varias que deseo hacerle.

—Pregunte y se le contestará — dijo el Dulce Guillermo — Me encuentro hoy de humor confidencial.

(Continuará)

EL AMULETO DE AMIR

Por PERCY F. WESTERMAN

I

RODOLFO VISITA AL AMIR

—Hasta ahora, las cosas marchan bien — comentó Rodolfo Hastings, mientras se retiraba de la presencia del Amir Hazi ben Abderhaddan. Tengo el obsequio del viejo en mi posesión; pero sólo Dios sabe como voy a legar en seguridad a las regiones civilizadas.

Rodolfo era un robusto joven de diez y seis años. Aparentaba mucha más edad y tenía ya fama de ser muy sereno, entre la colonia británica de El Kiflis, al norte de Africa. El padre de Rodolfo tenía allí un puesto importante, como representante de una gran firma comercial de Londres y recientemente había recibido instrucciones de que siguiera hasta Abu Medjma. Allí debía recibir un regalo del Amir reinante, que este último deseaba ofrecer a un socio de la firma, en agradecimiento a ciertos servicios que éste había prestado a Hazi ben Abderhaddan.

Desgraciadamente, cuando el señor Hasting estaba a punto de partir para desempeñar su misión, la fiebre malogró sus proyectos. Rodolfo vió que su padre estaba muy preocupado porque no podía cumplir las instrucciones recibidas y, no bien el señor Hasting entró en convelescencia, el muchacho abordó el tema.

—Yo puedo ir en tu lugar, papá, — dijo — Sería un error diplomático no enviar en busca del obsequio del Amir. Puede resentirse y fracasar la concesión. Yo haré fácilmente el viaje. El desierto de Kahila no ofrece los formidables obstáculos que presentaba hace cinco años.

—Eso es muy cierto — convino el padre de Rodolfo — Las bandas de ladrones nomades han desaparecido y desde que el camino de las caravanas ha sido provisto de pozos de agua, no hay peligro de perecer de sed. Será un viaje de ochenta millas; pero tienes que llevarte contigo un par de guías.

Siguieron discutiendo y el resultado de aquella conversación fué que el joven Hastings se puso en camino y llegó sin inconvenientes al final de su viaje. Su conocimiento del dialéctico árabe, que se hablaba en el districto, le permitió hacer buena impresión al viejo y fiero jefe árabe y una vez que presentó sus credenciales, aumentadas con el obsequio de un magnífico rifle de fabricación británica, le fué entregada la prenda de la amistad del Amir.

El regalo consistía en un amuleto de un trabajo raro y costoso. Suspendida de una cadena de oro puro, había una cajita del mismo metal precioso, la cual encerraba un rubí impecable, del tamaño de un huevo de paloma. Cada una de los ángulos exagonales del cofrecito estaba terminado por una magnífica esmeralda. Aparte del valor intrínseco de la gema y del precioso metal, la mano de obra inimitable aumentaba su precio.

El regalo había sido ofrecido sobre un almohadón de seda; pero una vez que Rodolfo lo hubo tocado, en señal de aceptación, fué trasladado a un estuche de cuero repujado.

Se cambiaron más discursos amistosos y después de realizar la ceremonia de comer la sal de su huésped, Rodolfo abandonó la presencia del Amir y volvió a la casa de deslumbradora piedra blanca — a penas un poco mejor que una choza — donde se aposentaba.

—¿Cuándo se propone regresar su Excelencia? — preguntó Abdullah, el más viejo de los dos guías. Es necesario saberlo con anticipación a fin de que los caballos estén pronto para el viaje.

El hombre habló con acento de profunda humildad, con los ojos fijos en el suelo. Era un árabe fuerte, del distrito de Taureg, con fieras cejas y espesa barba. Durante veinte años había sido dragomán (guía) de los turistas europeos, que llegaba a El Kiflis para visitar las famosos ruinas del Templo de Herakles y en todo aquel tiempo había gozado fama de honradez impecable.

—No partiremos hasta dentro de nueve días, Abdullah — replicó Rodolfo despreocupadamente — Ya que estoy en esta interesante ciudad de Abu Medjma, aprovecharé para visitarla. No hay apuró para volver, puesto que el vapor de las Mensajerias no llegará a El Kiflis hasta dentro de una quincena. Ya he pedido permiso al Amir y ha dado orden a los habitantes que me den toda clase de facilidades para que visite la ciudad. Ahora deseo descansar durante el calor del día; aprovecharé el fresco de la noche para visitar el mercado de plumas de avestruz.

Rodolfo Hasting comprendió pronto que la posesión del valioso objeto era una fuente de inquietud y hasta de peligro. Su conocimiento de la codicia de la humanidad, y en especial de ciertas clases de árabes, era suficientemente profundo como para obligarlo a tomar sus precauciones.

No pasó mucho tiempo sin que tuviera una prueba práctica del peligro inherente a la temporaria posesión del amuleto del Amir, porque la primera noche se despertó al oir que arañaban suavemente las celosías de madera de su ventana. El muchacho se despabiló enseguida. Con la mano derecha en la culata de una pistola que guardaba debajo de la almohada. El amuleto había sido escondido en otro sitio. Un ladrón podía introducirse durante la noche y buscar debajo de la almohada del durmiente, así que Rodolfo había sujetado el amuleto del Amir por medio de correas de cuero a su tobillo.

Apartando el mosquitero, Rodolfo sentóse en la cama y esperó. El presunto intruso es-

taba cortando las tablillas de madera de la celosía.

Una luz acerada, el brillo del cielo estrellado penetró en la habitación, prontamente obscurecido por la aparición de un objeto obscuro en la madera cortada.

Todavía esperó Rodolfo con la pistola levantada. Quería estar seguro de su blanco. Lamentaba no haber traído una linterna eléctrica. Si...

Un crugido, al que instantáneamente siguió un grito de agonía, un violento estallar de madera rotas y el estrépito de un cuerpo al caer al patio de afuera, ahorró a Rodolfo que cayera sobre su cabeza sangre de un semejante, aunque éste era un ladrón y tal vez un asesino.

Al romperse la celosía, el cuarto se inundó con la luz de las estrellas. Proyectada contra la abertura, estaba la silueta de Abdullah, con un reluciente cuchillo en la mano.

—No es nada, Excelencia. — dijo tranquilamente. — El que intentaba robar el amuleto del Amir no volverá a robar en su vida.

Y le mostró una mano derecha, humana, que había sido cortada en la muñeca por el afilado cuchillo del dragoman.

II

LA CAZA DEL LEON

A la mañana siguiente, Rodolfo obtuvo audiencia del Amir para quejarse de que uno de los habitantes de Abu Medjma hubiera intentado robar el amuleto.

El Amir escuchó con atención y simpatía. Rodolfo estaba un poco inquieto. Esperaba que le preguntaran por qué andaba holgazaneando por la ciudad en vez de volverse, a la primera oportunidad, con el valioso regalo. Sin embargo, el Amir no tocó ese embarazoso punto; prometiendo hacer justicia, invitó al británico para una cacería de leones, el mismo día.

La cacería resultó muy interesante. El Amir hizo buen uso del rifle que le habían regalado matando tres leones. A Rodolfo, que no tenía rifle, le habían prestado un arma nativa de caño largo y, con razón, no sentía confianza. Considerando que se necesitaba un buen minuto para cargar el arma, la prudencia del mozo era justificada. Poco después, Hazi ben Abderhafdan le tiró a una leona que se arrastraba por entre la maleza. El tiro dió en el blanco y la fiera cayó. A una señal del Amir, un número de lanceros corrió hacia adelante para apoderarse del trofeo y dar, si era necesario, el golpe de gracia.

—Es esta una gran arma, ¡oh amigo! — dijo el Amir, acariciando la culata de nogal — Ni siquiera el rey de los animales necesita un segundo tiro. Quizá...

Un furioso rugido, dominando los gritos de los lanceros, interrumpió las palabras del Amir. La leona herida, escapando a sus verdugos, desparramó los árabes a derecha e izquierda. Dos o tres hombres intentaron vanamente sepultar sus lanzas de anchas hoja en el costado del animal.

Al parecer sin preocuparse de los lanceros, la leona saltó hacia el sitio donde estaban Hazi ben Abderhaddan y su huésped. Tenía un aspecto feroz con su cabeza, sin melena, manchada de sangre, las fauces abiertas y los formidables dientes. El Amir trató de introducir otro cartucho en su rifle. En su prisa falló. Ya la leona herida parecía a punto de saltar sobre él, cuando Rodolo, dejando caer su escopeta, sacó la pistola automática e hizo fuego rápidamente.

La leona cayó casi a los pies del Amir y, después de un extremecimiento convulsivo, quedó muerta.

—¡Las benciones de Allah desciendan sobre tí, oh Kafir! — exclamó el Amir — Has salvado mi vida.

—Por pura suerte — protestó Rodolfo.

—Tengo curiosidad por ver el arma que dispara tan rápida y certeramente — continuó Hazi ben Abderhaddan.

De no muy buena gana, Rodolfo le tendió su pistola.

—Es una arma pequeña y extraña — observó el Amir, manejando con extrema precaución la pistola — Nunca había visto una igual. Es parecida a la pequeñita que usan los Kafirs; pero distinta.

—Usted se refiere a un revolver, ¡oh Amir! — explicó Rodolfo — No, ésta funciona de un modo distinto.

—Enseñeme como, entonces — ordenó el árabe.

El muchacho lo hizo. Comprendió que era imposible engañar al astuto árabe. Luego, con gran consternación, vió al Amir meterse tranquilamente el arma en su ancha faja.

—Te pagaré un buen precio por ella —

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

dijo el moreno potentado — Ahora es mía. Te daré su peso en oro.

—Pero, — protestó Rodolfo — es la única arma que poseo para protegerme contra los peligros del viaje, a través del Desierto de Kahila.

—No hay muchos peligros — dijo Hazi ben Abderhaddan suavemente — Puedes guardarte el arma que te presté.

Comprendiendo que era inútil protestar, Rodolfo renunció a su pistola. Hubiera sido descortés ofender a su anfitrión árabe que quizá hubiera exigido la devolución del precioso amuleto.

El Amir y Rodolfo volvieron, cabalgando el uno junto al otro, a la ciudad, seguidos por una comitiva de jeques y un grupo de hombres a pie, que llevaban caballos de carga sobre los cuales estaban atados los despojos de la cacería.

Pasado el bajo portón, Hazi ben Abderhaddan frenó su corcel y señalo tres objetos que colgaban a un lado del camino. Eran cuerpos humanos, a cada uno de los cuales faltaba la mano derecha. Al frente de ellos había una tablilla que llevaba la siguiente inscripción en árabe.

"Sepan todos los hombres que Yo, Hazi ben Abderhaddan, Protector de los oprimidos y Dispensador del Bien y del Mal, he ejecutado justa venganza sobre estos hombres que, durante la noche violaron el santuario de seguridad que yo había proporcionado a mi huésped, el Kadir de El Kiflis. Tened cuidado por consiguiente, porque ejecutaré aún con más severidad a cualquiera que intente alguna violencia contra el dicho Kadir de El Kiflis".

—¿Qué piensa de esto, oh amigo? — preguntó el Amir.

—No lo comprendo. — contestó Rodolfo. Anoche no vi más que un ladrón.

—Es cierto — contestó con indiferencia Hazi ben Abderhaddan — Sin embargo esta mañana había tres hombres, a quienes faltaba la mano derecha.

Era aquel un típico ejemplo del sentido árabe de la justicia. Antes de partir para la cacería, el Amir había dado instrucciones para que se registrara la ciudad y sus alrededores, buscando un criminal que tuviera la mano cortada. Los que buscaban hallaron tres, uno de los cuales era el hombre que había robado el amuleto. Los tres protestaron de su inocencia. El culpable no quiso confesar, de modo que el cadí ordenó que los tres fueran ejecutados a fin de estar seguro de que no escaparía el que había intentado cometer el robo.

—Es tiempo que me vaya de este lugar bárbaro — pensó Rodolfo.

III

ABDULLAH SE SACA LA CARETA

Pero todavía se quedó el muchacho en Abu Medjma. El resto de su permanencia resultó relativamente monótono y fué con mal disimulado alivio que el noveno día dió órdenes a los guías Abdullah y Ahmed de tener los caballos ensillados para el regreso.

—¿En cuál de los caballos de equipaje colocará su Excelencia el regalo del Amir? — preguntó Abdullah, refiriéndose a los caballos que llevaban las provisiones y el equipaje.

—En ninguno — contestó Rodolfo — Llevaré el estuche en mi bolsillo.

—Me parece bien — contestó Abdullah respetuosamente.

Cinco horas más tarde la cabalgata había recorrido doce millas del inhospitalario Desierto de Kahila. Aunque seguían la ruta de las caravanas, Rodolfo y sus guías no encontraron un alma.

—¿Piensa su Excelencia armar la carpa aquí esta noche? — preguntó Abdullah — Si no, podemos seguir, porque el sol no está en el cenit todavía y los pozos de El Garish, que son mejores que estos, quedan a cuatro horas de camino.

—Muy bien — contestó Rodolfo — Seguiremos. Cuanto más pronto volvamos a la civilización de El Kiflis, tanto mejor.

Hubiera sido más prudente descansar a la escasa sombra de las palmeras hasta la tarde; pero Rodolfo estaba ansioso por llegar. Así que, después de haber dado agua a los animales, siguieron viaje.

Había arena por todas partes, mientras a raros intervalos, se distinguían árboles solitarios, espinosos, casi sin hojas por efecto del ardiente sol y falta de riego, fuera del rocío de la noche.

Los jinetes cabalgaron millas tras millas hasta que los animales dieron señales evidentes de cansancio. Sin embargo, no se veían rastros del oasis de que había hablado Adbullah. A las repetidas y ansiosas preguntas de Rodolfo, el dragomán contestaba "aquel lugar de descanso no estaba lejos"... una respuesta indefinida que producía impaciencia en el cansado joven.

—¿Son esos los pozos? — preguntó al ver un grupo de espinos retorcidos —Abdullah, creo que nos hemos perdido; no recuerdo haber pasado por junto a estos árboles en nuestro viaje de ida.

El árabe sonrió con expresión satisfecha

—Yo, Abdullah no soy un niño — contestó — No me he perdido. Vamos bien.

Con los ojos ardiendo por el terrible resplandor del sol y la garganta seca e irritada por las ardientes partículas de arena, Rodolfo continuó hasta que llegaron junto a los achaparrados árboles. No había allí rastros de pozo. Mecánicamente detuvo Rodolfo su cansado caballo. Ahmed Ras se tiró de la montura.

—Excelencia, mi yegua está coja, — dijo.

Antes de que el muchacho pudiera contestar, Abdullah agarró las riendas del caballo de Rodolfo y casi lo hizo ponerse sobre sus patas traseras. Simultáneamente las manos sinuosas de Abdullah agarraron al desprevenido joven por los hombros y lo derribaron de la montura.

Aturdido por la violencia de la caída, Rodolfo se dió cuenta de que el traicionero

dragomán le registraba los bolsillos. Con una exclamación de triunfo, sacó Abdullah el estuche que contenía el amuleto del Amir.

Aún en su estado semi inconciente, Rodolfo se echó a reir. Los árabes lo miraron con sorpresa; pero su asombro se convirtió en furiosa cólera cuando, al abrir el estuche, vieron que estaba vacío.

—¡Perro infiel! ¡Hijo de un cerdo Kafir! — casi aulló el hasta entonces imperturbable Abdullah — ¿Qué has hecho con la joya? Contesta o te cortaré el cuello y dejaré que los buitres se arranquen la carne de los huesos.

Agarraron brutalmente al mozo, lo pusieron de pié, recostado contra un árbol y lo ataron con tiras de cuero. Luego, sacando sus cuchillos, los miserables lo amenazaron nuevamente.

Casi lánguidamente, Rodolfo volvió la cabeza y con fingida indiferencia examinó la extensión norte del desierto. No quedó decepcionado en sus esperanzas. Bajando rápidamente una distante montaña venían tres jinetes con atavíos árabes.

—¡Hijo de Satanás! — chilló Ahmed Ras, pinchándole el cuello con el cuchillo — Dinos donde está el amuleto.

—Completamente seguro — contestó fríamente Rodolfo, porque se iba reponiendo de los efectos de la caída — Ya que queréis saberlo, bandidos, está ahora en el Kiflis. Un amigo mío, disfrazado de árabe, llegó a Abu Medjma, el día siguiente después de haberme dado el Amir su precioso objeto. Se volvió casi inmediatamente y pocos días después recibí una carta donde se me decía que el amuleto estaba seguro en manos de mi padre. Por eso os dije que me quedaría nueve días en Abu Medjma y vosotros creistéis que la joya estaba todavía en mi poder. Habéis sido burlados, mis fieles guías.

Los árabes se consultaron entre sí. Rodolfo vió que los jinetes estaban ahora a una distancia de cien yardas.

—Hemos decidido matarte, Kafir — anunció Abdullah sin emoción.

—Muy bien; hacedlo — contestó Rodolfo con una tranquilidad que a él mismo le sorprendió. — Sólo que, recordad que Abdullah y Ahmed serán hombres marcados. Serán mirados con sospecha si vuelven a poner el pié en El Kiflis o en cualquiera de las poblaciones de la costa. Si regresan a Abu Medjma, el Amir Hazi ben Abderhaddan les hará preguntas embarazosas. No queda duda que simples sospechas le bastarán para proceder, acordaos de los tres hombres de las manos cortadas. Y un dragomán no puede pasarse toda la vida en el desierto.

Los árabes sabían que Rodolfo decía la verdad. Con todo, ya se habían comprometido. Aunque desistieran de matar al cautivo, el hecho de haberlo intentado traicioneramente bastaría para que fueran llevados a la cárcel.

—Los muertos no hablan, hermano — dijo Ahmed Ras, dirigiéndose a su compañero de crimen. Podemos volver a El Kiflis y jurar que un león lo devoró o que murió de una insolación ¿Por qué vacilamos? Ve, le daré yo el primer golpe.

Ahmed Ras era melodramático. Adoptando una actitud impresionante ante el indefenso cautivo, se enrrolló las mangas y levantó su brillante cuchillo.

Pero en esos momentos resonó un tiro, seguido por otro, Ahmed Ras recibió un tiro en la sien y cayó al suelo como un buey desnucado, mientras Abdullah, gritando con una mezcla de dolor y de asombro dió tres vueltas antes de desplomarse inerte sobre el cuerpo de su compañero.

—¡Animo, Rodolfo! — gritó una voz bien conocida del muchacho.

—Lo tengo. — contestó Rodolfo valerosamente — Dame un trago de agua y estaré bien en seguida. Llegaste a tiempo.

El recien llegado era el amigo más íntimo de Rodolfo, Jack Devereux, que disfrazado de árabe, como ya se ha dicho, había seguido a Rodolfo a Abu Madjma para llevar el amuleto del Amir a El Kiflis, antes de que los nativos se dieran cuenta de que la valiosa joya había salido de la comarca.

Con él estaba otro británico residente en El Kiflis, el mejor tirador de la colonia, y un criado árabe.

—Sí — continuó Devereux — Fué una circunstancia afortunada. Decidimos internarnos algunas millas en el desierto para ver si podíamos encontrarte en tu viaje de vuelta. Nuestro árabe distinguió tres jinetes que se alejaban de la ruta de las caravanas y usando mis anteojos ví que erais tú y tus preciosos guías. Supimos que los dragomanes trataban de hacer alguna fechoría y nos apuramos. Dos tiros espléndidos, Mac. Los bribones están muertos.

—Y gracias a tí, el amuleto está en seguridad.

—Así lo creo — añadió Devereux — Si no me equivoco debe hallarse a estas horas en viaje para Inglaterra. Palabra, Rodolfo, que tienes ideas magníficas. Si no se te hubiera ocurrido enviar adelante el amuleto, este podría haberse perdido para siempre. No, no, gracias a mí no viejo Yo no hice más que lo que tú me dijiste Espera que la historia se divulgue y veremos a quien se atribuye el mérito por haber salvado el amuleto del Amir

SI SU VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY", SOLICITELO A LA ADMINISTRACION

AVENIDA DE MAYO 662

BUENOS AIRES

LOS MELLIZOS VENGADORES

Por

JOHNSTON Mc CULLEY

(Continuación)

Despojados de su fortuna por un grupo de financistas sin escrúpulos los hermanos Pedro y Pablo Selbon, llamados los Mellizos Vengadores, deciden vengarse. Primero lo harán de Darnton Trede, jefe del sindicato, y luego de los otros seis. Los mellizos descubren que hay otro enemigo de Trede, James Martaman, enamorado de la hija del financista. Trede, que tiene para ella otros proyectos, se arregla de modo que Martaman aparezca culpable de un robo, ayudado en su villanía por Emilio Brahl, secretario del financista, y un detective privado, Milton Griff.

Pablo Selbon decide visitar a Martaman y obtener más amplios detalles de su situación. Valiéndose de un ardid, burla la vigilancia de Milton Griff.

Fué hasta las puertas, golpeó suavemente y Sam las volvió a abrir.

Pablo examinó la calle. No lejos de allí vió un taxímetro; pero iba en dirección opuesta. Una enfermera y su paciente se hallaban como a media cuadra de distancia; pero la joven le volvía la espalda. Nadie más se veía. Pablo descendió rápidamente.

—¡Bueno muchachos! — dijo — No olvidaré esto. Ahora pueden seguir su trabajo. Les pido olviden esto. Algo me dice que tendrán suerte si van esta noche a las carreras de perros.

Pablo subió a la acera y se alejó rápidamente sin mirar ni a derecha ni izquierda. Dió vuelta en la primera esquina y caminó un rato, asegurándose de que no lo seguían. Finalmente, llamó un taxímetro y dió una dirección al conductor.

Continuó alerta, mientras el auto atravesaba las calles. No vió señales de persecución ni vigilancia. Al llegar a su destino pagó al chauffeur y continuó caminando por una angosta calle lateral que tenía a cada lado casas de departamentos de la más modesta apariencia.

—Señor Griff, perdió usted sus diez libras — se dijo a sí mismo riendo Pablo — Y ahora vamos a buscar a ese señor James Martaman y oiremos su historia. Y tendremos mucho cuidado con ella también.

IV

Mirando los números de los edificios, Pablo se mezcló con los transeuntes que comenzaban a obstruir la angosta calle; amas de casa que hacían las compras de último momento para la comida de la noche, niños que regresaban de la escuela, mandaderos llevando encargos, etc.

Finalmente encontró el número que buscaba y entró por el portal de un edificio sombrío y sucio. El hall estaba cubierto por deshilachada alfombra; una luz incandescente trataba de brillar a través de un globo empañado y había en el aire una mezcla de olores desagradables.

Un hombre grandote, con el rostro sin afeitar, estaba sentado detrás de un escritorio, delante del cual había un tablero telefónico. Estaba sin saco y sin cuello. Pablo se dirigió a aquel hombre.

—Deseo ver al señor Jorge Deston — le dijo.

El hombre lo miró como si hubiese sido un enemigo.

—¿Quién es que desea verlo y para qué? — preguntó.

—Dígale que el señor Nobles necesita verlo y en cuanto a para qué no es asunto suyo.

—¿Qué no?

—Que no — dijo Pablo — Si usted cree que está tratando con un afeminado o cosa por el estilo, es mejor que rectifique su opinión. Hágase el impertinente y lo voy a lanzar de un puntapie a la calle.

El hombre se levantó agresivamente. Pero una mirada de Pablo Selbon lo convenció de que sería mejor que anduviera con cuidado.

—No se ofenda — dijo — Pero aquí vienen una cantidad de tipos a hacer preguntas inútiles.

—Posiblemente. Yo no le he hecho preguntas. Le dije que deseaba ver al señor Jorge Deston.

Me está esperando. Háblele por teléfono y vea si está. Y luego guarde sus instintos peleadores para otro. Yo estoy ahora muy ocupado.

El hombre sonrió, sentóse delante del tablero nuevamente y se puso en comunicación con Deston. Los modales de Pablo Selbon no querían decir que anduviese con deseos de buscar camorra, si no que la sangre peleadora de los Selbon se había puesto en ebullición y que, teniendo en vista un objeto definido, para llegar a él suprimiría cualquier obstáculo, si fuere necesario.

—Dice que puede subir — anunció el hombre del mostrador — Es en el tercer piso, número 38. Hay un escalón flojo en la escalera.

—Me lo imaginaba — contestó Pablo.

Dejando al casero que digiriera aquello, empezó a subir las escaleras. Estaban grasientas y carcomidas. Las tablas crugían y algunas parecía que iban a hundirse.

Llegó al tercer piso y encontró sin trabajo el número 38. Se detuvo delante de la puerta y miró a un lado y otro del corredor. No se veía a nadie. La ventana del fondo estaba abierta; pero no había allí escalera de incendio. Pablo llamó a la puerta.

—¿Quién es? — preguntó desde adentro una voz de hombre.

—Busco al señor Jorge Deston. Es Nobles.

La puerta se abrió unas seis pulgadas y un hombre miró hacia afuera. Pablo retrocedió un par de pasos y esperó. Hubo un instante de silencio y la puerta se abrió más.

—¡Entre pronto! — ordenó el hombre.

Pablo entró. El otro cerró la puerta con llave. Luego volvió a Pablo su rostro huraño, los ojos inyectados de sangre; los modales del hombre eran nerviosos y.... tenía un pistola en su mano.

—Puede bajar el arma — le dijo Pablo — Tengo que tener tanto cuidado como uster, Martaman.

—Más bajo — dijo el otro.

—Muy bien. ¿Supongo que es usted James Martaman en vez de Jorge Deston?

—Lo soy, si. Pensé que nunca vendría usted. Empezaba a creer que no me ayudaría.

—¿Y por qué lo voy a ayudar? — preguntó Pablo.

—Porque los mismos hombres que me persiguen lo han perseguido a usted y a su hermano — fué la respuesta. — Yo no puedo valerme. Estoy en una situación terrible. Y pensé que se alegraría usted de...

Pablo miraba atentamente alrededor de la habitación. Era un pequeño cuarto de soltero, escasamente amueblado. Contiguo a él estaba el cuarto de baño; Pablo se dirigió a él, abrió la puerta y miró a su interior.

No había en el cuarto de baño más que una pequeña ventana, que miraba a un patio obscuro; nadie podía entrar por allí. En el cuarto principal había otras dos ventanas; pero tampoco por allí era posible la entrada. El cuarto no tenía puerta de comunicación.

Pablo volvió y sentóse en una silla contra la pared. Su huésped sentóse en otra, a menos de cinco pies de distancia. Volvió la pistola al bolsillo.

—Así es mejor — dijo Pablo y sacó su propio revólver.

—Que... que... — empezó el otro.

—¡Despacito! — le advirtió Pablo — Comprenda que quiero asegurarme bien de las cosas.

—¿Cómo voy a saber si es usted en realidad James Martaman?

—¡Oh!... No puedo reprocharle sus precauciones, naturalmente. Conozco el poder de los Seis y de Darnton Trede. Tiene usted miedo de una celada.

—Quiero estar seguro — dijo Pablo. — Nunca he tenido el gusto de encontrarme con usted antes.

—Espere un momento — el otro atravesó rápidamente la habitación y abrió una valija que había en un ángulo. Pablo lo observaba cuidadosamente, el revólver preparado. Pero el otro volvió con un montón de papeles en sus manos. Los revisó rápidamente y eligió dos o tres.

—Aquí tiene — dijo — Un viejo pasaporte. Vea mi fotografía y mi descripción. Ahora estoy un poco más delgado.

—Si, lo está usted — contestó Pablo.

—He sufrido un verdadero tormento. Esto asunto es como para volver loco a cualquiera. No es extraño que me haya adelgazado.

Pablo le devolvió el pasaporte.

—Parece coincidir con su persona — dijo — ¿Sabe usted quien soy?

—Si — la respuesta fué hecha en voz más baja — Es usted uno de los hermanos Selbon, uno de los Mellizos Vengadores, como se les llana. Lo he visto a usted o a su hermano — naturalmente no se a cual — una o dos veces.

—Entonces estamos bien — dijo Pablo — Cuénteme ahora su historia — Usted nos escribió una carta, pidiéndonos ayuda. Le contestamos con un anuncio en la columna personal de un diario, como usted nos indicó. Luego usted nos telefoneó diciéndonos donde lo encontraríamos y que nombre usaba usted. Muy bien. Oigamos la historia.

—¿Me ayudará usted?

"¡Silencio! Soy yo quien habla" — dijo Pablo — Haga ruido o un movimiento en falso y me ejercitaré en el tiro al blanco.

—Escucharé antes su relato, como le he dicho — contestó Pablo.

—Muy bien, señor Selbon. Usted ha sufrido la persecución de los Seis y sabe que no conocen escrúpulos. Darnton Trede es igualmente malo. De su misma especie. Y me tiene así... — puso una mano sobre otra y cerró el puño.

—¿Cómo? — preguntó Pablo.

—Primero, permítame decirle que yo desciendo de una buena familia; familia antigua. Los negocios andaban mal en mi casa y mi infancia y mi adolescencia fueron duras; pero salí triunfante, si es que puedo decirlo yo mismo. Estudié leyes.

—Comprendo — dijo Pablo — ¿No tiene parientes?

—Sólo algunos primos lejanos. Empecé a abrirme camino. Trabajé mucho. Era socialmente aceptado, a pesar de mi modesta posición. Mi nombre de failia lo exigía. Y... y... me enamoré de Carolina Trede. ¿La conoce, señor Selbon?

—Me la han presentado y la he visto algunas veces por casualidad No he cambiado con ella más de media docena de palabras. Pero me pareció una joven encantadora.

—Estoy de acuerdo con usted, naturalmente. Pero hay una cosa... adora a su padre.

Cree que es un hombre de negocios maravilloso. Y lo es en verdad; pero... sin escrúpulos. Ella no quiere creer eso. Pero ahora empieza a convencerse.

—¿Ella se interesa también por usted?

—Sí. Nos hemos comprometido. Ella se sentía muy feliz y se lo dijo a su padre A Darnton Trede no le agradó. Le manifestó francamente a su hija que no tenía nada contra mí personalmente y que algún día me abriría camino. Le dijo también que me ayudaría proporcionándome una cantidad

de negocios si... ella consentía en renunciar a mí y yo aceptaba.

—¿Por qué? — preguntó Pablo.

—Esa es la parte más cruel. Le dijo a Carolina que quiere se case con un financista europeo, maduro, por razones de negocios. Quería hacer una especie de asociación y el casamiento de Carolina con este hombre sería ideal para él.

—¿Qué ocurrió?

—Carolina disputó con su padre por vez primera en la vida. Le dijo que me amaba y que no se casaría con ningún otro. Y menos con el que su padre le había elegido. Tuvieron una verdadera pelea. Finalmente le recordó ella que era mayor de edad y que tenía una pequeña fortuna propia, heredada de su abuela; dijo que se casaría conmigo y me ayudaría a formarme una posición.

—Imagino — dijo Pablo — que la pelea habrá sido seria.

—Carolina demostró que había heredado el carácter obstinado de su padre. Darnton Trede no pudo conseguir nada de ella: pero... se vengó en mí.

—Tiene que darme los detalles.

—Son bastante sencillos. Un detective fué a verme a mi oficina y me dijo que deseaba lo acompañara a la residencia de los Trede. Se mostró muy misterioso sobre el particular. Su nombre es Griff.

—Conozco al detective Griff — dijo Pablo sonriendo — Trabaja bastante para los Seis, Y parece que Darnton Trede pronto entrará a formar el número Siete.

—Exactamente. Griff me llevó a la casa de los Trede. Darnton estaba en su biblioteca y también Emilio Brahl, secretario privado de Trede. Es un hombre de maneras dulces, hábil Especial para Trede, Sabe siempre lo que Trede necesita.

—Conozco al tipo.

—Trede me dijo que me sentara y yo lo hice. El hipócrita me miró con ojos que estaban casi llenos de lágrimas.

"Hijo mío, siento mucho haberme enterado de lo que usted ha hecho" — me dijo. —"Comprendo que estuviera usted furioso y decepcionado: pero eso no lo excusa. Sin embargo, dadas las circunstancias, estoy dispuesto a mostrarme indulgente. Me acuerdo de su familia. Devuélvame las joyas, le daré una suma de dinero y lo dejaré marchar... pero tendrá usted que irse del país".

Le juro a usted que no sabía de que se trataba. Era una especie de comedia. Sin embargo comprendí que se trataba de un lazo y pedí una explicación. Darnton Trede pareció enojarse.

"Le doy una oportunidad de salvarse: pero no toleraré necedades" — me dijo. — "¿Niega usted haber entrado anoche a mi biblioteca, abierto mi caja fuerte y sacado de ella una sart[illegible] perlas y algunos diamantes sin tall[illegible]

"¿Está us[illegible] loco?" exclamé. Ciertamente que no hice nada de eso. ¿Qué clase de juego vil es éste?

Darnton Trede suspiró y movió negativamente la cabeza. Es un gran actor de carácter el viejo bribón.

"Quiero salvarlo a causa de su familia y a causa de lo que ha pasado, muchacho" me dijo. "Creo que lo hizo usted tanto por venganza como por ambición de dinero".

"¿Quiere usted decir que yo le he robado?" exclamé.

Entonces Darnton Trede se levantó y adoptó una actitud dominadora.

"Escúcheme joven y no se mostrará tan arrogante" dijo. "Esta mañana la caja fué hallada abierta y los diamantes habían desaparecido. Por la mañana yo recibí un billete. No tenía firma y lo leí. Decía: "Me niega usted la perla que quiero, así que me lo llevo todo". Se refería a mi hija, naturalmente.

"Maldito sea" exclamé. "Quiere usted hacerme caer en un lazo... apartarme del camino".

Entonces entró ese detective, señor Selbon.

"Lo hemos descubierto, Martaman" dijo. "Tengo sus impresiones digitales. Están en la puerta de esa caja Y la hoja de papel en que fué escrita esa misiva tiene un gran brillo. Sus manos debieron estar húmedas de transpiración cuando usted anduvo con ella. Sus impresiones digitales están en la carta, Martaman. Que tiene usted que decir a eso?"

V

Pablo dejó descansar el automático en su regazo, mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía. A través de la primera bocanada de humo miró al otro hombre atentamente.

—¿Y bien? — preguntóle. — ¿Qué tiene usted que decir?

—Es una trampa, señor Selbon. Darnton Trede y su secretario Emilio Brahal lo prepararon todo. Lo se como si lo hubiese visto y oído.

—Pero — ¿y las impresiones digitales, hombre? Estaban en la caja y en la hoja de papel?

—Si.

—¡Hum! ¿Y cómo llegaron allí?

—Yo era asiduo visitante de la casa de Trede antes de que ocurriera esto. Y Emilio Brahl le indicó rápidamente algunas cosas a ese detective.

—Si quisiera usted decírmelas...

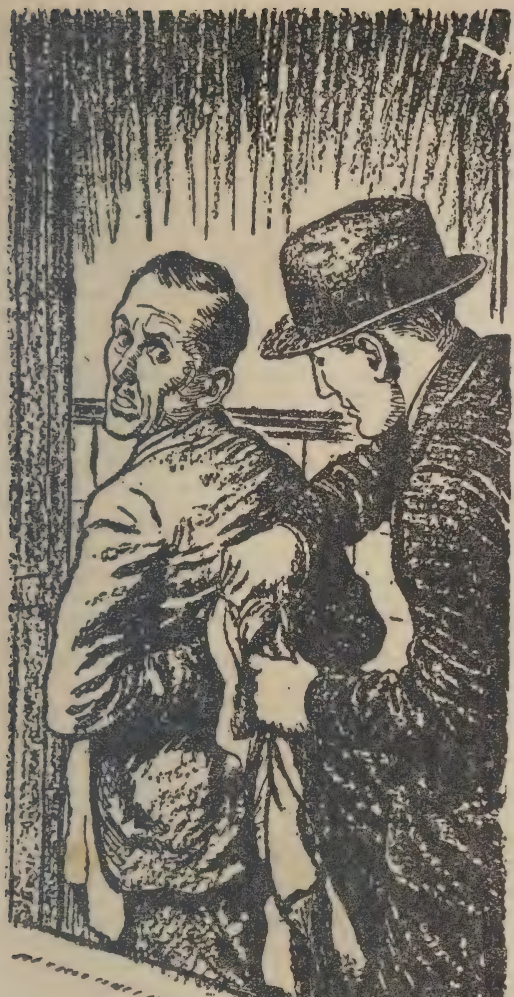
—Recordé que, tres o cuatro días antes, cuando yo estaba en la casa, quedé solo con Brahl en la biblioteca, esperando a Carolina Trede. El había venido de su pequeña oficina adjunta con un montón de papeles de negocios. Fuí con él hasta la caja, hablando de una cosa u otra. Me pidió que le tuviera los papeles mientras abría la caja.

—¿Lo hizo usted?

—Ciertamente. Agarré los papeles y me quedé parado junto a él mientras movía la combinación. Luego me tomó los papeles los puso en la caja y se dió vuelta para buscar algo en la mesa del medio de la habitación. "¡Oh!", dijo. "Me olvidé de cerrar la caja. Me hace el favor de cerrarla, viejo?" Naturalmente lo hice. No hallé nada de extraordinaria en el pedido.

—Y al hacerlo imprimió usted sus impresiones digitales en la puerta? — preguntó Pablo.

—Supongo que sí, señor Selbon. Es la



Agarró las muñecas del hombre, apoyó una rodilla contra la espalda y le ató las manos atrás.

única vez que yo recuerdo haber tocado la caja.

—Eso explicaría como aparecieron allí. Pero ¿y la hoja de papel en que fué escrita la nota?

—Señor Selbon, encima de los papeles que me pidió Brahl le tuviera, había una hoja en blanco.

Era papel lustroso. Casi juraría que el mismo en que ha sido escrita esa nota.

—¡Ah! Y, naturalmente, le imprimió usted sus impresiones digitales mientras la tuvo agarrada.

—Eso es lo que creo. Todo fué una trampa y... buena. Caí en ella.

—Un momento. ¿Vió usted ese billete?

—Sí. Darnton Trede me la puso debajo de los ojos mientras me hablaba y leí lo que estaba escrito en el papel. Era lo que le dije a usted.

—¿Y la letra?

—La nota estaba escrita a máquina. Con tipo de tamaño mediano y cinta negra, común.

Me fijé en todas esas cosas.

—¿Y nunca se fijó, por casualidad, en la máquina que ese Emilio Brahal usa en su oficina?

—Sí, creo comprender lo que está usted pensando. Pero la máquina de escribir de Brahl tiene tipo más pequeño y él siempre usa cinta violeta. Pero eso no quiere decir que Brahal no haya escrito la carta, dictada por Trede.

—¿Cómo sabe que sus impresiones digitales se hallaron en la caja y en el papel? ¿Aceptó la palabra de Griff?

—Declaré que no podía ser, especialmente las de la carta. Recordé, naturalmente, haber tocado la caja. Entonces el detective Griff me tomó las impresiones del pulgar y las comparó con las del papel y las de la caja. No quedaba la menor duda de que eran idénticas.

—Y qué piensa usted de todo eso?

—Que Darnton Trede ideó la trampa y que Emilio Brahal lo ayudó a armarla. Apostaría mi vida. Fué fácil, como le acabo de decir, obtener mis impresiones digitales en la caja y en el papel.

—Pero las perlas y los diamantes...

—Los han de haber sacado de la caja, supongo, dejándola abierta y así el robo simulado se descubrió por la mañana. La nota debió ser echada al correo por la noche.

Pablo Selbon fumaba lánguidamente su cigarrillo y un momento quedóse pensativo.

—Hombre.... ¡que complot! Esas pruebas servirían para hacerlo condenar por nueve jurados entre diez. Trede le ha negado a usted en matrimonio a su hija. Usted es un hombre sensible, de buena familia. Se sintió descorazonado, pensando que no vale la pena ser decente. Tenía poco dinero. Así que robó la caja para vengarse y para obtener beneficio. Ese billete es la nota del aficionado. Cualquier fiscal tendrá de donde agarrarse.

—Lo se. He caído en un lazo. No veo medio de salir de él. Pensé que usted y su hermano querrían ayudarme.

—¿No es usted, por casualidad culpable? — preguntó Pablo tranquilamente.

—¡Señor Selbon! No se atreva a insinuar semejante cosa. Nunca toqué esas joyas.

—¿Qué ocurrió después del asunto de las impresiones digitales?

—Ví qu había caído en una trampa, naturalmente. Una mirada que advertí, se cambió entre Trede y Brahl me convenció de ello. Tenía que pensar rápidamente y mi cerebro no quería al principio funcionar: estaba como entumecido. "Lo hemos pescado, joven" me dijo el detectivev Griff. "Yo podría llevarlo a la cárcel: pero como el señor Trede quiere mostrarse compasivo..."

"Sí, hijo mío" dijo Trede. "Comprendo lo que usted experimenta y por qué lo hizo. No quiero enviarlo a la cárcel. Deseo que se marche porque no creo que reincida. Si necesita dinero, se lo prestaré. Váyase al extranjero y que tenga suerte.

¿Comprende, señor Selbon? Tenía que estar allí sentado y oir todo aquello, cuando deseaba gritar que era inocente y que me habían tendido un lazo. Pero Griff estaba dispuesto a llevarme a la cárcel. De modo que fingí ceder.

"Necesito una confesión escrita para guardarla en mi caja y emplearla en caso de que usted no cumpla — me dijo Trede "Mi secretario la tiene escrita y no necesita usted más que firmarla. ¿Cuanto dinero precisa para establecerse en el extranjero?

"Creo que podré pasarme sin su ayuda financiera" le dije.

"¿Quiere usted decir que ya ha dispuesto de mis joyas?" me preguntó.

"Nunca robé sus joyas y usted lo sabe", exclamé. "Este es un lazo y soy lo bastante razonable para comprender que he caído en él sin remedio. Pero ¿cómo voy a devolverle lo que no tengo?"

"Necedades!" exclamó. "Ciertamente tiene usted las joyas. Las quiero, especialmente las perlas. Son escogidas, parejas, muy valiosas y no fáciles de reemplazar.

Hace años que las poseo. Es parte del arreglo que lo acompañe a usted el detective y devuelva las joyas. Y aquí está la confesión para que la firme".

Pensé rápidamente, señor Selbon, puede creerme. No comprendía del todo y no lo comprendo todavía. Pero estaba seguro de que me hallaba preso en un lazo, que Darnton Trede me enviaría alegremente a la cárcel porque Carolina había declarado que quería casarse conmigo. Me dije a mí mismo que tenía que escapar enseguida, peleando si era necesario.

Puso la confesión delante mío y yo fingí leerla. Traté de aparecer como un hombre que lo acepta todo antes que ir a la cárcel. El detective Griff estaba sentado a cierta distancia mía, fumando un cigarro. Darnton Trede en el otro extremo de la mesa. El teléfono sonó y Emilio Brahl fué a atenderlo. Los otros hombres, naturalmente, lo miraron mientras se dirigía al teléfono.

En aquel instante vi mi oportunidad, señor Selbon. De un salto corrí hacia uno de los balcones, que estaba parcialmente abierto. Estuve dentro de él en un instante, mientras el detective me gritaba. Salté desde el extremo de la baranda y corrí hacia un grupo de arbustos. Empezaba a obscurecer. Yo conocía el fondo de los jardines de Trede. Supongo que tuve suerte en poder huir.

No me atreví a volver a mis habitaciones. Así que me dirigí a una casa de segunda mano, compré una valija y unas cuantas ropas que metí adentro. Convertí un cheque en casa de un cigarrero que me conocía. Luego tomé un taxi y me dirigí a este extremo de la ciudad.

Este sitio me pareció bueno para esconderme y el propietario un hombre capaz de discreción. Así que alquilé la habitación, pagando un mes adelantado. Le dije que era un profesor de escuela y que me ocultaba para estudiar y prepararme para grados más altos.

—¡Cielos! — exclamó Selbon — Ese caballero del escritorio no conoce la diferencia entre un grado universitario y un mausoleo. Es raro que no haya creído que estaba usted loco y llamado a la policía.

—Pero nadie me ha molestado. Naturalmente he vivido en un temor constante. Conozco el poder de Trede y de sus asociados. ¿Y que voy a hacer? Soy inocente; pero me hallo en una trampa. ¡Soy un fugitivo!

—¿Por qué me mandó buscar? — preguntó Pablo.

—¿Puede ayudarme? Se que usted castigó a los Seis porque arruinaron a su tío.

—Disculpe — dijo Pablo prontamente — Han corrido rumores, naturalmente, que yo y mi hermano les hicimos algo a los Seis. Sólo rumores, entienda bien. Nunca dijimos que habíamos hecho nada... y nadie lo probó. De modo que, cuanto menos se hable de eso mejor.

—Yo sólo quiero que ustedes me ayuden — dijo el otro.

—¿Cómo cree usted que podemos hacer eso?

—Usted y su hermano entienden de esas cosas. Son audaces.

—¡Gracias! ¿Pero tiene alguna idea?

—Si usted y su hermano pudieran penetrar en la casa de Trede por la noche. Sorprenderlos a Trede y Emilio Brahl. Amenazarlos o algo por el estilo; hacer que Brahl confiese la verdad, es decir que él y Darnton Trede tramaron esto....

—¡Hum!... ¿Quiere usted que cometamos robo, asalto y unos cuantos delitos más?

—Se que es mucho pedir. Pero tendrán ustedes una oportunidad de luchar por el derecho. ¡Por favor, señor Selbon! Si ustedes no lo hacen, no me queda más que huir y ser siempre un prófugo. O entregarme a esos bribones, que me enviarán a la cárcel.

—¿No puede ayudarlo la señorita Trede?

—No, su padre no la escucharía. Me hubiera dejado ir, si yo hubiese firmado la confesión.

—Pero le pidió a usted que le devolviera las perlas. ¿Por qué iba a hacer esto si ayudó a combinar el plan y sabía que no las tenía en su poder?

—No se. No comprendo nada absolutamente. Es posible qu fuera otra trampa.

—Es una situación difícil — comentó Pablo Selbon — Levantóse de la silla y dió una vuelta por la habitación, pensando profundamente. Se detuvo delante de una de las ventanas y miró hacia el patio; miró las ventanas de otras habitaciones del mismo piso. Luego volvió de nuevo a la silla.

—¿Puede usted ayudarme? ¿Harán algo usted y su hermano? ¿Pueden entrar en casa de Trede y...?

Se detuvo porque Pablo le hizo señas que guardara silencio. Pablo atravesó sin hacer ruido la habitación y abrió de nuevo la puerta del cuarto de baño. Luego le hizo señas al otro que viniera.

—Entre aquí — le dijo y cerró la puerta después que el otro hubo obedecido. —

Ya sabe que tenemos que andar con cuidado.

—Si, lo se; pero nadie puede oirnos.

Pablo Selbon hizo de pronto un movimiento inesperado, opayó el caño de su revólver en el pecho del otro.

—Ni una voz o..., tiro — le dijo — Póngase de espaldas. ¡Pronto!

—Que... — empezó el otro.

—¡Ni una voz he dicho! Lo llenaré de plomo si pronuncia otra palabra. Dese vuelta pronto.

Con una mezcla de asombro y temor en su rostro, el otro hombre se dió vuelta. Todavía con el caño del revólver apoyado contra su hombre, Pablo Selbon extendió la mano izquierda hacia el toallero y agarró una toalla.

Luego deslizó rápidamente el revólver en el bolsillo de su saco, agarró las muñecas del hombre, apoyó una rodilla contra la espalda de su víctima y le ató las muñecas a la espalda con la toalla. Pablo Selbon no era solamente un atleta si no que había tenido que habérselas con nativos furiosos en las selvas de Sud América y aquello era juego para él.

—¡Quieto! — le previno nuevamente Pablo haciéndolo dar vuelta — Ahora, tírese al suelo.

Pablo lo ayudó. Casi antes de que comprendiera lo que le pasaba, Pablo le había atado los tobillos. Luego agarró otra toalla y lo amordazó.

—Permítame observarle que estas toallas están hechas de una tela resistente — le dijo Pablo en voz baja a su prisionero. — Y están atadas de un modo particular, así que dudo pueda usted desatarse fácilmente. Tampoco podrá quitarse la mordaza. Temo que lo va a pasar muy incómodamente.

Y ahora, escuche, joven. Su trabajo ha sido torpe. La idea era excelente; pero la ejecución ha sido pésima. Cometió usted una cantidad de graves errores.

El hombre postrado produjo unos sonidos inarticulados y Selbon se echó a reir. Examinó nuevamente sus ligaduras y encendió otro cigarrillo.

—Le dije la verdad cuando afirmé que nunca me había encontrado con James Martaman — continuó Pablo — Pero lo había visto. Me fué indicado un par de veces por mi propio abogado, que me habló de él como de un joven de provecho. Así que enseguida me dí cuenta de que no era usted Martaman y, naturalmente, quise descubrir su identidad y oir su historia.

¿Y el pasaporte? ¡Excelente idea, mi querido señor! Era sin duda su retrato y su descripción. Pero noté que las líneas del nombre y profesión habían sido borradas y escritas de nuevo. En lugar de "secretario" escribió usted "abogado" y en vez de "Emilio Brahl" "James Martaman".

Muy hábil; pero... no coló. Supongo que encontró usted a Martaman y proyectó una trampa para cazar a los Mellizos Vengadores. Tiene pasta de actor, Brahl. Se llamó a sí mismo bribón y a su patrón hombre sin escrúpulos. Me contó la historia de lo ocurrido a James Martaman. ¡Gracias por ello! Diciendo la verdad, hizo que la historia sonara cierta. Sólo que me reveló todo el complot.

Fué un gran plan el ideado por Trede y los Seis. Nos hubieran obligado a mi hermano y a mi a introducirnos en la casa de Trede para caer en brazos de media docena de detectives. ¡Que magnífica idea! Pero... no dió resultado.

¡Pobre imbécil! Se imagina que no ví el disco dictógrafo debajo de la mesa del otro cuarto. Por eso tuve cuidado con lo que hablaba. Y cuando me acerqué a la ventana y miré hacia afuera vi por donde corría el alambre. Ahora, señor Emilio Brahl, voy a dejarlo aquí y hacer una visita al otro extremo del alambre. No dudo que encontraré allí al verdadero James Martaman. No se atrevieron ustedes a enviarlo a la cárcel. Mi hermano y yo podíamos enterarnos y eso hubiera malogrado el plan que tenían para atraparnos.

Pablo volvió a sonreirle al hombre.

—¡Descanse, amigo! — dijo — Medite en sus pecados.

Luego salió del cuarto de baño, cerró con llave la puerta y se metió la llave en el bolsillo.

VI

Dirigiéndose al centro de la habitación, Pablo se paró junto a la mesa y habló para los que escuchaban al otro extremo de la mesa.

—Creo que merece usted ayuda, Martaman — dijo Pablo — Encienda un cigarrillo y fume para tranquilizar sus nervios, mientras yo medito un rato.

Diciendo esto, Pablo atravesó rápidamente la habitación, abrió la puerta que daba al hall, salió y volvió a cerrar. Siguió por el corredor, contando las puertas. Se detuvo junto a la tercera.

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

Al principio no oyó ruido adentro. Luego sintió una tos y ruido de pasos. Pablo llamó, con golpe rápido e imperioso.

Hubo adentro un instante de silencio, luego una imprecación murmurada, después el ruido de pasos que atravesaban la habitación. La puerta se abrió un poco. Pablo Selbon metió dentro la rodilla, apoyóse con todo el peso de su cuerpo sobre la puerta, la abrió y metióse adentro, apuntando con su revólver al hombre que le había abierto.

—¡Ni un sonido! — le previno.

Al hablar cerró la puerta de un puntapie. Siempre apuntando al hombre sorprendido, extendió hacia atrás la mano izquierda y dió vuelta la llave.

—Vuelva a su silla! — le ordenó al hombre.

—Que...

—¡Silencio! Yo soy quien habla — dijo Pablo — Haga ruido o un movimiento en falso y yo me ejercitaré un poco en tirar al blanco.

—No puede usted...

—¡He dicho silencio! — Advirtió Pablo al hombre. Sus ojos se achicaron y levantó el revólver un poco. El hombre se dejó caer en su silla.

Pablo miró rápidamente alrededor de la habitación; en sus labios dibujóse una sonrisa. Aquel hombre había estado escuchando en el dictógrafo. Pablo no lo conocía; pero supuso que era un detective privado..... quizá uno de los hombres de Griff.

Y en un rincón del cuarto, Pablo Selbon vió lo que medio esperaba ver... al verdadero James Martaman, atado a una silla y amordazado.

—¡Con que esas tenemos! — dijo Pablo — Escuchó usted ¿no? Sólo que el jueguito no le dió resultado. Me di cuenta enseguida del dictógrafo.

—No saldrá usted bien de ésta, Selbon.

—Le dije que se callara y es mejor que lo haga. Me conoce ¿no? Cree que me conoce; pero no es así. Quizá no entiende usted esto; pero más tarde lo comprenderá. Quieto ahora. No me gusta ver atado a este caballero, así que voy a desatarlo.

Dirigióse hacia la silla del rincón y mientras vigilaba al furioso detective, quitó la mordaza al prisionero. James Martaman movió sus doloridas mandíbulas para restablecer la circulación.

Luego Pablo se arrodilló a su lado y trabajó hasta que dejó libres las manos del preso. En el otro extremo de la habitación, el detective parecía tener miedo de moverse. Había oído bastante a Griff hablar de los Mellizos Vengadores.

—Ya está Martaman. Desátese las piernas lo más rápido que pueda, porque tengo trabajo para usted. Me conoce ¿no?

—Si — contestó Martaman — Pero no comprendo....

—Hay tiempo para comprender. Tenemos que atar y amordazar a este hombre y huir. Recoja esas cuerdas y esa mordaza.

—¡Imbécil! — exclamó el detective — ¿No comprende que lo arrestaremos por esto?

—No me preocupa lo más mínimo — le dijo Pablo — ¡Apúrese Martaman! No se coloque entre este hombre y el revólver. Tenemos que arreglar pronto y eficientemente a este caballero. Atele primero las muñecas.

Pablo Selbon vigilaba mientras el otro hacía lo ordenado, el detective lo miraba rencorosamente, murmurando maldiciones.

—Ahora agarre esta pistola, Martaman y vigílelo — ordenó Pablo — Yo le ataré los pies y lo sujetaré a la silla; luego le aseguraré mejor las muñecas.

Se hacer unos cuantos nudos que no se deshacen así nomás.

Trabajando lo más rápidamente posible Pablo dejó al hombre indefenso. Luego echó hacia atrás la cabeza y le colocó la mordaza.

—Ahí tiene, valiente detective — dijo — El que mete las manos en la masa no puede extrañarse de que algo de ella se le pegue. Toma usted una dosis de su propio remedio. Me he divertido mucho esta tarde. Oí una linda historia.... y la comprendí. Hice una suposición acertada y encontré a Martaman. Pero ya es noche y hora de ir a comer. De modo que tenemos que dejarlo.

El detective murmuró algo entre la mordaza y sacudió la cabeza. Pablo se echó a reir.

—Le quitaría la mordaza y escucharía lo que quiere decirme; pero no tengo tiempo que perder — dijo — No hay duda que tiene usted cosas interesantes que contarme; pero ya he oído bastantes hoy. Quédese ahí sentado, meditando en sus pecados. Es lo que le dijo al hombre del otro cuarto. ¡Venga, Martaman!

—¿Adónde? — murmuró Martaman — No... no me atrevo.

—Déjelo por mi cuenta. ¿No tiene sombrero? Póngase el de ese hombre. Vamos ahora y pronto. Daremos un paseo.

Ya en el hall, después de cerrar la puerta, Pablo agarró a Martaman por el brazo y lo condujo rápidamente a la escalera.

—Venga conmigo. No tiene nada que temer — dijo — Griff y sus hombres creen que está usted prisionero. Pero tenemos que hacerles perder la pista.

—Me contaron lo ocurrido y se rieron — dijo Martaman — Uno de los hombres de Griff estuvo aquí y el casero me delató. Entraron, Brahl tomó mi puesto y colocaron el dictógrafo. Querían oir sus planes y agarrarlos a ustedes infraganti....

—Si, me dí cuenta; pero fracasaron. Brahl me contó amablemente la historia de usted. Los Mellizos Vengadores le ayudarán. Tenemos motivos particulares de resentimiento contra Darnton Trede. Usted haga exactamente lo que le digo.

—Tenemos que pasar por la puerta del frente. El casero me verá y comprenderá que ha pasado algo. Probablemente le hablaron del lazo que le habían armado para agarrarlo a usted.

—Déjelo por mi cuenta — repitió Pablo.

Bajaron apresuradamente la escalera hasta que llegaron al último escalón. Se detuvieron allí; Pablo prosiguió solo y miró dentro de la sucia oficina. El casero no estaba; un muchacho estaba y se hallaba delante del tablero.

—¡Ahora es el momento! — murmuró

Pablo a Martaman — Obre naturalmente, hombre. Yo sostendré la conversación.

Pasaron al hall y por delante del tablero: Pablo hablando de bueyes perdidos. El muchacho se limitó a mirarlos. Un momento después estaban en la calle.

—Camine rápidamente junto a mí y daremos vuelta la esquina — indicó Pablo — No hay de que preocuparse ahora, Martaman. Ya estamos en la calle lateral. Ahora afloje el paso y hablemos en voz baja.

—¿Qué voy a hacer? — preguntó James Martaman.

—Seguir un trecho por la calle hasta un hotel de segundo orden que conozco — le dijo Pablo — Alquile un cuarto para pasar la noche, lávese y descanse. Y a la una en punto de la mañana encuéntrese en cierto lugar. Mi hermano y yo lo esperaremos allí.

—¿Puedo preguntarle que van ustedes a hacer?

—A tratar de salvarlo de las manos de Trede y sus cómplices, a la vez que tomamos nuestra pequeña venganza. Obraremos esta noche. Queremos que venga usted con nosotros, Martaman. Si nos falla, peor para usted...

—¡Oh! no lo haré. Me encuentro metido en una red...

—Lo se. Brahl me lo contó todo. Vea si lo que me dijo es cierto.

Pablo habló rápidamente, contándole lo que le había dicho Brahl.

—Eso es, exactamente — dijo Martaman, cuando Pablo concluyó — Eso me han hecho los bandidos.

—Entonces conseguiremos que digan la verdad asustándolos y de modo tal que se salvará usted — prometió Pablo — Ahí está su hotel, en esa esquina. Haga como le he dicho. ¿Tiene dinero?

—Sí.

—Tome su habitación, entonces. Y a la una de la mañana en punto espérenos en la esquina de Harland Avenue y Major Street, no lejos de la casa de Trede.

—¿No es... peligroso? — preguntó Martaman.

—No hará usted nada quedándose en un cuarto de hotel. Los patrones se fijan en los huéspedes que nunca salen de su habitación. Los hombres de Griff lo encontrarían nuevamente. Y usted quiere salir de esta trampa ¿no? Muy bien, entonces. Haga lo que le digo. Nos encontraremos allí. Yo me llamo Nobles.

—¿Pero que va usted a hacer?

—Quizá a enseñarle a usted a ser ladrón — contestó Pablo riéndose.

Se alejó rápidamente en dirección a un sitio concurrido de la calle donde llamó un taxi. Recostándose en los almohadones, aspiró grandes bocanadas de aire fresco y observó las luces centelleantes de la avenida.

Una tarde completa, decidió Pablo Selbon. Se deleitaría contándole a Pedro. Pero había comprometido a los Mellizos Vengadores a obrar aquella noche misma y no iba a ser cosa muy fácil. Sin embargo, él y Pedro tenían ciertos planes y los pondrían en ejecución.

Golpeó el vidrio y dió al conductor una dirección. El auto llegó a ella y se detuvo. Pablo bajó, entró en una sastrería y salió con un paquete debajo del brazo. Volvió a subir al taxi y siguieron.

Después de un tiempo, según las órdenes de Pablo, el conductor arrimó a la acera y se detuvo de nuevo. Pablo le dió un billete de una libra.

—Guárdese el vuelto — le dijo — No es dinero mio. Gané una apuesta hoy.

—Si me diera usted un buen dato... — dijo el conductor esperanzado.

—No le aposté a un caballo — le explicó Pablo — si no a un canasto de ropa sucia.

Se alejó por la calle silbando suavemente. Llegó al pasaje donde estaba situado su edificio de departamentos. Como había prometido, empezó a tararear una canción.

El detective Milton Griff estaba parado delante de la puerta de entrada hablando con uno de sus hombres, evidentemente a punto de partir para la comida de la noche.

Se dió vuelta y su rostro se puso primero rojo y después pálido al ver acercarse a Pablo. Por la ventana del pasillo vió a Pedro parado allí y sonriente.

—¡Hola, señor Griff! — le dijo Pablo — Me debe usted diez libras, creo...

—¡Usted!... ¿Cómo lo hizo?

—No pretenderá usted que yo le diga eso, seguramente. Soy un muchacho hábil, Griff. Esas diez libras, si tiene la bondad...

El detective Milton Griff tenía sus defectos; pero entre ellos no se contaba el de mal pagador. Sacó una cartera de su bolsillo y agarrando unos billetes se los dió a Pablo.

—Ganó usted — reconoció — Me gustaría saber cual de mis hombres se quedó dormido.

¡Pero que me cuelguen si lo hará usted otra vez!

—Le haría otra pequeña apuesta; pero tengo por costumbre no apostar más de una vez al día.

Le sonrió al detective, volvió a silbar y entró, llevando su paquete. Para el vigilante Griff, saludó a su hermano gemelo del modo acostumbrado. Sólo Pedro vió la contracción peculiar de los ojos de Pablo que anunciaba una situación seria próxima. Los Mellizos Vengadores, uno junto al otro, se dirigieron rápidamente al ascensor.

(Continuará)

HIERRO
QUINA
BISLERI

—Con que cuenta pa
a alimentar a mi hij
—Pues, con "HIERRO
QUINA BISLERI", el
nejor aperitivo que les
dará siempre salud y
uerza.

Sexton Blake y Tínker

Lea en

P U C K Y

las dramáticas y emocionantes aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

Próximamente:

EL HOMBRE DE LA ISLA DEL DIABLO

Ocho hombres, comerciantes sin escrúpulos, privaron a una joven de su herencia y causaron la muerte de su madre. Hicieron esto hábilmente, dentro de la ley, y no había medios legales de acusarlos. La joven dedicó su vida a arruinarlos y, separadamente, persiguió a uno por uno. Este nuevo e interesante personaje que aparece en la vida de Sexton Blake es Mademoiselle Roxane. En el episodio que anunciamos se narra como la joven hizo justicia con el que comerciaba con los convictos de la Isla del Diablo.

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y de extraordinarias aventuras

SINTESIS DE LO PUBLICADO

Los jóvenes Sidney Kennedy, Tim Baynes y Ken Thornton han descubierto un metal que no obedece a la acción de la fuerza de gravedad. Con ese metal construyen el Perla del Espacio, un navío aéreo en el cual parten a explorar los espacios sidéreos. Después de pasar cerca de la Luna llegan al planeta Marte, cuyos habitantes les reciben amistosamente.

Durante su residencia los jóvenes han conseguido aprender el idioma que se habla en Marte.

Estalla una guerra civil entre los habitantes de la ciudad y los videri, nombre que dan a los habitantes del campo, que tienen como jefe a un miembro del Yúmen llamado Agnoi.

Debía tener cerca de cuarenta pies de altura y aun cuando tuviera cuatro patas, andaba moviendo tan solo las de atrás, ayudándose a sostener su enorme peso con una ancha cola. Era de color barro grisáseo y del abultado tronco salía un cuello de diez pies de largo que terminaba en una cabeza ridículamente chica para un cuerpo tan grande.

Mientras se movía trabajosamente hacia el agua, su peso hacía que se hundieran las patas traseras en el fango blando de junto al agua. Los compañeros oían el ruído de succión que hacía cada pata cuando la sacaba del fango para meterla de nuevo en él un poco más adelante. Cuando llegó a la orilla del agua se detuvo y el largo cuello osciló de un lado a otro con movimientos rítmicos y lentos como si mirara con desconfianza a uno y otro lado. Satisfecho, al parecer, con el resultado de su observación, el enorme animal se metió lenta y cautelosamente en el agua, moviéndose en ella con una rapidez que hacía extraño contraste con su andar de tortuga, por la tierra.

Sidney miró a sus amigos con aire del que pide disculpa.

—Debíamos haber esperado algo por el estilo, — dijo. — Como ustedes ven, este mundo es enteramente lo contrario de lo que es el que hemos dejado. Marte es viejo y se acerca rápidamente a su fin mientras que Vulcano es joven, es en realidad, un planeta niño, de nuestro sistema.

—¡Vamos! ¡Cállese, Sidney, que no estamos en un salón de conferencias, así que diga en seguida lo que quiera decir sin muchos preámbulos porque aquí viene Agnoi con los suyos y van a hacer cien preguntas a un tiempo.

—Muy bien mi amable amigo; sólo quería decir que sabemos que la Tierra crió monstruos por ese estilo en remotos períodos. ¿Por qué no se ha de tratar aquí de lo mismo? Nuestro planeta tiene tal vez millones de años de existencia y hace millones de años tenía probablemente el aspecto que tiene hoy Vulcano. Y si es así veremos cosas muy raras.

Agnoi y los suyos comenzaron a hacer las muchas preguntas a que Tim se había referido, y mientras Sidney les contaba lo que había visto será interesante observar lo que se veía desde el casco de Perla del Espacio.

El navío sideral estaba al pié de una loma de unos treinta pies de altura y a juzgar por el profundo canal que había a su lado, Perla del Espacio había tocado primero en el punto más alto y después habíase deslizado hasta hallar una base más firme. Esto explicaba el doloroso golpe que habían recibido al llegar. Frente a ellos el terreno en suave declive, tenía el aspecto de tierra recién arada y tan blanda estaba la tierra que su temprano visitante había dejado señales de su llegada y de su partida en forma de huellas que tenían más de dos pies de profundidad. Después de aquella tierra, en la que no se veía ni pasto ni vegetación de ninguna clase, el agua se extendía hasta el horizonte. Si se hallaba ante un océano o en una isla en medio de un extenso lago, no podían decirlo. A la derecha enormes montañas llegaban a desconocidas alturas y tenían las cumbres envueltas en nubes, mientras a la izquierda se extendía una selva de coloración gris, de inconcebible grandeza, con árboles de troncos de un grueso tal que no era posible ni soñarlos en la Tierra.

La atmósfera parecía pesada, a pesar de que soplaba una brisa bastante fuerte. Y sobre todo ese cuadro flotaban las hoscas nubes rojas que daban al conjunto un tono de siniestra apariencia.

—¿Esperan ustedes que nosotros creamos esa absurda historia? — dijo Agnoi en son de burla cuando Sidney terminó la descripción del horrible monstruo que acababa de ver. — No, no, viajero, usted ha hablado de las maravillas de la Tierra y en Marte, los ciudadanos le creyeron. Pero aquí, amigo mío, habla usted de maravillas aún mayores. ¿Quiere usted hacernos creer que es sólo en Marte donde no hay nada maravilloso?

—Quiero que usted crea lo que yo le digo porque no miento, — contestó Sidney. — porque no tengo por costumbre expresar lo que no es verdad.

—Eso queda por ver, — replicó Agnoi

con calma. — Por nuestra parte no creeremos más que lo que veamos. Podemos comer ahora y después saldremos todos juntos a realizar una exploración.

—No tan de prisa, Agnoi, — dijo Sidney acalorándose. — Usted adopta un inconveniente tono de mando y no veo por qué razón hemos de dejar el navío sin que lo custodie nadie sólo porque a usted le parece así. Hemos cumplido nuestra promesa trayéndoles a este planeta así que ustedes no tienen derecho a pretender detenrnos contra nustra voluntad.

—El derecho que tengo es el que puedo apoyar en la eficacia de estas armas, — dijo Agnoi, y Sidney vió que estaba armado de un tubo de muerte y que sus compañeros también estaban provistos de iguales armas. — ¡Basta de discusiones, viajero! Mi voluntad es desde este momento, su ley y puedo asegurarle que hasta que yo haya visto cómo es eso, usted no tendrá oportunidad de dejarnos aquí.

—Entonces, si hemos de acompañarles, al menos nos permitirán ustedes hacer uso de nuestros rifles.

—Ya vamos armados nosotros, — contestó Agnoi, indicando los tubos, — y nuestra protección debe ser suficiente para ustedes.

—Hacer frente a monstruos como el que hemos visto con uno de esos tubos de muerte sería la tontería mayor del mundo, — dijo Sidney.

—Nosotros no tememos a ningún animal como el que usted ha descrito porque animales así no existen más que en su imaginación. Lo que tememos es la traición de ustedes, viajeros, no sus monstruos fabulosos.

—Escuche, Agnoi, — dijo Sidney con seriedad y calma, — He dicho la verdad al hablarle de ese animal, pero admito que usted tiene razón para que el caso parezca extraño. Su mundo ha pasado ya de la época de los animales pequeños y domésticos, que aun abundan en nuestro mundo, pero afuí, le advierto con toda solemnidad, debemos prepararnos para algo más peligroso de cuanto Marte, y aún Chérnum, puede presentarnos.

Agnoi se rió mucho de las palabras de Sidney y del interés que los jóvenes se tomaban por su seguridad.

—En Pelémone, — dijo Agnoi, sonriendo — usted obtendría un éxito excelente porque allí nos entretienen y divierten las personas de gran imaginación, capaces de urdir fantásticas historias y usted, viajero, es notable en ese sentido. Sin embargo la idea de ustedes de ir armados, me ha hecho pensar en algo. — Miró a sus compañeros con sonrisa irónica, — Me ha hecho pensar en que nuestros tubos de muerte tienen un alcance limitado y ustedes pueden tener la idea de volver a su buque dejándonos abandonados en cualquier parte. Por eso vamos a poderarnos de sus armas. Al menos así no podrán jugarnos ninguna mala pasada.

—Muy bien, Agnoi, — replicó Sidney.— Le he advertido. Si el desastre se produce recuerde que los rifles son tanto para su protección como para la nuestra.

—Puede ser, — dijo Agnoi, — Parlat: usted llevará el arma ruidosa de los viajeros de Chénurm. Tome una de ellas en seguida y a la primera señal de traición, haga fuego contra esos jóvenes. Si mata usted a uno de ellos, desde ya le absuelvo del delito.

Comprendían los jóvenes que Agnoi se reía de sus advertencias y aun cuando Tim quería seguir discutiendo el punto, Sidney vió que era enteramente inútil y dirigió a su compañero una expresiva mirada indicándole que dejara de discutir.

Una hora después, tras de haber comido bien, los siete partieron para realizar su jira de inspección. Cada grupo desconfiaba del otro y el antagonismo que tan lamentables consecuencias habría tenido en Marte, amenazaba tenerlos muy lamentables en aquel nuevo planeta.

Se dirigieron primero hacia la orilla del agua pues a los martianos les atrajo en seguida aquella extensión de "pdecioso líquido". Agnoi se erigió en jefe y guía y los muchachos recibieron orden de seguirle, vigilados por Parlat.

Lo blando del suelo dificultaba el avance así que al poco rato de aquel ejercicio estaban sudorosos y jadeantes. Para empeorar la situación notaron que la atmósfera no solo era húmeda y espesa sino también saturada de aromas y olores enervantes, como sucede en algunas regiones tropicales de la Tierra. Cada aspiración era una nueva fatiga. Las cercanas montañas parecían danzar ante los ojos de los jóvenes.

Llegaron al borde del agua y los martianos miraron aquella gran extensión de "precioso líquido" como si no se atreviera a creer que era verdad lo que sus ojos estaban viendo. Uno de los martianos, Renue, se inclinó, metió la mano en el agua y probó el líquido escupiendo en seguida, demostración de que la había hallado salada. Empezaron los martianos a discutir si debían ir primero hacia las montañas o hacia el bosque, pero por fin decidieron ir hacia las alturas. Los jóvenes recibieron orden de seguir caminando. Agnoi acababa de ponerse en marcha cuando un poderoso ruido les hizo detenerse. Comenzando por un murmullo suave, el ruido horrible crecía poco a poco hasta hacerse tan fuerte que dolían las orejas. Después disminuía hasta perderse en la distancia.

—¡Dios mío! — exclamó Ken. — ¡Qué trueno horrible!

—Eso no es trueno, amigo — dijo Sidney inquieto: — eso ha sido el ruido producido por un respetable terremoto.

Acababa Sidney de pronunciar esas palabras cuando el piso donde estaban se movió ondulante y al agua del mar fué agitada de un modo que su superficie se cubrió de blanca espuma. Los martianos cayeron de rodillas, implorando el auxilio de alguna deidad de su país y los tres amigos se unieron como para protegerse mutuamente.

Siguió el terremoto de tal modo que la tierra ondulaba, subía y bajaba del modo más extraño. Por último vieron que agudas puntas de roca surgían de lo profundo, acampañada su aparición de horrísonas detonaciones.

Cuando el suelo dejó de temblar, los martianos se levantaron temblorosos y pálidos.

—De fijo que este planeta es el país de Jorúm donde todas las almas extraviadas cumplen su sentencia.

—No creo que sea un sitio tan malo como usted lo supone, — dijo Sidney, riendo — pero es sin duda, un lugar donde hay suficientes cosas como para aconsejarnos que volvamos en seguida a Perla del Espacio.

Agnoi no hizo caso de las palabras de Sidney. Llamando aparte a sus amigos, les habló en voz baja durante unos momentos. Aun cuando no podían oír una sola palabra de lo que discutían, los martianos, comprendían que hablaban de los recientes sucesos. Por fin, Agnoi se separó de los suyos y se dirigió a los jóvenes.

—Parece que usted conoce algo respecto a los sucesos terroríficos que se han producido, — dijo a Sidney. — ¿Pasa algo así en Chénurm? ¿Ha presenciado usted algo semejante en su planeta?

—Yo, personalmente, no, — contestó Sidney. — Pero ciertas regiones de la Tierra están en peligro de que se produzcan en ellas esos despliegues de las fuerzas de la naturaleza, a lo que llamamos terremoto. Es posible que en un tiempo también los hubiera en el planeta Marte, cuando su planeta era aun joven. Pero ahora que se ha producido ese fenómeno y ha dado escape a los vapores contenidos debajo del suelo, es fácil que no se produzca un caso en muchos años.

Agnoi sonrió con malicia y miró a sus amigos.

—Entonces no se trata de nada sobrenatural, — dijo. — Ya ven ustedes, amigos, que aquí no hay nada que temer. Después de todo, fuera de la emoción que nos produjo, nada nos ha pasado. Ustedes comprenden viajeros, que no hemos hecho un viaje tan largo para asustarnos ante el primer ruido que oigamos, así que podemos seguir adelante. — Su maliciosa mirada fué de los muchachos a sus secuaces, que permanecieron en silencio. — ¡Parlat, usted sigue siendo responsable de la conducta de estos jóvenes! ¡Adelante!

Prosiguieron con lento paso y aun cuando los muchachos veían que los secuaces de Agnoi miraban de un lado a otro, temerosos, su jefe no hacía caso ninguno de sus temores.

—¡Qué tenacidad la de ese hombre! — murmuró Tim. — Está decidido a seguir adelante a pesar de que sus compañeros, de lo que más ganas tienen es de volverse y alejarse corriendo. Si no nos hiciera ir con él a la fuerza yo iría voluntariamente para averiguar hasta donde puede llevarle su temeraria curiosidad.

EL ARBOL PULPO DE VULCANO. El martiano Parlat forcejeaba desesperado, sostenido, sujeto por varias de las horribles hojas de largo vástago y en forma de corazón, del siniestro árbol. Sin un segundo de vacilación, los muchachos corrieron en su auxilio. Tomándolo de un brazo, Sidney tiró con todas sus fuerzas, pero esto no sirvió de nada. Entonces una de las hojas tocó también a Sidney y comenzó a apretarle el cuello.

—Podrá verlo a su tiempo, — dijo Ken. — Se ve que el martiano es más valeroso de lo que le suponía.

Después de una hora de caminar por el suelo blando llegaron a sitio donde el piso era más firme, de modo que la marcha resultaba menos penosa. Llegaron así al pie de una de las montañas y Agnoi dió orden de hacer alto.

En una meseta cercano de la orilla del agua, instalaron su campamento provisorio. La roca tenía unos quince pies de ancho y era muy lisa, como si la lavaran constantemente las aguas, en la marea alta. Del otro lado se elevaba la montaña, formando un muro de piedra que se elevaba bruscamente, si no vertical, con una inclinación de sesenta grados. Esta explicación es necesaria

Aventuras de Barni

ugli, por Debeck

por aquel sitio tan apropiado para acampar y que tan excelente parecía, iba a quedar impreso para todo el resto de su vida, en la mente de los tres muchachos.

A todo esto los martianos habían olvidado ya los temores que les había producido el fragor del terremoto o al menos fingían con habilidad no estar asustados. Los jóvenes habíanse resignado a sufrir todo lo que les tocara sufrir, sin protestar, hasta que se les presentara ocasión de darles una lección a Agnoi ya sus fieles. El grupo habíase provisto de abundantes alimentos y cuando hubieron comido a satisfacción, se tendieron en la roca a descansar de las fatigas de tantas horas de caminar y de tantos inconvenientes.

—He notado, — dijo entonces Ken, — que aquí, aún cuando la atmósfera es como la del interior de una panadería en pleno trabajo, no se ve ni rastro de flores ni de arbustos por ninguna parte.

—No, — dijo Sidney — Eso se ha de presentar más tarde, cuando Vulcano haya avanzado más en su desarrollo. El primer paso, por así decirlo, es la separación de la tierra y del mar, y puede dar lugar a un proceso muy violento, a juzgar por la altura de esas montañas. Después vendrá la lenta formación de los ríos y los lagos y el crecimiento de los árboles como los que se ven desde el sitio donde está Perla del Espacio. Nos hallamos ahora en el período de la existencia de los grandes monstruos. A medida que esos vayan desapareciendo, Vulcano tendrá plantas y flores y animales más pequeños.

—¡Y hombres paqueños con pequeñas ideas y pequeñas ambiciones! — agregó Tim, con los ojos entornados y casi dormido.

—Eso mismo, — asintió Sidney sonriendo. — Y dentro de un millón de años, Vulcano estará como Marte, será un mundo que se estará muriendo de viejo; porque estoy convencido de que también mueren los mundos.

Casi por costumbre, los jóvenes hablaban en idioma martiano, y los de Marte escuchaban con interés las reflexiones de Sidney.

—Es muy fascinador el cuadro que usted traza, — dijo Agnoi. — Pero ¿cuánto es en ello verdad y cuánto hijo de su fantasía?

—Parece que usted se ha hecho una idea bastante pobre de mi veracidad, — comenzó a decir Sidney, cuando le interrumpió un grito lanzado por Parlat. Miró hacia el martiano y vió que tenía la vista fija en el mar y los ojos dilatados por el terror. Siguiendo la dirección de su mirada, los otros vieron algo que les hizo gritar a su vez. Nadando hacia la orilla veíase un cuello arqueado, que sobresalía unos doce pies de la superficie del agua. ¿Se trataba da alguna serpiente marina? Cubierto de relucientes escamas, aquello tenía aspecto de hallarse forrado de plata bruñida. La cabeza oscilaba de un lado a otro, lentamente, el largo y sinuoso cuerpo se veía en parte, formando cuatro arcos que subían y bajaban, a medida que el monstruo nadaba hacia la orilla.

La dirección que llevaba el monstruo le hubiera hecho tocar tierra a regular distancia de la meseta del campamento, y así hubiera callado. Pero Parlat, dominado por un miedo estúpido, gritó y después, levantando el rifle, hizo fuego.

Muy hábil podía ser Parlat en el manejo del tubo de muerte martiano, pero no conocía el modo de manejar el rifle, así que la bala no dió en el blanco y la detonación atrajo hacia ellos la atención del reptil. Levantó aún más la cabeza y después, sin aminorar la rapidez de su marcha, se dirigió hacia ellos.

—¡Vamos! — gritó Sidney. — ¡Qué estupidez ha cometido ese tonto! ¡Subamos lo más alto posible! ¡Es lo único que puede salvarnos!

Sidney se expresó en inglés pero los martianos le comprendieron y empezaron a trepar, lanzando gritos de terror. Demostraron mucha agilidad y los muchachos, que se quedaron atrás, recibieron los pedruscos que ellos desprendían en su ascenso.

Un repentino grito de angustia de Tim, que se había quedado algo más atrás, les hizo mirar hacia abajo. Con grandísimo horror vieron que el muchacho se deslizaba hacia atrás, procurando en vano hallar asidero para detener su caída.

—¡Calma, Tim! ¡Ahora vamos! — gritó Sidney.

Y sin un solo instante de vacilación, él y Ken descendieron hacia la plataforma donde su menos afortunado compañero se hallaba de nuevo, de cara a la pared de roca. Sidney fué el primero que llegó a su lado y se halló con que Tim estaba casi desmayado. Había recibido un golpe en una sien, en la que se le veía una mancha roja.

—¡Pronto, Ken, tómele del otro brazo y tire de él! ¡Trataremos de llevarle hasta aquella cornisa! — gritó Sidney. — ¡Vamos Tim, ayúdenos en lo que pueda!

Tim inclinó la cabeza afirmativamente e hizo un valiente esfuerzo por ascender, pero aún ayudado por sus camaradas, su progreso fué lento. Lograron, sin embargo, llegar hasta la cornisa mencionada por Sidney que estaba a unos diez pies del suelo, únicamente. Se echaron allí los tres, exhaustos, en el momento oportuno, porque un instante después la enorme serpiente llegaba ruidosamente a la orilla y golpeaba furiosa el sitio donde ellos se encontraban un momento después.

La serpiente echó atrás la cabeza y volvió a avanzarla hacia ellos. Esta vez, aún cuando se acercó más, no pudo legar hasta su refugio. La cabeza oscilaba violentamente de un lado a otro a dos pies del borde de la cornisa y la serpiente estiraba sus músculos todo lo posible tratando de alcanzar a sus desarmadas y horrorizadas presuntas víctimas. Tanto la cabeza como el cuello estaban cubiertos de escamas córneos que constituían una coraza de enorme resistencia y los ojos sin párpados, grandes como platos, eran grises y estaban inyectados en sangre; miraban con terrible fuerza hipnótica.

El fétido hedor almizclado del aliento del monstruo que abría y cerraba sus fauces sin cesar, era horrendo; los jóvenes vieron, en lugar de la bifurcada lengua que espera-

ban ver, que las fauces tenían dobles filas de dientes delgados y largos.

Cada vez que acercaban la cabeza a la orilla de la cornisa se aproximaba un poco más y así habían abandonado ya toda esperanza de salvación, cuando de improviso, la poderosa cola comenzó a agitar el agua con estruendo y la cabeza se volvió con ferocidad, describiendo un semicírculo.

Algún peligro grave, no visto aún, pero de importancia suma, había obligado a la enorme serpiente a bandonar a las víctimas — de las que tan cerca estaba ya, — y en cuanto los magnéticos ojos dejaron de mirarles, los tres jóvenes, conscientes de que se hallaban ilesos, se atrevieron a levantar

UN COMBATE DE GIGANTES. Mediante un movimiento rápido como el rayo, que pareció imposible en un animal tan voluminoso, el mastodonte levantó su enorme cabeza y, como despedido por una catapulta, el rayado cuerpo del tigre de dientes de sable, voló por los aires, describió una alta curva y cayó en el suelo a treinta pies de su adversario.

la cabeza y mirar, procurando ver que era lo que había causado aquella repentina suspensión del ataque.

Miraron a tiempo para poder ver que la serpiente se enroscaba, formando una enorme espiral y pretendía morder a algo que se hallaba oculto en el agua. Fuera lo que fuera, la serpiente no lograba alcanzarle con sus terribles fauces y al parecer, convencida de esto, se estiró de repente y, casi inerte, flotó, estirada, en la superficie del agua, durante algunos segundos.

Buscando nuevos medios de poner a la vista a su oculto enemigo, la serpiente levantó la cola cinco o seis pies de la superficie del agua, y entonces, los tres jóvenes vieron, durante un breve momento, el horrible, repulsivo cuerpo y las poderosas fauces de un animal de enorme tamaño parecido, hasta cierto punto, a un grotesco cocodrilo.

Los muchachos no lograban darse perfecta cuenta de qué era lo que estaba oculto debajo de las aguas, pero comprendían que debía tratarse de algo dotado de una terrible fuerza y de una horrenda ferocidad, porque se notaba que sostenía a la serpiente de un modo que hacía inútiles todos sus esfuerzos por soltarse.

A pesar de los continuos tirones y de las vueltas y contorsiones de la enorme serpiente, el animal oculto seguía agarrado ella con toda fuerza, hasta que al fin, la serpiente pareció debilitarse y reconocer que tendría que perder la batalla. Hubo un momento en que flotó casi inerte, sin hacer movimiento alguno. Los compañeros creyeron que la pelea había terminado; pero al parecer, la serpiente lo que había hecho era descansar para reunir fuerzas con las cuales librar la batalla decisiva.

Mediante un supremo esfuerzo muscular, se alzó hasta que casi las dos terceras partes de su cuerpo estuvieron fuera del agua; encorvándose entonces en el aire, bajo la ca-

beza con la rapidez del rayo. Siguió a esto una pelea furiosa, de la cual poco podían ver los observadores, fuera de las contorsiones de la serpiente y del revolver de las aguas; pero a pesar de todo, el monstruo sumergido no soltaba. Por último, dándose cuenta al fin de su derrota, la serpiente lanzó un grito, un extraño chillido o silbido de angustia y luego volviéndose, nadó violentamente mar afuera.

El último acto de este drama antidiluviano no tardó en representarse, porque después de nadar menos de una milla, — costándole cada yarde que avanzaba, gritos de dolor, — la vencida pero valerosa serpiente cesó de pelear y después, gradualmente, se fué hundiendo en las onduladas aguas que un momento después habían recobrado su anterior y tranquila apariencia.

Los tres compañeros se miraron los unos a los otros con grandísimo asombro, sin atreverse a creer casi, que fuera verdad que había pasado, para ellos, el peligro.

—¡Qué horrible! — exclamó Tim, que parecía enteramente repuesto de su percance. — ¿Qué horrendas pesadillas hay escondidas en lo profundo de ese mar de tan tranquila apariencia?

—Pero ¿qué habrá sido? — preguntó Ken. — Yo procuro calcular hasta dónde puede llegar la fuerza del monstruo que atacó a la serpiente y que la tuvo sujeta hasta vencerla. Parecía como un cocodrilo o cosa así, pues no se le vió bien, pero la verdad es que se aferró a la serpiente y la sacudió hasta matarla como un sabueso puede hacerlo con un conejo. ¡Es algo horrendo!

Hasta ellos llegó un grito de llamada procedente d lo alto, y mirando hacia lo alto vieron a los martianos en seguridad, en una ancha cornisa situada sesenta o setenta pies más arriba.

—¡Vamos, muchachos! — dijo Ken, — La orilla de este mar no es residencia agradable para nadie, de modo que más nos conviene subir y continuar en compañía de nuestros asustadizos carceleros.

—Un momento, Ken, — dijo Sidney, — un momento. Parlat tuvo la bondad de dejar caer el rifle cuando se asustó y no quiero que el arma quede ahí. — Sidney descendió a la orilla de roca lisa, tomó el arma y ascendió en seguida a donde estaban sus compañeros. — Ahora, amigos míos, vamos a hablar con esos señores en términos algo distintos que hace un momento. ¿No le pasa ya nada, Tim? ¿Está bien?

—¡Enteramente bien, muchas gracias! — contestó Tim, aún cuando la palidez de su rostro desmentía lo rotundo de su afirmación. — Pero ¿qué vamos hacer ahora con los martianos?

—Pronto lo sabrá, — contestó Sidney. — Creo que ustedes, amigos míos, estarán tan hartos de Agnoi y de sus desplantes y baladronadas como lo estoy yo, ¿no es así?

—Así es, Sidney, — afirmó, sonriente Tim, mientras Ken se limitaba a inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Escuchen entonces.

Sidney miró hacia arriba, hacia donde estaban los martianos que hacían violentos ademanes indicando a los compañeros que subieran hasta donde estaban ellos.

—¿Puede usted oirme, Agnoi? — gritó Sidney.

—Sí, viajero, — contestó el martiano llegando su respuesta suavemente hasta Sidney. — Les estamos esperando para que sigamos nuestro paseo.

Si es así, tendrán que esperar bastante — gritó Sidney. — Escuche bien, Agnoi. Este rifle, el que nos obligó usted a poner en manos de Parlat, está ahora en nuestro poder y tiene todavía cuatro balas. A esta distancia, nuestro rifle es mucho más mortífero que sus tubos de muerte. ¿Comprende usted lo que eso quiere decir?

—¿Cómo no entenderlo? — replicó Agnoi — Usted amenaza con toda claridad. Pero ¿por qué emplea usted ese tono, viajero? Vengan ustedes y aquí podremos conversar a entera satisfacción de todos.

—¡No, no, Agnoi! Ya hemos apreciado repetidas veces la calidad de sus deslealtades y no vamos a caer de nuevo en sus redes. Ahora somos nosotros los que vamos a mandar, si ustedes obedecen o no, poco nos ha de importar.

—No entiendo el significado de sus palabras, — dijo Agnoi. — Pero ¿qué quiere usted de nosotros?

—Nada más que esto: Vamos a regresar a Perla del Espacio en seguida. Ustedes pueden seguirnos si lo desean, pero antes de que le dejemos entrar en el buque deben ustedes arrojar al agua los tubos de muerte que tienen en su poder. Nada más.

—¿Y ponernos a merced de su muy discutida misericordia? — dijo irónicamente Agnoi.

—¡Si lo prefieren, quédense donde están! — replicó Sidney. Y volviéndose hacia sus amigos dijo en tono más bajo: — Vamos compañeros: ya vendrán cuando se den cuenta de que hablamos en serio.

Descendieron los tres a la orilla del mar y se dirigieron de regreso a Perla del Espacio. No hicieron ni el menor caso de los gritos de los martianos y antes de que hubiesen caminado cien yardas vieron que los otros descendían, como Sidney lo había predicho.

—Esperemos ahora un minuto, — dijo entonces Sidney. — Es necesario terminar con estos debidamente, porque Agnoi es demasiado escurridizo para dejarle ni aún la menor libertad.

Esperaron en silencio hasta que los martianos estuvieron en la suave superficie de roca y entonces Sidney les dió orden de que se detuvieran y para apoyar sus palabras les apuntó con el rifle cargado.

—¡Vamos, Agnoi, que yo les vea arrojar al mar todos los tubos de muerte que tenga!

—Pero ¿qué garantía tenemos de que se nos va a tratar lealmente? — comentó Agnoi, avanzando.

—¡No se mueva! ¡No se mueva, Agnoi y baje ese brazo en seguida! — gritó Sidney.

—¡Protesto contra este atropello! — exclamó Agnoi, muy emocionado. — ¡Usted

procede con precipitación, viajero! ¡El miedo obscurece su razón!

—Tal vez, — contestó Sidney fríamente, — pero más vale prevenir que curar y ya estamos cansados de sus deslealtades y traiciones. ¡Hagan inmediatamente lo que he dicho!

A Agnoi le relucieron los ojos de furor, pero como sabía que a aquella distancia el rifle era más mortífero que los tubos de muerte, se encogió de hombros y sonriendo escépticamente, con la expresión del que hace algo a disgusto por tranquilizar a un chico voluntarioso y mal criado, hizo una seña a sus amigos y los cuatro arrojaron al agua sus tubos de muerte.

Los desarmados martianos siguieron, cejijuntos, a los tres jóvenes, después de recibir orden de Sidney de no acercarse demasiado a ellos tres. Sidney mostróbase pensativo hacía un rato y sus compañeros también parecían preocupados. Después de mirar varias veces hacia uno y otro lado, no pudieron resistir al deseo de comunicarse lo que sentían.

—Sidney, me parece notarle preocupado, — dijo Ken, — ¿le inspira recelo nuestro regreso a Perla del Espacio?

—Estoy impaciente por llegar a Perla del Espacio porque allí podremos armarnos debidamente para estar prevenidos no sólo contra toda traición de esos martianos sino también contra los posibles ataques de los animales que pueblan este planeta. Mi deseo, compañeros, es seguir adelante y explorar el bosque. Después de todo, ya nos hemos visto ante los peligros mayores que podíamos vernos cuando partimos de la Tierra.

No ocurrió nada que fuera digno de mención durante su regreso, aún cuando no dejaron de mirar hacia el mar, cuya superficie tenía el aspecto de la de un lago de aceite, tan tranquila y lisa se veía en toda su extensión.

Después de varias horas de camino — que les parecieron interminables, — llegaron al navío sideral y se metieron alegremente a bordo, ansiosos de descansar. Los martianos no se hallaban en mejor condición que ellos, y cuando Sidney les autorizó a entrar en su navío se sometieron, aún cuando de mala gana, a que les registraran por si tenían ocultas algunas armas. Después descendieron a la cámara principal, de acuerdo con lo que Sidney les ordenó.

Se quedaron a un lado, en un rincón, mientras Ken y Tim preparaban una muy necesitada comida y hasta después de haberse alimentado en silencio, Agnoi no se decidió a hablar.

—Ahora, viajero, usted nos tiene, al fin, en su poder, — dijo, dirigiéndose a Sidney. — ¿Qué se propone hacer con nosotros? ¿Y por qué, si puedo preguntarlo, se ha vuelto usted contra nosotros de tan vengativa manera?

—Contestaré primero a su última pregunta, — contestó Sidney con toda calma. — Cuando partimos de su mundo usted nos pidió que viniéramos a este planeta llamado Vulcano y les dejáramos aquí pues no les era agradable volver con nosotros a Chérnum. Accedimos a esto; pero tan pronto como llegamos, ustedes, traidoramente, se volvieron contra nosotros. Usted llegó a dar orden de que se nos matara con nuestras propias armas y tiemblo al pensar en el destino que nos hubiera tocado sufrir si ustedes hubiesen podido hacer su voluntad hasta lo último.

"Pero eso ha pasado. Después, la tontería y el miedo de Parlat casi nos hace perecer víctima del ataque de un animal monstruoso y ustedes cuatro no se preocuparon ni lo más mínimo de nuestro peligro; ustedes sólo pensaron en su seguridad, en defender su pellejo y nada más. Pero eso ha pasado también, y usted me pregunta que pensamos hacer con ustedes. Eso depende de la conducta que adopten de aquí en adelante. Hagan lo que se les ordene. Síganos sin discusión y cuando partamos para Chérnum vendrán ustedes con nosotros. Pero, — y Sidney hizo una pausa para acentuar luego sus palabras, — una sola traición más, un sólo signo de desobediencia y partiremos solos dejándoles a ustedes aquí, entregados a su destino. Ahora vamos a descansar y entiendan ustedes, martianos, que serán vigilados durante la noche. Mañana visitaremos el bosque y ustedes nos acompañarán.

Los compañeros adoptaron todas las precauciones necesarias. Obligaron a los martianos a entrar en la cámara de proa, a pe-

—Su mujer, ¿es rubia o morena?
—No se. No la he visto desde ayer.

sar de sus protestas. Cerraron la puerta de acero y durante la noche estuvo uno de ellos de guardia, armado y alerta, turnándose los tres amigos cada dos horas.

A la mañana siguiente se dió libertad a los martianos y Agnoi, quejumbroso solicitó permiso para quedarse con sus amigos en Perla del Espacio en vez de acompañar a los jóvenes a visitar el bosque.

—No es posible acceder a eso, — replicó Sidney lacónicamente. Y como Agnoi pareciera demostrar extrañeza, el joven agregó: — Este navío representa nuestro único vínculo entre este salvaje planeta y nuestro mundo, al que ustedes llaman Chénurm; y como no tenemos ni la más mínima confianza en ustedes, no debe quedar nadie a bordo durante nuestra ausencia.

—¡Pero a nosotros nos aterroriza este mundo de horribles monstruos! — replicó Agnoi. — ¡Usted no va a obligarnos a hacer frente a todos esos terrores enteramente desarmados!

—Lo mismo que ustedes nos obligaron ayer a nosotros, así tomaremos hoy, nosotros, la dirección de todo, — contestó Sidney. — Pero no teman ustedes martianos, que nosotros les abandonemos en cuanto veamos un peligro, como ustedes hicieron con nostros. Su peligro es nuestro peligro también, pero recuerden que únicamente mientras ustedes se conduzcan con lealtad.

Se prepararon rápidamente para la excursión. Hicieron una buena comida antes de partir. Pusieron abundantes provisiones en las mochilas, inspeccionaron cuidadosamente las armas y todo estuvo pronto. El día se presentaba igual que el anterior; reinaba una humedad opresiva; el mar presentaba la misma calma, el brillo del sol era interceptado por densos nubarrones rojizos.

Durante dos horas cruzaron la ladera que les alejaba de la orilla del mar. Al acercarse al bosque les llamó la atención la densidad de los árboles, lo grueso de sus troncos y su mageśtuosa altura. Llegaron al borde del bosque y después de caminar dificultosamente por el suelo blando y suelto, fué para ellos una satisfacción poderse quitar las mochilas y descansar donde la tierra era sólida. Durante treinta minutos permanecieron casi inmóviles sin ganas de conversar porque la terrible humedad del aire les oprimía, les ahogaba casi y el aspecto de cuanto les rodeaba parecía anunciar terribles catástrofes

—Ahora, compañeros, — dijo Sidney, moviéndose por primera vez, — ya ha llegado el momento de suspender el descanso. Pero antes de entrar en la selva debo decirles. y a ustdes también, martianos, que es de grandísima importancia que no nos separemos los unos de los otros. No sabemos cuáles son los peligros que pueden amenazarnos dentro de esa selva y separados, estaríamos a merced de cualquier riesgo. Además debemos pensar en nuestro regreso así que tenemos que dejar marcado nuestro camino: de esto se encargarán ustedes martianos.

—¿Pretende usted que nosotros vamos delante, — dijo Agnoi sarcástico, — de modo que seamos los que tropecemos, sin armas, con todos los peligros que se presenten, mientras ustedes están bien resguardados a retaguardia?

—¡No! — replicó Sidney sin hacer caso del tono de Agnoi. — Ken y yo iremos delante. Ustedes nos seguirán y Tim cerrará la marcha para vigilar, no sea que a ustedes se les ocurra acometernos por la espalda con sus cuchillos en vez de limitarse a ir haciendo señales de su paso en la corteza de los troncos de los árboles. ¿Ha comprendido Tim?

—¡Sí! Puede dejar eso por mí cuenta, compañero, — dijo Tim.

Antes de ponerse en marcha Sidney explicó a los martianos cómo debían cortar una tira de corteza de los árboles, a unos cuatro pies del suelo. Le dió un cuchillo a Agnoi y otro a Renue indicando a los otros martianos que se turnaran con ellos a su tiempo.

Entraron luego en la selva y durante un tiempo avanzaron con bastante rapidez porque los árboles estaban suficientemente separados los unos de los otros. Pero a medida que avanzaban los grandes árboles se hallaban más cerca los unos de los otros y se veían obligados a avanzar describiendo curvas y más curvas, teniendo, en más de una ocasión, que retroceder para buscar por donde pasar con relativa facilidad. La ausencia de luz directa del sol y la densa cortina de follaje que se extendía sobre ellos hacía que reinara una semi oscuridad, a pesar de que era de mañana temprano. El silencio que reinaba y la humedad de la atmósfera les inspiraba un temor inexplicable.

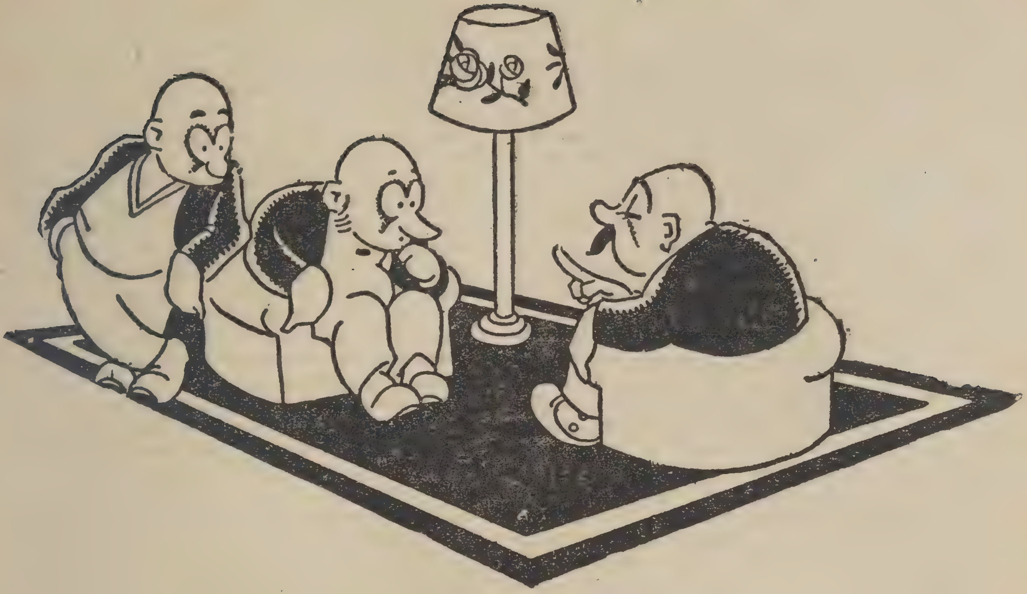
Parecía que estuvieran ellos sólos en la selva porque no vieron ni una sola vez a ningún animal, ni chico ni grande. Después de varias horas de ir de un lado a otro de un modo que les hubiera desorientado si no hubiesen tenido la precaución de ir marcando el camino, llegaron a un claro que presentaba un agradable aspecto de paz y de seguridad.

Los árboles rodeaban aquel claro formando casi un círculo perfecto. Desde ellos, el terreno descendía suavemente y por igual formando una concavidad extensa y poco profunda. Todo el espacio estaba libre de árboles excepción hecha de uno solo que estaba casi exactamente en el centro como dominando con magestuosidad a los demás de la selva.

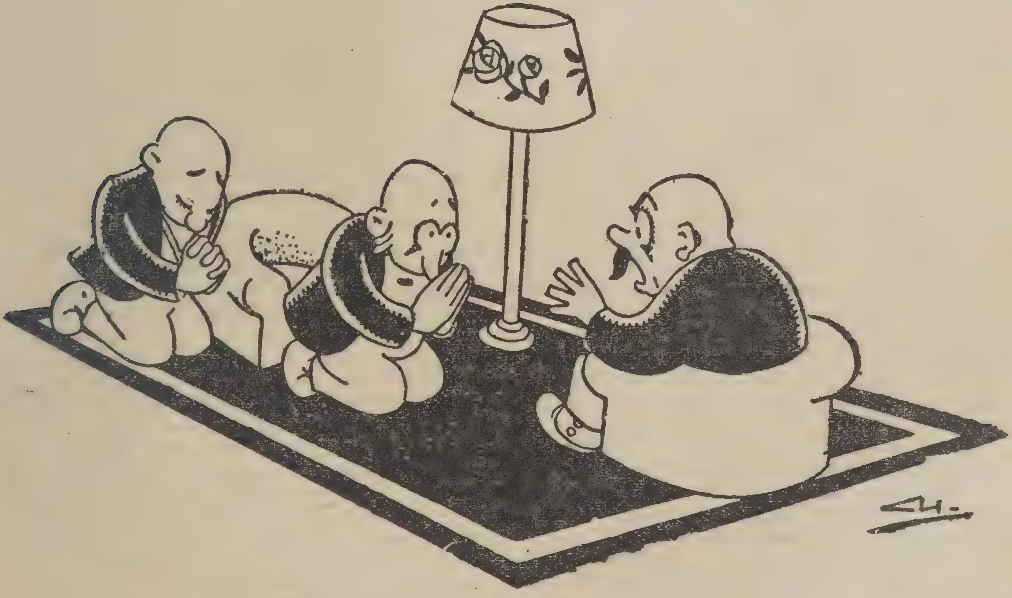
Por mutuo acuerdo el grupo se tendió en el suelo, a descansar, a una o dos yardas del borde del bosque, en terreno limpio.

—Parece que lo único que hay en estos bosques es mucha humedad y una desagradable media luz, — gruñó Tim. — Me parece que hemos caminado mucho para no ver nada.

—Esa no es razón para disgustarse, — dijo Sidney. — ¿A dónde va usted, Parlat? — preguntó, al ver que el martiano comenzaba a descender hacia el centro del curioso valle,



—Cuando debuté como abogado, defendí a un procesado con tanta elocuencia y argumentos que...



—Pero, ¿qué hacéis?
—¡Pues rezar por el alma del pobre reo!

—¡Oh! ¡Voy a mirar de cerca al guardián solitario de este claro! — dijo Parlat.

—No se aleje, — le advirtió Sidney. — Aún cuando nos parezca estar sólos aquí, no sabemos qué peligros ocultos pueden amenazarnos.

Parlat inclinó la cabeza sin hablar y se dirigió lentamente hacia el árbol.

—¿Han notado que distinto a todos los

demás es ese árbol? — preguntó Ken, confortablemente sentado al pié de uno de los grandes troncos. — Los miles de árboles junto a los cuales hemos pasado, en el bosque, tenían todos el tronco recto y de una altura no menor de doscientos pies y sólo en lo alto extendían sus ramas a uno y otro lado. Pero ese "guardián solitario" como le ha llamado poéticamente Parlat se parece a uno de nuestros cipreses excepto en la copa grande y en forma de corazón con que termina cada una de las ramas.

Se sentían confortablemente perezosos y seguían con la mirada, los movimientos de Parlat, con lánguido interés. Habíase acercado bastante al árbol y después de pararse un momento pareció que algo que estaba entre las caídas ramas le llamaba la atención porque avanzó un par de pasos más y se inclinó luego a mirar hacía el suelo. Se levantó casi en seguida, se volvió y gritó algo ininteligible, a los que había dejado atrás, indicándoles, con ademanes, que se acercaran. Se le notaba muy excitado y nervioso porque sin esperar a que los otros le contestaran, se dirigió hacia otro sitio y se inclinó de nuevo a examinar algo que de lejos no podía verse.

—¡Vamos compañeros! — exclamó Tim. — ¡Tenemos que ver qué es lo que tanto le interesa! — Pero antes de que se hubieran puesto de pié un repentino grito de agonía brotó de los labios de Parlat, y se agitó los brazos el alto y desesperadamente.

—¡Dios mío! — gritó Tim. — ¿Qué le pasa a ese hombre?

—¡Vamos! — dijo Sidney rápidamente. — ¡Se encuentra en grave peligro!

Todo el grupo corrió hacia el centro del valle lo más rápidamente que pudo, vibrándoles en los oídos los gritos agudísimos que salían sin cesar de los labios de Parlat. Sus gritos ascendían hasta lo más agudo en un desesperado "crescendo" y se cortaban de repente para volver a comenzar en tono grave. Cuando los otros se acercaron, Parlat gritó pidiendo socorro, tartamudeando loco de terror, Sidney fué el primero en llegar y tal fué su horror que sintió un repentino malestar. El martiano forcejeaba desesperado, sostenido, sujetos por las horribles, gigantescas hojas en forma de corazón, del siniestro árbol.

Sin un segundo de vacilación, Sidney acudió valerosamente en auxilio del infortunado martiano. Tomándolo de un brazo tiró con todas sus fuerzas, pero esto no sirvió de nada. Entonces una de las horribles hojas le tocó también a él porque sintió que algo frío pero húmedo se le ceñía al cuello, algo que primero le tocó suavemente como acariciándole y luego comenzó a apretarle con mortífera energía.

Un grito de terror brotó de sus labios y agarró con las manos la hoja que le oprimía. Por fortuna Ken se hallaba cerca de él y dándose cuenta del mortífero peligro que corría su compañero, con repentina intuición levantó el rifle, tomándolo del caño y mediante un fuerte golpe cortó la delgada rama del árbol.

Sidney cayó al suelo medio inconsciente ya, dándose apenas cuenta de que sus dos compañeros se inclinaban hacía él angustiados y sintiendo un horrible dolor en el cuello igual que si le tocaran con un hierro candente.

—¡Venga, Tim! — gritó Ken. — ¡Esta hoja le está ahogando! — Trató de arrancarla, pero aun cuando estaba separada del árbol aquella hoja sanguijuela se resistió a todos sus esfuerzos. Tim se dió rápida cuenta de que un extremo de la hoja se había agarrado al cuello de Sidnel ejerciendo una constante succión y que quedaba luego un espacio como de una pulgada entre la hoja y la piel. Al instante metió el caño del rifle por aquel espacio y utilizando el arma como palanca, tiró con todas sus fuerzas. La punta de la hoja estaba adherida al cuello de Sidney y resistió unos momentos, pero el muchacho notó, con alegría, que poco a poco cedía a sus esfuerzos. La piel del cuello de Sidney se estiraba durante el esfuerzo, pero Tim no cedió y por último venció, aun cuando era tan agudo el dolor que Sidney experimentaba que el joven se había desmayado un momento antes de verse libre de aquello.

A pesar de la urgencia con que era necesario auxiliar al desmayado Sidney. Tim no dejó de mirar cómo la hoja seguía enroscándose sola. Donde tocó el rifle se adhirió con su aparato de succión del extremo mientras el resto de la hoja se enroscaba una y otra vez igual que si tuviera nervios que dirigieran sus movimientos.

Sidney habíase quedado tendido en el suelo, con los ojos cerrados como si durmiera. Su respiración era acompasada y normal, así que no parecía hallarse en peligro. Un grito de excitación que llegó del lado del árbol recordó a Tim que Parlat corría más grave peligro y se levantó de nuevo para ir en socorro de aquel desdichado.

Llegó a tiempo para ser testigo de la última fase del impresionante drama, pues aun cuando los martianos habían atacado valerosamente a las diabólicas hojas con los cuchillos, lo que sufrían Parlat y Sidney les había enseñado a ser cautos y esto había entorpecido bastante su acción. No habían perdido de vista ni un solo momento las ondulantes hojas, pues parecía que obedeciendo a alguna inmutable ley, la presencia de seres vivientes atrajera a aquellas horribles hojas sin vida. Por desgracia para Parlat cada hoja que sus salvadores eludían iba a fijar el aparato de succión de su extremo en el cuerpo de la infeliz víctima y tan pronto como los martianos cortaban una rama otra se agarraba al desmayado cuerpo.

De todos modos el desesperado ataque de los martianos consiguió por fin vencer al árbol pulpo y cuando Tim acudía en su auxilio retiraban ya al inanimado Parlat de junto al árbol que seguía agitando sus tentáculos.

Parlat hallábase inmóvil con el rostro muy pálido y un rápido examen demostró que ya no era posible prestarle ayuda alguna. Como en el caso de Sidney parecía que era el cuello el sitio donde más había su-

frido porque a él tenía adherida, por completo o parcialmente, varias de las hojas cuyas orillas estaban manchadas de sangre.

Tim dirigió algunas palabras de condolencia a Agnoi, pero éste hizo un ademán como rechazando sus manifestaciones y, junto con los otros martianos, se inclinó hacía su caído compañero.

Sidney se había levantado ya, aún cuando estaba pálido y tembloroso. La señal roja del cuello iba desvaneciéndose lentamente. Por lo demás, lo único que le había dejado su dramática experiencia era el ingrato recuerdo del mal momento que había pasado.

—¿Qué tal, Sidney — preguntóle Tim. — ¿Se siente algo mejor?

—Gracias a usted, Tim, Ken acaba de decírmelo, no he sufrido gran daño, — contestó Sidney con voz ronca. — Pero... ¿y Parlat? ¿Cómo le ha ido?

—Mal, — contestó Tim. — Ha muerto.

—No logro entenderlo, — dijo Sidney con voz ahogada. — Esas heridas por sí solas, aun cuando molestas y dolorosas no pueden haber matado a Parlat tan rápidamente.

—No, — asintió Ken. — Parece que la impresión que le produyo el sentirse sujeto por las hojas del árbol ha sido lo que le ha ocasionado un ataque cardíaco que ha sido el causante de la muerte.

—¡El causante ha sido usted! — intervino entonces Agnoi, dirigiéndose a Sidney y con los ojos brillantes de furor. — ¡Usted que nos obligó a acompañarles en esta desdichada excursión! Ha sido su curiosidad lo que ha sido el golpe de muerte a mi camarada.

—¡No es verdad! — replicó Sidney, acalorándose. — Nosotros hemos corrido iguales peligros que ustedes y no les hemos pedido que hicieran nada que no hiciéramos nosotros también. Ha sido la curiosidad del mismo Parlat lo que le ha perdido, no la nuestra, aun cuando lo sucedido ha sido tan solo hijo de las circunstancias y no es posible culpar a nadie, ni aún a la misma víctima. Pero discutir ante tal cuadro es impropio. — agregó. — Debemos cumplir una última obligación...

Sidney calló de pronto y se vió que miraba fijamente hacia un punti, al que también miraron los demás. Surgiendo de entre los troncos de los árboles apareció primero uno, luego otro y por fin un tercer animal que pasaron al espacio libre de vegetación.

—¡Elefantes! — exclamó, atónito. — Pero de qué tamaño!

—Son mastodontes, — corrigió Sidney. — ¡Que no se mueva nadie! ¡Aun no nos han visto!

Los enormes mastodontes, — pues lo eran en realidad, — empezaron a cruzar el claro, siguiendo por el borde, junto a los árboles. Caminaban lentamente con pesado paso, balanceando perezosamente la trompa y sin hacer ni el menor caso d los seis que les miraban asombrados y en completo silencio.

Eran de proporciones enormes, de diez y seis pies de altura, con el cuerpo cubierto de pelo largo y lacio, negro en la parte de arriba y rojo en la inferior; tenían colmillos curvos de seis pies de largo lo menos.

Aún cuando su aspecto era muy impresionante, el peligro que representaban parecía no amenazar a los al aldo de ellos, diminutos seres humanos, pues los mastodontes se encaminaban hacia el bosque después de haber seguido por el borde del claro hasta recorrer la mitad de su círculo. En realidad, el primero y el segundo desaparecieron realmente y el último de aquellos enormes animales iba a seguirles cuando volvió lentamente la cabeza y, con la trompa extendida, olfateó con desconfianza.

Aún entonces hubiera seguido tras de sus compañeros si los martianos no hubiesen precipitado la catástrofe que Sidney había supuesto posible y había temido. El ver al monstruo que miraba de uno a otro lado con sus ojos rojizos, emocionó tanto a Noma que, desesperado, gritó, temblando de miedo, y se alejó corriendo con la rapidez del que pretende ganar una carrera de Maratón, seguido de cerca por Agnoi y Renue.

Intrigado ante la presencia de aquello que corría, el mastodonte les miró con estúpida perplejidad. Los compañeros hubiesen seguido de buena gana el ejemplo de los martianos, si la enorme bestia no hubiese abandonado de improviso a los que escapaban para mirar hacia el centro del claro. Esta vez no había tiempo para vacilaciones, porque levantando la cabeza y gritando fuerte se dirigió hacia ellos con pesado pero rapido paso.

Los muchachos tomaron los rifles y corrieron hacia el lado contrario de aquel por el cual habían huído los martianos. Pasaron por un lado del árbol fatal, seguidos por el fuerte golpear de las pisadas del monstruo que les perseguía. Sidney gritó a los otros indicándoles que corrieran describiendo ángulos rectos, para que resultara más difícil la persecución.

Gracias a esto obtuvieron alguna ventaja, pasajera pero importante porque pasando por entre los árboles, el mastodonte se dirigía hacia ellos, y en cuanto llegaba el sitio donde les había visto, no los encontraba. Al verse burlado, el animal gritó furioso, pero algún ruido llegó a sus oídos y el mastodonte se volvió y avanzó de nuevo. El miedo parecía haberles dado alas y les hizo llegar a una avenida natural que les ofrecía fácil huída.

Corrieron por aquel pasadizo de árboles durante unas cien yardas, volvieron hacia un lado y entonces... Entonces todas sus esperanzas se desvanecieron. Con angustia vieron que aquel paso terminaba en otro claro, que no ofrecía protección de ninguna clase.

No era posible retroceder porque el monstruo que les perseguía se hallaba ya a menos de treinta yardas de ellos, mientras que el huir por cualquiera de los dos lados era imposible, porque por ambos los troncos de los árboles estaban tan juntos que no era posible pasar entre ellos.

—No hay más recurso que hacerle frente con los rifles, — dijo Sidney rápidamente. — Quédense cerca de los árboles.

El enorme animal parecía hallarse ya sobre ellos cuando los tres rifles hicieron fuego. Era como apuntar al frente de una casa a corta distancia y sin duda, cada una de las balas se hundió en algún sitio del enorme cuerpo. Pero fuera de un grito de furor, el mastodonte no dió señales de haber sentido nada. Tuvieron tiempo para hacer otra descarga. Catorce mil libras de furia se arrollaban sobre ellos y los jóvenes no podían hacer nada por evitarlo. Sidney, de pronto, saltó al centro del paso haciendo, temerariamente, que el animal se fijara sólo en él.

Lo único que podía desear era una muerte rápida, pero sin embargo, procuró meter una bala en la cavidad de la boca del mastodonte. De lo que siguió conservó tan sólo un confuso recuerdo; pero le pareció que era arrojado violentamente hacia un lado, y se encontró por un milagro, tendido al pie de uno de los árboles. Subconscientemente oyó un terrorífico rugido, al que siguió, — al menos así lo percibieron sus atormentados oídos, — el mayar y escupir de mil gatos salvajes y furiosos a la vez. Se quedó tendido largo rato, desmayado a medias, hasta que sintió que le tocaban un hombro y vió que sus compañeros estaban inclinados hacia él, mirándole. Vió que se movía los labios de Tim, pero no oyó lo que decía porque los rugidos eran muy fuertes; pero sintió que le arrastraban hacia el claro del bosque. Entonces, pero no antes, siguió la mirada de los ojos de Tim y vió algo que le dejó maravillado.

El mastodonte, que había resultado invulnerable ante los tiros de sus rifles, parecía haber encontrado un terrible adversario, pues colgando de la trompa del monstruo, con las garras enclavadas en la gruesa piel, se hallaba un tigre cuyas enormes proporciones le hicieron creer a Sidney que estaba soñando.

¡—Vamos, Sidney! — le gritó Ken al oído. — ¡Se han olvidado de nosotros por el momento!

Aturdido aún por el milagro de haber salvado la vida, sin darse cuenta aún de que había sido el tigre el que le había echado a un lado como si fuera una pluma Sidney fué llevado hasta el otro lado del claro por sus compañeros y sólo cuando estuvieron guarnecidos tras de los árboles, se volvieron a mirar al asombroso drama que se desarrollaba allí.

—¡Qué cuadro!—exclamo Tim.—!Lo del mastodonte lo comprendo, pero el otro bicho, compañeros! ¡Parece un tigre, y sin embargo!....

—¡Es un tigre! — dijo Sidney. — Pero un tigre mucho más terrible que cuantos hay en la tierra, aún cuando se hayan encontrado restos fósiles del "tigre con dientes de sable", llamado así por el tamaño de sus colmillos superiores. Pero ¡miren!

Los compañeros observaron todos los movimientos de la titánica lucha a muerte, silenciosos y asombrados, y resultó una pelea digna de ser recordada.

Una vez fuera del paso, el mastodonte no intentó avanzar más.

Durante un momento, los antagonistas permanecieron inmóviles, sin que se oyera nada más que el jadeante respirar del tigre. Durante veinte segundos duró aquella inmovilidad; después, con un movimiento rápido como el rayo, que pareció imposible en un animal tan voluminoso, el mastodonte levantó su enorme cabeza y como despedido por una catapulta, el rayado cuerpo del tigre voló por los aires, describió una larga curva y cayó en el suelo a treinta pies de su adversario.

El mastodonte lanzó un vibrante grito de triunfo ante el completo éxito de su estrategia, pero siguió haciendo frente a su enemigo, observándole con la mayor atención. Hizo bien en no despreciar a su contrario, pues el tigre de dientes de sable, activo y ágil como un gato, dió en la suave tierra con las cuatro patas, lanzó un hórrisono rugido de desafío y, como si estuviese hecho de alambre flexible, rebotó en línea directa hacia el mastodonte.

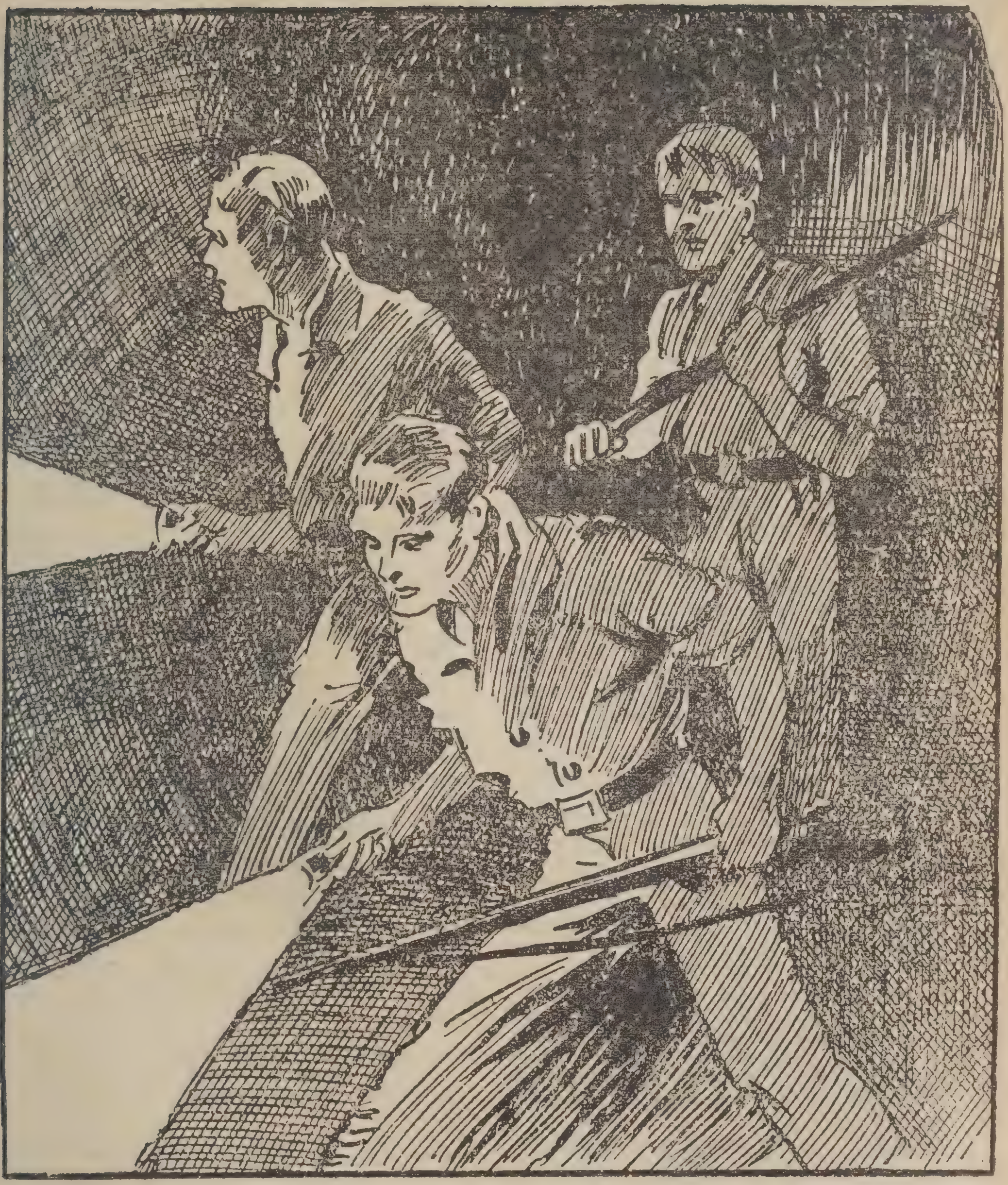
¡Esta vez el tigre de dientes de sable se agarró... y no soltó!

Un segundo demasiado tarde la levantada trompa del oscuro gigante descendió violentamente, procurando romper de un golpe la espina dorsal de su adversario, pero el tigre esquivó el golpe mediante una hábil contorsión de su alástico cuerpo y fué a dar en el cuello del mastodonte. Instintivamente la enorme cabeza se echó hacia atrás, a impulso de un repentino terror y aprovechando con rapidez suma aquella oportunidad, los colmillos como sables del tigre se hundieron profundamente en el cuello de su víctima; en seguida asegurado con toda firmeza de ese molo, las terribles garras del tigre empezaron a desgarrar rel modo más horrendo el ancho pecho del mastodonte que al cabo de unos minutos, se desplomó sin que su enemigo le soltara.

El mastodonte procuraba una y otra vez soltarse; se volvía hacia la derecha y hacia la izquierda con rapidez espasmódica; se arrodilló, se revolcó y después volvió a levantarse, afirmándose en sus cuatro patas. Chillaba fuerte y desesperado, de dolor y de rabia y poco a poco se fué convenciendo de la inutilidad de cuanto intentara para librarse de aquel enemigo y se quedó inmóvil gritando plañideramente. Se calló un momento como si reflexionara qué era lo que podía hacer en semejante trance. El enorme gato se quedó también casi inmóvil, sólo una de sus garras seguía haciendo girones la piel del mastodonte como si considerara que no era suficiente, para dañar a su víctima, la terrible mordedura con que le sujetaba el cuello.

Esta fase del estupendo combate duró cerca de tres minutos durante los cuales se notó que el mastodonte se debilitaba, por momentos. Salía sangre a chorros de las heridas del pecho y del cuello y el enorme animal comenzó a balancearse lateralmente.

Pero aún no había llegado el final de la pelea porque el valiente animal no había agotado sus recursos de astucia y todavía le quedaba por utilizar un movimiento que castigaría de modo brutal a su enemigo, aun



¡EXTRAVIADOS! "¡Los últimos tres árboles junto a los cuales he pasado no presentaban señales en la corteza!" — dijo Ken en voz baja. "¡Pero no es posible!" — protestó Sidney. "¡Mírelo usted mismo!" — replicó Ken. Las tres antorchas exploraron todos los troncos a que alcanzaba su luz, pero la más concienzuda exploración sólo sirvió para confirmar las manifestaciones de Ken.

cuando él, por su parte, estuviese sufriendo las angustias de la derrota.

Se volvió lentamente y al hacerlo, se aproximó a propósito a un árbol enorme cuyo tronco era aún más grueso que el cuerpo del mastodonte. Con indomable insistencia logró dominar la inseguridad de sus sentidos, debilitados por la pérdida de sangre y concentrar cuantas energías le quedaban, en un supremo esfuerzo. Con dramática rapidez levantó su magestuosa cabeza hasta estirar cuanto pudo su ensangretado cuello y desdeñando las angustias de un nuevo dolor, se lanzó hacia el tronco del árbol. El tigre de dientes de sable lanzó un grito de sorpresa y, aplastado de modo que su cuerpo resultó una masa informe, murió aun antes de llegar al suelo. Libre el cuello de la

horrible presión, el negro mastodonte respiró varias veces con sonora avidez, lanzó un grito que fué como un victorioso toque de clarín, inclinó lentamente la cabeza, tropezó, cayendo de rodillas, se tambaleó y por último se echó suavemente de lado, quedando tendido en el suelo en esa forma.

Los muchachos tardaron en convencerse de que aquel combate de titanes había, realmente, llegado a su fin. Hasta que no hubo pasado un rato, durante el cual miraron hacia el sitio donde se había desarrollado la pelea y notaron que no se movía ya ninguno de los dos adversarios, no se aventuraron a acercarse.

Se aproximaron lo suficiente para poder darse cuenta de las enormes proporciones del mastodonte y les pareció increíble que hubiera un alversario, — aun cuando se tratara de un animal tan poderoso y fiero como el tigre de dientes de sable, — capaz de haber dado muerte a semejante mole. Casi les pareció increíble hasta que vieron cómo eran las horrendas heridas que tenía el mastodonte en el cuello y en el pecho. Después de mirar aquello durante un momento se alejaron asqueados de aquel paraje.

El tigre estaba casi oculto por completo debajo del mastodonte; sólo se veía de él la cabeza y una de las garras. Uno de los dientes en forma de hoja de sable, de nueve pulgadas de largo, quedaba en las fauces del tigre; el otro se había roto y debía hallarse hundido en el cuello de su adversario.

—¡Vámonos de aquí, compañeros! — dijo Ken. — Debemos ocuparnos del pobre Parlat y luego ir tras de Agnoi lo más rápidamente que nos sea posible, pues no me agrada perder de vista a ese traidor.

—¿Habrán logrado dar con el camino de regreso? — preguntó el mismo Ken cuando se pusieron en marcha.

—¿Por qué no habrían de encontrarle?— replicó Sidney. — Se alejaron corriendo en su dirección y como no se hayan aturdido por completo es de suponer que les haya sido fácil encontrar el rumbo.

Llegaron al árbol fatal cerca del cual hallábase todavía el cadáver de Parlat. Más de una hora tardaron en abrir una fosa y enterrarlo; rezaron unas oraciones por su eterno descanso y los tres jóvenes emprendieron tristemente impresionados, su regreso a Perla del Espacio.

—Adelante, compañeros, — dijo Sidney cuando se internaron de nuevo en el bosque. — Tenemos que andar cuatro millas y se acerca la terminación del día.

Al principio no les fué difícil seguir el camino indicado por las señales hechas en los troncos de los árboles pero cuando se internaron más en la selva y los árboles se hicieron más espesos, la luz crepuscular resultó tan poca que casi parecía de noche. Tuvieron que hacer uso, casi constante, de las antorchas eléctricas de que estaban provistos.

Fatigados y molestos, Ken y Tim hubiesen, de buena gana, descansado un rato pero Sidney seguía adelante y se negó a escuchar sus súplicas. Caminaron así durante más de una hora hasta que Tim tropezó ruidosamente en una raíz sobresaliente y que, en aquella oscuridad, resultaba invisible.

—¡No haga ruido! — advirtióle Sidney.— No sabemos cuántos horrores encierra este bosque y no nos convendría ver nuevos ejemplares del zoológico de Vulcano. Hemos visto bastantes ya, me parece.

—Lo siento mucho, Sidney, pero no pude evitarlo, — dijo Tim.

Aun cuando no era posible que hubiese oscurecido ya, en el sitio por donde iban tres jóvenes la oscuridad era nocturna. Además, la luz de las antorchas les permitió darse cuenta de que empezaba a formarse una espesa niebla. Más adelante los jóvenes recordaron el suave olor a lilas que llegó a su olfato al presentarse aquella niebla, aun cuando en aquel momento no prestaron mayor atención a ese detalle.

Avanzaron más y más por el espeso bosque, cabeceando de sueño y de fatiga, hasta que, por fin, se detuvieron porque Ken chistó suavemente. Los otros se acercaron a él y le hallaron con cara de asombro. Tenía la antorcha encendida en la mano y dirigía el rayo de su luz de uno a otro lado.

—No entiendo esto, — dijo en voz baja. — Parece qu ese hubiese borrado el rastro. — Los últimos tres árboles por los cuales he pasado, no presentaban señales.

—¡Pero eso no es posible! — protestó Sidney. — No puede haber más que un rastro y bien sabemos que conduce al claro de la costa.

—Mírelo usted mismo entonces, amigo mío, — replicó Ken, irritado. — En el primer momento me pareció que había dejado pasar por alto las señales de algunos troncos pero la verdad es que no sé cómo vamos a hacer para dar de nuevo con el rumbo.

Las antorchas exploraron todos los troncos en el espacio a que alcanzaba su luz, pero la más concienzuda exploración sólo sirvió para confirmar las manifestaciones de Ken.

—¡Qué deliciosa situación! — dijo Tim, irónicamente, — ¿Qué hacemos ahora, Sidney?

—¡Buscaremos y encontraremos el rastro nuevamente! — gruñó Sidney.

—¿Pero cómo? — preguntó Ken, mientras la luz de su antorcha se perdía en la niebla.

Entonces, cuando la luz les hizo notar la presencia de la niebla que ya había subido del suelo hasta formar una capa de tres pies de altura, se dieron cuenta de que pasaba algo extraño. Una capa de niebla de tres pies de espesor no hubiera importado nada en condiciones vulgares, pero resultaba que en aquellas circunstancias ocultaba por completo sus huellas. Unido esto al hecho de que los árboles que les rodeaban estaban muy juntos unos de otros, se comprendía que la situación era bastante difícil. Ninguna de los tres recordaba por dónde habían llegado al sitio donde estaban. No se atrevían a separarse y confiar en que la casualidad les pusiera en el buen camino.

(Continuará)

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

(Continuación)

¡Ah! ¡eso no! ¡No me escaparía! tentaría en vano de arrojar ese nombre usurpado! ¡de hundirme, de hacerme humilde y queño! Se me conocía, se me había visto: en Niza, el señor Cristini, en Puget, en Villars en la Mescla, todos aquellos a quienes había interrogado, todos aquellos a quienes me había presentado como detective.

Ese círculo se cerraría a mi alrededor; se me preguntaría; se me obligaría a confesar.

¡Y detrás del falso Paddy, el verdadero Antonio Bonasson, surgiría lamentable, lastimoso, amenazado, compremetido para siempre!

Quedé abatido en mi silla, rechazando el plato. Ya no tenía apetito, la desesperación y el espanto me lo habían cortado. ¡Me sentía perdido, despedido de mi empleo, renegado por Sofía!

¿Qué diría para disculparme? ¿Como saldría de ese enredo?

Dolcepiano había llevado demasiado bien los hilos; en éste momento, ellos me agarrotaban.

Mientras más tratara de explicarme, más dudarían. Estaba en posesión de diez mil francos de la compañía de seguros;; mi firma — falsa, claro está — se hallaba al pie de una queja que yo había venido a formular en persona; veinte testigos lo afirmarían. Nadie creería a Dolcepiano. Sargasse mismo por venganza me cargaría más aún.

Mi crímen se me apareció inmenso, espantoso... Me sentí bajo el golpe de los rayos de la ley por haber engañado inocentemente al mundo y a la justicia.

Lancé un doloroso suspiro.

El hotelero me miró con interés.

—¿Es la cabeza? — dijo tocándose la frente con el índice.

—Sí — murmuré— es la cabeza.

En verdad, yo sentía que mi pensamiento vacilaba. Todo zumbaba bajo mi cráneo y me sentía incapaz de razonar sobre lo que iba a hacer.

—¿Va usted a tomar el tren? — preguntó solícitamente el hotelero.

—Sí — dije.

Quiso acompañarme a la estación y ponerme él mismo en el vagón. Antes de alejarse, me recomendó al jefe del tren, persuadido de que mi herida de la noche, había quebrantado mi razón.

Durante todo el tiempo que duró el viaje me asediaba esta sóla pregunta.

—¿Que voy a hacer?

Y no hallaba respuesta.

Cuando el tren se detuvo en el andén de la estación de Niza, yo fuí hacia la salida con la cabeza baja y la mirada inquieta.

Me parecía que todos los ojos estaban fijos en mí y que todos cuchicheaban designándome:

—¡Es Paddy Wellgone!... ¡Paddy Wellgone!... el que ha detenido al asesino del señor Montparnaud!

Y para no verme tentado a gritarles:

—¡No me llamen así, por piedad! ¡Yo soy un abominable importor!

Me apresuré a salir de la estación.

La avenida de la Gare estaba casi desierta. Me puse junto a un árbol y esperé un tranvía en el cual subí.

Descendí ante el Casino y gané a pie la calle de la Poissonnerie.

Desde su puerta la propietaria me gritó haciéndome señas de que me detuviera.

—Han venido a preguntar por usted.

Pero yo, temía sus preguntas indiscretas. Pasé ante ella haciéndole señas de que estaba apurado y lo dije con una insistencia ridícula.

—Llego de Genes, señora Barla, ¡Llego de Genes!... ¡de Genes!...

Me lancé a la escalera, que comencé a subir de a cuatro escalones.

En un descanso me tuve que detener para volver a iniciar mi ascención.

Delante mio, alguien subía lentamente. Era un hombre alto, seco, del cual yo no veía más que sus hombros, un poco encorvados y los cabellos rojos, cortados al rape y con algunos hilos de plata.

Ya estábamos en los últimos escalones. El no podía pues, más que ir a mi casa o a la del detective. A este pensamiento, estuve tentado de descender y huir; pero me serené al pensar que la tarjeta comprometedora ya no figuraba en mi puerta.

Continué pues subiendo, impacientado de su lentitud.

Por fin, él se detuvo en el corredor y se volvió para mirarme.

—Perdón — murmuré pasando ante él.

Entreví entonces su rostro fuertemente coloreado, sus labios delgados y sin bigote y sus ojos velados por pesados párpados que dejaban apenas ver sus ojos entre las pestañas rojas.

Sacó una llave de su bolsillo y se dispuso a abrir la puerta de Paddy Wellgone y yo, me espanté al oirle murmurar con tono descontento mientras golpeaba sobre la puerta en el sitio en que aún se veían los cuatro clavos de la tarjeta sacado.

—Aoh; who bas taken off the visiting card?

Turbado por esa frase de la que adiviné el sentido, me precipité a mi cuarto y ce-

rrando la puerta caí tembloroso sobre una silla, gimiendo.

—¡Paddy Wellgone ha vuelto!

Capítulo XI

EL PLAN DE SOFIA

Es difícil imaginarse el estado de abatimiento en que me hundió ese retorno inesperado.

Me sentí completamente desamparado.

La vecindad de aquel a quien yo había usurpado la personalidad me causaba un malestar intolerable. Me parecía a cada momento que iba a surgir ante mi para pedirme cuenta de mi acción.

Deseaba huir; pero mis piernas se aflojaban y una debilidad inacostumbrada distendía todos mis músculos.

—¡No puede uno escapar a su destino cuando la fatalidad se mezcla a él! — murmuré.

Y verdaderamente se había mezclado.

Repasé en mi espíritu todos los acontecimientos sobrevenidos desde la noche en que tuve la absurda idea de colocar sobre mi puerta la tarjeta de mi vecino.

!Como se había combinado todo para hundirme más aún en mi impostura!

¿Cuánto tiempo quedé en ese estado de postración desanimada en que se siente la inutilidad del esfuerzo y en que ni siquiera se trata de esbozar un proyecto? No lo sé; quizás una hora, quizás más aún.

Recuerdo solamente que dos ligeros golpes dados a mi puerta, me despertaron sobresaltado. Y que mi corazón latió como la noche de la visita del señor Cristini.

Como había cerrado la puerta con llave, debía ir a abrir; vacilé un momento antes de hacerlo, tentado de hacer creer que no estaba.

Pero los golpes se oyeron de nuevo. Al mismo tiempo me llegó un llamado hecho en voz muy baja.

—¡Antonio! ¡Abra! ¡Soy yo, Sofía!

Me precipité a la puerta y la abrí.

—¡Oh! mi querida Sofía — exclamé.

Esta aparición me reconfortaba, ya no estaba sólo. Y luego, en todo ese asunto, Sofía había sido mi confidente, sino mi cómplice. Iba pues, a poder hablar de mis temores, aliviarme. Ella era enérgica y no se dejaba desconcertar fácilmente por los acontecimientos.

Podía esperar de ella un buen consejo. Era un alivio que me llegaba.

Mi alegría fué tal que la reacción me hizo olvidar a la vez, la prudencia necesaria y la presencia de mi vecino, al otro lado de la pared.

Sin embargo, esa visita hubiera debido inquietarme. Naturalmente. Sofía no había venido nunca a mi casa. Se necesitaba pues que algún grave acontecimiento se hubiera producido, para decidirla a esa incorrección.

Entró y cerró la puerta. Luego se volvió hacia mí y me examinó.

—¡Qué pálido está! — me dijo.

—Y hay motivos — balbucí — Estoy muy inquieto.

La turbación de mi espíritu no me impidió observar que, para venir, Sofía no había tomado ninguna precaución. Sin embargo esa entrevista, era de esas que una joven bien educada, cuando se resuelve a ello, trata de guardar secreto. Niza no es como París y se corre el riesgo de encontrarse a cada momento con personas conocidas.

Sin embargo, ella se me presentaba con uno de sus claros vestidos, más bien elegantes y llamativos. Su rostro era también de esos que se destacan y ella no había tomado siquiera la precaución de ocultarlo bajo un velo.

Puso su sombrilla blanca sobre mi escritorio y se sentó.

—He hecho mal en escaparme — dijo — pero quería verlo. Ya he venido dos veces.

—Estaba ausente — respondí — acabo de llegar.

—¿Dolcepiano? — preguntó.

—¡Dolcepiano! — confirmé con un profundo suspiro.

Ella no se detuvo y sacó un sobre de su cartera.

—He recibido su carta.

—¡Oh! ¡sí! — dije — ¿La que contenía las estampillas?

Yo había casi olvidado éste incidente que me parecía ahora de poca importancia, en comparación con mis nuevas preocupaciones.

Pero Sofía, no parecía tomar la cosa tan ligeramente. Su fisonomía se había ensombrecido.

—Las estampillas — repitió — Es por eso que vengo.

—¿Porqué? — pregunté un poco sorprendido.

—Porque no quiero que naya ningún malentendido entre nosotros — respondió mi novia con evidente nerviosidad — Estoy segura que se ha hecho usted una cantidad de suposiciones.

Yo trate de sonreír.

—Usted exagera — dije.

—¡No! ¡No! — respondió vivamente.

—Veo claro y lo conozco — ¡Usted está completamente trastornado!...

Quise protestar y explicarle que las estampillas no tenían nada que ver. Pero ella no me dejó tiempo.

—No diga que no. Usted se habrá figurado enseguida una cantidad de cosas. Eso es completamente ridículo. No hay nada más simple.

—Yo lo creo — dije.

—Al menos — preguntó ella con aire preocupado — ¿no se las habrá mostrado a nadie?

Viendo la importancia que ella parecía dar a ese detalle, no quise confesarle la indiscreción que yo había dejado cometer a Dolcepiano. Además ella había tenido siempre tendencia a acusarme de que me dejaba influir por otro. Si sabía que el descubrimiento relativo a las estampillas no era obra de mi iniciativa, ella hubiera con seguridad reeditado su injusta acusación y se hubiera molestado de haber sido sospechosa por instigación de otro.

Respondí pues para tranquilizarla:

—¿Y a quien se las iba a mostrar?

—Yo no sé — dijo alzando imperceptiblemente los hombros — ¡Es usted tan confiado!

¡Siempre lo mismo!

—No se las he mostrado a nadie — respondí.

Ella pareció aliviada.

—Es una tontería — replicó — pero hay personas que se imaginan enseguida una cantidad de cosas.... Usted por ejemplo ¿qué pensó?

—¿De qué? — pregunté.

—¿De las palabras que se encontraban en las estampillas.

—Eso me ha intrigado un poco — respondí evasivamente — Pero me dije que usted me explicaría.

—Es lo que voy a hacer. Usted verá que no había porque forjarse novelas.

—Yo no me las he forjado, querida Sofía.

—¡Quien sabe! — dijo mirándome de frente — En todo caso pensó usted que se tratara de una correspondencia cifrada?

—Secreta — rectifiqué sonriendo — Eso salta a la vista. Sin embargo, no veo con quien puede usted cambiar semejante correspondencia.

—Es una chiquillería — dijo Sofía — Pero usted ha adivinado.

Mi corazón latió un poco.

—Las palabras que yo he leído en las estampillas se dirigían a usted? — pregunté con voz alterada.

—No. Pero fueron escritas por mí.

Le dirigí una mirada de espanto. Esa hipótesis era la peor de todas.

—No se atormente así — continuó Sofía — no hay motivos. Yo le escribía a una de mis amigas, Cecilia Tomasa, que estaba pupila conmigo en San Remo y que ahora vive en Genes.

—¡Ah! — dije, respirando mejor.

—Usted comprende que a mí se me puede escribir lo que se desee, porque nadie lee mis cartas. Pero Cecilia tiene a su madre. Entonces, para poder cambiar nuestras, confindencias, hemos imaginado este sistema de correspondencia. Yo le escribo cartas sin importancia, y, bajo pretexto de colección pongo dentro las estampillas

—Es muy ingenioso — dije.

—¿Vrdad? Fué a Cecilia a quien se le ocurrió.

Hizo una pausa y me miró; la explicación había disipado una parte de mis dudas, pero no todas. Hubiera deseado preguntarle qué género de confidencias había podido hacer a su amiga para que éstas dos palabras: remordimientos-criminal, se encontraran en ellas.

Quizás ella adivinó mi angustia. En todo caso, por sí misma, se adelantó a las preguntas.

—Sin duda se preguntará usted que confidencias hago a Cecilia — dijo.

—Eso no me corresponde — contesté discretamente.

—¡Sí:... al menos la última... puesto que usted está en ella.

—¡Yo! — exclamé.

—Usted, no me dirá que no ha reconocido sus iniciales.

—Tel... A. B. — dije casi involuntariamente.

—¡Ya ve! Eso quería decir: Telegrafía a la señora Antonia Bonasson. Completo y reemplazo las palabras que faltan... ¡Ah!... ¡Ah! comienza a comprender.

En efecto, mi fisonomía se aclaraba. Nada podía parecerme más armonioso que esas palabras: Señora Bonasson.

—¡Y bien! ¡sí! — continuó Sofía — He puesto a Cecilia al corriente de nuestro proyecto de matrimonio y también de otro proyecto, del que ya le he dicho algo, el de irnos a casar al extrangero. He pensando en Genes porque Cecilia podría sernos útil, y yo le he pedido su ayuda. Estaba un poco confusa al escribirle eso. Pues, muchos juzgarán severamente mi conducta. Se trata nada menos que de hacerme llevar por usted. ¡Eso es algo más que una ligereza! ¡Agregue que medito en abandonar a una pariente que dice que me ha educado!

¡Casi tengo remordimientos!

—¡Remordimientos! — exclamé transportado.

—¡Bueno! — dijo mi novia — No veo porqué no le he de mostrar el borrador de mi carta. Eso le evitará que se fastidie queriendo adivinar el sentido de algunas palabras que ha leído.

Buscó en su cartera y me tendió un pedazo de papel.

—No vale la pena — dije.

—Quiero que lo lea — insistió Sofía poniéndome a la fuerza el papel entre los dedos.

Cedí, a esa dulce violencia y descifré a media voz:

"Tengo un plan excelente. No quiero dejarme atontar más por la señora Montparnaud. Iré a casarme a Marsella o a Genes si tú quieres prestarme tu apoyo. Telegrafía a señora A. B. Apacigua mis remordimientos y dime si no juzgas mi conducta criminal".

Fué la mía la que yo juzgué así ¡Pobre Sofía! Ella pensaba en preparar nuestra felicidad en tanto que yo concebía injustas sospechas.

—Ya está hecha mi confesión — continuó Sof[illegible] Ahora estoy tranquila ¿Qué ha hecho us[illegible] desde el otro día?... ¡Ah! tengo una nueva noticia, que anunciarle. La compañía después de haber querido pleitearse ha resignado bruscamente a mostrarse honesta. Acabo de ser avisada que tengo a mi disposición un cheque de doscientos mil francos pagaderos a la vista en la ciudad que me convenga. Elegiré naturalmente, la ciudad en que nos refugiemos. ¿Nuestro proyecto continúa siempre?

—Seguramente — respondí — ¡Por qué será que yo en cambio no tenga para comunicarle más que malas noticias!

—¿Realmente malas? — interrogó Sofía, palideciendo súbitamente.

—Usted juzgará. Mi posición aquí se va hacer insostenible. Yo me había aventurado en un avispero; pero ese condenado de Dolcepiano acaba de hundirme hasta el cuello, de tal manera que no veo la forma de salir.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—¡Hable! — suplicó Sofía, uniendo las manos.

—Los acontecimientos se han precipitado — respondí — y sin mi intervención a pesar de las apariencias, Sargasse ha sido detenido.

—¡Sargasse detenido! — exclamó ella.

—Por una queja firmada por mí, es decir por Paddy Wellgone ¿comprende?

—¿Y cómo ha podido cometer Vd. semejante imprudencia? — Exclamó Sofía temblorosa.

—¡La han cometido por mí! — respondí — y pienso que es Dolcepiano quien me ha hecho eso.

—¿Pero Sargasse? ¿bajo qué pretexto lo han arrestado?

—Por una tentativa de asesinato sobre una persona primero. Esto es muy real. Luego, a causa del señor Montparnaud.

—De qué lo acusan.

—De haber robado, al menos, y también de ser cómplice. Las mercaderías y los billetes de banco han sido encontrados en su poder.

—¿Es posible? — murmuró Sofía visiblemente agitada.

La puse nuevamente al corriente de todo lo que había pasado desde nuestra última entrevista. Ella escuchaba con visibles muestras de preocupación; su actitud traicionaba el profundo interés que le inspiraba mi relato.

—¿Y qué es lo que quiere ese Dolcepiano? — me preguntó cuando hube terminado.

—¡Quién sabe! — dije — Tal vez salvarse él comprometiendo a Sargasse. En todo caso si él se hace ese cálculo se verá decepcionado pues Sargasse hablará seguramente.

—Sargasse hablará seguramente — repitió Sofía.

—Si, siempre que sepa algo — agregué yo — Pero debe ser así. He aquí que el asesinato del señor Montparnaud está en vísperas de ser aclarado.

—Es casi inevitable — dijo pensativamente Sofía.

—Pero, — perdóneme éste egoísmo — hay algo que me preocupa más aún. ¡Yo! ¿Qué va a ser de mí en todo esto? Seguramente me van a buscar para ponerme en presencia de Sargasse. No soy yo su acusador? ¡Qué escándalo, Sofía, cuando se sepa!...

—¡Qué escándalo! — repitió ella.

Y vi en su gesto que ésta perspectiva le abatía tanto como a mí.

—Todo ésto será descubierto — continué — Yo no veo ni siquiera la posibilidad de negarlo. Ahora la justicia hará llamar a Paddy Wellgone y será necesario que Paddy Wellgone se presente ¡Pues Paddy Wallgone ha vuelto!.

—¡Ha vuelto! — exclamó Sofía sobresaltada.

—Es lo que me agobia. Naturalmente, él no comprenderá nada de esa aventura; pero enseguida lo desenredará todo. Se darán cuenta que tienen que vérselas con un falso detective, y como el señor Cristini puede indicar mi cuarto, enseguida sabrán mi identidad.

—¡Eso pasará seguramente así! ¡Pobre Antonio! — murmuró Sofía — ¡Y es por mi por quien se ha comprometido así!

—No hablemos de eso — dije.

—Ya había hecho yo esa tontería antes de que usted me sugiriera la idea de continuar representando a mi falso personaje.

—Si, pero es eso lo que lo ha perdido. No quiero que le ocurra nada desagradable, Antonin.

Yo traté de sonreír.

—Quizás no me suceda gran cosa — replique — tal vez sólo reciba una seria reprimenda. Lo más fastidioso es la llegada del detective, él no tomará la cosa sonriendo — dije.

—Déjeme reflexionar un poco sobre eso — dijo Sofía.

Yo respeté su recogimiento.

—No hay que vacilar — murmuró ella después de un momento de silencio — Hay que partir.

—¿Partir?

—Sí. Ya habíamos mirado eso. Usted recordará. Es la única forma de salvarlo de todo eso.

—¿Le parece? — murmuré perplejo.

—Absolutamente. Las consecuencias de su aventura si se queda aquí pueden ser sumamente enojosas. Tendrá una cantidad de molestias. Lo más simple es desaparecer.

—Me buscarán — objeté — y seguramente seré descubierto.

—No en el extranjero — insinuó ella — Ud. no ha cometido un crimen de esos que condena la ley. No es más que una mistificación, después de todo.

Bastará que la gente se olvide un poco de eso. Y luego, hay un medio de evitar las preguntas.

—¿Cual?

—Responder de antemano.

—¿Y cómo?

—Escribiendo. Déjeme explicarle. Yo tengo un plan listo. Ya lo tenía. Los acontecimientos no hacen más que precipitar una solución, de la cual yo venía a hablarle.

—La escucho — dije.

—Una palabra, primero. Iba pensando como yo le recomendé, en reunir los papeles necesario para nuestro matrimonio?

—Todo está listo — respondí.

Me levanté y saqué de mi armario un gran sobre que contenía los diferentes papeles a que Sofía hacía alusión.

—Aquí están — dije tendiéndoselos — Está mi partida de nacimiento y las actas de defunción de mis padres. Todo está en regla.

Ella las tomó y las examinó una después de otra.

Bueno — dijo volviendo a poner todo en el sobre que colocó en el borde de la mesa

al alcance de su mano — ahora, ésta es mi proposición: ¡partamos juntos!

—¡Ah querida Sofía! — exclamé— ¡Hasta ese punto llega su abnegación!

—¿Eso es abnegación? — replicó con maliciosa sonrisa — Le aseguro, Antonio que la vida cerca de la señora Montparnaud se me está haciendo imposible. Su carácter se agria cada vez más. Trata por todos los medios de hacerse desagradable. Dado el ruido que va a hacer nuestra aventura, ella sería capáz de buscar en eso un pretexto para oponerse a nuestro matrimonio.

—Lo mejor es pues hacer las cosas prescindiendo de ella. Ahora soy completamente libre pues hace dos días soy mayor de edad.

Esta noticia me alegró, pues hacía desaparecer un serio obstáculo.

—¡Ella no tiene ningún derecho sobre usted! — protesté con vivacidad.

—He aquí lo que le propongo — continuó Sofía — Usted va a partir para Genes.

—¿Pero es en serio esta vez?

—En serio. Y mañana temprano. Usted me esperará pacientemente. Me uniré a usted en cuanto reuna los papeles necesarios y nos casaremos.

Escuché religiosamente, sin hacer la menor objeción. Realmente no tenía ninguna que hacer, pues ignoraban todo lo referente a las formalidades indispensables para realizar nuestro proyecto de matrimonio. Resumí simplemente que Sofía ya las conocía y que no encontraríamos en Italia ninguna dificultad seria.

—Naturalmente — dijo mi novia — usted partirá ostensiblemente y a la vista de todos. Y bajo su verdadero nombre, esta vez.

—¿Debo hacer conocer mi destino?

—¡Claro!

—¿Genes?

—¡No! Marsella... Debemos evitar a los indiscretos y evitarnos preocupaciones. Mañana, usted tomará un billete para Marsella y descenderá en Cannes.

—Será dinero perdido — objeté.

—Somos ricos — replicó alegremente Sofía — En Cannes tomará usted el expreso para Vintimille y Genes.

—¿Y allí debo esperarla?

—Allí — respondió sonriendo — Espero que todo estará listo para que yo sea lo más pronto posible la señora Bonasson.

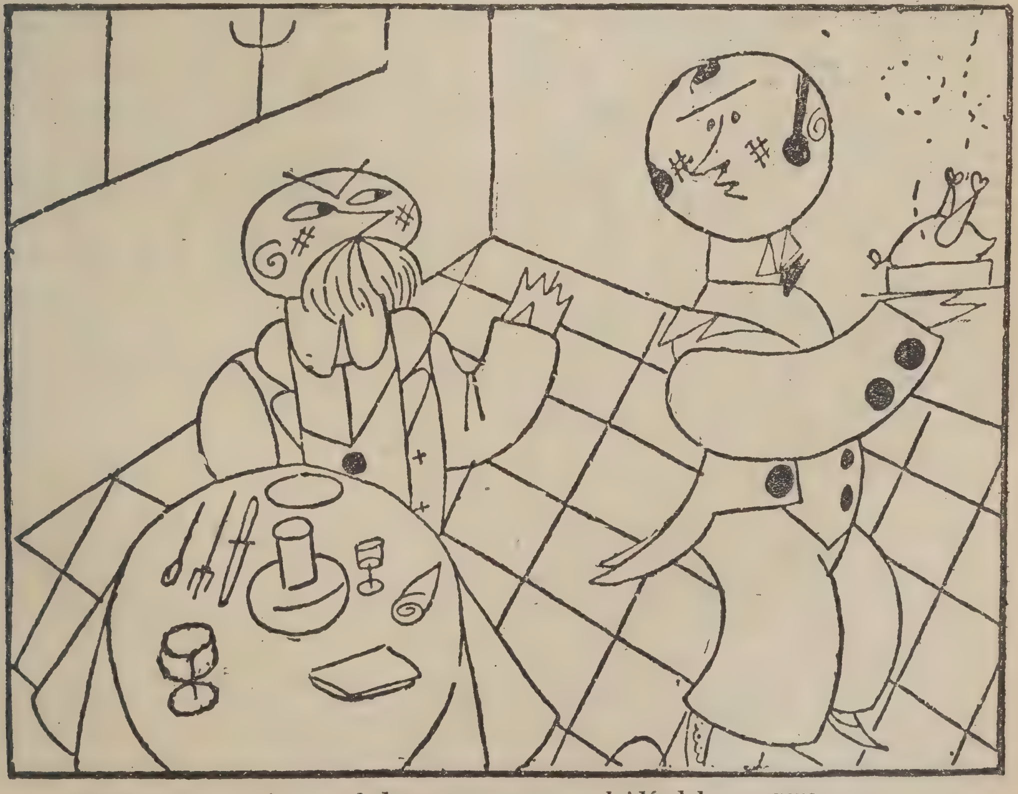
Seguramente habrá esperas — dije.

—Cecilia nos indicará y hará todo lo que pueda... A propósito, querido Antonín, me llevo sus papeles. Es a ella a quien debo enviárselos.

—Sofía guardó el sobre en su cartera. Esto me decordó otros papeles que debían hallarse en mi poder.

—Me olvidaba — dije — Usted no me ha devuelto mi cartera ¿recuerda? En ella están mi libreta de enrolamiento, y, todo lo que puede probar mi identidad. Eso me es indispensable.

(Continuará)



—El señor me pagó ayer el desayuno, pero se olvidó del camarero.
—¿Es que me lo comí?

CRIMENES QUE CONMOVIERON AL MUNDO

EL DEL DOCTOR CRIPPEN

EL Dr. Crippen había sido virtualmente esclavo de su esposa por espacio de quince años. Ella había fracasado en el "music-hall", donde se la conocía con el nombre de la Bella Elmore", después de abandonar su primitiva idea que era convertirse en cantante de ópera. El Dr Crippen se casó caballerescamente con ella, cuando vivía bajo la protección de otro hombre; pero la esposa recompensó tan mal la generosidad y la devoción de su marido que el amor de éste llegó a trocarse en odio y la naturaleza empezó a exigir alguna compensación.

Constrastando con la exigente, despótica e infiel esposa de Crippen, su dactilógrafa, Ethel Le Neve, era tranquila, serena, comprensiva. No se trataba quizá de una persona excepcional; pero el Dr. Crippen había vivido tanto tiempo en la atmósfera melodramática creada por la Bella Elmore, en donde ella era siempre el primer personaje, la 'estrella'' que equella amable niña, que nunca exigía atenciones ni halagos, le pareció la encarnación de todo el encanto y dulzura femeninos.

Hacía algunos años ya que Bella y su marido no hacían vida de esposos; ella lo había humillado, revelándole su amor por otro hombre, un artista de Music-hall; la vanidad del pequeño doctor estaba herida y su alma hambrienta de amor. Ethel estaba siempre pronta a dar, Bella a pedir y naturalmente Crippen idolatró a la muchacha que lo miraba con la misma adoración que el había dedicado en un tiempo a una mujer que sólo se ocupó de destruir su alma y su vida.

¿Cómo hizo crisis el odio del doctor por la mujer a quien en un tiempo había amado?

¿Fué provocado el crimen por alguna palabra pronunciada por la misma Bella o por alguna circunstancia trivial, de la cual el mismo después ne se acordaba? ¿O premeditó su crimen durante algunas semanas, meses quizá? No puede decirse.

El asesinato, de cualquier modo, no fué cometido impulsivamente. Cierto que existen algunas dudas sobre si el Dr. Crippen quiso matar a su esposa o simplemente narcotizarla. Pero examinando lo que había soportado durante aquellos largos y agonizantes años de matrimonio desdichado, puede creerse que la idea del crimen se había apoderado de su corazón.

El 31 de Enero de 1910 el Dr. Crippen perdió su empleo en la Compañía Munyon.

No se sabe si comunicó a alguien aquella nueva contrariedad. Bella no era una oyente comprensiva, excepto cuando se trataba de cumplimientos y es probable que el doctor Crippen encerrara la mala noticia en el fondo de su corazón.

El día que el se quedó sin su trabajo en la compañía Munyon, fué a visitar a unos amigos del teatro, los Marinetti y los invitó a comer.

Los Marinetti llegaron a casa de los Crippen a eso de las veinte. Con su despreocupación habitual, Bella no estaba pronta y la señora Marinetti fué a la cocina a ayudarla a preparar la comida. Marinetti se quedó conversando con Crippen en la sala. Después los visitantes no recordaron haber notado en su anfitrión nada anormal.

¿Había decidido, mientras sus invitados reían y bromeaban con él que dentro de pocas horas, la esposa que había amado, la deslumbradora mujer de ojos brillantes y rojos labios maduros moriría... asesinada por su mano?

El Dr. Crippen nunca confesó su crimen; de modo que es sólo por las pruebas que se presentaron que pudo reconstruirse el asesinato.

La pérdida de su puesto en lo de Munyon debió ser la gota que hizo desbordar el vaso. Sabía que su esposa haría un infierno aún peor de su vida; sabía también que tendría más dificultades para ver el único ser humano que lo amaba y reverenciaba: Ethel Le Neve.

Abrumado temporariamente por las dificultades que lo rodeaban por todas partes, Crippe ei elqecer er aú e snduooo.noooooo cura no podía soportar la vista del sufrimiento. No podía matar a su esposa como lo hacen otros asesinos endurecidos.

Decidió que muriera; pero lo hizo eligiendo el más misericordioso de los venenos, un anestésico. Cuando Kunigunde Mackamotzi, alias Cora Turner, alias la Bella Elmore, se durmió por última vez no debió experimentar más que una languidez agradable. No imaginó que iba a morir...

Aquella noche debió ser para el Dr. Crippen una pesadilla que duró hasta el momento de ir al patíbulo. Porque no era cruel y, aunque parezca extraño decir esto de un asesino, poseía un corazón compasivo y tierno.

El desmembramiento del cadáver debió efectuarlo cuando estaba todavía sobreexitado y en una condición anormal, porque si no, no hubiese tenido sangre fría para tan macabra tarea. Posiblemente sintió una insana alegría el pensar que ya no estaría más allí Bella para descubrir que había perdido su trabajo en lo de Munyon, para hacerle una escena torturarlo con nuevas amenazas de huir con su amante.

Hacer su esposa a Ethel Le Neve y compartir su vida con aquella muchacha, dulce y gentil, que pedía tan poco y se daba tan generosamente, era ahora la única ambición del Dr. Crippen. Realizarlo era, sin embargo, como lo comprendió demasiado tarde, muy difícil. Lo principal era ahora permanecer tranquilo y poner en ejecución un plan que, si no hubiera perdido la cabeza podría haber ocultado su culpa y salvado su vida.

Así, pues, el primero de Febrero, el Dr. Crippen fué a visitar a los Marinetti, en cuya compañía habían comido la noche anterior, para preguntar como seguía Marinetti, que se había quejado de un fuerte resfrío.

—No está peor — le dijo la señora Marinetti — y se ha quedado dormido. Si usted no lo toma a mal, no lo despertaré.

El Dr. Crippen demostró el mayor interés por la salud de su amigo. Evidentemente comprendía la importancia de mostrarse normal, interesándose por algo de tan poca importancia como el resfrío del señor Marinetti.

—¿Cómo está Bella? — le preguntó la señora.

—¡Oh! muy bien.

—Dele mis cariños.

—Se los daré, gracias.

Aunque Crippen no trabajaba más para la compañía Munyon, tenía todavía una pequeña clínica dental, en sociedad con un médico. A este caballero le dijo el 2 de Febrero que su esposa había sido llamada desde América por asuntos de intereses.

El mismo día empeñó un anillo y unos aros que habían pertenecido a Bella.

Pero había que contemplar muchos aspectos de la desaparición de Bella y el Dr. Crippen tenía que tener especial cuidado con las Damas del Music Hall Guild.

Así que, en nombre de su mujer, envió una carta, donde decía que su apresurada partida la había obligado a no despedirse de ellas y que estaría ausente varios meses.

También escribió Crippen, en nombre de su mujer a la secretaria de la asociación Guild, renunciando a su cargo de tesorera.

Pero, aquel hombre que había vivido tantos años esclavo y humillado, ebrio de libertad, empezó a cometer imprudencias. Empeñó algunas joyas más pertenecientes a la muerta, mientras reservaba el resto para Miss Le Neve.

No es difícil imaginar la emoción con que vió las joyas de Bella en el pecho de la mujer que amaba. Cometió la terrible indiscreción de concurrir con Ethel Le Neve al baile a beneficio de las Damas del Music Hall, para el cual había comprado entradas a los Marinetti. Los amigos de la Bella Elmore no dejaron de notar que la compañera del Dr. Crippen llevaba joyas que ellos conocían.

Poco después de que se dijo que la Bella Elmore estaba en California, Ethel Le Neve vino a establecerse en casa del doctor Crippen, como ama de llaves. Evidentemente ya para entonces Crippen había decidido partir al extranjero con la joven. Explicó que había heredado algunos bienes en Estados Unidos y enviado a su esposa adelante para arreglar sus asuntos. Más tarde alteró este plan y Crippen, experimentado quizá una especie de triunfo anormal, decidió permanecer en la casa donde había ocultado el cuerpo de su esposa.

Entretanto preparaba cuidadosamente el terreno. Escribió una carta a los Marinetti disculpándose por no haber ido a verlos, debido a su disgusto por la noticia recibida de que Bella se hallaba enferma con pulmonía doble. Pocos días después encontró a la señora Marinetti, acompañada por otra amiga y les dijo que temía recibir a cada momento noticias del fallecimiento de su esposa y que no sabía que hacer, si acudir a su lado o quedarse; pero que, de todos modos, no llegaría a tiempo. Explicó que, si su mujer llegaba a morir, se iría a Francia por un tiempo para distraer su pena. A la mañana siguiente, le señora Marinetti recibió un telegrama, anunciándole que Bella había muerto y que Crippen se ausentaría por una semana.

Poco después se fué a Dieppe, a disfrutar de las primeras vacaciones en muchos años. Naturalmente llevó consigo a Ethel, Fué probablemente la única semana feliz de su vida, después de la muerte de su primera esposa. Después de eso no conoció más que angustia y ansiedad.

En el viaje por Francia, sin embargo, debió pasar algunos momentos terribles, a no ser que su odio por la Bella Elmore fuera tan profundo que nada relacionado con su muerte le importara. La cabeza de la señora Crippen nunca fué hallada y se presume que el asesino la tiró al Océano.

La señora Marinetti, acompañada por una miembro de la Guild, fué a hacerle a Crippen una visita de pésame. Le explicaron que deseaban mandar algún recuerdo al sitio donde estaba enterrada la Bella Elmore y pidieron la dirección. El Dr. Crippen pareció embarazado y dijo que puesto que ninguno de los amigos ni parientes de América había oído hablar de la Guild ni de la profesión de su difunta esposa, le parecía mejor que no enviaran coronas. Añadió que pensaba hacer cremar los restos y traer las cenizas a Inglaterra, a fin de hacerle funerales. Creyendo ellas que era por evitarles molestias, insistieron y él entonces les dió la dirección de un hijo de su primer matrimonio (Crippen era viudo, cuando se casó con la Bella Elmore).

Hasta entonces el secreto de Crippen había estado bien guardado, a pesar de que su aparición en el baile, acompañado por Ethel Le Neve, produjo asombro y comentarios.

Pronto sin embargo, el destino se encargó de tomar mano en el asunto. Por casualidad, la señora Smythson, la dama que había acompañado a la señora Marinetti en su visita de pésame, encontró en una tienda al Dr. Crippen, acompañado de Ethel Le Neve.

Se acercó a Crippen, fingiendo no advertir que la dactilógrafa salía disimuladamente de la tienda, y le pregutó si había alguna noti-

cia de los funerales. El Dr. Crippen se sobresaltó y dijo que todo estaba pronto y que ya había recibido las cenizas.

¿Fué la nerviosidad del Dr. Crippen o la presencia de Ethel Le Neve que hizo penetrar en la mente de la señora Smythson la idea de que había algún misterio relacionado con la súbita desaparición de la Bella Elmore? ¿O fué por simple curiosidad que los amigos de la muerta decidieron investigar el asunto?

Lo cierto es que un caballero y una dama, amigos de la esposa de Crippen, visitaron a éste juntos y lo interrogaron sobre una porción de cosas. Querían saber, por ejemplo, el nombre del vapor en que se había embarcado Bella. El mencionó un nombre; pero aún así no se leclararon satisfechos.

Dos días después se pedía a Scotland Yard que investigara el misterio.

El 8 de Julio, el Inspector Dewy y un sargento, visitaron a Crippen. No estaban seguros de que se hubiera cometido un crimen y sólo deseaban que él diera algunas explicaciones sobre la desaparición de su mujer.

Las siguientes seis horas fueron pasadas del modo más curioso por los oficiales de policía. Crippen trabajaba mucho como dentista y tenía numerosos parientes. Los aficiales no querían interrumpirlo en sus tareas y se arregló que atendería a sus clientes, contestando, en los intervalos, a las preguntas de la policía.

Crippen empezó por decir que iba a declarar la verdad respecto a su esposa.

—Bueno. . . — dijo — las noticias que he hecho correr acerca de su muerte son inciertas. Está viva.

Contó luego las desdichas de su vida conyugal y la pasión de su esposa por un actor americano. Dijo que el 31 de Julio había tenido una disputa con Bella por esa causa y que ella le dijo: "Hemos concluído. Me iré mañana". Lo había dicho tantas veces, que no le creyó; pero esa vez parecía hablar en serio y le encargó que tratara de acallar el escándalo y arreglar el asunto como mejor pudiera ante sus amigos comunes y la Guild.

—Fuí a mis ocupaciones a la mañana siguiente — prosiguió Crippen — y cuando volví a eso de las seis, me hallé con que se había ido. Entonces traté de ocultar el escándalo, forjando cartas y diciendo luego que había muerto de pulmonía.

Unas pocas preguntas descubrieron que, aunque Bolla nò había ganado prácticamente nada, pues era un fracaso en las tablas, tenía cuenta en el banco, junto con el Dr. Crippen.

—A ella le agradaba firmar cheques — dijo — Siempre tenía firmados varios en blanco y algunos de ellos los he cobrado yo, después de su partida.

Imprudentemente declaró Crippen que no había empeñado ni vendido nada de lo perteneciente a la señora Crippen; pero confesó que Ethel Le Neve pasaba ahora por su esposa. Añadió que creía que su esposa estaba en Estados Unidos y, medio hipnotizado por su propia historia. añadió dramáticamente:

—Haré, como es natural, todo lo posible por comunicarme con ella para aclarar este asunto.

Crippen mostró al inspector toda la casa, incluso el sótano donde estaban sepultados los restos de la Bella Elmore, y con soberbia sangre fría, en hombrecillo tan tímido, preguntó al oficial si no le sugería algún medio para hallar a su esposa.

El otro le dijo que pusiera un aviso. Y entre los dos redactaron el siguiente:

"Se ruega a la Bella Elmore comunicarse con H. H. C. Su ausencia ha ocasionado serios trastornos. Veinticinco dólares de recompensa a quien informe de su paradero".

Aquel aviso no fué publicado; pero su mera redacción añade una nota dramática al melodrama.

Pero la visita de los oficiales de policía habían quebrantado la flema de Crippen. No podía afrontar más investigaciones. Su único deseo desesperado era huir, llevándose a la joven que amaba. Fué a su oficina, envió a comprar algunas ropas interiores y un traje. Se quitó los lentes, afeitose el bigote y así, cambiado lo más posible su aspecto, partió para Antwerp. Ethel la acompañó. . . disfrazada de muchacho. No quedaba duda de que, cuando oyó la extraordinaria proposición del doctor para que cambiara ostensiblemente de sexo y pasara por su sobrino, ignoraba todavía la joven el asesinato. El la persuadió de que convenía hacer eso para evitar el escándalo. Para Ethel, que había llevado una vida tranquila ignoraba que aquel disfraz significaba romance, aventura.

Entretando el inspector Dew, aunque comprendió que era demasiado pronto para recibir contestación al aviso, si la Bella Elmore estaba en América, se sentía inquieto. Y lo que era simple sospecha se convirtió en certidumbre al enterarse de la desaparición del Dr. Crippen.

Si el pequeño doctor no hubiese tratado de ponerse en salvo, permaneciendo tranquilo en su casa, es muy probable que el cadáver de la Bella Elmore no hubiera sido hallado, que el prolijo registro del sótano no se hubiese efectuado y los de la policía hubieran echado tierra al asunto.

Mientras Crippen y su amante, muy atrayente ésta en su disfraz de muchacho, viajaban por el Continente, quedándose sólo muy poco tiempo en cada lugar, para no atraer la atención, antes de embarcarse en el Montrose, desde Antwerp, Scotland Yard hacía circular una descripción de sus personas por todo el mundo.

Pero sólo cuando la policía descubrió restos humanos en el sótano de la casa de Crippen fué que se dictó orden de arresto contra los amantes. Sin embargo, hasta cuatro días después de esto, Crippen y Miss Le Neve lograron burlar las sospechas y cuando el Montrose partió el 20 de Julio, su disfráz no había sido descubierto.

A las cuarenta y ocho horas, sin embargo, el capitán Kondall, comandante del barco. había mandado por radio, la noti-

—Pues sí lo que dices es verdad, esa Leontina es un monstruo de perversidad.

¿Cómo que sí es verdad? Ya comprenderás que siendo yo su mejor amiga, no iba a calumniarla.

---

cia de que dos hombres que viajaban con el nombre de Robinson eran en realidad el Dr. Crippen y su amante.

El capitán había tratado de hacerse amigo del Sr. Robinson y su "sobrino" y, observándolos atentamente, notó entre ellos demostraciones amorosas y señales que demostraban claramente era el muchacho una mujer.

Entretanto el Inspector Dew se había embarcado desde Liverpool en el Lententio y como la ruta era más directa que desde Antwerp, llegó antes que el Montrose a Father Point.

La repentina aparición del oficial de Scotland Yard tomó de sorpresa a Crippen. Pero cuando se le dijo que quedaba arrestado, su respuesta fué típica del hombre.

—No lo siento. He pasado demasiadas ansiedades.

Se le encontró una nota que parecía indicar sus ideas de suicidarse, pero su propia explicación fué que había sobornado a un oficial del barco y que pensaba dejar aquel papel como "camouflage". Es probable que el plan fuera cierto; pero se vió obligado a negarlo porque aquello parecía indicar su culpabilidad. La nota, dirigida evidentemente a Miss Le Neve, decía así:

"No puedo más soportar el horror que experimento cada noche. Como no veo nada brillante en el porvenir y el dinero se me ha terminado, pienso tirarme al mar esta noche. Se que he arruinado tu vida; más... espero que algún día podrás perdonarme. Con todo mi amor, H".

Crippen, aún cuando las frías esposas se cerraron sobre sus muñecas, pensó en la joven que amaba. Preguntó donde estaba y añadió: "Es justo decir que ella nada sabe. Yo se lo oculté todo". Preguntó ansiosamente si podría verla y pálido hasta los labios añadió:

—No sé como irán las cosas; quizá bien, quizá mal para mí. Puede ser que no la vuelva a ver más. Pero desearía hacerlo por última vez. No le hablaré. Ella ha sido mi único consuelo.

Se le permitió.

Durante el viaje de vuelta, Crippen sólo tuvo pensamiento para su compañera, tratando de apartar de ella toda sospecha.

A despecho de las circunstancias, — según una reciente publicación — el difundo Sir Edward, entonces Mr. Marshall Hall, eminente abogado, estaba convencido de que Crippen no pensó en matar a su esposa, si no que le administró una fuerte dosis de hioscina para adormecerla a fin de recibir a la señorita Le Neve en su casa esa noche. Esta defensa no es increible, si se tiene en cuenta que los esposos tenían habitaciones separadas y que quizá Crippen carecía de dinero para llevar a Ethel a otro lado.

Crippen, sin embargo, no permitió se sugiriera que Ethel estaba cerca de la casa la noche del drama; aunque viera una probabilidad de salvar su vida, no podía permitir que se atrajera más peligro o escándalo sobre la cabeza de la mujer que amaba.

Para los que conocían al pequeño doctor su acción fué típica. Siempre se había sacrificado cuando amaba. Hasta que la Bella Helmore convirtió su devoción de esclavo en disgusto, se sacrificó siempre por sus placeres. Y ahora que había dado su amor a Ethel estaba dispuesto a ofrecerle el sacrificio supremo.

Mientras el Dr. Crippen estaba ausente, Scotland Yard había trabajado. Y nunca realizaron el famoso toxicólogo William Wilcox y Sir Bernard — entonces Mr. Spilsbury — trabajo más brillante que el probar, por medio de los restos hallados en el sótano, el asesinato de la señora Crippen.

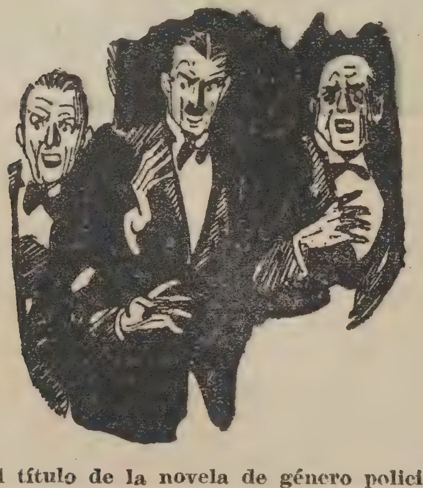
No se encontraron huesos. La cabeza había desaparecido de un modo que nunca pudo probarse. Faltaban órganos. Solo estudiando el modo como crecen los diminutos cabellos en la piel pudo probarse la identidad del cadáver de la Bella Elmore. Esta había sufrido una operación y se encontró parte del tejido con la cicatriz. Aquella carne cicatrizada fué una de las pruebas macabras que se exhibieron ante el Dr. Crippen; pero éste la contempló sin emoción y nadie pudo sacarlo de sus primeras declaraciones, es decir las que había hecho al oficial de Scotland Yard, antes de que hubiera contra él sospecha definida.

La víspera de su ejecución escribió a Miss Le Neve, la siguiente conmovedora carta:

¿"Como hallar fuerzas y corazón para escribir esta carta? Realmente Dios tiene que oir nuestro grito hacia El, pidiéndole su Divina Ayuda, en esta última despedida. ¿Cómo podré soportar mi última mirada a tu querido rostro? ¿Qué agonía no sufriré cuando desaparezcas de mi vista? Se que tu agonía será igual, porque conozco tu corazón y se que se romperá como el mío. No creas, queridísima, que espero te pongas luto. Se que ni el luto más severo darían una pálida indicación de tu dolor... Tienes amigos que te ayudarán. Por lo menos posees suficientes medios para empezar la batalla por la vida, no enteramente desamparada. Quiero, mi querida, se te entregue todo lo que se obtenga de la venta de mis posesiones... Mañana estaré en manos de Dios y tengo perfecta fe. El permitirá que mi espíritu esté contigo siempre..."

El Dr. Crippen fué ejecutado y su pobre amante, que tanta lealtad le había demostrado, cayó en el olvido, del que nunca salió ¿Qué ha sido de ella? ¡Quien sabe! Es de esperarse que el mundo haya tratado con misericordia a aquella cuya única falta fué amar demasiado.

¿CUAL de los TRES?



Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

EL IMPERIO DE LOS CIEGOS

Por VICTOR ROSEAU

La sensacional narración del diabólico proyecto ideado por un demente y que llevó a los ciegos a punto de apoderarse del gobierno del mundo, aterrorizando entretanto a todas las naciones civilizadas.

(Conclusión)

Pero las ligaduras le apretaban con tal fuerza que no podía aflojarlas a pesar de haber efectuado un gran esfuerzo. y se resignó a obedecer por el momento.

—Suba por esa escalera! — le ordenó uno de los guardianes empujándolo brutalmente hacia la escalera.

Precedido por uno de los hombres y seguido por otro. Merton subió lentamente hasta llegar a la cubierta de un gran trasatlántico. En cuanto llegó arriba, escuchó una suave voz al oído, la que le produjo tan fuerte impresión como si hubiera recibido un fuerte golpe en plena cara.

—Después de todo, me parece que voy a tener el gusto de usarlo a usted en mi laboratorio — le dijo Pendleton.

Capítulo X

En el momento que tardó en contestar, Merton se dió cuenta exacta de la situación en que se encontraba. Ya se había dado cuenta por la cercanía de los ruidos producidos en la ciudad, de que el trasatlántico no se hallaba lejos de la costa, pero ahora llegó a la conclusión de que estaba atracado a uno de los diques, y también de que era un buque muy grande, capaz de efectuar viajes a través del oceáno. En las calles, una sucesión de camiones cargados a más no poder, se dirigían lentamente hacia los diques. Una gran cantidad de cajones estaban siendo descargados en la bodega del buque, y se oían los chirridos y otros sonidos peculiares que hacen los guinches cuando están en movimiento. Los guardianes ciegos se hablaban mutuamente a gritos, mientras se tambaleaban bajo las pesadas cargas que conducían al trasatlántico.

Los despojos del pillaje de la ciudad estaban siendo embarcados, como medida preparatoria a la partida de Pendleton. Las suposiciones de Merton habían resultado de nuevo correctas. Y era perfectamente posible el apoderarse de los tesoros de Nueva York en veinticuatro horas, siempre que el proyecto hubiera sido organizado cuidadosamente y los planes bien preparados. Y no había duda de que el proyecto criminal no había fallado en ninguna de sus partes.

—Así parece que va a ocurrir — contestó Merton, secamente.

—Quien es la persona que está subiendo por esa escalera? — exclamó Pendleton de improviso.

Los guardianes ciegos se acercaron precipitadamente hacia la escala, con la intención de asegurarse que no subían intrusos a bordo del trasatlántico.

Merton, creyéndose momentaneamente libre de sus captores, retrocedió un paso, pero instantáneamente fuertes manos lo sujetaron por los brazos, impidiéndole que efectuara movimiento alguno.

—No ha subido nadie — contestó uno de los hombres.

—Quien es la persona que se halla aquí a mi lado? — dijo Pendleton nerviosamente — Encuéntrela pronto y traiganmela aquí! Malditos sean ustedes! No se aperciben instintivamente de la presencia de alguien aquí?

La oscuridad presentaba una singular dificultad para el hombre con ojos, y Merton se hallaba poseído de un estado de tensión nerviosa que le hacia imaginarse peligros por todas partes. También, se hallaba indefenso y tenía que depender de la ayuda de los ciegos, quienes — veían — mucho mejor que el, en aquellos momentos.

Se oyeron pisadas de los hombres que iban y venían por la cubierta. — Estoy absolutamente seguro de que aquí no hay nadie extraño a nosotros — volvió a repetir uno de los guardianes. Pendleton murmuró algunas palabras en voz baja y después dió unas órdenes que alejaron a los captores de Merton. Después, habló a su prisionero.

—Usted ha peleado bien y con valentía, — le dijo — Me hubiera agradado que fuera usted aliado mío. Efectué investigaciones minuciosas respecto a su carácter, pero tenía usted tan buena reputación en la Universidad que me di cuenta instintivamente que no podría sobornarlo para que se aliara a mi en la ejecución de este proyecto. Pues bien, no tengo resentimiento alguno contra usted, pero como una ficha en el juego de saquear esta ciudad no puede menos de concluir por ser eliminado. Cuando fué llevado a la torre, era absolutamente necesario quitarle la vida, pero ahora la situación está muy cambiada. Voy a decidir si la vida vale algo para usted, Merton, o si me resultará ventajoso para mí el darle muerte.

—Usted sabe ahora las razones por las que deseaba eliminarlo del mundo de los vivos, Merton. Naturalmente, usted ha descubierto que este no es el día del Juicio Final, a pesar de todo lo que se ha hablado. Traté de matarlo para que Nueva York continuara en su engaño, pero fracasé miserablemente en mi tentativa. En vista de eso, me era absolutamente necesario el apoderarme de usted, antes de que inventara alguna manera de contrarrestar las tinieblas producidas por mí sobre toda Nueva York. Y ya que hablamos de esto: renovó usted su amistad con los dos conocidos, Crawley y Bennett?

—Usted es un miserable asesino! — ex-

clamo Merton, lleno de indignación y sin poder contenerse, aunque se daba cuenta perfectamente de que en la situación en que se hallaba, la diplomacia era el arma que debía usar hasta encontrar algún medio para vencer este encarnizado enemigo suyo.

—Ya entiendo que los vió. Muy bien, Merton: le diré ahora que mis hombres se hallaban mezclados con la multitud en la Plaza de la Municipalidad, y hasta lograron introducirse en el salón del Consejo. Estuvieron alrededor suyo durante todo el día y por lo tanto sabían todos los detalles de lo que se hacia y planeaba. Es realmente curioso que apesar de su habilidad para inventar, no se le haya ocurrido a usted pensar en una cosa tan natural como esa!

Al oir estas irónicas palabras, Merton experimentó un súbito temor, al pensar que los hombres de Pendleton debían estar enterados de que Pauline aguardaba su regreso.

—Y para coronar el colmo del record de ineptitudes, usted les informó a mis hombres del punto exacto donde se hallaba, cuando comenzó a conversar con O'Grady. De manera que como nosotros ya teníamos todos los planes listos desde mucho antes de que ustedes se pusieran en marcha hacia la torre, no tuvimos más que apoderarnos de usted, arrebatándole de entre la protección de la policía. Le dije antes que lamentaba el hecho de que usted sea contrario a nosotros.

Y la razón, Merton, es que esto va a resultar el robo más grande en la historia del mundo. El saqueo de Nueva York va a referirse con lujo de detalles en la historia, lo mismo que lo que vamos a hacer en Londres y París. Usted no se puede imaginar lo fácil y rápido que resulta saquear una ciudad una vez que los detalles han sido preparados con todo el cuidado debido a una empresa de tal magnitud. Casi todos los objetos que vale la pena llevarse, se hallan almacenados en unos cienlugares distintos. Por supesto, hay muchos objetos de arte que resultan imposibles de convertir en dinero, pero este golpe de mano ha sido efectuado como un experimento solamente y no creo que me será posible hacer un — negocio — tan brillante como el que se podría esperar teniendo a mi disposición indefensa la ciudad más rica del mundo. Sin embargo, dentro de pocas horas ya tendré a bordo de este trasatlántico todo lo que vale la pena llevarse.

La única dificultad que me ocurrió, fué el resultarme imposible fletar más de un buque, pues hubiera inspirado sospechas a las autoridades Federales. Y hay también la cuestión del petróleo necesario y otros muchos detalles pequeños, que me impidieron apoderarme de todos los buques necesarios, al abrigo de la obscuridad. Por lo tanto, hemos tenido que colocar toda nuestra carga muy apretada, Merton.

—Asignamos cincuenta y dos pies cúbicos de espacio para acomodar todo el oro de la Tesorería, pero no logramos conseguir suficientes camiones, por lo que aún no ha llegado todo. Otro tanto fué reservado para joyas, aunque las calles deben estar ahora llenas, de objetos de plata... eso no lo verá usted por supuesto, sino los que han quedado en la ciudad. Los cajones y estuches de joyas, resultaron un inconveniente mucho mayor de lo que nosotros habíamos calculado, pues se tarda un tiempo precioso en abrirles. Cargamos tres camiones en el Museo Metropolitano..... parece mentira que una institución tan famosa posea tan pocas cosas negociables. Además, nos hemos apoderado de las gemas antiguas de Weylinger y el servicio de comunión de oro de la capilla particular de Mr. Boyer. También tenemos, por supuesto, el contenido casi íntegro de todas las cajas fuertes en los Bancos, quiero decir dinero efectivo y joyas, Pero para la vez próxima, voy a efectuar una recolección de valores mucho más detallada.

Mientras Pedleton hablaba, Merton escuchaba el rumor producido por los camiones al circular por las calles en dirección al muelle. Los guardianes ciegos los descargaban apresuradamente e iban llenando la bodega rápidamente con cajones.

Merton se hallaba ahora convencido sin lugar a dudas, de que Pendleton estaba loco de remate. Los detalles referidos por el hombre, como si fueran acontecimientos comunes de la vida ordinaria, no ocultaban suficientemente bien la perturbación que [illegible] tomado posesión de él. Y la voz de [illegible]ton había vibrado con una emoción que se parecía a excitación contenida a duras penas.

—Y que es lo que va a hacer usted cuando haya saqueado las ciudades más importantes del mundo? — le preguntó Merton curiosamente.

—Pues sencillamente voy a poner en acción la vieja ilusión del super hombre: — exclamó Pendleton — cuando tenga al mundo entero a mis pies, voy a reorganizarlo como se me antoje. Lo primero que voy a hacer es abolir el sistema económico actual: cada uno de los hombres será igual a los otros y no habrá diferencia entre ellos. Esa es mi justificación, Merton, por lo que he hecho en la torre a los dos inventores y también por lo que pienso hacer a usted ahora.

Merton encontró curioso el que la mente de Pendleton tratara de encontrar justificación moral para disculpar lo que había hecho. Lo había creído un criminal diferente a los demas, pero por este detalle se apercibió de que pensaba lo mismo que todos los demás, aun en el preciso instante que pensaba repetir sus crímenes en otras partes y en mayor escala que lo hecho hasta ahora.

—Yo tendré en mi poder a todas las riquezas del mundo, Merton, — continuó diciendo Pendleton — y poder absoluto sobre todo lo existente. Siendo arbitro de vida y muerte sobre todo ser viviente, como puedo fracasar en mi intento de ser el amo absoluto del Mundo?

—Y entonces, que va a hacer? — le interrogó Merton.

—Entonces? — repitió Pendleton vagamente — acaso no será eso lo suficiente y máximo que puede ambicionar un mortal?

—Si, me supongo que si, pero lo que le quiero hacer entender es que usted no vivirá eternamente — repuso Merton.

-Será lo suficiente, pues lo aprovecharé ien! — contestó Pendleton, al parecer pre- de una gran excitación.

—Puede ser que sí, pero no ha pensado sted en la eventualidad de que se tomen edidas para descubrir su secreto y frus-rarlo?

—Sí que lo he hecho! — repuso Pendleon — y por eso es que lo he hecho traer a sted aquí, Merton. Porque usted es el úni- hombre viviente que puede pensar en fectuar algún proyecto de defensa que anu- mi trabajo y lo reduzca a la nada. Yo lo e eso perfectamente, Merton. He estudiado odos sus documentos detenidamente, y me e dado cuenta de que usted se hallaba mu-ho más cercano a la solución del proble-a, que lo que yo había pensado.

Yo estoy enterado instintivamente de lo ue es, aunque me faltan las bases técnicas el estudio que usted ha hecho en la ma-eria. Le dije que usted no era más que co-o un peón en el tablero de ajedrez, y ha do eso desde el primer instante: pero no lvide, Merton, que se ha colocado usted en avor de mis enemigos. Hace dos noches, yo staba sumamente interesado en que usted uriera, y sin embargo doce horas más tar-e yo hubiera aceptado cualquier condición ue me impusiera usted, siempre que me en-regara a Pauline Holt. Ahora ella ya no gnifica nada para mí. La necesitaba urgen-emente para sobornar con ella a Saxton. En stos momentos, ya ha desaparecido esa ne-esidad y la muchacha ya no tiene valor al-uno para mí.

Por consiguiente, Merton, usted ocupa la guiente posición: Vivo y en libertad cons-tuiría una amenaza muy seria para mí, a enos que trabajara de acuerdo conmigo y ara ejecutar los mismos proyectos. De esa anera, valdría usted muchísimo para mí. o necesito a usted en mi laboratorio, Mer-n: quiero que usted me jure, por el mas rrible juramento que pueda inventarse, que a trabajar conmigo e inventar medidas rácticas para hacer fracasar los esfuerzos e mis enemigos, quienes van a comenzar a jecutar proyectos para disipar la obscuri-ad y así reducirme a la impotencia.

—De manera que usted me necesita a mí ara que le ayude en sus infernales proyec-s contra la sociedad, Pendleton? — le reguntó Merton — Pues bien, voy a ser n franco como usted al hablar: la mayoría e los hombres se dirían. — este sujeto es n maniático y loco de atar. Voy a preten-er serle fiel y aprovecharé la primera opor-unidad para escaparme. Bueno, yo podría acer eso, Pendleton, pero lo desprecio a us-ed profundamente. Se que usted es un hom-re débid, pues me mintió en el restaurant e Gangli, usando la mentira como el arma el cobarde. Estoy enterado de que usted es cobarde asesino, y le desprecio demasia-o que no quiero rebajarme a mentirle. A-ora que lo sabe, haga todo lo que quiera y u negra alma irá al infierno!

Pendleton hizo un movimiento de sorpresa lanzó un juramento. Aun en la obscuridad Merton le pareció ver los ojos de su ene-igo, fijándose en él llenos de odio. Des-ués de esto, dió una orden a los dos guardianes que no se habían movido del lado del prisionero. Este fué empujado violentamente a lo largo de la cubierta y obligado a bajar primero por una escalera y después por otra. Desde allí abajo oía el ruido de las carretillas sobre cubierta, las que eran usadas para transportar los cajones hasta la bodega, y también los roncos gritos con que se comunicaban los guardianes ciegos. Después, Merton fué obligado a descender por otra escalerilla y encerrado en una prisión con muy poco aire, al parecer en los últimos confines del buque. Una vez que estuvo allí, los guardianes ciegos se marcharon y oyó que la puerta era cerrada automáticamente.

Durante un largo tiempo, Merton permaneció tendido en el suelo, pensando detenidamente en su situación. Si O'Grady había logrado desembarcar y se dirigía en estos instantes hacia la torre, era probable que dentro de una hora o dos la obscuridad desapareciera. El sargento no sabía nada de electricidad, pero a lo menos tendría el sentido común necesario para descubrir el significado del transformador, y por lo tanto lo único que tenía que hacer era destruirlo y cortar los alambres. El hecho de que Pendleton no lo hubiera asesinado todavía, le hizo comprender a Merton que el hombre tenía necesidad urgente de su ayuda. Merton calculaba que Pendleton no era más que un experimentador científico.

Estaba seguro de que no tenía conocimiento alguno de ciencia eléctrica. En caso de ser así, la vida de Merton se había convertido en una cosa sagrada, en vez de desear su muerte como antes.

Merton trató de librarse de sus ligaduras, pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Sofocado y sudando, concluyó por desistir por fin cuando la sangre comenzó a manar de sus laceradas muñecas. El pensamiento de Pauline le impulsó a efectuar un esfuerzo supremo, pero fué también en vano. De pronto se estremeció: había oído muy cerca de el, la respiración de alguien posiblemente algún animal. Al acercarse estos sonidos, le pareció oir el ruido de las garras de la bestia sobre el piso. Pero se le ocurrió que producía demasiado ruido para ser un gato: durante un instante, Merton llegó a pensar que Pendleton lo había encerrado allí con una bestia salvaje, para que esta concluyera con su vida. De manera que experimentó un gran alivio cuando oyó una voz humana.

—¿Quién es usted? — dijo el otro, con voz ronca y forzada.

Y también dos manos comenzaron a tocar a Merton, hasta que llegaron a las cuerdas con que éste se hallaba atado.

Merton tomó aquellas manos entre las suyas, y notó que eran las de un hombre viejo, arrugadas y llenas de callos como si hubiera sido un obrero, habiéndose llegado las palmas a endurecerse a causa de varios años de penoso trabajo manual. De repente, una de las dos manos fué retirada, y Merton trató de squivar el golpe esperado, pero en vez de so un cuchillo le cortó las cuerdas. Estas cayeron a un lado y Merton se sacudió

violentamente, quedando en libertad después de un instante.

—¿Quién es usted? — le preguntó, tomando al otro hombre por los brazos.

—Soy Saxton, — replicó el viejo, hablando con un acento peculiar — Mi nombre es Saxton, como me titula el Mundo, pero seré conocido en las páginas de la Historia como Jonah el Profeta. Si, y lo mismo que Jonah permaneció tres días en el vientre de una ballena, yo quiero permanecer aquí en este agujero infecto, hasta que se produzca la luz, que debe remplazar a la obscuridad.

Esta frase extraña llamó la atención a Merton. Ya la había oído antes, sin poder explicarse su significado. De manera que los dos locos se habían peleado, y Pendleton se había desembarazado de Saxton!

El falso Profeta tomó a Merton ansiosamente por un brazo:

—Yo lo conozco a usted — le dijo en voz ronca — se quien es usted— Pendleton me manifestó que iba a apoderarse de usted y que lo iba a traer aquí a fin de que trabaje para él. También me dijo que éste no era el Día del Juicio Final, sinó que toda la obscuridad fué producida por un aparato eléctrico. Me había estado mintiendo a mí, pero llegó un momento en el que no podía engañarme más. Así que usted es Merton, y ya conoce a mi novia, Pauline. Ella constituye el deseo de mi corazón, mi manantial de alegría en el desierto del Sahara y mi torre de marfil. Voy a casarme con ella. Merton. La he pedido oficialmente a fin que sea mi esposa para toda la eternidad. Y cuando la luz vuelva a reinar soberana sobre el mundo, ese pobre iluso que se llama Pendleton, va a desaparecer en un abismo insondable y los elegidos del señor llegarán a ser amos del mundo, como está escrito por los Profetas.

—El vino a verme a mi a la torre, Merton, y me dijo, que yo estaba equivocado, pues la obscuridad había sido producida por un aparato generador de electricidad También me manifestó que yo debía regresar al Colorado, en vista de que yo había hecho una equivocación y el día del Juicio Final no había llegado, según lo había pronosticado yo. De manera que hice un llamado a los Santos para que lo arrojaran de la Torre, pero ellos me fueron desfavorables me señalaron a mí como víctima. Lo que ocurrió, Merton, es que tengo a muchos angeles caídos de la gracia de Dios entre las filas de los electos, y ellos efectuaron una acción despreciable contra mí, y, me sujetaron con cuerdas las piernas y los brazos, arrojándome después a este calabozo inmundo. Pero cuando vuelva a hacerse la luz después de la obscuridad, buscaré a mi muchacha y me casaré con ella.

Escuchando el delirio y palabras incoherentes de este loco, Merton comenzó a imaginarse todo lo que había ocurrido en la Torre. Pendleton no había esperado mucho para desembarazarse de su instrumento. Posiblemente que ocurrido esto era inevitable, pero de pronto se le ocurrió una nueva idea: si Pendleton estaba preparándose a partir con el trasatlántico, que ocurriría al aparato eléctrico en la torre? La fuerza que accionaba al motor, era evidentemente producida por la máquina a vapor que él había visto en el laboratorio. Para que este funcionara normalmente, se necesitaba petróleo y la provisión que quedara allí no duraría más que unas pocas horas después que la torre fuera abandonada. Y el edificio probablemente ya había sido evacuado por los criminales a estas horas. Por esa razón era que no se habían hecho esfuerzos para detener o aniquilar a O'Grady y sus hombres. La expedición había ido simplemente a dar un paseo inútil, pues la obscuridad desaparecería inmediatamente que se detuviera la máquina a vapor por falta de combustible. Pendton sabía perfectamente que no le iban a ocasionar dificultades, pués el se hallaría lejos cuando los policías llegaron a la torre.

—Escúcheme; — prosiguió Saxton, apretando nerviosamente el brazo de Merton — Pendleton cree que es muy listo, pero Alvah B. Saxton ha vivido sesenta años y adquirido mucha experiencia durante todo ese tiempo.

Va a llegarle el turno al amigo Pendleton y muy pronto. Había muchos angeles poseídos del Diablo mezclados entre los electos, pero también hay varios de los fieles confundidos con los descreídos de a bordo. Si, eso es cierto y me consta que tampoco han olvidado su Profeta. No, señor; usted espere a los acontecimientos y verá que es cierto lo que yo digo!

Pero Merton a duras penas escuchó las últimas palabras del Profeta demente, pues de pronto se hizo de día! O más bien se podía decir, que era un crepúsculo fantasmagórico, pero deslumbrador al compararlo con la larga e impenetrable oscuridad que le había precedido. Merton vió que no se hallaba en la bodega, como el se había imaginado, sino en un pequeño compartimento que parecía haber sido construído en el mismo casco del buque, debajo de una de las cubiertas del trasatlántico. El buque era evidentemente mucho más grande que lo que el había pensado y posiblemente era uno de los trasatlánticos más grandes de los que surcan los mares. Esta prisión parecía haber sido improvisada con gruesísimos tablones, como si Pendleton hubiera calculado que iba a tener que guardar prisioneros a bordo.

Mirando a través de las aberturas dejadas en la puerta, al haberla construído apresuradamente, Merton podía ver que se estaban estivando grandes cajones. Pero lanzó gritos de alegría incontenible, pues a traves de una de las rendijas divisó a la ciudad de Nueva York. Saxton, a su lado, miraba también colocándose la mano sobre los ojos para aumentar su visibilidad.

—Se ha producido la luz después de la obscuridad — murmuró el viejo, con el tono del que ya estaba enterado de lo que iba a ocurrir — Si, el Juicio Divino ha comenzado y muy pronto los culpables de este sacrilegio experimentaran el castigo merecido!

Merton no le escuchaba: estaba mirando atentamente al muelle, donde se hallaba amarrado el trasatlántico. Vió el gran tamaño de éste. y su gran altura, pues elevaba su mole imponente hacia el firmamento. Los

hombres ciegos, aun ignorando que la obscuridad había desaparecido, continuaban transportando cajones por la cubierta, los que estaban destinados a la bodega. Según se había imaginado cuando lo habían traído al buque, Merton divisó ahora la línea de camiones detenida en la calle, frente al vapor de los criminales. A los dos lados de la calle, había un montón de escombros producidos por carros automóviles y toda clase de vehículos hechos pedazos. Más allá, se notaba al sol comenzando en el firmamento su diaria ascensión, detrás de las altas torres de Manhattan.

Entonces, desde la ciudad se oyó un enorme y unánime grito de alegría, que comenzó a encontrar eco de casa en casa, como si la llegada del sol hubiera dado nueva y gloriosa vida a la doliente humanidad.

Capítulo XI

Merton vió todo esto y después se sobresaltó al percibir que alguien le tocaba sobre el hombro. Volviéndose, vió que Pauline se hallaba a su lado. Los brazos de ella lo abrazaron freneticamente y sollozaba de alegria.

—¡Pauline! — exclamó el incrédulamente.

—Sí, soy yo. He estado aquí en el buque desde que lo trajeron a usted, pues no lo abandoné ni un sólo instante desde que la expedición partió de la Municipalidad con dirección a la torre del profeta. Fuí yo quien le toqué el hombro en la calle, cuando se dirigían al río para cruzarlo. Se creyó usted acaso que lo iba a dejar ir solo, Ralph? Subí al buque por la escala, detrás de los dos ciegos que lo obligaban a subir a usted, y fué en esos momentos cuando Pendleton oyó que algún extraño había subido a bordo. Lo seguí a todas partes, porqué sabía perfectamente que me iba a necesitar y que yo podría ayudarle en caso de apuro. Y estaba segura también de que al llegar el momento de descubrir la verdad, usted no estaría enojado conmigo por haberlo acompañado.

Merton la atrajo a sus brazos: — enojado con uste,d Pauline? — exclamó el impulsivamente.

En ese momento los dos enamorados oyeron la risa burlona del maniatico que tenían a su lado. Saxton avanzó hacia la muchacha con los brazos extendidos:

—Por fin has venido a mí, amor mío! — le dijo en tono meloso y tratando de causarle una impresión favorable — Te has venido a reunir conmigo, manantial en el desierto, paloma mía! Si supieras todo lo que mi corazón ha suspirado por tí, gacela mía!

Merton, efectuando un rápido movimiento, se colocó delante de la joven para evitar que el falso profeta se acercara aún más a ella. Pero Saxton lo agarró por los brazos para apartarlo, con una fuerza sorprendente y en un momento los forcejeos se habían convertido en una lucha desesperada, la que resultaba bastante pareja pues el viejo poseía una fuerza extraordinaria, teniendo en cuenta su edad avanzada.

El cuerpo de Saxton, endurecido por años de dura labor, parecía de hierro. Ahora, transformado por el furor insano que experimentaba, el loco se arrojó sobre Merton tratando de vencerlo a golpes de puño. El joven se encontró en grandes apuros durante algunos instantes. Se cambiaron golpes potentes y desesperados, pero por fin Merton logró acertar a Saxton con un golpe de derecha a la mandíluba, que lo derribó al suelo pesadamente. La cabeza del viejo chocó con un trozo de madera al caer, y a pesar de que Saxton no quedó del todo aturdido, los golpes parecieron haberlo desanimado, despojándolo del deseo de pelear, pues permaneció en el suelo sin moverse y quejándose débilmente. En el momento que Merton cesó de pelear, quedó jadeante por los esfuerzos efectuados, se dió cuenta de una manera instintiva que las máquinas del trasatlántico habían comenzado a ponerse en marcha. Se oyeron gritos provenientes del muelle. Los camiones cesaron en su marcha hasta llegar al trasatlántico. Y simultáneamente con eso, el buque comenzó a moverse.

Merton se lanzó de un saltó hacia el ojo de buey que había en el lugar donde lo habían aprisionado. Se le ocurrió el arriesgado proyecto de saltar al agua junto con Pauline, pero era imposible ejecutar el proyecto. El trasatlántico ya había salido del muelle, alejándose con increíble rapidez, y muy pronto, la puerta fué abierta violentamente, y aparecieron allí dos de los guardianes ciegos. Se dirigieron directamente a Merton y lo tomaron por los brazos. Después vacilaron, dándose cuenta instintivamente de la presencia de Pauline, aunque no usaban sus espejos de selenium.

Parecieron mirar de la muchacha a Saxton en el suelo, y preguntarse que hacia allí aquella tercera persona. Pero finalmente, se decidieron simplemente a obedecer las instrucciones que habían recibido y se llevaron a Merton con ellos.

Pauline, acompañándole, caminaba sin hacer el menor ruido y fuera del alcance de los dos ciegos. La delgada forma de la muchacha parecía flotar sobre los tablones.

Ella parecía una visión o un hada, allí en la obscuridad que reinaba bajo la cubierta, y Merton se dió cuenta de que la muchacha quien había eludido a los enemigos en la obscuridad, tenía aun más ventajas en la semiobscuridad que reinaba arriba. Le hizo señales con la cabeza para que no lo continuara acompañando, pero ella solamente sonrió como contestación y prosiguió subiendo las escaleras, casi a su lado.

Merton fué conducido rápidamente hasta la cubierta de arriba. Al salir de la escalera, vió que el sol estaba saliendo por el Este sobre la bahía, la que se hallaba ahora ya muy lejos. La vista del sol le llenó de inesperada emoción, y casi como si tratara de efectuar una invocación al astro rey, trató de extender sus brazos hacia él. Pero los guardianes lo agarraron brutalmente por las muñecas y le obligaron a mantenerlos a los lados del cuerpo. A lo largo de todas las calles que se extienden al lado del Hudson, Merton vió a las muchedumbres que trataban de salir de la ciudad. Esto era — la luz después de la obscuridad — para ellos, y las predicciones de Saxton acer-

ca de lo que iba a ocurrir después, lo que les hacia encaminarse hacia Nueva Jersey, en busca de protección que les debía acordar la torre en Penhorn Creek. De cien mil bocas partió al mismo tiempo un canto o salmo de gracias a Dios, y cuyo eco llegaba vagamente hasta el vapor. Era una especie de canto alabando a Natura, es decir algo espontáneo como podrían hacerlo los primeros habitantes de las cavernas, al salir de ellas y ver la luz del sol por las mañanas.

Merton vió que las cubiertas del gran trasatlántico, el que se movía a toda velocidad por el río, se hallaban atestadas de productos provenientes del pillaje de la ciudad. Pero no era esto lo que buscaba instintivamente con la vista: súbitamente distinguió algo que le hizo olvidar la maravilla de la luz del sol que había vuelto... y hasta su situación, en la que corría un peligro de muerte. En el centro del trasatlántico se elevaba un mastil de acero, no muy alto, con una escalerilla de acero que subía hasta un compartimento cerrado que había allí arriba. Y se dió cuenta de improviso del proyecto de Pendleton: tenía allí otro transformador Nodin, con todo su mecanismo accesorio, el que había sido colocado en el buque, y podía a voluntad efectuar un segundo disco de obscuridad alrededor del buque. Que necio había sido al no pensar en esto! Pensándolo un instante, era esta la única manera posible que Pendleton navegara por el océano sin temer qu lo capturaran, y pasando por entre los cordones de buques de guerra que trataran de capturarlo. De pronto vió que Pauline, quien se hallaba a su lado; se estremecía violentamente. Volviéndose, vió que Pendleton se hallaba de pie al lado de la escalera re hierro. Los ojos del hombre se fijaron en la muchacha, y se adelantó rápidamente hacia ellos:

—De manera que tengo a usted en mi poder! — dijo el, con tono amenazador. Ella no contestó, pero lo miró con una expresión muy extraña. Merton no distinguió cólera en esta mirada, sinó algo como una gran lastima.

—Como es que usted ha venido aquí? — le preguntó Pendleton.

—Vine en el bote con Mr. Merton en la obscuridad, pues nos amamos mutuamente — le contestó Pauline.

—Muy bien! — dijo Pendleton, frotándose sus largas manos.

Merton quedó asombrado. La idea que había permanecido latente en su cerebro durante todo este tiempo, era que Pendleton estaba enamorado de Pauline. La muchacha casi se lo había dicho. Al preguntarle en el restaurant si el lazo que los unía era de amor, la joven no había podido o querido contestarle. Sin embargo, en medio de todos

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

sus temores, siempre recordaba las palabras de Pauline: — Le prometo que cuando llegue el día para revelarle toda la verdad, usted no hallará causa para estar celoso o resentido contra mí.

El había recordado también, como Pauline le había referido como había pretendido aceptar las proposiciones de Saxton. Y como el misterio parecía insoluble hasta que la joven lo aclarara, el había resuelto confiar en lo que ella le había manifestado. Ahora la expresión de su rostro al enfrentarse a Pendleton disiparon en parte sus inquietudes. No sabía realmente que pensar.

—Muy bien! — repitió Pendleton — Me alegro porque esto me da una cierta influencia sobre nuestro amigo Merton, la que me faltaba cuando solamente tenía su vida en mi poder — Se volvió hacia Merton: — Si usted acepta la proposión que le he hecho anteriormente, le entregaré esta muchacha para que sea su esposa, si lo desea así — continuó él — en caso de asociarse conmigo, tendrá que prometerme trabajar para mi, no durante un período ilimitado sinó por un año solamente, según todas las probabilidades. Cuando ese período de tiempo haya pasado, a usted será permitido desembarcar en cualquier parte del mundo que desee y quedará en libertad. Le daré un regalo que consistirá en varios millones de dólares. No hay limite para lo que usted pueda exigir. Sólo le pido un año de servicio, Merton, y lo he llamado a mi presencia de nuevo por la sencilla razón de que yo lo necesito a usted tanto como un joven necesita vida y amor, — continuó el criminal pareciendo enternecerse — Piense bien antes de rehusar mi oferta, pues depende muchísimo de ella y más para ustedes dos que para mí.

Merton vaciló un instante antes de contestar. La vida le parecía muy deseable y bella, allí bajo la luz del Sol y con Pauline a su lado. La presencia de la muchacha, quien también se hallaba en peligro de muerte, le hizo vacilar en su resolución. Vió que la joven tenía sus ojos fijos en los de él: trató de adivinar lo que la mirada de ella significaba, pero no lo consiguió, pues la expresión de ella era tan inescrutable como la de la Esfinge. Se imaginó que la fé de Pauline en él era demasiado fuerte para vacilar, en cualquiera de los dos caminos que él eligiera, y que estaría siempre con él y de acuerdo a su decisión.

—Si Ud. rehusa, — prosiguió Pendleton — morirá ahora. Esta es la última oportunidad de aceptar lo que yo le propongo.

Merton se hallaba todavía mirando a Pauline, y posiblemente Pendleton se enterneció algo al notar lo patética que era esta mirada.

Yo no le estoy amenazando con lo que no voy a hacer, — dijo — no voy a tratar de convencer a usted amenazando de muerte a miss Holt. Ella no me ha hecho mal alguno a mí, y siempre me ha sido leal, por lo que no tengo motivo de queja contra ella.

Había algo de nobleza en las palabras de aquel hombre, lo que llegó a convencer a Merton, aunque sabía que era un cobarde asesino. Sin embargo, aun no podía contestarle: la situación era demasiado increíble para admirarse a sí mismo que iba a tener que decidirse instantáneamente por la vida o la muerte.

El sol había subido por el firmamento, inundando todo con su claridad. Nueva York zumbaba como una colmena de abejas atareadas e industriosas. Los muelles estaban atestados de gente que miraba curiosamente hacia el trasatlántico que se alejaba. Los guardianes ciegos, quienes al parecer se hallaban muy interesados en la conversación de los dos hombres, habían comenzado a reunirse a su alrededor; percibían el calor del sol en sus rostros, lo que demostraban el asombro que experimentaban Merton miró al hombre que estaba al timón: era un ex piloto con muchos años de servicio activo, y habiéndose quedado ciego se había convertido en sectario del Profeta quien lo había seleccionado para que desempeñara esta importante parte en su empresa. Aquel pobre viejo, quien se hallaba también casi completamente sordo además de ciego, probablemente ignoraba que Saxton se hallara prisionero, lo que ciertamente le hubiera parecido un sacrilegio. Permaneciendo estolidamente al timón, este hombre guiaba al enorme buque através de las aguas, siguiendo el canal, cuyo curso conocía palmo a palmo por las muchas veces que lo había recorrido.

De repente se oyó el sonido de un motor mirando a lo largo del río, que se hallaba vacío, hasta las costas llenas de pedazos de buques náufragados durante el dominio de la obscuridad, Merton divisó que una lancha venía hacia ellos a toda velocidad. Era un bote grande de la policía, pues esta no había querido dejar de aprovechar la oportunidad para apoderarse de los criminales. De repente se oyó un extraño ruido en el aire, el que aumentaba paulatinamente y unos instantes más tarde cayó una bala de cañón en el agua, a estribor del trasatlántico. La lancha policial llevaba un pequeño cañón en la proa, el que había sido tomado del arsenal de marina.

—Espere a ver lo que ocurre, antes de darme su contestación — dije Pendleton.

Este último se volvió y comenzó a ascender la escalerilla de acero que llevaba al mástil, haciéndole señales a Pauline para que le siguiera. La muchacha obedeció a Merton hizo lo mismo obligado a ello por los dos guardianes ciegos, que lo empujaban desde atrás para obligarlo a obedecerles. Saxton quedó de pié allí en la cubierta, pareciendo no tomar interés alguno en lo que estaba ocurriendo

Al llegar arriba de la escalera, Pendleton abrió la puerta del compartimento de acero. Estiró la mano y dió vuelta a una llave eléctrica. Las luces eléctricas iluminaron la habitación y el dinamo comenzó a zumbar. El compartimento era mucho más grande de lo que parecía desde la cubierta. Tenía el tamaño aproximado del dormitorio que había sido asignado a Merton en la torre, pero lleno de maquinarias eléctricas, lo que dejaba muy poco espacio disponible para ca-

minar por ella. En un rincón estaba el transformador Nodin, y el motor accionado a aceite, que lo ponía en acción, ocupaba toda la parte central de la habitación.

Atravès de una aspillera del compartimento de acero, Merton veía la boca del río y el bote de la policía, con humo saliendo de la boca del pequeño cañón que había hecho fuego sobre el buque de Pendleton. Las balas de cañón estaban cayendo muy cerca del buque, con alarmante frecuencia. Una de ellas explotó en el agua, muy cerca del costado del vapor y esto hizo que una columna de agua fuera a caer sobre la cubierta inferior. Al timón seguía el piloto ciego y sordo, quien ignorando el peligro inminente en que se hallaban proseguía guiando al gran trasatlántico a lo largo del río, hacia la bahía. De pronto se oyó un sonido mucho más fuerte que los anteriores: pareciendo al rumor producido por un tren al marchar a toda velocidad, una bomba disparada por el cañón más gigantesco del fuerte Hamilton, cruzó las millas de distancia que la separaban del barco y vino a caer en el mar a cincuenta yardas del buque.

A este cañonazo lo siguió otro, disparado desde otro lado: el Fuerte Totten se había puesto también en acción, y el buque se hallaba ahora amenazado por dos lados. Los proyectiles caían cada vez más cerca, y como el canal era muy estrecho, se notaba claramente que dentro de muy poco las balas iban a destruir al vapor amenazado. Un solo tiro bien dirigido sería lo suficiente para devastarlo con hierro y fuego o enviarlo al fondo del mar. Otra llave fué dada vuelta e instantáneamente el aire se llenó con el sonido de la electricidad. E instantánamente la obscuridad más densa cubrió todo con su manto impenetrable. Este cambio se efectuó tan de improviso, que Merton se tambaleó y tuvo que apoyarse en uno de los guardianes ciegos para no caerse. Todo estaba obscuro ahora y los cañones cesaron de hacer fuego. En medio del potente zumbido producido por las ondas eléctricas, se oía solamente el ruido de la hélice del vapor, abriéndose paso entre las turbulentas aguas. Y sin embargo, la obscuridad no podía decirse que fuera completa, como había ocurrido en Nueva York. Mirando desde la puerta, Merton notó que el nuevo disco de obscuridad era mucho más pequeño que el efectuado en la torre de Nueva Jersey. Todo a su alrededor, en el horizonte se veía que la obscuridad se hallaba interrumpida por una claridad de color anaranjada. Y poco a poco se veían cambiar los colores: primero rojo, después anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo, violeta y la luz del sol! En los sitios que la fuerza de las ondas era menor, se hallaban iluminados por la luz del sol la que a medida que avanzaba se iba coloreando de acuerdo a la fuerza de la electricidad.

Y el disco obscuro se movía con el buque. Al desaparecer de la vista los edificios más altos Manahattan, Merton comenó a ver el anillo exterior de la luz del Sol, el que venía a ser una faja trazada alrededor del disco de la obscuridad. Pero todos los objetos que se hallaban más cercanos, desaparecían en aquella opaca negrura, y no se distinguían luces en la ciudad. Por la primera vez, Merton se dió cuenta plenamente del diabólico poder, que sus investigaciones habian desencadenado. El había pensado que Pendleton trabajaba bajo la protección del fanatismo y la obscuridad, pero no había calculado bien los recursos de que disponía Pendleton. Este se hallaba protegido por un círculo de muerte. La verdad se abrió paso entre aquellas profundas tinieblas e iluminó teóricamente al joven inventor:

Sus conocimientos científicos le revelaron que en cualquier parte donde el disco de obscuridad se mezclara con la luz del sol, se producía inmediatamente una electrocución instantánea... era una franja de terreno donde no quedaban ni hombres ni animales vivos. Y el anillo mortífero se movía con velocidad inexorable hacia la ciudad condenada y los pueblos vecinos a ella. Pasaba hora a través del distrito de Westchester y sus bordes cubrían las costas de Long Island. Las ciudades vecinas de Tonpkinsvile, Newank y Elizabeth veían a aquella especie de arco iris acercándose y trayendo la obscuridad trás él, y ni sospechaban la amenaza de muerte que se cernía sobre ellos. Y a lo lejos, hacía el océano, se iba extendiendo el disco de la obscuridad.

El borde del mismo cubrió el Fuerte Hamilton, cruzó el canal y fué a iluminar el Fuerte Totten con fuegos fantásticos. Durante un momento la fortaleza brilló con resplandor siniestro y después el disco mortal había pasado, dejándola llena de cadáveres. Los artilleros fueron encontrados más tarde en sus puestos, apoyados contra los cañones como si fueran imágenes de cera. En sus facciones no se notaba el menor dolor o alarma, lo que denotaba que la muerte debía haber sido instantánea.

—Entiende usted ahora todo el alcance de mi obra, Merton? — le preguntó Pendleton.

Pero Merton, estupefacto por el horror que le había ocasionado su terrible descubrimiento, no podía contestarle ni una palabra. El había entendido perfectamente y no había lugar a errores: aquellos hermosos colores significaban la muerte por electrocución.

—Ud. se dará cuenta ahora, — continuó diciendo Pendleton — de que en esta guerra contra la sociedad, no puede haber arreglo posible. Las muertes de Crawley y Bennett han resultado así, insignificante en comparación a los fines obtenidos en esta magna empresa. Se dará cuenta ahora de que su vida no significaba nada para mí, exceptuando en caso de que Ud. me sea útil a mí, según le he propuesto antes. —

—Que yo le ayude... a efectuar este asesinato al por mayor de la raza humana? — exclamó Merton indignado. — Cree Ud. que yo consentiría a hacer eso, aún... aún por Ud., Pauline? —

Paulino, inmóvil como una estatua, permanecía oyendo la conversación. Merton ignoraba si ella se daba cuenta del significado del circulo de la obscuridad, y lo más probable era que lo ignorara. Sin embargo, ella lo miraba como si su decisión no fuera de mayor importancia para ella, apesar de que estaba eligiendo entre la vida o la muerte para los dos enamorados. Aunque los grandes fuertes habían sido reducidos al silencio de la muerte, la pequeña lancha de la policía, con una tenacidad a toda prueba, no había cesado de hacer fuego con su cañón. El camino que el trasatlántico debía seguir a lo largo del canal, era bien conocido por el sargento que estaba a cargo de ella, y habiendo calculado que la distancia entre las dos embarcaciones ni aumentaba ni disminuía, ordenó a la tripulación que mantuviera el fuego, apuntando a la ventura. Las balas del pequeño cañón caían alrededor del trasatlántico, aunque no causaban daños.

—Elija inmediatamente! — le dijo Pendleton imperiosamente. Pero Merton no tuvo tiempo para contestar. En el preciso momento en que iba a pronunciar su negativa, el buque dió un salto y se estremeció a causa de una poderosa explosión. La escalera de hierro se partió en varios pedazos y cayó sobre la cubierta. Merton vió el rostro amenazante de Pendleton y también le pareció oir a Pauline gritar. Después se disipó la obscuridad y apareció la luz radiante del sol, la que fué disipada para Merton por un torbellino de agua. A Merton le pareció vagamente que caía y caía, por abismos insondables, y esta sensación fué seguida por un desmayo tan completo que se parecía a la muerte.

CAPITULO XII

El timonel a bordo del ferryboat que había sido requisado por la policía para cruzar el río en dirección a la torre, admitió después de la aventura que no había sido más que pura suerte lo que les había permitido cruzar el río sin que les ocurrieran accidentes, salvo arañar el casco algo cuando llegaron al muelle de la orilla opuesta.

—Yo le diré, Jerry, — acostumbraba a decir a uno de sus camaradas — porqué no puedo mentirles a mis amigos. El Gobierno me ha dado una pensión y no creo que me la retire, aunque se llegue a saber la verdad. Pero no llegamos más que por pura suerte, Jerry. Puede hablarse mucho de que un hombre llega a conocer tanto el río que puede llegar a cruzarlo en la obscuridad más densa. Esa manera de hablar parece exacta a los que no saben nada del oficio. Pero aún en el caso de que un hombre conozca la superficie del Hudson tan bien como a la cara de su suegra: como va a hacer para calcular las mareas y el espacio que deben estas tomar a favor o en contra del vapor? No es posible hacerlo, no señor y si llegamos no fué más que por un verdadero milagro. Yo no sabía con seguridad si estabamos en el Hudson o en la bahía de Newark hasta que percibí que el ferry boat rozaba al desembarcadero, donde logramos amarrarlo sin novedad alguna.

El hombre no había hecho esta admisión en el consejo, sinó que había manifestado haber guiado a la embarcación con tal habilidad que había conducido a esta sin efectuar errores, al punto que deseaban. De manera que O'Grady y sus cuarenta vigilantes desembarcaron en la costa de Nueva Jersey y se dirigieron instintivamente hacia la torre. El sargento regresó faltándole algunos hombres, unos instantes después del amanecer y el Consejo se hallaba esperándole, con la impresión de que era el Sargento mismo quien había dirigido la obscuridad.

—Prosiga con su relación, O'Grady — le dijo el Jefe de Policía al Sargento, cuanto este se halluba ya en la municipalidad.

—Bien, señor: como yo iba diciendo, encargué a diez hombres que buscaran a Mr. Merton, y eso es todo lo que pude hacer por él, después que hubo desaparecido. Mi opinión es que cruzamos el río hasta el desembarcadero de Hoboken, por pura suerte, apesar de que Slattery manifiesta que dirigió el buque directamente hacia allí. Había un hombre ciego llorando, fuera de la estación Hoboken. En el primer momento que oí su voz, me dí cuenta de que era Pete, el finlandés, quien tenía un puesto de manices cerca de la estación de Pennsylvania, antes de perder el uso de sus ojos. De manera que le pregunté que es lo que le pasaba, y me manifestó que lloraba porque Mr. Saxton lo haba arrojado de la Torre de Salvación, con la explicación de que no era bastante bueno para convertirse en uno de los santos. —

—Y por eso lo ha echado de la Torre? — le pregunté yo.

—Pues bien, para decirle la pura verdad: Mr. Pendleton fué el que me expulso de allí, — dijo Pete — y además ha encadenado a Mr. Saxton, llevandoselo con él, y ha cerrado la Torre para efectuar diversas reparaciones en ella. — Yo no creí en sus palabras, Señor, de manera que envie otros diez hombres para que efectuaran investigaciones a lo largo del río, mientras yo obligué al pobre ciego a que nos guiara. No había ni un solo centinela en el puente, pero avanzamos con mucha cautela pues temíamos caer en una emboscada. Pero sin embargo, en el preciso momento en que llegabamos a la torre, vino la luz de nuevo. Fueron unos momentos gloriosos. Los muchachos casi se volvieron locos de alegría. Registramos todo el edificio, habitación por habitación, pero no logramos encontrar a nadie. De manera que destruimos todas las maquinarias y cortamos los alambres y cables eléctricos. Y estabamos ya cruzando el río de nuevo, cuando la luz desapareció de nuevo. Calculamos que volvería a reaparecer muy pronto, de manera que volvimos a tientas hasta el embarcadero y esperamos allí un rato, hasta que volvió a brillar el sol, gracias a Dios y alabados sean los Santos, que la luz no ha vuelto a desaparecer.

Después del Segundo Día de Gracias,

para conmemorar la desaparición del disco, el Gobierno se enteró de que a lo lejos en el Océano se movía una nube negra en dirección a Europa, desorganizando el tráfico y aterrorizando a los pasajeros. Esta información fué conservada en secreto con muchas precauciones, para que no se enterara el público. El segundo disco de obscuridad había desaparecido de una manera inexplicable, antes de que el borde del mismo llegara a Nueva York o las ciudades circundantes. Y no había aparecido de nuevo hasta que el buque llegó a la mitad de las inmensidades del Océano Atlántico.

No fué hasta entonces, que fueron descubiertos los desesperados esfuerzos que habían hecho las naciones para comunicarse con Nueva York. Se encontraron a docenas de trenes detenidos, con sus conductores y pasajeros electrocutados instantáneamente. Buques abandonados flotaban por todas partes, al parecer dirigidos por hombres muertos. Hasta una gran flotilla de aeroplanos enviadas desde Washington para averiguar la verdad cayó en la trampa del anillo mortal alrededor de la ciudad, y todos los pilotos perecieron. La parte más terrible de la tragedia era la gran extensión de terreno donde toda persona viviente había resultado fulminada instantáneamente. Tan rápidamente había llegado la muerte a sorprenderlos, que los cuerpos permanecían en actitudes tan naturales como si vivieran, exactamente como hasta el momento en que la vida había sido extinguida de sus cuerpos.

Diez minutos después que O'Grady había partido, y mientras el Consejo tomaba las medidas más urgentes para restablecer el orden hasta que llegaran los militares, el Alcalde recibió una comunicación telefónica, a continuación de la cual llamó urgentemente al Jefe de Policía. — Han encontrado a Merton! — exclamó él.

—El cuerpo del que era Merton, supongo — corrigió el magistrado policial.

—No, señor: su cuerpo con vida! Era Merton mismo, nadando hacia la costa, aunque se hallaba inconsciente todo el tiempo. El instinto le hizo salvarse la vida. La lancha de la policía lo recogió en el agua cinco minutos después que apareció la luz de nuevo. Se desmayó en el momento en que lo subieron al bote, pero le prestaron todos los cuidados necesarios y está ya recuperando las fuerzas y el habla en el Hospital.

—Y qué es lo que estaría haciendo en la bahía, me pregunto yo — murmuró el Jefe de Policía.

—Aquí está la comunicación! Hable Ud. mismo con el Capitán Flaherty, Tom — le contestó el Alcalde.

—Hola! — dijo el Jefe de Policía — Habla Flaherty? Qué es esa historia respecto a Merton? —

—Lo recogimos en la bahía, — fué la contestación que vino por el hilo telefónico — va a estar perfectamente bien para la noche, según dice el médico. En estos momentos está delirando y habla de una mujer, en ese buque pirata. Me indigna, señor, el pensar como el trasatlántico se nos escapó de entre las manos. Debe haber sido un cañonazo, el que descompuso momentáneamente el infernal mecanismo que lleva a bordo.

—Parece ser que lograron componerlo al llegar al mar — le manifestó el Jefe de Policía.

—Debe haberlo hecho así, señor. Pero si no hubiera sido que se nos acabaron las balas de cañón, hubiéramos logrado hundir al trasatlántico en Ambrose Canal antes de que transcurrieran diez minutos más. Y hasta se nos concluyó la gasolina en esos momentos!

—No importa, Flaherty! Nos apoderare-

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

mos de ese buque antes de que pase mucho tiempo — le contestó el Jefe. — Voy a conferenciar con Merton enseguida.

Merton había ya recuperado el conocimiento, pero tenía una fiebre altísima, ocasionada principalmente por los temores que tenía respecto a lo que le habría ocurrido a Pauline. Algunas veces él temía que Pendleton llegaría a efectuar algún diabólico arreglo con Saxton, efectuando una nueva alianza la que se basaría en la entrega de la muchacha — en otros momentos, llegaba a dudar de la joven misma. Se repetía mentalmente fragmentos de sus conversaciones y se interrogaba angustiado preguntándose cuál era la naturaleza del lazo que la unía con el peor y más desalmado asesino del mundo. El joven inventor no podía explicárselo, por más que pensaba.

Había llegado a saber que las vidas de todos los millones de personas que viven en Nueva York y sus alrededores habían sido salvados únicamente por un tiro certero que desorganizó el mecanismo eléctrico a bordo del — Guederland —, pues este era el nombre del trasatlántico. Pero Pendleton había logrado ajustar su transformador cuando el buque llegó a alta mar y ahora viajaba a toda velocidad hacia el Mediterráneo.

—Nosotros deseamos que Ud. nos ayude en cuanto sea posible — le manifestó el Jefe de Policía a Merton.

—Todos los gobiernos de Europa han sido notificados y sus buques de guerra están buscando al — Guedarland — Pero solamente unos pocos hombres fuera de Nueva York, saben que el borde del círculo de la obscuridad produce la muerte, y los buques de guerra resultarán del todo inútiles hasta que se halle una manera de neutralizar la acción de esa satánica invención. Estamos ahora tratando de evitar por todos los medios posibles, de que la gente se entere de la verdad. Nueva York está rodeada de tropas, como si fuera una ciudad sitiada. Entretanto, tenemos que destruir al — Guederland — antes de que llegue al otro lado, pues sinó va a ocurrir una catástrofe y el pánico se va a apoderar del mundo entero.

—Lo acompañaré a Ud. ahora — le replicó Merton, levantándose dificultosamente.

—Si viene a verme dentro de algunas horas, será suficiente — le contestó el Jefe de Policía — Ud. debe recuperar las fuerzas antes de comenzar a ayudarnos.

—No, señor. Yo soy el hombre responsable por este desastre y debo encontrar el remedio. No podré vivir en paz hasta que lo haya hecho así. Deseo que se ponga un laboratorio eléctrico a mi disposición para hacer experimentos.

—Todas las fábricas de electricidad están completamente a su disposición y puede elegir cualquiera de sus laboratorios, durante todo el tiempo que desee — le contestó el Jefe de Policía.

Y en estos momentos trágicos Merton casi sonrió consigo mismo al pensar en lo bruscamente que había cambiado la gente hacia él. Los mismos a quienes había tratado de interesar, aunque sin lograr obtener éxito alguno. Más tarde durante el día, Merton tuvo una entrevista con el Secretario de la Marina, quien había venido apresuradamente desde Washington.

—Sus poderosos acorazados no valen absolutamente nada hasta que se logre encontrar un método para combatir esta corriente eléctrica — le manifestó Merton — No hay duda que les será posible mantenerse alejados fuera del círculo de muerte, pero el acercarse a él signicaría la exterminación instantánea de todos los tripulantes.

—No es posible fabricar un aparato aislador y adaptarlo alrededor de un buque?

—No. La descarga elééctrica se efectúa en el éter, y por lo tanto está mezclada con las moléculas de cualquier substancia dentro de su radio de acción.

—Y sería posible hacer algo con submarinos?

—Quedarían reducidos instantáneamente a la impotencia, pues el mar es un excelente conductor de la electricidad. Probablemente la descarga se extiende en el agua en un radio muchísimo mayor que en la superficie de la tierra, y también a gran profundidad.

—Hemos perdido hasta ahora tres torpederos y dos cruceros dijo el secretario — Se hallaban fuera de la bahía de Nueva York y recibieron aviso de que la obscuridad era ocasionada por un fenómeno natural. Trataron de pasar el borde del círculo mortal y quedaron destruídos por la descarga, y fueron llevados por las aguas hasta la costa de Nueva Jersey.

—Y todos sus buques correrán la misma suerte, — le dijo Merton — hasta que se logre encontrar un antídoto que elimine a este mal. Nada puede hacerse hasta entonces. He estado pensando en este asunto desde hace ya varios días, y me parece que será posible desviar la obscuridad lo suficiente para que un buque de guerra entre en el círculo de la muerte, y destruya el aparato y buque de Pendleton.

—Muy bien: que podemos hacer entonces?

—Deseo que tenga Ud. a uno de sus buques más rápidos, posiblemente un destrover, esperando cerca de Quarentine con todas las calderas encendidas y listo para hacerse a la mar instantáneamente. Voy a ir a los laboratorios de Rockland, pues son los que se hallan mejor equipados para llevar a cabo mis proyectos. Voy a tratar de hallar una solución lo antes posible.

—Cuánto tiempo cree Ud. que va a tarder en ello?

—Posiblemente dos o tres días. En el momento que encuentre la manera de derrotar a Pendleton, Ud. cablegrafiará a todos los gobiernos de Europa para que envíen buques de guerra a seguir al disco de la obscuridad, pero sin llegar a atacarlo. Yo me embarcaré en el destroyer, y como no hay cañones a bordo del — Guederland —, creo que tendremos a Pendleton en nuestro poder, muerto o vivo antes de diez días.

Sin darse cuenta de ello, Merton había

tomado el mando instintivamente, y de la misma manera el secretario le había obedecido. Era porque el destino de la humanidad dependía de la inteligencia de este hombre, que le había hecho tomar el mando. Una hora más tarde Merton se hallaba trabajando en el laboratorio. Una cama fué instalada allí y las comidas le eran servidas también allí, a las horas acostumbradas. El inventor había decidido permanecer en el laboratorio hasta que hallara el resultado que correspondía a sus experimentos. Hizo salir a todo el mundo de allí y comenzó sus tareas enteramente solo. Algunas veces el rostro de Pauline se le aparecía como en una evocación, y se inquietaba por la suerte corrida por ella, pero alejaba estos tristes pensamientos de su imaginación y trabajaba horas tras hora. Y sin embargo, no lograba llegar a descubrir el secreto que buscaba. El sabía que no era esencial una demostración práctica. Si lograba llegar a encontrar lo que buscaba, en teoría solamente, tenía la seguridad de poder demostrarlo con éxito en cuanto avistaran al — Guaderland —.

No había necesidad ni tiempo para efectuar experimentos en tierra. Era uno de esos complicadísimos problemas, como había resultado ser el aplicar motores a los aeroplanos y que por lo tanto no requiere facultades imaginativas en el inventor, sinó un conocimiento técnico muy profundo de las fuerzas físicas que gobiernan el aparato. Sin que lo supiera Merton, el secretario de la armada se había alojado en un hotel cercano. Allí esperó impacientemente, en lo que se hacía el representante de la nación entera, que aguardaba ansiosamente el resultado de sus estudios y experimentos. Todo el tráfico fué suspendido por la calle, a fin de que el solitario inventor no fuera distraído o interrumpido. El gran edificio en que se hallaba instalado el laboratorio, fué rodeado por soldados que hacían la guardia sin permitir pasar a nadie.

Inmensas muchedumbres se apiñaban contra el cordón de soldados y la cantidad de curiosos parecía aumentar continuamente, en vez de disminuir y esperaban allí de día y de noche, mirando hacia las ventanas del laboratorio con la esperanza de divisar a Merton. Parecía que la gente lo reverenciaba con gran respeto. Y además de la esperanza que tenía la gente en que los librara de la amenaza de Pendleton, habían llegado a saber que la mujer a la que Merton amaba se hallaba prisionera de Pendleton a bordo del — Guederland —, el que se hallaba ahora en el corazón del Atlántico. Su propia ansiedad y angustia era participada por todos.

—Ya va a ser demasiado tarde mañana — era la opinión general cuando llegó la segunda noche en que el inventor se hallaba encerrado en el laboratorio.

—Ese temor oprimía a todos los corazones, pues no se habían recibido noticias del — Guederland — desde que este había partido del muelle de Nueva York. Ninguno de los trasatlántico que entraba traía noticias nuevas del disco de la obscuridad. Se suponía que Pendleton había cesado de hacer operar a su mecanismo, una vez que el vapor había llegado a alta mar, pero así y todo se debían haber recibido noticias del — Guederland —, pues era un trasatlántico muy grande y su silueta bien conocida. Pero muy temprano en la mañana del tercer día, el — Guederland — fué localizado. Un buque de carga había sido víctima, no muy lejos de las Azores, del borde del disco mortal. La mitad de la tripulación, que se hallaba a estribor, quedó fulminada en sus puestos. Después, el navío había salido de aquel fúnebre arco iris y se dirigió al puerto más cercano para notificar a las autoridades. De manera que por este indicio, se suponía que Pendleton intentaba refugiarse en algún puerto de la parte meridional de la costa africana. Merton se había retirado a descansar después de la media noche del segundo día de experimentos, completamente desalentado y cansadísimo. Se dejó caer sobre la cama sin desnudarse y trató de dormir aunque no fueran más que unas pocas horas. Durante un tiempo su mente reconstituyó en su imaginación los esfuerzos que había efectuado durante el día. Qué fútiles e irrazonables le parecían en estos momentos! Era una carrera desesperada contra el tiempo, y hasta ahora este último había resultado inexorablemente vencedor.

La desesperación más profunda hizo presa en él: ya no le quedaban esperanzas de volver a ver a Pauline en este mundo. Llegó finalmente a la decisión de confesar su fracaso a la mañana siguiente, y aceptar ante toda la Nación la responsabilidad de este horrible desastre. Pero en estos momentos experimentaba un deseo irresistible de dormir, y se rindió a él. Durmió profundamente sin interrupciones ni pesadillas, hasta que se despertó sobresaltado y presa de súbito temor. Tenía un objeto en la mano; abrió los ojos y miró a su alrededor. Se hallaba sentado en su escritorio y el anotador delante de él se hallaba cubierto por diversos guarismos, los que estaban escritos en tinta, aún mojada. Ya había amanecido afuera.

Leyó lo que había escrito durante su sueño, y no podía creer a la evidencia de sus ojos. Allí estaba la solución que faltaba al problema! Mientras dormía, había resuelto lo que le había sido imposible durante el día. Puso la pluma a un lado y fué a mirar por la ventana. Levantó la cortina y miró hacia abajo, viendo por primera vez a la inmensa multitud que esperaba silenciosamente bajo la ventana, con los rostros vueltos hacia arriba, como esperando las noticias del nuevo Mesías. Se vistió lentamente y con cuidado, pues la inmensa calma del éxito se había apoderado de él. Ahora estaba seguro del triunfo y aunque no lograra encontrar a Pauline de nuevo, por lo menos tendría la satisfacción de haber sido útil a su país y eliminar la vergonzosa mancha que él había atraído sobre la civilización.

De acuerdo al arreglo hecho anterior-

mente, hizo llamar al experto de electricidad de la Armada, quien había sido asignado al servicio del secretario naval. El experto, a su vez, telefoneó al Secretario, quien vino apresuradamente desde su hotel para ver a Merton. Los dos hombres entraron en el laboratorio juntos.

—He logrado encontrar la solución, — dijo Merton — y puedo ponerme en marcha al mediodía, creo — y a continuación le entregó un papel escrito al experto.

—Todos esos artículos están ya a bordo del "Memphis", — dijo el — exceptuando los espejos. Consiga estos inmediatamente y haga el favor de llevarlos enseguida a bordo. Tardaré unas dos horas en efectuar los últimos ajustes necesarios — continuó diciendo y dirigiéndose al secretario.

—De acuerdo a eso, entonces, usted piensa salir del puerto a las cuatro de la tarde?

—No; al mediodía.

El experto electricista estaba mirando asombrado el papel escrito que le había entregado Merton. Vió allí que el inventor pedía espejos curvados y cóncavos, y llegó a la conclusión de que Merton se había vuelto loco o trataba de engañarlos.

—Por supuesto, — le manifestó tartamudeando — su plan general es usar un rectificador como el de Ferranti, para transformar las ondas alternadas en contínuas, pero pulsantes y de esta manera va a convertir la descarga eléctrica en luz, separando cada corriente alternada de..

—Usted colocará esos espejos en el automóvil más rápido que logre encontrar, — le interrumpió Merton — y entréguelos a bordo enseguida. No use camiones, pues se podrán cargar muy bien en automóviles ordinarios.

—Pero usted desea realmente usar esos espejos curvados para destruir el disco de la obscuridad? — exclamó su interlocutor.

—Sí, Mr. Jarvis — le repuso Merton, ya exasperado.

—Bueno, señor; Es imposible conseguirlos. Quien puede tener en su poder espejos de esa forma? Ahora bien, yo he estado trabajando en un rectificador muy semejante al de Ferranti y...

—Posiblemente Mr. Merton está lo suficientemente seguro de su plan, para ponerlo en práctica, — le interrumpió el Secretario.

—Absolutamente seguro de él. Pero cuanto más esperemos, menos probabilidades tendremos de éxito.

—Es absolutamente imposible conseguir esos espejos — replicó Mr. Jawis bruscamente.

—Mr. Jawis: — le dijo Merton — ha ido usted alguna vez en su juventud a un lugar llamado — Coney Island?

—Naturalmente que sí, y volvería ahora si tuviera la seguridad de que nadie llegara a saberlo — repuso Jawis.

—Entonces, ha oido usted hablar del Parque de Diversiones?

—Me he divertido muchísimo alli una vez bailando — admitió el experto electricista en tono reminiscente.

—Llegó usted a abonar un niquel y entrar en el Laberinto Mágico?

—Ahora me doy cuenta de su idea! — exclamó Jawis muy excitado — usted me quiere decir que esos espejos, que reflejan la imagen desfigurada de los tontos que son atraídos allí...

—Sí, me refiero precisamente a esos — respondió Merton secamente. — Dichos espejos están construídos con ciertos principios matemáticos y ópticos, de los que podemos servirnos en esta oportunidad. Deseo que usted requise todos los espejos cóncavos y curvados que existan en Coney Island, y yo los seleccionaré más tarde. Le agradeceré que los lleve enseguida al "Menphis".

Diez minutos después, un auto en el que viajaban Merton, el secretario de la Armada y Mr. Jawis, se abría paso por entre la muchedumbre más entusiasmada que se recordaba en la historia del mundo. Porque ya se habían difundido las noticias de que Merton había descubierto la manera de contrarrestar el proyecto criminal de Pendleton.

—Sin embargo no voy a lograr salvar a Pauline — se dijo Merton a sí mismo, mientras en auto se dirigía a toda velocidad hacia Nueva York.

Capítulo XIII

—Entonces era para Merton que usted se estaba apoderando de los documentos? — le preguntó Pendleton a la muchacha.

El se hallaba sentado con Pauline a la mesa, en su cabina. Hacia ocho días que el vapor se había hecho a la mar. Pendleton había dado órdenes para que se dirigiera directamente hacia las Azores, como si intentara entrar en el Mediterráneo. Después, habiendo resuelto al parecer esconder el producto del pillaje de Nueva York, en alguna costa deshabitada antes de renovar sus hazañas por países civilizados, se había dirigido hacia el Sud, hacia las costas meridionales del Africa. En estos momentos, el "Guederland" estaba casi a la vista del Africa.

A Pauline se le había asignado un camarote, donde debía permanecer todo el tiempo exceptuando dos horas diarias, durante las cuales podía pasearse por la cubierta. Ella no le había hablado a Pendleton hasta que éste la había mandado a buscar, hacía pocos minutos. Al presentarse en contestación al llamamiento, lo encontró sentado a la mesa de su cabina y estudiando unos mapas que se hallaban extendidos sobre la misma. El rostro de él estaba pálido y parecía sumamente preocupado.

—De manera qué usted amaba a Ralph Merton? — le preguntó el, con el mismo tono que si hubieran estado conversando antes respecto al mismo asunto.

—Sí.

—Y sin embargo le traicionó?

—Yo no le traicioné voluntariamente. Estaba tratando le ocultar los documentos para que usted no los encontrara — le contestó Pauline.

Pendleton observó el rostro de ella atentamente. Le pareció a al que era el de una figura esculpida. El pesar por la pérdida de Merton, junto con otras emociones de las que Pendleton no podía darse cuenta, habían hecho adoptar al semblante de la jo-

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

ven una rara impasividad e indiferencia respecto a la suerte que le dejara el Destino.

—Y en el primer día de la obscuridad cuando usted huyó de mi con él, fué el amor lo que le impulsó a serme desleal? Me explicará usted entonces, Miss Holt, por que razón permaneció a mi servicio? Por lo menos, usted sabía por deduciones que mis proyectos no eran del todo honestos.

—Si, yo sabía eso y por lo tanto trataba de impedirle que los llevara a cabo.

—Pero y porqué razones? — le preguntó Pendleton. Pero sin esperar contestación, empujó los mapas a un lado con un gesto de petulancia, diciendo:

—Miss Holt: ahora le voy a decir algo. Usted seguramente supone que yo soy un criminal vulgar, que realiza todo esto con el deseo de obtener un buen botín, pero se equivoca enormemente: le aseguro que el motivo que me impulsó a efectuar este proyecto fué, como en muchos otros actos míos, deseo de experimentar sensación y nuevas emociones!

El parecía estar tratando de obtener las simpatías de la muchacha, pero la mirada de ésta no varió en lo más mínimo.

—Y para que me dice usted todo esto?— le preguntó ella.

—Porqué en cierta manera estoy aburrido y hastiado, Miss Holt. He triunfado y conseguido lo que me proponía y... ahora no se lo que hacer, no encuentro placer alguno en mi éxito.

—Eso es lo que les ocurre siempre a los criminales.

Ella parecía haberse convertido en su acusador y sin embargo su mirada se había dulcificado; parecía tenerle cariño a aquel hombre.

—Y ahora no se que hacer con Saxton, — continuó diciendo Pendleton — me vi obligado a traerlo conmigo para asegurarme la adhesión de sus hombres. Algunos de estos son fanáticos, pero así y todo ya entienden lo que ha ocurrido y no lo atribuyen a un milagro divino. Pero lo más asombroso de todo es que no quieren recibir dinero alguno. Lo que desean es volver al Bowery para vender de nuevo cintas para zapatos y cordones para botines. Ese es el único punto débil en mi proyecto, haberme equivocado en la elección de cómplices. Y sin embargo, ya es demasiado tarde para desembarazarme de ellos.

—Y que es lo que va a hacer, entonces?

—Que es lo que usted desearía que yo hiciera, Miss Holt? — le preguntó él.

—Yo? — repuso ella, con una entonación de amargura en su voz.

—Cree usted que a mi me importa todavía lo que me ocurra?

Pero le aseguro que si tengo la oportunidad, voy a dedicar toda mi vida a tratar de causar su desgracia, hasta que pague la pena que merecen los crímenes que ha cometido cobardemente.

Pendleton se sintió acobardado momentáneamente ante esa acusación, pero sin embargo, en caso de haberle mirado el rostro a ella, se había dado cuenta que las emociones luchaban dentro de ella.

—Gracias — le repuso el después de algunos momentos — Voy a pensar lo que debo hacer y le avisaré oportunamente la suerte que correrá usted.

—Como guste — le respondió la joven, con indiferencia.

Ella volvió a su cabina, pero recordando que era la hora para efectuar sus paseos sobre cubierta, ascendió a esta. El sol estaba comenzando a ocultarse en el horizonte. El mar azul se hallaba tan serena que parecía de cristal.

El timón había sido ajustado por Pendleton, y el timonel ciego se ocupaba en mantenerlo sin variaciones, tan flemáticamente como cuando había guido al "Guederland" por la bahía de Nueva York. Había a bordo otros dos hombres ciegos que habían sido marineros, y los tres se relevaban en el timón. En el horizonte se distinguía una ligera nube de humo negro. Pauline la miró unos instantes, preguntándose si el buque de que provenía se dirigiría a ellos. La joven había enviado un mensaje escrito a Pendleton, rogándole que no destruyera más vidas. Aunque no le había dado contestación alguna, solamente una vez el disco de la oscuridad había sido tendido sobre las aguas desde que habían partido, aunque los daños que tenía la torre habían sido reparados en pocas horas.

Al pasearse ella por la cubierta, se apercibió de que dos de los guardianes ciegos parecían estar vigilando sus movimientos. Más de una vez, Pauline se había fijado en estos hombres, preguntándose de que manera habían logrado aguzar los sentidos de manera tan extraordinaria. Ahora, al acercarse a ellos, uno de los dos le dijo:

—Miss Holt: — comenzó a decir, y Pauline se detuvo mirándole sorprendida. Seguramente el hombre la veía y no era ciego, pues sus ojos se hallaban fijos en ella.

—Escúcheme lo que tengo que decirle: — exclamó él, hablando con voz ronca — le juro que nunca esperaba que fuera a ocurrir esto cuando me enrolé entre los creyentes de Mr. Saxton. Y tampoco se lo pensaba así mi compañero Jim, que también está aquí. Creo que nosotros podemos hablarle a usted con toda franqueza sin temor de que se lo vaya a referir a Mr. Pendleton, no es cierto? Me supongo que usted no está de acuerdo con sus procedimientos.

—Muy bien: explíquese! — le replicó Pauline, mirándolo fijamente.

—Pues bien, ni yo ni Jim somos ciegos. Y también la vimos a usted con Merton, pudiendo haberlos capturado si así lo hubieramos deseado. Nos unimos a las huestes de Mr. Saxton cuando oimos decir que pagaban cinco dólares por día a cada uno. Hubo muchos de nosotros al principio, pero se apercibieron de que todos los demás no eran ciegos y los despidieron de la torre. Jim y yo aprendimos a engañarlos. Permanecíamos con una luz en los ojos sin hacer movimiento alguno, cuando trataban de sorprendernos encendiendo una luz y poniéndola muy cerca de nuestros ojos. Y puede creernos, señorita, lo hacíamos por precisar el dinero con urgencia. Pero no convinimos ni muchos menos en convertirnos en pira-

tas. De manera que hemos estado conversando, nosotros dos y los verdaderos ciegos, llegando a la conclusión de que tenemos que hacer algo para concluir con este estado de cosas. Hay cuarenta de nosotros a bordo y unos diez creen todavía que Mr. Saxton es Jonha. El resto de nosotros ya ha perdido la fe, pues nos damos cuenta claramente de lo que realmente ocurrió y por lo tanto deseamos volver a nuestros hogares. Tenemos pensado poner a Mr. Saxton en libertad, hacer prisionero a Mr. Pendleton y entonces dirigir el buque de vuelta al puerto.

—Y tiene que ser hecho pronto: no sabemos adónde nos está llevando ahora, pero sabemos que jamás volveremos a ver Nueva York si dejamos el proyecto para ser ejecutado más adelante. Y deseamos que usted declare a nuestro favor en las Cortes de Justicia, pues sinó lo hace asi van a enviarnos a todos a la silla eléctrica. Por nuestra parte, no queremos saber nada de electricidad, pues ya hemos tenido suficiente de ella y durante el resto de nuestras vidas huiremos de todo lo que se relacione, aun remotamente, con electricidad. Usted sabe perfectamente que Pendleton nos ha engañado como a chinos. Consiente usted en declarar a nuestro favor y así salvarnos la vida?

—Pero ustedes no le haran daño a Mr. Pendleton, no es cierto? — exclamó Pauline ansiosamente.

—Solamente en caso absolutanmente necesario señorita.

—Entonces declararé a favor de ustedes — dijo Pauline.

Un momento más tarde ella se hallaba sola. El sol estaba ahora desapareciendo en el horizonte. El humo que se había divisado a lo lejos, ya se había hecho invisible entre las nubes. El "Guederland" se dirigía ahora hacia el sudoeste a buena velocidad y navegaba solo por entre las tranquilas aguas. Pauline se fué a su camarote y se decidió a descansar. Comenzó a pensar en Merton y esto la preocupó tanto que olvidó del todo el proyecto para atacar a Pendleton.

Ella había visto la bala de cañón que se había llevado parte de la escalerilla que conducía a la torre de acero, y a continuación como el cuerpo de Merton iba a caer al mar. Y a pesar de todos sus esfuerzos, no podía llegar a convencerse de q' había muerto, aunque era evidente que no había logrado salvarse la vida. Que es lo que debía hacer ella? El prevenir a Pendleton significaba que se cometieran muchas más muertes y horrores imposibles de imaginar; y sin embargo había algo en ella que le hacia rebelarse ante la perspectiva de no avisar a Pendleton respecto a la revuelta que se preparaba contra él... era un instinto de lealtad proveniente del mucho tiempo en que había estado asociada con el, y al mismo tiempo experimentaba respecto a el un sentimiento más profundo.

Cayó el manto de la noche sobre el trasatlántico y el mar. Pauline oyó a Pendleton salir de su cabina y dirigirse al puente para ajustar la dirección del buque, y ella esperó, aun indecisa y esperando escuchar de un momento a otro los rumores de lucha que significarían el comienzo d la sublevación. Pero por más que permaneció escuchando con todos sus sentidos alerta, no llegó a oir ruido alguno. Por fin, cansada por su larga vigilia y las preocupaciones que la atormentaban, se durmió profundamente..

Cuando abrió los ojos la luz del nuevo día estaba entrando por el ojo de buey del camarote. Se levantó desganadamente. Este era otro día... días que no terminaban nunca.. y siempre el buque navegaba en dirección al Sudoeste. Pauline comenzó a sentirse invadida por la desesperación. Se daba cuenta de que tendría que hablar con Pendleton, tratar de hacerle escuchar a la voz de la razón, obtener que conferenciara con la tripulación, abandonar este proyecto criminal, esconder el botín en alguna costa desierta y desaparecer. Esa era la única solución... la única posible.

Ella fué a la cabina de Pendleton, pero el no estaba allí. Se volvió en el pasaje y comenzó a escender las escaleras que conducían a la cubierta superior. Estaba llegando arriba, cuando vió el rostro de Pendleton, que se destacaba contra el brillantemente iluminado firmamento. El estaba caminando lentamente, con la cabeza baja y las manos colgando, como si estuviera reflexionando profundamente. De repente se oyó el rumor producido por pasos precipitados, y a continuación comenzó una lucha. Gritos y juramentos llenaron el aire.

Pendleton lanzó un grito y después se oyeron varios disparos de revólver. Pauline corrió hacia la cubierta, cuyo piso estaba resbaladizo por la sangre que corría por el. Tres de los guardianes yacían allí, dos retorciéndose en agonía y el tercero ya inmóvil, habiendo sido muerto instantáneamente. Cerca del puente, al pie de la escalera, Pendleton estaba defendiéndose de los amotinados. Tenía la espalda apoyada en el mastil de acero y su revólver apuntaba a los tripulantes que formaban la vanguardia de los rebeldes.

Los hombres ciegos vacilaron. Entonces Pauline oyó la voz resonante de Saxton y vió como el viejo se arrojaba hacia adelante.

—Adelante, compañeros! — gritó Saxton — Vamos a desembarazarnos de él! El ha detenido el día del Juicio con su electricidad y esto tiene que terminar. Yo los voy a dirigir discípulos míos!

Y a continuación de estas palabras, corrió hacia Pendleton cuyo revólver hizo fuego de nuevo.

Saxton se tambaleó durante un momento pero después prosiguió su marcha. En su mano llevaba listo para herir, el mismo cuchillo con que había cortado las ataduras de Merton. Pauline vió al arma relanpaguear al cruzar por el aire. Después, el revólver de Pendleton hizo fuezo de nuevo y Saxton vaciló de nuevo, concluyendo por caer a la cubierta, mientras se quejaba débilmente.

El falso profeta había sido herido en la pierna, y la bala debía haber interesado algún nervio vital, pues intentó levantarse varias veces, pero sin conseguirlo. Pendle-

ton, cubierto de sangre por una herida recibida del cuchillo lanzado por Saxton, se lograba mantener de pie mediante un gran esfuerzo, y sonreía en dirección a Pauline. En ese momento, la joven distinguió el humo de un vapor, ótra vez. A duras penas lograba discernir la forma del buque, visible como un punto oscuro, a muchas millas de distancia. Pendleton se dió vuelta, y lo vió también. La detonación de un cañón, llegó débilmente hasta sus oidos. Era uno de los cañones de grueso calibre del "Menphis" que había hecho fuego. Pero era un disparo hecho con pólvora sola, pues Merton sabiendo que el "Guederland" podía ser alcanzado fácilmente por el destroyer, había insistido hasta conseguir que no se disparara con bala a menos de ser absolutamente necesario.

Uno de los guardianes ciegos levantó a Saxton, y el falso profeta quedó frente a frente con Pendleton y sonriendo irónicamente. No parecía atemorizado en lo más mínimo por el arma en las manos de su enemigo, y éste pareciendo comprenderlo, no hizo fuego. Pauline se adelantó impetuosamente, colocándose entre los dos hombres.

—Escuchen! Escuchen! — ella exclamó desesperadamente. Saxton pareció verla a ella por primera vez.

—Yo la he pedido a usted, — gritó el — el Día del Juicio va a venir muy pronto, y usted es mía...

—Escúcheme, entonces, lo que voy a decirle, Mr. Saxton: me casaré con usted, si accede a hacer que sus hombres hagan alejar al buque hasta que se halle fuera de peligro, y después desembarquen a Mr Pendleton en la costá más cercana. No se dan cuenta de que todos ustedes van a ser enviados a la silla eléctrica? Usted debe acceder a lo que pido! — exclamó élla abrazando a Pendleton por el cuello. — No puedo permitir que muera como un vulgar criminal!

El cañón lejano volvió a hacer fuego de nuevo. Pendleton, sin contestar a la muchacha, apuntó a Saxton, con su revólver y oprimió el gatillo. La cámara del arma se hallaba vacía y el tiro no salió. De pronto, se dió vuelta y tomando a Pauline en sus brazos como si fuera una criatura subió la escalerilla de acero con ella, dirigiéndose a la torre.

Los hombres ciegos vacilaron durante un instante y Pauline oyó a Saxton ordenándoles que acabaran con su enemigo. Pero Pendleton ya había llegado a su santuario, y cerró la puerta trás el.

Depositó a la joven sobre un diván y extendió una mano.

—No! — gritó Pauline — Usted no cometerá más asesinatos. Escúcheme: voy a consentir en casarme con Saxton y el se encargará de hacerse obedecer por los hombres y lo desembarcará en algún lugar donde nadie lo llegue a encontrar...

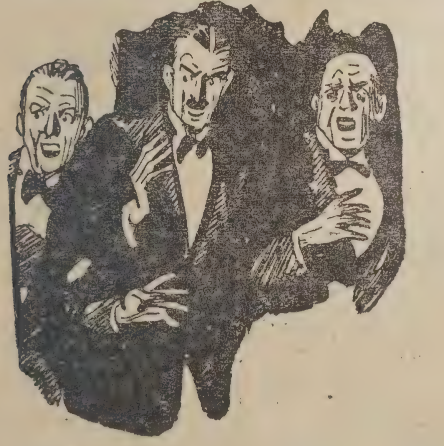
—No hay manera alguna de escapar, siró esta, — contestó Pendleton — los tanques de petróleo se hallan vacíos, pues el "Guederland" no fué aprovisionado, siendo la única cosa que me olvidé y por la que he fracasado.

Dió vuelta a una llave e instantáneamente se produjo la obscuridad. Pauline, quien se hallaba al lado de Pendleton, resultó impotente para hacerle cambiar de resolución. Ella sabía que el criminal se hallaba gravemente herido, pues la sangre aun manaba abundantemente de su pecho, pero asi y todo tenía tanta fuerza como tres hombres juntos. Por fin desistió de sus esfuerzos para convencerlo, y se dejó caer al suelo, medio desmayada.

El "Menphis" se hallaba ahora a una distancia de cinco millas. Las máquinas del "Guederland" se habían detenido, pues los maquinistas, obedeciendo a las órdenes de los amotinados, habían hecho parar al trasatlántico en medio del mar. A veces se oía la voz tronante de Saxton y dos o tres veces algunos fanáticos subieron la escalerilla y fueron a golpear sobre la puerta de la torre. Pero dentro de ella, Pendleton estaba manipulando en el mecanismo del transformador y la obscuridad se mantenía impenetrable.

Los hombres a bordo del 'M'enphis" envueltos de improviso en la obscuridad, vieron el círculo blanco del mar con todos los colores del arco iris, acercándose hacia ellos lentamente. Pendleton iba disminuyendo el poder de las ondas eléctricas gradualmente, lo mismo que se hace con una máquina fotográfica. Estaba tratando de colocar el arco iris mortal sobre el casco negro del destroyer. Pero de improviso una potente luz blanca proveniente del "Menphis" se divisó en medio de la obscuridad del disco. Se movió a derecha e izquierda y al fin de aquel camino luminoso apareció el "Menphis" acercándose. Sobre la cubierta, Pendleton podía ver un objeto que se parecía a un enorme espejo, que brillaba en el sol, lanzando brillantes rayos de luz blanca. Dió vuelta a la llave de nuevo, y el disco de la obscuridad desapareció como por encanto. Pauline se puso en pie de un salto.

¿CUAL de los TRES?



Es el título de la novela de género policial que servirá para nuestro 4o. Concurso.

Pendleton la estaba mirando, con una triste sonrisa en sus labios.

—Estoy vencido, — dijo como si hablara consigo mismo — yo sabía que Merton llegaría a encontrar la solución, pero no creía que lo hiciera tan pronto. Yo contaba con el terror, la superstición y la confusión que le produjera... Sin embargo, Hertz nos ha demostrado que la radiación eléctrica de un oscilador puede ser desviada por espejos cilíndricos, lo mismo que puede desviarse la luz. La única dificultad por resolver es ajustar el espejo a la dimensión de las ondas. Bueno, todo ha terminado ahora.

Abrió la puerta de la torrecilla y salió afuera, tambaleándose. La muchacha le siguió, abrazándose a el y tratando de impedir que la sangre siguiera manando de la herida que tenía en el pecho. Pero de improviso Pendleton se desplomó al suelo, cayendo sobre la pequeña plataforma que había fuera de la torrecilla de acero. Pauline se inclinó sobre él, pero en ese momento aquel genio criminal levantó la cabeza y la miró.

—Todo ha concluído! — volvió a repetir.

Ella lo abrazó y comenzó a cuchichear al oído. Pendleton trató desesperadamente de hablar, pero en vez de eso, cayó hacia atrás con la cabeza apoyada sobre el brazo de la muchacha. Y hasta que su vida se extinguió fijaron los ojos de él en el rostro de la joven.

Merton fué el primero en abordar al buque pirata y no encontró oposición alguna. Los hombres ciegos, llenos de terror, apenes si notaron que los marineros del "Memphis" invadían el buque. Sus ojos sin vista se hallaban fijos sobre un hombre viejo, que yacía en el suelo murmurando plegarias en voz baja.

No hizo resistencia cuando lo llevaron.

Después de subir la escalera de hierro, Merton encontró a Pauline, inclinada sobre el cuerpo del que había sido Pendleton El lanzó una exclamación de asombro y se inclinó para levantarla en sus brazos, pero ella lo miró con fijeza y seriedad, señalándole el cuerpo cuya cabeza aun descansaba en el brazo de ella. Los ojos, ahora inmóviles, se hallaban todavía fijos en ella.

Pauline los cerró, dejó caer la cabeza lentamente y se levantó. Merton la atrajo con sus brazos y la estrechó con toda la emoción contenida durante tanto tiempo.— Ahora te puedo decir mi secreto, — le dijo ella — él era mi padre.

Al volver a Nueva Yory los héroes de la jornada fueron objeto de una gigantesca manifestación de simpatía. Más tarde Pauline y Merton se casaron con la mayor pompa y su unión fué bendecida por el beneplácito popular. Tuvieron tres hijos, los que llegaron a ser inventores de gran mérito, trabajando en el laboratorio eléctrico junto con su padre. Llegaron a construir la más gigantesca estación de radio del mundo, con la que esperan comunicarse un día de estos con Marte o Venus, y son conocidos por todo el mundo como "los magos de la electricidad". Muchas veces Pauline y Merton pensaban con melancolía en el triste fin del padre de ella, víctima de su propia locura homicida, pero se consolaban pensando que si no hubiera sido por él, jamás habrían llegado a conocerse.

F I N

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

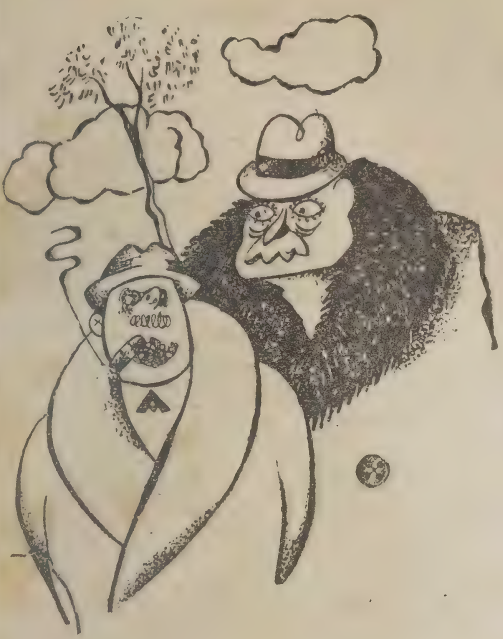
Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países „	12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.



—Tengo doce hijas a las que tengo que dar de comer.
—A las doce?
—No; a veces, a la una.

—Sí señora; ya he dejado mis antiguas amistades, que no me daban honra alguna. Ahora estoy de mozo en una cuadra.
—Hace usted bien; recuerde el refrán: "Dime con quién andas y te diré quién eres".

POR ATRAS

Entre muchachos.
—Yo ví un hombre que pasó la via cuando el tren estaba a medio metro de él.
—¿Y no se mató?
—No. ¿Sabes por qué?
—No.
—Porque el tren iba para atrás.

LO QUE TENIA

Un señor llama a un vendedor de diarios.
—¿Tienes "Pucky"?
—Se me acabó señor.
—¿Y "La Prensa"?
—Tampoco tengo, señor.
—¿Entonces qué tienes?
—Un frío bárbaro, señor.

INGENUIDAD INFANTIL

Juanito ha sacado de la quinta del vecino varias manzanas.
Su mamá le da unos azotes.
Poco después ve a Juanito llorando en un rincón.
—Vamos, menos mal. ¿Sientes remordimientos, no es así?
—Sí, mamá, sotre todo aquí.
—¿Dónde?
—En la barriga.

EN UN RESTAURANT

Mozo — ¿Qué se va a servir señor?
Cliente — Un bife, pero que sea muy grande porque estoy muy nervioso y cualquier "pequeñez!' me irrita.

TENIA RAZON

La mamá—Juancito, anda a preguntar al almacenero que hora es.
El niño—Muy bien mamá. (Va y vuelve corriendo). Mamá, dice el almacenero que son las veinte.
—¡Cómo! — exclama la mamá — ¡son las veinte!
—Sí — dice el niño — el almacenero me dijo que son las diez y diez.

TODO CARA

Un sujeto que viajaba por un territorio del Sur se encuentra con un indio que por todo vestido llevaba un tapa-rabo. Al verlo con tan ligero abrigo no pudo menos que preguntarle:
—Pero amigo, ¿usted no siente frío?

A lo que el indio responde:
—¿Vd. frío cara?
—Yo en la cara no.
—Bueno, termina, yo todo cara.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
NUNCA HE VISTO UNA COSA IGUAL. EL CLUB "LOS PATOS" VA GANANDO Y YO JUGUE A FAVOR DE "LOS NENES"
ES ESE PIBE QUE TIENEN DE MASCOTA, QUE LES DA SUERTE
PIPERMIT, ERES UN GRAN PIBE. ¡QUE GRAN TRIUNFO PARA NUESTRO CLUB!
¡OH, CAPITAN! NO ES GRAN COSA LO QUE YO HAGO
¡VAMOS! ¡AHI VIENE LA PELOTA!
DESPACIO, CHE. ¡AHORA! ¡DALE CON ALMA Y VIDA!
¡SIGUEN GANANDO "LOS PATOS"!
¡QUE TIGRES SON "LOS PATOS"
¡YO HE JUGADO CONTRA "LOS PATOS"!
¡ESE PIBE ES COLOSAL!
¿TE VAS, PIPERMIT?
SI, ME HAN AVISADO QUE ME ESPERA UN AMIGO EN MI CUARTO
DEBECK
© 1930, King Features Syndicate Inc Great Britain rights reserved
¿QUIEN HA ENTRADO AQUI? ESA VALIJA...
...Y EMPEZARA A CONTAR LA PLATA... ENTONCES...
Y CUANDO ENCUENTRE LA VALIJA LA ABRIRA...
...CUANDO ESTE MAS DESCUIDADO... NO HAY QUE HACER MUCHACHOS. ESA MASCOTA NOS ESTA HACIENDO PERDER LA PLATA

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 359
Agosto 15
de 1930

20 cts.

EL DERECHO DEL MAS FUERTE

Por JAMES TAYLOR

CAMBALACHERO

Mi papá tiene relojes, capas, medallas de premios.

—El mio tiene más que eso; tiene cadenas, cuadros, además de relojes, copas y medallas.

—Entonces debe ser un gran atleta.

—No. Es cambalachero.

SIN CURA

En la consulta médica de mi célebre especialista tocó el turno de visita médica a una elegante señora; introducida en el gabinete del clínico éste le dice:

—¿Qué es lo que siente, señora?

—La señora distraída — Soy baronesa, profesor — contesta con orgullo.

El médico en tono de risa — Siento mucho, pero esa enfermedad no la puedo curar.

CUENTO VIEJO

En una reunión se habla de las iglesias de Buenos Aires.

—Pues a mí, la que más me gusta — dice una señora casada en terceras nupcias— es la de San Nicolás, porque es en donde "acostumbro" a casarme.

CRUEL DESTINO

—Profesor, ¿qué se ha hecho de Tomás Lacopa, el que estudiaba con nosotros el año pasado? — preguntó el estudiante al catedrático de química en el laboratorio.

—¡Ah! ¡Lacopa! ¡Pobre! Era bastante distraído. ¿Sabe? Estaba haciendo unos ensayos de explosivos.... ¿Ve aquella mancha que hay en el techo?

—Sí.

—Es él.

VIVEZA

Una recién llegada se coloca en una casa de familia rica.

El primer jueves la patrona le avisa que es día de visitas. Poco después llegan dos señoras y le entregan a la criada una tarjeta.

La criada lleva la tarjeta a la patrona y ésta le dice que haga pasar a las señoras.

Vuelve la criada y les pide otra tarjeta. Como las señoras le contestan que ya la dieron, vuelve la fámula donde está la patrona y exclama:

—Señora, con un solo cartoncito de entrada quieren pasar las dos.

EXACTITUD

—¿Cuántos lados tiene un cuadrado?

—Cuatro.

—¿Y un exágono?

—Seis.

—¿Y un octógono?

—Ocho.

—¿Y un círculo?

—Dos.

—¡Cómo dos!

—Sí, el lado de afuera y el lado de adentro.

—Mi novio se me pasa la vida haciendo de narrador de escenas.

—¿Y piensas terminar con él?

—¡Oh, no! Es director de películas.

IMPORTANTISIMO

El maestro: — Nombre dos cosas importantes hoy que no existían hace cien años

El alumno: — Usted y yo.

EL MAYOR FASTIDIO

—¡Qué tipo es Butifarron! ¡Siempre buscándose fastidios!

—¡Qué! ¿ha pensado en casarse?

POLLERIA

En una granja de Virginia (Estados Unidos):

—¡Ah! ¡Con que usted, Sambo, me ha dicho siempre que no me robaba los pollos y ahora le sorprendo con uno debajo del sombrero! ¿Cómo explica usted eso?

—No sé; el pollito se me habrá subido por la pierna, señor.

LATERO

Se habla de un temible conferenciante, tan pesado, que su auditorio le abandona siempre a los pocos momentos de haber tomado la palabra.

—Me consta — dice uno, — que para consolarse de su desdicha, anda siempre por la calle junto a las paredes.

—Lo hace, sin duda, porque las paredes oyen.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 359. -- AGOSTO 15 DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

EL DERECHO DEL MAS FUERTE

Por JAMES TAYLOR

Desde el principio del mundo, la fuerza, en el reino animal, triunfó siempre sobre el derecho. Este original cuento narra la lucha entre dos alces gigantescos

UNA FOTOGRAFIA QUE VALE LA PENA

El indio amarró la canoa en un tosco embarcadero y se acercó a la cabaña de troncos, construída entre los pinos de la orilla del Río del Ciervo Rojo.

Había dado apenas media docena de pasos, cuando el cuero que formaba la puerta de la cabaña, se levantó y un muchacho de unos diez y siete años, de cabellos rubios y brillantes y risueños ojos azules, salió al encuentro del indio.

—¡Nakoomis, viejo zorro! — dijo el muchacho estrechando afectuosamente la mano del indio — Precisamente es usted el hombre, que necesitaba. Entre, lo convido con tocino, huevos y buen café ¿Cómo supo que yo estaba aquí?

El indio prefirió dejar eso en el misterio. Fred asistía a la escuela superior de Edmonton, la principal ciudad del Noroeste; pero ahora gozaba de vacaciones y hallábase a cientos de millas más al norte. Había llegado recién el día antes; sin embargo el indio debió enterarse de su presencia allí, aunque Fred no había comunicado a nadie sus planes.

Aquellos grandes abetos obscuros y el plácido río constituían la tierra de Fred. Nakoomis lo conocía desde que era un bebé y existía una maravillosa amistad entre el viejo guerrero y el muchacho.

Nakoomis había enseñado al muchacho el amor a la naturaleza y lo había iniciado en los misterios del bosque, de las montañas y del río. Para Nakoomis las costumbres de los animales y aún los motivos que impulsaban sus acciones eran un libro abierto. El resultado de las lecciones del indio fué que Fred se había convertido en algo más que un cazador. Era también naturalista y usaba más los anteojos de campaña y la cámara fotográfica que el rifle.

Exhibió esta última arma, con orgullo, al indio. La había traído desde Edmonton, a través de los ásperos senderos de la selva hasta la cabaña de los pinos. Esperaba hacer una buena cacería aquel otoño.

La máquina fotográfica era de las provistas de un espejo. Se reflejaba en el buscador una imagen tan grande como la fotografía que se iba a tomar y era posible verla en el momento de la orientación. Para sacar instantáneas de la vida salvaje del bosque era invalorable.

—¿Ve, "Koomis"? — explicó el muchacho después que se hubieron desayunado "Con esto se puede obtener cualquier fotografía de un animal en movimiento, un halcón volando o un ciervo corriendo, sin perder una fracción de minuto de tiempo.

La caja negra era más o menos un misterio para el indio; pero apreciaba las ventajas de la velocidad.

—Si tenemos suerte, obtendremos hoy algunas instantaneas — dijo Fred — ¿Cómo va el Gran Alce?

Gran Alce no era el nombre de un jefe indio, si no el de un joven alce cuya carrera habían observado el indio y el muchacho blanco con interés. El otoño anterior el Gran Alce había desafiado al Viejo Jefe, el arrogante rey del rebaño. Después de grandes dificultades, el alce joven fué derrotado y corrido hacia la soledad, convirtiéndose en proscripto por un año. Pero entonces no había alcanzado aún su madurez plena. Este año la batalla se repetiría sin duda; pero con resultados diferentes.

—Eso es lo que he venido a avisarle — contestó el indio — Gran Alce se muestra inquieto. Quiere vivir entre los de su clase. En cualquier día, en cualquier minuto, habrá gran pelea.

—Por Dios ¡qué linda fotografía podría resultar! ¿Cree que hay posibilidad de tomarla, Nakoomis?

—Con un poco de suerte, sí.

—Se que no podemos pretender que los los animales se trencen en pelea para complacernos — dijo Fred — Pero podemos esperar... seguirlos.

—Podemos hacerlo hoy.

—¿Por qué no bajamos los saltos y vigilamos en las orillas del Abra Silenciosa? — sugirió Fred — Es un buen campo de batalla para los alces.

Mientras hablaba, Fred se levantó de la silla, pronto a la acción. Nunca vacilaba, porque conocía el valor del tiempo. Su cámara y la vida en contacto con la naturaleza se lo había enseñado. Podía esperarse días y semanas para obtener una buena fotografía; pero una vez perdida la oportunidad, no volvía a encontrarse.

La perspectiva de una lucha entre los dos campeones alces tenía que emocionar a cualquiera. El alce pelea de un modo particular. Los machos se atacan de cabeza y el ruído producido por el choque de las astas es algo que tiene que oirse para apreciarlo. Aunque grandes — un alce mediano mide siete piés de altura hasta los hombros — se lanzan unos sobre otros con sorprendente velocidad. Sus grandes cuernos chocan con estrépito terrible y ambos animales se sientan sobre sus ancas, si no caen al suelo.

Sin detenerse — porque no hay piedad para el adversario — no bien pueden recobrarse del terrible choque, atacan de nuevo. Ciega, ferozmente vuelven a la carga, luchan y luchan hasta que uno es vencido. Desde ese momento, el victorioso ocupa su sitio, como jefe del rebaño. Es la ley del más apto y fuerte.

La lucha entre el Gran Alce y el Viejo Jefe sería épica. Ambos eran animales gigantescos. El Viejo Jefe estaba muy lejos de hallarse en decadencia; pero durante su destierro el Gran Alce se había visto obligado a ser doblemente vigilante, doblemente activo, y estaría en excelentes condiciones para la lucha.

Antes de que se pusieran en camino, el indio detuvo un momento al muchacho.

—Lleve pequeña pistola. Puede ser útil.

—¿Qué idea se le ha ocurrido, Nakoomis? — preguntó Fred, porque no era regla general llevar pistola.

—He visto a René Undermouse, el Mestizo — contestó Nakoomis — No esta aquí para nada bueno. Dice que va a ajustar a usted las cuentas.

Los ojos de Fred se achicaron. René, el mestizo, no conocía leyes. Era cazador en vedado. Fred tuvo que denunciarlo más de una vez al guardia de caza y René había dicho que se vengaría

—¿Qué es lo que quiere, Nakoomis?

—Cuando habla, dice millonario del Este ofrecióle gran montón dinero por cabeza y piel de alce.

—¿Con qué esas tenemos, eh? — dijo con sonrisa ceñuda — ¿Y supongo está dispuesto a matar un alce para conseguirlas?

El indio movió afirmativamente la cabeza.

Fred se dirigió a un armarito colgado de la pared y sacó un pequeño automático. Metiólo en el bolsillo de la cadera.

—Mejor lleve gran rifle — dijo Nakkomis.

Pero Fred movió negativamente la cabeza.

—Es muy posible que sólo sean fanfarronadas de René. dijo — De todos modos no podemos cargar la canoa con cosas inútiles. Yo tendré que dedicar toda mi atención a la cámara. Hay que pensar también en las cascadas. No vamos a ir incómodos porque ese bribón ande por los alrededores. Es bastante con el revólver.

Se pusieron en camino. Fred sabía perfectamente que las amenazas del mestizo no eran vanas. René era astuto y vicioso. Nunca olvidaba lo que creía una injuria y se lo conocía un modo de lavar una ofensa... a traición. Pero Fred no quería que ese pensamiento malograra su día de deporte.

El indio se sentó a popa y agarró el remo; empezaron a deslizarse en medio de la corriente. Movíase graciosamente entre grandes y obscuros pinos y aunque estaban todavía a cierta distancia de las cascadas oían su ruído como un trueno lejano. Mientras avanzaban, la corriente era más rápida y el rumor convertíase en rugido. Dieron vuelta un recodo del río y el indio indicó con la barba en dirección a las cascadas.

Fred siguió la mirada de Nakoomi. En las rápidas aguas se veía una pequeña y frágil canoa. Era manejada, con gran habilidad, con un sólo remo, y había en ella un hombre, vestido de rojo, con desgreñado cabello negro. Era René, el mestizo.

—Lleva un pesado rifle — comentó Fred,

—¿Por qué prohibe ley matar alces? — preguntó el indio.

—Si se permitiera la caza del alce, pronto se exterminarían.

Por un momento, una expresión peculiar, dura, apareció en los ojos del indio.

—Rostros pálidos hacen con alces y búfalos como con pobres indios. Quieren conservarlos. Mejor morir peleando.

Fred estuvo un momento silencioso.

—Podrían estar peor, bien lo sabe usted — dijo por fin — ¿Y para qué pelear cuando es mejor vivir en paz y apreciar las maravillas de la naturaleza? De todos modos,

René estaba armado de un rifle

no voy a sostener una discusión con usted, viejo.

Habían entrado a las cataratas. La canoa pareció ser agarrada por una mano gigantesca, Nakoomis tuvo bastante trabajo en apartar la canoa de las traicioners rocas. Fred dedicó todos sus esfuerzos a sostener el equilibrio y proteger su cámara de las hirvientes espumas.

Por último pasaron, dejando las cascadas detrás. La canoa, que había sido sacudida como un corcho, volvió nuevamente a ser dueña en vez de esclava y deslizóse triunfalmente sobre la plácida abra.

De pronto oyeron resonar en el aire tranquilo el rugido de desafío de dos machos, a punto de entrar en pelea.

—¡Por Dios, que tenemos suerte! — exclamó Fred lleno de júbilo.

Nakoomis escuchó con atención. Trataba de localizar el sonido. Luego inclinóse hacia adelante, haciendo deslizarse rápidamente la frágil embarcación sobre el agua.

Fred, sentado en el medio, preparaba su máquina para sacar fotografía. Su corazón latía rápidamente presintiendo la emoción de lo que iba a ver.

Dieron vuelta una curva. Los pinos que les obstruían la vista, quedaron a un costado.

LA VENGANZA DE RENE

Escondido entre los pinos, acechaba René, el indómito mestizo. Sabía que matar a un blanco era quebrantar la ley; pero cierto millonario oriental, que no tenía ni tiempo ni habilidad para la caza, le había prometido buen precio por una cabeza del animal.

De modo que, día tras día, con astuta paciencia, René había seguido al Gran Alce, siempre vigilando, siempre esperando y ahora su oportunidad había llegado.

Entretanto, ni los dos machos preocupados por su conflicto, ni el muchacho, ni el indio, se habían dado cuenta de la presencia de René. Cada uno estaba absorto en sus asuntos.

Si los machos no hubiesen estado enloquecidos por el rencor, hubieran advertido la proximidad del mestizo.

Viejo Jefe y Gran Alce se lanzaron el uno contra el otro. Chocaron sus cuernos, con la velocidad de trenes expresos; a pesar de su gran tamaño y peso fueron proyectados

hacia atrás, como si fuesen pajas, y cayeron al suelo.

Inmediatamente se incorporaron de un salto y volvieron al ataque. Estaban frente a frente, entrelazados los cuernos, procurando derribarse el uno al otro.

Entre los rugidos de los animales, el clic de la máquina fotográfica no se oyó.

Fred hubiera querido gritar; pero su sentido común le aconsejaba permanecer silencioso y quieto. Febrilmente, preparóse para obtener una nueva fotografía. Nakoomis permanecía sentado, inmóvil como una roca, observando intensamente. Los grandes animales se atacaron otra vez. Parecía que Viejo Jefe se reponía menos rápidamente. Una vez más cargaron.

René se deslizaba ahora entre los árboles, casi a distancia de tiro. No tenía más que hacer otros cincuenta pies hasta la orilla del río para tener una clara visión. Pero el Viejo Jefe se debilitaba. Cada vez que caía, costábale más levantarse. Nuevamente se paró y otra vez atacóle Gran Alce; esta vez el atacante pareció levantarse en los aires para añadir más fuerza a la carga.

Era el fin. Durante un largo rato, Viejo Jefe no se levantó. Gran Alce permaneció con la cabeza baja, inmóvil esperando que su contrario se alzara, el alce es un 'sportman'', nunca ataca al enemigo caído. Sólo cuando el viejo monarca levantóse y se dió vuelta para huir, lanzó su rugido de triunfo.

Entre los pinos, René estaba decepcionado. Había esperado que uno de los animales quedara muerto. Cierto que podía seguirlo a Viejo Jefe; probablemente el animal estaba mal herido. Pero, bajo el impulso de una cólera mezquina, alzó el rifle y le apuntó al triunfante Gran Alce.

El animal no presintió la presencia de su más grande enemigo... el hombre, por que René había cambiado de posición. Pero Nakoomis lo vió. Vió brillar momentáneamente el sol sobre el acero y comprendió que un hombre, provisto de rifle, estaba oculto entre los abetos. En aquel mismo instante vió René que Gran Alce estaba a tiro de su rifle.

Hizo fuego y le erró, porque un segundo antes de que la detonación del rifle vibrara sobre el agua tranquila y fuera repetido en eco por los pinos, había resonado un grito agudo. Aquel grito partió de la garganta del guía indio. El alce, sorprendido, dió un salto de costado y aquel movimiento repentino le salvó la vida. Cuando resonó la detonación del rifle, había huído.

René también quedó sorprendido. Con un grito de cólera salió al descubierto

Nakoomis se inclinó sobre su remo. Se dio cuenta inmediatamente de que se hallaban en peligro de muerte.

René estaba a cubierto y armado de un rifle, contra el cual la pequeña arma que Fred tenía en su bolsillo era pobre defensa, a larga distancia.

Con el impulso de los remos, la pequeña embarcación lanzóse hacia adelante, agitando apenas la superficie del agua. Fred vió a René apoyar una vez más el rifle en el hombro. Lanzó un grito para prevenir al indio. La canoa deslizóse a un costado y René erró el tiro. La bala picó en el agua, sólo a pocos piés detrás de ellos.

Fred apretó los labios. René no se conformaba con matar alces; quería añadir un crímen a la larga serie de delitos cometidos.

El mestizo no tuvo tiempo de hacer fuego nuevamente, porque estaban al abrigo de los pinos. Luego la canoa atracó en el barro blando de la orilla del abra. Los dos hombres saltaron a tierra. Fred tuvo que dejar la cámara en la canoa, que sacaron del agua, arrastrándola hasta un sitio alto. En vez de la máquina llevaba el automático en la mano.

Las condiciones eran ahora más iguales. Pero no resultaba agradable deslizarse por entre el bosque obscuro, sabiendo que alguien los acechaba, un hombre loco de rabia.

Cuando comprendió que era imposible hacer fuego nuevamente con esperanza de éxito, René se metió entre los árboles. Dando un rodeo, dirigíase ahora cautelosamente al sitio donde habían desaparecido sus enemigos.

A su vez, Fred y el indio se internaban también en el bosque. Nakoomis esperaba encontrar el rastro de René en el suelo blando. Cuando lo hallara, seguiríalo hasta caer inesperadamente sobre el mestizo, de modo que no pudiera resistirse.

Poco después sus expertos ojos hallaron el rastro. Lo siguieron y vieron a René. Estaba esperando, atento, en una pequeña zanja. La zanja estaba seca y tenía altas orillas, a lo largo de las cuales formaban los pinos una sólida pared verde obscuro. Mientras permaneciera en la zanja, no podían tomarlo por sorpresa, de modo que se vieron obligados a esperar.

Ninnguno de ellos estaba preparado para lo que siguió. Dentro de la zanja se dejó caer, trastabillando, más bien que saltó, Viejo Jefe. Estaba enloquecido de dolor y rabia por su derrota. Ahora, sabiendo que la muerte estaba próxima, se vengaría en cualquiera que le saliese al paso.

Cayó muy cerca de René y antes de que el miserable pudiera hacer fuego, el animal estaba encima de él. El mestizo se dió vuelta y echó a correr para salvar su vida; Fred salió a descubierto e hizo fuego. La bala pególe al animal enfurecido en un punto vital y lo hizo caer; pero no sin que antes lo hubiera lastimado seriamente al mestizo.

Pero cuando Nakoomis y Fred pudieron quitarle de encima el cuerpo del gran animal, vieron que René todavía respiraba. Nakoomis lanzó un gruñido de disgusto y hubiera dejado morir allí al mestizo; pero Fred no quiso oir hablar de ello.

Sin darle tiempo ni oportunidad al indio para discutir, lo mandó que fuera hasta la orilla del río para traer agua y el botiquín de primeros auxilios que siempre llevaba consigo.

Cuando el guía volvió, las heridas de Re-

né fueron curadas lo mejor posible, dadas las circunstancias.

—Yo creo que curará — dijo Fred por fin, examinando su obra con cierto orgullo — Ahora, ¿cómo vamos a trasladarlo a su cabaña?

Naturalmente que era imposible llevarlo en la canoa por las cataratas, de modo que había que trasladarlo por tierra. A través del gran bosque de pinos, la tarea no era fácil. Al principio había tenido Fred la idea de hacer una tosca camilla de ramas de pino; pero aquellas, duras y cortas, no eran material apropósito. Llevaría mucho tiempo y cada minuto era precioso. Habría también que hacer dos viajes, uno para llevar a René y el otro cuando Nakoomis volviera a buscar la canoa.

De modo que al fin colocaron al mestizo, medio desvanecido, lo más cómodamente que pudieron en la canoa y cargaron ésta sobre los hombros, a través del bosque. Una vez pasadas las cataratas, irían por el río.

Cuando llegaron al fin a la cabaña del mestizo, Fred envió a buscar al medico a Fort La Salle.

René tuvo que guardar cama tres semanas, durante las cuales Fred lo cuidó tan tiernamente como si hubiera sido su mejor amigo. Nakoomis no podía comprender y demostraba abiertamente su disgusto. Desolló el alce y trajo sus hermosos cuernos como trofeo.

Fred insistió en que estos eran de René. Le dijo al hombre que, después de todo, podría obtener la recompensa ofrecida por el millonario oriental.

Pero durante aquellos largos y penosos días, el corazón del mestizo había experimentado gran cambio. Había empezado a comprender que había cosas mejores que el dinero y aún que la venganza.

—Los trofeos son suyos — dijo a Fred tranquilamente y luego: —¿Por que no me mató en los bosques? Yo lo hubiera matado a usted.

Fred no contestó directamente a la pregunta.

—Un amigo suyo ha venido muchas veces a verlo mientras estuvo usted enfermo. Es el Padre La Londe; volverá esta tarde. Creo que él podrá exjlicarle eso mejor que yo.

—Esta es la máquina que he inventado para lavar la ropa.
—Pues bien: hubiera podido inventar otra para lavarse la cara y las manos.

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

LA CASA SINIESTRA

Por Donald Stuart

(Conclusión)

—¡Gracias a Dios! — replicó el repórter fervientemente — Siga... largue el rollo.

Flower extendió su mano hacia la mesa para servirse un cigarrillo y lo encendió cuidadosamente.

—Como le dije — empezó mirando atentamente el extremo encendido del cigarro — teníamos hacía tiempo nuestras sospechas sobre Tallent. Habían llegado a nuestros oídos rumores extraños. Nada muy tangible; pero lo suficiente para hacernos suponer que bajo la capa de su negocio legal, Tallent se dedicaba a actividades ilícitas, pero lucrativas.

—¿A cuáles? — preguntó el repórter.

—Recibía objetos robados. — dijo Flower aspirando una gran bocanada de humo.

—¡Cielos!—

—Parece sorprendente ¿no? Pero así es. Hace meses que estábamos prácticamente seguros; pero no pudimos conseguir la menor prueba de ello hasta.. hoy.

Se detuvo y se aclaró el pecho.

—La trágica muerte de Tallent en Las Hayas Susurrantes nos dió — o mejor dicho me dió — oportunidad de revisar sus papeles. Y si antes había falta de pruebas, ahora existen suficientes. Lástima — añadió moviendo tristemente la cabeza — que sea demasiado tarde para obrar.

—Pero ¿y ese Selton o como se llame? ¿Cómo entra en nuestro asunto?

—No entra — contestó el Dulce Guillermo con un suspiro — Ha salido de él. Salió, según el médico de policía, hace treinta y seis horas.

Dió una larga chupada a su cigarro, exhaló lentamente una nube de humo y continuó:

—Entre los varios documentos comprometedores, que encontramos en la caja privada de Tallent, había un libro donde él había anotado claramente las muchas transacciones que había realizado y también los nombres de los delincuentes con quienes hizo negocio... Una colección interesante. Se mencionaba también una dirección en Lambeth, donde aparentemente tenía Tallent por costumbre encontrarse con sus criminales asociados. Visité el sitio sin pérdida de tiempo y hallé, no solamente más pruebas contra él si no, al pié de la escalera, el cuerpo muerto de un pequeño ratero muy conocido, Selton. Había recibido dos tiros en la espalda y se trataba evidentemente de un crimen. La mano que mató a Tallent en Las Hayas Susurrantes, evitóle al verdugo una tarea.

Antonio rescotóse contra el borde de su mesa de trabajo y metió las manos en los bolsillos.

—¿Y qué relación hay entre este asunto y el otro? — preguntó — ¿Que tiene que ver Tallent con todo? Usted dice que no mató a Savini, de modo que...

Flower alzó su gorda mano en señal de protesta.

—Usted va demasiado a prisa — objetó — La relación entre el difunto y lamentado Tallent y los extraños acontecimientos de la Casa Siniestra es ligeramente complicada, tan complicada en realidad que no estoy seguro todavía si mi teoría es correcta o no...

—¿Y cuál es su teoría? — preguntó prontamente el repórter.

El Dulce Guillermo aplastó cuidadosamente su cigarro contra el cenicero.

—Eso necesitaría una larga explicación — empezó — Y no se si estará todavía justificada...

—Vea, — interrumpió Antonio impaciente — Déjese de evasivas y contésteme claramente — ¿Sabe usted lo que hay en el fondo de estos asesinatos, el incidente de la máquina infernal etc. etc.?

Flower pensó, mirando una vez más a su amigo, por encima de sus invisibles anteojos.

—Tengo una buena idea — contestó después de ligera pausa — Si tengo una idea muy buena.

—Entonces, por amor de Dios, dígamela — gruñó el repórter.

—A menos que me equivoque enteramente, todo tiene origen en el asesinato del doctor Shard y en el hecho de que éste se ocupara de buscar un método de curación para el cáncer, en la época de su muerte.

—¿Y qué demonio puede tener que ver la cura del cáncer con estos sucesos? — preguntó sorprendido el repórter.

—Todo. — contestó decididamente Flower — Es el eje de todo el asunto. El motivo de la muerte de Savini. Fué la razón de la muerte del doctor Shard y de que la promisora carrera del señor Tallent haya sido interrumpida... La cura del cáncer y cierta llavecitas en estos momentos depositada segura en su banco de usted.

—Creo que, si usted intentara — dijo Antonio fastidiado — podrá dejarse de imitar a los detectives de novela y decirme a donde quiere ir a parar sin hablar en enigmas.

—¿Quiere ir a parar al "Radio". — replicó el Dulce Guillermo.

—¿Cómo?

—He dicho "radio". — contestó el detective.

—¿Y qué quiere usted decir con "radio" — exclamó el exasperado Antonio.

—Pues... lo que significa la palabra. El radio es una substancia bastante rara que se obtiene...

—Ya se lo que es. — gritó el repórter — No necesita exhibirme sus profundos conocimientos de química.

—Así es usted — objetó el Dulce Guillermo con voz resentida — Cuando hablo claramente no queda satisfecho.

—¡Cielos! — frotóse la nuca, desesperado, Antonio — ¿Cree usted de veras que habla claramente al repetir la palabra radio como un papagayo?

—Si usted no me interrumpiera continuamente — dijo Flower haciendo crugir la silla en son de protesta, al cruzar la maciza pierna — yo trataría de hacerle entender las cosas a su obtuso cerebro. Esa llave que encontró usted la noche de la muerte de Savini... — a propósito quiero que me la entregue usted mañana a primera hora — es la....

Se detuvo bruscamente al oír un golpe imperioso en la puerta de entrada.

—Debe ser mi mensajero del "Courier" — dijo Antonio mirando su reloj — Ha llegado temprano porque son las nueve menos diez. — Volveré dentro de un minuto — dijo por encima de su hombro a Flower y salió de la habitación.

El Dulce Guillermo lo oyó atravesar apresuradamente el pequeño hall y abrir la puerta del frente; escuchó el débil murmullo de una voz de hombre, luego un portazo, seguido por pasos q' se alejaban en el exterior Extendiendo la mano se sirvió otro cigarrillo y lo encendió tirando prolijamente el fósforo al cenicero.

Pasó un rato y el repórter no volvió. Pensando que estaría haciendo, Flower lo llamó. No obtuvo respuesta y llamó más fuerte; sólo le contestó el silencio. Con repentina inquietud, Flower se levantó de la silla y salió al hall obscuro. La luz que pasaba por la puerta abierta de la habitación era suficiente para mostrarle que el hall estaba vacío.

Abriendo la puerta del frente miró hacia la noche. Estaba obscura como boca de lobo y había empezado a caer una fina llovizna; de Antonio no se veía rastros. Flower se encaminó por el pequeño sendero y miró luego a derecha e izquierda del camino. La luz trasera y roja de un auto se perdía a la distancia, mientras él la observaba; pero no se veía más signo de vida.

Completamente alarmado ahora, el Dulce Guillermo volvió sobre sus pasos y registró apresuradamente el cottage. No había nadie más que él. Antonio había salido de su estudio y desaparecido tan completamente como si una mano gigantesca hubiera surgido de la noche arrebatándolo del mundo.

X

EL HOMBRE DE LAS MANOS DE MARFIL

Antonio se movió incómodo, dándose cuenta de una desacostumbrada sujeción de sus miembros y de una sorda palpitación en su cabeza; abriendo los ojos vió un techo bajo y trató de hacer funcionar normalmente su aturdido cerebro.

Hizo esfuerzos desesperados para recordar lo ocurrido.

Recordó haber dejado al Dulce Guillermo en la biblioteca de su cottage y haber ido a abrir la puerta, creyendo que era el mensajero del "Courier". Recordó haberse encontrado frente a un desconocido que le preguntó, en voz baja su nombre; que luego algo había rociado su cara y desde entonces todo era obscuridad o casi obscuridad.

Se había dado vagamente cuenta, como en un sueño confuso, de que unos brazos fuertes lo habían agarrado y que oyó luego el ruido del motor de un auto. Después perdió totalmente el conocimiento y sólo lo recobró a medias al sentir la ligera impresión de la lluvia en su rostro.

Cuando las nieblas de su cerebro se fueron gradualmente disipando, Antonio empezó a sentir intensa curiosidad respecto a lo que lo rodeaba. Levantando con dificultad la dolorida cabeza miró a su alrededor.

Estaba acostado en un jergón de paja, en una habitación larga, angosta y baja de techo, que parecía una especie de sótano o por lo menos un cuarto subterráneo por que llegaba a sus narinas olor a humedad y en las paredes desnudas, de ladrillo, brillaban gotas de agua. Cerca había un gran cajón de embalaje y sobre éste un farol a kerosene, única luz que alumbraba el sombrío cuarto.

Frente a él, casi invisible en las sombras, había una pesada puerta. Eso era todo, ni un mueble, fuera del colchón y el cajón, si es que estos merecían ese nombre. Después de ver lo poco que allí había, Antonio volvió su atención a las ligaduras que aseguraban sus muñecas y tobillos. A los pocos segundos se convenció de q' habían sido hechas por mano experta, porque por más que hizo por aflojar las delgadas cuerdas, estas no cedieron ni una pulgada.

Se volvió a acostar boca arriba y pensó en su situación. Esta estaba muy lejos de ser agradable, porque no se hacía ilusiones respecto a quien o quienes lo habían traído allí. Sin ningún género de duda era obra de los mismos a cuyas manos habían muerto Savini y Tallent. Pensó cuanto tiempo habría estado desvanecido; pero no tenía medios de saberlo. No podía ver su reloj-pulsera porque tenía las manos atadas a la espalda.

Parecióle a Antonio que transcurría un año antes que un débil ruido de pasos llegara a sus oídos. Venía en dirección de la puerta y fué seguido casi inmediatamente por el rechinar de la llave en la cerradura. Mientras Antonio la miraba, la puerta empezó a abrirse lentamente y salió de las sombras la figura de un hombre. Era bajo, encorvado y vestía un largo saco negro que le llegaba casi hasta los talones. Tenía el rostro enteramente cubierto por un pañuelo de seda negra que estaba atado alrededor de la cabeza, con dos cortaduras para los ojos.

Al entrar en el círculo de luz proyectado por el farol, el hombre se movía con un

andar curioso, como si sus rodillas estuvieran perpetuamente dobladas; miró en silencio al joven repórter. Al observar aquella siniestra figura, Antonio sintió que un extremecimiento helado recorría su médula; la causa no era aquel rostro enmascarado, ni los ojos brillantes, diabólicos, que se distinguían por los agujeros del pañuelo; eran las manos, que llevaba semi-cerradas. Porque eran largas, semejantes a garras, del color del marfil viejo y tan delgadas que se notaban claramente los huesos. Eran las manos del hombre con quien peleó en la habitación vacía de Las Hayas Susurrantes, la noche que fué asesinado Julio Savini.

—Nos volvemos a encontra, Señor Gale — la voz era suave, casi musical; pero con un acento sibilante, que sonaba idescriptiblemente amenazador.

en su largo saco negro, con las horribles manos de marfil, irradiaba una atmósfera malvada, casi palpable y más aún; una fuerza de voluntad dominadora. Aquella criatura no se detendría ante ninguna maldad con tal de conseguir sus fines.

—¿Qué quiere usted que haga? — preguntó Antonio, después de una pausa, aun-

El superintendente y sus compañeros contemplaron horrorizados la trampa mortal.

Antonio devolvió sin pestañear la mirada del otro y permaneció silencioso.

—Lamento haberme visto obligado a proceder así con usted — continuó el enmascarado abriendo sus garras — Pero desgraciadamente no había otro medio. En su poder está hacerme un pequeño servicio que estoy seguro — acentuó amenazadoramente la última palabra — usted no me negará.

—Me parece usted demasiado seguro — dijo Antonio alzando ligeramente las cejas.

El hombre de negro inclinó la cabeza.

—Lo estoy principalmente porque tengo un profundo conocimiento de la naturaleza humana y su... debilidad — dijo con lentitud.

Las palabras eran comunes y pronunciadas con toda tranquilidad y, sin embargo, un involuntario extremecimiento recorrió a Antonio al oirlas. Aquella figura sin forma,

que suponía cual sería la respuesta.

—Una insignificancia — fué la respuesta — Tiene usted — o mejor dicho tenía — en su poder un saquito de cuero que alzó en el hall de Las Hayas Susurrantes. Si mi información es cierta, lo depositó usted en su banco. Lo único que quiero es que escriba una carta a su banquero dándole orden para que entregue el saquito al portador.

—¿Es eso todo? — preguntó Antonio.

—Todo — contestó el hombre de negro.

—Y después que haya escrito yo esa carta... ¿qué sucederá? — continuó el repórter con el mismo tono de voz.

—Permanecerá usted aquí treinta y seis horas — contestó el otro — al final de las cuales yo me ocuparé de que sea puesto en libertad.

—Comprendo — dijo Antonio.

—¿Está usted dispuesto a hacer lo que le

digo? — había una leve cadencia de excitación en la voz.

—No; lo veré primero a usted en el infierno — dijo Antonio sin acalorarse.

El hombre de negro exhaló un sibilante suspiro y sus ojos brillaron a través de las aberturas del pañuelo.

—Esperaba — dijo sin poder contener el acento de cólera de su voz — que se mostraría usted razonable.

—Creo que lo soy — dijo Antonio.

—Sin duda — replicó el otro con áspero sarcasmo con las manos apretadas hasta el punto que blanqueaban las coyunturas. — Sin embargo, todavía creo que podré persuadirlo para que haga lo que le pido.

—No hay como ser optimista — dijo el repórter — Pero, si cree que volverá a su poder el saquito de cuero, se equivoca de medio a medio. Quedará donde está hasta que yo mismo vaya a buscarlo.

El enmascarado movió negativamente la cabeza.

—Temo que se engañe usted — le dijo suavemente — Le aseguro que tengo a mi disposición varios medios para obligarlo a hacer lo que deseo.

Se detuvo y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Hace varios años — continuó, hablando lenta y deliberadamente, de modo que cada palabra tuviera su verdadero valor — yo viví un tiempo en la China, un país y u-raza maravillosos, señor Gale. Tienen métodos extraordinariamente ingeniosos y... — ¿diremos desagradables? — para persuadir a los obstinados

Antonio apretó los labios. No podía equivocarse en el significado de aquellas palabras, dichas con acento feroz, sin emoción.

—Si continúa negándose a escribir la carta — continuó el hombre de negro — temo verme obligado a iniciarlo a usted en los medios de tortura más refinada inventados por los chinos. Soltó una risita chillona — ¿Quizá ha oído hablar del jacket de alambre?

La sangre retiróse del rostro de Antonio, dejándolo blanco. Había oído hablar del jacket de alambre — el instrumento de tortura más diobólica inventado por el hombre contra el hombre.

—Veo que conoce usted bien ese... pequeño juguete a que me refiero — dijo con su risita el otro — Bueno, le será así más fácil de comprender el inevitable resultado, si no reconsidera su resolución.

El momentáneo sentimiento de miedo helado desapareció en Antonio para dar paso a una ardiente cólera, contra aquel demonio burlón y sarcástico que tenía ante sí.

—¡Montón bestial de humanidad corrompida! — le gritó roncamente — Puede ensayar todas las malditas torturas que aprendió en su odiosa existencia; pero, aunque me corte en pedacitos, no escribiré esa carta.

La figura vestida de negro hizo una inspiración profunda y sibilante de rabia y dió un paso adelante. Por un momento creyó Antonio que iba a matarlo; pero, con esfuerzo supremo, el hombre se dominó e inclinándose, miró al repórter cara a cara.

—Ya veremos — dijo entre dientes y las palabras parecían el silbido de una serpiente venenosa. — Me interesa saber si, después de la pequeña demostración que voy a ofrecerle, continuará pensando lo mismo.

Enderezándose se dió vuelta bruscamente y dirigióse hacia la puerta. Abriéndola llamó suavemente, en la obscuridad. Hubo un largo silencio y luego otras dos figuras entraron en la cámara. La primera era un hombre alto, delgado, envuelto en un impermeable sucio y que llevaba sobre el rostro un pañuelo igual al del otro Traía, sujeta por la muñeca, a una segunda figura, cuyos ojos dilatados de horror miraron salvajemente alrededor del cuarto mal alumbrado y a quien se obligó, con rudo empujón, a traspasar el umbral.

El corazón de Antonio casi cesó de latir y su garganta se puso seca al reconocer a la pálida joven. ¡Así que el medio con que contaban para obligarlo era Mollie Trayne!

XI

TORTURA Y TRAICION

La figura de negro lanzó una carcajada, baja y maligna, al ver la expresión del rostro de Antonio.

—Un desenvolvimiento inesperado ¿no señor Gale? — dijo burlonamente — Y calculado como para desbaratar sus heróicas teorías.

Antonio estaba silencioso, fijos sus o^s en la esbelta figura de Mollie. Ella vestía traje de fiesta y sus blancos brazos y hombros desnudos brillaban a la opaca luz del farol. Le habían atado una mordaza alrededor de la boca; pero la expresión de sus ojos al fijarse Antonio, hablaban volúmenes. El asombro, el horror, la desesperación, toda una escala de variadas emociones cambiaban rápidamente en aquellas profundidades azules; pero no había en ellas rastros de miedo. Se daba cuenta del peligro que corría; pero aún conservaba su valor y Antonio experimentó un ligero extremecimiento de orgullo al contemplarla tranquila, casi desdeñosa.

El hombre enmascarado empezó a hablar otra vez, suave y lentamente, como gozándose en la situación:

—Antes de seguir adelante — dijo pasando al centro de la habitación, de manera que quedaba entre Antonio y la joven — le daré una última oportunidad de ser razonable.

¿Está preparado a firmar la carta que le he dicho?

Antonio vaciló. Imaginaba el motivo de la presencia de Mollie y aquella comprensión llenaba su alma de un miedo atroz. Todo era preferible a que la joven sufriera daño. Ella comprendió, evidentemente, la lucha que se realizaba dentro de él por que le hizo un movimiento negativo y casi imperceptible de cabeza. Aquella acción lo decidió. Después de todo, si podía solamente ganar tiempo, algo sucedería. Flower tendría que haber descubierto su desaparición enseguida e inmediatamente pondría en movimiento la maqui-

naria complicada de Scotland Yard para encontrarlo.

Había tiempo suficiente para ceder a las imposiciones de aquel demonio cuando hubiera desaparecido toda otra esperanza.

—No firmaré — contestó brevemente.

El otro movió lentamente la cabeza e hizo un gesto al hombre que estaba parado junto a Mallie. Dejando a la muchacha, el hombre salió, cerrando cuidadosamente tras sí la puerta.

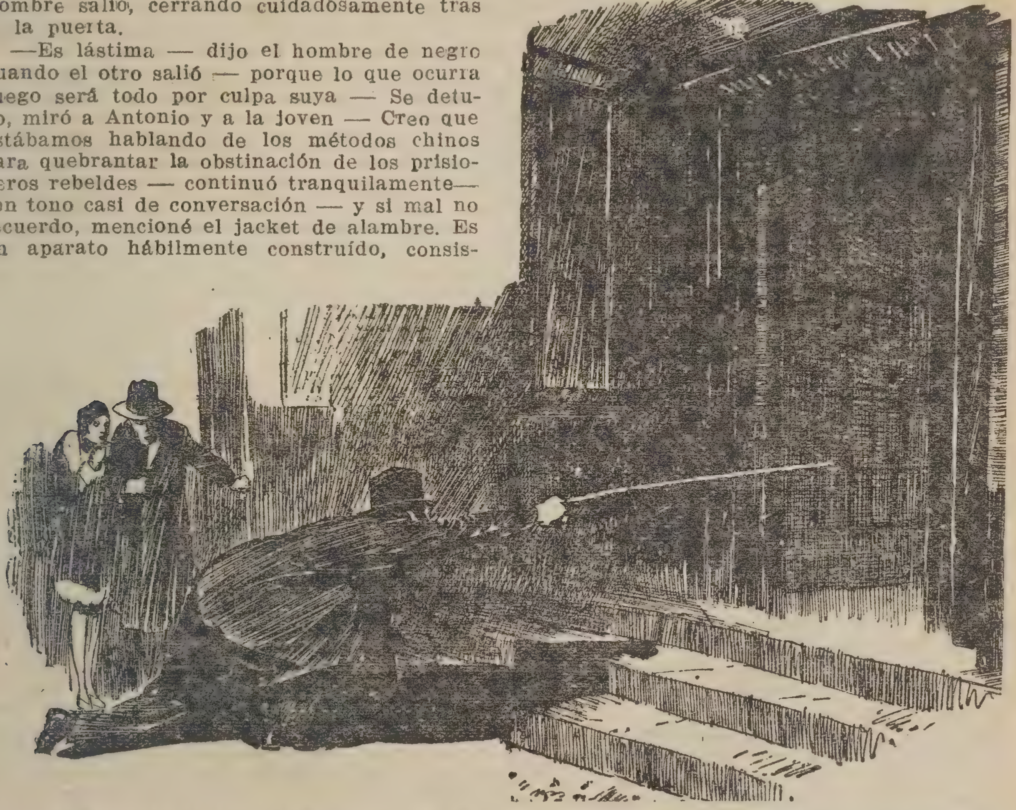
—Es lástima — dijo el hombre de negro cuando el otro salió — porque lo que ocurra luego será todo por culpa suya — Se detuvo, miró a Antonio y a la joven — Creo que estábamos hablando de los métodos chinos para quebrantar la obstinación de los prisioneros rebeldes — continuó tranquilamente— con tono casi de conversación — y si mal no recuerdo, mencioné el jacket de alambre. Es un aparato hábilmente construído, consistente en una jaula de malla de alambre que se coloca en la parte superior del cuerpo humano y se ajusta por medio de tornillos hasta que la carne sale por los agujeros de la malla. El operador está armado con un afilado cuchillo y... sin duda su imaginación puede suponer el resultado. Añadiré, sin embargo que nadie ha resistido hasta ahora la operación completa.

Se detuvo gozando ante la expresión de horror y de disgusto que se reflejó en el rostro de Antonio.

—No pienso, sin embargo, usar ese excelente arreglo en las presentes circunstancias, así que yo he construído, basándome en el jacket de alambre, un pequeño aparato que, dicho sea sin alabarme, es particularmente ingenioso. Nuestro amigo ha ido a buscarlo y cuando vuelva tendré el placer de ofrecerle a usted una demostración práctica de él.

A despecho de la voluntad de Mollie, Antonio vió por vez primera un destello de miedo en sus ojos; por un segundo se tambaleó ligeramente. Volvió a dominarse; pero la acción había bastado para llenar a Antonio de una rabia casi loca contra aquel demonio inhumano que hablaba con tanta ligereza de semejantes horrores.

El hombre de negro debió advertir la ola roja que subió al rostro del repórter, porque lanzó una de sus risitas chillonas y se inclinó hacia adelante.



Adentro de la casa acechaba la muerte. Mientras Antonio y la joven retrocedían prudentemente, el detective, agachado al abrigo de las escaleras, abrió gradualmente la puerta con un palo.

—Aún ahora — dijo — no es demasiado tarde para evitar cosas... desagradables. Sólo un rasgo de pluma al pie de una carta que ya se está escribiendo a máquina para que usted la firme y... no necesitará preocuparse más.

—Gasta usted saliva inútilmente, horrible monigote — contestó Antonio, aunque su corazón latía tumultosamente y experimentaba una sensación de nausea en la boca del estómago.

El hombre enmascarado se encogió de hombros.

—Entonces a la señorita Trayne sólo le quedará darle a usted las gracias por el penoso experimento a que será sujeta — dijo ásperamente el hombre de negro. Y volvióse hacia la puerta para abrirle al otro hombre que regresaba.

El hombre entró. Traía una gran caja negra, que dejó en el suelo de piedra sin ha-

blar. El hombre de las manos de marfil se inclinó sobre ella con una curiosa ansiedad que Antonio encontró particularmente repugnante. Sacó de la caja un objeto de extraña forma, lo alzó hasta la luz del farol y volvióse para mirar al repórter.

—No me queda duda — dijo burlonamente — que lo consume a usted la curiosidad. Por consiguiente seré lo más breve posible. Esta máscara que tengo en mi mano es el jacket de alambre perfeccionado por mí. Voy a mostrarle como se usa.

Se acercó a Mollie y con rápido movimiento le metió el aparato por la cabeza. Cubrióle la cara y el cuello con una red de alambre de mallas pequeñas; era bastante parecida a las caretas que se usan para saltar obstáculos, sólo que más ajustada.

—¡Quédese quieta! — dijo con voz cortante al hacer la aterrada joven un movimiento hacia atrás — No le hará daño... todavía.

Ajustó un tornillo en la parte de atrás de la careta y luego volvió hacia la caja de donde salían dos finos alambres que subían hasta el aparato que encerraba el rostro de la joven.

—Antes de ir más adelante — dijo el hombre de negro con su risita — es mejor que le explique el modo como funciona mi pequeño invento.

En esta caja hay una poderosa batería, que genera corriente suficiente como para calentar la careta que rodea el rostro de señorita Trayne al blanco. Tarda apenas cinco minutos para alcanzar el grado máximo de calor; pero puedo asegurarle que aún al rojo, el resultado es... fascinador.

Un pequeño grito ahogado brotó de los labios de Mollie, quien vaciló y hubiese caído si el otro hombre no la hubiera sostenido entre sus brazos.

—Creo que se ha desmayado, patrón — murmuró con voz profunda, mientras sostenía la esbelta e inerte forma.

El hombre negro lanzó una pequeña exclamación de fastidio.

—No importa — dijo. — Recuéstela contra la pared. Ya volverá en sí cuando yo abra la llave de la corriente y valdría más para ella que no recobrara el conocimiento.

—¡Bandido! — estalló Antonio, a través de sus labios exangües — No puede usted hacer eso.

—¿Qué no puedo? — silbó el otro y extendió una de sus horribles manos hacia la caja — Me es odioso tener que destruir tanta hermosura; pero no me queda otra alternativa.

Sus manos tantearon la tapa.

—¡Deténgase! — exclamó Antonio con voz ronca y la frente cubierta de traspiración. ¡Deténgase! Firmaré la carta.

El hombre enmascarado retiró la mano y se incorporó.

—Ya me imaginaba que cedería — dijo con una nota de triunfo en la voz. — Aquí — llamó al segundo hombre que estaba parado, junto a la figura desvanecida de Mollie. — Deje la muchacha y venga a desatarle las muñecas.

Sacó un revólver del bolsillo y le apuntó a Antonio.

—Una pequeña precaución, por si se siente usted tentado a hacer alguna tontería — dijo burlonamente.

Tardó el hombre en desatar las muñecas de Antonio porque éste luchando, había apretado los nudos; pero al fin lo consiguió y Antonio movió los entumecidos dedos para restablecer la circulación.

—Aquí tiene — dijo ásperamente el hombre de negro y le arrojó un papel.

—Antes de firmar esto — dijo Antonio— quiero saber que va a ser de la señorita Trayne.

—Quedará aquí con usted y será puesta en libertad cuando mi mensajero haya vuelto en seguridad del banco — fué la respuesta — De modo que tenga cuidado al firmar no sea cosa que haya inconvenientes, porque en ese caso... — dejó la frase sin concluir; pero la amenaza era inconfundible.

Encogiéndose de hombros, Antonio agarró la pluma que el segundo hombre le ofrecía.

—Muy bien — dijo fríamente — Usted gana.

Colocando el papel en el suelo se inclinó sobre el costado del colchón y firmó.

—Ya está — gruñó y tiró lejos la pluma.

Con una risa jubilosa el hombre de negro extendió su zarpa y agarró la carta.

—Átele otra vez las manos — ordenó ásperamente y fué obedecido en silencio — Y los talones de la joven también; pero quítele la careta — añadió y nuevamente sus órdenes fueron ejecutadas.

—Y ahora, adiós para siempre, señor Gale — el hombre enmascarado dobló la carta, la metió en su bolsillo y se dirigió hacia la puerta. — Será bueno le diga que no tengo intención de volver a soltarlo. Le previne una vez que no se metiera en mis asuntos y usted, estúpidamente, no me hizo caso. Esta vez tomaré mis medidas para que... no vuelva a molestarme otra vez.

Salió cerrando con llave la puerta. Antonio oyó perderse el ruido de sus pasos. Miró a Mollie. Estaba todavía sentada, medio recostada contra la pared, la cabeza caída sobre el pecho. Antonio lanzó una maldición entre dientes. Debió comprender que aquel miserable no los dejaría ir... que nunca pensó hacer tal cosa. Se devanaba el cerebro buscando medio de escapar, cuando un ruido repentino le hizo levantar rápidamente los ojos... era un gorgoteo que se iba haciendo cada vez más fuerte.

De un orificio en la pared estaba cayendo agua. Cuando él miró, el volumen aumentaba y formaba una nube de vapor al caer en el suelo de piedra.

Antonio se retorcía en vano para librarse de sus ligaduras. Ya el agua formaba una corriente desigual sobre el piso.. Y en la forma que entraba, no tardaría media hora en cubrirlos. Indefenso, jadeante por sus inútiles esfuerzos, Antonio se recostó observando la **brillante cascada y esperando.... la muerte.**

XII

SOMBRAS EN LA NOCHE

Una brisa fuerte gemía entre las hayas que rodeaban la Casa Siniestra, inclinando sus cabezas esqueléticas de modo que parecían conversar unas con otras y luego echarse hacia atrás airadamente, como fastidiadas por lo que habían oído.

De cuando en cuando, una pálida luna brillaba momentáneamente saliendo de entre un montón de nubes grises que la brisa perseguía implacablemente por el cielo y sus rayos, tocando un momento las chimeneas torcidas y los tejados del sombrío edificio le daban la apariencia de un castillo fantástico, surgido de alguna antigua leyenda alemana.

No era que hubiese alguien para verlo, porque media noche hacía rato que había sonado y, durante aquellos breves intervalos en que la luna brillaba, revelábase un mundo silencioso y dormido.

Sin embargo, no todos dormían porque entre la masa de pasto y maleza que formaban los terrenos de Las Hayas Susurrantes, algo se agitaba... una forma vaga, indefinible que surgía en la obscuridad y movíase rápidamente de árbol en árbol. Poco después, debajo de la pared sombría de la casa misma, se le unió otra forma fantasmal que pareció materializarse de pronto. Un murmullo humano se mezcló al susurro de las hojas.

Gale palideció de horror al señalarle el detective el cadáver semi oculto entre la paja.

Había empezado a caer una fina llovizna. Y, después de un momento de conversación las dos figuras vestidas de negro, se cerraron los sobretodos y se dirigieron furtivamente hacia los escalones que ascendían hasta la puerta de entrada. Se oyó el sonido de metal contra el metal y, silenciosamente, la gran puerta se abrió, desapareciendo las sombras en la negrura interior; la puerta se volvió a cerrar dejando todavía un silencio más profundo, debido a aquella momentánea evidencia de vida; sólo lo interrumpía el suave rumor de la lluvia y el suspiro intermitente del viento.

Dentro del grande y polvoriento hall, donde los dos habían entrado, se detuvieron a escuchar. Tan profunda era la obscuridad que, aunque estaban sólo a pocas pulgadas

de distancia, no se veían el uno al otro. De pronto brilló un deslumbrador rayo de luz, que enfocó las escaleras, al encender el más bajo de los dos hombres su linterna; sus rayos mostraron claramente la mano de marfil y los dedos como garras que rodeaban el cilindro.

—El único peligro sería que la policía hubiera hecho custodiar el lugar, después de mi pequeño ajuste de cuentas con Tallent — el sibilante murmullo parecía fuerte en aquel silencio de muerte, aunque las palabras eran casi imperceptibles — Con todo, yo me dí una vuelta por aquí esta tarde y otra esta noche, antes de reunirme con usted y no vi a nadie.

—Yo tampoco — dijo el hombre más alto — No hay aquí nadie; la casa está desierta. — Miró a su alrededor por los agujeros de la careta que llevaba y se extremeció. — Con todo, me alegraré mucho cuando hayamos terminado el asunto que nos trae aquí y salgamos. Esta casa me pone carne de gallina.

Su compañero lanzó una risita baja y burlona.

—¿De qué tiene miedo? — le preguntó irónicamente — ¿Del fantasmo de Savini o...?

El hombre alto lo detuvo, agarrándole prontamente el brazo.

—¡Por el cielo, no hable así! — murmuró temerosamente — Continuemos la tarea. ¿Por dónde empezaremos?

—Por la biblioteca — contestó el que llevaba la linterna — Después de eso... veremos.

Se dirigió hacia la escalera, iluminando con la linterna adelante y arriba de él.

Las tablas desnudas crugían protestando por aquel peso combinado, mientras ellos subían rápidamente, el hombre más bajo guiando con una seguridad que hablaba de lo familiarizado que estaba con aquel sitio.

Deteniéndose delante de una puerta, a la izquierda del primer descanso, dió vuelta el pestillo y abrió. El cuarto donde entraron era grande, de forma cuadrilonga, y cuando los rayos de la antorcha lo recorrieron vióse montones de libros polvorientos, apilados en desorden por todas partes... en la raída alfombra, sobre las mesas y sillas, tirados de cualquier modo en los estantes que forraban las paredes. Un fuerte olor a moho, cuero y papel viejo los recibió cuando entraron y cerraron la puerta.

—No va a ser fácil hallar lo que buscamos entre toda esta basura — gruñó el hombre de las manos como garras, mientras detrás de los agujeros de la careta sus ojos iban rápidamente de un lado a otro. —¿Trajo velas?

El otro asintió con la cabeza y las sacó del bolsillo.

—Enciéndalas y péguelas en esa mesa — fué la orden. El que hablaba examinó rápidamente un montón de libros que había sobre una silla; leía la inscripción del lomo y los volvía a dejar.

—¿Qué es lo que está buscando? — preguntó el hombre alto, mientras encendía tres velas, que pegó en la gran mesa de roble con cera derretida.

—Tenemos que buscar la Química Orgánica de Morgan, tomo II — dijo su compañero brevemente.

—¡Un libro!... — empezó el otro asombrado.

—Sí — fué la áspera respuesta — No hable tanto y venga a ayudarme a buscar; si no, estaremos aquí toda la noche.

Metióse la linterna en el bolsillo y agachándose empezó a revisar los volúmenes esparcidos por el suelo.

—Usted busque en los estantes — gruñó — y avíseme cuando la encuentre.

Por algún tiempo buscaron febrilmente, mientras afuera el viento extremecía las persianas y gemía lúgubremente alrededor de los ángulos de la casa, mezclándose con el ruido que hacía cada libro al ser tirado impacientemente después de examinarlo. Una corriente de aire repentina hizo oscilar la llama de las velas y el hombre alto se dió vuelta lanzando una exclamación de sorpresa.

—¿Qué pasa? ¿Encontró el libro? — preguntó el otro alzando prontamente la vista.

—No. ¡Mire... la puerta! — contestó con voz temblorosa — Yo pensé que usted la había cerrado.

—¡Y la cerré!

La figura vestida se dió vuelta. La puerta que él había cerrado estaba abierta. Sacando una pistola del bolsillo dirigióse rápidamente a ella y miró hacia la obscuridad d descansillo escuchando atentamente. No se oía ruido alguno, excepto el de las gotas de lluvia que el viento arrojaba contra los cristales.

—Debe haber sido el viento — murmuró el hombre de negro volviendo a entrar a la biblioteca — Esta maldita casa está llena de corrientes de aire.

Cerró otra vez la puerta y nuevamente empezaron su búsqueda, aunque de vez en cuando, el hombre alto dirigía por encima de su hombro una mirada nerviosa a la puerta cerrada.

Pasó lentamente casi una hora. Y luego, de pronto, con un grito de júbilo, la figura baja y encorvada, se enderezó con un gran volumen de tapas verdes apretado entre una de sus descarnadas manos.

—¡Lo encontré! — murmuró y apresuradamente, cojeando, dirigióse hacia la mesa, seguido de su compañero.

Dejando el libro, extrajo de un bolsillo interior el viejo saquito de cuero que Antonio había encontrado en el hall y con temblorosos dedos sacó de él el papel y la llave.

—Saque su libreta de apuntes y escriba lo que le dicte — ordenó ásperamente y el otro, con la respiración anhelante, hizo lo que le decían.

El hombre bajo colocó delante de sí la hoja con las letras y números y empezó a dar vuelta rápidamente las hojas del libro. En la página 101 se detuvo. La quinta palabra, en la cuarta línea estaba marcada con un punto hecho con lápiz.

—Escriba "siete" — gruñó y su largo y delgado índice se movió hasta otra palabra marcada con lápiz — la octava en la sexta línea. — "Ladrillo" dictó y el hombre alto la añadió a la palabra que había ya escri-

to. El otro dió vuelta varias páginas y se detuvo nuevamente en la 116. En la segunda línea, dos palabras, la séptima y la quinta, llevaban la pequeña marca. "Izquierda" y "argolla" fueron escritas junto a las otras.

Comparando las letras y cifras de la hoja de papel con las cifras y palabras del libro, la siniestra figura que estaba agachada sobre la mesa oyó el mensaje y por fin, con una exclamación de triunfo, cerró el pesado volumen y lo tiró a un rincón.

—¡Por fin! — exclamó, arrancándole ansiosamente la libreta al otro de las manos y leyendo rápidamente las líneas escritas con lápiz. — ¡Al fin! "Séptimo ladrillo, izquierda de la argolla, debajo del banco del laboratorio" — se rió roncamente. — ¡Venga pronto! Vamos a buscar la fortuna que nos espera detrás de ese séptimo ladrillo!

Agarrando la llave entre su zarpa, se dirigió hacia la puerta; era una figura grotesca y diabólica en aquella luz apropiada.

—¡Traiga una vela! — dijo por encima del hombro mientras salía apresuradamente al descanso; el otro obedeció, sin fijarse, en su excitación, que había empujado la mesa y que una de las velas se despegó y cayó al suelo, donde siguió ardiendo con luz azulada, mientras el hombre alto seguía a su compañero, escaleras abajo hasta el hall inferior.

Dando vuelta bruscamente, la figura baja y encorvada, guió hasta una puerta en la pared, mismo detrás de la escalera. Sacando una llave de su bolsillo, la abrió y entraron en un cuarto, grande y alto de techo, cuyas paredes de ladrillo estaban cubiertas con diagramas descoloridos, manchadas de moho y tapizadas con festones de telarañas. La luz de la vela que el hombre llevaba en alto iluminó una colección de retortas de vidrio, vasos picudos, tubos de ensayo y diversos instrumentos de forma extraña, que se amontonaban sobre una sencilla mesa de trabajo en el centro de la pieza. Una pared estaba cubierta con estantes en los cuales había innumerables botellas de todas formas y tamaños y, sobre todo, la eterna capa de polvo gris que parecía amortajar la casa entera como un sudario.

—¡Por aquí! Traiga la luz — dijo el hombre de las manos de marfil, dirigiéndose hacia un largo banco colocado debajo de la ventana.

El hombre alto obedeció y agachándose sostuvo la vela mientras que la figura encorvada se metía entre un montón de basura, abajo del banco y buscaba en la pared.

Encontró prontamente la argolla y contando el séptimo ladrillo a la izquierda lo examinó cuidadosamente. De un ángulo sobresalía un clavo oxidado que había sido hundido casi hasta la cabeza y el hombre, agarrándole entre sus repulsivos dedos, tiró de él con todas sus fuerzas. Le costó mover el ladrillo porque el tiempo lo había soldado a los otros; pero poco después sintió que se aflojaba y luego de unos cuantos segundos consiguió sacarlo de la pared.

—Acerque la luz... más cerca del agujero — dijo el hombre anhelante y cuando el otro lo hizo vió en el hueco que había dejado el ladrillo al salir una caja cuadrada y oxidada de metal, en cuyo centro había una pequeña cerradura.

Jadeando de excitación, y por la incomodidad de su postura, el hombre insertó la llave en la cerradura. Al principio rehusó dar vuelta, porque el mecanismo de la cerradura se había oxidado al estar tanto tiempo en desuso; pero, empleando toda sus fuerzas, al fin consiguió el hombre hacer dar vuelta la llave. La placa de metal se abrió hacia un costado sobre una visagra. Tanteando ansiosamente en la cavidad de aquella especie de caja, sacó un pequeño objeto que pesaba considerablemente mientras lo sostenía, a la luz, entre sus dedos. Era un cofrecito de plomo y, poniéndose de pié, el hombre jorobado lo colocó sobre el banco y estalló en una risa semejante a un graznido.

—¡Mire! — frotóse las descarnadas manos en una especie de éxtasis — ¡Contemple una fortuna por valor de 200.000 libras esterlinas!

El hombre alto miró indeciso el cofre.

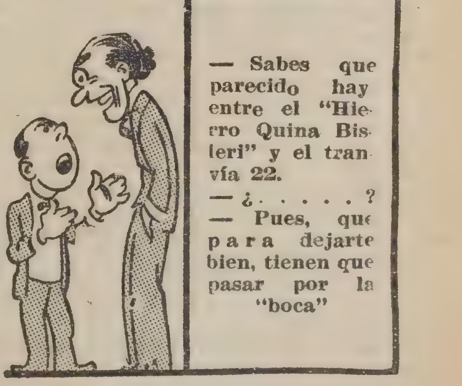
—No parece posible.... — empezó; pero el otro interrumpió bruscamente.

—Pero lo es... es un hecho. — exclamó con voz chillona — Este cofre contiene la substancia más preciosa del mundo... radio — agarró la pequeña caja de plomo y se la metió en el bolsillo — Vuelva a colocar ese ladrillo — ordenó ásperamente — y vámonos de aquí.

El hombre alto dejó la vela sobre el banco y se agachó para obedecer. Mientras lo hacía, el hombre de las manos amarillas metió rápidamente una de ellas dentro de su sobretodo. Un cuchillo brilló a la luz de la vela; un instante después estaba hundido hasta la empuñadura entre los hombros del individuo agachado. Con un gemido ahogado el cuerpo se inclinó hacia adelante, tuvo un extremecimiento convulsivo y quedó inmóvil.

—¡Imbécil! — murmuró desdeñosamente — ¿Imaginaste que compartiría mi fortuna contigo? Mereciste tu fin... Y ahora yo he conseguido mi justa recompensa

—Todavía no — dijo una voz sueva desde



la puerta — Pero no tardará mucho..... Shard. No tardará mucho.

El hombre de negro se dió vuelta con un grito ahogado y encontróse con el rostro sonriente de Guillermo Flower.

XIII

UN HOMBRE NOTABLEMENTE PELIGROSO

El gran Superintendente avanzó con lentitud, apuntando al acobardado hombre de negro con una Browing de largo caño.

—Queda usted arrestado — le dijo con el mismo tono dulce, casi de disculpa que empleaba Flower cuando era más peligroso — ¡Manos arriba... pronto! Hacia el hermoso cielo.

Con un pequeño aullido animal, el otro levantó sus largos brazos sobre la cabeza.

—Así es mejor — dijo el Dulce Guillermo satisfecho

Sin apartar los ojos del hombre que tenía frente a él llamó a alguien que se hallaba fuera de la puerta.

—Venga, sujételo y vea qué tiene en los bolsillos ¿quiere?

Una figura apareció en el umbral y al entrar en el círculo de luz proyectado por la vela, el hombre de negro dió un salto porque había reconocido a Antonio Gale y, detrás de él, el rostro pálido de Mollie Trayne.

—¿No esperaba volverme a ver? — dijo el repórter con voz agradable — ¿Pensó que me había ahogado en aquella trampa mortal suya, junto al río? Bueno... pues no fué así.

—¡Maldito sea! — chilló el hombre llamado Shard, con voz ahogada por la furia que lo consumía. — ¿Cómo escapó? ¿Fué ese entremetido policía que lo salvó? — miró malignamente a Flower.

—No, no fuí yo — dijo el Dulce Guillermo moviendo negativamente la cabeza — Si hay algo que odie más que a los criminales, es atribuirme méritos que no merezco. Fué un caballero llamado Castlento Smith, quien malogró su lindo plan.

—Es cierto — interrumpió una voz profunda desde la puerta. Y los ojos de Shard se dieron vuelta para ver una cuarta figura, la de un joven de rostro pecoso que estaba recostado en actitud negligente contra el marco de la puerta y sonreía. — Fuí yo solo. Llegué a casa de Antonio con un mensaje, a tiempo para ver que lo metían en un auto. La cosa me pareció tan turbia que me colgué de la parte trasera del auto y cuando usted llegó a aquella vieja casa junto al río, llevaba un pasajero clandestino.

No sabía cuantos érais, de modo que no quise intervenir sólo y fuí a informar a la policía local. Llegamos a penas a tiempo. El agua le llegaba a Antonio hasta la barba cuando lo encontramos. Temo que le hayamos malogrado su plan y amargado la vida, viejo, — el joven se echó el sombrero hacia atrás y sonrió.

El hombre de negro murmuró algo ininteligible y Antonio sintió temblar su cuerpo a impulsos de la rabia, mientras le registraban rápidamente los bolsillos. Le quitó la pistola y el cofre de plomo, deslizó la primera en su bolsillo y miró al impasible Flower.

—¿Eso es todo? — dijo — ¿Qué haremos con esto? — le tendió la caja.

—Guárdela por ahora — dijo el Dulce Guillermo y quítele a ese hombre el pañuelo de la cara. Quiero contemplar su belleza sin velos.

Con rápido movimiento el repórter quitóle la máscara de seda y vióse entonces un rostro largo, amarillo, arrugado, con tal expresión de rabia que nada tenía de humano. La angosta rayita de sus ojos, en la carne tirante, se fijaban en el robusto detective con una mirada perfectamente infernal.

—¡Hum!... Ne me sorprende que usara careta — gruñó Flower y luego, cambiando de tono, añadió severamente — Su nombre es John Shard y lo arresto a usted por el asesinato de su hermano, el doctor Manuel Shard, por el de Julio Savini, el de Jeffrey Tallent y el de ese pobre diablo que está ahí. — indicó con la cabeza, la forma inerte caída a la sombra del banco — Hay tambien otros varios crímenes, incluyendo el destino de un caballero llamado Caryll; pero ya nos ocuparemos de eso. — se oyó un sonido de acero al sacar Flower un par de esposas que tendió a Antonio — Póngale esto... — empezó y fué interrumpido por un grito de Mollie.

¡Tony... mira! — exclamó temerosamente desde el umbral — ¡La casa se quema!

Sorprendido ante el sonido repentino de su voz, Flower volvió involuntariamente la cabeza y por una fracción de segundo sus ojos se apartaron de Shard. Casi instantáneamente se acordó y dió vuelta la cabeza otra vez; pero aquella momentánea falta de atención fué suficiente para el asesino. Con un salto de tigre, salvó el espacio que mediaba entre él y el robusto detective, enviando lejos a Antonio por medio de un poderoso golpe en las costillas y agarrando la pistola que le arrebató a Flower.

Obró con tanta rapidez que el hombre de Scotland Yard fué tomado completamente desprevenido y antes de que pudiera reponerse o hacer algún movimiento se encontró ante el caño de su propia Browning, esgrimida por la descarnada mano de Shard.

Con sus delgados labios separados por una sonrisa de lobo, el hombre de negro retrocedió lentamente hacia la puerta.

—¡Quietos todos! — gritó amenazadoramente — Mandaré al primero que mueva un dedo al infierno.

Siempre mirándolos, atravesó el umbral y Mollie se apretó contra la pared, sintiendo invencible repugnancia cuando la rozó al pasar. Un siniestro resplandor rojo que venía de arriba iluminaba la encorvada figura de Shard, asemejándolo a un verdadero demonio.

—Todos vosotros sois muy hábiles — aulló — Pero creo que seré yo quien reirá último. Y no me iré con las manos vacías — lanzó una mirada malévola al postrado cuer-

po de Antonio — ¡Pronto! ¡Tíreme eso! No tengo tiempo que perder.

Apenas habían salido de sus labios estas palabras, cuando se oyeron fuertes golpes en la puerta del frente. Shard se dió media vuelta en la dirección del ruido. Y mientras lo hacía, Flower, moviéndose con increible velocidad para persona de su tamaño, pasó su gran cuerpo por la puerta abierta. El asesino hizo una verdadera descarga, aunque, felizmente ningún tiro dió en el blanco, si bien Antonio sintió pasar una bala silbando por encima de su cabeza. Un momento después el Dulce Guillermo y Shard luchaban en confuso montón en el suelo.

La fuerza del jorobado era enorme, porque aunque Antonio acudió en auxilio del detective, Shard logró soltarse y dando un salto corrió hacia la escalera. Pero no había olvidado a Castleton Smith. Con diestro movimiento, el joven extendió el pié cuando el otro pasó y Shard, debido a la velocidad que llevaba, se fué cabeza abajo sobre el parquet.

Antes de que pudiera moverse, Antonio se arrojó sobre él y cuando jadeante Flower logró incorporarse, encontró ya a Shard indefenso, con las esposas puestas. El joven repórter estaba recostado contra la pared, enjugándose el sudor de la frente y el hall se llenó con una confusa babel de voces, procedentes de seis policías, vestidos de particular, a quienes Mollie había abierto la puerta.

—Pensamos que ocurría algo grave, señor, al ver las llamas — dijo un alto sargento, dirigiéndose a Flower — Toda la parte alta de la casa es una hoguera y teníamos miedo que usted hubiera quedado encerrado. — Miró al hombre con esposas — ¿Este es el pájaro, señor?

—Este es. — contestó el Dulce Guillermo — **Lléveselo, sargento, y tenga mucho cuidado** porque es hombre notablemente peligroso.

XIV

EXPLICACION

A pesar de los esfuerzos de los bomberos, llamados apresuradamente, fué imposible salvar Las Hayas Susurrantes. La vieja casa con sus paneles de madera y sus vigas, ardió como yesca y cuando apareció la aurora gris nada quedaba de la Casa Siniestra, si no un montón de escombros humeantes.

El robusto Flower no esperó el final del incendio, si no que acompañó a su prisionero a Cannon Road, adjunta a Scoland Yard, y allí lo sometió a un registro minucioso.

Con rápido movimiento, uno de los enmascarados pasó la careta de alambre por la cabeza de la joven y la sujetó detrás.

Pasó mucho tiempo antes de que se lograra persuadir a Shard para que rompiera su sombrío silencio, que había guardado después de su captura; pero poco después, comprendiendo que debía renunciar a toda esperanza, lo hizo y la historia que contó desgarró el velo de misterio que envolvía la Casa Siniestra.

Hasta la noche siguiente no pudo Flower satisfacer la impaciente curiosidad del joven repórter. Entonces, sentado en la cómoda salita de Mollie Trayne, relató la serie de acontecimientos que habían originado aquel extraño drama terminado con la destrucción de la casa maldita.

Todo el mundo recordará el relato de página entera, con la firma de Antonio Gale, publicado en el Courier y que hizo sonreir por vez primera en su vida al taciturno se-

ñor Downer. Así que sólo es necesario relatar los detalles principales de la historia que el Dulce Guillermo contó mientras estaban sentados alrededor de alegre fuego de Móllie

—John Shard, como ya lo sabéis, era hermano del doctor Manuel. — empezó Una niñera descuidada lo dejó caer cuando tenía solamente un año de edad y le ocasionó su deformidad física. Si aquello lo efectuó también mentalmente, es difícil asegurarlo; pero desde edad temprana reveló John instintos criminales y siempre estuvo mezclado en asuntos turbios. Antes de cumplir veinticuatro años había sufrido algunas cortas sentencias por pequeños robos en América y, a despecho de todos los esfuerzos, su hermano no pudo reformarlo. Continuó de mal en peor. Poco después, como Nueva York no le ofrecía seguridad, desapareció y su hermano perdió todo rastro de él.

El Dulce Guillermo se detuvo, sacó un cigarrillo del bolsillo, miró a Mollie pidiéndole permiso y lo encendió cuidadosamente.

—Según su propio relato — continuó después de dos o tres lentas chupadas al cigarro — pasó varios años en la China y luego se dirigió a Sud Africa. Allí se mezcló con los compradores ilícitos de diamantes y fué sentenciado a siete años de cárcel en el Pretoria Central, siendo trasladado luego al Breakwater.

Casi al mismo tiempo que el doctor Shard llegaba a Inglaterra, su hermano logró escapar de Breakwater. Sin dinero, perseguido, es un misterio para mí como logró evitar la captura. Un día vió en un diario un corto párrafo mencionado el paradero de su hermano y decidió buscarlo y pedirle ayuda.

Por caminos extraviados se dirigió a Londres casi la primera persona con quien se encontró fué Julio Savini, un ladrón internacional, a quien había conocido íntimamente en América. En ese tiempo, Savini "trabajaba" con Tallent, quien compraba los productos de los robos de una banda que ambos dirigían. Tallent había sabido que el doctor Shard había conseguido una cantidad de radio, por valor de £ 200.000. prestada por el Colegio Nacional de Investigaciones de América para sus experimentos y por algún tiempo estuvo pensando en un plan para apoderarse de la valiosa substancia.

El doctor Shard era un hombre nervioso y cuidadosas averiguaciones habían revelado a los malhechores que ni siquiera su secretario Carryll estaba enterado del sitio donde guardaba la preciosa sal. Los experimentos que con ella realizaba el doctor los hacía a puertas cerradas y solo. Había tomado, sin embargo la precaución de anotar en clave el sitio donde estaba oculto el radio y le había dicho a Carryl que la clave la hallaría en e tomo II de la química Orgánica de Morgan. La clave propiamente dicha la llevaba consigo en un saquito de cuero

El doctor Shard sufría del corazón y sólo en caso de que algo le ocurriera debería su secretario devolver el radio al Colegio Nacional de Investigaciones, a que pertenecía. Estas precauciones podrán parecer ridículas; pero hay que tener en cuenta que Shard era hombre excéntrico, que el radio era de gran valor y, además, un préstamo. Para abreviar, diré que Tallent y Savini se enteraron de estos hechos colocando a Selton que era de la banda de jardinero en casa del doctor Shard.

Cuando Savini descubrió que John Shard era hermano del doctor, le hizo confidencias y le expusieron el plan que él y Tallent pensaban realizar solos. Era sencillo en extremo.

El doctor Shard tenía por costumbre trabajar de noche y, provistos de una llave duplicada que Tallent, que alquilaba la propiedad, tenía naturalmente en su poder, Savini y Selton sorprenderían una noche al doctor, obligándole a revelar en qué sitio tenía oculto el radio.

La noche que el doctor Shard fué asesinado, el plan se llevó a efecto, sólo que John Shard substituyó a Selton; pero Tallent y Savini no habían contado con los accesos de rabia loca que a veces se apoderaban del jorobado y ése fué el error.

Encontraron al doctor en su laboratorio y Savini, de acuerdo al plan, esperó en el hall mientras Shard entraba a ver a su hermano. Precisamente porque pensaron que el doctor Shard era menos probable que diera voces de alarma al encontrarse ante su hermano, fué que lo eligieron en lugar de Selton. El doctor Shard se puso tan furioso a la vista de su hermano que lo amenazó con toda clase de cosas si no se iba y finalmente, excitó la cólera del otro hasta un grado tal que lo apuñaleó. Su rabia se apaciguó no bien comprendió lo que había hecho; pero era demasiado tarde. Su hermano estaba ya muerto y con él el secreto de donde estaba escondido el radio.

Shard llamó a Savini y tuvieron una rápida consulta. Era inútil procurar obtener informes de un cadáver, así que hicieron un apresurado registro en el laboratorio; pero sin encontrar lo que buscaban. Savini recordó lo de la clave y en el bolsillo del doctor encontraron el saquito de cuero que la contenía, así como una pequeña llave. Pero sin Carryl era inútil. El sólo sabía donde podía encontrarse la solución de aquel rompe-cabezas.

Shard y Savini haban decidido renunciar y retirarse mientras era todavía tiempo, cuando Carryl que había salido y regresaba tarde los sorprendió. Antes que tuviera, sin embargo, tiempo de dar la voz de alarma, Shard le dió un golpe que le hizo perder el sentido. Luego sugirió que lo secuestraran, obligándolo a revelar el secreto de la clave. Lo llevaron a una vieja casa, junto al río, en Wraysbury, que era propiedad de Tallent y donde Shard había estado viviendo; la misma donde usted y la señorita Trayne estuvieron a punto de perecer. Shard trató por todos los medios a su alcance de obligarlo a hablar a Carryl y, conociendo a este monstruo, fácil es imaginar las torturas a que debió someter al infeliz, quien al fin reveló lo que el jorobado deseaba saber. Pero los sufrimientos que había experimentado

eran demasiado terribles y murió, siendo sepultado por Shard en el jardín.

La situación era ahora esta: Savini y Tallent tenían la clave cifrada y Shard el secreto para descifrarla, porque estaba solo con Carryll cuando éste se la reveló. Ninguno de aquellos secretos servía sin el otro. Sabiendo esto, Shard rehusó revelar el suyo, a no ser que se le diera dos terceras partes en el negocio en vez de un tercio, como se había convenido. Se entabló entre Shard, Tallent y Savini una disputa que duró tres años, durante los cuales cada uno procuró apoderarse de las informaciones que poseía el otro. Por último Shard logró atraer a Savini a la Casa Siniestra, lo mató y se apoderó del saquito de cuero, que perdió durante su pelea con Antonio.

Flower respiró profundamente y se recostó con inminente peligro de la silla de Mollie.

—El resto ya lo sabe usted — dijo dirigiéndose al repórter.

de Shard, el Colegio Nacional de Investigaciones se inquietó por su radio y se dirigió a la policía norteamericana, que a su vez comunicóse con Scotland Yard. Hicimos lo posible; pero al fin tuvimos que telegrafiar que no lo encontrábamos. Sin embargo, el Presidente del Colegio no se dió por satisfecho y contrató los servicios de Pinkerton

Estaban perdidos. Atados, indefensos, los prisioneros miraban caer el agua, cuyo nivel iba subiendo más y más.

—Hay una cosa que no comprendo — declaró Antonio después de una pausa — ¿Qué papel desempeñó Mollie en todo esto?

El Dulce Guillermo sonrió y mirando a la joven le hizo una guiñada.

—¿Se lo digo? — preguntó — ¿O se lo dice usted?

—Dígaselo — contestó Mollie prontamente.

El Superintendente se aclaró el pecho.

—Cuando se supo en América la muerte y de... — el Dulce Guillermo se detuvo y se echó a reir... — ¿no adivina?

La luz se hizo repentinamente en el cerebro de Antonio.

—¿Quiere usted decir que....? — casi gritó levantándose.

—Que mandaron al mejor detective que he conocido — dijo Flower — A ella corresponden todos los honores de la pesquisa, pues fué quién descubrió que John Shard estaba en Inglaterra y también sus relaciones

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de misterio que publicará próximamente Pucky magazine y la que servirá para el

4o. CONCURSO DE "PUCKY"

---

y las de Savini con el caso. Fué mientras andaba siguiendo a Savini la noche que asesinaron a éste que Shard la cloroformó. Afortunadamente sólo creyó que era una amiga de Savini; si hubiese sospechado la verdad no creo que ella viviría aún.

—Y yo me pasé la mayor parte de mi tiempo siguiéndolo a usted — dijo Mollie sonriendo al asombrado Antonio.

—¿Entónces el auto verde era suyo? — murmuró aturdido.

—Sí, lo traje de América. Es una máquina maravillosa.

—¡Y usted una maravillosa joven! — dijo Flower con acento de admiración.

—¡Lo es! — exclamó Antonio fervientemente.

—Me parece mejor ir a dar un vistazo a esa nueva florería de Regent Street — Observó Flower retirándose discretamente.

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

(Continuación)

—Su cartera? — respondió Sofía tratando de recordar. — Espere... si creo haberla visto. Tiene realmente necesidad de ella para el viaje.

—Para el viaje no, precisamente. Pero en Genes podría ocasionarme molestias si no los tengo.

—Bien, se los mandaré allí esta noche.. al hotel France... Deténgase allí. Encontrará sus papeles al llegar.

—Entendido.

—Ahora siéntese. Le voy a dictar varias cartas. Comprenderá usted su utilidad escribiéndolas.

Obedecí lleno de confianza y esperé pluma en mano, inclinado sobre el papel.

—A Paddy Wellgone primero, — dijo Sofía haciéndome señas de que escribiera ese nombre en un sobre, — es preciso concluir con él, y un poco de franqueza lo sacará mejor de este asunto. ¿Que le puede hacer eso, puesto que nunca más se encontrará con el?

Claro está que yo prefería una confesión escrita a la perspectiva de verme frente a frente con el detective. Me presté pues de buen grado a lo que Sofía exigía de mi. Y escribí bajo su dictado el relato de las circunstancias en las cuales, me había apropiado de su nombre. Terminé excusándome por no hacerle esta confesión personalmente, diciéndole que me lo impedía mi partida para Marsella donde debía embarcarme con mi novia la señorita Perandi.

—¿Pero ésto no será comprometerla horriblemente? — objeté a ésta última frase.

—Al contrario — respondió Sofía — Quiero que se sepa bien que no se trata de una fuga sino de un proyecto razonable y reflexionado.

Me incliné ante tan legítimo deseo.

—Bien — dijo ella después de releer la carta. — Ahora, tiene que escribir su dimisión.

—¿Mi dimisión?

—Sin duda, puesto que va a dejar el ministerio de Puentes y Caminos.

Esta segunda misiva me costó más trabajo para escribirla. Había necesitado mucho tiempo y esfuerzo para conseguir esa modesta situación y me daba pena abandonarla. Sin embargo, cedí una vez más a la voluntad de Sofía.

En mi carta al ingeniero, tuve que agregar una postdata, haciéndole conocer mi partida para Marsella y mi próximo enlace.

—Todo Niza va a estar al corriente de eso — observé.

—Es mejor — dijo mi novia.

La tercera carta que me dictó fué dirigida al señor Cristini.

Estaba concebida más o menos en los mismos términos que la destinada a Paddy Wellgone, y contenía una confesión y excusas idénticas. La única diferencia era que yo le recordaba la restitución de los ochocientos francos completados por los dos billetes que debía encontrar incluídos.

—Todavía me queda una duda relativa a mi primer envío — objeté.

Tengo razones para creer que Dolcepiano se había apropiado de ellos y que el señor Cristini no ha recibido nada. El, ha podido equivocarse sobre el sentido de las palabras que cambiamos la última vez que nos encontramos.

Yo debiera haber puesto este asunto en claro. Pero, si el italiano no me robó los billetes ¿Qué significan esos que encontré en mi bolsillo al día siguiente de la calaverada de Saint Pierre?

—¿Y cómo los iba a devolver si se los hubiera robado? — dijo Sofía no sin lógica.

—El regalo se explica menos que la restitución — respondí.

—Nada es claro en todo lo que ese hombre ha hecho — dijo ella. — Pero, si usted tiene algunos escrúpulos, Antonio, hay un medio de acallarlos. Cuente sus dudas al señor Cristini y dígale que en caso de que él no los hubiera recibido.

—¿Y donde me escribirá él? — pregunté?

—Dele como dirección el correo de Marsella. De Genes mandaremos una carta allí para que nos hagan seguir nuestra correspondencia.

Me apresuré a seguir este consejo.

Ella sonreía mirando correr mi pluma sobre el papel.

Cuando hube terminado y puesto en un sobre esta última carta, dijo ella paseando sus miradas a su alrededor:

—No olvidamos nada? Creo que ya hemos concluído todo.

—¡Y de la mejor manera posible! — exclamé con entusiasmo — Se puede decir, querida Sofía, que usted ha sido la que ha desenredado mi situación.

—Al menos hubiera hecho todo lo posible por conseguirlo — respondió con tono serio.

Se levantó y dió varios pasos por mi cuarto.

—¿Entonces ya está todo convenido? — dijo — ¿Puedo contar con usted Antonio?

Acabamos de tomar graves decisiones. No hay que abandonar a último momento. La desilución sería demasiado cruel para mí.

—Soy yo quien debiera preguntar eso — respondí — Pues, en lo que a mi concierne, mi resolución es inquebrantable. Partiré mañana por la mañana.

—Tenga confianza en mí como yo la tengo en usted — dijo Sofía — Sinó una confianza ciega, al menos una confianza muda, es lo que reclamo. Pues, será necesario no escribirme para no despertar las sospechas de la señora Montparnaud.

—Eso será para mí un suplicio. Pero obedeceré. Puedo al menos esperar que recibiré noticias suyas?

—Eso sí. Pero para no revelar su presencia en Genes me veré abligada a hacer dar una gran vuelta a las cartas que le enviaré. En fin, yo me arreglaré. Creo que ya hemos previsto todo. Quiere que lo ayude a hacer los preparativos del viaje? Tendrá que arreglar muchas cosas puesto que se irá de Niza bastante tiempo.

—Todo cabe en mi baúl y en mi valija — aseguré. — El mobiliario no me pertenece y los objetos de adorno, como ve, son más bien raros. Tengo mi ropa, mis trajes y algunos objetos. Yo me arreglaré bien sólo, sin necesidad de darle este trabajo.

—En ese caso, me voy — dijo Sofía — Hace más de una hora que conversamos y mi ausencia habrá hecho enojar bastante a la señora Montparnaud. ¿Me acompaña hasta abajo?

—Seguramente — respondí abriendo la puerta y dejándola pasar.

Ella descendió ligera y graciosa. Y la seguí contemplándola tiernamente.

¿Acaso no iba ella a dejarlo todo por mí, sus amigas y su familia?

En mi gratitud yo olvidaba que ésta última se reducía a la señora Montparnaud, lo que, en verdad disminuía bastante el sacrificio.

En la puerta de calle, con una imprudencia encantadora, pero que a mi vista no era una imprudencia, Sofía me retuvo un momento para comunicarme algunos proyectos sobre el porvenir, sin preocuparse de los vecinos que estaban en las puertas y que, naturalmente, escuchaban atentamente. Yo estaba en un suplicio y me esforzaba en moderar su voz, pero ella, no parecía darse cuenta del peligro.

De pronto, en el momento que se despedía de mí, lanzó un ligero grito:

—¡Que tonta soy! Olvidaba sus cartas — dijo bajando la voz y acercándose a mí.

—¿Que cartas? — pregunté.

—Las que le hice escribir. Usted no puede expedirlas puesto que ellas anuncian mi propia partida. Es necesario que lo haga yo.

—Es justo.

—Vaya a buscármelas ¿quiere?

Las cartas estaban sobre la mesa. Al tomarlas me apercibí que estaban cerradas. Yo no recordé haber tomado esa precaución. Podía haber sidò Sofía. No me detuve en ese detalle que no tenía ninguna importancia y bajé con los tres sobres teniendo esta vez el cuidado de cerrar mi pieza.

—¡Gracias! — dijo Sofía guardando las cartas en su cartera — No tema que me olvide. Soy una mujer de mucha cabeza.

Rendí homenaje a la verdad, conviniendo en ello.

En el momento de apretarme por última vez la mano, dirigió una mirada a las callejuelas estrechas.

—Esta vieja Niza, es un verdadero laberinto — dijo, haciendo una mueca — Tengo miedo de perderme.

—¿Quiere que la acompañe? — le propuse.

—¡Que amable sería! Solamente hasta Paillón.

Pero yo no la dejé hasta la calle Pastorelli a dos pasos de su casa, y fuímos vistos por más de veinte personas que nos conocían a ambos.

—¡A Genes! — me dijo al oído, despidiéndose de mí.

Yo me alejé ébrio de felicidad — néctar que como todos saben, tiene la especialidad de volver tonta a la gente.

Capítulo XII

UNA COMPAÑERA DE VIAJE

Al día siguiente, a las siete de la mañana, provisto de un billete para Marsella, yo salté con mi valija, a un coche de segunda clase, del expreso.

Una rápida inspección, a lo largo del corredor me hizo descubrir un compartimento donde quedaban varios sitios libres. Entré y me instalé en uno de los rincones, cerca de la puerta después de haber puesto la valija sobre mí, en la red.

Hecho ésto me hundí en la lectura de un diario, tanto por enterarme de las noticias del día como para evitar ser observado por mis compañeros de viaje.

Casi enseguida, una sombra pasó ante el vidrio contra el cual yo estaba y una viajera apareció en la puerta, manifestando la intención de entrar en nuestro compartimento, puse mis piernas bajo el asiento, a fin de permitir a la intrusa que pudiera pasar, lo que hizo enseguida.

Tomó el asiento vecino al mío. Maquinalmente y mientras leía el diario, le dirigí una mirada de soslayo — como hacemos siempre que el azar nos coloca al lado de una mujer.

Mi vecina estaba herméticamente velada, tanto que no se distinguía de ella, más que un saco a cuadros negros y azules, y un inmenso sombrero. Entre el tapado y el sombrero no había ningún intervalo; estaban además, unidos por un espeso velo negro anudado alrededor del sombrero.

Esta constatación me hizo no seguir mi examen. Volví a mi diario y no me ocupé más de mi vecina.

Entre Niza y Cannes, el expreso no se detenía más que en Antibes. Tenía pués, ante mí una media hora de tranquilidad, para dejarme llevar por el tren, con las piernas extendidas, sin dignarme admirar el paisaje que conocía demasiado.

Poco después de Antibes, doblé mi diario y lo puse en el bolsillo, a fin de estar listo para bajar.

—¡Cannes! ¡Cinco minutos!

Me enderecé para tomar mi valija. Me sentí tirar hacia atrás y una ligera sacudida me sentó de nuevo. En tanto que me volvía estupefacto, uno de los pasajeros del compartimento aprovechó para pasar ante mí, y como llevaba gran cantidad de paque-

tes, yo me quedé inmóvil sobre el asiento.

Al mismo tiempo, mi vecina fingiendo ser tropezada, se echó contra mí y me puso un papel en la mano.

Luego tomó su posición primitiva, tan velada como el enigma de que tomaba apariencia.

Estupefacto, traté de contenerme, y buscando febrilmente en mis bolsillos, para disimular ante mis vecinos, hice gesto de sacar el papel de mi bolsillo, que desplegué intrigado al más alto punto.

Con lápiz y con una letra en que se notaban las sacudidas del vagón, estaban escritas estas palabras:

No se mueva. Todo ha sido cambiado. Vamos a Marsella. No demuestre conocerme hasta que yo le hable.

Sofía.

Me faltó poco para lanzar un grito de sorpresa. ¡Sofía!

¿Era Sofía esa persona tan velada? En verdad ella no corría peligro de ser reconocida, ni aún por mí.

Me volví a sentar devorado por la curiosidad. Todo estaba cambiado ¿porqué? Ibamos a Marsella y Sofía partía al mismo tiempo que yo. ¿Qué significaba esa decisión imprevista? ¿Debía inquietarme su aspecto misterioso, que formaba un gran contraste con las imprudencias de la víspera?

Me asombré pero obedecí. Tuve el heroismo de ni siquiera echar una mirada hacia el lado de Sofía y de guardar un aire indiferente.

Mi turbación no se notaba más que por la agitación de mis dedos tamborileando nerviosamente contra el vidrio.

El tren se puso en marcha.

Pronto corríamos a toda velocidad a través de Esterel. Me puse de pie y salí al pasillo, esperando que Sofía vendría y pretextaría contemplar el paisaje deslizándome algunas palabras de explicación.

Puse mi frente contra el cristal de la ventanilla y esperé; pero ella no se movió.

Cuando me cansé de dirigir a los peñascos y a los bosques de pinos, preguntas que quedaban sin respuesta, entré a mi compartimento y me senté cerca de mi compañera.

Comencé a ponerme de mal humor.

El enigma se prolongaba demasiado. Me parecía que Sofía hubiera podido en su billete, darme los motivos de ese brusco cambio de programa.

¿Qué le impedía hablar? ¿La presencia de extraños en el compartimento? Pero esta situación amenazaba prolongarse. Nos acercábamos a Arcs, y ninguno de nuestros compañeros de viaje hacía gesto de moverse. ¿Tendría que quedarme así, hasta Marsella?

Al pensar esto, acribillé a los otros viajeros con miradas furiosas, estimando su presencia indiscreta y deseando verlos descender lo más pronto posible.

Sin embargo, mi impaciencia era visible; pero, Sofía, no parecía notarla. Su placidés contrastaba con mi enervamiento.

En Arcs, dos viajeros bajaron. Tuve un resplandor de esperanza. Pero, quedaban otros dos que se incrustaron en sus rincones, a pesar de mis maldiciones interiores.

Entonces cambié de sitio y me senté en el asiento opuesto, a fin de poder por lo menos, ver a Sofía, sin temer a una tortícolis y sin parecer mirarla con demasiada insistencia.

Pude, entonces, admirar la perfección de su disfraz. No sólo era imposible ver nada de su rostro, sino que el mismo aspecto de su persona había cambiado.

Se hubiera podido jurar que no era ella. Parecía más grande y más fuerte. Era preciso que hubiera puesto bajo el tapado una verdadera colección de vestidos para conseguir una estatura semejante.

Mientras más la miraba, más tenía la impresión de hallarme frente a una extraña.

Una duda surgió en mi espíritu. ¿Sería ella en realidad?

¿Pero quien hubiera hecho esa estúpida broma? ¿Con que objeto?

Nadie debía conocer mi proyecto de viaje; nadie sabía que mi intención era cambiar de dirección, a Cannes; nadie podía tener interés en oponerse a eso.

Releí el billete de Sofía ¿Era ella quien me lo había dado?

A primera vista, la duda no parecía posible: Vamos a Marsella: no demuestre conocerme, — esta recomendación anunciaba la presencia de Sofía.

Sin embargo, esa silueta... esos hombros esas piernas de las que las polleras traicionaban el largo.... ¡No era, no podía ser Sofía!

Lleno de incertidumbre, roído por la duda y la inquietud, no podía estar más así. No hubiera tenido nunca paciencia para llegar a Marsella.

Salí al corredor y escribí sobre una hoja de mi libreta:

Baje en el andén en Tolón. Hábleme o separe su velo. Pero hágase reconocer. Muero de inquietud.

Luego, volví a sentarme a su lado y le dí a mi vez el billete.

Ella, no hizo ningún movimiento que me permitiera creer que lo leía.

Esperé con impaciencia febril a que el tren se detuviera, decidido a todo, aún a contrariar sus recomendaciones con tal de aclarar mis dudas.

El tren se detuvo.

—¡Tolon! ¡Tolon! ¡Diez minutos!

Me paré con aire resuelto, e, indiqué el andén con un gesto imperceptible, mirando a la viajera.

Ella no se movió, pero su brazo hizo un movimiento; me pareció que su mano subía hasta la boca y que uno de sus dedos tendido bajo la tela se apoyaba contra el velo, invitándome a la prudencia.

Al mismo tiempo, el sombrero giró lentamente y se volvió del lado de nuestros compañeros que, sin prisa, recogían sus equipajes y se preparaban a descender.

Comprendí y me resigné a sentarme de nuevo.

Cuando los viajeros hubieron bajado, yo cerré la puerta y colocándome frente a ella para cerrar la entrada a los indiscretos, me volví hacia mi compañera.

—¡Sofía! — exclamé a media voz — ¿es

usted? ¿Qué significa este misterio?

Sin responder sus manos se pusieron a desprender el velo que retenía el sombrero. Al mismo, tiempo, con un movimiento de hombros hizo caer el abrigo que la cubría, el sobrero cayó sobre el asiento.

Lancé un grito de estupor.

Dolcepiano estaba ante mi con una sonrisa infernal en sus labios.

—Todas mis excusas, mister Wellgone,— dijo con sangre fría — Pero no había más que ese medio para asegurarse su preciosa compañía.

Mi cólera estalló.

—¡Ah! ¡esta vez — exclamé — no seré engañado por usted!

Y tomando con rabia mi valija quise saltar fuera del vagón.

Pero él e repelló con tal fuerza que caí sobre el asiento. Antes de que pudiera defenderme, sentí mis puños uno contra el otro unidos por una vigorosa presión. Oí un chasquido seco y Dolcepiano se levantó con la sonrisa en los labios.

Mis dos manos, quedaron inmóviles, presas par uno de esos brazaletes de acero tan conocidos por los policías.

—¡Ya está! — dijo el italiano con acento de triunfo — Supongo que ahora será razonable.

—¡Miserable! — aullé en el paroxismo del furor. — ¡Se atreve!... !En pleno día! ¡Voy a hecerlo arrestar!

—¡Llame! — contestó tranquilamente — Justamente hay un inspector en el pasillo.

Y se cruzó flemáticamente de brazos.

Me precipité hacia la puerta y miré. Era verdad. Vi en el otro extremo del coche la gorra con galón rojo y la cartera del empleado anunciado.

—¡Inspector! — grité con todas mis fuerzas— !Inspector! ¡aquí! ¡socorro!

El empleado acudió enseguida.

—¿Qué hay? — preguntó.

Dolcepiano no me dió tiempo de abrir la boca.

—Un arresto — respondió con su imperturbable sangre fría designando mis manos aprisionadas.

Al mismo tiempo me arrojó coutra uno de los ángulos del coche, salió del compartimento, cerró la puerta trás suyo y se puso a hablar con el empleado, en tanto que yo trataba de levantarme y gritaba:

—¡Inspector! ¡Escúcheme a mi, inspector! ¡Es a mi a quien debe oir! ¡Le digo que ese hombre en un bandido!

Conseguí al fin ponerme de pie y, aproximándome a la puerta, me puse a golpear furiosamente contra el vidrio con mis dos manos sujetas.

Sin emocionarse por esto, el inspector saludó atentamente a Dolcepiano que abrió la puerta y entró diciendo en tono de mando.

—Este vagón queda clausurado. No permita que nadie entre; yo me responsabilizo de eso. Se trata de un malhechor peligroso.

—¡Canalla! ¡Impostor! — aullé fuera de mi.

—Voy a encerrarlo — respondió el inspector, mirándome con curiosidad.

Salió e inmovilizó la puerta, del exterior. Luego, lo ví alejarse por el corredor.

—¡En buena hora! — sonrió Dolcepiano, sentándose a mi lado.

Ahora podremos conversar tranquilamente ¿Quiere fumar un cigarro, mister Wellgone? Yo me permitiré cortarlo y colocárselo en la boca, son habanos ¿sabe?

—¡Bandido! — grité exasperado.

A pesar de mis manos inmovilizadas tenté arrojarme sobre el.

El me volvió a sentar empujándome.

—¡Tenga juicio! — dijo alzando los hombros — ¿Es usted un hombre, o un niño? No hará nada en ese oficio mientras no sepa dominarse.

Un poco avergonzado hice un esfuerzo para recobrar mi sangre fría. al menos en apariencia.

—¡Sea! — dije — Hablemos ¿qué es lo que usted quiere de mi?

¿Porqué me persigue? ¿Que piensa hacer conmigo?. Todo esto es incomprensible. Si usted quiere matarme ya podía haberlo hecho, y si quiere respetar mi vida tendrá que explicarme.

No siempre nos encontraremos con gente como ese imbécil de inspector. En Marsella tendré mi revancha.

—¡Que de preguntas! — respondió Dolcepiano alzando los hombros — Usted ya ha respondido a la principal, lo que prueba su buen sentido. No quiero su vida.

—Entonces ¿porqué me trata así?

—Por amistad — sonrió el italiano.

—¡Por amistad! — exclamé amargamente.

—Si, estimo que el aire de Genes le será nefasto. He querido evitarle ese viaje.

—¡Era por so! ¿Y como ha sabido? — exclamé estupefacto.

—Yo se muchas cosas, mister Wellgone — dijo Dolcepiano sonriendo.

Sacó de su bolsillo un telegrama y me lo puso bajo los ojos.

—Lea — dijo.

Y leí con una inmensa estupefaccción:

A. B. partió de Genes. Estará en Marsella el lunes.

—¿No lo sabía? — dijo el italiano — He querido evitarle un viaje inútil.

—No comprendo — contesté.

—¡Vamos! — respondió mi extraño interlocutor — ¡Eso me asombra, tratándose del célebre Paddy Wellgone! Pero suponiéndolo. Va a ser más interesante.

Sus palabras — lejos de disipar las tinieblas qu me envolvían, las espesó más aún. El sabía mi proyecto de partir a Genes; él lo conocía para haber podido representar el papel de Sofía y tenderme una nueva celada. Y, sin embargo, parecía tomarme aún por el detective. ¿Como conciliar esas cosas tan contradictorias? ¿Qué sabía él?

—¿No ha jugado bastante conmigo? — exclamé violentamente. — No creo una palabra de eso que dice. Porque atenta contra mi libertad?

—Sin duda porque aun tengo necesidad de su presencia en Francia — contestó tranquilamente.

Estas palabras fueron para mi un rayo

de luz, al mismo tiempo que reavivaron mis inquietudes.

Era demasiado visible que hasta entonces yo no había sido entre sus manos hábiles más que un títere del cual manejaba él los hilos según sus proyectos.

¿Pero cuáles eran esos proyectos? He aquí lo que yo ignoraba. Me espanté más aún.

Por el momento, parecían ser separarme de Sofía ¿Como lo conseguiría? Por tranquilo que yo quisiera estar sobre el desenlace de mi aventura, la tranquila audacia que él acababa de demostrar, podía darme mucho que pensar.

¿Estaba yo obligado a luchar contra un bandido semejante?

Sus recursos eran infinitos, y la manera, como había convencido al inspector, probaba medios de acción capaces de alejarle todos obstáculos. Un nuevo temor vino a unirse a los otros, recordé que no tenía sobre mi ningún papel que pudiera probar mi identidad.

La seguridad de Dolcepiano, me hizo presumir que él no tenía el mismo temor. Los falsos papeles, cuestan poco a los bandidos.

—¡Es usted un pillo! — murmuré.

—Usted me halaga — contestó sonriendo.

Una espantosa angustia se apoderó de mí. Que sería de Sofía si yo no lograba descubrir la astucia de ese misèrable? Envuelto en los hilos que sentía apretarse a mi alrededor, podía quedarme inmovilizado durante varios días. Y, durante ese tiempo, mi novia iría a Genes, donde me buscaría en vano, enloqueciéndose.

—¿Hasta cuando durará esta broma? — dije apretando los dientes — Tengo necesidad de saberlo. Sea franco, si puede.

—¡Ah! mister Wellgone ¿quien de nosotros ha disimulado más?

Si usted hubiera sido franco cuando yo le hablé de la joven, le hubiera podido dar un consejo de amigo. Ahora puedo confesarlo. He tenido la seguridad ayer noche cuando me crucé con ustedes en la Calle Pastorelli.

—¿Se cruzó con nosotros? — dije abriendo tamaños ojos.

—Usted no me vió, naturalmente. Además, iba un poco disfrazado, aunque no estemos en carnaval. Vea, dear Paddy, no hay que estrechar tan tiernamente las manos de las jóvenes en plena calle. Y no hay que dejarlas hablar tan alto. Hay ojos y oídos en todas partes. Yo tengo el oído fino, cuando la señorita Perandi le dijo: "¡Hasta la vista! ¡en Genes!" Yo oí. Y esta mañana, yo estaba en la estación y adelantado por fortuna. Porqué pues, va para Marsella, mister Wellgone, si debe ir a Genes?

Maldije la imprudencia de Sofía.

—¿Y usted? — exclamé —¿porqué se empeña en llevarme a Marsella?

—¡Oh! querido mister Wellgone, porque cada uno tenemos nuestros pequeños secretos, a lo que parece. ¡Es una lástima! Hubiéramos podido "trabajar" en común. Pero hay que resignarse.

Miró el reloj, y continuó:

—¿Porqué misted Paddy? Se lo voy a decir. Tenemos tiempo para conversar. De buen o mal grado usted tendrá que oirme ahora. No se impaciente. Terminará por comprender que importancia doy yo a su preciosa compañía.

—¡Sáquese entonces la máscara! — dije desdeñosamente — Hace bastante tiempo que me está engañando. Y no es de ahora que estoy esperando su ataque. Ya ha llegado. No se fatigue en mentir. Tráteme como a un enemigo.

—¡Como a un enemigo! — dijo Dolcepiano con aire apenado — ¿Me cree realmente su enemigo mister Wellgone? ¡Eso no es más que una apariencia! ¡Todo se va a explicar!

—¡Basta! — contesté — Líbreme de todas esas falsedades. Hace tres días podía aún dejarme engañar. Pero ya he visto su obra.

—Entonces habrá podido convencerse de mi amistad hacia usted — dijo con un aplomo perfecto.

—¡Bella amistad! — dije — ¡que trata de hacerme asesinar por Sargasse.

—No le creía en peligro — contestó con acento sincero — Recuerde la percha y mis recomendaciones. Yo le había inmunizado contra el primer tiro y creía que usted no iba a esperar el segundo. En todo caso, he ido en su auxilio.

—¡Sea! — dije — pero para jugarme otra mala partida ¿que significa esa queja bajo el nombre de Paddy Wellgone?

—Eso se explicará junto con todo lo demás — dijo Dolcepiano con tono enigmático.

—Otro efugio. Ya no me dejo engañar. La verdad es que usted está detrás de mis pasos como un genio maléfico...

—¡Su ingratitud me traspasa el corazón!

—¡Que ha puesto todo en obra para confundir mis investigaciones, para contrarrestar mis planes, para impedirme descubrir al asesino del señor Montparnaud!

—¡Yo! ¡Oh, es usted injusto mister Wellgone!

Ese nombre se me había hecho intolerable y Dolcepiano lo pronunciaba con una persistencia molesta.

—¡Yo no soy mister Wellgone! — exclamé casi a mi pesar.

—¡Oh! ¡Oh! — exclamó el italiano dirigiéndome una mirada sarcástica — Es demasiado tarde para pretender guardar el incógnito.

No quería confesarme al bandido. Me limité pues a replicar secamente:

—Cualquier cosa que usted piense, le agradecería que no me llamara así.

—¡A su gusto! — respondió alzando los hombros. ¡Y bien! entonces, señor solamente, es usted abominablemente injusto en lo que a mi se refiere.

—¿Porqué?

—Porque, lejos de contrarrestar sus esfuerzos, he hecho todo lo que de mí dependía para ayudarlo a aclarar el asunto Montparnaud.

—¿De veras? — dije irónicamente.

—¿No he descubierto los objetos robados y detenido al ladrón?

—Sargasse no es el asesino — contesté.

—Entonces voy a concluir mi obra, nues-

tra obra, querido... señor X. Pues no lo llevo a Marsella para otra cosa. No quisiera detener al asesino del señor Montparnaud sin que usted no estuviera presente.

Su aplomo estaba a punto de imponérseme.

—¿Usted pretende?... — exclamé incrédulo.

—¡Que el cómplice, el famoso cómplice, el hombre de la blusa y los zapatos finos estará hoy en Marsella! ¡Lea esto, misted Wellgone, lea esto! **A. B. partió de Genes, estará el lunes en Marsella.**

Y agitaba triunfalmente bajo mi nariz el telegrama que ya me había mostrado.

Quedé como mareado. A. B.

Marsella, esas palabras se encontraban en las estampillas que la señora Montparnaud me había dicho que venían de Italia y que Sofía pretendía que eran destinadas a Genes.

¿Me había mentido ella? ¿Las iniciales A. B. escondían otro nombre que no era el mismo?

Pero enseguida me repuse.

La sonrisa burlona de Dolcepiano, cuyos ojos estaban fijos en mí, aclaró mis ideas.

¿Era posible que yo vacilara entre Sofía y él? Ese hombre mentía como había mentido siempre. Una vez más, su infernal habilidad trataba de aplastarme, vertiéndome el veneno de odiosas sospechas.

Pero estaba concluído. Arrojaría el yugo. Me libertaría de su embrujamiento.

—¡Basta de mentiras, Carlo Dólcepiano! — dije fríamente. No me convence su telegrama, que le fué enviado desde Genes por las ncesidades de su causa y para la confección del cual se ha servido usted de los datos que benévolamente le he suministrado. Yo se quien es A. B. ¿entiende? Y no ignoro nada del billete del cual formaban parte las palabras que se encontraban en las estampillas. Pero ésto no tiene nada que ver con el asesino del señor Montparnaud, absolutamente, nada. Si usted no tiene más que ese pretexto para persuadirme que lo siga a Marsella, renuncie a él; pues yo se donde está el asesino. El cómplice de Sargasse no es otro que usted mismo, Carlo Dolcepiano, y su astucia no lo ha de salvar.

Yo esperaba que él saltaría, pero, me escuchó con una sonrisa ambigua y tranquila.

Ese hombre era realmente indescifrable. fué imposible discernir si su sonrisa disfrazaba la angustia, el furor o simplemente la burla.

—¡Responda pues! — exclamé exasperado por su silencia — ¿No ha oído que lo acuso?

—¡Muy agradecido! — dijo poniéndose súbitamente grave — No tengo nada que responderle por el momento. Usted no tiene bastante sangre fría, mister Wellgone.

Hay en usted una niebla que enceguece sus juicios. Si usted estuviera lúcido, yo le sacaría esas dudas que lo molestan y le pediría que tuviera paciencia y que me acordara el tiempo necesario para convencerlo.

—¡A otros! — dije con cólera.

—Es lo que digo. No culpe más que a usted mismo si lo tengo que tratar así. Al llegar a Marsella lo conduciré a casa de uno que le inspirará confianza. Hasta entonces, es mejor que fumemos evitando decir más tonterías.

Encendió su cigarro y se puso a fumar.

Desdeñé responderle y afecté ignorar su presencia. Marsella se acercaba y obligado a estar bajo cerrojos hasta que se verificara mi identidad, conseguiría librarme de sus garras.

A causa de Sofía, la aventura sería enojosa. Pero, realmente, yo no la había elegido.

—¡Si solamente — pensaba — pudiera hacer arrestar a este bandido! Me parece que su captura, — cuyo honor sería mío — compensaría un poco mi ridícula aventura y me valdría alguna indulgencia.

Me puse a reflexionar en la forma de realizar mi proyecto. A pesar de las apariencias no me pareció de los más simples.

—Si grito las cosas se empeorarán — me dije — él me dejará en manos de la policía y se eclipsará. Me habré colocado para nada en una situación fastidiosa.

Sin embargo, no encontraba otra forma.

Aún me devanaba los sesos, cuando entramos en la estación de Marsella.

El inspector apareció para libertarnos.

—¿Que hará Dolcepiano? — me pregunté dirigiéndole una mirada — Quizás está tan molesto como yo.

Cuando abrió la puerta el empleado iba a alejarse. Mi compañero lo llamó:

—¿Quiere pedirle al comisario de vigilancia que me envíe un gendarme o un agente? — le dijo.

—Sin asombrarse, el inspector prometió trasmitir el pedido.

El italiano era audaz. O bien previendo mis deseos, trataba de intimidarme, adelantándoseme.

Esperé pues, finguiendo indiferencia que me pidiera que lo siguiera. Pero él se quedó en la puerta del compartimento, silbando tranquilamente.

—Un poco de paciencia — me dijo mirándome por encima de su hombro — Aquí viene un agente que nos debe estar destinado. Pienso que esta escolta bastaría para tranquilizarlo.

Tanto aplomo me exasperó.

—¿Sabe usted que voy a hacerlo arrestar? — le dije.

Dolcepiano se dió vuelta.

—¡En nombre de la ley! — dijo sonriendo y poniéndome la mano sobre el hombro — ¿Entonces cada uno de nosotros quiere detener al otro?

Lancé un grito de furor.

—¡Tendré mi venganza! exclamé.

—Es posible — contestó — Pero no creo que valga como la mía.

En ese momento, un agente apareció en la puerta.

—¿Es usted quien me llama? — preguntó tocando la visera de su kepí.

—Si, camarada — respondió Dolcepiano. — Se trata de ayudarme a llevar a este caballero.

El agente me tomó de un brazo.

—¡Fuera de aquí! — **exclamé — Estoy**

dispuesto a seguirlo, siempre que lleve también al señor.

Y con la cabeza señalé al italiano.

—No tenga miedo — contestó este — Yo iré. No abandono asi a mis amigos.

Y tomándome del otro brazo:

—¡Vamos! ¡en marcha mister Paddy Wellgone! Ya jugó bastante al policía. Ahora será al ladrón.

No pude dejar de pensar con amargura que esas palabras se aplicaban bastante exactamente a la situación y que resumían mi aventura. Era por haber querido jugar al detective que desembarcaba en Marsella, con las esposas, y en compañía poco halagadora para mi amor propio.

Llevado por el agente y seguido por Dolcepiano que me tenía del brazo tuve que descender del vagón.

Entre ellos, pasé en medio de la curiosidad maliciosa de los viajeros.

A la salida, un personaje que yo pensé enseguida que era un inspector de policía nos cerró el paso e interpeló a Dolcepiano.

—¿Tiene algo que mandar? — interrogó.

Sentí que mi corazón latía con una leve esperanza. Un interrogatorio no podía ser ventajoso para el italiano, y además yo contaba intervenir.

—Nada que mandar — respondió lacónicamente mi enemigo.

—¿Entonces? — dijo el policía frunciendo el entrecejo.

—Me explicaré con el comisario central. Es allí que lo llevo.

—Bien — dijo el inspector

Y dirigiéndose al agente.

—Acompañe — ordenó brevemente, volviéndonos la espalda....

—¡Sea! — murmuré — ¡Ante el comisario, habrá que hablar... y oirme!

Salimos de la estación.

—Tomemos un auto — dijo Dolcepiano — Llame uno.

El agente obedeció y nos instalamos en el vehículo.

Inútil decir que yo vigilaba todos los movimientos del italiano, dispuesto a denunciar la menor maniobra sospechosa.

Pero el trayecto se efectuó sin incidentes y penetramos en la comisaría, sin que yo hubiera observado nada de extraño.

El agente me puso en una especie de sala de espera, en tanto que Dolcepiano desapareció en el escritorio de los secretarios.

Diez minutos más tarde, volvía acompañado de un personaje lleno de condecoraciones, a la aparición del cual el agente tomó una actitud respetuosa.

—El señor comisario central — presentó Dolcepiano, sonriendo.

Al mismo tiempo me sacaba las esposas.

—Señor — me dijo el comisario — puede tener absoluta confianza, en el señor Dolcepiano, y puede dar fe a lo que él va a decirle.

Yo me quedé como clavado en el suelo.

—Dos palabras solamente — dijo a su vez el automovilista — Yo me comprometo a desenmascarar aquí mismo, y dentro de tres horas a más tardar, al autor de la desaparición del señor Montparnaud. Pienso, querido mister Wellgone que dadas mis buenas referencias, no se negará a acompañarme.

Capítulo XIII

LAS PRUEBAS DEL CRIMEN

El estupor en que me habían hundido las palabras del comisario, y aquellas, más asombrosas aún, de Dolcepiano, no me permitieron responder.

Como se dice, mi lengua estaba pegada al paladar y además mis ideas no eran lo bastante claras como para darme las frases que debía pronunciar.

Gruñí algo ininteligible que el comisario tomó como una adhesión a la propuesta del italiano, pues dándole un apretón de manos salió, después de hacerme un gesto con la cabeza a la vez alentador y protector.

—¡Bueno! ¡Hasta la noche! — dijo desapareciendo.

Dolcepiano me tomó del brazo y me llevó fuera de la comisaría. Yo lo dejaba hacer.

El, había recuperado su buen humor y sus modales hacia mí se habían vuelto amables.

—Pienso que ese malentendido ya se ha disipado, querido mister Wellgone — dijo jovialmente — Usted no puede creerlo debido a mis maneras un poco bruscas; pero todos los razonamientos del mundo no lo hubieran persuadido de ir a Marsella en mi compañía. Por otra parte, yo quería su absoluta confianza.

Pienso que ahora la tengo.

—La tiene por tres horas — gruñí.

—Eso será suficiente — declaró con seguridad — ¿Pero va usted a reñirme durante todo ese tiempo? Yo quisiera restablecer nuestra antigua cordialidad. Es usted sin embargo incapaz de tener celos profesionales, mister Wellgone?

—No es eso — respondí vivamente.

—¿Y qué otro motivo entonces?

Confiese que no me perdonará el haberme mezclado a su investigación. Sin embargo eso no es culpa mía. Si es preciso confesar la verdad, cuando nos encontramos en las gargantas de la Mescla, yo iba, en efecto, a emprender la misma tarea que usted. Pero, cuando usted me hizo el honor de revelarme su personalidad, encontrándome inopinadamente en competencia con tan ilustre colega, resolví ponerme inmediatamente de lado. Usted habrá visto que yo me presenté a usted bajo el aspecto de un modesto automovilista. No tenía, lo juro, otra intención. Pero no es prudente aproximarse al fuego cuando se es tan inflamable como lo somos nosotros. A despecho de mis resoluciones, no pude evitar el investigar por mi propia cuenta.

Creo haber sido más feliz que usted. Yo no tenía una venda ante los ojos.

—¿Una venda? — exclamé.

—Perdone — replicó Dolcepiano — no es un deshonor estar enamorado. Pero, para un

detective es la peor de las enfermedades, y yo espero que usted se ha de curar.

—¡Jamás! — exclamé con energía.

—No hay que abusar de esa palabra — contestó inclinando la cabeza. — Ahora hablemos francamente. ¿Se disipó esa nube? ¿Quiere que ahora demos un paseo como dos buenos compañeros, mister Wellgone? No le pido más que un crédito de tres horas.

—Yo se lo acuerdo — dije — En ese momento yo le haré una pequeña confidencia que le probará que yo no comparto su idea de que ha sido más clarividente que yo.

—A su gusto.

—Enseguida — continué — tomaré el tren para Genes. Será sólo un retardo de doce horas.

No pienso que tenga consecuencias para mí.

—Usted obrará como le plazca, si es que no ha cambiado de idea — respondió Dolcepiano — Cuando el asesino de ese pobre señor Montparnaud esté encerrado y confundido, yo le prometo que cesaré de importunarlo.

—¿Está usted completamente seguro de desenmascararlo y detenerlo? — pregunté con curiosidad.

—Absolutamente seguro. Se trata de una serie de acontecimientos que debían sucederse en un orden matemático. Hace varios días que he resuelto la ecuación entera y podría darle ahora la solución. Pero un nombre deja siempre incrédulo..

Prefiero desplegar ante sus ojos, una a una las cosas desconocidas y llevarlo paso a paso hasta el final del problema. Usted también quedará asombrado, pero ya no podrá dudar.

—Enciende usted, en mi la vieja curiosidad...

—¡Profesional, mister Wellgone!

—¡Profesional! — aprobé sonriendo.

—En ese caso empecemos. ¿Qué diría usted de un pequeño paseo por el puerto? Creo que hay señalado dos o tres barcos. Asistiremos a su entrada.

—Como quiera — dije un poco sorprendido. Pues, un paseo no me parecía que pudiera tener relación directa con la demostración que me prometía. En todo caso, no era el camino rápido que sus palabras y el corto plazo parecían presagiar.

—Tomaremos por la Cannebiere, naturalmente. Le propondría un alto en el rincón del muelle de la Fraternidad; hay allí un pequeño restaurant que la hora nos recomienda.

Una buena comida nos vendrá muy bien.

La comida, rociada con una botella de vino de Cassis me repuso un poco de mis emociones.

Después, con un cigarro en la boca, bajamos a una barca del puerto.

—¡A la escollera! — ordenó Dolcepiano al botero.

Beatificamente, yo me dejaba deslizar por el agua. Mi aventura concluía mejor de que yo había supuesto. El arresto del asesino del señor Montparnaud, apaciguando mi curiosidad, iba a llevarse todas mis preocupaciones. Dentro de pocas horas, yo podría continuar mi viaje, libre de preocupaciones. No tenía ninguna razón para ver negro al porvenir, porque las complicaciones, en medio de las cuales me debatía desde hacía algún tiempo cesaban por sí mismas.

Consideré a Dolcepiano con indulgencia.

—No es un mal muchacho — pensé — Un poco original quizás en su manera de proceder.

¿Pero acaso el fin no justifica los medios? Le pediré que se encargue de arreglar mi asunto con Paddy Wellgone. No se negará a hacerme ese servicio.

Resuelto a esperar la solución prometida y a asistir a los acontecimientos como simple espectador, me recosté sobre mi asiento, lanzando al cielo una bocanada de humo.

Pasamos por el fuerte Saint-Jean. Luego doblamos hacia la Joliette.

Cuando entramos en el antepuerto, vi ante nosotros un gran barco blanco. Franqueaba el canal para ir a amarrarse al muelle.

—"Regina Elena — Génova" — leí en alta voz.

Dolcepiano también miró.

—¿De dónde viene? — preguntó al botero.

—De Genes.

—¿Es este el que debía llegar esta mañana?

—Sí, ha debido retrasarse.

Mi compañero se volvió a mi y me golpeó el hombro.

—El asesino del señor Montparnaud, está a bordo — dijo en italiano.

—¿Quien se lo dijo?

—Lo supongo. Por ciertas razones él no podía llegar más que por mar. Habiéndome sido anunciada la fecha de su llegada, saco la conclusión de que está en ese barco.

—En ese caso, corramos al desembarcadero — exclamé.

Y me levanté con tanta vivacidad que casi hago naufragar la barca.

—Despacio — sonrió el italiano haciéndome sentar. — Es inútil apurarse. Para aclararlo todo mejor, es preciso dejar al hombre dos horas de libertad.

Vamos pues, a pasear tranquilamente por la escollera y los docks.

—Pero durante ese tiempo — objeté yo — él puede...

—Esté tranquilo — respondió Dolcepiano — El no se escapará....

—Arrímese a la escollera — continuó — Vamos a desembarcar.

A despecho de mi impaciencia, tuve que resignarme a recorrer lentamente una buena parte de la escollera. Al fin, nos dirigimos hacia los muelles.

En las proximidades del desembarcadero, un hombre, paseaba perezosamente, fumando un cigarrillo.

Dolcepiano se dirigió hacia él.

—¿Llegó? — murmuró al pasar.

—Llegó — respondió el otro sin mirarlo.

—¿Donde?

—Hotel Dos Mundos. Pieza número 10.

—Está bien.

El italiano me llevó con aire de triunfo.

—Ya lo tenemos — dijo.

—¿Pero quien ? ¿quien? — exclamé nerviosamente.

El sonrió y sacó su reloj.

—Lo sabrá dentro de dos horas— dijo flemáticamente — ¿tomaremos el tranvía? Vamos a Belsunce.

—Tranvía o coche, lo que quiera — respondí — Lo importante es ir rápido.

Subimos en un tranvía que se dirigía hacia el Puerto Viejo.

Otro tranvía nos hizo subir por la Canebiere y la calle de Noailles.

A pie recorrimos el resto, siguiendo la acera de la derecha. Observé que los atentos ojos de Dolcepiano miraban a todos los transeúntes que venían hacia nosotros.

—Al acercarnos al hotel, se aseguró con una mirada de que nadie nos podía ver desde las ventanas.

Entramos. El escritorio se hallaba en lo alto de la escalera.

—¡No haga ruido! — dijo Dolcepiano abriendo silenciosamente la puerta.

El escritorio estaba vacío. El se acercó vivamente al cuadro donde estaban colgadas las llaves provistas de su medalla de cobre. Entre ellas estaba la número 10.

Rápidamente, el italiano la sacó y la guardó en el bolsillo.

Luego volvió hacia la puerta, la cerró y la abrió ruidosamente.

—¿Hay alguien? — gritó.

Era la hora de la siesta. El hotel parecía vacío, y aquellos que se encontraban en él debían dormir.

Se oyó un paso lento que bajaba del piso superior. Un mozo somnoliento apareció.

—¿Tiene una pieza? — preguntó Dolcepiano.

—¿De dos camas? Está la doce. Son cinco francos.

—La tomamos. Dé su boletín de consigna — me dijo.

—Es usted quien lo tiene — respondí, recordando que a nuestra llegada él había hecho depositar mi valija.

—Es cierto — dijo sacándolo del bolsillo y dándoselo al mozo.

—Usted hará recoger los equipajes. Mientras tanto, codúzcanos al cuarto. Queremos lavarnos un poco.

Con su paso lento, el mozo nos precedió y nos introdujo en el cuarto indicado. Se aseguró de que había agua y tohallas y se alejó.

Dolcepiano, lo oía bajar la escalera.

Se puso un dedo sobre los labios.

—¡Venga! — me dijo despacio.

Salimos al corredor. El número diez estaba a dos puertas de distancia. Mi compañero se acercó, sacó la llave de su bolsillo y abrió.

—Corremos peligro de que nos sorprendan — murmuró él — pero yo no creo qu esto ocurra si mis instrucciones han sido seguidas ¡Basta! hay que aventurarse un poco.

Entró haciéndome señas de que lo siguiera y cerró la puerta detrás nuestro.

Era una gran pieza con dos ventanas sobre la avenida. En ese momento, las persianas estaban cerradas, de suerte que reinaba una semi oscuridad.

Pero, una vez mis ojos habituados, distinguí una gran cama en el medio, el tocador con las tohallas aún dobladas sobre el jarro de agua y, en un rincón, algunos paquetes y una gran valija.

Todo estaba en orden. No habían entrado más que para dejar el equipaje y salir enseguida.

Dolcepiano abrazó todo de una mirada y se acercó a los paquetes.

Uno después de otro, los tomó, los levantó, los palpó y los examinó anunciando a media voz su contenido con una precisión absoluta.

—Un bastón... el puño viene de Milán. Dos paraguas y una sombrilla — dijo, dejando el estuche que contenía esos objetos — Peines, cepillos y frascos... Ropa.... trajes; todo esto es impersonal... quiero decir, sin etiqueta, entonces, sin interés... Son adquisiciones hechas al azar del itinerario, a medida de las necesidades... Creo que lo único interesante es la valija.

La levantó y la examinó.

—¡Que valija! — dijo — Vaya una cerradura de primer orden. La han elegido. Es verdaderamente un saco donde se pueden encerrar objetos de valor.

—Abrala — dije con impaciencia — Ya la ha mirado bastante.

—Un momento — replicó Dolcepiano — Déjeme el placer de razonar un poco, para poder controlar después lo justo de mis deduciones.

Decimos objetos de valor; pero eso no se deja en un cuarto de hotel donde el que quiere puede llevarse la valija y su contenido. Debemos pues suponer que no encierra lo que comunmente se denomina objetos de valor. No pueden haber más que bagatelas insignificantes o quizás, cosas con las que el ladrón se vería muy incómodo... ¡Hum! ese es un razonamiento. Estamos en Francia, hemos pasado la aduana. No tenemos más que a los ladrones. Pueden ponerse aquí dentro, sólo cosas molestas para conservar.

Estas palabras parecieron decidirlo. Se aseguró, al tratar de abrirla, que el saco esta ba cuidadosamente cerrado.

—¡Este sistema de cerradura no es de los que pueden forzarse sin dejar la señal. Va a ser necesario deteriorar abominablemente este objeto. Pero ¿debo dejar a otros el placer de buscar y hacer encuentros?

Sacó una cortaplumas de su bolsillo, la abrió y la introdujo en la abertura de la valija.

—Esto que hago es por usted — dijo — La curiosidad es un pícaro defecto, y la suya, querido señor Wellgone, me parece que pasa los límites permitidos.

Encontré en éste discurso, esa irritante burla que me había demostrado varias veces. ¿De qué se burlaba? Adivinaba solamente la intención, sin comprender el motivo.

Se oyó un crujido. La cerradura dislocada cedía al fin.

—¡Sésamo! — exclamó Dolcepiano con acento de triunfo.

Hudió en el saco abierto sus miradas luego una de sus manos.

—No son sólo hipótesis, — dijo — Aquí se hallan pruebas palpables en apoyo de lo que yo adelanto. Para mi, querido mister Wellgone, yo no he dudado nunca del resultado y aunque aun no haya visto al hombre juraría que es él.

—¡El! ¡Nómbrelo! — exclamé.

—Mire aquí — dijo sin responder.

Me tendió un pequeño cuadrado de cartón con una mancha marrón.

Era un billete de ferrocarril, de primera clase en el Sur, válido para el recorrido entre Le Villars y Niza.

—El billete que no se ha encontrado sobre el cuerpo del señor Montparnaud — explicó Dolcepiano — El hombre no lo habrá querido dejar.

A causa de la sangre y de la impresión digital — murmuré yo constatando que la mancha marrón no era otra cosa que la marca de un dedo ensangrentado.

¿Pero no nos dejábamos llevar por una convicción preconcebida? Reconociendo ese billete como el del señor Montparnaud, quizás cedíamos a nuestro deseo de haber descubierto realmente al asesino. Pensé que era una conclusión un poco a la ligera y sobre una prueba que no era irrecusable.

—Ese billete tal vez no es más que una coincidencia — objeté.

—En ese caso, diga dos coincidencias — contestó — pues la fecha corrobora mi suposición.

Me aseguré con una mirada que ella era aún, visible, en una de las extremidades del billete. Era, en efecto la del día del asesinato.

—Es una grave presunción — dije.

—¿Y ésto? — dijo triunfalmente Dolcepiano.

Sacó una pipa.

—La pipa del señor Montparnaud — exclamé — Recuerdo, en efecto, haber oído decir a su esposa que el asesino se la había llevado ¡Vamos! No hay duda, Tenemos al hombre.

—Vea, aquí están las llaves.

Y sacandolas del saco, el italiano las puso sobre la mesa.

—Una llave... quizás la de la puerta del departamento.... y ésta otra... Estas llaves más pequeñas deben ser de muebles, armarios, escritorio supongo.

—Han debido sacarla de la caja fuerte — dije constatando su ausencia — Nada de asombroso tiene ésto puesto que ha servido al robo y yo la encontré en el cajón de desperdicios. ¿Porqué el ladrón no la habrá llevado en vez de cometer esa imprudencia?

Los labios de Dolcepiano se separaron, mostrando una sonrisa burlona.

—Eso hubiera sido difícil — dije — ¿Porqué?

—Porque no ha habido robo, mister Paddy.

—¡Como! — exclamé — ¿Y la caja fuerte explotada? ¿Como explica eso?

—Ya lo veremos. Pero escúcheme bien, y primero mire esto.

Buscó en uno de sus bolsillos y sacó un cartón y un papel doblado que me tendió.

El cartón era una de esas tarjetas de que se sirven para sus envíos los negocios de novedades. Llevaba la dirección de Sargasse, cochero de Puget-Theniers.

El papel era una factura al mismo nombre, de un negocio de Niza.

—Un traje de ciclista, una gorra, una camisa de franela, y un par de medias de sport, — leyó Dolcepiano, subrayando con la uña los objetos que enumeraba — Todo había sido pagado por adelantado, como lo prueba la mención puesta por medio de un sello. Cree que todo eso estaba destinado a Sargasse.

—¡Seguro que no! — exclamé.

—Bueno. Mire la fecha. El envío fué hecho dos días antes del crímen.

—¡Oh! — dije — ¿Era entonces destinado a?...

—¿Al hombre? Seguramente. El llevaba todo eso bajo su blusa. Ahora, sígame ¿A que hora fué saltado el cofre fuerte.

—A las seis de la tarde — dije— La mecha hubiera podido ser encendida a las cinco.

—Lo que quiere decir que el ladrón hubiera podido encontrarse a las cuatro en Niza. Luego encontramos los rastros del hombre de la blusa en la Tineé, a las cinco de la mañana.

—Donde se pierden.

—Pero encontramos a las ocho, en Vesubie, a un hombre vestido de ciclista. Lleva zapatos ordinarios y no calzado de sport. En fin si no hay peluca roja, está la barba ya descrita. La justicia ha tenido secreto este descubrimiento.

—De las ocho de la mañana, a las cuatro de la tarde, el hombre ha tenido tiempo para volver a Niza.

—¡Espere! El toma el tranvía en Vesubie. Cuatro horas de trayecto, Se le vé bajar en Saint Martin, alquilar una mula y hacerse conducir a la frontera italiana. Allí como el guía lo dejó, perdemos definitivamente su pista. Pero ya son más de las cuatro. Usted ve bien que no ha podido estar en Niza y que la historia del robo no es cierta.

—Sin embargo he visto la llave — objeté.

—Eso prueba simplemente que había quedado en la casa de la calle Pastorelli y no en el bolsillo del señor Montparnaud — contestó Dolcepiano.

—¡Oh! — dije. — Pero entonces ¿quien ha colocado el cartucho?

—¿Quien? Quizas lo adivine usted cuando yo le haya dicho el nombre del hombre— respondió el italiano mirándome con expresión singular.

—Por favor no me deje asi, digamelo— le pedí.

Dolcepiano sacó su reloj.

—Puedo hablar — dijo — El hombre debe ser arrestado en éste momento. Se llama Antonia Bonassou.

Yo debí pasar por todos los colores del arco iris.

—¿Antonin Monassou? — repetí mirando a Dolcepiano con aire atontado.

Y en una rápida visión vi desfilar ante mi vista todas las imágenes que la frase del italiano podían sugerirme.

Mi verdadera personalidad había sido puesta en claro. Yo era sospechoso. El, jugaba conmigo como el gato con el ratón que tiene entre sus garras.

Todos esos acontecimientos que se habían sucedido: el encuentro en el tren, esa comedia del arresto a la cual se habían prestado sucesivamente el inspector, el agente y el comisario, en fin, esa visita domiciliaria, esa revisación de objetos que habían pertenecido al muerto, eran la decoración, sabiamente graduada y destinada a arrancarme la confesión.

Dolcepiano me espiaba, vigilaba mis menores impresiones, una posible turbación un rubor o una palidez fugitiva, todo lo que pudiera traicionar mi emoción. Y, para concluir, no habiendo obtenido nada, se decidía a jugar su última carta. Me lanzaba bruscamente mi nombre

Quise gritarle:

—¿Sospecha de mi? ¡Está loco! Yo soy inocente.

Lo hubiera hecho si a mi estupor, a mi rebeldía no se hubiera mezclado el sentimiento neto de que la fatalidad había tejido a mi alrededor una red de apariencias, de la cual yo era ahora la víctima.

Había en mi caso muchas cosas oscuras, muchas reticencias, muchas mentiras, para que yo pudiera demostrar mi inocencia con una sola palabra.

Yo, había tomado el nombre de Paddy Wellgone.

Yo, había fingido un viaje a Genes.

Yo, había querido huir a Italia, rodeando mi viaje de todas las precauciones que podían hacerlo más misterioso y más secreto aún.

Había coincidencias aplastantes:

La de la llave de la caja fuerte, descubierta por mi.

Lo de las estampillas de Sofía que nos comprometía a los dos.

Podía yo con una sola palabra disculparme de todo esto, si, como suponía Dolcepiano se había servido de eso mismo para establecer su presunción de culpabilidad?

Aterrado balbucí:

—¿Es una broma?

—¡Venga! — dijo simplemente Dolcepiano.

Lo seguí con las piernas flojas y la cabeza que me zumbaba.

Bajamos al primer piso y él se dirigió al escritorio donde penetró resueltamente.

El mozo, estaba sentado ante la mesa, con la cabeza apoyada sobre sus brazos cruzados.

Dolcepiano le golpeó en el hombro.

—¡Oh! — dijo el mozo sobresaltado.

—¿Ha tomado usted los nombres de los viajeros del 10? — preguntó el italiano.

—Yo no, señor. Es la patrona quien los condujo. Yo los llevé hasta la pieza, la dama primero y luego al señor.

—¿A qué hora llegó la dama?

—Esta mañana entre las seis y las siete. Vino en el ómnibus del hotel.

—¿Y el señor?

—A la una. Recuerdo ahora que la dama había dado su nombre. Debe estar en el registro.

—¿Me lo quiere mostrar? — preguntó Dolcepiano deslizando dinero en la mano del mozo.

Este vaciló y pareció asombrado.

—Policía — murmuró el italiano mirándolo.

—¡En ese caso!... — dijo el mozo.

Abrió él mismo el registro en la página del día.

—Número 20... 6... 17... 3... No veo el 10. No se han inscripto — dijo siguiendo con el dedo.

Por sobre su hombro, Dolcepiano alargó su brazo y se apoderó de una tarjeta que se encontraba en el registro.

—¿Y esto? — dijo.

La miró y me la tendió.

—¿Se convencerá al fin, incrédulo? — me dijo con aire satisfecho.

Leí con estupor.

ANTONIN BONASSOU

y debajo escrito con tinta, por una mano femenina habían agregado

y señora

Era mi propia tarjeta y perfectamente auténtica; era preciso que me la hubieran robado.

No podía apartar los ojos de ella.

—¿Y bien? — me preguntó Dolcepiano.

Dejé escapar un gesto que significaba:

—¿Qué quiere usted que diga? Ya no se más nada.

¡Bonassou! ¡Antonin Bonassou! ¡Había en el hotel alguien que se hacía pasar por mí y, que estaba acusado de asesinato!

No me atrevía a considerar esto fríamente. Cuando a uno le ocurre semejante aventura, es difícil conservar la lucidez.

—¿Están aquí? — murmuré.

—No señor, han salido en cuanto llegaron — respondió el mozo.

—Pero en fin... ellos estaban.... él estaba... ¿lo vió usted?

—Sí, señor.

Me volví hacia Dolcepiano:

—¿Y será él quien habrá?.... ¿Esta usted seguro?...

—¡Vaya! — exclamó el italiano.

Y dirigiéndose al mozo:

—Dígame como era el hombre.

—No lo he visto mucho, señor, no tiene nada de notable: talla mediana, ni grueso ni delgado, de aspecto bastante fuerte, completamente afeitado.

—¿Las ropas?

—Un traje de ciclista, medias marrones con un dibujo. Llevaba gorra.

¿Y los zapatos?

—Era calzado ordinario.

Dolcepiano me miró con aire de triunfo.

La duda ya no era posible, era bajo mi nombre — bajo mi nombre — que el asesino del señor Montparnaud había cometido el crímen. Y coincidencia inicua, él se lo ha-

bía apropiado, en la época precisa en que yo lo abandonaba para atribuirme el de Paddy Wellgone. Una de mis tarjetas se encontraba en sus manos y se servía de ella como yo de la del detective.

¿Era preciso no ver más que el azar en este extraño acercamiento? ¿Era posible que nadie hubiera ayudado a tal encadenamiento de circunstancias?

Me esforzaba en repeler las crueles dudas que me asediaban.

Lo que entreveía bruscamente me destrozaba tan atrozmente el corazón que retrocedía ante la perspectiva de ser aclarado por nuevas preguntas.

Hubiera querido huir y no saber ¡no saberlo jamás!

Dolcepiano me tomó del brazo.

—Es bastante aquí. ¡Vamos a verlo!

—¿A verlo? — exclamé.

—Sin duda — dijo Dolcepiano — ¿No tiene curiosidad en conocer a Antonin Bonassou?

Me llevó y en tanto que prendido a su brazo ambulé bajo los árboles de Cours, yo pensaba con desesperación como se hacía más difícil cada vez recuperar mi nombre.

No podía sin embargo ser siempre Paddy Wellgone. A fuerza de esquivar la hora de la confesión, me iba a ver abligado a hacerla en el momento en que me sería más cruel y en que todo se coaligaba para aumentar mi confusión.

Ya oía en mi imaginación la risa irónica de Dolcepiano cuando conociera mi aventura.

Pero antes de hablar, era precisa ver, confundir, al audaz bandido que se había atrevido a comprometerme de esa manera.

Ante la puerta de la comisaría, Dolcepiano se detuvo y sacó el reloj.

—¡Las tres menos cinco! — dijo — ¿soy de palabra?

Entramos y casi enseguida fuímos conducidos al escritorio del comisario.

Este nos esperaba.

—¿El hombre ha sido detenido?

—Preguntó Dolcepiano dándole la mano.

—Está aquí — respondió el comisario designando una puerta — asi que...

—Bien — dijo el italiano — procedamos por orden. El primero.

—Hágalo entrar — ordenó el comisario a un policía que salió.

Este volvió enseguida trayendo ante a un individuo completamente afeitado.

Aunque estuviera sin bigote, lo reconocí enseguida.

—¡Señor Montparnaud! — balbucí poniéndome a temblar.

Capítulo XIV

LOS DOS ANTONIN

¡El señor Montparnaud ante mí, indiscutiblemente vivo! ¡El señor Montparnaud del cual yo había visto — había creído ver el cadáver tan horriblemente mutilado en el andén de la Mescla!

¿Era posible? ¿No estaría soñando?

El viajante de comercio, muy dueño de sí no parecía reconocerme.

Frunció el entrecejo al verme, como cuando se mira a un desconocido a quien se desprecia.

—Está usted en un error, señor me dijo fríamente — yo me llamo Antonin Bonassou.

Su audacia me desconcertó.

Yo había pensado que sólo con verme se confundiría el impostor que se apropiaba de mi nombre. Con mayor razón el señor Montparnaud a quien yo conocía íntimamente, debía renunciar a esa comedia.

Sin embargo no lo hizo.

—Usted... usted... pretende... dije.

Pero él desdeñó ocuparse por más tiempo de mí y se dirigió al comisario.

—¡Si esto es una broma confiese que es mala! ¿Desde cuando, señor se detiene a las personas decentes que se pasean? Sus agentes me han caído encima sin dignarse comunicarme el motivo de mi arresto.

El comisario miró a Dolcepiano, que tomó enseguida la palabra.

—Son varios, señor — respondió amablemente. Hay contra usted cualquiera que sea su nombre dos ordenes de comparecer, una de las cuales me ha sido dada en blanco.

—¡Es encantador! — exclamó el señor Montparnaud afectando la más agresiva ironía.

—La primera — continuó Dolcepiano — lleva el nombre que le dió recién este joven....

—¡Pero ese nombre no es el mío! — protestó el viajante de comercio — ¡Yo lo probaré!

—Si usted es realmente el señor Mantparnaud...

—Yo no lo soy.

—Usted está acusado de tentativa de estafa.

—¡Ridículo! Tengo mis papeles perfectamente en regla, y que no dejan subsistir ninguna duda respecto a mi identidad. ¡Asegúrense de una vez!

—Luego — prosiguió Dolcepiano con inalterable serenidad — en el caso en que usted persista en llamarse Bonasson, lo acuso de la desaparición del señor Montparnaud.

—¡Delicioso! Si yo no soy el, es necesario que sea su asesino. — La policía tiene buenas cosas.

Y el comerciante alzó los hombros con soberano desprecio.

—El señor Montparnaud — continuó Dolcepiano — ha desaparecido bajo el túnel de la Mescla el lunes 6 de Marzo a las siete de la noche. Un individuo del cual poseemos diversos datos, y del cual lleva usted ahora el traje decendió en la Mescla algunos minutos después. Lo vieron salir del compartimento del señor Montparnaud. Ya ve que el dilema se impone.

—¡Pero yo no tengo nada de común con ese individuo! Yo estaba en Niza el 6 de Marzo y partí para Genes a los dos días, ó sea el día 8 de Marzo. Su historia no tiene sentido común. Muéstreme una orden de arresto a nombre de Antonin Bonassou o póngame en libertad.

—Estoy dispuesto a escribir ese nombre si así lo desea — respondió flemáticamente

Dolcepiano sacando de su cartera la orden en blanco.

Mi frente se cubrió de sudor.

—¡No haga nada! — exclamé vivamente — este hombre no se llama Bonassou. Puedo testimoniar sobre su identidad.

—¿De veras señor? — dijo irónicamente el señor Montparnuad — ¿Y quien es usted?

Enrojecí violentamente. Pero iba a contestarle.

Una mirada de Dolcepiano me detuvo.

—¿Para que protestar inútilmente? — dijo — Tenemos testigos.

Hizo una seña al inspector que abrió de nuevo una puerta, Sofía Perandí apareció un poco pálida y con los ojos modestamente bajos.

—¡Sofía¡ — exclamé — ¿Usted en Marsella? ¿Viene para salvarme?

Y tendí los brazos hacía ella, persuadido de que sólo mi buen genio había podido traerla hasta allí.

—¡Interrógenla! — continué con una volubilidad febril, dirigiéndome al comisaric y a Dolcepiano. Ella concce a Bonassou y al señor Montparnaud. Ella sabe quien soy yo y quien es el señor.

Y esperé anhelante, pronto a lanzar un grito de triunfo.

Mi novia levantó lentamente los ojos ¿podría alguien creer que su luminosa serenidad, su cándida pureza no eran más que la calma de la audacia?

Nos miró a todos sucesivamente.

—¿Montparnaud? — dijo al fin con tranquila seguridad un poco tristemente — era mi tutor, y el pobre hombre ha muerto asesinado hace unos ocho días. En cuanto al señor Bonassou, mi novio y casi mi marido — recalcó cruelmente estas palabras — ¡aquí está!

Y señaló al señor Montparnaud.

Era el primer golpe. Mis piernas flaquearon. Retrocedí hasta una silla y me dejé caer agotado.

—¡Señor Antonin Bonassou! murmuró detrás mío Dolcepiano.

La tarjeta en el registro del hotel, la llegada de la dama luego la del señor, todo se explicaba. Conocía ahora a los inquilinos del cuarto número 10.

!Sofía me había traicionado!

Por lo menos yo quería confundir a la ingrata.

—¿Y, yo? — exclamé desesperadamente. — ¿Yo, quien soy yo?

Ella me miró derecho a los ojos y yo fuí el único en comprender el resplandor irónico que apareció en ellos.

—¿Usted? — dijo tranquilamente —¿No es usted el señor Paddy Wellgcne?

Lancé un sordo gemido.

Sin darme tiempo para responder, ella se volvió hacia el comisario.

—Devuélvame mi novio, señor comisario — el no ha hecho nada para que lo arresten. Reteniéndolo nos ocasionaría un gran perjuicio, pues debemos embarcarnos a las cinco para Tunez donde nos vamos a establecer, No debemos hacer caso de las mentiras del señor — continuó dirigiéndome una mirada llena de rencor. — A pesar de lo que ha dicho, Antonin tiene con que establecer su identidad, Muéstrele sus papeles, mi amigo. Eso pondrá fin a esta ridícula historia.

Estuve por gritar de indignación al ver que el señor Montparnaud sacaba de su bolsillo mi propia cartera.

¿Quién podía habérsela dado más que la hipócrita Sofía, entre cuyas manos yo la había dejado tan ingenuamente?

Con cínico aplomo el viajante de comercio sacó todos sus papeles.

Observé que había hecho desaparecer aquellos en que figuraba mi fotografía.

En tanto que el comisario los examinaba complacientemente, después de haber consultado con una mirada a Dolcepiano que se limitó a responder con una sonrisa enigmática, Sofía explicaba:

—Prefiero decirlo todo antes que ver que se sospeche injustamente de mi futuro marido. ¡Toda Niza conoce nuestros proyectos!

Hemos partido bastante ostensiblemente tanto uno como el otro.

Somos libres y mayores ¿no es cierto? Yo no dependo de nadie, no tengo más que una prima, la señora Montparnaud y vivo en desacuerdo con ella.

Hemos resuelto pues, partir y casarnos. Para eso hemos hecho venir nuestros papeles Aquí están.

Los sacó de su cartera ¡los suyos y los míos!

A medida que se desvelaban sus ingeniosas perfidias, mi corazón latía lleno de indignación.

—Usted puede verificar lo que digo — continuó ella — ¿Tienen aquí telégrafo y teléfono, verdad? Eso los dispensará de retenernos perjudicándonos grandemente. Antonin pidió vacaciones para Genes al día siguiente del fallecimiento de mi tutor.

Telefonée a su ingeniero. El le confirmará esto. Después nos hemos escrito...

—¡Por estampillas! — exclamé amargamente.

Sofía enrojeció, luego, tomando valientemente su defensa:

—Si, por estampillas — contestó — cuando se está enamorado siempre hay secretos que decirse.

Bueno, señores, nuestra partida no ha sido un misterio para nadie. Antonin ha enviado su dimisión indicando que partíamos para Marsella. Ha escrito también a otras personas. Verifíquenlo. Es asunto de diez minutos.

Toda la trama tan audazmente urdida se me aparecía poco a poco. Cada una de sus frases me revelaban un hilo. Con que habilidad había sabido quitarme mis papeles y hacer preparar por mí mismo el viaje a Marsella. Toda la gente debía haberlo creído.

Sin la intervención de Dolcepiano, la astucia hubiera tenido éxito. Yo iba tontamente a Genes a esperar a la pérfida, dejando a Montparnaud la ocasión de unirse a Sofía y huir con ella bajo mi nombre.

La combinación era admirable. Jamás la hubiera nadie sospechado y aunque yo lo hubiera negado, al volver a Niza después de

esperarla en vano, se me hubiera acusado de haberme fugado con Sofía.

Montparnaud no resucitaría y los dos cómplices huirían a algún rincón del globo, donde gozarían el perfecto amor, no sin burlarse de mi candor.

Este pensamiento me llenó de rabia.

¡Ah, sin Dolcepiano! ¡Sin Dolcepiano!

Le dirigí una mirada de reconocimiento. El, me vengaría.

Sofía continuaba defendiéndose, arriesgando el todo por el todo, esperando quizás que yo no me atrevería a hablar, a revelar mi propia superchería.

Ella contaba con que yo me enfurecería y con mi desesperación.

Lo diré todo — para vengarme de su traición.

Pues todas las taras de Sofía repentinamente desveladas, su picardía, su perversión su hipocresía no eran nada comparables con esta espantosa revelación.

¡Sofía amaba al señor Montparnaud! ¡Era para poder huir con él que me había engañado, y hecho servir a la más odiosa de las maquinaciones!

Se lo hubiera perdonado todo, menos eso.

El ángel se había vuelto demonio; pero no por eso yo la amaba menos, y la desilución que experimentaba al comprender que ella no me había amado nunca, me hacía sufrir atrozmente.

Aún hoy mismo, aunque ya han pasado tantos años, las lágrimas vuelven a mis ojos al recordarlo.

¡Cruel! ¡Pérfida Sofía! Oyéndola hablar, tan perfectamente cándida, tan hipócritamente sincera, sentí de pronto una angustia terrible. ¿El comisario se dejaría persuadir y daría la libertad a la criminal pareja?

¡Eso no ocurriría!

Me puse de pie de un salto.

—¡Señor Comisario — exlamé — no se deje engañar! ¡todo eso no es más que un tejido de falsedades! Y veo ahora, demasiado tarde hasta que punto esta señorita es capaz de engañar a la gente. Pero no es nenecsario telefonear a Niza para darse cuenta de que el señor no tiene precisamente, la edad que le atribuyen los papeles.

—¡Represento más edad de la que tengo! — contestó el señor Montparnaud con sangre fría. — Pero la naturaleza es la única responsable. Hay más de un hombre de veinte y cinco años a quien se le daría treinta y cinco.

—En todo caso — repliqué — antes de que usted se vaya, el comisario haría bien en oir a algunos testigos de otra manera que por teléfono. Si, hay un Bonassou que ha salido de Niza esta mañana, pero ese no es usted. Hay un Bonassou que debía casarse con la señorita, pero ese no se le parece en nada. Es un joven demasiado cándido que ha sido víctima de las maquinaciones de la señorita Perandí y que se arrepiente amargamente de haberse prestado a ellas. El Bonassou de que habla estaba en Niza ayer noche, y usted se encontraba en Genes, puesto que llegó hoy en el vapor "Regina Elena"

Y en la época en que le hicieron hacer un viaje a Italia — viaje que él tuvo la estupidez de hacer a instigación de la señorita — él se encontraba en realidad en el cantón de Puget-Theniers, como él lo probaría.

—¡Basta de estúpidos discursos. — interrumpió desdeñosamente Montparnaud — Muestre a ese misterioso joven y hágalo con sus papeles, como lo hago yo.

—Usted sabe bien — exclamé con vehemencia — que esos papeles que usted tiene han sido hábilmente robados por la señorita Perandí en quien él tenía aún una absoluta confianza.

—Esas son acusaciones gratuitas—contestó el señor Montparnaud — apelo al señor Comisario.

—¡Y yo apelo al señor Dolcepiano! — exclamé — Pues supongo que él no los ha arrestado sin pruebas. Le suplico sólo que me crea, cuando afirmo que usted es el señor Montparnuad.

—Vamos a aclarar todo — dijo sonriendo el italiano — Veamos, señor, ¿persiste Vd. en afirmar que se llama Antonin Bonasson?

—¡Lo afirmo!

—Y usted Sta. ¿pretende confirmar eso?

—Lo confirmo en absoluto.

—¡Bueno! ¿Me permite?...

Al decir ésto Dolcepiano se había apoderado de la cartera que Sofía tenía en la mano y la abrió.

—¡Señor! — exclamó con aire ofendido — ¡Su proceder es incalificable! ¡Yo no soy acusada que lo sepa! ¡es de buen grado que acompaño a mi novio.

Sin inquietarse por esas protestas, Dolcepiano registró la cartera. Sacó un álbum de estampilla y se puso a hojearlo.

—Es siempre útil — aunque a veces peligroso conservar la correspondencia — dijo — Veo con placer, señorita que usted no tira la suya.

Me tendió el álbum abierto y vi que las estampillas estaban pegadas de suerte que las palabras escritas en ellas podian descifrarse con un poco de atención.

—Lea, pues — me dijo negligentemente Dolcepiano — Creo que ya conoce la cifra.

Y leí penosamente — ¡oh por ciento! ¡bien penosamente! — éstas líneas que acabaron por poner en mi rostro el rojo de la cólera y la confusión:

"Apruebo tu plan excelente. Es una útil precaución, y tu joven tonto no podía servir más que para eso. En cuanto cobres parte para Marsella. Yo me arreglaré para unirme a ti enseguida. Telefrafía A. B. como hemos convenido. No tengas remordimientos. Es solo a los ojos del mundo que nuestra conducta podría ser criminal, y nadie lo sabrá".

A mi pesar recalqué las palabras que yo conocía. Y ésta vez su sentido se me apareció con una claridad deslumbradora.

—¿Y eso que prueba? — exclamó Sofía con vivacidad — Ya he confesado que mi novio me escribía según ese modo convenido entre nosotros. Esas líneas confirman, al contrario, lo que ya les dije de nuestros proyectos.

Arrancó el álbum de mis manos temblorosas exclamando:

—Han sido escritas por Antonin Bonasson.

—Usted miente — exclamé — La comedia ha durado bastante. Señor Dolcepiano, discúlpeme por haberlo engañado, yo soy Antonin Bonasson.

—¿Y Paddy Wellgone? ¿que hace usted de él? — preguntó Sofía mirándome con furia.

—Por ese lado, señorita — dijo Dolcepiano — permítame que se lo presente, al mismo tiempo que a mi joven colega.

Y haciendo saltar con una mano su peluca, mientras que con la otra se arrancaba los bigotes, el automivilista se nos presentó con el rostro afeitado y los cabellos rojos, sembrados de hilos plateados, del detective que yo había visto la víspera.

—¡Paddy Wellgone? — exclamé a la vez avergonzado y triunfante — ¿cómo no lo he conocido antes?

—¡Paddy Wellgone! — repitió sordamente Sofía, ensombrecida y aterrada.

—Es inútil que me haga ninguna confesión, querido Bonasson — me dijo el detective — Primero porque he leido aquello que me escribió anoche; Aquí está. Aquí está también su carta de dimisión — bien inútil ¿verdad? Confiese que he tenido una buena idea al detenerla. Tómela pues, también esta carta dirigida a Cristini lo mismo que los billetes que contiene. Es su parte.

Me puso en la mano las cartas que yo había creido confiar a Sofía.

Esta dejó escapar un grito de cólera.

—No es malo escuchar detrás de las puertas — continuó Paddy Wellgone — Eso procura, como lo ven, útiles datos y permite intervenir a favor de los amigos. Es de usted de quien hablo amigo Bonasson. Si no corría el riesgo de atraparse una insolación visitando el camposanto de Genes. En cuanto a las cartas que la Sta. Perandi se ha tomado la molestia de llevar al correo ¡que esté tranquila! No contenían más que papel en blanco. Soy prestidigitador en mis ratos de ocio.

—¿Que ha debido pensar?... — murmuré — ¿Al encontrarlo? — Pero querido ha sido simplemente providencial. Gracias a usted, Paddy Wellgone ha podido comenzar a tiempo su investigación y usted lo ha ayudado más de lo que se imagina...—Ya volveremos a hablar de eso. Déjeme liquidar este asunto. Creo que ahora nadie mas va a poner en duda su identidad.

Miró a Sofía que comenzaba a turbarse, y a Montparnuad que conservaba todo su aplomo.

—¡Permítame! — exclamó el viajante de comercio — que el señor Wellgone pretenda llamarse Bonasson y que Dolcepiano sea Wellgone, me es indiferente. Arreglen como les parezca esta ensalada de nombres.

De todas maneras yo soy Bonasson hasta que no me encuentren otro nombre. Y no será Montparnaud a pesar de sus afirmaciones. Parece que se olvidan que este lo mismo que Mambrú está muerto y enterrado. Suicidio o asesinato no pueden negar que es cadáver.

Dirigí mi mirada hacia Paddy Wellgone. Ese era el enigma. ¿Podría descubrirlo?

Si Montparnaud estaba vivo — y lo estaba, pues mis ojos no podían equivocarse — ¿Quién era el muerto del túnel?

Paddy Wellgone miró fijamente al viajante de comercio y ví poco a poco palidecer a este último.

En cuanto a Sofía parecía más muerta que viva.

—Señor Montparnaud, — dijo el detective con voz grave —, ¿se da usted cuenta de su situación? Haría mejor en confesar francamente.

—¿Confesar que? — balbuceó Montparnaud.

—Que ha simulado su propio asesinato para cobrar, con la complicidad de la señorita, los doscientos mil francos del seguro.

—Es falso — dijo el viajante cubriéndosele la frente de sudor. Entonces Paddy Wellgone se le acercó y mirandolo en los ojos:

—¿Qué había en el baúl rojo — le preguntó con tono breve.

Montparnaud tuvo un escalofrío pero no contestó.

El detective se dió vuelta hacia el comisario y le dijo:

—Hay que terminar ¿quiere hacer pasar los otros testigos?

Inmediatamente en medio del silencio que todos guardabamos vimos entrar traidos por un inspector al señor Cristini y a Sargasse.

La voz de Paddy Wellgone se hizo oir de nuevo.

—¿Confiesa? — preguntó al viajante de comercio.

Y Montparnaud dejándose caer en una silla y escondiendo la cara en sus manos balbuceó.

—Confieso.

EL CADAVER DEL BAUL ROJO

¿Qué confesaba Montparnaud? Nadie lo comprendía, excepto Paddy Wellgone.

Pero todos nos sentíamos dominados por esa angustia que hace presentir alguna abominable revelación.

Había algo horroso en el ambiente, y presentíamos que ibamos a oir la confesión de algo monstruoso.

No había lugar a duda respecto a la mirada que el detective dirigía a Montparnuad y Sargasse, impregnada de desprecio y asco.

Si la actitud del viajante era lastimosa; si la entereza que había conservado hasta el fin se había roto como vidrio, al estremo de parecer anonadado, Sargasse duro y hosco, continuaba siendo el bruto inconsciente que puede sentir inquietud pero no remordimiento.

Al verme una luz de maldad había brillado en sus ojos, y había hecho un movimiento como para abalanzarse sobre mí.

Sin duda me adjudicaba la paternidad de sus desdichas. Pero la vista de Wellgone— que le producía un terror instintivo — lo había súbitamente calmado. Se contentaba con mirarnos hipócritamente apretando los puños.

Paddy Wellgone a una señal del comisario que parecía haberle dejado el cargo de proceder al interrogatorio, tendió su mano hacia el viajante.

—¿Conoce usted al señor — preguntó al señor Cristini.

—Es el señor Montparnaud — dijo — y agregó con discreta ironía — Es un cliente.

—¿Y usted? — dijo bruscamente el detective dirigiéndose a Sargasse.

El cochero dejó oir un gruñido afirmativo, y bajó más la cabeza.

—Bueno — dijo Paddy Wellgone, dejando escapar un suspiro de alivio — ¡Vaya un asunto enredado. Por unanimidad el señor Montparnaud es reconocido y declarado vivo ¿Pero quién es el muerto del túnel?

Ante esta pregunta — Montparnaud y Sargasse hundieron más su cabeza entre sus hombros.

—Porque — continuó el detective, — ustedes confiesan haber disfrazado un cadáver para hacer creer en el asesinato de Montparnaud.

Todos oimos un sí que parecía un gemido.

—¿Y ese cadáver de dónde lo habían sacado? — interrogó Paddy Wellgone.

Silencio de terror de los dos hombres.

—Sargasse, — dijo entonces el detective acentuando bien las palabras, — he encontrado las mercaderías...

El cochero comenzó a temblar.

—Estaban en la tumba de Tintin.

Las palabras caían una a una en medio de un silencio helado de espanto.

—Ahora la tumba está vacía. ¿Porqué el cadáver de Tintín no estaba en el cementerio de San Pedro? ¿Dónde está Tintin Sargasse?

Un grito de horror se escapó de nuestros pechos. Habiamos comprendido.

Era el cadáver de su yerno, que el cochero había entregado a Montparnaud para su macabra comedia.

Bastaba mirar su fisonomía repugnante, en la que se veía retratada la avaricia, para no estrañarse que hubiera consentido en efectuar tan horrible negocio.

En cuanto al viajante, entregado como estaba a su pasión y a sus proyectos más había pensado en lo ingenioso de su idea que en la infamia y la profanación cometida.

Y luego, para este hombre que se preparaba para una estafa, ese truco de un muerto, no era más que un pecadillo sin importancia.

Ahora, él parecía comprender y lamentarlo, pero era porque su maquinación se desmoronaba y porque la justicia le pedía cuentas.

¡Tal era, sin embargo el hombre por quién me había engañado Sofía!

Miré hacia el lado donde se hallaba mi ex-novia. Sus facciones no expresaban más que despecho.

Desenmascarada, la comedianta desdeñaba velar su cinismo.

—¿Cuanto le ha dado por eso? — preguntó bruscamente Paddy Wellgone al cochero — ¿Los diez mil francos que se lo han encontrado, verdad?

Sin levantar la vista, el viejo palsano bajó afirmativamente la cabeza.

—¡Es una suma! — dijo sordamente.

Y el relámpago de avaricia que, a pesar de todo vimos brillar en sus ojos, el tono convencido mostraban que, en su pensamiento, invocaba una excusa indiscutible.

—¡Vamos! — dijo rudamente el detective — las reticencias son inútiles. Cuéntenos como se pusieron de acuerdo ¿Fué el Sr. Montparnaud quien le propuso el negocio?

—¡Si! — murmuró Sargasse.

—¿Cuando? ¿Cómo? ¿La propuesta no le hizo saltar?

El cochero, con los ojos fijos en el suelo, respondió en voz baja:

—Me ofusqué un poco la primera vez que el Sr. me habló... ¡Pero qué! ¡ofrecía pagar! Y a Titin, el pobre, eso no podía hacerle nada puesto que estaba muerto.

—Murió el sábado. Fué esa noche cuando Vd. vió al Sr. Montparnaud en Puget-Theniers ¿Hablaron esa vez la primera?

—Si, nos pusimos de acuerdo pero ya habiamos hablado.

—¿Mientras Titin vivía, entonces? — insistió Paddy Wellgone.

—¡Oh! ya estaba muy enfermo — respondió Sargasse un poco molesto — Se sabía que no iba a durar mucho. Yo se lo había dicho al Sr. Montparnaud. Fué en su viaje anterior. Entonces el empezó a lamentarse por Fine y por mí. Decía que la enfermedad debía costar cara y que el yerno no debía dejar nada, que era una desgracia semejante carga cuando no se tenía nada. Luego me contó historias de París, que se vendían muertos a los médicos, en fin cosas como para hacer erizar el cabello Pero, que así mismo eso daba mucho a la familia. Y cuando uno no es rico, no se puede rechazar el dinero. El Sr. Montparnaud dió más vueltas alrededor del asunto preguntándome finalmente, que haría yo en una situación semejante. Yo, claro está, pregunté la cifra ¡Eran diez mil francos! ¡Una suma! Bueno, pues, poco a poco nos pusimos de acuerdo para la cosa.

El miserable encontraba eso muy natural.

—Entonces — preguntó Paddy Wellgone — ¿cuándo fueron el domingo a Saint Pierre ya estaba todo decidido?

—Todo; yo había recibido ropas para el Sr. Montparnaud. No se esperaba más que el fin que no podía tardar, recibí la noticia el sábado a la noche, justo el día en que el Sr. Montparnaud debía venir a ver. Partimos pues juntos el domingo.

—¿Con el baúl rojo?

(Continuará)

EL NAVIO SIDERAL

Novela fantástica, científica y de extraordinarias aventuras

SINTESIS DE LO PUBLICADO

Los jóvenes Sidney Kennedy, Tim Baynes y Ken Thornton han descubierto un metal que no obedece a la acción de la fuerza de gravedad. Con ese metal construyen el Perla del Espacio, un navío aéreo en el cual parten a explorar los espacios sidéreos. Después de pasar cerca de la Luna llegan al planeta Marte, cuyos habitantes les reciben amistosamente.

Durante su residencia los jóvenes han conseguido aprender el idioma que se habla en Marte.

Estalla una guerra civil entre los habitantes de la ciudad y los videri, nombre que dan a los habitantes del campo, que tienen como jefe a un miembro del Yúmen llamado Agnoi. Siguen otros interesantes episodios.

—Así que a pesar de todas nuestras precauciones, — murmuró Sidney, — Agnoi se ha burlado de nosotros. ¿Se dan ustedes cuenta de la trampa en que hemos caído?

—¿Supone usted que los martianos han trazado una falsa pista? — preguntó Ken.

—Exactamente. Como el mastodonte no representaba peligro para ellos la fértil imaginación de Agnoi tramó este infame plan con la bien fundada esperanza de que nos extraviáramos.

—¿De qué puede servirles eso? — opinó Ken. — De que nosotros regresemos sanos y salvos al navío depende su única probabilidad de poder alejarse de este planeta.

—No se sienta tan seguro de que sea así, — dijo Sidney. — Agnoi no es ningún tonto; en realidad, debía ser el tipo más hábil de todo Marte porque de no ser así no hubiese estado casi a punto de deponer a Senama. Piense que ha tenido varias semanas para estudiar todos los movimientos del navío sideral y que, como no tiene absolutamente nada de necio, se ha ido enterando de sus secretos lo suficiente para aventurarse a manejar el navío por su cuenta y riesgo.

—¡Demonio, demonio! — exclamó Tim.— ¿Supone usted que pueden tener la bondadosa intención de dejarnos abandonados aquí?

—¡Ni más ni menos! — dijo Sidney gravemente. — Desde que entraron en el bosque se sintieron asustados y nerviosos, y la desdichada suerte de Parlat terminó por volverles locos de terror. Por lo demás, después de utilizarnos, se proponían librarse de nosotros lo antes posible, y las circunstancias les han favorecido.

—Bueno, lo que es esta noche, no podemos hacer nada más, — dijo Ken cuando calló Sidney. — Tenemos que confiar en la Providencia, y mientras tanto, propongo que nos turnemos, para vigilar de modo que dos de nosotros duerman mientras uno vela. Si no lo hacemos así, mañana estaremos tan cansados que no serviremos para nada.

Tim se encargó del primer turno de vigilancia mientras Sidney y Ken se apoyaban, poco cómodamente por cierto, en un tronco de árbol, porque no se atrevieron a acostarse metidos en la niebla espesa que cubría el suelo.

Sidney y Ken estaban tan cansados que se durmieron antes de que pasara un minuto, y aún cuando Tim paseó de un lado a otro resueltamente sin cesar, se vió en grandes apuros para no dormirse, a pesar de todo. A pesar de que no cesaba de caminar, se le cerraban los ojos. Varias veces sintió que se dormía y despejó reprochándose su debilidad y temblando al pensar en las consecuencias que podía tener la falta de vigilancia en caso de que pasara algo grave. Cada minuto le parecía una hora; su primera hora de guardia le pareció una eternidad, pero a pesar de todo vigiló virilmente hasta el fin de su guardia. Se disponía ya a despertar a Ken, que era el que debía relevarle, cuando levantó la cabeza y miró hacia el follaje del bosque. Algo le había llamado la atención. La noche era enteramente silenciosa, ni la más leve brisa movía la atmósfera llena de aquel intenso y empalagoso olor a lilas, pero de lo alto llegó a sus oídos algo como un murmullo sibilante que se repetía sin cesar, dominando un sonido como el que hace una persona que chista muy bajo.

Tim había levantado la mano para tocar a su compañero y despertarle, cuando se percató por primera vez de aquel curioso ruido. Se quedó enteramente inmóvil, sin atreverse a hacer movimiento alguno, sin atreverse casi a respirar, preguntándose si no se trataría de alguna alucinación de sus sentidos desconcertados por el cansancio y la falta de sueño. Escuchó con la mayor atención que le fué posible y le pareció oir, muy lejano, el grito de algún vagabundo animal nocturno. Volvió a reinar el silencio completo de antes y el joven dedujo que aquel chistar que antes había oído había sido una ilusión de sus sentidos.

Por fin apoyó la mano en el hombro de Ken, que se despertó en seguida y, gruñendo, protestó porque se le despertara de aquel modo, hasta que se dió cuenta de que Tim pedía que le relevaran y que había llegado el momento de que él ocupara su sitio. Antes de ocupar el sitio de Ken, Tim le enteró de la broma que le había dado la imaginación, pero antes de que terminase de explicar lo que le había pasado, cerró los ojos y se quedó dormido.

Cuando Ken estuvo enteramente despierto se dió cuenta de que lo que había dormido

— a pesar de que había sido poco y en postura muy incómoda, — le había refrescado y tranquilizado el sistema nervioso. Se sonrió al recordar lo que Tim le había dicho que se imaginaba haber oído; aquel chistar inexplicable y extraño. Se sonrió durante unos minutos, porque después la tristeza del ambiente de la selva se fué apoderando de él y el joven se estremeció de pies a cabeza, sacudido por la presunción de la amenaza de algún peligro.

En redor de donde se encontraba reinaba la mayor calma y el mayor silencio, pero a lo lejos los vagabundos nocturnos comenzaban a dar señales de vida y dejaban oir llamadas y respuestas que llegaron desde gran distancia a los oídos del que vigilaba. ¿Qué animales eran aquellos? Ken no podía ni imaginarlo; pero un llamado, por su insistencia, se distinguió entre los demás. Rasgó el silencio, procedente del Norte y se dejó oir con la regularidad de los movimientos del péndulo de un reloj. Empezaba con un chillido agudo que se prolongaba, descendiendo en la escala musical hasta transformarse en un fúnebre y grave aullido que terminaba como un alarido de tristeza.

Ken, por más que lo pensaba, no podía imaginar qué clase de ser viviente podía emitir semejante grito. Era enteramente distinto a todo cuando había oído anteriormente. Lo único que podía decir era que la monótona regularidad del grito le crispaba los nervios y que, a pesar de todo cuanto hacía por distraerse y pensar en algo distinto volvía a prestar atención y a escuchar el sobrenatural aullido.

El sueño huyó por completo de él y se dió cuenta subconscientemente de que las tinieblas nocturnas se hallaban pobladas, en todas direcciones, de los gritos de llamada de los diversos animales. Pero todo aquello parecía dominado por el grito que se depetía acompasadamente y en el cual parecía mezclarse la risotada del demente al fúnebre sollozo del alma condenada.

Su oído había intensificado asombrosamente su agudeza y parecía funcionar separado de su voluntad. De pronto recordó lo que Tim le había dicho porque se dió cuenta, con un escalofrío, de que en las copas de los árboles, precisamente arriba de donde estaba él, se oía el misterioso chistar y además se notaba que se movía algo.

Era lo que se oía, tal como Tim lo había descripto. Oíase el remover de las hojas y un chistar sibilante y continuo. Se preguntó Ken qué misterio podía ser el que se hallaba oculto en aquel techo de follaje.

Acudió a su imaginación la idea de la presencia de víboras: de unas víboras que debían ser de tamaño monstruoso, como todos los seres de aquel terrorífico planeta. A pesar de todos los esfuerzos que hizo para no dejarse arrastrar por visiones de su imaginación, no pudo evitar que se le figurara que estaba rodeado de víboras que le amenazaban de todas partes, colgando de las ramas, preparadas a acometerle...

A tal punto se sintió dominado por esas pesadillas que decidió de pronto encender su antorcha eléctrica y así lo hizo, dirigiendo el haz de luz hacia arriba de modo que iluminara, aún cuando sólo débilmente, el techo de follaje. Durante un solo momento le pareció ver caras. Caras oscuras, de ojos relucientes y cabello lanudo, pero con facciones que tenían semejanza con las humanas. Ojos que le miraban fijamente y que parecían estar dotados de la facultad de ver por la noche, que tienen los gatos, pero de un azul pálido que brillaba entre las hojas de los árboles. El chistar cesó de repente, las caras desaparecieron y fué un movimiento ondulante de las ramas lo único que perduró para convencer a Ken de que no había soñado.

Abandonando su constante cautela, el joven lanzó un grito de sorpresa que despertó a sus compañeros, que le preguntaron somnolientos, qué sucedía.

—No me es nada agradable todo eso, — dijo Sidney cuando Ken hubo terminado su explicación. — Sean lo que sean: seres humanos o no, probablemente serán hóstiles para nosotros. Lo que debiéramos hacer sería huir de aquí envueltos en la oscuridad pero si nos movemos perderemos toda probabilidad de encontrar de nuevo el camino cuando vuelva a alumbrar el sol.

—No hay que pensar en movernos de aquí — dijo Ken. — podemos permanecer lo más quietos que nos sea posible y preparados para hacer frente a lo que sea a la primera señal de ataque.

Siguió a esto un tiempo de silenciosa espera y aun cuando esperaban el ataque de los habitantes de las copas de los árboles, el ataque no se realizó. Dos incidentes acaecieron y demostraron a los tres jóvenes que la selva, a pesar de la oscuridad reinante o tal vez por esta misma razón, estaba poblada de activa y movediza vida animal.

La momentánea quietud fué interrumpida por el suave y acompasado golpear de las pisadas de algún animal que se hallaba cercano y los jóvenes, ostensiblemente nerviosos, escucharon, respirando jadeantes, cómo se acercaban aquellos aterciopelados pasos, tan leves que hubieran pasado inadvertidos en momentos de menos nerviosidad.

Junto al árbol debajo del cual se habían guarecido. aquel animal se detuvo y en seguida, a sus aguzados oídos llegó un ruido de corteza arañada, como si un gato gigantesco se estuviese afilando sus enormes uñas y rogaron a la Providencia, pidiendo que aquel habitante de la selva, al que no habían visto aun, siguiera como hasta allí, sin sospechar la presencia de los tres.

Sin atreverse, casi a respirar con los nervios en dolorosa tensión, los jóvenes lanzaron un suspiro de alivio cuando el misterioso visitante lanzó un gemido de miedo y se alejó de repente, perdiéndose en la oscuridad. En el mismo instante el grito que Ken había oído antes muy lejano, volvió a oirse; pero no resonaba ya suavemente modulado por la distancia; procedía de muy cerca y sonaba infinitamente más fuerte y brutalmente discordante.

Ken sintió que le agarraba de un brazo uno de sus compañeros y les dijo en voz baja cómo había oído antes aquel mismo grito.

—Sea lo que sea, — terminó; — nada

más que la proximidad del que grita de ese modo ha asustado tanto a nuestro inoportuno visitante que le ha hecho escapar aterrorizado. Y la última vez, el grito resonó casi encima de nosotros.

Una vez más resonó el grito vibrante e imperioso esta vez, con un acento de crueldad y de desafío, y antes de que hubiera terminado se oyó un furioso batir de alas en el espacio confinado por los árboles. Conscientes de la inminencia del peligro y prefiriendo revelar su presencia a seguir sufriendo aquella angustia en medio de la intensa oscuridad, los jóvenes encendieron sus antorchas eléctricas dirigiendo la luz hacia arriba, y en redor. Uno de los haces de luz les dejó ver con emocionante claridad, un animal alado parecido a un murciélago, ¡pero un murciélago aumentado cien veces! Aquello, ave o no, descendía hacia donde ellos estaban; pero cuando la luz de las antorchas le dió en los ojos se alejó volando hacia la oscuridad y se oyó en lo alto un ruido atronador.

Los jóvenes se sintieron perplejos ante la gritería que se oyó, mezcla de gritos de furor y de miedo. A esos gritos siguió un chubasco de piedras que cayeron en seguida en redor de ellos. El ruido del batir de las alas les permitió enfocar la luz de las antorchas iluminando la escena y se dieron cuenta de que, sobre ellos, se libraba una verdadera batalla.

El enorme alado animal, evidentemente desconcertado por el brillo de la luz de la antorcha que tan de improviso le había dado en los ojos, había volado hacia el follaje superior, buscando aterrorizado, el modo de escapar de allí; sin embargo, había encontrado terrible resistencia de parte de los misteriosos habitantes de las copas de los árboles cuya presencia quedó así inconfundiblemente revelada.

Los tres compañeros no olvidaron jamás aquella asombrosa escena. El enorme murciélago, repulsivo, con su cuerpo desnudo y sin pelo, atropellaba a ciegas las ramas de los árboles: los invisibles habitantes de las copas de los árboles le rechazaban a pedradas; las piedras, al dar en el cuerpo y en las movientes alas del murciélago, dejaban oír unos golpes sordos.

Tal vez porque las piedras le causaban dolorosas contusiones; quizás porque el brillar de las antorchas eléctricas le enloquecía, la verdad fué que el monstruoso murciélago, de repente, describió un ancho círculo, descendente, aleteó furibundo al pasar por delante de la luz y se alejó, desapareciendo mientras lanzaba un último chillido de terror.

Casi no habían tenido los tres compañeros tiempo bastante para recobrar el aliento cuando, sin que nada lo anunciara, estalló una tormenta con una rapidez más que tropical. Les sobresaltó un vívido relámpago al que siguió casi inmediatamente un trueno ensordecedor. Se oyó luego el golpear de la lluvia copiosa en las hojas de los árboles y aun cuando se hallaban debajo del espeso follaje del bosque, las ramas y las hojas se cargaron tan pronto de agua que la lluvia pasó sin inconveniente, y un momento después estaban enteramente empapados.

No supieron nunca qué fué de los habitantes de las copas de los árboles y con frecuencia lamentaron haber perdido la oportunidad de investigar el aspecto más interesante de la vida en Vulcano. En aquel instante sin embargo, en lo que pensaban era en su poco envidiable situación, pues los relámpagos eran tan frecuentes que se sucedían sin interrupción y su luz alumbraba sin cesar, toda la extensión del bosque, con resplandores azulados y de un fulgor que ofendía a la vista.

—¡Miren, muchachos, el fin de la pista! — gritó Tim, y siguiendo la dirección que él indicaba con el dedo, los otros vieron un árbol cuyo corteza había sido marcada con algún instrumento cortante.

—¡Entonces debemos seguirla inmediatamente — exclamó Ken. — La lluvia nos ha empapado, de modo que ya no tenemos por qué temerla.

—¡En seguridad! — asintió Sidney. — No es posible saber a qué infames maquinaciones está entregado Agnoi en estos momentos. ¡Vamos, compañeros!

Durante una larga distancia los frecuentes y rápidos relámpagos les ayudaron a seguir sus propias huellas desandando el camino, pero al cabo de un tiempo la tormenta pareció ceder y tuvieron que volver a hacer uso de las antorchas. Fué una suerte que tuviesen que recurrir a la luz artificial porque esto les obligó a avanzar más lentamente y a examinar con más detención cada uno de los troncos, porque no deseaban retroceder de más. Gracias a eso no fueron de nuevo hasta el claro del bosque porque Sidney, que iba delante, oyó, de improviso, que le llamaban.

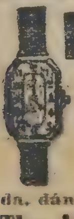
Ken se encontraba algunos pasos atrás y Tim se paró entre los dos.

—¿Qué pasa, Ken? — preguntó Sidney impaciente. — No tenemos tiempo que perder y el camino está claramente marcado, vamos, pues.

¡—Un momento Sidney! — replicó Ken. — Venga y fíjese en este árbol. Si no prueba cómo fué que seguimos una falsa pista es que estoy ciego.

Tanto Sidney como Tim fueron hacia donde estaba parado Ken y cuando éste les indicó el árbol, la infamia de Agnoi se echó de ver con toda claridad pues aún cuando el árbol había sido marcado, la marca había sido cuidadosamente tapada de manera que resultaba invisible como no se mirara desde muy cerca.

¡GRATIS!



Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, ench. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

Aventuras de Bar

gugli, por Debeck

Tiene usted razón, Ken — dijo Sidney. — Si me hubiesen seguido ustedes hubiéramos vuelto al claro donde descansa el cadáver de Parlat. En realidad esta marca ocultada de ese modo es la prueba evidente de la traición de los martianos.

—¡Y espero que se nos presente oportunidad de hacerles pagar caro lo que han hecho! — exclamó Tim.

Un cuidadoso examen demostró que los martianos se habían tomado el trabajo de borrar las señales de varios sucesivos árboles. Después, el camino seguía claramente marcado y no les cabía duda de que podían regresar sin nuevos inconvenientes al sitio donde estaba Perla del Espacio.

Lo importante era ver si el navío sideral estaba aun donde lo habían dejado o si los martianos habían conseguido realizar su infame propósito de dejar abandonados a los tres jóvenes en aquel planeta de pesadilla.

Mientras los tres jóvenes prosiguen, por el bosque, su regreso al sitio donde han dejado su navío, son testigos de los más extraños fenómenos y los más inesperados acontecimientos

Avanzaban todavía por la parte más densa del bosque cuando experimentaron una nueva emoción debido a algo que se presentó con la dramática precipitación con que se producía en aquel mundo de constantes variaciones.

Un retumbar lejano pero amenazador les hizo creer que la tormenta eléctrica volvía a presentarse y se dispusieron filosóficamente a soportar un nuevo remojón. Pero al lejano retumbar no siguió ninguna luminosa descarga eléctrica y en el silencio que siguió los compañeros se preguntaron con desconfianza qué era lo que iba a producirse porque la experiencia les había enseñado a desconfiar de cada nueva fase del aspecto de Vulcano. Sólo un detalle tendió a tranquilizarles un tanto y a darles nuevas esperanzas y nuevas energías y esto fué la primera luz del nuevo día: una claridad que fué transformando lentamente la obscuridad del bosque y alejando las horribles sombras.

Con la luz del día llegó también, de nuevo, el amenazante retumbar esta vez más fuerte y más profundo, al mismo tiempo que leves ráfagas de viento agitaron las ramas de los árboles. Gradualmente los intervalos entre una y otra ráfaga se hicieron más breves, las ráfagas fueron más fuertes y la brisa, que en el primer momento parecía deliciosamente suave y refrescante se transformó de pronto en un viento fuerte. Pronto ese viento se aceleró hasta adquirir la furia de un vendaval violentísimo, de un verdadero ciclón que rugió en lo alto, arrancando primero las hojas de los árboles y desgajando luego grandes ramas que cayeron peligrosamente en torno de los jóvenes. Aun cuando protegidos por los troncos de los árboles que hasta cierto punto les escudaban contra la fuerza del viento, les costó gran dificultad seguir avanzando. A medida que adelantaban así, un asombroso fenómeno les llamó la atención pues en vez de refrescar más el aire al acentuarse la rapidez del viento, el aire se hacía más y más cálido, llegando a una temperatura muy alta.

—¡Esto sí que es extraño! ¡Cuanto más fuerte sopla el viento, más calor se siente! — exclamó Tim.

—Es verdad, — dijo Ken; — tengo la garganta seca.

—¡Lo que me preocupa es lo que va a sucedernos cuando hayamos salido del bosque! — dijo Sidney. — ¡Fuera el viento debe ser terrible!

—¡Pronto lo sabremos! — gritó Ken. — Los árboles empiezan a clarear.

Se oyó de nuevo el siniestro retumbar que tanto les había intrigado. Pero esta vez en lugar de desvanecerse como antes, el ruido fué en aumento. Respirando con dificultad y aturdidos por la fuerza del candente ciclón, los compañeros se miraron perplejos. Pero aún faltaba lo peor porque de repente el suelo tembló como si fuese a deshacerse y en cuanto rumbo miraron, los árboles gigantescos se tambaleaban se hendían, eran arrancados de raíz y astillados de arriba a abajo. Para mayor molestia comenzó a llover y la lluvia a alta temperatura, les azotó el rostro, impidiéndoles ver dónde pisaban. Fueron tres aterrorizados y asombrados jóvenes los que poco después salieron del bosque y tuvieron que hacer frente a toda la furia de aquella memorable tormenta.

Tomados del brazo avanzaron media docena de yardas fuera de la selva. Entonces la fuerza del viento, la lluvia empujada por el huracán, el movimiento de la tierra, todo se combinó en contra de ellos y se cayeron hacia adelante, en el cenagoso suelo, agotados, sollozantes, vencidos.

Entonces, como si hubiera satisfecho ya su satánica furia, la terrible conflagración empezó a ceder. El movimiento del suelo disminuyó así como el terrible retumbar; la lluvia cesó de pronto como por arte de magia y el huracán se hizo menos violento hasta transformarse en un viento fuerte, pero no molesto. Por primera vez, desde de que se hallaban en Vulcano, las nubes se abrieron dejando paso a los rayos del sol. Sin atreverse casi a concebir esperanzas de vida se levantaron y miraron el cuadro de desolación que les rodeaba.

Las montañas que antes habían visto no estaban ya allí y lo más desastrosos de todo fué ver que Perla del Espacio había desaparecido. Volvieron la mirada hacia el bosque y allí las señales del cataclismo eran horrendas y terminantes pues aun cuando muchos de los gigantescos árboles seguían en pié, la mayoría habían sido arrancados de raíz y o estaban tendidos en el suelo o inclinados unos sobre otros.

Pero fué la perspectiva que se les ofrecía lo que les dejó atónitos.

Cada minuto que pasaba el fiero brillar del sol absorvía los últimos restos de la lluvia y de la niebla que había quedado y cuando pudieron ver a mayor distancia las montañas que quedaban lejos, a su izquierda, pre

senciaron un cuadro de terrible furia.

Un denso nubarrón flotaba en el aire a la altura de las cumbres y juzgando por las enormes llamaradas que la noche no podía ocultar, se dieron cuenta los tres jóvenes de que toda la cadena de montañas era una serie de volcanes en actividad.

El mar, que el día anterior parecía un lago de aceite estaba revuelto como si reinase en él el temporal más violento. El oleaje llegaba a un furor realmente indescriptible.

Grandes montañas de agua que brillaban a la fuerte luz del sol, se levantaban a más de cincuenta pies, retorciéndose como si una

antes de seguir adelante, hágame el favor — dijo Sidney — de decirme cómo piensa llegar hasta Perla del Espacio.

La alegría desapareció del rostro de Tim cuando hubieron estudiado detenidamente la situación, pues entre el sitio donde estaban y el lugar donde se hallaba Perla del Espacio se extendía un valle de cieno que, debido al cataclismo, sustituía a la ladera que había allí el día anterior.

—¡Dios Todopoderoso! — exclamó Ken anonadado. — ¡La tierra se está hundiendo ante nuestros propios ojos!

EL DESTINO DE LOS MARTIANOS. Casi repentinamente una parte de la isla donde estaban los martianos se separó del enorme trozo de tierra que la formaba y fué vorazmente tragada por las movientes aguas. Los martianos, aterrorizados, movieron los brazos como pidiendo socorro. De pronto, como acometidos por un repentino deseo de vivir se dirigieron hacia el árbol. . . .

fuerza poderosísima y subacuática estuviera en acción.

—¡Miren! ¡Perla del Espacio! — gritó Ken de repente.

Allí medio hundido entre una masa de pedruscos que antes habían sido la ladera de la montaña en que había "aterrizado", se veía la proa del navío sideral.

—¡Hurra! ¡Hurra! — gritó Tim, tomando a los otros del brazo y tironeándoles, danzando un baile disparatado y loco.

—¡Un poco de calma, Tim! — logró gritar Ken que pudo por fin soltarse. — y

Después de nuevas y aún más emocionantes aventuras, de las que salen bien gracias a sus energías, los tres jóvenes se deciden a partir de Vulcano y así lo hacen, en las condiciones más extraordinarias.

Durante un brevísimo instante, los muchachos se quedaron atónitos. El espacio de tierra se hundía como si se hubiese abierto de improviso un hueco capaz de contenerlo, debajo de él.

—¡Al navío en seguida! — ordenó Sidney. — ¡De prisa! ¡De prisa! ¡Dentro de poco será — tarde!

Corrieron, descendiendo por la ladera que les pareció compuesta de arena suelta y movediza, como la de una sirte, en la que se hundían los piés. Cada paso que daban les costaba más trabajo que el anterior; los pies se les quedaban agarrados en aquella arena como si ésta estuviera decidida a no dejarlos pasar. A medida que avanzaban, el suelo fué cambiando de aspecto hasta transformarse en un barro claro, en el que se metían más a cada paso, de modo que cada yarda que se avanzaba era una conquista que costaba gran trabajo.

—Arrojen los rifles, — contestó Sidney, — porque ya no nos pueden servir para nada. Ahora, procuren desprender los pies del barro. Aquí hay más agua que tierra en la parte superior, así que trataremos de adelantar a nado.

Siguiendo su consejo, pelearon desesperadamente por avanzar en esa forma. Cuando llegaron al medio de la depresión las aguas crecientes, les ayudaban y les era posible nadar, a pesar de las empapadas ropas y del calzado lleno de agua. Cada movimiento de los brazos o de las piernas revolvía el agua cenagosa y turbia, pero braceando con heróica insistencia, los muchachos pudieron por fin llegar a tierra firme, si puede llamarse así a aquel terreno blando en que Perla del Espacio estaba enterrada a medias. Mediante un último esfuerzo se encaminaron hacia el navío, respirando jadeantes, con las fuerzas agotadas, ¡pero triunfadores!

A pesar de todo su cansancio, no les podía ser permitido reposo alguno en tales momentos. La situación era de suma urgencia, así que tras de una momentánea pausa para recobrar el aliento hasta cierto punto, Sidney llamó a sus compañeros para hablarles de la necesidad de un nuevo y supremo esfuerzo.

—¡Vengan, compañeros! ¡No cedan ahora que ha llegado el momento decisivo! — gritó Sidney. — ¡Aún tenemos algo quá hacer!

El piso cenagoso ofrecía apoyo muy poco sólido, pero los muchachos subieron hacia su navío, resbalándose a veces, arañando el barro y por fin llegaron a la parte superior del casco, donde se detuvieron anonadados ante el trabajo que se presentaba ante ellos.

La colina, — levantada, sin duda, por el terremoto, — se había deslizado por encima del navío sideral dejando descubierta tan solo una tercera parte de su longitud. Si el navío se había salvado de la más completa destrucción había sido porque la mole que le había caído encima durante el terremoto había sido de barro y no de tierra pedregosa. Era en esto en lo único que la fortuna les había favorecido, pues por lo demás, la mole de barro cubría la escotilla de entrada, y era necesario quitar todo aquel cieno para entrar en Perla del Espacio, y lo peor del caso era que el tiempo disponible era poco.

—¡Miren con que rapidez suben las aguas! — exclamó Ken después de haber mirado el montón de cieno que tapaba la entrada a Perla del Espacio. — ¡No vamos a llegar a meternos en el buque antes de que nos envuelvan las aguas!

Durante los pocos minutos que habían empleado para llegar al sitio donde se encontraban en aquel momento, la creciente de las aguas había aislado por completo el sitio donde estaba Perla del Espacio, unido a la tierra firme por varios pasos, estaba convertido en una verdadera isla. !Una isla cuyo perímetro menguaba constantemente y cuya superficie parecía empaparse más y más en agua, cada momento que pasaba!

Lo mismo pasaba en la región del bosque y probablemente hasta una zona muy lejana Lo que poco antes era tierra firme estaba transformada en una extensión pantanosa en la que se destacaban sólo algunas islas que salpicaban la superficie de cieno.

—¡Animo, compañeros! — gritó Sidney. — ¡No perdamos tiempo, que los segundos son valiosísimos!

Atacó a la masa de barro con desesperada actividad. Los otros siguieron en seguida su ejemplo. No tenían más elementos de trabajo que las manos, y aún cuando en el primer momento la tarea pudo parecerles sobrehumana, el barro resultó tan blando que, puñado a puñado, pudo ser suprimido el sitio donde molestaba y echado a un lado.

—¡Un estrecho túnel que conduzca a la escotilla es todo cuanto necesitamos! — dijo, jadeante, Sidney. — Una vez dentro de Perla del Espacio nos quitaremos toda esta suciedad que nos cubre. ¡Ojalá el navío no haya sufrido desperfecto de ninguna clase durante el terremoto!

—¡Vamos! ¡Nada de ideas pesimistas!— gruñó Tin Baynes. — Ya tenemos bastantes motivos de preocupación con lo que vemos delante para buscarnos todavía otras preocupaciones.

Durante un rato trabajaron con una frenética actividad, — cuyos resultados se veían claramente, — pero llegó un momento en que no tuvieron más recurso que detenerse unos instantes para descansar. Miraron entonces a lo que les rodeaba y se percataron de que las condiciones de Vulcano se transformaban rápidamente y de mal en peor.

Ya no les separaba del furioso mar más que un cuarto de milla de tierra. Cada pocos segundos relucía un resplandor rojo, — procedente del lado de las montañas, — semejante al que se hubiera visto si se hubiese abierto y cerrado en seguida, la puerta del hogar de un gigantesco horno.

Aquella rápida observación les permitió ver algo más; algo que les sorprendió en forma dramática. Tim fué el primero que lo vió y el que señaló con el brazo levantado, a la atención de sus compañeros, una islita que se hallaba como a trescientas yardas del sitio donde se encontraban. Porque la parte superior de la islita estaba adornada por un árbol parecido a una palmera de las de la Tierra, que se destacaba visiblemente en la superficie cenagosa de aquella región. En aquella islita, — según Tim se lo hizo notar a sus dos compañeros, — se encontraban los martianos.

En el momento en que los tres jóvenes miraban asombrados, — pues en su excitación se habían olvidado por completo de sus traidores compañeros de viaje, — los mar-

tianos avanzaron hasta la orilla de la costa de la islita e hicieron ademanes pidiendo socorro desesperadamente. Gritaban alto, sin duda, lo más fuerte que les era posible, pero sus gritos no se oían en medio del rugir del oleaje del mar y por último desistieron, convencidos sin duda de que su situación era enteramente desesperada.

—!Infelices! — dijo Ken, con pena. — ¿Sería posible hacer algo por ellos?

—No merecen misericordia de ninguna clase, — dijo Sidney, — pero les auxiliaríamos, sin embargo, si hubiese posibilidad de hacerlo. No podemos ni siquiera intentar nada en su favor pues con seguridad no saben nadar. Si supieran nadar ya hubieran intentado venir hasta aquí a nado, pues la distancia no es mucha.

—Antes de que nosotros pudiéramos nadar esa distancia y volver con ellos, — dijo Ken, — nuestra isla estaría cubierta por el agua que asciende. De todos modos estoy dispuesto a intentarlo, si usted, Sidney, lo considera conveniente.

—Yo también — dijo Tim, — pero sólo para tranquilidad de mi conciencia, pues no querría poder acusarme el día de mañana, de haber dejado morir a unos seres humanos, habiendo podido salvarles.

Sidney no se decidía. Sentíase perplejo. No porque pensara en vengarse de los martianos, sino porque se sentía convencido que toda tentativa que se hiciera terminaría en un fracaso. Además podía ser causa, — esa tentativa, — de que ellos perdieran toda probabilidad de salvarse. No le agradaba abandonar así al enemigo, pero antes de que él pudiera adoptar una decisión al respecto, la adoptó quien tenía más fuerza y más poder que él.

Casi repentinamente, una parte de la islita donde estaban los martianos se separó del trozo de tierra que la formaba y fué vorazmente tragada por las movientes aguas. Los martianos se agarraron unos a otros aterrorizados. Entonces, con un rápido deseo de vivir, se dirigieron al árbol y comenzaron a subir por el tronco. A pesar de la urgencia de su propia salvación, los muchachos miraron, fascinados y en silencio, mientras Agnoi y sus compañeros subían más y más arriba, por el tronco del árbol. Agnoi había llegado casi hasta el sitio donde las ramas se extendían en torno del tronco y sus compañeros estaban sólo pocos pies más abajo, cuando llegó rápidamente, la trágica escena final.

La islita había disminuído de tamaño constantemente, carcomidas sus orillas por las aguas que disolvían la tierra cenagosa y en aquel momento las raíces del árbol, disuelta la tierra que las sostenía, perdieron asidero y la palmera comenzó a inclinarse, cayendo hacia el agua.

El movimiento del árbol fué dolorosamente lento pero inevitable y los jóvenes miraban horrorizados y sin poder intervenir de modo alguno mientras los martianos, a-

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —
(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

garrados desesperadamente al árbol que caía, temblaban horrorizados al ver que el tronco estaba ya inclinado hasta formar un ángulo de cuarenta y cinco grados con la superficie del agua.

El árbol pareció vacilar, como si temiera entrar en contacto con el agua, pero de repente, se desprendió por completo de la tierra deshecha por el agua y un instante después lo único que de él se veía eran las retorcidas raíces formando como una fantástica cabellera.

Los jóvenes miraron fijamente, deseosos de ver reaparecer, flotando, el árbol que acababa de caer. Ken, impaciente se quitó el saco, dispuesto a arrojarse al agua para hacer lo que aún fuese posible. Pero la superficie de las aguas no presentó nada de lo que esperaban. Lo poco que aún quedaba de la islita se disolvió rápidamente y al mismo tiempo desaparecieron las raíces del árbol, hundiéndose de pronto. Después reapareció flotando el remojado tronco, sacudido por la marejada de un lado a otro.

Sidney ordenó bruscamente a sus compañeros que reanudaran el trabajo. No habían pronunciado ni una sola palabra durante los momentos dramáticos que acababan de pasar. Habían presenciado en silencio el trágico fin de los traidores martianos castigados de manera tan horrenda por el destino implacable. Ya comentarían más adelante lo sucedido, si la Providencia permitía que salieran con vida del difícil trance en que se hallaban.

Atacaron resueltamente al obstáculo, — que aún era formidable, — pie tras pie, fueron horadando un pasadizo en la masa de tierra cenagosa. Después de quince minutos de labor tesonera ya no les separaban más que dos pies de la enterrada escotilla cuando Ken, — que era el que trabajaba más atrás de los tres, — miró hacia el mar y gritó, sorprendido y alarmado.

—¿Qué sucede, Ken? — preguntóle Tim, sin abandonar su trabajo.

—¡El mar! ¡Miren el mar! — gritó estremecido. Ken.

Los otros se volvieron y simultáneamente lanzaron un grito de terror. Como por arte de encantamiento, la superficie del mar se había calmado y repentinamente habían cesado los lejanos rugidos que llamaron la atención de Ken, con anterioridad. Entonces atrajo la atención de los muchachos una larga y delgada línea de agua, cubierta de espuma, que se hallaba lejos aún, cerca del horizonte, pero se precipitaba hacia ellos con la velocidad de un caballo de carrera.

—¡La ola de la marea alta! — dijo Tim en voz baja. Sus palabras resonaron con fuerza en el completo silencio que les rodeaba.

—¡Pronto! ¡A quitar barro! ¡Pronto! por favor! — gritó Sidney.

Acompañadas por un ruido sibilante que cada vez se oía más fuerte, los aterrorizados jóvenes sacaron a puñados el barro que aún les separaba de su única esperanza de salvación.

El barro les manchaba el rostro, les ensuciaba de pies a cabeza, pero ellos sin detenerse ni un segundo, convencidos de la importantísima urgencia de su trabajo, se abrieron paso hasta que por fin descubrieron la anilla de hierro de la tapa de la escotilla.

Sidney lanzó un grito de alegría, dió un fuerte tirón de la anilla y ayudado por los otros, levantó la tapa a pesar de que aún tenía encima una pesada cantidad de barro.

—¡Usted primero, Tim! ¡Ahora usted, Ken! ¡Adentro! — urgió Sidney.

Y mientras ellos pasaban por la estrecha abertura, Sidney dirigió una última mirada hacia el mar. Una sola mirada. Pero lo que vió le quedó indeleblemente impreso en la memoria.

Ascendieron a más de sesenta pies de la superficie del mar, con el borde superior coronado de amarillenta espuma, la enorme ola formada por la ingente masa de agua de la marea ascendente, se hallaba tan sólo a dos millas de lo que antes había sido la costa.

A Sidney le pareció que la enorme ola sorbía el caudal del mar a medida que avanzaba y se dió cuenta, aterrorizado, de que la estrecha franja de tierra que hasta entonces había resistido a la furiosa acción del mar iba a ser barrida por completo en unos segundos. Esto fué lo que pudo apreciar su mente durante un brevísimo instante pues casi en seguida estuvo dentro de Perla del Espacio, ocupado en asegurar los tornillos de tapa de la escotilla con febril apresuramiento.

Ken se había situado ya frente al tablero de las llaves y estaba pronto para hacer que Perla del Espacio se pusiera en viaje. En cuanto terminó de apretar el último de los tornillos, Sidney gritó a Ken la orden de marcha.

Ken no necesitó que le repitiera la orden que con tanta impaciencia esperaba hacía unos instantes.

Casi en el mismo momento en que Ken movía las llaves, Perla del Espacio tembló de proa a popa como si hubiese sufrido un golpe dado con titánica fuerza.

Los tres jóvenes se miraron unos a otros alarmados pensando en la posibilidad de que todos sus esfuerzos angustiosos no hubieran tenido como resultado más que el fracaso más completo.

Perla del Espacio realiza su último viaje por los espacios siderales y los tres jóvenes que viajan en él, experimentan nuevas sorpresas tan inesperadas como asombrosas.

¡Silencio!

Un silencio tan absoluto como repentino envolvió de pronto a los tres jóvenes. Los tres se miraron sin atreverse a hablar, sin atreverse a hacer movimiento alguno, dramáticamente impresionados, lleno el corazón de dudas y de temores. Durante más de doce horas sus oídos habían sido mortificados por constantes y molestos ruidos de los cuales el último y el más impresionante había sido el del avance de la enorme ola de la marea y de repente, como si les hubiese envuelto algo a prueba de toda clase de

ruidos, les rodeaba el silencio más profundo, más absoluto, más completo.

—¡Funciona! — dijo Tim al cabo de un rato en voz baja y temblorosa de emoción.

—¡Y funcionó a tiempo! — dijo Sidney, también en voz baja. — La enorme ola debió golpear en el casco del navío cuando oímos el fuerte y último golpe en el instante en que Perla del Espacio desprendiéndose del barro en que estaba metido, voló por el aire.

Cualquiera se hubiese imaginado que los tres compañeros se entregarían a extravagantes manifestaciones de alegría al percatarse de que habían escapado milagrosamente a un peligro terrible, pero los tres habían sufrido tanto, habían experimentado tantas emociones y habían pasado por tantos momentos de intensa angustia, que toda su sensibilidad parecía haberles abandonado. De lo que se dieron cuenta en seguida fué de que estaban empapados y temblando de frío. Les dolía todo el cuerpo y tenían un cansancio tal que se les cerraban los ojos. Además sentían los tres muy fuerte dolor de cabeza. Se dedicaron, lentamente y con dificultad, a lavarse y cambiarse de ropa. Cuando terminaron, ocupáronse de la preparación de una buena sopa, alimenticia y sabrosa, de la que cada uno tomó un buen plato bien caliente. Por indicación de Sidney tomó cada uno, una buena dosis de sulfato de quinina. Pero el cansancio era tanto que los tres muchachos casi se quedaron dormidos sentados ante la mesa, después de la comida.

No tuvieron idea de cuánto fué el tiempo que durmieron, pero al despertar sintieron la mente confusa. Sentíase además lánguidos y febricientes y Sidney, que era el menos enfermo comprendió que sufrían todos ellos las consecuencias del cansancio y del enfriamiento. A esto debía agregarse,— aun cuando ellos lo ignoraban, — el hecho de que la niebla con olor a lilas que habían respirado en el bosque les había enfermado, aun cuando levemente, de malaría, lo que explica que durante varios días se ocuparan poco y se interesaran menos, por lo que les acontecía.

La quietud en que se hallaban contribuyó mucho a su curación. Sidney hizo todo cuanto pudo por atender a los otros dos hasta que recobraron por completo su claridad mental y su salud normal. Después, mediante una detenida labor, lograron dar con el rumbo y el navío sideral emprendió su viaje de regreso a la Tierra.

No ocurrió nada que interrumpiera la monotonía del viaje de regreso, que sería aburrido contar en detalle. Sólo es necesario decir que después de varias tediosas semanas de viaje, el trayecto hacia la Tierra llegó a su término y Perla del Espacio "aterrizó" suavemente, una noche en que no brillaba la luna, realizándose la llegada con una suavidad tal que hubiera pasado inadvertida para los viajeros si no hubiesen estado esperando con grandísima ansiedad el momento decisivo de la vuelta al planeta de donde habían salido.

—¡Ya hemos llegado, compañeros! — gritó Tim, dirigiéndose, muy excitado hacia la escalerita por la que se subía a la escotilla, con el propósito de salir lo más pronto posible del navío sideral. — Hemos tocado con la vieja Tierra tan suavemente que me estoy preguntando: ¿Será posible que nos hallemos en el fondo del océano Atlántico?

—No hay miedo de que así sea, — dijo Sidney, sonriendo, — porque el agua se puede ver siempre desde arriba, aun en la más obscura de las noches y Ken ha informado que no distinguía más que oscuridad completa durante la última hora de viaje.

Tim había sacado ya los tornillos que sujetaban la tapa de la escotilla de la parte superior del casco y los jóvenes subieron por la escalerita.

—Bueno, compañeros, ya estamos aquí,— comenzó a decir Sidney, — y me parece que aquí tendremos que quedarnos hasta que amanezca. ¿Qué es eso ?

Calló y oyeron un extraño ruido de succión. De pronto, Perla del Espacio se inclinó hacia la proa. Ken que había tomado su antorcha eléctrica antes de subir, la sacó y la encendió. Entonces, a su luz, pudieron darse relativa cuenta de cómo era el sitio a donde el destino había decidido guiarlos a su regreso a la Tierra.

—¡Esto si que es curioso! — exclamó Ken. — ¡Aterrizamos tan suavemente como si cayéramos en un colchón de plumas y sin embargo parece que nos hemos hundido lo menos quince pies en la tierra de la Tierra!

—¡Yo voy a explorar un poco estos sitios! — dijo Tim, disponiéndose a saltar del casco al suelo circundante.

—¡Nada de tonterías, Tim! — gritó Sidney, tomándole de un brazo. — ¿No se da cuenta de lo que ha sucedido? Hemos caído en un tembladeral o en un terreno pantanoso y si usted salta del casco de Perla del Espacio al pantano con facilidad, no le será igualmente fácil saltar del pantano a Perla del Espacio, por cierto.

—¡Oh! ¿Sabe que tiene razón? — dijo Tim. — ¿Será posible que hayamos caído en algún pantano de la verde Irlanda?

—Tal vez si, — dijo Sidney. — Pero sea esto Irlanda o no, mi esperanza es que Perla del Espacio haya tocado el fondo sólido del pantano y no nos amenace la perspectiva de tomar otro baño de barro.

Los tres viajeros regresan a sus respectivas casas y adoptan una determinación muy sensata y que se les debe agradecer, como podrá verlo el lector.

Las palabras de Sidney tuvieron rápida contestación, aún cuando no en la forma en que a él le hubiera agradado, pues Perla del Espacio experimentó otra sacudida y se hundió hasta que el cieno les llegó a las rodillas. La antorcha eléctrica de Ken alumbró de un lado a otro y después hacia arriba. En el momento en que la luz alumbraba hacia lo alto, Tim lanzó un grito de alegría, pues acababa de notar la presencia de una rama de árbol que se hallaba horizontalmente a un pié o dos de su cabeza.

—¡Esto es algo, muchachos! — dijo. — ¡Un árbol!

Se agarró a la rama y probó si le sostenía. Convencido de que así era, subió a ella y luego ayudó a subir a los otros. Subieron y avanzaron por la rama hasta un sitio donde era suficientemente gruesa para sostenerlos a todos.

Entonces, Ken dirigió la luz de su antorcha hacia el navío sideral que acababan de abandonar. Con grandísimo disgusto y decepción vieron que seguía hudiéndose y por obra de su grandísimo, peso, se había hundido tanto en el cieno que sólo una fracción de su superficie se veía todavía.

Mientras ellos miraban muy tristes y sin poder hacer absolutamente nada, el incomparable "devorador del espacio" que tan fielmente les había llevado a distancias tan enormes, se hundía lentamente hasta perderse de vista.

Una enorme burbuja amarillenta se formó y estalló y después, todo quedó tal y como si Perla del Espacio no se hubiera presentado nunca por allí.

—¡Qué triste cuadro! — exclamó Sidney con amargura. — ¡Qué tonto fuí cuando subí a esta rama! ¡Mejor hubiera sido meternos de nueva dentro del navío, cerrar la escotilla e irnos de la Tierra nada más que un momento, pero lo suficiente para "aterrizar" en otro sitio!

—Hemos procedido atropelladamente, sin duda, — asintió Ken con aire muy triste. — Pero la oportunidad ha pasado ya y no hay que pensar más en ella.

—Bien dice el viejo refrán inglés: "Por mucho que llores no podrás recoger del suelo la leche que se ha caído del tarro", — dijo Tim. — Así que de nada sirven ahora las lamentaciones. ¡No me gusta hacer vida de mono, sentado en una rama de árbol!.. Aún cuando, en verdad, es lo único que podemos hacer, por el momento. Hubo uno que dijo "sólo se que no se nada"; yo le imito diciendo: "sólo se que no puedo hacer nada".

—Y como el que no puede hacer nada difícilmente hace algo, — añadió Ken, — nos encontramos con que, hasta que Febo muestre su rubicunda faz por el oriente, tendremos que seguir aquí, en calidad de antropopítecos.

—¡Precisamente! — terminó Tim.

Por suerte, su incómoda espera no fué larga. Una hora después, las sombras empezaron a atenuarse, y gradualmente fué presentándose la luz grisácea que precede al alba.

—¡No es muy agradable lo que descubre a nuestros ojos la luz del nuevo día! — dijo Ken con disgusto al contemplar una extensión de tierra desierta y al oler el vaho disgustante del pantano a cuya orilla estaba el árbol en el que se encontraban encaramados.

Descendieron ágilmente a tierra firme y después de varias horas de marcha, distinguieron a lo lejos la casita blanqueada de una granja.

En la casita les recibieron con toda amabilidad. Conversando con toda precaución y con toda astucia, lograron enterarse de que habían "aterrizado" en Estados Unidos, en la península de la Florida.

Los dueños de la granja, un matrimonio muy viejo, demostraron deseos de enterarse de la razón a que obedecía la visita de los tres jóvenes. Sidney se encargó de contestarles y les dijo que eran estudiantes que estaban en un campamento de vacaciones y que habiéndose alejado mucho del campamento, explorando el campo y estudiando las plantas, se habían extraviado.

—¡Sí! Ustedes son de esos que se pasan las vacaciones en el campo, sufriendo las crueldades de una vida muy molesta, y regresan a la ciudad, después de su temporada de "descanso", más cansados que antes. ¡Bah! ¡Una locura como cualquier otra! Y ahora, ¿qué es lo que desearían hacer?

—Llegar a la población que esté más cercana para ir de ella a nuestras casas respectivas, — dijo Sidney, sonriendo. — Llevamos algún tiempo fuera de casa y a decir verdad, estamos algo cansados de nuestras andanzas.

Por fortuna, Sidney, — siguiendo un consejo de su difunto padre que había viajado mucho, — llevaba a la cintura, directamente sobre la piel, un cinto de cuero de gamuza con una fila de bolsillitos, de extremo a extremo, y en cada uno de esos bolsillitos unas cuantas monedas de oro, — libras esterlinas. — De ese modo, repartido su peso de manera que no le molestaba, llevaba una suma de dinero más que suficiente para cualquier caso de apuro, como aquel en que, en aquel momento se veían.

En cuanto estuvieron en una población Sidney cambió varias monedas en billetes de banco de Estados Unidos y los tres procedieron a adquirir la ropa y demás elementos necesarios para adoptar el aspecto que correspondía, abandonando su indumentaria de viaje.

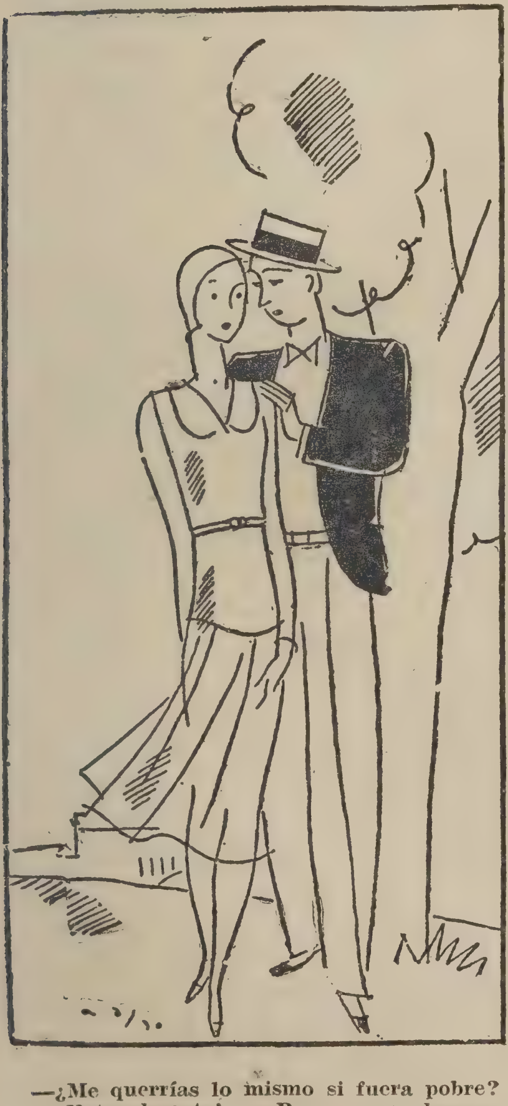
Antes de variar de aspecto pasaron por la oficina de telégrafo y dirigieron a Inglaterra un largo despacho anunciando su feliz regreso a la Tierra y su próxima llegada a las costas británicas.

El viaje de Estados Unidos a Europa, — excesivamente extenso porque tuvieron que ir de la Florida hasta Nueva York para tomar un vapor trasatlántico de los rápidos — se realizó con toda felicidad y sin que presentara ningún incidente digno de ser especialmente mencionado.

Al anochecer de un fresco día del mes de Noviembre, casi doce meses después del día inolvidable en que el navío sideral "Perla del Espacio" había 'caído", — esta es la palabra que realmente corresponde. — de la superficie de la Tierra hacia los insondables espacios sidéreos, los tres jóvenes estaban apoyados en la borda del vapor "Vinifredian" de la Compañía Layland, mirando indolentemente cómo el enorme trasatlántico se aproximaba a su punto de amarre, situado en el espacioso y profundo río Mersey.

Apenas habían terminado de caer las anclas, apenas habían terminado de chirriar las cadenas de la primera de las escaleras descendidas a uno de los costados del buque, una movediza lancha automóvil se a-

proximó a la plataforma inferior de la mencionada escalera. Previa una breve conversación con el oficial encargado de la vigilancia de la escalera y una vez obtenido el correspondiente permiso, de la lancha automóvil al gran trasatlántico pasaron cuatro agitadas personas. Eran la madre y el padre de Ken Thornton y la madre y el padre de Tim Baynes. Los muchachos, — lamentando que contemplaran la escena tantas personas y con tanta curiosidad, — recibieron los besos y los abrazos de las madres, locas de contento. Los pasajeros y la tripulación miraban sonriendo, es verdad, pero todos tenían los ojos llenos de lágrimas ante la sincera ternura de la rápida escena.



—¿Me querrías lo mismo si fuera pobre?
—¡Naturalmente!... Pero es una broma, ¿verdad?

—¡Muchachos! — exclamaba la madre de Ken, riendo y secándose las lágrimas. — ¡Pícaros muchachos! ¡Ya habíamos perdido toda esperanza de volverles a ver! ¡Cuánta amargura ha sido la nuestra desde el momento en que desaparecieron metidos en aquel horrible, horrendo aparato, hasta que recibimos el telegrama fechado en la Florida!

—A propósito del aparato, — preguntó el señor Thornton, con curiosidad, — ¿qué ha sido de él?

—Silencio, señor Thornton; no hablemos aquí de eso, — advirtió Sidney. — No hemos hablado ni una sola palabra con nadie sobre lo que nos ha pasado durante nuestro viaje. Estamos convencidos de que, no teniendo pruebas, como no las tenemos, de nada de cuanto digamos, nuestras manifestaciones serían recibidas con la más completa incredulidad y hasta nos pondrían en ridículo. Más adelante lo contaremos todo. Pueden crèer que tenemos mucho y muy extraño, qeu decir.

Algunas horas después, los miembros de las nuevamente unidas familias, — Sidney hacía tiempo que había sido proclamado miembro tanto de la familia de Baynes como de la de Thornton, — se hallaban sentados en torno de una bien servida mesa en un espacioso comedor reservado del Hotel Adelphi.

Una persona extraña había sido admitida en el alegre grupo; era el comandante del vapor "Vinifredian", el capitán James Allan. Tan bondadoso y atento se había mostrado con los tres jóvenes durante el viaje de regreso que Sidney le había rogado que les acompañara a comer, prometiéndole en cambio que, a los postres, le narraría algo que sin duda, le llamaría muchísimo la atención.

—Y ahora, capitán Allan, — dijo el señor Thornton cuando, después de servir el café los camareros se habían retirado ya, — estos jóvenes, según lo han ofrecido, van a narrarnos cuáles fueron los resultados de un ensayo extraordinario que hicieron con toda la loca temeridad de la juventud y del que, por suerte, han regresado con vida.

—Me han hablado de un viaje extraño, — dijo el capitán Allan, — y confieso que al oirles las breves referencias que a él hicieron, me pareció que se trataba de una excursión demasiado larga para que la hicieran unos jóvenes como ellos, que aun no están en edad de lanzarse a exploraciones semejantes.

—Estos jóvenes se han alejado de sus hogares un poco más de lo que usted supone, capitán; han ido mucho más lejos que las selvas pantanosas de la Florida, como usted cree, — dijo, sonriendo el señor Thorton, — pero nosotros mismos no sabemos casi nada de lo que les ha sucedido durante el pasado año; sólo sabemos que han pasado por las más estupendas aventuras. — Calló por un momento, miró a los muchachos y después a su invitado. — No sabemos qué decidirán estos muchachos respecto a sus aventuras; ignoramos si decidirán

o no hablar públicamente de ellas. Por lo tanto le rogamos, capitán, que considere como estrictamente reservado y confidencial, por el momento, todo cuanto usted oiga aquí.

—¡Sí, señor Thornton! ¡Basta que usted lo indique! — manifestó el capitán James Allan, muy sorprendido.

Entonces, antes de que ellos comiencen su relato, permítame que diga lo poco que nosotros, sus padres, vimos, de lo que ellos han llamado su "ensayo", al hablar con usted. Sidney, aquí presente, es el hijo único del ingeniero Jermond Kennedy, famoso por haber inventado, entre otras cosas, el "huso rotativo" que revolucionó la industria de los hilados de algodón y ha heredado, no sólo la valiosa fortuna de su padre sino también su privilegiado cerebro y su imaginación de inventor. Auxiliado por nuestro hijo, construyó un curioso aparato, buque o vehículo, al que dieron el nombre de "navío sideral" y declaró que con él irían los tres a explorar los espacios siderreos. Claro está que semejante pretensión nos pareció enteramente risible y que consideramos como inverosímil cuanto afirmaban. El día que se designó para la partida estábamos enteramente convencidos de q' su invento resultaría el más complejo y aplastante de los fracasos. La última vez que les vimos fué cuando nos hicieron salir del galpón donde estaba el taller de Sidney; en medio del galpón estaba el navío sideral, al que, en aquella ocasión bautizamos solemnemente dándole por nombre el de Perla del Espacio. Nos retiramos del galpón enteramente convencidos del fracaso y sintiendo por los muchachos, la decepción que iban a sufrir. Pocos minutos después de haber salido del taller vimos, un brevísimo instante, algo que se elevaba hacia el éter con velocidad asombrosa; algo que fué acompañado por un vendaval que duró varios minutos y cesó, luego, tan repentinamente como se había producido. Desde aquel momento les lloramos como muertos hasta que su telegrama, fechado en Norte América, nos comunicó, después de doce meses de silencio, que habían regresado y estaban en la Florida.

—¿Afirma usted que vieron cómo desapareció el navío sideral, ascendiendo hacia los cielos? — preguntó con incredulidad el capitán Allan.

—Todo cuanto mi amigo ha dicho es la pura verdad, — corroboró el señor Baynes, — y aun ahora casi no podemos convencernos de que los muchachos estén vivos y hayan regresado providencialmente a nuestro lado. ¡Bien; ahora hablen ustedes, jóvenes y digan lo que tengan que decir!

Tanto Ken como Tim insistieron en que fuese Sidney el que narrara sus aventuras y durante más de tres horas, el joven tuvo a su auditorio hechizado con su relato.

Habló de su llegada al planeta Marte y de cómo se habían encontrado con un mundo a punto de morir; les habló de la ciudad de Pelémone y de sus maravillosos canales. Mencionó ligeramente la disputa entre Senama y Agnol; contó cómo rescataron al cautivo presidente y se refirió luego a la infame emboscada mediante la cual Agnol les obligó a ayudarle a escapar al castigo que tan merecido tenía. Prosiguió con lo relativo al asombroso descubrimiento de Vulcano, el noveno planeta, mencionó todos los horrores que presenciaron en ese planeta en formación y contó cómo habían hallado su trágico fin los traidores martianos. Por último dijo que Vulcano parecía hallarse destinado a ser despedazado por la insensata furia de sus terribles fuerzas naturales y narró cómo lograron escapar cuanto un sólo minuto de retardo hubiera sido su perdición.

El auditorio encontró difícil el aceptar como reales y verdaderas muchas de las maravillas descriptas por Sidney y más de una vez le acosaron a preguntas, pidiendo nuevos detalles. Por último el joven dió fin a su largo relato y cuando Sidney, ronco de tanto hablar concluyó su explicación, Ken y Tim fueron blanco de innumerables preguntas.

—¿Qué uso se proponen ustedes hacer de su maravillosa invención y de sus asombrosas aventuras? — preguntó el señor Thornton.

—Casi no hemos pensado en eso, — contestó Sidney. — El navío Perla del Espacio está irremisiblemente perdido. Creo que nos sería imposible hallarlo en el mar de barro en que ha caído, aún cuando lo intentáramos. Si hablamos en público de nuestras aventuras nos veremos envueltos en una ola de ridículo porque no nos será posible presentar pruebas tangibles de lo que afirmemos. Tal vez podamos construir un nuevo Perla del Espacio, pero eso quedará para el futuro.

—¡Para un futuro muy remoto! — dijo la señora de Baynes con energía. — ¡Si algo puedo influir yo en ello, será muy remoto ese futuro! Ustedes han regresado a nuestro lado gracias a un verdadero milagro y no podemos esperar que tengan la misma maravillosa suerte una segunda vez.

—Siendo así, voy a permitirme hacer una indicación, — intervino el capitán Allan.— El mundo no debe ignorar sus maravillosas aventuras y como ustedes temen, con sobrada razón, el ridículo, ¿por qué no escriben la relación de su maravilloso viaje en forma de novela?

—¡Excelente idea! — exclamó Tim con el rostro rojo de entusiasmo y los ojos relucientes. Miró, como preguntándoles qué pensaban al respecto, a sus dos inseparables compañeros.

Solemnemente los tres se estrecharon las manos y así fué como, después de hacer un viaje por los espacios siderales, los tres jóvenes realizaron una excursión por las regiones de la literatura y a ellos se debió el relato que con el título de "El Navío Sideral" termina aquí su publicación.

F I N

LOS MELLIZOS VENGADORES

Por

JOHNSTON Mc CULLEY

(Continuación)

Despojados de su fortuna por un grupo de financistas sin escrúpulos, los hermanos Pedro y Pablo Selbon, llamados los Mellizos Vengadores, deciden vengarse. Primero lo harán de Darnton Trede, jefe del sindicato y luego de los otros seis. Los mellizos descubren que hay otro enemigo de Trede, James Martaman, enamorado de la hija del financista, Carolina. Trede, que tiene para ella otros proyectos, se arregla de modo que Martaman aparezca culpable de un robo, ayudado en su villanía por Emilio Brahl, secretario del financista, y un detective privado, Milton Griff. Pablo Selbon decide verlo a Martaman y obtener más amplios detalles sobre su situación. Burlando la vigilancia del detective Griff, se dirige al sitio donde se oculta Martaman; pero allí es recibido por Brahl, que finge ser el primero, y para mejor representar su papel le cuenta la verdadera historia del complot contra Martaman. Selbon conoce enseguida que no es Martaman si no Brahl quien le habla; pero disimula para saber la verdad, hasta que llegado el momento oportuno encierra a Brahl en el cuarto de baño, lo ata y lo amordaza, dirigiéndose luego a la habitación donde supone está prisionero el verdadero Martaman. Lo encuentra y lo pone en libertad, prometiendo ayudarlo.

VII

Cuando los mellizos subían en el ascensor conversaban de cosas indiferentes, haciéndolo para aquellos que los escuchaban. No había excitación en sus modales. Para el ascensorista y un par de inquilinos, la conversación era inocente y ellos, lejos de parecer dos audaces aventureros, representaban la imagen del candor.

Al salir del ascensor se dirigieron apresuradamente a la puerta del departamento ocupado por ambos. Pedro un poquito excitado ahora, abrió la puerta y entraron. Luego se volvió a Pablo, en actitud interrogadora.

Pero Pablo no parecía dispuesto a contar enseguida ninguna noticia sorprendente. Miró a Pedro con tranquilidad.

—Pedro, viejo, — le dijo — ten la bondad de llamar al restaurant y pedir algo que comer. Que traigan bastante de cualquier cosa que tengan. Estoy rabiosamente hambriento. Y el hombre bien alimentado, como dijo un sabio, está en mejores disposiciones para afrontar las eventualidades.

—¡Ah!... ¿no vamos a comer afuera entonces?

—No — contestó Pablo firmemente.

—¿Y por lo que veo tendremos una conferencia importante?

—Eso mismo, Pedro. Después de tomar las acostumbradas precauciones.

—¿Es tan serio como eso?

—Lo es. Hay acción en el aire, viejo.

—¿Y puedo saber que tienes en ese dichoso paquete y por qué no te lo hiciste mandar? Parecía un honrado dueño de casa trayendo a su hogar las provisiones de almacén para la semana.

—Ese atado contiene algo que vamos a usar durante la acción que acabo de mencio-

Dos hombres lo han identificado — dijo el detective — Es bastante. Dormiré yo, en un calabozo esta noche.

Pedro no hizo más preguntas. Algo en los modales de Pablo le decía que era necesario apurarse. Se cambiaron de ropa, poniéndose trajes azules, corbatas, camisas y hasta botines idénticos. Luego volvieron al living room.

narle — contestó Pablo — Hace algunos días, Pedro, hicimos varios planes para salir de este edificio sin ser vistos y seguidos. Utilicé uno esta tarde. Usaremos el otro esta noche.

—¿Entonces vamos a entrar en acción esta noche?

—Vamos — dijo Pablo.

Pedro se volvió al teléfono sin hacer más preguntas y pidió la comida. Pablo desapareció en el dormitorio y depositó el paquete en un rincón. Luego los Mellizos Vengadores procedieron a tomar las precauciones de costumbre.

Registraron diligentemente el departamento, desde el hall del frente hasta la cocinita, para asegurarse de que nadie había entrado allí durante su ausencia y estaba preparado para oir lo que hablaban. Registraron el descanso de la salida para incendio y cerraron la ventana. Luego inspeccionaron bien el living room por si hubiesen instalado allí un disco de dictógrafo.

—Todo está en orden — dijo Pablo — Vamos a cambiarnos de ropa. Traje azul obscuro, Pedro.

Llegaron dos mozos con la comida pedida por Pedro. Eran mozos del café del piso bajo, conocidos ambos de los Mellizos. Después que se fueron, Pedro se aseguró de que habían bajado por el ascensor del servicio, cerró con llave la puerta del frente y volvió al living room, sentándose a la mesa donde ya había empezado a comer Pablo.

No reanudaron la conferencia hasta que terminaron de comer y encendieron sus pipas. Luego Pablo, hablando en voz baja y rápidamente, le contó a Pablo todo lo ocurrido.

—¡Diablos! — exclamó Pedro, cuando el otro hubo concluído — Ahora tenemos que obrar rápidamente. Esta noche o nunca. Griff nos perseguirá no bien esos dos hombres estén libres.

—Lo hará. Ese es el motivo de nuestro cambio de ropas, Pedro.

—¡Pero esos dos hombres te han visto!

—¡Bah!... ¡Bah!... Volvemos a nuestro antiguo juego.

—¿Y tu prometiste eso a Martaman?

—Se lo prometí. Es un muchacho decente: pero no nos servirá de mucho. Y ten la

bondad de recordar que hemos de arreglar nuestra cuentita con Darnton Trede.

—Es una cosita muy sencilla — observó Pedro arrojando al aire una nube de humo — Lo único que realmente tenemos que hacer es salir de aquí sin ser vistos, ir a buscar a Martaman, cometer un robo, sacar a Martaman de su embrollo, recoger algo para nosotros y volver a este departamento sin dejar rastros ¡Una friolera!...

—¿Crees que no podremos hacerlo, Pedro?

—Tenemos que hacerlo. Ciertamente que tenemos. En cuanto a salir del edificio...

—Ven conmigo, — le interrumpió Pablo.

Lo condujo al dormitorio y desenvolvió el atado que había traído de casa del sastre. Sacó dos sacos de goma y dos cascos de bomberos.

Pedro se rió al verlos.

—¿Vamos a hacer eso? Es lo mejor de todo lo que hemos proyectado ¡Espectacular! Y haz el favor de reconocer que esa pequeña idea fué mía.

—¡Oh te concedo todo el mérito! — contestó Pablo — Y más que eso...

El timbre de la puerta lo interrumpió. Pedro miró a Pablo, este a Pedro y ambos sonrieron.

—Te apuesto diez chelines a que es nuestro enemigo — dijo Pedro.

—Es una apuesta sobre seguro para tí— contestó Pablo.

Metieron los sacos dentro de un cajón de la cómoda y se apresuraron a volver al living room. Pablo sentóse junto a la mesa. Pedro fué a abrir la puerta. Lo que vió no le causó sorpresa.

—Bueno... ¡Pues si es nuestro viejo amigo el Detective Milton Griff otra vez! — exclamó Pedro — Y trae amigos. Entren, caballeros. Mi hermano y yo acabamos de comer; pero si quieren café y unos sandwiches...

—¡Nada de estupideces ahora! — tronó el detective Griff. Empujó a Pedro y entró en el living room; los otros hombres lo siguieron. Pablo los miró. Necesitó en esos momentos de todo su auto dominio. Era necesario proceder con cautela. Los hombres que acompañaban a Griff eran Emilio Brahl y el detective que Pablo había dejado atados y amordazados en la casa de departamentos de Martaman.

—¡Buenas noches, Griff! — gruñó Pablo — ¿Viene al fin a compartir el pan y la sal con sus enemigos?

El detective estaba parado en medio de la habitación; los otros dos hombres cerca de él.

—¿Cuál de ustedes fué el que se burló hoy de mí? — preguntó Griff.

Había peligro y los mellizos lo sabían. Si lograba averiguar cual de los dos había ganado la apuesta, sabría también cual era el que había salido aquella tarde.

—¿Qué importa eso? — preguntó Pedro prontamente — La apuesta fué leal ¿no?

—No discuto eso. Perdí y pagué. Pero quizá deseo otra apuesta... para variar y vengarme.

—Entonces apueste con cualquiera de nosotros. Compartimos ganancias y pérdidas. Es un arreglo fraternal. Pero nunca apostamos más de una vez al día.

El detective Milton Griff lo miró. Había sacado hacia afuera la mandíbula inferior. Obró, por el momento, como un hombre seguro de su posición.

—Esta vez, muchachos, han ido demasiado lejos. Por una vez se han olvidado de ser hábiles. Han cometido un error y les va a costar algo.

—¡Diablos! — exclamó Pedro — ¿Qué quiere decir todo eso? ¿Piensa intimidarnos, diciéndonos que nos hemos vuelto viejos, distraidos o algo por el estilo? ¿Qué hemos perdido la vieja sal?

—No he venido aquí a oir chistes — contestó Griff — si no a efectuar un arresto. Uno de ustedes salió esta tarde de la casa sin ser visto. Fué a cierto lugar, ató y amordazó a uno de estos hombres, ayudó a escapar a un preso y ató y amordazó al detective que lo acompañaba.

—¡Ah! — exclamó Pablo — Pensé que quería sugerirnos que nos estábamos volviendo viejos y sin vida ¡Qué error!

—¿Quiere decir que uno de nosotros hizo todo eso? ¡Audáz el mellizo! — dijo Pedro.

—Ayudar a huir a un preso, esconderlo y asaltar a un oficial en el cumplimiento de su deber no son cosas ligeras — exclamó el detective — Esta vez tengo dos hombres para identificarlos... dos hombres que estaban en habitaciones distintas. Nada de caretas ni cosa por el estilo. Los tengo agarrados.

Griff se volvió y miró a Emilio Brahl, indicándole a Pablo.

—Señor Brahl ¿es éste el hombre que habló con usted hace una hora o cosa así, que lo amenazó después con una pistola y que lo ató y amordazó? — preguntó Griff.

—Es — asintió Brahl.

Griff se volvió al detective, su colega.

—¿Es éste el hombre, Henderson? — le preguntó.

—Sí — declaró el oficial.

—Dos hombres lo han identificado a usted — dijo Griff dando un paso más hacia Pablo — Es bastante. Tome su sombrero. Dormirá en un calabozo esta noche.

Pedro dió rápidamente un paso hacia adelante y Pablo se levantó de su silla. El uno junto al otro, miraron a los tres hombres.

—Hay dos puntos que deseo mencionar — dijo Pedro — En primer lugar, no es usted más de la policía, si no simplemente un detective privado ¿Dónde está su autoridad? Punto segundo: esos dos hombres dicen que mi hermano tiene algo que ver con lo que les ocurrió a ellos esta noche. Que nos miren a los dos y que luego digan — si pueden — cual fué el hombre que los ató y amordazó.

—Ese juego no les va a valer — dijo Griff — Y no se preocupen ustedes por la autoridad. A la policía no le importará un pito quien le entregue a ustedes dos. Eso le

ahorrará tiempo. Le aconsejo que venga tranquilamente.

—¡Oh! — contestó Pablo con tranquilidad — Eso lo veremos. Con unos antecedentes como los suyos no me parece que sea usted muy popular en la policía. Ahora yo quiero solamente que esos dos hombres digan si fuí yo o mi hermano y que hagan su identificación bajo juramento — continuó Pedro — Uno de nosotros estuvo en casa toda la tarde. El otro salió. ¿Sabe usted cual salió?

—Uno de ustedes es el principal y el otro el accesorio — tronó Griff — Los arrestaré a ambos.

—¿Si? Si se hubiera cometido algún crimen y alguno de nosotros estuviera complicado en él su declaración sería correcta. Pero ¿cuál de nosotros, en tal caso, es el principal y cuál el accesorio? Es un punto bastante delicado.

—¡Oh!... ¿Lo es?

—Lo es — dijo Pedro — Según la ley, mi querido señor, no es posible que haya accesorio sin principal. Y a menos que pueda usted probar absolutamente que existe el principal ¿cómo acusar al otro de ser accesorio? Adelante, señor Griff. Señale a su principal y pruebe su acusación. Si elige al que se quedó esta tarde en casa, se verá en un lío.

—Pero... — empezó enojado Griff.

—Usted ha entrado a nuestro departamento con un par de desconocidos, ha dicho una punta de disparates sobre que uno de nosotros asaltó a alguien, ayudó a un preso a escapar y que se yo que más. Se ha introducido usted aquí como perro por su casa y ni siquiera se ha quitado el sombrero. ¡Por Dios, Griff, que ya estoy cansado de su insolencia! Tenemos nuestros derechos. Nuestro abogado...

—¡Eh!... soy yo el que maneja los títeres.

—No estoy seguro — dijo Pedro — Si quiere usted arrestarnos, hágalo. Luego nuestro abogado se presentará a la policía y dirá cuatro verdades. Daños y perjuicios, Griff. Contra usted, contra esos hombres y contra cualquiera que se halle a espaldas de ellos. Me da una idea. Andamos escasos de fondos y los daños y perjuicios nos los proporcionarían. Señor Griff, ¿cómo se atreve a molestarnos así en nuestra propia casa?

El detective Milton Griff hervía de rabia. Su rostro estaba casi de color púrpura. Había venido triunfante y salía derrotado. Pero Griff era prudente y sabía que lo dicho por Pedro tenía su fondo de verdad. No puede haber accesorio sin principal ¿Cuál de los dos mellizos era el principal? Milton Griff sabía bien que ni Brahl ni el otro detective podían asegurarlo.

—Usted... usted... — tartamudeó Griff, buscando el medio de resolver el dilema.

—Me parece señor Griff que está usted haciendo un papelón — intervino Pablo.

—¡Bah!... Bien sabe usted que...

—¿Quienes son estos hombres, despues de todo?

—Usted lo sabe. Uno de ustedes lo sabe. ¡Los dos saben!

—No nos han sido presentados — dijo Pablo — ¡Vaya una informalidad!

El detective Milton Griff estaba ahora casi apoplético. Luchaba para dominarse y lo consiguió hasta cierto punto.

—Conozco el juego — exclamó — Han jugado ustedes bien. Se cuando me han derrotado. Pero les advierto, mellizos, que mi hora llegará. Les demostraré que de mi no se burla nadie impunemente ¡Créame! Si alguno de ustedes sale otra vez de este edificio o intenta alguna fechoría, será sorprendido.

—¿Nos acusa usted de haber cometido alguna fechoría? — preguntó Pablo — ¿Quiere presentarse ante el tribunal con estos dos hombres y probarlo?

—Pero... pero... — balbuceó — Yo se...

—Usted no sabe nada. Esa es su desgracia, Griff. Puede sospechar mucho; pero lo que es saber, no sabe nada.

Era aquella una declaración audáz; pero el detective no podía sacar nada en limpio de ella, excepto que los mellizos se sentían seguros en su posición. Escupió de rabia y luego se dirigió hacia la puerta, haciendo señas a los otros dos que lo siguieran.

—¡Los agarraré! — amenazó, dándose vuelta y enseñando el puño.

—¡Buena caza! — rió Pablo, cuando sus visitantes se iban.

VIII

Pedro se cercioró de que habían bajado en el ascensor; luego cerró de nuevo la puerta con llave, cuidadosamente y volvió al living room.

—Bueno... lo hemos hecho rabiar a Griff. Y un hombre rabioso no puede concentrar debidamente sus facultades.

—Pero por otra parte pueden ocurrírsele cosas en que, de otra manera, no pensaría — observó Pablo — De modo que nuestros asuntos estan, más o menos, como antes. Yo opino, sin embargo, que Griff cree que, después de habernos escapado raspando de sus uñas, no intentaremos nada inmediatamente. Sus hombres andarán buscando a James Martaman.

—Y dicho sea de paso, la casa de Darnton Trede estará cuidadosamente vigilada. Habrá timbres de alarma, serenos y la mar. Trede debe temer que Martaman, desesperado por el lazo en que le han hecho caer, trate de penetrar en la casa para matarlo o algo por el estilo.

—¡Oh!... la tarea no será fácil para nosotros. Aparte de eso, Darnton Trede no es cobarde. Es capaz de pelear y tiene inteligencia. Hemos de hacerle justicia en eso, aunque sea un ladrón de alta clase. En cuanto a ese Emilio Brahl es una gallina. Lo dominé una vez y puedo hacerlo otra.

—Yo lo calé de la primera mirada. Y ahora, hermanito, son casi las diez y tenemos que trabajar.

—Un poco después de media noche.

—Antes de ese tiempo... me refiero a los preparativos.

—Los preparativos los hicimos hace una semana, mientras proyectábamos varias escapadas.

—Nunca los completamos — insistió Pedro obstinadamente — Baja al hall y vigila, mientras yo trabajo. Yo no he hecho nada hoy, recuérdalo. Y tú te divertiste bastante esta tarde.

Pablo sonrió. Salió del departamento y bajó al hall de entrada, con sus asientos y sus kioskos, habló con hombres que conocía, se inclinó ante las mujeres, anduvo dando vuelta alrededor del mostrador de los cigarrillos, compró una revista, obrando en todo como un joven que desea matar el tiempo sin salir.

Vió a Griff por la ventana del frente hablando con uno de sus hombres y le sonrió. Griff también lo miró y se fué. Pero era seguro de que se quedaría a mano, donde pudieran llamarlo, si algo ocurría. Aquella noche dormiría vestido, por decirlo así.

Pedro esperó en el departamento hasta que Pablo estuviera ausente media hora o cosa así; luego se puso una gorra y salió. Aunque los mellizos habían entregado la casa de departamentos a sus nuevos dueños, Pedro conservaba una llave de paso. Se aseguró que la tenía encima al dirigirse a la escalera del fondo y empezó a subir, cuidando de que nadie lo viera.

Finalmente llegó al piso superior del edificio; atravesó rápidamente el pasillo de un departamento vacío, en la esquina del frente. Entró; pero no encendió la luz eléctrica. Prendió un fósforo y miró alrededor del departamento.

Este hacía algún tiempo que estaba desalquilado. No tenía muebles. Pedro levantó el cristal de la ventana hasta arriba. Cerró puertas, de manera que las dos piezas del frente quedaran aisladas del resto. Estas dos habitaciones tenían entre sí seis ventanas que daban sobre la calle principal y la lateral.

Lenta, cuidadosamente, sin hacer ruido, Pedro alzó los seis cristales de las ventanas por las que entró una corriente de aire. Luego volvió al medio del cuarto del frente y encendió otro fósforo.

En la pieza había cuatro grandes tachos de basura, de metal, que Pedro y Pablo habían llevado al departamento algunos días antes, diciéndole al cuidador que tenían que hacer algunos experimentos. Junto a los tachos había montones de papel, trapos y basura empapada en aceite. Había también media docena de paquetes de "fuego rojo", del que se usa para simular incendios en el teatro.

—Se va a producir bastante humo ¡y un olor!... — se dijo a sí mismo Pedro riendo — Y no ocurrirá daño, a no ser que alguien eche alguna puerta abajo.

Pedro empezó ahora a llenar los tachos, de modo que, una vez encendido la basura produjeran, humo y llama; pero especialmente lo primero. En una lámina de metal, junto a los tachos, arregló los fuegos artificiales, en montoncitos, de manera que se encendieran unos después de otros.

—Todo está pronto — se dijo a sí mismo.

Luego salió del departamento, cerró con llave la puerta y volvió a su casa, tan cautelosamente como había salido de ella, entrando sin que nadie lo viera. Fué al teléfono y le pidió a la telefonista que lo pusiera en comunicación con el portero de la noche.

—Habla el señor Selbon — dijo — Haga el favor de decirle a mi hermano que venga al aparato. Debe andar por el hall.

Hubo un momento de silencio; luego Pedro oyó un "clic" sospechoso en el alambre que lo hizo sonreir y por último la voz de su hermano.

—¿Qué estás haciendo ahí? — le preguntó Pedro.

—Nada de particular.

—Sube entonces. Vamos a jugar un partido de ajedréz y luego nos acostaremos. Tenemos que levantarnos temprano mañana.

—¿Tu novio es moreno?
—No.
—¿Es alto?
—No.
—¿Artista?
—No.
—¡No vayas a creerte que tengo interés por saber cómo es tu novio!

Pedro sonreía al colocar el receptor en la horquilla. Recordó aquel pequeño "clic".

—¡Muy bien, espía! — murmuró — Espero que, seas quien seas, informarás inmediatamente a Griff de nuestra conversación. Que se tranquilice con la idea de que no intentaremos nada esta noche y que puede retirarse a descansar en seguridad. Daría no se qué por saber si es la telefonista o el portero que reciben dinero de nuestros enemigos.

Pablo entró al departamento unos momentos después.

—Todo está preparado — dijo Pedro hablando en voz baja — No sería mala idea hacer como que jugamos al ajedréz. Griff o uno de sus hombres podrían venir para convencerse de que es cierto lo que hemos hablado.

Arreglaron el tablero y jugaron un partido hasta la mitad; después de lo cual hablaron, dejando las piezas donde estaban. Cualquiera que entrara a la habitación creería que habían suspendido el juego.

El gran reloj ornamental de la estufa dió las once.

—Tenemos que esperar aún más de una hora — se quejó Pablo — No debemos hacer nada hasta después de media noche. ¿Está todo dispuesto?

—Si. Yo me deslizaré hasta el piso alto y daré el toque final, cuando sea el momento. El plan es mío.

—Bueno! ¿Qué trajes nos pondremos?

—Los negros que hemos usado antes — sugirió Pedro — Gorras negras, guantes negros. Caretas, naturalmente. La cosa no es broma esta vez.

—Pedro, viejo, has dicho algo por el estilo media docena de veces ¿Eres de opinión que no deberíamos habernos movido esta noche?

—No, precisamente. Pero quiero hacer comprender a tu mente infantil e inexperta que tenemos que andar con cuidado.

—¡Infantil e inexperta! Soy diez minutos menor que tú — dijo Pablo — Y aún así, quien sabe si la nodriza no nos confundió. Puede ser que el mayor sea yo. Cambiémonos de trajes.

—Mejor es esperar hasta último momento. Si Griff nos hace otra visita y ve que nos hemos cambiado puede sospechar algo. Nos pusimos estos trajes azules porque tú vestías de gris esta tarde. Ahora nos vestiremos de negro, porque nos han visto de azul. Si nos libramos de la cárcel y no logramos recuperar nuestra fortuna podremos contratarnos en un teatro de variedades, para un acto de rápido cambio de ropas.

—¿Quién fué el tipo que dijo que el tiempo vuela? ¡Qué embustero! — exclamó Pablo mirando el reloj.

—¿Estás ansioso? — preguntó Pedro.

—Claro que si, hombre. Ese Emilio Brahl y ese Darnton Trede me son profundamente antipáticos y estoy deseando desconcertarlos a los dos.

—¿Desconcertarlos? Es una buena palabra. — comentó Pedro — Cambiaremos de trajes a media noche. Luego yo subiré y haré mi parte. Después esperaremos los acontecimientos.

—Los cuales, — añadió Pablo — no tardarán en producirse. Si; se producirán.

Las manecillas del reloj se movían lentamente. Los Mellizos Vengadores trataron de reanudar el partido de ajedréz; pero no tenían el pensamiento en el juego; lo abandonaron a las once y treinta. Anduvieron dando vueltas hasta que el reloj señaló las doce menos cinco y luego Pedro apagó todas las luces, excepto una pequeña en el hall del frente y otra en el dormitorio.

—¡A vestirnos! — dijo.

Pablo lo siguió al dormitorio. Sacaron los trajes negros y las gorras de un armario y se los pusieron. Sus zapatos eran negros también. En los bolsillos guardaron guantes delgados, antifaces, linternas y pistolas.

El gran reloj empezó a dar las doce. Pablo apagó la luz del dormitorio. Cualquiera que estuviera vigilando abajo, en el patio, creería que los mellizos se habían acostado.

Se dirigieron silenciosamente a la puerta del hall y Pedro abrió, mirando hacia afuera para asegurarse de que en el corredor no había nadie. En aquel momento ningún ruido venía de los ascensores en ese momento.

—¡Pronto... y ten cuidado! — murmuró Pablo.

Por segunda vez aquella noche, Pedro Selbon subió silenciosamente la escalera del fondo. Los zapatos negros que se había puesto tenían suela de goma. Llegó hasta el último piso y luego atravesó el corredor, en dirección al departamento vacío.

Acercándose a una de las ventanas miró hacia la calle. Transitaba por ella el número acostumbrado de personas. Autos particulares y de alquiler pasaban llevando la gente de los teatros y restaurants a sus casas. La noche estaba clara y serena. El humo y las llamas se verían espléndidamente.

Volvió junto a los tachos de basura, que estaban en medio de la pieza. Pedro detúvose un momento a escuchar. No quería que hubiera alguien en el corredor y tomara olor a humo demasiado pronto. Pero, finalmente, decidió que no ganaba nada perdiendo más tiempo. Encendió un fósforo y prendió fuego a un papel encima del montón de basura de uno de los tachos, luego hizo lo mismo con los otros. Se agachó para encender una mecha que se comunicaría al fuego artificial.

Pedro Selbon no perdió más tiempo luego. El papel ardía perfectamente. Debajo estaba la basura empapada en aceite. Cuando ésta se encendiera, el fuego rojo también funcionaría. Pedró corrió hacia la puerta, abrióla, salió y volvió a cerrar con llave. Si penetraban demasiado pronto al departamento podría malograrse todo.

Volvió a la escalera del fondo y luego a su departamento. Pablo estaba en la puerta, que mantenía abierta unas pulgadas para que entrara su hermano. Pedro se deslizó por la abertura como un fantasma.

—¡Todo está pronto! — murmuró — Nadie me vió entrar ni salir. Ahora esperaremos el alboroto.

En el departamento vacío el papel y la basura ardían fieramente. La pequeña mecha se encendió y el fuego llegó al primer montón de pólvora. Un resplandor rojo llenó la habitación.

Por las ventanas abiertas salía el numo espeso y se veían las llamas y el resplandor rojo. Desde la calle, parecía un principio de incendio, que era difícil de apagar debido a su situación, en el último piso.

Un transeunte retardado estaba en la esquina hablando con el cabo de policía, de quien era amigo. Levantó la cabeza para encender un cigarrillo detrás de sus manos ahuecadas, para proteger el fósforo de la brisa. Vió el humo y el resplandor rojo y dejó caer el cigarrillo.

—¡Mire! — exclamó agarrando al policía por el brazo — En esa gran casa de departamentos hay fuego. En el último piso. ¡Mire!

El policía obedeció. Luego lanzó un gruñido que podía significar cualquier cosa y corrió hacia la cabina de alarma, a pocos pies de distancia. Abrió la puerta, sonó una campana y bajó un gancho. La señal fué trasmitida a traves de los alambres y en menos tiempo del que se necesita para contarlo, los camiones de los bomberos se dirigían al lugar del "incendio".

Después de dar la alarma el policía dirigióse a la casa de departamentos, seguido por su amigo. Su modo de correr y los gritos que daba llamaron la atención de las personas que transitaban por la calle. Empezó a juntarse gente, que aparecía de cualquier parte.

De las ventanas del piso alto salían ahora nubes de humo a través de las cuales distinguíase el resplandor rojo. En En el departamento vacío la parte interior quedaría un poco arruinada por el humo pero nada más ocurriría. Pero para los que miraban de la calle era el principio de un terrible incendio... cuya contemplación sería emocionante... entretenida.

Uno de los hombres de Griff abandonó su puesto, entró en la casa olvidando por un

Piso por piso bajaron hasta la calle. Nadie sospechó que no fueran bomberos.

momento a los Mellizos Vengadores y dió a gritos la noticia al portero de la noche y a los dos hombres que estaban en el hall.

El portero corrió a mirar afuera y volvió a entrar rápidamente. Adentro sonaban los gongs, despertando a los inquilinos. La telefonista avisaba a cada departamento. Los ascensoristas, muy alarmados, subieron con sus ascensores.

Las únicas personas de adentro o de afuera que conservaban la serenidad eran los Mellizos Vengadores. Estaban parados en el hall de su departamento, escuchando el tumulto y luego corrieron a una de las ventanas del frente para mirar hacia la calle. Los camiones de los bomberos empezaban a llegar. Las sirenas y las campanas resonaban. Se tendieron líneas de mangueras Las escaleras empezaron a armarse en la noche.

—¡Qué alboroto! — murmuró Pablo — Técnicamente, viejo Pedro ¿no somos incendiarios?

—Griff lo diría — contestó Pedro — El daño será pequeño. Una combustión espontánea entre las latas... el veredicto. Tras los sacos y cascos, hermanito. Es tiempo de salir de aquí.

Pablo los trajo, el casco envuelto en el saco, formando dos paquetes que podían llevarse fácilmente. Pedro abrió la puerta y miró hacia el hall. Los inquilinos vestidos, a medio o sin vestir, esperaban los ascensores o se precipitaban por las escaleras del frente o del fondo. El ruido era infernal. Los gongs de la casa resonaban todavía.

—¡Vamos! — murmuró Pedro.

Los Mellizos Vengadores tenían sus gorras en los bolsillos. Parecían solamente dos inquilinos agitados que trataban de averiguar que era, como tantos otros. Corrieron hacia la escalera del fondo y empezaron a subir, encontrando a muchos que bajaban; pero a estos no se les ocurrió pensar nada. Para ellos los Mellizos Vengadores eran todavía los dueños del edificio y era natural que fueran a averiguar el origen del fuego. La noticia de la transferencia no se había hecho pública. Los hermanos continuaron subiendo hasta que llegaron al piso alto. Ya los inquilinos lo habían desocupado. Los bomberos estaban allí, procurando echar la puerta abajo, con los extinguidores de incendio preparados. La puerta-trampa que salía al techo había sido abierta. Pedro y Pablo subieron por las escaleras de metal y llegaron al techo.

Encontraron allí a media docena de bomberos que investigaban. Pero no tuvieron que revelar su identidad para que no les ordenaran bajar. Supusieron que eran inquilinos curiosos; y por el momento, allí no había peligro.

Pedro y Pablo dieron vuelta alrededor de una chimenea, manteniéndose en la obscuridad que proyectaba. Llegaron al parapeto del edificio y finalmente a lo alto de una escalera de incendio. Se inclinaron y miraron hacia abajo. En la escalera no había nadie. La calle lateral se hallaba ocupada por una gran cantidad de gente.

—¡Muy bien! — murmuró Pedro.

Se pusieron los sacos de goma y los cascos de bomberos rápidamente y empezaron a bajar por la escalera de incendio. Pedro iba adelante. Cientos de ojos los vieron desde abajo. Pero no tenía nada de extraño ver bomberos salir del edificio. Sus cascos y sus sacos de goma eran el mejor disfraz que podrían haber adoptado en aquellas circunstancias.

Piso por piso, bajaron hasta la calle y nadie sospechó que no fueran bomberos. Cuando llegaron abajo se alejaron rápidamente como dos bomberos que corren hacia su máquina por alguna razón. Nadie los detuvo ni los interrogó. Los otros bomberos no se fijaron en ellos.

Llegaron a la orilla del gentío y siguieron. Poco después se metían en un obscuro portal. Se sacaron los cascos y los sacos de goma, que dejaron en el suelo. Se pusieron las gorras que llevaban en el bolsillo. Y se alejaron tranquilamente.

(Continuará)

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

EL FANTASMA DEL LAGO

Por J. HOCHE

Hechos los debidos honores a la comida, muy sabrosa y diligentemente servida por la hija del hotelero del "Ciervo blanco" una morenita de ojos de obsidiana, chispeantes de ingenua malicia, — los tres señores salieron a la carretera general. donde se alargaban aún los resplandores de un sol de junio, ya poniente.

Poco más lejos, detrás de la iglesia, comenzaba el bosque; allí, nuestros personajes se aventuraron por él, después de comprobar que no habían despertado gran curiosidad en aquella aldehuela, perdida entre los árboles e inhallable, por añadidura, en el plano de carreteras de Sologne.

La preocupación no era inútil, porque pocos días antes se había cometido un crímen en aquellos contornos, y tanto las inútiles correrías del os gendarmes, como la polvareda levantada por el coche de las autoridades judiciales, impresionó hondamente al vecindario. Sin embargo, a aquella hora crepuscular, los campesinos descansaban, bajo sus chozas respectivas, de la labor del día, y el personal de la posada era descuidado por profesión.

Inmediatamente después de franquear la linde, los tres hombres sentáronse sobre el césped, en el centro de un claro bastante espacioso para poder charlar sin temer a ser sorprendidos.

Entre dos de aquellos personajes y el tercero existía una diferencia muy acentuada de edad y de apariencia.

Este último era un quincuagenario de rostro rasurado a la americana, expresión enérgica, mirada penetrante y aire de diplomático de menor cuantía.

Los otros, rubios, barbudos, de porte muy elegante y de tipo eslavo, podrían tener de veintiseis a treinta años y la semejanza suficiente para establecer entre ambos un parentesco próximo.

—Le escuchamos a usted, Plansón — dijo uno de ellos al caballero afeitado a la americana. Y éste último comenzó seguidamente:

—Hay, a unos kilómetros de aquí, en pleno bosque, hacia el límite de la región de las hayas, cierta extensión de parque inculto, vestigio de una antigua heredad principesca, cuya mayor parte pasó a ser propiedad del Estado. En el centro de este parque, a manera de estanque abandonado, existe un lago cubierto de nenúfares y lentejas de agua, oculto de una parte, por una cortina de sauces, y amparado, en la opuesta por un montículo cortado a pico en el légamo de la superficie.

"En el centro del estanque se eleva un islote minúsculo, donde su habitual morador, M. Glaser, sabio médico alquimista, y que se ocupaba en la transmutación de los metales, había mandado construir una especie de quiosko — pabellón que le servía de laboratorio. Allí, recluído voluntariamente, pasaba días enteros, y algunas veces trabajaba hasta muy avanzada la noche.

"Una mañana — hará de esto unos diez días, — M. Glaser desapareció de la modestísima vivienda que ocupaba en los límites de su posesión.

"Había debido pasar la noche en su laboratorio, y hacia este sitio se encaminaron inmediatamente las investigaciones.

"Breves fueron: detrás de una puerta interior del pabelloncito encontróse el cadáver de M. Glaser, que yacía en tierra, entre un charco de sangre coagulada. Había sido asesinado a golpes, por medio de un pesado mazo que formaba parte de los utensilios del laboratorio. Esta arma terrible le hundió el cráneo. El crímen debió ocurrir, próximamente, hacia media noche.

"En cuanto el móvil del asesinato, no tardó mucho en explicarse mediante el descubrimiento de ciertos huecos hechos con ayuda de toscos instrumentos en un lingote precioso que el sabio empleaba en sus experiencias, lingote que el asesino no había podido desprender del crisol, a la sazón empotrado en tierra.

"Yo no me ocupé de este asunto sino al cabo de ocho días, cuando la policía oficial reconoció su impotencia para descifrarlo y la familia de la víctima renunció a proseguir las averiguaciones. Mi información, bastante minuciosa, comenzó por establecer lo que me pareció indiscutible: es decir, que solamente dos hombres podían parecer sospechosos, dos guardas nocturnos de la posesión forestal; uno de ellos Francier, viejo servidor del sabio y el otro Jokel, un ludemburgués, mozo desmedradillo de veinte años, medio paralítico del brazo izquierdo y a quien M. Glaser había recogido por caridad en su casa.

"Interrogué, uno tras otro, aquellos hombres, e inmediatamente adquirí la convicción de que el anciano Francier era inocente en absoluto.

"En cambio, Jokel seguía pareciéndome sospechoso.

"Aquella noche había prestado su servicio de vigilante, y aunque los pormenores de su declaración arguyeran en favor suyo, yo no podía vencer la presunción que este tipo me inspiraba.

"No obstante, tuve que abandonar esta pista después de haber interrogado nuevamente a Francier, cuyas palabras exculpaban completamente a su colega, a pesar de que ni le profesaba gran estimación ni dejara de "perderle de vista" como el viejo afirmaba.

"En efecto, el islote donde se elevaba el quiosko no era abordable más que de dos maneras: o a nado, o valiéndose de una barquilla que M. Glaser, en persona, utilizaba.

"Jokel no sabía nadar: Francier podía asegurarlo toda vez que el mismo hubo de sacarle un día del estanque, en el que accidentalmente se cayó y donde el pobre diablo se

hubiera ahogado, a no ser por la intervención de su colega.

"En cuanto al barquichuelo, Francier era el único que, en todas ocasiones, le usaba para conducir a su amo, porque Jokel, en atención a su brazo casi inútil, no podía manejar los remos.

Y siempre que le conducía al fondeadero, ataba la cadena al palo, haciendo de ella un nudo especial que solo Francier conocía, , o disponiendo, además, varias cañas en determinada forma, a fin de cerciorarse de que nadie tocaría el barquichuelo entre la ida y el regreso del amo.

"Toda esta disposición había sido encontrada intacta en absoluto.

"El enigma iba adquiriendo una apariencia insoluble que espoleó mi deseo de resolverle.

"Para terminar pronto, señores: después de realizar minuciosas investigaciones en el laboratorio, descubrí el borde del islote, y en los dos compartimentos principales del pabelloncito, ciertas huellas, poco profundas que podían parecerse a los pesados brodeguines que ordinariamente usaba Jokel; pero el misterio permanecía sin rasgar, puesto que era sabido que Jokel no había tenido medios ni otra forma, y que, además sus botas no ofrecieron, en ningún momento, señales de humedad.

"Como último recurso resolví pasar unas cuantas noches en el islote fatal, a escondidas de todo el mundo.

"La primera, nada de particular turbó mi velada, poco agradable, lo confieso, entre las húmedas paredes del laboratorio.

"Pero, desde la segunda noche, un rumor de pasos cautelosos que rondaban por el exterior me despertó bruscamente en el momento en que, contra mi voluntad acababa de dormirme.

"Salí con mil precauciones llevando el fusil que me había prestado Francier. Serían las dos de la madrugada, — una soberbia madrugada de junio — y la luna caía de lleno sobre el estanque, dándole apariencias inquietantes de rincón de leyenda.

"De improviso ví una cosa inaudita, fantástica; una cosa que hubiera puesto la carne de gallina a cualquiera. Lo mismo que en los cuentos de brujas evocados precisamente por el aspecto del estanque a la luz de la luna, una forma humana, envuelta en un lienzo que le caía hasta las rodillas apareció en la ribera y se puso a caminar tranquilamente "por la superficie" del agua.

—Perdone, perdone, mi querido Plansón — interrumpió sonriendo maliciosamente uno de los dos jóvenes de tipo ruso; — en el momento en que se trata de un fantasma, tal acrobatismo me parece, por el contrario, completamente natural. Si a nosotros pobres seres humanos, nos es imposibles resucitar las proezas de Cristo, para un fantasma, y sobre todo, un fantasma clásico, un fantasma de blanco sudario la cosa es un juego de niños.

El narrador se mordió los labios y presiguió imperturbable:

—Mi primer impulso fué descolgar mi carabina y hacer fuego. El segundo rectificó esta brutal intervención y me limité a gritar al fantasma: — ¡Detente, o tiro!

"Como, si no entendiera el lenguaje humano, el muy fanfarrón continuó su camino tranquilamente sobre el agua, sin mojarse las suelas de los zapatos... hasta que no tuve más remedio que soltarle dos tiros.

"Pero, sea que, aturdido por aquella prodigiosa escena no apuntáse yo bien, fuese porque como fantasma de veras las balas no le hacían daño, el caso es que prosiguió su camino acuático y que no tardó en desaparecer tras las cortinas de sauces que oculta la márgen opuesta.

"Cuando, valiéndome de la barquilla, llegué a la pequeña playa pantanosa, corrí hacia la cabaña en que vivía Jokel, solo, su compañero Francier moraba en la alquería.

"Jokel se hallaba, o, por lo menos lo parecía profundamente dormido; pero, al atravesar una pieza contigua a la alcoba, me incliné hacia algo harto comprometedor para él: una sábana blanca cuyos bordes estaban mojados y a los que seguían alheridas aún algunas briznas y légamos.

"Mi juicio estaba echo: Jokel era el asesino. Sin embargo, la conversación acusadora que mantuve con el me descorazonó, lo confieso, y no arrojó nueva claridad sobre el asunto. Al principio Jokel respondía a todas mis preguntas con negativas rotundas o burdos embustes.

"En cuanto a la sábana que tenía empapados los bordes, el mozo aseguró, simplemente, que la había lavado el día antes poniéndola después a secar en un prado próximo al estanque; pero como la cuerda de donde la colgara no estaba lo suficientemente alta, los bordes de la sábana arrastraron por la hierba húmeda.

"Comprobé sus afirmaciones y resultó que eran exactas, o que, por lo menos ofrecían una explicación admisible.

"Efectivamente, cerca del estanque había una cuerda, tendida entre dos sauces, que solía servir de tendedero. Cuando colgué de la cuerda la sábana, doblada por la mitad, vi que los bordes arrastraban por el suelo.

"De este modo se me escapaba mi principal pieza de convicción o, cuando menos, quedaba sujeta a caución.

"Faltaba explicar los huellas de pasos que acusaban a Jokel tanto como lo demás; las huellas de brodeguines, sobre todo, que tan fácil me había sido identificar.

"Jokel salió de este aprieto con inaudito aplomo.

"Aseguró que yo me equivocaba, y que, además, otras personas podían llevar brodeguines como los suyos, de suela, milímetros más o menos iguales; hasta podían haberle robado los suyos durante la noche.

"En último extremo oponía él, respecto de las huellas grabadas en el islote, la asorción del mismo Francier, según la cual Jokel estaba imposibilitado para llegar allí sin que el lo supiese.

—Y he aquí — concluyó el señor de porte de diplomático — que estando íntimamente convencido de que Jokel es el criminal, no me es posible probarlo.

Para ello hubiera sido preciso no sólo en-

contrar en su poder pedazos del metal, sino explicar de que modo se las compuso para caminar sobre el agua...

—¿Y como se las compone ahora? — interrumpió uno de los dos jóvenes.

—Porque, evidentemente, debe de estar representando una comedia, toda vez que la mayor parte del codiciado metal permanece en el quiosko lacustre.

—En efecto, es probable, y a usted le dejo el encargo de comprobarlo. Sin decirme porque — y en ello me complazco mucho — Usted me había pedido que le entregase los hilos esenciales de uno de esos crímenes insondables cometidos para despistar a los investigadores más expertos. Yo le doy aquel, que es el que, dentro de mi esfera de acción me parece mejor.

Así, pues, mi misión ha concluído; el resto queda a cargo de usted.

—Muy bien dicho, Plansón — repuso el más viejo de los dos oyentes; — sólo nos resta agradecérselo y decirle: Hasta pronto, pues mientras usted se dispone a regresar a París, nosotros continuaremos aquí.

Los tres personajes volvieron a la linde del bosque, y una vez allí el hombre de porte diplomático se llevó a los labios un pequeño instrumento del que arrancó un sonido semejante al graznido de un pájaro.

Desde el fondo de la carretera, dos automóviles trepidando al unísono, avanzaron suavemente. Los dos señores más jóvenes subieron en uno de ellos, que tomó la dirección del bosque, y el otro se llevó al tercer personaje, perdiéndose por la carretera de París.

V

Durante los dos días siguientes, el aspecto de aquella aldehuela siguió siendo el mismo.

De día un gran silencio: el sol caía sobre las casas abandonadas por sus moradores, que trabajaban en el campo, y por la noche un aparente sopor bajo el cuál velaban la inquietud, la curiosidad, las sospechas vagas, todas las complejas emociones suscitadas por el reciente asesinato de M. Glaser.

En el "Buen rincón" — un "agujero" abierto frente al "Ciervo blanco", en el otro extremo de la plaza — el maestro de escuela Henry, que desempeñaba al mismo tiempo las funciones de secretario en la alcaldía, celebraba de ocho a nueve de la noche, audiencias breves, pero suficientes para alimentar las murmuraciones rurales durante el resto de la velada.

Aquella tarde extendióse mas ampliamente que de costumbre en sus observaciones personales acerca del crímen y la "impericia" (sic) de los policías. Pero la gran noticia se la reservaba para lo último; esperaba al guarda Jokel, quien referiría el caso ante la concurrencia. El día anterior, a media noche, había venido un caballero a despertarle — un policía, al parecer, — acusándole de haber caminado sobre el agua, envuelto en una sábana blanca, como con idea de "jugar" a los fantasmas.

¿Era esto una broma? Jokel se burlaba de ello; pero juraba vehementemente que dispararía contra el primer "soplón" que se permitiese siquiera franquear el umbral de su cabaña.

Tal amenaza, repetida por el lenguaraz maestro de escuela Henry, hizo correr un estremecimiento de espanto a lo largo de la médula de los que oyeron, porque se sabía que el manco era un tirador excelente, capaz de cumplir un juramento de tal índole.

Como aquella noche le esperaban para jugar la "manilla" semanal, todo el mundo podría oir los pormenores relativos a la divertida broma del fantasma que marchaba por el agua del estanque.

Pero transcurrió mucho tiempo después de la hora marcada, y Jokel no aparecía. El dómine, que había prometido aquel banquete a su auditorio, no fué el menos atribulado. La espera se prolongaba, arrastrando consigo buen número de copas de vino, y, como hombre comodón, abstinente y poco familiarizado con los excesos que alterban sus costumbres, el maestro comenzaba a sentir hormigueos en las piernas, la cabeza y una chocante inestabilidad en el campo visual.

A las diez se levantó, declarando que, indudablemente, Jokel no venía ya y que sería necesario dejar la audición para el día siguiente.

—A menos — indicó uno de los circunstantes — que vayan a sacarlo de su casa, porque maldito si entiendo por qué no ha venido a jugar la "manilla".

—¡Eso es una idea! — exclamaron los demás; — vámonos todos en masa. Hace buena noche y será una verdadera excursión de recreo ¿Quiere Vd. venir con nosotros, señor Henry?

El aludido se excusó, porque semejantes partidas le estaban vedadas a su doble calidad de funcionario oficial y maestro de escuela.

Los demás se marcharon sin él. Apenas tardaron un cuarto de hora para llegar a lo de Jokel, quien vivía en una choza carcomida y medio arruinada. Tres de ellos, por lo pronto, conocían las costumbres de este individuo. Uno trepó sobre una pequeña cornisa y llamó a la ventana. Nadie contestó.

Sin embargo, Jokel dormía allí. Luego, si no respondía, es que no estaba en su casa.

—Pues vámonos al estanque — propuso otro. — Tal vez allí se vea la "mascarita" de que hablaba el maestro.

Una risotada general acogió la idea y todos se encaminaron rumorosos por la senda que conducía al pequeño embarcadero.

La luna brillaba con intensidad, arrancando fulgores de plata vieja a la diminuta ensenada donde yacía anclado el barquichuelo, Mas lejanamente prolongábase, en la superficie del estanque, una vasta estela luminosa que terminaba en el quiosco-laboratorio cuya fragil arquitectura se distinguía claramente sobre la orilla del islote.

De pronto, un terror pánico ahogó la ri-

sa de los campesinos. Detenidos en seco, indicábanse por medio de codazos el límite de la estela luminosa. Un fantasma blanco acababa de aparecer allí, disponiéndose a "avanzar sobre el agua" en dirección a ellos. Percibíase el leve chapoteo de sus pies rozando la líquida superficie.

Los tres aldeanos se miraron unos a otros; luego, sin ponerse de acuerdo, con admirable unanimidad, ocultáronse en unas malezas cercanas, y ya fuera de la vista del fantasma, que proseguía acercándoseles, se dispersaron más que a escape, aturdidos, locos, sin preocuparse el uno del otro, no pensando mas que en meterse cada cual lo antes posible, en su casa.

. . . .

Al día siguiente, bién de mañana, el maestro de escuela estaba al tanto del inaudito y misterioso fenómeno que presenciaran los tres contertulianos del "Buen rincón".

—¿Y qué creéis que pueda ser eso? — preguntó fríamente Henry.

—¡Hola! ¿Qué quiere Vd. que sea — replicó, santiguándose, el más viejo del trio, — sino el alma del pobre Glaser?

El maestro de escuela, reflexionó un momento y repuso:

—Yo, lo que observo es una cosa, y es que, desde que Jokel nos ha hablado de esta historia poco tranquilizadora, no hay manera de echarle mano.

—Eso si es verdad — aprobó uno de los asistentes; — el mismo tío Francier, al que acabo de ver en cama porque ha atrapado una fiebre a causa de tantas emociones, no he vuelto a verle desde ayer noche.

Sobre aquellos hombres agrupados, pasó un silencio angustioso, que el maestro, erguido con aire de brabucón, rompió repentinamente.

—Esta noche — declaró, — hacia las once, iré al estanque y me daré un paseo en barca por el lado del quiosco. Los que sean de pelo en pecho podrán acompañarme.

Solo se ofreció a ello uno de los tres campesinos, un pobre diablo llamado Martinet, corto de alcances y cuyo principal medio de subsistencia consistía en desempeñar el oficio de campanero y colocador de sillas en la iglesia.

Convínose en que iría a pedir al tío Francisco la llave del candado que servía para amarrar la barquilla, reuniéndose luego con el maestro, en su casa a las diez y media de la noche.

Puntualmente ejecutó Martinet esta orden, y la misma noche, en el momento en que sonaban las once y media, el dómine y él se encaminaron con paso algo vacilante, la verdad, hacia el estanque.

La luna no estaba para fiestas aquella vez: gruesos nubarrones suspendidos en un ambiente sofocante de calor dejaban filtrar tan solo la claridad necesaria para distinguir el mantel del agua dormida junto al confuso contorno de las márgenes.

—Ande, Martinet — cuchicheó el maestro sentándose cerca del timón — y haga el menor ruido posible.

La recomendación era supérflua, porque Martinet sintió de pronto que se asfixiaba entre aquel oscuro e inquietante silencio, reconociendo para su capote, que estaría mejor lejos de aquel sitio. Así es que apenas mojaba en el agua la barquilla haciendo creer que, si avanzaba la barquilla, era únicamente por la fuerza de persuación.

Imperturbable, el maestro impulsó el timón hacia el quiosco, mientras su mano izquierda, hundida en el bolsillo, acariciaba de vez en cuando la culata de su revólver. Cuidaba bién de abrir los ojos para ver a la mayor distancia posible.

Pero el estanque parecía completamente desierto y sólo se acusaba, allá enfrente, a doscientos metros, la forma indecisa del islote y su pabelloncito.

Martinet dió un salto al sentir un choque repentino: acababa de atracar, sin haberse dado cuenta de ello. Los dos hombres uniendo sus fuerzas, costearon la orilla y empujaron la proa para anclar el barquichuelo amarrándolo a una estaca que el maestro hubo de descubrir, tanteando en la arena.

—¡Bueno! — murmuró cuando terminaron la operación, — como Vd. habrá podido ver, no hemos encontrado a su fantasma.

—Pues sin embargo, estaba aquí ayer: lo juro por mi cabeza.

—¡Oh! Se han visto casos de alucinación colectiva cuyas víctimas estaban tan convencidas como Vd.

—Es posible que esté en el quiosco — aventuró Martinet, que no había comprendido esta observación científica.

—El quiosco parece completamente solitario — replicó su compañero; — pero vamos a dar una vuelta

Y, saltando al pequeño declive arenoso que daba acceso al terreno firme donde se elevaba el pabelloncito, nuestros dos hombres subieron los peldaños de una escalinata, encontrándose de pronto ante una puerta cerrada, con sus postigos clavados.

Mas animosos al no percibir ruido alguno, se aventuraron por una galería al descubierto que daba la vuelta a la pequeña edificación.

En cuanto doblaron el ángulo recibieron en pleno rostro el soplo húmedo que surgía de una garganta tallada en el peñasco, al cuál estaba casi adherida la pared posterior del edificio y del que solo le separaba un estrecho pasadizo.

¡Cosa singular! Este pasadizo debía estar negro como boca de lobo y, sin embargo, al final se veía una luz que parecía filtrarse a través de una gran persiana del piso bajo, corrida sobre la única ventana con cristales que existía en este lado del quiosco.

Martinet se detuvo como herido por el rayo y tiró de un faldón de la levita del maestro.

—¡Hay luz! — dijo con voz ahogada y temblando lamentablemente.

—Tal vez esto nos convenga — murmuró Henry; — vamos a ver.

Sin embargo, como el estrecho corredor en donde se encontraba en declive, el asidero que ofrecía la ventana quedaba por encima de su cabeza y no era posible llegar hasta allí sino mediante un esfuerzo gimnástico.

El maestro de escuela bisbiseó al oído de Martinet:

—Vd., que ha traído sus chanclos, vea a ver si puede subir sin hacer ruido.

Martinet obedeció, aunque no de muy buena gana; pero, en el fondo, se decía que, en caso de peligro saltaría mejor, desde allí arriba, por encima de la cabeza del sitiador eventual. Trepó, pues: más casi en el acto descendió a escape diciendo al maestro:

—¡Qué cosa tan rara! Imagínese Vd. una especie de revoltijo alumbrado por una miserable lamparilla y sobre una mesa baja, transformada en un camastro de campaña, Jokel, tendido cuan largo es, parece dormir en lo mejor de los sueños.

—¡Ah! Entendido — replicó el maestro — Habrá venido a velar, para darse cuenta, en persona, de las supuestas apariciones en las que se le quiere adjudicar cierto papel... Voy a verlo.

Martinet tuvo que ayudarle a trepar sobre el reborde de piedra; pero no había hecho más que acercarse a mirar por la rendija cuando se volvió hacia el campanero.

—¡Pronto! Ayúdeme a bajar de aquí.

—Pues ¿qué pasa? — preguntó burlonamente Martinet, que esperaba ver temblar un poco también, a aquel bravucón perdonavidas. Henry temblaba en efecto, y a la débil claridad que filtraba la persiana, se veía su rostro descompuesto.

—Vamos, Martinet, ayúdeme, ¡diablo! La cosa urge.

Y apoyándose en la espalda del campanero descendió pesadamente, pronunciando enseguida, seguro de su efecto, estas palabras.

—Es verdad: duerme profundamente ese infeliz; tanto, que corre peligro de no despertarse nunca.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Pues que está muerto.

—¡Muerto! — repitió estremeciéndose Martinet y sintiendo que sus cabellos se erizaban.

—Sí, sí — prosiguió el maestro, como si hablase consigo mismo; — esa nariz afilada, la aterradora inmovilidad del rostro... No cabe duda: ese color de cera, ese tinte azuloso de los labios, es la clásica "facies hipocrática"... Indiscutiblemente...

—También me pareció — balbuceó Martinet, — que temblaba como una hoja; nunca le he visto una cara tan grave y crispada.

—Si Vd. quiere — añadió el maestro — suba otra vez y podrá comprobarlo por sí mismo.

—¡No! ¡No! Es inútil. No me gusta ver a los muertos, sobre todo, cuando su historia no es muy clara, casi me ponen el corazón en un puño. Además, me atengo a lo que Vd. afirma. Pero, ¿y qué vamos a hacer a estas horas?

¿CUAL DE LOS TRES?

Es el título de la novela de misterio que publicaremos próximamente y la que servirá para el

4o. CONCURSO DE PUCKY

El maestro reflexionó, harto perplejo en el fondo. Dábase cuenta cabal de que otro cualquiera, en su lugar, una persona verdaderamente valerosa, hubiese intentado penetrar en la casa, donde tal vez acababa de cometerse un nuevo crimen, si bien Jokel parecía haber sido herido de muerte en un sueño natural. Pero su mismo valor le imponía ciertas limitaciones, haciéndoles rechazar atrevimientos inútiles.

—Lo que vamos a hacer — dijo de pronto, encogiéndose de hombros — no lo sé... Pero lo que haría otro ciudadano respetuoso con la ley y atento a sus deberes de hombre.... eso, ni se pregunta siquiera. Nos guardaremos muy mucho de entrar en esta casa, que parece haber sido teatro de un crimen, o cuando menos de un suicidio; dejaremos, según lo previenen los reglamentos codiciales, las cosas tal como están, y vámonos, pian, pianito, a avisar a la gendarmería.

Y, en efecto, así lo hicieron, porque no se les había ocurrido ni un solo instante la idea de que, después de todo, no estaba comprobada la muerte del hombre que habían visto, que tal vez se hallaba en peligro de morir solo y que, en este caso, hubiese sido más humanitario prestarle socorro.

A pesar de todo, los gendarmes se hicieron los sordos. No se molestaba a la fuerza pública, ya casi a media noche para casos inciertos. Si Jokel se había suicidado, aquello no les incumbía, y si había muerto a consecuencia de un crimen, era ya difícil devolverle la vida, y el crimen podría comprobarse debidamente al otro día a primera hora.

. . . .

Pero, al día siguiente, cuando la gendarmería se apersonó en el lugar del suceso, le encontró exactamente igual como estaba a raíz del asesinato de M. Glaser; es decir, cerrado y desierto. No se encontró cadáver alguno.

Y aunque nadie volvió a ver nunca vivo a Jokel, el mismo maestro de escuela Henry, tan perfectamente informado acerca de la historia del fantasma que caminaba sobre el agua, pasó por visionario

III

En un gabinete severamente amueblado, de paredes adornadas con grabados sin marcos, dos hombres hablaban con una animación sorda, contenida, como si, por desconfianzas propias de gente experimentada, temiesen que las paredes oyeran.

El primero, hundido en un sillón, acodado, con solemnidad de jefe, sobre la soberbia mesa escritorio, detrás de la cuál estaba sentado, era un hombre fornido, sanguíneo, de ojos vivos, mejillas perfectamente rasuradas y frente alta e imperiosa bajo sus cabellos grises.

El otro tenía cierta expresión melancólica de hombre apocado, una levita pasada de moda y un cuello de pajarito que lo oprimía estrechamente.

Estos dos hombres eran M. Crussol, jefe de policía, y Melart, el nuevo subjefe, un indocumentado, o poco menos, nombrado por favor.

—Sí, — insistía el primero, — ese asunto Glaser es, sencillamente, un cuento fantástico... A la legua se conoce que los periodístas se han mezclado en el... Después de las historias de aparecidos que se pasean por el agua alrededor de la casa del crimen, he aquí que resurge el manco de quien ya se ha hablado al principio, el que no sabe ni nadar ni manejar un remo y a quien los sabihondos del pueblo encuentran una noche muerto, tendido en un lecho de campaña, en el pabelloncito del islote... Los sabihondos van a buscar a la gendarmería, y cuando ésta se presenta, el muerto ha desaparecido... y ya no se vuelve a encontrar ni muerto ni vivo al manco.

El jefe de vigilancia miró a su subalterno y dijo con una amarga sonrisa:

—Esta es la clase de historia que la prensa nos acusa de no saber desembrollar.

¡Cómo si eso fuese fácil! ¡Ah, no digo que... si Flax estuviese allí!

—¿Quién es Flax?

—Uno de nuestros linces; el más fino y hábil de todos... Desgraciadamente hace seis meses que se marchó a América, por un asesinato político. Él Brasil pagaba... Como Vd. comprenderá, en las altas esferas no se puede hacer objeciones, y por esta causa, nuestro mejor sabueso se dedica a cazar en el otro Continente, bajo los trópicos, por cuenta de unos cuantos señorones... ¡Ah, sí, mi querido Melart! Cuando lleve Vd. seis meses en funciones, comenzará Vd. a comprender lo que significa la impotencia de la policía.

La mirada de Melart se veló un instante y su cabeza insinuó un vago ademán de asentimiento.

Entró un guardia, de uniforme que traía el correo del juzgado.

—¡Ah! El juzgado, — dijo Brussol con aire incisivo. — Vamos a ver lo que nos trae.

Abrió la valija, examinó rápidamente varios papeles, cartas, notas y se detuvo ante un informe muy breve.

—¡Diablo! — murmuró — Estaba escrito... Otra ave de rapiña que se nos escapa: Faradier, el sátiro estrangulador.

—¡Oh! de eso yo me encargo — exclamó Melart, cuyo ojo diminuto, de gallina, brilló vivamente.

—¡Ya es demasiado tarde! — repuso burlonamente el jefe de vigilancia. — Alguien ha tenido la delicadeza de ahorrarle a Vd. ese trabajo...

—Pero; qué diablo — añadió Crossul dando un puñetazo sobre la mesa — ¿qué diablo pudo divertirse en sustituir de ese modo a la guillotina?... Probablemente un enemigo personal de Deibber... ¡Eh! ¡Qué tal? ¡Sería gracioso!

Y sonrió jactanciosamente, sastifecho de su humorada.

—He aquí — repuso — el asunto en dos palabras: Faradier, a quien nuestros agentes estaban a punto de capturar, — y us-

ted lo sabe mejor que nadie porque poco faltó, anteayer, para echarle la mano.., — ha sido encontrado ayer tarde, muerto, en el bosque de Vincennes, en el sitio llamado de los "Falsos reposos..." Como ocurrió con Chapiron, el bandido de Palaiseau, no han podido determinarse en el acto las causas del fallecimiento, pero los informes del comisario descartan la idea de un suicidio.

—¡Es fantástico! — murmuró Melart, quien esta vez parecía preocupado.

Una exclamación aquívoca de Crussol que proseguía habriendo el correo del juzgado, le cortó la palabra.

—¡Hola! o me equivoco mucho, o creo que tenemos un bonito asunto... Una familia de tres personas... el padre, la madre y el hijo, asesinados por un ferroviario, que, según se cree, les ha dado muerte con un hacha... El robo es, manifiestamente, el móvil del crimen... pero como siempre, no se tiene más que una pista hipotética, que habrá que seguir forzosamente ¿Verdad Melart? Tome, vea usted el informe del comisario... Según parece, cinco personas han visto al asesino y todos estan de acuerdo para decir que podrá reconocérsele fácilmente por su pelambre crespa y gris... Lo que quiere decir que, probablemente, no se le encontrará nunca... ¡Ah! ¡Si Flax estuviera aquí...!

—¡Presente! — exclamó una voz como ahogada y que parecía salir del interior de la pared.

El jefe de vigilancia y su subalterno dieron un salto, porque se creían solos, y aún lo estaban, sin embargo. Aquella voz extraña que Crussol reconoció en el acto como la de su agente favorito, afirmaba la presencia de una tercera persona... Una presencia invisible, y, por consecuencia, casi sobrenatural...

Crussol que no creía en los espectros miró de reojo a Melart, recelando durante un momento que este hubiera querido sorprenderle con una experiencia de ventriloquía; pero el subjefe parecía, en verdad, inquieto, creyendo que, realmente, aquella vez las paredes habían oído.

—¡Bién, pues entre usted Flax! — gruñó el jefe de vigilancia — Usted sabe bien que no hay que guardar cumplidos cuando no hay necesidad.

—Eso quisiera yo, M. Crussol, entrar — repitió la misma voz cavernosa; — más convendría que empezara usted por abrirme la puerta.

—Pero donde diablos se halla usted? — dijo Crussol aturdido.

—En la chimenea, cuyo tablero, por desgracia, está corrido.

Melart que se había sobresaltado, precipitóse para levantar la trampilla de hierro. Los dos piés enormes del inspector principal Flax aparecieron en el zambaje, con las perneras del pantalón a la altura de la rótula — pues el famoso agente estaba en cuclillas; — luego las dos piernas se doblaron, arqueándose sobre las rodillas, aparecieron las caderas, después el borde de la americana, acto seguido todo el busto inclinado horizontalmente y la enorme cabeza grisácea, sofocada y desvanecida de Flax, que plegaba jocosamente la boca para decir: ¡Cú cú!

Crussol, riéndose a carcajadas, tendió la mano al viejo agente para ayudarle a salir de su exiguo escondite.

—¿Cómo diablos ha entrado usted ahí? — preguntó.

—Por la otra puerta, créalo usted, la que dá al tejado... Debo decir a usted que había apostado con el brigadier Grignon a que penetraría en este gabinete sin que se enterara usted, a pesar de la rigurosa consigna del nuevo servicio a consecuencia del asunto del ladrón que se escapó de casa de usted, precisamente por el camino que acabo de recorrer.

—¡Ah! ¿Usted ha conocido esta historia?

—¡Que diantre! Se leen los periódicos de París en todas partes, aún en lo más apartado del Brasil.

—Y ¿qué tal lo ha pasado usted allí.

—Muy bien.

—Entonces... ¿traerá usted mucho oro?

Flax se rascó la frente, con aire molesto, casi avergonzado.

—Desgraciadamente... Usted olvida que allí hay círculos donde se juega de un modo infernal... Quiero decir que, por la primera vez en mi vida, y por aburrimiento, yo, yo también, — un padre de familia es vergonzoso — yo he barajado las cartas dejándome robar mis más relucientes "dollars"... ¡Bah!... Esto no me ha impedido reunir lo necesario para poder mantener a los dos pequeños... Usted sabe cuanto han crecido después; Marta tiene diez y siete, y el galopin va a cumplir los quince... pero...

Flax se fijó al fin, o simuló fijarse en el subjefe, a quien no conocía, e hizo un ademán de interrogación.

—M. Melart, el nuevo subjefe, — dijo lacónicamente Crussol que profesaba una estimación muy débil al nuevo subalterno, porque no había logrado digerir el nombramiento para cargo tan importante de un hombre que ni aún era de la carrera. Flax se inclinó impasible.

—Tengo un verdadero honor...

Y en aquel momento vió, a pesar de su aspecto de viejo lobo de mar, que su aire no era tan extrafalario como el del otro.

—Perfectamente — repuso Crussol, — viene Vd. a punto, pues hay un bonito asunto sobre el tapete. Toda una familia, el padre, la madre y el hijo, cobardemente asesinados, y el criminal, un verdadero miserable, evaporado sin dejar otras huellas ni mas pistas que el recuerdo — en cuatro o cinco testigos, que, por otra parte, pueden estar equivocados y no haber visto bién al criminal — el recuerdo, digo, o, más bién, la visión de una cabeza cana y crespa, pelambre que hasta podrá ser una peluca..

Flax, con el aspecto distraído que solía adoptar cuando reflexionaba, permanecía silencioso.

—Y esto no es todo, Flax — prosiguió el jefe de vigilancia; — hay otros dos asuntos

misteriosos que me interesan, si cabe, mucho más; uno de ellos algo atrasado, porque se remonta a una semana, y el otro reciente de hoy mismo.

—Comencemos por el más antiguo.

—Pues bién, el más viejo es el asunto Glaser.

—Sí, ya lo conozco: hay un fantasma que iba sobre el agua...

—En efecto; pero lo que no conoce Vd...

En aquel instante un guardía trajo un telegrama.

—Lo que no conoce usted — continuó Crussol rasgando el mismo — es que el guarda manco a quien se creyó encontrar muerto en un lecho de campaña, en el laboratorio...

Y se detuvo ofreciendo el parte a Flax.

—Tome, lea ese telegrama: precísamente nos trae el epílogo de este fantástico asunto. Acaba de ser encontrado, en el fondo del estanque, el cadáver del guarda Jokel.

—¿Y el asesino de M. Glaser? — preguntó maliciosamente Flax.

—Tal vez era él, pero poco importa; el cadáver en cuestión ha sido enviado a Blois, a fin de que le hagan la autopsia, y quisiera yo, para mi satisfacción personal, que fuese Vd. a examinarle... ¡Quién sabe!... Acaso lleguemos a demostrar a la familia Glaser que ha procedido equivocadamente retirándonos su confianza...

—Iré, señor; hoy mismo... ¿Y el otro crímen?

—Es Faradier, encontrado muerto en el bosque de Vincennes y que se cree que le han asesinado, si bién no ha sido posible descubrir en su cuerpo huella alguna de heridas... Los inteligentes opinan que se trata de un fallecimiento repentino.

—¿Y cuál es la opinión particular de Vd.?

—Yo no tengo opinión — interrumpió Crussol con cierta nerviosidad — ni la tuve nunca, Flax; Vd. lo sabe perfectamente... Vd., que me conoce mejor que nadie... Es preciso ír a la "Morgue", ver el cadáver.

—De acuerdo. Hoy mismo se hará.

—En cuanto a la familia de Clamart, en esto no hay duda posible... Fué una vil carnicería, sin firma... pero quizás existen pistas que han escapado a la policía local... ¿Se siente Vd. con ánimos para acometer estos tres asuntos franca y resueltamente?

—El tiempo para tomar un bocado en casa, que sigue en la calle de la Horpe, a dos pasos de aquí... de abrazar a mi chica mayor, que debe estar allí, porque yo he venido derecho aquí desde la estación de Lyón... y me marcho a escape a Blois...

Llegaré esta noche y mañana, antes de mediodía, tendrá Vd. noticias de los tres asuntos.

—Bién; váyase — dijo sencillamente Crussol, tendiendo la mano a su subordinado, que este estrechó afectuosamente. Después, Flax saludó con ceremonia al subjefe, — quien lo devolvió con una inclinación algo enfática de cabeza — y salió.

IV

La familia de Flax vivía en el quinto piso — una habitación algo vieja y sucia — de la calle de la Harpe número 57. Las narices del policía estremecíanse alegremente conforme iba subiendo de un piso a otro y respirando en cada descansillo las hediondeces de otros días.

—Esto no ha cambiado en seis meses — pensaba él; todo sigue igual; continúan golpeando fuertemente delante de la puerta de Hurson, y allí, en el piso cuarto, se nota el mismo y eterno olor de arenque curado al humo.

Ahora estaba sobre su propio felpudo, deshilachado que contemplaba alegremente. A través de la puerta y las paredes, una voz joven y fresca tarareaba una canción.

Tiró de la campanilla, una cabeza rubia enmarañada apareció en el umbral de la puerta entreabierta, y un vibrante grito de alegría respondió a su sencilla presentación "¡Vengo solito!" Ya una muchacha alta y bonita saltaba a su cuello, enlazándole con sus brazos medio desnudos.

—¡Papá, papá!.... — balbuceaba la muchacha, riendo y llorando a la vez. — Qué mal está sorprendernos así...

—¿Y Totor?...

—Está en la imprenta, como todos los días...

¡Si por lo menos hubieras enviado un telegrama!...

—¡Bah! El telegrama cuesta caro y suprime el placer del encuentro.

Flax se había sentado y contemplaba a su hija de pies a cabeza.

—¿Sabes que has crecido, Marta? En nada de tiempo te has hecho una mujercita...

—¡Con tal que no esté más fea!

—¡Como diablos vas a estar más fea a tu edad!... Sabes muy bien picarilla que es todo lo contrario... Y, ahora, dime Martita: ¿Hay algo para comer, en casa? Me muero de hambre.

—Quedan unas salchichas de anoche, pan de esta mañana y vino blanco.

—Vaya dijo sonriendo Flax — veo que procurais que no os falte nada... Sírveme deprisa, pues es preciso que vuelva a Blois de donde regresaré esta noche.

—Sí, pero... — exclamó Marta disgustada.

—No hay más remedio... Es nuestro oficio, ya lo sabes, no se puede contar con una hora de descanso...

Marta, haciendo un mohín de disgusto preparó el bocadillo a su padre, mientras éste se quedaba en mangas de camisa — era el mes de Julio y el sol de medio día caía a plomo sobre las tejas medio rotas de la humilde vivienda, — erguía su torso de atleta y se pintaba su satisfacción en su rostro de hércules.

Comió en cinco minutos atragantándose bebió tres vasos de vino blanco y se levantó poniéndose rápidamente su americana y encasquetándose su sombrero hongo.

Dame un beso, Martita.

—Pero ¿es verdad que vuelves a marcharte?... dijo la joven con las lágrimas en los ojos.

—Estaré aquí mañana seguramente, a la hora del almuerzo... No digas nada a Totor.

—Sin embargo cuando se vuelve del Brasil — repuso lloriqueando Marta.

—Vamos abrázame; ya hablaremos mañana del Brasil... y te contaré cosas maravillosas.

—Así lo espero, pero date prisa a volver... ahora que te tengo aquí, estoy más inquieta que cuando te hallabas a millares de leguas.

—¡Diablo! Los ausentes se equivocan siempre, — murmuró Flax en tono cómicamente despechado.

Su hija le abrazó con gran ternura y exclamó de pronto:

—¿Sabes que arañan furiosamente tus barbazas?

—Está bien; le pediré prestada la navaja al barbero de la esquina y me afeitaré en el coche.

—¡Anda! ¿Gastas ahora coche?

—Por cuenta ajena, como supondrás, pero ahora es preciso, pues de lo contrario no llegaría al tren... Ea, hasta mañana.

Y bajó la escalera, saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Dos minutos más tarde el coche que había alquilado se detuvo cerca de la "Morgue". Como el expreso de Blois salía una hora después, decidió dar esta vuelta.

El encargado de la cámara frigorífica, que le conocía de antiguo, lanzó al verle una exclamación jovial:

—¡Calle! ¡El amigo Flax, que aparición!

—Debe usted haber hecho la campaña de Marruecos; ¡bien le ha tostado el sol!

—He estado mucho más lejos amigo mío, pero ya le contaré la historia otro día; en este momento tengo mucha prisa. Vamos a ver: ¿Ha recibido usted por fin a un tal Faradier?

—En efecto, el 17. ¿Quiere usted verlo?

—Si...

—Los médicos forenses le han examinado ya y no le han encontrado nada.

—Lo suponía... Pero en conclusión ¿han comprobado el asesinato?

—Sí... Les he oído hablar de veneno.

Estaban en un patio. En el fondo, en una especie de bodega, amontonábanse traillas secas o mojadas que yacían en paquetes atados y numerados. Penetraron en un cobertizo cerrado por uno de sus lados con un gran tabique metálico, dividido en pequeños rectángulos iguales, cada uno de los cuales reprsentaba la portezuela de un casillero que se prolongaba como un horno en el interior del aparato frigorífico.

Sobre cada portezuela veíase una cifra trazada con yeso. El 17 estaba, como los otros, cerrado por una especie de pestillo de madera que el empleado hizo saltar de un mazazo; después se abrió la portezuela de hierro y sacó del compartimento una especie de féretro de madera blanca, abierto y en el cual apareció, acostado sobre un lecho de virutas el cadáver intacto, apenas amoratado de un hombre barbudo, siniestro, pero de expresión perfectamente tranquila.

Un olor nauseabundo hizo retroceder a Flax obligándole a apretarse la nariz, mientras que el empleado, aguerrido por diez años de práctica, permanecía impasible.

Venciendo cierta repugnancia, el policía se inclinó sobre el cuerpo para examinarlo más de cerca.

La inspección duró cinco minutos largos, porque Flax curioseaba cada miembro detalladamente. Iba a retirarse cuando se le ocurrió la idea de levantar sucesivamente los brazos del muerto, cosa difícil, a causa de la rigidez cadavérica. El brazo derecho no ofrecía nada anormal, pero el izquierdo tenía cerca del hueco de la axila una equimosis rojiza del tamaño de una pieza de cincuenta centímetros.

—¡Hola, hola! — murmuró — He aquí una marca de fábrica como jamás había visto... Palabra de honor; cualquiera diría que era una cabeza de muerto en miniatura.

Y sacando una luz que a previsión llevaba se puso a examinar minuciosamente la singular marca.

—Esto no tiene nada de tatuaje, y, sin embargo, es la clásica cabeza de muerto, puesta sobre dos tibias en cruz, como la que se estampa en ciertas etiquetas de productos farmacéuticos venenosos.

Pero ya insistiremos en esto más tarde.

Sacó de su bolsillo un diminuto aparato fotográfico, del que jamás se separaba. Tenía la apariencia de un grueso cigarro y funcionaba por una simple presión del pulgar en la punta, mientras que el falso cigarro estaba sostenido por el índice y el dedo corazón. Con ayuda del instrumento que proporcionaba las microscópicas placas, Flax había podido fotografiar a su antojo multitud de seres, muchos de los cuales no volvió a ver nunca; pero algunas de estas placas sirviéronle no obstante de precioso auxilio que le desquitaron de los fracasos de otras veces.

Terminada la operación fotográfica en un segundo, Flax, bruscamente, dió fin a la sesión.

—Puede usted volver el cadáver a su sitio, Claudio, — dijo al empleado que se había alejado algunos pasos discretamente.

—Entonces — repuso Claudio cuando terminó su operación, — usted es del parecer de esos señores.

¡Hum! ¡hum! Es difícil saber nada aun... Además tengo demasiada prisa para poder formar opinión.

Y se marchó a escape, sin despedirse del empleado.

—¡Pronto, a la estación de Orleáns! — le dijo al cochero.

El tren le dejó en Blois a las doce y media y a la una entró en el depósito mortuorio donde la familia Glaser había mandado trasladar el cadáver del guarda Jokel.

El empleado del servicio que estaba almorzando, se apresuró a entregar al agente — que exhibía su tarjeta y una orden de la jefatura de Vigilancia de París, — la llave del frigorífico.

Un cuarto de hora después Flax volvía a salir del local con el semblante muy alterado.

Saludó distraidamente y se alejó a escape.

—Debe haber hecho un descubrimiento sensacional — pensó, absorto, el empleado.

Más que sensacional, el descubrimiento que había hecho Flax era desconcertante e inverosímil: el guarda Jokel tenía también en el brazo izquierdo, en la axila, una cabeza de muerto exactamente igual a la encontrada en el brazo de Faradier.

En el vagón del expreso que le conducía a París, Flax meditaba, más enfurecido que interesado por la coincidencia. Era demasiado fantástica, y con su buen olfato venteaba, preveía que habían de transcurrir muchos días y suceder muchas cosas, antes de que pudiera decifrarse aquel enigma.

—A menos que no se trate.... — conjeturó un momento — de una burda farsa que hayan querido jugarme...

Pero desechó rápidamente esta hipótesis porque le parecía más quimérica que todo lo demás.

A las cinco y cuarto de la mañana desembarcó en la estación Orleans; como había resuelto no ir a despertar a los niños, desayunó melancólicamente en una fonda. A las seis tomó un coche y se traslado a Camart.

Media hora escasa después, el automóvil se detenía ante una casa de cierta apariencia, aislada, a la entrada del bosque cuyo lindero, casi borrado bajo una hierba muy crecida, parecía indicar el abandono.

Por allí cerca avanzaba un carricoche extraño.

Pero el triple asesinato de Clamart, que ya los vendedores de periódicos pregonaban por las calles desiertas, no ofrecía otro misterio que el que se cernía sobre el asesinato y sobre las circunstancias que habían podido rodear este crimen, cuyo manifiesto móvil fué el robo.

Serían las seis de la mañana, cuando el repartidor de leche que acababa de colgar del tirador de la puerta una botella, quedó aterrorizado al ver de pronto que sobre la escalinata, y procedentes del vestíbulo, corrían unos hilillos de sangre.

El muchacho avisó a la gendarmería, la cual se personó inmediatamente en aquellos lugares. Los gendarmes encontraron a los señores de Laury exámines y tendidos junto a la puerta de la cocina, en medio de un gran charco de sangre. Sus cadáveres obstruían la puerta de salida que daba a la escalinata, en cuanto al niño, que tenía unos

—¿Qué tal sigue de su cleptomanía?
—Bastante mejor. Ya trae algunos objetos de valor.

tres años, se le encontró extrangulado en el lecho.

Después vino el juzgado y reconstituyó el crímen del modo siguiente, atribuyéndolo, sin vacilar, a un vagabundo; el asesino debió entrar casualmente por el jardín y penetrar en la cocina, cuya ventana estaba abierta, tal vez por descuido o porque hacia mucho calor.

Los Laury, modestos rentistas, no tenian ni criada ni perro guardían y como cultivaban su jardín, se levantaban muy temprano, lo que explica que estuviesen despiertos y casi completamente vestidos en el momento en que el malhechor penetraba en la casa.

Sin embargo, este había tenido tiempo para fracturar las cerraduras del "secretaire" y llevarse una suma de relativa importancia, de la que se hacía mención en un cuadernito encontrado en el bolsillo del señor Laury. Sorprendido en flagrante delito, el criminal debió arrojarse sobre el desgraciado rentista, quien le había arrastrado hacia el vestíbulo, a donde su mujer acudiera a socorrerle. Entonces el miserable se apoderó de una hachita — arma que, por cierto, no fué hallada después, — dando con ella golpes tan terribles a los cónyugues, que la mujer resultó con el cráneo machacado y el cuello materialmente partido por la mitad. Luego, como el niño, despierto por el ruído, se pusiera seguramente a llorar, el asesino corrió a su lecho, donde le estranguló implacablemente.

Flax, que había sabido todos estos detalles por un gendarme encargado de velar los cuerpos, y esperaba la conclusión del sumario, contempló brevemente a las víctimas experimentando cierto alivio al no ver en ninguno de aquellos miembros la menor marca misteriosa.

—Vamos — murmuró para sí — sólo me falta encontrar al asesino.

Y la reflexión no dejaba de tener cierta amargura irónica, porque ahora que la ley — representada por el juez de instrucción, un fiscal, un escribano y un médico encargado de la autopsia de los cadáveres, — había penetrado en la casa, las "buenas pistas" debían estar lindamente embrolladas.

Flax hizo transmitir a la gendarmería la recomendación de que diese una batida por el bosque durante varios días; el mismo consagró una hora larga a buscar aquellas buenas pistas con arreglo a su clásico procedimiento. El resultado fué mediano. No es que faltasen huellas al paso, huellas de suelas ensangrentadas, verdaderas huellas de vagabundo, que seguramente parecían del asesino, sino que, todo lo más, indicaban el sitio por donde este salió de la casa.

En efecto, siguiendo aquella pista a través del jardincillo, desaparecía toda señal en un paraje cubierto de crecida hierba, profusamente pisoteada, donde el asesino debió limpiar con verdadero cuidado las suelas delatoras; pero, por otra parte, volvían a encontrarse las mismas huellas junto a la empalizada, por la que debió saltar, inmediatamente después de cometida su criminal hazaña, para despistar, sin duda alguna a los que hubieran sentido deseos de lanzarse en su persecución.

Esta linde, como ya hemos dicho, quedaba casi borrada bajo el césped y unos macizos de boj, pertenecientes al antiguo bosque, restos de plazoletas no ocupadas aún completamente, aunque amenazaban serlo, por las primeras casas aisladas de un barrio en construcción.

Verdaderamente, el sitio era propicio para intentar allí un mal golpe, y cada una de aquellas casas era como una presa ofrecida al malhechor lo bastante audaz y paciente para estudiar a los moradores de ellas y sus costumbres.

Este hecho llamó tanto la atención de Flax que resolvió completar su información yendo a interrogar concisamente a las personas a quienes podía encontrar en las aludidas viviendas.

Recibiéronle las señoras y algunas veces sus criadas, porque, a mital del día, las tres cuartas partes de la población masculina y femenina de Clamart está en París.

De cinco casas, muy distanciadas unas de otras, cuatro llevaban los números 1, 5, 7, 9 de la avenida; la quinta no lo tenía aún. La número 1 era la casa trágica, la casa del crímen.

La número 3 había sido derribada. En el número 5, una criada joven abrió tan llorosamente la puerta y declaró a Flax — algo inquieta bajo la expresión poco tranquilizadora que el policía le produjo — que se encontraba sola casi todo el día. M. Herpín, su señorito, estaba empleado en el "Bon Marché" y la señorita administraba un despacho del mercado, abierto de seis de la mañana a dos de la tarde. No había observado nunca nada sospechoso en los vecinos del 1 ni en las idas y venidas habituales de los transeuntes de aquella calle, casi tan desierta en pleno día como por la noche

A una pregunta de Flax declaró que recibía, como la mayor parte de sus vecinas, las visitas de dos mendigos profesionales que venían, una vez por semana, a tirar tímidamente del cordón de la campanilla.

Eran gentes apacibles y de toda confianza; un muchacho cojo y manco, antiguo ayudante de química, a quien un accidente de laboratorio había mutilado en aquella forma y un viejo de rostro pálido y asecético, cuya cabeza, casi completamente calva, se movía de derecha a izquierda como en una constante denegación. A este buen viejo, cuyo aspecto empezaba por alejar toda idea de semejanza con el asesino, descripto como hombre de piel curtida y morena y cabellera desgreñada, la criada dábale invariablemente pan duro y una moneda de dos céntimos.

En el número 7 Flax encontró una buena mujer rodeada de cuatro niños de corta edad la señora Chotti, cuyo marido estaba empleado en el Jardín de Plantas, de donde regresaba a las ocho de la noche. También conocía a los dos mendigos, pero no daba dinero más que al joven, de suerte que el viejo venía con menos frecuencia, porque el pan duro no debía agradarle mucho

En el número 9, la casa estaba guardada por un infeliz viejo y un gozquecillo, tan huraño el uno como el otro. La forma en que

ambos acogieron a los mendigos la primera vez que vinieron uno después del otro, pues evidentemente no se conocían, debió disuadirles de volver, porque no aparecieron más por la casa.

Por último, la casa que no tenía número miserable, ruinosa, parecía deshabitada. Por lo menos estaban cerradas las ventanas y puertas, y los propietarios iban allí solamente una vez a la semana: el domingo.

Flax se desesperaba interiormente porque nada de todo aquello constituía una pista seria. Regresó al montón de hierba, donde el asesino se había limpiado sus zapatos, y examinó la dirección de los pasos, con arreglo a las huellas, marcadas en el césped.

Esta dirección era la del bosque, y el policía se aventuró por ella, febril de impaciencia y de despecho.

Aunque a la sazón eran las cinco, el sol ardía como una hoguera, y tanto los senderos serpenteantes como las avenidas rectilíneas, aparecían desiertas.

Pero, apenas había recorrido unos quinientos metros cuando aquella soledad sesó repentinamente. Cuatro, cinco, seis, diez siluetas de personas bien vestidas surgieron sucesivamente, caminando en la misma dirección que él, es decir, hacia la meseta, vasta llanura situada entre Clamart, Chatillón y Nillacanblay. Debían ser buscadores de fresas, porque se inclinaban frecuentemente con ademán, en ocasiones contrariado de recoger alguna cosa.

Flax les siguió intrigado, aunque no mucho, tanto más cuanto que desde hacía algunos minutos la pendiente era cada vez mayor.

Cuando se acercaba a la meseta oyó por encima de su cabeza la máquina de un potente motor. Los árboles le impedían ver lo que ocurría. Echó a correr, escaló un ribazo y llegó a la cima.

Frente a él, a unos quinientos metros, apareció un biplano que aterrizaba, planivolando, en un campo de alfalfa. Varias personas formaban corro alrededor del aparato. Aquella vez Flax, literalmente sofocado por la ascensión que acababa de realizar, no pensó en correr. Siempre llegaría a tiempo para satisfacer una curiosidad que, en aquel momento, no ofrecía el menor interés a su profesión.

Más cuando hubo llegado al punto de aterrizaje, el motor había sido de nuevo puesto en marcha. Flax, vió, o creyó ver que uno de los curiosos allí congregados arrojaba dos objetos de volumen casi inapreciable, a los pies del aviador, embarcándose luego y tomando asiento detrás de él.

El piloto levantó el brazo, y el pájaro fantástico se elevó a unos treinta metros, mientras que los dos mecánicos que habían ayudado a la ascensión, se apresuraban a requerir sus bicicletas.

—¡Vaya una partida magnífica! — dijo Flax a uno de ellos.

—Y un intrépido piloto — repuso el interpelado. — Tiene su título solamente desde hace un mes, y ya realiza descensos en planivuelos que dan escalofríos.

Durante esta breve conversación los curiosos se habían dispersado. Los mecánicos arrastraron sus bicicletas a campo traviesa, en busca de un camino practicable. Flax se encontró sin saber como, en compañía de un señor que atentamente seguía el vuelo majestuoso del biplano.

—Ya ha llegado — exclamó de pronto el desconocido; — mírele como desciende, trazando un ocho justamente, por encima de Villaconblay.

—Es verdad — repuso el policía; y luego; examinándole atentamente, añadió de improviso: — Pero me parece que usted y yo nos hemos visto ya en alguna otra parte.

El desconocido, que parecía miope, le escudriñó con mirada al pronto recelosa. Aparentaba tener la misma edad que Flax, pero llevaba un traje más elegante, casi de turista, con polainas de cuero. Al concluir su corto examen, una alegre sorpresa se pintó en su rostro.

—¡Como! Pero ¡si es mi buen amigo Flax, antiguo compañero de la jefatura!...

¡Oh, que encuentro tan agradable!

—Tengo un verdadero placer en saludarle, mi querido amigo don Néstor Plansón.

—Y yo también — dijo el otro, estrechando la mano que le tendió el inspector principal.

—Entonces — preguntó, — ¿sigue usted en la policía secreta?

—Siempre; mis negocios han prosperado desde entonces; estoy a la cabeza de una verdadera administración, y mi antiguo jefe que sigue siendo el de usted, el señor Feline se digna consultarme alguna vez.

Una sombra oscureció la frente de Flax.

—¿Por casualidad, su presencia en este sitio, se relaciona con el triple asesinato de Clamart?

—No, precisamente, aunque los crímenes sensacionales me interesan por antigua costumbre sensacional... Ahora solo me han traído aquí algunos vuelos verificados en Villaconblay. He seguido en automóvil, y por puro recreo, al biplano que acaba usted de ver. Actualmente, mis horas de asueto han transcurrido y vuelvo a París. Si es el mismo camino de usted, y quiere tomar asiento en mi coche.. Espera no lejos de aquí en Trivaux...

—¡Oh, con mucho gusto! — dijo Flax, que había despedido su coche por economía.

Cerca de la granja de Trivaux, un magnífico doble faetón de 40 caballos estaba detenido.

Los dos amigos tomaron asiento en el automóvil y el mecánico lo puso en marcha, sin recibir orden ninguna.

—¡Hola, Flax! — dijo el jefe de vigilancia penetrando dos horas después en el despacho donde el inspector esperaba ya hacía media hora, sin haber tenido tiempo para almorzar con sus hijos, de cuyas caricias escapó materialmente a fin de estar a la hora prometida en el muelle de Orfebres — ¿Trae usted novedades?

—Si y no.

Crussol frunció las cejas.

—No entiendo.

—¿Qué es lo que más le interesa a usted en este momento?

—¡Caramba! Ya lo comprenderá usted el triple asesinato de Clamart.

—Pues bien: no he encontrado nada en Clamart, nada absolutamente.

El asesino, que tanto para usted como para mí es uno de esos repugnantes merodeadores que infectan las pequeñas barriadas, ha debido salir del bosque donde espiaba quizá mucho tiempo, para dar el golpe y luego esconderse enseguida. Estoy seguro de ello. Así pues, solo he podido aconsejar a la gendarmería, que diese una batida de varios días por la región. Yo mismo he recorrido los bosquecillos próximos a la meseta de Clamart y no he encontrado nada... Es decir, si, he encontrado al señor Plansón.

—¿Nuestro antiguo inspector principal?

—Precisamente había venido a ver volar a los pilotos de Villacoublay, y me ha traído hasta París con todo lujo en su "auto" de cuarenta caballos.

—¡Caracoles! — exclamó el jefe de seguridad, admirado.

—He hecho una rápida información entre los vecinos más próximos a la casa del crímen. Me han hablado de dos mendigos que visitan el pueblo con bastante regularidad. Uno de ellos no tiene brazos, luego no es el culpable; el otro es un viejo cuyas señas no coinciden con las que dan del asesino.

—No importa — contestó bruscamente el señor Crussol, — se les ha debido detener.

—Paciencia; serán detenidos cuando vuelvan por aquí, es decir, dentro de tres o cuatro días.

—Y si no vuelven?

—Volverán, porque los considero inocentes; pero aunque no lo fuesen, volverían, de seguro, para alejar las sospechas.

—Mientras tanto — replicó con ira Mr. Crussol — seremos el blanco de todos; la prensa, los envidiosos, los parlanchines, sobre todo, nos harán objeto de sus críticas y de sus burlas. ¡Vamos! Ahora comprendo por que me contestó usted con evasivas.

—Perdóneme, se lo suplico, pero, al contestar a usted de ese modo, fué porque tenía algo nuevo que comunicarle, de ahí el que dijera "si y no". Estas noticias no se refieren al asunto Clamart.

—Entonces, ¿se trata del de Glaser?

—Si, y también del de Feradier. He adquirido la convicción de que en estos dos asuntos existe una relación misteriosa, sin que haya al parecer nada que lo demuestre.

—¡Usted está loco, Flax! — exclamó el jefe de policía — ¿Y las distancias?

Flax, sin desconcertarse por esta seria objeción, repuso con frialdad:

—Los dos cadáveres tienen una señal idéntica y, por cierto, espeluznante, pues, como va a ver usted, representa claramente una calavera.

Y, al decir esto, el policía puso, ante la mirada sorprendida de su jefe, las placas fotográficas que había impresionado en Blois y en la "Morgue" de París.

M. Crussol enmudeció de sorpresa. De pronto, mediante una reacción inesperada, exclamó con vehemencia:

—Escuche, mi querido Flax, será todo lo que usted quiera, todo... pero de esto no podemos hacernos eco... ocúltelo usted... imagínese usted que lo ha soñado.

¿Qué dirían de nosotros los periodistas si mañana les relatáramos la historia rocambolesca de un tatuaje representando una calavera en miniatura, encontrado en sitio casi oculto, a dos cadáveres, uno de los cuales es el de un guarda particular, hallado en un estanque, y otro el de un sátiro viejo que, sin duda, no había salido de los alrededores de París, y que, después de todo, debió suicidarse, si no me engaño en el bosque de Vincennes?

Sin embargo... — balbuceó Flax, aturdido.

Más su jefe, no dejándole continuar prosiguió.

Sin contar con que esta marca puede ser todo lo contrario de una calavera... — Había cogido las placas fotográficas, que examinaba con una lupa.

—Es evidente que lo de arriba parece el cráneo y que, un poco más abajo, hay dos agujeritos que pueden representar las órbitas, después se ve un bosquejo del maxilar dibujado sobre las barras que se cruzan... ¡pero apuesto la cabeza a que no hay quien me diga que esto es una calavera... Los huecos pueden ser cicatrices antiguas, pequeñas señales de vacuna, que se yo... y las tibias simbólicas... unas incisiones lineales cualesquiera.

—Lo que no impide que la marca sea absolutamente igual en los dos cuerpos, y que se encuentre colocada en el mismo sitio.

M. Crussol se retorció los brazos con desesperación cómica y teatral:

—Pero; ¿no me comprende usted Flax? ¿No ve usted que eso es lo peor, que esta particularidad inexplicable supone, en efecto, entre los dos casos, una coincidencia misteriosa, una conexión extraña en la que nos estacionaremos semanas enteras, sin obtener otro resultado más que atraernos las diatribas, pullas e injurias de la prensa...?

—Entonces... — opuso Flax, nervioso abandonando su acostumbrada flema.

—Entonces, mi querido Flax, figúrese que es usted un indio siux en el sendero de la guerra; continúe usted sus averiguaciones haga usted lo posible por descubrir la verdad, ponga usted en claro ese misterio absurdo; pero, ¡por el amor de Dios! Ni una palabra a nadie hasta que usted tenga la seguridad de poseer la clave del enigma... En cuanto al asunto de Clamart, es otra cosa y cuando esos vagabundos vuelvan, puesto que usted está seguro de que han de volver, serán conducidos directamente....

Si no son ellos, como es muy probable, tendremos un instante de reposo y la Prensa tendrá tema para llenar una columna, mientras se descubre un nuevo crímen sensacional.

—Bien — dijo lacónicamente Flax; — seguiré las instrucciones de usted y no daré parte a nadie de mis descubrimientos acerca de la calavera hasta que el misterio no esté completamente dilucidado.

—Eso es, a nadie, ni aún a mi ¿eh, Flax? — dijo sonriendo M. Crussol, mientras ten-

día afectuosamente la mano a su inspector predilecto.

De ese modo Flax pudo entregarse a las alegrías de la familia, con satisfacción de la preciosa Marta y de Totor, el aprendiz tipográfico que rendido y acostado a las nueve generalmente, veló aquella noche hasta las doce para oir las historias espeluznantes que papá les traía desde el Brasil.

. . . .

Desgraciadamente para el reposo de Flax he aquí lo que a aquella misma hora ocurría en una de esas grandes mansiones bicentenarias como las que aún existen en la calle Richelieu, entre las de Cuatro de Septiembre y el boulevard, y que son venerables caserones llenos de recuerdos del siglo XVIII.

La fachada ofrecía un magnífico aspecto con sus anchos balcones. El del primer piso ostentaba un rótulo de metal con estas sencillas palabras:

Agencia Néstor Plansón.

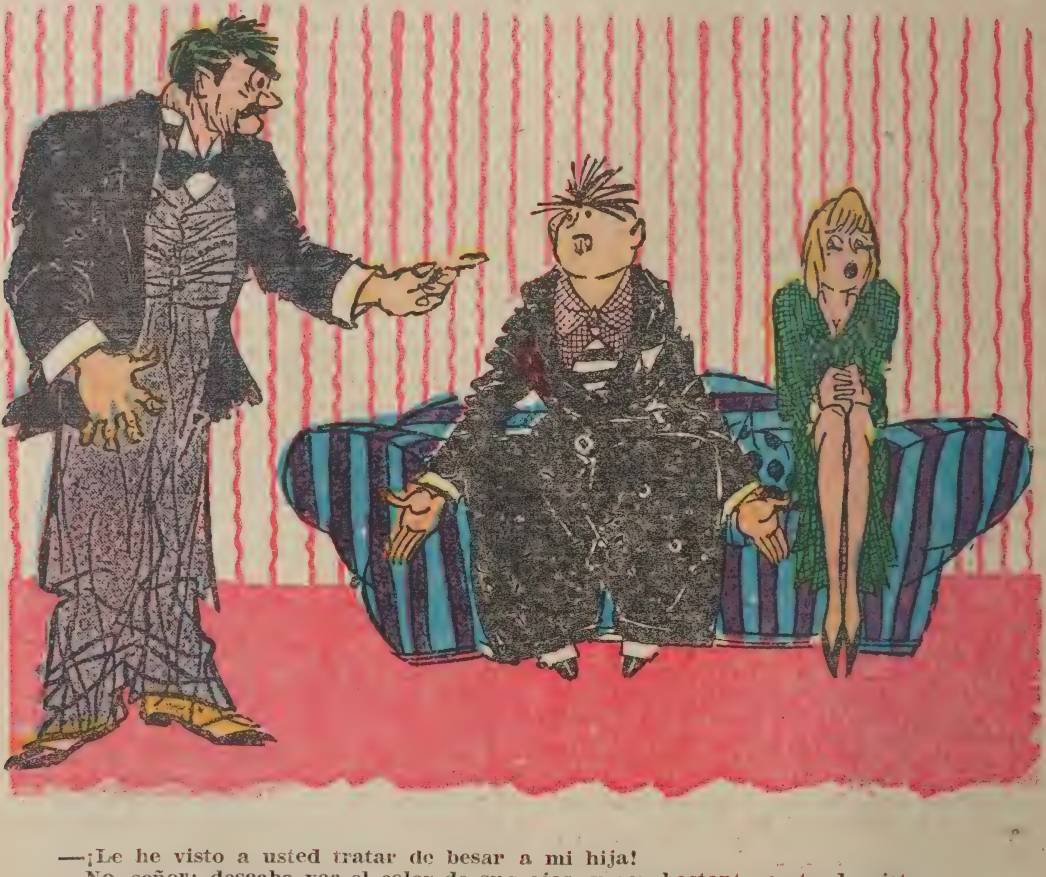
Aquella noche dos de las habitaciones de la agencia estaban profusamente iluminadas, y los vecinos de la casa de enfrente hubieran podido ver, a través de los cristales, a tres hombres de levita y corbata blanca que, sin hablar, esperaban pacientemente sentados cerca de una mesa cubierta con el tradicional tapete verde de las grandes oficinas.

Hacia las once, un automóvil de 60 caballos penetró en el amplio patio del inmueble, al fondo del cual se elevaba un pabellón donde, se había fundado un círculo; los otros lados correspondían a las fachadas posteriores o laterales del mismo inmueble, construído en cuadrilátero.

Un joven rubio, de unos veinte años, completamente imberbe, bajó del automóvil y subió al primer piso, cuya puerta se abrió sin que aquel llamase. Un ujier tomó su abrigo y su sombrero flexible, tirolés, ceñido severamente por un negro crespón.

El jóven penetró inmediatamente en el salón donde aguardaban los tres hombres con traje de etiqueta, estrechándoles efusivamente las manos que le tendían.

Su semblante pareció entonces iluminar-



—¡Le he visto a usted tratar de besar a mi hija!
—No, señor; deseaba ver el color de sus ojos, y soy bastante corto de vista.

se. Una palidez, que pudiera llamarse aristócrata, realzaba sus facciones naturalmente delicadas, femeninas, embellecidas por una atrayente belleza "interior" y una distinción singular de individuo perteneciente a una raza extranjera, quizá eslava.

Esta belleza reflejábase en sus ojos azules, tristes y profundos, acentuándose en su frente amplia y despejada, a la que servían de marco abundantes cabellos rubios, y en la expresión enérgica de sus labios carnosos.

Al entreabrirse éstos labios, se hubiera buscado en ellos inútilmente las sonrisas que suelen florecer en bocas tan jóvenes.

—Pedro Zemniakow — articuló el recién llegado dirigiéndose al caballero de su izquierda — dígame enseguida porque me ha llamado Vd. telegráficamente.

—¿No nos había manifestado Vd. el deseo, mi querida Fedora, de asistir a una de nuestras próximas operaciones?

Fedora — porque era una joven disfrazada con traje masculino — se limitó a bajar la cabeza en sentido afirmativo.

—Pues bién, creo que tenemos una muy próxima: la relativa al triple asesinato de Clamart. Pero, por esta vez, cedo la palabra a mi hermano Alejandro, pues es él quien ha permanecido constantemente en la brecha, ayudado de M. Placón, cuyo concurso nos fué tan provechoso como siempre.

El tercero de los asistentes, que vestía smoking con gardenia en el ojal, y que no era otro que M. Néstor Plancón, se inclinó profundamente en señal de agradecimiento.

El individuo a quien daban el nombre de Alejandro, era un mocetón fuerte y robusto, rubio como la misteriosa Fedora y como Pedro, de quien era hermano menor, una especie de soldado de la Edad Media, pero pulido y afinado por el trato de gentes, cuyo torso y brazos revelaban la ligereza y la solidez, y de cara y ojos indiferentes donde resplandecía el rayo de audacia que deshacia los más formidables peligros.

—En efecto — dijo Alejandro, — debemos a M. Plancón el haber llegado más diligentemente a los sitios a donde el inspector Flax acudía poco después que nosotros. Inmediatamente de recibir el telefonema de M. Plancón, salí con mi biplano, realizando una exploración por encima del bosque en donde suponiamos refugiado al asesino. Al mismo tiempo empleados de M. Plancón reconocían el terreno minuciosamente.

Mientras tanto nuestro amigo realizaba en persona dos hallazgos de la mayor importancia, uno de los cuales nos permite apoderarnos de nuestro hombre mañana mismo. El otro es de tal índole que podremos identificar a este individuo sin error posible. Y ya en este punto concedo la palabra a M. Plancón.

—No me extenderé mucho — exclamó jovialmente este último — He encontrado la peluca; la famosa peluca rizada en tirabuzones canosos, señalada ya por tantos testigos y que el mendigo hubo de ponerse, para desviar las investigaciones, orientándolas hacia el lado de los saltimbanquis de feria... Esta peluca fué arrojada a un charco bastante profundo, en pleno bosque, sin tomar la precaución de atarla una piedra, de suerte que volvió a la superficie, además su permanencia, quizás de algunas horas tan solo, en el agua, no había sido suficiente para diluir los dos o tres coágulos de sangre enmarañados en los bucles de delante...

Este primer descubrimiento fué prontamente corroborado por otro, que entregará al asesino mañana mismo, como va Vd. a ver.

Al mismo tiempo sacaba de su bolsillo un pequeño libro de memorias, grasiento, medio roto por sus lomos y de bordes deshilachados:

—He aquí la agenda de nuestro hombre: la he encontrado a cien pasos de la charca en donde flotaba la peluca y creo poder afirmar que nuestro hombre no se ha desprendido de ella voluntariamente. Al contrario, ésta pérdida ha debido serle sensible; primero, porque indicaba la ruta que siguió a través de los campos, en vez de quedarse en el bosquecillo, donde desde luego, no había que buscarle, y después, porque el cuadernillo tenía la marca de un pulgar ensangrentado, que forzosamente ha de ser suyo. Además éstas notas...

Y al mismo tiempo entregaba el cuaderno a Pedro Zemniakow, quien leyó en alta voz, en la página que Plansón le indicaba y que tenía en letras impresas la fecha del lunes, las siguientes notas, escritas en lápiz azul:

"Clamart, avenida de... No. 1, poco cómodo de ver... No. 5, los Herpín... pan y 10 céntimos... No. 7 Los Chotte, pan seco y, además, duro... No. 9. Un viejo y su gozquecillo; nada, en resumidas cuentas... Trasciende a miseria, como en el 5 y en el 7.".

—Muy bién — comentó Pedro, — si ahora identificamos la huella del pulgar sangriento que se distingue perfectamente ahí, en la primera página, no podrá caber la menor duda: en cuanto se eche mano al viejo mendigo de cabeza oscilante, se tendrá al verdadero asesino.

—Bueno — dijo Alejandro el aviador,,— ahora vuelva Vd. las otras páginas.

Las primeras páginas que seguian, continuaban el empadronamiento de Clamart, desde el punto de vista especial de la mendicidad, con notas diseminadas aquí y allá pintorescamente violentas o sencillamente humorísticas. Pero más lejos, en un día fijo que era el martes, todo Chatillón desfilaba entre las columnas del cuaderno, y más adelante aún, con fecha del miércoles, la caridad neudonesa se dejaba anotar, abundantemente... La jornada del jueves estaba consagrada íntegra a Bellevue, la del viernes a Vonves-Malakoff, y mientras que el sabado avanzaba hacia Chatenay, el domingo inmovilizaba en Fontenay-aux-Roses a

nuestro hombre, cuyo cuaderno escudriñaba con cuidado aún las localidades más precarias.

—Es evidente — concluyó Nestor Plansón — que el vagabundo debía profesar más cariño a este cuaderno que a las niñas de sus ojos.

—¡Bah! — dijo Alejandro — Ya no tendré necesidad de él, porque, como hoy es sábado, se le encontrará seguramente mañana en Fontenay, donde será discretamente tomado por nosotros a menos que no haya abandonado la región.

—Si es culpable, y seguramente lo es, no puede haberla abandonado; la menor alteración en sus costumbres le denunciaría más claramente que una delación personal.

Esta observación, muy sensata, de Plansón, puso fin a los debates, durante los cuales la misteriosa Fedora no había pronunciado una palabra.

Y ahora — añadió el ex agente de vigilancia, — ahora que he hecho todo lo posible para ejecutar sus órdenes, déjenme recordarles, como la otra semana en Sologne, que mi papel acaba en donde empieza el de Vds.

—Perfectamente — asintió el más viejo de los dos hermanos, — y a propósito del asunto Glaser, permítanos que le felicitemos una vez más: sus deducciones resultan rigurosamente exactas. El asesino era, en efecto, el guarda Jokel, el mismo también que se divertía en caminar sobre las olas, porque, en realidad, no tenía otro medio de llegar hasta el quiosco.

—Pero ¿cómo diablos podía hacerlo? — preguntó Plansón vivamente intrigado.

—De la manera más sencilla del mundo. Había descubierto en el estanque, cuyo nivel baja de año en año, una doble hilera de estacas a flor de agua del nivel actual, estacas que son restos de una pasarela construída cincuenta años antes, por lo menos, y que divide en dos el limpio cristal.

"El extremo de estos soportes quedan naturalmente ocultos, bién por las águas, bién por las plantas acuáticas, y como en otro tiempo, estuvieron separados de cincuenta a sesenta centímetros uno de otros, dibujaban a ras de la superficie una especie de camino invisible, del que un hombre que no fuera muy miedoso podría servirse con relativa comodidad.

—En resúmen, que era un atrevido el manco ese, — dijo algo aturdido Plansón.

—Lo que no impide que "fuera" un miserable — declaró Pedro Zemniakow fríamente, recalcando este tiempo del verbo que evocaba de pronto la muerte del asesino.

Un estremecimiento dominó a los circunstantes; luego siguió un silencio unánime bastante prolongado.

—Bién, Fedora, entonces — dijo por fin Pedro Zemniakow — contamos con Vd. para la próxima ocasión.

—Sea — respondió la jóven rusa volviendo a palidecer; — pero a condición de que me ayude en esta prueba el señor Plansón, mi colaborador en una sorpresa que les preparo a Vds., y que les probará muy pronto hasta que punto les soy fiel.

—Pero, señorita — balbuceó Plansón — acabo de declarar hace un momento...

—Recuerde, amigo mío — interrumpió Fedora con vehemente acento de súplica— lo que Vd. me prometió espontáneamente al día siguiente del horroroso crímen que me dejaba sola en el mundo, salpicada de sangre de todos los míos.

Plansón bajó la cabeza, como abatido por la ráfaga de emoción que desencadenaba ese sencillo conjuro.

En seguida Fedora se levantó y llamó al conserje encargado del guardarropa. Sus compañeros le imitaron, y como la saludasen con deferencia, Fedora dió a cada uno de ellos un amistoso apretón de manos.

Después descendió sola y subió al "60 caballos", que desapareció en el acto silenciosamente.

XVIII

Al despertarse al día siguiente, domingo, Flax se dijo, no sin fundamento, que su situación de entonces era poco envidiable.

De los tres negocios que traía entre manos, los dos primeros, los de los cadáveres marcados, se presentaban como un enigma tanto más insoluble cuanto que era preciso no hablar de él a nadie y obrar en el misterio más absoluto, por lo que este mismo misterio debía resueltamente entorpecer toda solución rápida.

Cien veces, durante el ejercicio de su cargo, había tenido ocasión de comprobar que el elemento misterioso no debe ser tratado misteriosamente, y que no hay secretos más herméticos más tenaces que los que no "transpiran" algo, como se expresaba en su lenguaje peculiar.

En cuanto al segundo asunto, el del triple asesinato de Clamart, se presentaba malamente, y a todo tirar acabaría originando detenciones más o menos ilegales. Por añadidura tratábase de un crímen "crapuloso", según pintoresca expresión de su jefe, en el que su éxito personal, admitiendo que le hubiese, no alcanzaría eco ni prestigio alguno, mientras que un fracaso recaería sobre él solo, ya que el jefe, muy hábilmente, había procurado descargarse de toda responsabilidad.

Después de hacerse estas reflexiones, accedió con alegría a la proposición de sus dos hijos, que querían ir a almorzar al bosque, y sin hablar del asunto — porque nunca ensombrecía el hogar con sus contrariedades profesionales — les condujo al bosque de Meudón.

La rubia Marta no dejó de pensar que Mendón estaba cerca de Clamart, donde se había cometido el terrible asesinato comentado por el Petit Journal, periódico que ella leía asiduamente pero no hizo la menor objeción.

—No te retrases mucho — se limitó a decir cuando su padre a eso de las cinco, les dijo en el ventorrillo de la Fuente de

Santa María, pretextando que iba a dar una vuelta por los alrededores.

Flax se encaminó rápidamente a la gendarmería de Clamart, donde supo que el desgraciado mozo sin brazos, que era, en efecto, un antiguo ayudante preparador de química, había sido detenido pocas horas antes en las calles del pueblo. No obstante, tuvieron que ponerle en libertad casi enseguida, porque habiendo solicitado que se telefonease al gabinete de M. Peline, uno de los secretarios de éste se limitó a decir que aquella detención era absurda requiriendo la libertad inmediata del infeliz.

—¡Diablos! — murmuró lacónicamente Flax y recomendó a los gendarmes que vigilaran al otro individuo sospechoso — el viejo de cabeza temblorosa — quién, según sus informes de la víspera, comenzaba su correría por Clamart a las nueve de la mañana.

Acto seguido, casi tranquilizados el espíritu y la conciencia, Flax volvió a reunirse con sus hijos, y hasta la noche corrió el automóvil por el bosque deteniéndose, al fin, en el Pabellón de Belleme donde la comida, — prolongada algún tiempo bajo la fresca fronda, junto a la curva del río, de donde surgían canciones y risas envueltas entre los perfumes de las rosas de innumerables jardines colgantes — fué una verdadera fiesta para aquellos humildes, fiesta algo cara, por cierto; pero, como repetían unánimes los niños, para amansar el portamonedas un poco sublevado del padre, "no se regresa del Brasil todos los días..."

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, Flax se presentaba de nuevo en la gendarmería de Clamart, luego de dejar en la avenida sospechosa a dos colegas suyos encargados de detener al viejo mendigo en el caso en que éste se presentara más pronto que de costumbre, pués, según afirmaban los vecinos del barrio, su paseo habitual no le conducía a las proximidades de la casa del crimen sino hacia las diez. Flax fué inmediatamente introducido en el despacho del sargento, quien, al verle, se rascó la frente con aspecto preocupado.

—Hay noticias — dijo respondiendo a la muda interrogación del policía — y me temo que no echemos mano muy pronto a nuestro pájaro.

—¿Porqué?

—Según parece ha sucedido algo extraordinario ayer por la tarde en Fontenay. Un hombre ha sido raptado en pleno día, delante de un grupo de chiquillos que jugaban al tejo en una callejuela apartada; raptado, repito, a pesar de su resistencia, por dos robustos mocetones que le metieron violentamente en un automóvil estacionado a algunos pasos de allí, y que, apenas subieron los tres, emprendió una marcha velocísima.

—Pero — replicó Flax, que se esforzaba en vano por demostrar su sangre fría. — ¿que relación...?

—Pués, sencillamente, que el individuo en cuestión era, según los testigos el viejo mendigo que buscamos.

—¿Qué testigos? — exclamó Flax, que ya no era dueño de sí y cuyos ojos lanzaban chispas.

—En primer lugar los chiquillos, y luego una portera que, sentada en el umbral de la puerta vió toda la escena a pesar de su rapidéz. Así se lo ha referido a mi colega de Fontenay, afirmando que suponía que fuese una detención efectuada por dos agentes de la policía secreta.

Un rayo de luz surgió en el cerebro de Flax. Corrió al aparato telefónico, instalado en un despacho contiguo, y minutos después comunicábase con M. Melart, el subjefe. Este le afirmó que no se había dado orden alguna de detención contra nadie en aquel barrio. M. Crussol, que llegaba en aquel momento, corroboró lo dicho por el subjefe, y revelando cierto disgusto encargó a Flax que pusiera en claro aquél enigma lo antes posible

Completamente desaminado salió Flax. tomó un automóvil de alquiler, y minutos después se presentaba en casa del sargento de la gendarmería de Fontenay.

Este, que alardeaba de poseer ciertas dotes policiacas y una singular perspicacia, había husmeado, según decía, un asunto extraordinario, por lo cuál, coordinando lo más mínimos detalles facilitados por los chiquillos y la portera, reconstituía la escena, desde luego muy rápida en la siguiente forma:

Serían las cinco de la tarde, cuando un automóvil, casi lujoso, que la portera creyó haber visto ya una hora antes, a la entrada de la carretera de Bievres, se detenía en el ángulo de la calle Blanchard. Un caballero descendió del carruaje y se detuvo en la portezuela, hablando con otro señor que quedaba dentro. Parecía que vigilaban la calle precísamente hacia el sitio en donde la portera estaba sentada.

En aquel momento un viejo mendigo de cabeza oscilante entró en la calle, pasando cerca del grupo de niños que jugaba en el arroyo. El señor que hablaba en la portezuela del automóvil, siguió al anciano, y el coche fué a colocarse a cierta distancia del grupo de niños. Entre tanto el viejo mendigo, conocido de la portera, — la que entre parentesis no le cree tan viejo como parece, y sospecha también de la sinceridad del movimiento perbótico de su cabeza, — había entrado en una casa. Cuando salió con una hogaza de pan debajo del brazo, el señor que le espiaba se acercó a él. Hubo un rápido diálogo entre ellos, durante el cual, fueron acercándose al automóvil, cuya portezuela se había abierto: el señor que hablaba con el viejo le indicó que subiera, y aún le empujó un poco, porque parecía no comprender la indicación; por fin partió a gran velocidad el coche cuya bocina sonaba fuertemente, para ahogar sin duda los vivos y pintorescos comentarios de los muchachuelos testigos de la escena.

Flax quedó asombrado y pensativo. Como el sargento fuese a proseguir su narración le preguntó.

—Y ¿qué es lo que opina usted sobre esta extraña historia?

—Pués creo que todo esto es una patraña, que no se trata de un rapto como cree la portera; ¡figúrese usted, el rapto de un viejo mendigo por unos elegantes caballeros de aire militar, con un doble faitón de 40 caballos!

Flax tembló ligeramente.

—¿Dice usted que un doble faetón de 40 caballos?

—Así es en efecto, y según la descripción que me ha hecho la portera, me atrevería a afirmar que es un Gil-Morangy. Entiendo bastante de estas cosas por lo que he trabajado en ellos antes de entrar en el servicio.

En cambio Flax no entendía nada y le hubiera sido imposible decir si el automóvil de Nestor Plansón, en el cual pensaba en aquel instante sin saber porqué, quizá por la forma y los 40 caballos de fuerza, era un Gil-Morangy, u otra marca cualquiera.

—Sea — repuso — pero ¿qué entiende usted por patraña?

—Quiero decir que el viejo mendigo había simulado cierta reserva, pero que estaba en connivencia con los del automóvil,— los "apaches" como usted sabe, parecen gentes de bién, — y que éstos, sus complices, han venido rápidamente a detenerle porque sabían que de un modo u otro ibamos a hacerlo usted o nosotros.

Flax no modificó lo dudoso y contradictorio de esta opinión; para él los personajes del automóvil no eran apaches ni el rapto presentaba los enigmáticos caracteres que la portera le concedía. Fué inmediatamente a verla y después de su conversación con ella se ratificó en su último juicio.

De vuelta a la comisaria supo que el sargento pensaba enviar un informe sobre este asunto a quien correspondía; pero se encogió de hombros desdeñosamente, porque estaba casi seguro de que el jefe de seguridad sabría contestarle, poniendolo en ridiculo.

Entretanto, lo que más le preocupaba eran otras cuestiones ¿Por qué se obstinaba en pensar en Nestor Plansón cuando éste no se parecía en nada a ninguno de los dos personajes del automóvil descripto por la portera que les había visto tan a su sabor?

Evidentemente por culpa del automóvil; pero esto era un argumento de poca fuerza, tanto más cuanto, que no estaba seguro de la forma de aquel y además se veían muchos "cuarenta caballos" por calles y carreteras.

Pero esta reflexión era inútil, porque la silueta de Plansón no se apartaba de sus ojos. Recordaba los más minimos detalles de la actitud de éste último en el momento en que se encontraron, y le veía aún, erguido su alto cuerpo, delante de las alas del biplano que acababa de aterrizar ¿Porqué se encontraba precisamente cerca de Clamart, en el mismo camino acaso que debió tomar el asesino para pasar del bosque de Clamart al de Verrieves, al otro lado de la llanura?

Indudablemente, si el "cuarenta caballos" de aquel día podía ser identificado como el del rapto, esta doble coincidencia adquiriría caracteres de gravedad.

De regreso a París fué sondeando el problema, presentándole bajo aspectos diversos, y acabó por reconocer que se perdía en mil conjeturas, de las cuales solo había un medio de salir, y era el de ver a Plansón inmediatamente.

Si éste tenía, por ventura, algo que ver en el asunto, había de ser el mismo diablo para no traicionarse en presencia de una inteligencia más sútil que la suya, porque Flax, como la mayor parte de los policías de algún valor, atribuiase una superioridad incontestable sobre todos sus colegas, especialmente los que habían abandonado el Cuerpo, a quienes consideraba desde entonces desprovistos de las esenciales condiciones inherentes a la profesión.

Eran las once de la mañana cuando se presentó en la calle de Richelieu y subió a la agencia de Plansón. Desde el instante en que entró sintióse acobardado ante la solemnidad y el lujo de los salones, y recelando que iba a desempeñar un papel poco airoso frente a su ex-colega, retardó el instante de verle. Tiempo tuvo para reflexionar, pues esperó una media hora, al cabo de la cuál salieron tres señores, uno tras otro, del gabinete de Plansón y avanzaron por delante de éste quien, al pasar, hizo una seña amistosa a su antiguo compañero.

Flax, que conservaba oculto a prevención en la mano su revólver fotográfico, obtuvo las instantáneas de los tres visitantes. El primero era un joven rubio, cuya distinción algo afeminada atrajo su curiosidad, y que se grabó inmediatamente en su memoria con el calificativo de "príncipe ruso", después, dos hombres cuyas señas podían en vigor corresponder con las suministradas por la portera de Fontenay, si bién en uno de ellos — otra coincidencia extraña — Flax hubiera reconocido fácilmente al "aviador de Villaconblay".

A todo esto Plansón le conducía hasta su despacho, una amplia habitación, disimulada en lo más hondo de la casa, disculpándose en tonos vivos y amistosos, muy de acuerdo con los modales de camarada simpático y excelente que Flax reconoció en otros tiempos a su colega.

—Los negocios, antes que nada, son negocios — decía golpeando dulcemente la mano de Flax, que retenía entre la suya,— y son fastidiosos cuando nos obligan a hacer andar de cabeza a un antiguo compañero, el mejor de todos...

Vamos a ver — añadió, cambiando de tono — si puedo serle útil a Vd. en algo, dígamelo y enseguida es cosa hecha.

Ante tan cordial acogimiento, Flax no se sentía con valor para usar de astucias, aparte de que estaba a la sazón convencido de que no se debía de contar con Plansón, y

que únicamente a espaldas suyas podía mezclarse en una empresa de apariencia criminal. Así pues, abordó la cuestión sin cincunloquios de ninguna clase.

—¿No había oído Vd., por casualidad, algo nuevo acerca del triple asesinato de Clamart?

—¡El triple asesinato de Clamart? Espere Vd. — dijo Plansón con cierto aire confidencial y admirablemente hipócrita, por asunto que le llevaba a Clamart el mismo si el otro mentía... — Si, ya caigo: es el día en que yo había ido a Villacoublay a presenciar unos vuelos... Si, si; pues no se nada, en cambio Vd.... porque ahora recuerdo que después de su regreso a París en mi auto...

—¡Un cuarenta caballos! — subrayó Flax con aire indiferente y restropectivamente admirativo; — un doble faetón!

—Si — convino humildemente Plansón lástima que no sea mío!

—Ah! ¿Era alquilado?

—Nada de eso. Es de un alto personaje, con el cuál tengo unos negocios, que me lo cede de vez en cuando para que le dé un poco de aire...

Pero, volviendo a nuestro asunto: yo creía, por el contrario, según Vd. me dijo aquel día, que estaba Vd. sobre una buena pista.

—En efecto, era buena — replicó fríamente Flax; — pero desde ayer tarde ha dejado de serlo!

—¡Ah! ¿Es que se ha evaporado el asesino?

—Evaporado, precísamente, no; unos desconocidos, unos cómplices tal vez, le han tomado delante de las mismísimas barbas de los gendarmes... y, por añadidura ¡en auto!

—¡Caramba! ¿En auto?... Entonces, diga Vd.: se trataría de una cuadrilla terrible por su organización y de los medios de que disponen, y que hayan conseguido sustraer al celo de la policía al individuo que, según asegura Vd., trabajaba en aquella ocasión por ellos.

Todo esto fué dicho con tal seguridad, con tan perfecta calma, que Flax se avergonzó de sus sospechas, desprovistas, por otra parte, de base sólida.

—Después de esto — repuso Plansón, — comprendo, mi querido señor Flax, que esté Vd. aburrido, y vuelvo a repetírselo: vea si puedo serle útil en algo.

—En el actual estado de cosas, puesto que usted no sabe nada, todo lo más que puede hacer es permitirme hablar a mi jefe para decirle que no sé ni media palabra... Esto amortiguará el golpe.

—¡Oh! Con mucho gusto — dijo Plansón, levantándose y mudando de sitio una máquina de escribir para que Flax pudiera acodarse ante el receptor.

En respuesta a la desagradable noticia que le comunicaban, M. Crussol ordenó a su subordinado que regresase a la jefatura inmediatamente después de almorzar, con objeto de que acordarán las medidas que juntos habían de tomar para que se desviase otra vez la tormenta fraguada en altas regiones contra los sabuesos del Cuerpo de Vigilancia.

Pero, cuando a eso de las dos, Flax franqueaba el umbral del despacho de su jefe encontró a éste presa de una verdadera crisis de furor. Gesticulaba, lanzando gritos inarticulados, blandiendo en la mano un expreso casi roto.

Sin decir nada le ofreció a Flax quien, petrificado, leyó las líneas escritas a máquina:

"Señor Jefe de Vigilancia:

"No se moleste en buscar en los alrededores parisienses el autor del triple asesinato de Clamart; tome, sencillamente, el expreso de Blauvais, y una vez en esta población, diríjase en automóvil a Fourcigny. Un poco antes de llegar a este pueblecito, encontrará al borde de la carretera, una casita aislada y, al parecer, deshabitada; en esta casita hallará usted seguramente al que busca pero apresúrese.

"Un amigo de la policía"

—Vamos a ver, ¿qué significa esto? ¿Tiene usted una idea de lo que esto significa? — logró, por fín, articular el jefe de vigilancia — Es que, lo mismo amigos que enemigos, se han propuesto no dejarnos en paz?

—A punto fijo ignoro q' és lo que quiere decir esto — aventuró Flax; — pero no creo que deba desdeñarse.

—¡Diablos! ¡Yo tampoco! Y lo más peligroso es que no vamos a tener otro remedio que aventurarnos a ciegas, a riesgo de amotinar toda la prensa si cometemos un error ¡Si fuese un informado serio, bien intencionado, un amigo de la policía, en fin, hubiera podido facilitar detalles más amplios sin necesidad de recurrir al anónimo, al misterio y a los comadreos de portera!

Flax creyó que debía sacar a relucir la consabida frase de su adhesión incondicional.

—Usted sabe que puedo ir a Fourcigny perfectamente solo.

—No faltaría más que eso, para que cayesen sobre usted de improviso y perdiésemos la pista que buscamos! No, no; iremos cinco, incluso yo, y cargaremos con todo lo que haya allá; tanto peor para los que se queden presos en la red... Es necesario, cuando se presenta una bonita ocasión como ésta, tapar la boca a los señores periodistas... Esta dicho ¿eh? Tomaremos el rápido de las 3 y 10 y regresaremos a París esta noche a las 9 suceda lo que suceda.

Flax no hizo otra cosa más que inclinarse y salir a avisar a los tres colegas que debían unirse a él y al jefe.

VII

El jefe de vigilancia, Flax y los tres aludidos compañeros desembarcaron en Beauvais cerca de las cuatro y cuarto y tomaron inmediatamente un automóvil cuyo conductor, estimulado por la promesa de una buena propina, arrancó velozmente en dirección a Aumale.

Media hora después apenas, se acercaban al sitio indicado y M. Crussol ordenó al conductor que se detuviera porque no quería mezclar en aquel asunto, caso de que fracasaran a un testigo profesional.

Además había observado con los gemelos la casa designada, al borde de la carretera, a unos quinientos metros de distancia, y en la mayor soledad, porque las primeras granjas de Fourcigny se veían a otros quinientos metros más lejos.

La vivienda en cuestión, una verdadera casucha, asomábase al borde de un foso, que la separaba de la carretera. Dos postigos verdes, cerrados, destacábanse en la fachada del edificio que solo constaba de un piso bajo con una pequeña escalinata de tres peldaños. Una lumbrera redonda se abría sobre el tejado indicando una especie de granero. La puerta de entrada de madera pintada de color ocre se abría directamente sobre la escalinata.

Inmediatamente detrás de la casa aparecían los campos de alfalfa y zanahorias, una de esas llanuras monótonas, aunque ricas en cultivo, que constituyen la geografía habitual de estas comarcas.

Cuando el pequeño grupo se aproximó a la casa, M. Crussol divisó a un aldeano que se disponía a ormar unos haces de hierba en un campo situado al lado opuesto del camino.

—Eh! ¡amigo mío! — le gritó — ¿Sabe usted de quién es esta casita?

—En verdad que no — respondió el campesino; — está casi deshabitada desde hace tres o cuatro años; sin embargo, creo que últimamente la han comprado al mismo tiempo que los terrenos situados detras de ella... Nosotros... claro, trabajamos aquí a jornal...Y como no somos del país, pues... no sabemos nada.

—Por lo menos, ¿sabe usted, si ha venido alguien por aquí en estos días?

—En cuanto a esto puedo asegurarle que nó, y mire usted si lo sabré, que no me muevo de este sitio, donde trabajo hace tres o cuatro días, desde la cinco de la mañana hasta las siete y media de la tarde. No he visto a nadie.

—¿Y por la noche?

—¡Hombre! Por la noche... yo me acuesto a dos kilómetros de aquí, al otro lado del pueblo; así que...

M. Crussol volvió la espalda al campesino convencido de que nada iba a obtener de sus vagos informes. Al mismo tiempo se inclinaba al oído de Flax para decirle:

—Ese individuo está completamente embrutecido.

—A menos — observó Flax, — que viéndonos bajar del automóvil, haya presentido a la justicia; porque estos campesinos son más avispados de lo que usted cree, y el miedo de comprometerse, de ser llamados a declarar, es lo bastante para poner un candado en su boca.

Aproximábanse a la casa; y, mientras, obedeciendo a la consigna, los tres agentes que acompañaban a los señores Crussol y Flax pasaban por detrás del edificio para vigilar las salidas, estos últimos llegaban a la entrada, a cuya puerta llamaron golpeando insistentemente.

Como suponían, no contestó nadie y Flax creyó que convenía descerrajar la puerta, lo que realizó inmediatamente, valiéndose de una ganzúa. Pero la puerta no hizo más que entreabrirse; estaba sujeta por dentro con una cadena de seguridad que hubo que cortar empleando una lima.

Vióse un estrecho vestíbulo embaldosado, y en seguida dos puertas, no cerradas con llave que se abrían a derecha e izquierda y daban acceso a dos habitaciones sumidas en una semiobscuridad porque sus ventanas estaban cerradas. Flax penetró en la de la derecha, mientras que su jefe penetraba en la de la izquierda y abría las persianas dando un empujón formidable.

Un rayo intenso de luz le hizo retroceder indeciso. Contra la pared del fondo había extendida una cama plegable, y un hombre cubierto con andrajos parecía dormir profundamente.

Flax se lo mostró con un ademán a su jefe que entraba en aquel instante porque no había encontrado nada anormal en el cuarto de enfrente.

—¿Qué hay de particular? ¿Quién es ese? — murmuró el jefe de vigilancia, como si temiese despertar al durmiente.

—Es el mendigo de Clamart — contestó Flax con voz alterada. No tan solo le había identificado instantáneamente, comprobando las tres o cuatro señas que de él tenía, sino que, con su astucia y sutileza, advertía que estaba en presencia de un cadáver lo cual no solucionaba en verdad sus planes.

—Pero ¡ese hombre está muerto! — exclamó al mismo tiempo M. Crussol con voz alterada por el espanto. Acababa de tomar el brazo del durmiente y había notado el frío y la rigidez cadavéricas.

Y el jefe de vigilancia se dejó caer sobre la única silla de la habitación, repitiendo:

—¡Oh! ¡que farsa tan inicua... que farsa!

No menos consternado que su jefe, Flax examinó detenidamente el cadáver, le levantó los párpados, movió un brazo y una pierna y pronunció con la autoridad que le daba su larga experiencia:

—¡La muerte es de más de veinticua horas!

—¡Nos la han jugado buena esos tunantes! — seguía gimiendo M. Crussol — ¡Infames, canallas!

Y continuó de este modo, aunque sin saber, en realidad, a quién dirigía tales execraciones,

(Continuará)

Sexton Blake y Tinker

Lea en

P U C K Y

las dramáticas y emocionantes
aventuras del gran detective

SEXTON BLAKE

EN EL PROXIMO NUMERO:

EL HOMBRE DE LA ISLA DEL DIABLO

Ocho hombres, comerciantes sin escrúpulos, privaron a una joven de su herencia y causaron la muerte de su madre. Hicieron esto hábilmente, dentro de la ley, y no había medios legales de acusarlos. La joven dedicó su vida a arruinarlos y, separadamente, persiguió a uno por uno. Este nuevo e interesante personaje que aparece en la vida de Sexton Blake es Mademoiselle Roxane. En el episodio que anunciamos se narra como la joven hizo justicia con el que comerciaba con los convictos de la Isla del Diablo,

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

Andrés Escat, Tucumán. — Próximamente publicaremos una de las novelas que usted desea leer. Muchas gracias por sus afectuosas palabras.

Carlos J. J. Bigliani, Open Dorr.— No recordamos con exactitud. En caso que le sea muy necesario el dato trataríamos de obtenerlo. Agradecemos sus manifestaciones de aprecio para Pucky.

Lucas Ruben, Esperanza. — El precio de la obra que usted desea adquirir lo puede obtener en cualquier librería.

Setimío Villa, Sancti Spíritu. — Ya están incluídas las obras que usted indica, entre las que se publicarán oportunamente.

Juan Ferrari, Rosario. — Hemos tomado nota de lo que usted pide para satisfacerlo en cuanto sea posible.

Mario Vera, Tucumán. — Es muy difícil conseguir la continuación de la novela cuya publicación quedó trunca en la revista a que usted se refiere.

Horacio Díaz, Villa Raffo (F. C. P.) — Le agradecemos sus manifestaciones de aprecio y esperamos que en lo sucesivo no sea necesario, por razones difíciles de explicar aquí, cambiar la distribución del material que se publica. Consideramos superior "El extraño aventurero". Pertenece a un género literario más elevado que la otra novela.

Juan Linares, Rosario. — Trataremos de satisfacer su pedido.

Mohamed F. Ali, Christophersen. — Le agradecemos sus manifestaciones de simpatía. Pronto tendrá ocasión de leer una obra, de ese género.

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

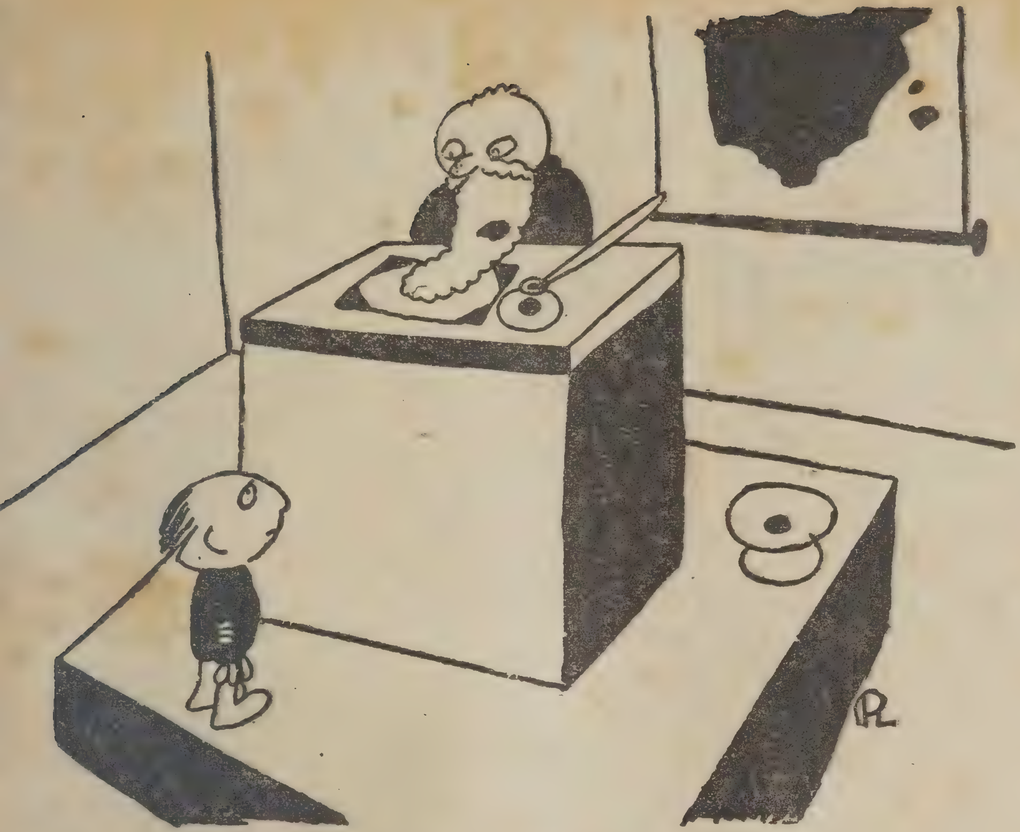
Capital e Interior

Número de la semana		$ 0.20
" atrasado		" 0.40
Suscripción por 3 meses	(13 números)	" 2.50
" " 6 "	(26 ")	" 4.80
" " 1 año	(52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países . . . . . "	12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



—¿Por qué llega tan tarde a clase, señor Fernández?
—Porque mi mamá me ha necesitado.
—¿Para qué?
—Para darme una paliza.

En el cabaret:

Varias tanguistas están reunidas en un alco esperando la hora del "desplumen".

Una de ellas, analfabeta por cierto, agara una revista y, al abrirla, del revés, aparece un "auto" con las ruedas en alto; visto lo cual, se dirige a otra, diciéndola:

—Toma, Fifí; léeme ese vuelco de automóvil.

* * * *

Ismael invita a Wormser a almorzar en el estaurante. Les traen dos lenguados: uno grande y otro pequeño.

Ismael hace plato a su amigo, le da el lenguado pequeño y reserva para sí el grande.

Y Wormser, estupefacto, dice:

—¡Eh, Ismael, que eso no se hace!

—¿El qué?

—¿Soy tu invitado, y me sirves el lenguado más pequeño?

—¿Pero qué dices? Si hubieras sido tú quien hiciera plato, me habrías dado el lenguado grande y te hubieras quedado con el pequeño. Conque, ¿de qué te quejas? Al fin y al cabo he hecho lo mismo que hubieras hecho tú en mi lugar...

—Sí; París es una ciudad preciosa... Magníficos teatros, hermosas tiendas...

—¿Has estado allí?

—No; pero mi abuelo pensó ir.

* * * *

Un viernes por la noche, un judío viejo y pobre es invitado a cenar con una familia rica. Después de la comida, sirven el té, que es excelente. El viejo se ha bebido su primer vaso y quisiera que le sirvieran otro. Pero no sabe cómo pedirlo. Y dice:

—¡Qué bueno estaba el primer vaso de té!

* * * *

Se hallaba una noche, al frente del enemigo, una avanzada de soldados en observación, cuando de pronto uno de ellos principió a pedir auxilio, diciendo a grandes voces:

—¡Aquí, mi capitán, que tengo un prisionero!...

—Pues tráelo pronto, y que no se escape, — contestó el capitán.

Y el otro replicó:

—¡Si es que no me quiere soltar!

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
DESDE QUE EL PEQUEÑO PIPERMIT ENTRO A FORMAR PARTE DEL CLUB "LOS PATOS", EN CALIDAD DE MASCOTA, ESTE CLUB, QUE HACIA 10 AÑOS NO GANABA UN SOLO PARTIDO, CAMBIO SU SUERTE. MIENTRAS JUGABA UN REÑIDO PARTIDO CON SU RIVAL EL CLUB "LOS NENES", PIPERMIT FUE LLAMADO URGENTEMENTE A SU HABITACION, DONDE ENCONTRO UNA VALIJA. EL SIMPATICO CHICO LA ABRIO Y EN SU INTERIOR VIO. .
¡CIENTOS, QUIZAS MILES DE PESOS! ¡QUE SIGNIFICA ESTO?
TRIC TRIC
CLICK
¡AJAJA! ALGUIEN ESTA TOCANDO EL PICAPORTE. ME PARECE QUE AQUI HAY GATO ENCERRADO. ¡ADELANTE!
NOSOTROS. . . HEMOS DEJADO ESE DINERO PARA QUE TE PUEDAS AUSENTAR AHORA MISMO DE AQUI. ¿OYES, PIBE? ANTES DE QUE CONCLUYA EL PARTIDO. ¿ENTIENDES?
?
¡SALGAN DE AQUI, ATORRANTES! ¿POR QUIEN ME HAN TOMADO?
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved
¿HAN VISTO? ¿NO LES DECIA YO QUE ERA MEJOR APODERARNOS DEL PIBE?
¿COMO?
BUENO, VAMOS A PROCEDER. YA SE FUERON LOS OTROS AL FIELD. ¡AHORA VA A VER ESE PIBE DEL DIABLO!
Y CREIAN QUE ME IBAN A COMPRAR A MI, ¡A PIPERMIT! PERO, DIGA, CAPITAN: ¿QUE LE PASA? ME EXTRAÑA SU CARA. . .
DEBECK 30.

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 360
Agosto 22
de 1930

20 cts.

LA DAMA RISUEÑA

Por H. E. W. GAY

Un drama de la vida parisiense y un amor más mortal que el odio.

—¡Hermoso panorama el que ofrece el mar!....

—¡Guarde el equilibrio hasta que yo sujete la tabla!

—¡Esta piedra hará un magnífico contrapeso!

—¡Se ha marchado!.... ¡No ha tenido paciencia para esperar!

—¿Y qué haces por Buenos Aires?
—Me paso todo el día escribiendo.
—¿En los periódicos?
—¡Cá! A mi padre, pidiéndole dinero.

* * * *

Mayer tiene un pleito con Blum. y sugiere a su abogado la conveniencia de enviar un regalo al presidente del tribunal.

—¡No haga usted tal cosa, desgraciado! No sólo perderá usted el pleito, sino que, además, el presidente le metería en un lío.

Un mes más tarde, Mayer gana el pleito. Su abogado está orgulloso de su elocuencia y se atribuye todo el mérito del triunfo.

—¿Lo ve usted, señor Mayer? ¿Qué, tenía yo razón o no al disuadirle de que enviase un regalo al presidente?

—Y se lo mandé, el regalo, señor abogado, pero... en nombre de mi contrario.

En una fonda;

—Señor fondista, estas sábanas están negras como el carbón.

—Pero, caballero, esto, de noche, no se ve.

* * * *

Un sastre se encuentra a un individuo, el cual le adeudaba el importe de un traje desde hacía tiempo.

—¡Es usted un sinvergüenza, un canalla, un miserable, un tramposo! — gritaba enfurecido el sastre, mientras el deudor le oía sin darle importancia.

—¡Un granuja, que hace seis meses que no me paga! ¡Ladrón, estafador!

A tales gritos, se acerca un gentío enorme. El tramposo. con una tranquilidad pasmosa, dice:

—¿Sí? ¡Caramba! ¿Y usted entonces, qué le dijo?

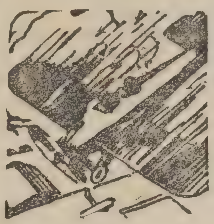
PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 360. -- AGOSTO 22 DE 1930

Av. DE MAYO 662. . Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.



EL HOMBRE DE LA ISLA DEL DIABLO

(AVENTURAS DE SEXTON BLAKE)

Por G. H. TEED

Ocho hombres sin escrúpulos privaron a una jóven de su herencia y causaron la muerte de su madre. Lo hicieron hábilmente, dentro de la ley, de modo que la justicia humana no podía alcanzarlos. La jóven dedicó su vida a arruinarlos; ellos estaban separados ahora y los persiguió a uno por uno. Esta novela narra como ella hizo justicia al que comerciaba con los penados de la Isla del Diablo. El nuevo e interesante personaje que aparece en la vida de Sexton Blake se llama Mademoiselle Roxane

I

EL HOMBRE QUE NADABA

ROXANE Harfield subió a cubierta en el mismo momento en que el oriente se teñía de rojo para anunciar la llegada del día.

El elegante y poderoso yate "La Brise" absorbía la luz y tomaba un tinte rosa, como una tímida doncella que hubiera sido sorprendida en las castas ropas de su cámara; los bronces parecían oro en los sitios que reflejaban el fuego del oriente.

A cierta distancia, a estribor quedaba la costa de la Guinea Francesa; sus espesos bosques se esfumaban envueltos en un manto pesado y siniestro, color púrpura. Por innumerables leguas de la costa, hacia el norte, y por más innumerables leguas hacia el sur, se extendía el mismo bosque desconocido, la casi impenetrable tierra que va desde Colombia y sur de Venezuela, a través de la vasta cuenca del Orinoco y del Amazonas, con negros tentáculos de selva que abrazan la costa sudamericana formada por las tres Guineas, Británica, Francesa y Holandesa.

Desde que el barco había salido de Georgetown, el agua parecía un cristal y ahora, mientras la dueña del yate, Roxane Harfield, estaba parada junto a la escalera de cámara, semejante a un espíritu de la mañana, la vasta extensión marina presentaba una consistencia de aceite.

—Vamos a tener otro día de fuego — murmuró Roxane, mien-

tras se acercaba a la borda, haciendo una sonriente inclinación de cabeza a un marinero que terminaba la limpieza. Luego saludó con la mano a Cameron, el segundo oficial, que estaba sobre el puente. Estaba a punto de recostarse sobre la barandilla para disfrutar del fresco de la mañana, cuando oyó la voz de Cameron.

—¿Tiene inconveniente en subir aquí, señorita Roxane? Hay algo que me gustaría viera.

—Muy bien, señor Cameron. Voy.

El segundo oficial, un hombre jóven, de poco más de treinta años, robusto, moreno, de ojos claros, contemplaba a Roxane con una mirada que podía calificarse de devota.

En realidad no había abordo del yate "La Brise" un solo hombre que no hubiese dado su vida por la jóven propietaria. Ella los trataba con extraordinaria bondad; era muy generosa; pero no se permitía intimidad con ninguno, si se exceptúa al capitán Foster que pasaba de los sesenta años. Pero aún para él, la palabra de Roxane era ley y una vez que daba una orden jamás discutía su propósito.

Obediencia implícita, boca cerrada, lealtad y valor indiscutibles eran las cualidades esenciales para formar parte de la tripulación de "La Brise" y tanto los oficiales, como los marineros, se consideraban dichosos de haber respondido al tipo que Roxane exigía.

Antes de subir la escalera del puente, la joven propietaria encendió un cigarrillo; luego, cuando llegó al último peldaño, dijo a Cameron.

—¿Qué pasa, Sr. Cameron? Espero que tenga algo interesante que mostrarme. A decir verdad, me siento un poco aburrida.

—No creo que sea cosa muy interesante, señorita Roxane; pero me intriga un poco. ¿Quiere tomar los anteojos y mirar donde yo le indique? No... allí no, un poco más a la derecha... Justo ¿Ve algo?

Roxane ajustó los gemelos a su vista y vió una pequeña mancha negra en la superficie oleosa del agua, una burbuja que parecía moverse muy lentamente y, a intervalos de un segundo o dos, era acompañada por burbujas más pequeñas a uno y otro lado. Roxane examinó el objeto unos instantes, antes de bajar los anteojos.

—Hay ciertamente algo en la superficie del agua, Sr. Cameron. Parece casi como si fuera alguien que nada... si uno pudiera imaginar semejante cosa en estas aguas infectadas de tiburones y a unas buenas tres millas o más de la costa.

El segundo asintió con la cabeza mientras dirigía una vez más los anteojos al sitio indicado

—Es lo mismo que yo pensaba — dijo— Y cuanto más miro, más me convenzo, Sta. Roxane, de que alguien nada... por imposible que esto parezca. Lo que me intriga es por qué nada mar afuera. Si se trata de algún negro que se ha caído de su esquife o de alguien que se haya caído de la borda de alguna goleta, por qué nada en esta dirección? Es también un misterio para mí que los tiburones no lo hayan devorado ya... si se trata de un hombre.

—Quizás es un manatí — sugirió traviesamente Roxane.

—O una sirena — contestó Cameron, siguiendo el humor de la joven dueña — Haga él favor de mirar otra vez, Sta. Roxane. Si es un hombre, creo que tendremos que hacer algo por él.

Ella lo miró vivamente.

—¿Realmente cree usted que lo es? Déjeme mirar. Temo que no lo había tomado a usted muy en serio.

Rápidamente ajustó una vez más los anteojos y ahora, mientras miraba, una pequeña arruga surcaba su blanca flente. Habló mientras contemplaba aún el objeto movible y ahora, en vez de la nota burlona, su voz tenía un acento breve, de mando.

—Creo que tiene razón, Sr. Cameron. Parece un ser humano. Altere enseguida el rumbo y vamos a asegurarnos. Luego prepare para hacer bajar un bote.

—Muy bien, señorita.

El marino se alejó por cubierta y dió las instrucciones necesarias al timonel; después ordenó que prepararan el bote y finalmente se reunió con Roxane, que le entregó, en silencio, los anteojos.

Mientras el segundo observaba de nuevo la mancha movible, comentando de tiempo en tiempo sus progresos y Roxane fumaba su cigarrillo, se unió a ellos el capitán Foster, pulido y coloradote por efecto del baño y la navaja; su uniforme blanco, inmaculado, parecía casi resplandecer a la luz de la mañana. Saludó atentamente a Roxane, devolvió el saludo de Cameron y miró curiosamente los anteojos.

—¿Qué ha encontrado de interesante Sr. Cameron?

—Parece un hombre nadando, señor. ¿Quiere darnos su opinión?

El marino tomó los anteojos y los movió con mano práctica. Aunque Foster tenía más de sesenta años, sus ojos eran tan claros como los de un joven y estaban tan acostumbrados a errar por los siete mares y ejercitados en apreciar las formas fantásticas de los objetos flotantes que los clasificaba más rápidamente que sus jóvenes oficiales. No era por su culpa que había naufragado su barco durante un tifón, en las cercanías de Formosa; pero había perdido el puesto y ni siquiera Roxane sabía que gratitud inmensa sentía hacia ella el capitán Foster cuando contemplaba el hermoso yate que tenía a su cargo; la navecita más linda salida de manos de un constructor de buques, el rincón más cómodo que puede desearse en el otoño de la vida.

—Es un hombre — anunció, después de un rápido exámen de la mancha — Veo que ya ha hecho cambiar el rumbo, Cameron. ¿Fué orden suya, señorita?

—Sí, capitán ¿Está seguro de que es un hombre nadando?

—Sin la menor duda. He visto bastantes cabezas sobresaliendo del agua para equivocarme ¿Quiere mirar, señorita?

—Ya he mirado. Pero ¿por qué un hombre va a nadar mar afuera, Capitán? Si se ha caído de alguna embarcación ¿por qué no se dirige a la costa?

—A mi parecer, hay dos razones, señorita. Una sería porque desea alejarse de la costa, la otra que se encuentra tan aturdido que no sabe en que dirección nada.

—En ese caso, no puede habernos visto.

—No, señorita. Pero si nada porque desea alejarse de la costa, poco le importa que lo recojan o no. No sería la primera vez que un hombre se lanza al mar desde esa costa, señorita.

Los ojos de Roxane tomaron expresión sombría. Sabía lo que quería decir el marino. Se refería a que la costa, por donde iban pasando, pertenecía a la Guayana Francesa, fuera de la cual hay un grupo de islas que se conoce por el nombre de una de ellas, la Isla del Diablo, de terrible fama. En el continente mismo hay, además, miles de ex-penados, realmente prisioneros por la selva que los rodea y las condiciones creadas por el hombre, los cuales viven en un estado de presunta libertad, arrastrando una vida de increíble degradación y sufrimiento.

¿Era aquella mancha en el agua uno de esos pobres diablos que buscaba, nadando, el descanso de la muerte?

Para ese tiempo, ya el yate había descripto un gran semi-círculo, de modo que podían distinguir el objeto movible a simple vista. No quedaba ya duda de que era un ser humano; pero no daba signos de advertir la proximidad de auxilio; seguía nadando firmemente como si se dirigiera a lo largo del sendero luminoso que el sol había trazado en las aguas, como si pensara continuar hasta que fuera tragado por la gran órbita del olvido.

—Yo me ocuparé del puente, Cameron— oyó Roxane decir al capitán — Usted encárguese del bote.

El segundo bajó por la escalera hasta cubierta. Los hombres que había elegido estaban ya dentro del bote. Este fué bajado y luego se dirigió hacia la mancha movible.

Aún ahora el nadador ni se detuvo ni cambió de rumbo. Aunque parezca extraño, no se veía tampoco rastros de tiburones en unas aguas que están llenas de ellos; el hombre movía rítmicamente sus brazos, haciendo lentos progresos.

Roxane y el capitán observaban mientras se iba acercando el bote. Las máquinas del yate se habían detenido; pero seguía todavía moviéndose, cada vez más lentamente, debido al impulso. Tan cerca estaban del bote que oyeron claramente el grito de Cameron. Pero todavía el nadador no prestó la más mínima atención.

Era extraño, misterioso. Parecía un caso de suicidio involuntario.

Luego los observadores vieron acercarse más al bote, a Cameron ponerse de pie e inclinarse hacia el hombre que estaba en el agua. Oyeron el ruido de su voz, mientras hablaba, vivamente, dos veces: luego entornaron los ojos para ver más claramente mientras Cameron trataba de agarrar al nadador y atraerlo hacia el costado del bote. Fué como si el nadador se diera cuenta recién de que otros seres humanos estaban cerca suyo. Lanzando un grito ronco, empezó a moverse agitadamente alrededor, como si estuviera loco, gritando siempre.

Roxane le arrebató los anteojos al capitán para mirar mejor. El rostro que vió no se borraría de su imaginación mientras durara su vida... Ojos inmensos, dilatados de terror... la boca abierta y roja, en medio de la enmarañada barba. Observó la terrible lucha hasta que no pudo soportar más y bajó los anteojos; sintiéndose ligeramente mareada, tocó el brazo del capitán Foster.

—Me voy abajo — dijo con voz apagada — Venga a contarme lo que esto significa.

II

EL "LIBERE"

Roxane Harfield estaba sentada delante del escritorio de nogal mate, en el pequeño salón, cuando entró el capitán Foster.

Había transcurrido la mitad de la mañana y, como de costumbre, Roxane se ocupaba de sus cuentas y de su correspondencia. Después del deyuno, acostumbraba a dedicar tres horas a su trabajo; luego, a las once, tomaba una taza de chocolate y tenía una entrevista con el capitán, referente a los asuntos del yate.

Su vida, desde que la consagró a cierto fin, había sido tan rígidamente dedicada a sus deberes, como la del más endurecido capitán de la industria. Ese objeto era la venganza, desde el día en que, siendo muy joven, en el campamento de Harfield, bosques de New Brunswick, contempló el cadáver de su madre y comprendió que su muerte se debía a las maquinaciones de ocho hombres, que habían sido socios de su padre, en vida de éste y qué, después de ganar la confianza de su madre y la suya, las habían despojado. Cinco años tardó en prepararse para la lucha. En aquellos cinco años había tomado los pocos miles de dólares que le dejaron aquellos lobos humanos y se dedicó a estudiar la plaza de acciones en Montreal. En pequeña escala, al principio, luego más audazmente, especuló hasta que en una gran alza se ganó más de medio millón de dólares.

Con aquello como "fondo de guerra" se disfrazó de solterona pulida y frígida y, después de seis meses de paciente trabajo, logró entrar como dactilógrafa en la oficina de uno de los ocho, Harold Carruther.

Había elegido primero a Carruther por la sencilla razón que era uno de los dirigentes en el negocio que la estafó tan trágicamente.

Logró obtener su confianza, luchar secretamente contra él en la Bolsa, hasta que consiguió arruinarle. Roxane no guardó las sesenta mil libras que le había quitado.

Debido al detective Sexton Blake encon-

tró aquel dinero otro destino; pero en aquella ocasión Roxane y el detective tuvieron su primer encuentro y se encendió una llama que debía consumir muchas cosas antes de que se amortiguara.

Puede ser que Roxane pensara en estas cosas mientras estaba sentada delante de su escritorio, jugando con un lápiz, porque los números que había garabateado durante un tiempo sobre el papel eran sin significado. Sus ojos tenían, además, una expresión lejana, pensativa, cuando entró el capitán Foster y quitándose la gorra galoneada sentóse en el sitio que siempre ocupaba durante sus sesiones.

El segundo oficial se inclinó sobre la borda del bote y trató de atraer al hombre que nadaba. Lanzando un grito ronco, el nadador se resistió.

—Haga el favor de llamar, Capitán.

Dándose vuelta, el marino oprimió un botón. Inmediatamente apareció un camarero vestido de blanco, trayendo la acostumbrada bandeja con dos tazas de chocolate espeso, coronado por crema batida y un plato con bizcochos. Cuando el mozo se retiró, el capitán y Roxane hubieron tomado un sorbo de chocolate, ella miró al marino. Por milésima vez Foster se encontró desamparado ante aquellos hermosos ojos color violeta que le sonreían. Era muy hermosa aquella joven patrona suya; hermosa y deseable, desde su cabeza cobriza hasta la punta de sus piés, cubiertos por fina media de seda.

—Y bien — dijo Roxane, con aquel acento ronco que era una cualidad fascinadora de su voz — ¿quién era nuestro nadador? ¿Cómo se encuentra ahora?

—Señorita, ese hombre me intriga. Parecía loco o idiota, si me perdona la expresión, cuando lo trajeron abordo. Ahora está más tranquilo. Lo he hecho bañar y afeitar. Con ropa limpia, parece una persona distinta. Pero si no me equivoco y con su permiso, diré que debe haber vivido en el infierno.

—La palabra es apropiada para ciertos sufrimientos — contestó Rexane — ¿Qué piensa usted de él? ¿Por qué nadaba hacia el mar?

—He podido sacarle algunas palabras con sentido, señorita; pero no se si son ciertas. No se lo puedo asegurar; se abate y llora como una criatura. Algo se ha roto en su alma, señorita, si entiende lo que quiero decir

—Creo que comprendo — dijo la joven en tono bajo y sombrío — **¿Trataba de hallar la muerte?**

El capitán Foster vaciló.

—Señorita, no soy yo quien quiera investigar los motivos que ha tenido usted para venir a este maldito lugar. Bástame saber que es su órden. Pero me ha honrado usted con su confianza y sé que espera encontrar aquí a cierta persona.

—Exactamente, capitán Foster ¿Qué tiene que ver con el hombre a quien hemos recogido?

—Recordará usted señorita que en Marsella, después de aquel asunto cuando .. este... cuando...

Cayena y St. Laurent y podríamos tener dificultades.

—¿Quiere decir que quizá sospechen que hemos recogido a ese hombre?

—Sí, señorita. Estábamos sólo como a tres millas de la costa, puede decirse dentro de sus aguas, cuando lo recogimos. Y pueden habernos visto con anteojos. Este yate se distingue entre las embarcaciones que pasan por la costa como una perla en un montón de basura. Hay riesgo en lo que hemos hecho, señorita.

Roxane quedó pensativa unos momentos.

Ella sonrió débilmente.

—¿Quiere usted decir cuando llevé a cabo mi plan contra Carruthers y secuestré al detective Sexton Blake? Sí, recuerdo muy bien, nuestra conversación en Marsella, después de que desembarcamos a Blake y a su joven ayudante Tinker en Tanger. Hablamos algún tiempo, creo, de la Guayana Francesa y de la colonia penal establecida aquí. En realidad ese fué el motivo de que yo fuera a Marsella, exponiéndome a alguna desagradable investigación por parte de la policía. Deseaba ciertos libros y archivos oficiales sobre este albergue de malhechores. Los conseguí y supe algo más de la persona que yo había oído decir estaba en la Guayana Francesa. Pero usted me dijo más que los libros, capitán.

—A eso quiero ir a parar, señorita. Le hablé de los presos de la Isla del Diablo, porque conozco algo de ese purgatorio. También le expliqué sobre los incorregibles a quienes llaman "relegués" y de los ex-penados, a quienes dicen "libérés".

—Recuerdo perfectamente.

—Bien, señorita, este jóven a quien recogimos dice ser un "libéré". Soportó la tortura todo lo que pudo y luego huyó. Encontró el mar, mientras lo perseguían, y al mar se arrojó. Le cuento esto, señorita, porque en estos momentos nos dirigimos a

Mecánicamente encendió un cigarrillo y fumó con lentitud.

—¿Y qué opina, capitan?

—No me agrada expresar mi opinión, señorita. Yo diría que se trata de un hombre distinto de los "relegués" y "libértés" comunes, que son la escoria del bajo fondo francés. Pero puedo equivocarme. Si las autoridades francesas de Cayena o St. Laurent se enteran de que lo hemos recogido, puede usted verse en dificultades y sus planes sufrirán un trastorno.

—¿Se muestra violento el hombre?

—Nó; sólo débil e histérico.

—¿Podré verlo, si le hablo dulcemente?

—Señorita, un tigre se amansaría si le hablara usted con dulzura.

Roxane sonrió, moviendo su cabeza reprobadoramente.

—Nada de lisonjas, capitán. Hágalo traer aquí y veré lo que puedo obtener de él.

—Lo haré venir.

Arreglaron algunos asuntos del día y luego el marino levantóse y salió. Después que se fué, Roxane abrió un cajón del escritorio y sacó una instantánea, evidentemente tomada abordo del yate, que representaba a un hombre y un muchacho caminando por cubierta. El hombre parecía hablar, mientras el muchacho sonreía.

Tenían ambos aspecto distinguido, vesti-

dos con traje de sarga azul, las cabezas desnudas al viento. Al mirarlos en la fotografía, nadie hubiese creído que eran prisioneros abordo, ni imaginado remotamente que estaban atados. Pero muchos miles hubiesen reconocido en ellos a Sexton Blake y a su asistente Tinker.

Roxane estudió las facciones del hombre durante un momento; luego movió la cabeza con expresión intrigada.

—Quisiera comprenderte — murmuró — Fuiste y eres un enigma para mí ¿Por qué no te fuiste cuando tenías oportunidad para escapar? Pienso que harías en las presentes circunstancias... Pienso...

De pronto, al oir ruido de pasos en el caminero de caucho que había fuera del salón, guardó la fotografía.

—No importa lo que pienses — murmuró con un dejo de irritación en la voz — Nunca volverás a cruzarte en mi camino, ni te opondrás a mi voluntad

¡Cuán equivocada estaba!

Las palabras fueron murmuradas por Roxane al ver la figura que apareció en la puerta, sostenida por Foster y Cameron.

Había poca semejanza entre el ser que Roxane veía y la salvaje criatura que Camerón y sus hombres habían sacado del mar. Entonces estaba empapado en agua salada, tenía el rostro cubierto de basura, la barba enmarañada, los ojos llenos de frenético terror.

Ahora estaba afeitado y el cutis color caoba de sus pómulos contrastaba con el blanco de la barba, mejillas y garganta, donde había sido afeitado. Estaba vestido con un traje de franela blanca y camisa de tennis, de Cameron; pero aunque el segundo era delgado, las ropas le colgaban al otro en pliegues sueltos. Los ojos del hombre color castaño obscuro, parecían casi perdidos en la profundidad hueca de las órbitas y desde aquella profundidad miraban a Roxane como los de un animal capturado. Sobre los huesos faciales, el cutis estaba tirante y los huesos de las manos se veían distintamente a través de aquella piel estirada; tenía la boca abierta, mostrando los dientes.

Aquel hombre debía haber padecido, hambre, privaciones de toda clase; era una personificación de todos los sufrimientos humanos.

No bien entró, su mirada quedó fija en la joven. Ella le sonrió bondadosamente, haciéndole señas de que se acercara. Los labios del hombre iniciaron un movimiento convulsivo, como si quisieran responder a aquella sonrisa; veíase que luchaba para convencerse de que aquella maravillosa criatura no era una visión de su enloquecido cerebro.

Sus ojos se apartaron de Roxane y tembló de piés a cabeza, cuando el capitán y Cameron trataron de hacerlo avanzar. Las miradas del desdichado vagaban por el lujoso salón, se dirigieron hacia la puertas de vidrio que conducían al corredor bañado de sol Todo aquello lo turbaba mucho. Doce horas antes se hallaba en un infierno de inmundicia y de horror y ahora... esto.

Movió la cabeza de un modo que hizo acudir lágrimas a los ojos de Roxane.

—¡Desdichado! — murmuró ella otra vez ¡Cuanto debe haber sufrido para llegar a esto! Y no es viejo... apenas tendrá poco más de treinta años, me parece; pero cualquiera le daría sesenta ¿Qué le habrán hecho? ¿Qué le habrán hecho?

Se levantó tranquilamente y avanzó hacia él. Los ojos del hombre se habían vuelto a fijar ahora en los suyos, como si bebiera sedientamente la sonrisa que dibujaban sus labios. El capitán Foster se lo hubiese impedido; pero la jóven le dijo una palabra en voz baja. Luego extendió ella su mano y la colocó en el brazo del hombre, pasándosela suavemente por la manga, mientras seguía sonriéndole. Después le dijo:

—Ha estado usted enfermo. Todavía se halla débil. Pero está entre persona que lo cuidarán. Se encuentra seguro... completamente seguro. Si quiere hablar, puede hacerlo; si desea guardar silencio y descansar, lo mismo.

Como en un sueño, el hombre se dejó conducir por Roxane hasta el bajo sillón de cuero que había cerca del escritorio. El mismo no se dió cuenta del profundo suspiro que se le escapó al hundirse en los blandos almohadones. No se dió cuenta cuando el capitán Foster y Cameron se apartaron; no advirtió que Roxane le dijo rápidamente a Cameron.

—Tráigame un poquito de brandy, con una gota de soda y angostura. Se quedará tranquilo ¿Es francés?

—Francés; pero entiende perfectamente bien el inglés, señorita... Parece hombre educado.

—Entonces le hablaré en francés. Quédese cerca, capitán; pero déjele un momento solo conmigo.

El capitán pareció dudar un poco sobre la prudencia de aquella determinación; pero se le hubiera ocurrido tanto discutir las órdenes de Roxane como saltar desde el puente a la luna. Se limitó a saludar y retirarse; pero tuvo buen cuidado de quedarse cerca, en la antecámara cubierta por alfombra de caucho.

Cuando Cameron hubo traído el vaso de brandy que Roxane le había pedido, fué despedido también; luego Roxane acercó el vaso a sus labios, bebió un pequeño sorbo y, con otra maravillosa sonrisa, se lo ofreció al pobre diablo del sillón. El trató de agarrarlo; pero su mano temblaba tanto que ella conservó el vaso entre sus dedos.

—Permítame ayudarlo — le dijo dulcemente, en francés — Un poco por vez. Esto es bueno ¿no?

Los ojos del hombre expresaron gratitud. Sus labios se movieron y ella le oyó murmurar.

—Merci; pero mademoiselle, ¿es usted un ángel o una mujer? ¿Es esto real?

Ella se echó a reir dulcemente y se sentó; pero teniendo buen cuidado de no perderlo de vista.

—Es muy real, mon ami — contestó con ligereza — Usted ha estado enfermo; pero convénzase de que ahora está entre amigos. Se halla seguro,.. seguro. Cuando quiera decirme porque estaba nadando tan lejos de tierra...

Al oir esta palabra, el hombre lanzó un grito ronco y extendiendo una mano agarró a Roxane con extraordinaria fuerza, con un espasmo de miedo.

—¡Tierra! No, no, no, mademoiselle, nunca más me lleve a tierra.

—¡Chit!... No volverá usted a pisar tierra hasta que lo desee. Nadie le hará a usted daño aquí.

Brotaron lágrimas de los ojos del hombre. De algún modo pareció penetrar en su embotado cerebro la idea de que aquello era real, de que había llegado a un puerto seguro, cuando había creído nadar hacia la muerte. Una luz bendita penetró en ese instante en su mente y de pronto empezó a hablar...., rápida, brusca, incoherentemente; pero contando asi mismo una historia que Roxane podía seguir.

Era la historia de un crimen, cometido en Francia. Una jóven esposa había sido muerta de un balazo y él, su marido, acusado de aquel asesinato, aunque juraba que era inocente. Su próspera carrera había sido arruinada — era médico según dijo — por una fuerza intrigante que nunca pudo descubrir.

Una sombra de duda sobre su culpabilidad hizo que se conmutara la sentencia de muerte por la de presidio perpetuo en la Isla del Diablo. Hacia diez años de eso; luego por alguna razón desconocida para él, le habían permitido dejar la Isla del Diablo y pasar al continente, a Cayena. Allí se convirtió en un "libéré", es decir que estaba obligado a vivir en el continente un espacio de tiempo igual al que había pasado en la Isla del Diablo.

Un "liberé", un licenciado de presidio...

Ella sabía lo que aquello significaba. El capitán Foster había tratado de explicárselo; ella se había enterado otro poco por los libros.

Conocía el horror repelente de aquella vida; se le había hablado de los pobres diablos, medio muertos de hambre, semi-locos, que vagan día y noche, comiendo aquí y allá bocados corrompidos, aceptando cualquier trabajo que se les ofrece; de la espantosa esclavitud que existe cuando son arrendados por agentes ilícitos, que los pasan a los negros y mestizos por un salario; de los horrores que es imposible contar; pero que ella vagamente presentía hasta donde su conocimiento del mal le permitía llegar.

¡Horrible!

Era la odisea de un alma que había pasado por el infierno en la tierra, la que Roxane escuchaba. Cuando el hombre terminó, corrían lágrimas por sus mejillas y ella no sintió vergüenza de encontrarse ante él, rodeándole los hombros con sus blancas manos y murmurándole palabras de consuelo.

Estaba así todavía cuando oyó una tos y volviéndose vió al capitán Foster, parado en el umbral, con expresión de disculpa embarazada en su rostro.

—Lamento molestar, señorita; pero tengo que darle un informe y desearía oir sus instrucciones.

Roxane se levantó; pero puso su mano en el hombro del hombre que estaba en el sillón para detenerlo.

—Bien, capitán.

—Una lancha automóvil viene hacia nosotros desde la costa. Parece que tiene intenciones de atravesarse delante de nuestra proa. Si nos indica que nos detengamos ¿le haremos caso?

—¿Cree usted que...?

Hizo un gesto casi imperceptible hacia el náufrago.

El capitán asintió con la cabeza.

—Es muy probable. Hay teléfono a lo largo de la costa.

Hasta ahora el infeliz había permanecido tranquilo bajo la suave mano de Roxane, pensando probablemente que la conversación se refería a algo concerniente a la rutina de aquel maravilloso barco. Pero ahora, al oir mencionar la costa — la cote — empezó a temblar y lanzando un grito de terror, saltó del sillón y se arrojó a los piés de Roxane, abrazando con frenesí su blanca pollera.

Ella lo tranquilizó prontamente.

—¡Chit!... ¡Tranquilícese! ¿No le he asegurado que nadie puede hacerle daño? ¿Qué aquí está seguro?

Luego miró al capitán.

—Llame al señor Cameron y que acompañe a nuestro amigo hasta su camarote, haga el favor. Que Cameron se quede con él ¿Podrá hacer esto y volver aquí?

—Si, señorita. Cameron está ahí afuera.

Roxane tuvo que usar nuevos argumentos y seguridades para persuadir a su protegido de que nada tenía qe temer del nuevo giro de los acontecimientos; al fin se dejó llevar y cuando se hubo retirado, Roxane volvió a sentarse delante de su escritorio y abriendo el cajón de arriba sacó un pequeño revólver con mango de nácar y funda de cuero estampado que pendía de un cinturón. Abrochando ésto en derredor de su cintura, encendió otro cigarrillo y permaneció sentada, esperando la vuelta del capitán.

—¿A qué distancia está la lancha, capitán?

—Como a media milla ahora, señorita.

—Entonces iré al puente con usted.

—A sus órdenes, señorita.

—¿Estamos dentro del límite de las tres millas?

—Ya he dado órdenes para pasar la línea, señorita. Estamos fuera de ella ahora.

—Muy bien. Veremos qué aspecto tiene esa lancha. Daré órden, si hay qu virar o no. Si digo, adelante, vea que se haga a la velocidad máxima.

—¡Ay! ¡Ay! señorita.

La lancha, que estaba casi inmóvil en la oleosa superficie del mar, era un gran bote costero, provisto de motor marino, una fea embarcación, pintada de negro tripulada por mestizos de aspecto patibulario y con un su-

El hombre de la Isla...

per-trunan en el timon. Este individuo era un mestizo gordo, que estaba parado en la popa, cuando Roxane llegó al puente. El individuo agitaba un paraguas blanco haciéndole señas al yate que se detuviera.

Roxane se fijó que la Bandera Roja flotaba en su palo a popa y la enseña del Royal Canadian Yacht Club en el palo mayor de su yate. Luego examinó la tripulación de la lancha con sus anteojos, bajó estos se encogió ligeramente de hombros y preguntó a Foster:

—¿Estamos fuera de las tres millas, capitán?

—Si, señorita, bien afuera.

—Entonces no hay motivo para que hagamos caso de un bote tripulado por gentuza. ¡Adelante!

De modo que el sorprendido mestizo se quedó echando maldiciones mientras que el hermoso yate blanco se alejaba desdeñosamente.

III

EL 206

El señor Gastón Doubois estaba sentado revisando un montón de papeles, finos y amarillos, en su pequeña oficina, al frente del grande y ruinoso almacén, situado en la costa de St. Laurent du Moroni.

Era un día caluroso y aunque el señor Dubois era pequeño y delgado, parecía sentir el calor tanto como si cargara con un exceso de kilos que, afortunadamente, no poseía. En un rincón de la pieza había un ventilador eléctrico, de esos que mueven alrededor sus paletas agitando el aire sin refrescarlo. Cuando hace calor en St. Laurent ningún ventilador construído por manos humanas es capaz de aliviar el peso del aire húmedo y pegajóso.

Sin embargo, aunque el sudor chorreaba por sus mejillas color caoba y penetraba por su recortada barba negra, aunque llevaba sólo un par de pantalones, manchados, de algodón y una camisa empapada, abierta en el cuello, el señor Dubois parecía igualmente insensible al calor o al alivio del ventilador. En realidad estaba tan absorto en el exámen de aquellas hojas amarillas que apenas se daba cuenta de lo que lo rodeaba.

El gran almacén estaba silencioso. De la costa llegaba el ruido de un montacargas, mientras un vapor costero descargaba unos cuantos bultos, sobre los cuales se había precipitado un grupo de hambrientos "libérés", como una manada de lobos. Aquellas changas son muy raras en sus miserables existencias y con un montón de hombres para hacer un trabajo que uno solo, bien alimentado, podría ejecutar fácilmente, la competencia era feróz.

Fuera de aquella señal de actividad, toda la costa estaba solitaria, quemada por el sol de las primeras horas de la tarde.

La ciudad dormía, desde los barrios bajos, donde se amontonaban negros y convictos, hasta las casas de los pocos comerciantes y oficiales en la llamada colina. Solamente el señor Dubois, demostraba energía a semejante hora; y esto era por la sencilla razón de que no podía elegir tiempo mejor para el exámen de aquellos papeles amarillos.

Ostensiblemente, el señor Dubois era exportador de caoba y azúcar. Gozaba de cierta consideración entre la población oficial francesa, porque tenía Contrato con el Gobierno Francés para cortar toda la caoba que pudiera de los ilimitados bosques que se extendían hasta lo desconocido y hasta el punto que el trabajo de los "libérés" lo permitiera.

Allí estaba el secreto de esos papeles amarillos.

En la colonia penal francesa de la Isla del Diablo, que está cerca de la costa de la Guayana Francesa y no lejos de la Guayana Británica, el número de convictos es relativamente poco numeroso, si se le compara con la cantidad de "relegués" y "libérés" que existe en el continente. Se ha dicho que la suerte de un hombre en la isla es todo lo terrible que humanamente se puede concebir; se ha escrito que la suerte de los "relegués" (criminales reincidentes que han sido sacados de las prisiones de Francia y enviados a trabajar en los bosques de la Guayana Francesa) es infinitamente peor; y se ha afirmado que, comparada con estas dos, la existencia de los pobres "libérés" (convictos que han cumplido su sentencia en la isla y ahora tienen que pasar igual número de años en el continente, viviendo como puedan) es un infierno.

Son esos miles de "relegués" y "libérés" criaturas degradadas física y mentalmente en su mayoría, con almas de condenados. Viven en los bosques, fétidos y húmedos, tratando de ganarse un mísero sustento, fácil presa para quien esté dispuesto a manejarlo ante el caño de una pistola o a latigazos.

Es natural que se haya extendido un tráfico ilícito de compra y venta con esas criaturas... un tráfico al que hacen la vista gorda las autoridades porque saben que si se suprimiera ocurriría algo peor.

Sin embargo, tratándose de comerciar con carne humana, sólo los hombres del tipo de Gastón Dubois, tienen estómago para ellos. Pero si alguien es capaz de soportar la vista, los olores, el horror de todo eso,... puede ganar mucho dinero.

Los mestizos, los comerciantes mezquinos, los contratistas y también los negros, prefieren el trabajo barato de los convictos. Y si es trabajo de blanco tanto mejor. Es cosa buena, cuando se tiene sangre negra en las venas, matar a palos o latigazos a un blanco, aunque cueste dinero conseguir otro para reemplazarlo.

Y cada una de las hojas amarillas que el explotador de convictos examinaba, era un alma enviada a un purgatorio más profundo; significaba una suma de dinero, que iba de cincuenta a quientos francos. Cada una representaba un buen beneficio para Gastón Dubo'

El cacique se apartó a un lado y se detuvo. Blake levantó la linterna de modo que su luz cayó sobre el hombre colgado de las muñecas.

Cada día el contratista examinaba los papeles donde estaban anotadas las últimas transacciones hechas por sus sub-agentes; cada tarde, a la hora de la siesta sumaba totales (deduciendo las cantidades que tenía que pagar por comisiones) para sacar una cuenta exacta de sus beneficios. Era un gran negocio, en verdad, y que llevaba a la cuenta secreta del señor Dubois, en el banco, más ingresos que su negocio en caoba.

Había otros en St. Laurent, en Cayena y otros sitios que se dedicaban al mismo negocio; pero Gastón Dubois era el más importante. Era él quien tenía derecho de elección entre "relegués" y "liberés"; quien decía "sí" o "no"; tenía sub-agentes diseminados por toda la costa y en el fondo de los bosques, los cuales lo informaban de las necesidades de los campamentos o de la urgencia de reemplazar unos seres humanos por otros. Porque la mortalidad era elevada.

Para toda esa extensa organización era muy raro que alguno de sus agentes viniera a buscarlo a su pequeña oficina de la costa. A pocas millas de la ciudad había una choza, habitada por una negra, picada de viruela, que era el lugar de cita cuando Dubois tenía necesidad de comunicarse personalmente con sus hombres El único que gozaba de permiso para acercarse a su oficina era un viejo mestizo, que tenía más años en el negocio de los que podía recordar cualquier habitante de St. Laurent du Maroni y que hubiera podido manejar la riqueza que Dubois había acumulado, de poseer la inteligencia de Dubois, así como su crueldad y su astucia.

Pero aquel día, cuando Dubois concluyó sus cuentas y pensaba dirigirse al Círculo Nacional para tomar una bebida helada, oyó pasos en la angosta escalera.

Instantáneamente alzó la cabeza y dilató las narices como un sabueso que husmea el rastro. Pensó que conocía todos los pasos que subían aquella escalera a cualquier hora del día; pero éste, ciertamente, era extraño.

Con rápido movimiento, Dubois abrió un cajón y guardó dentro los papeles amarillos. Un momento después metió una pistola automática en su bolsillo. Cuando golpearon la puerta estaba examinando un ejemplar del "Journal" de París, que tenía tres meses de atraso.

—¡Entrez!

Dijo esto sin levantar, al parecer, la cabeza; pero cuando sonó el pestillo y la puerta se abrió, vió en un espejo colocado cuidadosamente frente a él, la figura de un mestizo grandote. En seguida se tranquilizó y dando vuelta la cabeza empezó a hablar en voz baja, lanzando una sarta de maldiciones.

—¡Imbecile! — dijo con desdeñosa suavidad — ¿Por qué no me contestas? ¿Cómo te atreves a venir a esta hora del día... a ninguna hora?

El mestizo estaba recostado contra la pared, bañado en sudor; pero no de calor, si no de miedo. Su mirada era temerosa; pero no se le ocurrió protestar que, desde que había entrado, no le dejó Dubois oportunidad para hablar; ni hasta aquel momento se le había preguntado los motivos de su venida.

—Señor — tartamudeó el mestizo — lo que ha ocurrido me hizo pensar que debía verlo a usted enseguida. Traté de encontrarlo a Jorge — el viejo diablo que actuaba como agente principal — pero se había marchado al interior.

—¡Cuanto gasto de palabras para no decir nada! Dime lo que te trae aquí o te haré desear no haberte presentado nunca en St. Laurent a esta hora del día.

—Señor, disculpe. Hablo. Se trata del 206.

—Se trata de...

Pero Dubois se interrumpió súbitamente y medio se levantó de la silla. Echóse hacia atras, moviendo la boca; pero las palabras no acudían. Por último logró articular un gruñido, desatar sus cuerdas vocales.

—¡El 206! — pudo decir — ¿Qué hay con él? Habla, hijo de perra, si no quieres que te arranque el corazón.

—¡Se ha...ido, señor!

—¡Ido!

El contratista pareció a punto de sufrir un ataque. Su rostro adquirió un tinte grisáceo, los músculos de su mandíbula se movían convulsivamente, cerraba y abría las manos, como garras obscuras y sucias. Por último logró dominar suficientemente su ira para hablar con una especie de calma siniestra.

—Has venido aquí. Dices que el 206 se ha ido ¿Qué quieres significar? ¿Qué ha muerto? No, no, no. En ese caso no dirías "se ha ido" ¿Qué ha sido de él? Si crees que eres capaz de explicar algo sencillamente, con esos espesos labios tuyos, hazlo. Si no puedes, te prometo que te dejaré seco de un balazo, ahí donde estás.

—Señor ¡se ha... escapado! Tenga paciencia, que me explicaré. El señor sabe que

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

el 206 me fué enviado con órdenes especiales. Las cumplí fielmente. Jorge puede decirle que lo he informado regularmente y que él mismo fué al campamento a visitarlo. Estaba contento. No podía haber durado mucho. Era un saco de huesos. Su mente divagaba. Todo lo más que podía vivir eran unos días.

—Nom d'un chien ¿quieres seguir? —casi gritó el furioso contratista.

—Seguiré señor. Anteanoche me avisaron que faltaba. No podía haber ido lejos. Inmediatamente organicé una batida en los bosques. Tenemos perros y con ellos le seguimos el rastro toda la noche. El rastro conducía a la costa. Como logró llegar hasta allí, como pudo hacer una distancia de diez y seis kilómetros o más, no lo sé. Pero la hizo y cuando llegamos allí un negro nos informó que un hombre que correspondía a nuestra descripción y parecía "relegué" o "libéré" había entrado en el agua y empezado a nadar mar afuera.

Se detuvo y movió su cabezota, como si aún ahora no pudiera dar crédito a semejante cosa. Pero la mirada asesina de los ojos del contratista lo volvió a su relato.

—Tomé medidas enseguida, señor. No teníamos bote a mano; pero como estaba cerca del amanecer, pudimos dirigirnos por la playa hasta la aldea de pescadores de St. Briac. Nos costó mucho conseguir bote, señor; pero al fin lo logramos y cuando estabamos dispuesto a buscar el cadáver o a cercionarnos que había sido pasto de los tiburones — porque sabía que el señor exigiría pruebas — vino un negro a decirnos que había visto a un hombre nadar mar afuera y que lo había recogido un barco blanco que pasaba.

—Señor, le juro por todos los santos, que miré entonces mar afuera, como el negro decía, vi un barco blanco, un hermoso barco, señor ¿Qué hice entonces? Me emberqué en el bote y me dirigí al barco para reclamar lo que era nuestro.

Llegamos pronto a él y, parado a popa, agité mi paraguas para llamar su atención.

Gastón Dubois levantó la mano reclamando silencio. Lentamente abandonó su silla, viéndose así cuan pequeña era su estatura, comparada con la del hombre grande que estaba junto a la puerta. Dirigiéndose al armario, lo abrió y sacó una botella de coñac viejo. Se sirvió una fuerte dosis del licor, bebiéndosela íntegra. Luego cerró el armario con llave y dándose vuelta enseñó los dientes con sombría sonrisa.

—Así que viste el hermoso barco blanco ¿eh? — preguntó dulcemente — ¡Y no satisfecho con haber dejado escapar a un hombre que ya estaba muerto... un hombre que pudo atravesar diez y seis kilómetros durante la noche, por entre bosques y pantanos — ¡Ja! ¡ja! fuiste en el bote y agitaste el paraguas! Y qué más hiciste mi bueno y gros Jean?

—¡Pero... pero... señor!... ¡No hicieron caso!

—¿Esperabas que se detuvieran y te invitaran a subir abordo? ¿Creiste que te pertenecería un dejeuner especial? ¿Te decepcionó que no te hicieran sentar debajo de la toldilla y te sirvieran un aperitivo helado? Ya que viste tanto, mi buen gros Jean ¿puedes decirme si viste algo al venir aquí?

—Pues sí, señor. Vi el mismo buque en el puerto.

—¡Ah! ¡Espléndido! Vió el mismo buque en el puerto ¿Y sabes quien viene en ese barco, mi bueno y gros Jean? ¿No? Te lo diré. Una dama muy rica, con cartas para el gobernador de la colonia ¿Comprendes eso? ¡Y tú con tu viejo y loco paraguas pensabas detener a semejante barco y preguntarle si no tenían por casualidad un "libéré" escapado abordo!

El hombre grandote se extremeció. Sabía que nunca era más peligrosos Gastón Dubois que cuando adoptaba aquel tono suave y burlón. Se contaban historias de cosas ocurridas en la profundidad de los bosques, que hacían a los hombres darse vuelta y mirar hacia atrás cuando el sol se hundía y la obscuridad penetraba entre los árboles. Pero, por el momento, el contratista parecía haberse olvidado del otro. Dejándose caer en una silla, frente al escritorio, sepultó la cabeza entre las manos y se sumió en sus pensamientos.

No podía haberle traído un informe mas grave. El N. 206 era un "libéré" especial; o por lo menos había que pensarlo así, a juzgar por la crecida suma que había recibido Dubois, junto con una carta anónima dándole instrucciones explícitas sobre lo que debía hacer con el ex-penado.

Ignoraba Dubois que había detrás de aquello. Alguna intriga en los altos círculos sociales de Francia, imaginaba. Lo que sabía era que el 206 había sido condenado, por asesinato de su esposa, a la guillotina, que luego le habían conmutado la sentencia por prisión perpetua en la Isla del Diablo, que lo habían sacado de la isla al cabo de diez años y que había desembarcado en el continente como "libéré".

Casi inmediatamente llegó a Dubois la carta con la gran suma. Obró enseguida. Se hubiera encargado de cien "libérés" por esa cantidad. Se le pedía que enviara al 206 al peor campamento posible, entre los "relegués", que se le matara a fuerza de privaciones; pero no por medios físicos; que no se le fuera dejar escapar.

¡Y ahora se había ido! ¿Decía aquel mestizo imbécil la verdad cuando contaba que el fugitivo había sido recogido por el blanco yate, que había anclado en el puerto la noche antes? ¿Era posible que un hombre en sus condiciones mentales y físicas hubiera podido recorrer diez y seis kilómetros entre bosques y pantanos, durante la noche, sin alimento, y luego lanzarse al mar y nadar varios kilómetros más en aguas infectadas de tiburones? Si eso era verdad, los cerdos podían volar. Por otra parte, suponiendo que fuese cierto... Si el hombre estaba abordo del yate ¿qué había contado de sí mismo? Ciertamente los del yate no habían mencionado el incidente a su llegada al puerto

El hombre de la Isla...

¿Qué había detrás de todo aquello? ¿Que clase de prenda, en que clase de gran juego era el 206? ¿Y quién era aquella fría belleza, de cabellos cobrizos que traía cartas para el gobernador? ¿Eran la fuga y la salvación un plan concebido de antemano?

Si era así ¿quién había ayudado a escapar al 206?

Había algo en aquel asunto que lleno de ansiedad el corazón de Dubois; comprendiendo que pisaba terreno muy peligroso decidió que lo mejor era mandar inmediatamente al mestizo a su campamento. Le hablaría con más bondad por miedo que el hombre, asustado, abriera demasiado grande la boca.

—Muy bien, mon bon et gros Jean — dijo alzando tranquilamente la cabeza — Estoy seguro de que hiciste todo lo posible. Vuelve a tu campamento ahora; pero, por el camino, ve si puedes avisarle a Jorge que venga aquí enseguida. Entretanto, tomaré mis medidas para ver si el 206 está abordo del yate blanco.

—No hay ninguna necesidad de que se moleste, señor Dubois — dijo una voz fresca, ligeramente ronca, desde la obscuridad del hall — Estoy aquí para darle todos los informes que necesite y... para solicitar algunos.

El meztizo saltó a un costado como si lo hubiesen pinchado con un clavo de acero. En cuanto a Gastón Dubois pareció paralizado en su asiento contemplando una visión de belleza femenina que nunca hasta entonces había iluminado aquella guarida de malos intentos.

IV

EN EL BOSQUE

Ningún grupo de hombres podía haber congeniado más o estar imbuído del espíritu de camaradería que la pequeña partida que constituía la expedición Franco-Británica a la Guayana.

Eran, entre todos, ocho europeos, todos especialistas en algo. En honor al país cuyo territorio exploraban, había sido nombrado jefe de la expedición un francés, el comandante Marcel Forres, Caballero de la Legión de Honor y conferencista de la Sorbona sobre la Etnología de las razas sud americanas.

El segundo, en mando, era el profesor William Ferguson, del Instituto de Enfermedades Tropicales, de Londres; los demás eran Sexton Blake, que realizaba un estudio sobre la fabricación de venenos secretos por los indígenas, con una maravillosa variedad de substancias vegetales y animales, el profesor Gregory, británico, y el profesor Colbert, francés, quienes trabajaban juntos en una clasificación de los árboles y arbustos mayores de los bosques de la Guayana; un geólogo, un mineralogista y un bacteriólogo que trabajaban, en parte con Ferguson y a veces con Sexton Blake. Ocho hombres que, en las pocas semanas que hacía habían partido tierra adentro, desde Cayena, habían pasado trabajos suficientes para probar el temple de cada uno y para profesarse mutuo respeto.

El campamento permanente hallábase situado en un pequeño claro, cerca del río Cunimarca, encima de las hermosas cascadas del mismo nombre. Más allá, en las profundidades del bosque, formado por árboles gigantescos, — caoba, palo santo y muchos "retoños" de trescientos piés, aún no clasificados — había un campamento secundario; media milla más alto que el de Cunimarca, se hallaba situado un segundo puesto secundario, utilizado principalmente por Blake, Gifford el mineralogista, Pearsons, el geólogo, y Field, el jóven bacteriólogo.

El personal permanente del campamento, obreros, trepadores de árboles y coleccionistas de ejemplares, estaba formado de una docena o cosa así de "relegués" y "libérés" reclutados en Cayena, con veinte o treinta — el número siempre variaba — de indios, que se usaban exclusivamente para trabajar en el bosque y en el río.

Los "relegués" y "libérés", eran hombres de avería, asesinos, ladrones gente de quien no se podía confiar, que necesitaban ser vigilados noche y día y que hubieran desvalijado el campamento al menor síntoma de debilidad entre las autoridades. Apesar de todo, hubieran intentado algo por el estilo a no ser por la incesante vigilancia ejercida sobre ellos por dos guardias armados hasta los dientes, uno un gigantesco ex-soldado británico, a quien Sexton Blake había hallado en Demerara, cuando se dirigía a la costa y que había acompañado ya a otros expedicionarios en la Guayana y el otro un marinero francés, que había herido en pelea al piloto de su barco, ganando luego el monte.

No era un equipo muy recomendable, en muchos sentidos; pero no puede conseguirse otra cosa en un sitio que sólo está civilizado en la costa, si puede existir civilización en aquel ardiente infierno, elegido por Francia para enviar a sus peores criminales.

Sin embargo, el pequeño cuerpo de sabios realizaba sus trabajos tan alegre e imperturbablemente como si se hubiesen hallado en sus laboratorios de París o Londres. De los trabajos actuales, el más espectacular y el más pintoresco era el forestal.

Había que estirar bien el cuello desde el suelo para ver los gigantescos árboles que se elevaban, rectos como flechas, y terminaban en amplias bóvedas verdes, que hacían pensar a veces en el techo de una vasta catedral.

Pero cuando se arrojaban cuerdas hacia las ramas más altas y los indios trepadores armaban una especie de columpio para estudiar de más cerca las hojas, se distinguía, más arriba aún, un segundo techo, desde donde los viejos patriarcas de la selva miraban desdeñosamente a sus "retoños".

También, desde el atrio de la catedral, debajo, veíanse solamente formas grises, a través de los claros ocasionales por donde penetraba la luz del sol o se oía el áspero

chillido de los loros y guacamayos; pero, en un punto de observación ventajoso, podía observarse un despliegue extraordinario de vivos colores cuando el sol ponía en cada pluma su maravilloso brillo.

Pero igualmente útil era el martillar piedras del mineralogista o del geólogo, la disección de insectos por el bacteriólogo; las lentas clasificaciones del botánico o los pe-

dice a su conocida y autorizada monografía sobre venenos raros, que había publicado hacía algún tiempo. De ahí el modo urgente como había resuelto los casos de mayor importancia en Londres, dejando los menores a cargo de su joven ayudante Tinker, a fin de no perder oportunidades.

Durante los prilmeros diez días, las actividades habían sido, por decirlo así, preli-

"El No. 205" — exclamó Dubois — ¿Qué le pasa? Hable, hijo de perra;

ligrosos experimentos, hechos con venenos desconocidos, por el famoso detective privado de Londres, Sexton Blake.

Aparte de la esperanza de contribuir a los resultados generales de la expedición — se había sentido particularmente honrado cuando se le invitó a unirse al grupo de sabios — el famoso criminalista esperaba recoger importante material para un apén-

minares: elegir sitios para los campamentos, desempacar los instrumentos científicos y organizar el trabajo. Iuego cada uno se había dedicado a su tarea, estableciéndose una rutina que esperaban duraría siete u ocho semanas, a menos que no fueran desalojados antes por las lluvias.

Entregado al estudio que tanto le interesaba, Blake dedicaba pocos o ningún pensa-

miento a los asuntos criminales. Su atención pocas veces se dirigía, en abstracto, a ellos y ciertamente hubiera sido el último en admitir la posibilidad de que un asunto criminal o misterioso interrumpiera su ocupación actual ¡Poco sabe, en verdad el hombre, lo que el Destino le reserva!

Los primeros síntomas de semejante cosa aparecieron una noche en que Blake, acompañado por Field, el jóven bacteriólogo, iba por la orilla del Cunimarca, en dirección al campamento principal.

Había sido un buen día de trabajo; estaba contento de los resultados y particularmente interesado en las propiedades coaguladoras de la savia, exudada por cierta planta que el profesor Gregory le había mandado. Blake tenía esperanza de que aquella savia, que se endurecía rápidamente, pudiera ser la base de uno de los venenos indios, cuyo secreto trataba de descubrir. Hablaba de esto con su compañero cuando divisaron el claro.

En el bosque próximo ya había desaparecido la luz del día; a la orilla del río se veía aún un espacio iluminado, una garganta cortada entre el denso matorral que llegaban casi a cada orilla, tajada a pico, y crecía hasta cerca de la cabeza. En el claro había solo una media luz, que la obscuridad podía tragarse en cualquier momento y vieron que el farol de petróleo del campamento había sido encendido.

A primera vista distinguieron varios hombres, vestidos con trajes tropicales y delgados, color kaki, parados cerca de donde colgaban los dos faroles y al parecer absortos en lo que decía otro hombre, de pié frente a ellos.

Blake reconoció a este último individuo; era Pilcher, el capataz de la expedición, a quien había tomado en Demerara. La actitud del grupo y la del hombre les sugirió que algo grave pasaba, y Blake se lo dijo a Field, mientras apresuraba el paso.

—Así parece, Blake ¿Qué será?

—Alguna dificultad con los hombres, imagino. He notado cierta agitación entre los "relegués" y "libéres", desde antes de anoche. ¿No advirtió algo usted?

—Nada de particular, excepto que oí a dos de ellos hablarle con insolencia a Martín.

—No lo veo aquí con Pilcher.

Ya estaban junto al claro y al verlos, el grupo se volvió a ellos. Pilcher, que era quien había estado hablando — y que a pesar de no ser Blake el jefe de la expedición parecía siempre esperar sus órdenes — interrumpió su discurso. En el centro del grupo se hallaba el profesor Fergusson, un hombre grande, viril, muy diferente de la concepción popular de un sabio. Llamó a Blake con una voz de toro que había hecho extremecer más de una vez los salones de conferencias.

—¿Qué le parece, Blake? Dice Pilcher que todos los mestizos "libérés" y "relegués" se han marchado, llevándose buena parte de nuestro material. Debe haber estado todo pronto de antemano, porque lo hicieron en menos de diez minutos, antes de que se les reuniera para las raciones de la tarde.

Blake comprendió la gravedad de la noticia. No había sido tarea fácil reclutar gente práctica para ir a la "jungle", aunque el trabajo de los expedicionarios estaba mejor pagado, gozaban de mejor alimento y vivían en condiciones infinitamente superiores a la esclavitud que sufrían bajo la férula de los contratistas que explotaban la caoba.

Se habían visto obligados a aceptar lo que se les ofrecía; pero no faltaron voluntarios. La dificultad consistió en rechazar a los que no podían ser pagados. Por consiguiente era raro que hubiesen desertado en corporación. Aquel acto había sido cuidadosamente preparado de antemano, como decía el profesor Fergusson.

Blake miró a Pilcher.

—¿Los vió irse Pilcher? — preguntó, dirigiendo su pregunta al profesor

—No Blake Martín era el que estaba a cargo de ellos y yo me hallaba en la tienda, ocupándome de las raciones. Cuando salí, no ví a nadie, excepto unos cuantos indios, que trabajaban en el campamento. Pensé que Martín los habría llevado a otra parte; pero me equivocaba.

—¿Y Martín? ¿Por qué no los contuvo?

Pilcher se frotó una mano contra la pierna y vaciló.

—Pilcher no quisiera arrojar sospechas contra Martín, Blake — dijo Fergusson — Pero parece que Martín se ha ido con ellos, aunque si voluntariamente o no es cosa que no se sabe.

—Fields me dijo que había oído a dos de los hombres hablarle insolentemente a Martín, jefe. De modo que es posible lo hayan llevado contra su voluntad.

—Es posible. Lo que no comprendo es el motivo, Blake. Martín estaba armado. Su deber era detenerlos. Pero, aparentemente, no hizo nada. A menos que se haya ido voluntariamente con ellos, deben haberlo atacado por sorpresa. Lo que me preocupa es el material que se han llevado.

—¿Es importante?

—Bastantes provisiones; pero eso no importa. Se robaron también un par de rifles, como cien cartuchos de municiones y lo que es aún peor, nuestro botiquín más grande.

—¿Los persiguió usted?

—Eso era lo que discutíamos cuando usted llegó. Todos estamos conformes en que hay que recobrar las medicinas y los rifles. Poco importan las provisiones; podemos enviar un mensajero a Cayena y conseguir otro lote de cargadores que nos traiga más alimentos.

Pilcher dice que puede obtenerse más de los indios que de otros y como los necesitaremos, si emprendemos la persecución, es mejor que conferencie usted con su jefe. Deben saber algo del asunto

—Muy bien, profesor. Veré lo que puedo obtener de ellos.

Descolgándose un saco de lona de los hombros, Blake se dirigió hacia la fogata, donde los indios escumarcas estaban reunidos alrededor de una gran olla hirviente.

Otros indios llegaban de los campamentos secundarios; pero el jefe cuya dignidad no le permitía hacer ninguna clase de trabajo, se hallaba sentado sobre una manta, fumando y dividiendo sus miradas entre los hombres y la olla.

Se levantó con magestuosa lentitud al hacerle Blake señas para que se acercara. Dos otros miembros de la expedición hablaban su lengua pasablemente; pero aquel hombre delgado, no solamente la hablaba con facilidad si no que solía converssar con él acerca de su propia tierra, que estaba a muchas leguas de distancia, siguiendo los sinuosos ríos del valle del Esequibo, podía conversar como entendido de los secretos venenosos de las diferentes tribus, del método de oprimir una cabeza humana hasta hacerle alcanzar el tamaño de una naranja y de la legendaria raza blanca que había edificado misteriosas ciudades en el interior, hacía muchas lunas.

Hizo un gesto de respetuosa atención y esperó.

Blake lo miró en silencio unos minutos. No sabía que conocimientos poseerían el viejo jefe y sus hombres del argot del país. Durante años había estado en contacto con los blancos, cambiando oro, piedras semipreciosas y varios productos de la tribu por telas, frazadas, municiones, etc. Había razones suficientes para que entendiera el lenguaje de la costa y era probable que hubiesen oído a los desertores, si estos, sabiendo que se trataba de gente reservada, habían trazado sus planes sin preocuparse que pudieran escucharlos.

Pero nada dirían, ya por temor, ya porque no era asunto de la incumbencia de ellos lo que había pasado entre los hombres blancos y los ex-penados, a quienes miraban con supremo desprecio.

—Habrá alimento en abundancia, esta noche, para tu gente, Gran Jefe de los Escumarcas — dijo Blake al fin.

—Sus vientres han sido bien llenados, hermano — admitió el indio — Los hermanos blancos no dan con una mano y quitan con la otra.

—¿Estáis satisfecho entonces, Gran Jefe?

—Completamente, hermano.

—¿Es porque sus vientres estaban vacíos que han huído los otros, hermano rojo?

Los ojos del indio se encontraron con los del hombre blanco y ninguno de ellos expresaba nada que pudiera comprometerlo. Sin embargo, en las miradas había mutuo respeto y simpatía.

—¿Entonces los hermanos blancos no han despedido a los que se fueron?

—¿Acaso no sabes que no fué así, hermano rojo? No es que sintamos su partida. Eran perros perezosos; pero nos han robado cosas de gran valor y tú, Gran Jefe, sabes bien que no habíamos puestos guardias para cuidar esas cosas que valoramos. Mientras los escumarcas estaban aquí nos sentíamos seguros. Y uno que actuaba de capataz se ha ido con ellos.

Vengo a pedirte ayuda, hermano rojo. ¿Iremos en busca de ellos? ¿O hay alguna otra traición en prespectiva? No han hablado en su enrevesada lengua delante de ti?

El cacique no contestó a Blake; pero, dándose vuelta habló en lengua rápida y gutural a un joven indio, que estaba ocupado en trenzar una cuerda de pasto; era un idioma que Blake no había oído nunca. El joven se puso de pie y señaló cierto punto, en el cinturón de árboles, que ahora parecía una densa pared color púrpura que los separaba completamente del mundo exterior. El joven indio dijo algunas palabras, no más de media docena y volvió a su tarea.

El cacique se volvió a Blake.

—Si el hermano blanco quiere venir solo, yo le mostraré algo. Luego él podrá leer.

—¿Antes de la hora de la comida?

—Yo estoy pronto.

—Espérame un momento, hermano rojo.

Blake se apresuró a volver donde le esperaban los otros.

—Hay algo, profesor. El cacique sabe lo que pasa; pero no hablará todavía. Tiene algo que mostrarme en el bosque. Creo que es mejor que vaya con él.

—Entonces dos o tres de nosotros lo acompañarán. Blake.

—El indio insiste en que vaya solo. Iré. Creo que puedo confiar en él. Hay ciertas razones; llevaré un arma y no iré muy lejos. Si necesito auxilio, dispararé tres tiros seguidos.

En aquel momento, el coronel Forres, jefe técnico, que estaba muy absorto en el lado científico de las cosas para prestar atención al material, — prefiriendo dejar este a cargo del viril e infatigable Fergusson — salió de su carpa y preguntó que ocurría. Cuando se lo explicaron, desaprobó la idea de Blake; pero, en este punto, Fergusson apoyó a Blake como de costumbre y el pequeño francés no tardó en ceder.

Se volvió inmediatamente a su carpa y no pasaron tres minutos sin que se olvidara completamente del asunto.

Blake revisó su automático y se colgó el rifle de Field, por añadidura.

Luego se unió al cacique y guiado por éste se encaminaron al sitio del bosque que había indicado al joven indio. Blake sacó su linterna eléctrica antes de que entraran en un angosto sendero y viendo que su compañero no hacía ningún gesto de reprobación, la encendió.

El indio caminaba tan directamente que Blake casi hubiera podido creer que volvía a visitar un sitio donde ya había estado; pero conociendo, como conocía, a los escumarcas comprendió que el viejo jefe se limitaba a seguir las indicaciones amplias y precisas que le diera el joven indio.

Dando vuelta aquí y allí, anduvieron un trecho que Blake calculó como de cien yardas.

Luego, repentinamente, el cacique se detuvo y se apartó a un lado, señalando, Blake levantó la linterna, iluminando un objeto que colgaba de las ramas más bajas de un árbol joven. Lo que vió no era agradable; pero su deber lo hizo acercarce. Y entonces se explicó el misterio de la desaparición de Martín.

El hombre de la Isla...

Lo habían asesinado, mutilándolo ferozmente, antes de colgarlo por las muñecas y prenderle una hoja de papel sucio en el pecho. Decía el papel:

"Cuidado. Nos vamos; pero volveremos. La hora de los "relegués" y liberés" ha sonado".

V

PELIGRO EN PUERTAS

Después de la comida de la noche, el pequeño grupo de europeos discutía el espeluznante descubrimiento hecho por Blake.

Por alguna razón que no pudieron descubrir, ninguno de los indios quiso tocar el cadáver, ya fuera que existiera superstición respecto al modo como había hallado la muerte, ya que tuvieran temor a los asesinos. No quisieron decir la verdad; ni el cacique los instó a que lo hicieran.

De manera que Blake con Field. Clifford y Pilcher tuvieron que encargarse de traer lo que quedaba del pobre diablo y, tarde de la noche, lo enterraron, junto a una caoba gigantesca como lápida.

Luego discutieron aquel extraño suceso. El coronel Forres, logró apartar suficientemente su pensamiento de los problemas científicos que lo obsesionaban como para escuchar con interés. Los otros estudiaron el asunto desde todos los puntos de vista; pero siempre volvían a la teoría que Blake había expuesto desde un principio.

—Comprendo que un número de traicioneros y criminales "liberés" y "relegués", trate de escapar a las condiciones, que son su lote en este país — observó el detective — Y no puedo condenarlos, porque todos sabemos cuán espantosa es su existencia. Pero, lo que me intriga es que nos hayan abandonado.

Lo que se llevaron no es suficiente para recompensar tan numerosa deserción. Un par de fusiles, algunos tarros de conserva, las municiones y el botiquín no es bastante. Además tienen que hacer muchas leguas de bosque antes de que lleguen al centro más primitivo de civilización y puedan renovar sus provisiones. Pero, supongamos que ese fué el motivo, que los más dominantes entre ellos estaban cansados y deseaban irse a un sitio donde pudieran beber libremente; admitamos que se complotaron para irse a tal hora y tal día, eligiendo el momento en que Pilcher estaba en la cocina y sabiendo que les sería más fácil reducir a Martín. Si así fué ¿por qué no soltaron a Martín después?

Podrían haberse alejado bastante, hasta que estuvieran prácticamente fuera de nuestro alcance. Pero no lo hicieron. Esperaron sólo a hallarse a trescientas yardas de nuestro campamento, donde cualquiera de nosotros pudo haberles oído, donde probablemente los vieron algunos de los indios que regresaban del trabajo a esa hora..

Y asesinaron a Martín del modo más brutal.

Hubo vicio en el modo como lo hicieron; emplearon degenerada crueldad: y también hay en su acto una fanfarronada que me intriga. Lo más insolente es ese cartel que prendieron en la túnica del hombre asesinado. Recordad mis palabras, caballeros: hay algo en el fondo de este acto, algo siniestro, algo que ellos saben y que nosotros ignoramos.

—Estoy de acuerdo con Blake; — dijo el coronel Forres, moviendo su desmelenada cabeza, el mensaje es la clave de todo ¿No opina lo mismo mon cher Fergusson?

El gran profesor estaba fumando una gran pipa y mirando a través de las nubes de humo hacia el cercano bosque. Inclinó la cabeza asintiendo; pero no habló. Los profesores Gregory y Colbert, asintieron también con un gesto. Y podía darse por seguro que Parsons, Clifford y Field estarían de acuerdo con Blake.

Por último habló el profesor Fergusson.

—He estado pensando en lo que expresó usted entre líneas, Blake. Dijo "algo que ellos saben y nosotros ignoramos". Estoy de acuerdo con usted. Pero... ¿qué puede ser? ¿Qué puede pasar lejos de nuestro campamento de que estén enterados esos traicioneros presidiarios y que no haya llegado, ni en forma de rumor, a nuestros oídos?

No puede ser algo muy extendido por el país. Si nuestra radio no se hubiese descompuesto hace dos noches podríamos recibir algunas noticias.

—No aseguraría yo ahora que nuestra radio se descompuso casualmente — observó Blake — Es curioso que el único eslabón directo que tenemos con el exterior haya sido destruído la misma noche que dos de los "liberés" se insolentaron con Martín.

—¿Y nuestro mandadero? — interrumpió Gregory — ¿No debía llegar a Cayena esta noche?

Varios pares de ojos se achicaron súbitamente.

—Es cierto — dijeron uno tras otro — Habíamos olvidado al mandadero. El nos traerá noticias, si hay algo que justifique la deserción.

—Si llega...... — dijo tranquilamente Sexton Blake —Sabemos lo que le ocurrió a Martín.

Fué asesinado para que no pudiera contarnos nada. Pueden matar también al mandadero por la misma razón, si lo encuentran. Caballeros, no puedo quitarme de la cabeza de que hay algo grave en el fondo de esto. Pienso que...

Su observación fué interrumpida por un breve grito de ¡"Alto"! dado por Pilcher. El gran capataz había andado rondando inquieto desde la cocina al campamento general y, aparentemente había visto u oído algo sospechoso. Como un solo hombre, todos se pusieron de pie y miraron. Junto a las llamas del gran fuego, vieron la gran figura de Pilcher mezclarse con la sombría pared del bosque. Luego oyeron nuevamente su voz, en un bajo gruñido, que parecía de alivio, y volvió a aparecer con una pequeña figura a su lado.

—¡El mandadero!

Fué Field quien habló; pero los otros se limitaron a hacer una inclinación de cabeza, observando, mientras Pilcher conducía a su compañero a través del claro.

Field tenía razón. El mandadero había llegado. Era un indio a quien enviaban a St. Laurent una vez por semana a buscar cartas y algunas cosas livianas necesarias, que podía traer en un saco.

Antes que llegara junto a ellos pudieron ver que caminaba como si estuviera desfallecido; pero aquello no tenía nada de particular, porque los mandaderos escumarcas recorren enorme distancia en un día y se pasan una semana sin tomar apenas otro alimento que mate. Más de uno había llegado al campamento en esas condiciones para encontrarse al otro día fresco como una lechuga.

Sin embargo, algo en los movimientos del hombre reveló que padecía más que fatiga. Pero no vieron la razón hasta que, después de un respetuosa saludo, el indio cayó de rodillas y dejó el saco que llevaba a la espalda en el suelo.

Pudo verse entonces, en la carne de la espalda, donde descansaba el borde inferior del fardo, una gran herida, donde se había formado ancha costra, después de sangrar profusamente.

Era un misterio como, aún la estóica resistencia de un indio había podido soportar el roce del fardo y las ligaduras sobre la herida.

Blake y Fergusson fueron los primeros en lanzarse hacia el indio y sostenerlo, hablándole en su propio idioma. Blake lo amonestó.

—Con esa herida, debió dejar el saco — díjole bondadosamente — Tiene que ser atendido en seguida y tomarse un largo descanso. Después nos dirá como fué.

El hombre movió negativamente la cabeza.

—El Gran Jefe me curará, hermano. Es un arañazo al que no damos importancia los escumarcas. Tenía que traer el paquete, porque lo había prometido. Pero antes que vaya a ver al Gran Jefe, está escrito que tengo que contar a los hermanos blancos lo que he visto.

—Hay tiempo — le dijo Blake para tranquilizarlo.

—Tiene que ser oído, hermano. Hay hombres malos entre los grandes árboles. Me sorprendieron desprevenido y me hirieron. Eran los mismos que trabajaban para los hermanos blancos. Llevan palos que matan sin acercarse. Pero Río Corredor fué más ligero de pie que ellos y los dejó atrás.

Blake dirigió una significativa mirada al profesor Fergusson.

—¡Lo que temíamos! Este hombre tiene pasta de héroe, profesor — luego se dirigió al indio.

—Te has portado como un valiente escumarca, Río Corredor, y recibirás una buena recompensa. ¿Venían esos hombres malos hacia el campamento?

—No, hermano. Buscaban el sendero que conduce a Mantaca (el nombre indio dado a St. Laurent).

—Y pensaron que podrían impedirte llegar hasta nosotros — dijo Blake — Bueno, quizá crean a estas horas que lo han conseguido.

Puso Blake su mano sobre el hombro del indio.

—¿Quieres permitirle al Gran Jefe Blanco que examine tu herida?

—No, hermano. El Gran Jefe que está allá sabe lo que ha de curar a sus hijos más rápidamente.

Blake sabía que el indio se sentiría infeliz si otro que no fuera el cacique tocaba su herida y no insistió. Hizo señas a Pilcher que lo acompañara hasta la fogata de los indios y el se volvió a Fergusson y Forres, los dos jefes.

—Algo se prepara, caballeros. Quizá nuestas cartas nos ilustrarán. En caso de que así no sea, tengo un plan.

—Veámos primero las cartas, señores — dijo el jefe.

Field, como el más joven, metió su mano dentro del saco y sacó un paquete de cartas, manchadas de sangre, que quizá habían ayudado a salvar la vida del indio, cuando la bala atravesó la lona.

La primera carta les proporcionó una vaga luz sobre lo que ocurrió. Era una carta al coronel Forres, del comandante de St. Laurent, un documento oficial, que después de tratar de uno o dos asuntos que no tenían nada que ver con lo que discutían, continuaba:

"No se, coronel, si insistir en que interrumpa la expedición y regrese enseguida a St. Laurent o Cayena. Si lo hago, apelará usted al gobernador de Cayena y mis órdenes serán desatendidas. Estoy un poco inquieto, sin embargo, por el aspecto que presentan las cosas.

Por alguna razón, que hasta el momento es un misterio, los "liberés" y "relegués", dan muestras de gran agitación. Ya conoce usted a estos individuos, mi querido coronel, y con muchos miles de ellos en el país siempre hay posibilidades de disturbios.

Tengo suficiente número de tropas a mano para cuidar de St. Laurent; pero, si estallara una repentina crisis, no puedo garantir la seguridad de ninguna persona blanca que se halle fuera de este radio.

El cuidado del distrito de Cayena está, naturalmente, en manos de su Excelencia, a quien ya he avisado del giro que toman los acontecimientos. Me telegrafía que en su distrito no hay señales de similar agitación.

Naturalmente ni los "relegués", ni los "liberés" tienen fusiles ni municiones, que sepamos; pero, si, cuchillos y machetes y no sabemos el daño que pueden hacer con esas armas.

Mis últimas noticias son que la mayoría de los contratistas del Gobierno han perdido la autoridad sobre sus pandillas y que, en muchos casos, éstas han ganado los bosques y asaltan pequeñas poblaciones de indios y mestizos. Varios centenares han llegado a St. Laurent; pero yo los haré entrar pronto en vereda.

Hay también una suspensión casi completa de negocios entre los contratistas de trabajo extra-oficiales. Pienso si algunos agitadores comunistas no se habrán introducido en el país sin nuestro conocimiento y han hecho propoganda peligrosa. Puede ser que no sienta usted los efectos de la agita-

ción en su campamento; pero le escribo para prevenirlo y si recibe usted un aviso para que abandone la expedición y se dirija a St. Laurent o Cayena, espero que lo tomará como una orden que tiene que ser obedecida; soy también responsable de los ciudadanos británicos que forman parte de la partida".

Ese era el contenido de la carta, escrita tres días antes. Lo que había ocurrido después de esa fecha no podían saberlo. Pero sabían, si, lo que había pasado en la pequeña esfera del campamento, aunque el comandante creía que no llegaría hasta ellos la agitación.

Pero había llegado y hasta un punto grave, como lo demostraba el asesinato de Martín y la deserción de los ex-penados.

—Quiere decir, caballeros, — dijo el coronel Forres pensativo — que, de un modo que desconocemos, alguien ha penetrado en los bosques y hecho llegar propaganda agitadora a oídos de los miserables a quienes empleábamos.

—De eso no queda duda, señor — convino Blake. — Y por esa razón, mi coronel, le pido permiso para partir enseguida a St. Laurent.

—¡Mais! ¿Qué es eso, señor Blake? ¿Está usted loco? ¿Partir para St. Laurent? ¿Con que objeto? ¿Para recibir una bala en alguna embocada? ¿Para hacerse cortar el cuello mientras duerme?

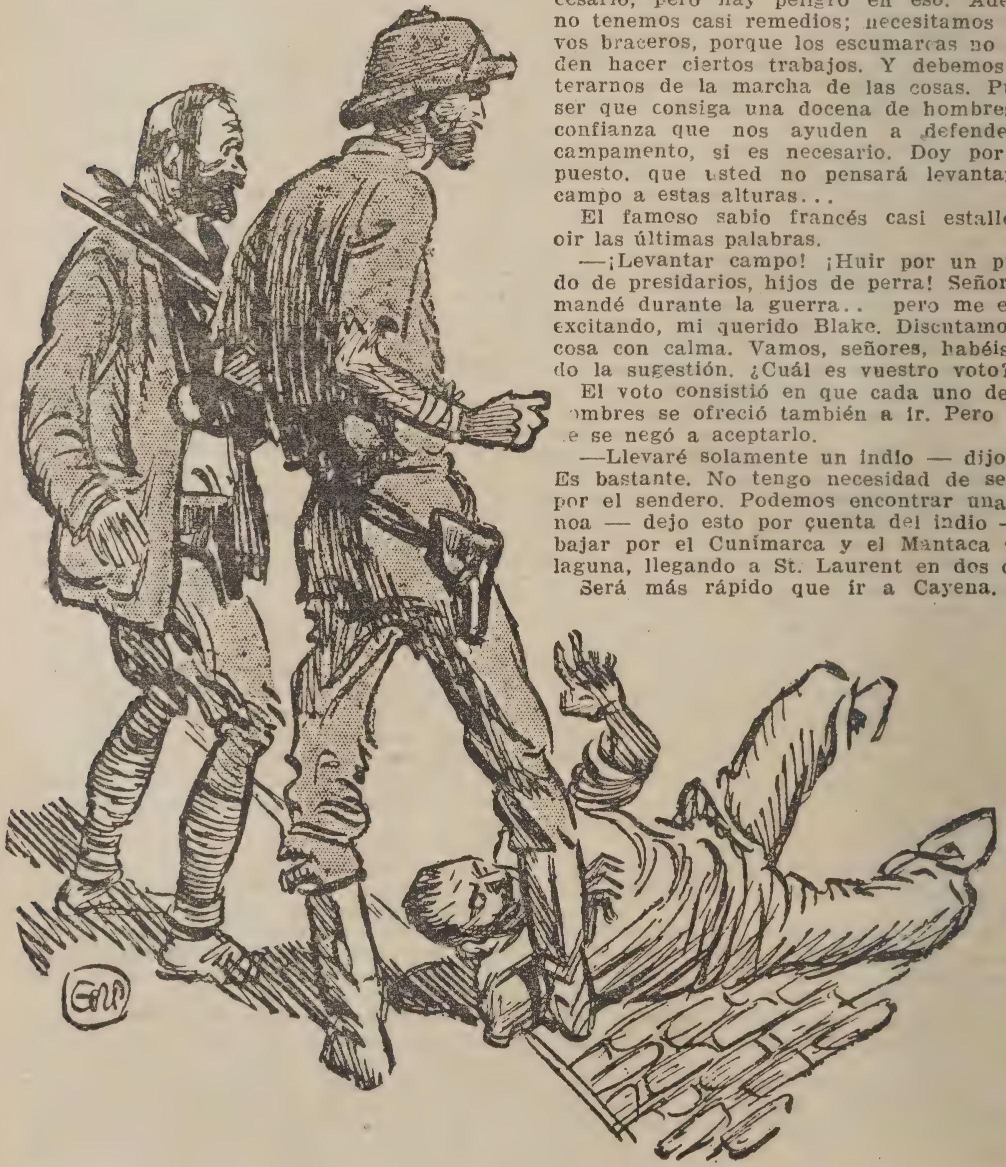
—No, señor. Le ruego me preste atención un momento. Pronto necesitaremos más provisiones. Es cierto que podemos vivir un tiempo de lo que da el bosque, si es necesario, pero hay peligro en eso. Además no tenemos casi remedios; necesitamos nuevos braceros, porque los escumarcas no pueden hacer ciertos trabajos. Y debemos enterarnos de la marcha de las cosas. Puede ser que consiga una docena de hombres de confianza que nos ayuden a defender el campamento, si es necesario. Doy por supuesto, que usted no pensará levantar el campo a estas alturas...

El famoso sabio francés casi estalló al oir las últimas palabras.

—¡Levantar campo! ¡Huir por un puñado de presidarios, hijos de perra! Señor, yo mandé durante la guerra.. pero me estoy excitando, mi querido Blake. Discutamos la cosa con calma. Vamos, señores, habéis oído la sugestión. ¿Cuál es vuestro voto?

El voto consistió en que cada uno de los hombres se ofreció también a ir. Pero Blake se negó a aceptarlo.

—Llevaré solamente un indio — dijo. — Es bastante. No tengo necesidad de seguir por el sendero. Podemos encontrar una canoa — dejo esto por cuenta del indio — y bajar por el Cunimarca y el Mantaca a la laguna, llegando a St. Laurent en dos días. Será más rápido que ir a Cayena. Co-



nozco el idioma y puedo ganar tiempo viajando de noche. Si insiste, deje que me acompañe el profesor Colbert, así vendrá conmigo uno de su raza, coronel Forres.

Se discutió un rato, concluyendo por aceptar el plan de Blake. Media hora después de obtener el permiso del jefe de la expedición, Blake y el profesor Colbert estaban prontos, llevando cada uno de ellos una pistola y Blake, además, un rifle. Por guía eligieron al joven indio que había indicado donde estaba el cadáver de Martín.

VI

DINERO PARA DERROCHAR

A la luz de la aurora del trópico, dos figuras desarrapadas dieron vuelta la Rue de Grasse, en la ancha extensión de costa de St. Laurent.

Cualquiera que hubiese visto el atildado grupo de sabios europeos que había salido de Cayena tres semanas antes, hubiera reconocido dificilmente a dos de ellos en aquella pareja.

Ambos hombres estaban sin afeitar y más que sucios. Sus ropas kakí se hallaban desgarradas y manchadas con todas las clases de barro de la "jungle", uno de ellos cojeaba; el otro llevaba el brazo en improvisado cabestrillo. El de más edad no llevaba sombrero; el de su compañero era una parodia de lo que había sido pocos días antes.

Para hacer casi feroz y repelente su poco simpático aspecto, cada hombre llevaba una pesada pistola visiblemente sujeta a la cintura y uno de ellos un rifle debajo del brazo.

Desde que entraron a la ciudad habían sido detenidos e interrogados dos veces por los guardianes; pero en cada ocasión, el hombre de más edad habló unas breves palabras y se les dejó seguir su camino.

Dos noches antes habían partido del campamento principal de la expedición Franco-Británica a la Guayana y habían hecho el viaje, en tiempo record, hasta St. Laurent.

Una vez habían tenido un choque con una

El hombrecillo rodó, después de pegar en el pavimento. Antes que pudiera levantarse, el marinero se arrojó sobre él.

pandilla **de "liberés"; pero su** fuego puso en fuga a **los ex-penados,** no sin que pagaran triste tributo los expedicionarios. En una pequeña cabaña, fuera de la ciudad, yacía el indio que los había guiado a través de la selva con una profunda cuchillada en la espalda.

Así llegaron Sexton Blake y el profesor Colbert, de la Sorbona de París, a St. Laurent.

Cuando tomaron por la rambla, tenían intención de llegar por el camino más corto a un pequeño hotel donde sabían que serían atendidos como lo necesitaban, antes de dirigirse a visitar al comandante del puerto, coronel Luciano Favre.

No hubiera sido político presentarse en su residencia con aquel aspecto de espantapájaros. Pero apenas habían dado vuelta la esquina, cuando el más alto de los dos hombres lanzó una exclamación ahogada y agarrando el brazo sano de su compañero lo obligó a detenerse.

—¿Qué hay, mon ami?

Sexton Blake miraba hacia el puerto, donde un hermoso yate blanco estaba anclado serenamente. Aunque era poco más que un juguete de biscuit, parecía grande y notable comparado con las embarcaciones pequeñas y sucias, que le hacían compañía. En la popa, que miraba hacia ellos, se leía su nombre y el puesto donde estaba registrado, fácilmente visibles a la distancia "La Brise". Montreal. Para que quedara menos duda respecto a su origen llevaba en el palo mayor la insignia del Royal Canadian Yacht Club.

Sexton Blake no contestó enseguida; pero hizo dar vuelta apresuradamente la esquina al profesor. Sólo cuando estuvieron fuera de la vista del yate habló.

—Ese yate, Colbert... — dijo rápidamente — ¿Qué hace ahí?

El francés se encogió de hombros y luego miró fijamente a Blake, pensando que su amigo sufría un ataque de fiebre, contraída en los pantanos infectados de malaria que habían atravesado.

—¿Qué puede estar haciendo ahí, Blake? Realmente es un pájaro raro en este puerto... Pero ha de pertenecer a alguna persona rica que recorre esta costa. No se preocupe, mon ami. Pronto llegaremos al hotel.

Blake se echó a reir repentinamente.

—No crea que me he puesto mal de la cabeza de pronto, Colbert. Claro que usted no puede comprender. Pero a mí me parece muy raro que ese barco esté anclado ahí, precisamente en estos momentos.

—¡Tiens! ¿Entonces usted lo conoce?

—Creo que sí; y también a su propietaria, si es la misma.

—Entonces quizá pudiéramos encontrar hospitalidad en el yate, en vez de ir al hotel — dijo el francés ingenuamente — Sería lindo poderse dar un verdadero baño y me parece que en el yate ha de haber comodidad para eso.

—La hay, Colbert, la hay; baños fríos, baños calientes, con sales, eléctricos... todo lo que quiera. Y bebidas heladas, mi amigo. Pero ese el último lugar a que iremos ahora. Más tarde se lo explicaré. Sigamos. Tengo mis razones para no querer que nos vean desde el barco.

Más intrigado que nunca ante el repentino cambio de Blake, el francés se encogió, como acostumbraba de hombros y se dijo a sí mismo que no se equivocaba, que Blake tenía un poco de fiebre. Se dejó llevar por el dectective a la vuelta de la esquina; pero por segunda vez, Blake se detuvo al ver cierto espectáculo.

Del costado del yate acababa de desprenderse un pequeño bote blanco, tripulado por media docena de hombres, con uniforme blanco, que remaban con hermoso ritmo. Pero aquella era la parte menos atrayente del cuadro.

A popa veíase una blanca visión. Era una muchacha que protegía su rostro de los rayos del sol, muy bajo todavía en el este, con una sombrilla de seda. Viendo lo que había motivado la detención de su compañero, el francés demostró menos irritación.

Como todos los de su raza, era muy sensible a la belleza femenina y mujer como aquella no había visto desde que salió de Francia.

—¿Qué pasa, mon ami? ¿Seguramente no tendrá usted miedo de una linda mujer? Esto es alimento y bebida, después de lo que hemos pasado.

—Quizá — fué la enigmática respuesta — Pero, con todo, esperaremos, Colbert. De cualquier modo no querrá usted que ella lo vea con esos harapos.

—¡Tiens! Me había olvidado de nuestra facha. Tiene razón, Esperaremos. Pero ¿quién es ella?

—La dueña del yate. Más tarde se lo contaré todo. Pienso donde irá tan temprano.

Como contestando a su pregunta, apareció por una calle lteral, en dirección a la costa, un landau, tirado por mulas blancas, vehiculo no muy común en St. Laurent. En el pescante iba un negro con uniforme oficial y a la zaga otro negro, igualmente vestido. Blake y Colbert no necesitaron más para comprender que aquel carruaje sólo podía pertenecer al comandante Luciano Favre.

El vehículo dió vuelta rápidamente, se detuvo en la orilla del muelle y el lacayo había ya abierto la portezuela cuando la joven de blanco ascendía los escalones del embarcadero. Como si se tratara de una cosa habitual subió al carruaje, que se puso inmediatamente en marcha, resonando los cascos de los caballos sobre la calle empedrada, seguido por una docena de perros ladradores.

Colbert hizo algunas observaciones sobre si era aquel el carruaje del comandante; pero Blake estaba sumido en profundos pensamientos y no le contestó.

Podría no significar nada que el yate "La Brise" estuviera fondeado en un sitio tan apartado como St. Laurent du Maroni, en la Guayana Francesa. Podía no haber nada de particular en que su hermosa propietaria, Roxane Harfield, hubiera aparecido delante de su vista en el mismo lugar. Ella era la dueña **del yate y aparentemente te-**

nía ilimitados recursos a su disposición, de modo que podía permitirse ir donde le pareciera.

Pero, con todo, Blake no podía menos de recordar su primera (y hasta el momento última) entrevista con ella. Recordaba lo que ella le había dicho en aquella ocasión; recordaba demasiado vivamente el voto que Roxane había pronunciado... que no descansaría hasta vengarse de los ocho hombres que habían estafado a su padre en el Canadá y ocasionado la muerte de su madre.

¿Perseguía aún ella su propósito? se preguntaba Blake. Si así era. ¿La había traído ese fin a St. Laurent? En tal caso ¿a cuál de los ocho hombres esperaba encontrar aquí? Sabía Blake que la primera víctima de Roxane, había sido Carruther, el cambista de Montreal. Pero quedaban todavía siete hombres más, si es que todos vivían. Era muy posible que se hubiesen diseminado por el mundo; pero ¿qué podía haber traído a uno de ellos a un sitio como la Guayana francesa, a no ser que hubiese venido como penado?

Como Blake rengueaba, avanzaban lentamente por la costa; de pronto vieron a dos marineros del yate aparecer en lo alto de los escalones del muelle y dirigirse por el camino que ellos seguían. Los separaba todavía una pequeña distancia cuando los dos marineros desaparecieron a la vista de los expedicionarios, entrando en el Café Napoleón. Blake no había tratado de evitar un encuentro. Sabía que era muy probable que los dos marineros formaran parte de la tripulación del yate "La Brise", cuando él y Tinker estuvieron prisioneros a bordo; pero era poco probable que los reconocieran al pasar, dado el estado desastroso en que se hallaban.

Por otra parte ya había tomado su resolución. No había motivos para que ocultara su presencia en St. Laurent a Roxane Harfield. Por el contrario, cuanto más pensaba en el asunto, más inclinado se sentía a buscar un encuentro; porque experimentaba curiosidad por saber las razones que habían traído a Roxane a aquel puerto.

Fué arrancado a sus pensamientos por un pequeño tumulto que se oía un poco más adelante y cuando el barullo creció se dieron cuenta de que provenía del Café Napoleón. Se oían voces acaloradas, una aguda, histérica, las otras dos profundas blasfemadoras. Por la puerta fué lanzado afuera un hombrecillo, vestido con pantalones blancos, sucios y camisa igualmente sucia. Detrás de él, con los puños levantados, furiosos, por último, retorciéndose las manos, vociferando ruidosamente, el patrón.

Tan terrible había sido el empujón dado al hombrecillo, que éste rodó por el pavimento y tropezó contra la pierna de Blake. Antes de que pudiera levantarse, el marinero se le echó encima, apartando rudamente a Blake, con una maldición por haberlo encontrado al paso. Apenas si se había fijado en los dos desarrapados vagabundos a quienes había encontrado un momento antes. Semejantes tipos no eran raros entre la gentuza de St. Laurent.

Antes de que el brazo del marinero descendiera, hallóse preso en un puño de hierro.

Abrió la boca asombrado al oir una voz fría, áspera.

—Supongo que con esto le bastará, amigo. Deje en paz a ese hombre y pídame disculpa por haberse mostrado tan grosero.

El marinero se enderezó lentamente y miró el rostro sin afeitar del hombre que le había hablado con términos tan autoritarios. Aquella voz era la de alguien que está acostumbrado a la obediencia; pero la figura la desmentía. El marinero cometió el error de creer que Blake y Colbert eran un par de "liberés" o "relegués" que trataban de hacerse los "malos".

—¿El qué? — tronó cuando le volvió la voz — ¿Qué dice de mí señor duque?

—He dicho que quiero me pida disculpa. Usted ha interrumpido mi paso en la calle. Eso es suficiente. Así aprenderá a no cascarle a uno más pequeño que usted.

El marinero, sin hacerle caso a Blake, se dió vuelta hacia donde estaba su igualmente sorprendido compañero.

—¿Oyes lo que dice este tipo, Bill? Ha empezado temprano a empinar el codo. ¿Qué le haré? ¿Romperle las narices o darle un golpe en la muñeca?

Su compañero no tuvo tiempo de sugerir lo que sería más conveniente. Su atención fué solicitada por la acción del "espantapájaros" que le dió al otro marinero un bofetón con la mano plana.

—Quizá esto lo ayudará a decidirse — dijo Blake con tono frío— Voy a darle una lección de buenas maneras, mi amigo.

El fornido marinero no necesitó más invitación. Con un rugido se enderezó apretó los puños y se vino a la carga. El hombrecillo había sido ahora olvidado y retirándose a un lugar seguro, se convirtió en espectador. Colbert había ya palpado su arma para llamar la atención del otro marinero.

—Yo pelearé con usted, usando cada uno de nosotros nada más que el brazo derecho, si quiere. Pero si interviene entre los otros dos, le descerrajaré un tiro en la pierna.

—Yo no peleo con inválidos — dijo desdeñosamente el marinero— Y no echaré a perder una linda pelea. Yo soy segundo de mi compañero y usted del suyo.

—Muy bien.

Aquel breve cambio de palabras fué acompañado por un fuerte golpe que aplicó Blake al cuerpo de su contrario. Sin causar gran daño al marinero, le hizo comprender que su adversario no era un ex-penado, muerto de hambre, fuera cual fuere su aspecto.

Por otra parte las privaciones y fatigas de los dos pasados días habían influído severamente sobre Blake y, si su compañero hubiese tenido un poco de ciencia, el detective hubiera contado con pocas probabilidades de triunfo.

No trató de apresurar las cosas, dejando que el marinero atacara como un toro y le sacudiera al aire. No era cosa difícil saltar de costado; pero Blake sabía que sus fuerzas no durarían mucho. Tenía que aplicar el "knock-out" y pronto.

El hombre de la Isla...

Una y otra vez hizo fintas, invitando a su adversario a tomar ventaja y una y otra vez, el gran puño pegó inofensivamente en su hombro.

¡Tap! ¡Tap! ¡Tap!

Blake colocaba sus golpes casi donde quería; pero no había conseguido aún que el otro se descubriera plenamente. Brotábale sangre de la nariz, manchándole la blanca blusa. Ya tenía aspecto muy distinto del garboso marinero que caminaba alegremente por la costa una hora antes. Blake pensaba que diría de él su patrona si pudiera verlo ahora.

Aquel pensamiento lo hizo retroceder al tiempo en que Tinker y él habían estado a merced de Roxane. Se enfureció, al recordar que no había podido cumplir lo que se propuso y la cólera comunicó a sus golpes un vigor de que antes carecía.

Tan sorprendentemente rápido fué el cambio, que el marinero retrocedió, parpadeando, con una especie de estúpido asombro; al hacerlo proporcionó a Blake la oportunidad que buscaba.

Una, dos veces...

Un "ook" a la mandíbula, una terrible izquierda al plexo solar y el marinero cayó; su compañero pareció olvidar la amenaza de Colbert; pero Blake levantó la mano.

—No me acordaba de usted, compañero; pero ahora me parece reconocerlo. Quizá Ud. no me conozca en estos momentos; pero si me observa un poco mejor lo hará. Pasé algunos días, como huésped de su patrona, hace unos cuantos meses, abordo de "La Brise". Su memoria se refrecará, si le menciono cierto viaje a la costa de Mónaco y dos pasajeros que el yate desembarcó en la costa de Tanger ¡Míreme!

Al decir esto, Blake se sacó el apabullado sombrero y adelantó la cabeza. La mano levantada del marinero volvió a caer no bien el hombre fijó sus miradas en los ojos grises de Blake.

—¡Córcholis! — exclamó — ¿No es usted el señor Sexton Blake?

—Soy Sexton Blake. Puede pasarle el parte a su patrona, con mil saludos. Y ahora, si quiere arreglar cuentas conmigo, estoy pronto.

—Yo no, patrón. ¿Qué va a decir Dick cuando vuelva en sí? Le creo, patrón Recuerdo todo perfectamente ¡Diablos!...

Estaba todavía murmurando algo cuando se arrodilló junto a su compañero. Blake y Colbert siguieron su camino nuevamente; pero no habrían andado media docena de pasos cuando el hombrecillo que había sido causante de todo, agarró a Blake por el brazo.

—¿Es cierto eso? — dijo con voz suplicante — ¿Es usted realmente Sexton Blake... el verdadero Sexton Blake?

Blake miró al individuo curiosamente. No tenía aspecto agradable y hasta aquel momento había pensado el detective que era algún aventurero mestizo de francés. Pero el inglés del hombre era demasiado correcto, sin acento extranjero. No quedaba duda de que el tipo era británico.

—¿Qué desea? Soy **Sexton Blake**, detective inglés, si es eso lo que quiere saber. Pero no estoy aquí en calidad de profesional.

—Haga el favor de venir conmigo, señor Blake; no se arrepentirá. No me queda mucho; pero algo tengo. Estoy arruinado y no puedo conseguir que alguien me atienda. El comandante está completamente hechizado por esa diablesa. Ella hace un juego peligroso y él no puede o no quiere verlo. Todos los "libérés" y "relegués" de la colonia, andan sueltos, con dinero para derrochar. Y es mi dinero el que ella les ha dado. Si consiente en escucharme y ayudarme a recobrar algo de lo mío, yo se lo recompensaré.

Colbert hubiera seguido; pero Blake se detuvo, solicitada su atención por aquel extraño discurso que había pronunciado el hombrecillo ¿Se refería a Roxane Harfield? ¿Qué tenía ella que ver con aquel sujeto de aspecto miserable? ¿Qué responsabilidad tenía en que los ex-convictos anduvieran sueltos, haciendo fechorías, por el país? Y ese comandante enamorado de ella... ¿A dónde quería ir a parar la encantadora diablesa?

De pronto, Blake se volvió a Colbert.

—Puede irse, si quiere, Colbert. Yo voy a oir lo que este hombre tiene que decirme. Me parece que están ocurriendo cosas extrañas en St. Laurent.

—En tal caso, yo lo acompañaré Blake. Pero me parece que este tipo no anda bien de la cabeza. Delira.

Pocos minutos después el extraño hombrecillo los llevaba a un gran almacén solitario, que olía a madera, y haciéndoles subir una angosta escalera los introducía en una pequeña oficina... la pequeña oficina donde aquel mismo hombre, no muchos días antes, estaba sentado deleitándose en la revisación de ciertos papeles amarillos.

VII

APARECE ROXANE

El miserable a quien Blake había defendido no era otro que Gastón Dubois, el contratista de penados. Era ahora un Dubois muy distinto de aquella pequeña rata dominadora que contaba papeles amarillos y aterraba al fornido mestizo.

Tenía que contar un cuento... una larga historia, a través de la cual les era difícil a Blake y a Colbert descubrir la verdad. La nube de "camouflage" verbal con que Dubois adornaba el relato obscurecía los hechos. Pero escucharon hasta el fin y luego, aunque parezca extraño, fué el francés quien hizo preguntas.

Parecía sentir mucha curiosidad respecto a una referencia que hizo Dubois sobre cierto "libéré" que se había escapado. Había sido una observación casual; pero Colbert probó de un medio u otro hasta que obtuvo una semejanza de la verdad. Luego cayó en repentino silencio. Recién esa tarde iba a saber Blake la razón de su interés. En su parte esencial, la historia de Dubois sugería que él se ocupaba de su negocio, de la ma-

nera acostumbrada, cuando sin previo aviso ni motivo aparente, la muchacha dueña del yate se había presentado en su oficina, seguida por una banda de foragidos. Sin darle tiempo a defenderse lo habían atacado, amenazado, obligándolo a salir en medio del grupo, dos de cuyos miembros le apoyaban sus revólveres en los costados, amenazándolo con hacer fuego al menor movimiento o daba una voz. A aquella hora de mediodía andaban pocas personas por los alrededores y nadie a quien pudiera llamar, aunque se hubiese atrevido a ello. Lo habían metido en un bote y llevado al yate. Allí lo encerraron con llave en un camarote. Más tarde descubrió que la muchacha había abierto sus cajones y cajas, llevándose todos los papeles referentes a sus negocios. Aquella misma noche había sido conducido delante de ella, amenazándole con hacerlo pasar por debajo de la quilla, si no se sometía a ciertas exigencias.

Había rehusado y empezaron a cumplir la amenaza. Después de eso cedió y, obligado por la tortura, tuvo que firmar una orden para uno de sus banqueros nada menos que por un millón de francos.

Lo habían tenido prisionero unos cuantos días, torturándolo de vez en cuando. Por último lo habían arrojado a la playa como una bolsa de azúcar y se le permitió irse. Encontró que su negocio estaba arruinado; todos sus sub-agente habían desaparecido: los "libérés" andaban sueltos y con dinero en abundancia. Ningún "liberé" quería firmar contrata para trabajar.

Poco a poco supo que era su dinero el que la muchacha había repartido a los ex-penados. Dubois había visto completamente arruinados su salud y sus bolsillos. Había ido a contarle su historia al comandante; pero rehusó escucharlo. Se echó a reír cuando le dijo que la muchacha, dueña del yate, era responsable de la agitación entre los ex-penados y lo había acusado severamente de ser él... Dubois, el causante de todo.

Desde entonces había Dubois errado sin rumbo, contando lo que le había pasado y previniendo a otros. Pero encontróse que estaba completamente desacreditado en un sitio, donde pocos días antes, era una potencia. Una y otra vez se había encontrado con hombres del yate y siempre ocurría lo mismo; protestaba y lo lanzaban al arroyo. Fué uno de estos últimos incidentes que presenció Blake.

Esa era la historia en sus principales detalles. Al principio había hecho referencia a la misteriosa fuga de un "libéré" de uno de los del campamento de la costa. Fué aquí que Colbert lo interrogó minuciosamente; luego Blake, que había escuchado muy pensativo hizo una pregunta a Dubois:

—Qué nombre tenía usted en el Canadá, Dubois?

—¿Qué?... ¿cómo?... No comprendo, señor Blake.

Blake chasqueó impacientemente la lengua.

—Vea, Dubois, tenemos que entendernos mutuamente. Usted quiere que yo lo oyude. Yo seré completamente franco. Me atrevo a decir que ha estado usted haciendo aquí un negocio repugnante con esos pobres diablos de "libérés". Vosotros, los contratistas de ex-penados en la Guayana, sois todos iguales. Pero pasemos esto por alto. Tengo razones personales para descubrir el orígen de esa agitación entre los ex-penados y estoy dispuesto a considerar su asunto, si es usted enteramente franco conmigo. Refresque su memoria y déjeme preguntarle que parte desempeñó usted en la venta-estafa del negocio de maderas de los Harfield, en la provincia de New Brunswick, hace algunos años. Había ocho personas complicadas en el asunto y ya me he encontrado con Harold Carruther. De modo que usted tiene que ser otro de los siete ¿Cuál de ellos?

Si el mismo John Harfield hubiese vuelto a la tierra y su fantasma hubiera pronunciado aquellas palabras, no podría el hombre del escritorio sentirse más sorprendido. En la historia que acababa de contar no había existido la menor alusión al pasado; no tenía él la menor sospecha sobre los motivos que habían inspirado a la jóven del yate para arruinarlo. Nada había oído de su venganza contra Carruther. Tan lejano era aquel viejo asunto que lo había olvidado. Habían hecho muchos negocios similares a ése. Y he aquí que aquel hombre, desconocido para él, aquel miembro de una comisión científica, abría un capítulo de un pasado hacia largo tiempo muerto.

El hombre que ahora se hacía llamar Gaston Dubois vió alzarse ante sus ojos una escena lejana, con vívido colorido. Su visión le mostró una niña de ojos francos y cabello cobrizo que, aparentemente, había creído las mentiras que él y Carruther le habían dicho a ella y a su madre.

Vió el campamento, grande y cómodo, a orillas del lago y sentóse nuevamente en la lujosa oficina de Montreal, donde él, Carruther y los otros se habían "repartido el melón" fruto de la estafa cometida.

¡Hacía tanto, tanto tiempo! Sin embargo, del fondo de aquel brumoso pasado, surgía la misma niña, una mujer ahora, rica y resuelta, animada por insaciable espíritu de venganza.

Una nube gris había caído sobre él cuando ella se mostró por vez primera; pero ahora, al hacerle Blake aquella fría pregunta, sintió que le corría frío por la médula.

Fué la misma voz fría que lo arrancó a sus recuerdos.

—¿Y bien, Dubois, cual de los ocho era usted?

—Yo... yo...

Blake hizo un gesto de impaciencia y se levantó.

—Le he dado una oportunidad. No le pido cuentas del pasado. Me ocupo sólo del presente. Estos acontecimientos de St. Laurent han trastornado mis propios planes y los de aquellos con quienes estoy trabajando. Ya ha ocurrido una muerte; pueden producirse otras. Mis amigos están en peligro y el trabajo de muchas semanas amenaza.

do. Eso no **puede tolerarse. Pero no cuente** usted con **ayuda de mi parte** mientras no me diga lo **que quiere saber** ¿Viene, Colbert?

Pero Dubois se puso también de pie.

—¡No se vaya! — exclamó histéricamente — Le diré todo lo que desea saber con

Blake miró a Dubois con desprecio.

—Es usted un miserable, Dubois. Pero a veces hay que servirse de instrumentos sin templar. ¡Siéntese!

El contratista obedeció. Blake también volvió a sentarse y encendió un cigarrillo.

—Le pregunto una vez más — dijo con

Ella observó mientras Blake era sujetado por cuatro marineros. "Llevadlo a bordo" ordenó.

tal de conseguir aunque sea una parte del dinero que me ha quitado ese demonio. Haya hecho yo lo que haya hecho en el pasado, no merezco el proceder que ha usado ella conmigo. A su amigo le interesa el "libéré" que se escapó. Puedo decirle algo más de él también ¡No se vaya!

acento de cansancio — ¿cuál de los ocho era usted?

—Mi apellido es Henley.

—¿Chris Henley?

—Sí.

—Si no recuerdo mal, **fué usted el que,**

junto con Harold Carruther, desempeñó el papel principal en la estafa.

—Todos tomamos parte igualmente; pero Carruther y yo fuimos al campamento.

—Muy bien ¿Cómo descubrió la señorita Harfield que usted operaba en St. Laurent, con el nombre de Gastón Dubois?

—No puedo imaginarlo. Ella ha consagrado años a su idea y supongo que habrá establecido un sistema de investigación.

—Pruebas de ello ha dado — dijo Blake secamente — Pero olvidaremos la ética de lo ocurrido en el pasado para ocuparnos del presente. Sea lo que fuere, dos males no hacen un bien y la jóven juega con fuego al hacer declararse en huelga a los ex-

penados, dándoles dinero en abundancia. Me parece que le ha arruinado completamente el negocio, Henley.

—Ha desaparecido para siempre. El Gobierno se verá en serios apuros antes de que esto termine. Luego hará una limpieza y tomará la administración del trabajo en sus manos. Favre es un idiota; pero no querrá escuchar a nadie más que a la muchacha.

—No importa eso. Ahora escuche.

Blake arrimó más su silla e hizo muchas preguntas a las que Henley contestó lo más sinceramente posible. Cuando Blake hubo terminado, intervino Colbert, ahondando aún más profundamente sobre el asunto del "libéré" que, según afirmaba Henley, estaba oculto abordo del yate.

—¿Sabe todo el comandante? — preguntó Colbert.

—No me dejó decírselo. Debe estar a sueldo de ella. Y no creo que nadie más, aquí, lo sepa.

—Entonces, le advierto que no diga una palabra sobre el particular ¿Entiende?

—Sí, seré una momia con tal que el Sr. Blake me ayude a recuperar algo de mi dinero.

La atención de los tres hombres fué solicitada por un repentino ruido rítmico que se oía en el piso de madera de abajo. Eran hombres que caminaban a paso igual. Luego sonaron más cerca, subiendo la escalera y comprendieron que quienes se acercaban eran hombres acostumbrados a la disciplina.

Los ojos de Chris Henley se dirigieron, llenos de miedo, hacia la puerta. Blake y Colbert demostraron un frío interés. Luego la puerta se abrió sin ceremonia y tres pares de ojos se clavaron en... Roxane Harfield.

Estaba vestida como la habían visto una hora antes, toda de blanco, con un gran sombrero de paja sobre sus cabellos cobrizos. Detrás de ella se veían dos marineros, de blanco, los primeros de la doble fila que la había seguido por la escalera. Se habían detenido a una breve órden de su capitana y permanecían tan inexpresivos como si fueran de madera.

A través de las nubes de humo amarillento que llenaban la oficina del contratista, Roxane miró a éste con desprecio; dirigió otra breve mirada investigadora al profesor Colbert y luego sus ojos se fijaron en Sexton Blake. Una cólera contenida brilló en sus miradas al ver la desarrapada figura que nunca antes contemplara sino perfectamente bien vestida.

—¿De modo que no he sido mal informada? — observó tranquilamente con aquel tono suave, ronco, que Blake tan bien conocía.

—Si se refiere a mi presencia en St. Laurent, la han informado a usted perfectamente, señorita Harfield — dijo Blake.

Las palabras eran vagas. Blake pensaba, sin embargo, rápidamente, lo mismo que Colbert. Ambos hombres comprendieron la amenaza que significaba la presencia de la muchacha seguida por un grupo de hombres de su yate.

Colbert no conocía la situación entre Roxane Harfield, Carruthers, Henley y los otros seis hombres que habían tomado parte en la estafa de años atrás. Ni podían él ni Blake saber qué grado de verdad había en las afirmaciones de Henley sobre el amor del comandante por la joven.

Por otra parte estaba la carta poco satisfactoria del comandante al coronel Favre; no quedaba duda de que una gran agitación se había extendido entre los expenados y era perfectamente cierto que Chris Henley había sido arruinado pronta y eficientemente; con sus propios ojos habían visto aquella mañana a la jóven subir al carruaje del comandante. Y ahora ciertamente parecía dispuesta a intentar algo grave. Pero lo que pensaba hacer no era claro todavía. Un fruncimiento de sus labios y un paso que dió a un costado pusieron aún más en guardia a Blake y a Colbert.

—Fíjese, Colbert — dijo Blake tranquilamente — la señorita anda por hacer alguna travesura.

—Hay muchas cuentas que arreglar entre nosotros, Sr. Entremetido Blake — dijo ella — Y una es su conferencia con ese miserable que se halla a su lado.

De pronto sacó de entre los pliegues de su blusa un látigo corto que hasta aquel momento nadie había visto. Lo levantó y dijo desdeñosamente a Chris Henley.

—Le ordené que se fuera de esta ciudad y no volviera — le dijo con tono vibrante de odio — Me ha desobedecido. Cuando haya terminado con estos dos entremetidos, le arrancaré la carne a latigazos. Esta vez quedará usted completamente deshecho, Chris Henley.

—¡Mademoiselle!

Fué Colbert quien la interrumpió. Su voz era severa, su rostro imperioso.

—Debo recordarle que está usted amenazando a dos miembros de la expedición oficial — prosiguió — Yo soy el profesor Colbert, de la Universidad de París, y miembro extra-oficial del Gobierno. Sería para mí muy penoso tener que pedirle al coronel Favre que corte las libertades que se toma usted en St. Laurent. Le pido que retire a sus hombres y nos permita a mí y al señor Blake retirarnos. Hemos pasado severas privaciones durante dos días y estamos heridos. Las diferencias que tenga usted que arreglar será en otro momento y de otro modo.

Roxane había escuchado con aparente atención; pero ahora se echó a reir con risa baja y burlona.

—Lo siento, señor — contesto — Pero no podré esperar al coronel Favre. Nuestras diferencias las arreglaremos en un sitio donde no seremos molestados.

Al decir eso se apartó un poco más a un costado, de modo que casi quedó oculta en la obscuridad. Luego oyeron una vez más la voz de Roxane, ronca y tensa.

—¡Atención, hombres! Sacadlos de aquí.

VIII

LA TRETA DE ROXANE

No necesitaron más órden que ésa.

Blake no sabía exactamente cuantos hombres había en el hall; pero si que todas las probabilidades estarían en contra suya y de Colbert, aún sin contar el inconveniente del brazo herido del profesor y de su pierna recalcada. Con Henley no había que contar.

Sacó su pistola e hizo fuego cuando el primer marinero penetró por la angosta puerta. Tiró bajo y con propósito definido, haciendo caer dos hombre y luego otro dos antes de que los de atrás pudieran pasar sobre los cuerpos de los primeros caídos.

Pero aún en aquel breve espacio de tiempo, Blake halló motivos de asombro y aun de cólera. El francés, en vez de sacar su pistola y hacer todo el daño que pudiera, se había cruzado de brazos y permanecía quieto, esperando que lo agarraran.

En cuanto a Henley había lanzado un chillido de terror a las primeras señales de matanza y luego saltó limpiamente por la ventana, cayendo en el techo de un pequeño galpón. De ahí se tiró al suelo.

Viéndose solo, Blake se defendió lo mejor que pudo; cuando ya su pistola no le servía para tirar, la usó como cachiporra; a falta de eso, empleó sus puños, refugiándose en un rincón a donde sus adversarios no podían acercarse más que de a dos a la vez.

Pero hubiera necesitado ser más que un superhombre para resistir al número de sus enemigos. Había muy pocos hombre maulas entre la tripulación de "La Brise" y seguramente no se encontraban entre los que Roxane había elegido para realizar el plan que tenía entre manos.

Al fin la fuerza de sus enemigos lo hizo primero caer de rodillas y luego al suelo; le sujetaron los brazos, de modo que quedó indefenso. Nadie podía decir que pensamientos cruzaban por la mente de Roxane.

Después de una mirada, rápida e intrigada, a Colbert que se había rendido graciosamente, no tenía ojos más que para la lucha del rincón. Parecía haberse olvidado completamente de Henley, después que éste saltó por la ventana.

Sin embargo, los modales de la jóven no tenían nada de triunfantes mientras Blake sujeto por cuatro maltrechos marineros era sacado del rincón y puesto de pié.

—Llevadlos al bote — ordenó Roxane brevemente — Marchad por el muelle lo más rápidamente posible — luego se volvió Roxane al profesor — ¿Quiere usted venir tranquilamente?

—Mademoiselle, ¿qué remedio queda si no rendirse a una fuerza superior? No opondré resistencia.

Algo semejante al desprecio apareció en los ojos de Roxane; pero se limitó a encogerse de hombros.

—Irá entonces entre dos de mis hombres ¡Vamos!

Los marineros formaron doble línea nuevamente, es decir los que podían caminar y, con Blake fuertemente sujeto, mientras el profesor caminaba dócilmente detras, empezaron a bajar la escalera, dejando a tres hombres para atender a los heridos.

La escalera que conducía a la pequeña oficina de arriba empezaba en el principal galpón de la casa, donde en tiempos normales estaba amontonada la coaba, esperando ser embarcada. En los actuales momentos no había más que algunos trozos de madera por que Henley hacía algún tiempo que no trabajaba.

El gran galpón estaba obscuro y olia a aserrín; los postigos se hallaban cerrados y la luz entraba solamente por la gran puerta giratoria que daba al muelle. En las escaleras y en el piso de abajo los pasos rítmicos de los hombres de Roxane sonaban a hueco.

Afuera, el sol caía implacablemente. A través de la puerta, se veía una figura encorvada; fuera de aquel negro solitario no había un alma. El pueblo dormía aún la siesta.

Luego pareció como que los mismos guijarros cobraban vida. De todos lados, dirigiéndose a la puerta del almacén, acudían hombres, que gritaban y maldecían salvajemente. Una pequeña figura grotesca parecía azuzarlos con espléndidas promesas. Por un momento, los marineros estupefactos, se detuvieron. Al llegar al fin de la escalera Roxane vió sólo una masa confusa delante de la puerta. Luego distinguió la identidad del que guiaba a los hombres. Era Chris Henley. Por fuerte que fuera su cobardía física, la mente de Henley había funcionado activamente. Sabía que sólo tenía una esperanza de recobrar su fortuna y esta esperanza era Sexton Blake.

No le importaba tres pitos la opinión de Blake sobre la moral del asunto. Blake se había visto expuesto a serios inconvenientes debido a la rebelión provocada por Roxane entre los ex-penados. Por el momento, convenía a Blake ayudar a Henley y a éste apoyarse en Blake. De modo que su primer pensamiento al saltar por la ventana fué rescatar al detective.

Roxane lo había despojado de gran parte de su dinero; pero no de todo. Poseía aún algunos miles de francos y en aquellos momentos de desesperación los jugó, con la esperanza de conseguir muchos más, por medio de Sexton Blake.

A aquella hora del día había multitud de malhechores en el cuarto del fondo del Café Napoleón y otras casas de vinos de la costa. El dinero que habían recibido de Roxane ya no existía. Su alianza era para el que les mostraba más dinero. Y ellos sabían que "Gastón Dubois" podía pagar.

De modo que muchos oídos escucharon al ex-contratista cuando éste les ofreció en el café una rica recompensa si se ponían a sus órdenes. Y por cierto que no había mucha simpatía entre la canalla del puerto y aquellos marineros de inmaculados uniformes, que siempre se mostraban rudos y arrogantes en la ciudad.

Desde el café Napoleón fué Henley a otro despacho de bebida y a otros más hasta que reunió medio centenar de bribones, de los más salvajes entre la gentuza de St. Laurent du Maroni.

Por armas tenían duelas de barricas, cuchillos y uno o dos revólveres. Media docena portaban machetes. Con Henley a la cabeza adelantaron, formando el grupo más canallesco que se podía imaginar. Eso fué lo que vió Roxane al llegar al pié de la escalera. pensó como se las habría arreglado Henley y también cual sería el desenlace de todo aquello.

Por un imperceptible momento, Roxane vaciló. A despecho del poder que tenía sobre el coronel Favre, sabía que no era posible que tirara a todo el pueblo de las orejas sin que la guardia oficial interviniera. Una cosa era seducir al comandante Favre y otra chocar con la policía.

Su plan había sido apoderarse de Blake antes de que se produjera verdadero alboroto y contaba con engatuzar al comandante una vez que tuviera a su prisionero abordo del yate. Y luego, si las papas quemaban, se haría a la mar.

Ahora vió que no le quedaba más que una cosa por hacer; abrirse paso a través de aquella chusma y llegar abordo. Pero no entregaría sus prisionèros hasta último momento.

—¡Pasad por entre ellos, hombres! — ordenó brevemente — Llevad los prisioneros abordo y volved con refuerzos. Yo defenderé el cuarto de arriba con nuestros heridos.

Se quedó mirando mientras los marineros se agrupaban; luego, con un grito, se lanzaron hacia adelante, procurando abrirse paso. Inflamados por las promesas y gritos de Henley, los "libérés" les hicieron frente, como una masa aulladora. Esta masa se dividió en dos partes, una se lanzó hacia el muelle, a donde había conseguido llegar un grupo de los hombres de Roxane; la otra retrocedió en confuso montón a la penumbra del almacén.

Blake se encontró libre. Todas las manos eran necesarias para contener a la turba.

Había perdido de vista a Colbert. Pero sus manos estaban libres una vez más y eso era todo lo que necesitaba.

Chris Henley había calculado bien. En aquel momento, Blake estaba resuelto a abrir el suelo debajo de los piés de Roxane. si era necesario. El ajuste de cuentas final sería resuelto por las circunstancias. Ahora tenía que atender a sus propios asuntos y el principal era procurar la seguridad del pequeño grupo de expedicionarios que había quedado en la selva.

Se encontró entre un pelotón inextricable, junto a la pared. Conteníase con un esfuerzo de su voluntad porque no olvidaba como había sido reducido arriba por los hombres de Roxane. Lenta, pero inevitablemente, los marineros iban cediendo. Separados, no podían resistir al número. Desde las escaleras, Roxane los animaba; en un momento dado Blake la vió sacar su revólver, como si pensara empezar a tiros.

Pero, antes de que esto ocurriera, entró en escena otro factor. Entre la masa que luchaba afuera aparecieron media docena de hombres uniformados; sobre el tumulto se elevó la órden breve y fuerte de un jóven oficial.

El teniente Cambon, que escoltaba un grupo de penados para ser trasladados a la Isla del Diablo, había visto el extraño espectáculo en la puerta del almacén. Dejando la mitad de sus hombres para custodiar a los presos, se acercó a investigar.

Conocía perfectamente bien la influencia que la hermosa jóven del yacht ejercía sobre su superior; pero el deber era para él ante todo y estaba más enterado acèrca de los motivos de agitación entre los "libérés" que el comandante.

Ante los uniformes, la gentuza se dispersó y huyó. Los que estaban afuera echaron a correr por el muelle, a todo lo que les daban las piernas; los de adentro no necesitaron más q' ver uniformes para ser presas del pánico. Como ratas asustadas disparaban aquí y allá. Como el teniente, a pesar de su juventud, conocía la prudencia, los dejó ir.

Cuando sólo quedaron Roxane y su gente, con Blake y Colbert parados a un costado, el teniente Cambon pidió atentamente explicaciones. Chris Henley no estaba allí para contestar. Fué Roxane quien habló, contando las cosas a su modo.

El oficial escuchó cortésmente.

—¿Qué parte han tenido estos caballeros en los disturbios? — preguntó volviéndose para mirar a Blake y al profesor.

El profesor Colbert se adelantó, revelando su identidad. Al oirlo, el jóven teniente se puso rígido. Sabía que el profesor era miembro de la expedición Franco-Británica y que era hombre de poder e influencia en Francia. Era mejor obrar con tacto.

—Informaré del asunto al coronel Favre — dijo secamente — Mademoiselle, será mejor que retire sus hombres. Le comunicaré lo que el coronel Favre resuelva sobre el caso.

Roxane no tuvo más remedio que obedecer.

En el cuarto del hotel a donde llegaron mucho más tarde de lo que pensaban, Blake supo por qué el profesor Colbert había obrado de tan extraña manera en el almacén.

—Fué porque ví una probabilidad de ir abordo del yate sin despertar sospechas — confió al detective — Sabía que usted me acusaría de cobarde; pero lo que dijo ese bribón de contratista me indujo a obrar así. No fué sólo por amor a la ciencia que vine a éste país; la expedición ha sido un medio, no un fin ¿Oyó lo que dijo Dubois acerca del "libéré" que esta aventurera salvó del mar? El fué mi motivo. Se trata de una historia del pasado, amigo mío. Se la contaré. Si ese infeliz es el hombre que busco, mis investigaciones han terminado.

Después de una pausa relató al detective la historia que había empezado años atrás.

EL APACHE

Por JOHN G. BRANDON

UN relámpago de acero, silencioso, rápido, mortal. Ese es el signo de muerte del Apache. Quizá significa venganza, quizá algo más profundo y terrible. Poco imaginaba el inspector Mc Carthy, de Scotland Yard, que cierto curioso cuchillo que estuvo a punto de matarlo y llevaba un signo siniestro en su mango, o el encuentro con un original ladrón, llamado "El Alelí", en un bien conocido restaurant de Londres, lo llevaría a las aventuras más peligrosas en el bajo fondo parisiense. Es esta una fuerte novela, magistralmente concebida y escrita por uno de los más conocidos literatos ingleses del género policial.

PROXIMAMENTE EN

PUCKY

un cuento de intrigas dentro de intrigas, donde la víctima había sido cuidadosamente escogida y contra la cual se había urdido una red de la que era imposible escapara.

—Fué el plan de un hombre celoso — oyó decir Blake a Colbert, en uno de sus períodos de explicación — El era rico y poderoso y, sin embargo fué mi hermano, un pobre médico que luchaba para labrarse una posición, quien conquistó el corazón de la joven. Con astucia infinita su rival trazó sus planes; el asesinato fué ejecutado con habilidad diabólica, de modo que mi hermano apareciera como culpable.

Yo tenía influencia suficiente para que la sentencia de muerte fuera conmutada por la de prisión perpetua. Y desde entonces he trabajado para obtener el perdón y la libertad de mi hermano. Sin embargo, el villano tiene también poder. Ha sido una larga y silenciosa batalla entre nosotros, Blake.

A veces he ganado yo; otras él. Yo esperaba conseguir victoria viniendo aquí. Había traído algunos papeles, con fuertes pruebas, de Francia. Pero el se me anticipo. Se arregló para que mi hermano fuera enviado a uno de los campamentos del bosque y hallara allí una muerte lenta por medio de las privaciones. Usted y yo, mi amigo, sabemos lo que pocos días de esa vida pueden hacer de un hombre. Pero el destino intervino en la persona de esa jóven. Yo le perdono todo lo que hemos pasado y los disturbios que ha provocado en este país con tal que vea a mi hermano libre. Pero quiero asegurarme. Una vez abordo del yate yo hubiera descubierto si es él. Pero ahora...

Blake se mostró comprensivo. Por otra parte el tampoco olvidaba que tenía que cumplir un deber. Allá, en la selva, estaban sus amigos, necesitados de socorros; y por el país vagaban pandillas de "líberes", inflamados por la nueva libertad económica, vueltos arrogantes por la posesión de sumas de dinero que nunca habían visto antes. Era una ironía que fuera el dinero de Chris Henley el causante de los disturbios.

—Comprendo muy bien, Colbert — concedió Blake — Pero hay otras cosas que considerar. Si se trata de su hermano, mucho me alegraré de ayudarlo a salir de la jurisdicción francesa. Déjelo por el momento abordo del yate. Pero a esa muchacha hay que hacerla entrar en vereda.

Me parece que después de lo ocurrido esta mañana, ella intentará algo definitivo. Debe comprender que nos hallamos ahora en situación de presentar al coronel Favre pruebas tales que, por enamorado que de ella esté —o aunque sea pagado por ella, como sugirió Henley — no podrá desatender.

Si nos hubieran llevado abordo del yate, esto ocasionaría un retardo que podría ser fatal para nuestros compañeros que están en la selva. Cuando yo me haya tranquilizado sobre este particular, poco me importa lo que ella haga.

Y no olvido que, sean cuales fueron las faltas que Gastón Dubois, debemos nuestra libertad a su rapidéz en reunir aquella banda de bribones para rescatarnos. Creo que debemos procurar una entrevista con el comandante lo más pronto posible.

—Enviaré una nota enseguida, amigo mío, porque lo que dice usted es cierto — replicó el francés.

Estaba ya avanzada la hora de la siesta cuando Colbert terminó su nota al comandante y la envió por uno de los négros del hotel.

Ni Colbert ni Blake habían adoptado la costumbre de la población de dormir dos horas durante el día; ni se sorprendieron de que el mensajero no regresara, aunque ya había pasado la hora del calor.

Extendidos en el fondo de la galería, que daba a un patio fresco, se conformaban con tomar las cosas con calma. Debido a esto no presenciaron los acontecimientos ocurridos en el puerto. Fué nada menos que Gastón Dubois quien trajo noticias que Blake encontró perturbadoras.

Se presentó con aspecto furtivo y empacado y al mirarlo tuvo Blake que confesarse que Roxane había cumplido su propósito.

—Si no se mueve, pronto será demasiado tarde — casi murmuró — El yate partirá.

Blake se sentó de un salto.

—¡Partirá! ¿Qué quiere usted decir?

—Puede ver po si mismo. Hay señales de que se prepara a hacerse a la mar. He visto llevar abordo numerosas provisiones. Y la diablesa acaba de alejarse en coche del muelle. Apostaría que va a ver al comandante.

Fué ese anuncio que hizo moverse a Colbert.

—¿Iba sola?

—Si, en un carruaje alquilado. Pero volverá pronto, ya verá. Debe haber ido a ver a Favre para que le arregle sus papeles y después de eso nada podrá detenerla.

—Y nosotros enviamos nuestro mensaje hace más de una hora ¿Qué le parece, Colbert?

—Haga lo que mejor le plazca, Blake. No me importa nada de lo que ocurra, con tal que esa otra persona se vaya.

—Pero ¿y mi dinero?... — gimió Henley.

—¡Cállese! — dijo ásperamente Blake— Demasiada suerte tiene con no hallarse entre las pandillas del bosque. Pero déjeme pensar. Quiero hablar una palabra final con esa muchacha, Colbert, y voy a intentarlo. Olga, Henley ¿podemos contar con usted para esto? Usted no se atreverá a ir a casa del comandante; pero busque alguien en quien se pueda confiar. Mándelo allá lo más pronto posible y que averigüe lo que ha sido de nuestro mensajero.

El contratista se fué rápidamente, prometiendo volver enseguida con los informes. Colbert no se movió de su sillón; pero Blake se dirigió hacia la galería del frente que daba sobre el mar. Pocos momentos de observación lo convencieron de que Henley

no se había equivocado. Un gran lanchón estaba descargando todavía en el yate y además se notaban señales definidas de próxima partida.

Si Blake hubiese penetrado en el gran escritorio privado del coronel Favre en aquel momento, hubiera comprendido porque el primer mensajero, portador de la carta de Colbert, no había vuelto. El detective esperaba un movimiento resuelto de Roxane para contrarrestar la impresión desfavorable que su audáz acción en el almacén había producido en el jóven oficial.

Pero no se imaginaba que realizaría un plan tan atrevido como el que ahora ponía en práctica, por la sencilla razón de que no tenía medios de saber hasta que punto estaba el coronel enamorado de la jóven.

Tan segura estaba Roxane de su poder que había dado órdenes para la partida antes de dirigirse a la casa del administrador. No creía que la hiciera esperar y no la hicieron. Favre, que tenía debilidad natural por las mujeres, estaba maduro para la red en que pensaba envolverlo aquella hermosa Roxane Harfield, quien en aquel pestilento agujero era como un hálito del cual hacía tiempo se veía privado.

Deber, honor... todo había sido subordinado al ardiente deseo que lo consumía; si ella hubiese dicho una palabra, hubiera estado él dispuesto a seguirla en el yate, tirando por la borda, su ascenso, su retiro, su pensión, todos los frutos de su carrera. En realidad cada vez consideraba más seriamente la idea de huir con la joven.

Y Roxane lo comprendía.

Sabía que tenía ella que ser dueña de la situación hasta que estuviera pronta para la partida. Ni siquiera Favre podría negarse a oir el informe del jóven oficial, si éste era recibido. Ella tenía que impedirlo y poner una retranca en la rueda de Sexton Blake. Comprendía perfectamente que sería desastroso para sus planes que él interviniera.

Favre la recibió en la intimidad de su gran habitación privada, donde fingía revisar unos papeles.

Ella se le acercó y colocó su esbelta mano en la gorda muñeca del coronel, reprimiendo el movimiento de repulsión que experimentaba a su contacto. No era la primera vez que la jóven experimentaba dificultades para representar su papel y sólo su resolución inquebrantable de cumplir el voto que había hecho, le había permitido salir airosa en las partes que exigían duplicidad.

Sin embargo, aquel día experimentaba una repulsión más grande que nunca. Pero sabía ella que era sólo porque Sexton Blake estaba cerca. La visión de aquel hombre rengo, sucio, cansado, haraposo había sido música para su alma, una música a la que tenía que resistir con todas sus fuerzas, que tenía que ignorar, de la que debía huir; pero que no podía negar.

Sin embargo, no cedería; pelearía hasta el fin y lo derrotaría, hallando a la vez dolor y gozo en hacerlo. Por estas razones su actitud ante Favre era desvastadoramente seductora, mientras le hablaba con su voz dulce y ronca.

—Han llegado enemigos míos a St Laurent du Maroni — dijo con voz plañidera Roxane — Y he venido a ver a aquél en quien se puede confiar.

El levantó la mano libre y tocó la de ella.

—Ya sabe que puede mandarme, mademoiselle — dijo Favre con voz emocionada — Haré cualquier cosa por usted... renunciaría a todo por irme en su compañía.

—¿Lo haría hoy, si yo se lo pidiera?

—Sí, en este mismo momento.

—Puede ser que se lo pida antes que termine el día. Pero hay muchas otras cosas en que pensar primero. Hemos de ser prudentes. Pero... ¿si se lo pido, hará una pequeña cosa por mí?

—Bien sabe que sí.

—Hay aquí un inglés que quiero ponerme trabas. Se llama Sexton Blake. Es miembro de una expedición que ha ido al interior. Usted está enterado porque deben haber solicitado su permiso ¿Quiere rehusarse a recibirlo... así como a su compañero un compatriota de usted, el profesor Colbert?

—Sí... lo haré por usted.

—Además, algunos de mis hombres han tenido una pequeña diferencia con uno de sus jóvenes oficiales. Quizá los acuse ¿Quiere rehusarse a ver a cualquier persona... cualquiera... hasta más tarde?

—Daré mis órdenes ahora.

—Es usted fuerte y bueno — murmuró ella.

Favre le palmeó afectuosamente las manos e hizo sonar un timbre. Roxane levantóse rápidamente dirigiéndose al otro extremo de la habitación, donde fingió estudiar un mapa que había en la pared. Estaba allí todavía cuando entró un ordenanza y recibió órden del comandante de que nadie lo molestara durante el resto del día, a menos que él llamara.

Cuando el hombre salió, volvió hacia Roxane sus ojos húmedos de deseo.

—¿He cumplido mi palabra, mademoiselle?

Ella se le acercó otra vez, sentándose en el brazo del sillón. Se hallaba ahora el comandante tan rendido que Roxane hubiera podido obtener de él lo que hubiera querido. Nuevamente la mano regordeta del comandante tocó la esbelta curva del cuerpo de Roxane, haciéndola extremecerse como si tuviera frío. Pero sonrió y pasóle ligeramente el brazo por los gordos hombros hasta que sus dedos estuvieron cerca del macizo cuello.

Luego...

Introdújole en la carne la punta de una aguja hipodérmica que había preparado, mientras fingía examinar el mapa de la pared. Y el coronel Favre cayó hacia adelante, sobre el escritorio de coaba, como algún tiempo antes había caído Blake en la Pan-

El hombre de la Isla...

tera Gris, en Londres, con los sentidos embotados por la misma droga. Luego la joven se deslizó del sillón, contempló un momento a su víctima y esta vez la mano que colocó en el hombro del comandante no la hizo extremecer de repulsión.

—Siento haberme burlado así de usted— murmuró — Espero que no lo afectará mucho. Era usted un diente de la rueda y tenía que suceder...

Se dirigió hacia las grandes puertas que daban a la galería y de allí al jardín, por donde podía llegar al sitio en que la esperaba su carruaje.

Antes de salir se detuvo una vez más y miró hacia atrás. Pero esta ves sus ojos tenían expresión dura y burlona.

—Parte esa nuez, si puedes, Sexton Blake — murmuró.

Una y otra vez hizo Sexton Blake grandes esfuerzos para llegar hasta el coronel Favre. Pero era como si se hubiera dado la cabeza contra una pared de ladrillo. Nadie, ni siquiera el oficial privado de guardia, se atrevía a penetrar hasta el escritorio privado del comandante en vista de su órden explícita.

Y cuando, un poco más tarde, vió al blanco yate salir del puerto, haciendo flamear burlonamente la insignia del Royal Canadian Yacht Club, Blake mordió salvajemente el extremo de su pipa.

—¡Que me ahorquen si no nos ha hecho una buena treta! — murmuró — No se qué última carta has jugado; pero lo hiciste con habilidad. Encontraré la explicación cuando pueda hablar con ese pobre diablo de Favre; pero en cada mazo hay cincuenta y dos cartas y no han salido todas todavía.

Por esta vez, Blake no tuvo más remedio que cruzarse de brazos y esperar que la luz viniera de otra parte. Y eso ocurrió algunas horas después, cuando el coronel Favre volvió a la amarga realidad, del sopor en que lo había sumido la aguja hipodérmica.

No fué consuelo para Sexton Blake que la llegada de un Crucero Francés terminara con la agitación, que se había extendido entre los ex-penados y que amenazaba convertirse en peligroso motín.

Tampoco lo consoló a Blake que el gobernador de Cayena amonestara severamente a Favre, cuando vislumbró la verdad. Blake estaba demasiado absorto en su propio fracaso, demasiado entristecido por no haber podido triunfar de la muchacha que, para sus fines particulares, había sublevado gran parte del país y amenazado a la pequeña partida de sabios que estaba en la selva.

No reprochaba a Colbert su alegría por la fuga de su hermano. Sabía que Roxane se preocuparía de que el pobre hombre encontrara un asilo donde estuviera para simpre a cubierto de las intrigas que habían arruinado su vida. Hasta experimentó gratitud hacia Roxane por eso.

Pero durante las dos semanas que siguieron, mientras pasaba trabajos para volver al campamento, con sólo un pequeño número de cargadores a quienes sólo contenía la amenaza de aquel sombrío crucero gris, Blake se juró a sí mismo que llegaría el tiempo en que Roxane pagaría cara su victoria.

FIN

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

LOS MELLIZOS VENGADORES

Por

JOHNSTON Mc CULLEY

(Continuación)

Despojados de su fortuna por un grupo de financistas sin escrúpulos, Pedro y Pablo Selbon, conocidos por los Mellizos Vengadores, deciden tomar venganza. Primero atacarán a Darnton Trede, jefe del Sindicato de los Seis y luego a los otros cinco. Los mellizos descubren que hay otro enemigo de Trede, James Martaman, que ama a la hija del financista, Carolina. Trede, que tiene para su hija otros proyectos, hace aparecer culpable de un robo a Martaman, ayudado por su secretario Emilio Brahl y un detective privado, Milton Griff.

Pablo Selbon decide visitar a Martaman, para obtener más detalles de la celada que le han tendido y se encuentra con Brahl, que finge ser Martaman. Pablo, que conoce al secretario de Trede, lo apresa, dejándolo atado en una habitación y va a otra del piso bajo donde descubre a Martaman, a quien mantiene prisionero uno de los hombres de Griff. Pablo encierra a éste en la habitación, pone en libertad a Martaman y vuelve a su casa. No bien lo hace, el detective, Brahl y el hombre que custodiaba a Martaman se presentan en el departamento ocupado por los mellizos. Estos, a fuerza de ingenio, impiden que Griff realice su propósito de arrestarlos y más tarde, para salir sin ser vistos y cumplir sus proyectos, simulan un incendio y abandonan la casa disfrazados de bomberos.

Pero iban siempre cautelosos. Habían logrado salir del edificio sin ser vistos ni seguidos; sin embargo mucha gente corría en dirección al incendio y los mellizos no querían ser reconocidos. Un poco más arriba dieron vuelta por otra calle más obscura, donde había poco tráfico a pie.

—¡Bueno... lo hicimos! — dijo Pedro jubiloso — Linda hazaña ¿no? Pasamos a diez pasos de los hombres de Griff después que llegamos al suelo. Yo pensé que nadie miraría dos veces a un hombre con uniforme de bombero. ¡Como rabiaría Griff si lo supiera! ¡Pobre viejo Griff!

—Si; pero faltan quince minutos para la una y tenemos que hacer buena distancia— le recordó Pablo. — Y nos queda mucho que hacer al llegar a nuestro destino, además. Lejos de mí la idea de disminuir el mérito de tu hazaña, Pedro — esta idea del incendio fué tuya — Pero hemos salido del fuego para caer en las brasas.

La diversión de la noche recién empieza.

Un poco más lejos llamaron un taxi y dieron al conductor una dirección cerca de la esquina donde debía esperarlos Martaman. Recostados contra los almohadones, encendieron sus cigarrillos y descansaron a gusto un momento.

—Pedro no vayas a olvidarte de algo ahora — le recomendó Pablo.

—¿Me has visto alguna vez descuidar los detalles? ¿He fracasado en alguna expedición de esta clase, joven señor? Haz tu parte que yo haré la mía.

—La velocidad tiene que ser nuestro lema — continuó Pablo — A Griff o a sus hombres puede ocurrírseles investigar donde estamos en ese barullo y si descubren que

hemos salido del departamento quizá sospechen...

—Podrían sospechar....

—Sí; y dirigirse a la casa de Darnton Trede o hablarle por teléfono. Yo no desearía caer en una trampa.

El taxi se detuvo. Bajaron y pagaron al conductor, que se apresuró a volver a la parte más transitada de la ciudad. Los mellizos estaban en una esquina, donde las luces de la calle eran amortiguadas por la sombra de las árboles, un barrio embellecido por casas magestuosas ocupadas por la élite de la ciudad.

—Martaman debe esperarnos un poco más allá — murmuró Pablo a su hermano.

—Y tenemos que acercarnos a él como dos sombras y asegurarnos de que está solo.

—Yo juraría que es honrado y que no trabaja en combinación con los Seis.

—Posiblemente tienes razón. Pero también es posible que lo hayan seguido y no lo hayan apresado, esperando apoderarse de nosotros, por medio de él.

—Todo es posible en este juego — admitió Pablo mientras echaban a andar.

Evitaron los sitios iluminados y manteniéndose a la sombra de los árboles, se adelantaron silenciosamente, los sentidos alerta. Pasó una limousine y ellos se agazaparon detrás de un pilar de piedra unos instantes. Al fin llegaron a la esquina donde Martaman debía esperarlos. A la distancia un reloj dió una campanada.

—¡La una! — murmuró Pablo — Llegamos a tiempo.

X

Los mellizos suponían que en aquella esquina estaría James Martaman, escondido esperándolo. Deseaban descubrirlo sin mostrarse y aquello no era tarea fácil.

En cada esquina de la calle había una gran casa, rodeada por espacioso terreno y grandes árboles. Las grandes sombras podían ocultar bien a un número de hombres.

Revisaron la esquina que les quedaba más próxima sin encontrar a nadie. Cruzaron la calle por el sitio más obscuro y registraron la otra. Como dos fantasmas se deslizaron por entre las sombras, llegando a un sitio donde había un par de árboles y matas. Casi sin respirar, escudriñaron la obscuridad. No oían cerca el menor rumor, excepto el ruido del viento entre las hojas de los árboles.

—¡Allí está! — murmuró Pablo de pronto.

Señalaba debajo de uno de los árboles, donde una sombra parecía algo más oscura que las otras. Esta sombra se movió ligeramente.

—¡Martaman! — pronunció Pedro el nombre casi con un murmullo; pero el hombre oyó. Lo vieron enderezarse y recostarse contra el tronco de un árbol. Se movió sin ruido, como si tuviera miedo de mostrarse. Los mellizos no podían decir si era o no Martaman.

—¡Martaman! — murmuró Pablo otra vez — Es Nobles.

Martaman se dió vuelta. Era el nombre que había usado Selbon cuando fué a visitarlo. Comprendió que el hombre que lo llamaba era un amigo.

Salió de abajo del árbol y fué rápidamente hacia ellos; luego se detuvo contra otro árbol para localizarlos.

—¡Aquí! — ordenó Pablo — Derecho, por junto a las matas. ¡Y apúrese!

Un instante después Martaman estaba delante de ellos. Retrocedieron unos pasos, donde un rayo de luz penetraba por el follaje, a fin de identificarse mutuamente.

—Este es mi hermano — dijo Pablo — Si es Pedro o Pablo, no tiene importancia. ¿No ha tenido ningún contratiempo?

—No — contestó Martaman — Salí del hotel a eso de las once. Estaba allí un poco nervioso. Caminé por los arrabales de la ciudad para venir aquí. Vigilé cuidadosamente todo el tiempo. Nadie me ha seguido.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí?

—Como una media hora. Y... y... temo que no pueda hacerse nada en lo de Trede esta noche.

—¿Por qué? — preguntó Pablo.

—Pasaron algunos hombres, caminando lentamente y hablando. Hablaban de pasar la noche de guardia en lo de Trede. Supongo que éste ha tomado serenos extra.

—¡Oh!... eso lo esperábamos — le dijo Pablo — ¿Es todo?

—¿Pero qué podemos hacer si la casa está vigilada? — preguntó James Martaman.

—Pasar por delante de los guardianes y entrar — intervino Pedro con una nota de disgusto en la voz — Eso no es lo más difícil del mundo.

—¿Y que es lo que ha ideado usted? ¿Yo tengo que acompañarlos?

—Ciertamente — contestó Pablo — Confiamos en usted y todo lo que quiera; pero no deseamos correr riesgos. Usted nos acompañará, Martaman y si se trata de un lazo, no vivirá para tender otro.

—¡Cielos! ¿Pueden ustedes pensar que estoy en combinación con Trede después de lo que me ha hecho?

—Creo que es usted leal; pero no podemos exponernos. Y además conoce usted bien la casa y el terreno. Puede sernos útil.

—Todos me conocen en la cas... Trede, Brahl, Carolina, hasta los criados. Si me ven allí....

—No se preocupe por eso — le dijo Pedro — Si ganamos, no saldrá usted perjudicado. Y si perdemos, estará lo mismo que ahora, de todos modos. Pero usted se mantendrá, si es posible, fuera de la vista. Primero entraremos al terreno y luego a la casa. ¿Hay perros?

—No — contestó Martaman. — Trede aborrece los perros.

—Si, me parece que un hombre de su estampa debe aborrecerlos — dijo Pablo — ¿No hay aparatos de alarma contra los ladrones?

—No lo se. Supongo que debe haberlos

—Bueno, no tocaremos los marcos de las ventanas, si podemos evitarlo. ¿Hay alguien más en la casa, fuera de Trede, su hija Brahl y los criados?

—No — contestó Martaman — Estoy... completamente seguro. Hablé con Carolina por teléfono....

—¡El que! — exclamó Pablo — ¿Cuando?

—Esta noche. Después de salir del hotel.

—¡Borrico! — comentó Pedro — ¿No sabe que puede averiguarse una comunicación telefónica?

—Usé una cabina pública. Disfracé la voz. Uno de los sirvientes contestó al llamado y le dije que avisara a la señorita Trede. Ella vino enseguida al teléfono.

—¿Y qué le dijo a la joven?

—Que no se preocupara. Que estaba bien. Ella deseaba verme y quería que le indicara un sitio para encontrarnos. Pero yo le dije que la vería mañana.

—¿Fué eso todo?

—Sí.

—¡Gracias a Dios! — exclamó Pablo — ¿Donde duerme Trede?

—En el piso segundo, al frente, costado este de la casa.

—¿Y la señorita Trede?

—Tiene su departamento del otro lado del corredor.

—¿Y Brahl?

—Ocupa habitaciones en el segundo piso también, en el fondo, mirando al jardían. Los sirvientes duermen en el piso tercero, al fondo.

—¿Donde está la caja fuerte? — preguntó Pedro.

—En la biblioteca, primer piso, costado este — contestó Martaman.

—Bueno. Con eso basta. Ahora es mejor que nos pongamos en camino. Yo guiaré por el momento.

El viaje de los tres por la avenida hasta la esquina más próxima a lo de Trede parecía el de tres fantasmas. Fueron de sombra en sombra, Pedro adelante, Martaman en el medio y Pablo cerrando la marcha. Frecuentemente se detenían para escuchar, a derecha e izquierda. Si los descubrían, todos los planes de Pedro y Pablo quedarían malogrados, habrían trabajado inútilmente. Para James Martaman la situación sería más grave aún.

Finalmente llegaron al bajo muro de piedra que rodeaba le residencia de Trede. Pedro y Pablo sostuvieron una breve conversasión, sin incluir en ella a Martaman. Luego Pablo se alejó.

—Escalaremos la pared ahora — murmuró Pedro a Martaman — y llegaremos al costado de la casa.

—Los serenos....

—Tenemos que encontrarlos, naturalmente. Pero serán alejados a los pocos minutos. Mi hermano se encargará de eso. Debemos acercarnos lo más posible a la casa antes de que él proceda.

Saltar la pared no era un problema. El parque de los Trede ofrecía en ese costado de la casa abundancia de árboles y arbustos. No tuvieron que saltar al vacío. Pero apenas respiraban al deslizarse entre las sombras, marchando silenciosamente sobre el pasto. Sabían que algunos serenos estarían descansando bajo los árboles. Podían tropezar, en cualquier momento, con un enemigo.

Avanzaron yarda por yarda hacia la gran casa. No se veían luces de ese costado.

La misma casa proyectaba una gran sombra. A cincuenta pies de ella, Pedro se detuvo y obligó a Martaman a hacer lo mismo.

—¡Espere! — le murmuró.

Esperaron un minuto o dos, sin oir nada anormal, absolutamente nada. Luego el silencio de la noche fué interrumpido al otro extremo del parque. Sonaron dos tiros de pistola, gritó un hombre y luego se oyó otro tiro.

—Que es... — empezó Martaman.

—¡Chit! — le murmuró Pedro — Fué mi hermano. A no ser que los guardianes sean más inteligentes de lo que creemos, correrán hacia ese lado. Y, mientras lo hacen, mi hermano se dirigirá hacia aquí, uniéndose con nosotros.

Pedro había supuesto acertadamente. Oyeron gritar a uno de los guardianes, luego una respuesta; por lo menos tres hombres corrían hacia el sitio donde habían sonado los tiros. Acurrucados junto a la pared de la casa, Pedro y Martaman esperaron.

A la distancia veían brillar las linternas eléctricas. Se encendieron luces en la casa también, mientras los sirvientes se levantaban. En la calle un hombre llamó a otro.

Y entonces Pablo salió de las sombras, uniéndose a ellos.

—¡Salió bien! — murmuró — Tenemos que apurarnos ahora. ¿Cuál es la ventana más próxima?

Se deslizaron silenciosamente a lo largo de la pared. Pablo guiaba ahora. Finalmente se detuvo. Había llegado junto a una ventana del piso bajo, a los fondos de la casa.

—¿Sabe a donde da esta ventana? — preguntó a Martaman.

—Con exactitud, no. Estuve solo una vez, a buscar material para una fiesta. Son cuartos de cachivaches, creo.

Nuevamente se quedaron inmóviles como fantasmas, escuchando. Los guardianes no hacían ruido ahora; pero debían estar doblemente alerta, a causa de los tiros. Algunas de las personas de la casa debían haberse levantado también y tardaría algún tiempo antes de que todo se tranquilizara.

Del bolsillo de su saco sacó Pablo un cortador de vidrio y un tubo aspirador de caucho. Colocó este último en el centro del cristal de la ventana. Sosteniendo así el vidrio, cortólo junto al marco de la ventana Un golpecito seco y sacó el cristal, dejándolo a un lado.

—No toquen el marco — previno — Posiblemente habrá instalación de alarma.

Pablo entró primero. Martaman lo siguió. No había señales de que hubieran tocado un aparato de alarma. Lo único que temían era que los guardianes advirtieran el vidrio cortado.

Tapando la linterna eléctrica, lo más posible, con su saco, Pablo la encendió. El rayo de luz reveló un camino libre, hacia una puerta. Atravesaron el cuarto, pasaron a una despensa, abrieron la puerta y salieron a un corredor.

—Se ahora donde estoy — murmuró Martaman — Al final de este pasaje hay una escalera que conduce al primer piso. Llega a una despensa, detrás del comedor.

—Muy bien — murmuró Pablo — Todo el mundo alerta ahora. Estamos adentro; pero nuestro trabajo recién empieza.

Se deslizaron rápidamente por el corredor y subieron la escalera. Pablo abrió una puerta y entraron en la despensa. Un momento después se hallaban en el gran comedor.

—La puerta del hall se halla atravesando la pieza, a su derecha — murmuró Martaman — la biblioteca está a un costado del hall, como a cincuenta pies hacia el frente de la casa.

—Lo que más nos interesa — murmuró en respuesta Pablo — es la escalera del frente. Queremos sorprender a Darton Trede y a Emilio Brahl, llevarlos a la biblioteca para una pequeña conferencia. Pero primero veamos donde está la biblioteca. ¿Cómo son las ventanas y las cortinas?

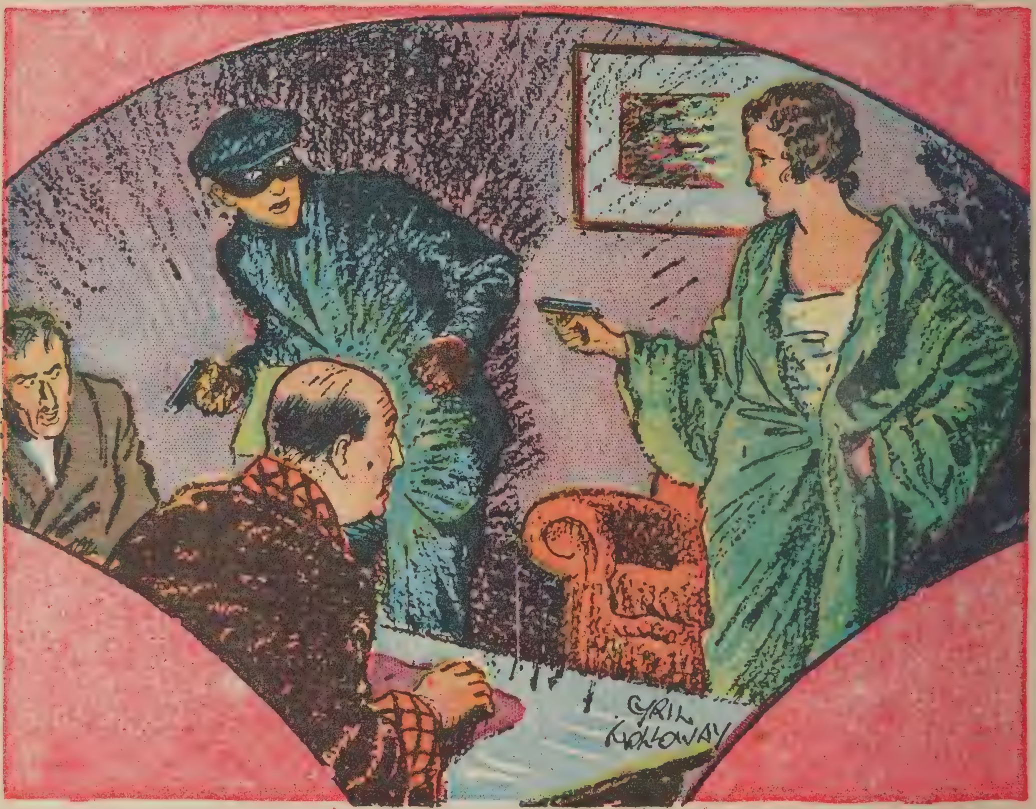
—Bajando las celosías y corriendo las cortinas no se ve luz desde afuera, si es eso lo que quiere saber.

—Eso mismo. Tiene usted cualidades de buen ladrón, Martaman — dijo Pablo riendo — ¡Vamos!

Atravesaron el comedor hacia la puerta del hall y Pablo abrió ésta. En una especie de alcoba brillaba una pequeña luz. Una mirada a la puerta distante del frente convenció a Pablo de que nadie que mirara desde la galería podría ver el interior.

Los tres cruzaron rápidamente el hall y entraron en la biblioteca. Tenían que trabajar ahora en la obscuridad. Los postigos estaban abiertos y las cortinas descorridas, de modo que un rayo de luz podría ser advertido por los guardianes de afuera.

Trabajando rápidamente, bajaron las pesadas celosías y corrieron las gruesas cortinas, metiendo la tela dentro de las rendijas. Luego Pablo encendió su linterna y vió la gran mesa, en medio de la habitación. En un extremo había una lámpara de lectura.



Deje caer la pistola — dijo la joven —Tiraré si no lo hace.

—El escenario está preparado — murmuró — Martaman, ¿está seguro de que podemos confiar en usted?

—Pueden — dijo James Martaman — ¿No sabe la trampa en que estoy? ¿No cree que quiero salir de ella?

—Entonces, pase usted al cuartito del secretario; es la puerta contigua, ¿no? — dijo Pablo — No encienda luz. Si hay algún armario, métase adentro. Y quédese allí hasta que mi hermano o yo vayamos a buscarlo. ¿Comprende?

—Comprendo — contestó Martaman — Hay allí un armario.

—No salga de el, oiga lo que oiga. Confiamos en usted, Martaman, y tratamos de ayudarlo. Si da un paso en falso, ocurra lo que nos ocurra a nosotros, se lo haremos pagar caro.

—Pueden confiar en mí — repitió Martaman. Y los mellizos comprendieron que decía la verdad.

XI

Trede había tenido un día muy ocupado, protegiendo sus intereses en la Bolsa. La comida no fué de su gusto. Al terminarla se enteró de la fuga de Martaman. Tuvo una escena con su hija, en la cual la joven le llevó ventaja. Después de eso se bebió varios whiskys con soda, que lo marearon, y se fué a dormir.

Como en sueños oyó los tiros disparados por Pablo Selbon y el pequeño tumulto que siguió. Pero no se despertó. Siguió soñando. La mala digestión, los acontecimientos perturbadores del día y el fuerte licor se habían combinado para hacer que su descanso no fuera tal si no una serie de pesadillas.

Cuando finalmente se despertó fué medio convencido de que todavía estaba soñando. Abrió los ojos, dándose cuenta de una luz enceguecedora que caía sobre ellos. Parpadeó y levantó la cabeza. Sintió una repentina presión en su pecho y comprendió que era una mano humana que le impedía levantarse. Luego una voz habló y Darnton Trede se convenció que la mano era real y que no soñaba.

—¡Silencio, Trede! Tengo una pistola en esta mano que descansa sobre su corazón. No hable ni se mueva, excepto para obedecerme.

Nada más natural que Trede abriera la boca para hablar. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el caño de una pistola apareció delante de sus ojos, mientras la presión de la mano se aflojaba. Permaneció silencioso.

Como se ha dicho, Trede no era cobarde. Tenía inteligencia y había hecho fortuna adaptándose rápidamente a las circunstancias. Se le disipó la pesadez del sueño y quedó despejado. No se movió. No habló.

—Va usted a levantarse, ponerse las zapatillas y la bata — dijo la voz. — Luego bajará a la biblioteca. Déjeme advertirle que será usted prudente si no intenta ninguna jugarreta. Una cosita pequeña, tal como tocar un timbre de alarma, por ejemplo, le traería como consecuencia una muerte inmediata.

Darnton Trede se deslizó lentamente del lecho, se puso las zapatillas y la bata y luego sentóse en el borde de la cama, ladeando la cabeza para que la brillante luz no lo deslumbrara. Se había dado cuenta ya de varias cosas: de que la luz provenía de una linterna eléctrica, de que su asaltante estaba armado y de que llevaba guantes.

—Le sugiero — continuó la voz — que se dirija sin hacer ruido a la biblioteca, como un muchachito que hace una picardía y no desea que lo oigan. El ruido me pone nervioso, señor Trede, y si me pongo nervioso puedo apretar el gatillo.

Eso resultaría desastroso para usted, porque la pistola lo apunta continuamente. ¡Ahora, vamos!

Fué una excursión desacostumbrada para Darnton Trede. Salió de su dormitorio, cruzó el hall, bajó la ancha escalera, siempre con el caño del revólver apoyado en su espalda, Trede tenía cuidado de no hacer ruido. En la baranda de la escalera había cierto sitio, que oprimido comunicaba la alarma a la próxima estación de policía; pero Trede no lo apretó. Un instante después se arrepentía de no haberlo hecho; pero era demasiado tarde, porque había llegado al pie de la escalera.

Fueron por el hall hasta la puerta de la biblioteca. Trede vió una mano enguantada extenderse en el círculo de la luz y dar vuelta el pestillo de la puerta. Un instante después estaba en la biblioteca con su apresador. La puerta se cerró tras ellos.

—Siéntese al extremo de la mesa — ordenó el hombre.

Darnton Trede obedeció. Podía ver ahora a su asaltante porque la lamparita de leer había sido encendida. Contempló un hombre enmascarado, vestido de negro, que tenía en la mano una pistola. Eso era todo.

—Conversaremos en voz muy baja — dijo el enmascarado. — Y pondrá las manos abiertas sobre el escritorio, frente a usted. Conozco el sistema de botones debajo del borde de la mesa. Le aconsejo que no toque ninguno. Particularmente, le advierto que es inútil que llame a su secretario. No puede contestarle.

—¿Lo... lo ha matado usted? — preguntó Trede.

—No, no lo he matado — dijo Pedro Selbon — Los muertos no hablan y yo quiero que Brahl cuente una historia.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? — preguntó Trede.

—Seguramente, mi querido señor Trede, no esperará que yo le diga quien soy — dijo Pedro — Nunca dejo tarjeta en visitas como esta. En cuanto a lo que quiero, pronto lo sabrá.

—¿Robar, supongo?

—¿No se le ocurre nada más? Usted ha perjudicado a muchos hombres, Trede. ¿Sería extraño que alguno de ellos tratara de vengarse?

—¿Es eso? Bueno.... ¿vengarse de qué?

—No he dicho que yo quiera vengarme. Pero, antes de que entremos en detalles, déjeme decirle que está usted completamente en mi poder. Puedo matarlo y huir con seguridad. Tiene usted guardias en los jardines y... aquí estoy yo, Trede. Puedo hacer con usted lo que me plazca. Así que, como le he dicho, nada de bromas.

La frente de Trede se inundó de sudor. No sabía; pero era posible que tuviera que habérselas con un loco. No era cobarde; pero lo que decía aquel enmascarado era cierto... había pasado a pesar de los guardias. ¿No se saldría entonces con la suya?

—No se mueva — continuó Pedro. — Tengo a su secretario en su oficina y lo trae-

ré aquí. Conserve sus manos abiertas sobre la mesa.

Dirigióse rápidamente a la puerta de la oficina contigua, la abrió, sin dejar de vigilar atentamente a Trede.

—¡Venga acá, Brahl! — ordenó imperiosamente. Entró Emilio Brahl, pálido de miedo. Se dejó caer tambaleándose, en la silla que Pedro le indicó. Tenía atadas las manos adelante.

Emilio Brahl había pasado por una prueba que lo había acobardado. El también se despertó viendo el caño de una pistola apoyado en su cabeza. Lo habían obligado a levantarse e ir a su oficina, donde le ataron las manos. No había podido ver al hombre que le capturó.

En la oficina se le había dicho que se quedara parado, silencioso, junto a la puerta de la biblioteca. Pablo, que se había ocupado de Brahl, mientras Pedro se entendía con Trede, lo informó que si se movía una pulgada sería muerto instantáneamente.

Luego Pablo había pasado al hall y le hizo señas a Pedro, mientras este entraba a la biblioteca con Trede, diciéndole que todo estaba pronto.

Emilio Brahl no se había movido. No supo que su apresador había abandonado la oficina. Lo creía parado a pocos pies de distancia, en la obscuridad, pronto a tirar.

Ni él ni Darton Trede vieron más de un hombre a la vez. Así que cuando Pedro abrió la puerta de la biblioteca y le ordenó al secretario que entrara, Brahl creyó que era el mismo hombre que lo había hecho levantar de la cama.

Ahora Pedro estaba parado junto a la mesa, en posición tal que podía vigilar a la vez a los dos hombres. Sus ojos brillaban malévolamente a través de los agujeros del antifaz. Sostenía la pistola en actitud amenazadora.

—No tengo tiempo para perder con ustedes, hombres — dijo Pedro — Quiero que hagan ciertas cosas y luego me iré. Primero repararemos un daño que usted ha hecho, Trede. Se trata del asunto de James Martaman..!

—¡De veras! — interrumpió Trede.

—Hable en voz baja — le previno Pedro-

—¿Ha venido usted aquí y representado todo este melodrama para pedir por Martaman? ¡A pedirme que sea clemente con semejante ladrón!

—No es ladrón, Trede y usted lo sabe. Nunca robó su caja ni se apoderó de sus perlas y sus diamantes.

—Parece usted muy enterado del asunto.

—Lo estoy. A Martaman le prepararon una celada. No quería usted que se casara con su hija. Ella dijo que se casaría a pesar de todo. Así que decidió usted hacerlo pasar por ladrón para deshacerse de él.

—¿De donde sacó semejante cuento? — preguntó Trede — Martaman lo ha engañado a usted, sea quien sea. Se que no es James Martaman... no es la figura de él. Debe ser algún ladrón alquilado por Martaman para esto.

—Ese modo de hablar pone nervioso el dedo que tengo apoyado en el gatillo — dijo Pedro suavemente.

Hablando de ladrones, Trede, usted está a la cabeza de la clase. ¡Oh!... siempre se le ha escapado usted a la justicia; pero es ladrón, a pesar de todo. Volvamos a Martaman.

—¡Es un prófugo de la justicia! — dijo Trede.

—No es nada de eso. Usted ha hecho que el detective Griff y otros cuantos hombres lo persigan. Eso es lo cierto. Pero no hay orden de prisión. Griff es ahora detective privado. Pero no tiene autoridad. La policía no lo persigue, Trede. Usted no quiere realmente que lo arresten. Quiere asustarlo para que se aleje de su hija.

—Supóngase que nos ocupemos de usted por un momento — dijo audazmente Trede — En las últimas horas de la tarde de hoy, uno de los Selbon ató y amordazó un detective y ayudó a escapar a Martaman. Ahora viene usted aquí a abogar por su causa. Usted es uno de los Selbon. ¡Uno de los malditos Mellizos Vengadores!

—¿De veras? Eso es cosa que le costaría a usted probar — le dijo Pedro — ¿Y si yo lo fuera y pensara que usted puede identificarme, cuanto tiempo cree que viviría?

Emilio Brahl se inclinó hacia adelante y habló con tono nervioso.

—Dele lo que desea, señor Trede y que se vaya. Nos matará; a ambos!

Trede dirigió a su secretario una mirada de desdén.

—Brahl, es usted un follón — declaró.

—Lo es — dijo Pedro — Bastante cobarde como para ayudarlo a usted a perder un hombre inocente. El consiguió las impresiones digitales en aquella hoja de papel y después escribió en ella la nota. Hizo cerrar la caja a Martaman para que sus impresiones digitales quedaran en ella.

—¿Qué cuento es ese? — preguntó Trede.

—¡Como si usted no lo supiera! Estoy enterado de todo el asunto, ya ve.

—Es una sarta de disparates — Declaró Trede — Martaman robó la caja fuerte en un momento de cólera. Yo no quiero mandarlo a la cárcel. Por eso es que he encargado a Griff y a sus hombres que se ocupen privadamente del caso. Pero es ésta una oportunidad para alejarlo de mi hija. Le he ofrecido adelantarle dinero para que se vaya al extranjero y empiece a trabajar de nuevo.

Había una nota de sinceridad en el acento de Trede. Pedro lo miró asombrado.

—No le fué tendido ningún lazo — continuó Trede — Si le ha hecho creer a usted eso...

Pedro Selbon volvióse a Brahl y lo amenazó con la pistola.

—¿Con que esas tenemos, Brahl? ¿Ha traicionado usted a su patrón, también? Usted dirá la verdad o le meteré una carga de plomo en la cabeza.

—No... no se... que quiere usted decir — gimió el secretario.

—¡Oh, si lo sabe, Brahl! ¿Fué entonces

el complot obra suya? ¿Ni siquiera lo enteró al señor Trede?

—¿Qué significa toda esta necedad? —preguntó Trede.

—Baje la voz—le previno Pedro—Brahl, es mejor que hable pronto y claro. ¿No es como yo te dije? ¿No consiguió usted las impresiones digitales de Martaman en la hoja de papel y después escribió en ella la nota? ¡Hable!

—S...s...i — contestó Brahl.

—Y no lo hizo usted cerrar la puerta de la caja a fin de que quedaran las impresiones digitales en ella?

EN EL PROXIMO NUMERO
iniciaremos en

P U C K Y

la publicación de la extraordinaria novela de aventuras en el Salvaje Oeste

LOS BANDIDOS ROJOS

Si no quiere perder ninguno de los emocionantes episodios de esta notable obra, solicite con tiempo su ejemplar

Aventuras de Ba

gugli, por Debeck

© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.

—Lo... hice... sí.

—¿Y por qué?

—Pensé que al señor Trede le convendría — contestó Brahl — Vi que le daría al señor Trede una oportunidad para conseguir lo que deseaba de Martaman.

—De modo que no lo hizo usted confidente a su patrón ¿eh? ¿Y si Trede hubiera ordenado que arrestaran a Martaman?

—Bueno... a mi no me hubiera importado — gimió Brahl — Yo lo odio a Martaman. Quería ayudarlo al señor Trede.

Darnton Trede se inclinó repentinamente hacia adelante.

—¿Entonces fué usted el que desvalijó la caja? — preguntóle.

—Yo solamente saqué los diamantes y las perlas, los escondí y dejé la caja abierta — contestó Brahl.

—¡Maldito sea, Brahl! Fué usted demasiado lejos. Admito que deseaba sacar a Martaman del camino. Pero no le hubiera tendido esa celada. Me alabo de poseer medios de apartarlo sin recurrir a esos extremos.

—Todo esto es muy lindo, en verdad — interrumpió Pedro — Ahora que sabe usted la verdad. Trede ¿quiere llamar a Griff y a sus hombres y ordenarle que dejen de molestar a Martaman?

—Dejaré de molestarlo por el falso robo de joyas; pero lo haré de otra manera — contestó Trede.

—Usted sabe que su hija quiere casarse con él.

—Yo mando en mi casa. Mi hija se casará con quien yo le elija.

—Dadas las circunstancias, señor Trede, creo que hará usted mejor en tomar esa pluma que está delante suyo y escribir lo que voy a dictarle. Solo una pequeña nota, diciendo que sabe que Martaman no robó en su casa, que todo fué un error.

—No escribiré nada.

—Entonces me obligará usted a matarlo y también a su secretario — dijo Pedro tranquilamente.

—¡Por amor de Dios, señor Trede, escriba! — gimió Brahl — Nos matará.

—No me importaría mucho que lo matara a usted — dijo Trede brutalmente — Es usted blando como gelatina. Muy bien, joven. Escribiré lo que usted dicte, si quiero hacerlo.

Pero el asunto no terminará aquí. Usted se ha introducido en mi casa y está empleando la violencia. Yo...

—No se trata de mí ahora — interrumpió Pedro — Escriba primero esa nota. Dictaré.

Pedro dictó y Trede escribió:

"Yo, Darnton Trede me he enterado esta noche que el señor James Martaman no violó mi caja fuerte, como se le había acusado. Se ahora que mi secretario Emilio Brahl fué el autor del complot para hacer aparecer culpable a Martaman. Que yo sepa, James Martaman no ha cometido ningún delito".

—Está bien — dijo Pedro — Espero que no será necesario que este papel vea la luz, señor Trede.

—Puedo librarme de Martaman sin recurrir a esos medios — dijo Trede — Y en cuanto a usted, pagará también el trabajo de esta noche.

—No me preocupa, — dijo Pedro guardando la hoja doblada en su bolsillo — Permítame sugerirle ahora, Trede, si no sería bueno asegurarse que Brahl no es el ladrón que quiso hacer aparecer a Martaman. En otras palabras: ¿dónde están sus perlas y sus diamantes?

—Sí, Brahl.. ¿dónde están?

—Arriba, señor, en la caja de joyas de la pared... Están seguras, señor.

—¿Cómo voy a saberlo? — preguntó Trede. — Esas piedras valen una pequeña fortuna. ¡Maldito sea, Brahl! Ha ido usted demasiado lejos. Ahora tengo que llamar a Griff y a sus hombres y ordenarles que dejen en paz a Martaman. Puede mostrar ese papel y meterme en un lío.

—No será un mal yerno — sugirió — ¡Piénselo! Entretanto ¿está seguro de las perlas y diamantes? ¿Está seguro de que Brahl no las ha escondido en alguna parte y que no se escapará después que yo me vaya con las joyas?

—Brahl, vaya a buscar esas joyas — ordenó Trede.

—¡Disculpe! — dijo Pedro— Pero el señor Brahl no puede hacer nada sin orden mía. Yo me ocuparé de que traiga las joyas, Trede. Entonces quedará usted completamente convencido de que no fué Martaman quien las robó.

—¿Y cree usted que yo voy a olvidar su asalto de esta noche porque es amigo del calumniado Martaman? — preguntó irónicamente Trede — Si es usted uno de los mellizos, lo haré arrestar por esto.

—Y los Seis lo aplaudirán — dijo Pedro riéndose — Lo que usted piensa, señor Trede y lo que sabe son dos cosas distintas. ¿No le gustaría ver el rostro que hay detrás de este antifaz?

La respuesta llegó de un sitio inesperado. De atrás de Pedro Selbon, dicha por una voz de mujer.

—Entonces vamos a verle la cara — Deje caer esa pistola. Lo mataré si no lo hace.

Pedro no la dejó caer. Pero la bajó, dió un paso atrás y se dió vuelta. Carolina Trede, la hija de la casa, encantadora en su "negligé", estaba delante de él. Y esgrimía un revólver con aire muy resuelto.

(Continuará)

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, ench. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida. dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

LA DAMA RISUEÑA

Por H. E. W. GAY

Gastón Latournée celebraba una fiesta, una fiesta como sólo podía darla en el Montparnasse parisiense Gastón Latournée. En esas ocasiones la atmósfera se volvía de un color gris-azulado, debido al humo de innumerables cigarrillos, y eléctrica de exuberante alegría.

Aquella noche la atmósfera era más pronunciada que de costumbre. Latournée se mostraba ingenioso como nunca, las risas que se oían eran casi nerviosas, porque había cierta tensión entre los concurrentes. Las miradas iban de una joven morena, que estaba sentada solitaria, a una rubia que se hallaba junto a Latournée. Luego las miradas se cruzaban entre sí con mutua y divertida comprensión.

Pero había tres invitados a quienes este secreto a voces no causaba diversión. Estos eran la joven morena, que estaba sentada aparte, y dos caballeros ingleses. Uno de los caballeros era tío de la joven rubia, el otro, más jóven, su novio. Era el hombre de edad quien tenía expresión más inquieta, porque se daba mejor cuenta de las fuerzas pasionales que había detrás de aquella situación picante. Además el otro, que era jóven y buen mozo, distraía su atención con las damas que tenía a derecha e izquierda. El hombre de edad había también notado una expresión sombría en los ojos de la joven morena, mientras contemplaba el cuadro que se hallaba en el caballete de Latournée y que era el retrato de la joven rubia sentada a su lado.

—Tengo que hablar con Clara — pensaba el tío — Hay algo que no me gusta en los ojos de esa joven morena cuando mira el retrato. Es vasca... Y dicen que las vascas no perdonan facilmente ciertas cosas.

Pensaba si había obrado con prudencia, después de todo, trayendo a Clara a París. Montparnasse era demasiado excitante, después de la vida de rata campesina que la jóven había llevado en Inglaterra. Ella amaba la alegría y la risa, como es natural en una jóven sana, de veinte años. No había mal en ello; y, sin embargo... Era endiabladamente difícil para un viejo solterón, que amaba tiernamente a Clara, saber que era lícito y qué no. Quizá sería conveniente cortar toda relación con Latournee. Había algo de cínico y provocativo en la actitud del pintor hacia la vida. Esta quizá se rebelaría alguna vez contra él y no sería bueno para Clara estar demasiado cerca.

—Señoras y caballeros — la voz de Latournée interrumpió el hilo de sus pensamientos — ¡Un brindis por "La Dama Risueña"!

Se había levantado. El vino de su vaso resplandecía a la luz, sus miradas iban de Clara al cuadro que estaba en el caballete.

—No os pido — continuó el pintor — que bebáis por mi cuadro, si no por lo que he procurado expresar en una pobre reproducción de la más encantadora de las mujeres, por el espíritu del amor que sonríe en sus labios, haciendo un delicioso juego. ¡Os pido que alcéis vuestro vasos por l'amour insouciante!

Una confusa babel de voces y risas acogió la invitación. Varios vasos se alzaron y se intentaron varios discursos, que terminaron en alegre algarabía. Pero aquello no importaba. En lo de Lamartine los discursos se pronunciaban, por lo general, simultáneamente. Hasta el joven inglés, Jimmy Gordon sonrió — un poco molesto quizá — a los brillantes ojos de Clara. Todo aquello era irresistiblemente divertido, menos para el hombre de cabellos grises y la jóven morena, que era vasca y no olvidaba las cosas facilmente... Pero el rencor de sus ojos se desvaneció con rapidéz y escogiendo un instante de relativa calma, se puso de pié y levantó, sola, su vaso.

—Yo también — miró sonriendo a Latourné — brindo por el amor... por el amor que ríe y se burla. Es un hermoso cuadro, Gastón... por la única razón que un cuadro puede ser hermoso: porque es verdadero.

No había malicia en su voz ni en su expresión, si no únicamente el humor, ligeramente satírico, de quien dice una broma a costa de sí mismo.

Pero aquello no desvaneció el ansioso presentimiento que obsesionaba la mente del inglés de cabellos grises. Los rostros que lo rodeaban parecíanle caretas risueñas, inconscientes de la tragedia que se desarrollaba delante de ellos. Sólo él parecía darse cuenta de ello... él y algo que Latournee había expresado en la burla sutil de la sonrisa del cuadro ¡El retrato se parecía tanto a Clara!... y sin embargo... tenía algo de diabólico que no era ella.

El anciano miró ansiosamente a Jimmy Gordon; pero él también parecía no sospechar la tragedia que se afilaba en el fondo de las cosas. Había cierta sugestión en lo forzado de su sonrisa, que procuraba no parecer celosa; pero nada más. En cuanto a Latournée, hablaba encogiéndose ocasionalmente de hombros, como si quisiera negar que algo pudiera tomarse en serio.

LA JOVEN DE RIO

Alguien empesó a tocar el gramófono, en una pieza contigua al estudio. Todos se levantaron de la mesa, con excepción del caballero de los cabellos grises y la joven vasca. El primero la llamó, casi gritando su nombre para hacerse oir a través del

rar las latinas. Su apellido no era Latournée... En el Montparnasse, la identidad de nombres no es condición indispensable para un ménage de dos personas de diferente sexo... Sin embargo, ella no tenía sobre él ninguna pretención, excepto la del amor. Se amaba o no se amaba. Eso era todo.

—Denise ¿duda usted acaso del amor de Gastón? — preguntó el inglés, cuyo tono daba a entender que la pregunta era absurda — Mi sobrina no es más que una colegiala. Y a nuestro Gastón le divierte adularla.

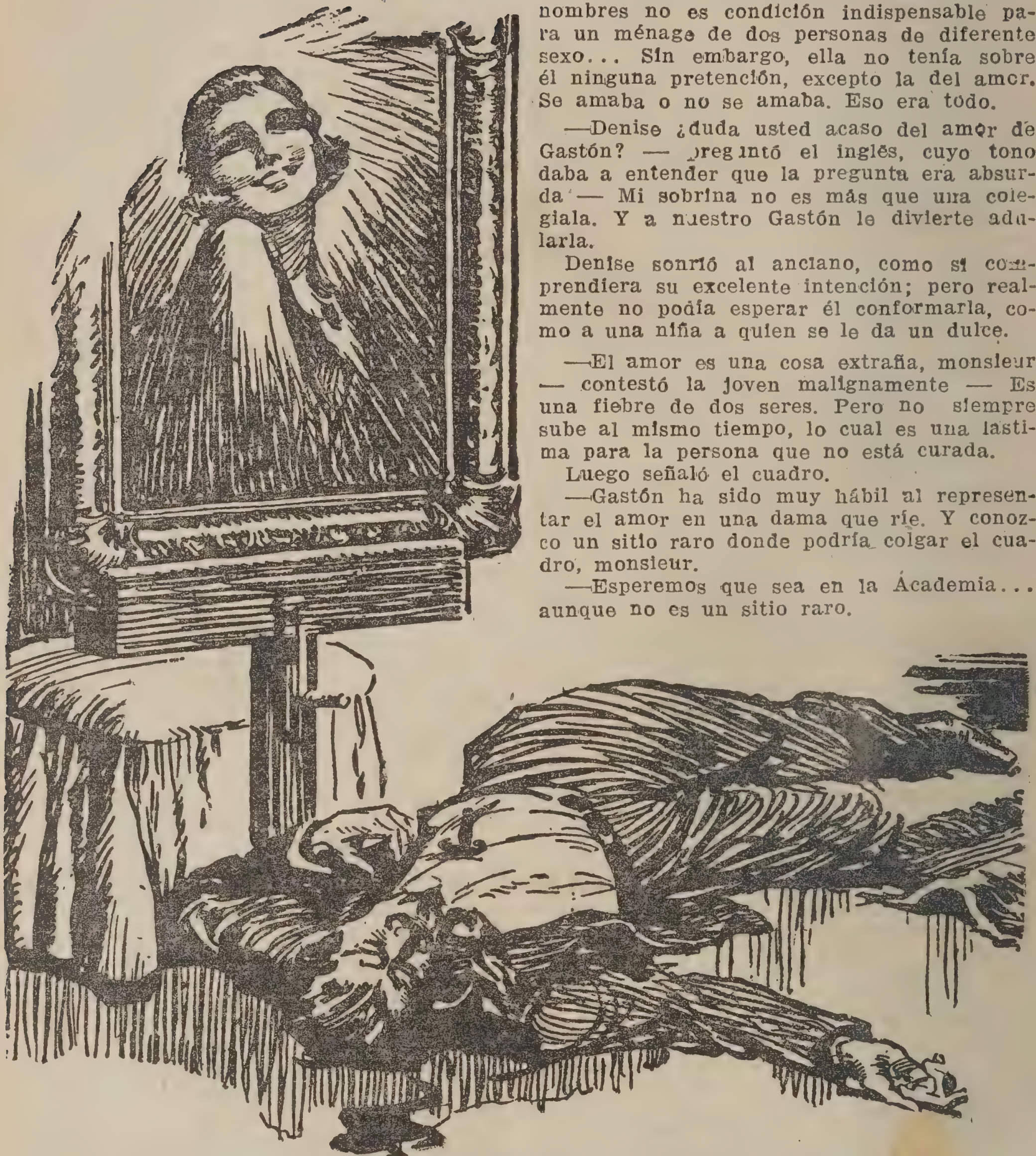
Denise sonrió al anciano, como si comprendiera su excelente intención; pero realmente no podía esperar él conformarla, como a una niña a quien se le da un dulce.

—El amor es una cosa extraña, monsieur — contestó la joven malignamente — Es una fiebre de dos seres. Pero no siempre sube al mismo tiempo, lo cual es una lastima para la persona que no está curada.

Luego señaló el cuadro.

—Gastón ha sido muy hábil al representar el amor en una dama que ríe. Y conozco un sitio raro donde podría colgar el cuadro, monsieur.

—Esperemos que sea en la Academia... aunque no es un sitio raro.



En el suelo, al pie del caballete donde estaba todavía el cuadro de "La Dama Risueña" estada el cadáver del pintor; el mango negro de un puñal asomaba en el pecho

ruido del jazz y de los piés de los bailarines.

—¡Denise! Vamos a fumar un cigarrillo juntos.

Trató, mientras le sostenía el fósforo, de descubrir que había detrás de sus ojos negros. Haciendo casi tres años que conocía a Lautournée tenía, inevitablemente, que conocer a Denise. Era ella la que zurcía los calcetines del artista, viviendo en su departamento y mirándolo por momentos con el alma en los ojos... como sólo pueden mi-

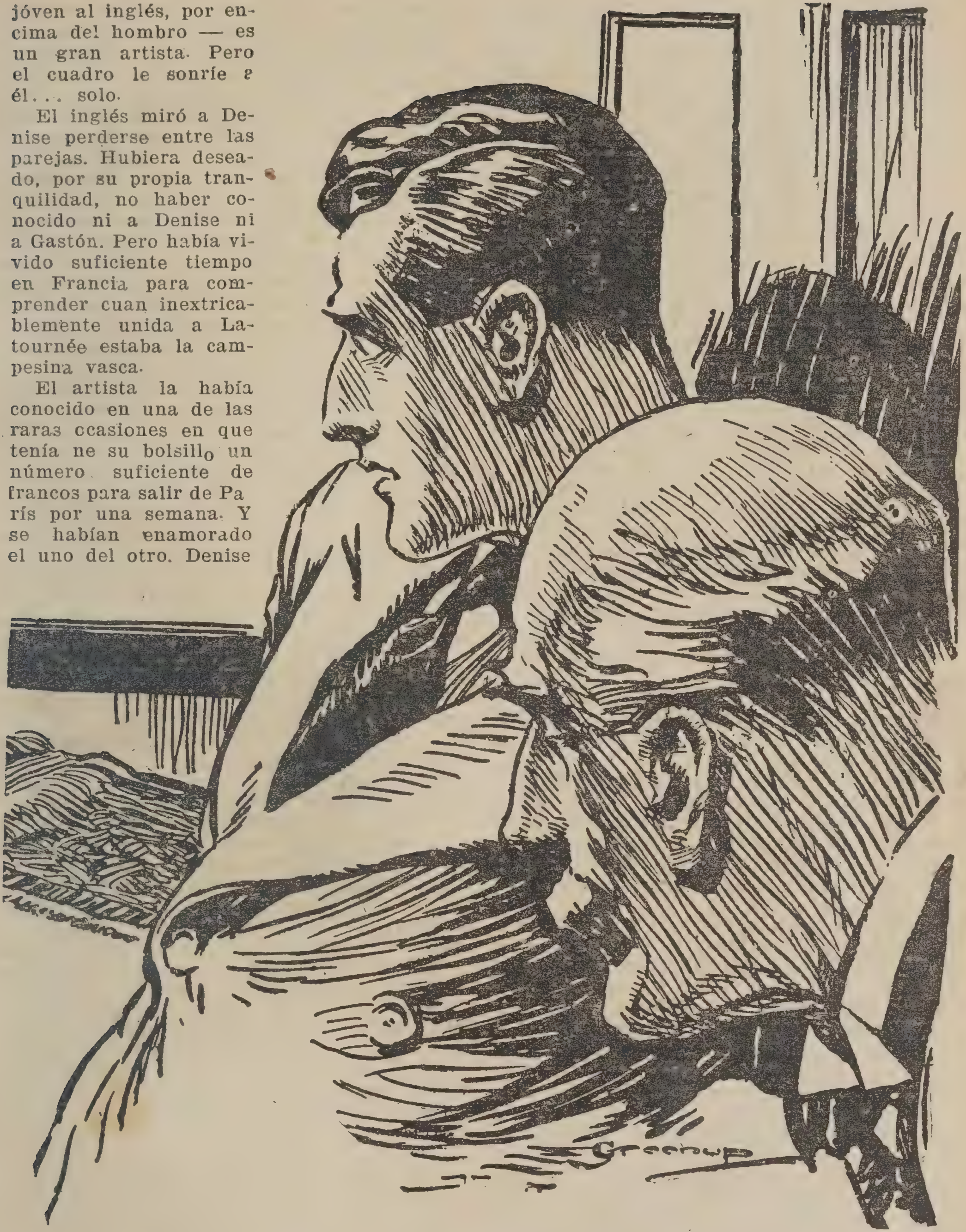
—¿L'académie? ¡Pouf! — rió Denise — Mademoiselle no hallaría allí de que reirse. Yo pensaba, monsieur, en la morgue.

Sus ojos brillaron de alegría al decirlo. Sus modales no tenía nada de vengativos ni de mórbidos. Si así hubiera sido, el inglés podría haberse reído con sincera diversión ante la idea. Pero por lo mismo que era lo contrario, sintió correr una especie de frío por la médula. Antes de que el anciano pudiera hablar, un joven de vistosa corbata sacó a Denise a bailar.

—Gastón — díjole la jóven al inglés, por encima del hombro — es un gran artista. Pero el cuadro le sonríe a él. . . solo.

El inglés miró a Denise perderse entre las parejas. Hubiera deseado, por su propia tranquilidad, no haber conocido ni a Denise ni a Gastón. Pero había vivido suficiente tiempo en Francia para comprender cuan inextricablemente unida a Latournée estaba la campesina vasca.

El artista la había conocido en una de las raras ocasiones en que tenía ne su bolsillo un número suficiente de francos para salir de París por una semana. Y se habían enamorado el uno del otro. Denise



le había contado ingenuamente la historia al inglés, cuando habiéndose presentado en el estudio, después de algunos meses de ausencia de París, la encontró allí. Ella era hija de labradores y estaba encantada con la ciudad a donde su maravilloso amante le había traído. Había en sus ojos, cuando hablaba de Gastón, una ternura profunda. Para ella era como el príncipe encantado que la había substraído a una vida en que "las mujeres eran como bueyes y trabajaban en los campos desde el alba a la noche". Con la delicia de una niña le había mostrado un vestido y los zapatos que Gastón le había comprado. Toda la devoción, primitiva y apasionada de su corazón de campesina, era para Latournée. Y el inglés, escuchándola, viendo la luz que se encendía en sus ojos al oir los pasos de Gastón, había envidiado al

artista. No todos los hombres podían disfrutar de un amor tan ciego, tan abnegado.

Los ojos del inglés siguieron a Denise mientras bailaba. Ahora no tenía nada de campesina en su aspecto. Su traje, su modo de hablar, sus modales eran los de las muchachas del Montparnasse parisiense. Sabía esconder sus más íntimos sentimientos bajo una sonrisa y palabras ingeniosas. Se había convertido en la completa petite amie parisienne de un artista, inteligente y alegre. Y sin embargo... algo que ardía en sus ojos negros la diferenciaba sutilmente de las demás jóvenes de su clase. Cuando Latournée no se ocupaba de ella o dirigía cumplidos a otra mujer, podía verse algo, tan inesperado como si repentinamente sacara Denise un cuchillo debajo de su convencional pollera parisiense. Podía hablar ligera, picaresca, burlonamente, como la que más. Pero para ella, el amor sería siempre lo que es allá en los Pirineos... una cosa profunda, elemental, como la vida y la muerte.

El inglés se sacudió, alarmado por el giro de sus pensamientos. La risa despreocupada de Latournée lo llenaba de un presentimiento inquieto. No era posible reírsele en la cara e impunemente a los dioses. Cualquiera podía ver lo que hervía en el corazón de la jóven vasca.

Se levantó de la mesa, irritado y ansioso. Aquella burla con el amor tenía que terminar. Si Latournée quería divertirse jugando con fuego, que buscara otras compañeras y no a Clara con quien quemarse los dedos.

Una mano le tocó el hombro. Apartó sus miradas del retrato de Clara, reflejándose aún en su rostro una expresión hostil y sombría, y encontróse ante Jimmy Gordon. Había en los ojos del jóven una expresión que desentonaba con la sonrisa de sus labios.

—Oiga, señor — su tono tenía acento de risueña disculpa — ¿cree usted que Clara se interesa realmente por Latournée? Me pareció que no había en esto más que... que... un poquito de diversión. Naturalmente esta es la noche de gala de Clara — miró el retrato — y uno no puede darse aires de dueño. Pero... ¿no le parece que está demasiado dedicada a Gastón? Nadie hace apartes más que el dueño de casa.

El anciano contuvo su deseo de manifestarse de acuerdo, usando un lenguaje aún más enérgico que el empleado por Gordon. Pero no había que agarrar al toro por los cuernos en aquel asunto. Eso hubiera sido el medio más seguro de inclinar a Clara del lado de Gastón.

—Es joven — dijo — La adulación se le ha subido a la cabeza... como a una niña en su primera fiesta.

Jimmy Gordon pensó un momento. Luego preguntó bruscamente.

—¿Se ha fijado usted el modo como esa jóven morena, a quien llaman Denise, mira a Clara? No hace más que sonreir con sus ojos negros, como si esperara que ocurriese algo.

—Está un poco celosa... Ella y Latournée... Usted ya sabe...

—Yo ví una vez a una jóven, en un salón de baile de Río, sonreír así — interrumpió el jóven Gordon — Un segundo o dos después le clavó el puñal a otra muchacha que bailaba con un mestizo. No será Denise, por casualidad...

—No; es francesa... vasca. Además, mi querido Jimmy — dijo sonriendo el anciano — aquí no estamos en Río.

—¡Dios mío, no! No he supuesto ni por un momento... — se rió — Pero esa mujer está celosa, de todos modos — añadió seriamente.

—En eso tiene usted algo de común con ella.

Pero Jimmy Gordon no advirtió el puntazo. Miraba el cuadro de Latournée con expresión, mitad intrigada, mitad hostil. Era realmente la primera vez que lo contemplaba tan de cerca. Lo había visto, naturalmente, cuando llegó al estudio de Gastón con Clara y su tío, como invitados a la fiesta. Pero se había sentido un poquito mareado por el ardor artístico y la jerga de la gente que lo rodeaba. Había encontrado la explicación de Latournée respecto a lo que trató de expresar en el retrato, bastante estúpida y complicada.

Pero había algo extraño en aquel cuadro, cuando se le miraba bien. Se dió vuelta Gordón para mirar al anciano que estaba a su lado. Estaban aislados de los otros, que habían pasado al salón contiguo, y le pidió su opinión sobre el cuadro.

—Se parece a Clara; pero él le ha dado una expresión... atrevida, cruel que no es de Clara ¿No le parece?

El otro no contestó. Estaba pensando la expresión "atrevida, cruel" aplicada a la sonrisa del retrato y decidió que expresaba, más o menos, su pensamiento. El muchacho tenía razón, "La Dama Risueña" no se reía como Clara acostumbrada a reir. Había una burla despiadada en sus ojos. Podrían, como dijo Denise, haber mirado aquellos ojos desde las paredes de la morgue. Pero el anciano se guardó para sí sus pensamientos.

—Olvide ese maldito retrato, Jimmy. Su novia es Clara y no ese pedazo de tela, embadurnado por Latournée. Vaya a buscar a su prometida para bailar.

EL ANILLO DE ORO

En aquel momento, la misma Clara apareció en la puerta. Estaba sola.

—¡Hola! — exclamó alegremente, dirigiéndose a los dos hombres que estaban frente al cuadro — ¿Por qué no os juntáis con la gente alegre? ¿Estáis alunados?

Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban delicadamente coloreadas por la excitación. Tenía la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los labios separados por una sonrisa provocativa.

—¿Por qué esa repentina solicitud por nuestro entretenimiento, Clara? ¿Supongo

que la animación no habrá empezado a decaer?

Había una nota de amargura en la voz de Gordon. Amaba a la jóven. No había nada en el mundo que él no pudiera hacer, con tal de verla feliz. Sin embargo, ella parecía sentirse feliz sin él. No lo echaba de menos...

El pensamiento le produjo en la boca sabor a ceniza. Vió su belleza, su alegría, sus risas juveniles, a través de una niebla roja de celos. La vocecita de la razón murmuróle un consejo al oído. Pero el impetuoso amante que había en él no quiso escucharla. Ella había sido feliz, olvidándolo completamente.. El alma de Clara brillaba en sus ojos para... Gastón Aquel convencimiento convirtió su amor en amargura y miró a la jóven con odio.

—¿No son un poco prematuros tus modales, Jimmy? Todavía no llevo en mi dedo anillo liso.

Ella hablóle dulcemente, sonriendo todavía, sin rastro de enojo. El continuó mirándola, los ojos torturados por la embrujadora travesura de ella

—Y no lo llevarás — contestóle enojado, cerrando sus oídos a la voz de la razón — aunque hayas conquistado a Latournée. ¡Preguntaselo a tu antecesora!

Con un sentimiento que era mitad de alegría, mitad de aflicción, vió que los ojos de la jóven se empañaban y que el color desaparecía de sus mejillas. Se alegraba de torturarla. Y sin embargo... se torturaba a sí mismo. Quería tomarla en sus brazos y pedirle perdón.

—¿Qué está diciendo?

Se dió vuelta al oir la voz del tío de Clara. La mano del anciano estaba apoyada en el hombro de Gordon. Sus miradas fueron suplicantes de uno a otro de los jóvenes rogándoles que fueran sensatos, que no se ofendieran como niños irresponsables. Pero fué inútil.

—No es nada, tío — había una helada sonrisa en los pálidos labios de Clara al mirar al anciano — Jimmy sabe perfectamente lo que dice. Y yo también.

Luego, evitando hacer gestos teatrales, quitóse el anillo con brillantes que llevaba en el tercer dedo de la mano izquierda. Parecía que se sacaba, distraídamente un guante.

—¿Esto resulta bastante fastidioso no Jimmy?

Le tendió el anillo; pero él no extendió la mano para agarrarlo. Con un imperceptible encogimientos de hombros, ella lo dejó caer de sus dedos, como si fuera algo desagradable.

—Lo siento; pero si no sabe usted conducirse como un caballero...

—¡Clara!

La voz de Latournée, clara, risueña, llegó hasta ellos. Sonriendo, Clara dió la espalda a Jimmy Gordon y se unió a los otros en el cuarto contiguo.

—Dicen que no soy capaz de bailar el Charleston ¡Clara! ¡Venga! Mi honor está en juego.

El gramófono empezó a tocar un alocado aire de jazz.

—No pierda la cabeza, viejo — dijo el hombre de los cabellos grises a Gordon. Había permanecido silencioso, observando a los dos jóvenes tontos, que amándose se hundían mútuamente un puñal en el corazón — Retírese a su hotel a dormir. Luego vaya a verla, por la mañana, con un ramo de flores.

Riéndose colocó un cigarrillo entre los labios de Gordon. El último sonrió como se hace ante palabras de falsa alegría, dichas con buena intención. Todas las flores de la Madeleine no podrían ahora suavizar la amargura que existía entre ellos.

Quitóse el cigarrillo de los labios y lo destrozó maquinalmente entre sus dedos. Aquel no era problema que podía solucionarse con una bocanada de humo y un ramo de flores. Se trataba de algo más profundo, de un choque entre la ligereza y la lealtad, entre el amor sagrado y la risa burlona, despiadada.

—¡Ahí está! — exclamó apasionadamente Gordon, indicando con un dedo acusador el cuadro de Latournée — El está modelando a Clara según su diabólica imámen. La magnetiza con su maldita inteligencia. Le hará creer que hay algo superior a la lealtad y a la decencia y entonces... — su rostro se contorsionó a impulsos de un pensamiento torturador — ¿No lo comprende? — continuó, sin darse cuenta que a muchos llamaba la atención aquel enojado discurso en inglés — El ha torcido la sonrisa de ese retrato, de manera que ya no es más Clara que lo mira a uno, si no una criatura atrevida, cruel, creada por su imaginación. Es la criatura que él trata de hacer.

Por un momento pareció que iba dar un puñetazo a aquel hermoso rostro, pintado, que se reía de su dolor y de su cólera. Luego su tensión se aflojó y echóse a reir, amargamente. No es posible hacer desaparecer el veneno con un puñetazo limpio. Además... ¿cómo podrá pegarle a Clara, aunque sus ojos se burlaban de él y lo torturaban?

Se pasó la mano por la frente con gesto de cansancio. Como un sonámbulo estrechó la mano del inglés de cabellos grises. Varios bailarines lo miraron con curiosidad, cuando se dirigía hacia la puerta; pero él no se fijó en ellos.

Se sentía enormemente cansado, demasiado cansado para recordar que nadie se retira de una reunión sin darle las buenas noches al dueño de casa.

El tío de Clara lo miró irse, sin poder remediar nada. A los pocos minutos, como si hubiera estado esperando que Gordon se fuera, Clara arrastró al anciano a la otra pieza, insistiendo en que tenía que bailar. Sus ojos estaban risueños al fijarse en el tío.

El anciano también le sonrió... hasta que vió la mirada de Denise fijarse en Clara, por encima del hombro de su compañero de baile. Y la historia que el jóven Garden le había contado. de la joven del

salón de baile de Río, pasó como un relámpago por su mente.

LOS DIOSES SE RIEN

Durante las semanas que siguieron se produjo en Clara un cambio sutil. Tan pronto estaba triste, como hacía gala de una alegría extraña y poco comunicativa. Ya no era más la jóven de veinte años, rebosante de risas y de vida. Parecía haberse retirado a un rincón secreto de su alma y no permitía a nadie que compartiera ni sus momentos de sombra ni los de sol.

El caballero inglés, de los cabellos grises, la observaba ansiosamente, con la solicitud de un hombre que presiente amenaza algo a un ser que ama, pero no se atreve a tomar una medida por miedo de precipitar el desenlace fatal. Había sugerido que abandonaran París por un tiempo; pero la repentina expresión de dureza de Clara le advirtió que ningún subterfugio podría romper el hechizo que Latournée había arrojado sobre ella.

Una vez, la ansiedad y la incertidumbre, llevó al tío de Clara al estudio de Gastón. Había resuelto decirle que, si estaba decidido a tentar al diablo con su ligereza amorosa debía elegir compañera más endurecida que una ingenua niña inglesa de veinte años. Pero se volvió sin tocar el timbre del estudio, convertida su cólera en impotencia. Imaginó el tono suavemente burlón de Latournée, ante su estallido colérico, convencido el pintor que la fascinación que sobre Clara ejercía le daba todas las ventajas.

Clara no hablaba ahora nunca de Gastón... Nunca sugería, como lo había hecho antes, que fueran a su estudio. para pasar un rato con la gente que se reunía allí dos veces por semana. Pero veía a Latournée... clandestinamente. Su tío los vió una tarde entrar a un cinematógrafo, en el Boulevard des Italiens. No le hizo ningún reproche a Clara. Hasta cierto punto fué para él un alivio saber que no pasaba el tiempo con él en el estudio de Montparnasse... donde la jóven vasca vigilaba, con aquellos ojos que sonreían como si esperaran algo.

Pero la esperanza de que todo aquello terminara por desilusión por parte de Clara se vió disipada brúscamente. una mañana, por su sobrina misma. La jóven se apartó de la ventana, al entrar su tío en la habitación donde acostumbraban a tomar juntos el café y le dijo:

—Denise ha dejado a Latournée.

Habló con acento extraño, distraído, los pensamientos distantes de aquel agradable cuartito, brillante, bañado por la luz del sol. Sus ojos estaban fijos en el reloj de encima de la estufa; pero miraba más allá de él, con la sonrisa en los labios.

—Bien... ¿y qué hay con eso? — algo en la actitud de Clara hizo a su tío hablarle brúscamente — Imagino que Denise no es la primera mujer que deja a Latournée ni será la última tampoco.

—¿Cómo puedes decir eso? — le hizo la pregunta con enojo. Su referencia a la "primera" y "última" mujer tocó la vanidad de Clara en carne viva.

—Porque, mi querida. — contestó el anciano tranquilamente, un poco conmovido ante su juventud que no podría aprender sin ser herida — Latournée es así. Posee considerable mérito como artista; pero como hombre... bueno, digamos que la lealtad y la constancia no tienen significado para él. Lo aburren.

—¿Y no es eso— preguntó ella con sonrisita desafiante — lo que lo hace tan divertido... tan interesante?

El inglés de cabellos grises miró gravemente unos momentos a la jóven antes de contestar.

—Exactamente. Divertido e interesante. Hasta que, mi querida, seas la persona cuya lealtad y constancia aburran a Latournée. Como le ocurrió a Denise.

Ella lo miró como lo había mirado cuando habló de la "primera" y "última" mujer.

—¡Yo no soy Denise!

La respuesta: "No, eres simplemente su sucesora" acudió a los labios del anciano; pero la contuvo. Hubiera sido como darle a Clara un bofetón.

—Olvida lo que te he dicho, Clara — dijo sonriendo a aquellos ojos apenados — Bien sabes que no has sido muy feliz últimamente. Te he observado, experimentando lo que debe sentir una gallina vieja cuando uno de los pollitos que ha cobijado bajo sus alas se dirige hacia la laguna.

Vió una sombra de sonrisa aparecer en los labios de su sobrina.

—Te diré lo que haremos — se apresuró a continuar el anciano, complacido por aquel destello de la antigua Clara — Pasaremos una alegre noche. Comeremos en la Poule au Pot y luego iremos al Moulin Rouge a ver a Mistinguette. Seremos tres.

Ella alzó la vista interrogadoramente.

—Recibí ayer un telegrama de Marsella, Jimmy viene.

—Entonces no seremos tres — interrumpió Clara con una vehemencia que sorprendió a su tío — ¿Crees que después del espectáculo que dió en la fiesta de Gastón...? — se interrumpió, nuevamente enojados y desafiantes sus ojos — ¡Qué! triunfo para el dominante Jimmy! Yo... una marca sacada del fuego y Jimmy... la mano que la sacó. Y tú... — señalando con el dedo y remedándolo el — "Ya te lo había dicho"... Bueno, pues si crees que voy a dejarlo de ver a Gastón porque a Jimmy no le gusta...

—Mi querida — dijo el anciano suplicante, sorprendido por su repentino e irrazonable estallido — dejas correr demasiado tu imaginación...

—No es así. Rehuso aparecer como penitente ante alguien que ni siquiera ha tenido la atención de disculparse por su mal genio. Además, Gastón es inteligente y divertido. Me gusta.

Estuvo a punto de discutir con ella, de decirle que cualquier enamorado, hubiera perdido los estribos aquella noche en el es-

tudio de Latournée. Pero ¿a qué hablar más? Sólo conseguiría provocar más amargura e incomprensión.

Con gesto resignado se volvió a su café. Estaba frío. Había perdido el sabor. Lo revolvió sin necesidad, irritadamente. Luego pensó que pequeño papel desempeñaba la razón en los destinos humanos y cómo debían reirse los dioses.

AMOR PARISIENSE

Jimmy Gordon llegó bastante tarde. Un negocio de importancia — estaba haciendo una práctica de dos años, como representante de una firma inglesa en sederías, de la que su padre era director — lo retuvo a su llegada a París. Eran casi las diez de la noche cuando llegó a la casa del tío de Clara.

—¿Ha salido Clara? — preguntó, depositando un gran ramo de rosas sobre la mesa y estrechando la mano del anciano.

Este contestó que la esperaba pronto, hablando ligeramente para ocultar la ansiedad que lo dominaba desde hacía media hora, que se había pasado mirando el reloj. Pero Jimmy Gordon estaba demasiado preocupado por el momento para sospechar algo.

—¿Sabe, señor? — empezó a hablar fuertemente, como un hombre que ha guardado algo mucho tiempo — He estado pensando en la pelea que tuvimos en lo de Latournée y pienso que me porté muy groseramente con Clara. He sido muy desgraciado desde entonces. Quiero pedirle perdón y empezar de nuevo. Yo estaba celoso por el modo como él parecía hipnotizarla ¡Y para remate, aquel maldito cuadro!... Me volvió loco. He pensado después que no pude elegir peor camino que perder los estribos. Desgraciadamente las ideas razonables se le ocurren a uno tarde.

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

Sonrió, sacó un cigarrillo de su cigarrera; pero no lo encendió. Había cierta nerviosidad en sus palabras y movimientos. Había hablado como para sí. Si Clara se negaba a aceptar sus excusas... este pensamiento le hizo recordar repentinamente la presencia del otro.

—Si Clara... — empezó bruscamente; luego se contuvo al ver la expresión del rostro del anciano. Lo sorprendió desprevenido y no pudo disimular la ansiedad con que examinaba el reloj.

—¿Dónde está? — preguntó el jóven Gordon. Había una nota áspera, imperiosa, en su voz.

El otro vaciló, tratando de encontrar una respuesta plausible. Después de todo, Clara podría no estar donde él sospechaba... en el departamento de Latournée. Pero había algo en los ojos de Gordon que le dijo no valdría de nada el fingimiento.

—Temo que esté allá — dijo confirmando la sospecha que se leía claramente en los ojos de Gordon — Ella me dijo esta mañana que Denise había dejado a Latournée. Luego vino una carta...

—¡Venga! — el otro se había levantado bruscamente — ¡Si Latournée cree que se va a salir con la suya! — se volvió enojado al anciano — ¿Por qué diablos no lo ha impedido?

—¿Y cómo puede nadie impedirlo? — dijo el otro ásperamente — Usted lo intentó... sin mucho éxito.

Se miraron el uno al otro, llenos de ansiedad.

—¿Viene conmigo o no, señor? — preguntó Jimmy Gordon, con rostro tenso y resuelto.

El anciano lo miró resentido ¿Qué pensaba hacer aquel jóven tonto peleando, a no ser llamar la atención de la policía? No podría resolverse aquel problema con un simple golpe a la mandíbula.

—¿Viene? — había una especie de desafío en la repetición de la pregunta.

La expresión del otro cambió entonces. ¿Se creía Gordon que él tenía miedo de ir al departamento de Latournée?

—¡Claro que voy! — contestó bruscamente, arrojando sus últimas vacilaciones a los cuatro vientos.

Llamaron un taxi. Jimmy Gordon dió al conductor el nombre de una calle de Montparnasse, ordenándole que volara y mostrándole como recompensa un billete de cincuenta francos, si lo hacía. Ninguno de los dos hombres habló mientras iban a toda velocidad por el Quai du Louvre. Jimmy Gordon estaba sentado inmóvil, tenso, los ojos fijos en los anchos hombros del conductor.

Al final de la estrecha calle, a la vuelta del Boulevard Montparnasse, que era el punto de destino, Gordon bajó, entregó el billete al conductor y despidió el taxi. A los pocos minutos él y el caballero inglés de cabellos grises subían apresuradamente las

escaleras de Latournée. Por debajo de la puerta se filtraba un delgado rayo de luz; pero ningún ruido venía de la pieza.

El hombre más jóven golpeó imperiosamente. No se oyeron, en respuesta, ni voz, ni pasos. Jimmy se volvió a su compañero con expresión interrogadora. Esperaron algunos minutos; pero el silencio no se interrumpió. Luego, con un juramento entre dientes, Jimmy Gordon abrió la puerta y entró.

El hombre de más edad lo vió retroceder un paso y oyó que lanzaba una exclamación ahogada.

—¡Latournée!

En el piso, al pié del caballete, donde estaba todavía el retrato de "La Dama Risueña", se hallaba tendido Latournée, inmóvil, con los brazos grotescamente estirados. Había una mancha obscura, de sangre, en el piso de madera pintada y veíase asomar del pecho del pintor el mango negro de un puñal. Que un hombre estuviera muerto en aquel apacible interior, con un puñal clavado en el corazón, bajo la luz velada de las lámparas eléctricas, parecía absurdo, fantástico. Se miraron el uno al otro en silencioso asombro. Fué la voz del más jóven que rompió el silencio.

—¿Dónde está Clara?

Volvieron a mirarse. Un repentino miedo apretóles con sus dedos helados el corazón.

—¡Clara! — había una nota de pánico en el grito de Jimmy Gordon — ¡Clara!

En el silencio que siguió, oyóse un sonido inarticulado.

—¡Allí!

El hombre de los cabellos grises saltó hacia la puerta del cuarto contiguo al estudio.

—¿Estás ahí? — gritó.

Una voz, que no era más que un murmullo, contestó:

—Sí

—¡Gracias a Dios! — murmuraron los labios de Jimmy.

—¿Puedes abrir la puerta? — preguntó el hombre de los cabellos grises.

—No; está cerrada de ese lado.

Miraron alrededor; pero no encontraron llave alguna.

—¡Retírate, querida! — gritó Jimmy Gordon — Voy a echar abajo la puerta.

La puerta cedió al cuarto vigoroso puntapié. Apareció Clara, pálida y asustada. Había aún terror en sus ojos cuando se fijaron en los de Jimmy.

—¿Está... ahí ella? — fué la primera pregunta de la jóven.

—¿Denise? No — el tío de Clara se interpuso entre ella y lo que había en el estudio.

—¿Qué ha pasado? — preguntó a la jóven.

—Ella llamó a la puerta del departamento mientras nosotros estábamos bailando — Clara hablaba interrumpiéndose, con la voz monótona de alguien que ha experimentado un terror mortal — y... y... Gastón me hizo entrar aquí antes de recibirla. Cerró esta puerta con llave. Le oí a... Denise decir algo sobre el cuadro y... y la Morgue. Luego empezó a reírse. Era una risa espantosa, de loca.

La voz de la jóven expiró; el terror apareció nuevamente en sus ojos. Jimmy Gordon se acercó rápidamente a ella y le rodeó los hombros con su brazo.

—¡Serénate, querida, serénate! — dijo — No hay nada que temer... ahora.

Ella lo miró como un niño cuando sale de una pesadilla y se encuentra ante un cuarto iluminado y un rostro familiar.

—Y luego — continuó — oí el grito de Gastón... y... un fuerte ruido. Pero ella siguió riendo. Eso me asustó más que...

—¿Trató ella de entrar en este cuarto? — preguntó el tío de Clara.

Clara movió negativamente la cabeza.

—No. No hacía más que reir. Hasta que por fin oí un portazo y todo quedó en silencio.

Los dos hombres cambiaron miradas, recordando aquel espantoso símbolo de la quietud que estaba en el piso del estudio... Fué Jimmy Gordon quien rompió al fin el silencio de muerte que los envolvía a los tres.

—¡Clara! — su brazo le apretó más los hombros y miróla a los ojos con apasionada súplica — No debes volver nunca a jugar con el amor ¿Me prometes eso solemnemente?

El inglés de los cabellos grises no podía ver el rostro de su sobrina. La oyó solamente murmurar:

—Yo no pensé... no pensé... — luego sus sollozos y parecióle que le rompían el corazón. Pero experimentaba una especie de júbilo, sombrío y extraño.

Le hizo una señal a Jimmy Gordon. Este último, rodeando siempre a Clara con su brazo, la hizo atravesar el estudio. Con la mano libre le apretaba firmemente la cabeza contra su hombro... para que no pudiera ver la sangre y la fuente silenciosa de donde había brotado.

En el umbral del estudio, el hombre de los cabellos grises se volvió un momento para mirar hacia atrás. Había compasión en los ojos que contemplaban a Latournée, el cínico y alegre Latournée, que desafiaba al amor con una sonrisa. Luego sus miradas se fijaron en "La Dama Risueña". Esta sonreía siempre... sonreía cruel, burlonamente a su creador... Y en el profundo silencio pareció que oía el eco de las risueñas palabras de Denise.

—Estaba pensando en la morgue, monsieur.

Se dió vuelta extremeciéndose y cerró la puerta, dejando al pintor muerto a solas con su obra maestra.

SI EL VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY" SOLICITELO A LA ADMINISTRACION, AVENIDA DE MAYO 662, BUENOS AIRES

EL FANTASMA DEL LAGO

Por J. HOCHE

(Continuación)

—Debemos suponer — proseguía — que este hombre ha encontrado la muerte después de ser raptado por los del misterioso automóvil de Fontenay. Y dando fé a un petit fleu sellado con el de la Bolsa de París nos le encontramos aquí, acostado en una cama perfectamente en orden y su cuerpo, al parecer intacto, en una casa deshabitada, con las ventanas cerradas herméticamente y la puerta con cadena interior ¡Hazañas a lo Robert Handín! ¡Estamos frescos!

Los tres agentes entraban sucesivamente en la casa, no habiendo encontrado más salida que el tragaluz de una cueva, lo bastante grande en verdad, para que pudiese pasar por él.

—Está bien — dijo Flax — vean ustedes si en la habitación inmediata encuentran la trampa que da acceso a la cueva o el granero que recibe luz por esa abertura. Esto explicaría, por lo menos, el medio de que se han valido para salir, porque este hombre, seguramente, no se ha suicidado... Han debido asesinarle, escapando por la bodega el autor o autores de su muerte.

—Si — volvió diciendo uno de los agentes — hay una trampa.

Esto aclaraba en parte el misterio que envolvía a aquel hombre asesinado en una casa cuyas puertas y ventanas aparecían cuidadosamente cerradas.

—Ahora convendría — dijo M. Crussol — asegurarnos, si, en efecto, este hombre ha sido asesinado y cómo... Si le han traído aquí vivo o muerto.

Flax llamó aparte a su jefe y le dijo:

—Aleje usted de aquí a mis tres colegas, con cualquier prtexto.

Aunque sin comprender el porque de esta orden M. Crussol ordenó a los tres agentes que hiciesen nuevas investigaciones por las cercanías de la casa.

—Ahora va usted a saber — continuó Flax — por que le he pedido que tome esta medida. Le decía a usted que, a mi juicio, este hombre ha debido morir asesinado... Y va usted a ver que tiene la señal del guarda Jokel... la señal de Faradier..

—Entonces, si es así — pensó M. Crussol — vamos a ver la consabida calavera.

En efecto, Flax inclinado sobre el cadáver, tiraba de la manga del brazo izquierdo.

—Tenga usted cuidado, amigo mío — intervino el jefe de Policía, — nosotros no somos el Juzgado, no estamos aquí con misión oficial, y , por lo tanto, vale más dejarlo todo conforme está para cuando llegue el momento de instruir las diligencias sumariales.

—Mire usted por donde — exclamó al mismo tiempo Flax — nos evitamos toda molestia y trastorno.

Vea usted: la manga de la chaqueta y la de la camisa están descosidas por debajo del brazo; descosidas o desgarradas, para el caso es igual — y al mismo tiempo se inclinó aún más para examinar la axila desnuda.— Estaba seguro de ello — añadió levantándose; — he aquí la estampilla.

M. Crussol había palidecido, sintiéndose en presencia de algo formidable que, desde aquel momento, iba a eclipsar el prestigio y la autoridad de sus altas funciones.

—La estampilla... La marca de fábrica.. Y ahora quizá le sorprenda si le digo que, en efecto, puede que tenga usted razón cuando el otro día afirmaba que esto no era una calavera. Mire usted , he aquí una prueba ampliada por mí, esta noche, de unos clichés tomados en la Morgue.

M. Crussol examinó atentamente la fotogarfía que Flax le entregaba.

—En efecto — dijo, — las órbitas son simplemente quemaduras elípticas, y las tibias en cruz parecen ser incisiones liniales, una de la cual pasa por encima de la otra.

—Aparte de todo esto no tiene importancia; lo más interesante es que esta marca, cualquiera que sea la encontramos en tres personas muertas de idéntica y misteriosa forma, a distancias geográficas considerables unas de otras y en circunstancias que constituyen otros tantos enigmas.

—En todo caso, ya sabe usted, mi querido Flax que no debe divulgar, bajo ningún pretexto y sin consultarme, el secreto de su descubrimiento... Es preciso que tengamos tiempo de encontrar algo serio en este asunto para calmar simultáneamente la inquietud que de seguro producirá en el público la simple comprobación de los hechos y nuestra impotencia.

—Perfectamente... aunque los misterios en general, ganan muy poco si los guarda precisamente aquel, que desea descifrarlos.. Además no sabemos si los médicos forenses descubrirán esta vez la marca.

Por otra respuesta, el jefe de policía se encogió de hombros con ademán desdeñoso.

—Ahora lo urgente a mi juicio—repuso Flax,—es dar aviso al puesto de gendarmes.

—Si; pero hay algo de no menos urgencia, y es que yo me vuelvo a París con los tres agentes que hemos traído, dejando a usted el encargo de representarme aquí, es decir, de representar al cuerpo de policía, que delega en usted el cuidado de dilucidar este asunto.

—Bien — asintió Flax con aire distraído queriendo así disimular la lástima que, a fin de cuentas, le inspiraba la pusilanimidad de su jefe. Decididamente, M. Crussol se desentendía de aquel asunto.

—Y con esto mi querido Flax, le doy un apretón de manos deseándole triunfe mediante un ardid de maestro que le asegurará definitivamente su reputación y le conquistará una honrosa nota de su jefe superior el presidente de los "flies" (En argot, agentes de policía: Además, fíjese usted en que esa misteriosa marca

identifica en parte, relacionándolos, tres asuntos que parecen no estar ligados entre sí.

—Sin duda... sin duda — aprobó distraído Flax.

Y sintió un estremecimiento de muerte pensando en la frase de responsabilidad que se cernía sobre él, desde el momento en que el automóvil que conducía a su jefe y sus tres colegas se puso en marcha. Como les siguiese con la vista hasta un recodo de la carretera, pudo observar que el camino bastante estrecho que les había llevado a Fourcigny, no era sino una bifurcación de la carretera provincial, y que sobraba motivos para considerarla como una especie de callejón o atajo que terminaba en campo tan abierto inmediatamente detrás del caserío. Fué a verlo y pudo comprobar que no se había equivocado en sus suposiciones.

—De modo, — dedujo, — que ese individuo no ha podido ser traído aquí, muerto o vivo y debía estar muerto, más que por el único camino abierto, que es el mismo por donde hemos venido... ¡Bien! Es absolutamente preciso que sepa de antemano, como le han traído aquí... Sin duda, los gendarmes tienen prisa también, pero no me adelantarán en mi breve información personal, que además, puedo proseguir mientras voy andando.

Salió cerrando con llave la puerta de la casa, y buscó al otro lado del camino al labrador que tan deficientemente les había informado.

No estaba ya pero casi en el mismo sitio otro individuo vestido con americana de alpaca, permanecía mirándole con curiosidad. Por su kepis galoneado y su chapa de cobre, Flax reconoció al guarda rural. Venía como llovido del cielo y quien sabe si iba a ahorrarle una caminata bastante larga, porque el puesto de gendarmes estaría tal vez en los quintos infiernos, y el guarda, en cambio, podría conocer alguna estación telefónica que le conviniese.

—¿Sale usted muchas veces de esta casa? — interrogó el guarda rural en tono despectivo.

Pero luego llevando una mano a la gorra, añadió:

—Dispénseme, señor; veo que no es usted el hombre que dormía ahí dentro, vestido, ayer tarde a eso de las siete.

Flax se estremeció bajo el imperio de una conmoción formidable.

—¿Dice usted que ayer tarde a eso de las siete?

—A fé mía que sí y creo no engañarme. No hay para que decirle que la casa me intrigaba ya hacía tiempo, por encontrarla unas veces con los postigos cerrados y otros completamente abiertos sin ver jamás a nadie entrar ni salir. Así que ayer tarde, cuando daba una vuelta por aquí — había bastante luz aún, — miré por una rendija de esa ventana y vi echado en la cama a un hombre que parecía estar dormido con la cara vuelta hacia la pared.

—¿Cómo era ese sujeto? ¿Le reconocería usted? — murmuró con ansiedad Flax.

—¡Oh, sí! No se me despinta; iba muy mal trajeado, como un mendigo.

—Pues bien; mire usted de nuevo por la ventana y dígame si es ese hombre que duerme ahí.

El guarda rural se aproximó en el acto:

—¡Demonio! ¡Vaya si es él! ¡Ya puede decir que tiene el sueño pesado, apenas si se ha movido desde ayer tarde!

—Y no se moverá tan pronto — replicó Flax, — por que ha muerto.

—¡Caracoles! — dijo con emoción el guarda campestre. — Hombre, y ¿como ha sido eso?

—Probablemente le han asesinado; pero esto no es lo más sensacional del asunto: lo incomprensible e inaudito es que ayer tarde, a las cinco, este individuo se paseaba tranquilamente por las calles de Fontenay-aux-Roses, pueblecito de las cercanías de París.

—¡Qué extraño! — murmuró el guarda. Y después, bajo la influencia de un súbito acceso de desconfianza, su rostro se ensombreció. ¿Es que se burlaban de el, o, por ventura, su interlocutor, a pesar de su buen talante y simpático rostro, era el asesino en persona?

—Bueno, a lo que íbamos — arriesgó maliciosamente; — ¿como sabe Ud. todo eso?

Para alejar en el acto todo recelo, Flax exhibió su tarjeta de inspector de vigilancia y explicó brevemente como y por qué estaba sobre la pista del hombre asesinado.

—Entonces — dijo el guarda rural — no queda más que una suposición, lógica creo yo, y es que ese hombre no es el mendigo de Clamart o Fontenay.

—Al contrario, tal suposición es admisible. porque el aspecto y las facciones de ese individuo concuerdan con los diferentes informes acerca de él, y además, por mi telegrama que nos avisaba que le encontraríamos aquí.

—Bien; pero reflexione usted un segundo, señor mío. Si este hombre estaba vivo y sano aún a las cinco y media, como usted dice, cerca de París, yo no podía verle a las siete extendido en esa cama, pues ni siquiera en el automóvil en el que, le subieron según usted dice, tuvo medio de recorrer esta distancia en tan escaso tiempo. Además, puedo asegurarle bajo juramento que ningún automóvil se aventuró ayer tarde entre cinco y siete por esta carretera, que termina en campo abierto después de haber dado la vuelta al pueblo. Usted sabe que el domingo todo está tranquilo y como muerto aquí. ¡Que diablo! Un automóvil lo divisa todo el mundo, especialmente yo, que desde mi ventana no dejo de mirar la carretera, le habría visto partir y llegar de nuevo.

—Pudo detenerse a alguna distancia.

—Pero ¿Y el tiempo, señor? Era preciso tener tiempo. A menos de no ser brujo, la cosa es materialmente imposible.

Flax tuvo que rendirse a la evidencia. Y, sin embargo, el mendigo de Clamart estaba allí, extendido sobre aquel lecho donde dormía su último sueño.

—Vamos a lo más urgente — dijo de improviso; — por lo pronto, es preciso pre-

venir a la gendarmería y al juzgado

—Esa es mi opinión; precisamente iba a preguntarle si quería usted acompañarme a Aumale; por que yo, como usted comprenderá, no quiero nada con esos señores, y se reirán en mis barbas si fuese a contarles historia tan fantástica.

—Es que. . — vaciló Flax — hubiera querido examinar un poco los alrededores de la casa.

—Ya podrá usted realizarlo luego a su antojo, en los campos no se hace trampas, ¡digo yo! — añadió el guarda riéndose. — Además, este paseito de casi una legua nos sentará muy bien a los dos, porque charlaremos y uno animará al otro...

Flax accedió suspirando, y ambos partieron en dirección de Aumale, el guarda rural había expresado su creencia de que encontrarían en el camino algún carro hospitalario que les abreviase el viaje a pie.

Pero no tropezaron con alma viviente, aparte de las acostumbradas siluetas rurales, encorvadas sobre la tierra, y que con una perfecta indiferencia les vieron cruzar de lejos. El guarda campestre había pasado ya de la cincuentena y avanzaba penosamente, porque, según afirmaba, padecía de reúma, así es que tardaron una hora larga en recorrer los tres kilómetros que les separaban de Aumale.

Al aproximarse al puesto de gendarmes vieron al sargento y a uno de sus subordinados que, con gemelos, examinaban el cielo hacia el oeste.

—Buscamos — dijeron al guarda rural — un biplano que acaba de descender cerca de Morvillers. ¿No lo ha visto usted?

—¡Hombre, no! ¿No se ha fijado usted en que estábamos de espaldas a Morvillers?

—De todos modos han debido oir ustedes el motor.

—Ya sabe usted — dijo el guarda sonriendo — que soy algo sordo.

—En efecto — intervino Flax, — yo lo he oído; pero como este señor me afirmó que era una máquina trilladora ni siquiera volví la cabeza.

—¡Ah! Mírele usted — exclamó el sargento con un entusiasmo delirante. — ¡Soberbio!... ¡Qué bien marcha! Y van tres individuos dentró. fíjense.

Se distinguía efectivamente, una triple silueta en el biplano, que se elevaba a lo lejos describiendo un amplio círculo, como si se propusiera dar la vuelta al horizonte visible. Una ligera neblina le envolvió y dejó de vérsele.

—Pasan por aquí muchos aeroplanos — comentó el entusiasta sargento; — ayer mismo ví uno pequeño como un gorrión; pero en aquel momento me llamaron para un asunto del servicio.

Diciendo esto Flax, y el guarda rural siguieron al sargento a su despacho, refiriéndole lo ocurrido en la casa deshabitada.

El sargento, cincuentón, moreno, extremadamente delgado, de nariz rugosa y encarnada, encurvada en forma de pico sobre un bigote de gato encolerizado, se interesó vivamente con tal relato, diciendo cuando dejaron de hablar sus interlocutores:

—Voy a ordenar que enganchen el cochecillo del hotelero de "La Girafa", y nos iremos allá los tres, mientras mi colega avisa al substituto que tiene automóvil.

Efectivamente, pocos minutos más tarde, el cochecillo inglés del hostelero de "La Girafa" conducía rápidamente a nuestros tres personajes a Fourcigny, donde la llegada del sargento de la gendarmería, acompañado del guarda rural y de un señor correctamente vestido, suscitaron tal curiosidad y emoción que los trabajadores esparcidos por los campos, dejaron sus faenas aquella vez, a fin de enterarse de lo que hacían los representantes de la ley.

Flax se disponía sencillamente a abrir la puerta con la ganzúa de que se había servido para cerrarla.

Con sorpresa suyo notó una gran resistencia. Esta sorpresa se trocó en inquietud dolorosa cuando el guarda rural, que instintivamente había curioseado por la rendija de la ventanadija de la ventana, exclamó:

—¡Anda! ¡Cualquiera diría que resucitó el muerto, porque la cama está vacía!

Entonces Flax, apoyándose en la barandilla del balcón, derribó la puerta de un empujón formidable y pudo observar que la resistencia era debida, sencillamente a varios tapones de papel intercalados entre el quicio y las hojas de la puerta.

El guarda rural no había mentido: el muerto no estaba ya allí.

Flax anonadado por este golpe, se dejó caer en la única silla del local, sintiendo que la tierra temblaba bajo sus pies.

VIII

Transcurrieron varios minutos durante los cuales la casa se llenó de curiosos. Los primeros, naturalmente, entraron gracias a la amistad que les unía con el guarda rural o el sargento; los otros habían llegado siguiendo a vecinos, parientes o amigos.

Como discutiese el sargento con Flax acerca de lo fantástica que era la desaparición de un muerto encerrado en una casa completamente aislada, uno de los curiosos se atrevió a decir:

—Es evidente que no ha podido desaparecer por sí mismo, ni salir volando por una ventana cerrada, de modo que han debido sacarle; pero nadie le ha visto porque estábamos todos ocupados en mirar el, aeroplano que había caído a un kilómetro poco más o menos de aquí.

Esto fué como un rayo de luz para el cerebro de Flax, y las coincidencias, las suposiciones fueron sucediéndose en su imaginación.

Entonces volvió a ver el biplano de la llanura de Clamart, el semblante plácido de Néstor Plausón y estuvo a punto de decir:

—¡Diantre! ¡Se lo han llevado en su maldita máquina alada!

Pero un resto de prudencia le aconsejó callarse; tal vez le hubieran tomado por un loco. Sin embargo preguntó:

—Entonces, ¿nadie se ha acercado a ver ese aeroplano?

—No dijo el que ya había tomado la palabra; estamos todos en nuestro trabajo, ¿comprende? y se teme siempre algún accidente. Somos labradores ¿me comprende? Y no queremos molestarnos por esos locos que estropean nuestras cosechas, aún cuando vengan a romperse la cabeza.

—Pero, ¿y el propietario del campo donde han aterrizado?

—¡Anda! Casualmente hace poco tiempo que han vendido estos terrenos a uno que no es del país, de modo y manera que no hacemos caso de ellos.

—Yo — intervino un muchacho de diez y seis años — he visto a dos hombres que se acercaban al aeroplano, llevando un bulto muy grande, y pensé que serían señores que habían bajado de un automóvil, parado allí cerca, para proporcionar gasolina al aviador.

—¿El aviador? — dijo el sargento. — ¡Pues a mí me parece que había tres!

—¡Caramba! No se podía distinguir muy bien.

Acababa el muchacho de responder esto cuando una trepidación turbó el silencio de fuera. Asomóse el sargento a la ventana, y volviéndose rápidamente dijo a los curiosos

—¡El juzgado! ¡Hola! ¡todo el mundo fuera de aquí, inmediatamente!

La casa se desocupó como por encanto y el sargento, seguido del guarda rural y de Flax, se precipitaron al encuentro del automóvil que acababa de pararse y de donde bajaban el fiscal el juez de instrucción y un caballero de corbata blanca, que era el médico forense. Puestos al tanto de lo ocurrido, los dos magistrados miraron a Flax de arriba a abajo desdeñosamente.

—Bien, señor mío — acabó por decirle el juez de instrucción; — admitiendo que usted abrigase la absoluta seguridad de que ese hombre estaba muerto, no se le ha ocurrido la idea de examinar los alrededores de la casa, ni ha buscado las señales que seguramente, deben haber dejado en el suelo los que le trajeron primeramente.

Flax recordó que tal misión había sido encomendada a sus dos colegas, los cuales no descubrieron nada, y que, además por orden del jefe había quedado encargado él solo del asunto.

—No he tenido tiempo para proceder a investigación alguna — dijo en tono humilde, que no era el más a propósito para realzarle a los ojos de los magistrados.

—Está bien — replicó el juez, — entonces vamos nosotros a hacerlo.

Al pasar detrás de la casa, aquellos señores pudieron observar que la hierba crecida a su antojo hasta el borde de las paredes, estaba en gran trecho aplastadas; pero ¿qué conclusión podían deducir de este dato?

—Evidentemente — dijo riendo el fiscal — hay aquí un laberinto de pisadas, pero sería preciso ser un Sherlock Holmes para interpretarlas como es debido. Además, ¿qué conseguiríamos? Se nos ha dicho que aquí había un muerto; ha desaparecido... luego nada tenemos que hacer; cuando ese cadáver ambulante haya aparecido, entonces comenzaremos el sumario.

En este momento, las notas de una bocina metálica sonaron alegres en el camino, y otro automóvil se detuvo cerca del coche del juzgado.

Un caballero, de edad incierta, vestido con traje de excursionista, y que venía sentado junto a una preciosa joven envuelta en vaporosos y claros velos, bajó del carruaje y, aproximándose al sargento que guardaba la entrada para contener la avalancha de curiosos, cada vez mayor, le dijo con un tono extraordinario de autoridad y poderío:

—El juzgado está aquí, me han dicho. ¿Quiere usted pasar mi tarjeta a esos señores?

—Caballero — contestó el sargento, tratando de excusarse, porque presentía que aquel individuo era un personaje, — si quiere usted tomarse la molestia de pasar por aquí les encontrará detrás de la casa.

El automovilista no se hizo rogar y, volviéndose, dijo a la señora:

—Unos minutos, querida mía, y vuelvo.

Esta atisbaba el grupo de autoridades, que se veía muy bien desde el lugar en donde el automóvil estaba parado. Y como estos señores no habían dejado tampoco de observarla, el fiscal se erguía contorneándose, mientras el juez de instrucción aseguraba los lentes sobre su nariz y el médico abandonaba los suyos para ver mejor.

—Soy un redactor del diario "La Dépeche de París", — dijo el recién llegado, acercándose a ellos y saludando ceremoniosamente — y si ustedes quieren permitirme que asista a sus investigaciones y hasta los ayude en la tarea, toda vez que soy ya viejo en estas lides...

—¡Oh! Entonces va usted a hacer la competencia a este señor — dijo el fiscal designando a Flax con un gesto irónico. — que es inspector de vigilancia y ha descubierto aquí hace aproximadamente una hora un cadáver que se ha evaporado en ese tiempo, sin dejar huella alguna.

El periodista contestó con sonrisa discreta:

—En Aumale donde acabo de detenerme para la reparación de una pequeña avería, se cuentan, efectivamente, cosas rocambolescas

y esto es lo que me ha decidido ha llegar hasta aquí.. Entonces — continuó en tono de broma el periodista — si quieren ustedes permitir a mi experiencia que les auxilie para encontrar el cadáver perdido.....

—¿Dónde diablo — se dijo Flax — he oído yo esta voz? — y aquella reflexión instintiva le hundió más en sus preocupaciones.

El periodista estaba agachado, examinando el suelo.

—Miren ustedes — dijo un minuto después; — he aquí una pista que quizás no sea inútil seguir....

Y Flax quedó admirado de esta observación, tanto más cuanto que después del reconocimiento que acababa de hacer por aquellos lugares, iba él mismo a indicar a los magistrados la pista en cuestión, el paso visiblemente marcado en la hierba de un individuo cargado con un pesado bulto.

Las autoridades judiciales siguieron al periodista quien veinte pasos más lejos les hizo notar que la pista, a partir de aquel lugar, continuaba con la huella de una rueda de carretilla. Siguieron esta señal a través de los campos durante un kilómetro al caba del cual, bruscamente desaparecía entre dos surcos profundos y paralelos, cavados en un largo espacio de tierra removida ¡se hubiera dicho el doble surco de la reja de un arado.

—¡El aeroplano! — murmuró Flax palideciendo porque entonces más que nunca estaba seguro de tener el hilo esencial de un oscuro y misterioso asunto en el que el aviador de la planicie de Clamart y Nestor Plausón desempeñaban un importante papel. El únicamente conocía el misterio, pero su jefe le imponía el silencio y, por consecuencia la inacción.

Mientras, el periodista continuaba:

—Ahora creo que no cabe duda: los patines de un aeroplano han cavado estos surcos, y todo permite sospechar que sea el biplano que hace una hora aproximadamente he visto evolucionar en los cuatro puntos del horizonte.

"Ahora mismo, casi en el instante en que salíamos de Aumale, parecía que iba a caernos encima.... y como mi amiga y yo no teníamos maldita la gana de ver renovarse a costa nuestra las escenas sangrientas de París - Madrid, supondrán ustedes que escapamos a cuarta velocidad.

El fiscal medía con la vista la distancia que separaba la casa del crimen del lugar de aterrizaje del biplano y la topografía respectiva de los dos lugares.

—Hagamos un resumen — dijo de pronto. —Había allí hace poco, extendido y vestido sobre la cama el cadáver de un hombre al que la policía buscaba con motivo de un triple asesinato cometido en Clamart y que, según ella, era un mendigo profesional de aquella barriada parisiense. Se encuentra este cadáver a más de cien kilómetros del lugar en donde había perpetrado el crimen; durante el tiempo necesario para avisar al juzgado, el muerto desaparece como escamoteado, y esta desaparición coincide con el aterrizaje en estas mismas cercanías de un aeroplano fantástico, que se ve en muchos sitios a la vez. En todo caso estamos autorizados para relacionar el aterrizaje con la casita, deduciendo, en conclusión, que el cadáver ha sido llevado por los aires. ¿Por qué y con qué propósitos?

—Si ¿por qué? — repitió el periodista tomando notas... — Esto tiene todas las trazas de una formidable patraña a charlatanería... Mientras tanto, "La Dépeche" hará un papel soberbio mañana por la mañana.

—Y mire usted lo que quizá viene a dar prestigio a su periódico — dijo el fiscal, señalando la franja blanca del camino vecinal donde se distinguía bastante lejos aún, un gendarme a caballo que galopaba hacia Foucigny, suelta la brida. El gendarme volvió a la bifurcación de los dos caminos y pronto se le vió echar pie a tierra cerca de los dos automóviles.

Algunos instantes después llegaba jadeante al grupo de autoridades, entregando al fiscal, un mensaje escrito por el oficial del juzgado, que contenía, en síntesis, estas noticias:

Un biplano había aterrizado a dos kilómetros proximamente de Aumale, en pleno campo; pero volvió a emprender el vuelo casi en el acto, en el momento en que los gendarmes de caballería se acercaban para curiosear. Estos encontraron en el lugar donde el aeroplano se había detenido, a un hombre muerto que no presentaba herida alguna: "El hombre estaba muy mal vestido — añadía la nota — e iba muy andrajoso para suponérsele aviador".

Diríase, aunque sea completamente inverosímil, que estamos en presencia de un cadáver cuyas señas corresponden con exactitud a las del individuo que la gendarmería y el juzgado, requerido por el agente Flax, del cuerpo de policía han ido a buscar.

—¡Esto es encantador! — exclamó el periodista cuando el fiscal terminó la lectura del mensaje hecha en alta voz.

El juez de instrucción se limitó a bajar la cabeza, molestado en el fondo al ver que se mezclaba definitivamente un aeroplano en aquel asunto, llamado a producir enorme espectación, y que se le escaparía merced al vasto elemento aéreo en que realizaba sus hazañas.

El médico, sujeto a las torturas de un estómago débil, y previendo un retraso considerable en la hora de su almuerzo, se contentó con suspirar.

—¡Ah! ¡Si la aviación interviene ahora!... Yo he dicho siempre que no se debería consentir ese deporte.

En cuanto a Flax, estaba sencillamente petrificado ante los misteriosos abismos que continuaban abriéndose a sus pies.

—Sea lo que quiera — concluyó el fiscal, — me parece, señores, que no tenemos ya nada que hacer aquí, y que, al contrario, nuestro deber consiste en personarnos cerca del nuevo cadáver descubierto.

—Con tal — insinuó su colega — de que no se le antoje cambiar de sitio en ese intervalo; este juego acabaría por hacerse fastidioso.

El periodista acogió estas palabras con una explosión de risa.

—Les acompaño, naturalmente — añadió

— y juro a ustedes que no cambiaría mi velada por un imperio...

—Pero ¿y esta señora? — dijo el fiscal con indiscreta galantería.

—¡Oh! Adora este género de aventuras... Irá poniendo en orden mis notas y llevándolas al telégrafo... Ya veo el encabezamiento de "La Dépeche" de mañana, con letras así de altas: ¡¡EL MUERTO VOLANDO!! París va a quedar trastornado por 8 días...

—Y mi estómago también, — pensó piadosamente el médico.

Y bajo las miradas de asombro y los disparatados comentarios del vecindario allá reunido, el juzgado dejó aquellos lugares y minutos después automóviles, caballos y cochecillo inglés desaparecían en un torbellino de polvo.

IX

El gendarme que iba a caballo galopaba a la cabeza del cortejo. Cuando llegó a la cabaña de los Ormevilliers cortó a campo traviesa y pronto divisaron los kepis de los gendarmes que se habían sertado cerca del cadáver, del pretendido aeronauta, cuya guardia les confiaron. Flax fué el primero en encontrarse cerca del muerto, y esta vez lanzó un suspiro de consuelo: era perfectamente su muerto, "el suyo"; a la sazón, no quedaba ninguna duda sobre el género de locomoción que, durante algunas horas, le había prestado una existencia en cierto modo ubícua y sobrenatural.

Además aquella noche debía recibir en Beauvais los partes de la gendarmería de Clamart y Fontenay, permitiendo la identificación oficial del muerto con el viejo mendigo de Clamart. Restaba saber si era realmente el autor del triple asesinato: y, sobre todo, faltaba saber que lazos de unión podían existir entre él y los aviadores que iba a ser preciso buscar.

El juzgado decidió proceder a la autopsia inmediata del cadáver, y Flax se preguntaba aún que actitud adoptar ante las recomendaciones de su jefe, cuando un nuevo hecho, adelantándose a los partes esperados, le restaba los modestos triunfos que hubiera podido obtener en la aventura y, lo que es más, la satisfacción de probar que se encontraba efectivamente en presencia del asesino de Clamart.

La autopsia, practicada en una finca de los alrededores, estaba terminada. Como era de esperar, no había dado ningún resultado, y cuando se disponían a transportar los restos del miserable a Aumale, el periodista, ocupado en redactar su artículo en un hotel próximo a la oficina de telégrafos, surgió de repente, rogando a los magistrados la detención del cadáver un momento más. Acababa de tener según decía, en el sitio donde había sido encontrado el muerto, un encuentro que creía de la mayor importancia.

Hubo un revuelo, y el médico, de pronto, desapareció: aquello era ya demasiado, y el cadáver de marras iba a acabar, seguramente con su estómago. Además era ya de noche, y, en realidad ,todo el mundo estaba muy fatigado.

Solamente el periodista parecía de hierro; su cabeza rígida y huesosa, de frente bombeada, el monóculo puesto; la nariz sarcástica, complicada con la impertinencia de su bigote en gancho y la mueca burlona de sus labios contraídos, dominaba el pequeño grupo, imponiéndose tiránicamente hasta cierto punto y fascinando a Flax, sobre todo, quien se preguntaba por centésima vez donde diantres había visto aquella cara, y oído aquella voz.

A la luz de las bujías, el periodista hojeaba un pequeño cuaderno grasiento, que decía haber encontrado sobre la hierba, en el lugar que acupaba el cadáver, y que debió de caerse de los bolsillos del mendigo.

—Miente — se dijo Flax, porque el mismo había escrupulosamente explorado y sondeado el terreno sin encontrar nada. Y añadió, sobrecogido de duda: — ¿Por qué demonios miente este hombre?

—Hubiera venido a enseñarle esto antes; pero mi conciencia profesional me impedía ocuparme de otro asunto hasta expedir mi primera información al periódico. Acabo de abrir ese carnet y puedo asegurarles, gracias a él, que el hombre muerto, era efectivamente el misterioso mendigo de Clamart y de Fontenay, como ya lo había supuesto M. Flax. Me considero dichoso al ver confirmadas así sus sagaces deduciones; pero aún hay más: creo que puedo demostrar que el mendigo es, en efecto, el autor del triple asesinato.

No pasó inadvertido para Flax el tono irónico con que hablaba al priodista y se preguntó porque este hombre parecía dirigirse a él en particular.

—La prueba — continuó el "repórter" — de que en efecto se trata del mendigo de Clamart, es que la mayor parte de las páginas de este librillo forman una especie de agenda, donde se ven agrupados los nombres de las personas más caritativas de aquella localidad, los días más favorables para llamar a sus hogares y la naturaleza de sus socorros.

El cuadernito que ya conocen nuestros lectores, pasó de mano en mano, robusteciendo las convicciones definitivas de los magistrados. Después, con ademán elegante, el periodista lo recuperó, diciendo:

—Y ahora, he aquí un argumento final y que no admite réplica... Esta huella de un dedo pulgar que ha quedado, no por capricho, naturalmente, es, señor fiscal, una impresión sangrienta, como he podido comprobar con la lupa, una impresión en cierto modo reciente; a lo sumo, de dos o tres días. De manera que si el que ha dejado esa marca es un dedo pulgar, y esto lo vamos a saber enseguida no cabe duda de que este hombre tenía hace dos días sangre en las manos... ¿no es cierto?

El fiscal envolvía ya en la tela impermeable los restos del cadáver. Se tomó la impresión del pulgar, que era exactamente idéntica a la del cuaderno.

—Con que ya no hay duda — terminó diciendo el periodista que, decididamente, se había encargado de dirigir la información; — además, las notas de M. Berliton nos permitirán conocer seguramente los antecedentes del asesino.

Cogió maquinalmente un brazo del cadáver y le levantó como para mostrar lo poco que pesaba aquel miembro temible que había exterminado a tres criaturas humanas; pero de repente lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Caramba! ¿Qué es esto?

Y su monóculo se inclinaba sobre la axila, inspeccionando su cara interna.

—Es una rara señal — añadió, — y que creo dejábamos pasar inadvertida... Miren ustedes, señores, juraría que es una calavera en miniatura.

Flax dominado por suposiciones que poco a poco eran confirmadas, aprovechó el momento en que todas las cabezas se inclinaban para mirar la célebre marca, y examinó con ayuda de la lupa el perfil del redactor de "La Dépeche". Quedó aturdido.

Bajo los rasgos del periodista hábilmente caracterizado por medio de un bigote postizo y el total cambio del peinado, acababa de reconocer al mismo Plausson.

Poco le faltó para arrojarse a la garganta del hombre que se atrevía a desafiar a la justicia con tanta audacia.

Pero ¡ay! las órdenes de su jefe eran terminantes; debía pasar inadvertido trabajar en la sombra hasta que no hubiera puesto en claro todo aquel misterio.

Y, además no tenía ninguna prueba contra Plausson; ¿de qué podía acusarle? Los magistrados, visiblemente descontentos al ver inmiscuídos a los policías en aquel asunto y subyugados, además, por la charlatanería del falso "repórter", se reirían de Flax en sus propias barbas, antes de que éste hiciera un ademán airado y digno para arrancar el bigote postizo a aquel bribón.

—¡Extraordinario! — exclamó el fiscal, después de un rápido examen de la marquita misteriosa — todo es extraordinario en esta historia.

—Y diabólicamente misterioso también,— añadió el juez de instrucción con cierta inquietud profesional, temeroso de ver su propio sumario convertido en papeles mojados.

—Al grano — dijo de pronto el periodista que desde hacía unos instantes parecía reflexionar profundamente.

—¿A qué causa atribuye la muerte nuestro médico forense?

—No la conoce — murmuró el juez de instrucción; nos ha hablado de defunción fulminante sobrevenida a consecuencia de un ataque cardíaco, accidente natural en ciertos casos, pero que en este quizá pudiera haber sido provocado por un veneno violento que no haya dejado huellas.

—¡Toma, toma!.... — dijo el periodista, — pues esto es muy parecido a las conclusiones de los expertos forenses que han dictaminado en las autopsias del cadáver del guarda Jokel y el de Faradier, el sátiro estrangulador.

"¿Estaremos en presencia de una serie de crímenes cometidos por una misma asociación misteriosa y temible que suprime a individuos señalados de antemano valiéndose de un procedimiento científico siempre igual? Debía hacerse un detenido examen en los otros dos cadáveres, y entonces... si se encontrase sobre ellos una marca idéntica a esta, hallaríamos el verdadero origen de todas estas singularidades.

Hubo un silencio enojoso que se prolongó varios segundos. Después el periodista exclamó con cómica solemnidad.

—En este caso tengo que añadir una formidable posdata a mi telegrama... Es preciso que mañana temprano el universo entero pueda informarse y la opinión pública quede conforme... Señores, con permiso de ustedes...

Y salió velozmente.

De nuevo un penoso silencio dominó en la estancia, alumbrada a la sazón con bujías introducidas en el cuello de botellas que suplían a los candeleros.

A una orden del juez los gendarmes ataron el macabro paquete. Un poco retirados, las autoridades celebraban consejo en voz baja, antes de levantar la sesión.

—¿Se sabe el nombre de ese señor? — les preguntó Flax en el momento en que iban a retirarse.

—¡Hombre, no! — respondió sonriendo el fiscal—Ha olvidado completamente hacer su presentación, pero probablemente lo sabremos mañana, pués ha de firmar sus artículos.... Además esto no tiene la menor importancia.

—De todos modos es un periodista muy hábil murmuró desdeñosamente el juez.

—Con tal que no sea más que eso — dijo entre dientes Flax cuya convicción estaba formada; pero estas palabras no llegaron a oídos de ninguno de los magistrados que subían ya al automóvil sobre todo el fiscal, que abrigaba la débil ilusión de ver de nuevo en la ciudad a la bella amiga del periodista.

Cabizbajo y desesperado, Flax montó en su cochecillo. Era evidente que el diabólico Plausson tenía todos los hilos del asunto, bien porque estuviese mezclado en él como autor, bien porque sus celos y su medio de acción prefesionales le hubieran permitido adelantarse a la policía en una pista que anunciaba los descubrimientos más sensacionales. ¿Qué se podía hacer en contra suya? Nada absolutamente y todo aconsejaba permanecer a la espectativa frente a aquel hombre, ya que su manera de obrar permitía suponer que poco a poco iba a aclararse el tenebroso asunto de los cadáveres tan extrañamente marcados.

De todos modos le avergonzaba dejarse vencer de tal modo por un ex-colega que, además, era aficionado a atacar duramente con candideces de niño juguetón.

Por primera en su vida, Flax no sabía que camino seguir, tanto más cuanto que la actitud terminante de su jefe le ataba las manos.

En Aumale el guarda rural encontró dos antiguos amigos, que le llevaron a comer a su casa. Flax quedó solo encargó una comida frugal en la fonda de la estación y consultó el horario de los trenes.

Aun tomando el correo expres que pasaba un poco más tarde, comprendió que no llegaría a París hasta las doce de la noche hora en que no encontraría a M. Crussol en su despacho. Así, pues no tenía prisa.

En el fondo, el despecho furioso de vol-

ver derrotado le humillaba tanto como la certeza de ver en los periódicos que habían de publicarse pocas horas después, el triunfo de la prensa sobre la policía.

De pronto recordó que nadie absolutamente nadie, había examinado con detención la casita de Fourcigny. ¿Porqué una visita minuciosa no daría como resultado el descubrimiento más importante de todos?

Y antes de que terminase su frugal comida ya había tomado una resolución.

El hostelero tenía un cochecillo, en el que se ofrecía a llevarle a donde quisiera y creyese conveniente. Este hostelero, antiguo soldado de la guardia de París, se consideraba honradísimo albergando a un inspector de seguridad, que además pagaba espléndidamente.

Partieron los dos para Fourcigny y Flax pudo, con ayuda de su linterna eléctrica, husmear en todas las vueltas y ricones de la casa misteriosa.

Casi enseguida tuvo un encuentro bastante importante; sobre el pavimento, cerca del umbral de la puerta, una señal muy clara había resistido al pisoteo de toda la gente que durante el día invadió aquella vivienda; era la marca de un tacón de calzado femenino, un tacón que accidentalmente había aplastado un pedazo de yeso.

La importancia de aquel descubrimiento fué mayor, momentos después, al realizar otro cuya conexión era evidente: Flax recogió de debajo de la cama una pequeña sortija, igualmente de mujer, enriquecida con tres perlas que le parecieron de gran valor.

¿Pertenecía la sortija a la persona cuyo tacón había dejado junto a la puerta una huella fortuita? Era improbable y aún casi imposible pero Flax no se molestó en deducir conjeturas, pues la intervención de una mujer elegante en aquel misterioso asunto, le parecía aún más fantástica que todo lo restante.

Entonces si que deseó trasladarse pronto al muelle de Orfebres y concertar con el jefe un rigurosa plan de campaña, si era tiempo para ello.

Siempre complaciente, el fondista se ofreció otra vez a conducir a su cliente a Beauvais, donde encontraría un rápido que pasaba a media noche y le dejaría en París cerca de la una y media.

El policía aceptó en el acto satisfecho de ésta oportunidad, pues había perdido ya toda su esperanza de dormir aquella noche en su cama y cerca de sus hijos.

Al entrar en su casa, a las dos de la mañana, encontró a la preciosa Marta velando aún, y la riñó seriamente, aunque acabó abrazándola, como siempre. Además, Marta tenía una excusa; el padre no le advirtió que no volvería, de suerte que los dos hermanos habían decidido esperarle el mayor tiempo posible, pero Totor, muy cansado, tuvo que acostarse cerca de las doce.

En efecto, Flax pensó que habiendo estado a punto de no volver, hubiera debido telegrafiar a los pobres muchachos.

Y descontento una vez más, por razones sentimentales muy legítimas en aquel caso, suspiró, sintiendo, según su costumbre en momentos parecidos, el duro peso de la vida para los pobres diablos como él. Después se acostó, a fin de estar tranquilo y dispuesto al día siguiente bien temprano a reanudar sus gestiones.

Probablemente debía hallarse más cansado que de costumbre pues no se despertó hasta las siete de la tarde.

Consternado, ante la idea de todo lo que había podido saberse y llevarse a cabo en París, desde las primeras horas de la mañana se vistió apresuradamente, bebió el café que su hija le tenía ya preparado y corrió velozmente al puente de Orfebres.

Al acercarse a las oficinas de vigilancia; abrumábanle mil preocupaciones, pensando en las molestias y contrariedades profesionales que se le venían encima. Estaba impresionado como nunca, tanto, que ni siquiera quiso comprar "La Dépeche" que se pregonaba por las calles, — "La Dépeche" que debía estar desde hacía una hora sobre la mesa de M. Crussol, — ni procuró saber nada antes de haber visto al jefe y dádole cuentas de sus pesquisas.

La entrada del pasillo le pareció más pequeña que de costumbre. En la sala de la planta baja, dos de sus colegas hablaban con extraordinaria animación, contrastando con el tono moderado de sus voces; además, "La Dépeche" aparecía desplegada delante de ellos, sobre una mesa.

—¿Está arriba el jefe? — preguntó Flax fingiendo una calma heróica.

Uno de los agentes pareció no entender, el otro le miró suspenso, y después repuso:

—Quien, ¿el jefe, M. Crussol?

—Justamente — dijo Flax impacientado.

Su colega le miró con sorpresa cada vez más creciente y por fin dijo:

—Pero ¿usted no sabe que ha muerto?

—¡¡Muerto!! — balbuceó Flax tambaleándose, — pero, ¡si es imposible! ¡Como!... ayer noche...

—Ha muerto en su despacho, no hace media hora.. Parece ser que estuvo leyendo 'La Dépeche" y enseguida dió orden de que no se recibiera a nadie excepto a usted... Un cuarto de hora más tarde, dos llamadas de timbre hacían acudir al agente de servicio. M. Crussol estaba como apoplético... en pie, arrancándose el cuello, la corbata, y pidiendo aire... el agente abrió de par en par las ventanas y entonces el jefe, que no articulaba más que monosílabos, hizo llamar al subjefe M. Melart quien acudió, presuroso... Ya era tarde... el jefe cayó desplomado en el sillón, estrujando con su crispada mano el periódico... Parece ser que ya no respiraba.

Es todo lo que se...

Sin contestar, y titubeando aún, subió Flax la escalera y fué derecho al despacho, en la puerta del cual el agente de servicio le dijo:

—Llega usted a punto, hace media hora que M. Melart pregunta por usted a todo el mundo.

Flax hizo ademán de dirigirse a la puerta del despacho del subjefe.

—No, no, — dijo el agente — es aquí mismo, porque M. Melart desempeña internamente el puesto de nuestro pobre jefe.

En efecto, el subjefe ocupaba el sillón en donde una hora antes M. Crussol había expirado.

Tenía, como siempre, el aire desconfiado y malicioso; sus ojos parpadeaban más que nunca en su semblante pálido.

—¿De donde viene usted Flax? — preguntó con el tono más natural del mundo.

De Aumale y de Beauvais.

—Bueno.. Habrá usted leído "La Dépeche" de esta mañana, ¿verdad?

—No. He preferido no leerla hasta haber dado cuenta del asunto a M. Crussol.

M. Melart no hizo ninguna observación; tódo lo que concernía a Flax personalmente, le tenía sin cuidado. Acabó por entregarle el periódico diciéndole:

—Eche usted siquiera un vistazo.

Y Flax, bajo la escrutadora mirada del subjefe, desdobló la hoja temible.

El periodista había cumplido al pie de la letra cuanto anunciara. El título aparecía en letras gigantescas: ¡EL MUERTO VOLANTE! El artículo interminable, apretado, lleno de subtítulos y subrayados, ocupaba seis columnas, y no era más que una larga requisitoria contra el cuerpo de vigilancia en general y la policía en particular porque ésta, según afirmaba el autor, constituía en resumen una carga que la evolución de las costumbres hace cada día más pesada. Naturalmente, el artículo ensalzaba al sencillo periodista que tuvo que hacer todo el trabajo de aquellos señores, tomando por su cuenta la verdadera dirección del asunto, asunto que, sin su intervención, no hubiera llevado a aquel extremo. Después una postdata con nuevos y horrorosos títulos: **La marca misteriosa. — ¿Es una calavera? — Muertos idénticos. — ¿No habrá más cadáveres sellados? — Exhumaciones necesarias,** — haciendo resaltar que solo él, el periodista, había descubierto esta marca consumando así la derrota vergonzosa de toda la policía.

—Y ahora, ¿qué dice usted? — preguntó el subjefe cuando Flax, después de repasar febrilmente las seis columnas, abandonó el diario sobre la mesa; — por lo que se ve no parece usted muy sorprendido

—En efecto — respondió Flax que había tenido tiempo de reponerse y conservaba su aplomo; — conocía de antemano la base de éste artículo y sabía en que sentido iba a ser redactado.

M. Melart frunció el entrecejo.

—Tengo la confesión de usted, y debo decirle que las últimas palabras de nuestro malogrado jefe me lo habían hecho presentir.

Flax no comprendía; sus ojos se velaban al recordar la súbita muerte del hombre con quien había colaborado durante quince años y al que profesó un verdadero afecto.

—Iba a rogarle — respondió — que me ponga al corriente de esta catástrofe que me ha sorprendido y afligido extraordinariamente. ¡Un hombre, al que horas antes, había dejado completamente sano!

El subjefe asintió con frialdad:

—Sí, completamente sano, y en verdad que solo un golpe tremendo podía destruir organismo tan robusto... Este golpe — añadió con el mismo tono de seriedad oficial — no me parece completamente extraño a usted.

—¡A mí! — exclamó Flax palideciendo.

—A usted. Cuando M. Crussol me hizo llamar acudí en el acto; el agente de servicio acababa de decirme que el jefe parecía atacado de una congestión.. Le encontré sentado, medio caído en un sillón... contemplándome con ojos de angustia; después miraba el periódico que yacía extendido sobre la mesa, frente a él...

Corrí a auxiliarle... y tuvo aún fuerzas para apretarme una mano; después, por dos veces y con voz casi imperceptible dijo: — "Flax lo sabía todo..." — y murió... Ahora, yo le pregunto a usted, aunque es superfluo, puesto que un agonizante no piensa en mentir; ¿es cierto que usted lo sabía todo?

—Absolutamente cierto, — afirmó Flax.

Entonces M. Melart se levantó y con enfático ademán repuso:

—En este caso señor Flax, al no proceder usted en consecuencia, ha asumido una doble y grave responsabilidad ante su conciencia profesional primero, y ante su conciencia de hombre después; además ha comprometido el excelente renombre del cuerpo al que usted pertenece, dando lugar a que la policía entera se encuentra hoy en entredicho frente a la opinión pública...

M. Melart anonadó al culpable con su mirada y le impidió contestar, añadiendo:

—Y como es preciso que tamaña falta reciba su debida sanción, sepa usted, señor Flax, que yo, su jefe inmediato desde hace poco, le infrinjo la suspensión de empleo y sueldo durante seis meses, y que solo atendiendo a su edad y a su hoja de servicios no le separo del cuerpo... ¡Retírese!

Flax marchó sin contestar, sin hacer un gesto eludiendo el defenderse ante tamaña iniquidad; se le castigaba, en efecto, por una supuesta inacción que su jefe mismo le había impuesto precisamente por exceso de prudencia profesional.

Y Flax tenía la convicción absoluta de que M. Crussol se arrepintió de esta prudencia en el momento supremo en que iba a morir De ahí aquellas palabras: "Flax lo sabía todo..." que debieron reflejar en su pensamiento, cada vez más débil, la expresión de un remordimiento punzante, y no la de una acusación, absurda e injustificada. Pero el viejo inspector tenía el alma de un héroe y como quería combatir contra la adversidad, pero no contra la injusticia, salió así, tranquilo, respetuoso, sin despegar sus labios.

SEGUNDA PARTE

I

Una tarde de estío, verdaderamente ideal, el doctor Julio Mortier, retenido en Versailes por prolija consulta, prolongada desde las tres hasta las siete, trataba de volver a París por la carretera de los bosques que conocía admirablemente. Sentado, y llevando el volante de su pequeño automóvivl, que solía conducir, aspiraba con delicia la frescura de la arboleda, el olor de miel y pimienta de la espesura a cuya sombra cre-

cían libremente las flores, los frutos silvestres y las setas, Aún se veía claro, pero el sol empezaba a declinar.

Cuando estuvo en Vélizy, el Dr. Mortier siguió las avenidas lindantes, después torció a la izquierda y llegó a paso muy lento al pequeño estanque de Vilbón, cuyo aspecto agreste y melancólico le encantaba.

Sentía la impresión maravillosa de que se deslizaba a la orilla del agua y quiso retener la grata visión que huía. Detuvo el coche de pronto y bajó para aspirar el olor ocre de las plantas palustres.

Súbitamente se estremeció. En uno de los promontorios del pequeño estanque, aquel precisamente que dominaba el sitio en donde la profundidad era mayor — conocía bien este detalle por lo amenudo que en el había patinado, — se veía la silueta de un hombre joven, cuyo semblante, nimbado con las últimas luces del crepúsculo, parecía de una rara belleza.

Su expresión general revelaba desgraciadamente una desesperación tan bravía y conmovedora, aún vista de lejos, que Justino Mortier se paró de pronto temiendo turbar el sombrío ensueño del joven desconocido. Pero en el mismo instante este llevó sus manos a la cabeza, tambaleándose. Uno de sus piés resbaló en el borde de la escarpadura, y, perdiendo el equilibrio, el joven cayó al estanque sin haber hecho esfuerzo alguno por sostenerse.

Justino Mortier tuvo la sensación neta de que el desgraciado se había arrojado al agua voluntariamente, y en menos de un minuto llegó al lugar de la ocurrencia, dispuesto salvarle porque era nadador excelente y estaba dotado de un vigor atlético. Pero la inmersión era inútil; el joven acababa de aparecer en la superficie, moviendo los brazos a impulsos, sin duda, del instinto de conservación. La férrea mano del doctor asió uno de sus brazos, mientras que el mismo, con el otro libre, agarraba las raíces de un árbol medio inclinado al borde.

El salvamento se operó sin dificultad ninguna y sin que el doctor se mojase en absoluto.

Aquel a quien acababa de arrancar a la muerte se había desvanecido. Le depositó sobre la hierba, y con su destreza profesional, se apresuró a prodigarle los primeros y esenciales socorros prácticos, empezando por desabrochar desde el cuello las prendas exteriores.

Entonces se retuvo estupefacto murmurando:

—¡Una mujer! ¡Mejor dicho, una jovencita!

Así lo denotaban, en efecto las líneas de la persona desvanecida.

Más ya la jóven abrió los ojos fijándolos en su salvador. Una expresión torva de fiereza verdaderamente hostil, se reflejó en su mirada; sus labios murmuraron:

—Le ruego a usted que me deje.

Con su singular voz de contralto podía confundirse con la de un muchacho, aunque el timbre parecía ficticio.

Sin embargo las líneas que dibujaban las ropas mojadas adheridas al cuerpo no dejaban lugar a duda alguna.

—No señorita no la abandonaré a usted — dijo Mortier — soy médico y por consecuencia es para mi un deber el prodigarle las atenciones que requiere el estado en que la hallo; en cuanto a lo demás, me perdonará el haber adivinado su sexo a despecho de su disfraz cuyo secreto no traté de averiguar, créalo usted.

De nuevo la mirada dura, pero resignada ya ante la intervención científica que había descubierto el hecho, brilló en los ojos del desconocido.

—Mi automóvil está ahí — repuso Mortier, — y si usted quiere voy a conducirla a la posada de Tour situada a pocos pasos de aquí, donde siquiera podrá usted acostarse para secarse, o por lo menos, cambiar vestidos.

—No, no, — dijo la joven nerviosamente, — no quiero nada ni necesito a nadie: no deseo excitar la conmiseración ni la curiosidad.

—Pero vamos a ver, señorita — aventuró Mortier cuyo diagnóstico se confirmaba por momentos, llegando hasta precisar le edad de la desesperada, diez y nueve años, — veámos; quedándose como se encuentra excitará forzosamente la una y la otra; además, se expone usted a contraer una pneumonía mortal.

—¡Oh! — dijo lacónicamente la jóven, — en cuanto a la enfermedad...

—Si comprendo, yo comprendo... pero a pesar de ello es preciso vivir... hasta que esté usted curada de sus tenebrosas ideas...

—Yo no tengo ideas tristes... Soy como otras tantas... no me interesa la vida.

Mortier se impacientaba.

—En fin, ¿si o nó? ¿quiere usted venir a la posada?

—No — contestó la infeliz resueltamente.

—Entonces voy a llevarla a su casa.... ¿Cuál es su dirección?

—¡A mi casa! — exclamó la desconocida, — es imposible... absolutamente imposible es inútil que insista usted.

—Sea — dijo obstinado Mortier, — entonces la llevaré a mi casa... Escúcheme usted... no creo haberme equivocado. Uste es una jóven, ¿no es cierto?... Bien; los motivos que usted tiene para desesperarse, no me atañen... pero no quiero que usted se suicide en mi presencia por segunda vez, y autoritariamente la llevo a usted, quiera o no a mi casa... ¡Oh! tranquilícese... ya le explicaré por el camino como pretendo esquivar todo equívoco comprometedor para usted... ahora no es ocasión ...tengo una buena manta de viaje en el coche.. la envolveré lo mejor posible, subiré la capota, e iremos a buena marcha hacia el boulevard Murat, donde vivo; es en la puerta de Saint-Clond, así que es cosa de un cuarto de hora.

Esta vez la joven no opuso resistencia y consintió.

Además aún quedaba luz, fuera del bosque por lo menos, y le pareció que la proposición del médico no tenía nada de comprometedora. Aceptó un cordial que Mortier sacaba de un frasco colocado en su saco

de viaje, después se envolvió por completo en la manta ofrecida sobre la cual Mortier echó un cubrepiés de viaje, muy caliente, y el coche se puso en marcha.

Pero la posición de sus asientos respectivos y la doble e incesante vigilancia del volante y del camino a través de la noche que venía, no permitieron al doctor dar ninguna explicación relativa a sus lares y al carácter de la hospitalidad más o menos larga que se proponía ofrecer a la desesperada joven.

Paró el automóvil delante de un pabelloncito de dos pisos, precedido de una verja y cuya fachada daba a las fortificaciones y al Sena. Al sonido del timbre de la puerta de entrada, apareció un criado joven, de aire indolente, que miró a la desconocida con estupor doloroso.

—Pronto, Juanillo — le dijo su amo, — pon una vasija de agua a hervir, y calienta, al mismo tiempo, algunas sábanas.

Después, volviéndose hacia la jóven añadió:

—Voy a instalar a usted en el primer piso, donde nadie, ni yo mismo, pone jamás los pies, hasta tal punto que he aquí la llave que nunca abandono. Encontrará usted arriba cuanto le sea preciso, pues las tres habitaciones fueron amuebladas por una amiga a quien la muerte no permitió ver realizados sus proyectos.

Las tres piezas constituían en efecto, una coquetona residencia femenina, a uno de cuyos lados había u[illegible]lcón y al otro un cuarto de baño.

—Y ahora — dijo Mortier — acuéstese usted una media hora; yo mismo subiré la ropa caliente y las planchas para acabar la reacción.

—Es inútil, doctor — contestó la desconocida, — tengo costumbre de tomar baños fríos, y me siento ahora muy bien. Solamente me muero de cansancio, y acepto su hospitalidad porque no quiero volver a mi casa, pero la acepto con la condición de que he de acostarme inmediatamente y dormirme... si lo consigo.

—¿Sin comer?

—¡Oh! me sería absolutamente imposible probar bocado.

—Bien, en este caso, deseo pase usted buena noche; allí, sobre el velador, si la necesita encontrará jerez y bizcochos... He aquí la llave de la prisión voluntaria... Hasta mañana, señorita.. ¿podré por lo menos saber su nombre?

—Fedora — respondió sencillamente la desconocida.

Justino Mortier comió solo, como de costumbre, bajo la mirada atónita de Juanillo el ayuda de cámara, aunque éste no se atrevió a preguntar nada a su amo.

El doctor estaba más pensativo que de costumbre y se retiró temprano a sus habitanciones, no para trabajar como de ordinario, sino par pensar en la extraña Fedora que descansaba en el otro piso.

¡Fedora! Era un nombre tan vulgar en Rusia como el de Magdalena en Francia. ¿Quién podría ser aquella misteriosa joven y por qué él la había brindado tan espontáneamente hospitalidad, cuando se ofrecían tantas otras soluciones?

Era que se sintió repentinamente en presencia de una naturaleza superior, atrayente por el misterio que se desprendía de ella, del acto de desesperación; de ella sobre todo, en cuyo rostro, aunque delataba un tipo extranjero, eslavo seguramente, los ojos verde-agua, grandes y profundos reflejaban una pesada e infinita tristeza, acusando una espiritualidad superior, una criatura excepcional, en el sentido más noble, bien porque horas y días trágicos la hubiesen moldeado a imagen y semejanza suya.

El mismo había carecido de aveuturas sentimentales, falto de dinero también, porque el sentimiento cuesta hoy tan caro como otras muchas cosas, Temía también las pasiones, que complican la vida, y los vicios que la acortan. Hasta el presente había mirado a la mujer como un bello país... deslumbrador tan solo a distancia, una tierra prometida... prometida a millones de seres entre los cuales él no figuraría jamás.

Algunas veces se revelaba contra la eterna esclavitud del trabajo, la pícara esclavitud profesional que no lo dejaba ni un segundo. para descansar a sus anchas. Muy a menudo, cuanco volvía a su hogar, se irritaba de encontrarlo vacío, frío y triste, pues aunque habían pasado ante él tantos seres, ninguno de ellos estuvo a el ligado por el más leve afecto.

—Ni aún por la gratitud — pensó sonriendo al llegar a éste punto de su meditación

Se había levantado y paseaba nerviosamente a lo largo de su biblioteca. Se miró en un espejito próximo, y alisó su barba corta y cuidada. No era guapo ni feo, moreno, fornido, de aspecto vigoroso y sano, su cara denunciaba las vigilias y las fatigas profesionales. Tenía pequeñas arrugas cerca de los labios y de los ojos, comenzaba a iniciarse la calvicie, y en su frente se veían prematuros surcos.

Se acostó pensativo, casi triste, soñando

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso
Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

de pronto que había mejorado su situación pecunaria, en el transcurso de pocos años, sin cambiar nada en absoluto su parsimonia general, sus economías de cuerpo y de alma. Y, por último, furioso contra si mismo, se arrojaba al agua mientras la desconocida de traje masculino, aquella que dormía en el piso superior, acudía, presurosa, a salvarle..

II

En efecto, la desconocida acabó por dormirse, y tan profundamente, que hacia las dos de la madrugada no oyó el ruido de la cerradura del vestíbulo que rechinaba a impulsos de una llave. Debía manejarla una mano inexperta, sin duda, porque la singular jóven se había encerrado en aquella estancia guardando la llave que tenía el doctor.

¡Verdad que fué tan débil el ruido!

En cuanto la mano era la de Juanillo, el criado, y si la llave giraba con dificultad era sencillamente porque la había hecho construir poco tiempo antes, para una empresa que proyectaba, y tenía un defecto de ajuste, no subsanado aún.

El caso de Juanillo habría carecido de importancia ,sin duda, si no hubiera sobrevenido la coincidencia providencial que le dió alcance dramático. No le guiaban instintos deshonestos. Juanillo era uno de esos ganapanes de diez y ocho años, viciosos e inútiles que por feroz, ironía del destino llegan a ayuda de cámara cuando su pereza natural y congénita les predestinaba mejor a hacerse servir toda la vida. Era muy amigo de los placeres y de las comodidades, y se habría considerado dichoso en cualquier parte donde hubiera podido cazar, embarcarse y andar en motocicleta, sin escaseces ni fatigas.

Pero, mientras llegaba el momento en que pudiera saborear esta existencia, necesitaba dinero, y Juanillo no lo tenía. Cuando advirtió la exasperante lentitud con que crecía la cifra de sus ahorros, hechos en los seis meses que llevaba en casa del doctor Mortier, pensó en aumentarlos de otra manera.

De las diversas idas y venidas del doctor, Juanillo dedujo que éste encerraba dinero y alhajas en uno de los muebles del primer piso que continuaba estando deshabitado y hermeticamente cerrado. La primera cosa que hizo fué asegurarse de ello. Sus pesquisas le permitieron descubrir en un pequeño escritorio del saloncito, un legajo que contenía quince billetes de banco, cuatro de los cuales eran de quinientos francos y los otros de cien, más algunas alhajas de familia; lo que, para un granuja marsellés como Juanillo, equivalía a una fortuna.

Su prudencia innata le aconsejó no apoderarse de aquellos valores enseguida. Era preferible esperar una ocasión, un acontecimiento propicio, que le permitiera acusar del robo a otro, ya que no tenía seguridad de que las sospechas recayesen en la pobre vieja sirvienta que hacía el arreglo de la casa, y cocinaba, marchándose después de las seis.

Esperó con la paciencia del felino que saborea la presa inaccesible, al pronto, aunque sabe que tarde o temprano ha de ser forzosamente suya.

Cuando vió llegar a la jóven desconocida, con su amo, en un estado lamentable, un rayo de esperanza iluminó sus innobles codicias; de ahí el aire idiota que se impuso, aconsejado por su vieja táctica de astucia y disimulo.

Más sagáz esta vez que Flax — quien, como se recordará, había visto al supuesto joven en casa de Néstor Plausón, sin adivinar su verdadero sexo clasificándole enseguida con el título de 'príncipe ruso" — Juanillo descubrió en el acto a una mujer bajo aquel disfraz masculino. Cuando oyó que se acostaría en el primer piso y supuso que el doctor no la conocía, comprendió que la ocasión era llegada porque nada le sería más fácil que cometer el robo durante el sueño de la desconocida, de forma que al descubrirse el hecho — y el trataría de que se descubriera en momento oportuno — recayése exclusivamente sobre ella el peso de la sospecha. Efectivamente, nadie le supondría tan idiota, para cometer su robo en aquel piso, y precisamente aquella noche, cuando hubiera podido hacerlo mucho antes libre de testigos, y sin correr riesgo alguno.

Aquello era de un maquiavelismo bastante moderno, pero precisamente más razonado de lo debido para triunfar, pues la audacia rechaza los análisis y vence a condición de ser ciega e irreflexiva.

Vistiendo simplemente un pantalón, Juanillo, a paso de lobo, descendió del cuchitril del piso segundo donde dormía. Antes de abrir la puerta del vestíbulo, y después, al pasar ante la puerta del tocador escuchó la respiración apacible y tranquila de la durmiente.

Consideróse seguro, sin imaginar que ésta tenía el cerebro siempre en vela, aún cuando hubiese sucumbido, a un sueño provocado por las más terribles sacudidas del alma o las más violentas fatigas del cuerpo.

Juanillo pudo penetrar en el saloncito sin producir el menor ruido insólito, y seguro ya "del negocio", abrió con ganzúa ésta vez — como lo exigía la fábrica del robo, en la que había que hacer creer más tarde, — los cajoncitos del pequeño mueble, y cogió en un abrir y cerrar de ojos las joyas y billetes de banco que había en ellos, a pesar de las tinieblas que le envolvían, por que el sitio, reconocido en previas y frecuentes visitas, le era ya familiar.

Iba a cerrar el cajoncillo, cuando quedó inmóvil, petrificado. El chasquido de una cerilla acababa de sonar detrás de él.

Pero se repuso en el acto la más elemental prudencia le aconsejaba hacer frente al enemigo.

Entonces volvió la cara. La desconocida, a quien imaginaba durmiendo, estaba en pie en medio de la estancia, cubierta con un peinador y examinándole a la luz de la cerilla que ardía en sus dedos.

Esta vez no dudó; ágil como un tigre saltó hacia ella, la tomó fuertemente de una mano con una de las suyas, y con la otra le tapó la boca. Pero en el mismo instante sintió el frío de una hoja de acero que penetraba en sus carnes cerca del hombro, sus

ojos se nublaron: desplomóse con un sordo gemido; y la última sensación que tuvo fué la de que los brazos tibios de la desconocida le retenían para amortiguar la caída sobre la alfombra.

Fedora tuvo tiempo de dar vuelta al conmutador de la luz eléctrica. Una claridad blanquecina iluminó súbitamente el siniestro cuadro.

La mirada horrorizada de la extranjera interrogó rápidamente el semblante pálido y los ojos medio cerrados de Juanillo desmayado; después se inclinó sobre la herida que le infiriera con él pequeño estilete, arma que sacó de su traje en el momento en que oyó el rechinar de la cerradura.

—¡Ay! — suspiró — volverá en sí este granuja, pero heme aquí complicada en una fastidiosa historia, una historia que puede despejar mi incognita, si no pongo cuidado.

Luego de reflexionar algunos instantes, entró en el tocador y revisó una percha que no había tenido tiempo ni curiosidad de registrar más despacio al escoger el peinador con que se había envuelto para sorprender al ladrón. Entre algunos efectos femeninos encontró en ella un traje completamente de hombre, muy usado.

Fedora se probó la chaqueta; no le estaba ni mal ni bien, siempre que doblase los puños de las mangas demasiados largos. Se resignó, pues, a ponérsela, reconociendo que era imprudente vestirse con sus ropas mojadas y aún salpicadas de cieno.

Dominada por la idea de huir, echó al acostarse una ojeada sobre las dos ventanas opuestas de la pieza; una de ellas daba a un jardincillo situado detrás del pabellón y separado, por una tapia baja de un terreno inculto. Desde la misma ventana suspendiéndose del dintel, podíase alcanzar una pequeña cornisa saliente del muro unos pies más bajo; saltar de esta cornisa al jardían un juego de niño.

Su resolución estaba tomada. Sin embargo, mientras se vestía, le acometió otra duda: ¿Qué pensaría de ella el caballero doctor?

¡Bah! robado por su doméstico, el doctor, por muy caballeroso que fuere, no dejaría de entregarle a la policía; pero la herida que ella mismo había inferido, complicó el asunto agravándolo y revistiéndose de apariencias criminosas, como dicen los magistrados.

Al evocar la policía y la magistratura, el rostro de la joven se contrajo y sus labios hicieron una mueca de frío desdén.

Ya no dudó más.

De un brinco trepó a la ventana sus pies alcanzaron la cornisa, saltó y desapareció entre las tinieblas de la noche.

III

Serían las cinco de la mañana, cuando el doctor despertó, bajo la impresión neta, precisa de que una causa un ruido quizás le había brusca o gradualmente quitado el sueño. Sí, debía ser un gemido ténue, pero que oía distintamente y provenía, al parecer, del piso superior.

—¡Dios mío! — se dijo. — ¡Si fuese ella!

—Y levantándose de un salto, púsose un batón y corrió a la escalera.

A la mitad del camino, reconociendo en las modulaciones de la queja contínua la voz de su criado, su angustia cedió un poco. Juanillo se acostaba en el segundo y era, según confesión propia, algo sonánbulo, o al menos pretendía serlo, pues ya le había ocurrido el turbar el sueño de su señor con excursiones injustificadas a parajes donde nada tenía que hacer y si el doctor admitía esta excusa a falta de otra mejor, no veía en el más que un desequilibrado inofensivo del cual no había nada que recelar.

Hacía más de una hora que Juanillo gemía así, después de volver de su desmayo, oprimía la herida para contener la sangre, y arrastrarse hasta la habitación contígua donde se aseguró que la desconocida había desaparecido... saltando por la ventana, según todos los indicios.

Enseguida formuló en su cerebro anormal una versión muy ingeniosa de su aventura, invirtiendo los papeles y presentándose como víctima de una criatura peligrosa bajo todos los conceptos, que no había derecho en verter sangre ajena para consumar su criminal empresa.

—Sufro mucho.... sufro mucho.... — fué lo primero que murmuró con voz doliente, cuando su amo, inclinado sobre él, empezó por interrogarle con ansiedad creciente, avivada por los descubrimientos que iba haciendo: la desaparición de Fedora, la herida de Juanillo, todo un drama desarrollado allí, en aquella habitación donde su criado nada tenía que hacer.

—¿Qué es esto? — preguntó, — ¿porque te encuentras aquí?

—Ahora me explicaré..... — balbuceó Juanillo, — pero... en nombre del cielo.. primeramente dígame si estoy herido de gravedad.

—No — repuso lacónicamente el doctor, que ya había examinado la herida, dándose cuenta de que, por su superficialidad, no interesaba ningún órgano importante.

Y le ayudo a levantarse y sentarse en un diván.

—Ahora, habla.

—Primeramente tengo que rogarle me perdone por una indiscreción cometida hace tiempo... Debo decirle que mi habitación está precisamente encima de esta y que en el rincón opuesto a mi cama, las dos piezas se comunican por un agujero redondo que ha debido servir de paso a un tubo de estufa. Ese agujero estaba cerrado por una plaquita de estaño que fuí arrancando por distraerme, una de mis noches de sonanbulismo... Entonces me dí cuenta de que por ella podía verse la pieza inferior. (Esta historia del agujero era verdad, si bien Juanillo ocultaba, como de costumbre, los móviles, siempre sospechosos de sus indiscretas curiosidades, y le atribuía un importante papel en la aventura de aquella noche, cuando ya hemos visto que no tenía ninguno.)

—Yo no dormía — presiguió, alentado por el indulgente silencio de su amo; — eran las tres y aún no había podido cerrar los

ojos... ¿Me atreveré a decírselo a usted?... la mujer... pues era una mujer a quien había usted dado hospitalidad, no me inspiraba ninguno confianza... tengo muy buen ojo.

—Prescinde de inútiles comentarios, y cuenta sencillamente tu historia.

—Como decía, adiviné su sexo bajo el traje que llevaba... ¡Que quiere usted! una joven que se disfraza así y que se cae o se tira al agua y que se acuesta enseguida en la primera cama que le brindan, para dormir como un lirón... por que un silencio absoluto reinaba abajo, eran justamente detalles muy ambiguos, que me hacía desconfiar.

—Al grano, — dijo el doctor con impaciencia.

—De pronto, a eso de los tres, creo, oigo ruido no en la habitación donde debiera estar acostada, sinó en esa otra... Hubiera jurado que hacían saltar una cerradura... Me levanto de un salto, quito la plaquita de estaño y miro por el agujero... Era ella, ella en bata, que se ocupaba en descerrajar cajones del escritorio.. No dudo más.. me pongo un pantalón, como usted ve, y bajo saltando la escalera sin hacer ruido... La puerta del vestíbulo no estaba, afortunadamente, cerrada ni con llave ni con cerrojo, de suerte que pude abrirla con una de las del llavero... Todas las bombillas eléctricas se hallaban encendidas, y allí, delante del escritorio abierto, la señorita, graciosamente inclinada, robábale cuanto usted tiene ahí, sus billetes alhajas, ¡que se yo!....

El doctor retuvo difícilmente una exclamación de desconsuelo y corrió a los cajoncillos con el sentimiento desgarrador de que aquella aventura terminase tan estúpidamente... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿en quien iba ya a confiar?

No cabia duda; efectivamente, sus economías habían desaparecido, así como las joyas de familia. Sombrío y desconsolado volvió a sentarse cerca del herido que temblaba al notar sus bolsillos repletos y denunciadores, pensando que el doctor, maquinalmente, podría descubrirle. No tuvo medio de desembarazarse de aquellos valores, pues la contínua hemorragia de su herida le impedía todo movimiento... pero, ya aprovecharía la primera salida de su amo para ocultarlo todo en un escondite seguro, preparado a tal efecto en el fondo del jardín.

Vano temor, pues Justino Mortier, apesarado, se condolía poco de la pérdida material; lo que le inquietaba más era la desaparición misteriosa de su protegida con arreglo a la fábula inventada por el infiel criado, fábula que acabó de parecer cierta al asegurar Juanillo que, a consecuencia de la herida, quedó desvanecido varias horas, según creía, en el mismo sitio donde le encontró su amo.

Justino Mortier vendó, en silencio al criado. Entró después en la alcoba, examinó la bata que tenía en la manga algunas gotas de sangre, precedentes, sin duda, del hombro de Juanillo; pudo ver la ropa que Fedora llevaba en el momento en que intentó suicidarse — una burla infernal, seguramente ideada para engañar a hombres de bien — y se dió cuenta de la desaparición del traje que la joven había aprovechado para huir. Después se asomó a la ventana y pudo ver las señales del salto en el arriete del jardín. Seguro ya, no insistió; restábale saber sencillamente, si debía o no protestar del despojo.

Al reflexionar en ello, se apoderó de él un deseo invencible de ver a toda costa nuevamente a la desconocida, y como no era fácil lograrlo por sí solo, decidió acudir a la jefatura de Vigilancia, dispuesto a retirar su denuncia si el asunto perjudicaba a la delincuente.

Además era muy conocido en el muelle de la Orfebres, pues había sido el médico particular de Crussol por quien conoció también a Flax.

Melart le acogió con la cortés sonrisa habitual en sus labios desde el punto y hora en que fué nombrado jefe de policía, en substitución de Crussol que contrastaba con su fisonomía seca y dura.

—Espero doctor — le dijo — que no nos traerá usted otro cadáver misterioso.

Sin contestar a esta salida de tono, Justino Mortier explicó su asunto en dos palabras, evitando desde luego el advertir que su desconocida afirmaba Fedora.

—Muy bien — dijo Melard, recostándose en un sillón — ¿No avisó usted al comisario de su distrito?

Es una irregularidad, pero en fin, nosotros lo arreglaremos. Además, creo conocer a la aventurera que ha jugado a usted tan mala pasada. No es al primero que exploto. Es una jóven rubia, ¿rubia verdad? de tipo escandinavo. La hubiese creído mejor, eslava. Lo mismo da. Lleva muy bién su disfraz y abusa de él. Cuando viste de hombre tan pronto se hace llamar D. Antonio de Alcántara, como príncipe Wladimir Abunovitch o Marqués de Benes-Etapler; con estos nombres supuestos ha cometido fabulosos desfalcos. Mis inspectores la llaman la princesa Cartonaba. En este caso, ha descendido en la escala del crímen unos grados más, pués se trata de un verdadero robo, complicado con tentativa de asesinato... Será preciso interrogar a su criado, aunque evidentemente su declaración es sincera, además, su huida lo testimonia, así como la evasión nocturna de la jóven, y, lo que es más aún, la desaparición de los valores de usted... Así que vuelvo a repetirle, el asunto es muy claro, voy a designar a las órdenes de usted uno de nuestros más finos sabuesos que, por cierto ha tenido ya algunos dimes y diretes con el enigmático andrógino. Justino Mortier pensó que iban a ponerle en relación con Flax, antiguo amigo suyo, pero sin embargo, no quiso hacer objeción alguna, cuando llamó Melard para preguntar su estada allí el inspector Pinet. Cinco minutos después llegaba este.

—Se trata una vez más, de la princesa Cartoneba... ¿Ha encontrado usted, por fin, su fotografía?

—Desgraciadamente no, — dijo el inspector, jóven delgado, de mirada penetrante y que parecía más sagaz que inteligente — Pero la reconocería entre mil... Es generalmente rubia, de un rubio metálico, con ojos brillantes, ojos extraordinarios que resplandecen como diamantes en su rostro pálido de estudiante sueco o noruego.

Atenuado por la visión del abismo por donde acaba de rodar la pálida y doliente jóven, a quien, sin duda alguna, había arrancado de una muerte, buscada en un acto terrible de desesperación, Justino Mortier quedó confuso; ni aún se le ocurrió la idea de hacer notar al jefe de policía las discrepancias existentes entre el retrato de la aventurera buscada por las autoridades, y la imágen grabada en su retina y en su mente, discrepancias que además, no hubiera podido precisar y que tal vez nacían del esfuerzo caballerezco de su imaginación, obstinada en no creer resueltamente la villanía del ser a quién creyó librar de una muerte voluntaria.

Sin embargo se avino a que le acompañase a su casa el inspector Binet, quién deseaba procurarse en el lugar del suceso los primeros elementos para emprender su información.

IV

A la mañana siguiente, la mayor parte de los periódicos más enterados de los asuntos de la Jefatura de Policía publicaban un artículo concebido en estos términos: "Una nueva hazaña de la "princesa Cartonebe. Uno de nuestros más simpáticos doctores de la facultad de París, ha sido la otra noche víctima de una desventura que desgraciadamente le cuesta cara. Habiendo tenido la filantropía de sacar de un estanque de los alrededores a un que acababa de arrojarse allí en un momento de desesperación, al parecer, pudo observar que el suicida pertenecía al sexo débil ofreciéndose a llevarle a su casa. Allí estaría en completa libertad y pasaría la noche — que es buena consejera, — en una habitación independiente, situada en el pabellón ocupado por el doctor, quien se reservaba únicamente el piso bajo. Arriba, en el sotabanco, otra espaciosa estancia servía de dormitorio al criado del doctor.

"A las cinco de la mañana siguiente, el doctor despertó; oía gemidos que sin duda, provenían del piso alto. Subió y encontró a su sirviente bañado en sangre, herido en el hombro gravemente. He aquí lo ocurrido: el criado oyó durante la noche, ruidos sospechosos. Gracias a una rendija del entarimado, pudo asegurarse de que la huesped trataba de descerrajar el pequeño escritorio donde su amo guardaba los valores. Bajó enseguida para apoderarse de la ladrona, y entonces ésta la hiró con un puñalcito. El criado cayó desvanecido, y la desconocida, aprovechó aquellos momentos para huir saltando por la ventana del hotelito.

"Debemos añadir que todo hace creer que se trata de una nueva hazaña de esa bandida hembra, de quien ya hemos hablado varias veces y que la policía designa con el sobrenombre de la princesa Cartouche. Hoy nos preguntamos si tal individua estará relacionada de un modo o de otro con la célebre banda misteriosa que continúa aterrorizando a la opinión pública con los cadáveres sellados y los muertos volantes.

"Esta banda debe, según todas las apariencias, contar también con auxiliares femeninos.

De todos modos, el cuerpo de policía que ya — conoce una pista, al parecer seria —, nos propicia, sin duda, una serie de efectos dramáticos verdaderamente teatrales".

Digámoslo de una vez, la pista seria no existía más que en la imaginación de Melard, que había dictado este artículo a un "reporter" amalgamando el cúmulo de impresiones exclusivamente suyas, con inspiraciones tan desacertadas como la que consistía en remover el asunto, pasados ya ocho días, de los cadáveres sellados, asunto que continuaba ofreciendo graves obstáculos. No es que viese realmente un lazo de unión entre aquella historia y el robo del boulevar Murat, pero su metodo consistía en seguir el inverso de su predecesor, es decir, hacer que veía claro allí donde su ceguera era inconcusa, y gritar más fuerte, cuando el doble prestigio de su profesión y de su dignidad hubieran debido consultarle un silencio prudente.

Entre los miles de seres que leyeron éste artículo sólo una se dió cuenta de su vanidad, adivinando su fondo charlatanesco y exagerado. Este fué Flax.

Desconsolado completamente por el grave perjuicio causado a sus intereses materiales ,y, lo que era más grave, a su honor, a su conciencia de asalariado que siempre cumplió con su deber, el viejo agente no vivía tranquilo a pesar de las pruebas de afecto, que más que nunca le prodigaban sus dos hijos Marta y Victor.

Inconsolable, si, pero no abatido y descorazonado como otros pudieran creer pensó en tomar pronto o tarde, más bien pronto, un victorioso desquite.

—¡Ah! el imbécil — exclamó despues de terminar la lectura del suelto — ¡el imbécil, que añade la historia del boulevard Murat a la serie de hazañas de la princesa Cartouche, y que por añadidura lo relaciona con el asunto de los cadáveres sellados!

Sus hijos le miraban ansiosos, como siempre que apostrofaba a Melart.

—Yo aseguro que jamás hubiera obrado de este modo la princesa Cartouche; no es ese su género. Y nada prueba la culpabilidad de la misteriosa heroina del doctor Mortier, porque en la declaración del criado hay muchos puntos obscuros.

—El doctor Justino Mortier — dijo Marta — ¿no era el médico del pobre señor Crussol y de su esposa?

—Efectivamente, y muchas veces hemos tenido ocasión de charlar juntos, mientras

esperabamos al jefe en su despacho; puedo aseguraros que es el hombre más amable del mundo.

—Entonces — dijo Marta, cuyos ojos siempre rientes, tomaron una expresión seria y reflexiva — ¿porque no vas a verle?

Flax la miró con extrañeza.

—¿Para qué? No estoy enfermo, al menos que yo sepa.

—No, es verdad, a Dios gracias, pero te quejas sin cesar de tu inacción, y lo comprendo; te quemas la sangre al pensar que pueda faltarnos algo, si no encuentras pronto un trabajo, un empleo bastante remunerador para compensar la pérdida de tu sueldo durante los seis meses de. . .licencia forzosa. . . Así que, suponiendo que el doctor Mortier tenga necesidad de ti para esclarecer la necia y misteriosa aventura de que ha sido víctima. . .

—Primeramente — interrumpió Flax con viveza — no debe tener necesidad de mi, puesto que ya ha recurrido a la Jefatura de Policía.

—Donde tal vez pensara encontrarte. . .

La posibilidad de su suposición hizo cambiar de tono a Flax. El viejo agente trató de explicarse, no sin ciertos escrúpulos, que en efecto, no veía inconveniente alguno en ofrecer sus servicios al doctor Mortier, pero que aquello no merecía, a su juicio, remuneración y que él lo que necesitaba era un negocio productivo, y en breve plazo porque de lo contrario. . . aquello sería la muerte. Flax no quería tocar el capital depositado para sus hijos.

Pronunció éstas últimas palabras con dolorosa ternura que hizo brotar las lágrimas de Marta y Victor.

Más éste, tan sensible como ella, conocía, sin embargo, que "un hombre debe ser fuerte", y apresuró su marcha al trabajo, entristecido al pensar en el cúmulo de tristezas que sobre ellos pesaban desde la injusta cesantía de su padre.

Marta exclamó de pronto:

—¿Y ese señor Plansón, de quien nos hablabas el otro día, tu antiguo compañero, rico ahora, que te llevó a Clamart en un automóvil de cuarenta caballos?

Marta tenía, como se ve, ideas ingeniosas, pero desgraciadamente aleatorias, como todo lo que procede de una imaginación infantil.

Una arruga vertical, excesivamente pronunciada se dibujó en la frente de Flax. Marta conocía este detalle y deploró haber hecho su pregunta, convencida de que con ella avivará en su padre una herida reciente.

Había palidecido y guardó silencio. Al cabo de unos instantes declaró con voz firme:

—No tengo idea fija acerca de la actitud que debo adoptar ante Plansón. . . entiéndeme, personalmente, pués no siendo por ahora inspector de policía, sólo privadamente puede interesarme lo que está haciendo. . . ¡Ah! Si no me hubiera dejado cesante, mi deber era muy claro; le tendía una celada hábil, y si no se rendía le mandaba detener en el acto. No me cabe duda de que está mezclado en el asunto de los cadáveres, directa o indirectamente. . . Me lo confirma su presencia en el sitio donde se posó el misterioso biplano, que entraba en escena al otro día del triple asesinato en Clamart, el mismo biplano que emprendió su vuelo al día siguiente sobre el cadáver de Feureiguy, y se lo llevó entre sus garras, como un ave de rapiña, para depositarlo algunos kilómetros más lejos. . . mientras Plansón, transformado en "reporter", reaparecía en aquel sitio para embrollarlo todo y lanzar un tenebroso desafío a la justicia.

Marta calló, consternada ante todo lo que su padre acababa de revelarle acerca de una persona que tan simpática como le había parecido.

Flax repuso con una mueca de desdén:

—Que continúe Melart atascándose hasta el cuello, dominado por su manía de relacionarlo todo con un asunto cuya clave no tiene. . . ¡Allá él!. . . En cuanto a mí, mi obligación es callarme. . . Como comprenderás mi situación respecto a Plansón es bastante delicada, pues si deseo ignorar maquinaciones equívocas, no quisiera hacer creer que lo favorezco con mi neutralidad y mi silencio.

—Es justo, — dijo Marta, orgullosa ante el convencimiento, una vez más arraigado, de que el alma recta de su padre no se rendía ni en la desgracia.

—De suerte — prosiguió Flax sonriendo, — que espero una inspiración divina que me dicte mi proceder para con Plansón, y mientras esa merced se me concede, voy a seguir tu idea. Hoy a medio día, después de la hora de consulta, iré a saludar al doctor Mortier, quizás me necesite.

V

Cuando Juan el criado, con el brazo en cabestrillo, pero sin resentirse en lo más mínimo de sus heridas, oyó el nombre, ridículo y raro a su juicio, de Flax, no pudo contener una sonrisa, tanto más que cuando suponía que el individuo así llamado era un inspector de policía. Con tono burlón fue a anunciar a su amo que allí había un señor que decía llamarse Plaxe, Flasque o Flasse. Justino Mortier adivinó a pesar de ello al visitante, y su rostro sombrío poco antes, se iluminó, con una sonrisa cordial y confiada.

Tendió la mano al inspector:

—Casi esperaba su visita, mi querido Flax, y me choca que la haya retrasado tanto.

—Por lo visto — exclamó el policía, — ¿usted no sabe lo que pasa?

—¿Qué?

—Que me han suspendido por seis meses, de empleo y sueldo.

—Lo ignoraba y lamento verle tratado

tan injustamente, por que es innegable que...

—Si, ¿verdad?... ¡Oh! seguramente M. Crussol no hubiera sancionado semejante medida.

—¿Y qué es lo que ha podido motivarla?

—El dichoso asunto de los cadáveres sellados, o más bien dicho una palabra imprudente pronunciada por el jefe poco antes de exalar el último suspiro... Parece ser que digo acerca de Melart "¡Flax lo sabe todo!"

Y era verdad: yo descubrí las marcas de los cadáveres pero M. Crussol me había ordenado no revelar nada hasta no saberlo todo, y por haberle obedecido he sido castigado, sin siquiera oirme.

—No obstante, se ha debido abrir una información para esclarecer tan singular asunto, y reconocer entonces...

—No han reconocido absolutamente nada. En primer lugar la información no ha dado resultado alguno, como si el biplano que intervino en las últimas fases de toda esta historia, no hiciera sino embrollarlo más... Han enviado exhortos a todos los parques de aviación de los alrededores de París... se han reido en sus barbas y nada más... Dentro de algunas semanas el asunto será sobreseido, y quedará otra vez en ridículo el cuerpo de vigilancia. Solo entonces me decidiré a intervenir.

—¿Sabe usted alguna cosa?

—Conozco a un personaje que seguramente ha tomado parte en el género de estos tenebrosos sucesos, y le haré hablar, en cuanto quiera... Pero, veamos, si usted gusta, el objeto de mi visita. He leido los diarios de esta mañana, y no le oculto que la curiosidad profesional me ha impulsado a venir a verle.

—Excelente idea — dijo sonriendo el doctor, — y puede usted decir que viene como llovido del cielo, porque seguramente le hubiese hecho buscar.

—¿Melart no ha puesto un empleado a la disposición de usted?

—Si, en efecto... en efecto... Binet, su colega de usted vino esta mañana, pero es un "deductivo" y la deducción es un método por el cuál no se llega a ninguna parte, en materia policiaca, al menos.

—Perfectamente exacto... Es un muchacho de alguna inteligencia — Flax dijo esto sin convicción, — jóven, y por consecuencia, inexperto; además está muy imbuído también por las nuevas teorías inglesas...

—Voy a decirle, aquí entre nosotros, — interrumpió el doctor cuya frente se nubló de nuevo — que la entrada en escena de Binet, a quien he dejado en demasiada libertad desde un principio, me pone en este momento en grave aprieto.

Abrió un cajón de su mesa, y sacó un pliego de papel azulado escrito con letra fina, derecha y sin carácter.

—He aquí — dijo, — una carta que he tenido la debilidad de enseñarle, a propósito de la cual temo que me ponga en un compromiso lamentable. Voy a explicárselo. Esta mañana a eso de las once, cuando regresaba yo de mis visitas, un señor bien vestido, muy jóven, con acento ligeramente extranjero, me esperaba en el gabinete. Me entregó esta carta cerrada en sobre lacrado y me dijo: — "La persona que ha escrito esta misiva desea tener la seguridad de que será leida por usted, por lo cuál me ha confiado la comisión de entregársela personalmente. Permítame que me retire según las instrucciones que he recibido, antes de que usted la abra. Caballero, tengo el honor..."

Saludó y salió. Confieso que estaba un poco confuso pués, aunque médico me contrarían los dramas... Además el acento del jóven, lo extraño de su papel, su misión la letra del sobre, para mí desconocida... todo esto me hizo inmediatamente pensar en la desesperada del estanque Villebón. Le dejé marchar y rompí el sobre. La carta dice así:

Y Mortier leyó:

"Caballero:

"Acabo de leer los diarios de la mañana. Dice una versión extraña, peor aún, inexacta, de mi aventura de esta noche. No envío ninguna rectificación a la prensa, tanto más cuanto que me doy perfecta cuenta de que las apariencias me acusan. A usted únicamente debo declarar que soy inocente en absoluto del robo con fractura cometido en su casa, justamente en las habitaciones donde dormí algunas horas. Si partí, furtivamente, en medio de la noche, fué porque el respeto a mi incógnito me lo aconsejaba así, como la víspera me obligó a satisfacer su legítima curiosidad. Tengo en usted una confianza absoluta y voy a pedirselo. Estoy dispuesta a repetirle verbalmente todo cuanto aquí acabo de consignar indicándole el medio para recuperar los valores que le han substraído, si quiere usted tomarse la molestia de aceptar una cita esta noche a las ocho, en el mismo lugar en donde su generosa y noble intervención impidió el cumplimiento del acto de desesperación que usted sabe, acto que hoy deploro como una debilidad indigna de mi, como una cobardía. Un automóvil le esperará en ese sitio, y le conducirá a mi casa, pués vivo en una villa vecina.

Cuento con usted, y le ruego acepte, señor mío, el testimonio de mi gratitud y de mi consideración más distinguida".

Fedora"

Flax había escuchado la lectura con intenso interés y visible satisfacción.

—Como es natural — dijo tan pronto como el doctor Mortier puso en su sitio la carta, — usted no habrá dado cuenta de ese papel a nadie

El doctor se turbó, y sus mejillas enrojecieron visiblemente; le quedaba una confesión por hacer.

—Desgraciadamente — contestó; — en el momento preciso en que acababa de leerla, llegó su colega Binet que está conven-

cido de que la andrógina aventurera buscada por la policía y la misteriosa Fedora son una misma persona. Bajo la impresión que me había producido esa cita misteriosa, ya supondrá usted que hube de expansionarme con Binet quien, recelando una emboscada, aseguró que no me dejaría ir solo y que contara con él.

—¡Es muy lamentable! — afirmó Flax con vehemencia, — porque conozco a Binet y sé que llevará hombres consigo y cometerá alguna torpeza irreparable.

El doctor se mordió los labios con despecho.

—Confieso que, si hubiera tenido tiempo de reflexionar, no le habría hablado de esta carta, puesto que estaba decidido a ir solo a la cita. Pero el mal está hecho, y es una lástima.

—¿Por qué?

—Porque estoy convencido de que Fedora es inocente, al menos en lo que se refiere al robo de que ha sido usted víctima.

—¿Y en qué basa usted su convicción?

—En nada y en todo; son impresiones de policía — murmuró Flax. — Ya sabe usted que yo soy intuitivo y no busco deduciones; pocas veces me he equivocado.

—Sin embargo, fíjese; el robo en cuestión no ha podido ser cometido más que por Fedora o por mi criado. ¿Podría usted suponer que?...

—Pués bien, si, ya que me hace usted la pregunta, lo supongo.

En el semblante del doctor pintóse una gran sorpresa.

—Pero entonces, ¿como explicaríamos su herida?

—La habrá recibido tratando de suprimir un testigo imprevisto y molesto.

—Ese testigo debió ser Fedora, seguramente.

—Quizás.... Pero volvamos a su criado. No he hecho más que verle un momento; su cara no expresa nada de particular y, sin embargo, tiene tres rasgos salientes que acusan astucia, doblez y ruindad, tres vicios cardinales — añadió Flax sonriendo, — muy fecundos. Y mire, una cosa me llama la atención en su historia; ¿como explica a usted ese individuo el hecho de haber penetrado de noche en la habitación donde descansaba esa mujer a quien había dado hospitalidad?

—Dice que le despertó un ruido insólito, y que se dió cuenta de lo que pasaba, levantando una especie de tapa de estaño que hay en un rincón del piso de su cuarto, y que cubría el hueco abierto por el tubo de una chimenea.

—Binet, ¿ha subido a esa habitación y examinado ese agujero?

—No que yo sepa.

Flax sonrió burlonamente; luego dijo al doctor:

—Quizás sea demasiado tarde, más para mi tranquilidad, yo quisiera ver esa placa.

—Bueno voy a acompañarle.

Subieron al primer piso donde una escalerilla bastante estrecha conducía a las cámaras. La puerta de la habitación estaba abierta; Juanillo acababa de salir para bajar a la cocina contando con volver pronto. Estucada y amueblada confortablemente, aunque mal cuidada, aquella pieza recibía la luz por una ventana redonda, única, pero bastante grande. En un rincón, junto a la ventana, hallábase la plaquita: Flax sacó una lupa del bolsillo, y, extendido en el suelo examinó los bordes de la chapa y los de la ranura circular donde estaba ajustada. De pronto se levantó, triunfante:

—¡Estaba seguro! Esa placa no se ha abierto, hace lo menos un mes. Fíjese usted, doctor; una capa de polvo uniforme y que no data seguramente de ayer, cubre todo el piso. En este sitio los bordes del orificio se confunden con los de la placa.

—¡Oh! me atengo a cuanto usted diga... pero la conclusión...

—La conclusión, es que mi hipótesis era exacta. La versión del doméstico, es una pura fábula. No ha podido oir ni ver a la joven descerrajar el escritorio: ha sido él, que aprovechándose de que una persona extraña ocupaba la habitación, tal vez por una noche, llevó a cabo un hecho proyectado hace tiempo, calculando, no sin razón, que las sospechas recaerían sobre la desconocida cuando el robo fuese descubierto. Sorprendido por la joven, debió amenazarla para imponerle silencio, y como ella a lo que parece no conoce el miedo, le infirió la herida con el estilete que se ha encontrado.

"Respecto de la desconocida, debe tener un motivo grave para no querer mezclarse en una empresa policiaca; puede ser que creyese que había matado a su agresor, y que, entonces naturalmente, intervendría el juzgado...

—¿Qué motivo tendrá?... — pensó en voz alta Justino Mortier volviendo a quedar absorto y como extraordinariamente consolado al ver que se podía demostrar la inocencia de Fedora.

—No lo sé, pero indudablemente tiene uno, lo que hace más interesante a esta mujer.

Por eso ha preferido saltar por la ventana — que es una valentía — dejando caer sobre ella el peso de las más terribles sospechas, lo que también demuestra valor.

Un largo silencio reinó entre los dos hombres, durante el cual parecían reflexionar profundamente. Al fin el doctor lo rompió para decir sonriendo:

Es evidente que si ahora encontramos el producto del robo en manos de Juanillo, triunfa usted en toda la línea.

—No es tan tonto para llevarlo consigo.

—Es que desde entonces no ha salido más que a recados del momento.

—Muy bien, y aunque hubiera salido para más tiempo no creo que tuviese nunca la idea de confiar su botín a cualquiera, tanto más cuanto que en vista del papel que se atribuye, ha debido pensar que lo mejor era dejarlo en la casa, último sitio donde según él, lo buscarían... Yo le digo a usted que ese muchacho está completamente sugestionado por la inmunidad que le concede, en primer término, su herida..., y está persuadido de haber levantado entre el y la justicia una barrera inexpugnable.

(Continuará)

EL MISTERIO DEL BAUL ROJO

Por H. J. MAGOG

(Conclusión)

—Con el baúl rojo. Ya estaba arreglado. Y el Sr. Montparnaud tenía su valija para poner las ropas, y luego una blusa y un sombrero viejo que yo le dí. Entonces nos dimos cuenta que se había olvidado de los zapatos. Pero yo le dije que tomara los de....

Vaciló.

—Los de Titin? — exclamé.

—Si — gruñó Sargasse — Y quizas no hubieran adivinado nada si no fuese por eso. Pero el señor prefirió sin duda guardar los suyos y tiró los otros — dijo con sordo rencor — Usted lo sabe bien porque los recogió y los vino a mostrar. Fine los reconoció enseguida.

Era la explicación de la escena de la cocina. Dirigí hacia Wellgone una mirada de admiración. Su perspicacia había sido realmente maravillosa.

—¿Cómo sacaron al muerto? — preguntó el detective para reanudar el relato del cochero.

—Era más difícil de lo que se puede imaginar. Convinimos entonces que el Sr. Montparnaud vendría conmigo y que, él no sabría nada, para poder quedarse en la casa. Llegamos a las once. Fine estaba sola. Era una suerte. La envié enseguida al pueblo y pusimos a Titin en el baúl rojo y las mercaderías en el ataúd. El peso era más o menos el mismo. El resto iba todo solo. El Sr. Montparnaud partió. Y yo al día siguiente después del entierro dije que iba a llevar el baúl a la estación. Estaba convenido el lugar donde nos encontraríamos, en la Mescla. Escondimos el cuerpo entre los peñascos no lejos de la entrada del túnel. Pusimos piedras en el baúl; cobré el dinero y partí.

—Un momento — interrumpió Paddy Wellgone — ¿es que usted no ayudó a...? ¿Sabe Vd. que el cadáver fué encontrado mutilado y quemado?

Miró a Sargasse a los ojos y éste se dió vuelta.

—Era necesario — dijo el cochero — sinó lo hubieran reconocido.

—¿Y después?

—Después; yo no estoy mesclado a nada.

—Salvo tomar un billete de ferrocarril. ¿Era para el Sr. Montparnaud?

—Claro está.

—¿Porqué tiró usted sobre Bonasson?

—¡Porqué le habré errado! — parecía aún lamentarlo — ¡Es por su culpa! Me dijo demasiado que encontraría. Cuando lo ví rondar por el país me puse en acecho en el rincón del cementerio

Wellgone abandonó a ese ser incapaz de sentir remordimientos y se volvió hacia Montparnaud.

—¡Usted! — dijo ya ve que es completamente inútil negar. Lo mejor que puede hacer ahora es responder francamente a mis preguntas.

—¿Qué quiere saber? — gimió el comerciante.

—¿Cómo tuvo Vd. la idea de esta macabra mistificación?

Montparnaud vaciló un momento; luego, tomó de golpe una resolución, después de mirar a Sofía que alzó imperceptiblemente los hombros.

—Me he casado con una mujer insoportable — comenzó él — Bonassen mismo lo puede decir. La vida con ella ya no era posible. Desde hacía tiempo sentía deseos de libertarme y de irme lejos a rehacer mi vida junto a una compañera de mi agrado. Después de todo, el divorcio no ha sido inventado para los perros. Mis proyectos eran pues, perfectamente honestos y se los confié a Sofía por quien sentía un cariño profundo. Ella los aprobó y aceptó compartir mi destino si yo conseguía romper mis cadenas. Pero, como consecuencia de algunas especulaciones desgraciadas, no me quedaba más que veinte mil francos. Si me divorciaba, tendría que compartirlos con la Sra. Montparnaud. Irse con diez mil francos, era muy poco viático. El divorcio fué pues, alejado de mis planes y contemplaba la posibilidad de simular un suicidio. Pero, un asunto reciente, del que se ocuparon los diarios me hizo desistir haciéndome ver las dificultades. En semejante caso, si el suicida no se encuentra, se examina la hipótesis de la fuga. Para que pudiéramos partir tranquilos era necesario pues, que se encontrara mi cadáver. Pensé en procurarme un sosías auténtico y ese proyecto me obsecionaba. Entonces me vino otra idea que variaba el programa y cuya ejecución me daría a la vez, la libertad y la fortuna. Era la de asegurarme la vida y naturalmente a beneficio de Sofía. Traté entonces con el Sr. Cristini, pero creí darme cuenta que por la forma en que estaban mis negocios él temía un suicidio. Este temor se traicionaba en las vacilaciones que retardaban la conclusión del seguro. Para apresurar el negocio, ofrecí excluir el suicidio con riesgos asegurados. Todo se arregló enseguida. Me era más fácil organizar un asesinato que un suicidio. No me falta imaginación y combine enseguida todos los detalles. Quizás Sofía me sugirió algunos. Amenudo hablábamos de ésto. En todo caso la idea

no tomó cuerpo definitivamente hasta que supe el fin del yerno de Sargasse. Conocía bastante al hombre como para saber que una suma de dinero aplacaría todos sus escrúpulos. Todo pasó como él ya lo relató, y los diarios no tuvieron más que registrar el crímen de la Mescla. Realmente, no comprendo como ha logrado descubrirse la verdad, dado que Sofía tuvo la habilidad de asegurarnos un apoyo valioso, aunque inconsciente.

Me designó y una maliciosa sonrisa apareció en sus labios.

—Todo parecía favorecernos. Bonasson, con una complacencia admirable, hacía todo lo que podía para facilitar la partida de Sofía. El consentía ocultarse en Genes, en tanto que yo me embarcaría bajo su nombre con mi compañera. En fin, nada hacía prever que naufragaríamos en el puerto.

—¿Entonces la Sta. Perandi estaba al corriente de todo? — preguntó el detective.

—Era necesario. Primero para que la noticia del crímen no la espantara. Luego porque debía cobrar el seguro y unírseme. Y al fin a causa de una precaución que ella debía tomar una vez conocida la noticia del asesinato.

—¿La de hacer saltar la caja fuerte, para disimular que estaba vacía? — interrogó Paddy Wellgone.

—Era indispensable — respondió el sr. Montparnaud — Naturalmente yo no quería abandonar a mi mujer los veinte mil francos que contenía. Los llevé conmigo. En rigor, podía creerse que me lo habían robado, como el dinero que llevaba conmigo. Pero, se hubieran preguntado porqué me los había llevado y eso era suficiente para dar el alerta. En tanto que simulando un robo, no había nada que temer. Dispuse todo antes de mi partida y dí mis instrucciones a Sofía dejándole la llave.

—¿Y usted había elegido el lugar de su desaparación?

—Bajo el túnel de la Mescla, naturalmente. Estuve controlando desde que partimos de Villars; el jefe del tren me dejó en Malaussene para subir a otro coche. Seguro de no ser molestado, procedí enseguida a mi tocado puse mis ropas un traje de ciclista y las ropas de Sargasse, lo que me daba una respetable corpulencia. Una barba y una peluca postizas, disimulaban mis facciones. Me hice sangrar la nariz para manchar el asiento y puse un revólver al que faltaba un cartucho. Arrojé al suelo mi sobretodo pisoteado y mi valija a la vías, deslizándome sin ruido al compartimento de segunda. Nadie pareció fijarse en mi y bajé tranquilamente en la Mescla. En cuanto el tren partió, corrí al lugar donde habíamos puesto el cadáver. Me saqué mis ropas y lo vestí con ellas. Luego para disimular el desorden de este tocado imperfecto y difícil, encendí las ropas, teniendo cuidado de conservar indemne el bolsillo que contenía mis papeles. Lo llevé bajo el túnel y lo acosté en la vía, rodeándolo de piedras a fin de que el tren completara mi obra. Cuando éste pasó me dí cuenta de que era imposible identificarlo y que todo concordaba a apoyar la versión del asesinato. Yo mismo le pegué un tiro en la cabeza para que se encontrara la bala, y me ocultó en los alrededores para asegurarme de que no lo descubrirían prematuramente. Cuando fué de día me dirigí hacia la Tinée, con mi traje de aldeano. Entraba en mis planes que alguno pudiera denunciar éste encuentro sospechoso. Fué entre la Tinée y Vesubie que tomé definitivamente el aspecto de un turista, aspecto bajo el cual pasé a Italia sin ser molestado. Ustedes saben el resto.

El Sr. Montparnaud se calló algo aliviado después de su confesión. Nos pareció que sentía ahora cierto orgullo por haber sido el héroe de esa macabra aventura.

—¡La novela del Sr. Montparnaud! — murmuré volviendo hacia Sofía una mirada cargada de reproches.

Ella no pareció notarlo. Era decididamente una endurecida criminal.

—¿Y bien? — concluyó filosóficamente Paddy Wellgone volviéndose hacia nosotros —He aquí el misterio explicado. No creo que haya ya puntos oscuros. No nos resta más que dar al señor y a la señorita una residencia digna de ellos, esperando que los transfieran a Niza, a disposición del juez de instrucción.

—Llévenlos — ordenó el comisario a los inspectores de policía qu estaban en la puerta.

—¿Soy entonces acusada? — preguntó Sofía con arrogancia.

—Complicidad en tentativa de estafa, señorita — respondió el detective.

Puedo confesarle ahora que la orden en blanco era para usted. Permítame que escriba su nombre.

Lo hizo y se la dió a uno de los inspectores lo mismo que la referente al señor Montparnaud

—Todavía queda algo que aclarar — dijo a su vez el Señor Cristini con sonrisa amable. — El cheque que tuve el honor de remitir a la señorita, bajo instancias del señor Wellgone, a fin de decidirla a su viaje, apenas necesito decirlo, es sólo una fantasía. No hubiera sido pagado.

—También será tenido en cuenta como una prueba — dijo el comisario.

Lleven los acusados.

Enseguida el digno trío fué rodeado por varios empleados y llevado fuera de la habitación.

No pude contener un profundo suspiro viendo desaparecer a Sofía.

—El fin de un sueño — dijo detrás mío Paddy Wellgone con su voz irónica — Consuélese Bonasson pasará algún tiempo antes que esta interesante pareja pueda reanudar su idilio. El final de estos corresponde a los tribunales.

—¡Que no puedan entregar al señor Montparnaud al furor de su mujer! ¡sería el peor castigo que le podrían dar!

—No pida demasiado — dijo sonriendo el detective.

Y felicítese de haber terminado su propia novela.

El casamiento mi amigo lo hubiera desviado de su vocación.

—Usted se ríe, dije confundido. ¿Puedo acaso pensar en eso después de haber visto en la obra al gran detective que es usted?

—La cuestión era de una simplicidad infantil—contestó Paddy Wellgone levantando los hombros — y vuelvo a repetirle, usted ha sido para mí un gran auxiliar.

—Sin sospecharlo—dije mordiéndome los labios. — Pero explíqueme como pudo llegar a descubrir la verdad.

—Reflexione un poco: por la índole del seguro tenía que ser un suicidio simulado: de eso a admitir la hipótesis de un asesinato simulado, no había más que un paso. Yo lo he franqueado desde el momento en que ví el cadáver.

Estaba demasiado a la vista que se habían esforzado en desfigurarlo.

—Está bien, pero la presencia de un cadáver, tenía que hacerle pensar en un asesinato.

—Tenía pues que buscar quien podía haber sido asesinado, desde que daba por vivo a Montparnaud, tenía dos pistas para seguir: era necesario que un hombre vivo o muerto hubiera desaparecido de la región: y había después que constatar la reaparición de un vivo que se creía muerto.

—¿No ha pensado en algún momento que pudiera yo estar mezclado en la desaparición de Montparnaud?

—Ni un instante. Me daba usted tantos datos y de tan buen corazón. ¡Y realmente me los ha dado!

Primero lo del seguro, después Sofía; enseguida sospeché algo por ese lado.

La historia de la caja fuerte, no podía sinó despertar mis sospechas.

—Sin embargo todo eso era muy vago.

—No tanto; hay que seguir el orden de nuestros descubrimientos: los zapatos, primero. Eran para usted los del asesino: para mí podían ser los del muerto, ya ve porque quería conservarlos.

Después oímos hablar de Sargasse; pronto fué desechado como posible asesino. Pero el baúl rojo paseado de San Pedro a la Mescla y encontrado lleno de piedras, después de haber hecho desaparecer las mercaderías que contenía me pareció muy llamativo.

Si un cadáver había sido transportado no podía ser más que en ese baúl. No tenía pues más que recorrer su propio trayecto. Este nos llevaba a San Pedro, y constaté con placer que usted mismo me llevaba hacia allí. La coincidencia de la muerte del yerno de Sargasse con el descubrimiento del cadáver que se creía de Montparnaud me pareció el hilo que debía seguir para encontrar la verdadera pista. Entreví la verdad. Había un medio muy sencillo de constatarlo y era proceder al a exhumación del cadáver. Pero no quería correr el riesgo de equivocarme.

El escándalo hubiera sido muy grande. y no tenía la prueba de que Montparnaud viviera. Resolví pues obrar con prudencia y trabajar en secreto. El reconocimiento por Fine Sargasse de los zapatos del muerto me quitó las últimas dudas, había sido enterrado con ellos. Tenía con eso una casi seguridad. El viaje a Niza y las estampillas que me trajo tan oportunamente acabaron por esclarecer la verdad. Y si no se lo dije enseguida fué porque temí de su parte alguna imprudencia.

La cruel desilución le hubiera conducido a hacer algo irrazonable.

Y Sofía Pernadí advertida por eso no hubiera dejado de dar el alerta a Montparnaud Lo desviaba para hacer creer en su culpabilidad.

En realidad no era su escritura lo que yo comparaba con la de las estampillas: era la de Montparnaud de la cual el señor Cristini poseía algunos originales. Pronto me convencí, Montparnaud estaba bien vivo y refugiado en Italia.

Tenía tiempo para proceder Sofía, no debía partir hasta después de haber cobrado el seguro. Dí mis instrucciones a Cristini y me lo llevé a usted a San Pedro a buscar las pruebas materiales. Para dejar a la pícara caer en la trampa que le tenía tendida, lo dejé a usted ignorando mis planes.

Lo dejé hasta el último instante en esta ignorancia, haciéndole pasar algunos momentos desagradables por los que espero no me guardará rencor.

—Me ha dado usted una lección un poco dura, pero la merecía; deseo sinceramente que ella pueda curarme de mi vanidad.

—No se calumnie usted, dijo afectuosamente Paddy Wellgone.

Y no renuncie a sus ambiciones. He reconocido en usted condiciones para este trabajo y si no hubiera tenido los ojos vendados por el dios de los enamorados hubiera visto tan claro como yo en esta historia.

—No la creo—confesé—tengo gran necesidad de sus lecciones.

—Estoy a su disposición—dijo el detective tendiéndome la mano—le debo una compensación. Y si es su deseo convertirse en mi discípulo...

Un fuerte apretón de manos fué mi respuesta y puedo decir que he sacado buen provecho de los consejos de mi maestro.

Gracias a él he tomado mi revancha, y el nombre de Antonin Bonassou no hace por cierto sonreir a los delincuentes — particularmente a los criminales; pues como consecuencia de mi primer amor, tan cruelmente pisoteado, he conservado una antipatía implacable a la perfidia femenina y así es como he quedado célibe impenitente me he especializado en crímenes femeninos.

Mi experiencia me permite decir que no son ni los más raros ni los menos complicados.

Hay más de una Sofía Perandí, bajo la bóbeda de los cielos, y si algún día me decido a contar mis recuerdos, será preciso que el lector diga conmigo:

—¡Pérfida como la onda!

FIN

La mamá.—Eres muy malo, Juancito. Tu abuelita te ha llamado tres veces y no le has hecho caso. ¿Por qué no contestas?

—Porque vos me lo has dicho.

—¿Qué es lo que yo te he dicho?

—Que no conteste a las personas mayores.

Un día que Rosenberg llega con retraso a la oficina, su jefe le dice:

—Llega usted con mucho retraso. señor Rosenberg. ¿Qué le ha pasdo?

—Perdóneme usted; pero es que mi mujer ha tenido un parto muy laborioso.

Algunos días más tarde. el señor Rosenberg no aparece por la oficina. Al día siguiente, el jefe le pregunta:

—¿Qué le sucedió ayer, Rosenberg?

—Perdóneme usted; pero es que mi mujer ha tenido otro parto muy difícil.

—Oiga, oiga; ¡a mi no me toma usted el pelo! Hace ya cuatro días que me dijo lo mismo.

—Claro que sí, señor.

—Entonces, ¿es que se burla usted de mí?

—No, señor. Es que mi mujer es partera.

—¿Dónde vas tan corriendo, Pérez?

—A mi casa; le he comprado un sombrero a mi mujer y temo que si tardo ya se haya pasado de moda.

⁂ ⁂ ⁂ ⁂

El agente de seguros Bloch habla con el señor Blum.

—Vamos, Blum; te digo que no lo entiendo. Por una cantidad insignificante al año, quedas asegurado contra accidentes.

—No te digo que no, pero...

—Escúchame bien. Suponte que te rompes una pierna; cobras tres mil francos. Suponte que un brazo: cobras cinco mil francos. Y si tienes la suerte de romperte los brazos y las piernas, ¡vamos, es que te haces rico, Blum!

LA LEY DE LA VIDA

Por JACK LONDON

El viejo Koskoosh escuchaba atentamente todas las señales de vida que se agitaban a su alrededor. Si bien es cierto que su vista había desaparecido hacía tiempo, no por ello sus oídos dejaron de ser buenos. Al contrario; ahora parecían más finos, más sensibles, puesto que los sonidos más insignificantes penetraban por ellos y se perdían en la vaga inteligencia que aún continuaba con vida detrás de su frente llena de arrugas: pero que en aquellos instantes había perdido el don divino de contemplar las cosas concretas del mundo. De pronto oyó un rumor más intenso que los que había escuchado hasta entonces .¡Ah, el estrépito era producido por Sit-cum-to-ha que, amenazando a los perros con un látigo, trataba de engancharlos al trineo que dentro de poco partiría hacia el oeste. Sit-cum-to-ha era la hija de su hija, pero en aquel instante la joven estaba muy preocupada en su labor para prestar atención a su abuelo miserable que estaba sentado en el suelo, sobre la nieve y al lado de una hoguera... Era necesario cruzar dilatadas llanuras, prados inmensos, vencer toda clase de obstáculos. El interminable camino que se dirigía hacia el oeste esperaba: pero la luz de los breves días de aquellas regiones malditas parecía tener prisa por desaparecer detrás del horizonte, cediendo su lugar a las sombras de las noches que parecen no terminar nunca. La joven corría hacia el resplandor de la vida y no hacía el de la muerte. De todas maneras el viejo, ciego y abandonado, se hallaba a un paso de la muerte: unas horas más y después...

De pronto, el anciano tembló violentamente, ¿por qué?

La idea de la muerte terminaba de pasar por el cerebro de Koskoosh e, inconscientemente, el viejo tendió una mano hacia el montón de leñas que estaba a su lado. Apenas sus dedos tocaron los trozos de madera seca, la calma volvió a renacer en su espíritu. Entonces sus manos se perdieron en las grandes bocamangas de pieles, mientras inclinaba la cabeza sobre su pecho. Volvió a escuchar: ahora oía el ruido peculiar que hacen las pieles secas al frotarse unas con otras: estaban desarmando las tiendas construídas con pieles de oso y alce. El jefe de aquella tribu era su propio hijo, un hombre gigantesco, de fuerza hercúlea capaz de hundir el torax de un "cara pálida" de un puñetazo. Mientras las mujeres se movían en todas direcciones haciendo bultos y desarmando tiendas, la voz del joven cacique se elevó amenazadora reprochándoles la lentitud con que hacían sus tareas. ¡Maldición!, era necesario moverse antes que cayeran las sombras de la noche. El viejo Koskoosh escuchó con más atención. Aquella sería la última vez que escuchaba la voz del hijo. Unas detrás de otras las tiendas caían al suelo. En aquel preciso instante terminaba de caer la de Geehow; luego la de Tusken; más tarde la de Katu-koo... Siete, ocho, nueve: solo quedó de pié la tienda del "shaman": pero luego oyó que el "shaman" protestaba porque le obligaban a desarmar su tienda y emprender viaje con la tribu..... Un niño lloró, después una mujer pareció aplacar su llanto con palabras guturales. Debe ser el pequeño Koo-tee, pensó el viejo, porque aquella criatura pasaba la mayor parte de sus días llorando: su aspecto era melancólico, nada robusto: posiblemente viviría unos meses más, quizás unos días, mientras la tribu estaba de viaje. Entonces le habrían cavado un hoyo, echarían su cuerpo en el fondo, lo cubrirían de tierra y sobre esta le habrían puesto una cantidad de piedras para que las bestias no desenterraran su cadáver: luego la tribu continuaría su viaje hacia el oeste... siempre hacia el oeste...

!Bah, y qué tenía todo aquello de particular? Por qué sorprenderse?... Por qué blasfemar? Acaso no era el destino de todos? La vida era así: unos años con el estómago vacío, otros lleno, repleto hasta la saciedad: luego venía el fin... La muerte, la más hambrienta de todas, jamás dejaba de visitar las tribus. Venía se llevaba alguno: otras veces eran varios los que tomaban el camino de la otra vida. Otras veces venía...

El viejo dejó de pensar en todas aquellas cosas. Terminaba de escuchar un tumulto frenético. Qué sucedía? Por qué aquel estrépito de la tribu inquieta? Koskoosh volvió a escuchar atentamente lo que ya no volvería a escuchar en su vida. Los últimos perros terminaban de ser enganchados en los trineos llenos de objetos, mujeres y niños. De improviso se oyó el restallar de un látigo que pareció el preludio brutal de una tragedia, de las tragedias horribles de las tierras blancas. Al primer chasquido siguieron el de otros látigos. Ladró uno de los perro-lobos, a este le siguió un coro formidable de aullidos clamorosos que se elevó en la atmósfera helada como si buscara el camino desconocido del infierno. Eran los aullidos de siempre: los animales protestaban contra los hombres, negándose a correr sobre las aristas del hielo que cubría el camino: pero los látigos nuevamente dejaron escuchar sus chasquidos. El trineo de la vanguardia se movió y pocos instantes más tarde avanzaba rápidamente por el sendero en declive: al primero siguieron todos los otros ¡Partían!... Aquellos pequeños vehículos desaparecían unos detrás de otros como si se diluyeran en la inmensidad del horizonte! ¡Habían partido! Todos aquellos que se alejaban sobre los tri-

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

[...]eos habían salido de su vida y ahora él, se[...]o y miserable, afrontaba la última hora [a]marga. Pero no: no estaba solo. A sus oí[d]os llegaron los ruidos que producen dos [m]ocasines al moverse sobre la nieve. Quién [s]ería? Por qué estaba allí y no se había ido [c]omo los demás de la tribu? Un segundo [m]ás tarde, un hombre se detenía al lado [d]el viejo, mientras una mano se apoyaba [d]ulcemente sobre uno de sus hombros: era [L]inagou, su hijo.

Francamente aquel joven gigantesco de[b]ía ser un hombre bueno para que se acor[d]ara de su padre en el instante supremo. [L]os recuerdos del viejo volaron hacia otros [h]ijos que jamás pensaron en el ser que los [h]abía engendrado, ni siquiera en la hora [d]el juicio, cuando los hombres penetraban [e]n el mundo de las sombras. Pero su hijo [e]staba a su lado quizás para decirle el últi[m]o adiós antes de desaparecer para siem[p]re. La mente de Koskood se perdió en el [p]asado, hasta que la voz de Linagou lo vol[v]ió a la realidad.

—Padre, debo partir: tienes todo lo que [n]ecesitas.

Los labios del anciano se movieron para [d]ejar paso a una sola palabra:

—Todo.

—Aquí, a tu lado, tienes un canasto de [l]eña — continuó el joven — La hoguera [e]stá encendida y arde brillantemente. El [d]ía es gris y el frío ha llegado. Dentro de [p]oco empezará a nevar ¡No, ya nieva!...

—Cierto: ya nieva... ya nieva... — [c]ontinuó el viejo como si hablara consigo.

—Los hombres de mi tribu quieren ale[j]arse de aquí cuanto antes. Los trineos es[t]án muy pesados y los estómagos de todos [n]osotros están vacíos: tenemos hambre y [n]os faltan alimentos. Además el camino es [l]argo y en estos instantes ellos corren rá[p]idamente hacia el oeste. Padre, debo irme: [¿]está bien?

—Está bien: puedes marcharte. Soy co[m]o una hoja del año pasado, apenas sujeta [a]l tallo por el peciolo. La primer ráfaga de [v]iento y cae. Mi voz se ha vuelto como el [d]e las viejas. Por otra parte mis ojos se [n]iegan a enseñarme el camino: mis piernas [s]e han vuelto torpes y pesadas. En fin, es[t]oy cansado. ¡Está bién: puedes marcharte!

Apenas dijo esta última palabra, inclinó [l]a cabeza sobre el pecho hasta que los últi[m]os pasos del hombre se perdieron entre la [n]ieve. Y, recién cuando el silencio volvió [a] apoderarse de todas las cosas, el anciano [c]omprendió que su hijo ya estaba lejos, muy lejos, fuera del alcance de su voz.

Instintivamente Koskoosh tendió su ma[n]o hacia los trozos de leña. Solamente aque[l]la madera lo separaba de la eternidad. Aquellos trozos de leña que estaban dentro [d]el canasto representaban la medida exac[t]a del tiempo que aún viviría. Uno después [d]e otro, los pedazos habrían caído dentro [d]e la hoguera: y precisamente en aquella [f]orma, paso a paso, la muerte habría lle[g]ado hasta él. Cuando la última astilla co[m]enzaría a ceder su calor a la intensidad [c]reciente del frío; entonces pasaría por aquel instante supremo en que los hálitos de la muerte se insinúan através del cuerpo. Empezaría por los piés luego las manos; después el aterimiento continuaría su avance por las piernas y los brazos. El frío continuaría arrasando sus órganos, sus visceras hasta llegar a la cabeza. Recién entonces esta habría caído hacia adelante, posiblemente sobre sus rodillas: y habría alcanzado la etapa final: el descanso tan ansiado. ¡He aquí todo! No era nada difícil: además todos deben morir ¡Bah!

De sus labios ni siquiera escapó una palabra de protesta: era la ley de la vida: y era justa. Había nacido cerca de la tierra, había vivido y sabía muchas cosas de la existencia del hombre: precísamente era por ello que la ley le parecía justa y que debía cumplirse. Además era ley de todos los animales. A la naturaleza poco importa todo aquello que se refiera al singular: nada le interesa de las cosas que se refieren a aquella entidad concreta que se llama individuo. El interés de la madre natura está en la especie, en la raza, en lo plural. Esta era la abstracción más profunda de que era capaz la mente bárbara de Koskoosh: la comprendía perfectísimamente. Veía en todas las vidas el ejemplo de aquella ley inexorable. La linfa que corría por las plantas; luego la aparición de las flores y por último el caer de las hojas. Estas tres faces eran más que suficientes para expresar la íntegra historia de la vida. Pero la naturaleza exigía una sola cosa al individuo. Todos aquellos que no la obedecieran morirían. Si la obedecían, también debían morir. La madre natura poco se preocupaba en este sentido: ¡eran tantos los obedientes!... Por otra parte, la obediencia es el factor esencial en la vida.

El viejo dejó de pensar durante unos instantes. Sacó una mano de la bocamanga opuesta y, tomando una astilla, la echó en la hoguera. ¡La muerte había avanzado un paso! Koskoosh volvió a sus meditaciones. Inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras las ideas volvían a danzar detrás de su frente.

Cierto: por todos lados, a derecha e izquierda, arriba y abajo era lo mismo. Hasta los mismos mosquitos habían desaparecido poco antes de la llegada de los primeros fríos. Las pequeñas ardillas corrían hasta lo más profundo de sus cuevas para morir tranquilamente; mientras que el conejo, cuando viejo, apenas podía moverse: entonces su carrera era dificultosa y no tardaba en caer entre las garras de sus enemigos. Cuando los años se habían sumado unos después de otros, también el oso se volvía pesado, irritable: entonces sus ataques eran inciertos y resultaba un juego de niños vencerlo. Al llegar a este punto, las ideas de Koskoosh tomaron otro rumbo. Sus recuerdos corrieron hacia tiempos lejanos, cuando su padre era viejo y él lo había abandonado en el curso superior del río Klondike. Aquello había sucedido un año antes de que llegara el misionero Jackson con su caja de madera llena de medicamentos y su libro de-

sermones. Pero a la postre el viejo había muerto con los pulmones helados por los vientos de la montaña y lo enterraron.

Koskoosh levantó la cabeza, tomó un trozo y lo echó en el fuego ¡La muerte estaba más cerca: terminaba de avanzar un paso! El viejo volvió a sus meditaciones.

Fué en la época de aquel hambre formidable, cuando los viejos formaban círculos alrededor de las hogueras y con las manos se tocaban sus estómagos completamente vacíos como si trataran de aplacar sus gritos hambrientos. Los más viejos recordaban las inciertas leyendas de tiempos remotos, cuando las aguas del Yukon corrieron libremente durante tres años consecutivos. Fué la época de la abundancia, cuando se pescaban los peces más grandes y hermosos: pero después de aquellos tres años venturosos llegó el desastre, la hecatombe: fué entonces cuando aquellas aguas, que habían corrido libremente durante tres años, se convirtieron en un bloque de hielo durante cuatro años. Entonces la pesca resultó imposible. Ni siquiera fué posible dar con un pez durante toda la primavera; lo mismo sucedió en el verano. Ante aquella perspectiva desoladora los hombres de las tribus de todo el Klondike se prepararon para la caza del invierno. Por fin llegó la tan ansiada época de caza; pero fué imposible descubrir un solo animal; parecía que la tierra se los había tragado. Cuando llegó el septimo año la desolación era indescriptible. Los conejos casi se habían extinguido por completo, puesto que no pudieron cumplir con el deber impuesto por la naturaleza: su especie corrió el riesgo de desaparecer por completo: los perros se convirtieron en un conglomerado de piel y huesos. En el transcurso de las interminables noches de las regiones que están al norte del paralelo cincuenta y cinco, los niños lloraban, mientras otros morían: también morían las mujeres y los más viejos. Ni siquiera uno de los diez ancianos de la tribus de los antepasados de Koskoosh pudo ver el sol de la primavera siguiente del periodo del hambre sin precedentes. Precisamente en aquella época fué cuando el viejo que ahora estaba al lado de la hoguera había perdido a su madre.

!La muerte terminaba de avanzar otro paso! Koskoosh, cortando momentáneamente el curso de sus recuerdos, terminaba de echar otra astilla al fuego. El anciano volvió a inclinar la cabeza sobre el pecho y los recuerdos volvieron a sucederse unos detrás de otros.

Pero él había vivido tiempos de mucha abundancia, notables por el derroche de alimentos. Recordaba años en que la carne era tan abundante que se le daba a los perros que se convertían en animales poco menos que inservibles, puesto que se volvían pesados y perezosos: entonces resultaban imposibles para usarlos en los trineos. Cuando la carne y la pesca era tan abundante que permitía aquellos lujos, los hombres descansaban echándose debajo de los árboles en los días calurosos del verano, o juntándose alrededor de las hogueras en el invierno. Entonces las mujeres eran fecundas y las cabañas de la tribu estaban llenas de niños sonrientes y felices. Durante los tiempos calurosos, puesto que los hombres no tenían porque preocuparse por los alimentos, empleaban sus energías en atacar a las tribus vecinas. Koskoosh recordó que aquellos períodos de abundancia eran propicios para saldar ciertas cuentas pendientes con las tribus del sud. También recordó sus arriesgadísimas hazañas contra los blancos. Entre ellas la del famoso ataque al fuerte Mc. Cornith. Fué durante la época calurosa del verano. Los blancos se habían apoderado de varias mujeres de su tribu y las habían arrastrado hasta el mismo fuerte. La conducta de aquellos hombres que venían de ignoradas ciudades del sud indignó a Koskoosh quién dispuso el ataque. Unas horas más tarde del mismo día del rapto de las mujeres, el hombre que en estos instantes esperaba la muerte al lado de la hoguera, a la vanguardia de su tribu semi desnuda y armada de lanzas, cayó sobre los blancos arrasando con todo lo que hallaron a su paso. Nada pudieron los fusiles de los extranjeros ante el número y el desconcertante valor de aquellos hombres enloquecidos por el furor. A partir de aquel día Koskoosh se había convertido en la pesadilla de los blancos...

¡Otra astilla había caído entre las brazas de las llamas! La muerte cada vez estaba más próxima a su objetivo!

Pero los recuerdos de Koskoosh volaron a otros tiempos aún más lejanos: cuando era poco más que un niño. Fué durante la estación de la gran abundancia cuando vió que un alce caía aniquilado por el ataque de los lobos.

El y Zin-ha se habían apartado del campamento indígena más de lo conveniente. Habían tomado un sendero que se perdía

¿CUAL de los TRES?

Es
el título de
la novela de género policial y de misterio
que servirá para nuestro
4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

Koskoosh, a la vanguardia de su tribu semidesnuda y armada de lanzas, cayó sobre los blancos...

en la inmensidad de la selva. Zing-ha cuando hombre se convirtió en el cazador más experto de toda la región del Klondike: pero tuvo poca suerte. Cierta mañana, mientras corría desesperadamente detrás de una presa sobre la superficie helada del Yukon, el hielo se partió de improviso y el hombre no tardó en desaparecer por el boquete. Encontraron su cadáver después de un mes: estaba completamente helado y en la misma posición en que había sido sorprendido por la muerte cuando trataba de salir del agujero.

Pero los recuerdos del viejo Koskoosh volvieron sobre el alce. Cuando Zing-ha y él salieron del campamento e, imitando a sus padres, echaron el fusil sobre el hombro, descubrieron sobre la superficie helada del río las huellas recientes de un alce y las de una cantidad de lobos.

—Los lobos persiguen un alce viejo — dijo de pronto Zing-ha — inclinándose hacia el suelo y observando atentamente las huellas estampadas en la nieve.

—Cómo sabe que se trata de un animal viejo? — había preguntado Koskoosh sorprendido ante la categórica afirmación de su compañero.

—Es muy sencillo saberlo. Tú sabes perfectamente que los alces jamás viajan solos: cuando lo hacen es por alguna circunstancia extraordinaria, porque han sido heridos o porque son demasiado viejos y no tienen las fuerzas suficientes para seguir a los más jóvenes. También sabes que los lobos nunca atacan a los alces cuando estos son muchos, solo se atreven con aquellos que quedan rezagados. Entonces ¡guay! del perseguido: morirá irremisiblemente: tarde o temprano los lobos caerán sobre él.

¡¡Así sucedió!! Era la conducta de los lobos; el preludio de muerte de los moradores de las tierras blancas... ¡Tarde o temprano caerían sobre el fugitivo! Exactamente lo mismo que la muerte: tarde o temprano el hombre tardaría de caer entre sus brazos.

Pasaban las horas y la carrera enloquecida continuaba entre perseguido y perseguidores. Durante el día y la noche, sin detenerse un instante para tomar aliento, rengueando por las patas laceradas contra las aristas de la nieve endurecida, los lobos cada vez estaban más cerca de su presa. Koskoosh y Zing-ha, ante la perspectiva de aquella lucha a muerte, sintieron que la sangre comenzaba a hervir en sus venas y apresuraron el paso ¡El desenlace era digno de verlo!

Echaron a correr sobre la superficie helada del río y, a medida que se aproximaban a la meta ansiada, observaban los primeros síntomas de la tragedia. De trecho en trecho las huellas estaban manchadas de rojo: posiblemente de sangre. Los dos muchachos aceleraron la marcha. Por fin llegaron al lugar donde el alce se había detenido para hacer frente al adversario. La nieve parecía removida por un centenar de patas y de cuerpos que se habían echado sobre ella. Mientras una cantidad de lobos atacaba al alce por todos los costados, una parte de la manada se echaba al suelo para descansar y reponer las energías gastadas en la prolongada carrera...

Pero de pronto los pequeños cazadores, que se habían trepado a un árbol, vieron que uno de los atacantes rodaba al suelo sin vida. Como por arte de magia los lobos retrocedieron un paso. Aquella oportunidad fué aprovechada por el alce que, girando rápidamente sobre sus patas, echó a correr hacia el norte. Pero era inútil toda tentativa: aquella fuga no hacía más que retardar el instante supremo.

Ahora, los lobos, como enloquecidos, corrían detrás del alce. Koskoosh y Zing-ha bajaron rápidamente del árbol y, fusil en mano listos para cualquier acontecimiento

---

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

imprevisto, siguieron a las bestias. Al llegar a las laderas de unos montes hallaron el cuerpo destrozado de otro lobo que había caído bajo los cascos del fugitivo.

Por fin llegaron a la orilla de un río. Cuando el alce se disponía a lanzarse al agua para alcanzar la selva que se extendía en la orilla opuesta fué acanzado por sus perseguidores. En aquel preciso instante, cuando el animal estaba a un paso de la vida, empezó el principio del fin. Los lobos cayeron sobre él como un huracán: unos enterraron los dientes en sus patas, otros cayeron sobre su lomo. Dos de los más audaces había rodado sin vida: luego el alce había bajado la cabeza a ras del suelo y con sus cuernos ensartó a un tercero que fué a estrellarse contra el tronco de un árbol. La lucha era demasiado brutal para durar más de unos pocos minutos.

Llegó lo inevitable. Un concierto formidable de aullidos se extendió por todo el silencio de aquellas regiones malditas. Zingha se echó sobre la nieve y Koskoosh no tardó en imitarlo.

Aquel cuadro, como la mayor parte de las impresiones que recibe el alma cuando es joven, era demasiado fuerte para los pequeños cazadores. Sus ojos ávidos y ansiosos se abrían desmesuradamente para no perder detalles del espectáculo que se desarrollaba en la orilla del torrente: ecpectáculo que parecía evocar las gestas maravillosas de sus antepasados y que los viejos se encargaban de transmitir de generación en generación.

Al llegar a esta altura de sus recuerdos, Koskoosh se sorprendió por la nitidéz de los detalles y que ahora, pese a la oscuridad que se había apoderado para siempre de sus pupilas, tenía la sensación de continuar presenciando aquella lucha sin cuartel...

De pronto todo su cuerpo vibró. Por qué?... Extendió una mano hacia la hoguera y comprendió que amenazaba apagarse. Sus pensamientos le habían hecho olvidar el fuego: rápidamente tomó varias astillas, dos, tres, cinco, ocho... Todas ellas se perdieron entre las brasas: las llamas volvieron a avivarse y renació el calor. La muerte había avanzado precipitadamente uno, dos, cinco, ocho... pasos: pero se detuvo momentáneamente. Porqué apresurarse? Tarde o temprano caería sobre él!

Las huesosas manos de Koskoosh se perdieron en las bocamangas de pieles y el viejo continuó con sus recuerdos, lo único que continuaba a su lado... Por fin el alce había caído. En el preciso instante en que se desplomaba, uno de los lobos, describiendo un salto fantástico, enterró sus dientes en la garganta de la noble bestia. Aquella lucha le había encendido la sangre y a partir de aquel día Koskoosh se convirtió en el hombre más temerario de su tribu. Nada ni nadie lo acobardaba. Y en la mente del viejo, uno detrás de otro, empezaron a desfilar sus luchas contra los blancos haciendo que todos ellos temblaran ante su nombre: sus combates con los hombres de otras tribus. Recordó el "pathlan" del cacique de los Tinoccoo en la orilla septentrional del Yukon. Fué durante uno de los banquetes que daba Sin-ko-lou donde conoció a la mujer que debía ser su esposa. Cuando se presentó ante Sin-ko-lou pidiéndole su hija, el cacique le dijo que estaba muy contento por lo que ofrecía en cambio de la joven: pero cuando Koskoosh dejaba traslucir la alegría que le habían producido las palabras del jefe de los Tinoccoo: este se puso de pié y, ante los jefes de numerosas tribus que asistían al "pathlan", le dijo:

—Koskoosh agradezco todo lo que ofreces por mi hija: pero falta saber una cosa.

—Cuál? — había preguntado ansiosamente Koskoosh.

—Saber si eres valiente y capaz de sostener a la que quieres llevarte por mujer,— respondió con cierta ironía Sin-ko-lou, cacique de los Tinoccoo.

—Lo puedes saber al instante — había agregado Koskoosh sin inmutarse.

—Cómo?

—Preséntame al más valiente de tus hombres y lo verás.

Poco más tarde Sin-ko-lou hacía introducir en la cabaña de los banquetes a un hombre gigantesco. Luego, dirigiéndose al pretendiente de su hija, le dijo:

—Aquí lo tienes.

—Necesito dos cuchillos...

Un instante más tarde, Koskoosh estaba frente a frente del hombre que iba a darle la medida exacta de su valor. Los caciques que habían llegado al "pathlan" desde cien millas a la redonda, rodearon a los dos hombres que terminaban de quitarse las ropas del cuerpo y en cuyas manos brillaban dos puñales afiladísimos. La lucha fué cruel, brutal: Pero Koskoosh terminó por aniquilar al gigante...

Los recuerdos siguieron su carrera interminable detrás de la frente del viejo. Nuevamente el anciano volvió a temblar: la hoguera se extinguía. Koskoosh tomó unas ramas y las echó en el fuego. ¡Bah, ahora la muerte estaba más cerca que nunca! Quizás un paso quizás dos!... Si Sit-cun-to-ha hubiera pensado en su abuelo colocando más leña en el canasto, sus horas habrían sido más largas: pero ella nunca había sido atenta con el padre de su madre: jamás había venerado a sus antepasados. Todos sus afectos y atenciones eran para el Castor, el hijo de Zing-ha. Desde el día en que este puso los ojos sobre el cuerpo de la muchacha, Sit-cum-to-ha pareció perder la cabeza: estaba locamente enamorada y... pero, para qué continuar pensando en ella? Qué podía importarle? Acaso él, Koskoosh, no había hecho lo mismo cuando joven? Qué había sido de sus abuelos, de sus padres?...

El viejo trató de no pensar: escuchó atentamente. Siempre lo mismo: silencio... silencio... el eterno silencio que rodea las

cosas y que parece la ley suprema de las regiones blancas; tuvo la sensación de que estaba perdido en un sepulcro infinito.

¡Uuuuuu!.... ¡Uuuu!... ¡Uuu!...

Koskoosh tembló horriblemente. De dónde partían aquellos aullidos que le eran tan familiar? En el primer instante creyó que deliraba; que su cerebro empezaba a perderse en un caos. Pero no: los aullidos volvieron a oírse más cerca. De improviso tuvo la visión del alce con los costados lacerados y sangrando, los cuernos hacia adelante y la cabeza abatida, agotada, aniquilada por completo. El ciego creyó ver formas grises que se movían en todas direcciones; que de sus ojos partían llamaradas; lenguas rojas, muy rojas que salían entre las fauces desmensuradamente abiertas de los monstruos: los colmillos blanquísimos y punzantes, como si fueran diminutos puñales dispuestos a lacerar sus carnes. Tuvo la sensación que aquel círculo de formas grises se estrechaba cada vez más hasta convertirse en una inmensa mancha negra que formaba horrible contraste con la blancura inmaculada de la nieve.

De improviso el hocico frío de una bestia tocó su rostro. Al horroroso contacto con el monstruo, Koskoosh volvió a la realidad. Su mano se apoderó bruscamente de una rama encendida y la lanzó contra el intruso. Vencido por el temor hereditario hacia el hombre, la bestia retrocedió unos pasos lanzando prolongados aullidos a sus hermanos. Era la señal de alarma: las fieras se agitaron en torno al viejo: el círculo se estrechó: entonces Koskoosh agitó la rama encendida violentamente. Las chispas debieron alcanzar a los intrusos, porque aullidos dolorosos llenaron la inmensidad del espacio: pero aquello no debía durar mucho. Ahora uno de los lobos daba un salto y avanzaba hacia el ciego: luego otro, más tarde otro... otro.... y otro... Entonces, por qué pretender aferrarse a la vida?, se preguntó el viejo dejando caer al suelo la rama encendida. Las brasas chisporrotearon durante unos instantes después se apagaron. El círculo de monstruos se agitó: avanzó un paso más: luego se quedó inmóvil. Koskoosh volvió a ver la última lucha del alce contra la manada de lobos: después su cabeza cayó hacia adelante, sobre sus rodillas...

Y?... Después de todo qué tenía aquello, su muerte, de extraordinario? Acaso no era la ley de la vida?

SI SU VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY", SOLICITELO A LA ADMINISTRACION

AVENIDA DE MAYO 662

BUENOS AIRES

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

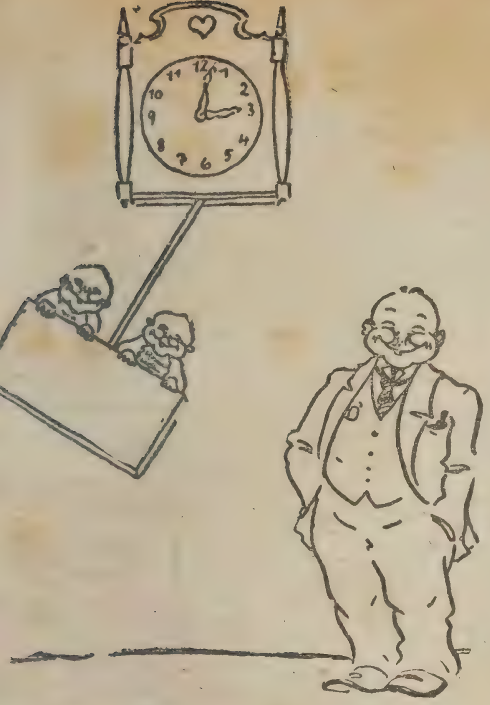
Capital e Interior

Número de la semana		$ 0.20
" atrasado		" 0.40
Suscripción por 3 meses	(13 números)	" 2.50
" " 6 "	(26 ")	" 4.80
" " 1 año	(52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.
Demás países . . . . " 12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA, S. A.



Los hijos gemelos de un relojero.

—¿Ha visto usted mi última obra?
—¡Oh! ¡Qué amable es usted! ¿De veras será la última?

La bajada del barómetro

El doctor Hongh, que murió siendo obis- de Worcester, era sumamente amable. n joven que fué un día a visitarle, llegó a hora de comer, y el doctor le invitó a su esa.

Al acercar una silla, uno de los criados jó caer un barómetro magnífico que esta- colgado en la pared, y el joven, contra- adísimo por aquel accidente que ocurría r su causa, se deshacía en excusas.

El buen prelado, con afable sonrisa, dijo:

—No se hable más de ello. después de to-, tenemos una sequía pertinaz y vamos a r si cambia el tiempo en vista de lo que descendido el barómetro.

El bufón de Carlos II

Carlos II de Inglaterra era muy aficiona- a las diversiones y las consagraba todo tiempo, siendo muy difícil conseguir que ese a presidir el consejo, donde le llama- n los grandes asuntos del Estado.

Kilegrew, especie de bufón o loco que el y tenía en la Corte, quiso dar una lección su augusto amo y se vistió de peregrino, se introdujo en la cámara real.

Asombrado de aquella indumentaria, el y le preguntó qué era aquello.

—Voy a emprender una larga peregrina- ón — contestó Kilegrew.

—No te creía tan devoto. ¿Y adónde bue- va el santo peregrino?

—Al infierno, señor.

—¿Al infierno? ¿Y a qué vas?

—Voy a buscar a Oliverio Cromwel y a comprometerle a que vuelva a encargarse de los asuntos de Inglaterra, porque su sucesor no se acuerda de ellos para nada.

Al decir estas palabras, salió rápidamente de la real estancia, y el rey, sensible a la lección, mostróse enojado durante una semana con su bufón, pero comenzó a asistir puntualmente al consejo.

Venganza

—Esta tarde pasé un buen rato en casa del dentista.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Cuando llegué, mi dentista le estaba sacando una muela a otro dentista.

Interesados

—¡Figúrate que Ramoncito Remolón y Holgazanitis trabajó todo un día entero la semana pasada! — dice Farniente a su amigo Farmenos.

—¿De veras? — exclama éste. — ¡Lo que hace la gente por el vil metal!

Apurado

—Joven, — dice la solterona que desea hacer fotografiar a su perrito.

—¿Aquí sacan ustedes fotografías instantáneas?

—¡Sí! — contesta el dependiente del fotógrafo. — ¡Pase adelante y la retrataremos antes que sea usted un minuto más vieja!

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
EN VISTA DE QUE EL PEQUEÑO PIPERMIT ERA INFLEXIBLE EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER, Y QUE NI LAS DADIVAS DE DINERO, NI LAS AMENAZAS, LO DESVIABAN DEL CAMINO RECTO DEL HONOR, LOS CONTRARIOS DEL "CLUB LOS PATOS" RESOLVIERON VALERSE DEL PERVERSO FAGIN PARA OBTENER UN TRIUNFO QUE LEAL Y CABALLERESCAMENTE NO PODIAN OBTENER. CONSIGUIERON PUES, QUE SE DESIGNARA ARBITRO AL HOMBRE POR EL CUAL TANTOS SACRIFICIOS INUTILES HABIA HECHO PIPERMIT CON EL FIN DE REGENERARLO. CUANDO EL SIMPATICO PIBE RECONOCIO A FAGIN, RESOLVIO ADVERTIR AL CAPITAN DE SU CLUB DEL PELIGRO QUE CORRIAN
LE DIGO CAPITAN, QUE EL NUEVO ARBITRO ES UN TIPO SIN ESCRUPULOS
UNO LISTO
SWISH
¡FAGIN! ¡ERES UNA VIBORA!'
LOS PATOS 0 0 0 0 0 0 0 0
LOS NENES 7 10 31 31 81 22 33 19
¡HEMOS PERDIDO! YO CREO QUE ESE CHICO NOS ESTA EMBROMANDO. ¡SIEMPRE DISCUTIENDO CON EL REFEREE!
LO MEJOR SERIA ECHARLO
¡COMO ES EL MUNDO DE INGRATO! EL INOCENTE ES CASTIGADO Y EL CULPABLE RECIBE HONORES. ¡AH! ¡PERO ESO NO VA A QUEDAR ASI! ¡FAGIN VA A SABER QUIEN SOY YO!
¿TE PARECE, FAGIN, QUE GANAREMOS POR UN SCORE ELEVADO?
YA VERAN, MUCHACHOS.. YA VERAN COMO LOS VAMOS A EMBROMAR
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
DEBECK

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 361
Agosto 29
de 1930

20 cts.

LABIOS SELLADOS

Por CARRINGTON PHELPS

Relato emocionante de un crimen pasional

—¿No sabe usted que aquí no se puede pescar?
—Yo no pesco.
—Pues entonces ¿qué hace usted?
—Enseño a nadar al gusano.

—Ese paraguas nó es suyo.
—Ya lo se; pero no se lo diga a nadie.
—Descuide; pero es el caso que es mío

Disculpa

En un juzgado:
—Se le acusa a usted de tentativa de desarrilamiento. ¿Tiene usted algo que alegar en su defensa?
—Sí, señor juez: mi suegra iba en aquel tren.

A la pesca

—¡Niño! — dice el cura a uno de los que van a la doctrina. ¿Sabes a dónde van los chicos que el domingo en lugar de venir a oir el catecismo se van a pescar?
—No sé, padre, — contesta el chico, — pero me gustaría saberlo por que ¡traen más mojarritas!...

Buena invitación

El misionero sonrió benévolamente a los salvajes que le rodeaban.
—Yo les curaré a todos de su canibalismo —se dijo lleno de esperanzas. — Hasta ahora me han tratado tan bien que espero que pronto oirán respetuosamente mi palabra.
Después de haber sido presentado al rey se retiró a la cabaña que le habían destinado especialmente y a la que, poco después, fue a buscarle uno de los salvajes.
—El rey me ha mandado que lo prepare para comer, — dijo el hombre.
—¡Ah! — sonrió el misionero. — Con mucho gusto. ¿Es usted el secretario de su majestad?
—No, — contestó el nativo. — Soy el cocinero.

Los otros

—¿Su esposo juega a las cartas por dinero?
—No lo creo. Pero los que juegan con él, sí

Suponiendo

—¿Su esposa no sale siempre con la suya?
—Así lo cree ella.
—¿Y usted?
—También. Por lo menos, así lo creo yo.

No tenían sed

La patrona: — ¿Le ha puesto usted agua a los peces de colores, Maruja?
Maruja (la mucama nueva): — No, señora; aun no se han bebido la que se les puso ayer.

Literatura

—¿Te pagan bien? — pregunta un hombre sandwich a un colega que lleva dos cartelones de otra casa.
—No. Ya sabes que la literatura no da casi para vivir.

Sin botón

—Esposa mía: ¿has visto en el diario que un ladrón le disparó un tiro a un hombre y la bala dió en un botón, lo que le salvó la vida?
—Sí, ¿y qué?
—Que si yo hubiese sido el hombre me atraviesa la bala. Estoy seguro de que no hay tiro que me encuentre un botón.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 361. -- AGOSTO 29 DE 1930

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LAINEZ, LIMITADA, S. A.

LABIOS SELLADOS

Por CARRINGTON PHELPS

CON las manos cruzadas sobre el pecho, G. M., del Servicio Secreto, se recostó en la silla y dirigió al coronel una brillante sonrisa.

—Continúe — dijo.

El coronel frunció el ceño.

—Eso es todo — No podemos llegar a ninguna conclusión. ¡Y han pasado siete meses! — agitó su pesado puño — Nada más que el esqueleto. No hay motivos. Su dinero no fué tocado. No sabemos por dónde empezar. Y, sin embargo, es un asesinato clavado.

—Sí, — dijo G. M. — Las fotografías solas lo demuestran. La bala le entró por la parte posterior del cráneo — se levantó vivamente, con su rostro rojizo, rebosante de salud y humor optimista. — Es inútil desesperarse. ¿Qué sabe usted del muerto? ¿Había tenido disgustos con alguien? ¿Habría alguna mujer por medio?

—No. Hakes era un soldado excelente. No pudimos comprender cuando desapareció. Pensamos, naturalmente, que había desertado. Y no era bebedor. Ni enamorado.

G. M. se frotó la barba. Sus ojos se arrugaron.

—No hay mucha base para la investigación ¿eh?

—No hay ninguna. Es desesperante. Hemos hecho todo lo posible. No lo hubiera mandado buscar a usted si no hubiese sido por no dejar piedra por remover, como quien dice.

—Vamos a darle un vistazo a esos bosques.

Los bosques no revelaron nada, como G. M. esperaba. Se quedó mirando el sitio donde los muchachos habían encontrado los huesos. El suelo esponjoso estaba señalado por cientos de pies, donde habían buscado los rastros. Allí no había nada. Era inútil desperdiciar más tiempo. G. M. regresó a la orilla del bosque y se detuvo para visualizar la escena en aquella cálida tarde de Agosto, siete meses atrás.

Cuatrocientos hombres habían estado allí haciendo ejercicios de rifle y de cañón. En la fresca sombra, alguien había cargado su arma. Luego dos soldados habían penetrado en la espesura y uno mató al otro. Le tiró desde atrás, haciendole volar la tapa de los sesos. No se había oído el tiro porque se confundió con el ruido de los ejercicios. Luego el asesino había vuelto junto a sus compañeros, se mezclaba hoy día con ellos, libre, seguro... quizá. Podría ser uno de los centinelas que estaban de guardia cuando G. M. pasó por la puerta del gran campamento... podría ser el ordenanza que se hallaba parado unos cuantos pasos atrás.

El coronel se **tiró del bigote**.

—¿Se le ocurre algo, señor Morse?

G. M. estaba pensativo.

—Quisiera conversar con algunos de los amigos de Hakes.

—Naturalmente que ya hemos hecho eso. Sin embargo...

Las conversaciones no revelaron nada, por el momento. El muerto había sido hombre de costumbres tranquilas. No jugaba. No reñía con sus compañeros. Nada. Pero G. M. insistió a su manera mecánica y obstinada. Interrogó a este hombre y aquel. Porfiado y gárrulo. Hasta que poco después halló una pista.

—¿No iba nunca a ninguna parte? — preguntó.

—¡Oh sí! A veces concurría a un salón de baile... Si había allí una muchacha a quien cortejaba... ahora que uno piensa. Se llama Rita.

Con tan ténue hilo, G. M. se dirigió al cabaret. Era un agujero tranquilo, poco evidente, no lejos del río, donde vendían bebidas suaves y donde una orquesta compuesta de seis hombres tocaba para los bailarines. Había allí muchachas que trabajaban para la casa, obteniendo una comisión por las bebidas. G. M. las examinó, confirmó su intuición respecto a la que parecióle Rita y la invitó a reunirse con él. Algo se agitó en su interior, cuando la joven, sonriéndole lánguidamente, se dejó caer en la silla.

Rita no tenía veinte años, pensó. Debía ser de origen español. Esbelta y morena, tenía dientes deslumbradores y ojos ardientes. Era seductoramente hermosa. Suave, pero sutil, una de esas mujeres que, en sus momentos de frialdad desafiaban todo análisis. Fuera de lugar allí. Hecha para ambiente dramático, para emociones espléndidas y rápidas. Una mujer que debía inspirar amor violento.

G. M. empezó a hablar de cosas indiferentes con ella. Pronto tocó los dos temas que le interesaban, crímen y soldados. Lo tocó y lo abandonó. Mostróse indiferente, sugestivo, rápido. Describía círculos como una gaviota en torno de un bocado de comida, siempre conteniéndose, sumando siempre las circunstancias, alineando lo posible y lo probable. Hasta que comprendió que Rita retrocedía ante la idea del asesinato, sobre todo con arma de fuego. También parecía tener miedo de algo. Disimuladamente observaba la puerta. Esperaba a alguien, pensó G. M. Alguien que nunca vendría.

A propósito de una figura con traje kakí que atravesó el salón, G. M. dijo:

—¡Qué raro ese hallazgo del esqueleto! Ya sabrá usted: el otro día en el campamento. ¿Leyó en los diarios?

—No — contestó ella — No lo leí.

Le gustaba a él su modo de hablar lento, interrumpido. ¿Mentía? Parecíale estudiadamente indiferente. Después de todo, había conocido al muerto. Sin embargo siete meses en un largo espacio de tiempo en esta vida.

G. M. esperó hasta que **ella se sirvió otro** cigarrillo. Luego, en **vez de sostenerle** el fósforo, le pasó la caja. Cuando ella dió la primera chupada al cigarrillo, le dijo:

—Sea quien sea el que le asesinó, es un tipo hábil.

Ella asintió con la cabeza. Sus dedos estaban firmes. Apagó el fósfero, lo tiró en el cenicero y afrontó los ojos de G. M. sin temor. Y sin embargo se había traicionado tan completamente como si hubiese gritado. Porque al oir sus palabras algún tumulto interior había hecho palidecer sus mejillas. Manchas de rouge quedaron un momento aisladas sobre la carne empalidecida. Le informaron con entera convicción de que ella tenía la clave del enigma.

G. M. no prosiguió el tema. Habló un rato de cosas triviales, arrojó un billete sobre la resbaladiza mesa y dejóla graciosamente asombrada ante la generosidad de aquel cliente por una hora de diversión.

G. M. volvió a los compañeros de Hakes, buscando algún rastro de otro hombre, de un triángulo, de algún motivo para una situación que prometiera crimen. Trabajó cinco días inútilmente. Decían que Rita tenía muchos galanes; pero ningún favorito. Y G. M. comprendió que sólo por casualidad, el compañero de Hakes se había acordado de la muchacha.

De modo que G. M. volvió a la única fuente de información que se abría ante él. Decidió hacer el papel más familiar a la bailarina, el que menos excitaría su desconfianza: el de enamorado. Durante una semana, todas las noches fué a verla. Le declaró audazmente su tierna pasión, mientras ella se reía y la parte calculadora y analítica de G. M. observaba a ambos. Hasta que esa mitad de su ser le informó, con gran angustia de la otra, que se había enamorado profundamente. ¡Linda situación, reflexionó, para un frío cazador de hombres!

El cazador venció, después de alguna lucha, al enamorado. G. M. viendo los muchos admiradores de Rita, se mostró celoso, la acusó, empleando su edificio emocional, cuidadosamente construído, como base de ataque. Durante mucho tiempo, ella se defendió evasiva, inescrutable. Finalmente, con orgulloso desafío, le confesó que amaba a otro.

—¿Quien es? — preguntó G. M. sin expresión.

—Nadie que a usted le importe — contestó Rita.

II

El comprendió que ella no había amado al muerto. No podía desechar la convicción de que existía algún lazo entre el amante de Rita y Jorge Kakes. G. M. continuó engatuzándola, buscando un hombre. Y ella se burlo de él.

—Nunca lo sabré usted — dijo — Está lejos de mí, aunque vivo deseando su regreso. No volveré a verlo nunca. Es un voto

G. M. se recostó en la silla, sorprendido y emocionado. Allí estaba todo y nada. Probó la táctica de la simpatía. Le dijo que sabía que ella amaba a otro, que su propio amor era sin esperanza; pero que la quería lo **bastante para olvidar eso y ayudarla. Era**

A veces concurría a un salón de baile...

una maniobra sutil, bien lo sabía él, especialmente con una mujer de temperamento emocional. Finalmente ella habló, con ligera incoherencia; pero muy reservadamente.

Ella había conocido a aquel hombre que llenaba su corazón y una misma llama los consumió a ambos. Hasta que con torpe y estúpida obstinación, otro se interpuso entre ellos. O trató de hacerlo. Y había pasado algo. Algo terrible.

G. M., dándose cuenta de su triunfo, trató astutamente de obtener detalles.

—No — díjole ella — He dicho todo lo que puedo decir y nunca diré nada más. Pero ahora me siento mejor.

Su negativa casi lo alegró a G. M., porque sintió que el corazón doliale curiosamente ante la idea de lo que la haría sufrir el descubrimiento del asesino. No se trataba de un asunto ligero si no de una gran pasión, por la que parecía ansiosa de sacrificarse.

G. M. fué con Rita al departamento de la joven aquella noche y se quitó la máscara.

Durante quince horas, en el resto de la noche y al día siguiente, se convirtió en frío inquisidor. Finalmente, exhausta de cuerpo y de mente, ella no pudo más.

Pero su espíritu habló a través de los pálidos labios.

—Lo se todo. Y no diré nada. Aunque usted me mate. Porque me importa muy poco

vivir o morir. Y si le ocurre a él algún daño, me mataré. ¿Comprende?

G. M. no volvió a su casa. Caminó toda la noche por las calles, con el rostro surcado por arrugas producidas por sus esfuerzos burlados y su sombría determinación. Porque ya tenía el caso claro. Bastaba para condenarlo al hombre... una vez que se le identificara. Era una situación absurda, al revés de las comunes en que primero se busca al asesino y luego se construye el caso. ¿Pero cómo iba a encontrar al culpable? ¿Cómo descubrirlo entre cuatrocientos hombres que estaban de servicio un día, siete meses atrás?

Al amanecer G. M. entró a un sucio restaurant para meditar sobre una taza de café negro, frustrado en sus esfuerzos, desesperado.

Meditó con la barba entre las manos. De pronto pegó un puñetazo en la mesa y corrió en busca de un coche.

El coronel no pudo ocultar su sorpresa cuando G. M. le hizo su extraño pedido.

—Pero, señor Morse, ya hemos interrogado a los hombres que pensamos podían saber algo. Usted mismo lo ha hecho.

El rostro de G. M. tenía expresión de hielo.

—¿Me da Vd. carta blanca en este asunto o no? — preguntó al coronel.

El coronel se encogió de hombros y dió una áspera orden. Todo el día y la mitad de la noche siguiente permaneció G. M. en una oficina, interrogando uno por uno a los cuatrocientos hombres que habían estado fuera del cuartel el día que Jorge Hakes fué asesinado. Sus preguntas fueron sencillas e inocentes, tales como podría habérlas hecho un niño, sobre lo ocurrido aquel día. No expresaban ni sospechas ni amenaza y eran hechas por alguien cansado por tres noches sin sueño, rendido por el esfuerzo, pero que insistía en cumplir con su deber. Las preguntas producían desdén en algunos de los oficiales superiores, que escuchaban de tiempo en tiempo, y que había esperado una "verdadera investigación".

III

Después que el 334 hombre se hubo retirado, G. M. se volvió al coronel.

—Ese es el soldado Vidal ¿no? Bueno: él asesinó a Hakes. Hágalo volver y no me interrumpa en ningún caso.

El coronel lo miró. No había observado nada de anormal en la interrogación del soldado Vidal. Quizá fué un poco más larga; pero nada más.

—¡Qué necedad! Vidal es uno de los mejores soldados de la Compañía. ¿Por qué lo ha elegido a él?

G. M alzó sus ojos huraños y enrojeció ligeramente.

—Hágalo volver — repitió.

La puerta se abrió y el soldado Vidal volvió a entrar en la pieza. Era joven, buen mozo, de ojos obscuros como los de Rita. G. M comprendió por qué lo amaba ella... por qué moriría antes de traicionarlo. Vidal parecía muy tranquilo, esperaba sereno, confiado, que G. M. hablara. Y G. M. vacilaba Recordaba lo que Rita le había dicho.

Si aquel hombre era descubierto y G. M. esperaba descubrirlo, ella sabría que era causa de su caída y se mataría. Probablemente de una puñalada.

G. M. se enderezó con un ligero extremecimiento, sacó de su bolsillo una fotografía que Rita le había regalado al principio y la colocó en la mesa, delante de él, como alguien que apuesta a una carta.

—Vengo de ver a Rita, — soldado Vidal — dijo G. M. — Habló demasiado.

Los ojos del soldado Vidal se dilataron al mirar el retrato de la mujer que amaba. Primero con una especie de sorpresa, luego con terror. se tocó la garganta. Estaba pálido. Parecía haber cesado de respirar.

—Usted y ella estaban locos el uno por el otro — dijo G M. lentamente. — Y cuando Jorge Hakes trató de interponerse entre ambos, usted lo mató.

El soldado Vidal retrocedió un paso, tambaleándose, como si estuviera ebrio. Luego:

— ¡Rita habló... se lo dijo! — alzó la barba y se echó a reír histéricamente. — Por un momento creyó G. M. que se había vuelto loco. Luego vió que su rostro era el de un cadáver.

—Sí — dijo lentamente G. M. — Ella habló. — Y se recostó en la silla esperando.

El soldado Vidal miró a su alrededor lentamente. Volvió sus ojos opacos a G. M. Irguió sus hombros.

—Dígale que le doy las gracias — dijo — Dígale que debí comprender que me denunciaría. Sí, yo maté a Hakes. No quiso escuchar razones — su voz era ahora serena, sin miedo — Volvía a ser un hombre. Y G. M. pensó que moriría valientemente.

—Lo maté — dijo el soldado Vidal — Dígale a ella que le agradezco mucho su ayuda — Mecánicamente se cuadró en actitud de atención.

—¿Cómo eligió usted a Vidal? — preguntó poco después el coronel.

Nuevamente sentía G. M. un extraño dolor en el corazón.

—¡Oh! en cuanto a eso... Fué porque Vidal era el único, entre todos ellos que recordaba todos los detalles de ese día, hace siete meses. Recordaba demasiado bien....

Y luego murmuró algo que el coronel no pudo comprender.

—¡Ojalá no hubiese recordado! — dijo G. M.

FIN

SI SU VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY", SOLICITELO A LA ADMINISTRACION

AVENIDA DE MAYO 662

BUENOS AIRES

E L   A P A C H E

Por JOHN G. BRANDON

Un brillo de acero, silencioso, rápido, mortal... Esa es la señal de muerte del Apache. Quizá significa venganza, quizá algo más profundo y terrible. Poco imaginaba el inspector McCarthy, de Scotland Yard, que cierto cuchillo misterioso que estuvo a punto de matarlo y que llevaba un signo siniestro en su mango, así como su encuentro con el original ladrón conocido por "Alelí", en un famoso restaurant de Londres, lo lanzaría a las aventuras más espeluznantes en el bajo fondo parisiense. Es ésta una fuerte novela, de emocionantes situaciones, que mantiene suspenso al lector desde el principio hasta el fin

I

ALELI

Macos J. (la jota quería decir José) Gilliver, más conocido por "Alelí" en ciertas secciones del bajo fondo, estaba parado junto a las cortinas de la puerta de entrada, en el soberbio comedor y salón de baile del Hotel Marroquí. Contemplaba la brillante escena que se desarrollaba ante sus ojos no solamente con interés profesional si no con indecible placer.

En cierto sentido, Gilliver tenía mucho de artista. Apreciaba los efectos de color, tenía oído para la música, — prefiriendo el jazz — y ni su peor enemigo podría haberle negado su gran conocimiento en joyas y engarces artísticos. Realmente esta pasión era la que le hacía frecuentar sitios como aquél donde se hallaba ahora. Pocos de los grandes palacios de West End y de las ciudades del Continente habían dejado de ser honrados por la presencia de Marcos J. Gilliver, a intérvalos decentes, y bajo uno u otro alias. Tenía uno en cada capital.

El aspecto de "Alelí", tanto por su figura, como por sus facciones y modo de vestir era realmente atractivo. Poseía un rostro agradable; sin ser un héroe de película, era innegablemente buen mozo, con ojos azules alegres y un tanto cínicos. Sus ropas eran la última palabra en perfección sastreril y las llevaba con mucha desenvoltura. Su apodo (se llama en inglés "Wallflower". Alelí a las muchachas que planchan en los bailes) no se debía, como pudiera creer alguien a su falta de habilidad para conseguir compañeras de baile. En realidad, aunque Alelí era un bailarín perfecto, pocas veces bailaba, a no ser que deseara contemplar más de cerca las joyas que llevaba encima alguna dama. El sobrenombre veníale de su costumbre de recostarse contra la pared, mientras apreciaba el valor (que tenían para él) sus compañeros de fiestas; y también a que en la campiña inglesa se llama al alelí "Gilliver". El primero que le había dado el apodo fué un campesino, a quien conoció durante su primera, larga y última permanencia en la cárcel. (Era demasiado hábil para soportar otra).

Por otra parte, el alelí — como Scotland Yard hubiera sido la primera en reconocerlo — no era un mal sujeto. Experto en su trabajo, sí; pero no vicioso. Acorralado, con todas las circunstancias en contra suya y siempre que hubiera probabilidades de lucha viril, hubiera combatido valerosamente. Pero no podía acusársele de violencia en su "profesión". En lo que a las damas se refería, ya se encontrara con ellas por "negocios" o no, era el perfecto Claudio Duval. Resultaba casi un placer entregar las joyas a caballero tan perfecto como aquel ladrón de antifaz rojo. Así que, a no ser por exigencias de la profesión, la Yard no alimentaba rencor violento contra Marcos J., ni él tampoco lo sentía por los representantes de la ley. Alelí hacía su papel, corría sus riesgos de un modo limpio, varonil; ellos por su parte, cumplían con su deber y procedían con el Alelí como éste con sus víctimas.

El "negocio" que tenía aquella noche entre manos Alelí era de los buenos; algo a que había dedicado, durante tres meses, su atención en París y que había venido a terminar en Londres.

La mesa en que concentraba ahora su atención estaba colocada sobre una tarima que se reservaba para el elemento escogido. Se sentaban a ella quizá veinte personas, invitadas de una hermosa mujer, que presidía a la cabecera. Una mujer cuyos blancos hombros, cuello y cabellos color del trigo brillaban de joyas, una maravillosa colección de esmeraldas. Pero no era por esas piedras que Alelí había seguido a la Condesa D'Auray de París a Londres. Las que él codiciaban eran diamantes, perfectos, impecables, que valían el rescate de un rey. Sabía donde estaban y pensaba apoderarse de ellos antes de que transcurrieran unos pocos minutos.

Sabía que se hallaban en el gran cofre, forrado de acero, de su departamento, el departamento N. 2. El número 1, en el Hotel Marroquí, se reservaba para la realeza. Los diamantes eran traídos de un banco todas las noches, a las seis, por dos mensajeros, fuertes y armados, depositados en el departamento N. 2 y vueltos a llevar al banco al otro día, a las nueve de la mañana. Alelí se reía de todas aquellas precauciones. La cadena más fuerte tiene su esla-

bón débil y el eslabón débil en la sarta de diamantes de la Condesa D'Auray eran las horas que permanecían en cierta caja fuerte, embutida en la pared, del departamento N. 2.

La Condesa tenía a su servicio particular una doncella. Alelí lo sabía porque había vigilado largo tiempo la casa de la dama, en el Bois. Era una mujer larga, angulosa y antipática que se llamaba Hortensia. Ella estaría en algún sitio del departamento y, de un modo u otro, era necesario hacerla salir de él. Porque según la experta opinión de Alelí era aquel el momento psicológico para su largo tiempo esperada operación.

Se dice que el diablo cuida de los suyos. No sabemos si fué el diablo que hizo sentir frío a Madame la Condesa D'Auray. Lo cierto es que llamó al maitre del hotel, que andaba por allí atento a los deseos de sus distinguidos clientes. A su vez el maitre llamó a un mozo que se apresuró a salir e informó a un groon — y también, innecesariamente, a cierto caballero que estaba parado a la entrada — de que Madame la Comtesse, la dama del Departamento 2, deseaba que su doncella le trajera un abrigo inmediatamente.

¡El momento que Alelí esperaba ansiosamente había llegado!

Con sorprendente velocidad y, sin embargo, sin que pareciera tener prisa, Alelí alcanzó a la pequeña figura que subía la escalera y pasó adelante. Pero no se detuvo en el pasillo del departamento N. 2. Nada de eso. Subió el primer peldaño alfombrado de la siguiente escalera y allí se paró. No se veía un alma.

Del bolsillo del pecho sacó una peluca negra y un pequeño bigote adhesivo, recortado a la moda continental (aquella peluca y aquel bigote eran bién conocidos, aunque no se sabía que eran postizos en más de una capital del Continente Europeo) La metamórfosis del rubio Marcos J. Gilliver era completa. Cuidadosa, muy cuidadosamente, se puso un par de guantes, más gruesos, de cabritilla blanca.

Un momento más tarde, Hortensia dirigía una mirada dura, insolente y agresiva, al aristócrata jóven francés o italiano con quien casi tropezó al pié de la escalera y pasó llevando sobre el brazo un delicado chal de gasa. El caballero dirigiéndole una docena de disculpas en italiano, retrocedió, inclinándose; al ver eso, la antipática Hortensia se suavizó y le dirigió un cortés "buenas noches", en francés. Eso era precisamente lo que Alelí deseaba; aquella mirada y aquel saludo cambiados con el torpe pero cortés italiano, podrían resultar una coartada, en caso necesario, para Alelí. Hortensia había dado apenas vuelta el recodo de la escalera, cuando Gilliver, con ayuda de un pequeño y delicado instrumento, que el mismo había perfeccionado, entraba por la puerta principal del departamento N. 2 y suavemente dejó que la cerradura ocupara su posición anterior.

Si, como dijo un filósofo, genio es la capacidad infinita para tomarse trabajos extraordinarios, Alelí era un genio. En el gran hall de entrada había un plano de cada piso, con las habitaciones de los respectivos departamentos, así como la mejor salida en caso de alarma de incendio. Alelí se había estudiado concienzudamente el plano.

Por consiguiente sabía perfectamente donde estaba cuando la luz de su linterna le mostró un gran cuarto lujosamente amueblado. Esa era la sala, un lugar donde no era probable encontrar la caja fuerte. La primera puerta a la derecha daba a un pasaje que conducía a un cuarto de baúles y más allá a uno de sirvientes.

Los grandes baúles, donde estaban pintadas las iniciales de la condesa, con una corona encima, atrajeron la atención de Alelí. Más allá — como lo indicaba el plano — estaba el cuarto ocupado por la antipática Hortensia. La caja no podía hallarse en ninguno de los dos.

Alelí, que se movía con extraña celeridad en aquellas habitaciones desconocidas, encontró el cuarto de baño y el de vestir.

Volvió a la sala para abrir otra puerta que — según el plano — debía ser el dormitorio de la condesa. Tenía una ventana que miraba a la avenida principal y dos a la calle lateral; pero quedaban sobre el terreno aislado, donde estaba edificado el hotel. Movió el pestillo y vió que la puerta estaba cerrada con llave; esta no se hallaba en la cerradura y era muy probable que la condesa la tuviera encima. Por lo cual Alelí, mientras operaba con su pequeño instrumento, pensó que la condesa era previsora. No es que con él valieran esas precauciones; pero como regla general... Ell Alelí entró en la pieza y cerró tras sí la puerta.

Dió un paso adelante, recorriendo primero las paredes con la luz de su linterna. Si, allí estaba la caja fuerte... pequeña, con combinación americana, advirtió sonriendo, colocada mismo al lado del lujoso lecho.

Luego la linterna de Alelí recorrió, de arriba a abajo aquella cama, a los piés de la cual había una butaca igualmente lujosa. Y sobre aquel mueble, ricamente tapizado, Marcos J. Gilliver vió algo que lo convirtió de un hombre vivo, diligente, en estátua de hielo. Lo hizo a él, endurecido caballero del bajo fondo retroceder lívido hasta los labios, tembloroso, la lengua literalmente pegada al paladar, cubierta de sudor frío la frente.

Caído de través sobre la butaca, de modo que su cabellera dorada casi tocaba el suelo, estaba el cuerpo de una mujer. Tenía, clavado hasta la empuñadura, un puñal en el corazón. Por el brazo descendía lentamente un hilo de sangre hasta el suelo.

Y la mujer... aquella pobre criatura que había sido brutalmente asesinada ¡Cielos! Hacia dudar a un hombre de que estuviera en su sano juicio, porque no era otra que la condesa D'Auray ¡La misma mujer que él, con sus propios ojos, había visto en el gran salón comedor hacía unos pocos

minutos! Estaba allí ahora, con toda probabilidad tomando su abrigo de manos de Hortensia, en aquel mismo instante. No podía haber error. Durante tres meses no había quitado sus ojos de encima a la mujer y no podía equivocarse. Aquel lamentable pedazo de arcilla era hasta pocos minutos antes Lucía la viva, la risueña, la hermosa Condesa D'Auray. Y aquel ser vivo, risueño, la Condesa D'Auray, estaba ahora también allá abajo, charlando con sus invitados. Había pasado junto a él al entrar al comedor y él hubiese jurado que era ella, sin la menor vacilación ¿Qué significaba aquello tan horrible entre lo horrible? Luego, subconcientemente, sus ojos se fijaron en algo pintado en el mango del puñal un rombo rojo que podría haber sido el as de Oros (Diamonds en la baraja inglesa) recortado de una carta.

De pronto el instinto de conservación sacudió a Alelí como un latigazo. Este instinto le murmuró: "Sal de aquí y pronto... mientras es tiempo".

Porque de una cosa podía estar cierto. Inocente o nó, una vez que la policía supiera que un hombre de los antecedentes de Alelí había estado en aquella habitación, fuera por lo que fuera, le echaría la culpa del crímen.

Al diablo los diamantes, por el momento, al menos; tocarlos, aunque se atreviera a quedarse un instante más allí y forzara aquella estúpida cajita, era empezar algo que podría terminar en la horca. Dió, con devoción apasionada, gracias al cielo de que sus manos estuvieran cubiertas por gruesos guantes; ninguna impresión digital podría relacionarlo a él con aquel cobarde crímen.

Nunca supo Alelí como salió de aquella habitación, subió otro piso y volvió a aparecer en el ascensor, con su aspecto despreocupado de siempre. Le dió a un groom su chapa de metal para que le trajera el sobretodo y el sombrero, salió tranquilamente y subió al primer taxímetro que encontró. Pero antes tuvo el valor de hacer otra cosa. Se dirigió nuevamente a la entrada del salón-comedor y paseó su mirada por las mesas y los bailarines. La Condesa D'Auray estaba donde él la había dejado, sonriendo radiante a sus invitados, perfectamente hermosa, centro de todas las miradas. Con un extremecimiento involuntario, Alelí dióse vuelta y salió del establecimiento.

Con el instinto del que tiene costumbre de ser perseguido no fué directamente al sitio donde pensaba dirigirse para pensar en aquel suceso. Se hizo llevar a la estación Pancras, despidió el taxi, luego volvió por el subterráneo a Piccadilly Circus. Bajó la escalera del bar Criterion y pidió un brandy con soda. Gracias a un poderoso esfuerzo, tenía el rostro sereno e imperturbable de un hombre que está sentado delante de su propio fuego; pero al llevar el vaso a sus labios le temblaba tanto la mano que derramó parte del líquido sobre la mesa de mármol.

—Ahí tiene — dijo a su lado una voz cantante — Esas son las consecuencias de la mala vida. Se está debilitando, Alelí. No pasará mucho tiempo sin que las hermosas joyas estén en sus cajas fuertes tan a salvo de usted... como de mí.

Con un extremecimiento, Alelí levantó la cabeza. Parado junto a él, sin que supiera de donde había salido, estaba el único hombre con quien — en las filas de la policía al menos — simpatizaba de corazón y de quien sabía, que fuera de sus deberes, no abrigaba prevención contra él: el inspector McCarthy, de Scotland Yard.

El inspector tenía aspecto generalmente afable y lo parecía aún más en aquellos momentos. Con ropa de etiqueta, tan perfectamente cortada como la del hombre a quien miraba sonriendo, ofrecía un aspecto inmaculado, desde la galera de felpa hasta la punta del botín de charol. Nadie lo hubiera tomado por un inspector de policía, si no por un rico jóven de la ciudad. En los ojos brillantes y obscuros, que había heredado de su madre italiana, había una mirada amistosa para Alelí.

Alelí procuró serenarse ante la aparición inesperada de su amigo-enemigo.

—¡Hola, inspector! — le dijo — ¿De donde diablos salió? ¿Me anda siguiendo?

—No, en estos momentos, no. Pero me alegro de haberlo encontrado, de todos modos.

Alelí sonrió cínicamente.

—Supongo que uno de los inspectores más hábiles de la Yard no gustará de que lo vean tomar un trago con un... — vaciló. luego se sentó en el lado opuesto de la pequeña mesa.

—Con uno de los peritos en joyas más hábiles de Europa — completó McCarthy;

—Ahora, por eso mismo, tendrá que pagar diez y ocho peniques... o quizá cobraran media corona en este bar de lujo. Yo tomaré un benedictino. Como regla general, me limito a una botella de cerveza y un sandwiche. Pero esta noche mi rudo deber me ha obligado a cenar en los altos círculos. Y sea por los alimentos, cuyo nombre no sé o por los vinos finos cuyo gusto no puedo soportar, lo cierto es que creo no me sentaría bien la cerveza...

Alelí nada contestó. Sabía perfectamente que ningún ciudadano de Soho, donde Mc Carthy había nacido y se había criado era mejor gourmet que él y que no había ningún dueño de restaurant que hubiese podido engañar a McCarthy en materia de vinos. Mc Carthy ocultaba algo. No había salido de "cualquier parte" por casualidad. El rostro de Alelí se volvió, impasible y tranquilo, como una careta.

—Dijo usted — interrumpió con voz sueve — después que McCarthy tomó un sorbo de benedictino — que se alegraba de haberme encontrado...

—Es cierto. Me felicito de haber tropezado con usted, por decirlo así. Pensaba buscarlo esta noche, de todos modos — bebió otro sorbo de licor — Quería darle un consejo... de hombre a hombre, nada más.

Alelí dirigió una rápida mirada a su in-

vitado. Eso era lo malo en McCarthy; no podía decirse cuando hablaba en broma o en serio. Pero Alelí no movió ni un músculo.

—Es usted muy bondadoso — murmuró cortesmente.

McCarthy se enderezó en su silla y miró al ladrón con benévola sonrisa.

—Se trata de esto — anunció enfáticamente — No hay ningún otro inspector en la Yard que lo haya visto a usted vigilando las joyas de la Condesa D'Auray, como lo ví yo a usted hace un rato, que no lo hubiera arrestado enseguida, Marcos.

Algo mortalmente frío corrió por la médula de Alelí ¡McCarthy lo había visto en el Marroquí! Peor aún: lo había visto observar a la mujer. Se quedó sentado quieto... inmóvil como un muerto, esperando lo que iba a seguir.

—Especialmente, — continuó el inspector con afabilidad después que la Sureté de París tuvo la bondad de prevenirnos de que un tipo encantador, Monsieur le Marquis de Gilliflower — así es como lo tienen a usted catalogado en la Sureté — había consagrado particular atención a la casa de cierta dama a la moda, del Bois de Boulogne. La casa donde su señoría albergaba su lujosa persona y sus no menos lujosas joyas. Que luego la condesa se había dirigido a Londres, llevándose sus joyas y que el Marquis de Gilliflower se fué tras ella. Así que... yo estaba allí, cuando usted entró, tan gallardo y elegante.

Un pensamiento, vital, torturador, rola la mente de Alelí ¿Cuándo lo había visto McCarthy? ¿Antes de que hiciera aquella malhada excursión al piso de arriba o después, durante los cortos momentos que permaneció, antes de huir del trágico sitio? De aquello dependía para él todo... la seguridad... la libertad... la vida. En mucho tiempo, si es que lo conseguía alguna vez — no podría olvidar aquel terrible espectáculo del departamento N. 2. Era extraño que McCarthy no dijera nada sobre esto ¿Era posible que el crimen no se hubiera descubierto aún? Parecía increíble, sin embargo, McCarthy no era hombre que hubiera gastado bromas con un hombre sobre cuya cabeza pesara semejante acusación.

—Estuve allí un momento — dijo Alelí con forzada sonrisa — sólo para ver si estaba un amigo a quien tenia que ver

McCarthy guiñó sus ojos obscuros.

—Y no habiéndolo usted encontrado huyó como alma que lleva el diablo hasta St. Pancras — observó. Y luego añadió aún más enigmáticamente — Por eso lo estaba yo esperando en Piccadilly Circus.

El otro lo miró con indecible asombro. McCarthy se echó a reir.

—No hay nada de magia en ello. Lo seguía afuera... demasiado tarde. El empleado del hotel lo oyó dar sus instrucciones al conductor del taxi — explicóle — No lo seguí. Hay un sitio en los boulevards de París del que se dice que, si se queda uno bastante tiempo sentado allí pasarán todos los conocidos. Bueno... lo mismo ocurre con Piccadilly Circus... por lo menos en lo que a vosotros, muchachos malos, se refiere. Os pasa una cosa extraña, muchachos, — añadió con una inflexión de voz que a Alelí se le antojó curiosa y seca — uno de vosotros se asusta por algo y se dirige al Auter Circle, para pasar después a la calle contigua. Después va a Piccadilly Circus. Puede apostarse que es así — Luego, sin transición, lanzó la pregunta — ¿Por qué fué a St. Pancras, Marcos?

Lo imprevisto y repentino de la pregunta hizo parpadear al ladrón.

—Llegaba un amigo mío — informó tranquilamente al detective.

—Pero no llegó ¿eh? Bueno, yo me hice la halagadora reflexión de que quizá se dió cuenta usted de que lo vigilaba y quería darme esquinazo.

El Alelí tenía pensamiento rápido, sobre todo cuando algo semejante a una crisis amenazaba sus asuntos. Si McCarthy creía que había huído del Hotel Marroquí porque lo había visto a él, era quizá lo mejor que podía pensar... para Alelí.

—Bueno, — confesó con una especie de sonrisa forzada — hay quizá algo de cierto en eso, inspector — No es se apresuró a añadir — que tenga razones especiales para ello. Usted no puede acusarme de nada.

—No... no podemos acusarle de nada... por el momento — dijo lentamente McCarthy — Y no quiero tener que hacerlo. Por eso creía que una palabra de advertencia quizá nos evitaría mutuas molestias. Molestias innecesarias y tiempo perdido. Me gusta que todo hombre obtenga recompensa por su trabajo y usted no la tendría con las joyas de la Condesa D'Auray, Marcos, porque tengo mis dos hombres mejores vigilándolas, desde el momento en q' los mensajeros del banco las entregan hasta que las recogen por la mañana. Y más aún, hay dos muchachos que les abrirán las puertas del infierno a los ladrones, si es necesario. Así que, como los avisos que hemos recibido de a Sureté y después de haberlo visto esta noche tan peripuesto en el Marroquí y con un aire que significaba "los negocios son negocios" me pareció que un aviso nos evitará complicaciones. A un hombre de su clase no le gustaría ser arrestado por simples sospechas, Marcos...

El Alelí sonrió sombriamente.

—Claro que no — convino — Temo, Mc Carthy, que a lo mejor uno de los entusiastas muchachos de la Yard me agarren por algo de lo que no sé una palabra.

Pero había un significado más profundo en las palabras del ladrón internacional que lo que el hombre de la Yard imaginaba ¿O sabía? ¿Guardaba para sí el secreto del descubrimiento de aquella espantosa figura, que yacía muerta, con un puñal clavado en el corazón, en el Departamento N. 2?

El Alelí no podía saberlo. Pareciale enteramente increíble, después de lo que Mc Carthy le había dicho, que el asesinato no hubiese sido descubierto todavía; que las ruedas lentas pero inexorables, que llevan a

Lívido hasta los labios, Giliver retrocedió horrorizado, porque a la luz de su linterna había descubierto el cuerpo sin vida de la Condesa D'Auray.

alguien al patíbulo, no estuvieran girando ya.

Y aunque ningún hombre del mundo era más inocente que él, Alelí sentía nuevamente el frío del miedo. Después de todo, él había estado allí, en aquel cuarto, visto con sus propios ojos... lo que había que ver. Que se descubriera el rastro más infinitesimal de su presencia y... ¡bueno! tendría que luchar para salvar su vida ¿Ocultaba deliberadamente McCarthy su conocimiento del crímen? ¿Tenía alguna sospecha de que fuera el ladrón el autor del golpe?

Viendo aquel muchacho de aspecto despreocupado, nadie hubiera sospechado que bajo su calma exterior, el cerebro trabajaba desesperadamente. El mismo instinto que lo aconsejó huir del Marroquí sin siquiera buscar las joyas de la condesa lo espoleaba nuevamente. Huir de Londres mientras McCarthy, ignorando quizá de lo ocurrido, hacía la fuga posible. Dirigirse a Pa-

rís enseguida... quizá más lejos aún, a Berlín o a Viena.

Se levantó con su aire, indiferente y cortés.

—Ha sido usted realmente muy bueno, inspector, de tomarse por mí tanta molestia. Le aseguro que se lo agradezco en el alma. Deseo asegurarle que si las joyas de la condesa se "hacen humo" en Inglaterra, yo no tendré que ver nada en el asunto.

Por espacio de un segundo quizá se miraron a los ojos. Luego Mc Carthy se levantó.

—Su palabra me basta, Marcos — dijo.

—A propósito — dijo Alelí con el mismo tono indiferente — he decidido partir para París a media noche.

Si a McCarthy le produjo sorpresa el anuncio, no lo demostró. Una agradable sonrisa se dibujó en su simpático rostro.

—Lejos de mí el deseo de ofender a un artista de su fama, Marcos — dijo — Pero creo que, en estos momentos, podemos muy bien pasarnos sin usted.

—Entienda que he dicho si las joyas de la condesa se 'hacen humo en Inglaterra",— continuó Alelí tranquilamente — no en el Continente.

McCarthy se encogió de hombros cuando los dos se dirigían a la salida.

—Eso es cuenta de la policía Continental — dijo — Es competente y nosotros tenemos de sobra con nuestros asuntos.

Se dirigieron a la escalera que conducía a la calle. Con su pié en el primer escalón, Alelí retrocedió, arrastrando consigo a Mc Carthy. Algo llegó, silbando, desde la calle, como una raya de plata. Pasó por entre sus cabezas y quedó clavado, zumbando, como una avispa enojada, en la madera de la puerta. Era un cuchillo, de larga hoja. Si no hubiera sido por la rápida acción de Alelí, uno de ellos, el que estuviera a nivel del sitio donde el cuchillo se había clavado, hubiera muerto instantáneamente, atravesada por el arma la garganta.

Enseguida, McCarthy, con la mano significativamente metida en el bolsillo del saco, corrió hacia la calle; pero del que había arrojado el cuchillo no se veían rastros. Pasaban transeuntes comunes, gente que iba o venía a sus negocios o placeres sin nada de inquietante en sus personas. Ciertamente no eran lanzadores de cuchillos; hubiera apostado McCarthy que ni siquiera habían visto arrojar nunca uno. Volvió y encontró a Alelí que estudiaba el arma que vibraba aún, con una expresión curiosa en su delgado y aristocrático rostro.

—Ahora... ¿a cuál de nosotros estaba destinado este pequeño obsequio? — preguntó McCarthy con el ceño fruncido, mientras quitaba cautelosamente la siniestra arma de donde se había clavado.

—¡Ah!... — dijo Alelí enigmáticamente — es ésa una respuesta que necesita ser pensada.

Y sabía por qué lo decía. En el mango del cuchillo había visto aquel extraño signo, el as rojo, que estaba también en el cuchillo clavado en el corazón de la condesa... de la mujer que había visto en el Departamento N. 2. Pero guardó celosamente el descubrimiento para sí. Le abría posibilidades de lo más desagradables. Puede ser que hubiera habido alguien en el cuarto, además de él; alguien que lo había visto y seguido. Alguien que deseaba hacerlo callar y... pronto. Indiscutiblemente, pensó, el viaje a París se imponía.

—Puedo apostar que me estaba dirigido a mí — dijo McCarthy, — con tono alegre — En ciertos círculos, soy un hombre muy odiado.

—Quizá tiene usted razón — contestó Alelí distraído — Quiero decir que le estaba destinado a usted — enmendó rápidamente.

Pero la duda que se agitaba en su cerebro reflejábase en su voz ¿Era para McCarthy? ¿Lo e.a? Aquel as rojo sobre el mango parecía indicarle que no; decirle además que había sido arrojado al hombre que había visto el crimen, amenazarlo de que no sería el último intento para matarlo. ¿Qué diablos significaba aquel as rojo?

I I

EL CUCHILLO CHINO

Eran las ocho de la mañana cuando el inspector-detective Mc Carthy apareció en la calle a donde daba uno de los costados del Hotel Marroquí. Paseándose arriba y abajo, por debajo de las escaleras de incendio, vió la robusta forma del detective Davis y por la tranquilidad perfecta de su rostro comprendió que, por el momento, las joyas de la condesa D'Auray no habían sufrido accidentes.

—¿Vió cerrar la caja y que todo estaba en forma? — preguntóle.

—Si, señor. Bellamy tiene la llave para entregar a los mensajeros del banco cuando lleguen.

—¿Está Bellamy de guardia fuera del departamento?

—Si, señor. Nos hemos turnado, dos horas adentro y dos horas afuera del hotel, toda la noche.

—¿Dónde está colocada la caja de las joyas?

—En una especie de salita de recibo, usada por la doncella, la señorita Hor... Hor... algo por el estilo. La puerta del frente queda abierta a fin de que el hombre de servicio pueda inspeccionar cada media hora, como ha sido arreglado, señor.

—¿Se ha hecho eso, naturalmente?

—Cada media hora o yo o Bellamy hemos inspeccionado.

McCarthy hizo un gesto de asentimiento para sí mismo. Alelí podía perder las esperanzas de apoderarse de las joyas de la condesa. Cuando hombres como Bellamy y Davis dicen "inspeccionado" es inspeccionado.

Casi como si leyera sus pensamientos, el inspector Davis dijo:

—A propósito señor, la dama nos mandó

dos de estos — sacó del bolsillo del chaleco un billete por valor de una libra esterlina —Nos preguntó si, cuando los mensajeros se dirigían al banco no podríamos seguirlos disimuladamente, lo mismo que cuando traen las joyas por la noche — miró de soslayo a McCarthy para ver que le parecía la cosa — Dijimos que no tendríamos inconveniente siempre que usted no disponga lo contrario, claro está. A ella le parece que sería más seguro, en caso de un asalto por la calle y... bueno representará para nosotros un poco de dinero extra.

El inspector McCarthy pensó un momento el problema. Se daba cuenta de que sería infringir ligeramente los reglamentos establecidos; pero era prudente, con todo, por si algo ocurría. Se daba cuenta muy bien que no faltaría quien corriera el riesgo de un asalto en medio de las calles de Londres, dispuesto a matar por un premio como las joyas de la condesa. Todos no eran como Alelí.

—Bueno — concedió — si no os importa a vosotros entrar en turno media hora más temprano y salir media hora más tarde, creo que la cosa no es cuenta mía, si no vuestra.

Arriba encontró McCarthy al detective Bellamy, particularmente despierto. Apenas puso el pié en el primer escalón, mirólo con desconfianza. Al reconocerlo, su aspecto agresivo desapareció.

—¿Cómo está todo? — preguntó Mc Carthy.

—Perfectamente, señor. Acabo de mirar el cofre y todo está en órden. Los mensajeros del banco llegarán en cualquier momento. Cuando vengan, la doncella de la condesa — maldito si puedo acordarme de su nombre — que le pone al cofre una señal, conocida únicamente por ella y su patrona, lo abrirá para ver si todo está bien, antes de que se lleven las joyas.

—¿Qué hará usted con la llave que tiene, durante el día? — preguntó.

Bellamy lo miró un momento y se frotó la barba pensativo.

—¡Maldito si se! Guardarla, supongo.

—Oh no! No la guarde. Devuélvasela a la doncella y hágase dar un recibo por ella, al abandonar la guardia. Vuélvala a pedir cuando regrese. El público no es el único que necesita protección, hijo mío. Supóngase que alguna pandilla vigilante le dá a usted un golpe en la cabeza y se apodera de la llave... Atarán cabos y proyectarán un asalto... ¿Qué haríamos nosotros, entonces?

—Tendrían que quitármela mientras estoy en la cama — le informó Bellamy — Porque es ahí donde voy a estar antes de que pase otra hora.

—Cosas más raras que ésa han ocurrido — fué la opinión del inspector McCarthy— Poco me importa que tenga usted la fuerza de Jack Dempsey, de Phil Scott y de Primo de Carnera juntas; hay hombres que lo "madrugarían". No, que la dama guarde la llave durante el día y ella y el banco serán los responsables todo ese tiempo.

Cuando los dos fornidos mensajeros del banco aparecieron y el cofre de las joyas fué abierto por la taciturna Hortensia, en presencia de los cinco hombres, se hizo como el inspector había insistido. La doncella dirigió una mirada al interior del cofre, que estaba abierto por una tapa interior acolchada de satín blanco; luego lo volvió a cerrar y declaró que todo estaba bien.

—¿Está usted bien segura, mademoiselle? — insistió Mc Carthy, hablándole en francés. Como verdadero ciudadano del Soho, hablaba el francés, lo mismo que el italiano de su madre y otros idiomas del continente, a la perfección.

Instantáneamente Hortensia se aseguró de que nada podía haber ocurrido. La señal que ella y madame habían puesto estaba intacta. Si hubieran levantado la tapa interior de satin, lo hubiese notado enseguida.

—Mu bien, entonces — dijo McCarthy y sonrió a la doncella afablemente. Pensaba al hacerlo que era aquella la cara de mujer más antipática y dura a quien había sonreído en su vida. No es que fuera solamente fea y sin gracia, si no que tenía algo de siniestro. Era un rostro cruel. McCarthy pensó que, si hubiese sido magistrado, le hubiera dado seis meses de prisión sólo por aquella cara. Sin embargo, ocupaba un puesto de gran confianza, de modo que alguien opinaba de distinto modo que él. Pero pensó que si alguna vez cambiaba su estado de m'selle por el de madame, el pobre diablo sería digno de toda compasión.

—¿Como lleváis el cofre, muchachos? — preguntó el inspector al de más edad de los mensajeros.

—En taxi, señor. Vamos directamente desde aquí a la puerta del banco.

—Muy bien. Bellamy y usted Davis, tomad otro y ordenad al conductor q' se mantenga a diez yardas del primero — pensó un momento — Creo que no habrá necesidad de tomar otras precauciones.

Desde el hotel, McCarthy se dirigió a la Yard y habló por teléfono con Dover, Folkestone y Harwich. No es que dudara de la palabra de Marcos J. Gilliver... lejos de eso... Pero, con todo, quería estar bien seguro de que Alelí iba a tomar aires del otro lado del Canal. Pensó que, si los objetos codiciables podían estar alguna vez seguros, las joyas de la condesa D'Auray lo estarían.

Dover contestó a las cuatro de la tarde. Y lo hizo de un modo sorprendente.

Si, el C. I. D. de guardia le informó que Alelí había cruzado el Canal. No es que se hubiese dado cuenta de ello solamente por el mensaje del inspector, si no porque también Alelí parecía desear que lo vieran. En realidad, había parado al detective para pedirle que, cuando hablara con el inspector McCarthy, de la Yard, le diera un mensaje de su parte.

—¿Un mensaje para mí? — preguntó Mc Carthy sorprendido.

—Si, señor. Me pidió le dijera a usted

que Alelí piensa vivir muy tranquila y privadamente. Me hizo recalcar lo de tranquila y privadamente ¿Entendió, señor?

McCarthy se rió. Comprendía lo que quería decir Alelí. El cumplía su parte del convenio. Tocaba a McCarthy guardar el secreto de la presencia de Alelí en París.

—¿Entiende eso, señor? — repitieron de Dover.

—Si ¿Qué más?

—Tengo que decirle también de su parte que el Hotel Antoine, en la Plaza Pigalle, es un sitio adecuado para un hombre que desea vivir tranquilamente, sin que nadie se meta en sus asuntos. Y pedirle que anote usted la dirección.

—Ya está — dijo McCarthy apuntando mientras hablaba. Era una dirección extraña aquella, considerada como residencia del tipo descripto por Alelí. McCarthy conocía a París como cualquier hombre de la Yard y muy especialmente aquella porción particular de Montmartre y no lo consideraba bajo el mismo punto de vista que Gilliver.

—Dijo — continuó el hombre de Dover — que quizá no pasaría mucho tiempo sin que usted deseara comunicarse con ese sitio.

—Es amabilidad de su parte — dijo el inspector ligeramente — ¿Algo más?

—Pues... si señor — la vacilación del que hablaba al otro extremo de la línea fué marcada — No se si Gilliver me estaba tomando el pelo o no; pero me dijo le advirtiera que no pierda de vista a los muchachos que tienen ases, especialmente de oros. Que todavía no estaba seguro de para cual de los dos jugadores era el as. Debe ser alguna broma, cuyo significado quiza comprenda usted, señor.

—Lo es — contestó McCarthy — Gilliver, cuando está de buen humor, es muy divertido. ¿Nada más?

—Nada más, señor. Después de eso, subió abordo con unos aires como si fuera dueño de media Inglaterra, de todo el Canal y de parte de Francia también.

Nuevamente la risa comunicativa del inspector McCarthy resonó a través de la línea.

—Tiene el estilo de cien emperadores, reunidos en uno solo — contestó — Solo necesitaria la cuarta parte de la renta de uno y sería regio. Hasta luego y... ¡gracias!

Pero no sonreía McCarthy cuando se sentó delante de su escritorio y empezó a examinar cuidadosamente el "as", que como había dicho Alelí estaba destinado a uno de ellos. No ostentaba el menor rastro de impresiones digitales, de modo que podia asegurarse que el que había tirado el cuchillo llevaba guantes.

Era un arma de extraño aspecto, puntiaguda en un extremo, medio curvo en la hoja y con un doble filo, de navaja. Pero era el mango, como el as rojo, lo que más lo fascinaba. No se parecía a nada de lo que había visto antes McCarthy; era antiguo.

Pensó en todos los tipos del bajo fondo que podrían haberle arrojado aquella arma mortal, sin previo aviso. Y nuevamente entre sus numerosos, ya que no selectos clientes, no pudo encontrar ninguno que uniera a sus talentos el arte de arrojar cuchillos. Aquello sugería alguien que tuviera una experiencia en circos o teatros de variedades. No era cosa que podía averiguarse en un día quien había arrojado aquella arma de muerte; pero indudablemente se trataba de un perito. En cuanto a la sugestión de Marcos...

Se le ocurrió que los mejicanos, algunas de las razas sudamericanas y los portugueses eran particularmente afectos a ese modo de borrar a un enemigo del mapa. Pero, por más que pensaba, no podía encontrar una persona de esas nacionalidades en los casos de que se ocupaba o había ocupado. Todo aquello era muy misterioso y vago.

Luego entró Canly a la habitación por un asunto cualquiera. Era hombre que habia recorrido todo el mundo, desde niño, y había hecho todo lo que puede hacer un hombre sin quebrantar la ley. Había pertenecido a la policía de Hong-Hong (¿o era de Birmania?) antes de entrar en la Yard y era considerado una autoridad en las cosas de Oriente; los fumadores de opio, los contrabandistas de lo mismo, eran su especialidad. Sus agudos ojos se fijaron en el arma que McCarthy estaba examinando... Una mirada de interés reflejóse rápidamente en ellos.

—¿Qué le parece esto, viejo? — preguntó McCarthy.

El inspector Canly tomó el cuchillo y lo examinó, de un modo que los diarios hubieran calificado de "microscópico". Para más seguridad, sacó de su bolsillo un vidrio de aumento y recorrió el cuchillo con él.

—Es un cuchillo chino antiguo — anunció poco después — Procedente de la Indo-China francesa, Aonan o Tonkin, ya sabe usted. El mango es tonkinés. La hoja es de acero de la montaña, forjado a mano. Muchos proceden de Hue o Anoi. Lo que quiere decir el as rojo del mango, no lo se... puede ser que sea el símbolo de una Tong. No puedo decirlo ¿De dónde lo sacó, Mc Carthy?

—Lo saqué de una puerta donde estaba clavado. Gracias a la vista rápida de un compañero me erró. Si no, no estaría sentado aquí ahora.

El rostro del inspector Canley se obscureció.

—¿Quiere decir qué...?

—Que me lo arrojaron, ni más ni menos. Y ciertamente no fué un aficionado. La fuerza que traia era terrible.

Canley estuvo unos instantes silencioso; volvió a examinar el cuchillo, detenidamente.

—Creo no equivocarme — dijo lentamente — al decir que este cuchillo procede de un templo antiguo; o bien eso o bien es

El portero del hotel, horrorizado, contempló al detective muerto, recostado contra la pared

herencia de algún mandarín torturador de las provincias de las montañas. No hay ninguna inscripción en la hoja que nos ilumine. Pero se trata de una cosa u otra.

—¿Pero por qué...? — empezó Mc Carthy impaciente.

—No sé por qué; pero sé esto: cuando los chinos empiezan a arrojarle cuchillos a la gente — a no ser que le acierten, como generalmente ocurre — no lo hacen una sola vez. Lleva usted revólver ¿no?

—Automático — lo informó Mc Carthy.

—Bueno, si quiere llevarse de mi consejo, no se separe de él ni de noche ni de día. Antes de mucho, lo necesitará... y urgentemente.

McCarthy reflexionó que esa era la misma idea de Alelí. La única diferencia era que Gilliver no estaba seguro si le habían tirado el cuchillo a él o al inspector.

Lo que era, sin duda, un punto interesante.

Pero el inspector Mc Carthy se pasó la siguiente media hora limpiando, aceitando y revisando su pistola... por si acaso.

III

ASESINATO COBARDE

El mundo, por lo que se refería a las joyas de la Condesa D'Auray, marchaba sobre ruedas para el inspector McCarthy, en aquellos días y noches. Hablando literalmente, "noches", porque como guardián de la famosa colección, sus deberes cesaban no bien los empleados del banco se llevaban las joyas hasta la hora en que eran devueltas al hotel Marroquí. Y, como sus superiores habían decidido que a cualquiera fiesta, privada o pública que la condesa concurriera, debía asistir también su guardián, McCarthy estaba pasando una temporada muy divertida.

Por vez primera en su vida, asistió a sitios de los que solo había oído hablar en la crónica social. Descubrió que grandes personajes, que antes eran solo para él nombres que pronunciaba con respeto, resultaban personas simpáticas, sencillas, que tenían muchas amabilidades para el jóven inspector-detective a quien sus deberes obligaban a entrar en su círculo.

Ministros había que lo habían llevado a un rincón apartado para saber los detalles verdaderos de tal y tal caso en que el nombre de McCarthy había figurado. Multimillonarios y reyes de las finanzas insistían en llenarle la cigarrera con cigarros finos; los duques iban a buscarlo para que bebiera con ellos y las marquesas y condesas le expresaban personalmente que estuviera a gusto, como uno de ellos, y que se divirtiera. Cosa que el alegre McCarthy cumplía al pié de la letra.

Uno de sus compañeros, que concurrió a cierta casa de Belgrave Square donde se realizaba una fiesta, que era la sensación de la temporada, quedó sorprendido al ver al elegante McCarthy bailando foxtrot con la hija de un conde. Y sobre todo al ver que la dama parecía muy a gusto.

Comentando el suceso a la mañana siguiente con el Jefe díjole:

—¡Lo hubiera visto! Parecía tanto de la policía como yo... como yo...

—Duque — interrumpió el jefe, cuyo rostro delgado y ascético se iluminó con una de sus raras sonrisas — Por eso está allí — dirigió una mirada significativa a la grandes manos y piés de su subordinado — Está usted celoso porque no puede imitarlo; como no podría yo tampoco. Nosotros somos simples policías, sin nada de ducal, en nuestras personas.

Lo que el detective tuvo que reconocer.

La opinión del inspector McCarthy coincidía con la de los detectives Davis y Bellamy. Cuando más tiempo la distinguida dama y sus magníficas joyas permanecieran en Londres, más felices serían o, por lo menos, más ricos. Porque con la regularidad de un rito religioso, todas las noches, después de la ceremonia de la entrega de las joyas en sus manos por la antipática Hortensia, recibían los robustos policías un billete de una libra, con saludos de la dama.

—Y lo único que nos han pedido, señor — confió el detective Bellamy al inspector, después del cuarto día de aquellas generosas propinas — es dar una mano en la conducción de dos grandes baúles que mandaron de vuelta a París. Parece que la doncella los trajo por equivocación. Pesaban como plomo; no pudimos ver que los porteros sudaran en ellos y nosotros, que nos embolsamos todas las noches una libra por mirar dentro de un cuarto y examinar la cerradura de un cofre, quedarnos de brazos cruzados.

—¿A dónde dice que mandaron los baúles? — preguntó McCarthy sin interés oficial.

—A París, según dijo la doncella. Decían "Vía Dover" en las etiquetas; pero no me fijé mucho en la dirección particular. De todos modos, la dama misma fué la que vigiló el envío de sus cosas; así que no había por qué preocuparse.

—¡Claro, hombre! La condesa puede mandar todo lo que se le antoje, excepto ese cofre de joyas, mientras está a nuestro cuidado y aún así... también puede hacerlo, entregándonos el correspondiente recibo, si es tan prudente que quiera intentarlo. Pero la bella condesa no tenía aparentemente, semejante intención. Sus joyas permanecían aún en Londres, siendo la admiración y la envidia de todas las mujeres que las contemplaban. En cuanto a su poseedora se la consideraba la visitante más hermosa que había albergado en mucho tiempo Londres.

Durante las primeras horas de la mañana del 30 de Septiembre, a las cuatro y 18 para ser exactos, llegó un llamado urgente del hotel Marroquí a la Yard. Era del inspector Bellamy, quien pedía encarecidamente que lo trasmitieran a la dirección privada del inspector McCarthy.

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

Sorprendió a McCarthy soñando con un banquete luculiano, al que había asistido noches antes, en la más importante de las embajadas. El mensaje lo dejó a obscuras. ¡Si hubiera podido comunicarse directamente con Bellamy!

Afuera del Hotel Marroquí los temores de McCarthy se convirtieron en certidumbre. Un sargento uniformado y un inspector lo esperaban.

—¿Qué pasa, inspector? — preguntó tranquilamente McCarthy.

El inspector movió la cabeza.

—¡Mal asunto, señor! Uno de sus hombres... — creo que se llama Davis — ha sido encontrado al fondo de la calle, con un cuchillo clavado en la espalda.

—¿No... no habrá muerto? — balbuceó el inspector.

—Muerto instantáneamente, según afirma el médico de policía... ¡Pobre hombre!

Arriba, en un cuarto de baúles que se había convertido temporariamente en cámara motuoria, encontró al médico de policía y otro hombre. Instantaneamente el médico corroboró las palabras del inspector, aunque Mc Carthy no necesitó mirar dos veces la figura extendida boca abajo sobre una mesa para comprender que se trataba de un crimen cobarde. Una gran desgarradura, manchada de sangre, debajo del hombro izquierdo, hablaba muy a las claras.

Mc Carthy, aunque acostumbrado a tales espectáculos, quedó sin voz, tan espantosamente inesperado era aquello. Había en sus ojos obscuros una mirada brillante y dura, cuando se volvió de nuevo al médico de policía.

—¿Puede usted determinar aproximadamente la hora de la muerte, señor?

—Más o menos un poco antes de las cuatro — dijo el médico — El cuchillo le fué clavado por detrás, de muy cerca. Le atravesó instantáneamente el corazón, con una fuerza teribie. Fué una muerte prácticamente instantánea, sin dolor.

—Gracias al cielo, por ello, pobre hombre— Dijo Mc Carthy con un suspiro — ¿Se encontró el arma?

El cirujano movió negativamente la cabeza.

—No se ha hallado rastro de ella, según he oído. Sin embargo, eso no es asunto mío así que no tome mis palabras como oficiales — agarró su válija y se dirigió hacia la puerta. — Haré que el inspector lo traslade inmediatamente a la morgue y le enviaré un informe de cualquier cosa que crea pueda serle útil.

—¡Gracias! Una cosa aun: ¿presumo que se habrá señalado exactamente la posición del cuerpo antes de levantarlo?

—¡Pero si no estaba caído! — lo informó sorprendentemente el médico — Se hallaba recostado contra la pared, donde fué herido de muerte. Diría yo que no se había movido una pulgada.

Mc Carthy miró al médico con asombro.

—¡Un hombre vigoroso como Mc Carthy! — exclamó incrédulamente.

El otro asintió con la cabeza.

—Y puede creerme que el que usó ese cuchillo era vigoroso también — dijo ceñudo — Davis fué como herido por un rayo.

En el descansillo, afuera del departamento de la condesa, Mc Carthy encontró a Bellamy, con el rostro color ceniza y más conmovido por la reciente tragedia de lo que quería aparentar.

—¡Un acontecimiento terrible éste, Bellamy! — dijo.

—Espantoso, señor. Hasta cierto punto tuve el presentimiento de que algo había ocurrido cuando Davis no se presentó para cambiar la guardia, a la hora exacta. El no era hombre capaz de equivocarse. Era demasiado metódico.

—Es mejor que me cuente todo lo ocurrido — dijo con calma Mc Carthy.

—Fué así, señor. A las cuatro, Davis debía haber venido a relevarme, haciéndose cargo de la guardia de adentro y bajando yo a la calle. Habíamos arreglado nuestros relojes iguales para que no hubiera equivocación en el tiempo. Cuando pasaron cinco minutos y no se presentó, empecé a pensar, porque él era la puntualidad en persona. Como le digo, tuve el presentimiento de que ocurría algo grave. A las cuatro y diez llamé al portero de noche y le dije que fuera a ver que le pasaba a Davis. Fué él quien encontró el cadáver; pensó al principio que se había quedado dormido contra la pared. Yo determiné cerciorarme por mi mismo.

—¿No abandonó usted su guardia? — preguntó Ms Carthy.

Bellamy movió vigorosamente la cabeza, en sentido negativo.

—¡No, señor! — dijo enérgicamente — Puedo no ser un Sherlock Holmes; pero no soy capaz de dejarme atrapar así. Hice que el portero de noche telefoneara a Vine Street. No bien llegó aquí un hombre uniformado, lo puse frente a esta puerta y bajé. Era demasiado cierto, por desgracia, señor; todo había terminado para el pobre Davis y hacía ya algún rato pensé yo. Hice un llamado urgente a Scotland Yard y señalé la posición del cuerpo, antes de que el policía lo trajera de la calle.

—¿Registró el suelo, en busca del arma?

—Pulgada por pulgada, señor; no había rastros de como había sido muerto.

—De una puñalada, indudablemente.

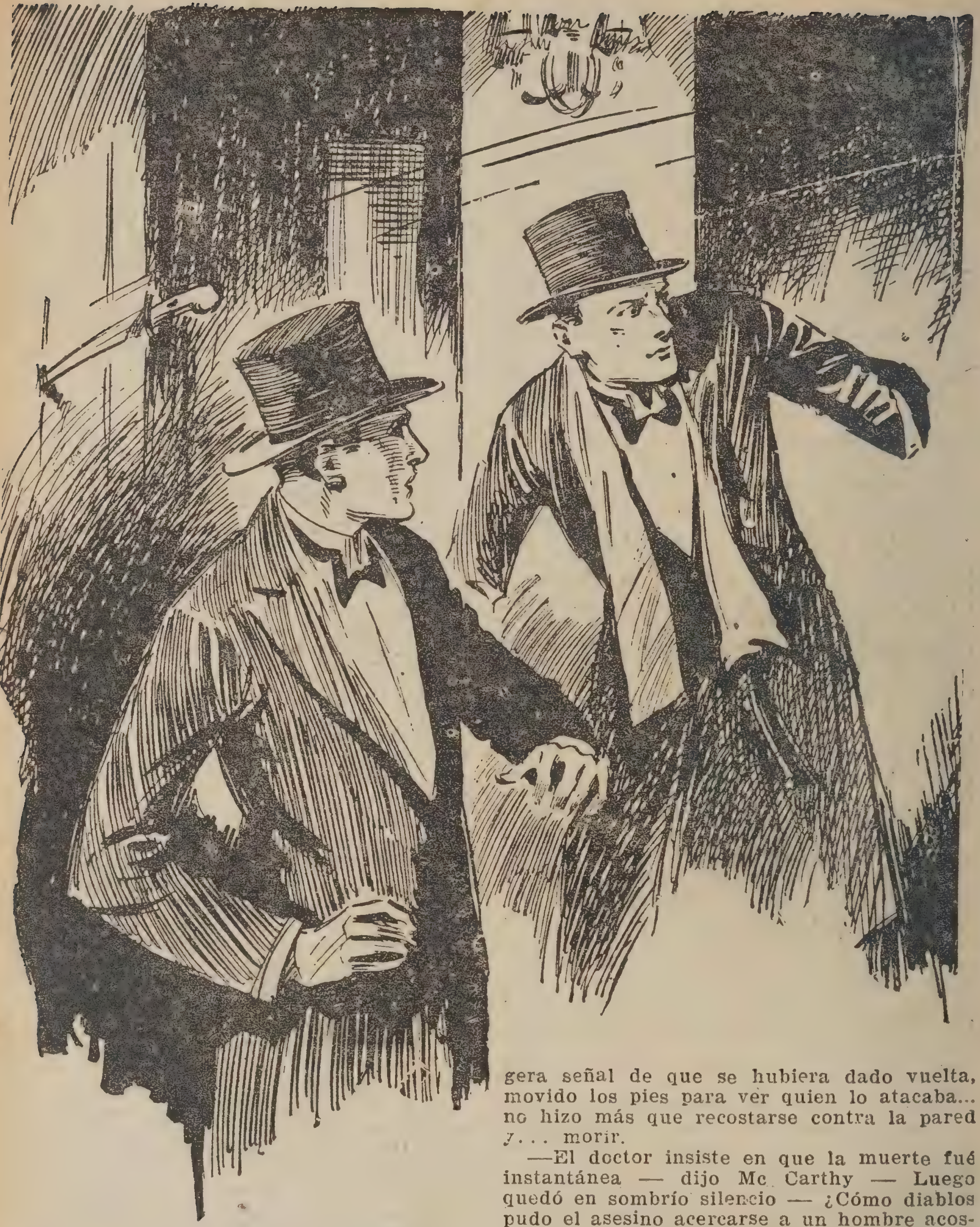
—Yo también lo pensé así, señor; pero... — el hombre vaciló.

—¿Pero qué? — preguntó Mc Carthy curiosamente.

—Bueno, si usted viniera a examinar el sitio donde fué encontrado el cuerpo... Quizá le sugiera algo más.

Mc Carthy examinó larga y ansiosamente la pared contra la cual encontró el detective la muerte. Detrás de él, a lo largo de la pared, corría la escalera de incendio.

Empezaba muy angosta en lo alto del edificio y se iba ensanchando, a medida que descendía hasta convertirse en una escalera de perfecta solidez. En aquella alta pared había como cien ventanas; pero en ninguna de ellas se veía luz, ni el menor signo de vida. Sobre todo reinaba esa completa quietud que aun en Londres, acompaña a la aurora



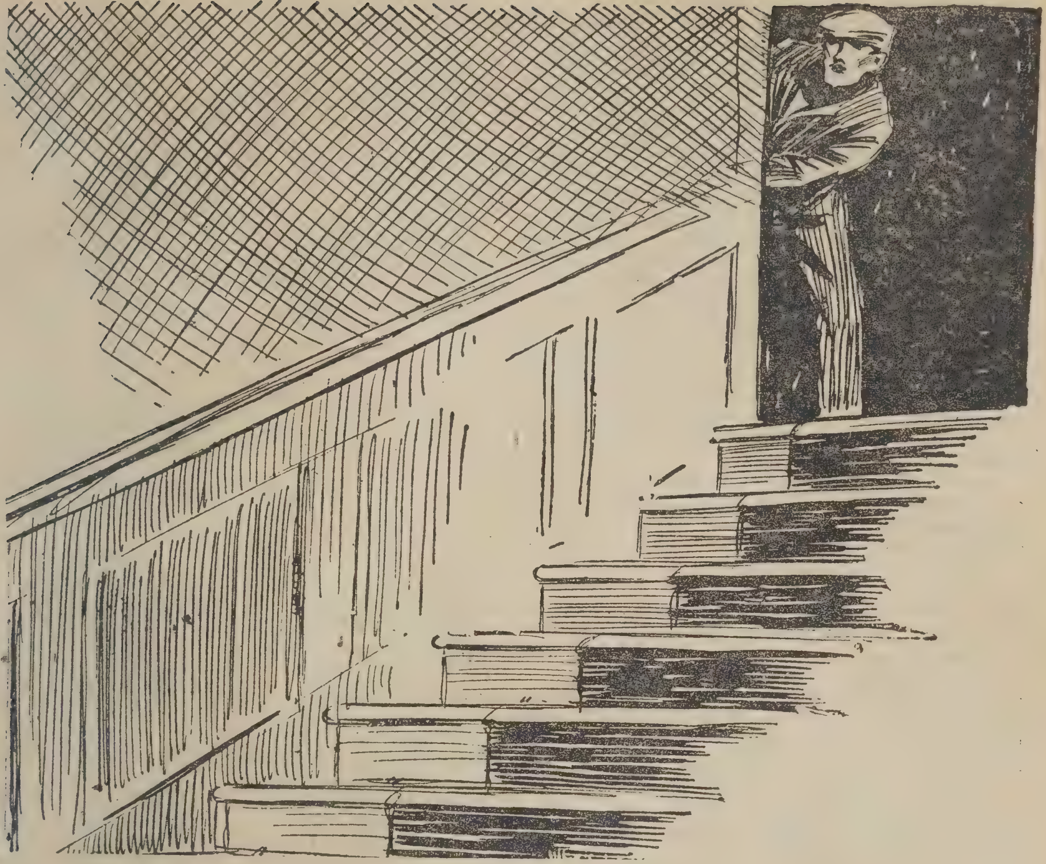
Contra la pared señaló Bellamy el dibujo con tiza, indicando la posición exacta en que había sido encontrado el infeliz Davis, rígido contra la pared.

—Hay algo que no comprendo, señor — dijo Bellamy fruciendo el ceño — Davis era el hombre más vigilante de todo el departamento. Había tomado este asunto con empeño, precisamente porque la dama lo trataba tan amablemente. Miraba hacia este lado cuando fué herido — Bellamy indicó el frente del edificio — No había la más ligera señal de que se hubiera dado vuelta, movido los pies para ver quien lo atacaba... no hizo más que recostarse contra la pared y... morir.

—El doctor insiste en que la muerte fué instantánea — dijo Mc Carthy — Luego quedó en sombrío silencio — ¿Cómo diablos pudo el asesino acercarse a un hombre acostumbrado a habérselas con malhechores, práctico en su oficio y que además sabía que podrían atacarlo en cualquier momento? No parece posible... Es absurdo...

—Es precisamente lo que yo he estado pensando, señor — dijo ansiosamente Bellamy — Davis no era capaz de dejarse sorprender así. Tenía la rapidez de una anguila y puños de hierro. Si alguien hubiera tratado de deslizarse detrás de él, tendría que haberlo muerto primero.

Esa teoría fué compartida **poco tiempo**



El Alelí y Mc Carthy retrocedieron bruscamente. Algo, largo y brillante, pasó por encima de ellos y quedó clavado en la puerta, zumbando como una cosa viva, enojada.

después por el mismo Inspector en Jefe Burnet.

—No comprendo como un hombre alerta, despierto, como ese pobre Davis puede haberse dejado matar así.

—Hay que considerar una cosa, señor — dijo Mc Carthy — ¿Si el asesino tenía cómplices?

Uno o quizá dos de ellos pueden haber llamado la atención de Davis, mientras un tercero lo atacaba por detrás — se detuvo y prosiguió con forzada sonrisa — Pero eso nos lleva al punto de partida: no hubiera caído él tan fácilmente. Después de todo, si se hubiese visto en apuros, podría haber tocado pito.

—Eso quiere decir que no existió más que un ataque a traición. Hay algo más profundo de lo que parece en esto, Mac. ¿Cuál fué el motivo del crimen? Todavía no hemos tocado ese punto. No me parece que se trate de una venganza personal. No hemos llegado aún a las condiciones de Chicago.

—Tampoco hemos descubierto el método del asesino todavía, señor — dijo el inspector Mc Carthy suavemente.

—Probablemente cuando descubramos una cosa, aclararemos la otra — respondió el jefe sentenciosamente — ¿Supongo que esas damas, la condesa D'Auray y su doncella, no se habrán enterado todavía del crimen?

Mc Carthy miró a su jefe con sorpresa.

—¡Gran Dios, señor, no! Nunca se me ocurrió que, porque uno de nuestros hombres haya sido asesinado mientras se hallaba cumpliendo la misión encomendada, habría que hacerlas salir de la cama para comunicarles la noticia. Después de todo el pobre Davis fué muerto en la calle. Si se tratara de Bellamy, afuera de su misma puerta sería distinto.

—Davis fué asesinado debajo de sus mismas ventanas — le recordó el Jefe.

—Es cierto, señor. Por lo menos treinta pies debajo. Y el último tramo de las escaleras de incendio está a veinte pies del suelo. Si se bajan, hacen sonar la instalación de alarma en todo el hotel y en la estación de bomberos más próxima.

—Yo no quiero sugerir que ellas hayan cometido el crimen. Semejante idea no ha pasado por mi imaginación. Pero puesto que el probable motivo podrían ser las joyas de la dama...

—Que están perfectamente seguras, se-

ñor — interrumpió Mc Carthy — Bellamy hizo su visita habitual de cada media hora al cofre y no lo dejó sin vigilancia ni por un instante.

—¡Hombre estóico ese ! — gruñó el jefe — Ni siquiera abandonó el cumplimiento de su deber al saber que su compañero había sido asesinado. Lo recordaré a Bellamy. De todos modos estoy enteramente de acuerdo con usted en que era mejor no alarmar inecesariamente a la dama. Para obrar sobre seguro es mejor que se haga una cabal inspección de las joyas, antes de que vayan a manos de los mensajeros del banco, a las nueve de esta mañana. Nunca tomaremos demasiadas precauciones. Y ahora, usted y yo iremos a darle otro vistazo a la escena del crimen... puede haber alguna cosita que haya pasado inadvertida. Usted se hará cargo del caso, naturalmente, Mc Carthy.

Pero como antes, las más prolijas investigaciones no dieron resultado. Fuera de las marcas de tiza, hechas por Bellamy no había el menor rastro del crímen o del criminal.

—Tendrá usted que trabajar fuerte aquí, Mc Carthy — dijo el inspector en jefe ceñudo— No me agrada esta falta absoluta de indicios. Si ha habido lucha ¿dónde están las señales de los pies? No se ve nada en el pavimento. Fué apuñaleado pero hay dudas acerca del arma o más bien sobre el modo como fué usada. Y excepto que ese pobre hombre ha muerto cobardemente asesinado, nada hay en concreto.

Sus ojos se fijaron en la escalera de incendio.

—Si la hubieran bajado, — dijo — habría algo de que asirse.

El inspector Mc Carthy suspiró.

—Pero, como ve, no la bajaron — observó con plañidero acento. Había veces en que las observaciones del jefe eran peores que sus bufidos. Una vez que mpezaba a hacerle "observaciones" a un subordinado, respecto a un caso, era cosa de nunca acabar.

—El agente de policía que andaba de recorrida dijo que no vió a nadie sospechoso.

—No — díjole Mc Carthy (lo menos por quinta vez) ni un alma.

Un agente llegó en ese momento apresuradamente junto a ellos; venía del hotel y dijo que el médico de policía quería hablar urgentemente con Mc Carthy, por teléfono.

—¡Oiga! — le dijo — Después de examinar más detenidamente el cuerpo he llagado a ciertas conclusiones que creo debe conocer. En primer lugar, la puñalada fué dada de arriba a abajo. El arma entró mismo debajo del hombro izquierdo y atravesó verticalmente el corazón. ¿Me explico claro?

—¡Oh!... completamente — contestó Mc Carthy — ¿Y qué piensa usted de ello?

—Pues que debe haber sido el asesino un hombre extraordinariamente alto. Davis mismo medía más de seis pies. De modo que el hombre que lo mató debe haber pasado con mucho de la altura común. O si no, hemos de pensar que el golpe fué descargado desde una altura.

—¿Desde una altura? — Repitió Mc Carthy? — Y como pudo ser herido desde una altura en ese sitio?

—Eso no puedo decirlo. A no ser que admitamos la posibilidad de que haya sido herido por un hombre montado a caballo.

Mc Carthy se sintió satírico.

—O por un hombre en zancos... Pudo muy bien pasarle inadvertido al agente de servicio; sin contar con que Davis le tuvo que dar la espalda a uno o dos pies de distancia...

—Entonces tiene usted que aceptar la teoría del hombre extraordinariamente alto — fué la tranquila respuesta. — Y hay otra cosa... La herida tiene una forma extraordinariamente curiosa. Yo diría que fué hecha con una arma curva, de punta terrible y ambos lados afilados como una navaja. Tiene que haber sido así, por que es una herida asombrosamente limpia.

Por el cerebro de Mc Carthy pasó como un relámpago. ¡Un cuchillo curvo de dos filos, usado desde una altura! Conocía un arma de esa clase... recordaba también la fuerza terrible con que se clavó en aquella puerta, en Piccadilly. ¡Cielos! ¿Habría alguna relación entre los dos asesinatos.... uno cumplido, el otro fracasado gracias a la ligereza de Alelí?

Pero... ¿y el motivo? ¿Contra que poder diabólico tenían que luchar? Por lo menos la muerte de Davi' resolvería una parte del problema; a quien estaba dirigido aquel cuchillo curvo. Era para él y no para Alelí, el elegante ladrón. ¿Y cuál podría ser el motivo si no las maravillosas joyas de la condesa D'Auray?

Fué realmente un Mc Carthy de rostro ceñudo y resuelto el que esperó aquella mañana la llegada de los dos mensajeros del banco y la expresión aumentó cuando pasó el tiempo sin que apareciera Hortensia, como tenía por costumbre. Después de una espera que pareció interminable, llamó a la puerta del departamento sin obtener respuesta.

Con un siniestro presentimiento, hizo llamar al gerente y pidióle que usara la llave maestra para abrir el departamento N. 2. El gerente estaba tan turbado como el inspector.

—Temo — dijo moviendo la cabeza — que madame la condesa se resienta por la intromisión. Es una cliente de mucha importancia.

—Razón de más para averiguar si le ha ocurrido algo — respondió brevemente Mc Carthy — Que una de las criadas del hotel, que tiene costumbre de servirla, entre primero. No tardará más que un momento para ver si todo está bien y se retirará.

Puede ser que se hayan dormido; pero con el barullo que hemos metido me parece raro que no se despierten. No hay motivo para que la dama se incomode por nuestra previsión.

Aunque contra su voluntad, el gerente se vió obligado a ceder.

—Piense — dijo suplicante — en el escándalo que sería para el hotel si hubiese ocurrido algo.

Mc Carthy lo miró fríamente.

—¿Y se imagina usted — le preguntó con tono brusco — que si resultara, en el me-

jor de los casos un intento de robo o en el peor un asesinato silenciaríamos el asunto para no perjudicar el nombre de su precioso hotel?

Al oir la espantosa palabra "asesinato", el gerente se puso muy pálido y se encogió desesperadamente de hombros.

—No — dijo debilmente — Supongo que eso no podría hacerse.

Pero la sirvienta, una francesa discreta, que estaba asustada por la solemnidad de los que la rodeaban, no encontró otra cosa que una Hortensia soñolienta, todavía acostada. Se quejó de que no habiendo podido dormir por el barullo que había en el hotel durante la noche, se había dormido por la mañana. Sin embargo, dijo que dentro de

El Hombre de Marsella tiró las prendas del jefe de los apaches, desdeñosamente, sobre el mostrador. "Usted sabe de quien son esta cosas, cara de chancho" — dijo.

cinco minutos se vestiría para examinar las joyas, después de lo cual los idiotas del banco podrían llevarlas, hasta que madame las reclamara.

Madame y ella pensaban irse aquel mismo día, después de una muy breve visita a Scotland Yard. Con el mismo tono avinagrado exigió la presencia del gerente para hacer los arreglos indispensables, después del traslado de las joyas. Aquello dejó al inspector Mc Carthy y al gerente mirándose el uno al otro, presa de contradictorias emociones, ninguna agradable.

A las once y veinticinco de la mañana, mientras Mc Carthy, con la cabeza entre las manos, dedicaba su atención sombría a una daga de hoja curva, que estaba sobre su escritorio, la condesa D'Auray y su doncella Hortensia salieron del Hotel Marroquí, después de una breve visita a Scotland Yard. Dejaban el departamento cerrado hasta su vuelta, que se efectuaría dentro de tres semanas. El cheque de la condesa sobre el Credit Lyonais era de tan crecidas proporciones, que el gerente del hotel pensó era una suerte que la condesa no se hubiese ofendido por la intromisión de aquel obstinado inspector Mc Carthy.

Fué esa la última vez que el Hotel Marroquí y aun Londres vieron a la dama.

El cheque fué devuelto del Credit Lyonais, con la nota al dorso: "firma distinta" y cuando un mes después Scotland Yard hubo agotado todos los recursos para encon-

trar a la **condesa o su doncella** sin conseguirlo, la **policía obligó a** las **autoridades** del banco a brir **el** cofre de las joyas. Se encontró con que los compartimentos interiores no contenían otra cosa que pedazos de carbón.

La Yard halló rastros de la fugitiva dama hasta Estación Euston. Después de lo cual la tierra parecía haberse tragado a la bella condesa D'Auray y a su fea y antipática doncella Hortensia.

—¡Y me llevan un mes de ventaja! — gimió Mc Carthy absorto en el misterio del asesinato de Davis, del que no había hallado la menor pista.

Cuando estaba a punto de irse a almorzar, llególe un telegrama de París, enviado desde una pequeña oficina de Montparnasse que él conocía bien.

Todo lo que decía era:

"Hay aquí dos personas que le interesan. Un servicio merece otro".

Por un momento o dos, el inspector miró el telegrama sorprendido. Luego comprendió

—Es de Alelí, lo juraría — dijo con júbilo.

A la mañana siguiente, muy temprano, el inspector Mc Carthy descendía del tren en la Gare du Nord, en París; tomó un taxi y se hizo conducir a un pequeño y tranquilo hotel cerca de la plaza Pigalle, que tenía el honor de albergar a Marcos J. Gilliver, conocido por "El Alelí".

IV

EL HOMBRE DE MARSELLA

Por una de las calles más negras y sucias de las muchas que forman los barrios del Sena, bajo la sombra de Notre Dame y de su siniestra vecina La Morgue, se deslizaba una figura, entre las sombras de tinta de la noche.

París, en este criadero de criminales, no tiene la luz deslumbradora de los Boulevards, ni siquiera la del Montmartre de los Apaches, a cuyas guaridas es atraído el visitante rico para ver espectáculos cuidadosamente arreglados. El crimen es allí espectacular, para distracción de ingleses y americanos extravagantes y, como regla general, inofensivo.

No pasa lo mismo con los ciudadanos de este barrio que aquel hombre agachado, solitario atravesaba furtivamente. Aquí el cuchillo brilla y se hunde profundamente en a carne humana, sin previo aviso; las detonaciones de revólver son verdaderas, significan a menudo muerte rápida, implacable. Los hombres y mujeres son capaces de quitar del medio un ser humano por unos pocos francos, sin preocuparse por las consecuencias.

El visitante rico no acude frecuentemente a las tabernas que ellos frecuentan, a beber. Y el que lo ha hecho sólo ha vuelto a ver las luces y el brillo de la Ciudad Alegre sobre las lozas de mármol de la Morgue. Nada hay allí que atraiga; el vicio no se exhibe entre la suciedad de la Rue Sans Gene, vestido con capa escarlata, ni come parcas comidas a los acordes de la jazz band. El crimen y el criminal son aquí obscuros, violentos, desprovistos de todo brillo, feos como la muerte misma. Y la famosa Scotland Yard de la capital francesa — el Servicio de Sureté — no alienta a los turistas a visitar ese barrio particular. Hay allí numerosas tabernas, mal alumbradas, de las cuales los oficiales de la Sureté nunca se alejan mucho — no con la idea de descubrir crímenes pasados si no de evitar otros nuevos, causados por la imprudente ostentación de joyas o de dinero.

Era hacia una de esas tabernas, la de Papá Boquot, que se dirigía el solitario individuo. Y si había algún sitio del que la policía hubiera aconsejado apartarse al visitante desprevenido, con tal que conociera lo suficientemente Montmartre para encontrarlo, era ese.

Era un sótano largo, a bastante profundidad del nivel de la calle, al que se llegaba por una serie de escalones, los cuales quedaban ocultos tanto de la calle como del café (si merecía este nombre) una vez que el cliente había bajado o subido.

Extrañas y terribles escenas se habían desarrollado sobre la escalera de piedra si había que creer — cosa que debe hacerse — a los archivos de la Sureté.

El mismo Boquot, que era un hombre grueso , viejo, con desgreñado cabello canoso, gobernaba aquel sitio por medio de su fuerza brutal. Boquot no perdonaba a los clientes — hombres o mujeres — que quebrantaban el código que mantenía en su cueva de ladrones. Un golpe con su enorme puño peludo o, si el transgresor era especialmente peligroso en el manejo del cuchillo, con un mazo pesado que tenía siempre a mano, terminaba cualquier discusión con Papá Boquot. Esas eran sus armas, sus jueces y su jury.

En los registros de la Sureté estaba anotado como mestizo, hijo de un convicto francés y de una negra de Senegambia. Estaban también registradas dos largas condenas que había cumplido en los cascos arrumbados de Tolón y otra todavía más larga en una de las colonias penales del extranjero. Todos estos delitos eran de violencia. Al dorso de la ficha de Boquot figuraba la siniestra advertencia "Peligroso". Y el único motivo de que su taberna no fuera cerrada era que muchos de sus clientes sólo allí podían ser hallados.

El hombre agachado se deslizaba de una sombra a otra; iba furtivamente, con cautela, como un hombre rodeado de enemigos, preparado en cualquier momento para una emboscada mortal. Y, aparentemente, sus precauciones no eran inútiles porque en la convergencia de cuatro negras y fétidas callejuelas, surgieron sin saberse de donde, cuatro figuras que se movían rápidamente, parecidas a murciélagos. Y no tardó mucho tiempo en descubrirse su siniestro propósito.

Uno de los hombres, **alto, fornido,** de facciones **indescriptiblemente siniestras,** atacó

cuchillo en mano al individuo solitario; los otros se abrieron en abanico, sin duda con la idea de rodear a la presunta víctima. Pero ésta tenía, al parecer, ideas muy opuestas a ese proyecto.

Instantáneamente se colocó contra la pared, frustrando la tentativa de rodearle. Y contestó al ataque de un modo raro para un parisiense de aquel barrio particular. Cuando el jefe de los malhechores estuvo a su alcance, extendió el puño izquierdo y lo descargó con fuerza descomunal sobre la mandíbula de su asaltante. El derecho pególe, una fracción de minutos después, debajo de la oreja. Y el hombre cayó sin proferir un sonido pegando con el cráneo sobre las piedras de la calle y quedó allí como un montón inerte.

obscuridad. Uno de los asaltantes llegó hasta la mitad de la calzada, tambaleándose ciegamente; el otro retrocedió, trastabillando hasta un portal. La sangre corría por el rostro de ambos.

El tercer hombre, hasta entonces ileso, quedóse espantado ante aquel ciclón que se había desencadenado sobre sus compañeros, luego echó a correr. No supo — no pudo verla — qué clase de arma había usado el hombre; pero fuera cual fuese, nada quería saber con ella. Pero aunque huyó tan rápidamente, como si tuviera alas en los talones, no anduvo bastante ligero. De pronto, como una rata acorralada, tuvo que refugiarse en el quicio de una puerta y, cuchillo en mano, el rostro cubierto de sudor por el

El misterioso apache miró indiferente al rabioso Malliscot, sin hacer caer el arma levantada. "Me limpié los pies en tu gorra hace un momento" le dijo.

Con la rapidéz del rayo, el hombre asaltado metió el brazo debajo de su larga capa negra y esgrimió en su mano derecha un arma que no era posible distinguir en aquella escasa luz. Ciertamente no tenía brillo de acero. Y su flexibilidad, así como su terrible poder, quedó demostrado no bien la usó. Como un rayo, profiriendo las más horribles amenazas, el hombre saltó hacia sus dos atacantes blandiendo el arma, con la mano izquierda. Debió cubrir con su salto una distancia de siete piés. Tomados desprevenidos y sin ninguna probabilidad de evitar el rápido ataque, los asaltantes vieron moverse la mano del otro hombre hacia adelante y hacia atrás, a la vez que oían un curioso y sibilante sonido. Casi instantáneamente, dos gritos de agonía desgarraron la

miedo y la ira, los labios ferózmente separados, se preparó a defenderse. Luego algo cayó sobre su mano, armada por el cuchillo, y el arma saltó al arroyo. Oyóse ruido de golpes, los gritos del apache atormentado y luego... silencio mortal. Del sombrío portal surgió nuevamente la borrosa figura del hombre que había sido atacado; pero su espantoso instrumento de ofensa y defensa había desaparecido, lo mismo que su capa. Se dirigió directamente a la figura caída en la calle y agarrándola por el pañuelo rojo que llevaba al cuello, lo puso de rodillas. Pero no había aún más que vaguedad en los ojos que lo miraron sin verlo. Con una sonrisa terrible dejó caer nuevamente al hombre sobre las piedras y se dió vuelta. Luego se le ocurrió un pensamiento, humo-

rístico al parecer, **por la risa que** dejó oir. Agachóse, quitóle al hombre desmayado el pañuelo rojo que llevaba al cuello, así como la gorra y el cuchillo que estabán caídos junto a él. Luego le registró los bolsillos, extrayendo de ellos un pequeño automático, del cual sacó las balas, volviéndolo después al sitio donde lo había encontrado. Luego, llevando en la mano sus trofeos de guerra, dirigióse a lo de Papá Boquot.

Dos gendarmes uniformados — de esos que, para servicios especiales, se recluían entre los más forzudos y brutales de los convictos, lo miraron al entrar a aquel lugar siniestro.

—Allí — dijo uno — va el nuevo terror del distrito de la Morgue... el Hombre de Marsella, como le llaman. Dicen que hasta Papá Boquot le tiene miedo. Y que entre él y Malliscot, el Rojo, hay una rivalidad mortal.

El otro se encogió de hombros.

—Entonces no nos dará mucho que hacer en la Rue Sans Gene — observó sentenciosamente — Porque el que asusta a Papá Boquot no vive mucho para asustar a nadie. En cuanto a Malliscot, el Rojo, cuando este gusano marsellés se crea más triunfante, lo madrugará. Antes de mucho veremos en una de las lozas de la Morgue un cadáver y será el del Hombre de Marsella; porque al final, Malliscot el Rojo, siempre gana.

Una declaración de la que el mismo Malliscot, si hubiera sido capaz de pensar en algo, tendido sobre las piedras de la calle como estaba, hubiese dudado.

Pero no quedaba duda de que aquel feróz forastero del distrito de la Morgue tenía intimidado a Papá Boquot, como había dicho el gendarme. Una mirada al rostro, cubierto de cicatrices, del voluminoso propietario, cuando aquel peligroso cliente se dirigió hacia el sitio desde donde él se hallaba, detrás de un pequeño mostrador, lo demostraba claramente. Pero Papá Boquot no hizo ademán de acariciar el mazo, ni siquiera disimuladamente, cuando el otro se acercó. Lo había hecho una vez y — ¡nom d'un chien! — que tenía bastante. Pasaron casi diez minutos antes de que se repusiera del golpe debajo de la oreja que aquel viajero de la vieja Marsella le había aplicado. Hasta aquel día no oía bien de ese lado. De modo que Mosieu Boquot, mientras observaba el lento y deliberado avance de aquel esbelto y diabólico instruso en el distrito, donde hasta entonces Malliscot y él mismo habían sido reyes sin corona, comprendió que había disturbios en puertas. En los ojos fieros, obscuros, coronados por despeinado cabello negro, en la sonrisa feróz de los labios, que dejaban ver los blancos dientes, se notaba. Y, sin embargo aquel desconocido era buen mozo; muchas de las más lindas mujeres del Quartier hubieran abandonado a sus hombres por él, con sólo que les hiciera una seña con el dedo. Pero ¡ma foi! las mujeres siempre han sido así. Para el ganador todo; el que pierde puede irse a buscar favores y sonrisas a otra parte. Era evidente que el intruso estaba de mal humor. Dirigiéndose en derechura a Papá Boquot lo saludó con menos respeto que el que le dedicaba siempre... que no era mucho.

—¡Eh! ¡cara de chancho viejo! — gritó y luego miró todo lo que podía verse del macizo propietario con profundo desprecio Tiró sobre el mostrador del bar frente a Boquot varios artículos que el propietario miró con desorbitados ojos, porque sabía bien que eran de propiedad de Malliscot el Rojo.

Aparentemente el encuentro, que sabía proyectaba el jefe de los Apaches, se había realizado, aunque no con los resultados que el Rojo esperaba. Porque allí estaba el turbulento forastero de Marsella, no solamente vivo si no tan sano y robusto como una persona de su contextura podía estarlo. Y allí, en su posesión, se hallaban artículos que todo el mundo conocía como de propiedad del terrible apache. Pero... ¿y dónde estaba el dueño de ellos? ¿Dónde estaba Malliscot, que había prometido aquella noche un carnaval privado para festejar la caída de su rival? Bueno, el rival estaba allí; pero... Era un pensamiento perturbador.

Perturbador sobre todo para Papá Boquot, quien sin cambiar la débil pero amable sonrisa con que había recibido aquella peste, pensaba si no estaría el desconocido enterado de que él, Boquot, sabía que iban a atacarlo y había aprobado el proyecto. Si era así ¿había venido para ajustar cuentas? Parecía que algo por el estilo pasaba por la sanguinaria mente del desconocido. La sonrisa que lucía en su cutis aceitunado no anunciaba nada bueno. Pero M'sieu Boquot tuvo buen cuidado de que no se traslucieran sus íntimos pensamientos. Realmente sentía el propietario algo parecido al miedo asentado en la boca del estómago.

—Mire cara de chancho — prosiguió el desconocido matón de Marsella, — en voz fuerte y corrigiéndose instantáneamente añadió: — ¿o debo decir cara de hipopótamo, de algo que no tenga inteligencia y sea más feo que el pecado? ¡Mon Dieu, sí! usted sabe de quien son estas prendas — agarró la gorra, la tiró al suelo y la pisoteó— Son de Malliscot. Un hombre puro viento, sin el valor de un gusano — Levantó el pañuelo, de manera que todos los concurrentes pudieran verlo — Este trapo sucio es de Malliscot. Un hombre muy bravo... de lengua.

Se dirigió con exagerada cortesía hacia una mesa, empapada de licor.

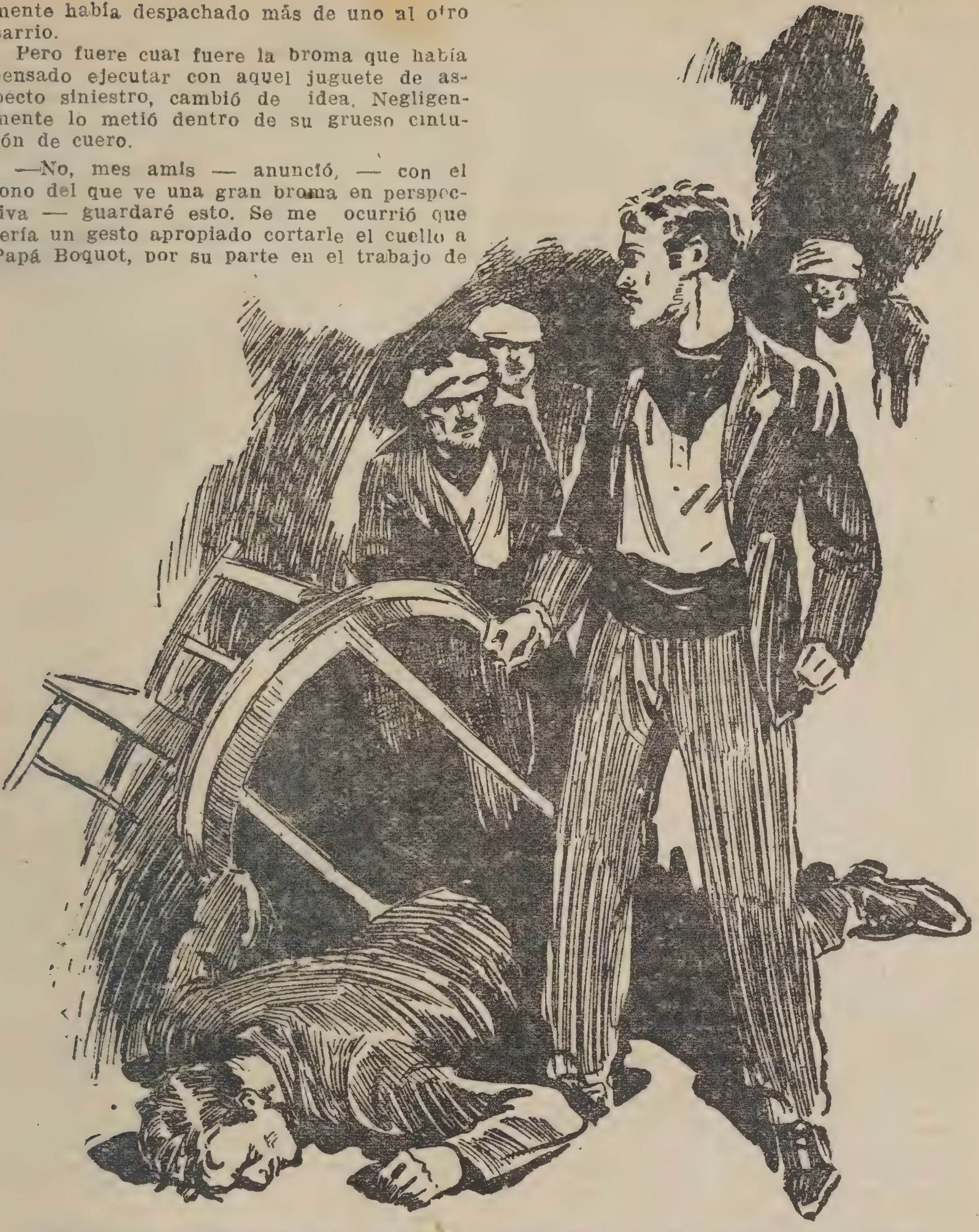
—Perdonnez-moi, m'sieu, m'selle — dijo haciendo una reverencia a sus ocupantes— Voy a limpiar vuestra mesa. Es para lo único que sirve el pañuelo de Malliscot el Terrible — luego, dándose vuelta, le tiró el pañuelo empapado a la cara de Boquet. Una luz asesina se encendió en los ojos del fornido propietario; pero nada dijo.

Luego el otro agarró el cuchillo, un arma acerada, **de aspecto cruel que indudable-**

mente había despachado más de uno al otro barrio.

Pero fuere cual fuere la broma que había pensado ejecutar con aquel juguete de aspecto siniestro, cambió de idea. Negligentemente lo metió dentro de su grueso cinturón de cuero.

—No, mes amis — anunció, — con el tono del que ve una gran broma en perspectiva — guardaré esto. Se me ocurrió que sería un gesto apropiado cortarle el cuello a Papá Boquot, por su parte en el trabajo de



El hombre de Marsella miró ceñudo a su alrededor. "¿Hay alguien que dijo que yo no gobierno el distrito de la Morgue?" preguntó tranquilamente.

esta noche, parte que no confiesa. Pero, después de pensarlo mejor, he decidido guardarlo para el mismo Malliscot el Rojo. La primera vez que decida librar el mundo de un hombre mejor que él — hablo de mí mismo — le será quizá agradable pensar que su propio cuchillo le da el golpe final. Y ahora beberemos a la salud de ese guerrero... mientras dure — añadió con brutal cinismo — Sí, beberemos a la temporaria salud de El Rojo.

Desde la puerta abierta una voz — si un sonido impregnado de ferocidad tan demoniaca podía llamarse así y provenir de garganta humana, — atravesó la larga habitación.

—¡Bebe en el infierno, entonces! — silbó. Y una figura de aspecto terrible, ensangrentada, avanzó lentamente hacia donde estaba el misterioso hombre de Marsella. En una mano esgrimía, con increíble rabia, un automático y apuntaba con él a la fi-

gura, despreocupada y burlona, que le sonreía.

—Tú debes haber estado en él hace un momento, Malliscot — dijo el hombre de Marsella con tranquilidad — Yo me limpié los piés en tu hermosa gorra, y sequé las mesas sucias con ese pañuelo mugriento que llevabas alrededor de tu igualmente mugliento cuello.

—Ya lo vi — dijo Malliscot, con voz extrangulada, enseñando ferózmente los dientes — Y haré que los entierren contigo, para que os pudráis juntos.

—Y sin embargo, — contestó con significativo acento — cualquiera al mirarme diría que voy a vivir más que tú, Malliscot.

—Las apariencias engañan — tronó el Rojo — porque vas a morir ahora mismo.

Con la rapidéz de una pantera, el hombre de Marsella se arrojó sobre él. Del automático no salió más que un seco "clic", sonido que hizo palidecer a Malliscot hasta los labios. El miedo, un miedo mortal, se reflejó en sus ojos inyectados de sangre.

Un momento después peleaba desesperadamente por la vida contra lo que le parecía un millar de puños cortantes. Y peor aún: una vez que había logrado asir la garganta de su enemigo en un vano intento de extrangularlo, algo tan terrible ocurrió a los músculos de sus brazos que el apache lanzó un grito de agonía. Tuvo que soltar a su enemigo y un instante después fué alzado audazmente y arrojado al suelo. Entonces comprendió que el hombre del puerto de mar empleaba la ciencia mortal de los luchadores orientales, el ju-jitsu. Antes de pocos momentos quedaría convertido en un inválido... quizá para siempre.

Con los sentidos presas del vértigo; pero astuto todavía como una rata de río, trató de arrastrarse hacia una mesa sobre la cual había una botella vacía. Una vez que la tuviera en la mano, sus bordes rotos le servirían. Su mano se extendió hacia la mesa y entonces, con fuerza increíble cayeron dos golpes sobre su mandíbula descubierta, enviándolo a una yarda del objeto codiciado. Nuevamente se sintió levantado del suelo en poderos brazo, luego oyóse un golpe sordo; un resplandor rojo bailó un momento delante de sus ojos, luego una obscuridad de terciopelo... la nada.

El Hombre de Marsella se enderezó de encima de la figura inmóvil del Rojo Malliscot y miró a su alrededor sonriendo.

—¿Hay algo más? — preguntó tranquilamente — ¿Hay alguien que dude que yo mando en el distrito de la Morgue? — pero nadie contestó a su desafío, hasta Papá Boquot desvió, embarazado, la mirada. Pensaba que Malliscot, el Rojo, no iba a servirle de mucho después de aquel desastre. "El Rey ha muerto... viva el Rey" fué todo uno para Malliscot, quien sabía que aquellos reyes sólo duraban hasta que apareciera otro más fuerte.

—La bebida a la salud de Malliscot yo la pagaré — dijo con sus modales más untuosos. Y beberemos también para que tú no... — hizo castañetear desdeñosamente sus dedos en dirección al hombre caído.

El de Marsella volvióse a Boquot fiaramente.

—Cuando yo quiera que usted pague la bebida que yo pida — dijo con tono mesurado y frío — se lo haré saber, Boquot — Arrojó un rollo de billetes de banco sobre el mostrador — No he terminado con usted todavía. Cuando termine... — se interrumpió con un encogimiento de hombros — Y usted beberá a la salud de Malliscot, como he ordenado. No valía mucho ciertamente; pero — sus ojos vagaron por la habitación, fijándose desdeñosamente en los hombres que la ocupaban — era mejor que muchos de los que están aquí y beberán a su salud. Sea como fuere, era el amo.

Un argumento que, Papá Boquot se confesó a si mismo, nada se ganaría con discutir. Pero no le gustó la alusión a su persona; no prometía nada bueno.

Después de decir esto, el vencedor de Malliscot el Rojo se retiró tan bruscamente como había entrado. Al salir se dió cuenta de que era el amo de la infame taberna de Boquot... y de todo el distrito.

Sólo un hombre y eso a decente distancia, lo siguió. Una vez que estuvo fuera del quartier, por medio de varios arreglos en su vestimenta adquirió una apariencia más respetable que la que tenía en su rincón de lo de Boquot. Apresuró el paso y puso su mano sobre el brazo del hombre de Marsella.

—¡Mac! — murmuró — ¿Qué piensa usted hacer después de esto, en nombre del Cielo?

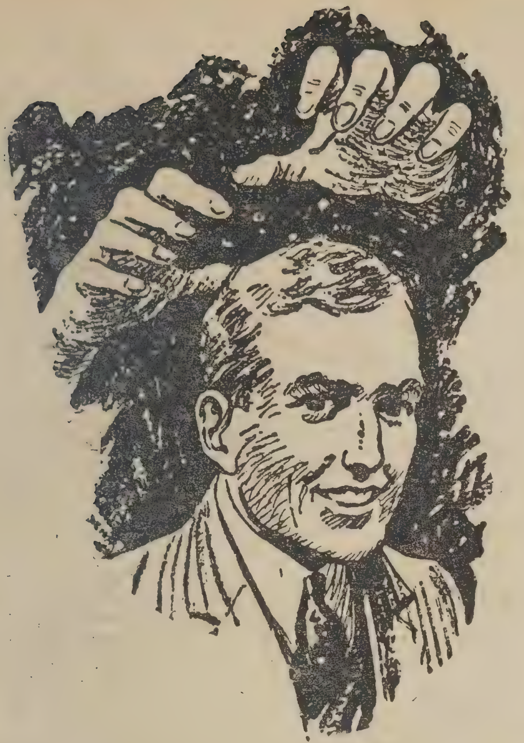
—¡Chit! — le advirtió el inspector Mc Carthy — Hable atentamente al rey de los apaches. Y en cuanto a lo que haré después, Alelí, — continuó con su antiguo acento caprichoso — si pudiera leer tan fácilmente el porvenir, haría fortuna en Bond Street y no arriesgaría el pellejo en trances como estos. Aunque le diré esto: — continuó riendo — es la noche más divertida que he pasado desde que pertenezco a la policía ¡Cuatro, Marcos! Me atacaron cuatro, todos armados hasta los dientes. Y yo no tenía más que mi cachiporra de caucho y mi ju-jitsú. Considerando estas cosas, creo que no he deshonrado a a Yard. De cualquier modo, impedí que me asesinaran e impedir un crimen es mejor que castigarlo luego ¡Ha sido una gran noche!

El Alelí lo miró asombrado.

—Pero... pero... ¿qué ha sacado usted de estas tres semanas de vida apache? Quiero decir si lo ayudará eso en el caso de Londres.

—Por vez primera, desde que vine aquí, he hallado una huella tangible. He encontrado al hombre que usa el cuchillo con el as rojo. El mismo as que estaba en el arma que mató a Davis, el mismo impreso en el puñal que tenía clavado la mujer que usted dice vió muerta en el hotel Marroquí. Convengo que no hemos ido muy lejos, Marcos; pero, sea como sea, ya estamos en camino.

(Continuará)



LOS MELLIZOS VENGADORES

Por

JOHNSTON Mc CULLEY

(Continuación)

Despojados de su fortuna por los Seis, un grupo de financistas sin escrúpulos, Pedro y Pablo Selbon, llamados los Mellizos Vengadores, deciden vengarse. Primero atacarán a Darnton Trede, jefe del Sindicato y luego a los otros cinco. Los mellizos descubren que Trede tiene otro enemigo, James Martaman, enamorado de la hija del financista, Carolina. Darnton Trede, que tiene otros proyectos, hace suponer a Martaman culpable de un robo, en combinación con su secretario Emilio Brahl y un detective bribón, llamado Milton Griff.

Pablo Selbon decide visitarlo a Martaman para obtener más detalles de su situación y se encuentra con Brahl, que finge ser el otro. Pablo descubre la treta, encierra a Brahl en su cuarto y va a otro departamento donde encuentra a Martaman secuestrado. Lo pone en libertad y, después de dejarlo en seguridad en un hotel regresa a su casa. Poco después llega el detective Griff que acusa a los mellizos de haber ayudado a escapar a Martaman y asaltado a uno de sus hombres. Está determinado a no dejarlos salir del departamento. Pero los mellizos simulan un incendio y escapan disfrazados de bomberos, reuniéndose con Martaman en un sitio convenido. Penetran en la casa de Darnton Trede, donde Pedro obliga a éste a firmar un documento reconociendo la inocencia de Martaman. Trede se pone furioso, por que debido a la astucia de Brahl había creído realmente culpable al joven. Con todo está dispuesto a descubrir la identidad del intruso. En esos momentos se presenta la hija de Trede, Carolina y revólver en mano exige a Pedro Selbon que deje caer el revólver.

XII

Mientras aquella noche Trede dormía profundamente y soñaba, su hija Carolina no había podido casi dormir. Estaba muy enamorada de Martaman y sabía que su padre era contrario a sus amores y poco escrupuloso en sus medios para conseguir fines. La suerte de Martaman la tenía preocupada.

Mientras se hallaba en la cama imaginábase la situación angustiosa del joven, aunque éste la había informado por teléfono de que estaba bien. Con su intuición de mujer comprendió que le había dicho aquello para tranquilizarla. Durante su disputa con Trede, aquella noche, éste le había dicho que estaba dispuesto a mandarlo a Martaman a la cárcel si no abandonaba la ciudad. Ella había defendido enérgicamente a Martaman contra la acusación de robo.

Así, pues, Carolina estaba bien despierta cuando Pablo Selbon empezó sus descargas en el fondo de la casa para producir alarma y hacer seguir a los guardias una pista falsa. Los tiros la habían alarmado, porque sonaron cerca. Había mirado por la ventana de su domitorio, sin encender luz; pero no pudo ver nada. Luego todo quedó tranquilo; pero ella no podía crer que los tiros hubieran sido disparados en la calle y que no tuviera nada que ver con la casa de Trede.

Se adormeció un rato y volvió a despertarse. No oyó nada anormal esa vez; pero tenía el presentimiento de que ocurría algo

grave, que la atmosfera de la casa era desacostumbrada. Durante un rato permaneció acostada, procurando dormir. Viendo que no podía, levantóse y se acercó a la ventana.

Persistía la sensación de que ocurría algo. No estando segura, vacilaba en llamar a su mucama. No quería parecer una niña tonta y miedosa delante de los sirvientes. Finalmente se envolvió en una bata y agarró un revólver de su mesita de luz.

Carolina Trede abrió la puerta de su dormitorio y escuchó un rato. No llegó a sus oídos ningún rumor alarmante. Pero fué hasta el hall del frente.

Lo atravesó silenciosamente y se detuvo afuera de una puerta. Llególe rumor de voces y pudo distinguir algunas palabras. Se detuvo a mirar por el ojo de la cerradura.

Vió a su padre, a Emilio Brahl, al enmascarado.

La suerte la ayudó. Si se le hubiese ocurrido, podría haber entrado por la pequeña oficina del secretario... y allí estaba Pablo escuchando, esperando y murmurándole a James Martaman:

—Ahora, váyase Martaman. Tenemos ese documento firmado por Trede. Salga y váyase a cualquier hotel. Telefonéele a Trede por la mañana. No tendrá que preocuparse más por el robo de la caja. Mi consejo es que se case secretamente con la joven y luego le pregunte a Trede que es lo que va a hacer.

—Si me agarran a la salida...

—Procure que no lo hagan — dijo Pablo — Y haga el favor de olvidarse que ha visto esta noche a los Mellizos Vengadores o que ha tenido noticias de ellos.

—No debe usted temer que los traicione, después de esto — dijo Martaman.

—No podría usted traicionarnos aunque quisiera, Martaman. Puede decir que vino aquí con nosotros y nosotros lo negaríamos. Afirmaríamos que estaba usted en combinación con Trede para perdernos. Pero no nos preocupa el pensamiento de que pueda usted traicionarnos, Martaman. Si lo creyéramos capaz de eso, no lo hubiéramos ayudado.

—Si fuese yo un traidor, hubiera salido de aquí para avisar a los guardianes.

—Pudo usted hacerlo — dijo Pablo — Pero, en primer lugar, no es usted traidor. En segundo, si lo hiciera, mi hermano destruiría ese documento firmado por Trede, nos abriríamos paso a tiros... y lo agarraríamos a usted, si salía con vida. Y si nos agarraban juraríamos que usted nos había ayudado a robar nuevamente a Trede. Tendría visos de verdad, porque usted está enojado con Trede y conoce la casa.

—Ustedes... ustedes piensan en todo ¿no es así?

—Los presuntos criminales, como nosotros tenemos que hacerlo. Váyase ahora Martaman — dijo Pablo — Telefonéenos mañana; pero cuidado con lo que dice.

Así que James Martaman salió al hall y empezó a bajar la escalera hacia la planta baja al mismo tiempo en que Carolina entraba en la biblioteca, después de abrir silenciosamente, pulgada por pulgada, la puerta que daba al hall.

Pedro se dió vuelta, como se ha dicho, al oir su voz. Estaba sorprendido; pero se repuso rápidamente de su sorpresa. Pablo debía estar dormido para haber permitido aquello, pensó.

—¡Ah!... — dijo Pedro — La señorita Trede, creo.

—La misma. No veo la ventaja de conocerlo a usted — contestó.

—¡Apúntale bien, Carolina! — exclamó Trede — Voy a llamar a la policía.

—¡Un momento, por favor! — dijo Pedro — Señorita Trede, vine aquí para hacerle reconocer al señor Trede la inocencia de Martaman. Su padre ha descubierto que fué Emilio Brahl quien tendió una celada al señor Martaman. Su papá creía realmente que este había desvalijado su caja.

—¡Oh yo sabía que no era así! — dijo Carolina — Papá....

—¡Mantén cubierto a ese hombre! — dijo Trede — ¡Hazle soltar el revólver! — Yo llamaré a la policía.

—¿Para decirle que la cacería contra Martaman ha terminado? — preguntó Pedro.

—¡No! Para hacerlo detener a usted por asalto. Me ha demostrado usted que Martaman no es ladrón; pero usted sí. Me ha amenazado continuamente con una pistola. Hazle soltar esa arma, Carolina. ¡Que se quite el antifaz!

Pablo, que estaba en el cuarto del secretario, lo oyó todo y comprendió que Pedro se hallaba en apuros. Pedro no le tiraría a una mujer para no ser descubierto.

Por el momento, las circunstancias estaban en favor de Trede.

Pablo tenía que obrar rápidamente y lo hizo. Abrió unas cuantas pulgadas la puerta que daba a la biblioteca. Levantó cuidadosamente su automático, lo hizo descansar sobre el brazo izquierdo y apuntó. Hizo fuego. La única luz que estaba sobre la mesa de la biblioteca estalló en fragmentos y la habitación quedó sumida en la obscuridad

XIII

Carolina lanzó un grito, mezcla de sorpresa y de miedo. Emilio Brahl chilló de terror.

Pedro Selbon estaba acostumbrado a los acontecimientos inesperados. Comprendió inmediatamente lo sucedido. No vaciló en sus movimientos. Instantáneamente saltó junto a Carolina y le arrebató el revólver de la mano. Luego retrocedió hasta la pared más próxima.

—¡Quietos todos! — ordenó — Quietos o empiezo a tirar. Si alguno de los guardianes ha oído el tiro y llama a la puerta, ninguno de ustedes responderá. Yo me encargaré de cualquier sirviente que baje.

Quedaron silenciosos. La voz de Pedro, resonando en la obscuridad, era más amenazadora que viéndolo a él a la luz. Sólo las fuertes respiraciones de sus víctimas llegaban a los oídos de Pedro. Nadie llamó a la puerta. Evidentemente ninguno de los guardianes había oído el tiro.

Pedro tentó la pared hasta que encontró la llave **de la luz principal encendiéndola.**

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

Luego cerró la puerta del hall, que Carolina había dejado abierta.

—¡Muy espectacular! — dijo Pedro — Supongo que están ustedes pensando como pude hacer esto. Siento no tener tiempo para explicarlo. Ahora, señorita Trede, tenga la mabilidad de sentarse. Perdone que me muestre grosero; pero es necesario.

Ella se sentó en la silla más próxima y lo miró sorprendida. Pensaba de donde habría venido aquel tiro afortunado. Emilio Brahl era un ser acobardado, en un extrede la mesa. Pero, en el otro extremo, Darnton Trede parecía haber recobrado su compostura. Además parecía complacido por algo. Y lo estaba. Aquel momento de obscuridad le había proporcionado una ocasión. Había metido su pié, calzado con zapatilla, debajo de la mesa de la biblioteca y oprimía el botón que daría la alarma al puesto de policía más próximo.

Poco le importaba ahora todo lo que hablara aquel enmascarado que tenía delante. Hasta trataría de entretenerlo. Porque pronto llegaría la policía. Se encontraría afuera con los guardianes. Sabría que ocurría algo grave y entraría calladamente a la casa, sorprendiendo al enmascarado.

—Resumiendo — dijo Pedro con ligereza — Usted sabe lo mismo que su padre, señorita Trede, que Martaman no robó las joyas.

—Siempre lo he sabido — dijo ella.

—Es usted leal y Martaman un hombre afortunado. Debe usted casarse con él, a despecho de la oposición de su padre. Si esta pequeña aventura mía ha preparado el camino para un feliz casamiento, estoy encantado.

—¡Oiga! — exclamó Trede — ¿Comprende usted que es un malhechor enmascarado que nos amenaza con una pistola? ¿Ha olvidado que es un ladrón?

—En presencia de un super — ladrón como usted mismo, Trede, yo guardo silencio acerca de mi profesión criminal — dijo Pedro inclinándose — De cada diez libras que obtiene usted con sus negocios, diez son robadas. No me gusta decir eso delante de su hija; pero así es. Debe alegrarse de tener por yerno a un hombre decente. Ahora volvamos a donde estábamos antes que la señorita Trede apareciera en escena. Yo estaba a punto de hacerlo ir a buscar a Brahl las perlas y los diamantes, creo.

—Estoy convencido de que ese idiota las escondió — estalló Trede — Por el modo como usted se expresa, cualquiera creería que espera lo inviten a tomar el te. No crea que se va a escapar por haberse metido en mis asuntos de familia. Ningún hombre me ataca impunemente. Y si es usted el hombre que creo.....

—¿Y qué va usted a hacer con nosotros? — preguntó Carolina Trede.

—Usted y su padre se quedarán aquí por ahora. Si tratan de salir de la habitación, puede ser que yo no esté de acuerdo. Hagan el favor de no intentar nada por el estilo. Me disgustaría sobre manera tener que matar a una dama.

Agarró a Emilio Brahl por el brazo, levantándolo de la silla. Lo llevó casi en brazos hasta la puerta.

—¡Sentados quietos! — ordenó. Abrió la puerta del hall y salió, dejándola abierta. Lo oyeron haciendo caminar a Brahl hacia las escaleras del frente. Darnton Trede se precipitó rápidamente hacia el teléfono.

—¡Manos arriba! — dijo una voz desde la puerta.

—Trede se dió vuelta y... allí estaba el enmarscarado otra vez. No veía a Brahl.

—No trataría yo de hablar por teléfono, si fuera usted. Creo será mejor que me quede aquí, para evitarle la tentación.

—¿Dónde está Brahl? — preguntó Trede.

—¿Brahl? Supongo que habrá ido a buscar las joyas.

Y Emilio Brahl estaba, efectivamente, con Pedro Selbon a su lado, sintiendo apoyado el automático en sus temblorosas costillas. Porque el hombre que amenazaba ahora a Trede era Pablo, cumpliendo el programa arreglado de antemano por los mellizos.

Uno siempre de guardia; pero que nadie pudiera decir que había visto dos hombres vestidos iguales.

Pedro obligó a Brahl a subir la escalera, hasta un cuartito del fondo, actualmente desocupado. Había una caja fuerte en la pared y allí dijo Brahl que había escondido las joyas, después de cambiar la combinación de la cerradura.

—No creo que usted se hubiese separado de las joyas, si no lo obligaran, Brahl — dijo Pedro — Estaba usted jugando muy sucio. Todo el mundo hubiese creído que Martaman había ocultado en alguna parte las joyas. Y después de enviarlo al pobre diablo a la cárcel, las hubiera usted negociado.

—Yo... yo nunca pensé tal cosa, señor — dijo Brahl.

—Poco importa ahora que lo pensara usted o no.

—**Mejor es que devuelva las joyas y se**

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

vaya — murmuró Brahl — Lo agarrarán. Yo no diré nada.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo... yo... se quien es usted. No me ha engañado. Es el hombre que me ató y amordazó ayer.

—¿Si? — dijo Pedro con tono placentero — ¿Lo cree usted así? Pues se equivoca. Que me crea o no, no me importa; pero déjeme decirle esto, Brahl: yo nunca lo até ni lo amordacé.

—Entonces...

—Y es mejor que deje de pensar en tales cosas, Brahl. Yo no lo admiro a usted mucho. Estamos aquí a obscuras, en el segundo piso. Puede ocurrírseme matarlo y dejarlo aquí...

—No... no... No quise significar nada con lo que dije.

—Usted no me conoce, Brahl — le dijo Pedro — No me conocería aunque me encontrara mañana por la calle. Porque si usted me conociera, estoy seguro que yo lo mataría.

—Yo... yo no lo conozco. Ciertamente que no — dijo Brahl.

—¿Dónde están esas chucherías?

—En este cuarto contestó Brahl.

Guió hasta la gran pieza. Pedro cambió por un momento de mano la pistola, sacó su linterna eléctrica y la encendió. Había dos ventanas en la habitación, con las las celosías levantadas.

—Bajaremos esas celosías — dijo Pedro apagando la linterna — No es necesario que se vea la luz de afuera.

No tardaron mucho en bajar las celosías. Luego Pedro volvió a encender la linterna. Emilio Brahl se acercó a una de las paredes corrió un panel y descubrió una pequeña caja fuerte de joyas. Empezó a mover la perilla.

—Es... estoy nervioso — gimió — No se... Quizá se me ha olvidado la combinación. Debo tenerla escrita en mi cuarto.

—No tenemos tiempo para volver a su cuarto — le informó Pedro — Confío en que recuerde usted esa combinación, Brahl. Tengo esperanzas de irme sin matarlo; pero no se.

¿Está usted seguro de que las joyas están en la caja, de que no ha dispuesto ya de ellas?

—Están en la caja. La... abrire.

Emilio Brahl, corriéndole por la cara y el cuello gotas de sudor producido por el miedo, se inclinó hacia adelante y movió

Pedro casi lanzó una exclamación al ver la hermosura de las piedras.

la perilla de combinación. Sus dos manos temblaban. Trató de serenarse y empezó de nuevo. Poco después, con un suspiro de alivio, la pequeña puerta se abrió.

—Apártese, yo las agarraré.

—Puedo entregárselas yo.

—Haga lo que le digo — le previno Pedro. Introdujo la mano dentro de la caja y sacó dos cofres de joyas. Pedro abrió uno de ellos y luego el otro, poniéndolos en el suelo. Después, sosteniendo la pistola en su mano derecha, agarró la linterna eléctrica e iluminó las joyas. Casi lanzó Pedro una exclamación al ver la belleza de las piedras. Había aquí una pequeña fortuna que podía quitarle a Darnton Trede, parte de la suma que el financista le había robado a él y a Pablo.

Pedro agarró los dos cofres y los metió dentro de los bolsillos de su saco.

—Bajemos... Póngalas en la otra caja — suplicó Brahl —. Yo no... puedo... no puedo soportar más tiempo esto.

—Revisaré primero bien esta caja.

—No hay nada más en ella.

—Veremos — dijo Pedro — Sus modales me dicen que hay. Encenderemos las luces y miraremos.

Con ayuda de la linterna eléctrica encontró la llave de la luz. No temía que Brahl hiciera un movimiento imprevisto y hostil. No había necesidad de vigilar muy estrechamente al hombre. Estaba paralizado de miedo. De modo que Pedro se dirigió nuevamente hacia la caja; después de decirle al secretario que se parara contra la pared, introdujo el brazo.

Sasó un grueso fajo de dinero y un segundo fajo de valores negociables.

—¿Qué es esto, Brahl? ¿Su fortuna privada? — lo interrogó — No me extraña que cambiara usted la combinación de la caja.

—Yo... yo... no sabía que eso estaba ahí.

—¡No me mienta, Brahl! Usted usaba esta caja para esconder su botín. Muy hábil. Es usted un despreciable ladrón... Eso es lo que es. Robaba a su patrón y a sus amigos. ¡Está bueno! Un ladrón robando a otros ladrones. Pero lo que hay aquí no es despreciable. Lo juntó poco a poco, imagino. Una acción aquí, un billete de cien libras allá. En las reuniones de los directores y en las oficinas privadas. Nadie podía sospechar del secretario privado del señor Darnton Trede. ¡Pienso cuantos pobres empleados habrán sido despedidos por culpa suya!

—Yo... no... yo no... hice nada de eso.

—Su cara dice otra cosa. Pero no perdamos tiempo hablando de eso ahora. ¡Baje! Yo me encargo de este dinero robado.

Metió los valores y el dinero en sus bolsillos. Salieron del cuarto y siguieron por el corredor. Llegaron a la escalera.

(Continuará)

El pordiosero ingenioso.

UN DUELO TRAGICO

Por WALTER GREEN

Desde los albores de su historia, tres acontecimientos solamente habían turbado el sueño tranquilo de Puerto Pina, pequeño desembarcadero situado sobre el Mar Caribe. El primero lo constituyó el desembarco de Cristóbal Colón; el segundo la decisión de la Mogul Banana Company eligiéndolo como punto de concentración de sus productos de exportación; y, el tercero, la llegada del hermoso yate "Dora" procedente de Nueva York.

A la mañana siguiente, es decir, pocas horas después que el "Dora" echara anclas, su joven propietario, Curtis Imric, llamó a su cabina al capitán, Ben Bunker.

—La verdad es ésta, mi querido capitán — le dijo después de un breve preámbulo: — Estoy literalmente en la calle. Compré este barco con lo que pude salvar del desastre, reservé para mi uso particular algunos miles de dólares y escapé de Nueva York, dejando allá acreedores por más de un millón de dólares. No volveré más, Ben; no puedo volver.

—Pero — agregó — estoy dispuesto a pagar a usted y la tripulación todo lo que les debo, además de los pasajes de regreso. Yo quedaré en esta costa hasta tanto se me termine el dinero que me queda todavía; tal vez pueda obtener después algo más por el "Dora"... Más tarde, veremos... Será lo que Dios quiera...

Tristes eran los presentimientos de Imric, pero la suerte y sobre todo una joven, Catalina Espinosa, dieron un impensado giro a los acontecimientos. Pues la hermosa y rica centroamericana lo invitó a visitar su espléndida estancia situada en medio de las colinas de la costa.

Muy pronto advirtió el extranjero que otra persona le disputaba la amistad de la muchacha. El rival no era para despreciar. Llamábase Soldano y se hacía pasar por descendiente de marqueses españoles del tiempo de la conquista.

La joven era uno de los motivos de la lucha que pronto se entabló entre los dos hombres, así como ciertas minas pertenecientes a la misma muchacha...

—Ayer — dijo ésta a Imric, una de las varias tardes que él la visitara, — envié a Soldano, con un mensajero, los contratos en blanco de la concesión de mis minas, pero el muchacho regresó con los papeles sin firmar. Me alegro de que sea así porque me permite decirle ahora que me agradaría mucho que usted me ayudara en la empresa. Yo proporcionaré los equipos y pagaré los gastos de explotación, y los beneficios los repartiremos por partes iguales. ¿Qué le parece la proposición señor Imric?

—¿Qué quiere usted que me parezca? ¡Magnífica y que la acepto sobre tablas!

—Perfectamente entonces. Esta noche regresa Soldano y mañana irá usted a ver las minas con él. Por un momento creí que no volvería nunca más a Puerto Pina, pero en una carta me dice que tiene un excelente plan para el aprovechamiento de las zonas ricas en esmeralda e insiste en que yo lo examine. Por eso ha decidido hacer una última tentativa y quizá un último viaje aquí.

—Creo — observó Soldano jugueteando con el cerrojo de su fusil y apoyando éste sobre las barras de la borda, — que dentro de otra media hora tendremos blancos en abundancia para disparar. Esta corriente de agua se llama Río Caimán y en verdad se merece ampliamente el nombre, porque aquí hay más de esos bichos que en todo el caudaloso río que hemos dejado atrás.

—¿Pero dónde están los caimanes? —

—Espere que la corriente esté un poquito más baja. Usted sabe, Mr. Imric, que este río es de los más raros, como lo son todos los ríos tropicales. Se lo puede recorrer en embarcaciones en una extensión de doscientas millas, teniendo no menos de doce pies de profundidad en todo el trayecto. Ello se debe a que se echa en el Pacífico, pues del lado del Atlántico tiene escasamente dos pies de hondura.

Los dos hombres estaban sentados bajo el toldo de cubierta de uno de los barquichuelos pertenecientes a Catalina Espinosa. En el país le llaman bongos, nombre que reservan a todos los vaporcitos fluviales. Sin embargo, el bongo de la señorita era modernísimo y no hubiera sido desdeñado por ningún millonario de Miami Beach.

Comenzaba la dura tarde de los trópicos. Desde que amaneciera habían navegado por entre las fangosas y feas orillas del Río Bayano. La corriente favorable les había llevado al Río Caimán, justo cuando la marea camenzaba a descender de verdad. El barco atracó contra el banco de lodo del riacho y las aguas siguieron bajando, hasta que finalmente el casco quedó casi en seco, tal cual se habían propuesto sus tripulantes.

Imric y Soldano estaban ahora sentados a no menos de doce pies de la superficie del agua. Las lonas del toldo estaban divididas en dos partes por un espacio de aire de unos diez centímetros. A pesar de esta precaución el calor era intenso y ni el más leve soplo de viento venía a renovar aquella atmósfera caldeada e inmóvil. Las miasmas del pantano que tenían a sus pies hacía más insalubre todavía el aire húmedo y sofocante.

Era la hora fatal de la siesta del trópico, en que todos los seres y todas las cosas se llaman a quietud. Los hombres mismos quedan como adormecidos bajo ese vaho de horno que se levanta de la tierra. Hace demasiado calor para moverse, para hablar, hasta para fumar. La anterior vivacidad de Soldano había desaparecido; continuaba siendo cortés, pero su apatía era evidente. Era como si ya no se le importara hacer ningún esfuerzo para atender al extranjero.

El contraste resultaba por demás elocuente. Mientras Soldano, de gran estatura, de

rostro regular e inmovil, vestido de inmaculado blanco, con los ojos medio cerrados parecía abatirse bajo el peso enorme de la atmósfera de fuego, el yanqui, sentado junto a él, con la mirada inquieta, el ceño contraído, revelaba una energía latente, una voluntad poderosa que la temperatura apenas atenuaba. El clima todavía no podía haber influído mayormente sobre su dinamismo de hombre de la zona templada.

Por un momento Curtis creyó hallarse en un barco abandonado. Todo era silencio a su alrededor; nadie se movía a bordo. Miró de popa a proa. En efecto, donde hubiera una mancha de sombra, una línea a veces, allí dormitaba un tripulante indígena. El piloto mestizo estaba tendido sobre el piso de su cabina. El muchacho negro de unos diez años, que estaba en el barco para llevar los fusiles de los cazadores, al menos tal le dijeron a Imric, se había acostado junto a una escotilla y con el cuerpo plegado en N, se le diría completamente olvidado del mundo que le rodeaba. Hasta el mismo imperturbable Firkins, parado frente a la puerta del salón, pero en el interior, parecía dormir también, aunque tuviera los ojos medio abiertos. Más su mirada era tan vaga y estaba tan abstraído, que se lo hubiera tomado por un inglés excéntrico contemplando tranquilamente el paisaje nativo, si bien su mente estuviera en algún club de Piccadilly.

Curtis comenzó a impacientarse de veras por la pereza e indiferencia ambiente, que ya amenazaban contagiársele, a él también. Se volvió entonces hacia Soldano.

—¡Vamos a la orilla a cazar caimanes! — propuso.

—Hágalo, si quiere — repuso Soldano entreabriendo pesadamente los ojos. — Sin embargo me parece que mejor sería tirarles desde aquí mismo.

—¿Pero dónde están los caimanes?

—Debe haber cientos a la vista en estos momentos. Mire con sus gemelos, Mr. Imric, y examine atentamente la superficie del agua y el barro de la orilla.

Curtis hizo lo que se le indicaba. La marea bajaba rápidamente. La corriente de unos doscientos pies de ancho, se había reducido ya a un canal de un ancho cuatro veces inferior y que corría por entre una masa imponente de un barro oscuro y de tintes amarillentos por efectos de la reverberación del sol.

La superficie brillante de ese lodo estaba punteada a trechos por unos relieves longitudinales que bien se hubieran podido tomar por troncos abandonados en el fango y medio sumergidos en él.

Curtis detuvo su lente en uno de esos troncos. Por poco se le escapa un grito de sorpresa: era un gigantesco caimán inmovil bajo la luz brillante del sol y dejando solamente en descubierto una parte del lomo y la parte superior de la cabeza.

El joven recorrió entonces con su gemelo la superficie del lecho del río y comprobó así que todas las prominencias del lodo que había tomado por troncos abandonados, no eran otra cosa que caimanes. Había cientos y cientos, hasta donde alcanzara la mirada.

—¡Jamás hubiera imaginado que hubiese tantos caimanes en el mundo! — exclamó Imric, sinceramente admirado.

Se puso los gemelos en un bolsillo y tomó su rifle.

—Antes de disparar — murmuró perezosamente Soldano, — permítame hacerle algunas observaciones. Esos caimanes están siempre alerta; el sentido del oído es su fuerte. Por eso es que he ordenado que todo el mundo se mantenga quieto y silencioso en el barco. En el mejor de los casos, no tendrá usted más tiempo que el necesario para descargar toda la serie del rifle, pues los caimanes buscarán al primer tiro el refugio del río. Usted encárguese de la orilla derecha y yo me ocuparé de la izquierda. No le tire al cuerpo, pues sólo que la bala llegara en ángulo recto, o poco menos, podría penetrar a través de su piel.

Para tener la seguridad de que el animal quedará en el mismo sitio donde sea herido, será necesario que le pegue o en los ojos o en los oídos. Bueno, empezaré por aquel gigante. Le apuntaré a la cola para que usted vea unas cosas raras. ¿Listo?

Imric tomó aliento, como preparándose para una gran empresa, soltó un poco de aire e hizo seña a Soldano de que ya podían principiar. Así fué; los disparos sucedieron a los disparos, hasta que los depósitos de los rifles estuvieron vacíos.

El río, tranquilo hasta ese momento, despertó improvisadamente de su letargo. Feos reptiles cubiertos de barro corrían en un sentido y otro, atropellándose, rumbo al río. Las aguas de éste, ya turbias de suyo, se oscurecieron aun más, revolviéndose por efecto de las súbitas zambullidas de los animales.

El ruido que éstos producían se asemejaba en un todo al chapoteo de mil remos manejados por robustos atletas.

Todos los reptiles habían huído hacia el canal, menos uno, que se arrastraba pesadamente hacia el vaporcito.

—Es el gigante a quien herí en la cola — dijo Soldano — Mire còmo se menea.

—¿No puede matarlo usted?

—No. En realidad no está muy herido, sino simplemente furioso.

Curtis lo miró sin comprender.

—¡Caramba! Me parece que... — empezó diciendo en forma vacilante. — ¿Es esta toda la emoción que procura la caza del caimán? Me parece haber herido uno en la cabeza y sin embargo no lo veo...

—Lo que ocurre es que se sumergen cuando son muertos — contestó Soldano con indiferencia. — No vuelven a la superficie por un par de días... y entonces ni los negros querrían acercársele.

—Pues, en tal caso, no veo que haya mucha diversión en esto. No hay necesidad de seguir ninguna huella, de desafiar ningún peligro... Ni siquiera se usa la carne de las víctimas!

—Tiene usted razón. Por eso es que abundan tanto los caimanes aquí. Nadie se ocupa de ellos.

—Bueno, pero yo quisiera algo más, una verdadera caza. ¡Si pudiera sacar una foto de esas bestias! — añadió de pronto entusiasmado.

—Ya tendrá una caza en forma cuando hayamos bajado a tierra y nos internemos en la selva. Allí no faltan jaguares y otros bichitos por el estilo. Verá usted, Mr. Imric, como caen sobre su cuello desde los árboles y como usted es muerto sin que llegue a saber nunca quien fué su matador.... En cuanto a sacar ahora una fotografía de esos animales, no me parece una cosa muy indicada... aun suponiendo que usted tenga el valor suficiente para bajar a tierra... Hace mucho calor y con ese barro asqueroso.. Además sería peligroso.

—¿Peligroso? — repitió Curtis animándose — ¿Por qué peligroso?

—Bueno iré con usted — dijo al fin. — Pero antes me cambiaré esta ropa: ¡Sería una lástima! Espere un momento, mientras hablo también al piloto. El conoce el país como la palma de sus manos. Llevaremos con nosotros al negrito de los fusiles.

Diez minutos después estaban bajo la sombra de los árboles de la ribera. En una extensión de cincuenta metros de la orilla no

Curtis le había tomado de las piernas.

—Los indígenas tiene un miedo pánico de acercarse descalzos a las lagunas o corrientes de agua donde abundan los caimanes. Dicen que éstos a veces atacan. De mi parte, creo que semejante afirmación carece de fundamento. Jamás les he visto hacer otra cosa que tenderse en el barro mirando hacia el río y huir al menor ruido. El peligro estaría en resbalar por el lodo y caer al agua. Sería en verdad horrible lo que sucedería entonces.

Luego, mirando burlonamente a Curtis:

—¿Quiere ir todavía a la orilla?

—Desde luego — contestó el muchacho sonriendo. — Llevaré conmigo la máquina fotográfica y dejaré a bordo mi fusil.

Soldano bajó la vista a sus pantalones de un blanco purísimo y vaciló.

había vegetación alguna. Era el lecho del río cuando la marea estaba alta. Aprovechando ese claro avanzaban los hombres, siguiendo siempre paralelamente a la orilla, pero sin acercarse para nada a ella.

Cuando hubieron recorrido varios centenares de metros, notaron que los árboles iban siendo más corpulentos. Había allí palmeras y bambués a cual más grandes y pertenecientes a las especies más variadas.

Los hombres avanzaban ahora en fila india llevando al negro a la vanguardia.

Detrás de él venía Curtis provisto de su máquina fotográfica. Soldano cerraba la marcha llevando un fusil en la mano.

Adelantaban lentamente por el terreno, fangosa a trechos, aunque en la mayor parte reseco ya por el sol. La costra formada se

requebrajaba con ruido particular bajo los pies de los hombres.

Debieron cruzar varios paqueños afluentes de la corriente mayor. En todas las lagunas formada en las desigualdades del terreno y en los arroyitos que la proveían de agua, había caimanes, pero estaba demasiado oscuro para que pudiera fotografiarlos. De las ciénagas pobladas de reptiles se levantaba un olor nauseabundo; las aguas se revolvían a causa de los movimientos de los animales que se agitaban en su seno como una constante amenaza para los incautos que se atrevieran a penetrar en sus dominios.

Los hombres, que seguían siempre de a uno en fondo, pisando en el mismo sitio donde lo hacía el negrito que iba adelante, desembocaron de repente en un vasto claro resplandeciente de sol. La impresión que el cambio produjo en todos fué tanto más grande cuanto que habían marchado hasta ese momento bajo la tupida maraña de la selva y de los antros naturales de la costa. Era como si volvieran de nuevo a la vida, después de haber pasado por infernales cavernas. El negrito lanzó un agudo silbido de alerta y señaló hacia cierto punto situado adelante y abajo. Se arrastraron todavía un trecho y quedaron al fin frente al agua de la corriente, con las barrancas a plomo. Solamente una pequeña plataforma los separaba de ella. El agua estaba agitada, como si una infinidad de demonios se revolvieran en su seno oscuro. Eran los caimanes que, viscosos y horribles, asomaban sus ojillos saltones en la superficie del agua. Imric vió también a sus pies un caimán enorme; se encontraba tan cerca suyo que con una caña de pescar lo hubiera podido tocar fácilmente. La enorme bestia estaba le costado a ellos y tenía sus fauces desmesuradas abiertas de par en par. Así, dormido profundamente, esperaba de seguro el pajarillo amigo que viniera a limpiarle la boca de los parásitos que de ordinario vivían en ella.

—¡Qué bien está así para la foto! — exclamó Curtis con voz apenas preceptible y dirigiéndose a Soldano. — De quedarse ese bicho quieto, le podré sacar hasta un retrato de la misma garganta...

Levantó la máquina y se inclinó para enfocar. Una rama se interponía entre la máquina y el animal. Debió variar de sitio, adelantándose un poco. Volvió a enfocar. El click del objetivo coincidió casi matemáticamente con el cierre de la bocaza, pero con la diferencia de que el ruido que produjo ésta fué muy superior al de aquél.

En el mismo instante, Curtis sintió que el piso de lodo se deslizaba bajo sus pies; quiso evitar la caída, pero sus esfuerzos fueron vanos pues se precipitó con creciente velocidad por la barranca resbaladiza. Ya nada le separaba del agua. Al fin perdió el equilibrio y comenzó a caer como un rollo de papel. Sus dedos iban dejando en el barro las huellas de su desesperación. Unicamente un milagro podría salvarlo ya de caer sobre el mismo reptil cuya fotografía había sacado. Alcanzó todavía a ver a Soldano encima de la barranca! presenciaba horrorizado la escena que se desarrollaba bajo sus ojos.

Y se produjo lo esperado: Curtis fué a chocar violentamente contra la cola del caimán, el cual ya había comenzado a abrirse camino entre el lodo, en dirección al río...

Si la cola le hubiese alcanzado a la debida distancia, el golpe que le hubiera asestado habría bastado seguramente para no dejarle un hueso sano. Pero, así mismo, la reacción mecánica del animal al recibir sobre su apéndice caudal el peso de un cuerpo extraño, lo devolvió como proyectil lanzado por una catapulta viviente al barro de la orilla.

Aquello fué precisamente lo que le salvó de una muerte segura. Cayó sobre la máquina fotográfica, la cual, medio sumergida en el barro, fué sin embargo toda una tabla de salvación en el apurado trance en que se hallaba su dueño.

Curtis, acostado boca abajo sobre la máquina, chapaleó inútilmente el barro escurridizo, intentando encontrar con sus dedos crispados un efímero punto de apoyo. Habían pasado diez segundos, no más. Si el reptil le había herido con el tremendo golpazo, no lo sentía. Levantó los ojos a la barranca. El negrillo, en cuatro piés y con los ojos muy blancos de horror e incredulidad, le miraba. Casi inmediatamente dió un salto en dirección al bosque y desápareció.

Soldano, de un enérgico empujón, le obligó a no asomarse mucho al río. Entre tanto no se soltaba de la rama que había sido su salvación. Pues él también rodó cuesta abajo en el primer momento; pero pudo asirse todavía de las ramas de un árbol que extendía su follaje por sobre la orilla. En la otra mano tenía su fusil.

Soldano sonreía, suavemente y conteniéndose, pero sonreía. Las pupilas le brillaban equívocamente.

Curtis, que le veía perfectamente desde el lugar donde se encontraba, le preguntó furioso:

—¿De qué se ríe? ¿Hay algo de gracioso en ver a un hombre medio muerto?

El rostro de Soldano adquirió entonces una expresión de burlona solicitud; sin embargo, sus ojos no perdieron su anterior brillo.

—Quédese completamente quieto, Mr. Imric — dijo — El muchacho ha ido a cortar una rama de enredadera. Servirá de soga y lo levantaremos a usted hasta aquí.

¡Ah! ¿Me pregunta usted si hay algo de gracioso en esto? Es claro que sí, hombre.

Recuerdo que una vez un amigo mío cayó también entre los caimanes y los caimanes.

No pudo terminar, empero, porque Curtis lo interrumpió bruscamente:

—¿Y se reiría usted si se viera en mi caso?

La expresión de Soldano se modificó.

—¿Quién sabe? — dijo lentamente y con aparente sinceridad. Me parece que sí.

Me gustaría morir como he vivido. Pero aquí está el muchacho con la soga de lianas... ¡La soga salvadora! — añadió, volviendo a su primitivo tono de burla.

—Tómese fuertemente de la punta, Mr Imric — gritó. — Y no se olvide de su máquina fotográfica...

Una vez en el barco, Curtis pasó directamente al baño. Quería verse libre cuanto antes de aquel barro infecto. Parecía que la grasa del reptil le hubiera saturado toda la piel. Firkins le ayudaba en la tarea de higienizarse; atento solamente a su trabajo y haciendo honor a la característica flema inglesa, apenas si contestaba con uno que otro "Yes sir" al frondoso relato de la aventura que le hacía Curtis mientras se iba lavando.

El muchacho se impacientó ante la fría acogida que merecía su narración de parte de aquel hombre sin nervios, y calló. ¿Para qué seguir hablando, si el otro no sabía valorar el interés de una situación que nos puso a dos pasos de la muerte, y de la más espantosa de las muertes?

Una vez que se hubo bañado y perfumado, Curtis se untó el brazo donde había recibido principalmente el golpe con un linimento que sabía muy aficáz para el caso.

Firkins insistió luego en vendarle la parte machucada.

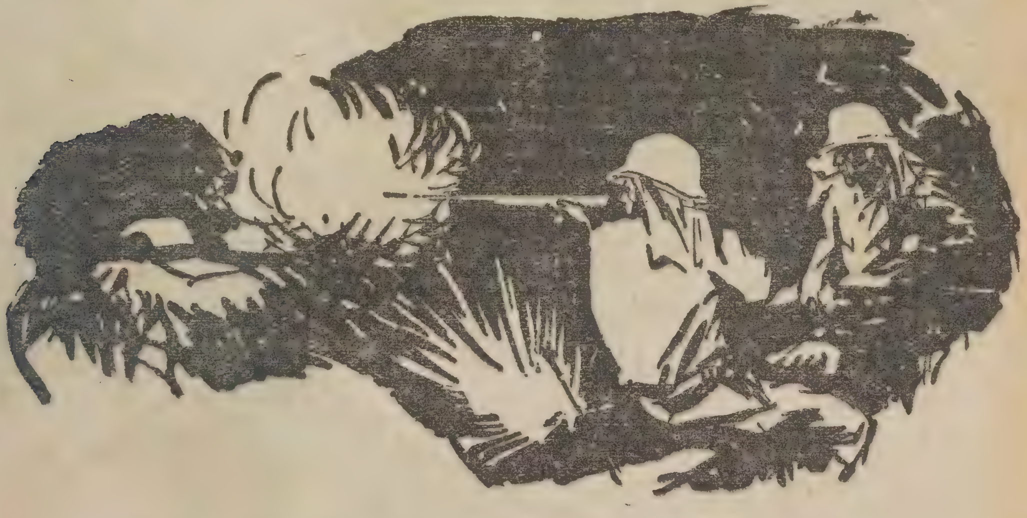
—En este país las infecciones son muy fáciles — dijo — Me atrevería a decirle que estuviera atento al menor desarreglo que note...

Hizo un lío con la ropa llena de barro y se marchó.

Curtis teminó de vestirse y subió a la cubierta. Soldano no había aparecido todavía. Recordó la advertencia de Firkins y se estremeció involuntariamente. ¿Si sería siempre su ave de mal agüero aquel viejo neurasténico? ¿Sería posible que muriera de semejante modo en aquel país, lejos de los suyos y sin gloria ni provecho?

Se sentó en una silla de cubierta y pidió su bebida favorita: una mezcla de gin y ginger-ale. A pesar del reciente baño, había vuelto a transpirar abundantemente y bebió con fruición la bebida. ¡Qué bien sabía bajo aquel aire de fuego y después de las emociones experimentadas!

De inmediato se sintió mejor y más optimista. Hasta llegó a sonreir. Ahora comprendía a Soldano. El vaho del alcohol excitó su imaginación y se vió perdido en medio de la salvaje jungla centro americana, de los pantanos infectados de caimanes, con salvajes que lo rodeaban por todos lados dispuestos a caer sobre él y ultimarlo... Eran hombres también, pero vivían en la abyección más deprimente, como tal vez vivieran nuestros antepasados de hace millares y millares de años. Allí, bajo los árboles corpulentos y cuyas ramas caían voluptuosamente sobre la corriente, habían pasado toda su vida, desconociendo la vida de los demás pueblos, ignorando en absoluto lo que significa la civilización. ¡Y después los monos innumerables, las bandadas de loros que venían a animar el imponente paisaje tropical!



Sonó el tiro y el animal cayó como fulminado.

Pero recordó luego que estaba abordo de un confortable barco construído en los Estados Unidos y en el cuál no sóla había gin en abundancia, sino también champaña, que un criado inglés podría traerle en cualquier momento... Y se sintió feliz.

Miraba y remiraba la jungla imponente, el barro pegajoso del río y por un momento pareció identificarse enteramente con la naturaleza. Sobre el fondo oscuro de la selva se levantaban las cimas nevadas de los Andes centroamericanos; al verlos sintió ganas de gritar su admiración, su alegría de contemplar tanta magnificencia.

Se acordó de Catalina y su entusiasmo creció de grado. Sus palabras de la víspera sonaban todavía a sus oídos: "Es un alma de tigre con apariencia de cardenal astuto". Se refería a Soldano. Posteriormente había vuelto a aconsejarle que no se descuidara con él; le sabía capaz de cualquier cosa.

Confesaba haber desconfiado un poco del seudo marqués español, pero después de la ayuda que les prestara en el pantano, ¿cómo podía seguir dudando de él? Verdad es que se había reído al verlo caído sobre el lodo, pero lo hizo en un momento de buen humor. Y si no fuera así, ¿qué se le importaba si por todo lado le sonreía la naturaleza?

tando su alma y es posible leer en él como en un libro... Estaba usted pensando que es éste un hermoso país, pero también un terrible país, ¿verdad?... ¿A que no me equivoco?

Curtis asintió con un movimiento de cabeza.

—En efecto — confesó — Estaba pensando eso.

Curtis fué a chocar violentamente contra la cola del caimán.

Un tirón dado en su brazo le hizo volver a la realidad. Era Soldano. Estaba sentado junto a él, con un enorme vaso en la mano y una leve sonrisa en sus labios finos.

—Sí, Mr. Imric — comenzó lentamente, — perdóneme que le interrumpa su meditación; pero he estado obsévandolo hasta ahora con mucho interés. Su rostro, trasmite muy bien las impresiones que va experimen-

—Y bien, — continuó el seudo marqués español, — este país es algo más que terrible: es peligroso. Algunas de las tribus que lo pueblan son más salvajes todavía que las más salvajes del corazón de Africa. Está menos explorado que aquella y contadísimos son los blancos que han penetrado en él. A unos cuatrocientos kilómetros a la redonda se hablan no menos de treinta y siete

idiomas y dialectos diferentes. Es ésta una tierra de víboras y fiebres malignas, de insectos y calores insoportables. No es, en una palabra, tierra propicia para el extranjero, para los hombres, ¿cómo le llamaríamos?, para los hombres delicados.

—¡Yo no soy un hombre delicado! — repuso Curtis con asombro y como si aquella observación de Soldano hubiera sido dirigida directamente a él.

—No es un hombre delicado, pero en cambio es un extranjero. Por eso debe cuidarse muy bien de mirar por donde pisa.

—¿Teme acaso que pueda resvalar?

—Es precisamente lo que temo — asintió Soldano con una sonrisa.

—¿O teme que alguien me empuje? — preguntó con intención.

—O que alguien le empuje — aceptó el español sin inmutarse.

—¡Cómo! — exclamó el norteamericano poniéndose rápidamente de pié — ¿Quiere decir que se propone usted eliminarme esta tarde mismo?...

Soldano lo miró con cierto fastidio. Terminó de beber su vaso de vermouth y soda antes de contestar.

—Mi estimado amigo — dijo luego suavemente, — no creo que usted me juzgue capaz de fracasar en mis propósitos. Piense un poco: Si yo hubiera querido eliminarlo, como usted dice, ¿no cree que pude haberlo hecho cuando estaba tendido en el barro? Un tiro que se escapa y va con destino equivocado es siempre cosa disculpable...

Curtis se limitó a emitir un gruñido equívoco.

—No, Mr. Curtis; lo que quiero decirle es simplemente lo que sigue: o mucho me equivoco o usted cree que yo estoy resuelto a matarlo. Esta idea le fué sugerida de seguro por una dama a cuyos... a cuyos favores los dos aspiramos, ¿no es así?... Le ruego que no me interrumpa. Y bien, pienso que ninguna persona puede disfrutar de los placeres de un viaje cuando se ve constantemente asediado por la idea de que su compañero se dispone a quitarle la vida en la primera oportunidad que se lo presente... Le doy por eso mi palabra de honor que hasta este momento no he tenido la menor idea de matarlo; realmente no he hecho mi composición de lugar a este respecto... todavía. ¿Es suficiente esto para tranquilizarlo?

Curtis no pudo contener una carcajada. El cinismo del español era en verdad desopilante.

—¿Y qué es lo que le ha impedido tomar todavía una determinación? — preguntó riendo.

—Todo. No, mi amigo puede estar usted tranquilo, absolutamente tranquilo. Mi superioridad moral es enorme.

Curtis Imric volvió a reir, sinceramente divertido por las impertinencias del "marqués". Aquel hombre debía ser realmente peligroso, pero por el momento no había más que festejar su elegante descaro.

Después de un corto intervalo de silencio, Curtis preguntó:

—Dígame, marqués: ¿No es lo suficiente grande el país para los dos?

—Es eso precisamente lo que no he podido resolver aún. Una cosa, Mr. Imric: no vaya a pensar por un segundo que yo pueda matarlo por venganza. Un crímen por motivos sentimentales sería indigno de mí. Es un lujo que un hombre inteligente no puede permitirse, por la misma razón que un país nunca debiera declarar a otro la guerra, a menos que fuera por causa de órden económico.

—Perfectamente — contestó Imric adoptando el tono del otro — Ha dejado de tener usted razones económicas para atacarme, desde que ha quedado descartado enteramente por la señorita Espinosa para esa empresa de las minas de esmeralda. Ahora soy yo el que entra a tallar en esto.

—Eso es lo que tengo entendido. Y es éso lo que mi inteligencia arguye en favor de usted. Están las esmeraldas y está la señorita Espinosa, por lo que mi instinto me advierte que el último capítulo de esta obra no podrá ser escrito más que por uno de nosotros...

—Tal vez — aceptó Curtis sonriendo — De ahí que haya pensado yo también que usted me ha traído aquí para matarme. Como no puedo regresar ni escapar, usted se divierte ahora poniendo a prueba mis nervios. ¡Muy bien! ¡Acepto todo y veremos qué resulta a la postre!

—Usted lo ha dicho — declaró el español divertido — Veo que nos entendemos perfectamente. ¿Quiere que bebamos otro vaso de esta ambrosía maravillosa?

Cuando le hubieron servido, al uno vermouth con soda y al otro gin y ale-gin, levantaron los dos en alto los vasos y brindaron ceremoniosamente. La sonrisa que bailaba en los labios de los dos y la exageración de las cortesías, decía a las claras que todo aquello era falso y que ambos trataban de demostrar al otro que no le temía. El Norte contra el Sur, un latino contra un yanqui. Esa era al menos la apariencia, que Curtis fué el primero en aclarar.

—No vea en mí la representación pura de los anglosajones — explicó, — pues es tradición que en mi familia hay un ascendiente español...

Soldano se inclinó caballerescamente.

—Me alegra sobremanera que sea así — dijo con extraño fulgor en los ojos — Más hermosas son las chispas cuando el acero es el mismo.

Luego, deponiendo su aire de mosquetero:

—Bueno, ahora a comer.. si es que los mosquitos nos lo permiten. Mañana saldremos al alba, para llegar al campamento antes de que oscurezca.

Al día siguiente, de acuerdo a lo convenido, partieron rumbo a las minas. Navegaban entre las estrechas orillas del río, desprovistas de árboles y lianas en una extensión de varios metros. De ordinario el

agua cubría ese espacio, dejando sólo una estrecha franja de tierra, que los nativos podían utilizar siempre aun en las crecientes más grandes. Los pantanos y las lianas del litoral cedían ahora su puesto a las colinas boscosas de las primeras estribaciones de los Andes. La propia agua del río era más limpia y fresca.

Los que no trabajaban a bordo no tenían más que pasar las horas muertas sobre cubierta leyendo o fumando. Soldano, un poco callado aunque no insociable, desde la víspera, apenas si hablaba. Curtis leía, dormitaba a ratos y pensaba acerca de su situación. Al fin llegó a la conclusión de que nada debía temer mientras estuvieran a bordo. Los peligros comenzarían después.

Si el español se decidía a atentar contra la vida del extranjero que se había presentado tan inopinadamente para malograr sus planes, lo haría de un modo original, concorde con las maneras de ser que había demostrado hasta entonces. Lo que entristeció un poco a Curtis es que sería necesario matar a aquel hombre tan simpático e inteligente, antes de que lo matara a él... Es claro que la iniciativa estaría a cargo del otro. A él le correspondía defenderse solamente. Asesinarlo a sangre fría era una cosa que jamás hubiera hecho.

En previsión de lo que pudiera suceder, se puso su pistola automática debajo de la camisa, sobre la piel. A la pistolera la disimuló debajo del cinturón y el breech.

Hacia el atardecer, llegaron al campamento de que había hablado Soldano. Otra sorpresa le esperaba allí a Curtis: no había mayor asomo de vida indígena, de cabañas de bambú, de aldea india, como había imaginado. Excepto el pequeño atracadero hecho de gruesos bambúes adosados unos contra otros, aquel campamento hubiera podido estar perfectamente en la zona del Canal de Panamá.

En un claro del bosque se levantaban una docena de lindos y muy modernos bungalows. Se veía, serpenteando entre los macizos de los bien cuidados jardines, sendas enarenadas y macizos cubiertos de flores. Había hasta una pequeña casa de bombas y su correspondiente tanque de hierro, desde el cual partían las cañerías de las aguas corrientes!

El bongo atracó rápidamente en el desembarcadero. Allí esperaba su llegada un hombre muy alto y al parecer muy serio y callado. Vestía pantalones kaki y calzaba altas botas. Estaba en manga de camisa y un casco bastante sucio le cubría la cabeza. Debajo de él la cara aparecía desmesuradamente empequeñecida. De primera intención se la hubiera tomado por la de un niño enfermizo.

Aquel hombre llamaba realmente la atención; después de su considerable estatura, lo que más impresionaba en él era su inmovilidad de estatua. La misma pipa que sostenía en la comisura de sus labios de niño acentuaba la impresión de momia que producía.

—Ese hombre — explicó Soldano — es Billy Mear, el superintendente de los trabajos. Es un buen ingeniero, pero cuando no está borracho. He estado aquí tres veces y solamente hablé dos con él. Bueno, ahora desembarquemos.

Mead no se adelantó a recibir a los visitantes, sino que esperó que éstos se le acercaran. Tampoco hizo ademán de tenderles la mano. Parecía no haberse apercibido de la presencia de Soldano y hablaba sin mirar a ninguno de los dos hombres que tenía ante sí.

—¿Es usted Mr. Imric? Hay órdenes de ponernos inmediatamente bajo la dirección de usted. La cena se servirá dentro de veinte minutos.

Giró sobre sus talones y guió a los visitantes hacia lo alto de las barrancas. La rapidez y firmeza de sus pasos no corrían muy parejas, y ni Imric ni Soldano pudieron evitar el cambio de una sonrisa que por sí sola valía por todo un comentario.

Era en verdad extraño aquel hombre. Sin embargo lo siguieron cuesta arriba.

Curtis fué instalado en un bungalow de tres habitaciones. Con gran sorpresa halló allí un baño instalado con todo el confort moderno. La cabaña era en extremo sencilla, pero cómoda y limpia. No hacía alarde de ningún lujo, pero tampoco faltaba lo que puede necesitar un hombre para hacer una vida relativamente llevadera. El techo era doble y las ventanas todas estaban cerradas por cortinas que evitaban el paso de la luz brutal de afuera en las horas de sol.

Curtis estuvo con singular placer debajo de la canilla de donde fluía un agua fresquísima, por espacio de no menos de cinco minutos. Habiéndose higienizado convenientemente, se vistió con ropa de brin y fué a la cabaña que servía de comedor. Los otros dos hombres ya estaban allí.

La mesa principal estaba constituída por una tabla de caoba de seis pies de diámetro y cuatro pulgadas de ancho. Su tamaño y el fino trabajo de carpintería, dejó estupefacto a Curtis, quien se volvió a Soldano en procura de informes.

—La riqueza forestal de esta región es fabulosa — repuso el español. — Lo que pasa es que no se la explota. Hay una compañía norteamericana que tiene una concesión de cinco mil acres; pero trabajaron sólo dos temporadas y abandonaron... a la fuerza. Pues sus hombres blancos desaparecieron paulatinamente, unos muertos por las serpientes, otros por las fiebres y algunos a manos de los naturales. Sabían muy bien el arte de la explotación de las selvas. más no estaban preparados para resistir al trópico. Además trataban a los indios como mis antepasados lo hacían hace tres siglos, y al final las flechas de los naturales consumaron la venganza de éstos. Como siempre la usan envenenada...

—Sí, con el veneno de una víbora — explicó lacónicamente el ingeniero.

Curtis lo miró con curiosidad: era la primera vez que abría la boca, desde que abandonaran el muelle.

Intrigado, el muchacho no pudo menos que preguntarle:

—¿De donde es usted?

—Del Estado de Nueva York — repuso el ingeniero sin dejar de comer.

—¿Y cómo lo pasa aquí?

—Bebiendo.

—Sí, lo adivino — contestó Curtis divertido por la respuesta. — ¿Pero qué hace en los ratos libres?

—Aquí no hay ratos libres — repuso Mead sombríamente.

Curtis se impacientó. Aquellas respuestas secas ya no le hacían ninguna gracia.

—Muy bien — dijo, — creo que estará usted lo suficientemente bien como para hablarme con relativa cordura de las minas de esmeraldas...

—No hay ninguna mina de esmeralda.

—¿Qué dice? — preguntó Curtis en el colmo del asombro.

—Hay muchas esmeraldas sueltas, pequeñas desde luego, en las arenas, en el barro, pero hasta el presente no he podido encontrar la fuente de donde proceden. He puesto cuadrillas de negros para que hicieran excavaciones en cuantos lugares sospechosos descubrí, pero los resultados obtenidos han

trar una que otra piedra que el azar pusiera en su camino? Pues en ese caso estoy bien arreglado....

Se detuvo mordiéndose con rabia los labios. Pero ya se había comprometido y la señorita Catalina seguramente no sabía más que él la verdadera condición de los trabajos. A menos que...

Bebió un largo sorbo de su whisky con soda, mientras Soldano le miraba burlón.

Curtis, aunque siguió bebiendo, al parecer ignorante de todo, se vió asaltado imprevistamente por una duda. ¿Si aquél hombre supiera más que la muchacha y el propio ingeniero?

Terminaron la cena con cierta preocupación, al menos de parte de Imric. Solamente el arraigado sentimiento de buen perde-

Esta pistola automática, también la arrojaré al agua.

sido prácticamente nulos. Debe haber algún depósito en esas montañas del sur, probablemente en las cercanías de los volcanes apagados que allí existen, pero todavía no he podido explorar esa parte. Necesito más hombres y maquinarias. Como las esmeraldas encontradas están dentro de una ganga de pizarra, hay que pulverizarla...

Curtis se volvió muy preocupado a Soldano.

—¿Cómo es esto? — preguntó — Yo creí que aquí estaba trabajando una mina organizada. ¿De dónde sacaron esa enorme esmeralda que posee la señorita?

—La llevaron de aquí — repuso Soldano con una sonrisa. — De las arenas del río... Pero jamás ha habido una mina en el verdadero sentido de la palabra. Siempre se ha puesto en práctica los procedimientos primitivos de minería, lavaderos, el sistema de los placeres, como le llaman ustedes...

—¿Quiere decir entonces que ustedes han trabajado siempre esperanzados de encon-

dor que había en el muchacho le impedía revelar en forma más elocuente la enorme desilusión que le había producido la realidad. Había esperado encontrar una verdadera mina de esmeraldas y le salían a último momento con que había que buscarlas por las arenas y el barro como se busca un bien que puede llegar solo si un remoto azar así lo dispone!

Intentó disimular sus verdaderos sentimientos apelando a una locuacidad que por desgracia le abandonaba en esos momentos; el resultado fué que hizo aun más visible la amarga desilusión que acababa de sufrir. Soldano, que parecía saborear parte de su venganza, no le decía nada. Ni siquiera le ayudaba a salir de aquella situación harto embarazosa.

El ingeniero apenas si probaba bocado; en cambio bebía sin darse tregua. Cansado seguramente del whisky, lo había reemplazado por la chicha de los naturales. Pero,

Aventuras de Barn
LA PRÓXIMA GRAN CARRERA
A MEDIDA QUE SE ACERCA EL DIA DE LA GRAN PRUEBA SE ACRECIENTA EL ENTUSIASMO DEL PUBLICO, QUE SIGUE CON EXTRAORDINARIO INTERES TODO LO RELACIONADO CON LA MISMA. TRAGAVIENTOS TIENE TODAVIA UN ADMIRADOR QUE CREE SALDRA VENCEDOR: ES BARNIGUGLI. LA CONFIANZA DE ESTE ES TAN GRANDE QUE SUS AMIGOS EMPIEZAN A DUDAR DEL RESULDO DE LA CARRERA.
COMPETIDORES
1. Toco-Toco
2. Mírame
3. Trigémino
4. Chuquisaca
5. Loquito
6. Mameluco
7. Ordago
8. Bandoneón
9. Seracho
10. Tragavientos
11. Caradura
12. Catrera
13. Mistongo
CHE, BARNIGUGLI, TU CABALLO ES UNA CALAMIDAD
SI QUIERES SALVA TU PLATA, JUEGAL A TRIGEMINO
NO EXAGEREN, MUCHACHOS
¿QUE TAL, AMIGO? YO LE DIGO QUE TRAGAVIENTOS ES EL MEJOR PINGO DEL MUNDO. ¿OYE? GANARA LA GRAN CARRERA...
MUY BIEN; YO TAMBIEN CREO ESO... PASE, SEÑOR...
¿QUE DICE? ¿QUE VA A JUGAR 50.000 PESOS A FAVOR DE TRAGAVIENTOS? ¡VOY A DECIRSELO A LOS MUCHACHOS!
SI, SEÑOR; ¡50.000 PESOS! ES UNA FIJA. TRAGAVIENTOS
YO ME LLAMO BARNIGUGLI
¡CARAMBA! ¡QUE COINCIDENCIA!
CHE, NEGRITO: ¿NO HAS VISTO POR AQUI A UN VIEJO DE GALERA, ANTEOJOS Y SOBRETODO A CUADROS.

...ugli, por Debeck

por lo visto, el extraño ingeniero estaba ya inmunizado, pues ni el whisky ni la chicha parecían hacer mayor efecto en él. Su inmovilidad era tan convincente como siempre; y cuando se decidía a salir de aquella quietud, sus movimiento eran tan seguros como los de los mejores acróbatas.

Salieron de la cabaña, uno detrás de otro. Soldano bostezó exageradamente tal vez un poquito; manifestó punto seguido que se iba a meter en la cama inmediatamente.

—Si quiere una caza emocionante, le recomiendo la del jaguar — dijo a Curtis antes de retirarse. — Pero para eso es menester aprovechar la noche. Ya hemos hablado con Mead acerca de esto. El le dará mayores datos. ¡Buenas noches!

Y sin esperar respuesta, se alejó hacia el bungalow que se le había designado.

Mead se quedó mirándole alejarse con impasible persistencia. Luego volvió sus ojos, solamente sus ojos, a Imric, requiriendo así una respuesta de éste. Curtis, asombrado de la economía de energías que realizaba aquel singular personaje, asintió con la cabeza.

—Le digo sí a sus dos respuesta — contestó sonriendo — No me gusta nada ese hombre y estoy dispuesto a tomar mis precauciones, y acepto salir esta noche a ver si podemos encontrar algún jaguar.

—Busque entonces unas botas altas, guantes y un abrigo grueso. Traiga su fusil y espéreme. Yo le traeré un casco.

Minutos después se ponían camino de la selva. Llevaban la cabeza protegida con cascos provistos de mosquiteros. Los guantes no tenían otro objeto que evitar que las manos quedaran en descubierto y permitieran así al mosquito de la malaria hacer su terrible inoculación.

Curtis llevaba asegurado en el casco una lámpara a gasolina provista de un pequeño reflector. Un tubo de goma descendía por su espalda y elevaba el combustible desde un pequeño tanque que Curtis llevaba a la altura de la cintura. Se sentía un calor bastante fuerte bajo el casco para los mosquitos y la lámpara despedía un olor nada agradable. Pero el espejo del reflector lanzaba un haz de luz que hacía posible una visión muy clara a una distancia no inferior de setenta metros.

Avanzaba por una senda muy derecha y situada en medio de una picada de unos diez metros de ancho. El ingeniero explicó entonces que del campamento irradiaban otras picadas análogas, en una extensión de cinco millas, en todos sentidos. La compañía maderera había explotado primero los cedros, dejando para después la coaba y otras maderas finas.

El avance se hizo sin ninguna dificultad, gracias al reflector. La pálida luz de la luna y de las estrellas se filtraba a trechos por la espesa maraña de la selva, pero sin la ayuda de la lámpara difícilmente hubieran podido adelantar mucho. En los primeros centenares de metros Curtis había llevado su rifle al hombro. Varias veces intentó detenerse porque adonde dirigiera su haz de luz descubría decenas de ojos que le miraban asombrados desde el follaje. Pero siempre se interpuso Mead, alegando que no valía la pena gastar balas en aquellos bicharracos; más adelante habría mejores blancos.

Por espacio de unos veinte minutos caminaron en silencio. De improviso Curtis sintió unos deseos invencibles de fumar. El ingeniero sacó, entonces una linterna y comenzó a buscar algo a su alrededor. Al fin encontró lo que buscaba en la forma de un tronco de cedro de unos dos metros de largo, que los madereros habían abandonado en el sitio. Se sentaron allí y aunque el mosquitero les molestaba bastante, se dieron el gusto de fumar.

Curtis se sacó la lámpara del casco y la colocó tan lejos de sí como le permitió el tubo de alimentación. La lámpara era de base que le permitía poca estabilidad, por lo que Curtis debió ingeniarse por acomodarla a las desigualdades del suelo y a las muchas ramas y hojas que allí había. Al fin quedó en pie algo inclinada eso sí, pero en pie. El muchacho la miró un rato esperando que se desplomara al suelo, pero viendo que la caída no se producía, concluyó que podía dejarla en esa posición y seguir fumando tranquilamente en esa posición.

Mead comenzó a hablar en el tono siempre igual que solía hacerlo:

—Esta es la manera de encontrarlos. Siéntese sobre un tronco, deje caer la lámpara al suelo y mire al cielo...

Curtis lo miró sorprendido. Parecía pensar para su fuero interno: "¡Al fin ha comenzado a hacerle efecto la bebida!".

En efecto, la mirada del ingeniero vagaba por las alturas, siguiendo la franja iluminada por la lámpara. Curtis siguió curioso esa mirada. De pronto estuvo próximo a lanzar un grito de admiración: A unos diez metros de distancia, sobre una rama que se inclinaba sobre la picada, estaba un hermoso jaguar.

Su piel veteada y punteada sobre el lomo se destacaba nítidamente sobre el fondo oscuro del follaje. Sus orejas estaban echadas para atrás en un alerta ya tardío y en sus fauces abiertas asomaban colmillos poderosos que la luz de la lámpara hacía más blancos y más brillantes. La cola se meneaba como la de un gato enfurecido.

Curtis quedó con los ojos fijos en los de la espléndida bestia. Levantó luego su rifle lentamente y se lo echó a la cara. Conteniendo la respiración, apuntó. No podía errar al blanco, Sonó el tiro y el animal cayó como fulminado. Ni siquiera esbozó un movimiento convulsivo propio de la agonía. Debió haber muerto en el aire porque cuando entró en contacto con la tierra quedó enteramente inmóvil.

Casi al mismo tiempo se oyó un ¡tac! junto al codo izquierdo de Imric, quien volvió automáticamente la cabeza al oír el ruido seco. Vió así una varilla clavada en el tronco, debajo de la lámpara que se había sacado de la cabeza un momento antes. Si-

multáneamente, el ingeniero, de una brusca manotada, envió la lámpara a unos diez pies de distancia y cortando en consecuencia al tubo de alimentación. Quedaron a oscuras en medio de la selva. En eso se oyó como un susurro la voz del ingeniero que decía:

—Gracias a Dios que la luna ya se ha entrado. Deberemos abrirnos paso en las sombras hasta llegar a nuestro campamento. Por lo visto, cuenta usted con buenos amigos aquí. Mr. Imric. De haber tenido todavía la lámpara sobre su cabeza, ésta sería la hora en que la flecha estaría clavada en el cuello de usted. ¡Vamos!

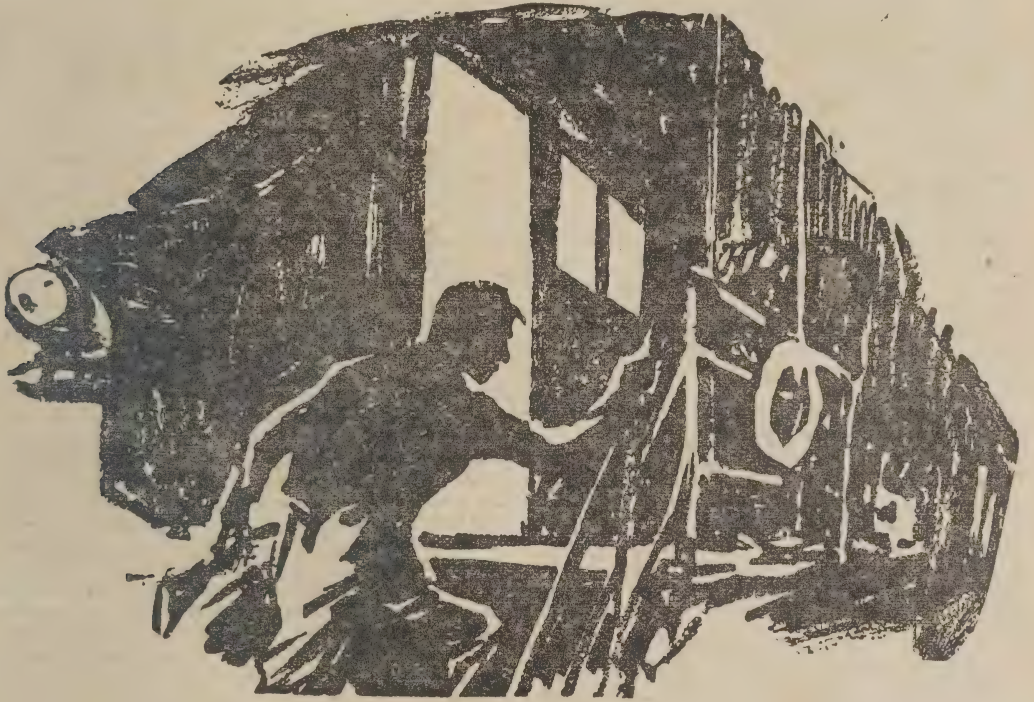
Curtis quedó al principio un poco frío de estupor al enterarse del peligro que se había

cesitaron dos horas de marcha para recorrer el mismo trayecto que había hecho en media hora con la ayuda de la linterna. De no haberse encontrado ya en una picada, de seguro no hubieran podido moverse en absoluto en medio de aquella maraña de lianas y arbustos.

Al fin desembocaron en el claro del bosque donde se levantaba el campamento. Brillaba una lucecita en la cabaña de Curtis. El ingeniero se detuvo entonces.

—No me gusta aquella luz — dijo secamente.

—No, hombre; no tema nada — repuso Curtis. — Probablemente es mi fiel Firkins que está esperando mi regreso. Entraré di-



Y se aproximó decididamente a los escalones

salvado milagrosamente; luego un acceso de furia desmedida sucedió a la primera impresión.

Dando tumbos entre los troncos y las ramas caídas, siguió al ingeniero.

—Los amigos que usted me atribuye — dijo conteniendo su cólera, — creo que vinieron conmigo.

—¡Hum! — gruñó el ingeniero por toda respuesta. — De cualquier manera, con la oscuridad que hay, está usted asegurado contra cualquier otro ataque.

No vuelva a ponerse cerca de una luz esta noche porque de lo contrario no se salvará de otra flecha envenenada. ¿Quiere dormir en mi bungalow por esta noche?

— No — contestó Imric lacónicamente.

Avanzaban con ruido quizá excesivo, pero no ofreciendo en cambio ningún blanco a las flechas que podían llegar del follaje. Ne-

rectamente y verá usted como no pasa nada. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, entonces!

Echó a caminar hacia los escalones que daban acceso a la puerta de la cabaña. Un hilo de luz proveniente de la sala se filtraba por la persiana de la puerta que debía franquear para penetrar en la habitación. De una ojeada calculó la distancia: entre el borde del claro del bosque a la puerta de la cabaña habría unos quince metros.

Hubiera podido llegar sin peligro a la baranda de la cabaña dando un rodeo y llegando por detrás; pero su natural inclinación a desafiar el peligro le indujo a seguir derecho.

Silbó como para ocultar su nerviosidad y se aproximó decididamente a los escalones

Subió varios de ellos y cuando tuvo la cortina al alcance de su mano la abrió de

par en par mediante un enérgico tirón. Luego, con rapidez de atleta, franqueó el umbral.

Otro ¡tac! volvió a oírse encima de su cabeza. Pero no por ello vaciló Curtis, ni se detuvo a ver lo que ocurría. Se metió rápidamente en la cabaña y cerró la puerta con estrépito.

Recién entonces miró hacia el punto donde parecía haberse producido el ruido. ¡Ah, allí estaba la causa! Sonriendo forzadamente, arrancó del marco de la puerta una flecha.

Miró entonces al interior de la cabaña. Firkins estaba ahí y le miraba indiferentemente.

—Mira, Firkins, alguien ha intentado clavarme esto en el cuerpo. ¿Qué me dices?

El hombre fijó sus ojos inexpresivos en la flecha que su patrón le entregaba.

—No toque la punta — dijo al fin. — Esta envenenada, como todas las flechas que usan aquí los naturales.

—Hace un momento, en la selva, atentaron también contra mi vida. Me temo que mañana haya cosas interesantes, Firkins.

—Muy bien, sir. ¿Qué quiere ahora, irlandés o escocés?

Curtis sonrió de la indiferencia del inglés. Había una batalla en perspectiva, pero él no se olvidaba de su acostumbrado whisky nocturno.

—Escocés, Firkins — dijo mientras se desvestía en la oscuridad de su dormitorio y se acostaba. Quedó profundamente dormido apenas hubo bebido.

Firkins, aunque no lo supiera su amo, estuvo de guardia toda la noche.

Cuando a la mañana siguiente, Imric salió de su bungalow, encontró ya a Soldano en la baranda. El español estaba bebiendo café y fumando. En el primer instante una llamarada de cólera asomó a los ojos de Curtis, pero luego se contuvo. Ahora se hacía cuestión de vida o de muerte y no había que perder el control de sí mismo ante aquel hombre.

—¿Y qué tal? ¿Se divirtió mucho anoche? — preguntó Soldano tranquilamente.

—Mucho — replicó Imric con igual tranquilidad. — Maté un jaguar magnífico, pero lo dejé en la selva. En el entusiasmo de la cacería, perdí mi linterna. Tuvimos que regresar en la oscuridad. Y pasando a otra cosa, ¿qué se hace hoy?

—Estaba pensando si usted aceptaría ir corriente arriba en una lancha.

De este modo podría hacerse una idea clara de las modalidades de la región. Podemos desembarcar en alguna aldea indígena.

—Encantado — repuso Imric sin ninguna vacilación.

Había llegado ya el momento de las decisiones rápidas, pues si Soldano estaba resuelto a matar, él no estaba menos decidido a hacer lo mismo. Pero lo esencial era no hacer tragedia por ello, no perder la serenidad.

—Perfectamente — dijo el español dejando caer su cigarrillo dentro del pocillo ya vacío de café y levantándose de su asiento.

De su parte, Curtis se sentó a la mesa donde solía tomar su desayuno y quedó mirando al otro mientras descendía por la escalera de la cabaña. Indudablemente, se trataba de un hombre elegante e inteligente. De porte distinguido, no hubiera sido tampoco incapaz de algunas proezas deportivas. Curtis llegó así a la conclusión de que si se veía en la necesidad de matar a aquel verdadero caballero, debería procurar hacerlo de la manera más fina y elegante. Pero muy luego cambió de parecer, al recordar que si se le forzaba a eliminarlo, antes que el otro hiciera lo propio con él, sería solamente para salvalse y salvar a la mujer que amaba. No había entonces tal torneo de caballerosidad, sino simplemente una cuestión que ha influído en forma decisiva en el mundo desde que éste es tal; el amor y la defensa propia.

Sus labios se contraían ahora con fiereza; se sentía seguro de sí mismo y resuelto a todo, pero necesitaba también tiempo.

Antes que el español alcanzara a alejarse demasiado, le gritó:

—¡Oiga! ¿Por qué no espera un poco, media hora, por ejemplo, hasta que termine de tomar mi desayuno?

Su tono era brusco. Lo sintió de veras al apercibirse de ello, más no pudo hacer de menos.

Soldano se detuvo al pie de la pequeña escalinata. En su rostro se advertía cierta indecisión motivada por el asombro.

—Desde luego, desde luego... — dijo, sin embargo, — pero no tarde mucho, ¿eh?

Y se alejó definitivamente.

Curtis lo estuvo observando hasta que se perdió de vista. Solamente cuando el otro hubo desaparecido detrás de un bosquecillo echó café a su pocillo y encendió un cigarrillo. Su rostro estaba tan impasible como el del flaco del ingeniero; pero en el fondo había tormenta que no podía evitar, producida quizá por el amor o por la perspectiva de la lucha próxima.

Terminó su café y se metió nuevamente en el bungalow. Por espacio de diez minutos largos lo pasó en profunda meditación. Varias veces volvió la vista a sus dos rifles colgados en un ángulo de la habitación, pero siempre se contuvo con un movimiento de perplejidad.

Al final, empero, la preocupación desapareció de su fisonomía y una sonrisa asomó a sus labios.

Cruzó con paso seguro la habitación y tomó los rifles con firmes manos. Eran aquellas buenas armas; las trajo directamente de los Estados Unidos y a mil metros, y más, no podían, siendo manejada con alguna destreza, marrar el blanco. Les llenó al almacén de balas y sonrió luego satisfecho. Tras de encender un cigarrillo, llamó a Firkins.

Cuando el hombre hubo llegado, lo llevó a la ventana de la salita que miraba al este. Era una abertura que permitía una vista bastante amplia del río. Desde ese sitio se dominaba no menos de una milla de la corriente, en la dirección que debían seguir la lancha con él y Soldano, es decir, hacia el interior del país. Alcanzábase así a ver también el promontorio que se insinuaba en la corriente, acelerando naturalmente su curso con el estrechamiento del lecho que pro-

vocaba. El impasible inglés escuchaba sin hacer un gesto las indicaciones que le daba su patrón, indicaciones que debían ser seguramente de grande importancia, a juzgar por los ademanes vehementes con que las subrayaba el muchacho. Finalmente, Firkins echó una rápida e indiferente mirada a los rifles. Eso fué todo.

—Muy bien; le comprendo perfectamente — dijo sin inmutarse.

Imric lo miró un poco sorprendido, con tentaciones de repetirle las instrucciones, pues temía no haber sido entendido. Pero viendo que Firkins salía de la habitación tan tranquilo como había entrado, pensó que sus palabras no habían caído en el vacío. Sonrió al ver por última vez la cara severa del inglés y su gesto solemne de criado ampliamente compenetrado de su misión, se puso su casco y sus anteojos para el sol, y salió. Acababa de ver que Soldano abandonaba su bungalow en ese momento.

Se encontraron en el medio del camino y los dos juntos se dirigieron al desembarcadero. Soldano llevaba un rifle en una mano, pero con la despreocupación de quien va de caza. Imric no tenía más arma que su pistola automática, pues los fusiles habían quedado en su cabaña.

La lancha de que había hablado Soldano no era otra cosa que una vulgar piragua nativa provista de un toldo improvisado de hojas de palmera, sostenido por delgadas cañas de bambú. El motorcito que se le había agregado era a gasolina y dotado de un poder de varios caballos.

—El muchacho de la lancha no ha venido todavía, pero mejor haríamos en salir antes de que el sol esté demasiado alto. Así evitaríamos el calor sofocante de más tarde.

Al decir esto, Soldano indicó con un gesto a Imric que le precediera. El muchacho pensó que por un momento debería dar la espalda a su "enemigo", más se metió lo mismo en la embarcación y comenzó a probar el motor. Otra idea se le había ocurrido.

—No esperemos al muchocho—sugirió.— Yo mismo puedo manejar la embarcación. Lo he hecho desde que tenía seis años.

Ahora fué Soldano el que le miró con asombro. Empero, soltó la amarra y subió rápidamente a la lancha. Imric puso en marcha el motor y la embarcación surcó airosamente el agua. Curtis, atento a la maniobra y contento de volver a encontrarse ante la dirección de una lancha a motor, se olvidó por un momento de la situación en que se encontraba.

Sin embargo, su olvido no era tan completo como para que dejara de echar de tanto en tanto miraditas de desconfianza a Soldano, por lo que éste pudiera intentar.

El saco de Soldano, desabotonado en la parte superior, quedó muy abierto en el cuello cuando el hombre se sentó. Esto permitió a Curtis ver el brillo de un arma junto al sobaco izquierdo. Pensó con inquietud que también él tenía una pistola, pero con la desventaja de que el otro poseía también un rifle para el combate a distancia, si es que éste se realizaba en esa forma. Para colmo, su automática estaba en un sitio del cual no se la podía sacar sin llamar al punto la atención del otro.

El rumor del motor ahogaba todos los ruidos. Hubiera sido imposible sostener ninguna conversación. Soldano, casi provocativamente, se había puesto de espaldas a su rival y parecía solamente interesado en la contemplación del paisaje.

Y bien, ocurre que a menudo un sólo punto débil produce la pérdida de muchos hombres reconocidamente hábiles y audaces. A todos nos ha ocurrido comprobar que mientras nos sentíamos seguros creyendo no ser vistos por nuestro adversario, éste seguía todos nuestros movimientos y estaba listo para el momento que quisiéramos descargar el golpe decisivo; a la postre éramos nosotros los sorprendidos en esos casos, probándose así que golpea mejor aquel que no mira o finge no mirar, como sucede con los mejores boxeadores, los mejores jugadores de poker y los mejores hombres de estado y banqueros.

Imric sabía por eso perfectamente que Soldano no estaba tan distraído como aparentaba. Se quedó por consiguiente observándolo mientras el otro seguía examinando el paisaje sin desprenderse para nada de su rifle, que mantenía apretado entre las rodillas.

El muchacho levantó entonces sus gemelos que estaba sobre el banco y miró con ellos la orilla derecha del río. Pero lo que en realidad hizo fué observar con el rabillo del ojo izquierdo a Soldano, que ni siquiera parecía apercibirse de aquellas maniobras. La mirada de Curtis se detuvo en el sobaco del español y en la parte descubierta del busto: quería saber si allí se ocultaba otra arma, además del revólver de cabo de nácar. Hecho esto, y satisfecho probablemente del examen, volvió esta vez de veras, la vista a la ribera derecha.

Había llegado el momento oportuno. La embarcación estaba en medio de la corriente, precisamente enfrente del promontorio que ya conocemos.

Mientras continuaba observando con los gemelos, dijo en tono deliberadamente indeciso:

—¡Caramba! No puedo distinguir bien que son aquellas dos especies de estacas que surgen del barro, a unos ochenta metros de aquí...

—¡A ver! — exclamó Soldano sin sospechar nada. — ¡Permítame los gemelos!

Curtis juzgo prudente seguir mirando otro poco, como lo haría una persona que estuviera realmente interesada en la observación de un objeto lejano; sólo después de un rato entregó el gemelo a Soldano, para que mirara él también.

Soldano levantó entonces los brazos y sus sobacos quedaron sin defensa...

Curtis no vaciló más. Dió un salto hacia el desprevenido español y de un puntapie arrojó lejos el fusil que tenía entre las piernas; hecho esto, y en un tiempo mucho menor del que se tarda en relatarlo, tomóle de la muñeca derecha, mientras que con la mano libre, la derecha también, le sacó el revólver de debajo del sobaco. Apenas logrado su objetivo y con rapidez fulminante, se

colocó nuevamente a varios metros de él, en el otro extremo de la embarcación.

Había sido en verdad un trabajo fino y rápidamente realizado.

Pero, con gran sorpresa suya, el otro ni se movió siquiera. En el primer momento, Saldano había bajado instintivamente los brazos; a eso se redujo toda su reacción. Sin embargo, los gemelos nunca se separaron de sus ojos. Toda su persona conservaba además un sello de distinguida indiferencia ante el ultraje de que acababa de ser víctima. No había duda que Soldano era un consumado actor.

—¡Muy bien hecho, Mr. Imric! — exclamó sonriendo el español y sin dejar de observar la costa — Realmente me ha sorprendido usted. Y ya que seré asesinado a sangre fría, prefiero morir contemplando el paisaje que me permiten contemplar los hermosos gemelos que usted me acaba de prestar...

Como el otro se limitara a mirarlo desafiante a los ojos, agregó:

—¡Ah! Una pregunta, Mr. Imric, si me la permite: ¿Su código de honor le tolera desarmar a un hombre de este modo y matarlo luego como un perro?

Curtis sintió que a pesar suyo iba perdiendo la serenidad. La pregunta de Soldano le hizo enrojecer un poco.

—Déjese de comedias, Soldano — dijo jadeante, — y baje de una vez los gemelos.

El otro le ofreció lentamente y con la sonrisa de una persona mayor que consiente en seguirle una broma a un niño.

Curtis, sin desatender a Soldano, estiró una pierna y acercó el fusil hasta ponerle al alcance de sus manos. Lo levantó con la izquierda y le arrojó enseguida al agua. Luego, siempre con la mano izquierda, sacó de la cintura su automático y la pasó rápidamente a la mano derecha, mientras arrojaba también al agua el revólver cabo de nácar. Entre tanto, Soldano seguía todas estas maniobras con la sonrisa de siempre.

—Pues bien — dijo el muchacho, no del todo seguro todavía, — ahora no tenemos más arma que esta pistola automática, que también tiraré al río inmediatamente. Le doy mi palabra de honor que no tengo ninguna otra arma sobre mí. ¿Está usted en condiciones de hacer otro tanto?

—¡Desde luego que sí! — exclamó Soldano abriendo los brazos y riendo de buena gana — ¿Cree que soy un arsenal?

—Perfectamente. No me queda entonces más que declararle que estoy harto de sus manejos. Sé que usted y sus cómplices han intentado asesinarme anoche, y varias veces. Quiero que esto termine de una vez. Por lo menos sea usted mismo quien cometa el asesinato, si éste le conviene, en vez de mandar a pobres desgraciados para que lo hagan por usted. ¡Esto sí que no entra en mi código de honor! Esta vez será usted mismo quien pelee.

—Con mucho gusto, señor — dijo Soldano cortésmente.

—Tendrá usted que combatir en persona — repitió Imric — Y le mataré yo porque soy mejor nadador que usted, porque soy mejor hombre de monte y también mejor tirador, ¡sépalo! Aquellos dos palos que están sobre el barro...

—Sí, sí... — repuso el español suavemente, — ya lo sé... Es un par de rifles que usted ha hecho colocar allí. De seguro los dos están cargados con el mismo número de cartuchos. Los reconozco inmediatamente por medio de los gemelos. Es por eso que no me resistí. Por lo demás, me complace en sumo grado el que usted, un norteamericano, consienta en sostener un duelo a la antigua... es decir, que se le parece en cierto modo. El hombre que llegue primero a la orilla tomará el rifle que mejor le parezca y se servirá de él. Es eso lo que se propone usted, ¿verdad?... Muy bien; caballeresco, sobre todo...

Imric por toda respuesta comenzó a sacarse el saco, cosa que el otro imitó.

—Yo estaré listo cuando usted lo esté — dijo al cabo de unos segundos de angustioso silencio el español, parado en la proa.

—¡Vamos entonces! — repuso Curtis, arrojando la pistola al agua y zambulléndose punto seguido, conjuntamente con su adversario.

No había dado una docena de brazadas, cuando Curtis comprendió que era hombre derrotado. Soldano estaba en condiciones de ganarle una yarda cada diez, por lo menos. El español también estaba seguro de que era así, y de tanto en tanto volvía la cabeza sonriendo y gozándose por adelantado de su triunfo. Por primera vez se mostró tal cual era.

Ahora se alejaba rápidamente de Curtis nadando con brazadas poderosas y de perfecto estilo.

—Gracias por haberme ofrecido la mejor manera de ganar esta batalla, ¡estúpido! — gritó sin dejar de nadar — Ella nos mandó aquí a los dos para que uno solo de nosotros volviera. ¿O creyó usted que tenía la exclusividad de su preferencia?

La rabia, la desesperación y el convencimiento de que Soldano decía la verdad, hicieron aflojar aun más a Curtis; pero juzgó prudente no hablar, porque el menor asomo de energía todavía podía significar una esperanza.

A esa altura de la carrera, Soldano iba con una ventaja de unos treinta metros. A fin tocó fondo y se abrió camino entre el barro, completamente fresco. Curtis, con los pulmones a punto de estallar por el esfuerzo y resoplando fuertemente, llegó tres minutos más tarde a la orilla. Soldano se arrastraba por sobre el lodo, en procura del rifle más próximo, el de la derecha. Se oía perfectamente el chapoteo de sus manos y sus piés sobre el barro, entre las plantas acuáticas que crecían en ese sitio.

Curtis trató entonces de correr sobre el lodo, pero pronto cayó de rodilla. Estaba completamente extenuado, mas era necesario seguir adelante en una última tentativa. Ahora perdía más tiempo aun que el que

perdía en el agua. ¡Si Soldano conseguía llegar primero al rifle y afirmarse para apuntar, no tendría ninguna dificultad en hacer blanco en el bulto que se deslizaba sobre el fango de la ribera!

Curtis no se rendía, empero, sino que avanzaba ayudándose de las manos y de los piés. Al final consiguió asirse de una rama, siguiendo la cual llegó al seco.

Sin aliento, quedó un rato largo, con las piernas todavía dentro del agua y el busto entre el follaje del árbol. No se oía el más leve rumor. Soldano debía haber encontrado ya su rifle.

to a su cabeza, ésta vez mucha más cerca que la anterior. Se abrió paso a través de la jungla ribereña. La rapidez era probablemente su única esperanza de salvación. Dos veces se echó al suelo para escuchar, pero no se percibía el menor ruido.

Seguramente Soldano había iniciado la cacería, que era precisamente por donde debió haber comenzado.

Imric se sentía cada vez más seguro. El otro, suponiendo con justa razón que su supuesta víctima debía haberse internado mas y más en la selva, habría corrido seguramente a cortarle camino, sin suponer que Curtis

Se oyó una detonación a cierta distancia.

De pronto oyó un chasquido seco por sobre su cabeza. Curtis sacó entonces sus piernas del agua y las disimuló entre las ramas con un asomo de esperanza.

¡Un tiro errado!... Varios metros más arriba, a la distancia en que había sido hecho el disparo, denunciaba un pésimo tirador en Soldano. O quizá el esfuerzo realizado por éste le había quitado toda seguridad a su pulso de costumbre.

Imric permaneció inmóvil durante un tiempo que juzgó de un minuto. Se sintió entonces con mayores energías. Dió de pronto un salto y se internó en la espesura próxima a la costa. Una bala pasó silbando jun-

se había escondido entre las lianas próximas de la orilla. Cuando juzgó oportuno, volvió de nuevo al río con tantas precauciones como le fué posible.

No se había equivocado en el cálculo: el otro fusil estaba junto a la orilla misma, con la culata medio sumergida en el barro. Lo tomó y se quedó completamente inmóvil.

Era tiempo que ya comenzara a pensar seriamente en su posición y en la manera de salir definitivamente del apurado trance. Soldano estaba entre él y el campamento. Aun habiendo gastado ya dos cartuchos, podía haber quedado esperándolo en la parte donde el promontorio se unía al resto de

la floresta por medio de una estrecha franja de tierra. Curtis recordó que en efecto había ese punto, por donde se tenía que pasar necesariamente para volver al campamento. Lo había visto desde la ventana de su bungalow. El promontorio formaba una especie de península que el río bordeaba. De ahí que hubiera tanta ventaja de llegar primero a tierra. Bastaba situarse entre el cañaveral situado entre el promontorio y el campamento para que nadie pudiera llegar a éste desde el río.

Soldano conocía perfectamente el terreno en las cercanías del campamento y no podía dejar de comprender la valiosa ayuda que significaba el cañaveral. Desde él se dominaba perfectamente la vasta extensión del claro que había entre el extremo del promontorio y las cañas. Nadie podía salir del bosque y asomarse en el claro que no fuera visto de inmediato desde el cañaveral.

Sin embargo, había que llevar la ofensiva en alguna forma, aun a riesgo de ser derribado de un balazo. Imric sentía por entonces hervirle la sangre de coraje. Las contemplaciones de momentos antes eran ahora desechadas y sólo deseaba encontrarse cerca de su enemigo para estrangularlo con sus propias manos y arrojar luego su cadaver a los piés de la mujer que le había traicionado, lanzándolo a la muerte...

Se adelantó. Ya habría tiempo después para pensar bien su venganza. Lo esencial era salir con vida de aquella situación. Se arrastró sobre la orilla con miles de precauciones y se asomó finalmente al río.

La corriente era bastante rápida. Observó algunos troncos que flotaban en la superficie y eran arrastrados río abajo. Los troncos llegaban a sitio con alguna lentitud, pero cuando entraban en el cajón formado por el promontorio aceleraban su avance hacia la estrecha garganta. Distaba ésta unos setenta metros, habiendo de allí no menos de trescientos hasta el cañaveral; pero, en resumidas cuentas, el camino más largo sería siempre el mejor. Con un poco que le acompañara la suerte podría recorrerlo.

Curtis ya tenía formado su plan de campaña. Se dejó deslizar por la barranca. En esta estaría casi seguro, a menos que Soldano le hubiese seguido, lo que era poco probable. Sin prisa alguna, como quien ya ha calculado debidamente las dificultades a vencer, examinó la extensión del rio y la costa q' le separaba de la punta. A todo lo largo de la orilla había diseminados troncos de diferentes tamaños.

Intentó levantar algunos y precipitarlos a la corriente, pero le fué imposible. Pesaban demasiado. Al final, con el asombro que es de suponerse, acertó a empujar un tronco que se desprendió del barro como si hubiera sido pluma. Era un tronco de balsa, de unos tres metros de longitud, liviano como el corcho y que por lo mismo casi sobresalía enteramente del agua.

Se aferró al tronco colocando el fusil entre algunas ramas que se levantaban por sobre la superficie del agua. Mientras nadaba vigorosamente, impulsando el tronco hacia el centro de la corriente, se acordó de los miles de bañistas que en Honolulu lo mismo que en Palm Beach se divertían dejándose arrastrar por balsas casi tan rústicas como aquella. Pero había dos diferencias entre él y aquellos aficionados a los deportes acuáticos: uno que utilizaban troncos artísticamente pintados, mientras él se había aferrado al primero que encontrara, y, segundo, que mientras los demás se dejaban arrastrar por los troncos, el lo hacía nada menos que para salvar su vida.

Una vez llegado al medio del río, cesó en sus esfuerzos para acelerar la velocidad del tronco. En realidad éste avanzaba hacia el promontorio con una rapidéz superior a la que había supuesto.

Esto lo contrarió en cierto modo, porque hubiera deseado un tiempo suficiente para acostumbrarse a manejar aquel tronco en el agua; solamente así podría defenderse cuando entrara en el radio donde el fusil de Soldano podía imponer su soberanía. Debía aprender, por ejemplo, a mantenerse bien sumergido, a guiar y a conservar el equilibrio del tronco con una sola mano.

La corriente le arrastró tan cerca del promontorio que debió correr un trecho pisando el fondo del río. Volvió a entrar en una zona profunda y dobló velozmente la punta. La cosa no podía haberse presentado más fácil. El agua misma estaba más fresca que cuando cruzaba la selva.

Mientras avanzaba comprobó que podía permanecer de espaldas y nadar suavemente, con la mano derecha asida de una rama del tronco y conservando éste entre él y su rival.

Tardó casi una hora para cubrir los trescientos metros que mediaban entre el extremo del promontorio y la parte más lejana del cañaveral. Allí debió acercarse a tierra y salir del agua, situándose a la retaguardia de Soldano del mismo modo que éste se había situado a su retaguardia hacía una hora.

Comenzó a desviar el tronco hacia la orilla. Quince metros más y estaría bien escondido en la barranca. Pero, para desgracia suya, cayó en medio de un remanso. El tronco empezó a hundirse inexorablemente, arrojándolo sin protección ninguna en dirección a la orilla.

Curtis había sido cazador y soldado durante mucho tiempo y sabía perfectamente que el movimiento significa siempre visibilidad para el enemigo; por eso es que se mantuvo todo lo inmóvil que pudo sobre el agua, conservándo fuera de ella solamente las narices y los ojos.

Pero ni así mismo fué suficiente. Se produjo un ruido seco sobre el tronco y poco después llegaba el sonido inconfundible que produce un disparo de rifle en la floresta silenciosa.

Curtis, maldiciendo de su mala estrella,

giró sobre su vientre y colocándose prestamente detrás del tronco, trató de ganar la orilla. Pero el remolino era más fuerte que él y fué obligado a nadar hacia el centro de la corriente. Mientras hacía eso, alcanzó a ver a Soldano que corría por la orilla al tiempo que movía el cerrojo del arma aprestándose a hacer otro disparo.

La situación era de las más raras. Mientras el rifle de Soldano poseía ya dos balas únicamente en el depósito, el suyo tenía en cambio las cinco del comienzo... pero no podía usarlas a menos que lograra llegar a la orilla. Por otra parte, los disparos del español no podían alcanzarle mientras estuviera detrás del tronco.

Curtis comprendió entonces que su única probabilidad de triunfo tendría que buscarla aproximándose a una parte del río donde las aguas fueran más tranquilas; luego debería tratar de buscar el refugio de la costa colocando el tronco a manera de escudo. Una vez que tocara fondo y consiguiera salir del agua, podría pelear en condiciones más aceptables.

Y bien, esa oportunidad no tardó en llegar. A pesar de que su visión era escasísima, pudo comprobar que la corriente le había arrastrado a un punto situado frente al extremo norte del claro donde se levantaba el campamento. Podía ahora ver perfectamente los bungalow y las cabañas que servían de depósitos de víveres. Por un momento creyó distinguir formas humanas paradas en el desembarcadero; pero no podría asegurarlo.

Soldano había desaparecido, probablemente en procura de otro punto desde el cual pudiera disparar su arma si se le ofrecía un nuevo blanco.

Imric no se había equivocado. Cerca del desembarcadero había alguien. Era Catalina Espinosa y el flaco ingeniero Mead. Este, impasible como siempre, tenía pegado a los ojos un par de gemelos que no bajaba por nada del mundo. Debajo de los lentes surgía una pipa que lanzaba al espacio una nubecita de humo blanquecino.

La muchacha fué la primera en hablar.

—¿Me dice usted que ellos acaban precisamente de salir río arriba? — preguntó sin disimular su preocupación.

La cabeza del otro esbozó un torpe movimiento que quería ser de afirmación.

—¿Cuándo encontró usted la lancha?

—Hace una hora.

La muchacha se apretaba las manos desesperadamente

—¿Quiere decirme, Mr. Mead, qué sucedió?

—Lo ignoro. Posiblemente no se arreglaron. Tres tiros... hubo...

Catalina respiraba ahora con fuerza y su palidez era evidente.

—¿Qué mira usted en el río? — preguntó tratando de dominar sus sentimientos.

Pero el ingeniero no le contestó de inmediato. Tampoco se movió ni hizo el menor gesto. Con los gemelos fijos sobre un punto lejano del río, parecía olvidado de todo el mundo exterior. Después de otro prolongado intervalo, resolvió bajar los lentes.

—Hay un tronco de balsa que boya sobre el agua. Junto a él hay un hombre. En dirección a aquellos árboles...

Catalina tomó nerviosamente los lentes y enfocó hacia el sitio que se le indicaba. A unos setenta metros del desembarcadero había una playa; el tronco, guiado seguramente por el hombre, se dirigía en dirección a ese punto.

Pero en ese preciso instante otro hombre surgió del bosque, se arrodilló con toda calma sobre la arena de la orilla y disparó su rifle.

De detrás del tronco surgió entonces el primer hombre y apenas pudo pisar el fondo del río, y a pesar de que el agua le llegaba todavía a la cintura, se echó también el rifle a la cara.

El hombre arrodillado sobre la orilla disparó nuevamente su arma. A continuación el hombre del agua dejó caer su rifle y se adelantó hacia la orilla sacudiendo su brazo derecho de un modo a todas luces grotesco.

El otro tiró desesperadamente del cerrojo de su arma, pero comprobando que estaba descargada, la arrojó lejos de sí y echó a correr en dirección al bosque.

Pero Soldano, el lector habrá adivinado desde el primer momento que no era otro el fugitivo, tenía tantas probabilidades de escapar como Curtis las tenía de ganarle corriendo. Antes de que se enfrentara al desembarcadero del campamento le había dado alcance tomándole de las piernas en un tackle impecable de rugby. Los hombres rodaron por el suelo. La mano izquierda de Curtis se fijaron como garfios en la garganta de Soldano. Bien se veía que sus intenciones eran ahora matar, y matar a mano limpia.

¿CUAL de los TRES?

Es
el título de
la novela de género policial y de misterio
que servirá para nuestro
4º Concurso
Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

La mano de Soldano se aferraba desesperadamente a la cintura. De pronto una sombra de miedo asomó a los ojos ya vidriosos del español, que comprendió que si no hacía un último esfuerzo moriría estrangulado por aquellos dedos de acero. Fué entonces cuando se tuvo la explicación de su empeño en meter la mano en la cintura: un puñal surgió de pronto, empuñado con fiereza por el hombre que segundos antes parecía irremisiblemente perdido!

Pero su reacción duró un segundo. Se oyó una detonación a cierta distancia. Los dedos de Imric no aflojaron, sino que por el contrario estrecharon aun más su apretón. Los labios del español se fueron poniendo cada vez más pálidos; la cabeza seguía inanimada los movimientos que le imprimía el brazo poderoso del muchacho... Este, comprendiendo al fin que no se le oponía ya resistencia, aflojó. Sin mirar a su víctima, tendida en el suelo, se puso de pié, palidísimo.

A unos diez metros de distancia estaba el ingeniero. Una nubecita de humo blanquecino se levantaba de su pipa; con la mano derecha se abotonaba tranquilamente uno de los bolsillos de su breech.

—¡Imbécil! — gritóle Imric — ¿Por qué no dejó que le matara yo mismo? ¿No ve que me había disparado cinco tiros?

—No, mi amigo — repuso el ingeniero tranquilamente y sin ofenderse por el insulto — No hubiera tenido usted ninguna probabilidad de matarlo, porque tenía un cuchillo listo para hacer lo propio con usted.

Imric lo miró sin comprender del todo, todavía.

—Bueno — agregó el otro con pachorra — Ahora voy a echar un trago.

Y sin esperar respuesta, se alejó por una senda del bosque, tranquilamente, sin la menor pizca de remordimiento por el homicidio que acababa de cometer, en fin, enteramente borracho.

Curtis intentó seguirle, pero se sintió de pronto débil al extremo. Se sentó sobre el césped y miró con rabia su brazo herido.

—Parece que no fuera nada, pero hay que lavarlo — se dijo en voz alta. Aquí en el trópico uno nunca puede saber cuándo puede producirse la infección y cuando no...

Levantó casualmente la vista. Por primera vez vió a Catalina, que a unos veinte metros de distancia se acercaba con paso lento y casi temeroso.

Por algunos segundos, Curtis, tal vez por efecto de su anormal estado de ánimo, producido por la herida, las emociones sufridas y la lucha que acababa de sostener, no pareció comprender. Miraba como atontado a su alrededor, sin atreverse a observar de frente a la mujer que se aproximaba. ¿Venía quizá a consumar la venganza que el otro no había podido realizar? Impotente para levantarse, a merced de la mujer, se resignó por adelantado a su triste destino.... Comenzó a ver turbio, los ojos se le cerraron poco a poco y una sensación de vacío inmenso le recorrió el cuerpo...

Catalina estaba delante de él. Tal fué lo primero que vió cuando se hubo recobrado. Una mirada extraviada, inquieta revelaba a medias la honda inquietud de la muchacha. Curtis se levantó penosamente.

—Me parece que ha quedado usted ampliamente satisfecha en su condición de espectadora — dijo con amargura apenas pudo ponerse de pié — ¡Lástima grande que el torero haya debido morir!

—¿Qué dice usted? — preguntó ella sorprendida.

—Es difícil, si no imposible entrar en detalles. Su novio habló ya lo suficientemente claro.

Como ella no atinara a responderle nada, Curtis prosiguió en el mismo tono de sarcasmo:

—Me retiraré de inmediato, si me permite usted. No la molestaré más, como no sea para que me preste una lancha a cambio de...

Se acordó que no tenía nada que ofrecer. Ella, que le miraba con creciente sorpresa, no pudo menos que sonreír al notar su embarazo.

—¡O me regalará usted la lancha para que me vaya! — exclamó él, todo confuso.

—Pero antes tendrá que curarse usted de la mano y cumplir el compromiso que tiene contraído acerca de las minas de esmeraldas.

—¡Aquí no hay ninguna mina! — exclamó Curtis sintiendo que sus defensas todas iban cediendo.

—Habrá que buscarla. La esmeralda que usted vió no puede haber caído del cielo. Y si se ha encontrado en esta región una piedra preciosa de semejante tamaño, ¿por qué no podríamos hallar otras?...

Imric, no muy convencido por el argumento, le agradeció, sin embargo, la insistencia, y prometió quedarse...

Las obras prosiguieron bajo la dirección de Imric, quien reemplazó poco menos que por completo al borracho del ingeniero, bajo la fiscalización del cual nada bueno podía esperarse. Milagro hubiera sido en realidad que con él se llegara a encontrar la bendita mina. Sin embargo, sus previsiones se cumplieron en buena parte porque el centro principal de la zona rica en esmeraldas se encontró al pié del volcán de que él había hablado al principio a Imric. Este, completamente curado ya de la herida del brazo, no paraba un segundo. Estaba en todas partes y se mostraba muy bondadoso con los peones nativos, que llegaron a quererle de veras. Por eso, cuando se convirtió a su vez en patrón por haberse casado con la dueña de todo aquello, ninguno dejó de **felicitarle.**

LOS BANDIDOS ROJOS

Primero, extenso y magnífico episodio de una nueva novela de aventuras en el Salvaje Oeste, escrita por

DUNCAN STORM

¡AL NUEVO MUNDO!

La tarde era gris y triste y en el cielo, los nubarrones parecían anunciar lluvia.

En un rincón del cementerio donde las sepulturas estaban muy juntas las unas de las otras y no tenían lápidas ni adornos, el capellán del camposanto se apresuraba a terminar las oraciones del servicio de difuntos ante una abierta tumba.

Sólo tres personas habían formado el cortejo de aquel humilde entierro. Eran tres muchachos. Dos de ellos eran hijos de la señora que dormía su último sueño en el sencillo ataúd, el tercero era el muchacho a quien ella había querido casi como a uno de sus hijos.

Los dos hijos de la extinta con los ojos encarnados, se hallaban de pié a un extremo de la sepultura. Ted Bligh, el mayor, apoyaba un brazo en la espalda de su hermano, que sollozaba convulsivamente.

Detrás de ellos estaba Stringy Larkins, el muchacho callejero. La extinta era la única madre que el había conocido en el mundo. Habiéndose quedado sin madre cuando aun era muy niño, se había visto a merced de la escasa misericordia de las implacables calles de Londres.

Stringy Larkins tenía el orgullo de poder decir que era resistente. Un muchacho que queda, entregado a sus propios recursos en las calles de Londres no puede subsistir si no es más resistente que la generalidad de los muchachos. Pero Stringy, en aquel momento, lloraba silenciosamente y se secaba los ojos en la andrajosa manga de su viejo traje.

La señora Bligh, que había fallecido, era la única persona del mundo que nunca le había dado ni un puntapié ni un puñetazo. Siempre se había mostrado bondadosa y sonriente. Le había ayudado, a pesar de toda su pobreza, y Stringy, aquella tarde, había llegado a olvidar que era recio y enérgico y se hallaba en guerra con todo el mundo.

Se hallaba él de pié, a corta distancia detrás de Ted y Sid Bligh. Estos eran los hijos. Tenían derecho a estar delante mientras los sepultureros descendían el modesto ataúd, junto con su ramo de flores, en la sepultura. El no era más que el muchacho con quien ella había sido buena.

El capellán masculló las últimas palabras de sus oraciones. El acto había terminado. Los muchachos casi no se habían percatado de la presencia de un hombre alto, de cutis bronceado, que vestía un bien cortado traje azul oscuro y tenía un sombrero de fieltro de anchas alas. Ese hombre se había deslizado cautelosamente, por entre las tumbas y en aquel momento se hallaba detrás de los muchachos, con el sombrero en la mano, compartiendo silenciosamente la humilde ceremonia fúnebre.

No le vieron los muchachos hasta que se volvieron para retirarse de la sepultura.

Entonces, los ojos de Ted cruzaron su mirada con los de aquel hombre. Eran éstos muy azules y de muy amistoso mirar. Ted pudo notar que los ojos de aquel hombre estaban velados por las lágrimas.

—Digan, muchachos, — dijo el hombre en tono grave y hablando lentamente, — supongo que ustedes no les ha parecido mal que yo me permitiera asistir al entierro.

Su acento era agradable y se notaba en seguida que aquel hombre era norteamericano.

Ted inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Pero no se sintió con suficientes ánimos par atreverse a hablar.

—Mi anciana madre está enterrada en este momento, — dijo el hombre, — pero yo no estaba aquí cuando el entierro. Me hallaba lejos, en el Dorado Oeste y lo he lamentado desde entonces porque yo me escapé de mi casa y contribuí con èso a desgarrar el corazón de mi madre. ¡Eso es lo que me pesa!

El hombre se había unido a ellos cuando se encaminaron hacia los portones del cementerio.

—Ha sido sin duda a su adorada madre a la que han enterrado, ¿no es verdad, muchachos? — dijo.

—¡Sí, señor! — dijo Ted con voz que los sollozos ahogaban aun.

—Y ese, ¿es tu hermano? — agregó el hombre, indicando con un movimiento de cabeza, a Sid.

—¡Sí, señor! — contestó Ted.

—¡Pues bien, ánimo, muchachos! — dijo el hombre. — Ustedes han empezado a vivir mejor que yo. Supongo que ustedes dos eran buenos con su mamá.

—Procurábamos serlo, señor, — contestó Ted.

—¡Eh con eso si que me derrotan ustedes por completo! — dijo el hombre tanto dirigiéndose a ellos como hablando para sí. — Yo fuí uno de esos rebeldes que tanto abundan. Nada lograba detenerme en casa cuando me daba la fiebre de alejarme. Me escapé y me fuí a Estados Unidos y allí me quedé y casi me olvidé por completo de mi

vieja madre, excepto de enviarla dinero, hasta que fué ya tarde.

"Pensé que podía reunir una fortuna y volver a mi casa y sorprender a mi madre, demostrándole que no me faltaba fibra, después de todo. Pero eso era todo falso orgullo, muchachos. Volví a casa con una bolsa llena de dinero para derramarlo en el delantal de la pobre vieja. Pero llegué tarde. Mi madre estaba ya muerta y sepultada. En vista de eso regresé al Oeste; desde entonces he estado allí, deseando siempre haberme portado mejor con ella, haber sido un buen hijo.

Se volvió de pronto hacia Stringy Larkins con expresión de curiosidad en sus ojos azules.

—Diga, jóven, — preguntó, — ¿qué papel desempeña usted aquí? ¡Usted no es hermano de estos muchachos! ¡Apostaría mi caballo a que no!

—Ella fué siempre muy bondadosa conmigo, señor — contestó Stringy Larkins, restregándose los ojos con la andrajosa manga al mismo tiempo que se acercaba al hombre. — No, señor, estos no son hermanos míos. Pero la madre de ellos fué muy buena conmigo y basta. Yo no soy más que un vendedor de diarios. Ellos están mucho más arriba que yo. La señora Bligh era una verdadera señora, como una de las señoras de las más distinguidas familias. Yo no soy nada.

—¡Valor, muchacho! — replicó el hombre jovialmente. — Muchos hombres conozco en mi sección que empezaron por nada, sin tener ni pantalones que ponerse y han terminado por tener un automóvil y disponer de oro a montones.

Llegaron a los portones del cementerio curiosamente observados por los concurrentes a entierros y los empleados de empresas de pompas fúnebres, reunidos allí.

—Digan, muchachos, — preguntó de pronto, el hombre — ¿A dónde van ustedes?

—No lo sabemos, señor, — contestó Ted. — No tenemos a donde ir. Pudimos pagar lo que debíamos, esta tarde, pero la patrona de la casa necesita las habitaciones y...

—¡Están ustedes sin casa! ¿No es eso? — preguntó el hombre.

—Sí, señor.

—¿No tienen ustedes parientes? — preguntó apresuradamente a sus nuevos amigos.

—No, señor, — contestó Ted.

—¡Entonces vayan al Oeste, muchachos! — dijo el hombre. — ¡Vayan al Oeste, a la tierra del Sol Poniente! ¡Vayan en busca de porvenir a la tierra donde hay sitio para todos y donde el aire es limpio y no ha sido respirado dos o tres veces por otros antes de que llegue a donde uno se encuentra!

Los muchachos le miraron maravillados. Comprendieron que les aconsejaba que fueran a Norte América. Pero lo mismo podía haberles aconsejado que fuesen a la luna. No tenían entre los dos casi ningún dinero. La última enfermedad de la madre había agotado por completo todos sus recursos. Ted tenía apenas diez y seis años. Sid tenía casi quince y nadie sabía la edad de Stringy, pues este ignoraba cuando había nacido. Había sido siempre Stringy Larkins y esto era todo cuanto sabía.

El hombre se rió.

—Veo que ustedes están pensando en el puente, — dijo. — ¿Conocen ustedes el punto de amarre número cuarenta y cinco de los muelles Victoria Nyanza?

—¡Sí, señor! — contestó Stringy Larkins, nerviosamente. — No hay rincón en todos los muelles, que yo no conozca.

—¿Cómo se llama el buque que está ahora amarrado allí, muchacho? — preguntó el hombre.

—Se llama "Ringarooma" y es un vapor conductor de ganado, con dos chimeneas. ¡Es muy grande! — dijo Stringy en seguida.

—¡Ese mismo! — manifestó el hombre, — Si ustedes tres, muchachos, quieren dar un salto desde este cansado y viejo Londres hasta una tierra donde siempre luce el sol y donde podrán disponer de mil millas de praderas para cabalgar montados en un buen caballo, vayan a bordo del "Ringarooma" esta noche a las diez y ocúltense en la cubierta principal.

"Tendrán los portalones del costado, abiertos hasta el último momento porque tienen que cargar un lote de buenos caballos para llevarlos a Estados Unidos. El que cuida del buque es un viejo coyote que ni ve ni oye y ustedes podrán burlarle fácilmente. Métanse en el buque y ocúltense entre unos fardos de pasto seco. Quédense allí hasta que el vapor se encuentre en alta mar. Poco habrá que esperar, pues el buque partirá a las doce de la noche para Galveston, Texas, y dejará el práctico de canal en Dungeness siguiendo por en medio del canal. Estará en alta mar mañana por la tarde. Entonces se mostrarán ustedes en la cubierta superior y yo me ocuparé de arreglar el asunto. Cuando el capitán les mande llamar, como lo hará, seguramente, ustedes dirán que quieren hablar con San Francisco Bill, o mejor dicho Cisco Bill. Ese soy yo.

Los muchachos se miraron los unos a los otros. El hombre aquel parecía haber abierto para ellos una puerta en el muro grisáceo del mundo que no les ofrecía más perspectiva que morir de hambre.

Los tres muchachos parecieron decirse á un tiempo.

—Haremos lo que usted dice, señor, — dijo Ted.

—¡Muy bien, muchacho! — dijo Cisco Bill, entusiasmado. — No hay nada mejor que decidirse en seguida. Pero ustedes necesitarán comer algo antes de ir a bordo del buque, tanto ustedes dos, como su socio. Aquí tienen unas pocas monedas, — metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas de plata.

Ted retrocedió, avergonzado.

—No podemos tomar ese dinero, señor, — dijo.

—Su actitud es enteramente inglesa, muchacho. — dijo — Si usted fuera nativo de Texas, hubiera tomado todo el montón, con ambas manos. Si fuese usted mejicano hubiera tomado el dinero y además me hubiese metido la mano en el bolsillo en busca de más. Pero hablemos en serio. Aquí tiene dinero, muchacho. Tome lo que necesiten para comer bien varias veces. Se lo entrego en calidad de préstamo. Usted podrá devolvérmelo del otro lado del charco, cuando haya cobrado su primer puñado de dólares de los Estados Unidos de América.

Los muchachos tomaron unos cuantos chelines y le dieron las gracias de todo corazón a su nuevo amigo. Tenían realmente mucho apetito, pues no habían comido casi nada en los últimos tres días, durante los cuales no se habían sentido con ánimos de tomar alimento.

Pero en aquel instante se daban cuenta de que se hallaban débiles de hambre.

Stringy Larkins llevó a los muchachos a casa de Jim Alone, el dueño de la casa de comida para marineros donde servían un arenque grande y sabróso y una tetera de excelente y aromático te, bien endulzado, por cuatro peniques.

Stringy empuñó la aljofifa como si fuera un fusil con su bayoneta. Antes de que el mestizo pudiera herir de muerte a Cisco Bill, el extremo de la aljofifa avanzó hacia él como un ariete. Dió con terrible fuerza en el pecho del vaquero. El hombre se dobló hacia adelante como una navaja que se cierra de improviso y rodó por la cubierta gimiendo de dolor y muy sorprendido.

Guió a los muchachos a uno de los cuartitos cerrados que eran una característica de la casa de Jim Alone.

Jim Alone era un tipo curioso y Stringy Larkins tenía algo de curioso también. Los dos se conocían bien porque Stringy había hecho mandados por orden de Jim y había vigilado a más de un hombre por encargo

de Jim y en interés de alguna de las varias ramas de sus negocios. Porque Jim, además de tener el café, hacía diversas clases de operaciones comerciales.

Jim era una curiosa mezcla de hombre, medio chino y medio español. Había algo de sangre malaya en su cuerpo. Jim tenía la costumbre de comprar barato y vender caro. Se decía también que prestaba dinero a los marineros. Además regenteaba un fumadero de opio, secreto, para delicia de los chinos tripulantes de los buques procedentes del Lejano Oriente.

No había mucha gente en el café cuando entraron los muchachos; sólo unos pocos trabajadores de los muelles, con aspecto de cansados, que acaban de terminar algún trabajo de urgencia en la carga de alguno de los buques que tenían que zarpar aprovechando la marea de la noche.

En un rincón había un grupo de vaqueros hispano-americanos de aspecto burdo y que disputaban, riñendo a voces, sobre el resultado de una partida de baraja.

Stringy miró hacia el grupo con desprecio y guió a los muchachos hacia uno de los cuartitos.

—Esos son mejicanos, — dijo; — son vaqueros de los desembarcados del "Ringarooma".

Golpeó en la mesa llamando a Jim Alone, que estaba atareado detrás del mostrador.

—¡Pronto, Jim! Mis amigos y yo estamos con apetito. ¡Tres arenques de los de cuatro peniques y elíjalos de los gruesos, viejo pícaro! ¡Y un buen plato de rebanadas de pan con manteca!

Jim Alone se acercó, sonriendo.

—¿Cómo le va, Stringy? — saludó — Supongo que tendrá mucho dinero para pagar.

—¡Claro que tengo dinero! — replicó Stringy con orgullo, mostrando una de las monedas de media corona que su amigo les había dado.

Al ver el dinero, Jim Alone fué silenciosamente en busca de los arenques. Poco tardó en volver, y los muchachos se sentaron y consumieron la comida silenciosamente saboreando los arenques y el sabroso té.

Aun no era hora para dirigirse cautelosamente a los muelles, así que por consejo de Stringy se quedaron en el cuartito del café cuando hubieron terminado de comer y dormitaron, cómodamente reclinado, cada uno de los hermanos, en un rincón. Estaban fatigados, rendidos por la pena y el cansancio, por las crueles emociones de aquel triste día, así que no tardaron en quedarse dormidos, aun cuando con sueño intranquilo.

Jim Alone les permitió que se quedaran porque aquella noche tenía pocos clientes en su establecimiento y en pago de su hospitalidad, Stringy pasó a la trastienda y ayudó a Jim a lavar gran cantidad de platos que habían servido a la hora de comer, aquella tarde. El peón, llamado Solferino, que generalmente ayudaba a Jim es ese trabajo, se había hecho un tajo en la mano con un plato roto aquella tarde y había sido necesario enviarle al hospital. En consecuencia, Jim Alone agradeció mucho la ayuda que le prestó Stringy.

Desde el sitio donde lavaba los platos,— detrás del mostrador, — Stringy no dejaba de observar al grupo de vaqueros. Eran una serie de tipos de mal aspecto; todos ellos eran mejicanos de cutis amarillo y ojos renegridos, con cabello lacio y negro, indicador de que tenían en el cuerpo sangre de indio.

Habían dejado de jugar a la baraja y hablaban en voz baja pero ferozmente y con sumo interés.

Entre las frases de aquella conversación Stringy oyó que pronunciaban la palabra "matar" y sin saber por qué, aguzó el oído. Hasta aquel momento sólo le habían interesado porque se había dado cuenta de que eran cuidadores de ganado de a bordo del vapor "Ringarooma". Pero su conocimiento de varios idiomas extranjeros, recogido en su vida de los muelles, era extenso y curioso. Sabía un poco de cada idioma: francés español, alemán, italiano, sueco, japonés, chino y hasta el lenguaje que hablan los "láscars", o sea los marineros de Bombay, unos con otros.

Los vaqueros habían dicho "matar" en español.

¿A quién iban a matar? ¿De matar a quien, hablaban? Entonces uno de los cuidadores de ganado, tal vez el peor encarado de todos los del grupo, tomó la grasienta baraja y después de barajarla bien y de hacer que "cortara" el que estaba a su izquierda, empezó a dar cartas, poniendo una delante de cada uno de los que estaban sentados en torno de la mesa. Mientras él procedía de ese modo, los tipos que rodeaban la mesa miraban con la angustiosa expresión del jugador que espera que se defina una jugada decisiva.

El hombre ponía las cartas boca arriba, y un suspiro brotó de todos los labios cuando los jugadores vieron que el as de espadas era colocado ante uno de ellos, al que daban el nombre de José.

José era el más joven del grupo; delgado y nervioso, con boca cruel, de delgados labios y un pequeño bigote negro.

No dijo nada. Pero se notó en sus negros

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, ench. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company
RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

ojos un extraño brillar cuando el fatídico as de espadas fué colocado en la mesa, delante de él. Stringy notó que José se pasaba la lengua por los labios como si de pronto se le hubiera secado la boca.

Llevó entonces una mano al cuello de su camisa de franela negra y sacó del pecho un objeto pequeño que llevaba colgado al cuello con una cadenita. Stringy ya no miraba hacia el grupo. Observaba todo lo que deseaba ver, mediante el reflejo de un espejo grande, anunciador de una fábrica de galletitas, que estaba colgado detrás del mostrador, y en el cual se reflejaba todo un lado del salón del café.

Vió que José besaba fervorosamente el objeto que había sacado del pecho y que parecía ser una pequeña cruz de metal adornada con gran número de rubíes o granates.

Unos minutos después, José salió solo, del café, deslizándose hacia la puerta tan silenciosamente como un gato.

Stringy despertó a sus compañeros y se despidió de Jim Alone.

—¡Vamos, muchachos! — dijo. — Ya es hora de que vayamos. ¡Hasta la vista, Jim!

—¿Vendrá usted mañana? — le preguntó Jim, evidentemente impresionado por el dinero que había visto en poder de Stringy y considerándolo como un posible buen cliente.

—¡Puede ser que sí; puede ser que no, mi viejo amigo! — contestó Stringy con indiferencia y salió con sus amigos a la oscura calle. La noche estaba turbia y lluviosa.

En cuanto estuvieron fuera del café de Jim, Stringy abandonó su actitud de indiferencia.

—¡Vamos, muchachos, de prisa! — dijo.

—Hay tiempo de sobra antes de que llegue la hora de meternos en el vapor ¿no es cierto? — preguntó Sid.

—¡Hay tiempo de sobra! ¡Ya lo creo! — contestó Stringy. — Pero no voy en busca del vapor. Voy siguiendo a un hombre.

Contó rápidamente a los muchachos lo que había visto, y con la agudeza característica de un muchacho callejero de Londres, expresó cuáles eran las consecuencias que había sacado de aquello.

—Ví que uno repartía las cartas, — dijo — y vi que a uno de los de la reunión le tocaba la carta fatal. El que fué designado por la carta sacó una cruz del pecho y la besó. Y les oí hablar, en español, de "matar". El que fué designado por el as de espadas tiene la misión de matar a alguien y ahora va a cumplir esa misión. ¡Allí va!

Vieron que el mejicano se metía en la zona de los muelles. Pasaron, agachándose y por la parte más oscura del portón junto a un guardián del servicio aduanero que estaba muy ocupado mirando los bultos con que volvían a la ciudad, después de haber trabajado a bordo de algún vapor, dos otres peones estibadores.

Stringy siguió a su hombre con suma destreza, cruzando las húmedas y relucientes vías férreas, que brillaban a la luz de las lámparas de arco voltáico, procurando no salir de la sombra proyectada por las filas de vagones que esperaban carga y de los galpones de los depósitos.

Le siguió hasta algunas pilas de tablas y tablones situadas cerca del punto de amarre del vapor "Ringorooma" y avanzó solo, dejando a Ted y a Sid a la sombra de un depósito.

Pronto regresó al sitio donde había dejado a sus amigos.

—Ya me he dado cuenta de donde está el del as de espadas. Se ha escondido en la pila de tablas y no se propone nada bueno, de fijo, — dijo Stringy. — Vengan, muchachos. Síganme. Me parece que vamos a tener un poco de diversión.

Deslizándose cautelosa y silenciosamente por la sombra de las altas pilas de madera, comenzó a subir a un montón de gruesos tablones, que tendría unos treinta pies (cerca de nueve metros). Los dos hermanos le siguieron y poco después estaban echados boca abajo, mirando por el borde de la pila hacia un hombre que se hallaba acurrucado en el espacio que quedaba al pie de dos montones de tablas.

—El del as de espadas espera a su víctima, — dijo Stringy en voz muy baja.

La campana del reloj de la torre de una iglesia situada a corta distancia del límite de la región de los muelles, dió el toque de una media hora. Eran las nueve y treinta de la noche.

El hombre que estaba acurrucado entre las dos pilas de madera no mostraba intención de moverse de su escondrijo.

Al cabo de un momento se oyó el sonido de una voz jovial y Cisco Bill, alto y desenvuelto, entró, con paso firme, en la calle flanqueada de estibas de bultos de mercaderías.

Cantaba a toda voz muy alegre, ignorante por completo de la presencia del agazapado asesino que estaba oculto entre las sombras de las altas pilas de madera.

Ted y Sid tenían la boca seca, tal era el horror que les infundía la situación, horror que se acrecentó cuando vieron que el hombre acurrucado levantaba un poco una pernera del pantalón y sacaba de su vaina, colgada de una liga de cuero que le ceñía la pierna, un largo y reluciente cuchillo.

Hubieran gritado a voces para advertir a Cisco Bill del peligro que corría; pero una indicación de Stringy les hizo que callaran.

Cuando Cisco Bill estuvo cerca de su escondrijo, el mestizo mejicano se irguió, preparándose para arrojar el cuchillo a la usanza de los bandidos mejicanos, capaces de clavar un puñal en un blanco situado a larga distancia. Dejó que su presunta víctima pasara y entonces levantó la mano, que se estremecía nerviosamente.

Pero Stringy se había levantado y estaba arrodillado en lo alto de la pila de tablones. Había puesto una bolita de mármol, — de las de jugar a la bolita, — en su honda de goma, — la que utilizaba para matar pájaros, — y estiró las gomas todo lo más que le fué posible. Se oyó un chasquido de las gomas al soltarlas y el zumbido de la bolita al cruzar el aire.

Oyeron el ruido que hizo la bolita de piedra al golpear en la muñeca del que se dis-

ponía a ser asesino. El cuchillo se le cayó de la mano, dando en una tabla sin hacer casi ruido ninguno, porque la mano había quedado repentinamente paralizada por el golpe de la bolita. Oyeron que José lanzaba un juramento en voz baja y se agarraba la muñeca retorciéndose de dolor.

Cisco Bill siguió caminando en dirección del "Ringarooma" sin haberse percatado del peligro que, durante un momento, le había amenazado. Stringy volvió a echarse boca abajo, riéndose muy contento.

—¡Qué oportunamente le golpeó la bolita! — dijo. — ¡Y el hombre no se da cuenta de qué es lo que le ha herido ni puede saber de dónde llegó!

Los tres muchachos siguieron echados allí sin moverse. Oyeron que el decepcionado bandido gruñía y gemía, frotándose la dolorida muñeca.

Miró hacia arriba y miró hacia abajo, pero no pudo ni imaginarse de dónde le había llegado el misterioso golpe que, tan de repente le había paralizado la mano.

Se inclinó, recogió el largo cuchillo, lo metió en la vaina que ocultaba debajo de la pernera del pantalón, bajó la pernera que había arremangado y se encaminó con paso lento, hacia el buque.

—Estoy seguro de que ese canalla está preocupado y lo estará un rato — dijo Stringy, riéndose — Bueno, muchachos, ya le hemos pagado a Cisco Bill los arenques y el te, ¡Vamos, ahora!

Descendieron los muchachos de la pila de tablones y avanzaron por el muelle hasta encontrarse cerca de los abiertos portalones laterales del vapor "Ringarooma"

De las válvulas de escape de las calderas del enorme buque salían chorros de vapor, lo que indicaba que ya estaba pronto para moverse, pues las calderas tenían suficiente presión. Cerca del vapor había poca gente.

Umpty Ginsen, el viejo guardián nocturno estaba sentado en su garita, en el muelle, cerca del lado de babor. Tenía ante él un brasero, en el que ardía un buen fuego de coke y se abrigaba las piernas con una gruesa manta.

Stringy se acercó a él con toda desenvoltura.

—¡Buenas noches, Umpty! — dijo afablemente. — He venido para decirle, de parte de Harry, el policeman que hay una botella de buena cerveza para usted, en el tercero de los baldes "para caso de incendio", que están colgados a la entrada del cobertizo número cuatro.

Eso era verdad, Stringy había comprado la botella de cerveza para que sirviera de cebo para Umpty Ginsen, y la había escondido en el mencionado balde del servicio de incendios.

Umpty echó a un lado la manta que le abrigaba las piernas y salió de su casilla. Al viejo sereno le gustaba muchísimo la cerveza.

—Quédese aquí, Stringy, — dijo, — y no deje que nadie entre en ese vapor sin preguntarle antes a qué viene. Si alguno quiere hablar con alguien, llame al señor Clatters, que es primer oficial y el que está de guardia. Y vigile mi casilla, no vaya a suceder que alguno de esos vaqueros me robe las mantas. ¡Son todos ellos, una colección de ladrones!

Umpty Ginsen se alejó con paso menudo en busca de su botella de cerveza. Tan pronto como hubo desaparecido volviendo la esquina de los galpones, Stringy llamó a los dos hermanos.

—¡A embarcarse, compañeros! — dijo en voz baja. — El momento no puede ser más oportuno. El sereno se ha ido a tomar un poco de cerveza.

Los muchachos se deslizaron por la ancha planchada puesta entre el muelle y el abierto portalón del vapor. Sus pasos no hicieron ni el más leve ruido, porque la planchada estaba cubierta de una capa de pasto caído de los fardos que habían embarcado para alimentar a los animales y habían sido amontonados en la cubierta donde estaba el ganado del lado de popa.

Stringy les siguió rápidamente.

Se hallaron en seguida en una ancha cubierta con divisiones de hierro para el ganado. En la oscuridad oyeron la respiración de numerosos caballos y el pisotear impaciente de los cascos en el piso de varillas de madera, de los establos.

De distancia en distancia, una lamparita eléctrica, oscurecida por el polvo y las telarañas, brillaba nebulosamente en la atmósfera pesada de aquella parte del vapor.

—¡Pronto, amigos míos! — susurró Stringy. — Aquí está la pila de fardos de pasto. ¡Adentro en seguida!

Se dirigió hacia un montón de fardos de pasto seco que estaban apilados del piso al techo. Había algunos fardos sueltos y bastante pasto suelto también, salido de los fardos cuyos sunchos habían cortado los cuidadores del ganado.

Fué entre esos fardos y ese pasto suelto donde hallaron refugio los muchachos, sentándose en los fardos y tapándose con el pasto suelto.

Se ocultaron muy a tiempo, pues casi inmediatamente oyeron voces de hombres, procedentes de la cubierta superior y el ruido del guinche que funcionaba en el muelle para retirar la pesada plancha. Varios hombres pasaron por la cubierta del ganado. Oyeron como, después de retirada la planchada, se cerraban los grandes portalones de acero, del costado del vapor.

Acurrucados entre la estiba de fardos de pasto, los muchachos pudieron darse cuenta un momento después, de que habían cruzado el puente que dividía la vieja vida del Nuevo Mundo.

EL REY DEL GANADO

Durante veinticuatro horas, los tres muchachos permanecieron ocultos entre la pila de pasto. Habían oído como partía el vapor de los muelles del puerto de Londres, la noche anterior. Habían oído como los remolcadores soltaban sus cables y se alejaban cuando ya estaba el vapor en medio del río y como comenzaba la pulsación acompasada de los émbolos de la poderosa máquina, resonando en toda la extensión del buque.

No habían visto a su amigo Circo Bill, pe-

"¡No esperen su dinero caballeros!" dijo Umpty, "¡Fuera!" Don Hilario fué el primero en recibir un puntapié que le hizo caer por la escalera. Y uno tras otro, fueron enviados por Umpty, rodando, hasta el muelle.

ro le habían oído hablar y dar órdenes en la cubierta donde estaba el ganado, disponiendo como debían asegurar a los caballos en sus establos.

Pasaron todo el día echados en el pasto. El vapor navegaba con mediana velocidad, cabeceando ligeramente, por el canal, más allá de Dungeness y de Hastings, siguiendo una ruta igualmente distante de ambas costas del canal.

A la una de la mañana, José, el mestizo mejicano se acercó cautelosamente hacia la pila de fardos de pasto. Pero no podía imaginarse que unos promontorios que se veían entre unos fardos y eran de pasto también, ocultaban a los muchachos. Tampoco podía soñar que un par de perspicaces ojos le miraban mientras él recogía pasto del suelto y formaba un montón, derramando después sobre el seco pasto el contenido de una botella de petróleo. Sobre ese montón rociado de petróleo puso todavía más pasto, procediendo con la mayor cautela y mirando, de vez en cuando, en redor, como atemorizado.

Todo eso lo realizó en brevísimo tiempo. Casi antes de que Stringy pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo aquel infame, José había encendido un fósforo y lo había arrojado sobre el montón de pasto, desapareciendo en seguida como una sombra, por la escalerita vertical, de hierro, que conducía a la cubierta superior.

Se vió una llama pequeña seguida de una alta llamarada y al cabo de pocos segundos, ardía todo el montón de pasto seco y salpicado de petróleo.

Los muchachos salieron a toda prisa de su escondrijo y atacaron al fuego con sus sacos y con una mantas, que estaban allí cerca, intentando sofocarlo antes de que se encendiera la pila de fardos. Pero la corriente de aire enviada por los caños de ventilación que tenían sus grandes bocas en la cubierta superior, avivaba el fuego, así que a los pocos segundos el pasto estaba encendido y la cubierta llena de humo.

Los caballos asustados comenzaron a relinchar. Se oyó el pataleo de cascos herrados. Algunos caballos hicieron astillas, a coces la puerta de su pesebre. Cerca de una docena lograron soltarse y pateando y relinchando corrieron de un lado a otro, procurando huir de su prisión de paredes de hierro y del foco del incendio.

—¡La manga, muchachos! — dijo Stringy, tosiendo medio sofocado por el humo.

Los muchachos descolgaron dos de las mangas de riego usadas para la limpieza de los establos mientras Stringy, haciendo un rápido esfuerzo movía la rueda que abría la válvula de comunicación.

En seguida dos fuertes chorros de agua cayeron sobre el llameante montón de pasto y la cubierta se llenó de vapor, ocultando como dentro de una nube, a los hombres que procuraban dominar a los caballos.

Stringy vió la silueta de Cisco Bill en el momento en que surgía de entre aquella espesa nube. Sujetaba por el bozal a un caballo grande y negro que, loco de miedo, pateaba y pretendía morderle mientras él procuraba dominarle a latigazos. A espaldas de Cisco Bill apareció un mejicano avanzando a gatas y aproximándose a saltos al amigo de los muchachos.

Vió Stringy en aquel instante entre el humo y el vapor, que el mejicano tenía entre los dientes un cuchillo. El muchacho tomó una aljofifa, — uno de esos palos con una especie de borla grande y larga a un extremo que se usan en los buques para lavar los pisos, — y la empuñó como si fuese un fusil con bayoneta.

Antes de que aquel hombre pudiera herir a Cisco Bill, el extremo de la aljofifa avanzó hacia él como un ariete. Dió con terrible fuerza en el pecho del vaquero. El hombre se dobló hacia adelante como una navaja que se cierra de pronto y después rodó por el piso gimiendo de dolor y muy sorprendido. Stringy se inclinó y levantó el cuchillo.

—¿Qué tal? ¿Le ha gustado mi caricia? — preguntóle Stringy socarronamente.

Pero un segundo después sintió el muchacho que le tomaba de la nuca una mano de hierro que le arrastró por el pasadizo lleno de humo y de vapor.

Vió que Ted y Sid eran tratados exactamente del mismo modo.

Pero Stringy se limitó a reir. El incendio estaba dominado ya y los asustados caballos habían vuelto a sus encierros.

Los muchachos fueron llevados; recorriendo todo el vapor, pasando por corredores y escaleras, hasta el puente. Tenían los sacos quemados y estaban negros de humo de pies a cabeza.

Les hicieron entrar bruscamente en la cabina de guardia para que esperaran allí al comandante. Un gigantesco marinero sueco, se quedó vigilándoles.

—¡Que infames! — dijo entre dientes el marinero, mirando a los tres muchachos. —¡No se contentan con meterse en el vapor para viajar gratis! ¡Pretenden incendiar el buque! ¡Si yo fuese el comandante, los echaba al agua ahora mismo. ¡Ya verán cómo los va a arreglar el comandante!

Poco tardó en llegar el jefe del buque, un tipo de facciones duras y gesto amargo, cuya expresión no anunció nada bueno a los muchachos.

—¿Qué significa esto? — preguntó. — ¿Han pretendido incendiar mi buque en alta mar?

—¡Perdone señor, pero nosotros no incendiamos el buque! — dijo Stringy, —Nosotros apagamos el incendio.

—¿Dónde están los hombres que han visto lo que ha pasado?

Media docena de vaqueros mejicanos, encabezados por José, se adelantaron.

—¿Dónde está el jefe de los cuidadores de ganado? — preguntó el comandante, groseramente. —El es el responsable de lo que pase en esa cubierta. ¿Dónde está ese Cisco Bill o como demonios se llame?

La alta, atlética figura de Cisco Bill se presentó en la puerta del camarote. Se quitó el sombrero de anchas alas y escuchó a José que comenzó a hablar con toda locuacidad.

(Continuará)

EL FANTASMA DEL LAGO

Por J. HOCHE

(Conclusión)

—Bueno; le doy a usted carta blanca para sus pesquisas.

—¡Oh! no en el mismo inmueble... además, no se que pesquisas convendrá hacer... ¿Qué jardín es ese que se ve desde aquí? ¿Pertenece al hotelito?

—Si, pero casi no le conozco, le tenemos abandonado; es un nido de moscas e insectos, donde jamás se pone el pie.

—Su criado Juanillo debe ir a él, porque en el fondo veo una especie de barraca con leña dentro.

—En efecto, me olvidaba... allí hay troncos de árboles viejos, restos de antiguas podas, en los que Juanillo se ejercita para manejar el hacha como Filopémenos.

—¡Mírelo usted! — ¡Pues bien! creo que debe echarse un vistazo por allí...

—De pronto Flax cambió de tono y sus labios dibujaron una sonrisa infantil — Justamente, mire usted al émulo de Filo... de Filopéme... ¿que? ocupado en observar a Juanillo y descubrir en sus facciones solapadas algún indicio de su culpabilidad, el doctor no respondió dejando que Flax, poco familiarizado con la antigua Grecia continuase balbuceando.

El policía renunció a pronunciar el nombre del ilustre General heleno, y dirigiéndose directamente al ganapan que quería resucitar sus virtudes, dijo:

—Tu, amigo mío, vas a hacerme los honores de este jardín, que deseo examinar rápidamente a consecuencia de los sucesos de la otra noche.

— Elseñor es un inspector de policía — añadió tranquilamente el doctor.

Cualquiera qupe no fuese Juanillo hubiese temblado, pero el bribón se creía al abrigo de todo merced a su herida.

La visita al jardinillo empezó. El criado se apresuró a indicarle la ventana por donde saltó y huyó la desconocida.

—Bueno — dijo Flax para sí — esta es la ventana por donde se marchan las personas que se despiden "a la francesa", después de haber dejado una señal roja en el hombro, a manera de pasaporte.

Se aproximaban a la caseta o choza, que parecía una conejera desecha. En aquel sitio el suelo del arriate no ofrecía restos de hierba, presentando señales de haberlo arreglado recientemente...

—Eso es de cuando corto la leña — explicó Juanillo sonriendo; — destrozo todo el arriate, pero lo areglo lo mejor posible pateando encima.

—Efectivamente, yo veo — dijo Flax con indiferencia. — que has trabajado bastante desde ayer; has cortado hoy mucha leña, lo cual es una imprudencia para tu herida...

—¡Caramba!.... ¡Cuánto sabe usted!— murmuró burlonamente el criado, comenzando a inmutarse.

Flax se había inclinado para examinar el suelo desde cerca

—Por lo que veo — siguió diciendo en el mismo tono — esta viruta no es tan reciente como esta otra... Ya, ya comprendo... te has divertido en esparcir viruta sobre este piso que tenías muy estropeado, socavado excesivamente por tu hacha.

—¡Oh! — balbuceó Juanillo, — las señales se quitan pisoteando...

—Sí, entendido... pero esto son más que señales... — Había agarrado una escoba, barriendo de una vez la capa de serrín más espeso allí que en otro lado, poniendo al descubierto un sitio de unos 30 centímetros de diámetro, donde la tierra aparecía removida recientemente.

—Cualquiera diría — prosiguió, — que el piso ha sido cavado aquí con una herramienta cualquiera, un pico... tal vez una pala... y después rellenado y nivelado con los pies.

Y bruscamente miró con fijeza los ojos de Juanillo diciéndole:

—Lo curioso es que, en el estado en que te encuentras, no podrías manejar instrumentos tan pesados.

—¡Bah! — murmuró Juanillo tratando de sonreir, pero desconfiando ya.

—¡Aquí hay una azada vieja! dijo Flax como si acabara de ver el instrumento.

Tomó la azada, comprobó que había sido limpiada muy por encima, y la examinó con la lupa.

—Se han quedado adheridas partícuias de tierra fresca, — murmuró bastante alto para ser oído.

De reojo pudo asegurarse de que Juanillo había palidecido, y de pronto, echándole una mirada fulgurante, le preguntó:

—¿Por qué has cavado ese agujero?

Las piernas de Juanillo temblaban y no pudo articular palabra.

—¿No respondes? Pues bien, voy a contestar por tí, o mejor dicho, la tierra lo hará mejor.

Y con destreza y agilidad extrañas en su edad, el policía se puso a cavar en aquel sitio hasta que oyó un sonido metálico algo sordo.

Entonces separó con sus dos manos la tierra abundantemente removida, y un instante después sacaba una caja de latón sobre la que se leía grabada las palabras: "Achicoria".

La presentó al doctor y dijo sencillamente:

—Abra eso, y, o mucho me equivoco, o encontrará no achicoria como dice, sino lo que usted busca.

Viéndose perdido el infiel criado se adelantó con la cabeza baja, y como reapareciese a la luz del sol todo lo que había robado, cayó de rodillas a los pies de su amo llorando amargamente. Después fué acometido de un síncope más o menos simulado

—Ese tunanté — comentó Flax, — es aún más cobarde que pillo y vicioso.

Y le hizo volver en sí, rociándole la ca-

rá con un poco de agua. Durante este tiempo el doctor había abierto la caja, que efectivamente contenía el dinero y las alhajas robados.

—Escúchame bien, muchacho, — dijo Flax al truhán, — todo esto va a quedar entre nosotros, provisionalmente, y si tu amo consiente en no denunciarte, puesto que ha recuperado lo suyo; yo me comprometo a favorecer tu desaparición, si la verdad se pone clara algún día, o si fuera preciso divulgarla para probar la inocencia de la mujer a quien has acusado tan vilmente; mientras tanto eres libre, pero quedas a mi disposición por que tal vez te necesite, y no trates de escaparte; que en cualquier sitio que te escondas, aunque sea en el fin del mundo, sabré encontrarte, y entonces te irá mal, seguramente.

—Ahora — añadió Flax al doctor cuando estuvieron solos en su gabinete, — creo que no le queda a usted más que despedir a Binet, comunicándole que su intervención es ya inútil.

Justino Mortier fué de la misma opinión. Descolgó el auricular del teléfono que se hallaba a su alcance, y al cabo de unos minutos estaba en comunicación con el inspector.

—Agradezco a usted — le dijo, — el concurso que me ha ofrecido, pero es ya inútil, pues he encontrado los objetos desaparecidos, de suerte que la mujer de quien sospechaba queda, desde luego, libre de culpa. Así, pues, retiro mi denuncia y le ruego que no se ocupe ya de este asunto.

—Es imposible, doctor, — dijo la voz lastimera de Binet, — tengo dada una orden contra la persona que le ha citado a usted esta noche, y estoy obligado a cumplirla.

—¿Pero no le digo que no hay lugar a ello?

—Quizás no haya lugar al asunto que a usted concierne, pero mi jefe, M. Melart, está convencido de que es una buena presa, ya que tantos otros delitos tiene sobre su conciencia. Además, convendrá usted en que es muy singular la manera de escaparse de su casa, en medio de la noche y saltando por una ventana...

—Eso a nadie más que a mí interesa...

—Usted perdone, pero M. Melart estima que la seguridad personal exige que esta mujer sea detenida e interrogada. En cuanto a mí, no puedo prescindir de una orden al servicio.

El doctor se volvió hacia Flax que escuchaba en el otro receptor. El policía le hizo signo para que insistiera en su actitud. Mortier no deseaba otra cosa.

—Sea — continuó diciendo, — yo me lavo las manos, y como no quiero intervenir en un acto policíaco que se ejecuta contra mi voluntad, irá usted a la cita sin mí. Que usted lo pase bien.

E interrumpió la comunicación, mientras que su mirada colérica e irresoluta a la vez se paseaba de nuevo sobre Flax.

—Sin embargo, nosotros acudiremos a esa cita — dijo éste — porque pudiera ser muy bien que Fedora fuese personalmente, y no le oculto que, yo también, quisiera conocer a esa enigmática criatura. Si hay necesidada la defenderemos de la policía... ¡Oh! será muy divertido... Como es natural nosotros estaremos ocultos y nos esperarán allí cerca unos caballos ensillados porque supongo que Binet empezará su plan de ataque por el "chauffeur" que debe esperar a usted en el estanque, si es que está solo. Es preciso que realicemos hasta lo último este plan... ¿Le parece bien?

Justino Mortier, conforme en absoluto, dió carta abierta a Flax y éste se despidió inmediatamente, pues solo contaba con algunas horas para ultimar los pequeños detalles de la proyectada excursión.

Una fiebre de entusiasmo le devolvía repentinamente la juvenil viveza, la clarividencia, el espíritu de decisión que tan justo renombre de "detective" modelo le valiera.

—¡Vamos a ver — murmuró frotándose las manos cuando se halló solo — vamos a ver si soy tan fuerte cuando trabajo en contra de la policía como cuando trabajo para ella!

VI

Precisamente a las siete y tres cuartos, dos caballeros, jinetes sobre sendos alazanes elegantemente enjaezados, bajaban la cuestilla que conduce desde la meseta de Villebón al estanque del mismo nombre. Aún se veía cuando llegaron a orillas de éste, pero la luz decrecía rápidamente, pues era a principios de agosto, y en los bosquecillos próximos reinaba una penumbra que permitía seguramente a Flax y al doctor Mortier estar más ocultos de la que suponían. Sin pronunciar palabra, ataron sus caballos a dos árboles cercanos y esperaron. Estaban suficientemente caracterizados para no ser conocidos, y vestían elegantes trajes de sport.

No esperaron mucho tiempo, pues diez minutos después, en el camino que sube de Trivaux, dejó oir un automóvil el ruido acompasado de su marcha.

Flax separó ligeramente la cortina de ramas que le protegía. Era un taxímetro. Detúvose en la avenida verde que limita el oeste del estanque, en el sitio indicado por Fedora en la carta, y el conductor bajó del vehículo. Tenía el aspecto del hombre intrigado que representaba un papel superior a su talla. Acabó por sentarse en la escarpada y florida orilla, en un altito que dominaba el ribazo y pareció interesarse vivamente en las correrías de algunos conejos monteses que huían a lo lejos.

Habían transcurrido cinco minutos, cuando de repente cuatro hombres, que "olían" a la legua a gente policíaca, surgieron de los matorrales a los que el chauffeur daba la espalda.

—Binet y sus secuaces, — murmuró Flax al oído del doctor.

Binet se adelantó derecho al chauffeur, que, puesto en pie, les miraba.

—¿Qué hace usted ahí? — preguntó el policía con agrio y grosero tono, sistema que empleaba para intimidar a las gentes a quienes consideraba sospechosas.

—Probablemente espero a alguien —

contestó tranquilamente el chauffeur, hundiendo la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta de cuero.

—No vaya usted a defenderse — repuso Binet en tono más suave, — porque no venimos a atacar a usted.

—¡Hombre! eso no lo traen escrito en la cara, y además se han presentado como por arte de magia.

—¿Usted es el que guía ese coche, y viene usted de París, como lo indica el nombre de la compañía?

—Así parece.

—Bueno, nosotros somos agentes de vigilancia y va usted a conducirnos al sitio donde debía usted llevar al cliente que estaba esperando.

El chauffeur se turbó.

—¡Pero si yo no conozco para nada a ese hombre!

—No importa. Ya sabemos que usted no le conoce, como tampoco conocerá probablemente a la señora que le ha mandado llevar al caballero a su casa.

—En efecto — contestó burlonamente el chauffeur, — no conozco a esa señora porque es un joven.

—Poco importa, va usted a conducirnos a casa de ese joven, en vez del caballero.

El chauffeur rehusó diciendo:

—En cuanto a eso, me es imposible; yo también tengo mi honor profesional, y cuando me pagan un trabajo no es para hacer otro.

—Será usted recompensado; en cuanto a su honor no corre peligro en este asunto. Al contrario como buen ciudadano, debe usted prestar su concurso a la policía, cuando ésta obra en virtud de poderes en regla. Además se lo ordeno.

Y Binet exibió su tarjeta de inspector. El chauffeur se turbó visiblemente: sin embargo trató aún de negarse murmurando:

—No, no, eso no puedo hacerlo.

—Vamos, no sea usted así — exclamó Binet esta vez sacando su revólver; voy a subir al asiento con usted, y llévenos al sitio donde debía dejar al señor.

Uno de los agentes hizo girar la manivela que daba marcha y el motor empezó a trepidar mientras los otros se instalaban en el automóvil donde su colega se le reunió en el acto.

Viendo que toda resistencia era inútil, el chauffeur saltó al asiento detrás de Binet a quien dijo en tono amenazador.

—Ya lo sabe, amigo; si me obliga usted a hacer cosas indebidas, me quejaré. Por toda respuesta, Binet se encogió de hombros. El "detective" tomó la cuesta que lleva al estanque de Trivaux. El coche marchaba al paso, a causa de la pendiente bastante rápida y de la oscuridad creciente.

—Bueno, y ¿a donde vamos? — preguntó Binet.

—A Fleury, si quiere usted saberlo.

—¡Diablo! — murmuró Binet, pensando súbitamente que llegarían ya entrada la noche y que, por tanto, no podría legalmente ejecutar su mandato, hasta la mañana siguiente al amanecer, si es que era en una habitación privada donde esperaban al doctor. Y se informó por el chauffeur, quien respondió afirmativamente.

—¿Conoce usted al que le ha pagado la carrera? — prosiguió Binet.

—En absoluto; es un señor que vino a buscarme a mi garage de París para que le condujera allí y me dejó en la puerta.

El inspector pidió señas de aquel individuo, pero el chauffeur afirmó que no se había fijado en el, añadiendo que después salió un joven, sin duda el dueño de la casa, quien le comunicó instrucciones definitivas, y que a este apenas si le había visto. Recordaba nada más que parecía muy joven, de maneras distinguidas, y con un leve acento extranjero.

—Es ella — pensó Binet; — la tenemos al fin, la que tantas veces se nos ha escapado, la famosa princesa Cartouche. Y la casa, ¿dónde está?

—¡Caramba! Yo no podré decir a usted el nombre de la calle ni el número, pero es la primera casa a la derecha llegando del bosque, después de pasada la antigua e histórica puerta que todos conocen. Tiene una entrada que da al bosque y allí es donde debo dejar a mi cliente.

Durante este interrogatorio, el coche seguía al paso, y la noche llegaba tan rápidamente que el chauffeur habló de encender los faroles.

—Inutil — dijo Binet puesto que no salimos del bosque y el camino está suficientemente claro. Ciere usted el "silencioso"; es innecesario dar el aviso a los que acechan nuestra llegada.

Aunque era noche cerrada, el camino estaba, como acababa de decir Binet, suficientemente claro, y el ruido del motor era lo bastante perceptible, apesar de haber amortiguado el escape, para que Flax y su compañero pudiesen cómodamente seguir de lejos el coche, guiandose por el oido y sin hacerse traición ellos mismos, dado que el rumor del auto ahogaba el casqueteo de los caballos. En el momento en que desembocaban en el bosque de Fleury propiamente dicho, por la calle de Vertugadins, a lo largo de la cual se alzan los edificios de la escuela de aerestación militar, el ruido cesó repentinamente.

—Se han parado — dijo Flax, — pero nosotros vamos a seguir nuestro paseo sin chistar, a fin de adelantarnos. Dejaremos nuestros caballos en una posada a dos pasos de aquí, y después volveremos a reconocer los lugares. No hay peligro en la demora, pues de todos modos, Binet no podrá ahora ejecutar su mandato antes de la salida del sol.

Al llegar cerca de la histórica puerta, vieron el coche parado en un camino bajo que conducía al bosquecillo. A la luz de un mechero de gaz colocado a la entrada de la vivienda, divisaron distintamente al cochero sentado solo en su asiento con los ojos clavados en una de las ventanas del primer piso, y alumbrada por una luz brillante.

Muy cerca de esta ventana, en el interior de la pieza estaba un jóven sentado, al

parecer, pues sólo se veía la parte superior de su busto ligeramente inclinado, una cabeza de pelo ensortijado, con los ojos bajos, y la barbilla apoyada en una mano, el brazo se acodaba en una mesa que no se veía. La silueta daba la impresión clásica de el lector, absorto en la lectura. Una tapia rematada por cascos y vidrios incrustados, rodeaba la finca, dejando entre ambas un espacio por lo menos de diez metros. Alrededor flotaba el silencio profundo, enorme, del bosque lleno de tinieblas.

Flax había sacado los gemelitos del bolsillo que nunca olvidaba, y los enfocó en el espacio de un segundo, sin detener su cabalgadura, hacia el perfil que tan concretamente aparecía en la ventana. Se estremeció porque acababa de reconocer al joven de porte elegante entrevisto en casa de Néstor Plansón, aquel a quien en su imaginación había concedido el título de "príncipe ruso".

En cuanto a Justino Mortier, que tenía muy buena vista, reconoció a Fedora en el acto.

—¡Es demasiado! — exclamó Flax cuando se encontraron solos en la posada donde iban a dejar sus caballos — ¿Vd. dice que esa silueta de efebo de aquella ventana es Fedora?

—Estoy seguro.

—Pues bién, ese inmbécil de Melart acertó al decir casualmente, y por hipótesis absurda e inverosímil, que el asunto de Vd. podía tener alguna relación con el de los cadâveres sellados.

—¡Imposible! — exclamó el doctor, — explíquese Vd.

—Yo no explico nada. Todo lo que puedo decir, es que su Fedora se encontraba vestida de hombre, con otros dos de tipo extranjero, en casa de Néstor Plansón, el día en que ciertas vagas suposiciones me impulsaron a hacerle una visita. Además fotografié sus cabezas y se las enseñaré. Plansón es un antiguo colega que trabaja en la policía privada, y cuya sospechosa presencia en Clamart el día de la primera aparición del biplano fantasma, me intrigó profundamente. Después he adquirido la convicción de que él y aquellos a quienes presta su concurso tienen todos los cabos del asunto de los cadáveres sellados. Este asunto en verdad, no guarda otra relación con el de Vd., más que el hecho único de tratarse de la misma Fedora, así es que Melart, por chiripa, tuvo razón aún equivocándose. He visto muchas veces en el regimiento a quintos que nunca habían cogido un fusil, y que, en el campo de tiro, hacían sin arte ninguno y por pura casualidad, admirables blancos apenas disparaban.

El doctor no respondió. Mas inquieto de lo que aparentaba, tenía la sensación del que pierde el pié en un océano de misterios espantosos en lo que la noble y valiente Fedora no había tenido jamás intervención.

Algo aún aumentaba su perplejidad. El azar permitía que él visitase la casa que había conocido tres años antes, habitaba entonces por uno de sus amigos, Juan Cortón, alcalde de uno de los ayuntamientos vecinos. Era una construcción centenaria, cuya tapia posterior daba a un parque inculto, de senderos inexplorados, donde no se podía penetrar a causa de su espinosa vegetación entre la que vivía una de las más inquietantes faunas, compuestas de serpientes, víboras y otros reptiles no menos repugnantes.

La casa estaba terriblemente deteriorada, y además irreparable desde tal punto de vista arquitectónico, según los peritos, porque una restauración hubiese costado más cara que una nueva construcción. Su amigo el alcalde no había vivido en ella mas que a fuerza de pinturas y arreglos, e incluso tuvo que abandonarla antes de expirar el plazo de arrendamiento porque no podía resarcirse de las pérdidas sino casi recurriendo a incoar un proceso. Un día Justino Mertier preguntó a su amigo como había tenido idea de alquilar semejante vivienda, y éste sonriendo picarescamente le contestó:

—Ven a ver los subterráneos, y lo sabrás.

En la última cueva había una abertura disimulada por una saliente de la pared que comunicaba con una ancha galería subterránea casi rectilínea trifurcada en tres corredores más pequeños, uno de los cuales concluía en una cantera situada en la demarcación municipal de la que Cortón era alcalde, y que finalmente comunicaba con los sótanos de la alcaldía.

—¿Comprendes ahora? — dijo éste; — si ocurriera alguna cosa en el ayuntamiento o fuese cercado como dos o tres veces lo han sido los de los alrededores donde todo lo ha arrasado, para imitar a los Champenois, entonces, me metía muy tranquilo en mi casa por estos caminos de topo, y mis administrados no volvían a verme en su vida.

La historia de aquellos subterráneos agravaba con un misterioso punto de interrogación la enigmática silueta de Fedora. Sin duda había alquilado la casa caduca y ruinosa, verdaderamente inhabitable, porque conocía la existencia de tales subterráneos y pensaba utilizarlos.

El doctor acabó por confiar estos detalles a Flax quien quedó sorprendido también de su importancia, deduciendo de ello consecuencias desfavorables respecto de la vida y costumbres de Fedora y de los que la rodeaban.

—Es evidente — se decía cada cual para sí — que una joven bonita, de buena educación, no se aloje en una casa semejante, si su vida pasada o presente no está llena de las mayores inquietudes.

Antes de hacer conducir los caballos a la cuadra cambiaron rápidamente impresiones acerca del partido que deberían tomar, porque era evidente que los policías habrían sido vistos por los de dentro y no abrirían a nadie. Estos últimos limitaríanse a guardar las salidas hasta el día siguiente, de cinco a seis, hora en que Binet se presentaría en nombre de la ley y de la justicia.

De pronto Flax se golpeó la frente:

—Pero, ¡que tonto soy! nuestro camino está perfectamente indicado, no hay otro: los subterráneos...

El medio pareció escabroso al doctor:

—Más no sabemos — objetó, — si después de tres años...

—Veremos.

—¿Y si encontramos las puertas cerradas?...

Flax sonrió, encogiéndose de hombros imperceptiblemente.

—No se inquiete usted por eso doctor, y no olvide que soy un sabueso viejo del cuerpo de policía.. de modo que montemos otra vez a caballo y vámonos pian, pianito, al sitio donde está la cantera donde está la salida de la galería. Y como atravesaremos el bosque, tomaremos el primer camino a mano derecha, el que pasa por debajo de la famosa ventana en donde su Fedora le espera tranquilamente leyendo o haciendo que lee... Quiero asegurarme de una cosa.

Resuelto a dejarse guiar en absoluto por la experiencia del viejo policía, el médico montó a caballo sin chistar.

Al pasar por debajo de la ventana donde seguía viéndose el busto del lector (o lectora) cuya postura había modificado en muy poco, Flax enfocó rápidamente sus gemelos y los bajó con la misma rapidez, mientras que en su rostro se pintaba una profunda estupefacción.

Sin embargo, no dijo nada a su acompañante, primero porque a medida que avanzaba en su expedición se conocía más la conveniencia de guardar para sí sus impresiones y sus descubrimientos, y después, porque acababa de divisar en la linde del bosque que seguían, dos sombras en una de las cuales reconoció a Binet. Parecía como que seguían sus caballos.

Aceleraron el paso y al volver una rápida curva que presentaba el camino quedaron en pleno bosque, y, por lo tanto, en profundas tinieblas.

En menos de veinte minutos , y a pesar del camino forestal lleno de vueltas, llegaron al pueblecito de Xigs. Esta vez les fué más difícil encontrar una posada donde dejar los caballos. Tuvieron que alejarse de la vivienda más de un kilómetro, y llevando de la brida sus caballos, llegaron hasta el pie del escarpado y frondoso cerro cuyo lado posterior, excavado considerablemente, indicaba la entrada del antiguo pasadizo. Fué una suerte, pues esto les permitía ejecutar la última parte de su programa casi inmediatamente.

Algunos minutos más tarde, en efecto, penetraron en las galerías medio hundidas de la cantera. El doctor seguía dócil y silencioso los pasos de Flax, quien alumbraba el camino con ayuda de su lámpara eléctrica.

HIERRO QUINA BISLERI

—Gritaría Vd. si yo la besara?
—No. Gritaría si no me convida con "HIERRO QUINA BISLERI".

VII

Habían seguido así muy pocos minutos, cuando encontraron la primera bifurcación. La galería, bastante alta y espaciosa hasta allí, se ramificaba en dos pasadizos más estrechos y menos largos que formaban entre sí un ángulo agudo.

Flax se detuvo y consultó una pequeña brújula medio oculta en el hueco de su mano, desde que entraron en el subterráneo.

—Hay que ir hacia la izquierda, — dijo Y continuó el camino, seguido del doctor, quien no dejaba de admirar la ingeniosa previsión del viejo policía.

El nuevo corredor por donde marchaban, no tardó en ofrecer dificultades. La bóveda descendía aún más y el techo les tocaba la cabeza, de modo que tuvieron que agacharse para poder continuar avanzando. Pronto no fué más que un sendero de arcilla fangosa, de terreno desigual cavado, hundido, lleno de escombros y charcos de agua cenagosa.

Andando de esa manera, recordaba los gnomos de los cuentos buscando algún tesoro oculto entre las entrañas de la tierra.

El doctor fué el primero en detenerse.

—Respiremos un poco — suplicó; — este camino es verdaderamente endiablado.

Flax sonrió viéndole enjugarse la cara. Aunque contaba cerca de veinte años más que Justino Mortier, no tenía en su frente una gota de sudor.

—Valor, — le dijo, — Me parece que nos acercamos a un sitio donde podremos resarcirnos de nuestras molestas posturas.

—¿Como lo sabe usted?

—Sencillamente por la corriente de aire que se observa.

Flax no se equivocó. No hacía dos minutos que marchaban, cuando el corredor estrecho y bajo que seguían desembocó en una cripta espaciosa de techo alto y adornado de estalactitas. Divisaron dos objetos de formas dudosas en la penumbra.

Eran sencillamente dos carretillas.

—Parece ser que están aquí hace siglos, — observó Justino Mortier.

Flax sonrió.

—He notado, a menudo — dijo, — que todo lo que es herramientas toma pronto bajo tierra aspecto de cosa antidiluviana. En realidad no llevan aquí más de dos meses y han debido servir para acarrear escombros. De esto deduzco, en suma, que por aquí deben haberse ejecutado trabajos, bien para arreglar algunas de las galerías con un fin especial, bien para practicar una nueva salida.

Esta vez igualmente, acertó Flax, pues no

tardaron en encontrar un nuevo corredor que rodeaba a aquel, una de cuyas paredes revelaba una nueva cimentación.

—Damos vueltas alrededor de una especie de cueva circular hace poco construída, y que ha de ser por lo menos, tan espaciosa como la casa que tiene encima, Además, o mucho me equivoco, o debe haber en alguna parte una abertura para pentrar, o mejor dicho, una puerta cerrada que prohiba el acceso, que es lo mismo.

Se puso a examinar la pared desde muy cerca con ayuda da su lámpara observando los menores relieves de albañilería, sin descubrir nada nuevo. Hasta tal punto se impacientó que acabó por golpear la tierra con el pie.

El policía se extremeció al ver que el suelo sonaba a hueco.

—¡Caramba! — balbuceó, — no soy verderamente muy listo.

Y se inclinó examinando y palpando el suelo en todos sentidos, para lenvantarse casi en el acto ahogando un grito de triunfo. Acababa de tocar el anillo que servía para alzar la trampa sobre la cual se encontraban. Proyectó la luz de su lámpara sobre el sitio en cuestión, y en un minuto se hizo cargo de ella. La trampa era cuadrada bastante grande para permitir el paso de un hombre.

Flax tiró del anillo, con un vigor duplicado por la impaciencia, pero nada se movió.

—Me lo figuraba — dijo. — este anillo debe ser una engañifa: debe haber un secreto. Así como así, esto no es más que un corredor excusado y evidentemente no ha servido desde hace tiempo. Debe haber otros más complicados, pero como no los descubriríamos en unas cuantos horas, nos contentaremos con este.

Y empezó sus investigaciones. Al fin descubrió una pequeña depresión tan imperceptible que se confundía con las sinuosidades de la madera. Hizo presión sobre él y en lugar de levantarse la trampa, se deslizó horizontalmente, descubriendo una abertura profunda de donde salía un olor acre salitroso.

Una pequeña escalera de madera se apoyaba un poco más abajo del agujero, y sus travesaños se perdían en la profunda oscuridad.

—Bajemos con precaución — dijo Flax— porque no se sabe nunca lo que estos descensos nos reservan.

Abrió la marcha, y enseguida tranquilizó a su compañero.

—El descenso no será largo; ya veo el fin de la escalera, y allí, a veinte pasos, hay otras para subir. Esa debe ser la que da acceso a la rotonda recién construída.

Cuando iban a subir la escalera, Flax se volvió al doctor poniendo un dedo en sus labios. Acababa de oir el metal de una voz que hablaba lentamente, con entonaciones débiles, reveladoras de un dolor contenido.

Continuaron subiendo de puntillas y no tardaron en ser detenidos por una nueva trampa, o más bien un tablero, cuyo secreto análogo al del anterior, Flax descubrió esta vez fácilmente.

Encontrábanse de pronto en una especie de vestíbulo enlosado que parecía sin salida, y no obstante, el ruido de la voz continuaba llegando hasta ellos, tanto más intenso cuanto más se acercaban, atravesando amortiguado una de las paredes que les rodeaban.

Flax pegó el oído a ésta pared haciendo una señal al doctor para que le imitase. Este escuchó y levantando casi enseguida la cabeza.

—Es la voz de Fedora — exclamó — debemos estar aquí en las mismas cuevas de la finca.

—Ya me lo figuraba — dijo Flax, — pero, ¡atención! — Y durante diez minutos, cuyos segundos palpitaron dolorosamente en las arterias del doctor, ambos escucharon. He aquí lo que decía la voz:

—No, no, una vez más, yo no traiciono la causa, por lo menos la de ustedes, y mi acto de desesperación no podría en modo alguno comprometerla, tanto más cuanto que soy la única comprometida. Yo simpaticé con sus planes porque aterrorizando los espíritus debían favorecer el plan político que ustedes persiguen. Pero en esto es en lo que discrepamos, porque mi propósito es exclusivamente social, lo que impedía en verdad toda compenetración entre nosotros.

—Sea — interrumpió una voz de hombre velada con una gravedad triste, — aceptamos sus reproches, Fedora; pero sépalo usted lo que que nos ha apenado principalmente es su falta de confianza en nosotros: es que hemos creído ver, en su tentativa de suicidio, cuyo confesión no nos hizo más que cuando creyó pasada la crisis, un desdén o por lo menos un desconocimiento absoluto de la afección desinteresada y pura que nosotros le habíamos confesado — nosotros, sus compatriotas y camaradas de estudios, — a consecuencia de las terribles desgracias que la abrumaron. Es preciso ser franca con nosotros, Fedora. Desde hace algún tiempo usted nos oculta muchas cosas que tenemos derecho a saber, especialmente lo que ocurría en el fondo de usted misma y la separaba lentamente de la causa común. Si, común, porque nuestras dos ideas tienen las mismas raíces y se valen de medios idénticos. Usted nos oculta ahora el verdadero móvil de su desesperada tentativa, como usted nos había ocultado el verdadero motivo de la cita dada esta noche a ese doctor que tuvo la fortuna de librarla de la muerte; cita que podía perdernos a todos.

—Voy a explicarme: empezaré por la cita. Habiendo encontrado una vez en mi vida a un hombre que creo bueno y generoso, a un alma austera, quise simplemente someterle mi caso que, desde hace algún tiempo, — no se lo niego a ustedes — me aterra y llena de pesadillas mis noches; hasta el punto de que llego a dudar de mi razón, a dudar sobre todo de la legitimidad de la actitud que habíamos adoptado frente al mundo de los criminales, Si, muchas veces me pregunto, si, por encima de su ideal de represalias. . . .

—No pronuncie usted esa palabra, nosotros no somos ni vengadores ni justicieros, ni siquiera simples jueces. . . Soñamos con

la supresión de los antiguos régimenes de un gobierno equivocado, por lo cual empezamos por querer derrocar la autoridad que comete, equivocadamente quizás, mayores iniquidades: el aparato judicial y policíaco. Nosotros suprimimos a los criminales que la justicia no puede encontrar y que el juzgado no consigue llevar al banquillo infamante a esos criminales que luego probablemente el jurado absolvería o la clemencia del jefe del Estado aureolaría con una conmutación de pena, y los suprimimos sin odio, sin prejuicios, sin engañarnos con un vano aparato de sanción moral o social: eso es todo.

—Sea, más lo repito ¿están ustedes seguros de que por encima de ese ideal de ustedes no hay otro ideal de misericordia, de perdón, de piedad siquiera hacia la debilidad humana?

—Un ideal de represión, sí — exclamó solemnemente la voz masculina, — un ideal de decadencia y de muerte, porque la piedad es la más anuladora de las inclinaciones sociales. No, no, perezcan antes todos los débiles, todos los anormales, todos los monstruos humanos, responsables e irresponsables, si la salvación de la sociedad lo exige. ¡Ah! Fedora, usted no hablaba así hace algunos meses cuando nos expresó el invencible anonadamiento en que la sumergía el recuerdo de sus seres más queridos asesinados por dos brutos sanguinarios, y su estupor al saber q... ...rían indultados imaginándolos lejos, b... ...n cielo fantástico, casi libres, acaso dichosos.

—Si; entonces brotó la idea en usted, afianzándose en su apostolado personal... Pero yo, lo que no les he dicho, es que, aprovando en principio sus proyectos, resolví enviar a Guayana un emisario seguro, encargado de ponerse de acuerdo con los dos miserables y facilitar su evación después de librarlos de la justicia sumaria de ustedes. Pues bien; ese emisario consiguió realizar la misión que le confié trayéndose a París a esos jóvenes bandidos quienes me han declarado su eterna gratitud... Entonces, en el moento en que se los entregaba a ustedes entonces, vacilé, come**cé** a dudar de la legitimidad de la aterradora obra de ustedes... dudé de todo y de todos, de mí sobre todo, de mí, que esta vez parecía desempeñar por su mediación una venganza personal... Y todas estas dudas, toda esta incertidumbre se trocaron en angustias cuando quise ver en persona como operaban ustedes e iniciarme personalmente en eso que ustedes llaman su obra de salvación pública... He visto, he asistido a la ejecución sumaria de quien ha llegado a ser por los periódicos y por la leyenda popular el muerto volante... y he temblado... Entonces no creyendo ya, no comprendiendo ya, sintiendo extinguirse todo cuanto alimentaba mi afán de vivir, he deseado la muerte... Un incidente trivial precipitó mi decisión aquella noche; al entrar en mi casa, me dí cuenta de que había perdido en alguna parte, en el transcurso de los robos cometidos a través del campo de Beauvais en compañía de ustedes, una sortija que en otro tiempo me entregó mi madre diciéndome: "Guárdala preciosamente si no quieres caer en la desgracia; guárdala, como la he guardado yo misma, yo, que si me separo hoy de este preciosa talismán es para que tu te aproveches de él". Al día siguiente mi pobre madre perecía del modo trágico que ustedes saben. Ahora ya conocen ustedes los verdaderos móviles de mi desesperada acción; y añado simplemente, que contaba hablar con el doctor que fué tan bueno para mí, y pedirle consejo.

La voz de Fedora se extingió y transcurrieron varios segundos antes de que otra persona tomase la palabra.

La voz que se dejó oir entonces, no era, aunque varonil, la misma que hasta aquel momento contestara a la joven, lo que probaba que allí había dos hombres con ella.

"Los dos a quienes he visto en casa de Plausón" — pensaba Flax conmovido desde el comienzo de la confesión de Fedora, por una ola de impresiones desconcertantes y curiosas, tan desconcertantes y curiosas como las que oprimían al mismo Justino Mortier.

—Por mi parte, querida amiga — articuló lentamente la segunda voz masculina, — perdono a usted todos sus desfallecimientos porque los comprendo y los excuso, y estoy convencido de que mi hermano comparte mi estado de espíritu respecto de usted. Todo el mundo no es dueño de su espíritu y de su sensibilidad, y haríamos mal reprochándole esas debilidades propias de su sexo...

Antes de nada, una pregunta: usted ¿nos entrega si o no, los dos inmundos bandidos que asesinaron a la familia de usted y que usted ha hecho evadir de Cayena por los emisarios de Plansón con el propósito, según decía usted de confiárnoslos?

—Quiero reservar mi respuesta hasta que haya podido someter yo misma el asunto al doctor Justino Mortier.

—Bien, entonces liquidemos lo mejor posible la situación actual, es decir, procuremos salir de ella sin que haya perjuicio para nadie.

—Excusado es decir — repuso Fedora, — que sequimos juntos y que juntos abandonamos esta casa cercada por la policía; ante el peligro, y ante un peligro sobre todo que solo mi imprudencia sin duda ha atraído sobre ustedes, soy de los suyos y quiero correr su misma suerte; de modo que no los abandonaré mientras no estén ustedes fuera de aquí y en perfecta seguridad.

—Nosotros somos los que no la abandonaremos mientras no hayamos conseguido sacarla de él, porque usted es a quien buscan esos policías y, por consecuencia, está usted mucho más amenazada que nosotros, aunque la justicia no tenga nada que reclamar contra usted... Va usted a indicarnos el buen camino para salir de aquí, puesto que usted le conoce; lo demás corre de nuestra cuenta, pero no la abandonaremos en tanto el amigo Plausón no le haya buscado una retida segura que le permita a usted esperar los acontecimientos.

En este momento el doctor Justino Mortier se aproximó a Flax diciéndole al oído:

—Por Dios, no les dejemos partir, por-

que jamás encontraré a Fedora, me lo da el corazón y...

Pero la mirada, algo burlona, de asombro que le dirigió Flax, no le decidió a seguir.

—No dejarles marchar, ¡cuán fácil es decirlo!... Habría que forcejear mucho ahí contra el muro, puesto que no se encuentra la puerta; pruebe usted si quiere, que lo que es yo, me marcho; no quiero líos con esos dos hombres hasta no saber que es lo que maquinan... Mi conciencia de policía...

Pero ya estaba quebrantada — materialmente al menos, — su conciencia de policía, por los golpes dados a la pared, tímidos al principio, después vehementes, con ayuda de los cuales el doctor esperaba, ¡vana ilusión! llamar la atención de Fedora y sus amigos.

No obtuvieron otro resultado que determinar un silencio de muerte en la rotonda amurallada. Flax lo había previsto, pero no trató de evitarlo.

—Entonces — dijo de pronto al doctor en el colmo de la agitación, — ¿cree usted que se han marchado?

—Es evidente.... habrán creído que la policía ha logrado penetrar en los subterráneos, y como ya estaban a punto de partir, aceleraron la marcha.

—Pero, ¿por donde han podido escapar?

—Por la salida que tenían reservada en caso de peligro y que Fedora había recorrido anteriormente en previsión de una eventualidad de este género.

—¿Y donde está esa salida?

—¡Que se yo!... podemos buscar, pero francamente, es inútil; nuestro retiro está seguro.

—Sin embargo... me parece...

—Si, si, ya se; arde usted en deseos de entablar conversación con Fedora, más no es el momento, créame usted... lo mejor que podemos hacer es salir de aquí... tomar nuestros caballos e irnos cada mochuelo asu olivo... Mañana, si sigue usted con la misma idea, le conduciré a casa de un hombre que en el acto le pondrá en relación con esa joven que tanto le interesa.

—¿Quién es ese hombre?

—Néstor Plausón.

—En efecto, han aludido a ese personaje del que usted me había hablado como de un antiguo colega.

—Exacto, y por cierto que es de cuidado.

—Entonces — dijo el doctor ahogando un suspiro, — que la suerte nos acompañe... salgamos de aquí.

—Aparte de todo — añadió Flax, — yo le daré a Vd. al mismo tiempo un talismán que producirá maravillosos efectos a Fedora, se lo garantizo.

—¡Un talismán! — exclamó el doctor, ya inquieto.

—Su famosa sortija, que me encontré allí, en la casita de Fourcigny, la tarde del suceso del muerto volante.

Justino Mortier suspiró de nuevo pensando que la hermosa criatura hacia la cuál se sentía tan extraña, repentina e irresistiblemente atraido, había conocido todos los horrores de aquel asunto macabro.

—Vamos — murmuró, — quizás tenga Vd. razón... lo mejor es dejar para mañana la continuación del folletín alucinante en que intervenimos... y marcharnos a dormir.

—Además, sea lo que sea — resumió Flax, — nosotros no hemos perdido nuestra velada, y apuesto a que Binet y sus tres hombres, que están ahí arriba, sobre nuestras cabezas, atisbando un maniquí, quisieran poder decir otro tanto.

—Cómo ¿un maniquí?

—El jóven lector de la ventana, no era mas que una efigie en cera, una Fedora artificial, como he podido asegurarme al pasar al pié de la ventana.

El doctor quedó confundido — no tanto de la sagacidad de Flax como ante el humorismo extraño, la jovialidad e infantil malicia que debían impulsar a Fedora a mezclar tales farsas en las tragedias en que intervenía.

Al despertar al siguiente día, preparaba a Flax mas bién una serie de sorpresas desagradables.

Primeramente La Dépeche contenía en su "Ultima hora" un relato detallado del asunto de la noche con los subtítulos irónicos y malévolos para la policía, como siempre. El "reporter" parecía satisfecho de llamar la atención pública acerca de este "nuevo y grave fracaso del cuerpo de vigilancia" agravado esta vez con una burda equivocación de personas, pues, ¡sangrienta ironía! mientras M. Melart acosado por el fantasma de la inapreciable princesa Cartouche hacia perseguir a Fleury a un simple maniquí puesto en la ventana por algún farsante, por algún chusco, la famosa princesa era detenida la misma noche en el casino de un balneario, donde hacía trampas jugando al bacarat. El mismo prefecto de policía era el que había comunicado a los periódicos la noticia de esa detención. El repórter terminaba expresando su opinión de que esta vez se imponía la destitución de M. Melart.

Flax, que reconocía el estilo de Plansón, encontró aquel artículo muy impertinente; por lo pronto anticipaba demasiado el relato de los sucesos de la noche, pues a la hora en que La Dépéche tiraba su edición, Binet y sus secuaces no habían, acaso, ni descubierto la superchería del maniquí. Desde luego los sabuesos del "muelle de los Orfebres" eran muy capaces de tomar al doctor Mortier en persona por el autor del artículo.

Lleno de inquietud porque las deducciones se encadenaban rápidamente en el cerebro de Flax, vistióse de prisa y eludiendo las mil preguntas con que le abrumaban sus dos hijos, se metió en un coche que le condujo velozmente al boulevard Murat.

Sus presentimientos no le habían engañado; los vecinos le informaron que el doctor Mortier había partido una hora antes con dos caballeros que vinieron a buscarle en coche.

—¡Comprendido! — se dijo Flax, — ese imbécil de Melart supone, con arreglo evidentemente, a los informes de Binet que M.

Mortier está mezclado por algo en el artículo que le coloca en lugar tan preferente y va a someterle a un interrogatorio de varias horas. Entre tanto, yo no puedo estarme con los brazos cruzados. He prometido al doctor encontrar a Fedora, de modo que lo mejor que puedo hacer es ir completamente solo a donde yo quería conducirle, es decir a casa de mi amigo y camarada Plansón; pero el caso es que...

Flax se rascó la cabeza, abismándose en una profunda meditación.

Acompañado del doctor Mortier, hubiese estado seguro de encontrar allí muchas atenciones, viniendo solo, su visita podría ser mal interpretada y obtener un resultado muy dudoso, pues Plansón mezclado en el asunto del "muerto volante" y en todos los sombríos misterios qué con él se relacionaban debía desconfiar de él terriblemente. Y sin embargo, Flax se hubiera considerado dichoso encontrándose frente a frente con él y haciéndole comprender que había sido el primero en desenmascararle.

—Decididamente voy allá — concluyó,— me desquitaré de las jornadas de Clamart y de Fourcigny que tanto me marearon, y no arriesgo nada ya que trabajo para el doctor, ni él tampoco, puesto que trabaja para Fedora que es amiga de él.

Lo que Flax llamaba su disfraz, era un personaje que había compuesto amorosamente para la próxima gran ocasión, el de un célebre policía americano enviado con cierta comisión a París.

Traje, edad, rostro rasurado y perfectamente yankee, acento, todo el personaje no podía ser más natural, sin recurrir a la gesticulación, esa piedra de toque de todos los disfraces, a pesar de lo que se afirme en las novelas policiacas.

Flax regresó a escape a su casa, asusado a la sazón por el deseo de entendérselas con Plansón y tomar el desquite, ya descontado.

Media hora después de su entrada en la calle de la Harpe, la portera de la casa veía estupefacta salir de la casa a un individuo que no había visto entrar, un señor muy estirado, cuyo rostro apoplético, curtido y completamente rasurado, estaba sostenido como milagrosamente por un enorme cuello recto y ceñido. El caballero llevaba sortijas en los dedos, blandía un junquillo en su mano derecha y unos lentes de oro cabalgaban sobre sus narices, vagamente afeadas por una cicatriz ya muy vieja que se extendía mas discretamente hasta la mejilla derecha, donde se perdía en una arruga.

Contento con el efecto que había producido en su portera, Flax fué a llamar ya más seguro, en el suntuoso vestíbulo, que daba acceso a las oficinas del ilustre Néstor Plansón.

Entregó su tarjeta al conserje — tarjeta que era la legítima del personaje a quien caracterizaba, — preciosamente conservada por él después de una visita que le había hecho un año antes.

Un minuto más tarde se encontraba en presencia de Néstor Planson, quien se declaró muy confuso por el honor que le dispensaba el gran policía americano, porque Flax no había dejado de hacerle saber inmediatamente que, encargado de estudiar los nuevos engranajes de la policía parisiense había considerado un deber comenzar por entrevistarse con él, cuyo pasado ilustre brillaba con un esplendor que ningún "detective" extranjero había podido eclipsar aún.

Este elogio abrumador no deslumbró a Plansón ni siquiera parecía haber despertado su desconfianza, aunque el antiguo brigadier hubiese inspeccionado a su visitante con todo detenimiento. Acto seguido la conversación recayó sobre la nueva torpeza cometida por el Cuerpo de Vigilancia, y ambos hicieron grandes elogios del artículo publicado en "La Dépéche". Flax había sacado de su bolsillo un ejemplar, lo que era inútil, puesto que se veía otro precisamente en la mesa-escritorio de Planson. Convinieron en que el "repórter" que había levantado la "caza" sin cobrar la pieza, era un hombre de talento.

Después el "detective" americano declaró que no se escatimaría nada para conocer a aquel periodista y Planson, riendo, se brindó a satisfacer su curiosidad inmediatamente.

—¿Estará aquí por ventura? — preguntó Flax con el tono más natural.

—Debe hallarse aquí — respondió Planson, — porque figura agregado a nuestras oficinas, pero los despachos son muy amplios y ese demonio de hombre anda siempre da la Ceca a la Meca. Tenga Vd. la bondad de esperar dos minutos voy a comprobar yo mismo si está en su despacho, — un refugio bien guardado cuyo umbral, nadie, excepto yo, está autorizado para franquear. Entre tanto si Vd. quiere distraerse profesionalmente, sientese en ese sillón y mire ese trozo de pared, que no es otra cosa más que lienzo cinematográfico. Voy a poner la máquina en movimiento y así se entretendrá Vd. al mismo tiempo que se documenta acerca de nuestros métodos profesionales.

Brúscamente, Flax, que se había sentado en el sillón, vióse sumergido en una semiobscuridad, mientras que un ruidillo metálico sonaba detras de él, y la pared de enfrente, o más bien, la tela que la cubría, animábase con vistas de persecuciones o detenciones extraordinariamente agitadas, y, de pronto una escena terrorífica le clavó anhelante sobre el molesquín de su asiento.

En una habitación y sin muebles a excepción de un mal camastro que Flax recordó como visto en sueños, dos hombres vestidos de aviadores se inclinaban sobre un tercero que yacía extendido y desnudo hasta la cintura, sobre la cama en cuestión. Este último parecía desvanecido; por lo menos no daba ninguna señal de vida; uno de los aviadores levantó el brazo del hombre desnudo mientras el otro aplicaba rápidamente en el hueco de la axila un pequeño instrumento disimulado en su mano. El ademán había sido breve como un lancetazo de cirujano. Ya el operador se erguía, pareciendo adivinar la opinión de los dos personajes

ocultos en un rincón sombrío y a quienes Flax no había visto: una mujer que se escondía el rostro con las manos cuando apareció el periodista que se había abrogado en detrimento a Flax un papel tan ventajoso por el asunto del "muerto volante" el listo periodista de "La Depéche" es decir, Plausón.

En aquel momento la mujer separó sus manos mostrando un semblante consternado, horrorizado, el de Fedora. Flax no había tenido tiempo de volver de su asombro cuando la tela se apagó, y bajo la claridad normal del saloncito, el mismo "repórter", en carne y hueso se inclinaba ante el diciéndole: — Según parece, maestro ha expresado Vd. el deseo, muy halagador para mí, de conocerme. Flax iba a erguirse de un salto, pero sintióse clavado en el sillón como por un poder mágico y entonces únicamente se dió cuenta de que unas ligaduras de caucho se habían cerrado de nuevo sobre sus puños y sus tobillos. Al mismo tiempo el "repórter" arrojaba su peluca y su barba postiza lo que, por lo menos, proporcionó a Flax la satisfacción de reconocer que no se había equivocado: era Planson. En aquella escena no tenía más remedio que rendir armas.

—También yo — dijo Flax, — arrojaría con mucho gusto mi barba postiza, mis rojas narices y mis anteojos ahumados.

—Espere Vd. un momento mi querido Flax — repuso Plansón que seguía sonriendo; — el tiempo preciso para explicarnos.

—Hay una cosa que no necesita explicación, querido — afirmó un poco secamente Flax, — y es que Vd. es el más fuerte de nosotros dos y que Vd. me obliga a reconocerlo de nuevo — añadió mirando furiosamente sus manos prisioneras.

—No, no soy el más fuerte — exclamó Plansón con acento de franqueza, — pero la casualidad me ha servido mejor que a Vd.: he ahí todo. En cuanto al medio, algo viejo ya, que he creido necesario emplear para poner a Vd. momentáneamente en condiciones de que no pudiera dar libre curso a su combatividad, lo he hecho cuestión de honor. Se trataba sencillamente para nosotros de saber cuáles eran sus intenciones, y si usted no se había aventurado a intentar nuevamente hacer causa común con la policía regular.

—¡Yo, nunca!

—Pero entonces, ¿por quién?... aventuró a decir Plansón.

Flax no le dejó terminar su pregunta.

—Trabajo — dijo, — por cuenta del doctor Mortier.

Instantáneamente sintió libertados sus brazos y sus piernas. Púsosé en pié, quitándose los accesorios postizos que la caracterizaban y Plansón le tendió las manos.

—Ha debido Vd. decirlo antes, querido amigo, tanto más cuanto que no estamos en condiciones de trabajar el uno contra el otro. Precísamente el nombre del doctor es aquí un verdadero talismán.

—Cerca de la señorita Fedora, sin duda, pero en lo que concierne a Vd., no creo que el doctor se haya inclinado a aprobar las lamentables historias en las que Vd. parece haber tomado una parte tan activa.

—Menos activa de lo que Vd. creo — repuso Plansón — y va Vd. a verlo, pues no acepto responsabilidad alguna a las ejecuciones sumarios de la índole que acababa de revelarle el cinematógrafo.

"Si he sido testigo de la de Fourcigny es porque Fedora, — que fué la inspiradora más o menos voluntaria de su obra a consecuencia del crímen monstruoso que le dejaba huérfana, porque Fedora, repito, se había comprometido formalmente a sancionar con su presencia una de las ejecuciones y me suplicó que la ayudase en esta prueba... Pero dígame, donde está el doctor y cómo es que no le ha acompañado?

—No está aquí por la sencilla razón de que fueron a buscarle esta mañana temprano a su casa. Con ello Melart cree que está en camino de encontrar la clave del asunto.

—¡Ese idiota de Melart es siempre el mismo que pronto le vamos a hacer bailar!

Plansón reflexionó un instante; después dijo:

—No importa, voy a presentar a Vd. enseguida a Fedora, porque esta desgraciada jóven me inquieta cada vez más... Tal vez podrá Vd. decirle lo que Mortier piensa de ella concretamente... Fedora concede gran importancia a su opinión.

—Si, si; ya lo se... y hasta creo poder tranquilizarla.

—Tanto mejor; pero hay algo más... estoy muy inquieto y no comprendo nada de sus manejos. Era ya una amarga locura haber citado al doctor, que debía necesaríamente creer en una emboscada en esta casa de Fleury, harto sospechosa por sí misma y en donde Fedora nada tenía que hacer, puesto que encontraba aquí la más agradable de las hospitalidades. Pero no es solo esto: figúrese Vd. que me había encargado hacer evadir de Guayana a los dos jóvenes bandidos que en otro tiempo asesinaron a su familia y que a mí, en calidad de policía oficial, me costó tanto trabajo detener a consecuencia del crímen de Bellevue.

—Si, lo sé...

—¡Ah! ¿Lo sabe Vd. también? Como digo, Fedora les había hecho, pues, evadir, con el propósito no confesado de consumar su venganza, de entregarles a dos estudiantes rusos amigos suyos, que se han propuesto regenerar a la humanidad, purgándola de todos sus criminales; por lo menos de todos los que viertan sangre...

—Lo se, igualmente.

—Bién... ya me suponía, sin embargo, que Vd. lo sabría casi todo, o por lo menos que lo habría Vd. adivinado... Estos jóvenes, los hermanos Zemmiakow, asumen toda la responsabilidad de las ejecuciones de que acabo de hablarle; son los que han capturado con mi concurso parcial, y — sin él, — juzgado, condenado y ejecutado al guarda Jokel, al asesino de M. Glasser Chapirón, la bestia sanguinaria de Palaseau, al estrangulador Faradier, y por último el ase-

sino de Clamart... Vuelvo a mis bandidos de Bellevue: he aquí que esos dos granujas se sienten poseidos de una fervorosa gratitud oculta, sin duda por aquella a quien creen deber la libertad terrena y, que Fedora se deja conquistar por sus solicitudes, se aplaca, no es ya su deseo desembarazarse de ellos o por lo menos enviarles a otra parte a que los ahorquen, lo que debe ocurrirles seguramente más bien pronto que tarde por que yo, ¿sabe Vd.? no creí nunca en su redención — y le digo que la pobre está perdida si esto continúa, si el doctor Mortier, a quien ella parece a la vez temer y reverenciar como a un dios no interviene enérgicamente; — pues bién, en este mismo momento están a su lado, los dos han llorado para ser recibidos ¡que digo llorado! se han arrastrado a mis pies para que me decida a introducirlos cerca de Fedora, cuando precisamente mi verdadera intención era la de ponerlos en la calle.

—En efecto, esto es muy grave, — dijo Flax que desde pocos momentos antes había recobrado su aire pensativo — ¿Se la puede ver enseguida?

—Venga Vd.; celebro mucho que me proporcione Vd. la ocasión de poner en la puerta a esos dos granujas.

Y Plansón guió a Flax a través de un interminable pasillo que volvía dos veces en ángulo recto.

—He aquí — explicaba — uno de esos enormes edificios del París anterior a la revolución; la casa tiene dos salidas que dan a dos calles completamente diferentes y hasta a dos barrios muy distintos por el género de vida que ellos se observan, lo que hace las delicias de los policías. Nosotros adoptamos una u otra, según el personaje que representamos o las gentes que nos acompañan.

Había llegado a una puerta, oculta por unos cortinajes medio levantados por sus agarraderas:

Plansón apoyó el dedo tres veces en un timbre oculto entre éstas.

Nada se movió.

—¡Qué raro es esto! — dijo vivamente y volviéndose hacia Plansón añadió, voy a parecerle a Vd. ridículo, pero estoy muy inquieto y perplejo.

El mismo Flax palideció al observar la alteración repentina del semblante de su ex colega.

—Vd., en mi puesto ¿vacilaría en derribar la puerta?

—Nunca — dijo Flax, — pero creo que debe Vd. tener otros medios.

—En efecto... y he aquí uno que es infalible.

Buscó en el suelo un sitio donde había una mancha pequeña, dió un taconazo, y la puerta se habrió lentamente.

Penetraron en una vivienda amueblada con lujo pero cuyas cuatro piezas no ocultaban, ser alguno viviente.

—¿Qué deduce Vd. de ello? — dijo apresuradamente Flax que no disimulaba su propia inquietud.

—Deduzco de ello que Fedora ha cometido, como me temía, la peor de las locuras; que ha partido con esos bandidos Dios sabe adonde.

—A menos que ellos no la hayan raptado.

—Lo cual no es evidentemente imposible, pero no lo creo. Entre tanto, lo que conviene es encontrar sus huellas lo más pronto que podamos.

Flax convino en ello aunque por su parte creyó que ésto sería más bién difícil, y que Plansón hubiese tal vez hecho mejor vigilando a su pupila más de cerca puesto que sabía que era capaz de cometer toda clase de extravagancias por peligrosas que fuesen.

Los dos hombres regresaron al despacho de Plansón, y después de haber deliberado un momento, convinieron en telefonear a la calle Murat, adonde tal vez Fedora había ido después de despedirse de sus sospechosos visitantes.

Pero cuando Plansón tomaba el auricular, un criado vino a presentarle la tarjeta del doctor J. Mortier.

Plansón palideció; su última esperanza se desvanecía. Precipitóse hacia el doctor diciéndole:

—¿Ha visto Vd. a la señorita Fedora?

—No — repuso el doctor sorprendido, y mirando alternativamente a los dos hombres — vengo directamente del muelle de los Orfebres, donde ese imbécil de Melart me ha mareado a preguntas durante dos horas largas, y me he apresurado porque tenía una cita con M. Flax para venir aquí y suponía que, viendo que no llegaba, se marcharía sin mí.

—Usted ve que, por lo menos, no se ha aquivocado en este punto: pero ahora surge una cuestión de suma gravedad: la señorita Fedora ha desaparecido, y como apenas hace una hora se encontraba en su casa en compañía de....

Viendo que Plausón vacilaba, Flax concluyó:

—En compañía de dos jóvenes miserables de quienes hablaba anoche; los evadidos de Cayena.

—¡Ah! !pobre niña! — suspiró el doctor y resumiendo la segunda intención de los tres, repuso:

—¡Quien sabe — en efecto — si no habrá caído en una trampa preparada por ellos!

Para que el lector pueda comprender hasta que punto eran justificados los temores de los tres hombres, nos es necesario referir la historia del quíntuple asesinato de Bellevie, espantosa carnicería donde la desgraciada Fedora había visto desaparecer a toda su familia, padre, madre, dos hermanos — uno de los cuales tenía doce años y el otro catorce — y su hermanita de apenas tres años de edad.

....

Fedora contaba entonces diez y seis años y era la mayor de los hijos de los condes Welidof que recientemente instalados en Francia, donde el conde, ingeniero distinguido, se proponía explotar una fábrica de electricidad, acababan de comprar una finca en Bellevie, avenida Melania.

Esta residencia, presa entre altas tapias y rodeada de un parque que se perdía en los bosques de Mendón, había parecido un poco aislada a la condesa, pero el conde pensaba alborotar toda la comarca mediante los trabajos que pensaba realizar allí infiltrando, según decía, a este rincón de veraneantes ricos, algo enfermos, una sangre nueva, toda la vida, toda la alegría de los grandes trabajos industriales.

Transcurrieron seis meses.

El conde discutía los planes con sus asociados, sus arquitectos y sus contratistas, mientras la condesa, muy quebrantada en este tiempo confiaba la dirección de su casa a una ama quincuagenaria, Salomé Prichart, nacida en Thonon (Saboya) y que estaba al servicio de la familia hacía una veintena de años.

El personal doméstico comprendía, además, una cocinera y un ayuda de cámara, marido y mujer, rusos ambos, que dormían, lo mismo que el ama, en un pabellón bastante alejado de la villa, en la linde del parque.

Como el mes de Julio había sido muy caluroso, Salomé Prichart, se quejaba desde hacía algún tiempo de debilidades y vértigos. El arreglo de la casa, del que ella solo quería estar encargada, quedaba cada vez más abandonado a pesar de los verdaderos sacrificios que realizaba la pobre mujer. Por aquel entonces recibió una carta de su país que le sugirió una idea salvadora.

Una de sus primas recomendábale a un joven huérfano que le habían confiado y que tenía cierto parentesco con los Prichart. Era un muchacho de diez y seis o diez y siete años llamado Pedro Saulnoy. Desmedradillo aunque inteligente, quería ver países nuevos, pero, la que hasta entonces habíale servido de madre no disponía de medios para atender a sus necesidades. Ella sabía que Salómé tenía "una buena colocación" y contaba con que procuraría proporcionar a Pedro un empleo en París, que era precisamente, la base de todos los ensueños del muchacho.

Salomé vió en esta carta una especie de intervención providencial: le enviaban bajo los mejores auspicios, el auxiliar valioso que tanto necesitaba, y en el que podría delegar temporalmente los trabajos más duros. Después ya verían.

La condesa compartió, como era natural, el parecer de su ama de llaves y algunos días después Pedro Saulnay llegaba a la villa Welidoff donde, preciso es decirlo, produjo bonísima impresión.

Era un muchachote delgado, de espesos y negros cabellos, muy untados de cosméticos, la nariz recta, y la mirada soñadora y distraída en ocasiones.

Excesivamente taciturno, aún con Salomé se expansionaba raras veces.

Un psicólogo hubiera desconfiado del prognatismo de su mandíbula, de la mirada torva, y de todo lo que ocultaba el mutismo y la concentración del muchacho, pero nadie era psicólogo en Welidoff, excepto Fedora para quien Pedro Saulnoy pasaba inadvertido porque le consideraba como un ser insignificante.

Al cabo de un mes, le pareció a Salomé que el muchacho se despabilaba rápidamente y por ello le expresó su satisfacción. Pero Pedro afirmaba que se avivaría más de prisa aún en París, a donde debía volver muy en breve.

El conde, dicho sea de paso, había abandonado su proyecto de transformar Bellevie en un céntro industrial y a la sazón proyectaba instalar sus fábricas en Neuilly.

En efecto Pedro Saulnay se había despabilado mucho más pronto de lo que se esperaba, gracias a un factor ignorado de todos: la amistad que trabó casi repentinamente con un muchacho un poco más joven que él y que ambulaba por el país deseoso de hacer alguna barrabasada.

No tenía apellido, según afirmaba limitándose a llamarse él mismo "el guapo Nenesse". Vanagloriábase además de no tener padre ni madre y haberse educado solo. Unos le habían conocido de aprendiz cerrajero, otros de aprendiz de albañil y algunos de aprendiz de pintor, limpiavías, deshollinador, y mozo de posada. El mismo, no se acordaba mas que de haber sido telegrafista; de modo que en definitiva tenía detrás de sí a despecho de sus diez y seis años apenas cumplidos, un pasado bastante curioso y pintoresco. En cuanto al presente no se preocupaba, y no tenía la menor noción acerca del porvenir.

Tal era el tunante que la mala suerte atravesó en el camino de Pedro Saulnoy y que se encargó no, de avivarle, sino de revelarle sus propios vicios, todo lo que en su fondo había de crapuloso, de malsano, de bestial, bajo sus apariencias taciturnas y herméticas.

La idea del crímen nació por si sola y acaso simultáneamente en las dos imaginaciones pervertidas. Según declararon los dos jóvenes ante el tribunal, permaneció en estado latente en todas sus conversaciones durante días y quizás semanas enteras sin que ninguno de los dos hiciera la menor alusión a ella. A fines de septiembre, cuando el conde fijó la fecha de la mudanza, se resolvieron en menos de veinticuatro horas a dar el golpe.

El golpe, según su plan, muy impreciso y elástico para acomodarle mejor a las eventualidades consistía en virtud de un acuerdo concertado a última hora, en apoderarse del dinero que Pedro sabía estaba oculto en una pequeña mesa escritorio de la biblioteca.

La habitación que tenía este nombre, era en realidad el gabinete de trabajo del conde y solo contenía unos cuantos libros, pero el ingeniero depositaba allí, confiado, las cantidades, algunas veces importantes, que podía necesitar en el transcurso de la semana.

Pedro Saulnoy estaba al tanto de esta particularidad porque limpiaba el polvo a todas las habitaciones y se detenía particularmente en la biblioteca donde había podido ver que el conde guardaba el dinero en el indicado mueblecito. Durante su inte-

rrogatorio explicó la idea del robo en la siguiente forma:

—¿Dice Vd. que necesitaba dinero, mucho dinero? ¿Para qué?

—Mi nuevo amigo Nenesse me había contado que en París todo el mundo se divertía y que el placer era cosa propia, sobre todo de nuestra edad; más tarde, ya es uno demasiado viejo y está agotado por el trabajo.

—¿Y Vd. no pensó divertirse sin dinero?

—Todo el mundo sabe que sin dinero no se puede casi vivir y mucho menos divertirse.

Fácil le era a Pedro hacer entrar a Nenesse en la finca. Sin él, éste no hubiera hecho nada, porque le daba miedo la oscuridad y la noche bastaba para asustarlo. Hasta había propuesto a su cómplice cometer el robo en pleno día, pero Nenesse se opuso a ello, porque no era costumbre.

En su vista, escogieron la noche un martes, puesto que Pedro había notado que el conde salía generalmente los martes y los viernes hacia las nueve y que no regresaba hasta después de media noche.

Su plan consistía simplemente en fracturar el escritorio — o abrirle con auxilio de unas llaves falsas que Nenesse debía procurarse — llevarse todo el dinero y desaparecer inmediatamente. Tomarían el primer tren que pasara hacia París y después, en la estación de San Lázaro, el del Havre.

A las diez y media, según lo convenido, Nenesse estaba al pie de la tapia, cerca de la verja de honor que daba a una corta alameda, abierta en la avenida Melania. Por la parte del bosque el escalo hubiera sido peligroso a causa del pabellón donde vivía la doméstica y que guardaba un viejo mastín.

Pedro, que había visto salir al conde a las nueve menos cuarto, ofreció queso al perro que estaba encadenado, y después seguro de su silencio, fué a ayudar a Nenesse para que salvase la tapia. Cuando éste último hubo saltado a tierra tendió a Pedro una especie de mazo que ocultaba bajo su chaqueta.

—Toma y calla; nadie sabe lo que puede ocurrir; acaso tengamos necesidad de defendernos.

—Bien: pero ¿y tu?

—Yo tengo un cuchillo.

Y, en efecto, mostró un cuchillo de carnicero que había robado la víspera en Sevres.

—Ahora eres tu el que guía — dijo Nenesse, — porque no se ve ni gota, tu también te encargarás de abrir el "secreter".

—Bueno ¿ y tu? — volvió a preguntar Pedro aterrado al ver todas las responsabilidades que su compañero le acumulaba.

—Yo, vigilaré junto a la puerta del cuarto.

La biblioteca estaba situada en la planta baja del edificio y recibía luz del jardín por dos ventanas, una de las cuales había sido cerrada por Nenesse, de tal modo que bastaba dar un empujón para penetrar en la pieza.

El principio de la expedición pasó sin entorpecimientos. Toda la villa dormía. El perro no se movió y los dos miserables pudieron penetrar en el gabinete sin ruido alguno, logrando abrir el escritorio sin mucho esfuerzo. Hasta favoreció esta operación un rayo de luna que apareció súbitamente, persistiendo durante el resto de la escena que iba a finalizar en un drama horrible.

Pedro acababa de vaciar el interior del escritorio y experimentaba una especie de delirio (término que usó en su declración) sintiendo sus bolsillos llenos de oro y de billetes de banco, cuando Nenesse, ocultó en un ángulo de la biblioteca, entre la puerta y una de las ventanas, le advirtió:

—Cuidado, andan en el jardín, cerca de la escalinata; no hagas ruido.

Era, en efecto, el conde que volvía inopinadamente.

El sumario ha revelado después que el señor de Welidoff iba dos veces por semana a jugar al baccarat a un garito clandestino que funcionaba en una de los grandes hoteles de Bellevie.

Aquella noche había perdido bastante e iba a reponerse para tomar inmediato desquite.

Por un escrúpulo de jugador consciente de su vicio y que tiene pudor de ocultarlo andaba de puntillas para no despertar a su mujer y a sus hijos, y decidió penetrar en la biblioteca sin luz; además, el rayo de luna que se filtraba a través de las acacias del jardín, debía serle suficiente para orientarse en aquella habitación.

Abrió la puerta con auxilio de su llavero, pero, apenas había traspasado el umbral, cuando vió una sombra que se erguía ante él. Una cuchillada en plena garganta, ahogó el grito de alarma que iba a lanzar.

Era Nenesse quien le había herido. El conde cayó al suelo sin conocimiento.

—Remátale con tu martillo — dijo imperiosamente — o estamos perdidos; yo voy a ver si han oido algo en la casa.

Arqueó el cuerpo, avanzó un paso hacia el vestíbulo y donde terminaba la escalera que conducía a los dormitorios. Sin dejar de prestar oído, observaba con el rabillo del ojo a Pedro, que inclinado sobre el conde agonizante temblaba como un azogado.

—Pero, dale ya — murmuró — o no respondo; lo van a oir.

Entonces Pedro asestó tres mazazos en la cara del conde y éste dejó de moverse. Después casi gimiendo, dijo a Nenesse:

—Ahora debemos escapar?

—¡Silencio! — ordenó éste — oigo ruido allá arriba. Va a ser preciso dar una vuelta, pues si alguien grita, los criados pueden tomarnos pronto.

Era la condesa que habiendo oido a los criminales se ponía apresuradamente una bata. Apareció en lo alto de la escalera, con una lamparilla en la mano.

—¿Eres tú, Petrovitch? — pregunto en ruso.

Nenesse, se había ocultado en el hueco de la escalera, armado con el terrible cuchillo. La condesa bajó y viendo la puerta de la biblioteca abierta, se dirigió hacia

aquel sitio. Entonces, con gran sorpresa de Nenesse que se disponía a herir por la espalda, Pedro dió un salto hacia adelante, y de un mazazo derribó a la desgraciada mujer que cayó sin proferir un grito.

A su vez Nenesse la remató, mientras Pedro que parecía haber enloquecido súbitamente, murmuraba con los dientes apretados por el terror:

—Ahora hay que matar a los chiquillos, o estamos perdidos.

—Si tu sabes donde se acuestan... —dijo Nenesse — Es mejor no esperar a que aullen todos caigan sobre nosotros como una manada.

En las alcobas los dos niños de doce y catorce años, que dormían en una habitación próxima a la del conde acababan de despertarse. y se interrogaban mutuamente en voz alta.

Guiados por este coloquio, los dos bandidos subieron pero detuviéronse al ver una puerta con cerrojo. En aquel momento desgraciadamente, el mayor de los muchachos descorrió el cerrojo, pues presintiendo un espantoso drama quería acudir en socorro de sus padres.

Nenesse y Pedro se precipitaron en la habitación, y entonces a la ténue luz de una lamparilla se desarrolló una tragedia que la pluma rehusa describir.

Ebrios de sangre, los dos miserables que se producían recíprocamente el efecto de demonios, (según frase de Pedro) golpearon hasta que ningún sonido salió de la garganta de sus dos víctimas, a pesar de lo cual sobrevivieron veinticuatro horas a sus heridas.

En la alcoba de la niña comenzó la misma escena salvaje y horrible, que no duró sinó breves segundos, pues la desgraciada criatura fué muerta al primer golpe. A propósito de ello, Pedro declaró que tanto él como su compañero habían perdido toda conciencia de sus actos, ensañándose durante un instante en una muñeca.

—¿Queda aún alguien? — preguntó Nenesse.

—Sí — dijo Pedro — la señorita Fedora, una hermosa rubia de diez y ocho años; pero está de temporada en casa de unos amigos.

—Tanto mejor para ella — rugió Nenesse; — en cuanto a nosotros, lo que debemos hacer, es escapar si no queremos habérnosla con los criados...

Echemos un velo sobre esta sombría tragedia, que hizo estremecer de horror a Europa entera y provocó en las altas esferas violentos diatribas contra el sistema de educación aplicado a los hijos del pueblo, y también contra la teoria de la irresponsabilidad o falta de discernimiento, que deja a la sociedad sin defensa contra los peores monstruos. Recordamos sencillamente que los dos miserables fueron detenidos al día siguiente en el Havre por Plansón, que pertenecía entonces al Cuerpo de Vigilancia; que pasaron luego al juzgado de Seine-et-Oise, y fueron condenados a muerte por el jurado de Versalles, después de lo cual indultoles el jefe supremo del Estado, a despecho de la indignación y de la consternación casi universales que tan horrendo crimen suscitara.

La que había escapado con vida de aquel espantoso crímen, Fedora, era entonces una jóven de diez y ocho años, muy rubia y gentil; su frente eslava, algo bombeada, y los ojos azules, le daban un aire soñador y pensativo. En conjunto, sus facciones tenían la dulzura y el candor de su alma aristócrata, la confiada ternura que realzaba tanto el semblante de una jóven.

La horrible desgracia que la afligia hizo surgir en ella a una criatura que, aunque se le asemejaba un poco por determinados rasgos esenciales, psicológicamente era, en realidad, un ser nuevo.

Cuando entabló amistad con el doctor Mortier, hubiera sido difícil reconocer a la Fedora de otro tiempo en el efebo de cabellos cortos, semblante duro y enérgico cuyos ojos hablaban únicamente de esperanzas, ensueños y nobles entusiasmos pretéritos.

El horror del drama soslayado y que tan brutalmente suprimía todo lo que le ligaba a la vida había abolido su alma antigua, resucitando en ella esa especie de ancestralismo salvaje que duerme en lo más hondo de las naturalezas eslavas. Fedora pensó ser un viejo tirano, monarca de un pueblo de ilotas dotado de una sola cabeza para que se le hubiera podido decapitar de un golpe. Concibió represalias formidables, torturas sin nombre, todos los suplicios chinos aplicados a los dos miserables, pareciéndole aun que la guillotina era un castigo demasiado dulce y benigno. Por eso, cuando supo que los condenaban a muerte, quedó en cierto modo desdeñosa, sobre todo insatisfecha; pero al enterarse de que les habían indultado, entonces creyó que se volvía loca.

¡Cómo! ¿Malhechores de tal laya iban a seguir viviendo a despecho de toda justicia social? ¿Es que ante semejante ejemplo de debilidad humillante para la humanidad civilizada, la sociedad no se defendería contra los que la amenazaban, no cercenaría aquellos miembros gangrenados y que gangrenarían a los restantes o entrarían en el mundo a saco.

¡Ah! Seguramente Fedora no entendía mucho de sanciones morales, ni de castigar o hacer un ejemplo de más; pero no podía admitir que se dejase al mundo los tristes ejemplares teratológicos que habían asesinado a los miembros de su familia.

Este fué, sobre poco más o menos, el tema de las primeras conversaciones que mantuvo con los hermanos Pedro y Alejandro Zemniakow, estudiantes de derecho a quienes conoció durante el curso anterior de estudios superiores y que presentó a sus padres, admirador de ellos, el filósofo y príncipe Zemniakow, bayardo archimillonario que se había apresurado a salir de Rusia a consecuencia de discusiones sobrevenidas entre él y la corte imperial.

Los hermanos Zemniakow ampliaron la causa personal de Fedora. Enamorados de la

Belleza, del Bien de la Justicia, toda iniquidad les sublevaba; para ellos la muerte era la peor de las iniquidades. No se mata al prójimo porque es abyecto, injusto, y viola todo derecho humano y social. Y como sanción de este principio, afirmaban: es preciso suprimir a todos los que matan, o de lo contrario el bien y la justicia sociales no serían nunca más que una ilusión.

Los dos hermanos — que en definitiva sustentaban un concepto harto arbitrario y desde luego muy discutible acerca de la misión de la justicia de los hombres, — eran partidarios acérrimos de la abolición de la pena de muerte y apoyaban sus teorías con gran acopio de opiniones de filósofos y sociólogos de todos los países.

Estimaban, sí, que todo criminal debe ser castigado para que la sociedad se vea libre de su perniciosa influencia; pero no estaban conformes con el rigor de la justicia, que ellos calificaban de cruel, rigor que pone en las manos del verdugo un arma perfectamente homicida. Trinaban enfáticamente contra la policía y el poder judicial y en su insensato delirio, se propusieron crear una especie de organismo saneador nuevo, encaminado a corregir y encauzar a todos los criminales que constituyen un serio peligro para la sociedad.

Y ambos utópicos soñadores mantuvieron su palabra. Entre todos los venenos esparcidos por el universo habían encontrado uno cuya más pequeña gota inoculada a un ser humano provocaba la muerte instantánea y sin dolor.

La huella de una minuscula cabeza de muerto, que imprimía el delicado aparato del que se servían para sus picaduras, fué una simple casualidad de su "obra de regeneración" y aunque no la habían premeditado, mantuvieronla como un reto a la policía desde el momento en que Flax la descubrió, y porque resolvieron de pronto atraer la atención pública acerca de sus misteriosas ejecuciones.

Desde el principio dispusieron de una policía particular que capitaneaba Néstor Plansón, encargado simplemente de procurarles criminales de nota, especialmente los inhallables del crimen, los que desesperaban y rendían a la policía regular.

Habían puesto una verdadera fortuna a la disposición de Plansón quien les servía con su ciencia consumada de policía envejecido en el oficio, y se vanagloriaba de ello, aunque sin hacerse solidario de su justicia sumaria Plansón conoció la verdad poco tiempo antes de la época a que corresponde el proceso del "fantasma del lago" porque Fedora advirtió a los dos hermanos que era tal vez poco leal servirse de él como de un instrumento ciego.

Digamos también de paso que en dicho proceso, Alejandro, el más jóven de los dos hermanos, apasionado por la aviación y que recientemente había obtenido su título de piloto, concibió por primera vez la idea de servirse del aeroplano para encontrar la pista y facilitar la captura de un criminal, burlando acto seguido a la policía al procurar al cadáver del ejecutado "una especie de ubicuidad fantástica" olvidado su juramento de vengar el odioso asesinato de todos los suyos.

Por consejo de los hermanos adoptó el traje masculino para no llamar la atención respecto de su gran intimidad con ellos, intimidad que con el tiempo pudo haberla comprometido.

Ya se ha visto que ese traje, precisamente, fué el que hizo que la policía, siempre lanzada sobre pistas falsas, la tomase por una vulgar aventurera. Por otra parte la jóven encargó secretamente a Plansón que buscase dos hombres de confianza para que se trasladara a Saint- Laurent de Maroni donde procurarían facilitar la evasión de los dos asesinos, trayéndoles a París, sin ocultarles que debían su libertad a la misma Fedora, circunstancia que debía desvanecer toda desconfianza por su parte. Solo le quedaba pues, a Fedora, entregárselos a los hermanos Zemniakow.

Ademas los sucesos que hemos relatado, arrojan la suficiente claridad sobre la historia de los fallecimientos que la impulsaron al suicidio.

Así pues, podemos proseguir nuestra narración desde el punto en que la habíamos dejado.

———

Ya se ha visto que Plansón en persona había introducido aquella misma mañana cerca de Fedora, a los forzados evadidos, Nenesse y Pedro Gaulnay que venían, según aseguraban, a darle una vez más las gracias por haber concebido la idea magnánima de hacerles devolver la libertad.

Libertad harto relativa, según ellos mismos decían a continuación, porque su evasión había sido registrada por los policías de todo el globo, y si los diarios de París no contenían más que unas cuantas líneas tratando de este asunto, es porque el Cuerpo de Vigilancia ocultaba su intención, esperando sin duda encubrir sus constantes fracasos con el brillante triunfo de una próxima captura. Venían también para suplicar a Fedora que coronase su generosa obra procurándoles un retiro seguro donde poder dar, ya completamente a salvo, nuevos testimonios de arrepentimiento y gratitud.

Fedora, a quien costaba grandes esfuerzos soportar el horror y el disgusto que su presencia les causaba, no creía sino a medias en su contricción y reconocimiento, pero estaba lejos de suponer la inconcebible villanía de estos dos seres. No se figuraba de ningún modo, en aquel momento, mientras inclinaban sus frentes con humildad y confudidos por la gratitud, que acariciaban la idea de atraerla a una emboscada concertada de antemano, no precisamente para matarla a menos que esto no se hiciese indispensable, sino deseosos de procurarse el dinero que necesitaban para huir a otro sitio, donde esperaban burlar, seguramente, a todos los policías del globo. Esta idea nacid

en el cerebro perturbado de Nenesse, y Pedro Saulnoy la había aprobado; pero no obstante, su ejecución le parecía aún quimérica y erizada de dificultades, cuando Fedora, incauta, cayó en la red que le tendían.

Sus últimos actos ya lo hemos visto, reflejaban el estado complejo de su espíritu. En la crisis suprema que debía librarla de la vida, donde ya no veía esperanza ni salvación, el doctor Justino Mortier se le apareció como un salvador físico y moral. Y, en efecto, verdadero salvador es el que hace el bien sin esperar recompensa alguna ni tratar de conocer las causas que hayan podido determinar la amargura que remedia.

Y porque había tenido repentinamente una fe ciega en este hombre, le dió la cita que sabemos con el fin de confiarle el secreto trágico y doloroso de su vida y pedirle consejo.

Cuando ella supo, gracias al acuerdo que existía entre Plansón y el Cuerpo de Vigilancia, que aquella cita era conocida de la policía e iba a servir para su detención, una horrible duda se apoderó de ella. Y, sin embargo, se negaba a suponer que el doctor la hubiera traicionado intencionadamente. Por intuición había llegado casi a imaginar el minuto de duda que arrancó a Mortier el secreto de la cita. De ahí la declaración que hizo a sus amigos rusos en los subterráneos de la casa de Fleury, y con la cual ratificaba su confianza, sin suponer, como es natural, que en el momento en que hablaba así, el doctor no estaba separado de ella mas que por un simple tabique.

¿Qué hacer para verle? Una elemental prudencia le prohibía ir ella misma a su casa; había leído los diarios de la mañana y la mayor parte de los artículos inspirados por el Cuerpo de Vigilancia, donde se le presentaba como una mistificadora a la que iban a pedir estricta cuenta de sus obras.

¿Enviarle un emisario? No tenía cerca de ella en quien confiar, y un sentimiento de delicadeza muy comprensible, quizás de pudor femenino, se oponía a suplicar este servicio ora a Plansón, ora a los hermanos Zimniakow, los cuales además se habían vuelto a marchar a Villacoublay.

Entonces fué cuando concibió la idea súbita de confiar a Nenesse y Pedro Saulnay una carta para el doctor, cuya respuesta inmediata debían traerle. Era un medio para desembarazarse provisionalmente de ellos mientras esperaba tomar consejo del doctor acerca de la conducta que con ellos había de seguir, y también una prueba de confianza con la cual pensaba estimular el fervor del arrepentimiento y gratitud de aquellos, porque Fedora se obstinaba en creer, a pesar de todo, en la redención de los dos miserables; su candor rechazaba la infernal doblez que albergaba el corazón de semejantes monstruos.

Poco tiempo después que Plausón les hubo introducido cerca de Fedora, los dos truhanes abandonaban el hotel por una salida secreta, comisionados con la carta destinada al doctor Justino Mortier

Conformes con la orden recibida, tomaban un automóvil, que minutos después hacían detener frente a una cervecería, donde entraron a deliberar.

Referiremos en pocas palabras el diálogo que los dos ingratos mantuvieron. Ellos también habían leído los diarios de la mañana, como es de suponer, ávidamente. El nombre del doctor Justino Mortier les llamó la atención, identificando al destinatario de la carta de Fedora con el pretendido mistificador de quien hablaban los periódicos. Además, la personalidad de Fedora les parecía bastante enigmática y su traje masculino les preocupaba tanto como Plausón, tipo sospechoso en quien se adivinaba, desde una legua, al policía.

Todo cuanto vieron y creyeron advertir en esta casa afirmaba su convicción, no quedándoles más que un partido: dar un golpe de mano y desaparecer.

Algunos minutos fueron suficientes para ultimar su plan, un plan censurable, que acusaba de nuevo su rudeza e indiotez.

La carta que acababan de abrir, decididos resueltamente a no llevarla a su destino, les enteró de que Fedora rogaba al doctor Mortier que fuese inmediatamente.

¿Porqué no suponer que el doctor, vigilado por la policía (¡ah! ¡que antes de ponerse en camino aquella mañana!) iba a responder suplicando a Fedora que fuese ella misma, pero no a su casa, con el fin de evitar al uno y al otro todo compromiso?

Nenesse expuso esta idea que su cómplice consideró tan lógica como aceptable. Seguramente Fedora caería en el garlito. Quedaba por fijar el sitio donde los miserables podrían secuestrarla, para sacarle todo el dinero posible.

Ya estaba encontrado el lugar que era la propia vivienda de Nenesse y ofrecía la doble ventaja de estar lejos de toda vecindad comprometedora y a cinco minutos apenas del boulevard Murat, circunstancia suficiente para alejar de Fedora la menor sospecha.

A su llegada a París, algunos días antes, Nenesse que vivió otras veces en Billancourt se había separado de su compañero de evasión, como medida previsora, alquilando en las cercanías de la zona militar, entre el muelle de Point-du-Jour y la avenida de los Moulineaux, una cabaña bastante confortable que su propietario abandonó a raíz de las inundaciones.

El aislamiento absoluto de esta choza se prestaba admirablemente al plan concebido por Nenesse. Solo faltaba a los dos miserables llevarlo a cabo, para lo cual no había que perder un instante, pues todo dependía de la rapidez con que obrasen.

Así pues, se detuvieron en la cervecería el tiempo necesario según sus cálculos, para ir y volver del Boulevard Murat.

Luego, Nenesse tomó un tranvía que le llevaba cerca de su casa y Pedro Saulnay volvió en coche a casa de Fedora, como si regresara de casa de Mortier.

—Señorita — manifestó — el doctor ruega que le disculpe, pero le es imposible venir; dice que está espiado por la policía y no quiere comprometer a nadie. Me ha encargado que le lleve a usted, si es que con-

siente en ello, a un sitio que me ha indicado, y donde tendrá mucho gusto en recibirla.

Desde las primeras palabras Fedora frunció las cejas, no porque adivinase el engaño sinó porque repentinamente lamentaba el haber impulsado al doctor a confiarse a los dos bandidos.

Y entonces se dió cuenta de que Pedro Saulnoy estaba solo ¿Por que?.

Este explicó que su compañero le dejó a mitad del camino, porque, al salir de casa del doctor creyó notar que un inspector, a quien conocía, le miraba con sospechosa insistencia.

Este embuste — idea feliz, pues habían olvidado concertar una expiicación relativa a su separación — aquietaba por un instante los recelos que ya se despertaban en Fedora, ante la idea de seguir a aquel ignominioso ser a un lugar que no conocía.

Si hubiera regresado Nenesse en lugar de Pedro no habría vacilado un segundo en entregárselo a Plausón, pero Nenesse había sido bastante psicólogo, y no quiso aventurarse en un papel tan peligroso para él.

La apariencia humilde y apocada de Pedro Saulnay decidió a Fedorà, que estimaba no arriesgar gran cosa con él, aunque ocurriese algo.

Por si acaso, antes de salir ocultó entre sus vestidos el estilete, del que no se separaba hacía algún tiempo.

Partieron inmediatamente sin que Fedora juzgase oportuno prevenir a Plausón por las razones de delicadeza que ya hemos expuesto.

En aquel instante, Flax penetraba en la casa por la otra puerta.

Cuando el automóvil traspuso la puerta Saint-Cloud, Pedro Saulnay invitó a Fedora a bajar, pretextando que el doctor les había recomendado expresamente que recorrieran esta parte del trayecto a pie, con el fin de no llamar la atención.

Aun con eso, y según había previsto Nenesse, Fedora no desconfió todavía; el boulevard Murat estaba muy próximo. Más tarde, al ver que se dirigían hacia la zona militar, la joven comenzó a intranquilzarse. Pronto aparecieron jardinillos incultos, donde no se advertía huella de seres humanos, chozas cubiertas de latas, de formas torcidas, tejadillos cubiertos de papel embreados y defendidos del viento por pesadas piedras: todo un paisaje inquietante y mísero bajo la claridad de aquella mañana torrida de agosto.

—Pero, ¿adónde me lleva usted¿ — preguntó Fedora escudriñando el rostro de su guía que visiblemente empezaba a alterarse.

—Mire usted, ahí mismo — le contestó. Al mismo tiempo indicaba una casita de ladrillos con una puerta y ventana pintadas de verde y un jardinillo cercado de zarzas, único albergue que parecía habitable en aquel extraño e inmundo lugar.

De repente, Fedora tuvo casi la certeza de haber caído en una emboscada, pero un sentimiento vago, indefinible, la impedía retroceder. Quizás juzgaba propicia aquella ocasión, para vengar por su propia mano el sacrificio de los suyos, apaciguando así la sed terrible de represalias que durante tanto tiempo la había torturado.

¡Con qué malsano regocijo hundiría el estilete en mitad del corazón del primero de los dos bandidos que intentase hacer algo contra ella.

Deslizó la mano en el bolsillo en donde guardaba el arma, pero no tuvo tiempo de retirarla.

Cuando, franqueada la entrada penetró en el recinto siguiendo a Pedro Saulnay que la guiaba, Nenesse, oculto detrás de la puerta, le derribó de un tremendo golpe en la espal-

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

da cayendo al suelo. Mientras, le decía con voz sorda:

—Tranquilícese usted; no queremos hacerle ningún daño y si usted no grita, ni siquiera la amordazaremos, aunque sería conveniente.

Anhelante, con las muñecas oprimidas por el bandido que la había derribado, Fedora juzgó indigno de ella quejarse.

Así pues, respondió con indiferencia.

—Son ustedes los monstruos más indignos que existen, pero no teman, no diré una palabra; les doy mi palabra, no es a la policía a la que les voy a entregar.

—¡Bueno, bueno — dijo Nenesse, — esto sí que me hace gracia!

—Y añadió a su cómplice:

—Dame aquellas cuerdas.

Pedro Saulnay, cuyos dientes castañeaban, le acercó las cuerdas preparadas de antemano con las cuales Nenesse ató rápidamente los brazos y las piernas de Fedora.

—Ya lo ve usted — le dijo cuando concluyó, — le he dejado en libertad la mano derecha.

Usted naturalmente se preguntará el porque.

Fedora no respondió. Todas sus facultades estaban concentradas en buscar un modo de salir de aquel paso, y un rayo de esperanza la invadió al pensar que no solamente disfrutaba de libertad su mano derecha, sino que los bandidos habían olvidado registrarla.

—No voy a dejarla que se canse — repuso Nenesse — tanto más cuanto que los minutos, al menos para nosotros, son preciosos. Estamos de vuelta en París, gracias a usted, lo confieso, y en verdad nos encontraríamos muy bien si a cada paso no nos jugásemos la cabeza. Así que hemos pensado cambiar de aire y para cambiar de aire se necesita dinero, sobre todo cuando se trata de escapar de la red que nos ha tendido la policía francesa. Hemos calculado que necesitaríamos, por lo menos diez mil francos.

"Yo no creo que usted nos haya hecho venir aquí para entregarnos a Deibler, pero tampoco supongo que por nuestra linda carita nos iba usted a dar el dinero que necesitamos.

Hizo una pausa, escudriñando a Fedora con malicia; luego continuó:

—Ya lo ve usted, no protesta, y esto quiere decir que nunca hubiéramos logrado sacarle el dinero por las buenas.

¡Que quiere usted! lo hemos pensado bien y por eso está usted aquí... quizás por un par de horas, solamente...

Eso depende de usted... La cosa podría arreglarse firmándonos usted un papel, como si necesitara diez mil francos inmediatamente, que entregarían al portador; con ese papelito iré a cobrarlos yo al sitio que diga, y, mientras mi compañero velará exclusivamente por la seguridad de usted.

—Sea — dijo Fedora ahogando un profundo suspiro de consuelo, porque veía renacer en ella una esperanza de salvación — pero acabemos pronto; dénme tinta y papel y díganme que es lo que he de escribir.

—Todo está dispuesto, contestó Nenesse radiante de júbilo — somos gentes previsoras; aquí hay tinta, papel, pluma, y además un borrador que bien o mal, he escrito a mi modo mientras venía usted.

Y lo leyó, bajo la mirada atónita de Pedro Saulnay, cuya pasividad imbécil se eclipsaba del todo ante las iniciativas e inventivas truhanescas de aquel a quien consideraba su maestro:

"Ruego con empeño que entreguen inmediatamente al portador de ésta, la suma de diez mil francos, que yo abonaré a mi vuelta".

"Firma"

—Creo que está bien así ¿eh? — preguntó un poco inquieto, viendo que Fedora quedaba impasible.

—Bien está — contestó lacónicamente la joven, disponiéndose a escribir mientras Nenesse, tranquilizado, experimentaba la necesidad repentina de pedir su opinión a Pedro Saulnay.

—Más larga la esquelita hubiera sido sospechosa ¿verdad? —dijo en tono de duda y como autorizando la discusión.

—Sin embargo — aventuró Pedro, orgulloso de ser consultado, — en pocas palabras se podría añadir algo a fin de que no crean que el dinero es para el portador.

—¿Añadir qué? — dijo Nenesse aterrado ante la idea de que, en efecto, podían no tener confianza en él, puesto que iba a ser el portador.

—Sencillamente esto: "Postdata: Los diez mil francos son para mí".

—Bien; pondremos la postdata, si está de acuerdo la señorita.

Fedora asintió con un signo de cabeza, reprimiendo la sonrisa que acudió a sus labios al pensar en el gesto que iba a hacer Plausón leyendo aquella esquela.

La carta fué escrita y firmada con mano firme.

Nenesse se apoderó ávidamente del papel, que guardó en uno de sus bolsillos.

—¿Y ahora — preguntó — a quien voy a llevar esto?

—A M. Néstor Plausón, mi apoderado, en la misma casa donde he recibido a ustedes.

Además, será conveniente poner su nombre en un sobre, si es que tiene usted uno.

—¡Toma! ¡Es verdad! — balbuceó Nenesse, azorado por haber cometido semejante torpeza.

Y ofreció un sobre a Fedora, quien escribió en un instante la dirección. Cuando iba a salir, Nenesse se volvió hacia su cómplice:

—Atranca la puerta — dijo — y óyelo bien, no abras a nadie, sea quien sea. — Después, mirando burlonamente a Fedora añadió;

—Procuraré que no se fastidie, hermosa señorita; voy corriendo y si allí no me detienen mucho estaré pronto de vuelta para devolverle la libertad.

Y salió, mientras un gesto de altivez entre sarcástico y triunfante se pintaba en los labios de Fedora.

Pedro Saulnoy echó el cerrojo y la cadena de la puerta, alterado por una súbita emoción, pues Fedora extendida en el sue-

lo, y atada, inspirábalo un sentimiento indefinible, una especie de terror supersticioso, que hubiera sido incapaz de analizar.

Apenas si se atrevía a mirarla. Al cabo de un rato relativamente, que a el le pareció interminable, asombrado de que Fedora no le dirijiese la palabra, lo interrumpió ella diciendo:

—Póngame usted al menos una almohada bajo la cabeza, pues estos pedruzcos están durísimos.

—¡Una almohada! — contestó malhumorado — no se si la habrá en la casa; sin embargo iré a ver.

Inspeccionó el fondo del camaranchón, en cuya penumbra se bosquejaba un camastro.

Entonces mientras volvía la espalda a Fedora, ésta, crispando su mano libre logró deslizarla en su bolsillo, se apoderó del estilete, y de un solo golpe cortó las ligaduras de su brazo izquierdo, y después las de las piernas.

Un minuto más tarde estaba en pié.

De un brinco, llegó al sobradillo, y como Pedro Soulvoy se volviese, lívido, con los ojos bizcos, dilatados por el terror se abalanzó sobre él como una fiera:

—¡Piedad! — imploró el miserable.

Un relámpago fulguró en el pálido semblante eslavo:

—La única gracia que podré hacerte, es matarte de un solo golpe.

El criminal se consideró perdido, y haciendo un esfuerzo terrible, intentó soltarse de las manos de Fedora. Pero ésta, gracias a sus ejercicios de atletismo, poseía un vigor extraordinario. Como Pedro probase derribarla, ella le torció las muñecas haciéndole rodar por tierra.

Aturdido por la caída, no le quedaron alientos sino para gritar otra vez:

—¡Gracia!

Su aspecto no podía ser más lamentable; tenía el pecho medio desnudo, bajo sus vestidos destrozados brutalmente en el transcurso de la lucha.

Por toda respuesta Fedora le sepultó su estilete en mitad del corazón.

Después de haber deliberado en vano durante más de media hora, examinado todas las hipótesis posibles, y agotadas todas las conjeturas, Plansón, Flax, y el doctor Mortier tuvieron que reconocer que la desaparición prolongada de Fedora adquiría, dadas las circunstancias en que se había producido, un carácter más grave cuanto más tiempo transcurría.

—¡Y nosotros sin poder hacer nada! — exclamaba desolado Justino Mortier.

—El hecho es que yo no veo... por ahora... — confesaba Plansón.

—Otros cualesquiera hubieran tenido el recurso de pedir auxilio a la policía, — dijo con amargura sarcástica.

E iba a formular una acre diatriba contra el "muelle de los Orfebres" cuando Planson emitió la idea de que para mayor tranquilidad podía registrarse Fleury. Parecía poco probable que Fedora hubiese resuelto sin avisar a nadie, ir a aquella casa cercada aún la víspera por las autoridades, pero Flax se ofrecía a ir allí inmediatamente, y el doctor repuso con sencillez:

—Sea; vayamos, más para volver rápido.

El inopinado regreso de los hermanos Zemniakow les ahorró este viaje perfectamente inútil, como sabemos. Los dos hermanos habían tenido la curiosidad de dar un vistazo a la casa, al volver de Villacoubley. Una verdadera multitud se estacionaba al pié de los muros.

Dijeronles que los policías se marcharon furiosos, después de haber, por despecho sin duda, hundido las puertas, quemado el maniquí y roto los vidrios a tiros. Nadie desde entonces se había aventurado allí, salvo el guarda rural que acababa de instalarse en la casa para evitar cualquier asalto de algún merodeador.

—Pero, ¿ y los subterráneos? — preguntaron Flax y el doctor.

Y como los hermanos Zemniakow titubeasen, repentinamente inquietos mejor dicho sorprendidos al ver que dos extraños estaban al corriente de un secreto del que se suponían únicos poseedores con Fedora, se presentaron ellos mismos, contando su expedición de la víspera.

Fué una sorpresa mayor para los dos rusos, saber que habían oído todas las palabras cambiadas con Fedora en los subterráneos y que, huyendo algunos minutos después, huían de amigos que venian a hacer causa común con ésta.

—Fedora — declaró Pedro Zemniakow, — no puede haber vuelto a los subterráneos, por la sencilla razón de que nos ha dejado las llaves de la salida secreta. Además, no tenía motivo uara aventurarse en tan peligroso laberinto.

—Tampoco lo tenía — añadió Plansón, cuya frente se ensombrecía cada vez más,— para desaparecer, digamos ausentarse, en circunstancias tan alarmantes.

De pronto tuvo un estremecimiento, e hizo signo al grupo para que callase.

Estaba sentado detrás de su escritorio y acababa de inclinar el oido maquinalmente sobre la tablilla de un micrófono que le informaba, en caso de necesidad, de las idas y venidas imprevistas, en la parte del inmueble que daba a la otra calle.

—Andan — dijo, — se dirigen hacia la habitación de Fedora... son pasos que conozco, que desde luego no son los suyos — son pasos bastantes lijeros de hombre — llaman a la puerta, está entreabierta.

—En efecto, ha olvidado usted cerrarla hace un instante, — balbuceó Flax.

—Entran... dudan... llaman otra vez... Sin esta puerta abierta es indudable que el visitante habría proseguido su camino, y el corredor le hubiera conducido aquí...

Esperen: vuelven a salir... dudan de nuevo... se dirigen hacia aquí... es a mí a quien buscan...

Si llaman, señores ningún ujier detendrá al recien llegado en esta parte del edificio, pues todo esta en el otro lado, el oficial —

si llaman aquí, será suficiente levantar este tapiz para que ustedes desaparezcan y yo represente estar solo...

Dos ligeros golpes dados a la puerta, cortaron la palabra a Plansón, y los cuatro personajes se apresuraron a cumplir la indicación que este les había hecho. Cuando el pesado cortinon que ocultaba al fumadero, cayó detrás de ellos, Plansón pronunció sencillamente ésta palabra: — Adelante.

Nenesse entró:

El traje que gracias a los cuidados de Fedora, vestía el granuja, disimulaba su raquitismo, pero su perfil de rasgos atrofiados, sus orejas puntiagudas y sin dobleces denotaban al degenerado, al criminal nato, como su mirada de fiera, de pupilas casi redondas, daban a conocer la bestia feróz oculta tras su ruin envoltura.

A despecho de su sorpresa y de las suposiciones que en aquel instante le invadieron, Plansón le recibió con aire de calma e indiferente, por miedo a intimidarle.

—Yo quisiera — dijo Nenesse, arrugando entre sus manos el sombrerote de fieltro que no sin trabajo se quitó a la entrada, — quisiera ver a don Néstor Plansón.

—Hable usted, yo soy.

—Bueno, entonces tengo, vamos al decir, una misiva de importancia para usted.

Sacó el sobre, del que hemos hablado y se lo tendió a Plansón. Este leyó la dirección antes de abrirlo; luego, al reconocer la letra de Fedora, se tranquilizó.

Por dos veces leyó el texto de la extraña órden, en parte para tener tiempo de salir de su estupor, y en parte también para procurar entenderla. Después levantó los ojos mirando a Nenesse cuya palidez repentina y actitud inquieta confirmaron sus recelos.

—Amigo mío, — dijo friamente, — la suma es algo respetable, y voy a ver si la tenemos en caja. — Y levantando un poco la voz añadió: Flax, ¿quiere usted venir? — Al mismo tiempo, tocaba un resorte que cerraba con llave la puerta por donde Nenesse acababa de entrar.

Plansón había notado que este se quedaba obstinadamente a dos pasos de la puerta, con intención de huir si veía perdida la jugada.

—¿Qué le parece a usted este papel? — preguntó, Plansón entregándoselo.

Flax leyó afectando la misma indiferencia que su excolega; después preguntó:

—La letra y la firma, ¿son auténticas?

—Así lo creo — dijo Plansón — Además, podemos preguntarselo a los hermanos Zemniakow y al doctor Mortier con el que Fedora ha tenido correspondencia.

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de **EL DIARIO** —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . . . .

Al oir este último nombre, Nenesse se tornó lívido, felicitándose de que nadie reparaba en él.

De todos modos su asunto iba por buen camino; no tenía más que esperar, o tomar velozmente la puerta si aquello no salía tan bien como esperaba.

Plansón y Flax comprendieron que sus temores se confirmaban, es decir, que Fedora había caído en una emboscada; pero quisieron tomarse el tiempo de reflexionar.

Cuando los hermanos Zemniakow y el doctor hubieron examinado a su vez el papel, declararon que la letra era efectivamente de Fedora.

—Pero no el estilo — añadió Alejandro el aviador, — sobre todo el de la postdata: "Los diez mil francos son para mí" Fedora nunca hubiera empleado ese giro.

Nenesse lanzó a su cómplice mentalmente una espantosa maldición, pues ya había el supuesto que esta postdata lo echaría todo a perder. Viendo a aquellos cuatro hombres que parecían conocer a Fedora, y que analizaban la letra de aquel pliego, comprendió que estaba perdido. Retrocedió hasta la puerta poco a poco, congratulándose de no haber llamado la atención de ninguno de ellos.

Entonces, suponiendo que contestaría mal a las preguntas que indudablemente iban a dirigirle y que todas las mentiras que urdiesen no le salvarían, decidió quemar el último cartucho.

—Les advierto — declaró con tono amenazador — que todo esto no tiene nada que ver con esa cuestión, porque estoy seguro que si los diez mil francos no llegan a tiempo, la señorita Fedora está perdida.

—¿Y eres tú — dijo Plansón — quien tiene el encargo de llevárselos?

—Ya lo ve usted.

—Pues bien, amigo mío, iremos contigo.

Esta vez Nenesse no trató de disimular; era evidente que todo estaba perdido para él, como se lo demostraron los semblantes de aquellos cuatro hombres, reunidos allí, cualquiera de los cuales le habría derribado de un golpe ¡Quien iba a decírselo media hora antes!

—Qué mala sombra! — pensó para sí;— y como nadie parecía observarle, tomó el partido de escapar.

Pero ya el puño formidable de Flax se cernía sobre él dispuesto a aniquilarle.

—Es inútil, Flax, — dijo Plansón sonriendo, — he cerrado la puerta con el tornillo americano, de suerte que éste pájaro ha caído como en una trampa.

Y volviéndose hacia Nenesse añadió:

—Ahora, amigo mío, hay que cantar claro; tiene usted que decirnos en dónde está la señorita a quien han preparado tan infame emboscada.

Nenesse fanfarronamente, y por tantear el terreno contestó:

—No diré nada, mientras no tenga los diez mil que se piden.

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

—Vamos a verlo — dijo Pedro Zemniakow cuyas pupilas brillaron repentinamente con fuego sombrío.

Y avanzando hacia el miserable, dijo:

—Te daremos un minuto, reloj en mano, para hablar.

Hubo un silencio que se prolongó varios segundos; después Nenesse comprendiendo sin duda que era preciso capitular, dijo:

—¿Y qué van ustedes hacerme cuando haya hablado?

Una voz que no era de ninguna de las personas allí reunidas, respondió:

—Morirás como tu cómplice.

El tapiz rojo acababa de separarse y Fedora apareció en la penumbra, fijando sobre el pálido semblante del bandido su mirada reposada y fría.

Sin embargo sus facciones tenían una palidez mortal, y el doctor Mortier, que se había acercado a ella, le ofreció su brazo para impedir que cayera desfallecida.

—Esta vez nos le entrega usted — dijo Pedro Zemniakow.

—Tranquilícese — respondió ella, — ya he hecho justicia al otro, que seguramente era menos culpable que éste.

—Querrá usted decir más cobarde, — rugió Nenesse mientras se defendía de las manos de los dos hermanos que lo arrastraban fuera de la habitación.

Pedro, al llegar al dintel, se detuvo y exclamó solemnemente:

—Es preciso matar a los que matan la salvación de las generaciones futuras estriba en cumplir esta ley.

—Dios perdona a los que se arrepienten, — opuso el bondadoso doctor Mortier. — Además — añadió la sociedad considera irresponsables a estos anormales, a estos verdaderos abortos.

—Sin embargo... — opuso Zemniakow.

Mortier sonreía apaciblemente.

—Perdone, amigo mío, pero este pobre muchacho inspira más compasión que odio. ¿Sabe, a punto fijo, lo que hace? Entreguémosle al juez encargado en nombre de la sociedad, de aplicarle el correctivo oportuno, y pensemos en la clemencia siempre que nos veamos con monstruos inconscientes de esta índole.

¡Es tan bueno, tan dulce, tan grato a los ojos de Aquel que tanto se sacrificó por nosotros, caer del lado del amor! ¿Verdad Fedora?

La jóven, conmovida ante la sencillez de estas palabras, solemnísimas en aquellos instantes, bajó los ojos avergonzada.

. . . .

Pocos días después el doctor Justino Mortier era invitado a acompañar a Fedora bajo el cielo de Italia, a orillas del lago de Como, donde esperaba restablecer su salud, comprometida por tantas emociones trágicas, ya que no curar las profundas heridas de su corazón de huérfana.

Antes de partir, la jóven envió a Flax, a cambio del anillo familiar que el policía encontró en Fourcigny, un cheque de cien mil francos, cantidad que le permitía a aquel dar una carrera honrosa y útil a sus dos hijos.

En cuanto a él, no tenía necesidad de nada pues acababan de levantar la suspensión de empleo y sueldo que sufría, en méritos a haber descubierto a cierto criminal famoso que durante años tuvo desasosegada a la policía.

Añadiremos que el excelente hombre ascendió a subjefe del Cuerpo de Vigilancia substituyendo a Melart, cuya inepcia, mil veces demostrada, determinó que la prensa y la opinión pública demandasen su relevo.

En cuanto a Plansón, siempre aventurero participó, asimismo, de la liberalidad de Fedora y con su producto se instaló en Londres donde la vida, más febril, más activa, más trágica, prometía grandes lucimientos a sus habilidades profesionales.

Los hermanos Zemniakow desaparecieron. De uno de ellos dijeron los diarios que había caído del aeroplano muriendo instantáneamente.

Nenesse volvió a presidio, ya para no salir de él en muchos años, y el doctor Mortier y Fedora... Juntos, bajo el límpido y risueño cielo de Italia acabaron de conocerse, cambiando ilusiones e inquietudes, y comprendieron que el amor, base de todas las redenciones y manantial de bienes, podía hacer de ellos los seres más felices del mundo. Uno de estos días se casarán, convencidos, como dichosamente, lo estamos nosotros, de que hay vidas y novelas que acaban mucho peor.

FIN

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
" atrasado	" 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	" 2.50
" " 6 " (26 ")	" 4.80
" " 1 año (52 ")	" 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $ 9.00 c/l.
Demás países . . . . " 12.00 "

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

Levy y Salomón han fundado juntos un taller de bastidores de teatro. Un amigo común, Mayer, encuentra a Levy:

—¡Hola, Levy! ¡Estás esplendente! ¿Qué has heredado?

—No.

—¿Entonces?...

—Me he asociado con Salomón y hemos montado un negocio de bastidores.

—Bueno, Salomón es rico. Pero ¿y tú?

—Yo no. Pero te diré: hoy el dinero es suyo. Yo no pongo más que mi experiencia; dentro de un año, yo tendré el dinero y él será quien tenga la experiencia.

✻✻✻✻

Bloch solicita una entrevista de Moisés.

—¿Qué te ocurre Bloch? Pareces muy emocionado.

—¡Ya lo creo! Tengo que decirte una cosa grave.

—¿Es algo que me concierne?

—Sí.

—¡Dios mío¡ ¿Qué pasa?

—Pues que.... tu cajero Blum...

—¿Qué?

—Que anoche le vi entrar en un restaurante del brazo de tu mujer.

—¡Ah, Dios mío, que susto me has hecho pasar! ¡Creí que se había fugado con la caja!

✻✻✻✻

José acaba de morir. Sus tres amigos, Dupont, Durand y Bloch, se encuentran al lado del cadáver.

—Lo enterraremos pasado mañana — dice Dupont. — Voy a pedirte un favor, Bloch. Yo estaré ausente. Toma estos cien francos y depositálos en la tumba. Que José se lleve al otro mundo ese testimonio de mi afecto, y que el paso del río le sea favorable.

—Aquí están otros cien francos, dice Durand, conmovido.

—Amigos míos, vuestra idea es excelente. Encontraréis natural que, siendo más rico que vosotros, ponga yo el doble de lo que cada uno de vosotros ha puesto.

Y al día siguiente, Bloch deja en la tumba un cheque, al portador, de cuatrocientos francos.

✻✻✻✻

Yossel y Avrom conversan de la Rusia bolchevique:

—¡Es horrible esta Cheka! — dice Yossel.— ¿Conoces a Berstein? Ayer fueron a detenerle a su casa y lo fusilaron delante de la misma puerta.

—¡No es posible!

—¡Como lo oyes!

—Te equivocas. ¿Berstein? ¿Mosché Berstein? ¡Si está en Odessa desde hace una semana. Debe regresar hoy.

—¡Te digo que es verdad!

En esto, aparece Berstein por la calle.

—Ahí tienes a Berstein. Ya ves, Avrom, que no le han fusilado.

—¡Chist, que el pobrecito no lo sabe aún! — dice entonces Yossel.

✻✻✻✻

La señora Wolf y la señora Blum se encuentran en el mercado.

—¿Que lleva usted en la cesta?

—¡Adivínelo!

—¿Es cosa de comer?

—Sí.

—¿Con qué letra empieza?

—Empieza con "k".

—¿"Kamarones"?

—No: "kangrejos'.

Ella.—No me ha convencido esta revista que acabamos de ver. No tiene ni pies ni cabeza.

El.—Eso no es necesario. La cuestión es que tenga piernas.

✻✻✻✻

—Yo nunca la privo de ningún deseo a mi mujer.

—Pero eso te saldrá carísimo. No te hacía tan rico.

—¿Por qué? El 'desear" no cuesta nada.

✻✻✻✻

Decía Enrique IV a su confesor el padre Coton:

—Padre, ¿revelarías la confesión de un hombre que os hubiera dicho que estaba resuelto a asesinarme?

—No, señor — se apresuró a responder el sacerdote, — pero correría a interponerme entre vuestra majestad y él.

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
¡QUE TIPO, ESE ARBITRO! ES FRANCAMENTE ENEMIGO DEL "CLUB LOS PATOS"
"LOS PATOS" NO DEBIERAN ECHAR A SU MASCOTA
¡EH! ¡ARREMET MUCHACHOS!
?
¡USTED ESTA AFUERA!
PLAF
¡OIGA! YO NO ADMITO PROTESTAS, ¿SABE? COMO VUELVA A QUEJARSE LOS VOY A REVENTAR DEL TODO ¿OYE?
¡CANALLA! ¡FAGIN, ES CANALLA!
YO ERA LA MASCOTA DE "LOS PATOS". DEJEME ENTRAR. MIRE QUE ME NECESITAN MUCHO
BUENO, PASE
¿OTRA VEZ EL PIBE? ¡QUE JETTA!
DEJELO NO MAS. NO PODEMOS IR PEOR. ES EL ARBITRO QUE NOS HACE PERDER
YA VERA, CAPITAN COMO CAMBIA LA SUERTE
¡A VER! JUEG EN SEGUIDA, O RE POR TERM DO EL PARTI

PORTE PAGO

PUCKY

LA LECTURA PARA TODOS

No. 362
Septiembre 5
de 1930

EL REY DE LAS MONTAÑAS

Por MARY SHANNON

Un notable cuento de aventuras en las montañas rocosas

20 cts.

Ella.—Murió cuando más falta me hacía. ¡He perdido mi único sostén!
El.—Caramba, señora, pues nadie lo diría.

Ella.—El color en las mejillas denota
salud excelente.
El.—Pues entonces usted tiene más
lud en una mejilla que en la otra.

Buena música

—No cabe duda, es un músico refinado.
—¿Qué entiende usted por músico refinado?
—Uno que toca cosas que a usted no le interesa oir y habla de lo que toca en forma que usted no le logra entender.

Tregua

—¿Está peleando su mujer con la vecina?
—Hoy no. Esta mañana celebraron una tregua para hablar mal de las otras señoras del barrio.

Buen medio

—Señor, deme unos centavos: estoy reuniendo para el pasaje a fin de irme a mi pueblo. Voy a ver a mi madre que hace años que no me ve la cara.
—Lo creo. ¿Por qué no se lava?

El motivo

Un tipo vagabundo, muy conocido en el pueblo de Catapun, estaba una mañana buscando el modo de apoderarse de alguna gallina ajena, cuando de pronto se encontró de manos a boca con el comisario de la localidad.
—¿Cómo está, señor comisario? — saludó — ¿Qué es eso, tan temprano? — dijo el pícaro.
—Estoy dando un paseo a ver si junto apetito para el almuerzo, — dijo al comisario. — ¿Y usted, qué hace?

Duda infantil

Una nenita oyendo que la mamá habla
teléfono con su papá, le interrumpe p
preguntarle:
—Mamita: ¿cómo hizo papá para mete
dentro de una cajita tan chica?

Falsificación

—¿Me garantiza usted, joyero, que e
brillantes no son falsos? ¿Me da su pala
de que son legítimos?
—Tan legítimos, señora, como el su
tono sonrosado de sus mejillas y el car
de sus labios, — dijo el joyero.

El modelo

—¿Se casa usted, Juana? — dice la
trona a la sirvienta.
—Sí, señora. El martes me iré de
casa para casarme.
—Bien. Espero que su marido será bu
—¡Así lo espero yo! Pero crea que
por desgracia me sale como el de la seño
no lo voy aguantar mucho tiempo.

Ebriedad y filosofía

Filosofía de un borracho a quien se le
el sombrero:
—¡Te has caído al suelo, desgraciad
Tú querrías que yo ahora te recogiese;
si te recojo seré yo quien caiga... y lo qu
tú no podrás levantarme...
Y se marcha, lanzando una tierna mir
de despedida al sombrero.

PUCKY

LECTURA PARA TODOS
PUBLICACION SEMANAL
APARECE LOS VIERNES

No. 362. -- SEPTIEMBRE 5 DE 1930

Av. DE MAYO 662 - Bs. AIRES

EDITORIAL MANUEL LÃINEZ, LIMITADA, S. A.

EL REY DE LAS MONTAÑAS

Por MARY SHANNON

EL paisaje de las Montañas Rocosas — "espina dorsal" de Norte América — es salvaje y glorioso; una tierra peligrosa, de rocas con bordes puntiagudos, valles profundos, desfiladeros húmedos y rápidas y blancas corrientes de agua.

Allí, de estación en estación, vagaba, en libertad absoluta, Tronador, el fiero padrillo gris, y junto a él corría Viento Rojo, la esbelta yegua colorada.

Desde la meseta, cubierta de pasto, hasta el abrigado valle, Tronador la guiaba y cuidaba.

Siempre, cuando amenazaba peligro, resoplaba a través de sus sensibles narices y, mientras corrían en busca de refugio, la melena de Viento Rojo flotaba junto a Tronador como una bandera triunfante.

En más de una ocasión había peleado por ella. Una vez... pero eso había sido antes que hubieran venido desde las lomas occidentales, extenuados por una larga persecución, hasta el abrigo de la tierra rocosa.

Habían encontrado paz y matas de pasto, arroyos claros y murmurantes. Luego, un día la alarma los hizo huir en busca de seguridad. Un rostro moreno apareció arriba, en el borde del risco; después otro, perturbando la soledad de la pareja. Eran indios que esparcieron la historia de los dos caballos por la tierra rocosa.

"Viento Rojo" llamaban a la yegua porque era colorada como el pecho del churrinche y rápida como el viento; y Tronador al padrillo gris, porque en color y velocidad era hermano del glorioso Tronador, terror y maravilla de rodeos y disparadas, en la comarca.

En las largas horas pasadas al sol, Viento Rojo y Tronador se pusieron lustrosos y fuertes. La pobreza del invierno nada podía contra sus músculos elásticos; el poder del caballo gris desafiaba los riscos y montañas, la velocidad de la yegua colorada era semejante al vuelo de un pájaro.

Una mañana en que las primeras heladas del otoño relucían sobre las hojas y el pasto, Tronador levantó la cabeza y olfateó el aire. Sobre la montaña y el valle había un brillo de ensueño. Nada se movía; pero el caballo tenía un presentimiento de peligro intangible, de algún poder amenazador que se acercaba.

Instantaneamente resopló, cambió de rumbo. De un salto Viento Rojo ocupó su sitio junto a él y ambos se perdieron en las sombras. Pero por más que corrían, la inquietud iba con ellos. Acechábalos en los valles, parecía espiarlos desde los bordes de los riscos

Un aliento extraño flotaba en la brisa, el recuerdo de una vieja enemistad, aplastaba las vengativas orejas de Tronador. Los dos animales entraban y salían entre los vericuetos de la tierra rocosa; pero detrás de ellos venía aquella amenaza desconocida. Ni por un instante descuidó Tronador su maravillosa vigilancia.

No pasaron muchos días sin que el enemigo saliera de las sombras; presentóse en la forma de un lazo que silbó en las orejas de Tronador, errándole por un cabello. Fué como el brillo de una espada. En aquel segundo de transición, Tronador comprendió. Lanzó un delincho a Viento Rojo y nuevamente los cascos de la pareja hicieron resonar, en su retirada, los senderos de piedra.

No sabía que su homónimo, el invencible Tronador, ídolo de los rodeos, yacía muerto en Mandleton. No sabía que el público insaciable clamaba por otro ídolo. Sólo se dió cuenta de que sus antiguos enemigos lo perseguían nuevamente y toda la estrategia que en el pasado lo había hecho famoso volvió a él. Su corazón, que latía salvajemente, decidió establecer fuego defensor en derredor de Viento Rojo.

Al principio, la pareja galopó velozmente; la tierra rocosa les daba abrigo; pastizales y barrancos, desfiladeros y rocas ofreciánles sus miles refugios.

A veces, sus perseguidores les perdieron el rastro por horas. En aquellos periodos descansaban, bebían y pastaban, vigilantes, cautelosos, alertas. Pero detrás de ellos, inexorables como el destino, venían sus enemigos la amenaza del lazo, la aparición de un jinete que parecía levantarse de la tierra, interrumpía la carrera de los caballos para hacerlos buscar un refugio.

Como presagios de tormenta, la cacería fué adquiriendo más rapidez. Tronador la olía en el aire. Agitó su melena e hirió el suelo con los cascos. Aquello era la guerra y tenía él que ganar. Corría de un modo magnífico; su vitalidad se traducía en rapidez. Bajo la luz del sol, de la luna, de las estrellas, guiaba a Viento Rojo.

Pero ahora los refugios familiares estaban erizados de peligro. Sus pausas para alimentarse y beber, se hicieron menos frecuentes. Empezaron a conocer períodos de sufrimiento. Sin embargo, fueran donde fueran, los acompañaba aquella terrible paciencia que les permitía pesarse sin comer ni descansar.

Una especie de desesperación salvaje se apoderó de Tronador. Sentía que la red se estrechaba en torno de ellos. Se volvió menos estratégico, menos confiado. Un rápido galope terminaba bruscamente a la vista de un hombre a caballo que remolineaba un rollo de cuerda. Tan a menudo ocurría esto que la carrera de los dos caballos se acortaba confusamente. Luego, de pronto el padrillo gris, comprendió que estaba acorralado... atrapado en un hueco de la montaña que se extendían alrededor de la boca de un desfiladero largo y profundo.

Era la garganta en la cual la escasa vegetación se reducía a parches verdes, en sitios quemados por el sol. Durante mucho tiempo después de llegar a las rocosas, Tronador había evitado aquel desfiladero. Pero el riguroso invierno lo indujo finalmente a buscar su abrigo. Sin embargo, algún secreto instinto le hacía alejarse de él cuando amenazaba peligro. Y ahora sabía que sus enemigos lo habían ido corriendo poco a poco hasta aquel sitio.

Una y otra vez lo habían hecho retroceder hasta aquel hueco, de donde sólo podía salirse, por un sendero, hacia la garganta. Era una lucha desesperada. El pecho de Tronador ardía, su lengua colgaba, negra y seca. Junto a él oía la respiración jadeante de Viento Rojo. Y todavía peleaba, obstinada, valientemente.

De pronto la tensión se convirtió en crisis. Algo silbó en el aire y por un momento onduló encima de Tronador una cuerda. Sintió que su roce le quemaba el cuello. Dió un salto de costado y huyó, arrastrando consigo a Viento Rojo. Con los sentidos aguzados, sus ojos muy abiertos, buscaban el medio de escapar. Toda esperanza se desvanecía. Solamente la grieta que conducía al desfiladero estaba desguarnecida. Dándole el anca, con su compañera al lado, Tronador hizo frente a sus enemigos. Un lazo silbó en el aire. Mientras formaba todavía un circulo vertiginoso encima de él, Tronador retrocedió dando vueltas como un torbellino y el lazo erró el tiro.

Antes de que hubiera recobrado el equilibrio, otro lazo cayó desde una corniza alta. Otro salto de costado y una rápida vuelta lo salvó. Volvió a silbar luego el lazo sobre su cabeza, errándole por líneas. Y luego otro tiro y otro.

Tronador se volvió desesperado, frenético. En un momento de ira ardiente vió arrastrarse una cuerda junto a la pata de Viento Rojo. Con relincho salvaje, la pisoteó con sus cascos, mientras en el paroxismo del terror, la yegua roja, huyendo de los lazos, se metía dentro de la grieta del desfiladero. Y olvidado de todo ante el instinto de protección, Tronador la siguió. Demasiado tarde comprendió el error que habían cometido. Pero no se podía retroceder. Loca de miedo, Viento Rojo, corrió por el angosto desfiladero y el caballo gris ocupó su sitio, junto a ella.

El camino era áspero y accidentado. Una vez Viento Rojo tropezó y cayó de rodillas. Después de eso, cada paso dejó una huella de sangre. Detrás de ellos se oían voces, cada vez más próximas, formando salvaje algarabía. Sin embargo, aun en aquella huída desesperada, un viejo instinto prevenía a Tronador contra algo que se encontraba al extremo más lejano del desfiladero. A cada paso, con sus nervios y músculos alerta, tentaba para evitar aquel peligro vagamente amenazador.

Luego, como si contestara a su ansia, un recodo de la pared del cañón ofrecióle una débil esperanza. Allí, una cueva se alargaba formando una especie de túnel entre la roca. Empujó hacia él a Viento Rojo. Allí habían encontrado refugio durante el invierno contra las tormentas de nieve. Se metieron por el tunel, locos de miedo. El ruido de sus cascos era repetido por las pa-

redes de la caverna. Detrás de ellos resonaban gritos. Luego vieron luz. El túnel había terminado en una abertura desgarrada sobre empinada cuesta.

Habían llegado al fin. La esperanza se desvanecía. El sonido de voces jubilosas llegaba a sus oídos. Ni por un instante vaciló Tronador. Saltó por entre la abertura desgarrada y afirmándose con los cascos ascendió la peligrosa cuesta hasta llegar a una roca, plana y lisa, que sobresalía sobre el abismo. Junto a él trepó Viento Rojo.

Los cowboys, sorprendidos y decepcionados, los contemplaron sobre el terrible abismo.

Jadeantes, inyectados de sangre los ojos, se pararon, mirando a sus perseguidores.

Y allí los cowboys, sorprendidos y decepcionados, los contemplaron sobre el terrible abismo, más como espíritus que como animales de carne y hueso. Eran semejantes a águilas, al negro arco de los gansos salvajes que volaban hacia el sur.

Los hombres los contemplaban con espantado silencio luego desaparecieron calladamente. Sostuvieron un coloquio. Hablaban en voz baja, como si temieran que un sonido pudiera hacer precipitarse a los caballos al abismo. Había en sus rostros gran asombro a pesar de que estaban acostumbrados a la dura vida de la frontera.

—¡Dios mío! ¡Mirad eso! — exclamó uno.

—Ya te he dicho que no es un caballo sino un demonio — declaró otro.

—Ningún caballo común hubiera pensado en treparse a una roca como esa — añadió otra vez — Una vez, en Arizona...

—¡Descended de las nubes, muchachos! — aconsejó uno — Y bien Rojo, ¿qué hacemos?

La atención del grupo volvióse a un gigante de pelo rojizo y ojos azules... el hombre que los había guiado en aquella persecución salvaje. Todos eran aventureros de las montañas, que vivían pisando las fronteras de la civilización, jugando, domando caballos, conduciendo ganado.

En el rodeo de Mendleton habían presenciado la magnífica muerte del gran Tronador y cuando el Rojo les sugirió el plan de capturar aquel caballo gris de la montaña, los otros aceptaron encantados y lo siguieron hasta las Rocosas. Y ahora cubiertos de polvo, exhaustos, derrotados, esperaban la respuesta de su guía.

—¿Hacer?... ¿Qué puede hacerse? — dijo el Rojo contemplando cariñosamente a los dos caballos — No es posible enlazarle donde está. Nada puede hacerse mientras permanezca allí.

—Y allí se quedará mientras nosotros estamos aquí — dijo otro. — Nos ha derrotado.

—¡Tres mil dólares por llevarlo a Mendleton sano y salvo! — murmuró el Rojo mirando a Tronador — No quisiera perderlos.

—Yo apostaría, sobre seguro, de que nunca lo agarráremos. Saltará al abismo antes — dijo uno.

Un hombre moreno desenrollaba furtivamente una cuerda.

—Sí, nos ha derrotado. Vamos a divertirnos un poco, de todos modos — dijo — Le veremos bailar la danza de la muerte sobre esa roca — sugirió adelantándose y preparándose a lanzar el lazo.

De un salto, el Rojo se arrojó sobre él y le tiró al suelo.

—No, no hará eso — le dijo con calor— Sería una bajeza... un crímen precipitarlo al río, después de lo que ha luchado.

Los hombres lanzaron un clamor de aprobación. Imperturbable, el hombre moreno se

moribundos rodeaban a los dos caballos, parados en la roca, de una aureola dorada. Iluminaban la melena de Viento Rojo y la frente desafiante de Tronador. La vasta y solemne constelación de estrellas los contempló, silenciosos y firmes, sobre la roca.

El día los halló esperando, esperando con la paciencia de figuras esculpidas. Durante muchas horas ningún ruido había interrumpido el silencio, el silencio que llenaba de tranquilidad las orejas de Tronador. El hambre y la sed le atormentaban.

La vista de grandes parches verdes sobre las estériles paredes de roca aguzaban su apetito; el brillo blanco del agua, que caía por el barranco, torturaba sus ardientes venas. Y junto a él, Viento Rojo gemía, lamiéndose el pelo con la lengua reseca.

Tronador sabía que un jinete y su caballo habían caído al suelo y saltó hacia ellos con sus terribles cascos..

levantó del suelo y dirigió una mirado de soslayo al Rojo.

—Tanto da que se lo trague el río Nunca la capturarás.

—¿Estás seguro? — respondió el Rojo.

Se separó del grupo y se puso a contemplar a los dos caballos que estaban sobre la roca Parecía haber algo de implacable en la quietud de los animales. Poco después el Rojo volvió junto a sus hombres.

—Escuchad, muchachos — empezó y las cabezas se juntaron en ansiosa conferencia.

—El sol descendió en el cielo. Sus rayos

El sol los quemó, el viento levantaba nubes de arena caldeada que les azotaba las caras. Hubo un momento, cuando el calor del sol era más fuerte, que la resistencia llegó a su límite. Lentamente, con infinito cuidado, Tronador guió a la yegua por entre la abertura hasta que estuvieron de nuevo. en el largo desfiladero. Se detuvieron, cautelosos, escuchando. Un águila chilló arriba roncamente y luego quedó todo otra vez en silencio. Apenas una ráfaga de brisa se movía en la tierra rocosa.

Cautelosamente, la pareja avanzó. El brillo de un pequeño arroyo los atrajo. **Penetra-**

tierra rocosa .En el desfiladero, la vegetación había sido comida hasta las raíces. Atraídos por el pasto verde que crecía en las mesetas más altas, Tronador y Viento Rojo se aventuraron fuera del desfiladero. Ni un aliento extraño se respiraba en el aire. Arriba un cuervo navegaba en las olas del viento. El sonido de los cascos de Tronador adquirió una nota de seguridad.

Su hocico rozaba la paleta de Viento Rojo; la sedosa melena de la yegua le acariciaba la cabeza. Nuevamente era dueño de la tierra rocosa. Viento Rojo era suya.

ron en él. Bebieron y bebieron. Descansaron y volvieron a beber.

Muertos de hambre, empezaron a arrancar las matas de pasto, masticando sus hojas furiosamente.

La noche los encontró todavía en el desfiladero, repletos, descansando a la sombra de una saliente de roca. La inquietud no había abandonado todavía a Tronador. Había algo de extraño en los senderos familiares, que ostentaban la fresca impresión de huellas de cascos. A veces, durante la noche, el caballo gris levantaba la cabeza sobresaltado, con la rapidez del relámpago. Nuevamente sus cansados músculos volvían a descansar junto a Viento Rojo.

Era el verano indio. Una aureola dorada, alegre, llenaba **las grietas y huecos** de la

Otra vez había combatido por ella y triunfado, Los cascos de Tronador hacían resonar las rocas orgullosamente. El verde se levantaba como una ola detrás de la abertura del desfiladero, Los esbeltos miembros de Viento Rojo se movieron más a prisa. Con un relincho de hambre emprendió un trote rápido.

Pero, todavía dentro del desfiladero, Tronador se detuvo, levantó la cabeza, listos los miembros para emprender la fuga. Por instinto advirtió la presencia de un enemigo. El hambre había hecho adelantarse a Viento Rojo. Pero no había peligro que se la hiciera olvidar a Tronador. Por un momento, esperó indeciso. Y aquel momento lo perdió.

El lazo lo oprimió, aquella banda cruel de

fuego le apretaba, inutilizaba sus esfuerzos, paralizándole tembloroso. Pero, ante sus ojos enturbiados, vió el pelaje de Viento Rojo a lo lejos, sobre la verde meseta. ¡Ella se había salvado!

La luz volvió a sus ojos. Lo rodeaban cuerdas, sujetando sus músculos: la voz del Rojo llegó a sus oídos.

—¡Estás prisionero, hijo mío!; ¿Decid, no es una perla?

—Tan parecido a Tronador como dos gotas de agua.

—¡Buen tiro, Rojo! Te producirá bastante dienro.

—Si no se rompe el cuello antes...

—Me parece que romperá uno o dos cuellos ajenos primero.

—Montad a caballo — ordenó el Rojo — Y mantened tirantes las cuerdas. Lo llevaremos y podéis apostar que tendremos un espectáculo de circo.

Luego Tronador empezó a luchar por su libertad perdida. Peleó como nunca lo había hecho antes. Atacó a los hombres, haciendo sentarse los caballos alrededor de él; pero cada carga terminaba futilmente, haciéndolo apoyarse sobre las ancas, cubierto de espuma, resoplando de rabia. Al fin se quedó quieto, mirando a sus apresadores con ojos inyectados de sangre. La sangre salía de algunas cortaduras de su piel, manaba de sus jadeantes narinas.

Luego el hombre del cabello rojizo, colocó un acial en la mandíbula de Tronador y guió fuera del desfiladero, a través de una vasta pradera. La grulla salvaje volaba hacia el sur, en alas de la libertad; la brisa lejana le trajo el eco del relincho plañidero de Viento Rojo.

I I

Mucho tiempo después, según le pareció, Tronador miró a través de los toscos palos de un cerco, alto y fuerte. Por entre ellos corría un arroyo de agua pura, del cual bebió con agradecimiento. En mitad de su corral vió un galpón, a través de cuya puerta abierta había montones de heno silvestre. Cada paso que daba producíale agonizante dolor, porque había luchado hasta el fin. En uno de sus flancos llevaba la impresión quemante de una marca de hierro. Y ahora estaba prisionero, prisionero en un corral de palos, con la pradera extendiéndose afuera, por todos lados. Poco después cedió al hambre y a la fatiga y llegóse al galpón, en busca del fragante heno.

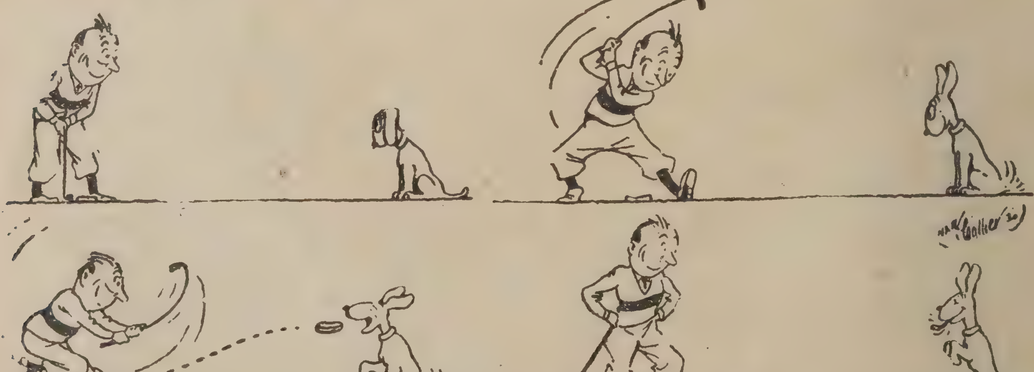
A los pocos días estaba restablecido, pronto para pelear. Atacaba la empalizada cada vez que veía aparecer un hombre afuera. Ellos se reían y le tiraban palos para enfurecerlo más. A veces se quedaba quieto, con la cabeza levantada, contemplando la silueta de las Rocosas contra el horizonte. Entonces todos los deseos de su salvaje corazón se expresaban en fieros relinchos, pateaba y corría por todo el corral, furioso, rebelde. Bruscamente llegaron del norte torbellinos de nieve y el invierno se extendió por la región.

Durante los largos meses lo dejaron mucho solo a Tronador. Cuando soplaba la furiosa ventisca, el padrillo aprendió a buscar el abrigo del galpón. Y pronto lo buscó también por otras razones. Porque encontraba heno en abundancia, calor y agua, a la que se le había quitado el frío. Nunca se había visto alimentado tan pródigamente. Olvidados estaban los días de escasez en que tenía que mordiscar el pasto helado y beber nieve derretida.

El invierno riguroso terminó al fin. En las praderas nevadas empezaron a aparecer parches de verdor. Una mañana, al salir del galpón, Tronador se quedó quieto y paró las orejas. E olor de la tierra llegó a sus narices. El aire vibraba con el temblor de muchas alas, con el rumor de los ríos en libertad.

Tronador se arrimó a la empalizada y lanzó relinchos desafiantes hacia las lejanas montañas. Fué contestado por el grito de los gansos salvajes y de las águilas en pleno vuelo. La primavera había llegado, la primavera con sus mil fuerzas, contribuyendo a aquella divina renovación de la vida. Todo se movía, cantaba. Dentro de Tronador, un fuego poderoso levantóse como una marea para ir al encuentro de las fuerzas de la tierra.

¡Primavera! Tronador corría alrededor



El campeón de golf dando de comer a su perro

del corral, pateaba, brincaba, volviendo sus ojos llameantes hacia los vagos contornos de la tierra rocosa. El hombre del cabello rojizo vino a pararse afuera del cerco. Otros más lo imitaron y al verlos Tronador empezó a patear con fuerza salvaje. El odio hizo volar una nube de polvo delante de sus cascos.

Retrocedió con renovada furia y atacó las fuertes paredes que lo aprisionaban. Con gritos de rabia corrió hacia los hombres que lo observaban. Destrozó en un momento un palo que le tiraron por encima del cerco. Afuera, los hombres se reían alegremente.

—¡Hum!... va a dar que hacer en Mendleton esta primavera...

—Me gustaría verlo al Rojo montarlo.

—El público se va a volver loco.

—Es diez veces más salvaje de lo que yo creía.

—Habrá que domarlo.

—Sácalo de aquí, Rojo; si no, te quedarás sin él. Cualquier noche va a saltar el cerco y se escapará.

—No va a ser fácil llevarlo — dijo uno.

—¡Tres mil dólares por llevarlo sano y salvo! — observó otro.

—¡Oh! no le tengo miedo a la tarea de conducirlo allí — replicó el Rojo — si no a que no llegue vivo y sano. Si llega al rodeo con el aspecto lamentable que tenía cuando lo traje aquí, se reirán de mí. Pero si pudiéramos conseguir presentarlo como está ahora...

Metió las manos en los bolsillos y contempló a Tronador, parado, con la cabeza levantada en dirección a las montañas Rocosas.

—¡Pobre diablo! — murmuró — Es una lástima conducirlo allá y que quizá se rompa el cuello la primera vez que lo lleven al rodeo.

—Vamos, Rojo. Me parece que se te está volviendo el corazón de gallina — lo embromó uno.

—No, no se me está volviendo de gallina el corazón — contestó el Rojo — y si hay alguien que lo creea así, estoy dispuesto a probarle lo contrario. Pero pasa esto. Tenemos que llevar allá a este caballo sano y salvo. Esta vez no le pondremos acial, si no cuerdas, suficientemente flojas como para que pueda hacer su gusto; sólo tiraremos de él para hacerle seguir la dirección debida. Va a ser una tarea difícil, la más difícil que hayáis emprendido jamás. Pero si logramos que llegue allá con el aspecto que tiene ahora...

Aquella noche el Rojo se despertó de un intranquilo sueño al oir los relinchos de Tronador. Se movió en su duro lecho. Se desveló. Una especie de tristeza oprimíale como un peso.

—Le romperán el cuello allá... — murmuró pensativo — Le romperán el cuello...

Entretanto, Tronador esperaba algo que su instinto le advertía tendría que ocurrir. Y cuando los primeros y tímidos tintes de la aurora se extendieron sobre las montañas, oyó, débil y distante, pero tan claro como el tañido de una campana, la voz de su salvaje compañera, el llamado de Viento Rojo.

Tronador irguió la cabeza y contestóle con un potente relincho y en aquel grito iban todos los deseos y nostalgias de su solitario corazón.

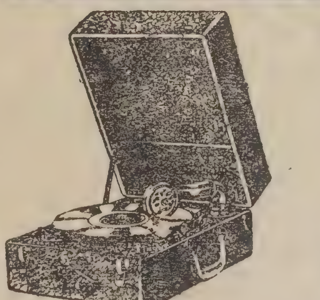
Una y otra vez la voz del caballo gris desafió a la aurora. Como enloquecido se lanzaba contra las paredes que lo retenían prisionero. Corría presa de una furia de velocidad alrededor de su corral. Mientras pasaba por delante de la puerta del galpón, un lazo silbó sobre su cabeza.

Un momento después estaba en el suelo, jadeante, luchando, mientras la cuerda se atirantaba, hasta que se le nublaron los ojos y cesó de luchar. Cuando su mirada se aclaró otra vez y la presión extranguladora cesó, volvió a levantarse, cubierto de espuma, lleno de rabia asesina. La pared de su prisión había sido abierta y se lanzó ciegamente por la abertura. Por un breve momento experimentó la emoción gloriosa de la libertad. Corrió hacia el gran mundo que se abría ante él. Pero fué tirado hacia atrás con un poder terrible. Su cuerpo estaba rodeado por cuerdas. Lo quemaban como muchas bandas de fuego.

Pero encendieron dentro de él un fuego aun más ardiente de rebelión y de odio. Ante su fiera carga, los hombres se apartaron maldiciendo. Y siempre, cuando estaba casi sobre ellos, era tirado hacia atrás, sobre las ancas, con una fuerza que parecía reirse de él ¡Tan cerca que estaban sus dientes y sus cascos de los odiados enemigos!

A veces, en la furia de la desesperación, llevado por su ciego impulso de escapar, corría locamente, sin comprender que manos odiosas lo guiaban a otra prisión, un vagón de ferrocarril que lo esperaba. Luego de uno de aquellos estallidos de velocidad, se dete-

GRATIS



REGALAMOS

esta hermosa valija Parlante Portátil a Señoritas y Caballeros sin gastar un solo centavo. Escriba hoy mismo pidiendo formularios a:

MUSIC TRADING Co
Reconquista 451
Buenos Aires

Recorte este cupón

Nombre . . . .

Domicilio . . . .

. . . . F. C. . . . .

nía para mirar, a través de una fila de colinas bajas, la tierra rocosa.

Quería correr hacia ella, encendido por sus recuerdos, y sentía el tirón de las cuerdas, que lo retenían. Entonces, se daba vuelta furioso, lanzándose contra el jinete que tenía más cerca. Las bandas de fuego mordían su carne, se hundían en ella, haciéndole caer hacia atrás, rendido. Pero peleó pulgada a pulgada, todo el camino.

En aquellas corridas iban adelantando hacia el desviadero. Los hombres contemplaban cautelosamente al caballo, esperando que su espíritu se inflamara y echara a correr. Era una tarea abrumadora; pero, si persistían, podrían ganar. Si la suerte los acompañaba, podrían meter al caballo ileso dentro del vagón que lo esperaba. Pasaron horas de tensa vigilancia. Se movían lentamente, en líneas paralela a las Rocosas. A veces Tronador parecía haberse olvidado completamente de los hombres. Se quedaba inmóvil, con la cabeza levantada, las miradas fijas en la tierra rocosa, observando, escuchando. Y, pacientemente los hombres esperaban aquel impulso que lo hacía correr hacia la libertad y que ellos aprovechaban, dirigiéndolo hacia el desviadero. Era un juego peligroso, de muerte quizá. Que resbalara una cuerda, que tropezara un caballo y uno de los hombres podría hallar la muerte bajo aquellos furiosos cascos.

El asunto del momento era vigilar las cuerdas, aflojar lo suficiente, saber cuando había que tirar y contener la terrible velocidad sin lastimar el cuerpo incomparable de Tronador. Una tarea desesperada. Los caballos de los cowboys empezaban a dar señales de cansancio. Y en medio de aquellos hombres cautelosos y caballos ágiles, Tronador seguía peleando.

Luego, en medio de la carrera y de la lucha, sus sentidos vibraron ante un llamado que simbolizaba la primavera, la vida, la libertad y el amor. Tronador se detuvo tembloroso de alegría. Se quedó quieto, los piés firmes, y contestó con un fogoso relincho. Ya no era más un cautivo. Libre, libre como el viento recorría los riscos y picos de su amada tierra. Y junto a él, bella y veloz, corría Viento Rojo, que parecía de sangre a la luz del sol. Lo llamaba, pidiéndole que volviera.

Todos los instintos de Tronador volaron hacia ella, hacia las viejas guaridas y escondites familiares. Y se lanzó con todo su poder. En vano las crueles cuerdas tiraban y se apretaban. En vano los hombres juraban y maniobraban. Tronador tenía la fuerza de diez caballos, el poder de un demonio que despertaba hasta la última reserva de músculos y nervios. Iría hacia aquella tierra rocosa, donde la compañera roja lo llamaba. Si, aunque tuviera que arrastrarse sobre las patas traseras, aunque las cuerdas lo tiraran hacia atrás y lo arrastraran por el polvo.

Una y otra vez se levantó peleando a muerte. No supo cuando reventó la primera cuerda. Pero vió que un jinete y un caballo cayeron al suelo y saltó hacia ellos con sus cascos terribles, enseñando los dientes. Pero en ese mismo momento volvió a sentir el llamado de las montañas y nuevamente olvidado de todos, sus pulmones temblorosos lanzaron un relincho de respuesta.

El jinete caído se había levantado. Una cuerda silbó encima de la cabeza de Tronador. Nuevamente acometióle el acceso de fuerza salvaje. Otra cuerda, otro lazo para impedirle cumplir los deseos de su corazón. Luchó furiosamente con sus fuertes cascos y la cuerda reventó.

La victoria lo infló, aumentando su poder. Comprendió que la confusión se extendía entre los cowboys y tuvo la certidumbre del éxito. Se lanzó contra un hombre que revoloteaba el lazo y antes de llegar a él, desvióse fieramente para atacar a otro. Mientras los dos huían pisoteó las cuerdas que arrastraban. Otra cuerda le tiró hacia atrás hasta que lo sentó sobre las ancas. Un momento después se había levantado y atacaba un jinete Volvió a oir el llamado de la montaña ¡Viento Rojo! Viento Rojo que llamaba a su salvaje compañero, mientras éste peleaba solo y desesperadamente entre los hombres.

Pero en aquel llamado estaba la voz de la primavera y del amor, la emoción gloriosa de la libertad. Tronador convirtióse en un huracán de cascos voladores, de dientes relucientes, de ojos de fuego. Se escapó de aquella maraña de cuerdas, que estallaron como alambres y se lanzó hacia las montañas, con un alarido salvaje de triunfo y de alegría.

Aturdidos y exhaustos, los hombres lo miraron irse, ascender la curva de la montaña. Brotaron de sus pechos jadeantes maldiciones. Un revólver brilló en manos del hombre moreno. Los ojos de el Rojo despidieron llamas.

—¡Baja esa arma!

—¡Vamos! Mudemos de caballos — sugirió uno.

—No — contestó violentamente el Rojo. Todos lo miraron con ojos agrandados.

—¿No querrás decir que.... que vas a dejarlo escapar?

Los ojos de el Rojo brillaron como acero al decir.

—Recordad esto. Lleva mi marca. Cuando lo quiera.... iré a buscarlo; pero....

Cerró bruscamente los labios, para que su temblor no lo traicionara. Dió vuelta el rostro, ocultándolo a los otros, sin ver otra cosa que el caballo fugitivo, que se iba volviéndose más pequeño cada vez, a la distancia El triunfante relincho se volvía más y más débil. Y los ecos repetían otro grito, conmovedor, atrayente. Al encuentro del compañero perdido, contestando a sus llamados veloz como el viento, acudía Viento Rojo. En el éxtasis de su encuentro, no tenían más pensamiento que el uno en el otro. Por un momento el pasado los detuvo; luego, símbolos de la libertad y del amor, se desvanecieron el uno junto al otro en las profundidades de la tierra rocosa.

LAKH - DAL

EL DESTRUCTOR DE ALMAS

Por W. F. HAMMOND

Emocionante novela en la que se describen intensas escenas de horror y de misterio. La maldad más espantosa unida a una gran inteligencia, entran en acción para realizar una obra perversa de destrucción y de muerte

—Errell, ¿cree usted en los espíritus malignos?

La pregunta, hecha muy seriamente por nada menos que el general Scott Humiston, jefe del Instituto de Psicología de Washington, había sido dirigida a su yerno, el profesor Fiske Errell, probablemente uno de los criminalistas más famosos que se hayan conocido en el mundo.

Ambos hombres estaban sentados en el estudio de Errell, situado en la misma residencia de éste, en Arschmomoque, Long Island, adonde el general se había trasladado para hacer su acostumbrada visita de fin de semana a su hija Jerry.

Estaban a fines de noviembre. Afuera el viento silbaba tristemente, insinuándose por entre los árboles y doblando las copas de éstos con fúnebre lamento, que se diría la queja prolongada de almas pecadoras dirigiéndose al lugar de sus crímenes.

La noche se prestaba ciertamente para hacer una pregunta semejante a la del general. Errell quedó unos instantes pensativo, como si vacilara antes de contestar. Cuando se decidió hablar, lo hizo como un hombre que hubiera elegido cuidadosamente las palabras que iba a emplear.

—Sí y no... — dijo. — Si por espíritus malignos usted quiere significar algo sobrenatural, seres incorpóreos capaces de producir males materiales o trastornos de orden mental, mi respuesta es que no creo. Acepto, empero, que existen monstruos en forma humana, cuyo único objeto en el mundo se diría que fuese la desgracia de la especie humana en general, engendros diabólicos que parecen deleitarse con el mal ajeno y que consagran todo su tiempo, todas sus energías a la consecución de estos bajos fines.

—¿Y usted cree que esos "monstruos", según acaba de llamarlos, son realmente seres humanos? — insistió el general.

—Pero, ¿a qué quiere llegar usted? — preguntó de pronto Errell saliendo de su calma habitual. — Sus preguntas conducen seguramente a algún objeto...

—Así es — admitió el otro lentamente. — Tanto en el interior del país como fuera de él se han producido en los últimos días hechos harto sugestivos, que no pueden menos que ser obra de una encarnación viva del espíritu del mal, una criatura medio humana, medio diabólica, cuyos manejos funestos se realizan merced a la colaboración de alguna secreta organización, con ramificaciones en todas partes del mundo civilizado.

—¿Y la guarida de ese demonio, estaría dónde? — inquirió el profesor como queriendo abreviar los razonamientos de su suegro.

—Eso es algo que corresponde a usted y a mí descubrir, si nos es posible — replicó el general sin inmutarse. — Porque debo declararle francamente — y al decir esto su mirada era toda sinceridad y convencimiento — que si no logramos dar con esa terrible criatura y la apretamos como se aprieta un sapo asqueroso, la muy decantada civilización occidental se derrumbará con estrépito y nuestra nación sólo será el albergue de una turba de locos furiosos!

—Le creo lo que dice — dijo Errell, impresionado a su pesar por el tono con que hablaba el general.

—¡Tiene que creerlo, quiera que no! — exclamó el general Humiston, dando al mismo tiempo un puñetazo sobre la mesa. — ¡Pero hombre! ¿No ha leído acaso las últimas noticias aparecidas en los periódicos? ¿Desconoce por ventura la ola de crímenes que barre la nación entera, los asaltos que se producen a diario, las venganzas horribles que registran las crónicas policiales y los suicidios? ¿No sabe que la proporción de casos de demencia aumenta de una manera espantosa, al punto de que nuestras casas de salud están llenas de enfermos, cuyo número aumenta sin cesar?

—En efecto, no hace usted más que consignar un hecho que está en la conciencia de todos — fué la lacónica respuesta.

—Antes de llegar a la Unión ese espíritu infernal eligió por teatro de operaciones a Europa — prosiguió el general. — El fué el que preparó y desencadenó la guerra mundial, el conflicto armado más terrible de todos los tiempos y que ha producido males morales que nadie puede calcular todavía, aparte de los daños materiares irreparables que acarreó a los hombres. Los hombres dirigentes de las diversas naciones, los pueblos enceguecidos por el odio no fueron más que instrumentos de ese Lucifer con forma humana, de ese demonio cuyo nombre sus propios esbirros no pronuncian sin un estremecimiento de terror. — Y añadió, cambiando de tono—: Lo conocen por el nombre de Lakh-Dal o el "Destructor de Almas".

—¿Pero dónde se oculta? — tornó a pro-

guntar Errell con no disimulada impaciencia.

—Es algo que no puedo decirle a ciencia cierta, pero le aseguro que mis hombres le siguen ya de cerca la pista. Sabemos, sin embargo, que llegó procedente de una región remota del Himalaya, próxima a la ciudad sagrada de Lhasa, la cual, como tal vez sepa usted, es no solamente la capital del Tibet, sino también la residencia del Dalai Lama, jefe supremo de la congregación de los Lamas. Existen allí cuatro grandes monasterios muy visitados por chinos y mongoles, en general, pues en las cercanías se levanta el gran templo de Buda.

El actual escondrijo de Lakh-Dal, no obstante, se cree que se halla situado en la orilla este del Yamdoktso, el misterioso lago de color intenso, encerrado en un marco natural de los más sombríos. Pocos hombres blancos han penetrado hasta esa región de imponente belleza y menos todavía han sido los que han salido de ella para contar la historia.

—¿Y cree usted que se encuentra todavía allí?

—No — contestó el general.

Detúvose un instante y prosiguió significativamente:

—¡En este preciso momento se encuentra a menos de cincuenta millas de la ciudad de Nueva York!

—¿El demonio a que se refiere usted? — inquirió el profesor asombrado.

Luego, con intensa curiosidad: — ¿Qué razones tiene usted para pensar tal cosa?

—Todas éstas — repuso el general indicando con un movimiento de cabeza la pila de periódicos colocados sobre la mesa.

Sacó de ellos varias páginas y mostró una a Errell. La primera era de un mes atrás y pertenecía a un diario de la costa del Pacífico. Los títulos eran en extremos significativos: "Profesor que sufre un acceso de locura", "Editor de San Francisco atacado de afasia", 'El senador Blank es víctima de una enfermedad nerviosa", "El vicio que azota Hollywood"...

Vino luego un recorte de cierto periódico de Denver, fechado una semana después, pero cuyos títulos eran muy semejantes a los anteriores. El general mostró a continuación la descripción de una serie de asaltos perpetrados en Chicago, asaltos que, por lo audaces, no podían ser obra de cuerdos. Eso aparte de varios asesinatos cometidos con toda alevosía dentro y fuera del radio urbano. Estaban luego algunos recortes de periódicos de Cleveland, de Pittsgurgh, Filadelfia y finalmente de Nueva York. Todos ellos mostraban en forma elocuente la verdad de cuanto había dicho el general acerca de la ola de crímenes que azotaba a los Estados Unidos, denunciadores todos ellos de un fenómeno de degeneración alarmante, anormal. Abundaban los casos de personas honorables hasta la víspera de los crímenes que luego cometieron como obedeciendo a un diabólico imperativo. Y no hablemos de los ataques de locuras ocurridos a infinidad de mujeres de todas las condiciones sociales.

—Es en verdad una huella fácil de seguir — comentó el profesor imaginando al mismo tiempo la marcha de Oeste a Este del flagelo. — Si la lógica no le engaña, el Lakh-Dal debe encontrarse a estas horas en Nueva York. Es lo que se infiere de todo esto.

En ese preciso instante sonó la campanilla del teléfono.

—Para usted, general — anunció Errell entregándole el aparato.

—Habla el No. 264 — dijo una voz desde el fondo del tubo. — Dos grandes automóviles cargados de ocho personas vestidos como europeos, pero chinos por el rostro, cruzaron por el puente de Queensborox poco después de las 19 horas. Veinte minutos más tarde se encontraron con el No. 47 en la barrera de Jerichox; se dirigían hacia el Este. A las 20 horas el No. 383 se cruzó con ellos en el camino de Patchogue a Riverhead, en la misma ribera de la isla donde se encuentra la casa del profesor Errell. Deben dirigirse ahora hacia Arshmomoque, de manera que procuren estar prevenidos.

—¡Muy bien! — dijo el jefe cuando hubo oído todo el informe. — Tendremos en cuenta lo que nos dice.

Colgó el tubo y contó a Errell lo que le habían comunicado.

—Hombre prevenido vale por dos — dijo el profesor a manera de comentario, cuando su suegro hubo terminado la relación. — No hay que olvidar la advertencia.

Errell miró el reloj.

—Las veinte y treinta — murmuró. Después en voz alta y sonriendo ligeramente: — Si sus amigos vinieran para aquí, ya sería tiempo que se hicieran ver...

Volvióse hacia el general mientras hablaba, viendo con la sorpresa consiguiente que su suegro estaba sentado enhiesto, con rigidez impresionante y en la posición de quien ha quedado inmovilizado por un horror sobrehumano; sus ojos estaban abiertos desmesuradamente, cual si los globos fueran a salirse de sus órbitas. Con una mano señalaba dificultosamente la pared opuesta a la ventana encortinada.

La mirada de Errell siguió ansioso el brazo medio extendido del general; lo que contempló hubiera erizado los cabellos de un hombre de menos temple que él.

Sobre la pared se retorcía la figura viscosa de una serie de lagartos veteados, que culebreaban con característicos movimientos y cómo obedeciendo a una sola voz de mando. Cada reptil tendría unas seis pulgadas de largo. Se seguían unos a otros en una cadena indefinida procedente del suelo; pero una mirada atenta revelaba de inmediato que ninguno de ellos, subía del suelo, por la sencilla razón de que allí no había ningún reptil.

Entonces, mientrás Errell caía también sentado junto al general respirando con dificultad y no queriendo dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos, los asquerosos animales, cual si hubieran oído la órden de algún invisible amo, se ordenaron formando

extrañas letras vivientes. Así fué como por el movimiento de los reptiles se pudo leer la siguiente leyenda:

"Los que se atreven a desafiar el poder de Lakh-Dal están condenados a horrible muerte".

Errell fué el primero en recobrar el dominio de sus facultades. De un solo salto estuvo junto a la ventana y descorrió la cortina. Pero en el mismo instante que hizo esto, el vidrio situado más arriba de su cabeza fué traspasado por una bala disparada probablemente desde el fondo de la pieza. El proyectil pasó tan cerca de su cabeza que los cabellos resultaron chamuscados por el calor del plomo.

—¡Echese al suelo! — gritó el general, haciendo él lo propio.

El jóven no necesitó una segunda advertencia. Un instante después hacía girar la llave de la luz y la habitación quedaba en la más completa oscuridad.

Pero, asímismo, les esperaba otra sorpresa. En la pared donde habían visto los lagartos, pero con una fosforescencia que no tenía nada de terrena, apareció escrito lo siguiente:

"A buen entendedor pocas palabras bastan".

Aprovechando la penumbra reinante ambos hombres descendieron a toda prisa las escaleras. Errell se encargó de apagar las luces mientras pasaban las habitaciones y pasillos. Jerry, completamente ignorante de lo que ocurría, estaba en otra parte de la casa, haciendo acostar a los chicos.

—¿Tiene usted armas? — preguntó el general con voz apenas perceptible.

—Si, una pistola automática. ¿Y usted?

—También una automática. Sigamos entonces.

Errell abrió una puerta y salieron.

—En cuanto sienta algo, dispare; después investigue — ordenó el jefe, aunque su consejo era del todo innecesario.

Cuando bajaron a la calle alcanzaron a oir todavía el rumor de dos grandes automóviles que se alejaban a toda velocidad en dirección a Nueva York.

—¡El teléfono! — exclamó el general — ¡Avisemos al sheriff de Riverhead para que los detenga cuando pasen por su sección!

Volvieron presurosos al interior de la casa y Errell pidió comunicación, pero casi de inmediato colgó de nuevo el tubo con un gesto de disgusto:

—¡Malditos! ¡Han cortado los alambres!...

—No se aflija — dijo el jefe a modo de consuelo. — Han mostrado ya la mano, y lo demás será cuestión de tiempo solamente.

Subieron de nuevo al estudio y Errell encendió otra vez las luces.

Como lo esperaban, no había ninguna huella visible de sus inesperados visitantes, nada que pudiera demostrar que allí había sucedido algo extraordinario, salvo el vidrio roto de la ventana y la bala incrustada en el techo. Gracias a una mesa próxima y unos armarios pudieron sacar el proyectil con un cortaplumas.

—Pistola automática... — dijo el general examinando el aplastado trozo de plomo. — Pero de esto no se puede inferir nada...

Errell colocó un pedazo de cartón contra el hueco abierto por la bala en el vidrio de la ventana y se sentó próximo al jefe, que ya había tomado asiento frente al fuego.

—¿Cómo explica usted la presencia de esos bichos en esta pieza? — preguntó el general, sin tratar, en su excitación, de designar con mayor exactitud la especie de animales que habían visto contra el muro.

—No lo sé — fué la seca respuesta de Errell.

—¡Pero admita por lo menos que estaban bien vivos! — exclamó el viejo soldado.— ¡Los dos hemos visto con nuestros propios ojos!

—Si, pero muchas veces se ven elefantes rosados y monos verdes, y eso no significa en manera alguna que tales animales existan.

—¿Piensa acaso que estábamos hipnotizados? — preguntó el general creyendo haber dado con la explicación del misterio.

—Tampoco me atrevería a decir eso — replicó Errell. — Más bien me inclino a creer que todo no pasó de un juego de magia, semejante al que realizan los faquires de la India cuando encuentran viajeros ingenuos...

—¡Pero en lo de la bala no hay ciertamente juego! — argumentó el general mostrando el proyectil.

—No, la bala es algo perfectamente real — dijo el profesor. — Sin embargo — añadió con mayor viveza, — no creo que vuelvan esta noche. Y para que estemos más tranquilos soltaré mi perro Bill, que como sabe usted es de policía. Ahora vayamos a ver a Jerry, a quien, desde luego, no hay que decir nada de lo sucedido.

Era domingo al día siguiente. Los diarios neoyorquinos de la mañana no llegaban a Arshmomoque, situada a noventa millas de la metrópoli, hasta mediodía. Media hora después entraba en la habitación el padre de Jerry, presa de gran nerviosidad. Había llegado recién de Greenport, al cual fuera expresamente en automóvil para retirar los periódicos. Traía una media docena de ellos, en cuyas primeras páginas se leían con grandes letras títulos como los siguientes:

"Evangelista que se vuelve loco mientras predicaba", "La peste bubónica en Nueva York", "Un banquero famoso es atacado de una enfermedad desconocida", "La guerra civil amenaza a Méjico", "Los marinos yanquis en Nicaragua", etcétera.

—¿Se convence ahora? — inquirió el jefe del Instituto de Psicología, pasando los diarios a Errell.

Mientras leía, la mirada del profesor se iba haciendo más brillante; sus cejas se contraían en signo de preocupación. Volvía a ser el criminologista reposado, razonador y resuelto.

—Jerry, — dijo volviéndose hacia su mujer, — tu padre y yo nos vamos a Nueva York inmediatamente después de cenar.

Lak-Dal, el destructor...

No será difícil que estemos varios días afuera; por eso quiero que el perro policía esté siempre suelto. Una vez que oscurezca, no salgas por ninguna razón.

—¿Por qué me recomiendas esto, Fiske? — preguntó ella inquietándose de pronto. — ¿Qué quieres decirme con eso? No sé que deba temer en la tranquila villa en que vivimos...

Errell se resolvió entonces a hablar; no había por qué seguir ocultando a su esposa un peligro que pudiera alcanzarla en cualquier momento. Le contó todo lo relativo al atentado de que había sido víctima la noche anterior, omitiendo, eso sí, la extraña aparición en la pared.

—Tu padre mandará a uno de sus hombres para que vele por tí. Llegará pronto seguramente.

—Pero, ¿y tú? — preguntó ella con súbito terror. — Tú también estarás en peligro...

—Yo estoy siempre en peligro, querida — replicó él tranquilamente. — La gente de mal vivir no olvida con facilidad y tienen sus buenas razones para temerme...

—Pero ahora pasa algo que no comprendo. ¡Es diferente! — añadió intuyendo con instinto femenino. — Lo estoy viendo en tu cara. ¡Oh! ¡Prométanme los dos que tendrán especial cuidado de no cometer temeridades! ¡Ustedes son los únicos que tengo en el mundo!

Horas después el general Humiston se sentaba frente al escritorio de su oficina, situada en el último piso de un gigantesco rascacielo. Junto a él, aparte de Errell, estaban tres de sus agentes de más confianza, a los cuales relató en pocas palabras los sucesos de la noche anterior.

—¿Puedo observar algo? — preguntó el No. 264.

Como su jefe asintiera con la cabeza, añadió:

—Me refiero a la conveniencia de que nos pusiéramos lo antes posible en contacto con el No. 17, que ha pasado ocho años en la China, y que una vez, disfrazado con la ropa de un natural del país, consiguió entrar en el templo sagrado de Peking, que como usted sabe es infranqueable para los extranjeros. Habla correctamente el chino, al extremo de que en Mott Street los mongoles lo creen un compatriota cuando él se toma el trabajo de trucarse un poco el rostro.

—Trate de dar on él entonces — ordenó el jefe, — y arregle una entrevista para mañana a las 9, si es posible.

Con aquello se dió por terminada la conversación.

Errell decidió pasar allí la noche, pero en vez de dormir en el mismo dormitorio de su suegro, prefirió recostarse en la chaise-longue de la pieza contigua. A las siete de la mañana siguiente, más o menos, golpeó la puerta del cuarto ocupado por el general.

Nadie respondió a su llamado. Volvió a golpear y escuchó atentamente. Creyó entonces oír un ronquido sofocado. Intentó dar vuelta el picaporte, pero pronto se convenció de que la puerta había sido cerrada con llave de adentro. Sin vacilar un segundo, aplicó el caño de su pistola automática contra la cerradura y disparó. La cerradura saltó con gran estrépito y él pudo abrir la puerta. Corrió hacia el lecho.

El general Humiston estaba acostado en la cama, boca arriba. Sus ojos se hallaban fijos en un punto cualquiera del espacio inmóviles y vidriosos; una palidez cadavérica le cubría el rostro. Respiraba todavía, pero su expresión era la de un hombre al cual se hubiera privado de pronto del uso de sus facultades mentales. Murmuró algunas palabras ininteligibles.

El primer pensamiento de Errell fué que debía haber recibido algún fuerte golpe. Mas de inmediato recordó la amenaza de Lakh-Dal y cruzó por su mente la idea de correr a toda prisa a la farmacia más próxima. Pidió en ella una batería de hacer curaciones eléctricas y volvió tan rápidamente como había ido. Aplicó un electrodo en la frente del general poco menos que desmayado y el otro contra la base del cerebro; hecho lo cual, abrió la llave de la corriente.

No contento con eso, hizo delante de la cabeza de su suegro una serie de pases raros al mismo tiempo que murmuraba algunas palabras, al parecer en chino.

Fuera por obra de la batería o de las misteriosas palabras pronunciadas, el hecho es que la palidez mortal del paciente fué reemplazada poco a poco por colores naturales. A medida que se devolvía la vida a aquel cuerpo inanimado, la mirada estúpida y vidriosa de momentos antes cedió a la luz de inteligencia habitual en los ojos del general, quien, sorprendido, se incorporó bruscamente en el lecho.

—¿Qué significa esto? — preguntó ya en pleno uso de su razón.

—Nuestro amigo Lakh-Dal ha vuelto a las andadas — replicó Errell sombrío. — Cuando entré en la pieza hace unos veinte minutos usted estaba en los límites de la imbecilidad. Un instante más, y no hubiera habido ya salvación posible.

—¿Que no hubiera habido salvación posible? — repitió el anciano vivamente. — ¿Quiere usted decir que habría muerto?

—Algo peor que eso — contestó Errell en tono de profundo convencimiento. — Se hubiera convertido usted en un loco furioso...

Hombre de temple excepcional como era el general, no pudo impedir una repentina palidez al oir las últimas palabras de su yerno.

—Pero, ¿cómo pudo haber llegado a mí, hallándonos como nos hallamos en el último piso de un rascacielo. ¿Y qué podríamos hacer para impedir que ese demonio en forma humana consume su obra la próxima vez?

—Ese es un asunto que arreglaremos más tarde, cuando usted se sienta completamente repuesto. No es este el sitio ni la hora para hablar de eso. En cuanto a la manera de evitar peligros ulteriores, lo mejor

será disponer una lámina de plomo de cuarto de pulgada alrededor de su cama, con otra cubierta semejante debajo de los elásticos. Sólo así podrá dormir tranquilo.

—Comprendo — dijo el general. — ¿Quiere significar usted que ese demonio de chino ha descubierto finalmente los rayos de la muerte, tan larga y afanosamente buscados?

Errell movió afirmativamente la cabeza.

—No solamente los rayos de la muerte — dijo con voz que había adquirido de pronto inusitada gravedad, — sino que, si mis temores se confirman, ha descubierto unos rayos más terribles aún para la producción del mal.

Y de improviso, interrumpiéndose:

—Pero no hablemos más de esto. Tal vez

—¡Por amor de Dios, no se acerquen! — gritó Errell.— Está muriendo de peste bubónica!...

en este mismísimo momento esté Lakh-Dal ejercitando sus diabólicas artes sobre algún desgraciado, siendo nosotros impotentes para impedírselo por cuanto desconocemos en absoluto su identidad y casi todo lo que se refiere a su vida presente.

—¡Dios mío, es espantoso! — exclamó el general olvidando su condición de militar, para ser un hombre cualquiera colocado en el trance de desafiar lo desconocido.

Pero reaccionó de inmediato recordando la inmensa responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, en su calidad de guardián de la seguridad de millones de seres confiados a su custodia y que ahora peligraban más que nunca con la aparición de aquel espíritu infernal.

—Lo primero que debemos hacer es ver a ese No. 17 de quien nos habló el agente — dijo Errell resuelto a iniciar cuanto antes la pesquisa. — Hable al 264.

Reaparecía ahora el enemigo encarnizado del hampa, el hombre cuyas energías inagotables y sus grandes conocimientos en materia de investigación y criminología le habían hecho célebre entre la gente de mal vivir, fuera cual fuese la clase de ésta.

El 264 fué pronto localizado y comunicó que el hombre que buscaban, el No. 17, se encontraba en un cuarto situado sobre el lavadero de un tal Ching Foo, en Mott Street. Se podía llegar al sitio pasando por una casa contigua desalquilada, pero el mismo Ching Foo dejaría pasar a cualquiera por la puerta del subsuelo que daba a la calle. Al mismo tiempo dió su santo y seña.

—Pero antes tomaremos un café — dijo Errell. — Hay tiempo de sobra.

Diez minutos después estaban sentados en un restaurant todo blanco de azulejos. Delante de sí tenían diarios de la mañana.

—¡Mire! — dijo el general de improviso, señalando unos grandes títulos de la primera página.

"Movimiento desusado en el barrio chino", decía. "Témense disturbios". Se informaba a continuación, por alguien que dominaba seguramente el asunto, que acababa de llegar un leader del Extremo Oriente, leader cuyos poderes sobre sus partidarios era de vida o muerte, y cuya misión era de vital importancia para el porvenir de la raza. En todo se traslucía algo siniestro y misterioso.

—Alguien ha delatado — comentó Errell brevemente — Más vale no pensar en la suerte que le espera... Bueno, ahora me marcho a encontrarme con el No. 17. Si no vuelvo antes de las once, vaya en mi busca y preparado para lo peor. Iré vestido como chino.

—¡Pero usted no habla el idioma de esa gente! — exclamó el general.

—Estuve un año entero en el Templo Unico — fué la sorprendente respuesta de Errell. — Aparte del Supremo Sacerdote de la Orden, nadie me conocía por otra cosa que no fuera lo que parecía.

—¡Caramba! ¡No entiendo una palabra! — insistió el anciano mirando con indecible sorpresa al extraño yerno que le había elegido su hija.

—Fué durante el levantamiento de Peking — explicó Errell. Pude rescatar en esa ocasión el ojo de esmeralda de la gran imágen de Buda de manos de una banda de soldados europeos borrachos; fuí herido en la refriega y el gran sacerdote en persona se encargó de volverme a la vida. En premio del gran servicio que sin quererlo había rendido al culto y a fin de salvarme mi vida, me inició en muchos ritos sagrados de la Orden.

El general lo miraba boquiabierto.

—¿Es posible? Hasta ahora había creído que todos sus conocimientos en asuntos orientales los había adquirido usted leyendo solamente. ¿De manera que fué a buscarlo a su misma fuente?

—No, no fuí a buscarlo expresamente, sino que me los confiaron sin que yo mismo me propusiera obtenerlos del sacerdote. Este me reveló algunos misterios movido sólo por un sentimiento de gratitud muy explicable.

A las 9 justas un tipo inconfundible de chino, vendedor tal vez de drogas prohibidas, pasaba por la vereda de enfrente de la casa desocupada cuyos fondos daban al lavadero de Ching Foo de la calle Mott. De tanto en tanto miraba furtivamente hacia atrás, por si era seguido o espiado; parecía temer a cada instante que un brazo fuerte, tal vez de algún policeman, cayera sobre sus hombros. Una última mirada de desconfianza, y desapareció de improviso como si la misma tierra se lo hubiese tragado Pero del hueco de la puerta que daba acceso al subsuelo se oyó apenas el ruido inconfundible producido por los nudillos de los dedos llamando cautelosamente.

—17-264 — dijo el extranjero en el más puro chino.

Sólo entonces Ching Foo se decidió a abrir la puerta. Si alguna sorpresa le produjo oír hablar su lengua, su rostro cetrino y anguloso no denunció en lo más mínimo lo que pasaba por su alma de mongol. Silenciosamento condujo al visitante a lo largo del pasillo que llevaba al interior de la casa. Cruzaron así el pequeño patio del fondo, subiendo luego por una oscura escalera, hasta llegar a una habitación situada encima del lavadero.

Otro golpe apenas perceptible, repetido tres veces, y una voz que desde el interior decía en chino: "¡Adelante!".

Errell se separó entonces de su guía y penetró decidido en el cuarto. Ante sí tenía un hombre cuya edad oscilaría alrededor de los cuarenta años; vestía una túnica flotante de las que se estila en Oriente y estaba sentado frente a una mesilla en forma de que daba frente a la puerta de entrada. Tenía una mano metida, distraídamente al parecer, dentro de un cajón. Errell comprendió al punto lo que aquello significaba. Por un momento ninguno de los dos habló. Entonces, llegó pero bien perceptible el sonido grave, sofocado y solemne de las cam-

panas de un templo. Una nube de incienso invadió la habitación y sobre la chaqueta de Errell, de seda como todo su traje, apareció un círculo azul. Dentro de él, en rojo vivo, brillaba el símbolo de la orden más alta de todas las órdenes sacerdotales de la China. Entonces de sus labios brotaron las palabras de ritual, pronunciada con una entonación peculiar: "La bendición de Buda sea contigo".

El No. 17 abrió tamaños ojos. ¿Cuando había oído por última vez aquellas palabras? ¡Ah, ya lo recordaba! Fué en el templo máximo de la Ciudad Sagrada de Peking. Cerró los ojos para ver mejor en sus recuerdos. Tornó a distinguir con asombrosa fidelidad las hileras de fieles postrados de hinojos ante la imágen del dios; allí, como formas confusas e inmóviles en las penumbras del templo, producían una profunda impresión en el ánimo del extranjero que por primera y quizá única vez asistía a aquella extraña ceremonia del culto budista. De las cosas todas, como de los mismos hombres llegaba ese perfume indefinible de las ciudades chinas. De nuevo sus oídos percibieron los cantos solemnes de los sacerdotes y un tañer impresionante de campanas. El olor de incienso tornaba a sentirse más intenso que antes. Hasta la cara del sacerdote tenía una inexplicable semejanza con la del hombre que estaba parado ante sí. Debió hacer un esfuerzo para levantarse y hablar:

—¿Que hace usted aquí y cuál es su misión — preguntó nerviosamente, pero con voz que anunciaba por adelantado que no se tolerarían mentiras.

—Fiske Errell — fué la respuesta en inglés que tuvieron sus palabras.

Al decir esto desapareció como por obra de encantamiento todo el aire oriental que antes se advertía en su continente: excepto sus ropas de chino y el tinte amarillo que ocultaba su rostro, sus modales, la seguridad con que hablaba, la franqueza de su mirada, denunciaban en él al caucásico.

—Vengo de parte del general Humiston — añadió. — ¿Qué sabe usted acerca de Lakh-Dal?

El No 17 caminó lentamente hacia la ventana y, llegado que hubo a ella, miró afuera con desconfianza. Se acercó luego con pasos ágiles a la puerta, que abrió rápidamente y sin ruidos. Espió otra vez hacia el pasillo, hecho lo cual volvió a cerrar la hoja y corrió el cerrojo.

—¡Por favor! — exclamó en significativo tono. — Tenga mucho cuidado al mencionar aquí ese nombre. — Sus espías están por todas partes y parecería que él estuviera dotado de poderes sobrenaturales. Esta misma noche desatará su cólera tremenda sobre Fu Yung, el pobre diablo que reveló a los periodistas la historia aparecida en los diarios.

—¿Sabe usted donde tendrá lugar ese castigo? — preguntó Errell. — ¿No hay algún modo de asistir a él?

—¿Cómo se llama usted en China? — inquirió el otro sin contestar.

—Hoy Sing. Revendo opio que adquiero en Pell Street.

—Pues bien, yo soy Hip Lang — dijo a su vez el No. 17. — Trabajo de mozo en el negocio de Sam Lee, situado enfrente. Allí hay un pasaje secreto que lleva de la cocina a las habitaciones de la casa inmediata. En una de esas habitaciones Lakh-Dal ha establecido temporariamente su cuartel general, ya que de ahí salen sus órdenes. La sala del piso superior está arreglada como para que en ella delibere una asamblea. Allí precisamente la cofradía verá esta noche cómo castiga Lakh-Dal a los que se atreven a desobedecerle. Estarán presentes por lo menos setenta personas, que se conocerán casi todas entre sí.

Puedo darle la palabra de seña que le hará posible el acceso al local, más le advierto que una vez dentro usted deberá cuidar de su suerte. El peligro que correrá allí será indudablemente enorme.

—¿A qué hora debo estar en lo de Sam Lee? — preguntó Errell sin hacer caso de las advertencias.

—A las veinte habrá ya algo que comer.

—Entonces estaré a las veinte. Dígame ahora la palabra de orden y todos los detalles que a su juicio puedan serme útiles esta noche.

—La contraseña para esta noche es la palabra "Muerte". Todo miembro de la congregación viste antes de entrar en la sala una túnica y capucha. Con un pañuelo negro cubren la mitad inferior de la cara. Tanto las túnicas como las capuchas se hallan colgadas en la antesala En cuanto al pañuelo, debe llevarlo usted mismo.

—Gracias. Ahora iré a pensar mi plan de campaña. Si algo marcha mal esta noche, Lakh-Dal creerá que sus demonios protectores le abandonan y entrará en sospecha. De modo que nada intentaré. Además no estoy preparado para dar el golpe final.

Errell se disponía ya a marcharse. El No. 17 apretó entonces un botón debajo de la mesa. Ching Foo apareció y en silencio, tal cual lo había hecho al entrar, guió a Errell hasta la puerta de salida.

Volvió el profesor a su improvisado centro de operaciones. Veinte minutos después salía transfigurado por completo. Viéndolo se le hubiera tomado por un vagabundo, tal vez un marinero completamente mareado después de pasar una noche fumando opio. Vuelto al corazón del barrio chino, entró en una infecta taberna frecuentada por gente de su aparente condición. Saludó al patrón con la familiaridad característica en quien conoce a una persona desde mucho tiempo atrás. Cruzó el negocio, llegando finalmente a una salita del fondo donde había una media docena de borrachos o medio borrachos, bebiendo todavía y jugando a los dados. Uno de esos individuos se levantó de pronto al verlo y lo siguió. Entraron los dos en la última habitación y el hombre que se había separado de los que estaban jugando, cerró tras sí la puerta.

—¿Encontró al No. 17? — preguntó sin ningún género de preámbulo, aunque asegurándose primero de que nadie le oía.

—Sí — contestó Errell. — Diga al ge-

neral H. que envíe un camión con una decena de sus mejores hombres a la taberna de Sam Lee en Mott Street, á las veinte en punto. El No. 17 es conocido allí por el mozo Hip Long.

Procuraremos estar presentes en una reunión que se celebra en una casa inmediata y que será presidida por el propio Lakh-Dal. Habrá por lo menos setenta asistentes y si algo me sucede, dispararé tres veces mi pistola, en rápida sucesión.

—¿Está seguro de que no le van a fallar los nervios? — preguntó el No. 264 admirado. — Yo nunca me atrevería a meter la cabeza en la boca del león...

Errell sonrió de buena gana. Bien se veía que no sabía lo que era miedo.

—Bueno, voy para allá — dijo sin jactancia alguna. Tengo varias cosas que hacer todavía.

Salieron uno detrás del otro del negocio y se juntaron en la calle.

Pero en la esquina misma se separaron. El 264 se dirigió a la seccional a que pertenecía, en tanto que el otro regresó a su cuarto de East Side.

Bien se transparentaba aquella noche una excitación contenida, un movimiento inusitado que todos trataban de disimular en el restaurant de Sam Lee, brillantemente iluminado a esa hora. Bajo las farolas chinescas, las mesas tendidas estaban totalmente ocupadas por comensales. Entre ellos había muchas personas que parados en los sitios libres parecían divertirse observando la bulliciosa reunión que celebraban los chinos vaya a saberse por que motivo. Momentos antes habían llegado un grupo de hombres venidos desde barrios lejanos; fueron traídos en un auto-excursión piloteado por un conductor muy conocido en Mott Street por sus viajes diarios conduciendo paseantes deseosos de ver de cerca las costumbres de los amarillos. Lejos de disgustar aquellos visitantes, eran recibidos con los brazos abiertos por el dueño, quien sabía mejor que nadie lo mucho que dejaban en la caja.

Pero bajo aquella calma aparente, un observador sagaz hubiese notado que de tanto en tanto, una vez que llegaron las 21 horas, se levantaba furtivamente algún comensal y se dirigía con todo disimulo al toilet, situado en el interior, cerca de la cocina. Lo interesante es que nadie volvía, cosa que por otra parte no parecía llamar la atención de los que quedaban sentados.

En la superficie nada de anormal se señalaba, pero debajo de los rostros enigmáticos, impenetrables de los chinos se advertía que algo estaban tramando misteriosamente. De otra manera no se explicaban aquellas salidas, aquella indiferencia sospechosa de los que permanecían sentados en sus sillas, conversando de cualquier cosa, siempre en su idioma, como es de imaginarse. Pero bajo la máscara de fingida inocencia de los presentes, había algo así como cierta nerviosidad provocada por un invencible sentimiento de repulsión y temor.

De improviso, a una señal de Hip Long, el chino conocido por el nombre de Hoy Sing se levantó de su asiento y, al igual de los que le habían precedido, se deslizó cautelosamente hacia el fondo; llegado al toilet, pasó a la cocina, franqueando luego una puerta situada al fondo. Se encontró entonces en un pasillo tortuoso y enteramente oscuro. Cuando lo puerta se cerró trás de él Errell se encontró envuelto en las más espesas tinieblas.

—¿Qué camino debía seguir? Un paso hacia la izquierda podía precipitarle dentro del sótano, del mismo modo que uno a la derecha bastaría para hacerlo caer sobre alguna trampa destinada al temerario que se arriesgara a violar el secreto de la cofradía Se apretó a la pared que estaba a sus espaldas y permaneció inmóvil temiendo que un paso en falso pudiera acarrearle la muerte más terrible. Todo era de esperarse entre aquellos fanáticos. Todos sus sentidos estaban alertas, listos para advertir el peligro próximo.

La puerta que había franqueado momentos antes se abrió de nuevo para dar paso a otra sombra silenciosa. El recién venido no vaciló un segundo, sino que por el contrario no había acabado de cerrar otra vez la puerta, cuando ya echó a caminar derecho hacia algo que parecía una pared lisa, desprovista de todo relieve y pintada de un color claro.

Golpeó suavemente sobre esa pared — tres veces, luego una y por último dos, — cuando con gran asombro de Errell, todo el muro, en una distancia de tres metros o más, se levantó del suelo a una altura de un metro, para que el hombre pudiera pasar con relativa comodidad. Después de lo cual volvió a bajarse sin producir el menor ruido.

Errell no necesitó más. Un momento después daba la misma señal que su antecesor. La pared tornó a levantarse. Mientras pasaba debajo de ella, el profesor pudo ver que era una especie de cortina de acero que se deslizaba sobre ruedas semejantes a las de uso en las cortinas metálicas de los comercios.

Echó una mirada a su alrededor para formarse una idea aproximada del sitio donde se había metido. Se trataba de una antesala pequeña, alrededor de la cual se veían filas de ganchos de los cuales colgaban las prendas de que el No. 17 había hablado. Se puso rápidamente una de ellas y se colocó el pañuelo negro sobre la cara. Entonces, después de haberse convencido de que la pistola automática estaba en su sitio — debajo de las almohadillas del hombro, — se acercó decididamente a la puerta perforada por un agujero a través del que el chino de guardia recibía la palabra de orden. Errell la pronunció sin vacilar.

Al punto la pesada puerta, reforzada con planchas de acero, se abrió lentamente. Estaba ahora nuestra profesor criminologista en una amplia sala, cuyo largo sería de unos sesenta pies por treinta de ancho. Alrededor de ella y en el fondo había una doble hilera de sillas. En el lado opuesto a la puerta de entrada se había levantado un estrado, en medio del cual se veía una especie de trono.

En un extremo del estrado había un aparato de apreciable altura, provisto de reflectores y de un dial luminoso, Al menos tal

fué la primera impresión de Errell, pero cuando sus ojos fueron acostumbrándose a la penumbra de la sala notó que lo que tomara por un dial, era en realidad una abertura hecha en la parte anterior del aparato a través de la cual se filtraba un haz luminoso de extraña apariencia. Aquella luz tenía algo de siniestro y misterioso.

Pero lo que más impresionaba y daba más crudo realismo a la escena era una segunda silla colocada en la plataforma frente al aparato, un silla que era una reproducción exacta de las sillas de la muerte de Sing Sing, con la sola diferencia de que en ésta no se veía hilos conductores de electricidad.

Una campana tañó lúgubremente en la penumbra, en apariencia desde muy lejos. Se produjo un movimiento de expectativa y casi inmediatamente las cortinas de detrás del trono se abrieron para dar paso a Lakh-Dal en persona. Detrás de él venían dos formas negras que sujetaban con férreas manos el cuerpo de un chino que se debatía desesperada e inútilmente. De sus labios desfigurados por la visión del castigo que se había fijado por delito de traición, brotaba una saliva que por lo blanca más parecía baba de perro hidrófobo. A pesar de que los dos hombres encapuchados que lo traían se esforzaban por taparle la boca, el infeliz profería terribles alaridos de horror e impotencia.

Aunque hacía formidables esfuerzos para libertarse, fué sentado en la fatal silla a viva fuerza; sus brazos y piernas fueron asegurados en un abrir y cerrar de ojos por medio de correas especiales. Un arco de hierro semejante al que solían usar antes los fotógrafos para que sus clientes nerviosos mantuvieran quieta la cabeza, obligaba al desgraciado a tenerse erguido e inmóvil.

En medio de un silencio de muerte, Lakh-Dal avanzó hacia el borde del estrado. Estaba vestido de una larga túnica de seda negra que caía en pliegues flotantes dispuestos no sin cierto arte. Lucía en el pecho un espantoso dragón amarillo. Debajo de este símbolo había varios caracteres místicos cuyo significado Errell no podía descifrar desde el sitio donde se encontraba. Tampoco le interesaban. Toda su atención estaba concentrada en el rostro de aquel hombre. Si alguna vez la mirada del demonio se había asomado a los ojos de un hombre, ese hombre era Lakh-Dal.

Este dió entonces a entender que deseaba hablar, y todos se aprestaron en mudo recogimiento a no perder palabra de aquel personaje cuya influencia sobre los espíritus parecía ser ilimitada.

—Os he hecho llamar — comenzó diciendo— para que todos os enteréis como trata Lakh-Dal a los traidores: ¡Primero destruiré su alma y luego su cuerpo!

A una señal cuya, uno de sus ayudantes empujó el aparato hacia una ventana abierta, en forma de que los rayos de la luna pudieran pentrar fácilmente en él. La parte posterior del este fué abierta y los rayos cayeron dentro de la cámara. Al mismo tiempo las luces de la sala fueron apagadas, quedando todo sumido en la más completa oscuridad.

El rostro del chino aferrado a la silla se iluminó de pronto de una luz blanquísima y brillante, en la que se notaban destellos azules.

—¿Rayos lunares? — se preguntó Errell intrigado. — ¿Será posible? Este diablo de amarillo debe, en efecto, haber separado de los rayos de la luna aquellos que hacen aullar a los perros, los mismos que sumen en la imbecilidad a los hombres de cerebro débil y produce en los ya dementes terribles accesos de furia...

Los chillidos del condenado se trocaron en un lastimero quejido cuando oyó del siniestro chino la sentencia horrible. Espesa espuma le asomaba en la comisura de los labios y los esfuerzos que realizaba por zafarse de las ligaduras amenazaba por momentos cortarlas pese a su grosor y resistencia. Luego, comprobando que era inútil toda tentativa, lanzó un lamento ronco y cerró los ojos resignándose al triste destino a que se le condenaba. Sólo los abrió horrorizado cuando sintió en su cara los extraños rayos que salían del aparato.

Se produjo entonces una escena que no olvidarían jamás los que la presenciaron.

Bajo la influencia funesta de los misteriosos rayos, el rostro del hombre cambió horriblemente. La luz de inteligencia que asomaba a sus ojos se apagó de pronto y la mandíbula inferior cayó sin fuerza en un gesto estúpido. Al cabo de cinco minutos los presentes vieron un pobre idiota, cuyas gesticulaciones grotescas movían a lástima, al tiempo que producían en los espíritus más endurecidos por el mal un sentimiento de miedo subrehumano.

Las luces fueron encendidas de nuevo y Lakh-Dal levantó las manos llamando la atención de los asistentes.

—¡Vean ustedes ahora! — dijo.

A una palabra del amo, los dos ayudantes se acercaron al pingajo humano que restaba del chino que momentos antes gozara perfectamente de sus facultades mentales, y cortando la ropa con los cuchillos que traían, le dejaron completamente desnudo.

El aparato fué traido de la ventana y todo quedó otra vez en tinieblas. El instrumento había quedado a unos diez piés de la silla. De nuevo los presentes volvieron a estremecerse de espanto; todos los ojos se dilataron asombrados y temerosos arriba de los pañuelos negros.

Otra vez la luz surgió del aparato, cambiando rápidamente del amarillo al verde, mediando sombras que variaban del azul al violeta pálido, desapareciendo por último en un ultravioleta.

De todos los presentes, probablemente Errell fuera el único que reconociera en aquella experiencia los rayos actínicos, por medio de los cuales la Naturaleza produce los cambios químicos. Pero, así mismo, no estaba preparado para presenciar lo que a continuación presenció. Aquello colmaba la medida de lo horroso, pues de nuevo los rayos del aparato cambiaron, esta vez con un

destello deslumbrador, que Errell clasificó para sus adentros en algo así como rayos supra-ultravioleta, situados aún más allá de los ultravioleta del espectro solar Pronto tuvo ocasión de conocer los efectos de aquellos rayos.

Bajo la débil luz — si es que se podía llamar tal a esa claridad — que ahora surgía de la infernal máquina, el cuerpo del infeliz chino parecía encogerse, mientras la piel caía en girones. Casi simultáneamente el aire de la sala se saturó del olor característico de la carne que comienza a podrirse, de los cadáveres que se precipitan a la descomposición total

Entonces, ante el asombro y el espanto de los circunstantes, que conteniendo el aliento asistían a la tremenda ejecución, el rostro amarillento del mongol inmovilizado en la silla fué oscureciendose más y más, hasta que de debajo de la piel comenzó a insinuarse la forma espantosa de los huesos. Pronto no quedó más que el cráneo descarnado. El hueco profundo de las órbitas, la mueca asquerosa de lo que hasta momentos antes fuera la boca de un hombre sano, produjeron una impresión indescriptible en el ánimo de los encapuchados. Estaban predispuestos a lo peor, pero jamás imaginaron nada semejante.

Los rayos continuaban, empero, cumpliendo su obra destructora. Hasta que el mismo esqueleto del traidor fué reducido a un polvo negrusco. Cuando encendieron las luces la plataforma estaba vacía. Lakh-Dal había desaparecido seguramente detrás de las espesas cortinas oscuras del fondo. La reunión tocaba en consecuencia a su término. Así lo comprendieron los encapuchados, que mudos de espanto fueron saliendo del local.

Acababan de tener una prueba formidable del poder del Maestro.

Entre los últimos llegados al restaurant de Lee Yung, la tarde siguiente, estaba un marinero pobremente vestido; tenía, para colmo, todo manchado el traje. Habíase excedido seguramente en el licor bebido, pues su andar era vacilante y en la mirada estúpida de sus ojos se advertían señales inequívocas del que está acostumbrado a la beodez. Con dificultad se abrió camino hasta una mesita lateral, y, después de no pocos esfuerzos, logró sentarse en uno de los taburetes. Ni se acordó siquiera de sacarse su gorra mugrienta.

Casualmente la mesita estaba en la sección de Hip Long, el mozo que ya conocemos, quien se acercó presuroso al recién llegado para recibir órdenes.

—Tráigame una costilla y un poco de café — dijo el recién llegado con voz insegura, pero tan fuerte que se pudo oir en todo el negocio. Pero luego añadió en voz más baja — Anoche tuvimos espectáculo, diez y siete...

Ni la mirada ni el gesto denunciaron al No. 17, aunque sí tuvo alguna vez asombro en su vida, fué ésa. Llenó de agua el vaso de Errell y corrió luego a la cocina, de la que volvió inmediatamente trayendo una fuente humeante, que puso frente al sucio parroquiano. Este sacó una moneda de un dólar y la tiró fanfarronamente sobre la mesa.

—Guarde el vuelto — dijo con voz áspera, y comenzó a comer.

Hip Long iba a tomar ya la moneda, cuando advirtió que debajo de ella había un pequeño papel arrollado. No vaciló un instante, sin embargo; rápida y diestramente se apoderó de una y otra cosa. En la soledad del lavadero solamente se atrevió a sacar lo que suponía una esquela. Así fué, en efecto: en el papel estaba escrito lo siguiente: "¿Dónde estará Lakn-Dal esta noche?"

Dobló el papel y escribió apresuradamente algunas palabras. Minutos después, mientras retiraba los platos de la mesa, deslizó el mismo papel a las manos de Errell, quien leyó, tras de asegurarse que no era observado por nadie: "Fumadero sobre salón de te Lee Yung, enfrente. Puerta corrediza, entre segundo y tercer lecho. No conozco contraseña".

—Perfectamente — murmuró Errell satisfecho y poniéndose a duras penas de pié. Aunque no se hubiera podido decir si se refería a la costilla que acababa de comer o a la información que se le había dado.

Poco antes de media noche el mismo borracho entraba en el negocio de Lee Yung, y luego de sacar un rollo de billetes, dijo guiñando significativamente un ojo:

—Fumar...

Visitantes como aquel no eran raros a esa hora. El viejo chino se levantó no sin antes echar una mirada de desconfianza al recién llegado, y le indicó con un gesto que lo siguiera. Fueron a una pieza interior, subieron por una escalera tortuosa y llegaron finalmente frente a una puerta cerrada.

Al abrirse ésta después que Lee Yung llamara de una manera especial, Errell se vió ante uno de los locales típicos destindos a fumaderos de opio. Las literas estaban dispuestas en filas a los costados de la sala. Las cortinas entreabiertas de algunas de ellas descubrían a personas dormidas por efectos de la droga pertenecientes a todas nacionalidades. Había casi tantas mujeres como hombres.

Afortunadamente le tocó al recién llegado la cama No. 3, situada junto al tablero corredizo. Se acostó y pronto le trajeron una mesilla con los pocos utensilios necesarios para fumar: una pipa y droga suficiente para varias cargas, la cortina fué corrida a medias y quedó solo. Si fuera vicioso podría decirse que quedaba solo con su vicio pero por suerte no era así.

Lo primero que hizo Errell fué encender la pipa y lanzar algunas bocanadas de humo por entre las cortinas para que, si es que le observaban, lo creyeran fumando. Sacó entonces un micrófono de su raído saco y lo aplicó contra la pared, mientras acercaba el receptor a sus oídos.

Apenas lo había hecho, cuando oyó un golpecito dado en el misterioso tablero y rumor sofocado de pasos, seguido de unos

El número 17, perfectamente caracterizado de chino, se presentó ante Errell.

del equivalente chino de "¡Voy!" Se percibió a continuación el ruido débil del tablero deslizándose, luego el de pasos que se alejaban, para terminar todo en el más profundo silencio.

Guardando apresuradamente el aparato en el interior de su saco, se incorporó sobre un brazo y miró a su alrededor.

El aire de la sala estaba pesado de un humo de olor tan penetrante que con dificultad podía dominar el deseo de estornudar. Un rápido examen lo aseguró que todas las personas que yacían en los lechos o estaban dormidas. o se hallaban próximas a dormirse. Hasta el mismo hombre encargado de traer las pipas había aprovechado lo avanzado de la hora para encender él también la suya; echado de espaldas contra la puerta, había entornado voluptuosamente los ojos, olvidado por entero de sus funciones.

Errel aprovechó entonces para sacarse los botines y calzarse unas babuchas chinas que había a los piés del lecho vecino. Teniendo en una mano su pipa, para el caso que se despertara de pronto el encargado del fumadero — diría que le diera más opio — se acercó despacioso al tablero secreto y

golpeó suavemente. Esperó un momento y murmuró luego la palabra de orden: !"Voy¡". La pronunció sin saber lo que sobrevendría porque no había podido oir la respuesta.

Con gran contento suyo el tablero se deslizó sin ruido, descubriendo un pequeño vestíbulo iluminado por una sola lámpara. No había allí un alma, aunque ello nó fuera óbice para que una vez que él franqueara el umbral, la puerta se cerrara de un modo siniestro. Involuntariamente llevó la mano al mango de su pistola automática.

Una estrecha franja de luz aparecía bajo una puerta abierta en el extremo opuesto del hall. Intentó llamar, pero la hoja cedió sin oponer la menor resistencia. La luz había desaparecido casi simultáneamente.

Entonces, de la densa oscuridad que lo rodeaba — oscuridad llena de peligrosas amenazas — llegó un perfume suave, parecido al del cloroformo; algo suave cayó sobre su cabeza y sus hombros, hasta que al fin se sintió caer, caer en el fondo de un pozo que se le antojó sin fondo...

Cuando despertó se encontró maniatado de piés y manos, sentado en una silla que con horror comprobó ser la misma que había servido para la ejecución del chino de la víspera.

Una burlona carcajada resonó entonces detrás de él.

—Es para mí un gran placer recibirlo en mi casa, insigne profesor Errell — dijo Lakh-Dal apareciendo de improviso.

Su voz era la de un caballero de alto rango, pero en sus ojos brillaba una luz de maldad que lo hacía antipático desde un principio. Había tal acento de crueldad diabólica en sus palabras que Errell se estremeció a pesar de todo su coraje. De aquel hombre no habia que esperar nada, es decir, esperar lo peor. Pero, con todo, se limitó a contestarle con una desdeñosa mirada de desafío.

Viendo que el otro no se daba por enterado, dijo con voz exenta del más ligero temblor; y adoptando el tono sacerdotal que aprendiera en Peking.

—¡Falso hijo de la Luz, renegado sacerdote que olvidaste ignominiosamente las enseñanzas de Buda para vender tu alma al demonio a cambio de lo desconocido, tus días están contados!... ¡No has de escapar al castigo eterno!

Era la voz profunda del Gran Monje la que hablaba, la de un sacerdote del Templo Máximo, en el cual Lakh-Dal había servido una vez. Lakh-Dal sintió en lo vivo la amenaza y por un momento vaciló. Mas reaccionó de inmediato. Sus labios se fruncieron en un arrebato de cólera y maldad mal disimuladas.

—Y de tí, ¿qué me dices? ¿Has sido fiel acaso a los compromisos que contrajiste con Buda?

Se acercó amenazador a Errell y junto mismo a su rostro, pronunció palabras llenas de odio y rabia. Todo el veneno de su alma parecía haberse destilado en aquella condenación:

—¡Estúpido! ¿Sabes tú por qué te he dejado entrar en mi casa como un ladrón vulgar, cuando pude haberte muerto en la puerta misma... Nada más que porque me propongo utilizar tus conocimientos en química. ¿Lo sabes ahora?

—¡Nada conseguirás de mí! — fué la cortante respuesta.

—¿Estás seguro de que será así?... Pues bien, ya lo veremos...

Dió una palmada y dos corpulentos chinos surgieron de los cortinados detrás de los cuales estaban ocultos.

—Llévenlo al laboratorio — ordenó Lakh-Dal, iniciando él mismo la marcha.

Lo primero que Errell vió cuando estuvieron en la otra habitación, fué el sol de la mañana que se colaba por las ventanas que daban al Este.

—De manera que debo haber estado inconsciente unas siete u ocho horas! — razonó para su fuero interno. — Entonces el No. 17 debe haber dado parte al general y los socorros han de estar en camino a esta hora.

Confortado por este pensamiento, se dió en observar con renovado interés las cosas que había en la pieza. Esta, como lo había dicho antes Lakh-Dal, era un laboratorio. Había filas y filas de frascos, retortas, tubos de ensayo, botellas conteniendo substancias químicas de toda suerte, jeringas hipodérmicas y otros objetos usados en química y medicina.

Sobre el extremo de una larga mesa había una jaula de halambre de tres piés de largo por dos de ancho, provista de una puerta corrediza en la parte superior. Dentro de ella se veían dos grandes ratas, que en su afán por libertarse mordían desesperadamente los alambres.

A una orden de Lakh-Dal los dos ayudantes colocaron la caja en el suelo, a unos tres piés del misterioso aparato, que había sido llevado momentos antes cerca de la ventana, ahora abierta, en forma de que los rayos del sol pasaran por el interior de la cámara y cayeran luego sobre los dos roedores.

Lakh-Dal se aproximó al aparato y comenzó a manipular unos tornillos. Mientras tal hacía, los rayos solares cambiaron del amarillo brillante al anaranjado, luego al rojo, finalmente a un rojo muy intenso.

—Rayos infrarojos — comentó Errell sintiendo despertar en sí, a pesar de lo apurado de la situación, su curiosidad científica.

—Exactamente — fué la respuesta. — Pero hay otros rayos con los cuales probablemente esté usted menos familiarizado...

Al decir esto dió una última vuelta a los tornillos.

El color varió del rojo oscuro al negro, aunque también con vetas o destellos rojos. En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron las dos ratas, dejando en su lugar un montón informe de cenizas.

Lakh-Dal hizo girar de nuevo los tornillos a su primitiva posición y cerró la ventana. Procedió entonces á tomar cierta cantidad de galactita colocándola en varias pilas, tal vez una veintena. Seccionó la jaula por su base levantó la parte superior y comenzó a recoger cuidadosamente las cenizas.

En tanto que Errell observaba intrigado sus manejos, el asiático colocó las cenizas sobre cada pequeño montón de galactita. Subió luego hasta un anaquel y extrajo un frasco cerrado por un tapón de vidrio y con una etiqueta que decía: "Cocytin".

Solamente entonces el profesor comenzó a presentir lo que el otro se proponía.

Lakh-Dal destapó el frasco, vertió un poco del contenido sobre cada montoncito que hiciera momentos antes, revolviéndolos luego suavemente para que las sustancias se mezclaran bien.

Nada sucedió. Errell no pudo contener una carcajada burlona. Pero su buen humor duró muy poco, sin embargo. Sin darse por enterado ante el sarcasmo, Lakh-Dal acercó un aparato mucho más pequeño que el anterior, que sostenía en la mano como hubiera sostenido una kodak. Bajó entonces las cortinas, dejando la habitación en una semioscuridad.

—¿Las va a fotografiar? — preguntó Errell sarcásticamente.

Tampoco contestó esta vez el chino, ocupado en apariencia en poner a punto el aparato, cuyo objetivo dirigió hacia los montones de cenizas y galactitas.

Se produjo algo maravilloso y terrible, algo que heló la médula de Errell, tan inclinado a la mofa hasta ese momento. Doblábase hacia adelante fascinado de horror, como si quisiera convencerse de la realidad tremenda del milagro. Los puñados de polvo habían comenzado a moverse, ligeramente al principio, luego con mayor rapidéz, para terminar saltando de un lado para otro. Pasó un tiempo así. Por último, ¡ah, maravillas de las maravillas!, principiaron a asumir la forma de ratas recién nacidas. A medida que los rayos continuaban ejerciendo sobre ellas su acción benéfica, los animalejos fueron cobrando fuerzas, desarrollándose paulatinamente. Sus patitas crecieron más y más, hasta que comenzaron a correr los extraños bichos de un lado para otro...

El demonio que los había creado los tomó de la parte posterior del cuello y los fué dejando caer dentro de la jaula. Repitió varias veces la operación, hasta que las jaulas se llenaron de aquellas ratas 'sintéticas", como en realidad lo eran, a exacta semejanza de la urea o del azúcar que fabrican los químicos.

Entonces, solamente entonces, Lakh-Dal pareció decidirse a hablar. Esta vez lo hizo en perfecto inglés.

—Lo que ha visto usted — dijo — le prueba que he resuelto el problema cuya solución han perseguido los sabios blancos con tanto empeño: crear seres vivientes de la materia inorgánica. Fácil me sería, en efecto reducir a usted a polvo y crear miles de hombres utilizando la energía de esos despojos.

Se ha dicho que la vida no es más que una forma de vibración. Esta pequeña caja, que usted en su ignorancia tomó tal vez por una cámara fotográfica, es simplemente una máquina que permite utilizar los rayos Milikan o cósmicos. Estos rayos vibran con una rapidez desconocida en los demás rayos conocidos por la ciencia, teniendo en consecuencia menor longitud de onda. De manera que no encontrará usted exagerado cuando le diga que en una pulgada habrá cuando meno un total de 650.000.000.000 de rayos!

Buda ha dicho que el hombre se hace de polvo. Yo voy un poco más lejos, pues afirmo que se hace de polvo y de "cocytin", dos cosas que usted me ha visto reunir para esta experiencia. Teniendo los elementos necesarios, todo depende de permitir la libre acción de la potencia intraatómica encecerrada en los rayos cósmicos de que le he hablado. De ellos me sirvo para completar la obra.

—Pero, ¿porqué elige ratas para los experimentos? — preguntó Errell sinceramente interesado y olvidándose de su condición de prisionero.

—¡Ah! — exclamó Lakh-Dal a manera de respuesta. — Es precisamente por eso que ha venido usted aquí.

Levantó una tela descubriendo una jaula en la cual estaba encerrada una rata solamente. El roedor era tan flaco, tan inseguro eran sus movimientos y estaba tan horriblemente hinchado, que producía una impresión de asco mucho más fuerte que sus congéneres.

—Peste bubónica! — anunció Lakh-Dal en un tono de maldad refinada y sonriendo entre dientes.

¡Era realmente repulsivo aquél mongol!

—¿Y qué se propone hacer con ella? — preguntó Errell ansiosamente, aunque bien conocía por adelantado la respuesta que se le daría.

—Las soltaré a todas, una vez que se hayan contagiado, por los barrios populosos de la ciudad... Usted se encargará de inocularle el fatal suero. Una vez que se agote la provisión, yo le proporcionaré otra...

—¡Prefiero morir, a hacer eso! — exclamó Errell indignado.

—Eso podrá arreglarse también — agregó Lakh-Dal con un guiño mefistofélico— Y si no, piense en su esposa y en sus hijos...

—¿Qué quiere decir usted?

—Nada: que si usted se empeña en desobedecerme, encontraré los medios de persuadirlo de que no le conviene. ¿Le agradaría ver idiotas a sus niños y loca furiosa a su mujer?

—¡No hará eso usted! — dijo Errell desesperado. — ¡Máteme, pero no lleve hasta ese extremo su crueldad!

—No, puesto que con ello me privaría de un buen material. Creo que de usted se puede hacer un buen colaborador; todo depen-

derá de la manera que lo trate y de que usted no se oponga tontamente...

Luego, como habiendo condescendido ya demasiado y con tono más severo:

—A menos que haya completado su tarea para el atardecer, mañana temprano habrán encontrado a su esposa y sus hijos en la condición que le dije.

Errell inclinó la cabeza, vencido. ¿Que podía hacer para que la espantosa amenaza no se cumpliera? Se había entregado ya a sus tristes pensamientos cuando se oyeron fuertes hachazos dados en una puerta que no se alcanzaba a ver bien. Apenas tuvo tiempo para pensar en la causa de los golpes de hacha: el No. 17 se precipitó en el interior de la habitación seguido de cerca por el general Humiston y una docena de agentes del servicio secreto.

Tomados de sorpresa, tanto el fanático jefe de la banda como sus dos ayudantes fueron aprenhendidos y maniatados sin que hubiera habido necesidad de disparar un solo tiro. Las ligaduras que impedían todo movimiento a Errell fueron cortadas inmediatamente, pudiendo nuestro profesor estirar a gusto los miembros entumecidos por la prolongada inmovilidad.

—¡Gracias a Dios que hemos llegado a tiempo! — exclamó el general sin poder contener su satisfacción y estrechando cordialmente la mano de su yerno. — ¿Y ahora qué hacemos? — añadió cambiando brúscamente de tono.

Errell lanzó una mirada a su alrededor.

—Llévense a esos dos individuos — dijo refiriéndose a los compinches de Lakh-Dal. — Yo quedaré solo unos diez minutos con el jefe. Tengo que darle una noticia. Pero ante todo átenlo bien en aquel taburete.

Sus órdenes fueron cumplidas al punto. Errell se retiró detrás de un biombo. Cuando reapareció minutos después, Lakh-Dal abrió tamaños ojos. Ante sí tenía nada menos que al gran sacerdote del Templo Máximo. Llegaron al mismo tiempo el rumor apagado producido por las lejanas campanas de un templo; el aire mismo estaba saturado de un penetrante olor de incienso. Cuando Errell tornó a hablar, en su voz había la entonación profunda y solemne de las plegarias que se elevan ante un condenado a muerte.

—¡Desgraciado! — dijo. — ¡Tú que perjuraste del voto sagrado que hiciste, para consagrarte al servicio del Demonio, tú que te apartaste a sabiendas del buen camino, escucha! El gran maestro ha venido aquí para pronunciar tu sentencia. Y las campanas que oyes no hacen más que anunciarte la suerte que te está reservada.

Entonces, como si llegara de un elevado ángulo de la habitación, encima de la cabeza de Lakh-Dal, se oyó otra voz más grave que la del sacerdote, sonora, imperiosa y llena de majestad:

—¡Lakh-Dal, el más vil y despreciable de los hombres, que fuiste sacerdote de mi templo y que luego le prostituiste con tus pecados, recibe mi eterna condenación! ¡Tu vida ha sido una constante herejía al culto de Buda y tu espíritu debe sufrir los tormentos sin fin!

Al oir estas palabras Lakh-Dal no pudo dominar un sollozo de angustia. Su cabeza se bamboleó sobre los hombros y espesa espuma asomaba en sus labios pálidos. La luz de sus ojos fué apagándose y pronto no fué más que un desgraciado demente.. La condenación que oyera había bastado para trastornar su razón.

Errell lo miró con tristeza:

—¡Y pensar que toda la responsabilidad debe asumirla la ventriloquía!

Estaba detrás del biombo cambiándose de ropa, cuando una puerta se abrió bruscamente y penetró una mujer seguida de cerca por el general Humiston y varios de los pesquisas. Vestía la túnica que usan los chinos como mortaja; su rostro estaba más pálido aún de lo que sería de ordinario y en una mano traía una espada de doble filo, muy parecida a la que usan los samurais.

Chillaba horriblemente, y antes de que nadie pudiera impedírsele, corrió al embrutecido Lakh-Dal y levantando en alto la espada — sirvióse de las dos manos para ello — descargó un formidable golpe sobre el cuello del idiota, cuya cabeza rodó por el suelo como tajada por una guillotina.

Entonces, mientras los demás asistían a la escena paralizados por el horror, ella, enloquecida de dolor, colocó la empuñadura del arma contra el suelo y se dejó caer sobre la punta. La hoja penetró en su cuerpo con pasmosa facilidad, y la infeliz mujer cayó muerta encima del hombre decapitado por ella.

—Era la esposa del pobre chino que Lakh-Dal ejecutó públicamente la otra noche — explicó Errell conmovido. — Dejen los cadáveres aquí hasta que venga el médico. Entre tanto yo tengo otros trabajos

El hombre poco previsor

que cumplir. Ustedes dos — añadió dirigiéndose a dos agentes — acerquen ese aparato a la ventana. Otros levanten la jaula de ratas y colóquenla enfrente del aparato.

La luz del sol penetró en la camara y Errell movió los tornillos como había visto hacer a Lakh-Dal. De nuevo los rayos cambiaron del amarillo al rojo oscuro, hasta llegar al negro intenso. Con el asombro que es de imaginarse en los circunstantes, las ratas fueron reducidas en pocos segundos a un simple montón de polvo.

—¿Y qué se hace de ésta? — preguntó el No. 264 señalando la rata aislada en una jaula.

—¡Por amor de Dios, no se acerquen! — gritó Errell. — ¡Está muriendo de peste bubónica!

Los otros no necesitaron otra advertencia para separarse prudentemente del peligroso roedor. En cuanto a Errell, tomó la precaución de ponerse un guante de goma para asir la jaula y colocarla frente al aparato. Una vuelta de tornillo, y el inmundo animalejo fué reducido a cenizas. No contento con ello, para estar seguro de que desaparecía por completo el peligro de contagio, sumergió ambas jaulas y su contenido en una solución de ácido fénico.

Hecho esto, tomó la misma hacha que habían utilizado sus compañeros para penetrar en la habitación y destruyó el maldito aparato productor de los rayos de la muerte. En cuanto a la cámara que el chino empleara para obtener ratas "sintéticas", se la guardó para estudios posteriores.

A todo eso había llegado el médico y se comprobó debidamente el modo en que se habían producido las dos muertes.

El domingo siguiente a los sucesos que dejamos relatados, el profesor Errell explicó, sentado otra vez en su estudio de Arshmomoque, todos los detalles de las peripecias pasadas y los medios de que se había valido para vencer al terrible Lakh-Dal, declarado enemigo de los hombres, y en especial de la raza blanca.

Jerry, sentada junto a su esposo mientras éste hablaba, se estremeció de espanto al llegar al episodio del chino ejecutado por Lakh-Dal; sin quererlo se apretaba a Errell, como si deseara encontrar protección en su pecho contra peligros imaginarios.

—Pero, ¿qué era ese aparato mencionado por usted varias veces? — preguntó el general, que durante todo el relato había demostrado el mayor interés.

—No era más que el espectroscopio moderno, perfeccionado por Lakh-Dal a un grado que nuestra ciencia no concibe todavía. Como usted sabe probablemente, cuando un rayo de sol pasa a través de un prisma de vidrio, se divide en rayos de diferentes ondas. Estos rayos, vistos a través del espectrocospio aparecen como bandas de colores diferentes, uno después del otro, en el siguiente orden: violeta, índigo, azul, amarillo, naranja y rojo. Pues bien, durante mucho tiempo se creyó que estos rayos eran los únicos que podían obtenerse del análisis de la luz solar. Pero ciertos fenómenos observados en la Naturaleza movieron a creer que había otra clase de rayos. Finalmente, en 1898, el Dr. Roentgen descubrió los rayos que llevan su nombre. Estos rayos, llamados también rayos X, se hallan más allá de los rayos violetas, en la zona llamada ultravioleta.

En los últimos años han sido descubiertos otros rayos, también en la zona ultravioleta. Por medio de estos rayos es posible proyectar una fotografía a través de una pared de ladrillos, siendo invisible el rayo a menos que se interponga una lámina fluorescente. Seguramente Lakh-Dal se sirvió de esos rayos para comunicarnos su primera advertencia, en este mismo cuarto.

—¡Me alegro de que sea así! — exclamó el general con un suspiro de alivio, — Me pareció estar viendo lagartos verdaderos en la pared y casi me di en dudar de mis sentidos...

—Según se los dibuja comúnmente, los colores del espectro solar están colocados uno encima de otro en el orden indicado; pero, a los efectos de esta explicación, dispongámoslo en círculo, del modo siguiente:

Este círculo puede ser usado para marcar asimismo el movimiento de rotación que diariamente realiza la tierra sobre su eje, como también su movimiento de traslación alrededor del sol. Representaría además el ciclo de la existencia humana: porque si aceptamos la teoría de que la "vibración es vida", tendremos como inevitable corolario que la 'quietud es muerte". Se verá ahora como se relaciona lo uno con lo otro

Obsérvense ante todo las coincidencias. En lo alto del misterioso círculo está el violeta, el color correspondiente a los rayos de onda más corta y de vibración más rápida; es por otra parte el color más característico de la electricidad, forma de energía íntimamente ligada con la vida. Y desde

¡GRATIS!

Absolutamente GRATIS, y a título de propaganda, le obsequiaremos a usted un artístico reloj pulsera, marcha garantida, ench. en oro 18 quilates, en finísimo estuche, para varón o señorita. Escríbanos en seguida, dándonos su nombre y dirección a:

The American Watch Company

RIVADAVIA, 659 — BUENOS AIRES

que la primavera significa la resurrección de la Naturaleza, la misma posición sería ocupada por el punto vernal. Es asimismo la posición lógica de la aurora, que marca el comienzo del nuevo día.

A medida que la vida avanza hacia su culminación, es acompañada por una disminución gradual de la rapidez de las vibraciones y de un aumento correlativo en la longitud de la onda. Encontramos por consiguiente el apogeo, el zenit de la vida en el color medio, el verde, limitado por el azul y el amarillo. En efecto, el azul representaría el cielo que nos rodea, el verde la vegetación de los campos y el amarillo la luz vivificadora del sol. El mismo punto marcaría el mediodía, vale decir, el momento en que el sol se encuentra en el zenit, y el solsticio de verano, cuando la vida de las plantas y de los vegetales todos es más intensa que nunca.

Con la disminución gradual de la velocidad de las vibraciones llegamos a la ancianidad, que representa el crepúsculo de la vida, del mismo modo que la puesta del sol en el ciclo del día. El rojo que ilumina el poniente al tocar a su término la jornada, es también el color derramado con mayor prodigalidad por la Naturaleza durante el otoño. De manera que es muy lógico colocar también el equinocio de otoño en la parte inferior del círculo.

Probablemente usted se esté preguntando que relación tiene todo esto con Lakh-Dal; pero a eso voy ahora. Continuemos nuestro movimiento alrededor del círculo. Una vez que pasamos el punto marcado por la palabra "rojo", entramos en la región del misterio, de los rayos desconocidos para nosotros, de la oscuridad, de la muerte... Las vibraciones, que han ido disminuyendo en rapidez, cesan por completo en el punto marcado por la letra Z. Allí reinaría la destrucción total, la muerte absoluta. Estaría el solsticio de invierno. En el cielo diario el lugar correspondería a la media noche, hora en que más profunda es la oscuridad.

Y nos queda solamente una parte del proceso que examinar. Así que nos alejamos de la zona de la Z, entramos en el área de los rayos ultravioletas, anuncio de la próxima aurora y débil comienzo de una nueva vida.

Hasta ahora sólo conocíamos una parte del problema, pero en los últimos tiempos se ha comenzado a explorar en la región de los rayos desconocidos, invisibles para nuestra vista, que encierran tal vez la clave de todo el misterio, quizá el de la vida misma!

Y bien, creo que Lakh-Dal ha conseguido penetrar en el campo de estas investigaciones más profundamente de lo que lo habían hecho hasta ahora nuestros sabios. Habiendo comprobado su capacidad de destrucción, pronto se propuso obtener con ellos las satisfacciones diabólicas que anhelaba su espíritu hecho para el mal. Pero ya que tenía en sus manos las armas formidables de los nuevos rayos descubiertos, quiso emplearlas al menos contra los enemigos seculares de los de su raza: los blancos y la maldita civilización creada por éstos. Sus propósitos infernales se realizarían por tres medios: primero, privando de la razón a las cabezas directoras y produciendo de esta manera la desorientación general, el caos; segundo, esparciendo por el mundo bandas de asesinos, de ladrones, de corruptores de toda índole, para que cumplieran su nefasta obra sobre las masas indefensas y sin rumbo; y finalmente, destruirnos totalmente mediante una invasión terrible de ratas "sintéticas" infectadas de peste bubónica, a las cuales se soltarían simultáneamente en diversas partes del mundo civilizado, a fin de hacer más difícil cualquier tentativa de defensa. Vendría a ser algo así como el naufragio total de la civilización elaborada a través de siglos de luchas y sacrificios...

Un silencio de indignación siguió a las palabras finales del profesor, silencio que al fin fué roto por el general, en la punta de cuya lengua parecía haber estado temblando desde hacía rato una pregunta:

—¿Y cómo se explican las demostraciones que usted mismo hizo de su poder oculto, las campanas del templo, el olor de incienso, sus túnicas sacerdotales?

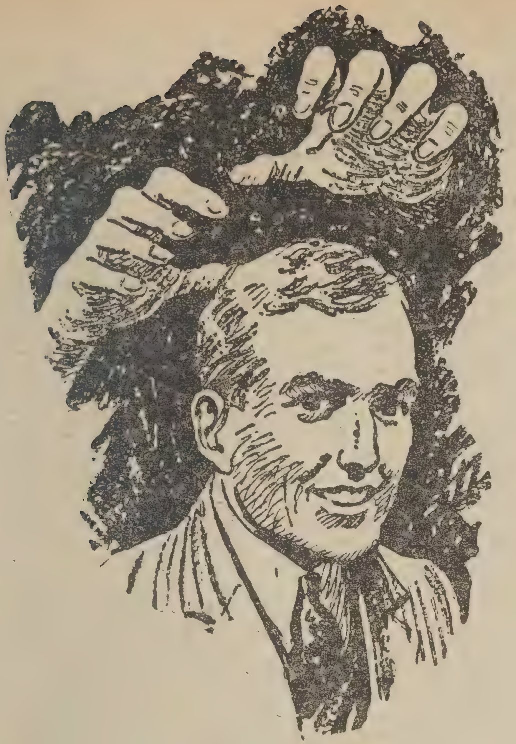
—Mi juramento a Buda y su gran sacerdote me impidee contestar la pregunta que usted me hace — contestó Errell gravemente. — Pero puedo asegurarle, eso sí, que en todo eso no hay nada de sobrenatural.

Y no volvieron a hablar más del asunto.

SI SU VENDEDOR NO LE RESERVO SU EJEMPLAR DE "PUCKY", SOLICITELO A LA ADMINISTRACION

AVENIDA DE MAYO 662

BUENOS AIRES



LOS MELLIZOS VENGADORES

Por

JOHNSTON Mc CULLEY

(Conclusión)

Despojados de su fortuna por seis financistas sin escrúpulos, los hermanos Pedro y Pablo Selbon, conocidos por "Los Mellizos Vengadores" deciden atacar primero al jefe del sindicato, Darnton Trede y luego a los demás. Descubren que hay otra persona enemiga de Trede, el joven Martaman, novio de la hija del financista. Este, que tiene otros proyectos para su hija, hace aparecer culpable de un robo a Martaman, ayudado por su secretario Emilio Brahl y un detective bribón, llamado Milton Griff.

Después de varias hazañas, los mellizos logran penetrar en la casa de Trede y allí averiguan que el financista cree realmente culpable a Martaman porque ha sido, a su vez, engañado por Brahl, el secretario. Los mellizos consiguen de Trede un papel donde consta la inocencia de Martaman y luego hacen que Brahl revele donde están las joyas, de cuyo robo se acusaba al novio de Carolina, la hija de Trede.

XIV

De pronto, Pedro Selbon apartó a Brahl y colocó una mano sobre la boca para impedirle gritar. La puerta de calle había sido abierta. Entraban hombres en el hall inferior. Sobre el murmullo de voces, reconoció Pedro la del detective Milton Griff. Un segundo más tarde vió a Griff, a un detective de la policía y a un cabo uniformado.

Griff había abandonado, aquella noche, el café y la vecindad de la casa de departamentos completamente convencido de que los mellizos no podrían salir sin ser seguidos por uno de sus hombres. No esperaba siquiera que lo intentaran. Imaginó que no se moverían tan pronto, después de lo ocurrido aquel día. Dentro de un día o dos, si. Pero Griff juzgó que esperarían hasta que pensaran no eran tan celosamente vigilados.

Griff era un hombre para quien la media noche y el medio día eran una misma cosa, cuando había que hacer. Dedicaba sus esfuerzos a encontrar al fugitivo James Martaman. Dirigió a sus hombres en la pesquisa y empezó por el edificio donde Martaman había sido retenido prisionero. Si no conseguía apoderarse pronto de Martaman tendría que oir algunas cosas desagradables de parte de Darnton Trede y de los otros.

De modo que Griff no se retiró a su casa a descansar. Siguió a Martaman en todos los sitios donde le parecía que había probabilidades de encontrarlo. Por lo tanto, la noticia del incendio que los mellizos habían simulado para poder escapar, no llegó tan pronto a sus oídos. Fué después de la una que, habiendo telefoneado a uno de sus hombres, se enteró del suceso.

—No fué gran cosa el incendio — díjole el hombre a Griff — Unos montones de basura que se quemaron en el último piso. Ya está todo tranquilo.

—¿Y los mellizos?

—Ninguno de nosotros los ha visto. Vigilamos las salidas durante el incendio. Me pareció ver luz en el departamento de ellos; pero ahora está a obscuras.

El detective Milton Griff estaba cansado y tenía sueño. Decidió que los mellizos es-

taban en su casa durmiendo. Se dirigió a la estación de policía más próxima para charlar unos minutos con el sargento.

Cuando Griff se despedía, se produjo una alarma. Una luz se encendió avisando a la estación de policía que ocurría algo en la casa de Darnton Trede.

Instantáneamente nacieron mil sospechas en la mente del detective Milton Griff.

Acompañó a los hombres de la estación. Como ex-policía podía hacerlo.

Fueron en dos autos; se detuvieron en la esquina y entraron al terreno, donde los serenos les salieron al encuentro. Griff oyó el cuento de los tiros misteriosos oídos más temprano.

—Os han burlado — gritó con rabia — Algo ha ocurrido en la casa Trede consiguió trasmitir la alarma a la estación. Cuidado ahora; no hagais ruido Vosotros serenos, rodead el edificio. Nosotros entraremos por la puerta del frente.

Griff y los tres oficiales subieron a la galería y se dirigieron a la puerta del frente. Por la puerta, Griff no podía ver nada. Advirtió que había luz en una de las ventanas de la biblioteca y se dirigió apresuradamente hacia allá. Había una rendija a un costado del postigo y Griff miró por ella.

Lo que vió lo hizo entrar en acción rápidamente.

—Un hombre enmascarado tiene detenidos en la biblioteca a Trede y a su hija — dijo. Dos de vosotros quedaos junto a la ventana y apresadlo, si sale por ella. Nosotros echaremos abajo la puerta del frente.

Parecía que Griff se había puesto al frente de la policía.

La puerta del frente de la casa de Trede era una obra de arte; pero no estaba construída para resistir un terrible choque.

Milton Griff era hombre grandote y de fuerza. Retrocedió y lanzóse luego contra la puerta, que tembló y crugió. Se lanzó por segunda vez, saltó la cerradura y la puerta se abrió. Griff y los tres hombres penetraron en el hall.

Pero Pablo Selbon había oído el ruido que produjo la puerta al ser forzada. Corrió rápidamente a la pared y apagó las luces de la biblioteca. Una mirada dirigida al hall bastó para apreciar el estado de las cosas.

Atravesó corriendo la biblioteca hasta la puerta del cuarto del secretario, derribando a Darnton Trede al hacerlo. Los gritos de Trede eran tan fuertes que ahogaron las preguntas frenéticas de Milton Griff. Pasó algún tiempo antes de que las luces fueran encendidas de nuevo.

—¡Se ha ido! — chilló Griff — ¡Detenedlo! Registrad la casa. Los otros lo agarrarán, si salen afuera..

Fué aquello un pequeño error de parte del detective Griff. Informó a los mellizos de que los serenos estaban alerta, prontos para detenerlos. Pablo, que había corrido hacia las escaleras del fondo, se detuvo, procurando localizar a Pedro. Los gritos que resonaban al fondo de la casa le dijeron que sería fútil procurar huir por el subsuelo. Subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso.

Pedro se dió vuelta y vió a su hermano al otro extremo del hall. Vió también dos policías que empezaban a subir las escaleras del frente. Pedro agarró a Emilio Brahl, lo tiró escaleras abajo, contra los oficiales y luego corrió al fondo de la casa.

Los mellizos se encontraron en el fondo del corredor. Ambos extremos de éste estaban bloqueados. Ellos no deseaban sostener un duelo a pistola. Nunca habían recurrido a aquel extremo violento, ni aún cuando peleaban contra los Seis. Y perderían, si lo hacían ahora, porque todo se conjuraba en contra de ellos.

—¡Por aquí! — dijo Pedro.

Abrió la primera puerta que encontró y Pablo entró, detrás de su hermano, a una habitación. Cerraron la puerta con llave. Pedro encendió su linterna. Estaban en un cuarto de huéspedes.

—¡El lado obscuro de la casa! — murmuró Pedro — A la ventana. . . ¡pronto!

Los policías estaban afuera, en el hall. Se llamaban unos a otros, estimulados por las órdenes que daban a gritos Milton Griff y el inspector detective. Se oían también los gritos roncos de Darnton Trede. Pablo corrió la ventana más próxima y la levantó lo más silenciosamente posible. Los mellizos miraron hacia afuera.

Como había dicho Pedro, aquel lado de la casa estaba a obscuras. Debajo de ellos, en el piso más bajo, no había ventanas.

—Hay un caño que baja del techo — murmuró Pablo — Una enredadera sube por él. ¿Nos arriesgamos?

—Si — dijo Pedro. La policía había empezado a registrar las habitaciones de ese piso. Pronto llegaría allí.

Pablo pasó por la ventana, se agarró al caño y empezó a deslizarse. Se desolló las manos. La viña se rompía con su peso. Si no hubiese sido por el tumulto se hubiera oído, desde abajo, el ruido.

Afortunadamente, la distancia no era grande y podían dejarse caer en los últimos pocos pies. Pero Pedro esperó hasta que Pablo estuviera a mitad de camino, antes de empezar a bajar él. Le pareció que el caño no era suficientemente fuerte para resistir el peso de los dos. Los policías intentaban abrir la puerta cuando él se deslizó por encima del antepecho y se agarró al caño.

Encontrarían la ventana abierta no bien entraran al cuarto y Pedro suponía que echarían abajo la puerta. Llegó al suelo en la mitad del tiempo que había empleado Pablo y luego, uno junto al otro, se agacharon en la obscuridad.

—¡De pie! Vamos a correr el riesgo. ¡Firmes!

Sacó el automático de su bolsillo y disparó dos veces hacia la obscuridad.

—¡Allá van! — gritó, corriendo a corta distancia de la casa, con Pablo pegado a sus talones — ¡Allá van, hacia la avenida!

Disparó otra vez en la noche y Pablo lo imitó. Los serenos creyeron que eran de los suyos. Empezaron a hacer fuego, aunque tenían tanto blanco como los mellizos. Corrieron hacia la avenida y los mellizos.... hacia la calle lateral.

—¡Qué escapada! — exclamó Pablo — Griff va con los serenos.

—Y no estamos fuera de peligro todavía — le advirtió Pedro — Nos hallamos en medio de él. Esta vecindad no es segura ahora para nosotros. Vamos a casa y a la cama.

Pedro guiaba. Iban de sombra en sombra, llegaron a la pared y la escalaron. Por un momento se quedaron allí, escuchando los ruidos de la cacería.

—Necesitamos un auto — dijo Pablo.

—¿Por qué no apoderarnos de uno? Ven conmigo.

Una vez más guió Pedro. Se deslizaron a lo largo de la pared hasta que llegaron a la esquina de la avenida. A corta distancia de ellos estaban los autos de la policía. Uno estaba vacío. En el otro había un chauffeur de la policía, parado en el estribo, procurando ver lo que pasaba.

—¡Qué cosa! — exclamó Pablo.

—¿Por qué no? — preguntó Pedro.

—La policía y Griff nunca nos lo perdonarán; pero lo haremos lo mismo.

—Sólo uno de nosotros, viejo. Nadie tiene que vernos juntos. Yo haré el trabajo. Tu esperarás aquí, en la esquina, y yo vendré a buscarte.

Sin esperar respuesta, Pedro se adelantó entre las sombras. Llevaba todavía puesto el antifaz y la pistola en la mano. El chauffeur de la policía le daba la espalda. Se hallaba muy interesado en el tumulto que había en la casa de Trede, esperando a cada momento que lo llamaran para entrar en acción.

Pedro arrojó a un lado a Brahl y le tapó la boca para que no gritara.

—¡Manos arriba! — le ordenó una voz dulce.

El chauffeur se dió vuelta rápidamente con una exclamación de sorpresa en los labios. Vió ante él un hombre enmascarado que le apuntaba al corazón con una pistola

—No¡No sea tonto! — le dijo Pedro — ¡Tírese al suelo! ¡Pronto!

De su propio bolsillo sacó Pedro un par de esposas. Con unos pocos y rápidos movi-

mientos sujetó las manos del chauffeur a la espalda.

—Ahora grite, si quiere — le dijo Pedro.

Saltó al auto, hizo funcionar el motor y se alejó. En la esquina, Pablo saltó a su lado. Detrás de ellos el chauffeur gritaba con todos sus pulmones.

—¡Fuera los antifaces! — dijo Pablo — Los guantes también. Los automáticos y las linternas, el cortador de vidrio y el aspirador de caucho. Nos persiguen. No podemos ser sorprendidos con semejante material encima.

Pedro manejaba, mientras Pablo iba desprendiéndose de todos aquellos objetos acusadores. Luego Pablo agarró el volante y Pedro se quitó la careta y los guantes, tirándolos lejos; la pistola y la linterna siguieron el mismo camino.

—¡Qué lástima! — exclamó Pablo, cuando Pedro se hizo cargo otra vez del volante y empezó a manejar como un poseído. Pero no podíamos llevarnos a casa esas pistolas sin tener tiempo para limpiarlas. Griff puede presentarse a hacernos una visita.

A la distancia, detrás de ellos, sonó un pito. La persecución continuaba. Pedro, inclinado sobre la rueda, conducía el auto por el medio de la calle, omo si fuera un coche de carrera. Hizo un loco viraje para no chocar contra un camión de lechero. Tomó por una calle lateral, entró en otra avenida y siguió por ésta.

Un policía les gritó que se pararan. Y les tiró su cachiporra, al ver que no lo hacían. Pablo, mirando hacia atrás, vió el otro auto a la distancia. No había perdido la pista.

—¡Oprime el acelerador! — gritó Pablo — No adelantamos. Y no podemos volver a casa. Sería delatarnos.

Corrieron por calles desiertas. No veían ahora el auto perseguidor; pero oían su sirena.

—¡Corren paralelos a nosotros por la otra calle! — gritó Pablo en los oídos de Pedro.

Se aproximaban a otra calle ancha donde había un taxímetro parado en la esquina de un hotel. Pedro disminuyó de pronto la velocidad, luego arrimó el auto a la acera y paró, donde no había nadie que pudiera verlos.

—¡Un taxi! — dijo. — ¡Vivo, muchacho!

Corrieron hacia la esquina y la dieron vuelta. Ahora cambiaron de maneras. Erán dos jóvenes que han pasado la noche afuera y están ansiosos por volver a su casa.

Subieron al primer auto de la fila y dieron al chauffeur la dirección de un hotel de segundo orden, a una milla de distancia calle abajo. Cuando el taxi emprendía marcha por la avenida, el otro auto de la policía dió vuelta la esquina y pasó junto a ellos.

XV

Pedro se dió vuelta y miró por la ventanilla posterior del auto. El auto de la policía había disminuído su marcha. Pasó por la esquina del hotel y siguió. Fué una suerte; si los hombres hubiesen visto el otro auto abandonado, la persecución hubiese empezado de nuevo furiosamente.

El conductor del taxi parecía resuelto a no perder tiempo y apuró la marcha de su vehículo, sin que los mellizos lo instaran. Ellos se bajaron en la esquina que habían indicado, pagaron el viaje y el taxi volvió a la parada.

—Este no es buen sitio para nosotros, Pedro — dijo Pablo — Cuando el taxi regrese a la parada, ya habrán encontrado el auto abandonado, le harán preguntas al chauffeur y nos seguirán nuevamente el rastro. ¿Por qué elegiste esta esquina, después de todo?

—Porque, nenito, la próxima esquina desemboca en una calle muy concurrida, aún a esta hora de la noche. Podemos tomar allí un taxi que pase. No podrán luego seguirnos la pista desde ninguna parada.

—¡El chico tiene seso! — observó Pablo.

Caminaron lo más rápidamente que pudieron sin llamar la atención. Tomaron casi inmediatamente un taxi que pasaba. Pedro dió al chauffeur una dirección.... no lejos de su departamento.

—Pedro, tenemos que entrar al departamento — le recordó Pablo — Esta aventura ha sido espléndida; pero es preciso que no termine en fiasco.

—¿Fiasco? Linda palabrita.

—Si — dijo Pablo, especialmente a esta hora de la mañana. Me parece que le arreglamos muy bien los asuntos a Martaman; pero... no conseguimos nada para nosotros. No hemos obtenido beneficio de nuestra noche de trabajo.

—¡Oh! No he tenido ocasión de decírtelo — dijo Pedro. Tengo las perlas y diamantes, sin engarzar, de Trede, más un fajo de valores negociables y otro par de fajos de billetes de banco.

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

—¡Felices y celestiales días nos esperan! — exclamó Pablo.

—Mis bolsillos están llenos de botín y me alegraría poder colocarlo en otro sitio.

Cuando lleguemos a casa lo pondrás en aquel escondite, debajo del piso.

—Con mucho placer — dijo Pablo — Pero lo primero es llegar, sanos y salvos a casa. ¡Cómo se regocijaría Griff si nos pescara con todo esto encima!

—¡Cuidado! — previno Pedro — El auto se detenía junto a la acera. Bajaron, pagaron el viaje y miraron irse al vehículo.

Luego tomaron por la calle lateral.

Y ahora iban tan alerta y cautelosamente como cuando se alejaron durante el incendio. Los hombres de Griff podían estar en las inmediaciones, hallarse enterados. Griff podía haberles hablado por teléfono desde la casa de Trede, prevenirlos para que estuvieran alerta.

Dos veces se metieron en un portal obscuro al sentir acercarse a algún transeunte. Una vez pasaron junto a un cabo que se limitó a mirarlos y continuó su camino.

Finalmente llegaron a un tiro de piedra del edificio de departamentos. Luego Pedro habló otra vez.

—La escotilla del techo estará probablemente abierta — dijo — para que salga el humo y el olor del incendio.

—¡Buena idea! — dijo Pablo.

—Pero no podemos llegar allí desde esta esquina. El hombre de Griff, que está en el callejón, nos vería. Tenemos que llegar al otro extremo de la calle y subir a los techos.

—No hay más remedio, supongo — dijo Pablo con acento quejumbroso — No me siento tranquilo mientras tú andas con ese botín en los bolsillos.

Siguieron apresuradamente calle abajo, sin encontrar a nadie y se aproximaron al edificio por la otra calle del costado. En la esquina del edificio había una escalera de incendio y podía llegarse a ella desde el suelo. Pedro saltó primero y desapareció en la obscuridad. Pablo lo siguió. Tuvieron que pasar por dos sitios que iluminaba la luz de la calle; pero, evidentemente, nadie los vió. En los descansillos tenían que moverse lo más silenciosamente posible. El ser tomados por ladrones y recibir algún balazo no entraba en el programa.

Finalmente pasaron por encima del parapeto hasta el techo y se detuvieron un momento a descansar. Pero sólo un instante. El tiempo era ahora precioso para ellos. Pedro condujo a través del techo y de allí al edificio adjunto. Atravesaron este y llegaron al particular donde estaba lo que llamaban su "home". Aquí se encontraron con una pared de varios piés de altura.

No existían ventanas ni sitio donde apoyar el pié. Pero en la esquina había un caño de desagüe. Pedro miró hacia abajo y se extremeció. No era fácil trepar por aquel caño; un resbalón significaba muerte segura.

Pablo pareció comprender su vacilación.

—No hay más remedio, Pedro, viejo — murmuró — No podemos entregarnos ahora.

Pedro se abotonó el saco y empezó. No tenía más que hacer unos pocos piés; pero cada uno de ellos estaba lleno de peligros. Que se soltara una mano o un pié y era la muerte. Pero llegó al final y trepó por encima del parapeto. Pablo lo siguió.

Ascendió, un pié por vez, agarrándose al caño y a las grampas que lo sujetaban. Una vez se le deslizó el pié; por un instante se quedó casi sin aliento, experimentando una sensación de mareo. Pero finalmente llegó también y la mano de Pedro le ayudó desde arriba.

¡Ahora corrieron por el techo hacia la escotilla. Estaba abierta, como lo esperaban. Todo obstáculo parecía haber desaparecido ahora; pero todavía no estaban en salvo. Tenían que evitar ser vistos por cualquiera que se hallara en los corredores. Tenían que llegar todavía a su departamento.

Bajaron apresuradamente la escalera de metal hasta el piso alto, luego se dirigieron a la escalera del fondo. Escalón por escalón, fueron descendiendo lo más ligero y silenciosamente que pudieron. Llegaron al piso de ellos y suspiraron aliviados al ver el corredor desierto. Un momento después estaban adentro.

—¡Pronto! — dijo Pedro.

Pablo entendió lo que quería decir. Pedro sacó el botín de los bolsillos y lo puso sobre una de las camas. Pablo se lo llevó rápidamente. Pedro empezó a desvestirse. sin prestar atención a Pablo. Lo más pronto que pudo se puso el pijama. El traje negro fué colgado, entre los demás del armario.

Al darse vuelta del armario vió a Pablo, que también se estaba poniendo el pijama. Pedro se metió en la cama, sin decir palabra, se dió vuelta, revolvió las ropas y aplastó la almohada. Un minuto después, Pablo estaba también acostado y hacía lo mismo. Pedro apagó la luz.

—¡Gran botín! — murmuró Pablo — Y será fácil negociar esas perlas y diamantes, así como los valores. Darnton Trede nos ha pagado... por lo menos en parte. Y hemos arreglado el asunto de Martaman.

—Puedes añadir que hemos pasado por momentos emocionantes — dijo Pedro. — La vida del malhechor tiene, sin duda, sus inconvenientes. Voy a ser hombre honrado por un mes o cosa así.

—¡Sí! Asalto, robo, incendio... Ayudamos a escapar a un preso, robamos un auto a la policía etc. etc. Y todo por cobrarnos de Darnton Trede. Estoy seguro de que consentirá en que su hija se case con Martaman. Se lo tiene merecido. Quiero decir lo que le ha pasado a Trede.

—¡Tengo hambre de sueño! — dijo Pedro — La reacción se produce. Espero...

Sonó el timbre de la puerta.

—¡Lo sabía! — exclamó Pedro No teníamos tiempo que perder. Nos seguían la pista.

No deje de comprar

EL DIARIO

DECANO DE LOS DIARIOS DE LA TARDE

si quiere convencerse de que su información insuperable abarca todos los hechos sucedidos en el mundo hasta las 16 horas

ADMINISTRACION: AVENIDA DE MAYO 662 BUENOS AIRES

XVI

El primero en levantarse fué Pedro. Pablo encendió la luz. Se miraron el uno al otro rápidamente, se alborotaron el cabello un poco más y miraron las ropas de la cama para ver si estaban bien arrugadas. Todo parecía indicar que los mellizos habían dormido ya un sueño.

El timbre volvió a sonar. Pablo fué el que tomó la delantera ahora. Fué al pequeño hall y de allí a la puerta de entrada, seguido a corta distancia por Pedro.

—¡Rayos y Centellas! — gritó Pablo como para que lo oyeran desde el corredor — ¿Qué pasa ahora? ¡No se puede dormir aquí! ¿Quién és y qué quiere? — dijo esto último con acento enojado.

—¡Abra la puerta! — contestó la voz del detective Griff.

Pablo se dió vuelta y le hizo un guiño a Pedro.

—¿Y por qué voy a abrir la puerta? — preguntó al hombre que estaba afuera — ¿Qué estupidéz se le ocurre ahora? No puede dejar dormir en paz a la gente?

—¡Abra la puerta! — ordenó nuevamente Griff.

—Bueno... supongo que no tendré más remedio que hacerlo, si no despertará usted a todo el mundo.

Pablo abrió la puerta y Griff, con un par de policías uniformados entró al hall.

—Y bien Griff ¿qué es lo que quiere? — preguntó Pablo — Ciertamente nos quejaremos a nuestro abogado. Ya esto pasa de castaño obscuro. No es posible dormir. Primero una alarma de incendio, un grupo de estúpidos inquilinos que ha metido un alboroto durante una hora o dos y ahora ¡usted!

—¿No habéis salido del departamento esta noche? — preguntó el detective Griff.

Ciertamente, no. — dijo Pedro con seriedad — Tuvimos un principio de incendio, como lo ha dicho mi hermano. Un incendio en el último piso. Todo el mundo se alborotó. Naturalmente que no nos quedamos en el departamento. Salimos a ver el fuego ¿Y por qué habríamos de quedarnos en el departamento, si quisiéramos salir? Tenemos el derecho de entrar y salir cuando se nos antoje ¿si o nó? ¿Está usted loco, Griff?

—No, no estoy loco — dijo Griff — ¿Cuanto tiempo hace que os acostasteis?

Y a usted qué se le importa? — intervino Pablo — Pero puedo decirle esto: nos hemos dormido todo lo que deseábamos. Entre los bomberos y usted no nos han dejado dormir mucho ¿Quiere decirnos el motivo de su visita? ¿Le gusta tanto nuestra compañía? Tráigase aquí sus cosas y le prepararemos una cama.

—No estoy aquí para escuchar una sarta de estupideces — estalló Griff.

—No veo entonces para que está ¿Usted nunca duerme, hombre de Dios?

—Esta noche hubo un robo en la residencia de Darnton Trede — dijo Griff

—¿Y qué hay con eso? — preguntó Pablo — ¿Cree usted que nosotros somos los ladrones? ¡Váyase al infierno, Griff! ¿Cómo podemos serlo? ¿No tiene un pequeño ejército de hombres vigilándonos, a fin de que no podamos salir de aquí sin ser seguidos?

—¿Le robaron a Trede? — intervino Pedro — El puede permitirse perder. Pero no somos tan amigos suyos como para que venga usted a esta hora de la noche a contarnos las desgracias de Trede, Griff.

—Trede fué instrumento en vuestra ruina, muchachos.

—Así es — dijo Pedro.

—Y ayer por la tarde uno de vosotros ayudó a escapar a Martaman.

—¿Puede usted probar eso? — preguntó Pablo dulcemente.

—Traigo conmigo a alguien que puede hacer cesar sus bromas en pocos minutos.

El inspector-detective habló a su vez.

—Traigo una órden para registrar el departamento — dijo.

Si aquello preocupó a los mellizos — y los preocupó — no lo demostraron ni en sus rostros ni en sus modales.

—Vea, Griff, y usted también, Inspector, esto pasa ya de los límites. Usted, Griff, nos persigue porque nos tiene rabia. Voy a ver a nuestro abogado no bien se abra su oficina. Pondremos término a esto ¿Va usted a registrar el departamento?

—De arriba a abajo — declaró el inspector — Aquí está la orden.

—Hágalo, entonces. Insúltenos y prívenos de dormir. Pero lo pagará. Hay tribunales en este país.

Ahora bien, estos no eran los modales acostumbrados de los mellizos y Griff lo comprendió. Si hubieran tenido parte en el asalto se hubieran mostrado recelosos. Pero puesto que se enojaban, la cosa era distinta.

Pero Griff había ido ahora demasiado lejos para retroceder. Hizo una señal con la mano a los dos policías que había traído consigo.

—Cumplid vuestro deber — les dijo — Empezad por la cocinita y no dejéis nada por mirar.

Griff siguió a sus hombres y vigiló el registro. Pedro y Pablo, se pusieron sus batas y los siguieron. En la cocinita no había nada. Ni tampoco en el hall del fondo. Luego Griff condujo a los hombres al dormitorio.

—He recibido informes — dijo Milton Griff — de que vosotros, muchachos, hicisteis construir hace algunos meses, con un carpintero, un escondite en el piso de este cuarto. Buscaremos eso primero.

Pedro continuó sonriendo; pero el corazón le pegaba contra las costillas. Pablo había dado vuelta la cara y Pedro no podía cambiar miradas con él ¡Pablo había puesto el botín de lo de Trede en aquel escondite!

Y si Griff conocía el secreto del escondrijo, hallaría las perlas y los diamantes, el dinero y los valores. Serían inmediatamente arrestados. La prueba era concluyente.

Pedro tuvo la visión de la cárcel, de largos años pasados allí ¿Los habían acorralado al fin sus enemigos? Era inútil entrar en pelea ¿Cómo podrían, aunque dominaran a Griff y a los policías, salir triunfantes? Si huían, los agarrarían pronto.

Si Griff encontraba el botín, todo había terminado. Ningún jury tendría en cuenta sus motivos. El jury se atendría únicamente a los hechos. Y los hallaría culpables de asalto, robo y aún de otros delitos.

Griff dirigióse a un rincón de la pieza y retiró la alfombra. Arrodillóse y tanteó las tablas. Probó una por una hasta que halló la corrediza. Y entonces levantó una parte del piso, como de un pié cuadrado.

Pedro, sintiéndose repentinamente mareado, tratando desesperadamente de hallar una escapatoria, recostóse contra el pié de una cama. Por un instante le dió vuelta la cabeza. Esperaba las palabras de triunfo de Griff, las esposas. Luego comprendió que Pablo estaba hablando.

—¡Cuanta molestia, Griff! Puede buscar hasta que se le congestione la cara. No encontrará nada de interés ahí. Ciertamente que tenemos ese escondite. A veces guardamos ahí papeles de negocios.

—¿Y por qué no tenéis una caja de hierro? — preguntó Griff.

—Eso es también cuenta nuestra — exclamó Pablo — Continúe su registro y váyase de una vez a fin de que podamos dormir. Y ya se entenderá luego usted con nuestro abogado.

Entonces comprendió Pedro que el botín no estaba en aquel sitio. Pero se hallaba dentro del departamento y Griff terminaría por hallarlo. No abandonaba la búsqueda. El y el policía empezaron a revolver todo de nuevo.

Registraron los armarios, descolgaron las ropas, revolvieron los cajones.

Finalmente Milton Griff se detuvo, decepcionado.

—¿Está satisfecho? — preguntó Pablo.

—Nunca estaré satisfecho hasta que no lo pesque, jóven.

—Habla usted cómo si fuéramos un par de malhechores — dijo Pablo — Basta de esta estupidéz. Podría por lo menos tener la decencia de disculparse.

—¿Disculparme? — rugió Milton Griff— Cuando sé tan bién cómo usted...

—¿El qué? — preguntó Pablo — ¿Va usted a acusarnos de algún crimen? Asegúrese de que pueda sostener sus acusaciones. ¿Va a introducirse en nuestro departamento y ponerlo patas arriba cada vez que se cometa un robo?

Griff sabía que no era momento para discutir. Atravesó el pequeño hall y se dirigió a la puerta de salida, seguido por los policías. Pedro y Pablo lo siguieron y Pablo continuó su andanada.

—¡Usted sabe esto y aquello! Primero pone guardias en torno del edificio para que nos sigan cuando salimos. Luego viene a decir que hemos cometido un delito ¿Hay sentido común en esto?

—Yo se lo que se — declaró Griff.

—Y yo tengo mis dudas si lo sabe usted o no — le dijo Pablo — Ahora vamos a acostarnos de nuevo y que el cielo ayude a la persona que nos derpierte antes de que hayamos dormido ocho horas.

Pablo cerró la puerta, de un portazo, detrás de Griff y los Policías.

—¿Pero... dónde... dónde...? — tartamudeó Pedro.

—¡Qué cosa curiosa es el instinto! — dijo Pablo en voz baja, mientras volvían al dormitorio. — No puedo explicarlo, no podré. Tenía toda la intención de meter el botín en el escondite y algo pareció advertirme que no lo hiciera.

—¿Y qué hiciste con él?

—Lo metí dentro de la bolsa de la ropa sucia, viejo. Con las camisas, cuellos y pañuelos sucios. Y Griff rozó la bolsa y no se le ocurrió mirar adentro de ella. Estaba mismo frente a sus narices. ¿Quién va a guardar joyas y valores en una bolsa de ropa sucia?

—¡De veras! — exclamó Pedro.

—Temo que el señor Griff sea culpable de laissez faire.

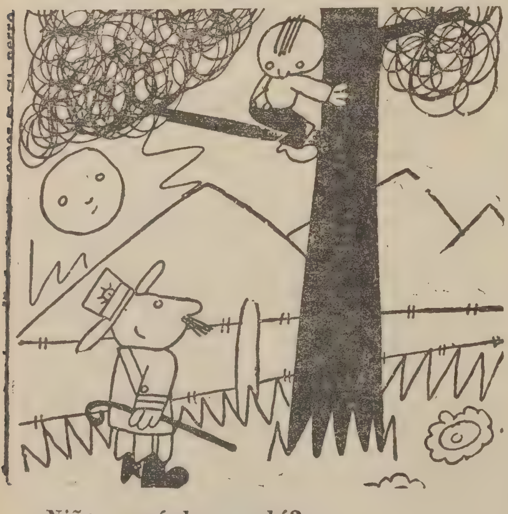
—¿Cómo?

—Laissez faire — repitió Pablo — Negligencia.

—¡Oh si! Comprendo. Es una excelente palabra.

—Una buena palabra para dormirse pensando en ella — admitió Pablo — Hemos tenido un día de mucho trabajo y... muy feliz.

FIN



—Niño, ¿qué haces ahí?

—Nada, buscando mi barrilete que se me ha enganchado aquí.

—¡Pero si hace tres semanas que ocurrió eso!

—Sí; pero es que todavía no estaban maduras.

EL APACHE

Por JOHN G. BRANDON

(Conclusión)

V

DECEPCION

Era característico del inspector Mc Carthy que, aunque peleara solo, nunca desdeñaba cualquier ayuda eventual que pudiera proporcionarle informes.

Aunque había insistido en que se convirtieran en personas respetable y en llevar a Alelí a cenar a uno de los cafés más famosos de los boulevares, apenas el gran edificio que albergaba a los oficiales de la Suseté abrió sus puertas cuando llevaron a M. le Chef la tarjeta del inspector Mc Carthy. Dos minutos más tarde. Mc Carthy seguía a la tarjeta.

Retrocediendo un poco, diremos que Marcos Gilliver no se hizo de rogar mucho para acompañarlo a cenar a Mc Carthy. Lo que éste ofrecía era siempre bastante bueno, cuando el amable destino decretaba que lo hallara a su paso. Y no quedaba duda de que Alelí empezaba a tomarle gran afecto a Mc Carthy. Sin saber de él mucho más de lo que cualquier ladrón de alta clase sabe del hombre cuya misión es perseguirlo, siempre había simpatizado con Mc Carthy por sus modales corteses y francos, aún con un hombre a quien, en cumplimiento de su deber, pondría las esposas si era necesario.

Pero en el Mc Carthy que, sin advertírselo, vino a París, halló un diablo audaz, insospechado, un hombre capaz de correr cualquier riesgo, cuando se trataba de solucionar un caso que tuviera entre manos. El hombre que podía atacar en pleno corazón al París Apache, conquistarlo, derrotando a sus ciudadanos más peligrosos, se había ganado todo el respecto de Marcos Gilliver. El, que conocía bien los locales y su gente, sabía el gran peligro que corría el hombre de Scotland Yard en todo momento, disfrazado como el super-matón de Marsella.
Desde el momento en que él — el Alelí — le contó a Mc Carthy que hubiera jurado haber visto a la fea Hortensia disfrazada de hombre, en el café du Rat Mort, el detective se había introducido en los abismos de Montparnasse buscando su rastro, lo hizo con resultados que Alelí nunca hubiera creído posible obtuviera un hombre que no había nacido ni sido criado en aquel mundo del crimen. Para un inglés, hubiera sido completamente imposible; al parecer, para un irlandés — italiano, nacido en el Soho, nada lo era.

Al ver lo que le pareció Hortensia disfrazada de hombre, después de conocer aquel crimen de Londres de que, al parecer él únicamente estaba enterado. Alelí pensó larga y profundamente en su frustrada tentativa para apoderarse de las joyas de la condesa D'Auray y en aquella hermosa mujer cobardemente asesinada por medio de un puñal que tenía tan extraña marca.

Lentamente y con amargura empezó a darse cuenta no sólo de que había fracasado, si no de que su fracaso era obra de una pandilla de malhechores más hábiles que él. Cuando a su propia convicción se añadió el relato que Mc Carthy le hizo del asesinato de Davis, seguido por la misteriosa desaparición de las joyas y de sus falsas propietarias, aquella convicción convirtióse en certidumbre. Fué una certidumbre muy desagradable. El orgullo artístico de Alelí había sido más que ajado.

Siguió pensando y pensando. Luego, de pronto, decidió Alelí derrotar a los que le habían derrotado. Conseguiría aquellas piedras aunque lo sentenciaran a prisión perpetua en la Isla del Diablo. Estaba seguro de que se hallaban en París. Y empezó sus trabajos subterráneos entre los "reducidores" para descubrirlas. El las conocía. Alelí no había concedido tres meses de su valioso tiempo a estudiar una colección de joyas para confudirlas, ya estuvieran engarzadas o sueltas. Pero los "reducidores" — hombres realmente ricos — conocían a Alelí y hubiesen confiado más en él que en cualquier otro sujeto de su calaña, no pudo encontrar entre ellos rastros de las piedras. Gilliver pensaba que, estuvieran donde estuviesen las hermosas joyas de la condesa D'Auray, por las cuales había sido asesinada, se hallaban todavía intactas, Antes de mucho tiempo encontraría su rastro en alguna de las ciudades de Europa y entonces. . . .

En esto Alelí no creía traicionar a Mc Carthy. El pacto entre ellos había sido simple y recto. En Inglaterra, renunciaría a las joyas; en el extranjero se aprovecharía de la primera oportunidad favorable para apoderarse de ellas. Lo que Mc Carthy quería, primero y principal, era la persona que había asesinado a su compañero de Scotland Yard y que, con toda probabilidad, era el mismo que había matado a la condesa D'Auray, tirándoles después un cuchillo destinado a uno u otro de ellos.

Pero Alelí no se hacía ilusiones. Si Mc Carthy lograba descubrir las joyas y podía devolverlas al que probara ser su legítimo propietario, lo haría, pese a los favores recibidos o hechos. Era un convenio tácito y caballeresco entre ellos y Alelí pensaba cumplirlo al pie de la letra. Todo sus conocimientos del bajo fondo parisiense estaban a la disposición de Mc Carthy, porque él mismo se sentía lleno de horror ante el recuerdo del crimen brutal del hotel Marroquí... de los dos crímenes, para hablar con propiedad. Aunque, mientras piloteaba al audaz Mc Carthy por el Bajo Fondo, tuvo que confesarse que el cervátil y despreocupado

detective le había dado más de una sorpresa. Más aún: aquella personificación del Hombre de Marsella le había hecho, literalmente, parar el pelo.

Cuando envió su tarjeta al hombre de ojos de lince y cara severa, que durante tantos años había sido terror de los criminales franceses, Mc Carthy tenía un único propósito; enterarse si entre las pandillas de malhechores que infectaban París o sus alrededores había alguna que usara, como símbolo un as rojo, ya para identificarse entre ellos, ya para dejar el sello en su siniestro trabajo. Pero entre tantos emblemas extraños registrados por los oficiales de la Sureté, no había ninguno que tuviera la forma del rombo rojo encontrada en el mango del puñal.

Mc Carthy no vió a M. Le Chef en persona — se hallaba ausente — pero su ayudante estudió con detención la siniestra arma, que Mc Carthy había colocado delante de él con meticuloso cuidado. Mc Carthy, por propósito particular, se había abstenido de mencionar el asesinato de la mujer francesa en el hotel Marroquí — aquello hubiera traído una avalancha de pregunta importunas que no estaba dispuesto a contestar — Citó sólo el asesinato de Davis con aquella arma.

De pronto el prefecto ayudante corroboró lo que le habían dicho a Mc Carthy en la Yard.

—Es un arma de origen oriental — afirmó — cuando era joven serví en la policía franco indo china. He visto muchos de esos cuchillos en Annam y en Tonkin. Particularmente en Hanoi, los vi en los teatros de variedades.

—¡En los teatros! — exclamó Mc Carthy asombrado.

—¡Pero, si, señor! Este cuchillo es del mismo modelo que los arrojados por los juglares chinos en sus números. No la marca, naturalmente, si no la forma y la clase. Es uno de los modelos más antiguos de cuchillos chinos, como también el arte de los juglares constituye una de las diversiones más antiguas y estimadas entre el pueblo chino. Se trasmite generalmente de generación en generación, en las familias. Y casi siempre incluyen los juglares entre sus habilidades el lanzamiento de cuchillos.

Y es maravilloso como lo hacen también.

Aquella respuesta hizo pensar furiosamente a Mc Carthy.

—Han visitado muchas de esas compañías París, en años recientes? — preguntó, añadiendo luego — ¿No habrá quedado aquí alguno de sus miembros?

El prefecto movió la cabeza con gran certidumbre.

—No, porque nosotros los hubiéramos vigilado — dijo ceñudo — No somos tan hospitalarios como los ingleses con los amarillos. — A no ser. — añadió con risa cínica — que se trate de potentados que tienen mucho dinero para gastar.

—¿Entonces se suprimen las retricciones? — preguntó Mc Carthy sonriendo.

El prefecto le devolvió su sonrisa.

—París rehusa la admisión del que no tiene dinero para gastar — dijo francamente— Nuestra misión es ver que se conduzcan bien — pensó un momento — Lo más que puedo hacer para ayudarlo, monsieur, es comunicarlo con el hombre de nuestro servicio que tiene a su cargo los teatros y music-halls. El conoce a todos los artistas, sabe quienes son, de donde vienen y adonde van. Y procura que se vayan, a no ser que estén ocupados honradamente en su profesión aquí. El le dirá quien fué el último lanzador de cuchillos que estuvo en París y si era oriental o no. Pero le prevengo que si cree que alguno de esos juglares ha abandonado su compañía y permanece entre nosotros, va a sufrir una decepción.

—Correré el riesgo — dijo Mc Carthy y se preparó para dirigirse a la oficina donde debía consultar al perito en la materia. Por una u otra razón no tenía muchas esperanzas; los miembros de una compañía de juglares eran peces muy chicos para ocupar el pensamiento de los grandes hombres del Servicio de Sureté.

En lo cual Mc Carthy se equivocaba, porque hasta el gamin más hambriento y desarrapado del arroyo se convierte en persona de importancia para la Sureté en cuanto ha pasado la línea que separa la legalidad del delito.

En el oficial en cuestión — un hombre encantador que hablaba todos los idiomas conocidos y que parecía nacido (como efectivamente lo era) en la escena, halló una verdadera mina de informes.

¡Oh si! el arma que exhibía el inspector Mc Carthy era muy común entre esa gente y los informes de M. le prefect Assistant eran exactos. En cuanto a compañías que hubieran usado esos cuchillos en sus exhibiciones, durante los últimos años, había habido muchas. En realidad, todas las que incluían ese número en su repertorio usaban cuchillos semejantes. Pensaba que había entre ellos un balance perfecto que los hacía superiores a todos los demás.

—¿Y el as Rojo?

¿CUAL de los TRES?

Es el título de la novela de género policial y de misterio que servirá para nuestro 4º Concurso Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

¡Ah! esa era otra cuestión. No podía dar opinión sobre su significado. Podría significar cualquier cosa o. . .nada.

Luego empezó a revisar libros de archivos. Llenos con las fotografías publicadas en los diarios de cientos y miles de artistas de circos y variedades, hombres y mujeres. Debajo de cada una había pegado un papelito, escrito a máquina, con los informes respecto al dueño del retrato, que quizá se hubiese resentido al conocer aquella compilación, pero que realmente la ignoraba.

Por ejemplo, debajo de un esbelto joven, de tipo latino, con pantalón ajustado:

"Emilio Variono, artista acróbata, miembro de la Troupe Tagiioni. Pasa por italiano. Su verdadero nombre es Adolfo Vehr, de nacionalidad alemana, ex-oficial del ejército alemán. Sospechoso de espionaje".

Luego seguía una cansadora descripción del hombre, completa en sus menores detalles físicos y costumbres.

Mc Carthy dió vuelta cuidadosamente página tras página. Pero en aquellos cientos de rostros no vió ninguno que pudiera relacionar con los cuchillos que tenía en su poder. Cerró de mala gana el gran tomo. El ruido que hizo repercutióle en el cerebro, como el de una puerta de la que se espera mucho y que nos da en la cara.

Quizá el oficial, que lo observaba atentamente, comprendió algo de la profunda decepción que lo dominaba, aunque trataba de que no apareciera en sus facciones. Recordaba una visita que había hecho a la Yard, en cumplimiento de sus deberes, la cortesía nunca vista hasta entonces con que lo habían tratado. Una especie de sentimiento de fraternidad lo estimulaba en el deseo de ayudar a aquel preocupado oficial, que trabajaba en suelo extranjero.

—Naturalmente, m' sieu, — empezó — mis archivos, por cansadores que parezcan, no son completos. Ni menos infalibles. Hay mucha, mucha de esa gente, que no está catalogada aquí. Y debe haber muchos más informes de los que yo tengo que les conciernen. Pero para obtenerlos, m'sieu, tendrá usted que buscar entre la misma gente de los circos y music-halls. Si logra usted entrevistarse con algún artista veterano del oficio. Tienen realmente una memoria maravillosa para todo lo que se relaciona con su profesión.

—Y sin embargo, — dijo Mc Carthy quizá un poco dudoso — tengo el presentimiento de que los que yo estoy buscando no deben ser muy viejos. ¡Todo lo contrario!

—Razón de más, m' sieu, para que los recuerden. Esos artistas, viejos y concluídos, son terriblemente celosos de los jóvenes, que han usurpado sus sitios en el favor del público. Es casi improbable que no los conozcan.

Un pensamiento repentino se le ocurrió al francés.

—¡Espere un momento! — dijo apresuradamente — Tengo una idea — sacó de un cajón un montón de viejas tarjetas de visita, sujetas con una banda de elástico. Revisólas cuidadosamente, eligió una y se la pasó a Mc Carthy. Este leyó:

"M. León Sobiska. Agente de Variedades" Seguía su dirección en el distrito de Montparnasse.

—Voy a verificar esta dirección — dijo el francés y agarrando el teléfono dió ciertas instrucciones.

—Ahora, este viejo fué en su tiempo uno de los principales agentes de varietés de París. Tuvo tratos con los principales empresarios de variedades de toda Europa, Oriente y hasta América. Estoy casi seguro de que se ha especializado en lo que se llama "números mudos", artistas de trapecio, juglares, etc. Trajo compañías árabes de Túnez, China y Japón. Toda clase de artistas cuyo trabajo era mudo y espectacular y por consiguiente podían trabajar en todos los países que visitaban. Si algún hmbre en París puede ayudarlo, es Sobiska.

VI

M. LEON SOBISKA

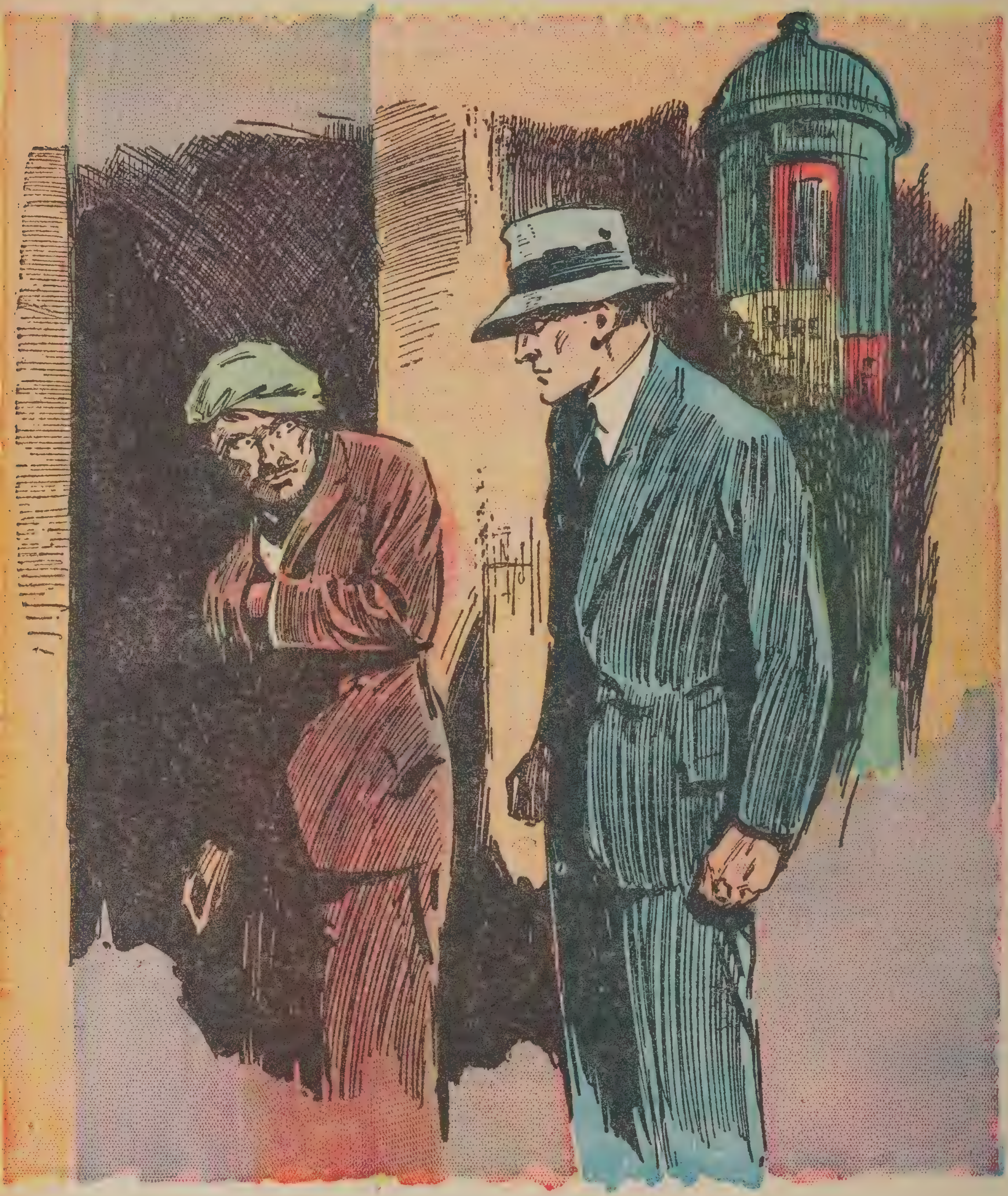
Media hora más tarde, el inspector Mc Carthy estaba sentado en una pequeña salita, cuyas paredes se hallaban literalmente cubiertas, hasta el techo, por fotografías de celebridades del mundo de la escena, manchadas y descoloridas por el tiempo. En armarios, cuidadosamente conservados, había grandes tomos de recortes de diarios, referentes a los hechos, éxitos — y también fracasos — de aquellos personajes, archivo que hacía parecer la colección de la Sureté insignificante.

Encontróse con un viejecito encantador, que había recorrido, en el curso de su carrera, casi todos los países bajo el sol, visto todo y conocido a todo el mundo, por lo menos de su mundo. Mc Carthy, con una especie de remordimiento interior por su duplicidad, le hizo entender que pertenecía a la joven generación de empresarios y que deseaba adquirir sabiduría en la fuente incomparable de M. Subiska, lisonja sútil que trajo una sonrisa a las marchitas facciones del viejo. Esta cortesía fué seguida por una invitación para almorzar en uno de los pequeños cafés más elegantes del Boul Much y Subiska quedó conquistado.

Terminado un pequeño y delicioso almuerzo y con otra botella de vino excelente delante, la prodigiosa memoria de monsieur Subiska entró en actividad. Durante una hora habló de juglares y lanzadores de cuchillos, remontándose a los tiempos del Arca de Noé, según le pareció a Mc Carthy. A la maravillada mente del detective ocurríasele que, al parecer, todo el mundo había sido perito en dicho arte, en un momento u otro. Y también pensaba, sombríamente, que tenía pocas esperanzas de dar con el que buscaba.

—Yo he contratado tiradores de cuchillos, de todas las nacionalidades, en todos los grandes circos del mundo — le dijo el viejo con evidente orgullo — Pero creo que los más hábiles han sido los conocidos por "Los Dos Delvantis", que pasaban por mejicanos.

—¿Un hombre y una mujer, según creo,



El detective vió que la mano del apache buscaba el cuchillo. "¿Andas buscando todavía disgustos, Malliscot?" le dijo.

señor? — preguntó Mc Carthy disimulando el interés que realmente sentía.

—Sobre las tablas y en el circo, sí. Pero fuera de ellos no. Eran dos hermanos— recostóse en la silla y sonrió a sus recuerdos — Es cosa extraña, m'sieu, la vanidad de los humanos y en particular de los humanos de esta profesión. Porque el que insistía en personificar a la mujer. Pierre, era el más feo de los dos, aunque nada se lo hubiera hecho comprender. A sus propios ojos era hermoso como Venus y atrayente como una primera dama. En realidad, era no solamente feo de facciones, si no que tenía una cara dura, m'sieu, la cara de un criminal. Pero en el arte que le interesa a usted, m'sieu, eran únicos. Si se tratara de elegir entre ellos, yo diría que Pierre era el más perfecto de los dos.

—¿Y serían mejicanos? — preguntó Mc Carthy.

Nuevamente se echó a reir Subiska.

—Pertenecían a los albañales de París, m'sieu — dijo riendo —. Pero compraron el equipo de un juglar mejicano, de fama mundial. El As Rojo, así que se presentaban como mejicanos.

Mc Carthy miró a Subiska como si no le comprendiera.

—¡El... el As Rojo!... — murmuró.

El otro miróle también un poco asombrado.

—¡Oui, m'sieu! Era el nombre de teatro del hombre. Todas sus cosas estaban marcadas con el As Rojo. La tabla contra la cual se recostaba la mujer a quien arrojaba los cuchillos, tan cerca que parecía que iban a clavarse en ella, ostentaba un gran as de oros (diamonds). Era un número maravilloso, señor; pero terminó en algo más que emoción... en espanto. Desde lo alto de la galería en el Circo Carre, en Amsterdan el As Rojo arrojó un cuchillo y le atravesó el corazón a la pobre mujer. Unos dicen que estaba ebrio, otros que fué por celos. La verdad nunca se supo, ni se sabrá por que él se mató esa mismo noche. Sus cosas fueron vendidas para pagar los gastos del doble entierro; y esos hermanos Delvanti, Pierre y Joseph, que estaban en ese tiempo en Amsterdam, compraron el equipo y ejecutaron el número, actuando el siniestro Pierre de mujer, como he dicho.

—¿Y dice usted — dijo Mc Carthy en voz baja de la cual no podía reprimir un temblor de emoción—que todas sus cosas estaban marcadas con el as rojo? ¿Todo?

—Todo, m'sieu. Estaba exageradamente orgulloso de su nombre profesional. Hasta sus cuchillos, — extraños cuchillos chinos, que había obtenido en Oriente — estaban marcados con él. Los tuve muchas veces en mis manos, cuando iba a verlo por negocios.

Muy lentamente, Mc Carthy sacó el arma que le habían tirado en Londres, del bolsillo interior de su saco y la puso sobre la mesa, delante del francés ligeramente sorprendido.

—¿Es éste uno de esos cuchillos? — preguntó tranquilamente.

Subiska dirigió una mirada, larga y penetrante, al arma siniestra. Luego hizo una rápida y afirmativa inclinación de cabeza.

—Sin ningún género de duda, m'sieu.

Mc Carthy sacó otro... el que le había quitado al desvanecido Malliscot el Rojo.

—¿Y este?

—Compañero del otro. Ambos cuchillos pertenecieron al As Rojo.

—¿Y fueron comprados en el remate por esos hermanos Delvanti?

Nuevamente M. Subiska encogió sus flacos hombros.

—Puesto que lo compraron todo ¿por qué iban a dejar los más importante... de las herramientas de su profesión?

—Es cierto. No queda duda ninguna. Y ahora ¿donde estarán esos hombres? ¿Hay alguna fotografía de ellos entre su maravillosa colección?

—Un retrato propiamente dicho, no. Pero creo que tengo una de sus facturas, ilustrada con una fotografía de ambos, con los trajes que usaban para el número. Si lo encuentro, verá usted al mayor, Pierre, como es la mujer más fea del mundo.

Casi después de buscar una hora dentro de un cajón, lleno de papeles viejos, m'sieu Subiska desenterró una carta doblada que, después de mirarla, pasó a Mc Carthy.

Con un movimiento de sorpresa, que no pudo reprimir, Mc Carthy vió con un traje pintoresco, de estilo español, a la fea, dura y antipática Hortensia, doncella de Madame la Comtesse D'Auray.

—¿Algo lo ha sorprendido a usted? — preguntó el viejo.

—¡Por el cielo que sí! — exclamó Mc Carthy que no había recobrado todavía el equilibrio mental. Su cerebro trabajaba con velocidad vertiginosa. Allí, en el departamento de aquel amable viejecito, estaba la clave de los dos brutales y cobardes asesinatos, cometidos por Hortensia, la doncella o Pierre Delvanti, el tirador de cuchillos. Una ola de júbilo lo invadió. Antes de mucho... si antes de mucho, el siniestro Pierre sufriría el castigo merecido o él Mc Carthy, no sería D. I. de La Yard, si no un poeta chino.

Y la Condesa D'Auray, la hermosa criatura que todo Londres social había festejado ¿quien demonios era, que llevaba una doncella de la calidad de Pierre Delvanti, el tirador de cuchillos?

Nuevamente volvió a su primera pregunta: ¿dónde podrían ser encontrados aquellos Delvanti? ¿Trabajaban todavía, de tiempo en tiempo?

M'sieu Subiska movió negativamente la cabeza.

—El número dejó de representarse hace algunos años Joseph, el más joven, estuvo con otra compañía, en América, bastante tiempo. Fué Pierre que deshizo la sociedad al casarse con una de las famosas mellizas, las hermosas hermanas Voltarro, en Saigon, donde trabajaban juntas. Monsieur Subiska se encogió de hombros y sonrió ceñudamente — ¡Tal para cual, señor! Porque si ha habido mujer mala en el mundo, lo era Nadine Voltarro, la mujer con quien Pierre se casó. He oído contar historias terribles de ambos, desde entonces.

—¿Y la otra hermana?

—Hay cosas extrañas, incomprensibles, monsieur. Joseph Delvanti era el mejor muchacho que pisó nunca las tablas... recto, trabajador. Pierre un demonio, cruel, bruto. Cecilia Voltarro era tan pura y buena como hermosa. Nadine perversa, egoista, sin nada que la redimiera. Cecilia abandonó las tablas para casarse; se convirtió en una gran dama, honrando la profesión — siguió explicando con orgullo profesional — Cecilia Voltarro es la Condesa D'Auray. ¡Si, m'sieu! Y la condesa es... hermana de Nadine Voltarro, una mujer criminal... de lo peor. En cuanto al hombre, a quien pertenecen esos cuchillos, es su cuñado.

Un segundo después sacó las fotografías de dos hermosas mujeres; Mc Carthy conocía perfectamente a una. Eran ta semejantes como dos gotas de agua.

EL TERROR ROJO

Por HUGH CLEVELY

Traidor a su país, codicioso, increíblemente perverso . . . tal era el conde ruso, Gogol. Por culpa suya, los Moronoff habían sido arrojados de su hogar; por su culpa, Sonia y su hermano Iván fueron a Londres; Iván para recobrar el valioso diamante que Gogol les había robado y para escapar a una venganza mortal. Jim Steele y su amigo, el capitán Carvosso, se vieron mezclados en la siniestra intriga de crimen y terror que envolvía al diamante Moronoff y a sus poseedores. Misterio, acción, situaciones emocionantes, se unen para hacer de esta novela una de las más interesantes del notable autor inglés

Se publicará en el próximo número de

PUCKY

—¿Cuál... cual de las dos es la condesa? — preguntó débilmente.

—Eso, — dijo Subiska — sólo podría decirlo el hombre que sacó la fotografía. Quizá supiera cual estaba a la derecha y cual a la izquierda. Nadie más podría diferenciarlas.

Mc Carthy se pasó la cansada mano por la frente. Una de aquellas hermosas criaturas era la mujer que a menudo había contemplado, en toda su magnificencia, en el Hotel Marroquí; la otra, sin duda, la infortunada que fué asesinada con uno de aquellos cuchillos del as rojo, la verdadera condesa D'Auray.

Cuando al fin salió de aquella habitación y volvió al boulevard estaba absorto en sus pensamientos; experimentaba algo semejante al odio por aquellas dos personas a quienes, poco tiempo antes, era su deber proteger. Tan abstraído iba que no vió tres personas que lo seguían furtivamente, desde tres ángulos distintos. Y quizá para decir verdad, en el corazón de Papá Boquot, Malliscot el Rojo y Pierre Delvanti se abrigaba un odio igual al que él sentía.

VII

ESCAPADA MILAGROSA

Fué en el espejo de un lindo kiosko de flores que Mc Carthy, por vez primera, vió al malvado trío que lo seguía. Al primero que descubrió fué a Pierre Delvanti, alias Hortensia, y al verlo se detuvo, pensando profundamente, como nunca había pensado. Pero no dió señales de haber advertido la presencia del que lo seguía. Un momento después, una rápida mirada hacia atrás, lo convenció que Malliseot El Rojo acompañaba a Delvanti en la aventura. Más tarde fué la gran figura de Papá Boquot que cruzó una calle y como si estuviera del todo inocente de la presencia de los otros dos desapareció de la vista. Pero para Mc Carthy aquello no podía ser simple coincidencia.

¿Habían, por algún medio conocido por ellos solos, penetrado su disfraz? ¿Habían reconocido al hombre de Marsella? O por una desdichada casualidad Delvanti lo había visto con Subiska y conociéndolo de Londres vió peligro en puertas? El que Malliseot el Rojo tuviera en su poder uno de aquellos terribles cuchillos probaba que había alguna relación entre él y Pierre Delvanti. Ahora comprendía Mc Carthy como había sido muerto Davis. Desde la escalera de incendio, la seudo Hortensia le había arrojado el cuchillo, recuperándolo después de la muerte del infortunado detective. Las verdaderas joyas habían sido sacadas de allí aquella noche por alguien.... ¿Malliscot? Era muy posible.

Pero había una cosa que no satisfacía a Mc Carthy, una pregunta que no podía contestar. ¿Qué había sido del cuerpo de la mujer asesinado? ¿Cómo se habían deshecho de él? ¿Cómo la mujer y su supuesta doncella habían salido de Inglaterra sin ser vistas en ninguno de los puertos? Cierto que no los vigilaban, como lo hicieron después. Con todo, una mujer tan bella como Nadine, no podía pasar inadvertida.

Estas y mil cosas más pasaron por la mente de Mc Carthy con la rapidez del relámpago mientras observaba, por el espejo del kiosko, las figuras inmóviles de Pierre Delvanti y, algo más allá la de Maliseot.

En cuanto a papá Boquot acababa de dar vuelta la esquina... por casualidad, naturalmente.

Pero aunque Mc Carthy sonreía para sí, se daba cuenta de que no había de qué sonreirse, por lo que a su seguridad se refería. Estaba absolutamente desarmado, en una parte de París de la que conocía poco o nada; la policía podría acudir en su ayuda o no. Y para empeorar las cosas no distinguía un taxi dentro del cual hubiera podido subir rápidamente y desaparecer de la zona de peligro. Si Delvanti pensaba ejecutar uno de sus tiros de cuchillo, no había mucho que pudiera impedírselo. Era a la vez rápido y silencioso. Y, en sus manos, mortal.

Hasta donde Mc Carthy podía ver, no distinguía nadie más sospechoso, que pudiera trabajar en combinación con el siniestro trio; pero, naturalmente, de eso no podía estar seguro. El apache moderno, como su hermano el inglés y el americano, anda a menudo perfectamente vestido, tiene aspecto inofensivo — Así que cualquiera de aquellos jóvenes, vestidos a la moda, que pasaban podía estar más "at home" en la taberna de Papá Boquot que en aquella respetable localidad.

Mc Carthy empezó a pensar que había sido más audaz que prudente al no confiarse a la policía de París de un modo más abierto. Ella, por lo menos, tenía un maravilloso sistema de espionaje y hubiera cuidado de que no lo amenazaran cosas por el estilo. Pero..... ¿hubiera podido? Si un hombre era bastante imprudente para representar el papel de Apache, que él había adoptado, podría evitar que lo mataran, si era descubierto.

Y otra cosa: quería vengar solo el asesinato de Davis y lo haría. Si era aquello prudente o loco estaba por verse. Pero había empezado e iría hasta el fin. De todos modos, como le había enseñado su padre, — peleador si los hubo — la rapidez en el ataque es la mejor defensa.

En el inspector Mc Carthy, resolverse era obrar. Dándose vuelta, dirigióse con paso negligente hacia donde estaba Malliscot el Rojo, medio oculto en el umbral de una casa de comercio .No estaba bastante cerca para advertir el movimiento de sorpresa que hizo el apache al verlo cambiar de dirección; pero si vió la notable variedad de contusiones que ostentaba el Rojo, después del último encuentro que con él tuvo. El inspector pensó que si realizaba su plan, como lo había pensado Malliscot todavía coleccionaría algunas más.

Muy lentamente pasó por delante del comercio. El interés de Malliscot en los articulos de cerámica desapareció; pero su mano se cerró sobre un feo cuchillo, de hoja curva. Unos pasos antes de llegar junto a

Mc Carthy levantó desesperadamente a Delvanti, lo sostuv

ento y luego lo tiró de cabeza sobre su bella cómplice.

su hombre, Mc Carthy se volvio con una sonrisa.

—¡Ah, Malliscot! — dijo — ¿Buscas más disgustos todavía?

Con una bajo gruñido la gran cabeza del Rojo volvióse en dirección a Mc Carthy. El puño de Mc Carthy pególe en medio de los ojos, haciéndolo trastabillar; luego el puño derecho pególe detrás de la oreja, con fuerza aterradora. El hombre cayó sin proferir un sonido. Mc Carthy se dió vuelta y se alejó rápidamente. Si Malliscot el Rojo era capaz de moverse hasta dentro de diez minutos o más, él, Mc Carthy no era buen juez de boxeo.

Cuando llegó a la primera esquina dió vuelta rápidamente y echó a correr. La gente lo miró con curiosidad; pero aquello no preocupaba a Mc Carthy. Sólo una idea tenía en aquellos momentos: poner unas cuantas calles de distancia entre él y los Ases Rojos como llamaba a los criminales. Antes de que pasara mucho tiempo algo les ocurriría a ellos de lo que se acordarían por largo tiempo. Pero, por el momento, su primera y principal idea era darles esquinazo.

De pronto oyó detrás suyo una confusa gritería. Mirando hacia atrás vió que algieu había gritado sin duda: "¡Detened al ladrón!" y que buen número de personas lo perseguían. Aquella prespectiva no era agradable ¿Quién había lanzado el grito?

Luego una cabezota, que vió al frente de sus perseguidores, le dió la respuesta.

¡Era aquel bribón de Papá Boquot! Y su idea era más clara que el día. Una vez que la gente se reuniera en torno del perseguido, Papá le clavaría disimuladamente un puñal en las costillas y se perdería entre el gentío.

La traicionera treta del viejo mestizo hizo hervir la sangre de Mc Carthy. Mientras corría. juróse a sí mismo que saldría ileso. Pero no así Papá Boquot. Le daría algo de que tendría que acordarse. Apareció en ese momento otra esquina de una calle ocupada por mansiones palaciales. No bien Mc Carthy dió vuelta la esquina, se aplanó contra una pared y escuchó atentamente, esperando el ruido de pies.

Como lo había pensado, una cara, diabólica, descompuesta, pero triunfante, fué la primera en aparecer y , levantándose ligeramente sobre la punta de los pies, Mc Carthy pegó en aquella cara, con todo su corazón, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Y realmente, con aquel primer golpe, la dejó marcada.

Luego, dejando a un lado toda prudencia descargó sobre el fornido mestizo una lluvia de golpes con la ferocidad que había hecho al hombre de Marsella famoso en un distrito donde la brutalidad es galardón. No sentía remordimiendo de conciencia al pegarle a Papá Boquot; el viejo bribón se merecía eso y mucho más.

La gente retrocedió al principio aterrada, por el cuchillo que había visto aparecer en manos del robusto viejo; pero luego se sintió atraída por el ataque terrible del otro. Con todo, la vista del arma había cambiado instantáneamente las ideas del versátil pueblo pariense. Después de todo, el hombre grandote parecía bruto hasta más no poder. Y no ocurría lo mismo con aquel joven elegante, que se defendía solamente con el box. ¡"Vive la boxe"! empezaron a gritar ¡"Vive Carpentier! ¡Mon Dic ce jeune monsieur est admirable"!

Así que cuando McCarthy dejó "knockod out" al bribón de Boquot, tenía un público, no solamente amigo si no entusiasta. Alguien había corrido el rumor — do ese modo incomprensible como corren los rumores entre la multitud — que el hombre grandote era un ex-penado, capitán de una pandilla de malhechores que habitaba el distrito de Montmartre. Aquello bastó. El parisiense tiene terror mortal a su hermano apache... no le profesa el menor afecto.

Pero McCarthy no iba a salir del paso tan afortunadamente como pensaba. Impulsado por alguna razón u otra miró hacia un sitio y vió que se dirigía, lenta pero seguramente, hacia él el siniestro Pierre Delvanti. La mirada de ardiente odio que le dirigía no le dejó duda acerca de sus intenciones. Además, cerca suyo, vió por vez primera Mc Carthy rostros que había observado antes en la taberna de Boquot... hombres del distrito de la Morgue... los más viles entre aquella depravada humanidad. Y todos se movían con un solo fin: el de rodearlo. Una vez conseguido esto, el resto podía adivinarse.

Algo de aquella audacia diabólica, que McCarthy no lograba siempre contener, se apoderó de él, aun en aquel momento de intenso peligro. Aunque lo mataran caería desafiante, agitando su bandera. Miró al siniestro Delvanti, burlonamente, a los ojos.

—¡Ah, Delvanti! — exclamó burlonamente — Alias Hortensia, alias el demonio, ¿estás pronto a tirar de nuevo tu cuchillo? ¿El cuchillo que mató a Madame y al detective de Londres... el cuchillo del as rojo? ¡Tíralo! Que me aciertes o me yerres, tus días están contados, lo mismo que los de tu cómplice Nadino.

No bien dijo estas palabras, comprendió McCarthy que había cometido una estupidez, un error fatal, que le costaría la vida, por cara que se propusiera venderla.

Porque en la expresión estupefecta del hombre comprendió que era sólo al Hombre de Marsella que perseguían. Ni por un instante lo había relacionado Delvanti con el crímen cometido en el Hotel Marroqui. Interiormente, maldijo McCarthy su cabeza loca y acalorada.

Porque no había duda acerca del efecto producido por sus palabras. La expresión de sorpresa desapareció de la cara de Delvanti para ser reemplazada por una terrible de espanto, de fría crueldad, que jamás había visto McCarthy en un rostro humano. Los ojos del hombre, que no eran agradables en ningún momento, se convirtieron en alfileres de cabeza negra, en los cuales brillaba una horrible llama roja. Instantáneamente dió breves órdenes a sus hombres y, sin pensar más en disimulos, se lanzaron sobre

McCarthy. La gente, comprendiendo que clase de hombres eran aquellos, retrocedió fuera del alcance de las armas, no vistas todavía. Alguien lanzó un grito para llamar a la policía y fué hecho callar instantáneamente por uno de sus vecinos de siniestro aspecto.

McCarthy esperó, pronto para el ataque. Luego, el milagro que tan amenudo se había llamado con ligereza la suerte de los McCarthy, se produjo una vez mas.

Un gran auto gris, cerrado, dió vuelta la esquina con aterradora velocidad. Con brusco rechinar de frenos se detuvo casi en toda su longitud. Y de él bajó un hombrecillo realmente extraño, pequeño de estatura, pero ancho, con una cabeza anormalmente grande y ojos que parecían atravesar la multitud con una sola mirada. Se abrió paso sin ceremonias y los pocos que se dieron vuelta, como para protestar por aquella falta de modales, no dijeron una palabra si no que abrieron paso apresuradamente. Porque M. Chiappe no era hombre que atendiera palabras en aquellos momentos...

¡Chiappe, el jefe de la Sureté! ¡El hombre que se alababa de conocer a todos los criminales de París, desde el gamin del arroyo a los grandes asesinos internacionales! Y la verdad es que ellos lo temían como al mismo diablo, justificando su jactancia. En un momento, no quedó uno de la pandilla de Delvanti. Se hicieron humo. ¿Los había visto Chiappe? ¡Ah! Lo que Chiappe había visto con aquellos sus ojos penetrantes era cosa que sólo su dueño podría decir.

Pero había mirado a McCarthy y la forma desvanecida, ensangrentada, del infortunado Papá Boquot. A McCarthy parecióle notar una mueca humorística en sus labios. Pero un instante después, con sorpresa suya, vió brillar algo en las manos del Jefe de Policía; luego, con la rapidez del pensamiento, un par de esposas sujetó las muñecas del inglés, a quien entre Chiappe y su fornido chauffeur metieron dentro del auto, que se alejó.

El jefe de la Sureté no había pronunciado una sola sílaba. Después de su primera mirada al cuerpo postrado de Boquot no volvió a dirigirle una segunda, como si solo hubiese sido una parte del pavimento.

Una vez que dieron vuelta la esquina y estuvieron fuera de las miradas de la asombrada muchedumbre, que había contemplado aquel procedimiento relámpago con asombro, el jefe se recostó en los almohadones y sonrió ampliamente al sorprendido inglés.

—¡Ah! — exclamó con genuino acento de admiración — ¡Qué gran cosa no tener más que treinta y dos años y ser hijo de padres tan fogosos como los irlandeses e italianos! Creo — prosiguió — que si yo no fuera Chiappe por nadie me cambiaría tan gustoso como por el inspector "Macarté" de Scotland Yard — inclinóse hacia adelante y le quitó las esposas a McCarthy.

—Fueron para salvarle el pellejo — le explicó — delante de nuestro amigo Delvanti y su pandilla, de la Rue Gene ¿Y cómo le va a nuestro amigo... el Hombre de Marsella? ¡Mon Dieu! ¡Que "stunt", como dicen los norteamericanos!

—¿Usted... sabe... sabe, m'sieu? — tartamudeó McCarthy.

Chiappe se encogió de hombros.

—No ocurre mucho en París que yo no sepa — observó complacido — Aunque, — añadió con leve ironía — los caballeros de Scotland Yard no crean conveniente confiar en mí.

—Lo hubiese hecho, señor, no bien hubiera asegurado a mi hombre — Empezó Mc Carthy a disculparse con calor — Sólo que... quería hacerlo sin ayuda... si me explico bien.

—No diga más, inspector — contestóle el otro afectuosamente — A su edad, yo hubiera hecho lo mismo ¿Y lo tiene usted... quizá deberé decir "los" tiene?

McCarthy pensó cuanto sabría aquel hombre extraordinario y movió tristemente la cabeza.

—Todavía no, m'sieu. Pero se quienes son, cosa, que ignoraba antes y eso es ya algo.

M'sieu hizo un gesto de asentimiento. Aún había un brillo humorístico en sus ojos.

Es la mitad de la batalla ganada — convino y, brúscamente, cambió de tono. — ¿Y nuestro buen amigo el hábil M'sieu Gilliflower, está bien?

—¡Oh!... perfectamente — contestó Mc Carthy, tomado completamente por sorpresa.

—Me alegro — contestó gravemente Chiappe — Un muchacho inteligente, aunque algunas veces cometa errores, como todos — Se inclinó confidencialmente hacia adelante — Las joyas de la Condesa D' Auray uno de ellos. Los Ases Rojos andu-

¿CUAL de los TRES?

Es
el título de
la novela de género policial y de misterio
que servirá para nuestro
4º Concurso
Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

vieron más rápidamente, ¿oh, mi amigo? Han madrugado ya a muchos. Pero le voy a dar un pequeño consejo... así le pago su falta de confianza en mí. No le pierda ojo al Alelí esta noche. Sabe ahora donde están las joyas y va a tratar de apoderarse de ellas. Donde estén esas joyas, los Ases Rojos, como usted los llama, no andarán lejos. Hasta la noche, inspector, hasta la noche... No se olvide.

McCarthy no pudo hacer otra cosa que contemplar con sincera admiración al hombrecillo de la cabeza grande, que parecía haberse acomodado para dormir la siesta.

Por lo menos cerró los ojos y no volvió a pronunciar palabra. Una vez McCarthy oyó una risa; pero no había rastros de ella en el rostro de M. Chiappe.

LA CASA DEL BOIS

VIII

Era ya tarde de la noche cuando McCarthy encontró a Alelí... muy tranquilo, en un café a la moda, cerca del Bois de Boulogne. Indudablemente había algo de misterioso en las acciones del elegante ladrón. Por lo pronto no vestía su acostumbrado e impecable traje de fiesta; si no uno de obrero, color gris obscuro. Un traje que difícilmente delataría al delincuente pronto a "trabajar".

El Alelí no estaba de humor comunicativo. Por una vez, su fácil palabra parecía haberlo abandonado. Estuvo distraído, absorto en sus pensamientos, todo el tiempo, cosa desacostumbrada en Alelí. Con toda la maña que poseía, trató McCarthy de sonsacarle algo. Pero fué tiempo tan perdido, como si hubiera tratado de hacer hablar a la Esfinge.

Tampoco él se mostró muy comunicativo. No dijo una palabra de los emocionantes acontecimientos de la tarde... Menos todavía de la confidencia que le había hecho M. Chiappe acerca de las intenciones de Alelí. Pensaba McCarthy cómo aquella misteriosa persona de Chiappe poseía el informe que había dado con tanta seguridad. Y con toda certeza, Alelí tramaba algo.

Durante la conversación insulsa que sostuvieron, trató McCarthy de ponerse al unísono con los monosílabos de su compañero, mientras pensaba en la situación. Claro que hubiera podido preguntarle, lisa y llanamente a Alelí lo que proyectaba. Pero tenía Alelí el derecho de decirle que se ocupara de sus propios asuntos. El artista había prometido no tocar las joyas en Inglaterra y había cumplido su palabra. Allí no estaban en Inglaterra y McCarthy no tenía poder oficial para intervenir antes del acto.

Se le ocurrió a McCarthy que había una pregunta que hubiera podido hacerle al señor Chiappe, sin revelar demasiado del asunto que lo había traído a París.

Por ejemplo, si la hermosa condesa D'Auray había vuelto ya a su residencia del Bois de Boulogne o estaba todavía en el extranjero. Pero ¿le daría el informe? Lo dudaba. Chiappe era el último hombre del mundo para dar informes, a no ser que lo hiciera voluntariamente.

Con todo podría haber probado. Pocos momentos después decidió que lo haría por teléfono. Había todavía probabilidades de que Chiappe estuviera en su oficina del Quai des Orfévriers. Fué a un teléfono que vió en el otro extremo del café. No pudo hablar con Chiappe; pero lo atendió el cortés ayudante, a quien había visto por la mañana. Hasta cierto punto se alegró; se necesitaba flema para hacerle esa pregunta al gran Chiappe; pero aquel caballero tan servicial... En contestación a su pregunta recibió una risa extraña, que podría haber provenido de su superior. Era tan sutil y poco comprometedora como la que más.

—Creí m' sieu — dijo luego una voz — que estaba usted mejor enterado que nosotros ¿No se halla la dama de visita en Inglaterra? Si no, creo que el sitio más adecuado para encontrarla debe ser su casa del Bois — y luego con acento indescriptible añadió —A ella o a sus efectos ¿No está de acuerdo conmigo, m'sieu? Sí, estoy seguro. Y el señor Chiappe lo cree también así.

McCarthy casi desconcertado, murmuró algo ininteligible y colgó el tubo.

Que diablos había querido decir el ayudante del prefecto con:

—El sitio en donde encontrar a madame... y sus efectos Era esta una extraña adición. "Sus..."

Y luego el inspector McCarthy comprendió ¡La casa de la condesa D'Auray! Ese era el escondite del hombre y de las joyas robadas. El sitio al que las últimas pertenecían por derecho. ¿Dónde iban a estar más seguras, puesto que todavía no se sospechaba la muerte de su dueña? ¿Era allí que pensaba dirigirse esa noche Alelí? ¿Esa era la excursión nocturna que no había querido revelar?

En un abrir y cerrar de ojos, Mc Carthy se decidió. El también iba a inspeccionar aquella casa, cerrada y obscura, del Bois. Le gustara o no a Alelí, iría.

Se retiró de la cabina telefónica decidido a decírselo a Alelí y recibió la sorpresa más grande de su vida ¡Alelí había desaparecido! Mientras McCarthy proyectaba su próximo paso, Alelí, con silencio y celeridad profesional había doblado su carpa, desapareciendo en la obscuridad de la noche.

Nuevamente llamó McCarthy por teléfono a las oficinas de la Sureté. Esta vez una voz familiar le contestó riendo.

—M'sieu — preguntó McCarthy, no sin una sonrisa furtiva ante su propia audacia — ¿puedo pedirle que me preste una valija de ladrón? En la Yard podemos prestarle una colección, si usted la necesitara.

—Le daré la mía — contestó la voz del jefe — Perteneció al ladrón más célebre de Francia.

—Y una pistola automática — continuó McCarthy — Tengo una razón particular para no volver al hotel en busca de la mía.

Antes que el apache pudiera usar su cuchillo, oyóse un ruido en la obscuridad algo cayó con fuerza sobre su mano.

—¿Viene a buscarlas. inspector, o quiere que se las mande por un mensajero?

—Creo que eso sería mejor.

Mc Carthy no deseaba que uno de los sabuesos más hábiles de M. Chiappe le anduviera siguiendo los pasos toda la noche.

El le daría esquinazo a cualquier mensajero que enviara al café, no bien demostrare algún interés en sus movimientos.

—Sólo quiero recordarle una cosa, mi querido y joven amigo, — continuó la voz risueña al otro extremo de la línea, — aun-

que casi no es necesario hacerlo a un oficial de policía. Está prohibido llevar armas en este país y usarlas... es un delito ¡No lo olvide!

Con aquel chiste — si lo era — cortó.

—

La noche estaba perfectamente tranquila cuando Mc Carthy entró en la Avenida más famosa del mundo y buscó la casa que necesitaba. Del otro lado de la ancha calzada se paseaban arriba y abajo dos gendarmes uniformados, en el rutinario cumplimiento de su deber. Mc Carthy, después de observarlos un momento, desechó de su mente la idea de que lo estuvieran vigilando a él. No eran el tipo de hombres que usaría la Sureté. Del Alelí no había hallado hasta entonces rastros.

Pocos momentos le bastaron para comprender que la entrada por la puerta del frente era imposible. Las ventanas tenían gruesos postigos y las de abajo reja. Al fondo encontró una alta pared que no era fácil de escalar; pero la casa contigua le mostró un medio de entrar. Casi todas las casas tenían pequeño jardín al fondo, como los pequeños jardines de las casas de Kesington Entrar al que había elegido y saltar por la pared al de la Condesa D'Auray fué obra de un momento.

Contemplada desde aquel ángulo, la casa parecía más inexpugnable que nunca. Mc Carthy con toda su experiencia, se preguntaba como se las arreglaría Alelí para introducirse. Cautelosamente recorrió, con su linterna envuelta en el pañuelo para disminuir la luz, la pared. Como a doce pies encima suyo había una pequeña ventana, sin reja; a doce pies de ella, en el extremo de la pared un fuerte caño de desagüe, que parecía resistente y lo demostró sosteniendo sin dificultad su peso.

La ventana no estaba cerrada. Su linterna le mostró señales de una herramienta en la madera, vieja, pero recientemente pintada. Alguien había entrado por allí no hacía mucho rato. Sin vacilación, Mc Carthy lo imitó. Una vez adentro se quitó los zapatos y empezó a reconocer, furtivo como un gato, lo que lo rodeaba.

Al llegar a una escalera con baranda ornamental se detuvo y escuchó atentamente. Alguien se movía en la casa. Oyó cerrarse suavemente una puerta, abajo.

¿Era Alelí? Sin hacer duido bajó Mc Cartry al hall principal, tentando pulgada por pulgada. En el hall, a la derecha, su mano extendida encontró el pestillo macizo de una puerta. Lo dió vuelta silenciosamente y la puerta se abrió. Se detuvo a escuchar en la obscuridad. El cuarto estaba tan silencioso que cualquier respiración hubiese llegado a sus oídos; pero nada oyó. Avanzó lentamente la linterna preparada. Luego una ráfaga de aire lo abanicó, como si la puerta, movida por algún resorte automático, se hubiese cerrado tras él. Simultáneamente se encendieron las luces y Mc Carthy retrocedió sobresaltado.

A menos de dos piés de distancia estaban paradas tres personas, dos hombres y la mujer que había conocido en Londres como condesa D'Auray. Cada uno tenía en la mano una pesada pistola automática y le apuntaba al corazón. Los hombres eran Pierre Delvanti y el apache Malliscot. Nada podía imaginarse más siniestro y malvado que su aspecto en aquellos momentos. El odio, el terror, el crímen lo contemplaban desde sus ojos achicados y... triunfantes. Y sin embargo, McCarthy vió que del trio, la mujer, bella como una flor, era indudablemente la más perversa. Luego, rápido como un relámpago, algo atrajo sus miradas. Atado de piés y manos, amordazado, junto a la puerta abierta de una gran caja fuerte, estaba el malaventurado Alelí; tenía una profunda herida en la frente, de la cual manaba sangre todavía, revelando como había sido interrumpido en su trabajo, en el mismo momento en que el triunfo iba a coronar sus largos esfuerzos.

Mirándolo bien, aquello era un desastre, un mal negocio. Pero hicieran lo que hicieran — y se daba bien cuenta de cual sería el fin — no conseguirían intimidarlo.

Fué el horrible Delvanti quien habló primero.

—¡Al fin! — dijo. Y toda la maldad que había en su alma resonó en su voz.

—Todo llega para el que sabe esperar — contestó ligeramente McCarthy — Mi turno llegará luego. En realidad — mintió — debe presentarse en cualquier momento.

Delvanti le dirigió una sonrisa perversa.

—Antes ocurrirá algo — dijo con voz sibilante.

—Quizá — contestó lacónicamente Mc Carthy — Si Chiappe no llega primero. Generalmente lo hace, creo.

Al oir aquel nombre temido una expresión de odio apareció en el rostro todavía hinchado de Malliscot. Pero limitóse a contestar con un gruñido salvaje.

—No llegará esta vez — dijo Delvanti — Malliscot también tiene una cuenta que arreglar con el Hombre de Marsella.

—Bueno... — dijo sonriendo McCarthy — creo que es así. No hay más que mirarlo.

—¡Registralo para ver si tiene armás! — ordenó brevemente Delvanti a la mujer.

Ella lo hizo con extraordinaria eficiencia, quitándole todo, hasta su carnet de oficial del Departamento de Investigaciones Criminales de Inglaterra.

Entretanto le apuntaba con la pistola.

—¿Si esta pistola se disparara ahora, m'sieu? — díjole con una sonrisa cruel de su boca perfecta.

—Eso — continuó el aparantemente imperturbable McCarthy sería el fin de todos mis trabajos y el principio... de los suyos. Le pido que tenga mucho cuidado con esa pistola. Pertenece al señor Chiappe que se incomodaría mucho si le pasara algo. Y usted probablemente sabe lo que ocurre cuando se incomoda: alguien lo paga. Y en este

asc seríais vosotros, mis preciosos asesinos.
McCarthy miró directamente a los ojos l ex-juglar.

—Delvanti, Hortensia o como diablos se llame—será uno solo en el juicio — Lo he seguido desde el principio al fin. Se su historia desde que compró los cuchillos del As Rojo, en Amsterdam; desde que me tiró el cuchillo en la escalera del café de Picaddilly, después de haber asesinado a la infortunada hermana gemela de esa mujer, a la condesa D'Auray. Se que arrojó, desde la escalera de incendio, el cuchillo que mató al pobre Davis. Cada uno de esos crímenes lleva al patíbulo.

Delvanti sonrió.

—Nadie puede probar que la condesa D' Auray fué asesinada por uno de mis cuchillos — dijo.

Al aparecer el gigantesco francés Mc Carthy le pegó con todas sus fuerzas.

—¡Es mentira! Tengo un testigo que vió el cuchillo clavado en el corazón de la mujer.

Nadine, la mujer, intervino.

—¿Y podrá usted presentar ese testigo, hábil, m'sieu? ¿Podrá presentarse usted mismo?

Era una pregunta, se dijo McCarthy, que necesitaba algún tiempo para ser contestada, dado el aspecto que presentaban las cosas. Pero sus expresivas facciones no traicionaron la menor duda.

Pero pensaba. Mientras hacía un desesperado intento para ganar tiempo con sus fanfarronadas, su cerebro trabajaba vertiginosamente. Una cosa había excitado su curiosidad. En todo aquel tiempo, Malliscot no había pronunciado una sola palabra, limitándose a lanzar sonidos guturales, de animal. McCarthy vió ahora que debajo de la bufanda, que llevaba subida hasta las orejas, estaba vendado. El terrible golpe que le dió en la calle había roto la mandíbula del apache. No hablaba porque... no podía.

Y había algo de fascinador en la manera como la mujer, Nadine, lo contemplaba. Con toda probabilidad, en su experiencia con los hombres jamás había encontrado uno que lograra mantenerse imperturbable ante una muerte cierta. McCarthy la examinaba en aquellos momentos con personal interés, como si sólo fuere otro caso aclarado, una criminal más para la justicia. A ella eso no la preocupaba y McCarthy lo comprendió.

Avanzando lo más mínimo, empezó a acercarse a ella.. hacia aquella mano abierta sobre la cual el pesado automático que la policía le había prestado se balanceaba todavía. Ni una vez permitió que sus ojos se fijaran en él; los mantenía clavados sobre el rostro de Malliscot o de Delvanti. Sabía que lo más seguro era dirigir sus miradas solamente a ellos.

Lo que pensaba exigía bastante valor y serenidad. Un error, una vuelta más de la suerte en contra suya y allí terminaría Mc Carthy, de Scotland Yard. Y también el indefenso Alelí, con toda seguridad. A menos que el ingenio de McCarthy no lograra salvarlos a ambos, podían tanto él como Gulliver darse por muertos.

—Ahora bien, continuó tan friamente como si discutiera un problema abstracto con ellos, — no habrá pena de prisión, sino de muerte para vosotros y el mundo estará mejor cuando hayáis salido de él. Y hay además otra cosa...

La hubo... Con un movimiento hacia arriba de la mano izquierda, pególe a la mujer debajo de los nudillos de su mano abierta. El automático voló por los aires. Instantáneamente McCarthy se agachó y empujó a la mujer con terrible violencia contra la pared. Pegó con la parte posterior de la cabeza y cayó al suelo, desvanecida. Una pistola detonó, la de Delvanti; la bala a menos de una pulgada de la cabeza de Mc Carthy. Una segunda casi le rozó el cráneo y luego McCarthy se trenzó con el tirador de cuchillos y lo apretó con toda la fuerza de que podía disponer contra Malliscot. Y entonces ocurrió una cosa que, ni en su más locas imaginaciones hubiera previsto McCarthy. Tomado completamente por sorpresa, desconcertado por la rapidez del ataque, Malliscot se tambaleó hacia atrás tropezó con la figura caída de Alelí y cayó, agitando frenéticamente las manos en el aire, dentro de la caja abierta. McCarthy oyó el ruido del cráneo al pegar contra el fondo o el piso de acero de la caja y el ruido indicaba insensibilidad lo menos para un rato. Luego Alelí contribuyó, en pequeña parte, a los acontecimientos. Atado como estaba, se dió vuelta sobre sí mismo hasta que éstuvo junto a la puerta de la caja; luego, lenta, pero seguramente, la apretó. Sus bien enaceitados gonces respondieron y la puerta cerróse con ruido seco. Malliscot el Rojo nunca volvería a salir de aquella prisión, a no ser que lo sacaran.

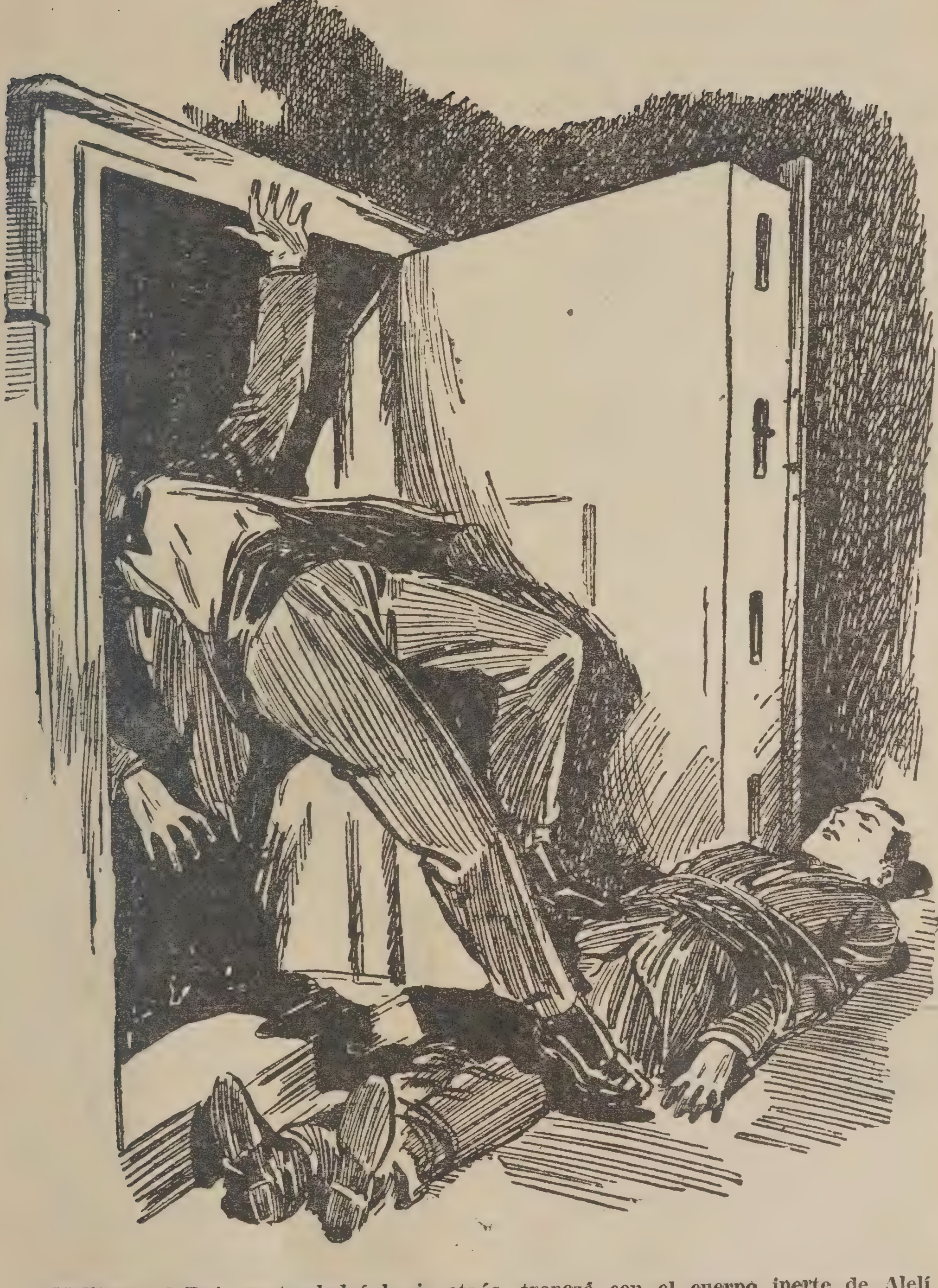
Renovada su esperanza, ante aquella intervención inesperada, McCarthy se volvió como un demonio a su adversario. Ocurriera lo que ocurriese, tenía que ponerlo fuera de combate antes de que la mujer recobrara el conocimiento. Si no, su triunfo sería de poca duración. No tenía esperanza de llegar cerca de la pistola que estaba en el suelo; soltar a Delvanti, aunque solo fuera por un momento, sería fatal. Y el Alelí, fuera de lo que había hecho para encerrarlo a Malliscot, no podía ayudarlo.

McCarthy y el francés se movían en el cuarto, estrechamente enlazados; el detective pegaba furiosamente donde podía. Delvanti luchaba para pegar puntapiés, para hacer cualquier cosa, que le permitiera libertar su mano armada de la pistola. A pesar de su aspecto débil, el ex-hombre de circo poseía fuerza viril e increíble agilidad. Más de una vez logró escapar de la garra de McCarthy; pero nunca soltar la mano que deseaba.

Pero los aplastadores "punches" del hombre más pesado empezaban a producir su efecto. McCarthy castigaba sin piedad, no podía inspirársela aquel doble asesino. Logró arrinconarlo contra la pared, levantarlo y golpearlo contra ella. Los ojos del hombre demostraban que estaba a punto de perder el sentido; pero todavía oprimía la pistola y hasta que no pudiera McCarthy privarlo de ella no había seguridad.

Y entonces Nadine empezó a moverse. McCarthy vió el súbito resplandor de esperanza que brilló en los ojos de Delvanti y trató de terminar con él antes de que la mujer acudiera en defensa de su hombre. Con toda sus fuerzas pególe al hombre que se retorcía; pero no pudo conseguir su objeto. Y la mujer estaba ahora sentada, abría lentamente los ojos. Dentro de un minuto... de un segundo quizá...

En sus desesperación, Mc Carthy arrastró al otro hasta el centro del piso; luego tuvo una inspiración súbita. Con repentino esfuerzo agarró al hombre por debajo, levantólo en peso. Pero esta vez soltó la mano que sujetaba la pistola y tiró al hombre cabeza abajo, mismo encima de su bella



Malliscot el Rojo se tambaleó hacia atrás, tropezó con el cuerpo inerte de Alelí y cayó dentro de la gran caja.

cómplice. Los dos chocaron con fuerza; ella, con un quejido, quedó nuevamente tendida en el suelo; Delvanti permanecía donde había pegado con la cabeza, inmóvil... Apoderándose primero de las pistolas que estaban en el suelo, Mc Carthy sacó luego de su bolsillo las esposas y sujetó las muñecas de marido y mujer. Luego se volvió a Alelí. Quitóle la mordaza.

—Marcos, — dijo todavía jadeante — ¿qué le parece esto?

Pasó un rato antes de que Alelí pudiera

mover sus doloridas mandíbulas.

—Bastante malo... para mí ¿Supongo que usted reclamará ahora esas joyas infernales?

—¿Cómo puedo, — contestó McCarthy zalameramente — siendo su amigo dejarlo cometer una felonía en país extranjero? No puede ser...

Alelí lanzó un profundo suspiro.

—Haga lo que quiera, Mac — dijo con acento cansado — Quizá podré quitárselas a su nueva dueña.

—Me alegraré que lo consiga — dijo Mc Carthy graciosamente — Con tal que yo no tenga nada que ver con ellas, son suyas.

—Siempre que tampoco tenga yo nada que ver con ellas, — interrumpió de pronto una voz extraña — serán suyas... pero no en París, M'sieu Gilliflower... no en París.

En la puerta abierta de un gran armario, que McCarthy había notado en la habitación, estaba parado, sonriendo alegremente, el señor Chiappe. Detrás de él se veían confusamente cuatro de sus ayudantes.

—¡Usted aquí! — exclamó McCarthy genuinamente sorprendido.

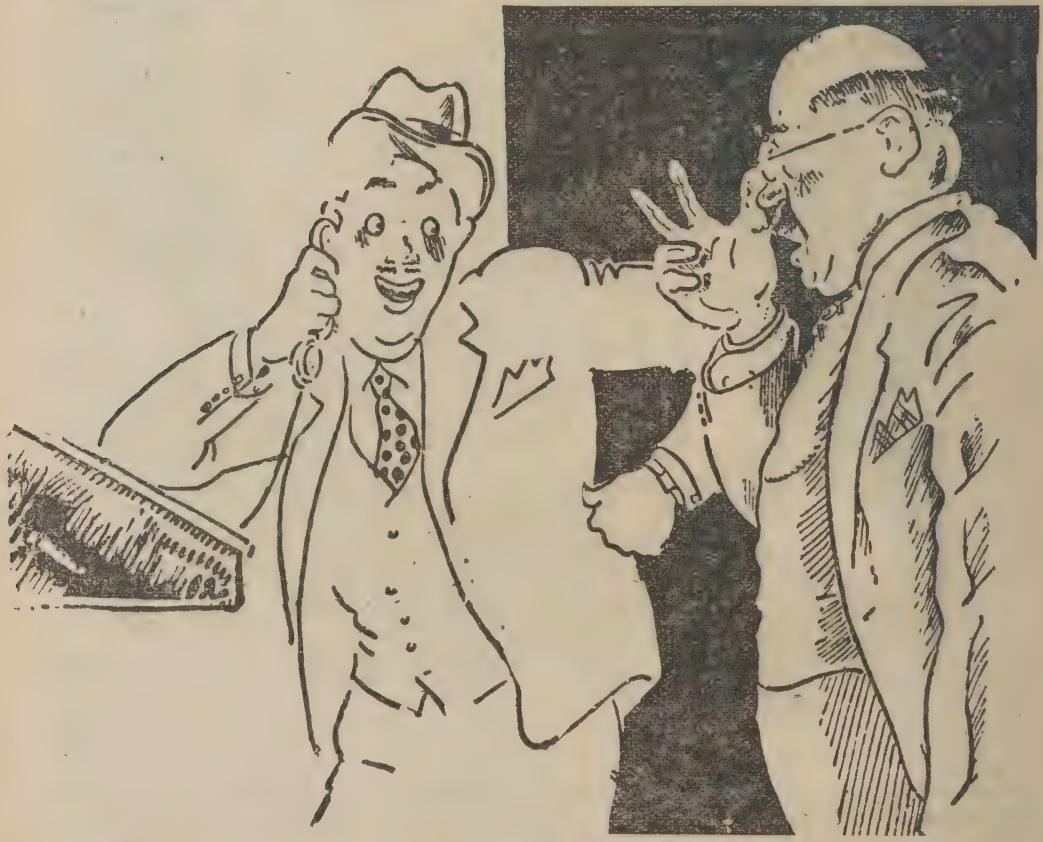
—¿Y dónde más iba a estar? — contestó el otro sonriendo — Cuando hay barullo en París... llega, en lo mejor, M. Chiappe.

—¿Quiere decir que lo vió todo?

—Desde el principio hasta el fin, m'sieu. Podría haberlos capturado antes de que nuestro querido amigo Alelí abriera la caja... antes de que lo desmayaran. Pero me dije a mí mismo: "Ahí está mi jóven amigo "Macarté" de Scotland Yard, que quiere hacerlo todo solo... Dejémoslo. Me habían dicho que era usted un gran peleador. Ahora me he convencido por mis propios ojos. M'sieu, si alguna vez lo despiden de Scotland Yard por arrebatado, venga a París, conmigo. Yo estaría muy contento de tenerlo en la Sureté.

—¿A mí? — preguntó McCarthy asombrado.

—Digamos al hombre que destruyó la pandilla de los Ases Rojos — contestó Chiappe sonriendo — Lo llamaremos el Hombre de Marsella ¿eh?



El camarero.—Caballero; haga usted el favor. Lleva usted ya dos horas hablando y hay muchos señores esperando.

El joven.—Pues que se sienten, porque estoy pidiendo dinero a papá para poder pagarle a usted la cuenta.

LOS BANDIDOS ROJOS

Extraordinaria novela de aventuras en el Salvaje Oeste, escrita por

DUNCAN STORM

(Continuación)

José dijo que había notado que se movía algo entre el pasto y había sospechado que estuvieran escondidos allí algunos polizones — nombre que se da al que se embarca clandestinamente en un vapor — que entonces había gritado, ordenándoles que salieran y, en el mismo momento el pasto se había encendido y los tres muchachos habían aparecido corriendo. Contó eso salpicando su relato de juramentos insultos y blasfemias. Puso por testigos a todos sus compañeros, de que él era un perfecto caballero mejicano y de que su palabra era más verdad que los Santos Evangelios.

El comandante escuchó con el ceño fruncido. Cuando se sentó, después de haber oído de pie, el relato del vaquero, puso en la mesa, al alcance de la mano un revólver de gran tamaño.

—Vamos a ver, Cisco Bill, — preguntó con aire altanero, — ¿qué tiene usted que decir a eso?

—Que ese mejicano es un embustero señor,—contestó Cirso Bill, q' tenía una paja en la mano y se la llevó a la boca, mascándola distraídamente. — Estos muchachos no han incendiado nada y son personas decentes. Yo mismo les invité a que se metieran en este buque, en calidad de polizontes.

Se hubiera dicho que en aquel momento los ojos del comandante hubieran querido salirse de sus órbitas.

—¿Con qué derecho se permite usted invitar a estos vagabundos a que se metan en calidad de polizones en mi buque? — preguntó, con aire de desafío y acercando la mano al formidable revólver que tenía en la mesa.

—¡Con el derecho que tiene el propietario a hacer su voluntad en lo que le pertenece!—replicó Cisco Bill con toda frialdad.

—¡El propietario! — repitió el comandante sin decidirse a creer lo que acababa de oir.

En respuesta Cisco Bill sacó del bolsillo una cartera y de ella unos documentos que arrojó en la mesa, delante del aturdido comandante.

—Me pareció que era conveniente que me decidiera a observar personalmente cómo eran manejados los vapores de mi propiedad que hacen el servicio de la línea del Atlántico Norte. — dijo, — Me parecía Capitán Higgs que la empresa "Círculo y Raya" no era debidamente atendida y he podido comprobar que no me hallaba muy equivocado. No he visto en mi vida peor gente que la que usted ha embarcado para cuidar del ganado. En las últimas cuarenta y ocho horas han intentado asesinarme dos veces. ¡A estas horas no estaría vivo si no hubiera sido por estos muchachos!

El comandante había examinado los documentos y los había puesto de nuevo en la mesa.

—¡Así que es usted el señor Ranse! — exclamó. — ¡El "Rey del ganado"!

—Ese soy yo, — dijo Cisco Bill, tranquilamente. — Bill Ranse, llamado el Rey del Ganado, propietario de la Compañía de Navegación "Círculo y Raya", y por lo tanto soy yo el que le tiene a usted empleado, capitán. Y crea q' no me siento sumamente complacido ni mucho menos por la forma en que usted maneja aquí las cosas. Desde este momento voy a tomar el mando y a manejarlo todo a mi modo.

Se volvió de improviso hacia José.

—¡Levante las manos infame amarillo!— dijo, mirándole fijamente.

José levantó lentamente las manos. En su pecho se apoyó el caño de un poderoso revólver de seis tiros.

—Ahora, — dijo Bill Ranse enérgicamente — me va usted a decir qué propósito tenía al prender fuego a este buque del modo que lo hizo.

De un manotón desabotonó la pechera de la camisa de lana negra que tenía puesta José. Casi en el mismo instante, retrocedió sobresaltado. La pequeña cruz de granates mejicanos, rojos como gotas de sangre que había sellado el juramento homicida de José, cayó en la mano de aquel a quien habían escogido como víctima.

El Rey del Ganado miró la cruz de granates con toda atención.

—¡Ah! — murmuró. — Esto es más interesante de lo que yo había pensado. ¡De modo que todo ha sido obra de los "Bandidos Rojos"!

LOS VAQUEROS PRESOS

Bill Rance pronunció esas palabras con los dientes apretados y mirando fijamente la cruz de granates mejicanos que acababa de arrancar del pecho del vaquero y que relucía en la palma de su mano.

La luz de la lámpara que alumbraba la cabina de mando enviaba sus rayos amarillentos hacia las piedras engarzadas a la manera antigua y talladas hábilmente. A los muchachos les pareció como si la mano de Bill tuviese una mancha de sangre.

—¡Aseguren a ese hombre con los hierros! — ordenó Bill Ranse, enérgicamente.

José, el vaquero, se puso mortalmente pálido. Le brillaban los blancos dientes como los de una rata acorralada mientras perma-

necía inmóvil, con ambos brazos levantados. Dirigió la mirada hacia la puerta, donde estaba reunido el grupo de compañeros, mirando sucesivamente, a la cara, a cada uno de ellos.

El corpulento contramaestre irlandés Pat Finnigan, se abrió paso a fuerza de codos, por entre aquel grupo.

—¡Vengan esas manos, grandísimo traidor! — dijo, dirigiéndose al infortunado José. — Ya que el patrón le ha quitado su hermoso collar, voy a obsequiarle con un par de pulseras.

Los peones gruñeron cuando José tuvo puestas las esposas en ambas muñecas.

Se produjo un movimiento sospechoso, entre aquel grupo, pero Bill Ranse se volvió con la rapidez del relámpago hacia aquella gente, reunida ante la puerta, desnudando otro respetable revólver de calibre 45 con la asombrosa celeridad de movimientos de un prestigitador.

—¡Levanten ustedes las manos! !Ustedes: Hilario, Cheroskí, Gaspar, Morrillo, Tusco, Pacho!

Los seis vaqueros nombrados levantaron lentamente las manos, poniéndose, al mismo tiempo tan verdosos, de puro pálidos, de desesperación y enojo, como el mismo José. De ese modo es como empalidecen los mestizos de indio mejicano.

Los muchachos reconocieron, entre aquellos hombres, a los cuatro a quienes habían visto conspirando en el café de Jim Alone, situado cerca de los muelles, en Londres.

Los vaqueros se daban cuenta de que habían perdido la partida pues detrás de ellos estaba reunido un grupo de blancos, miembros de la tripulación del Ringaroœma. Eran estos fogoneros o marineros, gente fuerte y valiente, de lo mejor que podía encontrarse entre Leith y Limehouse, en Londres.

Se sentían impresionados ante la noticia de qu Cisco Bill, su capataz era nada menos que Bill Ranse, el Rey del Ganado, el dueño de la gran empresa Círculo y Raya, el más rico de los rancheros de la frontera mejicana, y lo que era más importante, el tirador de mejor puntería de Estados Unidos.

Ya no estaba Bill Ranse tan joven como en los días en que, en calidad de simple cowboy había peleado enérgicamente con los bandidos mejicanos y había sentado la mano a todos los ladrones y cuatreros de la región del Río Grande. Pero sabían perfectamente aquellos vaqueros que atreverse a hacer el menor movimiento ante aquel par de revólvers de culata de nácar y calibre del 45, significaría muerte instantánea.

Los amarillentos dedos, manchados por el tabaco de los cigarrillos, temblaban mientras los vaqueros sostenían en alto las manos. Bill fué abriendo, una tras otra la pechera de las camisas de franela negra de aquellos hombres y dejando visible, en cada caso la misma cruz de granates mejicanos que era el símbolo secreto de los Bandidos Rojos, la más poderosa de todas las compañías de desesperados ladrones y salteadores que se había conocido en Méjico.

—¡Pónganles hierros a todos ellos! — ordenó Bill Ranse mientras arrancaba una tras otra, las cruces de granates del cuello de aquellos hombres.

—Enciérrenlos en el depósito de pinturas y ténganlos allí bien seguros.

Palpó la cintura de cada uno de los vaqueros y fué sacándoles los revólvers y arrojándolos al suelo de la cabina de mando, descubriendo luego el largo cuchillo que José tenía escondido en la pierna y un pequeño revólver de culata de nácar que Cherokí escondía entre los pliegues de la camisa.

Antes de que terminara su registro ya había en el suelo una alta pila de armas.

—¡Media vuelta a la derecha! — Paso redoblado! ¡March! — ordenó.

Y el derrotado grupo de pillos se alejó. Iban todos con las muñecas sujetas con esposas, a ser encerrados tras sólidas puertas de acero en el depósito de pinturas del vapor.

—¿Qué significa todo esto? — preguntó el asombrado capitán Higgs cuando al último de los vaqueros hubo desfilado por la cubierta.

—Significa que un caballero del que usted no tiene noticia, capitán Higgs, se ha interpuesto en mi camino y en el camino de mis negocios, — contestó Bill Ranse, sonriente. — Ese caballero era llamado Mosquito Jack en el tiempo en que yo servía en el cuerpo de caballería de Texas y contribuía a que hubiera un poco de orden en la frontera. Ahora se da el nombre de General García y tiene la pretensión de ocupar el puesto de Porfirio Díaz como director de la nación mejicana.

—¡Hola! — exclamó el capitán Higgs. — ¡Rosas! ¡He oído hablaar de él! Dicen que es el más cruel de todos los cillanos que existen en el mundo. ¿No fué Rosas el que incendió una caballeriza donde murieron quemadas unas ciento cincuenta mujeres mejicanas cuyos esposos o padres peleaban contra él?

—¡Ese mismo! — dijo tristemente, Bill Ranse. — El fuego es el arma favorita de Rosas. Esos pillos a quienes hemos encerrado en el depósito de pinturas iban a incendiar este vapor y a matar todos los caballos que están en los pesebres de la cubierta especial. Son bandidos de los selectos de Rosas y forman parte de los Bandidos Rojos. Pero no pude figurarme nunca que llegara a atreverse con la línea de navegación de la empresa Círculo y Raya.

Calló un momento y se secó la frente con un pañuelo grande y rojo.

—Algunos sucesos extraños se habían producido en mis buques de un tiempo a esta parte, — prosiguió, — y por esa razón me embarqué en uno de mis vapores fingiendo ser Cisco Bill, capataz de vaqueros. Deseaba ver de cerca lo que pasaba; pero resultó por cierto, algo más grave de cuanto yo me figuraba. Si no hubiera sido por estos muchachos, hubiéramos perdido hasta el último de estos caballos, que están destinados a las partidas que pelean contra Rosas y, lo que hubiera sido más grave, hubiéramos perdido el vapor y los pianos de cola, que están en la bodega grande, del lado de proa.

El capitán pareció sentirse perplejo. Desde el primer momento le había llamado la

atención el tener que embarcar una partida numerosa de pianos de cola que habían sido estibados cuidadosamente en la bodega de preferencia.

Bill Ranse sonrió mientras se preparaba un cigarrillo con tabaco negro y una hojita de chala.

Esos pianos van a hacer oir una clase muy curiosa de música en Méjico, capitán, — dijo. — Son pianos de tiro rápido de los que lanzan hasta quinientos tiros por minuto. Los cajones que parecen contener las patas de los pianos, están llenos de munición para los mencionados instrumentos de música.

—Ya me figuré que algo raro sucedía con esos pianos. Están todos destinados a Alhama City y me sentía seguro de que en semejante ciudad no pueden necesitar cincuenta pianos, aun cuando pusieran uno en la sala de cada casa.

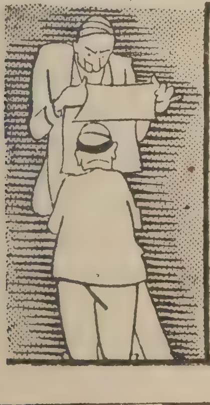
—Lo mismo debió pensar Rosas, — dijo Bill Ranse. — y por eso decidió que los pianos no llegaran a su destino ni pasaran el Río Grande. Por eso fué por lo que dispuso que esos hombres incendiaran el vapor.

—Pero, ¿y esos muchachos? — preguntó el capitán Higgs con desconfianza. — Son polizones, ¿no es eso? Y estaban encondidos dentro del montón de pasto cuando estalló el incendio.

—Voy a contestar en nombre de ellos, — contestó Bill Ranse. — Se hallaban allí por invitación mía. En Texas hacen falta algunos muchachos realmente blancos, de la estampa de estos, así que voy a darle la molestia, capitán de pedirle que les proporcione camarotes en los que puedan pasar cómodamente lo restante del viaje. Comerán en el salón y serán considerados en todo y por todo, como convidados míos.

Al oir estas palabras el capitán varió por completo de actitud. Tocó el timbre llamando al steward, — nombre que se da al camarero, en los vapores ingleses, — y le ordenó que preparara camarotes para Ted, Sid y Stringy.

—Ahora, muchachos, — dijo Bill Ranse, guiñando un ojo, — supongo que no les vendrá mal una sustanciosa comida. Vengan; bajen al salón conmigo.



Holanda es el país del mundo que consume más hierro.

Sí, ya lo sé, pero es del "Hierro Quina Bisleri, el mejor de los reconfortantes.

Les guió hacia el hermosamente decorado salón comedor, en el que ya estaba la mesa abundantemente servida.

Los muchachos no necesitaron que les invitaran dos veces para decidirse a hacer los debidos honores a las sabrosas viandas.

Mientras comían. Bill Ranse les entretuvo contándoles su historia. Les dijo cómo había comenzado a trabajar, en la tierra a donde iban ellos en aquel momento, siendo un muchacho pobre y sin amigos. Les contó cómo se había abierto camino siendo primero cowboy, o sea peón de establecimiento ganadero; cómo, en calidad de soldado de caballería de los Texas Rangers, las fuerzas que custodiaban la frontera ejerciendo en ella una policía militar, había contribuído a conservar el orden y a terminar con el dominio de los bandidos; y finalmente como había llegado a ser "ranchero" o ganadero, prosperando sus negocios de tal modo que habían llegado a llamarle Rey del Ganado, pues era el ganadero, más rico y además era dueño de una gran línea de vapores conductores de ganado. Todos sus negocios tenían como distintivo la marca Círculo y Raya.

—Con esa marca comencé mis negocios, pues esa era la marca de mi ganado vacuno y de mis caballos. — dijo Bill. — Al principio era sólo un círculo. Pero Mosquito Jack, el que ahora es llamado General Rosas, cruzó la frontera una oscura noche con su cuadrilla de cuatreros y recorrió mis posesiones, llevándose un total de quinientas cabezas de ganado, de las mejores. Se le ocurrió alterar la marca agregando una raya de un lado a otro del círculo. Pero reuní rápidamente a mi personal y le sorprendí a él y a sus cuatreros, en el momento en que tenían puestos los hierros en el fuego para alterar la marca del ganado que me había sido robado. Peleamos y a Mosquito Jack y su gente les tocó llevar la peor parte.

—¿Y qué hizo usted con ellos, señor? — preguntó Stringy, vibrando de emoción.

El Rey del Ganado sonrió amargamente.

—La mayor parte de mi gente quería ahorcarlos, — contestó — querían ahorcar a Mosquito Jack y a toda su banda de mestizos. Pero yo estuve en contra de esa opinión y lo he lamentado muchas veces desde entonces. Si yo hubiese colgado de la rama de un árbol a Mosquito Jack no hubiera existido nunca, en Méjico, el General Rosas que hoy existe, y si no hubiera existido el General Rosas no existirían tampoco los miles de viudas y de huérfanos que su crueldad sanguinaria ha dejado a su paso. Tampoco hubiera existido la cantidad que existe de casas aisladas y de aldeas transformadas, por sus incendios en ruinas carbonizadas.

Bill Ranse suspiró.

—¡Ya es tarde para lamentar lo sucedido! — prosiguió. — Hubiera podido ahorcarle porque la ley me daba derecho a ello, habiéndole sorprendido en el acto de cometer un delito de cuatrerismo. Además, en esa tierra, la ley defiende el órden y dice q' usted puede quitarle a un hombre la vida, si tiene agallas para quitársela. ¡Pero no puede tocar a su ganado! Primó mi voluntad, no se ahorcó a aquellos pillos, pero yo les puse mi marca a todos los de la banda. Antes

de ponerles en libertad marcamos a cada uno de aquellos hombres en un muslo, con los hierros candentes que ellos tenían preparados para remarcar mi ganado. ¡Rosas puede luchar y buscar, matando el camino de la Presidencia de Méjico, pero, — y al expresarse así, Cisco Bill golpeó con tal fuerza a la mesa del comedor con el puño cerrado que hizo saltar los platos y los vasos, — no se podrá borrar jamás mi marca! — exclamó. — ¡Tiene quemado su asqueroso cuero para toda la vida! Está marcado con un círculo cruzado por una raya, que forman una cicatriz roja e indeleble. ¡El hierro de la marca le hizo sentir la quemadura hasta el fondo de su negra alma! Por eso es por lo que Mosquito Jack, actualmente General Rosas, ha jurado vengarse de mí. Bill Ranse, el Rey del Ganado. Un blanco puede olvidar pero un mestizo no olvida jamás. ¡Por eso es por lo que ha de librarse una guerra a muerte entre el Círculo y Raya y los Bandidos Rojos!

Bill Ranse hizo una pausa, mirando a los muchachos mientras se notaba una sonrisa picaresca en sus bondadosos ojos.

—Es algo así como invitarles a ustedes a un posible entierro, muchachos. — dijo — el inducirles a unirse a los elementos del Círculo y Raya en las presentes circunstancias porque en la actualidad todo Méjico está alzado en la región de la frontera y Rosas se aprovecha de la reinante anarquía para acercarse lo más posible a fin de invadir el territorio de Texas y apoderarse de mi cabellera. Cuando les indiqué a ustedes que vinieran al Oeste no suponía que los sucesos estuvieran tan cercanos de una decisiva y terrible batalla como lo están. Les advierto que vincularles al Círculo y Raya ahora significa la posibilidad de una existencia azarosa y llena de peligros. No necesitan ustedes acompañarme si no lo desean. Cuando lleguemos a Gálveston, podré encontrarles colocación conveniente, a los tres, suficientemente lejos de la frontera para que se hallen lejos de toda posibilidad de entrevero. Mi palabra es escuchada con respeto tanto en Texas como en otros estados de la Unión. ¿Qué me dicen ustedes?

Ted Bligh fué el primero que habló.

—¡Somos ingleses, señor! — dijo. — ¡Usted también ha nacido en Inglaterra! Por lo tanto, sabe usted que no vamos a separarnos de su lado porque pueda haber más o menos peligro. Yo voy con usted a donde usted vaya.

—¡Y yo también, señor! — exclamó Sid, cuyos ojos relucían pensando en sus futuras aventuras.

—¿Y usted, qué dice? — preguntó Bill Ranse, volviéndose hacia Stringy.

—¿Hay indios, señor? — preguntó Stringy con interés.

Bill Ranse se rió.

—¡Muchos! — contestó. — Pero ahora se muestran muy pacíficos. Rosas ha intentado durante los últimos meses, hacer que se alcen en guerra los Indios Humos, que constituyen la peor de todas las razas de pieles rojas que existen, pues son medio apaches, medio mejicanos, y son peor que demonios cuando declaran la guerra.

—Entonces hágame el favor de tomar una platea de primera fila para mi señor, — dijo Stringy con calma. — Siempre he tenido aspiraciones a verme en un combate con indios rojos. Estoy seguro de que no son peores que algunos de los muchachos de la isla Sloper, que a veces se presentan en los muelles de Londres.

Bill les tendió la mano.

—¡Son ustedes de los buenos, muchachos! — dijo, reluciéndole los ojos. — Mi pobre esposa murió hace algunos años y me quedé viudo y sin hijos. Tuve tres hijitos y serían de la edad que tienen ustedes ahora, muchachos, sí...

Se tapó el rostro con ambas manos.

—¡Fué aquello obra de Rosas! — dijo entre dientes. — Yo me hallaba cerca de la desembocadura del Rio Grande y reinaba la paz en la frontera. Pero los canallas cruzaron por un vado secreto. Incendiaron mi casa y yo encontré los cuerpos de mi infeliz mujer y de los tres niños, tendidos en la piedra del hogar, a mi regreso; ¡los habían asesinado a sangre fría!

Los muchachos permanecieron silenciosos. Miraron al Rey del Ganado con conmiseración. De fuera en el comedor un respetuoso silencio. De fuera llegaba el rumor del agua al frotar el casco del vapor y el ruido característico del aparato de telégrafo sin hilos, en la cabina de la cubierta más alta. El operador debía estar acusando recibo de algún mensaje.

Poco después el radiotelegrafista se presentó en la puerta del salón comedor. Miraba intrigado y tenía en la mano la fórmula de un mensaje inalámbrico.

Miró con sorpresa al grupo sentado en torno de la mesa comedor. Sabía que los tres muchachos eran polizones y reconoció a Cisco Bill. No comprendía cómo era posible que el capataz de los vaqueros y los tres muchachos estuvieran sentados en redor de la mesa reservada para el comandante.

—¿Qué pasa, Marconi? — preguntó jovialmente Bill, pero con aire autoritario

—Buscaba al capitán, — dijo el telegrafista. — Me dijeron que estaba abajo...

—Me parece que ese mensaje debe ser para mí, — dijo Bill, tendiendo la mano.

—Es para el señor Ranse, — dijo el telegrafista. — ¡Pero el señor Ranse es el dueño de esta línea de vapores, es el Rey del Ganado!

—¡Ese soy yo! — dijo Bill con toda calma. — Déme ese despacho, jóven.

El telegrafista abrió mucho los ojos, asombrado. Reconoció entonces en el capataz de los vaqueros al hombre cuyo retrato había sido publicado centenares de veces en los diarios de Estados Unidos por tratarse de la mayor potencia de la frontera mejicana.

—El despacho no consta más que de una sola palabra de clave, señor, — dijo el telegrafista con todo respeto. — Esa palabra es "Pickles".

Dió el papel a Bill y se retiró silenciosamente del salón.

—Más noticias para ustedes, muchachos, — dijo Bill, cuyos ojos relucieron de nuevo. — Usted, Stringy, va a ver pronto lo que desea. Este despacho procede de mi agente confidencial en Alhama City y en él me comunica que los Indios Humos, se han decidido a lanzarse al sendero de la guerra. ¡Y Rosas está metido en eso!

CY SPRAGE, VAGABUNDO

Los muchachos no olvidaron jamás su viaje rápido y feliz a través del Océano Atlántico.

El Ringarooma pasó al poco tiempo por las aguas templadas y barrosas de la corriente del golfo de Méjico, que llenó el aire de humedad y de olor a pescado, y el mar se presentó tan liso como una superficie de raso azul cuando se dirigieron con rumbo Suroeste hacia las islas Bahamas.

De vez en cuando el aparato de telégrafo sin hilos funcionaba, recibiendo mensajes para Bill Ranse, sobre los cuales no decía él ni una sola palabra. Por orden suya la rapidez de la marcha del vapor pasó de doce a catorce nudos por hora, que era la mayor velocidad a que podía hacerle navegar el jefe de maquinistas, llamado McGee. A esa marcha, cada 24 horas — o sea cada singlatura, — el Ringarooma avanzaba de 330 a 340 nudos.

La cuadrilla de ennegrecidos fogoneros que trabajaba en lo profundo del buque, sudaba y bufaba mientras alimentaba los hornillos preocupándose únicamente de que la presión del vapor en las calderas fuese lo más alto posible, sin pensar en economizar combustible. Corrió, llevada de uno en otro en voz baja, y por todo el buque, la noticia de que el hombre alto y desenvuelto a quien habían supuesto capataz de los cuidadores de ganado era nada menos que Ranse, el Rey del Ganado, en persona. En consecuencia, los fogueros procuraban complacerle alimentando las hornillas con la mayor actividad.

Con sumo disgusto para ellos los miembros de la gavilla de los Bandidos Rojos fueron sacados de su prisión y abandonando el depósito de pinturas, enviados abajo, a ayudar a los fogoneros a transportar el carbón, vigilados por los capataces de la "cuadrilla negra", como llamaban a los que trabajaban entre el carbón.

Por último el Ringarooma llegó a puerto y tan pronto como el vapor estuvo amarrado y se hubo verificado la acostumbrada visita de la sanidad y de las autoridades del puerto, los siete Bandidos Rojos, negros todavía del carbón q' habían manejado, fueron conducidos por Umpty Ginsen, su carcelero, hasta el portalón de la borda donde comenzaba la escalera que habían puesto para desembarcar.

—No esperen su dinero, caballeros: — dijo Umpty. — ¡Fuera de aquí!

No pudo interpretarse de dos modos el significado del ademán con que Umpty indicaba el muelle.

Don Hilario fué el primero en recibir un puntapié que le hizo rodar por toda la larga escalera. Y uno tras otro, fueron enviados, del mismo modo, por Umpty rodando hasta el muelle.

Se quedaron un momento a la luz de las lámparas de arco voltaico que alumbraban el muelle, cerca del tren de vagones especiales para la conducción de caballos que se acercaba ya al vapor, a fin de comenzar la descarga. Amenazaron blandiendo los puños cerrados, a los muchachos, que estaban asomados a la borda. Después desaparecieron por entre la sombra que proyectaban los largos y altos galpones del puerto.

—¡Mucho ojo, muchachos! ¡Siempre alerta! — díjoles Umpty Ginson, en tono de advertencia. — Esos tipos de cara amarillenta no son peligrosos a bordo, pero son capaces de todo cuando andan sueltos y en su propio terreno. Si por mi hubiera sido, hubiese arrojado a los siete al agua, terminando de una vez con sus fechorías. Pero anden con ojo cuando paseen por las calles alumbradas por la luna de la ciudad del Río Grande y cuando pasen por delante de los oscuros portales de las casas donde vive esa gente.

Así les previno Umpty Ginsen refiriéndose al grupo de vaqueros que el había hecho desembarcar de modo tan poco ceremonioso, y los muchachos no lo olvidaron.

Pero poco tardaron en olvidarse de los vaqueros al contemplar las escenas de grandísima actividad que se desarrollaron inmediatamente. Se comprendía que Bill Ranse era persona que gozaba de autoridad en Gálveston porque casi al mismo tiempo que amarraban el vapor, estuvo, en el muelle el tren en que habían de ser transportados los caballos que entumecidos y atemorizados a consecuencia de su viaje por mar, fueron sacados de sus pesebres y llevados a los vagones sin el menor tropiezo.

Entraron luego en acción los grandes guinches y los cajones de pianos de cola, como Bill les llamaba, fueron alzados de la bodega y descendidos a los vagones chatos que esperaban. A las dos de la mañana, Bill llamó a los muchachos y fué con ellos al coche-salón que esperaba, enganchado al tren en que iban los caballos y los "pianos". Era un espléndido coche Pullman, reluciente de luces eléctricas, con barandillas e implementos plateados y brillantes.

—¿Y qué me dice de los boletos! — preguntó Stringy azorado, estudiando su deplorable ropa que hacía tan extraño contraste entre todo el lujo del magnífico coche-salón.

Bill Ranse le miró riendo.

—En este país no tomamos boleto, muchachos, — dijo. — Este coche es de mi propiedad y no me cobran más q' lo q' cuesta el arrastrarle hasta Alhama City, que es a donde vamos. Y no se preocupe de su ropa, Stringy. Ya le proporcionaré nuevo traje cuando lleguemos a las montañas. Supongo que ustedes, muchachos sabrán montar a caballo.

AVENTURAS DE

BARNIGUGLI por Debeck
¿QUE LES PARECE? A VER, VOS QUE SOS MAS GORDO, QUEDATE QUIETO Y SOSTEN A ESTE OTRO...
3
¡CUIDADO, BARNIGUGLI!
¡AY! ¡AY! ACERQUENSE UN POCO
NO SE MUEVAN TANTO
4
ASI, QUE ESE MATUNGO ES TRIGEMINO. ¡JA! ¡JA! ¡JA!
6
¡Y QUE HAYA QUIEN LO CREA MEJOR QUE TRAGAVIENTOS!
7
¿COMO SE LAS HABRA ARREGLADO BARNIGUGLI CON AQUELLOS TIPOS? YA TIENE TIEMPO DE HABER VUELTO...
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
10
DIGALE AL DE LA AMBULANCIA QUE SE PUEDE IR. EL PACIENTE TIENE QUE QUEDARSE AQUI UNA SEMANA
TAL VEZ MAS, DOCTOR
DEBECK
11

—A veces cabalgaba en los burritos de los gitanos, cuando aun estaba en el pueblo donde nací, — dijo Stringy pensativo, y me creo capaz de agarrarme de modo que no me arroje al suelo el caballo más arisco.

Bill Ranse volvió a reírse. El también había aprendido a andar a caballos en los burritos de los gitanos cuando muchacho.

—Yo le buscaré un buen caballo, Stringy, cuando lleguemos a las montañas, — dijo. — y además le enseñaré a cabalgar como un verdadero cowboy. Ahora pueden despedirse ustedes de Gálveston, muchachos; el tren se pone en marcha.

Los muchachos, mirando por los límpidos cristales de las ventanillas, vieron cómo se alejaban las luces del puerto, a medida que la grande y potente locomotora avanzaba por el puerto haciendo oír sin cesar el repique de una sonora campana. Poco después el tren corría velozmente cruzando un campo liso y llano, devorando millas cada instante que pasaba.

Miraban los muchachos, con interés y asombro el paisaje, extraño para elos, que les permitía distinguir las luces del coche. A los costados de la línea férrea veían tupidos cercos de chumberas y de aloes o pitas, con sus puntiagudas hojas, formando una valla de más de doce piés de altura. De vez en cuando el tren pasaba, sin detenerse, por delante del blanco edificio de una estación y entonces veían los muchachos, salpicando el paisaje, agunos pintorescos chalets que les recordaban los hermosos carteles con que anuncian los ferrocarriles ingleses los "viajes circulares" por Italia y Monte Carlo. El aire era suave y tibio y estaba recargado de olor a azahar; el tren corría por entre extensos campos, algunos de los cuales, — según les explicó Bill, — estaban sembrados de alfalfa o de caña de azúcar.

—Vamos por las vías del ferrocarril de Texas al Pacífico, muchachos, — dijo Bill, — hacia el valle del río Colorado. Pero dejaremos esta vía principal cuando lleguemos a Brady y entraremos en un terreno enteramente distinto. Pero ya es hora de que nos acostemos a dormir, me parece. Voy a llamar a Julio César para que prepare las camas.

Los muchachos se preguntaron quién podría ser Julio César en el momento en que Bill Ranse oprimía el botón de un timbre eléctrico, que se hallaba cerca de la butaca en que estaba sentado.

En respuesta a ese llamado, uno de los negros más negros que puedan haber existido en el mundo, apareció en la puerta del compartimiento del coche-salón donde se hallaban.

—Ju, — dijo Bill, — prepare camas para estos tres jóvenes y cuide de ellos debidamente.

Julio César miró a los muchachos con unos ojos que les llamaron mucho la atención porque era de un azul brillante y límpido, aún cuando estuvieran en un rostro negro como el hollín. De pronto el rostro del negro pareció dividirse en dos porque Julio César se rió con toda jovialidad mostrando una fila larga de dientes grandes y blanquísimos.

—Sí, patrón, — dijo, — cuidaré muy bien de estos jóvenes caballeritos. Ya he preparado las camas. ¿Querrán tomar alguna bebida bien fresquita?

La noche se había hecho muy calurosa y a los muchachos les pareció agradable el ir a la pequeña antecocina, situada a un extremo del coche, donde Julio César sacó de la heladera unas jarras de bebida muy fresca y preparada con jugos de frutas, que les pareció un verdadero néctar.

Julio César se rió mientras servía el refresco en unos vasos estrechos y altos, de fino cristal, agregando a cada uno una generosa dosis de hielo machacado. A los muchachos les pareció que no podía existir un negro que se riera de modo más alegre que aquel. Y se reía cada vez que hablaba, como si considerara que la vida es lo más jocoso del mundo.

Julio César vestía un traje blanquísimo. Ceñía su talle un cinturón de cuero blanco, con hebilla y adornos de plata, del que colgaban dos imponentes revólvers de seis tiros, con culata de marfil.

—¿Para qué lleva esos revólvers, Ju? — le preguntó Stringy, que había trabado rápida amistad con el negro.

—Pronto lo va a saber, niño Stringy, — dijo riendo, Julio César. — Hay mucha gente mala en esta parte del mundo. ¡Jó! ¡Jo! ¡Jó! ¡Va a encontrarse con mucha animación estando entre la gente del Circulo y Raya! ¡Y frecuentes entreveros a tiros, también! ¡Estos sitios por donde vamos ahora son sitio de paz! Pero mañana vamos a pasar por una región mala. ¿Me comprende?

Ju estaba sentado en un pequeño taburete, de espaldas a la puerta abierta, aprovechando así, en todo lo posible, la brisa que la velocidad de la marcha del tren, hacía pasar por el corredor.

De improviso, cuando estaba a la mitad de una alegre carcajada, el negro se volvió en su asiento, llevando las manos al cinto.

—¿Qué quiere? — preguntó Julio César bruscamente a alguien a quien los muchachos no podían ver. — ¡Si se mueve una sola pulgada, hago fuego!

—Baje sus revólvers, Ju — dijo una quejumbrosa voz. — No me canse con sus temores. Deme un refresco de frutilla, con dos pajitas largas y mucho hielo pisado.

Ju bajó los amenazadores revólvers y expresó su asombro exclamando: "¡O-o-o-o-o o-o!".

Los muchachos, inclinándose, sin moverse de donde estaban, vieron a uno de los más andrajosos y mugrientos vagabundos que habían visto en su vida. No habían tenido ocasión de ver a un vagabundo norteamericano, un verdadero "recorre-caminos". Esto era aquel, con su rostro sucio y deformado por el abuso de la bebida, coronado por una hirsuta cabellera que aparecía bajo las alas de un deteriorado sombrero de paja, adornado por una grasienta cinta de color. La ropa de aquel hombre era un mon-

tón de andrajos. Avanzó, saliendo de la oscuridad nocturna de la plataforma del coche-salón, andando a gatas con las rodillas y las manos.

Parecía haber surgido de la parte de abajo del tren.

—Señor... — empezó a decir Julio César.

Pero calló porque el vagabundo dirigió una significativa mirada de desconfianza a los muchachos.

Ju se dirigió a la antecocina donde sin que le molestara el balanceo del tren en marcha, preparó un alto vaso de refrescos con frutillas frescas aplastadas, azúcar y hielo, que dió poco después al vagabundo.

—¡Ah! ¡Ahora me siento mejor! — dijo el andrajoso — Vengo desde Gálveston colgado debajo del coche y ¡ha habido una de polvo! ¡Uffs! Diga: ¿dónde está el patrón?

—En la salita, señor — contestó el negro, indicando la lustrada puerta de caoba que quedaba al extremo del corredor.

—Voy a verle en seguida, — dijo el vagabundo, con toda calma. — Búsqueme unas vendas, ungüento boricado y agua hirviendo, Ju. ¡Esos canallas me lastimaron en Gálveston.

Levantó un poco la raída pernera del pantalón y se pudo ver que tenía la pierna vendada con un trapo manchado de sangre.

—Poca cosa. — agregó. — Nada más que un rasguñ y apreté bién al vaquero que me arrojó el cuchillo. Fué ese pillo de Hilario. ¡Claro está que quedó muerto!

Se dirigió por el corredor sin hacer caso de los muchachos, al parecer, aun cuando sus perspicaces ojos los estudiaron con toda atención cuando pasó lentamente por delante del sitio donde estaban los tres.

—¡Qué diablos; — exclamó Julio César siguiendo con la mirada de sus ojos azules, al vagabundo. — ¡Y pensar que casi le disparo un tiro!

¿CUAL de los TRES?

Es
el título de
la novela de género policial y de misterio
que servirá para nuestro
4º Concurso

Usted pasará momentos de gran emoción con la lectura de esta interesantísima novela y podrá ejercitar sus facultades de inteligencia y observación deduciendo de la complicada trama de la obra QUIEN ES EL ASESINO Y QUE MOVILES IMPULSARON AL CRIMINAL

—¿Quién es ese hombre? — preguntó Stringy. — ¡No será Charlie Chaplin! ¿Eh? ¡Qué tipo de vagabundo! ¡Jamás vi nada parecido, ni tan andrajoso ni tan sucio!

Julio César movió negativamente la cabeza.

—Ese no es un vagabundo, niño Stringy, y es algo más serio que Charlie Chaplin, — dijo con aire solemne.

Después bajando la voz todo lo posible y tras de acercarse más a los tres muchachos, el negro dijo:

—¡Ese señor es Cyrus Sprague, al que llaman Cy Sprague, el más famoso detective de todos los más famosos detectives de Estados Unidos y tal vez del mundo! ¡Cy Sprague, de la Policía de Investigaciones de Nueva York, el más notable detective del globo! ¡Y cuando ustedes vean cerca a Cy Sprague pueden calcular que también anda cerca un buen entrevero!

EL TREN ES ATACADO POR LOS INDIOS HUMOS

Ninguno de los tres muchachos volvió a ver al vagabundo aquella noche. Se retiraron a los compartimentos que Julio César, — el negro jovial y de ojos azules, — les había preparado y durmieron durante todo lo restante de la calurosa noche, mientras el tren seguía en movimiento. Estaban durmiendo cuando el tren se detuvo de improviso en un sitio donde había gran cantidad de chumberas y el vagabundo después de haber conversado largamente con Bill Ranse, en la salita del coche descendió del tren tan misteriosamente como se había presentado, y desapareció en la nocturna obscuridad.

Todo aquel día el largo convoy compuesto de vagones para ganado y de vagones chatos, siguió su marcha cruzando una región salvaje, tostada por el sol candente y salpicada de colinas de rocas, cubiertas de grisácea vegetación y de enormes grupos de cactus de fantásticas formas.

Cuando llegó la tarde el paisaje se hizo aún más agreste y desolado. Los muchachos se sintieron maravillados al contemplar las rocas rojas como el bermellón, las montañas de extraordinaria configuración y el azul intenso e igual de todo el cielo.

Recordando los paisajes de su país, grises y nebulosos, aquella vivacidad de colores les aturdía y asombraba como algo fantástico e inverosímil.

Obtuvieron permiso de Bill, — cuando el tren se detuvo junto a una pequeña estación en la que había un tanque proveedor de agua, para llenar los bebederos de los vagones en que iban los caballos, — para subirse al techo de los vagones y de la cabina de la locomotora, a fin de poder contemplar mejor el paisaje que más parecía una decoración de teatro caprichosamente coloreada por el escenógrafo, que un trozo de realidad.

Siguieron en el techo de los vagones y allí estuvieron hasta el crepúsculo, admirando el extraordinario cielo y el asombroso paisaje.

De pronto, los perspicaces ojos de Stringy

distinguieron en lo alto de una pequena colina, situada a unas doce millas de distancia, una columna de humo que se elevaba hacia el cielo del crepúsculo, que tenía un tono amarillo limón.

—¡Hola! ¡Miren! ¡Allí hay un volcán!— gritó. — ¡Cómo echa humo!

—No es un volcán de la clase que ustedes suponen, aún cuando ese humo indique la existencia de un foco de fuego importante, — dijo Bill. — esa es una señal de las que hacen los indios Humos. Son muy hábiles en el manejo de esa clase de señales de humo y a eso deben, precisamente, el nombre que tienen. Fíjense bien y verán como el humo se interrumpe a veces y continúa luego. Tienen su clave propia, por el estilo del alfabeto Morse que se usa en el telégrafo. Esos chorros de humo que ven ustedes ahora, avisan que ya han visto que este tren se acerca.

—¿Y eso qué quiere decir, señor? — preguntó Ted Eligh.

—¡Quiere decir que nos van a atacar esta noche, antes de que lleguemos a Alhama City! — contestó Bill Ranse. — Rosas se ha enterado de nuestro viaje y se propone detener el paso de este tren, quien sabe como. Pero dicen que "el hombre prevenido vale por dos" y yo les tengo preparada una pequeña sorpresa. Precisamente por esa razón ha sido por lo que nos hemos detenido tanto tiempo ante el depósito de agua.

Acababan de salir esas palabras de los labios de Bill cuando resonó una horrísona gritería en las cercanas colinas, y un grupo numeroso de jinetes surgió de entre las rocas, igual, que si hubieran brotado de las entrañas de la tierra.

Sin fijarse en lo escarpado del terreno, los jinetes descendían de las colinas, sacudidos en sus cabalgaduras, los caballos saltaban como gatos de roca en roca o resbalaban cuesta abajo entre guijarros.

—¡Son cowboys! — gritó Stringy palmoteando encantado mientras la temeraria cabalgata se acercaba al tren, a galope desenfrenado.

—¡Más vale que no le oigan a usted expresarse de ese modo! — dijo Bill, sonriendo. — Se figuran que son superiores a cualquier vaquero de cuantos andan por ahí. Esos hombres tienen derecho de vida o muerte en toda la zona de la frontera. ¡Son los famosos soldados de caballería de Texas! ¡Los Texas Rangers, de histórica fama!

Lanzando gritos de entusiasmo, los rangers se precipitaron hacia el coche-salón, sofrenando a sus caballos con repentina y admirable seguridad.

Los muchachos abrieron la boca, maravillados. No habían soñado nunca que se pudiera cabalgar de ese modo, ni aún en un circo. El grupo — compuesto de ochenta en total, — se detuvo instantáneamente como si todos los jinetes y sus caballos se hubieran transformado de improviso en estatuas.

Con un simultáneo retintín de las espuelas de plata, arrojaron las riendas al cuello de los caballos y se apearon, deslizándose con agilidad suma.

—Esta mañana, Cy Sprague nos avisó de su parte, Bill, — gritó un enorme cowboy que era al parecer, el jefe del grupo. — Tuvimos que darnos prisa para llegar a tiempo, pero creo que hemos llegado, y aquí estamos.

El cowboy miró con curiosidad a los tres muchachos, mientras hablaba.

—Son unos jóvenes amigos míos, — explicó Bill Ranse. — Nuevos reclutas del Círculo y Raya. ¡Muchachos, este es Kit Buckley, un excelente amigo mío!

El jefe de los rangers se quitó su sombrero de anchas alas y saludó, inclinándose cortesmente. Así acostumbraba a conducirse Kit Buckley. Tenía los modales de un príncipe y era considerado uno de los mejores tiradores de toda la frontera. Pero antes de tres semanas, su nombre iba a figurar entre los de los más famosos héroes del mundo. Así era Kit.

Era uno de los antiguos caballeros que vivía de nuevo en tierra de Texas, y lo que se contaba sobre sus hechos temerarios, su cortesía admirable y su maravillosa pericia como jinete y tirador, era oído con asombro y encanto en torno de los fogones de campamento en todos los estados del Sur y del Sur Oeste, del mismo modo que podían escucharse las leyendas de algún héroe de los tiempos de antaño.

Pero los muchachos dispusieron de poco tiempo para admirar y contemplar a Kit Buckley.

Dió una rápida orden a sus hombres y estos se dirigieron hacia dos vagones de los de conducir animales, que estaban vacíos y forrados de pilas de bolsas llenas de arena.

Julio César distribuyó a los muchachos rifles cargados y se les dijo que se quedaran echados en el techo del furgón de cabeza del tren, en el cual se hallaba el guardatren encargado de los frenos.

Sabían que el tren iba a ser atacado por indios dentro de las próximas sesenta millas de vía.

El tren se puso en movimiento mientras anochecía. Los rieles describían sucesivas curvas, bordeando la base de las montañas. Vieron que dos de los rangers se quedaban custodiando los caballos y despedían agitando el sombrero, al tren que volviendo una curva del valle, se alejaba y perdía de vista el tanque de agua y sus fuertes sostenes de hierro.

La obscuridad se acentuó y poco después salió la luna, muy grande, como una enorme bola de oro.

Los vagones avanzaban con acompasado traqueteo, por la única vía, y doblaban curva tras curva. Los muchachos, impacientes, esperaban oir los alaridos de guerra de los indios Humos.

Pero hasta cerca de las diez y media de la noche no acaeció nada de particular.

Habían recorrido ochenta millas a contar desde el sitio en que el grupo de rangers había llegado al tren. El convoy descendía una cuesta, camino de una profunda garganta cuando el repentino y violento rechinar de los frenos vibró entre las colinas.

De repente se vió, delante del tren, un poderoso resplandor rojo, mediante el cual se destacaron visibles, las altas moles de rocas que había a los lados de la vía.

Stringy sintió que le saltaba el corazón en el pecho cuando vió que los engrasados cuerpos de los pieles rojas se arrastraban cautelosamente hacia la silenciosa casa.

Lanzó el silbato de la locomotora tres breves toques de advertencia en el momento en que eran aplicados los frenos, que despidieron chispas al frotar los zapatos de acero en las ruedas también de acero.

La locomotora se detuvo en el momento

preciso y oportuno, El puente de vigas de madera que trasponía la profunda garganta de la montaña estaba ardiendo. Los rieles terminaban en un oscuro abismo, por el fondo del cual corrían violentas, las aguas de un rápido torrente.

Los indios Humos habían destruído el puente del ferrocarril que cruzaba el río de los Vientos.

Entonces, desde la oscuridad que flanqueaba la línea férrea se alzó un estremecedor alarido. Una cantidad de oscuras sombras surgió de entre las rocas, entre las que resonaron los temidos alaridos de guerra de los indios Humos, que se precipitaron hacia el convoy, numerosos como un enjambre de avispas.

Cuando los indios se precipitaron hacia la locomotora el ténder y los vagones, los muchachos, como si despertaran de un sueño, se levantaron y comenzaron a hacer fuego, rápidamente desde lo alto del techo, hacia los emplumados guerreros que atacaban.

LA DERROTA DE LOS INDIOS

La poderosa locomotora, estremecida por el hervir del agua en su caldera, habíase detenido al borde del abismo. Por suerte para todos los que iban en el tren. Duck Malone, el maquinista, tenía mucha práctica de su oficio, había hecho su aprendizaje en los pesados trenes de minerales del ferrocarril Londres al Nordeste y había estado luego, manejando los largos y pesados trenes de carga del ferrocarril de Pennsylvania.

Duck Malone estaba sumamente ocupado en aquel momento. Inclinado a un lado, hacia fuera de la cabina de la locomotora, descargaba una y otra vez, un par de pesados revólvers Colt, apuntando al grupo de indios Humos que pretendían subir a la máquina.

Chippo Snark empleaba otras armas en el lado de la cabina que le correspondía. Chippo Snark era el foguista compañero de Duck Malone y era un hombre de fuerza extraordinaria y músculos de acero y habituado a las situaciones difíciles. Durante algunos años había sido boxeador en San Francisco de California, así que a fuerza de golpes, Chippo Snark tenía el cuerpo como de acero templado, además de poseer una acometividad digna de una avispa, Chippo despreciaba las armas de fuego y miraba con lástima, tanto a los cowboys como a los indios.

La primera cara fea y oscura que se mostró sobre el borde de la cabina, del lado del fogonero, fué la del segundo jefe de los indios Humos, un terrible guerrero que ostentaba con orgullo el nombre de Aguila Víbora.

Aguila Vívora blandía un cuchillo, sediento de sangre. Al atacar lanzaba el alarido de guerra de su tribu, muy apropósito para hacer temblar de miedo al de más templado corazón.

Pero Chippo no se mostró emocionado ni mucho menos.

—¡Vamos! ¡No se queje de ese modo, indio cara sucia! — le gritó con aire de desprecio.

Aguila Víbora le dirigió una puñalada con rapidez asombrosa.

Pero su rapidez fué insignificante comparada con la de la vista y la mano del que había boxeado para ganarse un pedazo de pan, en los "rings" baratos y populares de Oaklands y de la costa de San Francisco. Un trozo de carbón de piedra del tamaño de una balija de mano destrozó el rostro de Aguila Víbora haciéndole caer de espaldas entre sus vociferantes guerreros.

Chippo hacía uso de trozos de carbón y de los puños, alternando. Tanto unos como otros eran igualmente fatales. Indio tras indio fueron cayendo del costado de la máquina transformados en un montón de andrajos y de plumas de colores.

Ante un desastre así, se retiraron con el propósito de volver a atacar con más eficacia.

Del techo del furgón de cabeza del convoy, los muchachos miraban cómo Chippo castigaba sin cesar a sus asaltantes. Desde las vecinas rocas, los indios contestaban al fuego que se les dirigía desde el tren y una tras otra, las balas pasaban por encima de donde estaban los muchachos.

Se comprendía que el propósito principal de los indios era apoderarse de la locomotora a fin de impedir que el maquinista hiciera retroceder el tren por la cuesta.

Pero Chippo tenía otras armas, ademas de los puños y de los pedazos de carbón de piedra. Dejó que los indios volvieran a reunirse. Entonces, por encima del borde de la cabina, hizo aparecer una lanza como las de las mangas de riego, de bruñido cobre y unida a una manga forrada de grueso alambre en espiral.

Se oyó el fuerte silbido del vapor que se escapa y un aullido de desesperación y de furor detuvo el tiroteo en el mismo instante en que un chorro de vapor recalentado fué a dar partiendo del costado de la locomotora, en el grupo de indios atacantes.

Los que quedaron con suficiente vida se volvieron y huyeron despavoridos. Los otros se quedaron retorciéndose en el suelo, como avispas lastimadas. Los muchachos apresuraron la retirada de los vociferantes y escaldados indios mediante una rápida descarga de sus rifles que hicieron morder el polvo a varios de los guerreros Humos.

Los muchachos gritaron con alegría cuando vieron que los indios se retiraban de la delantera del tren y se dirigían corriendo hacia los últimos vagones.

—¡Ahora van hacia el lado de los pianos! —- exclamó Stringy, sentándose y secándose el sudor de la frente. — ¡Allí es donde está lo bueno, a la cola del tren!

Se veía claramente que los indios, convencidos de que no les iba a ser posible apoderarse de la locomotora, iban a tratar de apoderarse de los cajones que parecían contener pianos y estaban en los últimos vagones del tren.

Los espías de su jefe el general Rosas no le habían informado mal. El contenido de

esos cajones consistía en rifles y municiones destinados a los patriotas de Méjico y de esto habían logrado enterarse los espías de Rosas cuando cargaron los cajones en el buque, en el puerto de Londres. Y el propósito de aquel ataque de cerca de quinientos indios era evitar que esos elementos cruzaran el territorio de Estados Unidos en dirección de la frontera, donde serían pasados de contrabando por vados secretos del Río Grande del Norte.

A Rosas no le importaba cruzar sin permiso la frontera y violar el territorio de Estados Unidos. Sabía que el gobierno de Estados Unidos no podía dignamente, declarar la guerra a unos, que más que revolucionarios, eran bandidos y que el gobierno mejicano no disponía de fuerzas suficientes para dominarle. Se jactaba de tener la mitad del territorio de Méjico en su poder y no vaciló en lanzar a aquellos quinientos indios, medio enloquecidos por el aguardiente de calidad inferior que les daba y por el mal oliente pulque, la bebida nacional mejicana que emborracha y enloquece al indio, haciéndole capaz de todo género de excesos criminales.

Pero gracias al andrajoso y sucio vagabundo que se presentó en el tren la noche anterior y que había desaparecido tan misteriosamente en la oscuridad, Bill Ranse y su tren cargado de armas, municiones y caballos, no iba a poder ser capturado con la facilidad que suponía el general Rosas.

Cy Sprague, el detective más astuto de Estados Unidos, había vigilado, en Gálveston, durante varias semanas, a los elementos de Rosas. Recorriendo los muelles, unas veces disfrazado de trabajador de los vapores, otras fingiéndose vagabundo, otras marinero inglés, ebrio y en busca de su buque, había recogido los informes necesarios. Se había enterado que la gente de Rosas sabía que Bill Ranse traería un cargamento de caballos, armas y municiones y que, por eso Rosas había decidido en seguida la destrucción del vapor en que viajaban esos elementos.

Hay muchos ingleses que pueden imitar o personificar a un estadounidense, pero Cy Sprague, del Departamento Secreto de la Policía de Nueva York, era uno de los pocos nativos de Estados Unidos que podía imitar a la perfección el modo de hablar y de accionar de un iglés. Fingiendo ser Josk Macdowell, cuidador de caballos británico y ebrio consuetudinario, se dejó caer a dormir en un rincón de una pulquería y desde aquel rincón oyó cómo tramaban, los elementos de Rosas, el plan de cortarle el camino al convoy de Bill Ranse.

El plan había sido discutido sin recelo, delante de él, por un grupo de bandidos mejicanos reunidos en uno de los cuartos reservados favoritos de los frecuentadores de la pulquería.

Uno de los del complot había visto a Cy Sprague, en momentos en que se desperezaba y se volvía, como entre sueños, en un sillón del cuarto, había indicado a sus compañeros la presencia de aquel testigo.

—¡Bah! ¡Es uno de esos cerdos ingleses hartos de whisky, que está durmiendo la mona! — dijo otro de los del grupo. — No entiende, con toda seguridad, ni una palabra de español y además tiene una borrachera de primer orden. Podemos hablar sin temor de que se entere.

Y los conspiradores, caldeados por el pulque, habían hablado en voz alta y con entera libertad sin figurarse que el marinero inglés, que parecía dormir su borrachera, era nada menos que Cyrus Sprague, el más astuto de los detectives de Norte América y conocedor del español y de todas las variantes de ese idioma que se hablan desde la tostada región del Río Grande hasta los helados canales de Tierra del Fuego.

No hubiera sido negocio ofrecer un centavo por la vida de Cy Sprague si aquel grupo de canallas hubiera conocido la identidad del que estaba en aquel rincón de la pulquería. Pero el disfraz era perfecto hasta el último detalle, desde las pesadas botas hasta la gorra con etiqueta dorada, en el forro, de una casa de comercio de Glasgow, Cy Sprague cuidaba siempre los detalles de la indumentaria porque sabía que de la falta del más mínimo de esos detalles dependería, tal vez, su vida, llegado el caso.

Allí, en el cuarto de la pulquería, el detective se enteró del plan que Rosas, habiendo fracasado su propósito de hundir el vapor Ringarooma, iba a poner en práctica cruzando temerariamente la frontera.

Cuando ya había llegado el vapor pudo enterarse con exactitud del sitio y de la hora en que iba a realizarse el ataque, así como el camino que recorrerían los atacantes. Precisamente fué cuando Cy Sprague se encontró en contacto con los derrotados miembros de los Bandidos Rojos, tan poco ceremoniosamente echados de a bordo del Ringarooma.

Hilario no había ni soñado que el vagabundo que atisbaba en el puerto y al cual había arrojado el cuchillo era el famoso detective que tanto se había ocupado de los bandidos y con tanta molestia para ellos, en la región de la frontera. El cuchillo arrojado por Hilario no había hecho más que rozar la pierna del vagabundo. En cambio, un tiro disparado a través de la desgarrada tela del andrajoso bolsillo, envió la bala a atravesar el corazón del bandido.

Cy Sprague pasó unos ratos de mucha molestia, envuelto en polvo y colgado debajo de uno de los vagones llenos de caballos, durante más de cien millas de trayecto, antes de que le fuera posible ir hasta el coche salón, para entrevistarse con Bill Ranse. Había viajado en el tren hasta poco antes de amanecer y había descendido en un sitio llamado Arroyo Blanco. Allí había desaparecido entre los matorrales, y en un punto situado a cuatro millas de allí, había subido a un poste de telégrafo y había ligado a la línea un aparato telegráfico portátil.

De ese modo, se puso en comunicación con la oficina telegráfica del Fuerte Mari-

posa, cuartel general de los Texas Rangers, los soldados de caballería que custodian la frontera. El capitán Kit Buckley en cuanto recibió la comunicación de Cy Sprague, dió las correspondientes órdenes y partió con su gente poco después, cruzando el campo a todo galope camino del sitio donde estaba parado el tren. En el trayecto cambiaron dos veces de caballos en "ranches" o sea establecimientos ganaderos, a los que habían avisado préviamente, por teléfono, para que tuvieran preparados caballos de refresco.

Kit Buckley lo había preparado todo debidamente. Fué aquella una carrera de postas realizada por ochenta de los mejores jinetes y de los más valerosos ciudadanos de Texas. A través de un terreno cubierto de hierba dura, con montones de espinosas tunas por todas partes, el grupo de jinetes había recorrido más de ciento cuarenta millas en diez y seis horas, una hazaña de resistencia que no había logrado cansar a ninguno de los jinetes.

El día era muy caluroso y habían cruzado, aquellos hombres, una región caldeada como un horno. Después de un viaje así se habían metido en dos vagones de los destinados a conducir caballos y allí estaban, dispuestos a darles una buena sorpresa a los indios Humos.

La muchedumbre de guerreros indios, que se hallaba bajo la dirección de Manuel Benedicto, uno de los ayudantes del general Rosas, se dirigió hacia los vagones, donde creían que estaban los cajones de rifles y de municiones.

Un indio Humo es capaz de vender el alma por un rifle, y la noticia de que había mil buenos rifles y abundante munición en aquel tren, les dió ánimos para atacar, a pesar de la vergonzosa retirada en que había terminado su ataque a la locomotora.

Manuel Benedicto era considerado como el brazo derecho del general Rosas. En un tiempo había sido, en Méjico, ladrón de caballos; de Alhama City había sido expulsado por hacer trampas jugando al "faro" con cartas marcadas. Por último, despreciado por todos, se había hecho bandido y había llamado la atención de Mosquito Jack — el que había adoptado el título y nombre de General García Rosas, — por la enormidad de sus sanguinarios crímenes y su absoluta ferocidad con el vencido.

A pesar de todo eso, Manuel Benedicto no mostraba mucho interés en pelear contra blancos, así que conducía a los rojos al combate como el famoso Duque de la Plaza de Toros, que — según dice la voz popular en Méjico — se quedaba siempre detrás. A gritos, incitó a los indios a asaltar aquellos vagones cerrados donde suponían guardados los codiciados rifles.

Los indios Humos no necesitaban ser incitados al ataque. Una gavilla de salteadores que supiera que estaba el tesoro del Banco de Inglaterra al alcance de unos cuantos hachazos, no se hubiera mostrado más decidida a avanzar que aquellos indios contra los vagones del tren parado entre las montañas. No suponían que dentro de aquellos vagones estaban los hombres a quienes más temían en el mundo, los famosos Texan Rangers, a los que los mejicanos llamaban "Pimientos", porque usaban camisas rojas como los pimientos morrones.

Lanzando alaridos de triunfo, los indios se acercaron a romper a hachazos las puertas de los vagones, golpeando locamente los candados que las sujetaban. Se consideraban entera y decididamente triunfadores.

La máquina, detenida al borde del humeante puente de madera seguía inmóvil. Suponían los rojos que el maquinista se encontraba con la caldera sin vapor, así que la locomotora no iba a tener fuerza para retirar el convoy de la situación en que se encontraba. ¡Los rifles eran ya suyos! Tan pronto como se hubieran apoderado de las armas no dejarían con vida ni a uno solo de los que estaban en el tren, a fin de que no pudiera nadie contar lo sucedido.

Los candados de ambos vagones cedieron simultáneamente. Las puertas corredizas corrieron sobre sus rieles y los pintados guerreros pelearon como gatos por llegar antes a apoderarse de los preciosos rifles.

Como Stringy lo dijo después, aquello fué algo parecido a lo que pasaba el sábado de noche en la puerta del "paraíso" del teatro Hipódromo de Londres, mientras los indios estaban amontonados frente a las puertas de los vagones.

Entonces, del oscuro interior del vagón surgió una aplastante descarga cerrada, Los pesados revólvers de los rangers enviaron sus proyectiles casi a quemarropa.

Los "pimientos" tenían a orgullo decir que nadie era más rápido que ellos, — en todo el Pacífico y las costas del Golfo, — en lo de manejar los revólvers y hacer fuego. Pero los ochenta, — es decir el grupo capitaneado por Kit Buckley, — eran especialistas en ese sentido. Se consideraban seguros de hacer blanco y matar a cien yardas de distancia y en el limitado espacio del vagón la puntería no les fallaba por cierto.

Un puñado de indios, heridos de muerte cayó de espaldas, de las puertas de los vagones, a la primera descarga. Los que les seguían se aturdieron y corrieron aterrorizados a derecha e izquierda cuando los "rangers" saltaron de los vagones y se extendieron a lo largo del tren.

Manuel Benedicto procuró incitar a los indios a que atacaran a aquellos temibles guerreros. Pero la voz había corrido rápidamente entre los indios Humos que se decían unos a otros a quien habían encontrado en los vagones.

—¡Son los Ochenta! ¡Los Ochenta! — gritaban.

Las indios lanzaban gritos de alarma y de desesperación. Aún cuando Manuel Benedicto hubiese tenido a sus órdenes doble cantidad de indios, ese grito hubiera sido suficiente para desbandarlos a todos.

Siguieron los gritos de terror y se oyó el rumor de pasos entre las rocas. La última descarga de los pesados revólvers de los rangers hizo caer a una docena de indios de los que huían. Un segundo después no se

veía por ninguna parte ni a un solo piel roja. ¡Habían desaparecido entre las rocas como si la tierra se los hubiera tragado!

Fué Stringy el que hizo el último disparo. Vió que el sombrero, de copa en forma de pilón de azúcar, de Manuel Benedicto desaparecía en una hondonado, sacó su honda de goma y estirándola lo más posible, la soltó. Se oyó un golpecito, seguido de una imprecación, lo que demostró que la bolita había dado en el blanco.

Stringy se sonrió, triunfalmente.

—¡Ya le ha quedado inutilizado el sombrero de los días de fiesta! — dijo. — ¡Y además va a tener dolor de cabeza durante un rato!

Stringy descendió del techo del furgón de cabeza, saltando de alegría y blandiendo su honda. Los dos hermanos le siguieron.

Una mano enorme tomó a Stringy de un hombro. El muchacho se volvió y vió el bronceado rostro de uno de los rangers, que miraba la honda con sorpresa y admiración.

Era aquel el llamado Athabasca Al, en un tiempo minero en el Yukón y soldado de la Policía Montada de Canadá.

—Diga, joven, — preguntó con curiosidad, — ¿qué clase de arma es esa?

—¡Es una honda, señor! — contestó Stringy, orgulloso.

Athabasca Al se sentía admirado. Tomó la honda y se la mostró a los que le rodeaban.

¡Miren, muchachos! — dijo — ¡Lo que son estos jóvenes de Londres! ¡Pelean a los indios con hondas, lo mismo que David peleó contra Goliath! ¡Qué diablo! ¡Son capaces de matar a Rosas con una bolita! ¡Qué bien han peleado hoy! ¡Ocho muertos y tres heridos y el sombrero de Manuel como para tirarlo a la basura! ¡Son buenos! ¿No les parece que son buenos de verdad?

—¡Claro que son buenos! — respondió una voz.

Los muchachos miraron con extrañeza a los rostros bronceados que los rodeaban.

Athabasca Al inclinó la cabeza afirmativavmente.

—¡Jóvenes — dijo. — desde este momento quedan ustedes adoptados por los pimientos o sea por los soldados de caballería de la frontera, los de Texas Rangers! Esto significa que tienen ustedes un amigo en cada uno de los rangers que recorre la frontera. Si alguno de ustedes se encuentra en peligro o quiere enviar un mensaje, escriban "Ochenta" en un pedazo de corteza, o manden ochenta granos, ochenta hojas u ochenta cualquier cosa. Nosotros los encontraremos. ¿Saben?

—Sí; sí señor, entendemos. — dijo Ted, cortésmente.

—Hay algo más que eso, — dijo Athabasca Al. — Si se encuentran ustedes en malas manos, dejen un pedazo de hierba roja en una piedra, indicando hacia dónde les llevan, dibujen "Ochenta" en un árbol con el cortapluma o dejen caer ochenta piedras en su camino, que nosotros averiguaremos hacia donde van y les seguiremos, estén donde estén. Pueden ustedes dar la señal de ochenta como quieran; nosotros hallaremos la señal y los hallaremos a ustedes.

Los muchachos se sentían asombrados. Dieron las gracias a Athabasca Al, aun cuando casi no entendían lo que decía. Tenían todavía mucho que aprender sobre las bien desarrolladas facultades de observación que permitían a aquellos hombres cabalgar al galope corto por una huella y observar hasta el menor indicio, al pasar leyendo en cada hoja, en cada piedra en cada mata de pasto seco, como quién lee en un libro.

Los rangers que se reunieron en torno de los tres muchachos eran hombres tranquilos, reposados, de pocas palabras y los había de todas partes de Estados Unidos, Había montañeses de Tenesse, hombres del "país de la hierba azul", de Kentucky, nativos de los estados del Sur: Alabana, Georgia y Carolina y nativos de Texas con el cútis tostado hasta el exceso por el fuerte sol de la tierra donde nacieron.

Sentíanse todos encantados al contemplar a Stringy y su honda, al oir su acento londinense que sonaba de modo tan raro en sus oídos. Le dieron un sobrenombre en seguida pues en los estados del Sur de la Unión Americana nadie está satisfecho con su propio nombre. Stringy fué conocido inmediatamente como Cockney Kid, — que significa "el muchacho de Londres"', y quedó rebautizado de ese modo.

Pero los rangers no disponían de mucho tiempo para dedicarlo a sus nuevos protegidos.

Recogieron a los indios muertos y heridos. Pocos eran los heridos y muchos los muertos porque el Texan Ranger, cuando tira, tira a matar.

Los muchachos se sintieron algo impresionados cuando los horribles cuerpos pintarrajeados fueron reunidos y puestos en una profunda hondonada y cubiertos en seguida de tierra y piedras. Los rangers trabajaron metódicamente y tardaron poco en terminar su fúnebre tarea.

Entonces, a uno de los prisioneros que estaba levemente herido, le dijeron que rezara las oraciones fúnebres de los indios Humos. Le dieron provisiones para que las pusiera sobre la tumba cubierta de piedras, destinadas a las almas vagabundas de los guerreros fallecidos. El indio, pronunciando frases en su lenguaje, encendió fuego al pie del túmulo de piedras y una densa columna de humo se elevó verticalmente en la noche serena. El solitario doliente arrojó un puñado de polvo resinoso en el fuego y el humo se hizo más denso.

—Ese indio Humo es uno de sus especialistas en señales, muchachos, — dijo Athabasca Al. — ¿Ven ustedes? Echa esos polvos en el fuego para que el humo suba hasta que lo vean sus compañeros Asi es como se comunican de un lado a otro del país. Y este indio habla ahora con los espíritus de un lado a otra del país. Y este indio habla ahora con los espíritus de sus muertos. Ahora va a dirigirles un discurso.

Prorrumpió el indio en una rápida charla, mirando siempre hacia el fuego, con ambos brazos extendidos.

—¿Qué dice? — preguntó Sid, que observaba con curiosidad aquella escena.

—Nos está maldiciendo de todos los mo-

los que conoce, por haber dado muerte a sus compañeros, — contestó Athabasca Al con tranquilidad completa. — Está llamando a todos los espíritus de la mala suerte para que se ocupen de nosotros. Dice que los indios Humos no dejarán con vida ni a uno solo de nosotros y que cuando logren pescar alguno de los nuestros lo someterán a las peores torturas del mundo.

Los muchachos miraron maravillados al corro de rangers que asistía como una congregación a aquella extraña ceremonia, fúnebre. Se comprendía que casi todos los del grupo entendían lo que decía aquel indio. Sin embargo, no daban señales de sentirse resentidos ni molestados.

—¿Por qué le dejan que diga todo eso? — preguntó Ted, acalorado.

—Bueno, — dijo Al, con calma. — No Creo que signifique mucho lo que dicen y a los compañeros no les importa. Saben perfectamente que los indios Humos harán todo lo que ése está diciendo, si encuentran ocasión de hacerlo. No hay más que una cosa que corrija a uno de esos indios; un tiro en la cabeza. No deja de ser peligroso hasta que deja de vivir. Por otra parte, siempre fingen. No confíen jamás en un indio Humo, muchachos. Son traidores todos ellos y están siempre deseando traicionar.

Cesó el humo. El indio, echando hacia atrás la cabeza, lanzó tres extraordinarios alaridos que eran el grito de muerte de su tribu. Fué contestado por los heridos a quienes curaban y vendaban las heridas en el coche de Bill Ranse. Un grito lejano demostró que los indios que huían también habían oído el alarido y unían su voz a los ritos funerarios por sus caídos camaradas.

Los muchachos se estremecieron y hasta el mismo Stringy se sintió emocionado por aquella extraña escena cuando el indio se dejó caer de rodillas entre sus guardianes y se echó un puñado de cenizas sobre la inclinada cabeza.

Hecho eso fué conducido al vagón que había sido destinado a servir de cárcel a los prisioneros y comenzó un activísimo trabajo.

UN PASAJE PELIGROSO

Los rangers eran maestros en todos los oficios. El tren no podía pasar por los humeantes restos del incendiado puerte de madera y no había tiempo para construir un puente nuevo. Pero el convoy retrocedió por la línea, y mientras retrocedía, los rangers armados de picos fueron arrancando los rieles de los durmientes, prontos para volverlos a poner en una cuesta un cuarto de milla más atrás y que conducía al fondo de la garganta.

Los muchachos se dieron cuenta pronto de que los trenes de los ferrocarriles del campo, en aquellas zonas, llevan siempre elementos para arreglar las vías o solucionar cualquier accidente, así es que si a un tren le sucede algo tiene como salir del paso sin esperar a que lleguen socorros.

Encendieron grandes antorchas de petróleo con las que iluminaron gran extensión de la vía y largas barretas fueron levantando la vía con la facilidad que proporciona una larga práctica. La vía que sacaban de un lado la iban poniendo en el lecho del torrentoso arroyo que corría entre las ruinas del destruído puente.

No era la primera vez que aquel puente era destruído por un incendio y los restos de un puente provisorio, al nivel del agua, estaban aún allí, asentados sobre macizos pilares de concreto y de piedras de la montaña.

El río corría unas seis pulgadas más arriba de los pilares, pero los rangers trabajando como castores, pusieron enormes vigas del viejo puente sobre ellos y las aseguraron debidamente. La vía fué cambiada del mismo modo del otro lado del río y cuando empezó a amanecer los muchachos, que habían trabajado activamente toda la noche, vieron el resultado de su trabajo, pronto para el tren. Media milla de vía provisoría se inclinaba en descenso hacia el río y luego cruzaba, semisumergida, las rápidas aguas verdosas. Era una vía que hubiera hecho encanecer de la noche a la mañana, a un inspector de vías de Inglaterra.

Los rieles estaban clavados de cualquier modo a los durmientes, a distintos niveles. Parecía imposible que el tren pudiera pasar con su imponente locomotora, por aquella vía tan irregular, sin que se descarrilaran todas las ruedas del convoy.

Pero Duck Malone, el maquinista, paseó por la nueva vía y golpeó con el taco algunos de los rieles para ver lo que se movían.

—¡Va bien! — dijo lacónicamente, subiendo a la cabina de la locomotora. — Ahora, digan sus oraciones, muchachos, — agregó sonriendo, — y recuerden, si se vuelca el tren, que fueron ustedes los que pusieron los rieles.

Todos se colgaron de los estribos de los vagones, riendo y gritando con alegría mientras Malone dirigía su enorme locomotora hacia la orilla.

Los muchachos contuvieron la respiración mientras tambaleándose como un ebrio, la locomotora descendió lentamente hacia el lecho del río, chirriando los frenos y seguida de los vagones que también se balanceaban de uno a otro lado.

Pasó el convoy por la vía semisumergida metiendo parte de las ruedas en el agua, y se arrastró sin accidente hasta llegar al otro lado, logrando por verdadero milagro que los vagones no se salieran de los rieles. Una gritería de contento estalló cuando el convoy estuvo en la otra orilla y rodó por la vía firme habiendo pasado toda la vía y el puente provisorio sin sufrir desastre de ninguna especie.

—¡Bravo, Duck Malone! — gritaron los rangers cuando el convoy abandonó la vía provisoria y estuvo de nuevo en la línea permanente. — ¡Ese hombre es capaz de pasar un tren por una soga tirante!

—¡Esperen ahora, muchachos! Este trabajo nos ha atrasado doce horas y yo tengo que llegar a Alhama City a la hora indicada, — dijo Malone, sonriendo. — ¡Debíamos llegar esta tarde a las tres y vamos a llegar! ¡Ahora van a ver como corre un tren cuando lo maneja un inglés!

—¡Bah! — exclamaron con incredulidad os rangers, que no podían creer que los ferrocarriles ingleses o los maquinistas ingleses pudieran aventajar en nada a los estadounidenses — Usted no podrá hacer más de veinte millas por hora en esta vías.

Los rangers no se rieron, sin embargo cuando Duck tuvo la presión suficiente en a caldera y abrió del todo la toma de vapor. Algunos de los rangers estaban en el coche salón de Bill. Otros conversaban tranquilamente en los vagones de carga.

Los muchachos, deseosos de diversión, se habían quedado en la espaciosa cabina de la máquina y miraban por los vidrios hacia la herrumbrada vía que describía numerosas curvas por entre las montañas.

Duck Malone se había quitado el sombrero y se había puesto una gorra de visera con una chapa de bronce que tenía el escudo del ferrocarril Londres y Noroeste, de Inglaterra.

Se restregó las manos con el trozo de estopa sucia de aceite y miró sonriente a los muchachos mientras abría el paso al aire del ventilador del hornillo.

—Estos muchachos de Texas se imaginan que nosotros los ingleses no sabemos movernos, cuando llega el caso, — dijo Duck señalando con el dedo pulgar sucio de grasa, hacia los vagones del tren que seguían con gran ruido de hierros, a la locomotora. — ¡Carbón! ¡Más carbón, Chippo!

Chippo se sonrió y echó carbón en la hornilla con mano práctica. La velocidad de la máquina empezó a acrecentarse y la presión del vapor fué subiendo, según pudo verse por lo que marcaba el cuadrante del manómetro. Ya corrían a razón de treinta millas por hora.

Duck Malone escuchaba con atención el ruido del tren al correr por los rieles, a fin de darse cuenta de su seguridad. Sabía cuando había peligro y cuando no lo había. Una vez había hecho con anterioridad el recorrido del Alhama City a Gálveston y a Malone le bastaba recorrer una vez una línea para saber cómo era y los defectos que tenía.

—¡Hágala despertar, Chippo! — dijo, — El camino es bueno en las próximas cuarenta millas, con excepción de las cercanías del depósito de agua número ciento setenta.

Chippo, sonriendo, echó más carbón mientras los muchachos admiraban, conteniendo la respiración, como la poderosa máquina volvía curva tras curva, pasaba por los puentes de vigas de madera y subía cuestas empinadas sin menguar un instante su velocidad.

—Esos puentes de madera son muy seguros si se pasan rápidamente, — dijo Duck Malone mientras su locomotora, Número 056 ascendía crugiendo y gruñendo, una pendiente muy fuerte.

En el tren, los Texas Rangers, empezaron a mirarse los unos a los otros.

—¡Hola! — exclamó Cactus Ike, dando un mordisco a una tableta de tabaco para mascar. — ¡Parece que Duck está haciendo que se mueva un poco el tren! ¡Diablos! ¡Como nos hace saltar dentro de este cajón!

—Yo había pensado afeitarme en el camino. — dijo un texano gigantesco al que llamaban Dandy Kid. — Pero con este traqueteo me cortaría si lo intentara.

En el momento en que Dandy Kid se expresaba así, un barquinazo del tren le hizo saltar del cajón de rifles en que estaba sentado y dar con la cabeza en el techo.

—Digan, muchachos, — exclamó . —Este maquinista nos sacude demasiado. ¿Creen ustedes que no descarrilaremos?

Mimosa Harry, otro de los rangers que estaba en un rincón del vagón expresó una terrible idea.

Mimosa Harry era capaz de montar cualquier caballo de todos los que había en Texas. Era capaz de sostenerse en el potro más bravo. pero no le gustaba ir en ferrocarril. Ver a Mimosa Harry jinetear un potro era como para dar escalofríos al más avezado hombre de la ciudad; en un tren rápido era como para dar escalofríos a Harry que, en la montura de un potro se sentía como en una mullida butaca.

—Digan, muchachos, — dijo Mimosa Harry con tono sepulcral. — ¿No se habrá vuelto loco el maquinista?

Estas palabras produjeron un completo silencio. La horrible idea se acentuó en su imaginación cuando Duck Malone, al llegar a un punto de la línea que estaba bien cimentado, lanzó la máquina a razón de cuarenta millas por hora.

—Muchachos, vamos a hacer que pare ¿no les parece? — dijo Chuck Dawkins, otro de los rangers, con ansiedad.

—¡Que pare! — exclamó Mimosa Harry con desprecio en el instante en que era arrojado de un lado a otro del vagón en el momento en que el tren describía una rápida curva. — ¿Quién habla de hacerle parar?

—Tal vez disparando algunos tiros al aire le haríamos menguar un poco la velocidad, — opinó Oklahoma Dan.

La idea fué adoptada. Una descarga de estampidos de revólver de grueso calibre salió de la puerta del vagón.

En la máquina, Duck Malone oyó las detonaciones y se sonrió mientras aplicaba los frenos y disminuía la velocidad porque se acercaba a una zona donde los rieles estaban flojos y hacían un ruido que no anunciaba seguridad ninguna.

Los rangers gritaron con alegría al notar que disminuía la velocidad, suponiendo que Duck Malone había entendido su indicación y desistía de hacer que el tren corriera a toda velocidad. Pero tan pronto como hubo pasado la zona peligrosa, Duck abrió de nuevo la llave del vapor y el tren corrió velózmente por la herrumbrada vía.

En su aventurera vida, los Ochenta habían corrido muchas veces largas distancias a caballo y a toda carrera, pero nunca habían experimentado una emoción como la que les producía aquel viaje en tren manejado por Duck Malone la locomotora 056 del ferrocarril del Valle de Skidoo.

La locomotora 056 era una máquina del tipo "compound", de triple expansión, construida para subir cuestas empinadas, por la Badwin Locomotive Company de Filadelfia. Había sufrido varias averias en otro tiempo; en manos de maquinistas mestizos casi no lograban hacerla andar y uno de ellos la

AVENTURAS DE BARNIGUGLI

Es la historieta cómica más graciosa e intencionada que se publica actualmente en el mundo.

BARNIGUGLI

Es un personaje que existe en todas partes. Es fácil observarlo en las distintas actividades sociales, actuando siempre de acuerdo con su idiosincrasia inconfundible.

BARNIGUGLI

es aparentemente ingenuo, bonachón y optimista, pero sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.

BARNIGUGLI

no es un vulgar "vividor" capaz de despojar a otro de lo suyo; pero, cuando por ejemplo, vende la mitad de Tragavientos, el hombre se las arregla de modo que el comprador se encargue de la parte que tiene que proveer a la mantención del famoso pingo.
Si quiere pasar momentos de sana alegría

VEA Y LEA

las interesantísimas

AVENTURAS DE BARNIGUGLI

había hecho descarrilar entre Pino Solitario y Perro Muerto, en el ramal de Tehuelpac del Ferrocarril del Sur de Texas. Habían tenido que llevarla a los talleres para que volvieran a ponerla en condición de funcionar. Después del arreglo habíale tocado ser manejada por Duck Malone, quien había dirigido la compostura y la entendía y conocía hasta su último detalle.

En aquella ocasión se ocupaba de llegar a Alhama City porque Bill Ranse le había dicho que era necesario llegar a destino a la hora previamente fijada o hacer saltar la caldera.

Los rangers ignoraban la razón de esa prisa. Esto sólo lo sabían el Rey del Ganado y Kit Buckley, el jefe de los rangers. Estos dos, sentados en el coche salón, estudiaban el plano de las inmediaciones de Alhama City.

—¡Me parece que esto va a zamarrear un poco a mi gente! — gritó Kit Buckley a Bill Ranse en el momento en que el tren llegaba a otro trozo de buena vía y comenzaba a tragar milla tras milla a mayor velocidad que antes.

Duck Malone apurab[illegible] aún más la marcha. El camino se pr[illegible] más abierto y favorable. La vía, en[illegible] que crecía la hierba, se desarrollaba en línea recta hasta perderse de vista sobre una pradera sin la menor ondulación.

Los muchachos, acurrucados en la cabina, miraban cómo la locomotora avanzaba ganando cada vez mayor velocidad. Chippo echaba carbón sin cesar. Se había desnudado hasta la cintura y le corría el sudor por el pecho y la espalda, sucios de carbón.

En el vagón, los texanos se habían dado por perdidos y se estaban jugando al póker las espuelas, convencidos de que no las iban a tener que usar nunca más.

—¡No volveremos a ver el lomo de un caballo! — gritó Mimosa Harry. — ¡Ese maquinista se ha vuelto loco! ¡Tiene el cerebro trastornado! ¡Es un caso de manicomio! ¡Usted habla, Al!

Pero se sintieron más tranquilos a medida que transcurría el día y mejoraba la vía.

Duck Malone escuchaba constantemente el ruido que hacían las ruedas en los rieles y se guiaba por él para graduar la velocidad de la marcha. La parte final de la línea exigía más atención que el resto del trayecto. Cautelosamente, la locomotora 056 avanzaba corriendo el peligro de que un riel se diera vuelta y se produjera un descarrilamiento.

A las doce del día el tren corría a razón de cincuenta y nueve millas por hora.

¡Sesenta!

¡Sesenta y una!

¡Sesenta y dos!

Los muchachos, agarrados al borde de la cabina, miraban atónitos cómo avanzaba el tren por la pradera.

Eran las dos y media de la tarde cuando se vió un penacho de humo en el horizonte.

—¡Allí está Alhama City! — dijo Duck. — Ahora comienzo a entender por qué me dijeron que hiciera correr el tren como uno de los del Nordeste.

—¿Qué humo es ese? — preguntó Ted.

—Casas incendiadas, — contestó lacónicamente Duck. — Eso significa que Rosas y sus Bandidos Rojos han cruzado la frontera y el patrón se apresura a llegar para darle un poco de trabajo.

Le gritó algo a Chippo y las últimas veinte millas del trayecto fueron recorridas a toda velocidad.

—¡Vamos a dejarla correr y sea lo que sea! — gritó Duck. — Ahora, Chippo, voy a mostrarle algo de cómo se manejan los trenes en Inglaterra. Ustedes los yanquis hablan mucho del rápido Empire y del Volador del Sur. Fíjese ahora en lo que puede hacer la "cero cincuenta y seis".

Lo que hizo Duck fué un misterio para los muchachos. Dió vuelta unas llaves y movió unas manijas y la 056 respondió como responde un caballo a las espuelas.

—¡Esto es el fin del viaje, muchachos! ¡Si saltamos, que saltemos! — gritó Cactus Ike en el vagón de los rangers — ¡Los pimientos van a dejar de existir pulverizados! ¡Ese maquinista inglés está loco, decididamente!

Pero de pronto los frenos chirriaron y el tren amenguó su marcha.

Los rangers, mirando por la puerta del vagón vieron las blancas paredes de algunas casas y los techos de rojas tejas de Alhama City.

Vieron que algunas casas ardían y oyeron varias detonaciones.

Corrían hombres de uno a otro lado, guareciéndose junto a las paredes.

Entonces Cactus Ike se volvió de la puerta del vagón, lanzando una exclamación de contento.

—¡Muchachos! ¡Ese inglés no está loco ni mucho menos! ¡Se están peleando en las calles de Alhama City! ¡Rosas y su gente pretende apoderarse de la ciudad! ¡Duck nos ha traído a todo correr para que lo evitemos!

Con una sacudida lateral, el tren entró en la línea principal que conducía a Alhama City. No había señalero en la casilla, cuando se acercó a la estación. El señalero había tomado su revólver y había corrido a unirse con los que defendían la ciudad contra Rosas y su caterva de bandidos y de indios. Pero había visto que se acercaba el tren de Bill Ranse y había dejado las agujas y señales en debida forma, antes de abandonar la casilla.

La campana del reloj de la blanca torre de la iglesia de San Miguel daba la primera campanada de las tres cuando Duck detuvo el tren junto a los paragolpes de la estación de Alhama City.

Los rangers le saludaron con entusiastas vivas en cuanto bajaron del tren.

Los muchachos vieron que Bill Ranse y Kit Buckley corrían, adelantándose a los rangers que se dirigían a las puertas de salida de la estación.

Entonces, antes de que tuvieran tiempo de descender de la máquina, oyeron una

descarga cerrada en el patio de la estación.

Los rangers acababan de detener a la cabeza de la columna de Rosas en el momento en que entraba en la calle principal.

Oyeron el ruido de muchos vidrios rotos cuando las balas pasaron por el techo de cristales de la estación. Entonces, una bala perdida se hundió en el reboque de la pared de la estación mientras otra pasaba zumbando a través de la boletería.

—¡Vamos compañeros! — dijo Ted Bligh — ¡Están peleando delante de la estación!

DERROTANDO A LOS ROJOS

Durante uno o dos segundos los muchachos se sintieron como aturdidos por los disparos de fusil que resonaban en el patio de la estación de ferrocarril de Alhama City.

Duck Malone, el maquinista de la locomotora 056, continuó con toda calma su trabajo, con su gorra de visera con la chapa del ferrocarril Londres y Noroeste echada hacia atrás, descubierta la sudorosa frente. Probó el buen funcionamiento de los niveles de agua y se secó la frente con un puñado de estopa sin hacer caso de las balas que pasaban por los edificios de la estación, golpeando en las paredes de rojo ladrillo y en las gruesas tapias de adobes.

—¡Mejor será que no se metan en eso! — dijo — A juzgar por lo que se oye, la lucha, es violenta y hemos llegado á tiempo, a la ciudad. ¡Ya pensaba yo que por algo me dijo el patrón que le diera toda la mayor velocidad posible a la máquina. Ese canalla de Rosas y su gavilla de Bandidos Rojos se han metido en la ciudad y están haciendo de las suyas. ¡Pero los Texan Rangers tardarán muy poco en dar cuenta de toda esa gente!

—¡Pero están peleando! — objetó Ted Bligh.

—¡Claro que están peleando! — replicó Duck Malone. — Y una pelea callejera en un sitio como Alhama City es un entrevero como para no meterse en él. Pero si quieren ir, muchachos, más vale que les acompañe Chippo Snark, mi fogonero; Chippo está acostumbrado a esa clase de acontecimientos.

Duck Malone dió a Chippo dos revólvers de culata de nácar y el curtido rostro del fogonero expresó el mayor contesto al pensar en que iba a meterse en la pelea cuyo fragor se oía desde la estación.

—¡Vamos jóvenes! — dijo, guardándose en el bolsillo un puñado de balas que le dió Malone. — ¿Dónde están sus armas?

—Nuestros rifles están en el coche salón, Chippo! — dijo Ted — Espérenos usted un instante.

Descendieron de la cabina de la locomotora y corrieron por el andén hacia el largo coche salón Pullman, en cuyo vestíbulo habían dejado los rifles y el resto de la munición que les quedaba de la noche anterior.

Se metieron los cartuchos en los bolsillos y tomaron los rifles. Después, guiados por Chippo, siguieron por la plataforma y salieron a los fondos de la estación, dirigiéndose cautelosamente más allá del depósito redondo en el que había tres o cuatro locomotoras cuyos maquinistas las habían dejado abandonadas.

La plazoleta de la estación estaba rodeada de una hermosa doble fila de palmeras. Alhama City cuidaba con orgullo sus palmeras con las que estaban adornadas varias de sus avenidas y todas sus plazas.

Al legar a las palmeras, Chippo comenzó a avanzar agachándose cuidadosamente para pasar de tronco a tronco permaneciendo a cubierto de cualquier bala perdida. Los muchachos siguieron, inmediatamente, su ejemplo.

La primera señal de pelea que encontraron fué el cadáver de un indio Humo que estaba tendido junto a un carrito-cuna, en el que lloraban dos niños pequeños.

La niñera debía haberse asustado al ver la irrupción de Rosas y su gente, escapando a todo correr. El indio había avanzado hacia el carrito-cuna con intención de dar muerte a los dos infelices nenes, cuando una bien dirigida bala, de uno de los rangers le había dado detrás de la oreja y el hombre había rodado sobre sí mismo como un conejo herido.

Fuera de la tapia de la estación, pasadas las palmeras, estaba parado un tranvía eléctrico. El motorman y el cobrador, así como los pasajeros, habían huído todos en cuanto corrió la noticia de que los Bandidos Rojos se habían presentado.

Los muchachos se sintieron impresionados Se hallaban en Alhama City, limpia y linda población, medio norteamericana, medio mejicana, con su buena estación de ferrocarril, sus tranvías eléctricos y sus calles alumbradas con luz eléctrica y una ciudad así había sido invadida en unos pocos segundos por una horda de mestizos mejicanos y de indios salvajes. No podían concebir cómo podía ser posible que aquel montón de trapos y de plumas de colores, aquello pintarrajeado que estaba junto al carrito-cuna, había sido unos minutos antes un verdadero indio Humo.

Aquel horrible cuerpo parecía estar enteramente fuera de lugar en semejante sitio, en aquella risueña población; tan fuera de lugar como si se hubiera hallado en la acera de una de las calles de Londres.

—¡Que pena da este cuadro! — dijo Ted mirando a los dos nenes que lloraban en su bonito carrito-cuna de altas ruedas y capotita de brin, junto al caído salvaje.

—¡Si parece algo inverosímil! ¡Más parece un sueño que la realidad! — exclamó Stringy. — ¡Mire, Teddy, como han rozado las balas el borde de la cuna! ¡Estos dos nenes viven por verdadero milagro! ¡Vamos a llevar el carrito a un sitio donde esté más guarecido!

Se oía el rugir de roncas voces, entre detonaciones de armas de fuego, procedentes de sitio cercano, Stringy tomó la agarradera del carrito-cuna y corrió con él por detrás de las palmeras lo más rápidamente que le fué posible hasta que volvió la esquina de la tapia de la estación.

(Continuará)

El caso sensacional de Edith Thompson

Por PHYLLIS LEWIS

Hermosa, inteligente, fascinadora, Edith Thompson es probablemente la única mujer que fué conducida al patíbulo, no por vicio, si no por su viva y malsana imaginación. Es ciertamente la única mujer que no comprendió, hasta mucho tiempo después de haber tomado parte en la muerte de su marido, que era una asesina.

Aunque parezca paradógico, la causa de su crimen se debe al hecho de haber pertenecido a la respetable clase media. Si hubiese sido muy pobre, hubiera tenido que luchar para obtener éxito en la vida; muy rica hubiera brillado. Pero la mediocridad de un ambiente, al que se reconocía superior, la llevaron al extraño método de vida que sólo terminó con la muerte de Percy Thompson, su marido.

El asesinato puede describirse con una sola frase. Tomó un amante, Freddy Bywaters, un muchacho casi, y lo indujo a asesinar a su marido.

Tal es el crimen en sí. Pero los motivos complejos, la singular mentalidad que reveló, son detalles que hacen aparecer a Edith Thompson como un personaje curioso a los analistas.

Edith Thompson era una mujer eficiente que ganaba más que su marido y no necesitaba de su ayuda material. Por consiguiente, si sentía odio por él, podría haberse separado en cualquier momento, sin desagradables consecuencias financieras. Pero, aunque parezca extraño, ella no le odiaba y ni siquiera deseaba abandonarlo.

Igualmente, a despecho de su intriga con Freddy Bywaters no estaba realmente enamorada de éste.

Porque Edith Thompson no podía amar ardientemente, desde que vivía en un mundo de ensueños, de muñecos, y nadie le parecía real. Su vida fué una complicada pieza teatral y el auditorio a quien deseaba agradar era... ella misma.

Edith gozaba imaginando una situación; pero nunca daba los necesarios pasos prácticos para crearla. Y no comprendió que Freddy Byawaters, que a sus ojos no era más que un héroe teatral que representaba con ella, convertiría sus emociones en hechos, cosa que ella nunca pensó hacer. Esa fué la tragedia de Bywaters, que Edith no comprendió. Y la tragedia de la propia mujer también.

Freddy Bywaters era pensionista en la casa de los Thompson. Su venida fué un elemento de animación en la vida de Edith, que decidió utilizarlo para combatir la monotonía que parecíale un insulto a su inteligencia y capacidad para las emociones. Era un tipo de mujer que gustaba de jugar con los sentimientos de los demás y aquel muchacho impresionable, ardiente, gallardo, le proporcionó la oportunidad deseada.

Pronto convenció a Freddy Bywaters que su marido era un bruto y que ella necesitaba realmente su protección.

Edith, que jugaba con los sentimientos de su marido tan fácilmente — y con la misma alegría "artística" — como con los de Freddy, consiguió preparar un día una escena dramática, sin duda para impresionar al segundo. Hizo salir al pobre y torpe Thompson de sus casillas. Y como él no era capaz de hacer frases o movimientos dramáticos, usó el único modo que conocía de expresarse: la fuerza bruta. Cometió el fatal error de pegar a su mujer.

No le dió un golpe muy terrible. Realmente fué más bien un empujón; pero inflamó la furia del jóven Bywaters, como esperaba Edith que sucediera, y lo hizo intervenir en defensa de la esposa.

Así, hábilmente, la dramaturga suprema que había en Edith tiró la cuerda de sus muñecos. Con el simple hecho de hacer rabiar a su paciente marido, lo colocó a la luz más desfavorable y transformó a Bywaters, que la había defendido, en un Galahad a los propios ojos del jóven.

Hasta entonces, todo iba bien. Había preparado el escenario y ella podría representar el drama a su placer.

Freddy Bywaters era marino. Por consiguiente sus relaciones tenían que ser principalmente por carta. Aquello convenía perfectamente a Edith. Significaba palabras, palabras y más palabras.

Naturalmente, de cuando en cuando, Freddy volvía y tenían sus citas secretas; pero la principal alegría de Edith consistía en escribir y recibir cartas de amor. Su pluma podía describirla no como realmente era — una mujer casada de la clase media, que vivía bastante bien en su casita suburbana, con un marido insignificante, pero afectuoso — si no como una mártir, una mujer desilusionada que sólo deseaba libertarse del bárbaro que había convertido su vida en carga insoportable.

No había una sola carta de Edith que no contara algún suceso extraordinario, que no sugiriera una situación particular, que no contuviera la nota dramática. Por ejemplo,

Crímenes...

habla de una colega de trabajo a quien se le había muerto un pariente cercano y a quien acompañó a hacer sus compras de luto. Escribe esto: "...Había sombreros de viudas, con cola de crespón. Nadie se los prueba, porque creen que trae mala suerte el hacerlo. Yo pensé que a mí me podría traer suerte y me los probé todos"...

¡Una carta reveladora! Porque demuestra que Edith no era una mujer como las demás y que los miedos y supersticiones comunes nada significaban para ella. Más emocionantes son aún las cartas de amor, que siempre revelan en ella el mismo "espíritu teatral". Así:

"...Trataré de ser paciente, querido. Tú hablas de la jaula en que te encuentras... Es lo mismo que yo experimento. Pero mi caso es peor, porque la jaula es real, con guardián y todo... Un guardián a quien debo dar cuenta de todas mis horas, de todos mis minutos.

En otra carta dice:

"Nunca dejes de amarme, queridísimo. No quisiera perderte y seguir viviendo".

Y luego:

"Te quiero cada día más, ayer más que hoy y menos que mañana".

Mientras Edith Thompson escribía esas cartas, el único peligro verdadero era que Bywaters, siete años menor que ella, pensaba en un rapto y en la vida inevitablemente miserable que seguiría para ambos.

Pero Edith no estaba satisfecha. Tenía hambre y sed de más emociones y al poco tiempo empezó a proyectar, en unión de Bywaters, el asesinato de su marido.

Durante meses hizo creer al infortunado muchacho que trataba sistemáticamente de envenenar a Thompson, que le había administrado no solamente veneno, si no vidrio molido. Como después fué probado por la autopsia, nunca hizo semejante cosa. Todo fué obra de la febril y pervertida imaginación de Edith, para atraer más a Bywaters, para probarle los sacrificios que estaba dispuesta a hacer para verse libre y correr a él.

Ninguno de los dos pensaron en el hecho de que ella era muy capaz de ganarse la vida, como lo estaba haciendo y que podría haberse despedido de Thompson sin decirle siquiera adios. O, mejor dicho, Bywaters no pensó en ello. Es probable que Edith tampoco lo pensara, porque nunca tuvo intención de abandonar a un marido a quien quería, aunque no bien, claro está; como quería a sus enamorados, a los frutos de su imaginación.

Freddy, casi siempre ausente, podía hacer muy bien el papel de héroe que ella le asignaba. Es un detalle irónico; pero si Freddy, en vez de ser marino, hubiera trabajado en tierra, es más que probable que Edith se hubiese cansado de él a las pocas semanas, colocándolo en la misma categoría que a su marido.

Tal era la situación cuando Freddy, después de una larga separación, regresó a Londres con licencia. Gozaron momentos deliciosos y secretos, de besos y caricias robadas. Edith, sin darse cuenta de que mentía, se dejaba arrebatar por su afición a la teatralidad; juró que había hecho todo lo posible por matar a su marido, por amor a su muchacho, cuyos ojos la contemplaban extasiados y cuyos labios la besaban con más pasión de la que ella había pensado inspirar.

Pero, a despecho de su inteligencia, a despecho de su debilidad por la dirección de escena, no comprendió que Freddy estaba desesperado y era, por consiguiente peligroso. Aunque parezca ironía, Freddy Bywaters no conocía más a Edith que su marido. Ambos hombres eran igualmente incapaces de penetrar su extraña mentalidad. Por eso Percy Thompson fué asesinado por Freddy Bywaters.

Cuando Bywaters le dijo a Edith que estaba resuelto a matar a su marido, para ella sólo significó que Freddy deseaba que él muriera.

Imaginó enseguida una disputa entre los dos y para ella nuevas emociones, algunas frases efectistas que podría escuchar. Naturalmente, Bywaters no lo comprendió. Cuando ella se mostró conforme, pensó que su mente trabajaba al unísono con la suya y que preveía con júbilo y agradecimiento el instante en que Thompson cayera bajo su mano

Se encontraron un día de Octubre del año 1922, para almorzar juntos. Edith dijo que esa noche iría al teatro con su marido.

Freddy le anunció a Edith que esa noche mataría a Thompson; pero ella no lo creyó. Suponía que la amenaza tenía tanto de cierto como el veneno que ella había administrado a Thompson. Ya había gozado antes dos veces al ver una reyerta entre ambos; supuso que aquello no pasaría de ser una tercera y ya imaginaba la emoción que sentiría al ver a los dos hombres disputándosela.

Como lo esperaba, Bywaters les salió al encuentro en una calle solitaria, cuando se dirigían a su casa; pero el final no fué el que Edith había previsto.

Bywaters agarró a Thompson salvajemente y, con voz temblorosa por la pasión, exigióle que concediera el divorcio a Edith. Thompson se negó diciendo:

—Eso sería demasiado agradable para vosotros.

Freddy contestó:

—Usted goza en convertir la vida de Edith en un infierno.

A lo que el marido ultrajado contestó con furia igual a la del amante:

—Edith es mía y la guardaré. En cuanto a usted... morirá a mis manos.

En aquel momento Bywater enloqueció. Sacó un cuchillo y lo hundió una y otra vez en el cuerpo de Thompson, hasta que el infortunado cayó muerto.

La tragedia era increíble para Edith. A las primeras palabras había gozado; pero a la primera señal de violencia sus sueños se disiparon. No era eso lo que ella quería. Gritó en voz alta, sollozante:

Edith aparecía siempre como una mártir ante Bywaters.

—¡Oh!... ¡no lo mates!... ¡no lo mates!

Era demasiado tarde. El asesino había huído en la obscuridad y ella quedó sola con el cadáver.

A las pocas horas, Edith tuvo que comparecer ante la policía y pronto se siguió la pista del desdichado marino. Lo arrestaron mientras había ido a visitar a los padres de Edith, paso que sin duda dió para alejar sospechas.

Entretanto, Edith había despertado a la realidad o por lo menos a una parte de ella. No comprendía aún que se la pudiera considerar tan culpable como a su amante. Pero supo por fin que todos la creían responsable de la tragedia.

Horrorizada, se convirtió en una tigre, en una furia contra su amante.

Bywaters, asombrado, no podía comprender que ahora que había cometido un hecho que creía era deseado ardientemente por Edith, ella no sintiera más amor o ternura por él. Había cometido el irreparable error de no mirarla como una "artista", como una creadora de emocionantes escenas de amor, si no como una mujer común, que pensaba lo que decía.

Por aquel error — que iba a pagar con

su vida — ella nunca lo perdonaría.

Para comprender la cólera de Edith contra el muchacho, cuya única falta había sido tomarla en serio, hay que considerar que la mujer sintió la muerte de su marido, que era necesario a su elenco teatral, un marido con quien podía vivir, aparente hombre adecuado para el papel que ella le había asignado. No era suficientemente cruel para maltratarla; pero, "haciéndolo rabiar" podía perder el dominio de sí mismo.

Cuando Edith compareció ante los jueces, miró a Freddy Bywaters, con furia, aunque él hizo todo lo posible por cargar con toda la culpa. No tuvo piedad de su juventud y para ella misma no encontró reproche.

Todas las palabras que pronunció fueron para demostrar que era inocente; hizo lo posible por destrozar el corazón de Freddy para quien la traición, el odio de la mujer por quien se había convertido en asesino, eran peores que el destino que le aguardaba.

Edith Thompson era una figura trágica. Superior intelectualmente a los dos hombres que la habían amado, los despreciaba a ambos, pensando que si hubiesen sido más inteligentes, la tragedia no hubiera ocurrido.

Ella despreciaba a su marido por haberse dejado matar y a Bywaters por haberlo matado.

De cuando en cuando, Freddy dirigía una mirada suplicante a la mujer que le había escrito "que no podría perder su amor y seguir viviendo"; pero no encontró en respuesta más que ojos llenos de rencor y de venganza.

Freddy Bywaters sólo tuvo pensamientos para la mujer que había amado, no obstante la confesión de duplicidad de ésta. Se reprochaba haber conservado las cartas que podían acusarla. Pareció olvidar, durante el juicio la actitud cruel de Edith y la ansiedad que experimentaba por el destino de la mujer era superior a la que le inspiraba el propio. Quiso que su madre consolara a Edith y le suplicó le escribiera una carta, diciéndole que creía en su inocencia.

—Escríbele como si se tratara de tu propia hija — le rogó.

Una y otra vez clamaba en su angustia.

—Lo que más siento es que nadie quiere creerme cuando declaro que la señora Thompson es inocente.

Nadie tuvo corazón para decirle que Edith, absorta en su propia situación nunca preguntó por él. Hasta los guardias de la prisión, acostumbrados a espectáculos lastimosos, se conmovieron cuando les dijo que sabía podría consolarla, si estuviera con ella en los últimos momentos. Las lágrimas de su madre ahogaron las palabras indignadas que acudían a sus labios o quizá fué la piedad y el deseo de dejarlo ir al patíbulo al menos con una ilusión.

Edith adoptó, naturalmente, una actitud muy distinta, aunque siempre teatral. No parecía considerarse culpable del crimen, si no víctima del destino y de la injusticia del mundo. Al despedirse de sus padres exclamó:

—Estoy amargamente decepcionada, porque esperaba justicia; no quiero clemencia; pero... la justicia parece estar ciega.

Desde ese momento, su imaginación y sus nervios, que ya experimentaban la visión y las sensaciones de la muerte en el patíbulo, la convirtieron en una cosa inerte. El mundo que esperaba que la mujer de las frases teatrales pronunciara algunas al ir a la muerte, quedó decepcionado. Edith había enmudecido antes de que el verdugo pasara por su cuello el lazo fatal.

Freddy, que había jurado "moriría como un caballo" fué tranquilo y sereno a la horca. Poco tiempo antes se había despedido de su afligida madre, casi sonriendo y dirigiéndole palabras de consuelo.

Los cómplices murieron el mismo día, en lugares distintos y su historia puede servir de ejemplo a las mujeres esclavas de su imaginación y deseo de sensaciones y a los muchachos de pocos años que se dejan envolver por una de esas sirenas que los convierten en cera blanda en sus manos.

Por 20 centavos semanales

obtendrá usted la mejor colección de novelas y cuentos de género policial, de aventuras, de emoción y de misterio que producen los mejores autores del mundo

Compre todos los viernes PUCKY

El Viejo de la Selva

Por Henry Lawson

—¡Bob!

El viejo se llevó las manos a la frente a guisa de pantalla y miró atentamente hacia lo lejos. Era Navidad y los rayos del sol de aquel día parecían más ardientes que nunca. El anciano se detuvo unos instantes sobre el umbral de la puerta de la cabaña situada sobre la orilla del cauce seco de un torrente. El corral donde guardaba las ovejas estaba a la derecha, detrás de la cabaña, mientras por la izquierda se extendían una cantidad de colinas bajas que llegaban hasta el horizonte.

—¡Bob! — volvió a gritar el viejo.

Como por arte de magia, como si hubiera surgido de la tierra apareció un perro pastor. Se detuvo delante del hombre levantando la cabeza y mirándolo como si esperara una orden: pero el viejo levantó los puños amenazador:

—¿De donde vienes, truhán?

El animal pareció comprender a su dueño, porque se fué debajo de un banco.

El hombre era un anciano de más de ochenta años. Todo el mundo lo conocía por "El Fantasma", y a fé que su apodo le venía como anillo al dedo, puesto que sus gestos, sus movimientos, los rasgos de su rostro y el excepticismo de sus ideas causaban una extraña impresión de temor en todas las personas que se cruzaban en su camino. Pero la más notable de las leyendas que pesaban sobre la cabeza de "El Fantasma" contaba que el viejo era un notable coleccionista de esqueletos humanos y que Bob, el perro que lo acompañaba en todas sus correrías, era un bicho endiablado, porque tenía la facultad de hablar como cualquier cristiano. Al viejo le importaba dos cominos lo que decía la gente de él. En la vida existía una sola cosa digna de tener en cuenta: el alcohol; lo demás eran puras tonterías, puesto que llegado el momento supremo todos volvían, del más humilde al más encumbrado, a lo que habían sido:, al barro.

—Ven acá! — gritó El Fantasma llamando al animal. Este no se hizo repetir la orden y cuando estuvo cerca de la puerta, el viejo se inclinó y le acarició el lomo. Entonces el perro movió la cola significativamente.

—Bueno, hoy es Navidad y no tenemos que pelearnos. Anda, trae aquellas ovejas que estan en la colina.

Y cuando el perro se hubo alejado a toda carrera, el viejo entró en la cabaña y se aproximó a la cocina.

—El almuerzo está casi listo — murmuró el viejo para sí inclinándose sobre una olla que había en el fogón. Me gusta cocinar a fuego lento: si hierve demasiado los alimentos se ponen duros y mis dientes no están como para romper nueces.

Sus opiniones fueron interrumpidas por **la llegada del perro.**

—Perfectamente, Bob: eres un animal inteligente — continuó el pastor, como si el perro supiera interpretar lo que le decían. Dentro de un rato estará la comida: anda, cuida las ovejas hasta cuando te llame. Después de comer iremos a la sepultura del negro.

Luego, como si siguiera el curso de nuevos pensamientos, continuó hablando:

—Me dijeron que el muerto era una mujer bruja; pero a mí cualquier día me engañan. El que enterraron no era otro que el cacique. Ya me convenceré por mis propios ojos.

Media hora más tarde, "El Fantasma" sentado sobre un cajón comía mientras el perro hacía lo mismo en un rincón. Luego, cuando las ovejas fueron guardadas dentro del corral, el anciano tomó una pala y una bolsa vieja y gastada. Después de echárselas al hombro tomó el sendero que conducía a las colinas que estaban al este. Anduvieron caminando bajo los ardientes rayos de sol como si estuvieran en una de las mejores playas de la Florida. Por fin se detuvieron en un abrupto sendero que se extendía a lo largo de una pendiente. Allí, debajo de unos árboles de goma, aparecía un montículo de tierra apenas disimuado por las hierbas; en el centro había un orificio, la característica infaltable en todas las tumbas indígenas.

Cuando estuvo debajo de los arboles de goma, el hombre se quitó el sombrero y después de arremangarse, tomó la pala y empezó a escarbar. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando la punta de la pala chocó contra algo duro y resistente. El viejo sonrió y se inclinó hacia la fosa. En el fondo, mezclados con terrones de tierra y piedras yacían los restos de un esqueleto. El hombre tomó los huesos uno por uno y se entretuvo sonriente reconstruyendo el esqueleto sobre las hierbas, y tratando de descifrar el dilema. ¿A quién pertenecían aquellos restos? ¿A la bruja o al cacique? a un negro o a un blanco? ¿A una mujer o a un hombre?

La conclusión a que llegó "El Fantasma" pareció no satisfacerlo; porque después de observarlo atentamente, exclamó:

—Bueno, ya veremos quien eres en casa!

Y limpiando los huesos cuidadosamente los puso dentro la bolsa uno a uno, como si fueran objetos preciosos.

—Bob, ¿que te parece si tomamos el camino de la colina? — preguntó el viejo dirigiéndose al perro que lanzó un ladrido a guisa de respuesta. Y uniendo la palabra a los hechos tomó el sendero que atravesaba la colina. Aquel camino acortaba la distancia que lo separaba de su cabaña. Pero antes de abandonar la colina tenía que cruzar por un pequeño cañón por donde se extendía un bosque muy tupido de plantas y arbolillos

de un extraño matiz. Apenas había andado unos pasos por el cañón cuando una enorme iguana, cruzándose por el camino, subió rápidamente a un árbol y cuando estuvo en la parte superior de una rama, se detuvo provocativa.

—¡Que el diablo te lleve! — gritó el viejo blandiendo la pala. — Me has dado un susto de todos los demonios!

Y cuando se proponía seguir viaje, sus piernas chocaron con algo que estaba tendido en el suelo. El hombre bajó la cabeza y ya iba a lanzar otra maldición creyendo que aquello era el rastro de alguna de sus ovejas cuando las palabras se le ahogaron en la garganta: aquello que estaba tendido en el suelo era el cuerpo de un hombre; de un hombre que debió sufrir una muerte atroz porque sus manos sujetaban fuertemente la cabeza y estaba echado boca arriba, como si sus órbitas continuarán pidiendo clemencia al que estaba en el cielo.

Cuando el anciano se repuso de la sorpresa de su extrafalario encuentro, tomó una rama y luego golpeó con ella sobre el cuerpo que estaba tendido en el suelo. Los golpes arrancaron unos sonidos parecidos a los que producen los palillos al pegar sobre un tambor. No conforme con aquello, le pegó un puntapié haciéndole cambiar de posición. Entonces las profundas órbitas del cráneo parecieron clavarse en la pupila del viejo, quién dió un paso atrás, lanzando una exclamación:

—¡Cuerno, que manera de mirar!

Pero el temor del hombre apenas duró un segundo porque reponiéndose enseguida, volvió a tomar la rama y con ella empezó a remover la ropa que cubría el esqueleto. Nada decía de la identidad del desconocido: una sola cosa se descubría a primera vista: que se trataba de un europeo. A pocos pasos del cráneo había una botella negra.

El hallazgo hizo reflexionar al anciano: luego tomó la botella en sus manos y la observó atentamente. Apenas leyó en la etiqueta el contenido. El Fantasma se sonrió y volviendo a inclinarse miró las suelas de los zapatos del muerto. Por fin se podía saber de quien eran aquellos restos:

¡¡Brummy!! ¡Por las barbas de Buda! ¿Después de tanto cacarear te has muerto? ¿No te lo dije?.... ¡Brummy, anda con cuidado: no tomes!... ¡No quisistes hacerme caso: pués ahora a jorobarse! — dijo el viejo gesticulando en las mismas narices del muerto que continuaba agarrándose la cabeza como si continuara sufriendo una horrible agonía.

Luego se quitó el sombrero con una mano y con la otra se rascó la cabeza, como preguntándose que debía hacer ahora:

—Bueno, creo que debo portarme como un amigo. No puedo dejarte aquí, abandonado como si fueras una bestia; pero a fé, que te lo mereces por testarudo.

Luego volvió a examinar la botella: su sorpresa subió de punto al notar que casi estaba llena de rhum. Entonces lleno de satisfacción dijo hablando al perro:

—¡Vaya, he aquí algo que no comprendo! Pese a todo, no hay duda de que la diosa Fortuna me acompaña. Este imbécil debía tomar rumbo al otro mundo completamente ebrio pero por lo visto la botella está casi intacta... ¡Bah!...

El Fantasma miró a su alrededor como si buscara algo: debió hallar lo que deseaba por que sus ojos brillaron intensamente al descubrir, a unos veinticinco metros de distancia, dos planchas de corteza de árboles gomíferos probablemente olvidadas por los operarios que trabajan en la extracción de la goma. Corrió hacia ellos y los tomó: uno medía cuatro pies y el otro seis: luego volvió donde estaba el esqueleto y colocándole el listón más largo lo hizo rodar dentro de la plancha que tenía configuración cóncava.

—Ven, Brummy, — continuó el viejo. — Ahora su voz era más dulce que lo de costumbre: sus movimientos parecían más suaves, como si temiera lastimar aquellos restos.—No estás en condiciones muy deplorables que digamos, considerando que hace como tres meses que has perdido al aliento Por que te han conservado tan bien?

Calló unos instantes como si esperara la respuesta del muerto; pero como viera que nada decía, continuó:

—Si tu no hablas, hablaré yo. Creo que ha sido el rhum quien te ha conservado en perfectas condiciones. Sin embargo, ese licor ha sido el que dictó tu sentencia de muerte cuando estabas vivo y venías a mortificarme con tus opiniones, mientras que ahora, cuando ya no lo necesitas te conserva como .... como una momia.

Al mismo tiempo que hablaba, el viejo se inclinó y tomando la otra plancha de corteza, la colocó encima de la q' contenía el hallazgo macabro, haciendo que los bordes coincidieran perfectamente. Luego se quitó el cordón que le sujetaba la blusa y con él ató uno de los extremos del extrafalario "sandwich"; lo mismo hizo en el extremo opuesto y cuando esta tarea estuvo concluída. El Fantasma se secó el sudor que le cubría la frente: luego echó sobre sus hombros las dos planchas tratando de mantenerla horizontalmente, de manera que no pudiera correrse el contenido y, después de recoger la bolsa que contenía los huesos extraídos en la fosa del montículo de tierra, continuó andando en dirección a la cabaña.

Pero todavía no había avanzado un centenar de pasos, cuando otra iguana negra, de enormes dimensiones, se detuvo en el camino que llevaba el viejo.

—¡Diantre, otra de esas bestias malditas! Qué querrán que miran con esos ojos? — mientras se formulaba esta pregunta, el viejo había levantado la pala arrojándola contra el repelente saurio. Luego, como si tratara de explicarse por qué razón las iguanas lo seguian, se observó atentamente las ropas:

—¡Ah! — dijo hablándole al esqueleto que llevaba sobre los hombros. — Brummy, parece que estos bichos te buscan: y la cosa no es para menos, porque despides un olor que cualquiera lo soporta: debes haberte marchado para el otro mundo en la época de la esquiladura. Pero me pregunto, quien habrá tenido el mal gusto de quitarte el dinero que llevabas encima porque... ¡puahs! otro de esos condenados bicharracos. Con se-

guridad que hay una plaga por los alrededores.

Luego se detuvo y apoyando el extraño envoltorio contra un árbol, bebió varios sorbos de rhum. El licor pareció darle energía, porque el viejo se pegó varias palmadas en el pecho al mismo tiempo que sonreía satisfecho. Luego tomó la bolsa y la echó sobre los hombros y encima puso las planchas de corteza; pero los huesos que contenía la bolsa lastimaban sus espaldas, porque casi enseguida, El Fantasma se detuvo exclamando:

—Estos huesos me rompen la columna vertebral. Un momento, Brummy, espera que te acomode mejor. — Volvió a apoyar las cortezas contra un árbol y nuevamente llevó la botella de rhum a sus labios; pero de improviso el viejo se volvió como una centella. A pocos pasos, hacia la derecha, los arbustos se movieron violentamente como si alguien los hubiera agitado. El hombre miró atentamente, descubrió que otra iguana, mucho más grande que las anteriores, lo miraba agresiva, moviendo la cabeza en todas direcciones. Lo más extraordinario que presentaba aquel saurio, era su cuello, que parecía enormemente largo y remataba en una cabeza pequeña y aplastada, muy parecida a las de las serpientes.

La espontánea aparición de la iguana pareció desconcertar al anciano, máxime cuando Bob, que en lugar de atacar como era su costumbre, había retrocedido unos pasos, como si temiera hacerle frente. Para el viejo debía ser de una pasta francamente extraordinaria, porque enseguida lanzó una carcajada al mismo tiempo que decía aproximándose a las planchas de corteza:

—Dime, Brummy, no te parece que estas iguanas tienen algo de cómico. Te aseguro que he visto gorilas de todos los colores, canguros de todos los matices: pero nunca me había cruzado con iguanas negras.

Y lanzando otra carcajada, nuevamente tomó el camino que conducía a su cabaña. Poco más tarde el viejo habría la puerta de la casa con un recio puntapié. Dirigiéndose a un rincón apoyó el envoltorio del esqueleto contra la pared pero en posición invertida: es decir, cabeza abajo. Enseguida le volvió las espaldas y se sentó en una si-

Aquello que estaba tendido en el suelo era el cuerpo de un hombre.

lla para descansar un instante antes de proseguir con el plan que se había trazado durante el camino. Pero de improviso, el extraño personaje que estaba a sus espaldas cayó sobre el, produciendo un estrépito de todos los demonios. El viejo se levantó de la silla como accionado por un resorte preparándose para la fuga; pero se contuvo al comprender la extraña conducta del huésped. Posiblemente lo había colocado en una posición incómoda entonces, perdiendo el equilibrio, rodó al suelo. Tomó el "sandwich" y lo arrastró hacia afuera y cuando estuvo cerca de un fogón enorme, lo colocó verticalmente, cabeza arriba, de manera que la plancha más corta estaba de frente. En aquel instante se rompió el cordón que sujetaba la parte superior y el pastor no advirtió que la plancha anterior se había escurrido un poco dejando el cráneo al descubierto. El viejo se había dado vuelta buscando con la mirada un lugar apropiado para la sepultura de su amigo, pero pareció no dar con lo que buscaba, porque mientras observaba en todas direcciones dijo:

—Lo lamento sinceramente, Brummy, pero tengo el presentimiento que deberás dormir al sereno toda la noche. No pretenderás que te lleve a la cabaña para que duermas conmigo como lo hice tantas veces, cuando estabas ebrio, porque si bien es... ¡Satanás!

El viejo había girado sobre sus talones e iba a hablar a aquel que fuera su amigo: pero se quedó mudo, pasmado al ver ante sí, a la altura de sus ojos, dos órbitas cavernosas que parecían mirarlo y dos mandíbulas, separadas una de otra, como si estuvieran hablando de algo, de algo que le había sucedido y que lo había aniquilado en el bosque que se extendía en el pequeño cañón; pero el viejo nada entendía, solo supo que sus nervios habían pegado un brinco y que su corazón casi estalla. Esta vez pasaron varios minutos antes que se repusiera del susto, y cuando se hubo repuesto recriminó rudamente la insolencia de su visitante.

—Oye, Brummy — dijo El Fantasma agitando la mano delante el cráneo. No tengo ganas de discutir contigo. Siempre eres el mismo alcornoque: cuando estabas con vida siempre querías la razón, y ahora que no puedes moverte, y que estás en condiciones comatosas quieres hacerte el interesante. ¡Basta,, porque si te propones asustarme, te aseguro que con dos patadas te saco de aquí! ¿Has entendido?

Después de esta advertencia, acomodó cuidadosamente las planchas de corteza contra el enorme fogón y regresó a la cabaña dejándose caer en la cama completamente rendido.

La siesta debió prolongarse durante varias horas, porque cuando despertó las tinieblas de la noche habían invadido la tierra. El cielo estaba clarísimo y la luna parecía más brillante que nunca. El instinto de "bushman" le hizo suponer que serían alrededor de las veintiuna. El anciano se levantó de la cama y acercándose a la mesa encendió una lámpara: luego tomó una taza y la llenó con el resto del rhum que había en la botella; pero en el preciso instante que llevaba el pocillo a sus labios, oyó un ruído particular, como si algo rozara la parte superior del techo. Instintivamente bajó el brazo y corriendo hacia la pared, tomó una escopeta que pendía de un clavo.

EL DIARIO

los días de extracción de la Lotería Nacional aparece a las 4 y media de la tarde, con el extracto completo de esa lotería. Cómprelo en el subterráneo, estaciones de F. F. C. C., a su vendedor, al agente del lugar o pida un ejemplar con este cupón.

Señor Jefe de Circulación de

EL DIARIO

Av. de Mayo 662, Ciudad.

Remito diez centavos en estampillas en pago de un ejemplar de EL DIARIO —

(EXTRACTO)

Nombre y apellido . . . .

. . . .

Domicilio . . . .

. . . .

Localidad . . . .

. . . . F. C. . . . .

Bob estaba parado sobre sus cuatro patas mirando fijamente hacia arriba. El anciano sintió, — como sucede en la mayoría de las personas que viven solas, apartadas del mundo, — que un extraño terror se apoderaba de su alma. Por primera vez tuvvo la sensación que algo sobrenatural se había cernido sobre su cabeza; pero enseguida empezó a razonar con esa lógica primaria y segura que algunas veces saben tener los humildes.

—¡Diablos, me estoy volviendo peor que un bebe! Con razón dicen que viejos y chicos son la misma cosa; pero quien dijo que soy viejo. ¿Eso es una calumnia: yo no soy ningún vejete y lo voy a demostrar! Si Brummy fué el que quiso asustarme, está lucido: a puntapie lo saco de la cabaña. Que vaya con sus chistes a otro lado! Pero, qué diablos, Brummy no puede ser, porque se ha convertido en un miserable esqueleto, y los esqueletos no se mueven ni a cañón. Vamos a ver quien ronda por el techo.

Empuñando la escopeta salió de la habitación. Antes que nada corrió hacia el lugar donde había dejado las planchas de corteza: allí estaba Brummy tal cual lo había puesto. Entonces dió un rodeo por la cabaña: observó el techo atentamente: pero no descubrió nada anormal.

Por fin, convencido que el viento o algún bicho lo había ,alarmado tontamente volvió a su pieza y no tardó en encender la cocina para la cena. Media hora más tarde, después de una ligera comida y tomarse lo que quedaba del rhum, se fué a dormir. Antes de medianoche fué despertado repetidas veces por el extraño rumor y, a pesar de levantarse todas las veces que lo oía, no daba con nada que le aclarara el misterio.

Hacía las dos de la madrugada, de mal humor y echando maldiciones a cada instante contra el imbécil que pretendía asustarlo y que no tenía el valor de presentarse tal cual era, así fuera el mismísimo demonio, el viejo se propuso pasar el resto de la noche en vela.

Entonces volvió a salir al campo. Brummy seguía como siempre; recostado contra el fogón. Cuando pasó por su lado, el anciano, pese a su mal humor, le dijo:

—¿Brummy, quieres un cigarrillo?..... ¿Qué, no contestas? Entonces que el diablo te lleve.

Y se fué hacia un tronco caído que estaba a poco menos de cincuenta metros de la cabaña. Se sentó tranquilamente y, después de llenar la pipa con tabaco, se puso la escopeta sobre las rodillas.

Apenas había transcurrido media hora, vió que un objeto negro se asomaba por la parte superior del techo. Con una tranquilidad desconcertante, el viejo se llevó la escopeta a la cara, apuntó serenamente y disparó al mismo tiempo que del techo partía un silbido agudo:, luego se oyó el golpe seco de un objeto que cae al suelo pesadamente.

El Fantasma, corrió en dirección de donde había partido el golpe y asombrado vió que una iguana enorme, negra, monstruosa se retorcía agonizante.

Recién entonces comprendió la horrible tragedia de Brummy. Era posible que poco antes del amanecer del día anterior, Brummy medio ebrio se había extraviado y en lugar de tomar el sendero que bordeaba lás colinas, había tomado el que conducía al pequeñocañón. Probablemente allí había caído una o varias veces por los mismos efectos de la ebriedad . Una de aquellas caída debió ser la definitiva, puesto que el hombre no volvería a levantarse con vida. Durante una de esas caídas había sido atado por una banda de iguanas por que estas, como las hienas prefieren los despojos o atacan los seres indefensos.

Como no existía ningún medio de locomoción para llegar hasta el pueblo y comunicar los detalles de su trágico hallazgo, el viejo volvió a la cabaña y durmió hasta el día siguiente sin que su sueño fuera interrumpido de nuevo.

Al día siguiente, después de llevar las ovejas a la colina para que pastaran, el viejo comenzó los preparativos para la sepultura. Cuando estuvo al lado de las planchas de corteza, cargó con el envoltorio, mientras decía:

—¡Brummy, es hora de que vayas a dormir!

Antes de ponerlo en la fosa, ajustó las planchas: luego continuó:

—¡Este es el fin de las cosas, Brummy!

Los ojos de El Fantasma ahora estaban tristes y miraban hacia lo lejos, como si buscara un punto que estaba más allá del horizonte. Aquellas palabras, que casi inadvertidamente habían pronunciado sus labios parecieron traer una cantidad de recuerdos a su mente y apoyado contra el rústico féretro, continuó divagando:

—Después de todo, eras Brummy: ¿Pero ahora qué eres?... Acostumbrabas a asegurarme que el día de mañana sería más venturoso para tí; que las cosas variarían. Sin embargo, el día de mañana ha llegado para tí, Brummy; pero aún no para mí; pero creo que no tardará en llegar... No sé como ves el mundo desde lo profundo de tus órbitas: supongo que no será el de antes y que no piensas en beber...

Luego calló un instante, tomó el féretro y lo dejó deslizar hasta el fondo del pozo. Echó unas paladas de tierra. El perro, el mudo compañero de El Fantasma se aproximó al borde, miró el esqueleto que desaparecía debajo la tierra, luego levantó la cabeza mirando a su dueño, como si pidiera una explicación.

Luego, cuando todo estuvo listo, el viejo se sentó pensando en las palabras que debía decir. Se quitó el sombrero, y dejándose caer de rodillas sobre el suelo, extendió los brazos hacia adelante, diciendo con una solemnidad tal que el perro volvió la cabeza molesto:

—¡La ceniza a la ceniza; la tierra a la tierra, Brummy... y esperemos la gloriosa resurrección!

Y el tiempo continuó el ritmo eterno de sus compases: el sol continuó su curso por el cielo y no tardaría en desaparecer detrás de las colinas que se extendían a la izquierda del corral al mismo tiempo que un concierto de murmullos incomprensibles se elevaba de la selva australiana.

EL DIRECTOR DE "PUCKY" CONTESTA A LOS LECTORES

José González, Rosario. — Tomamos nota de lo que pide y oportunamente trataremos de darle esa satisfacción.

Eduardo Cosgaya, Santa Fé.—Las tres obras que usted desea leer en Pucky ya están incluídas entre las que se publicarán.

Roberto Locatelli, Bahía Blanca.—Muchas gracias por sus calurosas felicitaciones. Trataremos de complacerlo.

Cabo Simón, Montevideo. — Le agradecemos sus bondadosos conceptos y en cuanto a la publicación de la novela a que usted se refiere, padece una lamentable equivocación. Se trata de episodios nuevos que nunca han sido publicados antes.

Rogeief Falcón, Tandil. — Le decimos lo mismo que a Cabo Simón. Conviene leer antes de juzgar.

Roque H. Castro, Alberti, Rosario. — La dirección no es la que usted indica en su atenta y cariñosa carta que mucho agradecemos. Con mucho gusto incluimos las novelas que usted pide entre las que se publicarán en esta revista.

Un lector, Mercedes. — No se han publicado en libro las novelas que usted indica. Gracias por sus nobles palabras de estímulo.

Los cinco amigos, Rosario.— Oportunamente,tal vez muy pronto, tendremos el placer de satisfacer vuestro pedido. Muy agradecido por los conceptos cariñosos que les merece nuestra labor.

Amelia Risso, Las Flores. — Le agradecemos sus conceptuosas felicitaciones y deseamos poder contarla siempre entre las buenas amigas de "Pucky".

"PUCKY" MAGAZINE

APARECE TODOS LOS VIERNES

Avenida de Mayo 662 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Capital e Interior

Número de la semana	$ 0.20
„ atrasado	„ 0.40
Suscripción por 3 meses (13 números)	„ 2.50
„ „ 6 „ (26 „)	„ 4.80
„ „ 1 año (52 „)	„ 9.00

EXTERIOR

Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Filipinas, Guatemala, Honduras, Méjico, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo y Uruguay . Año $	9.00 c/l.
Demás países „	12.00 „

EDITORIAL MANUEL LAINEZ LIMITADA. S. A.

La mujer prehistórica.—¡Oh, cómo me gusta esa piel!; anda, querido, con media vara tengo bastante.

Jerónimo Mayer va a ver a su amigo Oscar Weil, y lo encuentra sentado a la mesa, con un dedo metido en un vaso de agua.

—¿Qué haces?

—Te lo voy a decir, Jerónimo. Ayer fuí a ver al médico, y me dijo que debo tomar baños. Y, ya ves, me estoy acostumbrando.

* * * *

Yankelé va en busca de su amigo Schemón, al cual pide prestados cien pesos por un mes. El otro se aviene al préstamo, pero exige un interés del 9 por ciento.

—¿El 9 por ciento? ¡Qué barbaridad, Schemón!

—Lo que oyes. El 9 por ciento de interés o no te presto ese dinero.

—Ten en cuenta que en todas partes piden el 6 por ciento, y, además, que soy tu mejor amigo.

—Los negocio son los negocios.

—Dios te castigará.

—¡Valiente bobada! ¿No comprendes que Dios, que nos ve desde lo alto, tomará mi 9 por un 6?

* * * *

Samuel va en busca de un banquero, y le pregunta si quiere negociar una letra firmada por un nombre conocido.

—¡Claro que sí! ¿De quién es la firma?

—¡De Rothschild!

—¡Vaya una pregunta! Tráigamela en seguida.

Samuel se marcha, y vuelve al cabo de media hora.

—Aquí tiene usted la letra.

—Pero ¿dónde está la firma, que no la veo por ninguna parte?

—¿Cómo? ¿Necesita usted la firma tratándose de Rothschild?

MACACHIN, TEODORITA Y PIPERMIT
POR
BILLY DEBECK
SIGUEN PERDIENDO "LOS PATOS". ¡ESE REFEREE ES UN CANALLA!
¡MIREN! ¡OTRA VEZ EL PIBE!
¡HURRA POR PIPERMIT!
¡FAGIN ES UNA VIBORA!
OTRO CONTRARIO LISTO
NO DISCUTA CON EL REFEREE. YO LO ARREGLARE C O M O SE MERECE. ESPERE UN MOMENTO...
¡ATAJATE E S O, ATORRANTE, TRAMPOSO!
¡CRAC!
¡SALUTE!
© 1930, King Features Syndicate, Inc., Great Britain rights reserved.
¡MUY BIEN! ¡QUE SE LLEVEN A ESE REFEREE!
¡BRAVO!
¡QUE D E R R O T A, FAGIN! DESPUES QUE TE FAJO EL PIBE, "LOS PATOS" CONSIGUIERON 96 TANTOS. ESTAMOS MAL, VIEJO!
¡SE LO LLEVAN EN LA AMBULANCIA!
¡AH! ¡PERO YA VERA PIPERMIT, EN C U A N T O LO AGARRE!